13533

BIOGRAFÍA ECLESIÁSTICA

COMPLETA.

TOMO VIGESIMOQUINTO.

Es propiedad de los Editores.

BIOGRAFÍA ECLESIÁSTICA

COMPLETA.

Vidas de los personajes del Antiguo y Nuevo Testamento;
de todos los santos que venera la Iglesia, papas y eclesiásticos célebres por sus virtudes
y talentos, en órden alfabético.

REDACTADA

POR DISTINGUIDOS ECLESIÁSTICOS Y LITERATOS

BAJO LA DIRECCION

DEL SR. D. BASILIO SEBASTIAN CASTELLANOS DE LOSADA,

Y REVISADA POR UNA COMISION

NOMBRADA POR LA AUTORIDAD SUPERIOR ECLESIÁSTICA.

BIBLIOTECA PROVINCIAL DE BURGOS
ADQUISICION POR COMPRA
DE LA DIPUTACION.

TOMO XXV.

MADRID: 1865.

POR D. ALEJANDRO GOMEZ FUENTENEBRO,
Impresor de la Real Academia de Arqueología y Geografía del Príncipe Alfonso.
Colegiata, 6, bajo.

BIOGRAFÍA ECLESIÁSTICA

COMPLETA.

Vidas de los personajes del Antiguo y Nuevo Testamento;
de todos los santos que venera la Iglesia, papas y eclesiásticos célebres por sus virtudes
y talentos, en órden alfabético.

REDACTADA

POR DISTINGUIDOS ECLESIÁSTICOS Y LITERATOS

BAJO LA DIRECCION

DEL SR. D. BASILIO SEBASTIAN CASTELLANOS DE LOSADA,

Y REVISADA POR UNA COMISION

NOMBRADA POR LA AUTORIDAD SUPERIOR ECLESIÁSTICA.

TOMO XXV

ADQUISICION POR COMPRA
DE LA DIPUTACION.

MADRID: 1865.

POR D. ALEJANDRO GOMEZ FUENTENEBRO
Impresor de la Real Academia de Arqueología y Geografía del Príncipe Alfonso.
Colegiata, 6, bajo.

SEÑORES REDACTORES

que han cooperado con sus artículos á la formacion del presente volúmen y explicacion de las iniciales con que los han firmado.

A. C.....	D. Angel Castellanos y Lopez.
A. L.....	D. Antonio Lopez.
C., B. C., B. S. C..	Castellanos (Sr. Director D. Basilio Sebastian).
C. de F.....	Excmo. Sr. Conde de Fabraquer.
F. de N.....	Fernandez Navarrete (D. Eustaquio).
G. A.....	Gutierrez Andrés (D. José).
G. de R.....	García Rodriguez (*Presbítero* D. Juan).
J. B. de R.....	D. Joaquin María Bover de Roselló.
M. B.....	D. Manuel Bejar.
R. y C.....	Roca y Cornet (D. Joaquin).
S. B.....	Sanchez Biedma (D. José).

SEÑORES REDACTORES

que han cooperado con sus artículos á la formación del presente volumen
y explicación de las iniciales con que los han firmado.

A. C. ..... D. Angel Castellanos y Lopez.
A. L. ..... D. Antonio Lopez.
C. B. C. B. S. C. .. Castellanos (Sr. Director D. Basilio Sebastian).
C. de F. ..... Excmo. Sr. Conde de Fabraquer.
F. de N. ..... Fernandez Navarrete (D. Eustaquio).
G. A. ..... Gutierrez Andrés (D. José).
G. de B. ..... Garcia Rodriguez (Presbitero D. Juan).
J. B. de B. ..... D. Joaquin Maria Bover de Rosselló.
M. B. ..... D. Manuel Bejar.
R. y C. ..... Roca y Cornet (D. Joaquin).
S. B. ..... Sanchez Biedma (D. José).

BIOGRAFÍA ECLESIÁSTICA

COMPLETA.

SAL

SALCEDO (P. Mtro. Fr. Luis de), religioso mercenario calzado, nació de padres nobles y siguió sus estudios hasta graduarse de maestro en sagrada teología. Fué comendador de los conventos de Bracena, Toro y Toledo, elector general y cronista de la Orden, y muy inclinado á fabricar y reparar sus conventos. Hizo la iglesia de Toledo en los cinco años que gobernó, desde los cimientos, sacándola á una plazuela, y recogió una famosa biblioteca, llenándola de selectos libros. En Alcalá, siendo rector y juez conservador de su colegio de Santo Tomás, labró los claustros. Adelantó tambien mucho la observancia con su gobierno; y mas luego que fué electo provincial de esta de Castilla en 23 de Abril de 1660 con su celo, letras y virtudes. Ultimamente se retiró á Valladolid, en donde el Señor le dió una enfermedad que le postró en la cama, padeciendo con admirable sufrimiento infinitos dolores, siendo ejemplar de tolerancia hasta que murió á 14 de Agosto del año de 1639. Escribió: *Noticias históricas de su Orden.* — *Vidas de muchos antiguos Padres de la Orden, célebres en santidad y doctrina.* — *De las sagradas Misiones en varias partes del mundo hechas por los religiosos de la*

Merced, por los cuales dilataron la fe con su sangre vertida en su defensa. Todo manuscrito que se guarda en el archivo general de la religion.—A. y B.

SALCEDO (Fr. Marcos), religioso de la órden de Sto. Domingo. Nació de padres nobles en la ciudad de Valencia en el año de 1680, y á 15 de Setiembre de 1697 tomó el hábito en el Real convento de Predicadores de la misma ciudad. Ordenado de sacerdote pasó á Portugal, donde tuvo el empleo de capellan mayor del regimiento de Moura y Serpa, y para instruccion de los capellanes de los ejércitos compuso una obra con este título: *Norte de Capellanes y Guia de Militares, dedicado al rey D. Juan V de Portugal.* En Lisboa, en la Patriarcal, impresion de la música, 1727, en 4.° Aún vivia el autor en el año de 1739.—A. L.

SALCEDO (P. Fr. Mateo). Fué este religioso natural de Madrid, pues que le cuenta Baena entre los ilustres hijos de esta villa, y llevó el hábito de la Tercera Orden de S. Francisco de Asís, que se dedicaba y se dedica á obras de caridad, y que hasta 1828 conducia los difuntos á los cementerios por instituto. Floreció en el siglo XVI y principios del siguiente, y nada podemos decir de las fechas de su nacimiento y muerte, pues que lo calla el autor citado. Escribió y publicó las obras siguientes: *Postrimerías del hombre, Enemigos del alma y Alabanzas del Santísimo Sacramento*; Madrid, 1610, en 8.°—*Luz de la oracion mental*; Madrid, 1614, en 16.° Montalvan en su *Biblioteca franciscana*, en el tomo II, y D. Nicolás Antonio en el tomo II de su *Biblioteca Hispana nova*, hacen mencion de este religioso y de las expresadas obras.—A. C.

SALCEDO Y AZCONA (Ilmo. y Excmo. Sr. D. Luis de). Fué uno de los colegiales que más honraron el Colegio Viejo de S. Bartolomé de Salamanca, bachiller canonista, natural de Valladolid y de la misma diócesis, originario de Aldea el Señor, en Soria, hijo de D. Luis de Salcedo y Arbizu, colegial del Mayor de Sta. Cruz de Valladolid, caballero del hábito de Alcántara, de los consejos de Ordenes, Real y Cámara de Castilla, asistente de Sevilla y primer conde de Gomara, y de Doña Ana María de Azcona y Velasco, natural y originaria de Espinosa de las Monteros. Nieto por línea paterna de D. Iñigo Lopez de Salcedo, tercer señor de la casa de Poveda y duodécimo de la de Aldea el Señor, caballero del órden de Santiago, regidor de Soria, y de Doña Juana Magdalena de Arbizu, su segunda mujer, y por la línea materna de D. Diego de Azcona y de Doña María Marañon. En resúmen, el autor D. José de Rojas y Contreras, marqués de Albentos, se ocupa detenidamente de la preclara genealogía del benemérito colegial D. Luis Salcedo, tan acreedor á la gratitud y memoria del colegio de S. Bartolomé. Fué recibido en 25 de Setiembre de 1686. El de 1689 se graduó de licenciado en leyes, y por S. Lucas de 1690 fué señor rector: el de 1694 salió del co-

legio por oidor de Sevilla; habiendo ejercido este empleo por el espacio de cinco años, fué promovido en el de 1699 á la plaza de oidor de Granada, donde manifestó su inclinacion al estado eclesiástico y se ordenó de sacerdote, y en el de 1706 se le confirió plaza entera en el Consejo de las Ordenes con el hábito de Calatrava; en el de 1714, siendo ya notoria en la corte su particular virtud, le presentó S. M. para el obispado de Coria, y en el de 1716 pasó á Salamanca á la consagracion de D. Francisco de Perea, obispo de Plasencia, y estuvo aposentado en la hospedería del colegio, de quien fué afectísimo; en el de 1717 fué electo arzobispo de Santiago, cuya iglesia gobernó con particular acierto hasta que el 1722 le presentó S. M. para la de Sevilla, cuya ciudad volvió á venerar pastor y padre al que ventiocho años ántes habia respetado como senador y juez, habiendo en los años que faltó de ella ilustrado los tribunales Reales de Granada y del Consejo supremo de las Ordenes, y las iglesias de Coria y de Santiago, buscando las primeras dignidades eclesiásticas y seculares del reino á este ilustre varon, al paso que su modestia las resistia; pues no aceptó la primera de las mitras á que fué presentado sin ser casi compelido del que dirigia su conciencia, y del juicioso dictámen de una venerable religiosa capuchina á quien veneró Granada por su particular virtud, que le aconsejaron se dejase gobernar de la Providencia que le destinaba á ser uno de los prelados más beneméritos de la Iglesia. Desde que empezó á gobernar las tres á que fué sucesivamente promovido, se acreditó de profecia este consejo, pues la afabilidad y dulzara de su trato, la modestia y compostura de su rostro, la rara y escrupulosa honestidad de su persona, la inculpable delicadeza de su conciencia, las mortificaciones y penitencias con que maceraba su cuerpo, la gracia y sazonadísima sal de su conversacion y el celo pastoral con que defendió los derechos de la Silla apostólica y de su última iglesia de Sevilla, y estableció en ella la disciplina eclesiástica, le conciliaron de tal modo el amor de sus súbditos y el respeto de sus cabildos, que mantuvo siempre con estos la más estrecha union y correspondencia, terminando en el último de estos los pleitos y diferencias que estaban pendientes entre canónigos y coadjutores de dignidades, y los que el cabildo tenia con su dignidad, con recíproca satisfaccion de todos los indivíduos de aquella grande comunidad, y sin perjuicio de los derechos de su mitra. La regular equidad y justicia con que siempre atendió en las provisiones á sus familiares, le hizo tan singularmente bienquisto, que mereció tener por tales á sugetos de la más distinguida nobleza de España, de quienes solo se servia en los ministerios propios de la dignidad, sin permitir que ninguno le ayudase en los que pertenecian á su persona, para los que solo le asistia un ayuda de cámara en los últimos años, en que sus accidentes y acha-

que no le dejaban ejecutarlo por sí propio; pues hasta este tiempo nadie le vió desnudar ni vestir, ni supo las horas á que lo ejecutaba, siendo nimiamente escrupuloso en esta materia; y para ocultar las mortificaciones de que usaba, se quedaba encerrado por dentro en su dormitorio, y regularmente dormia vestido sobre el suelo, descomponiendo su catre para ocultar á su familia esta mortificacion, y muchas veces observaron los que se quedaban más inmediatos, que castigaba su cuerpo con rigurosas disciplinas. Era el primero de todos los de su casa, que se hallaba en el oratorio por las mañanas á la oracion, en que le encontraban empleado sus familiares cuando acudian á la que tenia establecida, y luego que se juntaban todos, se mantenia con ellos media hora en oracion mental, y acabado este santo ejercicio, decia Misa con la mayor devocion y ternura, que oian todos, y despues asistia á otra que celebraba uno de sus capellanes, para dar miéntras duraba gracias, ocupando el resto de la mañana en el cumplimiento de su pastoral ministerio, siendo su única diversion los libros, y visitar por las tardes los conventos de monjas de su filiacion para exhortarlas al cumplimiento y perfeccion de su instituto; de estos sagrarios de virtud y santidad pasaba á los hospitales, donde ejercitaba su ardiente caridad con los pobres enfermos, sirviéndoles en los ministerios más humildes; y despues de concluir tan santos ejercicios, daba una vuelta por el paseo del rio en su coche y se volvia á su palacio á finalizar el dia con el oficio divino, y otras devociones, rezando el rosario con su familia en el oratorio, y despues se retiraba á su librería hasta la hora de cenar y recogerse, en cuyo método de vida continuó hasta la última enfermedad, de que luego se tratará. A todos sus pajes, en seguida que terminaban sus estudios, si se inclinaban á seguir la carrera literaria en los colegios mayores, y lograban conseguir beca en alguno de ellos, les costeaba las pruebas y demás gastos, y les daba trescientos ducados para sus asistencias, ínterin les conferia algun beneficio ó renta con que pudiesen seguirla con decencia, y hubo ocasion de tener cinco á un tiempo en diferentes comunidades mayores, y los que, ó por no poder conseguir beca ni seguir los estudios, ó por inclinarse más al estado eclesiástico, se quedaban en su palacio, luego que se ordenaban eran los primeros acreedores á las prebendas que vacaban en su iglesia, en lo que solo se vió preferir alguna vez de entre sus familiares al de ménos antigüedad, siendo pariente suyo, que fué lo único en que distinguió á los propios, habiendo sido tantas las piezas eclesiásticas que repartió en el tiempo en que fué prelado, que se le oyó decir muchas veces habia más de cien mil ducados de renta; pero de las cuantiosas de sus mitras nunca socorrió á otros que á las iglesias y á los pobres, á quienes miró siempre como únicos acreedores á ellas. Su liberalidad, grandeza de ánimo y lo elevado de su espíritu, se manifies-

ta actualmente en las costosas fábricas con que ilustró su memoria, adornando con ellas su iglesia catedral y otras del arzobispado, no debiendo quedar en silencio el costoso y suntuosísimo órgano que mandó hacer en su santa iglesia metropolitana, igual á otro que hizo el cabildo al lado opuesto, y costó cada uno más de cien mil ducados. En la capilla de nuestra Señora de la Antigua (que destinó para su entierro) gastó más de sesenta mil pesos, haciendo en ella un hermoso altar de jaspes, y una barandilla de plata de martillo para dividir el presbiterio, y poniendo en todo su ámbito y sacristía bellas y exquisitas pinturas y otros adornos de mucho precio, dejando dotada la Misa que se dice al volver á ella el rosario del alba. En la capilla del Sagrario, parroquia de la misma iglesia, mandó hacer dos retablos de jaspes de mucho valor para servir de colaterales al maravilloso altar mayor, que costeó en ella el cardenal arzobispo D. Manuel de Arias, y al mismo tiempo dispuso en su testamento se fabricase de nuevo la iglesia del convento de nuestra Señora de los Reyes, de religiosas Dominicas Recoletas de aquella ciudad. En la del Puerto de Santa María hizo labrar la iglesia y parte del convento de Capuchinos, dotando en él una capellanía para el servicio de aquella religiosísima comunidad. En la villa de Umbrete, cámara de la dignidad, amplió, ó por mejor decir, hizo de nuevo el palacio que los arzobispos tienen en ella, y fabricó una hermosa iglesia que adornó de bellos y primorosos retablos, los que en su testamento mandó se dorasen, y si la muerte no se lo hubiera estorbado, hubiera dejado dotado el competente número de capellanes para su servicio, como lo tenia premeditado, y en esta obra solo gastó más de ciento cincuenta mil ducados. En la iglesia de S. Luis de Sevilla, que era la del noviciado de la Compañía de Jesus, costeó un magnífico retablo á S. Francisco de Borja, y contribuyó con crecidas limosnas para los demás que adornan aquella singularísima iglesia, labrando al mismo tiempo un apartamiento para que los ejercitantes eclesiásticos que se retirasen á hacer los ejercicios de S. Ignacio, tuviesen habitacion separada, y no incomodasen ni á la comunidad ni á los novicios. Siendo estas las más principales, se omiten otras preciosas dádivas y crecidas limosnas con que en su patria, en Coria y en Santiago extendió el culto divino, pues todas las coronó su piedad con su última disposicion, en que dejando por herederos á las pobres, y á su alma en diferentes obras pias y fundaciones, que mandó hacer del valor de los frutos, que dejaba ganados, permanecerá en ellas el monumento más digno de su feliz y buena memoria. De la numerosa y especial librería que habia reunido, y colocó en una pieza de su palacio adornándola con los retratos de todos los arzobispos, pensó hacer legado al colegio de S. Bartolomé, pero informado que en la de este se poseian todos los libros que podia dejarle (para lo que envió el índice de la suya al colegio por si

faltaba alguno), y hallando que los tenia todos, mudó de dictámen, y la dejó á la dignidad, para que sus sucesores en la mitra no tuviesen que costear alhaja tan digna de un prelado; pero no se olvidó por esto su liberalidad del colegio, á quien confesaba deber en su educacion y crianza toda su fortuna; y así en el año de 1753 le envió dos mil pesos para continuar la obra de la capilla que se estaba fabricando; y este, en reconocimiento, fundó un aniversario perpétuo por su alma, que se celebra en el dia de S. Luis obispo, que fué el de su nacimiento, siendo tanto el aprecio que hizo siempre de haber vestido la beca, que no habiendo querido permitir se pusiesen sus armas en las obras que costeó su liberalidad, consintió que se pusiesen las del colegio, para que constase á la posteridad las habia hecho un colegial de S. Bartolomé, lo que se cumplió despues de su muerte, poniendo las suyas, pues en ellas tenia en el mejor lugar las del colegio. En la humildad y pobreza con que trató siempre su persona, y en la liberalidad y franqueza con que socorrió las necesidades públicas, fué un pastor digno de la mayor alabanza, y como otro Sto. Tomás de Villanueva, se acreditó verdadero padre de los pobres, con quienes consumia sus crecidas rentas, especialmente en los años de 1723, 1734 y 1737, en que habiéndose aumentado las calamidades públicas por la falta de cosechas, se excedió su caridad á lo que parecia increible, mandando que todos los granos se convirtiesen en pan para distribuirlo á los pobres trabajadores, que dejando desiertos sus lugares y los campos, venian obligados de la necesidad á buscar en su prelado el remedio de ella, expendiendo crecidas sumas de maravedises en viudas pobres y personas necesitadas, que no podian concurrir á las puertas de su palacio, llegando á tanto su inextinguible caridad, que habiéndole representado en una ocasion su mayordomo se moderase en las limosnas, pues pasaban sus deudas de ciento cincuenta mil ducados, le respondió lleno de piedad y confianza: *para dar á los pobres no temas que falte nunca, y así si no lo hay buscarlo;* lo que acreditó de cierto la experiencia, pues siempre le sobró para todo, y al paso que se manifestaba tan liberal con los necesitados, trataba su persona en cuanto no tocaba á la dignidad con la más estrecha economía, pues se le vió muchas veces humildemente empleado en remendarse á sí propio sus vestidos interiores, para lo que tenia reservada en su cámara una arquita con todo lo necesario para este humilde ejercicio, trayendolos tan poco decentes, que parecian más bien propios de un mendigo que de un príncipe de la Iglesia; los exteriores (á excepcion de los que le servian para las funciones públicas de la dignidad ó del ministerio) eran de lana y rara vez se renovaban por parecerle superfluidad gastar en lo que era para solo su persona; jamás tuvo más plata que la precisa para la capilla, gastando peltre para el servicio de su mesa, y esta era tan parca y modera-

da cuando comia solo ó con algun colegial ó convidado de confianza, que quien no conociese su generosidad, lo atribuiria á indecencia, y al mismo tiempo, en los años en que la corte residió en Sevilla dispuso hospedajes magníficos en su palacio para el cardenal Borja, patriarca de las Indias, para el nuncio de Su Santidad y para el confesor del rey, que solo aceptó el primero, á quien trató en todo con la ostentacion que correspondia á su dignidad y persona. En la defensa de la inmunidad eclesiástica y de los derechos pontificios, acreditó su celo hasta superar con su constancia los intentos de los ministros reales, que en su tiempo pretendieron despojar á su mitra y á la Santa Sede de la provision de las prebendas en las dos colegiatas de Sevilla y Jerez de la Frontera, apropiando esta regalía al Real patronato, acerca de cuyo asunto pasaron con este prelado lances que hubieran hecho flaquear en sus resoluciones al más celoso; pues por negarse á dar la provision de una de estas prebendas á quien traia presentacion del rey, no obstante las conminaciones que se le hacian, se expuso á perder las temporalidades en el tiempo en que por sus achaques debia apetecer más que nunca la quietud y el descanso de su casa, ofreciéndose gustoso á tolerarlas en sus respetuosas representaciones, que se conservan cuidadosamente y estan llenas de una reverente sumision al soberano, en cuanto no perjudicase con sus últimas acciones los derechos de la silla apostólica, y de una cristiana libertad en defensa de la inmunidad del ministerio pastoral que le estaba encargado y del juramento que sobre este particular habia hecho al tiempo de su consagracion, por lo que mereció que la piedad del rey, informado de la justa defensa de un prelado, que siempre le habia servido con el mayor celo y amor, desistiese de la pretension referida, dándose por satisfecho de su conducta, premio digno de su constancia, que mereció al mismo tiempo que la santidad de Clemente XII expidiese un breve á su favor, cuya lectura será la mayor prueba del celo de este Prelado, dice así:

Venerabili fratri Ludovico, Archiepiscopo Hispalensi. — CLEMENS PAPA XII. *Venerabilis frater, salutem et Apostolicam benedictionem. De fraternitatis tuæ in nos, romanamque Sedem observantia, de tuaque ecclesiasticæ libertatis tuendæ cura, jampridem nobis compertum erat, multoque idcirco ferebamur erga te amore, propensoque animi studio. Postquam vero é tuis litteris intelliximus religione te duxisse quidquam in canonicatus negotio, de quo carissimus in Christo filius noster, catholicus Rex tecum egit nobis in consultis movere, easdem tuas virtutes ac sacerdotale robur, pœnitus introspeximus, lætatique sumus in te repertum esse bonum isrraelitam qui modeste renuat domus Domini jura neglectui habere; tene igitur susceptum propositum, nihil in ea causa novandi, ac religiossisimo regi suplex renuncia, non te adeo sempiternæ salu-*

tis injuriosum esse, ut possis præbere operam despoliandis Apostolicæ Sedis, cæterisque Hispaniis Episcopis jure vetustissimo, nec hactenus controverso, cooptandi vicisim in Canonicorum Collegia, ubi contigerit vacare locum. Nec expectatissimæ tanti regis pietati, æquitatique consentaneum fore ex uno tantum, eoque improviso cujuspiam magistratus dicto, jus Patronatus in re nova, tantique momenti sibi asserere, vereri non possumus, quin majestatis suæ justam animi trepidationem non sis probaturus, atque illa primarii non minus dignitate ac religione quam in se fide Antistitis, excusationem audire nolit. Pro quo fœlice successu Apostolicam benedictionem fraternitati tuæ peramanter impertimur.—Datum Romæ, die 15 Maii, anno Domini 1736. Pontificatus nostri anno sexto. Pro Archiepiscopo Emiseno. Frater Vincentius Locvesinius.

En atencion á estos servicios hechos á la Santa Sede y á los achaques que ya padecia, le concedió Su Santidad especial gracia para dejar de rezar el oficio divino; pero sabiendo que el mismo Sumo Pontífice, no obstante estar casi ciego y por esta razon dispensado de la obligacion del rezo, hacia que un prelado doméstico rezase en su presencia todo el oficio en tono que pudiese oirle, no quiso usar del privilegio, y aumentando cada dia el ejercicio de las virtudes en el grado más heróico, le dió la última enfermedad en el mes de Febrero del año de 1741, en la que acaeció un suceso que todos los que le presenciaron le tuvieron por milagroso. Habiase atajado el cuarto en que estaba su cama con un cancel de lienzo para poner detrás de él un oratorio con una hermosa pintura de nuestra Señora de la Antigua, en que se decia misa todos los dias, y en ella comulgaba con mucha frecuencia para disponerse á su dichoso tránsito. Uno de estos dias dejaron encendidas las velas, torcióse una de ellas, y prendiendo fuego empezó á arderse todo el altar y colgadura de brocateles de que estaba adornado, sin que el santo Arzobispo tuviese fuerzas ni para levantarse ni para llamar á la familia que estaba comiendo, pero le sobró espíritu para pedir á la Reina de los Angeles no permitiese que llegase el fuego á su sagrada imágen y le mandára que se volviese contra él; así sucedió, pues retrocediendo el fuego, empezó á caminar á la cama del enfermo á tiempo que entrando uno de sus capellanes y avisando á la familia y á otros que se hallaban en la libreria esperando entrar á verle, concurrieron todos y sacaron los primeros que llegaron, en su mismo catre, al pacientísimo prelado, que celebraba el suceso dando chasco á los circunstantes del susto que los habia dado, y pidiendo solo le pasasen la imágen de nuestra Señora al nuevo dormitorio, pues con ella no necesitaba del socorro de su familia. En los ochenta y cuatro dias de su enfermedad mereció no pocos grados de gloria por el sufrimiento con que toleró los penosos accidentes que le sobrevinieron y los muchos actos de fe,

esperanza y caridad con que se preparó para la muerte, que el dia 3 de Mayo del mismo año trasladó su alma á mejor reino, como se debe creer de haberle acaecido, repitiendo las palabras del salmo IV de David: *In pace in idipsum dormiam, et requiescam, quoniam tu, Domine, singulariter in spe constituisti me*, con las que espiró siendo el prelado decano de España y el colegial más antiguo de su tiempo. Yace en un sepulcro de mármol que labró algunos años ántes de su muerte en la capilla de nuestra Señora de la Antigua, adonde las más de las tardes hacia llevar una silla y se estaba muchas horas pensando en la muerte, y decia á los que le acompañaban señalándoles su sepultura, que aquella era la casa que habia fabricado para su descanso, aunque más costosa de lo que merecia su persona. En este dichoso nicho, en que esperan sus cenizas la universal resurreccion de la carne, el amor y reconocimiento de D. Joaquin de la Pradilla, su familiar, y canónigo de la santa iglesia de Sevilla, le puso el siguiente epitafio:

Hic jacet, non homo, sed hominis exuvium, ossa et cineres Excell. D. D. Ludovici de Salcedo et Azcona, Calatravensis Æquitis ac in Div. Bartholomæi Salmanticensi Collegio Rectoris meritissimi, qui inter Hispalenses primum senatores, inde inter Granatensis, ac denique inter primos Regis Catholici Philippi V. Consiliarios, diu fœliciter versatus est, ac lubricum mox aulæ culmen ingenue perosus, non obscuro secessu, sed sucessu præclaro hominum pastor, Cauriensi prius, Compostelano deinde, ac demun Hispalensi suo dilecto populo diligitur, iteratis oraculis, ter alius, ter idem, civile ac pontificium jus dicens, justitiam foro et templo constituit; nostræ prefuit Ecclesiæ annis decem et octo, ubi suprema authoritate pollens, profuit singulis, ofuit nemine, cujusque inopiam sublevavit. Hinc meritis plenus et amplioribus dignus honoribus, ut Deo immortali frueretur è vivis abiit nec tamen obiit. Visus est namque oculis tantum insipientium mori; in pace autem dormit et requiescit: à die 3 Maii anno salutis MDCCXLI, ætatis vero LXXIV.»

El libro de la Historia del Colegio que dió al autor para que pudiese valerse de él en esta obra, está todo marginado de su mano, con algunas advertencias dignas de su curiosidad, especialmente en puntos de genealogía de algunas familias, en lo que fué versadísimo y muy puntual, de las que se ha valido el autor para algunas noticias de las comprendidas en las adiciones de la primera parte, y teniendo notadas en él todas las entradas de los colegiales posteriores á la Historia, lo que es prueba de la memoria que le mereció aquella santa casa colegio de S. Bartolomé y del amor que la pro-

fesaba. Fueron hermanas suyas Doña Catalina y Doña Ana María de Salcedo, casadas: la primera con su primohermano D. Gaspar de Bustillo, Azcona y Ceballos, paje y caballerizo del rey y teniente de Guardias españolas, del órden de Alcántara y comendador de Mayorga; y la segunda con D. García de Araciel y Rada, señor de esta casa, en Alfaro, colegial del Mayor del Arzobispo y del consejo y cámara de Castilla (ambas sin sucesion), y fué su hermano mayor D. Pedro de Salcedo y Azcona, segundo conde de Gomara, caballero del órden de Calatrava y comendador de las casas de Toledo, alférez mayor de Soria, que casado con su prima hermana Doña Isabel del Rio y Salcedo, tuvo entre otros hijos á las condesas de Villarrea y Fuente-Ventura y á la marquesa de Alcántara, todas tres con sucesion, y á D. Luis de Salcedo, tercer conde de Gomara, del órden de Santiago, corregidor de Calatayud, gentilhombre de cámara, mayordomo de semana, primer caballerizo y gobernador de la casa de la señora Reina viuda Doña Mariana de Neoburg. Siendo rector del colegio este eminente prelado, llegó la feliz y plausible noticia de la canonizacion del santo colegial S. Juan de Sahagun, y así fué el que presidió el certámen poético, que se celebró en sus fiestas, habiendo algunas composiciones suyas en verso castellano y latino, que manifiestan sus especiales talentos en todo. La casa de Salcedo, de donde procede este célebre arzobispo es de las más ilustres y distinguidas de la ciudad de Soria, y de tanta antigüedad, que habrá pocas que puedan contarla igual; siendo su poseedor decimosexto, señor de la nobilísima torre de Aldea del Señor, nieto del hermano mayor del arzobispo D. Luis, y sétimo señor de Pobeda. De ella y de su ascendencia hablan Lope García de Salazar, Furtado de Salazar, Juan Perez de Rivadeneira, el conde D. Pedro de Portugal, y últimamente D. Pedro Lopez de Salcedo Alvarez Manrique, caballero del órden de Santiago y del Consejo Real, cuya obra con sus adiciones comprobadas con los papeles del archivo de los condes de Gomara, se imprimió en Zaragoza el año 1750: en ella se halla cuanto se desee saber acerca de tan distinguida familia. Sus armas se hallan colocadas en el alcázar de Baeza entre las de los conquistadores de aquella ciudad, donde las hizo poner el conde D. Rubio Salcedo, uno de sus primeros pobladores, habiendo añadido á las cinco panelas de que se componian, la orla de las escalas por la gloriosa escalada con que tomó á Lerin Rodrigo Lopez de Salcedo.—A. L.

SALCEDO Ortes de Velasco (D. José), colegial del Viejo de S. Bartolomé de Salamanca, capellan mayor de la Real capilla de los Reyes Nuevos y canónigo penitenciario de la santa iglesia de Toledo. Fué natural de Anguciana, diócesis de Calahorra, bachiller teólogo, hijo de D. Antonio Alfonso de Salcedo, señor de Anguciana, y de Doña Rosa Ortés de Velasco, y nieto por ambas líneas por la paterna de D. Manuel de Salcedo y Eguilaz, décimo

señor de Anguciana, y de Doña María Francisca de Ugarte, y por la materna de D. Francisco Antonio Ortés de Velasco y de Doña Feliciana de Luyando. Fué recibido por colegial en 27 de Enero de 1733; en el de 1738 se graduó de licenciado en teología, y el de 1742 llevó cátedra de regencia de artes, que dejó el de 1743 por haber obtenido la canongía lectoral de Santo Domingo de la Calzada; en el de 1747 llevó la penitenciaría de la santa iglesia catedral de Toledo, y en el de 1760 le presentó S. M. para la capellanía mayor de la Real capilla de los señores Reyes Nuevos, empleo de mucha autoridad y de valor de tres mil ducados, la que continuó ejerciendo con su prebenda penitenciaria. Fué sujeto que sin duda sabia desempeñar con acierto cualquiera otra dignidad ó empleo, y en todo, señaladamente en vasta instruccion, muy parecido á su hermano D. Manuel, colegial tambien del mismo colegio y del Consejo de Cámara y de Indias. Años despues el capellan mayor D. José fué propuesto para las mitras de Plasencia y de Burgos.—A. L.

SALDANHA DE GAMA (Francisco de). Fué portugués é hijo de una de las más esclarecidas familias, aumentando él todavía nuevos timbres con sus buenas acciones á los muy distinguidos con que su familia se ennoblecia con razon sobrada. Dotado de un ingenio nada vulgar, y bajo la direccion de los más hábiles maestros de su época, emprendió los estudios dedicándose primero á humanidades, literatura y filosofía, y despues á las ciencias eclesiásticas, en cuyos estudios en todos adelantó muchísimo, dando siempre lugar á que le admirasen sus maestros, pues muchas veces hacia más de lo que se podia esperar de su edad y circunstancias. Como era consiguiente, ingresó en el estado eclesiástico, é ingresó con zelo, desinterés, y sin otro deseo que el de secundar los designios de Dios, correspondiendo fielmente á la gran fineza con que Su Majestad le distinguia. Desempeñó cuantos cargos pusieron á su cuidado, tanto los párrocos á cuyas inmediatas órdenes estuvo en los principios, como los obispos á quienes ayudó despues en el ejercicio de su ministerio pastoral; y á todos supo complacer de tal manera, que á haber sido posible, todos y cada cual hubieran deseado tener á su lado al presbítero Francisco de Saldanha de Gama. Habiéndosele conferido una prebenda canonical en la santa iglesia de Lisboa, la desempeñó con mucho acierto, cumpliendo siempre bien cuantas comisiones le dió el cabildo, que claro es, que en vista de su capacidad, y al propio tiempo de su eficaz deseo de secundar los esfuerzos con que procuraba el mejor modo de rendir á Dios un culto solemne, desempeñaba á satisfaccion de todos admirablemente, y esto era motivo de que se fuese acreditando más y más, deseando cada cual procurarle adelantos en su carrera, en justa retribucion de los esfuerzos que él mismo hacia para cumplir bien y fielmente cuantos

encargos le daban. Como por sus prendas y circunstancias se hacia admirar de todos, y todos anhelaban la ocasion de demostrar la estima en que le tenian, siquiera para que esta se demostrase, hubieron de tener que poner á su cuidado algun difícil é importante cargo; con ocasion de hallarse vacante la silla patriarcal de Lisboa, se pensó en nuestro distinguidísimo eclesiástico. Por supuesto que ántes de hacerle que aceptára tan importante cargo, hubo que apelar á todos los recursos, y se le tuvo que obligar por muy diversas maneras, pues de modo alguno consentia en tomar este cargo, que decia él era insoportable á sus muy débiles hombros. Mas al cabo, el empeño decidido del cabildo y la voluntad del Papa, expresa en la preconizacion de él, le obligaron á aceptar el cargo, tomando el palio con las acostumbradas formalidades y con el mayor placer de cuantos auguraban en este acontecimiento una época de ventura para la diócesis de Lisboa. Efectivamente, además de su claro ingenio, y prescindiendo de lo que habia aprendido en el ejercicio de su ministerio en las diversas circunstancias por que habia atravesado, tenia en su favor un vivísimo deseo de cumplir siempre bien con cuantos cargos se le confiaban, y por consiguiente, agregando á esto un gran celo por la gloria de Dios, se comprende bien fácilmente que no serian pocas las buenas obras que ejecutaria, ni escaso el provecho que su grey habia de sacar del gobierno de tan celoso y entendido pastor. Efectivamente, desde que fué investido de la dignidad episcopal, sin más descanso que el indispensable para la conservacion de su salud y sin más treguas que las que le hacian tomar las imprescindibles obligaciones de su presencia necesaria en la catedral y demás, se dedicó á la santa visita, en cuyo trabajo encontraba el medio de satisfacer las necesidades más perentorias de los pueblos, porque es el modo de conocerlas tal cuales son. No se puede ponderar la manera tan conveniente de dedicarse á este ejercicio que tuvo, porque supuesto que él prescindia de etiquetas y ceremonias, exigiendo como condicion precisa el que no habian los pueblos ni los párrocos de hacer gastos ningunos, sino que él era quien se costeaba todo lo necesario, recibia sí á las autoridades y demás con toda delicadeza y fino trato que le era natural, y enterado de las necesidades de sus fieles, era el primero á remediarlas, así como tambien ponia grande esmero en escuchar á los párrocos y demás del clero, para por este medio amparar sus derechos, protegerlos en todo lo conveniente, y quitándoles en lo posible toda ocasion de disgusto, obligarles al más exacto desempeño de su deber, toda vez que se les garantia la más cumplida percepcion y goce de sus derechos. Anhelaban propiamente los pueblos el que les fuese la visita episcopal, y como el prelado les dirigia su autorizada voz, les hacia oir su palabra convincente, lograba el que las costumbres se reformasen, y el que fuesen poco á poco caminando

á su mejoramiento todos aquellos á quienes Dios pusiera bajo su régimen paternal y muy tierna solicitud. Claro es que todas estas cosas eran públicas, y por más que él por modestia quisiera ocultar sus buenas acciones, ellas se dejaban ver, y todos admiraban las especiales dotes de tan ilustre prelado; así es que tanto el rey de Portugal como los demás prelados, quisieron que se le concediese algun honor en la iglesia en justa correspondencia á sus desvelos por la Iglesia misma. Sabido es que el supremo pastor de la Iglesia Benedicto XIV tuvo gran interés por el buen suceso de todos los asuntos eclesiásticos, y como es consiguiente por premiar á cuantos se desvelaron por el bien de esta misma su iglesia, razon por la cual estuvo muy vigilante siempre que hubo de hacer promociones de cardenales; así que en la quinta y última promocion que hizo el enunciado señor Benedicto XIV promovió á la dignidad de presbítero cardenal de la santa Romana Iglesia á nuestro D. Francisco Saldanha de Gama, patriarca de Lisboa. Muchísimo agradó en la capital de Portugal y en todo el reino el que se otorgase á su primera autoridad eclesiástica tan señalada merced: solo Saldanha fué quien sintió no la hubieran conseguido otros, que segun él decia la merecian mucho más, pero que en realidad no podian aducir méritos tan señalados como los que tenia nuestro buen Patriarca. En 5 de Abril de 1756 fué cuando se promovió á este y á otros prelados á la alta dignidad cardenalicia, y al momento se procuraron todas las cosas para que se le llevára el birrete, autorizando al rey de Portugal para que se le pusiese en nombre del Papa. Desde luego resolvió nuestro Patriarca ir en persona á Roma para dar á Su Santidad las gracias por el señalado favor, y para tomar título de iglesia como se acostumbra, mas los disturbios y trastornos políticos de la época, y otras cosas que sería prolijo referir, dilataron el que se pusiera en marcha para la capital del orbe católico, y cuando ya se habian vencido todos los obstáculos, cuando hubiese sido no solo fácil sino hasta conveniente, cayó enfermo, y entónces fué su salud quien impidió el logro de los deseos de todos. En su enfermedad última, que le duró mucho tiempo, demostró que era tan buen cristiano como excelente prelado; así es, que conforme se preveia que sus dias iban abreviándose, se notaba un general sentimiento en todos sus feligreses. Cuando recibió los sacramentos se excitó más vivamente el interes de todos, y por último en su muerte, acaecida en 1776, á los sesenta y tres años de su edad, se vió bien claro el entrañable afecto que todos le profesaban; bien es verdad que difícilmente se contaria uno que no tuviese algo que agradecerle. Sus exequias fueron cual convenia á su dignidad y al merecido afecto que todos profesaron al cardenal Francisco de Saldanha de Gama. — G. R.

SALDAÑA (Bartolomé de), religioso regular de la extinguida Compañía

de Jesus. Su ardiente celo por la propagacion de la fe católica, sus muchas virtudes y abnegacion, le hicieron arrostrase todos los trabajos y peligros de perder la vida, siendo uno de los primeros misioneros que pasaron á Méjico y Nueva España á predicar la fe de Jesucristo, siendo tan incansable, tan laborioso, y tan deseoso de ganar almas para el cielo, que en pocos años bautizó más de quince mil personas.—A. L.

SALDAÑA (Fr. Diego de), religioso de la órden de nuestra Señora de la Merced. Fué natural de Castilla, varon sumamente docto y muy fervoroso para el servicio y culto de Dios y en bien de la Orden religiosa á que pertenecia. Descendiente de casa muy calificada, y de la familia que llevaba aquel honroso apellido en aquel tiempo, le tuvo por súbdito Fr. Antonio de Valladolid, siendo este eminente religioso comendador de Valladolid, de donde despues fué provincial; y habiendo venido Fr. Diego de Saldaña á ser por sus muchas virtudes y merecimientos comendador, y luego definidor de la provincia de Castilla, los señores Reyes Católicos, atendiendo á su gran renombre y relevantes cualidades, le hicieron merced del obispado de Avila. Este obispado, dice el P. Fr. Luis Ariz, monje benito, en su *Historia de Avila*, que le fué dado por muerte y vacante de D. Alonso de Fonseca, obispo de Avila, siendo provincial de la provincia de Castilla Fr. Antonio de Valladolid, y que áun siendo obispo conservaba el título de comendador de la Merced y de definidor de la provincia de Castilla, cosa que admira, pero que se halla acreditada por un documento antiquísimo que existia en el archivo del convento de la Merced de Olmedo, probando que Fr. Diego de Saldaña fué obispo de Avila, y tambien cuándo lo fué, que era al rededor del año de 1500, en cuyo tiempo era provincial de Castilla Fr. Antonio de Valladolid.—A. L.

SALDAÑA (Fr. Diego de), religioso dominico, natural de Santaren, en el reino de Portugal, donde su padre D. Antonio era uno de los hidalgos más honrados por sus cualidades, sangre y persona, á que añadió muchos buenos servicios hechos á los reyes D. Manuel y D. Juan en la India y en el mismo reino de Portugal, el último de los cuales fué el ir por capitan mayor de la armada con que pasó el infante D. Luis á Túnez en compañía del emperador Cárlos V. Era ya tan anciano cuando fué á esta jornada, que haciéndole el rey D. Juan á su regreso algunas mercedes por su vida, porque no tenia hijos ni era casado, se creyó agraviado, diciendo á los ministros que no tenia por mercedes las que no lo eran para sus hijos. Súpolo el rey, y se rió de agravio fundado en queja de hombre más bien dispuesto á ir á la sepultura que para tener hijos. Pero como era un príncipe prudente y benigno, mandó corresponder á sus deseos. Siguió al despacho el matrimonio, y al matrimonio un buen número de hijos. Fué su mujer Doña Juana de

Mendoza, hija de Arias de Sousa, comendador de las encomiendas de nuestra Señora de Alcarazaba y Rio Mayor, de la órden de Avis. Tenia esta casa particular devocion al convento de Sto. Domingo, cuyo patronato era como herencia suya, lo que tenia orígen, segun parece, en que sus antepasados habian elegido la capilla mayor para sepultura. Continuó en esta devocion Diego de Saldaña, que así se llamó el hijo mayor de D. Antonio, que era muy jóven todavía á la muerte de su padre. Lo mismo hizo despues de casado, consagrando muchas horas á tratar con los religiosos, y acudiendo con mucho amor á sus necesidades. Pero llevándose Dios á su mujer Doña Inés de Tavora á los pocos meses de casado, formó luego la resolucion de consagrarse por completo al patriarca Sto. Domingo y á su religion. Comenzó por lo tanto á profesar un nuevo órden de vida, haciendo gran número de ejercicios espirituales, oraciones y penitencias, y frecuentando además los sacramentos. Tienen las cosas divinas una excelencia, que cuanto más se usa de ellas más sabrosas se hallan y más se hacen apetecer. Deseaba cada vez más pasar adelante, mas érale impedimento un hijo que le habia quedado, de quien siendo padre hacia tambien de madre á falta de la natural, y en su hacienda tenia negocios dependientes de la corona Real á que le era forzoso acudir en traje seglar. Escogió por lo tanto un término medio, que estuvo bien á mucha gente, que fué ser religioso sin hábito ni tonsura de religion, y hacer vida monástica en traje seglar; y porque áun esto le parecia poco, tomó celda en la casa de novicios, seguia á la comunidad con ellos, haciéndose pequeño entre los pequeños, haciendo casi á la letra lo que dice el Señor que conviene hacer para la salvacion, que es nacer de nuevo. Pasó así muchos años con grandes trabajos por ser siempre novicio y siempre pequeño en el estado, aunque en la edad era cada vez más viejo; porque como sus negocios no se ponian en estado de dejarle profesar, nunca pasaba de novicio, quedando en el estado de los mas humildes pequeñuelos. Y sin embargo resplandeció siempre en la verdadera humildad en una grande reverencia al maestro, amor y afabilidad con los pobres hermanos y notable respeto á todos los Padres. Y tal era el ejemplo que daba, que siendo este género de vida enteramente opuesto á las leyes de la Orden, todo lo suplia con su grande virtud. Porque si parecia mal ver á un hombre entrado en años vivir entre novicios, mirándolo bajo su verdadero punto de vista, en la vida que hacia parecia el novicio más reformado de cuantos le acompañaban; tan compuesto, tan sordo y mudo, y tan nada era en su estimacion, que no parecia en ella más que sombra de hombre, proceder de inocente, hechos de santo. Pasaron los años y no se le notó mudanza; siempre siguió un mismo estilo y tenor de vida. Casóse su hijo y tuvo muchos nietos, mas no por esto alteró un punto sus costumbres, ántes bien reverdecia con

el abatimiento de novicio. Por más de veinte años continuó viviendo como lego con las obligaciones de fraile, hasta que Dios fué servido de poner las cosas de su casa en estado que pudo disponer de las de su alma á todo su gusto, como hizo á la entrada del año 1592, vistiendo el santo hábito con extremos de alegría. Pero á los pocos meses de haber tenido esta satisfaccion, llamó á su puerta una visita del cielo, llevándole una fuerte enfermedad, la cual aunque no acometia á una persona muy anciana, como la halló muy gastada por las penitencias, y tan debilitada, no tardó en vencerla. Desconfiaron los médicos, manifestóle el prelado la situacion en que se encontraba; oyó el desengaño con mucha serenidad en el semblante, testimonio seguro de lo que habia dentro de su alma, y contestó dando gracias por el recuerdo, y pidiendo los santos Sacramentos para la jornada que se le anunciaba, añadiendo que ningun pesar sentia de terminar su peregrinacion; ántes, si un grande pecador podia hablar así, tenia mucho gusto de morir, pues moria en tal casa y entre tales religiosos; solo sentia ver que le privaba Dios por sus pecados de lo que habia deseado toda su vida, que era consagrarse á la Orden en solemne profesion. Porque á la verdad no podia negar que suspiraba mucho por ver el término de aquel año, en que habia de quedar hijo de Sto. Domingo por voto, como lo era por voluntad, y estimára en gran manera que se lo concediese el Señor. Moviéronse á piedad los Padres, porque sabian todos que eran razones nacidas en su alma. Propuso el Señor en consejo profesase, valiéndose de los beneficios de un breve expedido por el papa Pio V á 23 de Agosto de 1570, que comienza: *Summi Sacerdoti.* por el cual se la concede á los novicios de la Orden que se hallen en artículo de muerte, pudiendo hacer solemne profesion, á juicio del médico, aunque no hayan satisfecho con las disposiciones del derecho canónico, que manda no se haga ni sea valedera sin el cumplimiento de un año entero de probacion. Uniéronse las razones que habia en favor de este sujeto probado y aprobado con el discurso de veinte años, y lo que ganaba la Orden y aquel convento con quedar contado aquel varon tan religioso en el número de sus hijos. Fué servido el Señor para más consuelo suyo, que fuese víspera del dia y festividad del patriarca Sto. Domingo, cuando se le dió la noticia y vió luego su ejecucion. Dióle el prior la profesion en presencia de su hijo Antonio de Saldaña, y de otros hidalgos reunidos al efecto; y habiéndole pedido su hijo la bendicion, se la echó, encargándole que fuese siempre muy amigo y servidor de la Orden. Y como se hallaba lleno de contento por verse profeso, deseando manifestarse agradecido á tamaño beneficio en lo poco que entónces podia, díjole que estuviese advertido que al dia siguiente se hacia la fiesta del patriarca Sto. Domingo, y tuviese cuidado de dar para la comida de los Padres su plato acostumbrado, pues solia el profeso en tal dia

todos los años aumentar la comida de los Padres con algun extraordinario para toda la comunidad, y añadió que durase por amor suyo el recuerdo y obra toda la vida. Acabó así con glorioso fin sus días bien vividos, ganando indulgencia plenaria y remision de todos los pecados en forma de jubileo concedido á los novicios que profesan en la hora de la muerte, y otras muchas gracias que alcanzan todos los religiosos en aquel trance. Fué sepultado en la tierra sagrada del cementerio comun del convento, gozando ya del privilegio de religioso, sin embargo de tener entierro en la capilla mayor, de que era legítimo patrono, como hemos dicho. —S. B.

SALDAÑA (Fr. Manuel Tomás), de Huesca. Dos veces prior de su convento de Predicadores, secretario de la provincia de Aragon y maestro en ella. Escribió: 1.° *Diversas oraciones sagradas*; y sabemos se imprimió. — 2.° *Sermon del cíngulo de Sto. Tomás de Aquino en la fiesta que le consagró el Ilmo. Sr. D. Pedro Gregorio y Antillon, dignísimo obispo de Huesca, en 28 de Enero de 1696, dia en que se fundó la congregacion de la Milicia Angélica con breve de Su Santidad en el referido convento*; Zaragoza, por Manuel Roman, 1696, en 4.° Lo dedicó al Rmo. P. Fr. Pedro de Matilla, confesor de S. M. el licenciado Gonzalvo de Saldaña, infanzon, sobrino del autor. — L.

SALDARA (Fr. Pedro de), religioso capuchino, sacerdote de la provincia de la Marca. En su juventud fué muy inclinado á la familia de los Padres claustrales, y en ella se aplicó al estudio de las letras, consiguiendo ilustre fama entre los que gozaban de más celebridad en erudicion y doctrina. Llevado, sin embargo, de su aficion á vida mas estrecha, entró en la religion de los Capuchinos, y despues con estudioso anhelo se dedicó al ejercicio de las virtudes, de modo que en poco tiempo igualaba á la sabiduría que habia traido la perfeccion á que habia llegado. Hízose célebre para luchar con los poseidos, por lo que los prelados de la provincia le enviaron á la casa de Loreto para que los exorcizase, siendo costumbre de toda Europa mandarlos al santuario máximo de la Vírgen nuestra Señora que allí reverencia la cristiandad. Ejercitóse en este piadoso ministerio (á que se preparaba con contínua oracion y ayuno), asistido y favorecido de Dios, y dilatándose por todo el orbe la fama de los admirables triunfos que conseguia en los endemoniados, los más de los príncipes imploraban su auxilio para estos casos con repetidas cartas, como lo fueron los duques de Baviera, de Florencia, de Parma, etc. Por la discrecion espiritual, de que se hallaba tan ilustrado, conocia los que estaban ocupados del mal espíritu solo con mirarlos al rostro, aunque hasta entónces se hubiera ignorado el padecimiento. Murió este varon insigne en Loreto el año de 1621, concurriendo un pueblo numeroso á sus exequias, dejando esta infeliz patria terrena para volar á la celestial, á la que se habia hecho acreedor por sus merecimientos y sobre-

salientes cualidades. Su cuerpo quedó reservado en una caja de madera para que se distinguiese de los demás. — A. L.

SALÉ. Fué hijo de Cainan *el Joven*, segun el *Génesis II, vers.* 12 y 14. Nació el año 1724 del mundo, 2311 ántes de Jesucristo. Fué padre de Hebert á la edad de treinta años, y murió el año 2156 de la edad del mundo y 1879 ántes de Cristo, habiendo cumplido cuatrocientos treinta y tres años de edad. — C.

SALÉ (Fr. Cárlos de), capuchino italiano del siglo XVII. Nació en Brescia ó sus alrededores de una familia antigua é ilustre, que le proporcionó una educacion tan distinguida bajo el aspecto literario, como por las máximas de virtud que procuró infundirle y hacerle practicar desde sus primeros años. Aprovechó el jóven Salé las lecciones de sus maestros, y procurando no apartarse nunca de los principios que de ellos habia recibido, trabajó en que su conducta fuese un verdadero modelo para todos los jóvenes de su edad. Difícil es ciertamente vencer las pasiones en la juventud cuando nos sonrie un mundo de esperanzas é ilusiones, cuando todo se presenta á nuestros ojos con un carácter de esa novedad que desaparece despues andando el tiempo, cuando la calma de la reflexion sucede al ardor de la imaginacion, y la verdad del desengaño al falso colorido del entusiasmo. Este triunfo fué sin embargo sumamente fácil á Salé, pues amonestado, ya que no por las lecciones de la experiencia, por los ejemplos que oia referir á cada paso, y más que todo por el deseo que tenia de conformar su vida á la de los héroes que se habian distinguido por su virtud, no le costó trabajo el vencer la naturaleza que venia domando poco á poco; así es que cuando decidió tomar el hábito de religioso en la religion Seráfica, fué un modelo de novicios sin que le costasen trabajo alguno las prácticas que al principio tan difíciles se hacen á otros. Obediente y sumiso á sus maestros en el claustro, como lo habia estado en el siglo, procuraba anteponerse á sus pensamientos, servirlos en todo conforme á su voluntad y seguir las reglas de la vida religiosa hasta con nimiedad, convencido de que estos detalles no solo acercan á la perfeccion, sino que sirven despues para no extraviarse, áun cuando por las circunstancias se vean muy separados de ella. Hallándose llamado á figurar en primera línea en su Orden, la costumbre que adquirió desde novicio á sujetarse en todo á su regla, le valió despues de mucho, no solo para no apartarse nunca de ella, sino para impedir que se separáran los demás. Seguia al mismo tiempo los estudios con grande aprovechamiento, distinguiéndose por su inteligencia y aplicacion entre sus condiscípulos, y mereciendo la estimacion de sus profesores. Apénas profesó fué destinado á la enseñanza, consiguiendo reunir entre sus discípulos á algunos muy aventajados y que influyeron despues en su nombramiento para puestos superio-

res. Ordenado de sacerdote, se consagró á su sagrado ministerio con entera fe y ardor, como hombre dotado de un espíritu verdaderamente evangélico. Su antigua costumbre de entregarse completamente y en todo á la observancia de de la disciplina regular, recibió ahora como un nuevo aumento, y Salé, siguiendo los pasos de su seráfico Padre, procuró trabajar con celo en la viña del Señor. Predicador elocuente, sus discursos se distinguian por su fervor y piedad, no careciendo de esa erudicion sin la cual solo hacen efecto en el vulgo. Su palabra era escuchada con ansia y avidez por todas las clases de la sociedad; se le buscaba lo mismo en las pobres parroquias de los campos que en las opulentas catedrales de las populosas ciudades, y en todas partes obtenia grande fruto y notables resultados. Su creciente fama le valió todo género de distinciones, que rehusaba con frecuencia, ya en beneficio de los pobres, ora en el de las comunidades, que no tardó en ser llamado á dirigir, pues creyéndosele á propósito para el gobierno, apénas terminaba el de un convento era elegido por otro, y así pasó el resto de sus dias al frente siempre de numerosas comunidades, que deseaban ó aumentar las prácticas de su austeridad, ó revivir el espíritu de los tiempos primitivos un tanto relajados por innovaciones posteriores. Conseguia Salé esto no solo con sus obras, sino tambien con sus ejemplos. Habia hecho un estudio tan profundo de la regla de su seráfico Padre, y estaba tan infiltrado en su espíritu, que se podia mirar como á uno de los compañeros de S. Francisco y seguir con entera confianza sus máximas y lecciones, seguros de revivir el espíritu de los fundadores de la órden Seráfica. Con este objeto compuso diferentes obras leidas con avidez por todos los religiosos de su Orden, tomadas como modelo de la observancia regular y seguidas como una regla de vida y prácticas para las costumbres conventuales. Procuró en ellas seguir los pasos de su santo fundador, copiar sus máximas y palabras, copiar, en fin, como en un fiel espejo todos los actos de aquellos primeros Padres que fundaron una de las milicias más numerosas que han conocido los siglos y que ha llegado á contar religion alguna. Tanto trabajo, una vida entera consagrada á tan piadosos ejercicios, merecia un fin digno y honroso, y no se hizo esperar. Hallábase Salé rodeado de toda la comunidad en Venecia, á la que estaba acostumbrando con su ejemplo á meditar y contemplar al Señor, cuando se quedó en un sublime éxtasis como arrobado ante las maravillas de alguna aparicion desconocida. Retiráronse los religiosos, llenos de santo temor, mas habiendo trascurrido mucho tiempo, corrieron á buscarle y le encontraron en la misma situacion, pero vieron que estaba muerto. Dejó dos obras en italiano. 1.ª *Esponsales de la santa pobreza con el seráfico P. San Francisco*; Venecia, 1679, en 8.°—2.ª *Campeon espiritual de Asís*, impresa tambien en Venecia por Juan Pasé, en 1683, en 8.°—S. B.

SALE (Odon de la), del órden de Predicadores. Este ilustre religioso, que llegó á ocupar los más elevados puestos de la gerarquía eclesiástica, era segun dice el abate Ughel en el tomo I de la *Italia Sagrada*, descendiente de la más distinguida y antigua nobleza de Pisa, ya llamado algunas veces por este historiador *Otton de Sala*. Habiendo renunciado espontáneamente en su más tierna juventud á las grandezas, honores y esperanzas del siglo para marchar en busca de la perfeccion evangélica, abrazó la vida religiosa en el instituto del gran patriarca Sto. Domingo, en el cual fué sumamente útil á su religion y á su patria, pues sus talentos, perfeccionados y santificados por el buen uso que de ellos hizo, le elevaron muy pronto á un sitio donde seguramente no llegaria por el crédito ni las riquezas que sus parientes poseian. Desde su entrada en el claustro parecia que Odon habia olvidado cuanto en el mundo existia. Más recomendable por su piedad que por su elevado nacimiento, más digno de consideracion por su elevacion de espíritu y su sabiduría que por vanas consideraciones sociales, él no fué jamás amigo ni consagró su afecto sino á aquellos que veia ser los más virtuosos ó los más sábios en la ley de Dios. Sus grandes progresos en las ciencias le hicieron obtener el grado de doctor, que recibió en la universidad de París, segun dice Vicente Fontana, y la conducta que observó durante el tiempo que gobernó su comunidad de Pisa, fué un práctico y feliz ensayo donde aprendió las reglas de buen gobierno, que más tarde debia practicar en el régimen de las diversas diócesis de que fué sucesivamente encargado por tres soberanos pontífices. Bonifacio VIII, en el año 1297, y á pesar de la repugnancia que Odon mostraba, le obligó á aceptar la silla episcopal de Terranova, en Cerdeña. Habiendo cumplido satisfactoriamente los deberes de su elevado ministerio durante cinco años en aquella pequeña diócesis que fué despues unida á la de Castel-Aragon, el mismo pontífice Bonifacio le trasladó á la iglesia de Pola, situada en la parte meridional de Istria y dependiente del patriarcado de Aquilea. El evangélico celo y la pastoral solicitud que en la direccion de una y de otra iglesia manifestára nuestro prelado, hicieron que el clero de Oristan le pidiese con insistencia para desempeñar este arzobispado. En vista de semejante solicitud, el papa Clemente V le proveyó en 1308 de este nuevo cargo, previniendo en sus bulas que inmediatamente fuese á desempeñarle segun los deseos y necesidades de los que reclamaban sus socorros. Diez ú once años permaneció el siervo de Dios en aquella diócesis, manifestando constantemente la bondad de un padre y la vigilancia de un pastor caritativo, atento siempre á conocer para remediarlas las necesidades así espirituales como corporales de sus súbditos, dedicándose con solicitud á visitarlos, instruirlos, reformar sus costumbres, separarlos de sus antiguas supersticiones, y procurando al mismo tiempo ter-

minar ventajosamente sus pleitos y sus querellas, dotándolos de ministros propios para edificarlos y capaces de conducirlos por la senda de la verdadera salud que conduce al logro de la patria celestial. Sus máximas (que siempre fueron las de los santos obispos) consistian en reconocerse como responsable ante el divino pastor de la pérdida de sus ovejas, siempre que estas por culpa suya careciesen de instruccion, de ejemplo ó de socorro en sus perentorias necesidades. Compréndese muy bien cuántos beneficios podia ocasionar á su iglesia un sucesor de los apóstoles, cuya conducta está reglada por las santas prescripciones, y cuya vida merece ser puesta como un modelo para su gente. Un pastor de semejante carácter es, sin duda alguna, el más precioso don que el Señor en su alta misericordia suele dar á su pueblo, no debiendo admirarnos por lo tanto que todas las iglesias donde el mérito y el celo de Odon eran conocidos deseáran que se lo enviasen. El buen órden, la paz y la tranquilidad que se veia reinar en los pueblos encomendados á su cuidado, hacian esperar á sus vecinos el logro de iguales ventajas, si llegaban algun dia á vivir bajo su paternal dominio. El arzobispado de Oristan era el tercero que Odon se habia visto en la precision de aceptar; pero no habian aún trascurrido cuatro años desde que le desempeñaba, cuando sus compatriotas le reclamaron para sí, acudiendo á la Santa Sede, á fin de que le nombrase su pastor. Juan de Pola, sabio y santo religioso de la órden de Sto. Domingo, que desempeñaba el arzobispado de Pisa desde el año 1299, habia sido trasladado en 1312 á la silla de Nicosia, capital de la isla de Chipre. Los pisanos pidieron con tal insistencia que el arzobispo de Oristan fuese su sucesor, que el papa Clemente V no les pudo rehusar la concesion de semejante consuelo. Estas frecuentes traslaciones, poco conocidas en los primeros tiempos de la Iglesia, no eran tampoco muy usadas en el siglo XIV, considerándose siempre como contrarias al espíritu de los sagrados cánones, mucho más cuando no habia otros motivos que la ambicion ó la codicia. Asi, pues, las traslaciones no tenian lugar sino cuando las necesidades de la Iglesia y el bien de los pueblos las consideraban necesarias. En casos semejantes los prelados atendian ménos á las conveniencias de su propio interés ó de su comodidad que á á las voces y súplicas de los fieles. Odon tuvo la suerte de hallarse dotado de aquella fuerza de carácter que hace á los que le poseen capaces de llevar á cabo las empresas más dificultosas, y así jamás se negó á trabajar en favor de sus semejantes, ni le arredraron dificultades y contratiempos, hallándose siempre dispuesto á marchar donde le ordenaban y adonde su presencia se creia necesaria para los altos fines á que el ministerio episcopal se consagra. El dia 15 de Mayo del año 1312 tomó posesion de su diócesis el nuevo arzobispo de Pisa, entre las entusiastas aclamaciones de sus conciudadanos, y á

fin de corresponder dignamente al amor y á la confianza que su patria le significaba, entregóse por completo á remediar sus necesidades y á conducir su grey por la senda de la salvacion. Consagrándose á perfeccionar más y más todo el bien que su predecesor habia empezado á plantear, no manifestó ménos celo que este para destruir antiguos abusos y para oponerse con gran fuerza á los que insensiblemente se querian introducir contra la disciplina. Mucho desearíamos consignar detalladamente la série de sus recomendables acciones, pero carecemos de datos por no haber llegado completas sus memorias hasta nosotros. El abate Ughel se contenta con decir que la virtud de este grande hombre resplandeció siempre con la misma claridad y que cumplió gloriosamente los deberes de un perfecto ciudadano respecto á su patria, y de un excelente pastor respecto á su grey. Otro autor italiano añade, que durante la persecucion suscitada contra él, defendió los derechos y la libertad de su iglesia con un valor y una grandeza de alma que nada fué capáz de vencer. Pronto veremos que esta firmeza le hizo aparecer como una víctima, porque prefirió abandonar su silla ántes que la tiranía le usurpase sus derechos. Pero esto no sucedió hasta algunos años despues de desempeñar el gobierno. Los principios de este gobierno fueron bastante tranquilos, aunque no completamente dichosos. A pesar de las turbaciones que agitaban entónces á casi toda la Italia con motivo de la llegada del emperador Enrique VII y de su ejército, los ciudadanos de Pisa, por consejo de su arzobispo, se adhirieron sábiamente á su partido. Los Güelfos y los Gibelinos habian vuelto á comenzar sus antiguas disputas con notable animosidad. Los que pensaban aprovecharse de la presencia del emperador y de su ejército para batir á sus enemigos, se manifestaban tanto más encarnizados para combatir los derechos de la Iglesia como para oprimir al clero, y los que con pretexto de su antigua adhesion á la Santa Sede se oponian obstinadamente á los deseos del emperador, trataban de impedir que este se coronase en Milan y en Roma. Tan pronto le cerraban las puertas de las ciudades, tan pronto le circundaban de lazos y de peligros, como le amagaban con batallas escaramuzando á su ejército. Y como si todos los italianos se hubiesen puesto de acuerdo contra los derechos del emperador, áun los ménos furiosos de los Güelfos que no consideraban como enemigo á Enrique de Luxemburgo, mirábanle como un príncipe extranjero á quien no debian tributo, respeto, ni otra señal que indicára vasallaje y sumision. Odon de la Sale dió entónces á sus conciudadanos los consejos más prudentes, más moderadores y más conformes á la equidad. Sin prejuzgar los derechos de la Iglesia romana en la libertad de los pueblos, creyó que se podia y debia dar al César lo que era suyo, y se encontró en circunstancias tan favorables para conciliar estos encontrados deberes, que el Papa y el emperador se pusie-

ron al fin de acuerdo y marcharon en perfecta unanimidad é inteligencia. Los ciudadanos de Pisa ni entraron en el complot de los Gibelinos contra el soberano Pontífice, ni se adhirieron al partido de los Güelfos contra los intereses del emperador, sino que conformándose con las intenciones de ambos, favorecieron poderosamente la coronacion del príncipe, para lo cual Su Santidad habia enviado ya sus legados á Italia. Enrique VII llegó á la ciudad de Pisa coronado emperador en compañía de muchos señores de su corte, siendo recibido con las mayores muestras de consideracion y de respeto. Pronto nuestro Arzobispo se vió honrado con la amistad de este príncipe, en disposicion de obtener todas las gracias que de él quisiera impetrar. Unicamente le pidió dos, las cuales son muy dignas de conmemorarse, tanto porque nada tenian de personales, cuanto por redundar en beneficio público y en gloria de la ciudad y de la iglesia de Pisa. La primera fué el establecimiento de una universidad ó academia, célebre despues segun el testimonio del abate Ughel, y la segunda la renovacion ó confirmacion de todos los privilegios, derechos y prerogativas concedidas hasta entónces á la iglesia de Pisa por los emperadores romanos Enrique III, Enrique IV, Conrado y Federico II. Cuanto la religiosidad de estos príncipes habia hecho en diferentes tiempos para honrar y favorecer al clero, lo autorizó nuevamente Enrique VII por su bula de oro, dirigida al mencionado Arzobispo, y la cual puede verse íntegra en el tomo III de la *Italia Sagrada*. El decreto imperial no fué expedido sin embargo hasta el 19 de Mayo de 1313, y el emperador murió en 25 de Agosto del mismo año en un lugar junto á Siena, denominado *Bonconvento*. Con motivo de esta desgracia nuestro Arzobispo manifestó todo el agradecimiento que conservaba hácia el príncipe, no solo por los honores fúnebres que le consagró y por los sufragios que ordenó se le hicieran en toda la diócesis, sino tambien por el magnífico sepulcro de mármol que á sus expensas fué construido en la iglesia metropolitana, y donde se depositó el cuerpo del difunto emperador dos años despues de su muerte. Odon continuó gobernando su diócesis algunos años con extrema vigilancia y paternal esmero, atento solo á conservar la paz entre los fieles, á hacer que floreciese la piedad y que brillasen las ciencias en la nueva academia, procurando sobre todo que se conservase inalterable la disciplina en el clero, é impedir todo lo que pudiese menoscabar los derechos de la Iglesia; pero al fin el enemigo de la paz del género humano logró encontrar el medio de sembrar la zizaña en el campo del padre de familias, y la discordia se introdujo entre el pastor y las ovejas. Los que tenian interés en turbarlo todo para adelantar en sus propios negocios, lograron tan bien sus designios, que el prelado se vió en la precision, en el año 1322, de refugiarse en la ciudad de Florencia, ínterin que el amotinado po-

pulacho prendia fuego al palacio arzobispal de Pisa. El abate Ughel, que tanto alaba el valor y la firmeza de nuestro arzobispo, no señala ni consigna el motivo ó causa primera de esta conmocion popular. Mas en la citada obra de la *Italia Sagrada* hace algunas insinuaciones, que dejan comprender el orígen. Dicen que Odon de la Sale, adicto al pontífice Juan XXII, era por consiguiente opuesto á Luis de Baviera, cuyos partidarios comenzaban otra vez á turbar la tranquilidad de que la Italia gozaba. Existen tambien fundamentos para creer que la faccion renaciente de los Gibelinos era la causa de aquella nueva tempestad é inesperado trastorno, y que el celo del arzobispo de Pisa por los intereses de su hija la Iglesia fué la única razon que los facciosos encontraron para perseguir á aquel prelado, que durante diez años habia sido el objeto preferente del amor de sus súbditos, cuyas delicias causára en todo aquel espacio de tiempo. Esta sospecha es tanto más fundada, cuanto que cuando el clero de Pisa solicitó del pontífice que nombrára para suceder en la dignidad arzobispal al dominico Simon de Saltarelli, una gran parte de los ciudadanos de aquella república se opusieron al nombramiento bajo pretexto de que el sujeto que se proponia era natural de Florencia, y que podria por lo tanto ser favorable al partido de los Güelfos. Sin embargo, el papa Juan XXII al dar sus bulas á Simon Saltarelli para la provision de la iglesia de Pisa, nombra á la vez á Odon patriarca de Alejandría y abad ó más bien primer obispo de Monte-Casino, puesto que esta célebre abadia fué desde entónces erigida en catedral. Nuestro prelado, con la piedad y celo que acostumbraba, trató de aprovechar los preciosos momentos que la Providencia le concedia para trabajar en su propia salud sin descuidar la de sus hermanos. Su administracion empero no fué larga, pues Fernando Ughel dice que murió en aquella santa casa en el año 1323. El sabio autor que ha publicado la segunda edicion de la *Italia Sagrada* traslada su muerte á dos años despues, fundándose en que en el archivo de Monte-Casino se encuentra un mandamiento de Odon de la Sale de fecha 1325. Vicente Fontana, que sigue alguna vez la cronología del abate Ughel, no deja de citar los monumentos del convento de Pisa para probar que el patriarca titular de Alejandria, primer obispo de Monte-Casino, murió en 1334. Nosotros no dudamos de que este autor fuese engañado, porque lo que de cierto aparece es que Raimundo, monje de Cluni, sucesor de Odon en la silla de Monte-Casino, fué nombrado para desempeñar este cargo en el mes de Abril de 1326, año décimo del pontificado de Juan XXII.—M. B.

SALEL (Hugo). Nació en Casals, en el Quercy, en 1504. Abrazó el estado eclesiástico y obtuvo el favor de Francisco I, que le dió muchos considerables beneficios y le concedió el titulo de su poeta de Cámara, encargándole la traduccion de la *Iliada* en verso. Puso Salel manos á esta obra; pero la len-

titud con que comunmente se hace todo trabajo oficial, fué causa de que no terminase más que los doce primeros libros en versos de diez sílabas muy medianos. Parafraseó friamente el texto griego y dejó su obra sin color ni vida, por decirlo así. Pero fué tal la avidez con que fué acogida por el público esta produccion, que los libreros la fueron publicando por fragmentos á medida que Salel se los entregaba. Los dos primeros libros se publicaron en Lyon en 1542, y despues los siguientes, del 3.° al 9.° Los diez primeros se reimprimieron en 1545 y en 1546 con adiciones del 11.°, y el 12.° se halla en la edicion de 1570. Muriendo Salel sin concluir el libro 13.°, acabó Amadis Jamyn esta desgraciada version, y revisándola se publicó completa en París, en 1580, habiendo pasado treinta y ocho años entre la publicacion del principio y del final. La edicion de 1580 se ha reimpreso muchas veces en París en 1584, y en Rouen en 1605. Rousard prodigó grandes elogios á este trabajo, y escribió versos en los que pretende que Salel murió en la flor de su edad á consecuencia de su enemistad con los dioses protectores de los troyanos, que tan miserable habian hecho la vida de Homero. El principio de la Iliada dedicada á Francisco I, del que (segun él), Priamo fué abuelo, manifestará al lector si Salel merecia estos elogios:

Je te suply, Deesse gracieuse,
Vouloir chanter lire pernicieuse,
Dont Achilles fut tellement espris
Que par icelle un grand nombre d'espris
Des princes grecs par dangereux encombre
Firent descente aux infernales ombres....

A continuacion de un poema de Juan del Prado (Du Pré) *le Palais des nobles danses*, dice el biógrafo Gustavo Brunet, se halla un diálogo entre Júpiter y Cupido, compuesto por Hugo Salel en Lyon el 24 de Agosto de 1534, y tambien se ven composiciones en verso de este autor, á continuacion de las odas de Olivier de Magny, impresas en 8.° en París el año de 1559. —C.

SALELLES (P. Antonio). Nació en la villa de Oliva, arzobispado de Valencia en Noviembre de 1733. Entró en la Compañía de Jesus en Febrero de 1751; siguió la suerte de los de su religion, estableciéndose en Roma; como compañero inseparable de los jesuitas volvió á España; en ella permaneció hasta que por nueva órden salió otra vez, y se estableció en Roma, y fué recibido de aquel pueblo con mucha cordialidad; pero habiendo vuelto á vestir la sotana por el restablecimiento de su religion, y llamado por el gobierno español, volvió á Valencia, y murió en 12 de Noviembre de 1816.

Escribió: 1.° *La Religion Católica confirmada por la ley natural, traducido del que escribió en francés el canónigo Pey* ; cuya obra quedó manuscrita en su poder. — A. L.

SALELLES (P. Sebastian), catalan. Este religioso puesto que le cita en su Diccionario Amat, solo se sabe de él que fué jesuita, y que escribió una obra que se conserva manuscrita en la seccion de inéditos de la Biblioteca Nacional de Madrid, D. 125, titulada: *Epítome omnium quæ pertinent ad Tribunal Sanctæ Inquisitionis.* — A. C.

SALEM (Alí). Fué este convertido moro de Tunez y procedia de una de las primeras familias de aquella capital. Sus padres, como era consiguiente, le hicieron educar con el mayor esmero y delicadeza, procurándole todos cuantos conocimientos estuvo á su alcance el facilitarle. Era como todos los de su raza sectario de Mahoma y su pretendida religion, y observó desde luego cierta laxitud en los principios fundamentales de esta religion, que no le parecian conformes ni con lo que Dios debe exigir de la criatura, ni con lo que la criatura se debe á sí misma. Sin embargo, pasó sus juveniles años en las ocupaciones convenientes al mayor arraigo de su casa y familia, en los útiles recreos que les proporcionaban algunos adelantos en las ciencias y en las artes, y con rectitud suma se portaba en todo, procurando siempre encaminar á los que le rodeaban á la práctica de lo justo, acerca de lo cual tuvo siempre las más exactas nociones. Hemos dicho que nunca le satisfacieron las bases de su pretendida religion verdadera, y por esto se dedicó al exámen de los principios y fundamentos del cristianismo, como que era la en que vivian aquellos en quienes él observaba una conducta más regular y justa y más conforme á los principios que á él parecian con razon más equitativos. En el mismo Túnez encontró desde luego sacerdotes católicos que conociendo muy bien cuán provechoso le sería este exámen que puede decirse era como el medio indirecto por el cual la gracia se infiltraba en su espíritu, le dieron alas para que realizára sus deseos, le proporcionaron instruccion y medios de cimentar sólidamente sus conocimientos acerca de tan importante asunto, y le excitaron al más vivo deseo de pertenecer él tambien á aquella dilatada, familia en la cual todos somos hermanos, por ser hijos de Jesucristo Señor nuestro, cabeza invisible y perpétua de la Iglesia catolica. Indudablemente hubiera acabado por convertirse en el mismo Túnez si de allí no hubiera salido, pero aconsejado por los mismos misioneros que estaban en aquel importante lugar, determinó pasar á Roma, no tanto porque pensára en su conversion, cuanto por ver las muchas preciosidades que encierra la capital del orbe católico; así es que en los primeros dias de su estancia en aquel lugar no se ocupaba de otra cosa que de ver los monumentos más notables y de acudir á todas partes donde pudiese encontrar

cosa que le llamára la atencion. Mas por una de esas cosas que los del mundo llaman simpatía, y los que conocen y aprecian su justo mérito consideran como obra de Dios y como recurso de que se vale su gracia santísima para conseguir sus fines, que siempre son altamente benéficos para la miserable criatura; pues bien, por una de estas cosas inexplicables segun la humana apreciacion, nuestro buen Alí se prendaba de todo cuanto veia, y las tan peregrinas imágenes de María que tanto esculpidas como pintadas se ven tan frecuentemente en todos ó casi todos los museos de Roma, le arrancaban suspiros que se conocia bien partian del fondo de su alma, y que no pasando desapercibidos por los que estaban deputados para enseñarle las preciosidades, eran interpretados en su verdadero sentido, como el eco de una voz interior que gritaba á su conciencia para sacarla del marasmo en que primeramente la educacion y despues el respeto humano, tanto más excitante en él cuanto que gozaba de una posicion enteramente ventajosa, y era uno de los principales de su país. Mas como la criatura no puede resistir á los llamamientos que directamente le hace el Criador, ó para mejor expresarnos, no está en nuestra mano sofocar esas inspiraciones muy eficaces de la gracia con que esta se insinua, no pudo nuestro Alí Salem resistir sus buenos deseos por más tiempo del que Dios permitió que pasára para que fuese en él todo lo meritorio que podia la conversion al catolicismo. Saliendo un dia de ver el museo de pinturas de un cardenal, se encontró con otro moro conocido suyo, al cual habló de lo mucho que le admiraba la doctrina, costumbres y virtudes de los cristianos, y de los deseos que tenia de poder él ingresar en el número de estos tan felices hijos de Dios, únicos que parecian estar en camino de conseguir su dicha. El moro á quien encontró habia ya recibido de Dios el auxilio eficaz necesario para detestar sus errores, así que no solo confirmó, sino encomió como lo merecian las buenas disposiciones de Alí, y le manifestó que él estaba tambien resuelto á abjurar á Mahoma y su doctrina por seguir á Jesucristo y la suya; pero que ántes necesitaba instruirse, y que á lograr su deseo iba entónces mismo al colegio de catecúmenos. Es este establecimiento un seminario, digámoslo así, sostenido por la *Propaganda fide*, donde los operarios más útiles de tan importante obra se ocupan de conocer y desvanecer las diferentes aberraciones con que infieles, cismáticos y ateos tratan de ocultar la antorcha brillante de la divina luz con que la fe ilumina á los mortales. Nuestros moros fueron allí tratados con la delicadeza que es proverbial á los celosos padres misioneros, así es que desde luego se hicieron muy afectos á ellos, es verdad que la esmerada educacion con que estos se habian criado y sus otras recomendables circunstancias, no eran en verdad para despreciadas, y brillaban en su conducta como que eran, digámoslo así, inherentes á su

naturaleza, porque las habian adquirido desde la cuna, y es ciertamente muy difícil de perder aquello que en la cuna se adquirió. Nuestros moros manifestaron desde luego su intento de bautizarse abjurando ántes todos los errores de que se hallaban en posesion por decirlo así, y fueron instruidos con el mayor esmero en todo lo necesario para la salud eterna, y además en todos los preceptos y consejos del Evangelio, para que conociéndolos pudieran ejercitarse en su práctica, y por tan seguro camino llegar al apetecible puerto de salud, cuyo rumbo querian tomar, y querian tomar con el posible acierto. Como sus capacidades eran mayores que la del comun de las gentes, se les instruia más por menor que lo que se hace á otros catecúmenos; y como la verdad tiene un dulce atractivo que la hace irresistible, en el sentido de que á ella nadie puede oponerse, segun y como iban adquiriendo los catecúmenos mayor esclarecimiento, así se iban aficionando más, y por una muy provechosa fidelidad á la divina gracia se hacian cada dia más codiciosos de los grandes beneficios y especiales favores que son consiguientes á la dicha de ingresar en la religion verdadera: beneficios tanto más estimables, cuanto que estos sujetos reunian ya sobre el conocimiento y el conocimiento práctico de las fatales consecuencias del error, que si bien dominado por ellos ó mejor por la gracia de Dios en ellos, ya no habia porqué los intimidára, les servia para conocer y lamentar la aberracion de los que por desgracia suya se avienen aún con este tan fatal antagonista de la verdad, que como única tiene que ser por precision indivisible. Antes del tiempo que á otros catecúmenos suele serles preciso para instruirse de lo puramente necesario, estaba ya Salem y sus compañeros en disposicion de recibir el santo bautismo, mas hubieron de esperar todavía algunos dias, porque su misma celebridad habia ya hecho que el Padre comun de los fieles tuviese noticia de este gran suceso para ellos, y esta circunstancia hizo que el Papa determinára algunas cosas acerca de esta solemnidad. Aun cuando con todos los Padres de aquella santa casa simpatizaron desde luego nuestros moros, sin embargo el afecto que profesaron á D. Jorge Gallubbada, desde el primer dia que estuvieron en aquel asilo, fué especialísimo, así como puede decirse que fué especial el afecto con que este Señor los miró; razon por la cual á este se confió la importante obra de disponerlos para el santo bautismo, buscarles los padrinos y prevenir todas las demás cosas necesarias, indispensables en tales casos. Cuando ya todo estuvo dispuesto, se dió al Sumo Pontífice cuenta de todo, y como hemos dicho anteriormente mostró su deseo de que la solemnidad se verificára con toda ostentacion. Hubiera querido él bautizarlos por sí mismo, mas reparos y consideraciones que no es del caso juzgar en este lugar, le hicieron desistir de su piadoso intento, y entónces comisionó al Emmo. señor cardenal Zurla, su vicario, para que

desempeñase sus veces, queriendo siempre que aquella solemnidad en cuya celebracion tenia tanto gusto el Santo Padre se hiciera con todo el esplendor y magnificencia que procedia, puesto que se habia de demostrar en ella el triunfo de la verdad sobre el error, la preferencia que los catecúmenos daban á aquella sagrada religion que abrazaban sobre la falsa, que aborrecian, y más que nada el testimonio de su fidelidad á la gracia divina, que era el móvil de este como de los demás importantes pasos suyos. Eligióse para celebrar tan fausta solemnidad la iglesia de Santa María del Monte, y se dispuso todo con notable magnificencia, habiéndose agregado á nuestro Salem y á su compañero, para recibir al mismo tiempo las aguas regeneradoras, además del otro moro, un judío y una mora de diez y ocho años de edad. Verificóse, pues, en medio de una inmensa concurrencia, que ansiaba ver tan solemne ceremonia, el bautismo de nuestros catecúmenos; y es imposible describir cuál fué su júbilo, cuánta su alegría y qué extraordinario su consuelo al verse, por una parte, libres de toda culpa, y por otra inscritos en el gran libro de los hijos Dios, herederos por esta filiacion de su santísima gloria. El cardenal, como era consiguiente, les administró en seguida la confirmacion, y despues celebró el santo sacrificio de la misa, para que los neófitos recibieran la adorable Eucaristía, como en efecto la recibieron con devocion suma y con ardientísimo deseo, porque conocian ya por una parte la inmensa dicha que al hombre cabe en recibir á su Dios, y por otra las miserias y necesidades en que está constituido y de las que le salva tan adorable Sacramento. En fin, el dia 15 de Setiembre de 1827 en que esto se verificó fué para los neófitos y para Roma un dia de verdadero júbilo; para ellos, porque aseguraban su dicha; para Roma, porque afiliaba nuevos hijos, no porque á ella la importe tener más ó ménos por lo material, sino porque anhela el bien de todos, y este supremo bien solo se halla en la Iglesia católica. Por supuesto que como la proteccion que el Papa dispensaba á los neófitos les habia dado cierta celebridad, todos ansiaban verlos y el concurso era inmenso, razon por la cual el cardenal creyó muy del caso dirigirles su autorizada voz, y en ellos á todo el pueblo, lo cual hizo con sumo acierto patentizando en el beneficio que recibian los neófitos el singularísimo que recibimos todos al ingresar en el gremio del catolicismo, é hizo ver las obligaciones que á todos nos ligan, ora con el Dios de misericordias de quien logramos tantas bondades, ora con nuestros hermanos con los cuales nos hacemos una cosa misma, toda vez que nos unimos como miembros de nuestra invisible cabeza Jesucristo, Señor nuestro. Cuando se hubo terminado toda la solemnidad de la administracion de los sacramentos se cantó el himno *Te Deum laudamus* con gran solemnidad y produciendo una extraordinaria conmocion en todo el pueblo, que uniendo su voz á la de los recien

bautizados alababa á Dios con ellos por la singular merced que acababa de otorgarles, y al propio tiempo pedian para ellos el don precioso de la perseverancia, pues sin esto léjos de serles útil la gracia que acababan de recibir, les sería mucho más perjudicial, pues infinitamente más terrible es el cargo que Dios dirige á la criatura cuando está escudada bajo el sello del bautismo, que cuando gime en las tinieblas del error. El Santo Padre quiso colmar la obra de sus bondades recibiendo en audiencia particular á los neófitos, los cuales, como era consiguiente, quedaron prendados de su amabilidad y bondades, comprendiendo muy bien que solo el que es padre de todos puede tratar con la benignidad, dulzura y delicadeza con que lo hizo Leon XII, pues en verdad los trató de una manera que no se puede explicar. Todas estas cosas les hicieron muy favorable impresion, porque es claro que les atraian de una manera especial; así que trataron ambos recien convertidos de hacerse acreedores á que se continuáran con ellos las mismas deferencias, consideraciones y delicadeza que hasta entónces se les habia tenido. Como la conversion habia sido obra de la más profunda conviccion, y en nada ni por nada habian entrado los cálculos puramente materiales, y además su instruccion habia sido tan completa, en su espíritu se excitó más y más el deseo de corresponder á la divina gracia, y su anhelo fué cada dia mayor por todas las cosas que decian relacion á su aprovechamiento espiritual. Fundando su principal conato en el ejercicio de la más profunda humildad, hacian que esta fuese como la base de las demás virtudes, en las cuales se ejercitaban continuamente; su devocion en el templo era edificantísima y sus otras dotes excelentes, de todo lo cual se puede presumir con fundamento que Alí Salem convertido era todo un buen cristiano, porque como tal se acreditaba, así como se puede esperar prudentemente que acrisolado su espíritu por las tribulaciones con que el Señor le probó, pasó despues de su muerte á poseer la bienaventuranza de la gloria por siglos eternos. —G. R.

SALEMA (Sor Beatriz), religiosa dominica del convento de Santarem en Portugal, en extremo aventajada en la perfeccion, habiendo hecho un santo propósito de retratar en sí en supremo grado todas las virtudes juntas de una verdadera religiosa, en cada una de las cuales era única. Y no crea nadie, dice la Crónica portuguesa, que es este término retórico y querer salir del estilo debido á la historia; no es sino la seca verdad, y pecariamos contra ella, si por temor de manifestarnos amigos de encarecer, usáramos términos breves y ordinarios, y ménos significativos de lo que merece un valor no acostumbrado ni ordinario como fué el de esta madre. Y para huir de palabras y opiniones, iremos escribiendo sinceramente lo que de él encontramos, y sin más colores ni órden que el que tienen en su fuente. Primeramente porque no se pueda dudar de lo que digamos acerca

de ella, que fundó su vida en una profunda humildad tomando por voluntad propia todos los oficios más bajos y humildes de la casa. Ella era quien limpiaba todas las inmundicias del monasterio, y hasta á las esclavas ayudaba á servir como si fuera una de ellas, y no solo hizo esto miéntras fué jóven, sino tambien despues de muy anciana; pues siempre andaba limpiando lo que veia que no estaba limpio. En el coro no estimaba ningun oficio tanto como el de novicia. Así cuando las madres iban á él, ya tenia las luces encendidas, puestos y registrados los libros, y todo tan á punto sin ser obligacion suya, como si en realidad estuviera á su cargo. Érala muy fácil esta diligencia, porque dormia muy poco, que es otra de las grandes virtudes monásticas, y ninguna en la casa se levantaba tan temprano, y siempre estaba pronta á la misma hora, siendo por la misma razon quien de ordinario despertaba y tocaba á maitines. La falta de sueño no procedia de que su naturaleza fuese poco inclinada á él, sino de que la habia quebrantado y vencido con la fuerza de la abstinencia, soberana virtud conservadora de todas las demás. Asegúrase de ella que nunca comió más que pan, ya seco, ora en sopa, enviando su provision á los pobres presos de la cárcel, ó á otros pobres cuyo mantenimiento habia tomado á su cargo. Pero pues que tratamos de su caridad para con sus prójimos, no debemos olvidar la que usaba con las demás religiosas. Toda su vida acostumbró á servir á las enfermas, limpiarlas las camas, ir y venir á la cocina por la comida y cena de cada una con tanta diligencia, que áun despues de muy anciana competia con las más piadosas servidoras, y para que consideremos los juicios de Dios, siendo las obras de caridad tan estimadas de él, en particular las que hacemos por cualquier necesitado, en este ejercicio acaecieron dos casos á la santa anciana, uno de los cuales le costó perder una mano, y otro la vida, verificándose, segun su biógrafo, de la manera siguiente. Yendo á socorrer á una enferma á toda prisa, se quemó ó hirió una mano de tal manera, que á los pocos dias la salieron herpes, y puesta en cura quedó con vida; pero como fué necesario sajarla la mano, quedó manca, y sin embargo, no por esto escarmentó ni fué ménos solícita en los oficios de piedad. Era en el mes de Agosto, dia de Sto. Domingo de Guzman; la casa se hallaba revuelta y toda ocupada en festejar al santo. Entónces es el tiempo en que más padecen los enfermos, porque las grandes fiestas son siempre para los sanos y todos se quieren encontrar en ellas. Era ocasion de comer y se pasaba la hora; vió la santa anciana que no habia quien se acordase de una pobre enferma, débil y necesitada; no se quiso valer del privilegio de la fiesta ni de la edad, que ya entónces era casi decrépita, ni disculparse con el peligro del sol de Agosto, teniendo que ir á la cocina por unos patios donde daba en toda su fuerza; fué corriendo, llamó porque la

halló cerrada. Habia dentro tanto que hacer, que ó no se la oyó ó no se quiso oirla. Instábale á que se volviese el calor que allí hacia, pero era mayor el que de caridad ardia en sus entrañas; llamar y gritar pareciale género de paciencia é importunacion, siendo costumbre suya sufrir á todas las religiosas, no ser pesada ni dar disgusto á nadie. Escogió por menor mal el que era más en perjuicio suyo, que fué esperar y sufrir el sol; pero la resultaron unas calenturas, que aumentando cada vez más, se la llevaron á los pocos dias: así fué mártir de la caridad y al mismo tiempo de la paciencia y mansedumbre, pues con una falta que cometiera en cualquiera de estas virtudes excusaba la enfermedad. Por lo que se afirmaba era tan constante en la paciencia y tan blanda en la mansedumbre, que ni con una esclava se la vió nunca señal de ira, y sobrando en las comunidades grandes, como lo fué siempre la de aquel monasterio, ocasiones de disgustos, ella las sabia sufrir y evitar de manera que nunca perdió la paz del alma consigo ni con otra desde el dia que vistió el hábito de la religion. Siendo tal en las virtudes que se refieren al prójimo, era mucho más pronta de lo que se puede encarecer en las que solo tienen por objeto á Dios. Como solia llamar y despertar para los maitines, por lo poco que dormia, y era la primera que iba á ellos, asistia tambien á ellos y á todos los demás oficios divinos con tanto espíritu y tan elevada en lo que rezaba, que su rostro á los que estaban en el coro parecia de ángel. Siempre quedaba en oracion despues de las horas á que estaba obligada á asistir, y continuaba en ellas con atencion extraordinaria. Siendo cosa sabida que en tiempo de recreo, cuando para dar algun alivio al trabajo de todo el año concede la costumbre de la Orden dispensa en los maitines de media noche, la madre Beatriz Salema, no pudiendo conciliar el sueño en aquella hora y dejar de alabar al Señor, iba sola al coro y pasaba allí toda la noche hasta la hora de prima, tan olvidada de sí y de todo lo que la rodeaba, que por mucho ruido que se hiciera ó que sucediera algun caso extraordinario, nada bastaba para despertarla de aquel sueño del cielo con que sabe el Señor recrear á las almas que le aman. Cuando se hallaba así sola en el coro, el puesto que tomaba era en medio de él para quedar en frente al Santísimo Sacramento. La postura, no sentada como hacen las ancianas débiles y enfermas, sino de rodillas, con las manos levantadas y todos los sentidos encaminados al cielo en alta contemplacion. Acontecia en las tardes de verano entrar las religiosas y ver su rostro cubierto de sudor, sin hacer caso ni dar muestras de sentimiento. Pero lo más extraño es que hasta la hora de la muerte nunca cesó ni aflojó en este estilo ni órden de vida, ántes perseveró siempre siguiendo en el coro dia y noche, residiendo en él, salvo en cuanto era ocupada en los oficios de la comunidad ó acudia al servicio de sus enfermas. A tan continua oracion aumentaba una entra-

ñable devocion con la gloriosa Vírgen del Rosario, empleando en su ornato ó servicio de su cofradía cuanto iba á sus manos y podia granjear. Cuando llegó el fin de su vida de la fiebre que dijimos, acompañándola la comunidad, la sobrevino un desmayo que pareció término de quien queria acabar; cuando todas creyeron que espiraba, volvió ella en sí riendo con un gesto y viveza de sana, así es que una de las que se hallaban más cerca la dijo: ¿Qué es eso, madre, de qué rie? Visteis por ventura aquella Señora de quien sois tan devota?—Ella me dió su gracia;—y sin decir más, entregó el alma al Criador. Acompañáronle las madres hasta la sepultura, no con canto funeral y triste, sino en triunfo con un alegre *Te Deum laudamus*, segun convenia á la mujer que habia fallecido con la señal que da el Espíritu Santo á la mujer que conociera por santa, diciendo: *Et ridebit in die novissimo*. Murió riendo.—S. B.

SALEMOTH, hijo de Asasi y padre de Salsatto. I. Par. XXIV, 22.

SALENTINO, canónigo de las catedrales de Maguncia y Colonia, hijo de Enrique *el Viejo*, señor de Salentin, fué elegido para suceder al arzobispo Federico. Sus primeras atenciones se consagraron á la reforma del clero. En seguida procuró mejorar las rentas de su electorado, al cual hizo recobrar varios bienes enajenados, y adornó con suntuosos edificios algunas de sus ciudades. Segun confiesa el mismo Gundling, á pesar de ser protestante, gobernó muy bien su arzobispado. En 1574 fué nombrado administrador de la iglesia de Paderborn, y en 1577 tomó parte en la eleccion del emperador Rodolfo. Hallándose en 1576 en la Dieta de Ratisbona, se unió con los príncipes católicos para oponerse á la peticion que en ella hicieron los caudillos de los protestantes del libre y pleno ejercicio de su religion en toda la extension del imperio. Salentino no habia recibido aún los órdenes sagrados. Al ver que su familia, por falta de descendientes varones, fundaba en él todas sus esperanzas, renunció en 1577 los estados de Colonia, y con grande sorpresa de estos hizo en su presencia la abdicacion de su dignidad, y luego se casó con Antonieta, hija de Guillermo Juan, conde de Aremberg.—S. B.

SALEON (Juan de Ise de), arzobispo de Viena, nacido en 1669, se distinguió por su adhesion á la bula *Unigenitus*. M. de Soannen, obispo de Sénez, fué suspendido por el concilio de Embrun en 1727, y el abate de Saleon, nombrado por el mismo concilio vicario general y administrador de esta diócesis, comision tanto más penosa cuanto que el obispo de Sénez no carecia de partidarios, pero no tuvo que sostener esta lucha por largo tiempo. Nombrado al año siguiente para el obispado de Digne, fué trasladado sin haber tomado posesion de esta sede á la de Agen, y consagrado el 16 de Abril de 1729. En 1735 una nueva traslacion le condujo á la de Rhodez, donde tuvo ocasion de ejercer su zelo en beneficio de la constitucion. El P. Vion,

dominico, enseñaba á la sazon teología en el convento de su Orden de aquella ciudad. El Obispo condenó en un edicto los cuadernos que dictaba este religioso, como llenos de los errores del jansenismo. Vion, ántes de su condenacion, habia remitido al prelado en defensa suya una *Memoria* que no habia parecido satisfactoria. Creyó que se defenderia con ménos riesgo y más ventaja en un terreno que no estaba sometido á la jurisdiccion de su adversario. Retirado al Puy lanzó un escrito contra el edicto del Obispo, que fué denunciado como injurioso al episcopado, y se remitió su causa á Roma. El obispo de Rhodez escribió por su parte al Papa el 25 de Abril de 1742. Benedicto XIV, que ocupaba á la sazon la Sede pontifical, le contestó en un breve de 5 de Julio siguiente. Este prudente Pontífice, sin tratar el fondo de la cuestion, se contentó con trazar algunas reglas que debian seguirse en circunstancias semejantes, y elogiando el celo del Obispo, le encargaba la reserva y la circunspeccion. La conducta del P. Vion pareció tambien muy vituperable á sus superiores, que por un decreto de 15 de Marzo de 1743 le excluyeron de la Orden con prohibicion de admitirle en ningun convento. Apeló al capítulo, que creyó que por entónces no habia lugar á la apelacion. M. de Saleon continuaba sin embargo persiguiendo el jansenismo en todas partes donde le encontraba. Publicó y dirigió al soberano Pontífice dos escritos intitulados: *El Bayanismo y el Jansenismo resucitados*, contra los PP. Belelli y Berti, agustinos italianos y teólogos distinguidos. En esta ocasion recibió tambien el Pontífice una carta en que le instaba á condenar las obras, pero no se creyó conveniente acceder á esta demanda. Parece que M. de Saleon confundia la doctrina de Jansenio con el sistema agustiniano, que es muy diferente, y que se concilia perfectamente con las doctrinas de la bula *Unigenitus*, sistema sostenido, segun confesion de la Iglesia, por la escuela de Sto. Tomás, y por las escuelas de todas las Ordenes religiosas que vivian bajo la regla de S. Agustin. M. de Saleon fué nombrado para el arzobispado de Viena en 1746, y murió en 1.° de Febrero de 1771 á la edad de ochenta y dos años, dejando la reputacion de uno de los prelados más santos y sabios de su siglo. Además de los escritos expresados, se conocen sus *Instrucciones pastorales sobre la usura y sobre la autoridad de la Iglesia*; 1738, en 4.°, donde sostiene la doctrina antigua contra la nueva que se habia introducido sobre el préstamo á intereses subidos. —S. B.

SALEPH, segundo hijo de Jectam. *Genes.* X, 26.

SALERNIO (Fr. Diego), franciscano siciliano del siglo XVII, célebre por su erudicion y elocuencia. Nacido en un suelo que fué en la antigüedad la patria de las bellas artes, Salernio reunia todas las cualidades á propósito para brillar áun en medio de la sociedad más distinguida. Su excelente educacion, su no vulgar carrera ensanchó la esfera abierta ante sus pasos, y aun-

que viviendo en el retiro, cuando aparecia en el mundo era para dar inequívocas pruebas de que el tosco sayal que le cubria no habia enfriado el fuego de su corazon, de que en su alma ardia la santa llama de la fe y del entusiasmo. Sus discursos iban naturalmente encaminados á esclarecer las verdades de la religion de que era sacerdote; pero estas verdades, grandes como el universo, inmensas como el Dios que las ha revelado, recibian en su boca tanta ternura, tanta uncion, que conmoviendo al auditorio, le convencian por el sentimiento, tanto ó más que por la lógica con que las exponia. Aún se conservan fragmentos de sus discursos, entre los que nos parece bastante notable el siguiente: «Hemos intentado determinar cuál es en el conjunto de la vida humana el valor relativo del desarrollo material, y cuáles son las verdaderas consecuencias de su exageracion. El desarrollo material tiene un valor en la vida humana, porque tiene una funcion; este valor es relativo al lugar que ocupa en la gerarquía de las facultades humanas y de las fuerzas sociales. Pero la materia en el hombre no está arriba ni en medio, está abajo; el progreso material no puede por lo tanto sin romper el equilibrio humano y el equilibrio social, pasar más allá del rango de un progreso inferior. Nuestro siglo falta á esta grande ley del órden de conservacion y de progreso; por sus aspiraciones más generales y su movimiento más universal, tiende á elevar el progreso inferior al rango del progreso superior; las muchedumbres en particular, admiradas de las maravillas que se ostentan en el exterior, miran al desarrollo material no solo como una faz y una faz intima del progreso, sino como al mismo progreso. El hecho contemporáneo contradice al órden de la naturaleza; el movimiento del siglo siente la ley de las cosas, exagera, es decir, desarrolla más allá de los debidos términos el progreso material. Pero la exageracion del progreso material produce sus vicios cardinales, que se oponen á la marcha del progreso y abren el camino á la decadencia. Produce la degradacion del pensamiento, el endurecimiento de los corazones y la debilidad de las voluntades; suprime lenta pero infaliblemente estos diez elementos de toda educacion y de todo verdadero progreso de la humanidad, la elevacion, la espansion y la fuerza. Sopena por lo tanto de segura decadencia y áun de infalible ruina, el desarrollo material, aunque sea por sí mismo un progreso, debe guardar el rango gerárquico que le ha señalado la Providencia en el desarrollo armonioso de las facultades humanas y de las fuerzas vitales; y este puesto, ya lo hemos dicho, es el último puesto. Asignando al progreso material este rango inferior que deja adivinar la razon y que exige la naturaleza, no le hacemos injuria; no se ultraja á las cosas como no se ultraja á los hombres poniéndoles en su lugar. La pretendida igualdad de la materia y del espíritu es un sueño grosero en que la naturaleza y la razon son insul-

tadas mucho más que la fe; sueño de niño creado para un siglo caduco, que no se realizaria áun en medio siglo sin sumir á la Europa, arrancada al movimiento del verdadero progreso, en la humillacion y la barbarie. Bien diferente es el pensamiento del cristianismo y la ambicion de los cristianos. El cristianismo, que es el órden y la armonía por esencia, eleva á su rango todas las superioridades que ha creado Dios; pero al mismo tiempo conserva en su lugar las cosas inferiores, que por no ser llamadas á la supremacía no carecen sin embargo de sus funciones reales y su valor relativo en el hombre y en la sociedad. Hé aquí porqué despues de haber, á la luz del buen sentido y segun los datos de la naturaleza, determinado las funciones providenciales de la materia en la marcha del progreso humano, cuál es con respecto al desarrollo material el pensamiento del cristianismo, y cuál es en este punto el deber de los cristianos.» No seguiremos al autor en las largas consideraciones á que se entrega despues de la anterior exposicion, consideraciones oportunas y elocuentes, dignas de sumo aprecio en nuestro siglo, y mucho más en el que vivia el autor. Son una especie de profecías relativas al porvenir, pero que no tardaron en realizarse, como estamos viendo hoy. Inútil es despues de esto el decir el aplauso con que fué mirado Salernio en su siglo, las distinciones de todo género con que se le honraba, y el carácter altamente moral de sus discursos. Pertenece á este género una de sus obras, poco conocida ya, pero digna de particular estudio, que es á la que debe la fama que le ha concedido la posteridad. Este libro, sin embargo, no se conoce más que en las colecciones bibliográficas, raras ya tambien, y que hemos creido oportuno reproducir en esta obra. Intitúlase: *Triunfo del príncipe de los Apóstoles*; y fué impreso en 1650, sin que nos conste el lugar. — S. B.

SALERNO (Fr. Felipe), franciscano siciliano, natural probablemente de la ciudad que indica su apellido, tomó el hábito en los Menores conventuales, siendo muy jóven todavía, y desde luego se dió á conocer por las cualidades que distinguen á un buen religioso. Aplicado en sus estudios adquirió muy en breve vastos conocimientos, siendo promovido al grado de maestro de teología. Ejerció en efecto este destino con grande acierto y no ménos reputacion, siendo llamado á la corte imperial de Viena, donde ocupó tambien el puesto de teólogo cesáreo. Hubiese podido aspirar á mayores dignidades, mas las renunció todas por volver á su provincia, donde además del amor le llamaba el afecto que profesaba á sus hermanos. Allí desempeñó sucesivamente los cargos de ministro, provincial y visitador general, en que se distinguió por su buena aptitud para los negocios y deseo de los adelantos de su Orden. Consagrado á la práctica de las virtudes y á los ejercicios de devocion y piedad, le alcanzó la muerte á los ochenta años de edad, hallán-

dose en su convento de Alcaria el 14 de Julio de 1676. Habia compuesto las obras siguientes: *Sermon de Santa Agueda*, en italiano, con el título de *Nuova Pullade*; Catana, por Juan Rossi, 1634, en 4.°—Otro sobre el mismo asunto, intitulado: *Alti monte Catanense*; ibid., por el mismo, 1635, en 4.° *Sermon de S. Pancracio*, bajo el título: *J. Giochi Olimpici;* Messina, por Pedro Brea, 1636, en 4.° — *De Dominica XV post Pentecostem*; ibid., 1633, en 4.° — *Oracion fúnebre en la muerte del R. P. Onufrio Cinfora, General de la órden de S. Agustin*; Mesina, por la viuda Blasmi, 1640, en 4.° — *Oracion fúnebre en las exequias del R. P. Fr. Antonio de Ficara, ministro provincial de la provincia de Sicilia*; ibid., por Jacobo de Matthæis, 1645, en 4.° — *Oracion fúnebre en la muerte del R. P. Fr. Leon Bonfigluolo, General de la órden de los Carmelitas;* ibid., id., 1647, en 4.° — *Sermon de la Inmaculada Concepcion*, con el título: *Le due bataglie fatte da due Serafine;* Mesina, id., 1643, en 4.° — *De Epistola Beatissimæ Virginis ad Messanenses;* ibid., id., 1641, en 4.° — *Sermon de los santos Crisanto y Daría*; ibid., id. 1645, en 4.° — *De S. Nicolás Ermitaño*, con el título: *Victoria triplicata;* Palermo, por Alfonso de Isola, 1646, en 4.° — *Del glorioso S. Andrés Apóstol*, con el título: *Il Predicatore*; Nápoles, por Segundo Rampugliolo, 1651, en 4.° — S. B.

SALERNO (Fr. Juan de), de la órden de Predicadores, y discípulo de Sto. Domingo. Por los años de 1219 recibió el hábito de aquella sagrada religion de mano de Sto. Domingo, Fr. Juan de Salerno, natural de la ciudad de este nombre en la Apulla. En cuanto supieron su determinacion de hacerse religioso, se le acercaron algunos de sus deudos y amigos para disuadirle y estorbarle en su propósito, haciéndole presente los grandes inconvenientes que ofrecia la vida que iba á adoptar. Le pusieron por delante la nobleza de su linaje, la pingüe hacienda que debia heredar, y el gran bienestar que esta podia proporcionarle gozándola entre los suyos, añadiendo otras muchas reflexiones con el mismo objeto. Le encarecian sobremanera la pobreza y el abatimiento del estado que tomaba, los trabajos de la Orden, tantos, tan forzosos y obligatorios. No estaba Fr. Juan de Salerno tan bien dispuesto, tan mortificado, ni tan olvidado de su propia sangre, ni tan tocado del espíritu divino que no blandease con tales persuasiones; y al cabo pudieron tanto, que se decidió á desnudarse el hábito que tenia de fraile, y á pedir los vestidos de seglar que habia llevado. Hizo sobre el particular tan viva instancia, que los religiosos se los dieron con gran sentimiento de perder un sujeto de quien se prometian grandes cosas. El bienaventurado Sto. Domingo, en cuanto entendió la prisa que el novicio tenia por irse, y la pena y el disgusto que este arranque producia en los religiosos, se acogió á sus armas ordinarias, que eran las súplicas y fervientes ora-

ciones, y con grande sentimiento y muchas lágrimas pidió al Señor por la salvacion de aquel jóven, malamente engañado por sus falsos amigos. Miéntras el glorioso Padre estaba orando, el novicio se vistió de seglar con el mayor apresuramiento; mas apénas se habia acabado de vestir, cuando empezó á decir á grandes voces que se abrasaba, que le librasen los Padres de aquel fuego y aquellas llamas; que al punto le desnudasen, pues conocia que aquellas ropas le consumian y que iba á perecer, produciéndole indecibles tormentos; que sin perder momento le vistiesen las de fraile, de las que no se desnudaria jamás. Fué de tal modo aumentando la congoja y afliccion del novicio, al paso que obrando la oracion de Sto. Domingo, que allí mismo volvió á tomar el hábito de la religion que trataba de abandonar. Y desde aquel instante el bendito jóven Fr. Juan quedó desengañado de la falsa amistad y deseos de los parientes, cuando se trata de los negocios en bien del alma, y confirmado valerosamente en sus primeros y santos propósitos. El bienaventurado Sto. Domingo le cobró particular amor, y Fr. Juan le trataba con el mayor respeto y reverencia, poniendo el mayor cuidado en imitar en todo á tan preclaro y santo varon. Y pudo tanto, con la ayuda de Dios, en este ejercicio, que parecia y se le tenia por un nuevo Sto. Domingo. Era templadísimo en el comer y beber, y muy perseverante en la oracion, en la que ordinariamente empleaba la mayor parte de los dias y las noches. Estando tan acostumbrado á la contemplacion y atractivo de las cosas divinas, que muchas veces se arrebatataba y quedaba como sin uso de todos los sentidos y acciones corporales. En cuanto se desocupaba de los negocios y ocupaciones exteriores, volvia á la oracion con tal ánsia, que parecia haber estado preso ó violentado el rato que faltaba á aquel su ejercicio favorito. Era pequeño de cuerpo, pero muy grande de espíritu, y en esta grandeza perseveró hasta la muerte. Sto. Domingo envió á este bendito Padre desde Bolonia á Florencia, á tomar posesion de un convento ofrecido al Santo. Habia en esta última ciudad un mercader muy rico, que se llamaba Diosdado, al cual su confesor, por via de restitucion, le ordenó que fuera de los muros de la ciudad edificase una ermita con algunos aposentos donde pudieran recogerse y vivir algunas personas pobres y religiosas. Diosdado cumplió espléndidamente el mandamiento, labrándola á una legua de distancia de Florencia en un campo llamado Ripolitano. Algunos dias permaneció la ermita sin moradores, por no haberse encontrado personas convenientes y á propósito que la ocupasen, hasta que llegó á su noticia la institucion de la nueva orden de Predicadores, recien establecida, cuyo primer fundador residia en Bolonia. En seguida se dispuso y partió á esta última ciudad, y ofreció en persona á Sto. Domingo la nueva casa para sí y para sus frailes. Recibió el glorioso Padre con el mayor placer y alegría á aquel

sujeto, y la ermita que le ofrecia, y alzando las manos y los ojos al cielo, comenzó á dar gracias al Señor por haber inspirado y tocado en el corazon de Diosdado, uno de sus mayores deseos, que era el de establecer sus frailes en Florencia, por ser una de las más principales ciudades de Italia, donde esperaba conseguir ópimos frutos, mandando santos y aventajados predicadores. En seguida dió en el capítulo conocimiento á los religiosos de su satisfaccion por tan feliz suceso, y para que tambien por su parte diesen gracias á Dios por la merced que les hacia, diciéndoles: «Mucho debemos á Dios, hermanos é hijos mios, que sin procurarlo nosotros, ha tenido cuidado de darnos lo que más podiamos desear, que es una iglesia en Florencia, viniendo á ofrecerla el mismo que con sus bienes la ha construido. Llámase este sujeto Diosdado, que áun su mismo nombre nos indica que es dádiva dada por Dios. Desea que enviemos nuestros frailes á ocuparla, no dudando que seremos muy bien recibidos del pueblo y de la gente noble; mas áun cuando así no fuera, debemos intentar todo lo que pareciere posible y útil para provecho y bien de las almas. Yo tengo confianza en Jesucristo nuestro Señor, que entrando vosotros en Florencia con esta intencion, si procurais manteneros en santidad y justicia delante de sus ojos, nunca desfallecereis, ántes más bien cada dia conseguireis mayor fruto en la ciudad y su comarca. A cuyo santo fin os ruego que seais denodados y valientes, y como tales tomeis á pechos y con ardor las batallas del Señor contra los herejes y demás enemigos suyos. Y no os acobarde ser en corto número, ni ser muchos los contrarios, teniendo como teneis de vuestra parte el favor divino. Ni sea menor vuestro cuidado en procurar de ser santos, que en tratar de la salvacion ajena, porque así la santidad como la caridad, ha de comenzar de vosotros.» Con estas y otras muchas palabras y razones, avisó á sus súbditos y les previno lo que les convenia hacer en esta jornada, y cómo habian de conducirse y comportarse. Escogió doce religiosos, y los envió á Florencia, y con ellos á Fr. Juan de Salerno por su prelado. Y llamando á Diosdado delante del capítulo, se los encomendó mucho, entregándoselos como si fueran sus propios hijos, dándoles su bendicion con muchas lágrimas y ternura. Marcharon todos reunidos, y llegaron felizmente á la casa y ermita donde iban destinados, siendo extraordinaria su alegría y devocion el dia que en ella entraron, cantando himnos y salmos, en que se ocuparon hasta la noche. No salieron de la nueva posada por algunos dias, que tardó Diosdado, ocupado en proveerles de las cosas más necesarias y precisas. Pero cuando ya estuvo todo concertado, el prior hizo un largo razonamiento á los otros sus compañeros, hermanos y súbditos, manifestándoles más en particular los intentos y fines de su venida á aquel pueblo, no llevando el solo objeto de vivir en Florencia, ni para poder decir que te-

nian casa en tan principal lugar, sino para que con su venida se ostentase y se viese el fruto tanto en las vidas propias como en las ajenas. Para cuyo fin era indispensable y necesario, que con uniformidad de corazon y de voluntad, se apercibiesen y dedicasen todos á predicar y enseñar, que era su principal oficio ó destino, y se revistiesen sus entrañas de la misericordia y piedad que decia S. Pablo, para llorar los pecados y faltas ajenas, y ayudar á sentir á los pecadores, así en las confesiones como fuera de ellas, y que él mismo queria abrir y facilitarles el camino, comenzando el dia siguiente aquella empresa, para la cual esperaba que Dios le daria todo lo necesario, fiando en su eterna bondad y misericordia, y en las oraciones y meritos de su santo prelado Fr. Domingo, que rogaba por ellos, y quedaba esperando las nuevas de su aprovechamiento por horas. Con tan buenas disposiciones, salieron á predicar por Florencia el prior y los frailes, con admiracion del pueblo, y como este se paga tanto de las insignias de pobreza y penitencia, no en sí, sino en los predicadores, estimaba y celebraba mucho en estos Padres, viendo su humildad y pobreza en el vestido y calzado, tanto como en su alimentacion, semblante y compostura exterior, no observándose constantemente profesasen otro género de vida. Sobre todos era ejemplarísimo Juan Salernitano, que aunque jóven en la edad, era en el ser y en la prudencia cristiana anciano y de muchas canas. Era sobre todo digna de considerarse la composicion de su persona, el sosiego, la mortificacion y el olvido del mundo. Hacíanse por estas y otras cosas muy gratos al pueblo, siendo muy venerados y respetados. El tiempo que les duró Diosdado no padecieron necesidades; pero luego que este murió sufrieron muchas, porque la caridad de la gente en muchas ocasiones no lleva el plausible objeto de socorrer la pobreza y la indigencia con la limosna, sino el odioso de dar pábulo y autorizar su vanidad. Añádase á esto, que cuando los monasterios pobres tienen dueño particular, ó existen á su sombra, todos los desamparan, por no parecer que labran en suelo ajeno. Por estas razones pasaba mucho trabajo el prior, y le producia gran pena el ver el desmayo que producia en sus frailes aquel desamparo y triste situacion. Tambien contribuia á aquel resultado la descomodidad de la casa, situada tan léjos de la ciudad, y que les obligaba diariamente á hacer jornada entera siempre que habian de ir y volver de Florencia. Afortunadamente la autoridad y crédito que Fr. Juan de Salerno tenia con toda la ciudad, fué parte para que les proporcionasen otro sitio más acomodado junto á la iglesia de S. Pancracio, adonde se trasladaron luego, comenzaron á respirar, y recibieron en su compañía muchas personas, que en su regla y Orden se señalaron mucho. Entónces llegaron á Florencia los religiosos del bienaventurado San Francisco, con intento de tomar allí casa para su santa religion, y el piado-

so y bondadoso Fr. Juan Salernitano les cedió la casa que tenia en el campo Ripolitano, miéntras que Dios les deparaba otra mejor, y de la cual se mudaron bien presto, habiendo tocado los mismos inconvenientes. Entónces los religiosos de Sto. Domingo hicieron sirviese para una solemnísima casa de monjas, adonde se encerraron muchas y muy principales señoras y jóvenes florentinas, y tantas, que andando el tiempo por las muchas guerras de toda Italia, y especialmente las de aquella ciudad, fué necesario librar y favorecer á aquellas religiosas, sacándolas de aquel despoblado, y pasándolas al interior de la poblacion; mas como eran en tanto número, hubo que distribuirlas en varias casas. Despues se hicieron de la primitiva dos monasterios famosísimos, el uno que se llamó Sto. Domingo, y el otro que quedó con el antiguo nombre Ripolitano, repartiéndose entre ambos la hacienda por partes iguales. Estos fueron los principios que tuvo en Florencia la religion de Sto. Domingo. Pasado bastante tiempo, y estando Sto. Domingo en Bolonia, le llegaron nuevas de Fr. Juan Salernitano y de su comunidad que residia en Florencia, sabiendo con el mayor gusto y complacencia lo mucho que trabajaban en servicio del Señor, y el grandísimo fruto que hacian en aquella comarca con sus santas predicaciones y ejemplos, porque el Espíritu Santo habia enriquecido con sus dones á Fr. Juan en tanto grado, que en toda la ciudad y en su territorio era muy conocida y encomiada su gran penitencia, su aspereza y rigor de vida, su oracion perpétua, su mucha consideracion y meditacion, su caridad con los prójimos, y el celo fervientísimo de la honra divina, con que animosamente reprendia los vicios y desórdenes del pueblo, y remediaba las insolencias y demasías de los poderosos, humillándolos á todos y trayéndolos á la obediencia de Dios. Con tan buenas noticias se alegró en extremo Sto. Domingo, recibiendo un gran consuelo, y dió al Señor infinitas gracias por la misericordia que ejercia en aquellos habitantes, y por la que con él usaba particularmente, bastándole para perpétuo recuerdo y agradecimiento; y llevado de este contento y entusiasmo quiso visitar á Florencia, y ver á sus hijos, para animarlos en la prosecucion de sus meritorias obras, que tan buen principio habian tenido; estando bien persuadido que no bastan los buenos principios si los fines y remates no aciertan á ser tales; siendo la perseverancia la que recibe el premio, sin la cual se vienen á perder muchos años de trabajo, que llega á ser infructuoso. En cuanto llegó á Florencia, se aumentó la alegría de su espíritu, porque aunque habia oido mucho y bueno, superaba la realidad por lo que veian sus ojos. Admirábase de que en tan pocos dias hubiese crecido tanto aquella congregacion en número y en santidad. Para el logro de tan pronto y feliz resultado, Fr. Juan Salernitano habia recibido en su compañía á Fr. Claro Sextio, varon de gran virtud y muy señalado

en letras; á Fr. Oderico, canónigo de S. Pedro de Escaradio; á Fr. Diego Rubacontis; á Fr. Octavantes, de la casa de Nerla; á Fr. Rogerio Calcagno, primer inquisidor de aquella ciudad y despues obispo de Castro, que murió en Arezo; á Fr. Rodulfo Guidaloto; á Fr. Romeo Vizdomino, que eran de las nobilísimas familias de Florencia; á Fr. Lorenzo y á Fr. Regnerio, sacerdotes y curas de ciertas iglesias, y á otros varios de mucha calidad en el mundo, y entónces separados de él completamente, mostrando el espíritu que los habia traido á su lado. Sto. Domingo estuvo con ellos algunos dias, en los cuales diariamente predicó la palabra de Dios, en S. Galo, en S. Pablo y en otras iglesias y templos de Florencia, con el fruto que siempre, acompañando á su predicacion otras buenas y milagrosas obras, ántes de salir de Florencia, adonde habia recreado su ánimo con las santas prácticas y costumbres de aquel nuevo monasterio. Pero la necesidad que tenia de ir á otras partes no le dejó tiempo para gozar de aquel reposo, y despidiéndose de todos sus hijos, y dejándoles su santa bendicion, se partió. Apénas habia salido de las puertas de la ciudad, cuando á Fr. Juan de Salerno le aconteció un caso digno de memoria. Predicaba contínuamente con un fervor apostólico, y Dios le habia concedido un don especial para fijar y arrebatar la atencion del auditorio, de modo que miéntras duraba la predicacion, tenia á todos los oyentes suspensos y pendientes de su boca, sin distraer ni divertir su atencion á otra parte. El enemigo de las almas, cuyo principal oficio es desconcertar todo lo que es bueno, aprovechándose de sus artes en mal de la especie humana, hizo que una mujer que oia aquellos sermones con la mayor atencion, dirigiese esta, no á la doctrina del predicador, sino á su persona, haciendo que se pervirtiese, quedando apasionada y lisiada de amor mundano. Este desordenado deseo fué creciendo en el flaco y débil corazon de aquella mujer. Y despues de mil ideas que le ocurrieron para llevar á cabo su mal pensamiento, dió en el peor y más peligroso medio de todos. Cayó enferma en cama verdadera ó aparentemente, y pidió con gran prisa confesion, pues decia que como cristiana queria disponerse espiritual y temporalmente; y aunque el padecimiento parecia no deberse proceder con tanta urgencia, se alababa su zelosa prevencion, siendo así que con la mayor maldad del mundo ganaba nombre de temerosa de Dios. Toda su ánsia la cifraba en que el Sto. Fr. Juan de Salerno viniese á confesarla, y buscar quien fuese á rogarle y pedirle la hiciese aquel favor. Llegó el siervo de Dios, bien descuidado de las maldades que tramaba aquella infeliz mujer, como quien no tenia sino á Dios en su corazon, á quien amaba sobre todas las cosas, y por cuyo respeto muriera mil veces ántes que desagradarle. Comenzó la apasionada mujer su fingida confesion, y de tal modo procedia, que todo era mostrarle con dulces palabras

la dolencia secreta que la consumia. Al principio el siervo de Dios no podia comprender el fin á que iban encaminadas tan peregrinas pláticas, y dirigia todas las suyas á la conversion de aquella alma, y á hacerla capaz de la doctrina y del desengaño, que como cristiana debia tener en aquel artículo, si fuera verdadero de enfermedad ó de muerte. Mas como el modo de proceder de la mujer iba más al descubierto mostrando su flaqueza, Fray Juan quedó sorprendido, y con las mejores y más atinadas palabras que pudo trató de ponerla en razon; pero todo cuanto la decia era sin provecho. Y no bastándole la blandura, la cólera ni las reprensiones, se levantó y se fué á su monasterio, sin dar á entender á nadie lo que habia pasado. La mujer, que sobre apasionada y corrida quedó furiosa, por fin volvió en sí, y Dios hizo en ella tan maravillosa mudanza, que pudo igualar el bien de su penitencia con los males de su culpa. Y Fr. Juan de Salerno, con el espíritu de humildad que en él moraba, crecia en santidad y perfeccion con estas ocasiones, reconociendo en ellas la majestad de Dios, de cuya mano viene todo. Y gran número de personas tomaron el hábito de su religion con deseo de salvarse con seguridad y ventajas por aquel camino. Entre estas lo fueron Fr. Boninsegni, que con otros de la Orden padeció despues martirio en Antioquia; Fr. Ambrosio, predicador famosísimo y celebrado obispo de Rimini; Fr. Morando, que por sus santas y loables costumbres fué obispo de Fano; Fr. Aldobrandino Cavalcanti y otros muchos. El siervo de Dios y otros muchos prelados acudieron á Bolonia, sabedores de que su padre Sto. Domingo se hallaba en la ultima extremidad de su vida, y quisieron despedirse y presenciar su glorioso tránsito. Volviendo á Florencia despues Fr. Juan, se halló con que los clérigos habian perturbado en su ausencia su iglesia por intereses y provechos particulares de que á su parecer les privaba la vecindad de los religiosos; por lo que de S. Pancracio se habian mudado á S. Pablo, y de S. Pablo los tornaban á desasosegar de nuevo, hasta que Dios se sirvió mover el corazon de Foresio, un venerable clérigo y cura de Sta. María la Novella, que estaba muy inmediata, iglesia pequeña, por cuya razon estaba casi desierta, sin competencias ni pretensiones temporales, y se la ofreció de buena gana, por una parte movido de compasion y lástima al ver la injusta contradiccion que les hacian los que como eclesiásticos debian ampararlos, y de otra por la gran devocion que tenia á la Orden y á la santidad de Fr. Juan Salernitano. Este gran siervo de Dios, despues que vió el espectáculo de la muerte de su muy querido y amado maestro, fué creciendo en virtud, si era posible darla aumentos, haciéndose á cada paso con más relevantes méritos para su salvacion. Entraron en Sta. María la Novella á 8 de Noviembre del año 1221, haciendo renuncia de ella y de todo lo que era anejo y perteneciente su cura Foresio en manos del legado apostólico, que lo era en-

tónces el cardenal Ugolino, y con el expreso consentimiento de Julian, arzobispo de Florencia, y de todo el cabildo de la clerecía, y se acabó de formalizar y capitular todo por manos del cardenal, dando fin á los pleitos y diferencias de los clérigos de S. Pablo el dia 12 de dicho mes, quedando todos pacíficos y concordes por la misericordia de Dios, la cual se declaraba ya tanto con Fr. Juan de Salerno, que no solo era excelentísimo en la pureza de su conciencia, sino que estaba dotado de una gran penetracion para conocer en muchas ocasiones el poco decoro que guardaban sus súbditos cerca del Santísimo Sacramento del altar, lo que afligia en extremo su corazon; por cuya razon acontecia que cuando algunos iban á comulgar ó á decir Misa, los llamaba y en secreto los avisaba y hacia presente los descuidos imperdonables con que se llegaban á aquel sacrosanto misterio, diciéndoles: que si bien debe el religioso andar solícito y cuidadoso en todas las cosas de su alma, mucho más lo debia estar en aquellas donde se halla la salud y las prendas de la vida eterna. Así es que Fr. Juan lo trataba con grandísimo recato y diligencia, con espíritu y devocion, y solia con el divino Sacramento en las manos detenerse un gran rato en el altar, bañado en lágrimas y regalado con su dulzura y suavidad y de mil sentimientos espirituales que Dios le acordaba y concedia como manjar, que excedia en valor, contentamiento y gusto á todo lo criado sobre la tierra. Toda su vida la gastó predicando y entendiendo en el aprovechamiento y salud de las almas. Dios ilustró su existencia con muchos milagros. En tan santos y meritorios ejercicios duró algunos años hasta que Dios le quiso llevar consigo al eterno y glorioso descanso, enviándole una enfermedad cuyo término sabia Fr. Juan, y así se lo anunció á sus religiosos, los que sintiendo mucho su muerte, empezaron á lamentarse de aquella nueva y pronóstico que los afligia. Mas el siervo de Dios los consolaba en su pena, y los reprendia su ternura con palabras tan afectuosas y tan suaves, que parecia ser el espíritu de Dios el que se expresaba por su boca. Les pidió encarecidamente le ayudasen con sus oraciones, pues estas le harian más al caso y le aprovecharian más que las lágrimas, advirtiéndoles y aconsejándoles huyesen siempre de todo lo temporal, que como cosa finita se acaba y pierde; no así el cuidado con que se habia de buscar el bien que es eterno, y cuando falta la vida material, principia á poseerse y á gozar el usufructo de la espiritual. Pidió humilde, pero con grandes deseos, los santos sacramentos del Viático y la extremauncion, y recibiéndolos con mucha devocion y lágrimas, á poco tiempo con el mayor sosiego y reposo se separó aquella preciosa alma de su cubierta corporal para marchar á la patria celestial, acompañada de los ángeles. Le enterraron provisionalmente en una sepultura llana; pero despues de edificada la nueva iglesia, y creciendo el número de sus notables mila-

gros, le colocaron en sepulcro más conveniente con gran reverencia y cual correspondia á tan santo y ejemplar varon. Juan Cárlos Florentino escribió su vida con toda extension, detallando más los sucesos que esclarecieron sus virtudes y santidad, y á cuyo original puede acudir el que desee una relacion más circunstanciada de la historia de tan eminente y religioso varon, que dejó en su patria una imperecedera memoria. — A. L.

SALERNO (Juan Bautista). Este cardenal nació en Cosenza, de padres nobles. Entró en la Compañía de Jesus en Nápoles, en donde el cardenal Orsini, que fué despues papa con el nombre de Benedicto XIII, le vistió el hábito de S. Ignacio. Mandado á Roma por sus superiores, contrajo amistad con Annibal Albani, sobrino de Clemente XI, y despues cardenal, por cuyo medio se dió á conocer del Pontífice. Nombrado entre los examinadores de los obispos, fué destinado en 1709 como compañero del expresado Annibal en calidad de teólogo, en el viaje que emprendió de órden pontificia por Alemania y Polonia, en donde habia gravísimos negocios que tratar pertenecientes á la religion, la cual sufria detrimento en las provincias septentrionales con motivo de las pretensiones de los herejes holandeses. La Polonia tenia gran necesidad de socorros durante la obstinada guerra y ausencia de sus pastores de las diócesis, lo cual habia reducido á mal estado los intereses de la fe. En tan críticas circunstancias fué Salerno de gran ayuda en aquellos pueblos al prelado Albani; pero lo que más acrecentó el méritode Salerno fué la conversion de Federico Augusto de Sajonia, hijo de Augusto II, rey de Polonia, al que de los errores del calvinismo redujo á la verdad de la creencia católica, que profesó en 1712 en Bolonia. Para que la expresada conversion se mantuviese firme, se procuró por medio del P. Salerno, al que al efecto se mandó de nuevo á Germania, el confirmarla con las espléndidas bodas de la hija mayor del emperador Cárlos VI con el mismo Federico Augusto, que subió despues al trono polaco. Clemente XI recompensó los méritos y servicios de Salerno en 19 de Noviembre de 1719, creándole cardenal sacerdote de S. Esteban del Monte Celio, y le inscribió en las congregaciones de los Obispos y Regulares, del Concilio, los Ritos y otras. El rey de Polonia le asignó una pension de mil florines al mes, razon por la que el cardenal se mantuvo con mucho decoro, y fue muy próvido con los pobres. Despues de los cónclaves de Inocencio XIII y Benedicto XIII, á que asistió, fué á Navales para volver á visitar su patria, y fabricó en Tiboli una magnífica villa ó casa de campo, en la que hizo costumbre de retirarse en las vacaciones del otoño. Murió este Cardenal en Roma el dia 30 de Enero de 1729, á los cincuenta y nueve años no cumplidos de edad, y fué sepultado en la iglesia de S. Ignacio, no muy léjos del altar mayor, bajo una adornada lápida sepulcral, en la que se ostentó una elegante inscripcion

que le pusieron sus hermanos Francisco María y Fabricio. Ha quedado de este Cardenal la obra titulada: *Specimen Orientalis Ecclesiæ à concilio Nicæno primo usque ad Constantinopolitanum generale secundum*; Roma, 1706.—C.

SALERNO (Bienaventurada vírgen Sor Lucía de). Nació esta esclarecida sierva de Dios en Calatagirona, noble ciudad de Sicilia, de padres ilustres, que la criaron hasta los seis años de su edad primera con aquel cuidado de su buena educacion que ponen los nobles en la enseñanza de sus hijos. En esta edad, huyendo los padres de los excesivos calores del estío, se retiraron á una quinta; y la niña, dejándose llevar un dia de los impulsos sobradamente vivos de la niñez, burló el cuidado de las criadas y salió á una huerta donde vió una higuera cargada de sus frutos. Ansiosa con la golosina, no teniendo quien la fuese á la mano en su travesura, subió á la higuera al tiempo que iba arreciando una furiosa tempestad; y estando encima de las ramas cayó una centella que despedazó la higuera, y la niña cayó en tierra sin sentido y casi muerta, así del asombro como del golpe. Acudió á socorrerla milagrosamente un anciano venerable, que la tomó en los brazos y la restituyó al uso de los sentidos, y con muchas caricias la puso á la puerta de la estancia de sus padres. Reparando la niña en el extraño traje del anciano que la habia librado de aquel peligro, le preguntó quién era, á lo que el venerable respondió: «Yo soy el siervo de Dios Nicolás, obispo de Bari, de quien tus padres son muy devotos, y en premio de su devocion les hago este beneficio.» Entró la niña á presencia de sus padres muy alborozada refiriendo todo el hecho. Salieron á la huerta á registrar la higuera, y en su destrozo y algunos vestigios que la niña dejó de su caida, hallaron ser verdad el suceso referido, y poniéndose á dar gracias de tan singular favor delante de una imágen del santo, la niña dijo á voces: «Este es el hombre que me trajo á casa en sus brazos;» y los padres bañados en lágrimas de ternura devota, le dieron al santo las gracias y pusieron á su hija bajo su proteccion. Desde este dia olvidó la niña las travesuras de su edad, y se aplicó al ejercicio de las virtudes con la gravedad de una anciana, á que mucho contribuia el desvelo de su devota madre, que con ejemplos y doctrinas daba calor á su inocente espíritu. Ya todas sus diversiones se reducian á devocion, empleándose en engalanar un niño Jesus, con quien tenia sus cándidos amores, á cuyos pies postrada la hallaban muchas veces bañada en lágrimas. La madre, bien afecta á las virtudes, fomentaba sus fervores, y eran, con la continua aplicacion á ejercicios espirituales, maravillosos los progresos que hacia esta alma inocente en la perfeccion. Su obediencia á la madre era puntualísima, y teniendo hecha distribucion del tiempo, le lograba con aplicacion á las labores, con retiro al oratorio, y para la diversion única que tenia con su enamorado Jesus, pedia siempre licencia, teniendo por diverti-

miento la tarea de su santo amor. Hacia penitencias más rigurosas que las que permitia su tierna edad, pero siempre con sujecion á los dictámenes de su madre, que observando discreta los efectos de sus asperezas, y no reconociendo daño en su salud, la evitaba á veces el precepto para que volase libre su alentado espíritu. Entre otras virtudes, fueron muy singulares la misericordia con los pobres, para cuyo socorro se quitaba buena parte de su ordinario alimento, habiendo convenido con su madre que las limosnas que se diesen en casa corriesen por su mano, gracia que se le concedió para desahogo de su compasion. Otra virtud tuvo en grado muy heróico, que fué la castidad, de cuya pureza enamorada con especial inspiracion divina, llegando á la edad de doce años, consagró á su esposo Jesus por voto su virginal entereza, deseosa de hacer número en el hermoso coro de vírgenes que adoran al Cordero inmaculado. Por este tiempo vino de la ciudad de Salerno á Calatagirona una virtuosa mujer de hábito descubierto de la venerable Orden Tercera de S. Francisco, con pretexto de visitar á unos parientes suyos y de ajustar algunas dependencias de hacienda. Era mujer de mediana edad, de aspecto venerable, y en todas sus exterioridades tan ejemplar, que por ellas se conocia ser de muy buen espíritu y tuvo singular opinion de santidad. Tuvo entrada en casa de la santa niña, y trabó con ella amigable familiaridad, viéndola en todo tan conforme al genio de su devocion. Lucía, ansiosa de romper de una vez los lazos del siglo y seguir los impulsos de su vocacion, la pidió consejo de lo que podria hacer para dar entero cumplimiento á las continuas inspiraciones que tenia de vivir en humildad y retiro, con absoluto desprecio del mundo, para cuyo propósito encontraba dificultades y repugnancias en la casa de sus padres. La prudente mujer, enterándose muy pormenor de las fuerzas de esta vocacion, la dijo que no descubria modo más eficaz ni más cierto para ejecutar el divino beneplácito expresado tantas veces en la ilustracion que Dios la habia dado en sus interiores recogimientos, que el poner en perpétuo olvido la casa de sus padres y su patria; que si se sentia con resolucion de poner por obra este medio, la ofrecia en Salerno su casa, su asistencia y compañía. La santa doncella, aunque reconoció las dificultades que ofrecia la ejecucion de esta fuga, atropelló por todas, resolucion que mirada á la luz de la humana prudencia, parecerá arrojo y áun liviandad; pero ejecutada por instinto superior y divino, es virtud heróica, porque la prudencia sobrenatural tiene superiores medidas á todas las de la prudencia humana; y porque no quede con escrúpulo la crítica censura, dejando muchos ejemplares que califican el hecho, puede presentarse el de mayor excepcion y doméstico, cual fué el de la gloriosa Sta. Clara, que salió fugitiva de la casa de sus padres para seguir á su oráculo S. Francisco. Puesta ya en salvo Lucía en la casa de su

maestra y amiga en dicha ciudad de Salerno, dió noticia á sus padres por templar sus sentimientos ó por asegurar sus temores; pues sabiendo que estaba en compañía de una mujer famosa en aquella poblacion por sus virtudes, no podia quedarles rezelo alguno prudente que tocase en su decoro y decencia. En compañia de la que eligió por maestra, aprovechó mucho con sus buenos ejemplos, dando todas las riendas á sus fervores en ejercicios de mortificacion y penitencias. Era observantísima de la virtud del silencio, llave de oro que asegura el tesoro de las virtudes en el archivo del corazon. En compañía de su maestra salia de casa, ó á los templos, ó á los hospitales. En el templo, con direccion de su padre espiritual, frecuentaba el santísimo sacramento de la Eucaristía, para el cual se disponia con humilde y llorosa confesion, haciéndose cargo del inefable favor y misericordia del Señor, que se la comunicaba para alimento de su alma, dándola á gustar las dulzuras y suavidades de su santo amor. En los hospitales servia á los enfermos cuidando de su limpieza y regalo sin melindre y con piedad. Los consolaba y exhortaba á la paciencia para que se hiciesen meritorios á los ojos de Dios con la conformidad de sus dolores y trabajos Los ayunos y vigilias eran muy rigurosas, apocando con la falta de alimento y de sueño las fuerzas del cuerpo para dárselas ventajosas á su espíritu en el conflicto de las tentaciones en que con los esfuerzos de la humildad y el amor cantaba victorias, dándole á Dios la gloria de sus triunfos. En la oracion era muy contínua y fervorosa, y los empleos de su meditacion fueron siempre los misterios de la redencion humana, y con especial aplicacion al dulcísimo misterio del nacimiento de Cristo y de su pasion dolorosa, en que ya de ternura, ya de compasion, vertia copiosas lágrimas y padecia muchas veces mortales desmayos. Su maestra, viendo los presurosos vuelos de su enamorado espíritu, no la miraba ya como á discípula, y dejado el magisterio, la seguia con emulacion santa y con la admiracion de ver en edad tan florida tantos y tan sazonados frutos de perfeccion. Acometió á su maestra la última enfermedad, en la que la asistió con singular amor y devocion. Sentia mucho la sierva de Dios la soledad en que quedaba fuera de su patria, y en los vigorosos años de su juventud; y la buena maestra, viendo su desconsuelo, la consoló aconsejándola que para asegurarse de los peligros del siglo, era el puerto seguro la religion, en cuya voluntaria prision lograria su espíritu su más dichosa libertad, y que para este efecto la dejaba en su testamento porcion suficiente de su hacienda para que tomase el hábito de Sta. Clara, á que tenia especial vocacion. Así lo cumplió, y Lucía, habiendo asistido á sus funerales y solicitado en cumplimiento de su voluntad última, tomó el hábito de la gloriosa Sta. Clara en el convento de Salerno de la advocacion de Sta. María Magdalena. Sor Lucia, que en los tráfagos del siglo supo ha-

cer páramos para la devocion, puesta ya en la soledad silenciosa de los claustros, como bien ejercitada en cultivar su espíritu, entró y se portó en su noviciado, no como bisoña, sino como veterana y experta en la milicia de las virtudes. No se fió de las seguridades del puerto en que habia dado fondo, libre de las tormentas del siglo, porque no pocas veces en el puerto, por la sobrada confianza y mucho descuido se han experimentado graves peligros y lamentables naufragios; porque miéntras se vive sobre la inconstancia de las aguas, son peligrosas hasta las orillas. Mar es el mundo de borrascosas tormentas; puerto es la religion en que se guarece el hombre del furor de las tormentas, pero tambien al puerto, estando dentro de la mar, le alcanzan los peligros del golfo, si las amarras del cuidado no estan firmes. Hízose Lucía cargo de esta verdad, y rezelosa de las amotinadas olas de humanas pasiones, ni áun en el puerto se tuvo por segura. En el noviciado dobló las guardas á sus sentidos, puertas por donde el amor propio introduce sus engaños. Era de singular ejemplo para las monjas la modestia y mortificacion de sus ojos, la rígida observancia de su silencio, la inalterable paciencia de sus trabajos, la profunda humildad en sus acciones, el oficioso desvelo que ponia en los ministerios del servicio del convento, gozosa en los más ínfimos, y el fervor en las asistencias de oracion y coro. Era admiracion de las más ancianas y más fervorosas, viendo en una novicia el magisterio práctico y tan perfecto de la regular disciplina. Hizo su profesion con gusto y aprobacion de todas, que de tan felices principios concibieron grandes esperanzas de gloriosos fines, y vieron muchas el buen logro de aquellas esperanzas. Con las nuevas y mayores obligaciones de profesa, puso su mayor esmero y cuidado en la práctica de aquellas virtudes que son más propias del estado y en el siglo poco practicables. Con la negacion de la voluntad propia, sacrificada en las aras de la obediencia, desarmó al amor propio, que tiene su armonía y sus fuerzas en los desafueros del propio querer. Fué en esta virtud ejemplarísima y admirable, teniendo áun las más leves insinuaciones de los prelados por preceptos rigurosos; porque como los voluntariosos fingen trabajo en el precepto, ella rendida y obediente al mismo, tenia librada su seguridad y su alivio. Era amantísima de sus monjas, á todas las servia y acariciaba como á hermanas verdaderas, y á ninguna como amiga. Valíase de su discrecion, de su mansedumbre y piedad para consolar á las tristes, asistir á las necesitadas, templar á las descontentas, y sufrir con tolerancia las flaquezas impertinentes de todas. Mirábalas á todas como ejemplares de quien copiar virtudes, haciendo suyas con la imitacion aquellas que eran más singulares y sobresalientes. En la guarda de la castidad, de cuyas purezas era tan solícita, ninguna diligencia le pareció sobrada, ninguna mortificacion tuvo por nimia; jamás puso los ojos en el rostro de los hombres, y

con ellos sus palabras eran las muy precisas, dirigidas á su consuelo y su edificacion. En las asistencias de la comunidad fué indispensablemente contínua, teniendo esta ocupacion por la más importante, haciendo juicio que en la compañía de sus hermanas pudiesen tomar calor sus tibiezas. Su humildad por verdadera, siendo para todas ejemplo, vino á ser su torcedor, porque negociando con ella las estimaciones, que son gajes tan propios de esta virtud, la tenia atormentada con el peso de los aplausos, estando sedienta de desprecios; pero con la reflexion del bajísimo concepto que tenia de sí misma, quedaba mucho más humillada, y glosando sus alabanzas como ironías, las escuchaba como reprension, y aplicaba su cuidado á ser más humilde. En fin, era una idea cabal y perfecta de la regular disciplina, que acaudaló con su ejemplo muchos frutos de bendicion con la emulacion de imitarla. Sus penitencias eran rigurosas, mucho más que lo que se podia prometer de la debilidad de una mujer flaca. La máxima de no ejecutar ninguna de ellas sin consulta y aprobacion de confesor y prelado, la observó con grande indiferencia y rendimiento, rezelosa de los apegos de la propia voluntad, que no pocas veces vicia áun los ejercicios más virtuosos. Reconociendo el confesor la valentía de su espíritu, la dió licencia para los rigores que pretendia, siendo cruel con su delicado cuerpo. Eran muy frecuentes las disciplinas de sangre, contínuos los silicios, largas las vigilias, y sus ayunos de pan y agua en cantidades muy escasas. Todos los viernes, en memoria de la dolorosa pasion de su esposo Cristo, le traia crucificado en la mano, y eran los sentimientos de su compasion tan vehementes, que la ocasionaban mortales desmayos. Eran sus ojos fuentes de lágrimas, y este dia todo el tiempo que no era preciso para las asistencias de la comunidad, se retiraba del comercio con sus hermanas, y buscaba la soledad para desahogar su enamorado corazon en suspiros y sollozos. Eran sus ánsias sentir en sí los dolores de su amado, y favoreció no pocas veces sus deseos su divino amante. Este dia no comia ni bebia hasta despues de puesto el sol, en que tomaba una levísima cantidad de pan y agua, y aquella noche la gastaba toda en oracion, haciendo compañía en su soledad á María Santísima. Llegó á un grado muy alto de contemplacion, en que recibió de Dios inefables mercedes. Tuvo el don de lágrimas muy copioso, y de los cortesanos del cielo muchas visibles asistencias, que la confortaban en sus tribulaciones; y S. Nicolás de Bari, su antiguo patron, la favoreció mucho. Todas estas ayudas de costa eran bien necesarias para que su corazon tomase alientos para pelear contra las tentaciones, que padeció gravísimas por la envidiosa y rabiosa sugestion del comun enemigo, á quien con sus virtudes, y principalmente con la humildad, tenia muy ofendido. Esta alma santa, empeñada en el combate de la tentacion, hizo su virtud más robusta en la pelea, pero áun de la vic-

toria quedaba con rezelo de su fragilidad, y dándole á Dios toda la gloria del triunfo, deseaba verse libre de las prisiones del cuerpo, acordándose de los peligros de la culpa. Al duro golpe de sus penitencias y trabajos, rindió la naturaleza sus fuerzas, y le entró una calentura lenta, que vino á parar en ética ó consuntiva, y la redujo á tan extremada flaqueza, que parecia un vivo esqueleto. Sobrevinieron otros achaques y penosos accidentes, en que tuvo mucho ejercicio su paciencia, y sus hermanas mucho desconsuelo, rezelando que se acercaba su fin, y que les faltaria un ejemplar de sus virtudes, y el consuelo de sus tribulaciones. No hizo cama, y sin aflojar en los rigores de su vida, asistia á las funciones de la comunidad, muy parecida en este linaje de padecer y en este teson de obrar á su santa madre Clara de Asís. Eran en este tiempo los vuelos de su espíritu hácia Dios más frecuentes é impetuosos, sus lágrimas más copiosas, aplicando sus oraciones al bien de las almas, por cuya salvacion su excesivo celo ocupaba todo su corazon. La fama de sus virtudes era un poderoso atractivo que llamaba á los hombres para tomar consejo en sus resoluciones, remedio en sus necesidades, solucion en sus dudas, y de estas conferencias resultaron maravillosos efectos en conversion de pecadores y sanidad de enfermos. Sentia mucho este trato y comercio de los seglares, pero como la obediencia gobernaba sus acciones y veia los frutos, pasaba por esta mortificacion sin riesgos de su humildad, habiéndola colocado el Señor en tal altura de perfeccion, que no alcanzaban ya los vientos de la vanidad á turbar las cenizas de su propio conocimiento. El Señor la reveló el dia de su muerte, noticia que fué de gran júbilo para su corazon, ansioso de volar á su divino centro. Dió cuenta á su confesor y prelado, y trató de ajustar sus cosas para jornada tan precisa, que tiene su paradero en la eternidad. Recibió con grande devocion y ternura los santos Sacramentos sobre la desnuda tabla, que siempre le sirvió de cama, y habiendo pedido perdon de sus malos ejemplos á todas sus hermanas, las exhortó con palabras dulcísimas á la observancia de su regla, y arrebatada en éxtasis, cubierto de resplandores su rostro, entregó su feliz espíritu á su Criador el año de 1400. Fué muy sentida su muerte y muy celebrada su santidad, acudiendo á sus exequias numeroso concurso con aclamacion de sus virtudes. Se la dió sepultura en el entierro comun de las monjas, de donde años despues fué trasladado su cuerpo al sepulcro en que hoy descansa, en el convento de Sta. María Magdelena de Salerno. Es de mármol, hermosamente labrado, levantado del pavimento siete palmos junto al altar mayor, al lado de la epístola; sobre el arco que le corona está una pintura de la santa, vestida en hábito de clarisa, con una cruz en la mano derecha, y en la izquierda un ramo de azucenas; la cabeza coronada con diadema y resplandores, obra de un antiguo y célebre pintor llamado Andrea

Salernitano; frente del sepulcro arde siempre una lámpara, y las paredes de su ámbito estan cubiertas de pinturas de milagros. Cuando la sacaron del cementario comun de las monjas para situarla en este suntuoso sepulcro, sucedió una rara maravilla, y fué que al descubrir el cadáver para sacarle de la tierra, la hirió incautamente el azadon en el dedo de una mano, y se quedó oculto en la tierra. Estando ya para colocarse en la caja prevenida, dió de repente á la abadesa un dolor vehementísimo en una mano, y singularmente en uno de los dedos, de que resultaba á todo el brazo tormento intolerable. No se descubria ni en el dedo ni en el brazo señal alguna ó inflamacion, y habiendo probado con varios remedios para templar el dolor, que no produjeron efecto ni beneficio á la paciente, reparó una de las monjas que la mayor fuerza del dolor residia en el dedo correspondiente al que faltaba en el cadáver, y con superior instinto se dió providencia para buscar el dedo perdido, que se halló sepultado en la tierra, y al punto calmó el dolor que padecia la abadesa, y se dieron gracias al Señor que con tan cuidadoso desvelo guarda las reliquias de sus santos. La cabeza separada y puesta en una preciosa caja de plata, con abertura que cubre un cristal, se pone en el altar mayor á la veneracion pública el dia en que se celebra su fiesta con rezo eclesiástico y misa propia, por concesion del sumo pontífice Leon X, dada en el año segundo de su pontificado. Tambien se franquea para la devocion y para remedio una muela de la Santa, cerrada en una caja de plata y pendiente de una cadenilla tambien de plata, con cuyo contacto son innumerables las personas que han quedado libres de dolores de muelas y dientes. El convento de Sta. María Magdalena, donde existe este precioso tesoro, es de monjas Benitas, y con esta sola conjetura graves autores dan esta Santa á la esclarecida religion de S. Benito, como son: Octavio, Cayetano de Zaragoza de Sicilia, en el libro titulado: *Idea de los santos de Sicilia*, aunque en otra obra póstuma suya corrigió este yerro. Filipo de Ferrara en el *Nuevo Catálogo de los Santos*, y Roque Pirro en las *Noticias de la iglesia de Siracusa*, dicen lo mismo; pero todos estos autores se dejaron llevar de una levísima conjetura, despreciando ó no examinando las noticias, que convencen con evidencia que pertenece á la órden de S. Francisco. Es verdad que el convento de Sta. María Magdalena fué despues de monjas benitas, pero tambien es verdad que lo fué muchos años ántes de monjas franciscas, y por las vicisitudes é injurias de los tiempos, dejó de ser lo que fué primero, pasando á otra religion. Dos tradiciones se tienen en Salerno acerca del estado y fundacion de este convento: la una es de algunos que oyeron á sus mayores haber conocido en aquel convento monjas de uno y otro instituto benedictino y franciscano, que vivian juntas aunque con hábitos distintos. La otra, que siendo convento de monjas Clarisas desde su fundacion, llega-

ron á su clausura monjas benedictinas, fugitivas de la calamidad que en sus conventos habia ocasionado el furor de la guerra, y que estas, siendo muchas, vinieron con el tiempo á levantarse con el convento, habiendo fallecido las clarisas, todo lo cual tiene mucha probabilidad segun se ha visto en otros muchos monasterios. Los elementos firmes de la verdad histórica, que son tradicion, pintura y auténticos instrumentos, aclaran el hecho. La pintura que está puesta sobre el arco de su sepulcro es de monja clarisa, en hábito de color ceniciento con el anudado cordon de S. Francisco, pintura muy antigua del diestro pincel de Andrea de Salerno, celebérrimo en su arte. En esta misma forma estan las pinturas de tablas votivas y de los milagros que penden en el ámbito de las paredes del sepulcro. Las tradiciones ya se han referido. Los instrumentos auténticos y que hacen fe humana firme en grado supremo, son el rezo propio de la Santa, que se celebra todos los años en el 27 de Setiembre, que fué el de su dichoso tránsito. Su composicion es á imitacion del rezo de Sta. Clara, inculcándose en todo él que guardó en la órden de los Menores la regla y pobreza de S. Francisco. Otra duda de ménos importancia queda por resolver, ocasionada de lo que dice el ilustre Wadingo en el tomo VII de sus Anales, donde da por sentado que esta Santa pertenece á la religion de S. Francisco, que toca á la Orden Tercera de religiosas. Fúndase en que su maestra era tercera de hábito descubierto, y que en su retrato el velo es blanco y no negro. No cabe duda que en sus principios pudo serlo, y tendria el velo blanco como monja lega que fué en su orígen, y así debe inferirse de su mucha humildad en los empleos más ínfimos de la comunidad. El principal fundamento que asegura que la venerable Lucía fué religiosa de Sta. Clara, es en sumo grado convincente por el cómputo de los años ó del tiempo. Salió Lucía fugitiva de la casa de sus padres en la edad de doce á trece años, siguiendo á la Bta. de Salerno, en cuya compañía vivió muy pocos años, pues la beata, estando para morir, dejó en su testamento providencia para que Lucía viviese en religiosa clausura, cautelando por este medio los peligros á que se expone en el siglo una juventud hermosa. Entró en el convento de Sta. María Magdalena, donde vivió muchos años, y acabó en edad muy adelantada el año de 1400, á 27 de Setiembre. En este año apénas habia más que un solo convento de terceras regulares, verdaderamente religiosas, con votos solemnes, en toda Italia, que fué el convento de Sta. Ana de la ciudad de Fulgino, primera fundacion de la V. Angelina de Corvaria, que tuvo su principio el año de 1397. Este y otro, que en la misma ciudad se fundó pocos años despues, fueron los dos primeros conventos de terceras regulares verdaderamente religiosas que hubo en Italia, segun afirma el mismo analista Wadingo, que ocasionó la duda que tiene la solucion siguiente. La virgen Sor Lucía de Salerno fué monja profesa muchos años

ántes de su muerte. Murió el de 1400 en Salerno, cuando solo en la ciudad de Fulgino habia un solo convento de terceras regulares, tan nuevo, que tuvo su principio el año de 1397, tres años ántes de la muerte de la Santa. Consta, pues, que fué monja franciscana por el rezo que se recita en su fiesta; no lo podia ser de terceras regulares por lo que viene dicho con autoridad del mismo Wadingo; luego fué monja de Sta. Clara.—A. L.

SALERNO (V. Fr. Mateo de), religioso franciscano de la provincia de Santiago de Galicia. Tomó el hábito y profesó en el convento de Salamanca, donde se distinguió durante su vida, segun dice la Crónica, por ser toda ella un completo empeño del amor de Dios y de los prójimos. Fué muy decidido en observar á la letra la regla seráfica, y adelantando mucho en el estudio de la teología, fué un notable predicador del santo Evangelio, en cuya tarea consiguió grande fruto. Salia muchas veces por las calles y plazas de la ciudad, invitando á la penitencia á los ociosos, y llevados del suave olor de sus virtudes, ó aterrados de la eficacia de sus palabras apostólicas, le habian acompañado en grande número hasta la iglesia de su convento, donde volvia á hacerles espirituales y fervorosas pláticas, y cuando veia á sus oyentes más compungidos, era el primero que dejando el hábito, tomaba la disciplina; y al ver los más obstinados aquella santa decision, no tenian valor para no seguir tan poderoso ejemplo, y todos á su imitacion castigaban su rebelde carne para hacerla obedecer al espíritu. Fué muy abundante la cosecha que cogió de estos santos ejercicios, pues muchos, desengañados de las vanidades del mundo, tomaron el hábito en diversas religiones, buscando los infalibles bienes del cielo. Fué muy observante en la virtud de la castidad, tanto, dice la Crónica en un inimitable estilo, que siendo la conservacion de los candores de esta flor muy expuesta á los recios torbellinos con que el aquilon de la lujuria suele ajarlos, nunca jamás marchitaron la flor de su virginal pureza ni la pudieron sacar del puro terreno de su alma: así lo manifestaron sus confesores despues de su muerte. De aquí provenia su grande devocion al inefable misterio de la Eucaristía, en que se adora á aquel divino Cordero sin mancha que come y se sustenta de castos lirios. Para la celebracion de la festividad de este misterio, todo su afan era buscar entre los devotos aromáticos perfumes y olores que se exhalasen por toda la iglesia en aquel dia. Adornaba los altares de ricas alhajas que le ofrecian todos con gusto, viéndole tan cuidadoso del mayor lucimiento de aquella solemnidad, cumpliendo á un mismo tiempo con las solicitudes de su amor y el cargo de sacristan. Teníale la caridad en contínuo movimiento, sin permitir descansase su espíritu sino cuando empleaba todo el tiempo de su vida en los ejercicios del divino amor. Fué intenso el que tuvo á los Santos Lugares de Jerusalen, de cuya custodia se hallaba encargada la religion Será-

fica, y siendo el P. Salerno comisario diputado para recoger las limosnas, pasó tres veces á aquellos Santos Lugares, no solo para venerarlos sino tambien para llevar las limosnas que habia obtenido de los fieles. Eran muy eficaces sus palabras siempre que manifestaba las necesidades que padecian aquellos religiosos, y obtuvo grandes sumas de los reyes de España y de otros príncipes para pagar las exacciones con que por entónces molestaban los turcos á los católicos que habitaban en la Palestina. La experiencia de lo que allí se padecia era la más viva persuasion de sus deseos, y á muchos fieles despertó la memoria de una obligacion tan cristiana, haciéndolos creer era esta de mayor empeño que las que se contraen para cuidar de los templos en que se adoran los ídolos del mundo. Increpaba á otros en sus predicaciones por sus cortas dádivas, teniendo menos para Dios que para su interés y codicia. Decia que todo podia remediarse, cercenando mucha parte de lo que en él se gasta, y atendiendo á lo que por tantos títulos se debe; ó con ménos amor á la tierra, que no ha de servir sino para sepulcro, para quien es delirio reunir tesoros, ó con más amor al cielo que sabe pagar con infinitas usuras. Empleó muchos años en este santo ejercicio, repitiendo sus expediciones á Jerusalen, para lo que le sirvió de precioso báculo una cruz de madera, que se veneró durante muchos años alhajando la portería del claustro de su convento de Salamanca, y sin llevar otras provisiones para tan dilatado viaje que las que le proporcionaba la divina Providencia. Ocupado en estas devotas tareas se hallaba cuando le sorprendió la última hora en su convento de Salamanca; lleno de merecimientos y virtudes, y convertido en ángel por su pureza, pasó de esta mortal vida á serlo de la otra, segun piadosa tradicion. A su entierro fué tal el concurso y devocion, que le cortaron el hábito por reliquia y á gritos le aclamaban santo. Aunque la comunidad para consuelo del pueblo no le dió en muchas horas sepultura; con todo, fué preciso que el respeto de los nobles de la ciudad y el temor de la justicia, detuvieran á la multitud para que dejase lugar á que se celebrasen las exequias. Fué por muchos años célebre su memoria, y todavía se conserva por tradicion en Salamanca la de sus virtudes.—S. B.

SALERNO (Máximo de), del órden de Predicadores. Fué natural de Pizzo en el reino de Sicilia. Recibió el hábito de la órden de Sto. Domingo en el convento de la ciudad de Salerno, de donde tomó el sobrenombre. Floreció en el año 1406, y dejó escrita en latin y en italiano una *Vida de santa Catalina de Sena*, dividida en tres libros.—M. B.

SALES (Agustin), sacerdote, hijo de Agustin Sales y de Juana Alcalá, consortes, los cuales se ausentaron del reino de Valencia por las inquietudes de la guerra, y se domiciliaron por algun tiempo en el lugar de Valjunquera del reino de Aragon, donde nació su hijo Agustin el dia 21 de Diciembre

de 1707. De edad de ocho años vino á Valencia, encargándose de su educacien Mosen Francisco Sales, hermano de su padre, y estudió las primeras letras. Cursó las facultades mayores en la universidad de Valencia, donde recibió el grado mayor de teología el dia 7 de Mayo de 1731, presidiéndole el pavorde Luis Vicente Roger, uno de sus maestros. El insigne doctor Félix Gaston le dió un beneficio eclesiástico en su iglesia parroquial de San Bartolomé, y le apreció tanto el doctor Sales, que no quiso dar oidos á la pingüe conveniencia de capellan mayor de las Descalzas Agustinas de la ciudad de Pamplona, que le ofrecieron por Julio de 1738. Este mismo año, dia 27 de Octubre, la muy ilustre ciudad de Valencia le nombró su cronista, y para cumplir con este empleo recogió muchas medallas, inscripciones, manuscritos, papeles curiosos y otros monumentos antiguos, pertenecientes á la historia de aquella ciudad y reino. Dedicándose al mismo tiempo con la mayor asiduidad al estudio de los idiomas hebreo y griego; y en la Academia valenciana tuvo los cargos de corrector y secretario. Continuó trabajando con un celo y laboriosidad constante hasta el dia de su muerte, que fué en Valencia á 4 de Enero de 1774. Sabio de gran talento, mucha memoria é incansable escritor, de quien el titulo II del *Diario de los literatos de España*, dando razon de su *Apología crítica contra el P. Segura*, impresa en 1737, la defiende en diferentes puntos, citando los elogios que le dieron Feijóo y Sarmiento, y concluyen su discurso ó artículo 13, diciendo: «La apología está escrita con moderacion y cortesía; y en medio de ser breve, tiene bastante claridad y erudicion, y no pocos fundamentos para la defensa de su autor. Sus obras son las siguientes: 1.° *Ilustracion histórica á la vida de S. Juan Nepomuceno*; se hallará á lo último de la vida de este Santo, que compuso el P. Gerónimo Julian, disfrazado con el nombre de D. Gabino Romelini, impresa en Valencia por José Esteban Dolz; 1734, en 4.°, si bien la *Ilustracion* se publicó en nombre de D. Lope Hurtado de Mendoza.—2.° *Disertacion histórica, crítica y expositiva del sagrado Cáliz en que Cristo Señor nuestro consagró en la noche de la Cena, el cual se venera en la Santa Metropolitana Iglesia de Valencia*; al fin hay añadida una—3.° *Respuesta á cierta consulta sobre unos monumentos antiguos*; todo en Valencia, por José Esteban Dolz, 1736, en 4.° Añadió últimamente una *Advertencia*, firmada de su mano en 31 de Julio de 1741, en que enmienda el modo en que leyó la medalla de que trata en la respuesta.—4.° *Apología crítica contra la reciente inconstancia de un moderno*; en Valencia, por José Esteban Dolz, 1737, en 4.° Es contra el impreso que al fin del primer tomo del *Norte crítico* publicó el P. Jacinto Segura, intitulado: *Desagravio de un escrito del autor.*—5.° *Segura convencido en todo cuanto opone contra la disertacion del sagrado Cáliz*; en su primera y segunda parte de la *Verdad vin-*

dicada, habia salido en nombre de Fr. José Antonio Perez de Binitia. La obra se estampó en Valencia por el mismo Dolz, 1737, en 4.°—6.° *Juicio de la segunda apología del P. Fr. Jacinto Segura*; y *Demostracion de la cortedad del doctor Marcial Emo Mogunez, en materia de antigüedades*; en Valencia por dicho Dolz, 1739, en 4.° Es sobre la *Apología segunda* que el Padre Segura publicó contra los *Diarios*, y contra un *Escrito anónimo* que hay á lo último, en que pretendia su autor impugnar la *Respuesta á cierta consulta etc.* del libro del Cáliz. Este juicio se publicó en nombre de D. Fortunato Januseni, anágrama de D. Juan Antonio Fuster.—7.° *Carta sobre la suposicion de las actas de S. Lorenzo, atribuidas á S. Donato, abad Servitano.* Es la del número XXXV, de las añadidas á la *Censura de historias fabulosas*, de D. Nicolás Antonio, que publicó D. Gregorio Mayans; en Valencia, por Antonio Bordazar de Artazu, 1742, en fólio. —8.° *Noticias del hallazgo del cuerpo de S. Pedro Pascual, de las diligencias que practicaron la iglesia y parroquia de S. Bartolomé de Valencia para conseguir su reliquia, y de las demostraciones que hicieron por haberla logrado*; en Valencia, por José Tomás Lucas, 1744, en 4.° A ellas se sigue un sermon del doctor José Climent, cura de aquella parroquia, y despues canónigo magistral de la santa metropolitana iglesia sobre el mismo asunto, como se verá más adelante.—9.° *Origen de la devocion á la preciosísima Sangre de Cristo, y principios de su iglesia en la ciudad de Valencia.* Corre al principio de un librito que para fomentar la devocion de los fieles imprimió su cofradía en Valencia, por José Esteban Dolz, 1744, en 8.°—10. *Sermon del Sto. Cristo de la Fé, que predicó en el convento de Sta. Mónica*, dia 9 de Junio de 1745; en Valencia, por Pascual García, 1746, en 8.° Salió á luz con el libro de la historia de esta santa imágen, que publicó el doctor Francisco Ballester y Marco.—11. *Memorias históricas del antiguo santuario del Sto. Sepulcro de Valencia.* En la misma, por el mencionado Dolz, 1746, en 8.° Al final puso un *Exámen del sitio y duracion de la iglesia de nuestra Señora de las Virtudes*, contra el sermon que en la reedificacion de la capilla de la misma Vírgen publicó el doctor Francisco Mira, rector de la parroquial de S. Estéban, en cuya defensa salió en nombre de Juan Bautista Vergara, fabriquero de esta parroquia, un papel intitulado: *El Examinador reprobado en su mismo exámen*; contra el cual imprimió otro nuestro autor con este título:—12. *El Examinador confirmado en su mismo exámen, de ser fabulosa y de burla la permanencia del oratorio de las Virtudes en tiempo de moros y su sitio. Se desvanecen con un soplo los fundamentos de humo sobre que la apoyó Juan Bautista Vergara, fabriquero de S. Esteban, en su inocente papel lleno de equivocaciones*; en Valencia, por la viuda de Antonio Bordazar, 1746, en 4.°—13. *Demostraciones afectuosas con que el gremio de roperos celebró en Valen-*

cia en los dias 19, 20 y 21 de Agosto de 1746, *la proclamacion de nuestro católico monarca D. Fernando VI*; en Valencia, por Gerónimo Conejos, dicho año, en 4.° Falta el nombre del autor. Se omiten algunas *Dedicatorias*, y otras piezas menores que se han impreso de este autor, si bien entre aquellas es digna de especial memoria la que se halla en el libro de las *Instituciones medicinales* del doctor Francisco Pascual Virey, impresas en Madrid por Antonio Sanz, 1743, en 4.°, dirigida al egregio D. Juan Francisco Cabanilles y Villarrasa, conde de Casal y baron de Benifauró, la cual es del autor Sales desde *Señor muy ilustre*, hasta *con el mismo esplendor que aquellos*. Sus obras manuscritas son las siguientes: —14. *Dissertatio Sacra de Danielis ætate, quando fuit Babylonem adductus, et Susannam liberabit*, en 4.°—15. *De operibus sex dierum*; en 4.° Compuso estas dos *Disertaciones* en 1731.—16. *Historia et Chronologia Actuum Apostolorum ab Spiritus Sancti descensu ad Joannem Evangelistam ab hominum consortio subductum*; en 4.°, 1732. —17. *Scekel et Middak Israelis, seu de veterum Hebræorum ponderibus et mensuris cum nostris Hispanicis collatis, comparatisque*; en 4.°, 1734.—18. *Descripcion de la fiesta de la traslacion del Santísimo al nuevo templo de la congregacion del Oratorio en 29 de Setiembre de 1736, en folio.*—19. *Relacion de las fiestas que celebró Valencia en el quinto centenar de su conquista, en folio*, 1738.—20. *Serie cronológica de los rectores de la iglesia parroquial de S. Bartolomé desde el tiempo de su conquista, y en que la mandaron los canónigos reglares del Santo Sepulcro hasta el presente año 1738, en folio.*—21. *Historia del Santo Sepulcro é iglesia parroquial y patriarcal de S. Bartolomé de Valencia, en 4.°*, 1739.—22. *Disertacion crítica sobre la iglesia en que tuvo su canonicato S. Pedro Pascual, obispo de Jaen, y mártir, en folio*, 1739.—23. *Respuesta del P. M. Fr. Juan Cadenas Fuentes, del órden de Predicadores, catedrático de teología de prima en la universidad de Valladolid, al P. Fr. Tomás Güell*, en folio, 1739. Es contra una carta impresa en nombre de este religioso, dirigida desde Valencia á aquel maestro en 7 de Octubre del dicho año.—24. *Dictámen de Lucrecio sobre el mérito de los papeles que formaron Silvio, Flavio y el Duende contra un sermon impreso del P. rector de las Escuelas Pias.* Es un diálogo en 4.°, escrito en 1740.—25. *Notas á la vida de S. Fileto, convenciendo que fué supuesto discípulo de Santiago.* En folio, 1740.—26. *Discurso sobre el Reglamento de los cuarteles en el escudo de armas del ilustre D. Ginés Rabaza de Perellós, marqués de Dos Aguas*, en folio, 1741.—27. *Exámen de la crítica de los modernos franceses sobre el nombre y martirio de Santa Catalina, vírgen y mártir; y se demuestra que Eusebio Cesariense no habló de esta vírgen*, en folio, 1742. Sobre el mismo asunto escribió en latin.—28. *De Sanctæ Catharinæ Virginis nomine, et passione, adversus nonnullus Gallorum judicium*, en folio, 1743.—29. *Explicacion de*

las letras longobardas, que rodeaban una antigua campana de las religiosas del convento de la Trinidad, hecha á peticion de la R. M. abadesa, en folio, 1743. —30. *Explicacion del pavimento romano descubierto en Sagunto; y se convence que era el sitio donde los saguntinos á honor de Baco celebraban sus fiestas, llamadas de los griegos orgías, ó de los dioses del infierno*, en fólio, 1745. Le agradó tanto á D. Miguel Eugenio Muñoz, ministro de aquella Real audiencia, que la envió original al Sr. rey D. Felipe V, y mandó S. M. cubrir el pavimento, como se hizo luego, de suerte que pudiese conservarse. —31. *Satisfaccion á los dos reparos que hizo el Ilmo. señor D. Juan Bautista Ferrer, obispo de Lugo, sobre los Basilios, y primer prelado de Valencia: y se confirma el dictámen manifestado en las Memorias históricas del Santo Sepulcro.* Es carta escrita en Valencia y en folio, á 6 de Marzo de 1747.— 32. *Historia de Valencia desde su verdadero principio hasta Cárlos II, rey de España.* Luego que le dieron el oficio de cronista empezó á disponer una historia, dándola principio desde la fundacion de la ciudad de Valencia por los fenicios de Tiro, año octavo del reinado de David; y trabajando con mucha aplicacion, ordenó cronológicamente los sucesos. Pero como era preciso, para los que fueron posteriores á la conquista del rey D. Jaime, ver muchísimos instrumentos de los archivos de Barcelona, Zaragoza y demás del reino y ciudad de Valencia, quedó suspendida la prosecucion hasta que pudiese lograr algunas asistencias, ó tener órden de S. M., que en el año de 1747 fué enterado de aquel asunto. —33. *Genealogía de los caballeros Pascuales de Benimaurell y de Oliva, desde la conquista de Valencia hasta el presente año* 1748, en 4.° —34. *Relacion de lo sucedido en los terremotos que han experimentado varias poblaciones del reino de Valencia en este año de* 1748, *y diligencias del clero para aplacar la ira divina.* Se iba á imprimir en 8.° —35. *Valencia cautiva debajo la dominacion mahometana.* Enuncia el autor esta obra manuscrita en sus *Memorias históricas del Santo Sepulcro.* D. Justo Pastor Fuster añade el catálogo de sus obras las siguientes que no menciona Jimeno: 1.° *Antiguo monasterio del Santo Sepulcro de Basilianos; crítica exacta de las dos disertaciones del M. R. P. Fr. Jacinto Segura, opuestas á la verdad, y al crédito de la nacion valenciana.* Valencia, por Agustin Laborda, 1751, en 8.° —2.° *Historia de la aparicion de S. Pablo apóstol en término de Albocacer, reino de Valencia, apoyada en la tradicion y monumentos coetáneos*; Valencia, por José Estéban Dolz, 1760, en 8.° —3.° *Turiæ Marmor nuper effosum, sive Dissertatio critica de Valentino soladitio vernarum colentium Isidem. Valentiæ apud Jos. Thom. Lucam*, 1760, en 8.° En esta obrita da noticia á la página 39, de las avenidas del rio Turia, desde la conquista hasta la época de su autor, y padece una grande equivocacion explicando la lápida que en el dia está colocada en el muro de la parte de

fuera que enfrenta con el rio y lugar de Campanar, donde ántes habia una torre, que existió hasta el año 1782, y por órden superior fué derribada con otras tres que estaban en el mismo muro exterior, hácia el portal nuevo, llamado de S. José: el sitio de esta torre ocupaba hasta la mitad del camino, siendo su diámetro de más de treinta pies, segun lo manifiestan las ruinas de su plano, el material tan fuerte y sólido, que á fuerza de muchos barrenos y trabajo pudo derribarse, por ser toda ella maciza, desde su raíz hasta lo alto del muro. En 1810 se construyó en el mismo paraje de esta torre un baluarte con su foso, y pobló con cañones de varios calibres para la defensa de la ciudad en la guerra de la Independencia, cuyo fuerte en el año de 1812 se demolió y quedó en el mismo estado que ántes, ocupada Valencia por el ejército francés al mando del general Suchet. Volviendo á la inscripcion, dice pues el doctor Sales, que el P. Fr. Francisco Martinez, mercenario, le habia copiado, y dudando de su exactitud *(utinam bene)* la publicó en esta obrita, aunque totalmente variada; es verdad que tiene alguna disculpa, porque entónces estaba colocada en lugar algo elevado, con un pretil delante, que hacia difícil su acceso y su lectura, y para que se note la diferencia, á pesar de estar bastante maltratada se ha copiado exactamente para conservar su memoria. Tiene de alzada cuarenta y tres pulgadas y veinticuatro de ancho, el carácter es de letra longobarda de dos pulgadas y cuatro líneas de alto, y su exacta traduccion castellana es la siguiente: «En el año de la Natividad de nuestro Señor 1290, á 13 de Junio, fué comenzada esta torre llamada de Santa Catalina...» El doctor Sales con referencia á dicho P. Martinez la publicó del modo siguiente, página 40: ÇALTAN Y LO RIV A LA CIUTAT: DIE: 28 SETBRE: LANY DE: MIL: TRECENS: 28: A DIOHIT. DA FEB, ANY: NOU COMENSA A PUJA: AQUESTA TORRA: ARA JA APELLADA SANTA CATERINA M. A la mas mínima ojeada se echa de ver la discrepancia de la leyenda, porque ni áun tiene la M con que acaba, martirizando la inscripcion.—4.° *Historia del convento de la Trinidad, religiosas franciscas*; Valencia, 1761, en 4.°—5.° *Declaracion de una coluna del emperador Adriano*; Valencia por Monfort, 1766, en 8.°—6.° *Disertacion de la certidumbre del cuerpo de Santa Marcia;* Valencia, por José Dolz, 1766, en 8.°—7.° *Relacion del primer centenar de la colocacion de la imágen de nuestra Señora de los Desamparados en su capilla de la plaza de La Seo y fiestas de Valencia en* 1767. En dicha ciudad por Salvador Fauli, en 8.°—8.° Reimprimió y puso notas á los *Diálogos* de Luis Vives, y tuvieron tal aceptacion, que en breve se hicieron muchas impresiones.—9.° *Funciones históricas literarias de los años* 1599 *y* 1760, *tenidas en la universidad de Valencia en presencia de las Majestades, ó por sí mismas ó en representacion.* Impreso en Valencia, en folio. Son muchísimas las obras que este incansable escri-

tor dejó trabajadas, pues el mencionado Fuster dice que un índice que vió de su letra, ocupaba seis hojas. — A. L.

SALES (D. Ascensio), sacerdote y despues insigne prelado, natural de Valencia, donde nació el año 1700, maestro en artes, dos veces catedrático de filosofía, doctor, examinador y catedrático de teología en aquella universidad. Fué ántes beneficiado en la iglesia parroquial de S. Lorenzo, y prefecto de los estudios en el Real colegio de Corpus Christi; despues en el dia 29 de Noviembre de 1732, fué nombrado pavorde de la santa iglesia metropolitana de Valencia, siendo tambien rector del colegio de los Santos Reyes, y académico valenciano erudítisimo; últimamente, su acreditada ciencia y virtudes y sus muchos estudios, le merecieron la dignidad y mitra de Barcelona, la cual gobernó con singular aplauso y prudente celo hasta su fallecimiento, ocurrido en esta última ciudad el 17 de Enero de 1766, de edad de sesenta y seis años; como así lo asegura Aymerich en su *Episcopologio*. Su retrato de cuerpo entero está en la sacristía de la parroquial de S. Lorenzo de Valencia, de donde fué beneficiado. Imprimió: 1.° *Oracion fúnebre en las exequias que la Real universidad de Valencia celebró á la gloriosa memoria de la serenísima reina de España Doña Mariana de Neoburg, dia 24 de Octubre de* 1740. En Valencia por José García, dicho año, en 4.°—2.° *Oracion á la divina Sabiduría, patrona de la Academia Valenciana.* En Valencia por la viuda de Antonio Bordazar, 1746, en 4.° La dijo en el dia 7 de Enero del mismo año 1746; en ambas obras manifiesta su profunda sabiduría, erudicion, elocuencia y piedad. — A. L.

SALES (Cárlos Augusto). Este obispo y príncipe de Génova, sobrino del glorioso S. Francisco de Sales y primo del preboste de aquella santa iglesia el virtuoso Luis de Sales, nació en el castillo de Sales el dia 1.° de Enero de 1606. Fueron sus padres el conde Luis y Claudina Filiberta de Pingon. Hizo sus estudios en Lyon en el colegio de la Trinidad de los jesuitas, dirigido por el P. Monet. El papa Urbano VIII le confirió en 1630 el prebostado de la iglesia de Génova, á cuya dignidad reunió Cárlos Augusto el deanato de la colegiata de Annecy. El obispo Justo Guérin le nombró en 1631 vicario general y oficial de la diócesis. Desde Sales se retiró en seguida á los Voirons, de donde Benito Teófilo Chebron Villete le llamó á Moutiers para dirigir la diócesis de Tarentaise durante el viaje que hizo este prelado á Roma. Nombrado coadjutor de la iglesia de Génova por Inocencio X, fué consagrado Cárlos Augusto de Sales obispo de Ebron en la iglesia de Sto. Domingo de Annecy en 1645, pero en el mismo año sucedió en Génova á Justo Guerin. Aumentó la dotacion de la cátedra de teología del colegio de Annecy, y murió el dia 6 de Febrero de 1660 en la casa de campo que habia hecho edificar en Tresun, por cima de Annecy. Consérvanse de este pre-

lado las obras siguientes: un volúmen de poesías latinas que se publicó con este título: *Caroli Augusti Salesii Tulliani Allobrogis Præcociorum Quasillus;* año de 1627, en 4.° pequeño, sin nombre de lugar ni de impresor, pero que consta se hizo en Lyon. Dice su biógrafo Mr. Collambet, que el autor de este canastillo de primores solo contaba veinte años cuando dió á conocer este volúmen en verso, lo que explica y justifica en cierto modo el tono ligero y mundano de la mayor parte de estas poesías, en las que se advierte algun mérito, áun cuando Cárlos Augusto se entregó mucho en ellas á la imitacion.—*De vita et rebus gestis servi Dei, eximiæ sanctitatis Francisci Salesii episcopi et principis Genevensis, libri X*; Lyon, 1634, en 8.° Esta misma obra traducida en francés con el título: *Historia del bienaventurado Francisco de Sales;* Lyon, 1654, en 4.°—*Pequeño tratado práctico de la Penitencia*; Annecy, 1645, en 12.°—*Vida de la madre de Blonay, superiora de la Visitacion*; Paris, 1655, en 8.°—*Oracion fúnebre de la madre de Chantal*, pronunciada en 1642 é impresa en Annecy en 1645, en 8.°—*Compendio histórico de la casa de Sales Thorens en Génova*; Annecy, 1659, en 4.°—*Oracion fúnebre del duque de Génova*; Id., 1659. J. L. Grille, autor del *Diccionario Histórico*, cuenta en su tomo III que vió en 1791 en los archivos de Torens muchos manuscritos de Cárlos Augusto de Sales, cuyos títulos publica en una lista.—C.

SALES (Fr. Juan Bautista), religioso recoleto de la órden de S. Francisco. Nació en la villa de Albocacer el dia 18 de Mayo de 1718. Estudió en Valencia las primeras letras, y sintiéndose interiormente llamado de Dios á renunciar el mundo, cuando concluia en aquella universidad el curso de la filosofía, siguió con prontitud el divino llamamiento, vistiendo el hábito en el convento de la Corona de Cristo de la misma ciudad. Concluidos sus estudios defendió el acto público de teología; mas cuando sus prendas le llamaban para las lecturas, estimulado de lo que la fama publicaba por el mundo del venerable siervo de Dios Fr. Antonio Margil, habida licencia de sus prelados, partió de Valencia para Nueva España en 21 de Abril de 1742 con un vivo deseo de trabajar en la conversion de los indios occidentales. Designóle la obediencia el colegio de Sta. Cruz de la ciudad de Santiago de Querétaro, en el reino de Méjico, donde ejercitó con mucha aplicacion y celo el encargo de misionero apostólico de *Propaganda fide*, empleándose enteramente en la enseñanza, estudios y educacion de los indios. Despues de cuatro años, habiendo pasado Fr. Francisco Javier Ortiz, comisario de las misiones de la órden de S. Francisco en las Indias Occidentales, á visitar las que tenia á su cargo dicho colegio en la gobernacion de los Tejas ó Nuevas Filipinas, sucedió la gran novedad de pedirle con instancias nuevas misiones, el santo bautismo y el favor del rey católico y de sus armas vein-

te y seis naciones dilatadisimas de gentiles. Para este gravísimo negocio fué enviado á España el referido comisario con despachos del Excmo. Sr. Don Juan Francisco de Güemes y Horcasitas, teniente general de los ejércitos de S. M., virey, gobernador y capitan general de las provincias de la Nueva España, á solicitar licencia del rey para la fundacion de las nuevas misiones, la que benignamente concedió S. M., segun consta por Real cédula dada en el Buen Retiro á 16 de Abril de 1748. Existe un traslado impreso de la misma en poder del doctor Agustin Sales, primo hermano de Fr. Juan, el cual vino por compañero del expresado comisario en calidad de secretario de misiones, quien despues de lograda la Real cédula, corrió á pié todos los reinos de España, congregando de los conventos de su Orden dos misiones de las más lucidas que se han visto, así en el número de los operarios como en la calidad y esplendor de los sujetos, con todos los cuales partió de Valencia, donde se mantuvo algunos dias para volver á la América á proseguir sus tareas apostólicas, dia 4 de Diciembre de 1748. Antes de su partida dejó en el archivo de su convento de la Corona varias relaciones auténticas de prodigios, que la piedad cree milagrosos, obrados por el venerable P. Margil, despues de impresa su vida, que le habia entregado para este efecto el historiador de la Orden de las provincias de Nueva España, Fr. Juan Bautista Sales escribió un libro con el siguiente título: *Sententiæ et Placita ex Sanctorum Patrum, et veterum philosophorum fontibus hausta Ordine litterarum digesta, vitiis extirpandis, virtutibusque fovendis utilia.* Manuscrito en 4.° Queria el referido comisario imprimirlo en la corte á instancia de los PP. Franciscos del convento de Madrid, pero sus muchas ocupaciones en un negocio tan grave no dieron lugar á ello, pero regularmente se imprimiria en Méjico.—A. L.

SALES (Luis de). Nació este virtuoso eclesiástico en Saboya el año 1564. Terminó sus estudios literarios en París y recibió el título de doctor en teología en 1590. El año 1594 fué llamado para atraer á la unidad católica en union de su primo S. Francisco de Sales y el P. Querubin de Morienne, á los calvinistas del Chablais, los que veia el duque Cárlos Manuel I con dolor multiplicarse de dia en dia en esta parte de sus dominios. El sabio misionero, á ejemplo de sus piadosos cooperadores, supo convertir á los herejes sin perseguirlos, haciéndoles amar la creencia de que era el apóstol á fuerza de dulzura y de moderacion. Nombrado en 1602 por bula de Clemente VIII preboste de la catedral de Génova, se distinguió en sus conferencias diarias con los ministros de la reforma como un controversista sincero, lleno de celo y de caridad. Recogió con el mayor cuidado este virtuoso sacerdote todos los escritos y letras de que se compone la magnífica edicion de las obras del santo obispo de Génova, impresas en París en 1652,

y murió rodeado de la veneracion universal, á la edad de ochenta y un años, el dia 16 de Octubre de 1625. Conócense de Luis de Sales las dos obras siguientes en francés: *Carta de un caballero saboyano á un caballero lionés*, sobre la falsa alarma que Teodoro de Beza ha dado de la noticia de su muerte y de la de su vuelta á la religion católica; Lyon, 1598, en 8.°—*Negociacion de Luis de Sales*, canónigo de la catedral, concerniente á puntos de la fe con los ministros de Génova del 21 de Junio de 1597, en 4.° Segun su biógrafo Mr. Bonafons, esta última quedó inédita.—C.

SALES (Luis). Nació en la ciudad de Valencia el dia 20 de Abril del año 1740. Aficionado á la carrera de la Iglesia, estudió en la misma ciudad, y luego que se halló instruido tomó el hábito de religioso en la ilustrada órden de Predicadores en 1761 en un convento de su patria. Llamándose misioneros para ir á predicar el Evangelio á la antigua California, acudió voluntariamente á inscribirse en la mision, y salió con ella para aquel punto en 1770. Grandes fueron los servicios que prestó á la religion y á la humanidad en aquellos países á costa de muchas fatigas, puesto que consiguió con su doctrina, paciencia y constancia la reconciliacion de la California nueva con la antigua. Conseguido esto, se volvió con licencia de sus superiores á su patria y convento, al que llegó en el mes de Octubre de 1790, despues de veinte años de mision, en los que pasó muchos trabajos. Dedicóse al púlpito y se hizo una gran reputacion como orador. Escribió la obra titulada *Noticias de la California*, la cual se imprimió en 8.° en Valencia el año 1794. Tambien hizo el mapa particular del interior de la provincia y otro del exterior de la costa oriental y occidental, y dejó manuscrito su curioso viaje desde que salió de Valencia hasta su regreso. Murió este misionero en 10 de Setiembre de 1807.—C.

SALES (D. Miguel), presbítero beneficiado en la iglesia de Catí, nació en esta villa á 9 de Mayo de 1695, murió en la misma á 27 de Julio de 1761. En su juventud cultivó la poesía latina, pero en lo que sobresalió fué en la música del canto llano, en la que manifestó conocimientos sublimes y gusto exquisito, por cuyo grande mérito fué llamado á Valencia por Mosen José Pradas, maestro de capilla de la santa iglesia metropolitana, á fin de arreglar debidamente el canto llano de los himnos y escribir un libro de ellos para el uso de dicha santa iglesia, de órden del muy ilustre cabildo, lo que verificó con tanta maestría, que mereció el aplauso de los inteligentes con gran satisfaccion de dicho ilustrísimo cabildo, que mandó depositar en su archivo el original trabajado por D. Miguel Sales. Existe una copia de dicho libro, escrita de letra gallarda por el mismo Sales, con este título: *Hymnarium totius anni, tam de tempore quam de propiis Sanctorum, et de communibus. In usus Sanctæ Metropolitanæ Ecclesiæ Valentinæ à Michaële Sales at-*

que Doncláros presbytero Catinensi, in meliorem concentum redactum; approbante enuntiatæ sanctæ ecclesiæ Cantorum Magistro Josepho Pradas presbytero, rei musicæ peritissimo, atque antiquo et intimo auctoris amico. Anno reparatæ salutis MDCCL; en 4.°, un tomo. Al fin se halla unido otro con este título: *Responsoria brevia tam de tempore quam de Sanctis et de communibus.* La precede un prólogo muy erudito, y en él dice que habia escrito la composicion música de todas las Misas de los santos, así propias como del comun, en canto llano, y su antifonario con el acento justo y correspondiente, con el fin de desterrar innumerables yerros que se veian de ordinario en los libros de canto llano, y que su trabajo habia merecido la aprobacion de los inteligentes. Se conservan estos manuscritos de mano del autor en la iglesia de Cati.—A. L.

SALESIO (P. Jacobo), religioso de la Compañía de Jesus, natural de un pueblo llamado Lesou, de la provincia de Auvernia, en Francia; se crió y constantemente se educó desde sus primeros años en los estudios de la Compañía, y entró en la misma siendo colegial en el seminario Billomense, á 1.° de Noviembre del año 1575, siendo de diez y siete años cumplidos. Fué novicio en Verdun, y sabiendo más que con medianía las lenguas latina y griega, y con bastantes nociones de la hebrea, siendo buen filósofo y teólogo, se ordenó de sacerdote á 20 de Abril del año de 1585 en la ciudad de París. Se graduó de doctor en teología en Misiponte el año de 1585. Leyó en aquella universidad tres años la filosofía y dos años la teología escolástica, y muchos la moral, mas por falta de salud dejó la lectura. Sabia muy bien las letras humanas y buenos principios de las lenguas caldea, siriaca y arábiga, estando muy impuesto en las matemáticas. Era muy fuerte en botánica, y muy instruido en la naturaleza de las plantas, sus fuerzas y facultades, y con grande facilidad pasaba de la contemplacion de cualquier arbolillo á la de Dios, y á otros con la misma consideracion atraia al mismo fin. A esta vasta comprension de materias adornaba una grande y pronta memoria, que le dictaba áun lo que habia aprendido siendo niño. De la misma se valia para sacar felicísimamente y puntualmente sentencias de la Escritura y de los Padres, con oportunidad y sin variar en una diccion, citando exactatamente el libro, el capítulo y seccion. Tuvo siempre respuestas prontas y muy al caso, habiendo acometido con argumentos á los sectarios herejes, ó habiendo sido acometido por ellos; su modestia, su mansedumbre y menosprecio de sí y durante toda su vida fueron admirables, de que siempre dió muestras y continuados ejemplos. En la oracion persistia con un ánimo muy tierno y atento, y jamás en este ejercicio se divertia ó distraia; hablaba siempre de Dios ó de cosas referentes y que conducian á este objeto principal y predilecto; establecia juntas, ó como una especie de academias entre

los compañeros, cuyo concierto llenaba de jubilo toda la casa con sus santas pláticas. Era muy devoto del Santísimo Sacramento, y de ninguna otra materia hablaba con más gana y devocion que de sus excelencias. Miéntras que celebraba el santo sacrificio de la Misa no padecia distracciones, absorto todo en aquel tremendo misterio, y casi trasformado en otro varon. Trataba muy de ordinario del martirio, como quien le deseaba con grande ánsia; honraba con particular respeto á las reliquias de los mártires, favorecedor ínclito de la inmortalidad adquirida con sangre, á cuya dichosa suerte y término le guiaba la divina Providencia, porque habiendo partido de Tournon el año de 1592, donde leia la teología, se dirigió á Albemaco para defender allí la religion católica. Ejercitó allí su ministerio de la predicacion con tanto zelo, vigilancia y fervor, que á pesar del furor de los maestros calvinistas, le pidieron los fieles que les predicase la cuaresma siguiente, no pudiendo negarse á lo que se le pedia. En el ínterin, ocupada con engaños la ciudad por los enemigos, cayó el Padre y su compañero Guillermo Saltamochis en manos de los calvinistas en un sábado, 6 de Febrero, despues de mucho cansancio y de haberlos fatigado, padeciendo grande hambre; los herejes, queriendo hacer gala de piadosos, le ofrecieron un poco de caldo, pero el siervo de Dios no aceptó la comida, afirmando que no lo podia tomar sin quebrantar las leyes eclesiásticas que lo prohiben; de aquí tomaron ocasion para disputar; el Padre con sólidas razones les trató tan severamente, concluyéndoles con la verdad católica, que se hubieron de acoger á las injurias, baldones y malas palabras. Viendo el Padre que en todo procedian con furia y cólera, para poner fin á los debates, les ofreció el libro de Sacramentos, que tenia años ántes compuesto, y les dijo, que allí se contenia lo que en aquella materia él creia, y que le dijesen las dificultades que en contra de aquella doctrina se les ofrecian; pero la contestacion fué el tapiarle la boca con lodo, por el odio que tenian á su predicacion y á la fuerza de sus razonamientos. Al dia siguiente, por órden de los ministros y predicantes de la herejía, le escopetearon, y del primer balazo le derribaron un hombro, cayendo al suelo mal herido, donde le acometieron con espadas que escondieron en su pecho. El santo mártir no hizo otra cosa que pronunciar las palabras con que el protomártir S. Esteban perdonó á sus enemigos, y las que el Señor y Redentor dijo cuando entregó su espíritu á su Padre: invocando el dulcísimo nombre de Jesus, voló gloriosa su alma al cielo el dia 6 de Febrero del año de 1593. Escribió un tratado de los *Siete Sacramentos*, que fué la obra que dió á los herejes en la disputa, el cual no han querido devolver, ni movidos de ruegos ni de intereses, despues de su dichoso fin. Celebra á este insigne varon Gerardo Montasio con este epígrama:

Hæc quam flore novo charis, piæque

Præcingit foliis beata lauri,
Salesi placidos tabella vultus
Solers Dædaleo refert colore,
Quod non et referat precantis æstum
Flammis extinuit caleretantis,
Quantæ, vel Rhodopes novas per altis,
Vel Hœmi solvant jugis pruinas.

A. L.

SALETTE (Juan). Nació este prelado en Bearne. Fué obispo de Lacar é íntimo amigo del cardenal de Perron. Fué nombrado para este obispado por el rey Enrique IV hácia el año 1609, recompensándole el celo que habia manifestado contra los herejes. El rey Luis XII le devolvió todas las rentas del obispado que se habian confiscado de órden de la reina Juana de Albret, su abuela. Con el auxilio de este prelado restableció Luis XII la religion católica en el Bearne, en donde la habia abolido Juana de Navarra hacia setenta años. Murió este prelado, segun St. Marthe en su *Galia cristiana*, el año de 1630, y le sucedió en el obispado su sobrino Juan Enrique de Salette.—C.

SALEUCO DE CAPADOCIA (S.), mártir. En el reinado del emperador Galerio Maximiano, por los años 310 de nuestra era, el Firmiliano, gobernador de Cesarea de Palestina, hizo degollar á este cristiano por haberse resistido á incensar á los ídolos, despues de haberle hecho sufrir muchos tormentos. La Iglesia recuerda á este Santo el dia 16 de Febrero, con S. Porfirio, fiel criado de S. Pánfilo, al que los gentiles quemaron el mismo dia en la propia ciudad. — C.

SALEUR (Fr. Jacobo), franciscano francés, natural probablemente de Paris, en cuyo convento tomó el hábito y profesó, siguiendo además todos sus estudios y carrera. Distinguióse por su aplicacion, que le permitió hacer rápidos progresos en las más difíciles ciencias eclesiásticas, rayando á una altura de que hay pocos ejemplos en el siglo XVII en que floreció. Era por lo tanto buscado en las ocasiones de mayor empeño en que daba las mejores muestras de sí por su práctica en la lógica, su facilidad en argüir y resolver los argumentos de los contrarios, y su destreza en fin en confundir á cuantos contra él se presentaban. La elocuencia ha sido siempre una de las cualidades que con más aprecio se han mirado, en particular cuando se dirige al descubrimiento de la verdad y confusion de la falsedad y el engaño. Mas por desgracia no en todos los siglos se ha hecho de ella tan excelente uso, y con frecuencia se la ha aplicado al sostenimiento de superfluidades ó de hechos opuestos á la razon y áun al buen sentido. Así es que las peores causas han encontrado quien las defienda, y hemos visto levantarse en medio

de la civilizacion apologistas de la barbarie y de la decadencia, pues no se puede dar otro nombre á los pretendidos sabios, que han negado lo que la humanidad venia conociendo como lo mejor desde los primeros siglos, ó á los que se han opuesto á las lecciones de la experiencia, suponiendo lo mejor lo contrario, aunque habia sido ya condenado centenares de veces. Ignorancia indisculpable, si no es una falta de buena fe, que eternamente se debe censurar. No sucedió así á nuestro Saleur, humilde religioso consagrado á sostener las verdades de la religion confirmadas por la experiencia de diez y ocho siglos, sostenidas por una série de hombres, cual no los presentan la historia ni en la clásica Grecia, ni en la civilizada Roma, ni áun ninguno de los pueblos antiguos ni modernos. Así es que su vasta capacidad no tenia más que acudir á libros llenos de las santas verdades que defendia, y sin valerse más que de los argumentos en ellos empleados, podia sacar victorioso el principio que estaba sosteniendo. La fama que adquirió por su erudicion, ya en el púlpito, ora en las diferentes obras que compuso, le valió ser elevado al cargo de ministro de su convento de París, cargo que desempeñó durante un largo período y siempre con el mayor zelo y acierto. Posteriormente fué elevado al puesto de secretario de su provincia, que desempeñó durante el gobierno del provincial Fr. Jacobo Fraigne. En este tiempo fué en el que compuso su libro para la admision de religiosos y religiosas en la Orden, que no tardó en ver la luz pública bajo el título de *El Iris extendido;* Paris, 1653. Posteriormente dió tambien á la prensa los siguientes tratados: *Explicaciones de la oracion mental*; *Relój de la devocion ó la oracion vocal para las doce horas del dia, distribuidas artificialmente etc. Uniformidad de los ejercicios en un convento de París de la provincia de Francia; observancias regulares para las monjas terciarias que guardan clausura*; *antigüedad, dignidad y excelencias de los duques de Lorena*; Nanci, por Chavot, 1663 en fólio. — *Nobleza de los duques de Lorena y de los caballeros de Metz*; ibid. 1674, en 4.° — S. B.

SALGADO (Fr. Antonio), religioso franciscano y lector jubilado de la provincia de Santiago de Galicia, de que fué elegido provincial en 30 de Abril de 1707. Sus notables estudios habian hecho que éste religioso pasára la mayor parte de su vida consagrado á la enseñanza, para la que tenia particulares cualidades y talentos. Sus discípulos fueron muchos y muy numerosos, tanto que á ellos debió principalmente su elevacion al provincialato. Habia sabido inspirarlos amor y respeto, amor por la bondad con que los trataba, los buenos ejemplos que les daba y eficacia con que procuraba inculcarles todos los principios de ciencia y virtud que era su obligacion, é inspirarles respeto por su reconocida superioridad, su vasto saber y la altura á que se colocaba en sus explicaciones á que jamás pudo llegar ninguno de sus

discípulos. Así es que cuando trascurrido algunos años estuvieron varios de ellos en situacion de sucederle, comenzaron á comprender toda la distancia á que se hallaban de su maestro, la diferencia que habia entre aquel y ellos. Fué este un nuevo motivo para su respeto y áun para su admiracion, cuando promovido al elevado cargo del provincialato tuvieron ocasion para conocer más de cerca sus hechos y virtudes. Su vasta inteligencia comprendia al primer golpe los asuntos más difíciles y delicados, sabia resolverlos con brevedad y acierto y herir en la dificultad de que pendia su solucion. Así es que su provincia, léjos de decaer, aumentó mucho durante su gobierno, llevándose á cabo diferentes fundaciones, mejorando las antiguas y dando nueva vida á un vasto cuerpo hasta entónces inerte. Mejoró los estudios, procuró extenderlos al mayor número posible de religiosos, trabajó en obtener buenos predicadores y profesores, y en que estos llenasen concienzudamente sus sagrados deberes. Como en los religiosos el saber es una parte muy secundaria de su vida, se ocupó eficazmente en perfeccionar sus costumbres, en que fuesen un vivo modelo de devocion y de piedad, y lo consiguió introduciendo nuevas prácticas sin omitir las antiguas, y sin olvidar ninguno de los buenos ejemplos que les habian dejado sus predecesores. Así pasó lo mejor de su vida, hasta que llegada la hora de la muerte fué á descansar al seno de la justicia, dejando eterna memoria de sus hechos y sus virtudes.—S. B.

SALGADO (Dr. D. Francisco), hijo de D. Francisco Salgado y de Doña Bernarda Hernandez, fué doctor en sagrada teología, capellan de honor y predicador del número del Sr. D. Felipe V, receptor de su Real capilla, examinador sinodal de este arzobispado, calificador de la Suprema, abad de la colegial de S. Salvador de Sevilla, y cura de palacio electo por Setiembre de 1726. Estos empleos desempeñó con el mayor celo hasta el año 1733 por el mes de Octubre, que el rey, viendo sus prendas, propias de un prelado, le presentó por obispo de la santa iglesia de Guadix. Gobernó su diócesi once años hasta el de 1744, en que murió el dia 26 de Abril con grande sentimiento de todos por sus virtudes. La Congregacion de S. Pedro de Sacerdotes naturales de Madrid, de que fué individuo desde 19 de Abril de 1709, y dos veces su capellan mayor, le celebró honras en la iglesia del Oratorio de Padres de S. Felipe de Neri el dia 20 de Mayo.—A. y B.

SALGADO (M. Rdo. P. Mtro. Fr. Juan Sobrespa y), religioso del órden de S. Benito, predicador general de su religion, abad del monasterio de Sopetran, individuo de la Academia de la Historia desde 1786, en la que dió pruebas de su erudicion y vastos conocimientos, lo mismo que los habia dado ya en su Orden de su elocuencia y virtudes, porque mereció ser elevado á sus primeros puestos y dignidades, en que correspondió á sus buenos antecedentes hasta su muerte ocurrida á principios de este siglo.—S. B.

SALGADO (P. Mtro. Fr. Miguel), religioso cisterciense del monasterio de Carracedo, natural de Santiago de Galicia, presidente de abad en su monasterio, promotor fiscal en los de Airles, Palencia y Aranda de Duero, sujeto muy estudioso y entendido. Escribió: *La Corneja de Leodio, ó defensa tripartita de un famoso Triunvirato, en que se muestra la inocencia del P. Juan Piéu, de la Compañía de Jesus: se vindica la veracidad del V. Guillelmo, y se reduce á su esplendor primero la castidad de N. Gran P. S. Bernardo*; 1754, en 4.°; manuscrito que se conserva original con la aprobacion de la Orden para su impresion en el monasterio de Carracedo.—*Contraste del sistema de la generacion uniforme.* Ignórase el paradero de esta obra, en la que parece que el autor se habia propuesto impugnar el sistema ovario del Mtro. Rodriguez, y la que se hallaba ya con las licencias para la impresion, Tambien parece que se perdieron otros escritos de este religioso al tiempo de su muerte, cuya fecha no hallamos citada en los autores.—S. B.

SALGADO Y ARMADA (D. Nicolás), colegial del Viejo de S. Bartolomé de Salamanca, natural de Santiago de la Parada, diócesis de Orense, bachiller teólogo, hijo de D. Gonzalo de Salgado, originario de Gargalo, señor de las fortalezas de Borregueiros y Parada, y de Doña María Leonor de Armada, originaria de S. Salvador de Vide, del mismo obispado de Orense; nieto por línea paterna de D. Juan de Salgado, Gundin y Piñeiro, y de Doña Isabel de Aballe y Acuña; y por la materna de D. Juan de Armada, señor del Casal y del Pozo de Villamea y Contrichouso, y de Doña Isabel de Salgado y Mendoza. Fué recibido por colegial en 13 de Noviembre de 1698. En el de 1701 se graduó de licenciado en teología, y en el siguiente llevó cátedra de regencia de artes. El año de 1703 obtuvo la canongía lectoral de escritura de la santa iglesia de Palencia; y en el de 1710 pasó á oponerse á igual prebenda en la santa iglesia de Santiago, y despues de haber ejercitado, ántes de proveerse, le asaltó una enfermedad que en breves dias le quitó la vida en aquella ciudad.—A. L.

SALGADO DE SOMOZA. Este Abad de Alcalá, en el antiguo reino de Granada, nació en la Coruña, ciudad de Galicia, y llegó á ser por su disposicion y talento presidente del Consejo de Castilla, despues de haber sido juez y consejero en otras jurisdicciones. El rey le nombró abad de Alcalá la Real en el expresado reino de Granada, en donde murió el año 1664. Hubiera llegado á mayores dignidades eclesiásticas; pero Roma se opuso á ello, porque no aprobaba sus opiniones. Escribió las obras siguientes: *De regia protectione, vi oppressorum, apellantium a causis et judicibus ecclesiasticis.*—*Tractatus de supplicatione ad Sanctissimum, à bullis et litteris Apostolicis nequam et importunè impetratis.* Nicolás Antonio hace mencion de este Abad en su *Bibliotheca Hispana.*—C.

SALGUES (Santiago Bartolomé), literato y periodista, nació en Sens hácia 1760; siguió la carrera eclesiástica y enseñó en un principio retórica en el colegio de esta ciudad. Despues de haber desempeñado algunos cargos municipales á principios de la revolucion, se hizo sospechoso de realismo; se decretó su acusacion en 18 fructidor, y fué condenado por contumaz á la deportacion. Al cabo de diez y ocho meses obtuvo la amnistía, marchó á París y se consagró por completo al cultivo de las letras. Durante todo el imperio trabajó en diferentes periódicos y recopilaciones literarias. En 1814 se manifestó partidario celoso de los Borbones, y en calidad de redactor del *Journal de París* cambió de tono, y al elogio reemplazó la injuria. Salgues se mezcló en la segunda restauracion por medio de un gran número de folletos en la cuestion de los jesuitas, y se manifestó ardiente adversario de la Compañía de Jesus. Murió en 1850; citaremos entre sus obras: *Memorias para servir á la historia de Francia durante el gobierno de Napoleon Bonaparte y durante la ausencia de la casa de Borbon, con muchas anécdotas particulares de los principales personajes de esta época*; París, 1814-1828, 9 vol. en 8.° Este libro deja mucho que desear; pero como era la primera obra completa que se publicaba sobre la revolucion y sobre el imperio, encontró un gran número de lectores. *Miscelánea inédita de literatura*, de *Laharpe*; ibid., 1810, en 8.°, compuesta de artículos extractados del *Mercurio*. *Segunda parte de la Correspondencia de Grimin y de Diderot de* 1770 á 1782, 1812.—*De los errores y de las preocupaciones extendidas en los siglos XVIII y XIX*; París, 1828, 2 vol. en 8.°—*Coleccion de las mejores disertaciones: Noticias y tratados particulares relativos á la historia de Francia* (en colaboracion con MM. Cohen y Leber); París, 1826-38, 20 vol. en 8.°—S. B.

SALHAUSER (Fr. Cosme), de la Compañía de Jesus. Era natural de Nappurg en Alemania, donde su familia, bastante bien acomodada, le dió una excelente carrera destinándole al estado eclesiástico; pero su grande piedad y su amor al recogimiento le hicieron preferir el clero regular al secular, y áun en aquel eligió la Compañía de Jesus, instituto que ha gozado siempre la mejor fama y es el más á propósito para ejercer las virtudes solitarias que, ocultas en el fondo del corazon, brillan como la perla dentro de la ostra. Salhauser, que se hallaba dotado de esas grandes cualidades que hacen al hombre alejarse de la sociedad para vivir en el mundo interior, entró con gusto en la Compañía, que comprendió la buena adquisicion que en él habia hecho, procuró alentarle á continuar en tal estado y en la práctica de las virtudes que ya en el siglo habia adquirido. Inútil es decir los grandes adelantos que Salhauser hizo en ambas ciencias, la de Dios y la de los hombres; en la de Dios se superó, por decirlo así, á sí mismo en los últimos años de su vida; en la de los hombres procuró dejar algunos en una

obra que tradujo del latin al aleman, y cuyo objeto era aumentar la piedad y devocion de los fieles hácia la santa religion de sus padres. Ignoramos las demás circunstancias de este religioso, del cual solo podemos citar el nombre de su obra, que es el siguiente: *Laberynthum Georgij Stengelij*; Ingolstadt.—S. B.

SALHOME. Nació en París de padres judíos, que tuvieron buen cuidado de enseñarle su doctrina, la cual profesó, como era consiguiente, desde que tuvo edad para ello. Su corazon encontraba siempre un vacío cuando miraba á tan importante asunto de procurarse su salud eterna, así es que todos los esfuerzos que hacia para aquietarse en la doctrina de sus mayores, resultaban inútiles porque descubria cierta luz que la iluminaba, pero cuyo foco ella no podia llegar á penetrar, pues no se la figuraba nunca que sus padres pudieran estar obcecados, y por otra parte tampoco comprendia cómo era posible el que su padre, hombre de buen juicio, se equivocase en punto tan importante como el que interesaba á su salvacion; sin embargo, era la verdad que su padre profesaba el error y que ella no estaba satisfecha bajo esta misma profesion. Eran todas estas cosas destellos de la divina gracia que se iba como infiltrando en su corazon, primero por los atractivos indirectos que le hacian no satisfacerse con lo que conocia, y despues por las más directas indicaciones de buscar aquello que no conocia, es decir, la instruccion en el catolicismo, que aprendió con razon ser el único asilo donde la criatura puede encontrar su dicha y su ventura. Tenia ya treinta y tres años cumplidos cuando se decidió á estudiar la religion de Jesucristo con ánimo de abrazarla, y en efecto, consiguió pronto su objeto, porque á la facilidad suma que tiene para aprenderse esta verdadera doctrina, se agregaba el mucho interés con que ella habria superado todas cuantas dificultades se la hubieran ofrecido, porque queria, y queria eficazmente, volverse á Dios, y que los dias que la restaban de vida fuesen para el servicio del Señor más útiles que lo que habian sido los que anteriormente pasáran. Cundió por todo París la nueva de que esta jóven queria convertirse y para esto se estaba instruyendo, así es que el arzobispo de París quiso tomar parte en tan fausto acontecimiento, y mandó se le presentára la catecúmena para él examinarla y determinar lo que con ella habia de hacerse para asegurar más y más la vocacion con que el Señor la llamára para sí. Efectivamente, prendado de ella y haciendo justicia á las excelentes disposiciones que presentaba, quiso solemnizar el acto de su bautismo, oficiando él y dando así el esplendor que indudablemente da la solemnidad de la celebracion de los divinos misterios por los prelados católicos; así es que el dia 19 de Noviembre del año 1825, en la capilla del asilo de Sta. María Egipciaca y con gran concurso de gentes que anhelaban ver en el gremio católico á la

interesante convertida, recibió Salhomé de mano del arzobispo de París las aguas regeneradoras, tomando los nombres de María Teresa Carlota Jacinta Isabel. No se puede ponderar el júbilo de que se vió poseida la neófita desde el momento mismo en que perteneció ya á los seguidores de la verdadera religion; pareciala con razon que habia alcanzado la mayor dicha posible, y á imitacion del anciano Simeon, que se daba por satisfecho cuando tuvo en sus manos al santo niño Jesus, ella se daba por muy contenta cuando se vió bautizada, y no hubiera cambiado su dicha por la mayor felicidad del mundo, porque sabia que la ventura de que ella disfrutaba es mucho mayor que todas las que puede ofrecernos el falaz adversario de nuestras almas. Por supuesto que sus padrinos, que lo fueron el marqués de Riviere y la señora viuda de Ledily, hicieron cuanto estuvo de su parte para que la solemnidad fuese tan magnífica como era de desear, y en efecto, tanto por lo bien adornado de la iglesia y por los accesorios del altar y demás, cuanto por la concurrencia, que aunque muy numerosa era escogidísima, pudo contarse esta solemnidad como una de las primeras de su género. Al lado de la neófita estaba la piadosa señora que la habia instruido, y para la cual este dia era uno de los más venturosos de la vida, porque tocaba el fruto de sus desvelos en el candor, la satisfaccion y la tranquilidad que se marcaban en el semblante de la recien bautizada. Por supuesto que inmediatamente que se la administró el santo bautismo se le dió la sagrada confirmacion, y celebrando el santo sacrificio de la Misa el enunciado señor arzobispo, recibió la neófita la adorada Eucaristía con un júbilo inexplicable, con una ternura y devocion, que al paso que edificaba y elevaba á Dios á los piadosos, acusaba, conmovia irresistiblemente á los que no lo eran ó á los que estaban tibios en el servicio divino. Claro es que observó despues de su bautismo una conducta enteramente diferente de la que ántes habia observado, como que ahora la obligaban otros preceptos y se regia por reglas enteramente distintas; mas su conducta fué tan ejemplar, y su abstraccion de todas las cosas, que bien pudiera ella decir con el apóstol de las gentes (S. Pablo): «Vivo yo, pero no vivo yo, es Cristo quien en mí vive.» Convencida ella de esta verdad de que Cristo vivia en ella, ponia todo su esmero en procurar que todas y cada una de sus acciones sirvieran para demostrar esa mútua posesion en que estaban María del corazon de Jesucristo, Jesus del corazon de María. No cabe duda en que hubiera podido pasarlo perfectamente con solo haber echado mano de sus cuantiosos bienes, pero en vez de hacer tal cosa, lo que hizo fué renunciar generosamente cuanto tenia, distribuyendo la mayor parte de ello entre sus parientes pobres, y lo restante entre los demás pobres, y una parte dándosela al asilo donde ella recibió el bautismo, y donde ingresó, no como religiosa, pues

para llegar á tanta dicha nunca se creyó adornada de las dotes convenientes, sino para servir á los acogidos, lo cual hacia con una benignidad, afecto y entusiasmo extraordinarios, poniendo, á no dudarlo, más esmero y demostrando más interés en servir á estos infelices, que el esmero é interés que pudiera tener en asistir á la primera persona de su nacion. Compréndese perfectamente que al lado de criaturas tan buenas como lo eran las señoras encargadas del asilo, y sirviendo á los pobrecitos que en él se albergaban, crecia cada dia en virtudes, pero como el fundamento de todas ellas era la humildad, ni áun permitia María que la vieran las por ella socorridas, para que no tuviesen siquiera el gusto de manifestarla su reconocimiento. Así siguió todo el tiempo que el Señor la permitió vivir en el mundo, acrecentando de dia en dia merecimientos para la eternidad, hasta que concluidos los dias de su peregrinacion, y conociendo por especial aviso de la Divinidad que el hilo de su vida iba á cortarse, recibió con toda edificacion los santos sacramentos de penitencia, Eucaristía y extremauncion, y oyendo hasta el último instante las preces de la Iglesia, entregó quieta y pacíficamente su espíritu en manos del Criador, sin que hayamos podido averiguar á punto fijo el dia ni el año de su muerte. Todo París habia tomado grande interés por la convertida, así es que sintieron mucho su muerte, como la habian estimado en vida; debiendo creerse piadosamente que habrá recibido en la bienaventuranza eterna el galardon de sus virtudes y buenas obras. —G. R.

SALAICES (Fr. Gonzalo de), religioso de la órden de S. Gerónimo, en el monasterio de S. Bartolome de la Lupiana. Cuando vino á recibir el hábito habia estudiado ya artes y teología en Salamanca, alcanzando nombre de buen estudiante. Con el ingenio claro que la gracia divina habia ilustrado, conoció ser peligroso estado pretender honras y títulos, en las que las más de las veces se mezcla perjuicio ajeno y poca caridad con los prójimos, habiendo necesidad de alabarse y desacreditar á otros, y aposentar una colegiatura ó una canongía que sabe más que su contrario. Acordó, por escapar de este lazo, en que tan dulce é inadvertidamente se enredan muchos, dejarlo todo y aprovecharse de las letras para acercarse más á Dios y amarle más; que quien mejor conoce mejor ama; reirse de las vanidades del mundo y menospreciar sus apocados intereses, y firme en esta resolucion, la puso en práctica. Se presentó en el santo monasterio donde fué progresivamente aprovechando en muchas virtudes. Fué un excelente predicador, que si como se estuvo encerrado en aquel convento y no salió sino á aquellos pueblos de la comarca, contento en poder contribuir á la salvacion de aquellas almas, se hubiera presentado y predicado en la corte y ciudades, ganára grande y célebre nombre, aunque pudiera muy bien ser no fuera esta ganancia tan segura. Predicaba como se habia de predicar, pero muy á su costa, pues

iba dos, tres y cuatro leguas en ayunas, y despues se volvia igualmente en ayunas, sufriendo aguas, vientos, frios y nieves, á comer á su convento. Otras muchas veces predicaba un sermon á la mañana y otro á la tarde, volviendo de noche sudando interiormente, y exteriormente calado de la lluvia, sin haberse desayunado ni siendo posible jamás el hacerle tomar el menor refrigerio. Unos se maravillaban de su abstinencia y otros se extrañaban cómo no sucumbia á tanta abstinencia. Le salian á recibir con el mayor gozo de todos aquellos pueblos cuando le veian que se encaminaba á ellos, le tenian en opinion de santo y decian: que si los predicadores fuesen todos como aquel, que quedáran presto pocos pecadores. Echábasele de ver cuán buenas consideraciones traia siempre en el alma, así por la compostura del rostro y de los ojos como por sus santas palabras, puertas por donde expresa el alma sus sentimientos y bondad. El tiempo que no predicaba lo dedicaba á la oracion y leccion. No fueron bastante estos continuos trabajos para anticiparle el término de su existencia, porque el fervor de la caridad de sus prójimos le hacia fácil la carga de la predicacion, siendo de admirar que el tiempo que descansaba se martirizaba con ayunos, abstinencias y disciplinas, durmiendo en el suelo con ninguna comodidad. Este género de vida le consumió al fin sus fuerzas y salud, acabando como santo su ejemplar vida. Pasados treinta y siete años de su muerte, abrieron su sepultura para enterrar allí otro religioso, hallaron sus huesos con un color de rosa que llamaba la atencion, y tan resplandecientes, que parecian retocados de oro. Reunidos con los de otros difuntos más antiguos ó más recientes, los conocia y apartaba cualquiera, porque la hermosura y viveza de color los distinguia sobremanera. Pusieron su cráneo en medio de otros, en el antepecho del claustro, y desde allí parecia que predicaba. Murió por los años de 1544 ó 45.—A. L.

SALIAN ó SALLIAN (Santiago). Nació este jesuita en Aviñon. Entró en la Compañía de Jesus el año 1578, á los ventiun años de edad, y dedicado á la enseñanza, la profesó con mucho aplauso. Fué rector del colegio de Besanzon, y murió en París el dia 23 de Enero de 1640. Han quedado de este instruido jesuita unos Anales del *Antiguo Testamento* hasta Jesucristo, en seis volúmenes, y muchas obras de piedad. No ignorando que los compendios han sido muchas veces causa de la pérdida de diversas historias considerables, eludió con destreza el permiso que le pidió M. de Sponde, obispo de Pamiers, de hacer un compendio de sus Anales, como habia hecho de los del cardenal Baronio, pero á pesar de este rehuso, y sin duda temiendo que otro lo hiciese, escribió el compendio de su obra, pero lo hizo con tal artificio, que es preciso al que lee el compendio acudir á consultar la obra para instruirse á fondo de lo que se desea saber.—C.

SALICET ó SALICETI (Guillermo), llamado tambien Placentino. Nació este célebre médico eclesiástico en Plasencia á principios del siglo XIII. La medicina, que por tanto tiempo fué ejercida por los sacerdotes, no habia sido todavía declarada incompatible con las funciones del sacerdocio, y Guillermo fué eclesiástico y médico á la vez. Superior á sus contemporáneos por el talento de la observacion, llegó á sobrepujarles en la práctica. El fué, á no dudarlo, uno de los primeros que emplearon remedios químicos para el tratamiento de las enfermedades; pero tal vez abusó de ellos, así como de los ungüentos y de los emplastos. Reflexionó pronto la insuficiencia de los tópicos en los casos quirúrgicos, y á ejemplo de los griegos y de los árabes, se atrevió á hacer uso del fierro y del fuego. Debióse á este facultativo un nuevo método para la extraccion de la piedra, el cual se ve en sus obras empleaba con feliz éxito. Nadie hasta él habia descrito con tanto método y claridad el sarcocele y los medios de curarle. Fué el primero que describió la enfermedad de los niños conocida con el nombre de *lactescencia* ó costra láctea, combatió los males que causaba colocar esta enfermedad en la clase de aquellas que es peligroso curar, é indicó un método tan fácil como útil para tratarlas. Sus preceptos sobre las llagas en general y sobre las de los órganos son muy buenos atendiendo á aquellos tiempos. Ejerció la cirugía con gran distincion, á juzgar por las numerosas é importantes observaciones que nos ha dejado, y por ellas vemos que curó muchos hidrocéfalos externos por medio de fricciones de bálsamo azufrado, y con los cáusticos; escrófulas, obligándolas á supuracion por medio de tópicos estimulantes; afecciones calculosas con el jarabe de peregil, de saxifraga y de volesa, etc. Encuéntrase en sus obras un curioso tratado sobre las úlceras de las partes de la generacion, que atribuia á una metástasis morbosa de los órganos de la nutricion ó del hígado, porque segun la teoría de Platon que se enseñaba en todas las escuelas del siglo XIII, el hígado constituia el sitio del apetito y de la digestion, y tenia relacion y estrecha simpatía con la generacion y partes que la pertenecen. Vése por las observaciones de Salicet sobre estas enfermedades, que la sífilis existia ya en Italia á pesar de pretenderse que se introdujo doscientos años despues; y que se ignoraba aún entónces que estas úlceras provienen más bien de un comercio impuro que de una enfermedad del hígado. Como anatómico, dice Mr. Portal, supo determinar con bastante exactitud la posicion del corazon; habiendo sido uno de los primeros que han dicho que los nervios que se originan del cerebro y de la nuca estan destinados á los movimientos voluntarios, y los demás á los movimientos naturales. Esta idea, segun se ve, es la del doctor Willis, inventor del sistema nervioso. La reputacion de que gozaba Guillermo Salicet fué causa de que se le llamase con empeño á todas las ciudades de Italia. Pasó

cuatro años en Bolonia, á cuya ciudad afligió una enfermedad contagiosa, y consta que profesó el arte de curar en Verona, en donde dió la última mano á su coleccion quirúrgica en 1280. Lanfranc fué el más célebre de sus discípulos. Entre los consejos que dió á los jóvenes practicantes hay uno que merece citarse: «El médico no debe familiarizarse con los legos en la ciencia, porque además de que la familiaridad produce el menosprecio, el médico que esto hace no se atreve á pedirles el precio de sus cuidados. Es muy importante hacerse pagar bien, porque este es uno de los mejores medios de adquirir celebridad y de atraerse la confianza del enfermo.» Esta máxima no será muy moral ni humanitaria en ciertos casos, pero en cambio es siempre muy provechosa para el bolsillo del médico. Se conocen de Salicet las obras siguientes: *Liber in scientia medicinali et specialiter perfectis, qui summa conservationis et curationis appellantur;* Plasencia, 1475.—*Cyrurgia*; idem, 1476, en folio. Esta primera edicion es sumamente rara; las demás ediciones del siglo XV de Venecia en 1490, y Leipzig en 1495, no tienen casi valor alguno entre los bibliófilos. La Cirugía de Salicet, cuya superioridad no puede negarse sobre su Suma medical, se ha reimpreso con otros tratados de cirugía en Venecia en los años 1502, 1546, etc. La traduccion italiana se publicó dos años ántes que el original en Venecia el año 1474, en folio, la que es ya rarísima, pero existe una reimpresion en 4.° de la misma ciudad, hecha en 1486, como se ve en el Diccionario de Laserna Santander. Esta obra fué traducida al francés segun el biógrafo Weis en su artículo de Salicet, por Nicolás Prevot, en Lyon el año 1492 en 4.°, y el año 1506 en París. Las obras de cirugía de Salicet son tan útiles como curiosa su lectura por lo concerniente á su práctica. Vése en ellas de qué manera se trataban las heridas causadas por las flechas y cómo se verificaba la extraccion de las que tenian la figura de lengua de serpiente, de suerte que puede considerarse á este autor como á uno de los principales escritores de cirugía militar. Fué tambien uno de los primeros que trataron las llagas y las heridas causadas por la extraccion de cuerpos extraños. Este facultativo adoptó por máxima este aforismo: *Omnium natura operatrix, medicus autem minister.*—C.

SALIER (Santiago). Fué este religioso de la órden de Mínimos, natural de Saulien, en donde nació el año 1615. Dedicado á la enseñanza luego que fué declarado apto, profesó la teología. Fué nombrado provincial y definidor de la provincia de Borgoña, y murió en Dijon á los noventa y dos años de edad el dia 20 de Agosto de 1707. Salier fué un buen teólogo escolástico, como se ve por sus obras, que son las siguientes: *Historia scholastica de speciebus eucharisticis, sive de formarum materialium natura singularis observatio ex sacris, prophanisque auctoribus*; tres volúmenes en 4.°, el primero impreso en Lyon en 1677 y en París en 1689; el segundo en Dijon en 1692,

y el tercero en la misma ciudad en 1704. Basnage, en su *Historia de las obras de los sabios*, hace un extracto de esta obra en los meses de Setiembre y Noviembre de 1690.—*Cacocœphalus, sive de plagiar. opusculum in quo varia plagiariorum vitia traduntur, et ingenuorum operam jura ex prophanis, sacrisque auctoribus vindicantur*; Macon, 1694, en 12.° Tambien publicó en francés, sin nombre de autor, la obra titulada: *Pensamientos sobre el Paraíso* y *el alma razonable*; Dijon, sin fecha, en 8.°: en este escrito todo se refiere al alma y nada al paraíso. Puede consultarse la Biblioteca de autores de Borgoña por el abate Papillon al tomo segundo. — C.

SALIERES (Dé). Hijo de una de los primeras familias de Francia, tuvo la desgracia de ser educado en el protestantismo, y era acérrimo defensor de tan falsa doctrina, habiendo logrado por la misma circunstancia de estar como si dijéramos tan casado con ella, la honra de ser ministro de la pretendida reforma. Vivia con arreglo, daba buen ejemplo, era algun tanto caritativo, muy prudente y sobre todo su educacion habia sido esmeradísima, por lo cual trataba á todos con suma atencion, atencion que llegaba á ser delicadeza siempre que las circunstancias lo requerian, sin que nunca esta tan fina manera de portarse llegára á producir ni áun por incidencia el más ligero disgusto á nadie ni al mismo De Salieres. Como los altos juicios de Dios son inescrutables y la capacidad tan limitada de la criatura no puede llegar hasta su comprension, ántes por el contrario le parecen las cosas muchísimas veces de muy distinta manera de lo que son en sí; quiso, ó diremos mejor, permitió el Señor que De Salieres fuese acérrimo defensor del protestantismo para que brillase más claramente la misericordia divina en su conversion al gremio católico. Dejemos que llegue esta ocasion que tanto júbilo ha de procurar á la Iglesia, y sigamos los pasos de nuestro personaje. Como en el protestantismo el cargo de ministro de la pretendida religion no es incompatible con ningun otro cargo, profesion ni carrera, nuestro De Salieres se dedicó al de las armas, y ya fuese porque hubieran de recompensarse en él servicios prestados por sus mayores, ó porque sus especiales conocimientos y prendas le hiciesen acreedor á tal recompensa, es lo cierto que se le nombró comisario provincial de artillería, al mismo tiempo que gentilhombre de cámara del Rey, cuyos cargos desempeñaba muy bien y con plena satisfaccion no solo del monarca, que veia en este fiel servidor simbolizadas la probidad y la hidalguía, sino hasta de sus mismos subordinados, que por no haber tenido nunca motivo de queja de él le estimaban en gran manera, bien es que estaban seguros de que él tendia su protectora mano á todos aquellos que le pedian auxilio para todo lo que era desgracia, y no procedia de maldades ó crímenes. Hemos dicho que pertenecia á una de las más distinguidas familias de su época, y para confirmarlo consignaremos que era her-

mano mayor de Gilberto, una de las personas más importantes del Delfinado, y que fué el medio de que Dios se valió para sacar á nuestro De Salieres del caos del error á la luz de la verdad, en cuyo venturoso cambio ganó él y con él la Iglesia, uno de esos lauros que á voz en cuello cantan la misericordia y bondadosas dignaciones del Eterno. Dios tocó el corazon de Gilberto, que abjuró el calvinismo abrazando la religion católica con el entusiasmo que da la conviccion, con el ardor con que busca la verdad el hombre que conoce que solo la verdad es el patrimonio de la criatura elevada por Dios, mediante su inteligencia, á la suprema altura á que puede llegar; y como el bien tiende á hacerse difusivo, toda la pena de Gilberto despues de convertido fué el que no habia todavía disfrutado de tal dicha su muy querido hermano; así es que todos sus intentos se dirigieron desde entónces á procurarle la honra y el indecible placer de afiliarle á la bandera de Jesucristo, con lo cual se aseguraba la eterna dicha del convertido, y se lograba el indecible consuelo del que era instrumento de tan prodigiosa obra. Conocia perfectamente Gilberto, como no podia ménos de suceder, el carácter de su hermano mayor; sabia que tenia muy buen juicio, que era dócil en gran manera para convenirse á las cosas puestas en razon; así es que lo que convenia era presentarle razones para que se convirtiera, y de cierto se convertiria. Desconfiando de sus propias fuerzas, pero confiando mucho en el auxilio de Dios, se decidió á escribir á su hermano dándole cuenta del suceso que á él le llenaba de alegría y consuelo, y excitándole á que siguiera sus huellas para lograr igual dicha. Como la carta que escribió Gilberto puede decirse que lo hacia como mero amanuense, y era el Señor, segun su resultado, quien la habia dictado, así es que frases que parecian indiferentes hicieron muchísimo efecto en De Salieres, y le obligaron á entrar en cuentas consigo mismo, y luego á examinar con la debida atencion la importancia del asunto que se le hacia ver como lo es en sí mismo trascendental, decisivo, y no como quiera decisivo en órden al tiempo, que otro tiempo pueda reparar y enmendar cualesquiera que hayan sido los males que se hayan causado, sino en órden á la eternidad, donde la sentencia es una, infalible, inapelable, y ejecutada con tal rectitud, como que se interesa en ella la justicia inexorable del Eterno. Meditó, pues, atentamente esta carta nuestro buen De Salieres, y pudo influir mucho en él, además de por su contexto, que estaba perfectamente ordenado y encaminado al único fin que se proponia su hermano; porque este, á pesar de ser menor en edad, estaba muy acreditado, tanto por su claro ingenio y por la madurez con que formaba y emitia los juicios, cuanto porque tenia suma prudencia, y de esta gran cualidad se valia para todas sus cosas, logrando siempre en ellas el éxito más favorable; así es que para De Salieres bastaba que su hermano dijera una cosa y él la obraba en con-

formidad con lo que su hermano habia asegurado; de tal manera que áun en las cosas más indiferentes le consultaba para despues seguir ciegamente su opinion. Sin embargo, como en este asunto tan trascendental tenia que tomar mucha parte el fatal adversario de nuestras almas, que por cuantos medios estuviera á su alcance tenia que venir á ver cómo no se dejaba arrebatar la presa con que ya contaba casi de seguro; De Salieres no siguió ciegamente como en otras ocasiones la opinion de su hermano, sino que lo que logró su carta fué que pensára en el asunto, que se propusiera consultarlo y que lo consultára en efecto. Buscó, pues, á aquellos eclesiásticos católicos que en concepto suyo estaban acreditados ya como hombres de estudio en las ciencias eclesiásticas, ya tambien como hombres cuya moralidad era para todos cosa en la que estaban completamente acreditados, y cuya opinion se recibia por todos con el respeto que merece un hombre bueno, ó en su línea un hombre sabio. Claro es que tanto los sabios como los virtuosos habian de condenar los errores del calvinismo, y por consiguiente como la verdad del catolicismo es palmaria, pues aunque sus misterios son sobre la razon humana no se oponen á ella en manera alguna, pronto, muy pronto se convenció de ella, y con completa conviccion quiso abjurar sus errores, y abjurarlos de manera que su conducta posterior pudiera reparar lo que la anterior, aunque recta hasta cierto punto, pero siempre conforme á las equivocadas apreciaciones que él hiciera, hubiese podido desedificar. Se presentó al muy reverendo arzobispo de París, y le hizo conocer cuán convencido estaba del error de su secta y de la verdad del catolicismo, y cuán anhelantes eran los deseos que le animaban de pertenecer cuanto ántes á los verdaderos hijos de Dios, herederos por consiguiente de su reino, y únicos á quienes se ha prometido la eterna ventura de la gloria. Los prelados católicos tienen como principal base en todas sus operaciones, y especialmente en lo que dice relacion á aceptar los convertidos, la prudencia, porque obrando de ligero algunas veces se han encontrado con lamentables desengaños que les han traido fatales consecuencias; así es que ántes de admitir á uno de estos que se dicen convencidos á la confesion pública del catolicismo, toman sus precauciones, los sujetan al exámen de algunos sujetos experimentados, cuando no son ellos mismos los que hacen estas investigaciones; pues en verdad la apostasía es una cosa que causa mucho horror á los pastores de los fieles, tanto porque comprenden muy bien la desdicha del apóstata, cuanto porque no se les oculta el desconsuelo de la Iglesia en la pérdida de uno de sus hijos; así es que el arzobispo, lleno de júbilo, porque hallaba estas buenas disposiciones en De Salieres, y deseando que fueran tan firmes sus propósitos como lo indicaban sus palabras, le hizo examinar por algunos eclesiásticos que le hallaron muy bien dispuesto y confesaron que

obraba llevado de verdadera conviccion, y con esto le dieron ya la muy grata nueva de que cuando quisiese podia presentarse en el templo á hacer solemnemente su profesion de fe católica, que recibiria el mismo Sr. Arzobispo para que la solemnidad del acto pudiera servir de aliciente á algunos otros que inficionados tambien por las mismas asquerosas manchas de yerros, pudieran venir á purificarse en las cristalinas y nunca ensuciables aguas de la verdad. En el mes de Agosto de 1685 fué cuando tuvo lugar en la catedral de París esta solemnidad, que llenó de júbilo al inmenso pueblo que á ella habia concurrido, porque De Salieres hizo su abjuracion con grande energía, y su profesion de fe con una devocion que conmovia no solo á los piadosos, sino áun á los más endurecidos en el error; así es que de esta se siguieron algunas conversiones más, lo cual asegura la irresistible fuerza del ejemplo. El gozo de que se llenaron De Salieres y su buen hermano en este solemne momento no es en verdad para descrito, pues por muy excesivo que se le considere, nunca se le podrá ver bajo su verdadero prisma, solo se puede comprender algun tanto con decir que ambos conocian muy bien la importancia del paso que se daba, y ambos le anhelaban con el mayor ahinco; así es que el verse católicos era en los dos la realizacion del más halagüeño de sus deseos. Por supuesto que la conducta de De Salieres cambió del todo, renunció generosamente no solo su posicion oficial, sino cuanto poseia heredado de sus padres, dió con profusion en limosnas los cuantiosos bienes que eran fruto de su constante trabajo, y desde el dia en que se hizo católico, no pensó más que en hacer eficaces las gracias con que Dios le habia favorecido, para nunca aparecer ingrato á los beneficios del Señor. Efectivamente supo agradecerlos, y el Señor no se cansó de concederle cada dia mayores, hasta que pasada su vida en el ejercicio de todas las virtudes, puede con fundamento presumirse que el Señor le llevó á su eternal recompensa. — G. R.

SALIERES (Fr. Eleazar), franciscano francés, de la provincia de Aviñon. Pertenecia á una familia antigua é ilustre, pero deseoso de huir de las huellas del mundo, viviendo en la tranquilidad y retiro, abrazó la profesion religiosa en la órden Seráfica, con lo que vió logrados sus deseos. Consagróse desde aquel instante Salieres al estudio de las ciencias eclesiásticas, en que hizo grandes progresos, mereciendo ser elegido profesor de teología de su provincia. Desempeñó este cargo con celo y acierto, reuniendo un buen número de discípulos, que con su aprovechamiento hicieron honor á su maestro, que al mismo tiempo que por el camino de la ciencia, los condujo por el de la perfeccion. Seguíale él á pasos agigantados, entregándose á todo género de prácticas piadosas, como lo exigia su profesion. Era el primero en asistir á todos los ejercicios de la comunidad, en llevar á sus disci-

pulos á ellos, para que acostumbrados desde jóvenes, no se les hicieran despues difíciles unas prácticas, que aunque sencillas constituyen el carácter del verdadero religioso, y son sus principales y únicos deberes. Así paso á paso implantaba en ellos la semilla que debia florecer algun dia y dar los más sazonados frutos. Ni la edad ni las ocupaciones propias de la composicion de un gran número de obras, pudieron apartarle de la senda que se habia trazado, y en sus últimos como en sus primeros años fué mirado como un espejo de observancia y de perfeccion. Sus méritos le valieron ser condecorado con el título de padre de su provincia, honrosa dignidad á que aspiraban pocos, y que obtenian ménos, pues solo estaba reservada para religiosos que, como Salieres, habian pasado su vida entera consagrados al servicio de su Orden. Pocas noticias han quedado de sus postreros años. Pasólos sin duda ni envidioso ni envidiado en el goce de los honores que le habian proporcionado su laboriosidad y virtud: si fué en esta época ó en algunas de las anteriores en las que compuso sus obras es difícil de decidirse, pero se sabe que de ellas se habian hecho algunas ediciones ántes de su muerte. Sus títulos son los siguientes: *Ocupaciones diarias del cristiano, juntamente con varios opúsculos piadosos;* segunda edicion, Marsella, por Claudio Ganin, 1684, en 12.° —*Reflexiones sobre la verdadera penitencia con los ejercicios diarios del verdadero cristiano;* ibid., en 12.° — S. B.

SALIGNAC (Baron de). Fué siempre esta familia una de las más principales de Francia, y en tiempo de las cruzadas tuvieron el mayor honor en que el primogénito de este título concurriera á la grande obra de la reconquista del Santo Sepulcro y demás lugares consagrados por la augusta presencia de Cristo redentor nuestro; mas el virus ponzoñoso de la pretendida reforma se infiltró en esta como en otras muchas familias, y vinieron los barones de Salignac á ser de los principales corifeos del protestantismo; así que nuestro héroe nació de padres protestantes y ocupó á su vez uno de los eminentes lugares entre su secta. Pero así como sus antecesores se habian distinguido por su desmoralizacion y por el alarde inconcebible de permitir á sus pasiones toda especie de satisfacciones, sin reparar en lo ilícito de muchas de ellas, nuestro baron fué muy morigerado y observador fiel de los preceptos naturales y áun de las prescripciones de su rito, que por más que en realidad fueran ridículas, para él tenian la importancia de ser las de su religion heredada. Por supuesto que él nunca estuvo conforme con los principios de su secta, especialmente alguno de ellos que se evidencia su injusticia, y esto sin duda le hizo procurar ilustrarse acerca de la verdad, que no pudo encontrar en su secta, pero que encontró bien pronto en el catolicismo. Proporcionóle su buena suerte, sin que se haya sabido cuál fuera el motivo de tan feliz hallazgo, el trato íntimo con Berulle, sabio y condescen-

diente eclesiástico católico que florecia en París por el siglo XVII, época de nuestro Baron. Hablaron varias veces de religion, satisfizo el católico las dudas del protestante, abrió éste los ojos á la luz, recibió el destello de la divina gracia, y su conversion fué el resultado de esta incidental entrevista, á la que puede decirse que debió el Baron su felicidad verdadera, porque como su conversion fué obra de convencimiento y no debida á combinaciones de intereses materiales, fué sincera y firme, y duró, como no podia ménos, tanto como su vida, poniendo despues de que abjuró el protestantismo el mayor empeño que pudo en adquirir las virtudes que le hicierán ser un verdadero católico, esmerándose en el ejercicio de la caridad para con sus hermanos, base y fundamento de toda la economía de la gracia, perseverando cómo perseveró en el ejercicio de la virtud y muriendo con todos los auxilios espirituales que recibió con afan y devocion. Por todas estas razones es de presumir que el baron de Salignac haya pasado á la patria de los justos.—G. R.

SALIMBENO DE SAN GINÉS, agustino italiano, floreció en 1477, distinguiéndose como predicador: fué catedrático en el convento de Bolonia, y obtuvo el grado de maestro en 1423. Posteriormente presidió el capítulo general de la Marca de Ancona en 1426, y en 1481 fué elegido vicario general en el convento de Valmagno, suponiéndose ejerció el cargo de provincial repetidas veces en la provincia de la Marca de Ancona, donde debió morir hácia 1477.—S. B.

SALIMBENUS ó SALIMBERIS. Fué religioso de la órden de S. Francisco en Parma, y vivia en 1280. Segun Wadingo en los *Anales de PP. Menores*, compuso la *Historia delos acontecimientos de su época* y algunas otras obras.—C.

SALIN (P. Miguel), de la Compañía de Jesus. Floreció en el siglo XVIII, manifestando hallarse dotado de las mejores cualidades para el cultivo de la ciencia y de la virtud. En ambas hizo notables adelantos, siendo generalmente apreciado y estimado; merecíalo por su carácter dulce y bondadoso, por su amabilidad excesiva, y por una modestia á toda prueba. Sus constantes prácticas religiosas, sus abstinencias y penitencias, le obtuvieron el nombre de santo, y cítanse pocos ejemplos comparables á los que durante su larga vida dió el virtuoso Salin. No nos detendremos en referir detalladamente cada una de sus acciones, mayormente cuando ya lo hemos hecho en muchos casos semejantes á este; y de Salin únicamente conocemos un elogio, pues su vida no ha llegado á escribirse por los autores de las crónicas de la Compañía; pero sí podemos decir que manifestó hallarse dotado de grande saber, y que en todas las circunstancias por que atravesára, fué un verdadero héroe, un hombre digno de una suerte superior. Escasa fué la que le acompañó durante su larga carrera, proviniendo esto especialmente

de su excesiva modestia, que le obligaba á retirarse y no aceptar cargo ni empleo alguno, prefiriendo el retiro y la oscuridad para entregarse á las prácticas de devocion y á la composicion de algunas obras, á que lo inclinaba su carácter profundo y reflexivo. Estos libros, sin embargo, han desaparecido, conociéndose únicamente de nuestro autor una traduccion del libro de Antonio Gaudier, titulado: *De la perfecta imitacion de Jesucristo*, impreso en París por Sebastian Cramoysi en 1630.—S. B.

SALINARIO (Fr. Jacobo), capuchino italiano natural de Villafranca, tan célebre en la historia contemporánea. Distinguióse mucho desde sus primeros años por su piedad, manifestando estar llamado á adquirir grande fama en la carrera eclesiástica, para la que tenia tan buenas cualidades; y en efecto, apénas hubo tomado el hábito, comenzó en sus estudios á manifestar las buenas dotes de que se hallaba adornado. Hizo en ellos los más rápidos progresos, y en breve tiempo se puso en estado de emular y áun de eclipsar á algunos que le habian precedido, ora en la predicacion, á que principalmente se consagró, ya en el cultivo de las ciencias eclesiásticas, á que era muy aficionado. Su fama como orador sagrado rayó á una altura de que hay pocos ejemplos: la Italia entera aplaudió sus discursos, y deseosa de escucharlos, le llamó una y otra vez á las metrópolis donde podia oir su voz y admirar sus vastos conocimientos en todos los ramos del saber humano. Pero no solo por su saber brilló el P. Salinario; distinguióse mucho más todavía por su virtud, á que debió sus principales triunfos. Rara vez acudia á escucharle un pecador, por empedernido que estuviese, que no saliera conmovido por su ejemplo y palabras, y convencido por sus argumentos. Los mismos herejes, áun los más comprometidos en sus sectas, solian abandonarlas, y manifestarse discípulos de quien tan bien sabia explicar las verdades de la santa religion, ponerlas al alcance de todas las inteligencias, y demostrar con sus hechos que sus palabras eran una realidad, no un falso alarde de sentimientos que no poseia, y de que en el fondo no tenia conviccion. En Salinario los ejemplos precedian á las palabras, los hechos á las doctrinas, y consecuente siempre consigo mismo, procuraba más bien convencer con sus obras que con su elocuencia. Con el mismo objeto escribió algunos tratados históricos, deseoso de hacer ver que en lo antiguo se venia ya practicando lo que él predicaba, que su doctrina era la admitida en los primeros siglos de la Iglesia, que no habia tenido variacion ni reformas, porque no las necesitaba, como la verdad que siempre es la misma en su fondo y en su forma. A estos *Opúsculos históricos* debe por lo tanto su principal celebridad.—S. B.

SALINAS (V.), presbítero beneficiado de Flix ó Files, lugar del territorio de Almería. Fué uno de los mártires de las Alpujarras, pues los moris-

cos vecinos del pueblo donde se hallaba situado su beneficio, en union con los de Iniza y Vicar, no contentos con haber cometido en las iglesias los más horribles desacatos, y ejecutado las mayores crueldades con los cristianos el dia de S. Estéban del año 1568, «ordenaron, dice Marmol en su historia, dar cruel muerte al bachiller Salinas, su beneficiado, y á dos sacristanes que tenian presos. Hiciéronlo venir como cuando decia misa, y asentándolo en una silla debajo de la peana del altar mayor, pusieron los sacristanes á los lados con las matrículas en las manos, y mandándoles que llamasen por su órden como cuando querian saber si habia faltado alguno para penarle; y como iban llamándoles, llegaban hombres y mujeres, chicos y grandes al beneficiado, y le daban de bofetadas y puñadas, y les escupian á la cara llamándoles perros. Y cuando hubieron llamado á todos, llegó un hereje á él con una navaja, y le persignó hendiéndole el rostro de alto abajo y al través; y luego le despedazó coyuntura por coyuntura, y miembro á miembro, de la misma manera que habian hecho á su beneficiado los de Canjayar. Y porque el sacerdote de Cristo glorificaba su santísimo nombre, le cortaron la lengua; despues los llevaron arrastrando fuera del lugar, y los asaetearon juntos.»—S. B.

SALINAS (Fr. Antonio), franciscano español. Aunque nacido en nuestra península, se ignora el lugar en que vió la luz primera Fr. Antonio Salinas. Tampoco se sabe el convento en que tomó el hábito, y mucho ménos las primeras circunstancias de su vida. Su historia no nos da noticia de él, hasta que le encontramos en el Perú, en la provincia de los Doce Apóstoles, desempeñando el cargo de misionero. Puesto glorioso de los soldados del Evangelio en el que la muerte vale una corona de eterno esplendor, y el menor padecimiento la auréola concedida á los confesores. No obtuvo ninguna de ellas Salinas, aunque tal vez desease alcanzar en el fondo de su corazon; pero la Providencia le tenia reservado para otros empleos, que no nos es dado escudriñar. ¡Quién será el mortal, por justo ó sabio que sea, que pueda comprender adónde guia Dios al hombre, extraviado en la apariencia, pero que amaestrado algunas veces en la escuela del mal, suele prestar increibles servicios despues, cuando le toca con su dedo y le hace mudar de camino! En la historia de la Iglesia encontramos millares de héroes cuyos principios parecian alejarlos para siempre de brillar en la religion: ¿quién no conoce la vida de Saulo, convertido despues y constituido en el apóstol de las gentes? ¿Quién ignora los hechos de S. Agustin, uno de los primeros, más célebres, y con razon más gloriosos doctores del cristianismo? Ambos con el mismo orígen, lanzados en la misma senda, llorados una y otra vez suponiéndose no habia salvacion posible para ellos, ambos abandonaron el camino del mal y se volvieron al bien, haciendo beneficios que acaso no hu-

biesen podido prestar, si no hubieran conocido tan á fondo las iniquidades. ¿Quién no conoce la vida de Sta. María Egipciaca, llamada vulgarmente la Magdalena, cuyos ejemplos han dado orígen á millares de conversiones de otras pecadoras, que se hallaban en circunstancias semejantes? Hechos son estos demasiado evidentes para que nos atrevamos á negar que se puede acriminar ligeramente áun al mayor pecador, cualesquiera que sean sus faltas, hasta saber si son un signo de verdadera reprobacion, cosa que rara vez es conocida del hombre. Ciertamente que de esta máxima, que lo es para todas las personas ilustradas, han abusado las literaturas modernas y presentado ejemplos atrevidos en demasía. Nuestro teatro antiguo condenó á D. Juan Tenorio á las penas eternas, y el público le veia bajar al infierno. Tres poetas, Tirso, Moreto y Cañizares, habian manejado este argumento, y los tres, aunque separados por el tiempo y la índole de opuestas civilizaciones, le habian impuesto como de comun consentimiento el mismo sello de la eterna reprobacion. Pero en nuestros dias un poeta ilustre, el más católico quizá de nuestros escritores, ha dado un ejemplo contrario, y nos presenta á D. Juan salvado por las lágrimas de una de sus víctimas, verdadera mártir en la apariencia, pero no en la realidad; pues por lo ménos habia perdido la virginidad de corazon. Quizá otros escritores han avanzado más todavía en algunas de sus leyendas, tomando por base al Fausto de Goethe, que sin duda no han estudiado. Goethe no salva á su Fausto: el doctor que vende su alma por gozar de todas las felicidades posibles y áun imaginables, no lo merecia tampoco. Este ideal es por otra parte muy superior á nuestro D. Juan, seductor de profesion, y cuya vida entera se consagra á la voluptuosidad. En Fausto el amor es solo un episodio, y la seduccion una consecuencia de la fascinacion que le rodea. Pero Margarita, víctima culpable, no sube derecha al cielo, como suponen y áun se lee en alguna traduccion francesa sin duda, sino pasa ántes por una série de expiaciones, á que á su vez es sometido su amante. No lo es sin duda pequeña la que padece en vida, hastiado de todo, y viendo acercarse una muerte que será el principio de eternos padecimientos. Esto lo sabe el doctor, pero Goethe le hace escuchar los golpes de las azadonadas con que se abre su sepultura. Horrible martirio á que no se sujeta ni áun á los reos condenados á muerte. Pero la Providencia de Dios es tan grande como su poder, y entónces es cuando se le aparece Margarita purificada, mostrándole inmensos globos de fuego, camino de una larga y lenta expiacion, pero á cuyo través distingue una esperanza que habia perdido ya en su imaginacion seca y extraviada. Hay, pues, una notable diferencia entre el modelo y las imitaciones, entre el ser que se ha tomado como tipo, y los personajes á que ha dado vida. Pero áun así, la máxima católica es muy diferente; tal vez opuesta de los ideales literarios

á que ha dado orígen. De que la Magdalena pecadora sirva para ejemplo y camino de perfeccion á otras pecadoras, no se sigue que el pecado pueda perdonarse con la ligereza que se hace en estos poemas. La Magdalena además fué sometida, áun viviendo, á largas y terribles penitencias; vivió catorce años en un desierto, no se alimentó más que de yerbas, huyó de la vista de todo ser humano, y el primero que la encontró más bien en forma de irracional que de persona, fué para oir su última confesion y darla sepultura. Vése pues aquí explicada materialmente la ley de la expiacion, que no olvidó el poeta aleman, y de que han prescindido los españoles. La Magdalena además es un excelente tipo para las mujeres pecadoras, que no pueden comprender la grandeza y sublimidad de las vírgenes, pero á cuya imaginacion extraviada no se escapa al mérito del arrepentimiento, ni los grandes medios que hay que emplear para conseguirlo, medios apropiados á lo grande de la falta. Estos ejemplos, pues, en que abunda el cristianismo, de que ha abusado tal vez una literatura extraviada, hablan más alto al corazon que todas las verdades, por profundas que sean, que no siempre es dado al hombre comprender, miéntras los hechos se las explican á la simple vista, y nos prueban, como hemos sentado al principio de esta digresion, que no se debe fallar ligeramente ni sobre las mayores ligerezas, ni acerca de las más grandes faltas, pues tal vez aquel pecador de quien todos huimos, está destinado á servirnos á nosotros mismos y á la posteridad de laudable ejemplo: y no siempre en un sentido, sino tambien en otros muchos, cuya explicacion nos llevaria demasiado léjos. Salinario no obtuvo pues ninguno de esos grandes triunfos que con frecuencia consiguen algunos misioneros; su fin fué más tranquilo, su vida más halagueña y plácida. Mas no por eso dejó de cumplir con todos sus deberes, tanto predicando y trabajando en la conversion de los indios, como enseñándolos y doctrinándolos, y empleando su influencia con los españoles para conseguir el llevar á cabo las misiones, sin lo que hubiera sido imposible elevar el grandioso edificio que no tardó en levantarse en las Américas. Su trabajo, pues, consistió en afirmar á los españoles en la fe, en atraerlos á tomar parte en sus esfuerzos y sacrificios, en unirlos, en fin, á la obra que los religiosos habian emprendido. Eran comunes sus intereses, pues si bien el Nuevo Mundo podia ser dominado por las armas, el dia en que desapareciese la superioridad de estas desapareceria, como en efecto ha desaparecido, la dominacion española, mas no la religion católica, única dominante en aquellos países, y por la que los americanos continuan hoy más unidos á nosotros que por los mismos vínculos de sangre. Consiguió indudablemente su objeto este religioso, ya con sus escritos, ya con sus predicaciones, y mejoró mucho la suerte de sus hermanos y de los mismos indios, tan desgraciados en un principio y defendidos despues

por los religiosos que los convertian. Su piedad, saber y virtudes hacen tambien muy digno de memoria á nuestro Salinas, de quien la conservan todos sus colegas y la crónica de su provincia, que hace de él una extensa mencion, de la que solo hemos tomado las ideas más notables. Murió, por último, en la mejor opinion, haciéndosele suntuosas exequias en la capital del Perú, y enterrándosele en lugar señalado. Dejó una obra con el siguiente título: *Resolutionem Theologicam de pretioso Thesauro indulgentiarum, ac suffragiorum, his concesso, qui sepulturam eligunt in Ecclesiis religiosorum*; Lima, por Gerónimo Contreras, 1654, en 4.°—S. B.

SALINAS (Sor Benita), religiosa dominica del convento de nuestra Señora de los Angeles en Barcelona, de quien refiere la Crónica que llegó á vestir á raiz de la carne, cuerpo, mangas y calzas de silicio, y á tomar hiel los viernes en memoria de la que Cristo gustó el dia de su pasion, y finalmente á azotarse con cadenas de hierro, por lo cual, para su consuelo, se le apareció Cristo una vez como amarrado á la columna. Y con ser ello así, sentia tan bajamente de sí, que de cuando en cuando preguntaba á las religiosas si las parecia que Dios la perdonaria los pecados. Murió á 11 de Noviembre del año de 1591.—S. B.

SALINAS (Fr. Bernardino de), religioso de la órden de S. Gerónimo. Este ilustrado varon era hermano del doctor Velasco, sujeto de quien hizo mucha distincion por su buen criterio y penetracion el rey D. Felipe II en todos sus consejos. Fr. Bernardino habia estudiado teología en la universidad de Paris, donde recibió el grado de doctor. Este religioso era muy profundo y entendido en toda clase de letras, pero con preferencia en las escolásticas más que en la santa Escritura, falta comun de muchos que no saben guiar estos principios para el fin que se ordenaron. Fué escogido, atendiendo á su mucha ilustracion, para leer las lecciones de la Sagrada Escritura al emperador Cárlos V en su retiro en el monasterio de Yuste. El César preferia á todas, y quiso se la leyesen frecuentemente, la Epistola *ad Romanos*, por tener la notable circunstancia y el mérito de encerrar en sí y contener cuanto hay en las otras, y por estar tan llena de celestiales misterios y de toda la buena doctrina y dogmas de la Iglesia.—A. L.

SALINAS (D. Fr. Diego de), del órden de Sto. Domingo y obispo de Venezuela. Fué natural de Medina del Campo, y tomó el hábito de la órden de Sto. Domingo en el convento de S. Andrés de su pueblo natal. Fué colegial en el de S. Gregorio de Valladolid, y prior de algunos conventos y procurador general en las córtes celebradas para el reconocimiento y jura del príncipe D. Felipe, despues Felipe IV. En el año 1600 se le presentó por S. M. para el obispado de Venezuela, del que tomó posesion, gobernándole algunos años con acierto. Haciendo la visita de su obispado murió en un pue-

bleclto de él, denominado Escorbio, donde se le dió sepultura.—M. B.

SALINAS (Francisco de). Fué oriundo de una de las principales familias de Navarra, y desde luego dió muestras, no solo de grande ingenio y aplicacion, sino de tener una vocacion decididísima al estado eclesiástico. Apénas cumplidos los nueve años de edad fué encomendada su educacion á los PP. de la Compañía de Jesus, porque como desde entónces mismo venia él ya manifestando su deseo de pertenecer á tan respetado instituto, y como desde niño lo conoció tan perfectamente, pues que su misma edad tan tierna hacía que no le ocultáran nada ni se retrajeran por su consideracion de ninguna de las muchas cosas que ocultan por profunda humildad, y que claro es no se rezelaban de hacerlas delante del niño, porque tanto su inocencia como las demás dotes de él le hacian merecedor de estas distinciones. Le dedicaron á estudios y en ellos mostró los mayores adelantos; bien es verdad que en toda su conducta no parecia un tierno niño que obraba segun su edad exigia, sino un hombre, y un hombre no como quiera, sino capaz ya de desempeñar cualquier asunto con desembarazo. Hechos los primeros estudios, y cuando ya podia por su edad aspirar á la dicha especial de ser investido con la sotana de los hijos de Loyola, pidió y obtuvo esta gracia con admiracion y verdadero entusiasmo de todos, pues todos preveian lo mucho que iba á valer el jovencito. No le disimularon nada por haber estado con ellos desde su más tierna edad; por el contrario, parecia que las pruebas eran mayores y mayor por consiguiente el rigor con él ejercitado, pero todo resultaba en su provecho, porque eran tambien más claros los testimonios que daba de su vocacion, y más seguros los fundamentos de esperanza que acerca de él concebian con sobrada razon. Hecha pues su profesion, continuó todavía sus estudios hasta que tuvo edad para ascender al sagrado órden del presbiterado, al cual le obligaron á subir las reiteradas instancias de sus superiores, pues él en manera alguna lo queria, por no creerse acreedor á tan alta honra y á tan señalada distincion. Su primera mira fué un acontecimiento que llenó de júbilo á todos, porque ya por las circunstancias personales que reunia, ya por la circunstancia de haber estado allí tanto tiempo recibiendo toda su educacion literaria y religiosa, todos le estimaban en gran manera, y cada cual á porfía se alegraba en que él lograse el constituirse en situacion de procurar, como lo anhelaba vivamente, la mayor honra y gloria de Dios. Desde el momento mismo en que estuvo ordenado de sacerdote le dedicaron al ejercicio de los más delicados cargos de su ministerio, ya en la predicacion, ya en el oir confesiones, pero fué tan cumplida la satisfaccion que tuvieron en haberle dedicado á esto, porque en ello lograba ópimos frutos, que nunca le quisieron retirar ni del confesonario ni del púlpito, áun cuando desempeñaba otros cargos ó

cumplia con otros ministerios al parecer incompatibles con estos ejercicios. Tambien desempeñó desde que tuvo concluida su carrera algunas sustituciones de cátedras, y hubiera sido catedrático en propiedad muchos años si no les hubiese parecido á sus superiores que valia más el que fuera confesor y predicador, ó mejor diremos, si no hubieran pensado que el dedicarse á la enseñanza podia hacerle perder el tiempo, que era más útil emplearlo en provecho de los fieles. Sin embargo, cuando ya estaba al parecer de sus superiores instruido completamente en todas las materias que hacen un excelente orador y un prudente confesor, creyeron llegado el tiempo de que se aprovechasen las dotes de gobierno que desde luego demostraba, y con ocasion de haber de trasladar á una prelacía importante al rector del colegio de Villafranca, le mandaron á él desempeñar tan importante cargo. No fué muy de su agrado el que se le confiára, pero al cabo, como no tenia, digámoslo así, otro recurso que obedecer, y esta era una de las virtudes en que desde luego se aventajó más, fué allá con alguna desconfianza de poder salir adelante con su empresa, único fundamento de su disgusto y áun de su repugnancia en aceptar; mas vió con satisfaccion suma suya y de sus superiores, que no era desacertada su eleccion, sino que por el contrario servia muy mucho para ocupar el puesto en que tan sin quererlo se le colocaba. Efectivamente, diez años fué rector de aquel colegio, pero en ellos puede decirse que le reformó por completo, y lo que es más, le hizo adquirir un grande crédito, buscando para ello el ingenioso medio de la emulacion, emulacion que se excitaba en los maestros para que de ellos pasase á los discípulos, y que secundándola estos, tenia que dar, como dió, y no podia ménos, el favorable resultado de reformar completamente aquella academia, que vino á ser una de las primeras de la Compañía. No le faltaron disgustos en el desempeño de su cargo, pues como era más jóven que algunos de los otros profesores, esa circunstancia de su mayor edad parecia que les autorizaba á resistirse algo á obedecerle; mas él sabia sostener su puesto y hacerse guardar el respeto debido; así es que momentáneos y nada más que momentáneos eran los disgustos que surgian en su casa, y todos se arreglaban despues por su prudencia y por su grande humildad, pues en esta virtud era ejemplarísimo. Antes de que se le confiáre el importante cargo de regir el colegio de Villafranca, habia estado en Madrid desempeñando comisiones tan delicadas como importantes, y lo habia hecho siempre admirablemente, motivo por el cual cuando ya habia regido el colegio diez años, y parecia conveniente que descansára, Madrid volvió á ser el lugar de su residencia, y en Madrid donde continuó con celo y asiduidad sus apostólicas tareas, mostrando siempre los mismos sentimientos que el primer dia de su noviciado. No se sabe á punto fijo ni la época ni el lugar de su fallecimiento;

lo probable es que fuera esto en Madrid y por los años de 1670 próximamente, siendo muy sensible el que no puedan esclarecerse más los hechos de este tan distinguido jesuita, gloria de España en su reino de Navarra. Hay de él impresas dos obras importantes: *Los Comentarios literales* y *morales sobre la profecía de Jonás*, con cuatro copiosísimos índices, que además de facilitar mucho la lectura, dan inequívoca idea de la conciencia, digámoslo así, con que se escribió la obra, y un tratado *De Immaculata Conceptione Beatissimæ Virginis*, que tambien reune datos muy importantes y que se han tenido presentes, tanto por los jesuitas cuanto por los demás teólogos y por los prelados en la ocasion de la declaracion dogmática del misterio. Además dejó inédito un preciosísimo libro que refutaba los errores y desvanecia las dudas de los adversarios de esta prerogativa de María Santísima, manuscrito que tambien se consultó mucho en la ocasion citada, y que podrá ser se dé á luz todavía, si se llega á publicar cuanto se ha escrito sobre el particular, y de todo lo cual se colige la justa celebridad con que se mira y recuerda al P. Francisco de Salinas, de la Compañía de Jesus. — G. R.

SALINAS (Fr. Jorge), capuchino italiano, natural de Turin; floreció en el siglo XVII, distinguiéndose mucho por su piedad, cual no podia ménos de esperarse de quien habia abrazado voluntariamente la vida religiosa en una de las reglas más estrechas que á la sazon se observaban. Hallábase entónces la religion tan extendida por Europa, que áun aquellos países en que siglos despues se ha manifestado el más increible indiferentismo, si no la más ciega impiedad, siguiendo la ley general, marchaban por las huellas de los discípulos del Crucificado, imitando sus ejemplos y escuchando sus lecciones, lecciones de profunda influencia en el bienestar de los pueblos. Salinas, nacido en la capital del Piamonte y obedeciendo al influjo de la época, abrazó el estado eclesiástico con fe, con ardor, con verdadera vocacion. Siguióla constantemente durante su larga carrera, y ya como escritor, ora como predicador, ó como simple religioso en fin, en el cumplimiento de sus deberes claustrales, procuró siempre no faltar á los votos que se habia impuesto, á las obligaciones que formaban su sagrada profesion. Escritor erudito, consagró su pluma á asuntos ascéticos propios de su clase; y aunque se han perdido la mayor parte de sus obras, las que nos quedan bastan para juzgarle en el terreno en que es principalmente conocido. Su *Vida de San Valerio*, entre los defectos comunes á todos los escritos de este género, abunda en no vulgar erudicion y en bellezas de un órden superior. Los hechos que refiere son naturales y tomados de buenas fuentes, y la sencillez con que los cuenta forma su encanto principal. Aunque maravillosos muchos de ellos, no son de ese género de prodigios propios únicamente del vulgo, sino de un órden distinto, dignos de las más elevadas inteligencias

y propios para servir de recreo y de instruccion. Su estilo, un tanto lánguido y pesado, es sin embargo notable en algunos pasajes, y no carece de elegancia ni de elocuencia. Habia sin duda adquirido estas cualidades en el púlpito, en que trabajó por muchos años y con grande acierto. El púlpito habia sido para Salinas una escuela en que habia ejercitado su talento y saber, y obtenido dotes que parecia le habia negado la misma naturaleza. Sus predicaciones obtuvieron en su época grande fama, como no podia ménos de suceder, tratándose de un religioso modelo por sus costumbres y de vasta capacidad y erudicion. En alas de su fama recorrió los principales templos de Italia, donde hizo escuchar su voz y admirar su ciencia. Sus buenos ejemplos conquistaron, por otra parte, gran número de pecadores, que extraviados en sus costumbres no pudieron ménos de ceder ante las del hombre superior, que áun á pesar suyo cautivaba sus corazones y convencia sus inteligencias. Así fueron grandes los frutos que obtuvo en su predicacion, que duró muchos años, haciendo de Salinas uno de los misioneros más afamados de su época y siglo. Las buenas cualidades que manifestó en el púlpito las habia obtenido en el fondo del claustro, donde consagrado á contínua penitencia y oracion, se le habia visto avanzar paso á paso en el camino de la virtud para obtener la perfeccion, objeto principal de sus deseos. Hacer á otros partícipes de estas sus constantes aspiraciones, habia sido uno de sus principales objetos, y para lo que no perdonó medio ni sacrificio, empleando unas veces la pluma y otras la palabra, durante su larga y gloriosa carrera. Continuó en estos actos hasta que la muerte vino á cerrar sus ojos con gran sentimiento de sus hermanos y amigos, que le acompañaron en sus postreros instantes; y nos ha legado una obra á que debe su principal reputacion. Intitúlase: *Compendio de la órden de S. Valerio, cuyo cuerpo se halla en la iglesia de nuestra Señora del Carmelo de la ciudad de Turin*; ibid., 1601.—S. B.

SALINAS (Dr. D. José). Fué en Roma letrado de cámara, y bibliotecario en Madrid de la insigne librería del excelentísimo cardenal D. Antonio de Aragon, que le escogió entre muchos que aspiraban á este empleo, por su sabiduría y literatura. En 8 de Noviembre de 1653 fué admitido por congregante de la venerable de S. Pedro de Sacerdotes naturales de Madrid á tiempo que era vicario y visitador general de la ciudad y partido de Huesca. En el de 654 le promovió el señor arzobispo de Toledo á vicario del de Cazorla, y en el de 668 era ya canónigo doctoral y dignidad de tesorero de la iglesia magistral de Alcalá de Henares y examinador sinodal de este arzobispado. Falleció en aquella ciudad en 27 de Setiembre del año de 1681, y su congregacion le dijo la Misa de honras en la iglesia parroquial de S. Pedro el dia 8 de Octubre. Débese á su curiosidad y pluma la *República literaria* de

D. Diego Saavedra Fajardo, que cogió del original que estaba en la biblioteca que se ha citado, y pereció en el mar al trasladarla á Roma el cardenal arzobispo de Toledo D. Pascual de Aragon, y la publicó por primera vez en Alcalá, año 1670, en 8.°—A. y B.

SALINAS (P. Mtro. Fr. Juan), de la órden de Sto. Domingo. Fué hijo del convento de S. Pablo de Burgos, dando tantas muestras de religion, áun en la mocedad, que fué uno de los designados para ir á la reformacion de la provincia de Portugal; allí ganó tanta opinion y obtuvo tanto crédito, que fué provincial de aquella provincia, insigne predicador y varon muy ejemplar y penitente; hacia mucha falta á la provincia, tanto su persona como sus buenos oficios, por su calificado mérito y religiosidad. Le hicieron prior de su convento de S. Pablo de Burgos, y enviaron una persona muy grave á Portugal con la confirmacion de su eleccion, pidiéndole y rogándole viniese á honrar la provincia donde habia tomado el hábito. Parecióle justa la peticion, y se puso en camino; pero no pudo ser tan presuroso su viaje y llegada tan deseada, que ántes no se detuviese cediendo á vivas instancias á predicar en el hospital Real de Zaragoza, púlpito tan calificado, que siempre se han buscado para él personas eminentes y grandes oradores; y como lo era en sumo grado el P. Salinas por pública voz y fama, le detuvieron con el objeto de tener el gusto de oirle. Hizo el oficio de predicador en aquella ciudad, aumentando su grande opinion, estimando quizás aún más su santidad que su elocuencia, aunque era un predicador notabilísimo. Tuvo mucha entrada é influencia con la nobleza de aquel reino; le ofrecieron muchos obsequios, que cualquiera otro hubiera estimado infinito; pero ni áun quiso admitir una capa, siendo así que la que traia era tan pobre, que únicamiente viniera bien á cualquiera de los hermanos del noviciado. Tenia una sobrina que queria mucho, pero muy pobre, aunque hija de padres muy honrados; y aunque se la pidieron para esposa personas muy pudientes y ricas de la ciudad de Borja, donde vivia, jamás accedió á casarla sino conforme á la hacienda que tenia, aunque le deseaban ayudar algunos señores de aquel reino. Cumplida esta obligacion, llegó á su convento, y en muy breve tiempo se dió á conocer, no solamente á sus moradores, sino á toda la provincia, que concibió grandes esperanzas de su gobierno, de su prudencia, virtud y letras, de tal manera, que acabando aquel oficio, el P. Maestro Fr. Cristóbal de Córdoba dijo á los Padres del capítulo: «No puedo negar que he cometido faltas en la administracion de mi oficio, pero todas las he suplido, y todas merezco me sean perdonadas en compensacion de haber traido á esta provincia al P. Mtro. Fr. Juan de Salinas, y deseado verle provincial, que es obra que Dios ha hecho tomando por instrumento la buena intencion y deseos de vuestras paternidades.» Comenzó á ejercer el nuevo

oficio, y para dar muestras de su virtud, y que ninguna ambicion le habia colocado en aquel lugar, no consintió que los definidores le admitiesen al magisterio por su provincia, aunque tantos años ántes lo habia merecido y tenido en la ajena. Y aunque pudieran reparar los electores en tan larga ausencia, y en la falta de conocimiento que tenia de las personas, que era motivo de no poca consideracion, todas estas dificultades venció el crédito de la persona electa, asegurándose que su prudencia subsanaria esta falta, y se recompensaria por otros muchos caminos. Salieron ciertas y colmadas las esperanzas de los Padres, y comenzó y continuó el oficio como pensaban y se habian prometido, gobernando con mucha paz y con mucho ejemplo como verdadero hijo de Sto. Domingo, acudiendo con el mayor celo al buen gobierno y direccion de los conventos, y honrando el hábito con sus sermones. El último año de su provincialato le fué forzoso predicar en Toledo toda la cuaresma, y á pesar de tener sesenta y dos años, muy lleno de trabajos, que no los excusa quien ha de vivir conforme al instituto de la órden de Predicadores, continuó incansable la predicacion, siendo digno de admirarse que en acabando de predicar se ocupaba en confesar todos cuantos pobres y necesitados acudian á su celo constante, y la reparacion de tan grande cansancio se reducia á una comida muy frugal, ó de pan y agua, ó de otros alimentos flojos y de poco sustento; y la cama, si no era en el suelo, era muy conforme á lo que prescribe la Orden. Este era su descanso despues de tanta fatiga, que únicamente pudiera tolerar sin resentirse un hombre jóven, muy robusto y descansado. Con este ejemplo trascurrió la cuaresma, y ántes que la concluyese le comenzaron á fatigar y molestar algunas calenturas, achaque que dió mucha pena al siervo de Dios, porque quisiera en todas maneras hallarse en el capítulo de eleccion que la Orden celebraba en S. Pablo de Valladolid, á dar cuenta de sí y del estado en que quedaban las cosas de la religion en la provincia. Con esta resolucion partió de Toledo, creciendo progresivamente el padecimiento y el malestar, que obrando en un sugeto tan demacrado y de bastante edad, le fué forzoso quedarse en el convento de Sta. Cruz de Segovia, donde le apretó la enfermedad en términos que pidió los santos Sacramentos, recibiéndolos con grande devocion y edificacion: ungido ya, y hallándose más en la otra vida que en esta, se sabe por cierto y auténtico testimonio que por la noche le hallaron postrado sobre las gradas del altar mayor. Estando cerrada la puerta de la iglesia, y habiendo entrado en ella el sacristan por alguna ocasion de su oficio, se quedó asombrado, se le acercó y le dijo: «Padre Maestro, ¿cómo ha sido esta venida cuando no podia menearse de la cama? Será preciso que le volvamos á ella, y busquemos los médicos.» El siervo de Dios le contestó: «El que me trajo aquí, ese me llevará.» Falleció diciendo cosas admirables á un

grande Crucifijo que tenia en las manos, hallándose presentes algunos de los Padres que llegaron del capítulo á aquel convento. Murió en el año de 1564 con opinion de santo, que le mereció la vida tan religiosa y austera que siempre observó. —A. L.

SALINAS (D. Juan de). colegial del Viejo de S. Bartolomé de Salamanca. Fué natural de Salinas de Oro, obispado de Pamplona, elegido en 15 de Octubre de 1617. Muy estudioso y tan aprovechado, que en el año 1620 llevó cátedra de artes en la universidad. En el año de 1621, atendiendo á sus notables méritos y recomendables circunstancias, le dieron la abadía de S. Adrian de Breti, en el obispado de Tuy; poco tiempo despues, en el de 1623, le hicieron vicario general del arzobispado de Zaragoza, siendo arzobispo su tio el Mtro. Peralta, de la órden de S. Gerónimo. Ocho años despues, en el de 1631, S. M. le hizo su capellan de los Reyes Nuevos de Toledo, y en el de 1634 confesor de las monjas agustinas descalzas del convento Real de la Encarnacion de Madrid, y murió desempeñando este último cargo por Octubre del año de 1637.—A. L.

SALINAS (D. Juan de), ilustre sevillano, presbítero y canónigo de Segovia, y tambien fué visitador del arzobispado de Sevilla. Sujeto muy inteligente y muy entendido en letras sagradas y escolásticas. Cultivó la poesía, y muchas de sus obras poéticas fueron muy celebradas en su tiempo, y algunas de ellas se hallan impresas en el *Romancero general*. Su vida arreglada y ejemplar, y sus morigeradas costumbres, le hicieron adquiriese gran fama de virtuoso y de buen sacerdote. Murió de edad muy avanzada y su memoria es apreciable.—A. L.

SALINAS (V. Juan Evangelista). Este venerable madrileño fué religioso del Cármen Calzado en el convento de esta Orden en la corte de las Españas, y segun Baena, en sus *Hijos ilustres de Madrid*, fué religioso excelente en penitencias, clausura y obediencia, sobresaliendo en todas las virtudes. Vivió edificando con su ejemplo, no solo á sus hermanos de hábito, sí que tambien á cuantos tuvieron la dicha de tratarle, y murió en olor de santidad en su convento de Madrid, que aún subsiste convertido en oficinas de la Deuda pública, si bien se conserva su espaciosísima iglesia del Cármen en la calle de este nombre, el año de 1593. Quintana y Gil Gonzalez Dávila, historiadores de Madrid, hacen honorífica mencion de este venerable, del que á la pág. 440 se da razon en la obra titulada *Paraiso Carmelitano*.—C.

SALINAS (V. Fr. Lope de). Este eminente religioso de la órden del glorioso S. Francisco fué condiscípulo de S. Pedro Regalado y fundador de la Custodia de Sta. María de los Menores, ó sea santa provincia de Burgos. La vida de este varon santísimo es como un cristalino espejo en que reverbera la hermosa luz de tres soles con toda la fuerza de la imitacion. Son estos

aquellos tres ilustres Pedros, *Villacreces*, *Santoyo* y *Regalado*, los cuales habiendo sido Padres de la regular Observancia en los reinos de España, é ilustrado como astros de mayor magnitud con las luces de sus heróicas virtudes y estupendos milagros el cielo de la Seráfica religion, quedaron reverberando en la clarísima vida y cristalinas virtudes del V. Fr. Lope, porque en él, como en otro Eliseo, dejó depositado cada uno todo el espíritu de su celo. La vida de Fr. Lope y del santo Regalado se pautaron por la doctrina y espíritu del santo maestro de ambos V. Villacreces, habiendo entre las virtudes de uno y otro más que semejanza identidad. Fué una copia exacta de S. Pedro Regalado, en lo rígido de sus penitencias, en la mortificacion de los sentidos, en la abnegacion del juicio y voluntad propia, en el desprecio de sí mismo, en la invicta paciencia de las injurias, en el celo de la más pura observancia del instituto seráfico, en las estrecheces de la pobreza, en la abstraccion y menosprecio del mundo, en el recogimiento interior del espíritu, en la adoracion y culto de la Majestad Suprema, en la viveza de la fe, en el ardor de la esperanza y en el incendio de la caridad. Fué natural este insigne varon de la ciudad de Burgos, de la muy ilustre familia de los Salinas, y pariente del gran conde de Haro D. Pedro de Velasco, como consta de las antiguas memorias de la santa provincia de Burgos. En edad de diez ú once años se le entregaron sus padres al V. Villacreces para que le criase en el santo temor de Dios, entre los demás niños que tomaban á su cuidado para la crianza, segun la costumbre de aquellos tiempos. El caso fué que hallándose obispo de Burgos D. Juan de Villacreces, hermano del santo Fr. Pedro, solia conseguir de él á fuerza de eficaces súplicas que fuese á predicar misiones á aquella insigne ciudad, y habiendo experimentado por este medio los padres del niño Lope el grande espíritu del santo predicador, y éste la buena índole del niño, acordaron en que se fuese con él para que le educase cristianamente. Con este encargo le llevó consigo al santo convento de la Aguilera, cuando se daba principio á su fundacion, que fué el año de 1404, teniendo la buena suerte de ser compañero y condiscípulo del santo Regalado, segun lo dice el mismo V. Fr. Lope por estas palabras: «Con más rigor nos crió el santo maestro Villacreces á mi santo compañero y á mí, que era Fr. Pedro de la Costanilla, hijo de Pedro Regalado y de Doña María de la Costanilla.» En la Aguilera le tuvo de seglarico el santo maestro en hábito de Tercera Orden, instruyéndole en la verdadera ley y cristianas costumbres, hasta que al año catorce ó quince de su edad, y en el del Señor de 1408, calificada la vocacion, que manifestó el V. Fr. Lope, de profesar la Seráfica regla en el instituto de la reforma, le admitió á ella con grande júbilo de su espíritu, por lo que la divina luz le descubria de la futura santidad de aquel adolescente. En esta persuasion le comenzó á ins-

truir en la vida monástica con aquel singular cuidado que pide el espíritu á quien Dios destina para un alto grado de santidad y para guía y ejemplo de perfecciones religiosas. «A todos los novicios criaba (dice el mismo Fr. Lope) en mucha perfeccion de regla, oracion de noche y de dia y gran rigor de penitencias.» Pero como el espíritu de S. Pedro Regalado y su santo condiscípulo Fr. Lope hacian clase aparte, así el discreto y fervoroso maestro se singularizaba con particular esmero en la instruccion de estos dos insignes discípulos. El mismo V. Fr. Lope, hablando de su santo maestro Villacreces, dice: «Este Padre trabajó mucho conmigo y con Fr. Pedro de la Costanilla, de santa memoria, por que perseverásemos hasta nuestras muertes en santa doctrina, en la devocion y lágrimas y ejercicios de virtudes, en que nos crió niños, jóvenes y mancebos.» Despues que le tuvo bien fundado en la humildad, pobreza, mortificacion penal, trato con Dios y ejercicio de las demás virtudes morales y teologales, le aplicó al estudio de las artes y filosofías natural y moral, y con más cuidado al de las sagradas teologías, escolástica, moral y expositiva, para que sobre el fondo de la virtud campeasen las flores y realces de la ciencia, en gloria de Dios y utilidad de los prójimos. Lo que aprovechaba en los estudios el V. Fr. Lope era notable, y esto le mereció tan particularmente la gracia y confianza de su santo maestro, que le eligió por compañero, así para su comun asistencia por su adelantada edad y continuos achaques, como para el largo y penoso viaje que hizo á pié, descalzo y pidiendo limosna de puerta en puerta, al sagrado concilio de Constanza, que está en el corazon de Alemania. Vueltos á España, vivió siempre el V. Fr. Lope en la compañía, doctrina y perfectísima imitacion de su santo maestro, fomentando más cada dia con tan heróico ejemplar el espíritu de la más pura observancia de la Seráfica regla. Llegado el año de 1422, en que puso dichoso fin á sus dias el V. Villacreces, y habiendo quedado con su muerte su pobre familia llena de lágrimas, se juntaron sus discípulos á conferir el modo de mantenerla y extenderla lo más que fuese posible, confiados en la virtud celestial que siempre fortalece á los humildes para llevar adelante las empresas de su mayor gloria. De la conferencia resultó que el Bto. Regalado quedase por vicario de los dos conventos de la Aguilera y Abrojo, y el V. Salinas fuese á solicitar la fundacion de otros del mismo instituto, como lo hizo en los términos de la antigua custodia de Burgos, dando principio á la que llamó de *Sta. María de los Menores*. Para dar feliz principio á empresa tan dificultosa, teniendo presente la máxima de que fábricas de esta calidad jamás quedan aseguradas si no se zanjan bien en humildad y obediencia, se presentó al M. R. y V. P. Mtro. Fr. Juan de Santana, que á la sazon era ministro provincial de Castilla, y habiéndole manifestado sus santos y fervorosos deseos, halló en él todo el abrigo que

podia desear, porque este venerable prelado siempre fué favorecedor y protector de todos los religiosos que anhelaban vivir en la pura y perfecta observancia de la regla, sujetos á los ministros de las provincias. Con la sola condicion de que los conventos que Fr. Lope fundase quedasen á la obediencia del ministro provincial de la santa provincia de Castilla, le concedió facultad para que solicitase fundaciones de conventos de su reforma, haciéndole vicario de ellos *cum plenitudine potestatis*, sin embargo de ser su edad tan corta, que apénas pasaba de treinta años. La patente primera de esta institucion no se halla, pero todo lo referido consta de otra patente, que veinte años despues le concedió el mismo provincial y se guarda con estimacion en el archivo de la santa provincia de Burgos, escrita en pergamino, con sello impreso en cera, dirigida al mismo V. Fr. Lope de Salinas, su data en Sevilla á 8 de Abril de 1444. El erudito analista, conformándose con el instrumento de la patente referida, reconoce estar el Ilmo. Gonzaga mal informado, cuando á la fundacion del convento de Briviesca señaló el año de 1412. Consta tambien de la misma patente haber sido burgalés el venerable Fr. Lope, pues en ella se nombra *Fr. Lope de Burgos*, dándole por apellido el nombre de su patria. Con la facultad del ministro provincial llegó Fr. Lope á la villa de Briviesca, ó llamado expresamente del gran conde de Haro D. Pedro Fernandez de Velasco, ó llevado de la fama de la gran piedad de este señor y de la de su consorte la Excma. Sra. Doña Beatriz Manrique. Con estos señores comunicó sus santos designios, y habiendo hallado en su cristiana piedad el apoyo necesario, fundó el convento de Briviesca, con el título de nuestra Señora de la Salud, y despues otros ocho conventos, que eran los de *Poza*, *Belorado*, *S. Bernardino del Monte*, *S. Antonio del Salto*, *nuestra Señora de Vico*, *Sto. Domingo de la Calzada*, *S. Esteban de Burgos* y *nuestra Señora de Linares*. Los nueve conventos los fundó en desierto para alcanzar mejor el fin de sus fundaciones, que era la oracion y mortificacion penal, de que en los santuarios de Aguilera y Abrojo habia salido tan gran maestro. Edificó tambien dos conventos de monjas Clarisas y uno de Terceras, de los cuales el primero fué el de Sta. Clara de Briviesca, el segundo el de Sta. Clara de Belorado, y el tercero el de la Inmaculada Concepcion de Gadea. Las leyes con que dió espíritu al cuerpo de las fundaciones, aunque en sustancia fueron las mismas que para los conventos de la Aguilera y Abrojo, habian formado los santos Villacreces y Regalado, pero por el modo con que las propuso y dejó escritas estan mucho más expresadas y llenas de doctrinas y precauciones para la seguridad y adelantamiento en el camino de la perfeccion, y porque de ellas se forma la relacion más verdadera de las heróicas virtudes de este gran varon, se pondrán á la letra, aunque en extracto, y como las dictó su espíritu, y como sabia bien que

la voluntad humana consigue más con la ley unida con el ejemplo que con el imperio, tuvo la discrecion de no usar del imperativo *haced*, sino del indicativo *hacemos*, y son como sigue: «Primeramente nuestro estudio, uso y costumbres de guardar la pobreza, segun el contexto sano de la regla y del Evangelio, y segun las doctrinas de S. Francisco N. P. puestas en las Crónicas primeras y más antiguas de la Orden, y segun las constituciones generales más estrechas establecidas en los capítulos generales de Lion y de París, y segun los cinco fundamentos de la disputa habida delante del papa Clemente V en la corte de Avignon hace ciento cuarenta y cuatro años, y en su vista ordenó dicho Pontífice la declaracion de su Clementina *Exivi de Paradyso*. En las dudas y defectos que nos ocurren en la dicha pobreza, recurrimos para su enmienda á las dichas escrituras, escudriñando en ellas las conclusiones y documentos más estrechos, y cuya pobreza trabaja la comunidad de la custodia para observarla exactamente, así en la desapropiacion de las cosas y de todo lo movible, mediante sus patronos reales conocidos, como en el uso pobre de las cosas acostumbradas, necesarias á la vida humana, sin las cuales no se puede existir, ni la vida espiritual puede ejecutarse segun nuestro estado. Para la mejor y más segura guarda de esta pobreza, porque sabemos que sin ella no podemos fundar edificio alguno de la vida espiritual, ni alcanzar la perfecta observancia de la regla, ni las virtudes gratuitas, como dice el capítulo general y S. Buenaventura en sus constituciones: acostumbramos de no tener síndico alguno, procurador ni ecónomo, que algunas declaraciones y constituciones más antiguas otorgan á la Orden para recibir las pecunias, *sin que por esto juzguemos ni condenemos á los que usan de él.* Asimismo tenemos por uso y costumbre de apartarnos cuanto podamos de recibir limosnas que se hayan de comprar con dinero, pero cuando fuese tal la necesidad que no pudiese excusarse, guardamos con gran castigo que á lo ménos no presentemos ni interpongamos personas, ni mozo nuestro ni ajeno, ni del oficial de la casa, ni del pagador; por manera, que si el pagador no lo quiere pagar por sí ó por su mensajero propio sin pedírselo nosotros, ó si el oficial no se lo quiere ir á recibir ó enviar de suyo quien lo reciba, sin que nosotros lo procuremos, se pierde la limosna y padecemos la necesidad, porque de otra manera nunca nos faltarian modos ménos puros para recibir todas las pecunias que se ofreciesen. De esta pobreza usamos, porque nos parece que tantos modos se deben ofrecer para no poder aprovecharnos de la pecunia sin culpa, como para aprovecharnos con la culpa de interponer persona, aunque no podemos negar que algunos de nosotros no lo hayan errado por gran necesidad más que por malicia, por no haber notado bien el uso y la informacion que la Custodia acostumbra. Y bien, por esto los errores accidentales y particulares han en-

señado á los frailes á ser más cautos en la guarda de este precepto de nuestra regla; y trabajamos mucho por que la Custodia no salga de este estilo, y usamos de duras penitencias contra los negligentes en su guarda. Para alcanzar esta pobreza de espíritu y de cuerpo, no admitimos entierros ni procuramos los provechos temporales de los mismos, ni tampoco de obsequias de difuntos particulares, ni de testamentos, ni de provisiones algunas de trigo, ni de vino en el Agosto, ni en vendimias, ni carnes, salvo de algunas pequeñas provisiones de nuestros trabajos, como son frutas y hortalizas y algunos quesos, para breve tiempo mendigados. En algunos años pasados mendigamos y recibimos algunos carneros vivos para que los carniceros los matasen y diesen entre año la carne para los enfermos que hubiese en las enfermerías. Por esta misma pobreza usamos de casas pequeñas y de edificios pobres, puesto que contra nuestra voluntad y de los prelados deseosos de la pobreza, en cuatro ó cinco casas hayan hecho algunas paredes que en la calidad, aunque no en la cantidad, se hicieron algunos excesos contra esta pobreza, y esto mismo decimos acerca de algunos ornamentos, que contra toda voluntad del cuerpo de toda la Custodia, los señores de ellos tienen los conventos mismos. Y por no traspasar esta pobreza acostumbramos y pugnamos de usar ornamentos pobres y limpios, que no sean de seda, y vasos que no sean de oro, ni cruces, ni ampollas ni incensarios de plata, ni cálices demasiados en número, ni en peso ni en hechura, salvo uno que el Señor tiene contra nuestra voluntad. Y este es el sumario de nuestra vida y costumbre acerca de la guarda de la pobreza, la cual si por menudo se quiere saber, léanse las dichas cuatro escrituras y se hallará lo que con ellas concordamos ó desviamos para enmendarnos en los yerros, y para más aprovechar en lo que se guarda.—Respecto de la obediencia habemos la costumbre de estudiar y trabajar cuanto podemos por que se guarde el capítulo de la regla que dice: *Que se acuerden los frailes que por Dios abnegaron todas sus propias voluntades*, guardando lo más que podemos el fundamento evangélico de donde sale, que dice: *Qui vult venire post me, abneget semetipsum;* cuidando mucho de no mandar cosa que parezca contra la regla, ó contra el alma, ó contra las buenas costumbres, ó contra los preceptos generales de la santa Madre Iglesia, no embargando el que tengamos la costumbre de poner mucho estudio en guardar la inocencia de los mortificados, por manera que obedezcan simplemente, sin estas alternativas, mandándoles tomar uno y tomar otro contra su voluntad, hasta que vengan á la impasibilidad, sin que sienta el súbdito le manden cosas diversas, porque los que perciben que los tientan, ligeramente lo cumplen. Únicamente el mal *manifiesto*, mayormente si es mortal, no lo debe obedecer. Acerca de la simplicidad en la obediencia, sobre todas las otras doctrinas, miramos á la in-

tencion y doctrina de S. Francisco N. P., que se pone en *Flores de sus sentencias* con el ejemplo del cuerpo muerto. Y sobre la perfeccion de esta obediencia acostumbramos leccion ordinaria de S. Buenaventura y de San Juan Casiano y Clímaco y Umberto, y corremos cuanto podemos segun nuestras flaquezas tras estas lecciones, ejercitando en ellas á los frailes *oportune importune*.—Tenemos en costumbre de pelear con nuestra fragilidad huyendo las ocasiones que son contra ella, y ponemos el estudio posible en las precauciones ó cautelas que son en su ayuda, segun la intencion de nuestra regla, y llevando por fundamento los pasos del Evangelio. Y aunque por satisfaccion de nuestras culpas usemos de algunas austeridades y frutos de penitencia, con todo, respecto de la castidad, á vueltas de otros fines, escogemos las moradas de los yermos y el alejamiento de los pueblos y las prohibiciones de las venidas de las mujeres, en donde sin escándalo lo podemos vedar. Y por este respeto usamos algunas abstinencias que á muchos parecen supersticiosas ó extremosas, y por esta castidad ordenamos alguna oracion que parece extraordinaria, y alguna disciplina á más de la ordinaria, como tambien algunas humillaciones y austeridades de frio y de trabajo corporal, y algunas ordenaciones respecto de la guarda de los cinco sentidos y del corazon. Por la misma razon usamos en gran parte de encerramiento, de camas pobres y duras, vestiduras ásperas y silicios, y de otros castigos en la carne, en cuyo ejercicio se manifiestan entre nosotros el carnal y el tibio, y se conocen los fervientes, y da señal el hipócrita, y por respeto de esta muchos padecen tormentos grandes si fielmente pelean. Por esta castidad guardamos ciertas ordenanzas y ponemos disciplina con gran pena; que no tengan familiaridades ni entren unos en las celdas asignadas á los otros por cosa alguna, ni se traten con franca llaneza. Por la misma razon acostumbramos en gran parte el silencio perpétuo y cautelamos las lecciones que tratan de los matrimonios, y evitamos la comunicacion de parientes y parientas, y huimos de las confesiones de los seglares *en particular*, cuanto más podemos, salvo *en general* á quien el presidente lo ordena. Por esta virtud, acostumbramos á que los frailes salgan acompañados fuera del convento, siempre que podemos, y por la misma usamos padecer penuria en muchas necesidades. Hacemos paredes altas y plantamos árboles que embaracen las vistas; y aunque en todas estas buenas costumbres seamos muy defectuosos, con todo, el comun de la Custodia tiene costumbre en sus usos y doctrinas de mirar y correr tras todo esto, y de castigar ó expeler al que lo quebranta. —Por esta virtud, por la humildad del corazon, por la oracion y por la luz del entendimiento, usamos y acostumbramos la abstinencia de la carne y del vino; y de puertas y entradas en nuestros conventos ásperas y dificultosas, asi como de cubos ó tornos en los conventos

que son menester; porque segun la costumbre de las comarcas, suelen venir mujeres á sus recados y confesiones; y puesto que el portero se olvide dejar la puerta abierta, no puede nadie entrar por los tales cubos ó tornos, ni tiene ocasion el portero de verse rostro á rostro con las tales mujeres, todo lo cual se usa por la guarda de la castidad y limpieza del corazon.» «Cerca de la humildad, nuestros usos y costumbres son por alcanzarla en esta manera. Lo primero es poner muy grande estudio en la mortificacion de los frailes, y en la guarda de su inocencia y simplicidad con que viene á la religion, porque sabemos que ni la pobreza ni la castidad son grandes virtudes delante de Dios si no las acompaña la de la humildad. Y por tanto ejercitamos á los frailes cuanto podemos en las costumbres, usos, ritos y ceremonias en las humillaciones de fuera, que fácilmente puedan guardar ó alcanzar interiormente esta humildad del corazon. La cual, segun nuestras experiencias, hallamos que está esencialmente en reputarse el fraile á sí mismo, con vivas razones, por más vil y más sin provecho que los demás; y tener á todos los otros prójimos, aunque sean grandes pecadores, en alguna reputacion de bien, más que á sí mismos; debiendo ocuparse y estudiar cada uno de llorar sus culpas, y no estudiar ni juzgar las ajenas. Hallamos que entónces es alcanzada la humildad, como nota nuestro P. S. Francisco en el *Baston nudoso*, cuando las injurias personales son deseadas con ámplio corazon y sufridas en toda paciencia; y cuando no consentimos se hospede en el corazon el espíritu de venganza. Y por alcanzar esta humildad con espíritu verdadero, usamos de muchas humillaciones, postraciones y acusamiento de culpas menudas y de muchos capítulos, y de muchas genuflexiones en las reprensiones; de muchas osculaciones de manos y de pies de los presidentes, y á las veces de los prestes. Y esto usamos por seguir la doctrina del Evangelio, por lo cual nuestro Señor se humilló á lavar los piés á sus discípulos. Las costumbres, ritos y ceremonias que á este solo fin usamos, no quisiéramos fuesen despreciadas por pequeñas que parezcan á los que no las usan; de aquí es que acostumbramos decir las culpas cada vez que salimos del coro, y llevar penitencia por ellas; y cada dia en el refectorio, ántes de sentarse á la mesa; y en cada reprension, y cada vez que vienen de fuera, segun lo manda la constitucion. De aquí viene tambien, que usamos dar gracias al prelado por sus penitencias, justas ó injustas; y le pedimos feruladas ó palmetas, y disciplinadas, como á niños, por viejos que seamos en edad y en religion; y muchas veces de propia voluntad, pedimos y recibimos en las espaldas disciplinas de azotes. A causa de la misma humillacion, demandamos diariamente la limosna en el refectorio como enseña nuestro P. S. Francisco en la doctrina de los eremitorios. Por lo mismo ninguno es osado de repugnar penitencia ni reprension, ni excusar culpa alguna, aunque sea injustamen-

te. Antes debemos reconocernos imperfectos en todo, sin ficcion ni mentira. Todo lo cual hallamos probado por el Evangelio y por los santos; y por esta misma virtud de la humildad usamos las reconciliaciones, acusándose tanto el que erró, como el que llevaba la razon. Acerca de la inocencia y santa simplicidad, renunciamos todas las constituciones y declaraciones más moderadas que puedan ser ocasion á nuestra flaqueza, usando de esta inocencia y simplicidad segun determinaron nuestro P. S. Francisco y demás antiguos Padres, á saber, que cada religioso permaneciese en la vocacion, estado y condicion en que Dios le llamó, bien clérigo, lego ó letrado, humilde y devoto; observando muchas religiosas cautelas por que esta virtud sea guardada, y por que los frailes ignoren las corruptelas que puedan sobrevenir, siendo así que algunos novicios viven en tanta inocencia, por diligencia de los prelados, que no saben los nombres de los frailes, con quienes moran y conversan, efecto del estrecho silencio.—Respecto del oficio divino, tenemos las costumbres, ritos y ceremonias siguientes. Lo primero es hacer distincion entre la oracion *vocal* y *mental* en acto, y la que es habitual. En cuanto á la *vocal*, hacemos el oficio divino y los sacrificios segun manda la regla, esforzándonos en guardar la constitucion del papa Benedicto, que ordena la devocion y oficio divino del coro; y asimismo la constitucion general, que habla del coro y del ceremonial comun de la Orden, segun la doctrina de S. Buenaventura y S. Bernardo, que es muy conforme á nuestro ceremonial y á nuestras constituciones. Ordenando nuestro Sto. Padre, que para guardar esta oracion, devocion y recogimiento debidamente, no entrase persona alguna del siglo, ni fraile forastero entre ellos, sino solo el custodio cuando le pluguiese visitarlos. Con respecto á los seglares, es la costumbre que no entren en nuestro encerramiento, salvo en cuatro casos. El primero, cuando no podamos repugnar ni negar la entrada á algunas personas sin grave escándalo. El segundo, cuando la edificacion del que ha de entrar es mayor que si no entrase. El tercero, cuando los patrones y señores Reales de la casa quieren entrar, ó meter consigo algunas personas contra toda nuestra voluntad. El cuarto, cuando la necesidad evidente lo requiere, así como la entrada del médico, del sangrador y de los otros oficiales, y si áun en esto ocurriesen dudas, el custodio será el que solamente las resolverá.—Acostumbramos á cantar pocas cosas y señaladas en el oficio divino, en dias marcados, para despertar la devocion entorpecida; alguna vez acompañados del órgano. Para el rezo del mismo y oracion vocal, señalamos el espacio de siete horas naturales ó de reloj, y cuando ménos seis y media; y ocho en los domingos y fiestas de guardar; nueve en las pascuas y fiestas mayores. Tambien decimos en el coro, de gracia y sin obligacion, las horas de la cruz y del Espíritu Santo, y algunas cosas votivas en determina-

das horas, con ordenacion del custodio. Y finalmente, acostumbramos en las casas concluidas y asentadas, decir y acabar todo el oficio de los difuntos, una vez en cada semana, repartido por sus dias, y el lunes su Misa. —Gastamos una hora, ó á lo más hora y media seguida en diversos tiempos del dia y de la noche, en oracion mental de esta manera: despues de las completas y de la bendicion del dormitorio, damos una hora escasa á la oracion en el oratorio privado, despues de la disciplina comun cada noche. Despues hacemos brevemente de noche algunas estaciones al Santísimo Sacramento de la Eucaristía y otros altares; y las ocho estaciones del claustro, por pagar la oracion que debemos á personas señaladas, vivas y difuntas, conviene á saber, por los prelados, por los bienhechores y malhechores, y por los hermanos que van fuera; por los que estan en pecado mortal y en estado de gracia, y por las ánimas que estan en el purgatorio, cuya oracion se hace en procesion de silencio cada noche, y dura un cuarto de hora. Despues de la terminacion de las horas en el coro, estamos en oracion mental en comun hora y media. —El trabajo corporal contenido en la misma regla lo determinan los cuatro maestros y otras exposiciones, ser *precepto* contra el vicio de la ociosidad. Por lo tanto acostumbramos á trabajar en comun ordinariamente una hora despues de Misa, ántes de comer. Los coristas, segun lo ordenó S. Bernardo, hora y media ó dos horas; y cuando por algunos accidentes es ocupada la labor ántes de comer, se hace despues, como lo ordena nuestro P. S. Francisco, cuya ordenanza halló nuestro maestro en Santa María de los Angeles. Y esta labor comun ú ordinaria se hace en la huerta, con el que conseguimos hortalizas y frutas, haciéndose con estrecho silencio. Si alguna vez se ha de dejar este trabajo, será por otra mayor necesidad que ocurra, segun los casos, las calidades y circunstancias de los lugares y tiempos. Distribuimos las otras oficinas y oficios á los que entendemos que en ellas más ganarán, procurando cuanto podamos que el coro no sea turbado. Igualmente estudiamos mucho acerca de los ociosos, segun mandan las constituciones y los santos en sus doctrinas; por manera, que condenamos entre nosotros todo el tiempo que el fraile esté ocioso, sin oracion ó sin labor, ó sin leccion ó sin santa meditacion.— Con respecto á la virtud del buen ejemplo establecemos reglas, ritos y ceremonias, y de buenas costumbres contra sus contrarios, para su mejor guarda, poniendo estos documentos en manos de los que se traslimitan en el hablar y callar; en los ojos, oidos y semblante; en el comer, beber y andar; en el yacer y en el hospedaje; en el conversar, demandar limosna y negociar; procurando que los prójimos queden edificados lo más que podamos, sobre cuyo particular se pone gran estudio y se renuevan con frecuencia las reglas, y se hacen correcciones y reclamaciones en todo tiempo. La virtud de

la caridad, que es forma, corona y fin de las demás virtudes, se ha de alcanzar por don de Dios y por diligencia nuestra, ofreciéndonos á ello con buena voluntad; y como está dividida en dos miembros, amor de Dios y amor del prójimo, la primera, como se ha dicho, es el fin y forma de todas las virtudes; tenemos la costumbre doctrinar, informar y solicitar, por ejemplo y doctrina, y por santa leccion á los frailes, para que cada uno, segun la gracia con que el Señor le favorezca, pueda subir á esta caridad principal, que es el amor de Dios por sí solo y sobre todas las cosas, áun sobre la propia alma. En cuanto al amor del prójimo, acostumbramos guardar continuo silencio, porque sabemos por experiencia que no se puede guardar la caridad y paz con el prójimo sin refrenar las conversaciones áun bien dirigidas, y decir los mayores sus culpas á los menores. Y por la misma caridad vigilamos mucho, y atendemos con gran cuidado sobre la asistencia de los enfermos como manda la regla, y dispensamos con ellos en lechos, vestiduras, alimentos y bebidas, segun el estado y posibilidad de nuestra pobreza y en otras recreaciones; y por esta misma caridad recibimos á los huéspedes, y buscamos para ellos lo que no buscamos para nosotros. Por esta noble caridad deseamos tener predicadores humildes, mortificados y virtuosos, y que tengan don de hablar de Dios para convertir á los prójimos y conducirlos á penitencia con el buen ejemplo de sus obras. Por la misma virtud no pedimos limosnas donde otros *religiosos observantes* de nuestra Orden tienen continua costumbre de demandar, teniendo estatuto de comunicar las limosnas con cualquiera de los *hermanos observantes* que nos la pidieren ó viéremos que las han menester más que nosotros. Por la misma caridad para con el prójimo, acostumbramos no negar la limosna á quien nos la pidiese, sea quien quiera, y ponemos gran castigo sobre aquellos limosneros y presidentes que son tentados de la avaricia ó de poca fe y esperanza en Dios. Guardamos abstinencia continua de la carne, excepto los enfermos, así por observar el religioso estatuto de los capítulos generales, como por imitar á San Francisco nuestro P., y á la Orden primitiva que de *costumbre* no la comian, como tambien porque la tal abstinencia nos es grande ayuda para la pobreza, y para la limpieza y castidad y para el recogimiento de la religion. Tambien la del vino, exceptuando los enfermos ó flacos y débiles de estómago; y desde el principio de esta Custodia tenemos la costumbre de ayunar desde Todos los Santos hasta Pascua de Resurreccion; porque la cuaresma de los Benditos la tenemos por igual á las otras, por la bendicion prometida de S. Francisco nuestro P. y por su devocion, y porque aquellos dias ayunó nuestro Señor Jesucristo; y asímismo no hacemos distincion alguna entre estas dos cuaresmas, por cuanto entre ellas quedan pocos dias que no sean de ayuno. En las cenas de los domingos en nuestras cuaresmas, no

acostumbramos á poner á cada fraile sino una onza de pan con que quiebre el ayuno, sacando los muy jóvenes, que tienen necesidad de comer, á los cuales es costumbre no dejarles ayunar más de lo que conviene á su edad juvenil, así para su nutricion y natural incremento, como porque su juventud no podria soportar tan extremoso ayuno. En los demás tiempos fuera de las cuaresmas, acostumbramos á ayunar los sanos y profesos; los viernes, á pan y agua, y quien más quiere, demanda licencia; los miércoles, á pan y legumbres; y ciertas vigilias á pan y agua; á algunos se les otorga aquella licencia, y á otros no, segun la discrecion del prelado. Mas todos estos ayunos corporales los quiebra el tiempo de la manifiesta necesidad, como dice la regla. Y para esta vida otorgamos á los novicios cuantos años quieren de prueba, y al tiempo de la profesion les declaramos expresamente lo que se hace por obligacion esencial de regla y lo que se hace solo por devocion y buena costumbre.—Las viandas que más acostumbramos son pan, hortalizas y legumbres, frutas y uvas; y en invierno agua cocida con hinojo: y cuando Dios lo envia comemos sardinas, dando á cada fraile una ó dos si las hay, sin otro pescado. Y cuando tenemos este, se gasta ordenadamente, y partimos entre ocho una pescada de las menores, y entre doce una de las mayores. Si Dios no lo envia, tenemos paciencia. Y en tiempo lícito, cuando no ayunamos, usamos de leche, queso y huevos, cuando Dios lo administra; y damos dos ó tres huevos á cada fraile, y á las veces no más de uno, y quedamos contentos con un solo manjar demás de las legumbres y la fruta. Y en las cenas, á los sanos, no es costumbre el ponerles cosa guisada al fuego, sino fruta, hortaliza ó queso. Tambien acostumbramos no comer ni beber fuera de la mesa comun sin licencia expresa, y asimismo la pedimos para cualquier otra necesidad que ocurra; como tambien no tomar ni usar algunas cosas sin licencia, salvo aquellas, que son asignadas al oficio de cada uno. Y tenemos ordenadas y tasadas penitencias para las traslimitaciones de todo lo referido; ni acostumbramos comer en la villa ó lugar donde hay convento de la Custodia con media legua de distancia, aunque sea grande, y únicamente se permite el beber agua sola.—Se guarda la constitucion general de nuestro P. S. Buenaventura, respecto al recibir y vestir los frailes, y trabajamos para inculcar su doctrina en los novicios, si no con evidente y manifiesta necesidad, que no se puede excusar; y ponemos gran estudio en guardar sus constituciones sobre la recepcion de los novicios y jóvenes, así al noviciado como á la profesion; salvo que no curamos de lo que toca á los letrados, ni de lo que pertenece al estudio, ni á las artes liberales, por guardar mejor el paso de la regla y la intencion de su fundador. Con respecto al vestir se procura guardar exactamente la intencion de la misma regla y del mismo S. Francisco, no usando de paño, ni juzgando á los que le usan.—

n cuanto á andar descalzos, guardamos la misma constitucion del capítulo general é intencion de nuestro P. S. Francisco. Y segun esto tenemos ordenado, que el que pudiere ande descalzo en invierno y en verano, mas con discrecion y á juicio del prelado en el invierno; pero los que no pudiesen andar descalzos en ningun tiempo, vayan calzados lo más pobremente que ser pueda, con dispensacion del prelado y consejo de dos discretos, guardando la dicha constitucion, teniendo la misma condescendencia con los que se hallen delicados ó enfermos, no usando jamás sandalias costosas y pulidas, sino pobres y de esparto. Igualmente tenemos ordenado que se guarde la dicha regla respecto al andar á pie; mas cuando alguno por necesidad hubiere de ir á caballo, sea pobre la cabalgadura, esto es, algun simple asnillo, donde buenamente se pudiere haber. Y que en los conventos no tengan bestias de carga donde se pudiesen excusar, y en el caso de tenerlas, con dispensacion, y únicamente cuando sean necesarias y no supérfluas. —Segun doctrina de nuestro P. S. Francisco, que dice: *Guardábamos silencio dia y noche en Santa María de los Angeles*: acostumbramos guardar todo el posible y perpétuo silencio, castigando las señas no necesarias ó sin licencia, y tambien el mayor encerramiento, principalmente en los que son de coro, conforme lo ordenó S. Francisco en los eremitorios, y confirmó la Sede Apostólica. Sin estas tres virtudes, *abstinencia*, *silencio y encerramiento*, en la pobreza evangélica posible que á Dios prometimos, aunque pertenecen al cuerpo, no podriamos subir á la limpieza de las virtudes del alma, pues son las corporales referidas medios necesarios para fabricar la vida espiritual á que debe aspirar el corazon. — En tiempo de invierno, desde Santa Cruz de Setiembre hasta Pascua de Resurreccion, tenemos la costumbre de hacer vigilia, ó velar en silencio cada noche despues de la oracion, gastando dos ó tres candelas en una habitacion comun, que llamamos oratorio ó vigilatorio, y cada fraile hace el oficio que le asigna el presidente; acrecentando ó menguando la vigilia de quince en quince dias, segun que las noches crecen ó menguan. Del mismo modo tenemos disciplina cada noche en todo tiempo con *Miserere mei Deus* en el oratorio privado, muerta la candela; y no tienen licencia sino para veinticinco golpes, salvo á algunos más fervientes que la demandan para más. Y á maitines han de ir todos, mayores y menores (excepto los enfermos y débiles y los trabajantes del camino), y á la disciplina y á la oracion mental, como tambien á la procesion nocturna por los bienhechores y malhechores y por los prelados de la Orden, y los hermanos que andan fuera, la cual se hace cada noche. Además confesamos cada sábado y comulgamos de quince en quince dias, salvos los prestes; y los que quieren confesar más, necesitan licencia para hacerlo cuantas veces quieran.—El capítulo general de las culpas se hace todos los viernes, empezando

los novicios á decir sus culpas, saliéndose fuera en seguida; y su informador ó maestro los instruye en las virtudes cierta hora del dia, y come y duerme en dormitorio aparte con ellos, labra en su compañía en la huerta. De los novicios quedan en la religion las que quieren y pueden llevar sus asperezas, y á los que no se les despide. Acostumbramos leer la regla todos los viernes, con ciertos capítulos de las *Flores*, ú opúsculos de N. P. S. Francisco, y á las veces la Clementina *Exivi de Paradyso*; y cada mes el *Memorial de la Religion* y de la obediencia perfecta, ordenando la leccion de la mesa y de la informacion por todo el año. Bendecimos el dormitorio todas las noches con agua bendita, diciendo cada uno Pater noster y Ave María ántes que se acuesten, y tambien cuando se levantan. A los perezosos y á los que se duermen cuando se vela en el vigilatorio, los despiertan como conviene los más fervientes y diligentes. Nunca se hace preferencia alguna entre los sanos en la calidad y cantidad de alimentos, en el vestir, descansar, etc., y solo á los que vienen de camino, á los trabajantes y flacos, se les dispensa alguna cosa más. Dormimos vestidos, concediendo cinco horas al sueño ántes de maitines, y una despues; á los delicados de cabeza se les consiente almohada de lienzo. En tiempo de frios concede la ordenanza que los frailes despues de maitines pasen á una cocina apartada á calentarse, no entrando ninguno en la cocina, ni saliendo á la huerta, ni haciendo cosa fuera de su oficio sin licencia. Las camas para los sanos han de ser solo de paja con dos mantas sobre ella, y un cabezal ó almohada de sayal llena de paja. Observamos con el mayor cuidado el no nombrar jamás presidente, predicador ó confesor, como tampoco ordenar á ninguno que conozcamos que lo desea y procura directa ó indirectamente. Ni damos oficio alguno al que le escoge, ántes privamos de estos oficios á los que los procuran; y si no se humillan los despedimos de la Custodia. Consideramos á los viejos como enfermos, mayormente de sesenta años arriba. En hacer leña y acarrearla á cuestas y en jumentos, todos los frailes sanos son iguales. En la casa donde son necesarios servidores seglares para que se excusen de salir fuera los frailes, para los servicios de mensajerías cotidianas, tenemos los ménos que podemos.—Tenemos ordenanzas que el ropero de los pellicos los dé en cierto tiempo y los tome del mismo modo, salvo los necesitados. No hacemos diferencia alguna en los asientos del coro, mesa y capítulo, salvo el acatamiento á los presidentes y más antiguos, no habiendo tampoco distincion en la igualdad y calidad de las viandas. Tenemos la costumbre de tener en un cuaderno todas las doctrinas, reglas, ritos y ceremonias que cada oficial ha de guardar en su oficio; conviene á saber, el custodio, presidente, informador ó maestro de novicios; el sacristan, enfermero, portero, etc., y los otros oficiales del coro, cuyo memorial y cuaderno se ha de leer una vez cada

mes.—Todos estos preceptos y costumbres no podemos decir que los guardamos perfectamente; mas con todo eso pugnamos y trabajamos contínuamente por que se guarden lo más sin defecto que ser pueda, y corregimos y penitenciamos las faltas sin descanso. Y todo el intento comun de la Custodia no lleva otro objeto, esforzando á los buenos, ejercitando á los tibios, y soportando á los flacos, que no dañan, y corrigiendo á los malos; y expeliendo y encarcelando á los maliciosos incorregibles, segun la calidad y cantidad de sus culpas, guardando las penas tasadas en las constituciones generales de Lion y de París, y añadiendo otras, como en ellas se contiene, cuando son necesarias y provechosas. Fecho á cinco de Junio, año de mil cuatrocientos y sesenta y uno.»—Este fué el Memorial que formó el Venerable Fr. Lope de lo que en su vida, como en ley animada, traia escrito, y de lo que observaba como vida comun su custodia. Puede juzgarse á qué altura de virtudes llegaria quien con la puntualidad en la ejecucion de todo lo aquí contenido, alentaba á los demás para que mantuviesen sin descaecer ese austerísimo y perfecto modo de vivir. El crisol que tenia reservado la divina Providencia para refinar últimamente las virtudes del V. Fr. Lope, fué una de aquellas persecuciones que solo pueden soportar los héroes de la paciencia. La série de esta persecucion con sus motivos, modos y fines, refiere la Crónica moderna manuscrita de la santa provincia de la Concepcion por las siguientes palabras: «Tuvo, dice, grandes persecuciones en la fundacion de su custodia el V. Fr. Lope; principalmente de la conventualidad, como ántes las habia tenido su gran maestro Villacreces y su condiscípulo el santo Regalado, y el V. Fr. Pedro de Santoyo, como sucede á todos los que quieren vivir en pureza y piedad de espíritu. No fué la menor de estas persecuciones una competencia de entendimiento que tuvo con los PP. de la Observancia. El caso fué que los PP. Fr. Luis de Saxa, custodio de la de Santiago, y Fr. Juan de Victoria, guardian de Valladolid, llevados del celo de que no se hiciese otra subdivision en la nueva reforma de la regular observancia, que con tanta felicidad habia comenzado á resplandecer en España en santas virtudes, opusieron algunos puntos contra el santo Fr. Lope, y la presentaron ante el consejo del rey de Castilla y de Leon, D. Enrique IV, acerca de la estrechez de la vida rara (contenido en el Memorial referido), con que habia comenzado su custodia. El atacado respondió á los puntos que se le opusieron con toda decencia y entera satisfaccion en aquel su célebre *Tratado satisfactorio*, que escribió en Tordesillas año de 1456; y le intitula: *Satisfactiones et responsiones veræ et sanæ ad venerabiles Patres de Observantia:* cuyo título dice bien claro los sanos motivos de la contienda. Los artículos que entónces se le acriminaron referidos con las mismas palabras del V. Fr. Lope, fueron los siguientes: «Que no tenemos prelado en

nuestra pobre Custodia: Que somos ó nos decimos frailes del conde de Haro y no de la Orden, ni del Papa, ni de S. Francisco, y por consiguiente que hacemos Orden nueva; y ¿por qué razon no somos de vuestra observancia ni nos llamamos de ella? Que no somos visitados de los prelados mayores: Que yo me hago perpétuo prelado: Que votamos clausura, lo cual no conviene á nuestra profesion: Que tenemos torno de monjas: Que recibimos niños á la Orden: Que el paño de nuestros hábitos y mantos es raro y extraño, y no competente á nuestra religion; y asimismo el andar descalzos: Que no comemos carne ni bebemos vino, y que esto es contra la regla: Que usamos mesas colocadas contra la pared en los refectorios: Que anticipamos las horas canónicas: Que buscamos favores contra lo que nos manda el ministro provincial, confesando al mismo tiempo que le tenemos por prelado: Que nuestras cárceles y correcciones son crueles: Que no queremos dar licencia á ninguno para pasar á otra familia, y que hacemos austeridades y penitencias extremosas; y que nos tornamos locos por esta causa.»—A todas estas imposturas, que oyó con inalterable paciencia y tranquilidad de espíritu, respondió en su primer satisfactorio con tanta claridad y solidez de razones, que no dejó que replicar á la cavilacion más escrupulosa. Concluye este documento, persuadiendo y rogando á los RR. PP. delatores, que no crean á los frailes díscolos y fugitivos, ya sean de la custodia del mismo Fr. Lope, ya de la del V. Santoyo; porque estos para cohonestar con algun pretexto ménos vergonzoso su relajacion é inconstancia, y dejados en poder de su fragilidad ó malicia, maquinaban y decian mil imposturas ajenas de toda verdad, y de tantos siervos de Dios como profesaban su instituto. Todo lo referido no fué más que como un preludio del cuerpo de la persecucion, pues como dice la Crónica citada: «No se acabó con esto la persecucion. Buscó otros instrumentos que con ardor imprudente celasen lo que no debieran; y el año de 1457, valiéndose del favor de los condes de Haro, antiguos protectores de la de Fr. Lope, y sus hijos de confesion que habian sido muchos años, les persuadieron que Fr. Lope era cruel en su gobierno, tirano, ambicioso, parcial inventor de nueva regla, *sospechoso en la fe*; y otras cosas indignas de escribirse. Consiguieron que la acusacion fuese á Roma, en cuya vista el papa Pio II dió un breve que comienza: *Debitum Pastoralis Oficii*, dado en Sena á 17 de Abril, año de 1459 y primero de su pontificado. En este breve, dice Su Santidad que por estar informado por el conde y condesa de Haro y otras personas de los excesos de Fr. Lope ya referidos, da su autoridad al P. Fr. Luis de Saxa, para que pasando personalmente á las casas de la custodia de Santa María de los Menores, por esta primera vez visite, corrija y castigue *tam in capite quum in membris*, lo que hallase digno de castigo y correccion; y para en adelante determina que

las dichas casas de la custodia estén incorporadas en la de *Citra portus*, ó de Santoyo, y sujetas al mismo custodio Fr. Luis de Saxa y á sus sucesores. Esta bula se intimó jurídicamente por notario apostólico á 28 de Diciembre de 1460 á dicho Fr. Luis, requiriéndole en forma de derecho, aceptase y obedeciese dicha bula. El custodio la aceptó y veneró admitiendo la incorporacion de las casas que Fr. Lope gobernaba; sin embargo, sea como fuese, Fr. Lope prosiguió en su gobierno, y recibió favores honoríficos de la custodia de Santoyo, y volvió á la gracia de los condes de Haro; siendo cierto que su inocencia serenó al cielo despues de tan inhumana borrasca. —La Crónica de la santa provincia de Burgos, como posterior, añade lo que acaeció despues. El motivo para oponerse los condes á Fr. Lope fué, el que como estos señores habian fundado á sus expensas algunos monasterios de monjas reformadas, de cuyo gobierno estaba encargado el siervo de Dios; la condesa, que era muy piadosa y tenia gran devocion y consuelo en visitar á aquellas ejemplares religiosas, entrando como patrona dentro de clausura; con esta ocasion y con pretexto de acompañarla, entraban sus damas y criados de su familia, y las conversaciones en vez de graves y espirituales se convertian en más festivas de lo que convenia á unas esposas de Dios. Fr. Lope procuró atajar aquel mal, persuadiendo á la señora que se abstuviese de aquellas entradas, ó excusase en ellas la comitiva de su familia. Pero viendo que el candor de la señora no acababa de entenderle, se vió precisado á impedir la entrada á rostro descubierto. La señora se dió por tan ofendida, que habiéndolo comunicado con el conde, determinaron que aquel convento mudase de director. A esta ocurrencia se agregó otra casi de la misma especie, porque queriendo el conde que los frailes de la custodia se encargasen de cierta ocupacion que el V. Fr. Lope les tenia prohibida, no quiso condescender con la voluntad de su excelencia, quedando el siervo de Dios abiertamente malquistado con estos señores. Estas fueron las chispas que, avivadas de sus émulos, extendieron contra Fr. Lope tan extendidas llamas de enojo, que llegaron á creer de él las imposturas que le acriminaba la malicia; en cuya persuasion le acusaron de *hombre sedicioso* y *de caprichosa doctrina*, en el tribunal del consejo Real de Castilla y Leon; y despues por *sospechoso en la fe* en el de la Silla Apostólica. —Mas volviendo á la bula que se intimó al custodio Fr. Luis de Saxa para hacer la visita y correccion de los conventos del gobierno del V. Fr. Lope; no tuvo efecto, como sacada subrecticiamente con informe falso; porque este gran siervo de Dios, como era de corazon grande y valiente y se hallaba armado con la razon, la verdad y la justicia, se apesadumbró, mas no descaeció su ánimo, ántes bien recurrió al mismo Sumo Pontífice, que dió su breve, cometido al arzobispo de Toledo D. Alonso Carrillo, para que compusiese es-

tas diferencias, mandando que por entónces no se hiciese la incorporacion en otra custodia de la de Santa María de los Menores; constando en la misma bula, dada en 1460, que sujeta á la obediencia, gobierno y direccion del mismo Fr. Lope Salinas los dos conventos de monjas de Belorado y Briviesca. Los condes, pasado algun tiempo, se desengañaron conociendo era todo resultado de la malicia de sus émulos. *Lloraban casi confusos aquellos señores* (dicen las Memorias de la santa provincia de Burgos) *arrepentidos de haber dado lugar á fomentar aquella persecucion*; y nada deseaban más que volver á la amistad del V. Fr. Lope, padre suyo espiritual, como fácilmente lo consiguieron del varon santo. A pesar de haber pulverizado y destruido Fr. Lope las calumnias de que habia sido objeto, en su primer Defensorio ó Memorial, que lleva el título de *Satisfacciones y respuestas verdaderas y santas á los Venerables Padres de la Observancia, hechas por Fr. Lope, en Tordesillas, ante los gobernadores del reino, arzobispo de Toledo y conde de Haro;* sus encarnizados émulos le hicieron otros quince cargos mucho más graves, á que de palabra y como en resúmen satisfizo por entónces; pero deseando que sus satisfacciones quedasen escritas, para que en cualquier tribunal pudiese constar su inocencia, revolvió al convento de Santa María de Linares, y tomando la pluma escribió, más con rayos de luz y fuego que con caractéres de tinta, el segundo satisfactorio; y como atando este segundo escrito con el primero, comienza con estas palabras: «Item, Venerables Padres, en cuanto á los otros quince artículos, que de rostro y presencialmente me tocasteis, aunque respondí sumariamente por palabra, y áun algo por escrito, empero por más satisfacer á vuestro santo celo, y á los que vos mueven contra nos, con su buena y comunal, ó mala y torcida intencion, y porque más tengais en memoria mi satisfaccion sana y verdadera, deliberé apuntar aquí lo mismo que os respondí, con algunas pocas adiciones que se me olvidaron, y lo que despues ocurrió más á la memoria.» —Despues procede á sumar los cargos, y dejándolos satisfechos concluye: «Escrita en Linares, yaciendo en la cama, con asaz trabajos de mis enfermedade, años de 1457. Deogracias: Amen.» —Apénas el V. Fr. Lope habia enjugado en su frente el sudor de los conflictos pasados, cuando se le ofreció nuevo empeño, que le puso en precision de dejar los amados ocios de su paz y retiro, para ponerse en defensa de su instituto nuevamente atacado; pero al fin, despues de varias visicitudes, consiguió el intento de sus santos deseos, recogiéndose á su retiro para gozar en el desembarazo y silencio de la soledad el fruto de la paz que le produjeron las repetidas victorias en todos sus conflictos. Pero como la caridad santa no sabe descansar sino en la solicitud de la gloria y utilidad del bien que ama; en el mismo descanso halló el V. Fr. Lope modo y medio de contribuir á la gloria de Dios y bien

de las almas, reduciendo á la pluma gran parte de las doctrinas místicas, que áun más que en los libros habia estudiado en la escuela de la oracion y en sus propias y muchas experiencias. La serie de los tratados, que á este fin escribió, segun refiere el erudito analista en el tomo *De Scriptoribus Ordinis Minorum*, es como sigue: 1.° *Espejo de Prelados.* —2.° *Escala de la perfeccion religiosa, hasta el perfecto amor de Dios.* —3.° *Antídoto contra los abusos por donde se viene á la relajacion de la vida monástica.* —4.° *Colaciones espirituales sobre el Evangelio de la Transfiguracion.* —5.° *Testamento espiritual del mismo Fr. Lope, en que por via de manda ó legado á sus discípulos, deja una gran abundancia de doctrinas y avisos espirituales.* Todos estos tratados (dice el mismo analista) escritos en el castellano vulgar antiguo, y unidos en un gran tomo, se guardan en la librería del convento de S. Esteban de los Olmos, fundacion del mismo autor, no léjos de la ciudad de Burgos. Otro tomo en que escribió las reglas, fórmulas, catecismos, instrucciones y las constituciones para la vida regular de los frailes de su custodia, se halla en la librería de Santa María de los Angeles de Santo Domingo de la Calzada. Escribió tambien los *Defensorios* ó *Satisfactorios Apologéticos* ya citados. En la crónica moderna de la santa provincia de Burgos estan impresos los más de los referidos tratados; y en el suplemento de los anales de Wadingo se halla traducido á la lengua latina el testamento del siervo de Dios. Con pasos de gigante caminaba al fin de su carrera el V. Fr. Lope dando todo el impulso al fervor de aquellas ansias que le transformaban en el sumo bien. De los dos eremitorios, ó desiertos de *San Antonio del Monte* y de la *Madre de Dios de Linares*, por lo devoto y solitario de su situacion, hacia teatro en sus últimos años, donde llorando la cautividad de su destierro, presentaba á Dios los afectos de su corazon, exhalado en suspiros por la patria celestial. En la altura del convento del *Monte* gemia deseando elevarse al eterno descanso. Y descendiendo desde el *Monte* al *Valle* en el *de Linares*, atendia y adoraba á la Reina de los cielos María Santísima, como cándida y firmísima escala, para ascender por ella hasta Dios, seguro de precipicios. En uno y otro desierto, al fin, practicó con perfeccion exactísima lo que dejó escrito su pluma en los tratados espirituales ya citados; llegando á un eminentísimo grado y noticia experimental de teología mística, que le mereció los elogios de *Doctísimo* y *Santísimo*, que en dos palabras expresan cuanto pudiera decirse en muchas. Tal vez en estos últimos años solia salir á visitar con la autoridad de vicario perpétuo que tenia de la Sede Apostólica y del ministro general de la Orden, algunos conventos de su custodia, segun las urgencias de la caridad, la que no le dejaba desocuparse del todo y librarse de esta carga, sin embarazar por esto en su gobierno al custodio actual, porque ambos ca-

minaban unidos á un mismo fin con igual humildad, celo y amor. Sus palabras, llenas de bendiciones, de dulzura, consolaban los corazones; y su pobreza, abstinencia y austeridad en años tan mayores y quebrantados, eran un ejemplo de extraña fuerza para persuadir y mover á imitacion en los súbditos. Escribia tambien muchas cartas doctrinales para la direccion del espíritu, previniendo en ellas muchas cosas, que aunque al parecer mínimas á los ojos de los perfectos y bien iluminados con la ciencia de los santos, son máximas para conservar en pura observancia una regla tan estrecha y tan llena de preceptos como la del seráfico P. S. Francisco. Al fin, como buen pastor, siempre velaba sobre sus ovejas, conduciéndolas con la mano y con la voz á los más seguros y saludables pastos y á lo más interior de aquella soledad, en que habla Dios al corazon y el alma oye su palabra, sin que la inquiete el ruidoso bullicio de las pasiones. Hallábase retirado de este modo en su convento de Linares, comenzado ya el año de 1463, cuando los condes de Haro, que á la sazon residian en su noble y antigua villa de Medina de Pomar, enviaron á llamar al siervo de Dios para consolarse con él. Estaban ya desengañados aquellos piadosos señores de los artificios con que sus émulos habian pretendido derribarle de su gracia: consideraban su paciencia y mansedumbre en tantas y tales injurias, su humildad é igualdad de ánimo en tan desmedidos desprecios, su resignacion y paz en tantas tribulaciones, su zelo y fortaleza en tan grande y continua oposicion, y finalmente, su ardientísima caridad y verdadero amor de corazon para con sus mismos émulos y perseguidores. Admiraban sobre todo esto que la reforma y el reformador, despues de combatidos del recio viento de las contradicciones, se mantenian constantes en su santo modo de vida, con alabanza y edificacion del mundo. Por todas estas razones habian formado un altísimo y firme concepto de su santidad, mirándole no como criatura terrena, sino como hombre celestial; y á medida de este concepto, era el ánsia de comunicarle y el consuelo de su presencia. Con este motivo le rogaron en el referido año se tomase el trabajo de llegarse á aquella su villa, porque importaba para el servicio de Dios, consuelo de sus almas y serenidad de sus conciencias. El siervo de Dios, sin embargo de hallarse cargado de años y de achaques, tomó gustoso el trabajo del camino para manifestar así el olvido de las ofensas pasadas, como la gratitud á los beneficios que habia recibido de estos señores, á quienes siempre miró como á padres de su custodia y como á sus hijos espirituales. Por último, recibido con el respeto, regocijo y amor que se deja considerar, le comunicaron puntos gravísimos para la serenidad de sus conciencias y para la disposicion de sus cosas temporales, porque su edad, su desengaño y su virtud, los tenian muy persuadidos y atentos á que se les acababa el

tiempo y estaban en los umbrales de la eternidad. El V. y docto Padre les satisfizo á todo aquietando sus escrúpulos, allanando sus dudas, consolando sus aflicciones, entervorizando su caridad, y constituyéndoles en la esperanza de la corona de gloria, debida á la piedad y cristiandad con que vivian. No se sabe si fué en esta ocasion ó ántes, cuando por consejo é instancias del siervo de Dios dejaron fundado los condes un suntuoso hospital ó casa de caridad, contigua al insigne monasterio de la seráfica madre Santa Clara, cuya magnífica capilla mayor de la iglesia es celebérrimo panteon de muchos héroes de esta ilustre familia. En este hospital moran veinticinco pobres honrados, que habiendo pasado de los cincuenta años de su edad, consiguen, recogidos allí, sustento decente y vestido honesto hasta el fin de sus dias, á expensas de estos señores. Estos pobres tienen su coro en el hospital, desde el cual pueden oir las misas que se celebran en la iglesia, y en él pagan al Señor el censo de sus alabanzas, y á los ilustres fundadores el tributo de sufragios, rezando el número de *Pater noster* que ordena á los legos de la religion la Seráfica regla. En la pared contigua al mismo hospital, labraron el sepulcro despues estos señores al V. Salinas. Proseguia el siervo de Dios, consolando á los condes con su presencia y santas instrucciones; cuando á pocos dias de estar en su compañía se sintió gravemente enfermo, azar que les acibaró el gozo de tenerle consigo. La enfermedad fué agravándose de tal modo, que los médicos llegaron á desconfiar de su vida, noticia que fué recibida con igual desconsuelo de los señores, que con consuelo y regocijo del siervo de Dios, que la recibió dando gracias al Señor, por considerar ya tan cercano el dia de la eternidad, despues de la prolongada noche de tribulaciones en que habia vivido. A la voz de la enfermedad que luego se extendió por la comarca, vinieron de los conventos más cercanos á asistir y visitar á su santo padre, muchos religiosos de su custodia, quienes le administraron los santos Sacramentos, que pidió y recibió á su tiempo, no sin grandes consolaciones que alegraron su alma, y con admirables y ejemplarísimos afectos de devocion que edificaron y enternecieron á todos los asistentes. Despues de haberse despedido de los condes y de los frailes de su custodia, representada en los que allí le asistian, y habiéndoles nuevamente encargado á unos y á otros la puntual ejecucion de la voluntad última que les dejaba escrita en su testamento, dióles la bendicion; y convertido al Señor, le entregó suavemente el espíritu el dia 24 de Febrero del año de 1463. Muerto el V. Fr. Lope, resonó luego el eco triste de su muerte en todos los conventos de su custodia, y mezclábanse en diversos afectos de los corazones de sus hijos, las lágrimas del dolor y las del gozo; aquellas por la falta de tal padre, cuya muerte les dejaba en irremediable orfandad, y estas por la fe

con que se persuadian que gozaba el descanso de la gloria eterna, y que en ella le tenian como intercesor y abogado para el alivio de sus miserias. Los nobilísimos condes, en cuyos pechos piadosos se miraban los mismos afectos originados de los mismos motivos, determinaron no solo mostrar, sino ostentar tambien su grandeza, su obligacion, su gratitud y su piedad en las honras de tan venerable difunto, á quien estaban unidos con los vínculos de la sangre, y áun más ceñidos con los del amor y del espíritu. En cumplimiento de este empeño, despues de celebradas las exequias con aparato fúnebre y magnífico, depositaron el santo cuerpo en el sepulcro que le labraron entre los demás de su ilustre casa, en la capilla mayor del convento de la seráfica madre Sta. Clara, de la referida villa de Medina de Pomar, al lado del Evangelio, en la pared que une la iglesia y el hospital. Aquí yace con excelso honor su santo cadáver, y aquí le veneran siempre como á deudo suyo y siervo del Altísimo, los descendientes de esta ilustre casa, hijos de aquellos piadosos padres; cuyos ánimos, si un tiempo por el influjo artificioso de los émulos, se movieron contra el siervo de Dios, dejaron vindicado aquel momentáneo engaño con horas de eternidad, verificándose por este medio, en gloria del humilde y V. Fr. Lope, aquellas palabras de Isaías: *Venient ad te curvi, filiis eorum qui humiliaverunt te; et adorabunt vestigia pedum tuorum omnes, qui detrahebant tibi:* «Vendran á ti rendidos, los hijos de aquellos que te humillaron; y todos los que te infamaban, te adorarán postrados á tus piés.» Hacen honorífica mencion de este gran varon todos los cronistas generales de la Orden, tanto antiguos como modernos, hablando con más extendida pluma y uniformidad, acerca de los elogios de sus heróicas virtudes y mística sabiduría, más bien que en los sucesos de su historia, que por cierto fueron muy señalados y ruidosos.—A. L.

SALINAS (P. Dr. Marcos) de la Compañía de Jesus. Era natural de Salinas, en la Rioja, pertenecia á una familia distinguida que le proporcionó una educacion correspondiente á su clase. Despues hizo sus estudios con grande aprovechamiento hasta graduarse de doctor en teología en el colegio de Sigüenza, donde siguió toda su carrera, y terminada, recibió los órdenes sagrados hasta el del sacerdocio. Desempeñaba ya este sagrado ministerio cuando entró en la Compañía en el colegio de Alcalá en 1554, de donde pasó en el mismo año á fundar el de Palencia en compañía del Padre Villanueva. Llegaron á esta ciudad por Setiembre, y se hospedaron en las casas del obispo hasta Noviembre del año siguiente, en que fué á presenciarla S. Francisco de Borja, segun lo deseaba su fundador. Hé aquí lo que sobre este asunto refiere la Crónica: «Habia rogado el obispo de Plasencia D. Gutierre al santo comisario que se avistasen los dos en su villa de Xaraycejo, porque deseaba ya con una santa impaciencia otorgar en toda forma la

escritura de fundacion, y condescendiendo el santo con su deseo, se efectuó á 12 de Noviembre. Mas porque en el instrumento resplandece así el singular amor á la Compañía como la magnificencia de tan ilustro prelado, tenemos por oportuno copiarle aquí, cuyo tenor es este: «*In Dei nomine Amen.*—Notorio sea al que el público instrumento viere, cómo Nos, D. Gutierre de Carvajal por la gracia de Dios y de la Iglesia romana Obispo de Plasencia, del Consejo de S. M., decimos, que por cuanto ha sido Dios nuestro Señor servido de darnos el gobierno y administracion de este obispado por espacio de treinta años, poco más ó ménos, en el cual dicho tiempo habemos conocido la mucha necesidad de pasto espiritual, que nuestros feligreses y súbditos han y tienen; y asímismo la mucha ignorancia que en los eclesiásticos de este nuestro obispado se ha arraigado, de lo cual ha sido causa que hayan nacido muchos delitos é inconvenientes; y Nos, como cosa que tanto importa á la salud de las ánimas y remedio de las dichas personas eclesiásticas, y como todo ello fuese á nuestro cargo, habemos procurado con todas nuestras fuerzas de buscar formas, remedios y maneras cómo lo susodicho se pudiese remediar; por lo cual, pareciéndonos que era lo que más convenia al descargo de nuestra conciencia, y para el bien comun del dicho nuestro obispado, traer un colegio de la Compañía de Jesus á la ciudad de Plasencia, adonde está nuestra iglesia catedral, y así le habemos traido á nuestra costa, y mision de dos años á esta parte, y en el tiempo que han estado en la dicha ciudad se ha sentido notablemente el provecho espiritual, y ha hecho Dios nuestro Señor muchas y muy grandes mercedes á las ánimas de los fieles por medio de la dicha Compañía, el cual hasta ahora nos ha costado mucha cantidad de dinero, y hasta acabarle y ponerle en perfeccion, nos costará más de treinta mil ducados, placiendo á la voluntad divina de Nos dar vida para que se acabe, y porque está concertado entre Nos y los Padres de la Compañía, que en ella han de residir confesores para que confiesen, predicadores para que enseñen la palabra de Dios (que es nuestro propio oficio) y lectores para que enseñen la gramática cumplidamente, y retórica y artes y teologia. Con lo cual, con la ayuda de nuestro Señor, se remediará á todas las necesidades, ó á las más principales de este nuestro obispado, y se lanzará la ignorancia de él, y porque todo lo susodicho parece que de la dicha Compañía de Jesus dependia todo el cargo y trabajo, que nos pertenecia por nuestro oficio y dignidad episcopal, y porque de nuestros propios bienes y hacienda no podemos tan cumplidamente dotarlos para que tengan alguna cóngrua sustentacion, para que no se ocupen en demandar y pedir limosna, sino que todo el tiempo se ocupen en confesar, predicar y enseñar, en provecho de los dichos nuestros feligreses, que es todo nuestro deseo y lo que más en esta vida deseamos; y pues Dios nuestro

Señor ha sido servido de haber acrecentado tanto los frutos y rentas de esta nuestra mesa episcopal, y que es razon que se tome alguna cosa de ella para ayuda á la sustentacion de los susodichos, juntamente con lo que Nos les habemos dado y daremos de aquí adelante, de nuestros propios bienes y hacienda. Por ende la mejor via y forma que podemos de derecho comun y privilegio, aunque sea de la centésima ó cincuentésima parte, hacemos gracia y donacion etc. Despues señala algunas rentas de la mesa episcopal, para que dando Su Santidad licencia, se anejen al dicho colegio, y jura de no lo contradecir. Y lo otorgó en su villa de Xaraycejo á 12 de Noviembre de 1555, ante Juan Paniagua, notario. Y luego incontinenti, que por Su Señoría reverendísima fué otorgada la dicha escritura de donacion, el dicho dia, en presencia del dicho notario y testigos, el muy reverendo Padre y Señor Francisco de Borja, comisario general de la Compañía de Jesus y colegios de ella, recibió la dicha escritura en señal y en nombre de posesion, para el dicho colegio de la Compañía de Jesus de Plasencia, y dijo que aceptaba y aceptó la dicha donacion en merced y limosna que Su Señoría hace al dicho colegio, y que promete y se obliga, en nombre de dicho colegio, de hacer cumplir lo contenido en la dicha escritura, y cumpliéndolo hará que en la dicha casa-colegio haya cuatro lectores de gramática y uno de retórica y dos de artes, y otros dos lectores de teología, y cuatro confesores y dos predicadores, y un rector, y un ministro, y un procurador, y un sacristan, y un refitolero, y un enfermero, y un cocinero, y un portero, y un comprador, y dos legos, y catorce estudiantes, los cuales prediquen, y confiesen, y enseñen, sin recibir estipendio alguno ni salario por ello, como la dicha Compañía de Jesus lo tiene de costumbre. Y se obligó que dentro de un año primero siguiente hacia consentimiento y aprobacion de la dicha escritura del dicho colegio de la Compañía de Jesus de Plasencia, con autoridad del general de la dicha Compañía y aprobacion y consenso, y confirmacion de Su Santidad, y otrosí dijo el dicho señor y Padre Francisco de Borja, que daba y dió licencia al rector y PP. de la Compañía de Jesus de Plasencia para que acepten la dicha donacion, y la aprueben y consientan de la manera que su merced el dicho P. Francisco lo tiene aceptado, y aprobado, y consentido y otorgado. Testigos los dichos. Y lo firmó. Francisco de Borja, comisario general. Pasó ante mí, Juan Paniagua, notario. En la ciudad de Plasencia, á 18 dias del mes de Noviembre de 1555 años, en las casas y palacios obispales de esta ciudad, adonde al presente está y reside el colegio de los Padres y Hermanos de la Compañía que se dice del nombre de Jesus, en presencia de mí el presente notario, é testigos infrascriptos, estando juntos y congregados los muy reverendos Padres y Hermanos del dicho colegio, conviene á saber: el *Dr. Marcos Salinas*, rector, y los Padres el Mtro. Dio-

nisio Vazquez, el bachiller Duarte, el bachiller Pedro Sanchez y Nicolás Muñoz. Gerónimo Jimenez, y los hermanos Cárlos Gomez, Bernardino de Costa, Cárlos Lopez, el bachiller Francisco Gonzalez, é Juan Hernandez, Juan Bautista, Alonso de la Cruz, Alonso de Heredia y Pedro Ramirez, y dijeron que por cuanto ellos han visto y sido certificados de la dicha limosna, merced y donacion que Su Señoría ante mí el notario la hizo y otorgó de suso contenida, la cual ahora aquí por mí el notario les fué leida, juntamente con la aprobacion y consentimiento y obligacion y aceptacion de dicho reverendo señor P. Francisco de Borja, comisario, y la licencia que les da para lo aprobar y consentir, y ellos han entrado en su capítulo y congregacion han tratado y han hallado ser útil y provechoso al dicho colegio y Compañía, hacer lo que Su Señoría quiere, y lo que el dicho P. Francisco de Borja se obligó, y prometió hacer, conviene á saber, que en el dicho colegio haya las cuarenta personas, de la manera, y de las cualidades, y para el efecto susodicho. Por tanto, dijeron que ellos aceptaban la dicha donacion, merced y limosna que Su Señoría hace al dicho colegio, y prometen y se obligan por sí y sus sucesores, para siempre jamás, de hacer cumplir lo contenido en la dicha escritura, etc. Estando presentes por testigos el doctor Juan de Ayora, provisor de este obispado de Plasencia, y Miguel de Justicia, clérigo, su capellan, y Alonso Hidalgo, residente en el dicho colegio. E yo, Juan Paniagua, notario público apostólico y de la audiencia episcopal de la dicha ciudad de Plasencia, presente fuí con los dichos testigos á lo que dicho es, y ante mí pasó; é por ende hice aquí mi signo. En testimonio de verdad, Juan Paniagua, notario.» — Despues de haber gobernado por algun tiempo este colegio el P. Villanueva, le sucedió el P. Dr. Marcos de Salinas, el cual, en el poco tiempo que vivió, recibió en la Compañía á dos ilustres hermanos coadjutores, que fueron Diego Serrano, natural de Garciaz, cerca de Trujillo, en el obispado de Coria, de edad de veintisiete años, y Martin Timon, hermano del P. Villanueva. A últimos de otoño del 1557 fué á una heredad, llamada de la Magdalena, el P. Marcos Salinas, donde se sintió gravemente enfermo. Para curarle mejor le llevaron á un lugar cercano llamado Xaraiz, donde tambien estaba enfermo el P. Baltasar de Loarte. El Padre rector murió al sétimo dia de su enfermedad en la fiesta de la Natividad de nuestra Señora, asistido del P. Loarte. Fué muy sentida su falta por el amor y respeto que todos tenian á sus virtudes en la ciudad de Plasencia, adonde se llevó su cadáver, depositándose por entónces en la iglesia de Santiago, hasta que se enterró despues en el colegio de la Compañía. El dia que le dieron el Viático entró en la habitacion acompañando al Santísimo un jóven tan profano en el traje como en las costumbres, y fijando el P. Salinas los ojos en él, hizo con la cabeza y el semblante ademanes de compasion y repren-

sion por su distraimiento, las cuales hicieron tal impresion en al alma de aquel jóven, que compungido, avergonzado y arrepentido de su mala vida, entró religioso descalzo en la órden de S. Francisco, y vivió hasta la muerte en la religion dando notables muestras de santidad.—S. B.

SALINAS (La ejemplar Madre Sor María), natural de Tamarite de Litera. Profesó la regla de Sta. Clara en el convento de la ciudad de Borja, ántes de la mitad del siglo XVII. Su grande ejemplo en esta comunidad, como en la del convento de la Concepcion y Sta. Espina de la villa de Re lsa, que fundó, fué muy útil para la imitacion. Murió el año de 1657, habiendo escrito de consejo de su confesor, que llegó á mandárselo, su *Vida* particular *para que sirviese de comun edificacion*. La publicó el P. Fr. Juan Guito, provincial franciscano de Aragon, y se imprimió en Zaragoza por Miguel de Luna el año de 1660, en 4.° Hállanse tambien memorias suyas en las *Antigüedades de Sallent* del P. Marton, página 181.—L.

SALINAS (V. Martin Alonso), presbítero canónigo de la santa iglesia catedral de Palencia, varon santo y amigo de los santos, dice Ramirez Luque, como eran el V. Reinoso y Sta. Teresa de Jesus. Esta incomparable mujer, elogia al licenciado Salinas en el capítulo XXIX, en su libro titulado de las *Fundaciones*, llamándole de *grande caridad y entendimiento*, y refiere lo mucho que la sirvió para llevar á cabo la fundacion del convento de Carmelitas descalzas de Palencia. La santa le dirigió una carta, que es la 58 del tomo II, y con este motivo dice el P. Fr. Antonio de S. José en la nota primera, que este prebendado y el Sr. Reinoso, cuya biografía insertamos en su respectivo lugar; «como se unieron en lo ejemplar de su vida y en favorecer á nuestra santa, tampoco se apartaron en la muerte, y así estan juntos en un nicho de alabastro, donde con honoríficas inscripciones se conserva su memoria, y mucho más en las hermosas láminas de sus heróicas virtudes. La principal en que resplandeció el canónigo Salinas fué en la caridad con los pobres, la cual ejecutó muchos años en el hospital de S. Antolin, de que fué administrador, dejando á los sucesores muchos ejemplos que imitar.»—S. B.

SALINAS (Fr. Miguel de). Nació en Zaragoza á fines del siglo XV. Jóven, estuvo empleado en la Real capilla del rey D. Fernando *el Católico*, en compañía de un tio suyo, que era en ella sacristan mayor. En este tiempo siguió los estudios teológicos, y ántes los de artes y humanidades, saliendo muy aprovechado y virtuoso en su tenor de vida. Con estas buenas disposiciones profesó el monacato de S. Gerónimo en el Real monasterio de Santa Engracia de su patria en la edad de ventiun años. Treinta y cinco fué maestro de novicios en él con suma diligencia y edificacion, estimando mucho este destino; pues tanto favorecia á su estudiosidad y literatura. En 1557

fué vicario de esta Real casa por obediencia, y jamás quiso empleo alguno, Habiéndose reconciliado en 5 de Marzo, despues de maitines entró en su celda, y puesto de rodillas junto á la cama con las manos en cruz, murió conforme sus deseos de no molestar á nadie, en el año 1577, como lo refiere el P. Fr. Braulio Martinez, en su *Relacion manuscrita de este monasterio*. El P. Palayu, en el *Catálogo de monges de él*, y el P. Marton en su historia página 541, columna 1.ª, acreditó su erudita instruccion escribiendo: 1.° *Retórica en lengua castellana, en la cual se pone muy en breve lo necesario para saber bien hablar, escribir, y conocer quién habla y escribe bien*; donde se hallan tambien: —2.° *Una manera para poner en ejercicio las reglas de retórica.* —3.° *Un tratado de los avisos en que consiste la brevedad y la abundancia.* —4.° *Un tratado de la forma que se debe tener en leer los autores y sacar de ellos lo mejor, para poderse de ello aprovechar cuando fuere menester*; compuesta por un fraile de la órden de S. Gerónimo. Con privilegio imperial de 1541, y al fin se lee: «Fué impresa esta nueva invencion de retórica en romance, á loor de nuestro Señor Jesucristo y de su gloriosísima Madre, en la muy noble villa y florentísima universidad de Alcalá de Henares, en casa de Juan Brocar, á ocho dias del mes de Febrero de 1540, en 4.° Aunque esta obra no lleva el nombre del P. Salinas, es suya como tambien se colige de lo que dice Luis Gutierrez en el prólogo al lector, que publicó en el *Libro apologético del P. Salinas*. Esta retórica, escrita con bastante diligencia, como dice D. Gregorio Mayans, *Spec. Bibliot. Hisp. Magn.*, página 68; la alabó y encareció mucho Juan Petreyo en una carta escrita al mismo autor, que se publicó con la referida obra. De este libro hay reimpresiones de Zaragoza y Lérida.—5.° *Tratado para saber bien leer y escribir, pronunciar y cantar letras, así en latin como en romance;* en Zaragoza, 1551. Al fin se dice: «Fué impreso el presente libro en la muy noble ciudad de Zaragoza, en casa de Pedro Bornos, y acabóse el postrero dia del mes de Agosto, año 1551, en 8.° Consta que compuso esta obra el P. Salinas, de su página 11, 13 y 14. El citado Mayans dice que contiene muchas cosas dignas de saberse. — 6.° *Libro apologético que defiende la buena y docta pronunciacion que guardaron los antiguos en muchos vocablos y acentos, con las razones que tuvieron, y así para retener por que fué buena y sabia, y no ignorante ni mala, segun que algunos de los modernos han reprendido y condenado. Contiene tambien muchos avisos y doctrina para los que profesan esta facultad. Lo han visto y aprobado muchos y doctísimos varones, y afirman que de él se saca mucha erudicion, compuesto por el muy Rdo. P. Fr. Miguel Salinas, de la órden del glorioso doctor y bienaventurado P. S. Gerónimo, en el monasterio de la gloriosa virgen y mártir Sta. Engracia de Zaragoza.* Y al fin se lee: «Fué impresa la presente obra en Alcalá, en casa de Pedro de

Robles y Francisco de Cormellas, año 1563, en 8.°, de 306 páginas sencillas. La alaba con muy señaladas expresiones el Mtro. Lorenzo Palmireno en una epístola escrita á Pedro Senaut, sacerdote en la iglesia mayor de Alcañiz, estampada en la misma obra, sobre la cual, aunque no manifestó iguales sentimientos Francisco Sanchez de las Brozas, segun D. Gregorio Mayans, es constante su mérito.—7.° *Primera parte de la ortografía y origen de los lenguajes*; en Alcalá de Henares, 1567, en 8.°—8.° *Un libro de poesía y espirituales conceptos*, que dejó manuscritos, como dice el referido P. Palayu, advirtiendo al mismo tiempo que en estas ocupaciones amenas tuvo buen gusto.—9.° *Prontuario para saber las costumbres y usos monásticos de la Real casa de Sta. Engracia de Zaragoza, del órden de S. Gerónimo*; de que trata el citado P. Martin, página 540. Refieren la virtuosa y sabia memoria del P. Salinas, el P. Sigüenza en la *Historia del orden de S. Gerónimo*, parte 3, libro II, capítulo XLI, páginas 14, 449, 450, y en otras; el citado Palmireno, llamándole ornamento de Zaragoza en el número 6 de su obra referida. El Mtro. carmelita Fr. Valero Jimenez de Embrun, en el *Estin. de la devoc. del Cárm.*, parte I, capítulo I, v. 51, página 32. El Mtro. mercenario Fr. Manuel Sanchez de Allustante, en la *Escuela muda de Gramática latina*, página 103, y el cronista Andrés en el *Aganipe*, página 19, diciendo:

Las Musas peregrinas
Del grave elocuentísimo Salinas,
Son ilustre ornamento
De Zaragoza, y del Real Convento
De la ínclita mártir Santa Engracia,
Cuya destreza y gracia
Dió regla y documento
De orar perfectamente,
Y el compás y observancia del acento,
Para que no disuene el instrumento.
Que un hijo de Gerónimo elocuente
Solo pudo enseñar suavemente
De prosodia y retórica niveles
Ilustrando su frente de laureles.

L.

SALINAS (D. Miguel), doctor teólogo, canónigo y párroco de la insigne iglesia colegial de Sta. María la Mayor de Calatayud, natural de esta ciudad; parece eclesiástico muy instruido en sus obligaciones y deberes, y escribió el año 1720. 1.° *Meditaciones para el Sto. Via-Crucis*, que vino á imprimirse en Calatayud, por Gabriel Aguirre en 1744, en 8.°, y esta es re-

impresion. Volvióse á estampar en la misma ciudad por Joaquin Estéban, en 1757, tambien en 8.°—L.

SALINAS Y AZPILCUETA (D. Jorge de), hijo de la ciudad de Huesca, de una distinguida familia, siguió en su universidad los estudios, y los completó en la de Salamanca. Fué doctor jurisperito, catedrático del código y rector de aquella. En su catedral tuvo la dignidad de prepósito y su mérito religioso, erudito y poético logró aprecio no solo en dicha ciudad y reino de Aragon, sino en Roma, Madrid y otras tres partes, segun el cronista Fray Gerónimo de S. José en una carta suya que va en la *Paráfrasis poética de la Casta Susana*, que escribió su sobrino el Dr. D. Manuel de Salinas; advirtiendo tambien que supo asimismo hurtarse de estas alabanzas. Sus escritos son: *Discurso sobre los derechos y preeminencias de la dignidad de prepósito de la santa iglesia catedral de Huesca, en defecto de su dean.* Su fecha es 24 de Abril de 1647. Se imprimió en fólio, sin año ni lugar de edicion.—2.° *Poemas diferentes.* El P. Baltasar Gracian en el *Dic. 54 de la Agud. y Art. de Ingen.*, pág. 293, edicion de Barcelona de 1757, le imprimió *una poesía española* sobre la religion del Cármen, y la celebra. El historiador Aynsa acuerda tambien su nombre *en las fiestas de S. Orencio*, y Andrés en el *Aganipe*, pág. 61 y 62. Fuéle muy parecido en sus prendas y pensamientos su hermano D. Vicente de Salinas, jurado ántes, y despues justicia de Huesca en 1648, y cuyo mérito ponderó el citado P. Gracian, pág. 177.—L.

SALINAS Y CÓRDOBA (Fr. Buenaventura), religioso franciscano natural de Lima, en el Perú. Pertenecia á una familia tan antigua como ilustre, oriunda de España, segun indican sus apellidos, y la que tuvo una verdadera satisfaccion en ver á su hijo abrazar el estado religioso. Contaba por otra parte Salinas con las mejores cualidades para esta profesion, en la que se hallaba llamado á brillar por sus discursos y escritos. Modesto, estudioso, dado al recogimiento y la oracion, sus pacíficas y tranquilas virtudes le hacian á propósito para vivir en el claustro y adquirir una inmarcesible auréola. Desde sus principios ya se dió á conocer por su aplicacion no solo al estudio, sino tambien á todas las prácticas de la comunidad. Asistia constantemente á ellas, siendo el primero que se presentaba en el capítulo ó coro y el último que salia; procuraba seguir los ejemplos que le daban sus superiores y aquellos de sus compañeros más autorizados por sus costumbres austeras, de las que tomaba lo mejor que le parecia, procurando siempre seguirles en este camino, el mas á propósito para hacerse digno de su nombre y profesion. Hizo rápidos adelantos en las ciencias, siendo muy jóven todavía elegido maestro de su provincia, que era la de la observancia regular del Perú. Sus discípulos, que fueron en grande número, no olvidaron

nunca sus lecciones, pues en ellas, además de la ciencia, tuvieron que aprender muchos ejemplos prácticos de virtud, que les proponia constantemente Salinas, deseoso de sus adelantos en uno y otro sentido. Cuando la edad y otros destinos le obligaron á dejar el magisterio sintiólo en extremo, porque la juventud que habia hecho sus esperanzas y sus encantos, ocupando las mejores horas de su vida, iba á pasar á manos extrañas en que no sabia si seria mejor ó peor su suerte. No la olvidó por lo tanto, y aunque privado ya y ocupado en otros destinos, la consagraba todos sus ratos de ocio, informándose de sus adelantos y procurando influir en la reforma y fomento de la enseñanza. Nombrado vicario general de Indias, trabajó con celo y acierto en el mejor desempeño de su cargo, siendo muy útil á sus hermanos, á quienes prestó increibles beneficios, pues deseoso de introducir en su Orden todas aquellas reformas que eran compatibles con el espíritu que en ella habia implantado su santo fundador, procuró llevarlas á cabo con la parsimonia debida á quien no quiere ocasionar perjuicios de otro género, que inutilizan con frecuencia todas aquellas ventajas. Así es que el nombre de Salinas fué pronunciado siempre con respeto y admiracion, no como el de un innovador, á cuyo título no aspiraba, sino como el de un reformador que se habia propuesto cortar antiguos abusos, corrigiendo los más notables y estableciendo las bases para que otros pudiesen seguir su ejemplo. Desempeñó tambien otros cargos en extremo honrosos, como el de censor del Santo Oficio, puesto muy honroso á la sazon, pues las personas más elevadas é ilustradas se preciaban entónces de pertenecer á este tribunal con el título de familiares. Pero tal es la suerte de las instituciones humanas ensalzadas en un siglo hasta el extremo y vilipendiadas en el siguiente, hasta que la historia y la razon vienen á darlas su verdadero valor y colocarlas en el lugar que les pertenece. Salinas, por último, trabajó con celo y buenos resultados en la causa de la canonizacion de S. Francisco Solano, de que fué procurador. Es muy probable que con este motivo hiciese el viaje, por lo ménos se sabe que estuvo en España, donde se dió á conocer como orador, sellando la fama que le acompañaba desde el antiguo mundo. Con esta ocasion publicó en Madrid algunas de sus obras, mereciendo la mejor acogida y un éxito superior quizá á sus esperanzas. Algunas de ellas consisten en sermones, pero otras son tratados de diferentes géneros, como veremos por la siguiente enumeracion: *Breve Compendio ó Memorial de los grandes y dignidades del imperio del Perú* á Felipe IV, rey de las Españas; Madrid, 1639, 4.°; Lima, 1630, 4.°; *Sermon en las exequias de D. Baltasar Cárlos de Austria, príncipe de las Españas*; Méjico, 1647, 4.°—*Panegírico en elogio del S. P. S. Francisco*; Lima, 1646, 4.°—*Sermones varios.*—*Curso completo de artes*, que no llegó á dar á la prensa.—S. B.

SALINAS Y LIZANA (D. Manuel). A fines del siglo XVI nació en la ciudad de Huesca, y era sobrino de D. Jorge de Cabezas, personaje distinguido, y de él recibió una buena educacion, haciendo tambien amenos sus estudios. Fué prepósito y canónigo de la catedral de su patria, y catedrático de digesto viejo de su universidad. Así en la jurisprudencia como en otras ciencias tuvo concepto de docto, y su mérito en la poesía fué excelente. Este varon piadoso é ingenioso, como le llama D. Nicolás Antonio en el tomo I de la *Bibliot. Hisp. nov.*, pág. 272, col. 1.ª, logró particular estimacion, no solo de su patria, sino dentro y fuera del reino; y su bondad, humanidad y erudicion le hicieron acreedor á la amistad y á los elogios de un grande número de hombres sabios, que apreciaron sus prendas, sus cartas y sus versos. Muchos de estos y de aquellas se han perdido, y de sus obras ha quedado la noticia siguiente: *Traduccion de las obras de M. Valerio Marcial en diferentes metros españoles.* Mucha parte de ellos imprimió el P. Baltasar Gracian en la *Agudeza y arte del ingenio*, alabando su propiedad y hermosura; y en el tomo II de sus obras, disc. 4, pág. 15 de la citada edicion de 1757, advierte que habiendo trabajado esta version para publicarla, seria para gusto de muchos que la deseaban. Esta version entera se conserva en la Real Biblioteca de Madrid.—*La casta Susana, paráfrasis poética de su sagrada historia, dedicada á la Reina nuestra señora Doña Mariana de Austria*; en Huesca, por Juan Francisco de Larumbe, 1651, en 8.°, de 91 páginas. Es obra bella por su composicion y cultura.—*El hombre en su punto*; diálogo entre el autor y el citado P. Gracian, quien lo dió á luz como escrito discreto.—*Monumento elegíaco en ciento diez y nueve tercetos á la fama póstuma del secretario Gerónimo Zurita, cronista del reino de Aragon.* Hállase en el tomo II de *los Progresos de la historia en Aragon y elogio de sus cronistas*, ó su parte II, que escribió el cronista Andrés, en fólio, y perteneció original á la librería del citado canónigo Turmo. Saqué copia de esta poesía, que se omitió por el arcediano Dormer en la publicacion de aquella obra, tomo único.—*Varios poemas.* El referido P. Gracian le imprimió un epígrama en español. El lic. Amada, en la dicha Palestra, pág. 19. v., otro soneto; varias liras, pág. 62; un romance, pág. 29, á nombre de su sobrino D. Hermenegildo de Lastanosa; y unas octavas, pág. 103. En el *Entretenimiento de las Musas*, del caballero Latorre, le imprimió una décima, página 75. Se halla en los *Prog. de la Hist.*, pág. 359, un soneto acróstico. En el *Certámen fúnebre*, de Zaragoza, pág. 39, cuatro décimas; pág. 48, un soneto; pág. 69, una cancion; y en otras obras hay versos suyos. *Carta poética al M. R. P. Fr. Gerónimo de S. José, cronista general de Carmelitas descalzos, sobre la historia de las VV. MM. Gerónima de S. Esteban, y Feliciana de S. José, prioras del convento de dicha órden de S. José de Zaragoza,*

en 66 tercetos; en Zaragoza, por Diego Puyada, en 1653, en 4.° Se halla ántes de la vida de la primera de estas religiosas, que escribió D. Miguel Bautista de Lanuza.—*Poesías sagradas*; tengo copia de un hermoso soneto suyo, en que tradujo un epígrama latino, compuesto por el sumo pontífice Urbano VIII, contraponiendo el anillo del desposorio de la Madre de Dios, que se venera en Perusa, al Arco del cielo. Dicha version se halla en un tomo de poesías varias en 4.°, que fué de la librería del mencionado Lezaum. Con las citadas poesías del cronista Andrés van otras en respuesta de las sagradas de nuestro autor.—*Una epístola á Doña Ana Francisca Abarca de Roba, abadesa de Carbas*, con fecha de Huesca, 2 de Julio de 1655, alabando la obra que escribió de las *Catorce vidas de santas cistercienses*, impresa en Zaragoza, en 4.°; ocupa la referida carta quince hojas, donde tambien trata de la casa de la autora.—*Discurso por el cabildo de la santa iglesia catedral de Huesca sobre el derecho de poder hacer estatutos para su gobierno espiritual y temporal, singularmente en mudanza de hábitos de coro*; se imprimió en fólio, de 43 páginas, sin año de edicion, que fué el de 1663, como consta del mismo discurso. Este estatuto de ponerse mangas en los roquetes, que ántes no las llevaban, se hizo víspera de Natividad de 1662, y se puso en práctica el 5 de Enero de 1663, siendo obispo de Huesca D. Fernando de Sada, ausente entónces de dicha ciudad, de cuyo prelado poseia Latasa una carta dirigida á D. Luis de Egea no aprobando este hecho de su cabildo, y le pide en ella consejo para su remedio en una distincion propia del obispo.—*Agudezas y arte de sugerir*, en que se explican todos los modos y diferencias de conceptos con ejemplares escogidos de los más bien dichos, así sacros como profanos, por Lorenzo Gracian. Auméntala el autor en esta segunda edicion y da modos de aplicarla. Ilústrala nuestro escritor con sazonadas traducciones de los epígramas de Marcial. La publicó el citado Lastanosa, y coronó con su nobilísima proteccion el Excmo. Sr. D. Antonio Jimenez de Urrea, conde de Aranda; Huesca, 1648, en 4.°—*Carta sobre el Epitalamio que el cronista Pellicer escribió en las Reales bodas de la Reina nuestra señora Doña Mariana de Austria, año 1650*; se publicó en la biblioteca de escritos de aquel por Gerónimo Villagrasa, en Valencia, en 1671. La fecha de esta carta es de Huesca á 18 de Diciembre de 1650.—*Carta á D. José La Figuera*, con fecha de Huesca á 17 de Setiembre de 1656, impresa al principio de la *Miscelánea sacra* de aquel á su edicion de Valencia de 1658, en 4.°—*In causa propia sobre un suceso escolar en defensa de su cargo de asignado por el cabildo de la santa iglesia de Huesca de la universidad de la misma*; Zaragoza, 1664, en fólio.—*Otras cartas*, así en prosa como en verso. De estas tuvo varias el cronista Andrés. Alaba á Salinas D. José Rodriguez de Castro, en el tomo II de su *Biblioteca Española*, pág. 188 de la edicion de Madrid de 1786.—L. y O.

SALINIS (Luis Antonio de), prelado francés, nació el 11 de Agosto de 1798 en Morlaas (Bajos Pirineos), y se ordenó de sacerdote en tiempo de la restauracion, siendo nombrado adjunto del colegio de Juilly, de donde fué trasladado como profesor de dogma á la facultad de teología de Burdeos. Algun tiempo despues fué uno de los vicarios generales de Mr. Donnet, siendo promovido en 1847 al obispado de Amiens, de donde fué trasladado en 12 de Febrero de 1856 á la silla arzobispal de Auch. Ha escrito diferentes obras: 1.° *Compendio de la historia de la Filosofía*, 1834; cuarta edicion, 1847, en 8.°, que es uno de los mejores libros para la enseñanza elemental de los seminarios conciliares, y un volúmen de *decretos*, *instrucciones pastorales* y *diferentes discursos;* 1856, en 8.° —S. B.

SALINO (P. Bernardino), de la Compañía de Jesus, natural de Verceli, en Italia, entró en la Compañía siendo aún muy jóven en 1577, y se distinguió por sus estudios y larga carrera. Hallábase adornado de las mejores cualidades, é hizo de consiguiente grandes progresos en las letras y en la virtud, mereciendo el aprecio de todos sus superiores y de cuantas personas le trataron. Sus vastos conocimientos le merecieron ser nombrado profesor de matemáticas, ciencia muy atrasada á la sazon, y cuyos primeros progresos fueron debidos á la Compañía de Jesus, pues hasta que esta institucion trabajó en su fomento, habia estado relegada al gabinete de algunos sabios y áun estos son mirados como mágicos y nigromantes, porque las matemáticas, en mantillas todavía, se hallaban envueltas en una porcion de errores y de verdaderas locuras que la ilustracion ha separado despues de ellas, pues la verdad nunca puede estar confundida con el error. Sin embargo, sin el patronato de los jesuitas hubiese tardado mucho tiempo en verificarse esto, pues solo la religion podia escoger y proteger lo que el vulgo habia hasta entónces condenado, consiguiendo á fuerza de trabajo y de abnegacion colocar en la categoría de ciencia lo que hasta entónces habia sido mirado como un juguete y no del mejor género. Esta fué, por otra parte, una de las causas de las persecuciones que en un principio, lo mismo que en épocas posteriores, padeciera la Compañía, pues superior á su siglo y comprendiendo el porvenir, al querer prepararle chocando con viejas preocupaciones y rutinas, los que á ellas vivian apegados, ó más bien los que de ellas dependian, no podian ménos de defenderse atacando á los que con ánimo sereno y firme decision proclamaban la verdad y la ciencia, aunque sin pretender introducir más resoluciones que las que la innovacion llevaba naturalmente consigo. Triste privilegio de todos los hombres grandes, perseguidos constantemente por los raquíticos pequeños, y no pudiendo mirarlos cara á cara, les hieren por detrás, demostrando así su pequeñez y su imperfeccion. Ciertamente que en siglos posteriores se ha abusado mucho de estos privilegios,

y suponiéndose todos hombres grandes, innovadores todos, é imperfectos á los demás, se han levantado banderas á que ha dado vida la mala fe y la ambicion. En vano el sentido comun, la necesidad de existir que toda sociedad lleva consigo, han gritado: embusteros, ¿quién os ha dicho que sois grandes hombres? ¿No sabeis que los héroes no aparecen más que de siglo en siglo, y que se pasan á veces muchos sin que aparezca uno solo? ¿No sabeis que las innovaciones no son de todos los dias, y que vosotros haceis lo que la moda, cortar el mismo vestido de distinta manera, aunque sea mucho más ridícula que la que ántes se usaba, y nos dais el mismo traje con diferente corte? Tan idiota es el vulgo que cree en vuestras farsas y no tiene inconveniente en serviros de pedestal, aunque solo proclamais y solo podeis sostener la más cruel de las tiranías? Si esas innovaciones perjudican al mayor número son dañosas, y solo sirven para que vosotros os pavoneeis burlándoos de los mismos á quienes habeis engañado y que os sirven despues como esclavos, miéntras ántes, semejantes á los gladiadores romanos, os habian entregado su vida sin saludar siquiera el glorioso nombre del César, al caminar para la arena donde habian de exhalar el último suspiro. Empero abandonemos esta digresion, bendigamos á los verdaderos innovadores, á los hombres útiles á la humanidad, á los que dan su vida para evitar el que derrame una sola lágrima, y no echemos un borron más, que hartos tienen sobre sí los hombres que por satisfacer un vano capricho, una ambicion sin límites ó una avaricia indigna, no tienen inconveniente en derramar á torrentes la sangre de sus hermanos, los incitan á unos contra otros, y sembrando la discordia y la confusion, verdaderos genios del mal, elevan su trono sobre las ruinas y los cadáveres que amontonó primero su ardorosa cabeza, en que se gloría despues su insensible corazon. No solo las matemáticas, sino tambien las demás ciencias, debieron á los jesuitas gran parte de sus progresos. Salino, uno de sus más aventajados profesores en Italia, las enseñó casi todas en el siglo XVI, distinguiéndose en particular en la filosofía, de que fué profesor por largo tiempo en Milan. Destinado despues á las misiones contra los herejes que habian invadido el Piamonte y la Suiza, trabajó en su conversion con los mejores resultados, convenciendo á unos, persuadiendo á otros, y ganando á no pocos por el camino de la dulzura y de la suavidad. Tal ha sido siempre el carácter de nuestra religion, que áun atacada con armas del peor género, no ha acudido más que á las palabras para defenderse, habiéndolo conseguido siempre, aunque lo nieguen sus adversarios. Salino murió, por último, en la mejor opinion en 13 de Febrero de 1608, dejando las siguientes obras preparadas para la impresion: *Volumina IV de rebus Mathematicis*, que se conservaban en el colegio de Génova. *Praxes geometricæ variæ de Horologiis*, lib. I.—*De lineis curvis regu-*

laribus. Definitiones et Propositiones, lib. I.—*Demonstrationes circa Quadraturam circuli: de dimensione circuli*, lib. IX.—*Tractatus de línea quadratiæ.*—*De circuli dimensione tam quoad spatium, quam quoad circumferentiam*, lib. V.—*Varia fragmenta Mathematica et Sacræ Scripturæ.*—*Conclusionum Theologicarum ex Scriptura.*—S. B.

SALINO (Fr. Santiago), capuchino, autor de varios opúsculos. Ignóranse su patria y principales circunstancias de su vida y hasta el objeto sobre que versan sus escritos. Supónese que es sobre asuntos de religion, tanto por su carácter como por las obras en que se le encuentra citado. Sin embargo, esta falta de noticias sobre un autor á quien las Crónicas de su religion dan alguna importancia, no deja de parecer extraña á quien con frecuencia halla citados á otros muchos de ménos mérito sin duda con extensa y larga mencion. Difícil es adivinar la causa de esto, á que no sabemos si llamar olvido, y que pudiera muy bien serlo, aunque son muchas las obras en que se encuentra su nombre. Acaso la abundancia de personajes que han brillado en esta Orden religiosa habrá ocasionado el descuido de los autores, ocupados con más frecuencia en elogiar virtudes, que en tratar de escritos que miraban con escaso interés al lado de los grandes hechos que de otros tenian que referir. Nosotros, sin embargo, no podemos ménos de mencionar su nombre en esta obra, pues en ella deben entrar todos los que poco ó mucho se han distinguido en su carrera como religiosos. Tal vez los que parecen más ignorados tienen una historia más larga é interesante, y su vida descubierta andando el tiempo por algun curioso, dará lugar á largos y concienzudos estudios, que sentimos no hallarnos hoy en el caso de hacer por falta de datos.—S. B.

SALIS (Fr. Clemente de), del órden de Predicadores. Fué natural de Brescia, en Italia. Varon erudito y de arreglada vida, distinguióse muy pronto por su erudicion y su cuidado en recoger noticias interesantes para formar memorias históricas. Dejó escritas las siguientes obras: *Varia illustrium virorum elogia;* un volúmen ms.—*Variorum Principum historia;* un volúmen ms.—*Quadragesimale* ms.—*S. Pii Papa V vita*, impreso en Brescia. Ignórase el año de su fallecimiento, pero aún vivia á fines del siglo XVII en 1682.—B.

SALIS (La Condesa Elisa de). No se sabe á punto fijo á qué familia perteneció esta noble dama del siglo pasado, que muy á los últimos de él se presentó en la sociedad francesa haciendo alarde de profesar los principios del protestantismo, y por consiguiente una vida relajada y en nada conforme al espíritu de verdadera rectitud y al decoro y dignidad con que deben portarse señoras de su condicion. Tenia á su lado una hermana, á la cual hizo tambien tomar parte en sus locuras y devaneos, poniéndola en evidencia y de-

jándola correr la no muy feliz suerte que ella corriera, pero como Dios sabe buscar medios indirectos de atraer hácia las criaturas cuando ménos ellas presumen que van á caer en las redes de misericordia que Su Majestad les tiende, presentó á la Condesa con un desaire que recibió la ocasion de entrar en sí y dar ella la importante leccion que en personas de la importancia de la Condesa tiene muy buenos resultados, porque en su conducta se miran muchos como en un espejo, y así como el mal lleva al mal, el bien, ó diremos mejor, las buenas acciones, conducen á que otras idénticas se ejecuten por quienes las observan. La lectura de una obra mística, ó más bien ascética, que por casualidad puso en sus manos una doncella católica que estaba á su servicio, decidió á la Condesa á que mirando por su verdadero interés, abjurase sus errores y se hiciese católica, haciendo tambien católica á su hermana, en lo cual rendia tributo á la justicia, pues era muy natural que quien habia compartido los desvarios de la disipacion, compartiese tambien los goces de la reconciliacion con Dios, que es la dicha suprema á que puede llegar la criatura. Este fausto acontecimiento de abjurar sus errores la Condesa Elisa de Salis y su hermana, se verificó el año 1826, y así como ántes habian tenido afan por lucir y por hacerse notar por su elegancia y demás prendas que acreditan á una señora de tono, le tuvieron despues por retirarse del mundo y de sus devaneos, pues en efecto emprendieron una conducta ejemplar, verdaderamente cristiana y muy conveniente para expiar en la manera que puede hacerlo nuestra miserable fragilidad, las culpas que anteriormente hubieran cometido, acaso sin saber que las cometian. Por supuesto que estas conversiones causaron mucha admiracion en cuantos conocian á la Condesa Elisa de Salis.—G. R.

SALIS (Juan Bautista), fraile Francisco de estrecha observancia en la provincia de Génova. Segun M. Weis, en la parte de artículo que le consagra en la *Biografía universal francesa*, biografía del baron Ulises de Salis, se hizo célebre en Génova en el siglo XV por una Suma que escribió sobre casos de conciencia, que estuvo en gran boga bajo el título de *Summa Baptistiana*. Soprani cita una edicion de Navi. Nic. Chirardengo, en 4.° La primera, que se publicó con fecha, es de Roma, en 1479, en fól.; Paris, 1499, en 4.°, en cuyo año vivia aún el autor. —C.

SALIS-SOGLIO (Ulises Antonio, baron de). Fué la familia de Salis-Soglio la principal sin disputa del canton de los Grisones en Suiza, y á las cuantiosas rentas que contaban habian agregado siempre sus indivíduos una nobleza sin igual y una hidalguía acreditada siempre en sus acciones, áun las más indiferentes, de suerte que en aquel departamento era proverbial la nobleza de los Salis, diciéndose como el testimonio de la mayor hidalguía: soy tan noble como los Salis; mis acciones son á lo Salis. Como áun á las más es-

clarecidas familias no las falta de cuando en cuando algun borron que empañe sus más preciosos timbres, este borron para la familia que nos ocupa fué el haberse adherido al error de Zuinglio; pero no como quiera, sino siendo de él no solo sectarios, sino propagandistas, que con el mayor entusiasmo hacian extender sus falsas doctrinas, bien es verdad que en la firme persuasion de que eran verdaderas, aunque esto por efecto de una ofuscacion inconcebible en sujetos de tan acreditada capacidad como lo fueron los antecesores de nuestro baron. Mas esta misma circunstancia de haber sido los barones de Salis inficionados de la herejía anteriormente dicha y de haberse mostrado de ella tan decididos partidarios, ha servido para que su conversion fuera más gloriosa y el triunfo del catolicismo en ellos más halagüeño á la Iglesia santa que se gloría en sacar del error á los que han sido del error mismo más acérrimos defensores. Nuestro baron, á quien sus padres educaron con el mayor esmero, haciéndole rodear de maestros los más acreditados en literatura, filosofía y humanidades, cuyos conocimientos son á propósito para cualesquiera carrera que se quiera emprender, no se decidió por las letras, áun cuando para el estudio no le faltaba capacidad ni aficion que digamos; estuvo más por las armas, y habiendo sido colocado de oficial en uno de los cuerpos distinguidos de su país, á fuerza de trabajos en guerra y siempre valiente y pundonoroso, alcanzó además de varias condecoraciones el honrosísimo cargo y alta graduacion de comandante del regimiento núm. 28. El desempeñaba su cargo con escrupulosa exactitud, por manera que hacia que su regimiento fuera, si no el más brillante, al ménos uno de los más brillantes de su época, porque como además de la habilidad y aficion con que le gobernaba, tenia abundantes recursos para sufragar cuantas necesidades y áun exigencias pudieran ocurrírsele, este era medio seguro de proporcionar cuanto era menester para ponerle bajo un pié de brillantez que causára envidia no solo á los demás regimientos de la nacion, sino á los extranjeros que tuvieron ocasion de admirarle. No se sabe si por la circunstancia de ver tan brillante este regimiento, ó por la nobleza de su comandante, ó por estar en terreno para prestar tal servicio, ó por cualesquier otra circunstancia que es inútil dilucidar cuál fuese, es lo cierto que se le dedicó al servicio del Austria, y el emperador no solo estuvo muy satisfecho de lo bien que lo hacia Ulises, sino que además de las muchísimas distinciones y deferencias particulares que le concedia, ya sentándole á su mesa en dias los más solemnes, ya enviándole repetidos obsequios, algunos de gran valor, le concedió el título de chambelan con todos los honores, preeminencias, consideraciones y gajes que le son consiguientes. Es más que probable que si hubiese seguido la carrera de las armas, hubiera ocupado un importante lugar en la milicia suiza si con esta nacion

BIBLIOTECA PROVINCIAL DE SEVILLA

hubiese querido seguir militando; y si hubiera ido con el Austria no hubieran sido en verdad menores los adelantos que habria conseguido, porque la deferencia con que el emperador le trataba, claro es que le habria hecho colocarle en los puestos más eminentes, así es que si no se hubiese retirado tal vez ó en su estado ó en otro hubiera sido el jefe superior de la milicia. Pero le tenia Dios reservado para que brillára en otros puestos tambien distinguidos, como que habia de desempeñar funciones diplomáticas en las cuales habia de dar resoluciones muy importantes y tomar acuerdos trascendentales, que no cabe duda que le habian de traer una celebridad europea. Mas no anticipemos los sucesos, porque ántes del desempeño de estos cargos de tanta honra, fué por Dios llamado á la grey de los fieles y atraido al seno de la gracia por la infinita bondad de nuestro soberano Redentor. Hemos dicho que era el baron zuingliano como lo eran sus mayores, pues Dios quiso convertirle al catolicismo, y se valió no se sabe de qué medio, pero es lo cierto que cuando ménos se pensaba, y despues de haberse hecho instruir en los misterios y preceptos de nuestra sacrosanta religion, la abrazó para seguir sus máximas y de esta suerte asegurar su ventura eterna. No sabemos por qué medios, pero es innegable que se aficionó tanto á las cosas del cristianismo, que en los pocos dias que mediaron desde que se resolvió á abrazar esta verdadera religion hasta que realizó su intento, el tiempo le pareció larguísimo, así como despues estaba cada vez más contento y altamente satisfecho por contarse en el gremio católico. Para ingresar en él quiso que todas las cosas se dispusieran con la mayor magnificencia para que así se diera un público testimonio de la alta estima en que tenia esta gran sociedad, que mediante la sangre inocente del Cordero inmaculado abre las puertas de la celestial Sion á todos los que perseveran hasta el fin en la observancia de sus santos preceptos. El dia 5 de Marzo de 1846 fué cuando hizo su abjuracion solemne, y asimismo su solemne profesion de fe católica, ofreciendo la solemnidad uno de esos momentos magníficos indescriptibles en que se ve todo el poder y toda la misericordia de Dios, demostrada en llamar hacia á sí á las criaturas por medios tan eficaces como inesperados. Si hubiésemos de juzgar humanamente de los motivos que indujeron al baron de Salis-Soglio á aceptar el cristianismo, no los encontraremos en verdad, porque humanamente hablando algun descrédito se le seguia en abandonar la secta en que fuera educado; pero elevemos la consideracion á los providenciales designios de la gracia, atendamos á la economía de esta y hallaremos que la conversion de Ulises Antonio era la consecuencia de lo aceptable que habia sido á Dios la conversion de otros miembros de su familia, y habia de ser como el fundamento de otras conversiones no ménos importantes ni de ménos trascendencia en personas todas de esta esclareci-

da familia. Antes que nuestro Ulises Antonio se habian hecho católicos sus padres y una hermana suya, que no se habia contentado con abrazar la verdadera religion, sino que, á semejanza de María Magdalena, habia elegido la mejor parte ingresando en la religion de señoras del Santísimo Redentor, donde profesó el año 1839, viniendo luego á desempeñar en aquella piadosa sociedad importantes cargos que cumplia con el éxito más feliz y siempre á satisfaccion de sus superiores. Puede, pues, calcularse el júbilo que tendria aquella fiel esposa de Jesucristo y sus padres en la conversion del Baron, é indeleble quedaria en su memoria el dia 5 de Marzo como el más feliz de su vida, porque, no cabe duda, cuando una persona ha abierto los ojos á la luz de la fe y ha visto los prodigios que ella enseña, quisiera que todos sus deudos, amigos y parientes participasen de igual dicha y considera con razon como un señalado triunfo de la gracia el que se afilien más y más sujetos á la única enseña de ventura y de dicha, la cruz del Salvador enarbolada en el Gólgota para felicidad de la humanidad entera. Hecha, segun hemos dicho, por el ilustre Baron la solemne abjuracion de sus errores en la iglesia de Brieja el dia 5 de Marzo de 1846 en manos del obispo de aquella provincia eclesiástica, al siguiente dia 6 compareció de nuevo al templo para recibir la santa confirmacion y la adorable Eucaristía, momento el más solemne que imaginarse puede, pues nuestro hombre dejaba ver en su semblante su profundo reconocimiento á las excelsas bondades que Dios le hacia, su grande fe y suma confianza en la divina misericordia, y su anhelante deseo de unirse á Dios por la Eucaristía, para participar así de la prenda de eterna gloria que Jesucristo legára por testamento á la miserable humanidad. Considerando el Baron como inadecuado para el estado de perfeccion que se propuso seguir la carrera de las armas, la abandonó, no sin gran disgusto tanto del rey de Suecia como del emperador de Austria, mas se convencieron ambos de que su opinion era fundada, y respetando sus intenciones, que eran á la verdad rectísimas, le dejaron que sosegada y tranquilamente viviese segun deseaba, sin otra ocupacion que procurarse la salud de su alma para conseguir la cual era tan seguro paso el que acababa de dar. El entusiasmo de su familia crecia de dia en dia conforme iban conociendo las bendiciones del cielo que les procuraba su conversion á la verdadera religion, y con el ejemplo de Ulises Antonio se decidieron los condes de Salis-Zizeres, que abrazaron tambien la religion católica apadrinados por los barones de Salis-Soglio, quienes hicieron ostentacion de su grandeza disponiendo una fiesta tan suntuosa como correspondia y como ellos mismos deseaban, pues tenian aún más interés en dar esplendor al ingreso de sus parientes en la religion católica que el que en su misma conversion mostráran, y eso que tambien fué muy suntuosa la solemnidad

en que se verificó. Aun cuando al retirarse del ejército habia el señor Baron resuelto no ocuparse de otros asuntos que los que estuviesen relacionados con su salud eterna, y habia pensado por completo en abandonar la vida pública, le fué preciso ocuparse de algunos asuntos del duque de Módena, á quien prestó relevantísimos servicios, porque claro es, como en la primera ocasion en que le fué necesario servirse del Baron, él desempeñó tan á satisfaccion estos cargos, que apénas hubo cumplido con una comision, ya le estaba esperando otra y en todas se portó admirablemente, haciendo notabilísimos servicios á la Iglesia católica, que hubiese querido premiarlos en este distinguido personaje, si hubiese estado en aptitud y hubiese querido aceptar los cargos que son de dar en esta salvadora sociedad. El duque de Módena tambien quiso recompensarle con distinciones y condecoraciones, más él nunca quiso aceptarlas, pues todos los servicios que prestaba, eran por puro deseo de servir al soberano católico y sin otro fin ni esperanza que la de que el Señor le premiaria. Despues de muchos años de buenos servicios logró su completo retiro, no sin que el duque le exigiera el que le visitase con frecuencia, y esto era lo único que le distraia de sus piadosos ejercicios, en los cuales empleaba muchísimo tiempo, aprovechando cuantas ocasiones se le presentaban de hacer bien á cuantos á él se llegaban. Los inmensos caudales que poseia el Baron se distribuian entre los pobres desde que él se convirtió al catolicismo, y todo su afan era el proporcionar á los verdaderamente necesitados los recursos con que pudieran aliviar sus miserias y satisfacer sus perentorias necesidades. Acrecentándose cada dia el consuelo que le proporcionaba el pertenecer á la Iglesia verdadera, veia correr los dias de su existencia esperando confiadamente el que el Señor premiaria sus desvelos cuando tuviera á bien llamarle á su seno. Efectivamente, pasados los dias en que el Señor quiso que acumulára merecimientos, recibidos los santos Sacramentos con extraordinaria devocion, y oyendo hasta los últimos momentos la voz del sacerdote que le animaba á confiar más y más en la divina misericordia, entregó á Dios su espíritu, dejando buen olor de sus virtudes y un timbre muchísimo más glorioso que todos los que acumulaba la ilustre casa del Baron de Salis-Soglio.—G. R.

SALISBERY (Margarita de Yorck, Condesa de). La primera de las islas de la Gran Bretaña se gloría de haber dado á la cristiandad muchas princesas prudentes, virtuosas y santas, cuya memoria es venerada en todos los pueblos de la tierra, como Sta. Elena, madre de Constantino el grande, primer libertador y pacificador de la Iglesia cristiana; Sta. Ursula y sus compañeras; las Margaritas, y otras heroinas cristianas de los siglos pasados. En estos últimos tiempos en que la herejía ha hecho tantos estragos, no ha sido ménos fecunda en valientes y generosas matronas, que por sus virtudes,

su devocion y su santo celo por la verdadera religion y en defensa de los altares, se han hecho recomendables, y entre las cuales parece la más ilustre la princesa Margarita de Yorck, condesa de Salisbery. Esta Margarita era princesa de la sangre real de Inglaterra, de la casa de Yorck ó de la Rosa-Blanca, sobrina de los reyes Eduardo IV y Ricardo III, hija de Jorge, duque de Clarence, hermano de aquellos dos poderosos monarcas, y á quien el rey Eduardo hizo morir en una pipa de malvasía. Estuvo casado con Ricardo de Pull, pariente de la casa real de Lancastre, llamada de la Rosa-Roja y primo hermano del rey de Inglaterra Enrique VII, de quien tuvo muchos hijos, que educó con el mayor cuidado; entre otros á Reinaldo, y desde su juventud hizo los mayores progresos en las letras y en la piedad, que fué en su época el honor de la Iglesia universal, la felicidad de la anglicana, el ornamento de las letras, el apoyo de los literatos, el terror de la herejía y del cisma, y el consuelo de los fieles, y que brilló más por sus virtudes que por la púrpura cardenalicia y el sagrado capelo de que fué adornada su cabeza por el gran pontífice Paulo IV. El rey Enrique VIII y la reina Catalina de Aragon, su legítima esposa, eligieron á esta sabia y virtuosa princesa entre otras señoras y damas inglesas, para aya y dama de honor de María, princesa de Gales, su hija única, á quien educó con tan grande temor de Dios y amor á la virtud, á las buenas costumbres y á la verdadera y antigua religion, que esta buena princesa permaneció siempre firme y constante en la fe y piedad católica de sus antepasados, durante los reinados de los monarcas Enrique, su padre, y Eduardo VI, su hermano mayor, á quien sucedió, y no tuvo otro cuidado que el de desterrar á los herejes luteranos y calvinistas de Inglaterra y de Irlanda, y de establecer la religion católica, apostólica romana. Margarita de Salisbery padeció mucho desde que Enrique VIII se divorció de su mujer la reina Catalina y de la Iglesia católica, y contrajo matrimonio con otra de quien se hallaba locamente enamorado, pues arrojó de la corte no solo á la reina, su esposa legítima, sino tambien á su hija la princesa María, haciendo declarar á la bastarda Isabel princesa de Gales ó de los Bretones, y persiguió á todos los príncipes ó señores que no quisieron aprobar su incestuoso enlace, y en cuyo número se encontraban los hijos de la condesa Margarita, en particular el cardenal Reinaldo de Polo, que se vió obligado á retirarse fuera del reino é ir á París, de donde pasó á Venecia y de allí á Roma cerca del papa Paulo III, que le concedió guardia por temor de que no fuera maltratado, habiendo sabido que el rey Enrique VIII le habia proscripto y desterrado de Inglaterra como traidor y criminal de lesa majestad, y prometido cincuenta mil escudos á quien le matase. Habiendo recibido esta buena madre cartas de su hijo, á quien amaba y queria por su virtud y su mérito, el monarca inglés, apénas lo supo, la mandó prender y decapitar

por mano de un verdugo el 25, ó segun otros, el 28 de Mayo de 1541, con grande asombro no solo de los ingleses sino tambien de todos los extranjeros, cuando supieron que esta Condesa, la perla y la maravilla de las señoras de su siglo, venerable tanto por su edad de setenta y un años, como por descender de la sangre real de Inglaterra, habia sido condenada á muerte con ignominia por los dos pretendidos crimenes, de haber llevado á su cuello la figura de las cinco Llagas de nuestro Señor y recibido cartas de su hijo el cardenal.—S. B.

SALISBURGO (Fr. Conrado), capuchino aleman de la provincia del Tirol. Nació á principios del siglo XVII, de una familia distinguida por sus blasones é ilustre á la vez por su piedad. Sus padres le dedicaron á los estudios en que hizo brillantes y rápidos progresos, estando llamado á ocupar uno de los primeros puestos de la magistratura en su patria. Empero su vocacion le guiaba por diferente camino, pues sintiendo Conrado en su interior una voz que le llamaba á cumplir los destinos del hombre que debe conducir á sus semejantes por el camino de la perfeccion, procuró aprenderlos el primero para ponerse despues en estado de guiar á los demás. Hízolo así en efecto tomando el hábito en la religion Seráfica de la más estrecha observancia, y desnudándose de sus propias pasiones, comenzó á caminar por la difícil senda, cuyo término es dado el tocar á muy pocos. Constante en las mortificaciones, asíduo en la oracion, dado á todo género de ayunos, su alma purificada iba obteniendo poco á poco esa grandeza que ni siquiera es dado comprender, y tras de la cual se oculta el acrisolado tesoro de la virtud. Antes de llegar á obtenerla, y para procurar que fuese sólida aún más que brillante, procuró fortificarle con los estudios, que no son siempre una prenda de la fortaleza de alma, pero el que consigue reunirla al saber ha obtenido sin duda el supremo grado de santidad á que puede aspirarse en el mundo. Salisburgo, religioso entendido al par que de morigeradas y rectas costumbres, consiguió al fin llegar al punto que ambicionaba, desde el que comenzó entónces á realizar la segunda parte de sus planes. Habia siempre ambicionado consagrarse á la predicacion, pues la palabra divina, pan de vida en el que la recibe, deja no menos grato sabor en quien la reparte; queria influir en el bienestar de sus prójimos, conducirlos por las sendas de perfeccion que él mismo deseaba recorrer, hacerlos en fin dignos de su religion, de esa religion que profesaban, y de la que son pocos verdaderos hijos; grandes fueron los trabajos que con este motivo emprendió Salisburgo; á sus contínuos estudios, constantes penitencias é incesantes oraciones añadió si cabe otras nuevas, y se le vió convertido en un ser de que hay raros ejemplos en la humanidad, vivir como fuera de sí, entregado á los placeres del espíritu más bien que á las necesidades de la carne. El grande orador,

de intachable vida, pudo entónces presentarse en los púlpitos de su patria, tronar contra el vicio, coronar de rosas á la virtud, pudo recorrer calles y plazas, desenmascarar á los hipócritas, hacerlos abandonar sus extravíos, volver al camino que en mal hora habian dejado. Enérgico y decidido, ni le asustaron peligros, ni le arredraron escándalos; su mision parecia del cielo y quiso desempeñarla con decision y valor: más de una vez vió expuesta su vida, en alguna ocasion se volvió contra él el criminal y estuvo á punto de ser víctima de su noble empeño. Mas qué se le importaba á tan sabio y santo sacerdote? Habiase propuesto un venerable objeto y á conseguirle dirigió todos sus esfuerzos, todas sus esperanzas, su vida entera. Sin embargo, la Orden, que no podia ménos de admirar sus gigantescos trabajos, no tardó en llamarle para que se encargase de la direccion de la juventud, empeño tan noble y tan elevado como el de la enseñanza de los fieles. Entónces fué nombrado profesor de sagrada teología en su provincia, cargo que desempeñó por un largo período con acierto y éxito, educando religiosos prudentes y entendidos, y que no tardaron en sucederle con buenas esperanzas en el ejercicio de la predicacion. Con gusto hubiera terminado Salisburgo su carrera en tan distinguida ocupacion, si su Orden no hubiera vuelto á llamarle una y otra vez á nuevos y más elevados puestos, en los que tambien estaba destinado á brillar. Elegido prefecto de su provincia, ocupó este puesto por muchos años, siempre con la misma gloria y los mismos resultados. Necesitaba sin embargo esta provincia un hombre de extraordinaria abnegacion, de un valor á toda prueba, y de no vulgares recursos para ser dignamente dirigida, pues invadida en los siglos anteriores por las malas doctrinas, todo el celo de los superiores, toda su energía, no habia conseguido desarraigarlas por completo y volver al redil á muchas ovejas descarriadas, aunque ocultas por desgracia bajo el manto de la religion. Esta tarea la emprendió nuestro prelado, y pudo llevarla á cabo con notable fortuna, mereciendo por ello el amor de sus contemporáneos y la eterna admiracion de cuantos han estudiado despues de cerca sus notables hechos y grandes cualidades. A su muerte, acaecida hácia 1690, dejó las siguientes obras: *Sermones para las dominicas de todo el año*, un tomo en 4.°;—*Sermones de Santos*, un tomo en 4.°;—*Sermones de Cuadragésima*, un tomo en 4.°;—*Sermones para el Adviento*. Todos bajo el título: *Monitor fiel de la salud dada por Dios*; Salisburgo, 1683.—S. B.

SALISBURGO (Fr. Pio de), religioso capuchino de la provincia de Viena, autor de algunas vidas de santos. Alemania, tan fecunda hoy en grandes hombres, pero que hasta el siglo XVI habia pasado casi desapercibida, fué la patria de este religioso, cuyo nombre debia pasar despues á la posteridad. Pocas son las noticias que nos han quedado de su vida, consagrada por completo al servicio de los altares y á los deberes propios de su profesion. De ellas

se deduce, sin embargo, que consagrado por completo á las prácticas piadosas, dado á los santos ejercicios á que le inclinaba su carácter, fué un modelo de la vida claustral, y es citado todavía hoy con elogio y distincion. Su ardorosa piedad, su afectuosa fe y su constante devocion, le pusieron la pluma en la mano para delinear las vidas de algunos héroes del cristianismo, que se habia propuesto como modelos, y cuyas virtudes habian sido el constante objeto de su atencion. Sus tareas merecieron la mejor acogida, pues laborioso é inteligente consiguió unir á lo sublime del fondo la belleza de las formas, emanadas de un corazon ardiendo todo en amor de Dios, infiltrado en los sentimientos que describia, en las virtudes que retrataba, en los grandes hechos que hacian su admiracion, y eran la de los que buscaban en la lectura de estos libros, no un entretenimiento falaz, sino máximas para vivir, reglas para conducirse en las circunstancias más delicadas y difíciles, guia seguro á quien confiar su felicidad y á quien acudir en sus mayores necesidades. Esta fe y conviccion que rebosaba en el alma del P. Salisburgo, supo trasladarla al ánimo de sus lectores, que no tardaron en hacer de él su autor favorito, consiguiendo por lo tanto lo popularidad que puede imaginarse. Su Orden, reconociendo su mérito, quiso elevarle á los cargos más encumbrados; pero él los rehusó, convencido de que en el fondo de su retiro y en la tranquilidad de su conciencia encontraria un bienestar superior al que pudieran proporcionarle los goces de la agitada ambicion, y contento con vivir y morir como simple religioso, fué á gozar de la paz del Señor, que tanto habia anhelado, siendo en sus últimos momentos honrado con particulares favores, y mereciendo el aplauso general por sus virtudes y por los buenos ejemplos que habia dado durante su larga y cristiana vida. — S. B.

SALISBURGO (Fr. Teófilo de), religioso capuchino de la provincia del Tirol, traductor de algunas obras religiosas, segun los bibliógrafos de su Orden. Dedicado á los estudios desde su niñez, Teófilo habia hecho los más rápidos adelantos en las ciencias, prometiendo llegar á ser algun dia una de las lumbreras de su patria, uno de los astros que la diesen mayor esplendor. Empero dotado de cualidades muy contrarias á lo que el mundo exige á los que en él estan llamados á brillar, su timidez é indiferencia hácia los triunfos que sin saberlo conseguia, no tardaron en indicarle el camino que debia abrazar y seguir, único en que podia prometerse algunos resultados. En efecto, él que por instinto habia huido del mundo, se retiró de él por conviccion, y desde aquel instante se convirtió en otro hombre, apareciendo bajo su verdadero carácter. Su vago é indefinible pensamiento se fijó para siempre; su plan de vida, indeciso todavía, se fijó de una manera definitiva, y todas sus aspiraciones y deseos se dirigieron en beneficio de la religion á que le habian llamado su carácter y cualidades. Devoto sin

afectacion, piadoso sin fingimiento, el P. Salisburgo fué en breve uno de los miembros más distinguidos de su Orden. Su vasto saber, su aplicacion no vulgar, hacia se le consultase en las circunstancias más delicadas y difíciles, y su voto era tenido en cuenta en las asambleas más comunes, y en que se trataba de asuntos más importantes. Hubiera podido aspirar á los cargos más elevados, para ellos se le eligió repetidas veces y hubo de desempeñar algunos, aunque á disgusto; pero su alma se hallaba tan infiltrada en la piedad y religion, queria apartarse de tal manera de todo lo que fuese contrario á sus tranquilas disposiciones, que su Orden hubo de condescender con sus deseos, dejándole en el retiro que tanto anhelaba y donde podia emplearse en asuntos en que la fuese de mayor utilidad. Allí fué donde se consagró á sus lecturas favoritas, y eligiendo entre todas las que le parecian más conformes al espíritu y necesidades de la época, llevó á cabo la traduccion de algunas, que no tardaron en ver la luz pública, siendo leidas con los mejores resultados y obteniendo la mayor popularidad. Así pasó el P. Salisburgo la mejor parte de su vida consagrado sucesivamente á sus devociones y á sus estudios, sin que le turbasen un solo momento cuidados de que se habia propuesto prescindir para ocuparse de su salvacion. En sus últimos años redobló sus esfuerzos en este sentido, aumentando sus oraciones y penitencias y siendo un verdadero modelo de austeridad, en cuya opinion bajó al sepulcro, mirado de todos como santo, y aplaudido por la posteridad por sus grandes trabajos y virtudes. — S. B.

SALISBURY (Juan). Nació este jesuita inglés hácia el año 1575 en el condado de Cambridge. Abrazó el estado eclesiástico, y señaló su celo por su fe en las misiones del país de Gales. A los treinta años solicitó entrar en la Compañía de Jesus y vistió el hábito de su santo fundador el glorioso español S. Ignacio de Loyola. Ya jesuita, se entregó con nuevo ardor á sus trabajos apostólicos, á pesar de los peligros á que estaba expuesto. Nombrado provincial de la Orden en Inglaterra, se disponia á ir á Roma para presentarse al superior general, cuando le alcanzó la muerte casi repentinamente en 1625, á la edad de cincuenta años. Tradujo en el idioma galés libros ascéticos y muchas obras de controversia, entre otras el *Catecismo del cardenal Belarmino*, que se publicó en Saint-Omer en el año 1618, en 8.°, edicion que, segun el expresado biógrafo Weis, no conoció el P. Niceron. — C.

SALISTRI DE SAN PABLO (V. P. Juan Crisóstomo), religioso insigne de las Escuelas Pias. Fué natural de Florencia, capital de la Toscana, y vió la primera luz el dia 4 de Marzo de 1654. Su padre se llamó Juan Salistri, de oficio sastre, y su madre Catalina Montelatici, ambos muy buenos cristianos, á los cuales dió el Señor otros tres hijos; es á saber, Felipe, que fué el mayor, Lucrecia, que se quedó en el siglo, y María Adeodata, que fué re-

ligiosa de S. Benito en el monasterio de S. Miguel del Prado, en las cercanías de Florencia. Nació el inmediato despues de su hermano, y fué bautizado en la iglesia colegial de S. Juan; en el bautismo le pusieron el nombre de Mateo, que mudó en el de Juan Crisóstomo cuando vistió el hábito del piadoso instituto. Su niñez la pintó el mismo siervo de Dios con muy feos colores, cuando escribió al P. Juan Gualberto de S. Sigismundo, religioso de las Escuelas Pias, su confesor, los sucesos de su vida, hasta que fué admitido en la religion. «Antes de entrar (decia) en la religion anidaron en mi alma y en el centro de mis potencias todos los vicios con tal tenacidad de pecados y pasiones, que me era muy grave y pesado á mí mismo.» Sin embargo de estas expresiones, hijas de una humildad heróica, semejante á la que le hacia decir al beato José Calasanz, que era el mayor pecador del mundo, el mismo P. Juan Crisóstomo escribió en su vida interior, que luego que rayó en él la luz del perfecto uso de la razon, deseó íntimamente hallar á su Dios, y hallado prorumpió su lengua en estas palabras, con las cuales desahogando los afectos de su corazon le decia: *¡Oh Dios mio! Vos sereis solo todo mi bien.* Y al P. Ricardo del Salvador, provincial que fué de las Escuelas Pias de Toscana, le dijo en confianza: Que habiendo oido en sus primeros años hablar de la grandeza de Dios, deseaba encontrarlo, y se afanaba mucho en esto para meditar y gozar de su perfeccion, y cuando pasados los primeros años, instruido en el catecismo, entendió que Dios estaba en todas partes y que el hombre vive en Dios, y por su virtud se mueve y respira, se llenó de tanta alegría, que sin poder contenerse repetia muchas veces: *¡Qué feliz que soy! ¡Es posible que vivo en Dios! ¿Qué más deseo? ¿A qué más aspiro?* El P. Sigismundo Régulo de S. Silverio, provincial de su religion en Toscana, y repetidas veces asistente general, que conoció al siervo de Dios en sus primeros años, y le tuvo gran inclinacion, afirmaba que cuando niño el P. Juan Crisóstomo era delicia de todos por su gran docilidad é índole devota y suave, y por su agudo y despierto ingenio. Pero quien dió más cumplida idea de cuanto observó en él hasta que entró en la religion, fué su hermana Sor Adeodata en esta forma: «Aunque es poco lo que puedo decir de mi hermano el P. Juan Crisóstomo, por ser ambos de poca edad; cuando viviamos juntos en casa de nuestros padres; no obstante, por satisfacer el deseo de quien me lo pregunta, digo: Que era modestísimo en todas sus acciones, grave y detenido en el hablar; siempre estaba ocupado en sus estudios, y jamás le vi conversar con otros de su edad, mucho ménos entretenerse en juegos propios de niños y de estudiantes; cuando oia ó leia alguna sentencia que le gustaba, al punto la escribia; y si estaba en latin, la traducia en verso vulgar, deleitándose mucho en este género de composicion. Una vez en la fiesta de nuestra Señora de las Nieves, como

nuestro Padre fuese uno de los hermanos de su cofradía, hizo una composicion en verso en alabanza de nuestra Señora, que algunas personas doctas que la vieron quedaron maravilladas de tanta habilidad en un niño de tan pocos años, pues aún no llegaba á doce. Era muy enemigo de mentiras y muy obediente á los de casa, y humilde y benigno con todos. Para mantener siempre viva la memoria de la virtud de la humildad, y fijarla más en su mente, compuso unos versos muy á propósito para aborrecer la soberbia; los que escritos de su mano en distintos papeles, los puso en la pared de la sala de nuestra casa. Me acuerdo que uno de ellos empezaba así: *El que muy alto sube.* En una ocasion me llamó aparte, y estando los dos solos, empezó á discurrir conmigo de cosas pertenecientes á la oracion mental; pero como despues de algunas preguntas que me hizo, echase de ver que yo era incapaz de cosas tan elevadas, me dejó y no pasó adelante. Se habia granjeado el más íntimo afecto de cuantos éramos de casa, y nuestra madrastra lo amaba mucho más que si fuera su hijo; y todos le obedecian en cuanto les aconsejaba, y respetándolo tomaban sus dichos como si fueran oráculos; se adelantaba mucho en los estudios, de suerte que aún no tenia diez años y ya componia francamente en prosa y verso, por lo que le amaban los maestros como á las niñas de sus ojos; y traia á casa varios premios por los triunfos que conseguia sobre sus iguales, y no se supo jamás que le hubieran castigado, ó por defectos del estudio, ó por algun exceso, por haber sido siempre muy enemigo de travesuras. Finalmente, quiso hacerse religioso, y vestir el hábito de las Escuelas Pias de Florencia, y aunque se le opusieron fuertemente nuestro padre y un tio, no hubo modo para detenerlo, y deshacia todos los razonamientos que le proponian para disuadirle, diciendo: La Vírgen Santísima, nuestra Señora, me ha llamado para que la sirva en esta religion, y es preciso obedecerla. Lo hicieron ir y presentarse á monseñor Nuncio de Forencia, que lo examinó con toda diligencia, y coligió de sus respuestas que su vocacion era de Dios, y dijo que en conciencia no se lo podian impedir. Anteriormente á esto sabia yo muy bien que mi hermano practicaba, aunque con mucho disimûlo, las mortificaciones que se acostumbran en las Escuelas Pias, y asegurado de sus fuerzas, se resolvió á entrar en esta religion. Esto es lo que con verdad puedo decir de mi hermano en todo el tiempo que viví con él.» Entrando en los catorce años (por declarar lo que esta religiosa solo insinúa), y habiendo confesado y comulgado en el dia de la Natividad de la Santísima Vírgen en la iglesia de la casa de las Escuelas Pias de Florencia, estando dando gracias, y todo recogido en lo más íntimo de su alma, sintió en sí movimientos é impulsos no ménos eficaces que suaves, de hacer voto de vestir el hábito del pobre instituto, y dócil á la vocacion y llamamiento divino, se dispuso luego á obede-

cer. Pasado poco tiempo, y experimentando más fuerte el deseo, se declaró con su padre, pidiéndole su bendicion y licencia. Pero este, que habia concebido grandes esperanzas de las prendas que habia notado en su hijo, se declaró contrario á su deseo, con el pretexto de que no tenia fuerzas, por su delicada complexion, para soportar los rigores del instituto. Tan adelante pasó la repugnancia, que no hallando modo para que desistiera su hijo, fué llevado al nuncio de Su Santidad, que aprobó la vocacion; y entónces el mismo Juan Salistri, con otro pariente muy cercano suyo, habiéndole dado su bendicion, lo acompañó para pedir el hábito religioso al provincial que era entónces de Florencia, el cual dispuso que en el dia 23 de Octubre del año de 1668, entrado ya Juan Crisóstomo en los quince años, fuese admitido como huésped en la casa de probacion, en la cual perseveró de este modo por espacio de diez dias, siguiendo los ejercicios de la comunidad, segun la práctica de la religion. En este tiempo, aprovechándose del retiro, se dió todo á la consideracion de sus culpas que se le representaban feísimas ingratitudes, y el Señor le comunicó tal contricion, que por acreditar cuán de veras las detestaba, para librarse de alguna vana complacencia que habia tenido en el pelo, por ser él rubio y muy bello, tomando unas tijeras se lo cortó con sus propias manos, y escribiendo este suceso añade: «A cada golpe me parecia que quitaba de mi garganta el lazo que habia de ahogarme.» Habiendo llegado el dia destinado para recibir el hábito de las Escuelas, que entónces solo era congregacion de votos simples con juramentos de perseverancia; al tiempo que le iba despojando de los vestidos del siglo el superior, entendió que el Señor le iba quitando del corazon los afectos de carne y sangre, hasta desnudar perfectamente su alma de todos los respetos del mundo; de suerte que jamás volvió á vestirse de ellos, no obstante la variedad de acaecimientos de su vida, que fueron extraordinarios; y para que nada le quedára del siglo, trocó el nombre y apellido, y se llamó Juan Crisóstomo de S. Pablo. Supo que debia hacer los ejercicios espirituales bajo la direccion de su maestro, y avivándose con este motivo en su interior la memoria de su vida pasada y el arrepentimiento de sus culpas, sintió que como espada de dos filos le atravesaban el corazon, no solo con místico efecto, sino con efecto real y con herida física, que no se le cerró en toda su vida; ántes segun las vehemencias del espíritu, se le renovaba y se le hacia mayor, en lo que sentia aquellos dolores suavísimos y dulces tormentos que pueden discurrirse. Esto dice el siervo de Dios, en cuyo corazon despues de su muerte fué hallada una señal, á manera de perla, que pudo ser esta herida. En una ocasion en el tiempo de estos ejercicios, puesto á los pies de un devoto crucifijo que tenia en su pobre aposento, hechos sus ojos dos fuentes de lágrimas, y deshecho su corazon en amorosos afectos, se de-

dicó al Señor: «Y me pareció (escribe el mismo siervo de Dios) que todo yo era bañado de pies á cabeza del bálsamo suavísimo de los escogidos, y predestinados para la feliz eternidad.» Empezó en seguida á correr el camino de la perfeccion religiosa con acelerados pasos, y para edificar sobre el fundamento del conocimiento propio, desde que entró en el noviciado se proveyó de un libro en blanco, en el cual escribió las faltas más notables que habia cometido en el siglo, con otras cosas de su conciencia; lo guardaba como inestimable tesoro, lo llevaba consigo y lo leia con frecuencia; pero su maestro, temeroso de que no fuese inducido por este medio en escrúpulos, se lo mandó quemar, y el obediente novicio, sin la menor tardanza, lo arrojó al fuego. Mereció en aquellos principios grandes favores del Señor y de su purísima Madre. En lo alto de la escalera del noviciado habia una imágen antigua de la Virgen Santísima con su hijo precioso en los brazos. Teníala el buen novicio grande devocion, y en una ocasion mereció en pago de su afecto que le pusiera en los brazos al niño Jesus, con el cual se regaló mucho tiempo, y quedó tan deseoso de adelantar en el camino de la perfeccion, que no satisfecho con las mortificaciones de regla, acudia frecuentemente al maestro de novicios, para que le permitiera otras extraordinarias. Hizo la profesion solemne en el dia de Todos los Santos del año 1670, y honró el Señor aquella funcion con un caso que se tuvo por milagroso. El P. Cárlos de Sto. Domingo, que era rector y juntamente maestro de novicios, debia por razon de su oficio hacer en ella una plática espiritual; pero como fuese muy balbuciente, estaban todos temerosos de que no podria ser el desempeño á satisfaccion del auditorio, que debia ser numeroso. Con este cuidado se mantuvo el novicio en oracion algunas horas, pidiendo al Señor y á su Madre purísima le diera expedicion en la lengua, lo que le fué concedido con admiracion de todos y del mismo maestro, que sin comprender la causa experimentó en sí tan notable como nueva maravilla. Entre las ceremonias que practica en semejante funcion la religion de las Escuelas Pias, una es cubrir con un paño de difunto al novicio, que está tendido en el suelo, y poniéndole cuatro luces en los cuatro ángulos, cantar algunos salmos en tono de finados. Hallándose pues así, le fué representada su alma toda blanca como la nieve, con total purificacion de las imperfecciones pasadas, gracia que del espíritu se difundia al cuerpo, pues como depuso el P. Francisco de Jesus, que era ayudante de maestro de novicios, al levantarse el novicio de tierra, se dejó ver su rostro diáfano y trasparente, de suerte que se le representó un ángel. Luego que hizo la profesion, fué llevado á Castellon Florentin, que era el segundo noviciado de la provincia de Toscana ó casa de Juniores. Era la fábrica sumamente estrecha, de suerte que todo respiraba pobreza y humildad. El superior le dió el cargo de sacristan, que ejerci-

tó con mucho gozo de su espíritu, por verse elegido para servir de cerca al Señor en lo que mira á su culto. Pero no le obstaba para llevar adelante su inclinacion al retiro y soledad; así cuando se les permitia á los juniores ir á divertirse á una casa de campo que tenia el colegio, distante media legua del pueblo, el venerable Juan Crisóstomo gustaba mucho de irse solo por sus arboledas, en donde el Señor, que lleva las almas escogidas á la soledad, le comunicaba grandes consuelos, hablándole al corazon. En este colegio se dió al estudio y consideracion de las cosas divinas, y por ellas de toda la naturaleza; de modo que sin haberle enseñado, fué hallado hábil para leer la lógica á los otros jóvenes recien profesos. No necesitaba del maestro del mundo el que tenia por tal á Jesus, y estudiaba en el libro abierto de Cristo crucificado. Por este medio llegó á tanta profundidad de sabiduría. Él mismo decia: «De este libro reconozco me ha procedido la gracia de la inclinacion que tengo al estudio de las divinas letras, y la fácil inteligencia que hallo en la Sagrada Escritura, aprendiendo con la leccion de este libro la resolucion de las dudas, que quebrándome la cabeza, no podia aprender estudiando en otros libros. Tal vez me ha sucedido, que despues de haber meditado en Jesucristo crucificado, he hallado sobre la mesa trabajadas las composiciones que yo queria hacer. De este libro saqué la certidumbre que tengo de que toda la ciencia del siglo es una maciza ignorancia. Tambien he entendido, que de las cosas que parecen inútiles á los ojos del mundo, y llevamos entre los pies, se pueden sacar maravillosos naturales efectos, y amorosamente me quejé con mi Dios de que no se me permitiese escribir sobre esta materia. ¡Oh, si los hombres conociesen la virtud de las cosas mínimas, que componen este mundo visible! Y en otra parte, hablando del libro de Cristo crucificado, dejó escrito: «¡Oh Jesus mio, qué grande vanidad es la ciencia que no se aprende de Vos! Vos sois mi único libro, y en él he hallado todos los tesoros de la ciencia y sabiduría celestial, la cual comparada con la que se aprende en los libros del siglo, es lo mismo que intentar comparar la luz con las tinieblas.» Pudo su mente llegar á alcanzar tan altas noticias, porque verdadero amante de la pureza, vivió su alma libre de los desordenados afectos, que admitidos turban la caridad de la potencia intelectiva; ni llegó á lograr este favor sin que pasára su constancia por el crisol de pruebas bien difíciles y peligrosas. Siendo de solos diez y ocho años, en tiempo de recreacion, le fué permitido pasar desde la casa de campo de la comunidad á otra, en que el incauto jóven se encontró con unos mozos desvergonzados que tenian consigo una mujercilla, de tan poco temor de Dios como ellos. Estando á la mesa advirtió muy á las claras los efectos de su disolucion, y se llegó á ver tan temeroso del riesgo, que hallándose cerrada la puerta del aposento quiso arro-

jarse por la ventana; pero observando que estaba muy alta, desistió del intento por conocer que era hacerse indefectiblemente homicida de sí mismo. Sin embargo, tales cosas hizo que le abrieron, y superando grandes peligros, huyó á la casa de campo del colegio, y logró ponerse en salvo. En premio de su constancia le comunicó el Señor aquella noche celestiales finezas, que bien pudo decir cuando escribió este acontecimiento: *Et nos illuminatio mea in deliciis meis*; aquella noche fué mi iluminacion en mis delicias. Cuatro años le tuvo la obediencia en Castellon, despues fué llevado á la casa de Florencia, destinado al estudio de la teología escolástica, en el cual progresó tanto, que al año no dudó afirmar su lector, que le podia servir de maestro, y para acreditar que esta expresion era hija de un concepto verdadero, le consultaba en sus mayores dificultades y dudas. Terminado el curso de sus estudios, fué enviado al colegio de la Plebe á Cento, para leer las ciencias mayores á los hermanos estudiantes de la religion, y juntamente fué nombrado su prefecto espiritual con gran beneficio de sus almas, haciéndoles diariamente diesen leccion á los niños más pequeñitos, siendo en este, como en todos los actos de virtud, el primero el venerable Juan Crisóstomo. Habiendo llegado á edad competente, se le mandó preparar para recibir las órdenes mayores, lo que cumplió empleando un mes en ejercicios. Pasó á recibir las órdenes de subdiácono y diácono á Bolonia en el año de 1676, con cuyo motivo se vió en un grande peligro de la vida, del que le libró el Señor: «Volvia de Bolonia (escribe) al colegio de la Plebe á Cento, habiendo recibido el diaconado en el mes de Diciembre; me sobrevino la noche muy oscura, y marchaba cantando caballero en un borriquillo, llevándome por la orilla del rio hundiéndose en el lodo. Le tuve compasion y me apeé, pero me metia en el lodo hasta las rodillas. Pedí al Señor que me librára, y me encaminé más abajo hácia el agua, en donde aunque más metido en ella, logré salir, dando las gracias á mi ángel custodio. Guié los pasos hácia una casa que ví en una altura, y allí con gran trabajo me quité las medias, pensando que sería recibido por caridad; pero la mujer que allí estaba sospechó de mí, y con razon, porque tenia dos hijas; y me despidió diciendo que allí inmediato habia otra casa mejor. Temblando de frio partí, siguiéndome el jumento como pudiera hacerlo un perrillo, y yo iba descalzo; siendo grande la oscuridad, me encomendé á Dios, y caminando percibí el oleaje del rio tan cerca, que si hubiese continuado marchando, sin duda hubiera perecido como me convencí á la mañana. No sabia qué hacer, cuando descubrí una pequeña luz; me dirigí á ella, y encontré á un buen anciano con dos hijos, que me recogió. Cenamos todos, y despues de un rato de oracion, me guió al establo con mi jumentillo, dándome el pesebre por cama, y en él me acomodé sobre un poco de heno, y con el huelgo ó aliento de dos bue-

yes que allí habia, y de mi jumentillo, pasé toda la noche sin dormir en la meditacion del niño Jesus, puesto en un pesebre en el establo de Belen.» Para ordenarse de sacerdote hubo de pasar á Ferrara, y vuelto al colegio de su residencia se dió todo á espirituales ejercicios y abstraccion de las criaturas, preparándose de este modo para la primera misa, que celebró la dominica *in albis* de 1678. En el tiempo de su preparacion resolvió pedir al Señor alguna gracia especial en aquella ocasion; aún no se habia decidido á cuál fuese, pero al alzar la hostia en la misa primera, se sintió de repente movido á suplicar al Señor, que tenia en sus manos, la gracia del martirio. Este deseo le dominó muchos años, y aunque no logró morir á manos de los tiranos, no obstante haberse hallado entre bárbaras naciones, sufrió el tormento mayor de verse herido en la honra. Hallábase en una ocasion haciendo fervorosas preces á su Divina Majestad sobre este su predilecto asunto, y de repente se sintió traspasar los pies y manos, causándole un dolor agudísimo; no notó ninguna señal exterior, pero le fué manifestado que las cuatro heridas invisibles significaban los cuatro votos que habia hecho en la profesion; los tres, comunes á todos los institutos religiosos, y el cuarto de la enseñanza particular del que habia profesado. El retiro le proporcionó dedicarse al estudio de todas las ciencias, no solo de aquellas á que está obligado el eclesiástico de talento, sino de todas las ciencias y facultades mayores, que no desdicen de los teólogos, aunque parezcan más propias de seglares. Consiguió instruirse perfectamente, de modo que parte con la luz que recibia en la oracion, y parte con su aplicacion, llegó á ser uno de los varones más eruditos de su siglo, como demuestran sus escritos. Pero con la demasiada aplicacion al estudio, se resintió tan de veras su complexion naturalmente delicada, que perdida del todo la salud, y sujeto á innumerables achaques, fué preciso llevarlo á Florencia, por si conseguia algun beneficio ó mejoría con el disfrute de los aires nativos; y como no aprovechase este medio, le enviaron á Castellon Florentin, cuyo clima se le habia mostrado muy propicio el tiempo que estuvo en aquel colegio. Tampoco se adelantó nada, y el mal crecia por momentos; arrojaba mucha sangre por la boca, padecia contínua vigilia, y se halló reducido á tal estado, que no tenia parte alguna de su cuerpo, en que no padeciera dolores tan intensos, que tal vez le hacian perder los sentidos. En ocho meses que padeció estas penalidades y quebrantos, quedó tal que parecia un vivo esqueleto; y acabando de desengañarse de que los medios humanos nada aprovechaban, acudió á los divinos, y tomó por especialísimo abogado á S. Felipe Neri, al cual le pidió la salud, poniéndolo por intercesor para alcanzarla de la divina piedad; y en cuanto hizo la súplica, consiguió verse libre de la vigilia, pues se quedó dormido en un profundo sueño que le duró seis horas, y al des-

pertarse se encontró sano y bueno, aunque estenuado; pero para que fuera cumplida la gracia, tardó muy poco en recobrar las fuerzas. Mejoró tambien en el espíritu, porque la enfermedad le ayudó mucho para conocer que es vanidad cuanto el mundo estima, y ménos que nada todo lo que aprecia, como él mismo manifiesta en sus escritos. La obediencia le llevó despues á Florencia su patria, y constante en el propósito de entregarse todo á la vida espiritual, se halló en el desconsuelo de no saber á quién tomar por guia, y fiar las llaves de su conciencia; mas leyendo un dia las cartas de Sta. Catalina de Sena, se le ofreció de repente el siguiente dictámen: *Catalina será tu guia y tu maestra.* Y en verdad (añade el siervo de Dios) que lo ha sido y lo es. Y se le conoció bien su magisterio, porque para crédito de que el Señor se daba por servido de las obras que ejecutaba, le honró con diversas visiones sobrenaturales. Todos estos avisos eran muy oportunos para el siervo de Dios, que se hallaba destinado por entónces á los ejercicios de la cátedra y ciencias mayores, y el Señor, que deseaba levantarlo al grado más elevado, lo labraba con el más exquisito pulimento. Visitando á su hermana Sor María Adeodata, despues de tratar de cosas de espíritu, se halló movido á procurar mayor retiro, y para esto, sin desviarse del norte de la obediencia, entendiendo que el Señor previene que el que desea seguirle se olvide de su pueblo y de la casa de su padre, deseó salir de Florencia, y los superiores le destinaron á Roma. Emprendió el viaje en el año de 1682, siendo de veintiocho años de edad, y en el camino le llegó la noticia de la muerte desastrada de un discípulo suyo, que amaba con grande extremo. «La noticia, dice, de la desgraciada muerte de este jóven (al cual otro le quitó la vida de un trabucazo) que era ya diácono, y de buenas costumbres, hizo en mí el efecto que hacen los palos en el jumento perezoso, porque me sacó de mi gran pereza y me hizo resolver á acabar de una vez con el mundo, y dejarlo en la religion.» Habiendo llegado á Roma el P. general, que á la sazon era el P. Cárlos Juan de Jesus, y tenia noticias puntuales de sus prendas, lo eligió por su secretario, y llevándole consigo frecuentemente á los palacios de los grandes, príncipes y cardenales, con quienes tuvo mucha entrada este general por sus raras prendas de virtud y literatura; quedándose el secretario en la antesala, tenia gran cuidado de conservar entre el bullicio su retiro interior, sintiendo grande pena de las conversaciones comunes, y de toda plática en que no se trataba de cosas de espíritu; pero el Señor le concedió una gracia particular, que era dormirse ó quedar fuera de los sentidos, cuando hablaban en su presencia de cosas inútiles. «Bendito sea el Señor, dice, por tal gracia, pues mejor es dormir con él que escuchar lo que no sirve para más servirlo y amarlo.» —Dióse á la leccion de los libros que tratan de la

mística teología, como S. Dionisio Areopagita, Dionisio Cartusiano, Sta. Teresa de Jesus, S. Juan de la Cruz y otros, de la cual sacó grandes provechos para su alma. Aunque el Señor se mostraba tan amoroso con este su querido hijo, á quien regalaba con frecuentes raptos, éxtasis admirables y dulces coloquios, á veces lo dejaba en oscuridad y desamparo, padeciendo tanta desolacion de espíritu, que no descubria la más pequeña luz de consuelo; y el siervo de Dios, bien hallado con el padecer, se dió á todo género de mortificaciones, de suerte que sentia mucha repugnancia en dejar de sufrir penas: «Llevóme consigo, dice, el P. general á Frascati por la pascua del Espíritu Santo, y fuí allá como muerto, porque iba á recreacion, de lo cual me afligia sobremanera, ni se me hubiera hecho tolerable sin el mérito de la obediencia.» Todo al contrario, cuando sucedia algun caso imprevisto que le causaba incomodidad, tenia mucho gusto; así en una ocasion partiendo á pié para el mismo pueblo á predicar en tiempo de Adviento, luego que estuvo fuera de las murallas de Roma le cogió una grande lluvia, sin tener defensa alguna contra ella; y de esto, dice, me concedió el Señor tal placer, que me parecia estar todo bañado en agua de ángeles y rocio celestial.» Para instruirlo el Todopoderoso en las materias de espíritu, desuerte que pudiera servir más á sus prójimos, le señaló, como queda insinuado, por maestra y directora á Sta. Catalina de Sena, la cual le dió lecciones de tan sublime ciencia, que pudo el siervo de Dios dejar escrito un compendio, en el cual se encierran admirables reglas para la oracion mental, con método no ménos facil que provechoso, cuya práctica lo elevó á él mismo á la participacion de grandes finezas. Habíalo elegido el Señor, entre otras grandes empresas, para piedra fundamental del Hospicio apostólico de Roma, y aunque habia recibido muy particulares luces de lo perteneciente á su especial vocacion en la enseñanza de la juventud; por lo que respecta á este singular destino, lo previno el Señor con singular favor del cielo. Y para entender cumplidamente esta proteccion, será preciso tocar la fundacion de este grande hospicio, resumiendo la historia que de esta materia escribió el mismo V. P. Juan Crisóstomo, como testigo ocular que lo fué de todo. Cárlos Tomás Odescalqui, natural de Como, en Lombardia, de cuya estirpe era tambien el cardenal Odescalqui, que despues subió al pontificado con el nombre de Inocencio XI, vino á Roma, en donde el cardenal su pariente le encargó el cuidado del hospital de Sta. Gala: aquí halló copiosa mies su caridad, y siendo robusto de espíritu, como lo era de cuerpo, se dió todo á procurar la gloria de Dios y beneficio de los prójimos. Elevado al supremo solio de la Iglesia católica el V. Inocencio XI, su pariente, lo hizo su limosnero secreto, y poco despues canónigo del Vaticano, aunque él por su humildad no quiso jamás aspirar al sacerdocio. Ocupaba

particular lugar en su ánimo, entre otras necesidades, el desamparo de los muchachos que andaban perdidos por la ciudad; así es que se dedicó á recogerlos, y tal vez dentro de su mismo coche los llevaba al hospital de Sta. Gala; los que encontraba en las vecindades del Vaticano, los juntaba en el pequeño patio del noviciado de las Escuelas Pias, en donde los religiosos les enseñaban la doctrina cristiana. Pero pareciéndole que se debia tratar con más seriedad este negocio, pensó en recogerlos en un conservatorio de pobres jóvenes, llamados los Letrados, aunque le duró poco este arbitrio, porque al principio del año 1684, siendo ya bien entrada la noche, fueron arrojados con poca caridad de sus moradores. Eran treinta, y encaminándose al hospital de Sta. Gala, al verlos entrar Monseñor Odescalqui, enternecido les dijo: «¡Oh pobrecitos mios! qué, os han echado? No temais, consolaos, hijos mios, que yo buscaré quien os reciba.» Y con esto mandó les dieran de cenar, é hizo recoger. A la mañana siguiente dió puntual aviso de todo al Pontifice, que luego le respondió: *Entregadlos á los padres de las Escuelas pias, cuyo instituto es la educacion de la pobre juventud. Decidselo de nuestra órden al P. general.* Así lo hizo, y habiéndose ofrecido este con respetuosa docilidad, y dado cuenta á Su Santidad, buscó una casa en Plaza Margana, que tomó en alquiler, y en ella dispuso el conservatorio, que quiso llamar *el Refugio de S. Miguel Arcángel.* En 8 de Marzo del dicho año, pidió el P. general y obtuvo un hermano operario, que gastó ocho dias en disponer lo necesario, y el dia 16 quiso un sacerdote, y el P. general, que era aún el P. Cárlos Juan, sin haberle ántes prevenido cosa alguna al Padre Juan Crisóstomo, le hizo llamar, y le dijo de esta manera: «V. Reverencia obedezca como si fuera yo mismo á este Señor (señalándole á Monseñor Odescalqui) que le nombro por su superior.» Tomólo Monseñor por la mano, y entrados los dos en el coche, le informó de su idea por el camino. Habiendo llegado al conservatorio ó refugio, que bendijo el P. Juan, vinieron despues los pobrecitos, hasta el número de treinta y ocho, desde el hospital de Sta. Gala, y los recibió el mismo P. revestido de sobrepelliz y estola. Monseñor les hizo una exhortacion, diciéndoles que fuesen obedientes á los religiosos, que se encargaban de órden del Pontífice de su educacion. Al siguiente dia vinieron otros tres religiosos, dos sacerdotes y un operario, los cuales pasaron grandes trabajos; pero á ninguno cedia el V. Juan Crisóstomo. Con su gran caridad los limpiaba, peinaba, lavaba y curaba en sus asquerosos máles, que eran sarna, tiña, lepra y otros semejantes. Dejándose á la consideracion lo que allí padeceria, porque los alumnos se aumentaron hasta cerca de ochenta, todos desnudos, muertos de hambre, cargados de miseria y de hediondos insectos, siendo, en una palabra, las heces de aquella vasta república. Les daba leccion de primeras letras, les en-

señaba la doctrina cristiana y buenas costumbres, y al mismo tiempo les buscaba maestros del arte mecánico á que se inclinaban, para que aprendiéndolo se procurasen honesto modo de pasar la vida. Sobre el grande trabajo del dia, era preciso pasar casi toda la noche en vela, para evitar que la concurrencia de tantos jóvenes mal criados no fuera causa de que se cometieran algunos excesos. A esta fatiga se añadia otra no ménos penosa, porque el vulgo, que debia edificarse de ver un varon de sus circunstancias ocupado en tan bajos empleos, lo despreciaba y llenaba de injurias; y no pocos de los prudentes del siglo, ya que no lo llamaron hipócrita y embustero, como la gente popular, hacian burla de sus sudores, pronosticando que aquella obra no sería durable, como si necesitára perpetuarse para que fueran meritorias sus fatigas. El Señor le consolaba de varios modos. Aunque algunos de aquellos jóvenes, acostumbrados al vicio, no doblaban la cerviz á sus santos documentos, otros sacaban mucho fruto en beneficio de sus almas. De estos fué un esclavo mahometano, que admitido en el refugio, aunque al principio se mostró muy obstinado, despues recibió el santo bautismo, y se llamó Juan, á imitacion del siervo de Dios, y como era muy robusto y de fuerzas, sirvió mucho para las haciendas de la casa. Acostumbraba tener los alumnos santamente ocupados en los dias de fiesta. Les decia misa por la mañana, la que tambien les hacia oir los demás dias, y por la tarde los llevaba á hacer oracion á alguna iglesia retirada, y despues los tenia en el campo para que en su presencia se divirtieran. Pasados dos años desde que se dió principio á este célebre refugio, creció tanto el número de los alumnos que la casa era pequeña para ellos, y para las artes mecánicas que para su ocupacion y enseñanza se establecieron. Monseñor Odescalqui pudo conseguir un sitio en Ripa Grande junto al Tiber, y habiéndolo comprado para levantar el grande edificio que aún existe, puso en el dia 31 de Octubre de 1686 el mismo prelado la primera piedra que bendijo el V. Pontífice. En la obra trabajaba el siervo de Dios como si fuera un peon de albañil, haciendo al mismo tiempo de sobrestante de los muchachos, con los cuales salia del conservatorio al amanecer para prevenir materiales. Con tanto fervor se trabajó en el adelantamiento de la fábrica que en el año 89, á 9 de Marzo, se trasladaron los jóvenes desde la casa antigua á la nueva en procesion, siendo más de ciento, acompañados de los religiosos. Sin embargo, padeció algunas angustias su ánimo por no poder completamente reprimir los vicios, agriando su carácter de modo que una mañana, como él mismo escribe, nació en su corazon tal impaciencia, que se alteró con Monseñor Odescalqui, fundador y señor del hospicio, despreciando la nueva habitacion, perdiendo el mérito de la perseverancia en aquel ministerio, lo que confiesa le costó delante de Dios y de los hombres confusion, humillacion

y lágrimas, y disgustándose Monseñor con él y aún más sus superiores, le mandaron volver á Florencia. De este defecto ó exceso del P. Juan Crisóstomo dispuso el Señor que sacára mucho fruto, siendo motivo para que se habilitára más para los altos fines que le tenia preparados, porque sobre el bien de la humillacion el P. general, que ya lo era el P. Alejo de la Concepcion, en Florencia, lo destinó sin empleo á la casa de probacion ó noviciado, en donde se reparó de las distracciones que pudo haber contraido en el refugio de Roma. Poca mansion hizo en el noviciado, porque los superiores, que le conocian bien, le destinaron por maestro de juniores en la casa de nuestra Señora de los Riccios de Florencia. En este empleo, que le prestaba oportunidad para cultivar todas las virtudes, enseñándoselas á los religiosos jóvenes, se dedicó nuevamente á la consideracion de sus culpas, y le concedió el Señor tal contricion, que resolvió escribir todo el curso de su vida seglar para confundirse de nuevo delante de Dios, y dejar este manuscrito cerrado y sellado en manos del P. Juan Gualberto, su confesor. Poco despues fué nombrado rector de la misma casa de Florencia, y para desempeño de su cargo se propuso imitar á S. Luis Beltran, manejándose con gran prudencia y comunicándole el Señor muy copiosas luces en la oracion, previniéndole al mismo tiempo de fortaleza, á fin de que bebiera el cáliz de las tribulaciones que le tenia preparado, revistiéndole de humildad y dándole conocimiento de la gravedad de la culpa, para que considerando las suyas se le hiciera ligera cualquiera pena. Habia llegado á su mayor grado la relajacion del instituto de las Escuelas Pías, haciendo tránsito á cualquiera de las religiones de la Iglesia, consiguiendo buletos para trasladarse como sacerdotes seglares á sus casas. Para reparar este daño aplicaron los generales todo su desvelo en promover la observancia regular, primero en Italia y despues en las provincias más remotas. Por esta causa y porque así lo pidieron los religiosos de Polonia, resolvió el general destinar por visitador á aquella provincia al V. Juan, juzgando que á nadie mejor podia fiar negocio tan árduo. Le envió la patente, y en cuanto la recibió el siervo de Dios, sin la más leve dilacion, se puso en camino sin más prevencion que si fuera á visitar uno de los santuarios de las cercanías de la ciudad. Emprendió el viaje á pie con el breviario debajo del brazo, en la mano un bordon, fiando su manutencion á la misericordia de la divina Providencia, llegó á Bolonia donde lo esperaba el P. Benito de Santa Catalina, polaco, que era el que habia venido á Roma á pedir en nombre de los de su nacion visitador de su provincia, y bien informado de las partes del P. Juan Crisóstomo, habia puesto en él los ojos. Aquí dijo misa en la iglesia del convento de los PP. Predicadores, y en ella le confortó el Señor para aquella empresa, ofreciéndole de nuevo su favor en los peligros que le amenazaban. De Bolonia

pasaron á Venecia, y hallándose entre los pasajeros que iban en el barco dos mujeres perdidas, sufrió mucho su pureza, no pudiendo librarse del escándalo que causaban con sus desenvolturas. Reprendiólas con tanta fuerza de razones, que una de las dos compungida ofreció la enmienda de sus yerros, y con la gracia del Señor pudo cumplir lo ofrecido. Despues de cuarenta y seis dias de viaje, habiendo pasado por Viena, llegó á Previdia, lugar de Hungría, superados infinitos peligros de perder la vida, especialmente en las lagunas de Leopolstad, que pasó con el agua á la garganta, y los pies sobre greda sumamente pegajosa. Tiene la religion colegio en esta ciudad, y miéntras daba algun ligero descanso á su fatigado cuerpo, entró en más penosas fatigas su espíritu, porque al segundo dia de su arribo recibió cartas de Roma por las cuales el P. general le revocaba la patente de visitador, mandándole que no saliera del aposento, y al superior de la casa al mismo tiempo le ordenaba que lo tuviera con diligente custodia. Esta órden, aunque sonaba como del P. general, verdaderamente lo era del tribunal de la Inquisicion, porque habiéndose descubierto por entónces el veneno que Miguel Molinos introducia en las almas con apariencia de virtud y verdadera hipocresía, hubo en Roma una persona, que sin temor de Dios delatase al P. Juan al santo tribunal, afirmando que era íntimo confidente del heresiarca. Presto se divulgó este caso con grave deshonor del P. Juan, porque dos religiosos, que pasaron por entónces de Italia á Alemania, publicaron que era hereje convencido, añadiendo que sus superiores, por librarlo de la infamia y castigo que le amenazaba, le habian mandado partir á regiones remotas. Este golpe, el más sensible para los católicos, no alteró al siervo de Dios en términos que le turbára la paz. Es verdad que el Señor, que ofreció serle propicio, le confortó con su aparicion, y aunque recibió con este favor soberano mucho aliento, creyó que sin perjuicio de su resignacion, debia dar auténtico testimonio de su fe. Así en su retiro se dedicó á radicarse más en la creencia de los misterios, y juntamente escribió y perfeccionó un volúmen, al que tituló *Theopistis*; palabra griega que quiere decir la *fe de Dios*, y sin dilacion fué dado á luz con grande aceptacion de los hombres doctos, por ser todo él auténtico y evidente testimonio de la integridad y pureza de la fe del que lo compuso. Pasados cincuenta y cuatro dias de encierro en su aposento, llegaron nuevas cartas del P. general, en las cuales levantando la mano á la reclusion, con palabras de mucho amor y benevolencia le renovaba los poderes y patente de visitador de Polonia, y los extendia á las casas de Hungría, con absoluta potestad de disponer á su arbitrio lo que le pareciera más oportuno. No faltó quien le insinuó que esta segunda órden era prudente cautela, para que no aprovechándose de la proximidad de los sectarios, volviese á Italia confiado, y así proceder entónces contra él como

quien lo tenia ya seguro. Pero aunque tuvo (como él mismo escribe) para este precipicio mil puertas abiertas en el espacio de dos años, jamás se le pasó por el pensamiento de abrazar semejante partido, ántes siempre se sintió más lleno de celo para defender la fe católica, llegando á tal extremo que queria salir á predicar la verdad de nuestra religion por las calles públicas, con deseo de perder la vida en su defensa; si no le hubiera sido preciso ceder á los ruegos de un buen sacerdote católico, que le previno resultaria más daño que provecho de semejante demostracion. Cuando llegó á Kelma, ciudad de Rusia, se llenó de inexplicable gozo por haber hallado en los rusos mucha devocion al Santísimo Sacramento, no obstante tener grande escasez de ministros apostólicos; por cuya razon hizo repetidas instancias para que le fuera permitido quedar en aquellas partes, en donde esperaba coger copioso fruto, no solo en los adultos, sino tambien en la juventud, en quien descubrió mucha docilidad: sin embargo, no le fué permitido lo que á otros se les concede dándoles muchas gracias. El siervo de Dios dedujo que aquella no era la voluntad divina, cuyo seguro intérprete es la obediencia; mas algunos suponian que aquella negacion probaba que no estaba satisfecha la severidad de quien lo trató como reo, y que el haberlo dado por libre habia sido solo por no exponerlo á que abandonára su conciencia, pero que no cesarian de proceder contra él en volviendo á Italia. Con todo, no bien satisfechas sus ánsias de dedicarse todo al Señor, promoviendo la dilatacion del Evangelio y asistencia de los católicos, repitió sus súplicas, cuando caminando á la Lituania llegó á Dombroviz, en las inmediaciones de Ponto Euxino, en donde las Escuelas Pias de la provincia de Polonia tenian una residencia para mantener la mision que hacen allí los religiosos. Aquí entendió que por frecuentar los tártaros sus correrías en aquel país, padecen los ministros del Evangelio contínuas vejaciones, y viven expuestos á perder la vida. Con esta consideracion se ofreció todo en holocausto, y empezó á predicar públicamente. Pero estuvo tan léjos de conseguir su deseo, derramando su sangre, que no obstante su libertad en reprender y amonestar, era estimado hasta de los mismos herejes. Para evitar los ultrajes que hacian los sectarios á Jesus en el Sacramento del altar, compuso un erudito opúsculo de la real presencia de la majestad de Cristo en el Santísimo Sacramento, del cual se han valido y usan los misioneros con grande fruto espiritual de los incrédulos. Padeció en estos viajes muchas fatigas, mas el Señor le concedió una salud muy robusta. El que camina por quellas partes (escribe él mismo) es preciso que duerma en el suelo sobre un poco de paja; que se aloje en donde estan juntos, no solo hombres y mujeres, sino tambien bueyes, caballos y otras bestias; que sobre un intolerable hedor, sufra los ruidos de

villanos y soldados, y esté entre cismáticos, herejes y hebreos. Los hielos y frios son increibles, los calores de sus estufas sofocantes, y el humo de ellas muy nocivo dentro de las casas. Además es fuerza padecer grande humedad á causa de las nieves y lluvias copiosísimas; y los vientos son tales, que tal vez abaten selvas enteras. Los torbellinos en Polonia son tan vehementes, que levantan en el aire hasta los carros y trastornan los techos. Pasamos el Vístula, que es anchísimo y todo helado, aunque el dia antecedente se navegaba. A cada paso sentia que se rompia el hielo debajo de los pies con peligro de quedar todos sumergidos, y á la verdad parece que nuestros ángeles de guarda nos sostenian las plantas. En fin, llegamos salvos á la otra ribera.» Dos años gastó en su visita, la que hizo con grande honor de la religion y progreso de la observancia en los colegios y casas de Polonia y Hungría. Su primer paso era prepararlos á todos por medio de unos espirituales ejercicios que mandaba hacer; para que entretanto no padecieran distracciones, y las ocupaciones domésticas y las de las escuelas no interrumpiesen su curso, los hacian en dos veces, repartiéndose en ellas los religiosos, y de entrambas era director el P. Juan. Era muy solícito en radicar, especialmente en los jóvenes, el afecto cordial á la educacion y enseñanza de los niños, por ser el fin de la vocacion al piadoso instituto. Finalmente, con sus sus acertadas máximas de prudencia, apoyadas del ejemplo, dejó consolados y mejorados á aquellos religiosos. Por este tiempo se publicaron las convocatorias para el capítulo general que se habia de celebrar el año de 1692, y el Padre tuvo órden de restituirse á Roma en compañía de los Padres provincial y vocales de Polonia, que debian asistir á él. Llegaron el 23 de Abril, y como la causa del siervo de Dios no estaba aún terminada, tuvo que sufrir los efectos del celo de unos y del rezelo de otros, como sucede siempre en negocios que tan de veras tocan en el honor, cual es la duda sobre la pureza de la fe. Con solo el intermedio de seis dias, no hallándose aún bien reparado de tan largo camino, se presentó al santo tribunal de la Inquisicion. Lo que le sucedió, el mismo venerable Padre lo dice: «Fué la presentacion jurídica en los dias de S. Pedro mártir y de Sta. Catalina de Sena, por mañana y tarde, y el P. Alberto Cebolini, compañero del Padre comisario, con los notarios, me examinaron difusamente sobre el gran proceso que se me habia formado. Sta. Catalina y S. Pedro mártir me inspiraron las respuestas, recordando todos los hechos con la mayor individualidad para desvanecer los cargos que resultaban contra mí. Pasados algunos dias, se me hizo saber que la Santa Inquisicion me daba por libre. Pero aún no quedé satisfecho, y supliqué, que constando mi inocencia, me fuesen restituidos mis manuscritos, y así se hizo, sin que me faltase el más pequeño pliego.» Verdaderamente fué terrible este golpe, que sufrió el siervo de Dios

con pasmosa tolerancia, sin darse por sentido ni por quejoso de los que le habian delatado; aunque despues, sin procurarlo, llegó á saber quiénes habian sido. Tambien fué el triunfo estupendo; desde aquel punto, como á porfía, conspiraron las más autorizadas personas en procurarle honras que no apetecia, para hacer más gloriosa su fama. El mismo tribunal dió auténtico testimonio cuando el Sumo Pontífice quiso elevarle al cargo de general, escrupulizando algunos sobre la circunstancia de pretender recayese tanta dignidad en un varon procesado por el Santo Oficio; quiso que los supremos ministros le informasen, y dieron un testimonio tan cumplido y honroso de la inocencia del siervo de Dios, que admirado el Pontífice le dijo: *Tened en mucho este raro y desusado favor*. Pero Juan Crisóstomo, que parecia insensible á las afrentas, no se alteraba con las honras. Tambien tuvo cuidado la religion con atender á su mérito en beneficio del instituto; así fué nombrado rector del colegio Nazareno, que es un seminario ó convictorio en que gran número de jóvenes nobles son educados bajo la direccion de los Padres de las Escuelas Pias de Roma en buenas letras, política y piedad. Para conocer el carácter de la humildad de este insigne religioso, sin embargo de saber que á todos era deudor sin acepcion de personas, tenia sus mayores delicias con los niños pobres, diciendo sobre el asunto las palabras siguientes: *Yo me acomodé á ser siervo de la vanidad por obedecer*. Para hacerse útil de todos modos á los nobles alumnos de aquel colegio, renovó el estudio de la oratoria y poesía latina, y fué fruto de su trabajo el *Exameron*, obra muy erudita que compuso en verso heróico. Del colegio Nazareno fué trasladado á la casa de S. Pantaleon, en que reside el P. general, con el empleo de rector, que desempeñó con grande acierto, promoviendo la observancia regular con prudencia, pero con admirable constancia, especialmente en los ejercicios del instituto: hacia de ayudante de los maestros de los niños más pequeños, enseñándoles con grande amor la doctrina cristiana. En el año de 1696 se le renovó el deseo de pasar á las misiones entre los infieles, y ofrecerse por este medio al martirio. Consultó sobre el particular al P. Richi, procurador general en la órden de Predicadores, y al obispo de Ancira, que del Carmelo en la reforma de Sta. Teresa habia sido elevado á la mitra, y entrambos resolvieron que era de Dios aquella vocacion, con tal que le constase más claramente la voluntad divina por medio de los superiores que lo gobernaban. Declaróse con el P. Antonio de S. José, napolitano, excelente teólogo y ejemplar religioso del piadoso instituto, que se le ofreció por compañero, y de comun acuerdo se dieron á la oracion y ejercicios de piedad para que el Señor los guiára si era de su agrado aquella empresa. Cinco años empleó en disponerse para recibir la luz del cielo, y entónces se presentó con su compañero al pontífice Clemente XI, ofreciéndose por el

adelantamiento de la fe en las provincias ó regiones del orbe que Su Santidad le señalase. Pero el Papa alabó su deseo, mas no quiso se llevase á efecto, y despues le dijo al P. Juan en particular, que sus Indias serían en Roma, especialmente en el hospicio apostólico de S. Miguel *ad Ripam*, en la educacion de los niños pobres y desamparados, que llegaban ya entónces al número de doscientos. Oido este parecer, entendió que el martirio que el Señor le tenia destinado no sería con efusion de sangre á manos de enemigos de la fe, sino en el ejercicio de su vocacion y total sujecion de los sentidos y potencias. Dióse á todo género de mortificaciones; ayunó toda la cuaresma á pan y agua y durmió vestido de silicio, sin quebranto de su salud, ántes bien, hallándose más robusto, hubiera continuado aquella mortificacion toda su vida, pero su humildad le hacia andar muy cuidadoso en no dejar traslucir sus ejercicios. Entre tanto, viviendo el siervo de Dios bajo el magisterio de Sta. Catalina de Sena, que le inspiraba lo que habia de ejecutar, para que echase el edificio de su virtud más hondos cimientos en la humildad, le mandó tuviera por directora á una pobrecita mujer llamada Olimpia, natural de Frosinone, diócesis de Verceli, que habia venido á Roma, de avanzada edad, para darse toda á ejercicios de devocion, vivia en casa de un escultor que la asistia con respeto por su rara perfeccion. El P. Juan Crisóstomo se puso desde luego en manos de aquella viejecita pobre, como pudiera un niño de tres años en las de su madre, no quedando sin premio tan humilde docilidad, pues por este medio le hizo el Señor particulares favores. Venciendo su natural repugnancia al confesonario, se dedicó enteramente por divina inspiracion á oir las confesiones de los fieles y procurar su adelantamiento espiritual, siéndole constante coadjutor el P. Atanasio de San Bartolomé, natural del reino de Cerdeña, que á la sazon se hallaba como asistente general en Roma; de suerte que estos dos religiosos tuvieron hijos espirituales de grande perfeccion de vida, siendo la pobrecita Olimpia la que más se adelantaba. Grandes fueron los favores con que el Señor honró á este su siervo, haciéndolo digno de que lo visitáran diferentes santos; en una enfermedad que padeció por aquel tiempo le visitó varias veces su Bto. P. José de Calasanz, alentándole al sufrimiento, llenándole de celestial consolacion y fortaleza, anunciándole en la última visita que tardaria poco en serle sucesor en el cargo de general. Para llegar á tanta altura, dispuso la divina Providencia que los superiores, aunque se ignora el motivo, le mandáran ir á Florencia, señalándole para residir el noviciado, en donde libre de toda distraccion, en soledad y retiro, guardó profundo silencio con las criaturas, y toda su conversacion fué con los cortesanos de la gloria, particularmente de los que era más devoto, los que le aseguraron tardaria poco en volver á Roma, y le animaron á promover la enseñanza de la juventud con mayor

espíritu que el que habia mostrado en todos los demás ejercicios, preliminares ó disposiciones con que el Señor lo preparaba para el empleo de general á que lo tenia destinado. Cuando ménos lo pensaba fué nombrado por asistente general, con cuyo carácter fué llamado á Roma, y al entrar dijo ilustrado del cielo: *Hæc requies mea in sæculum sæculi.* Este será mi descanso por los siglos de los siglos. Dedicóse á dirigir las almas en el confesonario, ofreciéndose por padre espiritual de cuantos querian aprovecharse de su celo, y juntamente se constituyó ayudante de los maestros de las escuelas inferiores, asistiéndoles con mucha caridad y tratando á los niños con grande amor. El P. Juan se humilló heróicamente con los pobres desamparados en el hospicio apostólico, y en estos ejercicios se hizo digno de que no habiendo podido celebrarse el capítulo general que estaba convocado para el año de 1706, á causa de la guerra que agitaba casi todas las potencias de Europa, el pontifice Clemente XI, por breve particular, le nombrase por prepósito general de toda la religion, sirviéndole de paso seguro y camino recto para el generalato el gobierno del hospicio apostólico. Colocado en aquella altura, se dejó ver el resplandor de su prudencia y penetró el calor de su celo de la observancia hasta las regiones más remotas. Se aplicó con todo desvelo á procurar que todos se dieran á la oracion y contemplacion de las cosas divinas, al fervoroso ejercicio de las escuelas, exhortando á los presentes de viva voz en frecuentes pláticas y con su ejemplo, dejándose ver todos los dias en alguna de las escuelas, y acompañando á los niños por las calles todas las semanas, y á los ausentes escribiendo cartas animadas de prodigioso celo, que remitia á todas las casas y provincias. Entre las felices providencias de su gobierno debe contarse el haber establecido á España en vicepresidencia, porque se aplicó con todas veras á dar espíritu á este cuerpo, que no estando aún bien formado, se vió reducido á un triste esqueleto por las vicisitudes de los tiempos y las contínuas guerras, sacando al instituto de las Escuelas Pias de tan lastimoso estado su celo y santidad, debiéndosele llamar en cierto modo fundador de esta provincia, porque hasta entónces los colegios de la Península no eran más que miembros de la provincia de Cerdeña. Con esta gloriosa empresa señaló el P. Juan Crisóstomo los fines de su gobierno como con piedra blanca, y cumplido su sexenio en Mayo de 1712, le dió el capítulo general digno sucesor, y el siervo de Dios se restituyó al hospicio de S. Miguel, en donde con nuevo fervor y humildísimo afecto se entregó por completo á la asistencia y enseñanza de aquellos pobrecitos, mirando en cada uno de ellos á Jesus niño, como se le habia manifestado más de una vez. Era asunto de gran edificacion ver un varon tan docto, venerado de toda Roma como oráculo, y que acababa de ocupar el generalato de la Orden, no solo enseñar á unos pobrecitos desamparados á leer, escribir,

cuentas y latinidad, sino como madre amorosa, cuidar de su limpieza, y librarlos por su misma mano de la inmundicia, que sin mucho desvelo, forzosamente habia de causarles grande molestia. Más de cuatro años perseveró siendo criado de los pobres con el nombre de rector del hospicio; y viendo que ya se acercaba la hora de su muerte, deseando prevenirse más para aquel trance, obtenida licencia del pontífice Clemente XI, renunció el empleo de superior, y por espacio de un año vivió en el mismo hospicio como particular, ocupándose solo de Dios y del beneficio de su alma, mediante el cultivo de todas las virtudes, aunque en todas edades habia dado raros ejemplos. Así es que lo heróico de su fe queda bien demostrado con lo que ya viene manifestado en el relato de su vida. Delatado al Santo Tribunal, salió como el oro del crisol; hallándose entre herejes en países distantes y amenazado de terribles persecuciones, fué tentado más de una vez para que abandonára la religion, pero su constancia era superior á toda prueba; el celo con que se aplicó y deseó destinarse á la conversion de los infieles, es argumento evidente del intenso amor que profesaba á esta virtud. Los quilates de su esperanza en Dios se pueden colegir por el ánsia con que suspiraba de contínuo por verse en los brazos de su amado. Decia con S. Pablo: *¡Infelix ego homo! Quis me liberabit de corpore mortis hujus?* De tal modo que empezó á alegrarse al notar la cercanía de la muerte. Efecto de esta misma esperanza era aquel ánimo constante con que llevaba adelante las empresas que entendia eran del agrado de Dios, aunque las viera sembradas de espinosas dificultades. Bien se vió en la ereccion del hospicio apostólico, cuando en los principios excitó la risa de casi todos, y no faltó personaje de alto carácter, que viéndole trabajar como peon de albañil cuando se abrian los cimientos, le dijo por mofa: que se fatigaba para proveer de graneros á Roma; á lo cual respondió con religiosa mansedumbre, que era verdad, porque su trabajo lo dirigia á fabricar graneros para el Rey del cielo, en que se encerraban muchos racionales granos en innumerables pobrecitos. —La caridad, que es la reina de las virtudes, ocupaba el principal lugar en su corazon; tuvo por maestro de amar el mismo Dios, que le dió admirables y peregrinas reglas de esta divina enseñanza. Puede rastrearse algo la llama del amor de Dios, que ardia en su pecho, por el incendio de amor del prójimo que manifestó en varias obras de caridad, pues al mismo tiempo que despreciaba las cosas terrenales, tenia una grandísima compasion de las faltas ajenas, decidiéndole á procurar á sus prójimos la salud eterna por todos los medios que le fuesen posibles y el Señor le permitiese. Efecto de esta resolucion fué lo que padeció en el hospicio apostólico, en donde en dos ocasiones estuvo en peligro de muerte á mano de los mismos á quienes procuraba la vida, y que, como frenéticos, aborrecian al que les deseaba dar la salud; pero no por

eso se rindió jamás su caridad. Su obediencia era puntualmente como la deseó el Bto. José Calasanz en sus hijos, cuando escribe en sus constituciones: «No debe haber voluntad, y todos reverencien al superior, sea el que fuere, como padre, y le obedezcan entera, pronta y fuertemente con la humildad debida, sin excusas ni murmuraciones.» Por este modelo se formó la obediencia del V. Juan Crisóstomo, que no paró hasta romper las cadenas del amor propio y del juicio. No faltó ocasion en que por seguir los pasos de la obediencia expuso su vida con heróica resignacion: «Queriendo los superiores (dice) que en una cuaresma, por causa de mis accidentes comiera de carne, estuve en peligro de la vida por obedecer, porque luego que comia se me alteraba el estómago, de suerte que con mortales ánsias vomitaba cuanto contenia. Conocieron despues esta verdad, y dejándome seguir la comunidad, me hallé bien.» Para conservar siempre fragante la flor de la castidad, procuraba en el aspecto, modo de andar, discursos, y en fin en toda la exterior apariencia de su cuerpo, emular la pureza de los ángeles; y considerando que tenia este tesoro en vaso quebradizo, se maceraba con rigurosas penitencias. Igualmente tenia muy en su corazon á la santa pobreza, con quien celebró místicos desposorios, protestándose su vasallo, y gozándose cuanto tenia ocasion de pagarle algun tributo. «En el año de 1678 (escribe) por la semana santa, hice viaje con mi compañero desde el colegio de la Plebe á Cento hasta Ferrara, y desde aquí á las ciudades de Imola, Faenza, Forli y Bertinone, en donde me ordenó el Ilmo. Sr. D. Juan Cavallos. Ibamos entrando á pié y pidiendo limosna. A la vuelta nos cogió la noche, que era muy fria, en campaña, y para defendernos, nos echamos en un poco de paja que hallamos, gozándome de aquel corto obsequio que hubimos de hacer á la santa pobreza.» Este modo de caminar le era de tanta satisfaccion, que áun siendo general, habiendo resuelto visitar varios colegios, tenia dispuesto hacer la visita á pié y sin prevencion; y para que desistiera de este propósito, tuvieron mucho que trabajar los religiosos. Siempre manifestó el amor que tenia á esta virtud en los vestidos interiores y exteriores, que gustaba fuesen muy pobres y remendados; lo mismo era respecto del aposento y en todo lo que servia á su uso. Relativamente al ejercicio de la enseñanza, que es la particular vocacion del religioso de las Escuelas Pias, causan grande admiracion los varios medios con que el Señor le animó para el desempeño de este cuarto voto. La virtud de la humildad, tan propia del piadoso instituto, echó muy hondas raíces en su espíritu. Imprimiósela en el corazon el Bto. Calasanz, y su ángel custodio se la estampó tambien en el alma. Sentia muy bajamente de sí, y deseaba que todos le despreciáran, sabiendo lo que él entendia que era. Colmado de merecimientos y virtudes, se le debilitaron las fuerzas, anunciando la proximidad de su muerte, de que parece habia tenido noticia mu-

cho ántes ; pues como escribe él mismo contando los favores que le hizo el Señor, supo que le alargó la vida veinte años para que los gastára en su servicio y en beneficio de sus prójimos. Aunque ya hacia tiempo que padecia gran debilidad y decadencia, á principio de Diciembre de 1717 se halló tan aniquilado y destituido de fuerzas, que le fué preciso rendirse al lecho. Conociendo que por instantes se le acortaba el plazo de merecer, se entregó todo á la contemplacion, y en contínuo y profundo silencio se saciaba con la memoria de aquellas delicias por cuya posesion suspiraba noche y dia. Esparcida por Roma la noticia del peligro en que estaba su vida, fueron á visitarlo diferentes personas eclesiásticas y seculares, á quienes pagaba aquel acto de caridad dándoles preciosos documentos y su bendicion. El P. general, considerando el grande amor y benevolencia con que lo habia honrado siempre el Santísimo P. Clemente XI, le dió parte del estado en que se hallaba, y al oir que estaba desahuciado, *indoluit Sanctissimus Dominus Noster egregii viri casum*, se entristeció de la muerte de tan esclarecido varon, dice el aviso que dió á toda la religion el P. general, y añadiendo honras á honras le mandó al general le dijera en su nombre al P. Juan Crisóstomo, que cuando despues de una muerte feliz llegára á la patria celestial, encomendára á Dios al mismo Pontífice y la Iglesia que tenia á su cargo. Verdaderamente, parece no puede decirse más de este venerable varon, porque estas palabras suponen el alto concepto que tenia el Papa de sus méritos. En el dia 10 del mismo mes le fueron administrados los santos Sacramentos, que recibió con mucha devocion, hallándose presentes algunos de sus hijos espirituales, que le pedian se acordára de ellos delante de Dios. Pasado el medio dia entró en agonía, y sin perder los sentidos ni el conocimiento hasta el fin, lleno su aposento de religiosos y otros apasionados suyos, plácidamente espiró en el dicho dia 10 de Diciembre de 1717, siendo de sesenta y cuatro años no cumplidos de edad. Quedó su rostro agradable, como si estuviera dormido, y su cuerpo flexible, y así perseveró hasta que le dieron sepultura. El principal enfermero del Hospicio, que era muy hábil cirujano, se resolvió, movido de superior impulso, á hacer la autopsia de su cuerpo, y le encontró en medio del corazon una señal del tamaño y color de una grande perla. Los que tuvieron noticia de su vida, juzgaron que aquella era la herida que le hizo el Señor, y le renovaba á menudo con dolor sensible como queda manifestado. Es verdad que como nada de esto se llegó á entender estando vivo el siervo de Dios, no se hizo riguroso exámen de este y otros semejantes favores. Despues de haberle hecho las exequias con asistencia de todos los domésticos del Hospicio Apostólico y otras personas, sus devotas y apasionadas, le pusieron sobre el pecho una lámina de plomo, y en ella grabado su nombre y apellido; y así encerrado el cadáver en una caja, y esta dentro de

otra, lo sepultaron debajo de la grande bóveda, en donde se entierran los religiosos que mueren en aquella casa. Concedióle el Señor la suspension de aquellos visibles favores que le podian acreditar con las gentes, segun le pedia continuamente á su divina Majestad; aunque considerando su confesor y otras personas que podia ceder en mucha gloria del Señor que se tuviera noticia de su vida, se dedicaron á juntar varios documentos, en los cuales está basada la presente biografía. Fué este insigne religioso uno de los varones más eruditos de su tiempo; pero juntamente tan humilde y de ánimo tan generoso, que las obras que trabajaba con suma facilidad al asunto que se le proponia, despues de haberlas dado perfeccion, las dejaba al arbitrio de quien queria usar de ellas ó apropiárselas. Por esta causa de las manuscritas han perecido muchas. Las que no han podido ocultarse son las siguientes: *El Philopistos*, en que da razon de su fe: en lengua latina. Obra impresa en Varsovia, capital de Polonia.—*El Exameron* en verso heróico latino, obra muy erudita: se imprimió en Roma.—*La Institucion cristiana*: tambien impresa en Roma.—*La Lógica y Física*, impresa en la misma ciudad.—Las manuscritas son: *Una glosa excelente sobre los Cantares.—De mundo invisibile.—Una Miscelánea de materias muy exquisitas y gustosas.—Un tratado polémico sobre la presencia real de Cristo en el Santísimo Sacramento del Altar.—Guia espiritual de los religiosos.—Máximas que deben observar los novicios.—Aritmética especulativa.—De Cometis.—De Astronomia.—Filosofía escolástica.—Teología escolástica.*—A. L.

SALIUS (P. Nicolás), de la Compañía de Jesus, natural de Praga, en Bohemia, fué coadjutor espiritual y se distinguió mucho por sus predicaciones, que obtuvieron grande éxito en un país, que aunque trabajado por la herejía durante mucho tiempo, habia vuelto á la fe con esa sinceridad que constituye el fondo del carácter de los países del Norte. Salius encontró por lo tanto una tierra preparada á escuchar sus predicaciones, á recibir la semilla que tanto debia fecundar despues. Sus trabajos por otra parte fueron los de un verdadero varon apostólico, no descansando noche ni dia por conseguir su santo objeto, y llevando la paz y la tranquilidad al seno de las familias, agitadas por el remordimiento ó por el luto que en ellas habian introducido terribles pasiones. No hubo peligro que no corriese ni desafiase para conseguir su santo objeto, y cuando ya los años y las enfermedades le impidieron consagrarse á tan difícil tarea, tomó la pluma y procuró legar ejemplos en las vidas de santos populares en Bohemia, que hicieran el efecto que prácticamente habia hecho él hasta entónces. Con esta ocasion escribió las vidas de santos, que citarémos despues, que fueron leidas con avidez y le dieron la fama que le ha seguido áun despues de su muerte, acaecida en Crumlow en 1596. Dejó: *Vida de S. Prócopio*, abad: *Vida de*

Santa Sudmila, que insertó Surio en sus obras. *Vida de S. Wenceslao martir.*—S. B.

SALIZANES (Fr. Alonso), religioso franciscano de la provincia de Santiago de Galicia, de que fué elegido ministro provincial en el capítulo celebrado en Benavente á 28 de Octubre de 1662, presidido por el Rmo. señor Fr. Juan Muniesa, comisario general de España. En su gobierno conoció la provincia el acierto que habia tenido en su eleccion, hallando en su grande talento uno de los más extraordinarios que jamás tuvo la religion Seráfica. Posteriormente fué elegido ministro provincial de toda la Orden, y áun creemos que obispo de Córdoba y de Oviedo. En ambos obispados, dice la Crónica, fué idea de prelados limosneros y liberales, como se infiere de sus muchas fundaciones. En Oviedo, la de S. Ildefonso, para cuya fiesta dejó cien ducados de renta y la cera necesaria. En Córdoba, en un año de hambre sustentó á todos los pobres del obispado, vendiendo para ello coches y vajilla. Era el primero en la asistencia y peligros de los enfermos, que como buen pastor, exponia su vida por sus ovejas, por cuyo remedio no omitia diligencia alguna, clamando en repetidas procesiones públicas á Dios como otro S. Cárlos. Gastó cien mil ducados en una capila de nuestra Señora de la Concepcion, preciosísima obra de arte y de las más notables de Europa, dejó veintidos mil pesos para que su cabildo de Córdoba celebrase el octavario de este misterio. Labró su sepulcro en aquella capilla, y dotó dos aniversarios el dia de S. José En la ciudad de Zamora, su patria, fundó una memoria pia para tres estudiantes pobres. Edificó la iglesia de religiosas descalzas de la Concepcion, y dejó dos capellanías. En Rioseco edificó la insigne capilla de la Concepcion en la iglesia parroquial de Sta. Cruz, y dejó cuatrocientos ducados de renta para dos capellanes. Merecieron tambien los beneficios de su liberalidad los conventos de S. Francisco de Salamanca y Zamora, y ayudándoles con alguna renta para vestir á los religiosos. De manera que este prelado, al decir de su panegirista, no parece vivia sino cuando obraba tan bien; y tanto como esto hizo, cuanto le duró la luz.—S. B.

SALIZANES (Fr. Francisco), religioso franciscano de la provincia de Santiago de Galicia, de que fué electo ministro provincial en 26 de Enero de 1673. Era sobrino de D. Alonso, á quien procuró imitar en los hechos y en las virtudes. Quedóse sin embargo á mucha distancia de él, porque el ingenio no es una herencia de familia, y si bien el saber puede adquirirse á fuerza de laboriosidad, no así esas cualidades que revelan un hombre superior y forman parte de la misma naturaleza. Salizanes tomó el hábito, como su tio, en la provincia de Santiago, y siguió como él los estudios en Salamanca. Distinguióse mucho por su aplicacion, y manifestó hallarse decidido á seguir las huellas del que le habia dado tan buenos ejemplos. Su Orden, deseosa al

mismo tiempo de corresponder á los beneficios que debia á su ilustre general, procuró recompensar en este miembro de su familia los favores que á aquel debia, y así es que Salizanes encontró francos todos los puestos en que pudiera brillar ó distinguirse. Llenó el jóven religioso los deseos de sus superiores, y bien pronto se contó en su número. Modesto, laborioso, entendido, sabia desempeñar todos y áun los más difíciles cargos con grande acierto, dando esperanzas de que promovido á otros mayores seria el espejo de su Orden, el que la elevára al mayor grado de su apogeo y esplendor. En efecto, cuando se le elevó al provincialato dió las mejores pruebas de sí, y fué un verdadero dechado de perfeccion. Visitaba continuamente los conventos de su custodia, y se esmeraba en hacerlo con la mayor pobreza, caminando á pié y con un lego que le servia en estas ocasiones. Procuraba siempre que fuese el más rudo, para ejercitarse más en todo género de trabajos y que le sirviese de molestia más bien que de alivio. No consentia que se le recibiese en ningun monasterio con pompa ni ostentacion, procurando así manifestar el voto de humildad que habia hecho, y se esforzaba en cumplir hasta en las cosas más pequeñas. Sus prácticas de devocion y penitencia eran las acostumbradas en su Orden, á que añadia otras particulares, algunas de las cuales fueron admitidas despues en diferentes conventos de su provincia. Quizá hubiera aún sido ascendido á superiores dignidades, si no hubiera venido á sorprenderle la muerte en lo mejor de su vida. —S. B.

SALLE (Juan Bautista de la) Nació este sacerdote y doctor en teología, fundador de las escuelas cristianas, en la ciudad de Reims el año 1651. Fué hijo de un consejero de esta ciudad. Hizo sus primeros estudios en la universidad, y en 1670 fué á terminarlos al seminario de S. Sulpicio de París. Desde el año 1666, en 19 de Julio, era ya canónigo de la santa iglesia de Reims. Habiendo perdido á sus padres en 1671 y 1672, recibió las órdenes sagradas, y ya sacerdote en 1678, quiso hacerse útil á su patria, y para asegurar el establecimiento de las hermanas del santo Niño Jesus, instituto que habia sido fundado por Mr. Roland, canónigo y teologal de la iglesia de Reims, obtuvo las cartas patentes necesarias. Ocupóse en seguida en fundar la preciosa institucion de los hermanos de las escuelas cristianas, que ensayó en 1679 en dos parroquias de la ciudad de Reims, S. Mauricio y Santiago. Convencido de su utilidad, les reunió en una casa particular, y despues de muchas penas y contradicciones de parte de su familia y de otras personas, que se pronunciaron contra la nueva institucion, consiguió hacerlos recibir en Rethel y en Guisa. Juan Bautista de Salle experimentó muchos desengaños por parte de los hermanos, y obstáculos por parte de los grandes, pero todos los venció con su celo y constancia; y á fin de dar á sus hermanos una idea de su desinterés y hacer gala de su pobreza, hizo dimision de su

canonicato en favor de un pobre eclesiástico, no dando oidos ni á los que le solicitaban ni á sus parientes, que le exigian prefiriese á su hermano, que tambien era sacerdote: despojóse de su patrimonio y entregóse enteramente en brazos de la Providencia. El autor de su vida cuenta los viajes, desgracias y persecuciones que tuvo que sufrir de los maestros de escuela de París y de otras ciudades, así como tambien de muchos superiores eclesiásticos, cuya buena fe se sorprendió por medio de calumnias. Sus viajes por la Provenza hicieron resplandecer su humildad y su resignacion. Consagraba todos sus cuidados este virtuoso eclesiástico á la conversion de los pecadores, y tenia un talento particular para ablandar los corazones más endurecidos. Murió en San-Yon, cerca de Arpajon, casa profesa de su Orden, el dia 7 de Abril de 1719, á la edad de sesenta y seis años, colmado de bendiciones y sentido de los hombres de bien de todos los estados. Su instituto fué aprobado por el papa Benedicto XIII. Su vida se ha impreso en 4 vol. en 4.°, en Rouen, en 1733. El jesuita P. Garreau publicó otra que se imprimió tambien en Rouen, en un vol. en 12.°, el año 1760. El benedictino P. Elías Maillefer compuso tambien la vida de Juan Bautista de La Salle para la instruccion de los niños que frecuentan las escuelas cristianas, en dos libros: *Los deberes del cristiano hácia Dios y los medios de poder adquirir su gracia*; un grueso volúmen en 12.°—*La civilizacion cristiana*, en 8.°, cuyas dos obras se reimprimen frecuentemente. — C.

SALLEG (Sor María Catalina de), del órden de Sto. Domingo. Fué natural de Valenciennes, en Francia, y pertenecia á una familia tan noble como distinguida. Tomó el hábito de la órden de Sto. Domingo en el convento de Bellmont, donde fué un modelo de vírgenes y un claro espejo de santas. Murió el dia 14 de Febrero de 1675, dejando escrito un libro inspirado por la conversion de su ilustre padre á la fe católica, que se imprimió en Bruselas en 1668, en un tomo en 8.°, bajo del siguiente título: *Motivos de la conversion de Mr. Pedro, conde de Salleg, marqués de Roigny, y porqué dejó la secta de Calvino para abrazar la fe católica.* Obra dedicada por su hija Sor María Catalina, del órden de Sto. Domingo, al muy ilustre Sr. Fray Ambrosio Capello, obispo de Amberes, del órden de Predicadores. — M. B.

SALLEM, cuarto hijo de Nephtalí. Génes., XLVI., 24.

SALLENT (D. Francisco Antonio), hermano de la monja Sor Mariana, de quien se tratará. Nació en la ciudad de Borja. Siguió los estudios en la universidad de Zaragoza, y en la misma recibió el bonete de doctor en leyes en 1674. En 7 de Mayo de 1672 ya habia tomado posesion de una canongía, y de la capellanía real en la iglesia colegial de dicha ciudad. En 1700 era comisario de la Santa Cruzada, examinador sinodal del obispado de Tarazona, y un literato sobresaliente en ambas jurisprudencias y en la poesía. Fué á Valen-

cia en 1703 con el cargo de provisor y vicario general de su arzobispado, y electo obispo auxiliar de él, donde murió en 1706. Escribió, á más de *diversos papeles de derecho*, dos *Consultas canónicas* sobre si es válida la colacion dada á quien obtuvo una dignidad, siendo irregular, por efecto de mansedumbre, en latin. La primera tiene fecha de Zaragoza, 20 de Agosto de 1689, y la segunda de Borja 7 de Diciembre del mismo año, en el que se imprimieron en fólio. Tambien se sospecha que escribió: *Vida de Santa Clara*, que lleva el nombre de la referida su hermana, y el estilo de un romance heróico suyo que hay en ella aumenta aquella sospecha. — L.

SALLENT (M. Sor Mariana), natural de Borja. Nació en esta ciudad el año 1665. Fué hija del Dr. D. Francisco, médico de ella, y de Doña Catalina Trasobares. En 1675 vistió el hábito de Sta. Clara en el convento de religiosas de la misma ciudad, allí profesó, fué abadesa, y siempre religiosa muy virtuosa. Tuvo en el dicho monasterio otra hermana suya llamada Sor Teresa, cuyos estudios poéticos fueron muy semejantes á los suyos. Publicó Sor Mariana en verso de gran pureza y propiedad, la *Vida de nuestra madre seráfica Sta. Clara*. En Zaragoza por Domingo Gascon, 1700, en 8.° de 160 págs. En Valencia por Francisco Maestre, 1703, tambien en 8.° Hay allí un bello *Romance heróico* en alabanza de la referida religiosa, de D. José Orti y Molés, caballero valenciano. En la edicion de Zaragoza hay tambien versos de la referida Sor Teresa Sallent, del Dr. D. Antonio Sallent, su hermano, de quien se ha tratado ya, del cronista D. José Lupercio Pansano, de D. Gerónimo Torrijos y Virto, y de otros. Menciona esta obra D. Ignacio Luzan en su *Poética*, tomo I, pág. 24, segunda edicion, trocando el nombre de Mariana en el de Margarita. — L.

SALLENTIN (Luis). Nació este eclesiástico en Pont-Saint-Maxene el dia 17 de Enero de 1746, y en la época de la revolucion se encontraba de cura párroco del pueblo de Beauvoisis. Despues de haber prestado todos los juramentos exigidos á los eclesiásticos por los revolucionarios, se vió obligado á cesar enteramente en sus funciones sacerdotales por la persecucion que sufrió en 1793. Amparándose á la capital, se ocupó en ella de varias compilaciones literarias, y logró se le colocase en la administracion de la *Gaceta de Francia* y no en la redaccion, como se dice por algunos escritores. Durante el gobierno imperial, y en los primeros años de la restauracion, firmó la *Gaceta* como editor responsable, empleo que conservó hasta el año 1820. Publicó Sallentin en su patria, adonde se retiró en 1830, la obra titulada: *El Improvisador francés* en 21 volúmenes en 12.°; París, 1804 y 1806, obra ya olvidada, pues que no cumple con su título y está escrita al capricho, sin método ni órden alguno razonable.—C.

SALLERUS (P. Juan), de la Compañía de Jesus, natural de Augsburgo, en

Alemania, fué predicador durante muchos años de la corte de Baviera, donde se distinguió por su grande virtud al par que por su erudicion. Hallábase dotado de las mejores cualidades para el púlpito hasta el extremo de que su elocuencia arrebatadora hacia se le mirase como un enviado del cielo, cuyas inspiraciones recibia constantemente. Dícese que escribia sus sermones de rodillas, y que hallándose en oracion en la capilla del antiguo templo de Ratisbona, se le apareció María Santísima, anunciándole la hora de su muerte. Estuvo además dotado del don de profecía, por lo que en su siglo fué mirado como santo, segun lo merecia por sus particulares virtudes. La posteridad empero no le ha elevado á los altares sin duda porque la Compañía, harto parca en pretender estos honores para sus individuos, no los ha pedido para este, ó porque no lo ha juzgado conveniente la corte romana. Sallerus escribió diferentes obras, que en su mayor parte no han llegado á ver la luz pública; algunas sin embargo se imprimieron en Ausgburgo en 1607 ántes de su fallecimiento, acaecido en Munich en 24 de Marzo de 1630. Los títulos de sus libros impresos son los siguientes: *Epístola Enciclica, de pietatate Catholicorum se flagellantium.* — *Lutheranus exulans*, seu, *Quam procul Lutherani aberent ab sua augustana confessione, Carolo V, imperatori, anno salutis MDXXX oblata.* — *Controversiæ de Eucharistiæ.* — Dejó inéditos algunos tomos de *sermones; Historia de las personas del Evangelio.* — *Historia del templo de Vetingen.*—S. B.

SALLIER (Claudio). Nació este eclesiástico filólogo en Sanlieu el año 1685, é hizo sus primeros estudios en esta ciudad. Recordando despues el embarazo que le habia causado la falta de libros en esta época y la gratitud que tuvo siempre á sus maestros, se empeñaron en fundar una biblioteca pública en su ciudad natal. Despues de haber terminado sus cursos de filosofía y de teología en Dijon, abrazó el estado eclesiástico y se fué á París, en donde debia encontrar abundantes medios de instruccion. Habiéndose encargado de la instruccion del hijo de la condesa de Rupelmonde, esta señora le facilitó los medios de entregarse á su aficion al estudio. Apasionado á los antiguos clásicos, empleó sus ocios en perfeccionarse en el conocimiento de las lenguas griega y latina en toda su extension. Al propio tiempo aprendió el siriaco y el hebreo, y se familiarizó con los mejores autores italianos, españoles é ingleses. En 1715 fué admitido en la Academia de Inscripciones, y en ella leyó muchas memorias que no se distinguen ménos por sus noticias que por lo profundo de su erudicion, mérito del estilo y de una sana crítica. La muerte de Sarracino dejó vacante en 1719 la cátedra de hebreo en el Colegio Real y se dió esta plaza al abate Sallier. El duque de Orleans, al que daba lecciones de siriaco, le nombró secretario intérprete, asignándole una honrosa dotacion. En 1721 reemplazó á Boibin en el cargo de con-

servador de los manuscritos de la Biblioteca del Rey; y en 1729 fué nombrado miembro de la Academia Francesa por muerte de La Loubere. No obstante sus numerosas ocupaciones, llenó sus deberes de bibliotecario con un celo y exactitud admirables. Este empleo le habia puesto en relacion con la mayor parte de los sabios de Europa, á los que se apresuraba á dar cuantas noticias podia para auxiliarles en sus trabajos. El depósito de manuscritos le debió importantes adquisiciones. Tuvo parte en la redaccion del catálogo de los libros impresos, del que desgraciadamente, segun Mr. Weis, solo se imprimieron seis volúmenes, los tres primeros de las obras de teología, otros dos de bellas letras, que fueron los hechos por Sallier y Boudot, y el sexto de jurisprudencia. Dotado de un temperamento robusto, el abate Sallier se entregaba á sus trabajos con un ardor infatigable. Hallábase preparando la edicion de las obras de Joinville, cuando le faltaron repentinamente las fuerzas; pidió los socorros de la religion y murió el dia 9 de Enero de 1761. Su noble conducta, en la opinion de su amigo el abate Sevin, de quien era legatario universal, daba una idea de su desinterés; pero su muerte reveló el secreto de su beneficencia que se sospechaba, pues que él puso un especial cuidado en ocultar las limosnas que hacia. Fué Sallier miembro de las reales sociedades de Lóndres y de Berlin; en la Academia Francesa fué su sucesor M. de Coelosquet, obispo de Limoges. Ninguna obra importante ha quedado de Saillier; pero en la *Coleccion de Memorias de la Academia Francesa*, en los tomos del III al XXV, se ven muchos escritos suyos de gran interés; Disertaciones sobre la fiesta del séptimo dia, sobre los relojes de los antiguos, sobre el oráculo de Dodona, sobre los primeros manuscritos históricos romanos, sobre el orígen de la parodia, sobre la perspectiva en los cuadros de los antiguos, sobre las señales por medio del fuego, etc. Tambien se hallan allí: Pesquisas ó correcciones sobre el Edipo de Sofocles; el Agamenon de Eschilo, sobre diferentes opúsculos de Plutarco, y de los pasajes de Platon, Suidas, Eurípides, Longino, Ciceron y otros autores griegos y romanos. Traducciones de algunas odas de Pindaro, de Criton, de Theoteto, y de una parte del décimo libro de las leyes de Platon. —Noticias sobre el orador Ortensio, sobre Cárlos duque de Orleans, sobre Juan Lemaire de Belges, Guillelmo Postel, etc. Puede consultar el que desee hablar sobre este eclesiástico y sus obras, las tablas ó índices de la *Coleccion de Memorias de la Academia*, y su elogio impreso en el tomo XXXI de esta coleccion, escrito por Lebeau.—C.

SALLIMS (P. Jorge), de la Compañía de Jesus, natural de Alemania, distinguióse mucho por la observancia de la regla de su instituto, siendo muy obediente á sus superiores y sirviéndoles en todos los cargos y empleos á que le destinaban, aunque fuesen los más bajos y humildes. Enérgico repren-

sor de los vicios, de que era el primero en huir, no tenia inconveniente en exponerse á todo género de peligros para sacar del cieno del pecado á los infelices que en él veia sumidos. Dado á la meditacion, pasaba en ella largas horas, procurando gozar esas delicias celestiales que solo son dadas á los elegidos, y que son tan pocos los que las obtienen en esta vida, ya por su falta de méritos, ora porque el Señor quiere probar su virtud, haciendo que continúen constantes en ella, sin obtener ninguno de los premios dados á los que son aceptos en más ó ménos grado, Sallims obtuvo estos favores del Señor que lo confortaron y animaron á seguir en su santa tarea, procurando cada vez más caminar por la senda de la perfeccion. Tambien procuró trabajar en la conversion, no solo de los pecadores, sino de los separados por completo de todo género de religion, y áun de los que profesaban la contraria á la nuestra, siendo por lo tanto mirado como uno de los que más trabajaron en su país por promover la fe. Ignoramos hasta qué punto consiguiese su cometido, sabiendo empero que mereció siempre los elogios de sus superiores por sus notables servicios en la defensa y propagacion de la fe; pues aunque este deber sea propio de todo buen religioso, Sallims le desempeñaba con particular zelo y cuidado, procurando siempre obtener los grandes resultados que son el objeto de las misiones y de los que sin pertenecer públicamente á ellas, trabajan en la conversion de los herejes é impíos, más temibles aún que aquellos, pues siembran la desmoralizacion y el malestar en todas las clases de la sociedad con sus deletéreas doctrinas, cuyos resultados son la relajacion de todos los vínculos sociales desde la familia hasta el gobierno, á quien se ataca por todos, hasta los más reprobados medios. Trabajar para evitar estos desmanes es uno de los deberes de los sacerdotes, aunque para ello se expongan al martirio, y Sallims le cumplió con los mejores resultados, no perdonando, como ya lo hemos dicho, sacrificio alguno; no contento con esto, trabajó tambien con los mejores resultados en la formacion de los coadjutores espirituales de la Compañía, trabajo importante y que manifiesta el grande zelo de que se hallaba animado. Con este motivo escribió las obras que de él se conocen, y de que no podemos dar otra noticia que citar sus títulos, pues nos son completamente desconocidos. Sallims murió en Dillingen en 1605 á la edad de cincuenta años, despues de haber publicado: *Multos libellos Catechesi promovendæ idoneos.*— S. B.

SALM-REIFERSCHEID (Francisco Javier), originario de una de las más esclarecidas familias de Viena, donde nació en 1749, demostró desde luego un ingenio nada vulgar y una aplicacion cual no es frecuente en jóvenes que comienzan los estudios. Aun cuando sus padres hubieran deseado que emprendiera la carrera elesiástica, porque era á la que más afecto tenia, sin otro motivo que parecerle, y con razon, que en el ejercicio de los ministerios

sacerdotales se puede servir mejor á Dios y ser más útil á sus prójimos. No fué esto muy del agrado de sus padres, pero como eran muy prudentes y en alguno de los individuos de su familia habian ya podido experimentar cuán nocivo es para el individuo y para la sociedad doméstica el que no se siga la inclinacion al tomar estado, cedieron buenamente á los deseos del jóven, y le ayudaron cuanto estuvo de su parte para que recibiese en la carrera sacerdotal la esmerada educacion que convenia á su ilustre prosapia y á sus deseos, siempre encaminados á que fuera un hombre distinguido en su línea. Por supuesto que estudiados perfectamente todos los preliminares de humanidades y filosofía, cursó sagrada teología, y luego escritura y cánones con un aprovechamiento aún mayor de lo que podia prometerse. Por supuesto que tenia un carácter sumamente afable y bondadoso, de aquí que se atraia las simpatías de cuantos siquiera incidentalmente tenian ocasion de tratarle. Cuando estuvo en aptitud de ordenarse le formaron sus padres un patrimonio, y contra lo que comunmente sucede con los que en este título estan ordenados, puede decirse que él era el cura de la parroquia de su domicilio, porque autorizado como lo estuvo desde los primeros momentos de su ordenacion para ejercer los importantes cargos de predicar y confesar, lo hacia con muchísima frecuencia y con extraordinario fruto, porque en el púlpito dejaba ver su erudicion y su acierto en la eleccion y desenvolvimiento de las materias que predicaba, y en el confesonario demostraba su aplomo y prudencia, teniendo el mejor tino que imaginarse puede para aconsejar en los más delicados asuntos, y un atractivo sin igual para los pecadores, que perdiendo con la confianza que los inspiraba ese temor que infunde siempre el haber de confesar los pecados, él les hacia comprender sus deberes y lo obligados que estaban á satisfacer á la divina justicia por lo pasado, previniéndose con el mayor cuidado para lo porvenir. Quisieron los prelados de su reino conferirle prebendas y beneficios eclesiásticos en las diversas catedrales donde hubiera sido muy útil su cooperacion y presencia; pero él con la más delicada atencion, y agradeciendo en el alma la deferencia que la hacian, renunciaba á los cargos por temor de no acertar á su desempeño. Sin embargo, llegó una ocasion en que no le fué posible excusarse de tomar sobre sí un ministerio mucho más importante y difícil que los que renunció tan repetidamente, y la ocasion fué la siguiente. Habia fallecido el obispo de Gurk, sujeto altamente apreciable, porque á una ciencia nada comun unia una virtud todavía más notable que su ciencia; y eran varios los que querian ocupar aquella silla episcopal. No puede decirse que eran sugetos ineptos, pero sí que no eran tan á propósito como se deseaba, porque en cada cual faltaba alguna circunstancia que si no era indispensable, por lo ménos era muy conveniente el que la reuniesen á las demás dotes de

que se hallaban adornados. En tal situacion convinieron cuantos en la eleccion habian de mediar en proponer á Francisco Javier Salm-Reifercheid, seguros de que su nombramiento habia de satisfacer no solo las necesidades de la diócesis, sino las exigencias de los más descontentadizos. Hubo que trabajar mucho para vencer su resistencia á aceptar tan eminente cargo, pero al cabo cuando le hicieron presente que se interesaba el bien de la Iglesia, y llegó á convencerse de que este se lograba mediante el sacrificio que se le exigia, se decidió á ofrecérsele á Dios y dió su consentimiento; bien es verdad que se habia ya consultado al romano Pontífice, y hubieran venido las bulas á condicion de que las aceptára por virtud de santa obediencia. Hiciéronse, pues, con la premura que fué posible las diligencias necesarias para su preconizacion, consagracion y demás, y fué puesto en posesion de su silla con universal contento de cuantos conocian las relevantes prendas que le adornaban. Muchisimo se prometian de su zelo y caridad los que resolvieron ponerle al frente de aquella importante diócesis, pero nunca creyeron que haria tanto como hizo. Cuando un rebaño pierde un pastor espiritual que reune tan apreciables circunstancias como el que precedió á Salm, es muy difícil que siquiera en los primeros momentos no eche de ménos su falta, y en Gark sucedió que si no hubiera sido porque todos sabian que habia muerto, no se habria conocido la sustitucion de su prelado por otro. La misma prudencia, el mismo esmero, el mismo acierto para la direccion de todos los negocios; la misma actividad, ya para la santa visita, ya para la administracion de la santa confirmacion y para el desempeño de los demás cargos consiguientes al importante ministerio episcopal: así es que todos bendecian al Señor, porque habia inspirado el nombramiento de Salm para que perpetuára prácticamente la buena memoria de su antecesor. Todos estos méritos que contraia para servicio de Dios y de su Iglesia eran conocidos en Roma, y el Padre comun de los fieles, que así como anhela satisfacer las necesidades de estos, quiere tambien premiar los sacrificios de los ministros, resolvió enviarle el capelo, intencion que ya tuvo Pio VI, de feliz memoria, y que no pudo realizar por circunstancias que no es del momento recordar, y que llevó á cabo el Papa, de no ménos gloriosa memoria, Pio VII en 1816, que fué cuando hizo la tercera creacion de cardenales, no habiendo podido satisfacer ántes sus deseos por haber tenido que atender á exigencias que más bien que de los estados eran de las circunstancias, en verdad muy azarosas y difíciles. Agradeció mucho el obispo tan especial deferencia, y hubiera querido presentarse á Su Santidad para mostrarle su agradecimiento, y al mismo tiempo para tomar asiento y título de iglesia en el Colegio cardenalicio; pero no le fué posible, porque en 1822, que fué cuando pensó pasar al lado de Su Santidad, siquiera hubiera sido por poco tiempo, Dios le dió

una ligera enfermedad, que dándole apénas tiempo para prepararse á morir, nos privó de tan esclarecido prelado, que contaba setenta y tres años de edad. — G. R.

SALMANA, uno de los príncipes de los madianitas, que fueron derrotados por Gedeon el año del mundo 2759, ántes de Jesucristo 1241, ántes de la era vulgar 1245. — S. B.

SALMANASAR. Este rey de Asiria es célebre en la historia santa por haber destruido el reino de Israel, y conducido como cautivo á la parte opuesta del Eúfrates á la mayor parte del pueblo judío. Era, á lo que aparece, hijo de Theglatphalasar, muy conocido tambien por las expediciones que emprendió en la Siria, y por los males que causó á los hijos de Israel. Ignórase la época en que subió al trono, pero debió ser hácia el año 730 ántes de Jesucristo. Deseoso de sobrepujar á su antecesor, emprendió á su ejemplo una expedicion para obligar al pueblo de Israel á que se sometiese á su autoridad, pues que entónces era feudatario del reino de Nínive. Oseo, que hacia algunos años habia matado á su soberano Phaceo, acababa de hacerse proclamar rey el año 727, lisonjeándose reinar independientemente del monarca asirio, razon por la que este se vió obligado á pasar el Eúfrates. Las fuerzas de ambos adversarios no eran iguales, y el príncipe judío se vió obligado á ceder á su enemigo, consintiendo pagarle un tributo del que juzgó poderse librar despues. Aparece que en la misma época Salmanasar se ocupó en engrandecer las posesiones que Theglathphalasar habia adquirido en la Siria despues de la destruccion del reino de Damas. Pronto veremos que Salmanasar era dueño de la ciudad de Hamath, situada mas hácia el Norte sobre el Oronte. Un pasaje del historiador Menandro de Efeso, conservado por Josefo, nos ha trasmitido la memoria de una expedicion de Salmanasar, cuyo resultado fué someter á la Fenicia á su imperio, es decir sin duda que todos los pequeños estados soberanos de este país se reconocieron tributarios del imperio asirio, que era á lo que entónces se limitaban las conquistas. La ciudad de Tiro, que se hallaba gobernada por un tal Elulæux, imitó al resto de la Fenicia, é hizo la paz con Salmanasar, que entró victorioso en sus estados. A pesar de esto, el rey de Israel no perdió la esperanza de librarse del yugo de los asirios, y puso la vista en Egipto para proporcionarse las fuerzas que le faltaban. Estaba entónces este país sometido á los etiopenses, que le poseian hacia poco tiempo, y se hallaba gobernado por Sevechous, al que llama Sona la Escritura. De este monarca esperaba el rey de Israel alcanzar los socorros que necesitaba para resistir al rey de Asiria, alianza que no le preservó de la desgracia que le amenazaba. Apénas se enteró Salmanasar de las negociaciones de Oseo, que preveyendo todas sus consecuencias, repasó el Eufrates, y el año 721, despues de haber ocupado y

rasado toda la tierra de Israel, puso sitio á Samaria. Resistióse mucho tiempo esta capital, pues que costó tres años su sumision á Salmanasar. Tomándola por fin el año 719 ántes de Jesucristo, se anuló el reino de Israel, y el rey Oseas fué llevado cautivo por su vencedor, el que á fin de poner término á las revoluciones de los judíos, trasportó á la parte opuesta del Eúfrates una gran parte de los pobladores de este estado. Como hubiese ya hecho lo mismo el antecesor de Salmanasar, muchas tribus judías se hallaban dispersas en la Mesopotamia y por las fronteras de la Media. Colocó Salmanasar á los israelitas en el país de Gozan, que es la region de Mesopotamia, llamada Ganzanitis por Ptolomeo, situada en las riberas de Khabour, rio que, bañando el mismo país, se precipita en el Eúfrates en Karkisiah, antigua *Circesium*; otros fueron mandados á la Media. A fin de asegurar al país que habia conquistado, envió á él Salmanasar colonias sacadas de las provincias que formaban su imperio. Se originaron estas de Babilonia, Cutha, Abah, Amath y Sepharvaim. Al enseñarnos los puntos de donde fueron sacados los nuevos habitantes de Israel da á conocer la Escritura la extension que tenia entónces Nínive, imperio que habia reparado sus pérdidas y que aspiraba á volver á tomar el rango que habia perdido á la muerte de Sardanápalo. Babilonia, áun cuando gobernada por príncipes particulares que nos da á conocer el cánon cronológico conservado por el astrónomo Ptolomeo, reconocia tambien la autoridad del soberano de Nínive, y este importante hecho, indicado por el envío de colonos babilonios á Israel, se anuncia formalmente en un nuevo fragmento de Polystor, que se ha conservado por Eusebio en su Crónica, y cuyo conocimiento debemos á la traduccion armenia de este autor, descubierta recientemente. Cutha estaba tambien á las inmediaciones de Babilonia, y es probable que la mayor parte de los colonos procediesen de este sitio, pues que el nombre de cuthenses fué dado en totalidad á toda la poblacion. Abah nos es desconocida, y en cuanto á Hamath ya hemos dicho que se hallaba en la Siria, en donde subsiste aún con el mismo nombre. Por lo que respecta á Sepharvaim, se hallaba tambien en la Caldea, y esta es la ciudad llamada por los autores griegos *Sippan* y por otros Hippara. Estos pueblos asociaron la adoracion del dios de Israel al culto de las divinidades que habian venerado en su primitiva patria. La capital de este nuevo estado colonial fué Samaria, y sus descendientes, mezclados con los judíos que habian quedado en este país, fueron llamados samaritanos, nombre que no se deriva, como podria creerse, de la ciudad de Samaria, sino de la voz siriaca y hebrea que significa los guardianes ó guardadores, nombre que les viene, segun Sectarios, de que habian conservado la ley de Moisés con más cuidado y fidelidad que los judíos. Los samaritanos se servian de una lengua particular, que existe aún en la version del Pen-

tatéuco hecha para su uso. Esta lengua debia ser poco más ó ménos la misma que la que se hablaba en el país de que traian su orígen estos colonos. Si bien diferia del hebreo, tenia gran semejanza con el siríaco y el caldeo, lo que no debe extrañar porque los cotheos casi todos procedian de la Caldea. Sin embargo, se separa en algunos puntos de la lengua siríaca segun la conocemos nosotros. Además de su lengua particular empleaban los samaritanos tambien un carácter alfabético que les era propio. Este carácter, aún en uso entre ellos, sirve para escribir todos sus libros y el texto de los cinco libros de Moisés en lengua hebráica. El texto que nos han conservado los samaritanos no es tal como le conocemos por los manuscritos hebreos, en lo general se diferencia poco del que nos representa la version de los setenta. El carácter alfabético de estos sectarios es probablemente el mismo que estaba en uso en el reino de Israel y en toda la Siria Baja, en la época en que llegaron á establecerse en ella. Las cartas que se encuentran acerca de las monedas de los príncipes asmonenses, se acercan á ellas sensiblemente por la forma. Al propio tiempo que Salmanasar acababa de arruinar el reino de Israel, se ocupó de afirmar su poder en toda la Fenicia. La ciudad de Arce, situada en las montañas del Líbano, Sidon, la antigua Tiro y muchas otras ciudades vecinas, sacudieron el yugo de los tirienses, que habitaban entónces en el continente, y se sometieron al rey de Asiria. Estos soberanos, á pesar de la defeccion de sus súbditos, rehusaron reconocer el poder de Salmanasar. Reinaba Elulæux en Tiro, y deseando Salmanasar avasallarle, equipó una flota de sesenta velas, que le proporcionaron los fenicios, la cual estaba montada por ochocientos remeros. Viniendo los tirios contra esta flota, y encontrándose con ella, á pesar que no llevaban más que doce embarcaciones de menor porte que las de los asirios, la batieron y dispersaron completamente, y volvieron á Tiro cubiertos de gloria y llevando quinientos prisioneros. Disgustado el rey de Asiria con este fatal revés, abandonó su empresa y se volvió á sus estados, pero dejó sitiando á Tiro una gran parte de sus tropas, que molestaron mucho á la ciudad por espacio de cinco años, impidiendo á sus moradores hacer uso del rio y de los acueductos cercanos. A pesar de tan rigoroso bloqueo no se rindió Tiro, y conservó su independencia hasta la época en que fué tomada por Nabucodonosor, rey de Babilonia. Nada más se sabe de Salmanasar, pero no debió vivir mucho despues de los acontecimientos descritos, puesto que su hijo Sennacherib emprendió el año 710 su expedicion contra Ezechias, rey de Judá, al marchar contra el rey de Etiopía, que era señor del Egipto. Mr. Saint-Martin dedica á este rey un artículo en la *Biografía universal francesa*, de Michaud, y cree imposible que despues de la derrota de su flota contra los tirios, viviese sin ejercer el poder veinticinco años, como supone el escritor Syncelle. — C.

SALMANO (V), presbítero y confesor, cuya memoria se celebra en 25 de Junio en un pueblo llamado Users-Personi, diócesis de Namur, en Flandes, donde parece que existe como reliquia un hueso suyo, y se mira á este siervo de Dios como patrono contra las toses, invocando su proteccion en estos casos, sin que nos digan nada de sus hechos los Bolandos, que le mencionan en este dia.—S. B.

SALMERIO (Fr. Pedro), minorita francés del siglo XVI. Pocas noticias nos quedan de este religioso, de cuyo vasto saber no queda duda alguna. Sus obras, cortas en número, no lo son sin embargo en erudicion, abundando en esta hasta un extremo que merecerian llamar la atencion, si en nuestro siglo en nuestra obra pudiéramos detenernos á hacer un estudio bibliográfico de cada uno de los escritos de que nos ocupamos. Salmerio tiene para nosotros un motivo de llamar la atencion, y es el haber residido en nuestra patria, escrito en nuestro idioma, y publicado en la misma corte de las Españas uno de sus libros. Ejemplo raro de que acaso no se presente otro igual en nuestro siglo, y que prueba que la civilizacion no existe en mayor grado cuando más se la cacarea, sino cuando real y verdaderamente puede probarse con hechos como el de que ahora tratamos. Salmerio, francés de nacimiento, en un siglo mirado como sumido en las tinieblas de la ignorancia, viene sin embargo á Madrid, aprende nuestro idioma, llega á escribir en él con perfeccion y á publicar una obra. Este hecho aislado é indiferente en sí mismo, habla demasiado alto al profundo observador, que ve en él una civilizacion entera, un hombre cual no ha existido en muchos siglos despues, no obstante que todos uno tras otro, se han supuesto á cual más avanzados. Sus demás obras estan escritas en latin, idioma universal de las comunidades religiosas, que con mucho acierto le habian elegido para comunicarse sus conocimientos, para entenderse unos con otros, y para conservar la unidad que se va perdiendo cuando más quisiera alcanzarse. Poco despues de esto podremos decir del P. Salmerio: su vida, semejante á la de los demás religiosos, nada tiene de extraordinario, nada de grande que merezca llamar la atencion, como la llaman las maravillas ó las virtudes de los hombres que han vivido en constante lucha consigo mismos ó con la sociedad, empleando esfuerzos inmensos para obtener mayores ó menores resultados. Ignoramos tambien si falleció en nuestra patria ó regresó á la suya. Sus obras son conocidas con estos títulos: *Vida de S. Diego*; Madrid, 1592, en 4.°—*Postillam super Epístolas et Evangelia Dominicalia*, manuscrito que creemos se conservaba en el archivo de Madrid.—S. B.

SALMERON (Alfonso). Nació este distinguido jesuita, que fué uno de los primeros discípulos del glorioso S. Ignacio de Loyola, en la imperial

ciudad de Toledo, capital del antiguo reino de este nombre, y provincia interior de nuestra España, en el mes de Octubre del año 1515. Despues de haber frecuentado la universidad de Alcalá de Henares, fundacion del célebre cardenal arzobispo de Toledo Fr. Francisco Jimenez de Cisneros, y de haberse hecho muy conocedor de las lenguas antiguas, fué á París á terminar en aquella universidad sus cursos de filosofía y de teología. Conocido que fué por S. Ignacio, le apreció de tal modo, que apesar de su mucha juventud le eligió por uno de sus cooperadores en el establecimiento de su Compañía, lo cual habla muy alto en favor de su talento y de su piedad, pues que el famoso fundador de la Compañía de Jesus tuvo el especial talento de saber escoger por compañeros hombres excelentes en las expresadas cualidades. Conducido á Italia Salmeron, no tardó en distinguirse en la controversia; recorrió despues la Alemania, Polonia, los Países Bajos y Francia, buscando ocasiones de luchar con los novadores, y de combatir sus doctrinas. Recompensó el Pontífice su ardiente celo, nombrándole su nuncio apostólico en Irlanda; y el Papa Paulo III le eligió por uno de los oradores defensores de la Santa Sede en el célebre concilio de Trento. La debilidad de sus fuerzas no le permitió mucho tiempo seguir sirviendo á la religion en la carrera evangélica, y en este estado consagró su pluma á defenderla. Retirado al colegio de los Jesuitas de Nápoles, á cuya creacion habia contribuido, dió la última mano á su comentario sobre las Santas Escrituras. Garantizó de la herejía á este reino, en el que fué el primer superior de su Orden, y en fin, agobiado por los años y por las enfermedades, murió en Nápoles el dia 13 de Febrero de 1585. Además de los sermones que escribió en latin sobre los Evangelios del año, y el discurso que pronunció en la sesion de 1545, en el concilio de Trento, han quedado de este ilustrado jesuita: *Comentarios, cuestiones y disertaciones sobre los Evangelios, los actos de los Apóstoles y las Epístolas canónicas*; escritos publicados en Madrid de 1547 á 1602, en diez y seis tomos en ocho volúmenes en fólio. Esta obra ha tenido muchas ediciones en Brescia, Colonia y otros puntos. El estilo del P. Salmeron es fácil, pero difuso. Sus obras manuscritas se han conservado en la biblioteca de la Compañía de Jesus, y el P. Rivadeneira publicó la *Vida de Salmeron* en el tomo XXXVIII de sus importantes obras. Puede considerarse á este, cofundador del célebre instituto de los jesuitas, como uno de los primeros escritores de esa Compañía famosa, plantel frondosisimo y fecundo de sabios, y vivero celestial en el que se han criado tantos y tan heróicos defensores del cristianismo, de cuya milicia puede considerarse á la Compañía como la de preferencia, pues que desde su fundacion estuvo siempre delante de todas las Ordenes para combatir el error y la herejía y defender las prerogativas de la Santa Sede, razon por la que el gran Federico II

la denominó la vanguardia de los granaderos del ejército del Papa.—B. C.

SALMERON (Fr. Andrés), religioso de la órden de S. Gerónimo. Fué uno de los virtuosos varones que se unieron en un principio en compañía de los ermitaños que vivian en la iglesia de S. Bartolomé, con los PP. Fr. Pedro Pecha y Fr. Fernando Yañez, ántes que se confirmase la expresada Orden. Fr. Andrés era natural de un pueblo de la Alcarria, llamado Salmeron, de donde tomó el sobrenombre, efecto de la costumbre adoptada en esta religion, de dejar el apellido del linaje de sus progenitores, y nombrarse con el de los pueblos donde eran naturales, y de este modo olvidar la vanidad que tanto estima el mundo, y al mismo tiempo tomando un nombre comun á muchos, los hiciese más hermanos y ménos extraños. Fué de los primeros que salieron con el P. Yañez desde Cáceres á Guadalajara. Hacia tiempo que le conocia, y le era recomendable por la grandeza de su virtud; y para plantar la religion en casa tan santa, quiso que le acompañase tan excelente obrero. Los cronistas hacen de este buen religioso los mayores encarecimientos; fué de grande y ferviente oracion, virtud que no se sustenta sino con todas las demás virtudes, al mismo tiempo que es madre de todas. Cuando se levantaba á maitines á media noche siempre era el primero, y puesto en el coro, en el lugar en que comenzaba allí permanecia tan fijo y tan inmóvil hasta la prima de otro dia, que parecia de mármol. En todo este tiempo, que por lo ménos eran cinco horas, tenia el corazon tan levantado en Dios, que no sentia cosa alguna, ni se fatigaba ni cansaba el cuerpo, ignorando si era de noche ó de dia, si no le llamaban y volvian en sí. Lo mismo le acontecia á la hora de misa, donde se quedaba sin echar de ménos la mesa, gozando de aquel pan celestial. El P. Yañez habia encargado á un religioso que tuviese cuidado con él, para que despues de maitines le llevase á reposar á la celda, y despues de misa al refectorio. Le volvian en sí, y le avisaban para que anduviese con la comunidad, fuese donde todos acudian, é hiciese lo que se acostumbraba en el convento. Cumplia como buen obediente con todo lo que se le ordenaba, si bien era cosa difícil abandonar la conversacion del cielo para acudir á otros menesteres. A pesar de todo, hallaba este siervo de Dios en medio de las ocupaciones de la obediencia, la soledad del yermo, y levantaba su alma tan desembarazada como si estuviera en el más apartado desierto. Así es que Fr. Salmeron reunia en una las dos excelentes cualidades, pues era obedientísimo á los superiores, y se ocupaba asíduamente en el servicio del convento, á la par que tenia el espíritu tan levantado y tan absorto como si estuviera solo. Todo el tiempo que vivió Fr. Andrés Salmeron fué tenido de todos sin excepcion por el religioso mas perfecto; ninguno le tomaba en boca sino para amarle y reverenciarle por santo, que es la mejor prueba de lo mucho á que se ha-

bia elevado su vida espiritual. No se le observó el más leve defecto en todo el discurso de su vida, ni que nadie pudiese creerse ofendido por más religioso que fuese; que entre gente tan recatada como eran aquellos siervos de Dios fundadores del instituto, era gran milagro; tanta fué su compostura en todo, tanto el concierto de sus movimientos, medidas palabras y santas obras.— Aconteció una vez un suceso que probó lo mucho que el Señor le favorecia. Estando una vez comiendo en el refectorio con la comunidad, se observó sobre su cabeza un resplandor celestial tan vivo, que inundó su rostro de una claridad sobrenatural, tanto que á muchos pareció que salia como un nuevo sol, cosa que causó grande admiracion á todos sus hermanos, pues aunque estaba á la mesa, no tenia el alma ni los sentidos en el plato, sino en los goces soberanos, de donde se desprendieron aquellos relieves de gloria. Los religiosos no pudieron ménos de preguntar al siervo de Dios qué habia experimentado ó sentido cuando estaba á la mesa, á lo que respondió sencilla y humildemente que lo que otras veces, que era desear ver á su Señor Jesucristo. Desde que ocurrió este acontecimiento, como fué tan extraordinario, tan palpable y tan manifiesto, aumentó la reverencia que le tenian todos los religiosos. Los frailes más nuevos, que no habian cumplido siete años de hábito, le rogaban eficazmente les dijese algunas cosas de las que nuestro Señor le revelaba para su doctrina y edificacion, á quienes respondia con humildad y santa prudencia: «No busqueis, hijos, revelaciones ni otras maravillas ni doctrinas extraordinarias, sino la que el Señor os dice en su santo Evangelio, y os declara la santa romana Iglesia, que muchas veces en estas cosas peregrinas, el ángel de las tinieblas se trasforma en ángel de luz. Amad la celda y el recogimiento, hablad allí dentro con Dios, poned en su obsequio y acatamiento y en sus manos vuestros corazones desnudos; daos á la oracion y al trato del cielo, en tanto que os da lugar la obediencia; miéntras que marcheis en ella, seguros podeis estar de que Dios os acompaña. Este divino Señor ama mucho á los obedientes; la celda y la oracion guardan al religioso que no peque: las distraciones y el mucho hablar fácilmente lo hacen caer en descuidos y culpas.» Un religioso á quien el Santo queria mucho, le rogó algunos dias ántes de su muerte le dijese alguna cosa de las que el Señor le habia comunicado (llamábase Fr. Pedro de Valladolid ó de Cabañuelas), certificándole que no se lo preguntaba, sino para que le sirviese de motivo de despertarle más en el amor de nuestro Señor con su ejemplo, y para tenerle en memoria despues que Dios le llevase de esta vida, y acordarse de él. Por no entristecerle, y por ver su pura intencion, le dijo el siervo de Dios con mucha modestia hablando de tercera persona: «No ha muchos dias, hermano, que estando un religioso de este convento en oracion dentro de su celda, súbitamente se inundó aquel

local de claridad tan grande, que la del sol era pequeña en su comparacion.» El religioso le importunó mucho para que le dijese qué habia visto en aquella claridad. Respondióle: «No te importa, hermano, saber más que esto, ni me preguntes otra cosa, porque estas no son buenas para habladas, ni es lícito, ni se pueden decir bien.» Fr. Pedro entendió despues que el Señor le habia venido á visitar para llevarlo á su gloria, y no le quiso decir su sospecha por no entristecerle. Todos aquellos dias anduvo con semblante muy alegre, aunque con la modestia y compostura acostumbrada. Por fin llegó su hora dichosa, y pasó de esta vida con grande regocijo del alma, dejando todo el convento harto lastimado con su ausencia. No se sabe exactamente el año en que murió ni qué edad tenia, si bien los cronistas señalan fué ántes de la muerte del P. Fr. Fernando Yañez, es decir, hácia el año de 1408 ó 1410. Tenian todos por tan segura y tan cierta su santidad, que tomaron por reliquias algunas de sus vestiduras. El P. Fr. Pedro de las Cabañuelas, como humilde compañero que sabia muy bien lo mucho que en Fr. Andrés se encerraba, se alzó con los zapatos, y los tuvo en mucha reverencia toda su vida; y despues siendo prior de aquel convento, los besaba con ternura y devocion, y decia, que pues su compañero pisaba sobre las estrellas en compañía de los ángeles y santos, no era mucho que él besase su calzado y lo pusiese sobre sus ojos.—A. L.

SALMERON (V. Andrés de Oliver y), rector ó párroco en la axarquía de Córdoba, en cuya iglesia parroquial de S. Nicolás, donde se halla sepultado al lado de la epístola, se lee su epitafio, que dice lo siguiente: *Aquí yace el venerable presbítero Andrés de Oliver y Salmeron, rector que fué de esta iglesia treinta y dos años, en todas ciencias y buenas artes erudito, en prudencia y demás virtudes admirable. Falleció con sentimiento comun á 24 de Abril en la peste de 1690, y de edad de sesenta y un años.* Ramirez Luque no añade ninguna noticia á las ya expuestas. —S. B.

SALMERON (H. Diego), de la Compañía de Jesus, hermano del P. Alonso Salmeron, tan célebre en el instituto de Loyola; fué compañero del P. Rivadeneira, á quien asistió con mucho celo en diferentes enfermedades, acompañándole despues en sus viajes á Italia. Destinados ambos al colegio de Padua, ingresaron en él en 1.° de Noviembre de 1545, distinguiéndose por su aplicacion é ingenio. Pero el H. Diego enfermó en breve y pasó á mejor vida, dando ántes pruebas de sus excelentes cualidades y numerosas virtudes. Sintió la Compañía su fallecimiento, pues prometia llegar á ser digno de su H. Alonso, como se inferia de su amistad con el P. Rivadeneira, que en sus últimos instantes no se separó de su lecho, y le prestó aquellos servicios que le habia prestado él anteriormente en sus dolencias. — S. B.

SALMERON (Fr. Gerónimo), franciscano español de la provincia del

Santo Evangelio en Méjico. Ignórase su patria y circunstancias de los primeros años de su vida, siendo muy difícil decidir si vió la luz primera en España ó en las regiones recien descubiertas del Nuevo Mundo; debemos, sin embargo decidirnos por la primera opinion, pues parece más que probable acompañó á los primeros descubridores de la América, compartiendo con ellos sus fatigas y trabajos. Su mision, por lo tanto, fué una de las más gloriosas que haya podido caber á mortal alguno, aunque su nombre haya pasado desapercibido por su ingrato siglo, que apénas se cuidó de trasmitirle á la posteridad. Ilustre franciscano, fué uno de aquellos que acompañaron á Colon, Cortés y Pizarro en busca de regiones desconocidas, surcando mares cerrados todavía al orgullo del hombre; pero su objeto al exponer su vida fué mucho más grande y noble que el de aquellos conquistadores. No marchó en busca de oro ni piedras preciosas, no expuso su vida por una estéril conquista, ni fué á extender los dominios de ningun rey de la tierra; no trabajó para aumentar las comodidades de los que vivian ya entre mueIles comodidades y un lujo afeminado, no, su objeto fué extender el reino del Evangelio, repartir con igualdad los tesoros concedidos á todos los hombres por Jesucristo, y hacerles partícipes de la felicidad eterna. Tal fué la mision que este y otros muchos franciscanos emprendieron al descubrimiento del Nuevo Mundo, mision sin ejemplo en la historia de la humanidad, y que recordarán con admiracion los siglos venideros. Por faltar datos para juzgar de cómo la llevó á cabo nuestro Salmeron, piadoso sacerdote, que en medio de los peligros y de las tormentas, conservó sin embargo la suficiente serenidad de ánimo para estudiar lo que pasaba á sus compañeros, lo que le sucedia á él mismo, y formar un libro, que por desgracia tampoco ha llegado á la posteridad, á ménos que no se halle oculto entre los millares de manuscritos, que procedentes de los conventos, ó se han perdido ó se encuentran confundidos, sin que una mano generosa se haya consagrado á su clasificacion y estudio. Miéntras llega este dia, tenemos que limitarnos en esta como en otras muchas ocasiones á indicar títulos de manuscritos, cuyo paradero nos es imposible indicar con harto sentimiento, convencidos como estamos de la grande utilidad que su descubrimiento reportaria á la historia. El de este religioso de que nos ocupamos, parece sin embargo, segun afirman algunos autores, pertenecer á una época muy posterior, quizá dos siglos despues del descubrimiento de la América. No podemos decidir esta cuestion por falta de datos; sin embargo, si Salmeron no fué contemporáneo ó testigo y actor de los acontecimientos que escribió, es indudable por lo ménos que pudo saberlos á ciencia cierta de otros religiosos que los presenciaron, quizá de los mismos indios, ó de otros escritos, en fin, que encontró en su convento de Méjico. Nada queremos aventurar en esta cuestion, contentándonos con

citar el título del manuscrito á que nos referimos, que es el siguiente: *Relacion de las expediciones de Francisco Vazquez Coronado y de Juan de Oñate en el Nuevo Méjico.* —S. B.

SALMERON (D. Fr. Marcos), mercenario y obispo de Trujillo en Nueva España. Nació en la villa de Buendía, obispado de Cuenca, el dia 25 de Abril de 1588; fueron sus padres Diego Salmeron y Doña María de Vana. Terminada su primera educacion y hallándose inclinado al estado religioso, tomó el hábito de nuestra Señora de la Merced cuando solo tenia la edad de quince años, habiéndosele dado en el convento de Huete el P. Presentado Fray Baltasar Ruiz, y profesó el dia 8 de Setiembre de 1614, en manos de Fray Juan de la Peña Cerrada. Estudió artes en su convento de Huete, y teología en Alcalá, donde fué colegial del de la Purísima Concepcion. Ordenóle de epístola D. Andrés Pacheco, obispo de Cuenca, y de evangelio y misa don Melchor de Soria, obispo de Troya. Fué lector ó catedrático de artes en el colegio de Segovia, y de teología en el de Toledo, honrándole su religion con el grado de presentado y maestro. Fué comendador de Segovia y de Guadalajara, definidor general y electo provincial en el año de 1632. En el siguiente fué nombrado calificador del Consejo supremo de la santa Inquisicion, y obtuvo por dos veces el cargo de comendador de Madrid, desempeñando tambien el destino de visitador de la provincia de Castilla, Cataluña y Aragon. En 7 de Junio de 1642, la Orden, deseando manifestarle el sumo aprecio que hacia de su virtud y su ciencia, le nombró general de la misma, y desempeñando tan elevado destino, hizo una redencion por la Orden de España en general en los reinos de Fez y Marruecos, sacando de los hierros de lo esclavitud doscientos doce desgraciados, efectuándose otra particular á poco tiempo por las provincias de Aragon y de Valencia, en el reino de Argel, tambien bastante numerosa. En 7 de Agosto de 1647, y habida consideracion á sus elevadas prendas y relevantes cualidades, S. M. le presentó para obispo de Trujillo en Nueva España. Pasada la gracia y obtenidas las bulas, y cuando se estaban haciendo los preparativos para su consagracion, murió casi repentinamente en su celda de Madrid, el dia 21 de Enero de 1648. Fué honorificamente sepultado en la capilla de nuestra Señora de los Remedios de esta corte, donde aún hemos podido ver su sepulcro, y leer su epitafio ántes de la demolicion del referido convento. Dejó escritas tres obras sumamente raras, con los títulos de *Recuerdos históricos;* — *Tesoro escondido*, y *Príncipe escondido: meditaciones sobre ello.*— M. B.

SALMIAN, uno de los que repudiaron á las mujeres con quienes se habian casado contra las prescripciones de la ley, á su regreso del cautiverio de Babilonia. *I Esdr. X*, 39. —S. B.

SALMO (Fr. Jorge), religioso capuchino de la provincia del Piamonte,

escribió diferentes volúmenes de sermones por mandado de sus superiores, pues conocian sus buenas cualidades para el púlpito. En efecto, nacido Salmo de una familia antigua é ilustre, recibió una distinguida educacion, y al entrar en la Orden ya se habian desarrollado sus talentos y manifestado las no vulgares cualidades que le adornaban. Amaestrado allí en las prácticas propias de su instituto, lo que le fué en extremo fácil, pues sentia su alma iluminada por la viva luz de la fe, antorcha que una vez encendida difícilmente se apaga, y que nos guia con seguridad á través de todos los peligros y precipicios de la vida, pudo emprender la carrera del púlpito con los mejores resultados, trabajando con celo y acierto en la conversion de los pecadores, áun de los más empedernidos, á quienes vencia con la fuerza de su lógica, y convencia con la sublimidad de su elocuencia. Italia entera admiró su ingenio y su erudicion, y su nombre voló hasta las más remotas regiones, deseando todos oir á un orador que en tan breve tiempo habia adquirido tan remontada fama. Pero llamado al gobierno de varias comunidades, cuya reforma se habia hecho necesaria, hubo de abandonar por completo el púlpito, consagrándose á otros ministerios de igual ó superior importancia. Entónces fué cuando para no perder los frutos que de su vasto talento se esperaban, se le propuso sustituyera la pluma á la palabra y emprendiese la série de sermones, que por largo tiempo se conoció con su nombre y se repitió de iglesia en iglesia, de solemnidad en solemnidad. En su mayor parte, sin embargo, quedaron manuscritos, perdiendo su autor parte del mérito que se le hubiera dado si hubiesen caido bajo el dominio del público; pero su Orden tuvo buen cuidado de reivindicarlos, y hoy se conocen todos los que le pertenecen, hallándose citados en la *Biblioteca capuchina*. Ignóranse las demás circunstancias de este religioso, cuyo carácter y cualidades merecerian un estudio más completo, si hubiésemos podido reunir todos los materiales que para tratar de él habiamos creido encontrar; pero esto acontece con frecuencia, dando por lo tanto mayor extension á personajes de segundo órden, pero perfectamente conocidos, que á otros de primero de que carecemos de noticias. —S. B.

SALMODIO (S.), anacoreta. Llámase tambien este santo *Saumay* por algunos autores, y solo hemos encontrado que fué natural de Irlanda; que desengañado del mundo y con entera confianza en Dios, se retiró al yermo, en donde fué un anacoreta penitente; y por último, que murió en el Señor hácia el año 589, por lo que contándole la Iglesia en el número de los justos merecedores de la gloria, le recuerda el dia 8 de Marzo. —B. C.

SALMODIO (S.), otro santo de este nombre, ermitaño y confesor, nos señala la Iglesia el dia 14 de Junio, como de nacion escocés ó irlandés, el que se dice floreció en el siglo VII de nuestra era, sin que hayamos encon-

trado más detalles, ni podamos averiguar si era ó no diferente del anterior, ó uno mismo contado en diferente fecha por los autores. — C.

SALMON, fué hijo de Naasson, príncipe de la tribu de Judá. Despues de la toma de Jericó se casó con Rahab, y fué padre de Booz, marido de Ruth y abuelo de David, de los cuales se hace mencion en el c. I del Evangelio de S. Mateo, en la genealogía de Jesucristo. — C.

SALMON (El abate). Solo se sabe de este eclesiástico que murió en 1782; pero se conocen sus obras, que son las siguientes, publicadas en francés, que sin duda fué su lengua natal: *Poesías sagradas con los dísticos morales de Caton*, traducidos en verso francés; París 1751, en 12.° Esta obra se reimprimió con el título de *Preceptos de la vida civil*, atribuidos á Caton, en dísticos latinos traducidos al francés en verso, con algunas poesías sagradas; París, 1752, en 12.° En dos ediciones de los dísticos de Caton publicadas por A. M. H. Boularden, 1798 y 1803, la traduccion en verso francés es la del abate Salmon, al que se debe tambien una edicion de las *Obras de Horacio*, traducidas en verso francés con extractos de los autores que han trabajado sobre esta materia, y notas para la aclaracion del texto, cuya obra se publicó en París, en 5 vols. en 12.°, el año 1752. — C.

SALMON (Francisco), doctor de la Sorbona. Nació en París en 1677, de padres ricos, que no perdonaron nada para darle una buena educacion. Dotado de espíritu vivo y penetrante, hizo grandes progresos en la historia, en la teología y en las lenguas orientales. Habiendo abrazado el estado eclesiástico, fué asociado á la casa de Sorbona, de la que llegó á ser bibliotecario. Habia formado para su uso una coleccion de las mejores obras de teología, y mantenia una activa correspondencia con los sabios franceses y extranjeros sobre materias de erudicion. El tratado que publicó sobre el estudio de los Concilios, le dió á conocer de una manera ventajosa, y se esperaban de él otras obras importantes, en las que trabajaba hacia muchos años, cuando murió de apoplejía en Chaillot el dia 9 de Setiembre de 1736. Estaba imprimiendo una disertacion sobre la *Amphilochia de Photius*, y la impresion no llegó á terminarse. La única obra que ha quedado de Salmon es el *Tratado del estudio de los Concilios*, impreso en 4.°, en París, en 1724, y reimpreso en 8.° en Leipsig, la cual está dividida en tres partes. En le primera habla el autor de la utilidad de los Concilios; en la segunda da á conocer todas las ediciones de estos, apreciando sus ventajas y defectos con tanta exactitud como imparcialidad. Sus observaciones críticas sobre la edicion del P. Hardouin son sumamente curiosas. La tercera parte es una introduccion á la lectura de los Concilios, libro lleno de sabias observaciones muy apreciables. Tenia Salmon el proyecto de dar un suplemento en muchos volúmenes á la coleccion de los Concilios por el P. Labbé, y puede ver-

se por el prospecto que publicó en 4.°, que este trabajo se tenia muy adelantado. Tambien tenia el designio de publicar el índice ó tabla alfebética del nombre de los autores de todas las obras relativas á la historia eclesiástica, diseminadas en las colecciones en donde se hallan como perdidas para la mayor parte de los lectores. Esta obra, citada con el nombre de *Index sorbonicus*, forma 2 vols. en gran fól., y de ella dió el plan en su disertacion, *De scriptis quibusdam integris, fragmentisque hactenus ineditis*, impresa en Leipzig, en 4.°, en 1728. Este proyecto, cuya utilidad parece incontestable, y para cuya ejecucion se habia asociado Salmon á cuatro de sus colegas, encontró un adversario en el P. Santiago Martin, y esta cuestion, que ningun interés ofrece hoy, produjo de una y otra parte diversos escritos, cuya lista detallada publica Moreri en su *Diccionario histórico y geográfico*, edicion de 1759. El catálogo de la libreria de Salmon, llamado *Biblioteca Salmoniana*, se imprimió en 12.°, en París, en 1737, precedido de una advertencia que contiene el elogio de este sabio. Segun el biógrafo Weis, y se ve por el referido catálogo, aquella biblioteca contenia más de ocho mil volúmenes, entre los que habia una preciosa coleccion de concilios y de obras relativas á esta parte de la historia eclesiástica. —C.

SALO, hijo de Mosollon, de la tribu de Benjamin. I *Par.*, IX., 7.

SALODIO (Fr. Alejo de), predicador y religioso capuchino de la provincia de Brescia. Este insigne y señalado varon se hallaba en hábito y profesion clerical; pero juzgando que aquel estado no le era del todo seguro, se determinó á buscar modo de vida más perfecto en la religion capuchina, y con este ánimo, pidió con instancia y humildes ruegos á Fr. Matías de Salodio, provincial entónces de Brescia, le agregase á la suerte de los novicios. Por el pronto no se atrevió el provincial á admitir la súplica ni el sujeto, porque le pareció de complexion delicada y débil, y por consiguiente poco á propósito para conllevar el peso que traen consigo las austeridades de aquella Orden. Pero sabiendo Alejo que durante esta indecision caminaba ya el provincial á Roma, llamado del capítulo general que habia de celebrarse en aquel año, le buscó en la vereda por donde habia de hacer preciso tránsito, y habiéndole encontrado, se echó á sus piés, y le volvió á representar la vocacion que tantas veces le habia propuesto. Con blandas y benignas palabras respondió Fr. Matías al fervoroso pretendiente, aconsejándole que puesto que era tan jóven, no perdia tiempo, tuviese paciencia y le esperase más oportuno para el logro de sus intentos. Despedido Alejo por entónces, se adelantó segunda vez en el camino que iba siguiendo el provincial, y postrado en su presencia, repitió la instancia de ser admitido á la religion, pero en vano, porque tenaz en su propósito el provincial, dándole las mismas esperanzas, volvió á negarle la ejecucion. Buscada, en fin,

parecida y tercera oportunidad, la logró Alejo con la misma súplica y rendimiento, que con razon dejó al provincial admirado. Preguntóle entónces qué motivo tenia de solicitar entrada en la religion con tan porfiado y ardiente afecto. «No otro, respondió el mancebo, casi sin poder articular, pues se lo impedia el llanto, no otro, sino la repugnancia que me produce la vida del siglo, y el celo y eficaz ánsia que me ocupa de lograr la que me queda en la religion del seráfico patriarca Francisco; y así te pido, Padre, que si no quieres verme muerto, no dilates el que me vea yo capuchino.» El provincial, remiso hasta entónces en recibir á Alejo, viendo su ánimo tan constante y tan firme su vocacion despues de tantas pruebas y dilaciones, sin pasar de allí le dió letras obedenciales para que luego fuese admitido en el noviciado del convento de Salodio; en donde presentado con ellas, conmutó lleno de júbilo y alegría el hábito clerical por el religioso, y empezó el año de probacion. Mas caminando al dicho convento, el enemigo de todo bien le propuso varias dificultades que le aterrasen y apartasen de llevar á cabo su deseo; pero quedó inútil y frustrada esta industria, estrellada en la fortaleza y perseverancia del jóven Alejo, que supo despreciar como debia aquellas tentaciones. Aun durante el año del noviciado se continuaron aquellas, pero tambien persistió la alentada resistencia de Fray Alejo. En el dicho año del noviciado, en que bajó á la arena el evangélico luchador, mostró tanto valor é industria contra su enemigo, contra las asechanzas de la carne y contra el halago de los sentidos, que se adelantaba con incomparable diferencia á los religiosos más aprovechados de la familia en los frecuentes triunfos que conseguia; por lo cual, no solo conformes en los votos, sino regocijados en la esperanza que habian concebido aún de mayores espirituales progresos, le admitieron á la profesion, aunque muchos de los seglares, atendiendo á la corta edad y complexion débil de Fr. Alejo, condenaron la determinacion de los religiosos, como la del santo Malaquías, en órden á dejar el mundo por la vida monástica. Despues de la solemne profesion, se preparó á nuevas y no ménos peligrosas batallas, porque sabia que el año de la probacion no es otra cosa, que como un preludio ó escaramuza para mayor combate, que dura por el tiempo todo de la vida. Para que el enemigo, que vela ó se desvela tanto en el espiritual daño de las almas, nunca pudiese hallar la suya desnuda y desarmada, se determinó la tarea de observar sin excepcion alguna, miéntras viviese, todas las ceremonias exteriores, todo el interior ejercicio de las virtudes en que habia sido instruido en el noviciado, y habia Alejo reducido á la práctica más perfecta. Se impregnó entónces en los rudimentos más seguros de la vida espiritual y conversacion religiosa; pero despues los dió felices y crecidos aumentos, con lo que logró el magisterio más acertado, porque com-

puso é imprimió un libro, donde con fácil método y ciertas reglas descubrió la práctica de todas aquellas virtudes, que deben ilustrar el ánimo del que solicita la perfeccion. Fr. Alejo aplicó al ejercicio y culto de la humildad todas las atenciones del ánimo; así fué que en obsequio de esta admirable virtud hizo muchas cosas en la apariencia desacertadas, para ser tenido por incapaz y digno de reprension. Una de ellas fué llenar de vino un vaso de barro, y dejarle caer al suelo delante del guardian y de algunos religiosos, solicitando con este afectado descuido ser acusado y áun mortificado públicamente; pero esta misma accion, que ordenó para su desprecio, cedió en gloria suya, porque no bastando el impulso con que llegó el vaso al suelo, se conservó entero, y lo más admirable, que no se vertió gota de su contenido, descubriendo Dios con este prodigio, cuánto le agradaba la humildad con que se despreciaba su siervo. En otra ocasion supo que se habian dicho algunas alabanzas suyas en presencia de su provincial y guardian, y queriendo descender de aquel aplauso, buscó lance en que estuviesen juntos los dos prelados, y pasó por en medio de ellos sin quitarse el capucho ni hacer demostracion alguna de vénia. Sintiólo el guardian con exceso, y por espacio de un cuarto de hora se detuvo en reprender al humilde é inculpable reo con las más ásperas y severas voces que le ofreció el enfado y dictó el enojo; pero desde sus labios hasta los oidos de Fr. Alejo mudaron de naturaleza las voces, y le parecieron de la más suave y acorde música, y sin duda más agradables, que las que en su alabanza gastaban los noticiosos de su virtud, á quienes por esta razon miraba, si no con odio, con disgusto, porque no ignoraba ser verdadera la sentencia de S. Bernardo cuando dijo: *Apetecer por la humildad la alabanza de la misma, no es virtud, sino daño. El verdadero humilde solo se alegra en el menosprecio de sí.* Reprendióle en cierta ocasion un religioso su familiar, de que muchas de sus acciones venian á ceder en su gloria, porque como sabian los frailes que en ellas se afectaba necio cuando ménos lo era, le tenian en mayor aprecio y estimacion por este motivo. El siervo de Dios se llenó de suma alegría oyendo aquella censura, pero reflexionando que áun aquellas acciones con que buscaba su abatimiento cooperaban á su alabanza y le ocasionaban honor, quedó confuso y temeroso, porque tenia más horror á la vanagloria del mundo, que al veneno de una serpiente. Fué tambien demostracion infalible de su humildad, que habiendo trabajado un libro que salió á luz despues, le comunicó á uno de los religiosos ménos antiguos de la familia para que le examinase y corrigiese, como si aquel hermano, que no era sacerdote, pudiera aventajarse en ingenio y sabiduría al que despues de los estudios aprobados, y áun célebres de filosofía y teología, se hallaba en opinion de afamado predicador. Consecuencia de su profunda humildad fué su admirable paciencia, que á la verdad

fué insigne. Porque como los superiores no llevasen á bien que solicitase ocasiones de hacerse ridículo y despreciable, ni agradase á todos aquel camino de perfeccion, poco trillado de los santos, le reprendian con sequedad y rigor, hallando por este medio oportunidad para ejercitar su paciencia. Cuando de improviso se hallaba con una áspera correccion sobre sí, y acaso se reconocia ménos fuerte en el deseo de padecer, se recobraba luego con suma vigilancia, haciendo reflexiones tan piadosas y oportunas, que se hacia fuerte, y quedaba rico con los frutos de la victoria. Tanta suavidad ocupaba el ánimo de Fr. Alejo, cuando se veia ajado ó reprendido, que puestas en tierra las rodillas, recibia el baldon como elogio, y la injuria como alabanza, y por el contrario le molestaban mucho cuando llegaban á sus oidos algunas palabras encaminadas á su aplauso, que como si lo fueran de hechizo en extremo perjudicial, las suspendia en el oido, por que no tuviesen paso al conocimiento. Eran tan frecuentes los actos de humillacion, á que se dedicaba el varon insigne, que le habian engendrado un hábito perfectísimo de humildad, segun la regla del P. de la Iglesia S. Bernardo, expresada en las palabras siguientes: *Si deseas la virtud de la humildad, no huyas el camino de la humillacion. Aprovecha, pues, ser tenido por necio, y que los sabios confundan con razon al que alaban sin ella los ignorantes.* Enseñado así Fr. Alejo, abrazaba con suma vigilancia todas aquellas cosas en que su espíritu, á la verdad aniquilado, podia conseguir progresos en la humildad. Temió prudente Fr. Alejo que el mismo enemigo que habia intentado apartarle del ánimo el que entrase en la religion, cuando fué admitido por el provincial, repitiese la hostilidad, y por ocultas asechanzas y encubiertas miras, como son las de los sentidos que tanto inclinan hácia el deleite, pudiese hallar entrada en su alma; de aquí provino su gran cuidado para evitar los riesgos, interceptando todos los caminos, impidiendo el desórden y licencia de los sentidos, fortaleciendo, con la austeridad de la vida, el alcázar del corazon contra los ímpetus del infierno. Sin embargo, el enemigo tentador empezó á arrojar hácia el afecto del casto jóven dardos de impureza y sensualidad, cuyos movimientos, para daño del alma, molestan grave y contínuamente á aquellos que en su primera mocedad se dedicaron al estado religioso. Para que la frágil naturaleza no perjudicase al espíritu, ni por las puertas de los sentidos pudiese hacerse fácil la entrada á las diabólicas sugestiones, puso Fr. Alejo el cuidado más vigilante en la estrecha guarda del tacto, del gusto y de la vista, que son los principales terceros por donde se comunican al corazon los deleites nocivos, de los cuales el de la carne, como primero, más poderoso y universal, solicita el arbitrio al consentimiento, singularmente en aquellos que no han llegado á experimentar el comercio torpe de la lascivia. Contra este capital y más halagüeño enemigo,

no sin divina inspiracion, meditó Fr. Alejo eficaces y nuevas armas. Porque para que el sueño no dejase el cuerpo más fuerte para resistir á las leyes de la razon, como sucede de ordinario, dispuso el lecho con unos maderos cruzados, que le hacian tan sumamente penoso como se puede discurrir; por lo cual se levantaba con sumo quebranto y dolor, y por consiguiente victorioso de su enemigo. Y por que esta industria no se pudiese publicar, cuando dejaba el lecho, ó más bien el potro, recogia los leños que le habian fabricado la cruz, y los escondia debajo de la misma tarima, ya porque conocido este género de austeridad no le conciliase alguna alabanza, y en ella algun peligro de vanagloria, ya porque compasivos los religiosos no diesen en pensar que aquella mortificacion era opuesta á la salud, y por este lado le impidiesen el continuarla, moviendo al prelado le mandase cesar en ella. Con este desapacible y áun cruel descanso, con esta quietud atormentadora postró de tal modo Fr. Alejo el sentido del tacto, que era casi imposible introducir por esta via especie, ni áun levísima, de deleite. En tan rígida cama, no era fácil dar mucho espacio al sueño, siendo la mayor medida en que le podia lograr la naturaleza el de tres limitadas horas de las veinticuatro diarias. No contento con este proceder, y no pareciéndole aún bastante para quitar las fuerzas al cuerpo, le castigaba con frecuentes golpes de disciplina, y á veces parecia le queria despedazar, segun el rigor con que se azotaba. Gemia al violento impulso el sentido, y entónces se gozaba más el ánimo, considerandole incapaz con aquellas austeridades de rebelarse contra el espíritu y la razon. Respecto de la gula, Fr. Alejo puso á esta puerta alentadas y vigilantes guardas, porque era tan parco en la comida y bebida, que parecia haberse impuesto ley de perpétuo ayuno. Y para mortificar el gusto, cuando no podia negarle el pasto, solicitaba para sí los más desabridos y ménos sazonados manjares, haciendo que la calidad limitase la cantidad, pues nadie excede en ella cuando no gusta lo que se come. Sucedia muchas veces por esta causa levantarse de la mesa tan ayuno como cuando se habia sentado á ella, y más en el tiempo de la cuaresma, en que para alivio del trabajo de los sermones, se le ponia delante algunas comidas de más regalo que las comunes, y Fr. Alejo, por no dar al gusto aquella tan honesta licencia, se condenaba á un total ayuno. Llegó á advertirlo el compañero, y desde entónces le prevenia los más groseros y desazonados manjares, para que sentado á la mesa, hallase con que socorrer su necesidad, sin faltar á sus costumbres. De ordinario, como el más pobre, se alimentaba de yerbas crudas y otros mantenimientos de igual sustancia, insuficientes á reparar las fuerzas que gastaba tanto en el púlpito; porque predicaba con tan grande fervor, que acabado el sermon, parecia querérsele acabar la vida por el copioso sudor y desaliento con que quedaba. No

se portó ménos religioso en refrenar aquella natural inquietud con que los ojos se divierten á todas partes. Y así áun cuando hacia largos viajes, no permitia á la vista espaciarse en los objetos que iba encontrando, ántes sujeto á la ley más severa que pudo imponerle la mortificacion, ni áun dirigia la vista al cielo, para que enseñados los ojos á abstenerse de los objetos lícitos tuviesen más horror á los prohibidos en la ocurrencia casual de vanas ó nocivas especies. Fué de este linaje el vencimiento raro y ejemplar siguiente. Deseaba con ánsia piadosísima visitar la sagrada casa de la Santísima Vírgen, llamada de Loreto, donde tuvo principio la salud de todos los hombres, vestido el Verbo de la humana naturaleza, y habiendo alcanzado para este fin licencia de sus superiores, despues de un largo y muy penoso viaje, por el rigor del tiempo en que le emprendió, luego que se ofreció de léjos á sus ojos aquel venerable y santo edificio, se postró en tierra, y le reverenció con singular y devoto afecto, caminando desde aquel punto en paso más acelerado al lugar llamado Loreto, por el santuario mismo que en él goza la cristiandad. Habiendo llegado á esta tan feliz poblacion, se le hacian siglos los instantes que le detenian la entrada, por tanto tiempo deseada, á aquella sagrada casita, sagrario de Cristo, María y José. Instando, pues, la oportunidad, y deseando el varon insigne recompensar los intereses espirituales, que de ella esperaba conseguir, hizo á Dios y á su Madre Santísima heróico sacrificio de aquel puro deleite que pudiera percibir por los ojos, poniéndolos en lo mucho que hay que ver y admirar de aquel célebre santuario; y así aplicado á la atencion interior de los misterios que allí habia obrado el poder divino, se negó á la exterior, y salió del templo tan desnudo de noticias y especies, como si no hubiera entrado en él, no siendo excepcion de esta ley ni áun el mismo rostro de la santa imágen de María, que tiene allí tan singulares veneraciones. Pertenece tambien á su austeridad el zelo de la santa pobreza: virtud tan observada de este ilustre varon, que jamás admitió para su uso cosa fuera de aquellas que á todos concede la regla. Por lo cual siéndole preciso poseer un cortaplumas y alguna otra alhajilla de este género para poder escribir algunos libros, que despues dió á la luz pública con grande utilidad de todos los fieles, en particular religiosos, no podia desentenderse ni aquietarse del escrúpulo que de aquí se le originaba, por más que el confesor le tenia dicho y asegurado que podia valerse de aquellos instrumentos sin la menor injuria de la pobreza, atendiendo á la necesidad que de ellos tenia. Sin embargo, clamaba á voces, no sin grave peso del ánimo: Disponga el Señor que acabe yo estas obras, á que me he dedicado, ántes de salir de esta vida para desposeerme de lo que para continuarlas necesito, y de que acaso se podrá valer el enemigo en la hora de mi muerte para acusarme en el tribunal divino como á transgresor

del voto de pobreza que tengo hecho y debo observar sin excepcion alguna. Tal vez el religioso que asistia á la cocina, considerando la débil complexion y otros achaques de Fr. Alejo, á que se juntaba su contínua predicacion y estudio de los libros que componia, le preguntaba cuál género de comida le sería ó más provechosa ó más grata. Y si movido de esta caritativa instancia manifestaba predileccion hácia algun manjar señalado, luego que advertia que este no habia llegado á la mesa comun de los religiosos, áun despues de puesto en la suya quedaba intacto por ajeno á la pobreza santa, que tenia tan en su ánimo. Despues que Fr. Alejo cerró todas las puertas de los sentidos, en cuanto pudo su cuidadosa circunspeccion, quedó con un humilde conocimiento, de que si Dios no guarda la ciudad, ninguna vigilancia humana es bastante para impedir la entrada á los enemigos; por lo cual con oracion y contínuos ruegos encomendaba á Dios la seguridad de su cuerpo y alma. Y como no dormian los centinelas que habia puesto de su parte el varon insigne en la atalaya del corazon, siendo imposible llegase á él imágen ó afecto de aquellos que entibian ó divierten el ánimo en la contemplacion de lo celestial, estaba siempre el suyo proporcionado y hábil para largas horas de oracion y recogimiento; y siendo así que trabajo y sacó á luz diferentes libros, y gastó en la predicacion muchos años, sin embargo eran trece las horas que cada dia consagraba al ejercicio de la oracion; y como el hábito que en ella habia adquirido tenia su interior tan purgado de distracciones, era lo mismo ponerse delante de Dios que fijarse y consagrarle en aquella operacion todas sus potencias. Y para que la boca consagrada á su Majestad no se manchase con palabras ociosas, no la abria sino en urgente necesidad, y entónces sus voces eran oráculos, en las que solo se oia todo aquello que podia promover el divino amor. La materia más familiar de su oracion era la pasion de Cristo, que consideraba con tan intensa aplicacion del ánimo, que elevándolo al cielo, solia llevarse el cuerpo tras sí, experimentando éxtasis maravillosos. Movíase á especial y tierna compasion, meditando aquella agonía que fatigó á Jesus en el Huerto, hasta hacerle sudar copiosas corrientes de sangre, y tenia esta por la mayor angustia del Salvador, porque fué la primera en que con repugnancia de la carne, se echó á pechos su espíritu aquel amargo cáliz con que se habian de medicinar las antiguas y graves dolencias del hombre, cuyo remedio quiso anteponer á su propia vida. Acompañaba su oracion Fr. Alejo con un ardiente amor de Dios y del prójimo, de que en su vida se hallan varias y ejemplares demostraciones. Explicando cuando predicaba el amor divino para con los hijos de Adan, encendia de tal modo á los oyentes, que les hacia participar de su interior llama, consiguiendo frutos instantáneos en bien de las almas. La altura y latitud de esta caridad corrió por todos los es-

pacios del mundo, puesto que su profundidad penetró hasta aquellas afligidas almas que ocupan la estrecha cárcel del purgatorio, á cuyo alivio encaminaba los sufragios más contínuos y provechosos. Por lo cual libres muchos de aquellos fieles espíritus, en virtud de las misas y otros sufragios que les ofrecia el siervo de Dios, se le aparecieron dándole gracias por tan importante y caritativa memoria. Para promover la devocion de las almas del purgario, no solo en vida, sino en muerte, dejó fundada é instituida la Compañía, que llaman del Sufragio, y que siempre perseveró en Brescia. En todas partes en que ejercitó el oficio de ministro evangélico, singularmente en el tiempo de la cuaresma, dejó varias memorias de su devocion y piedad; porque mediante sus sermones se disponian los pueblos al influjo de la divina gracia, y extirpada la tiranía de los vicios, admitian con gustosa prontitud el suave yugo de las virtudes. Era el zelo con que el varon de Dios predicaba parecido á aquel con que describe S. Bernardo la vida de S. Malaquías, de tal suerte, que predicando Fr. Alejo en cierta ciudad, redujo tantas almas á verdadera penitencia de sus pecados, á tantas movió á pedir perdon de sus culpas, que luego que se ausentó, enlutaron el púlpito, que habia ocupado por todo el tiempo de la cuaresma, en señal del dolor de que dejaba poseidos los corazones. Cuando en otras partes, acabada la tarea de los sermones, llegaba la ocasion de partirse, salian al camino pueblos enteros, y se postraban en su presencia, venerándole y mirándole como varon de insignes y excelentes virtudes. Por que ni áun la muerte pudiese enmudecer una voz tan esclarecida, dispuso Dios que imprimiese varios tratados, llenos de piedad y de devocion, que han corrido despues con singular aprecio por todos los reinos de Europa, y se reducen al siguiente catálogo: *Arte admirable para servir á la bienaventurada Virgen María.* Tanto estimó este libro el santo pontífice Pio V, que no acertaba á apartarse de su leccion. Y por tenerle siempre á la mano, queria que se le pusiesen sobre la cama para entregarse al sueño, impresionado el ánimo con la doctrina, que así le movia al culto de la Reina del cielo.—*Ejercicio proporcionado para practicar las virtudes.* —*Corona celestial de meditaciones en la vida de nuestra Señora.*—*Jesucristo.*—*Camino seguro del cielo.*—*Arca santa de meditaciones.*—*Triunfo de las almas del purgatorio.*—*Cadena de oro de vidas de santos*, distribuidas en dos tomos.—No se encerró en los términos de la Italia la fama que habian producido las virtudes de Fr. Alejo, llegó tambien á Alemania y al palacio de las cesáreas Majestades, desde donde la piadosa y religiosísima emperatriz escribió al baron santo, encomendándose á sus oraciones, y prometiéndose con alentada fe que por ellas habia de alcanzar copiosos beneficios de Dios. Unióse el don de profecía al coro de todas las virtudes que adornaban este elevado espíritu, refiriéndose no pocos casos que dieron á

entender tenia claro conocimiento de ocultos accidentes que habian de suceder en adelante. Creciendo la fama de sus altos merecimientos, y previendo las personas principales y públicas de Salodio, que podria quedar poco de vida á este su ciudadano tan benemérito, pidieron al ministro y definidores de la provincia le enviasen al convento de la misma ciudad, para que llegada su muerte, que temian próxima, consiguiese su patria misma ser depósito de su cuerpo y poseer sus venerandas cenizas. Comunicaron los padres de aquella provincia con Fr. Alejo la súplica de sus compatriotas, manifestándole la carta misma en que lo solicitaban, de cuyo tenor indignado el baron humilde, dijo: ¿A qué fin pretenden mi cuerpo? Es acaso para elevarle á honorífica sepultura? ¡Oh qué error! Cuando debe situarse en el albañal más inmundo, que es el que de justicia conviene al que se ha portado como abortivo é hijo indigno de la Seráfica religion. —Para borrar, pues, la opinion de sus méritos y virtudes, tan arraigada ya en los ciudadanos de Salodio, les escribió una carta descortés y desabrida cuanto le fué posible, con ánimo de que en adelante no hiciesen de él el menor aprecio. Pero le sucedió al contrario, porque conociendo los de Salodio haber sido la humildad industriosa de Fr. Alejo la que habia notado la carta, fueron sus cláusulas como leña que hizo crecer el fuego de su cariño y veneracion. Antes de sentirse indispuesto y acometido de la última enfermedad, y despues de haber celebrado, dijo á uno de los que se hallaban presentes: Esta será mi postrera misa. Hablando otra vez con un religioso, le dijo: «Hermano, una cosa me falta. Y preguntando cuál era, respondió: Lo que me falta es prepararme como debo para morir, porque insta ya el fin de mi vida. Puede tolerarse que en lo obrado en ella hasta ahora haya habido tibiezas é imperfecciones; pero á este último punto, que tiene consecuencias tan importantes, era necesario disponerme con todas las fuerzas del ánimo.» Luego que cayó enfermo conocieron los religiosos que habia de verificarse el presagio ya referido, y asi frecuentaban todos la celda del doliente, oyendo y observando sus palabras como á oráculos. Ninguna producian sus labios que no fuese máxima saludable para el ejercicio de las virtudes, ó que no encaminase á encender el amor de Dios en los corazones. Al modo como la antorcha al apagarse luce con mayor resplandor, los esparcia mayores de doctrina y ejemplo este brillante astro de la Seráfica religion cuando se acercaba á su ocaso. En él se ostentó espejo de todo género de virtudes, y en especial de la paciencia y conformidad con el divino arbitrio, que abrazaba con perfectísima indiferencia, ó para vivir ó para morir; de suerte que ni el perseverar por más tiempo en el mundo se le representaba como accidente desapacible, ni salir luego de él se le ofrecia como violenta disposicion. Recibidos los santos Sacramentos con que la Iglesia socorre á los que se ha-

llan próximos á salir de esta vida, pidió que le trajesen el libro de los Evangelios, donde pudiese leer la sagrada pasion de nuestro Señor Jesucristo, para que el que en vida habia meditado con tanto afecto los profundos misterios de la cruz, pudiese morir regalado y auxiliado con su memoria, y en actual conocimiento de que se nos comunicó la vida por la muerte del Salvador. Leida su pasion santísima, cuando llegó á aquellas palabras; *y diciendo estas cosas espiró*, muriendo con el divino Crucificado, cerró el período de la vida. Salió de ella en el convento de Capuchinos de Brescia el primer viernes del mes de Enero, entre vísperas y completas, para que así el dia como la hora de la muerte de Cristo, correspondiesen á la de este su siervo fiel. Llegó el siguiente dia en que habia de ser enterrado, y deseando todo el pueblo hallarse presente á sus exequias, sobrevino una lluvia tan copiosa, y puso tan intransitable el camino al convento, que impidió el logro y la ejecucion á aquellos piadosos deseos. Persuadiéronse todos los religiosos á que aquella repentina borrasca habia sido solicitada por la oracion del siervo de Dios, para que por aquel medio se impidiese el culto, que concurriendo el pueblo, hubiera honrado el cadáver, del que en sentir de todos, estaba ya gozando en la eterna patria el inefable premio de sus virtudes; pero al dia siguiente vinieron muchos á la iglesia, y visitando la sepultura del insigne varon, imploraban con fervientes oraciones su patrocinio, y podrian valerse de las palabras de S. Bernardo, que elogiando á S. Malaquías escribió así: *Séanos permitido en tu ausencia quedarnos con algunas reliquias de los espirituales frutos de que subes cargado. Rogámoste seas para nosotros otro Moisés, otro Elías repartiéndonos de tu espíritu; pues veniste en la virtud y espíritu de ambos. Es tu vida ley de la vida y de la enseñanza, tu muerte puerto de la muerte y puerto de la vida; tu memoria dulzura de suavidad y gracia; tu presencia corona de gloria.* Sagrada envidia produjo tan dichoso fallecimiento, siendo solo de él merecedores los que imiten las virtudes del que murió, y dejó por reliquias las más estimables y apetecibles, es á saber, sus doctos libros, en que vivirá bienhechor de los fieles todo lo que el mundo durase. Murió Fr. Alejo de Salodio el año de 1628.—A. L.

SALODIO (Fr. Matías), religioso capuchino de la provincia de Brescia. Escribió algunas obras de doctrina cristiana, que merecieron llamar la atencion en su siglo y popularizarse, como generalmente sucede con este género de libros destinados á la instruccion de la niñez, que en ellos bebe los primeros ejemplos de la moral, las máximas que deben conducirla y hacer su felicidad el resto de su vida. Pero más que como escritor se distinguió Matías Salodio por sus buenas cualidades como religioso. Miembro de una de las órdenes más austeras y severas que ha conocido el cristianismo, procuró llenar todos sus deberes con escrupulosidad y acierto, esmerándose has-

ta en las prácticas más pequeñas y detalladas. Su contínua penitencia, su asídua oracion, su amor á la pobreza y obediencia, su carácter bueno y bondadoso, le hacian amar de iguales y superiores, ser apreciado en todo y por todos. Procuraba distinguirse por su humildad, no habiendo cargo ni ocupacion, por insignificante que fuese, que no la desempeñase con gusto y hasta con fruicion, apresurándose á adelantarse á los mandatos de sus superiores, procurando servir á sus mismos compañeros, siendo su mayor placer el que le ocupáran en algo, pues creia servir á Jesucristo sirviendo á los más pobres y desgraciados. Con esta conducta, inútil es decir los progresos que hizo en el camino de la perfecion, que era á lo que principalmente aspiraba. El modesto religioso al vestir el humilde sayal franciscano, se habia propuesto ocuparse principalmente de la salvacion de su alma, y á esto iban encaminados todos sus esfuerzos y sacrificios, todas las mortificaciones y humillaciones que se imponia, que siempre eran muy inferiores á sus deseos, mucho más pequeñas de lo que en su imaginacion soñaba. Pasó así un dia y otro dia, un año y otro año, tendiendo siempre al mismo objeto y fin; la Crónica de su Orden dice que fué honrado con diferentes favores, prueba de lo aceptos que eran sus sacrificios: el pueblo le veneraba como á santo, y la posteridad le cita como un varon piadoso. Mereció indudablemente todos estos dictados por su sencilla fe, retratada en sus obras, por su candor virginal, que dió lugar á que los autores le elogiasen por el grado eminente en que llegó á poseer esta virtud, y por otras circunstancias, en fin, á cual más relevantes todas y dignas de nuestra atencion y aprecio. Ignóranse las demás particularidades de su vida, lo mismo que los hechos de sus últimos años. Su muerte parece fué acompañada de sucesos maravillosos, que prueban por lo ménos la grande opinion que tenia el pueblo de sus virtudes y santidad.—S. B.

SALODIO (Fr. Zacarías), religioso capuchino de la provincia de Brescia. Dió á la estampa la obra siguiente: *Lucerna accesá sopra il candeliere; Tratido dici, con li quali si mostra alle Ecclesiæ Loghe de Signioli Grigioni nella retia la continua, e non mai interrota serie della Fide Catholica, et Apostolica Romana*; impreso en Venecia por Benito Mitodico; 1679, dos tomos en 4.°—S. B.

SALOM, ó mejor *Sellum. I, Par. VI.* 12. Gran sacrificador de los judios, sucesor de Sadoc II, y antecesor de Helcías en el reinado de Ezequías.—S. B.

SALOM (Antonio), de la órden de S. Agustin, natural de Salañy é hijo del convento de Palma, en el que profesó á 11 de Junio de 1627. Aprovechó en la filosofía, teología y oratoria; fué prior del convento de Ibiza y definidor de la provincia de Aragon. Murió en el Yocos de esta ciudad el dia

11 de Setiembre de 1656. Escribió: 1.° *Apparatus ad tirones argumenta ad impugnandum communiores conclusiones in dialecta*; Palma, 1654, un tomo en 4.°—2.ª *Sermon predicado en unas rogativas que hicieron los jurados en* 1656, *en casa de la viuda de Piza*. El cronista Mut, en la página 556 de su historia, cita á Antonio Salom como autor de una obra titulada: *Compendiariæ disputationes*.—J. B. de R.

SALOMAR, obispo de Zamora. La oscuridad de los tiempos en que floreció este obispo y la pérdida de documentos fehacientes nos impiden consignar sus hechos. Unicamente se sabe que ocupó la silla desde el año 986 hasta el de 990, en que fué electo para sucederle el glorioso padre y pastor San Atilano.—M. B.

SALOME, la bailarina, hija de Herodías y Herodes Felipe el Tetrarca. Casó en primeras nupcias con su tio el Tetrarca Felipe, y despues con Aristóbulo, hijo de Herodes, rey de Calcide, de quien tuvo tres hijos, Herodes, Agripa y Aristóbulo. Cuando Herodías abandonó al Tetrarca Felipe la siguió su hija Salomé, y no cesando S. Juan Bautista de condenar el matrimonio incestuoso de Herodías y de Antipas, un dia en que este príncipe celebraba su natalicio ó el aniversario de su advenimiento al trono, Salomé entró en la sala del festin, y bailó en presencia del rey y de los grandes que comian con él. Antipas, entusiasmado con la gracia de Salomé, prometió concederla todo lo que pidiese aunque fuese la mitad de su reino. La jóven salió en seguida, y fué á decirla á su madre lo que acababa de prometerla el rey, y la dijo: ¿qué le pediré?—Herodías la respondió: Pídele la cabeza de Juan Bautista.—Salomé volvió á entrar, presentó un plato al rey, y le dijo: Dadme en este plato la cabeza de Juan Bautista.—El rey sintió esta peticion, pero como la habia dado su palabra, no quiso dejar de cumplírsela. Así envió en el acto á cortar la cabeza á Juan Bautista. Refieren Nicéforo y Metafrastes que Salomé siguió á su madre Herodías y á su padrastro Herodes á su destierro de Viena en el Delfinado, y que habiéndoles obligado el emperador á ir á España, cuando pasaba por un rio helado, se rompió el hielo bajo sus pies y se sumergió hasta el cuello. El hielo se unió entónces, y permaneció así colgada, sufriendo el justo castigo del suplicio que por ella habia padecido S. Juan Bautista. Pero ningun autor antiguo habla de esta circunstancia, y es contraria á lo que dice Josefo, que nos refiere que estuvo casada primero con Felipe el Tetrarca, hijo de Herodes *el Grande* y de Cleopatra, muerta hácia el año 33 ó 34 de la era vulgar, y que despues casó con Aristóbulo, hijo de Herodes, rey de Calcide, primo hermano suyo, de quien tuvo muchos hijos. Así vivió más de treinta años despues del destierro de su padre político Herodes.—S. B.

SALOME, madre de los siete hermanos Macabeos. El libro del Imperio

de la razon, atribuido á Josefo, no la da ningun nombre particular. Los griegos en su calendario la llaman Salomé. El hijo de Gorion la denomina Ana. Otros la titulan Macabea. Erasmo en su paráfrasis del libro del Imperio de la razon, la denomina Salomé.—S. B.

SALOME. Los libros apócrifos dan este nombre á una mujer que quiso probar la virginidad de María Santísima despues de su parto.—S. B.

SALOME fué, segun algunos autores, el tercer esposo de Sta. Ana. Juan Gerson, canciller de París, cita algunos versos que le hacen padre de Santa María Salomé, madre de los apóstoles Santiago el Mayor y S. Juan Evangelista.

Anna tribus nupsit, Joachim, Cleophæ, Salomæque,
Ex quibus ipsa viris peperit tres Anna Marias,
Quas duxere Joseph, Alpheus, Zebedæusque,
Prima Jesum; Jacobum, Joseph, cum Simone Judam
Altera dat, Jacobum dat tertia, datque Joannem.

Pero no estando este sistema genealógico basado en ninguna noticia de la antigüedad, no podemos aceptarle como exacto.—S. B.

SALOMÉ (Santa). Es una de las mujeres más notables de la cuna del cristianismo por las circunstancias que en ella concurren, todas las cuales sirven para acreditarla como muy querida de Dios nuestro Señor, el cual en verdad la distinguió de una manera singularísima. Era su linaje la casa real de David, por lo cual emparentada con la siempre Virgen María, y es muy probable que su patria fuera el mismo Nazaret, donde vivió en la más exacta observancia del judaismo hasta que el sol de justicia que brilló en el Gólgota entre las ignominias más inauditas, disipó las tinieblas de esta religion de figuras para plantear la religion de realidades que siguió fiel la mujer cuya historia vamos á describir. Dicho está que fué muy noble, y sus padres tuvieron sumo cuidado en fomentar en ella los sentimientos de piedad y de rectitud que heredáran de sus mayores y que se destellaron desde luego en la inocente niña. Habiendo llegado esta á la edad conveniente se dió en matrimonio á Zebedeo, hombre de la misma nobleza que ella, tambien de rectitud y virtuoso, pues este fué el cuidado que con mayor esmero tuvieron sus buenos padres, porque en manera algnna querian se perdiese en su esclarecida familia el más ilustre blason con que contaba, que era una piedad suma y una rectitud la más delicada en todas y cada una de sus acciones. No eran los bienes de fortuna con que contaba Zebedeo adecuados á la excelencia de su linaje, pues todas sus riquezas consistian en una barca propia con que ganaba el necesario sustento; pero esto no embargaba en nada ni el

afecto ni la consideracion con que de todos era mirado; ni por más que algunos comentaristas, muy respetados en otras apreciaciones, hayan querido sacar del sagrado texto algo contra la nobleza y distincion de Zebedeo, puede por esto tenérsele en ménos. Establecieron su casa con el órden y rectitud que convenia á personas de su alcurnia, y al tiempo que Zebedeo procuraba con la pesca lo necesario para su manutencion, Salomé procuraba que todas las cosas de la casa caminára en órden para evitar los motivos de disgusto, aunque con verdad debe decirse que Zebedeo era hombre prudente, sufrido y que nunca perturbaba la paz de su hogar, que estimaba como una de las bendiciones prometidas por Dios á sus ascendientes, Abraham, Isaac y Jacob. De tan feliz matrimonio nacieron Santiago el Mayor y el muy amado discípulo S. Juan; el uno que selló con su sangre primero que ningun otro la verdad de la fe católica; el otro que tuvo la honra de reclinarse sobre el pecho del Salvador, y aspirar allí aquel amor que quiso luego comunicar á cuantos á él se acercaban, no haciendo como sabemos en los últimos dias de su vida otro encargo sino el de que los fieles se amasen unos á otros para acreditar así el amor que Dios les tenia. Educó pues Salomé á sus hijos en el santo temor de Dios, les hizo conocer las esperanzas de su pueblo, y cuando estuvieron en aptitud de tomar la red con su padre para ayudarle á procurar los medios de sostener su casa y la familia, tomaron efectivamente aquel oficio, que desempeñaban siempre con la debida exactitud y aconsejados por su piadosa madre, que no les enseñó nunca más que la rectitud y justicia y á cumplir los preceptos de Moisés hasta que vinieron los de Jesucristo á cuya observancia se dedicó con afan. Estaban muy tranquilos el Zebedeo, su mujer é hijos, cuando el Redentor del mundo dijo á Santiago y á Juan: dejad las redes que yo he de haceros pescadores de hombres; y este suceso probó mucho la virtud de Salomé, porque todavía no se habia el Redentor acreditado por sus obras, todavía no se habia dado á conocer por sus milagros, y sin embargo Salomé no se opuso á que sus hijos le siguieran, Salomé creyó de buena fe en la palabra del Eterno, Salomé se desprendió de lo más caro que tenia en el mundo, porque oyó que la gloria de Dios y el bien de las almas se interesaban en ese su conveniente desprendimiento: así es que el Omnipotente, dador de todas las gracias, que mide y pesa áun aquellas acciones más insignificantes que se hacen en su honor y obsequio, aquellos al parecer más ténues sacrificios que se ofrecen en su nombre, miró como muy meritorio el sacrificio que indirectamente ofrecia Salomé, y le premió con una fe la más firme en el Redentor, luego que supo que estaba en el mundo, luego que comprendió que obra de su misericordia era la doctrina celestial que los apóstoles y él propalaban, suyos y exclusivamente suyos los milagros que otro que él no hubiese hecho

por manera alguna; bien es verdad que tampoco el Omnipotente hubiese permitido que se verificáran á no haber sido para legar al mundo en el más claro testimonio de su amor, la segura senda por donde únicamente se va á la dicha para que, no hay que dudarlo, habia sido creado el ente racional. Por supuesto que los hijos de Salomé, conociendo las excelentes virtudes de su madre, y penetrados de que apénas se la indicára lo que era Jesucristo, se haria de sus discípulas como otras muchas mujeres á quienes por tal concepto habia el Señor prometido beneficios sin número; decian cada dia á su madre lo que veian, lo que oian, lo que aprendian de Jesus; y conociendo Salomé que este era el Mesías, el prometido y esperado por cuatro mil años, el profetizado en distintas épocas y por tan diversas maneras, anhelaba el poder seguir, el poder escuchar su celestial doctrina, y en la práctica de sus consejos y preceptos hallar manera de conseguir la gloria que prometia á los que fielmente fuesen en pos de él. Habia sin embargo un obstáculo para la realizacion de sus designios, y era que el cuidado de su casa y familia la habian de llevar tiempo, así es que si bien es cierto que acompañaba á Jesucristo cuando sus ocupaciones se lo permitian, tambien es verdad que nunca desatendió estas por oir al Salvador, pues comprendió desde luego sus soberanos designios y que la verdadera justificacion consiste en cumplir cada cual las obligaciones de su estado, segun el Señor quiere que estas se cumplan. Mas el Eterno que todas las cosas dispone de manera que se logren los altos fines que acerca de ciertas criaturas se propone, hizo que cesando el obstáculo que impedia á Salomé el estar á su lado continuamente, pudiera ella satisfacer este su tan justo deseo. Murió Zebedeo con la muerte de los justos; Juan y Santiago no procuraban otra cosa que la gloria de Dios en el fidelísimo desempeño de los ministerios que Jesus les confiaba, y se decidieron á abandonarlo todo por seguir á Jesucristo; por consiguiente Salomé fué libre para secundar las inspiraciones de la gracia, Salomé pudo disponer de sí y dispuso. Vendió cuanto tenia, y trayéndolo un dia á los pies de Jesucristo, le ofreció la mayor fidelidad en seguirle, y en efecto, desde entónces toda su aspiracion se redujo á aprender de los divinos labios de Jesus la celestial doctrina que habia de ser el único camino de salvacion para la miserable humanidad. Por supuesto que brillan claramente en el importante suceso de deponer todos sus bienes á los pies de Jesucristo dos grandes virtudes de Salomé; primera, una fe firme que la hace conocer en Jesucristo la divinidad que le era esencial; segunda, una abnegacion completa de todas las cosas de este mundo, que desprecia poniéndose enteramente en manos de la Providencia cuando todavía no podia conocer los medios de que Dios habia de valerse para premiar esta tan meritoria abnegacion con que le honraba en gran manera. Acompañó, pues, desde entónces á las piadosas mujeres

que iban siempre en pos del Redentor, y fué testigo de muchos de sus prodigios. Ella vió la multiplicacion del pan y los peces, ella presenció la conversion de la Cananea, ella supo muy pronto la resurreccion de la hija de Jairo, y vió á la viuda de Nain consolada con su hijo arrancado ya del sepulcro; y en todas estas cosas atendia más á la caridad de Cristo que á lo imposible, humanamente hablando, de las obras ejecutadas, y más y más se confirmaba su entrañable afecto al Redentor conforme iba comprendiendo la importancia de su doctrina y lo soberano de sus promesas; promesas que indudablemente consideraba habian de cumplirse, porque ante todo tenia de Cristo el concepto de que era, como lo era en efecto, la verdad soberana, la palabra de vida, la palabra increada, el Verbo de Dios. Cuando ella consideraba su dicha y la de sus hijos en ser ellos los apóstoles ó mensajeros futuros de la buena nueva del Evangelio, ella la escogida por el Salvador para presenciar sus maravillas, se excitaban en su corazon sentimientos del más profundo reconocimiento por su parte, ya por los favores recibidos por ella, ya por las distinciones que el Verbo humanado hiciera á sus hijos. En lo puramente personal estaba completamente satisfecha; pero los deseos de madre no estaban áun cumplidos. Oia á Cristo prometer tronos, ofrecer asientos esplendorosos y cetros magníficos para juzgar un dia en su patria á todos los precitos, y decia en su corazon Salomé; ¿y quién estaria mejor que mis dos hijos en los dos primeros tronos de tan envidiable morada? Así que se abre un dia paso por entre la muchedumbre que se agolpaba á los pies de Jesus para escuchar su celestial doctrina, obliga á sus hijos á que vengan con ella, y dice al Salvador: « Señor, haz que mis hijos se sienten á tu diestra el uno y el otro á tu siniestra en tu reino.» Peticion poco juiciosa de mujer, han dicho algunos expositores: peticion de madre puede decirse con verdad, pues para las madres nunca parecen muchas las distinciones que puedan lograr sus hijos, y siempre querrian encumbrarles áun más de lo que es posible, si cabe la expresion, para así lograr la dicha de que fuesen ellos tan estimados en todo y de todos como su afecto deseaba. El Redentor repelió de cierta manera esta pretension, instruyendo á la madre y á los hijos en las bases más esenciales de la justificacion, que son la profunda humildad y la completa abnegacion de sí mismo para hacerse todo de Dios, para ofrecerse todo á su servicio, para dedicarse enteramente á su gloria y á procurar esta áun á costa de los trabajos más duros, de las privaciones más sensibles de las afrentas é ignominias ménos llevaderas. Otra mujer ménos humilde que Salomé, al oir la respuesta algo dura, aunque muy conveniente, de Cristo Redentor nuestro, hubiera cejado en su intento de acompañarle, y acaso no habria vuelto á preguntarle cosa alguna por no exponerse de nuevo á que otra vez la diese alguna otra respuesta

ménos llevadera; Salomé no hizo tal, al contrario, confesó públicamente su ignorancia cuando se presentó ocasion para ello, y se hizo cada vez más amante de Jesucristo, porque conoció que el Señor no queria sino su bien, que ni áun el deseo natural de engrandecimiento en la eternidad es adecuado á los designios de Dios acerca de sus hijos, y por consiguiente que estos ni en este sentido siquiera deben tener la más mínima ambicion, ni siquiera esta aspiracion que parece tan justa. Siguió á Jesucristo en todos los pasos de su vida mortal, y tuvo en ello mucho mérito, porque tambien presenció sus ignominias en el Calvario para gustar allí las delicias de la cruz, con la cual se abrazó allí mismo con el más entrañable afecto. El Evangelio santo nos refiere que acompañando á la inocente madre del Crucificado estaba María Salomé al pie de la cruz en que moria por los pecados de los hombres. Salomé conocia ya la inocencia de Jesucristo, y lo que es más su divinidad, por consiguiente horrible sería el tormento que ella sufriria en las ignominias, en las afrentas, en las crueldades que pasaban con tan notoria injusticia en la persona de su amado Jesus, víctima del entrañable amor que profesaba á sus verdugos, á los que materialmente le quitaban entónces la vida para cumplir sus soberanos designios, á los que despues le vilipendian con los más inícuos tratamientos por el único delito de querer en la gloria del Padre la eterna salud de los hombres. Con cuánto gusto no oiria á aquel inocente exclamar en medio de aquella apiñada muchedumbre de hombres desconocidos, ofreciéndoles por madre á su divina Madre, y prefiriendo privarse él de lo único que le quedaba en el mundo, con tal de que el mundo mismo tuviese quien le cuidára en su triste orfandad, tuviese quien le aliviara en el importante encargo de procurar la eterna ventura á que Dios llama á los hombres por una todo especial gracia suya. ¿Qué sentimientos de reconocimiento á su Dios y Redentor no excitaria esta conducta que acreditaba á Jesucristo como verdadero Dios, si otras muchas cosas no le hubiesen ya acreditado como tal? Pero dejemos reflexiones, que no sirven más que para realzar los hechos de la esclarecida madre de Juan y de Santiago, y sigámosla, que todavía han de darnos conocimiento de sus méritos algunos sucesos en que ella intervino despues de la muerte del inocente por esencia. Cuando la pequeña comitiva de los fieles siervos de Jesucristo iba al monte de la Mirra para dar al Crucificado honrosa sepultura, ya que otra cosa no les era posible hacer por entónces en favor del que habia muerto ignominiosamente sentenciado, aunque sin causa para ello; Salomé estaba al pie de la cruz cuando el ensangrentado cadáver se bajaba de ella; Salomé estuvo junto á María cuando esta preparó para la sepultura al bendito fruto de su vientre; Salomé en fin estuvo á todo: y á la mañana siguiente, cuando se creia que sería conveniente ungir el cadáver sacratísimo y hacerle todavía más honor der-

ramando sobre su sepulcro, en la parte interior de él y con el mayor cuidado, los más delicados perfumes, Salomé era una de las piadosas mujeres que á la mañana de aquel sábado, que lució el más hermoso de los que ha habido ni podido haber, ni de los que jamás han de verse, Salomé tambien iba al sepulcro, Salomé llevaba tambien su ofrenda. ¿Cuál sería la consecuencia de tal fidelidad de parte de la madre de los apóstoles? No podria ser otra sino que el Señor la dotára de toda especie de gracias, y que en la práctica de las virtudes todas hallase ella el único consuelo, la sola puerta de salud y de dicha, y la única áncora que la salváran de los terribles embates con que el fatal adversario de nuestras almas trataria de hacerla cruda guerra, como era consiguiente se la hiciese á una criatura tan favorecida del cielo. Estuvo pues en observacion desde el glorioso triunfo del hombre Dios en la resurreccion, hasta que despues de cuarenta dias subió al cielo. Oyó sus promesas, espiró en el Paráclito, instó muchas veces al Redentor del humano linaje para que, apiadado de la miserable humanidad, distribuyera sobre ella los destellos de su amor; para que conociendo las criaturas lo errado de sus caminos, pudieran echar por el camino real de la cruz, único que guia á la patria de ventura; y orando en el cenáculo acompañando á los apóstoles, presididos por su reina la siempre vírgen María, recibió el Espíritu Santo y con él las gracias y dones que son consiguientes; y enriquecida con tan precioso tesoro, se retiró á concluir sus dias en la práctica de todos los buenos oficios que podia para la naciente Iglesia, para sus hermanos los pobres, para todos los escogidos de Dios. Como los primeros dias del cristianismo van envueltos en las sombras de los últimos momentos de la espirante gentilidad, no es extraño que se haya perdido la memoria de los sucesos que en la vida de Salomé siguieron á los que llevamos referidos, que constan de una manera indudable por testimonios muy fidedignos áun para los que á las Sagradas Escrituras no las dan la divina autoridad que ciertamente tienen. Se pierden las noticias en toda la época siguiente á la gloriosa Ascension de Cristo y venida del Paráclito; sin embargo, no carecen de fundamento los datos que aseguran que Salomé y las muy pocas otras mujeres que siguieron constantemente á Cristo, sufrieron persecucion, porque ellas necesariamente habian de confesar al que habian adorado, y habian de asegurar la verdad sin temor alguno ni á las persecuciones ni á la muerte misma, pues ya sabian que esto era lo único que los escogidos de Dios podian esperar de sus enemigos. El Martirologio Romano dice que murió en Jerusalen, y á nuestro juicio esto desvanece por completo la aseveracion de muchos críticos, que aseguran que estuvo últimamente en Provenza y que allí se conserva su santo cuerpo. No negaremos nosotros este segundo hecho, es decir, que allí esten sus mortales despojos; pero lo que es respecto á su muerte nos atrevemos á asegurar, sin

temor de equivocarnos, que se verificó en Jerusalen, y nos confirmamos en nuestra opinion, porque la Iglesia mira mucho lo que ha de decir *ex cathedra*, y lo consignado en el Martirologio, lo ha dicho así, y lleva el sello de su infalible autoridad. No hay tampoco pormenores acerca de la época en que se declaró la santidad de esta sierva de Dios, ni áun se sabe de cuándo data su culto en la Iglesia; lo que no ofrece duda es que los fieles de los primeros siglos ya se encomendaban á sus ruegos, y los Padres de la primera época confirmaron desde luego la piadosa creencia, que hoy ya es verdad católica, de que está en un lugar preferente en la gloria, y por esto merece el honor de los altares. Su fiesta se asignó al dia 22 de Octubre de cada año, sin que nos atrevamos á decir qué fundamento tendria el consagrar este dia á su recuerdo glorioso. El rito que se la concedió en la Iglesia universal, fué el que hasta épocas no muy remotas han tenido y hoy todavía conservan algunos de los primeros héroes del cristianismo, el rito semidoble; mas España, que veia en Santa Salomé á la madre del apóstol Santiago, que fué quien trajo la antorcha de la fe y la encendió de manera que es creible no se extinguirá nunca, procuró elevar algun tanto la solemnidad de la gloriosa conmemoracion de esta Santa, y la dió primero el rito doble mayor para solo el reino de Galicia y arzobispado de Santiago, y luego extendió este rito doble mayor á todo el reino, siendo solemnidad de segunda clase con octava en todos los obispados de Galicia, y aún más solemne su fiesta en Santiago, donde se celebra casi con tanta magnificencia como la del Santo Apostol. Algunos han creido que esta santa mujer era otra de la María Salomé del Evangelio; pero no cabe duda en que es la misma, ni debe extrañarse el que se llamára María, y que se la conociera y nombrase solo por Salomé, porque esta costumbre se conserva aún en nuestros dias. Desechamos por apócrifas otras noticias acerca de esta santa, pues que solo lo que llevamos referido es lo que se confirma por testimonios irrecusables.—G. R.

SALOME (Bta.). Natural de Polonia fué esta beata, en donde se la veneró desde un principio, extendiéndose despues la opinion de su santidad á toda la Iglesia católica. Fué hija del duque de Cracovia. Llevada á la corte de Andrés II, rey de Ungheria, con cuyo hijo debia casarse, cuando estuvo ya en edad á propósito, tuvo la destreza, asistida en esto por Dios, de persuadir á su esposo á vivir en completa castidad, y á ella se obligaron ambos. Habiendo quedado viuda, edificó á su costa conventos de la órden de Santa Clara, y retirándose á uno de ellos, vino á ser su abadesa. Consumió su vida en la penitencia, y murió en olor de santidad el dia 17 de Noviembre de 1268, á los sesenta y ocho años de edad. Celébrasela fiesta todos los años el dia del aniversario de su muerte, con anuencia y permiso del pontífice Clemente X.—C.

SALOMEA (Sta.), reina, casada y siempre vírgen. En la portentosa vida de esta Santa gloriosa se ostenta un diseño perfectísimo del poder de la gracia, y un singular ejemplo de heróicas virtudes. Una mujer fuerte, honor glorioso de su sexo, que supo desvanecer y desmentir todas sus imperfecciones, dando á entender que las almas que resueltamente se sacrifican á Dios, no miden sus operaciones por la debilidad y flaqueza de los cuerpos que animan, sino por los ardimientos del generoso espíritu que las alienta. Fué Sta. Salomea hija legítima de Lesconio, duque de Cracovia y Sandomira, hermana de Boleslao, llamado *el Púdico*; mujer legítima de Colomano, rey de Galicia y Alicia, hijo del rey de Hungría Andrés, y hermano de Bella, cuarto de este nombre. A los tres años de edad salió de la corte de Cracovia para la de Hungría, capitulada de casar con Colomano, niño tambien entónces de casi la misma edad, porque pareció conveniente para la paz y conservacion de los estados unidos hacer con tanta anticipacion estas capitulaciones, por instancias de Andrés, rey de Hungría, padre de Colomano, con acuerdo de los próceres de su reino. Quisieron que los dos niños se criasen juntos, porque la familiaridad de la crianza y el inocente comercio de la edad primera estrechasen en dulce lazo de amor sus tiernos corazones. Aplicáronles al estudio de las letras, y en este ejercicio descubrió Salomea tan admirable ingenio, que era confusion vergonzosa de Colomano, porque no pudiendo dar alcance á los presurosos vuelos de su consorte, le era la emulacion muy costosa, hasta que se dió por vencido de las ventajas de su condiscípula. Los maestros, viéndola eminente en letras humanas y natural filosofía, la aplicaron á las divinas, porque tuviese digno empleo ingenio tan sobresaliente. Gustaba mucho la santa niña de estudiar los secretos misteriosos de la Escritura Sagrada, ocupacion de que sacaba su alma inocente muchos frutos de devocion. En la leccion de los Padres de la Iglesia se hizo muy versada y erudita, y siendo de suyo muy elocuente, solia, por mandado de su maestro, hacer en el palacio á sus damas pláticas espirituales, en que recogia, á vueltas de la admiracion y del gusto, frutos de virtud muy sazonados en su auditorio. No fuera su sabiduría tan segura, si no usára de ella con gran circunspeccion y modestia; hizo siempre muy poco caso de sus estudios, excusando cuanto podia vanas ostentaciones, y usando de los conocimientos, ó al arbitrio de los maestros ó al de la necesidad, sin dar ocasion á que desluciese é hiciese enfadoso su saber la liviandad de la bachillería. En su entendimiento, las noticias eran luces para buscar la verdad sin engaño; en su voluntad eran incendio para seguir la virtud con empeño. Tenia pronto el ánimo por su admirable docilidad para abrazar lo mejor y más perfecto, y en la escuela de la oracion estudiaba el ejercicio de las virtudes. La virginidad, virtud toda del cielo, y que en la tierra la santificaron

en sus personas Jesus y María, era el iman de sus castos afectos, y la tenia tan entrañada por amor en su cándido pecho, que es seguro no hubiera dado la mano de esposa á Colomano, si no tuviera afianzada su seguridad en alguna secreta promesa que tuviese por ilustracion divina. Con la dulzura de sus palabras persuadió esta santa virtud á su esposo con tanta eficacia como lo dirá el efecto. Llegaron estos dos castos amantes á la edad perfecta de contraer matrimonio. Celebráronse las bodas con real magnificencia y con públicas demostraciones de alegría. La noche primera de los desposorios, postrados ambos á los pies de un devoto crucifijo, invocando el patrocinio de la Madre de las vírgenes, María Santísima, renunciaron las honestas delicias del matrimonio, y de comun consentimiento consagraron á Dios en las aras del amor purísimo su virginal entereza. Pasaron la noche en celestiales coloquios, recibiendo en pago de tan grato sacrificio singulares consuelos y divinas demostraciones. ¿Quién duda que este seria para el cielo un gustoso espectáculo? Ver en una juventud tan florida y tan fervorosa tan muerta la concupiscencia á valerosos esfuerzos de la gracia y del amor divino. Ver unidas en estrecho vínculo de amor dos voluntades en dos jóvenes de diverso sexo, y que áun dentro de lo lícito no dieron lugar al grosero é interesado comercio del sensual apetito, agregando á la pureza de las almas la limpieza de los cuerpos, ciertamente con emulacion ó exenciones del espíritu. Fortificados estos divinos amantes en su determinacion, y alegres con el triunfo de la castidad, pactarou y confirieron entre sí qué medios tomarian para deslumbrar sus intentos, sin contravenir á sus santos propósitos, y dispusieron la separacion de lechos en la misma cámara, contentándose con el mérito de la virtud, sin riesgo de vanidad. Era aquella comun habitacion, más que retrete para el descanso, oratorio para el desvelo. Ocupábanse en ejercicios de oracion mucho tiempo; pero Salomea, dando lugar á que se recogiese su esposo, repetia el ejercicio, y otros de mortificacion muy penosa. Pasaba en vigilia la mayor parte de las noches, hasta que de la vehemente aplicacion y fuerza de sus fervores, desfallecian su fuerzas. No se le ocultaban á su esposo estos devotos excesos, y lastimado muchas veces de su penalidad, la rogaba que templase sus fervores y no aventurase su salud. Estimaba Salomea sus consejos por afectuosos, pero la santa impaciencia de su amor no admitia treguas. Una noche, rendida al cansancio de los penosos ejercicios y vehemencia de sus afectos en la oracion, se le apuraron las fuerzas tan del todo, que padeció un desmayo, si no fué dulce deliquio de su abrasada caridad. Cuando volvió en sí oyó una voz que la dijo: *Consummatum est*, palabras con que Cristo en la cruz dió por perfecta y consumada la obra de la redencion humana. Estas palabras atravesaron su enamorado corazon con la triste y vivísima consideracion de la muerte acer-

bísima de su amado Jesus, que la alentaron para que con mayores esfuerzos obrase en recompensa de tanto amor su salvacion con muerte total de todas sus pasiones y apetitos. Su vida, en medio de las delicias de palacio, era tan ejemplar y tan austera como pudiera en los rigores y observancias de la religion. En todo lo posible se abstraia del comercio de las criaturas, de tanto mayor peligro en los palacios, cuanto en ellos es mayor la vanidad avivada de la lisonja. Su trato ordinario era con sus damas, que bien instruidas del poderoso ejemplo de una señora tan virtuosa, la seguian en todo, siendo los excesos en la virtud los que merecian su agrado y valimiento. No se pudo conseguir de ella que usase galas, principalmente aquellas que son incentivos de lujuria, invenciones de la ociosidad y peste de la virtud. Su vestido era decente y adecuado á la grandeza de su persona, negro de color, con el consentimiento de su marido, medio con que despreciaba las murmuraciones de la corte, que la quisiera ver tan dama como era hermosa; pero pasaba por este desaire y por el de infecunda, por conservarse en la posesion de la joya más estimable de la virginidad. Ocupábase en la leccion de libros santos y devotos, no ya por curiosidad y ambicion de adquirir más noticias á su inteligencia, sino con la mira de emplear bien el tiempo, enriqueciendo la voluntad de santos afectos. En proporcion al disimulo de parecer señora en la humildad honesta de los vestidos y en su retraimiento, se descubria en la liberalidad y magnificencia con que atendia al socorro de los pobres, repartiendo en limosnas gruesas cantidades. Siendo con todo encarecimiento hermosa, y no pudiéndose negar á salir en público. vestia su hermosura de una severidad tan majestuosa y de tan venerable modestia, que su vista infundia respeto, compostura y castidad. En todo el tiempo que estuvo en la corte de Hungría no la pudieron reducir á que asistiese á las fiestas y espectáculos públicos, ni á los festines privados en palacio, y haciéndola una vez la reina su suegra instancias muy vivas, la respondió estas ejemplares palabras: Señora, suplico á V. M. me tenga por excusada en este punto, pues sabe que en todos los demás estoy tan pronta á su obediencia. Conviéneme en estas ocasiones de festines, donde á costa de la modestia suele desmandarse licenciosa la vista, no dejarme ver por asegurar en mi retiro el peligro propio y el ajeno. En fin, era tan extremado y tan contínuo el desvelo que observaba en la guarda de su tesoro, que jamás la vió hombre levantar con desenfado los ojos, excusando en todo lo posible las conversaciones, siendo sus palabras precisas y medidas con aquella celestial discrecion que tenia tan ayudada de su virtud. Estas relevantes prendas de Salomea la hicieron tan amable, que cuando salió de Hungría para coronarse reina de Galacia, hizo la corte sus fiestas tan mezcladas con el sentimiento y dolor de perderla, que fueron azarosas. Singu-

larmente los gemidos y clamores de los pobres fueron excesivos, porque perdian en su ausencia su consuelo, socorro y amparo. Los príncipes de Ruscia, deseosos de unir sus fuerzas con el rey de Hungría y hacer así comunes los intereses de estado, pusieron los ojos en Colomano, y le eligieron rey de Galazia y Alizia con la comun aclamacion de los pueblos. Ungióle el arzobispo de Cracovia y otros obispos de Hungría, para mayor seguridad de su corona. Colomano salió de Hungría, en compañía de su esposa Salomea, á tomar posesion del reino, que se le dió con públicas demostraciones de alegría y magnífico aparato de grandes fiestas. Aquí fué ya forzosa la mudanza de vida, doblando las guardas Salomea para la seguridad del tesoro de su pureza; porque no pudiendo ya como persona privada negarse á la publicidad y comercio gozando de su retiro, sino franquearse para consuelo y utilidad de los vasallos como reina, la pareció forzoso vivir con mayor cautela, y asegurarse de una pasion tan violenta como es la concupiscencia con mayores rigores de mortificacion. A este fin usaba de tres silicios sucesivamente, todos muy rigurosos, aunque de desigual aspereza, aplicándolos alternativamente, segun era más ó ménos furioso el torbellino de las tentaciones y la ocasion de los peligros. Estos silicios eran túnicas completas, y jamás andaba sin una de ellas. No las vió persona alguna en el tiempo de su vida, sino fué su confesor Fr. Adalberto, minorita, que con el imperio de maestro de su espíritu la mandó se los manifestase, y aunque le parecieron terribles, se los permitió, tanteadas las fuerzas y valentía de sus fervores y de su interior. Estos objetos de mortificacion se guardaron muchos años con mucha veneracion y como preciosas reliquias en Sandomir, cabeza de los estados de sus padres, hasta que el incendio que puso á esta ciudad la poderosa tiranía del turco los consumió. En lo que puso todo su conato esta bendita Reina fué en el buen régimen de sus damas y familia, no dando lugar á que se profanase el sagrado de su palacio, de donde debia partir el ejemplo á su corte, con la novelera nimiedad de las galas, siendo en él la primera y más principal etiqueta la decente y honesta moderacion en los trajes. A su cuarto no llegaban las ruidosas inquietudes de palacio, conservándose en la quietud y silencio que pudiera un convento. Ayudaba mucho al buen efecto de las máximas de su gobierno su ejemplo y singular agrado, que con la dulzura de su condicion y modestia en sus loables y santas costumbres, hacia empeño la devocion de sus damas. Valíase tal vez de su elocuencia y de las noticias sagradas, para persuadirlas la observancia de las virtudes; pero más que sus voces, aunque eficaces, persuadia la contínua práctica de sus obras. Tenia establecidos sus ejercicios devotos, y al paso que su economía era tan santa y ajustada, su trato con ellas era humanísimo y muy afable. Era de natural festivo y alegre, y con la libertad de

la gracia jugaba y hacia uso de la destreza de su entendimiento, con tanta discrecion como donaire; siendo para todas un amoroso hechizo, que las animaba á que con emulacion se la diese en todo gusto. Condescendia tal vez con ellas con llaneza y afabilidad, porque en lo decente dentro de la clausura de su cuarto tuviese alegre desahogo. Acaso por esta causa la sucedió el siguiente desman, que la sirvió de mucho aviso, costeado con el precio de muchas lágrimas. Hizo el rey una salida á caza, y ya fuese porque se encapotó el dia, ó ya porque se sintiese indispuesto y disgustado, dió la vuelta á palacio inopinadamente. A este tiempo Salomea, por la demasiada importunidad de sus damas, se vistió en su cuarto de toda gala, cosa que jamás hizo en presencia de su marido, sino fué los primeros dias de las bodas y en la entrada que hizo para coronarse reina, observacion para el fin de conservarse vírgen sin peligro. El rey, luego que entró en palacio, se fué al cuarto de la reina con tanta prisa, que no tuvo lugar de desnudarse las galas. Como de suyo era en extremo hermosa, la novedad del aseo, la postura, la preciosidad del vestido y joyas, levantaron de punto su hermosura, que el rey la miró con curiosidad y gusto, y como la sensualidad es un veneno que se bebe por los ojos, se halló gravemente tentado y casi con determinacion de valerse de las licencias de marido, olvidando las promesas que de casto tenia hechas. Pero la poderosa mano de Dios, que permitió este lance para la mejora de aquellas dos almas, tocó vivamente en el corazon del rey, y con el rocío de la gracia apagó las llamas de la concupiscencia. Levantó los ojos al cielo, y dijo: Oh Señor, qué de buena gana resisto á la violencia de mi apetito, y dejo por tu amor el deleite con que brinda á mi pasion natural este delicioso objeto! Yo, Señor, te sacrifico todo el gusto que me era lícito, porque me perdones las obras ilícitas con que te he ofendido. Volvió despues los ojos á su esposa con severidad mesurada, y la dijo: ¡Oh Salomea, si supieses bien el peligro en que has puesto nuestro antiguo propósito; pero yo le revalido y le ratifico, y te dejo porque Dios no me deje; — y volvió las espaldas. Quedó la Santa cubierto el rostro de virginal vergüenza, y con una confusion tan extraña, que si no desahogára el corazon por los ojos en rios de lágrimas, reventára en su pecho. Arrojó de sí las galas, como objeto de contagio é incentivos de lujuria, y quedó para siempre tan temerosa con el escarmiento, que áun en lo más lícito obraba con rezelo. Lo único que pudo culparse á Salomea (si en este lance hubo alguna culpa), fué el de una leve complacencia de hermosura en ocasion que no podia resultar peligro de algun mal ejemplo, pues nada tenia tan prevenido como no ser vista de quien pudiera ser apetecida; y dispuso el Señor las cosas de suerte que inopinadamente quedase con el conocimiento de aquella imperfeccion muy mejorada, y ambos esposos en el propósito de su perpétua cas-

tidad más firmes. Dió la ocasion materia al marido para una accion tan meritoria y heróica como dejar postradas con las fuerzas del amor divino las rebeldías y furiosas ceguedades del apetito y sensualidad. A Salomea la dió luz para que reconociese el riesgo que tiene de herirse en los filos del acero quien incautamente los manosea; y cuánto debe alejarse de los lazos, quien hace digno aprecio de la libertad. En fin, tomó tan á pecho la santa doncella la venganza de este leve desliz, que consumia su delicado cuerpo con rigurosos excesos de penitencia. El rey, que la amaba con castísima ternura, compadecido de sus extremos, la aseguró de sus temores, y valiéndose esta vez del imperio de esposo, la obligó á que se templase en los malos tratamientos con que aventuraba su salud. Obedeció la Santa con humildad, pero quedó para en adelante tan advertida, que de su misma respiracion temblaba como de una tempestad. Pocos años gozó Colomano del reino, envuelto en guerras civiles, porque los mismos rusianos que le eligieron, divididos en parcialidades, se le rebelaron; y segun opinion de algunos, le quitaron la vida con veneno, aunque otros aseguran que murió peleando en la campaña á manos de los tártaros, conducidos por los rebeldes, en el año 1235, tercero de su reinado. Fué varon de virtudes heróicas, pues su maravillosa continencia es argumento firme de un espíritu muy valiente y muy asistido de las fuerzas y poderes de la gracia. Sintió la reina su muerte con demostraciones de mucha ternura, y todas debidas á su amor, pues perdió en su esposo un coadjutor de sus virtudes y un ángel custodio de su virginidad. Le pagó las finezas que le debia, más que en lágrimas ni otros extremos impertinentes de dolor, en oraciones, sacrificios y limosnas, solicitando con las mayores veras y de corazon el descanso de un alma á quien tenia unida la suya con estrechos lazos de purísimo amor. Descendió al estado de vida privada, aunque siempre con autoridad de reina; y viéndose del todo libre de las prisiones de la sangre, batió los vuelos de su espíritu para subir á la eminencia de la perfeccion. Daba contínuas gracias á Dios de haber llegado á puerto seguro de perfecta libertad con bonanza tan favorable, y repetia el voto de su virginal pureza como tesoro reservado para víctima de su amor en medio de los peligros. Quedó viuda jóven, y con la flor de su virginidad intacta, muy hermosa y tan recatada, que no la vieron los ojos de la curiosidad jamás en público, viviendo en estrechísimo retiro. Su palacio era escuela de virtudes, sus empleos la contínua oracion, la leccion de libros sagrados, ejercicios penosos de mortificacion, zelo de la mayor honra y gloria de Dios, demostrado en el culto de los altares y en fundaciones de conventos, caridad con los pobres, siendo asilo y refugio de los miserables, remedio de huérfanas, madre de pupilos, consuelo de tristes y medicina de enfermos. En estas santas y piadosas obras se ocupó algunos

años, hasta que extendida por las provincias de Alemania, Hungría y otras adyacentes la religion de Santa Clara, oyendo la fama de su santidad, y la perfeccion de su apostólico instituto, se aplicó á favorecerle, fundando conventos con real magnificencia. El año del Señor de 1243 sintió en sí impulsos de dejar el mundo y ofrecerse á Dios en entero holocausto, consagrándose á la prision voluntaria de la religion. Esta misma resolucion, despues de algunas conferencias, inclinó á que tomasen algunas de sus doncellas, lo mismo que á otras grandes señoras, y fué dando órden para que á sus expensas se fabricase un convento en Cracovia, cuya fábrica, por ser muy suntuosa, no se pudo acabar con toda perfeccion hasta el año de 54. Pero ya ántes de este tiempo habia la Santa puesto en ejecucion sus fervorosos deseos, como consta de una bula de Inocencio IV, dirigida á la Santa, en que la da facultad para que si su hermano el duque de Cracovia muriese sin sucesion, vengan á su poder para la fábrica de su convento algunas de las villas de su estado, con cuyas rentas se acabe la obra; y que pueda retener dichas villas todo el tiempo de su vida, despues de la cual recaigan en los herederos del estado. Esta bula empieza: *Tuæ devotionis sinceritas, etc.* Antes que la santa Reina se resolviese á dejar el mundo para alejarse de sus vanidades la que en medio de todas conservó enteramente la libertad de su espíritu, se informó muy por menor de las dificultades del nuevo estado religioso, á que se sentia llamada, tanteándolas con prudencia y discrecion para hacer su vocacion más segura. Poco tenia que hacer en esta entrega de sí la que toda su vida estuvo consagrada á Dios; pero como en la mudanza siempre se descubre alguna novedad, debe prevenirse para que no pase á ser tentacion ó liviandad lo que parecia vocacion. Bien enterada de todo, dispuso su corazon con devotos ejercicios y austeridades, tratando con gran cuidado de olvidar los recuerdos del siglo. Midió sus fuerzas con el peso de la obligacion, porque despues no abrumase sus hombros la cruz y carga de que no tuviese experiencia. Se hizo cargo de que entraba á obedecer la que estaba tan hecha á mandar, y se determinó á dar entera posesion de la joya más preciosa que poseia al Señor, á quien elegia por esposo, cual era la propia voluntad. Con esta madurez tomó el hábito de Sta. Clara, é hizo la profesion en manos del arzobispo de Cracovia por órden del Pontífice, con asistencia de los prelados de la Orden y comun edificacion, no solo de aquellos reinos adyacentes, sino de los más de Europa. Los cronistas nos refieren las virtudes que ejercitó esta prodigiosa vírgen en el estado religioso, pasando en silencio todo el tiempo que tuvo el hábito, que fué hasta los años de 1268, en que pasó de esta vida á la eterna. No fué descuido, sino cuidado de evitar la prolijidad; habiendo ántes referido la santidad de su vida en el estado seglar, dando por sentado que la que en las tropelías

de palacio y en las turbulencias del siglo vivió como perfecta religiosa mortificada, piadosa, devota y pura, adelantaria sus fervores en la quietud silenciosa de los claustros. Sin embargo, escriben muy detalladamente las circunstancias de su última enfermedad y dichosa muerte, en que se vieron tales maravillas, que evidencian que su vida, virtudes y obras heróicas fueron admirables. Un sábado, víspera del glorioso S. Martin obispo, estando la Santa oyendo el Evangelio de su misa, la reveló el Señor que el sábado siguiente sería el último dia de su vida. Inflamada con esta noticia en los incendios de santo amor, le dió gracias porque la señalaba término tan breve á su peregrinacion para gozarse eternamente en la patria celestial. Regida con la luz de este aviso, se recogió á su celda y sintióse indispuesta, estado precursor que la certificaba efectivamente su próxima muerte. Llamó al punto á su confesor para que cuidase de su alma y la ayudase para el acierto de jornada tan importante y peligrosa. Dió tambien cuenta á su abadesa y monjas, de cómo Dios la llamaba para sí, porque como la amaban tan de corazon, no las cogiese desprevenidas este golpe, y fuese inconsolable su dolor. Como la enfermedad estaba tan en los principios, que áun no habia síntomas que indicasen peligro, dijo la abadesa: ¡Ay, señora, no piense en eso, que esperamos en Dios, que hemos de gozar muchos años de su amable compañía! Madre, respondió la Santa, es voluntad del Señor que muera, y este sábado inmediato se verá con efecto; y así no hay más sino esforzar la resignacion y ayudarme mucho con sus oraciones. De hora en hora se iba agravando la enfermedad con terribles accidentes y dolores, en donde se hizo prueba de su paciencia invencible. Pidió y recibió los santos Sacramentos con fervorosa devocion y grande abundancia de lágrimas. El viernes llamó á la comunidad, y valiéndose de las noticias habituales que tenia, y lo que era más, de las afluencias de su enamorado espíritu, hizo una maravillosa exhortacion á las virtudes, encomendándolas la paz mútua y total abstraccion de las cosas del siglo, y concluyó encomendando el convento al patrocinio de María Santísima, para que por su intercesion poderosa se conservase aquel vergel de vírgenes para recreacion del cielo, delicias del divino Esposo y ejemplo del mundo. Despues pidió perdon de todas sus faltas, é hizo renuncia y dejacion de todas las cosas en manos de la abadesa, con estas ejemplares palabras: « En el nombre de Dios Todopoderoso, hago entera y total dejacion de todas las cosas que poseo, aunque con bendicion y beneplácito de la suprema cabeza de la Iglesia el Pontífice, mi padre y señor; y pido humildemente que despues de mi fallecimiento se entregue mi cuerpo á los religiosos de nuestro P. S. Francisco, para que de caridad le den honesta sepultura en su convento, si los prelados no determinaren cosa en contrario. Ruego tambien que por mi salud no se hagan ya más oraciones,

porque deseo, ajustándome en todo al beneplácito divino, verme libre del peso de esta carne mortal; y así se lo suplico á mi dulcísimo esposo Jesus y á su purísima Madre mi Señora; porque ya, hermanas mias, mi mucha edad me hace pesada, y para la comunidad de ningun provecho, y sí de mucho gravamen.» Señales maravillosas quiso Dios que precediesen á su tránsito en testimonio de sus virtudes y rara santidad, y declaracion de la extraordinaria gloria con que tenia determinado coronar á su esposa. La noche de su muerte una matrona de famosa virtud, estando en la oracion, vió un entierro, cuya fúnebre pompa debia ser de algun personaje de mucha calidad. Vió además dos columnas de cristal purísimo, fijas en la tierra, cuyos capiteles tocaban en el cielo, y tres varones muy venerables, con blancas y rozagantes ropas, bañados en resplandores, y la decian respondiendo á sus deseos: Esperando estamos á Salomea, que muy en breve conmutará la vida mortal por la eterna. Fr. Rogusao, llamado *el Lobo*, varon de gran virtud y celo apostólico, estando en oracion vió tambien dos columnas hermosísimas, que desde el convento de la Santa subian hasta el cielo, y á Salomea, que por medio de ambas subia acompañada de soberanos espíritus, que con dulcísima armonía cantaban este breve mote: *Fronduit, floruit Virga Aaron.* Vistióse de verdes hojas y floreció la vara de *Aaron.* No puede ser más enfático, ni más propio geroglífico de las virtudes de esta portentosa heroina, que desprendida de las cosas del mundo, se coronó de tanta variedad de flores como lo eran sus virtudes, conservando intactos los verdores de su pureza. Pocas horas ántes de espirar reparó una de las monjas en la extraordinaria alegría y singular resplandor de su rostro, y la dijo: Señora, muy gozosa está vuestra alteza; qué poderosa debe ser la dulzura del bien que goza, pues así olvida la acerbidad de los dolores. La Santa respondió: No te admire mi alegría, porque estoy con mi señora la Reina de los ángeles, madre de mi dulce esposo, y en su presencia no tienen fuerza los dolores, vencidos de la exorbitancia del gozo que causa su divina hermosura. Pidió que no la interrumpiesen su quietud, porque deseaba recogerse para hacer á su Dios la última entrega de su alma. La comunidad, que se hallaba toda presente, se puso en oracion, y vieron que en el último aliento despidió su purísimo espíritu, saliendo de su boca una refulgente estrella, que todas vieron subir al cielo, su propia esfera. La admiracion de verla morir como abrasado fénix en las llamas del amor más puro, tuvo mucho tiempo en suspension el llanto á que despues dieron todas las riendas, con el conocimiento del gran bien que habian perdido en una mujer que habia sido su amorosa madre, perfectísimo dechado de virtudes, idea viva de perfecciones, y consuelo universal de todas. No quiso Dios que aquella alma pura que subia á tomar posesion de su gloria en el cielo, dejase de alegrar la tierra con la influencia

de sus merecimientos, obrando por ellos grandes milagros. Sacando el venerable cadáver de la cama para componerle para el sepulcro, una monja jóven, que hacia algunos años tenia casi perdida la vista por grandes padecimientos en los ojos, pidió la dejasen llegar á tocar el cuerpo de Salomea para consuelo suyo, y llegándose por los pies, se los bañó en lágrimas, y los limpió con su mismo velo, el cual aplicó á sus ojos, y se halló de repente con vista tan perfecta, que en presencia de la comunidad, admirada de esta maravilla, leyó el Salterio con tanta celeridad y expedicion, como si jamás hubiese tenido achaque alguno en los ojos. Aderezado ya el cadáver con el aseo y decencia debida á persona tan soberana, le pusieron en el coro, donde estuvo siete dias contínuos, no solo incorrupto, sino extrañamente hermoso, tratable, y despidiendo de sí una fragancia suavísima, y un licor como bálsamo muy oloroso. Al séptimo dia vertió por boca y narices sangre viva, con que tiñó la almohada y paño en que descansaba la cabeza. Esperó la abadesa á que se restañase el flujo de la sangre, y mandó la mudasen paño y almohada, dando la que estaba teñida y ensangrentada á una mujer seglar, que habia sido criada particular de la Santa, para que la lavase. Tenia esta una hija llamada Stroncha, á quien fió esta diligencia; pero esta, por indiscreta devocion ó por inadvertencia, aquella misma noche se sirvió de la almohada para dormir sobre ella. Estando dormida se la apareció la Santa, y con airado semblante la dijo: «Necia ¿cómo has tenido atrevimiento para poner tu cabeza en mi almohada y determinacion de borrar mi sangre, que ha de estar tenida en mucha estimacion para bien de muchos?» Y dicho esto la quitó la almohada. Despertó la dicha sirvienta llena de pavor y asombro, y fué mucho mayor cuando vió que con efecto la habian quitado la almohada en que tenia reclinada la cabeza. Admirada de este suceso, hizo relacion de todo á su madre; y ambas atemorizadas se fueron al convento con sus alhajas ensangrentadas, las cuales se guardaron con mucha veneracion, y obró el Señor con su contacto ilustres milagros, y muchos otros por su intercesion, que sería prolijo referir. Al octavo dia se hizo el entierro con aquella solemnidad y grandeza que requeria persona de tan alta calidad, y á quien hicieron más ilustre que su real sangre, sus virtudes admirables y en todo heróicas. Por cumplir la última voluntad de la Santa difunta, se depositó su venerable cuerpo en el convento de S. Francisco de Cracovia, donde estuvo algunos años, hasta que el duque su hermano, á instancias de las clamorosas ánsias de las monjas, les restituyó el tesoro que por tantos títulos era suyo. Los milagros que el Señor obró por los merecimientos de esta regia y Santa vírgen, como viene dicho, no tienen número; entre ellos se cuentan algunas resurrecciones; pero el mayor de sus milagros es su santísima vida, en todos estados tan admirable. Las antiguas crónicas no

indican cuándo se hiciesen las primeras diligencias para su canonizacion; pero por los efectos se deja ver cuánta ha sido desde entónces hasta la más reciente época la fama de su santidad, pues hácia mediados, poco ántes ó despues, del siglo XVII, concedió su rezo solemne á toda la religion de S. Francisco el sumo pontífice Clemente X. Debe advertirse que algunos nombran á esta santa Solonica, pero los más estan conformes en llamarla Salomea.—A. L.

SALOMES (Bienaventurada). Se celebra su fiesta en Baviera el dia 29 de Junio. La bienaventurada Salomés Reclusa fué de sangre real y hermana de la reina de Inglaterra. El rey su cuñado la adoptó por hija, y la crió y educó con el regalo y grandeza de tal, pero esta escogida del Señor aborrecia los deleites y grandezas, los regalos y vanidades del mundo, y solo amaba á Jesucristo, y la soledad y el retiro, adonde se apartaba como su mayor recreo con dos criadas nobilísimas; y por último se determinó á huir con ellas, habiendo trocado sus vestidos para no ser conocidas con los de unas monjas, y en seguida se dirigieron á Jerusalen en peregrinacion. Pasado algun tiempo, murieron sus compañeras, y se fueron á disfrutar de Dios. Despues de varios sucesos, dispuso Su Majestad que la trajesen á Alemania, y paró en Ratisbona. Allí, observando su hermosura y la belleza y buena disposicion de su cuerpo, sus ejemplares costumbres y régia honestidad, la solicitó un príncipe con amor ilícito, y la virtuosa doncella huyendo se retiró á un bosque, donde llorando amargamente, suplicaba á Dios la desposeyese de su peligrosa hermosura. El Señor se lo concedió, privándola de la luz en ambos ojos, y en aquel estado de ceguera, no viendo el camino ni por donde se dirigia, cayó en el caudaloso Danubio, de donde dos pescadores la sacaron y pusieron en su barquillo, y como iba toda empapada en agua la aproximaron á la lumbre para que se secase, pero de pronto se llenó de lepra, consiguiendo sus deseos para volver á su esposo, cuanto más fea en el cuerpo, más segura y más hermosa en el alma. Lleváronla á Passavio, donde vivió algun tiempo pidiendo limosna; pero despues felizmente encontró una señora que la hospedó en su casa, y cuidaba de su asistencia y regalo; pero Salomés fué para sí rigidísima, levantándose de noche y buscando los templos para hacer oracion, sin reparar en los rigores del invierno, pues no le impedian las alternativas de frio y calor entregarse á una ardiente oracion, no influyendo nada en su devocion y amor divino. Finalmente, habiéndose encerrado en una celda junto al monasterio Alfaichense, profesó la regla del gran P. S. Benito, siendo reclusa, en la forma que se usaba en aquellos tiempos, haciendo vida celestial. Allí por la intercesion de la Madre de Dios, mereció alcanzar que en todas las fiestas de esta soberana Señora abriese los ojos y viese claramente la

luz, hasta que Dios la sacó de las tinieblas de este mundo para la luz eterna. Su sagrado cuerpo fué primero sepultado en su celdilla; despues viéndose en ella luces milagrosas repetidas veces, fué trasladado y puesto en más decente lugar en la misma iglesia de su convento Alfaichense.—A. L.

SALOMI, padre de Alim, de la tribu de Aser. Este Alim fué uno de los elegidos para hacer el reparto de la tierra de promision. Núm. XXXIV, 27.—S. B.

SALOMI, padre de Zambri, que fué muerto por Fineas en la abominacion de Phogor. El primer libro de los Macabeos le llama Solomí ó Salom, y los Números Sallu ó Salu. (Num. XXV, 14.)—S. B.

SALOMITH, ó más bien Salumith, hija de David, de la tribu de Dan y madre de aquel impío, que habiendo blasfemado del nombre del Señor en el campamento, se le condenó á ser apedreado. La Sagrada Escritura dice que Salumith habia tenido el blasfemo de que acabamos de hablar de un varon egipcio, lo que se sobreentiende naturalmente de un egipcio con quien se habia casado; pero los rabinos lo explican de otra manera. Dicen que Salumith era una mujer muy hermosa y muy virtuosa, la que solicitada muchos años al crimen por el egipcio que tenia la superintendencia de los trabajos de los hebreos, sin haber querido acceder á sus deseos, este egipcio se introdujo durante la noche en el lecho de Salumith en ausencia de su marido, y abusó así de su sencillez. Cuando á la mañana siguiente reconoció esta mujer el ultraje y el engaño de que habia sido víctima, se quejó amargamente de este empleado á su marido en cuanto regresó. Este quiso repudiarla y separarse desde luego, pero la concedió algunos meses todavia para ver si estaba en cinta del oficial egipcio. Habiéndose manifestado su situacion pocos meses despues, la despidió é insultó de palabra al oficial egipcio que le habia hecho aquel ultraje. Pero el egipcio le maltrató de obra y palabra, y habiéndose encontrado allí Moisés por casualidad y sabido la injuria que el egipcio habia hecho al israelita, tomó la defensa de este último, mató al otro, y le ocultó en la arena. Viendo los hermanos de Salumith que su hermana habia sido arrojada como una adúltera de casa de su marido, quisieron saber el motivo y obligar al marido á volverla á admitir en su casa. Este se negó, y habiendo tomado incremento la cuestion, llegaron á las manos. Moisés se halló presente esta vez tambien, y quiso ponerlos de acuerdo; pero el israelita marido de Salumith, le dijo porqué se mezclaba en este asunto, y si queria matarle como lo habia hecho el dia anterior con el egipcio. Moisés al oir esto, tuvo miedo y huyó de Egipto al pais de Madian. El blasfemo que fué apedreado en el desierto era, dicen los judios, el hijo de Salumith y del egipcio. El prefecto que tenia la inspeccion de los trabajos de los hebreos, es el de que habla

Moisés, *Exod.* II, 11 y 12, y el esposo de Salumith se halla citado en el mismo lugar, *Exod.* II, 13, 14. Así es como los judíos desfiguran algunas veces la Escritura Sagrada, queriendo ilustrar su narracion y embellecer sus historias.—S. B.

SALOMITH, hija de Zorobabel, príncipe de Judá. I. Par. III, 19.—S. B.

SALOMITH, hijo de Semei, levita, de la familia de Gerson, hijo de Moisés. I Par. XXIII. 9.—S. B.

SALOMITH, hijo de Isacar, levita, de la familia de Gerson, hijo de Moisés. I Par., XXIII, 18.—S. B.

SALOMITH, hija de Roboam, rey de Judá, y de Maacha, hija de Absalon. II Par. XI, 20.—S. B.

SALOMON, rey de Israel. Nació el año 1002 del mundo y 103 ántes de Jesucristo. Fué hijo del rey profeta David y de Betsabé, mujer de Urías. Además del nombre de Salomon, que significa pacífico, tuvo el de *Judiach*, que quiere decir *amable al Señor* y él mismo tomó el de *Cohelect*, es decir, *eclesiástico* ó predicador. Ordenó David en Sadoc al profeta Nathan y á Banaias, hijo de Joiada, condujesen á Salomon á Gihon y que le consagrasen rey de Judá y de Israel; órden que fué inmediatamente ejecutada. Hizo David sentar á Salomon sobre el trono, y le entregó inmediatamente el gobierno del estado. Adonías, que se habia hecho declarar rey por el gran sacerdote Abiathar y por Joab, general de las tropas de David, al saber esta noticia se sorprendió, y temiendo la cólera de Salomon fué á refugiarse á un lado del altar, de donde no se apartó hasta que obtuvo la seguridad de que Salomon no le mandaria matar. No disfrutó mucho tiempo de esta gracia, porque habiendo pedido á Abisag de Sunam en matrimonio, se irritó tanto por ello Salomon que mandó á Banaias le hiciese matar. Quitó Salomon la soberanía de sacrificador á Abiathar, y se la dió á Anathor, mandando á Bánaias fuese á matar á Joab, que se habia refugiado en el tabernáculo del Señor. Concedió el cargo de general del ejército á Banaias, el de gran sacerdote á Sadoc, y mandó quitar la vida á Semei. Luego que Salomon se afirmó en su reino, mandó matar á todos los enemigos de su padre, y se alió con el rey de Egipto con cuya hija se casó. Apareciósele poco tiempo despues en sueños el Señor, y le manifestó que le pidiera cuanto desease, pues que se lo concederia. Considerando este rey con humildad que era soberano de un gran pueblo, y que esta alta dignidad debia conservarse con gran prudencia, y que cuanto más elevada fuese, tanto más le empeñaria en grandes cosas, creyó que lo que más necesitaba era la sabiduría para gobernar bien sus estados. Agradando á Dios la peticion del jóven príncipe, le concedió más sabiduría que á cuantos hombres le precedieron y debian seguirle, y además le hizo

SALOMON.

el más rico y magnífico de todos los reyes. Los Proverbios, el Ecclesiastés y el Cántico de los Cánticos, que nos han quedado de Salomon y que se cuentan entre los libros sagrados, son una irrefragable prueba de sus vastos conocimientos en la moral, en la política y en la economía. La Escritura enseña que compuso cinco mil parábolas, mil quinientos cánticos, ó cinco mil segun Josefo, y que habia compuesto tratados sobre todas las plantas desde el cedro del Líbano hasta el hisopo, y sobre todos los animales de la tierra, los pájaros, los reptiles y los peces. Hizo alianza con Hiram, rey de Tiro, al que mandó embajadores para rogar le permitiese cortar cedros, abetos y pinos en sus estados para edificar un templo al Señor. Empleó más de doscientos cincuenta mil hombres en la construccion del templo, cuyas dimensiones y cuanto á él concierne relatan los libros santos. Despues mandó construir un magnífico palacio para él y sus mujeres, en cuyos edificios se emplearon veinte años. Obligó á los amorreos, á los heteos, fereceos, hebeos y jebuseos á que le pagasen tributo. Equipó una flota en Asiongabert, y la envió á Ophir, de donde sacó gran cantidad de oro. Se le atribuye el libro de la Sabiduría y el del Ecclesiastés, pero dicen otros que pertenecen á otros autores. El juicio que dió para descubrir cuál era la verdadera madre de un niño que dos madres disputaban como suyo á un mismo tiempo, dió á conocer su extraordinaria sabiduría en una corta edad. La reina de Sabá quiso conocer por sí misma la sabiduría del rey Salomon y las maravillas de su reinado que coronó con la construccion del templo del Señor, que decoró con increible riqueza. Empero la sabiduría de que estaba poseido no le impidió caer en faltas en que parece increible cayese un hombre por poco sentido comun que tuviese; pues que despues de haber dado pruebas de una singular piedad y despues de haberse acreditado en los negocios del reino con una prudencia extraordinaria; de haber hecho gozar á su pueblo de una profunda paz, obligado á todos los pueblos infieles que habian quedado entre los israelitas desde su entrada en la Palestina á pagarle grandes tributos, y extendido hasta el Eúfrates las fronteras de su estado, despues de todo esto, repetimos, se abandonó á crímenes infames y vergonzosos. Del amor de la sabiduría pasó al de las mujeres, y del de estas á la idolatría. Llegó á tener setecientas mujeres, que llevaron todas el título de reinas, y trescientas concubinas, aunque la ley de Dios, que permitia entónces la pluralidad de mujeres, prohibia multiplicarlas en tan gran número, y sobre todo de ligarse con los extranjeros. Su amor y complacencia con las mujeres que habia tomado en Egipto, en el país de los Moabitas y en el de los Ammonitas, le llevó hasta el punto de levantar templos á Astartes, diosa de los sidonios, á Moloch, ídolo de los ammonitas, á Chamos, que lo era de los moabitas, y á cometer otra porcion de abominaciones semejantes.

Hízole anunciar Dios entónces que iba á dividir su reino y que daria diez tribus á Jeroboam. El fin de Salomon no correspondió á sus principios, y el más sabio de todos los hombres acabó su vida en un estado que da justo motivo para que pueda dudarse de su salvacion, si bien creen muchos Santos Padres que ántes de su muerte hizo penitencia por sus pecados, cuyo fruto fué el libro del Ecclesiastés. Murió este príncipe el año 3060 del mundo y 944 años ántes de Jesucristo á la edad de cincuenta y ocho años despues de cuarenta de reinado. Dice Moreri, en el artículo que consagra en su gran *Diccionario Histórico* á este soberano, que se acusó á Salomon de mago, á cuya creencia dió lugar el haber dicho Josefo que escribió un libro para lanzar del cuerpo á los demonios. Se le tiene por autor de varias obras publicadas con su nombre; pero al ver solo sus títulos puede conocerse que se le han atribuido falsamente. Genebrardo hace mencion de tres; Pineda de cuatro ó cinco, y hay autores que le conceden aún más. Alberto el Grande cita las cinco siguientes en su *Espejo de Astrología*:—*Liber Almada*;—*Liber novem Annulorum*;—*Liber de novem Candariis*;—*De Tribus figuris Spirituum*;—*De Sigilli ad dœmoniacas*. Tritemio hace mencion de las cuatro siguientes: *Clavicula Salomonis ad filium Roboam*;—*Liber Lamene*.—*Liber Pentaculorum*;—*De Officiis Spirituum*. Otros añaden los libros: *Raziel*;—*De umbris idearum*;—*Testamentum Salomonis*;—*De Necromantia ad filium Roboam*; El P. Gretser asegura haber visto este último escrito en griego en la Biblioteca del duque de Baviera. En el fondo, dice Moreri, todas estas obras son puras suposiciones y podemos seguramente concluir, que si Salomon ha escrito el libro de que habla Josefo, fué sin duda despues de su idolatría, cuando el amor á las mujeres le arrojó á los desórdenes que le condujo al culto de los ídolos. De este modo dice la Escritura que el rey Manasés consultaba á los adivinos y que estableció los augures. Añade Josefo que los judíos, despues de la muerte de Salomon, se valian de su secreto para lanzar á los demonios; hé aquí lo que dice: «Entre los libros de Salomon habia uno que tenia la virtud de lanzar los demonios que venian á los cuerpos, sin que se atreviesen despues á volver á ellos. Este método está aún en uso entre nuestros compatriotas. He visto un judío llamado Eleazar, que en presencia del emperador Vespasiano, sus hijos y de muchos capitanes y soldados, libró á muchos poseidos. Sujetaba un anillo á la nariz del poseido, en el que estaba engastada una raíz de que hacia mucho uso Salomon á este fin, y en cuanto la sentia el demonio, derribaba al enfermo revolcándole por el suelo y le abandonaba. Recitaba en seguida las mismas palabras que habia dejado escritas Salomon, y haciendo mencion de este príncipe, prohibia al demonio volver á ocupar aquel cuerpo. Y á fin de hacer ver mejor el efecto de sus conjuraciones, llenó un cántaro de agua y mandó al demonio la vertiese, para dar á conocer por medio de esta

señal que habia abandonado al poseido, y el demonio odedeció. Tal vez que los más sensatos, áun entónces, mirarian este fingido prodigio como una superchería, así como nosotros tenemos su relato como un cuento fantástico. Pueden consultar los curiosos sobre Salomon los libros de los Reyes y de los Paralipómenos, á Josefo en sus *Antigüedades Judáicas*, á Bellarmino en sus *Escritores eclesiásticos*; á S. Gerónimo en sus *Comentarios*; Usserius en sus *Anales*; á Nandé en su *Apología de los grandes hombres acusados de magia*; á Rainaud en su *Tratado de Calumnia*; á Pineda *de Rebus, Salomon*; á Torniel, Liranus, el Abulense, Delrio en sus *Comentarios*, y á Salian y Sponde en sus *Anales del Antiguo Testamento*.—C.

SALOMON (S.), obispo y confesor. Puede considerarse á este santo prelado como uno de los apóstoles que esparcieron por Europa la luz del Evangelio. Sábese que fué el primer obispo de la ciudad de Génova en los siglos I ó II en que floreció, cuya diócesis ilustró en la fe de Jesucristo con sus contínuos trabajos apostólicos. Su virtud fué ejemplar y quedó proverbial en el país, así como fué ardiente su caridad para con los pobres, á los que daba cuanto poseia, siendo lamentable que no se hayan conservado más detalles de su vida. La Iglesia católica le recuerda el dia 28 de Setiembre todos los años, y la ciudad de Génova le cuenta entre sus gloriosos patronos, y entre los que abogan ante el trono de Dios para que proteja el país, al que enseñó con su ejemplo y doctrina la ciencia del verdadero bien.—B. S. C.

SALOMON (S.). Se celebra su fiesta en Bretaña la Menor el dia 5 de Noviembre. Este glorioso y santo mártir fué rey y monje. Era el tercero de este nombre, y el vigésimo tercero y penúltimo rey, quien habiéndose convencido de que no se podia resistir contra los enemigos del nombre cristiano, se acogió al puerto de la religion, tomando el hábito del gran P. S. Benito en el monasterio de S. Maino, pero la saña y el encono de sus enemigos no le perdia de vista; así es que le cercaron en el mismo monasterio, donde le prendieron, y con la más inaudita ferocidad le quitaron la vida, sacándole primero los ojos y serrándole despues la cabeza, y lo mismo aconteció á su hijo Albigeon, á quien ántes de retirarse á la vida monástica, habia dejado el reino y las riendas del gobierno. Este santo fué dichoso en recibir duplicada la corona de monje y de mártir, que le fué concedida en la gloria en el año de 874.—A. L.

SALOMON (S.). Natural de Portugal fué este bienaventurado presbítero. Debia vivir en España desde su infancia, y tener estrecha amistad con S. Rodrigo, español, natural de Cabra, en Andalucía, puesto que vivian juntos en Córdoba. Como se portasen como celosos cristianos y desertasen de Mahomat y de su falsa religion, fueron presos por los musulmanes, que tenian á la sazon su corte en Córdoba, el año 857. Empeñáronse los árabes en que

renegasen de su fe, pero firmes ambos en su creencia y alegres de que se les persiguiese por ella, redoblaron su fe con la amenaza, y se santificaron con el martirio. El dia 13 de Marzo del expresado año fueron degollados estos dichosos hijos de Iberia, que abogan por ella en el cielo, adonde volaron sus felices almas. Despues de muertos, sus verdugos ataron á sus cuerpos unas enormes piedras, y de este modo los arrojaron al rio Betis, pero despues de algunos dias salieron milagrosamente á la orilla, y recogiéndolos los cristianos les sepultaroa decorosamente hasta que se levantó el templo en que reposan, y adonde se dirigen los fieles á pedir gracias y remedios al Dios verdadero por intercesion de sus gloriosos compatriotas. — C.

SALOMON (Bto.), religioso en el monasterio Hemenradense, que habiendo profesado la penitente regla de S. Benito en un monasterio de la misma Orden, y habiendo llegado á ser su abad por su comportamiento y vida ejemplar, vencido despues por las sugestiones y tentaciones del comun enemigo, faltó miserablemente á las obligaciones de su profesion y estado, desamparando una y otra vez el monasterio por seguir sus indómitos apetitos, pero mirándole Dios con ojos de piedad, cual á otro Pedro, llegó á reconocerse y á detestar su estragada vida, y lleno de remordimientos y sumido en el mayor llanto y dolor por sus desaciertos y por haberse separado de la verdadera via de salvacion, se retiró al dicho monasterio de la congregacion Cisterciense, donde vivió con tanto rigor de vida y tal dolor y arrepentimiento de sus pasadas culpas, que mereció que Dios misericordioso se las perdonase, consiguiendo al mismo tiempo aventajados grados de gloria, siendo testigos de ella los admirables resplandores, con que un santo monje de su monasterio vió subir su dichosa alma al cielo. — A. L.

SALOMON, obispo de Astorga. Escasísimas son las noticias que han podido adquirirse de este prelado y se tienen, por lo poco que de sí mismo dejára escrito. Fué monje en el monasterio de Compludo, y discípulo del famoso D. Fortis, tambien obispo de Astorga. Vivió por los tiempos del rey D. Ramiro, y al ocurrir la muerte de su santo maestro, fué sacado del dicho monasterio para ocupar su sitio, segun él mismo lo declara en la relacion que hace de la fundacion del convento que edificó, y donde se halla sepultado el cuerpo de S. Genadio. En su tiempo, corriendo el año 946, y hallándose en Astorga el rey D. Ramiro, se mandó por consejo suyo reunir un concilio, al que acudieron todos los abades y obispos de la comarca, cuyo concilio principió el dia 1.° de Setiembre de dicho año, consagrado al santo abad Gil. En el mencionado concilio suplicó el obispo al monarca que confirmase las gracias y franquicias que el rey Chindasvinto concediera á San Fructuoso para el convento de Compludo, cuya peticion le fué otorgada. En tiempo de dicho obispo vivió en los desiertos del Vierzo el bienaven-

turado Franquila, abad que fué de los conventos de S. Estéban y de Celanova, en Galicia. En 952 se restauró á instancias del mencionado obispo el convento de S. Martin de Castaneda, antiguamente del órden de S. Benito, y despues del de S. Bernardo, uno de los primeros en el obispado de Astorga, y del que fueron abades varios santos que le ilustraron con su arreglada vida y buenas costumbres. Temeroso el obispo Salomon de continuar ocupando el elevado sitio cuya responsabilidad ha aterrado en todo tiempo á los más santos y justificados varones, y aleccionado con el ejemplo de su virtuoso maestro S. Fortis, renunció voluntariamente la dignidad episcopal, retirándose á su antiguo convento, en donde murió por los años de 959. La iglesia de Astorga y las historias benedictinas le conceden el título de santo.—M. B.

SALOMON. Así se llamó un obispo de Bassora del siglo III, escritor muy distinguido entre los sirios. Nació en Armenia en la ciudad de Kelath, situada al Noroeste del lago de Van. En el año 1222 asistió á la ordenacion del patriarca caldeo Sabarjesu IV. Compuso un tratado sobre la figura del cielo y de la tierra, y diversas oraciones; pero estas obras no han llegado hasta nosotros. De la que hiciera su reputacion entre los sirios se encuentran dos ejemplares en la biblioteca del Vaticano en Roma. Este libro llamado la *Abeja*, y en siriaco *Debonrito*, es una coleccion de variedades que emprendió Salomon á ruegos de su amigo Narses, obispo de Djondischapour ó Konischabour en el canton de Vazikh. Se divide en dos partes: la primera contiene trescientos y dos capítulos, y la segunda veintiocho. En el prefacio se ve que el autor era ya viejo cuando emprendió esta obra. Trata en la primera parte de la naturaleza de Dios, de la creacion del mundo, de los elementos, del cielo, de los ángeles, de la luz, de las tinieblas, de los animales, del hombre, y de la mayor parte de los objetos de que se hace mencion en el Antiguo Testamento. La segunda parte se refiere al Nuevo Testamento, y en ella habla de la genealogía de Jesucristo, de su nacimiento, y de una profecía de Zoroastro relativa á Jesucristo. Llama á este legislador persa Zaradouscht y le concede tres discípulos; el rey Gousnasaf, sin duda Gouschtasp, Lasan y Mahaimat. En uno de los capítulos da razon de la estrella que apareció en la época del nacimiento de Jesus, y otro sobre la venida de los Magos, cuyo número eleva á doce, los que dice fueron todos persas y cuyos nombres dice, los que cree todos apócrifos el biógrafo Saint-Martin. Despues habla de los apóstoles y de los demás discípulos de Jesucristo, del fin del mundo, de los pueblos de Gog y de Magog, y de los patriarcas de Oriente, cuya lista pone de manifiesto. Este libro está lleno de anécdotas y de detalles que le dan cierta importancia, en las que puede venirse en conocimiento de las opiniones que tenian los sirios de su época sobre una multitud de objetos.—C.

SALOMON, obispo de Constanza. Floreció este prelado en el siglo X de nuestra era, y nació de una familia rica é ilustre por su nobleza. Luego que se le consagró al estado eclesiástico, se le destinó á ser clérigo de palacio, y á fin de que se pusiese en estado de poder llenar sus deberes, le mandaron sus padres á la escuela de S. Gal. Tuvo allí por maestro á Ison, y por condiscípulos á Titulon, Notker *el Tartamudo*, y Ratpert. Se hizo muy hábil en las ciencias sagradas y profanas, y adquirió el talento de escribir en verso y en prosa. Al salir de las escuelas frecuentó la corte y logró ser nombrado capellan de Luis *el Germánico*, hermano de Cárlos *el Gordo*, y segun otros, de Luis, hijo del emperador Arnoul. La reputacion que adquirió entre los grandes de la corte le procuraron varios beneficios, entre ellos las abadías de Elwanger y de Kempten. El año 890 obtuvo la abadía de S. Gal, de la que se despojó al abad Bernhard, y á fin de que no pareciese mal á los que le viesen tomar el mando de esta abadía en hábitos seglares, se hizo monje y vistió el hábito monástico. Casi al propio tiempo fué ordenado obispo de Constanza, despues de la muerte de Salomon II de este nombre. Gobernó su diócesis como buen pastor, é hizo mucho bien á su abadía de S. Gal. Obligándole los asuntos de su iglesia á ir á Roma, fué recibido en esta capital perfectamente por el Papa. Murió la víspera de la Epifanía el dia 5 de Enero del año 920. Este prelado amó mucho las letras y favoreció frecuentemente á los que las cultivaban, y tuvo gran talento para predicar. Consérvase de Salomon una pequeña coleccion de poesías, que publicó primero Canisius en el tomo primero de sus *Antiquæ lectiones*, que se imprimió despues en la *Biblioteca de los Santos Padres*. Consiste esta coleccion en un poema dedicado á Dadon, obispo de Verdum, otro de versos elegíacos, una octava y un dístico, todo dirigido al propio prelado. El segundo poema es una especie de elegía de Salomon sobre la muerte de su hermano. Dice Tritemio que el mismo prelado habia escrito un tratado sobre las siete artes liberales, una coleccion de cartas, sermones y otros escritos. Concédele tambien un vocabulario ó diccionario compuesto por Salomon en su juventud; pero la mayor parte de los sabios han atribuido esta obra á Ison, maestro de Salomon, así como su obra sobre el poeta Prudencio, que se tiene aún con más razon por obra de aquel sabio maestro. Salomon tuvo parte en un gran número de decretos que se dieron en 895 en el concilio de Tenver, cerca de Mayenna, en el que segun Rivet en el tomo VI de su *Historia literaria de Francia*, se encontró personalmente este celoso y entendido prelado.—C.

SALOMON, abad de Marsella, es conocido por su íntima amistad con Victor, orador y poeta cristiano del siglo V de nuestra era, autor á quien no se ha conocido durante mucho tiempo sino bajo un nombre extraño. Los impresos de Gennadio le llaman Victorino, á quien se ha seguido hasta

una época muy moderna, el antiguo manuscrito de Corbie que contiene el catálogo de los escritores de Gennadio, le da el nombre de Victorio. Pero hoy se sabe positivamente que su verdadero nombre es Claudio Mario Víctor. Así es como se halla nombrado al frente de las diversas ediciones de sus poesías, sin duda en conformidad con los manuscritos; y por no haberle conocido con este nombre ha sostenido Auberto Le Mire que no habia conocido ninguna de sus obras. Victor era de Provenza ó de Marsella, segun parece por sus hábitos. Enseñaba retórica en aquella ciudad á mediados del siglo V. La escuela de Marsella debia ser muy notable á la sazon, pues se sostiene que Corvino, el célebre orador del imperio, que era de Provenza, enseñaba en ella tambien la retórica al mismo tiempo que Victor durante el imperio de Teodosio *el Jóven* y de Valentiniano III, y no de Valeriano como se lee en algunos autores: habia una íntima amistad entre Victor y el abad Salomon, que pudo haber sucedido á Casiano en el monasterio de Marsella, ó que quizá se habia retirado á algun otro lugar. Victor era seglar, pero un seglar de piedad tierna y sólida. Habiendo sido casado, tenia por lo ménos un hijo llamado Euterio. Viviendo en un siglo corrompido, se lamentaba amargamente de los desórdenes de que era testigo, sin tomar en ellos parte alguna, y tenia sin cesar la eternidad en el corazon. Pero muy léjos de que la regularidad de su vida le inspirára orgullo ó presuncion, reconocia con humildad que no pertenecia á ese pequeño número de fieles adoradores en espíritu y en verdad, que Dios conservaba entre los seglares de la misma manera que entre los eclesiásticos y entre los monjes. Dice que no se hallaba versado en las ciencias eclesiásticas, siendo su principal ocupacion estudiar las letras humanas, que no le dejaban tiempo para dedicarse á extrañas materias. Se deduce sin embargo de sus poesías que hizo un estudio particular de la Escritura Sagrada, siendo quizá con el objeto de consagrarse á ella con más atencion por lo que se retiró al campo, donde parece que vivió hasta el fin de su vida. Murió, segun Gennadio, en tiempo de los emperadores Teodosio *el Jóven* y Valentiniano III, lo que fué en el espacio desde el año 429, en que comenzó á reinar este último, hasta el año 450 en que murió Teodosio. Así podemos fijar la muerte de Victor hácia el año 445. Hásele confundido con frecuencia con el célebre Victorino de Africa, aunque hay casi un siglo de diferencia entre ambos. Lo que indujo á este error fué la semejanza que hay entre sus nombres, su profesion y algunos otros rasgos que son los mismos en la historia de estos dos retóricos. Pues S. Gerónimo nos refiere que el de Africa se llamaba Cayo Mario Victorino, que enseñaba retórica en Roma, y que su cargo de retórico no le permitió tomar los suficientes conocimientos de la Sagrada Escritura, lo que conviene como se ve á Claudio Mario Victor. Cave le confunde tambien con el poeta

Victorio, de quien habla S. Sidonio, pero de la historia de este Victorio se deduce que no hay ningun fundamento para apoyar esta conjetura. Gennadio nos refiere que Victor habia compuesto un comentario sobre el Génesis desde el principio hasta la muerte de Abraham, dividido en tres libros. Tenemos todavía esta obra, que es un poema en versos exámetros, dividido en tres libros, como lo manifiesta Gennadio. Victor explica en él la historia del Génesis hasta el incendio de las ciudades de Sodoma y Gomorra inclusive. Le emprendió para enseñanza de su hijo, á quien le dedica. Le puso un prefacio en versos exámetros, en que da una idea tan grande de Dios como el hombre es capaz de formársela. Dice que es un crímen no conocer á este ser soberano de todas las cosas, pero que el espíritu del hombre es demasiado débil y demasiado limitado para comprenderle. Explica muy bien el pecado original y marca el remedio de una manera conveniente, diciendo que es una cosa demasiado grande haber encontrado el remedio de vencer la muerte. Gennadio ha observado que este poema se halla escrito de una manera muy cristiana y con mucha piedad, pero que la obra es débil en sí misma y los pensamientos de poco peso; porque habiendo sido la literatura profana el principal estudio del autor, no se hallaba instruido en la inteligencia de las Sagradas Escrituras. Pocas son, sin embargo, las personas ilustradas que habiendo leido con detenimiento el poema, quieran suscribir á este juicio en lo que se refiere á la pretendida debilidad que se encuentra en este escritor. Pues segun la observacion de los críticos modernos, aunque esta obra sea muy ruda y los versos muy duros, el sentido sin embargo es muy noble y la historia se halla muy bien explicada. Hay motivos para creer que la obra de Victor era muy rara á últimos del siglo V, puesto que S. Avito, obispo de Viena, se propuso entónces tratar el mismo asunto en cinco libros en verso, que existen en la actualidad. Al fin del poema de Victor se encuentra una carta del mismo autor, tambien en versos exámetros, dirigida al abad Salomon. Fué escrita en el campo y enviada á la ciudad de Marsella; es un lamento ó una censura de las costumbres del siglo V. Como Salviano ha escrito sobre el mismo asunto, sin duda por esta razon algunos eruditos le han querido atribuir las poesías de Victor. Nuestro poeta se queja amargamente en esta carta de que ni las asolaciones de los alanos, vándalos y sármatas y otros bárbaros, ni el hambre, ni otras calamidades públicas, habian servido de nada para hacer mejores á las personas de su siglo, siendo siempre lo mismo que habian sido anteriormente. Declama en particular con mucha vehemencia contra los vicios del bello sexo, su lujo, su afectacion en adornarse pomposamente; contra los afeites, el bermellon y otros colores que empleaban las mujeres para deshonrarse creyendo hacerse agradables. Pero Victor hace la observacion de que si las mujeres son culpables en esto, no lo son ménos los hombres

en consentírselo en vez de impedírselo, á lo que se hallaban obligados. Concluye exponiendo un motivo de consuelo en su justo dolor, que á pesar de la corrupcion casi general de su siglo, se veian aún en el clero y en las órdenes monásticas personas de grande virtud y de una piedad ejemplar, y que tambien se encontraban entre los seglares. Las poesías de Claudio Mario Victor se publicaron por primera vez bajo la direccion de Juan de Gaigny, que las dió á luz con las de S. Avito de Viena, pero haciendo diferentes cambios. Esta edicion fué hecha en Lion por Vicente Portonasie en 1536 en un volúmen en 8.° Fueron reimpresas en 1545 en París por Pedro Drouart, que las dejó muchas faltas. Guillermo Moret dió una nueva edicion de la obra de Victor, que se imprimió en 1560 en un volúmen en 8.° con el poema sobre el Génesis, atribuido á S. Hilario de Poitiers, y otras varias poesías cristianas. Morel procuró corregir los cambios hechos por Juan de Gaigny; pero su edicion se encuentra todavía llena de faltas, y se omitió la carta en verso al abad Salomon, objeto de este artículo. El poema de Victor sobre el Génesis se intitula en esta edicion: *De la verdad*. Lleva el mismo título en el coro de los poetas en que se ha insertado tambien sin la carta al abad Salomon. Weitzeus habia prometido una nueva edicion de ella, y se habia dirigido á Saumaise para obtener algunos manuscritos á fin de cumplir su promesa. Pero sus trabajos fueron inútiles, pues su proyectada edicion no llegó á ver la luz pública. Por último, las poesías de Victor se hallan en la edicion de Jorge Falinio, y en las diferentes bibliotecas de los Santos Padres, comenzando por la de París de 1595. En esta forman parte del tomo VII, páginas 342-372.—S. B.

SALOMON, patriarca de Oriente, hijo de Zarkmn, fué elegido entre los legos, segun Atanasio, para ser elevado á la dignidad patriarcal en 858 ú 859. Eutiquio le concede cinco años de gobierno, así es que murió en 862 ú 863. Sucedióle Teodosio.—S. B.

SALOMON DE COLONIA (Bto.), confesor. Los grandes talentos con que le dotó el cielo, dice Ramirez Luque en sus *Santos del Clero*, procuró aprovecharlos en edificar con el mayor esmero en su interior un templo vivo á la divina sabiduría. Puso á esta obra los más firmes cimientos en la práctica de las virtudes, especialmente de una profunda humildad. Siendo clérigo y predicador célebre y favorecido de Dios con abundancia de gracias sobrenaturales, ilustró con su doctrina y milagros toda la Alemania. Al fin de su avanzada edad abrazó el instituto dominicano, y murió á poco tiempo, lleno de méritos y virtudes, hácia 1290.—S. B.

SALOMON (Elías), clérigo de S. Asties, en la diócesis de Perigueux, dedicó al papa Gregorio X en 1274 un tratado sobre la música: *Scientia artis musicæ*, publicado en 1784 por el P. Martin Gerbert, por una copia manus-

crita de la biblioteca Ambrosiana de Milan. El autor del tratado en algunas notas que acompañan una de las miniaturas adjuntas á su libro, y en que se representa él mismo á los piés de San Gregorio el Grande, explica cuál era su intencion al ofrecer su obra al Papa, que fué á presidir entónces el concilio general de Lyon, con estas palabras: «Santísimo P. Gregorio XI, Elías, hijo de Salomon, clérigo de San Asties, en la diócesis de Perigueux, suplica á vuestra Santidad se digne confiar á algunos clérigos discretos el exámen y la correccion de la presente doctrina del arte musical, á fin de que si encuentran algo bueno, os la recomienden y hagan recibir al autor como canónigo y hermano en la iglesia del referido lugar, donde ha servido con fidelidad y devocion, y donde existe su hijo.» Hé aquí todo lo que sabemos de la persona de este autor, que Juan de Murs, en el siglo siguiente, nombra con otros músicos, á quienes cuenta ya entre los antiguos maestros: *Quidam antiqui, et maxime horum, Odo, Guido, Salomon, Hermannus.* Este órden no es regularmente cronológico: si Guido y Odon, abad de Cluni, que es del siglo X, y el célebre Guido de Arezzo, que es del siglo XI, son nombrados con justo título antes de Salomon, Hermann Contraet, muerto en 1054, hubiera debido precederles. El tratado de Salomon comienza con un prólogo, y el prólogo, segun costumbre, por *Quoniam, quoniam, veritas et claritas, scientiæ artis musicæ*, etc. Nada más oscuro ni peor escrito que este prefacio: encuéntranse, sin embargo, en él algunas ocurrencias muy originales contra la decadencia del arte, por lo que traduciremos algunos de sus pasajes: «El arte está hoy casi ignorado por los rectores de las iglesias, excepto por un pequeño número de los de Francia, y un número mucho más pequeño todavía de los de Inglaterra. Es un absurdo que no quieran ser discípulos, y que se erijan, sin embargo, en escribas y fariseos, y pretendan ser los maestros de los que saben más que ellos, miéntras no merecen desatar las cintas de sus zapatos... Un abuso más execrable todavía es que se burlen del canto llano, tan bien ordenado por los ángeles, los santos profetas, el bienaventurado Gregorio... Así cantan con todas sus fuerzas *miau, miau*, para llamar la atencion de los transeuntes; quizá por una combinacion perjudicial es este para ellos un medio de atraer un número mayor de ofrendas, que emplean en usos ilícitos ó que acumulan en sus bolsas.» Tal vez pudieran explicarse estas invectivas, injustas quizá y de seguro poco cristianas, por el rencor de un hombre que no habia conseguido llegar á ser chantre de una de las iglesias de su país. Los mejores críticos no han creido que este largo tratado de canto eclesiástico justificára con su mérito este tono de arrogancia y superioridad. Una de las aprobaciones que solicitaba Salomon para acreditar el libro y el mismo autor, se halla inscrita en estos términos al pié de la primera hoja del manuscrito: *Ego plebanus præsens opus*

artis musicæ commendo et approbo, et in ipso satis utilitatis reperi. Pero el editor de la obra, el sábio abad de San Blas, el P. Martin Gerbert, confesando que no es imposible encontrar algunos detalles instructivos sobre el canto sagrado de aquella época, no deja sin embargo de declarar que es una obra desgraciada: *Inficetam hanc scientiam artis musicæ.* No nos propondremos contradecir á un juez que sabia mucho más que nosotros.—S. B.

SALOMON (Bto. Santiago), del órden de Predicadores. La historia de este gran siervo de Dios, escrita poco despues de su muerte, y consignada por los continuadores de los Bolandos en el tomo VII, mes de Mayo, parece poco interesante por los brillantes hechos que debia contener, propios á excitar la atencion de los lectores. Pero en cambio se encuentra en ella cuanto puede contribuir á edificar un alma cristiana respecto á ejemplos de alta piedad y práctica de las más sólidas virtudes. Es la vida de un justo á quien el Evangelio sirvió de guia y de regla, y que puede servir lo mismo para todos aquellos que aspiren á la santidad y á la perfeccion evangélica. Santiago Salomon nació en Venecia el año del Señor 1231, bajo el pontificado de Gregorio IX. Su madre, de quien tomó el apellido, se llamaba Marchessina, y era heredera de la ilustre casa de los Salomones, y su padre noble veneciano, llamado Adam, pertenecia tambien á una de las más opulentas casas de aquella república. Nuestro bienaventurado fué el único fruto de aquel matrimonio, y desde su más tierna edad se halló como si fuera huérfano, por la muerte de su padre y el retiro de su madre. Esta piadosa señora, cuyo corazon siempre habia estado cerrado á las vanidades del siglo, sin tener otros deseos que el de su salvacion, apenas se halló libre de los lazos que la unian con un esposo mortal, trató de consagrar el resto de sus dias al servicio de Dios en los santos ejercicios de la oracion y la penitencia, y al efecto tomó el hábito del Cister en un monasterio de religiosas, denominado *Las Celestes.* El tierno amor hácia un hijo único, el cuidado que estaba obligada á tener de su persona, de su educacion y de sus bienes, todo lo pospone, todo lo abandona por no suspender la ejecucion de su designio. El Señor, sin embargo, que habia aceptado su sacrificio, y que al llamarla al retiro la habia puesto en disposicion de obedecer al llamamiento de la gracia, la sugirió el medio de no faltar á este llamamiento ni tampoco al deber que la naturaleza le imponia. Marchessina tenia una madrastra que, viuda como ella, hacia muchos años se ejercitaba en la práctica de las obras de caridad y misericordia, y creyóse que la educacion del jóven huérfano podria muy bien encargarse á aquella fiel y virtuosa servidora del Señor. El éxito fué la prueba de que la divina Providencia así lo habia ordenado para la santificacion de aquel niño, que desde sus primeros años apareció lleno de gracia y de un ardiente amor de Dios, siendo humilde, casto, modesto, dócil á las santas

instrucciones que recibia, y muy celoso de adelantar en la senda de la perfeccion cristiana. En aquella edad inocente, su corazon, como una blanda cera, recibió todas las impresiones que en él querian hacerse, y las primeras semillas de virtud que en él se pusieron, produjeron en seguida frutos abundantes de honor y de justicia. Apénas hubo aprendido á hablar este hijo de bendicion, aprendió á rezar, á leer y á recitar todos los dias el oficio de la Santísima Vírgen, repitiendo fielmente y al pie de la letra todo cuanto habia leido de los sufrimientos y victorias de los mártires, de quienes desde luego se propuso imitar las acciones. El principal cuidado de los que velaban sobre su educacion, fué tenerle siempre separado de aquellos jóvenes, cuyas costumbres poco arregladas ó la ligereza de sus pasiones, generalmente inclinadas á los placeres sensuales, hubieran podido ahuyentar por el contagio del mal ejemplo lo que dichosamente habia colocado en él la gracia. Esto no fué causarle la más mínima violencia, porque lo que para otros hubiera sido una penosa contradiccion, se halló en perfecta armonía con el carácter y hermoso natural de Salomon. Conservando así su alma en la pureza y su corazon libre de pasiones, creció gradualmente en la sabiduría, sin que sus ejercicios de piedad le estorbáran para entregarse al estudio de las letras. Para afirmarle en toda clase de buenos sentimientos, un religioso del Cister le enseñó la práctica de la oracion, el cántico eclesiástico y una gran parte de las observancias del claustro. De esta manera quiso la Providencia conducirle ántes que la fuerza y multitud de pasatiempos hubiesen corrompido su inocencia ó nublado la claridad de su espíritu. Como nunca habia profesado amor al mundo, le abandonó sin pena en cuanto hubo llegado á conocerle. Aunque se veia rico, noble, y heredero de una inmensa fortuna, prefirió el yugo de Jesucristo á todo lo que su nacimiento le podia prometer de honores, placeres y cómoda vida. Vendió todos sus bienes, distribuyó en pocos dias su importe entre los pobres, y abrazando anticipadamente el estado de pobreza, recibió el hábito de Santo Domingo á los diez y siete años de su edad. El célebre convento de S. Juan y S. Pablo fué el lugar de su retiro. El poco dinero que se habia reservado para adquirir algunos libros, se lo entregó, guiado por su caridad, á otro jóven que al mismo tiempo que él habia solicitado ser admitido como hermano lego, y á quien la pobreza de la casa impedia proporcionarle los hábitos. De tales principios no se podian esperar sino ventajosos resultados. Así el antiguo historiador de su vida hace notar que en el espacio de sesenta y seis años que el discípulo de Jesucristo permaneció en la profesion de la vida religiosa, es decir, desde el año 1248 hasta el de 1314, siempre se le vió adelantando en la virtud. Jamás cesó de trabajar por la gloria de Dios, trabajando con fervor en su propia perfeccion y en la salud de sus prójimos. Atento á imitar todo lo que ad-

vertia de bueno y de santo en los más perfectos, y enemigo de la ociosidad sobre todo, ocupaba el dia y la noche, ora ejerciendo el oficio de salmista, ora en la lectura de los libros santos, ora, en fin, sirviendo á sus hermanos, á quienes atendia con una grande dulzura, mezclada de caridad. El grande atractivo que tenia por la oracion, le hizo encontrar en el silencio de su retiro placeres inocentes y goces desconocidos que no es posible hallar en el trato de las criaturas humanas. Esta vida, consagrada enteramente á Dios y á Jesucristo, poco conocida de los hijos del siglo, que por sus pasiones poco mortificadas la consideran con una especie de temor, y como una imágen de la muerte, el santo religioso la consideró cual una felicidad anticipada, un goce completo de las alegrias del cielo. En el silencio interior de su alma, en el profundo recogimiento de su espíritu, escuchaba la voz del Señor, y aprendia á conocerle y á conocerse á sí mismo. Fiel no obstante á las prescripciones de la gracia que habia presidido á su vocacion, salia, cuando era necesario, de aquel profundo silencio, sin que por su amor á la soledad abandonase nunca el cumplimiento de una obra caritativa, ora en el ministerio de la predicacion, ora en la asiduidad con que oia las confesiones de los fieles, ora finalmente á esclarecer sus dudas, reglar su conducta, morigerar sus costumbres, ó proporcionarles los socorros que necesitaban; no tenia otra mira, no le guiaba otro fin que la caridad de Jesucristo. Bien léjos de buscar el aplauso ó la estimacion de los hombres, nunca tuvo más deseo que ser despreciado y desconocido; pero sus virtudes, ya demasiado brillantes para ser desconocidas, fueron causa y orígen de mortificacion para su modestia. La reputacion de santidad que desde su infancia se habia adquirido, aumentada de dia en dia, llegó al fin á hacerse tan pública que el siervo de Dios, lleno de temor, se alarmó verdaderamente. Esta reputacion no se limitaba solo al conocimiento de sus hermanos y de algun corto número de personas piadosas, pues hasta los grandes del mundo, atraidos por la mencionada creencia, querian gozar de la conversacion y trato de este amigo de Dios, que pronto se vió hecho un objeto de admiracion y respetuosa veneracion. Ellos buscaban la dulzura del mencionado trato con tal empeño, que él, aconsejado por la modestia, procuraba ocultarse y negarse á todo el mundo, excepto cuando la obediencia ó la necesidad no le precisaban á salir de su retiro y á comunicarse con los demás. Ya hacia veintiun años que el siervo de Dios se ocupaba en el ejercicio de su santificacion en las prácticas del claustro, y que por sus ejemplos de virtud tenia edificada á la ciudad de Venecia, cuando para evitar las alabanzas de los hombres y las importunas visitas de sus parientes, y las aclamaciones que juzgaba exageradas del pueblo, formó el designio de retirarse de su patria. En la pequeña ciudad de Forli, cerca del monte Apenino, existia un convento de su Orden, delicioso

retiro donde los religiosos, viviendo con el primer fervor del instituto, reunian útilmente á las funciones apostólicas todas las prácticas de la más perfecta austeridad. Unicamente ocupados en la oracion y el estudio, separados completamento del mundo, veiaseles de continuo en la cátedra ó en el altar. El discípulo de Jesucristo pidió como una gracia el permiso de retirarse á aquel santuario de piedad, con objeto de aprovecharse de los ejemplos de tantos santos varones, y para aprender á practicar con más perfeccion el Evangelio y la monástica regla. La humildad cristiana, que fué siempre su virtud favorita, le persuadió que tenia necesidad de aquel socorro exterior para adquirir la pureza de corazon y perseverar en el género de vida que habia abrazado, sin que la importunidad de los que estaban ligados con él por los vínculos de la sangre fuese un obstáculo para impedirle que adelantase en su provecho espiritual. La Providencia demuestra por la marcha de los acontecimientos las ideas que la animan, ora de justicia, ora de misericordia. El fausto y el lujo de los venecianos, que les habia sumido en una vergonzosa molicie y muy pronto en crueles divisiones, les hacia indignos de poseer un santo, que no podian ménos de admirar, pero cuyas virtudes no se cuidaban de imitar. Los habitantes de Forli, ménos apartados de la modestia, hicieron aparentemente mejor uso de los ejemplos y de las lecciones de virtud que el humilde siervo de Dios les daba. Fué para Salomon este nuevo retiro, donde permaneció por espacio de cuarenta y cinco años, una escuela de perfeccion y un paraíso de delicias. Allí encontró el reposo de su alma y los medios de continuar con ménos nota del público todas las prácticas de devocion, de penitencia y de caridad. A proporcion que el cielo derramaba más abundancia de consuelos sobre su alma, él se humillaba más profundamente delante de Dios, y mortificaba con más rigor su espíritu, su carne y sus pasiones, negándose hasta á hacer uso de su voluntad. Siempre amigo del silencio, sufrió con una paciencia heróica y sin quejarse jamás, los dolores más agudos, todas las incomodidades del hambre y de la sed, y los rigores del frio. Su historia consigna que durante los más crudos inviernos jamás se aproximó al fuego, encontrando un inefable consuelo en el fuego interior de la caridad en que su corazon se abrasaba, práctica que observó durante toda su vida, tanto cuando se hallaba en la edad decrépita, como en su florida juventud. No hablaremos aquí de sus demás prácticas de mortificacion, de sus rigurosas austeridades, ni de varios instrumentos de que se servia para mortificar su carne y reducir el cuerpo á la obediencia del espíritu, segun el ejemplo del apóstol. Pero aunque con tal severidad se trataba respecto de los otros, y particularmente respecto de los afligidos, tenia entrañas de misericordia, sentimientos de ternura y palabras de misericordia. La vida comun que se hacia en una casa privada de renta y de todo

auxilio propio, era verdaderamente harto frugal, sobre todo en los tiempos de esterilidad y de sequía. Pero el siervo de Dios encontró aún el medio de socorrer algunos pobres con lo que le permitian tener para su uso y para sus precisas atenciones. Una persona de calidad le avisó que le enviaba una cierta cantidad de vino para su uso particular; pero aquel verdadero penitente hizo llevar este vino con el mayor secreto á una pobre familia, que sabia hallarse en una extrema necesidad; y en adelante, con el beneplácito de su superior, continuó haciendo lo mismo en todo el tiempo que su caritativa bienhechora tuvo la bondad de remitirle algunos artículos para su consumo, y como limosna destinada exclusivamente para él. Lo que el mundo acostumbra olvidar ó despreciar era siempre el objeto preferente de sus atenciones. Él no ambicionó dirigir la conciencia de los grandes del siglo, ni buscó el trato y la conversacion de los ricos, ni procuró la amistad de los poderosos. Es cierto que, como verdadero hijo de Sto. Domingo, nunca supo rehusarse á hacer lo que aquel hizo, y que considerando á todos los hombres como á sus hermanos, los amaba á todos tiernamente, siendo de ellos con igual ternura correspondido. Pero su mayor placer consistia en catequizar á los pobres, en visitarlos y consolar con su espíritu de dulzura á todos los que sabia que se hallaban gimiendo sobre el lecho del dolor en los hospitales ó en la oscuridad de un calabozo. Una caridad tan previsora llevó siempre el consuelo y la paz á estas almas afligidas, y compadeciendo sinceramente los males, disminuia en algun modo su crudeza, aprendiendo, y esto era lo más precioso para él, á amar el estado del sufrimiento y á hacer un buen uso de la santa pobreza. Las bendiciones y las maldiciones que el Hijo de Dios ha pronunciado anticipadamente en su Evangelio, y que en el último dia del mundo serán y formarán un justo distintivo entre los que la Escritura llama hombres de misericordia, y los que solo han presentado en todas las ocasiones entrañas de hierro para sus pobres hermanos; aquellas palabras que nosotros no procuramos entender, ó que leemos con extremada indiferencia, el discípulo de Jesucristo las tenia presentes siempre á su espíritu y profundamente grabadas en su corazon, siendo el objeto más comun de sus meditaciones y la regla á que sujetaba su conducta. Más pobre que todos aquellos que excitaban su compasion, no habia trabajo, pena ni humillacion que no estuviese siempre pronto á sufrir para consolarles en todas las aflicciones del cuerpo y del espíritu. Bien léjos de rehusar á ninguno de ellos, ó de huir de las importunidades, áun de los más indiscretos, él los iba á buscar en las plazas públicas ó á las puertas de las iglesias, acogiéndoles con tanta ternura como podria manifestar una madre á sus hijos más queridos. Habiendo conseguido ganar su corazon por las muestras de una caridad poco comun, procuraba en seguida hacer que se

apartasen de los vicios que casi siempre acompañan al estado de la indigencia. Él probó sábiamente á convertirles, mezclándose con ellos para enseñarlos á orar, á sentir y á conocer otro género de pobreza de que los infelices tienen poca idea, y que es infinitamente más temerosa que aquella que les arranca tantos suspiros y les hace verter tantas lágrimas; esta pobreza es la pérdida del alma, la carencia de la vista de nuestro Dios. Estas atenciones, estas prácticas tan dignas de un elegido, hicieron que fuese llamado *el Amigo de los pobres*, su abogado y su padre; título glorioso, mas justamente merecido por un varon apostólico á quien se podia aplicar el elogio que un santo patriarca hizo de sí propio cuando dijo: *La compasion se ha criado conmigo desde la infancia. Ella salió conmigo del seno de mi madre* (Job, XXXI, 18). El Señor dotó de tanta eficacia la palabra de su santo ministro, que nunca dejó de producir ópimo fruto. Los corazones más afligidos encontraron siempre en ella algun alivio para sus penas, al mismo tiempo que con aquella propia palabra inspiraba á los más endurecidos el saludable temor del juicio divino. Respecto de los que por la fuerza de sus discursos no habia podido apartar del camino de la iniquidad, ó de los que desgraciadamente habian envejecido en ella, no cesaba de rogar á Dios que les concediese sus favores. A sus ruegos y á sus lágrimas añadia siempre durísimas penitencias, y llevó siempre muy léjos sus prácticas de caridad, cuando la obstinacion de los culpables le daba una prueba de que el Señor les habia abandonado. Se cuentan muchos casos de conversiones obtenidas por los méritos y las oraciones de este santo varon. Entrando cierto dia en la iglesia á prepararse para celebrar los divinos misterios, encontró á un jóven, en cuyo semblante estaban pintadas la turbacion y la desesperacion. Aproxímase á él, y abrazándole con la mayor ternura y caridad, le pide le manifieste el motivo de la pena que le aflige. Mas un deseo vehemente de venganza, ó el temor de no poder vengarse de su enemigo tan pronto como ambicionaba, le habian conducido á tan violento estado de tristeza, y al mismo tiempo de indignacion y de violenta furia, que no podia manifestar sus sentimientos de otra manera que por el agitado movimiento de sus manos y de sus ojos, por el rechinamiento de sus dientes y las extraordinarias convulsiones de todo su cuerpo. Las palabras de nuestro Santo comenzaron sin embargo á mitigar algun tanto su dolor, y los fervientes ruegos que hizo por la conversion de este vengativo, produjeron al fin todo el éxito que se ambicionaba. A medida que se entregaba así por completo á las obras de la más heróica caridad, el cielo derramaba sobre su cabeza las más dulces bendiciones. Habia recibido el gran don de lágrimas, que vertia á torrentes en sus oraciones, y en particular cuando meditaba sobre los sufrimientos de la pasion de Jesucristo. La tierna piedad del mi-

nistro era trasmitida á todos los que le veian en en el altar; pero estas importunas alabanzas que le proporcionaba semejante aspecto y fama de santidad, no dejaban de afligirle bastante, y no perdonó medio alguno para ocultar á los hombres las gracias singulares que recibia del Señor. Satisfecho con edificar á sus hermanos por su profundo recogimiento, y por una modestia angelical cuando cantaba en su compañia las alabanzas del Señor, elegia para sus ejercicios particulares los sitios más retirados, á fin de que nadie se enterase de su mortificacion ni de los altos favores con que el cielo se la recompensaba. Cuando podia hallarse solo en la iglesia en el silencio de la noche, acostumbraba á verter abundantes lágrimas, poniendo con entera confianza su corazon ante los ojos de Dios, único objeto de sus deseos y de su amor. Durante este santo ejercicio tuvo alguna vez, iluminado por una luz sobrenatural, conocimiento de las necesidades de las personas por quienes el espíritu del Señor le inspiraba el deseo de dirigirle sus plegarias. Un religioso servita de Forli, desconocido hasta entónces de nuestro Santo, se encontró vivamente tentado acerca de su vocacion, pero resuelto á no descubrir á persona alguna la inquietud de su espíritu, habia ya señalado el dia para dejar el hábito y marchar de su monasterio secretamente. Sin embargo, lo que él ocultó con bastante cuidado á sus superiores y á sus hermanos, Dios se lo hizo conocer á su siervo por medio de la oracion. El bienaventurado Santiago pasó al convento de los PP. Servitas, pidió hablar al jóven religioso, y le dijo con suma caridad que se guardase bien de poner en ejecucion el pensamiento que habia formado; porque, le dijo, el enemigo de nuestra salud es el que os ha tendido este lazo sugiriéndoos tal pensamiento, ó más bien dicho tal tentacion, cuyos fatales resultados conocereis demasiado tarde si teneis la desgracia de sucumbir á ella. La vergüenza, la sorpresa y la turbacion de este pobre religioso le indujeron por el pronto á negar lo que creia ser de él únicamente conocido; pero el hombre de Dios, que anhelaba separarle del peligro, le hizo reconocerse á sí propio, y le habló con tanta seguridad de lo que estaba pasando en el centro de su corazon desde que habia dado oidos al tentador, que el culpable no pudo negar más tiempo. Postrado á los pies del caritativo padre le confiesa humilmente su falta y le pide el socorro de sus oraciones, ofreciéndole perseverar con el auxilio de la gracia en el fiel cumplimiento de sus votos, lo que efectivamente ejecutó. Despues de la muerte del Santo el mencionado servita quiso rendir su testimonio de afecto á la memoria de Salomon para aumento de su fama y mayor gloria de Dios; y al efecto refirió este hecho al antiguo historiador, que escribió primeramente la vida del bienaventurado. Pasarémos en silencio otros muchos sucesos que ocurrieron, todos desconocidos, y que demostrarian la bondad del varon justo

que estando íntimamente unido con Dios y favorecido con sus comunicaciones, empleaba los celestes favores en beneficio y utilidad de sus prójimos. Omitirémos tambien la narracion de algunos milagros que demostrarian toda la extension de su virtud, contentándonos con decir que nunca rehusó ejecutar ni áun aquello que parecia milagroso, cuando podia redundar en consuelo de los fieles, ó ser necesario para la conversion de los que la Providencia quiso confiar particularmente á sus cuidados. Su caridad siempre creciente y su dulzura, que era su verdadero carácter, le hacia estarse cuidadoso á todas las necesidades del prójimo, ya vigilando para prevenirlas, ó ya buscando arbitrios para remediarlas, por lo cual podia muy bien decir, á imitacion de S. Pablo, *que él estaba hecho todo para todos á fin de ganar á todos para Jesucristo.* En cualquier abismo de tristeza ó de miseria que se encontrasen las personas que se dirigian á él, ó de aquellos cuyo estado le hacia conocer el Señor, no las dejó ir nunca sin que llevasen algun consuelo. El zelo que le devoraba le enseñó el secreto de hablar al corazon para inspirar sentimientos de sumision y conformidad á los decretos de la Providencia. Fija siempre su idea en Dios, vivia en tal abandono de sí mismo, en tan perfecto aislamiento de las criaturas, y renunciando tan completamente á su voluntad, que nada era capaz de agitarle ni turbarle. Nada le afligia más que el pecado; así pues, firme y constante en sus ejercicios de piedad, tanto en la escasez como en la abundancia de consuelos celestes, exacto en mortificar los deseos de la carne, lo mismo durante sus enfermedades que cuando se hallaba en todo el vigor de la salud, siempre se le veia abandonado á aquella santa indiferencia que le hizo encontrar la paz del alma en la perfecta resignacion á la voluntad del Todopoderoso. Debemos hacer notar que su permanencia en Forli le era sumamente agradable, porque allí habia encontrado, á la vez que la dulzura del reposo y la santidad del ejemplo, frecuentes ocasiones de practicar la caridad. Sin embargo, al menor signo de la voluntad de sus superiores, veíasele abandonar su retiro para encargarse de la direccion de sus hermanos, de la cual, por la obediencia, se encargó repetidas veces en los conventos de Faenza, de Rávena y de S. Severino. El ejemplo de este superior fué para dichas comunidades una regla viva y un modelo de todas las virtudes que pueden elevar el alma religiosa á la perfeccion de su estado. Siempre atento á velar sobre sí mismo y sobre aquellos cuyo adelantamiento espiritual debia procurar, invertia gran parte de la noche y todo el dia en trabajar por ellos, sin que esto estorbase á los trabajos propios de la oracion y de la penitencia. Persuadido de que el Espíritu Santo nos enseña *que el que no hace alarde de hablar es un hombre perfecto* (Santiago, III, 2), el siervo de Dios desde su entrada en la religion, se acostumbró á hablar poco, á medir con suma atencion sus palabras, y á juzgar

de sus adelantos en la perfeccion por la mortificacion de su lengua. Mas á fin de inspirar á todos sus hermanos el amor á la práctica de una máxima tan conforme á la verdadera piedad, tan recomendada por los maestros de la vida espiritual, y tan propia para hacernos evitar una multitud de pecados, citaba siempre aquellas palabras de S. Gerónimo: *Felix lingua quæ non novit nisi de divinis texere sermonem!* ¡Dichosa la lengua que no se cuida ni sabe hablar de otra cosa que de Dios! Desterrando así las conversaciones y las palabras inútiles, pudo conservar la pureza de su alma, proporcionando á los demás un medio breve para llegar á aquel perfecto recogimiento de espíritu, sin el cual no es posible acercarse á Dios en la oracion. Por una precisa consecuencia de esto se le vió siempre reservado y siempre remiso en manifestar sus sentimientos, á ménos que no le obligase el zelo caritativo ó la manifestacion de la verdad. Si alguna vez sucedia que hablasen en su presencia de las guerras y disensiones que agitaban su patria aniquilando el país, contentábase con llorar sobre aquellas desgracias, sin que apareciese jamás desear el triunfo de un partido, ni la humillacion del otro, pues su caridad era igual para todos. Habiendo llenado con tanta edificacion como utilidad de sus hermanos el oficio que la obediencia le impusiera, volvió á entrar con suma alegría en su retiro de Forli. Ya el peso de los años, aunque pudiera obligarle junto con el rigor de sus penitencias, á dispensarse de los trabajos del ministerio evangélico, nunca quiso ceder un punto de sus prácticas de mortificacion, que siempre fueron las mismas; y por otra parte, acostumbrados los fieles á su extremada caridad, continuaban dirigiéndose á él en todas sus necesidades espirituales y corporales, y el santo varon continuó prestándoles hasta el fin todos los cuidados y atenciones de un padre compasivo y de un ministro zeloso de su eterna salud. El Señor, para asegurarle como suyo y hacerle adquirir nuevos méritos, permitió que como prueba fuese atacado de una enfermedad tan larga como penosa y terrible que él sufrió con el mayor valor y esfuerzo. Los más violentos dolores no pudieron arrancar ni una queja de su boca, no queriendo demostrar sino á Dios lo mucho que deseaba padecer por su amor. Mas las circunstancias de su enfermedad hicieron conocer al cabo de un año lo que con tanto empeño habia procurado ocultar. Vivió aún otros dos años entre los más penosos sufrimientos, siempre sumiso, siempre unido á su Dios, olvidando en alguna manera lo mucho que su cuerpo padecia en cuanto se trataba de hacer algun servicio al prójimo, ó bien de proporcionarle algun motivo de consuelo. En este continuado ejercicio de paciencia y de caridad terminó santamente su carrera el bienaventurado Santiago Salomon. Su dichosa muerte tuvo lugar un viernes, último dia de Mayo del año 1314, hallándose en los ochenta y tres de su edad. El concurso de fieles que acudió en masa á la iglesia de

PP. Predicadores á tributar sus respetos á aquel predilecto del Señor, fué tan grande, que no permitió se diese sepultura al cadáver hasta tres dias despues de su fallecimiento. La afliccion y las lagrimas de los pobres, la relacion que hacian de sus acciones y de sus virtudes, sobre todo de aquella ardiente caridad, cuyos efectos habia cada uno en particular probado, todo públicamente anunciaba su extremada santidad. Asegúrase que el cielo hizo desde luego conocer su gloria por el esplendor de sus milagros, cuyos detalles pueden verse en las *Actas de los Santos*, tomo VII, mes de Mayo, página 462. Varios pueblos de Italia, y muy particularmente los habitantes de Forli, la ciudad y senado de Venecia, muchos cardenales y un gran número de obispos, reunieron sus instancias á las de toda la órden de Sto. Domingo para procurar los honores de la canonizacion á un santo cuyas virtudes rayáran en lo heróico, y cuya memoria apareceria ser cada dia más preciosa por las bendiciones que Dios repartió sobre los que reclamaban su misericordia por la intercesion de su siervo. El papa Clemente VII, y despues Julio III, ordenaron que el clero secular de Forli rezase su oficio y celebrase su fiesta en esta ciudad. Paulo V extendió dicho culto á los estados de Venecia, y Gregorio XV á todas las provincias y casas de la órden de Padres Predicadores. Pero adelantándose á dichos Sumos Pontífices el papa Juan XXII, pocos años despues de la muerte del bienaventurado Santiago Salomon, habia aprobado, al ménos por un consentimiento tácito, el culto público que se empezára ya á ofrecerle, segun así lo aseguran los continuadores de los Bolandos. — M. B.

SALOMON (Susana). Perteneció á una de las familias más esclarecidas de Roumien, en Ginebra, familia que contaba entre sus indivíduos á personas que ocuparon legaciones importantes y áun alguna de ellas embajadas de primer órden. Los padres de Susana tuvieron gran complacencia en su nacimiento porque este se hizo desear bastante, y como era consiguiente, trataron desde luego de cuidarla con el mayor esmero, sin escasear cosa alguna, tanto en lo que decia relacion en sus necesidades físicas, como en cuanto á proporcionarla, así que estuvo en situacion para ello, la más esmerada educacion, que aprovechó muy bien, haciéndose una señorita muy apreciable, tanto por sus habilidades cuanto por la afabilidad de su trato siempre igual, siempre atento, pero siempre decoroso y digno, sin permitir nunca que nadie se tomára con ella la más ligera libertad. Los padres eran calvinistas, y por consiguiente á ella la educaron en esta falsa religion, y observó sus preceptos miéntras no tuvo edad suficiente para tomar por sí misma la resolucion que estimase más conveniente para asegurar su eterna felicidad, porque ella siempre estuvo persuadida de que la vida del hombre va más allá del sepulcro, y por consiguiente lo que conviene asegurar es

la eternidad mediante el ejercicio de buenas obras, único camino de la eterna ventura. Estudió detenidamente los principios de su secta, y comparándolos con los del catolicismo, halló la gran distancia que media entre las prescripciones de este, todas justas, todas rectas, todas encaminadas á procurar la dicha, pero mediante la más exacta rectitud y el órden más conveniente en todas las cosas, con cuyo exámen, como no podia ménos de suceder, se decidió por abandonar su falsa secta y abrazó el verdadero sendero de la patria de los justos. Buscó un sacerdote que la ilustrára en lo que debia aprender para profesar la fe católica, y dados estos pasos y con el mayor entusiasmo, en manos de su párroco abjuró sus errores el dia 12 de Octubre de 1826, y desde entónces vivió como verdadera cristiana, practicando la virtud, y haciéndose acreedora á las divinas gracias, que el Señor no la escaseó, siquiera no fuese por otra cosa que por su fidelísima correspondencia al primer llamamiento divino, que no rehusó, ántes secundó cumplidamente. Sus padres lo sintieron algun tanto hasta que se convencieron de lo bien que hizo, é imitaron despues su acertada conducta.—G. R.

SALON (Fr. Basilio de), predicador, religioso capuchino de la provincia de Marsella. Ejercitó el oficio de predicador con aplicacion tan temprana, que de solos siete años de edad predicaba á los demás muchachos y los exhortaba á la virtud, haciendo púlpito de uno de los escaños de la plaza más pública de su pueblo. Desde esta primera niñez se imprimió en su ánimo la devocion á la Virgen nuestra Señora, con cuyo amparo salió insigne en la doctrina y en la virtud, y en la religion le elevó la divina gracia á un don tan excelente de predicar, que fueron casi increibles, por innumerables, las conversiones así de fieles como de herejes, que movidos con sus apostólicas, eficaces y ardientes cláusulas, enmendaron la vida, y abrazaron la fe católica. Sus más familiares asuntos, y con lo que consiguió más copioso fruto en todas las ciudades de aquella provincia, fué reprendiendo los deleites del sentido y los odios del ánimo. Predicando en la cuaresma del año de 1610 en una ciudad, llamada Draceno, dedicó muchas veces todo el espiritual esfuerzo de sus palabras contra los enemigos de la paz y concordia, por estar aquella república dividida en dos opuestas parcialidades y ardiendo en implacable odio todos los que entónces la fomentaban. Y aunque instando ya el fin de la Cuaresma, no se habia conseguido fruto alguno de los sermones en órden á este daño comun, porque la enemistad de unos y otros permanecia en toda su fuerza; sin embargo, no desmayó el siervo de Dios, ántes procurando con más ardiente celo y acometiendo esta tan difícil empresa, habiendo predicado en el viernes santo la pasion del Señor, se puso á la garganta una soga, y como reo que caminaba al castigo público, con voz humilde y triste pidió per-

don á todos los que estaban presentes, y les rogó que imitando á Cristo, cuya suprema Majestad, tan injuriada en aquel dia, no solo perdonó á los que le habian puesto en la cruz, sino que hizo oracion á su Eterno Padre por ellos, se perdonasen unos á otros, y en recíproco afecto se remitiesen las ofensas que hubiese hasta allí producido aquella nociva discordia. Fué suceso en verdad admirable el que se experimentó en aquel numeroso concurso concluida la súplica. Abandonando todos sus asientos empezaron á abrazarse con emulacion ejemplar de cuál caminase más presto á reconciliarse con su enemigo. Depusiéronse, pues, todas las quejas, todos los odios, todos los encuentros antecedentes, y en una hora, ó por mejor decir, en un breve momento, consiguió Fr. Basilio lo que no se habia podido lograr en el discurso de muchos años. Levantóse por la caridad la bandera, quedaron los ánimos poseidos de nuevo afecto, que arrojó léjos de sí, áun las más ligeras reliquias de aquella antigua y perjudicialísima enemistad. Sabido el caso por los que no se habian hallado presentes á la ocasion, la lograron con igual rendimiento, y ajenos ya á la memoria de las injurias, se unieron en vínculo constante de caridad. Sería sobremanera extenso si se hubieran de referir todos los lances, en que el siervo de Dios consiguió estos mismos saludables efectos con su santa predicacion. Pruébase sobre lo referido su eficacia, con el caso que sucedió en el año 1612. Habiendo llegado la fama de este insigne predicador al obispo de Sisteron, y oyendo que los que asistian á sus sermones, movidos de su vehemencia, no podian contener el llanto, dijo que se admiraba mucho que los hombres fuesen tan fáciles á las lágrimas, propias á la blandura de las mujeres, y nada decorosas á un ánimo varonil y constante. Y para comprobar con su ejemplo que podia cualquiera contenerse en llorar, áun á las representaciones más poderosas, determinó oir un sermon á Fr. Basilio, pero luego que el operario insigne empezó á declamar desde el púlpito, reconoció el prelado por propia experiencia que Dios asistia con singular y admirable fuerza á las palabras de Fr. Basilio, á que no era posible hiciese resistencia la mayor constancia y fortaleza de los oyentes. Imitó, pues, á todos los demás en el llanto, confesando, acabado el sermon, que eran tan de fuego sus cláusulas, que hallarian siempre como de cera, los corazones más rebeldes y empedernidos. Mediante esta copia de lágrimas, que manaba de la compuncion de los corazones, conseguia, á beneficio de los contritos pueblos, dones singulares de Dios. Estaban en cierto territorio casi ya perdidos los sembrados, y en último riesgo los frutos por falta de agua. Halló el siervo de Dios en esta afliccion á los comarcanos, que en repetidas procesiones y súplicas procuraban propicia la divina misericordia. Subiendo al púlpito Fr. Basilio con mucho aliento, aunque

sin ninguna preparacion, y concluyendo con eficacia que el desórden de las conciencias era el que habia convertido en bronce los cielos, movió los oyentes á contricion tan legítima de sus culpas, á tan verdadero y copioso llanto, que en su recompensa, y en testimonio de que se habia Dios aplacado, áun ántes de bajar del púlpito Fr. Basilio empezaron las nubes á desatarse en copiosa lluvia, que se continuó todo cuanto necesitaban los campos agostados. El mismo beneficio experimentaron los moradores de la ciudad de Orange. Habia en ella gran número de herejes, que hacian grande burla é irrision de los católicos, porque empezando á cantar las letanías en la iglesia Mayor, las iban prosiguiendo procesionalmente hasta el convento de los Capuchinos, donde celebrada una solemne Misa, imploraban la divina misericordia en órden á la lluvia, de que estaban en extremo faltas las mieses. Reíanse los ciegos discípulos de Calvino, diciendo que Dios en vez de lluvia enviaria rayos del cielo, viéndose tan ofendido de los papistas como de los falsos profetas de Baal cuando invocaban sus mentirosos y torpes ídolos. Herian el corazon de Fr. Basilio estas blasfemias de los herejes, y así predicando al pueblo, le amonestaba que con entera contricion de sus culpas moviese á Dios y se dispusiese al beneficio que solicitaba con las oraciones. Decia tambien que el agua con agua debia comprarse, y que no debia dudarse que Dios negase nada á las piadosas lágrimas de sus fieles, cuando las produce la contricion. Dios, añadia, está sediento de este tan precioso licor del alma, y no aguarda quizá otra cosa para satisfacer la sed ardiente que está padeciendo la tierra. De este modo declamaba el varon insigne, y siendo así que cuando subió al púlpito no se descubria ni la más pequeña nube en el horizonte, ántes de acabar el sermon se habian ya congregado tantas, que á él se siguió una abundantísima lluvia, quedando reparados todos los frutos. Muchos de los sectarios, que consideraron más atentos esta novedad, hallaron en ella el auxilio de la divina gracia, y abjuraron las herejías. Predicando en Sisteron con el mismo celo, redujo al aprisco de la Iglesia católica veinte familias de los más tenaces herejes, por lo que edificada y agradecida aquella ciudad, deseó tener convento de capuchinos, adonde el mismo obispo llevó la cruz, descalzos los piés, en una devotísima procesion. La formidable plaga de langosta tenia á toda la comarca de Arlés en suma afliccion, rezelando que en aquel año, y quizá en los siguientes, habia de quedarse sin granos, y por consiguiente en la más estrecha penuria. Compadecido el siervo de Dios del comun daño que amenazaba, publicó la oracion de Cuarenta Horas, y en uno de los sermones de la misma, dijo que aquella plaga era el instrumento de que Dios se valia para castigar el horrible número de pecados con que habian puesto en debida irritacion su justicia; pero que si se corrigiese la causa, cesaria luego el efecto, y les

prometia que como enmendasen las vidas, no padecerian daño alguno de las langostas. En manifiestas demostraciones todos lo ofrecieron así. En seguida dispuso el arzobispo Gaspar Laurencio una solemne procesion, en la cual, acompañado de todo el pueblo y llevando en las manos el Santísimo Sacramento de la Eucaristía, formó con la custodia una cruz en el aire contra el ejército de aquellos devoradores insectos, que arrebatado como de un poderoso viento, tuvo su sepulcro en el rio Ródano. Y lo más admirable fué, que aplacado ya Dios por los suspiros, lágrimas y demás piadosas demostraciones de aquel contrito pueblo, vinieron á aquella region unas grandes aves, que devoraban las langostas rezagadas al divino impulso, y escupiéndolas despues en el rio, iban y volvian repetidamente, hasta que dejaron del todo limpio y libre aquel territorio. Llegó el tiempo de que se segasen las mieses, y creciendo el prodigio y la admiracion, las halló la hoz intactas y sin detrimento alguno, compensando la divina benignidad todo el que habian recibido en aquella próxima plaga. Con el mismo susto y peligro se hallaba toda la jurisdiccion de Beucaire, ocupada de tan copioso número de langostas, que formando como una nube, interceptaban los rayos del sol Compadecido el arzobispo de Arlés de la afliccion del pueblo, rogó á Fr. Basilio viniese y socorriese con su amparo á aquella tan desconsolada region. Obedeció luego el varon piadoso, y habiendo entrado en la ciudad, procuró lo primero mover á todos sus moradores á la contricion de sus culpas, afirmándoles con vivas y eficaces razones que este era el más poderoso remedio contra el daño comun que tenian tan á los ojos. Habiéndose, pues, purificado todo el pueblo con un verdadero dolor y sacramental confesion de sus culpas, salió Fr. Basilio á lidiar con aquel formidable ejército, y valiéndose de las armas de la Iglesia, le conjuró y dejó del todo exterminado; y libres los frutos de aquella destruccion, correspondieron en la siega á toda la esperanza de los ya consolados, si ántes aflgidísimos y atribulados labradores. La comarca de Draguiñan debió tambien á Fr. Basilio el logro de sus olivares, que perseguidos de la oruga, amenazaban una total esterilidad. Reunió al pueblo el varon devoto en una procesion por aquellos campos, y pasando por un cerrillo, hizo una fervorosa plática, con la que movidos los oyentes, vertieron tantas lágrimas, que ayudadas con la eficacia del exorcismo de la Iglesia, anegaron los nocivos gusanos, y restituyeron los árboles á su primitiva fecundidad y frondosidad. Aunque estos tan maravillosos efectos que obraba Fr. Basilio, mediante la divina virtud, le publican célebre é ilustre en milagros, mayor aprecio debe hacerse de aquella caridad fervorosa, con que no solo en igualdad, sino en alegria de ánimo, toleró las injurias, y algunas veces el diluvio de piedras con que le lastimaron y le pretendieron quitar la vida los sañudos herejes, cuando con eficaces argu-

mentos desbarataba sus falsos y sacrílegos dogmas, procurando reducirlos y convertirlos á la fe católica. Morando en el convento de la Puente del Espíritu Santo, en que ejercia el cargo de guardian por los años de 1623, pasó á un lugar llamado Bariaco, distante como cinco leguas, donde habian prevalecido tanto los calvinistas, que ni habia iglesia alguna, ni apénas persona que se confesase católica. Solícito de la propagacion de la fe, llevó consigo algunos sacerdotes seglares, y otras personas virtuosas y fieles, y habiendo entrado en la ciudad dispuso una solemne procesion, paró con ella en una de las plazas más públicas, donde hizo un docto y fervoroso sermon, tomando por asunto el probar que las notas, caractéres ó señas de verdadera religion en nada convenian con la sinagoga de los herejes, y que los que profesaban la secta y doctrina de Calvino eran como ovejas descarriadas, y se apartaban sin remedio del camino de la eterna salud. Apoyó este asunto con tantos y tan genuinos textos de la Santa Escritura, que le dejó seguro contra toda maliciosa cavilacion. Oyéndole los herejes quedaron como fuera de sí y con suma indignacion de que un hombre católico se hubiese atrevido á predicar tan pública y descubiertamente la fe de la santa Iglesia romana, y á dar por errónea y sin fundamento su secta. Así es que fué indecible la ira y furor con que le injuriaron, y las horribles blasfemias en que prorumpieron contra el catolicismo. Las mujeres mismas, peores á veces y más obstinadas que los hombres, hicieron todo lo posible con gritos, con baldones y con pedradas para que dejase el sermon empezado. Sin embargo, hallaron estas coléricas y exorbitantes demostraciones tan constante el pecho de Fr. Basilio, que ni con accion ni con palabra la más leve, dió á los herejes sospecha alguna de enojo ó impaciencia. Cierta matrona sectaria, mujer del juez de aquella república, y singularmente erudita en aquella sabiduría satánica, admirando el celo de Fr. Basilio, á quien ni las injurias, ni las amenazas, ni las piedras, habian podido acobardar ni obligar á que suspendiese el sermon, retrocediendo de sus intentos, empezó á sentir bien de nuestra religion, conjeturando que era segura aquella fe, cuyos profesores se ejercitaban tan varoniles y constantes en la caridad, humildad, modestia y demás virtudes del ánimo, y se dedicaban con tan grande trabajo propio á solicitar la salud ajena. Por lo cual, tomando por pretexto que queria disputar sobre esta materia, pero en la verdad dispuesta y reducida á mejor acuerdo, llamó á Fr. Basilio á su casa, y habiéndose instruido en los dogmas de la fe católica, la abrazó con voluntario afecto, quedando despues tan benigna madre de los capuchinos, que los hospedaba y recibia con suma estimacion y cariño, siempre que el oficio de la predicacion los llevaba á aquella ciudad. Pero no fué sola esta mujer la que detestó su perfidia oyendo á Fr. Basilio; otros muchos herejes se aprovecharon de sus sermones en las

veces que volvió á predicar á este mismo pueblo. Habian empezado ya los más pertinaces sectarios, mediante la mudanza de aquella señora, de quien tenian formado grande concepto, á sentir mal de la religion, que veian desamparada, dando de este modo más lugar á la luz divina para que los pudiese desengañar, y cada dia se iban facilitando más al remedio. Habiendo de predicar otra vez en casa de otra piadosa y noble matrona, señora de aquella ciudad, corrió la noticia por la vecindad, concurriendo tanto número de personas á oirle, así católicos como herejes, que no cabiendo en la sala en que debia decirse el sermon, ocuparon muchos las inmediatas piezas y escaleras de la casa, desde las cuales, aunque no era posible verle, solo con percibir su voz se movieron á la ternura y al llanto. Llegaron los ecos de este efecto tan admirable á otros herejes de la ciudad, y creyendo que lloraban y gemian sus compañeros por alguna violencia y mal tratamiento de los católicos, fueron á la defensa de mano armada. Pero habiendo sabido que eran razones y no violencias las que habian motivado el llanto, quedaron unos compungidos y otros confusos. En un pueblo llamado Mirindólo, que pertenece al obispado de Marsella, estaba desterrado el santo sacrificio de la Misa desde el siglo de los albigenses. Sintiendo el prelado de aquella diócesis que un desórden tan nocivo como este se continuase, rogó á Fr. Basilio que tomase por su cuenta la correccion y enmienda, pusiese en Mirindólo el leño santísimo de la cruz, de que tambien carecia, y restituyese á los altares en pública solemnidad el sacrificio de la Misa, omitido por tantos años. Obedeció pronto el siervo de Dios, dispuso una procesion general, á que el mismo obispo quiso asistir, y habiendo llevado sobre sus hombros una no ligera aunque aseada cruz, que se erigió despues, predicó con tan ardiente celo, así de la propagacion de la fe católica como de la salud de las almas, que movidos de la fuerza de sus razones, muchos herejes se sujetaron á los sagrados dogmas de la santa Iglesia romana, excitando con su ejemplo á que los otros tomasen la misma resolucion. Varios casos hacen cierto que este siervo de Dios tuvo espíritu de profecía. En el año de 1620, hallándose en Salon y visitando á un hermano suyo que tenia numerosa sucesion, le dijo señalando á un niño y á una niña entre los demás sobrinos suyos, que fueron traidos á su presencia: Solicita conveniencia á aquellos, porque han nacido para el mundo; pero guárdate de quitar á Dios estos dos rapaces, porque los tiene destinados para que en vida angélica le sirvan perpétuamente en su casa. Sucedió á su tiempo segun lo habia prevenido el siervo de Dios, dedicándose á Su Majestad aquellos niños en el estado de religion. Efecto de este mismo espíritu fué profetizar el lugar de su muerte y su sepultura, porque navegando hácia Italia para el cumplimiento de cierto voto, le sobrevino una maligna calentura, á que uniéndose la inquietud del mar alterado, le ocasionó angus-

tias y crueles aflicciones. Habiendo desembarcado en Tolfa, al entrar en una de las casas del pueblo dijo: Que en ella habia de salir de esta vida, como despues se verificó con grande ejemplo de los moradores de aquel lugar, pues recibidos todos los santos Sacramentos, y manifestando en varios afectos el amor divino que tenia tan poseido su corazon, á cada instante repetia los dulces y soberanos nombres de Jesus y María, en cuya invocacion y deseo conmutó la vida mortal por la eterna en el año de 1625. — A. L.

SALON (Glorioso martir Fr. Gaspar García), religioso de la órden de la Santísima Trinidad. Este virtuoso varon recibió el santo hábito de la familia Trinitaria en el antiquísimo convento de nuestra Señora de Tejeda, en el mes de Mayo de 1626; procedió en su noviciado como varon justo; y habiendo entrado á regir la provincia de Castilla el año siguiente, el grande maestro Hortensio dispuso y dió órden para que dicho novicio pasase á Cuenca ántes de tomarle los últimos votos, para que en este convento pusiese término al año de su aprobacion; y por las muchas esperanzas de virtud y letras que en él dió, fué admitido á la profesion solemne que hizo en manos de su venerable ministro presentado Fr. Juan de Avendaño, dia 5 de Octubre de 1627, con aplauso universal de todo el convento. Bien radicado en la virtud, lo puso la religion á que estudiara ciencia; salió consumado en las artes y la teología, y tanto que sin perder tiempo le pusieron en la ocasion de enseñarla. En medio de esta carrera le mandó la religion se graduára en la universidad de Valladolid, donde á su tiempo fué ministro de aquel Real convento de su Orden; ántes lo habia sido de Tejeda, y últimamente del Real convento de Burgos, aunque aquí lo fué poco tiempo, porque lo llamó el Señor á darle el premio que merecian sus trabajos. Ya era calificador del Santo Oficio, para que tan santo y recto tribunal disfrutase á satisfaccion de sus talentos. En el capítulo provincial que se celebró en el convento de Madrid en 19 de Mayo de 1647, fué nombrado segundo definidor. En el mismo capítulo fué nombrado redentor general el Padre Mtro. Fr. Pedro de Zurita, ministro que en la ocasion era del Real convento de Toledo, y por su compañero el Padre presentado Fr. Juan de Gaona. Al tiempo preciso que habia de salir la redencion se halló gravemente enfermo el nombrado, y con sabio acuerdo se hizo el nombramiento en la persona del docto y prudente Mtro. Fr. Gaspar García Salon, y por su compañero el dicho presentado Fr. Juan de Gaona, administrador general que ya era de la Redencion de Cautivos, asistente en el convento de Madrid, cumpliendo exactamente con su ocupacion, durante la cual fué nombrado redentor general. Publicóse la redencion, y entregados de los caudales y despachos del rey, con el salvoconducto de los pérfidos mahometanos, tomaron el camino de Argel el dia 28 de Enero, consagrado á la

gloriosa Santa Inés, patrona de su sagrada religion. Llegaron con felicidad á Valencia, donde no hallaron pronta la saetía, que estaba pactado los habia de esperar allí para tomar la via de Argel, ni llegó á aquella playa hasta el dia 20 de Febrero siguiente. Embarcáronse para no perder más tiempo aquel mismo dia al ponerse el sol, y con viento favorable levaron anclas y se pusieron en marcha; poco tiempo les duró el viento favorable, porque á las nueve de la noche se les volvió contrario; por esta causa aquella noche y el dia siguiente caminaron poco. Puesto el sol volvió el viento propicio otra vez, y enderezaron la proa del navío hacia la isla de Ibiza. Calmó al dia siguiente, sin permitir llegar á tierra hasta las cuatro de la tarde, que se levantó un viento tan furioso que no les dejó caminar, porque de ejecutarlo se exponian á manifiesto riesgo de ser anegados en el golfo. Duró este conflicto hasta el dia siguiente, que amaneció mas propicio, levantaron áncoras, y puestos en marcha se hallaron amenazados de un buque tripulado de moros corsarios, y aunque trataron de evitar el encuentro y evadirse, no lo pudieron conseguir, porque no les favoreció el viento. Este contratiempo facilitó á los moros el ponerse á la vista, y aproximándose, empezaron á hacer fuego no obstante la bandera de paz que se habia enarbolado en el bajel donde iban los redentores. Uno de los dos religiosos subió á la popa, para que á su vista se templasen y conociesen conducian los caudales de la redencion; pero en vez de templarse le hicieron una descarga, que si no le hubiera asistido el Dios de Israel con su espiritual providencia, quedára muerto. Disponiendo una lancha abordaron al buque cristiano doce moros con los alfanges desnudos; no se les hizo resistencia por no perder el salvoconducto que les favorecia; pero sin el menor miramiento despojaron á los religiosos, haciendo pedazos aquel documento que arrojaron al agua, no hicieron caso ni se compadecieron de las lágrimas y súplicas de los religiosos para que respetasen los caudales que llevaban para el rescate de los pobres cautivos. Trasladaron á su nave todo el caudal y todo lo que algo valia; los pilotos y el escribano de la redencion no pudieron hacer la más leve resistencia, porque los ataron de pies y manos y los encerraron en el sitio más oscuro de la bodega. En cuanto llegó la noche se reunieron en conciliábulo los moros y turcos, y decretaron se quitase la vida á todos, y á los redentores los primeros. Esta cruel é impía resolucion escucharon lo religiosos y dieron aviso para que se previniesen para morir á los que iban en el navío de la redencion. Todos abrazaron con mucho gusto la muerte, y toda la noche la emplearon en exhortar á sus compañeros á que sufriesen gustosos el martirio en defensa de la verdad de nuestra católica religion, que aquellos infatuados moros aconsejaban á los religiosos la abandonasen, prometiéndoles que si aceptaban la suya les dejarian las vidas y caudales,

para que tomando mujeres en Argel, ó en otra parte de Africa donde les fuera más conveniente, tuvieran ellos, sus hijos y mujeres con que alimentarse, y para hacerles más fuerza, les añadian que nada se sabria en España de aquel suceso, y que aquel era el único medio de que salváran sus vidas. Los religiosos con la mayor firmeza y energía les contestaron que no era dable ni posible que abandonasen la santa fe católica que profesaron en el bautismo, que bien conocian que estaban expuestos á todo lo que fuese de su gusto, pero que jamás conseguirian el que abandonasen la católica religion, ni que cometiesen la mas ligera culpa, y mucho ménos se hallaban dispuestos á quebrantar un solo precepto de la ley de Cristo; que no les imponia el perder la vida, y que á todo se someterian ménos á abandonar la fe de católicos. Indignados los moros de resolucion tan cristiana, se afirmaron nuevamente en su sentencia de quitarles las vidas á los santos redentores, lo mismo que á los restantes que quisieran perseverar en la santa fe católica. Por entónces no se puso en ejecucion tan inicua determinacion, porque el arraez de la nave enemiga puso especial cuidado para impedir se llevase á efecto aquella malvada resolucion, no por caridad, sino llevado del vil intéres. Tenia este jefe su casa establecida en Argel, pingüe hacienda, hijos y mujer; y discurrió que si se quitaba la vida á los santos redentores todo lo perderia, reflexion que le movió á templar por entónces las iras de aquella gente facinerosa que llevaba en su compañía, reservando para más adelante la ejecucion de tan enorme maldad. Habiendo llegado el momento de llevarla á efecto, sacaron la lancha del buque en que iban los religiosos, la echaron al mar y tras ella á los santos redentores, con otras diez y seis personas, al parecer para que llegando á tierra librasen sus vidas, pero en la realidad para quitárselas en mejor ocasion. Con gran dificultad llegaron todos á tierra, y habiendo pasado imponderables trabajos, llegaron á la isla de Ibiza, donde tomaron una fragatilla para pasar á Argel á hacer las debidas reclamaciones y pedir justicia al Dey. No pudieron llevar á efecto tan justa determinacion, porque los mismos moros salieron al encuentro y arrojaron desapiadadamente al mar á los santos religiosos en odio de nuestra católica religion, no sin haberles prevenido ántes, que si querian librar las vidas volviesen las espaldas á la fe de Cristo y abrazasen la que les dictó su falso profeta. Constantes en defender la doctrina del Crucificado, resolvieron, como debian, perder ántes la vida temporal que faltar un ápice á la doctrina de Cristo, que les intimó en su santo Evangelio. Fueron, como se ha dicho, lanzados al mar, donde su constancia les hizo perder la existencia, como verdaderos discípulos del Señor, en obsequio de su santa fe. No tardó el Señor en castigar tan enormes delitos como habian cometido los inícuos sectarios de Mahoma quitando las vidas á sus amados

siervos. Alteróse el mar en tales términos que las enfurecidas olas se tragaron los dos navíos que ya llevaban y la detestable gente que los conducia, ménos cuatro moros que entónces se libraron, y un cristiano que llevaban cautivo, quien dió parte y noticias de estas lastimosas tragedias, aunque no tan completas como de las que se hace relacion, las cuales se averiguaron despues, ya por el mismo, ya por otros, que pusieron singular estudio en examinar de raíz tan lamentables sucesos. Los moros que salieron con vida de tan deshecha borrasca pasaron á Argel, y sabedor el Dey de los enormes delitos que habian cometido, como lo fueron el robar los caudales destinados á la redencion, y la vida á los santos religiosos, los condenó á muerte, á uno de ellos le estrangularon, á otros dos arrojaron al mar con crecidas pesas en los pies; el cuarto se les escapó, pero no de la ira del divino juez, que tambien le quitó la vida temporal.—A. L.

SALON (Fr. Juan), natural de la ciudad de Valencia, religioso de la Observancia del seráfico P. S. Francisco, y segun Rodriguez (aunque Nicolás Antonio lo calla) de la clase de los legos. Fué hombre muy perito en la lengua hebrea y astrología. Rodriguez lo celebra *por muy docto en la astronomía, matemáticas, teología, y mucho más en el idioma hebreo;* y D. Nicolás, que á ninguno defrauda de su merecida gloria, le llama *Hebrææ linguæ atque item Astrologicæ rei in paucis peritus.* En la ciudad de Roma, en donde ya vivia mucho tiempo ántes, mereció el favor del sumo pontífice Gregorio XIII, sabio y eminente varon, siendo una de las cosas en que más se ocupó de la reduccion de los equinoccios y correccion del año, que hizo en el de 1582, y por consecuencia hacia la mayor estimacion de los hombres que podian conducirle á conseguir su intento. Entre ellos se contaba á Fr. Juan por un libro que imprimió acerca de la materia en cuestion, el año mismo que Su Santidad fué exaltado á la tiara, del cual dice Pedro Agustin Morlá: *Cujus fuit maxima apud Summum Pontificem existimatio.* Estas son sus obras: 1.ª *De Emendatione Romani Kalendarii, et Paschalis Solemnitatis reductione, tractatus.* En Florencia, 1572, y en Roma, 1576.—2.ª *Espejo Astrológico para sangrías, medicinas etc.* En Barcelona, 1578, en 8.°—A. L.

SALON (Fr. Miguel Bartolomé), religioso agustino, natural de Valencia. Sugeto tan erudito que mereció le colocase entre los escritores célebres valencianos el nunca bastante alabado Mariner, pág. 528 de sus obras: tambien Guerau de Monmajor le nombra en la Sátira que manuscrita se conserva en la libreria Mayansiana. Mereció que su retrato se colocase entre las personas eminentes en la coleccion que habia en el monasterio de la Murta. Murió este célebre escritor en Valencia, siendo prior del convento del Socorro, en domingo 24 de Enero de 1621, á los ochenta y dos años de su edad, habiendo merecido por el gran crédito de virtud y sabiduría, que en el

inmediato martes se le hiciesen públicos y honrosos funerales, haciendo su elogio en una oracion latina el Dr. D. Baltasar Zapata. Segun Jimeno, era llamado por su sabiduría el *Salomon valenciano*; cursó las artes en aquella universidad con el pavorde y canónigo Pedro Juan Monzon, y la sagrada teología con el pavorde Juan Blas Navarro. Entró despues en la órden de S. Agustin y vistió el hábito en el convento de nuestra Señora del Socorro en dicha ciudad de Valencia, cabeza en aquel tiempo de los conventos observantes de la provincia de Cerdeña, y profesó en 20 de Junio de 1558. En la religion se dedicó tan de lleno al estudio de las ciencias y á la observancia de aquel instituto, que causaba la mayor admiracion y asombro áun á los más doctos. El año de 1566 recibió en aquella universidad el magisterio de artes, y los grados mayores de ambos derechos y teología. Obtuvo en ella cátedra de artes, y despues la de teología de Sto. Tomás, que regentó por el espacio de cuarenta años con imponderable aplauso y numeroso concurso de estudiantes, que atraidos de la gran fama de su sabiduría, venian á oirle de partes muy remotas. Era pequeño de estatura y delicado de conplexion; pero de un espíritu tan robusto y agigantado, como manifiestan sus escritos y los muchos empleos que tuvo en la religion y pudo tener fuera de ella, á no haberlo contrariado la emulacion y la envidia, porque generalmente era tenido por uno de los sugetos más beneméritos para el gobierno de cualquiera iglesia de España. Habiéndose unido en el año de 1596 los conventos observantes del reino de Valencia á la provincia de Aragon, intervino en Roma como definidor al capítulo general que celebró la Orden en aquella corte en el año 1575, y le nombró el general uno de los diputados para mejorar las antiguas constituciones y acabar de desterrar por este medio la relajacion monstruosa de la claustra, que se habia apoderado de todas las religiones desde la peste del año 1348. Restituido á su provincia procuró se estableciese en ella lo determinado en el capítulo de Roma. En el año de 1576 le eligieron prior del convento de Orihuela; despues lo fué repetidas veces del convento del Socorro, y dos del Real convento de S. Agustin de Valencia; muchas veces definidor de la provincia de Aragon, y provincial últimamente en el año de 1599. En Valencia era consultado con muchísima frecuencia del santo tribunal de la Inquisicion, del cual era calificador, del magistrado, vireyes y arzobispos, especialmente del V. y Excmo. Patriarca D. Juan de Ribera, el cual le nombró por uno de los teólogos consultores para la última junta que se tuvo ántes de la expulsion de los moriscos. El rey D. Felipe III habia formado tan alto concepto de su religiosidad y sabiduría, que en la reduccion de los salarios de las cátedras de aquella universidad que habia mandado en el año 1612, exceptuó la del maestro Salon, queriendo gozase el salario por entero durante su vida,

como lo habia concedido al maestro Satorre. Estas son sus obras: 1.ª *De Justitia, in Secundam Secundæ Sancti Thomæ de Aquino. Tomi duo, in quibus quid æquum, quid iniquum sit in omnibus actionibus, commerciis et contractibus humanis, explicatur.* En Valencia, 1581, y por segunda vez en 1591 por Gabriel Ribes, y en Venecia, 1608, siempre en folio. Dedicó esta excelente obra al magistrado de Valencia, y hace memoria en la dedicatoria de muchos hijos insignes de ella que en varios tiempos la ilustraron con su sabiduría. Dice Fuster que tuvo tal aceptacion esta obra, que se reimprimió varias veces, pues además de las ediciones citadas por Jimeno, hubo otra en Venecia, año de 1598, dos tomos en folio. En el mismo año en Valencia, tambien en dos tomos en folio. Véase la *Biblioteca* de D. Gabriel Sora, fol. 10.—2.ª *Arte de servir á Dios.* Habia empezado esta obra el P. Fr. Rodrigo de Solís, reformador apostólico de la provincia de Aragon, y el célebre escritor Salon acabó y perfeccionó la segunda parte y dió el libro á la estampa en Valencia, en casa de la viuda de Pedro Huete, 1585, en 4.°—3.ª *Libro de la vida santa y milagros del Ilmo. Señor D. Fr. Tomás de Villanueva, arzobispo de Valencia, de la órden de S. Agustin.* En Valencia, por Pedro Patricio Mey; 1588, en 8.° Por Juan Crisóstomo Garriz, 1620, en 4.°, más copiosa y añadida, y en casa de los herederos del mismo Garriz, por Bernardo Nogués, 1652, tambien en 4.°, con un tratado del *Estado de la canonizacion de dicho nuestro Santo Arzobispo,* compuesto por el Mtro. Fr. Buenaventura Fuster de Rivera. Esta vida está escrita con tanto acierto, que deleita con su estilo y mueve á los lectores á ternura y devocion. Respecto de esta obra, que es la vida de Santo Tomás de Villanueva, dice el escritor D. Justo Pastor Fuster que su verdadero título es: *Libro de los grandes y singularísimos ejemplos que dejó de sí en todo género de santidad y virtud, particularmente en la piedad y misericordia con los pobres, el Ilmo. y Rmo. Sr. D. Fr. Tomás de Villanueva, arzobispo de Valencia y religioso de la órden de S. Agustin.* En la reimpresion que se hizo en 1652, en 4.°, fué añadido *el Extracto de la canonizacion de dicho Santo.* Siendo tal la devocion, que se hubo de hacer otra impresion añadida por el P. Mtro. Fr. Manuel Vidal, del órden de S. Agustin, en Salamanca, por Eugenio García de Honorato, sin año y en 4.°, pero en la dedicatoria dice 1737. Añadida en esta impresion la causa de la canonizacion y traslacion de sus reliquias. Tambien posteriormente se reimprimió en Madrid por la viuda é hijo de Marin, año de 1799, en 4.°, diciendo en la portada ser quinta edicion. Esta vida fué traducida al italiano y dedicada al pontífice Paulo V; impresa en Roma, año 1619, en 4.°—4.ª *Oracion panegírica, exhortatoria y consolatoria de la muerte de la Marquesa de Caracena Doña Isabel de Velasco y Mendoza, Vireina de Valencia, con una breve re-*

lacion de la muerte de Doña Luisa de Carvajal, y algunas cartas suyas de mucha edificacion. En Valencia, por Pedro Patricio Mey, 1616, en 4.° Aunque el título de oracion alude como á objeto de sermon, seguramente es más bien libro histórico, que dedicó á D. Bernardo de Rojas y Sandoval, cardenal y arzobispo de Toledo, tio de la difunta. En el convento de San Agustin de la ciudad de Barcelona se hallaban custodiados con el mayor esmero seis tomos manuscritos en fólio de este escritor, con los títulos siguientes: Tomos I y II: *In totam ferè primam partem Divi Thomæ.* —III. *De censuris, de Excommunicatione, Suspensione, Interdicto et Irregularitate.*— IV. *De Voto, Juramento et Simonia.* —V. *De Auctoritate Papæ, et aliis quæstionibus in I. part. S. Thomæ.*—VI. *De Charitate, Correctione fraterna, Pœnitentia, Matrimonio, Restitutione, ac dominio.* El tomo *de Voto, Juramento et Simonia* está completo y perfectamente ordenado, como se sabe por comunicacion fidedigna del convento de Barcelona: en los demás son pocas las materias que se conservan enteras y algunas duplicadas. El maestro Jordan dice que el motivo de haber parado en Barcelona fué porque era catalan el provincial cuando murió el maestro Salon, y le pertenecen por su carácter los manuscritos de los religiosos difuntos. Dejó tambien manuscrita una obra que se conservaba en el convento de S. Agustin de Valencia con este título: *Commentaria in disputationem de restitutione saluti fidelium maxime necessaria de juramento, de symonia, de justitia et voluntate Dei, et de Misa;* año 1607, en 4.° —A. L.

SALON (Miguel Tomás). Este religioso español, segun Nicolás Antonio en su *Biblioteca Hispana*, nació en la ciudad de Valencia. Tomó el hábito de los ermitaños de S. Agustin, y fué doctor y profesor de teología de la universidad de la misma capital. Ha quedado de este autor un grueso volúmen titulado: *De Justitia et Jure.*—C.

SALONIO, obispo. Este prelado del siglo V, denominado Salonio, fué hijo de S. Euchero el antiguo, que despues fué obispo de Lion. Fué educado en el monasterio de Lérida con su hermano Veran, y la Providencia los destinó á los dos al episcopado. Veran fué obispo de Vence, pero no se sabe de qué iglesia se encargó á Salonio, conjeturando algunos fuese la de Viena y otros la de Génova. Asistió al concilio de Orange, que se celebró el año 441, y firmó una epístola enviada al papa S. Leon el año 432. Escribió tambien á este Papa defendiendo los derechos de Ingenes, arzobispo de Embrun, cuya respuesta le dió el pontífice Hilario, sucesor de S. Leon, habiendo apariencias de que murió poco tiempo despues. Compuso este prelado una explicacion literal y mística sobre los Proverbios y el Ecclesiastés de Salomon, en forma de diálogo, en cuyo trabajo le ayudó su hermano Veran, cuya obra se encuentra en la *Biblioteca de los Santos Padres de la Iglesia.*

Puede consultarse sobre este prelado á los autores siguientes: Rivet, tomo II de su *Historia literaria de Francia.*—Salvien en sus *Epístolas.*—Sisto de Siena en su *Biblioteca de los Santos.*—Bellarmino en sus *Escritores Eclesiásticos.*—Vicente Varralis en su *Crónica.*—Du Pin en su *Biblioteca de Escritotores Eclesiásticos* del siglo IV, y Possevin en su *Aparato Sacro.*—C.

SALORNAY (Juan de), obispo de Macon en el siglo XIV á su final, procedia de una familia antigua é ilustre de Brescia, puesto que segun Labourem, en el libro *Masures de l'Ile-Barbe*, con relacion al año 1000, se halla un Guichard, señor de Beaugen, casado con Rocaria de Salornay; Juan de Salornay, nieto por parte de su madre Adeliga del presidente Pastoret, que fué uno de los regentes del reino durante la menor edad del rey Cárlos VI, fué educado á la vista de su abuelo y de su tio, Pedro de Salornay, al que sucedió en el canonicato casi hereditario que disfrutaba su familia en el cabildo de la santa iglesia de Leon. El año 1394 fué llamado al obispado de Macon, y mezclando con sus deberes episcopales los negocios políticos de que se le ve constantemente encargado, llegó á ser por su destreza, piedad y por el favor que le dispensaron los reyes Carlos V y Carlos VI, uno de los hombres más notables de su época. Guillermo de Salornay, su sobrino habia sido designado para sucederle; pero murió jóven, y su hermana Margarita, casada con su primo Antonio Pastoret, que fué teniente general del ejército que condujo el conde de Montpensier al reino de Nápoles, fué la única que cuidó del ilustre prelado en sus últimos años. Juan de Solornay murió lleno de virtudes y de años el año 1445, bajo el reinado de Carlos VII. Segun su biógrafo Ernesto de Bosseville, la casa de Salornay se dividió en muchas ramas que han producido hombres distinguidos á la Iglesia, al estado y á la milicia, y algunos de ellos se unieron á la casa Real de Francia por medio del matrimonio.—C.

SALORNIO (Fr. Telisberto), capuchino italiano de la provincia del Tirol, escribió algunas vidas de santos. Pocas son las noticias que han llegado hasta nosotros de este religioso, que obtuvo sin embargo alguna celebridad en su época por sus escritos. Todos los bibliógrafos le han citado en sus colecciones, y no le han olvidado las crónicas de su religion; pero las escasas noticias que de él nos han dejado, apénas merecen se les dé el nombre de biografía, siendo más bien un breve elogio. Nacido de una familia bien acomodada, manifestó desde su infancia ardientes deseos de entrar en religion, de caminar por la senda de la perfeccion evangélica; perfeccionada con los años su piadosa vocacion, no tardó en tomar el hábito religioso, y desde este instante dió pruebas de la grande piedad de que se hallaba animado. Su amor á la pobreza, su obediencia, su humildad le elevaron entre sus iguales y le hicieron digno de figurar entre sus superiores. No habia oficio, por bajo

y vil que fuese, que no fuera preferido por él á los mas elevados; tan implantado se hallaba en su alma el sentimiento de su verdadera grandeza. Discípulo de Jesucristo, lo habia dejado todo por seguir á su maestro, y las riquezas temporales, las vanidades mundanas y las pompas del orgullo y de la ambicion, eran verdaderos enemigos de que huia, convencido de que no podia encontrarlos mayores para la perfeccion á que aspiraba. Su ardiente caridad le hacia sacrificarse por sus prójimos, en cuyo amor se hallaba abrasado y ya en ocasiones de peste, ora en las circunstancias comunes de enfermedades de los religiosos, siempre se le vió atento y desvelado por ocuparse de su alivio y comodidad. En todas sus ocupaciones tomaba por modelo la vida de un santo, y de aquí el completo y largo estudio que acabó por hacer de los hechos y virtudes de los héroes más notables del cristianismo. Creciendo poco á poco esta aficion, nació en él el deseo de transcribir los sucesos que eran tan vulgares á su inteligencia, y no tardó en ser autor de una série de obras agiológicas en extremo apreciables, y algunas de las cuales llegaron á ver la luz pública. Su exámen nos llevaria demasiado léjos y es en extremo difícil, porque estos libros son hoy sumamente raros, circunstancia que nos obliga á prescindir de él, contentándonos con referir, aunque á grandes rasgos, lo que de este religioso han dicho los escritores que nos han precedido. De sus últimos momentos y de su muerte tenemos noticias mucho más escasas todavía; parece sin embargo que murió en la mejor opinion, y que el pueblo le miró como santo, segun la costumbre de su época, asistiendo á su entierro grande concurso, que tomó pedazos de su hábito para reliquias, y áun quiso arrebatar el cadáver.—S. B.

SALORT (Jaime), natural de Inca, sacerdote sabio, muy amigo de San Felipe Neri, y uno de los que este escogió para fundar la congregacion del Oratorio en la iglesia de S. Juan de los Florentines de Roma. Gallonio en el capítulo VIII de la vida de dicho santo, dice que Salort era varon de admirable candor y sencillez; el P. Baccio, en otra vida del mismo santo, lib. I, cap. XV, le llama sacerdote de gran bondad, y el Ilmo. Barbosa, en el sumario que escribió de las cosas del Oratorio, celebra tambien su mérito y virtud. Jaime Salort era beneficiado en nuestra catedral, y murió en Roma, año 1569.—J. B. de R.

SALORT (Jaime), presbítero beneficiado en la catedral de Mallorca, discípulo del V. P. Rafael Serra, cuya vida escribió y quedó inédita.—B. de R.

SALPEGUI (Fr. Cárlos), franciscano de la Orden Tercera regular, natural de Palermo, donde probablemente tomó el hábito y siguió los estudios, obteniendo los grados de doctor y maestro en sagrada teología, que explicó, lo mismo que la filosofía, en diferentes lugares, mereciendo por la grande reputacion y acierto con que desempeñó las cátedras para que fué designado,

que el pontífice Clemente IX le eligiera regente del colegio de S. Pablo de Araceli, en Sicilia, cargo que ejercia en 1506, distinguiéndose por su erudicion y vastos conocimientos. Hallábase al frente de este colegio cuando fué honrado sucesivamente con los cargos de examinador de su Orden y ministro de la provincia del patrimonio de S. Pedro, por lo que tuvo que vivir en la corte pontificia, olvidando sus anteriores empleos. No tardó en ser elegido general de su Orden, mas ya porque le arrebatase la muerte en aquellos momentos, ó por otras circunstancias que no nos refieren los cronistas franciscanos, no llegó á tomar posesion de su nuevo empleo. Dejó diferentes obras entre las que se mencionan las siguientes: *Theologiam scholasticam in via Scoti*, 3 tom. fol.—*Cursum philosophicum*, 1 tom. fol.—*Sermones de cuaresma*, en 4.°—*De los sábados en elogio de la Virgen María.*—*Sermones panegíricos de los Santos.* Todas estas obras manuscritas se encontraban en la biblioteca de su convento en Sicilia.—S. B.

SALPHAAD, hijo de Nepher, de la tribu de Manasés. Murió sin hijos varones, pero dejó cinco hijas, Maala, Noa, Egla, Melcha y Tersa, las que recibieron su parte en la tierra de promision con las de su tribu.—S. B.

SALSAS Y TRILLAS (D. Pedro). Este eclesiástico catalan nació en Llivia, y fué plebano de la villa de Pons. Graduóse de teología y de bachiller en cánones en la antigua universidad de la ciudad de Cervera, y fué muchos años rector de su patria en el obispado de Urgel, y en virtud de un concordato le nombró el rey plebano, en recompensa de sus buenos é importantes servicios. Fué autor de la obra titulada: *Pláticas y doctrinas espirituales*, y al fin del prólogo escribió el elogio de los catalanes y de su lengua. Escribió tambien en dialecto catalan *el Catecismo pastoral y prontuario moral, sacado de las pláticas y doctrinas espirituales*, cuya obra tradujo al castellano el Padre Fr. Francisco Espinach y Cardona, religioso carmelita, que le públicó en Madrid en cinco tomos el año de 1801.—C.

SALT (Antonio), sacerdote, natural de Valencia, licenciado en sagrada teología. Fué sugeto muy estudioso y amante de la instruccion y del saber. Este afan le hizo ser aficionado á viajes, y en uno de ellos se trasladó á Italia, y dió á luz una descripcion de la santa casa de Loreto con este título: *Santuario Lauretano de la Virgen nuestra Señora.* En Loreto, 1647, en 8.°—A. L.

SALT (Fr. Onofre). El canónigo Lanuza y D. Nicolás Antonio le suponen oriundo de Aragon, y además el último padeció el engaño de creerle jesuita. Sábese con toda certeza y seguridad que Fr. Onofre Salt fué natural de Valencia, religioso trinitario calzado y despues servita. Estos dos puntos los resuelve convincentemente Rodriguez, autor de la *Biblioteca valentina.* El primero lo acreditan sus mismas obras, en que se llama Valen-

ciano; y el segundo por monumentos antiguos, custodiados en el archivo del convento del Remedio de la ciudad de Valencia. Porque consta por ellos primeramente, que en el dia 1.° de Junio, domingo de la Santísima Trinidad del año 1597, firmó su profesion en dicho convento, la cual parece habia hecho aquel dia. Más, que leyó artes en el convento de la misma órden de Villafranca de Panadés, en Cataluña, y teología en el convento de Barcelona, de donde vino á proseguirla al de Valencia. Que en esta su nativa casa compuso, de órden de los superiores, la vida del venerable P. Fray Francisco Davon, para insertarla en las informaciones de sus virtudes, que en aquel tiempo se estaban recibiendo en la misma provincia. Que tambien esta le dió el grado de presentado; que fué presidente *in capite* del convento de S. Juan Bautista de la la villa de Estadilla, en el obispado de Lérida, y que despues se pasó á la religion de los Servitas, segun se halla notado en el citado *Libro de Profesiones* despues de su firma, omitiendo el año. En esta segunda religion gozó tambien los honores de presentado en teología; fué prior del convento de S. Marzal, en la diócesis de Tarragona; y despues del de la Vírgen del Buen Suceso en Barcelona, y en una y otra Orden mostró de palabra y por escrito su piedad, erudicion y buen estilo, así en el púlpito, como en las obras que compuso, que son las siguientes: 1.ª *Epítome de la milagrosa fundacion de la sagrada Orden mendicante de los Siervos de nuestra Señora, colegido de sus historias y bulas apostólicas.* En Barcelona, por Juan Amello, 1611, en 8.°—2.ª *Historia de la maravillosa vida, angélica conversacion y preciosa muerte del glorioso S. Onofre, rey, anacoreta y confesor.* Tambien en Barcelona por Estéban Liberos, 1620, en 8.° En esta obra manifiesta mucha erudicion y estudio.—3.ª *Vida, conversacion y muerte del bendito P. Fr. Francisco Davon, valenciano, de la órden de la Santísima Trinidad.* Se guarda manuscrita en 4.°, juntamente con las informaciones arriba expresadas, en el archivo de aquel convento, cajon tercero de los estrechos, como atestigua Rodriguez, el cual dice que pone esta nota el Padre Salt en la vida referida: *Concluida en este Real convento de nuestra Señora del Remedio de la ciudad de Valencia, dia 2 de Abril, año de* 1605.—A. L.

SALTELIS (Fr. Berenger de), religioso dominico elegido provincial de Cataluña en el capítulo celebrado en la Seo de Urgel en el año 1333. Todos los escritores suponen tomó el hábito en el convento de Barcelona, y debió haberlo hecho sin duda, dice la Crónica de su Orden, por ser natural del término de la predicacion del dicho convento, como en hecho de verdad lo fué, aunque no tomó el hábito sino en la provincia de Provenza, y por esto hizo profesion en el convento de Colivre á 29 de Marzo del año 1307 en manos del prior Fr. Juan de Villalobent, como lo escribió él mismo de su mano en un libro antiquísimo de las profesiones de los frailes del convento

de Barcelona. Que entónces debia ser la ley que el que era natural y vivia de asiento en los términos de la predicacion de algun convento fuese hijo de él, aunque tomase y recibiese el hábito y profesase en otra provincia. Dedúcese esto de las actas del capítulo general que S. Raimundo de Peñafort celebró en Bolonia el año de 1240, en que se dijo: que el fraile que estando en el siglo dejaba la provincia en que habia nacido y se pasaba á otra mudando el domicilio, fuese de aquella provincia á la cual mudó el domicilio, y segun eso, continúa el mismo autor, el que no le mudaba, aunque dejase su provincia y se pasase á otra y en ella tomase el hábito, era sin duda hijo de la provincia en la cual habia nacido. Y serlo habia del convento de cuyo término era natural, como Fr. Berenger de Saltelis, que por esto fué tenido por todos por hijo del convento de Barcelona. En su provincialato se celebraron capítulos, desde el año 1334 hasta el de 1341, en Estella, Castellon de Ampurias, Calatayud, Barcelona, Pamplona, Lérida, Huesca y Gerona, aunque pudo asistir á todos ellos, porque no mucho despues de la eleccion del pontífice Benedicto XII, que se verificó en Diciembre de 1334, movieron algunas inquietudes varios religiosos que con licencia del referido pontífice habian pasado de la órden del seráfico P. S. Francisco á la religion de Predicadores, la cual mudanza, dice la Crónica, hicieron por estar cansados de la pobreza, estrechura y preceptos de su Orden y pensar que la de Predicadores es más holgada y apacible. Y no es ello así por cierto, como lo habia significado ya mucho ántes el santísimo papa Clemente IV á un caballero principal, que muerta su mujer, quiso ser fraile y le consultó en cuál de las órdenes de Sto. Domingo y de S. Francisco entraria, con cuyo motivo le escribió el Papa la siguiente carta, traducida por el cronista de la órden de Sto. Domingo: «Clemente obispo, siervo de los siervos de Dios, al amado hijo Armenzando caballero, salud: Pídesnos el consejo que en ti lo podrás hallar. Porque si el Señor te inspiró dejado el siglo apetecer el fruto de mejor vida, no queremos prohibir el espíritu de Dios, así como ni podemos, principalmente como tengas hijo bien enseñado, segun creemos, el cual sabrá gobernar y proveer tu casa. Y si, no mudado el propósito, preguntas más adelante cuál de las Ordenes de los frailes Predicadores y Menores creemos debes escoger, eso á tu conciencia principalmente lo dejamos. Porque más puedes tú saber las observancias de entrambas Ordenes, las cuales no son en todas las cosas, ántes bien en diversos artículos exceden y son excedidas. Que de la una de estas dos Ordenes la cama es más dura, la desnudez más grande, y como algunos juzgan, la pobreza más profunda. Y la otra tiene la comida más parca, los ayunos más largos, y como muchos sienten, la disciplina más severa. Ninguna, pues, á ninguna preferimos, sino que creemos que fundadas en una pobreza, y aquella altísima, tiran á un blanco,

es á saber, á la salud de las almas. Y por eso, ora escojas esta, ora escojas aquella, emprenderás camino estrecho, y entrarás por puerta angosta á la tierra melíflua y más espaciosa que las otras. Por tanto, pondera esto en ti, y esto advierte diligentemente, cuál agrade más á tu alma, y cuál confies que llevarás mejor. Y así te allegues á la una en la conversacion y vida, que en amor no te apartes de la otra. Porque réprobo es el fraile predicador que no ama á los Menores, y execrable el fraile menor que aborrece á la órden de Predicadores ó la menosprecia. Dado en Perosa á 13 de las calendas de Mayo del segundo año de nuestro pontificado.» —Donde es bien, continúa la Crónica, se pongan los ojos en lo que el Papa escribe, que no prefiere la una Orden á la otra. Experimentáronlo todo los frailes que de la Orden de los Menores se pasaron á la de Predicadores, y dióles tanta pena, que no tardaron en presentarse al papa Benedicto XII para procurar hiciese más fáciles y apacibles las constituciones de la Orden. Y es cosa no ménos que dignísima de admiracion ver cuán bien dispuesto hallaron al Papa para lo que pretendian. Porque luego se le asentó tanto lo que se le pedia, que llamó al maestro de la Orden y le dijo que en el capítulo general venidero tratase con la Orden la renunciacion de las constituciones que tenia, por ser ásperas y pesadas, y tan cargadas de preceptos, que comenzaban por precepto, y que hecha la renunciacion se pusiese la Orden en sus manos para recibir de ellas otras suaves, apacibles y más fáciles de guardar. Sintiólo grandemente el maestro de la Orden, y con ese tamaño sentimiento descubrió á los Padres del capítulo general lo que pasaba y lo que se le pedia. Los cuales lastimados sobremanera no pudieron dejar de pensar que les acontecia en parte lo que á los hijos de Israel en Egipto cuando se vieron perseguidos del nuevo rey de Egipto, que ignoraba á José. El papa no tenia memoria de lo que la Orden habia hecho por su predecesor Juan XXII y por toda la Iglesia, cuando el duque de Baviera Ludovico, electo emperador de Alemania, se le atrevió tanto, que sin temer las excomuniones y sentencias papales, se entró por Italia y no paró hasta que en Roma se coronó, é hizo papa al que se llamó Nicolao V, y puso cisma en la Iglesia. Que entónces la Orden, por defender al papa verdadero Juan XXII, padeció grandes persecuciones en Pisa, Luca, Arezo, Castello, Viterbo y en otros pueblos de Italia, perdió los conventos y en las tierras del imperio no le quedó nada. Todo lo procuraban Ludovico y los de su bando, por ver que la Orden se hacia tan de Juan XXII, que ella era la que publicaba por el mundo los procesos hechos por el Papa contra el de Baviera. Y era así en realidad, porque así se mandó estrechamente en el capítulo general de la Orden tenido en Tolosa el año de 1328, por lo cual tomó el bávaro tamaño odio á la Orden, que estuvo ya muy á pique de perder todas sus cabezas y casi todos sus principales frailes en un punto y mo-

mento en Colonia, donde el año de 1330 estaban ya congregados para celebrar capítulo general. Tenia ya Ludovico hecha determinacion de matarlos allí á todos en los dias que el capítulo durase, y dábalo ya por hecho. Pero se frustró la maldad de Ludovico, porque S. Servasio se apareció á un sacerdote devoto suyo, y le descubrió y reveló la malvada resolucion del de Baviera, y diciéndolo el sacerdote á los capitulares, se pusieron en el acto en camino y se fueron á Trayecto, donde fueron tan bien hospedados, como si desde el año ántes se supiera que allí se habia de celebrar el capítulo. Y por esta merced hace la Orden desde entónces oficio de tres lecciones á S. Servasio, segun lo escribe el Mtro. Fr. Jaime Domingo. Cobraron nuevo ánimo entónces los religiosos, y mandaron desde luego en el mismo capítulo de Trayecto, que ningun Padre dominico se allegase ó diese socorro en nada ni á Ludovico, *quondam* duque de Baviera, ni á Fr. Miguel de Serena, *quondam* ministro general de la órden de S. Francisco, ni á Fr. Pedro de Corbaria, antipapa, ó á los cómplices de ellos herejes y cismáticos condenados por la Iglesia. De todo esto no se acordaba ya Benedicto XII, que si lo tuviera en la memoria, no fuera posible tomar tan á pechos lo que la Orden tanto sentia, y con razon, porque viendo que Benedicto le queria quitar la aspereza y trabajo que tiene, le parecia que le queria quitar el sustento con que desde su orígen hasta entónces habia criado tantos y tan grandes santos, pues la aspereza es la que suele hacer más santos á los que lo son, y de ordinario son más aventajados en espíritu y bienes del cielo los santos afligidos que los regalados, si algunos hay. Que así como los niños hebreos con las legumbres que comian y agua que bebian se hicieron más corpulentos y hermosos que los otros niños, que comian regaladamente y bebian vino, y vino de rey, de la propia suerte de los santos, que en siéndolo, son como ministros de Cristo, aquellos suelen ser más lozanos en espíritu y más gallardos en alma, que comen mal y beben peor, y son amigos de aspereza. Por eso la Orden sintió muchísimo lo que el Papa pedia, y para que Dios lo estorbase se puso toda ella en oracion, y con el comedimiento y término que al vicario de Cristo se debía, salió á la defensa y no renunció las constituciones que su buen Padre Sto. Domingo le habia dado y los papas habian confirmado. No desmayó por eso el Papa, ántes bien oida la respuesta del capítulo, llamó al maestro de la Orden y los Padres más principales de ella, y en Aviñon, donde él estaba, hizo de todos ellos una congregacion, dándoles título de reformadores de las constituciones de la Orden. Uno de ellos fué el provincial de Aragon Fr. Berenger de Saltelis, de que ahora nos ocupamos, por lo cual no se tuvo capítulo general el año de 1338, aunque ya le tenia la Orden señalado en la ciudad de Metz, y el capítulo general que para el año de 1341 estaba señalado en Carcasona no se celebró allí

sino en Aviñon, porque Benedicto no dejó salir de esta ciudad al maestro general de la Orden y á los reformadores que pertenecian al capítulo, por lo que este se verificó en Aviñon con grande paz, religion y reposo, y aunque el papa Benedicto no dió cosa ninguna para el sustento de los capitulares, no por eso les faltó todo el regalo del mundo, segun asegura el cronista, porque movió Dios los corazones de los cardenales para que los proveyesen de todo. No se concluyó ninguna cosa en este capítulo ni en los consejos de la congregacion de los reformadores, y débelo la Orden á su maestro general Fr. Hugo, que con su prudencia particularísima difirió la mudanza que el papa pedia todo el tiempo que pudo, que fué el de su propia vida, cansadísimo de trabajos y en particular de los que le daba la resolucion del Papa, que nunca se ablandaba nada para con la Orden, murió en Aviñon á 6 de Agosto de 1341 y tuvo su fin correspondiente á su buena vida y costumbres. Muerto el maestro general de la Orden, nombró el papa Benedicto vicario en el asunto de la reformacion al provincial de Aragon Fr. Berenger de Saltelis, el cual con los demás reformadores siguió el camino ya marcado por el maestro de la Orden difunto, para diferir siempre lo que el Papa pretendia, hasta que la Majestad de Dios proveyese de remedio del cielo, como toda la Orden se lo suplicaba con muchas lágrimas. Y Dios, que no se debia de servir de tal mudanza de constituciones, fué servido de sacar á la Orden del aprieto en que estaba con la muerte de Benedicto, que fué en el mismo año de 1341, no mucho despues del maestro de la Orden, porque Clemente VI, que le sucedió en el pontificado, no trató sino de honrar mucho el hábito y luego despidió de la corte á los religiosos de la congregacion. Marchó el provincial Fr. Berenger á su provincia de Aragon, y celebró capítulo en Sangüesa el año de 1342. Despues de lo cual marchó á Barcelona, donde falleció probablemente en el mismo año, dejando grande fama no solo por los servicios que á la Orden habia prestado, sino tambien por sus grandes virtudes y santidad.—S. B.

SALTERELLI (Simon), del órden de Predicadores, nuncio apostólico, arzobispo de Pisa y primado de Córcega y de Cerdeña. Este gran personaje, que no solo hizo honor á su patria, como tambien á su Orden, sino que prestó grandes servicios á la causa de la religion, nació en Florencia el año 1261, bajo el pontificado de Alejandro VI. Sus ilustres parientes, que ocupaban los más altos puestos de la república, y que se distinguian no ménos por su piedad que por su antigua nobleza, formaron grande empeño en darle una brillante educacion, tanto más cuanto que Simon era el primer fruto del matrimonio que Dios concediera á sus padres. Las esperanzas no salieron vanas ni fué inútil el trabajo. Favorecido con los más bellos dones de la naturaleza, y fiel á las inspiraciones de la gracia, el jóven Salterelli, desde sus

más tiernos años supo captarse la estimacion y el aprecio, no ménos que el amor de cuantos le conocian. Como si las virtudes, principalmente la de la caridad para con los pobres, fuesen innatas en él, consagróse con placer sin igual á la práctica de todas las obras de misericordia y de los ejercicios de piedad. Tan enemigo de la ociosidad como de todos los vicios que se derivan de esta perniciosa fuente, veíasele siempre ocupado en algun honesto trabajo, ó en útil y piadosa distraccion. El estudio de las bellas letras, y una noble emulacion para aprender todo aquello que sus maestros estaban encargados de enseñarle con arreglo á su distinguido nacimiento, eran los ejercicios que reemplazaban á la oracion. Amaba la conversacion de los sabios y de las personas virtuosas tanto como odiaba y huia del trato con los libertinos. Bastaba para mortificarle y herirle en la parte más sensible, obligándole á retirarse prontamente, el que cualquiera se atreviese á decir ó hacer en su presencia alguna cosa que estuviera poco arreglada á las leyes de la modestia y del pudor. Con tales principios que en buen hora le libraron de todo lo que podia haber contribuido á hacerle perder la pureza del alma y del cuerpo, la Providencia le dispuso á llenar cumplidamente los designios que sobre él habia formado, pudiendo decirse que este siervo de Dios, por la inocencia de su vida, pudo muy bien conocer estos designios. Todo lo pospuso por lo tanto al cumplimiento de sus deberes, y nada le ligó á la tierra, aunque se hallaba circuido de todo cuanto puede hacer amable al mundo. Rico, noble, único heredero de una opulenta casa, en la posesion de sus inmensos bienes no tuvo otro placer que el inocente de poder dar parte de ellos á los que se hallaban en la necesidad, y el de consolar á los afligidos ó los atribulados. Cuando llegó á cumplir veinte años de edad, solo le ocupaba la idea de poder llevar á cabo su designio de retirarse del mundo; aunque no encontraba el medio de que habia de valerse, tanto ménos cuanto que sus parientes, cuyas intenciones eran bien distintas, le habian buscado un partido digno de sus grandes cualidades y capaz de sostener y áun de aumentar el brillo de su familia. El nacimiento, la riqueza y el mérito personal de la doncella que le destinaban por esposa, hacia que fuesen muy fundadas las esperanzas de obtener semejantes ventajas. Guido Salterelli, padre del jóven é ilustre senador florentino, hizo la proposicion á su hijo, rogándole que en atencion á ser el gusto de las dos familias, no les diese la pena de rehusar, porque esto sería un golpe muy sensible para todos. El embarazo de Simon fué muy grande; conocia harto bien lo que Dios exigia de él, y conocia al mismo tiempo los deberes que le ligaban con su padre, de quien era tiernamente amado. Parecíale muy duro desobedecer á sus parientes, de los cuales habia sido siempre el consuelo, y cuyas delicias formára: pero resuelto á no resistirse á la voz interior de la gracia, todos los natura-

les sentimientos de ternura, de amor y respeto quedaron vencidos, sofocándolos no obstante con un profundo silencio, que fué considerado como un tácito consentimiento, puesto que siempre demostrára que la voluntad de su padre era una ley para él. En vista, pues, de lo que se creia, ambas familias se llenaron de regocijo, como si el matrimonio fuera una cosa resuelta, y preparóse todo para las bodas. Pero interin que los otros entre la alegría de los festines se felicitaban mútuamente y recibian de todas partes felicitaciones por una alianza que se consideraba como terminada, el casto discípulo de Jesucristo, cada vez más asustado por los escollos inseparables á un estado á que no se consideraba llamado, redobló sus ruegos y sus ejercicios de penitencia á fin de que el Señor le auxiliára con su infinita misericordia. Pasaba los dias en la práctica de las buenas obras, y las noches gimiendo por la violencia que el amor paternal le hacia. Pero afirmándose su corazon y su voluntad con los socorros de la divina gracia, y despreciando todos los afectos naturales que aún hablaban en él, presentóse al prior del convento de la orden de Predicadores de la ciudad de Florencia, denominado Sta. María la Nueva, quien despues de trascurrir algun tiempo y de penetrarse que su vocacion era verdadera, le concedió el hábito de religioso que habia pedido, con tanta humildad como insistencia, no bastando á separarle de su santa determinacion ni las lágrimas de una afligida madre, ni los ruegos de un padre querido y respetado, ni las amenazas de una poderosa familia que se creia despreciada, ni la vista en fin y las violentas insinuaciones de la que le habia ya considerado como su esposo, y cuyo talento, unido á las gracias naturales, habrian seguramente fijado su corazon si le hubiera sido posible dividirlo entre Dios y la criatura. En estos momentos críticos en que el nuevo religioso combatia contra los afectos de la carne y de la sangre, contra las personas que le eran tan queridas y á las que debia respetar, y en fin, contra sí mismo, viósele siempre superior á los mundanales sentimientos de la naturaleza y á todo cuanto hay en la tierra capaz de quebrantar la virtud más heróica. Dios, que era el único y absoluto autor de su victoria, dignóse premiar su valor, y no quiso diferir un punto en manifestarle cuán agradable le habia sido su sacrificio. La paz y la tranquilidad de que se llenó el corazon del generoso novicio, ínterin que en el exterior parecia hallarse sumamente agitado; y la conformidad completa, aunque tardía, de sus parientes, no fueron más que unos indicios, las primicias y los anuncios de las futuras bendiciones que el cielo habia de derramar sobre aquella inocente víctima de su vocacion y sus deberes. Las pruebas del noviciado, las santas prácticas del claustro y el rigor de la observancia religiosa, parecieron al discípulo de Jesucristo empresa tanto más ligera, cuanto que él se habia propuesto no dispensarse ni la más mínima cosa de las

que veia practicar á los que estaban más adelantados en edad, religion y virtud. Las vigilias, los ayunos, el canto religioso y el ejercicio de la oracion formaban sus delicias, y despues de haber pronunciado sus votos, añadió á estas delicias las del estudio continuado, al que se aplicó con extraordinario entusiasmo, consiguiendo de este modo llegar á ser, no solo un modelo perfecto de regularidad, sino uno de los más hábiles teólogos y de los más famosos predicadores. Antes de entrar en el claustro habia procurado cultivar su ingenio con el estudio de las letras humanas, haciendo notables progresos en la ciencia de la legislacion y en el conocimiento de ambos derechos. Bajo las leyes de la santa obediencia, Simon puso cuanto sabia á disposicion de sus hermanos, y para su comun provecho no ménos que para la edificacion de la Iglesia, cuyos intereses sostuvo con un zelo y una firmeza que nunca dejó desmentida. Sus trabajos para pacificar las ciudades y los pueblos de Italia, segun las intenciones de los sumos pontífices que le encargaron tan honrosa comision; la vigilancia que despues manifestó cuando tuvo á su cargo la direccion de la diócesis de Parma, desgarrada entónces por los más crueles partidos; su sábia firmeza en todas las revoluciones que ocurrieron en la iglesia de Pisa, ínterin tuvo el gobierno de ella á su cargo; su valor para resistir las cismáticas empresas de un antipapa, y las violencias de un emperador que temerariamente habian pretendido desposeer de su dignidad al verdadero y legítimo vicario de Jesucristo, y que queria sostener su obra por la fuerza de las armas, y el destierro voluntario en fin, á que el prelado se condenó por prudencia y del que salió cubierto de gloria para tornar á subir á la sede arzobispal; todo esto sirvió para demostrar ventajosamente los excelentes dones de que el espíritu divino le habia dotado en el secreto de su retiro, cuando ocupándose del cuidado de su propia perfeccion, se disponia ya para trabajar un dia con fruto por la multitud de almas que la divina Providencia queria confiar á sus cuidados. En la direccion de sus propios hermanos, fué donde por decirlo así hizo los primeros ensayos de sus talentos para el mundo, donde dió las pruebas de la prudencia que siempre se admiró en él, y donde demostró las demás virtudes que le adornaban. A pesar del bajo concepto que de sí propio tenia, vióse precisado á ceder á las órdenes de sus superiores, dejándose poner al frente de la comunidad donde habia recibido el hábito. El acertado modo con que supo cumplir los deberes de este primer cargo le proporcionó otro más elevado, siendo nombrado en el capítulo general celebrado por la Orden en Nápoles el año 1311, ministro de la provincia romana. Poco tiempo permaneció en este empleo, porque parece que su mando no podia ménos de elevarle, y así al año siguiente fué investido de un cargo más importante, que reclamaba suma copia de talentos y de experiencia. El ilustre Berenguer de

Landore le llamó en 1312 á la ciudad de Aviñon, donde los sumos pontífices tenian entónces su residencia, y le encargó el importante empleo de procurador general de toda la Orden. Necesitábase en este puesto poseer para su buen desempeño mucha circunspeccion, genio y habilidad, no habiendo ménos necesidad del talento, de la persuasion y de una reputacion bien sentada para tratar los interesantes negocios que una Orden religiosa tan importante y dilatada tenia que ventilar contínuamente con los prelados, los cardenales y demás ministros del Papa, y hasta con el mismo soberano Pontífice. Algunas veces en los negocios ménos previstos, y en los muy embarazosos, el hombre que desempeña aquel cargo debe procurar hallarse en estado de ventilar felizmente cualquier punto, porque la menor negligencia puede tener muy trascendentales resultados, y la demasiada precipitacion echar á perder el importante negocio. Si le falta valor ó celo, pronto se verá envuelto y apurado por la multitud de diversos negocios, y si no está vigilante siempre y atento á todo, podrá muy bien ser sorprendido y dejar que se malogren ocasiones importantes, que difícilmente volverán á presentarse; y si á la vez carece de la elocuencia y las luces necesarias, nunca los resultados corresponderán á sus deseos. Pero el que se halla adornado de tan recomendables cualidades, logra por la opinion que se tiene de su mérito, rectitud y probidad, añadir un nuevo peso á sus razones y muchos grados á la bondad de su causa. Segun Leandro Alberto, que no habla por sí mismo, sino con referencia á otro antiguo escritor, la corte de Roma encontró y reconoció todas aquellas recomendables cualidades en el procurador general de los PP. Predicadores. Celoso, hábil y elocuente, Simon Salterelli no cedió á ninguna persona en el arte difícil de conocer y de manejar los espíritus, y de persuadir conforme deseaba. Su solicitud se extendia á todas partes. Él queria verlo todo por sí mismo, pesar y examinarlo todo con cuidado para tomar prudentemente su partido y hacer las cosas á su debido tiempo. La inocencia de sus costumbres era generalmente conocida, y la dulzura de su conversacion le hacia tan estimable para todos cuantos le trataban, que ni por un momento debió abrigar la idea de que se hacia importuno á nadie. Las personas de más elevada categoría, de más alta dignidad le buscaban para consultar sus más árduos negocios, no rehusando jamás poner en práctica lo que él les indicaba. Los asuntos de la Orden dominicana se hallaban colocados en excelentes manos; pero no debian estarlo mucho tiempo. Clemente V, que entónces ocupaba la cátedra de S. Pedro, trató de rodearse de los hombres de genio y de carácter para hacer que finalizasen, si le era posible, las turbaciones que agitaban contínuamente á la Italia. Si la venida del emperador Enrique VII no habia servido más que para irritar los ánimos de los partidos que él se proponia reconciliar, su muerte prematura,

dejando incompleta la empresa, puso el colmo á la confusion. La confianza que el Pontífice tenia en la probada sabiduría de Simon Salterelli, hizo que Su Santidad le enviase como nuncio extraordinario cerca de las repúblicas y de los príncipes de Italia. Dióle sus instrucciones, aunque dejando á su prudencia el elegir los medios que conceptuase más á propósito, segun el tiempo y las circunstancias, para llevar á feliz término las negociaciones de que se hallaba encargado. Aunque tomase las más sabias y prudentes precauciones, no era fácil lisonjearse de obtener un buen resultado, puesto que en la violenta agitacion en que los ánimos se encontraban, no cuidaban de otra cosa que de satisfacer sus deseos de venganza, sugeridos por el odio, la ambicion y la rabia, pareciendo algunas veces difícil y áun arriesgado hablar de paz y de reconciliacion, porque solamente el insinuar á unos la necesidad de que terminasen sus diferencias, era suficiente motivo para merecer la indignacion y el resentimiento de los otros. El siervo de Dios se hizo muy pronto cargo de estas dificultades, y nadie seguramente las comprendió mejor que él. Desde su infancia habia conocido bastantes revoluciones, y por todos los sitios que Simon en su calidad de provincial recorriera en el territorio romano, habia advertido con dolor las sangrientas huellas que dejára el demonio de la discordia. Aunque la comision de que se le encargaba era harto penosa, el zelo de la causa del Señor le hizo tentar lo que parecia un imposible, no permitiéndole la profunda obediencia que guardaba al soberano Pontífice excusarse ni rehusar cumplir lo que le ordenaban. Ignóranse las particularidades de sus negociaciones y el detalle de lo que debió sufrir en la série de sus viajes por pueblos que se hallaban continuamente armados, aunque sí se sabe que si el éxito no correspondió enteramente á sus deseos, sobrepujo algunas veces á lo poco que esperaba. Los más revoltosos no pudieron ménos de respetar su virtud, y muchos príncipes y varios de aquellos tiranuelos, que tenian sujetos á las odiosas cadenas de su dominio la mayor parte de los pueblos, no dejaron de manifestarle la más profunda estimacion y el sentimiento que tenian de no poder ejecutar todo lo que exigia de ellos para echar los fundamentos de una paz general; lo cual demuestra, segun dice el mencionado Leandro Alberto, cuán grande era la virtud y la reputacion de este santo religioso, pues á pesar de la diversidad de sentimientos, intereses y partidos, todos se reunieron para colmarle de aplausos y significar unánimemente el afecto que les inspirára. La muerte del papa Clemente V, y el largo interregno que ocurrió en la Santa Sede, produjeron nuevos obstáculos para la conclusion de una paz que el nuncio apostólico no perdia nunca de vista. Es de presumir que el Sacro Colegio, sede vacante, le confiriera nuevos poderes para continuar las negociaciones, que prosiguieron con más buena intencion que

resultado. Los servicios de Salterelli fueron tan gratos al sumo pontífice Juan XXII, que en el año 1327 le nombró obispo de Parma, con intencion de premiar por una parte sus trabajos y desvelos, y de dotar por otra á una iglesia huérfana y afligida de un pastor capaz de consolarla, edificarla y conducirla al logro de la paz, segun el espíritu del Evangelio. No obstante haber empuñado el báculo pastoral, el nuevo obispo no dejó el hábito de su Orden, ni omitió una sola de sus prácticas religiosas, ni ménos prescindió de sus costumbres penitentes: conservando siempre el mismo amor hácia la pobreza, la frugalidad de su mesa, el escaso número de sus sirvientes, y el empleo que supo hacer de sus rentas, segun las prescripciones de los cánones y el ejemplo de los más santos obispos, hizo que se le conociese y que fuera considerado más que como procurador del bien de la Iglesia, como el ecónomo fiel y el sabio administrador de los bienes de los pobres. Discípulo y ardiente entusiasta de Sto. Tomás, regló siempre su conducta por los sublimes ejemplos del grande y esclarecido doctor. Su primer cuidado apénas tomó posesion de la iglesia de Parma, fué procurar la reforma de las costumbres de su clero, y la union de todos sus diocesanos por los lazos de una sincera y caritativa amistad. Esta ocupacion, digna en verdad de un sucesor de los apóstoles, le envolvió en una infinidad de trabajos y disgustos que no hubieran sido ménos gloriosos á los ojos de los hombres, como lo fueron ante los ojos de Dios, si resultára de ellos el buen fin que se prometia y que tenia un derecho á esperar. Pero las desgraciadas facciones que hacia más de un siglo no cesaban de armar el brazo de los ciudadanos unos contra otros en todos los puntos de Italia, habian encendido el fuego de la guerra civil entre los habitantes de Parma. Rolando Bosc y Juan Quirici, á la cabeza de dos partidos, llegaron á ser los tiranuelos del país y el azote de las personas honradas. Estos dos bandidos, por satisfacer sus rencores particulares, su avaricia y su detestable ambicion, llenaron la ciudad de muertes, de robos y de sacrilegios, haciendo correr la sangre por do quiera. Los dos partidos parecian, sin embargo, haberse puesto de acuerdo para honrar la entrada del nuevo obispo, en quien no podian ménos de reconocer la alta piedad y las recomendables circunstancias. El pobre pueblo impiamente sacrificado á las pasiones de sus tiranos, y todos los que suspiraban por la vuelta de la paz, le colmaron de bendiciones, animados con la dulce esperanza que por su mediacion, su autoridad y su prudencia, les proporcionaria un bien tan apetecido y tan inútilmente esperado. El celoso prelado, sostenido siempre por su evangélico ardor, meditó mucho y muy detenidamente delante de Dios acerca de los medios que debian adoptarse para conseguir tan sublime objeto: como un padre comun de su pueblo, entregábase por completo á él, porque todo era en él amor y caridad. Visitaba sin distincion á los indivíduos

de los dos bandos, y preparaba los ánimos de todos para que se inclinasen á sus deseos por medio de las señales de ternura que igualmente les dispensaba. Él no negó jamás á los Güelfos lo que creia pudiera concederse á los Gibelinos, y en su palacio eran tan bien recibidos los que seguian el bando de Rolando, como los que se hallaban afiliados en el de Quirici. Las cariñosas amonestaciones que su deber pastoral le obligaba á hacerles, condenando los manejos odiosos de los perturbadores de la paz, caian igualmente sobre uno como sobre el otro partido. Así es que sosteniendo siempre el carácter de un padre amante y de un recto mediador, no se dejó nunca ni sorprender por los unos, ni prevenirse en favor de los otros; ántes por el contrario, blasonando de su evangélica libertad, indicó el daño que todos se hacian á sí propios, y el que á la patria causaban por la inflexible obstinacion con que pretendian destruir á sus compatriotas, á quienes denominaban enemigos. Este era el objeto principal de sus sermones y el tema de todas sus conferencias, las cuales escuchaban voluntariamente todos, sintiendo la fuerza de sus argumentos y la solidez de cuanto le inspiraba su zelo para hacer cesar los horrores de la guerra. Los expedientes que proponia para llegar al goce de dias más tranquilos, no podian ménos de ser aprobados, pero no los abrazaban. Los más contrarios á la paz se contentaban con decir que sí él creia posible la terminacion de aquellas turbaciones, y podia conseguir la reunion de los partidos, toda la gloria redundaria en favor de un prelado que tan dignamente sabia cumplir los deberes de un buen pastor. Sin embargo, como si la justicia de Dios hubiera querido castigar con la ceguedad á los habitantes de Parma, las animosidades y divisiones continuaron aún. Los facciosos se hacian siempre seguir de todos, y el pueblo era de contínuo víctima de la crueldad de aquellos hombres nacidos para la ruina de su patria. El partido de Rolando quedó por fin triunfante, y entónces se manifestó más insoportable la tiranía. La ruina ó la muerte de muchos ilustres ciudadanos, las diarias confiscaciones y la proscripcion de familias enteras, fueron las tristes consecuencias de aquella fatal victoria. El crímen de los unos y la desolacion de los otros llenó al piadoso Obispo de tanta amargura, que ni de dia ni de noche cesaba de gemir, ofreciendo á Dios el sacrificio de su corazon y de sus lágrimas. Seis años seguidos, pasados en un estado tan violento, fueron para nuestro Obispo contínuos dias de dolor. Durante ellos presentábase ante el trono de su Divina Majestad, pidiéndole gracia para aquel pueblo, que ocupaba el más preeminente sitio de su corazon. Aunque Ughel no da á nuestro prelado más que cuatro años de gobierno, esto es una equivocacion ó un error del autor, porque todos los demás sabios historiadores convienen en que el célebre Simon Salterelli ocupó la sede episcopal de Parma desde el año 1317 á 1323, en que fué trasladado á la de Pisa. Los

parmesanos no merecieron poseer mucho tiempo un prelado, cuya virtud y cuyas predicaciones les conmovian sin convertirlos. Pidió, pues, ser relevado del cargo, viendo cuán inútiles eran sus esfuerzos y los medios que intentaban practicar. Pero con su ausencia se aumentaban los desórdenes, llegando hasta el caso de arrojar de su sede al obispo su sucesor, quien hasta cumplirse diez años de destierro, no volvió á tomar posesion de su obispado, teniendo el dolor de contemplarle en el estado á que seguramente le hubiera dejado reducido un ejército de bárbaros victoriosos. Puédese juzgar por el estado de los negocios temporales, de la marcha y estado de los espirituales, y puede calcularse cuántas manos sacrílegas habian robado, saqueado y disipado, con decir que para atender á las necesidades mas precisas y á su propia subsistencia, el prelado se vió en la triste precision de pedir licencia á la Santa Sede para tomar prestada una grande suma, y para enajenar algunos dominios de la Iglesia. Los ciudadanos de Pisa no se encontraban turbados por ménos agitaciones desde el dia en que el ilustre Odon de la Salle, tambien del órden de Santo Domingo, habia abandonado un pueblo que con tanto acierto, prudencia y vigilancia gobernára por espacio de doce años, un pueblo rebelde que diariamente se arrojaba á cometer multitud de crímenes, y que no podia sufrir que le reprendiesen y afeasen su conducta. Y sin embargo, á este pueblo rebelde y tumultuoso fué donde el sumo pontífice Juan XXII quiso enviar por pastor y sucesor inmediato de Odon de la Salle á Simon Salterelli. Los pisanos recibieron esta novedad con alegría; pero el gozo no pudo ser completo en todos por las razones siguientes: las repúblicas de Pisa y de Florencia habian estado siempre dominadas por los partidos opuestos; y aunque los Güelfos y los Gibelinos causasen en la una y en la otra frecuentes revoluciones y trastornos, el partido de los primeros era más poderoso en Pisa. Considerando que Salterelli habia nacido en Florencia, temieron que tratase de favorecer á los Gibelinos, y procuraron con todo afan para trasmitir sus sospechas al espíritu del pueblo. Sospechas harto injuriosas tratándose de un prelado, que nunca siguió otro partido que el de Jesucristo, y que en todos los cargos que desempeñára, ora como obispo, ora como nuncio apostólico, no se habia propuesto más que la gloria de Dios, el honor de la religion y el reposo y seguridad de los pueblos. Los hombres sensatos no incurrieron en la debilidad de hacer tales suposiciones; pero desde luego apreciaron la conducta siempre igual del antiguo obispo de Parma, cuya virtud, sabiduría, imparcialidad y moderacion le habian hecho adquirir la confianza ó al ménos el aprecio de los considerados como jefes de los dos opuestos partidos. Sus virtudes, sus acciones, su larga experiencia y sus inclinaciones hácia la paz, hacian esperar con mucho fundamento un gobierno dulce y tranquilo. No se habia olvidado

de que los dos religiosos de su misma Orden, que sucesivamente y ántes de él habian gobernado la iglesia de Pisa, consideraron como un deber capital procurar su gloria y sostener el buen órden, á pesar de cuanto se les habia hecho sufrir por parte de los enemigos de la paz. Juan de Pole, ilustre pisano del órden de Predicadores, nombrado para gobernar esta gran sede por el papa Bonifacio VIII, la habia honrado desde el dia 10 de Febrero de 1299, en que tomára posesion, hasta el mes de Marzo de 1312, que fué trasladado á la silla de Nicosia, capital de la isla de Chipre; y Odon de la Salle, sucesor de Juan de la Pole, habia como en otro lugar se dice obtenido del emperador Enrique VIII la renovacion y confirmacion de los privilegios antiguamente concedidos por varios soberanos á la iglesia de Pisa. A los cuidados de este grande hombre y á su solicitud pastoral se debia que su ganado disfrutára largo tiempo, entre las dulzuras de la paz, las ventajas espirituales y temporales que él les habia deseado procurar. Simon Saltarelli, educado en la misma escuela que sus predecesores habian trazado, no siéndoles inferior ni en nacimiento ni en talento, por sus esclarecidas virtudes obtuvo un grado más de esplendor, si nos es lícito decirlo. El convencimiento que llegó á tenerse de su extremada piedad fué tan grande, que llegó á destruir las querellas intestinas entre los políticos de Pisa, reuniéndolos á todos con unos mismos sentimientos de respeto y de veneracion á su prelado. Fué recibido en su iglesia, en medio de las públicas aclamaciones, y durante los diez y nueve años que desempeñó su gobierno, tanto en la paz, como en medio de las más rudas pruebas apareció conducido siempre por el espíritu divino, sin otro deseo que labrar el bien de su iglesia y destruir sus males, sin atender á otra cosa que al cuidado de su grey, hallándose pronto á sacrificar no solamente su reposo, sino tambien su misma vida, por la salud de los fieles. Sus súbditos se hallaban tan convencidos de esto, que aunque divididos por la discordia, se dirigian á él con entera confianza cuando se trataba de juzgar sus diferencias, de decidir sus querellas, revisar sus procesos ó terminar las disputas en los asuntos más árduos y espinosos. El hábil y celoso pastor supo aprovecharse muy bien de esta confianza sin límites, para entender en la conclusion de antiguas animosidades, reconciliar muchas familias que se hallaban divididas, ó por lo ménos para disminuir el fuego de las divisiones, cuyas consecuencias habian sido siempre harto funestas para los particulares y para la república en general. Los primeros dias de tranquilidad que con su dulzura y sabiduría habia procurado á su diócesis, los empleó en hacer la visita de ella para enterarse con detencion de su estado, corregir sus abusos y repartir abundantes limosnas. Entónces su prudencia apareció ser tan grande como su caridad, y para contentar á todo el mundo y no aparecer sospechoso á ninguno de los dos partidos en la

distribucion de sus piadosas liberalidades, adquiriendo al mismo tiempo un conocimiento exacto de las necesidades de los pobres, eligió cuatro habitantes de respetable carácter entre los ciudadanos de Pisa, los cuales eran bien conocidos por su probidad, su celo y su desinterés, y que estaban encargados de recorrer todos los cuarteles de la ciudad, informándose con cuidado y detencion de las necesidades de cada uno, y más particularmente de las de aquellos á quienes la vergüenza impedia mendigar. Por mano de estos fieles ministros distribuyó el prelado con extrema equidad una gran parte de sus cuantiosas rentas. Las viudas, los huérfanos, las familias arruinadas recibian su subsistencia en virtud de los cariñosos cuidados de un padre comun, que les evitaba el rubor de tenerla que pedir. Pero al mismo tiempo, y queriendo efectuar por sí solo otra grande obra caritativa, á nadie encargó el cuidado de indagar las necesidades de los pobres clérigos, cuidando por sí solo de buscarlos, oirlos y atender á su consuelo, ya suministrándoles auxilios, ya dándoles colocacion, segun el talento de que cada uno se hallaba adornado. Conforme escuchó siempre las peticiones de aquellos, cuyas verdaderas necesidades le eran bien conocidas, jamás se negó tampoco á los ruegos de cualquiera que fuese á hacérselas conocer de nuevo. Desplegó suma magnificencia respecto á los lugares consagrados al ejercicio de la religion, gastando inmensas sumas en su reparacion y adorno. Durante el curso de sus visitas habia observado que muchas iglesias se hallaban desprovistas de los ornamentos más precisos para la celebracion del culto divino, y que muchos sacerdotes, principalmente del campo, usaban para celebrar los sagrados misterios, objetos tan deteriorados y tan despreciables, que seguramente habrian rehusado para su uso particular. Corrigiendo la negligencia de unos y supliendo las faltas donde conocia que eran verdaderamente hijas de la necesidad, hizo distribuir á sus expensas una multitud de vasos sagrados, preciosos ornamentos y otros objetos de culto. El mismo espíritu de religion que movia su solicitud pastoral en aquellas cosas que no exigen más que el aparato externo, le hacian velar sobre todo lo que pudiera contribuir á morigerar las costumbres y á instruir á los fieles para conseguir la salud de las almas. No obstante la confusion general que las facciones y las guerras civiles habian causado en el país, tuvo el consuelo de hallar todavía un pequeño número de ministros del altar fieles, instruidos en sus deberes y obligaciones, y verdaderamente celosos de la buena direccion de las iglesias que los últimos arzobispos de Pisa les habian encomendado. Cierto es que no reconoció el mismo celo ni el mismo espíritu en el mayor número de sus subordinados; mas sin perder su carácter de dulzura y sin extralimitarse en lo más mínimo, supo hallar el secreto de hacerles más atentos y más exactos en el cumplimiento de sus funciones. Sus instrucciones, sus ejem-

plos, que anticipadamente prevenia á los que juzgaba dignos de ellos por su arreglada conducta, todo produjo el buen efecto que el hombre de Dios se propusiera. Ya hacia cuatro años que la iglesia de Pisa disfrutaba las dulzuras de la paz en cuanto permitian las circunstancias de aquel turbulento tiempo y el azoroso estado de los negocios de Italia; y en este espacio el clero se habia formado por el modelo de su celoso pastor. Los fieles obtenian gran provecho de sus instrucciones, y los pobres, sostenidos con sus limosnas, bendecian continuamente la mano caritativa que sabia prestar el consuelo de todas sus necesidades. La llegada de Luis de Baviera con su ejército, que entró en el Milanesado por el año 1327, reanimó el fuego de la division en todo el país, ahuyentando de él para mucho tiempo la seguridad y el reposo. La creacion que este príncipe se atrevió á hacer en el año siguiente de un antipapa, trajo en pos de sí todas las fatales consecuencias del cisma que afligió á la Iglesia universal inícuamente atacada en la cabeza visible. Aquella fatal ocurrencia fué para la iglesia de Pisa en particular el orígen y el principio de una ruda persecucion. Los primeros golpes cayeron sobre el pastor; pero bien léjos de abatir su valor ó de quebrar su firmeza, únicamente sirvieron para demostrar toda la extension de su sabiduría y la viveza de su celo por los intereses del vicario de Jesucristo y por los sagrados derechos de su apostólica silla. Esta época, la más notable de la vida de nuestro prelado, merece ser considerada con alguna extension y que refiramos sus principales circunstancias. Todos conocen las ágrias disputas ocurridas entre Luis de Baviera, elegido emperador de romanos, y el papa Juan XXII, que jamás quiso reconocer como válida esta eleccion. Nadie ignora los excesos que el primero, cegado por malos consejos, se arrojó á acometer contra el padre comun de los fieles, quien despues de muchas advertencias templadas y de muchas amenazas inútiles, habia lanzado el rayo de la excomunion, cubriéndole con el anatema al príncipe que á mano armada creia poderse hacer justicia á sí mismo y disponer de la tiara, como el Papa su adversario podia disponer, valiéndose de las inmensas facultades que le asistian, tratándose de un príncipe arrojado del seno de la Iglesia, de su trono imperial, relevando á sus súbditos del juramento de fidelidad, y entregando el reino á cualquier príncipe cristiano que quisiera tomar posesion de él. Interin que el Papa se hallaba en su residencia de Aviñon, el emperador elegido penetró con grandes fuerzas en Italia, y se ciñó la corona de hierro en Milan, haciéndose consagrar por tres obispos de la faccion de los Gibelinos. Despues de esta ceremonia, que tuvo lugar el dia último de Mayo del año 1327, Luis de Baviera empleó tres meses enteros en fortificar su partido é intimidar á sus enemigos. Pretendió para manifestar su desprecio hácia el Papa, lanzar de sus sillas á todos los obispos que no estaban de su parte, para reempla-

zarlos por otros que se hallaban más inclinados á hacer su voluntad. Esta medida, aplaudida por unos y condenada por los más, originó grandes turbaciones, particularmente en aquellas iglesias donde los prelados intrusos empezaron á señalar su entrada con mil desgracias, manteniéndose algun tiempo por la fuerza, aunque siendo al fin lanzados ignominiosamente de sus sillas. El 6 de Setiembre del citado año, los alemanes se presentaron delante de Pisa, que les cerró sus puertas decidida á sufrir todas las fatales consecuencias de un sitio ántes que acceder á las pretensiones del usurpador. Ya hemos dicho que los Gibelinos eran muy fuertes en esta ciudad, pero tambien su arzobispo era muy querido, y sus instancias y el afecto que les inspiraba, habian logrado conciliar los ánimos de todos los pisanos. Por otra parte, los escandalosos actos cismáticos de Luis de Baviera perjudicaban notablemente á su causa, porque los que eran verdaderamente fieles y adictos á la Sede Apostólica, prescindiendo de las opiniones políticas, se escandalizaban altamente y se declaraban del todo contra él por lo ménos. Tampoco le prestaban auxilio, lo cual disminuia en mucho su fuerza moral, que en ocasiones supera á las físicas para el triunfo de una causa, reanimando por el contrario el celo de los fieles que se hallaban resueltos á no faltar jamás á sus deberes respecto de la Santa Sede. Treinta y dos dias de sitio sufrieron los habitantes de Pisa, cuando abandonados á sus propios recursos, y no contando con auxilio de otras partes, se vieron obligados á capitular, y Luis, hecho dueño de la ciudad, creyó que para adelantar en sus negocios no debia omitir medio ni recurso á fin de atraer á sus miras al arzobispo y tenerle en favor suyo, conociendo sobradamente la gran influencia que sobre todos los ánimos ejercia. Ensayó todos los medios. Primero le envió varios delegados, y habiendo sido inútiles todas las persuasiones, llegó hasta el caso de hacer por sí mismo lo que vanamente habia intentado por medio de sus emisarios, empleando para reducirle á sus deseos las más magníficas ofertas, las exhortaciones, los ruegos y por fin las amenazas. Todo, sin embargo, fué inútil. El santo prelado temia á Dios, pero no temblaba ante los hombres, y mucho ménos cuando se trataba de hablar en pro de la justicia ó de defender la religion. Dueño siempre de sí mismo, no temió hablar como su conciencia le aconsejaba al emperador victorioso, que levantándose contra la autoridad del vicario de Jesucristo, vino á quedar por fin cubierto de baldon y de ignominia, y no dudó tampoco en hacer la apología del Papa delante de su perseguidor. Interin que el santo prelado hablaba con tal intrepidez al emperador, la desunion comienza á surgir entre los jefes de los Gibelinos. El obispo de Arezzo, que estaba al lado de Luis de Baviera, y que habia parecido ser el más ardiente de todos sus partidarios, le abandona de pronto y se retira, no teniendo reparo en decir que solamente por mortifi-

cacion y deseo de hacer penitencia habia seguido la corte de un príncipe hereje y fautor de tiranos. Mas ni el cambio y arrepentimiento de este viejo obispo, ni toda la firmeza del prelado de Pisa, hicieron mudar de plan y de idea al príncipe bávaro, siempre resuelto á desposeer al pontífice Juan XXII, quien por su parte continuaba fulminando contra él nuevas censuras. El 15 de Diciembre volvió el emperador á Roma, resuelto á consumar el acto de iniquidad, determinando regresar en seguida á Pisa para someter de grado ó por fuerza á todos los que trataban de oponerse á sus designios. Esta retirada y la ausencia de los principales jefes de los Gibelinos proporcionaron un tiempo precioso de descanso á los de Pisa, tiempo que el arzobispo aprovechó para afirmar á los fieles en la obediencia debida á la Santa Sede, y prevenirles contra todos los acontecimientos de que se hallaban amenazados. La confianza de la grey y la docilidad con que escuchaba la voz de su pastor, nunca fueron tan grandes como en aquellos dias de prueba y de calamidad. Pero miéntras el pueblo fiel se ejercitaba en la oracion y en las prácticas piadosas en la ciudad de Pisa, en la de Roma se aumentaba la confusion todos los dias. El 17 de Enero dos obispos ya excomulgados por el Papa, hicieron en la iglesia de S. Pedro la ceremonia de la coronacion del emperador y de su esposa. En el mes de Abril inmediato, Luis de Baviera, despues de haber hecho multitud de declamaciones, y de practicar muchos procedimientos irregulares contra Juan XXII, trató de desposeerle, y al efecto le declaró hereje, desprovisto de todo órden, oficio, beneficio y privilegio eclesiástico, le sometió al poder secular de sus oficiales, y ordenaba á todos los fieles cristianos que huyesen de él como notoriamente convencido de la herejía. Al mismo tiempo y por órden de este príncipe, que se declaraba elevado al imperio romano por la voluntad de la divina Providencia para exterminar los males reinantes y procurar la paz á los pueblos, los cismáticos no llamaron en adelante al papa Juan XXII con otro nombre que con el de Santiago de Cahors. No se contentó con esto sin embargo. El Espíritu Santo ha dicho *que un abismo llama á otro abismo;* y cuando las pasiones ocupan el lugar de la razon ó de la religion, no hay excesos de que no sea capaz el hombre. Despues de la escandalosa escena ejecutada por los Gibelinos en la capital del mundo cristiano, los más grandes crímenes no debian aterrarlos. Por un atentado cuyo recuerdo no puede evocarse sin terror, pretendian arrojar del primer trono de la Iglesia al Sumo Pontífice colocado allí por la mano de Dios, y determinaban con la misma temeridad poner en lugar suyo al que la voluntad del Señor no habia elegido ni designado para ocupar tan alto puesto. El dia 12 de Mayo de 1328 fué un dia de luto y de llanto para los verdaderos hijos de la Iglesia, á la vez que un dia de gozo para sus encarnizados enemigos. Todo el pueblo de Roma, hombres, mujeres y niños, ha-

llábanse reunidos en la gran plaza de S. Pedro, mezclados con los individuos del clero secular y los de las religiones que no se habian retirado de la ciudad santa á la aproximacion de los cismáticos. Luis de Baviera se presentó á la asamblea, revestido de los ornamentos imperiales y cercado de los señores de su corte. Subiendo á un estrado suntuosamente adornado, que habian erigido á las puertas de la basílica, hizo adelantarse á Pedro de Corbaria, religioso del órden de S. Francisco, y levantándose de su silla le hizo sentarse bajo del dosel. Despues que Nicolás de Frabiano hubo leido un largo discurso, lleno de calumnias contra Juan XXII, al mismo tiempo que de exageradas alabanzas y adulaciones al emperador, este hizo preguntar por tres veces á los asistentes si querian por papa á Pedro de Corbaria. El pueblo demostró hallarse turbado, mas por el temor que sentia declaró que sí aceptaba. El obispo de Venecia leyó en seguida el decreto de eleccion, y el emperador, habiendo dado á su pretendido Papa el nombre de Nicolao V, le entregó el anillo, le revistió de la capa pluvial y le hizo sentar á su derecha (1). Algunos dias despues el antipapa Nicolao V quiso hacer creacion de cardenales para recompensar á sus partidarios, enviar legados á los príncipes cristianos, nombrar obispos y deponer ó arrojar de sus sillas á los que no se lisonjeaba de poder sujetar á sus designios. El santo arzobispo de Pisa por su virtud y su firmeza se habia hecho demasiado conocido, para que no se dirigieran desde luego contra él los primeros tiros de los cismáticos. Declarósele por lo tanto rebelde y proscripto, y nombraron para ocupar su silla á Gerardo Rolando, antiguo obispo de Ateria, hombre adicto al emperador por inclinacion, y al antipapa por interés. Nuestro Arzobispo, vivamente impresionado por la calamidad general de la Iglesia, pareció poco sensible á lo que personalmente le competia. Aunque se hallaba seguro de la fidelidad y amor de su pueblo, no quiso sin embargo exponerle en su propia defensa, y se contentó con excitarle á permanecer siempre unido y adicto á su legítimo sucesor, asegurando que la divina Providencia no permitiria mucho tiempo el triunfo de la iniquidad, ni tardaria en derribar los ídolos impíos que los hombres levantáran cegados por sus pasiones. No bien se habia re-

(1) Algunos historiadores refieren el extraño suceso que ocurrió en la proclamacion de Pedro de Corbaria, que nosotros creemos oportuno consignar aquí para conocimiento de los lectores. Cuando el pueblo de Roma, aterrado ante el atropello que á su vista tenia lugar, guardaron el más profundo silencio, del que no podian sacarle los soldados alemanes, que con sus amenazas querian obligarle á aplaudir en el momento de colocar la tiara sobre la cabeza del antipapa, un grito desgarrador se dejó oir entre la multitud, y una mujer adelantándose hácia el tablado protestó en alta voz contra aquel acto. Era la esposa de Pedro de Corbaria, de quien se hallaba separada hacia algunos años, y á quien su marido no pidió consentimiento para tomar el hábito religioso. La fuerza dominó á la razon, y las quejas de esta mujer y la reclamacion no tuvo resultados.

tirado á Florencia, cuando el emperador volvió á Pisa, donde hizo su entrada pública el dia 21 de Setiembre de 1328. El antipapa le siguió á principios de Enero del inmediato año, y se alojó en su compañía en el palacio episcopal. No es este lugar para referir todo lo que ejecutaron uno y otro con objeto de reducir y de intimidar al clero y al pueblo despues de haber arrojado de la silla á su legítimo pastor; pero si haremos notar que la divina Providencia dispuso fuesen aniquilados los proyectos de los cismáticos en el mismo lugar donde trataban de ponerlos en práctica. El 18 de Febrero de 1329 el antipapa predicó en presencia del emperador, de sus barones, y de algunos personajes notables de Pisa. Despues del sermon renovó todos los anatemas ya publicados en Roma contra sus enemigos, y publicó una nueva bula de excomunion contra Juan XXII, á quien solamente nombra Santiago de Cahors, contra el rey de Nápoles y contra los florentinos, amenazando con la privacion de sus beneficios á los clérigos seculares y regulares que continuáran obedeciéndoles, y prohibiendo á los legos dar el título de papa al mencionado Juan XXII, so pena de ser considerados y tratados como herejes, y concluyó prometiendo un perdon general á todos los que le prestasen obediencia á él mismo, y le reconociesen como papa, confirmando de este modo la sentencia dada contra el legítimo vicario de Jesucristo. En medio de la celebracion de esta asamblea sobrevino, segun dice un historiador contemporáneo, la más violenta tempestad de agua, viento y granizo que se vió jamás en Pisa. Los ciudadanos, que miraban con horror cuanto allí sucedia, aprovecharon la ocasion para huir y encerrarse en sus casas, y aunque el emperador mandó por la ciudad á su gran mariscal con soldados de infantería y caballería para obligar á los ciudadanos á volver á la asamblea, esta, á pesar de sus órdenes, fué muy poco numerosa. Los movimientos extraordinarios que el mariscal habia hecho durante su excursion por la ciudad en medio de la violenta tormenta, despreciando los riesgos en fuerza del fanático celo que le dominaba, le ocasionaron unos violentos dolores, para calmar los cuales le dijeron que se diese un baño de aguardiente. Sus domésticos, por una fatal imprudencia, aproximaron demasiado una luz al baño, se inflamó aquel líquido, y abrasó instantáneamente al mariscal, sin que le valiera humano socorro. El pueblo consideró este accidente como un milagroso ejemplo de castigo, y la gente piadosa, á la vez que ilustrada, no dejó de considerar esta série de acontecimientos como un fatal presagio contra el emperador y contra su antipapa. Este salió de Pisa el dia 11 de Abril, dejando tras de sí una odiosa memoria, lo cual fué luego bien notorio. Pues si no se hubiese anticipado á retirarse previendo que podia ser arrestado en Pisa, los ciudadanos no habrian esperado á despedirle. El obispo de Ateria, usurpador de la silla arzobispal, se retiró tambien precipitadamente á su

pequeña diócesis. Los romanos confusos y arrepentidos de su debilidad, habian ya vuelto á la obediencia de Juan XXII, y los pisanos, que se veian libres de la tiranía de Luis de Baviera y de Pedro de Corbaria, que no volvió á parecer más, trataron de volver á llamar á su prelado para colocarse bajo su direccion, someterse á sus órdenes y obtener por mediacion suya el perdon de todas las faltas que el temor ó la violencia de los cismáticos les habian hecho cometer contra la Santa Sede. El abate Ughel cree que el arzobispo de Pisa no volvió á entrar en su iglesia hasta el año 1334, despues de la retirada ó expulsion de uno llamado Juan Lanfranc, que habia sucedido al obispo de Ateria. Pero el testimonio de antiguos autores, y las mismas cartas del Papa, prueban evidentemente que ántes de finalizar el año 1329, el santo prelado habia ya resuelto dar á su grey el consuelo que le pedia, cediendo á sus ruegos, á sus votos y deseo de remediar sus necesidades. Lo que nos resta que decir lo probará suficientemente. No cabe duda alguna que por los consejos de este prelado determinaron los de Pisa enviar sus embajadores á Juan XXII para dar cuenta á Su Santidad y al Sacro Colegio de todo lo que habia pasado en su ciudad, es decir, de la violencia que les hiciera, y de la manera con que habian recobrado su libertad, pidiendo al mismo tiempo humildemente la absolucion de las censuras en que reconocian haber incurrido por no observar el entredicho, y por la debilidad de comunicarse con el antipapa á causa del temor que les inspiraban los cismáticos y las amenazas del emperador. «Luis de Baviera, decian los embajadores, nos hizo saber que queria venir á nuestra ciudad. Nosotros le dijimos que no viniera á no ser con el consentimiento de la Iglesia, pero como no cesaba de avanzar, nosotros le cerramos las puertas y le resistimos vigorosamente por espacio de más de un mes, hasta que desprovistos de todo humano socorro, y sin esperanza de ser auxiliados, nuestros esfuerzos fueron inútiles contra sus numerosos soldados. Entónces, y á pesar nuestro, penetró en la ciudad, seguido de numerosas gentes de armas, trayendo consigo á Castruccio, vuestro enemigo declarado, aquí pretendido obispo de Arezzo, y á otros muchos rebelados contra la Iglesia. Interin que este príncipe ha sido dueño de la ciudad de Pisa, ha hecho y ha permitido hacer toda cuanto los cismáticos han querido emprender con desprecio de las leyes, de la justicia y de la religion. Cuando partió para Roma despues de haber exigido á la ciudad grandes sumas de dinero, que sacó poniendo en juego todas las extorsiones que la tirania aconseja, dejó en Pisa una gruesa guarnicion á fin de tenernos siempre bajo su yugo, llevándose tambien consigo algunos individuos del clero y del pueblo, de quienes se queria asegurar. Tuvimos despues el sentimiento de volverle á ver venir en compañía de Pedro de Corbaria, ese hombre apóstata y cismático, y que nos han hecho reconocer

como papa. Tal proceder siempre nos pareció abominable, pero intimamente persuadidos de que vos sois el verdadero Pontífice, no hemos salido jamás de la fe católica ni faltado á los principios que vos enseñais. Muchos, sin embargo, tanto del clero como del pueblo, se han dejado arrastrar del mal ejemplo. Unos no han guardado el entredicho segun vuestras órdenes, y otros han recibido empleos y beneficios dados por el antipapa y por el emperador Luis de Baviera. Habiéndose por fin este príncipe retirado de la ciudad, nosotros arrojamos vergonzosamente de ella á Pedro de Corbaria, á sus oficiales y domésticos, no atreviéndonos á asegurar su persona por temor al teniente de Luis y á su guarnicion. Pero en seguida que nos vimos libres de esta guarnicion y de su jefe, quedamos obedientes á vuestra autoridad, observando el entredicho que habia sido violado, y sumisos á los vicarios de Simon, nuestro arzobispo. Por tanto, pues, suplicamos á V. S. que olvide nuestras faltas, que vuelva á admitirnos en su gracia y levante el entredicho y demás censuras que pesan sobre nosotros; al mismo tiempo ofrecemos hacer la penitencia que V. S. tenga por conveniente imponernos y ejecutar todo aquello que nos querais ordenar.» Así hablaron los embajadores de Pisa en el Consistorio; y el Papa, inclinado ya á su favor por las cartas de nuestro Arzobispo, recibió con bondad las excusas prometiéndoles que lograrian lo que le demandaban. Desde el 21 de Mayo de 1329 habia dirigido un breve al arzobispo de Pisa para hacer que se levantase el entredicho el dia de la fiesta de Todos los Santos, incluyendo en este breve otro dirigido á los ciudadanos, con fecha 15 de Setiembre del mismo año, en el cual absolvia á los pisanos de todo género de censuras, restableciéndolos en la plenitud de sus derechos. Mas para evitar nuevos escándalos y destruir completamente el cisma, juzgó conveniente arrestar al antipapa y poner en seguridad su persona. La comision fué encargada á tres prelados, á saber, nuestro arzobispo de Pisa, el de Florencia y el obispo de Luca, que lo era Guillermo Doucin de Montauban, de la órden de PP. Predicadores. La diligencia de comisarios apostólicos estuvo á punto de ser completamente inútil, porque el rumor se esparció al punto por Italia, y Pedro de Corbaria se ocultó precipitadamente en un castillo del conde Bonifacio. El obispo de Luca principió á tratar con este señor, que negó desde luego tener en su poder al antipapa. Mas despues de muchas conferencias que el prelado tuvo con este y con sus amigos, despues que les expresó bien claramente los males que podrian causar á la Iglesia y sobre los que podrian atraerse sobre sí mismos y sobre su casa, el conde no disimuló más, y ofreciendo poner al antipapa en manos de los comisarios, escribió al Pontífice sobre este asunto. Al verse Pedro abandonado de todo el mundo, tomó el partido de la sumision, de que él mismo quiso asegurar al Pontífice por medio de la siguiente carta: «Al muy

reverendo y muy Santo Padre y señor Juan XXII, papa de la santa Iglesia Romana, el hermano Pedro de Corbaria, digno de toda pena, humildemente prosternado, dice: que segun la regla de la verdad evangélica, el que no entra por la puerta en el rebaño del Señor es apellidado un ladron y un lobo rabioso. Las acusaciones atroces de herejía que yo habia oido proponer contra la solidez de vuestra fe por muchas personas, y que se difundieron en varios libelos escritos contra vos en estilo bastante duro, me inspiraron la temeraria y orgullosa presuncion de elevarme sobre los astros, y Dios castigó mis pecados permitiendo que me colocase sobre el primer trono de la Iglesia. Mas habiendo llegado despues al territorio de Pisa é informádome allí detenidamente de todas las acusaciones propaladas contra vos, descubrí con harta claridad lo falsas é infundadas que eran. Por semejante causa concebí un amargo dolor y un profundo arrepentimiento de todo lo que el consejo de los malos me habia hecho emprender contra vos y contra la dignidad de vuestro nombre. La prueba de este arrepentimiento es sincera, porque ya hace un año entero que abandoné á vuestro adversario y renuncié á mi loca pretension sobre la Santa Sede, proponiéndome firmemente renunciar la dignidad que me hicieron admitir, ora fuese en Roma, ora en Pisa ó en cualquier parte que V. S. ordene. Como reconozco haber pecado gravemente contra vos usurpándoos vuestros derechos, recurro á vuestra clemencia y le suplico tenga piedad de este gran pecador, imitando la misericordia de nuestro Dios, á fin de que con mi verdadero arrepentimiento y el perdon que os digneis concederme, se acaben de destruir completamente el escándalo y sirva no tan solo para asegurar á los fieles, sino tambien para cerrar la boca á todos los que propalan la mentira contra la reputacion de V. S. Por este medio todos los fieles no formarán más que un solo rebaño, bajo un solo y legítimo pastor, gozando de este modo la Iglesia de las dulzuras de la paz. Dada en Luca, etc. » Sea que el arrepentimiento de Pedro de Corbaria fuese sincero así que hubo considerado las consecuencias de su mala conducta, sea que el estado presente de sus negocios le obligase á decir y consignar lo que su corazon no sentia, mereció no obstante que Juan XXII le honrase con una respuesta colmada de dulzura y de consuelo, en la que en vez de reprocharle sus crímenes, le felicitaba por reconocerse culpable, y le exhortaba al mismo tiempo á terminar lo que tan felizmente habia principiado, encomendándole se presentára con toda diligencia ante la Sede Apostólica. El Papa dirigió tambien carta al arzobispo de Pisa, fechada á 13 de Julio de 1330, dándole comision para absolver al humillado Corbaria de las censuras en que habia incurrido despues que hubiese hecho pública y solemne abjuracion de sus errores, renuncia de sus pretendidos derechos al pontificado y despues que probase cumplidamente la sinceridad

de su arrepentimiento. En consecuencia de estas ordenes, Pedro de Corbaria fué conducido á Pisa, donde hizo la abjuracion el dia 25 del mismo mes de Julio á los piés del Arzobispo, en presencia de Guillermo Doucin, obispo de Luca, y de Raimundo Esteban, nuncio del Papa. En seguida renovó la mencionada abjuracion delante del clero y pueblo de Pisa, declarando públicamente en alta voz y vertiendo lágrimas, sus errores y sus crímenes. Despues que el Arzobispo le dió la absolucion de las censuras en que incurriera, le hizo trasladar á Aviñon, donde el Santo Padre, verdadero vicario de Jesucristo, le recibió con suma bondad. Mas para asegurarse en adelante de él y probar la sinceridad de su conversion, le hizo estar por el resto de su vida en una especie de prision, donde segun el feliz dicho de Bernardo Guidonis, autor contemporáneo y testigo ocular, se le trataba como amigo y se le guardaba como adversario. Interin que el jefe de los cismáticos empleaba los dias y las noches en expiar sus pecados con las lágrimas de la penitencia, el arzobispo Salterelli, ya tranquilo en su iglesia, trabajó con mucho zelo para volverla á poner en el estado en que tres años ántes la habia visto, en reparar sus pérdidas y en hacer que revivieran en el corazon del pueblo los sentimientos de piedad, de religion y de paz que se encontraron sumamente debilitados en unos, y extinguidos por completo en los más. Semejante á una heredad que el jabalí ha desolado, esta iglesia, ántes tan floreciente, no presentaba más que objetos los más tristes y los más aflictivos, sobre todo para un prelado que ardia en zelo por la casa del Señor y por la salud de la grey que le estaba encomendada. El furor de los cismáticos, la licencia de los soldados, el mal ejemplo y la impunidad de que se creian asistidos los que seguian el partido del antipapa y de su protector, habian cambiado en poco tiempo el aspecto de la ciudad y más aún el del clero. Los eclesiásticos, los religiosos más respetables por su edad, su virtud, su talento, y á quienes no habian podido obligar á que doblasen la rodilla delante del idolo, eran tratados como rebeldes, arrojados de sus casas y conventos, siendo reemplazados en sus puestos por aquellos aduladores á quienes la ambicion precipitára en la apostasía y en el cisma. Las casas de los buenos ciudadanos, así como las iglesias, estaban saqueadas, no siendo los extranjeros los que ménos se habian enriquecido con los bienes de los despojados. Las antiguas divisiones volvian á surgir de nuevo, y el libertinaje más espantoso era la consecuencia del efecto más marcado del espíritu cismático, que habia hecho caer un gran número de almas en el error y la depravacion. Todos estos males eran los que el celoso Arzobispo procuró desde luego remediar, y Dios bendijo sus esfuerzos coronándolos de un éxito satisfactorio. Desde el principio de la tempestad, la inspiracion divina le hizo preveer su próxima terminacion, y por lo tanto sostúvose con valor en medio

del fuego de las tribulaciones, con objeto de ponerse seguidamente en disposicion de destruir las últimas señales de las desgracias pasadas. Puede muy bien decirse que el amor y el respeto de los pisanos hácia un prelado tan digno de veneracion, fueron los primeros lazos que comenzaron á unirles; y sus patéticas exhortaciones, sostenidas por el ejemplo de su santidad, hicieron desaparecer del lugar sagrado todo lo que podia ser motivo de escándalo para los fieles, restableciéndose sólidamente el órden, el silencio y la modestia, que tan necesarios son para el servicio del culto divino. Cada uno volvió á ocupar la plaza que le correspondia; los intrusos fueron lanzados inmediatamente del santuario, y los que habian honrado con la fama de su virtud y con sus buenas costumbres los puestos que ántes desempeñáran, no tuvieron necesidad de pedir la devolucion de lo que tan injustamente se les habia quitado. Admíranse con razon los decretos de la Providencia y los recursos de una caridad que nada halla capaz de agotarla. Aunque la codicia de los cismáticos y la avidez de los soldados alemanes lo habian entregado todo al pillaje, tanto en el palacio del Arzobispo como en sus dominios, el servidor de Dios halló todavía medios para atender y proveer á las necesidades más imperiosas y apremiantes de los pobres, al consuelo de las familias honradas é indigentes, al sostenimiento de los hospitales y hasta al adorno y decoracion de las iglesias. Los vasos sagrados, los ornamentos, los muebles preciosos que habian sido robados durante aquellos dias de turbulencia y de desórden, él los renueva á sus expensas, implora la caridad de los fieles para conseguirlo cuando sus fuerzas no alcanzan, y en todas partes encuentra su ardiente caridad medios y recursos suficientes para todo. Sus parientes, que eran, como hemos dicho, extremadamente ricos, y que habian muerto sin tener herederos, le dejaron grandes sumas para hacer limosnas, con las cuales llevó á cabo las liberalidades que le hubiera sido imposible sufragar con todas las rentas de su iglesia, tanto más cuanto que estas habian sido disipadas durante los dos años del cisma. Segun la Crónica del convento de Sta. María de Novella, durante la permanencia del Arzobispo en Florencia, por los años 1328 y 1329, dió grandes ejemplos de virtud y de santidad, y distribuyó crecidas sumas en limosnas. Todos los conventos de su Orden que se hallaban en la extension de la provincia romana, recibieron de sus propias manos cada uno un cáliz de plata, siendo el mejor librado de todos el monasterio en que tomára el hábito, pues hizo construir un elevado campanario y un magnífico claustro, legándole su propia casa, y dejando bien enriquecida su iglesia, el coro y la sacristía con cuadros, libros, alhajas y ornamentos. Fundó tambien un hospicio cómodo para los religiosos extranjeros, el cual dotó con renta suficiente, no solo para su propio sostenimiento, sino tambien para el de muchos pobres, de

quienes jamás pudo olvidarse. No citarémos aquí otros muchos dones que hizo el piadoso Arzobispo, ya á la ciudad de Florencia, donde distribuyó su rico patrimonio, ya en la de Pisa, donde despues de su regreso no cesó de trabajar para enjugar las lágrimas de los desgraciados, confortar los débiles y hacer entrar á todos y á cada uno en posesion de lo que le habia pertenecido, y á destruir, en fin, la simiente perniciosa de las antiguas divisiones, tanto más fatales á la patria, cuanto que por ellas se habian armado los ciudadanos unos contra otros. Mas despues de largo tiempo la ambicion ó la envidia de los dos pueblos, Pisa y Florencia, sostenian otra guerra igualmente perniciosa al reposo y á la fortuna de ambas partes contendientes. La caridad inagotable de nuestro prelado le hizo buscar y hallar los medios de terminar las querellas á satisfaccion de todos. La reputacion que su virtud le habia adquirido, y el amor que supiera infundir en todos, pusiéronle en situacion de poder realizar su gran designio. Los pisanos y los de Sena, sin tener otra ley ni respetar otro derecho que el del más fuerte, se disputaban con gran calor la posesion de Massa, pequeña ciudad situada en la Toscana. Empeñados ambos partidos en sostener con las armas sus pretensiones, destruianse mútuamente sin llegar nunca á términos de avenencia, y los massetanos, sujetos contra su voluntad, ya á los ciudadanos de Sena, ya á los de Pisa, tenian sobrados motivos para quejarse tanto del uno como del otro partido. El que obtenia las ventajas del triunfo no dejaba nunca de castigar con la confiscacion de bienes á los ciudadanos de Massa que se opusieran á sus designios. Nuestro Arzobispo, para terminar de una vez aquellas sangrientas disputas, propuso lo que creyó más justo y razonable. La república de Pisa le tomó voluntariamente por árbitro, y la de Siena no rehusó entenderse con él para enterarse de lo que habia decidido, poniendo por su árbitro al obispo de Florencia. Por la sentencia de ambos prelados, la ciudad de Massa fué declarada independiente de Sena y de Pisa, quedando libre y sirviendo en adelante de término y límite á la jurisdiccion civil de ambas repúblicas. Sus prisioneros fueron puestos en libertad; los desterrados regresaron á los patrios hogares, y los florentinos se encargaron con placer de garantir el tratado. Restablecida yá la tranquilidad en aquella parte de Italia, el hombre de Dios, siempre ocupado en hacer toda clase de obras de caridad, y todo aquello que redundase en beneficio y lustre de la religion, trabajó con muy buen éxito en proporcionar socorros á los cristianos de la Palestina. Las cartas apostólicas que el Papa tuvo por conveniente dirigirle con este motivo y para tan laudable objeto, las hizo publicar no solo en su diócesis, sino tambien en las islas de Córcega y de Cerdeña, donde habia sido primado. Excitó además con su propio ejemplo á los que eran ricos y á los que sin serlo se hallaban animados de un santo zelo por el bien de la

religion y el amor hácia sus hermanos, para que le ayudasen á realizar su empresa y á cubrir sus más perentorias necesidades. Verdad es que la muerte de Juan XXII, ocurrida á poco de haberse encendido la guerra entre Francia é Inglaterra, desvaneció por completo el proyecto de la cruzada, que ya se habia predicado en muchos reinos de la cristiandad; mas como asegura el abate Ughel, ni los contratiempos que se interpusieron para el logro de la empresa pudieron debilitar su ánimo ni abatir el ardiente espíritu que le alentaba. Sabiendo que la pequeña república de Pisa habia desconcertado más de una vez los planes de los infieles, y animado con la esperanza de que el cielo continuaria bendiciendo los esfuerzos de la fe constante en favor de una multitud de cristianos que gemian oprimidos en el Oriente, levantó algunas tropas, y reunió varias cantidades de dinero. En medio de tan graves ocupaciones, el Arzobispo vió levantarse otra nueva tempestad, durante la que tuvo necesidad de todo el valor, firmeza y sabiduría que la Providencia divina le concediera; y entónces se conoció cuán grande era la habilidad de que se hallaba dotado para evitar otra sangrienta guerra entre dos pueblos que le eran igualmente queridos, y para no perder ni un solo punto de la confianza y amor que á ambos habia logrado merecerles. Entre el gran número de tiranos que de tiempo en tiempo renovaban con su ambicion en Italia las turbulencias y guerras que fueron, digámoslo así, el distintivo de aquel país en la edad media, habia uno llamado Martini, rico ciudadano de Parma, que habiendo usurpado injustamente el dominio de la ciudad de Luca, ejercia en esta poblacion un extremo despotismo, cometiendo á su sabor todo género de atropellos, latrocinios y arbitrariedades. Los habitantes, cansados de tantos excesos, le dieron, cuando tuvieron ocasion, una muestra de lo indignados que contra él se hallaban, haciéndole comprender que solo aguardaban un momento oportuno para hacer caer sobre su cabeza todos los males que les habia causado. Conociendo Martini harto bien las disposiciones de los lucenses hácia su persona, y persuadido de que no podia sostenerse mucho tiempo en el poder, ni afirmar mucho tiempo su dominio en aquella ciudad, determinó vender lo más caro que le fuese posible los derechos que tenia ó creia tener en ella, tratando al efecto secretamente con los pisanos y con los florentinos. Unos y otros, que varias veces habian puesto sus ojos en Luca, se hallaban muy interesados en su adquisicion y entraron en negociaciones al efecto. Mas entreteniendo con vanos pretextos á los primeros, Martini concluyó el trato con los otros, que pusieron en sus manos una grande suma de dinero, á cambio de la que les entregó la ciudad. A la primera noticia que tuvieron los pisanos quejáronse altamente de la mala fe de Martini y de la conducta de los florentinos, y los grandes, los pequeños, el pueblo, la nobleza y el clero, todos aparecieron ofendidos, manifestándose

al punto los síntomas de las antiguas discordias, anuncios seguros de que la animosidad entre Pisa y Florencia iba á aparecer con más intensidad que nunca. Esto fué para nuestro prelado una nueva causa de temores y de penas, un motivo más para ejercitar su caridad, y una nueva ocasion para hacer nuevas pruebas de su apostólico celo. Su avanzada edad pudiera muy bien haberle dispensado de semejantes fatigas; mas él soportó todo su peso con valor, por el deseo de extinguir el naciente fuego y establecer una sólida paz entre sus compatriotas y su grey, la cual quiso vengar desde luego por la via de las armas el perjuicio y la afrenta que habian sufrido, hallándose los florentinos por su parte dispuestos tambien á sostener sus derechos con la fuerza. El crédito del arzobispo de Pisa contuvo por algun tiempo la ejecucion de tan funestos designios. Los que estaban al frente de los negocios en la república de Pisa no podian rehusar absolutamente la via de la transaccion que él les habia propuesto, y de la cual de todas veras queria que le encargasen. Comisionado efectivamente, pasó en seguida á Florencia, donde pidió la reunion de una pública asamblea. Habiendo expuesto en ella con gran copia de claros argumentos y precisos datos los derechos de la ciudad de Pisa sobre la de Luca, añadiendo que los pisanos, para mantener su amistad con los florentinos, estaban resueltos á reembolsarles toda la plata que habian adelantado, y á presentarles además la ventajosa proposicion de darles todos los años la cantidad que estipuláran por via de homenaje á cambio de la posesion de la plaza, logró inclinar todos los ánimos á la conciliacion. El celoso prelado no dejó de recordar al mismo tiempo las pasadas guerras sostenidas entre los dos pueblos, que les habian colmado de males, y que no dejarian tambien entónces de atraer las funestas consecuencias que unos y otros advertirian, si despreciando las ventajosas ofertas que venia á hacerles, se obstinaban en desechar todas las vias de acomodamiento. Sin embargo, sus consideraciones no pudieron cambiar del todo las primeras ideas de los florentinos, y cuando se trató de sujetar las dichas proposiciones al resultado de la votacion, los más moderados aparecieron ser los más resueltos por las medidas belicosas. Llenos de respeto hácia el santo varon cuya rectitud conocian, y cuyo celo por los verdaderos intereses de su patria no podian ignorar, no quisieron, sin embargo, tratar como amigos á los pisanos, y aprovechando aquella coyuntura trataron de mortificarles. Bien léjos de tomar en consideracion sus ofertas y proposiciones, optaron por la guerra y se consideraron en el deber de prepararla. Estos políticos designios eran bien contrarios á la caridad del santo arzobispo de Pisa, y se hallaban tan distantes de sus pacíficas miras, que le afligieron grandemente. Vió con sumo dolor que su misma patria, donde tenia muy ilustres parientes y donde podia contar con un gran número de partidarios y poderosos amigos, estaba mé-

nos dispuesta á acceder á sus buenos deseos que habia estado la ciudad de Siena en ocasion idéntica poco ántes. El nada podia asegurar sobre las consecuencias de esta guerra, sino que serían tan desastrosas para los unos como para los otros. Un grande consuelo le quedaba, y era no haber olvidado nada de cuanto puede y debe hacer un buen ciudadano y un recto pastor para impedir que se derrame la sangre de sus hermanos, y prevenir todas las desgracias que amenazaban á la vez á sus compatriotas y á sus diocesanos. Aunque amaba sinceramente á los unos y á los otros, puesto en la dura necesidad de tener que declararse al fin por uno de los dos partidos, y contribuir por sí mismo á los gastos de una guerra que no habia podido evitar, examinó detenidamente aquella cuestion tan importante, y se decidió por fin á ayudar con todo su poder á los pisanos contra los florentinos, que atacaron los primeros, invitando á todos á seguir su ejemplo, procurando ante todas cosas por la salud de la república. Las personas sabias, que estaban completamente libres de toda prevencion y espíritu de partido, alabaron la conducta del prelado, su prudencia y su equidad. Los agresores, por el contrario, le criticaron amargamente, mostrándose muy indignados y dirigiéndole tan ofensivos como inmerecidos reproches. Hablábase ya entre ellos de destierro y de proscripcion para vengar la pretendida infidelidad de un ciudadano, castigando á todos sus parientes de una falta que no tenia más fundamento que el apostólico amor y celo del Arzobispo. Pero la moderacion de este era su mejor apología, y los intereses de su familia no fueron motivo jamás para hacerle olvidar sus deberes, que continuó llenando con el mismo afan y esmero que ántes, aunque no pudo tener la satisfaccion y el consuelo de ver terminadas las nuevas turbulencias que habiendo empezado, segun Leandro Alberto, en 1340, ejercitaron durante dos años su paciencia, y le obligaron á redoblar el fervor de sus ruegos, como redobló siempre su vigilancia y sus atenciones sobre su rebaño, á fin de procurar todas las ventajas espirituales y temporales á los que dependian de él. Lo que no pudo ejecutar por sí mismo, á causa de hallarse ya en la avanzada edad de ochenta años, lo ejecntó por la mediacion de personas de probada virtud, que honró con su confianza, y que respondiendo á este honor por la exactitud en el cumplimiento de su cometido, llenaron debidamente los deseos del venerable Arzobispo. Despues de tantas fatigas, trabajos y buenas obras, llegó por fin el tiempo en que Dios llamaba para sí á aquel predilecto siervo suyo para llevarle á gozar del eterno reposo. La muerte era el único objeto de sus deseos, porque para él no habia siempre estudio más detenido que el de aprender á morir. El discurso que dirigió á su clero cuando vió que su última hora se aproximaba, hizo derramar abundantes lágrimas á todos, y la herencia que dejó á los pobres, las viudas y los huérfanos, no consoló á estos del dolor que experi-

mentaron con la pérdida de un padre tan amante y de un pastor tan perfecto. Habia gobernado la ciudad de Pisa por espacio de diez y nueve años, y se hallaba en los ochenta y uno de su edad, cuando murió entre los brazos de sus súbditos el dia 21 de Setiembre de 1542. Su cuerpo fué enterrado, segun él lo encargára, en el convento de los Dominicos, y la iglesia de Pisa colocó su memoria entre la de sus más ilustres prelados. Todos los historiadores le colocan con justicia en el rango de los más intrépidos defensores de la Santa Sede, y segun la nota del abate Ughel, varios biógrafos eclesiásticos le dan el título de bienaventurado. Mas sobre esto hay que esperar y atenerse á la decision y al recto juicio de la Iglesia, que admiró y edificó con sus virtudes por espacio de tantos años, y cuyos derechos defendió con tanta gloria. Aunque los canónigos de la metropolitana tuvieron el sentimiento de no poder conservar sus despojos mortales, no por eso dejaron de publicar sus alabanzas y de dar una prueba de respeto á su memoria, eligiendo para sucederle en la sede arzobispal á otro dominico llamado Márcos Roncioni. Mas el papa Clemente VI habia destinado la plaza á otro sugeto, y dió al arzobispo electo la silla de Urbino. El difunto tenia en la órden de Predicadores uno de sus próximos parientes, llamado como él Simon de Salterelli, que fué creado obispo de Comachio en 1385 por el papa Urbano VI, y trasladado despues á la iglesia de Trieste. —M. B.

SALTO (P. Mtro. Fr. Cristóbal del), religioso de la órden de Santo Domingo y prior del colegio de Sta. María de Monte-Sion, de la ciudad de Sevilla. Fué un varon doctísimo, sumamente venerado y respetado por su gran ciencia y religiosidad, al mismo tiempo que predicador notable y eminente. Llevó la cátedra de vísperas de la universidad de Sevilla con gran exceso de votos, aunque la oposicion fué muy trabada; despues le dieron la de prima, por claustro, por no haber quien se atreviese á competir y á oponerse con tan gran maestro; despues de haber sido prior de la expresada casa le hicieron provincial. La fundacion de este colegio, titulado de Sta. María de Monte-Sion, en la ciudad de Sevilla, se verificó el 26 de Junio del año de 1559; siendo su fundadora la muy ilustre señora Doña Mencía Manuel de Guzman, hija legítima de D. Alvaro de Guzman, que lo fué igualmente legítimo de los señores duques de Medinasidonia, y Doña María Manuel, hija legítima de los condes de Feria, que despues fueron duques del mismo título. Murió esta señora á 29 de Junio del dicho año. Depositóse su cuerpo en el capítulo del convento de S. Pablo de la expresada ciudad, y trasladóse á 12 de Agosto del año de 1601 á la capilla mayor del dicho convento, que es una de las obras más insignes que posee Sevilla. Esta señora dejó sus casas para fundacion del colegio, al cual nombró heredero universal de todos sus bienes, quedando muy bien dotado, señalando catorce prebendas para otros tantos

colegiales que tuviesen las cualidades y circunstancias que en otros colegios se exigen, y las muy necesarias é indispensables para confesar y predicar, principal intento y deseo que se propuso satisfacer la piadosa fundadora de esta obra. Nombró por el primero y perpétuo prior al P. Mtro. Fr. Juan Ochoa, muy docto y muy favorecido y estimado del rey D. Felipe II, que le encomendó negocios de grandísima importancia. Le sucedió en el oficio el Padre Maestro Fr. Alberto de Aguayo. Tambien fué prior de este colegio el P. Mtro. Fray Gerónimo de Mendoza, tan insigne predicador, que por espacio de treinta años predicó disfrutando de gran opinion y nombre en la ciudad de Sevilla. Gobernó tambien este colegio el P. Mtro. Fr. Bartolomé Caballero, varon tan prudente y de tan gran gobierno, que fué muy estimado de todos los príncipes y señores de Andalucía.—A. L.

SALTRIO (Fr. Lucas de), religioso lego capuchino de la provincia de Milan. Fué varon sumamente virtuoso, y tanto más, cuanto que á pesar de gozar poca salud, y ser su estado más constante valetudinario, no se dispensó jamás de cumplir con la posible exactitud todas las reglas, siendo ejemplar en sus austeridades y mortificaciones. Por último, llegó á verse postrado en cama por espacio de seis años, sin tener movimiento alguno por una parálisis general; pareciendo más bien tronco insensible que hombre vivo. Aunque eran gravísimos sus dolores, nunca permitió á la oprimida y fatigada naturaleza la insinuacion más leve de lo mucho que padecia; ántes perseverando en una accion de gracias constante, admiraba á los religiosos, y más con el ejemplo que con la palabra, los animaba á abrazarse con la cruz en perfecta conformidad. Antes que le hubiese ocupado dolencia tan contínua y penosa, acabados maitines y recogidos á las celdas los religiosos, permanecia en el mismo coro hasta la hora de prima. Las siete, que se llaman canónicas, se le convirtieron en una, porque era contínua su oracion; y más despues que amarrado á su pobre lecho fué tambien contínua su cruz. Y al paso que la vehemencia del dolor le atenuaba las fuerzas del cuerpo, le aumentaba las del espíritu. Aunque el humano estudio no le habia hecho adquirir letras ni conocimientos, el cielo le tenia tan ilustrado, que le buscaban los varones más doctos para la enseñanza y para el consejo. Entre estos tuvo el primer lugar Federico Borromeo, cardenal amplísimo y arzobispo de Milan, que habiéndole tal vez comunicado una materia dificultosa, exclamó diciendo: «¡Oh teólogos de este siglo, cuán corta, cuán ínfima debe parecer vuestra ciencia si se compara con la de este hombre indocto, que nada sabe que concierna á la tierra, pero enseñado del Padre de las luces, tiene entrada fácil á los celestiales secretos, por más escondidos que se supongan.» Fr. Lucas vino á morir en su convento de Milan hácia el año de 1627, para vivir sin dolor alguno en el cielo.—A. L.

SALTZBOURG (Theotmar de), fué obispo de la diócesis que le sirve de apellido, y llamada entónces Juvave, cuya silla ocupó desde 881 hasta 907. La historia no nos refiere ningun suceso de su vida digno de memoria, sino la parte principal que tuvo en una larga y célebre carta en que se encuentran muchos hechos interesantes, en particular con motivo del establecimiento de las iglesias de los slavos, que comenzaron á tomar el nombre de moravos. Esta carta le es comun con los demás obispos de Baviera, que casi todos eran franceses, lo mismo que Theotmar. Se halla dirigida al papa Juan IX, y pertenece por consecuencia al año 907 cuando más. La inscripcion es muy notable por su singularidad. Además de la cualidad de soberano Pontifice, los obispos dan tambien á Juan el título de Papa universal, no de una sola ciudad, sino tambien del mundo entero: *non unius urbis, sed totius orbis.* Ellos no se califican más que de muy humildes hijos de su paternidad: *humillimi paternitatis vestræ filii;* siendo esta la primera ocasion en que se encuentran obispos expresándose de esta manera al hablar de un Papa. Pero en el curso de este siglo es muy frecuente que los obispos usen semejante lenguaje. Se puede pues referir á esta época esta manera de hablar. Theotmar y los demás obispos se proponen en su carta dos asuntos principales. Desde luego se quejan de la injusticia que se queria hacer á la iglesia de Passau, porque convertidos los slavos por el ministerio de sus obispos, su país habia formado siempre parte de su diócesis, y ahora se queria sustraerle de ella. Se decia que estos pueblos, por medio de grandes sumas de dinero, habian conseguido de Roma un arzobispo y dos obispos, que intentaban establecer en el país una sede metropolitana con sus sufragáneos. Theotmar y sus asociados demostraron muy bien que semejante conducta era manifiestamente contraria á las disposiciones de los cánones en este punto, en lo cual tenian razon segun se deduce de cuantos autores se han ocupado de la misma materia. Nosotros pues, extraños á este asunto, no nos atrevemos á fallar sobre él como lo han hecho otros con demasiada precipitacion tal vez y sin tener presente todas las leyes establecidas. Prescindiendo pues de ellas, podemos decir con el autor á quien seguimos, que no solo eran contrarias á las disposiciones de los cánones antiguos, sino tambien á los decretos de la Santa Sede. Despues pasan á justificarse de las calumnias que les habian imputado los slavos, en particular con motivo de los húngaros, tomando ocasion de aquí para referir alguna de las asolaciones de esta nacion bárbara y cruel, siendo su carta uno de los primeros documentos que nos la dan á conocer. La terminan con cuatro versos exámetros, en los que decian al Papa que imita las virtudes de Pedro conforme ocupa su lugar, para que pueda interceder por ellos con mayor eficacia cerca del Señor. Se ignora el resultado que tuvo esta carta. Hanse hecho de ella

cinco ediciones en diversas épocas. La primera de que tenemos conocimiento es debida á Mr. Des Cordes, que la publicó en 1615 entre los demás documentos con que acompañó los opúsculos de Hincmar de Reims. El autor de la historia de la metrópoli de Saltzburgo la insertó despues en el volúmen primero de su obra. Posteriormente los PP. Cossart y Labbé la han dado un doble lugar en el tomo X de la *Coleccion general de Concilios*. Por último, los que han dirigido la última edicion de la *Biblioteca de los Santos Padres*, la han hecho entrar en el volúmen XVI de su coleccion. La inscripcion concebida en estos términos, *Non unius urbis, sed totius orbis*, no se lee en la edicion de Mr. Des Cordes ni en la de la *Biblioteca de los Santos Padres*, como tampoco en el primer lugar citado de la *Coleccion de los concilios*.—S. B.

SALU, padre de Zambri, de la tribu de Simeon. Núm. XXV, 14.—S. B.

SALUCES ó Saluzzo (Fr. Agustin de), del órden de Predicadores. Era descendiente de una noble familia de Génova; pero sus padres se hallaban establecidos en Jerez de la Frontera, donde Agustin Saluzzo abrió los ojos á la luz del mundo en el año 1523. Pocas noticias se nos han trasmitido de los primeros años de este religioso, y únicamente se sabe que eran muy cortos los progresos que habia hecho en las ciencias ántes de su entrada en el claustro, que tuvo efecto en el año 1540 en el instituto de PP. Predicadores. Pero como no le faltaba ingenio, y hallando en el claustro una justa emulacion, emulacion que no conociera en el siglo, pronto reparó el tiempo perdido ó mal aprovechado en la casa de sus padres. Los superiores le enviaron inmediatamente á estudiar á Córdoba, donde no contento con perfeccionarse en el latin, aprendió las lenguas griega y hebrea, siéndole tan familiares, particularmente la última, que más tarde se sirvió de ella con notable fruto para la conversion de muchos judíos. Sus progresos en la teología no fueron ménos rápidos, obteniendo tan grande aprobacion, que fué honrado con el bonete de doctor en este acto solemne, celebrado en el convento de PP. Predicadores de la ciudad de Valladolid, profesando despues la facultad con notable éxito en el colegio de Sto. Tomás de Madrid. La oracion, la penitencia y el estudio de la religion le habian preparado dignamente para los trabajos del apostolado, cuyo peso sostuvo por espacio de muchos años, recogiendo tal cosecha de abundantes frutos, que los historiadores aseguran no ser fácil enumerarlos. Dotado del don de la palabra, y sumamente versado en la lectura de las Sagradas Escrituras, de los Santos Padres y de los mejores oradores, no procuró ni encantar los oidos de los oyentes por la armonía del discurso, ni excitar la curiosidad haciendo muestra de una extrema erudicion. Pero logró atraer al auditorio, conmoverle y persuadirle por medio de una elocuencia enteramente cristiana, y por medio de una noble sen-

cillez, que nada hizo perder á la majestad de las grandes verdades que procuraba hacer amar y practicar. Se asegura que durante los cuatro años que predicó por la cuaresma en la ciudad de Sevilla, en cuya ocupacion empleaba tres ó cuatro horas todos los dias, el concurso del pueblo era tan numeroso, que las más espaciosas iglesias bastaban apénas para contener á la multitud. Instruia y corregia al mismo tiempo, declamando fuertemente contra los excesos y los vicios públicos, sin que persona alguna se ofendiese de esta libertad apostólica. Los que no se encontraban sumidos en el fango del pecado, aunque sin conceptuarse del todo justos ó impecables, se alegraban de oir censurar con tanta energía lo que desagradaba á las almas timoratas. Los mismos culpados, confundidos de verse diariamente amonestados y corregidos, no podian ménos de aplaudir el celo del siervo de Dios, condenando por lo ménos los desórdenes de su vida, al advertir la justicia de los reproches que se les hacian. Algunos de estos, despues de verter lágrimas inútiles en sus primeros sermones, continuaban viviendo desordenadamente; pero continuando tambien en escucharle, comenzaron á reflexionar más sériamente acerca de las verdades de que ya estaban como poseidos. Lamentáronse de no poder hallar en sí mismos la paz, despues de las impresiones que la palabra divina habia hecho en su corazon; y reconociendo que la turbacion de que se hallaban agitados podia serles más ventajosa que la falsa seguridad de que ántes habian procurado revestirse, vinieron sumisos á colocarse bajo su direccion, guiándoles ordinariamente este primer paso á su perfecta conversion. Muchos casos de esta especie tuvieron lugar en diferentes ciudades de España, pero más particularmente en Sevilla, donde los fieles admiraron repetidos cambios que jamás habrian osado prometerse. Existia entónces en la mencionada ciudad una señora jóven, sobre quien la naturaleza habia prodigado sus gracias, llenándola de todos los más seductores atractivos; pero cuya rara beldad era para muchos tanto más funesta, cuanto que bajo una modestia aparente ocultaba un fondo de corrupcion y un abismo de malicia. Una juventud imprudente y desarreglada la seguia de continuo, haciéndola el principal objeto de sus repugnantes placeres, y los mismos que habian de corregir el mal valiéndose de su autoridad, venian algunas veces á caer seducidos en los lazos de la pecadora. Romana, que este era su nombre, adquiriendo más altivez cada dia á causa de la proteccion que la dispensaban los grandes, hacia público alarde de las turbaciones, disgustos y desunion que introducia en las familias. Sacudiendo, por último, el yugo del pudor completamente, solo procuraba atraer sobre sí las miradas de la ciudad de Sevilla, haciendo correr en pos de ella una multitud de insensatos, dejándose ver en todas partes, gozándose su vista en más de una muerte perpetrada por

causa suya, como para manifestar que el pecado y la muerte marchaban en pos de ella, multiplicándose bajo sus pasos. El escándalo era demasiado público para permanecer oculto; pero al mismo tiempo el mal era tambien demasiado grande y autorizado para esperar un pronto y saludable remedio. Saluces no perdió sin embargo la esperanza de encontrar aquel remedio, por el que las gentes honradas habian hecho inútiles votos. Tiempo hacia ya que no cesaba de predicar, de gemir y de fulminar amenazas viendo que la dulzura no bastaba; pero la voz de las pasiones, más fuerte que la del predicador, hablaba siempre con tono elevado, y parecia que los desgraciados esclavos de la voluptuosidad, habian tomado como divisa aquella sentencia que en su cólera ha pronunciado el Señor: *El que está entre sordos ensordezca tambien.* (Apocal., XII, 2.°) Los pecadores se cuidaban muy poco de que cesase el escándalo, porque no temiendo nada á la opinion pública, no respondian ni áun de la vida de cualquiera que se atreviese á oponérseles, y en vista de esto, algunas personas caritativas avisaron al predicador que procurase guardarse de ellos. Queriase que se contentára con rogar y con gemir en secreto, todo lo más que continuase exhortando al pueblo para huir del pecado y hacer penitencia; pero todo en términos generales, á fin de no irritar á las personas que se conceptuaban capaces de arrojarse á cometer los últimos excesos. Estos tímidos consejos no eran en manera alguna del gusto del ministro de Jesucristo, porque hacia largo tiempo que estaba bien penetrado de su inutilidad. Por tanto, despues de haber escuchado todo cuanto se le quiso decir sobre este asunto, respondió con generosa firmeza que no habia encontrado semejantes máximas en el Evangelio, y que miéntras el escándalo durase, elevaria continuamente su voz con tanta más fuerza, cuanto más convencido estaba de la inutilidad de los medios que habia ensayado; y que si los recursos que su ministerio le proporcionaba no eran suficientes, él tomaria tales medidas, que los que obstinadamente se negaban á obedecer á Dios, se verian en la necesidad de obedecer á los hombres.—Desgraciado de mí, exclamaba, desgraciado de mí si me callára en este asunto; pues con razon podia decirse que autorizaba los crímenes con mi silencio. Hizo por fin lo que habia prometido; pero al dar cuenta á la corte de lo sucedido en Sevilla, procuró resguardar el honor y la tranquilidad de las familias con tanta sabiduría, que no dió á conocer el nombre de aquellos de quienes tenia justos motivos de queja. Romana, que habia hecho y que continuaba haciendo siempre tantos culpables, fué la única que S. M. católica hizo echar de la ciudad, trasportándola fuera del reino. Esto aconteció reinando Felipe II, año de 1580. La ausencia de esta mujer pecadora dió lugar á los magistrados, á los pastores y á los demás ministros del Evangelio para poner todo en regla. Los que ella parecia ha-

ber fascinado comenzaron á meditar sábiamente, y el primer uso que hicieron de su vuelta á la razon, fué conocer que el hombre de Dios no habia hecho otra cosa que cumplir con sus deberes, y que al libertar sus almas de odiosos lazos, las habia puesto en estado de salvarse. Muchos le vinieron á dar sus excusas, y algunos le rogaron que se dignase tomarlos bajo su direccion para acabar dignamente lo que el Señor habia por su ministerio principiado. De este modo un acto de firmeza, que segun el dicho popular habia de proporcionarle una trágica muerte, sirvió para aumentar su reputacion y para convertir una infinidad de culpables. Los habitantes de Sevilla y de los demás pueblos de Andalucía se aprovecharon aún por bastante tiempo para su salud espiritual del ministerio de Agustin de Saluces, de sus predicaciones y de sus ejemplos. Llamado despues á la corte no fué menos aplaudido que en las provincias; pero incapaz, como siempre, de envanecerse por la pasion del orgullo satisfecho ó de debilitar por una mal entendida complacencia la fuerza de las verdades de la fe y de la religion, reprendió los vicios de los grandes con la misma firmeza que habia reprendido los de las gentes humildes del pueblo. Se cuenta que predicando en un cuarto domingo de cuaresma delante del rey Felipe II y de toda la corte, tomó por tema de su sermon aquellas palabras del Salvador (Juan, VI) *Phpp., unde ememus panem ut manduces his?* Felipe; en dónde compraremos pan para que coma esta gente? y describió en seguida de una manera á la vez insinuante, patética y exacta el estado de los pueblos de la monarquía y la lamentable situacion á que se hallaban reducidos por la codicia de los grandes, por las violencias tiránicas de los partidos, la venalidad de los empleados, la dureza de los ricos, la injusticia de los usureros y la negligencia de los magistrados. El prudente celo del predicador ilustrado por la verdad conmovió á todos sin dar motivo de queja á ninguno. Los gemidos de los pueblos oprimidos manifestados por su boca, no ofendieron los oidos de Felipe II, el más delicado y susceptible de todos los monarcas; por el contrario, aquella libertad apostólica fué tan de su agrado, que volviéndose al conde D. Diego de Córdova, que estaba junto á él, le dijo: —Ved aquí un verdadero predicador. Siempre estaria escuchándole con gusto.—Mucho desearíamos poder consignar en este sitio cuáles fueron los resultados de un discurso tan interesante para los pueblos y escuchado con tanta atencion por las personas que podian facilitar el remedio. Pero nada dicen las memorias de aquel tiempo. Unicamente se sabe que el P. Saluces vivió una larga época en la corte honrado siempre con la estimacion del monarca y gozando la tierna amistad del príncipe, que sucedió despues en todos los reinos bajo el nombre Felipe III, teniendo la honra de ser el predicador ordinario de uno y de otro. Puede venirse en conocimiento del aprecio que ha-

rian de su persona, de sus talentos, de sus virtudes, y sobre todo de su prudencia, por las muchas é importantes comisiones que le encargaron. El rey Felipe II le nombró visitador general de la órden de la Santísima Trinidad, para que investido de la autoridad apostólica y real, procediese á reformar en las casas de esta Orden lo que juzgase que tenia necesidad de reforma. Felipe III le dió despues la propia comision para todos los conventos de nuestra Señora de la Merced en Andalucía; y el modo con que el sabio visitador cumplió sus encargos fué tan agradable al rey como util á la religion y á todos sus individuos, que se aprovecharon de los consejos, advertencias y reglas que Fr. Agustin presentó para perfeccionar lo que habian conservado conforme al antiguo fervor del instituto, y para arrojar de los lugares de oracion lo que la debilidad humana introdujera en ellos en el trascurso de los tiempos. La discrecion de Agustin de Saluces y su firmeza, siempre llena de dulzura, quedaron suficientemente demostradas con la acertada direccion que supo dar á algunas casas de la órden de Sto. Domingo encomendadas á su cuidado. Aunque severo consigo mismo, solo mostraba respecto de los otros compasion y caridad, no sirviéndose ordinariamente más que de la persuacion y del ejemplo para mantener entre los hermanos el buen órden, la paz y la regularidad, y para hacer amable todo lo que podia asegurar estas preciosas ventajas. El defecto que ménos podia sufrir era el de la ociosidad por considerarle, además de un vicio particular, la fuente y origen de todos los demás. Por esto siempre útilmente ocupado, ya en el servicio del prójimo, ó ya trabajando en su propia perfeccion. Cuando su avanzada edad no le permitió ya dedicarse á cumplir los deberes de su santo ministerio con el mismo rigor y la misma asiduidad que anteriormente, se retiró á su convento de Jerez, cuya fábrica, próxima á arruinarse, habia hecho reparar con los donativos que para este único objeto solicitó del monarca. Escogió este retiro para no ocuparse de otra cosa que del pensamiento de vivir para Dios y para sí mismo, y de prepararse para una digna y santa muerte. Sin embargo, el amor á los fieles le hizo procurar todavía serles útil desde su tranquila morada, ya tratando de edificarlos con el ejemplo de su santa vida, y ya de instruirlos por medio de sus escritos, publicando al efecto algunas obras místicas en idioma español. Entre las obras que Nicolás Antonio se ha olvidado ó dejado de incluir en su *Biblioteca hispana*, merece especial mencion las consideraciones que escribió sobre el contenido de muchos libros que tenia para su uso particular. Interin que dejára correr sus dias léjos del bullicio de la corte y del escándalo del mundo, el duque de Lerma, ministro de Felipe III, le escribió una expresiva carta de parte de S. M. C. en que despues de asegurarle la estimacion que el rey le profesaba, le pedia se presentase en la corte por el gran deseo que tenia

de oirle aquella cuaresma. El siervo de Dios se excusó humildemente, no por falsa modestia ni por desairar al soberano, á quien siempre profesó entrañable amor y sumo respeto, sino porque sus enfermedades le impedian salir á efectuar ningun viaje. Sus dolencias despues de este suceso se aumentaron de tal suerte, que los superiores se vieron precisados á hacerle ceder algun tanto en sus austeridades, y á trasladarle á la ciudad de Córdoba con objeto de que respirase un aire más sano. El obedeció, no por el deseo ni la esperanza de recobrar la salud, sino por el de añadir al mérito de la mortificacion y del sufrimiento el mérito de la obediencia. En esta última enfermedad fué donde el santo anciano dió las más relevantes pruebas de su paciencia y de su fe. Aunque permaneció largo tiempo sobre su cruz, jamás llegó á quejarse. La caridad fervorosa, el divino amor que llenaba su alma, supo atenuar la viveza de los dolores de que todos sus miembros se hallaban atacados, manifestando hasta su fin tan grande y heróica resignacion, que consoló á los mismos que tiernamente le compadecian por la gravedad de sus males tan penosos y tan complicados. Pocos momentos ántes de su muerte, advirtiendo que un religioso devoraba en silencio al lado de su lecho el inmenso dolor que su inmediata pérdida le causaba, le dijo: No sintais, hermano mio, mi pérdida; por el contrario, alabad conmigo á Dios que me saca de este mundo, y que tan fielmente cumple sus promesas á los que le sirven y á los que le temen. Conocia la mano que le sostenia y queria significarla en aquella última hora su reconocimiento con tan tiernas expresiones. Su muerte ocurrió el dia 22 de Noviembre de 1601, á las tres ménos minutos de la tarde, contando sesenta y siete años de edad. Toda la ciudad de Córdoba lloró su pérdida, y todas las comnnidades religiosas, unidas al capítulo de la catedral, celebraron sus exequias con la misma solemnidad que era costumbre celebrarlas por un príncipe ó un obispo. Estos honores se rendian ménos al predicador ordinario de dos reyes, que á la virtud de un santo y perfecto ministro de Jesucristo. Entre las obras que escribió, unas fueron impresas en Zaragoza, y las otras permanecieron manuscritas en número de veinte volúmenes, segun dicen muchos biógrafos de su Orden. Nicolás Antonio vió algunos de estos volúmenes, y el abate Miguel Justiniani, queriendo rendir un testimonio de admiracion al sabio dominico considerándole como una gloria literaria nacional, ha colocado su nombre entre los ilustres escritores de la Liguria, porque (como ántes se ha dicho) era originario de Génova, y su familia se hallaba estrechamente unida á la nobilísima casa de los Adornos, que ha dado algunos duxes á aquella tan antigua como noble república. Las obras impresas son las siguientes: *Un discurso acerca de la justicia y buen gobierno de España en cuanto á los estatutos de limpieza de sangre, y si conviene ó no alguna limitacion en ellos.* —Un *Tratado breve de*

las monedas que se hallan citadas en la Sagrada Escritura, sacando de ella su verdadero valor y el que tienen cotejadas con las de oro y plata que se usan en España, reduciendo á estas los valores y pesos de todas las cosas que en la Sagrada Escritura so aprecian y valúan. — *Un tratado de elocuencia* para uso de los predicadores. — M. B.

SALUDABLE, arcediano, y MURITA (Stos.). El segundo era diácono de la iglesia de Cartago, cuyo clero, compuesto de quinientos individuos, fué desterrado y muerto con su obispo S. Eugenio de órden de Genserico y Hunnerico, reyes de los vándalos y arrianos de Africa en 105. — S. B.

SALUDECIO (Fr. Vicente de), religioso sacerdote de la órden de Menores, capuchino de la provincia de la Marca. Fué natural de Saludecio, lugar del término de Rímini, y áun siendo seglar hacia ya una vida de religioso, dando esperanzas de mayores aumentos de perfeccion. Ejercia el oficio de zapatero en la ciudad de Esio, y tenia impuesta ley á sus oficiales, de que en el obrador ni fuera de él no se habia de murmurar de persona alguna, porfiar ni mover contiendas, jurar ni decir palabras deshonestas ó torpes, y al que segunda vez incurria en la transgresion de aquel precepto, le amonestaba, y si no se enmendaba, le despedia de su obrador. Era tan moderado y puesto en razon respecto del precio de su trabajo, que su arte ejercida por tan rígido varon no debia juzgarse mecánica, sino liberal; y por no llegar á la falta de injusto, ó al exceso de codicioso, no se atrevia á hacer uso ni áun de lo permitido. Juntábanse á tan buenos preludios de conversacion virtuosa y loable la frecuencia de los sacramentos y ejercicios de varios géneros de devocion, con cuyas virtudes se previno admirablemente para tomar el hábito de capuchino, donde fué recibido, siendo de edad de veintiocho años, pero muy anciano en las buenas costumbres y excelencia de vida. En el nuevo estado perfeccionó las virtudes que traia del siglo, agregando á ellas con tal estudio y cuidado las demás de que se compone un varon apostólico, que en la Orden se le miraba como un prodigio de santidad. Su perpétua abstinencia, tanto de carne como de vino, sus frecuentes ayunos á pan y agua, sus contínuas y ásperas disciplinas, sus silicios y cadenas de hierro con que andaba ceñido de dia y de noche, la brevedad de su sueño sobre unas tablas, sus largas vigilias y otras mil asperezas, llegaban á tan grande extremo, haciendo tal desestimacion de la incomodidad y del dolor físico, que parecia no haber nacido para otra cosa que para ser enemigo y verdugo de su cuerpo. Las virtudes del ánimo, que son las de más consideracion, correspondian de tal modo á las exteriores que se acaban de exponer, y las ejercitaba con afecto tan entrañable, que no habia en su regla ó escuela doctrina tan dura ó tan dificultosa de practicar, que no la abrazase facilísimamente y no la ejecutase con indecible gusto, de que re-

sultaba que el yugo de la religion, las más de las veces grave y pesado á los imperfectos y principiantes en el camino de la vida espiritual, para Fray Vicente era dulce y suave, llevándole no solamente con paciencia, sino con alegría y sumo deleite; no pudiendo dudarse de ser la única ó principal causa de estos efectos la oracion en que se ocupaba frecuentemente, por ser la raíz de todos los bienes del alma y oficina celestial de virtudes, en la que el que más se ejercitáre sacará el espíritu más puro y más pronto para obras heróicas, sin sentir repugnancia ni dificultad. Así lo afirma S. Juan Crisóstomo diciendo: *La oracion engendra admirablemente una vida devota y digna del culto de Dios, y engendrada, la aumenta y guarda dentro de nuestros ánimos como un rico tesoro. Porque quien desea tener ejercicio en cualquiera de las cosas que pertenecen á la virtud, con la oracion lo alcanza y lo facilita, y ella le sirve de guia segura y cierta para el camino que quiere intentar. Pues no es posible que los que piden á Dios les dé mansedumbre, honestidad y las otras virtudes, no alcancen lo que pretenden habiendo dicho el mismo Señor: Pedid y recibireis.* Si tuvo la oracion algun auxiliar para producir en Fr. Vicente los efectos que se acaban de referir, fué sin duda la caridad con sanos y enfermos, tan viva en su ánimo y tan fervorosa, que en una ocasion especial en que se le habia encargado asistiese á algunos enfermos, lo cumplimentó con tanto amor y solicitud, que despues, estando haciendo oracion, se le aparecieron la Virgen Santísima y su seráfico Padre S. Francisco, alabándole el afecto caritativo que habia mostrado en aquel ministerio, y exhortándole á que lo continuase, porque era muy del gusto de Dios, y que al mismo tiempo rogase contínuamente por las almas del purgatorio, asegurándole que era tambien una devocion muy acepta y agradable al Señor. Habiéndose desarrollado en París una cruel y asoladora peste ó epidemia, le enviaron á aquella ciudad, donde se le ofreció bastante ocasion de ejercitar el amor del prójimo, en que tanto resplandecia, sirviendo á los apestados con tal asistencia, tan sin perdonar trabajo alguno, y tan sin temer el riesgo que le amenazaba, que vino á contraer la pestilencia, presentándosele una llaga tan incorregible, que le duró toda la vida, arrojando contínuamente materia puriforme. Miéntras atendia el siervo de Dios á adornar su ánimo de tan altas virtudes, Satanás al mismo tiempo procuraba impedírselas con sus infernales artes é industrias, inquietándole todas las noches en su convento de Esio, donde á la sazon residia, haciéndole ruidos horrísonos y extraños. Pero el siervo de Dios, conociendo de dónde dimanaban aquellas molestias, no dejaba jamás la oracion, con la que desbarataba los intentos del enemigo. Examinada así su paciencia, y cargado de trofeos de sus triunfos y victorias, enfermó en Novara del último mal, en el que habiendo perseverado con su oracion, que siempre le fué fiel compañera, acabó á un mismo

tiempo la oracion y la vida, y entónces se descubrió la cadena de hierro que viviendo habia traido oculta para que todos le conociesen, no solo como vencedor del enemigo de las almas, sino tambien de su carne. Murió en el año de 1592.—A. L.

SALUMBRINO (H. Agustin), religioso de la Compañía de Jesus. Un padre de la misma, de la provincia del Perú, que trató muchos años el devoto hermano Agustin, escribió su detallada biografía, haciendo notar sus admirables virtudes, por las cuales y por la aclamacion de Santo, que obtuvo en vida y en muerte, le juzgó por digno de ser incluido en el catálogo de los varones ilustres de la Compañía. Fué coadjutor temporal, y sirvió en la religion cincuenta y cuatro años, que vivió en ella con grande ejemplo de virtudes y edificacion de vida. Su oficio más ordinario fué el de enfermero, aunque no se excusó de ejercitar todos los demás que le mandaron; y como decia un Padre muy espiritual de la Compañía, no es de menor estimacion ser considerado Santo en los oficios ordinarios de la religion, como el glorioso S. Diego con las llaves de la Portería, que en los altos ministerios de convertir infieles, enseñar, predicar y reformar el mundo, ántes bien merece el mayor aplauso, porque arguye ardiente caridad con Dios y con los prójimos, y vigilantísimo estudio en la propia perfeccion y adelantamiento del espíritu, porque este santo hermano descolló entre los demás en esta y otras virtudes, siendo digno de conmemorarse para eterno recuerdo. Nació el hermano Agustin Salumbrino el año de 1564, en la ciudad de Flori, en la Romanía, de padres honrados, más ricos de los bienes espirituales, que son los verdaderos, que de los temporales que llaman de fortuna, si bien tenian un mediano pasar, eran muy aventajados en el santo temor de Dios y en el ejemplo de vida, y como tales educaron y criaron á su hijo en toda virtud, y especialmente en la cordial devocion á la Reina de los Angeles, cuidando sobre todo apartarle de los vicios y de las malas compañías. Murió su buena madre cuando aún era niño, y deseando su padre que fuese sacerdote, y que sirviese á Dios en el ministerio de la Misa, le dedicó desde luego al estudio, que emprendió con mucho ánimo, más por dar gusto á su padre que por inclinacion que le tuviese, por lo que esta ocupacion le era algo violenta, por cuya razon no continuó, aunque no dejó el estudio de la virtud, porque en esta perseveró siempre, y fué tal el ejemplo que dió á su padre y á un hermano mayor que tenia, que ambos dejaron el mundo y entraron en la Compañía, viviendo en ella santamente. El padre murió á muy poco, y viéndose libre Agustin de edad de diez y siete años, se colocó de criado en casa de un caballero romano muy rico, que se llamaba el conde Alejandro Aurelio Manuel, que le recibió con mucho gusto por verle alentado y despierto, de buena habilidad y vivo ingenio; y

creció más su estimacion cuando le experimentó tan virtuoso y recogido, apartado de los vicios y ejercitado en obras santas de piedad y culto divino, con cuyo ejemplo se reformaba su palacio, sirviendo de freno á los jóvenes, y dando aliento de virtud á los ancianos; por lo tanto le cobró una aficion extraordinaria, depositando en él toda su confianza, comunicándole sus secretos mas íntimos, valiéndose de su talento para negocios de importancia, y en breve tiempo le ganó la voluntad, de manera que todos le tenian por su valido, y no sin causa, porque verdaderamente lo era, como lo es siempre la virtud de todos los que la conocen; y aunque no se envaneció por esta predileccion, ni dejó de servir á todos y hacer buen tercio con su amo á los demás criados que tenia; sin embargo, como la envidia en los palacios sigue siempre á los validos, como la sombra á los que baña el sol, tuvo Agustin tantos envidiosos de su favor, cuantos eran los criados de su señor, y queriéndole sacar Dios del valimiento de los hombres para favorito suyo, le dió un golpe tan violento, que le hizo abrir los ojos y le arrancó del mundo. Tenia su amo, hacia mucho tiempo, una enemistad muy reñida con otro caballero, sobrino del pontífice Gregorio XIII, que á la sazon tenia la silla de S. Pedro, y sin saberse por quién ó cómo se habia cometido el delito, le encontraron muerto una mañana. Sus parientes sintieron aquella desgracia extraordinariamente, y lleno de indignacion el Sumo Pontífice, mandó hacer rigurosas averiguaciones para descubrir el delincuente; y como era pública su enemistad con el conde Aurelio, no fueron necesarios más indicios para prenderle con todos sus criados, y como Agustin era el más favorecido, fué el primero á quien echaron mano y á quien pusieron en prisiones más duras; entónces fué cuando la envidia de sus émulos desfogó el fuego de indignacion que tenia reprimido, y aprovechándose de la ocasion le atribuyeron el delito y cargaron la culpa; juraron contra él, dando lugar á que en su principio le condenasen á tormento y despues, vista la probanza con la acusacion de los testigos, le condenaron á muerte pública. Sabida aquella sentencia por el conde, ofreció gran suma de dinero para salvar su vida; pero fué sin fruto, porque como el difunto era tan gran caballero y pariente tan cercano del Pontífice, no se dió oidos á ninguna composicion ni á perdon, mandando con riguroso decreto que se castigase ejemplarmente el delito. Cuando el buen Agustin se vió inocente metido en un calabozo, lleno de prisiones, tan cerca de sacarle afrentosamente en público no ménos que á quitarle la vida por mano de un verdugo en la flor de su juventud, cuando se prometia grandes adelantamientos de honra y de hacienda por medio de su valimiento, y que aquel mismo favor le habia traido á tan miserable estado; abrió los ojos y vió tan clara como la luz del dia la vanidad del mundo, la inconstancia de sus favores y cuán frágil y quebradizo es todo cuanto adora;

y arrepentido de haber dejado el camino en que le puso su padre, hizo firme propósito de tomar otro diferente si Dios le diese vida; consideraba la suya pendiente de un hilo, y obrando la divina gracia y las virtudes en que se habia criado, viéndose destituido del favor humano se valió del divino, y lo primero que hizo fué llorar sus pecados, atribuyéndoles aquel trabajo como propio castigo; le recibió como de mano de Dios, conformándose con su santa voluntad sin volverse contra los jueces ni contra los que le perseguian; armado de paciencia llevaba con igualdad de ánimo tan dura prision y tan injusta y rigurosa sentencia, cual fué la de muerte, que pronunciaron y le notificaron luego, oyéndola con mucha paz y serenidad de ánimo, de suerte que admiró á los ministros de la justicia, que dieron parte á los jueces de lo que pasaba.—Mas como Cristo mostró temor de su muerte para confortar nuestra flaqueza, así le tuvo Agustin de la suya, y aunque procuraba esforzarse con el ejemplo de su divino Maestro, temia como hombre su flaqueza, y como tal acudió á la sacratísima Vírgen, su devota, suplicándola con lágrimas, á ejemplo del Salvador, que en semejante trance oró á su Eterno Padre, que le confortase y ayudase y no le desamparase, pues era su única madre. A esta oracion tan fervorosa acudió la Reina de los Angeles del cielo, y glorificó con su luz aquel oscuro calabozo, y mostrándosele visiblemente le habló como el ángel á Cristo en Getsemaní, diciéndole que no temiese, porque sería cierta su libertad, y le sacaria victorioso de aquel trance; que se acordase de aquella merced que le hacia y le fuese agradecido. Es imponderable é indecible el consuelo que recibió el buen Agustin con tal nueva y de tal boca en tan desesperada afliccion. Postróse pecho por tierra, y deshecho todo en lágrimas, no cesaba de dar gracias á la emperatriz del cielo por tan grande favor y misericordia como usaba con él, ofreciéndose una y mil veces á servirla eternamente. Todo se cumplió como se lo predijo, porque los jueces enterados de su inocencia y movidos por su grande virtud, revocaron la sentencia y salió libre de la cárcel, cuando esperaba salir á sufrir muerte en un patíbulo; y no solo él salió sino tambien el conde y los demás criados, ordenándolo así Dios y componiendo las cosas por los méritos de su siervo. Quedó impresa en el alma de Agustin desde aquella grandiosa visita la imágen de la Santísima Vírgen con una ternura de corazon y un fuego de amor en la voluntad, que no podia olvidarla ni cesar de amarla, ocupándose de noche y dia en cómo y en qué cosas la serviria; sucediéndole lo que dice S. Gregorio: que los que han gustado la dulzura del espíritu, las delicias terrenas les son amarguras; así al buen Agustin le parecian amargas todas las fiestas del mundo, en nada hallaba sabor, en todo hallaba disgusto; y conociendo su fragilidad é inconstancia, se resolvió á hollar cuanto adoraba y buscar los bienes eternos en una religion en que viviese con

quietud sin pretensiones ni afectos mundanos. Se inclinaba mucho á la de los Capuchinos, y ofreciéndose algunas dificultades, se aconsejó de su confesor el P. Maborola, rector del Colegio Romano; le habló sobre el caso, le descubrió su pecho, no ocultándole la visita que habia tenido de la Santísima Vírgen, y pidióle consejo acerca de su estado, proponiéndole sus dudas y las dificultades que tenia en abrazar la religion de los Capuchinos, á que sentia le llamaba nuestro Señor. El Padre cuerdamente le aconsejó que se quedase en el colegio unos dias y que hiciese los ejercicios de S. Ignacio, que eran probadísimo medio para hacer buena eleccion y más en cosa tan importante como la del estado, que habia de durar toda la vida. Abrazó su consejo, y tomando por guia y protectora á la Santísima Vírgen, como á propia madre suya, la pidió con instancia que le enseñase el estado en que más habia de servir á su benditísimo Hijo. Oyóle la Reina del cielo, que no desampara al que una vez recibe su proteccion, y estando en lo más fervoroso de su oracion se le apareció más resplandeciente que el sol y más bella que la luna, y alumbrándole con la luz de su resplandor, le dijo con voz clara que entrase en la Compañía, porque aquella era la voluntad de su Hijo y suya. Estaba tan encogido en su presencia, que no se atrevia á levantar los ojos para mirarla, postrado en el suelo, como indigno de verla y de recibir tan gran merced de su mano; mas la Vírgen le animó, ofreciéndole su favor, y que no seria aquella la última visita que le haria. No se puede fácilmente declarar el gozo que recibió su alma con tan señalada merced como le hizo la Reina de los Angeles; no le cabia en el pecho la alegría y consuelo de su espíritu, y quisiera hacerse todo lenguas para darla gracias por aquella incomparable merced que le habia hecho; iba y venia en su corazon pidiendo á los espíritus soberanos y á todas las criaturas que le ayudásen á bendecir, alabar y engrandecer á esta celestial Señora, de cuya mano habia recibido tan señalada gracia. Halló su corazon trasformado, sin quedarle rastro de los intentos pasados, quieto y tranquilo, resuelto á ejecutar lo que le habia mandado, y con este propósito dió en seguida parte á su confesor de todo lo que pasaba, pidiéndole su favor para entrar en la Compañía. Holgóse mucho de oirle, dando gracias á Dios y á su Santísima Madre, porque le proporcionaba un sujeto de tan buenas partes y tan conocida santidad que honrase la religion; y en cuanto á su entrada, si bien le ofreció su favor, le advirtió que su admision era privativa y reservada al provincial, el cual por desgracia se hallaba léjos y andaba visitando la provincia; que esperase á que viniese, y entónces se trataria de su entrada. El espíritu de Dios, dice S. Ambrosio que no sufre tardanzas, y el que ardia en el pecho del buen Agustin Salumbrino no las pudo tolerar, haciéndosele cada dia muchos años para cumplir sus deseos y crucificarse con Cristo en la cruz de la Com-

pañia; y así, alcanzadas cartas del rector, partió á buscar al provincial para cumplir sus deseos. La primera jornada fué de cien leguas, y no hallándole donde le buscaba, anduvo otras muchas; y habiendo caminado á pie y mendigando más de doscientas leguas en dulces fatigas por hallar al provincial, le encontró en Milan, y recibidas las cartas, contento y pagado del fervoroso pretendiente, le recibió en la Compañía con igual gozo y alegría de ambos; del uno por ver cumplidos sus deseos con el hábito de la religion, y del otro por haber ganado un sujeto de tan buenas prendas para el servicio de Dios; y luego le envió peregrinando al noviciado de S. Andrés de Roma, adonde fué recibido el año de 1588 con grande júbilo de todos y no menor de su alma. Comenzó con tan alentado esfuerzo la carrera de su religion, que puede decirse con toda verdad, que empezó por donde los más aprovechados acaban; tan obediente, tan humilde, tan observante de todas las reglas, sin quebrantar alguna por mínima que fuese; tan dado á la oracion y á los ejercicios espirituales, con un silencio tan profundo y una caridad tan ardiente para con todos, siendo solo riguroso consigo, mortificando sus pasiones y martirizando su cuerpo con penitencias rigurosas, que causaba no solo edificacion á todos, sino admiracion, observando la vida tan perfecta que hacia en los principios de su noviciado, que con tales alientos comienzan la carrera los que Dios escoge para santos. Ganó el corazon de todos con su virtud y la devocion que no podia encubrir con la Reina de los Angeles, engendrándola en los pechos de todos los que le hablaban, porque la boca expresa siempre lo que siente el corazon, y como tenia esta devocion tan entrañada en el suyo, no sabia hablar de otra cosa; mirábanle como á santo, y el maestro de novicios le proponia á los demás por dechado de observancia. Pero no quiso Dios que oro tan fino dejase de pasar por el crisol de las persecuciones y por el fuego de la contradiccion en que descubriese sus quilates, y así se la envió por medio del conde Alejandro, que habia sido su amo y le amaba cordialmente; y cuando supo su entrada en la Compañía, lo sintió en el alma y dió muchas quejas á la religion, por haberle recibido sin su órden, sabiendo que era su criado y tan valido suyo; vino furioso al noviciado, diósele franca entrada para que le hablase y le llevase consigo, si él gustaba el volver á su casa, porque la nobleza de la religion de Jesus no quiere sujetos forzados. La batería fué recísima, y necesitó de un muro tan fuerte y pertrechado para resistirla, como era el de tan valeroso aunque nuevo soldado en la milicia de Cristo. El conde le ofreció honores, riquezas, puestos, adelantamientos, su voluntad y ser dueño de su casa, le recordó cuanto habia hecho por él, prefiriéndole á todos los de la casa. Su ingratitud en abandonarle cuando más le necesitaba, el desconsuelo que padecia por no tenerle á su lado, cuán grande seria su alegría llevándosele

consigo y poderle tener siempre á su lado, y todo lo que un afecto amoroso puede inventar para salir con su intento; pero el siervo de Dios, que estaba prendado de otro más fuerte y poderoso señor, y del amor y valimiento de la Reina de los Angeles, con su gracia y su favor resistió aquella batería, sin que pudiese hacer mella en su pecho de diamante, y respondiendo al conde con pocas y humildes palabras: que no podia dejar á Dios por los hombres, ni al Criador por las criaturas, ni era justo volverle las espaldas, habiendo sentado plaza en su milicia, se despidió de él, dejándole, aunque triste, convencido con sus buenas razones, y edificado con su perseverancia. Terminado este conflicto, y conseguida esta victoria, prosiguió su noviciado con el mismo fervor que lo habia empezado, adelantándose más cada dia en el camino de la perfeccion. Cumplidos los dos años, hizo los primeros votos con gran júbilo de su alma, siendo de edad de veintiseis años, en el de 1590, y luego nació la contienda entre los superiores de Italia sobre quién le habia de llevar á su casa, porque una joya tan preciosa es codiciada de todos, como desechada la de poco ó ningun valor, habiendo sujeto que no sirve más que de carga á la religion. El prepósito de la casa profesa le pidió para la suya, el rector del Colegio Romano tuvo igual pretension; los de Milan para su colegio, alegando que allí le habian recibido y la necesidad que tenian de su persona, y las instancias fueron tales, que vencieron al provincial y le llevaron á su casa. Le encargaron el oficio de enfermero, que ejercitó con tan grande caridad como si fuera un ángel del cielo; con sus santas palabras recreaba á los enfermos, con su afabilidad los consolaba, con sus medicinas los curaba, y con su desvelo los asistia y aliviaba en sus enfermedades; de suerte que tenian en este santo hermano médico para el cuerpo y padre espiritual para el alma; y para complementar su oficio, aprendió bastante de farmacia para tener á mano las medicinas, y en su caso poder prepararlas y poder estar satisfecho de que eran buenas, que no pocas veces, por no ser tales, en lugar de sanar dañan. Era igual con todos, sin moverle á más cuidado el respeto de superior ó Padre grave, que el de cualquier novicio ó hermano; en todos miraba á Cristo, y los curaba y asistia con la misma solicitud, hasta los mozos y esclavos de la casa, que la verdadera caridad no se mueve por la exterior apariencia, porque siempre mira al alma. Ocupado tan loablemente en este santo ejercicio, no olvidó el de su propio aprovechamiento, porque siguió en todo la distribucion que tenia en el noviciado, añadiendo muchas horas de oracion que quitaba del sueño y del alivio que debia de dar á su cuerpo para dársele á su alma; y no satisfecho con la fatiga contínua de la enfermería, maceraba su cuerpo con rigurosas penitencias de ayunos, silicios y disciplinas, y otras grandes asperezas; y como la antorcha encubierta descubre los rayos por los resquicios y aberturas de la

linterna, así la del espíritu y santidad de este siervo de Dios, aunque procuró ocultarla, descubria sus resplandores por su modestia, humildad, caridad y sus palabras; de modo que no solo de los de casa, sino tambien de los de fuera, era estimado por santo. Era á la sazon arzobispo de Milan S. Cárlos Borromeo, muy devoto de la Compañía, y que como tal frecuentaba su casa; y como tenia tanta luz del cielo, conoció la que Dios suministraba al hermano Agustin, y aficionósele mucho gustando de su santa conversacion, y venia repetidas veces á tener con él coloquios á solas, tratando de cosas de Dios ambos santos, que cuando simbolizan en espíritu, fácilmente se eslabonan las voluntades, como les sucedió á los dos, uniéndose con estrecho vínculo de amistad, y el santo arzobispo le dió una cruz de reliquias en prenda de su amor, la cual toda su vida guardó el hermano Agustin, como alhaja recibida de mano de tal Santo. Vino por este tiempo de Roma á Milan el Bto. Luis Gonzaga á componer unos pleitos muy reñidos entre sus hermanos, y llegó tan maltratado del camino, que ántes de poder hacer nada, le acometió una grave enfermedad que le curó el hermano Agustin con el esmero, cuidado y caridad que solia, y como el hermano Luis era tan santo, pagóse mucho de la religion y santidad que resplandecia en su enfermero, cuyas palabras oia con gran consuelo de su alma, y no le tenia menor el hermano Agustin de oir las suyas; hablaban largamente de Dios y de las cosas espirituales, que este es el manjar de los santos y el alivio y recreacion de las personas espirituales; avivábanse el uno al otro como los serafines de Isaías para bendecir á Dios y alentarle en su servicio: curóle el hermano Agustin la enfermedad del cuerpo, y recibió del enfermo los aumentos de su alma. Quedó tan pagado el Bto. Luis del espíritu y prudencia de su enfermero, que recabó de los superiores que se le diesen por compañero para los negocios que trataba, llevándole á su lado como ángel de guarda; así fué que no hizo cosa sin su consejo, y fué tan acertado, que con él concluyó felizmente los negocios que traia y puso en paz á sus hermanos; y para volver á Roma consiguió tambien que le acompañase el hermano Salumbrino, por no apartarle de su lado; y aunque fué grande el sentimiento de Milan, porque los dejaba, no pudieron negárselo, y así le llevó consigo. ¡Feliz tiempo, en que se hallaban en las ciudades y los caminos los santos á pares! Llegados á Roma se comunicaron con S. Felipe Neri y con S. Félix, capuchino, que vivia en aquel siglo, fértil de tan grandes santos. Fué Agustin recibido con gran gusto de todos; entró en la casa profesa, donde le hicieron enfermero para gozar de la grande caridad que con todos ejercitaba. Siguiendo el mismo rumbo en Roma que en Milan, así en el aprovechamiento de su alma, con la oracion, penitencia y santos ejercicios, como en la ocupacion de los enfermos, curándolos con entrañable caridad y admirable pa-

ciencia, cual la necesitan los que asisten á los dolientes, llegó á Roma el P. Diego de Torres, procurador de la provincia del Perú, y apuradas las fuerzas de tan largo como penoso camino, se le declaró una grave enfermedad, y con ella en las manos del hermano Agustin, á quien despues de Dios debió la vida, porque le curó con grandísimo cuidado y le asistió con no menor diligencia, guisándole la comida y dándosela á su tiempo, lo mismo que las medicinas y todo lo necesario para que recobrase la salud, la cual consiguió por la gracia de Dios más brevemente que esperaba por la solicitud y cuidado de su enfermero, á quien quedó sumamente agradecido y sumamente aficionado, porque su afabilidad y alegría robaba los corazones de cuantos trataba; y como habia de llevar de Europa personas á su provincia, deseó entrañablemente llevarse á este santo hermano, y aunque reconoció la gran dificultad que habia de haber en concedérsele por lo mucho que le amaban y el gran provecho que hacia con su cuidado y caridad á los enfermos, y con su edificacion y ejemplo de vida á los sanos, no obstante esto, lo intentó, negociándolo primero con Dios, que es la mejor diligencia en todos los asuntos y pretensiones; lo segundo con el hermano Salumbrino, proponiéndole el gran servicio que podia hacer en las Indias á Dios, y la ocasion que podia tener del martirio, que es el mayor interés que mueve á los santos para semejantes empresas. Bien quisiera el siervo de Dios verse en las manos de los infieles para ser despedazado por Cristo; pero respondió como santo, que siempre habia pedido á Dios le diese una total indiferencia en la voluntad de sus prelados, que él no tenia más voluntad que la de sus superiores, que procurase que ellos se lo mandasen, que él cumpliria con obedecerles. Oido esto, hizo con toda la eficacia posible sus diligencias con los superiores, y vencidas todas las dificultades, salió con su pretension, y el buen Hermano, sin replicar ni hablar palabra, en cuanto le mandaron que fuese al Perú, se partió con la misma paz y prontitud que si le enviáran á Loreto ó al mejor colegio de Italia. Todos lloraron su partida, pero él los consolaba con la alegría y regocijo que mostraba, por tener aquella accion que ofrecer á Dios, dejando sus amigos, sus deudos y su patria por su amor. Lo primero que estableció en este viaje fué guardar puntualísimamente el órden de vida que observaba en los colegios, la oracion, el silencio, el recogimiento interior, y las penitencias y mortificaciones que hacia; y así por ninguna fatiga que padeciese dejaba el silicio, ni la disciplina, y como esta se publica á sí misma, sin que lo pueda excusar su dueño, era grande la edificacion que causaba á los pasajeros y navegantes, y no pocos se movieron á imitarle con su ejemplo. Todos los dias rezaba las estaciones de Roma, y tenia tres horas de oracion retirada ántes que los demás despertasen, y por los campos y mares iba como absorto en la contemplacion

divina, subiendo con el corazon á Dios de lo que miraba en las criaturas, y así todas le daban materia de oracion y de alabar á su Criador. Todo el tiempo que no estaba ocupado en servir á los religiosos ó á los enfermos, empleaba en orar y rezar varias devociones que tenia, y en particular á la Santísima Vírgen, con quien era su ordinaria devocion, y á quien siempre miraba como á norte de sus acciones. El autor de su vida afirma que le pagaba su devocion esta celestial Señora tan colmadamente, que todas las semanas le visitaba y animaba en su trabajo, regalándole con su presencia y dulcísimas palabras, dispensándole igual favor en las Indias, y en la navegacion y curso del viaje; al paso que el siervo de Dios, como tan humilde, la sirvió toda su vida con gran fervor de espíritu y devocion cordialísima. Tambien dice que se le apareció S. Felipe Neri estando en el cielo, y que bajó á visitarle y á continuar la familiaridad que habian tenido viviendo. Los Padres que le confesaron, y los que le comunicaron en los colegios, testifican que jamás le oyeron palabra que no fuese ajustada, huyendo de las ociosas y jocosas, ó que pudiesen ofender ó zaherir, sino que todas eran de edificacion y ninguna supérflua; ni le vieron accion en que se pudiese notar culpa ó la más pequeña imperfeccion, no alterándose en las contradicciones, ni envaneciéndose con los aplausos y alabanzas, ni presumiendo en la gran estimacion que todos hacian de él. Jamás se le notó impaciencia en tantas ocasiones como se le ofrecieron en los caminos y posadas, y en la navegacion con la chusma de los marineros y grumetes, y áun pasajeros. Su biógrafo refiere del siguiente modo el órden de vida que observó en aquel dilatado viaje, en testimonio de su religion y paciencia. «Pusiéronse en camino, siendo el mismo el hermano Agustin que si estuviera en casa de religion, guardando el órden y distribucion del tiempo con suma puntualidad. Era el alivio de los caminantes por tierra y el refugio de los navegantes en el mar; ninguno le habia menester que no le hallase, acudiendo todos á su persona para que los favoreciese; si alguno estaba achacoso, no reparaba su caridad en si era de casa ó no, ni aguardaba su afecto á que estuviese en peligro, sino que al primer dolor y anuncios de enfermedad, le acudia como si se hallára á lo último, y al seglar con el mismo cuidado que si fuera compañero suyo; porque la caridad ardiente que abrasaba su corazon, los igualaba á todos con Cristo, y no le daba lugar ni permitia hacer distincion en ninguno. Tanto llegó á ejercitarse el hermano Agustin en estos actos heróicos, que en breve llegó á ganar entre todos los de su navío la opinion de santo, que en todas las partes donde habia estado habia adquirido su modo de proceder. Fué sobremanera grandiosa la paciencia que en el discurso de la navegacion tuvo entre tantos diversos sujetos, que á los principios ignorantes del fondo tan superior que tenia la santidad de Agustin, se reian y burlaban de sus acciones, si bien

últimamente vino á prevalecer la virtud, como siempre, en los ojos de Dios.» Consoló Dios á su siervo dándole feliz viaje, y á todos sus compañeros por sus merecimientos, y despues de haber andado más de tres mil leguas por mar y por tierra, y pasados muchos trabajos, llegó á Lima, adonde el Señor le llevaba para enfervorizar con su ejemplo aquel gran colegio de ciento cincuenta sujetos, y consolar con su mucha caridad así á los sanos como á los enfermos; fué recibido con grande opinion de santo, porque su fama se adelantó á su llegada, y fué ántes conocido por ella que por su persona, la cual no desmintió lo mucho que sus virtudes se habian hecho públicas. Fué recibido de todos como si bajára un ángel del cielo, que como tal le miraban los moradores del colegio, y la vida que entabló fué muy conforme á la opinion que gozaba, porque despues de tan largo camino su descanso era en la iglesia, orando y rezando, ayudando las misas, y estando todo el dia en la presencia de Dios, y para mudar ocupacion iba á servir en la cocina y ayudar á los oficiales en las otras oficinas en los ministerios de su profesion; y visto por los superiores que su ordinaria ocupacion en Europa habia sido de enfermero, le dieron la misma en aquel colegio para consuelo de todo, la cual abrazó con el rendimiento y prontitud que siempre habia obedecido, y con su buena industria mejoró las cosas de manera que formó una buena botica, que hasta entónces no habian tenido, y plantó las yerbas necesarias para su surtido: dispuso las oficinas para los enfermos, se encargó de todos, así de los religiosos como de los negros y criados que servian en el colegio, á los cuales curaba y lavaba los pies y las manos y les hacia las camas, barria los aposentos y sacaba los vasos humildes, les guisaba y daba la comida como si fueran las personas más graves y estimadas de la religion ó de la ciudad. Tres ocupaciones tenia: curar, guisar y administrar la botica en que á falta suya se ocupaban tres sujetos, y á todas acudió él solo con igual diligencia y caridad, sin pedir ayuda ni admitirla, aunque viendo su trabajo, se la quisieron proporcionar los superiores, dándole el fervor de espíritu las fuerzas necesarias para todas, que cuando hay espíritu y voluntad nada falta y todo sobra. Aunque fué su caridad tan encendida para con sus prójimos, no lo fué ménos para consigo, cuidando con grandísima vigilancia por el aprovechamiento de su alma, porque de tal suerte disponia sus ocupaciones, que no faltase lugar para ninguno de sus ejercicios espirituales. Antes de salir de su aposento, tenia (como ya se dijo) tres horas de oracion mental, levantándose para esto mucho tiempo ántes que la comunidad, y salia de la oracion tan encendido en el amor de Dios, que traia presente todo el dia lo que contemplaba por la mañana, y así todo era una oracion continuada; y todos los ratos que podia hurtar á la ocupacion exterior los empleaba en la oracion, en la cual le hallaban de rodillas en un aposen-

tillo que habia junto á la botica, los que iban con él á negociar. Tenia dedicadas las veinticuatro horas del dia á otros tantos santos sus devotos, y en dando el reloj, daba gracias al que le habia favorecido aquella hora, y se encomendaba al de la siguiente. Especialmente fué muy devoto del Santo Angel de su guarda, de quien recibió singularísimas mercedes, que como santo las calló, aunque de algunas dió noticia á su confesor. A la beatísima Vírgen, su especialísima devota, ofrecia al amanecer todo cuanto habia de hacer aquel dia, y al comenzar cualquiera obra levantaba el corazon y se la ponia en sus manos para que la ofreciese á Dios. Comulgaba algunas veces á la semana segun la licencia que le daba su confesor, que ordinariamente eran dos, por no hacerse singular, cosa que siempre excusó. Reparábase con larga oracion, y despues de comulgar daba gracias por una larga hora, y por más tiempo si se lo permitia su ocupacion; tenia otras muchas devociones del rosario y de las almas del purgatorio y de otros santos, que rezaba entre dia. Su alimentacion, á pesar de una vida tan laboriosa, se reducia á una corta refaccion, que más servia para dilatar el término de la vida que para su verdadero sustento; jamás comió ni bebió fuera del tiempo ordinario con la comunidad en el refectorio, ni en él admitió cosa particular que no se pusiese á los demás, ni en su última vejez, llena de achaques y muy gastadas las fuerzas, dejaba ningun sábado sin ayunar á pan y agua, y las vísperas de las fiestas de nuestra Señora por su honra y devocion. Su ordinario vestido fué un áspero silicio, que llevó todos los dias de su vida, y ninguno dejó de tomar una rigurosa disciplina hasta derramar sangre, renovando las llagas en memoria de las que tuvo y pasó Cristo. Tuvo gran conformidad con la voluntad de Dios, recibiendo todas las cosas, así adversas como prósperas, con igualdad de animo, como venidas de la mano de Dios, y las palabras que traia en la boca continuamente eran: Bendito sea mi Dios, dándole gracias por todo. Respecto de su humildad, se puede decir sin lisonja de la de este santo religioso lo que dice la Iglesia de San Agustin: *Nihil fuit illo humilius*, no hubo cosa más humilde que él, porque siempre se abatió más que la tierra, ejercitándose en los oficios más bajos de la religion, y si alguna vez se veia estimar de los de casa ó seglares, entónces se abatia más; á todos miraba y reverenciaba como á superiores, y se les humillaba y sometia á su parecer, juzgando que sabian más y que acertaria mejor que siguiendo su dictámen, y no solo observaba esta abnegacion con los religiosos y seglares de algun porte, sino tambien con los criados y negros que servian en la casa; á todos tenia por mejores y más agradables á Dios, y á sí solo por indigno de vivir entre los buenos como malo y pecador; de aquí provenia el respeto que á todos tenia, la reverencia y modo con que les hablaba y el gusto con

que los obedecia, aunque no fuesen superiores, que á los que lo eran respetaba y obedecia su voz, como si la oyera de la misma boca de Dios; jamás replicó ni puso reparos á cosa que le mandasen, ni quebrantó regla alguna de la religion, que en tantos años de edad fué gran teson de virtud y argumento de altísima perfeccion, y lo que engrandece la Escritura Sagrada de los ángeles, que previenen con su obediencia la voz de Dios, adivinando su voluntad y ejecutándola ántes que se la intime con su mandato; este linaje de obediencia se halló en este santo hermano, porque cuando por indicios conocia la voluntad del superior, ántes que se la mandase la ponia en ejecucion, y de este modo se hallaba el superior obedecido con no pequeña admiracion. De la misma raíz de la humildad le nació la grande pobreza con que siempre se trató, porque como era tan vil á sus ojos y tan digno de ser despreciado de todos, cualquiera cosa le parecia que estaba mal empleada en su persona, así es que siempre se vistió de desechos, pobre y remendado; su cama la constituia una pequeña manta vieja y raida, y un desechado jergon; en su aposento parecia no le habitase persona, porque no habia mesa, ni silla, ni alhaja de precio, solo una estampa de papel y una imágen de lo mismo de Cristo crucificado. Jamás dió ni tomó valía de un alfiler sin licencia expresa del superior, en que tuvo bien que merecer por los muchos que acudian por medicinas á su botica de dentro y fuera, y el precio á que las daba era el mandato del superior. De la pureza de su alma ya se dijo alguna cosa, y segun tambien sus confesores fué tal, que no solo conservó su alma y cuerpo sin mancha de culpa, sino lo que más admira, que ni en toda su vida perdió la gracia bautismal. Tal fué siempre su vigilancia en conservar su pureza y el teson que guardó en la virtud, así en el siglo en las ocasiones de palacio, como en la religion en tantas como tuvo con los seglares: la modestia con que iba por las calles era tal, que componia á cuantos le miraban. El recato en tratar con las mujeres fué igual á su modestia, huia de su comunicacion cuanto le era posible, y nunca tuvo familiaridad con alguna por santa que fuese. Hablando de esta materia el que historió su vida, dice: «Parecia en esta virtud, más bien que hombre, espíritu soberano, pues no solo no tuvo en toda su vida movimiento sensual que molestase la serenidad de su conciencia; pero ni áun pensamiento malo que pudiese resistir con las valientes fuerzas espirituales con que Dios le habia fortalecido.» Mucho dice en estas palabras, y aunque alguno juzgára que se adelanta en lo que afirma de los pensamientos, es digno de crédito, por haberle tratado familiarmente, y sin duda declara con esto la grande pureza de su alma y de su cuerpo, y las singulares mercedes que recibia del cielo, obtenidas por su humildad, recato, penitencia y por la mortificacion de sus sentidos. No quiso Dios que oro tan fino como el de la virtud de este su siervo, deja-

se de mostrar los quilates de su finura en el crisol de los trabajos y persecuciones del demonio. Habiendo entrado en los sesenta años, le visitó con una enfermedad muy grave que le duró muchos dias y padeció agudísimos dolores, y con admirable paciencia y conformidad con la voluntad divina, gozándose de tener ocasion de padecer algo por Cristo. Las calenturas eran tan ardientes, que como estaba debilitado con las penitencias y contínuos trabajos, vencian fácilmente su flaqueza y le sacaban de juicio con frecuentes delirios; y fué cosa admirable y que declara el afecto tan cordial que siempre tuvo á la Santísima Vírgen María, que privado de su acuerdo nunca habló palabra que no fuese de esta celestial Señora, produciéndose en coloquios tiernos, con que enternecia y causaba devocion á los que le asistian, hablando con la lengua del sentimiento más arraigado y profundo que guardaba su corazon. Todo el resto de su vida prosiguió el siervo de Dios con obras y opinion de santo, y llegó á grado tan superior, que habiéndoseles muerto á un devoto matrimonio dos hijos en un mismo dia, acudieron al colegio, y con más lágrimas que palabras, postrados á los pies del hermano Agustin Salumbrino, le rogaron que los resucitase, pues podia tanto con Dios; el humilde hermano, corrido de su peticion y de ver que le tenian por santo, les volvió las espaldas diciendo que era un pobre pecador, que no merecia ser oido de Dios; mas como los esposos clamasen, los religiosos de la casa le pidieron que no los dejase ir desconsolados, y movido de piedad volvió á ellos y les dijo: los niños no resucitarán, pero Dios os consolará dándoos este año un hijo y otros en adelante. Tomaron esta palabra como del siervo del Señor, el cual se la cumplió puntualmente, y ellos y todos conocieron que habitaba en su corazon el espíritu divino, que le revelaba lo que habia de suceder. Este espíritu de profecía que Dios comunicó á este santo hermano, se verificó en otros muchos casos que sería dilatado referir. Caminaba el santo anciano de virtud en virtud, encumbrándose cada dia más y llegando á la cima de la perfeccion, y lleno de merecimientos y deseos de verse libre de la cárcel de este mundo y de unirse perfectamente con su Dios, extenuado con las muchas penitencias y quebrantado con los contínuos trabajos, llegó el tiempo en que Dios le quiso llevar al lugar de su descanso; sobreviniéndole una inapetencia tal que no podia gustar manjar alguno; faltándole el alimento se le iban consumiendo las pocas fuerzas que le quedaban, con lo que entendió que eran avisos del Señor para la partida de este mundo á la bienaventuranza; así fué que tres meses ántes de su muerte dejó todas las ocupaciones por la más importante, que era prepararse para la partida multiplicando la oracion, las confesiones y comuniones; la asistencia á las misas y á la presencia del Santísimo en la iglesia, comenzando aquí lo que habia de continuar allá por toda la eterni-

dad, asistiendo con los ángeles en la presencia de Dios. Viendo los superiores que le iban faltando las fuerzas, no le permitieron levantar de la cama, mas en ella se trasportó de manera en Dios, que no atendia á los negocios exteriores ni respondia á lo que le preguntaban, y llegando un hermano á cortarle algunos cabellos por reliquias no le sintió, pero para las cosas de su alma que le trataba el confesor y para lo que le decian los superiores, prestaba viva atencion. Diéronle el Viático tres dias ántes de su muerte, y la extremauncion el mismo dia que murió, respondiendo á todo con tal aliento y devocion, que admiró á los presentes; dijéronle la recomendacion del alma, y en dulces coloquios con Dios y su Santísima Madre, voló su alma al cielo á reinar eternamente con Dios el dia 3 de Agosto del año de 1642, á los setenta y ocho de su edad y cincuenta y cuatro de Compañía, en que vivió siempre con grande observancia y perfeccion, con fama y aclamacion de santo, gozando la opinion de ser digno de incluirse en el catálogo de los que la Iglesia tiene canonizados; habiendo sido cincuenta y dos años enfermero para confusion y enseñanza de los que á los dos ó tres de sus oficios se manifiestan como cansados y los dejan con bien poca edificacion. Luego que murió repartieron los Padres de la casa entre sí sus pobres alhajas por reliquias, tomando á porfía cada uno las que más podia para sí y para las personas que se las habian pedido; y en cuanto se divulgó su muerte por la ciudad, vinieron desalados de todos gremios y estados innumerables personas á venerar su bendito cuerpo como de santo, besándole los pies y las manos y tocándole sus rosarios, tomando lo que podian por reliquias, y á nó defenderle los religiosos de la casa, le hubieran hecho pedazos segun era el gentío que cargó sobre él, y la ánsia con que pedian alguna cosa que hubiese traido ó tocado, como reliquia de verdadero santo, y en especial cuando le quisieron levantar para llevarle á la sepultura, fué tal el alarido de las mujeres y la fuerza con que embistieron á tomar algo de su mortaja, que á no defenderlo la justicia, no pudieran enterrarle; al fin despues de mucha violencia le colocaron en un nicho aparte con la veneracion que pedia su santidad y la estimacion en que todos la tenian, cuya gloria quiso manifestar el Señor con algunos milagros que sucedieron luego que pasó de esta vida á la eterna. Escribieron de este santo hermano las anuas de su provincia, y más largamente un religioso en un libro de doce capítulos, dedicado á su provincia, que se atribuye al P. Antonio Vazquez, aunque calla su nombre, y fuera mejor lo manifestase para autorizar la obra y mayor crédito del santo hermano, cuyo nombre está escrito en el libro de la vida con los predestinados en el cielo, donde vivirá en eterna bienaventuranza hasta la consumacion de los siglos.—A. L.

SALUSA, hijo de Supha, de la tribu de Aser. (I. Paral., VII, 37).

SALUSSES (Amadeo de). Fué hijo de Federico, marqués de Salusses, y de Beatriz de Génova, hija de Hugo baron de Authon. Dedicado á la carrera eclesiástica fué nombrado canónigo y arcediano de la iglesia de Lion, y despues obispo de Valence en 1383, para sustituir á Guillermo de la Voute de Andase; habiéndole creado cardenal en el mismo año el papa Clemente VII, del que era primo hermano. Abandonando despues el partido del antipapa Benedicto XIII, se halló en 1409 en el concilio de Pisa y en 1414 en el de Constanza, en el que tuvo doce votos para papa. Othon Colonna, que fué el elegido con el nombre de Martino V, le envió á Francia de legado, á fin de que restableciese la paz en este reino afligido por la guerra civil; pero estaban tan embrollados los asuntos, que no pudo conseguirlo. Volviéndose á Roma le cogió la muerte en S. Dámaso, parroquia de la diócesis de Viena, el dia 28 de Junio de 1419. Su cuerpo fué conducido á Lion y fué sepultado en la metropolitana de S. Juan, en donde habia hecho diversas fundaciones.—A. C.

SALUSTIA (Sta.). Fué romana de nacion; y cuando tuvo edad para ello casó con Cereal, soldado que tenia muy buena fama porque siempre habia observado excelente conducta. Estuvo educado en el paganismo como que alcanzaba los primeros siglos de la Iglesia, y tanto ella como su marido, si bien no eran contrarios á los cristianos, tampoco les favorecian cosa por temor á los supremos gobernantes, que tenian aversion á la doctrina de Jesucristo sin otro motivo que porque entendida malamente por ellos les parecia que iba á quitárseles el predominio que tenian ya sobre las demás naciones civilizadas, ya sobre los mismos pueblos respectivamente. Sin que podamos averiguar el cómo, es lo cierto que tuvieron ambos esposos ocasion de tratar al sumo pontífice S. Cornelio, el cual preguntándoles acerca de la religion que profesaban y haciéndoles notar lo errado de su juicio en materia tan importante, consiguió convertirles al cristianismo, teniendo ántes que instruirles en cuanto es necesario para lograr la eterna salud. Ellos con docilidad suma aprendieron cuanto les enseñó, y lo aprendieron con el mayor afan, porque así que conocieron la inmensa dicha que se les ofrecia, quisieron acelerar lo más que les fuera posible el disfrutarla. Bautizólos el mismo S. Cornelio, y tuvieron en esto la más viva complacencia; por supuesto que Cereal dejó las armas y no quiso militar en otro ejército que bajo la bandera de la cruz, donde la victoria es siempre segura por más que sean muy terribles los enemigos con los cuales hemos de habérnoslas. Bajo la direccion y gobierno del mismo S. Cornelio, practicaban toda especie de virtudes los dos fieles esposos, y servian á los cristianos en cuanto les era posible, haciendo cuanto estaba de su mano por desengañar á cuantos podian de sus errores, y recordando ellos con complacencia la más viva

el inmenso favor que á su vez habian recibido del Papa en hacerles conocer el camino de la verdadera dicha. No tenian grandes bienes, pero á lo poco que tenian renunciaron generosamente para que estos emolumentos materiales no les sirvieran de obstáculo para procurarse su bien espiritual, al cual enderezaban desde luego todas sus aspiraciones y deseos, bien de distinto modo que ántes de su conversion, que entónces en todo pensaban ménos en conseguir esta dicha que ahora querian justamente conservar, aunque fuera á costa de los mayores sacrificios. Algun tiempo disfrutaron de la paz de que la Iglesia gozaba, y vieron con placer indecible cómo se iba aumentando el número de los que desengañados de su lamentable obcecacion seguian el camino de su ruina, olvidándose de que toda su felicidad podia consistir en afiliarse á la religion santa, que con principios ciertos é invariables promete y realiza todo lo que puede halagar á la criatura, que es la eterna posesion de su Dios, despues de pasar los dias de amarguras y desconsuelos, que son el patrimonio de la miserable humanidad, desde que Adan desconociendo sus deberes incurrió en la culpa en que todos pecamos. Mas este sosiego de que disfrutaba la Iglesia por entónces no era sino una tregua para entablar contra ella misma despues nuevas y más terribles persecuciones, ocasionándola nuevos triunfos, que es lo único que sabe hacer la crueldad de los tiranos. Los repetidos triunfos que la verdad iba consiguiendo sobre el error, y el ver cómo se desertaban de las filas del paganismo muchos hombres que ántes fueron corifeos del error, obligó de nuevo al emperador á dictar sus más severas disposiciones contra los cristianos, considerando como un mérito al cual se otorgaria la merecida recompensa el ejecutar sin tregua las tiranías que al monarca se le antojaban; y vino dando carta blanca para perseguir á todos los cristianos é imponerles sin responsabilidad de ningun género toda especie de castigos, por crueles que estos parecieren. Persiguieron pues al sumo Pontífice, y al cabo de algunos dias lograron el dar con él, obligándole á morir confesando la fe de Cristo ántes que no quemar incienso á los ídolos como le exigia el tirano. Apoderáronse tambien entre otros muchos de nuestra Salustia y de su esposo, y tambien les condenaron á muerte si no adoraban á los mentidos dioses. Con gran satisfaccion prestaron sus cuellos al cuchillo del verdugo, el cual quitándoles la vida material les aseguró la eterna. La Iglesia católica tomó acta de este importante suceso, y tuvo gran cuidado en colocar al lado de S. Cornelio á sus fieles discípulos Cereal y Salustia, siendo su fiesta el dia 14 de Setiembre por ser igual dia del año 252 el en que murieron por Jesucristo.—G. R.

SALUSTIANO (S.) confesor. Contradiccion muy marcada hemos encontrado en los autores con respecto á la clasificacion de este santo. Si no fué natural de Cerdeña, se asegura que vivió y murió en este país, unos considerándole er-

mitaño habitante del yermo, en donde obró Dios muchos milagros por su medio, y otros dándole la corona del martirio por haber derramado su sangre por Jesucristo. El Martirologio romano, con cuyo texto conviene el de otros autores, le declara solo confesor y solitario; pero los Bolandistas haciéndole mártir, aseguran que murió como tal á manos de los gentiles durante el reinado del emperador Adriano. Sea de esto lo que quiera, la Iglesia le recuerda el dia 8 de Junio entre los santos que celebra en sus ritos.—C.

SALUSTIO, patriarca de Oriente, sucedió á Martino en 486. Tuvo la debilidad de suscribir al henótico de Zenon por amor y no por odio á la verdadera fe. En 491 ordenó de sacerdote á S. Sabas, consagró la iglesia y le nombró archimandrita ó superior de todos los anacoretas de Palestina. Concedió igual prerogativa á S. Teodosio sobre todos los cenobitas que se hallaban en el territorio de su iglesia. Salustio gobernó la suya por espacio de ocho años y tres meses. Murió, segun el monje Cirilo, autor de la vida de S. Sabas, el dia 23 de Julio del año 494, sucediéndole Elías.—S. B.

SALUSTIO, arzobispo de Sevilla. Ignórase la patria, así como los antecedentes de este prelado, constando solo que era un arcediano de la iglesia Hispalense, de tanta virtud y buena vida, que volando hasta Roma su fama, el santo pontífice Hormisdas le dió el título de su legado en las provincias de la Bética y la Lusitania, escribiéndole una expresiva carta, fecha el año 517, la cual trae el cardenal Baronio en el tomo VI de sus Anales, recomendándole muy eficazmente que vigilára con gran cuidado sobre la diócesis, de manera que no fuese invadida por la herejía del Oriente; avisándole al mismo tiempo no admitiese en su iglesia á los clérigos griegos, que inficionados de la mencionada herejía, procuraban cautelosamente difundirla. No constan las demás particularidades de su vida ni la época en que ocurrió su fallecimiento.—M. B.

SALUT (De), originario del país de los Grisones, y nacido de familia muy distinguida; sus padres, reducidos á la miseria, ó al ménos con mucho menor peculio que el que necesitaban para sostener con decoro y dignidad sus obligaciones, hubieron de consentir en que su hijo entrase en clase de soldado en la Guardia Real suiza. Se portó muy bien desde que sentó plaza, sin que por esto digamos que ántes lo hubiese hecho mal; y su conducta irreprensible, su natural despejo y su capacidad, le granjearon el aprecio de sus jefes, lo cual, unido á que siempre que hubo ocasion para ello se distinguió, tanto por su valor cuanto por su finura y delicadísimos modales, le hizo ir ascendiendo y llegó hasta subteniente, sin desdoro de sus compañeros, pues era preciso saberlo para comprender que habia pertenecido á la clase de tropa. Siempre fué muy aplicado, y estudiaba aquellas cosas de que á él le parecia que habia de reportar utilidad en la práctica, así es que

mirando un dia con atencion una buena obra de un católico, quiso examinar el catolicismo y compararlo con el protestantismo que él seguia, á ver en cuál hallaba máximas, preceptos y consejos que le satisfaciesen más. La eleccion no podia ser dudosa, la verdad saltó á su vista apénas examinó los fundamentos de la religion de Jesucristo y los de la pretendida y falsa reforma; quiso que un sacerdote ilustrado le diese razon de algunas cosas que no estaban aún á su alcance, y tuvo la fortuna de encontrarse con el muy Reverendo padre Alejo Dubuc, el cual satisfizo tan cumplidamente sus deseos, que plenamente convencido de la verdad del catolicismo, y del error, ó mejor dirémos, de las mentirosas falacias de su secta, abjuró lo que ántes habia profesado, que era la observancia de sus prescripciones, y profesó la verdad con todo el entusiasmo con que nos asombra esta cuando llegamos á conocerla. Este fausto acontecimiento se verificó en Setiembre de 1684, haciendo su protestacion de fe en manos de su distinguido catequista, acompañándole en su abjuracion tambien otras dos señoras de su misma secta. Las muchas personas de distincion que presenciaron la ceremonia, quedaron admiradas de la manera con que hizo su confesion de fe, y De Salut vivió despues tranquilo.—G. R.

SALUTARIO (S.), compañero de S. Eugenio obispo, de Marita y otros que recuerda la Iglesia el dia 13 de Julio. Fué S. Salutario arcediano, y áun cuando en el artículo consagrado al primero se hizo ya mencion de este bienaventurado, parécenos conveniente decir alguna cosa con arreglo á lo que hemos hallado en los autores consultados. El año 481 fué elevado al episcopado S. Eusebio, que de ciudadano de Cartago subió á gobernar esta diócesis. Mandó el rey Hunnerico que se reuniesen todos los obispos católicos para disputar con los arrianos, y la paz de los cristianos se alteró en aquellos dominios. Era aquel rey enemigo de los católicos y deseaba exterminarlos, y para ello buscaba mil pretextos. Obligando á los obispos á jurar que despues de su muerte reinaria su hijo, algunos se negaron á complacerle, y entónces el sacrílego monarca vió la ocasion de vengarse de los que juraron, porque faltaron al Evangelio jurando, y á los que no juraron por desobedientes á sus órdenes. Dictada la sentencia de persecucion, mandó azotar á las vírgenes católicas, y muchas de ellas espiraron en este tormento. Desterró cerca de cinco mil fieles, la mayor parte sacerdotes, diáconos y personas de distincion; el clero todo de Cartago sufrió el tormento de azotes con varas, expulsándole despues ignominiosamente de la ciudad con alegría de los arrianos, y entre los así tratados lo fué el venerable obispo S. Eugenio. Desgarrador es el cuadro que nos presentan los autores del dia en que salieron los obispos y sacerdotes de Cartago, pues que todos los fieles querian seguirlos y sufrieron los malos tratos y befa de sus enemigos.

Entre los que salieron desterrados de la ciudad, fué uno de ellos el glorioso arcediano Salutario, persona muy querida de los católicos por su piedad y por su ardiente caridad, siempre propicia á hacer el bien y á dar cuantos auxilios espirituales y materiales podia á los fieles. Tres veces fué atormentado este confesor de la fe por los gentiles, pero firme cada vez más en su creencia, así como su compañero Murita, perseveraron en ella, y siguieron predicando el Evangelio con la mayor constancia y sin temor á nada ni á nadie, hasta que se dignó Dios librarles del destierro y de la persecucion llamándoles á su seno para coronarles de gloria.—B. C.

SALUTHIO (Fr. Bartolomé de), franciscano italiano, natural del marquesado de Saluzzo; tomó el hábito en el convento de Araceli, de la provincia de Roma, donde llegó á ser lector de sagrada teología; despues, deseoso de reformar su vida y de consagrarse por completo á la piedad, pasó á los religiosos reformados de la más estrecha observancia, entre los cuales hizo grandes progresos en la virtud, primero en Francia y despues en Italia, principalmente en la enseñanza del pueblo y en animarle á la mejora de las costumbres. Predicó gran número de sermones en Italia, invitando á los pecadores á la expiacion y exhortándolos á acercarse á la sagrada comunion con el necesario arrepentimiento. Pasaba dias y noches en oracion, en la meditacion de las cosas celestiales, teniendo frecuentes éxtasis, prediciendo las cosas futuras en cánticos sagrados, é invitando á la penitencia. Pasó muchos años en una cabaña cerca de su convento, donde escribió muchos tratados en italiano, breves, piadosos y muy útiles para aumentar la devocion, que se recogieron en dos volúmenes. Murió en Roma en opinion de santidad, y fué sepultado en la iglesia de S. Francisco *ad Ripam*, poniéndose en su sepulcro la siguiente inscripcion:

DEO TRINO UNI,
SEDENTE GREG. XV. PONTIF. MAX. OPTIMO.
PIÆ MEMORIÆ PATRIS FRATRIS BARTHOLOMEI SALUTHIO
ORDINIS MIN. OBSER. REFORMAT.
CUJUS CORPUS OB EXIMIAM VIRI BONITATEM
HOC SEPARAT MONUM. CONDIDIT
ODOARDUS CARDENALIS FARNESIUS
ANNO SALUTIS MDCXXI.

Publicó sus obras en dos tomos; el primero contiene: *Espejo del alma*; impreso en Roma en 1614, y traducido á diferentes idiomas, siéndolo del francés al latin por Dionisio Dunkelu Gathusianus; *Huerto de la Oracion*; *Testamento del alma*; *Paraiso de la Contemplacion*; *Invenciones del amor*;

parte 1.ª y 2.ª; Roma, 1645, en 16.°; Colonia, 1610, en 12.° *Escuela del divino amor*; *El discípulo amante*; *El varon escrupuloso*; *Epístolas espirituales*; *Alfabeto del amor divino.*—El tomo II contiene: *Las siete trompetas espirituales*; Milan, por Luis Monza; 1644, en 12.° *Consuelo del pecador*; *El Corazon del alma*; *Devotas salutaciones al niño Jesus y á su madre María*; *El amante de Jesucristo en la sagrada Eucaristía*; Venecia, por Gerardo y José Imberti, 1826, en 8.° A su frente se halla una epístola muy útil, dirigida á las provincias franciscanas de la Bélgica, que comienza: *Gratia Domini Nostri Jesuchristi*, y en la misma obra se encuentra, unas veces en italiano y otras en latin: *Varios milagros del Santísimo Sacramento*, *Soliloquios*, *ritmos y cánticos.* Las primeras palabras del último cántico son: *Cantate mirabilia amoris magni. Puerta de la salvacion abierta al alma por medio de la penitencia*; Colonia, 1629, en 12.° Esta obra fué traducida al latin por Joaquin Miguel, é impresa en Munich por los herederos de Juan Herisoy en 1627, en 16.°: *Vida del alma*; *Prado del Divino amor*; *Mesa espiritual*; dos tomos publicados en Venecia, por Marcos Gimsani, en 1659, en 4.° *Ejercicio muy devoto á la Virgen Santísima*; Roma, por Cabrellynis, 1628, juntamente con las epístolas. *Cancion sobre la Salutacion angelica*, con su explicacion; Venecia, por Pedro Combi, 1614; Braccioni, por Andrés Feo, 1632. *Versos de los misterios del Santísimo Rosario*; *Versos y Salutaciones á la Santísima Virgen María sobre los siete Salmos*; *Espejo de la Confesion*; 1631, en 16.° *Trilogio místico*; comprende tres tratados místicos, y la *Exposicion de la Oracion dominical*; le tradujo al español Francisco Salvador Martinez, y le publicó en Córdoba y Madrid, en 1696, en 8.°—S. B.

SALUZZO (Fernando María). Nació este Cardenal el dia 21 de Noviembre de 1744 en Nápoles, de los duques de Conigliano, y desde sus primeros años dió pruebas inequívocas de piedad y de saber, que jamás se desmintieron hasta su muerte. Terminando en Roma sus estudios, fué admitido por el pontífice Clemente XIV entre los prelados del colegio de los protonotarios apostólicos participantes, y no tardó mucho en ser nombrado vicelegado de Ferrara, en donde sostuvo y desempeñó el cargo de legado en ausencia del cardenal Borghese, que tuvo que asistir al cónclave por muerte del Papa. Se portó con tal destreza y amabilidad en el gobierno en esta ocasion, que los ferrareses le recuerdan siempre con elogio. Luego que volvió á Roma ocupó por algun tiempo el puesto de ponente de la Consulta, que le confirió el papa Pio VI, cuyo Pontifice, en 15 de Julio de 1784, le nombró arzobispo de Cartagena *in partibus*, y nuncio en Polonia, en cuya corte acreditó su saber y habilidad diplomática. Amado del Rey y de la nacion, y de todos respetado, con su prudencia y saber sostuvo el decoro de la santa Sede, el honor de su representacion, y los asuntos eclesiásticos que se le

confiaron, como puede verse en los *Fastos de Pio VI* por Tavanti, y en la historia del mismo Papa por Novaes. Desempeñada á satisfaccion del Pontífice esta nunciatura, fué condecorado en 1796 con la presidencia de Urbino, en tiempos bastante difíciles, y aquella provincia recuerda aún con gratitud su rectitud é imparcialidad en el gobierno. A pesar de lo corto que fué este por la invasion francesa del Estado pontificio que sobrevino, tuvo la satisfaccion de ver concluida la calle del Furlo con el bellísimo puente de la Scheggia. Vióse obligado á rendir á los franceses invasores la fortaleza de S. Leon el dia 6 de Diciembre de 1797. Encontróse en grave peligro de su vida en Pesaro, el dia 21 de Diciembre, por lo que, y á fin de evitar víctimas, cedió la fortaleza, y consintió en partir de la manera que cuenta Baldasari en su obra, *Relacion de la adversidad de Pio VI*. Elegido Pio VII y recuperados los dominios de la Santa Sede, premió este Papa los méritos y servicios de Saluzzo en el consistorio de 23 de Febrero de 1801, creándole cardenal sacerdote de Santa María del Pópolo, desde la que pasó algunos años despues á la de Santa Anastasia. Adscribióle á las congregaciones de la Visita apostólica, Concilios, Ritos, Inmunidad, Consulta, Propaganda, y de Obispos y Regulares, declarándole protector de la cofradía de los Amantes de Jesus al Calvario, llamados los *sacos rojos*. Invadida de nuevo Roma por los franceses en 1809, se vió obligado á ir á París, desde donde se le mandó á Sedan en 1810, porque no quiso asistir con el cardenal Galleffi á la ceremonia del segundo matrimonio de Napoleon I, separando de su lado al sobrino del cardenal Pignatelli, recordando esto Bellomo en su *Continuacion de la Historia del Cristianismo*; tomo II, pág. 57. Cuando se obligó al papa Pio VII á salir de Fontainebleau, se hallaba con él el cardenal Saluzzo, pero luego que partió el Pontífice, se le obligó á ir á Pons, segun dice Pistolesi en el tomo III de la *Vida de Pio VII*, y allí quedó con algunos de sus colegas por algun tiempo en libertad. Volviendo con el Papa á Roma en el expresado año, fué nombrado prefecto del Buen Gobierno; pero debilitado por lo mucho que habia padecido, murió en Roma el dia 3 de Noviembre de 1816 á los setenta y dos años de edad. Los funerales se celebraron en Santa María de Valticella, con la intervencion de Pio VII, y desde allí fué llevado su cadáver á S. Anastasio, en donde fué sepultado, segun lo que previno en su testamento. Su necrología se publicó en el número 91 del *Diario de Roma* en 1816, en el que se hizo su elogio. Fué este Cardenal amigo de la verdad, recto en todo, de dulce carácter, caritativo, humilde, y considerado como hombre de gran virtud.—C.

SALVA (Antonio), observante, natural de Mallorca, y uno de los que en 1723 pasaron á la conversion de infieles. Llegó á Buenos-Aires, segun él mismo escribe, despues de cuatro meses y medio de navegacion, á 2 de Abril

de aquel año. En 1.° de Junio se puso en camino para Mendoza, andando trescientas leguas, donde hubo de esperar que la nieve abriese paso para Chile, lo que no se verificó hasta Noviembre, en que pudo internarse en las tierras de los infieles. Escribió una exacta relacion de sus viajes, apuntando no tan solo las costumbres de los pueblos por donde pasaba, sino tambien su topografía é historia civil. Emplea algunos párrafos en referir la sublevacion de los indios idólatras contra los españoles é indios católicos: refiere el martirio de dos observantes: en la geografía política es algo minucioso. Este manuscrito lo poseemos original.—B. de R.

SALVA (Baltasar), uno de los primeros restauradores de la latinidad en España, que precedió á Nebrija. Cítale Nicolás Antonio y el erudito Vargas Ponce.—B. de R.

SALVA (José), religioso agustino, natural de esta ciudad, fué prior del convento extramuros de Itria. Murió en 15 de Diciembre de 1742, de edad de cincuenta y siete años, cuatro meses y trece dias. Escribió: I. *Universal patrocinio del glorioso S. Nicolás de Tolentino*; Palma, imprenta de la viuda Frau, 1735, un tomo en 8.°—II. *Ritual agustiniano*. Citalo nuestro Heydeck. III. *Historia de nuestra Señora de Itria y fundacion de su convento*; ms.—IV. *Sermon de S. Agustin;* impreso en esta ciudad.—B. de R.

SALVA Y MUNAR (Miguel), presbítero, natural de la villa de Algaida: creado socio supernumerario de la Real Academia de la Historia en 18 de Abril de 1829. Estuvo encargado de la biblioteca del Escorial, y es cronista general de Mallorca, nombrado por el antiguo ayuntamiento de Palma. Viajó por Francia donde pudo ver las antiguas ediciones de Plinio, cuyo exámen y el de otros autores de nota le proporcionó materia para escribir una memoria en que con buena crítica se califica de fabuloso el hecho del nacimiento de Aníbal en la Conejera. Esta excelente produccion corre inédita algo adulterada. De ella sacamos muchas noticias para escribir la disertacion histórica de aquel islucho, papel que nos acarreó el odio de los mallorquines, por haber sentado en él con la misma ingenuidad del Dr. Salvá, que Aníbal no fué balear. Entónces tuvo lugar la publicacion de las insolentes fraternas con que un fraile mal avenido, y tal vez algun purpurado, saciaron el apetito de nuestros antagonistas. La memoria en que se prueba que Aníbal no fué mallorquin, es una de las que ha escogido la Academia de la Historia para formar el tomo VIII que se está publicando. *Memoria de los sucesos y varia fortuna del Arzobispo de Toledo D. Fr. Bartolome de Carranza*, ms.—*Ilustracion sobre las Córtes de Leon del año 1020, y de Coyanza en 1050.*—*Historia del estado civil de los judíos en el reino de Aragon en los siglos XIII y XIV.*—*Oracion que dijo en las exequias celebradas en la iglesia de Santa Magdalena de Palma por las almas de los milicianos que murieron contagia-*

dos. Por encargo de la Academia cuida de la publicacion con notas y comentarios de las actas de nuestras antiguas juntas nacionales. Han salido ya treinta y tres cuadernos, que comprenden las Córtes celebradas en Leon, año 1020; en Coyanza, año 1050; en Valladolid, año 1525; en Burgos, 1367; las de Toro, 1371; las de Madrid, 1329; las de Alcalá, 1348; las de Leon, 1349; las de Valladolid, 1385; las de Burgos, 1379; las de Soria, 1380; las de Segovia, 1386; las de Guadalajara; 1390; los ordenamientos de prelados y de sacas hechos en estas últimas; las Córtes de Briviesca de 1387; los ordenamientos sobre la baja de la moneda de los blancos, sobre un servicio extraordinario, y el de leyes otorgadas en las mismas; el ordenamiento sobre judíos y lutos hechos en las Córtes de Soria de 1380; el ordenamiento sobre administracion de justicia hecho en las de Toro de 1371; respuesta de D. Enrique II á las peticiones de Sevilla en estas últimas Córtes de Zamora de 1274; ordenamiento de prelados hecho en las Córtes de Burgos; Córtes de Valladolid de 1252; Córtes de Medina del Campo de 1328, de Burgos de 1315, de Palencia de 1388, de Toro de 1368; ordenamiento de prelados hecho en las Córtes de Toro de 1371; Córtes de Burgos de 1373; ordenamiento de cancillería hecho en las Córtes de Burgos de 1374; Córtes de Burgos de 1377; Córtes de Valladolid de 1351; y Córtes de Medina del Campo y Valladolid de los años 1305 y 1307. — B. de R.

SALVADOR (S.), de la órden de los ermitaños de S. Agustin, segun los autores de esta religion, sin que ellos manifiesten los fundamentos con que se le atribuyen. Floreció hácia el año 690, y fué fundador de un monasterio de esta Orden, donde se celebra su fiesta bajo su advocacion, sin que se nos diga el dia. — S. B.

SALVADOR Y SIERVO, religiosos agustinos del convento de S. Julian de Pescaria, en Portugal, que siguiendo el ejemplo del gran doctor africano, se dedicaron al servicio de los invadidos de una peste en 1193, perdiendo la vida con sus funestos influjos, siendo por este motivo mirados como mártires segun la costumbre en casos análogos en las Ordenes religiosas. — S. B.

SALVADOR BARROSO (V.), presbítero, natural de Ubeda, piadoso sacerdote é individuo de la tercera Orden seráfica, que ha merecido los mayores elogios al P. Torres en su *Crónica de la observancia de Granada*, y á Ramirez Luque en sus *Santos del Clero*, quien hace su panegírico en la forma siguiente: «Admitió el empleo de vehedor del hospital del Espíritu Santo, por disfrutar la ocasion de satisfacer su gran caridad sirviendo á los pobres enfermos, sin olvidar por esto á los necesitados, á quienes socorria hasta con la racion que le daba el hospital, siendo frecuentes los ayunos y abstinencias con que mortificaba su carne. Era tan continuo y fervoroso su ejercicio de la oracion, como ajustado y edificante todo el plan de su ejemplar

vida. Murió en la práctica de una perfecta resignacion en el mucho padecer que Dios le ofreció, y fortalecido con los santos Sacramentos, salió de su destino para la patria celestial en 11 de Junio de 1665.—S. B.

SALVADOR Bartoluccio, minorita italiano natural de la Umbría. Tomó el hábito en Pádua á principios del siglo XVI, y se distinguió mucho por sus estudios, pasando por uno de los filósofos más notables de su época. Obtuvo el grado de doctor en su Orden, y se consagró por largo tiempo á la enseñanza con muy buenos resultados, sacando gran número de discípulos que dieron mucho lustre y esplendor á la religion Seráfica. Consagróse tambien á la predicacion, obteniendo notable celebridad por sus elocuentes y piadosos discursos en que consiguió muy buenos resultados, pues á su vasto saber se hallaban reunidas unas costumbres ejemplares y una virtud á toda prueba. En los últimos años de su vida se dedicó á ilustrar á Scoto, que era entónces la suprema ciencia de todos los doctores franciscanos, no mereciendo ninguno el título de sabio, si no habia consagrado sus vigilias á comentar á tan afamado maestro. Murió en Pádua hácia 1560 dejando las obras siguientes: *In Summulas Petri Hispani exactas explicationes;* Venecia, 1581, en 4.°—*In Philosophiam naturalem Tartareti et Scoti commentaria insertis quamplurimis quæstionibus;* ibid, por los herederos de Leca, 1581, en 8.°— *Expositionem Formalitatum Scoti*; *Apologiam pro Scoto; ejus vitam.* —*Syllabum Generalem in quatuor libros Sententiarum Scoti, cujus scriptum oxoniense præclarissimis animadversionibus explicavit.* — *Quodlibeta emendata.* En el tomo V de las obras del Dr. Sutil, edicion de Venecia por los herederos de Melchor Sena; 1580, cinco tomos en 8.°, gran número de oraciones á los Padres de su religion en las juntas generales y provinciales, inéditas.—S. B.

SALVADOR de Cadana, religioso franciscano, natural de Turin. Tomó el hábito siendo muy jóven todavía y se distinguió desde luego por sus estudios y aplicacion. Ejerció diferentes cargos, entre ellos el de consejero del duque de Saboya, quien le empleó en comisiones de grande importancia, todas las cuales desempeñó de una manera satisfactoria. Elegido teólogo de su provincia de Santo Tomás, tuvo ocasion de examinar las citas de los Santos Padres y doctores, aunque la *Biblioteca Franciscana* no nos dice el fin con que llevó á cabo semejante trabajo, que fué hecho sin embargo bajo la proteccion del mencionado duque de Saboya. Cadana escribió un gran número de obras á que debe principalmente su celebridad. No se distinguió ménos como orador, si bien sus escritos en otros géneros han hecho que se olvide su elocuencia y facilidad para expresarse en público. Fué hombre muy piadoso y se refieren notables casos de su virtud, pues aunque pasó gran parte de su vida en los palacios, jamás olvidó el hábito que vestia y

sus costumbres nunca desdijeron de las de un verdadero religioso. En sus últimos años se retiró de la corte, deseoso de entregarse en la tranquilidad del claustro á las prácticas de la austeridad y devocion con que debia prepararse para pasar á mejor morada. Pero ni áun entónces le abandonaron las continuas ocupaciones en que habia vivido, teniendo que dividir el tiempo entre la religion y las tareas literarias. Murió á mediados del siglo XVII, citándose de él las siguientes obras: *El Príncipe instruido*; Turin, por Juan Rustis, 1692, en 4.°—*El Príncipe reinante*; ibid, 1649, en 4.°—*Mariale*; Venecia, por los herederos de Sareina, 1642, en 4.°—*Santuario ó Sermones de Santos*; Turin, por los herederos de Juan Domingo Tasino, 1641, en 4.°—*Adventuale*, con el título *De la Corte;* Venecia, 1647, en 4.°—*Dubia spiritualia pro singulis adventus et quadragesimæ diebus, atque pro solemnitatibus B. M. Virginis ac SS. omnius totius anni;* Turin, cuatro tomos, y Venecia, 1643, en 4.° Libro suspendido hasta su correccion por decreto de la Sacra Congregacion del Indice de 8 de Mayo de 1662.— *Octavario sacramental*; Venecia, 1643, en 4.°—*El Secretario*; Turin, por Jacobo de Rustis, 1652.—*El Político sabio*; ibid.—*Sermones de Cuaresma*; Monteregale, 1656.—*Coleccion de bulas* y *decretos de la Congregacion*: *Formulario de obediencias: Decretos sagrados*: *Eriadni Lagationem;* Turin, por Jacobo de Rustis.—*Regnum hominum et angelorum reprobatione et prædestinatione; Modum recipiendi Legata in Ordine Seraphico*; ibid, 1641.—S. B.

SALVADOR de Cádiz (Fr.), religioso capuchino, natural de la ciudad que indica su apellido, de donde pasó de misionero á América, en cuyas regiones prestó los más importantes servicios, como se infiere de las palabras de la crónica de su Orden, que al referir los beneficios que reportó al Nuevo Mundo esta reforma de la religion Seráfica, le cita repetidas veces haciéndolo en general de todos sus compañeros en los siguientes términos: «Desde el año de 1548 en que entraron en nuestras Indias los misioneros capuchinos españoles hasta hoy (1702), no han dejado de trabajar incesantemente y despues de haber traido al conocimiento de Dios innumerables bárbaros que sacaron de los montes y riberas para poblarlos, catequizarlos, bautizarlos y enseñarles el modo político y sociable: no solo pasan de setenta mil las almas que se han bautizado, sino que la mayor parte de ellos, por la misericordia de Dios, han salido ya de este mundo con la prevencion de los santos Sacramentos. Y en fin, han domesticado los barbaros de calidad, que ya pueden andar los españoles seguramente en el contorno de muchas leguas de distancia por toda aquella tierra y costas de mar, cuando ántes de entrar los capuchinos no podian transitar sin llevar escoltas de gente armada.» Desde el año de 1702, en que se escribió esta Crónica, hasta el de 1745, segun relacion de 20 de Agosto del mismo año, que Fr. Miguel de Oliva-

res, prefecto de los misioneros de Caracas, envió al rey de España y á su Consejo de Indias, es inmenso el fruto que han hecho los capuchinos en utilidad del bien comun y aumento del gremio católico, y son muchos los que actualmente estan domesticando los misioneros en los pueblos ya fundados, y que nuevamente se van fundando con las repetidas partidas de indios, que sacan todos los años en las entradas que hacen en los montes los religiosos. Pues son más de ciento ventiocho mil los indios bárbaros que se han agregado al gremio de la Iglesia católica. Muchos de los pueblos que habian fundado y administrado nuestros misioneros, hicieron dejacion en manos del ordinario. Los que actualmente estan administrando los capuchinos son los siguientes: En la jurisdiccion de la ciudad de S. Sebastian de los Reyes, á la parte oriental, el pueblo llamado de nuestra Señora de Celsa Gracia de Ignana, de indios de nacion guaiquires, que fundó el Padre Fr. Miguel de Olivares el año de 1739. Pueblo de S. Salvador de Aytamira fundó el referido P. Fr. Miguel el año de 1744, con indios de nacion palenques que sacó del Orinoco. A distancia de cuarenta leguas de los expresados lugares, tenemos el pueblo que se llama de nuestra Señora de los Angeles y el pueblo llamado de la Santísima Trinidad, uno y otros fundados por el Padre Fr. Bartolomé de S. Miguel, que despues fué insigne mártir, y a la fundacion de dicho pueblo ayudó el P. Fr. Salvador de Cádiz con más de quinientos indios de diferentes naciones que sacaron de los montes el año de 1723. Además de los expresados lugares de indios fundaron los expresados misioneros capuchinos tambien la villa que llaman de Todos los Santos de Calabazo, la que estan administrando, como tambien las villas de S. Cárlos y de Aronve. Cincuenta leguas de dicha villa hácia el poniente, tenemos el pueblo llamado S. Diego de Coxede, que fundó Fr. Pedro de Alcalá con indios guayanos y guanos. Dos leguas más adelante de Coxede, tenemos el pueblo que se llama S. Rafael de Onoto, fundado por Fr. Salvador de Cádiz, con indios othomecos y taparichas, con otros que se agregaron despues: administra este lugar el P. Fr. Antonio de Oporto. A treinta leguas poco más de distancia de S. Rafael, hácia la parte del Sur, tenemos otro pueblo que se nombra S. Miguel del Tinaro, que fundó el P. Fr. Pedro de Villanueva el año de 1744 con indios de nacion guayquires y achaguas. A cuatro leguas de distancia de S. Rafael de Onoto, tenemos el lugar que se nombra Sta. Bárbara de Agua Blanca, que fundó el P. Fr. Miguel de Olivares el año de 1725, con doscientos y veinte indios de nacion atapaymas y guanos. Hállase dicho pueblo en el camino real de toda la provincia, y es muy necesario para el paso de aquel rio, y para la conveniencia de los caminantes por no haber poblacion alguna inmediata. Administra este lugar el P. Fray Antonio de Torroz. A distancia de ocho leguas de Sta. Bárbara tenemos

otro pueblo que se llama S. Antonio de Turen, sobre el rio de Acarigua, fundado por el P. Fr. Francisco de Campillos el año de 1724 con indios de nacion guanos. El sitio de este pueblo es muy fecundo para todo lo que quisieren sembrar en él; hoy le administra el P. Fr. Diego de Ubrique; es asímismo muy provechoso para el mantenimiento de los indios recien sacados de los montes. A distancia de veinte leguas de dicho lugar de Turen, tenemos otro pueblo que se llama nuestra Señora de Guadalupe de Bobase, fundado por el P. Fr. Salvador de Cádiz el año de 1733 con indios de nacion gayones, y muchos de estos sitios habian estado ya poblados por el P. Fray Marcelino de S. Vicente, de esta provincia de Capuchinos de Castilla, y así que los entregó al ordinario se volvieron á los nuestros, hasta que los vino á reducir el P. Fr. Salvador: hoy administra este pueblo el P. Fr. Cirilo de Sevilla. Treinta leguas del expresado pueblo de nuestra Señora, tenemos otro lugar con el título siguiente: S. Francisco Javier, y por otro nombre llamado Agua de Culebras. Este pueblo fundó Fr. Marcelino de San Vicente, año de 1745, con indios de nacion maiparos y atatures, y por muchas epidemias se han muerto muchos de ellos, que eran más de mil y quinientos. A distancia de poco más de una legua de S. Javier, tenemos otro pueblo intitulado Nuestra Señora del Cármen, que fundó el P. Fr. José de Cádiz, año de 1722, con indios de nacion chiripas, que sacó de los montes Fr. Marcelino de S. Vicente, y despues se agregaron otra porcion de indios de nacion atapaymas, que sacaron los PP. Fr. Bartolomé de S. Miguel y Fr. Salvador de Cádiz, y en otras ocasiones se le presentaron otras pequeñas partidas, y segun las matrículas pasan de quinientos, aunque se han muerto muchos de ellos por una epidemia que sobrevino, y para reemplazarlos añadió el Padre Fr. Miguel de Velez los indios que sacó de una entrada que hizo á los Llanos. Diez leguas distante de la ciudad de Caracas, á la parte del Sur, tenemos otro pueblo con el siguiente titulo: Sta. Rosa de Charayabe, que fundó el P. Fr. Salvador de Cádiz con ciento y sesenta indios que dicho Padre sacó de los montes, y despues se le agregaron cincuenta y ocho que sacó Fray Miguel de Olivares. Este pueblo le ha dejado el prefecto de la mision en manos del señor obispo. Los pueblos de indios fundados por los misioneros, que se hallan ya radicados en la fe católica, y tienen sus cosechas de aquellos frutos que la tierra permite, coadyuvan no poco para la reduccion de los indios que se van sacando de las tinieblas de la infidelidad, pues dichos pueblos de indios ya católicos se esfuerzan lo posible, ya sirviendo de escoltas á los Padres que hacen las entradas en los montes, y ya concurriendo con lo que sus fuerzas alcanzan para el sustento de los indios y nuevos lugares que se van aumentando. Esta relacion termina de la manera siguiente: «Tres clases de indios hay en las Indias, como se puede ver

en el P. Acosta, que escribió *De conversione Indorum*, Montenegro y otros. Los indios que hay en el territorio de la provincia de Caracas y en sus dilatados llanos son de la tercera clase, que viven *more pecudum*, como bárbaros y brutos, sin conocimiento de Dios ni adoracion falsa ni verdadera, ni subordinacion á superior alguno, porque no los tienen, ni áun los hijos la tienen á sus padres, ni estos se atreven á sujetarlos y castigarlos, porque no se venguen despues de ellos como lo ejecutan. No tienen caciques, solo hay entre ellos algunos capitanes, que por ser valerosos se sacrifican por todos en las guerras que tienen entre sí unas familias con otras. Tienen todas las mujeres que pueden mantener, sin que entre ellos se guarde formalidad ni ceremonia de matrimonio, como se hace en otras naciones de indios, áun entre los de la tercera clase, segun dice Montenegro; son muy rencorosos, y guardan el odio y rencor hasta que pueden vengarse. Esto lo acredita la experiencia de muchos años, pues sin tener estos indios protocolos ni escrituras, conservan de padres á hijos la memoria de las crueldades que hicieron con sus antepasados los primeros españoles que fueron á las conquistas, y de aquí nace el odio y temor que tienen á los españoles. Cuando logran la ocasion de vengarse, no se contentan con matar á quien les hizo el daño, sino tambien á toda su parentela y generacion, y esto no lo hacen á golpes por su gran cobardía, sino con hechizos y venenos ocultos y mortíferos, que los van consumiendo y acabando poco á poco. Y esto lo palpamos cada dia, dice el referido prefecto, por donde pueblos numerosos que hemos tenido se han acabado matándose los unos á los otros con hechicerías y venenos, sin poderse por lo comun poner remedio á esto, por no poderse averiguar quiénes sean los agresores. No tienen aquellos indios pueblo alguno en su gentilidad, sino es rancherías, y estas de poca gente, que apénas llegará cada una á veinticinco familias, naciendo esto de la oposicion que tienen unas familias con otras; y como son todos prácticos en las hechicerías y venenos con que se matan, por eso rezelan el juntarse los unos con los otros, aunque sean de la propia nacion. Dichas rancherías no son permanentes, pues se mueven con sus dueños siempre que les parece, y á lo más permanecen el tiempo que en aquellos contornos hay raices silvestres, y pesca ó cacería, que es de lo que se mantienen, pues luego se mudan veinte ó más leguas de allí, buscando siempre los parajes y sitios más ocultos, así porque allí abunda de ordinario la caza, como por hallarse más escondidos para que no den con ellos los misioneros cuando salen á buscarlos para reducirlos á vida sociable, política y cristiana. No saben estos indios de agricultura, á excepcion de los caribes, y tal cual otra nacion, que siembran maiz ó yuca que es el pan ordinario de la tierra. Las demás naciones, que son muchas, no siembran cosa alguna, pues todo su mantenimiento pende del arco y

flecha con que cazan y pescan, y de algunas raíces y frutas silvestres. Y así, el mayor trabajo que tienen los misioneros cuando los reducen á poblacion, es el de instruirlos en la cultura de la tierra. Todas las naciones de los llanos andan desnudos y en la misma conformidad que salieron del vientre de sus madres, excepto algunas de estas naciones que usan un pedazo de lienzo ó de palma de Moriche para cubrir desde la cintura hasta las piernas, siguiéndose de esta desnudez no pequeño trabajo á los misioneros cuando los sacan á poblar, en buscarles el vestuario preciso para que puedan entrar en las iglesias y asistir á la doctrina. Es increible el celo infatigable con que los capuchinos han ido repartiendo el pan de vida eterna á grandes y pequeños, en aquellos climas tan remotos, por cumplir la voluntad del padre que los envia, que es Dios, y en su nombre el Sumo Pontífice. » Tal es la descripcion que de las misiones de América hace la Crónica de Capuchinos: hemos tomado sus propias palabras para dar á nuestra narracion el colorido de la verdad, sintiendo las escasas noticias que contiene sobre el individuo que ha dado origen á esta digresion.—S. B.

SALVADOR DE CANIANO (Fr.), religioso lego de la órden de Capuchinos. Es contado este justo varon en el número de los religiosos más ilustres y principales de la provincia de Santangel, por sus maravillosas excelencias y santidad. En cuanto se desprendió de los cuidados del siglo y de sus vanidades, recogiéndose al santo ocio, siempre bien ocupado de la religion, comenzó en el convento de Serra su noviciado, bajo de la direccion y disciplina de Fr. Francisco de Vico, maestro de novicios, de insigne prudencia, pero desde aquel momento fueron tan molestas y tan repetidas las malas tentaciones que cargaron sobre el jóven Salvador para sustraerle y arrancarle del gremio de la Orden, que no sintiéndose el nuevo soldado con las fuerzas suficientes para combatir tanta batería, y desconfiando del triunfo y de conseguir la victoria, trataba ya de volverse á la vida seglar, que juzgaba no estar tan expuesta á las persecuciones del comun enemigo. Dió cuenta de su resolucion á su digno maestro, pidiéndole respetuosamente sus antiguos vestidos para irse á su casa. Fr. Francisco con eficaces razones procuró reducirle, pero viendo que no eran bastantes á detenerle en su determinacion, le dijo finalmente: Fr. Salvador, ya que te resuelves á volver á la vida del siglo, vete en buen hora, que no es mi intento hacerte violencia. Mas ántes de irte, por lo ménos despídete del Señor, y delante de la imágen de Cristo crucificado, que está en lo alto de la Iglesia, reza cinco veces el Padre nuestro y el Ave María. A Fr. Salvador le pareció pequeña exigencia y cosa fácil hacer lo que le aconsejaba. Fué á la iglesia, y miéntras estaba rezando sus oraciones, la benignidad y clemencia de Dios, que habia permitido el incendio de aquella tentacion en su siervo para sacarle de ella purificado y trasfor-

mado en un vaso perfectísimo de su eleccion, derramó sobre él en orma visible y de sus cinco llagas, cinco rayos de sangre de tal virtud, que mudándole totalmente el ánimo, y aficionándole con amor increible á la religion, le dejó dispuesto y preparado á padecer los mayores trabajos, y áun la muerte más rigorosa ántes que dejarla un solo momento. En cuanto profesó dió principio á una vida de tanta aspereza y austeridad contra el cuerpo y sus apetitos, principalmente contra el del gusto, que absteniéndose todo el año de comer carne, la mayor parte de él se pasaba con pan y agua sin otra clase de alimento; y si tal vez añadia algo, se reducia á alguna ensalada ó yerbas crudas con un poco de sal, que era su único regalo y banquete más opiparo. De esta forma ayunaba perpétuamente las cuaresmas del serafico Padre San Francisco; y perseguia el deleite del sentido con tal estudio, que habiendo comido una vez un bocado de queso á que era inclinado, comió despues igual porcion de cal viva para castigar aquel leve apetito. Sus trabajos eran contínuos, ya ocupándose en cultivar la huerta, ya en pedir la limosna del pan, y ya en los demas ministerios que acostumbraba la Orden, de suerte que en ninguna de las horas del dia dejaba de trabajar y de ejercitarse. Y el descanso que á la noche prevenia á su cuerpo era sobre unas desnudas tablas, y unos sarmientos, ó un madero por cabecera, un sueño brevisimo, que apénas satisfacia la necesidad, gastando lo restante de la noche en largas vigilias, oracion y contemplacion. Al principio usaba de sandalias como los demas religiosos; y padeciendo ordinariamente un dolor cólico que le atormentaba en extremo, juzgó que seria medicina á proposito, renunciar al uso de las sandalias y andar enteramente descalzo. Hizolo así, y el Señor, que ayuda á los buenos intentos, y en especial cuando nacen de su amor, aunque el nuevo medicamento y medio raro y extraño era poco á proposito para mejorar la dolencia, suplió con su gracia lo que faltaba á la naturaleza, y desde entónces reconocidamente se le mitigó el dolor. Le deleitaba tanto la frecuencia de la oracion, que teniendo por el más suave recreo del ánimo el confundir con Dios su espíritu; siempre, aun en medio de sus ocupaciones, áun las más mecánicas, estaba orando, no queriendo perder el menor instante de tiempo, ni interrumpir la union á que solo aspiraba con el soberano y dulce Señor. El comun enemigo de las almas procuraba distraerle de sus santas ocupaciones, valiéndose de todos los medios imaginables; intentó por lo tanto mover guerra á su castidad, incitando á una mujer, á que miéntras iba pidiendo la limosna del pan, con pretexto de darle lo que pedia le hiciese entrar dentro de su casa, donde le empezó á solicitar torpemente. Mas el invencible soldado de Cristo, asistido de su favor, sacando la disciplina que traia en la manga, apartó tan léjos de sí á la mujer, que no trató de solicitarle más.

A otra viuda, que le bajó á un sótano á título de llenarle una bota de vino, tambien empezó á provocarle á que conviniese en la ejecucion de su torpe deseo; la desvió con blandas exhortaciones, porque la suavidad de sus palabras era tan eficaz, que á muchos hombres envueltos en pecados ocultos y envejecidos en los vicios, los reducia á la penitencia y á que enmendasen sus costumbres. La Vírgen Santísima se agradó tanto de la resistencia y valentía de Fr. Salvador, que se la premió haciendo que de allí adelante viviera libre de todo movimiento y acometimientos deshonestos y licenciosos. La fama de su santidad se extendia de tal manera por todas partes, que acudian al santo varon muchos dolientes á impetrar su intercesion con el Señor para que remediase sus males. Por último, cayó enfermo el siervo de Dios en el monte de Rodi, y habiendo dicho á los religiosos que aquella era su última enfermedad, y prevenídose como siervo fiel y solícito para esperar la venida de su Señor, teniendo los ojos puestos devotamente en una imágen de Cristo crucificado, le entregó con gran serenidad el espíritu, y pasó á gozarle en la patra celestial. Murió en el año de 1605.—A. L.

SALVADOR DE CERDEÑA (Fr.), religioso lego capuchino de la provincia de la Marca. Ignórase su linaje y quiénes fuesen sus padres, pero sus virtudes y milagros le hicieron tan conocido y tan ilustre, que sería diligencia vana y supérflua buscar en la tierra su orígen, á quien tuvo tan aventajado nacimiento en el cielo. Cuéntase entre el número de aquellos primeros Padres que alcanzaron en sus principios á la religion, y la ennoblecieron con su vida ejemplar, no habiendo perfeccion alguna evangélica que en él no resplandeciese con luz admirable. Dos géneros hay de virtudes, que constituyen varon perfecto al que las posee. Unas son las propias y particulares del estado y calidad de cada persona; y otras las comunes á todos en general. En las primeras, que son propias y como anejas con estrecho vínculo de parentesco y afinidad al estado de los legos entre los capuchinos, como son el trabajo de pedir la limosna de puerta en puerta, la prudencia y solicitud en cuidar de la portería, la caridad en la asistencia de los enfermos, la diligencia en atender á la cocina y al refectorio, y la fidelidad, industria y cuidado en los oficios semejantes que encarga la Orden; de tal suerte florecia el afecto y devocion de Fr. Salvador, que era un vivo ejemplo y regla de lo que en cualquiera de estos ministerios se debe observar, ocupándose en los más viles con más aficion, y no sirviendo en ellos á los hombres que le miraban, ni deseando tenerlos contentos, conforme al consejo que da el Apóstol, ó esperando de su mano el premio de sus servicios, sino con simplicidad y pureza de corazon, sirviendo solo á Dios, buscando su divino agrado y solicitando por premio del trabajo solamente la conviccion de haber trabajado bien, y segun la ley de su divina Majestad. A estas virtudes particulares se

le juntaban las comunes, con no ménos grados de perfeccion, señalándose singularmente y con admiracion universal de la Orden, en la humildad, en la obediencia, en la sinceridad, en la mansedumbre, en la paciencia, en la caridad, en la templanza y en cuantas excelencias componen y revisten un sujeto apostólico, siendo un conjunto maravilloso de unas y otras virtudes. La que es muy digna de especiales aclamaciones es la fortaleza de ánimo y la paciencia con que sufrió cuatro y áun cinco años un mal de orina tan molesto y trabajoso, que en vez de orina arrojaba materia, sin habérsele oido jamás la menor palabra, ni de sentimiento, ni de poca conformidad, en medio de los intensos é insufribles dolores que padecia, siendo sus únicas palabras: *Sea bendito el nombre del Señor*; *Señor Jesus, hágase tu voluntad.* A su paciencia, con ser tan insigne, igualaba la caridad que tenia con los enfermos, no excusándose de asistirlos en sus padecimientos, sino que en aquellos servicios ni se acordaba de la comida ni del sueño, ni de las demás necesidades de la naturaleza, tanta era su ánsia en servirlos y regalarlos. Su oracion era tan contínua, que le sucedia perseverar en ella siete horas, sin moverse nunca de un sitio. Aun en medio de todos sus ejercicios y ocupaciones, siempre estaba orando; ya fuese cocinero, ya se ocupase en la portería, ya en pedir la limosna, ya en ser hortelano, ya en ser enfermero, en fin siempre y sin fin. Ni tampoco debia extrañarse, porque eran tan soberanas las delicias que se le comunicaban en la oracion, que ordinariamente le sacaban de su sentido, permaneciendo enajenado y absorto en la consideracion de las cosas celestiales, en tanto grado que el mismo Fr. Salvador lo echaba de ver; y para evitar la nota de los religiosos, procuraba orar siempre más bien de noche que de dia, en la celda que en la iglesia; resultando de aquella familiaridad que adquiria con Dios por medio de la oracion, el que obtuviese un don de ciencia tan soberana, que aunque ignorante lego y sin letras, disputaba de las cuestiones de artes y teología admirablemente, causando el mayor asombro á los filósofos y teólogos que le escuchaban. Con esta ciencia sobrenatural y divina compuso en honor de la Vírgen Santísima diversos modos de rezarla su corona y rosario, distribuyéndole en la contemplacion de varios misterios, que examinados por el general Fr. Gerónimo de Monteflores, no encontró nada que reprender, y sí mucho que observar y alabar. Nuevo ejemplo, entre otros muchos, en que se descubre la providencia y acuerdo del Señor, de manifestar é infundir los tesoros de su sabiduría á los simples é ignorantes que le sirven de corazon; afirmándolo así su divina Majestad en aquellas palabras: *Gracias te doy, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas á los sabios y á los prudentes, y las revelaste á los pequeñuelos, no por otra razon, sino porque fué tu voluntad.* Gracias que dignísimamente deben darse en tales casos al

Padre Eterno con suma alabanza, porque en ellos resplandece con mayor brillo su divina sabiduría. A la gracia de ciencia infusa acompañaba, procediendo de la misma raíz, la de las visiones y revelaciones con que Dios le ilustró. Orando una vez en el convento de S. Lupidio vió á Cristo nuestro Señor sentado en un trono de oro, declarándole muchísimos misterios ocultos y soberanos. En el monasterio de Fossambruno, queriendo los frailes enterrar el cuerpo de un religioso, vió tambien, revelándoselo el Señor, los huesos de cierto corista, que habia muerto los años antecedentes con gran fama de santidad, bañados de purísimos resplandores. En Asculi, habiendo entre algunas familias de la ciudad, capitales odios y enemistades, conjurándose unos contra otros para destruirse, idearon unos regocijos y danzas públicas para que cogiendo desapercibidos á sus contrarios, pudiese el bando que preparaba aquel lazo asesinarlos más fácilmente. Fr. Salvador sabia este proyecto que los conjurados tenian muy reservado y oculto. Entendiendo Fr. Salvador por luz milagrosa aquella iniquidad, puso todos los medios que estuvieron á su alcance para evitar que las danzas se ejecutasen, y caso que se verificasen se disolviesen ántes que se llevase á cabo el funesto y cruel proyecto, sugerido sin duda por Satanás; comunicó aquel grave asunto con el guardian, y tomando su licencia, ordenó una procesion de los religiosos que residian en el convento, marchando delante de todos y llevando en las manos una imágen de Cristo crucificado de grandísimo peso, siguiéndole los demás por las calles y plazas, pidiendo sin cesar y á voces la misericordia de Dios. Llegaron en esta forma al sitio donde se celebraban las danzas, y posando la cruz en él, y aclamando al Señor en altas voces y con muchas lágrimas, conmovieron de tal suerte al pueblo con semejante espectáculo, que á pesar de los promovedores de la conjuracion, la gente empezó á unirse á los capuchinos, desbaratándose las danzas, malográndose el sangriento proyecto, y no llegando á tener efecto las muertes premeditadas. Habiendo llegado el siervo de Dios á la edad de setenta años, y vivido en la religion la mayor parte de este tiempo con grande fama de virtudes y santidad, cayó con la última enfermedad en el convento de S. Lupidio. En todo el discurso del padecimiento dió insignes ejemplos de paciencia, de devocion y conformidad. Recibió los santos Sacramentos con grandísima reverencia; y una noche que Fr. Andrés de Macerata, enfermero de aquella familia, se queria quedar en su celda, porque no muriese en ausencia suya, le dijo así: Vete, Fr. Andrés, y descansa un poco, que no moriré sin que estés delante, pues te llamaré cuando venga la hora de mi partida. En efecto, se retiró á su celda, mas temiendo que el sueño le venciese de modo que no pudiese acudir á Fr. Salvador, rogó encarecidamente á la Vírgen Santísima, que en llegando el momento de encaminarse al cielo el baron bendito, se sirviese disponer que él disper-

tase. De allí á poco tiempo, estando dormido, sintió que le dispertaban y le decian: Levántate, Fr. Andrés, y acude al enfermo sin detenerte. Levantóse prontamente y volvió á ver á Fr. Salvador, el cual mirándole le dijo: Fr. Andrés, á buen tiempo has vuelto, pues ya pensaba llamarte; ve corriendo y tráeme aqui al P. guardian que me rece la recomendacion del alma. Así se hizo; acudió el guardian, y rezándole la recomendacion, respondió á todo el paciente con su voz y sentido cabal; cuando llegó á la oracion *Obsecrate, Domina Sancta Maria, etc.*, le pidió que se la leyese clara y distintamente. El guardian se la leyó, y entre tanto, como si le embargára un sueño dulcísimo, entregó su espíritu á Dios con admirable quietud y serenidad. Divulgada su muerte por el pueblo, no quedó en él persona alguna que no fuese á la iglesia de los Capuchinos á venerar el cuerpo ántes de darle sepultura, y con el gran concepto que tenian de su santidad, todos con la mayor prisa y apretura procuraban cortarle el hábito, el cabello, las uñas, la barba, embarazándose unos á otros para conseguir lo que intentaba su devocion. Fr. Andrés, que como se dijo, era el que más inmediatamente le habia asistido en su dolencia, alcanzó del guardian le concediese el báculo en que se apoyaba Fr. Salvador en los últimos años de su vejez, y bajando con aquella reliquia, que tanto apreciaba, por una escalera, el enemigo de la bienaventuranza del siervo de Dios proporcionó el que la rodase toda ella, y atravesado el báculo entre las piernas y dando un fuerte golpe con la cabeza en la pared, no paró hasta la conclusion del tramo. Todos los religiosos, incluso Fr. Andrés, creyeron moriria á consecuencia de tan atroz caida, ó por lo ménos quedaria muy lastimado. Pero la infinita bondad de Dios, que cuidaba de manifestar los méritos de su siervo Fr. Salvador, y la gloria que le habia llevado á gozar, preservó á Fr. Andrés de un peligro tan palpable, y apénas llegó al postrer escalon, cuando se puso en pie con el báculo, manifestándose sano y bueno, sin la menor lesion. Murió el bendito Fr. Salvador de Cerdeña en el año de 1596. —A. L.

SALVADOR DE ELCHE, capuchino español, natural del pueblo que indica su apellido. Tomó el hábito en el convento de Valencia, donde hizo sus estudios y siguió toda su carrera hasta obtener el grado de teólogo en su provincia. Este escritor se ha escapado á los autores de las diferentes bibliotecas valencianas, lo que es en extremo sensible, pues acaso hubieran ilustrado su vida y escritos. Consta sin embargo que se distinguió tanto por su ciencia como por su virtud, y que obtuvo algunos cargos en su Orden, en particular el de custodio de su provincia, que era sin duda uno de los más notables que podia prometerse, y como el término de su gloriosa carrera. Sus buenas cualidades, sus notables estudios, y su gran zelo por el fomento de su Orden, le merecieron estas distinciones á que por otra parte habia sa-

bido hacerse acreedor por su constante laboriosidad, celo é inteligencia. Habíase dado á conocer como orador, haciéndose notar por su erudicion y elocuencia; escribió diferentes sermones, de los que solo uno ha llegado á ver la luz pública, que es suficiente para hacernos formar un juicio aproximado de su no vulgar mérito. Intitúlase: *Sermon de San Luis, obispo*, publicado en la provincia de Valencia é impreso en aquella ciudad por José García, 1702, en 4.°—S. B.

SALVADOR DEL ESPIRITU SANTO, franciscano portugués, predicador de la reina de Inglaterra, y uno de los oradores más afamados de su época por lo tanto. Difícil es decidir la reina de Inglaterra que con este cargo honró á nuestro Salvador; debe sin embargo suponerse que sería Catalina de Portugal, la desgraciada esposa de Cárlos II. Las fechas y áun los hechos convienen, si no exactamente con bastante probabilidad, á esta suposicion, por lo que nos atrevemos á dejarla sentada. Pocas noticias nos han quedado de este ilustre franciscano; sus obras, sin embargo, aunque poco conocidas hoy, se hallan registradas en todas las colecciones bibliográficas con los títulos de *Sermonum feriæ IV Cinerum:* Coimbra, imprenta de la Universidad, por Rodrigo de Carballo Coutinho; 1673, 4.°—*Oracion fúnebre en las exequias de D. Rodrigo de Lancaster*; Lisboa, por Craesbech, 1659, 4.°—S. B.

SALVADOR DE HORTA (Bto.), español ilustre por sus virtudes, que ha dado lustre á Cataluña, su patria, y por lo cual le venera el país y le recuerda la santa Iglesia católica el dia 18 de Marzo de cada año. Si todas las virtudes cristianas forman para el que las practica con fe y con constancia el camino del cielo, ninguna entre ellas le acorta y hace más suave y ameno que la caridad. Madre de todas ellas, tiene tal poder que las arrastra á todas en pos de sí, y en vano el que se halla poseido de sus excelencias trataria de alejarse de su jurisdiccion, porque esta buena y salvadora guia del cristiano le atraeria á sí con la mayor dulzura, afeccion más poderosa para el que verdaderamente ama que los más crueles tormentos de la fuerza. El que profesa completamente la caridad cristiana, legado que dejó á los hombres el divino maestro Jesucristo, no puede dejar de practicar todas las demás virtudes, que no son otra cosa que emanaciones de ella. En la llama de la caridad se enciende la benéfica antorcha de la piedad, se vigoriza la luz de la verdadera creencia, se nutre la lámpara de la verdad y de la ciencia cierta, toma nuevos rayos el sol de gracia que nos ilumina, se pone á su abrigo la bellísima castidad, y por último, á su fuerte luz se apagan las teas de la discordia, de la impureza, de la mentira, de la impiedad y de todos los vicios, pues que la caridad cristiana es el crisol en que se purifican todas las virtudes, y en el que desaparecen las suciedades que se acercan á las virtudes para afearlas y destruirlas En vano se pretenderá adquirir perfeccion de virtudes sin caridad,

pues como es base que las sustenta á todas, si esta les falta no pueden sostenerse ni un momento, y en cuanto se separa se destruyen aquellas con ruidoso é inevitable escándalo. ¿De qué le serviria á un hombre ser muy piadoso y titularse amigo de Dios, seguir las prácticas religiosas con exactitud y sacrificarse en defensa de la religion, si le faltase la caridad para consigo y para con sus hermanos? Ciertamente que de nada, porque abandonada la principal virtud, el nuevo mandamiento que legó Jesucristo á los fieles en su testamento, abandonaba al mismo Dios que ha mandado la caridad como precepto del que nadie puede dispensarse, y cuya falta se condena con penas eternas. El piadoso, el modesto, el casto, y en fin, el que ostenta alguna virtud, sin caridad es un hipócrita miserable que hace lo contrario de lo que manifiesta, cubriéndose con la máscara de la virtud para engañar al mundo, y tal vez intentar en su loco desvarío engañar á Dios si pudiera. La caridad es el bálsamo consolador de la sociedad católica, puesto que proporciona al rico satisfacciones celestiales, y socorre al pobre endulzando sus penas y privaciones. Ella acompaña á la esperanza á la cabecera del moribundo, y feliz el que en el último momento de la vida la ve á su lado con rostro placentero; pero desgraciado el que buscándola no la halla, no ya dentro de su corazon ardiendo en las llamas del amor, sino tampoco la alcanza á ver en sus últimos momentos con sus ojos materiales. La caridad es todo amor, amor á Dios, al prójimo, á sí mismo, pues que sin caridad el hombre es el propio verdugo de sí propio, porque envenenando su existencia material, se suicida para la bienaventuranza, y abre el cráter que ha de sumergir su alma en el averno. Feliz mil veces quien ama, porque este tiene caridad, é imita á Jesucristo, que nos amó tanto y de tales veras, que no paró hasta dar la última gota de su sangre por nuestro amor, y áun tenia sed de amarnos más sobre el santo árbol de la Cruz, pues que pedia á su Eterno Padre le mandase mayores rigores para padecer por los pecadores. Y cuando tan excelente es la caridad, que ella es la llama ardiente del amor, y este es una afeccion tan elevada como magnífica, tan grande que el mismo Señor de los señores, el mismo Dios, se goza y goza en inspirarle y en sentirle, hemos de ser nosotros sordos á su mandato, y ciegos para no ver el gráfico y moral ejemplo que nos presenta? Afortunadamente para el mundo no se ha extinguido la verdadera caridad, ni se extinguirá jamás, pues que la sostiene Dios mismo para engrandecimiento de su pueblo, y ella sola ha producido más héroes y heroinas en nuestra sacrosanta religion que todas las virtudes juntas y que los ejércitos conquistadores de prosélitos al cristianismo, que si siempre han vencido á la corta ó á la larga á sus enemigos, ha sido porque han llevado á la caridad por blason glorioso de sus victoriosas banderas. Multitud de héroes ha hecho la caridad desde los primiti-

vos tiempos de la Iglesia en que fué predicado el Evangelio, del que emana exclusivamente hasta nuestros dias, y entre los modernos que han acreditado esta virtud, venida del seno de Dios, no podemos ménos de contar al esclarecido español el *Beato Salvador de Horta*, gloria de su país. Nació el año de 1520 en el pueblo de Santa Coloma de Farnés, situado en la provincia y diócesi de Gerona, del principado de Cataluña. Sintiendo en su pecho una llama de piedad que le devoraba, y consumido su corazon por el fuego de la caridad, tomó en 1530 el hábito de religioso lego en el convento de Jesus, extramuros de Barcelona, á pesar de contar solo diez años de edad. Su caridad para con los pobres, á los que se le encomendó les repartiese la olla ó sea la comida que diariamente les daba la comunidad en aquella santa casa, fué tan perfecta, que jamás pobre alguno se quejó de ella, cosa que forma su elogio, porque los pobres que se congregan para recibir la sopa, ó sea la caridad de los conventos, poquísimas veces quieren ó ensalzan á los hermanos que se la distribuyen. De Barcelona pasó el Bto. Salvador al convento de Tortosa, llamado tambien de Jesus, y la fama de sus milagros agolpaba diariamente tantos fieles al convento, que el superior se vió obligado á mandarle al convento de la Virgen de los Angeles de Horta para librarse de la multitud. A Horta fueron los fieles y en particular los enfermos, con la fe de que el Beato les salvaria de la muerte, y desde que llegó á este punto ya no se le conoció despues sino con el nombre de Fr. Salvador de Horta. Envidiosos algunos malos cristianos de la fama y prodigios obrados por el hermano Salvador, le acusaron como herético al tribunal del Santo Oficio, pero no tardó en salir de la Inquisicion libre de tan villana calumnia. Murió el Bto. Salvador el dia 18 de Marzo de 1567, y desde entónces se le reverencia y tiene extraordinaria devocion en Cataluña, que le reconoce entre los héroes de la caridad.—B. S. C.

SALVADOR DE LEON, jesuita español, natural de Murcia é hijo de una antigua y distinguida familia que le proporcionó una educacion correspondiente á su clase, procurando el tierno niño corresponder á sus sacrificios, haciendo grandes adelantos en los estudios. Pero sus padres ignoraban que todos los esfuerzos de Salvador tenian un objeto muy diferente al que ellos se proponian. Hubieran deseado verle brillar en el mundo, aparecer en los puestos más elevados, y aumentar la fama al mismo tiempo que el patrimonio de su casa, empero no eran estos los intentos de su hijo, que deseaba huir de la sociedad y retirarse al fondo de un claustro para vivir allí entregado, al mismo tiempo que al estudio, al cultivo de todas las virtudes. No tardó en efecto en realizar sus deseos, aunque ya era á la sazon doctor en filosofía por la universidad de Alcalá, mas deponiendo el laurel adquirido en el campo de la ciencia, fué el más humilde de los novicios, el más mo-

desto de los religiosos, verdadero modelo en fin de piedad y religion. Sus estudios influyeron en que fuese elevado al sacerdocio mucho ántes que sus demás compañeros, y aunque queria resignar este honor, obligáronle á aceptarle sus superiores deseando dedicarle al púlpito y confesonario, donde esperaban hiciese grande fruto. No se engañaron en sus cálculos, pues Leon se hallaba dotado de las mejores cualidades para ambas profesiones, y las desempeñó con celo y acierto todo el tiempo que perteneció á la Compañía: orador elocuente y erudito, sus discursos eran oidos con placer por un pueblo ávido de recibir la saludable instruccion de la doctrina cristiana, de amoldar á ella sus pasos y su vida. Como la de Salvador correspondia á sus palabras, su auditorio le tomaba por modelo, procurando seguir todos sus pasos en el camino de la perfeccion; así es que al acercarse sus clientes al confesonario habia obtenido á medias su objeto, siéndole en extremo fácil el dirigirles segun los consejos que de antemano les habia dado. Su fama se extendió en gran manera por este concepto á todas las provincias de España, que le reclamaban á porfia, queriendo oirle en el púlpito y aprovecharse de sus santas lecciones, pues únicamente quiso pasar á su patria, donde permaneció por un largo período consagrado á sus favoritos ejercicios y á otras obras de caridad en que era extremado, por lo que se ganó el afecto y amor de todos sus compatriotas, que lloraron su muerte por los grandes beneficios que en vida les habia dispensado. Sus honras fúnebres fueron muy solemnes, celebrándose en la catedral de aquella ciudad con gran concurrencia de pueblo. Dejó una obra intitulada: *Expositionem et illustrationem in XIII Capita prima Ecclesiastici;* Amberes, Pedro Bellerum, 1640, fol.—S. B.

SALVADOR Maria Rufo, religioso franciscano, natural de Palermo en Sicilia, fué lector de sagrada teología en la Orden Tercera de la misma provincia, y se distinguió mucho por su ingenio para la historia sagrada y profana. Compuso gran número de elogios, inscripciones, epístolas y otros escritos semejantes en latin con grande pureza, y formó muchas noticias históricas de grande importancia é interés para su patria, haciéndose además notable por su carácter conciliador y sus demás prendas personales. Escribió una obra en italiano para aumentar la devocion á la Santísima Vírgen con el título: *Elogios de la Santisima Virgen hechos por el arcángel S. Gabriel*; Palermo, por Diego Bira, 1708, en 16.° Dejó además inéditos: *Vida del venerable siervo de Dios Fr. Lucas de Lirani*, religioso lego de la órden Seráfica.—*Discurso histórico en alabanza del B. Agustin de Novello, de la órden de S. Agustin.—Elogios de los varones ilustres de la Tercera Orden de S. Francisco, en la provincia de Sicilia, que han florecido por su santidad y letras desde el año 1538 hasta nuestros dias.—Elogia selectiora, quibus Viri sanctii, Summi Pontifi-*

ces, Reges, Episcopi, Scriptores, et Historici Tertium Ordinem S. Francisci, ejusque sectatores, tum seculares, tum regulares, honorifice prosequuntur.—Tractatum de obligationibus confessariis, et pœnitentis in materia occasionis et consuetudinis peccandi, cui subjectunctur ad calcem funesta aliquod exempla.—De Fide panormitanorum erga Principes, quotquot Siciliam tenuerunt per omnes ætates usque ad Philippum V. Hispaniarum Regem. S. B.

SALVADOR MARTINEZ (V. P. Fr.), religioso franciscano natural de la ciudad de Santiago de Galicia, en cuyo convento tomó el hábito, fué lego de profesion, de rara y puntual obediencia y de suma caridad. Tenia Fr. Salvador particular predileccion para desempeñar toda clase de cargos, sobre todo los más humildes, como servir á la cocina y á los enfermos. En alguna de las ocasiones en que fué refitolero, quedaron muy satisfechos los Padres guardianes de su grande caridad, porque sabian por experiencia que duraba más lo que administraba Fr. Salvador con abundancia, que lo que pasaba por otra mano con tasa rigurosa. Era incansable en el trabajo, y las horas del dia que le sobraban del ejercicio de su empleo, las dedicaba á cavar la huerta, y en tomando esta ocupacion no sabia dejarla, ni aunque lloviese ni aunque le incomodase el sol. Todo lo llevaba y hacia con gran gusto, respondiendo á cuantos le manifestaban que por qué se atareaba tanto, que con este objeto habia tomado el santo hábito, sirviendo en ello á la Orden. El descanso á que se entregaba por la noche era hacer las más rigurosas penitencias, echándose despues á dormir en el duro suelo, sin más abrigo que el de su pobre hábito y el de muchos crueles silicios. Fué muy asiduo en la oracion y extremado en la paciencia, pues á pesar de sus grandes y continuas enfermedades, jamás le impidieron acudir á ninguna de sus obligaciones, ni por estar tan enfermo se eximia de los ejercicios más penosos. Fué trasladado al de Vigo desde el convento de Salamanca, donde tuvo repetidas ocasiones para ejercitar su paciencia, cultivando aquella huerta, en lo que trabajó mucho por ser entónces el terreno duro y falto de agua. De lo que toma ocasion la Crónica para referir el hecho siguiente: «Con esta pena recurrió al propiciatorio de la oracion, poniendo por intercesora de su súplica á la gloriosa vírgen santa Marta, titular de aquel convento, y la santa agradecida á su tierno y devoto afecto, alcanzó de la Majestad divina se descubriese una fuente cerca de la huerta para su riego y cultivo. Otros muchos favores hizo Dios á este su siervo, y entre ellos se conoció le habia comunicado el don de profecia; declaróse este con experiencia en la última enfermedad, pues estando á juicio de todos los religiosos en el último apuro, les aseguró no seria por entónces su tránsito, sino cuando el P. guardian, que se hallaba ausente y distante algunas leguas del convento, viniese y le echase su bendicion en la última hora. Así sucedió, pues pasa-

dos algunos dias, llegando el P. guardian á la portería y tocando á la campana de la puerta, apénas le oyó el profético varon, cuando dijo á los religiosos que le asistian: Padres, vayan á recibir al P. guardian, que es el que llama á la portería, y pídanle de mi parte venga luego á echarme su bendicion, pues ya vino la hora de mi muerte.» Bajaron los religiosos, y hallando al prelado como Fr. Salvador lo habia dicho, informáronle de la grande enfermedad de su súbdito y le hicieron la peticion de su parte. Subió el P. guardian muy luego á consolarle y darle su bendicion, la que recibida pidió le diesen los santos Sacramentos, y apénas se le acabaron de administrar, cuando se quedó como en un dulce sueño y todo absorto. Finalmente, con este sosiego entregó su espíritu lleno de méritos y de años, siendo los de su edad ciento nueve y el de su tránsito 1640. Luego que espiró, continua la Crónica, se oyeron unas suavísimas voces que á la música celestial cantaban la gloria que iba á gozar su alma, en premio de sus trabajos y penitencias.—S. B.

SALVADOR Massonio, minorita italiano del siglo XIII. Nació probablemente en Venecia; Salvador siguió los primeros estudios con grande aprovechamiento, manifestando, aunque en su más tierna edad, hallarse llamado á hacer grandes progresos en el camino de la perfeccion. En tan corta edad ya manifestaba sus deseos de adelantarse á los más virtuosos, y tomándole por ejemplo les imitaba en obras, palabras y hasta nos atreveremos á decir que en pensamientos, pues áun estos limitaba á lo que de él exigian las prácticas religiosas á que principalmente se habia consagrado. Su amor al retiro y á la soledad le hacia huir de la compañía de otros niños que buscaban su amistad á competencia, aconsejados por sus padres que les indicaban que en Salvador tendrian mucho que aprender; tan buena era la fama de que gozaba. Procuró corresponder constantemente á ella Massonio, y así que ya más avanzado en edad se le veia acudir á las iglesias y conventos de religiosos, procurar mezclarse en sus ejercicios y tomar en sus prácticas la parte que sus años le permitian. No es por lo tanto extraño que muy jóven todavía tomase el hábito en la religion Seráfica, decidido á marchar por la senda en que con tanto fruto habia dado ya los primeros pasos. Su obediencia, modestia y abnegacion le merecieron el amor de sus superiores, que en él cifraban las esperanzas de la Orden, aguardando que un dia llegára á darla no escaso lustre y esplendor. En efecto, á sus no vulgares virtudes reunia una aplicacion y laboriosidad á toda prueba, que le ponia en estado de hacer los mayores progresos en la ciencia, de dar agigantados pasos en todos los conocimientos humanos á que se consagrase; mas Salvador, como era natural y conforme á el espíritu de su profesion, se dedicó principalmente al estudio de las ciencias eclesiásticas, y en particular de aquellas que debian

servirle para ejercitarse en el púlpito y confesonario, obligaciones anejas á su hábito y método de vida, destinada á servir de ejemplo á religiosos y seglares, siempre que convencido de la necesidad que tenian de seguir las sendas de la virtud y de la prudencia humana, buscasen un guia en las dificultades con que no podian ménos de tropezar en tan escabroso camino. A tal y tan elevada tarea sirvió perfectamente Salvador, pues dejándole sus superiores seguir sus instintos en lo que no se oponian al espíritu de sus reglas, muy en breve ocupó un distinguido lugar entre los más avanzados en perfeccion. Entónces sus superiores, que veian sus deseos colmados con usura, le destinaron á la predicacion, ejercicio muy propio de su carácter y virtudes. No fué ciertamente la elocuencia lo que más señaló á Salvador; modesto y sencillo su lenguaje, más que conmover procuraba convencer, y así es que sin acudir á retóricas figuras, ni á extraordinarios adornos, su natural discurso se encaminaba únicamente á manifestar la verdad, probar que lo era y animar á seguirla. Como su inculpable vida era el mejor testimonio que podia presentar de su buena fe, era siempre seguido y extraordinario el fruto que obtenian sus palabras. Buscado por particulares y autoridades para enseñarles las verdades del Evangelio, nunca se negó á ejercer su sagrado ministerio, aunque para ello tuviese que desafiar obstáculos y peligros, y que vencer el rigor de las estaciones. Cuántas veces en medio del invierno, cuando la nieve cubria los campos y el hielo suspendido de los árboles hacia temblar de frio y temor los corazones, atravesaba Salvador los campos solo, apoyado en su báculo, para ir á predicar á alguna aldea, donde no habia querido marchar ningun otro de sus compañeros, ya por lo terrible de la estacion, ó bien por la poca comodidad con que les brindaba la pobreza de aquellos campesinos; pero esto no era rémora para Salvador, ántes encendia su caridad más y más, pues todo su placer se hallaba cifrado en padecer por Jesucristo. Si al llegar á aquellos lugares no encontraba cama, ni tal vez silla en que recostarse, se creia trasladado á un nuevo paraiso, pues allí gozaba de dichas que solo habian sido concedidas á sus patronos los santos. Habíase consagrado al estudio de un gran número de vidas de estos héroes de la humanidad, y con su ejemplo, que aprovechaba primero para sí, hacia adelantar despues á los demás, que era en los que principalmente tenia fijas sus miras y esperanzas; pero nada le importaba su vida con tal que ganase la ajena para servir á Jesucristo. De esta manera pasó muchos años, hasta que ya la edad no le permitió seguir en tan difíciles ejercicios, y entónces se dedicó á la confeccion de las siguientes obras por que es conocido: *Vida y milagros de S. Juan de Capistrano*; Venecia por Burguillo, 1627, 4.°—*Compendio de la Vida del B. Alberto de Luciano*, recomendado por Fr. Patricio de Duffir, en la vida del mismo Alberto.—S. B.

SALVADOR MEJÍA, religioso dominico, natural probablemente de Sevilla, en cuyo colegio de S. Pablo tomó el hábito, siendo despues colegial en el de Santo Tomás de la misma ciudad. Obtuvo en España fama de sabio, la que conservó en Filipinas, adonde fué enviado como comisario de la provincia de Pangasinan. Fué persona, dice la Crónica, circunspecta en sus acciones, y sobre todo temerosa de Dios, de que dió bastantes pruebas en el viaje que hizo en la barcada del P. Fr. Juan Bautista de Morales, como en el poco tiempo que vivió en aquella provincia. Dedicóse principalmente al estudio de la filosofía moral, en que era consultado con satisfaccion y resolvia con seguridad. Sus grandes estudios y virtudes le valieron ser nombrado vicario provincial de Pangasinan, donde se distinguió mucho por su amor al retiro y recogimiento, haciendo además de las acostumbradas en la provincia otras muchas mortificaciones, que le facilitaban el ejercicio de las virtudes y le ganaron el renombre de penitente. Estimábanle todos mucho, prelados y súbditos, y verdaderamente áun prescindiendo de los buenos principios que le dió su religion en la casa de S. Pablo y en que tanto adelantó en el colegio de Santo Tomás, debia tener virtud de linaje, dice la Crónica, pues fué su hermano el P. Fr. José Mejía, que murió siendo lector de filosofía del colegio de S. Pablo de Sevilla, durante la peste del año de 1649, y era, segun el mismo autor, religioso perfecto, muy recogido y temeroso de Dios, y muy ejemplar, lo que unido á su crédito como hombre de ciencia, fué una grande pérdida para su casa de Sevilla, no siéndolo menor para la provincia de Pangasinan la de su hermano Salvador, acaecida poco despues en Filipinas. — S. B.

SALVADOR MONTALVAN, capuchino italiano de la provincia de Palermo. Pertenecia este religioso á una antigua é ilustre familia, que le dió una distinguida educacion, procurando dedicarle á una de las más brillantes carreras del Estado. Empero él, nacido para vivir en la humildad y en la obediencia, procuró apartarse de los caminos de la ambicion, á que no se creia llamado, y aunque á disgusto de sus padres, tomo el hábito de capuchino en uno de los conventos más pobres de la provincia. Pero ni áun allí pudo librarse de esa superioridad que por todas partes acompaña al hombre verdaderamente noble, pues su notable educacion, su selecta y varia instruccion le hicieron brillar en su apartado convento quizá más que en medio de la corte, rodeado de vanos y presuntos ingenios. El suyo vasto, erudito y lleno de las mejores doctrinas, le abrió un ancho camino entre sus compañeros, y llegó á ocupar los puestos más distinguidos de la Orden provincial de Palermo; trabajó con los mejores resultados en beneficio de sus súbditos, obteniéndoles grandes ventajas y procurando llenar los fines de su santo fundador. Para conseguirlo trabajó tambien en la confeccion de varias obras,

que correspondian á otras tantas necesidades de su instituto, y merecieron ver la luz pública por lo tanto. Despues de muchos, á cual más notables trabajos que desempeñó, lleno de un celo verdaderamente apostólico, pasó á mejor vida á principios del siglo XVIII, dejando las obras siguientes: *Opus Theologicum tribus distinctum tomis in quibus efficacissime ostenditur Immaculatam Dei Genitricem, utpotè ex Christi meritis preservative redemptam fuisse prorsus immunem ab omni debito, tum contrahendi originale peccatum, tum ipsius fomitem incurrendi*; tomo I. — *De peccato originali et ejus debito*; tomo II. — *De eminentissima Deiparæ redemptione*; tomo III. — *De triplici naturæ humanæ statu et ejus fomite*; Palermo, por Gaspar Bayona, 1723, en fólio. — *Sambuca rationalis. Ecclesiastico certamine adhibita, qua opinio docens formulas oblatas et in actu consecratione oblitas consecratas manere, penitus à fundamentis evertitur, atque ita, seu speculative, seu practice omnino improbabilis demonstratur*; Palermo, por José Gramignani, 1701, en 4.°— *Sermones de Santos y de la pasion de nuestro Señor*, con el título en italiano: *Sambuca sonora*. — S. B.

SALVADOR Nasense ó de Narni, religioso capuchino de la provincia de Sicilia, tan notable por sus buenas costumbres como por su erudicion y conocimientos en la historia. Nacido de una antigua é ilustre familia, sus padres le proporcionaron una educacion correspondiente á su clase y al puesto en que se hallaba llamado á ocupar en la sociedad. Empero Salvador era uno de esos séres tímidos y vacilantes, que no teniendo voluntad propia no se atreven á encaminarse por ninguna de las muchas sendas que encuentran abiertas en el camino de la vida. Vióse esto decididamente en los primeros años de nuestro futuro religioso, pues dedicado unas veces á estudios serios y graves, y otras á futiles y ligeros, andaba como vagando sin saber donde fijarse, hasta que al fin el destino le indicó el punto donde debia detenerse. Predicaba á la sazon en su patria un religioso capuchino de grande fama y saber, hombre de austeras costumbres y de gravedad poco comun. La poblacion entera acudió á escuchar sus predicaciones, á aprender sus doctrinas, á admirar sus ejemplos. No fué Salvador el último que acudió á oirle. Sus elocuentes palabras, sus profundas máximas y la verdad de sus convicciones hicieron tan honda impresion en el ánimo del jóven, que desde aquel instante comenzó á meditar sobre todo cuanto le rodeaba, sobre la vida y sus necesidades, sus vanidades y apariencias. Empezó á huir de las compañías y buscar el sitio y la soledad, á hacer en fin una vida enteramente contraria á la que hasta entónces habia hecho. Notaron sus padres y parientes lo que llamaban su distraccion, creyéronle víctima de alguna ilusion ó engaño, la que procuraron evitar. Emplearon para ello todos los medios que su imaginacion les dictára, procurándole diversiones, viajes y halagos de

todo género. Empero era demasiado profunda la herida que se habia formado en el alma de Salvador para poder curarla con tan ligeras medicinas, y fueron vanos todos los remedios que le propusieron. Él mismo, que habia cedido en un principio por debilidad, comenzó á mirarlos con odio y horror y á intentar romper la cadena, con que áun cuando cariñosamente se hallaba aprisionado: ciertamente que sus fuerzas eran demasiado débiles para ello, y aunque confiaba en el tiempo y las circunstancias, las circunstancias y el tiempo son harto lentos para las exigencias de una imaginacion acalorada, y tanto más ardorosa cuanto de antiguo venia más comprimida por propios y extraños; así que todos sus esfuerzos fueron inútiles, sin que pudiese llegar al logro de sus deseos, y trascurrieron meses y áun años encontrándose en la misma situacion en que se habia hallado en un principio. En tal conflicto y profundamente afectado en su exterior, aunque exteriormente hubiera de manifestar alegre y placentero semblante, acudió Salvador á la religion, seguro de encontrar en ella los consuelos que el mundo le negaba. No le engañaron sus esperanzas, depositando su confianza á los pies de un sacerdote, se encontró como aliviado de una pesada carga, vió comprendidas y explicadas sus sensaciones, y trató de ponerlas remedio. Empero no era esto tan fácil como se habia figurado en un principio. Sus padres, que le amaban con la mayor ternura, se oponian á toda resolucion que le apartase de su compañia, y él no se atrevia tampoco á tomarla; áun su mismo confesor no se atrevió á hacer mucho más, y Salvador continuó enredado en sus eternas vacilaciones: pero la Providencia vino en su auxilio en aquellas circunstancias con uno de esos golpes inesperados y violentos, que son sin embargo los decisivos para las almas desgraciadas y débiles. Una violenta peste asoló toda la Italia, Narni padeció tambien sus rigores, y Salvador vió desaparecer á su lado uno tras otro sus padres y á todos parientes. Su violento dolor, que no hubiera encontrado consuelo en otras circunstancias, le halló en aquellas acudiendo á la religion que era desde hacia algun tiempo su único asilo, y consagrando sus cuantiosos bienes al socorro de los pobres, y dedicándose él mismo á su auxilio, consiguió desvanecer los tormentos que desde mucho ántes tenian su alma herida. Cuando pasó la peste, sin vacilar ya, tomó el hábito en la religion Seráfica, haciendo desde entónces una vida ejemplar, y distinguiéndose por sus virtudes. Terminaron entónces todas sus vacilaciones, todos sus padecimientos, todas sus amarguras, ó por mejor decir, gozaba en medio de ellos, pues teniendo un objeto á que atribuirlos, una grande esperanza en la vida eterna, gozaba en medio de ellos, deseaba se aumentasen y se engrandeciesen, pues así conseguiria mejor su objeto, que era vivir en eterno amor con el único de los séres digno de él, y de quien podemos confiar y tener alguna esperanza. Pero el ilustre

capuchino, al mismo tiempo que se consagraba á las más rudas penitencias, á constantes y continuas maceraciones, á devociones de todo género, no olvidaba su patria, la patria á que debia el ser y por la que habia hecho más de un sacrificio; interesábale su historia, deseaba saber todos los sucesos que en ella se habian verificado, y las menores circunstancias y detalles le parecian del mayor interés é importancia. Así es que se consagró á reunir noticias sobre este asunto, y animado por sus superiores, continuó con afan desmedido acaso su laboriosa tarea. La costumbre que habia en aquella época de hacer historias generales, y la necesidad en que se habia encontrado Narni de recorrer las más notables para tomar apuntes de cuanto á su patria pudiera interesar, le puso en estado de que una vez reunidas un gran número de noticias, extrañas en verdad á su asunto, pero de alguna importancia é interés, poder formar con ellas un cuerpo de historia que fuese como la ilustracion ó introduccion de la suya, y en efecto, en muy breve período pudo dar á luz su *Descripcion histórica de la ciudad de Narni, con la cronología del mundo y de las ciudades del reino de Sicilia*, que aunque creemos no obtuviera otra circulacion que la concedida á los manuscritos, valió bastantes aplausos á Narni, y ha hecho que su nombre pase á la posteridad.—S. B.

SALVADOR DE PARMA, capuchino italiano de la provincia de Lombardía, autor de vidas de Santos. Tal es la breve noticia que de este religioso han consignado los autores en la larga série de los que honraron á su Orden con sus escritos; parece por otra parte que no estuvo adornado de ninguna de esas circunstancias extraordinarias que elevan sobre el vulgo de los hombres, y que su vida tranquila y sencilla estuvo consagrada al ejercicio de sus deberes religiosos. Sin embargo de esto, á que podemos llamar lugares comunes de los autores de este género de obras, se deducen una porcion de consideraciones que solo en parte estamparemos en este lugar. El P. Parma, modesto y humilde agiólogo que apénas ha merecido un pequeño puesto entre la larga série de sus compañeros, llenó todos sus desvelos, hizo todavía más, escribió algunas vidas de santos. Dedúcese de aquí que no fué un ser vulgar, y que su vida entera fué un contínuo sacrificio. El cumplir con sus deberes áun en cualquiera clase de la sociedad, implica siempre un gran mérito en el que así lo hace, mérito que es mucho mayor en el que para ejecutarlo tiene que vencerse á sí mismo, que domar sus pasiones, que estar bajo el mandato y obediencia severa y rígida de un no pequeño número de superiores. Estas dificultades aumentan en un religioso, que se consagra al mismo tiempo á la composicion de algunas obras, que divide sus vigilias entre la oracion y el trabajo. Si nosotros para entregarnos á este, áun en medio de todo género de comodidades, nos quejamos con tanta frecuencia

de las penalidades que nos rodean, ¿qué seria si al abandonarle nos entregásemos á rigurosas penitencias, si le hiciésemos bajo la impresion de austeros ayunos, de insomnios, de vigilias y de otras ocupaciones á cual más opuestas todas al vagar que exigen las tareas literarias? El P. Parma tiene por lo tanto para nosotros un verdadero y grande mérito. Ciertamente que no se elevó sobre el vulgo de sus contemporáneos, que los autores no le remontan á mayor altura que los demás, pero no por esto debe considerársele al igual de otros muchos que en muy opuestos géneros de vida han dado á luz producciones de la misma ó diversa índole. Mas estas consideraciones nos llevarian demasiado léjos en nuestra tarea, que debemos terminar por ahora, pues tal vez en otro artículo se nos presente ocasion para continuarla más extensa y detalladamente. En la galería de personajes que estamos formando los hay de todos caractéres, de todas especies y géneros, de índoles contrarias; apurar de una vez todo lo que acerca de cada desinencia puede decirse, no es ni puede ser nuestro objeto; dejémoslo por lo tanto para otro lugar, pues no tardará en presentársenos ocasion á propósito.—S. B.

SALVADOR Pizqueda (P.), de la Compañía de Jesus. Nació este ínclito religioso en la ciudad de Ploaque, en el reino de Cerdeña, el dia 27 de Octubre de 1551. Su padre se llamó Pedro Pizqueda, y su madre Francisca de Ricia, personas nobles y virtuosas. Estando esta señora en principios de embarazo del niño Salvador, vino á su casa un peregrino, y sin haberla visto jamás, la anunció que se hallaba en cinta de un niño varon, que no sabia el tesoro y rica prenda que tenia en sus entrañas; que le pusiese por nombre Salvador, y no otro, aunque lo contradijesen algunos de sus deudos; que se lo dedicase á Dios, que seria bien conocido; que el parto seria laborioso, y la criatura saldria medio muerta, tanto que pretenderian enterrarla, pero que no lo consintiera, porque viviria largos años. Su madre oyó todos estos presagios con la mayor admiracion, porque ignoraba su estado de gravidez, pues hacia mucho tiempo que no lo estaba. Contó el vaticinio á su esposo, el cual se contentó con decirla que no diese crédito á dichos de peregrinos; pero á pesar de eso le instó y rogó que le escribiese. Hízolo así su marido, y se cumplieron los pronósticos, sin faltar cosa alguna de las que el peregrino habia predecido, teniéndose por seguro debió de ser algun ángel. En cuanto nació, su madre le dedicó á la Iglesia, y fué el quinto de sus hermanos. Sus padres le criaron con mucho cuidado, pero habiendo muerto el padre sin haber el niño cumplido los dos años, le prohijó un tio suyo llamado Pablo Pizqueda, que por no tener hijos le instituyó heredero de toda su hacienda, que era mucha, y tuvo con él el mismo cuidado, y aun mayor que su padre, porque le amaba tiernamente, y habia concebido grande opinion de su virtud por lo que habia profetizado el

peregrino. Siempre que iba á Misa le llevaba á la iglesia (porque era hombre muy devoto). En este tiempo hizo Dios al niño un grande favor, que fué el de anticiparle el uso de la razon siendo solamente de dos años y medio. Un jueves santo, por la tarde, le llevaron en brazos á la iglesia, y su tio le puso delante de un Santísimo Cristo, enclavado en la cruz, y le dijo: Mira, niño, este es nuestro Padre y nuestro Dios, que ha muerto por nosotros; y al mismo punto, poniendo el niño los ojos en el Crucifijo, se le abrieron los del entendimiento y conoció clara y distintamente haber un Dios Criador de todas las cosas y Redentor del mundo, á quien se ofreció con grande alegría interior, y de puro consuelo y ternura que le poseia se le caian las lágrimas como si fuera un virtuoso anciano; y esta luz y conocimiento le duró toda su vida, muy reconocido siempre á semejante beneficio. Y desde entónces, como crecia en edad, crecia tambien la bondad y rectitud en su alma; y á lo que juzgaba no ser bueno, lo volvia el rostro y huia de ello. Y si estaba dudoso, preguntaba primero si lo que iba á hacer era bueno ó malo, para admitirlo ó dejarlo. Una vez algunos de su casa le hicieron cometer cierta accion no tan ajustada, despues se la reprendieron, y el niño quedó muy corrido y sentido de que le hubiesen engañado. Estando Salvador una vez con otros niños recreándose, de repente le ocurrió un pensamiento (no siendo aún de ocho años) y fué el siguiente: Qué cosa era él ántes de nacer y que mis padres me engendrasen? Qué ser tenian aquellos sus compañeros ántes de venir al mundo? Qué cosa era el cielo ántes de su formacion? quien le dió el ser? Y acordándose de la ilustracion que habia tenido al pie del Santo Cristo un jueves santo, desató la duda, entendiendo que todas las cosas eran nada ántes que Dios les diese el ser, que era el Hacedor de todo. En seguida le ocurrió otro pensamiento, qué cosa era Dios, y dónde estaba ántes de ser hecho el mundo. Y no hallando solucion el niño en esta duda, aunque era medio dia claro se vió rodeado de unas tinieblas tan densas, que parecia las podia tocar. Viéndose afligido con aquella oscuridad comenzó á llorar, hasta que se disiparon aquellas tinieblas; y pudiendo ver, dejó los compañeros y se fué corriendo á su casa. Miéntras corria volvió los ojos atras y vió le seguia un hombre de extraordinaria grandeza, negro y horrible, que le amenazaba si le cogia en sus manos. Entónces se dió mas priesa, y llegando á su casa despavorido, contó lo que habia visto, sospechando todos que aquel personaje no podia ser otro que el enemigo comun de las almas. Con estos buenos principios de virtud le pusieron á estudiar gramática, aconsejándole se aplicase de veras al estudio, porque un peregrino habia dicho de él ántes de nacer que habia de ser grande hombre. Este consejo se le imprimió de tal modo, que parecia no complacerle otra cosa más que el estudio. Y pensando entre

sí cómo podria ser grande hombre, se le ofreció que no lo podria ser en el siglo, donde existen tantos peligros y males, y así desde luego se determinó á dejarle. Ayudóle mucho para conservar esta santa inspiracion el haber oido leer la vida de S. Alejo, que tanto labró en su pecho, que no pensaba en otra cosa sino en cómo dejaria el mundo y serviria á Dios. En el estudio aprovechaba grandemente, y al salir del aula recogia los niños y les enseñaba la doctrina cristiana, pronóstico de lo que habia de hacer en la Compañía. Todas las cosas que veia, oia ó trataba le eran recuerdo de la bienaventuranza; y lo que más le encendia este afecto, era el canto de los pájaros, porque cuando los oia le parecia que le decian clara y distintamente: *Al cielo, al cielo*; con lo que se enternecia mucho, y derramando muchas lágrimas quedaba como absorto. La divina Providencia obró por medio de este niño una gran maravilla, pues estando con otros compañeros en el campo, uno de ellos cayó en una profunda laguna, de manera que se sumergió del todo. Salvador, sin reparar en lo que hacia, se echó al agua, y extendiendo la mano dentro del agua sacó á su compañero vivo y sin lesion alguna, con no pequeña admiracion de los que lo vieron y supieron, por ser lugar peligroso donde podian entrambos ahogarse. Con las buenas esperanzas que habia dado Salvador Pizqueda en sus estudios y su mucha aplicacion, instó vivamente para que le enviasen á proseguirlos á la ciudad de Sacer, con los PP. de la Compañía de Jesus. Su madre y tio reparaban mucho en acceder á su demanda, pareciéndoles que aún no era tiempo por su corta edad; mas reiterando las instancias, se vieron precisados á mandarle con un hermano suyo llamado Roque Pizqueda; los recomendaron á su primer maestro, que entónces era el P. Antonio Bosque, varon muy religioso y santo, quien se encargó con el mayor interés de Salvador, recibiéndole con mucho amor y afecto, y dijo á otro estudiante virtuoso que cuidase de este niño, que se lograrian bien en él sus trabajos, y no se engañó, porque aprovechaba en el estudio grandemente y mucho más en la virtud. Nunca se ponia á estudiar, sin hacer primero oracion por un buen rato, y cuando veia á su maestro y á los demás Padres, le parecia ver unos hombres del cielo, y desde entónces se aficionó á la Compañía. Le enseñaron á hacer oracion mental, y todos los dias muy de mañana la tenia por lo ménos media hora; confesaba y comulgaba cada ocho dias, y hacia algunas disciplinas entre semana, derramando sangre, para lo cual exhortaba á muchos de sus compañeros á ejercicio tan santo, y movidos de su ejemplo lo hacian. De esta manera llegó en breve á oir retórica. Cuando se fundó la congregacion de nuestra Señora en el colegio de Sacer, eligieron los Padres doce estudiantes de los más señalados en la virtud; uno de estos fué Salvador, y le hicieron prefecto, y siéndolo, recogia en su casa el jueves santo á doce de los congregantes y los la-

vaba los pies á imitacion del Señor, y despues hacian juntos largo rato de oracion mental, y meditando algunos pasos de la sagrada pasion de Cristo. Visitaba á menudo los hospitales, ayudaba y consolaba á los enfermos, y pedia muchas veces limosna para ellos. Las noches de Navidad y jueves santos nunca entraba en cama, y esta práctica le duró toda su vida, hasta que los achaques y vejez no le dieron lugar. Igualmente siempre fué amigo de ganar todas las indulgencias que podia, no perdonando á cualquier trabajo. Estudiando ya Salvador Pizqueda tercer año de filosofía, entre otros pensamientos se le ofreció que si se quedaba en el siglo ponia en duda su salvacion, que era mejor dejarle y retirarse á sagrado, donde no hiciese cosa por su gusto, sino por direccion de otra persona que le supiese gobernar, y que todo esto lo tendria cumplidamente entrando en la Compañía de Jesus; pero el comun enemigo procuró estorbar su buen propósito, representándole su flaca complexion, la viudez y la soledad de su madre, y lo mucho que podia valer en el mundo. Estas consideraciones le hacian fuerza, le dejaban perplejo y confuso. Pero habiendo oido que habia muerto en Caller el arzobispo de Sacer D. Juan Segria que iba á Palermo, dificultó ménos el vencer aquella tentacion, considerando que todo lo terrenal se acaba. En seguida se vió con su confesor el P. Bernardino Ferrario, de la Compañía, varon muy religioso, que despues murió santamente en la India oriental. Le comunicó su deseo para que le ayudase, lo que hizo con grande voluntad y afecto; le dijo que en concluyendo el curso, pues no le faltaban sino ocho meses, le recibirian si perseveraba en su vocacion. Le prometió permanecer siempre firme en ella; mas en saliendo del colegio para su casa le acometió el enemigo de su alma, infundiéndole un pensamiento tan triste y melancólico que se le partia el corazon de pena y afliccion por haber empeñado su palabra y resuelto tan de ligero. Pero la divina bondad le alargó la mano, pues poniéndose en oracion en un oratorio de su casa, y considerando la vanidad y peligros del mundo y la eternidad de las penas del infierno, de donde ni su madre ni parientes le pudieran sacar, se confirmó más en su santo propósito, y descubrió lo que le habia pasado á su confesor, el cual le alentó y animó en su resolucion. Decidido á entrar en la Compañía, supo que sus Padres, segun su instituto, solian ir á misiones en que se padecian muchos contratiempos y trabajos; y que los novicios, entre otras pruebas, son enviados en peregrinacion á pie sin ningun auxilio, viviendo únicamente de limosnas y recogiéndose en los hospitales donde los habia. El devoto mancebo se edificó notablemente al saber estas noticias, deseando comenzar á ejercitarse en esta práctica, para ensayarse en lo que despues pudiera ordenársele. Comunicó su deseo á un compañero suyo, á quien persuadió que por padecer algo por Dios hiciesen aquella jornada hasta el santo Cristo de Oris-

tan; y para hacerla con más devocion y pobreza, que no fuesen con hábitos de estudiantes, sino con unas esclavinas, ceñidos con unas sogas y con báculos en las manos. De este modo salieron de Sacer, concertando primero que en el camino no habian de hablar sino de Dios, y que en las casas donde se habian de hospedar se sostendrian de solo las limosnas, que no entrarian en cama, y que siempre irian á la casa del cura cuando no hallasen hospital. Entrambos se hallaron conformes, y el Señor desde la primera noche los probó, porque llegando bien tarde á un pueblo no hallaron ni un solo pedazo de pan, estando bien cansados y casi en ayunas. Durmieron aquella noche en el suelo, dando gracias á Dios por ver que padecian algo por su amor. Prosiguieron otro dia su viaje despues de haber oido misa, tratando cosas espirituales, y algunas veces cantando salmos. Enseñaban la doctrina cristiana á la gente humilde que se les acercaba en el camino. Ningun dia dejaron su oracion mental, acompañándola con el rosario, oficio de nuestra Señora, que constantemente rezó Salvador. En cuanto llegaron á Oristan se recogieron al hospital, de donde cada dia salian á pedir limosna, y todo lo que allegaban lo entregaban al mayordomo para repartírselo á los pobres, sin reservar nada para sí. Confesaron y comulgaron con mucha devocion en aquel santuario, y despues dieron la vuelta para Sacer por otro camino, gastando un mes entero en su peregrinacion. Dióle Dios á su verdadero siervo en este viaje encendidos deseos de servirle con todas veras, y un grande desprecio de los bienes de este mundo, de sus honras y falsas esperanzas, lo cual demostró bien á las claras á los pocos dias de la vuelta de su peregrinacion, porque habiendo ido á Ploaque, su patria, el rector de allí, que despues vino á ser obispo de Ales, le llamó un dia y le dijo, que por lo mucho que le amaba y estimaba queria renunciar en él su beneficio, insistiendo que lo aceptase; mucho se lo agradeció Salvador, pero le expuso que el tener cargo de almas es carga más pesada de lo que parece, porque si el hombre necesita Dios y ayuda para dar cuenta de la suya, ¿cuánto seria menester para darla de tantas? por lo tanto que se tenia por indigno y poco suficiente para desempeñar aquel ministerio. El rector quedó muy edificado de su contestacion, y dijo á sus parientes que no era poca virtud desechar lo que otros tanto desean; sus deudos le hacian grande fuerza á que lo aceptase; pero siempre lo rehusó, los entretenia dando largas, diciéndoles que ántes era acabar sus estudios y pensarlo detenidamente. Volvió á Sacer á proseguir sus estudios de artes, donde por ser prefecto de la congregacion, hubo de hacer en público una oracion latina el dia de la Asuncion de nuestra Señora, tan bien que los Padres tuvieron deseo de tenerle más presto en la Compañía, y así le prometieron que el dia de la Natividad de la Vírgen le recibirian, aunque no se cumplió por cierta ocasion. Satisfe-

chos los Padres de la mucha virtud de Salvador Pizqueda, de su capacidad y constancia en su vocacion, juzgaron ser negocio de Dios, y acertado el recibirle luego, como lo hicieron á 13 de Setiembre, víspera de la Exaltacion de la Santa Cruz del año de 1571, sin haber cumplido los veinte de su edad. Fué con gran consuelo de su alma, y cuando se vió solo en su aposento le pareció que estaba en el cielo, y bañado en lágrimas de puro gozo, se arrodilló delante de una imágen de nuestra Señora, y besando la tierra dijo: *Hæc requies mea in sæculum sæculi, hic habitabo quoniam elegi eam.* Súpose en Ploaque su entrada en la Compañía, y sus parientes en seguida ordenaron el sacarle, á cuyo efecto envió su madre á su hijo Pedro Pizqueda y á otros hombres, encargándoles hiciesen lo posible para llevarle á su hijo. Llegaron con este intento á Sacer, y un domingo por la mañana, viendo que con razones no habian podido persuadirle á que dejase el nuevo estado, se colocaron junto á la sacristía por donde habia de pasar el hermano Salvador despues de haber comulgado con los demás novicios, á cuyo tiempo le asió del brazo su hermano Pedro y con violencia le llevaba con los demás hombres hácia la portería, amenazándole que allí le daria de puñaladas si no le seguia, diciendo públicamente queria llevársele á su casa. El humilde hermano le replicó que aunque le hiciesen pedazos no iria con él. Acudieron al punto algunos Padres y Hermanos con otras personas que se hallaron presentes, y se le quitaron de las manos, culpándole su demasiado atrevimiento. Terminado aquel pequeño escándalo se volvieron á Ploaque y dieron cuenta á su madre de lo que habia pasado, la cual no por eso desistió ni perdió el ánimo, porque sabiendo que enviaban á la ciudad de Caller los novicios, determinó apostar algunos hombres en el camino para cogerle. Por esta razon le detuvieron cerca de cuatro meses en el colegio de Sacer, ejercitándole en cosas de devocion y espíritu, y en oficios humildes de la casa. Con estas prácticas se fué aficionando tanto á toda virtud, y particularmente á la castidad y pureza, que hizo voto de perpétua virginidad, aunque le despidiesen de la Compañía. Al cabo de este tiempo le enviaron al noviciado de Caller, mas como su madre estaba sobre aviso, tuvo noticia de su partida, y así volvió á enviar á su hijo Pedro con muchos hombres para que se lo llevasen. Le hallaron en un pueblo llamado Torralba, en casa del vicario, despues de haber oido misa; allí le habló su hermano, significándole mil lástimas de su madre y lo mucho que podria medrar en el siglo, pues le rogaban desde luego con el rectorado de su patria. Le hizo presente su flaca complexion, los trabajos de la religion, y últimamente le dió á entender que si no volvia con él de grado, le llevaria arrastrando. Rezelóse mucho el hermano Salvador de la violencia que le podian hacer, y procuró persuadir á todos con humildes y devotas razones; y despues de haberse encomendado

un buen rato de rodillas á nuestro Señor con grandes ánsias de su corazon, rogándole le librase de aquel aprieto, pues más bien queria morir que volverse atrás. Luego apartó á solas á su hermano y le dijo: que por la sangre de Jesucristo le rogaba no hiciese tan grande ofensa á Dios, como era apartarle por fuerza de su servicio, y que entendiese que si le habia de llevar seria muerto y no vivo; y que no se engañase con las vanas esperanzas del mundo, que se desvanecen como el humo. Si el rey me llamára, añadió, sin duda os alegrarias y me dejariais ir. Pues atended á que me llama el Rey del cielo, y no me estorbeis. Hicieron tanta mella estas palabras en el pecho de su hermano Pedro, que de bravo leon se trocó en manso cordero, y así le dijo estuviese sin rezelo, que pues Dios le llamaba no se lo estorbaria, ántes irian con él hasta Caller acompañándole, y que si volvia atrás no le reconoceria por su hermano. Todos se maravillaron de mudanza tan repentina, y entendiendo ser cosa de Dios, se pusieron todos á caballo para acompañarle. Temiendo el novicio no mudasen de intento despues de haber andado una legua, les rogó se volviesen á Ploaque para consolar á su madre, hiciéronlo así por darle gusto. Procedió el hermano Salvador Pizqueda en su noviciado con grande satisfaccion de sus superiores, esmerándose en la observancia de sus reglas, no quebrantando ninguna á sabiendas. Decian de él que era en todo un vivo ejemplo de virtud, y que siendo novicio procedia como viejo y anciano en la religion y vida espiritual. Quiso una vez el superior probar su obediencia, ordenándole hiciese todo lo que viese en cierto hermano que le nombró. Este hermano, estando el novicio Pizqueda en cuerpo y sin bonete haciendo oracion dentro de la sacristía, salió de ella corriendo á la iglesia, y de allí á la calle hasta la torre del Elefante, que estaba á buen trecho. Y el hermano Salvador, de la manera que estaba, sale al punto corriendo tras el hermano hasta la misma torre. Volvieron los dos á casa, y el superior reprendió ásperamente al hermano Salvador, y preguntándole le dijese qué le habia movido á salir de aquella suerte, respondió que ninguna otra cosa sino el haberle mandado que hiciese todo lo que viese hacer á aquel hermano. Notaron en esto los superiores la puntualidad de su obediencia, y cuán á ciegas procedia en ella. Hiciéronle despues maestro de niños que aprenden á leer y á escribir, á los cuales enseñaba y procuraba adelantar en toda virtud. Viendo los superiores lo bien que se portaba en este ministerio, á muy poco tiempo le hicieron maestro de retórica; y áun habiendo de defender un acto público de filosofía un estudiante principal de la misma ciudad, habiendo sobrevenido cierto estorbo al maestro que lo habia de presidir, el superior ordenó al hermano Salvador lo presidiese; y él lo hizo con grande satisfaccion y aplauso de todos, así en dar las doctrinas y soluciones de los argumentos como en la modestia religiosa. No

por enseñar la retórica aflojaba el hermano Salvador un punto en las cosas del espíritu. Fuése despues al coro para agradecer al Señor aquel nuevo beneficio, pues en este mismo tiempo de su noviciado, el dia de la Purificacion de la Vírgen, pidió con instancia á los superiores le dejasen hacer por su devocion los votos, y habiéndolos alcanzado, los hizo con mucho fervor de espíritu. Era edificante ver cuán dado era á la oracion este ejemplar novicio, y el cuidado que ponia en que fuese como debia, mortificándose en todo para lograr aquel fin. No era ménos exacto en tener la leccion espiritual y los exámenes de conciencia, y en descubrir toda su alma al superior. Se esmeraba en trabajar infatigablemente, no solo en los oficios en que se ocupan los estudiantes novicios, sino tambien en los que hacen los hermanos coadjutores, y muchas veces viniendo del aula (para mayor humildad y mortificacion) con licencia se quitaba la sotana para trabajar como un mozo de la casa. Acabado su noviciado y de haber leido retórica tres años y medio en el colegio de Caller, fué enviado al de Sacer para oir su teología, en la cual aprovechó de modo, que acabada le mandaron leyese dos cursos de artes con notable provecho de sus discípulos, aunque con no poco detrimento de su salud, la cual se le alteró y jamás volvió á gozarla completa. Le aconteció en este tiempo leer todo un año con una recia cuartana, sin faltar á ninguna leccion. De manera que siendo hermano leyó diez años y medio, y en todo este tiempo nunca le dió pesadumbre el verse entretenido tanto tiempo en la lectura sin ser sacerdote, con la salud quebrada y entrado en edad, ni tuvo acerca de este particular ninguna impaciencia ó murmuracion contra los superiores, sino que siempre entendió ser aquello lo más conveniente. Preguntándole una vez su confesor si esto le habia dado alguna pena, y si queria que dijese alguna cosa á los superiores, respondió que ninguna, ni que se hablase palabra sobre este punto, porque en todo queria ser llevado de la obediencia, y no queria tener escrúpulos de negociaciones é intercesiones. Frecuentaba tanto la lectura, que no solo los dias de estudio, sino áun las fiestas y vacaciones, recogia en alguna parte sus estudiantes y los ejercitaba en letras y virtud, y aprovechaban tanto, que los demás los llamaban los recoletos, y los más fueron religiosos. En cuanto hubo leido el segundo curso fué enviado al colegio de Busaqui, que despues se mudó en noviciado de Caller; le emplearon en aquel punto en predicar, ordinariamente en la parroquia y en los lugares comarcanos, con mucho provecho de los oyentes y consuelo de su alma. Ocupóse en este santo empleo hasta la cuaresma del año de 1584, cuando ya tenia treinta y tres años cumplidos y trece y medio de religion. Entónces fué ordenado de sacerdote en la ciudad de Oristan por el arzobispo D. Francisco Figo, que se holgó mucho de ordenarle por su conocida vir-

tud y letras. Ya ordenado de sacerdote el P. Salvador Pizqueda, el sábado santo de la misma cuaresma en que se ordenó, se recogió á hacer los ejercicios espirituales para disponerse á celebrar aquel santo sacrificio con mayor pureza, diciendo su primera misa en Busaqui la dominica *in albis*, con extraordinaria devocion y lágrimas. Hizo despues su tercera probacion en Caller, con notable satisfaccion de los superiores y provecho suyo, porque se le comunicaba mucho nuestro Señor, infundiéndole altos sentimientos é ilustraciones en la oracion, á la medida de lo que continuamente se mortificaba en todas las cosas, sin perder ocasion, porque se tenia por el más inútil y desaprovechado de todos. Y así procuraba imitar todo lo bueno que veia en los demás, entregándose con mayor ahinco á la oracion, leccion espiritual y desprecio de sí, procurando tener los vestidos más viles, rotos y remendados, andando sentado en un jumento por la ciudad, vertiendo cargas de basura, y lo que es más, publicando continua guerra contra su propia voluntad, y diciendo que aquel era el tiempo de aprovecharse y quizá el último de su vida. Acabada su tercera probacion, hizo el oficio de ministro en el colegio de Caller mucho tiempo, observando continuo cuidado y caridad con todos, y principalmente con los enfermos, levantándose muchas veces de noche para ver si necesitaban algo. Del colegio de Caller fué enviado al de Sacer para hacer el mismo oficio de ministro; y poco tiempo despues fué nombrado rector del mismo colegio, donde mostro su mucho celo y gran deseo por el bien de todos, con grandes aumentos de espíritu, que conseguia más con las obras y ejemplo que con las palabras. En este mismo colegio hizo su profesion de cuarto voto á 30 de Octubre de 1592. En los ejercicios que hizo ántes de esta profesion, se le comunicó Dios con frecuencia, sintiendo extraordinarios consuelos é ilustraciones. Fué como fundador de las cuatro Congregaciones que hay en aquel colegio, que como padre le reconocian gobernándoles largo tiempo. En cuanto concluyó de ser rector de Sacer, fué enviado á Caller para leer públicamente teología moral, de la cual tuvo dos cursos. Fué tambien en este tiempo prefecto de todos los estudios de aquel colegio, dando principio á la fundacion de la Congregacion de Menores, con la advocacion de la Inmaculada Concepcion de nuestra Señora. Dióle el virey D. Gaston de Moncada, que estimaba mucho al P. Salvador, bastante limosna para hacer el oratorio que hoy tiene. Defendiéronse en un convento de religiosos unas conclusiones de teología, en las cuales arguyó el P. Salvador Pizqueda, y despues de él el P. Francisco Canal, lector de filosofía. El presidente dijo que lo que queria probar este Padre era herejía, y si no callaba lo declararia á la Inquisicion. El P. Salvador tomó la defensa, y con mucha modestia dió razones probando que era doctrina sana y buena y de graves autores, como Belarmino y otros. El presidente

se alborotó y alteró más, y le echó en cara que él tambien participaba de aquellas doctrinas heréticas, y que sin perder momento se partia á Sacer á dar cuenta al Santo Oficio, como de hecho lo hizo, publicando despues en Caller que le habia despedido de la Compañía por no haberse querido retractar de las que él llamaba herejías. Examinó y averiguó el Tribunal aquel asunto con el acierto y cuidado que suele, y halló que la delacion era fundada en ignorancia, que el P. Salvador habia hablado docta y acertadamente. Supo el Padre viceprovincial lo que en Sacer se habia divulgado acerca de haberle despedido de Caller, y puso en su mano si queria ir á Sacer para desengañar la gente; mas el siervo de Dios le dijo: «Que si á su Reverencia no le movia otro fin, se quedaria de mejor gana donde estaba, pues era más conforme á la regla padecer injurias, afrentas y falsos testimonios, no dando ocasion alguna á ello.» El superior se edificó mucho con este parecer, y no ménos los seglares, cuando supieron que el P. Salvador ayudó grandemente á aquel religioso, que así le habia infamado, en un muy grave negocio de honra que se le ofreció. En este tiempo se mudó el noviciado de la Compañía del sitio en que estaba al que despues tuvo en Caller, dejando solamente el oratorio, de que dieron cuenta al P. Salvador, y así todos los domingos y fiestas, y en las cuaresmas y advientos iba á confesar y decir misa, y algunas veces se quedaba allí todo el dia confesando y enseñando la doctrina cristiana, sin acordarse de ir á comer, proveyéndole Dios de tan grande dulzura y gusto espiritual, en lugar del sustento corporal, que le parecia derretirse las entrañas; no sintiendo flaqueza ni necesidad. Despues la obediencia le envió á Sacer á leer teología escolástica, y así se puso en camino con dos hermanos, y pasando por la ciudad de Oristan supo estaba allí enfermo el P. Juan Vargio, de la Compañía, que adoleció despues de haber predicado en aquel lugar el Adviento y discurrido por los pueblos inmediatos. Entónces el P. Salvador envió los hermanos á Sacer, y él se quedó consolando y sirviendo al enfermo por espacio de veintidos dias sin entrar en cama todo este tiempo. Llegó el enfermo tan á lo último que lo tuvieron por muerto y trataban ya de enterrarlo, mas el Padre Salvador rogó á Dios por la salud del enfermo, que en seguida empezó á experimentar tanta mejoría, que al cabo de diez dias se partieron entrambos para Sacer. Comenzó luego este insigne varon á leer su teología con el cuidado y satisfaccion que siempre, y con la misma fué prefecto de todos los estudios. No por tener estos oficios se olvidó jamás de la humildad, ántes servia á todos los de casa como si fuera el más mínimo de ellos. Y despues de haber sido rector del colegio de Sacer y leido teología muchos años, aceptó de buena gana el ser procurador del mismo colegio y de tener cuenta de la fábrica, hasta que la poca salud no le dió más lugar. Fué algun tiempo rec-

tor del colegio del Alguer, el cual halló muy desprovisto y falto de lo necesario por no tener bastante dotacion. Encomendó á Dios esta necesidad, y cuando ménos se pensó, una persona que no tenia ningun trato con los de la Compañía, envió aceite y queso para todo el año, buena cantidad de trigo y carneros para algunos meses. Cuando de noche, despues de recogidos todos, llamaban para algun enfermo, era el primero que se levantaba á responder y el que más á menudo iba, principalmente en las noches más frias y ásperas, y más si le llamaban para gente pobre y necesitada. Instituyó en este colegio la primera congregacion de la Vírgen que en él existia. Al santo sacrificio de la Misa iba con muy grande disposicion y con un entrañable deseo de gozar de aquella celestial mesa. La principal era un continuo desvelo para evitar la más mínima falta. Reconciliábase cada dia con mucho cuidado y dolor, considerando algun paso de la pasion de Cristo, la cual era la ordinaria materia de su meditacion con grandes sentimientos é ilustraciones interiores, y una compasion muy grande de lo que el Señor habia padecido por nosotros. Algunas veces al principio se hallaba aislado, pero pasando adelante con perseverancia le hacia Dios aquellos regalos, y esta pureza de corazon con que se llegaba el P. Salvador á este celestial convite era tal, que afirmó su confesor con juramento, que habiéndole confesado generalmente de toda su vida algunas veces, principalmente en la enfermedad de que murió, jamás le halló pecado mortal. Y el ministro del colegio de Sacer anduvo con particular advertencia por espacio de seis ó siete años, y nunca le pudo notar falta ni imperfeccion alguna. Y preguntado por obediencia algunos dias ántes de su muerte, qué sentia en la Misa, dijo que en acabando de consagrar, nuestro Señor le comunicaba tanta y tan extraordinaria luz de su real presencia debajo de aquellos accidentes, que ya le parecia no tener fe de aquel misterio, porque habia muchos años tenia de ordinario una clara y distinta vista de Cristo nuestro bien en el divino Sacramento, como cuando tenemos algun amigo delante de nuestros ojos; y otras veces con la ilustracion y luz que los místicos llaman vista espiritual. De esta suave vista del Señor le dimanaba el esforzarse tanto este siervo de Dios para decir Misa todos los dias, por más flaco y débil que se hallase, miéntras la enfermedad no le rendia en la cama; y áun en aquel estado cobraba brio y esfuerzo en el altar. Tenia tanta devocion y afecto á la Misa, que nunca la dejó de decir por árduos negocios y ocupaciones que se le ofreciesen. Venia de Roma de la sexta Congregacion general, y hallóse en cierta parte de Córcega, distante del primer lugar cinco ó seis millas; era el dia lleno de agua, y á ratos nevaba. Y siendo el P. Salvador viejo, flaco y consumido, no atreviéndose los dos Padres compañeros, todavía no dudó de ponerse en camino y á pie para poder decir Misa aquel dia. Llegó

á la hora del medio dia, despues de grande trabajo y cansancio, halló allí al obispo de Sagoni, que le recibió como á un ángel, con grande caridad; y pidiéndole el Padre que le diesen aderezo para decir Misa, el obispo mandó darle luego sus mismos ornamentos, y el siervo de Dios dijo Misa con extraordinaria ternura y lágrimas, gozando más despacio que otras veces de aquella celestial presencia de Cristo en el divino Sacramento. Llegó á Portu-Vechio, fortaleza de Córcega, un miércoles santo, volviendo de Roma, la primera vez que fué por procurador de la provincia, y para poder decir Misa aquellos dias, trazó con el capitan de la fortaleza y el cura, le dejasen hacer los oficios de aquellos dias. Así pudo cumplir con su gran devocion de nunca dejar la Misa. En este tiempo se dió tan buena maña con la guarnicion y habitantes, que los confesó á todos. Por esta misma devocion que tenia al Santísimo Sacramento, estando enfermo en la cama, comulgaba diariamente. Dios le dió á este su siervo tan fervoroso celo de las almas, que de su parte quisiera siempre hacer oficio de operario evangélico, confesando y predicando infatigablemente por las villas y aldeas; y con ser así, que cuando predicaba en las ciudades apénas tenia voz, por ser de suyo flaca y ténue, en las misiones ostentaba tan grande y sonora voz, firmeza de pecho y copia de palabras, que reparando en ello, se juzgó ser cosa más que natural. En las misiones no solo confesaba casi todo el dia en la iglesia y gran parte de la noche á los pobres que venian tarde de sus labranzas, sino tambien leia á los clérigos una leccion de casos, y ciertos dias iba por el lugar con las alforjas al hombro pidiendo limosna para los presos de la cárcel y pobres vergonzantes. Su grande caridad para con Dios y el prójimo se puede colegir por lo que decia en algunas ocasiones, que aunque descargasen sobre él todas las afrentas, menoscabos, malos tratamientos y penas del mundo, no haria un pecado venial á sabiendas por ser contra Dios, que infinitamente merece ser amado. Por la misma razon decia sentiria más, si Dios le echase en el infierno para siempre, el oir blasfemar del Señor y llamarle tirano, que sus propias penas eternas. Esta caridad le hacia desear entrañablemente el poder derramar la sangre, y pasar por todos los géneros de tormentos del mundo por hacer algun servicio á Dios. Esta caridad le obligaba á tratar con los jueces y prelados para que procurasen la reforma de los que vivian con libertad ofendiendo á Dios. De la misma caridad le nacia el hablar siempre del Señor, y andar en su presencia, y afligirse cuando veia ó sabia que alguno le ofendia. La caridad para con el prójimo se echaba de ver en lo mucho que siempre procuraba ayudar á los pobres y necesitados en el cuerpo y en el alma. Muchos años se ocupó de los pobres de la cárcel, ayudándoles á todos con la mayor solicitud y cuidado, tanto en el alma como en el cuerpo, buscándoles limosnas y

hablando por ellos á los jueces; y para más atender á su necesidad se iba muchas veces por la ciudad con algunos de sus congregantes, buscándoles limosnas y formando lista de los que se suscribian á suministrarles algun pan cada semana. Lo mismo hacia con los pobres vergonzantes; y á las personas que por necesidad no podian salir de casa, iba todas las semanas á confesarlas sin reparar en el mal tiempo, ni en sus pocas fuerzas y demacracion. La misma caridad y con más cuidado ejercitaba con los de la casa, y nunca perdia ocasion de hacer cualquier acto de caridad que se ofreciese. A los enfermos visitaba diariamente pasando largos ratos con ellos. Supo que unas doncellas se hallaban en tan extrema necesidad, que estaban muy próximas al precipicio de perder la honra; el P. Salvador inmediatamente las habló y animó á que confiasen en Dios, y de alli á poco les buscó bastantes limosnas que evitaron su deshonra, y facilitó el que se casasen honradamente. De la misma manera se esmeró este insigne varon en la virtud de la humildad, así para con Dios como para con los prójimos. Para con Dios la mostró bien en la grande y señalada sujecion que siempre tuvo á la divina voluntad en todo lo adverso que le sucedia, así de trabajos, disgustos, enfermedades y persecuciones, que desgraciadamente experimentó bastantes, diciendo únicamente: Así lo quiere ó permite Dios; no hay más que buscar sea Dios alabado para siempre, amen. Su Majestad es el Señor absoluto, y nosotros viles é indignos esclavos: sea siempre glorificado. Mostróla tambien en encubrir los divinos dones que Dios le habia comunicado. Jamás habló palabra alusiva á este particular sin urgente causa, ni dió señales exteriores por respeto humano ni por título aparente de glorificar á Dios ó aprovechar al prójimo. Esta grande humildad fué causa de que ántes de las dos enfermedades que padeció durante su vida, quemase todos los papeles en que tenia notados todos los sucesos notables que le habian acaecido en el discurso de su vida, para que no fuese estimado ni tenido por santo. Procuraba igualmente el P. Salvador observar esta humildad con los hombres, á los que siempre trataba con sumo respeto, por inferiores que fuesen, no estimando su saber y demás prendas para ponerse á los pies de todos, de que dió multiplicados ejemplos. Sentia este humilde Padre grande gusto en los desprecios, y los deseaba de corazon, manifestando al mismo tiempo el regocijo que experimentaba de verse muy consumido y flaco. Un hermano le preguntó la causa de aquella al parecer rareza, á lo que el P. Salvador satisfizo diciendo: «Dígame, carísimo hermano, si un hombre de mundo tuviese un enemigo muy soberbio y orgulloso que le ha perseguido muchos años y procurado hacerle grandes agravios, ¿no se complaceria de verle ya sin fuerzas y rendido á su voluntad? ¿Pues qué mayor enemigo que la carne? ¿Quién nos persigue más y procura mayor daño? Este es el motivo, herma-

no, porque me debo alegrar.—Viéndose cercano á la muerte, rogó á todos le ayudasen á bien morir como al mayor pecador del mundo, que así lo habia menester. En la modestia fué muy señalado este venerable Padre, observándola de modo como si fuera un novicio muy devoto, que notablemente se esmera en las reglas de la modestia; por esto las leia á menudo, y ponia gran cuidado en guardarlas; y así nunca lo vieron andar apresurado, ni divirtiendo la vista á todas partes, ni hablar descompuesto, ni menear mucho las manos, ni hacer otras acciones descompasadas. De aquí dió motivo á que muchas personas graves dijesen, que para ver la compostura de un santo no habia más que mirar la del P. Salvador Pizqueda. Si alguna vez decia los Evangelios á algun enfermo, nunca le ponia la mano en la cabeza, sino que la tenia alta por no contravenir á la regla de no tocar á otro, y por la misma razon no tomaba en sus manos pájaros, perros ni otros seres semejantes. Las veces que salia fuera para los ministerios de la Compañía de Jesus, nunca alzaba los ojos á mirar cosa, por rara y nueva que fuese, ni descubria las manos, sino que siempre las tenia debajo del manteo. Cuando salia á la iglesia excitaba á la devocion con su modestia y compostura, y solo miraba dónde habia de poner los pies, y como tan compuesto en el interior, resplandecia su gran modestia en el exterior. Igualmente fué muy señalado en la santa obediencia, dando muestras de ello no solo en no hacer la más mínima cosa sin licencia, sino tambien en nunca replicar ni proponer en lo que se le mandaba, y más si era acto humilde y de trabajo, aunque de suyo fuese árduo y dificultoso, de que pudieran referirse infinitos casos. Hasta al hermano enfermero obedecia con prontitud. Acontecia tener necesidad de alguna cosa cuando estaba enfermo en la cama, y aunque estaban en el aposento y se la podian alcanzar los que estaban presentes, no la queria, porque no habia pedido licencia al enfermero, hasta que este viniese. De esta grande obediencia le nacia la grande quietud y paz interior y exterior con que á todos tenia admirados. En la virtud de la castidad, no solo fué casto el Padre Salvador, sino virgen de alma y cuerpo, con tanta pureza, que testificó su confesor, que le confesó generalmente en su última enfermedad, que fué tan puro y limpio como un niño que sale de las entrañas de su madre, y que habrán de pintarle como una azucena. De esta su grande pureza le provenia un extraño deseo de que todos consagrasen á Dios su honestidad. Engrandecia la excelencia de esta virtud, y ponia los medios posibles para conseguir su intento; y así fué grandísimo el número de vírgenes que se consagraron á Dios por su persuasion, y muchas casadas hicieron voto que si alcanzaban en dias á sus maridos, guardarian continencia. A otras que habian caido, levantó y puso en vida honesta; pero en quienes más deseaba esla limpieza era en los eclesiásticos, los cuales decia que se habian de considerar como

empastados ó amasados con la sangre y carne de Cristo que cada dia toman en las manos. Añadia que para guardar un tesoro tan grande como es el de la castidad, es poca cualquier diligenci y cuidado que se ponga. Cuando hablaba con mujeres nunca las miraba á la cara, y habiendo de salir á la iglesia para confesarlas, ántes de sentarse en el confesonario, decia delante del Santísimo Sacramento aquellas dos oraciones: *Ure igne, Sancte Spiritus*, etc. *Omnipotens et mitissime Deus*, etc., pidiendo á Dios pureza de cuerpo y alma. Decia tambien que para guardar perfectamente la castidad, se ha de andar con tanta delicadeza como quien pasa entre espinas, y así entendia la expresion de los Cantares: *Sicut lilium inter spinas*. Afirman personas muy fidedignas, que siendo llamado á confesar cierta mujer, que fingió estar enferma, le quiso provocar á mal, y que el P. Salvador para escaparse de aquel peligro se llenó la cara de las inmundicias de un vaso, y la mujer quedando atónita del hecho, desistió de su mal intento, caso verdaderamente de mucha edificacion; y en premio de su pureza concedió el Señor á algunas personas el que se vieran libres de la molestia de la carne llevando alguna reliquia suya, y el no haberse corrompido algunos pedazos de su carne que se cortaron el dia de su entierro y se conservaron siempre inalterables. Dejó voluntariamente este apostólico varon en obsequio de Dios todo lo que tenia y podia tener con la rectoría de Ploaque, que con tantas veras le ofrecian. Tenia tanto cuidado en no poseer cosa supérflua, y procuraba de modo carecer de muchas necesarias, áun de las que pertenecian á su enfermedad, que con gran razon tenia á todos no ménos edificados que maravillados. Contentábase de cualquier cosa que le daban, aceptándolo todo con tanta humildad y reconocimiento, que parecia ser un pobre que pedia de puerta en puerta. Complacíase mucho cuando le cabia lo peor, y lo procuraba alcanzar sin ser notado. Un jubon le duró veinte años, que apénas conservaba pedazo ó forma de tal, y asímismo una almilla de paño basto. Cuando los superiores mandaban darle alguna cosa nueva, hacia lo posible por no recibirla, diciendo que aún podia servir la que tenia y no la habia menester tanto como pensaban, y que le ponian escrúpulo por ver que con aquella nueva prenda no le faltaria nada de lo necesario con respecto al vestir. Siendo hermano, al tiempo que le iban á ordenar le dieron un Breviario harto viejo; pero el P. Salvador era tan amigo de la santa pobreza, que se sirvió de él mas de treinta años, y hubiera muerto con él á no suceder que cuando fué á Roma por procurador de la provincia se le vió un Padre conocido suyo, y le mostró al Padre general Claudio Aquaviva, el cual mandó le diesen uno nuevo. Tomólo por obedecer, y de él se sirvió hasta que murió. De este santo afecto de la pobreza le provino el no tener cosa que perteneciese á comodidad, y el mayor cuidado para que no se le extraviase la

más mínima cosa. Si cuando escribia necesitaba hacer algun borrador, lo hacia en papeles viejos y vueltas de cartas por no gastar papel nuevo. Cuando le pedian el manteo ú otra prenda, le decian si queria dar su manteo; no solo lo daba de buena voluntad, pero advertia con buen modo al que se lo pedia suprimiese el pronombre *su*, sino que el superior queria diese el manteo. Con el mismo zelo de la pobreza decia que en la mesa no se habia de trocar ni cuchillo ni servilleta, etc., cuando no parecia tan presto al que le cabia en el puesto que se sentaba, porque aquello era acto de disposicion, y el pobre no tiene sino lo que le dan, que es lo que le cabe, y no otra cosa. En la observancia de las reglas se esmeró tanto este siervo de Dios, que preguntado por obediencia sobre este punto pocos dias ántes de morir, dijo: que aunque entendia haber resbalado algunas veces por descuido ó inadvertencia, todavia en todos los cincuenta y dos años que habia vivido en la Compañía, nunca jamás habia quebrantado ninguna regla ni órden á sabiendas y advertidamente, constancia muy señalada y heróica por ser las reglas de la Compañía de tan alta perfeccion y ser tan minuciosa. Una de las cosas que dominan más al hombre es el amor propio, este supo muy bien mortificar el P. Salvador, porque no solo huia de toda honra y estimacion que el amor propio busca, sino que tambien deseaba vivamente padecer oprobios é injurias. Experimentaba grande contento de cualquier menoscabo y desprecio que se le siguiese, y lo agradecia mucho á Dios nuestro Señor, de lo que provenia que ni se entristecia por ninguna cosa adversa, ni hacia ningun caso de las prósperas, sino que guardaba en todo un mismo semblante glorificando á Dios. No hacia ménos caso de la mortificacion exterior mortificando exactamente todos sus sentidos. Jamás tomó en sus manos una flor, ni llegó al olfato ningun aroma agradable, ántes para más mortificarse aplicaba al olfato lo contrario para que le ofendiese. Mortificaba tambien la vista no queriendo ver no solo cosas inútiles, que no sirven más que de recrear la vista, sino tambien en no querer ver ni oir los diálogos y representaciones que se hacian en el colegio. Cuando se fundó de nuevo la universidad Turritana se celebró con una fiesta muy solemne en que se graduaron algunos; acudió todo el colegio y lo más granado de la ciudad, solo el P. Salvador se quedó en su aposento sin asomarse á ver nada. Súpolo despues el Padre provincial, y le dijo por via de gracia, que á no entender que estando en el aposento veria *in verbo* aquella fiesta, le hubiera impuesto una buena penitencia por no haber acudido á verla Fué enviado dos veces á Roma, y aunque estuvo algun tiempo en aquella santa ciudad, y los compañeros le llevaron á Nápoles y á otras poblaciones insignes de Italia, el P. Salvador mortificaba de modo la vista, cuando no podia buenamente quedarse en casa, que á duras penas podia dar razon de alguna cosa sino era de algun santuario ó de la

casa santa de Loreto, que consideró y miró bien, donde la soberana Vírgen le alcanzó muchos favores y regalos espirituales. Mortificaba el oido no queriendo oir palabras vanas ni curiosas, ni músicas, y cuando estaba enfermo en cama, que le visitaban seglares y no le hablaban de Dios, le daba enfado y hacia como que se dormia, divirtiendo el pensamiento con alguna devota meditacion. Decia muchas veces que mejor queria ser tenido por corto de genio ó talento, que perder tiempo oyendo cosas inútiles. Mortificaba el gusto en gran manera, porque estando demacrado y casi ético tantos años con algo de hidropesía, padeciendo grande sequedad y resecura en sus fauces, por más que la naturaleza le inclinaba á cosas frescas y húmedas, se mortificaba de modo que en veinte años nunca comió fruta ni otra cosa fuera de lo que el médico le prescribia, lo cual era tan moderado, que eso mismo le servia de grande y contínua mortificacion. Comia todas las cosas sin sal, hasta el pan, no solo por su enfermedad, sino por más mortificar el gusto, pues no contento con eso echaba muchas veces ceniza en la comida. La bebida era extraña, pues no bebia más que una copa en varias veces, y estando con hidropesía no tomaba agua fresca, ántes las pocas gotas de vino que bebia las mezclaba con un poco de agua cocida de muchos dias, y tal vez caliente, que humeaba por descuido de quien se la daba; nunca se le oyó la menor palabra de queja ni señal de sentimiento, ántes preguntado de los superiores si le faltaba algo, respondia siempre que le hacian notable caridad y que para él era harto y sobrado. Mortificaba este insigne varon todo su cuerpo con penitencias de disciplinas y silicios. En las disciplinas tenia cuenta de darse tantos azotes, que de tanto á tanto tiempo hiciesen el número de los que dieron á Cristo en la columna. Dormia muchas veces sobre las tablas de la cama, y cuando se acostaba en ella se ceñia una cuerda nudosa y áspera de cerdas de caballo tan apretadamente, que le causaba mucho trabajo y le impedia no poco el reposar. Cuando ya era viejo, y la enfermedad y falta de fuerzas no le daban lugar á hacer más ásperas penitencias, se mortificaba con estar echado largos ratos en el suelo, cosiendo la boca con la tierra, y dándose algunas bofetadas en memoria de las que dieron á Cristo Señor nuestro. Mortificábase tambien en no salir á divertirse, y así hacia más de trece á catorce años que jamás salió fuera de la ciudad sino era el dia de S. Pedro mártir, que por ser calificador del Santo Oficio era llamado de los inquisidores. En esta ocasion salia fuera de la ciudad aquel poco trecho que hay desde el castillo hasta S. Sebastian, convento de frailes dominicos, y entónces iba tan recogido y dentro de sí que no sabia dar cuenta de nada, y lo mismo hacia cuando iba por la ciudad para obras de caridad y otras necesarias. En las enfermedades y mortificaciones de este insigne varon no dejó de resplandecer y campear la virtud de la paciencia, porque habiendo vi-

vido enfermo largos años, nunca se le vió quejarse ni dar muestras de sentimiento ó tristeza, ántes con mucho sufrimiento, serenidad y resignacion, alabando á Dios en todo, decia ser gran consuelo de un religioso cuando descuida del todo de sí mismo dejando hacer á los superiores. Llevaba con grande igualdad los achaques, enfermedades y trabajos, y se gloriaba en ellos diciendo que sentia cierto escrúpulo cuando no padecia algo por Dios. Por esto en los grandes y agudos dolores que muchas veces padecia, nunca se quejaba y solo se le oian palabras de resignacion, como ¡Ay Señor mio! manifestando su gran conformidad. No fué menor su paciencia en las injurias y calumnias de que fué objeto muchas veces, siendo denunciado al general por personas á quienes habia hecho señalados favores, y así cuando fué á Roma por procurador, preguntándole un Padre si habia dado cuenta de sí al general de las calumnias y falsedades que de su persona se habian dicho, respondió: Padre, Dios me libre de tan gran tentacion, basta que Dios sepa la verdad, que peores cosas que esas hiciera yo si Dios no me tuviera de su mano. Todas las veces que descubria alguna ocasion de padecer, la recibia de buena gana, y decia que el religioso que no tiene paciencia, no tiene perfecto dominio ni señorío de sí. No solo tuvo este siervo de Dios don de oracion en la comun y ordinaria meditacion, pero áun en la extraordinaria, que llaman de silencio. Aprovechó notablemente esta oracion, donde el Señor le comunicó muchas inteligencias de cosas espirituales y particular gracia para andar en su presencia, de la que jamás se apartaba áun en negocios de mucha distraccion. Sentia en aquel acto grande ternura, principalmente meditando la pasion del Señor, y no solo daba á la oracion el tiempo acostumbrado, sino tambien las noches, en que apénas dormia un poco, quedando varias veces absorto y suspenso durante la misma. Era muy amante de practicar los ejercicios espirituales, y un dia le dijeron porqué hacia diez dias enteros de ejercicios bastando ocho, pues andaba enfermo y con pocas fuerzas, pero el siervo de Dios contestó, que por ganar la indulgencia, y que no era de extrañar los prolongase, pues su estado no le permitia llegar ni áun en diez dias donde los demás les bastaba con ocho. Tuvo cordial devocion á los santos ángeles, principalmente al arcángel San Miguel y al Angel de su guarda. Leia á menudo las reglas, las meditaba y se hallaba tan ilustrado y con tan alta inteligencia de la profundidad y sutileza que encierran, que juzgaba imposible poderlas entender sin particular luz. Ocho ó nueve meses ántes de su muerte tuvo una peligrosa enfermedad; entendió acabar su vida en ella, y así se preparaba con grande cuidado. Se puso un rato á considerar en la muerte, y quedándose traspuesto se le apareció el P. Sebastian del Campo y le dijo: *Tened por cierto que no morireis esta vez; aún no es llegado el tiempo, trabajareis algo más, y des-*

pues vendreis al cielo para coger el fruto de vuestros trabajos. El P. Salvador volvió en sí, y quedó tan seguro que no moriria aquella vez que en seguida recobró la salud. De la oracion se seguia el ser este insigne varon muy devoto y espiritual. Y si como dicen los santos, que la devocion verdadera consiste en tener la voluntad pronta y preparada para todo lo bueno, ¿quién lo pudo tener en mejor disposicion que el P. Salvador, para todo lo relativo al servicio de Dios y bien del prójimo, acudiendo con tanta exactitud á los ministerios más trabajosos, siendo tan falto de salud? Hallábase tan adherido á las obras de piedad, era tan celador de la honra de Dios y de la religion, que lo contrario le llegaba al alma. Si sus gustos eran los trabajos sufridos por Dios, y el hablar de cosas espirituales, el decir la misa y rezo con tanta pausa y afecto, sin duda debe inferirse una notabilísima devocion provenida del encendido amor con que siempre estaba unido al Omnipotente. Cuidaba de acudir á todos los ejercicios espirituales, y á todo lo perteneciente al culto divino con grande constancia y teson. Profesaba cordialísima devocion á la purísima Virgen y á su inmaculada Concepcion, la cual mostraba en imitar sus virtudes, como lo eran el conservar la castidad y una grande pureza de conciencia, con una profunda humildad y caridad con todos, haciendo continuas obras de misericordia con los pobres y menesterosos. Aun hasta despues de muerto no olvidó esta piedad el P. Salvador, pues alcanzó de Dios muchas gracias á los que de veras se le encomendaban, y visiblemente consoló á muchas personas afligidas. Volviendo á la devocion de la Vírgen, en que se empleó de propósito este venerable Padre, baste decir que él mismo ordinariamente tocaba la campana de la Congregacion para llamar á los congregantes, hasta el dia que se postró en la cama con su última enfermedad, y en la plática que les hizo se despidió de todos, pidiéndoles perdon y exhortándoles á la frecuencia de los sacramentos y servicio de la Virgen, advirtiéndoles que ya sus dias se acababan. Además de la devocion á esta gran Señora, tenia otras muchas como la del Santísimo Sacramento del altar, la del Dulcísimo Nombre de Jesus, santos Angeles, á los PP. S. Ignacio y S. Francisco Javier, las Animas del purgatorio, á quienes rezaba todos los dias. Resplandeció este siervo del Señor con el don de profecía, principalmente habiendo precedido la oracion mental ó los ejercicios espirituales. Manifestó tres años ántes que habia de ser llamada una persona grave á ciertos negocios; que tal enfermo no moriria en aquella enfermedad; que el otro acabaria en ella; que uno seria de la Compañía y provincial, y todo se cumplió. Pudieran referirse infinitos casos del don profético que poseia el P. Salvador, que se omiten por no ser más difusos. Como era tan humilde y tenia tanta luz de Dios este su siervo, tuvo grande y notable propension en creer todo lo que la fe divina propone, con tanta firmeza y certidumbre, que más le parecia ver los sagrados miste-

rios que creerlos, y por esta causa tenia tan grande celo de todo lo que la santa Iglesia católica romana nos propone para creer, que parecia se abrasaba cuando oia ó leia algunos errores de los herejes. Hacia frecuentemente fervorosos actos de esta virtud, y por tenerla tan arraigada, se cree obró tantas maravillas y milagros, como lo fueron sanar muchos enfermos diciéndoles los Evangelios y otras oraciones que usa la santa Iglesia. No fué ménos excelente la esperanza que tuvo, pues como esta proviene de una sana conciencia y pureza de vida, que tan señalada era en el P. Salvador, fué excelentísima su esperanza, y así hablaba de la bienaventuranza como quien ya la poseia. Experimentó el fruto de esta virtud muchas veces, proveyéndole Dios en necesidades muy apretadas siendo rector. Y con esta esperanza tan firme emprendia cosas muy árduas y difíciles, esperando que el Señor le favoreceria como piadoso padre. Igualmente comunicó el Señor á las palabras de este apostólico varon grande eficacia y energía, cuando queria persuadir acerca de alguna virtud y servicio de Dios. Vióse el poder de su persuasion en muchas enemistades que compuso, sin haberlo podido alcanzar muchas personas graves, así seglares como religiosas. Cuando salia á confesar mujeres se creia como que Dios le llamaba de su aposento para ayudarle en la salvacion de aquellas almas, á las cuales consideraba como puestas en extrema necesidad, y que Dios se queria servir de él en las que confesaba y no de otro. De aquí le provino una grande aficion al confesonario, siendo en él contínuo, por más cansado que se hallase, juzgando que quizá era aquella la hora más conveniente para que aquella alma saliese del pecado, por lo que jamás se negó á persona que pidiese la confesase, principalmente si era desconocida. Por mucha gente que acudiese á su confesonario, nunca se daba prisa como quien quiere despachar gente, sino que se entretenia de propósito, ejerciendo despacio y con atencion aquel ministerio. Dios dió á este apostólico varon un deseo insaciable de la salvacion de las almas, motivo por el que acudia tan de buena gana á las confesiones con gran presteza y perseverancia. Y cuando sabia que alguna de sus hijas de confesion se mudaba á otro confesor, mostraba mucho agrado, porque decia que importa mucho para hacer bien la confesion que el penitente vaya adonde le da gusto. El celo que Dios comunicó á este su siervo de su honra y gloria, de la salvacion de las almas, de la observancia del instituto de la Compañía, fué admirable. En el celo de la gloria de Dios campeó en procurar con todas sus fuerzas, sin perdonar medio, que se evitasen las ofensas á Dios. Cuando sabia que alguno estaba en mal estado, no sosegaba hasta hablarle, ayudándole cuanto podia á salir de aquella situacion y que otros le hablasen. Instaba con los gobernadores y demás ministros, con tanto ahinco, que le tenian por demasiado importuno, para que remediasen

los escándalos y pecados públicos. Cuando sabia haberse cometido algun delito se abrasaba de celo, y más bien quisiera haber pasado por cualquier género de tormento, que se hubiese hecho á Dios tal ofensa. Movido de este santo zelo, hacia muchas devociones y oraciones públicas para alcanzar se evitasen semejantes ofensas. Con el mismo exhortaba á los que pedian ir á Indias, y animó á un sobrino suyo, llamado tambien Salvador Pizqueda, que fué á las islas Filipinas, con muchos santos consejos que le dió, y decia envidiaba á los que iban á Indias, sintiendo no le hubiese cabido tan dichosa suerte. El celo que mostraba por la observancia de las reglas, quizá parecerá excesivo, como lo manifestó las veces que fué superior, mas en la exacta observancia que exigia, animaba á todos con su ejemplo, y decia que mejor queria ser aborrecido de todos, que faltar en una mínima regla; pues para guardarla bastaba fuese regla, por más que ninguna obligue á pecado. Del buen ejemplo y edificacion tuvo siempre el P. Salvador extremada cuenta con los de la casa y con los de fuera, y lo encargaba sobremanera, porque decia que así como las riquezas temporales se acrecientan añadiendo algo cada dia, así los bienes espirituales con los buenos ejemplos, que es lo que encarga la regla, que considerando los unos á los otros, crezcan en devocion y alaben constantemente al Señor. Por esto el P. Salvador solia siempre ser el primero en poner la mano á la obra en las cosas de trabajo, de humildad y caridad, y el último en retirarse. Y aunque era ya viejo, enfermo y cansado; cuando estaba en el reposo ó en otro lugar, si venia el portero á decir al superior que venian á pedir un Padre para confesar ó ayudar á bien morir, en seguida se ofrecia con un ánimo pronto y alegre, no solo por ser obra de caridad, sino para dar tambien buen ejemplo á los mozos, á los cuales decia que siempre se habian de criar con la leche del buen ejemplo. Fué muy circunspecto y remirado este prudente Padre en todos sus procederes, así en el mirar como en el andar y hablar, que parecia tener estudiadas las acciones y palabras. Aunque de todos tenia formado gran concepto, que á duras penas podia creer mal de nadie, todavía no trataba con mucha familiaridad sino con los que conocidamente eran señalados en religion y virtud, de los cuales tenia alto concepto y comunicaba sus dudas. Cuando trataba algun negocio de peso, lo ponderaba mucho y lo encomendaba al Señor con la mayor eficacia. Procuró siempre que su afabilidad fuese grave, y su gravedad afable con todos, sin decir nunca palabra ociosa, siendo siempre sério en todas sus acciones, por cuya razon decia con frecuencia, que siempre debiamos proceder de modo como si todo el mundo nos estuviese mirando, pues nos ve Dios, y que para proceder así en lo público es necesario que tambien lo hagamos en secreto para hacer buen hábito y costumbre, de donde puede

colegirse que su circunspeccion exterior correspondia en él á la interior. Finalmente, todas estas virtudes en grado perfectísimo florecieron en el Padre Salvador, porque cuando emprendia alguna cosa del servicio Dios, ó de la virtud, era tanta la perseverancia y teson que en ella ponia, que por más trabajos ó dificultades que se ofeciesen ó presentasen, nunca desistia de la buena obra. Solia decir que el trabajo de la perseverancia es muy poco y el premio grande. Quiso Dios premiar á este su gran siervo tantos y tan largos trabajos, con la ocasion de la comunion general del mes de Enero del año de 1624, donde tanto trabajó en confesar, que se sintió notablemente malo y sin fuerzas, por haberle dias ántes sobrevenido un catarro con algo de calentura, y el lunes siguiente tuvo la congregacion de los clérigos, y en ella se despidió; á las cinco de la tarde le fué forzoso hacer cama, y el martes los superiores y el médico ordenaron se quedase en ella. Agravósele el mal, y dijo claramente desde el principio que en aquella enfermedad acabaria la vida sin falta. Procuró en seguida conseguir licencia para comulgar diariamente segun su costumbre las veces que guardaba cama, como lo hizo entónces, reconciliándose y comulgando cada dia. Entreteniase todo el tiempo de su enfermedad, en que apénas reposaba, en la oracion y meditacion, y veces hubo en que á pesar de hallarse tan exhausto de sangre, se ponia muy encendido. Nunca dejó de rezar el oficio divino hasta pocos dias ántes de morir, que por no poder más, pedia al superior se lo conmutase en otra cosa. Cuando le visitaban los Padres y hermanos, les rogaba le leyesen algun libro espiritual ó algunos salmos, y miéntras le leian, manifestaba varios afectos segun la materia que tocaban. Trataba de los coros y grados de los del cielo, y de la excelencia de la soberana y purísima Vírgen sobre todas las criaturas, de la íntima comunicacion de los bienaventurados, y con Jesucristo Señor nuestro. Las fuerzas le iban faltando progresivamente, y el miércoles 20 de Marzo, á las cinco de la tarde, se le dió la extremauncion por un desmayo que le sobrevino. El P. Salvador dijo que no era necesario apresurarse tanto, que habia tiempo, y se le diese con el reposo debido; cuando entró en el aposento dijo con gran ternura y afecto: *Gloria Patri Domino, gloria Unigenito, una cum Sancto Spiritu in sempiterna sæcula. Vides malum quod gesimus, occulta nostra pandimus, preces gementes fundimus, dimitte quod peccavimus.* Y así que le comenzaron á ungir, él mismo respondia con grande serenidad y devocion con los demás presentes; hacia frecuentes actos de dolor y amor de Dios, diciendo con llanto y voz inteligible: *Pater superni luminis cum Magdalena respicis, flammas amoris excitas, geluque solius pectoris. O vera Christi charitas! tu nostra purga crimina, tu corda reple gratia, tu redde cœli præmia.* Recibido este último sacramento dió gracias al Señor con el mismo afecto y lágrimas, y por último añadió:

Jesu dulce refugium, spes una confidentium, per peccatoris gemitus, peccat; solve debitum. Pia Mater et humilis naturæ memor fragilis, in hujus horæ fluctibus nos rege tuis precibus. Rogó despues al P. provincial, que estaba presente con muchos Padres y hermanos, le diese licencia para decir su culpa y pedir perdon á todos; y alcanzada, lo hizo con grande afecto y fervor de espíritu, que edificó tanto á todos, que la mayor parte prorumpieron en llanto, y hubiera pasado adelante si el Padre provincial no le detuviera porque no se cansára más. Vivió despues de haber recibido la santa uncion hasta el otro miércoles, y todo este tiempo estuvo muy en sí, haciendo diferentes actos de amor, dolor y fe etc. Y cuando por su mucha flaqueza se hallaba cansado, hacia leer á los hermanos obras devotas, y todas las noches rogaba á alguno le dijese la recomendacion del alma, y haciase las cruces como si ya estuviera acabando. Y aunque el Cristo le tenia colgado á la cabecera miéntras habia gente, cuando no habia nadie le tomaba con grande reverencia, y tenia con él tiernos y dulces coloquios. Así permaneció hasta la noche del martes, en la cual no tuvo ningun reposo, atacado de grandes ánsias y congojas mortales, y una sed que le abrasaba; y preguntando á uno de los que le asistian si habian dado las doce para no perder la comunion, respondióle que sí. Abrásome, dijo el Padre, y se me arranca el alma; sea todo, Señor mio, por vuestro amor, y por la sed que padecísteis en la Cruz. Un hermano le brindó con darle de beber: No, hermano mio, respondió el Padre; hagamos este sacrificio á Dios, que tiempo habrá despues de la comunion. Dadas las dos, despues de media noche, le dijo el mismo hermano por verle tan fatigado de aquella sed insufrible, si queria que despertase á alguno de los Padres, para que le dijese misa y comulgase; respondió que habia tiempo para todo. Estuvo así hasta cerca de las cuatro, en que le dijeron Misa y recibió el Santísimo Sacramento con grande devocion, dando gracias con entrañable afecto, como quien sabia era la última vez que le habia de recibir. Luego envió á llamar á su sobrino el P. Gabino Pizqueda, para que le dijese unas letanías que le habia dado ántes, en que estaban todos los santos que le habian cabido en el mes desde que entró en la Compañía hasta aquella hora, que fueron cincuenta y dos años y medio, y de los Santos que cayeron en el dia que entró en la Compañía, y en el que hizo los votos simples, dijo la primera Misa, é hizo la profesion de cuatro votos. Vino el P. Gabino, y preguntándolo cómo estaba contestó: Para partirnos, sea Dios alabado para siempre. Amen. Dígame aquellas letanías que le dí, que ya es tiempo. Comenzó á decírselas, y el mismo siervo de Dios respondia con mucha devocion. Quiso permanecer á su lado el P. Gabino viéndole tan fatigado, mas no se lo permitió diciéndole se fuese, que tendria tiempo de volver, y que sin duda acabaria en sus manos. Fuése el Padre

por darle gusto, y á poco rato el P. Salvador se volvió á uno de los hermanos que estaban presentes, y le dijo: No se pueden declarar, hermano mio, las angustias que causa la muerte; hágase un santo, que todo lo demás es horror. Despues pidió perdon á los que allí estaban, y principalmente al enfermero, y á muy poco hizo un apóstrofe á su alma diciendo: Sal fuera, alma mia, sal, arranca ya, no tardes más, vuélvete á tu Dios. ¡Ah Jesus, María y José, Jesus de mi corazon! Dichas estas palabras inclinó la cabeza como quien duerme, y á ese tiempo entró el P. Gabino, su sobrino, y le halló casi sin habla, porque á duras penas podia pronunciar los dulcísimos nombres que ántes habia invocado; pero por los indicios que daba mostraba estar en sí. Y habiendo agonizado con algun trabajo por un cuarto de hora, dando muestras de un dolor muy intenso, acabó en las manos del mismo P. Gabino, como se lo habia vaticinado, y dió su espíritu al Señor á las nueve y media de la mañana del miércoles 27 de Marzo del año 1624, de edad de setenta y dos y cinco meses, y cincuenta y dos y medio de religion. Y ciertamente, si se consideran los grandes achaques y flaquezas que tuvo y lo mucho que trabajó se puede atribuir á milagro el haber vivido tantos años. Acabado que hubo su carrera este siervo de Dios tan felizmente, quedó su cadáver hermoso y venerable, infundiendo devocion á los que le miraban. Todos se hacian lenguas de su dichosa muerte, de sus virtudes y señalada religion. Y cuando oyeron el clamor de las campanas, toda la ciudad exclamaba con sentimiento: El Santo ha muerto, y muchos se encomendaban á él con grande devocion, y salieron de duda, porque pensaron haber muerto algun tiempo ántes, y que le tenian secretamente guardado, con rezelo de que no hurtasen ni despedazasen aquel santo cuerpo. Despues que estuvo revestido de los ornamentos sacerdotales, mandó el Padre provincial ponerle debajo de llave en un aposento para que estuviese seguro de este rezelo, y trató con los demás Padres de su entierro, pues siendo varon de tan conocida religion y santidad, debia dársele sepultura en lugar distinto de los demás, dentro del presbiterio, en una caja que se hizo para este efecto. Una hora ántes del entierro fué llevado al oratorio, que está cerca de la portería, donde muchos por su devocion le besaron pies y manos. De allí fué conducido á la iglesia á decirle el oficio, y á pesar de ser dia de trabajo, acudió á sus honras un numeroso concurso de gente de todas condiciones y estados. Acabados los oficios, y al llevarle á la sepultura, cargó sobre el cuerpo toda la gente, y comenzaron violentamente á cortar á pedazos los vestidos, hasta la camisa, que obligó precipitadamente á encerrarle en el arca; y ya que no tenian vestidos que quitarle, se atrevieron á cortarle pedazos de la carne; y de los pies y manos le faltaron ocho dedos, y los que le revistieron no le dejaron dientes ni muelas. Al fin se le dió sepultura, y

todos aquellos dias no se trataba de otra cosa que de su mucha santidad y religion. Y no faltaron hombres doctos y entendidos, que afirmaron se tendrian por temerarios si dudasen no haber ido derecha al cielo el alma del P. Salvador sin pasar por purgatorio. Las personas más graves y constituidas en dignidad del reino de Cerdeña, como eran el arzobispo de Sacer, obispo de Ales, abad de Sargia é Inquisidor apostólico, el arcipreste de Ampurias y vicario general, el gobernador de Sacer, y los superiores de la Compañía con otros muchos, dieron testimonios muy auténticos, firmados de sus manos, de la santidad y virtudes del insigne varon P. Salvador Pizqueda, donde tambien afirman todo lo que se ha referido acerca de su vida como testigos de vista, y con quienes acontecieron los más de los sucesos de ella, encomendándose en sus oraciones á este siervo de Dios como á santo y bienaventurado, conservando su retrato. Y las condesas de Cedillo le encendieron lámpara en su sepulcro y le hicieron novenario. El año de 1636 la Congregacion provincial de Cerdeña honró á este santo varon con un elogio de su vida; el cual aprobó el P. General, y copiamos literalmente á continuacion:

«A 27 de Marzo de 1624, en la Casa profesa de Sacer acabó el Padre Salvador Pizqueda, con comun aclamacion de santo. Floreció en toda virtud y letras, esmerándose en la obediencia, resignacion y pobreza tanto, que para llevar cosas nuevas, era necesario se lo ordenasen. De su honestidad y pureza de conciencia juraron sus confesores haber sido perpétuamente virgen, y que nunca pecó mortalmente. Toleró trabajos de peso, molestias y enfermedades casi cuarenta años, con rara paciencia, profunda humildad, alegría de espíritu y conformidad en Dios. Su circunspeccion, retiro, paz, constancia, modestia, templanza y buen ejemplo como de varon perfecto y santo. Con la continua mortificacion tuvo bien rendidas las pasiones, y todavía maceraba su cuerpo con varias asperezas. Echaba ceniza y cosas amargas en la comida, ceñia cuerdas nudosas, disciplinábase cada dia, y en memoria de los cinco mil azotes que dieron por nosotros al Señor, se daba otros tantos de cuando en cuando, repartidos en veces. Su caridad con Dios y con el prójimo fué aventajada, el celo del instituto singular, la fe tan viva que le parecia ver los divinos misterios; la devocion tierna y su oracion casi contínua y fervorosa. Su gusto era hablar y oir hablar de Dios; el despego de las cosas grande; y cuando la enfermedad le impedia la misa, confesaba y comulgaba cada dia con encendidos afectos. Trabajaba infatigablemente, despreciaba las honras apreciando los desprecios con un perpétuo tenor de vida, exacta observancia regular, y afectuosa misericordia con los pobres. Finalmente, lleno de merecimientos y santas obras, brillando cada dia en mayores rasgos de santidad y resplan-

dores de religiosa perfeccion, encendida su alma con ardores del cielo, y bañado en lágrimas de fervorosos afectos, un miércoles á las nueve y media de la mañana, á los setenta y dos años y medio de su edad y cincuenta y dos y medio de religion, trocó la vida mortal con la eterna.»

No fue ménos maravilloso Dios en este su siervo que en los demás santos, pues obró por su intercesion despues de muerto tantos milagros, que seria interminable su referencia. Advirtiéndose que mucho de lo que se dice en esta biografía se supo del mismo P. Salvador, obligado del precepto de obediencia que su superior le impuso, y lo declaró con grande sentimiento de su alma, por ver que no le admitian las excusas que daba, diciendo que no tenia sino pecados y miseria. Y lo demás se averiguó de personas fidedignas y de todo crédito, que la diligencia particular recogió á esta breve suma de su vida, y se hizo jurídica informacion, que se halla en la capital del orbe católico, donde no será difícil que algun dia sean declaradas heróicas sus virtudes, y digno su autor de ser venerado como santo.—A. L.

SALVADOR RAMIREZ (P. Fr.), religioso dominico natural de Arequipa, hijo legítimo de Francisco Ramirez y de Ana Zaldivar; y en su frailía fué hijo del mismo convento de Lima, en que hizo profesion á 4 de Enero de 1591. Fué religioso ejemplar y penitente, celóso de la comunidad, observante y orador; fué maestro de novicios del convento de Lima prior del de Huanuco, del de Arequipa y del de la Magdalena. Por el año de 1617 fué vicario ordinario de la provincia, y por el de 1625 prior de Lima segunda vez y electo provincial. Fué presentado predicador general, ilustró en gran manera con sus virtudes y ejemplo la santa casa de Lima, de la que fué, como se ha dicho, dos veces prior, y además de lo referido, otras dos veces prior del convento del Rosario, y provincial de aquella provincia. Murió santamente visitándole en el año 1627, lleno de trabajos y penitencias; se le hallaron solamente dos petacas, con un hábito viejo, silicios, cadenas y disciplinas. La ciudad de Arequipa, de donde fué natural este venerable y virtuoso Padre presentado y predicador general, es una de las mejores y que ofrece mayores comodidades del Perú, por su abundancia de todo lo necesario para la vida del hombre, cielo apacible, aire saludable, y suavidad de su temple; aunque más propensa que ninguna á los temblores de tierra, y próxima á dos volcanes que no se conocen otros en toda la tierra firme que constituye el Perú. Alguna contrariedad habia de tener aquel delicioso país, que previniese y avisase á sus moradores que son hombres y mortales, sometiéndolos al temor de la divina justicia, porque siendo aquella tierra como un remedo del Paraíso terrestre, no presumiesen ser dioses como creyeron nuestros primeros padres. Los de Salvador le criaron con tanto cuidado, que la madre, que era de mucha penetracion, conociendo

por ciertas señales que comenzó á descubrir en su niño, lo que habia de ser cuando mayor, le señaló un aposento en su casa, donde viviese solo y separado del trato de los demás. Habia observado en su hijo una modestia y una compostura notable, un silencio singular, una extraña devocion, y sobre todo una gran inclinacion á estar recogido, orando y ocupado en ejercicios de espíritu, mucho mayores de lo que pedia su edad, y quiso no malograse esta preciosa cualidad de su alma aquellas prendas del cielo, evitando se rozase con la familia, temiendo se pegase al virtuoso mancebo alguna mala costumbre. En su nuevo aposento formó el niño Salvador un altar con una devota estampa de la Santísima Vírgen, que puso en el centro, rodeada de otras muchas de diferentes santos y santas que la acompañaban, y toda su ocupacion se reducia unas veces á componer y aderezar el altar, y otras, puesto de rodillas, rezar á nuestra Señora y encomendarse á los Santos, cuyas imágenes adoraba en las estampas. Los sábados por la tarde, llevado de la gran devocion que tenia á esta soberana Reina de los cielos y tierra, reunia á algunos de su edad, y haciendo del aposento oratorio, cantaban todos ante el altar la letanía y la salve, haciendo el oficio de principal cantor por aventajarse á todos en la voz, que era sonora y suave, y en concluyendo cerraba la puerta y comenzaba una disciplina, que duraba por buen rato, y terminada esta, se iba cada uno á su casa con tanta modestia y compostura como si fuesen hombres de mucho juicio y edad. Aprendió á leer y escribir, y sus padres, para que no perdiese tiempo, dispusieron pasarle á escuelas mayores, y porque en la ciudad de Lima estaban las principales, le aviaron y mandaron á aquel punto, acompañado de un ayo de toda su confianza, á casa de un corresponsal donde habia de permanecer. Llegó á Lima, y habiendo descansado algunos dias de las fatigas del camino, tomó por ocupacion visitar las iglesias de religiosos, no por entretenimiento ni vana curiosidad, sino por certificarse y ver por sus propios ojos, en cual de ellas se celebraban con mayor solemnidad y gravedad los divinos oficios para elegirla á su gusto, hacer sus ejercicios de oracion y devocion. Aficionóse á la de los dominicos, pareciéndole que en ninguna mejor podia realizarlo, y así lo efectuó, pues en cuanto salia de la leccion de gramática, en lo que era muy puntual, se iba á dicho templo todos los dias por la mañana á oir Misa, y por las tardes á rezar el rosario en su devota capilla de nuestra Señora, perseverando despues en oracion hasta que llegando la noche, cerraban y era él el último que salia de la iglesia. Este ejercicio continuo y asistencia al convento llamó la atencion á los sacristanes que cerraban la puerta de la iglesia y á otros muchos religiosos y áun á los mismos seglares que acudian diariamente, llevándose los ojos de todos, porque era singular la devocion, compostura y modestia exterior del jóven Salvador. Al

mismo tiempo se aficionó mucho á los frailes, gustándole sobremanera los novicios cuando salian á decir las completas y cantar la Salve, como tambien la gravedad modesta de los demás religiosos de aquella gran comunidad en este acto y en los demás que celebraban del mismo género; y ya en lo interior de su corazon le hablaba Dios y deseaba agregarse al número de aquellos que á él le parecian ángeles. Propúsoselo un dia al P. prior del convento, que lo era á la sazon el Ilmo. D. Fr. Domingo de Valderrama, que despues fué arzobispo de Sto. Domingo y obispo de Chuquiabo, y por probarle el espíritu, el prior le dilató sus deseos más de dos meses, entreteniéndole con buenas esperanzas y palabras, hasta que persuadido de su segura vocacion y verdadera determinacion, fundada en una solida virtud, le recibió y vistió el sagrado hábito, siendo provincial el Mtro. Fr. Agustin Montes, á 3 de Enero de 1590, y profesó en el siguiente de 1591 á 4 del mismo mes. Siendo novicio aprendió con gran facilidad el canto llano y á tocar el órgano con suma destreza para servir en el coro á la comunidad, pero á lo que principalmente se aplicó y salió muy aventajado y sobresaliente, fué á ser un verdadero religioso, tan amoldado á los santos institutos de la religion, que toda su vida fué un verdadero ejemplo de perfeccion en aquel estado. En su convento de Lima estudió artes y teología, y se expuso de confesor y predicador; y en estos dos ministerios consiguió admirables frutos, porque á sus obras y palabras acompañaba el ejemplo, y todo lo que enseñaba y predicaba en el púlpito y en el confesonario con la voz, lo confirmaba en sí propio con la obra y el ejemplo. Ayunaba los siete meses del año con los demás ayunos que prescribe la Orden y la Iglesia, y estaba tan acostumbrado, que cuando venia el tiempo en que la religion alivia á los religiosos en sus ayunos, que era desde pascua de Resurreccion hasta la Exaltacion de la Santa Cruz de Setiembre, jamás le vieron cenar, porque decia que su estómago no podia tolerar la cena. Usaba de la túnica de lana aplicada inmediatamente á las carnes, y por calorosa que fuera la estacion, jamás se vistió de lienzo. Fué tan honesto, que no hubo persona, aunque le fuese muy opuesta y desafecta (que en los encuentros de las elecciones en que se halló, y en las prelacías que obtuvo, nunca faltan émulos) que le pudiese tildar en este particular. En la pobreza se esmeró de modo, que en todos estados de súbdito y superior, no hubo en toda la provincia quien en su tiempo, á pesar de haber grandes sabios y virtuosos frailes, se le aventajase en ella: dos túnicas de estameña, dos hábitos viejos y una capa, era todo el ajuar de ropa que tenia; una docena de libros y un devoto crucifijo: el adorno de su celda se reducia á una antepuerta tejida de algodon, que cubria la puerta de su dormitorio, en que tenia la cama, compuesta de un colchoncillo con dos frazadas raidas, y una almohada, que tambien era de lana como las túnicas.

Huyó siempre de poseer dineros en depósito, por corta que fuera la cantidad, aunque suele permitírselos la religion para remedio de aquellas necesidades á que no pueden acudir los conventos; pues aseguraba que no teniéndolos, cerraba la puerta á muchos inconvenientes que en otro caso y muchas veces suele abrir el interés. Tenia una cruz de hierro con quince clavos agudos, que se colocaba bien ajustada á la raíz de carne en las espaldas, y cuyas puntas le herian y lastimaban, y para disciplinarse con más dolor que ruido, tenia una disciplina de cadenillas muy menudas de hierro, con las que se abria las carnes. Le hicieron prior del convento de S. Pablo de la ciudad de Arequipa, su patria, en ocasion que uno de los volcanes tuvo una fuerte erupcion, y con la piedra y ceniza que arrojó, produjo la asolacion no solo de sus contornos é inmediaciones, sino tambien la ciudad, sus casas y sus conventos, con el temblor que ocasionó al tiempo de presentarse. La mayor parte de sus rentas, consistentes en viñas, olivares, en estancias de ganados, tierras de granos, y en censos sobre las casas se perdieron, y completamente todas en el convento de S. Pablo, porque aquellas las enterró la ceniza y á estas las desenterró el temblor, y á pesar de hallarlo todo en un estado tan deplorable, levantó en seguida las celdas, y acomodando la iglesia lo mejor que pudo, se comenzó á celebrar en ella, y los frailes tuvieron en que habitar. Procedió en este priorato de tal manera, así en lo tocante al sustento de la comunidad como en la observancia regular de sus constituciones, siendo tan singular su ejemplo y el de sus súbditos, que visitándole el V. P. presentado Fr. Francisco de Vega, que era el provincial, con ser un hombre de tanta religion y virtud, viendo por sus ojos el buen gobierno del P. Fr. Salvador, pagado y bien satisfecho de sus virtudes y capacidad, dijo en varias ocasiones: Que si el prior de Arequipa no fuera tan jóven, sin duda alguna haria las diligencias para que le sucediese en el oficio de provincial, porque en cuanto habia visitado en la provincia, no habia hallado persona que le pareciese tan capaz de gobernarla por su virtud y celo, y la singular prudencia para el gobierno monástico de que Dios le habia dotado. Esta misma estimacion que hizo de sus grandes prendas este insigne provincial, hizo tambien el Ilmo. Sr. Mtro. Don Fr. Pablo María de Faenza, arzobispo de Mira y tambien dominico, que se decia habia pasado al Perú enviado por el papa Urbano VIII para ver, y que informase despues á Su Santidad del estado de la cristiandad y fe de aquellos reinos. Este prelado era varon muy señalado en todas letras y erudicion, y sobre todo de gran bondad y virtud, el que habiendo conocido y tratado al P. Fr. Salvador, decia: que podia asegurarse de este religioso ser exacta la sentencia panegírica del Redentor de la vida: *Este es el verdadero israelita, en quien no han tenido entrada el dolo y la iniquidad.* Lo mismo pensa-

ban de este esclarecido religioso el obispo de Arequipa Mtro. D. Fr. Pedro Perea, y los Ilmos. arzobispos de Lima D. Bartolomé Lobo Guerrero y Don Gonzalo de Ocampo, celebrando y estimando sus grandes virtudes, terminando sus muchos elogios, diciendo que en su concepto le tenian por santo. Despues fué nombrado prior del convento de Sto. Tomás de Aquino de la ciudad de Leon de los Caballeros de Huanuco, y ejercitó aquel oficio con la misma satisfaccion que el primero, hasta que le hicieron superior de su convento de Lima, y no mucho despues prior del mismo convento. Aquí resplandeció como un sol en todo género de virtudes, sobresaliendo en la reina de todas, la caridad. Esmeróse mucho en las limosnas de la portería, y á pesar de ser un año tan estéril, que llegó á valer el trigo á nueve reales de á ocho la fanega, anduvo el pan sobrado entre los pobres, y con la misma abundancia se socorria á las doncellas y viudas necesitadas de la ciudad, sin que por esto careciesen de lo necesario sus religiosos, que nunca llegaron á sentir la falta. Donde más aplicaba su caridad era á la enfermería de su convento, y con especialidad en ocasion que desarrollándose en la ciudad una epidemia de erisipelas, hirió á muchos religiosos. A todos servia personalmente con todo lo necesario el buen prior; los asistia y regalaba, advirtiendo á los enfermeros que cualquier descuido, por ligero que fuese, en esta parte, le castigaria con rigor, de modo que todo se hacia con la mayor puntualidad, y los enfermos se hallaban bien servidos. Del mucho trabajo y de la demasiada continuacion en visitarlos, vino á contraer el mal y estuvo á riesgo de perder la vida, pero con gran ánimo decia: Que la ofrecia gustoso, porque perderla por cumplir su oficio era ganarla en mérito de la gloria: ¿y qué dicha mayor que morir por cuidar de la vida de sus súbditos y hermanos? Hizo muchas obras en su convento, especialmente en su claustro principal, tres de los cuatro retablos dorados de media talla, que demuestran los cuatro misterios principales de la infancia sagrada de Jesus. La famosa imágen de escultura al natural de Cristo en la cruz, colocada en la capilla de S. Gerónimo de los Aliagas, obra debida á su gran celo y devocion; en el pecho de la imágen mandó hacer una concavidad, y en ella encerró un papel escrito de su letra y firmado, cerrado y sellado, que nunca se ha sabido lo que contiene por haberse cubierto y barnizado la superficie, y no atreverse ninguno á descubrir el secreto por no romper y destruir el pecho de la imágen, de quien le quiso fiar este devoto prelado, que claro está contendrá algun afecto ó peticion de su alma en órden á la felicidad de su salvacion, pues no puede creerse que un varon tan espiritual como era el P. Fr. Salvador depositase en el pecho de la imágen lo que no se pudiera registrar por los ojos del original. La hacienda de Limatambo padecia mucha necesidad de agua en sus sementeras por no tener la bas-

tante para sus riegos, el prior entónces compró en catorce mil pesos una haciendilla con una pequeña huerta, una casa y algunas tierras, porque estaba en cabecera de agua, con la cual consiguió aumentar la que tenia la hacienda, quedando por entónces remediada aquella necesidad. De todas estas obras, cuando acabó su oficio de prior, no quedó debiendo un real, y en la plática que hizo á la comunidad para despedirse de su gobierno dijo: Que daba gracias á Dios, porque salia del priorato con los mismos hábitos viejos con que habia comenzado aquel cargo. Algunos religiosos salieron á ofrecerle nuevos hábitos, pero no los admitió diciendo, «que á un fraile pobre como él, le estaban mucho mejor los viejos. El V. P. presentado Fr. Nicolás de Agüero, siendo prior la segunda vez de su convento de Lima y vicario general de la provincia, que conocia muy bien su espíritu y celo para llevar adelante la observancia regular que profesa el de la Magdalena de la misma ciudad, le propuso para este priorato, y habiéndole elegido los vocales, y confirmádole el vicario general estando cumpliendo su oficio con la misma fe y celo que en los demás prioratos, cayó enfermo y murió dicho vicario á 14 de Setiembre de 1617, vacando los oficios de vicario general y el de prior de Lima, perteneciendo el primero al prior del convento, en que se habia celebrado el inmediato capítulo provincial; y habiendo sido el de la Magdalena de Lima, entró en aquel oficio el P. Fr. Salvador. Poco ántes habia llegado á la provincia y notificádose una órden del Rmo. Mtro. de la Orden Fr. Serafin Sico de Pavía, en que mandaba no se hiciese capítulo provincial en tanto que disponia algunas materias para su mejor gobierno, y estando en esta determinacion la provincia, en obediencia del decreto del P. general, llegó una carta del P. Mtro. Fr. Domingo Grassi, uno de los que asistian al P. Rmo. diciendo, que su reverendísima alzaba la suspension que habia ordenado de elegir á la provincia, y que por lo tanto podian seguramente convocar á capítulo y proceder á la eleccion de provincial. En conformidad de esta carta el P. vicario general Fr. Nicolás de Agüero tenia determinado hacer capítulo para el 30 de Setiembre, quince dias despues de su muerte. Pero habiendo entrado en el gobierno de la provincia el P. presentado Fr. Salvador Ramirez, le pareció que no bastaba una simple carta de un asistente del reverendísimo para obrar por ella contra una patente auténtica, firmada del mismo reverendísimo, sellada y refrendada de su compañero, y con todas las circunstancias que se requerian para ser obedecida, y que en tanto no hubiese otra de igual autenticidad que la revocase, no debia celebrarse capítulo; y consultando con algunos Padres graves, mandó por una órden con precepto, que se comunicó en la comunidad á todos los Padres vocales que ya se iban reuniendo, que se volviesen á sus residencias, porque el capítulo no habia de celebrarse hasta que hubiese patente del reverendísimo

general que así se lo ordenase. Habia divergencia en los pareceres, y el virey, que se mostraba aficionado á la persona del P. Mtro. Fr. Agustin de Vega, uniéndose á los de su parecer, mandó que se celebrase capítulo, sin embargo de la órden que habia dado el vicario general para despedir los vocales; y no accediendo este á lo que el virey queria, para quitar este embarazo mandó S. E. gente armada para sacarle de su convento de Lima, y le envió al Callao, mandando que le pusiesen á bordo de la Capitana, miéntras se celebraba el capítulo, como así se hizo, saliendo electo su favorecido Fr. Agustin de la Vega, que por su persona y prendas era muy digno del provincialato, y lo pareció despues mucho más por lo bien que gobernó su provincia, y los aumentos espirituales y temporales que logró de su gobierno; pero el P. presentado Fr. Salvador Ramirez no reprobaba, ni lo intentó jamás, la persona del electo, sino el tiempo de la eleccion, por ajustarse como debia á la ley de religioso obediente á los decretos de la cabeza universal de la Orden. Verificada la eleccion, sacaron de la Capitana á Fr. Salvador y le enviaron al convento de Sto. Tomás de Chincha, y este trabajo le llevó con tanta resignacion y paciencia, que desde entónces creció tanto su opinion en el concepto de todos los religiosos y seglares, que no puede ponderarse el crédito superior que ganaron sus virtudes, y la grande estimacion que todos hacian de su persona. Aquí el siervo de Dios comenzó de nuevo sus buenos ejercicios de oracion y penitencia, empleando bien el tiempo, y recuperando en el ocio de esta soledad el que pudiera haber perdido en las ocupaciones de los pasados gobiernos; y no quiso el Señor que le faltase áun estando en esta vida el fruto de la obediencia, por premio de la que con tanta resignacion y paciente sufrimiento se hallaba su siervo ejecutando en aquella actualidad. Algunos vecinos del Valle de Chincha, pareciéndoles que como hombre necesitaria de alguna distraccion por el disgusto que creian hubiese experimentado, le convidaron para que asistiese á una pesca, rogándole fuese con ellos al puerto, donde la tenian ya preparada con el fin de festejarle. El siervo de Dios le repugnó al principio; pero tanto le porfiaron, que por no manifestarse tenaz y molesto, y disgustarles, accedió y marchó con ellos, y habiendo los indios pescadores echado en el mar muchos lances, en ninguno sacaron ni un solo pez, aunque probaron fortuna en muchos puntos de la costa. Viendo esto el bendito Padre, se llegó á la red, y vió que de los hilos de que estaba tejida y de los cordeles, estaban pendientes algunos cangrejos muertos, caracoles y conchas de la mar. Preguntóles con qué fin los habian puesto, y de su respuesta vino á entender que eran ídolos, á quienes encomendaban su buen suceso en las pescas. El siervo de Dios sabia muy bien su idioma, y haciéndoles entender su ceguedad y el poco poder de aquellos amuletos para nada, los fué quitando, y luego los pisaba entre la

arena; añadiendo á los indios, que para que acabasen de comprender el disparate en que estaban, volviesen á echar la red en el nombre de Dios, que era el que podia ayudarlos; y haciéndolo así se llenó la red de tantos peces, que fué necesario convocar mucha más gente para sacarla á la orilla, sacando tanto pescado, que hubo para todo el valle, llamándole el pescado del milagro, dando motivo á los indios para deponer sus vanas supersticiones; á los españoles que le habian convidado para alabar la grandeza y poder de Dios, y á todos para entender que con esta maravilla quiso Dios acreditar y premiar á un mismo tiempo la paciencia y obediencia del P. Fr. Salvador. No le iba bien á este virtuoso varon, ni correspondian á los buenos sentimientos de su alma los continuos aplausos de los vecinos del valle, que á todas horas le buscaban y querian estar con él, pues sentia le quitaban el tiempo que podia emplear en otras ocupaciones más beneficiosas al provecho de su alma, si aquellos naturales de Chincha no le hiciesen tanto favor y merced; y así pidió licencia al P. prior del convento para retirarse á la estancia de S. Gerónimo, hacienda del mismo convento, que distaba de ocho á nueve leguas tierra adentro hácia la sierra. En este sitio no habia quien le estorbase, ni pudiese impedirle sus buenos ejercicios, porque no habia ni áun con quien comunicar, cuanto ménos quien viniese á visitarle; porque solo existia en aquella hacienda el religioso lego que la tenia á su cargo, y este tenia harto que hacer con visitar los puestos de los ganados en que se ocupaba todo el dia, no viéndole el P. Fr. Salvador más que cuando á la hora señalada venia á ayudarle á Misa. Permanecia retirado dentro de una pobre choza, porque no habia más casa en todo el distrito, y esta estaba construida de una cerca de mampostería de piedra sin mezcla, cubierta de caña y pajas, llamadas miche por los indios. En ella vivió el siervo de Dios, sin más reparo para resistir los calores del verano, los frios y aguas del invierno, que el de su paciencia, pues cuando más desacomodado se hallaba, se encontraba más satisfecho. Gastaba en la oracion gran parte de la noche, preparándose para decir Misa en amaneciendo, la que celebraba todos los dias con muchas lágrimas y sentimiento. En seguida se recogia á su choza, y delante de un crucifijo estaba mucho tiempo en oracion de rodillas y suspirando tiernamente. Su comida en esta soledad solo se componia de unos pocos garbanzos cocidos con agua y sal, y por muy grande regalo solia tomar un poco de pescado salado, con una costra de bizcocho y un jarro de agua, y esto cada veinticuatro horas, sin otro desayuno ni colacion. Desde este punto le mandó el prelado ir al convento de S. Pablo de Arequipa, adonde al cabo llegó con muchísimos trabajos que padeció en el camino, por el poco avío que sacó para el viaje, que sin duda lo hubiera pasado muy mal á no ser por su paciencia cristiana. Estando en este convento gozando

de la quietud de su celda, le envió el P. provincial patente de subprior, destino que en otro espíritu causára gran sentimiento y disgusto, entendiendo que el prelado, pasando los límites de la caridad religiosa, hacia mofa de un súbdito de tan extremadas prendas de religion y virtud; así parecia á todos, pero no al bendito Fr. Salvador; juzgaban no estar bien hecho que el que habia gobernado aquel mismo convento de Arequipa como prior y que tambien lo habia sido de los conventos de la Magdalena de Lima y de nuestra Señora del Rosario, que es la cabeza de la provincia, y acababa además de gobernar la misma provincia con título de vicario general, no era justo le ocupasen en el oficio de superior de Arequipa, que aunque ninguno habia bajo en la Orden, no se podia negar que tienen sus graduaciones los oficios y las personas, y no parecia razon bajarle al más ínfimo de todos. Al contrario, el P. presentado, aunque no apetecia prelacías, y las que tuvo no fueron nunca buscadas de su humildad, decia: que el provincial lo habia visto muy bien, porque con el conocimiento que tenia de su corta capacidad, le habia dado á entender con este nombramiento cuán poco habia merecido los puestos antecedentes; y que era así verdad que ni áun merecia el oficio de superior de Arequipa, y que le aceptaba como una grande honra que le hacia el provincial, aunque á los religiosos no les pareciese bien: en seguida escribió al provincial con mucho rendimiento, que le agradecia mucho la memoria que habia tenido de su grande indignidad. Fué sobre todo encarecimiento su perior el ejemplo que dió en esta ocasion el siervo de Dios de su gran humildad y paciencia, y más cuando le vieron ejercitar el oficio con tanta puntualidad y cuidado como si de hecho intentára acreditarse; y á los que todavía le preguntaban, que porqué habia aceptado el subpriorato, respondia: que porque no era justo que las razones de estado que los religiosos habian renunciado con el siglo, las volviesen á traer del siglo á la religion, no debiendo atenderse á otra que á la de la obediencia, á que de ninguna manera se debia contravenir ni en lo adverso ni en lo prospero, de gusto ó pesar, de honra ó vituperio. Todo el tiempo que desempeñó este oficio parecia el convento un paraíso en la tierra, no se oian en él rumores ni se veian inquietudes, todo era paz y tranquilidad de espíritu, y como observaba el gusto con que vivian los religiosos en medio de su observancia y de la puntualidad con que los obligaba á asistir al cumplimiento de los deberes de su estado, les solia decir algunas veces: *Ved, Padres mios, cómo ha sido acertado el que haya obedecido y aceptado el oficio de subprior. Gocen, pues, de los frutos de la santa obediencia y saquen de aquí los que no son obedientes y sujetos á sus prelados los bienes espirituales que pierden respecto de todos los temporales; ciertamente no merecen estos el nombre de tales bienes, que injustamente tienen usurpado.* Entró de provincial el P. Mtro.

BIBLIOTECA PROVINCIAL DE BURGOS

Fr. Luis Cornejo por el año 1621, y lo primero que hizo fué sacar del convento de Arequipa al P. Fr. Salvador para que fuese prior del de la Magdalena de Lima, que ya otra vez habia gobernado. Tomó su posesion ejecutando el oficio áun con más puntualidad que la vez primera, con tanto beneplácito de sus súbditos, que todos estaban contínuamente dando gracias á Dios por verse gobernados de quien no sabia usar de la superioridad del oficio más que para ser hermano y padre de cada uno; pero les duró muy poco aquella satisfaccion, porque á los pocos meses se le presentó una afeccion asmática, para cuyo alivio le mandaron los médicos mudarse de clima, viéndose precisado á renunciar el oficio en manos del provincial; y por su mandato, habiendo de pasar á la sierra, fué por cura del pueblo de Chupaca, en el gran valle de Jauja, dejando un recuerdo eterno en aquellos naturales su virtud y loables costumbres. Todo el dia estaba recogido en su retrete orando ó estudiando, y nunca salia de allí sino á decir Misa, asistir á la doctrina cristiana, que se explicaba á los indios tres veces por semana, predicar y administrar los santos Sacramentos, visitar los enfermos, y si morian, darles sepultura, volviéndose á su retiro terminados todos estos ejercicios. En esta localidad ejercitaba su gran caridad con sus prójimos, porque como el pueblo era muy numeroso, habia muchos viejos é impedidos que no podian trabajar para ganarse el sustento, y el celoso pastor mandaba prepararles una grande olla, y todos los dias, á la hora de comer, se tocaba la campana y acudian á su puerta todos los pobres del pueblo, y por sus mismas manos les repartia á todos el alimento dispuesto, dándoles en vez de pan buena cantidad de mote, que así llamaban los indios al maíz cocido á que estaban acostumbrados. Despues que comian les hacia decir las oraciones y la doctrina cristiana, despidiéndolos luego con cariñosas palabras, advirtiéndo sabia muy bien su idioma, exhortándoles á que llevasen sus trabajos con cristiano sufrimiento, y que haciéndolo así tendrian seguro el premio de sus fatigas.—Se conducia con el mayor desinterés, pues aunque le correspondian muchos derechos por la administracion de su oficio, infinitas veces no los queria recibir, ó se limitaba á tomar muy poco ó solamente lo que le parecia suficiente para sus escasos gastos. Convaleció de su mal con la mudanza de aires y de temple, y sabiéndolo el provincial le volvió á traer á Lima, donde le nombró prior segunda vez en el convento grande del Rosario, que gobernó algunos meses; en este corto tiempo mandó hacer las dos imágenes de escultura de Sto. Domingo y de Sto. Tomás de Aquino, siendo de lo más primoroso que posee Lima, y que pudieran estimarse mucho en Europa y áun en Roma, rivalizando con sus mejores estatuas de mármol, obra del famoso escultor á quien llamaron el Montañés, y de quien es tambien el Sto. Cristo de los Aliagas, de quien viene hecha

referencia, y de otras muchas que hay en Lima en sus templos, que son prodigios del arte. Siendo prior del convento de Lima esta vez, recibió de mano del provincial el P. Mtro. Fr. Luis Cornejo, el grado de presentado á título de predicacion á que le promovió, no solo sin diligencia, sino tambien sin noticia suya, el Rmo. P. general Fr. Serafino Sico de Pavia, y recibióle con tanta humildad, que dejó edificado á todo el convento que asistió al acto, sacando el siervo de Dios del nuevo grado, en vez de presuncion y altivez, mucho mayor esmero en su estado y obligaciones. Por este tiempo fué cuando se verificaron los trastornos que produjo la eleccion del P. presentado al provincialato de aquella santa provincia, pues estando ya convocada para elegir provincial en el convento del Cuzco y muchos capitulares congregados y otros puestos en camino, llegó de España el P. Mtro. Fr. Miguel de Leon, con título de vicario general y con decreto apostólico en que mandaba su santidad Urbano VIII que no se celebrase capítulo hasta el año venidero; notificó sus patentes en Lima, y entónces muchos de los vocales se volvieron á sus residencias sin ir al Cuzco; con todo eso, muchos de los que se hallaban congregados celebraron su capítulo y eligieron provincial al Padre presentado Fr. Salvador Ramirez. El vicario general recien venido declaró por nula y de ningun valor su eleccion, mandándole que se fuese al convento de Arequipa, celebrando en seguida segunda eleccion y capítulo el año inmediato en el convento de Lima, en que salió electo provincial el P. maestro Fr. Luis de Bilbao, y recurriendo los procuradores de ambos capítulos al Rmo. general de la Orden el Mtro. Fr. Serafino Sico de Pavia con autoridad del Papa declaró por subrepticias las letras de institucion del vicario general y de la prorogacion del capítulo, dando por nula la eleccion del P. Mtro. Fr. Luis de Bilbao, y confirmando la del P. presentado Fr. Salvador Ramirez. Cuando el siervo de Dios se despidió de los Padres del convento de Lima para ir al capítulo del Cuzco, les pedia con todo encarecimiento le encomendasen á Dios y le pidiesen el acierto del capítulo. Salió de Lima en prosecucion de su viaje, acompañado de un religioso sacerdote y de otro lego, que cuidase del gasto y necesidades religiosas del camino, y en llegando al convento de Huamanga descansó algunos dias, si puede llamarse descanso del cuerpo lo que era fatiga tan penosa con su contínua austeridad. De aquí salió á visitar el santuario de nuestra Señora de Cocharcas, imágen milagrosa, devota y muy buscada en la iglesia de un pueblo de este nombre. Allí estuvo cuatro dias recogido y en silencio; decia Misa en su altar, y ántes y despues de decirla gastaba en oracion muchas horas; y andaba tan embebido en sus buenos ejercicios, con la gran devocion que tenia á la Reina de los ángeles, y el mucho amor que cobró á esta sagrada imágen, que no trataba de pasar adelante, ni lo intentára si sus compañeros no le advirtieran

instaba hacer el viaje para llegar á tiempo del capítulo, y despidiéndose de la soberana imágen con muchas lágrimas, siguió su camino para el Cuzco. Desde que salió de su convento de Lima no se desayunaba sino cada veinticuatro horas, y esto con manjares cuaresmales; llegó al convento de Santo Domingo del Cuzco, y porque le visitaron todos los caballeros y personas principales de la ciudad, y se halló obligado á pagarles las visitas; cuando se ponia la capa para estos cumplimientos, decia: *¡Dios mio, quién se viera apartado totalmente del trato y comunicacion de los hombres, y á solas, solo con Vos, para no andar en estos cumplimientos y ceremonias de mundo, que me quitan la vida! pero ya que no pueda ser otra cosa, no demos á nadie ocasion de queja; vamos y salgamos de una vez de estas visitas.* En este capítulo fué electo provincial de su provincia, como está dicho, unánimemente por todos los vocales; pero no la gobernó hasta dos años despues, en que confirmó su eleccion el Rmo. general. Estos dos años los pasó en el convento de S. Pablo de Arequipa, retirado en una celda, y enteramente entregado á ejercicios de oracion y contemplacion; ordenándose los sucesos de tal manera que el P. general, sobre haberle confirmado por sus letras patentes de 21 de Febrero de 1627, á mayor abundamiento con autoridad apostólica del mismo pontífice Urbano VIII, dada á 30 de Julio del año ántes de 1626, le ensalzó de nuevo, como si no fuera electo en el oficio de provincial, disponiendo que los cuatro años de su provincialato comenzasen á contarse desde el dia en que sus letras le fuesen notificadas, y en su virtud tomase la posesion del oficio. Llegaron los despachos á sus manos y los leyó con mucha serenidad, sin mostrar alteracion en el rostro ni dar señal exterior de la alegría que otro tuviera; ántes envió á llamar al superior del convento, y le mandó que no se moviese ruido, ni se hiciese ninguna demostracion, ni se tocase la campana, ni se celebrase, no saliendo el convento de su paso acostumbrado atendiendo á su persona, ni con sus compañeros se hiciese gasto alguno particular. Empleó algunos dias en dar gracias á Dios por haberse servido aclarar las dudas que acerca de los gobiernos existian en la provincia; y publicando la visita de aquel convento, la concluyó en breves dias, y se dispuso á salir á visitar los demás de la provincia. Hacia su viaje sin repuesto, regalo ni otra pretension para su conveniencia; no reparando en frios ni en soles, caminaba ayunando y comiendo los manjares acostumbrados en la Orden; durmiendo entre dos frazadas y portándose en el camino como si estuviera en la celda más retirada de un convento reformado. Llegó al de Pomata, donde se sintió achacoso, pero sin embargo le visito. Pasó al convento de S. Jacinto de la ciudad de la Paz ó Chuquiabo, adonde llegó tan pobre que no tenia con que pasar adelante, prosiguiendo la visita. Y sabiendo esta falta el señor obispo de aquella ciu-

dad, que lo era el Ilmo. D. Pedro de Valencia, le socorrió liberalmente con la limosna de seiscientos reales de á ocho, con cuyo auxilio salió de la ciudad de la Paz. Caminadas dos jornadas llegó á un pueblo de indios que llaman Calamarca, adonde se confesó con su compañero el P. presentado Fr. José Ortiz, y dijo Misa derramando muchas lágrimas. Y este mismo dia, á las cuatro de la tarde, comenzó á quejarse del estómago, diciendo que un flato le tenia cogido y atravesado. Allí no habia médicos ni botica, y tuvieron que reducirse á aplicarle algunos remedios caseros. El padecimiento era superior á aquellos improvisados auxilios, que ántes bien agravaban su padecer; sufria tales dolores el siervo de Dios, que al compañero le pareció urgente el volverle á Chuquiabo, donde habia convento de la Orden, médicos y medicinas, á cuyo fin mandó preparar una especie de litera, que los indios llaman *huando*, y en hombros de los mismos le sacó de Calamarca para trasladarle á la Paz. Pero apénas habian caminado dos leguas, cuando llamó al compañero y le manifestó que no podia pasar adelante, y que le llevasen á la estancia más cercana que se hallase; ántes de decidirse, estando todos parados en el camino, de pronto prorumpió en estas palabras: *Bueno es haber procurado vivir bien para este tiempo.* Se encontró lo que deseaba, y estándole desnudando para acostarle en su cama, repitió dos veces el verso del salmo CXVIII. *Bonitatem fecisti cum servo tuo, Domine, secundum verbum tuum*; y pasando adelante añadió *in pace*, manifestando con esta palabra que la merced que el Señor le hacia era el concederle el morir en paz, que era lo que siempre solia pedirle en vida cuando se hallaba en medio de sus mayores trabajos. Faltándole por momentos los pulsos y las fuerzas, tomando incremento todos los síntomas y accidentes, hacia conocer la prisa con que iba caminando al paradero comun de los mortales, y viéndole en aquel estado el compañero le dijo: «Padre nuestro, dispóngase vuestra Reverencia, porque sin duda se le acerca la muerte.» Oyóle sin sobresalto, y con mucho reposo y sosiego le respondió: «P. compañero, mucho tiempo há que me estoy disponiendo para esta hora.» Y viendo llorar á los religiosos que iban con él, les consoló con decirles: «¿De qué lloran, Padres y hermanos mios? Yo no voy á caer en manos de mis enemigos, sino en las de un buen amigo y buen Dios; no lloren, pues ántes deben darme el parabien.» Le pusieron en las manos un santo Cristo de indulgencia, muy devoto, que llevaba consigo, y asiéndole con ellas fuertemente, derramando muchas lágrimas, le dió el alma, quedando con los ojos abiertos, limpidos y trasparentes. Ocurrió su muerte el dia 2 de Diciembre del año de 1627, siendo de edad de cincuenta y dos años; le amortajaron con sus hábitos, y como mejor pudieron le llevaron á la ciudad de Chuquiabo; y por hallarse á la entrada el convento de S. Francisco le depositaron en el mismo, hasta que se pro-

porcionase el llevarle á sepultar en el suyo. Los religiosos le recibieron con mucho sentimiento, obrando por el difunto mil finezas, que manifestaban la estimacion en que le tenian, y ser hijos verdaderos de aquel serafin humanado. Estuvo expuesto el cadáver el tiempo de costumbre ántes de darle sepultura, y á la hora competente se juntaron los dos cabildos eclesiástico y secular, el clero, las religiones y todo el pueblo, y tantos indios de las poblaciones vecinas, que no cabian por las calles que recorrió el entierro. Era admirable oir los gritos y lamentos con que todos le aclamaban por santo y amigo de Dios. Le llevaron en sus hombros los prelados de las religiones, y al llegar á su convento le salieron á recibir sus religiosos, que le tomaron y llevaron, aunque con mucha dificultad, por el gran concurso que casi era impenetrable; le colocaron en la capilla mayor de su iglesia sobre un religioso túmulo que tenian ya dispuesto, rodeado de mucha cera encendida, y acabados los oficios, entre las voces confusas del pueblo y la música del último responso, le dieron sepultura sobre las gradas del altar mayor al lado del Evangelio. En seguida entre el prior del convento y su compañero hicieron el inventario de sus alhajas, y se hallaron dos petacas (así llaman á ciertas cajas ó cofres, forrados de piel de toro sobre un tejido de cañas). En una de ellas no habia más que papeles de la provincia y algunos cuadernos de sermones manuscritos de los muchos que habia predicado el siervo de Dios durante su santa vida; la cerraron, y abriendo la otra solo hallaron un hábito viejo, una túnica de estameña, unos calzones, un jubon y unas medias de lo mismo, una cruz de hierro, unas disciplinas de cadenillas del mismo metal, sin otra cosa alguna de valor; disponiendo el Señor que pareciesen despues de su muerte estos fieles testigos de su pobreza, y estos duros instrumentos de su penitencia y mortificacion, para que unos y otros fuesen mudos pregoneros de sus ilustres virtudes. Pasados algunos meses, el Padre Fr. Rafael Ramirez, su sobrino, con licencia de los prelados, trasladó el cuerpo de su bendito tio del convento de la Paz al de S. Pablo de la ciudad de Arequipa, patria suya, adonde está sepultado honoríficamente, habiéndole hallado cuando le descubrieron con la lengua tan fresca, de tan buen color é inalterable como cuando vivia, juzgándose providencia de Dios, para mostrar cuán agradable órgano habia sido á sus ojos la lengua de aquel varon, empleada en sus alabanzas, tanto en el coro como en el oficio de la predicacion á los indios y españoles que ejerció apostólicamente. Sábese que el Señor obró algunas maravillas por su siervo despues de su muerte. Toda la provincia, en cuanto se difundió la noticia de su muerte, prorumpió en grandes elogios de tan virtuoso varon. Todos los historiadores que hablan del Perú, y de sus ilustres varones en observancia y fama de virtudes, hacen especial memoria del siervo de Dios el P. Fr. Salvador Ramirez. — A. L.

SALVADOR DE RIVERA (P. Mtro. Fr.), religioso dominico, natural de Lima, hijo legítimo de Nicolás de Rivera y de Doña Elvira Dávalos. Siendo muy jóven tomó el hábito de la religion y profesó en el convento grande del Rosario de la misma ciudad, siendo prior el Ilmo. D. Fr. Alonso de la Cerda por el año de 1567, estudió en Salamanca, llevándole consigo cuando dió la vuelta á España, el vicario general Fr. Diego de Osorio; leyó artes en S. Pablo de Sevilla, y vuelto á Lima, la sagrada teología en su nativo convento; fué catedrático de la misma en la Real universidad de S. Marcos, prior de Lima, y murió siendo obispo de la ciudad y obispado de S. Francisco de Quito. Este ilustrísimo religioso fué electo provincial en el año de 1584. En el capítulo provincial celebrado en 1594 fué electo por segunda vez provincial, sucediendo al Mtro. Fr. Agustin de Montes. Despedido el capítulo provincial se dedicó con el mayor celo al gobierno de su provincia y ejecucion de sus actas, saliendo desde luego á sus visitas y dando una vuelta á todos sus conventos, en la que gastó el espacio de dos años, hasta el de 1596, en que convocó y celebró en el convento de Chincha una congregacion intermedia. Terminada esta, repitió segunda visita recorriendo toda la provincia con maravilloso ejemplo, sin dejar convento ni doctrina que personalmente no visitase, contribuyendo con su presencia á la mejor observancia, y alentándose los religiosos con el cariño y vigilancia de su superior. En todos los conventos de la provincia hizo obras admirables, pero donde empleó el resto de su cuidado fué en el convento de Lima, en que las hizo heróicas y singulares. Acabó de todo punto la iglesia, construyendo su mayor parte desde el arco que está despues de la capilla de S. Juan de Letran hasta el coro, cuya cubierta de cedro, con bellísimos adornos sobredorados, es obra de su celo, porque el cuerpo de la iglesia estuvo hasta entónces indecorosamente cubierto de esteras. Dobló el claustro principal de galanas y fuertes galerías, y en lo interior del convento hizo obras muy famosas, muy necesarias, así para su mayor lustre como para proporcionar vivienda á los muchos religiosos de que se iba poblando, de modo que en su tiempo todo tomó aumento, así en lo temporal como en lo espiritual, porque el coro se asistia, la iglesia se frecuentaba, la observancia florecia y los estudios se adelantaban y todo andaba en regla, debido á los desvelos y zelo de aquel provincial. Gobernó sus cuatro años con mucha paz y satisfaccion de todos, acabando su oficio en el de 1598, y hallándose vacante el priorato de Lima, le eligieron por prior, continuando en sus obras con afan y maravilloso zelo hasta el año de 1599, en que haciendo dejacion del priorato, pidió licencia para pasar á España, y conseguida, fué este su cuarto viaje. Conocian ya en España sus grandes prendas, y con el nuevo puesto de provincial que acababa de tener y ejercitar tan brillantemente, y cuya fama llegó al Real Consejo,

en cuanto le tuvieron en la corte el rey y los consejeros juzgaron debian honrarle y premiar sus grandes méritos con una mitra, como lo hicieron presentándole á Su Santidad para la iglesia de Quito: obtuvo luego las bulas y pasóse á su obispado, en que vivió algunos años y murió siendo sepultado en su iglesia catedral. —A. L.

SALVADOR Rodriguez (P.), jesuita portugués, natural de Lisboa, entró en la Compañía en Coimbra á 4 de Enero de 1549, á la edad de treinta y cuatro años. Las pocas noticias que de él nos han quedado se hallan en la siguiente relacion del P. José de Anchieta, célebre misionero. En el año de 1550 vinieron de Portugal al Brasil cuatro Padres, tres de los cuales han fallecido ya. El primero, que es el P. Salvador Rodriguez, fué hombre de mucha sencillez y obediencia. Partiendo el P. Manuel de Nobrega de Bahía para S. Vicente, le dejó enfermo y le mandó que no muriese hasta su regreso. Recibió esto como precepto de obediencia, y hallándose despues á la muerte, le parecia que no podia morir contra este mandato, hasta que el P. Luis de Grau le quitó el escrúpulo, y le dijo que podia muy bien morirse, porque le dispensaba de aquella obediencia, y con esto decidió morir con mucha alegría. Era sacerdote, y sin embargo quedó bajo la obediencia del hermano Vicente Rodriguez, y el Señor le dilató la vida hasta que llegó el P. Luis de Grau con sus compañeros para suplirle. Era muy devoto de la Asuncion de nuestra Señora, tanto que siempre confundia la Asuncion con la Ascension, y aunque le avisaron muchas veces, confundia los vocablos por la mucha devocion que á aquel misterio tenia, y así quiso nuestra Señora llevárselo en el mismo dia, porque despues de estar veinte en cama con mucha paciencia, recibidos todos los sacramentos, espiró á la media noche del dia de la Asuncion del año 1553. Fué el primero que murió en la Compañía en el Brasil. —S. B.

SALVADOR Rodriguez de la Fuente (V. Dr.), presbítero de la Congregacion del Oratorio en Méjico, y su prepósito despues. Varon ilustre de austero y grande espíritu, dice el biógrafo del P. Arellano, fundador de la referida congregacion. Varon, añade el autor de la vida del V. P. Barcia, de muy aprobada virtud y de grande estimacion para el P. Domingo Perez Barcia, quien solia decir de él (era el Padre muy pequeño de cuerpo) que era como un pequeño cofrecito donde estaban encerradas varias piedras preciosas y otras preseas de gran valor, para dar á entender la hermosura que encerraba de excelentes virtudes, y de que estaba asistido. Ramirez Luque no nos da ninguna noticia sobre la vida de este sacerdote. —S. B.

SALVADOR de S. Pedro de Montefuerte (Fr.), religioso capuchino, y uno de los más esclarecidos hijos de la Orden en la provincia de Mesina, que en su dilatada y ejemplar vida conservó ileso el candor virginal. Esta virtud

empeñó á este varon insigne en el ejercicio de todas las demás, y su corazon, encendido en amor divino, brotaba hasta la boca en llamas tan ardientes, que encendian en el mismo á todos los que llegaban á conseguir su fructuosa conversacion. No alcanzaba con esta sus triunfos con pulidas y escogidas palabras, porque Fr. Salvador solo persuadia con lo que amaba, solo movia los afectos con el que ardia en su corazon. Corria rápida y era universal la fama de sus dones y virtudes, por lo cual no habia enfermo que no le buscase para conseguir la salud, quedando con ella los más sin otra medicina que la señal de la cruz formada sobre la cabeza de los dolientes. Caminando una vez llegó á hospedarse en casa de Octavio Lucifero, morador del lugar de Rometa, cuyo hijo estaba leproso; y habiendo sido uno de los oficios de caridad que entónces se ejercieron con Fr. Salvador, ministrarle agua para lavarse los pies; el padre del leproso, movido de la fama de santidad que corria de tan perfecto varon, ó bien inspirado de Dios, que se la queria manifestar, reservó el agua, y bañando con ella al hijo, le vió en seguida libre de la incurable lepra que le afligia, y seguramente seria casi interminable si se hiciera relacion á todos los casos, tanto de calenturas, cancros, perlesías, como en faltas de vista y otras no conocidas de los médicos, que curó Fr. Salvador con solo la señal de la cruz, llegando el caso de no poderse valer con la multitud innumerable de dolientes que de todas partes acudian á la eficacia de este remedio. Pero aunque esta comun opinion, acreditada con tantas experiencias, publicaba las virtudes y méritos de Fr. Salvador, á quien todos daban nombre y veneracion de santo, el siervo de Dios sacaba del mismo aplauso nuevos motivos de humillacion y de tenerse por más vil en su estimacion cuanto era juzgado por más excelente en la ajena: ocupaba sus venerables canas y respetable ancianidad en barrer la cocina, en llevar agua sobre sus hombros para los ministerios de la misma, y en otros oficios de este género, que daban bien á conocer la altura á que bajando habia subido su espiritual aprovechamiento. Tambien fué viva muestra y ejemplo su paciencia en las adversidades, y un solo caso comprobará la que tenia adquirida el varon de Dios. Hizo un viaje, siendo ya anciano, y llegando á un rio cuyas aguas no se podian pasar á pie, se valió de un jumentillo para este fin. Seguíale un hombre del campo, y queriendo castigar la bestia para que caminase más aprisa, midió tan mal el golpe de un palo, que hirió gravemente á Fr. Salvador en un pie. Viendo pues el rústico el cardenal y la hinchazon, efecto de su inadvertencia, compungido y atribulado empezó á pedir al siervo de Dios le perdonase, el cual sonriéndose le respondió: «No te aflijas, hijo, que no me ha venido este golpe por tu pecado, sino por la voluntad de Dios, y así es preciso tolerarle con resignacion y alegría.» Pero qué extraño es que así resplandeciese la pacien-

cia y la castidad en los mayores años de este insigne varon, si de estas dos virtudes echó especialísimos fundamentos en la flor de su mocedad, áun ántes de entrar en la religion, porque á los veinte años de su vida, habiendo sido calumniado de un falso y escandaloso crímen, estuvo tan léjos de turbarse ni decaer su constante ánimo, ni de solicitar la venganza á que le pudiera inclinar la injusticia de su enemigo, que solo se ocupaba en dar gracias á Dios de que le hubiese librado de cometer lo que en la voz comun tenia lastimado su crédito. En la misma edad por sí expuesta á los desórdenes del apetito, le supo refrenar con tan admirable teson, que no solo huia de los bailes, convites y comunicacion con jóvenes locos, sino tambien de todo trato con mujeres, áun el más lícito, para que ni por la imaginacion le pasase pensamiento opuesto á la castidad. La vigilancia con que siempre defendió en sí esta heróica virtud, mereció conseguir una especial gracia de Dios, pues en ocasion alguna en que le puso la caridad y oficio de predicador de tratar con mujeres, nunca sintió ni áun aquellos involuntarios movimientos de impureza que suelen padecer los más ajustados varones. Habiendo, pues, caminado Fr. Salvador hasta la última ancianidad, gimiendo por salir del destierro humano, acabó en paz para vivir, como piadosamente puede creerse, entre inmortales luces de gloria, en el año de 1617.—A. L.

SALVADOR DE SOTOMAYOR (P.), jesuita portugués. Nació en Evora de padres nobles, que fueron el Dr. D. Gerónimo Gonzalez de Almeida y Doña Isabel de Valladares. Era pariente cercano de S. Antonio por la línea de los Bulhoens, y su abuelo se llamaba Fernando Rodriguez de Bulham. Antes de pertenecer á la Compañía era ya muy devoto de nuestra Señora. Sabia bien las letras humanas, y habia copiado de su letra, que era muy buena, las obras de Ciceron, en que estaba muy versado. Entró en la Compañía en la casa de S. Roque de Lisboa en 25 de Febrero de 1577, teniendo la edad de diez y ocho años; fué á terminar su noviciado á Evora, cuando se suprimió el de la casa de S. Roque á consecuencia de la peste del año 1579. En la Compañía procedió muy ejemplarmente. Sus exhortaciones hicieron que entrasen religiosos muchos estudiantes, y no pocos de ellos en la Compañía. Fué sustituto en Lisboa de una clase en que estudiaba D. Juan de Alencastre, hijo del comendador mayor, y con su afabilidad y buen ejemplo le hizo cobrar tal aficion á la Compañía, que hubiera entrado en ella si su madre, teniendo noticia de este intento, no le hubiera apartado de él. Fué muy amigo del P. Diego Monteiro, y ambos con santa emulacion iban á Coimbra á hacer penitencia en las cuevas, que existieron por mucho tiempo despues en la casa del colegio, cuyas concavidades y soledad eran muy á propósito para imitar la penitencia de los Padres del yermo, que tanto imitaron los pri-

meros jesuitas portugueses, haciendo allí oracion y castigando sus cuerpos. La grande amistad y continuas conversaciones que con el P. Monteiro tuvo el P. Sotomayor, influyeron mucho en la aficion que manifestó desde entónces á la penitencia. En Coimbra le levantaron un horrible falso testimonio, que refiere la Crónica de esta manera: «Era rector del colegio el P. Nicolas Pimenta, cuando el P. Sotomayor confesó entre otros á un estudiante de poca edad y buen parecer, con el cual tenia amistad de muy mal género un estudiante de la universidad. Este para engañarle mejor le habia dado una bolsa llena de dinero. Confesóse el estudiante, y le dijo fielmente lo que pasaba y la bolsa que tenia en su poder. El Padre, para apartarle totalmente de aquel mal trato, le pidió la bolsa para con el dinero hacer limosnas á los pobres. Vino en ello fácilmente el confesado, porque estaba contrito. Entregó la bolsa al Padre, el cual yendo á su celda la puso encima de la mesa y la dejó allí cuando fué á la clase. Viendo el agresor que el otro se retiraba de su amistad, hizo por saber la causa de su desvío. Le refirió que se habia confesado con el P. Sotomayor, y que le habia dicho que le entregase la bolsa. Oyendo esto decidió vengarse del P. Sotomayor. Vase al colegio, manda llamar al P. rector, se queja del P. Sotomayor diciendo que tenia amistad con aquel estudiante, y que en su celda se encontraria una bolsa con tales señales que le habia dado el jóven para recuerdo suyo. Pareció esto una fábula al P. rector por saber muy bien lo que la Compañía tenia en el P. Sotomayor; sin embargo, fué á la celda del Padre y en efecto encontró la bolsa. Volviendo el Padre de la clase le mandó llamar, y le hizo preguntas en órden á este caso. Comprendiendo el Padre de lo que se trataba, contestó que era cosa de confesion, que no podia hablar sin licencia del penitente, que le diese tiempo para verse con él y despues daria razon de todo. Obtenida la licencia llamó al confesado, y con su beneplácito le descubrió el peligro en que estaba por causa suya, y que tuviese á bien dar su consentimiento para dar cuenta de lo que pasaba al P. rector. El mismo estudiante fué á decírselo todo al P. rector, quien quedó muy desconsolado, y viéndose con el criminal, le extrañó su falta reprendiéndosela como merecia.» Bastaba este caso para no dar más crédito á dichos de seglares contra este buen Padre, á quien sus costumbres libraron de las malicias que le imputaron; pero Dios tiene muchos medios para llamar á los hombres, á unos llama por caminos suaves, á otros por caminos llenos de desabrimiento, y así llamó al P. Sotomayor permitiendo que fuese sin culpa suya afligido en el cuerpo y maltratado en la fama. Refiérese este caso de la siguiente manera: «Estaba el P. Sotomayor en el colegio de Oporto, y siéndole necesario enviar á un hombre fuera, le descolgó por el muro de la casa por una escala de cuerda por ser tiempo de peste. Fué visto ó sentido de un mulato, que debia tener

mala voluntad al Padre; aquel, ó por figurársele así, ó por vengarse de algun agravio que creeria haber recibido del Padre, fué á delatarle al P. rector Luis de Moraes, diciéndole que el P. Sotomayor habia salido fuera de la casa. Tales colores dió á esta maldad, que el P. rector envió luego aviso al Padre provincial Cristóbal de Gouvea, como de un caso atroz, y tal fuera si hubiese sido verdad. Fué enviado luego á Coimbra, y allí encerrado en un calabozo con la estrechez que el caso, siendo verdadero, merecia. Sintieron esto mucho sus parientes, en especial Fr. Luis de Sotomayor, de la órden de Sto. Domingo, lector de Sagrada Escritura en la universidad, y su hermano Fr. Felipe de Sotomayor, el cual partió luego á Roma para obtener dispensa del Papa en órden á que el P. Sotomayor pasase de la Compañía á la religion de Sto. Domingo, cosa de que se hallaba este muy distante por tener mucho amor á la Compañía. Pero este religioso, ántes de llegar á Roma, falleció en Rouen, en Francia. Despues de estar algun tiempo preso en aquel calabozo con el mayor rigor, fué enviado á la residencia del Canal. Teniendo Gerónimo de Almeida, hermano del P. Sotomayor, noticia de lo que pasaba, como hombre de valor que era, pues habia militado muchos años en la India, hallándose entónces casado con una hidalga llamada Doña Juana de Atayde, de la casa de Castanapa, sabiendo pues la prision de su hermano, luego que pudo arreglar sus negocios fué á Coimbra, llevando consigo únicamente un negro. Informóse y supo que su hermano estaba en el canal; como no sabia la tierra se fué por el campo abajo, camino de Montemayor, sabiendo el paraje donde estaba, dejó el negro y caballo en casa de un labrador. Llegado á orillas del Mondego, siendo ya de noche, preguntó por la barca del canal para que fuese á pasarle; pero estaba en la ribera del rio atada con una cadena; viendo que no la llevaban, pasó el rio á nado, rompió la cadena y volvió con el barco á coger sus vestidos y espada. Pasando el canal con la espada debajo del brazo fué á llamar, siendo ya de noche, á la puerta de la casa de la Compañía, fingiendo ser un mercader que iba á comprar trigo. Preguntándole dónde habia pasado el rio, contestó que en el barco, lo que no podia creer el mozo; pusiéronse á disputar sobre este punto hallándose en un corredor bajo, y el P. Sotomayor, que estaba encima, conoció la voz de su hermano, bajó luego y se abrazaron ambos. Creció entónces la admiracion de todos, y se descubrió que eran hermanos, y despues de manifestarle su compasion y hacerle muchos ofrecimientos, se volvió donde estaba el negro con el caballo. El superior de la residencia dió luego parte de este suceso al colegio. El P. Sotomayor se hallaba muy indispuesto ya á esta sazon, y el P. rector le mandó se retirase al colegio, así por la indisposicion, como por el temor de que su hermano, que era poderoso y arriesgado, no hiciera alguna locura. Cuando habló

en aquella ocasion con el Padre, se ofreció para matar en Oporto al mulato que era origen de aquella desgracia, y lo hubiese hecho si el Padre no le hubiera convencido de lo contrario. Reveló Dios al P. Sotomayor que habia llegado el fin de sus dias. En el colegio dijo el dia en que habia de morir. Pareció esto á todos cosa de sueño, y en particular al médico, que aseguró no tenia ni una señal de fiebre, á lo que le contestó el Padre: *Sr. Doctor, esto se gobierna por otras reglas superiores, pues mañana no estaré ya en este mundo.* Despidióse el médico creyendo que todo eran suposiciones de una triste imaginacion, y cuando llegó la noche se despidió el Padre de los que le acompañaban sin manifestar señal de dolencia grave y mucho menos de muerte. Al dia siguiente, que era el 28 de Octubre, dia de los Santos Apóstoles San Simon y Judas, yendo por la mañana con un Padre á su celda, le encontró muerto. Fué su muerte en 1600, sintiéndolo todos mucho, porque todos le amaban en gran manera en el Señor, y se afligian de sus padecimientos. Quedó su rostro con tan buen color que no parecia estar muerto. Entónces descubrieron sus confesores la bondad de su vida é inocencia, porque habia padecido tantos trabajos como verdadero imitador de aquel Señor que siendo la misma inocencia murió como malhechor en una cruz.—S. B.

SALVADOR DE TISA (Fr.), religioso lego capuchino de la provincia de Zaragoza, del reino de Sicilia. Su nacimiento fué humilde, pues sus padres eran muy pobres tanto como honrados. En su niñez le ocuparon en guardar unas reses vacunas, procediendo con tal desvelo y solicitud en aquel ejercicio que su amo, obligado al ver su cuidado y diligencia, le amaba como á hijo suyo. Mas como su ánimo no pudiese reducirse á los límites de tan ínfima ocupacion, en cuanto llegó á su noticia el instituto de los religiosos de la Orden Tercera del seráfico P. S. Francisco que residian cerca de la ciudad de Palermo, llevado de su buena fama se fué á vivir en su compañía, y permaneció algun tiempo con ellos hasta que anhelando por más aspereza y austeridad, pasó á la órden de Menores Capuchinos, donde echó tan sólidos cimientos al edificio espiritual con todo género de virtud, que fué objeto de justa admiracion al observar que un jóven criado entre bueyes y en ministerios tan groseros y rústicos, se aplicase con tanta excelencia en la nueva profesion que habia abrazado, á cultivar su espíritu, y aprovecharse tan singularmente en la escuela de la vida seráfica. Para vencer al primer enemigo de los que se encuentran en la carrera espiritual de la religion, que es la carne y sus apetitos, pareciéndole eran insuficientes armas para combatirle los perpétuos ayunos, siendo así que con la abstinencia se doma la concupiscencia, se rinde la altivez, se mortifican las pasiones, se enflaquece y se crucifica el cuerpo con todos sus vicios, para asegurar el triunfo ayunaba estrechísimamente á pan y agua tres dias cada semana.

Las disciplinas que observa la comunidad tampoco le satisfacian, y así no se pasaba dia en que no se azotase con tanto rigor que derramaba gran cantidad de sangre, quedando con muchas heridas, que es la gala y hermosura de los soldados valerosos. A estas juntaba otro sin número de asperezas, haciendo cruel guerra al enemigo familiar y doméstico. Para completar el triunfo le ayudaba sobre manera la contínua oracion en que se ejercitaba frecuentemente y en especial de noche, gastándola siempre en largas vigilias por donde abriéndosele fácilmente el camino para hallar las virtudes, florecieron brevemente juntas en Fr. Salvador una admirable mansedumbre, que no permitia la menor entrada en su ánimo á lo que pudiera perturbarle, una admirable humildad y desprecio propio con que se juzgaba inferior á los más pequeños, una ejemplar paciencia en las adversidades, una notable pobreza en todas las cosas, una sin igual obediencia á su superior, ciega para no inquirir lo que se le mandaba y con mil ojos para ejecutarlo y cumplirlo con perfeccion, una grandísima caridad con los sanos y enfermos, y finalmente una admirable armonía y correspondencia de cuantas virtudes constituyen un varon apostólico, siendo sujeto que causaba general admiracion. Jamás aprendió latin en el siglo, ni áun á leer, porque todos sus estudios se habian reducido á guardar ganado. Pero el ejercicio de la oracion y la divina gracia, que es siempre maestra principal, le hicieron ser, no solamente hombre de letras é inteligente en el idioma latino, sino doctísimo en penetrar las más hondas dificultades de la Escritura, y tan fácil en explicarlas que parecia haber ocupado muchísimos años y mayor diligencia en la profesion de la teología. Tenia miéntras oraba frecuentes éxtasis, como se verificó una vez, entre innumerables que pudieran referirse, en el convento de Gebilmana, donde estando haciendo oracion en la iglesia delante del altar mayor, le vieron los religiosos elevado en el aire largo espacio de tiempo. Era tan devoto de la Madre de Dios, y tan su favorecido, que fué opinion comun en la Orden que le visitaba y hablaba frecuentemente. Rezaba diariamente su oficio el siervo de Dios, y hallándose una vez enfermo en Catania, de manera que no podia rezarle solo, bajaban los ángeles del cielo á ayudarle todo el tiempo que le duró el impedimento de la enfermedad. Además el Señor le favoreció con el espíritu de profecía y el don de conocer los pensamientos íntimos de los hombres, lo cual se comprobó con la mayor certeza en muchísimos casos. Obró el Señor por su siervo muchos milagros y excelencias que extensamente refieren las Crónicas de su Orden, alcanzando en su vida comun fama de santidad, muriendo felicísimamente en Mesina, y obrando Dios por su medio y despues de su tránsito no ménos ilustres milagros: la fama que gozó en vida se continuó y confirmó en la muerte, siendo unos testimonios auténticos y fidedignos de la gloria que poseia con Dios

en el número de sus santos. Siendo verdad pública y establecida, como lo afirmaron infinitas personas con juramento, que ya con los remiendos del hábito, ya con una parte de la piel de la cabeza, que se aplicaron á diferentes enfermos de cuartanas, tercianas y calenturas contínuas, sanaron al punto de sus dolencias, para que fuese notorio á los presentes y venideros que las virtudes y excelencias de los siervos de Dios estan tan léjos de morir y desaparecer en su tránsito, que ántes más bien consiguen por su medio una preciosa inmortalidad, resplandeciendo más con su muerte y aumentando con mayores señales la gloria divina. Murió este bendito religioso en el año de 1596.—A. L.

SALVADOR DE TURA, agustino italiano, distinguido por sus virtudes y méritos. Entregó su espíritu á su Criador en el convento de S. Salvador de Tura en 1618, asegurándose en muchas relaciones manuscritas que á más de por su santa y pura vida se hizo notable por sus muchísimos milagros. —S. B.

SALVADOR DE VELASCO, presbítero sevillano, estudió humanidades en su patria y principio de derecho en la universidad de la misma. Nombrado colegial mayor en el de S. Clemente de Bolonia, siguió allí sus estudios y se graduó de doctor en cánones, incorporándose despues en el claustro de esta facultad en Sevilla. Pasó á Roma y obtuvo el título de protonotario apostólico y una canongía en la iglesia colegial del Salvador de su patria. Tomó posesion de ella y la sirvió durante algunos años; pero habiendo perdido la vista resignó el canonicato en un sobrino que murió á los veinte dias de poseerle. Quedó con este motivo sumamente pobre y en el mayor desamparo, teniendo entónces ocasion para manifestar su cristiana paciencia. Cuando estuvo en Sevilla el rey Felipe V se presentó á él, y compadecido de su miserable situacion, mandó que se le socorriese á sus expensas. Murió despues del año de 1770, no sabiéndose la fecha á ciencia cierta. Escribió, hallándose en Bolonia, una *Alegacion de alimentis et jure patronatus*. Siendo canónigo: *Compendio de la fundacion del colegio de S. Clemente de los Españoles en Bolonia.*—*Escala prodigiosa representada en la vida de S. Pedro Arbues, inquisidor de Zaragoza.* Estando ya ciego compuso, por último: *Lapidario precioso Albornoniano de la vida y obras del señor Cardenal Albornoz.*—S. B.

SALVADOR VITALIS, religioso franciscano, natural de Cerdeña, escritor distinguido, ilustró la historia de la provincia de Toscana y fué muy apreciado por los duques de Etruria, que admiraban en él su erudicion no ménos que la austeridad de su vida. Dejó muchas muestras de su ingenio, en que segun Wadingo sería de desear más método, una doctrina mejor digerida y un estilo más sencillo, pues muchas cosas aparecen expuestas con grande confusion. Murió en Roma en el convento de Araceli en 1677 en opi-

nion de santidad. Dejó las siguientes obras: *Apodixim sanctitatis et puritatis S. Francisci*; Florencia, por Zenolio Pignoni, 1630, 8.°—*Floretum adversionem in quo de stigmatibus S. Francisco in monte Alvernæ, impressis discerritur*; ibid, per eumdem, 1626, en 8.°—*Theatrum Seraphicum de eisdem Stigmatibus*; per eumdem, 1629, 8.°—*De tribus horis, quibus Christus vivus pependit in Cruce meditationis*; Milan, por los hermanos Malatesta, 1643, 8.°—*Trilegium Viæ Crucis*; Florencia, 1629.—*Annullum regni Sardiniæ partem primam et secundam;* Milan, por Juan Pedro Cardo, 1649, fol., Florencia, 1639.—*Theatri triumphalis Mediolanensis urbis magnalium, partem primam*; ibid, por los Malatestas, 1644, fol.—*De Sacro Monte Alvernæ;* Florencia, 1628 y 1630, 4.°—*Vida de S. Francisco*; Milan, 1645, 8.°—*Santuario de Córcega ó historia de los Santos de esta isla*; Florencia, por Amador Masú, 1641, 4.°—*Vida del Bto. Salvador de Horta*, minorita; Sassari, por Juan Francisco Brito, 1639, 4.°—*Clypæum auræum excelentiæ callaritanæ;* Florencia, 1641, 4.°—*Propugnaculum triumphale in censuras authoris innominati contra annales Sardiniæ*; Milan, 1642, 4.°—*Jesu Militiam Sacram evangelicæ pacis*; Florencia, 1630.—*Defensoria veto Ordinis Patrum Minorum;* un tomo inédito.—S. B.

SALVADOR (P. Antonio). Natural de Tarragona fué este religioso de la Compañía de Jesus. Supo hacerse tanto entre los sabios jesuitas por su privilegiado talento, que le nombraron rector de los colegios de Lérida y de Gerona, en los que se acreditó por su saber, y como varon respetable por su piedad, extremada bondad y sencillas costumbres. Murió este venerable religioso en Tarragona el dia 21 de Julio de 1624. Se conserva de su pluma un sermon de Santa Teresa de Jesus, y segun Marcillo, dejó algunas obras manuscritas que preparaba para la impresion cuando murió.—C.

SALVADOR (Fr. Constantino del), religioso capuchino, sacerdote, natural de un pueblo de su apellido de la jurisdiccion de Mesina, cuya notable vida tomó por asunto desde el principio de su conversion en la Orden, no solo ser libre de toda sospecha de mal, sino adornada del exacto cumplimiento de todo bien, siendo un dechado perfecto de insigne virtud. Era tan afecto á la soledad, que rara vez hablaba con los religiosos, rarísimas con los seglares, y casi ninguna con las mujeres; observando cuando se ofrecia ocasion en que no podia dispensarse de hablarlas, y lo mismo le acontecia con los hombres, el tener la vista fija en el suelo, las palabras tan circunspectas, y la compostura del cuerpo tan ajustada como si estuviera delante de un juez severo y censor riguroso de las costumbres, ó en presencia de un curioso enemigo atento á la calumnia y á la reprension. Porque no ignoraba aquel sabio varon que el siglo es opuesto á los buenos y justos, y el verdadero siervo de Dios lo ha de tratar guardándose de las asechanzas del mismo mun-

do, no ménos que de un contrario sumamente dañoso, considerando á cada seglar como que oculta un escorpion. De su abstinencia maravillosa eran fieles testigos los ayunos perpétuos á pan y agua con que todas las semanas atenuaba su cuerpo tres dias, y perpétuos con tanta verdad, que ni la vejez, ni las enfermedades los interrumpieron miéntras vivió. Este rigor usaba solamente consigo, mas con los novicios, cuyo maestro fué mucho tiempo, aunque los dirigia admirablemente al camino de las virtudes y á la senda estrecha de la perfeccion, procedia con ley diferente de prudencia y de caridad, inclinándose siempre á la parte de la blandura sin faltar á la obligacion de la disciplina. Reinaba en su ánimo una tan perfecta humildad y desprecio propio, que áun siendo guardian decia en el refectorio la culpa con los demás frailes, y mandaba á su confesor que le impusiese la penitencia. Absteníase tanto del deleite de los sentidos, que habia concertado con sus ojos dar un brevísimo espacio al sueño, y lo restante á las vigilias y á la oracion. Así es que se levantaba mucho ántes de los maitines para estarse orando en la iglesia, y en acabándolos jamás se volvia á dormir. De que provenia que como su ordinaria conversacion era con el Padre altísimo de las luces, le resultó en el rostro un resplandor tan celestial, que pasando una vez á su celda un religioso, llamado Fr. Vicente de S. Marcos, para confesarse con él, y mirando los rayos que despedia, espantado se volvió atrás y cerró la puerta. Pero llamándole Fr. Constantino, entró y reconoció más despacio los resplandores que ilustraban la celda, no de otra suerte que si la bañára el sol cuando está más esplendente. Es hecho ciertísimo que Dios le hizo insignes favores en la oracion y en todas ocasiones, de que las crónicas citan muchos ejemplares. El monte Etna, que está junto á Catania, hacia treinta y cinco años que no se le habia observado las grandes erupciones de fuego y de lava que tenia de costumbre. Y siendo entónces Fr. Constantino guardian del convento de Frentano, situado á la falda del monte, dijo un dia á sus frailes lo que se le habia revelado en la oracion con estas palabras: «Mucho ha que el Etna no arroja incendios, mucho ha que calla y se muestra apacible; pero el dia de la Natividad de nuestra Señora abortará ardientísimas llamas, hablará con bramidos horrendos, y bostezará rios de terribles ardores que pongan los ánimos en rezelo de un comun estrago.» Pronóstico que se verificó aquel mismo año en el dia puntualmente anunciado por el varon ilustrado de Dios, con gran daño de los moradores circunvecinos. Construyéndose una cocina en el mismo convento de Frentano, habia en aquel local una piedra tan voluminosa que impedia la continuacion de la obra. Se juntaron doce hombres robustos y de fuerzas para separar aquel estorbo; pero á pesar de sus grandes esfuerzos no pudieron moverla ni hacerla perder una línea de terreno. Pasados algunos dias Fr. Constantino llamó á Fr. Felipe de Ca-

tania y á Fr. Francisco de Lenguagorda, y les dijo con la mayor seguridad y confianza: «Hermanos, vamos á quitar aquella piedra de la cocina y á mudarla á otro sitio donde no estorbe ni ocupe tanto.» Fr. Felipe le replicó, que si hablaba de veras ó se burlaba, puesto que doce hombres valentísimos no habian sido suficientes para conseguir menearla, y que cómo queria que únicamente los tres solos acometiesen aquella empresa. Fr. Constantino dijo entónces, que si les espantaba la piedra por ser tan grande y pesada, y añadió: «Vamos allá confiadamente, que la virtud de la obediencia os la hará ligera. Mas ántes de poner en ella las manos, invocad conmigo devotamente el nombre dulcísimo de Jesus.» Prodigioso y admirable suceso fué el que se siguió, pero verdadero y probado con auténtico testimonio; los dos religiosos con su guardian invocaron con devocion el santo nombre, y en seguida movieron la piedra, y la condujeron á otro sitio bien léjos de allí, con la misma facilidad que si fuera muy liviana y ligera. A la virtud de profecía acompañaba el siervo de Dios el don de curar rápida é instantáneamente los enfermos, en cuya comprobacion refieren las Crónicas bastantes casos en que el Señor ostentó su poder por la intercesion de su fiel siervo. Dos años ántes de su muerte se labró en el convento de Frentano un sepulcro para los religiosos, de cuya obra era sobrestante Fr. Mariano de Randazzo. El siervo de Dios se le acercó y le dijo: «¿Quién piensas, Fray Mariano, que ha de ser el primero que estrene este local, y á quien toque la suerte de enterrarse en este sepulcro?» El preguntado le contestó: «Eso, Padre, preguntadselo á un profeta ó al mismo Dios, que es el que sabe lo porvenir del mismo modo que lo presente.» Bien respondiste, dijo Fray Constantino; pero ten por cierto que he de ser yo el primero que aquí venga á enterrarse. El vaticinio se realizó á los dos años, que fué en el de 1586, sobreviniéndole la postrera enfermedad. Cuando se le acercó la última hora, levantó los ojos al cielo y se quedó sin sentido y como sumergido en un profundo éxtasis, tanto que un religioso, llamado Fr. Maseo, con quien se solia confesar, juzgándole ya muerto empezó á menearle por ver si acaso era un parasismo, con lo cual volvió del rapto, y mirando á Fr. Maseo le dijo: «Perdóneselo Dios, que me ha interrumpido mis mayores delicias y el gozar de un sitio apacible y bañado de luz, adonde brevemente he de ir, que me le estaba enseñando un ángel.» Dicho esto, á muy poco descansó en paz, subiendo á gozar de una vida gloriosa y celestial. En cuanto se extendió la noticia de su muerte, fué tal la devocion y concurso del pueblo en la iglesia de los Capuchinos, que le hicieron pedazos el hábito, cortándoselo para tener cada uno alguna reliquia suya, de modo que fué necesario vestirle otro. Al fin de algunos dias se apareció á un religioso, que le preguntó en qué estado se hallaba su salvacion, á que él dió por respuesta: ¡Oh her-

mano! qué rigurosos son los juicios de Dios, y qué diferentes del sentido y opinion de los hombres! Esto es de manera que las que en la tierra se juzgan virtudes, el Señor, que sabe la verdad de las cosas y las da la medida que han de tener, muchas veces las condena por vicios. Yo por su divina misericordia me he salvado ya y estoy en el cielo; pero he pasado tres dias en el purgatorio, que sin mentir, me han parecido tres mil años segun los tormentos que he padecido. Y si quieres saber las causas de mi detencion en aquel lugar, fué una de ellas haber contraido, sin echarlo de ver, en las prelacías y dignidades que tuve en la Orden, algunas manchas que nunca entendí lo fueran, y haber omitido muchas cosas pertenecientes al oficio de superior, que en el tribunal de Dios se castigan con suma severidad. Otra de ellas fué haber sido más blando y piadoso con los inferiores de lo que fuera razon, ocasionándoles con el exceso de mi mansedumbre (que debiera limitar y regular por las leyes conocidas de esta virtud) á que con el perdon reincidiesen en las culpas que observaban no eran castigadas, siendo esto causa de que entre ellos se introdujesen miserables y punibles relajaciones. Despues de haberle insinuado á aquel religioso tan útiles advertencias y tan laudable doctrina, que debian tener siempre presente los prelados para una direccion más perfecta, desapareció y se volvió á gozar de la divina morada. — A. L.

SALVADOR (Fr. Gaspar de). Sin que tengamos antecedente de la familia ni de los primeros años de este esclarecido religioso, la historia de la órden de Predicadores de la provincia de Portugal nos le presenta como uno de sus más aventajados profesores, hombre de mucha erudicion y de no menor virtud. Sus especiales conocimientos fueron indudablemente en historia, sin que por esto dejára de poseerlos muy profundos en los demás ramos del saber humano que constituyen un hombre verdaderamente erudito y un eclesiástico enteramente á propósito para que se le confien cuantos cargos parezca conveniente poner á su cuidado. Dotado de suma prudencia y observantísimo de las reglas, constituciones y venerandas costumbres de su esclarecidísima Orden, fué citado siempre como modelo, y en tal concepto le fué confiado el importantísimo cargo de educar los novicios para que salieran perfectos, cargo que desempeñó con sumo acierto, y no podia ménos de ser así, pues no eran simplemente teóricas sino prácticas sus advertencias, por lo cual, como es consiguiente, irresistibles. Muchas veces trataron de darle algun cargo importante, pues en verdad mostraba don de gobierno; pero sea porque él lo rehusára, que es muy probable sucediese así, ó sea porque acaso le encontráran más á propósito para el cargo de maestro de novicios, en que iba ejerciéndose; es lo cierto que lo fué muchos años hasta que un acontecimiento particular vino á sacarla de

este oficio para ponerle en otro ni ménos importante ni ménos difícil. Efectivamente, habian de mandar los dominicos de Portugal algunos sugetos que misionáran en las Indias, y fué nuestro buen P. Gaspar el comisionado para dirigir aquella importantísima tarea apostólica, lo cual en verdad fué muy de su agrado, pues siempre puso su conato en buscar la mayor gloria de Dios. Nada diremos del acierto con que previno todas las cosas, proveyéndose, en cuanto le fué posible, de todo aquello que le pareció necesario ó útil; ni nos detendremos en examinar las amonestaciones que en todos los tonos hacia á los que por eleccion iban con él, encomiándoles lo sublime de la obra, pero al propio tiempo aumentándoles las dificultades que para realizarla tenian que presentarse forzosamente, porque esto no le enaltece, toda vez que cuantos sujetos han tenido á su cargo los preparativos de misiones han observado una conducta, que si no es idéntica, por lo ménos es muy análoga, en lo que hemos de considerarle, ya en el desempeño de su cometido, ya en las Indias, donde todo era para él desconocido, y donde tenia que luchar hasta con los elementos, pues el clima, las viandas y todo es enteramente distinto de lo que estaba acostumbrado en Portugal; sin embargo, nada le sorprendió ni le hizo mella alguna al parecer, pues convencido, como lo estaba, de que Dios le queria para el desempeño de tan importante ministerio, todo lo encontraba bueno con tal de que secundase de algun modo los designios de Dios acerca de él. Por supuesto los primeros para disfrutar de sus cuidados eran los indios, y cuando de alguna manera tenia ya satisfechas las necesidades más perentorias de estos, entónces y no ántes se ocupaba de sus hermanos los religiosos, los cuales sin embargo, como veian hasta dónde llegaba la rectitud de su intencion, y cuán eficaces eran sus deseos de que todos ellos, recordando los designios de Dios, se hicieran santos, le ayudaban en su empresa, de manera que á todos admiraba lo que adelantaban en la civilizacion de aquel pais tan salvaje estos pocos hombres presididos y guiados por el P. Gaspar. Por supuesto que nunca dejó la observancia de las leyes de su instituto, ántes por el contrario cuanto mayores eran las fatigas que les proporcionaba la mision, mayor era el conato que ponia en cumplir sus deberes, no fuera que por sus deméritos hiciese el Señor que se frustráran los trabajos de todos aquellos sus siervos. Es indecible el contento que tuvo cuando vió construida la pequeña casa convento en que se albergaron por primera vez como comunidad, así como el júbilo que le cupo cuando algunos indígenas pudieron tomar el hábito del santo Patriarca. Varias veces le mandaron sus superiores á decir si queria venir otra vez á Portugal, mas él no excusándolo nunca, si acaso la obediencia se lo exigia, manifestaba la viva complacencia con que vivia entre aquellos infelices, y el mucho afan que tenia por procurarles allí la salud eterna, en cuya

obra se esmeraba tanto. Así es que allí acabó sus dias lleno de merecimientos, y una inmarcesible corona habrá ceñido su frente, segun hacen presumir sus nada comunes virtudes y el alto concepto en que era tenido entre sus hermanos. Dejó escrita, aunque no se ha publicado, una preciosa *Historia de las Indias y de sus relaciones con Portugal*. —G. R.

SALVADOR (Fr. D. Jaime). Nació en la villa de Cervera, en el reino de Valencia, por los años de 1620; fué hijo de Miguel Salvador, familiar del Santo Oficio, y de Esperanza Cardona, consortes; familias de las más antiguas y distinguidas de la citada villa; y manifestando mucho talento y grande aficion al estudio, le enviaron sus padres á la villa de S. Mateo para que aprendiera la gramática bajo la enseñanza de Mosen Francisco Gabaldá, sujeto muy celebrado y de quien hacen honorífica mencion Rodriguez y Jimeno en sus bibliotecas. Pasó á Valencia á estudiar la filosofía, y á Huesca la jurisprudencia, que concluyó despues en la universidad de Valencia: consiguió mucho crédito por su aplicacion y adelantamiento en dichas ciencias, y movido del digno ejemplo que le dió su tio el Ilmo. Sr. Fr. D. Felipe Marimon, obispo de Ampurias y electo arzobispo de Sacer, pretendió y logró que se le vistiese el hábito de fraile de nuestra Señora de Montesa en 10 de Mayo de 1643; profesó en el año siguiente, y en el de 1647 se le dió el curato de la parroquial de la villa de Albocacer, en cuyo destino acreditó su grande religion y celo, asistiendo á los enfermos de la peste que se introdujo en aquel reino, y socorriendo sus necesidades, no solo con las rentas del curato, sino tambien con las suyas propias, por lo cual se le eligió cura de la encomienda de Silla en 1651; mas no llegó á tomar posesion, porque instruido de su mérito el Sr. D. Felipe IV le nombró en el mismo año por su capellan de honor, haciéndole merced en el siguiente de doscientas libras de pension sobre el arcedianato mayor de Valencia; y en el de 1653 de ciento cincuenta libras de casa y aposento para sí y sus sucesores sobre la receta de Mallorca. Hasta entónces el hospital de nuestra Señora de Monserrat, de la corona de Aragon, habia tenido por administrador á un simple clérigo; pareció al consejo que fuese mayor su representacion para su mejor gobierno; y así en consulta de 7 de Mayo de 1657 expuso: Que S. M. tenia capellanes de honor por la órden de Montesa, que siempre se atendia que lo fuesen los más adelantados, y que seria bien que en adelante se eligiese á uno de los mismos por el administrador de dicho hospital. Vino bien S. M. en ello, y nombró á D. Jaime, que entró en la administracion en 23 de Noviembre siguiente. (Samper, *Colectoría de Misas dicha iglesia de Monserrat vindicada*, impresa en 1694, núm. 18.) Y en 1661 le concedió el priorato de S. Jorge de Alfama. No considerándose sitio oportuno para la curacion de los enfermos el barrio de Lavapiés, donde estaba el referido hospital, acordó S. M.

que se fabricase en la calle de Atocha, casi enfrente del de Anton Martin; y en 21 de Marzo de 1658 se puso la primera piedra del nuevo hospital con asistencia del Consejo de Aragon, acompañándole con capas los tres capellanes de honor D. Mateo Fraso, D. José Valls, y el susodicho. (Samper, ibid. núm. 22.) Fué mucho lo que trabajó en la citada obra, muchas las dificultades que tuvo que vencer y disgustos que se le ocasionaron. Mereció por su gran ciencia y recomendables circunstancias un alto concepto á los señores patriarcas el Excmo. Sr. Vicecanciller del Consejo de Aragon D. Cristóbal Crespi de Valdaura; á los regentes del Consejo de Aragon y á los literatos; y así Samper en su *Montesa ilustrada*, parte IV, núm. 284, le aclama por *excelente jurisperito, celoso de la religion, y digno de mejores puestos.* Y lo reconoció el Consejo, pues habiendo muerto en 21 de Julio de 1678 el Ilmo. Sr. D. José Verge, obispo de Orihuela, se le consultó para este obispado; pero habiéndose interesado eficazmente el arzobispo y virey D. Juan Tomás de Rocaberti por el P. Mtro. Fr. Marcelo Marona, religioso de su Orden, como lo dice el canónigo Prats en su sermon de honras, se dió á este aquella mitra, y aunque por renuncia del mismo hubiera podido obtenerla, lo impidió su muerte acaecida en 20 de Setiembre del mismo año; habiendo tenido la satisfacion de ver concluida la obra del hospital, bendecir él mismo su iglesia con licencia del señor Patriarca en 20 de Abril, y decir la primera Misa en 1.° de Mayo del citado año, con asistencia del Consejo de Aragon. Escribió: 1.° *Historia de la fundacion, traslacion y cosas notables del Real Hospital de nuestra Señora de Montserrat, de la Corona de Aragon*, lo que ejecutó por encargo del Excmo. Sr. Vicecanciller D. Cristóbal Crespi de Valldaura, cuya historia estaba escrita con mucho juicio y crítica; sirvió para que corrigiese Samper algunas equivocaciones en su *Montesa ilustrada;* tenia él mismo el autógrafo, y en lugar de conservarlo en el archivo, lo presentó al rey con dicha obra de Colectoría de Misas. (Véanse los números 7, 13, 55 y 56 de ella.)—2.° *Constituciones para el gobierno de dicho Hospital,* que trabajó de órden del Consejo; y aunque Samper las intitula apuntamientos por no estar aprobadas aún por dicho tribunal; pero hallando que su contenido era conforme á lo que dictaba el derecho, enseñaban los autores y se observaba en este y en otros hospitales Reales, se vale de las referidas constituciones y copia algunos de sus artículos, así en el papel que escribió con motivo de la competencia movida en 1683 por D. Bernardo Pujol, secretario contador del hospital, núm. 9, como tambien en dicha obra de *Colectoría de Misas*, números 126 y 27.—3.° *Discurso sobre competir la jurisdiccion eclesiástica del Real Hospital de Monserrat al Señor Patriarca y no al ordinario, como pretendian algunos que habian acudido con esta solicitud al Consejo de Aragon;* lo presentó al mismo, el cual con-

formándose con su dictámen, acordó en 27 de Abril el decreto siguiente: *Corra esto que toca á la jurisdiccion del hospital de Aragon, como hasta aquí* (que era ejercerla el Sr. Patriarca), *y si entre el Sr. Patriarca y el ordinario se moviere algun pleito, seguirá su justicia.* Samper tenia este discurso escrito de mano del autor, y lo presentó al rey con dicha obra *Colectoría de Misas.* (Ibid., núm. 55, nota *T*, núm. 57, nota *C.*)—A. L.

SALVADOR (Fr. Pablo), religioso franciscano natural de Nápoles. Floreció en el siglo XVII, distinguiéndose mucho por su ciencia y virtud. Miembro de una familia ilustre, su educacion fué correspondiente á su cuna, y sus estudios todos los que en su siglo se daban. Sus padres, deseosos de sus adelantos, le proporcionaron los más afamados maestros, y él procuró corresponder á sus sacrificios con su aplicacion y laboriosidad. Hallábase dotado de no vulgar ingenio, y sus adelantos fueron tan rápidos como no podian ménos de esperarse de quien se hallaba adornado de tan buenas cualidades. Así es que en un breve periodo fué elegido por sus mismos profesores para sostener los actos públicos que entónces se verificaban en las universidades, lo que hizo con muy buen éxito mereciendo grandes aplausos. Su familia quiso dedicarle á alguna de las carreras del estado en que le esperaba un brillante porvenir; pero él prefirió retirarse al claustro para seguir la vocacion que sentia en su interior y que le llamaba á vivir entregado á ejercicios de piedad. Llevó á cabo su propósito, y desde aquel momento, entregado por completo á sus inclinaciones, se le vió avanzar paso á paso por el camino de la perfeccion. No habia ejercicio, por difícil y penoso que fuese, á que no se entregára con particular predileccion, siendo la admiracion de los religiosos más antiguos, que veian en él un modelo de virtudes y un sujeto llamado á dar á su Orden grande lustre y esplendor. Sus superiores le obligaron á que se consagrase á la enseñanza, lo que hizo por obediencia; pero deseando el momento en que se le libertára de tan pesada carga. Entónces fué cuando compuso la única obra que de él nos es conocida y que manifiesta sus vastos estudios y buena instruccion. Despues de haber pasado algunos años en este ejercicio, se le permitió por fin volver á sus prácticas favoritas, y desde entónces, viviendo solo por Dios y para Dios, continuó entregado á penitencias, devociones, ayunos y vigilias, hasta que pasó á mejor vida, no sin dejar opinion de santidad. Escribió una obra, única por que nos es conocido, con el título: *Compendio de toda la Gramática;* Trani, 1650, en 8.°—S. B.

SALVADOR (Vicente Agrait y), natural de la ciudad de Valencia, maestro en artes, y doctor en sagrada teología. Fué dos veces catedrático de filosofía en aquella universidad, en la cual habia recibido los grados. Opúsose al canonicato penitenciario de su metropolitana, que vacó por muerte del

doctor y canónigo Luis Rocamora, y despues obtuvo el vicariato mayor y perpétuo de las iglesias parroquiales de Santa María y Santa Catalina mártir de la Real villa de Alcira. Sus obras son las siguientes: 1.ª *Oracion panegírica en las festivas-aclamaciones que el Rdo. Clero de la villa de Alcira consagro el dia último de los tres festivos á su insigne titular Santa Catalina Virgen y mártir, dia 27 de Noviembre de 1735, con el motivo de haber obtenido el decreto nuevo de la extension de su oficio propio;* en Valencia, por Antonio Bordazar, 1736, en 4.°—2.ª *La Rosa de Alejandría Santa Catalina virgen y mártir, doctora, reina y singular esposa de Jesus;* en Valencia, por el mismo Bordazar, 1739, en 4.° Contiene este libro la vida de la Santa, aunque no á gusto de los críticos.—3.ª *Oracion panegírica en la solemnidad de la canonizacion de los dos gloriosos santos capuchinos S. Fidel de Sigmaringa, protomartir de Propaganda Fide, y S. José de Leonisa, penitentísimo confesor, que consagró el Rdo. clero de la villa de Alcira en su parroquial iglesia, dia 3 de Setiembre de 1747;* en Valencia, por José Esteban Dolz, dicho año, en 4.° Al principio de este sermon hay una relacion de las fiestas de dicha villa, compuesta por un anónimo capuchino.—A. L.

SALVADOR DE ABARCA (D. Antonio). Nació en la villa de Sallent, de una familia ilustre. Tuvo el grado de doctor en derechos. Fué dean de la catedral de Jaca y visitador general de su obispado en 1605. Murió propuesto para la mitra de Segorbe, como refiere el P. Marton en las *Antigüedades de Sallent*, cap. XV, pág. 188, donde tambien celebra su literatura. Dejó escritas algunas obras y libros de erudicion, coordinados con estudioso cuidado, como lo indica el historiador Mendez Silva en la *Poblacion de España*, cap. LVI, pág. 143, col. II. De estos escritos hace asimismo memoria el citado Marton, refiriendo en la pág. 189 la calidad de su linaje, citando unos ms. del cronista Pellicer existentes en el archivo del marqués de Bárboles, que le dan lugar entre las doce casas de la ciudad de Soria, de que escribió el doctor D. Pedro Tutor y Malo en su *Compendio Histórico de las dos Numancias*, pág. 189, y en la 190 copia su escudo de armas de la media luna plateada en menguante con siete estrellas azules, tres en lo alto y cuatro en lo bajo del escudo en campo de sangre.—L.

SALVADOR DE ARELLANO (Fr. Juan), franciscano español de la Orden tercera de la provincia de Andalucía. El autor de la *Biblioteca Universal Franciscana* hace de este personaje un religioso eminente por su ciencia y virtud, sin que podamos asegurar hasta qué punto sean exactas sus noticias. Es muy probable que no debió padecer equivocacion al atribuírsele á su Orden por la circunstancia de ser terciario de ella; pero esto no es suficiente á los ojos de nuestro siglo para que se le juzgue religioso, pues pudo muy bien pertenecer únicamente al clero secular y áun ser lego y pertenecer sin em-

bargo á aquel instituto, en cuyo caso se encuentra el inmortal Cervantes y muchos otros, cuya enumeracion sería demasiado larga. El mismo hecho se nota en el autor de la *Biblioteca Cisterciense*, y en casi todos los bibliógrafos de religiones, que han colocado en sus catálogos á los caballeros de órdenes que de la suya dependian, sin que en realidad se los pueda mirar como religiosos, con tal que se hayan distinguido por alguna obra ú escrito. En cuanto á nuestro Salvador de Arellano solo podemos afirmar que le cita entre sus religiosos el P. Fr. Juan de S. Antonio como autor de una obra única en su género, por lo que es digna de particular aprecio y mencion. Se intitula: *Antigüedades y excelencias de Carmona y Compendio de sus historias*, y se imprimió en Sevilla en 1628, en 8.°— S. B.

SALVADOR Arroyo (Fr. Pedro), franciscano español de la provincia del Sto. Evangelio. Ignóranse las primeras circunstancias de la vida de este religioso, cuyo elogio más bien que su historia, debe llenar las cortas líneas de su artículo. Sábese sin embargo que fué muy distinguido por su piedad, amante de la oracion y de la observancia regular, y dado á todo género de obras meritorias. Sus numerosas penitencias, su constante abstinencia, sus prácticas religiosas le merecen un distinguido lugar en esta obra. Siendo visitador de los terciarios de S. Francisco, recorrió á pie casi todas las casas de su Orden, procurando imitar en su pobreza la de su seráfico Patriarca. Cítanse de ella ejemplos bastante extraordinarios, y que no creemos deber referir en este lugar. A su voluntaria pobreza unia un gran deseo de ser útil á su Orden por cuantos medios estuvieran á su alcance, y aunque estos nunca fueron los mayores, los aprovechó sin embargo y supo hacerlos fructificar de una manera muy honrosa para su nombre, pues no son siempre necesarios los grandes recursos para llevar á cabo muy grandes empresas, que á veces con muy cortos suelen realizarse las que parecen más gigantescas y aventuradas. En este número debe de contarse la fundacion de casi todos los conventos de religiosos, emprendidas por lo general con tan cortos medios, que nos pareceria imposible hoy su ejecucion si no tuviésemos de ello repetidos testimonios, y estos conventos solian ser grandes y admirables edificios, con templos que no ha llegado ni áun á imitar la industria moderna, adornadas de preciosas pinturas y esculturas, enriquecidos con ornamentos y vasos sagrados de oro y plata, y á veces con alhajas de la más preciosa pedreria. Imposible parece, y es exacto sin embargo, que todos ellos fueron obra de la fe, que se comenzaron sin recursos de ningun género, y que se llevaron á cabo por la energía y decision de un solo hombre. Heróicos, pues, debian ser los esfuerzos de semejantes varones, y heróicos fueron los de Salvador Arroyo, que llevó á cabo más de una fundacion de este género, que consiguió consolidarla y contribuir así á la gloria y esplendor de su Orden. A esto de-

bió la suya nuestro religioso más bien que á su único escrito, que consiste en un *Diálogo* á que titula: *Regular del singular privilegio de las Sagradas Llagas de S. Francisco*; Colonia, por Juan Ranero, 1640, en 4.°—S. B.

SALVADOR Y GILABERTE (Fr. Antonio). De una distinguida familia nació en Calatayud. En el convento de la Merced de dicha ciudad recibió el hábito de esta religion, de la que fué maestro de número y de filosofía y teología de la universidad de Zaragoza, cuyas funciones, como las de la oratoria sagrada, ejerció cumplidamente. En 1695 fué electo rector del colegio de su Orden en Zaragoza, y despues socio del general de la misma, procurador general de ella en Roma, vicario general de los conventos de Italia, y por disposicion del rey católico D. Felipe V, comisario general y visitador de Aragon. Imprimió: 1.° *Oracion panegírica de la Inmaculada Concepcion de María Santísima, predicada en el Real hospital de Santiago de los Españoles de Roma*. En ella por Lucas Antonio Charas, 1704, en 4.°—2.° *Sermon panegírico moral de desagravios del Santísimo Sacramento del altar*. En Zaragoza, 1711, en 4.°—3.° *Oracion fúnebre en las exequias que celebró la ciudad de Calatayud á la inmortal memoria del rey Cristianísimo Luis XIV el* Grande, *que dijo en aquella ciudad*. En Zaragoza por Diego de Larumbe, en 4.°, 1716, y *otros sermones* que no se imprimieron. Hay memoria de este autor en el Bulario de la Merced, pág. 259. La hace tambien el maestro Neyla. *Historia del Real convento de S. Saz de Zaragoza*, pág. 357, y en la 358 de su tio el maestro mercenario Fr. Martin Salvador y Gilaberte, natural de Ambel, procurador general y vicario general de su religion, que obtuvo de Su Santidad varias gracias en favor de dicha su religion, y el cuerpo del mártir S. Nodato, que se hallaba en dicho Real convento de S. Lázaro.—L.

SALVADOR Y GILABERTE (D. Fr. Francisco). Nació en Ambel el 4 de Octubre de 1672 de una familia distinguida. Fué sobrino del Mtro. Salvador Gilaberte, de quien se trató en 1788. Habiendo desempeñado los estudios de humanidades, cursó la filosofía en Calatayud, siendo uno de los sobresalientes discípulos del P. jesuita Miguel Antonio de Latre y Frias, hombre docto y de una conducta feliz para la enseñanza, como dice el maestro mercenario Rubio en la oracion fúnebre del maestro Salvador, página 9. Al mismo tiempo que tenia concepto de aventajado en los estudios, lo tuvo de devoto y de virtuoso. Con estas disposiciones vistió el hábito de nuestra Señora de la Merced en su casa de Huesca, el 17 de Octubre de 1668, y profesó su instituto, dispensándole su general, el Rmo. Mtro. Lucas, el repetir el estudio de la filosofía, y se le mandó su enseñanza en el Real convento de S. Lázaro de Zaragoza, en la edad de diez y nueve años. Magisterio que desempeñó con las ventajas que se esperaba. Lo mismo sucedió en la universidad de Zaragoza, donde fué catedrático de artes desde 1695 y leyó tres

cursos completos. Leyó tambien teología, de cuya facultad habia tomado el bonete de doctor en la misma universidad. En la edad de treinta y dos años ya era maestro de su provincia de Aragon, y en estos tiempos le nombraron examinador sinodal de varias diócesis, contándose entre ellas la de Zaragoza. Gobernó varios conventos; en 1718 era definidor general, y diputado para la junta general de aquella, celebrada en 1729, provincial de Aragon en 1730, y desde 31 de Mayo de 1732 general de su religion electo en Huete. Fué su gobierno prudentísimo. Logró que en el Vaticano se colocase entre las estatuas de los santos fundadores la de S. Pedro Nolasco. Las Algeciras estiman el convento que allí fundó. La América le debe el paso franco para los vicarios generales de su instituto. El arzobispado de Tarragona la extension del rezo de Sta. María de Socors. Los generales sus sucesores, el ser teólogos de S. M. en la Real Junta de la Concepcion de nuestra Señora, por lo mucho que él habia trabajado por este misterio, como se lee en el decreto del soberano en esta merced, y la Redencion de cautivos la pronta ejecucion que tuvo en 1738 superando varias dificultades; despues de que tuvo el honor de besar la mano á S. M. acompañado de cuatrocientas diez y ocho personas rescatadas, entre ellas la del marqués de Valdecañas, y de otros oficiales militares. Diferentes conventos é individuos de su Orden ensalzaron su piedad y liberalidad, áun despues de retirado á su convento de Zaragoza, acabado su generalato. En este tiempo fué presentado para la mitra de Almería, que renunció con humildad, repitiendo muchas gracias á S. M. por su memoria, y sincerándolo de sus únicos deseos de permanecer retirado en su celda, como sucedió hasta el 18 de Febrero de 1752, en que murió en el referido convento de Zaragoza, donde á su funeral juntó la universidad de esta ciudad el suyo, reconocida á su mérito. Está sepultado en la capilla del Trasagrario junto á la sacristía, con un largo epitafio que recuerda su religiosidad, liberalidad, literatura, cargos y servicios. Las obras que escribió son: 1.° *Institutiones Summulíticas in Logicam Aristotelis, ad mentem Doctoris Angelici divi Thoma concinata.* En Zaragoza, por Diego de Larumbe, en la oficina de Domingo Gascon, 1700, en 4.°, de 239 páginas —2.° *Una gravísima epístola* y *Memorial á S. M. católica*, que se imprimió en 1737, y trata de la redencion de cautivos, del modo de practicarla y definirla con las ventajas deseadas, con la respuesta á algunos reparos que no dejaron de oponerse. —3.° *Disertacion verdaderamente sabia de la venida de María Santísima á la ciudad de Zaragoza de Aragon y de su Capilla y Santa Imágen sobre la columna*; ms. de que hacen particular memoria los Padres Antuerpienses, continuadores de Bolando, dia 25 de Julio, tomo. VI. *Acta Sanctorum*, pág. 115 y 116, sin apéndice, en 563, y el V. P. Arbiol en su *España feliz*, pág. 455, advirtiendo que en ella habia juntado su autor más

de cuatrocientos escritores, así nacionales como extranjeros, que confirmaban su argumento. Entre muchos que refieren con singular honor su nombre, no deben omitirse el maestro mercenario P. Fr. Basilio Gil de Bernabé, en su *Oracion fúnebre* dicha en Zaragoza y en ella impresa, y el maestro mercenario Fr. José Rubio en la que dijo en el colegio de Huesca, é imprimió allí en 1752 con el retrato del difunto y escudo de armas de su familia.—L.

SALVAGIO (Agustin). Nació en Génova de una familia ilustre de la misma ciudad. Tomando el hábito en la órden de Sto. Domingo, se distinguió en ella por su piedad y por su saber. Despues de haber enseñado muchos años la teología, fué nombrado por el papa Julio III obispo de Ajaccio, en la isla de Córcega, la que gobernó como vigilante pastor hasta el año 1560, en que fué trasladado por el papa Paulo IV al arzobispado de Génova, su patria. Asistió al concilio de Trento en esta cualidad, y apareció con brillantez entre los Padres de esta augusta asamblea. Murió este prelado el año 1567, y fué enterrado en la iglesia metropolitana de Génova. Tratan de Salvagio: Lombardo en sus *Frailes Predicadores*, al año 1545, Fontan en su *Teatro Dominiquino*, y Ughel en su *Italia Sacra*.—C.

SALVANEZ (Fr. Gonzalo), religioso franciscano, varon perfecto en santidad y de grandes merecimientos, fué natural del reino de Galicia y provincia de Santiago, tomando el hábito, al decir de los cronistas, «porque siendo de noble sangre y muy poderoso, era tambien muy diestro en las armas, y belicoso y dispuesto para acometer cualquiera empresa. Hallándose, pues, en la guerra en una de las fronteras del reino, le atacó una fuerte enfermedad, y viéndose próximo á la muerte, lleno de temor á Dios, comenzó á tener contricion de sus pecados, y luego sintió en su alma como una inspiracion de Dios de que escaparia de la condenacion eterna si abandonaba el mundo y entraba en la Orden de los frailes menores. Comenzó el siervo de Dios Fr. Gonzalo, como nuevo caballero de Jesucristo, nueva vida de grande aspereza y penitencia, contento con solo un sencillo hábito, llevando un áspero silicio y los pies descalzos. Su comida era comunmente pan y agua, su celda la iglesia, su cama el suelo, y áun así no salia de la iglesia la mayor parte de las noches. Su ejemplo animó á muchos á hacer penitencia de sus pecados, entre los que hubo muchos nobles y poderosos, que entraron en religion y vivieron con mucha penitencia y santidad de vida en el convento de Lugo en compañía de este siervo de Dios. Era muy humilde y agravaba tanto sus pecados, que no creia que hiciesen nada malo los demás; ántes á todos tenia por buenos y santos y á sí solo por pecador. Cuando veia castigar á los jóvenes ó imponer penitencia á los frailes por algun defecto, conmovíase su corazon y decia con muchas lágrimas. ¡Ah! desventurado de mí, que yo por ser tan gran pecador debia ser azotado y castigado, y estos

que son inocentes, qué hicieron? Ocupábase contínuamente el siervo de Dios en oraciones, lágrimas y ásperas disciplinas, y otras obras de piedad. Fué por dos veces descalzo á visitar los Santos Lugares de Roma y de Asís; pedia con gran devocion limosna para los frailes, y mendigaba con tanta alegría y serenidad de rostro como si no hubiera sido noble y rico en el siglo. Fué enviado al convento de Orense, debilitado ya por las enfermedades, pero enriquecido por sus muchas virtudes, y de allí pasó de esta á la otra vida con grandes muestras de santidad. Fué sepultado en el mismo convento en 1361. A la fama de sus milagros acudieron muchas personas á velar junto á su sepulcro, verificándose otros sucesos, cuya mencion nos parece demasiado extensa, y por lo tanto la omitimos en este lugar.—S. B.

SALVANEZ (Hugo de), monje conocido por una carta que le habia dirigido Gaucelin, obispo, en su respuesta á una en que le habia consultado sobre algunos lugares oscuros de la Sagrada Escritura, que parecian en contradicion, y que no podia conciliar: se dirige con confianza á este obispo, cuya penetracion habia admirado en una corta residencia que hizo el prelado en Salvanes, y el obispo le da una contestacion que prueba la extension de sus luces y la bondad de su corazon por la manera insinuante en que acoge la peticion del religioso y resuelve sus dificultades. El P. Martenne no ha impreso más que una carta del obispo, aunque haya dos del religioso, la última de las cuales merecia una respuesta lo mismo que la primera; pero esto es todo lo que se nos ha conservado de esta correspondencia, y no conocemos ninguna produccion de la pluma de Gaucelin. Además de las dos cartas de Hugo de Salvanes, de que acabamos de hablar, el P. Martenne está convencido de que es autor de la *Historia de la conversion de Pons de Lacario*, publicada por Baluzio, en que se describen de una manera muy edificante é interesante el orígen y los principios del monasterio de Salvanes. En el título de esta obra el autor es nombrado Hugo Francigena, pero no toma otra calificacion que la de el último de los monjes, que es la que se da tambien en sus cartas á Gaucelin, obispo de Lodeve. En cuanto al tiempo en que escribia esta historia, declaraba que la emprendió para obedecer al abad Ponce, que gobernó este monasterio desde Octubre de 1161 hasta 1172, y que le proporcionó las memorias de que tenia necesidad. Fué el cuarto abad desde que el monasterio pertenecia á la órden del Cister, por su union al de Mausiade ó Mazaco, en el Vivarais, año 1136. Si es cierto que Hugo, monje de Salvanes, ha sido llamado Francigena, se puede atribuirle tambien una obra citada en el nuevo glosario de Ducange, como existente en la biblioteca de Wolfenbutel, bajo este título: *Henrici Francigense libellus de arte dictandi*. En verdad que Enrique no es lo mismo que Hugo, pero como este Enrique no es conocido en otra parte, se puede suponer que no es más que

un error de copista, que no encontrando más que la letra inicial H, la interpretase por Enrique (Henri.)—S. B.

SALVAR (Francisco), natural de Sinen, presbítero, doctor teólogo, y muchos años maestro de gramática en la ermita de Trinidad, donde tuvo entre otros discípulos á D. Francisco Frau, de quien hemos visto excelentes poesías en latin. *Rudimentos de Grámática latina en forma de diálogo entre el maestro y su discípulo, para la más fácil instruccion de los estudiantes;* Palma, imprenta de Salvador Saval, 1823, en 8.°—B. de R.

SALVATELLA (Pedro), religioso dominico. Los cronistas de su órden le colocan entre los mallorquines ilustres de la misma, y dicen que tomó el hábito en el convento de Palma en el año 1255, que fué catedrático de lenguas arábiga y hebrea en el antiguo estudio general de esta isla, y que tuvo entre otros discípulos sabios al venerable P. Fr. Pedro de la Caridela en los años 1252 hasta 1255. Este docto y virtuoso dominico murió mártir en la Seo de Urgel á 6 de Enero de 1279.—B. de R.

SALVATIERRA (Fr. Antonio de), sacerdote capuchino de la órden de Menores. Fué hijo de la santa provincia de Cataluña, que deseoso de mayor perfeccion, hizo tránsito á la congregacion de los Capuchinos desde la de los menores Recoletos: luego que logró esta segunda vocacion se aplicó tan de veras al ejercicio de las virtudes, que se hizo ilustre depósito de todas ellas. Sin embargo, no se olvidaba de la humana fragilidad, ni del oráculo de Cristo nuestro Señor, que dice: *Pedid y recibireis: buscad y hallareis: llamad y os abrirán la puerta.* Llamaba continuamente á la del cielo con lo ardiente de su oracion, sin dispensarse en ella, áun cuando estaba enfermo y precisado á guardar la celda, desde la cual, y siempre de rodillas, acompañaba á la comunidad por todo el tiempo en que esta se dedicaba al ejercicio de la oracion. En esta misma forma de orar perseveró cuarenta años, hasta que agravado de los achaques y de la edad solia arrimarse á alguna pared, pero nunca queria sentarse; porque el sueño del cuerpo, que suele introducirse con el descanso, no le impidiese la ocupacion interna del alma. Oraba mentalmente con tanta pureza y desembarazo, que él mismo confesó con ingenuidad á un confidente suyo, que nunca en el recogimiento se le ofrecian especies profanas, y que las piadosas y santas, si eran impropias á la materia que meditaba, eran las que le ocasionaban la lucha. Y como Moisés enseñaba al pueblo lo más conveniente al servicio de Dios, despues de haber comunicado con Su Majestad en el monte, asi Fr. Antonio, cuando salia de la oracion, no sabia hablar de otra cosa que del cielo y de su gloria inmortal, brotando de su boca en vez de palabras centellas de amor divino con que inflamaba los corazones. Veneraba tanto la obligacion de las horas canónicas, que si alguna vez en el coro se cometia algun yerro, por venial

que fuese, no le podia tolerar sin demostraciones de sentimiento, producidas del celo que le tenia tan poseido. Fué insigne testimonio de su castidad y pureza el que dió un religioso de la misma Orden que sabia muy bien el interior de Fr. Antonio, de quien depuso con juramento que nunca habia padecido la imaginacion ménos honesta de aquellas con que suele molestar el apetito áun á los varones más santos. Pero ¿qué mucho que estuviese el enemigo tan rendido, siendo tanta la austeridad con que Fr. Antonio le sujetaba? Componíase todo su abrigo, áun en el temporal más riguroso, de un sencillo y grosero hábito, y ni áun las sandalias de que usa la Orden permitia á sus pies, exceso santo que le ocasionó muchas enfermedades, pero tan sin enmienda, que perseveró en aquella mortificacion áun en la última ancianidad. A pesar de sus muchos años acudia tan puntual á todas las horas del coro de dia y de noche, que era no solo ejemplo sino confusion de los que teniendo ménos años, no podian conseguir el llegar primero que él á esta angélica ocupacion. Morando en el convento de Barcelona, habia en aquella ciudad un sujeto tan maldiciente, que andaba de convento en convento, y apénas empezaba la conversacion con los religiosos, cuando recaia en la murmuracion de diversas personas, á fin de explorar si aquellas con quienes hablaba ayudaban, ó por lo ménos asentian á su injusticia, y aplicaban los labios con gusto al vaso del veneno con que les brindaba continuamente. Muchos religiosos incautos se dejaron vencer de esta tentacion, y para experimentar aquel hombre malévolo si sucederia lo mismo á los capuchinos, ó si los hallaria más atentos á lo que piden la justicia y la caridad, fué un dia á su convento y pidió al portero llamase á algun religioso para poder comunicar con él cosas tocantes á su conciencia. Vino para este fin Fr. Antonio, que era siempre el más pronto para ejercer obras de caridad; saludó con agrado al que le llamaba con doblez, el cual empezó á poner sobre las estrellas la congregacion de los Capuchinos, á ponderar mucho el afecto y estimacion con que la miraba, y poco á poco se fué deslizando á murmurar de todas las demás religiones, queriendo próbar con mentirosas y desvergonzadas calumnias lo mucho que todas faltaban á su obligacion y reglas de su instituto. Luego que el santo varon conoció el genio mordaz de aquel hombre, puso en práctica el primer medio de corregirle, que es la severidad del rostro, pues segnn el Espíritu Santo, *como el cierzo arroja la nube, asi el semblante triste del que oye refrena la lengua mordaz del que habla*; pero viendo que este recurso no aprovechaba para dar otro giro á la conversacion, empezó á defender con aliento caritativo las acusadas comunidades, ya representando al calumniador la fragilidad de nuestra humana naturaleza, ya las continuas tentaciones con que la combate el enemigo de las almas, bastantes tal vez para derribar los más constantes y fieles

ánimos, ya principalmente las imposturas con que la falsedad y la malicia suelen imputar acciones á los religiosos que no han llegado no solo á su ejecucion, pero ni áun á imaginarlas. Aun despues de estas caritativas reflexiones, no queria desistir de las intentadas calumnias aquel protervo con su lengua; por lo que Fr. Antonio, entrando y revistiéndose del más ardiente celo en honor de Dios y del prójimo, reprendió viva y severamente al que tanto le manchaba con sus palabras, y para atajarlas del todo le dijo: que ó dejase semejante conversacion, ó inmediatamente se ausentase de su presencia. Conoció el maldiciente su desacierto, y estuvo tan léjos de concebir enojo contra el siervo de Dios, que ántes admirado de la oportuna caridad con que habia defendido á sus prójimos, le obligó á dar gracias por el beneficio de la advertencia y buen ejemplo que le habia dado. ¡Quiera Dios, que imitándole todos los religiosos, cerquen de espinas sus oidos para que no pueda llegar á ellos la voz del murmurador! Porque, como dice San Buenaventura, y con gran razon: *Muchas veces vienen algunos seglares con astucia á buscar en su claustro á los religiosos para explorar su pensamiento, y si propuesta la calumnia contra los prójimos, reina la envidia en su corazon.* Sazonado en fin para el cielo este perfecto religioso con la virtud y la ancianidad, y habiendo predicho que la fiesta de Sto. Tomás apóstol habia de ser término de su vida, como lo fué, recibidos devotamente los sacramentos de la Iglesia, conmutó la vida temporal por los gozos eternos en el convento de Capuchinos de Lérida en el año de 1613.—A. L.

SALVATIERRA (P. Fr. Bartolomé de), religioso de la órden de S. Gerónimo en el monasterio de la Luz. Teníase en esta casa en gran estimacion la memoria de este virtuoso Padre, natural del lugar llamado así, sujeto de muchas y ejemplares prendas. Tomó el hábito en dicho convento el dia 6 de Diciembre del año 1607, dia de S. Ambrosio, á quien siempre dió devoto culto, y profesó en el 10 de Diciembre del año siguiente. Pasados los años de la escuela, le ocupó la obediencia en algunos oficios, reconociendo su celo por el bien comun; mas como estos son más de la solicitud de Marta en la religion, que de la contemplacion de María, por quien anhelaba con fervorosas ánsias, discurrió una traza particular para evitarlos, cual fué pedir á un hermano suyo, canónigo de la santa iglesia de Tuy, le pagase el colegio. Habiéndolo conseguido fué á oir las artes al colegio de Sigüenza y la teología al de Salamanca, y vuelto al monasterio se dió á todo género de virtudes y al alto ejercicio de la contemplacion, que deseaba, sin tener los embarazos que ántes. Le nombraron maestro de novicios, y salieron de su escuela monjes muy señalados en la observancia y en la vida mística. Predicó algunos años con mucho fruto de las almas, sin que pretendiese en sus sermones, como otros, poner todo el cuidado y estudio en el modo de decir

las verdades de la fe, consiguiendo más bien oscurecerlas que aclararlas, obteniendo su objeto usando de un estilo natural y sencillo. Le eligieron por vicario de su casa; tambien lo fué de la de Ecija, y confesor de las monjas de Granada; luego sus hermanos le nombraron prior, y dejándose llevar de la obediencia, era siempre el mismo en sus humildes y santas costumbres, sin que le mudasen nada los empleos. Llevaba siempre sayuela, que muchas veces lavaba en la celda por sus manos, quizá porque no viesen los demás señales de su penitencia, y maceraba sus carnes con tres silicios continuos, uno ceñido y dos en los brazos y muslos. Halló el convento empeñado con el gasto de un pleito ordinario, que hasta su tiempo habia durado más de ochenta años; seguíase contra los cabildos de la villa de Niebla, cabeza de aquel condado, que no querian conceder al convento sus vecindades, ni una dehesa que le usurparon en su fundacion, que le tocaba de derecho, y fué el Señor servido que con el cuidado y solicitud del buen prelado se concluyese y sentenciase en favor del monasterio, que despues la poseyó, útil para todo género de ganados en quince leguas de pastos. Habiendo falta de pan, tambien compró en los dos años de su priorato el trigo que fué necesario para que no faltase la limosna á los pobres, que por la gran carestía acudian muchos de aquellos lugares comarcanos. Mandaba dar pan á todos, sin estrechar los espacios de su caridad, remediándolos tan liberalmente como si le sobrára en las trojes, puesta la confianza en la santísima patrona del convento, que le sacaba de todos sus empeños. En la oracion que tenia de dia y de noche le pedia su piedad y socorro para los necesitados, y así le tenian tal, que ninguno volvia desconsolado. No solo como prelado era liberal en las limosnas, sino tambien de su depósito, distribuyendo la mayor parte en socorros de personas honradas y necesitadas, quedándose con muy poco para sí, y eso no para alhajas de su celda, sino para las del culto divino y para dotar, como dotó, la Misa mayor del dia de S. Ambrosio, por sí y por sus difuntos. En el coro fué tan puntual, que raras veces faltaba, y porque los maitines se dijesen exactamente y sin falta á su hora, llamaba al relojero cuando lo juzgaba menester. Aconteció un año estar los más de los monjes enfermos, y con todo eso, acompañado de solamente dos que habian quedado sanos, decia los maitines á media noche, y acudia con ellos á los enfermos con tanto celo y asistencia, que parece pudiera dispensar algo en los maitines, porque se acostaban tarde y rendidos, pudiendo disponer el decirlos á otra hora, mas no habia que tratarle de este particular. Sus vigilias eran continuas, dormia poco, oraba mucho, y así se enflaqueció de manera que solo le quedó la piel sobre los huesos. Disciplinábase por las noches con tanto rigor, que aunque buscaba hora en que todos durmiesen, oian algunos los azotes en el claustro. Fué otras dos veces prior, é hizo muchas de

las obras que edifican las almas, y otras en lo material del monasterio de conocida importancia, y le alivió de tres mil ducados de tributo que pagaba, quedando el convento desde entónces con muy poco empeño ó ninguno. Regaló Dios á su siervo con graves enfermedades que le pusieron en mucho peligro de la vida; tuvo tambien otras habituales muy penosas, y unas y otras llevaba con extremado valor y consuelo, por venir de donde venian. Huia de toda comunicacion de seglares, aunque fuesen sus deudos, tanto, que á un sobrino suyo que fué á verle al monasterio, no permitió llegase á su presencia, diciendo que en el cielo se verian; ejemplo bien singular que enseña cómo se han de dejar los parientes, pues muchos solo sirven de inquietud á los monjes. Avisaba á los súbditos de cualquier defecto, por pequeño que fuese, con amor y caridad, señalándose mucho en cuidar no los hubiese respecto al culto divino ni al sacrosanto sacrificio de la Misa, en cuya celebracion se esmeraba con igual devocion y santo fervor. El Señor le mandó una enfermedad que conoció ser la última, y así lo declaró á sus hijos y hermanos con gran sentimiento de todos, que le amaban tiernamente, como á verdadero padre espiritual. Hacia un año que estaba ausente un religioso á quien habia pedido un crucifijo cuando salió de la casa: volvió en la ocasion de su padecimiento, y el santo anciano le saludó, alegrándose mucho de que hubiese llegado para que le ayudase á bien morir con aquella santa prenda que le habia dejado, y le asistiese hasta enterrarle. En los dias que duró su dolencia excitaba á sus hermanos al menosprecio del mundo y al amor de las cosas celestiales con notable espíritu, prosiguiendo hasta el fin lo que con palabras y obras habia hecho en el discurso de la vida, haciéndoles santísimas observaciones para caminar más rectamente á la perfeccion y al colmo de las virtudes; y como estaba tan enriquecido con ellas, le oian con gusto y edificacion. Se confesó y recibió el Viático, manjar divino con cuya fortaleza se animó mucho para aquel trance, y el dia ántes de su muerte, pidiéndole al Señor misericordia y su intercesion para alcanzarla á los santos de su devocion, fué oido de la divina clemencia, pues el glorioso doctor de la iglesia S. Ambrosio, su protector especial, se le apareció y visitó, consolándole con santas palabras, que el siervo de Dios comunicó en secreto al prior que era entónces y al enfermero, refiriéndoles le habia consolado el doctor santo diciéndole: *Mañana estaremos juntos*; y despues de su muerte publicaron esta maravilla para consuelo de todos. Se verificó esto el dia ántes de la víspera de Navidad del año de 1652: se le fué agravando la enfermedad, durante la cual el médico le habia mandado quitar la sayuela y vestir camisa, y aquella noche, estando ya sin habla, la pidió por señas á los presentes, de modo que fué preciso darle aquel gusto y ponérsela, quitándole la camisa. Los monjes juzgaban que aquella noche

falleceria por verle muy apurado. Conoció el Santo su temor, y entónces, cuando no lo imagináran, habló y les dijo: Que no tuviesen cuidado, pues no ocurriria su defuncion hasta el dia siguiente, víspera de Navidad. Así fué, que recibida la santa uncion, murió á las ocho del dia señalado, saliendo de celebrar los monjes la kalenda del nacimiento de nuestro Señor, pudiendo asistirle todos al dar su espíritu al Criador, el 24 de Diciembre del dicho año. Fué muy sentida por mucho tiempo su falta, por la que hacen tan grande en las comunidades los hombres de tan eminentes y particulares cualidades. —A. L.

SALVATIERRA (Fr. Bartolomé de), religioso de la órden de S. Gerónimo en el monasterio de nuestra Señora del Rosario de Bornos. Varon ejemplar que ilustró mucho aquella santa casa con su intachable vida, sus muchos estudios y conocimientos. Era gran teólogo, escolástico y moral, y muy docto en la Sagrada Escritura. Supo la lengua hebrea con perfeccion y compuso dos libros, uno de los *Nombres de Dios* (que le dedicó al Duque de Medinaceli, que le estimó mucho por su rara modestia y sabiduría), y otra el *Arte hebreo*, que tambien dedicó al mismo personaje. Fuera de estas dos obras existian otras diversas en aquella casa de su puño y letra, por cierto muy peregrina en la forma y hermosura, siendo uno de los calígrafos más notables de su época. Resplandeció mucho en el celo de la observancia, en lo fervoroso de la caridad; fué por dos veces prior de su casa, y tambien lo fué otra en Luz, otra en Talavera, otra en Carmona, y en todas ellas experimentaron sus sobresalientes cualidades, las cuales acompañaba con una notable mortificacion de los sentidos, en que perseveró toda su vida desde novicio. Cuanto adquirió de propinas y limosna de su depósito, lo gastó en el adorno de la iglesia y sacristía, deseoso de la mayor decencia y decoro en el culto de Dios. Fundó en su tiempo una copiosa libreria, que enriqueció á su costa de libros escogidos, á más de los que compró la comunidad. Siempre le veneraron como padre observantísimo de la religion, y en la misma veneracion tienen y conservan su memoria. Repetidas veces le oyeron decir que no le pedia á Dios otra cosa, sino una muerte en que no fuere molesto á sus hermanos, y el Señor accedió á su peticion, pues estando una noche en maitines, se levantó bueno y sano á estudiar á las cuatro de la mañana, que así lo acostumbraba, y le dió un dolor en el pecho tan grande y profundo que en pocas horas le quitó la vida. Confesóse tres veces ántes de morir, y despues aseguraron los confesores la notable pureza de conciencia en que le habian hallado; dispúsose con actos de amor, fe y viva confianza en la misericordia del Señor, y á las dos horas de afligirle aquel intenso dolor, entregó su espíritu, dando muestras la hermosura é inalterabilidad de su semblante de la dicha eterna

que desde aquel momento gozaba su alma. Murió el dia 12 de Noviembre del año 1656. — A. L.

SALVATIERRA (P. Fr. Cristóbal), religioso dominico del convento de San Esteban de Salamanca, y compañero del primer obispo de Filipinas D. Fr. Domingo de Salazar, el que en un viaje que tuvo que hacer á España le dejó por gobernador de su obispado, por tenerle profundamente conocido, no solo por el cargo de provisor en que le habia tenido ocupado durante muchos años, sino por otros mayores, por su mucha y muy fundada virtud, gran capacidad, singular prudencia, vigilante celo de la honra de Dios, ánimo insuperable y otras muchas aventajadas cualidades que habia observado en el P. Fr. Cristóbal, que todas eran necesarias para el destino de provisor y gobernador de aquel arzobispado en aquellos tiempos, que habiendo sido tan cercanos á la conquista de las islas que aún no habia terminado; fácilmente se comprende las grandes dificultades que encontraria en su gobierno espiritual, y mucho más teniendo presente lo que refieren los historiadores de estas conquistas. Porque aunque en aquella no tuvieron lugar tantas crueldades como en otras, no dejó de haber abusos de esos que siempre llevan consigo todas las guerras, y más siendo contra indios pobres que ni podian defenderse ni quejarse con fe, por cometerse los delitos muy léjos de quien los puede remediar, y como ántes de ir el primer obispo y su provisor á aquellas islas, no habia habido en ellas prelado que las gobernase, estaban llenas de defectos y con la costumbre inveterada habian cobrado tantas fuerzas y echado tan hondas raíces, que no eran posible arrancarse sin gran dificultad y trabajo, mucha vigilancia y ánimo valeroso para romper con mil peligros que llevaban consigo en esta ocasion semejantes cargos; y Dios, que nunca falta en el gobierno de su Iglesia, proveyó para ellos personas de tan relevantes prendas como el P. Fr. Cristóbal. Fué hijo, como en un principio dijimos, del convento de S. Esteban de Salamanca, y daba buenas muestras de serlo no solo con sus palabras, sino con sus obras aprendidas en tan eminente escuela de virtud y letras. Salió de su convento con el deseo de ser uno de los primeros fundadores que para aquella provincia congregó el primer obispo de Filipinas. Fueron en número de treinta religiosos, de los cuales murieron muchos, y enfermaron otros al llegar á Nueva España, y los restantes, atemorizados por lo largo de la navegacion y convidados con el agradable temple de Méjico, se quedaron en este país sin que el buen obispo pudiera convencerlos para que continuasen su viaje á los nuevos países, á excepcion del P. Cristóbal, que firme columna estuvo siempre firme, resistiendo á todas las tentaciones, nunca desamparó la compañía del obispo, permaneció siempre á su lado, no solo en aquella tempestad en que todos los demás faltaron, sino en todas las demas que se pre-

sentaron despues, que fueron mucho mayores, influyendo mucho en esto la conformidad que habia entre sus dos caractéres, graves y prudentes, ánimos intrépidos para la ejecucion del bien, y recatados de cualquiera cosa que podia no solo ser mala, sino parecerlo; y lo que mas es, unánimes en procurar la virtud, devotos, santos, caritativos, religiosos y celosos de la honra de Dios en sí y en sus prójimos, sin perdonar por esta causa cuantos trabajos ó peligros se les pudieran ofrecer; y así aunque algunos de los que pasaron desanimaron á todos los demás hasta el punto de vencerlos, siempre el P. Fr. Cristóbal estuvo firme en su promesa, y la cumplió perseverando en lo comenzado constantemente hasta la muerte, con grande provecho propio y de sus prójimos sirviendo al Señor, no como uno solo que era, sino como si fueran muchos y muy buenos religiosos, porque tenia ánimo, valor é industria para todos los negocios de importancia que se ofrecian, y al mismo tiempo que era provisor, tenia á su cargo la doctrina de Bataan, que se hallaba á un dia camino de Manila, donde tenia necesariamente que residir, y desempeñaba estos dos cargos incompatibles en la apariencia con tanta perfeccion y vigilancia, que dejó en ambos la mejor reputacion, y como si pareciera poco esto en ocurriendo alguna jornada, acompañaba á los soldados é iba por su capellan. En lo que más trabajó fué en el oficio de provisor, que ejerció con mucha rectitud, vigilancia y admirable ejemplo de vida, con que edificando á todos era muy amado de los buenos y temido de los malos, porque su principal objeto era hacer bien á todos, arreglar sus diferencias, hacer amistades y deshacerlas cuando eran malas. Defendia y amparaba á los indios como la gente más necesitada, y cuando era menester los castigaba, pero como padre amoroso; y así le amaban muchos y le temian ellos y los españoles, aunque fuesen muy elevados, porque en tratándose de volver por la honra de Dios, á ninguno perdonaba. Era grande el celo que tenia por desterrar los vicios y escándalos, en lo que ponia suma diligencia, sin perdonar por esta causa trabajo alguno por grande que fuese, ni tener peligro que en la prosecucion de su santo intento se le pudiese ofrecer, aunque fuese de muerte, como lo probó en una ocasion en que entró en su aposento un hombre á asesinarle, hallándose descuidado y sin rezelo de tal crímen; pero le favoreció el Señor y no pudo el mal intencionado salir con lo que deseaba sin vencer la constancia de Fr. Cristóbal, que sabiendo que cualquiera trabajo ó muerte que por este camino le sucediese, habia de ser para mayor gloria suya; y así seguro de que no le podia acontecer mal ninguno que verdaderamente lo fuese, desempeñaba su cargo con la mayor intrepidez sin temer á nadie, ántes bien siendo temido de todos los malos, no solo cuando estaba presente en la ciudad ó pueblo donde los desconcertaba, sino áun cuando se hallaba muy distante, porque

nunca estaba parado, ántes bien siempre acudia adonde era más conveniente. Con frecuencia estaba al anochecer en la ciudad, y al amanecer diez ó doce leguas de ella. De cualquiera casa, por principal que fuese, sacaba las mujeres, aunque fuese á costa de las graves pesadumbres que de esto suelen seguirse, y que se le seguian, pero nada de esto le acobardaba ni detenia, ni le hacia daño sino mucho provecho, porque armado de paciencia para sufrir cualquier agravio propio, nadie podia resistir á su santo celo y siempre salia victorioso. Tenia ya tan conocidas á las mujeres de malas condiciones, que no se le podian escapar ni encubrir, y el castigo que les daba era muy á propósito; porque las encerraba en parte segura donde las obligaba á trabajar para ganar la comida, que para su desenvoltura y ociosidad era la mayor pena que les podia dar, y para los santos intentos de Fr. Cristóbal el más eficaz remedio, pues recogidas se evitaban los pecados que su soltura causaba, y con el trabajo corporal pagaban algo de lo mucho que ociosas cometian; y así andaba esta gente miserable en tiempo de este Padre ocultada, sin osar presentarse en la ciudad, y los españoles temian y no se atrevian á muchas cosas, que despues de sus dias vinieron á ser ordinarias. Todo esto iba acompañado de tanta prudencia, limpieza de vida y costumbres, amor y buenas obras al pueblo, que aunque en la ocasion ciegos y apasionados, recibian mucha pena y se indignaban mucho contra quien les corregia sus vicios; pero pasado este punto y sosegados los ánimos, no podian dejar de reconocer la bondad del P. Fr. Cristóbal, que áun á estos mismos robaba los corazones y les forzaba á que le amasen y estimasen. Donde quiera que iba tenia aviso por la gente más honrada de la que habia que remediar, y seguro de que era gente que no le habia de engañar, procuraba luego el remedio. Conocia muy bien á todos los delincuentes y sabia cómo los habia de tratar, y así con algunos no usaba más rigor que mirarles, y que supiesen que habia sabido su culpa, porque les bastaba esto para enmendarse, que era lo que él pretendia y deseaba; pero cuando era menester más rigor, no era lerdo ni temia el ejecutarlo, con lo cual era mucho lo que servia á Dios en su oficio, atajando muchos pecados y escándalos, y previniendo otros que no sucediesen, que es mucha mayor prudencia. Por los actos jurídicos que hacia como juez eclesiástico, no llevaba derechos ningunos, y moderaba todo lo posible los de los dependientes de su juzgado; y como sabia la lengua de los indios, no necesitaba intérprete, cosa que era de grande importancia y causaba muchos daños, engaños y gastos en los pleitos de los indios, porque como son gente de poca suerte, como los cohechen, tuercen con gran facilidad la justicia, sin que baste á estorbar este daño el buen ánimo de los jueces, y aunque no se verifique esto, siempre es mucho lo que gastan los pleiteantes, y queria

el buen provisor excusarles estos daños, y así no usaba de intérpretes, y en todo lo demás procuraba que todos pudiesen á poca costa pedir justicia y alcanzarla, grande prueba de que el temor que le tenian no era por ser rencilloso ni pleitista, sino por celoso de la honra de Dios y bien de las almas que estaban á su cargo. Cuando residia el obispo en las Islas tenia algun consuelo y amparo; pero despues de haber venido á España, quedando solo Fr. Cristóbal por gobernador del obispado que comprendia entónces todas aquellas islas, creció en gran manera su trabajo, faltándole su consuelo. En lo que más cuidado puso y mayores dificultades encontró, fué en prohibir á los chinos no convertidos unas fiestas á que las Crónicas llaman comedias, y á los españoles y españolas el ir á verlas por estar llenas de supersticiones é idolatrías. Como hasta la llegada de los religiosos dominicos no habia nadie que supiese la lengua y conociese las costumbres de los chinos, no se habia reparado en esto; y ellos, como estaban seguros de que nadie entendia sus representaciones, las ejecutaban lo mismo que en la China, llenas de supersticiones é idolatrías, las cuales descubrió el P. Fr. Juan Cobo, despues de aprender su lengua, letras y costumbres, y dió noticia de ello al provisor, quien las prohibió como supersticiones. Sintiéronlo mucho los chinos y los españoles: estos, porque aunque no les entendian, les gustaba el verlas por las acciones y representaciones de los chinos, que son muy naturales; y aquellos porque son muy aficionados á este género de entretenimiento. Opusiéronse todos al provisor ayudados del gobernador, que como no sabia el mal que habia en ello, era uno de los que estaban de parte de los chinos. Pero el provisor, seguro de que estas comedias eran en ofensa del Señor, así por la razon dicha como porque se hacian de noche, y se seguian otros muchos inconvenientes de que las fuesen á ver á aquella hora españoles y españolas y sus criadas, y otras indias que cubiertas con la capa oscura de la noche hacian cosas muy indignas de cristianos, se decidió á vencer todos los obstáculos, y mandó, so pena de excomunion, que nadie las fuera á ver. Y como el gobernador era de contrario parecer, no habia quien se atreviese á publicar este edicto, por lo que él mismo fué á fijarlos á las puertas de las iglesias, acompañado de sus religiosos, por no haber nadie que se atreviese á seguirle. Finalmente, aunque le costó mucho trabajo y se habló largamente contra él, acabó con aquella mala costumbre, no volviendo desde entonces los españoles, y mucho ménos las españolas, á ver aquellas comedias, si no se daba licencia para ejecutarlas, sin que las viese y aprobase primero un religioso práctico en la lengua, procurando no fuesen supersticiosas, sino de historia ó fábulas contrarias á la idolatría, como deben ser las que se ejecutan en los países católicos aunque las desempeñen los infieles é idólatras, á los cuales conforme no se les permite la idolatría, tampoco se

les pueden consentir comedias supersticiosas. Despues de referir todo esto y mucho más que omitimos, continúa la Crónica hablando así de este religioso. «Quien considerase al P. Fr. Cristóbal tan ocupado, supondrá que no podia asistir á otra cosa que al desempeño de su cargo de provisor ó gobernador del obispado, empero no era así, sino que en presentándose ocasion, como entónces habia pocos á quienes acudir, se ofrecia él y salia á ellas, y así cuando fueron los primeros españoles á la pacificacion ó conquista de la provincia de Nueva Segovia, fué por capellan de los soldados y se halló con ellos en todas las refriegas, y fué el primer sacerdote que entró en aquella tierra como á tomar posesion de ella para los religiosos de su Orden, que despues le convirtieron á la ley de Dios y de su Evangelio, y de la misma suerte haciéndose otra jornada por el Maluco, se embarcó por capellan, pretendiendo en la una y en la otra jornada, además del servicio de su rey y señor, detener á los soldados con su autoridad y el respeto que le tenian para que no se desmandasen. Pero como los servicios que el P. Cristóbal prestó en esta ocasion sean demasiado notables, no creemos oportuno el omitirlos, valiéndonos para su relacion de las palabras con que los cuentan las pocas historias que poseemos de aquellos continentes. La provincia de Nueva Segovia dista de la ciudad de Manila, que es la capital de los españoles en aquellas islas, como ciento cincuenta leguas tierra adentro de la misma, en la llamada de Luzon, y es su temperatura la mejor de todas ellas, más fresca y apacible y sin el exceso de calor que de ordinario reina en las demás provincias de que se compone la isla; por lo que la pusieron el nombre de Nueva Segovia, á imitacion de la de España, que es tierra fria. Se halla á la altura de diez y nueve grados, y no dista de la China más de sesenta leguas ó ménos, y así tiene algunas de sus buenas cualidades, como abundancia de pescados en los rios y de arroz y otros frutos en la tierra, con no ménos caza de venado, jabalíes y búfalos en los montes, etc. El motivo que tuvieron los españoles para conquistarla fué por haberla invadido en 1587 una armada procedente del Japon con el objeto de apoderarse de ella, y de consiguiente de toda la isla, codiciando muchas cosas de que tiene abundancia y no hay en el Japon. Tuvieron noticia de esto los españoles que estaban en Manila, y comprendieron el peligro de tener tan cerca el enemigo, siendo ellos pocos en número, y así decidieron ir á disputarles la entrada en aquella provincia, para lo que armaron una galera y otras embarcaciones menores con solo cuarenta españoles, siendo su jefe el capitan Carrion y su capellan el P. Fr. Cristóbal de Salvatierra. Salieron de Manila para aquella provincia, y en el pasaje del cabo que llaman del Bojeador, encontraron un navío japonés, que andaba recorriendo y robando la costa; embistióle la galera y con el cañon del crujía le derribó el árbol mayor, y luego con más confianza de la que convenia,

le abordaron y metieron el espolon por el costado; mas no tardaron en conocer su error y muy á costa suya, porque saltando los enemigos en la galera, los atacaron con sus alfanjes y montantes con tanto ímpetu, que se apoderaron de ella hasta el árbol mayor, viéndose los españoles obligados á retirarse á la popa; pero cortando la triza de la verga mayor, cayó la vela de golpe y les sirvió de trinchera para á su abrigo servirse de los arcabuces, con que iban matando á los japoneses hasta que los obligaron á abandonar la nave. Siguieron los españoles su viaje y entraron por el rio de la Nueva Segovia, que puede competir por su anchura y abundancia de agua con los principales de España, y en él encontraron junta la armada del enemigo, subieron por entre ella rio arriba y se fortificaron en tierra, y trabajando aquella noche á toda prisa, hicieron sus trincheras de céspedes, de tierra y fagina entre palos, y sacando de la galera unos cañones, que tenian entónces el nombre de pedreros, los pusieron encubiertos y asestados á la banda de la tierra, que era por donde los habian de acometer los japoneses si se atrevian, y esperaron de esta manera todos con sus armas al lado, aunque necesitaban de descanso, y como habian observado que los japoneses, heridos con las picas, se metian por ellas para matar al que los habia herido, mandó el capitan ensebarlas por la parte de arriba para sacárselas del cuerpo y de las manos á los japoneses cuando se agarrasen á ellas, lo que les fué muy útil en aquella ocasion. No se descuidaron los enemigos, pues dos horas ántes de amanecer saltaron en tierra bien armados, con el mejor órden y encubiertos por la oscuridad de la noche. Acercáronse á los españoles con grande silencio suponiendo cogerlos descuidados, mas no fué así, pues descubiertos por los centinelas tuvieron tiempo para formarse, pero cuando se acercaron á ellos, áun cuando los encontraron dispuestos para recibirles, dieron el asalto con mucho ánimo y denuedo; mas fueron rechazados tantas veces como acometieron, pues detrás de su débil trinchera hicieron los acometidos maravillas de valor, derribando á muchos con sus arcabuces y armas. Finalmente, acometieron todos en tropel por la parte por donde se hallaban las piezas, ignorando lo que allí les aguardaba; estaban llenas de metralla, y las dispararon en tan buena ocasion, que hicieron increible carniceria en los japoneses, y los que quedaron vivos se retiraron viendo lo que pasaba, dejando el campo lleno de muertos y heridos, los que dejó en la playa su capitan, haciéndose á la vela tan escarmentado, que no se atrevió nunca á volver á aquella tierra. Con esta ocasion se quedaron los españoles en aquella provincia, aunque contra la voluntad de sus habitantes, que no les tenian más afecto que á los japoneses, como no tardaron en manifestarlo, retirándose á lo interior del pais y dejándolos solos y sin mantenimiento, pues se lo llevaron todo, y áun solian acometerlos, atacándoles cuando les parecia que lo podian hacer con más

ventaja, de manera que los españoles padecieron muchos trabajos, porque desde Manila les socorrian tan mal como tarde, y en el país que ocupaban solo podian esperar padecimientos y persecuciones. Mas les ayudó mucho para sostenerse en él la division que reinaba entre los naturales, que no sabian vivir en paz, y siempre se estaban matando los unos á los otros, y en aquel rio grande, dice la Crónica, se habia levantado sobre los demás un valeroso indio llamado Guiab, que con solo trescientos compañeros se iba haciendo señor de toda la provincia, lo que hubiera conseguido sin la llegada de los españoles. Era el indio tan determinado, que ninguna cosa se le hacia imposible de acometer con los pocos y valientes indios que le acompañaban; gobernaba su gente como gran capitan, premiábalos con generosidad y castigábalos con rigor por cualquiera libertad ó desacato que le hiciesen, ó por no observar las órdenes que les daba. Refiriéronle la llegada de los españoles, y le dijeron que eran hombres muy valientes, que habian ido de tierras lejanas, que tenian barbas y hermosos rostros, y no llevaban el cabello largo, que iban vestidos de hierro y que tenian unos palos largos con que desde fuera mataban al que querian, sin ver con qué, lo que decian por los arcabuces. Alegróse mucho Guiab al saber esto, y como valiente se aficionó á los que tambien lo eran, y procuró su amistad, enviándoles un grande regalo de arroz y gallinas y cebones y otras cosas de la tierra, todas muy convenientes para los que se hallaban tan necesitados, y si entónces los españoles se hubieran unido á él, hubiesen sujetado desde luego toda la provincia. Pero como Guiab tenia amedrentados á muchos y agraviados á todos, acudieron á los españoles para impedir se hiciesen amigos suyos hablando mal de él, por lo que los nuestros, creyendo ganar de esta manera las voluntades de la mayoría, cogieron á Guiab y le ahorcaron de un árbol, sucediéndoles todo lo contrario, pues luego huyeron todos los indios de los españoles, y emprendieron la guerra contra ellos, desafiándolos y diciéndoles que saliesen al campo sin los arcabuces, hombre á hombre, con todas las demás armas que quisiesen; tal era el ánimo y osadía que habian cobrado. Pero aún se les presentó otra ocasion favorable. Habia en las costas del mar dos indios de los más principales de la provincia; eran hermanos, pero mal avenidos, y andaban en continua guerra el uno contra el otro, haciéndose el mismo daño que si fueran los más crueles enemigos. Uno de ellos, llamado Tuliao, pudo apoderarse del otro, y le metió en una jaula en que le tuvo mucho tiempo; rogaba el preso á su hermano que le matase, pues le sería mejor y más llevadero que la penosa é infame prision en que estaba; mas le contestaba que no lo hacia porque era hermano suyo; tambien le negaba esto, porque sabia de cierto que le habia de hacer luego la guerra, como le sucedió en efecto, y la tuvieron el resto de su vida hasta la llegada de los

españoles, en que viéndose el uno muy acosado del otro, acudió á pedirles favor, y ellos les quitaron de pleitos apoderándose de las tierras, orígen de sus diferencias, pero con grande beneficio de toda la provincia, porque andaban tan encarnizados en sus guerras unos contra otros, que si hubiesen tardado un poco más los españoles, hubieran acabado por arruinarse, y la vida que tenian no merecia tal nombre por los muchos sobresaltos que la acompañaban, sin poderse fiar ni áun de sus propios hermanos, y sin poder salir ninguno de su casa sino armado y con mucho peligro. El que más podia hacia mayor número de esclavos por cualquiera motivo, por ligero que fuese, estando los pobres muertos de hambre por no poder cultivar sus tierras por las muchas guerras, y no pocos de ellos se iban á comer á las casas de los ricos por no morirse de necesidad, quedando de esta manera por esclavos suyos, de todo lo cual les libraron la fe que les llevaron los españoles y la ayuda que les prestaron, con la que conquistaron algunos pueblos y fundaron la ciudad que llaman Nueva Segovia, nombre que tomó tambien toda la provincia. El sacerdote que acompañó en todas estas ocasiones con grande exposicion de su vida á los españoles, fué nuestro Fr. Cristóbal de Salvatierra, primer religioso católico que vieron aquellos indios; y aunque por no saber su idioma no se ocupó en su conversion, no dejó de hacerles mucho bien, influyendo con los soldados para que no les hiciesen daño, evitando cuanto podia, pero todo era imposible. Mas tuvo que volver á Manila, donde era necesaria su presencia por el cargo que desempeñaba, y fueron á aquella provincia religiosos de la órden de S. Agustin. Estos trabajos no fueron suficientes para contener el zelo que ardia en el pecho del P. Salvatierra, y así apénas regresó á la capital, se encargó de la administracion del partido de Bataan, que teniendo un gran número de cristianos, no tenia ministros ni quien se apiadára de ellos, ni los quisiese tomar á su cargo. Causóle esto grande compasion, y á pesar de hallarse aquellos indios á una jornada por mar desde Manila, donde tenia que residir, se encargó de su ministerio, que desempeñaba con mucho cuidado y amor, y no menor trabajo, por estar aquel partido muy extendido á las faldas de unos montes altos, orilla del mar, tierra toda pantanosa, lo que le aumentaba mucho el trabajo, de manera que no pudiéndole llevar, le habian dejado los clérigos que le habian tenido, y no se hallaba quien quisiese aceptarle, y este era el descanso que al P. Fr. Cristóbal esperaba cuando le dejaban algun rato libre los negocios de Manila. Andaba por aquel partido á pie por los lodos, lagunas y ciénagos, conforme se lo pedian las necesidades, á las cuales cuando dejó de ocuparse de ellas el P. Fr. Cristobal, apénas podian asistir cuatro religiosos que le sucedieron y hubo desde entónces en Bataan. Lo que de estos caminos y pantanos sacó, dice la Crónica, fué un asma tan traba-

josa, que le afligia cruelmente y le ponia á las puertas de la muerte, como al fin se la vino á dar, obligándole primero á padecer mucho tiempo los más excesivos dolores y penosas aflicciones. Entre otros muchos padecimientos se hallaba condenado á dormir vestido el poco tiempo que podia descansar, lo que era en extremo sensible en país tan escabroso, y á pesar de esto era tanto el amor que tenia á los indios, que aunque le habian costado enfermedad tan grave, los servia y sirvió solo hasta que hubo otros ministros, y despues de haber llegado á Manila los religiosos dominicos, tenia como particular satisfaccion y alivio de sus trabajos el ir á visitarlos como á hijos, á quienes amaba con la mayor ternura, y como á tales los confesaba, ayudaba y consolaba con grande placer. Sirvió mucho á los primeros religiosos para darles á conocer los que eran cristianos, que no eran bien conocidos, ó por no haber habido libro donde los apuntasen los primeros ministros que allí hubo, ó porque si los habian tenido no los inscribieron, ó se habian perdido, habiendo en esto grande confusion y no pocos errores. Era muy caritativo, y en particular con los indios, que eran los que más lo necesitaban; regalábalos en sus enfermedades con grande amabilidad y paciencia, de la cual usó siempre con los buenos, siendo terrible con los malos. Con los españoles hacia tambien el oficio de padre y maestro, ayudándoles en todas sus necesidades en tiempo de paz y guerra, que en aquel tiempo tanto habia de lo uno como de lo otro, y siempre se hallaba dispuesto á hacer bien á todos. El zelo por la honra de Dios y de desterrar pecados, que le animaba, le manifestó áun en el último trance de su vida y artículo de muerte, escribiendo al gobernador, que era D. Luis Perez de las Mariñas, pidiéndole que hiciese sacar una mujer de casa de un capitan que le indicaba, y que le enviase tres soldados para prender á un clérigo, de quien se decia que vivia mal; tan grande era el zelo con que desempeñaba su cargo. Al fin la enfermedad, que por acudir á la conversion y conservacion en la fe de los indios habia adquirido, terminó sus dias, no sin padecer ántes los crueles dolores que causa esta dolencia. Murió en el hospital de los Sangleyes, como quien siempre se habia preciado de pobre, y entre sus hermanos los religiosos, como quien lo habia sido tan aventajado. Recibió de sus manos todos los sacramentos, y puso su alma en la de Dios. Lloró su muerte toda la ciudad, y mucho más todos los religiosos de las Ordenes que habia en ella, que á todos los tenia muy obligados y todos le amaban y estimaban muchísimo; y todos á una voz decian que nunca llegaria á Filipinas un religioso semejante, tal gobernador del obispado, tal padre de los pobres, tal celador de la honra de Dios y hombre de tan buenas cualidades y tan completo, y á propósito para todo. El dia mismo en que murió se conoció su falta, porque se presentaron descaradamente vicios, que ni áun ocultos se habian atrevi-

do á vegetar anteriormente. Hízosele un solemne entierro, acudiendo á él el cabildo elesiástico y todas las religiones, pues todos le aclamaban de corazon y eran amigos suyos, por lo que su memoria se conservó por largo tiempo. Dejó nombrados gobernadores eclesiásticos con autoridad que tenia del obispo, cuya muerte no se sabia aún en aquellas islas, y dejó otras disposiciones, cuya relacion sería demasiado extensa en este lugar. — S. B.

SALVATIERRA (Lic. Juan Fernandez), bachiller canonista, natural de Vitoria, provincia de Alava, obispado de Calahorra. Perteneció al colegio de S. Bartolomé de Salamanca, y fué elegido por capellan de adentro, juntamente con el Lic. Bernardino de Villanueva, en el año de 1512. Fué grande y afamado letrado. Estando en el colegio se graduó de licenciado en cánones. Salió de él proveido por inquisidor de Murcia, donde llevó la canongía doctoral de aquella santa iglesia, reuniendo á un tiempo entrambas dignidades. Murió jóven, con gran sentimiento de todos, porque era de condicion amable, muy afectuoso, bienquisto en general, manifestando nobleza en todas sus acciones, como lo era en sangre. Siendo inquisidor de Murcia, fué tambien provisor de aquel obispado; y obteniendo estos dos empleos en virtud de bula de la santidad de Leon X, su data en Roma *apud Sanctum Petrum*, *anno nono* de su pontificado, fué nombrado canónigo doctoral de aquella santa iglesia, de cuya prebenda tomó posesion el dia 17 de Setiembre de 1521, y así tuvo estos tres cargos. En los libros de aquella santa iglesia no consta el año en que murió, ni adónde está enterrado, no obstante las muchas diligencias que para averiguarlo practicó el Sr. D. Manuel del Moral, colegial del mayor de Cuenca, á quien se debe el saberse el nombre de este señor colegial, que se ocultó al ilustrado Sr. Vergara, pues solo le dió á conocer con el de licenciado Salvatierra. — A. L.

SALVATIERRA (D. Martin), obispo de Ciudad-Rodrigo. Fué natural de la ciudad de Vitoria, en Vizcaya, y sirvió algunos años en Sicilia al rey D. Felipe II, quien le honró con el obispado de Segorbe. Hallándose desempeñando este importante cargo, trató de corregir y componer la mala vida que llevaban los moriscos de aquella poblacion, y al efecto hizo cuanto le es posible ejecutar á un amoroso padre y á un cristiano pastor para reducirlos á que marchasen por el buen camino. Pero viendo que sus esfuerzos no lograban el fin deseado, y que su obstinacion se aumentaba sin dar muestras de hacer propósitos de enmienda, elevó al monarca un memorial, que circuló impreso, dándole cuenta de la perfidia de aquella gente, y pidiendo que declarándola enemiga del bien público y de la tranquilidad del estado, se tomase contra ella alguna violenta medida que asegurase el remedio de los males que se temian. Cuando esto llegó á noticia de los moriscos, enfurecióronse en alto grado y trataron de asesinarle, armándole al efecto varios

lazos y asechanzas. Pero noticioso el rey de lo que trataban y deseando evitar semejante conflicto, le trasladó al obispado de Ciudad-Rodrigo, que desempeñó algunos años con sumo acierto y esmero. Falleció en 1604, y fué sepultado en la iglesia del Salvador de dicha poblacion. En su tiempo se fundó en la misma el convento de religiosas Franciscas descalzas. — M. B.

SALVATIERRA (Fr. Rodrigo de). Fué de familia distinguida, muy estudioso y aprovechado. Llegado á la edad conveniente, y siendo innata su vocacion al estado religioso, profesó en el convento casa grande de S. Agustin, de su patria Sevilla. Por su gran talento y profundos conocimientos obtuvo cátedras y varias prelacías, y la superior de la provincia, empleo que manifestó su sabiduría y grandes virtudes. En sus últimos años le visitó el Señor con una prolija y dolorosa enfermedad, y en medio de sus sufrimientos, que sobrellevaba con singular paciencia, daba gracias al Señor que le mandaba aquellas molestias. Murió con grande edificacion de todos los religiosos y seglares que le conocian, en dicho convento en 1672. — A. L.

SALVATO, obispo de Salamanca. Ignóranse los antecedentes de su vida, y tan solo se sabe que florecia á principios del siglo X asistiendo en aquella diócesis como auxiliar ó coadjutor del obispo Dulcidio. Consta la existencia de Salvato por una firma suya, que se halla en una donacion, fecha 11 de Abril de 916, en la que el rey D. Ordoño II de Leon hacia merced á esta santa iglesia de sus palacios reales para edificar la catedral, donando al mismo tiempo veinticuatro lugares para que con el producto de sus rentas se mantuviesen con decencia los prelados y ministros, regalando al mismo tiempo muchos objetos de oro y plata para el mayor lustre y esplendor del culto divino. — M. B.

SALVETO (Fr.). Era hermano del gran siervo de Dios Fr. Marcos, discípulos ambos y contemporáneos del glorioso patriarca S. Francisco, y conversaron con sus santos compañeros bebiendo en la fuente originaria las aguas purísimas de la más rigida observancia de la regla. Ansiosos del retiro y de la soledad, en cuyo silencio podian entregarse á la más dulce contemplacion, eligieron para su morada el eremitorio de S. Lorenzo, situado en la falda del Apenino en un montuoso desierto, cerca de Gualdo, en el obispado de Nursia. Este eremitorio fué fundacion del seráfico Patriarca, y despues de su muerte le abandonaron los religiosos por la destemplanza de los aires, y se mudaron al convento que se fundó cerca de los muros de Gualdo; mas en reverencia de su santo Padre, ambos hermanos determinaron negociar con los prelados se les permitiese vivir allí haciendo vida solitaria y eremítica, llevando el fin al mismo tiempo de que no se sepultase en el olvido tan devoto monumento. Los prelados condescendieron á esta justa peticion, gustosos al ver que habia quien se atreviese á conservar aquella venerable

memoria viviendo entre las fieras. Medio siglo vivieron en aquella soledad en asperísimas penitencias, siendo su hábito una sola túnica muy grosera, los pies en todo tiempo enteramente descalzos, usando silicios de malla que les atormentaban la mayor parte del cuerpo. Su ordinario sustento era yerbas y frutas silvestres con escaso pan, y su cama la desnuda tierra. De tiempo en tiempo, para desahogar el incendio de caridad que ardia en sus pechos, salian á predicar en aquellas serranías ganando á Dios muchas almas con su doctrina y santos ejemplos. En estos apostólicos trabajos les solia acompañar Fr. Felipe, religioso que se les unió para observar la misma y austera vida. Fr. Salveto murió algunos años ántes que su hermano con gran crédito de varon virtuoso y apostólico.— A. L.

SALVETUS (Fr. Angel), franciscano florentino, aunque nacido en Sena por el destierro de sus padres, que perteneciendo á aquella república tan célebre en la edad media, hubieron de abandonarla en una de las revoluciones que tan frecuentes eran á la sazon en aquellos pequeños estados. Salvetus, aunque de orígen noble y de familia rica, hubo sin embargo en sus primeros años de comer el pan del ostracismo y vivir en medio de toda clase de miserias y dolores. Amaestrado en tan dura escuela el jóven que algun dia debia vestir el hábito de S. Francisco y seguir los destinos de esta Orden, supo admitir todo género de virtudes, en particular esas que son inseparables compañeras de la desgracia y la miseria. No quiere esto decir, como se supone tan general como equivocadamente, que la virtud sea único y exclusivo patrimonio de las clases pobres. Semejante doctrina es errónea y absurda, y prueba cuando ménos la ignorancia de los que tal sostienen. La virtud se asienta lo mismo en el trono que en el hogar de la más humilde aldea, y en todas partes se la encuentra, en todas partes brilla, en todas partes resplandece. Ciertamente que no se la conoce del mismo modo, no puede observársela tan de cerca bajo los artesonados del palacio como entre las pajas de la cabaña; en el primer lugar son pocos los que tienen franca la entrada, y en el otro se halla abierta á todo el mundo. Además, la envidia es harto activa contra los poderosos, miéntras desdeña ni áun fijar su atencion en los humildes; pero en cambio, cuánto más glorioso es el triunfo de aquellos, cuando perseguidos por encarnizados enemigos, tanto más seguros de su triunfo, cuanto mayores medios de difamacion tienen en su poder, salen sin embargo victoriosos de las más rudas pruebas, y consiguen, si no de sus contemporáneos, de la posteridad, una mirada benévola, un sincero aplauso, una formal vindicacion. Asi leemos con frecuencia en las historias ejemplos de reyes, de príncipes y grandes que, perseguidos en su siglo, maltratados rudamente por los que les debian completa obediencia, han sido despues elevados á los altares, juzgados dignos de la corona de la inmortali-

dad, ya que hasta la terrenal les negára su siglo. Es tambien mucho más difícil ejercitar la virtud en las posiciones elevadas que en las circunstancias ordinarias de la vida: la multitud de ocupaciones, frívolas por lo general, pero reclamadas por las costumbres; los numerosos alicientes, las seducciones de todo género que rodean, y hasta el mismo atractivo que se ejerce sobre cuantos se acercan, impiden sobremanera el realizar lo que tan fácil es en la vida comun, lo que muy pocos, áun de los mismos que se atreven á sostener lo contrario, hubieran podido realizar á encontrarse en semejantes ó idénticas circunstancias: por eso no debe extrañarse la mayor facilidad que hay en caer en tan elevados puestos que en otros más humildes y, por decirlo así, más llanos. Las tormentas son más grandes y terribles en las montañas que en las llanuras, que solo de rechazo reciben el rayo que hirió primero á los seculares pinos. Pero la pobreza en cambio tiene sus ventajas para el amante de la virtud, para el que se promete darle culto en la tierra y vivir contento y feliz bajo su austero vasallaje. Ambas posiciones puede decirse que recorrió Salvetus, y en ambas manifestó su grandeza de ánimo, su verdadero mérito y virtud. Cuando en la pobreza, aunque de opulenta cuna, aprendió á no despreciar á los humildes, á mirarlos como hermanos, á sacrificarse por ellos en todo y por todo. Comprendió que se deben amar hasta las necesidades en esta vida, no por el mal que en sí hacen, sino por las ocasiones que nos dan de manifestar nuestro ánimo y grandeza de espíritu, y de ostentarnos á la altura á que se han colocado todos los hombres más célebres, cuyos nombres se leen al frente de los anales de la humanidad. Además, nacido con instintos generosos y con vocacion noble y delicada, destinado á figurar un dia al frente de una órden religiosa, Salvetus comprendia que no en vano le llevaba la Providencia por extraordinarios caminos, pues á su fin debia encontrar algo que no esperaba, algo que elevándole sobre sí mismo, le colocára á la altura de los más nombrados héroes de su antigua y esclarecida familia. Comprendia muy bien que no se hallaba llamado á dirigir ejércitos, á conducirlos al combate y cobijarlos bajo la sombra de su victoriosa bandera; pero suponia al mismo tiempo que estaba destinado á hacer algo parecido, que padecia para aprender á despreciar los peligros, para hacerse superior á las privaciones y triunfar en fin de enemigos más temibles que los que tiene á su frente un ejército en órden de batalla. Así fué que despues de haber atravesado por las más extrañas vicisitudes que pueden referirse en la vida, despues de haber mendigado su pan entre los pobres, dormido entre la nieve en el invierno y al sofocante calor de habitaciones malsanas en el verano; despues de haber trabajado con sus propias manos, ganado su propio sustento, vístose fugitivo y perseguido, vió abiertas las puertas de su patria y un lisonjero porvenir sonriéndole en lontanan-

za. Pero verdaderamente grande en aquella ocasion, desengañado de la vanidad de las cosas humanas, renunció todo el poder que le ofreció, abandonó las riquezas con que se le brindaba, y se retiró á un claustro de la religion franciscana, donde pudiera vivir contento y satisfecho, ajeno á las pasiones del mundo, y consagrado al principal fin á que es llamada toda criatura, amar y adorar á su Dios. Entónces fué cuando se manifestó verdaderamente grande, cuando pudo ser útil á su patria, y la prestó servicios que acaso no la hubiera podido hacer de otra manera. El humilde franciscano, que desde el fondo de su convento, donde se hallaba dedicado á las prácticas piadosas que le imponia como otros tantos deberes su religion, comenzó desde el instante en que vistió el hábito á sostener una gloriosa y gigantesca lucha, cuyo término era la felicidad de su patria. Sabia que las pasiones que la agitaban, los vicios que la roian eran las causas de su desgracia, y á atacar las unas y extinguir los otros encaminó todos sus esfuerzos. Ejemplar en su vida, de austeras y puras costumbres, de ingenio claro y agudo, podia al subir al púlpito hablar con verdad y seguridad, dirigir su palabra á sus conciudadanos, darles buenos ejemplos, manifestarles los buenos caminos, y ser en fin para ellos un modelo, como en realidad lo era por sus particulares circunstancias. ¿Qué le importaban las persecuciones? Estaba acostumbrado á ellas. ¿Qué las enemistades, cuando todos sus compatricios habian sido enemigos suyos? ¿Qué el odio y el temor, cuando habia saboreado todas sus amarguras? ¿Qué la muerte y el martirio, cuando seria el más glorioso término de su difícil carrera? Así con ánimo resuelto, con decision sin igual comenzó una série de predicaciones tan nobles como aplaudidas, tan necesarias como gloriosas, encaminadas todas á manifestar á sus conciudadanos el error en que vivian. Ciertamente que no consiguió todo el resultado que hubiera apetecido, que no todos le escucharon de buena fe, que algunos hasta zahirieron sus predicaciones; pero arrojada la semilla no debia tardar su fructificacion, y los siglos futuros tuvieron ocasion de bendecir los grandes resultados de su magnánima empresa. Tampoco Salvetus tuvo porqué arrepentirse, pues su Orden, ya que no sus conciudadanos, se apresuró á premiar su mérito, y fué muy en breve elevado á las primeras dignidades de ella; provincial en un principio de su provincia, y vicario despues de toda la órden Seráfica, tuvo ocasion de manifestar su celo, las buenas dotes de que se hallaba adornado, esas cualidades en fin hereditarias en su familia, y que le destinaban al mando. En su tiempo se extendieron mucho las fundaciones, se aumentó la observancia regular, y se elevó en fin la religion Seráfica al mayor grado de su apogeo y esplendor. Amado por los pontífices, admirado por los grandes y venerado por el pueblo, recogió el fruto de sus trabajos y sinsabores, de una vida entera consagrada al bien, y en cuyo

término habia encontrado la gloria y la fortuna. No brilló ménos por su piedad el sabio franciscano, que habia leido en el libro del mundo lo que valen todas las pequeñeces de la tierra, habia aprendido tambien en él que hay algo más grande y más sublime que esa série de vanidades á que se rinde culto por lo general; y separándose de ellas, consagró su ánimo y su inteligencia á otra cosa mayor, á la única digna de adoracion y culto. Sus últimos años fueron de consiguiente semejantes á los primeros en que habia pisado la tierra; pobre en medio de las grandezas, rico en medio de la carencia de todo, no quiso nada de todo con cuanto le brindaba su posicion, ántes bien lo alejó todo y se contentó con una humilde celda, con un pobre hábito, más pobre y remendado quizá que el del último de sus legos. Nada más santo y ejemplar que su muerte. Rodeado de los religiosos, dirigiéndoles la palabra para que se amasen y viviesen unidos en santa armonía, miéntras dirigia sus miradas al cielo, falleció en su patria en 1423, dejando una obra con el título: *Tractatum de judicio et Antichristi.*—S. B.

SALVIATI (Bartolomé), arzobispo de Pisa, célebre por su desgraciada muerte, que debe fijarse hácia 1477. «Italia era entónces presa de las violencias más horribles: existian en Florencia dos familias poderosas y rivales, la de los Pazzi más antigua, y la de los Médicis más rica; en aquel tiempo gobernaba la última, y eran sus jefes los dos hermanos Lorenzo y Julian: protegidos secretamente los primeros por Sixto IV, que odiaba á la casa de los Médicis, conspiraron contra ambos hermanos y trataron de asesinarlos en la iglesia miéntras estaban en Misa. Julian fué muerto efectivamente, mas Lorenzo pudo salvarse en la sacristía, y los conjurados que habian invadido el palacio para apoderarse de él, fueron encerrados en el mismo y entre otros Bartolomé Salviati, arzobispo de Pisa y legado del Papa, fué ahorcado en una de las ventanas, revestido con sus hábitos pontificales.» —S. B.

SALVIATI (Alamanno). Este cardenal nació en Florencia, de la ilustre y célebre prosapia de los marqueses de Montieri, y llegó á ser el esplendor de esta noble familia y de su patria. Amaestrado en la ciencia por los hombres más sabios é insignes de su época, y entre ellos de Pascasio, Gianneli y José de Averani, que fué el que en 1696 le confirió en Pisa la laurea de doctor, razon por la cual fué despues su íntimo amigo y Mecenas. Despues de haber recorrido las ciudades más cultas de Europa y visitado las cortes de los príncipes y la academia de los literatos, volvió á Florencia rico de instruccion, y se dedicó á cultivar la sociedad de las personas más eruditas, sin dejar por esto de llenar al propio tiempo sus deberes de piedad cristiana, que le hacia tan generoso con los pobres, que no contentándose con las considerables limosnas que les suministraba, se empeñaba en servir por sí pro-

pio á sus criados cuando caian enfermos. Luego que murió en Roma su hermano Juan, que fué uno de los prelados más respetables de la corte romana, los amigos le persuadieron ir á la ciudad eterna. Siguiendo su consejo, áun cuando de mala gana, en 1707 fué admitido por Clemente XI entre los protonotarios apostólicos, y á la edad de treinta y siete años fué comisionado repentinamente el mismo año á llevar á Francia las fajas benditas al duque de Borgoña con el carácter de nuncio extraordinario. En 1711 le nombró el Papa vice legado de Aviñon, en donde con su religiosidad, justicia, mansedumbre, liberalidad y buen carácter se granjeó el afecto de aquellos pueblos, que le consideraban como cariñoso padre. Acogió en Aviñon con grande ostentacion y los honores debidos á Jacobo III, rey de Inglaterra, que pasaba desde Francia á Roma, y por la proteccion de este soberano obtuvo en 1717 la presidencia de Urbino, cargo que desempeñó con gran lustre y decoro. Subió al trono pontificio Benedicto XIV, y áun cuando este Papa solo conocia á Salviati por la fama de su nombre, el 8 de Febrero de 1730 le creó cardenal sacerdote de Sta. María de Araceli; inscribiéndole en las congregaciones del Concilio, Propaganda, Inmunidad y Ritos. Este digno purpurado logró hacerse amar en la variedad de empleos que desempeñó por toda clase de personas. Despues de haber tenido el consuelo de contribuir con toda la eficacia de su valor y con su propio voto á la eleccion de su conciudadano y pariente Clemente XII, este le declaró en 1731 prefecto de la signatura de la Justicia, legado de Urbino, dándole además algunos beneficios. Murió este Cardenal á los sesenta y cuatro años de edad en el de 1733. Fué expuesto al público en su iglesia titular, y fué sepultado en ella en calidad de depósito. Llevado despues á Florencia el cadáver de Salviati, siguiéndose lo que habia dejado dispuesto en aquella iglesia, fué definitivamente sepultado en la iglesia de S. Marcos, capilla de S. Antonio, en la tumba de sus antepasados, con una elegante inscripcion.—C.

SALVIATI (Anton María). Fué este Cardenal sobrino del papa Leon X y del cardenal Bernardo. Por su constante virtud, excelente doctrina, especialmente en asuntos legales, y por las demás bellas cualidades que le distinguian, fué nombrado por Pio IV en 1561, á instancia del rey de Francia, obispo de S. Papoul. Asistió al concilio de Trento, despues de lo cual renunció voluntariamente su silla episcopal sin pension alguna, á fin de que se proveyese en un prelado, que conociendo mejor que él la índole, costumbre é idioma de los franceses, combatiese con más fuerza que él podia hacerlo las nacientes herejías. Paulo V le dió entónces un clericato de cámara, en Mayo de 1571, en cuyo cargo se distinguió por su celo. En el mismo año le mandó el Papa por su internuncio á Francia, cerca del rey Cárlos IX, á fin de tratar de la liga contra el Turco, en cuya negociacion prestó gran-

des servicios á la religion contra los herejes, y tambien trató de estos asuntos con los príncipes de Italia, en el viaje que emprendió por delegacion del cardenal Bonelli, legado de dicho reino. Apénas fué elegido papa Gregorio XIII en 1572, le mandó á Francia con el carácter de nuncio ordinario, y desempeñó esta legacion hasta 1578, en cuyo tiempo favoreció mucho á los capuchinos, á los que introdujo en el reino. Adquirió mucho nombre en esta nunciatura por lo mucho que tuvo que trabajar en aquellos turbulentos tiempos, en los que tuvo lugar el memorable estrago de la noche de S. Bartolomé, que enfrenó, pero no abatió la audacia de los herejes. Catalina de Médicis, reina de Francia, le reconocia por individuo de su familia, y habiendo llegado á ser decano de los clérigos de cámara, el papa Gregorio XIII en 12 de Diciembre de 1583 le creó cardenal diácono de Sta. María en Acquiro, y Sixto V, en 1585, le hizo legado de Bolonia, en cuya dignidad procuró que su gobierno hiciese disfrutar á aquella ciudad una envidiable paz en medio de su incorrupta justicia. Salió de Bolonia con gran sentimiento de sus habitantes, que le acompañaron mucha parte del camino, victoreándole y llamándole padre de la patria y libertador de la provincia. Pasando á la legacion de la Romaña, exterminó en ella muchas partidas de bandidos y gente de mal vivir, que infestaban el país con daño de sus habitantes. En tanto que fué legado rehusó generosamente los donativos que acostumbraba hacer á los legados, y cuando no pudo ménos de aceptarlos, los repartió inmediatamente á los pobres. Inocencio IX le confirió la presidencia de todos los tribunales de la Curia romana, en union del cardenal Pierbenedetti, y Clemente VIII, además de haberle dado plaza entre los cardenales de la signatura de Gracias, le asoció á la presidencia de todo el estado pontificio, la cual trató de dimitir en cuanto el Papa creó cardenales á sus sobrinos; pero habiendo conocido Clemente VIII su integridad, prudencia y valor, se empeñó en que continuase en el oficio. Fué Salviati íntimo amigo de S. Camilo de Lelis, y protegió su naciente órden de Ministros de los Enfermos, institucion que habia menospreciado en su principio. Conociendo al fundarse esta Orden los grandes servicios que por S. Camilo y sus hijos se prestaban á la humanidad, cambió su desprecio en amor y estimacion, veneró á su fundador, y protegió cuanto pudo tan útil institucion. Amplió y benefició en 1600 el hospital de Santiago en Augusta, llamado de las Incurables, y ya en 1595 habia reedificado la magnífica iglesia, por lo que para perpétua memoria hizo acuñar una bella medalla. Acrecentó las rentas de este hospital y del de S. Roque, y además de la iglesia de Santiago instituyó un colegio de capellanes beneficiados, para que diariamente cantasen la Misa y los divinos oficios, y cuidasen de la iglesia y de la sacristía. Derribada la iglesia de Santa María de Acquiro, que amenazaba ruina, la reedificó magníficamente en

1591. Amante protector de los huérfanos, erigió para su instruccion en los estudios eclesiásticos y científicos el colegio Salviati, dotándole de suficiente renta para su sosten, y cediéndole una casa de campo para el descanso y recreo de los huérfanos, no léjos de la iglesia de los Cuatro Santos, en cuyo cercano monasterio se colocaban las huérfanas. Su liberalidad se extendió á las basílicas Patriarcal Lateranense y Liberiana, á las que dió cantidades metálicas, posesiones y montes. La generosidad alcanzó igualmente á la iglesia de S. Gregorio, S. Andrés del monte Celio, del que era abad, pues que costeó obras de consideracion que se hicieron en ella, é hizo la calle y plaza que tiene delante, erigiendo á su lado una bellísima capilla. Siendo su madre Constanza Conti, señora de Giuliano, en la legacion de Frosinone, el Cardenal pobló y adornó con bellas fabricaciones, y en el siguiente siglo el duque Francisco María levantó allí el convento é iglesia de los frailes menores, segun lo cuenta el P. Casimiro de Roma, en su *Memoria de los conventos de la provincia Romana*. La casa de este Cardenal podia considerarse como centro de la caridad y asilo de los pobres, pues que jamás despidió á ningun necesitado sin darle alguna limosna, en lo cual era tan pródigo, que no contento con socorrer á los pobres que le perseguian en turbas por do quier que fuese, buscaba á los pobres vergonzantes en sus propias casas para socorrerlos, y á los literatos y estudiantes necesitados para ayudarlos y protegerlos. Tan luego como el papa Clemente VIII supo se hallaba gravemente enfermo, fué á visitarle y á echarle su bendicion apostólica. Murió este pio y caritativo Cardenal sentido del Papa y de cuantos le conocian, y llorado de los muchos pobres que le debian su sustento, el año 1602, á la edad de sesenta y seis años, habiendo sido el primer cardenal sacerdote de Sta. María de Transtiberim. Dió su voto este Cardenal en los cónclaves de Sixto V, Urbano VII, Gregorio XIV, Inocencio IX y Clemente VIII. Fué sepultado en la expresada iglesia de Santiago, delante del altar mayor, bajo una lápida adornada de metales, sobre la que se leia un breve elogio. Los escritores más parcos en encomiar las acciones de los cardenales no pudieron ménos de comentar las virtudes del cardenal Anton María, varon de gran talento, de severa integridad, mucha actividad, amante de socorrer á los pobres, enemigo capital del abominable lujo, de la vanidad y de toda externa apariencia. Este purpurado fué notable, insigne y grande, y jamás abrigó miras interesadas, y por eso fué tan amado; y si Clemente VIII hubiera muerto ántes que él, regularmente le hubiera sucedido por las grandes simpatías que tuvo en el Sacro Colegio y veneracion con que le honraban muchos de sus discípulos.—C.

SALVIATI (Bernardo). Fué este Cardenal patricio florentino, hermano del cardenal Juan Bautista del mismo nombre. Entrando en la milicia de

los caballeros de S. Juan de Jerusalen, áun cuando muy jóven fué admirado por su valor en las galeras de la Orden, y tomando patente en corso para vindicar la fatal pérdida de la isla de Rodas, dejó á los turcos un nombre tremendo que temian en extremo grado. Arruinó á Trípoli, entró en el canal de Fagiera, y redujo á un monton de escombros todas sus fortalezas, que se oponian á su paso y á la conquista. Mandando la flota de su religion, tomó la isla y ciudad de Coron y de Modania, en la Morea; y corriendo hasta el estrecho de Gallípoli, abrasó la isla de Scio, en la que hizo muchos esclavos que llevó consigo. En premio de tan militar intrepidez y distinguido valor, el gran maestre le confirió el priorato de Capua, y despues el de Roma. Nombróle el gran maestre con Felipe Strozzi y Lorenzo Ridolfi de embajador al rey de España y emperador de Alemania Cárlos V, que se hallaba en Barcelona, y ante su presencia peroró con suma elocuencia por la libertad de su patria. Con el mismo Stroszzi pasó á la corte de Francia, y nombrado capitan, combatió con gran valor en varias batallas. La reina Catalina de Médicis, su parienta, le suplicó vivamente renunciase á la profesion de las armas, y que se alistase en la milicia eclesiástica, en lo que consintió. Luego que vistió el hábito clerical, le concedió el rey varios beneficios, y declarándole la reina su primer limosnero, desempeñó este empleo con tal integridad y prudencia, que mereció se le nombrase en 1549 arzobispo de la iglesia catedral de S. Papoul, por renuncia del cardenal su hermano, y que él renunció despues en su sobrino Anton María. Pio IV, el año 1561, le trasladó á Clermont, y despues á instancias de la expresada reina le creó cardenal sacerdote de S. Simon, título que cambió despues por el de Sta. Prisca. Perfeccionó el suntuoso palacio Salviati sobre el Tíber, al fin de la via Lungana, con el ánimo de recibir en él á Enrique III, rey de Francia, que trataba de ir á Roma. Asistió á los estados del reino que se celebraron en París en 1557, y despues al cónclave de S. Pio V. Murió en Roma en 1568, y se le dió honrosa sepultura en la iglesia de Sta. María de Minerva. Paulo Jovio le celebró ántes de hacerse eclesiástico, como hombre de intrépido espíritu, de ánimo esforzado y como marino excelente, práctico y experimentado en toda especie de lances.—C.

SALVIATI (Francisco). Fué este un prelado de gran reputacion y autoridad. Arzobispo de Pisa en 1477, adquirió alto renombre por su carácter severo. Revolucionándose Florencia por este tiempo, los revoltosos se apoderaron de su persona, que se encontraba á la sazon en esta ciudad, y sin género alguno de proceso, le condenaron á muerte, atropellando la turba revolucionaria, como lo hace siempre, todos los respetos divinos y humanos. Conducido el Arzobispo á la casa de la ciudad, los amotinados se apoderaron de él y le ahorcaron públicamente, vestido de pontifical, colgán-

dole de los balcones de la expresada casa, así como igualmente á sus lados á su hermano y á su primo, que ambos se llamaban Santiago Salviati. Así lo relata en su Crónica Enguerrad de Monstrelet, al que se refiere Moreri en su *Diccionario histórico y geográfico.* — C.

SALVIATI (Gregorio Anton María). Este Cardenal, noble florentino, de los duques de la ilustre familia de su nombre, nació en Roma á 12 de Diciembre de 1722. Educado é instruido en las ciencias cual convenia á su elevada clase, y manifestándose inclinado á servir á la Santa Sede, el pontífice Benedicto XIV le admitió en la prelatura y le mandó de inquisidor á la isla de Malta en 1754. Clemente XIII, el año 1760, le promovió á vicelegado de Aviñon. Ocupada esta ciudad por la Francia en 1766, fué declarado clérigo de cámara y presidente de las armas. Despues fué nombrado auditor general de la cámara de Clemente XIV, y Pio VI, en premio de sus servicios, le creó en 23 de Junio de 1777 cardenal diácono de Sta. María de la Escala, desde donde pasó á la diaconía de Sta. María in Via Lata, y por lo tanto llegó á ser el primero de los diáconos. El mismo Pio VI le inscribió en las congregaciones cardenalicias del Concilio, de Obispos y Regulares, de la Propaganda, de los Ritos, de la Inmunidad, del Buen Gobierno, de la fábrica de Loreto, de Aviñon, de la Consulta, de la Disciplina regular, del Ceremonial y del Indice, y le nombró prefecto de la signatura de Gracias. Nombróle sucesivamente protector del reino de Irlanda y del colegio irlandés de Roma; de las órdenes de Jerusalen y de los Menores conventuales, del colegio de Montalto de Bolonia; de los Santos Lugares de Palestina, de la archicofradía de la Santísima Trinidad, de los Peregrinos, de la Muerte, y de otras doce de Roma; de cuatro universidades ó escuelas de artes; de siete posesiones de la Santa Sede; de las religiosas del Niño Jesus de Palestrina, de Sto. Tomás de Fabriano, de Sta. Apolonia de Asis; de la Asuncion de Viterbo, etc.; y en fin, fué nombrado pro-protector del colegio de S. Buenaventura de Roma. Fué este Cardenal elogiado por su admirable piedad y celo religioso, por su generosidad sin fausto, porque fué grande sin altaneria, humilde sin bajeza, y liberal compasivo; por todas estas virtudes y otras que brillaban en este príncipe de la Iglesia católica, le celebró Luis Cuccagni en la dedicatoria de su obra *De la autoridad y jurisdiccion de la Iglesia.* Cuéntase en el número 2046 del *Diario de Roma* de 1794, que padeció el Cardenal durante seis meses una grave enfermedad, y que empeorando, recibió los santos Sacramentos de la Iglesia y la bendicion apostólica, y murió en el mismo año el 5 de Agosto en Roma, á los setenta y dos años no cumplidos de edad. Hechos los sufragios y honores fúnebres por el párroco y teniente de Santo Espíritu, se condujo el cadáver en una carroza á la iglesia de Sta. María de Minerva, enlutada al efecto. Despues del funeral, en

el que celebró la Misa de requiem el cardenal Cabrara, fué sepultado en la capilla de los duques de Salviati, dedicada á S. Antonino, arzobispo de Florencia, en la cual le recuerda un honroso epitafio. — C.

SALVIATI (Juan), nobilísimo florentino. Fué este Cardenal de la célebre familia que ensalza Marchesi en su *Galería del honor*, llamada en lo antiguo Caponsachi, cuyo orígen viene de Fiesole, que tuvo el dominio de Poggio Croce y de Luccole, fortaleza levantada en 1187 por el caballero Caponsacco. Entre los Salviati florecieron veinte alféreces, y muchos que se distinguieron en la toga, en las armas y en las letras, entre los que el caballero Leonardo fué un excelente filólogo, fundador de la famosa Academia de la Crusca y autor de apreciables obras. Fueron los Salviati poderosos en la república florentina, y señores de Castella, habiéndose distinguido muchos de ellos en mandos políticos y militares. Estuvieron emparentados con príncipes soberanos. María Salviati llegó á ser gran duquesa de Toscana; Gianuozzo virey de Chipre; Francisco gran maestre de la órden de S. Lázaro; Alemano en 1500 fué comisario en la guerra de Pisa; Santiago casó con Lucrecia de Médicis, hermana del papa Leon XI, y tia de Lorenzo, duque de Urbino; Francisca fué madre de Leon XI de Médicis, é hija de Lucrecia; Bernardo fué prior de la órden de Jerusalen de Roma, general de las galeras de Malta, y expugnador de Coron en la Morea, y despues cardenal. Y en fin, los Salviati tuvieron caballeros de muchas órdenes, diversos obispos y cinco cardenales. El que desee más extensas noticias de esta nobilísima familia puede consultar la obra de Gausurrini titulada: *Historia genealógica de las familias nobles toscanas*, tomo V.—*Florentina Majoratus e Fideicomissi Philippi de Salviatis.—Discurso genealógico sobre la descendencia legítima y natural de los nobilísimos Marqueses hermanos Tomás y Leonardo.—Arbol genealógico de la nobilísima familia Salviati de Florencia*; Florencia, 1795. —*Sentencia dada en Florencia en la causa Salviati*, 1796. El cardenal Juan Salviati, de quien tratamos, fué sobrino de Leon X por parte de la hermana, y tio de Cosme I, gran duque de Toscana, y como diese pruebas de buen juicio, mereció que Leon X, en 1516, á la edad de veintiseis años, le confiase la administracion de la iglesia de Fermo, y en 1.° de Julio de 1517 le creó cardenal diácono de S. Cosme y S. Damian, confiriéndole á los tres años el obispado de Ferrara. En 1530 su pariente el papa Clemente VII le confirió el gobiermo de la diócesis de Volterra, y en 1531 le destinó á la presidencia de la iglesia de Teano, que confunden algunos con la de Treusi, y de Santa Severina, y en 1532 la de Bitetto. Francisco I, rey de Francia, del que fué pariente, tuvo para él singular predileccion, y se ganó con su buen carácter el corazon del monarca, que se dice le nombró en 1539 para los obispados de S. Pablo y de Oleron, y áun de Beziers y de Vaisons, pero no se hace

mencion alguna de esto en la *Galia cristiana*; tambien fué muy estimado este Cardenal de otros soberanos. Clemente VII le encargó de espléndidas legaciones en diversos estados de Europa, y le mandó especialmente cerca de Cárlos V, en Madrid, á fin de que hiciese se retirasen las tropas españolas de los Estados de la Iglesia, y pidiese la libertad del rey de Francia Francisco I, preso por el emperador en la torre de los Lujanes de la expresada corte, que aún subsiste en pie. Dirigióse dos veces despues á este rey para que pidiese á Cárlos V la libertad de Clemente VII, sitiado por las tropas españolas en el castillo de S. Angelo, y que saliesen de Roma los imperiales, y logró establecer una conferencia entre el emperador y el Papa en Bolonia. A estas legaciones sucedieron las de Palma y de Plasencia en el pontificado de Paulo III, al que hizo importantísimos servicios. Destinado nuevamente como legado *à latere* cerca de Cárlos V para terminar los tratados de paz de Europa, retrasó ir á esta comision temiendo caer en manos del emperador y salvar así la dignidad cardenalicia. Siendo ya obispo de Porto en el año santo de 1530, abrió la puerta santa de S. Pablo. Reedificó el palacio Salviati en Roma, cercano á la iglesia de los Camaldulenses de S. Leonardo y la puerta Leonina, con arquitectura de Bramante, segun unos, ó de Nanni de Baccio Bigio, que es lo más cierto, no faltando quien le quite esta gloria, atribuyéndosela al cardenal Salviati su hermano, el que parece más bien que la engrandeció para recibir á Enrique III, rey de Francia, cuando trató de ir á Roma. Dice Milicia, Atila de los escritores en Roma cuando se refieren á las bellas artes, que Baccio de Agnolo, florentino, fué el primero que adornó las ventanas con frontispicios y las puertas con columnas y cornisones, novedad que fué primero criticada y despreciada, y terminó siendo adoptada por todos.» El gobierno adquirió este palacio, y colocó en él el archivo Urbano, en el que se conservan los instrumentos y actos públicos de los notarios. Asegúrase que el Cardenal ántes de mandar hacer este palacio poseia otro en Roma, que habia heredado de sus antepasados. Cuéntanse entre los artistas que empleó en el palacio nuevo para embellecerle, á Francisco, ó sea al ciego Rossi, fecundo pintor al fresco, al que protegió mucho el Cardenal. Hízose el Cardenal célebre por su talento, por sus méritos, doctrina, erudicion, benignidad, modestia y buenas costumbres, razon por la que el Cardenal Sadoleto le llamó hombre clarísimo; sumamente apreciable por su afabilidad, saber é integridad y por sus virtudes. Los sabios y los literatos tuvieron en el Cardenal un ardiente Mecenas, y recibieron su ayuda y consuelo en muchas ocasiones, y por esto se vieron muchas obras impresas dedicadas á él por sus autores, con los que, y con otros muchos literatos de Europa, sostuvo una gran correspondencia literaria. Sus delicias fueron Giraldi, Pigna, Gagio, Ariosto y Teresa Toscani, que le prodigó mu-

chos elogios en versos heróicos. Intervino en los cónclaves de Adriano VI, Clemente VII, Paulo III y Julio III, y en este hubiera sido él el papa elegido, si Cárlos V no se hubiese opuesto por la amistad que tenia con Enrique II, rey de Francia, cuya augusta esposa le apoyaba. Murió este Cardenal en Porto de Rávena, en el monasterio de los Canónigos Lateranenses el año 1553, á los sesenta y cinco años de edad, y trasladado su cadáver á Ferrara, que era su diócesis, fué sepultado honrosamente en la catedral, cerca del papa Urbano III, á la derecha del altar mayor, con una inscripcion en mármol en la que por equivocacion se dice que murió el año 1550.—C.

SALVIATO (P. Cárlos), de la Compañía de Jesus, natural de Loto, en Italia. Entró siendo muy jóven aún en el instituto de Loyola, y se distinguió desde luego por sus estudios y buenas cualidades. Hallábase dotado de esa elocuencia no comun áun á los génios de primer órden, pues no siempre el saber da la facilidad de hablar, y los hombres más instruidos no son por lo general los que se expresan con más fluidez y elegancia. La elocuencia es, pues, un don natural que concede la Providencia á contadas personas, y una de ellas fué nuestro Salviato, que obtuvo fama de grande orador en Nápoles, asistiendo á escuchar sus discursos grandes y pequeños, y áun siendo llamado de la misma corte, que encontraba en sus palabras consuelo, recreo é instruccion. Sus superiores deseando contribuir al esplendor y utilidad de una ciudad tan populosa é importante como Nápoles, le enviaron á ella en clase de profesor de humanidades, cargo que desempeñó durante un largo período hasta su muerte, acaecida en edad harto prematura é inesperada. Fué por lo tanto sentida de propios y extraños, que conservaron por largo tiempo presente su memoria, elogiando su ingenio y sus virtudes. Pocas fueron las obras que llegó á dar á la prensa, conociéndose únicamente como suya la *Oracion fúnebre de Marcos Alcareino*, de la órden del Cármen, á que dió el título de *Urna cinerum et lacrymarum*, é imprimió en Nápoles Jacobo Gaffari en 1639, en 4.°—S. B.

SALVIDE ó DE SALIS (Juan Bautista). Fué este un italiano religioso de la órden de Menores, de que hace mencion Dupin en su *Biblioteca de Autores eclesiásticos del siglo XV*. Murió por el año 1494, y solo se le conoce por haber escrito una *Suma de casos de conciencia*, llamada de su nombre *Baptistienna*; impresa en París en 1499.—C.

SALVIENO. Este sacerdote de Marsella nació, segun Tillemont, hácia el 390 en Colonia ó en Tréveris, de padres muy considerados en la Galia. Conjetúrase que estudió en esta ciudad, cuyas escuelas eran aún célebres á fines del siglo IV. Hizo Salvieno rápidos y grandes progresos en las ciencias que se cultivaban en esta época. Era aún muy jóven cuando su padre le casó con Palladia, hija de Hipacio, á la que se habia educado por sus padres

en la creencia pagana. De este matrimonio nació una hija llamada Auspiciola. Costóle poco trabajo el convertir á su mujer á la religion católica; pero habiéndola persuadido á vivir en la continencia, Hipacio desaprobó este exceso de celo, y quiso obligarles á lo contrario. A fin de librarse de su empeño y resentimiento, huyeron los dos esposos y no lograron apaciguarle sino despues de bastante tiempo y con gran trabajo. Desde esto nada nos dice la historia de Palladia y de su hija, que sin duda se retirarian á algun monasterio de la Galia Vienense. En cuanto á Salvieno vendió sus bienes, distribuyó su importe á los pobres y abrazó la vida religiosa. Créese que buscó asilo en la abadía de Lerins hácia el año 420. En el tiempo que permaneció en ella dió leccion de literatura á dos hijos de S. Euchero, obispo de Lion, con el que habia contraido una estrecha amistad. Abandonó la soledadde Lerins hácia el 426, y se estableció en Marsella en donde fué ordenado sacerdote. Sus talentos y su piedad le habian ya dado celebridad en 430, segun se ve por un punto de la oracion fúnebre de S. Honorato. Consultado por los más nobles prelados de las Galias y honrado con su confianza, compuso Salvieno de su órden muchas homilías é instrucciones, que le valieron el glorioso nombre de maestro de los obispos, habiéndose engañado los que le han creido obispo. La modestia, la dulzura, la paciencia y su inagotable caridad le merecieron los elogios de sus conciudadanos y contemporáneos ilustres extranjeros. Murió, segun Tillemont, hácia el año 484 en una edad muy avanzada. De las numerosas obras que se dice escribió, solo han llegado hasta nosotros las dos siguientes: *Adversus avaritiam libri quatuor*. Describe en esta obra Salvieno con tal vivacidad los desórdenes que presenciaba, que se le tuvo por el Jeremías de su siglo. Publicóse este tratado por primera vez por Juan Sichard en el *Antidotum*; Basilea, 1528. Hay otra edicion de Tréveris, 1609, en 4.°, con notas de Juan de Machenentinia.—*De gubernatione Dei et de justo Dei præsentique judicio libri octo*. Este tratado de la Providencia ha sido traducido en francés por Nicolás de Braufremont, gran preboste de Francia, y publicado en Lion en 1575 en 8.°; París, 1634, en 8.°; id., 1701, en 12.° Solo se conservan nueve cartas de Salvieno dirigidas á diferentes personas: la más interesante es la que escribió á Hipacio en su nombre y en el de su mujer é hija para justificar su resolucion de guardar continencia. Compuso un *Tratado sobre las ventajas de la virginidad*, un *Poema sobre la Creacion*, un *Comentario sobre el libro del Eclesiástico*, y en fin diversas *Homilías*. El estilo de Salvieno es elegante, pero difuso, y algunas veces confuso y afectado. La coleccion de sus obras se publicó por primera vez en Basilea y Froben en 1530, en fólio. En Roma, en 1564, en fólio, cuya edicion es ya rara y muy buscada. Pithou la publicó en París en 1580 en 8.° Aldtorf, 1611, en 8.°, pero la más bella

de todas es la publicada por Balucio, en la que reunió los *Opúsculos de San Vicente de Lerins*; París, 1684, en 8.°, siendo ménos estimadas las que publicó este editor en 1663 y 1669. Existen dos estimables traducciones de las obras de Salvieno por el P. Amable Bonnet del Oratorio; París, 1700, dos volúmenes en 12.°; y por el jesuita P. Mareuil; id., 1734, en 12.° Además de los prolegómenos de las ediciones de Ritterhus y de Balucio puede consultarse sobre este autor las *Memorias de Tillemont*, tomo XVI, y segun el biógrafo Weis, el tomo II de la *Historia literaria de Francia*.—C.

SALVINI (El Abate Antonio María), literato italiano, que no terminó su carrera eclesiástica, y sí la de la abogacía. Nació en Florencia en 1653. Estudió en la universidad de Pisa, en la que recibió la borla de doctor en la facultad de derecho. A su vuelta á Florencia manifestó tal repugnancia á la abogacía, y como tampoco lo viesen inclinado á otras carreras, sino aficionado al retiro, á la piedad y al estudio, le consintieron sus padres se consagrase á los estudios filológicos, que hicieron sus delicias y fueron la ocupacion de toda su vida. Nombrado profesor de lengua griega á los veintitres años de su edad, emprendió un gran número de traducciones, en las que dice su biógrafo Mr. de Angelis que quiso expresarse como un traductor fiel y que no fué más que un traductor bárbaro. Contando con la familiaridad que habia adquirido con los autores antiguos, y con el perfecto conocimiento en que se creia de su lengua propia, se lisonjeó en hacer pasar á los versos italianos las bellezas sublimes de los grandes modelos de la antigüedad; pero falto de elocuencia y de imaginacion, hizo traducciones que no tienen más de poéticas que el nombre, y cuyos versos son un mentís formal á la dulzura y armonía de la lengua italiana. Aún puede reprochársele más el haber empleado su tiempo y su talento en desfigurar las poesías de Cátulo, así como tambien una parte de las fábulas de Fedro, para dar traducciones griegas que nadie se cuidará de leer, en vez de componer obras originales, que hubieran sido mucho más útiles. Exceptuándose sus numerosas traducciones del griego y del latin, y áun del francés y del inglés, unos pocos elogios y las notas con que ha enriquecido los escritos de muchos autores italianos, no nos queda de la infatigable pluma de Salvini más que algunos malos sonetos, discursos y composiciones en prosa recitadas en las academias de los *Apatisti* y de la Crusca, á las que pertenecia, y de las cuales llegó á ser el oráculo. Encargado por sus compañeros de continuar el *Vocabulario de la lengua italiana*, se le permitió sacar ejemplo de sus propias obras, distincion tan rara como honrosa para un autor que vivia. Estimado y alabado generalmente por sus buenas cualidades y por su saber, no pudo librarse de las críticas de Magliabechi, de Fontanini, y sobre todo de Sergardi, el que en sus sátiras, publicadas con el nombre de Setano, le trató de ambi-

cioso y de adulador. Al cabo de una larga vida consagrada al retiro y al estudio, murió Salvini en Florencia el dia 17 de Mayo de 1729. Las obras de este escritor son las siguientes publicadas en italiano: *Discursos académicos*; Florencia, 1695, en 4.° Los académicos de la Crusca equivocadamente citan esta edicion como de 1696. Es una primera parte de la obra que contiene cien discursos sobre cuestiones propuestas en la academia de los *Apatisti*. La segunda parte, impresa en 1712, contiene otros tantos discursos como la primera; y la tercera, que apareció en 1733, se compone de cuarenta y tres discursos, seguidos de traducciones del Manual de Epitecto, del sexto libro de las Vidas de los Filósofos de Diógenes Laercio y de dos discursos de Plotin.—*De las alabanzas de Benedicto Averani*; id., 1709, en 4.° Hace tambien parte este elogio de las *Vidas de los ilustres Arcades*. —*De las alabanzas de Antonio Magliabechi*; id., 1715, en fólio, insertas en el tomo I de la obra arriba citada.—*Prosa toscana, recitada en la Academia de la Crusca;* id., 1715, en 4.° Contiene esta primera parte diez oraciones, cincuenta y seis lecciones y además tres escritos. La segunda parte, impresa en 1735, contiene cuarenta y una lecciones, además de un discurso de Blanchini sobre un soneto de Salvini.—*Prosa sagrada*; id., 1716, en 4.° Puede considerarse á este volúmen como el tercero de la prosa toscana, y merece citarse como los anteriores; contiene veinte oraciones y otros tantos sermones: las prosas toscanas tienen un estilo más correcto que los discursos. —*De las alabanzas de Pedro Andrés Forzoni Accolti*; id., 1720, en 4.°—*Sonetos;* id., 1728, en 4.°, con el retrato del autor. El canónigo Moroni publicó otra coleccion de sonetos inéditos de Salvini en 1823, en 4.°— *Teócrito traducido en versos*; Venecia, 1717, en 12.°, con algunos fragmentos de Bion y de Moschus.— *Xenofonte Efesio, los amores de Abrocome y de Anzia*; Lóndres, 1723, en 12.°, edicion hecha bajo la inspeccion de Paul Rolli. En el mismo volúmen hay una noticia sobre una estatuita de bronce.—*Homero, la Iliada, la Odisea, la Batracomiomachia y los Himnos;* Florencia, 1723, dos volúmenes en 8.°— *Addisson, el Caton, tragedia*, con el texto; id., 1725, en 4.°—*Persio, la Sátira*, traducida en verso toscano; id., 1726, en 4.° En el prefacio de esta traduccion dice el autor haber preparado otra de las obras de Virgilio, la cual no se ha publicado; existen de ella dos copias en Florencia, que no pasan del sétimo libro de la Eneida, las que contienen tambien la version de las bucólicas y de las geórgicas.—*J. Casauban, de la poesía satírica de los griegos y de la satírica de los romanos*, traducido del latin, y el *Cíclope* de Eurípides, traducido del griego; id., 1728, en 4.°—*Appiano, de la pesca y de la caza*, traduccion; id., 1728, en 8.° En esta edicion, que dedicó al príncipe Eugenio de Saboya, empleó Salvini por la primera vez sobre la O y la E el acento circunflejo, que hubiera deseado introducir en la lengua

italiana para marcar la exacta pronunciacion á los extranjeros: esta idea tuvo tambien Frissin. Esta obra es la sola traduccion italiana que existe de los poemas de Oppiano. — *Lamentaciones de Jeremías*, traduccion de Manzini, reformada del hebreo; 1728, en 4.° Solo una parte de las Lamentaciones de este profeta habia traducido Manzini, y lo demás es obra de Salvini. — *Anacreonte*, traducido en verso italiano; Venecia, 1736, en 4.° En este volúmen se han reunido las traducciones de Corsini, Regnier-Desmarets, Marcheti y de algunos otros anónimos además de las dos versiones de Salvini. — *Hexiodo, Orfeo y Proclo, poesía é himnos*, traduccion; Pádua, 1747, en 8.°, publicado por Zamolini. — *Calímaco, himnos*, traduccion; Florencia, 1763, en 8.°, seguida del poema de la *Cabellera de Berenice*, traduccion en un número igual de versos griegos. — *Nicandro, de los animales venenosos y contravenenosos*, traduccion; id., 1764, en 8.° — *Coluto, el rapto de Elena*, traduccion; 1765, en 8.° — *Museo gramático, cosas de Ero y de Leandro*, traduccion; 1765, en 8.° — *Arato, los Fenómenos ó sean las apariencias;* id, 1765, en 8.° — *Trisiodoro egipcio, la toma de Troya;* traduccion, id., 1765, en 8.° — *Teognide Megareso, siciliano, Sentencias elegiacas.* — *Focílides, poema ammonitorio.* — *Pitágoras, los versos de oro*, traduccion; id., 1766, en 8.° Este volúmen y los seis precedentes fueron publicados por Bandini. — *Luciano, el Podagroso*, traduccion en el primer volúmen de los *Opúsculos inéditos de célebres autores toscanos*, publicados por el abate Fiacchi; idem, 1807, en 8.° Quedan aún muchas ediciones inéditas de este infatigable autor en la biblioteca Marucelliana, en Florencia: puede verse su catálogo en la obra de Poggiali titulada: *Serie de' testi di lingua*; tomo II, página 65. Hizo tambien Salvini las traducciones del Arte poética de Boileau, y de la vida de S. Francisco de Sales por Marsoller, así como tambien un gran número de notas y de comentarios sobre autores italianos, tales como Berni, Buonarotti, Juan Florentino *el Jóven*, Gracini y Salvator Rosa, cuyas sátiras se publicaron despues de la muerte de Salvini. El que desee más noticias sobre este infatigable escritor y sus obras, puede consultar la *Memorabilia italiana de Lami*, en su tomo I; á Granacci; las *Vidas de los Arcades ilustres*, parte V; Fabroni, *Vitæ ital.*, tomo XV, y los *Elogios de los Toscanos ilustres*, tomo IV. Juan Felipe y Simon Peruzzi-Bindo, hermanos, han escrito cada uno por separado el elogio de Salvini, el primero para la Academia de Florencia, y el segundo para la de los Apatisti. Tuvo Salvini un hermano tan ilustrado como él y tambien abate. Nació éste en Florencia en 1667, y despues de haber hecho sus estudios en la universidad de Pisa, se entregó por gusto á cuanto podia contribuir á esclarecer la historia literaria de su país. Recibido miembro de la Academia de la Crusca, justificó la eleccion no acordada por publicacion suya alguna, publicando

los *Fastos consolatorios*, obra llena de erudicion y de noticias eruditas sobre los primeros trabajos de la Academia Florentina. Salvini estaba ocupado en poner en órden los materiales para una nueva historia literaria de su país, cuando nombrado canónigo de la catedral de Florencia se constituyó en el deber de trabajar en la ilustracion del cuerpo que le habia honrado con sus sufragios. Renunciando por entónces á toda otra ocupacion, compulsó los archivos y sacó del polvo un gran número de títulos preciosos, que destinaba á la composicion de una obra que consagraba á la gloria de muchos personajes distinguidos que en diversas épocas habian pertenecido á este antiguo y famoso capítulo. Sorprendido Salvini por la muerte, no pudo dar la última mano á su trabajo, del que quedó depositario el cabildo florentino. Esta obra es una guia segura de cronología, de biografía y de historia, de la que se han aprovechado mucho Lami, Manni y Mehux. Salvini escribia su lengua con tanta pureza como su hermano, y áun se dice que sometia á su exámen sus escritos ántes de entregarlos para la impresion, entregándose enteramente al fallo de su autoridad y á su gusto. A este mérito debió haber sido nombrado muchas veces censor, cónsul y áun archicónsul de la Academia de la Crusca, de la que fué uno de los miembros más importantes. Su nombre resonó tambien en los bosques de la Arcadia, para la que compuso elogios y versos. Solo queda de estos últimos una *Coleccion de sonetos*, que publicó Gori poco ántes de la muerte del autor, que tuvo lugar el dia 29 de Noviembre de 1751. La Academia de la Crusca se reunió en sesion extraordinaria para oir su elogio recitado por Bido Peruzzi. Un testimonio bien ostensible del aprecio que disfrutaba Salvini de sus colegas, fué la distribucion que se hizo de una medalla acuñada con su efigie el mismo dia en que se le rindieron los últimos honores académicos. Las obras de este ilustrado escritor fueron las siguientes, publicadas en lengua toscana: *Fastos consolatorios de la Academia Florentina*; Florencia, 1717, en 4.°; obra muy estimada que merecia tener un continuador. — *Composiciones poéticas toscanas*; id., 1750, en 8.° Forman esta composicion mitad de sonetos de Salvini, y mitad de poesías de Casaregi, tambien académico de la Crusca, á la que puso un buen prefacio su editor Gori: *De las alabanzas de Juan Gaston I, Gran Duque de Toscana, oracion fúnebre;* id., 1738, pronunciada ante la Academia de la Crusca. — *Vida del Bedi*; en el primer volúmen de las obras de este escritor, impresa en Venecia en 1712, en 4.° — *Prefacio y notas á la crónica de Buonaccorso Pitti*, en la edicion de Florencia, 1720. En el discurso preliminar cuenta Salvini los títulos de muchas antiguas historias y crónicas de Florencia inéditas ó poco conocidas. — *Vida de Lorenzo Magalotti y de Benedicto Migllirucci*, en el *Diario de los literatos de Italia*. Estas biografías son los únicos fragmentos impresos que nos restan de la grande

obra que Salvini se proponia escribir sobre la *Historia literaria de Florencia*, y los debemos á Apostolo Zeno, que los insertó en su Diario. Dice su biógrafo De Angelis, que pueden consultarse otros detalles relativos á Salvini en el cuarto volúmen de los *Elogios de los ilustres hombres toscanos*, y en el elogio de Peruzzi, inserto en el tomo II de las *Memorias de varia erudicion de la Sociedad Colombaria*, de la que fué Salvini uno de los ilustres fundadores. — C.

SALVINO (S.). Fué natural de Maticona, en Burgandía, donde fué educado con el mayor esmero, y siempre prometiendo ser un hombre de provecho; pues tenia además de un talento nada comun una aplicacion que es muy rara cuando se trata de jóvenes que, como nuestro Salvino, de nada carecen y pueden por consiguiente descansar en la misma abundancia de su casa para no aplicarse como aquellos que tenian precision de ganarse acaso su indispensable sustento. Luego que hubo estudiado humanidades con grande aprovechamiento, se dedicó á la filosofía, y claro es que adelantó mucho con esta ciencia, pues pudo aprender á raciocinar y aprovechar así las excelentes dotes de que Dios le habia favorecido pródigamente. Terminados estos estudios, que podemos llamar elementales, pensó sériamente en sí y en abrazar la carrera eclesiástica, conociendo que ninguna tenia ménos peligros en órden á la salvacion, ni podia tampoco ofrecerse como más provechosa al bien de sus hermanos. Como en los tiempos de nuestro santo no era la disciplina en órden á la eleccion y designacion de sujetos para el sacerdocio la misma que hoy, tuvo nuestro Salvino que salir de su pueblo para realizar sus deseos y adscribirse á una iglesia, que fué la de la capital de su estado, y en ella hacer los ejercicios necesarios para poder optar á la alta dignidad del presbiterado. Con muy constante celo amplió los ministerios de los Minoritas, que precedian al subdiaconado, y ejerciendo este con el mayor acierto, al poco tiempo de estar iniciado en tan alta dignidad, como que ya era casi el presbiterado, fué promovido al diaconado ú órden levítico, donde prestó servicios los más importantes. En primer lugar le confiaron el cargo de distribuir las limosnas entre los pobres que acudianá demandarla, y esto ya fué ocasion de que se mostráran no solo las excelentes dotes de que estaba adornado, sino lo mucho que el Señor le favorecia, verificándose más de una vez que se aumentaron prodigiosamente los caudales ó cosas de los pobres, para que el santo no se viera privado del consuelo de socorrer á todos tan superabundantemente como deseaba. Muchos de los infieles y áun cristianos tibios que imputaban, como desgraciadamente acontece siempre, al clero un espíritu de avaricia que nunca ha tenido, se vieron confundidos con la conducta de este excelente levita, que á pesar de la utilidad que prestaba y de lo mucho que valia su ministerio en

el referido cargo, fué ascendido al presbiterado para ponerle en ocasion de que hiciera nuevos favores, como con razon se esperaba de su celo y amor á sus hermanos. Por supuesto que por lo que hace á él mismo, siempre pensaba de sí todo lo bajamente que es posible, castigaba su cuerpo con una dureza extraordinaria, y al tiempo mismo que para con los demás era benignísimo, afable y caritativo, para sí era sobremanera rigoroso y áun algunas veces parecia su descuido punible, si no se hubiese tenido la conviccion de que en todo y por todo obraba segun ilustracion del cielo. Ordenado ya de presbítero, y bien atendidos los ópimos frutos que su predicacion lograba, fué mandado á su país natal para que confirmase más y más en la fe á aquellas gentes, y les hiciese entrar en el camino que asegura la eterna dicha y proporciona la felicidad eterna. Pareció enviado por Dios, especialmente para cumplir el alto ministerio de evangelizar á aquellas gentes, y las gentes como que se convencieron de la bondad extraordinaria de este insigne varon, así como de lo muchísimo que de él podia esperarse, pues en la ocasion de haber de establecer en Maticona una silla episcopal, porque la requerian las necesidades y número de aquellos fieles, pensaron en Salvino como el único sujeto que podria desempeñar aquel importante y delicado cargo con acierto y universal provecho. En realidad hay que confesar que si es siempre difícil el gobierno de una diócesis, lo es muchísimo más cuando se instala, porque entónces son mayores los trabajos y mayores tambien las necesidades que surgen, porque como todas las cosas son nuevas y nuevos tambien los sujetos que han de hacer estas mismas cosas, se complican todos los asuntos, de modo que solo el obispo se hace árbitro de ellos, teniendo por este motivo necesidad de más especiales circunstancias que las que ha de reunir en cualquiera otra situacion normal. En atencion á todo esto fué por lo que el pueblo pidió y el Papa concedió que Salvino fuera el primer obispo de Maticona, cuya mitra aceptó por obediencia, pues su humildad profundísima le hacia reconocerse indigno, no solo de tan elevado cargo, sino de otros de mucha ménos importancia en la Iglesia de Jesucristo. Obligado, pues, á desempeñar tan importante cometido, hubo de llenar sus funciones con aquel esmero, atencion y delicadeza que exige el importante cargo de pastor de aquella grey, para cuyo desempeño Dios le eligiera, y él lo creia así, pues en manera alguna hubiese sino aceptado la alta dignidad de obispo, por opuesta abiertamente á la humilde y áun despreciable apreciacion que de sí mismo tenia. Infatigable en el desempeño de su delicado cargo, los intereses de sus súbditos los hacia suyos, á todos y á cada uno procuraba el remedio de sus más insignificantes necesidades, y cuando otra cosa no podia, lloraba con el triste, y así con este admirable ejemplo de tan perfecta abnegacion le hacia sobrellevar sus penas y en cierto

modo le ayudaba á sufrir endulzando en cuanto era posible sus amarguras. Por lo que hace al clero ponia su mayor esmero en proporcionar á los pueblos que dependian de él ministros que con un celo semejante al suyo cumplieran el difícil cargo puesto á su cuidado, y no se perdonaba las más penosas molestias para poder procurar á sus fieles conministros el alivio y descanso de que él mismo se privaba con tal de que los demás le disfrutáran. Constantemente estaba en abierta lucha con el error y con la perversidad de las inclinaciones de los que no teniendo por religion la católica, asestaban contra ella los tiros de la iniquidad ó del libertinaje, y muchas victorias alcanzó sobre el fatal adversario de nuestras almas, para quien eran contundentes los golpes que nuestro buen Obispo le asestaba. Mas Dios ha querido que la salud de sus escogidos se obre mediante los sufrimientos, y que su Iglesia se fecundice con la sangre de los mártires, porque de ella germinan, en verdad, hijos que sobremanera consuelan á la madre inocente y benéfica; así es que Salvino, predilecto de Dios, tenia que acreditar esta predileccion mediante el sufrir tormentos extraordinarios, mediante el derramar hasta la última gota de su sangre para confirmar con ella la verdad de la fe de Cristo Redentor nuestro. Efectivamente, mal avenido Satanás con que el cristianismo hiciera prosélitos en Maticona, y no queriendo que se salvasen los que lograban tal dicha quebrando con firme planta la idolatría, que allí como en muchas otras partes estaba establecida, suscitó en el gobernador de la ciudad un hombre, que comenzando por alucinar al rey, obtuvo de él facultades para hacer cuanto quisiera, bien entendido que nunca quiso otra cosa que destruir la religion, y efectivamente logró la autorizacion que inicuamente pretendia; claro es que Salvino tuvo que oponerse á esto con todas sus fuerzas, y alentar más y más á los fieles, para que no desmayáran en la fe, ántes por el contrario la confesáran con la mayor firmeza, ya que tan decidido era el empeño de los adversarios de esta misme fe de sacarles de la claridad y luz de la verdad al oscurantismo del error; por lo que se hizo odioso á los ministros de la autoridad temporal, y se propusieron hacerle abierta guerra para ver si podian vencerle, ya que no le podian atraer. Intentaron en vano toda especie de halagos para captarse la voluntad del acérrimo defensor de la verdad y procurar la ruina de los que fieles á su Dios y á su pastor, por esta su fidelidad se hacian acreedores á especiales auxilios y gracias de Dios. No pudiendo lograr nada con persuasiones ni por las más lisonjeras promesas, comenzaron las amenazas y lograron el mismo resultado: firme en su fe el prelado, alentaba en ella á cuantos veia que trataban de apartarse de ella misma, y nuevos triunfos para el cristianismo era lo que lograban los enemigos de la fe como consecuencia de su terrible persecucion. Encarcelaron al Obispo, y desde la cárcel alentaba á los fieles; le afligieron

con el más inícuo trato, y entónces se acrisolaba más la virtud de él, se afirmaba más y más la confianza que le tenian sus súbditos, y la gloria de Dios crecia al paso que eran mayores los vejámenes que sufria su siervo. Por último, resolvieron quitarle la vida, y su alma inocente, y purificada con tantos sufrimientos como llevó con la mayor paciencia, voló al cielo para aumentar el numeroso escuadron de los mártires que cantan la gloria del Señor bendiciéndole por los sufrimientos con que les permitió honrar su santo nombre. Apénas sabido por los fieles que Salvino habia sido degollado por los enemigos del cristianismo, hicieron todo cuanto estuvo á su alcance para que se les entregáran los mortales despojos de su Obispo, le proporcionaron la sepultura más honrosa que pudieron, en tanto que se hacian por los comisionados del Papa las oportuas averiguaciones acerca de la vida y muerte de este siervo de Dios, y acumulando el Señor sobre su sepulcro el lauro de mil y mil milagros, Roma falló que Salvino, obispo de Maticona, martirizado por la fe, es santo, y asignó para su memoria el dia 10 de Setiembre de cada año, en el cual hay solemne fiesta en su silla episcopal.—G. R.

SALVINO (S.), obispo y confesor. La penitencia es el remedio más eficaz para sanar los males del alma, bálsamo consolador que la libra de nuevas enfermedades, y dique fuertísimo contra las tentaciones del demonio, los ataques de la carne movida por las pasiones, y las asechanzas con que el mundo nos arrastra al insondable abismo de nuestra perdicion eterna. Así lo creyeron muchos bienaventurados, y por eso cifraron en ella su salvacion en el mar proceloso de la vida humana. S. Salvino es un clarísimo ejemplo de esta verdad, pues que logró abrirse por medio de la penitencia las puertas de los cielos, despues de haber sanado su alma de las inmundicias del pecado. Dícenos Croisset que floreció este Santo en Verona, cuya ciudad ilustró con su ejemplo y sabiduría; pero ni este autor ni ninguno de los consultados nos manifiestan en qué época ni las particularidades de su vida. Dícenos el expresado autor que fué ejemplar en penitencia, y que siendo tentado de incontinencia, maceró su carne con silicios y ayunos y con asídua oracion, remedios eficaces para curar tales males. Creíase Salvino el más despreciable de los hombres, á tal punto llegaba su humildad; pero al paso que se rebajaba tanto á sí mismo, cuantos tenian la dicha de conocerle y tratarle le elevaban por su virtud y perfeccion: con tan excelente pastor no pudo ménos de ser feliz la diócesis de Verona, y más habiendo concedido Dios á este prelado el don de milagros, en recompensa á lo perfecto de sus obras y de sus acciones, milagros que nos dicen los autores se continuaron despues de su muerte en su sepulcro, lo que nada tiene de extraño con respecto á un varon de tan especial virtud, que mereció que Jesucristo se apareciese á él en el último instante de su vida, para conducir su bendita alma á la patria

celestial, como lo dice su piadoso biógrafo. La Iglesia no podia dejar sin conmemoracion á tan especial bienaventurado, y señala su dia á 13 de Octubre en los Santorales, dia que se refiera tal vez á su dichoso tránsito.—B. S. C.

SALVIO (S.), mártir. Ciertamente que no hay cosa que más conmueva el corazon humano que el heroismo, pues que aviniéndose bien con nuestra humana naturaleza el temor, afeccion que nos arrastra muchas veces á denigrar en cierto modo nuestra especie rebajándola; cuando en los demás vemos practicar un hecho heróico ó este llega á nuestra noticia, nuestra alma siente una satisfaccion indecible al ver al ánimo sobreponerse á la materia, y ensalzada la humanidad deprimida por el temor. Y como uno de los instintos que más nos seducen es la imitacion de los grandes hechos, á su vista nos crecemos, desechamos comunmente el temor que nos sujeta, y nos lanzamos á la palestra, deseosos de adquirir el premio que alcanzára aquel á quien pretendemos imitar, al que nos sirve de modelo. De este modo se comprende que el tímido mancebo que apénas salido del regazo materno se presenta ante los peligros, los arrostre con pecho esforzado y los venza, y que no contento con llenar los deberes que le impone la ley, procure distinguirse hasta lograr merecer el nombre de héroe, pues que espera alcanzar el premio que le recompense sus fatigas. Por esto los fieles de los primeros siglos de la Iglesia, no obstante de ser mansos y humildes, arrostraron todos los peligros, y se presentaron voluntarios y contentos al martirio, porque alentados con las heroicidades de los primeros mártires y con la viva fe de la recompensa que recibirian en el cielo, desearon imitarlos y su valor se fortalecia más cuantos más eran los tormentos con que los oprimian; la gloria era el premio, y en su firme fe no habia temor alguno que les detuviese, y su espíritu acababa siempre por vencer á la naturaleza. Por esto nos presenta la Iglesia los sacrificios que hicieron los mártires para fundar nuestra religion fortificando con su sangre tan magnífica obra; para que los imitemos nos los recuerda diariamente. A fin de que los cartagineses le imitasen, el glorioso S. Agustin presentaba en su predicacion al pueblo de Cartago el martirio del bendito S. Salvio, que murió sacrificado en Africa por defender y confesar, declarando la verdadera religion, la fe del Crucificado en el siglo II de nuestra era. Nada más sabemos de este bienaventurado que la cita expresada de S. Agustin, por la que le recuarda la Iglesia el 11 de Enero con otros santos que santifican este dia.—B. S. C.

SALVIO (S.), obispo de Amiens. No sabemos porqué constando como mártir este santo prelado en el Martirologio romano, le niega esta cualidad el ilustrado cardenal Baronio. Tal vez no encontrase las actas de su martirologio y escrupulizase tomar aquel aserto, fundado solamente en la tradicion.

Sábese por Croisset, que consultó á los autores anteriores, que Salvio nació en noble cuna, y que desde sus primeros años se distinguió mucho por su piedad y saber. Luego que estuvo en disposicion de conocer el verdadero valor del mundo y lo que importa alejarse de su estruendo y de sus vanidades, que conducen al que no se aleja de él con presteza á un abismo en el que tiene su entrada la muerte eterna, procuró ver de hallar otro camino que le condujese á la vida, pues que no queria seguir aquel que le conducia á la muerte. En este propósito y asistido de Dios, sin cuyo auxilio todos nuestros esfuerzos para el bien son ineficaces, fundó un monasterio que dedicó á la estrella bellísima de Jericó, á la purísima María, gran Madre de Dios y Señora nuestra; y reuniendo en él algunos hombres piadosos tan desengañados del mundo como él, empezaron á ejercitarse en la penitencia, que es el preciosísimo bálsamo que limpia las fealdades del alma, la embellece y dispone para que brille y reproduzca la misericordia de Dios. Nombrado Salvio superior de aquel monasterio como fundador de él, empezó entre ellos una vida celestial y digna de los ángeles, pues que, como ellos, cantaban á cada instante alabanzas al Señor, y procuraban con celo exquisito purificarse para poder mejor imitarle. La piedad y rigorosa penitencia de Salvio llamó la atencion no solo de sus monjes, si que tambien de todos los fieles del país; pero lo que más aumentó su fama fué la caridad y amor con que consolaba y socorria á los necesitados de todas clases y condiciones, por lo que no tardó en que le reconociesen todos por su padre, y de hecho lo era, puesto que les consolaba en sus desgracias, los socorria en todas sus necesidades, y fué un verdadero modelo de todas las virtudes. Voló presurosa la fama elogiando la santidad de Salvio por todos los países, y llegando aquel glorioso nombre á herir los oidos del rey, se apresuró á llamarle á su palacio, y luego que se convenció de que léjos de haber exageracion en su elogio, habia falta en él de merecida alabanza, se valió de sus consejos en los negocios más graves y difíciles del estado. Muriendo á la sazon Honorato, obispo de Amiens, fué elegido para ocupar aquella silla; resistíase cuanto pudo á aceptar tan grande honor, pero tuvo que encargarse de la diócesis por órden expresa del rey y mandato de la Santa Sede, á cuyas fuerzas no pudo resistir la obediencia, que era una de las virtudes que más resaltaban en él. Distinguíase como obispo en la piedad y en las demás virtudes cristianas aún más que como abad de su monasterio; y si en este último cargo fué modelo de religiosos cenobitas, en aquel lo fué de prelados, aumentándose su amor y su caridad hasta el punto de consumirse en su santo fuego. Mártir del amor á sus semejantes y de su celo y ánsia por la conversion y perfeccion de las almas, adquirió una corona en la consideracion de los fieles, y el 11 de Enero, en que le recuerda la Iglesia, del año 615 de nuestra era, voló su alma al cielo á

trocar la diadema ganada en la tierra por una más esplendente y duradera. — B. S. C.

SALVIO (S.), obispo. Grande por demás se presenta el cristianismo en todas las épocas en sus gloriosos mártires y confesores, y ¿cómo no ha de presentarse de este modo una religion emanada del mismo Dios, predicada por él mismo y cimentada por su propia sangre? En todas épocas, desde que la voz del Salvador subió á los cielos desde el Gólgota pidiendo á su Eterno Padre por los pecadores, á los que redimia en el cruento sacrificio que en sí mismo ofrecia, se han multiplicado las glorias de esta religion santa y divina, por los heróicos hechos de sus prosélitos, que han poblado el cielo para abogar ante la misericordia del Todopoderoso por los que se ejercitan en este palenque de prueba para merecer acompañarlos en la celestial morada. Entre los muchos bienaventurados que cuenta la Iglesia católica, entre estos héroes de la doctrina del Evangelio, de la que sale esa luz que jamás se extingue y que ha de permanecer hasta la consumacion de los siglos cada vez más clara y brillante, porque es la luz brillante de la eternidad, debemos contar al glorioso prelado S. Salvio, del que dirémos lo que nos han trasmitido los autores que le recuerdan con la Iglesia en el dia 26 de Junio para que le dediquen los fieles homenajes de piadosa gratitud. Floreció este santo en el siglo VIII de nuestra era, llamando con su elocuente voz las almas al cielo, haciéndolas comprender los bienes que podian esperar de practicar las virtudes cristianas, y los males que les aguardaban de separarse del camino que conduce á la gracia de Dios. Reinando en Francia el emperador Carlomagno, apareció Salvio en Valenciennes predicando el Evangelio y dando provechosa enseñanza, ayudado en su mision apostólica por su virtuoso discípulo Superio. Tan agradable debió ser á Dios la predicacion de Salvio y la buena voluntad de su discípulo, que por do quier que ambos fijaban la planta se sucedian los prodigios y señales de su omnipotencia para acreditar la santidad de sus buenos servidores; y así fué que lograron numerosas conversiones de hombres encenagados en los vicios, que para mejor entregarse á ellos huian de los templos y procuraban olvidar no solo las prácticas, sino hasta las doctrinas del cristianismo. Fijándose S. Salvio con su discípulo en la ciudad de Angulema, dirigieron ambos esta santa iglesia por espacio de algunos años con tanto celo, que se atrajeron el amor de los fieles de todas clases, que llegaron á considerarles como merecia su virtud y santidad. Dice su historia, que saliendo un dia ambos bienaventurados á visitar un monasterio cercano á la ciudad de Angulema, que estaba dedicado á María Santísima, se encontraron con el príncipe Vinegardo, hijo del rey Gerardo, cuyo impío príncipe no solo se entretuvo en insultarles descaradamente, sino que pasando á vias de hecho, les robó los vasos sagrados y vesti-

duras que consigo llevaban para celebrar el santo sacrificio. Y como si todo esto no fuera bastante, cebó su impía saña mandándoles atar y conducir presos á la cárcel, en la que mandó Vinegardo les diesen muerte aquella misma noche, como así se verificó, cortándoles el verdugo la cabeza, con lo que sus benditas almas volaron al cielo de los justos, en donde abrazándoles Dios, les colocó en tronos de gloria, sobre los que han de reinar por una eternidad de eternidades, haciendo la corte al Señor de los señores.—B. S. C.

SALVIO (S.), obispo y confesor. Frecuentemente vemos en el mundo variar de escena á los hombres, unos para tomar el camino del cielo, y otros para precipitarse en los infiernos. Los primeros de estos séres son impulsados por la virtud, cuya práctica les da á conocer la verdadera luz á cuyo reflejo deben atravesar las tinieblas del valle proceloso de la vida mortal, y los segundos son arrastrados por sus pasiones, que les ciegan hasta el punto de apreciar las sombras que les proporcionan el medio de ocultar sus crímenes á la sociedad que les rodea, pero que les conducen con seguridad al precipicio que ha de hacerles rodar al abismo de la muerte eterna. Por esta razon vemos á cada paso cambiar de condicion á los hombres, abandonando unos los oropeles y vanidades de este mundo por el tosco sayal del ermitaño y los estrechos límites de una celda: al paso que otros, saliendo de la esfera humilde en que Dios les proporcionára las delicias de la virtud, escalan los honores y las riquezas para precipitarse con ellas en el fango mundanal, que manchando sus almas ha de presentarles asquerosos discípulos de Lucifer. Cuéntase en nuestra Iglesia, entre los que prefirieron á Dios en la humildad al mundo en sus pompas, al glorioso S. Salvio, obispo, prelado de insigne virtud, que veneramos en los altares como escogido por Dios para nuestra santificacion si le imitamos. Nació este bienaventurado en el siglo VII de nuestra era en Langüedoc, de una de las primeras familias del país, y de las más ennoblecidas y de mejor posicion social. Dedicado por sus padres desde un principio á que brillase en el foro, como una de las carreras que más conviene, en el sentir de las gentes del mundo, á las clases nobles y acomodadas, y con su aplicacion y por su privilegiado talento, llegó á ser uno de los magistrados más bien reputados de la provincia, al que se respetaba por su saber y por el acierto de sus sentencias y decisiones. Clase es esta en la que puede servirse á Dios mejor que en otras, pues que siendo el juez imágen de Dios en la tierra, y al que está encomendada la distribucion de la justicia de los hombres en la tierra, llenando sus deberes con sujecion estricta á las prescripciones del divino Maestro, no es necesario más para alcanzar un trono de gloria en el cielo y una opinion duradera en la tierra. Empero si bien no se esconderia esta verdad al talento del magistrado Salvio, tampoco se le ocultaria lo difícil de su cometido, y las asechanzas que el demo-

nio habia de ponerle á cada paso para apartarle del buen camino. Lo cierto es que Salvio, disgustado del mundo, abandonó su brillante posicion mundana, trocó la toga por el sayal, el bufete por el coro, y su palacio por una celda, y abrazó el estado monástico. Fué tal su piedad desde que vistió el hábito de religioso, que fué el ejemplar modelo de todos sus cofrades, los cuales desearon vivir bajo las órdenes de quien tan perfectamente sabia seguir la regla, y le eligieron abad de su instituto. Vacante quedó el obispado de Albi, y como la fama de su santidad se habia hecho oir en altas regiones, el humilde monje Salvio fué elegido para esta alta dignidad, en la que siguió aún con más fervor en sus prácticas piadosas, en sus austeridades, en su oracion mental casi contínua y en su caridad para con los pobres, que tenian en el santo Obispo un verdadero y cariñoso padre. Acometió una terrible peste á sus diocesanos, y en tal conflicto se vió á Salvio de casa en casa distribuyendo socorros espirituales y temporales, sin descanso, con tal celeridad y celo que parecia se multiplicaba. En tan penoso ejercicio se preparaba para llegar á su Dios por el seguro camino de la caridad en que se abrasaba de amor su alma. Acometió al santo Obispo la peste porque Dios ya le queria á su lado, y despues de haberse preparado por sí mismo la sepultura, murió bendiciendo al Señor el dia 10 de Setiembre, en que le recuerda la Iglesia, del año 582 de nuestra era, dejando inmortal su nombre en el país, que venera sus santas reliquias.—B. S. C.

SALVIO (S.), obispo y mártir. Confundido con otros del mismo nombre este Santo, es sin embargo mirado como uno de los particulares del principado de Cataluña, por lo que vamos á dar las noticias que acerca de él nos ha trasmitido Domenech, seguros de que serán de alguna utilidad para ilustrar por lo ménos las dificultades y confusion que existe en este punto. Se hallan tres santos de este nombre, segun dice Juan Molano en el índice al Martirologio de Omando, es á saber: el bienaventurado S. Salvio, obispo de Albi y confesor; S. Salvio, mártir y no obispo, del cual hizo S. Agustin particular mencion; Salvio, obispo de Amiens, y mártir, ó como otros dicen obispo Engolismense. No puede ser el primero de los nombrados el patron de la iglesia que está edificada en el término de S. Miguel de Cladelles, porque hay allí memorias de siglos muy remotos en que se dice, que por haber Ulano invocado al mártir S. Salvio recobró la salud. Donde consta que siempre se ha tenido por mártir al santo que allí invocan. Ni impide decir que allí se hace la fiesta á 10 de Setiembre, dia dedicado á la de S. Salvio, obispo de Albi y confesor; porque cada dia vemos se toma un dia por otro en las iglesias particulares en lo del dia que celebran sus fiestas, cuando hay muchos santos de un nombre. Vése esto claramente en Besalú, donde hacen á 9 de Junio la fiesta de S. Primo y S. Feliciano, sus patronos,

cuyo dia propio es el 6 de Diciembre. Porque no son este S. Primo y San Feliciano los de Roma, cuya fiesta se hace en semejante dia, sino los de Agen. Tampoco vale mucho más el argumento que se hace de que el Misal de la diócesis de Gerona pone á S. Salvio, confesor, á 10 de Setiembre por estar la referida iglesia en su obispado, y que de consiguiente debe ser confesor el patrono de ella, porque tambien le ponen los misales de los otros obispados en el propio dia, y de consiguiente no es esto exclusivo del obispado de Gerona. El santo que allí invocan es mártir y no obispo, porque segun Domenech suelen rezar de S. Salvio, obispo y mártir, y siempre se ha observado esta costumbre. Y si alguno dice, añade el mismo autor, que en la dicha capilla esta pintado S. Salvio mártir, y no obispo, con Santa Sabina, respondo que se han engañado los pintores en pintar allí el martirio de S. Sabino y Santa Sabina y sus milagros como está probado. La causa del error debió ser porque en catalan ampurdanés se llama á Salvio *Sainz* y á San Sabino *Saiz*, y encontrando los pintores tantos milagros en la vida de S. Sabino, pensaron que habian hallado la vida de S. Salvio, cuyo nombre es semejante en su idioma, pues lo que allí se halla pintado, como ya hemos dicho, es la vida de S. Sabino y Santa Sabina. No es tampoco nuevo el equivocarse en esto de las pinturas, pues en otra iglesia de Cataluña, que ya hemos citado, donde se hallan los cuerpos de S. Primo y S. Feliciano de Agen como consta de sus leccionarios y breviarios, en el altar los santos pintados son los de igual nombre de Roma. Queda, pues, averiguado, segun Domenech, que el S. Salvio que tienen por patron en dicha iglesia es el obispo Engolismense ó, como dice S. Antonino, obispo de Amiens. Y aunque el Martirologio romano pone á S. Salvio, obispo de Amiens, en 11 de Enero, y el Engolismense en 26 de Junio, y así parece que pone dos santos obispos y mártires de este nombre, son indudablemente un mismo santo. Los agiólogos más notables refieren del uno una historia enteramente semejante á la del otro, porque proviene sin duda de que debió de ser obispo de dos catedrales, lo mismo que S. Olegario, que murió siendo obispo de Barcelona y arzobispo de Tarragona; y así es que los episcopólogos de ambas catedrales hacen mencion de él como de su prelado y celebran su fiesta en diferentes dias. Lo mismo sucede con S. Narciso, de quien en Zaragoza se celebra la fiesta en 29 de Octubre y en Gerona en 18 de Marzo. Lo referido lo indica claramente Juan Molano en sus Adiciones á Usuardo, en que afirma que S. Salvio, á quien supone obispo Engolismonse, paso á Francia desde su ciudad de Amiens. César Baronio dice de S. Salvio en 11 de Enero que Sigeberto hace mencion de él en su Crónica, año de 801, y lo mismo repite en 26 de Junio; pero Sigeberto solo menciona á un santo de este nombre. Hé aquí la vida que del S. Salvio obispo y mártir á quien tienen

mucha devocion en Cataluña y especialmente en la parroquia de S. Miguel de Cladelles del obispado de Gerona, donde hay un templo dedicado á su nombre, da el P. Vicente Domenech de la órden de Predicadores. El bienaventurado S. Salvio fué francés de nacion, natural de la provincia de Auvernia. Ocupóse tanto en las letras y dióse de tal suerte á la virtud, que vacando el obispado Engolismense le eligieron por su prelado. En esta nueva dignidad hizo una vida tan ejemplar como santa. Quiso la bondad de Dios manifestarla con grandes y extraordinarios milagros, porque daba vista á los ciegos, á los sordos oidos, á los cojos curaba de sus enfermedades y así remediaba á todos. Era en particular extremadamente celoso de la honra de Dios, así es que cuando el rey Hilperico, acaso Chilperico, cayó en la miserable secta de Arrio, mandó que nadie llamase á Dios con su nombre, que significa la trinidad de personas, sino únicamente Dios, creyendo como engañado hereje que el Hijo y Espíritu Santo eran meras criaturas y no verdadero Dios, negando lo que enseña nuestra santa fe católica, asunto sobre el que escribió á nuestro bienaventurado Obispo, rogándole que siguiese su partido en defender aquel error. Pero comprendiendo la maldad del rey el santo prelado, y viendo la queria extender á otros, se encendió en cólera de tal manera al ver el atrevimiento del monarca contra la verdad de la santa fe católica, que si llegára á sus manos la carta como solia decirlo á sus familiares, la hubiese hecho mil pedazos. Deduce de aquí nuestro autor que Salvio fué obispo más de setenta años, porque Hilperico murió en 726 y este Santo el año de 801, lo cual no tiene nada de extraño, pues S. Remigio fué arzobispo setenta y cuatro años segun algunos autores. Fué Salvio insigne orador, lo que era muy necesario en tiempos en que tan dominante se hallaba el arrianismo. Deseaba mucho recibir el martirio y, segun dice S. Antonino, con este objeto llevaba siempre que salia en público todo el aparato episcopal, usando vestidos bordados de oro y piedras preciosas, y el cordon tejido del mismo metal, para que esta ostentacion de lo que el mundo llama riquezas, fuese motivo de su martirio. Partió de su ciudad de Amiens para la Gascuña, donde segun se infiere de su historia, predicó por mucho tiempo la palabra de Dios, y despues reinando Carlomagno estuvo en un lugar llamado Valenciennes, donde se ejercitó en la conversion de las almas. En esta ciudad fué donde le deparó el Señor la corona del martirio, pues un dia de Pascua, despues que hubo celebrado misa y predicado al pueblo, le convidó á comer uno de los hombres más ricos del país llamado Genardo, cuyo hijo, denominado Vinegardo, deseando las riquezas que llevaba el Santo en su episcopal vestido, le prendió con su compañero San Superio, arrebatándoles todas las que llevaban consigo, añadiendo la Crónica que del cáliz y patena hizo aquel sacrílego una alhaja para su servicio.

Despues de lo cual mandó á un criado quitar la vida al santo y á su compañero. Ejecutólo de la manera que se le habia mandado, ocasionando con su bárbara inhumanidad gloriosas coronas á los santos encarcelados. Todos los autores que escriben la historia de este santo le llaman mártir, por lo que añade Domenech que le mató el sacrílego de Winegardo, no solo por gozar de sus riquezas, sino tambien por haberle reprendido sus maldades en sus sermones, ó por alguna otra buena obra que disgustó al bárbaro galo. Padecieron el martirio los dos compañeros en 26 de Junio del año 801, siendo rey de Francia y emperador de Roma el célebre Cárlos, á quien por sus grandes hazañas ha dado la historia el sobrenombre de *Magno*. Poco despues llevaron sus cuerpos ocultamente á un establo, donde los pastores recogian sus bueyes de noche; pero la bondad del Señor quiso que se verificasen allí grandes milagros en favor de su siervo Salvio y de su compañero, no solo respetando á los santos mártires los animales sin razon, sino bajando muchas veces la luz del cielo, y áun los mismos ángeles, para darles más honor. Entre los bueyes habia allí uno muy grande y bravo, dicen los Martirologios, que guardaba con gran diligencia que los otros animales no llegasen al lugar donde estaban sepultados los santos. Tenia tan grande respeto aquel animal sin razon al santo lugar, que si acaso caia alguna basura encima de él, no se estaba quieto en toda la noche hasta que conseguia limpiarlo. Hizo tambien otra grande maravilla el Señor en beneficio de S. Salvio y de sus compañeros, y fué que estando una mujer despierta vió grande claridad en el establo donde se hallaba su sepulcro, y llegándose á la puerta vió en él dos lámparas ardiendo que lo alumbraban todo. Publicólo ella á sus vecinos, y como acaecia ver muchas veces aquellas lumbres, dieron razon de ello á los sacerdotes. Dice Molano en las Adiciones de Usuardo que los mismos ángeles guardaban entónces el cuerpo de S. Salvio y de su compañero con grande reverencia, señal bien clara de su grande santidad. Apareciόse tambien por entónces un ángel al emperador Carlomagno, mandándole que enviase alguno de sus oficiales á Valenciennes é hiciera allí buscar el cuerpo del bienaventurado S. Salvio y de su compañero, repitiéndose tres noches la mencionada aparicion. Advertido el príncipe de tan extraordinaria maravilla hizo lo que se le mandaba, y fueron encontrados los santos cuerpos, manifestando el lugar donde se hallaban el mismo Genardo, padre del que los mandó matar. Sabedor de esto el emperador Carlomagno, mandó llevar á su presencia á los homicidas, é hizo en ellos un ejemplar castigo. Porque á Genardo y á su hijo Winegardo, que los habia mandado matar, les hizo arrancar los ojos y otros miembros de su cuerpo, y al criado de Winegardo, que los mató, únicamente le sacó los ojos. Puestos luego los santos cuerpos sobre un carro triunfal para conducirlos á la iglesia de S. Vicente, sucedió que se uncieron muchos

pares de bueyes y no le pudieron mover de aquel sitio, y viendo todos tan notable milagro, dejaron en el carro dos bueyes únicamente con libertad para ir donde quisieren, lo que hicieron en efecto, dirigiéndose á la iglesia de S. Martin, donde el Santo acostumbraba á entregarse á la oracion, y los sepultaron allí con grandes honores y veneracion, repitiendo tambien Dios por intercesion de S. Salvio numerosos milagros. Uno de los más notables es el acaecido con sus verdugos, que refiere Domenech de la siguiente manera: «Genardo, padre del que lo mandó matar, habiendo perdido los ojos corporales cobró los espirituales, y dando á S. Salvio todo lo que tenia, se quedó en su casa haciendo penitencia del pecado cometido. Winegardo, su hijo, se fué á la iglesia donde se hallaba sepultado el mártir, y estando allí suplicándole que le volviese la vista, conmovióse todo el templo, y él saliendo huyendo, acogióse al monasterio de S. Armando, donde estuvo todos los dias que le duró la vida llorando su pecado. Winegardo, que mató á los santos de su mano, se postró delante del cuerpo de S. Salvio con muchas lágrimas, y el bienaventurado mártir no acordándose de la injuria, le volvió la vista en un ojo, y él guardó toda su vida las ovejas en servicio del santo.» Tales son los hechos que en breve resúmen se refieren de este santo, á quien como dijimos en un principio, se ha edificado una iglesia en S. Miguel de Cadelles, en Cataluña, donde hace Dios por su intercesion grandes milagros que detalladamente se hallan referidos en el *Flos Sanctorum* del principado.—S. B.

SALVIO (S.), confesor, benedictino italiano, natural de la provincia de Campania, que ilustró con sus virtudes y milagros, pues sus contínuas penitencias, su oracion y devocion le hicieron acreedor á todo género de gracias que á manos llenas vertió sobre él la divina Providencia. Su amor á la virtud le habia distinguido en tan alto grado, y todos sus compañeros le miraban con admiracion como un verdadero modelo de prácticas religiosas, á que él se sometia con tanto más gusto, cuanto que las creia sus principales obligaciones y los primeros deberes de la vida monástica. Nada hay, por otra parte, más útil para un monje que usaba larga série de ejercicios, en que sirviendo en eterna contemplacion acaba de separarse del mundo por el espíritu, como ya se habia separado por la carne, y convertido en otro ser, vuela aún en esta vida á la patria celestial prometida á los bienaventurados seres, que han sabido hacerse superiores á las necesidades de la carne, vencerla, dominarla y sujetarla como sierva al espíritu, de que verdaderamente depende. Este principio, proclamado en todos tiempos y lugares por el cristianismo, es sin duda el verdadero progreso de la humanidad, puesto que sin él son imposibles todos los adelantos que el hombre pretende hacer en cualquiera ramo ó materia. El ser sujeto á las necesidades corporales, es y será siempre en extremo inferior al que solo obedece á las injurias del

espíritu, glorioso empleo en que es dado ejercitarse á un corto número de hombres. Salvio, sin embargo, perteneció á ellos; su vida austera y sencilla, su constante ejercicio en las prácticas de la penitencia, le elevaron sobre el mundo terrenal, y á su muerte fué con razon mirado como santo, título que justamente merecia por sus grandes adelantos en la virtud. No se consiguen estos con tanta facilidad como generalmente se supone, pues son pocos los hombres dotados de la suficiente fuerza de voluntad para aspirar á ellos, y sobre todo para continuarlos con la necesaria decision y fe. Elogiemos, pues, en este héroe del cristianismo su grande constancia, su decision, y sobre todo su acendrada caridad, virtudes que le han hecho colocar en el catálogo de los santos, conmemorándole la Orden Benedictina, á que perteneció, en 18 de Mayo, en cuyo dia da tambien su historia Bucelino con todos los agiólogos más renombrados. Fué sepultado en la iglesia de S. Clemente de Plumbata, que ilustró despues de su muerte con continuos y repetidos milagros.—S. B.

SALVIO ó Silvio, obispo de Octodino ó Martignac, cerca del lago de Génova, era antiguamente una silla episcopal, que en la série de los tiempos se ha trasladado á Lion en Valais, en la metrópoli de Tarantaise. Está casi fuera de duda que Salvio ó Silvio, que forma el asunto de este artículo, fué obispo un poco ántes de mediados de este siglo. Pues al dedicarle S. Euquerio la historia de S. Mauricio y de sus compañeros, le califica de obispo, y dice que se hallaba siempre ocupado en el servicio de estos santos, que sufrieron el martirio en Aganne, en la diócesis de Octodino. Silvio dirigió á su vez una de sus obras á Eugenio, que tenia la costumbre, dice, de aprobar todo lo que él hacia, á causa de la amistad que habia entre ellos. Estos rasgos manifiestan visiblemente á un hombre que vivia en las Galias, y no en Roma, como ha parecido á Cave. Lo que se halla confirmado por la vida de S. Hilario de Arlés, en que se ve á un Silvio entre los doctores de aquella época, que se habia hecho célebre en las Galias por sus excelentes escritos. Este Silvio asistia frecuentemente con algunos otros á las predicaciones del santo, y se declaraba en alta voz admirador de su doctrina y de su extraordinaria elocuencia. No hay duda que el autor de esta vida oyó hablar del Obispo cuyo elogio hacemos. Supondríase por lo que dice que era de Arlés ó de los alrededores, ó al ménos que habia vivido allí largo tiempo ántes de ser elevado á la sede episcopal de Octodino. Próspero Tiro en el año XV de Valentiniano III, que debe ser el 439 de Jesucristo, hace mencion de otro Silvio de una manera tan desventajosa, que es muy fácil creer que no es el de que nos proponemos hablar. Silvio, dice, cuyo ingenio se hallaba completamente turbado despues de haber pasado por diferentes cargos, formó algunos escritos sobre la religion. Seguramente estos primeros caractéres no convienen á

nuestro Obispo. Tenemos pruebas de que vivió por lo ménos hasta el 449, como se verá despues. De todas las obras que dejó Silvio á la posteridad no conocemos más que la que dirigió á S. Euquerio. Es una especie de calendario sagrado y profano, de que Bolando tenia un ejemplar, aunque imperfecto, que pensaba publicar con notas, y de que nos ha dado algunos extractos con el prefacio del autor al frente de su primer volúmen sobre el mes de Enero. En el título se nombra al autor Ptolomeo Silvio, ó más bien, como dice Bolando, P. Aneius Silvius, aunque no tome este último nombre más que en la inscripcion de su carta á S. Euquerio. Declaramos que la obra no es original suya, no habiendo hecho más que trabajar en ella siguiendo á los primeros autores, cambiando é ilustrando lo que le parecia más oscuro para hacerla inteligible á los ménos sabios. Todos los meses se hallan marcados, segun los diversos nombres que les dan las diversas naciones del mundo. Contiene la numeracion de los príncipes y tiranos que han reinado, una lista de las provincias que formaban el imperio romano; una descripcion de los cuadrúpedos, de los pájaros y de los peces; una regla para saber la luna nueva y el dia de pascua, los años de la fundacion de Roma; un compendio de la historia romana, las fábulas de los poetas, las sectas de los filósofos, y una nocion de los pesos y medidas. Pero Bolando advierte que en su ejemplar no hay nada sobre los medios de encontrar la luna nueva y el dia de pascua, ni sobre las fábulas de los poetas, como tampoco sobre las sectas de los filósofos. Los continuadores de Bolando nos han dado este calendario completo, es decir, tal como le habia obtenido Bolando, con muchas imperfecciones. En este ejemplar faltan muchas cosas que anuncia Silvio en su prefacio, y que promete insertar en el cuerpo de la obra. Es muy notable lo que dice el autor del año en general: «El año, dice, no tenia en un principio más que diez meses, que comprendian trescientos cuatro dias. Hay tambien muchos autores que manifiestan que no tenia más que seis meses entre los acarnanianos, cuatro entre los egipcios, y solo tres entre los arcadios. El segundo rey de Roma, segun se cree, añadió despues los meses de Enero y Febrero entre Diciembre y Marzo, de manera que el año tuvo entónces trescientos cincuenta y cuatro dias, inclusas las doce lunaciones. Por último, se creyó conveniente aumentarle seis dias más, y el cuarto de uno, que forma el bisiesto que viene de cuatro en cuatro años. Los egipcios, continúa Silvio, comienzan su año en el mes de Setiembre, los griegos en el mes de Noviembre, los judíos en el mes de Marzo; pero en cuanto á nosotros, añade, que seguimos el órden de las calendas, le comenzamos en el mes de Enero, ocho dias despues del solsticio de invierno y de la Natividad de nuestro Señor Jesucristo, lo que es una razon más poderosa para decidirnos á obrar de esta manera. El mismo Silvio manifiesta el tiempo en que

trabajaba en esta obra por la época del año 1200 de la fundacion de Roma, completo ya bajo los consulados de Posthumiano, de Zenon y de Asterio, es decir, en el año 448 de Jesucristo, y al principio del año siguiente, en que fué cónsul Asterio, Zenon y Posthumiano, habiéndolo sido el año anterior. Parece por la carta de Silvio á S. Euquerio, y por la vida de S. Hilario de Arles, que Silvio habia escrito tambien algunas otras obras además de la que acabamos de hablar. Lo que insinúa claramente él mismo diciendo á S. Euquerio, á quien dirige el calendario anterior, que tenia costumbre de aprobar en lo que se referia á él, *á quo mea omnia pro ejus qui inter nos est amoris studio, comprobantur.*—S. B.

SALVIO (Fr. Inocencio), minorita italiano, natural de Nápoles, donde floreció en el siglo XVII. Sus virtudes y sus estudios le merecieron ocupar un puesto á que parecia llamado tambien por sus cualidades y su carácter. Era en efecto en extremo bondadoso y amable, y contaba con una laboriosidad y constancia á toda prueba, así que hizo los más rápidos adelantos, y en breve período consiguió una fama, que aunque le hayan negado los siglos posteriores, fué sin embargo en el suyo tan grande como universal y merecida. Obtúvola en parte como autor de obras piadosas, y en parte como orador. Devoto de la Santísima Vírgen, y dado á su devocion con ese extremado amor que tan general era en los franciscanos, Salvio escribió un tratado de elogios dedicado á tan excelsa Señora, tratado que obtuvo entónces grande boga y aceptacion, y que despues se halla únicamente citado en las bibliotecas llamadas *Marianas*. Tal es la suerte de muchos libros célebres en su siglo, y que despues desaparecen en la oscuridad, no siempre por culpa de los lectores, sino por el gusto que varía áun dentro de una misma materia: así es que hoy no se leen los tratados de Sta. Teresa de Jesus, de Fr. Luis de Leon ó de Granada, miéntras son pasto de él almas piadosas, las obras de muchos escritores extranjeros, cuyo mérito no disputamos, pero cuya suerte sería dentro de poco la misma que la de los autores citados. Salvio se distinguió tambien como orador, su facilidad en expresarse, su no vulgar elocuencia y sus sentimientos y ejemplos, le valieron un distinguido lugar entre los más afamados de su época, que procuró él llenar dignamente, ya con sus repetidos estudios, ora con sus trabajos encaminados todos á la salvacion de las almas, á hacer el mayor fruto posible en la conversion y mejora de propios y extraños. La abundante cosecha que recogió con esta ocasion le valió todo género de aplausos, y hace que áun hoy se cite su nombre con encomio en las Crónicas de su Orden. Poco sabemos de sus últimos años, el amor á los estudios, que le habia guiado durante toda su vida, parece fué en esta ocasion como el consuelo de los pocos dias que le quedaban de existencia, y el aumento de sus piadosos trabajos y sus conti-

nuadas penitencias, coronaron un largo periodo de años consagrado al servicio de Dios y la religion. Las obras que de él se conocen son las siguientes: *Stellarium B. Virginis Mariæ;* Florencia, 1677.—*Abeja Barberina protectora de la sagrada religion Franciscana;* Milan, 1633.—*Oratio in adventu Fr. Baptista Campanæ totius Ordinis Minorum Minister*, 1633, 4.°—S. B.

SALVIUS. Existe una historia de la vida de Santa Genoveva. Es de la más antigua de la que nos proponemos hablar aquí, fué escrita diez y ocho años despues de su muerte, y por consecuencia hácia el año 330. Hasta el presente se ha trabajado en vano por descubrir á su autor. Los PP. Lallemand y Du Moulinet han pretendido que era uno llamado Salvius. El P. Doublet ha sostenido que mejor debia ser el sacerdote Genesio, de quien se hace mencion en la obra. Pero lo más seguro es que el nombre de su autor nos es completamente desconocido. No sucede lo mismo con respecto á su mérito. Se ve por su escrito que era un autor grave, juicioso, lleno de piedad, y que no carecia de instruccion para el siglo en que vivia. Aunque debia tener ya alguna edad cuando murió la santa, no manifiesta sin embargo en parte alguna haberla conocido personalmente. Solo asegura haber visto una redoma llena de un óleo que habia obtenido de una manera milagrosa. De manera que no debió escribir sino sobre memorias redactadas por los que habian vivido con la santa, ó por lo que habia sabido de viva voz; de cualquiera medio que se haya valido para formar la historia de la santa, parece haber estado muy bien instruido de ella. En casi todos los caractéres de su obra, se reconoce sin dificultad un historiador contemporáneo. Se nota un gran cuidado en no aumentar demasiado su volúmen, en no referir más que lo que pueda aumentar la piedad de los fieles, en no dar por cierto más que lo que lo es, en no erigir lo probable en seguro; por último, en no afectar la fastuosa elocuencia de su siglo, sino en limitarse á un estilo sencillo tal como conviene á un historiador. Se ve tambien que el autor está en completa armonía con los demás escritores que le habian precedido, en particular con el célebre Constancio, sacerdote de Lion. Manifiesta tambien mucho respeto á los obispos, de manera que Mr. Valois ha sostenido, sin fundamento alguno, que no habia ninguna vida de Sta. Genoveva que hubiera sido escrita por un autor grave y antiguo que mereciera crédito. Es verdad que los hechos de que esta se halla llena, van casi todos acompañados de algun milagro, segun el genio del siglo en que fué compuesta. Pero estos milagros se hallan muy bien detallados, nombradas las personas, marcados los lugares, los hechos despojados de todo lo que pudiera hacerlos sospechosos. Es tambien cierto que no contiene todos los caractéres que serían de desear para fijar una cronología exacta y segura. Pero á falta de fechas, que no han seguido todos los historiadores con tanta exactitud como hubiera sido necesario, todo conviene á

un documento original. Tambien se observa en los diferentes manuscritos de esta vida que los copistas han hecho algunas alteraciones, adiciones y cambios. Pero además que se ha encontrado el medio de remediar este inconveniente, esta divergencia no es notable, y no recae más que sobre ciertas circunstancias de hechos sin tocar en el fondo. El primero que sacó del polvo esta vida de Sta. Genoveva es Juan Ravici de Nevers, que la mandó imprimir en París en 1521 en su coleccion intitulada: *Mujeres ilustres*. Surio la dió despues al público, y varió el estilo segun su costumbre. Estas dos ediciones son muy defectuosas. Habiendo obtenido mejores manuscritos, publicó otra Bolando en 1643, que mereció los elogios de los sabios como la más correcta y más exacta publicada hasta entónces. El mismo autor publicó á continuacion de la vida precedente, otra que no difiere de la primera más que en que no es propiamente sino un programa en que no se ha hecho casi nada más que cambiar la ligazon de los hechos. El P. Chiflet publicó por el contrario otra mucho más ámplia, que puso al fin de su concordancia de la historia del V. Beda y de la cronología de Fredegario, que apareció en París en 1681 en un vol. en 4.° Pero esta no es tampoco diferente de la primera, publicada por Bolando, al ménos en lo que se refiere á la sustancia de los hechos. Unicamente se han hecho entrar glosas y episodios, que se manifiestan sencillamente como fuera de su lugar. La más exacta y la más perfecta de todas las ediciones de la verdadera vida de Sta. Genoveva, es la que el P. Charpentier, canónigo regular de la congregacion de este nombre, publicó sobre nueve manuscritos antiguos. Apareció en París en 1697, en un volúmen en 8.° En 1663, segun el P. Le Long, ó únicamente en 1669, segun Mr Bailiet, se imprimió en París en un vol. en 12.° una traduccion francesa de esta misma vida. Pero se observa tambien que es ménos una version que un compendio en que se han suprimido las cosas que parecian increibles. En 1683 se publicó una nueva traduccion ó la misma corregida y enriquecida de observaciones. Se halla en el mismo volúmen que la anterior, pero se han deslizado algunas faltas, que no se encuentran en el original. Los unos la atribuyen al P. Du Moulinet, otros al P. Lallemant, de quien no se cree indigna.—S. B.

SALVUS ó SALVIUS. Fué este español de nacion, abad del monasterio de Abelada, en el que sucedió á Dulquite. Era de pequeña estatura y de débil complexion, segun Moreri, y de salud sumamente delicada pero de vivo espíritu y de muy agradable conversacion. Fué sabio, pero aún más piadoso. Escribió una regla para las religiosas, y compuso himnos, oraciones, misas y otros escritos sobre diversas materias eclesiásticas. Cuanto escribió este religioso es de estilo noble, grave y que inspira á la piedad y á la compuncion á los que leen ú oyen leer sus escritos. Murió en tiempo de D. García I,

rey de Aragon, y de Teodomiro, obispo de Nájera, el dia 10 de Febrero del año 962.—C.

SALVUS DE PALERMO, franciscano observante de la provincia de Sicilia, de que fué definidor, custodio y comisario, siendo además visitador de otras de Italia. Todos los autores hacen grandes elogios de su ciencia y virtud. Murió en el convento de Sta. María de Jesus de Palermo en 1644, en opinion de santidad. Publicó en italiano: *Tesoro del alma que desea conservar la pobreza y obediencia*; Nápoles, por Constantino Vital, 1640, en 8.° Dejó inéditas: *Decisiones casuum conscientiæ*; dos tomos en 8.°—*Meditationes in odium peccati, et pro debita præparatione ad Communionem*; un tomo en 8.° *Stellam lucidam, id est, debitam observantiam trium votorum essentialium*; un tomo.—*Scholium Ordinis*; un tomo en 8.°—S. B.

SALZA (German de), fundador del poder de la Orden Teutónica en Prusia, fué el cuarto gran maestre de la Orden, dignidad para la que fué elegido en 1210. Era tan grande la pureza de su alma y la elevacion de su espíritu, que el pontífice Gregorio IX y el emperador Federico le eligieron en 1230 por árbitro de sus diferencias. Este último le confirió la dignidad hereditaria de príncipe del imperio. German de Salza elevó á su apogeo el poder y el esplendor de la órden Teutónica. El duque Conrado de Marovia, reducido al último extremo por los prusianos que no se habian convertido todavía, le pidió su socorro, y German de Salza, con el consentimiento del Papa, le envió un numeroso destacamento de caballeros de la órden Teutónica á las órdenes de German Balk, y en 1230 comenzó la sangrienta lucha que debia terminar con la completa sumision de los habitantes indígenas de la Prusia. Los caballeros llamados Porte-Glaive compartieron los peligros y la gloria de la Orden Teutónica. German de Salza murió en Salerno, donde habia marchado para restablecer su salud un tanto alterada en 20 de Marzo de 1239, en el momento en que iba á completarse la sumision de Prusia.—S. B.

SAMAA, hijo del rey Jeconías. I Paral., III, 18.

SAMAA, príncipe de una de las familias de Benjamin, é hijo de Macelloth. I, Paral. VIII, 32.

SAMAA, hermano de David y padre de Jonatás, uno de los héroes del ejército de este príncipe. II Reg., XXI, 21.

SAMAA, levita, hijo de Michel y padre de Barachías. I Paral. VI, 39.

SAMAA, padre de Joas, de la tribu de Benjamin, fué uno de los que fueron á reunirse á David en Gabaa, miéntras le perseguia Saul. I Paral., XII, 3.

SAMACHIAS, hijo de Semeias, levita, portero del templo. I Paral. XXVI, 7.

SAMAD, hijo de Elphaad, de la tribu de Benjamin. I Paral. VIII, 12.

SAMAEL es el nombre que dan los rabinos en sus comentarios místicos sobre el Pentateuco, al príncipe de los diablos, que esperaba con impaciencia la hora de la muerte de Moisés para apoderarse de él y conducirle al lugar en que se hallaban detenidos los muertos, pero S. Miguel le reprendió diciéndole: Acaso, desgraciado, te entregarás tú á la alegría miéntras yo vierta lágrimas? y le citó este pasaje de Micheas: *Enemigo mio, no te regocijes en mi desgracia; he caido, es verdad; pero me levanté. Estoy sentado en las tinieblas, Dios séra mi luz*; y añadió: He caido cuando ha muerto Moisés, pero me he levantado cuando le ha sucedido Josué y ha introducido á los hebreos en la tierra prometida. —S. B.

SAMAIAS, padre de Samaí, de la tribu de Simeon. I Paral., IV, 37.

SAMAIAS, hijo de Semei, de la tribu de Ruben. I Paral., V, 4.

SAMAIAS, de la tribu de Benjamin y de la ciudad de Gabaon, hombre de gran valor, que fué á reunirse á David en Siseleg. I Paral., XII, 4.

SAMANIEGO (P. Diego), religioso de la Compañía de Jesus. Este gran siervo de Dios era natural de Talavera. Entró en la Compañía en la provincia de Castilla en el año de 1572, siendo siempre un hijo verdadero de dicha Compañía. Vivió en Castilla veinticinco años, y los más en la casa profesa de Valladolid, donde trabajó mucho, pues era sumamente activo y laborioso, confesando mucha gente de toda clase y categoría, no distinguiendo á la principal de la plebeya, siempre con notable fruto de las almas que dirigia, y haciendo juntamente oficio de procurador todo el tiempo que allí permaneció. El Señor le inspiró grandes deseos de ocuparse en la conversion de infieles, é importunaba sobremanera á los superiores para que le enviasen á ejercer aquel ministerio. Resistian á aquella demanda muchos Padres graves de la provincia, no determinando cuál sería mayor servicio de nuestro Señor, si el que perseverase en el empleo y oficios que actualmente desempeñaba, ó el de pasar á las Indias. Al fin venció su santa porfía é instancias por haber sido llamado milagrosamente á las Indias, y la experiencia demostró haber sido efectivamente llamamiento divino. Pasó por fin á las Indias el año de 1586. Llegado á Lima, pasó luego á Santa Cruz de la Sierra, donde estuvo treinta y nueve años, y aprendió con la mayor inteligencia y provecho varios idiomas de indios, consiguiendo por aquel medio mucho fruto y beneficio para las almas, si bien poniendo muchas veces en riesgo su existencia, llevado del humanitario deseo de salvarlas. Fué devotísimo del arcángel S. Miguel, que se le mostró resplandeciente y glorioso, y le prometió su ayuda en muchas conversiones de indios gentiles y de pecadores obstinados, y se lo cumplió en muchas y milagrosas, llevándole el Señor á cada paso adonde él no pensaba, á bautizar criaturas y confesar hombres

que se hallaban en artículo de muerte. Fué varon de vida inculpable y angélica, que jamás cometió pecado mortal ni venial advertidamente, si no son los que llaman *ex surreptione*. Conservó intacta la virginidad, siendo notable y de rara mortificacion y paciencia en los trabajos, los cuales llamaba su cruz viva. El Señor le manifestó y le hizo entender varias veces como estaba en su gracia, con ciertas señales exteriores que él mismo le pedia, principalmente en la Misa. Tuvo altísimo don de oracion y contemplacion, y fué muy favorecido de la Vírgen Santísima. Recobró milagrosamente su salud en muchas ocasiones, y por su intercesion se la concedió el Señor igualmente á muchos enfermos. Falleció en Sta. Cruz de la Sierra á 7 de Mayo del año de 1626, á los ochenta y cinco de su edad y sesenta y cuatro de Compañía con gran opinion de santo, y como tal es venerado de todos; al mismo tiempo que el Señor ha declarado la santidad de su siervo con algunas gracias, que por medio de sus reliquias liberalmente concede á sus devotos. —A. L.

SAMANIEGO (D. Diego Gonzalez de), obispo de Mondoñedo. Fué natural del pueblo de Samaniego, en el obispado de Calahorra. Inclinado al estado eclesiástico, hizo sus estudios en Oñate y despues en Salamanca. Fué colegial en Cuenca, y obtuvo la canongía magistral de la santa iglesia de Leon, de la que salió por haber sido presentado por S. M. para el obispado de Mondoñedo en el año 1593. Murió en 22 de Octubre de 1611, siendo ya de edad avanzada, y fué sepultado en la capilla mayor de la catedral hácia la parte de la epístola, existiendo su epitafio hasta hace pocos años. Dotó en su iglesia dos misas cantadas, una en la octava de la Natividad de nuestra Señora, y otra en el dia de S. Mateo. Legó á la sacristía varios ternos riquísimos, y á la mencionada iglesia su escogida librería, que era muy abundante, tanto en impresos estimables, como en raros manuscritos.—M. B.

SAMANIEGO (P. Fr. Martin de), religioso de la órden de S. Gerónimo, en el Real monasterio de Sta. Engracia de Zaragoza. Fué varon sumamente virtuoso, y puede considerársele como el padre de todos los religiosos de aquel tiempo, y de quien todos pudieron tomar raros y contínuos ejemplos de todo género de virtudes y de observancia religiosa. Era natural de la Rioja, de la villa de La Guardia, y fué muy original el motivo que tuvo para ser religioso. Estaba estudiando en la ciudad de Zaragoza en compañía de otros estudiantes, y uno de ellos manifestó deseos y tuvo impulsos de hacerse religioso; pero Martin le disuadió inclinándole á que abandonase aquel propósito, siendo causa de que no llevase á efecto su santo intento. Pero á poco tiempo comenzó á tener escrúpulos, preocupándole la idea de que con su consejo habia estorbado á su amigo realizase su vocacion á la vida religiosa; subieron aquellos á tal punto, que no le dejaban sosegar;

permitiéndolo así la soberana sabiduría é inescrutables juicios de la divina Providencia, para moverle por este medio á que él mismo hiciese ó se inclinase á la misma vocacion que á su compañero habia disuadido poner en ejecucion. No se apartaba un solo instante de su pensamiento la triste idea de que si aquel jóven se perdia y se condenaba, él tenia la culpa, pues le habia impedido y estorbado tomar el camino de la perfeccion; y que siendo sujeto muy capaz, le habia perjudicado y tambien defraudado á la religion, donde pudiera ser gran religioso y servirla en mucho; y discurriendo perennemente en el particular, fueron tales sus temores y desconsuelos, que determinó hacer una confesion general, y consultar á un hombre docto y santo para salir de las penas que contristaban su alma. Los resultados de acto tan cuerdo y de resolucion tan cristiana fueron hacerse religioso en el monasterio de Sta. Engracia, haciendo de su parte que la religion no quedase defraudada, sino satisfecha del daño que la podia haber hecho anteriormente. Desde el primer dia que entró en ella hasta que murió, mostró con evidencia que su vocacion fué inspirada por Dios, en lo firme y uniforme de su santo proceder. En cuanto profesó le dieron el oficio de ayudante de sacristan, de cuyo cargo era el limpiar y atizar las lámparas de la iglesia y de los santos mártires, y en este y otros oficios de humildad manifestaba cuán bien se habia abrazado con ella, y lo mucho que se aprovechaba de la compañía de los santos, deseando imitar á los que fueron tan buenos imitadores de Cristo, y dar su vida por aquel Señor que es el grado más perfecto de la caridad. Perpétuamente estaba ocupado con la presencia de Dios, jamás alzaba los ojos del suelo, edificaba á todos su modestia, era muy constante en la oracion, en las demás devociones y mortificaciones; y áun siendo colegial en Sigüenza (adonde fué con harta pena de dejar su amado oficio y la compañía de los santos mártires) trató no perder de vista tan santos ejercicios, en medio del asíduo estudio de letras escolásticas, que requieren un trabajo constante, si bien es muy suave cuando se llegan al Señor que los ilumina para que nada les sirva de embarazo. Con estos precedentes salió un estudiante muy aprovechado. Supo mucho de la Sagrada Escritura, comprendiendo como nadie sus sentidos místicos y morales, y si como era eminente en este particular fuera osado y desembarazado en el púlpito, fuera grandísimo predicador. Para el confesonario fué excelente; tenia junto con la suficiencia, humildad, suavidad, espera, cordura; animaba y enseñaba á los penitentes, manifestándoles gran compasion y encendida caridad; con cuyo buen tacto y comedimiento, atraia y alentaba los ánimos al dolor de sus culpas, al aborrecimiento y fuga de los vicios, por el amor de Dios, al firme propósito de la enmienda, cooperando con la gracia cuanto estaba de su parte para hacer de enemigos amigos de Dios. Se ejercitó en este buen

oficio muchos años, ganando mucho cielo para sí y para los prójimos. Despues le dieron el cargo de maestro de novicios, en el que no fué menor su ganancia. Tuvo muy santa destreza para criarlos y educarlos, siendo tan celoso y puntual en enseñar y obrar hasta las más mínimas reglas de la observancia, que á otros ménos atentos ó cuidadosos les parecia esto nimiedad ó impertinencia; mas él les respondia con lo que dice el Espíritu Santo: *Qui minima spernit paulatim decidit*; y no por esta censura abandonaba su sistema, puesta la mira en Dios y en el aumento de la religion para gloria suya. Fué despues vicario y prior, y en uno y otro cargo pudo ser maestro en cuanto á la vigilancia y ejecucion de lo que le tocaba, siendo el primero en las operaciones y empleos de la observancia. En lo restante del gobierno se vió claramente que habia aceptado entrar en él solo por obedecer, pues que habiendo renunciado el priorato por causas que tuvo para ello, quedó muy alegre y gozoso por verse en la esfera de súbdito, en la cual, en la obediencia y resignacion á sus prelados y superiores, aventajó á cuantos en estas virtudes han resplandecido más en la religion. Le volvieron á nombrar vicario y maestro de novicios, oficios los más trabajosos de la Orden, y los aceptó sin que se le observase novedad en su ánimo igual, pues habiendo sido prelado no puso el menor reparo á ocuparse en empleos inferiores. Mucho tiempo los ejercitó con singularísima asistencia al coro y á la enseñanza de sus nuevos, sin perder un punto del rigor de la religion, áun siendo anciano y teniendo una llaga abierta en una pierna, que le duró muchos años. Pudo decir lo del apóstol: «Todas las cosas puedo en el Señor que me conforta;» pues para cuanto estaba á su cargo se hallaba animoso y ágil. Para animarse á mover á otros á la perseverancia en las divinas alabanzas, traia siempre en boca aquel célebre dicho de S. Gerónimo: *Hoc discamus in terris, quod permanent in cœlis.* Oficio de ángeles tenemos que nos le da la religion: hagámosle aquí con voluntad, pues seguramente es el que allá nos ha de durar. Consideracion digna de su buen espíritu con la cual afirmaba el santo varon que en el coro se le olvidaban todos sus males y se alentaba para llevar con paciencia los trabajos de esta vida. Sabia con evidencia los primores y reglas del misal y breviario; y en este punto y en el régimen del coro fué de lo mejor que habia en la órden de S. Gerónimo, donde con tanto y tan majestuoso esplendor se trataba del culto divino. Despues del coro guardaba el recogimiento en su celda, de modo que no salia sino á lo preciso que le obligaba la obediencia, ni jamás hubo quien le viese fuera de ella. Allí estudiaba, oraba, hacia penitencia de sus culpas, leia las vidas de los santos, en que se ejercitaba mucho, y en la explicacion de los salmos, con cuyos sentidos espirituales, morales y místicos sentia interiormente gran regalo y fruicion. Tenia muchas noticias de los santos extáticos y de los au-

tores que han escrito en la mística teología, y áun él mismo escribió y sacó muchos trabajos, que á darlos á la estampa fueran muy bien admitidos. Traia siempre el corazon lleno del fuego de una ardientísima caridad para con Dios y para con los prójimos, de donde se originaba una compasion notable que tenia de los pobres, con quienes partió su racion toda su vida, dejándoles la mejor parte; y de los enfermos á quien visitaba para aliviarlos, y de cuantos padecian necesidades, que á todos procuraba socorrerlos y ampararlos. Entraban como principales en esta su piedad las ánimas benditas del purgatorio, á las que aplicaba multiplicados sufragios. Oraba tambien con gran compasion y mucha eficacia por el remedio de las necesidades comunes de la Iglesia. En todas las témporas del año que se hacen órdenes, ayunaba mucho, oraba más, aumentaba las austeridades y mortificaciones, entre ellas la disciplina, y tenia compuesto un oficio muy docto y espiritual, que rezaba esos dias, en que pedia á Dios dispusiese los ánimos y almas de los que se habian de ordenar, para que recibiesen las sagradas órdenes con tanta gracia y amor de Dios, que llenos de ella y de los dones del Espíritu Santo, fuesen dignos ministros del altar y maestros de las virtudes; que con su vida y ejemplo ilustrasen con divino esplendor el cuerpo místico de la Iglesia, como miembros de su cabeza Cristo. Es digna de aplauso esta atencion del siervo de Dios, por la que se puede inferir cuál sería su vida y su alma toda amor, pues tanto deseaba el bien universal de la Iglesia y la perfeccion de sus ministros, para que se consiguiese fin tan cristiano, pues no siendo como debian para ejercer tan alto ministerio, son los que más dañan á la religion. Era universalmente conocida en este varon santo esta ardiente caridad, no sabiendo sino acudir á su piedad y benevolencia los afligidos en sus necesidados y casos árduos, hallando siempre el remedio y consuelo á medida de su cuidado. Le sucedió á un religioso convaleciente presentársele de pronto un vómito cuando acababa de decir misa en la capilla de la enfermería, procedido sin duda de flaqueza de estómago, reconoció habian salido algunas partículas de la hostia que habia recibido: desconsolado sobremanera de lo ocurrido, hizo que el enfermero llamase reservadamente al P. Fr. Martin, acudió el santo varon, y enterado del suceso, consoló y confortó al religioso, aconsejándole se volviese á la cama tranquilo, que él se encargaba en aquel caso de hacer lo que convenia. Quedóse solo con el enfermero y separó con mucho cuidado las partículas que puso en una patena, rayó, lavó y limpió lo demás, haciendo todo cuanto disponen los cánones y decretos de la Iglesia en tales casos, y llevó al sagrario las soberanas y divinas reliquias, donde casi empleó todo el dia en afectuosa y ferviente oracion. Presidia entónces como vicario, y pudo disponer se hiciese todo con sumo recato y secreto, sin que el sacristan, que dió

las llaves del sagrario, supiese nada de lo ocurrido. El dia siguiente llamó á un hermano lego humilde y devoto, llamado Fr. Antonio de Heredia, y le dijo que le acompañase á decir Misa que tenian que hacer. La celebró en el altar mayor con muchas lágrimas, que siempre derramaba en este acto sacrosanto, y sacando del sagrario la patena con las partículas, se las mostró al acólito, y vió que en ellas habia unas gotas de sangre fresca más hermosas que rubíes; las adoró el santo sacerdote con suma reverencia, y á su tiempo las consumió con tiernísimos afectos, lágrimas y suspiros, diciendo: «¿Cuándo ó cómo puedo yo merecer este divino favor?» Previno al ayudante callase aquel caso, que convenia así, porque le habia sido revelado que consumiese aquel santo tesoro. Suceso verdaderamente admirable, y que da bien á conocer su mucha caridad y compasion con los afligidos, su mucha devocion al Señor sacramentado, y su santa discrecion y humilde recato. El teson que tuvo en la observancia regular en el concepto de muchos, bastaba para canonizarle, porque es gran milagro y prodigio que en la flaca y decaida naturaleza humana, viviese un hombre cuarenta años siguiendo el rigor más extremado de una religion aprobada por la Sede Apostólica, tenida de las demás religiones y de todo el mundo por observantísima. Fué muy notable que en todo este tiempo, habiéndole ofrecido muchas ocasiones algunos émulos para ser ásperamente corregidos, jamás tuvo un *sí*, ni un *no*, con ningun religioso ni seglar. Abrazábase con la paciencia y callaba, y mostrándose siempre perseverante en el cumplimiento de las obligaciones religiosas, vencia con tal humildad, que no faltando á ninguna, triunfaba constantemente. Le aconsejaban que se curase la llaga de la pierna que le hacia padecer mucho, teniendo casi por milagro no hubiese tomado peor carácter y se hubiese cancerado. Mas él contestaba: que con qué otra cosa habia de merecer, no haciendo nada de provecho en la religion. Sentimiento propio de siervos de Dios, considerarse por inútiles para todo. Siendo ya anciano le acometió una perlesía ó parálisis que le cogió la lengua, y la acompañaban terribles desmayos. Fué preciso conducirle á la enfermería; querian llevarle en una silla, pero no lo consintió, y aunque con mucho trabajo, se trasladó por su pie, llevando consigo el manto, el breviario y escapularito de dormir, que áun en tal trance no se olvidó de esta observancia. Se le agravó la enfermedad con tales desmayos, que cada uno parecia anuncio de la muerte, mas cuando volvia de ellos, era con boca de risa, que en estado de salud usaba bien pocas veces; con esta demostracion alegaba y consolaba á los presentes; pero los médicos, conociendo el peligro, trataron de que se le sacramentase. No hablaba palabra bien pronunciada, y se le puso muy torpe el oido, le tuvieron que manifestar á voces su situacion, y habiéndolo entendido, se confesó como pudo, lo que estando bueno practicaba

diariamente, y los confesores casi no hallaban jamás materia de absolucion; recibió al Señor con devotísimo afecto, produciendo grande edificacion en todos los que le acompañaban, y quedó muy gozoso regalándose con tan soberano manjar. Advirtió el cuidado en que todos estaban, médicos y religiosos, y en secreto le dijo el varon santo al enfermero: *Mucho temen que muera ahora, pero no ha de ser así, que el dia de la Natividad iremos á nacer con Cristo.* El enfermero le contestó que pocos dias faltaban para la Natividad de S. Juan, y el santo en su cerrado lenguaje le volvió á decir: *No digo sino que será el dia del Nacimiento del Señor, que este dia iremos á nacer con él.* Mejoró mucho y se levantó, y en el tiempo que media desde S. Juan á la Natividad del Señor le decia al enfermero muchas veces en distintos dias: Ya no nos faltan sino tantos meses, hasta que pasando todos los de verano llegó el de Noviembre, y se le agravó tantó la dolencia en la perlesía, que fué necesario asistirle contínuamente de dia y noche. El varon de Dios se disponia á la última jornada con mucha alegría, pero el comun enemigo, viendo su santidad y conformidad con la voluntad del Señor, trató de inquietarle cruelmente para derribarle de la fe y esperanza que tan firme tenia; pero triunfó de sus asechanzas, favorecido del auxilio de la divina gracia. Estando velándole algunos religiosos, oyeron diversas veces un gran ruido, siendo particular no le oian los enfermos que estaban á los lados. Quisieron saber la causa de esta novedad, y el santo varon les hacia señal que se estuviesen quedos; mas viendo que se repetian mucho estos extraños ruidos, un religioso quiso salir fuera á ver de qué procedian, y el buen viejo le llamó balbuciendo, y le dió á entender que el ruido era allí dentro de la celda; pero callaba la causa, mostrándose con grande alegría. Solo una noche el enfermero le halló muy triste, aunque con un rostro como de ángel, abrazado muy estrechamente á una cruz; se resistió á explicarle la causa de su tristeza, pero instándole el enfermero le dijo que guardase el secreto, pues habian venido los enemigos de Dios muy rigurosos y armados, trayéndole á la memoria todos los pecados de su mocedad; amagándole que le habian de matar, y que estaba condenado como ellos. Así significó de camino el motivo de estar abrazado á la cruz, arma eficaz contra tales enemigos para vencerlos y ahuyentarlos. De esta manera pasó algunos dias, continuando los ruidos, pero despues sucedió una tranquila paz y seguridad; y sin accidentes que pareciesen penosos, confesó y comulgó el dia mismo de la Natividad del Señor, recibió la santa uncion, y murió en el mismo dia á las seis de la tarde, hora desocupada ya para que ninguno de sus hermanos faltase á su tránsito. Asistió á él toda la comunidad, y los inquisidores de la ciudad que se hallaban entónces en el convento. Pasó de esta vida á la eterna con tanta paz y sosiego, que siendo cadáver, todos juzgaban que se sonreia; y

con razon pudo alegrarse, pues habia llegado el dia en que habia de nacer con Cristo, como lo tenia muchos meses ántes anunciado. — A. L.

SAMANIEGO (P. Fr. Pablo de la Concepcion). Nació en 14 de Octubre del año de 1700, y se bautizó en 25 en la parroquia de S. Martin. Fueron sus padres D. Pablo Agustin Samaniego Montemayor y Córdova, natural de esta villa, caballero del órden de Santiago y gentilhombre de la boca de los reyes D. Cárlos II y D. Felipe V, y Doña Francisca Florez de Setien. En su niñez se puso el hábito de la órden de S. Juan de Jerusalen, y le trajo hasta que vistió el de carmelita descalzo en el convento de la ciudad de Pamplona, en donde profesó. Despues de las lecturas obtuvo varias prelacías, que desempeñó con grande acierto; fué definidor general, y últimamente prior del convento de Madrid; y siéndolo de resultas de la muerte del reverendísimo Fr. Manuel de Jesus María y José, general de la Orden, que sucedió en 2 de Febrero de 1757, fué nombrado en el 5 del mismo por vicario general. Con este carácter gobernó hasta el dia 30 de Abril del mismo año, en que se celebró capítulo general en la villa de Pastrana; y al primer escrutinio, atendiendo sus grandes méritos, salió por voto de todos electo general de toda la Descalcez. Desempeñó este ministerio con el mayor esplendor de virtudes y prudencia, segun lo prometia su gran capacidad y lo ilustre de su sangre. Su humildad fué muy grande, y su literatura extraordinaria; y aunque no dejó nada impreso, conservaba el convento de S. Hermenegildo de Madrid ocho tomos en fólio de *Consultas canónico-morales*, en cuya facultad fué muy sobresaliente. Murió en el mismo convento el dia 17 de Octubre de 1770. — A. y B.

SAMANIEGO Medinilla (D. Diego de), colegial del Viejo de S. Bartolomé de Salamanca, natural y originario de la Guardia, diócesis de Calahorra, doctor teólogo, hijo de D. Diego Sanchez de Samaniego y de Doña Ana Martinez Medinilla, originaria de Briñas, nieto por línea paterna de D. Francisco Sanchez Samaniego y de Doña María Sanchez Samaniego; y por la materna de D. Juan Ortega Martinez de Medinilla y de Doña Ana de Riva Martin. Fué recibido por colegial en 24 de Agosto de 1651, siéndolo del de Sancti-Spiritus de la villa de Oñate, y catedrático de prima de teología de aquella universidad. En el año de 1653 llevó la canongía magistral de la santa iglesia de Avila, en concurso de muchos doctos opositores, entre ellos cuatro colegiales mayores de los colegios de Cuenca, Oviedo, el Arzobispo y Santa Cruz. Murió en aquella ciudad el año de 1661, habiendo cumplido exactísimamente con los encargos de su ministerio. — A. L.

SAMAOTH de Jezer, uno de los generales del ejército de David y de Salomon, que mandaba en veinticuatro mil hombres. I Paral., XXVII, 8.

SAMARATH, hijo de Semei, de la tribu de Benjamin. I Paral., VIII, 21.

SAMARÆUS, décimo hijo de Canaan y padre de los Samareos, que creemos habitaron á Symra, ciudad de la Fenicia, cerca de Orthosia. Los dos Caldeos y S. Gerónimo sostienen que habitaron en Emesa, en la Siria. Algunos se han imaginado que habian dado el nombre á la montaña de Someron, en la que se reedificó despues Samaria, pero no han tenido presente la diferencia que existe entre los nombres de *Schomeronim*, los samaritanos y *Tomeriin* los Samareos.

SAMARIAS, uno de los valientes que fueron á reunirse á David en Siseleg. I, Paral., XII, 5.

SAMARIAS, uno de los que se habian casado con mujeres extranjeras y las repudiaron despues del cautiverio. I Esdr., X, 32.

SAMARIAN (Beccar). Perteneciendo á una de las más ilustres familias de Constantinopla, fué Beccar educado, como era consiguiente, en el judaismo, que es la religion dominante de aquel país, y la circunstancia de ser sus padres inmensamente ricos le proporcionó indudablemente el que le pudiesen dar una educacion todo lo esmerada y brillante que era debido. Por supuesto que los ramos á que se dedicó fueron la historia y la jurisprudencia, poniéndose á la importante altura de nuestra época en los conocimientos, no solo puramente de relacion, sino tambien en la crítica, á cuya ciencia le ayudaba en gran manera el exquisito y nada vulgar ingenio de que Dios le habia dotado, y la prudencia y demás virtudes que aunque no las poseia aún en el eminente grado en que las practica el cristianismo, no obstante le eran, como si dijéramos, connaturales. Era aficionadísimo á las artes, y sobre todo por la pintura tenia una muy especial predileccion; así es que queriendo su padre que no escasease medio alguno de satisfacer hasta los más insignificantes deseos que pudiera tener, le envió á Roma, y aquella fué para él una de esas disposiciones especiales con que la divina Providencia, por medios que á primera vista no parecen adecuados, predispone y logra los altos fines de procurar la dicha de los hombres, que dóciles á sus inspiraciones, secundan estos primeros y todo misericordiosos destellos. Efectivamente, Beccar fué á Roma sin otra idea que la de examinar infinitas preciosidades que encierra la capital del orbe católico, y buscando solo el aliciente de la satisfaccion de sus deseos artísticos, digámoslo así, halló la de los más justos deseos y de las aspiraciones más nobles que puede tener el hombre, que son las que le procuran su verdadera dicha, no en el órden material sino en lo espiritual, es decir, en la posesion de la eterna gloria. Pues bien, Beccar vió en algunos monumentos que visitaba hombres que le llamaron la atencion por lo delicado de su proceder, por lo sublime de sus ideas, y porque todo en ellos respiraba la rectitud de que en efecto estaban adornados, y dijo, como no podia ménos de decir, que aquello era consecuencia de

que profesaban la religion católica, por lo cual él quiso conocerla tambien y entrar en este gremio, único donde puede esperarse la salud y dicha, sin la cual nuestra existencia se arrastra de una manera que tiene por término una segura condenacion. Se hizo instruir en nuestras sacrosantas tradiciones, preguntó acerca de lo que debia hacer para poder llegar á la dicha de ser regenerado en las sacrosantas aguas del bautismo, y fué destinado á la casa que se llama de catecúmenos, que le dió cuantas instrucciones y seguridades podia apetecer acerca de su acertadísima eleccion. Tenia veintinueve años cuando recibió el sagrado bautismo; pero sus deseos eran tan vehementes como si ya caduco hubiese temido por su vida en el ménos pensado momento. Aguardó á recibir el santo bautismo el dia solemnísimo del sábado santo, año 1845; y en la solemne ocasion de acabarse de bendecir la pila segun la ritualidad de la Iglesia, él y otros varios catecúmenos fueron admitidos á las aguas regeneradoras por el Emmo. Sr. Cardenal vicario, que á nombre de Su Santidad ejerció aquel dia las funciones pontificales con la solemnidad que procedia en la suntuosísima iglesia de S. Juan de Letran, que presentaba un aspecto encantador, en atencion á que todos los catecúmenos, que fueron seis, tenian una ú otra razon por la cual excitaban, ó la curiosidad ó el afecto de todos, porque todos se complacian muchísimo en su dicha. Los adultos fueron admitidos á la santa confirmacion, y despues á la percepcion de la santísima Eucaristía, siendo verdaderamente edificante este acto en que se veia toda la fe que ellos tenian en las promesas de Dios, reflejándose en sus semblantes llenos de animacion y de dulzura, y todo el disgusto que le causaba su anterior extravío en las lágrimas y suspiros con que hacian resonar estos nobles sentimientos de su agradecido corazon. Samarian mandó á sus padres la generosa renuncia de los cuantiosos bienes que le correspondian en herencia, y les manifestaba lo grato que le seria el que al ménos sus hermanos menores siguieran su ejemplo; mas esta resolucion suya pareció muy mal á sus ascendientes y deudos, por lo cual cortaron con él toda especie de relaciones. Dolíale en el alma el poco juicio con que acerca de tan trascendental asunto como es la salud eterna procedian; pero él por sí mismo se alegraba cada dia más de haber dado el paso que dió, y hubiese querido atraer á todos los infieles al conocimiento de la sola verdad que existe sobre el mundo, que es la religion de Jesucristo. Desde luego estableció una vida pobre y hasta cierto punto oculta, ingeniándose para ganar, no para él, sino para los pobres, á quienes tenia un afecto extraordinario, siendo todo su anhelo el hacerse cada dia mejor, como en efecto lo lograba, agradeciendo así la bondad que el Eterno tuvo con su pobre alma.—G. R.

SAMARITANA (Fotina la). Aun ántes que los apóstoles predicasen la

doctrina de su divino Maestro por el mundo, llamando á los hombres al conocimiento del verdadero Dios y á beber las aguas de la divina gracia, una mujer nos presenta el Evangelio como el primer apóstol, por decirlo así, la primer confesora de Jesucristo, la primer propagadora de su santa doctrina y la primer catequizadora de las almas para aumentar el reino de Dios. Esta mujer especial, este primer apóstol de la gracia divina fué una miserable pecadora contumaz, una pobre mujer encenagada en el vicio y enemiga de la virtud, perteneciente á un pueblo cismático, que se habia separado de la comunion del pueblo elegido por Dios en la antigua ley de gracia; en fin, era esa famosa Samaritana de la que nos habla el sagrado texto, que yendo al pozo á buscar el agua material para satisfacer la sed y las necesidades de la vida mortal, tuvo la dicha de saciar su alma y de beber las aguas que proporcionan la vida eterna. Empero como las consecuencias de la conversion de esta pecadora por el mismo Jesucristo fueron de tanta trascendencia para el cristianismo, y su predicacion y arrepentimiento proporcionan tan saludables como instructivas lecciones, vamos á extendernos en varias consideraciones, sin separarnos de la verdadera fuente de aguas limpias y claras en esta cuestion, que es el mismo Evangelio, dando á conocer primero al pueblo samaritano, y los lugares en que tuvo lugar tan interesante escena, segun lo que mejor escrito veamos sobre este interesante asunto en los muchos autores que al efecto tenemos á la vista, de cuyas obras tomaremos lo que más convenga á nuestro propósito y de mayor enseñanza pueda ser para nuestros lectores y para cuantos consulten esta obra. Empezaremos por dar á conocer el país y al pueblo samaritano. Samaria, ciudad de la Palestina y de la Judea, fué capital del reino de Israel, ó sea de las diez tribus de este nombre. El país de Samaria comprendia las tribus de Efrain y de Manasés, de esta parte del Jordan, y sus habitantes tomaron el nombre de samaritanos. Es un país montuoso, pero fertilísimo, y sus deliciosos valles estan regados por muchos rios y riachuelos que contribuyen á su fecundidad. Entre multitud de variadas plantas, el olivo las supera á todas por su abundancia y riqueza. Amri ó sea Hamri VI, rey de Israel, padre y predecesor de Achab, rey de este país, compró á Somer ó Semer, en dos talentos de plata, una montaña en la tribu de Efrain, al principio de su reinado, el año del mundo 3079, que ántes de Jesucristo corresponde al 921, y haciendo construir esta ciudad, á la que dió el nombre del primer poseedor del territorio, denominándola Samaria, estableció en ella la silla de su reino de Israel, y esta fué la corte de todos los reyes sucesores suyos hasta la caida de este reino. Todos los reyes se complacieron en ir embelleciendo esta ciudad, que era la más bella, la mayor y más fuerte del país de Samaria, haciéndola la metrópoli, en lugar de Sichem ó de Thersa, ya residencia del rey de Israel. El

año 3134 del mundo, ó sea el 901 ántes de Jesucristo, el rey de Siria Ben-Adad fué á sitiar á Samaria con un número prodigioso de soldados, y la redujo á tan espantosa hambre, que segun la Escritura, llegó á venderse la cabeza de un asno á ochenta siclos, cantidad exorbitante que solo podian soportar los más poderosos. En este conflicto fué cuando tuvo lugar la trágica historia de que nos hablan los sagrados libros de una mujer que convino con una de sus amigas comerse á sus propios hijos, lo que empezó á llevarse á efecto empezando por el suyo, pero como la otra á su vez ocultase al suyo, se quejó al rey Joram la primera. Conmovido el rey de tan bárbaro suceso, quiso que se diese muerte á Elisea, nombre de la antropófaga madre, lo cual no se verificó, porque el profeta le aseguró que al siguiente dia á la misma hora la harina y el trigo se hallarian en la ciudad en tanta abundancia, que se daria por nada, cuya profecía se verificó. El año 3314 del mundo, 721 ántes de Jesucristo, fué tomada Samaria por Salmanasar, rey de Asiria, despues de tres años de sitio, y llevándose este rey cautivos á su reino á los israelitas, pobló el país conquistado con colonias compuestas de familias de diversas naciones, entre las que estaban en mayor número los Chutenses, los cuales no pensaron en restaurar la casi destruida Samaria, y fijándose especialmente en Sichem, la hicieron la capital del estado. Cada uno de los pueblos de que se compuso aquella nueva heterogénea colonia, llevó consigo sus ídolos, y todo el país fué profanado por medio de abominables sacrificios. Sirvióse Dios de los leones para castigar á esta colonia idólatra, cuyas fieras hicieron tan cruda guerra á los habitantes, que mandaron á decir á su rey Salmanasar que no podian sostenerse de aquel modo en el país, y atendiendo este sus súplicas, les mandó un sacerdote del verdadero Dios que fué cautivo con los demás, á fin de que les enseñase las ceremonias de su culto, y por este medio consintió Dios cesase la voracidad de los leones que asolaban el país. Tal era el estado de los samaritanos, dice un autor, cuando Alejandro Magno entró en la Judea; manifestándose por otros que los chutenses restablecieron algunas casas en Samaria, la que parece llegó otra vez á ser capital en tiempo de los Macabeos, cuando Alejandro Baleo, rey de Siria, restituyó á Jonatás Macabeo muchas ciudades que habia separado del gobierno de Samaria. Al destruir esta ciudad Salmanasar, los israelitas ya esclavos de este soberano, llevaron consigo los cinco libros de Moisés, ó sea el *Pentateuco*, escritos en antiguos caractéres hebreos, que es el texto llamado samaritano. Los chutenses eran pueblos habitantes del Eufrates, adoradores de los ídolos, los cuales mezclaron con el de estos el culto del Señor; pero despues de la vuelta de los israelitas de la esclavitud, la Sagrada Escritura, que no disimula nada contra los hebreos y las malas artes que los chutenses ó samaritanos habian

observado contra ellos en la corte de Persia, así como las insidiosas asechanzas de que usaron para impedir la reedificacion de los muros de Jerusalen, no les reprocha jamás de modo alguno como adoradores de los ídolos. Tampoco aparece que estos diversos pueblos tuviesen un templo comun ántes de la entrada de Alejandro Magno en la Judea; pero habiendo comprendido, leyendo los libros santos, que Dios queria ser adorado solo en el lugar que habia elegido, no queriendo los hebreos permitirles ir al templo de Jerusalen, los samaritanos fabricaron, con consentimiento de Alejandro, el templo de Garitzim, del que fué nombrado gran sacrificador Manasés, hijo de Jaddo. Seguiremos este relato dando razon de este cisma desde su principio. El cisma de los samaritanos empezó cuando Jeroboam, habiendo ganado diez tribus, siete de entre ellas se separaron de Judá y compusieron el reino de Israel. Temiendo este príncipe que algunos de sus súbditos, que fuesen á Jerusalen, capital del reino, para asistir á las ceremonias de la religion segun estaba mandado por la ley, llegasen á revolucionarse y á retirarse de su obediencia, les permitió hacer sacrificios en otras partes, á cuyo fin les hizo erigir templos y altares en Bethel y en Dan, en los que estableció nuevos sacrificios y sacrificadores. Luego que, como llevamos dicho, los samaritanos fueron trasportados á Media y á Persia por Salmanasar, rey de los asirios, y que este príncipe mandó á ocupar á Samaria á los chestenses y á otros gentiles, se completó el cisma, por decirlo así. Estos samaritanos fueron siempre enemigos de los judíos, y se opusieron al restablecimiento del templo cuando Nehemías trató de reconstruirle, á pesar de que fingian reconocer como hermanos á los judíos. Completado el cisma entre ellos y los judíos de la época de Jaddo, su sumo sacerdote, les confirmó en él en el reinado de Alejandro Magno. Manasés, hermano de Jaddo, se habia casado con la hija de Sanaballath, que gobernaba el país en nombre de Darío, y habiendo tomado el partido de Alejandro, obtuvo de este soberano, como llevamos dicho, el permiso de edificar un templo en la montaña de Garitzim, entre Sichem y Samaria, parecido al de Jerusalen; y habiéndose hecho nuevo pontífice, levantó altar contra altar, é introdujo esta perniciosa division entre los judíos. Conservaron siempre los caractéres antiguos hebráicos, no admitiendo los que habia dado Esdras despues de la cautividad de Babilonia, que se diferenciaban en la figura, como lo prueba S. Gerónimo en su prefacio al libro de los Reyes. Subsistió este templo en los tiempos de los reyes de Siria y de Egipto, y si se cree á Josefo, entre ellos y los judíos hubo una disputa muy reñida sobre la antigüedad de su templo, en la que salieron vencedores los judíos en tiempo de Ptolomeo Philometor. Juan Hircano redujo á cenizas el templo de Garitzim, y tomó la ciudad de Samaria 109 años ántes de Jesucristo, cuya ciudad restableció despues Herodes *el Grande*, llamándola Se-

baste, en honor de Augusto, cuya poblacion contrastaba con la de Sichem, tomada por Vespasiano y restablecida con el nombre de *Flavia Neapolis*, poblándose con una colonia de griegos, la cual lleva aún el titulo de Naplusa. Volvió Pompeyo la libertad á los samaritanos, y áun cuando despues cayeron bajo el dominio de Herodes *el Grande*, no les permitió este que profesasen su religion, y por lo tanto sacrificaban y adoraban á Dios en la montaña de Garitzim; pero como aparece del Evangelio, los judíos no querian tener comercio alguno con ellos. En tiempo del gobierno de Pilato, un impostor les prometió descubrir los vasos sagrados que habia ocultado Moisés en el monte Garitzim, y sabiendo este gobernador que los samaritanos se habian reunido, temiendo una revolucion, envió contra ellos algunos escuadrones de caballería, que les obligaron á dispersarse, y castigó con la muerte á los jefes de la sedicion: esta cruel accion fué el motivo que obligó al gobierno romano á mandar ir á Pilato á Roma para que diese cuenta de su conducta. Otra desgracia les sucedió poco despues á los samaritanos. Pasando un judío por Samaria para ir á celebrar la fiesta á Jerusalen, fué asesinado por unos fanáticos. Sabedores de este atentado los judíos, se quejaron á Cumanus, intendente de la provincia, y como este se tardase en hacerles justicia, se la tomaron ellos. Armáronse, é invadiendo el territorio de Samaria, quemaron todas las poblaciones que encontraron en el camino, y entrando en la ciudad, pasaron á cuchillo á sus habitantes. Irritado Cumanus de esta violencia destacó algunos escuadrones contra los amotinados, y matando á varios, se llevaron prisioneros á los demás, los cuales fueron en seguida crucificados por órden de Quadratus que envió tambien á Ananías soberano sacrificador, cargado de cadenas con Cumanus á Roma, para que diesen cuenta de su conducta. Abogó Agripa tan enérgicamente á favor de los judíos, que logró se condenase á muerte á los diputados de los samaritanos, y que se desterrase á su protector Cumanus. Tomando parte los samaritanos en la revolucion general de Judea, Samaria fué quemada, y sus habitantes se retiraron á la montaña de Garitzim. Enviado Cersalis á la cabeza de sus tropas para obligarles á deponer las armas y á que obedeciesen, este tribuno no se atrevió á atacarlos; pero faltándoles el agua, una parte pereció de sed, y otra fué derrotada tan atrozmente, que quedaron en el campo once mil seiscientos entre muertos y heridos. Esta carnecería obligó á los samaritanos á someterse bajo el reinado de Neron, al que llegaron á adorar como si fuese un Dios, poniendo su estatua en su templo. Mandados á Samaria nuevos habitantes, estos tomaron la religion y costumbres del país, y mezclados con los judíos que habian quedado, entraron en su faccion, lo cual les atrajo el odio del emperador Adriano. Se les quitaron sus libros, se les prohibió circuncidar á sus hijos, obligóseles á comer tocino, y en fin, se colocó sobre

el Garitzim la figura de un pájaro de cobre para impedirles subir allí, estableciend ocuarteles de tropa al pié de la montaña para detener y matar á los que se empeñasen en subir á pesar de la prohibicion; órden que se llevó á efecto contra los más celosos. Concediendo el emperador Antonino la facultad de circuncidar á sus hijos á los judíos, exceptuó de este privilegio á los samaritanos, que siguieron despues la suerte de los judíos bajo el reinado de los demás emperadores, ya paganos ya cristianos. Algunos fueron á establecerse á Egipto y otros á Occidente, y en tiempo del rey Teodorico tuvieron un considerable establecimiento en Roma, cuya Iglesia se declaró contra ellos en un principio. Durante el imperio de Zenon se mantuvieron en el Oriente, y añade Abulpharage, que se dieron un rey, y poniéndole á su frente atacaron á los cristianos; pero Procopio cuenta que lo que hicieron fué revolucionarse en Nápoles de Samaria el dia de Pentecostés, y que habiendo sorprendido á los cristianos que se hallaban celebrando esta fiesta, hicieron en ellos una gran carnicería y maltrataron al obispo. A fin de castigar el emperador á estos rebeldes, mandó tropa que les echáran del país, y entregó á los cristianos la montaña de Garitzim. Edificaron los fieles en aquel lugar una iglesia dedicada á la Vírgen Santísima, y se estableció un puesto de guardia para impedir se acercasen á ella los samaritanos. Sufrieron este castigo porque no pudieron evitarle, pero conservaron siempre la esperanza de volver á la montaña. Firmes en su idea, en el reinado del emperador Anastasio sorprendieron la montaña y mataron á cuantos cristianos encontraron en ella; pero Procopio vengó esta violencia viniendo de Edesa con tropas á castigarlos. En el reinado del emperador Justiniano llegó su insolencia al extremo de crear un rey llamado Juliano; recorrieron con él á su frente todo el país cercano á Samaria causando grandes estragos, pues que quemaron las iglesias, robaron los vasos sagrados, asesinaron á los sacerdotes, y rompieron las cajas de las reliquias de los mártires que encontraron en los Santos Lugares. Noticioso Justiniano de semejantes desórdenes envió tropas contra estos rebeldes, que fueron inmediatamente derrotados, porque manifestaron tan poco valor para defenderse, como crueldad habian mostrado contra personas indefensas. Preso su príncipe Juliano, fué quemado y el emperador mandó publicar contra ellos leyes extremadamente severas cuya publicacion se hacia de cuando en cuando para contenerlos en su deber. El año 551 la impotencia de los samaritanos fué tal, que para asegurarse resolvieron fingir querer hacerse cristianos. Sergio, obispo de Cesarea, á quien se dirigieron, les sirvió con tanta eficacia cerca del soberano, que se les concedió la facultad de testar, legar y de recibir donaciones como á las demás personas del imperio; pero como su conversion fué más bien efecto de la necesidad de la época que de su buena voluntad, no dejaron de perseguir á los fieles

hasta el pontificado de S. Gregorio. Quedan áun en el dia restos de la secta de los samaritanos muy celosos por la ley de Moisés, y á los que miran y consideran sin embargo los judios como á herejes, porque no admiten más que el Pentateuco por Escritura Santa, y porque tienen ceremonias religiosas diferentes á las de ellos. Hay todavía samaritanos en Gaza, Damasco, el Cairo y en algunos otros lugares de Levante, y en especial en Sichem, ciudad llamada hoy Naplusa, en donde hace pocos años que sacrificaban aún sobre el monte de Garitzim. Sabiendo esto José Scaligero, escribió á los samaritanos de Egipto y al gran sacrificador que habitaba á la sazon en Naplusa. Propuso diversas dificultades á las que respondieron; pero su contestacion no se conoció hasta los tiempos de Scaligero. Esta respuesta cayó en manos de Genebrardo, despues en las de Perecie, que la dió al P. Morsu, el cual la tradujo al latin, como puede verse en las cartas de este Padre, impresas en Lóndres, en 8.°, en 1682, con el título de *Antiquitates Ecclesiæ Orientalis*. Mr. Simon habia ya dado al público, en el suplemento de la primera edicion de las ceremonias y costumbres de los judíos, el contenido de dos cartas escritas á Scaligero por las dos sinagogas de los samaritanos de Naplusa y de Egipto. R. Benjamin, que habló de los samaritanos en su viaje, ha reparado, entre otras cosas, que tienen sacrificadores que pretenden descender de la raza de Aaron, los cuales no se casan jamás sino con mujeres de su familia para no confundirse con la raza sacerdotal, y que sacrifican sobre el monte Garitzim, en donde tienen un altar construido de piedras que levantaron los israalitas despues de haber pasado el Jordan. Añade que estos samaritanos guardan mucha precaucion para no impurificarse tocando á un difunto ó á un sepulcro; que cambian de traje para ir á la sinagoga, y que se lavan ántes de ponérsele. Dice tambien que estos samaritanos pertenecen á la tribu de Efraim, y que tienen el sepulcro de José, hijo de Jacob, que dicen ser su padre. Además de este sepulcro, manifiestan los de sus profetas, y entre ellos los de Eleazar, Ithamar, hijo de Aaron, y áun el de su nieto Phineos. Conservan una inscripcion, que creen escrita por este último el año quinto despues de la entrada de los israelitas en la tierra de promision. Los ingleses escribieron en el siglo pasado á estos samaritanos, los que les dieron respuestas bastante semejantes á las que dieron á Scaligero, manifestándoles que no tenian ya gran sacrificador. La creencia de los samaritanos no está tan infestada de errores, en opinion de Moreri, como les atribuyen los judios y los saduceos. El intérprete árabe samaritano que se conserva en la Biblioteca Imperial de Francia, añade á esta version observaciones que prueban manifiestamente lo contrario, porque reconocia allí la espiritualidad y la inmortalidad de nuestras almas y la espiritualidad de los ángeles. Pedro de La Valle se comunicó con los samaritanos en sus viajes á Le-

vante, y de ellos compró el ejemplar hebreo samaritano del Pentateuco que Mr. de Souci, embajador á la sazon en la Sublime Puerta, trajo de Constantinopla, el cual se conservaba en la biblioteca de los Padres del Oratorio en Paris, y por este manuscrito se imprimió el *Pentateuco Samaritano*, que se halla en la gran *Biblia de M. le Fai*, y que despues han reimpreso los ingleses en su *Políglota*. Las letras de este manuscrito son más bellas y majestuosas que las del impreso. Alábanse los samaritanos de poseer un ejemplar de la ley escrita por Phineos, y sea de esto lo que quiera, lo cierto es que los de Naplusa conservan un ejemplar muy antiguo de los libros de Moisés. Un gran sacerdote de los samaritanos, llamado Eleazar, escribió un libro el año 1590 en el que cuenta ciento veintidos grandes pontífices desde Aaron hasta él, sosteniendo que los judíos no tienen sacerdotes de la raza de Aaron, añadiendo que los caractéres samaritanos son los de que se sirvió Dios para escribir la ley que dió á Moisés. Refiriéndonos á la doctrina de los samaritanos, encontramos que los antiguos de los tiempos de Jeroboam y de sus sucesores reyes de Israel, no enseñaron nuevos dogmas religiosos. Su única falta era el cisma y el que rendian culto al Señor fuera del templo de Jerusalen; sin embargo, hubo profetas y justos en gran número en el reino de Israel que para no mancharse con el cisma venian á adorar á Dios á Jerusalen. Los colonos que se llevaron para poblar á Samaria cuando fué tomada por Salmanasar, fueron, como ya hemos dicho, idólatras en su origen; pero al establecerse en este país abrazaron la religion de los judíos, en la que les instruyó el sacerdote que al efecto se les mandó de Oriente. Empero como solo estaban reconocidos en el país como divinos y sagrados cinco libros de la ley en la época de la separacion de las diez tribus, los samaritanos se atenian solo á los expresados cinco libros de Moisés, que han conservado con esmero. Estaban persuadidos de que era preciso adorar á Dios sobre el monte Garitzim, cerca de Sichem, en donde le habian adorado los patriarcas, y los judíos sostenian por el contrario que no podia ofrecérsele sacrificios más que en el templo de Jerusalen, y en esto consistia la diferencia que existia entre los judíos y los samaritanos; sus disputas versaban sobre este tema, y este fué el motivo de la consulta de la Samaritana á Jesucristo de que hablaremos despues. Hase acusado á los samaritanos de haber creido á Dios corporal, de negar la resurreccion de la carne y de adorar falsas divinidades; pero estas acusaciones, segun los buenos críticos, carecen de verdadero fundamento: ellos adoraban al mismo Dios que los judíos, y como ellos, esperaban al Mesías, observando exactamente la ley, y de esta opinion son los actuales samaritanos, como se ve por su profesion de fe citada por muchos autores modernos como Simon Jovet, Dupin y otros citados por Moreri y por Moroni. Dice Moroni, ya citado, que la preferencia del emperador Alejandro

por los israelitas fué lo que aumentó la animosidad entre ambos pueblos hebreo y samaritano, y que cuando un hebreo merecia algun castigo, se retiraba á Sichem, y para evitarle abrazaba el culto de Garitzim. Que cuando los hebreos se hallaban en la prosperidad, los samaritanos no escrupulizaban llamarse hebreos; pero cuando se hallaban bajo el peso de alguna desgracia, sostenian estos no tener nada de comun con los israelitas. En la ciudad de Samaria, llamada ya Sebaste por la razon indicada, dió muerte el mismo Herodes á sus hijos Alejandro y Aristóbulo, haciéndoles enterrar despues en Alejandría. En Samaria fueron sepultados los profetas Eliseo y Abdía; y amenazaron con fuego del cielo á la ciudad Isaías y Ezequiel. Esta ciudad fué dada por Augusto al tetrarca Arquelao, y unida al reino de Agrippa por el emperador Claudio. En los tiempos de Jesucristo, Samaria era la segunda provincia de la Palestina, y comprendia los antiguos y memorables territorios de la tribu de Efraim y los que poseia Manasés á esta parte del Jordan. Ocupaba toda la extension de Oriente á Poniente, comprendida entre aquel célebre rio y el Mediterráneo, lo que la ponia al Norte de la Judea y al Sud de la Galilea, separando estas provincias entre sí. No teniendo los samaritanos relacion alguna con los judíos, Jesucristo, que consideraba más á estos, prohibió á sus discípulos entrar en las ciudades de los samaritanos, á los que sin embargo llamó á su gracia; pero ellos despreciaron obstinadamente su divina palabra, y solo despues de la conversion de la Samaritana modificaron sus prevenciones contra la doctrina del divino Maestro, como veremos. Despues de la bajada del Espíritu Santo sobre los apóstoles, el diácono S. Felipe fué á predicar á los samaritanos la doctrina de Jesucristo, y el príncipe de los apóstoles S. Pedro fué despues á bautizar á los convertidos, y entónces fué cuando tuvo su primera disputa con el samaritano *Simon Mago*, que pretendia alcanzar á precio de oro el don de hacer milagros, y que era un impostor, que logró seducir á algunos de los primeros cristianos luego que partieron los apóstoles. Al renunciar los samaritanos su antigua ley, jamás han admitido francamente la nueva del Evangelio, y así es que han sido los más crueles perseguidores de los cristianos, y por cuyos excesos contra ellos se vieron precisados, como llevamos dicho, á perseguirlos y aniquilarlos los emperadores griegos Zenon, Anastasio I y Justiniano I, que entregó el Garitzim á los cristianos, y Justino II. A pesar de que el pueblo samaritano jamás jugó un papel importante en el teatro del mundo, se ha conservado hasta nuestros dias; y en medio de las convulsiones que han agitado á la Palestina, los samaritanos han conservado siempre su religion, su lengua, sus libros sagrados, sus sacerdotes y el lugar principal de su culto. Afirman algunos autores que la religion de los samaritanos es una mezcla de judaismo y de idolatría, y sobre este particu-

lar puede consultarse la obra que publicó en París Mauricio Poucet, en 1760, titulada: *Nuevas ilustraciones sobre el orígen del Pentateuco de los Samaritanos*. Los críticos han notado algunas diferencias entre el Pentateuco de estos y el de los hebreos. Rinaldi, en sus *Anales eclesiásticos*, dice que los samaritanos se dividieron en cuatro sectas. En el dia no se hallan samaritanos más que en Nápoli ó Naplusa, que es la antigua Sichem, y en Joppe ó Jaffa, áun cuando se cree tienen todavía numerosas colonias de correligionarios en Egipto. En otro tiempo habia samaritanos en Damasco, en Gaza, Ascalona y Cesarea de Palestina. Distínguense los samaritanos de las demás naciones ó sectas, por medio de una clase especial de turbante que se ponen los sábados y en las festividades, y en que cuando van á la sinagoga van vestidos de blanco, y en fin en que siguen á la letra lo que han conservado de la ley de Moisés. Su ley es la misma, y así como la de los hebreos, contiene seiscientos trece preceptos, en cuyo cumplimiento se diferencian algo unos de otros en el rito. Los samaritanos permanecen separados de los turcos, de los hebreos y de los cristianos, y solo se casan entre sí. En Naplusa ocupan un cuartel separado muy vasto, que lleva su nombre, y las casas se comunican unas con otras, y en una de ellas se halla la sinagoga en el piso bajo. El dia primero de Pascua celebran los samaritanos á media noche la fiesta del sacrificio del cordero, que cocido, se distribuye á los asistentes que comen en su templo, no pudiéndolo hacer hace cincuenta y un años en el monte Garitzim. De la misma manera que los hebreos aguardan los samaritanos la venida de un profeta que les libre de la opresion, y creen que le conocerán á la vista de ciertos prodigios que han de suceder. La ciudad destruida de Samaria hace la fortuna de Naplusa que se ha enriquecido con sus ruinas, en las que aún se ven columnas y trozos que manifiestan su grandeza antigua; pero en vez de sus magníficas y antiguas casas solo se ven cavernas en donde se guarecen algunos árabes. Hablando Terzi en su *Siria Sacra* de Samaria, silla episcopal de Palestina, celebra sus antigüedades y ruinas de sus murallas flanqueadas de veinte torres, la cual era en Palestina la más magnífica ciudad despues de Jerusalen, y la capital de diez tribus de Israel, pues que solo las tribus de Leví y de Judá quedaron á Jerusalen y al rey de Judá. Añade Terzi que Sta. Elena construyó en el centro de Samaria una iglesia en honor de S. Juan Bautista con regular arquitectura y planta cuadrada: que en medio de la nave mayor se colocó su venerable busto, llevado del castillo de Macheronse, cerca del lago de Asfaltide; pero que en tiempo del emperador apóstata Juliano, el cuerpo del santo fué arrojado á las llamas por los gentiles de Gaza, los que esparcieron sus cenizas al viento, preservando Dios la sagrada cabeza, que milagrosamente despues encontró el sacerdote Marcelo bajo el imperio de Valente, y que

tambien se preservó el dedo índice de la mano derecha. En la misma iglesia se veneraban los recordados sepulcros de los profetas, ante los que orando Sta. Paula tuvo la horrible vision de que nos habla S. Gerónimo. Al declinar el siglo primero nació en Samaria el filósofo S. Justino, que fué de eminente piedad, de rara doctrina, grande apologista de los cristianos, por lo que se le celebra aún en Roma, y otros santos y admirables hombres por su virtud florecieron en el monasterio cercano al valle de Sichem. Fué de Samaria el famoso leproso de que nos da razon la Escritura, adonde de todas partes afluian los enfermos para disfrutar los beneficios de sus saludables aguas; pero nada queda de los edificios de sus termas, á pesar de constar que las restauraron los romanos. Cuenta tambien Terzi que habiéndose hecho á Samaria sede episcopal sufragánea de la diócesis de Cesaréa de la primera Palestina, el año 531, en que nombraron rey á un tal Juliano, cometieron los excesos de que ya hemos hablado con los cristianos. Persiguió tambien á estos el año 614 Cosroe II, rey de Persia, en cuya persecucion perecieron cuatrocientos ochenta campeones de la fe. Recuerda Terzi á los obispos de Samaria: Marino, que asistió al concilio de Nicea; Pristiano, que fué al primero de Constantinopla, y Pelagio, que fué al de Jerusalen. Despues la silla episcopal de Samaria se unió á la de Naplusa. En tiempo de este autor el patriarca de Constantinopla mandaba á Samaria á un obispo; pero los católicos obedecian al patriarca, que tiene su residencia en el monte Líbano. La Santa Sede hizo de Samaria (Samarien) un título episcopal *in partibus*, bajo el arzobispado *in partibus* de Cesaréa, título que fué conferido á diversos obispos sufragáneos del cardenal obispo y subvicario de Sabina. Habiendo vacado por fallecimiento de Domingo de Forio, el papa Leon X, en el consistorio de 3 de Julio de 1826 se le concedió á Cárlos Adalberto, baron de Beyer, de la diócesis de Colonia y abad premostratense, diputándole como sufragáneo del arzobispado de Colonia. El papa Gregorio XVI, en 11 de Agosto de 1843, declaró obispo de Samaria y coadjutor, con futura sucesion del vicario apostólico de Lancaster, á Santiago Charples. Nuestro santo padre el pontífice Pio IX, que tan dignamente dirige, en medio de las espantosas tempestades que nos agitan, la nave de la Iglesia católica, nombró en 1850 vicario apostólico de Natal y obispo de Samaria á monseñor Francisco Allard, de la religion Oblatos de la Santísima Vírgen María. Dada á conocer la historia de los samaritanos que hemos creido necesario, para que puedan apreciarse más los beneficios del Señor hechos por medio del apóstol mujer, que es motivo de este artículo y de las consecuencias que tuvo este prodigio de la divina gracia, vamos á dar razon, con el Evangelio en la mano y con las reflexiones que sobre este interesante episodio de la ley de gracia hacen algunos piadosos escritores, de la mujer

Samaritana, de esta mujer humilde del pueblo, á la que reservó la divina Omnipotencia tan distinguido lugar en los fastos de la Iglesia, como apóstol primero de su doctrina, como una de los primeros creyentes y confesores de la fe de Jesucristo, con el que tuvo la dicha de conversar mano á mano, y de que su sabia doctrina la convirtiese á su gracia. Luego que supo Jesus, dice el Evangelio, que los fariseos estaban enterados de que él hacia mayor número de discípulos que S. Juan, y que bautizaba por medio de sus discípulos mayor número de convertidos, abandonó la Judea y se volvió á Galilea. Jesus, que sabia por la condicion humana, porque poseia el secreto de los corazones, que los fariseos estaban informados de cuanto hacia, persuadido y cierto de que despues de haber insultado y perseguido á S. Juan Bautista no tardarian en emplear contra el Maestro mayor violencia, viendo formarse la tempestad que sobre él habia de descargar, y debiendo dar cumplimiento á la obra de su padre ántes de padecer, tomó el partido de abandonar la Judea y de volver á Galilea, acompañado solo de cuatro de sus discípulos, que fueron Pedro, Andrés, Santiago y Juan. Esta sabia retirada, dice el piadosísimo Mazo en su *Historia para leer el Cristiano*, fué una instruccion que el divino Maestro destinaba á sus apóstoles y sucesores en el santo ministerio, conducta que debian observar en el tiempo de las persecuciones, conducta que debia enseñar algun dia con sus palabras, y que aquí les enseñó con sus obras. Para subir á la Galilea desde la Judea, adonde habia de estar libre de los ataques de la Sinagoga, tenia que atravesar la provincia de Samaria, adonde aún alcanzaba la jurisdiccion de Jerusalen en cierto modo por lo que respecta á la autoridad. Ya hemos dado á conocer al pueblo samaritano compuesto de cuteces ó chutenses y de israelitas, y su antagonismo con los judios, y podrá concebirse que era peligroso tambien este viaje para Jesucristo y sus discípulos que venian de Judea. Debia pasar por Samaria, dice el sagrado texto, si no habia de dar un gran rodeo, que entónces no le convenia ni queria dar sin duda alguna el Salvador, porque queria obrar el prodigio que obró junto al pozo de Jacob. Conciértanse perfectamente á la vista del Evangelio sobre este punto, el virtuosísimo sacerdote abate Duchesne, confesor de las religiosas de la Visitacion en París, en su preciosísima y espiritual obra *El Evangelio meditado segun la concordancia de los cuatro Evangelistas*, y el ilustrado y piadosísimo Magistral de la santa iglesia de Valladolid D. Santiago José García Mazo, en su libro de oro *Historia para leer el cristiano desde la niñez hasta la vejez;* y vamos á continuar nuestro relato por tan sabios instructores, valiéndonos hasta de sus mismas palabras siempre que nos convenga; porque no pudiendo mejorarlas, lo conceptuamos mas provechoso á la inteligencia de los fieles. Emprendió Jesucristo su viaje á la Galilea por el camino de una de las ciu-

dades de Samaria, llamada Sicar y en lo antiguo Sichen, y habiendo caminado toda la mañana en una estacion calorosísima, llegó hácia el medio dia (*y era cerca de la hora sexta*) con sus cuatro discípulos á las cercanías de la ciudad; pero se encontró, como hombre, tan fatigado del viaje, que se vió obligado á sentarse cerca de un pozo no léjos de la ciudad que se proveia de sus aguas, al cual llamaban los samaritanos la fuente de Jacob, porque estaba en el campo que este patriarca dió en mejora á su hijo José. Sediento á la par que fatigado del camino, se sentó en el brocal del pozo, y viéndole ya descansado los cuatro discípulos, siguieron el camino de la ciudad para comprar en ella víveres y volver á comer en aquel fresco lugar con su divino Maestro, que quedó allí aguardando obrar el prodigio de una conversion que tenia preparada, y que pareció inesperada á sus discípulos. Habitaba en la ciudad una mujer cuya conducta no era buena, pues que se habia dado á la sensualidad sin temer que su alma destruia por este medio su felicidad futura, de la cual debia cuidarse ménos de lo que debiera; y como no tuviese comodidades y se debiera proveer por sí misma á sus necesidades, necesitó agua para satisfacerlas, y tomando sobre sí un cantarillo, se dirigió á llenarle á la fuente de Jacob, de que se proveia la poblacion, (*y llegó una mujer Samaritana á tomar agua*). «Ven, oh afortunada mujer, dice Duchesne, que tu Salvador te espera. Te parecerá en un principio un encuentro fortuito; pero todo está dispuesto por la Providencia y misericordia divina, y dentro de pocos momentos experimentarás en ti misma un prodigioso cambio. Entrarás en la ciudad de bien diferente modo que sales de ella. Al llegar al pozo la Samaritana la dijo Jesus: *Dame de beber*, y ella le responde con un gesto despreciativo: Dame de beber, replica el Salvador; y admirada la Samaritana de que el Señor insista, le dijo: ¿Cómo siendo tú judío me pides de beber á mí, siendo yo Samaritana? pues qué, no ignoras que no tienen los judíos trato con los samaritanos? Y diciendo esto no le rehusó el agua. La sed que estimulaba á Jesus le ocasionaba ménos la fatiga y el calor que como hombre le atormentaba, que la de la conversion de aquella pecadora mujer. Luego que la Samaritana hubo llenado su cántaro, fué cuando Jesus quiso humillarse hasta pedirla el agua, para que esto proporcionase la ocasion de hablarla, instruirla y convertirla. Empero como en su traje y lenguaje conociese era judío, por eso le habló en tono irónico de aquella manera. Ignoraba esta mujer era el que bien pronto habia de reunir al samaritano con el judío y á estos con los gentiles, y formar de todos los pueblos de la tierra un solo pueblo fiel, é ignoraba que dentro de poco ella misma habia de pertenecer á este pueblo escogido. «Si conocieras el don de Dios, la dijo Jesucristo, y quién es el que te dice dame de beber, acaso tú se lo pedirias y te daria agua viva.» ¡Ah! si lo conociésemos nosotros

mismos, no le negariamos lo que nos pide, y concediéndole lo poquísimo que de nosotros exige, que no es más que el estricto cumplimiento de nuestros deberes, nos pondriamos en estado de recibir los dones celestiales que nos prepara, y que son el agua viva que puede apagar nuestra sed para siempre en las fuentes de la gloria. Las palabras del Señor hicieron sospechar á la Samaritana fuese algo más de lo que parecia y de lo que en un principio habia creido, y así fué que en lo sucesivo le dió siempre el título de Señor. Y como desease saber quién fuese, sospechando algun misterio en sus palabras, le dijo ya en tono respetuoso: «Señor, el pozo es hondo, y vos no teneis con qué sacarla, ¿dónde, pues, teneis esa agua viva? ¿Sois acaso vos mayor que nuestro padre Jacob, el cual nos dejó este pozo del que bebió él, sus hijos y sus ganados?» En estas razones y dificultades representó á lo vivo la Samaritana los frívolos pretextos que alegan los pecadores y los obstáculos que se oponen á sí mismos, ó que oponen á los movimientos de la gracia y á los saludables remordimientos de su conciencia. Dejando aparte Jesus la comparacion ó parangon que hacia aquella mujer con Jacob, y á fin de no exacerbar una persona que queria ganar, la explicó la diferencia que habia entre el agua del pozo de Jacob y la que su divina misericordia la prometia, de este modo: «Es verdad que todo el que bebiere de este agua volverá á tener sed; pero el que bebiere del agua que yo le daré, será para él un agua que saltará hasta la vida eterna.» Si la Samaritana no comprendió todo el sentido de estas divinas palabras, entrevió en ellas un misterio que deseaba descubrir, y fué lo suficiente para que desease ardientemente beber de esta agua, y así es que con la mayor ánsia, alborozo y presteza, dijo: «Dadme, Señor, de esa agua, dadme de esa agua para que no tenga sed ni venga á sacarla aquí.» No conocia la Samaritana la virtud del agua y la pedia solo con miras interesadas; pero nosotros que la conocemos, pues que no es otra cosa que la gracia del Espíritu Santo, la deseamos y la pedimos, no para eximirnos de la necesaria á la vida mortal, sino para purgarnos de nuestros pecados, para extinguir el ardor de nuestras pasiones, para librarnos de la sed de los placeres y de los bienes de este mundo, para que nos impida volver á los lugares funestos á nuestra inocencia y hácia aquellos objetos que matan nuestra alma, que nos disipan, que absorben nuestro tiempo, que consumen nuestras fuerzas y que en vez de calmar nuestra sed, no hacen otra cosa que irritarla. Esperaba la Samaritana con impaciencia el cumplimiento de las magníficas promesas que Jesus la habia hecho; pero Jesucristo ántes de satisfacer á su peticion, la mandó que llamase á su marido y que volviese con él á su presencia. «Vé, la dijo, llama á tu marido, y vuelve aquí.» En el sentido carnal ella tenia marido; pero no era legítimo, y para satisfacer el deseo que tenia de beber el agua viva ofrecida, res-

pondió al Señor con prontitud: «No tengo marido.» Y decia la verdad sin quererla decir, pues que no pensaba aún decir su pecado ni confesar su mala conducta; y hé aquí cómo queriendo ocultar la verdad, la misma verdad nos obliga á hablar muchas veces, y que cuando nosotros intentamos sofocarla y esconderla, nuestras acciones y palabras la descubren. «Has dicho bien, la dijo Jesucristo, que no tienes marido; cinco has tenido, y el que ahora tienes no es tuyo.» Semejante declaracion que la Samaritana no aguardaba, porque en su exterior observaba una conducta regular y creia secreto su ilícito trato, no pudo ménos de sorprenderla; pero el agua viva que habia bebido sin conocerla, ó sea la gracia que empezaba á apoderarse de su corazon, la hizo conocer que era una pecadora, y creyó que aquel con quien hablaba era un profeta; y así es que con la mayor humildad y avergonzada de su descubierto pecado, dijo: «Veo, Señor, que vos sois un profeta,» con lo cual hizo una ingenua confesion de su pasada vida, y se dispuso á entrar en la gracia del Señor. Jesucristo, léjos de reprender con dureza la enormidad de las culpas de la Samáritana, la alababa por haber dicho la verdad, y en dos diferentes veces elogió su sinceridad. De esta manera trata al pecador la bondad infinita de Dios cuando se le humilla y confiesa sinceramente su pecado. La pecadora de Sicar comprendió el cambio que hacia en su corazon aquella agua viva que se la habia concedido, y no volvió á decir nada sobre este particular; pero propuso al Señor otra cuestion. Cuando un alma se ha convertido sinceramente á Dios, no vive tranquila en el partido del error. La Samaritana, que al principiar á hablar con Jesucristo se habia burlado del escrúpulo de los judíos, empezó ella misma á tenerle sobre la religion de los samaritanos; y á quién podia ella proponer mejor sus dudas que á aquel que con justos títulos habia merecido su confianza, y obrado en ella tan gran transformacion? Deseaba saber la Samaritana, algun tanto iluminada ya de la divina gracia, dónde debia adorar al Señor, y creyendo profeta á Jesus, le dijo: «Nuestros padres adoran en este monte, y vosotros decis que en Jerusalen está el lugar de la adoracion, dónde conviene adorar?» Vosotros decis que la montaña de Sion es el único lugar que Dios ha elegido, y en donde agradece la víctima que se le inmola, y nosotros tenemos por cierto que es sobre la montaña Garitzim, que teneis enfrente, y en el templo fabricado en su cima en donde debe adorársele, y tenemos por prueba el ejemplo de los patriarcas que son nuestros padres y de quienes descendemos. Así se explicaba la Samaritana, porque sus compatriotas persistian en su cisma solo por costumbre, de la propia manera que los herejes de hoy se apoyan en el ejemplo de sus padres, que han fabricado y frecuentado sus templos, sin consultar el primer orígen, en cuyo caso hallarian á sus padres asistiendo en la misma Iglesia que nosotros al mismo sacrificio. El cisma de

los padres no sirve de excusa á los hijos, y continuándole estos, se hacen cómplices del cisma de sus padres, pues que solo pueden salvarse volviendo á la Iglesia de que sus padres se separaron. La Samaritana no estaba obligada á esto, porque habiendo llegado ya el Mesías con quien por dicha suya conversaba, su reino debia quitar la ocasion del cisma con la destruccion del templo y anulacion de la ley de los judíos, y por lo tanto solo se exigia creer en él y entrar en su Iglesia. La pregunta de la Samaritana dió ocasion á Jesucristo á una de las aclaraciones capitales que habia de hacer este Señor acerca de la diferencia de adoracion en la ley antigua y la nueva. «Mujer, créeme, la dijo el Señor, que viene la hora en que ni en este monte (habia sido ya destruido el templo de Garitzim) ni en el templo de Jesuralen adorareis al Padre» que fué decirla segun Duchesne y el Mazo: que llegaba el tiempo en que las ceremonias y los sacrificios, tanto de los judíos como de los samaritanos, serían abolidos, y el culto de Dios no se concretaria á este ó al otro lugar, porque la fe de la nueva alianza se extenderia por todas partes, y Dios sería adorado por toda la tierra, y en especial en los templos que se le dedicarian, en los que recibiria un culto más perfecto que el que hasta entónces habia recibido en el de Jerusalen. «Vosotros, continuó Jesucristo, adorais lo que no sabeis; nosotros adoramos lo que conocemos, porque la salud viene de los judíos.» Vosotros adorais á Dios en vuestro templo sin que os haya autorizado á ello ninguna señal manifiesta de la voluntad de Dios, é ignorais porqué lo haceis. Nosotros, por el contrario, conocemos la voluntad de Dios y obramos segun sus divinos oráculos. Vosotros no conoceis al Padre ni al Hijo, porque no recibisteis los libros de los profetas que os hubieran dado á conocer al uno y al otro, y os enseñarian que el Hijo de Dios, el Salvador del mundo debe nacer del pueblo judío. Es cierto que el culto judáico es aún un culto grosero, material y figurativo, que anuncia al Salvador: mas llega la hora, y es esta, en la que los adoradores verdaderos adoráran al Padre, no en víctimas carnales, sino en espíritu y verdad, porque á estos busca el Padre para que le adoren. Dios es espíritu y es menester que aquellos que le adoran, le adoren en espíritu y verdad.» Cumplida vemos con nuestros propios ojos esta profecía. Diez y nueve siglos lleva de existencia la Iglesia de Jesucristo. Los templos de Samaria y de Jerusalen han sido destruidos, sin que la maldad del impío emperador Juliano *el Apóstata* haya podido reconstruirlos, ni el poder de otros muchos ni de la impiedad más poderosa haya conseguido destruir la Iglesia. Vivimos en los felices tiempos en que al culto judáico ha sucedido un culto perfecto, y á los sacrificios sangrientos y carnales de la ley una hostia divina. ¿Pero somos nosotros del número de los verdaderos adoradores que exige el Padre celestial? ¿Adoramos á Dios en espíritu y verdad, unimos á la víctima que le

ofrecemos, el sacrificio sincero de nuestros espíritus, de nuestro corazon, de nuestra vida y de cuanto somos? Sabia la Samaritana que era el tiempo en que se esperaba al Mesías. No ignoraba que la fama publicaba de que ya habia venido, y que se anunciaba ya en Judea y en Galilea por medio de estrepitosos prodigios. En esta disposicion de espíritu ¿pudo oir las últimas palabras de Jesucristo, reflexionando sobre cuanto la habia dicho ántes, sin sospechar que el que la hablaba fuese el mismo Mesías? En este caso qué honor no hubiera sido para ella haber satisfecho su sed, haber tenido con él esta conversacion, haberle confesado sus culpas, y haber experimentado, en fin, los atractivos de su dulzura. Empero áun cuando esto se pasase por su imaginacion avivada y fecundada por la divina gracia, no se atrevia á lisonjearse hasta tal punto. ¿Habria acaso el Mesías querido entretenerse con una pecadora, y la habria tratado con tanta dulzura y con tanto miramiento? Fluctuando, pues, entre la esperanza y el temor; y no permitiéndola por otra parte el respeto descubrir lo que por ella pasaba, tomó la resolucion de hacer al que ella llamaba profeta otra pregunta para ser ilustrada sobre un punto tan interesante para ella. «Yo sé, dijo al Señor, yo sé que el Mesías que se llama Cristo viene, y cuando llegáre sabremos de él todas las cosas.» ¡Oh afortunada mujer! Tu Salvador sabe y conoce perfectamente cuanto pasa en tu corazon. No ignora sino que ve el inocente artificio de que te sirves: mas porque ve que te le ha sugerido la humildad y el amor, quiere satisfacer tus deseos: y está atenta y escucha bien esta palabra que forma el júbilo del cielo y la esperanza de la tierra, palabra que aún no ha salido jamás de la sagrada boca que ha de pronunciarla: «Pues yo soy el Mesías que estoy hablando contigo» la dijo Jesucristo. ¡Oh palabra deliciosa! Jesus no cesa de dirigírnosla, ¿pero la entendemos bien? En mil ocasiones nos habla Jesus, pero nosotros, ó nos hacemos los sordos, ó no queremos reconocer su voz, y eso que nos habla con los remordimientos que en nosotros sentimos, con aquel disgusto del mundo que experimentamos, con aquellos discursos, aquella lectura, aquella palabra que penetra nuestro corazon, por medio de aquel pobre que implora nuestro socorro, de la enfermedad, afliccion ó desgracia que nos humilla, y en fin, de otras tantas maneras; si fuésemos dóciles á esta voz divina, ¿de cuánto consuelo no llenaria nuestro corazon? Solo la Samaritana podria decirnos el asombro que la causaron las palabras del Salvador; quedóse extática y sorprendida en su alma iluminada ya por la divina gracia; pero como llegasen al propio tiempo á la fuente los cuatro discípulos de Jesucristo que habian ido á la ciudad á comprar las vituallas para comer, se retiró silenciosa aquella mujer feliz, y voló á la ciudad á fin de exhalar en ella el fuego sagrado de amor y de caridad en que ardia su corazon. Al llegar á este punto exclama el piadoso Duchesne: «Señor, vuestra

victoria es completa, y segura vuestra conquista; de una pecadora, de una infiel habeis hecho un apóstol. Haced del mismo modo á mi alma pecadora una alma penitente, cristiana y fervorosa... Dadme, ó Señor, como á la Samaritana de aquella agua viva que purgue enteramente mi corazon de todo afecto terreno, para que todos mis pensamientos se dirijan al cielo, y que la vida eterna, que nos prometeis, sea el único término de mis deseos. Completamente sorprendidos quedaron los apóstoles al encontrar á la vuelta á su divino Maestro hablando con la Samaritana, pues segun S. Cipriano no acostumbraba á hablar con las mujeres, y los apóstoles huian de familiarizarse con ellas; pero el respeto que les infundia no les permitió preguntarle la causa de tan extraño suceso para ellos, extrañándose tambien de que la Samaritana hubiese dejado allí su cántaro lleno. Sabian ya bien los apóstoles que las ovejas no deben juzgar de la conducta de sus pastores, ni fijarse en las apariencias. Aprendamos de ellos á alejar de nosotros el espíritu de curiosidad, naturalmente opuesto á la piedad, y tan contrario á la sencillez de la fe cuanto á la inocencia de la caridad. Desechemos de nosotros aquel hábito de hablar mal que se observa tanto en las personas piadosas cuanto en las mundanas; esa malignidad tan comun en nuestros dias, siempre dispuesta á juzgar en mal sentido de todo, y á interpretarlo todo por mala parte. El celo del amor á la verdad, el deseo, la alegría y la gratitud, animan y trasportan á la Samaritana. Corre á la ciudad, y atendiendo solo á seguir los movimientos de la gracia, y el ardor de aquella caridad pura en que Jesucristo ha encendido su corazon, el cual es siempre vivo y animado en las almas que tienen la suerte de acercarse á Dios y de escuchar con humildad las interiores palabras que el espíritu deja oir á su corazon, empieza aquella mujer alborozada á publicar al Mesías, al deseado de las gentes, tan luego como traspasa las puertas de la ciudad. No hay en sus palabras nada que pueda dar que sospechar, ni que imponga y prevenga. Nada aduce por autoridad de las sublimes condiciones que se la han impuesto, ni de los profundos secretos que la han sido revelados; habla solo de la fiel revelacion de sus propias acciones y de sus culpas. El pudor y la vergüenza, sentimientos que tienen tanta fuerza é imperio sobre los pecadores, el orgullo, el temor, la estimacion de los hombres de que estan animadas las almas mundanas; todos estos motivos los desprecia la Samaritana, sacrificando por proclamar la verdad sus más vivas pasiones. Todo cede á la grandeza de su fe y de su celo. El ejemplo de esta pecadora arrepentida es un terrible juicio contra la prudencia de la carne y la vil timidez de aquellos pecadores que viven en el desórden, que habiendo perdido el temor de Dios, por temor de sonrojarse no se atreven á declarar sus faltas y á presentarse sin la careta de la hipocresía, que los abruma y ahoga, porque no se atreven á perder el temor al mundo que nada

debiera importárseles cuando consiguen con esto agradar á Dios. No dice la Samaritana á sus compatriotas que aquel hombre es el Mesías y que él mismo se lo ha asegurado; se contenta con referirles las circunstancias más sorprendentes de su conversacion con él, animándoles á que vayan á ver por sí mismos si es el verdadero Mesías como ella lo cree. Tan ridícula, dice Duchesne, se hace una mujer cuando pretende dogmatizar sobre la religion, por hábil que se suponga, cuanto la honra el que para mantener la fe é inspirar la piedad pone en juego el atractivo de una dulce é ingenua insinuacion. Recorria la Samaritana las calles de Sicar, gritando con entusiasmo á todos los que encotraba: «Venid y vereis un hombre que me ha dicho cuantas cosas he hecho;» y como ya se hablaba tanto de la próxima venida del Mesías, y áun se aseguraba que habia ya llegado, salieron los samaritanos en grandes grupos y atropelladamente de la ciudad, y corrieron hácia el pozo de Jacob, para ver al que con tanto fervor les anunciaba su paisana. En tanto que la Samaritana alarmaba con sus voces la ciudad cual nueva precursora del Mesías prometido, y que cual el Bautista les enseñaba el camino que habian de llevar sus habitantes para encontrar á Jesus en el pozo de Jacob, tenia lugar otra interesantísima escena entre Jesucristo y sus cuatro discípulos. Ya preparadas las vituallas que habian comprado los apóstoles en la ciudad para dar de comer á su Maestro y comer ellos; viéndole ensimismado y que no hacia caso de la comida, le dijeron con el mayor amor: «Comed, Maestro;» maravillándose que no se apresurase á hacerlo no obstante la fatiga del viaje, el calor del dia, lo avanzado de la hora y el desfallecimiento en que creian á este divino Salvador, que solo piensa en la obra de su Padre celestial que ha empezado, que continúa practicando la Samaritana y que él quiere acabar... ¡Oh buen Jesus! Vuestra ardiente caridad y el cuidado de nuestra salvacion os hacen olvidar vuestras propias necesidades, en tanto que nosotros, por necesidades imaginarias las más veces, olvidamos nuestra salvacion y la de nuestros hermanos. Felices los pastores y los hombres evangélicos y apostólicos que á imitacion vuestra olvidan el cuidado de su cuerpo para trabajar en la salud de las almas! Felices los fieles que á ejemplo de vuestros discípulos dan á los pastores los socorros que han menester, acudiendo á sus necesidades! «Comed, Maestro,» le repiten, pero como la caridad alimenta á Jesucristo con un manjar desconocido, les responde: «Yo tengo para alimentarme un manjar que vosotros no conoceis.» Al oir esto se decian mútuamente entre sí los discípulos: ¿Si le habran traido de comer? No entendian el lenguaje de su divino Maestro, porque aún no estaban acostumbrados á oir cómo pasaba el Señor de las cosas de la tierra á las del cielo. El agua que pedido habia á la Samaritana, le habia conducido á hablar del agua de la gracia que salta hasta la vida eterna, y el

alimento que le presentan sus discípulos le dió ocasion y materia para darles una instruccion apostólica. El alimento de Jesus es nuestra santificacion. Nosotros le presentamos una comida celeste cuando somos dóciles á las impresiones de la gracia, y se la rehusamos cada vez que, indóciles á su gracia, seguimos el impulso de nuestras pasiones. Recordemos, pues, las palabras de Jesucristo, *Yo tengo para alimentarme un manjar que vosotros no conoceis*, siempre que ciertos enemigos demasiado humanamente caritativos, nos exhorten á abandonar alguna de nuestras prácticas piadosas de mortificacion y de celo. Recordémoslas sobre todo cuando el demonio, la carne y el mundo nos ofrezcan alguna bebida envenenada que si lisonjea los sentidos da la muerte al alma; entónces es cuando principalmente debemos responder con Jesucristo: «Tengo para alimentarme un manjar que vosotros no conoceis, y que tiene para mi delicias que me hacen amargo el que me presentais.» Si la Samaritana no comprendió en un principio el misterio del agua celestial de que la hablaba el Hijo de Dios, no estaban más iluminados los discípulos sobre la naturaleza y calidad del alimento divino de que les habla Jesucristo. Jamás habian ellos experimentado otra hambre que la corporal: no conocian el hambre de la verdad y la ardiente sed de la justicia, y hé aquí por lo que no comprendiendo por lo que Jesus diferia tomar alimento, se imaginaron si alguno se le habria proporcionado... El hombre es esclavo de los sentidos, si el espíritu de Dios no le levanta y no le enseña á pensar dignamentede él, y esto fué lo que empeñó al Salvador á instruir á sus discípulos sobre los deberes del apostolado, y para darnos á entender que si hay siempre tiempo para alimentar al cuerpo, no siempre se encuentran ocasiones favorables para salvar al prójimo. Explica Jesucristo á sus discípulos cuál es el alimento de que les ha hablado en estas divinas palabras: «Mi alimento es hacer la voluntad de aquel que me ha enviado para que cumpla su obra. ¿Por ventura no decis vosotros que aún hay cuatro meses hasta la siega? (modo de hablar de los judíos para denotar que las cosas no corrian prisa). Pues yo os digo que alceis vuestros ojos y veais que los campos estan ya blancos y en sazon para segarlos;» que fué decirles que ya era llegado el tiempo de derramar la luz del Evangelio por todas partes. «El que siega reune frutos para la vida eterna, y el que siembra prepara estos frutos para que se gocen juntamente el que siembra y el que siega.» Las palabras de Jesus valian tanto como si les hubiese dicho: No os sorprendais si no hago caso de las necesidades de mi cuerpo; la gracia que mi Padre ha hecho á esta Samaritana, el feliz estado en que la veo, me alimenta y sostiene; ¿no es un deber prescrito que el cuerpo ceda al espíritu? ¿La salvacion de un alma no debe preferirse al pan material? Si esta preferencia se debe solo á una alma, ¿con cuánta más razon no se deberá á una ciudad, á una nacion entera? Hé

aquí lo que Dios quiere que yo haga, haré su voluntad cumpliendo la obra de caridad que he comenzado; y hé aquí mi comida.» Cuando nosotros trabajamos en la salvacion del prójimo, cuando llenamos los deberes de nuestro ministerio, cuando para cumplirlos tenemos que sufrir, dice el P. Duchesne, consideremos que hacemos la voluntad de Dios. Obremos en este sentido con ardor y alegría, y gustemos de la paz y del consuelo que podemos hallar sobre la tierra haciendo lo que Dios exige de nosotros, y de este modo encontrarémos un manjar delicadísimo, que fortificando nuestra alma la hará crecer en virtud y la conducirá á la perfeccion. Cuando el Señor decia á sus discípulos que alzasen los ojos para que viesen que los campos estaban ya blancos y en sazon, les manifestaba á los habitantes de Sicar que venian en turbas á encontrarle excitados por la Samaritana; y les queria significar que llegaba el tiempo de que esparciesen su doctrina, porque naciones enteras deseaban se las instruyese para recibir la fe. La última parte de la leccion de Jesucristo sobre el que siembra y el que siega es la vida eterna que se da por recompensa á aquellos felices cultivadores, la dulce satisfaccion que resulta de ver en posesion de la gloria á aquellos para los que en la tierra hemos sido instrumentos de salvacion. ¿Qué alegría, qué amor, exclama Duchesne, reinará entre las benditas almas de los predestinados, entre los que se habrán salvado por el ministerio de los otros, y aquellos que en alguna manera hayan contribuido á la salvacion del prójimo, y los que en diversos tiempos y de varias maneras hayan concurrido á formar la Iglesia triunfante? ¿Y podrémos nosotros en esta conviccion de cuidar tanto de nuestras comodidades é intereses, que no nos aprovechemos con ardor de todas las ocasiones que se presentan á cada paso de trabajar por la salvacion de las almas? Por el contrario, ¿cuál será el odio, la rabia y el furor de que estarán animados los réprobos contra aquellos que con sus ejemplos, palabras y escritos hayan contribuido á su reprobacion? Este horrible pensamiento deberia hacer deponer, romper en mil trozos la pluma á aquellos sacrílegos é impíos autores que emplean su talento solo para destruir la fe y corromper las costumbres. El pueblo samaritano creyó con pronta fe por las palabras de la Samaritana, pues que persuadidos de que estaban cercanos los tiempos del Mesías, les bastaba para creer en él el testimonio de la Samaritana. Este testimonio no era sospechoso, pues que ella no podia engañarse al contar lo que habia de más secreto en su vida, y que se la habia revelado, y no podia tener tampoco voluntad en engañar á sus conciudadanos, descubriéndoles cosas que tanto perjudicaban á su honor propio; y así es que la creyeron desde luego, y la siguieron apresuradamente. Llegaron los nuevos creyentes samaritanos adonde estaba Jesucristo, y saludándole con la mayor humildad, rogaron al Señor con súplicas de verdadero amor fuese

á su ciudad y se estuviese con ellos; pero el ministerio del Salvador que debia ejercer en otras muchas ciudades, no permitió conceder á estas buenas gentes todo lo que pedian, si bien su celo y su caridad le obligaron á no negárselo todo. Fuése el Señor con ellos y con sus cuatro discípulos á Sicar, en donde estuvo dos dias instruyéndolos y predicando el reino de Dios, y fueron muchos más los que creyeron por su predicacion, diciendo á la dichosa mujer Samaritana: «Ya no creemos por tu dicho: nosotros mismos lo hemos oido y conocido que es verdaderamente el Salvador del mundo.» A la vista del texto del Evangelio, ¿quién podrá explicar el júbilo de los nuevos prosélitos al ver á Jesus visitar su ciudad? ¿Con qué alegria no veria la zelosa Samaritana el éxito feliz de su apostolado? Grande debia ser la satisfaccion de esta feliz mujer al ver á su divino Maestro recibido como en triunfo por sus conciudadanos, ¿y con qué ardor no le seguiria por do quiera que fuese en aquellos dos dichosos dias que honró á Sicar con su divina presencia? Muchos fueron, segun se colige del Evangelio, los samaritanos que se apresuraron á oir á Jesucristo, que no pudo ménos de tener gran placer en instruir á corazones tan bien dispuestos; y como creciese considerablemente el número de los creyentes, seguramente qne entónces comprenderian los apóstoles el manjar de que les habia hablado su Maestro. Lo contrario nos sucede á nosotros, si no se disminuye el número de los creyentes se debilita la fe, porque no escuchamos á Jesucristo, y porque en vez de leer y de meditar su Evangelio, leemos y oimos cosas que lisonjean las pasiones ó nos inspiran una vana y peligrosa curiosidad. Los moradores de Sicar conocieron el precio de la verdadera fe, y se regocijaron de haberla recibido, y la Samaritana, deseando participar de cuanto sucedia, encontrábase siempre entre los más fervorosos que habian creido como ella en el Señor, de suerte que las instrucciones del Mesías, que habian sido rechazadas en Jerusalen, fueron respetadas en Samaria. Oido fué en este pais Jesus con docilidad, y en dos dias de predicacion se ganó todos los corazones. El samaritano abrió los ojos á los primeros rayos de la luz divina, cree en Jesucristo solo al oir sus discursos, y el judío no cree áun cuando le ve obrar milagros. De este mismo modo se ve vacilar al cristiano en su fe en medio de las más vivas luces, en tanto que el bárbaro, á la voz de un hombre apostólico, cree y vive conforme á su fe. La Samaritana no responde á las palabras de sus conciudadanos; bien léjos de ofenderse porque la digan que ya no creen por lo que ella ha dicho, sino por lo que han visto, se llena de gozo, porque su pensamiento está solo en Jesus. Tal es el carácter del verdadero celo, el cual está siempre lleno de celo y de desinterés. Por grande que fuera la humildad de esta mujer, lo cierto es que si ella no hubiera creido primero y no hubiese anunciado á Jesucristo á sus conciudadanos, estos tal vez no hubieran recibido la luz del

Evangelio. Admirable es el encadenamiento de la gracia divina, la salvacion y la perfeccion de muchos depende las más veces de la conversion de uno. La primera gracia recibida con fidelidad ó rechazada con estimacion, frecuentemente es el principio de una perfecta santidad ó de una terrible reprobacion. Los afortunados habitantes de Sicar fueron los primeros que pronunciaron en la tierra el nombre divino de *Salvador* que se da á Jesucristo, despues de haberle con él anunciado un ángel á los pastores de Belem. Al separarse Jesus de los samaritanos les dejó su espíritu, su gracia y su amor, en todo lo cual fué la Samaritana la primera participante: ¿qué más les pudo dejar? ¿con cuánta gratitud no despedirian estos fervientes neófitos á Jesus? ¿Pudieron ellos olvidar jamás el favor que les habia hecho, las instrucciones que les habia dado, y las gracias de que les habia colmado? ¡Cuánta diferencia entre los de Nazaret, los judíos y los samaritanos...! Nazaret era la patria de Jesus, porque en ella se habia criado, y le habia oido; Jerusalen lo era tambien, porque en ella habia nacido y habia presenciado sus milagros; pero viendo que ni el uno ni el otro país no habia correspondido á sus trabajos, quiso tomar la determinacion que ya habia tomado despues de su bautismo. Fué á Galilea, en donde los pueblos estaban dispuestos á oirle, se alejó de Jerusalen y no fué á Nazaret. La fe de los galileos fué muy inferior á la de los de Sicar, pues que la de aquellos participaba de intereses humanos, al paso que la de estos fué tan desinteresada como pronta. Aguardaban los galileos á Jesus como á un paisano ilustre, juzgando que la gloria de sus milagros recaeria en ellos y les haria superiores á los judíos, que le habian despreciado, y los de Sicar, léjos de esto, áun cuando extranjeros con respecto á Jesus, le habian recibido y creido en él con una fe perfecta, solo por haberle oido, y sin haberle visto obrar ningun efecto maravilloso exterior de su divino poder. La eminente fe de los samaritanos condena la debilidad é imperfeccion de la nuestra: tenemos la palabra de Jesucristo, conocemos sus prodigios, vemos el cumplimiento de sus oráculos, y sin embargo, muy frecuentemente, si defendemos la causa de Jesucristo y de su religion, si nos llamamos cristianos, lo hacemos estimulados de nuestra propia gloria, más que por verdadero amor al que tanto debemos. «Afortunados habitantes de Sicar, exclama el P. Duchesne al terminar la conversion de los samaritanos, en cuya oracion piadosísima le acompañamos de todo corazon, vuestra fe será el modelo de la mia. Si los samaritanos os reconocieron por su Salvador y del mundo entero, yo os reconozco por el mio en particular, y no quiero otra ciencia, otra felicidad, otro consuelo que serviros y adoraros en esta vida, para poder glorificaros en la eternidad.» Aconsejamos esta oracion á nuestros lectores, para que consuelen su alma en todos sus apuros y aflicciones, pues que es receta que de

seguro ha de proporcionar alivio á los males de su alma desde luego, y áun á los del cuerpo, si les conviene en los altos juicios de Dios. Vamos á terminar este artículo con la relacion que sobre la Samaritana del Evangelio hemos hallado en los libros griegos. Dan los griegos á esta mujer el nombre de *Fotina*, y refieren una larga historia de su martirio y el de sus hijos y hermanos; hé aquí en compendio como lo cuentan: Fotina fué convertida por Jesucristo ó por S. Pedro, al que cuentan en este paso aquellos cismáticos, quien, dicen, instruyó á toda su familia, compuesta de dos hijos, José y Victor, y de Anatolina, Foto, Fatis, Parasceve y Ciriaca, que dicen eran hermanas suyas. Fotina pasó al Africa en el imperio de Neron, y convirtió al cristianismo á toda la ciudad de Cartago. Victor, hijo de la Samaritana, fué uno de los generales del emperador, y aseguran los griegos que mandó sus ejércitos contra los pueblos llamados Abaros; pero los españoles, siguiendo á Tamayo de Salazar en su Martirologio, sostienen que fué enviado contra los rebeldes de la ciudad de Braga, y que fué gobernador de la ciudad de Itálica, en Andalucía. Victor recibió órdenes de Neron para que diese muerte á todos los cristianos de su gobierno. Que sabiendo el general de las tropas que Victor habia sido bautizado por S. Pedro, le apremió extraordinariamente para que cumplimentase la sangrienta órden del emperador, pero que no consiguió vencer á Victor. Que Dios castigó al general privándole del uso de la palabra; pero que habiéndole Dios iluminado, recobrando al cabo de tres dias la palabra, exclamó: *No hay más que un solo Dios y este es el de los cristianos*; y que á vista de esto, Victor le catequizó y bautizó en seguida. Que sabedor Neron de lo que pasaba en Africa á causa de las predicaciones de Fotina, la Samaritana, y en España por la firmeza de su hijo Victor, mandó llevasen á Roma á toda la familia de Fotina. Que en el camino se les apareció y fortificó Jesucristo. Que Fotina presentó al emperador á sus dos hermanas Foto y Fotis, á las cuales mandó atormentar Neron, y despues las envió á su propia hija Aretusa, adornada con muchas perlas y pedrería, para corromperlas. Al verla llegar exclamó Fotina: *Bien venida seais, esposa del Señor;* y que la contestó: *Señora mia, el esplendor de Jesucristo, el Señor sea con nosotras.* Que Aretusa se convirtió con cien personas de su comitiva, y todas fueron bautizadas inmediatamente por Fotina. Irritado con esto el emperador Neron quiso hacerles envenenar á todos; pero el mago Lampadio, en cuanto vió que el veneno que habia preparado no habia surtido el efecto que se propuso, hizo cuanto pudo para convencer á Fotina y á las suyas á que abandonasen la fe de Jesucristo, y como no lo consiguiese, todas fueron entregadas á todo género de suplicios de los cuales salian ilesas, y para acabar de una vez con ellas las descuartizaron.» Sin que nos metamos en si esta narracion es una historia ó una fábula, solo diremos que algunos Martirolo-

gios señalan la fiesta de la Samaritana y sus compañeras mártires el dia 20 de Marzo, pero que nosotros nos atenemos estrictamente sobre la Samaritana á lo que de ella dice el santo Evangelio, considerándola un apóstol de la divina gracia, y por lo tanto dignísima de la consideracion de los fieles y de la Iglesia de Jesucristo. — B. S. C.

SAMARY (Felipe). Fué natural de Carcasona, donde nació el 5 de Febrero de 1731, de una familia que si bien no era de las más ricas de su pueblo por lo ménos tenia más recursos que los precisos para vivir, por lo que á Felipe como á sus otros hermanos nunca hubiera faltado lo necesario; sin embargo sus padres quisieron darles á todos una educacion conveniente, y por lo que hace á este, que fué el mayor, pensaron en que en Tolosa la podria lograr completa, por lo cual despues que hubo estudiado las primeras letras y humanidades con un preceptor muy acreditado que habia en Carcasona, el cual quedó sumamente satisfecho de nuestro jóven, porque en verdad habia logrado cuanto aprovechamiento se podia esperar de su edad, y al mismo tiempo de los medios que para aprender se le facilitaban, pasó á Tolosa, donde con las más brillantes notas estudió filosofía, aventajándose á todos, y siendo el primero, á pesar de haber empezado el estudio algunos dias despues de comenzado el curso, por razon de no haberle sido posible á su padre el traerle á Tolosa oportunamente como lo hubiera deseado. Cursada filosofía con un éxito el más brillante, y habiendo merecido como premio de su aptitud y aplicacion el bachillerato en dicha facultad, llegó la ocasion de elegir la carrera que habia de seguir. El siempre estuvo inclinado á la eclesiástica, y en ello daba el mayor gusto á sus padres y á toda su familia; mas como todos eran muy prudentes, tuvieron buen cuidado de ocultar esa misma satisfaccion que les cabia, para que la decision del jóven fuese más espontánea, y nunca pudiera ni áun sospecharse que le habia llevado ninguna mira, ni áun la muy justa de complacer á su familia. Decidido, pues, por su más espontánea conformidad á abrazar el estado eclesiástico, se dedicó, como era consiguiente, al estudio de la sagrada teología; y si en humanidades y filosofía habia hecho grandes progresos y habia logrado ventajas muy especiales sobre todos sus condiscípulos, en teología fueron estos adelantos mayores, si cabe, y más especiales las ventajas que sacaba á los demás; bien es verdad que luego que concluia el estudio necesario para presentarse bien dispuesto en la clase, hacia él por sí consultas sobre los autores que oia citar á sus maestros, y muchas veces se acercaba á estos mismos para presentarles sus dudas y las dificultades que hallaba, en lo cual sobre el mucho provecho que él sacaba, lograba el que sus maestros, comprendiendo perfectamente lo grande de su capacidad, y lo no menor de sus buenos deseos de aprender, al paso que en uno y otro se complacian viva-

mente, le facilitáran todo linaje de recursos para que su aprovechamiento en la ciencia lograse los felices resultados á que eran acreedores sus excelentes deseos. Concluyó bajo tan buenos auspicios su carrera, y como era consiguiente se graduó inmediatamente, habiendo merecido la aprobacion de todos en los difíciles ejercicios que *nemine discrepanti* desempeñó para lograr tan alta distincion. Sus maestros hubieran querido que se dedicára al profesorado, seguros de que en él habria logrado grandes adelantos, y con su aplicacion y capacidad hubiera venido á ser uno de esos maestros que forman época en las universidades á que pertenecen; pero él con la mayor atencion, y mostrándoles desde luego su reconocimiento por las distinciones que le hacian, y que en efecto estimó mucho, les hizo ver que no era su vocacion el ministerio del profesorado, por más que le creia muy útil y sobre manera conveniente, sino que Dios le llamaba al estado sacerdotal para trabajar en la viña del Señor cuanto pudiera, haciendo por el bien de las almas todo lo que estuviese á su alcance. Como la excusa, digámoslo así, no podia ser más justa, no insistieron sus compañeros de claustro, sino que le dejaron seguir sus inspiraciones, sintiendo privarse de los buenos oficios que indudablemente hubiera prestado á su lado. Concluida, pues, su carrera á título de patrimonio, ascendió por sus debidos trámites, y sufriendo las pruebas que parecieron convenientes, al sagrado órden del presbiterado en 24 de Mayo de 1755, ó sea en cuanto tuvo edad para llegar á tan sublime dignidad. Desde luego fué autorizado por el obispo para el ejercicio de los importantes ministerios que son anejos al presbiterado, y los desempeñó no solo con grande acierto, sino con celo y constancia al lado de su párroco, á quien servia de mucho, hasta que este, viendo el partido que podia sacarse del jóven, lo muchísimo que se podia prometer el prelado poniéndole al frente de alguna parroquia, prefiriendo á su propio bien y sosiego, que de cierto tenia con la ayuda de nuestro jóven, el bien de la iglesia que pudiera caberle en suerte tener á su frente á tan esclarecido ministro del Señor, hizo ver al prelado lo mucho que valia, lo bien que cumplia su ministerio, y que si esto era cuando no tenia ni responsabilidad ni una obligacion estrecha, sino la que por su beneplácito se habia él querido imponer, muchísimo más se debia esperar de él desempeñando un cargo propio; además de que su misma independencia en el ejercicio de su cargo le serviria hasta cierto punto de aliciente para desempeñarle mejor, si es que cabia mejoría, atendiendo al modo con que cumplía obligaciones que en hecho de verdad no le incumbian. Todas estas cosas le llamaron, como no podia ménos, la atencion al obispo, y le decidieron á dar un curato á este jóven cuyas ausencias no podian ser más favorables, sin que en justicia pudiera tampoco decirse otra cosa de él, pues era acreedor á esto, á todo esto y á solo esto. Confióle, pues, el

cargo de la parroquia de S. Hilario en 1758. Todos vieron con placer un tan acertado nombramiento, y lo que en un principio no eran sino conjeturas ó más bien esperanzas, por los antecedentes que de él tenian, se convirtió muy luego en realidad, porque hallaron en él un excelente párroco, padre de todos sus feligreses, y atento siempre á todas sus necesidades, cuando podia para remediarlas, y cuando no para sentirlas á la par de los que las sufrian, y de este modo aliviarlas en la parte que estaba á su alcance. Por supuesto que desempeñaba su ministerio con el mayor celo, desplegándole muy particularmente en el cuidado y visita de los enfermos, á los cuales prodigaba siempre los más esmerados auxilios, tanto en la parte espiritual cuanto en la material, hasta donde alcanzaban sus recursos, que era para los pobres todo cuanto ganaba en su curato y ministerio, pues él se mantuvo siempre con su propio peculio, sin tomar nunca nada de sus destinos eclesiásticos, ántes empleándolo todo en provecho de sus queridos los fieles encomendados á su cuidado. Desde luego mostró un gran acierto y muy buenas disposiciones para el púlpito, disposiciones que aprovechó logrando grandes frutos, porque su voz autorizadisima era oida con mucho gusto, y producia conversiones muy notables, porque sabia tocar al corazon por el modo de tratar los asuntos, y cautivar el entendimiento por la manera de presentarlos, siempre nueva aunque siempre conforme al espíritu y opinion de la Iglesia, cuyos testimonios irrecusables, que son tradicion y santos padres, tenia siempre entre las manos y manejaba con el mayor acierto. Sea por esta fama que como predicador adquiriera, ó sea porque, persuadido el prelado de que podria ser más útil en la parroquia de *Lagrasse*, le quisiese llevar allá para que, siendo mayor el número de sus feligreses, pudiese mejor dedicarse á remediar las necesidades y cubrir sus atenciones, es lo cierto que en 1762 fué trasladado á aquella parroquia con tanto contento y gusto de los que iban á ser sus feligreses, cuanta era la pena y sentimiento de los que en S. Hilario dejaban de serlo. Si bien habia desempeñado su ministerio en este primer curato, no lo desempeñó ménos bien en el segundo, ántes por el contrario creciendo, por decirlo así, sus compromisos, aumentándose su crédito, le pareció estaba obligado á hacer cada vez mayores esfuerzos en favor de sus feligreses, y los hacia en efecto, llegando á adquirir sobre ellos cierto provechoso dominio que nunca ejerció sino para su bien, pues es preciso confesar que hubo de trabajar muchísimo para cortar en esta nueva parroquia las desavenencias que mediaban entre muchas familias por motivos muy frívolos en sí, pero que por sus resultados tenian cierta importancia, porque importante es que parientes y amigos, ó por lo ménos feligreses, se lleven bien y vayan de consuno ayudándose mútuamente en soportar las miserias consiguientes al tránsito por el mundo, que con razon sobrada se llama valle de

lágrimas. Diez años estuvo al frente de la parroquia de Lagrasse nuestro Felipe Samary, y no es posible reducir á expresion los favores que en toda línea y sin ninguna aceptacion de personas dispensó á cuantos hubieron menester de sus auxilios y de estos mismos favores suyos; así es que el dia en que él mismo les participó que era llegado el momento de separarse de ellos, porque tenia que ir á otra parroquia por disposicion del prelado, fué para todo el pueblo dia de luto y de un verdadero sentimiento, dando así testimonio muy claro de cómo se habia sabido captar su benevolencia, sin más que desempeñar bien y fielmente su ministerio y hacerse todo para todos. Por supuesto que los principales de Lagrasse acudieron al obispo, rogándole con las mayores instancias que dejase allí al fiel ministro del Señor, que tantos favores les prodigára, y al cual debian tanto en todos conceptos; mas el obispo no pudo acceder á sus deseos, porque tenia resuelta su traslacion en atencion á ser tambien conveniente, si no preciso, un hombre de su carácter en la parroquia de S. Nazario de Carcasona, que no habia sido de las más favorecidas en la provision anterior. Esto aquietó un poco, aunque no del todo, á los feligreses de Lagrasse, así como tambien la idea de que tanto por estar Samary al lado de su familia, cuanto por ser una poblacion más importante, podria tener más descanso, aunque sabian bien que el descanso ni le halagaba, ni era lo que él pretendia ni queria, pues á decir verdad tambien para él fué muy sensible dejar á sus feligreses de Lagrasse; mas el sacerdote es hijo de obediencia y no tiene ni afecciones ni cosa alguna que no haya de sacrificar á esta cuando se le exige tal sacrificio. En 1772 fué, pues, nombrado y tomó posesion del curato de S. Nazario de Carcasona, regentóle con la misma asiduidad, con el mismo celo é idéntico interés que habia tenido en Lagrasse y S. Hilario, mas como los recursos en las capitales de importancia son otros que en las parroquias de los pueblos pequeños, y al mismo tiempo las iglesias están dotadas de más personal, el cual por obligacion ha de compartir con el cura los trabajos de su apostólico ministerio, es consiguiente que los curas tengan más descanso, y por lo tanto más tiempo de dedicarse á tareas literarias. Nuestro Samary se dedicó á la poesía, para la cual tenia genio, é hizo cosas muy buenas, que ni coleccionó ni conservó siquiera, pero que hubieran servido de prueba de sus excelentes disposiciones para este género de literatura, al cual ni sirve de ayuda el estudio, ni favorece el arte, pues cuanto más artificiales, por decirlo así, son los versos, cuanto más se ve en ellos el trabajo para arreglarlos, peores resultan; pues no se verifica en ellos el que sean producto solo del genio, y en verdad que este es su verdadero carácter, el que al genio y solo al genio sean debidos, por lo cual si no son espontáneos, si se ve el artificio, carecen de valor, ni son ni significan ni valen nada. Oculto habia estado hasta esta ocasion el númen del

párroco, ya sea que no habia tenido motivo para mostrarle, ó que sus muy repetidas y siempre importantes ocupaciones no le habian permitido darle rienda ; pero cuando lo hizo no se crea que fué cual principiante, sino que parecia enteramente un poeta consumado, un hombre que no hubiera nunca tenido otra ocupacion que esta, segun lo fácil que le era el dedicarse á ella, poniendo en juego todos los resortes con que la poesía sabe embellecer sus elucubraciones, y haciéndose cada vez más notoria la excelente capacidad de este hombre, que por lo científico, nunca pareciera poeta, y que habia ocultado su nombre tanto, que ni como estudiante, que suelen todos hacer no solo lo que pueden y saben, sino lo que ni saben ni pueden, se le vió nunca hacer un verso, sin que acertemos á explicarnos este raro fenómeno, mucho más cuando se trata del ligero ingenio de un poeta que rara vez se olvida de que lo es, pues áun en las ocasiones en que pudiera, por decirlo así, tenerle cuenta ocultar su inclinacion á los versos, no le falta un verso con que mostrar esta misma tendencia de sus deseos. Parecerá extraño que por los primeros momentos no se captase Samary el aprecio de sus feligreses de S. Nazario, como se le habia captado de los que ántes habian estado bajo su pastoral cuidado. El motivo de esto no fué que descuidára ni un punto el cumplimiento de sus deberes, ni mucho ménos el que negára á sus feligreses ninguno de los auxilios con que podia favorecerles, sino que una situacion especial en la cual él quiso tambien tomar un partido especial, fué lo que le dió este resultado por él inesperado, y que despues fué motivo para que le apreciáran grandemente como en verdad merecia, tanto por sus obras cuanto por la nobleza de sus sentimientos, siempre grandes, siempre elevados, siempre dignos. El hecho fué el siguiente : el año en que Samary tomó posesion de su curato estaban algun tanto exacerbados los ánimos de los jansenistas que habia en Carcasona contra los jesuitas, sin otra razon que porque estos, con la severidad de la lógica de la verdad, y con la firmeza de esta verdad misma, habian hecho esfuerzos para convertirlos, ó diremos mejor sacarlos de su error, y áunque no habian logrado una sincera manifestacion de parte de los herejes, claro es que su contundente lógica tenia que darles el golpe de gracia que no la escuela sino la doctrina les obligára á descargar. En esta situacion nuestro Samary comprendia que los jesuitas estaban en el buen terreno ; además les era afecto por muchas circunstancias, porque con su ilustracion le habian muchas veces hecho conocer algunos libros de que él no tenia noticia, y no solo se los habian hecho conocer, sino que se los habian facilitado para que los viese á su gusto y despacio : además conocia que era la verdad lo que ellos sostenian, y queria ser de su partido como no podia ménos : sin embargo, queria tambien contemporizar con los jansenistas, y si bien no se hacia de su partido,

parecia que convenia con algunas de sus opiniones y se amoldaba á sus exigencias siempre con el recto fin de atraerlos al buen terreno; pero adoptando, como se vé, medios que no eran ni decorosos ni mucho ménos dignos. Por supuesto que no pudo sostenerse con los dos partidos, digámoslo así, sin que el uno supiera que trataba con el otro, y por consiguiente ni á uno ni á otro pareció bien esta especie de indecision, y el que quisiese atemperarse á unos y á otros, áun cuando todos conocian que llevaba un buen deseo; por lo cual unos y otros sospecharon de él, ninguno le tenia en la estima que merecia, y como estos dos grandes partidos, digámoslo así, el partido católico y el partido jansenista, tenian subyugado unos y otros al pueblo, cada cual á sus seguidores, las sospechas de los principales vinieron á refluir en todos, y todos sospechaban del párroco, los unos que si sería emisario de los jesuitas, los otros si favoreceria al jansenismo, y de aquí que el hombre por todos conceptos apreciable, por todos motivos acreedor á la estima y consideracion de todos, se viera algun tanto despreciado y en mucha ménos estima de la que merecia en realidad. Mas él en su buen criterio hubo de comprender su situacion, conoció, como no podia ménos, que ningun provecho sacaria de los jansenistas por contemporizar con ellos, y que solo el descrédito de los católicos sería á lo que podria aspirar; y de una vez rompió el dique declarándose católico apostólico romano, y defensor de toda su doctrina, de toda su disciplina y derechos, así como enemigo decidido de todo lo que no fuera aprobado y confesado por su Iglesia; y por consiguiente una vez esclarecida la opinion del párroco, y visto, digámoslo así, su pensamiento en un punto tan capital, tambien se confirmó su opinion, ó diremos mejor se consolidó la reputacion que merecia, haciéndose sus partidarios áun aquellos mismos que no convenian con él en opiniones, porque en verdad disgustó muchísimo en él esa especie de tenacidad en sostener la armonía con los dos partidos, que nadie, absolutamente nadie interpretaba sino como una especie de ambicion de honra y aprecio conquistado de cualquier modo, lo cual estaba bien lejos del carácter, educacion y convicciones del párroco de S. Nazario. Cómo se consolidaria la opinion acerca de este sujeto, y cómo este rasgo, muy propio de su carácter pundonoroso, haria crecer hácia él el aprecio con que todos le miraban por las ausencias que de él tenian, se comprende considerando que en 1789 cuando Carcasona tuvo que mandar un representante á las Córtes, fué elegido el párroco Felipe Samary, y no por una de esas elecciones dudosas en que dos ó tres votos mendigados á la amistad son los que deciden, sino por una votacion casi unánime, por espontánea designacion del pueblo, pues el párroco nunca pensó en tal cosa, y por consiguiente no dió ni un paso que favoreciera su eleccion; ántes por el contrario, como si de antemano previera lo que iba

á suceder, manifestó su disgusto en ser nombrado, porque dijo al marcharse: «Dios sabe quién y cuándo me volverá á traer al lado de mis queridos feligreses.» Pero la imperiosa ley de las circunstancias le hizo ir á la asamblea, en la cual fué útil como lo era donde se presentaba, y tuvo tambien ocasion de demostrar su catolicismo, que en hecho de verdad fué su más legítimo, precioso é incomparable lauro. Cuando la revolucion vino á demostrarse con sus primeros actos, un vano temor se apoderó de nuestro párroco y de algunos otros eclesiásticos, que creyeron conveniente hacerse del partido del pueblo para evitar mayores males, y en efecto lo hizo así aunque fué por muy poco tiempo; porque comprendió que naturalmente descontentadizos los revolucionarios, ni habian de respetar nada, ni nada se podria sacar de ellos, asi es que nuestro Samary dejó muy pronto aquel partido que tomára en un momento de obcecacion; se lamentó muy mucho de haberle tomado, y trató de sincerarse, no de palabra sino con su conducta, que fué desde luego una conducta digna, conveniente y conforme á los sentimientos que siempre habia mostrado. Efectivamente, en el parlamento fué donde tomó á su cargo la defensa de la verdad, y donde hizo cuanto pudo en favor del catolicismo. Allí con la seguridad de quien confiesa la verdad, con la firmeza de quien lleva la sancion de la justicia en todas sus opiniones, hizo ver que el inicuo despojo que se habia cometido contra las órdenes religiosas habia sido un verdadero robo, que los que lo habian hecho y consentido merecerian siempre la execracion de todos los hombres sensatos, y que nunca podrian con frente erguida ni rostro descubierto aparecer quienes se hubieran mezclado en tan repugnantes atentados. Asímismo se opuso abiertamente á la resolucion de la Asamblea nacional, que no permitió declarar la religion católica como la oficial ó del Estado en Francia, y tuvo mucho que hacer para contenerse en los justos límites de la prudencia, por las improcedentes y hasta insolentes respuestas que se dieron á sus razones, todas sólidas, fundamentales todas. Sus opiniones constan en el diario de aquellas sesiones, que serán sin duda un padron de ignominia cuando la católica Francia mire sin pasion lo que dijeron los que se llamaron sus representantes, y cómo se trató de tapar la boca á los que, como Samary y otros cuantos, proclamaban la verdad para honra de la nacion, para confusion de sus enemigos, que cierto llevaban más escarmiento, sufrian más rudo golpe en uno de estos discursos contundentes de un católico, que en los ataques materiales que con pérdidas grandes sufrian de parte de brazos armados por la justicia divina para castigar la temeridad de los que á ella trataban de oponerse; pero cuya impotencia se estrellaba cual contra la dura roca se estrella la embravecida ola, por más que su bravura intimide al espectador que se cree arrollado por ella é irremisiblemente perdido. Exigieron á nuestro

buen Samary el juramento que la constitucion civil obligaba á prestar á todos los clérigos franceses, y lo rehusó como atentatorio á los derechos de la Iglesia, y por consiguiente hubo de emigrar como lo habian hecho cuantos se habian resistido á llenar esta formalidad, á excepcion de unos pocos que habian sido víctimas de las furias gubernamentales, sufriendo terribles castigos, tratamientos inícuos, y hasta la muerte por tan injusto motivo. Vaciló algun tiempo acerca del rumbo que tomaria, pero al cabo se decidió á pasar á la capital del orbe católico, y con efecto llegó felizmente á Roma sin que nadie le tratára mal, ni áun se atreviese á dirigirle ninguna pregunta que pudiera ponerle en compromiso. Claro es que en Roma como en todas partes donde se veia la lamentable situacion de los pobres emigrados franceses, se hubiera querido proporcionar á todos y á cada uno, no solo lo necesario, sino cuanto hubieran podido desear, pero esto era imposible: sin embargo, se hacian valerosos esfuerzos para que nada faltase á aquellos desgraciados, y nuestro buen Samary aseguró muchas veces que los habian cuidado perfectamente, y que no habia tenido necesidades en todo el tiempo que allí habia estado. No fué de los primeros á regresar, sin duda porque sus amigos de Roma le aconsejaron que no volviese á Francia, donde por sus opiniones estaba muy tildado por el partido revolucionario, hasta tanto que se consolidasen perfectamente bien las cosas y todo quedára arreglado, por lo cual hasta el año 1802, en que puesto ya en planta el concordato de 1801 podian con seguridad acercarse á Francia los que con razon se habian negado al juramento civil, no volvió nuestro buen Samary, por más que anhelaba salir de su destierro, aunque en él, segun llevamos dicho, mereció muestras de la más afectuosa simpatía por parte de todos, como en verdad no podian ménos de prestárselas quienes le tratáran siquiera ligeramente. Volvió, pues, á Francia, á fines de 1802, y cuál seria su desconsuelo al ver que su curato estaba ocupado por un párroco de los constitucionales? Esto le afectó mucho, y no sirvieron para mitigar su pena, ni las seguridades que le dió el mismo obispo de que él sería repuesto en su curato, ni la canongía á que le promovió en cuanto tuvo ocasion para ello el mismo prelado. El se dejó poseer de una especie de hipocondría que le extenuaba por momentos; esta se hizo en él una verdadera enfermedad, y por heróicos que fueron los esfuerzos que para salvarle se hicieron, su muerte se verificó en medio del más profundo sentimiento de todos, y despues de haber recibido con grande edificacion todos los sacramentos, y cuantos consuelos presta la Iglesia á sus hijos en sus últimos momentos, el 8 de Noviembre de 1803. Se imprimieron durante su vida algunos de sus sermones é instrucciones familiares, que se leen con mucho gusto.—G. R.

SAMBIASI (Fr. Gerónimo de), del orden de Predicadores. Era natural

de Cosenza en Italia; y pertenecia á la distinguida familia de Sambiasi ó S. Blas. Fueron sus padres Pedro Vicente y Julia de Pasalaguas, feliz matrimonio cuyo destino fué criar hijos para el servicio de Dios y de la religion. Tres de sus hijas tomaron el velo de religiosas, y dos hijos, Juan Andrés y Francisco, ingresaron en la Compañía de Jesús, distinguiéndose por su celo y su asiduo trabajo en las misiones de la China. El tercer hijo, Gerónimo, que motiva el presente artículo, tomó el hábito de Sto. Domingo en Cosenza, donde pasó por todos los grados literarios hasta ser nombrado maestro de la Orden en el capítulo general romano del año 1629. Fué rector de estudios en su convento de Cosenza por espacio de muchos años, con notable aplauso y aprovechamiento de sus discípulos. Dejó escrita una obra en idioma italiano titulada: *Recuerdo de Cosenza y de treinta de sus nobles familias*, la cual se imprimió en Nápoles, en un tomo en 4.°, el año 1639. En el prólogo de dicha obra prometia una segunda parte, que constaria de treinta y dos artículos correspondientes á otras tantas familias, pero no consta que llegára á publicarse.—M. B.

SAMBIASI (Francisco). Nació este misionero jesuita en 1582 en Cosenza, reino de Nápoles, de una familia que ha producido muchos hombres de mérito. A la edad de veinte años abrazó la regla de S. Ignacio, y solicitó de sus superiores el permiso de consagrarse á las misiones extranjeras. En 1609 se embarcó para las Indias, y cuatro años despues fué enviado á la China, en donde se distinguió por tan exquisito celo que le proporcionó vencer todos los obstáculos. Cuando se levantó en aquellos países la persecucion contra los cristianos, la cual empezó en 1620, fué conducido con la mayor parte de sus hermanos á Macao; pero al cabo de un año volvió á la China y emprendió con nuevo ardor la predicacion. Habia logrado adquirir un perfecto conocimiento de la lengua china, que llegó á escribir y á hablar con la misma facilidad que la suya propia, y poseyendo tambien las matemáticas y la astronomía, se captó la confianza de los principales mandarines, y obtuvo en 1637 el permiso de reconstruir en Nankin la Iglesia católica que furiosos idólatras habian destruido poco tiempo ántes. Habiendo hecho los tártaros una irrupcion en la China, el emperador se mató para no caer en sus manos, en cuyo caso los mandarines eligieron en 1644 para sucederle á Houng Kouang, príncipe de la familia imperial. Este nuevo emperador revistió al P. Sambiasi con la alta dignidad de mandarin, y le envió como embajador suyo á Macao para solicitar auxilio de los portugueses, y se portó de tal modo en esta comision, que justificó la confianza que en él pusiera el emperador, y si este príncipe hubiera vivido más, se hubiera hecho cristiano, é imperado tal vez en este país desde entónces la religion del Crucificado. Empero los tártaros le vencieron y le quitaron el trono con la vida. Este golpe

trastornó los planes y la salud del P. Sambiasi, que murió en 1649, á la edad de sesenta y siete años, llevando diez y seis de superior general de las misiones de la China. Publicó este jesuita en lengua china la obra titulada: *De anima triplici vegetativâ, sensitivâ et spirituali*, dos vol. en fol., de la que se ha conservado un ejemplar en la Biblioteca de la Compañía de Jesus en Roma. Segun su ilustrado biógrafo Mr. Weis, es tambien el P. Sambiasi autor de otros dos tratados titulados: *De Somno*; *De Picturâ*. Puede consultarse sobre él la Biblioteca de escritores de la Compañía de Jesus de Southwell. —C.

SAMBLASIO Longo (Fr. Francisco), religioso de la Orden de los Mínimos de S. Francisco de Paula; tomó el hábito en el convento de Bolonia, fundado hácia el año 1529 con advocacion al glorioso patriarca S. Benito, á quien hay grande devocion en todo aquel país, por lo que la iglesia es una de las más antiguas y frecuentadas de los fieles de Bolonia. El pontífice Clemente VII, de feliz memoria, hizo merced de este templo á los hijos del glorioso P. S. Francisco de Paula. El año de esta posesion y concesion es el ya referido de 1529. El pontífice Pio V hizo parroquia á este convento el año de 1565, porque lo era desde mucho ántes una capilla de la iglesia; «y á pesar de ser su distrito grande y abundante de vecinos, es cosa maravillosa, dice la Crónica, ver la frecuencia y devocion de toda la ciudad; los de fiesta y los viernes son sin número los que frecuentan el santísimo sacramento de la Eucaristía, atraidos de la universal devocion que tienen al glorioso P. S. Francisco de Paula, y no ménos favorecidos de los milagros sin número que nuestro Señor obra por sus merecimientos. La fábrica de esta iglesia es sobremanera hermosa, y entre las de la ciudad, en grandeza y forma, es la más encarecida y mejor mirada de todos, principalmente con dos nuevos arcos, que la dan mucha majestad y adorno, uno en la capilla mayor, que mandó construir con extraordinario primor y hermosura la piadosa memoria de Angelo Spauvelico, patricio de la ciudad de Sena, doctor de la universidad, aumentando su tamaño en mucho más del que tenia anteriormente, y puso en él su sepulcro con muchas estatuas y adornos. Fundó el otro con no ménos generosidad y piedad el Ilmo. y Rmo. Sr. Alejandro de Sangro, natural de Nápoles, legado de Bolonia y patriarca de Alejandría. Aquella iglesia tiene además otras muchas capillas, fundadas por graves doctores en todas facultades, y muchos de los magistrados de la ciudad, teniendo duda, segun la Crónica, los que las miran, si encarecerán primero la piedad ó la magnificencia de sus dueños. Tiene esta iglesia innumerables reliquias de santos, con letras auténticas acreditadas por sus beneficios espirituales y materiales. El convento es grande y notable por su arquitectura, con todas sus dependencias con la mayor perfeccion; le habitan cuarenta

religiosos , y produce de ordinario admirables varones en santidad, y no menores ingenios en letras, teniendo dos cátedras de teología y un curso de artes. El P. Samblasio fué uno de los varones más insignes en modestia y virtud de este convento y de los predicadores más consumados de Italia.— S. B.

SAMBORIENSI (Fr. Camilo), del órden de Predicadores. Fué natural del reino de Polonia, y brilló á fines del siglo XVI y principios del XVII, por su excelente ingenio, feliz memoria y rectitud de juicio. Estudió en la universidad de Bolonia, pasando luego á enseñar la teología á sus hermanos de religion, asistiendo siempre á sus lecciones un numeroso concurso. Por su mérito logró ser condecorado con el lauro del magisterio, siendo nombrado primer regente de la universidad de Cracovia. Fuéronle tan familiares todas las bellas letras, que admirados sus contemporáneos, le calificaban de un Homero ó un Virgilio en poesia, de un Aristóteles entre los filósofos y de un Cayetano entre los teólogos. Las academias más doctas de Italia se vanagloriaban de contarle entre sus individuos, y todos esperaban grandes resultados de su talento y de su aplicacion. Mas tan brillantes esperanzas quedaron destruidas en flor por su prematura muerte, ocurrida en Posnania el año 1605, cuando solo contaba treinta años de edad. No escribió, ó al ménos no se conoce de él , más que una obra titulada: *Commentaria in Aristotelem et S. Thomam de Aquino eruditissima.* Se ignora si llegó á publicarse.—M. B.

SAMBUCO (Fr. Cornelio), del órden de Predicadores. Fué natural de Verona, en cuya ciudad tomó el hábito de Santo Domingo en el año de 1519, pasando luego al convento de Santo Domingo, en Venecia y últimamente al de Tiferno, ciudad llamada vulgarmente Civitta Castellana, donde desempeñó el cargo de lector de sagrada teologia. Escribió una obra titulada: *Scripta S. Thomæ de Aquino in librum primum et secundum Sententiarum*; Venecia, 1519 y 1520, un tomo en fólio. Esta obra fué dedicada al Rdo. P. Fr. Angelo Faeli, profesor de sagrada teología en Verona, y vicario general de la congregacion de Lombardia. No consta la época ni fecha de su fallecimiento.— M. B.

SAMBUCO (Fr. Juan Bautista), religioso capuchino de la provincia de Palermo, autor de varias vidas de santos, natural del pueblo que indica su apellido. Sambuco manifestó desde su niñez hallarse adornado de las mejores cualidades, no solo para el estudio de las letras , sino tambien para la virtud, objeto principal de la vida de todo hombre verdaderamente pensador. Su infancia, su juventud fué consagrada toda entera al culto, y la iglesia el lugar favorito de sus pueriles recreos. Cuando se retiraba á su casa, procuraba recogerse al sitio más apartado, y allí entregarse á las oraciones

y ejercicios que le habian enseñado los religiosos, ó á las que le dictaba su imaginacion aunque tierna muy ardiente. Aumentóse con los años su devocion, y apénas tuvo la edad conveniente, tomó el hábito religioso en la órden de Capuchinos. Aveniase muy bien su austeridad con su caracter y sus principios severos, é inútil es por lo tanto decir que se amoldó á todas sus prácticas con una facilidad que llenó de asombro á sus superiores y maestros. Era humilde entre los humildes, obediente entre los obedientes, caritativo entre los caritativos, y celoso por la mayor gloria de Dios. Así fué avanzando paso á paso en el camino de la perfeccion, hasta llegar á ese grado que tanto anhelan las almas privilegiadas, cuyo solo deseo es vivir en Dios y por Dios. Siguió los estudios con rapidez y aprovechamiento, y en un breve período llegó á colocarse á una altura, que era la admiracion de sus condiscípulos y superiores. Recibió entónces las sagradas órdenes, y comenzó los no ménos sagrados ejercicios de la confesion y predicacion. Pronto reunió gran clientela, acudiendo á pedir sus consejos y consultarle su conciencia gran número de personas de todas las clases de la sociedad, á quienes procuraba guiar por el camino de la perfeccion que él á tan agigantados pasos seguia. Algunos de sus hijos espirituales merecieron la mejor opinion por sus virtudes y santidad, y todos vieron renacer en sus casas la paz y la prosperidad, la alegría y el bienestar que acompaña á la tranquilidad de la conciencia. No obtuvo menor fruto en sus predicaciones. Sus palabras, llenas de uncion y eficacia, unidas á los buenos ejemplos de su religiosa vida, hicieron gran número de conversiones, y siempre fué oido por una numerosa concurrencia, que acudia á él para hallar alivio en sus penas, consuelo en sus aflicciones. Paso á paso fué así adelantando por la senda que habia emprendido y con tanto acierto seguido, y cuando por su mucha edad no pudo continuar en tan penosos trabajos, se dedicó á escribir las obras á que debe principalmente su celebridad. No nos ocuparemos de ellas, habiendo dicho ya tanto de otras muchas del mismo género, mas sí diremos que se distinguen por la fervorosa piedad de su autor, por su uncion y elocuencia en el decir, y por esa verdad y esa fijeza de conviccion que está negada á los que, como Sambuco, han retratado sentimientos que no eran suyos, referido asuntos que no les interesaban ni conmovian. En nuestro religioso se verifica todo lo contrario, no cuenta nada que no se haya apropiado ya, nada refiere que no le pertenezca por completo, ora por sus convicciones, ya por formar parte de su regla á que sabe apropiar muy bien los sucesos. Así es que sus libros fueron leidos por mucho tiempo con avidez, y se citan todavía hoy por los agiólogos. En este último período de su vida quiso consagrarle su Orden á los cargos más elevados, segura de que la serían de grande utilidad sus luces y experiencia. Mas se negó él constantemente á desempeñarlos, contento

con vivir en la oscuridad de su retiro, léjos de todo lo que de ambicion pudiera tener la más pequeña sombra. Esta tranquilidad le permitió entregarse por completo á sus devociones, que fueron aumentando con los años, deseoso con tan meritorias obras de purificar las ligeras imperfecciones de la naturaleza humana. Alcanzóle la muerte bajo tan favorables disposiciones, suponiéndose voló su alma á la mansion celestial á coger el premio de sus contínuos trabajos. Hiciéronsele suntuosas honras, y su cuerpo, expuesto á la pública veneracion, fué objeto de aclaraciones del pueblo que por sus virtudes le miraba como santo.—S. B.

SAMBUEY-SAINT-ESTEVE (Juan Bautista Luis). Nació en Milhau, de una familia muy esclarecida y antiquísima, que con razon se preciaba de que sus miembros todos habian sido modelos de honradez y probidad sin que á ninguno, en ningun estado ni condicion, pudiera aplicársele la infamante nota de haber faltado á lo que debia, ni de haber sido traidor á sus legítimos superiores. Como era consiguiente, procuraron educar al niño desde su más tierna infancia con todo el esmero y atencion que era debido, para que por una esmerada educacion aprendiese los deberes cuyo cumplimiento era tan glorioso para su familia; y luego le hicieron instruir en humanidades, hasta donde alcanzó la capacidad de los maestros de su pueblo, que, como pueblo pequeño, no eran ni con mucho lo que deseaban los padres de Juan Bautista. Pensaron sériamente adónde le llevarian despues para que aprendiera bien y pudiera en su dia ser útil á su patria en cualquier estado que abrazase; mas como desde luego se inclinó á la carrera eclesiástica, y hácia ella tenia decididísima aficion, resolvieron llevarle al seminario de S. Sulpicio, donde efectivamente estudió con grande provecho miéntras que las revueltas políticas y la revolucion que avanzaba lo permitieron, pues llegó una época, como todos sabemos, en que el seminario se cerró, maestros y discípulos debieron abandonar las aulas, y gracias á que se les concediera tiempo para ponerse en salvo, pues en aquellos primeros momentos de turbacion y de desórden, sabido es se cometen los más indebidos atropellos, y áun los más inocentes son víctimas de venganzas infundadas, pero horribles, que producen sufrimientos molestísimos y toda especie de disgustos. El jóven Juan Bautista se marchó por lo pronto con un sacerdote hermano suyo, que ocultamente ejercia su ministerio, por no haber querido acceder á las exigencias de los revolucionarios. Contentísimo estaba con tan apreciable compañía nuestro jóven, porque así podia ayudarle al rezo del oficio divino, ayudarle tambien como acólito en la celebracion de los misterios divinos, y esto le halagaba mucho, porque todo lo que fuera acercarse al altar santo era para él muy grande complacencia; mas seguia la obra revolucionaria, y se dictó una órden muy estrecha

para que se confiscáran los bienes de todos los ricos y á ellos se les echase de París, y por consiguiente el jóven de Saint-Estéve tuvo que irse á Versalles, donde se ocupó en dar lecciones de humanidades y filosofía, siendo entre otros discípulo suyo el jóven Jacinto de Quelen, que estaba recibiendo su educacion, aunque mucho más atrasado, en el colegio de Navarra, y hubo tambien de huir por razones análogas á las que obligaron á Sambuey á dejar á S. Sulpicio. Aun cuando se ocupaba en dar lecciones, como llevamos dicho, esto no lo hacia por necesidad, sino por no hacerse sospechoso, pues él tenia rentas, y rentas muy pingües, con las cuales no solo vivia desahogadamente, sino que ayudaba á los que muy pobres habian tenido que emigrar, y á los que al dejar su patria habian por precision dejado tambien sus bienes en manos de los mismos usurpadores. Aun cuando estaba muy bienquisto en Versalles, y nada le faltaba, deseaba naturalmente volver á París, tanto más cuanto en aquella capital esperaba ordenarse, que eran todas sus aspiraciones; así es que apénas muerto Robespierre, volvió y trató desde luego de ascender al sacerdocio, porque ya tenia edad y capacidad más que suficientes. No dejaron de surgir dificultades, porque los prelados expatriados no tenian facilidad para mandar los consentimientos que eran precisos, y por consiguiente todo se volvian retrasos que el jóven sentia vivamente, pero que no era posible evitar. Al cabo Monseñor Maillé de la Tour-Landry, obispo de Saint-Papoul, encontró manera de ordenarle y le ordenó con indecible contento, tanto suyo como de toda la familia, que apreciaron esta merced que el señor Obispo les hiciera como el más singular favor que pudiera hacer en su obsequio, porque sobre ser muy decidida la vocacion del jóven, los deseos de toda su familia eran el complacerle, y no cabe duda que con esto se le complació en gran manera; además de que podian fundarse esperanzas de que sería muy útil á la Iglesia, como en efecto la experiencia lo acreditó despues. Apénas ordenado, fué autorizado no solo para predicar la divina palabra, sino para oir confesiones, dispensándosele la edad canónica para que pudiera oir á personas de ambos sexos. Con esto no hay para qué decir que tuvo abierto ancho campo á su celo, y que pudo á su placer dedicarse á los más altos ministerios de su sagrado oficio; ni tampoco parece necesario el indicar que no perdió ocasion de prestar á sus prójimos cuantos auxilios le fué posible facilitarles, pues siempre estaba dispuesto á cuanto de él querian exigir los fieles. En seguida de su ordenacion, y miéntras cumplia con estos importantes ministerios, residió en la casa de los Padres de la Propaganda Fide, ayudándoles en cuanto podia, y teniendo siempre la mayor complacencia en que utilizasen sus servicios y le hiciesen comprender alguna obra de la cual redundára, como redundaba de cuantas ellos hacian, gloria á Dios y bien á sus hermanos, que

era la nobilísima ambicion del jóven sacerdote. Dos solos años estuvo en la casa de la Congregacion; Dios no le llamaba por aquel camino, y por consiguiente él habia de ir por donde Dios le llamára y nada más. Fué, pues, á Amiens, y allí fijó su residencia, siendo muy útil tanto para el comun de los fieles, cuanto para una Congregacion de señoras que entónces comenzó á fundarse, y que debió mucho, tanto á la cooperacion personal cuanto á la pecuniaria de nuestro esclarecido Sambuey. Esta congregacion fué la de las Señoras del Sagrado Corazon de Jesus, cuyo instituto tiene la doble ventaja de abrazar la vida contemplativa y la vida activa, pues que obligacion es de esta comunidad el que una de sus miembros esté constantemente en la presencia del Señor adorando su Sagrado Corazon, para cuya práctica se relevan de tiempo en tiempo, tanto de dia como por la noche; y en cuanto á la vida activa, porque tambien es instituto facilitar educacion á niños, y no una educacion vulgar, sino á la altura de la época, tal que llevan ellos, si no la delantera, por lo menos igual progreso en todos los adelantos que ya en estudios, ya en labores se hagan en las naciones donde la Congregacion, que bien merece el nombre de comunidad, se instale. Con la ayuda de nuestro buen Saint-Estéve se allanaron las inmensas dificultades que esta obra grande presentaba, y se pudo verla establecida, primero en Amiens y en una pequeña casa, pero despues esparcirse por el orbe y llenarle derramando por do quiera el buen olor de las virtudes de las religiosas que á ella pertenecen. Muy tranquilos y satisfechos se hallaban todos; Saint-Estéve en el ejercicio de su ministerio, los fieles recibiendo de él los beneficios inmensos que proporciona un sacerdote celoso, cuando de repente el dia 15 de Abril de 1812 recibe órden de partir en calidad de preso y de preso político, á París. Nada le argüia la conciencia en que hubiese contravenido, ni siquiera opuéstose á las disposiciones de las autoridades, ni llegó á decirsele por qué motivo se tomaba contra él providencia tan violenta como injustificable; pero es lo cierto que estuvo preso, y no como quiera pocos dias, sino dos años largos, sin que se haya podido encontrar otro fundamento para esta resolucion, sino el que habia tenido y sostenia relaciones simplemente de amistad con alguno ó algunos de los cardenales y prelados desterrados á la Picardía y á las provincias del Norte de Francia. La libertad de nuestro buen sacerdote no pudo lograrse por más medios que para ello se pusieron en juego, hasta que derrocado el imperio en 1814 se abrieron las puertas de las cárceles á los muchísimos inocentes que estaban encerrados en ellas sin más delito que una arbitrariedad increible en época en que la civilizacion va tan adelante. Apénas derrocado el poder del imperio, y vueltas las cosas á su estado, digámoslo así, normal, de los primeros cuidados del nuevo rey fué, como no podia ménos, el de enviar á Roma un em-

bajador revestido de facultades extraordinarias, con la mision extraordinaria tambien de suplicar á Su Santidad todos los auxilios, favores y gracias pontificias tan precisas para aquietar las conciencias en gran manera perturbadas por la revolucion, y que solo de Roma podian recibir la tranquilidad y sosiego que les era tan necesario, que sin él no podian vivir, pues no puede llamarse vida la continua agitacion en que hasta entónces estaban. Fué designado para el desempeño de tan importante embajada Monseñor de Pressigny, antiguo obispo de Saint-Maló. Este por su parte deseando que los que le acompañáran, y sobre todo uno de ellos, pudiese si era necesario quedar en Roma ó volverse á París con algun mensaje, fuese una persona de capacidad, de respeto y áun de posicion, se acordó de Juan Bautista Luis de Sambuey-Saint-Estéve, y á éste llevó consigo dándole el honrosísimo título de consejero de la embajada, de suerte que apénas salió de la prision verdaderamente honrosa para él y para los demás que la sufrieron por igual motivo que él, tuvo que partir á Roma, pues la embajada salió de París el 7 de Julio de 1814, y no tuvo tiempo de ir á Amiens sino muy brevemente para hacer una ligerísima visita á todos los que eran para él sus hijos, sus hermanos y todo, y especialmente á las señoras del Sagrado Corazon de Jesus. Su gran talento y su admirable prudencia, así como las demás excelentes dotes de que estaba adornado, le hicieron altamente apreciable á cuantos componian la embajada, que era bastante numerosa, y compuesta de gente muy distinguida; es verdad que era para todos todo lo que habian menester, procurando evitar hasta el más leve motivo de disgusto, para que no se turbase la armonía que él creia indispensablemente necesaria para que cada uno cumpliera respectivamente su deber y llenase su cargo con la exactitud conveniente. En Roma tambien fué muy apreciado, tanto del Santo Padre cuanto de los cardenales y demás de la curia romana; sirvió mucho á la embajada, tanto con sus acertados consejos, cuanto con las buenas relaciones, y cuando esta hubo de regresar, porque ya entónces quedaban arreglados los asuntos y era la ocasion de que se retirára el enviado extraordinario para que viniera otro en la forma ordinaria, como en efecto se verificó, no queriendo los de la corte pontificia quedarse sin nuestro buen Sambuey, le nombraron secretario del Sacro Colegio, que era privilegio de que gozaba y áun goza Francia, el de tener un sujeto de esta nacion que desempeñe tan importante cargo en union del que nombrado por Su Santidad suele ser una de las personas de su mayor confianza. Si vivas habian sido las simpatías que Saint Estéve habia excitado cuando le trataron solo como consejero de la embajada, mucho mayores fueron cuando en el cargo de secretario pudieron admirar más de cerca lo noble de su carácter, lo excelente y digno siempre de su porte, así que le querian cual si no hubiera sido ex-

tranjero, y áun nos parece que expresamos poco el afecto de los italianos hácia él, diremos mejor que parecia para cada cual su confidente y amigo el más íntimo. Ya fuera por su propia conveniencia, ya, segun en Roma se dijo, porque su salud se resentia, es lo cierto que en 1826 le fué preciso volver á París. Mucho disgusto causó en Roma el que se fuera de la ciudad eterna un hombre que en todos habia excitado el más entrañable afecto, pero se interesaba su salud, y esta era tanto más respetable, cuanto mayor era el cariño que se le profesaba. Vino, pues, á París, y se ocupó en el ejercicio de su ministerio, y en escribir y repartir con profusion muchos opúsculos piadosos que disponia con grande acierto, que hacia imprimir y luego daba para que todos pudiesen aprovecharse de ellos, y que, sea dicho de paso, es una lástima el que no se hayan podido coleccionar para imprimirlos con sus obras. Así vivió sumamente satisfecho, muy contento, porque trabajaba mucho para el bien de sus hermanos, y esto á él le halagaba sobremanera, hasta que el Señor quiso colocarle en un punto algun tanto distinguido, pero de una manera providencial. Aquel que habia sido discípulo suyo en Versalles, Quelen, era arzobispo de París, y nada más justo por consiguiente que á su maestro, que reunia todas las dotes más á propósito para obtener un canonicato, se le confiriera, y se le confirieron al lado de su discípulo para que pudiera ser su consejero y su amigo inseparable, como hubiera querido serlo desde el momento en que se conocieron. En 1837 fué, pues, nombrado canónigo de París, de cuyo beneficio eclesiástico disfrutó diez años, habiendo en este tiempo servido al cabildo y al obispo en el desempeño de muchas y difíciles comisiones, que siempre llevó á cabo con el mejor éxito, gracias á la madurez con que meditaba los medios que habia de poner en juego para que le dieran el más apetecido resultado. En 1847 se vió Sambuey acometido de una penosa aunque no larga enfermedad, y á ella sucumbió el 30 de Octubre de 1847, habiendo recibido con la mayor edificacion los santos sacramentos de penitencia, Viático y extremauncion, y habiendo oido hasta lo último la recomendacion del alma, y siendo como era consiguiente muy sentida su muerte por haber él sido en vida muy querido. Dejó escritas varias obras de que no haremos más que dar los títulos: *Manuel du Penitent*, obra reimpresa muchísimas veces y buscada cada vez con más afan, por ser en efecto preciosísima y altamente apreciable por las máximas que contiene.—*Vie de M. de Beauvais, evêque de Senez, avez l'Orator sacer du meme Prelat*, impresa en 1642.—*Essai sur les bals*; 1832, en 8.°—*Manuel du Scapulaire*, en 8.°, 1835.—*Manuel du Chapellet et du Rosaire*; en 18.°, 1837.—*De l'harmonie des Evêques et de les Chapitres*; 1845, en 12.°—*De l'harmonie de l'Eglise et de l'Etat*, en 12.°, 1845. Y los opúsculos que, como hemos dicho, se han perdido, y que circulan anónimos con gran aprecio. —G. R.

SAMEAS ó SAMEIAS ó SCHAMMAI, rabino famoso del que los judíos refieren muchas cosas. Dicen que fué jefe de sus escuelas y maestro de una infinidad de sabios, entre otros del célebre Hillel, que se separó en lo sucesivo de su maestro, y fué jefe de otra escuela, que era bastante diferente en sus principios de los de Sameas ó Schammai. Algunos creen que la division de Hillel y de Sameas produjo el fariseismo, pero esta opinion es insostenible, puesto que los fariseos eran poderosos y numerosos largo tiempo ántes de Fineas, que vivió durante el reinado de Herodes *el Grande*; Josefo dice que Semeas fué discípulo del fariseo Polion. Calmet cree que este Polion puede muy bien ser Hillel, pues Josefo no dice nada de Hillel y habla algunas veces de Polion. Pero los rabinos hacen á Hillel discípulo de Sameas, y Josefo hace á Polion su maestro. Es cierto que hubo dos Hilleles, ambos muy célebres. Uno vivia ántes de Jesucristo, y otro vivió despues. Este fué príncipe del cautiverio en Occidente, y vivia, segun los judíos, hácia el 240. S. Gerónimo dice que poco tiempo ántes del nacimiento de Jesucristo, dos famosos rabinos, Sameas é Hillel, jefes de dos escuelas célebres, formaron dos partidos entre los judíos y fueron maestros, uno de los escribas y otro de los fariseos. Los judíos del tiempo de este santo doctor daban por autores de su Misua y sus Deutororos á Sammai é Hillel. ó como dice en otra parte, á Simeon y á Helles. Hé aquí lo que de Sameas nos refiere Josefo. Antes de que Herodes fuese gobernador de Galilea fué citado delante del gran consejo de Hircan, príncipe de Judea, por haber cometido muchas insolencias en la provincia cuyo gobierno tenia. Compareció Herodes, no en traje de suplicante, sino vestido de púrpura, con el pelo rizado y perfumado, y acompañado de gente armada. Todos los que estaban reunidos para juzgarle se admiraron tanto de que se presentase de esta manera, que ninguno se atrevió á desplegar los labios. Solo Sameas habló con mucha libertad, y predijo á los jueces que aquel hombre á quien no se atrevian á condenar, seria algun dia su rey y los haria morir á todos y al mismo Hircan, que presidia la asamblea en calidad de príncipe de los judíos. El tiempo vino á probar estas predicciones, pues habiéndose ceñido Herodes la corona, dió muerte á todos aquellos jueces, á excepcion de Sameas, hácia quien conservó siempre la mayor estimacion. Cuando Herodes fué proclamado rey por los romanos, y fué con Sorio á asediar á Jerusalen, Sameas sostuvo constantemente que debian abrírsele las puertas y recibirle diciendo que sus pecados eran tales, que no debian esperar que Dios les librase del dominio de aquel príncipe, lo que fué causa de que Herodes favoreciera siempre á Sameas y á los de su partido. Los rabinos dicen á manera de proverbio: *Sed dulces y humildes como Hillel, enérgicos y violentos como Sameas.*—S. B.

SAMERIUS (Enrique), jesuita, nació cerca de la Marche, en el ducado de Luxemburgo, fué confesor de la infortunada María Estuardo, y despues celoso misionero en su patria. Murió en Luxemburgo en 1610 á la edad de setenta años. Se hallaba versado en la historia eclesiástica y en particular en la cronología. Dejó: *Chronologia sacra ab orbe condito ad Christum natum*; Amberes, 1608, in fól. Ha corregido una infinidad de yerros escapados á diferentes autores. —S. B.

SAMGAR (hijo de Anath). Fué este personaje de la ley antigua el tercer juez de los israelitas. Sucedió á Aod, y solo gobernó un año. No se sabe más de este juez, sino que con el yugo de una carreta derrotó á seiscientos filisteos hácia el año 1729 del mundo y 1306 ántes de Jesucristo, noticia que nos da el *libro de los Jueces*, III. —C.

SAMHIRI (Antonio), patriarca de los sirios católicos, nació en Mossoul (Mesopotamia) en 1801. Fué educado en las creencias jacobitas, se consagró á la carrera eclesiástica, y llegó á ser secretario del patriarca de los Jacobitas, que en 1826 le consagró coadjutor y vicario general con espectativa de la sucesion. Lleno de celo por la propagacion de sus opiniones religiosas, puso en prision á algunos católicos que se negaban á asistir á sus predicaciones. La lectura de algunos escritos relativos al catolicismo que cayeron en sus manos, le indujo á abjurar el jacobinismo en 1827. Cuatro metropolitanos y un gran número de sacerdotes y legos siguieron su ejemplo. El patriarca jacobita, para comprimir este movimiento de conversion, obtuvo del sultan la autorizacion para desterrar ó aprisionar á los convertidos, y mandó encerrar por el espacio de ocho meses á Samhiri en la prision de Mardin. La intervencion del agente consular de Francia consiguió que se conmutase esta prision en una multa de ocho mil francos, y se puso á recorrer la Siria predicando las doctrinas de la Iglesia romana. Perseguido de nuevo, se dirigió á Constantinopla para reclamar en favor de los católicos. Apoyada su queja por el embajador francés, obtuvo un completo resultado, y á su regreso á Mardin en 1841 entró Samhiri en posesion de dos de las tres iglesias de Jacobitas, aunque estos eran el mayor número de los habitantes de la ciudad. El patriarca despojado de ellas, consiguió tenerle preso de nuevo durante algunos meses, y excitó á los musulmanes contra él. Pero los católicos obtuvieron una completa libertad desde el principio de la guerra de Oriente. En 1853 Samhiri, á quien el Papa habia nombrado ya vicario apostólico, fué elegido patriarca de Antioquía, y continuó residiendo en Mardin. En 1855 hizo un viaje á Roma y París para defender los intereses de su iglesia. Se ha publicado su vida bajo este título: *Los Sirios católicos y su patriarca Samhiri*, por el abate Juan Mamarbischi, secretario del patriarca; París, 1856, en 8.°—S. B.

SAMINIATI (Fr. César Luis), del órden de Predicadores. Fué natural

de Luca en la Etruria, y tomó el hábito de Sto. Domingo en dicha ciudad á fines del siglo XVII ó principios del XVIII. Fué varon de excelente doctrina, y estuvo dotado de evangélica elocuencia. Ignórase el año de su fallecimiento, pero aún vivia en Roma en 1719. Escribió una obra titulada: *Panegyrici Sacri*, que se imprimió en la citada ciudad de Roma, por Cayetano Cenovi en 1709, y que forma dos volúmenes en 12.°—M. B.

SAMIR (V. Tomás), sacerdote inglés del colegio de Roma, donde siguió sus estudios con el objeto de marchar como misionero á su patria para combatir contra la dominante herejía. Emprendió su viaje á principios del siglo XVII, obteniendo desde luego los mejores resultados, pero habiendo caido al fin en manos de los protestantes, fué martirizado en 1612 con otros dos compañeros, y arrojado á un hoyo debajo de diez y seis ladrones á quienes habian quitado la vida al mismo tiempo que á ellos; pero la venerable Sra. Doña Luisa de Carvajal, ilustre española y no ménos ilustre católica, consiguió hacerse con sus cadáveres mandándolos embalsamar y custodiándolos en una caja de plomo.—S. B.

SAMIR, hijo de Micha, levita. I. Paral. XXIV, 24.

SAMMA, hijo de Rahuel y nieto de Esaú. Genes., XXXVI, 13.

SAMMA, hijo de Isai y hermano de David. I. Reg., XVI, 9.

SAMMA, cuarto hijo de Hebron y padre de Raham. I. Paral., II, 43, 44.

SAMMA, hijo de Joel y padre de Azas, de la tribu de Ruben, I. Paralipómenon, VII. 8.

SAMMA, hijo de Hectan Arorita. I. Paral., XI, 44. Intitúlasele *Semma de Arodi*. II. Reg., XXIII, 23, y *Sammoth Arorites*. I. Paral., XI, 27.

SAMMAA, hijo de Oza y padre de Aggia, levita, I. Paral., VI, 30. Ha habido algunos otros hebreos de este nombre, de los cuales no se sabe nada de particular.

SAMMAEL, ángel malo, de que los rabinos refieren muchas cosas. Dicen que engañó á Eva montado en la antigua serpiente. Que es el ángel de la muerte, el principe del aire, el primero de los demonios. Otros rabinos le miran como el príncipe de los ángeles, y creen que presidirá en el juicio final, por lo que le hacen ofertas en el dia de la expiacion solemne para apaciguar su cólera.—S. B.

SAMMAI, hijo de Recem y padre de Maon. I. Paral., II, 44. Recem es lo mismo que Petra, ciudad principal de la Arabia Petrea. Maon es aún una villa de la misma region. Maon se halla cerca de Bethsura, ciudad de la parte meridional de Judá. Estas genealogías hechas por ciudades designan los pueblos que las han poblado.—S. B.

SAMMUA, hijo de Zechur, de la tribu de Ruben. Núm., XIII, 5. Fué uno de los que envió Moisés desde la de Pharan para ver la tierra de promision.

SAMONA (S.), mártir. El nombre de Diocleciano es nombre horrible para los cristianos, á los que recuerda la persecucion más terrible por que pasó la Iglesia de Jesucristo en los principios de su establecimiento, y los mares de sangre con que los primeros fieles contribuyeron á su fundacion, sangre que mezclada con la preciosísima de su divino maestro Jesucristo, fué el cimiento más fuerte que constituye su estabilidad hasta el fin de los tiempos. Al querer aquel bárbaro emperador, sectario de Lucifer, extinguir hasta el nombre de Jesus, no hizo otra cosa que ensalzarle y preparar á sus discípulos su propio trono, sobre el cual habia de sentarse á poco el jefe de la Iglesia, pulverizados los ídolos del paganismo, á quien pretendió ensalzar en su ciego furor. La púrpura de los Césares habia de venir á ser alfombra de los vicarios de Jesucristo, y el suplicio en que este redimió al mundo, elevarse sobre la corona de los reyes para abatir su soberbia, y constituirles esclavos de aquel á quien Diocleciano pretendia humillar. Por cada una de sus inocentes víctimas se levantaron millones de campeones, que habian de acabar y acabaron con su imperio, y léjos de legar á sus sucesores una corona, les dejó cadenas infernales que les sujetasen al poder del infierno, cuando su orgullo se exaltase, y no abjurasen de sus falsas creencias, para someterse de buen grado y con la mayor humildad á la ley del Evangelio. Ignoraba el impío Diocleciano que aquel Jesucristo, á quien perseguia en sus discípulos, era el verdadero Dios, el que con solo una mirada airada podia destruir los imperios y anonadar al mundo entero, y que tan poderoso Señor habia fundado su Iglesia dándola la palabra de sostenerla incólume hasta la consumacion de los siglos, y por eso obraba cual ciego que camina sin guia, y que soberbio con su propio poder desprecia toda advertencia, y va al fin á precipitarse en el abismo. Con disposiciones semejantes atendió más que á los avisos del cielo y á los latidos de su conciencia, que no podria ménos de atormentarle al dictar las inhumanas órdenes de exterminio que promulgó contra los cristianos, á los consejos pérfidos de los sacerdotes de los falsos dioses del paganismo, que teniendo embaucado á su soberano y á los pueblos con fábulas que halagaban sus pasiones, vieron en la nueva religion un peligro eminente para ellos, pues que su propaganda les iba diezmando las filas de aquellos á quienes tenian engañados. Temieron los sacerdotes de los ídolos que de venir á aumentarse el número de los creyentes en Jesucristo, llegaria el caso de que perdieran su influencia en la corte y con el pueblo, y de que viniera á tierra su poder; y por esto juraron exterminio á los cristianos, y pusieron en juego cuantos medios les sugirió el demonio para que los emperadores secundasen sus miras, y lo consiguieron, porque Dios quiso probar á los fieles y afianzar la obra levantada con su sangre con la de sus adictos para más elevarla y enriquecerla. Publicada la persecucion, millares de fieles se ofre-

cieron al sacrificio, y entre ellos se cuenta al glorioso S. Samona, y otros de que vamos á hacer una ligera mencion en este artículo, que trascribiremos sencillamente del escrito por el piadoso Croisset. «En aquella terrible persecucion contra los cristianos murieron en la ciudad de Edesa por la fe del Señor los santos mártires Samona y Guria, los que habian nacido en las aldeas cercanas y criádose en la ciudad de Edesa, y por atender más á Dios y darse á la oracion y contemplacion apartados del bullicio y ruido de las gentes, con grande recogimiento y ejemplo de santidad vivian en el campo. Tuvo el presidente Antonio noticia de su religion, y que no solamente ellos eran cristianos, sino que muchos otros lo eran por su persuasion; mandólos prender y echar á la cárcel, tuvo con ellos grandes razonamientos, procurando con maña y artificio inducirles á que negasen á Jesucristo nuestro Salvador y adorasen á sus falsos dioses, y viendo que perdia tiempo, mandóles atormentar cruelmente, y primeramente que atasen á cada uno de los dos santos de una mano en un madero, y que les colgasen de los pies una piedra de gran peso para que tirase el cuerpo abajo y los descoyuntase. Cinco horas estuvieron los santos mártires en este horrible tormento con tan admirable constancia, que no se les oyó voz, ni gemido, ni suspiro, más que si aquellos cuerpos no fueran suyos, ni ellos de carne. Despues los tuvieron en un grande y oscuro calabozo muchos dias, y algunos sin comer, y traidos de nuevo á su tribunal, mandó el presidente que á Samona (que era más mozo y más robusto) le colgasen de un pie, y que sobre el otro pie le echasen una pesa de hierro grandísima, para desmembrarle y hacerle pedazos. De esta manera estuvo el valeroso soldado de Cristo tres horas colgado alabando al Señor por la merced que le hacia, y fué tan atroz aquel tormento, que se le desencajó el hueso de la pierna de su encaje, y quedó cojo Samona. Otra vez los volvieron á la cárcel, y de nuevo fueron presentados delante del presidente, y él los tentó y procuró ablandar y engañar, mas cuando los vió fuertes como una roca, y que hacian burla de sus palabras, dió sentencia de muerte contra ellos, la cual los santos recibieron con admirable gozo y alegría de sus almas, á los 15 de Noviembre en que les fueron cortadas las cabezas, imperando Diocleciano. Despues, andando el tiempo, en la misma ciudad de Edesa, siendo Licanio emperador de Oriente, fué preso un santo diácono llamado Abileo, que era de la misma patria que los sobredichos mártires Guria y Samona, y sabiendo que el presidente Lisias le buscaba, él mismo se manifestó y presentó, y teniéndolo por demasiado atrevimiento y por afrenta suya, el mismo juez le mandó extender en un madero tan reciamente que fué maravilla no hacerse pedazos los brazos, y despues con peines de hierro abrirle las entrañas. Como tan atroces penas no hiciesen mella en aquel pecho sagrado y más fuerte que el acero y el dia-

mante, mandó que á fuego lento le quemasen para que la muerte fuese tanto más dolorosa cuanto más prolija; y con este género de martirio dió Abibo su espíritu al Señor, y fué sepultado su cuerpo donde estaban los cuerpos de los otros dos. El martirio de estos valerosos caballeros y santos mártires de Jesucristo le escribió Metafraste, y Arete, arzobispo de Cesaréa, hizo una oracion en su alabanza, y el P. Fr. Lorenzo Surio los pone en su sexto tomo. El uno y el otro autor refieren un milagro que quiero yo escribir aquí, porque de él podemos sacar la reverencia que se debe á los santos, y lo que Dios los estima y obra por ellos, y que aunque disimula y calla y parece que duerme, permitiendo que algunos pecadores suelten la rienda á sus apetitos y corran sin freno y se entreguen á la maldad, al cabo los alcanza y castiga sin que se puedan escapar de sus manos. Dicen, pues, estos autores, que habiendo venido sobre la ciudad de Edesa los hunos, gente feroz y bárbara, y sitiádola con un cerco apretado, el emperador romano envió gente de guerra para que la defendiesen. Entre los otros soldados vino un godo (ora sea que él se llamaba por este nombre, ora porque era godo de nacion), este posó en Edesa en casa de una viuda honrada que tenia una hija por extremo hermosa, honesta y recogida, la cual por mucho que huia ser vista por los hombres, no pudo excusarse tanto que un dia no fuese vista del godo, que posaba (como ya dijimos) en su casa, y él se enamoró tanto de su belleza, que se determinó por cualquiera via haberla. Pidióla por mujer á su madre con gran sumision y comedimiento, y habiendo sido desechado muchas veces de ella, tanto la importunó con sus palabras humildes, con ricos dones y largas promesas, que la pobre madre se rindió y prometió darle á su hija por mujer, habiendo aquel hombre bárbaro primero jurado que no tenia mujer ni hijos, como algunos decian. Hízose el casamiento, concibió del godo la hija; é idos los hunos sin tomar la ciudad y acabada aquella guerra, el godo quiso volverse á su tierra y llevarse consigo la muer preñada; pero la triste madre, que sentia mucho apartarse de su hija, y que la llevase un hombre extraño y no conocido á lejanas tierras, no consintió que se partiese, hasta que llevó al godo y á su hija delante del altar donde estaban sepultados los cuerpos de estos tres gloriosos mártires, y dijo al godo: No te entregaré á mi hija si no pones las manos sobre esta arca en que estan las reliquias de estos mártires de Cristo, y no me los das por fiadores, y me juras y prometes el no maltratar á mi hija, sino de regalarla y tratarla bien; y el godo con el deseo tan encendido de gozar de aquella mujer, olvidado de sí y de su conciencia, como si no hubiera Dios ó el Señor no galardonára ó castigára nuestras obras, sin empacho ni temor ninguno respondió: De vuestras manos, ó santos gloriosos, recibo esta mujer, y á vosotros os doy por fiadores, y prometo que la regalaré y daré lo que quisiere á

medida de su corazon muy enteramente;» y añadió muchos juramentos y maldiciones sobre sí si no los cumpliese. Entónces la madre volviéndose á los santos les dijo: «A vosotros, ó santos benditos, que derramásteis vuestra sangre por Cristo, encomiendo mi hija despues de Dios, y por vuestra mano á este hombre mi yerno.» Con esto se despidieron con muchas lágrimas madre é hija, y el godo con su mujer preñada se puso en camino: mas cuando llegó cerca de su tierra, el hombre bárbaro le quitó las joyas y vestidos ricos que llevaba, y la vistió pobre y vilmente, y la dijo: Yo tengo mujer é hijos, y tú no has de decir que eres mi mujer, sino que eres mi esclava, y has de servir como tal á la mujer que tengo en casa, porque si dices ó haces otra cosa, yo te atravesaré esta espada por el cuerpo, y morirás á mis manos. ¿Qué sentiria aquella triste moza viéndose apartada de su madre y de sus deudos y conocidos, y tan léjos de su tierra, y en manos de un hombre fiero que la habia engañado, y con nombre de legítima mujer la trataba como á cautiva y esclava? No tuvo otro remedio sino hacer de la necesidad virtud, y volverse á Dios y á los santos mártires, y con muchas y afectuosas lágrimas pedirles socorro y acordarles que habian sido sus fiadores, y que por su mano su madre la habia entregado á aquel bárbaro. Entró en casa del godo, é hizo reverencia á la señora, la cual viendo una moza tan hermosa, luego sospechó lo que era, y preguntó al marido quién era aquella mujer: Y él respondió que una esclava que habia cautivado en la guerra.—No, dijo ella, no es este rostro ni talle de esclava.—Sí es, dijo él, y como de esclava te puedes servir de ella.—Así lo hizo la mujer, y como tenia celos de su marido, miraba con malos ojos á la esclava: tratábala mal, y cargábala de trabajos pesados cuanto podia; y áun no la queria ver ni hablar, tanto era el odio y aborrecimiento que la tenia, el cual creció más cuando echó de ver que estaba preñada, y procuró afligirla y fatigarla de suerte que muriese la criatura, pero no pudo, porque Dios la guardó: llegó el tiempo del parto, y parió un hijo tan parecido á su padre el godo, que era un vivo retrato suyo. Esto encendió más la ira de su mujer, y se acabó de persuadir que aquel hijo era de su marido, y aquella esclava era su amiga. Determinó vengarse de él y de ella, y un dia con color de no sé qué negocio envió á la madre léjos de casa, y dió rejalgar al niño. Volvió la triste madre y halló á su hijo muerto, y aunque no lo sabia de cierto, barruntó lo que era, y sospechó que su señora le habia muerto, y tenia indicios de ello, porque la boquita del niño estaba llena del tósigo que le habian dado. Limpiósela la madre con un lienzo, y para certificarse si era verdad lo que sospechaba, un dia que comia su señora con su marido y otros deudos suyos, con aquel lienzo con que habia limpiado la boca de su hijo, refregó la copa que habia de beber su señora; bebió y murió: y de esta manera pagó la muerte del

niño. Enterráronla con gran solemnidad y sentimiento de su marido y deudos, llorando amargamente aquella muerte tan súbita y repentina; mas pasados siete dias despues del entierro, enjutas ya las lágrimas (pero estando aún vivo y en su fuerza el dolor, y entendiendo los deudos de la mujer la causa de su muerte, tomaron á la pobre esclava, y encerráronla en la misma bóveda en que habian sepultado á su señora, para que allí muriese y fuese enterrada viva con la muerta, y pusieron una gran losa encima y guardas á la puerta para más seguridad. ¡Oh Señor, cómo probais á los vuestros, y cómo dejais caer en los abismos á los hombres, para que sacándolos de ellos seais más glorificados! En entrando la infeliz esclava en aquella sepultura, sintió un olor tan malo y pestilente que salia del cuerpo de su señora, que faltó poco para que no espirase allí luego; pero confortada de Dios cobró ánimo; y con las lágrimas y ternura que se puede pensar, le suplicó que por los merecimientos de aquellos santos mártires, la ayudase, y á los mismos mártires que no la desamparasen, pues fiada de su amparo y patrocinio se habia entregado á aquel hombre bárbaro, y se veia en aquella angustia sin esperanza alguna de remedio. Haciendo oracion vió á los santos tres mártires vestidos de una claridad admirable, y al mismo punto, despedido el mal olor, sintió una fragancia del cielo y oyó una voz que le dijo: «No temas, que pronto alcanzarás lo que deseas, y como buenos fiadores te libraremos.» Oidas estas palabras, quedó la mujer dormida, y por la virtud de aquel Señor, que por un ángel llevó por un cabello al otro profeta de Judea á Babilonia, cuando despertó se halló en Edesa, en el mismo templo donde estaban los cuerpos de los tres santos mártires, los cuales la preguntaron si sabia dónde estaba; y ella reconociendo aquel lugar, espantada por una parte y como fuera de sí, y por otra alegre y gozosa, se tendió en el suelo delante de su sepulcro, haciendo gracias con increibles lágrimas al Señor y á aquellos santos fiadores, y ellos la dijeron: «Ya hemos salido de nuestra fianza, vete á tu madre;» y con esto desaparecieron. Vino la madre, llamada del cura, á la iglesia donde estaba su hija, la contó toda la historia que ya queda referida, y cuando la vió tan mal vestida, apénas la conoció, y la misericordia que Dios habia usado con ella por intercesion de los santos mártires. No se puede creer los abrazos que la madre daba á la hija, y los sollozos y lágrimas de las dos cuando se vieron y conocieron. Mas para que se vea cómo nuestro Señor acompaña la justicia con la misericordia, y da á cada uno el pago conforme á sus obras, volviendo los hunnos y los persas á cercar la ciudad de Edesa, los romanos enviaron tambien su ejército para defenderla. En este ejército vino el godo, y fuése derecho á casa de su suegra, creyendo cierto que no hubiese persona que pudiera saber lo que él habia hecho con su hija, á la cual la madre habia

cerrado en un aposento apartado luego como llegó el godo á su casa, ántes de que él la pudiese ver. Finalmente, despues de haberle recibido con muestras de amor, aunque fingido, y oido de él las mentiras que la dijo de su hija, cómo habia llegado sana y buena, y parido un hijo, y quedaba alegre y contenta, se la sacó y mostró, y le convenció de todo lo que habia hecho contra ella, con tanta evidencia, que no lo pudo negar, y fué preso y condenado á ser ahorcado y quemado. Eulogio, el juez, le perdonó el fuego y le mandó ahorcar, y con este infame suplicio y muerte el desventurado godo pagó su maldad, y toda la gente alabó al Señor por haber librado con un raro y prodigioso milagro á aquella mujer por intercesion de los santos mártires, á los cuales cobraron mayor aficion y devocion, y entendieron la reverencia, devocion y respeto que se debe á los santos y amigos de Dios, y con cuánta seguridad y confianza podemos acudir á ellos en todos nuestros trabajos y angustias.» Hacen mencion de estos santos mártires, á más de los autores arriba alegados que escriben su martirio, los griegos en su Menologio, y el Martirologio Romano á los 15 de Noviembre, y el cardenal Baronio en las anotaciones sobre aquel lugar.—C.

SAMONAS. Vivió este arzobispo de Gaza, segun los autores que hacen mencion de él, á fines del siglo XII, ó más bien en el siglo XIII. Compuso una obra en forma de diálogo entre él y un sarraceno, en el que prueba que el pan y el vino se cambian en el Santísimo Sacramento del altar en el cuerpo y sangre de Jesucristo. Hace honrosa mencion de este prelado Du Pin, en su *Biblioteca de Autores eclesiásticos* del siglo XI.—C.

SAMPAYO (P. Bernardino), jesuita portugués muy entendido en enseñar novicios, en cuya ocupacion estuvo trabajando muchos años en el colegio de Evora y despues en la casa de Lisboa. Su patria fué la villa de Viana en Alentejo, en el arzobispado de Evora; llamáronse sus padres Gaspar de Fonseca y Anastasia Frutada; entró en la Compañía en el noviciado de Evora en 23 de Diciembre de 1608. Toda su vida fué espejo de perfectos religiosos; le hicieron rector del colegio de Evora por su grande prudencia y virtud; comprendiendo despues la Compañía que perdia mucho en no tenerle por maestro de los novicios por el singular talento que Dios le dió para este ministerio, le enviaron de rector al noviciado de Lisboa; manifestó á sus prelados cómo ya sus fuerzas no estaban para sufrir el trabajo de tal ministerio, pero no fué oido, y tomando sobre sí el peso con el mismo celo que lo hiciera en otras ocasiones, manifestó la experiencia que ya no podia desempeñarle, por lo que no tardó en enfermar y morir santamente en aquella casa. Decian los que eran novicios suyos que en sus pláticas, meditaciones y conferencias tenia tanto peso en las palabras, que se podia decir de él lo que se dice de Cristo, que hablaba *tamquam potestatem habens*.

Le debemos la vida que escribió el hermano Domingo de Acuña, porque sabiendo el P. Bernardino lo mucho que el Señor se comunicaba á este hermano, ordenó en virtud á la santa obediencia que escribiese todo lo que le habia sucedido para que no perdiesen en el olvido tantas mercedes de Dios. Murió en el noviciado de Lisboa, siendo rector de aquella casa, á 29 de Enero de 1654. Segun la opinion de su director espiritual, conservó la gracia bautismal hasta el fin de su vida. La religion le ocupó casi siempre en cargos de gobierno por su grande prudencia y virtud. Fué rector del colegio de Faro, del de Santaren, rector dos veces del noviciado de Lisboa, rector de los colegios y universidad de Evora, y secretario dos veces de la provincia. De él, como de hombre insigne en virtud, hace memoria el P. Manuel Monteiro en su manuscrito de los hombres insignes en virtud de la provincia de Portugal.—S. B.

SAMPAYO (Fr. Esteban de), del orden de Predicadores. Fué natural de la ciudad de Lisboa, en cuya ciudad tomó el hábito en el convento de Santo Domingo, donde hizo sus estudios, distinguiéndose por su piedad, su erudicion y su observancia de la monástica regla. Habiendo merecido el aprecio del infortunado rey D. Sebastian, se identificó tanto por agradecimiento con este soberano, que hasta el último momento no cesó de darle pruebas de su lealtad y su adhesion. Cuando despues de la fatal catástrofe de la guerra de Africa quedó vacante el trono de Portugal, Esteban se declaró partidario de Antonio, prior de Ocrato, que pretendia la corona lusitana, contra las pretensiones de Felipe II, rey de España, que al cabo tomó posesion de aquella rica porcion de la península Ibérica. Encendida su alma en patriótico fuego, y no pudiendo sufrir con paciencia lo que conceptuaba una usurpacion, declamó tanto y tan fuertemente contra la dominacion española, y trabajó con tal ahinco en favor del prior D. Antonio, que al ser este vencido y expulsado del país, Esteban cayó prisionero y fué sepultado en una cárcel, donde cargado de hierro como un criminal y maltrado cruelmente pasó todo género de trabajos y penalidades, hasta que con otros muchos portugueses leales á la causa de su desgraciado monarca, fué desterrado del país, refugiándose á Tolosa de Francia, donde residia el pretendiente D. Antonio. En esta ciudad fué recibido con grande placer por sus hermanos de religion, que le dispensaron todo género de socorros y distinciones, proporcionándole la entrada en la universidad, donde recibió el grado de doctor en sagrada teología, siendo más tarde regente de aquel científico cuerpo. Cuando ménos se esperaba corrió la noticia de haber aparecido en Venecia el ignorado rey D. Sebastian, á quien todos conceptuaban muerto, y que segun se dijo, solo habia estado cautivo, logrando por fin escapar de las cadenas para presentarse en España á reclamar sus usur-

pados derechos. Todos los que en historia son versados, saben muy bien las consecuencias de aquella aparicion. Los extranjeros que han procurado siempre rebajar nuestra dignidad nacional y criticar amargamente la grandeza de Felipe II, cuyo carácter no examinaremos en este lugar, han afirmado desde luego que el aparecido era efectivamente el malogrado monarca. Procurar examinar aquí las razones que en pro y en contra de esta opinion militan, procurar indagar si efectivamente las razones de estado, la ambicion y otras causas obligaron al rey de España á hacer una víctima de un hermano, no es propio de un artículo biográfico, cuyo principal mérito consiste en la brevedad. Solo diremos que ora fuese un aventurero, ora el legítimo rey, el entusiasmo de sus partidarios fué grande y se tomaron por ellos algunas disposiciones que pusieron en cuidado al rey de España. Este, á fin de asegurarse en todo lo posible, pidió y obtuvo del senado de Venecia que detuviese en una prision al verdadero ó pretendido rey, hasta tanto que se aclarase y se conociera su identidad. Al saber Sampayo esta ocurrencia, movido del afecto hácia su rey y de su ardiente patriotismo, abandonó la Francia para pasar á Venecia. Ignórase lo que Sebastian habló con el prisionero; pero lo que sí se sabe es que empezó á trabajar con tanta ánsia en favor suyo, moviendo tantos resortes é interesando á personas tan influyentes, que por sus esfuerzos los soberanos de todas las potencias que se hallaban entónces en guerra contra España, se interesaron con el gobierno de Venecia para poner en libertad al cautivo. El senado accediendo á los ruegos de Enrique IV de Francia, de Isabel de Inglaterra y de las provincias unidas de Holanda, puso en libertad al presunto monarca, aunque bajo la condicion de que no saliera del territorio de la república. La corte de España llevó muy á mal esta medida, y sus iras tomaron por blanco á Sampayo, á quien se conceptuaba como autor de aquel suceso. En su consecuencia, habiendo pasado á Florencia, su gran duque, sea obedeciendo á superiores órdenes, sea por un exceso de anticipado celo, aseguró su persona y la puso en poder de los emisarios de Felipe II, que inmediatamente le trajeron á España, sepultándole otra vez en un calabozo, de que pudo con mucho trabajo evadirse, pasando de nuevo á Francia y estableciéndose al lado del pretendiente D. Antonio, que residia en Ruel, cerca de París. No se han podido hallar más noticias de este religioso, que aún vivia en Francia á principios del siglo XVII. Créese que en su destierro se ocupaba en escribir algunas obras para entretener sus ratos de ocio. Una sola, á más de varias cartas que publicó anónimas sobre los asuntos del rey D. Sebastian y sobre los suyos propios, y en las que describe sus padecimientos y sus trabajos, ha llegado hasta nosotros bajo el título siguiente: *Thesaurus arcanus Lusitaniis gemmis refulgens, in quo Ægidii magis olim Theurgici*

stupenda historia, variis exculta dialogis, atque aliorum SS. Patrum Ord. Prædicatorum ex eadem Lusitania gesta multaque alia scitu dignissima continentur; Paris, un tomo en 8.° de 533 páginas, año 1586. Esta obra está dedicada á Guillermo Rusco, obispo y confesor del rey Enrique III, y contiene los tratados siguientes: 1.° *Conversionis mirandæ Divi Ægidii Lusitani, Doctoris parisiensis Ord. Prædic., libros IV.—Compendium gestorum et sanctæ conversationis D. Gondisalvi Amaranthi Lusitani Ord. Prædic.*, cuyo tratado tradujo al idioma portugués Fr. Diego del Rosario, á instancias de D. Fr. Bartolomé de los Mártires, obispo de Braga, que la publicó á sus expensas.—3.° *De insigne salutiferaque conversione Divi Petri Gonsalvi, Tudensis Ord. Prædic. Astorgana olim Ecclesiæ decani, deque ejus miraculis tam in vita quam in morte.*—4.° *B. Pelagis Conimbricensis Lusitani gestorum breve compendium.*—5.° *Breve compendium vitæ mirandæ S. Laurentii Menendi Ord. Prædic.*—6.° *Compendium religiosæ vitæ et sanctæ conversationis, miris exornatæ prodigiis B. F. Petri Evoracensis Lusitanis, qui humilem conversorum fratrum vitam in Ord. Prædic. professus est.*—7.° *Stemma selectissimum ornatissimumque Sacri Ordinis fratrum Prædicatorum, in quo D. Patriarchæ Dominici socii primi Patres, successores Magistri, Reverendissimi, comitia generalia, Summi Pontifices, Cardinales, Patriarchæ atque omnes alii viri, dignitate, sanctitate et litteris insignes, qui à primis exorientis Ordinis initiis ad nostra usque tempora floruerunt, non minus exacte quam succincte recensetur.*

SAMPAYO (José de). Fué portugués, natural de S. Miguel de Sernedo, cerca de Guimaraes, y despues de haber conocido la miseria y pequeñez de este mundo, lo poco que de él puede esperarse y demás desfavorables circunstancias que lleva consigo la vida del siglo, resolvió retirarse al claustro, abandonando para ello su fortuna, su porvenir y las demás cosas que pudiesen halagarlo. Buscando con la mayor atencion cuál sería el asilo más seguro, el instituto donde mejor pudiese asegurar su eterna dicha, ingresó en la Compañía de Jesus, tomando la sotana en Coimbra el 4 de Agosto de 1712, con admiracion y viva complacencia de cuantos le conocian, pues esperaban con fundamento habia de ser de gran provecho para la esclarecida Orden que le admitia en su seno. Efectivamente, desde los primeros dias de su noviciado comenzó á dar pruebas de perfecta union á sus superiores, y estas pruebas se continuaron todo el discurso de su vida áun en ocasiones y circunstancias en que solo el amor de Dios puede obligar á la criatura á que ceda. Por supuesto que esta conducta tan conveniente de nuestro buen P. Sampayo no podia ménos de llamar la atencion de sus prelados y de cuantos tenian ocasion de observarle, así que, á pesar de haber hecho sus pretensiones para coadjutor, en vista de estas y otras relevantes prendas que le adornaban, sus superiores determinaron ponerlo en estudios

para despues hacerle sacerdote. Efectivamente, estudió con gran provecho humanidades, filosofía y sagrada teología, y en todos estos ramos del humano saber se halló más que suficientemente versado, cuando se le obligó á recibir órdenes, en lo cual tuvieron no poco que trabajar sus superiores, porque no queria él ser sublimado á tan eminente dignidad. Sin embargo, se hizo presbítero y fué de grande provecho en la Compañía, pues predicaba muy bien y con mucha facilidad, y por consiguiente se le encomendó este difícil cuanto delicado ministerio, que cumplió por mucho tiempo con sumo acierto y á satisfaccion de sus superiores. Es muy sensible no tener más noticias de este distinguido hijo de Loyola. Hay impresa de nuestro autor una especie de *Memoria ó Panegírico* del Excmo. é Ilmo. Señor obispo de Evora D. José María Fonseca, que se hizo en una academia cuando dicho señor tomó posesion de su obispado.— G. R.

SAMPER Y GORDEJUELA (D. Frey Hipólito de), presbítero de la inclita órden militar de nuestra Señora de Montesa y S. Jorge de Alfama. Nació de sangre ilustre en la ciudad de Valencia, dia 13 de Agosto del año de 1633. Estudió letras humanas en aquella universidad, fué discípulo de filosofía del arzobispo de Tarragona D. Fr. José Sanchiz, y la defendió toda en públicas conclusiones en el año de 1650. Hasta el de 1652 estudió teología, y fué discípulo del Mtro. Fr. Gerónimo Vives, como él mismo lo dice en su *Montesa ilustrada*, y á 19 de Marzo del mismo año le dieron el hábito de Montesa, y profesó á 23 de Abril del siguiente. Vino al Real colegio de San Jorge á estudiar leyes y cánones en dicha universidad en 1655, donde tuvo por maestros á los pavordes Matías Morlá, José Abella y Eusebio Falcó, y con aplauso de la escuela recibió el grado de doctor en cánones á 23 de Diciembre de 1658. El año siguiente le eligieron vicerector del colegio; el lugarteniente de la Orden D. Juan Crespi y Brizuela le nombró su secretario, y conseguida licencia de S. M. para oponerse á las cátedras de canónes, obtuvo la de decreto á 13 de Mayo del mismo año 1659, y en el de 1662 le nombró S. M. rector del referido colegio y prior formado de S. Jorge. Colocado en el rectorado y en la cátedra, le dieron examinatura de ambas jurisprudencias. El claustro mayor de la universidad le nombró uno de los electos, y trabajó en defensa de sus derechos y privilegios como verdadero hijo de la escuela, con infatigable aplicacion. Los Padres de la congregacion Cisterciense de los reinos de Aragon y Navarra, presentaron al rey D. Felipe IV, por Enero de 1660, una alegacion con título de *Derecho apostólico*, contra otra muy docta que habia escrito D. Cosme Gombau, pretendiendo que el abad de Santas-Cruces tenia el derecho de nombrar un monje por prior del convento de Montesa, en quien debia residir toda la jurisdiccion espiritual de esta religion. En vista de ella mandó S. M. por decreto de 7 de

Marzo del mismo año, se respondiese por parte de la Orden, y el lugarteniente general D. Juan Crespi y Brizuela, que tenia bien conocida la capacidad y talento de D. Hipólito Samper, por habérsele cultivado á su sombra; y los grandes progresos que habia hecho en los estudios, le encargó la defensa de la Orden. Empeñóse en ella tan de veras, que viendo á los Cistercienses pertrechados de autoridades, instrumentos, bulas, privilegios y de individuales noticias de la Orden, le pareció que no podria dar paso seguro en la satisfaccion sin tener los mismos libros que ellos citaban. Se decidió á buscarlos, y recogió con muchos gastos y diligencias los libros benedictinos, cistercienses y militares que le eran necesarios para su intento, haciéndolos venir de varias partes de España, Francia, Italia y Flandes. Entre tanto que se ocupaba en procurarse estos medios, sacó á luz el Mtro. Fr. Miguel Ramon Zapater, cronista general de lo órden Cisterciense en el año 1662, nn libro intitulado: *Cister militante*, en donde trataba de todas las órdenes militares Cistercienses; y cuando habla de la de Montesa, confirma y apoya las mismas razones de la alegacion insinuada del año 1660. Por este motivo se acaloró más nuestro escritor; hizo mirar y examinar los archivos de Barcelona y Calatrava; fué dos veces á registrar el de Montesa; hizo sacar muchas copias de instrumentos y noticias antiguas, y habiendo trabajado por espacio de ocho años con inmensos desvelos y sudores, publicó la insigne obra de su *Montesa ilustrada* á los treinta y cinco de su edad, que manifiesta la madurez de su juicio. En esta obra trata las historias con magisterio y legalidad, no como suele practicarse que para hacer que parezcan las cláusulas venidas al intento de lo que se escribe, se cortan los períodos antecedentes y subsecuentes, violentándolos y apareciendo que prueban, hallandose las falsificaciones en cuanto se acude á las fuentes. Se ocupa de un argumento tan arriesgado como la competencia de jurisdicciones, con sumo decoro, veneracion y respeto á los mismos que contradice. No ensangrienta la pluma en sus contrarios como espada, aunque la esgrime á favor de su Orden militar con vehemencia y espíritu. Ni se propasa de la materia á las personas, acabando en sátiras lo que empezó por disputas de entendimiento. Y á su nacion valenciana la ilustra grandemente sacando al público noticias muy dignas de saberse de los esclarecidos linajes y acciones de los maestres y lugartenientes de Montesa y demás dignidades de la Orden. Tuvo buenos materiales para esto, porque no hay duda que el Dr. Laureano Martinez de la Vega, intimo amigo suyo, le franquearia sus copiosos manuscritos, y los de su tio el Lic. Gerónimo Martinez de la Vega, en los cuales habia muchas noticias relativas á los valencianos que han ilustrado el orbe con su virtud, letras y armas; porque el mismo Samper dice que le hizo legado de ellos en su testamento, y le nombró albacea, que son dos cosas que supo-

nen mucha intimidad. Estas nobles prendas de D. Hipólito le colocaron el dia 14 de Enero del año 1666 en el honorífico empleo de canciller, ó juez de competencias de aquel reino, y por Junio de 1673 en la plaza de asesor togado del baile general, sin haber habido ejemplar hasta entónces, como dice Rodriguez, de que ningun regular hubiese vestido la toga en la corona de Aragon. Cumplia tan exactamente en este ministerio, y con tanto beneficio de la Real Hacienda, que poseia D. Hipólito toda la confianza de D. Francisco de Idiaguez, duque de Ciudad-Real, virey de Valencia. Este favor que le merecia al duque le ocasionó alguna emulacion, pero fué para más exaltarse y encumbrarse, porque pasó á la corte, y el rey D. Cárlos II, en 14 de Noviembre de 1678, le nombró su capellan de honor y administrador del hospital Real de la corona de Aragon; y en el dia 18 de Febrero de 1680 le honró con el oficio de procurador general de la órden de Montesa, motivando su Real despacho con estas cláusulas sumamente apreciables, que copió Rodriguez del mismo original, y dió á la estampa D. Hipólito con la referida fecha, en un erudito *Memorial* que dió al rey, por haberle reducido el sueldo de este empleo. «Por cuanto vaca el oficio de Procurador general de nuestra órden de Montesa en esta Corte, deseando darle á persona que, con descargo de nuestra conciencia, bien y aumento de la Orden, acuda al ejercicio de él, hemos elegido y nombrado á vos el venerable, magnífico y amado nuestro doctor Frey Hipólito de Samper y Gordejuela, prior de S. Jorge de Valencia, nuestro capellan de honor, de nuestro Consejo, asesor jubilado de baile general en la ciudad y reino de Valencia, y administrador del hospital de nuestra Señora de Monserrate de la corona de Aragon, por la satisfaccion grande que tenemos de la fidelidad y fineza con que os habeis portado en los puestos que habeis ocupado en nuestro Real servicio; por vuestras prendas singulares y noticias, por la destreza y pericia que teneis en los negocios que corren por vuestro cuidado, y especialmente por los agradables servicios que á Nos y á la Orden teneis hecho, defendiéndola en cuantas ocasiones se han ofrecido en vuestro tiempo, y sacando á luz los dos tomos de *Montesa ilustrada*, en los cuales dejasteis nuestra Real conciencia sosegada, exaltada la Orden, y sus hijos eternizados.» El señor nuncio de España D. Sabo Melini, movido del altísimo concepto en que estaba este varon insigne, le eligió para juez apostólico de la Nunciatura en 24 de Julio de 1684, y el rey D. Cárlos II para juez conservador de las Ordenes militares de Castilla; como asimismo para que escribiese una particular historia de la creacion de la Real capilla de la corte, institucion de sus ministros, série sucesiva de sus prelados, preeminencias de su dignidad y de otras que se le han agregado, y especial narracion del modo que se ha tenido en todas las funciones notables celebradas en presencia de los reyes. Pero aun-

que desde luego puso mano á esta grande obra, para la cual mandó S. M. se le manifestasen todas las bulas pontificias, decretos Reales, libros y memorias que á ella condujesen, no pudo concluirla por habérselo embarazado é impedido la envidia de sus émulos, como despues se indicará. Murió en Madrid á 7 de Mayo del año de 1700, á los sesenta y seis de su edad no cumplidos. Yace en la iglesia del hospital de nuestra Señora de Monserrat, bajo de una lápida que contiene la inscripcion siguiente, y unas palabras muy notables que dijo el rey D. Cárlos II al almirante de Castilla y á otros señores de su corte, con suma gloria de este autor:

D. O. M.

Si scires qui cernis urnam, quam magnum capit brevis hæc una virum, non aggerem tumulo, sed orbem digno parares mausolæo. Jacet hic famâ clarus D. Hippolytus de Samper et Gordejuela, patria valentinus, militaris Ordinis Montesiani frater clericus, et illustrator; illius studiorum domus collegiarcha; Sancti Georgii Valentini prior; utriusque jurisprudentiæ doctor, censor, et in patria Academia decretorum cathedræ moderator; Bajuli generalis Valentiæ Regius assesor; pro suo Ordine Regis ad honorem Capellanus; suæ Religionis in Curia procurator generalis; in sacro Hispanæ Nunciaturæ tribunali apostolicus judex; Ordinum militarium Castellæ conservator; hujusque Regii Aragonensium Xenodochii administrator. Montesiam illustratam in duos tomos edidit; innumeras pené miras, eruditas, politicas, historicas, et juridicas allegationes prælo dedit; primum tomum Regiæ Palatinæ Capellæ illustratæ ferè typis dandum reliquit, et plurima insuper manuscripta, gravibus jugiter distentus curis, ut vix hominis vita tanto labori suffectura videretur. Felix qui à suo dominante rege nostro Carolo II, illud meruit, ut cordatè dixerit: «Nullum se alium ex sacro statu in sua Hispana dominatione Hippolyto doctiorem habere.» Infelix tamen qui, gliscente inimica æmulatione, pro merito irremuneratus abiit. Præmia apud Deum feliciter consequatur. Obiit nonis Maii feria 6, hora 7 post meridiem. Anno Domini M.DCC. Ætatis suæ 66, mense 8, die 14.»

Escribió las obras siguientes: 1.° *Montesa ilustrada: origen, fundacion, principios, institutos, casos, progresos, jurisdiccion, derechos, privilegios, preeminencias, dignidades, oficios, beneficios, héroes y varones ilustres de la Real, ínclita y nobilísima Religion militar de nuestra Señora Santa María de Montesa y S. Jorge de Alfama;* Valencia, por Gerónimo Vilagrasa, 1669, dos tomos en folio, que dedicó su autor á la reina gobernadora Doña Mariana de Austria, por manos de D. Juan Crespi y Brizuela, lugarteniente general de la misma Orden. Antes de imprimir esta obra publicó un papel con

este título. —2.° *Informacion en derecho sobre la institucion de la dignidad de Lugarteniente general de S. M. en la ínclita Religion militar de nuestra Señora de Montesa, y S. Jorge de Alfama: su precedencia á las demás dignidades de la Orden, sus honores y preeminencias, y especialmente la de la gran cruz con que S. M. puede y debe ilustrarla*; Valencia, por dicho Vilagrasa, 1666, en fólio. Hace memoria de este papel en la obra antecedente, tomo II, pág. 388, número 610, y fueron tan eficaces sus razones, que se consiguió por ellas la merced de gran cruz para la tenencia general de la religion. —3.° *Manifiesto de la igualdad que los clérigos militares de la Orden de Montesa tienen con los caballeros sus hermanos, y de la capacidad para obtener sus empleos, especialmente el de procurador general;* Madrid, 1680, en fólio. En esta obra hace memoria en el núm. 11 de otra que habia trabajado en defensa de los clérigos de la Orden con el título de: 4.° *El Turiano valenciano.* No se sabe que se imprimiese. Parece que en ella corrigió algo de lo que habia escrito en su *Montesa ilustrada*, segun lo que se insinua en dicho número. —5.° *Religion de Montesa defendida;* Madrid, 1692. Dió motivo á esta defensa la prision de Frey D. Dionisio Ros de Ursinos y Castelví, caballero novicio de la Orden, hecha por un alcalde de corte en aquella villa. Competia D. Hipólito, como procurador general de Montesa, sobre el goce que tienen los novicios del privilegio del fuero, con el defensor de la jurisdiccion Real de los reinos de Castilla; y se empeñaron tanto las partes, que el rey D. Cárlos II mandó se votase la competencia, no solo por la sala de gobierno, sino por todo el Consejo Real de Castilla, y el mismo Rey asistió algunos ratos en la escucha el dia que votaron la sentencia, la cual salió tan á favor de la Orden, que entregaron á su disposicion y conocimiento la persona y autos del caballero novicio, con increible gloria de D. Hipolito Samper; y para que este triunfo fuese más notorio se reimprimió en Valencia su doctísima defensa el mismo año 1692, tambien en fólio, y añadieron una *relacion* del feliz suceso que ella obtuvo. —6.° *Colectoría de Misas en la iglesia de nuestra Señora de Monserrate del Hospital Real de la corona de Aragon, vindicada; su fundacion, principios y progresos descubiertos, y su jurisdiccion eclesiástica y seglar explicada;* Madrid, 1694, en fólio. —7.° *Sagrada defensa de las reliquias, cálices, corporales, vasos y ornamentos de la Real Capilla del Rey nuestro señor. Sobre si su custodia y guarda ha de continuarse por el guardajoyas y sus ayudas seglares y casados, ó ha de observarse el Real decreto de S. M., en que manda corra este cuidado por los ministros eclesiásticos de su Capilla Real;* Madrid, 1696, en fólio: es papel eruditísimo. Otros muchos dió á la estampa, los cuales dice Rodriguez haber sido tantos, que pudieran formar cuatro tomos como los de su *Montesa.* —8.° *Capilla Real de España ilustrada*, tomo I, en fólio. Escribia esta obra de órden del piado-

so rey D. Cárlos II, como viene dicho. Y aunque el P. Rodriguez dice no haberla concluido, así por haberle faltado su compañero el Dr. Fr. José Cambra, que le ayudaba á recoger los materiales, como por la tarea de otros estudios y molestia de sus achaques, se conviene en que fué otra la causa, y que la obra estaba más adelantada de lo que afirma dicho Rodriguez, tal vez por relacion del expresado Fr. Cambra; porque el mismo D. Hipólito hace memoria de ella en la defensa antecedente con estas formales palabras: *Cuya obra, estando para dar á la estampa, encalló por la emulacion y envidia como es notorio.* Y por eso se dice en la inscripcion sepulcral: *Primum tomum Regiæ Palatinæ Capellæ illustratæ ferè typis dandum reliquit.* Despues de la muerte de Samper pasó esta obra á manos del patriarca de las Indias don Pedro Portocarrero y Guzman; despues á poder de D. Luis de Salazar, cronista mayor de España; y por muerte de este al monasterio de Monserrat de Madrid, en donde han parado todos los manuscritos que D. Luis tenia en su libreria. Una copia de la misma obra tiene tambien en la suya el Sr. D. José Bermudez, presidente de la chancilleria de Valladolid, y despues consejero de Castilla. — 9.° *Ilustracion de la genealogía del baron conde de Cervellon, con documentos cristianos y políticos para sus descendientes*; Valencia, por la viuda de Bernardo Nogués, 1663, en fólio; siguiendo al P. Rodriguez, que atribuye esta obra al conde D. Gerardo de Cervellon, puede asegurarse que quien la escribió fué D. Hipólito, como D. Luis Salazar y Castro lo avisó á D. Gerardo Ernesto Frankenau, que lo publicó en su *Biblioteca genealógica de España* en los números 521 y 665. Otra obra genealógica escribió con este título: 10. *Genealogía de la casa de Lansol de Romaní.* La comunicó D. Hipólito á D. Luis Salazar, el cual en agradecimiento de haberle enviado un traslado de ella, hizo honorífica mencion del autor, y del libro en sus *Advertencias históricas*, pág. 29, núm. 31. Y asegura Frankenau, siguiendo á Salazar, que tenia asimismo trabajadas las *Genealogías* de la mayor parte de las familias nobles del reino de Valencia. — 11. *Chronica Sacræ Religionis Cistercio-Calatravensis Valentinæ Subcongregationis.* El mismo Samper ofrece en su *Montesa ilustrada* publicar dentro de breve tiempo esta obra. — 12. De otras muy apreciables del mismo D. Hipólito dejó noticia su compañero y amigo el Dr. Fr. José Cambra en una carta que existia original en poder del Dr. Juan Bautista Cabrera, escrita al pavorde Luis Rocamora, despues canónigo doctoral de la metropolitana de Valencia; en Madrid á 16 de Marzo de 1701, el cual dice así en una de sus cláusulas: *De D. Hipolito habia de haber todos los textos de Lucio III, trabajados é ilustrados, y los tenia él entre otros trabajos suyos. Yo he mirado muchos papeles suyos, y he encontrado muchos; pero no esos.* El P. Rodriguez añade que en la libreria de D. Hipólito se hallaron dos *volúmenes manuscritos de escritores valencia-*

nos, ambos en fólio y bien encuadernados, los cuales se cree fuesen escritos por él mismo. Hasta aquí se extienden las noticias que da Jimeno en su obra de *Escritores valencianos* relativamente á este colosal y eminente varon. Fuster, en su *Biblioteca Valenciana*, dice que el eruditísimo sabio y escritor D. Hipólito Samper fué persona de tantas prendas, que mereció los mayores honores de varios autores, entre ellos D. José Pellicer de Ossau y Tovar, en su *Sincello de las iglesias*, en la prefacion y dedicatoria. Además de las muchas obras que cita Jimeno, escribió tambien: *Breve relacion de la milagrosa imágen de nuestra Señora de los Desamparados de la ciudad de Valencia, y de la copia que goza esta Corte* (de Madrid) *en la iglesia del Real Hospital de los reinos de la corona de Aragon*. Corre al principio del sermon que predicó el P. Fr. José de Madrid á 9 de Febrero de 1686, publicado por el mismo Samper en dicho año con el título siguiente: *Gratulacion sacra en la primera solemnidad que dedicó á la santa imágen de nuestra Señora de los Desamparados, nuevamente erigida y colocada en el Real Hospital de nuestra Señora de Monserrat de esta Corte*, etc. Ultimamente, para dar á conocer el estilo y dar una muestra de los escritos de este eminente autor, bastará insertar la dedicatoria de su obra *Montesa ilustrada* á la reina Doña Mariana de Austria. Dice así: «Señora: A la Real mano de V. M. va su sagrada Religion de Montesa ilustrada en este breve volúmen, título que le han dado mis deseos en competencia del que pretenden negarle mis borrones. No soy yo quien la encamina y ofrece á V. M. Montesa es quien (por medio de su lugarteniente general) busca, como súbdita rendida, el alto destino de sus Reales pies, y el asilo sagrado de la proteccion de V. M., única gobernadora de los reinos y señorios del Rey nuestro señor (Dios le guarde) su administrador perpétuo, por cuyo título la reconoce superiora y la venera prelado. Ambicioso levanto el vuelo, cual águila al sol, no presumido de la pluma, seguro sí de ver á mi *Montesa* ventajosamente *ilustrada* entre las luces del sol de Austria, con el favor que espera de la vista de V. M. No merecerá censura de arrogante el título de este libro, sirviéndose V. M. de admitirle á su agrado, pues suplirá el resplandor de sus favores lo que hubiere deslucido el corto vuelo de mis discursos; y si estos no le acobardaron en empresa tan alta y generosa, viéndose ahora honrados y admitidos de V. M., tomarán aliento para mayores obsequios de su Real servicio, en cuyo empleo deseo ejercitar mi rendida obediencia, con la fineza que debo. Guarde Dios la católica y Real persona de V. M. como la cristiandad ha menester. Valencia á 13 de Agosto de 1667. —Frey Hipólito de Samper.» La introduccion del tomo II de dicha obra es la siguiente: «Ya nos cubre el polvo de la lucha. No solo es la batalla con los Padres Cistercienses, sino con otros á quienes movieron sus Reverendísimas. ¡Oh lo que siento la con-

tienda! Porque *non debet Charta dividere, quos amor mutuus copulavit;* pero obligacion es del hijo defender las glorias de su madre, y el provocado ninguna culpa comete en defenderse. Al que llama á la contienda se le atribuyen las demasías, pues solo el que las ocasiona las dice, no las pronuncia quien las habla. Modestia es del ofendido valerse del broquel y dejar la espada, como dijo Tito Livio: *Scuto nobis magis, quam gladio opus est;* con que en defenderme no agravio, divierto sí el golpe. A este fin ya en lo pasado corrí el velo á la antigüedad monástica en lo histórico; resta ahora hacer lo mismo en lo jurídico, para que uno y otro quede ilustrado. Y aunque podia entrar en este tratado por la puerta de los demás que me obligan á escribir, he procurado no hacerlo, conociendo que no es la principal, sino que he fabricado obra con materiales de la antigüedad, para que en todo tiempo sea el desempeño anciano, único apoyo que solicitó S. Gregorio Niceno para vencer las novedades de su siglo: *Sufficit enim ad nostri sermonis demonstrationem quod habeamus ad Patribus venientem ad Nos traditionem, velut hæreditatem quandam per succesionem ex Apostolis per Sanctos sequentes transmissam.* Con esto verán mis antagonistas que no huyo las dificultades; pues entro sulcando el mayor golfo de ellas, solo por descubrir el cándido puerto de la verdad. Si encontrase con ella será más dicha que la habilidad; pero he procurado sustituyese el trabajo mi insuficiencia: bien que me cuestan tanto mis yerros, como á otros sus aciertos. Ojalá sirvan de escarmiento ya que no puedan establecer desengaños. — A. L.

SAMPER (P. Plácido), de la Compañía de Jesus. Nació en Mamertino, en Sicilia, á últimos del siglo XVI, y desde su juventud dió ingeniosas pruebas de hallarse dotado de las circunstancias necesarias para seguir la carrera eclesiástica. Devoto, modesto, profundamente religioso y dado á toda clase de ejercicios de piedad, sus principales ocupaciones eran en la iglesia, donde se hallaba todo su recreo, huyendo de lo que los niños de su edad miran con natural predileccion. Llegado á la juventud hizo sus estudios con aprovechamiento, distinguiéndose por su aplicacion é ingenio y manifestando hallarse llamado á hacer grandes progresos en las ciencias. Pero cuando su familia, profesores y amigos esperaban los mejores resultados de su creciente laboriosidad, se retiró del mundo ingresando en la Compañía de Jesus, de la que fué uno de los más útiles miembros. No intentó desde luego darse á conocer en elevados puestos, ni obtener el aura popular en ocupaciones públicas, su genio era enteramente opuesto á todo lo que fuese vano brillo y esplendor, y vivia contento en el retiro con tal de prestar algun servicio á sus hermanos y á su Orden. Sus ocupaciones favoritas eran por lo tanto asistir á los enfermos, procurar su alivio y curacion, consagrarse á obras de caridad, asistir al confesonario y llenar en fin heróicamente todos los debe-

res propios de su profesion. Hízolo así durante su larga carrera, mereciendo continuados elogios de cuantas personas le conocieron y tuvieron ocasion de apreciar de cerca sus buenas cualidades. En sus últimos años, sin abandonar sus ejercicios piadosos, se consagró con especialidad á la oracion y penitencia, procurando así borrar las ligeras debilidades en que hubiera podido caer á causa de la imperfeccion de la naturaleza humana. Aunque consagrado á la profesion de escritor, sus obras fueron en corto número, bastante notables sin embargo para la historia, que ha sabido utilizarlas oportunamente; pero estas tareas no le impedian en nada las principales ocupaciones propias de su carácter, pues á ella se dedicaba exclusivamente llenando todos sus dias y horas la piedad y la devocion, y solo en sus ratos de ocio se entretenia componiendo algunas obras históricas, aunque de carácter hasta cierto punto religioso. Las escasas noticias que de este jesuita nos han quedado, nos impiden hacer mencion más larga de sus méritos y virtudes, pues su elogio, aunque mal trazado, se halla en todas las crónicas que se ocupan de él con harta ligereza. De sus obras únicamente citan dos: la una histórica, que es la conocida bajo el nombre de *Discursos académicos en elogio del puerto de Mesina*; ibid., por Francisco Bianchi, 1618, en 4.°; y otra segunda que ha quedado inédita, y que lleva el título: *De Imaginibus B. Virginis Deiparæ, quæ Messanæ coluntur miraculis celebres.* —S. B.

SAMPIERI (Domingo), sabio prelado, nació en Bolonia el 23 de Abril de 1739, de una familia ilustre desde el siglo VII por los empleos que habia desempeñado. Despues de haber terminado sus estudios de filosofía en su ciudad natal, fué á Roma á terminar la carrera de derecho bajo la direccion de hábiles profesores. En 1764 fué nombrado abogado consistorial, y tomó el hábito de la prelacía. Clemente XIV le nombró promotor de la fe, y se puede suponer que habria sido elevado á las más altas dignidades, si no le hubiese arrebatado una muerte prematura en 12 de Enero de 1774, á los cuarenta y cinco años. Escribió: *Dissertatio de emancipatione;* Roma, 1767, en 4.°— *Alocuzione detta nel teatro anatomico di San-Spirito;* Roma, 1781.— *Animadversione nella causa del venerabile D. Giovanni di Palafox*; Roma, 1772, á la que se han unido cuatro volúmenes de *suplementos* publicados por el P. Faure, jesuita, en 1784. Sampietri dejó manuscritos muchos volúmenes, que hasta ahora se han conservado en la biblioteca del Instituto de Bolonia, relativos á los asuntos de que habia tenido que ocuparse miéntras fué promotor de la fe. Fantuzzi menciona honrosamente á este prelado en sus *Saittori bolognesi.* —S. B.

SAMPSO (Fr. Raimundo), del órden de Predicadores. Fué natural de Barcelona, y tomó el hábito dominico en el convento de Santa Catalina de la misma ciudad. Dedicado al estudio con notable fruto y aprovechamiento,

mereció en el capítulo general de la Orden, celebrado en Bolonia en el año de 1611, se le condecorase con el título de predicador general. Varon de santa vida, inocentes costumbres, y cuidando tan solo de la perfeccion de la vida religiosa, vivió largos años consagrado á la oracion y al estudio, muriendo casi nonagenario por el año 1646 en el citado convento de Barcelona. En el capítulo general celebrado en Valencia en el año 1647 se hizo mencion honorífica de su talento y su virtud, colocando su memoria entre la de los que habian muerto en opinion de santidad. Fué director espiritual de la V. Hermana Hipólita Soler, de la ilustre familia de Rocaberti, y dejó escrita una obra titulada: *Quindecim volumina de pertinentibus ad mentalem orationem*, que no llegó á publicarse y que se conservaba en el antedicho monasterio.—M. B.

SAMPSON (S.), presbítero célebre por su amor á la hospitalidad, y médico en Constantinopla. La Iglesia, además que honra su memoria en 27 de Junio, le da el título de confesor. Era natural de Roma, ó de su territorio al ménos, y los agiógrafos le suponen pariente del emperador Constantino el *Grande*. Despues de repartir sus bienes á los pobres, costumbre muy general en la Iglesia primitiva, marchó á Constantinopla por inspiracion divina. En esta nueva corte de los emperadores romanos residia constantemente en las iglesias, siendo su principal ejercicio la oracion y el contínuo estudio de las Sagradas Escrituras. Cuanto más ocultaba su humildad á los ojos del mundo con una vida oscura y retirada, tanto más le daban á conocer el resplandor y buen olor de sus virtudes, llegando á tal extremo, que conocedor de su mérito el patriarca de Constantinopla, le elevó al sacerdocio, agregándole al clero de aquella metrópoli. Su ardiente caridad le hacia ser como el puerto de salud de todo pobre enfermo y peregrino, habiéndose dedicado al estudio de la medicina para curar á unos, al mismo tiempo que hospedaba á otros en su casa. Habiendo acometido por este tiempo al emperador Justiniano una enfermedad, que segun los médicos fué calificada de incurable, llamó á Sampson, quien consiguió muy en breve su curacion radical, y reconocido el César á este beneficio, al mismo tiempo que respetando la eminente virtud y pericia de tan notable médico, edificó á sus ruegos y bajo su direccion un grande hospital, nombrándole al mismo tiempo primer tesorero de la iglesia patriarcal, cargos ambos que le sirvieron admirablemente para ejercer con grande caridad y distribuir entre los pobres la riqueza que el cielo le habia concedido. Despues de una larga vida llena de admirables ejemplos, y habiendo dado salud á muchos, y sido modelo de perfeccion que imitaron no pocos, descansó en paz el año de 530 ó 531, siendo sepultado en la basílica de S. Mocio. Su nombre, dice Ramirez Luque, es tan célebre y venerado en la Iglesia de Oriente como el de Juan el *Limosnero*. Por tanto, el Mar-

tirologio arábigo egipcio le pone la siguiente colecta, que es la misma de San Juan: *Possedisti omnia, ó Pater sancte Sampson, dum in omnibus fuisti semper assiduus, ditans pauperes, ipsosque alens et salvans, peccare Christum Deum ut liberet animas nostras.* S. Menas, presbítero de Alejandría y patriarca despues de Constantinopla, fué su sucesor en el gobierno de un hospital que pasa por el primero entre los fundados por el cristianismo, citándose despues ya por su antigüedad, ó mejor por su importancia, los de *Sancti Spiritus* de Roma, S. Antonio de Constantinopla, y Sta. María de Roma en España.—S. B.

SAMPSON (Fr. Francisco Narnius), religioso franciscano, natural de Brescia ó Sena, segun todas las crónicas de la religion Seráfica, aunque su apellido parece indicar lo era de Narni, fué uno de los discípulos del patriarca S. Francisco, en la fundación de cuya órden trabajó despues con un celo y éxito que le honra sobremanera. Pertenecia á una familia ilustre, y recibió una esmerada educacion, haciéndose notable por su aprovechamiento y aplicacion. Pero habiendo oido predicar al fundador de las órdenes mendicantes, le pidió el hábito, que obtuvo sin dificultad, vistiéndole por primera vez en el convento de Sena. Allí al lado de S. Francisco aprendió las máximas de piedad que tanto debian enaltecerle despues, y adquirió vastos conocimientos en todas las ciencias que en aquel siglo se enseñaban. No tardaron en serle familiares la retórica, filosofía y teología, no pudiendo asegurarse en cuál de estos ramos del saber humano era más profundo. Los teólogos del colegio de Bolonia, admirados de su saber, y deseando premiarle, le inscribieron como maestro en su corporacion, grado muy difícil entónces de obtener, y que solo era concedido á los más aventajados. Sampson supo corresponder sin embargo á la distincion que habia recibido de sus compañeros, y ya en la enseñanza, ora en la predicacion, no tardó en ser uno de los profesores más afamados de Italia. Sus lecciones, escuchadas con avidez, atrajeron á personas de todas las clases de la sociedad, desde las regiones más apartadas de la península italiana, y honráronse en llamarse sus discípulos personajes esclarecidos por otros títulos, y cuyos hechos habian merecido ya la atencion pública. Tal fué el célebre Sampson como profesor, pues como predicador rayó todavía á mayor altura. Su elocuencia y erudicion, sus costumbres y vida ejemplar, hacian se le oyese en el púlpito con extraordinario entusiasmo, y todas las personas que por su clase y ocupaciones no podian acudir á las cátedras para admirar su ciencia y aplaudir su laboriosidad, se apiñaban en las iglesias para escuchar de sus labios en raudales de elocuencia las santas máximas del Evangelio y las nobles doctrinas encaminadas á la reforma de las costumbres. El discípulo de Francisco triunfaba en todas partes, y ora hiciese adeptos en las escuelas, decididos á seguir y defender

constantemente sus principios filosóficos, ya ganára almas para Jesucristo, en todas partes se le admiraba por su inteligencia y su mérito. Pero su más completa victoria fué en la misma Roma. La órden Seráfica, constante defensora del misterio de la Inmaculada Concepcion, abrió en 1447 un certámen para defenderle en presencia del soberano pontífice Sixto: acudieron teólogos de todas las naciones y los doctores más renombrados de Europa. Sampson fué uno de ellos. Los franciscanos habian puesto en él su confianza, y el éxito acabó por probar que no se habian engañado. Allí delante de un inmenso concurso y en pública asamblea, sostuvieron sus opiniones los teólogos de uno y otro partido, y Sampson, superior á todos, los venció repetidas veces con sus argumentos, y arrojó tanta luz sobre la cuestion tan debatida, que el Pontífice admirado le dió el sobrenombre de Samson, que usó desde entónces; porque así como el héroe de la Biblia, con sus extraordinarias fuerzas, habia vencido repetidas veces á los filisteos, de la misma manera el héroe franciscano habia confundido á los que sostenian una opinion contraria á la suya. Desde aquel instante rodearon á nuestro ilustre franciscano todo género de honores y consideraciones, justo premio de su distinguido talento. Nombrado ministro de la provincia de Tierra Santa, desempeñó este cargo por un breve período, pues deseoso de vivir en la soledad y el retiro, le renunció en 1469, dejando al año siguiente la filiacion que tenia en la provincia de Milan para volver á la suya materna. Pero ni áun así obtuvo el sosiego que ambicionaba, pues sus antiguos hermanos, conocedores de sus buenas cualidades, y deseosos de verse regidos por hombre de tan buena fama y tan reconocida superioridad, le nombraron su ministro provincial, y como si esto no fuera aún suficiente, no tardó en ser promovido á la suprema prefectura de la Orden, que gobernó por espacio de veinticuatro años con grande celo y acierto, continuando así la obra de su santo maestro, y haciéndola brillar y florecer hasta en las naciones más remotas. Murió en 29 de Octubre de 1499, á los ochenta y cinco años de edad, en Florencia, siendo sepultado en el convento de Sta. Cruz. Habia escrito: *Commentaria in librum Ethicorum Aristotelis. Quæstiones in VIII libros Physicorum.*—S. B.

SAMPSON (Pedro). Nacido probablemente en el castillo de Sampson ó Sampsoncena de Joyeuse, en el Vivarais, estudió el derecho canónico en Bolonia bajo la direccion de Jacobo de Albengo, elegido despues obispo de Faenza en 1258. Llamado á su vez á enseñar el derecho en la universidad de Bolonia, que contaba por aquella época con muchos estudiantes y profesores del mediodía de Francia, Pedro tuvo algunos discípulos ilustres. Erróneamente sin duda se le llama en algunos manuscritos del siglo VIII y en los fragmentos de Diplorotazio, Pedro de Sajonia; pues sin hablar de un gran número de manuscritos, que no dejan duda alguna sobre su nombre, Gui-

llermo Durante, que le cita, dice claramente que Pedro de Sampson, *Petrus de Sampsone*, habia sido como el canónigo de Narbona, y en las memorias del comun de Bolonia se encuentra en el año 1269 el nombre de Raimundo de Sampson, hijo de un señor de la diócesis de Maguelona, y en el año de 1273 el nombre de dicho Pedro de Sampson ó Sanson, canónigo de Nimes, que segun el abad Monti podria ser sobrino del jurisconsulto. No hay, pues, razon para dudar que perteneciese este á las provincias del mediodia de Francia. Ya se verá despues que intervino en muchos negocios en Aviñon, en Orange y Beziers. El obispo de Nimes, Raimundo de Amaury, para quien redactó algunas constituciones sinodales, ocupó esta silla desde el año de 1242 al 1272, y en este intervalo, pero en particular hácia los últimos años, fué cuando puede suponerse que regresó á Francia Pedro de Sampson, donde se le promovió á un canonicato de Narbona, y quizá á alguna dignidad superior en las órdenes eclesiásticas. Ignóranse las demás circunstancias de su vida y la fecha de su muerte. La única obra que se ha impreso con su nombre es la Coleccion de estatutos sinodales para el obispado de Nimes, publicada en el Tesoro del P. Martenne, segun el artículo 23 del manuscrito 1458 de la biblioteca del rey, anteriormente de Colbert, y otro manuscrito más completo de la iglesia de Aviñon, conservado hoy en la biblioteca de esta ciudad. Ambos tienen este título: *Incipit liber synodalis compositus per magistrum Petrum de Sampsono* (sic) *ad instantiam Domini Raymundi, Dei gratia Nemausensis episcopi*. Traduciremos el principio, que es una especie de carta pastoral. «Considerando que son absolutamente necesarias en la colacion de los sacramentos, y en el gobierno de las almas un gran cuidado y una vigilancia infinita, Nos, Raimundo, por la misericordia divina, Obispo de Nimes, afligido de la sencillez y de la insuficiencia de algunos sacerdotes de nuestra diócesis, que en la direccion de las almas sometidas á sus cuidados encuentran con frecuencia dudas y casos peligrosos, para instruir mejor y reformar á los clérigos, y principalmente á los que tienen cargo de almas en la diócesis de Nimes, para reprimir la malicia de los legos que se rebelan contra la Iglesia y de los hombres de iglesia, y procurar tambien la salvacion de sus almas, vamos con el consentimiento y el consejo de nuestros venerables hermanos el preboste y el capítulo de Nimes, á dar en compendio, bajo ciertos títulos, algunas advertencias útiles, que recogidas de diferentes autoridades ó de diversos estatutos, ó son de derecho, ó son conformes al derecho y á la razon.» Despues de esta introduccion, de una gravedad verdaderamente episcopal, que termina con la enumeracion de las materias principales, y por la órden formal dada á todo el clero de la diócesis de leer estas instrucciones sinodales, de comprenderlas y ordenarlas, expone el autor algunas veces con grandes detalles, todas las reglas que deben seguirse para

el bautismo, la penitencia, la Eucaristía y la extremauncion, la misa, el respeto debido á las iglesias, la enajenacion de los bienes eclesiásticos, la vida y las buenas costumbres de los clérigos, los testamentos, las sepulturas, los diezmos y primicias, los esponsales y matrimonios, las sentencias de excomunion y de entredicho, y la manera de absolver, ya á los enfermos, ya á las personas sanas; los perjurios y su castigo, los judíos y otras muchas cuestiones resueltas ordinariamente por esta clase de rituales. Está redactado por un canonista hábil, en un estilo claro y casi exento de palabras bárbaras, y es uno de los más interesantes documentos que pueden leerse para conocer las costumbres religiosas y áun civiles del siglo XIII. Dedúcese de él que se practicaba todavía el bautismo por inmersion, y que á pesar de la obligacion de sumergir tres veces al niño hasta el fondo del agua, se toleraba otra forma en los casos de más inminente necesidad. Para la penitencia se permitia en ciertas circunstancias confesarse con un lego, se recomendaba al sacerdote no oir en confesion en particular á las mujeres más que en un lugar público, y tener la capucha echada hasta los ojos; la fórmula de la absolucion no es la misma que la actual. No nos atrevemos á dar nuestro juicio sobre asunto tan delicado, pero algunas notas manuscritas de los sabios y piadosos Benedictinos nos autorizan á decir que se trata de él en estos estatutos no solo con largos y curiosos detalles, sino con mucha penetracion, prudencia y discrecion. Se prohibe comerciar á los clérigos y tomar tierras en arriendo; escuchar á los juglares y cómicos, jugar á los dados ó á otros juegos de azar; llevar vestidos encarnados ó verdes, colores de moda, á la sazon, mangas bordadas, zapatos en punta y con lazos, hacer uso para cabalgar de frenos, sillas ó arneses dorados, armarse de espadas, puñales ó lanzas. Y se les prohibia al ser elevados á las órdenes sagradas ejercitarse en la cirugía, en que se empleaba el fuego y el hierro. El poder temporal de la Iglesia se halla bastante explicado en el capítulo de los testamentos, en que se recuerda que el concilio de Tolosa habia ordenado que se hicieran en presencia del párroco, ó á falta suya, de algun otro eclesiástico, so pena de no ser valederos, y que el concilio de Narbona habia añadido que el testador que hubiese infringido esta ley, sería privado de la sepultura cristiana hasta que sus herederos hubiesen satisfecho convenientemente á la Iglesia, y excomulgado el notario hasta dar una satisfaccion semejante. Las disposiciones de estos dos concilios se recomiendan de nuevo á la obediencia de los fieles. No deberá exigirse nada, so pena de excomunion, por la bendicion nupcial ni por los entierros, ni por los demás sacramentos de la Iglesia, que deben ser conferidos gratuitamente; cualquiera salario de esta clase, aunque tuviese por pretexto la costumbre, es una corrupcion. Este cánon, que es el noveno del concilio de Tolosa, se renovó con fre-

cuencia, y siempre en vano. Es verdad que se dice en seguida que se puede recibir con reconocimiento ántes de la ceremonia cualquiera oferta voluntaria. Las cuestiones que se refieren á las excomuniones y á los entredichos, se examinan con extension y se resuelven casi siempre con prudencia. Estos rayos espirituales eran de un uso tan frecuente, áun para los intereses puramente temporales, que eran muy necesarias semejantes instrucciones para ilustrar la ignorancia y reprimir el celo del clero. En el capítulo sobre los judíos, se ve que en la diócesis de Nimes, como en las de Albi y Rodez, y en algunas otras, se veian obligados á llevar una rueda en el pecho para distinguirlos de los cristianos; á no salir durante ciertas épocas del año, á no emplear nodrizas ni criados cristianos. No se podia confiarles ningun cargo público, ni comer ó bañarse con ellos, ni habitar la misma casa, ni tomarles por médicos. Pero para evitar en el clero el excesivo celo por las conversiones, se ordenaba expresamente no bautizar á pesar suyo ni á los judíos ni á los demás infieles. Otro capítulo, por último, se compone de diferentes preceptos que no pertenecen á ninguno de los títulos especiales anteriores: está compuesto en su mayor parte de constituciones cortas y prudentes sobre la disciplina, en que se puede observar, como en otras actas de la época, las precauciones tomadas contra la invasion de los monjes en el gobierno de las parroquias. Es justo elogiar particularmente el estímulo dado por los obispos á la instruccion de sus subordinados, prohibiendo á los clérigos tomar arrendadas las rentas de una iglesia sin el asentimiento episcopal, á cuya prohibicion se une una excepcion: « á ménos que el prior ó el rector de la referida iglesia no quiera ir á estudiar teología; » pero se insiste en decir, que èste contrato no puede hacerse con legos ó con regulares. En estos artículos separados es donde se hace referencia á un concilio de Narbona, que no está en la coleccion de Labbé, ni en la de los concilios de la Galia Narbonense publicada por Balucio. Al fin del manuscrito de Aviñon, del que los editores no han podido leer algunas de las últimas líneas, se dice que el papa Urbano V gratificó á la iglesia de Aviñon con estos estatutos provinciales, á condicion de no enajenarlos nunca, en 7 de Marzo de 1364. Los hemos examinado con alguna extension, porque merecen no ser confundidos entre los muchos escritos que hay de este género, y porque se reconoce en ellos el mérito y el espíritu de un sabio jurisconsulto. La principal de las obras de derecho canónico atribuidas á Pedro de Sampson, es un vasto comentario sobre los cinco libros de decretales, que lleva tambien el título de *Distinciones*. Era difícil en aquella época obtener el nombre de canonista sin haber consultado las decretales, como el de teólogo sin haber escrito sobre los libros de las Sentencias. La Biblioteca Imperial de París posee numerosos manuscritos de este comentario con el nom-

bre de Pedro Sampson, en que el autor se intitula, *Pedro Sampsonis* ó *de Sansona*. Tambien existian en la abadía de Jumiege, en S. Aubin de Angers, en S. Martin de Tours y en Metz. Los diferentes manuscritos que se conocen de esta obra, que se ha disputado á Pedro Sampson, y áun como se dirá despues, impreso bajo otro nombre, son de los siglos XIII y XIV. Hay uno de este último siglo en la biblioteca de Leipzig, escrito en papel, bajo el título: *Constitutiones magistri Petri de Sampsona*, y en la suscricion *Distinctiones Petri de Sampsona*; compuesto únicamente de treinta y siete hojas, por lo que no debe estar completo. Sarti habia visto el del Vaticano, intitulado: *Distinctiones mag. Petri de Sanssone*, que no tiene prólogo como los otros *(Gregorius Interpretatur vigilans, et bene vigilavit etc.)*, sino que comienza: *Rex pacificus*, y termina así: *P. Samp. MCCLXVII. Explicunt distinctiones mag. Petri de Sampsona.* El mismo Sarti hace mencion del catálogo de Cervotto, hijo de Accuno, conservado en los archivos del comun de Bolonia, en el año 1273, y donde se encuentran además de las *Distinctiones Petri Saxonis* (error ya indicado), un compendio bajo este título: *Libellus Petri Saxonis super Decretales.* Parece que Pedro Sampson habia encontrado tambien algunas de las constituciones pontificias, que como las de Inocencio IV siguieron los cinco libros primeros: encontramos al ménos en un manuscrito, despues del *explicit* del gran comentario, esta rúbrica: *Incipiunt novæ constitutiones prioris libri. De Rescriptis. Lectura prædicti Petri.* Y á la página siguiente comienzan en efecto estas nuevas glosas: *Cum in multis. Casus et planus.* Pero no era preciso escribir además, como lo ha hecho una mano moderna, *Idem in Sextum*, pues estos nuevos rescriptos de papas no se reunieron á los antiguos con el título de *Sexta* hasta que lo hizo el papa Bonifacio VIII, y es probable que este comentario es anterior. Ya se ha hecho esta observacion con respecto al de Guillermo Duranti sobre las constituciones promulgadas por Gregorio X en el concilio de Lion, en 1274: Simon Meriolo no hubiera debido al publicarle darle como título *super Sexto*, puesto que el autor habia muerto en 1296. Pedro de Sampson, juzgando al ménos por el comentario que le atribuyen la mayor parte de los manuscritos, es un glosador de la escuela del curso, y se sabe que sería tan difícil como poco instructivo analizar todas estas notas, ya teológicas, ya gramaticales, sobre el código eclesiástico. Hubiéramos querido encontrar algunos rasgos característicos sobre su siglo á él mismo, pero se encuentran muy pocos, aunque no hubiera sido imposible, si nos lo hubieran permitido los largos detalles, extractar algunas observaciones del intérprete, y en particular de los casos que alega como ejemplos de algunos hechos, que no estarian absolutamente desprovistos de interés histórico. He aquí la razon porqué las lecciones de estos doctores, mezcladas algunas veces con los gran-

des asuntos de su tiempo, merecen ser consultadas todavía. Todo lo que podemos decir de estas, es que fueron bastante apreciadas en la universidad de Bolonia, puesto que la tarifa de los libros que se prestaban para los estudios, nos enseña lo que costaba el tomar prestados cinco cuadernos de esta obra *(Disputationes Petri de Sansone, vel Sansonis, V vel VI quaterni, taxati sol. II)*, y que en los archivos de Bolonia el año 1289, se miraba este comentario, *Lectura Petri de Sansone*, como una propiedad de algun valor para los estudiantes, y se aceptaba como una prenda por los acreedores. Entre los discípulos más célebres que tuvo en Bolonia Pedro de Sampson, se recuerda uno cuyas lecciones sobre el derecho canónico se han confundido con frecuencia con las suyas, sin que sea muy fácil hoy distinguir unas de otras. Intitúlase á este sujeto el Abad, con el sobrenombre del antiguo (*Abbas antiquus*) sin que se le designe de otra manera, y cuya misma abadía nos es desconocida. Colocada por Diploratacio hácia el año 1288, fué apellidado el antiguo cuando otro canonista, Nicolás Tedeschi, arzobispo de Palermo en el siglo XV, no usando tampoco más que este título de abad, fué necesario distinguir estos dos intérpretes de las leyes de la Iglesia. El primero fué llamado *Abbas antiquus;* el segundo *Abbas siculus* ó *panormitanus*. El antiguo ha comentado como su maestro, y poco más ó ménos en los mismos términos que las glosas que se le atribuyen, las grandes decretales y algunas otras constituciones posteriores. Al frente de esta coleccion en el elegante manuscrito del Vaticano descrito por Sarti, está representado el autor en su cátedra con la tonsura monacal y un hábito negro, rodeado de oyentes sentados en bancos. Pero Sarti confiesa que ignora el monasterio de que fué abad este profesor; reconoce únicamente que fué francés, originario de la Provenza, cuyos usos recuerda algunas veces en sus comentarios, y observa segun Diploratazio y el texto mismo del abad, que este habia habitado largo tiempo en Aviñon. Los manuscritos de la Biblioteca Imperial de París nos autorizan para decir que estas conjeturas son exactas, y áun á revelar el nombre de la abadía, la de Mont-majons-les-Arles, de la órden de S. Benito. En efecto, en el título de un manuscrito del siglo XIV, que perteneció al mariscal de Noailles, donde se ha borrado el nombre de Pedro de Sampson para sustituirle el de abad, *Domini Abbatis;* una mano más moderna ha escrito debajo de la línea, *Montis majoris*. Esta correccion no se encuentra en otros manuscritos, pero otra mano más reciente que el texto ha escrito tambien: *Abbas antiquus* ó *Abbas super Decretalibus*. Y es cierto que entre otros motivos para vacilar sobre el nombre del redactor de estas glosas, puede decirse que desde el preámbulo se encuentra alegada la autoridad del Mtro. Pedro, y que en el titulo de las prebendas y de las dignidades, sobre las cuestiones de investidura discutidas en Orange y en Beziers, se cita al

Mtro. Pedro Sampson en dos ocasiones al ménos en el manuscrito; pues la edicion dada en 1588 con el nombre de *Abbas antiquus*, y de que se hablará bien pronto, sustituye al nombre de Pedro de Sampson, aquí y en otros muchos lugares, las simples palabras: *Magister meus*, *Magistri mei*. En otros pasajes, y casi á cada hoja, dice el manuscrito, como de tiempo en tiempo la edicion: *Magister meus Petrus de Sampsone*. Se puede ver en particular su testimonio invocado para un asunto que interesaba á las parroquias de Aviñon. Pudiera muy bien sin duda atribuirse esta obra á cualquiera otro que no fuese Pedro Sampson, si no se supiese cuán difícil es reconocer los primeros autores de estas glosas, copiadas sin cesar las unas de las otras, é interpoladas con tanta facilidad. Pero áun cuando se admitiese que el cambio hecho en el citado manuscrito nos indica por fin el nombre de su autor y de su abadía, quedaria aún por saber á cuál de los abades de Mont-Majeur pertenecerian estas glosas y este nombre vago de *Abbas antiquus*. Lo que no nos atreveriamos á añadir áun despues de un estudio exacto de la historia de esta abadía, que desgraciadamente no pertenece á esta discusion. El comentario de que se trata, cualquiera que sea su autor, se ha impreso primero, *usui litterario jure vacantium*, en Estrasburgo, en fól., en 1510, por Schot, y despues muy poco correctamente en Venecia, en fól., en 1588 por los Fanti bajo este título: *Abbatis antiqui super quinque libris Decretalium lectura certe aurea*, con las adiciones del jurisconsulto Florentino Sebastian de Médicis al frente de una coleccion en que se encuentran tambien las glosas sobre los mismos libros por Bernardo de Compostela, Guido Pape y Juan de Capistrano. Resulta del paralelo que hemos hecho de esta edicion con algunos manuscritos del comentario que lleva el nombre de Pedro de Sampson, que con frecuencia en efecto, ambas obras son absolutamente semejantes, y que es preciso ó que el dictado del maestro se haya escrito con la mayor fidelidad por el discípulo, ó el escrito del discípulo se haya atribuido al maestro. Está por lo ménos fuera de duda que el abad se ha contentado con frecuencia con reproducir los cuadernos de su maestro Pedro de Sampson, segun lo confiesa él mismo muchas veces. Además de Pedro de Sampson, á cuyo dictado parece haberse redactado en realidad la obra, siendo tan numerosos los pasajes en que se le toma por guia, se encuentran citados en estas glosas, y por consecuencia en las que llevan el nombre del mismo Pedro, los jurisconsultos y canonistas de los nombres que siguen: Inocencio IV, Bernardo de Compostela, Etzo, Tancredo, Guillermo de Auxerre, Jacobo de Albenga, Huberto de Bobio, Rofredo, Alberico, Acurso, Odofredo, Raimundo de Peñafort (*de Petraforti*, lo mismo en el texto impreso), Vicente, Juan de Dios, Goffredo, Naro, Reinaldo, Lorenzo, etc. Hay otro canonista francés casi del mismo nombre que Pedro de Sampson, y á quien es más

fácil de confundir con él, Sanson de Chaumont de Bassigni, *Sanson del Calvomante in Barineyo, legum professor Lingonensis diœcesis, ac illustris regis Franciæ clericus*, títulos que se da á sí mismo en su prólogo, escribió en los últimos años del siglo XIII ó los primeros del siguiente, un compendio de las célebres glosas de Enrique de Suza, cardenal de Ostia, sobre las decretales. La Biblioteca Imperial de Francia posee uno de estos manuscritos del siglo XIV y otro la abadía de Saint Victor, del que traducimos lo que ha dicho el autor de sí y de su trabajo, en el preámbulo de que hemos citado ya algunas palabras: «Aunque el comentario del cardenal de Ostia contiene algunas cosas buenas y útiles, sin embargo, como contiene literalmente todas las glosas de B. (sin duda Bernardo de Compostela) y del papa Inocencio y de esta excesiva fecundidad de palabras, demasiado costosa para los pobres, es demasiado embarazosa para los ricos, yo, Sampson de Chaumont de Bassigni, profesor en leyes de la diócesis de Langres, y clérigo del ilustre rey de Francia, sin presumir de mi saber y de mi experiencia en el derecho, tanto civil como canónico, pero lleno de esperanza en la proteccion divina; dejando á un lado las glosas de B. y del papa Inocencio, que es inútil tener dos veces, he querido poner aparte, para utilidad de los estudiantes, lo dictado por el cardenal de Ostia, fielmente sacado de su coleccion, uniendo algunas de mis pobres ideas y alegando por la necesidad los nuevos rescriptos del libro VI. En este escrito se encontrarán muchas cosas útiles, que con la ayuda de Dios darán frutos abundantes á la casa del Señor. Este trabajo me ha costado inmensas penas y he pasado sin dormir noches y dias, pero como lo he compuesto en honor de la santa Iglesia romana y para provecho de los estudiantes, he mirado estos trabajos como un consuelo.» Este compendio, posterior como se ve á la publicacion del *Sexto*, es decir, al año 1298, es bastante largo todavía, pues los cinco libros comprenden en el manuscrito de Saint Victor doscientas treinta y cuatro hojas á dos columnas, de sesenta y cuatro líneas cada una; lo que era verdaderamente entónces mucha brevedad para un glosador canónico. Un manuscrito de estas glosas existia en S. Benigno de Dijon, y otro se encuentra hoy todavía en la biblioteca pública de la ciudad de Douai.—S. B.

SAMSAI, escritor ó secretario que escribió con Reum Betleem al rey Artagerges contra los judíos recien venidos del cautiverio en 3470, ántes de Jesucristo 530, ántes de la era vulgar 534. El Artagerges á quien escribieron es el mago que usurpó al imperio despues de la muerte de Cambises. Trogo le llama Oroparto y Herodoto Smerdis. — S. B.

SAMSON. Este juez y libertador de Israel, de quien nos hablan las Santas Escrituras, fue hijo de Manué, de la tribu de Dan, y de una madre hasta entónces estéril. Nació de una manera milagrosa hácia el año 1155 ántes

de Jesucristo, segun la cronología de Ushero. Fué educado en Nazarenna, es decir, que fué consagrado al Señor en su nacimiento, que se le dejó crecer el cabello, y que se abstuvo del vino y de toda clase de licor fermentado. Empezó á estar en él el espíritu de Dios, por la fuerza extraordinaria de que fué dotado, cuando se hallaba en los campos de Dan, entre Saraa y Esthaol; á la edad de diez y ocho años descendió á Thamnatha, y viendo allí una doncella de los filisteos, se enamoró de ella. Obligó á su padre y á su madre á que la pidieran para casarse con ella, los que repugnándole al principio, consintieron al fin en este enlace. Fué, pues, Samson con ellos á Thamnatha, y cuando llegaron cerca de las viñas próximas á esta ciudad, se separó de ellos por algunos instantes. En este intervalo apareció repentinamente un furioso leon, que rugiendo se dirigió directamente hácia Samson. A pesar de hallarse sin armas este jóven, se lanzó á la fiera, lo desgarró como si hubiera sido un cabritillo lechal y le hizo pedazos. Uniéndose á sus padres, no les dijo nada de cuanto habia pasado. Llegados que fueron á la ciudad, y pedida la doncella que le habia agradado, se la prometieron por esposa. Volviendo pocos dias despues para casarle, se separó del camino para ver el cuerpo del leon que habia destrozado, y encontró en su boca un enjambre de abejas con un panal de miel que habian hecho en ella, y segun dice la Escritura, comió de ella y dió de comer á sus padres. Durante el festin que debia preceder al matrimonio, y al cual habian sido convidados treinta filisteos, Samson les dijo: «Voy á proponeros un enigma, y si me le podeis descifrar en los siete dias que durará la fiesta, os daré treinta vestidos y otras tantas túnicas; y si no podeis, me dareis á mí lo mismo.» Proponed vuestro enigma, le dijeron los jóvenes, á fin de que sepamos en qué consiste. «El alimento ha salido del que comia, respondió Samson, y la dulzura del que es feroz.» Embarazóles mucho á los jóvenes este enigma, y cuando vieron que no le podian explicar, y que se acercaba el plazo, se dirigieron á la novia de Samson, y le dijeron: «Ganad por medio de vuestras caricias á vuestro marido, y conseguid de él que os descubra la significacion del enigma, pues que si no lo conseguís, vamos á quemaros viva y á la casa de vuestro padre: ¿nos habeis convidado á vuestra boda para que perdamos nuestros vestidos? Puso la mujer de Samson en juego cuanto sus encantos y destreza tenian de más seductor para arrancar á Samson el fatal secreto, y lo consiguió. Apénas lo supo, cuando corrió á decírsele á sus compatriotas. Llegado el dia señalado, fueron todos á decir á Samson: «Qué cosa hay más dulce que la miel y más feroz que el leon?» Oido esto se fué corriendo á Ascalon, y matando treinta filisteos, cuyos vestidos les quitó, los trajo y entregó segun lo habia prometido á los que habian explicado su enigma. Retirándose en seguida á casa de sus padres, abandonó momentánea-

mente á su esposa, la cual fué dada en matrimonio á uno de los jóvenes invitados á sus bodas. Llegado el tiempo de la recoleccion de granos, volvió Samson á Thamnatha con la intencion de ofrecer un cabrito á la que consideraba su mujer; pero el padre de la jóven le impidió entrar en su aposento diciéndole: «He creido aborreceis á vuestra mujer, y se la he dado á uno de vuestros amigos, tiene una hermana más jóven y bella y os la daré en su lugar.» No queriendo Samson aceptar el cambio que se le proponia, juró vengarse de este ultraje. Tomó trescientos raposos que ató dos á dos por la cola, y atándoles unas teas encendidas, los dejó en el campo. Corriendo los raposos avivados por el fuego, prendieron los sembrados de los filisteos que se hallaban engavillados para ser segados, y el incendio se comunicó á las viñas, á los olivares y á cuanto habia en sus campos. Luego que los filisteos conocieron al autor de tan espantosa desolacion, y los motivos que le habian impulsado á ello, quemaron á la mujer de Samson con su padre. Esta fué una especie de reparacion ofrecida al esposo ofendido; pero él no lo tomó asi y les dijo: «Aun cuando habeis hecho esto, no dejaré por ello de vengarme aún de vosotros, y despues viviremos en paz.» Efectivamente, se dirigió contra ellos y los batió haciendo una cruel carniceria, retirándose en seguida á la caverna de la roca de Etam. Reuniéndose armados los filisteos, se acamparon no léjos de la cueva en que se habia retirado Samson, y amenazaron á los de la tribu de Judá de hacerles responsables de los desastres que habian experimentado. Atemorizados con semejante amenaza, tres mil hombres de la tribu de Judá se dirigieron á buscar á Samson con el designio de sujetarle y entregársele á los filisteos. Pidió Samson á sus compatriotas la vida y se dejó atar como prisionero. Conducido de este modo al campo de los filisteos, que gozándose de antemano de poseer á su mortal enemigo daban espantosos gritos, el jóven hebreo rompió las cuerdas nuevas con que le habian atado con la misma facilidad que se consume el lino cuando siente el fuego, y apoderándose del hueso quijada de un asno, que encontró en el camino á sus piés, aún no desecado, se sirvió de ella como de una maza, y mató mil hombres. Despues de este maravilloso hecho arrojó la quijada cantando, y llamó á este sitio *Ramath-Lechi* (elevacion de la quijada). El calor del combate le causó una sed ardiente, y dirigiendo su vista al cielo exclamó al Señor: «Vos sois el que habeis salvado á vuestro servidor concediéndole esta gran victoria, pero yo me muero de sed y caeré en manos de estos incircuncisos.» Inmediatamente abrió el Señor una de las muelas de la quijada de que se habia servido, y de ella salió agua en abundancia, con la que se sació Samson, que volvió á recobrar sus fuerzas. Desde esta época este valeroso hombre fué nombrado juez de Israel, cuya alta dignidad desempeñó durante veinte años. Al fin de este período fué á Gaza y se alojó en casa de una

cortesana. Habiendo sabido los habitantes que se hallaba en la ciudad, pusieron guardas en las puertas y tomaron todas sus medidas á fin de que no se les escapase y pudiesen matarle cuando tratase de salir por la mañana. Durmió Samson hasta la media noche, y levantándose, se fué á la puerta de la ciudad que se hallaba cerrada, y empujándola, arrancó de cuajo las dos enormes hojas con su marco, barras y cerraduras, y echándoselas á la espalda, las llevó á cuestas á la cima de la montaña que da frente á Hebron. Apasionóse desgraciadamente de una mujer del valle de Soree, llamada Dalila, y los jefes de los filisteos resolvieron sacar partido de esta circunstancia en cuanto se informaron de ella. Prometieron á Dalila mil cien monedas de plata si conseguia descubrir el motivo de la extraordinaria fuerza de Samson. Como la astuta Dalila le exigiese con sus caricias la dijese Samson lo que deseaban saber sus enemigos, la engañó la primera vez diciendo que se agotarian sus fuerzas si se le atase con cuerdas hechas con nervios aún frescos y húmedos, y otra vez la dió á entender, que si se le ataba con cuerdas nuevas de que jamás se hubiese servido nadie, vendria á quedar tan débil como los demás hombres. Otra vez la manifestó que se lograria hacerle perder su fuerza, si haciendo ella trece trenzas de sus cabellos, las ataba á un clavo fijado en tierra. Y en fin, vencida por sus impertinencias la firmeza de su corazon, cayó en una laxitud mortal y la confesó la verdad. «Soy Nazareno, le dijo, desde el vientre de mi madre, y si se me rapa la cabeza se acabará toda mi fuerza y quedaré tan débil como el resto de los hombres.» Conoció entónces Dalila que Samson la habia abierto su corazon, y que podia atenerse á su declaracion con entera confianza, y mandando á los filisteos la llevasen el dinero convenido, hizo dormir á Samson sobre sus rodillas colocándole la cabeza en su seno y llamando á un hombre que habia dispuesto al efecto, le mandó cortar los siete mechones de cabellos que constituian la fuerza del juez del pueblo de los hebreos, y hecha esta maligna operacion le arrojó de su seno, lo cual pudo hacer porque efectivamente las fuerzas le habian abandonado, y le dijo: «Samson, hé aquí los filisteos que vienen á prenderos;» y despertándose Samson, la contestó: «que vengan, que yo sabré librarme de ellos como otras veces; porque no sabia, dice la Escritura, que el Señor le habia abandonado. Apoderándose los filisteos de su persona, le sacaron los ojos, le condujeron á Gaza cubierto de cadenas, y le encerraron en una prision en la que le obligaron á mover la muela de un molino. Empezando á crecer sus cabellos, fué recobrando tambien sus fuerzas. Los príncipes de los filisteos, que aún no habian manifestado su reconocimiento á Dagon por el triunfo que habian obtenido sobre su enemigo, se reunieron en gran número en el templo para celebrar fiesta y cantar alabanzas á esta divinidad. En medio de la embriaguez del festin hicieron condu-

cir al templo á Samson para librarse de él, y el juez de Israel, luego que se halló en aquel sitio, dirigió esta súplica al Eterno: «Oh Señor, Dios mio, acordaos de mí; volvedme, Dios mio, mi antigua fuerza, para que pueda vengarme de una vez de mis enemigos por la pérdida de mis ojos.» Dicho esto, como estuviese entre las dos columnas sobre las que se apoyaba el templo, se abrazó á ellas, y rompiéndolas con un esfuerzo al decir: «Muera con los filisteos,» cayó en ruinas el templo sobre los príncipes y sobre cuantos le ocupaban, matando más filisteos que cuantos habia matado en toda su vida, sucumbiendo tambien él con ellos como lo habia deseado, el año 1117 ántes de la venida de Jesucristo. Los hebreos enterraron á Samson luego que le sacaron de entre las ruinas del templo en el sepulcro de su padre Manué, entre Saraa y Esthaal. Tal es la historia de Samson contada por la Santa Escritura en el libro *de los Jueces*; un tejido de prodigios desde el principio hasta el fin, que jamás hubiera podido hacer este valiente hebreo sin la ayuda de Dios. Ha habido escritores, dice el biógrafo Labouderie, que no han visto en la relacion de tantas maravillas sino alegorías de que podia sacarse partido para edificar la piedad; el apóstol S. Pablo nos enseña que todas las cosas llegaban en figura á los israelitas, pero es necesario que no se siga este principio hasta la exageracion. Los incrédulos, por su parte, añade, han mirado la historia de Samson como una fábula, y han atacado la mayor parte de sus circunstancias, siendo ella el constante objeto de las burlas de Voltaire, que consiguió la más picante y atrevida en su *Biblia al fin explicada*; pero las chanzonetas de mal género de este incrédulo no han quedado sin respuesta. El abate Bullet, en sus *Respuestas críticas*, ha explicado las dificultades que se han representado acerca de la reunion de los trescientos raposos, y de la miel que el enjambre de abejas hizo en la boca del leon, y otros comentadores han resuelto tambien estas dificultades, á las que (añadiremos á lo dicho por el expresado biógrafo) nosotros hubiéramos simplemente contestado, que el que hizo el cielo y la tierra, bien pudo hacer que un hombre escogido por su omnipotencia tuviera fuerzas extraordinarias é hiciese maravillas, puesto que el que puede lo más, puede lo ménos. Los poetas se han servido de la historia de Samson para presentar dramáticamente á este héroe de los hebreos: Ville Toustain escribió una tragedia titulada: *Samson el fuerte*, en cuatro actos y en verso, que se imprimió en 1620. Una tragedia de Samson hace parte del teatro italiano de S. Riccoboni. Freret hizo imprimir en 1717 una tragedia de Samson. Romagnesi hizo representar el 28 de Febrero de 1730, en el teatro italiano, una tragi-comedia en cinco actos y en verso francés, que habia impreso. Voltaire imprimió en 1750 una ópera de Samson, que habia compuesto en 1732, y cuya música habia empezado á escribir Rameau, y como no se

permitiese su representacion, el músico empleó parte de su trabajo en su ópera de Zoroastro. Arístides Plancher Valcour compuso una tragedia de Samson que ha quedado inédita; y en fin, segun Mr. Beuchot, uno de los redactores de la *Biografía universal* de Michaud, Samson es el asunto de un baile de gran espectáculo que compuso Mr. Henri, el cual se puso en ejecucion en el teatro de la Puerta de S. Martin, en París. —C.

SAMSON (S.) Nació este obispo de Dol el año 495. Fué hijo de un señor breton llamado Amuson, y educado bajo la direccion de S. Hidulfo, abad de un célebre monasterio en la Gran Bretaña, llamada despues Inglaterra. Luego que acabó sus estudios, tomó el hábito de religioso en esta abadía, y pasó á otro monasterio gobernado por S. Piron en una isla dentro del mar. Despues de haber sido diez y ocho años abad de este monasterio, hizo dimision del gobierno de esta casa, y se retiró á un antiguo castillo, del que salia solo los domingos y dias de fiesta para celebrar el santo sacrificio en la iglesia del monasterio y asistir al oficio divino. Elegido arzobispo de Yorck, gobernó esta iglesia algunos años, y advirtiendo que una parte de su diócesis se moria de peste, y que el resto habia perecido á la espada de los sajones, volvió á repasar el mar y se fué á la Bretaña ó Armórica con S. Magloire y S. Maclou, sus parientes, y les acompañaron algunos otros cristianos. Cuando llegó á su país, construyó un monasterio cerca del castillo de Dol, sitio que ocupa hoy la ciudad de este nombre. Commoro, conde de Leon y de Cornuailles, asesinó á Jonás, rey de Bretaña, y S. Samson fué á pedir socorros á Childeberto, rey de Francia, á fin de poner en el trono á Judwal, hijo del difunto y legítimo heredero de la corona. Obtuvo lo que pidió, y ayudado Judwal por los franceses, venció al tirano Commoro y se restableció en sus estados. Este príncipe reconocido hizo grandes donaciones al monasterio de S. Samson, y solicitó del papa Pelagio I se erigiese en obispado, en lo cual consintieron todos los obispos de Bretaña. A peticion del expresado soberano, mandó el papa el *pallium* á S. Samson. Desde esta época todos los prelados que le han sucedido han pretendido sucesivamente el derecho metropolitano en la Bretaña y el uso del *pallium*; pero el pontífice Inocencio III, que fué elevado al pontificado el año 1198, declaró que S. Samson habia sido sencillamente obispo de Dol, áun cuando á causa de su cualidad de arzobispo de Yorck se le hubiese permitido servirse de las insignias de esta dignidad, habiendo mantenido á pesar de esto sus sucesores la cruz que ponen de timbre en sus armas. En 557 asistió Samson al concilio de París, y rehusó tomar el aposento que mandó prepararle el rey en su palacio, prefiriendo alojarse en el monasterio de S. Vicente, que despues se llamó S. German de los Prados. S. German hizo entónces una estrecha alianza entre este monasterio y el suyo; desde aquella época mandaban los mon-

jes de S. Vicente á los de Dol vino todos los años, remitiendo los de este monasterio á aquellos cera para el servicio del culto. Terminado el concilio volvió Samson á Bretaña, en donde manifestó su santidad por algunos prodigios, y adonde murió el dia 28 de Julio de 607, á la edad de ciento doce años. Su cuerpo fué trasportado de la iglesia catedral de Dol, cuando los normandos hicieron una cruel irrupcion en Francia por la Bretaña, bajo el reinado de Cárlos el *Calvo* en el siglo IX. Los obispos de Dol y de S. Maló se refugiaron en París, llevando consigo las reliquias de S. Samson, S. Magloire y S. Maclou, las que depositaron en la Real capilla de palacio, en donde se halla hoy la iglesia parroquial de S. Bartolomé. Poco despues Hugo el *Grande*, conde de París, fundó cerca de esta capilla un monasterio de religiosos de la órden de S. Benito con el nombre de S. Magloire; pero despues los religiosos se retiraron con los cuerpos de los tres santos á la calle de S. Denys, desde donde pasaron á establecerse al arrabal de Santiago, casa que perteneció despues á los Padres del Oratorio. Recuerda la Iglesia á este santo el 28 de Julio, y pueden tomar más noticias los que deseen en la *Historia monástica de Occidente*. —C.

SAMSON. Baronius en sus Anales hace mencion de un eclesiástico español de la ciudad de Córdoba en el siglo IX, que confesó valerosamente la fe católica delante de los reyes infieles, y que escribió para uso de los católicos una Apología, de que hace mencion Ambrosio de Morales en sus anales del papa Eulogio, etc. —C.

SAMSON, obispo de Winchester. Fué natural de Angers en cuya escuela siguió los estudios bajo la direccion de Marbodeo de Rennes. Algunos autores, sin embargo, le suponen inglés y hermano de Tomás, obispo de Yorck, sin que podamos asegurar lo que hay de positivo en este punto, se halla de todos modos averiguado que Samson hizo sus estudios en Francia y despues pasó á Inglaterra, donde obtuvo el obispado de Winchester y no el de Worcester, como han sostenido tambien otros autores. Dióse á conocer en él por su ciencia y piedad, mereciendo figurar entre los ilustres prelados de su época, y tomando una parte muy activa en todos los negocios de alguna importancia. Por desgracia se ignoran las principales circunstancias de su vida, así como las relativas á su muerte, suponiéndose sería digna de la fama que por muchos méritos ha obtenido despues. —S. B.

SAMSON (Ricardo). Habiéndose declarado este eclesiástico inglés en favor de Enrique VIII, rey de Inglaterra, le nombró dean de su Real capilla, y poco despues le confirió el obispado de Lichefield y de Conventri. A fin de complacer al rey, escribió contra la primacía del Papa un libro que fué condenado; pero despues de la muerte del rey se retractó de cuanto habia escrito, y tomando contrario camino, sufrió mucho el resto de su vida por

defender la fe católica. Murió el año 1555, cuando reinaban en Inglaterra la reina María y Felipe II, rey de España. Segun Pitseus, este prelado escribió sobre los salmos de David y sobre la carta de S. Pablo á los romanos.—C.

SAMTANA (Sta.), vírgen y abadesa. En el 19 de Diciembre hacen mencion los Santorales, refiriéndose al autor Colgan, de una sierva del Señor llamada Samtana, de la cual solo nos dicen que consagrando á Dios su virginidad y deseando que otras la imitasen en el servicio del Señor, ideó crear una comunidad de religiosas vírgenes. Para que no estuviesen expuestas á los peligros del mundo despues de sus votos, levantó á su costa una iglesia y un monasterio capaz para el culto, y para dar albergue seguro á sus hermanas en Irlanda, de donde sin duda fué natural, y nombrándola abadesa su comunidad, rigió santamente esta santa y nueva casa de recogimiento, oracion y penitencia con el mayor acierto hasta el año 738 de nuestra era, en el que se verificó su dichoso tránsito, para gozar en el cielo las riquezas que en él habia atesorado en la tierra con sus virtudes, entre las que resplandecieron en primera línea la piedad y caridad cristianas.—B. C.

SAMUCO (Fr. Guillermo), minorita francés. Pocas son las noticias que nos han quedado de este religioso, perteneciente á un siglo en el que apénas han penetrado las luces de la historia, y del que la crítica apénas ha podido descubrir algunos hechos sin órden ni hilacion. Samuco sin embargo dejó las noticias suficientes para juzgar de sus hechos y su vida, para darnos á conocer, si no con la extension que deseáramos, al ménos con la suficiente para decir algo de las principales vicisitudes por que hubo de atravesar en su azarosa carrera. Nacido en un siglo en que la Europa marchaba como un solo hombre á la conquista de los Santos Lugares, Samuco, cruzado tambien, se encaminó á la conquista del Santo Sepulcro; pero ganoso de la gloria futura más bien que de la terrenal, abandonó la espada del peregrino para vestir la cogulla del fraile. El monte Carmelo, mansion inmemorial de antiguos cenobitas, fué la morada elegida por Samuco para consagrarse al retiro y la oracion; allí en el fondo del claustro, ejerciendo las virtudes monásticas, pasó lo mejor de su vida, miéntras sus hermanos marchaban á Jerusalen é iban de ciudad en ciudad colocando sobre sus murallas la cruz del Salvador del mundo. Empero estas victorias no tardaron en ir seguidas de las más funestas derrotas. Toda la Palestina, Jerusalen, la Siria y el Egipto, campo poco ántes de las glorias de los cruzados, fueron conquistados por Saladino, y sus modernos señores tuvieron que huir á Europa, ó refugiarse en algun puerto de mar donde pudieron sostenerse, aunque con dificultad, gracias á las armadas que protegian las costas, ó á los socorros que de cuando en cuando recibian de Occidente. Samuco no tuvo

a suerte de continuar con sus hermanos en la Palestina, y hubo de regresar á Chipre á un convento que nos es desconocido, y compuso una obra en que refiere sus aventuras y las de los cruzados que le acompañaban. El título de su obra indica su grande importancia, mas por desgracia ignoramos su existencia, que sería muy de desear pudiese averiguarse, pues nos daria noticias detalladas sobre muchos acontecimientos desconocidos ó dudosos todavía, y que dados á luz serían de grande utilidad para los historiadores de aquella época. Tenemos sin embargo que contentarnos con una mera mencion, dejando á otros más afortunados hacer las investigaciones que creemos necesarias; se denomina: *Chronicon de amissione monasteriorum Terræ Sanctæ, et de multiplicatione sui Ordinis per Europam atque alia.*—S. B.

SAMUEL. La historia de todos los pueblos y países comprueba lo que se halla de otra parte comunmente recibido, esto es, que la mayor parte de los hombres ilustres deben mucho á sus madres, ó porque la ternura de las madres despierta y nutre en el alma de los hijos las primeras centellas del genio y de la virtud, ó porque inspiradas por su amor saben mejor que nadie interesar al cielo en el porvenir de sus hijos, porque Dios, que dió al mundo el precepto y el ejemplo del sacrificio, glorifica lo que ellos han consagrado por sus angustias, sus esperanzas y su oracion. Así se verificó en la madre de Samuel. En el país de Efrain, en la ciudad de Ramacha, habia un hombre de la tribu sacerdotal que se llamaba Elcana. Segun la comun costumbre de los israelitas, Elcana tenia dos esposas: la de primer órden se llamaba Ana, es decir, *que posee la gracia*: la de segundo órden se llamaba Tenenna. Ana era estéril como Sara; Tenenna era fecunda é insolente como Agar; y así la casa de Elcana, como la de Abraham, fué turbada por las disensiones que nacen de la poligamia. Ana tenia que sufrir las burlas é indirectas de su rival en felicidad. El esposo la consolaba en su abatimiento; mas ella, lleno siempre de angustia el corazon, vino á rogar en la puerta del templo, y derramando copiosas lágrimas en el fervor de su deseo, hizo este voto al Señor: «Señor Dios de los ejércitos, si os dignais fijar una mirada sobre vuestra afligida sierva, si os acordáreis de mí dándome un hijo, os lo consagraré por todos los dias de su vida, y no pasará navaja por su cabeza.» Por aquel tiempo Heli ejercia en Israel el cargo de gran sacerdote, y su ministerio le habia llamado al templo cuando Ana vino allí á hacer su oracion, y observando el movimiento de sus labios sin escuchar palabra alguna, pensó que estaba ébria por exceso en la bebida, y la increpó ásperamente. Mas ella respondió al pontífice con la más humilde sumision: «Perdonad, señor, yo soy una mujer muy desdichada: no he bebido vino ni cosa que pueda embriagar, sino que estaba derramando mi corazon en la presencia del Señor. No trateis á vuestra sierva como una mujer impía y cor-

rompida, no la tengais por alguna de las hijas licenciosas de Belial, porque solo la vehemencia de mi dolor y de mi afliccion es lo que me ha hecho hablar así hasta ahora.» Por el dolor de su respuesta cambian los sentimientos del gran sacerdote, y de acusador se convierte en protector suyo. «Vete en paz, le dice, y el Dios de Israel te conceda la gracia que acabas de suplicarle.» Ana añadió: «¡Pueda vuestra sierva hallar gracia á vuestros ojos!» Fuése en seguida, y tomó alimento, y llena de confianza en Dios ya no se le notó triste y abatido el semblante. Despues de todo esto, volvióse Elcana con sus mujeres é hijos. Dios habia escuchado los votos de Ana, y ratificado la bendicion del grande sacerdote. En el año que siguió á su oracion, Ana puso en el mundo un hijo, á quien llamó Samuel, para significar que le habia recibido del Señor. Este nombre debia ser para los padres el recuerdo de una gracia por largo tiempo deseada, y para el jóven una perpétua leccion de bien vivir. Cuando hubo nacido Samuel, su padre pasó á Silo con toda su familia para ofrecer á Dios acciones de gracias; pero Ana no siguió por entónces en aquel viaje. No iré al templo, dijo ella, hasta que el niño esté destetado, y que yo le lleve para consagrarle al Señor y dejarle allí para siempre en su presencia.» Pues esta piadosa mujer queria dárselo al Señor entero y sin reserva. Elcana consintió en la voluntad de su esposa: «Haz lo que te parezca bien, le dijo, y permanece aquí hasta que se destete al niño, miéntras yo estoy rogando á Dios que cumpla con nosotros su palabra.» Ana quedó pues en su habitacion, y alimentó á Samuel con su propia leche, como todas las madres fieles á las miras de la Providencia y á los consejos de la verdadera ternura. Por fin, llegado ya el tiempo, Ana condujo á Samuel á Silo, y lo presentó al gran sacerdote Helí, diciéndole: «Oyeme, señor mio, por vida tuya. Yo soy aquella pobre mujer que estuvo orando al Señor á tu presencia. Por este niño oré, y el Señor otorgóme la súplica que le hice; por tanto se lo tengo ofrecido para que le sirva miéntras viva.» Ana habia traido consigo tres becerros, tres modios de harina y un cántaro de vino á la casa del Señor en Silo, y sacrificaron un becerro cuando ella presentó el hijo á Helí. Trasportada entónces de agradecimiento y de un santo júbilo, é inspirada por un espíritu profético, prorumpió en un bellísimo cántico en el cual pinta con enérgicos rasgos la esencia y la fuerza de Dios, las vanas esperanzas de los malvados, y el triunfo asegurado al hombre justo. Despues de todo esto regresó Elcana á su casa de Rethama, y el niño Samuel se quedó en Silo para servir al Señor bajo las órdenes del gran sacerdote. Era para Ana un gran acto de valor el dejar así al hijo único que tantas súplicas y lágrimas le habia costado; á las angustias de la esperanza iban á suceder ahora las inquietudes que nacen de una dolorosa separacion. Verdad es que guardaba ella para Samuel aquel tierno amor que goza hasta en la ausencia, y se au-

menta por la misma distancia como una viña fértil, que cuanto más dilata sus ramas, tanto más extiende los jugos alimenticios á las uvas más distantes de su raiz. Despues visitaba á su jóven hijo en los dias de fiesta, viniendo á Silo para ofrecer los acostumbrados sacrificios, y entónces le llevaba una túnica, obra de sus propias manos. La maternal ternura de esta mujer no quedó sin recompensa por parte del cielo. El gran sacerdote bendijo á Elcana y á Ana, dándoles una numerosa posteridad. En efecto, le fueron concedidos tres hijos y dos hijas, y su vejez se coronó de gloria, como la vieja palmera se mira rodeada y envuelta con los retoños que verdean á sus pies. Samuel, vestido con el traje de los levitas, se ocupaba en el servicio del templo. Todos los Padres han ensalzado sobre la fe de las antiguas tradiciones su infancia, pasada en los ejercicios de la piedad, sus costumbres puras, su carácter dulce y sus bellas cualidades. Crecia en edad y en discrecion, igualmente agradable á Dios y á los hombres. Entre tanto los hijos del gran sacerdote Helí, que eran tambien sacerdotes, deshonraban el sacerdocio por una conducta impía, y retraian al pueblo del culto divino por su ignorancia y desprecio de la ley. Conoció Helí el desórden criminal de sus hijos; pero en vez de castigarlos con firme severidad, les dirigió tan solo algunas reconvenciones que respiraban una indolente y excesiva blandura. Hay un tiempo para la misericordia sin duda, pero jamás hay un tiempo para la debilidad. Decíales únicamente: «¿Porqué haceis todo lo que de vosotros me refieren? ¿esos crímenes detestables de que habla todo el mundo? No más, hijos mios, que es muy desagradable lo que haceis, siendo culpables de que prevarique el pueblo del Señor. Si un hombre peca contra otro hombre, puédesele alcanzar de Dios el perdon; mas si aquel hombre que ha de ser el mediador peca contra el Señor, ¿quién rogará por él?» Tan flojas advertencias ni áun escuchadas fueron por los hijos de Heli, á quien Dios por otra parte acusó por la boca de un profeta de culpable condescendencia, y le predijo duras aflicciones y la muerte de sus hijos. Estas amenazas fueron confirmadas por el ministerio de Samuel, que siendo muy jóven todavía iba á entrar ya en el lleno de sus brillantes destinos. Contaba entónces doce años, y una noche fué despertado por una voz que pronunciaba su nombre. Creyendo que Helí le llamaba, fué á encontrar al anciano, el cual le respondió: «Yo no te he llamado: vuélvete y duerme.» Poco despues percibió la misma voz. Samuel corrió al gran sacerdote, el cual le despachó otra vez como ántes. Como el jóven levita no habia tenido aún comercio directo é inmediato con el Señor, no sabia aún por experiencia, como lo supo despues, por qué señales se conoce la inspiracion divina. Fué llamado por tercera vez, y entónces el gran sacerdote le dijo: «Vuélvete y duerme, y si te vuelven á llamar responderás: Habla, Señor, que ya escucha vuestro siervo.» No dejaba de sospechar Helí en

este hecho misterioso una intervencion del cielo. Llamó otra vez la voz: ¡Samuel! ¡Samuel! Y respondió este: «Hablad, Señor, que vuestro siervo escucha.» Era realmente el Señor el que llamaba, y añadió la voz: «Yo voy á obrar en Israel una cosa que no se podrá escuchar sin pavor. En aquel dia cumpliré cuanto tengo dicho contra Helí y su casa; daré principio á ello y lo concluiré, porque ya le amenacé de castigarle perpétuamente y sin remedio á causa de su iniquidad, pues sabiendo la indigna conducta de sus hijos no los ha castigado. Por esto he jurado á la casa de Helí que su iniquidad no se expiará jamás ni con víctimas ni con ofrendas.» Tal fué la palabra del Señor, el cual se sirvió de un niño y de un levita para instruir á un viejo y á un pontífice, porque hay una madurez mejor que la edad, y un sacerdocio que pertenece á todos los hombres: tal es la madurez y el sacerdocio de la virtud. Despues de haber recibido la comunicacion del cielo, Samuel no volvió á ver á Helí ni áun el dia siguiente. Abrió las puertas de la casa del Señor, pero no se atrevió á descubrir al gran sacerdote la terrible vision que habia tenido. Helí empero le llamó y le dijo: ¿Qué es lo que te ha dicho el Señor, hijo mio? Ruégote que nada me ocultes, y el Señor te trate con severidad si me ocultas alguna cosa de cuanto se te ha dicho. Obedeció Samuel, y le refirió palabra por palabra, sin ocultarle nada, todo cuanto le habia dicho el Señor, y respondió Helí: «El es el Señor, haga lo que sea agradable á sus divinos ojos.» Respuesta digna de un sacerdote penitente, humillado, compungido de sus faltas y resignado á todas las disposiciones de la divina Justicia. Créese comunmente que corrigió así por la resignada aceptacion de su castigo futuro el vicio de su debilidad paternal, pero las amenazas del Señor no por eso dejaron de tener su cumplimiento. Con lo cual conoció todo Israel, desde Dan hasta Bersabé, que Samuel era un verdadero profeta del Señor. En efecto, un poco más de veinte años despues de la profecía de Samuel, juntáronse los filisteos para hacer la guerra á los israelitas. Israel se puso tambien en campaña para combatir á los filisteos, y acampó junto á la piedra llamada despues *Piedra del socorro*. Los filisteos por su parte avanzaron hasta Afec, y presentaron á Israel la batalla. Principiada esta, Israel volvió la espalda á los filisteos, quienes mataron en aquel choque y dejaron tendidos por los campos al pie de cuatro mil hombres. Cuando el grueso del ejército hubo vuelto al campamento, dijeron los ancianos de Israel: «¿Cómo es que el Señor nos ha derrotado delante de los filisteos? Traigamos aquí de Silo el arca de la alianza del Señor, y venga en medio de nosotros para que nos salve de la mano de nuestros enemigos.» Acordábanse los hijos de Israel de cuánto habia valido á sus padres la presencia del arca en los grandes conflictos; que las aguas del Jordan abrieron paso entre sus ondas, y que los muros de la soberbia Jericó quedaron derribados ante

aquel trono del Dios vivo que habitaba en medio de su pueblo. Mas no se acordaban que la proteccion del cielo y el poder de la presencia divina exigian para obrar con eficacia, pureza de sentimientos y la rectitud del corazon. El arca del Señor no podia servir de defensa á los transgresores de la ley que está dentro del arca. La presencia del arca en nada podria favorecer á unos corazones manchados con la infidelidad y con el delito. Envió, pues, el pueblo á Silo, y trajeron de allí el arca de la alianza del Señor de los ejércitos, que tiene su asiento entre los querubines, y los dos culpables hijos de Helí, Ofni y Finées, acompañaban el arca de la alianza de Dios. Luego que esta llegó al campamento, dió voces Israel con grande algazara, que resonaron por todo el pais. Fué tanto el clamoreo de aquel pueblo insensato, que llegó hasta el campo de los filisteos. Aterrados estos al saber que la causa de su gritería era el haber llegado á su campamento el arca del Señor, dijeron entre sí despavoridos: su Dios ha llegado á sus reales, ¡ay de nosotros! Ved cuál han trocado su silencio de ayer en regocijo! ¿Quién nos librará de la mano de ese Dios excelso que hizo llover las plagas sobre el Egipto, y condujo á Israel por el desierto? Mas los caudillos, viendo abatidos los ánimos por el terror que les infundia el Dios de Israel, procuraron alentarlos, poniendo á sus ojos la desgracia de la esclavitud. Animo, filisteos, dijeron á los soldados, no seais esclavos de los hebreos como ellos lo han sido de nosotros. Pelead con denuedo, y vuestra será la victoria. Dieron en seguida la batalla y quedó derrotado Israel, y todos los que pudieron huir del estrago se aislaron en sus casas. Fué tan horrible el destrozo, que quedaron muertos en el campo treinta mil israelitas. Fué tomada el arca de Dios y muertos los dos hijos de Helí Ofni y Finées. Aquel mismo dia un soldado de la tribu de Benjamin escapó de la batalla y vino corriendo á Silo, rasgado el vestido y cubierta de polvo la cabeza en señal de dolor. Al tiempo que llegó estaba Helí sentado en su silla de audiencia, á la entrada del templo, mirando hácia el camino, porque su corazon se hallaba en un continuo sobresalto por el arca del Señor. Al punto que el fugitivo propaló la nueva fatal por la ciudad, todo el pueblo prorumpió en lastimosos gritos. Preguntó Helí la causa de aquel general tumulto, pues tenia á la sazon noventa y ocho años, y sus ojos habian cegado. Vino, pues, á su presencia el portador de la noticia, y le dijo: «Acabo de venir yo mismo de la batalla, he escapado del combate.» ¿Y qué ha sucedido, hijo mio? preguntó el viejo temblando de temor. «Israel, le respondió el soldado, ha huido delante de los filisteos, y ha sido grande el destrozo del ejército; la mayor parte han perecido: tus dos hijos han quedado muertos, y el arca del Señor ha caido en manos de los incircuncisos.» Apénas el anciano sacerdote oyó nombrar el arca de Dios, cayó de espaldas

de la silla junto á la puerta, y quebrándose la cabeza espiró. Tal fué la muerte de este padre desventurado, que parece no haber tenido otros defectos que una culpable flojedad y excesiva condescendencia para con sus hijos: leccion trágica, por la cual hace ver Dios, que si la ternura natural aconseja á los padres la blandura y la suavidad, deben algunas veces desplegar asimismo una prudente firmeza en nombre de la religion y de los verdaderos intereses de la familia. Estos sucesos, anunciados de antemano y muchas otras profecías que asimismo se cumplieron, prueban que Samuel era el fiel intérprete del Señor. Tenia cerca de cuarenta años cuando le aclamaron juez del pueblo, en reemplazo de Helí. Los hebreos formaban entónces, como dice Josefo, una verdadera teocracia. Las leyes emanaban de Dios mismo, que las habia dado á su servidor Moisés, y como ellas arreglaban á la vez los intereses materiales y los religiosos, el mismo poder decidia los casos de conciencia, y terminaba los procesos civiles y criminales. Samuel, pues, llegó á ser el político jefe de la Judea, como lo habian sido Jefté, Sanson y otros. A la autoridad civil juntó la autoridad religiosa, como levita y tal vez tambien como pontífice; pues si bien no era de la raza ó linaje de Aaron, han creido muchos que ejerció por mision extraordinaria las funciones de sumo sacrificador. Investido de este doble poder, defendió la causa de Dios y de su país, reunió al pueblo armado en Marfath, no léjos de Ramatha y de Silo; reanimó á sus abatidos compatriotas, les exhortó á defender su libertad comprometida por la victoria de los filisteos, les hizo mirar las desgracias públicas como un castigo de la idolatría y de los crímenes de la nacion, y volvió á conducir los ánimos al culto del verdadero Dios. Grandes y prósperos sucesos, en los que más de una vez se mostró visible la mano de Dios, glorificaron el gobierno de Samuel. Fué recobrada el arca, la audacia de los filisteos humillada en un sangriento combate, y conseguida para los israelitas la paz con todas sus ventajas. Pasado el peligro, Samuel continuó con todo al frente del gobierno de su patria. Habia fijado en Rechama su principal domicilio, desde donde salia á recorrer los pueblos inmediatos para escuchar las quejas del pueblo y administrarle justicia. Galgala, Betel y Masfath eran los principales puntos en donde ejercia sus funciones pacíficas. Desde la época en que dejó de existir su tribunal han sufrido todos aquellos países numerosas vicisitudes. Viejo ya Samuel, delegó una parte de autoridad á sus hijos para juzgar á Israel; pero por una desgracia, que parece gravitar sobre la mayor parte de los grandes hombres, tuvo el dolor de ver á sus hijos infieles á sus propios ejemplos y á su reputacion. Las sentencias y la conducta de estos hijos eran tan llenas de iniquidad, que los ancianos del pueblo fueron á dar sus quejas á Samuel y á pedirle un rey. Esta demanda desagradó altamente á Samuel, porque tendia nada

ménos que á reemplazar una obra enteramente divina por una obra que era de mano de hombre. Consultó á Dios en la oracion, y dió á conocer á sus ciudadanos el porvenir que les estaba reservado. El Señor dijo á Samuel, despues que el pueblo le habia pedido un rey: «Escucha la voz de este pueblo y condesciende á todo lo que te pide, porque no te han desechado á ti sino á mí, para que no reine sobre ellos. Hacen lo que siempre desde que los saqué del Egipto; como me abandonaron á mí por servir bienes ajenos, así hacen contigo. Otórgales, pues, su peticion; pero hazles presente primero el poder del rey que reinará sobre ellos. Refirió, pues, Samuel al pueblo, que le habia pedido rey, todas las palabras del Señor, y dijo: Esta sera la potestad del rey, que es la de mandar: tomará vuestros hijos y los destinará para guiar sus carros y para ser sus guardias de á caballo, y para que corran delante de sus tiros de cuatro caballos. De ellos sacará sus tribunos y centuriones, los cultivadores de sus tierras, los segadores de sus mieses y los artífices de sus armas y de sus carros. Hará asimismo que vuestras hijas sean sus perfumeras, sus cocineras y sus camareras. Os quitará lo mejor de vuestros campos, viñas y olivares para darlo á sus criados. Además diezmará vuestras mieses y los productos de las viñas para darlos á sus eunucos ó ministros. Tomará tambien vuestros siervos y siervas, y vuestros robustos jóvenes y vuestros asnos, y los hará trabajar para él. Diezmará asimismo vuestros ganados, y todos vosotros vendreis á ser esclavos suyos. Por lo que alzareis el grito en aquel dia á causa del rey que os elegireis, y entónces el Señor no querrá oir vuestros clamores, porque vosotros mismos quisisteis tener un rey. Pero el pueblo no quiso dar oidos á las razones de Samuel, sino que dijeron todos: «No, no, ha de haber rey sobre nosotros, y nosotros hemos de ser como todas las naciones; nuestro rey nos administrará la justicia, y saldrá á nuestra frente, y combatirá por nosotros en todas las guerras.» Oyó Samuel todas las palabras del pueblo y las hizo presentes al Señor. Pero el Señor dijo á Samuel: Haz lo que te piden, y nómbrales un rey. Las habitudes de tiranía y de servidumbre que han distinguido siempre á los pueblos orientales, podian de otra parte ilustrar al pueblo, que queria sustraerse de la obediencia de Dios para prestarla á un hombre. Pero los israelitas se lisonjeaban sin duda de no estar más oprimidos y de ser tan valientes como las otras naciones; tuvieron pues un rey; Saul de la tribu de Benjamin, fué elegido y consagrado. Pero no fué más discreto que su pueblo; se separó de la voluntad conocida del Señor, y el Señor le rechazó así como le habia escogido. Samuel recibió la mision de anunciar á Saul que su reino habia finido. La obediencia, le dice, es mejor que las víctimas; así como tú has desechado la palabra del Señor, el Señor te echa fuera de la dignidad real. Despues de pronunciadas estas palabras iba á retirarse el profeta;

pero el monarca quiso detenerle asiéndole por la capa, cuando esta se rasgó. Díjole entónces Samuel: «Así el Señor ha rasgado hoy y arrancado de ti el reino de Israel, y lo ha dado á otro mejor que tú. Y aquel Señor á quien se debe el triunfo en Israel no te perdonará, ni se arrepentirá de esto, pues no es él un hombre para que tenga que arrepentirse.» A lo que respondió Saul: «Yo he pecado, más ruégote que me honres ahora delante de los ancianos de mi pueblo, y en presencia de Israel, y te vuelvas conmigo, á fin de que á tu lado adore al Señor Dios tuyo.» Condescendió Samuel á la súplica de Saul, siguiéndole para adorar al Señor; pero desde aquel dia cesó ya de ver al monarca y de darle públicamente honores como á su príncipe; pero le amó siempre á causa de su larga y antigua intimidad, y le lloró todo el resto de su vida. Con todo, debió resignarse, y por una órden del cielo escogió á David por segundo rey de Israel y le dió en secreto la uncion sagrada. Causas diversas llamaron el furor del antiguo monarca sobre el nuevo, el cual solo con la fuga pudo escapar de peligros siempre renacientes. Samuel, que participó de la mala fortuna de David, conservó sin embargo hasta el fin de su vida una grande influencia sobre los negocios públicos de su país. El ilustre profeta murió muy entrado en años, y fué enterrado en el sepulcro de su familia; todo Israel vistió de luto por su muerte, celebrando con lágrimas sus exequias. Hijo de la oracion, y consagrado á Dios áun ántes de nacer, acabó en el seno de la piedad una vida comenzada bajo tan religiosos auspicios. Hombre superior, mostróse modesto sin debilidad, y firme sin dureza. Los reyes le escucharon con respeto, y su voz conservó su imperio hasta sobre un pueblo agitado por el espíritu de innovacion. Hábil político reformó el estado, é hizo florecer la religion, primera garantía del órden; político honrado, no buscó sino en la virtud un contrapeso á la licencia, y pudo desafiar á sus conciudadanos á que le señalasen, tanto en su vida, como en sus juicios, cosa alguna que fuese digna de reprension. Así pareció Samuel, y si debe ser nombrado como dechado de príncipes á causa de sus bellas cualidades, debe su madre ser nombrada ejemplo de las madres á causa de su religiosa ternura; pues nos atreveremos á asegurar que habria más hijos como Samuel, si hubiera más madres que se propusieran imitar la piedad de Ana.—R. y C.

SAMUEL, á quien se supone hijo del profeta Urías. Jeremías, XXVI, 23, habla del profeta Urías, pero no dice nada de Samuel. La Sagrada Escritura no le cita tampoco, y la tradicion que sobre él existe en España, tiene poca apariencia de verdad. Dice que habiendo venido á nuestro país murió en él, y seiscientos años despues le resucitó Santiago el Mayor, le bautizó, le llamó Pedro y le hizo obispo de Braga, donde terminó sus dias por medio del sacrificio.— S. B.

SAMUEL (S.), mártir. Natural de Egipto fué este justo, y habiendo servido voluntariamente á los confesores sentenciados á los trabajos de las minas de Cilicia, al llegar, á su vuelta, á la ciudad de Cesarea de Palestina, fué preso y atormentado cruelmente de órden del gobernador Firmiliano, por los años 310 de Jesucristo, cuando regia el imperio de los Césares el emperador Galerio Maximiano, y como se negase á renegar de Jesus, fué degollado el dia 16 de Febrero, en el que le recuerda la Iglesia.—C.

SAMUEL (S.) martir. Fué este santo del órden de Menores de S. Francisco y sacerdote con sus compañeros Angel, Daniel, Domno, Hugolino, Leon y Nicolás, fué desde Italia á Marruecos á predicar el Evangelio á los moros. Desembarcaron en la ciudad de Céuta, que hoy pertenece á España, y empezando á ejercer su ministerio, los infieles los maltrataron, y cargándolos de cadenas, los presentaron al príncipe Mahomet. Este, luego que le enteraron de lo que predicaban, los despreció creyéndolos locos, y mandó se los llevasen al gobernador para que los castigase. Interrogólos este feroz musulman, y como despues de hacerles reflexiones queriendo persuadirles de que era una locura su creencia, viese que persistian en ella ofendiendo al profeta Mahomet en sus discursos, los mandó degollar sin más género de proceso, y llevándose á cabo tan atroz sentencia, dieron sus almas al Criador el dia 10 de Octubre de 1221 de nuestra era, dia en que se los recuerda en la fiesta que el papa Leon X instituyó para que se honrase la memoria de estos gloriosos mártires, que dieron la vida confesando á Jesucristo.—B. C.

SAMUEL (S.), presbitero y confesor. Era sacerdote de Edesa en el imperio de Anastasio, habiéndose dado á conocer por sus eminentes virtudes y profunda sabiduría. Escribió mucho contra la bestia de tres cabezas, dice Gennadio, á saber, contra los pestiferos errores de los nestorianos, eutiquianos y timotianos, contra quienes particularmente los primeros se declaró el mas acérrimo y celoso impugnador. Fué el primero de los clérigos de aquella iglesia, que acompañado de algunos monjes, pasaron á los concilios de Antioquía, Tiro y Berito, y luego á Constantinopla, á acusar por escrito y de palabra ante los Padres del concilio, el emperador y el patriarca Proclo, á su obispo Ibas de fautor del nestorianismo y perturbador de la paz de las iglesias. Muerto este despues de haber abjurado sus falsas doctrinas, se estableció Samuel en la capital del imperio, donde lleno de virtudes, méritos y años, pasó de esta vida á la eterna á últimos del siglo V ó principios del siglo VI, legando su nombre á la veneracion del orbe cristiano.—S. B.

SAMUEL, obispo de Santiago. Floreció este prelado por los años 633, en la época en que la ciudad de Compostela se denominaba aún Iria. La oscuridad de los tiempos tan remotos no ha permitido que lleguen sus noticias hasta nuestros dias. Unicamente sabemos que asistió al concilio IV

Toledano, celebrado en tiempo y bajo la presencia del rey Sisenando.—M. B.

SAMUEL. Fué natural de Marruecos, y como era consiguiente, educado en la falsa doctrina del judaismo, en la cual estaba muy cimentado en razon á que sus padres eran personas muy principales en su país y en su época, que era como á la mitad del siglo XII de la Iglesia. Demostrando Samuel un talento nada vulgar y bastante aficion al estudio, sus padres le dedicaron á este, y no tuvieron de qué arrepentirse, pues en verdad fué uno de los más notables hombres de su siglo, pues á su instruccion agregaba un aplomo nada comun y una modestia que le hacia recomendable, no solo á los que tratándolo conocian sus excelentes otras dotes, sino áun á aquellos que le hablaban por primera vez. Como era consiguiente comenzó sus estudios por humanidades, y continuando en ellos, pasó á filosofía, ciencia que le agradó más, especialmente la dialéctica y la lógica, en razon á que hombre de verdad como él lo era, queria procurar por cuantos medios estuviesen á su alcance el esclarecimiento de esta verdad misma, hasta llegar á los principios fundamentales de ella, á los axiomas, que son como la base de todo humano razonamiento. Como supo muy pronto raciocinar y alentarse más y más al esclarecimiento de la verdad, buscó esta en todo y siempre, y como no podia ménos, hubo de dirigir sus investigaciones acerca de la verdad en materias religiosas. Aun cuando, como hemos dicho, era fiel observador del judaismo, en tanto que no conocia otra cosa que esta misma equivocada creencia, no era tan aferrado á la opinion religiosa de sus padres que desconociera la claridad, allí donde esta pudiera hallarse; y es claro miró y examinó las cosas todas prescritas por su secta, vió las aberraciones á que conducian algunas de ellas, y no pudo ménos de convencerse de que sobre el judaismo habia de haber necesariamente otra cosa más exacta, es decir, la realizacion de aquellas figuras, el cumplimiento de aquellas promesas, el ejercicio práctico de las infinitas bondades que allí se aconsejaban, y que hasta entónces en el judaismo habian pasado por simples teorías, por más que todos hubieran estado muy conformes en su conveniencia para la práctica. De aquí, como no pudo ménos, resultó que Samuel, examinando la religion cristiana, halló que ella llenaba el vacío que ninguna otra podia llenar, que ella satisfacia las necesidades del espíritu que ninguna otra doctrina le habia podido satisfacer, y que en verdad eran y son una de las condiciones de vida para el ente racional, que es imposible de todo punto que viva sin que se sacien sus aspiraciones con respecto á Dios; aspiraciones tan naturales que las experimenta toda criatura, áun las destituidas de todo conocimiento de verdad acerca de tan importante asunto. Conocida por Samuel la verdad de la religion de Cristo, y ayudándole la divina gracia á dar el gran paso que habia de asegurar su perpétua ventura, Samuel se resolvió á abrazar el cris-

tianismo; declaró solemnemente que no queria seguir el judaismo, porque el judaismo habia ya pasado; se hizo instruir en la verdad y doctrina católica hasta ponerse en situacion de abrazar y seguir la religion verdadera; no vaciló un momento en hacer su protesta de fe católica, y con efecto, ántes de recibir el sagrado bautismo, confesó y profesó con entera firmeza cuanto la Iglesia católica, apostólica, romana protesta y enseña á sus hijos. Si siempre es notable y no puede ménos de atribuirse á la muy especial gracia y dignacion de Dios el que un hombre de posicion, de estudios, y destinado á figurar en su secta, abandone esta por seguir la verdad y por rendir el homenaje de justicia que á la verdad misma es debido; la circunstancia de hallarse en la época de Samuel en bastante decadencia la religion verdadera en el imperio marroquí hace mucho más portentosa la conversion, y obliga á admirar más y más los designios del Señor, que cuando y como se piensa ménos, determina las cosas todas para que ellas contribuyan á su mayor gloria y mejor servicio. Como la fe ilustra siempre caritativamente y no es egoista, ántes por el contrario anhela que todos los hombres disfruten de sus beneficios, toda vez que solo en su constante profesion han de hallar el núcleo de su felicidad perdurable, á medida que á Samuel le obligaba á practicar las obras meritorias que habian de hacer á esta fe misma provechosa para él, le inducian á recoger en un tratado los motivos y fundamentos de su conversion, para que ellos sirvieran de estímulo á los que obcecados aún en el judaismo, debian para bien suyo salir de tan lastimoso estado, si habian de lograr el sosiego del corazon, única legítima aspiracion del hombre. Este tratado, que en verdad está muy bien escrito y sentido con extraordinaria verdad, y en el cual se descubre un fondo de deseo del bien de sus hermanos á nada comparable, recibió muy buena acogida desde los primeros momentos en que circuló, y dió desde luego tan favorables resultados que la Iglesia misma, aceptándole como obra de alguno de los maestros en ella, le ponia siempre en manos de los catequistas, le recomendaba en cuantas ocasiones encontraba á propósito y le hizo incluir en la *Biblioteca de los Padres*, como uno de esos escritos imperecederos que nos ha legado esta preciosa coleccion, cuyos escritos, á más del mérito, no solo científico, sino literario que tienen, reunen la extrardinariamente notable circunstancia de ser la genuina expresion de las doctrinas católicas, pues si por acaso contienen, no digamos ya un error, pues esto sería imperdonable, pero ni áun una proposicion sospechosa, pues que todas y cada una de las que contienen se examinan por una respetable congregacion, y sin acepcion de personas se desechan las que pódrian perturbar el espíritu de los fieles. Muchos judíos se convirtieron al catolicismo por la conviccion que llevaba consigo esta obra de Rabino Samuel, mas no fué esta ni la única ni la más perfecta que hizo para gloria

de Dios y bien de sus hermanos. La circunstancia de tener ántes de convertirse grande amistad con otro judío tambien, llamado Isaac, le hizo poner todo su conato en que éste, con quien le unian los vínculos del más entrañable afecto, disfrutára tambien de la dicha de conocer la verdad y poder ir en pos de ella, seguros ambos de encontrar en la práctica de las virtudes cristianas el camino de ventura y de dicha, en cuyo seguimiento encuentra el hombre la única satisfaccion posible de su espíritu. Mas como el cambio producido en Samuel por la gracia, extrañaba mucho á los que no conocian los medios de que esta misma gracia se vale para atraer al servicio de Dios á los que estan extraviados, el confidente de Samuel, su amigo íntimo Isaac, perdió con él por su conversion la amistad estrecha que los ligaba, y por consiguiente sus acciones le eran indiferentes, y Samuel tuvo que poner en juego otros medios para atraer á su amigo, como efectivamente lo hizo. En este estado las cosas, se acordó de que para Isaac eran de todo punto aceptables los testimonios del Antiguo Testamento, que daba á las interpretaciones de los rabinos acreditados toda la importancia y valor que en sí tienen, por lo cual acumuló con mucha maestría y acierto los textos más claros que acerca de la venida del Mesías, y por consiguiente de la terminacion de las figuras, hay esparcidos por la Escritura, y en particular en Isaías, y le hizo á su amigo una completa explicacion de la verdad en una preciosísima memoria, que dió por resultado convencerle y hacerle abjurar tambien el judaismo, recibiendo el santo bautismo con plena satisfaccion del catecúmeno, y no menor del que podemos llamar su catequista, porque en verdad á sus esfuerzos se debió el feliz éxito de tan importante empresa, como es sacar á uno de las tinieblas del error para ponerle en la claridad de la verdad. Con esta nueva conquista del catolicismo acreció mucho el número de los que, viendo su extravío, querian repararlo con su sincera conversion, y los que ántes habian estado identificados, en cuanto es posible, lo estuvieron hasta el fin de sus dias en el eficaz deseo de agradar á Dios, procurando su gloria por la práctica de todas las virtudes; así es que tanto Isaac como Samuel fueron despues de su conversion modelos de las más excelentes virtudes, y hacian de consuno los mayores esfuerzos para que no fuese vana para ellos la gran misericordia que Dios tuviese en provecho suyo, motivo por el cual con todo ahinco practicaban toda clase de obras buenas, recibiendo en recompensa, además de las bendiciones que el cielo les reservaba, el aplauso de cuantos los veian, pues en todo llevaban el carácter de siervos y favorecidos de Dios, carácter justamente honroso, al cual correspondian con toda sinceridad y anhelo. No se ha podido averiguar ni la época fija de su conversion, ni la de su muerte; solo se sabe que ambas cosas fueron en el siglo XI de la Iglesia, y que Isaac sobrevivió á

Samuel, por lo cual fué el encargado de distribuir entre los pobres los cuantiosos bienes que con este fin dejára, y que vinieron á ser como la última perla con que quiso el Señor adornar su preciosa corona. Todavía se conserva con gran veneracion en Africa el nombre y recuerdo de Samuel, y sus obras, leidas con gran cuidado áun por los mismos judíos, son estimadísimas en la Iglesia católica, y siguen dando los resultados que eran de desear, pues en verdad su escrito parece más bien inspirado por Dios, que no hecho por un hombre, y mucho ménos por un hombre que habia vivido en el error. Por supuesto que siempre se mirará como una especialísima dignacion del Señor la conversion de este célebre rabino, y será mucho más admirada la bondad del Salvador, en que á pesar de la execracion de la raza proscripta, quiere que quien mira á la luz halle el camino, quien busca la claridad encuentre el puerto seguro de salud y de dicha. Esto es todo lo que podemos consignar acerca del judío Samuel, célebre en los fastos de la Iglesia por sus escritos y por sus acciones virtuosas. — G. R.

SAMUEL DE ANI. Este historiador de Armenia vivia en el siglo XII de nuestra era, y todo lo que de él se sabe es que era sacerdote en Ani, capital de la Armenia mayor, y discípulo de un famoso doctor llamado Jorge Melrig, que floreció á principios del mismo siglo. A ruegos de Gregorio IV, patriarca de Armenia, residente en Horhomgla ó Roum-Kalaah, emprendió la redaccion de una *Crónica* ó sea *Historia universal* por el estilo de la Crónica de Eusebio, de la que se aprovechó mucho. Esta historia se divide en dos partes. La primera, dividida en siete capítulos, trata sucesivamente de los patriarcas hasta Noé; de la cronología de los Setenta hasta Abraham; de otros patriarcas; de la division de los pueblos; de la posteridad de Sem; parte que contiene toda la Historia sagrada; de la posteridad de Cham, en la que se lee cuanto concierne á la Asiria, Babilonia, Lidia, Persia, Siria, Macedonia, Egipto, Grecia, y por fin, lo que se refiere á los romanos. El último capítulo está consagrado á la historia de la posteridad de Japhet, y en él se trata de la Armenia y de los partos. El todo de esta obra puede considerarse un compendio de la Crónica de Eusebio, aumentada con todas las noticias sobre la *Historia de Armenia*, que escribieron Moissé de Khorén, Eliseo, Lázaro, Pharbetsi, Faustus de Bizancio, el desconocido obispo Heraclius, el sacerdote Leoncio de Schapour, el Pagratida, cuyos escritos se han perdido, el patriarca Juan VI y Esteban Asolnig. En la segunda parte los hechos estan clasificados por años y por los reinados de los emperadores romanos, de los reyes de Persia, de Armenia, de los califas, y la sucesion de los patriarcas armenios está dispuesta de tal modo que puedan formarse cuadros sinópticos con relacion á las olimpiadas y años de las eras cristiana y armenia. Debe advertirse que Samuel de Ani cuenta la era cristiana con dos años de dife-

rencia con nosotros. Su Crónica termina el año 626 de la era armenia, 1177 de Jesucristo, y no 1179 como dice en el texto armenio, que fué el cuarto año del patriarcado de Gregorio V en Armenia, y 47 del reinado de Manuel Comneno. Existe una traduccion latina de esta obra, hecha por el armenio Zohrab, que la publicó con M. Mai, á continuacion de la version latina hecha sobre la de Eusebio, en armenio. Su título es: *Samuelis presbyteri Aniensis temporum usque ad suam ætatem ratio è libris historicorum summatim collecta. Opus ex haïcanis quinque codicibus ab J. Zohrabo, D. A. diligenter scriptum et emendatum. J. Zobrabus et Aug. Maï, nunc primùm conjunctis curis latinitate donatum notisque illustratum ediderunt*; Milan, 1818, un volúmen en 4.° Su biógrafo Saint-Martin asegura que la Biblioteca Real de París posee, al núm. 96, un manuscrito de esta Crónica, en la que se hallan pasajes que faltaban en los manuscritos consultados por Zohrab.—C.

SAMUEL Rinnette ó Riusette, franciscano belga, de la provincia de San Andrés, de la estricta observancia. Floreció en el siglo XVII, dándose á conocer como escritor y orador sagrado. Pertenecia á una familia antigua é ilustre, en la que se encontraban diferentes personajes que habian hecho tanto honor á la religion como á su patria. Ciertamente que la Bélgica ha sido siempre el país de los católicos, y aunque en él la herejía levantára en alguna ocasion su cabeza, fué por tan breve periodo, que puede asegurarse que semejante á un cometa, apareció y desapareció casi en el mismo momento. Aun en nuestra época, las grandes luchas políticas que tienen lugar en aquel ilustre reino tienen en parte por ejemplo el engrandecimiento de nuestra religion, á que se halla afiliado un numeroso partido, que prefiere la muerte á verse arrebatar los preciosos tesoros de su santa y heredada fe. Educado en sus más sanos principios, Samuel siguió paso á paso por la senda que le habian marcado las huellas de sus predecesores, y en que dejó las suyas tan bien plantadas, que no las ha conseguido borrar ni el trascurso de los tiempos, ni las vicisitudes por que ha atravesado aquella nacion, lo mismo que otras muchas de las más notables de Europa. Instruido, pues, con sus continuos estudios y lecturas, y animado por los piadosos ejemplos que podia imitar, se decidió desde luego á abrazar la vida del claustro, donde en el sosiego y el retiro podia casi estar seguro de los progresos á que le llamaban su vocacion y su instinto. Así es que desde el instante en que tomó el hábito seráfico, consagrado al estudio y la oracion, dió á conocer las grandes cualidades de que se hallaba adornado, las ventajas que podia prometerse de la vida que habia emprendido. Sin embargo, sus ejercicios piadosos y sus trabajos favoritos hubieron de dejarle algun tiempo para ocupaciones más activas como son las del púlpito y confesonario. Samuel, hombre de tiernos y elevados sentimientos, de imaginacion ardiente y apasio-

nada, de fácil y amena locucion, era un orador distinguido, si no de primer órden, ya que sus sermones no han llegado á aparecer en los estadios de la prensa. Desgracia que le es comun con otros muchos oradores de quienes su avaro siglo nos ha privado, ocultando el tesoro de sus discursos en manuscritos perdidos para la posteridad. La elocuencia además tiene un carácter particular, de que carece cualquiera otro género de literatura. La manera de decir, la forma de accionar no se copian ni se trasmiten, y así es que los mejores discursos, leidos pierden gran parte del mérito y valor que tienen pronunciados por el mismo que los escribió. Por eso muchas oraciones muy afamadas en vida de sus autores, nos parecen hoy frias y hasta ridículas é incapaces de resistir una séria y detenida lectura. Esos discursos, sin embargo, fueron el encanto de todo un siglo, electrizaron á una sociedad acaso de refinada civilizacion, y el negarles hoy su mérito seria una ligereza indisculpable en el hombre pensador, en el que por lo presente debe juzgar de lo pasado y de lo futuro. Lo mismo sucede con los oradores; muchos de quienes apénas tenemos noticia, fueron mirados en su siglo como prodigios, como verdaderas maravillas en el arte de la palabra; y sin embargo, sus nombres permanecen en el olvido, su gloria se ha eclipsado tras una nube que la quitó todo su brillo y esplendor. ¿Por qué no contar á Samuel en este número? ¿por qué privarle de los honores de una gloria que se conquistó sin duda segun las escasas noticias que de él han llegado hasta nosotros? Pero la historia, ó por mejor decir la crítica, ha borrado su nombre de este catálogo para colocarle en el de los escritores cuyas obras merecen la atencion de la posteridad. Estas, sin embargo, son bastante cortas en número, y aunque revelan la laboriosidad y erudicion de su autor, no son pruebas suficientes para colocarle como un genio de primer órden al frente de su siglo y de su sociedad. Escritos agiológicos que revelan la piedad de su autor, tratados religiosos que nos refieren los hechos de los varones ilustres que ilustraron su siglo con su sangre, sus virtudes ó sus sanos principios ó invenciones. Tal es en lo general el carácter de los escritos de Samuel, cuyo análisis, innecesario en este lugar, llenaria algunas páginas de nuestra obra, si pudiésemos dedicarnos á tan difícil al par que importante tarea: contentémonos con citar los nombres de sus obras, objeto principal de este artículo bibliográfico, pues no es esta la ocasion de entrar en detalles para los que no tenemos lugar ni tiempo. Samuel de Riussete escribió: *Historia de los mártires del Japon.—Vida de la Beata Juana Valois, fundadora del órden de las Anunciadas.—Praxis cœlestis et aniversaria celebratio mysteriorum factæ in Ecclesia Dei;* Douay, 1630, en 8.°—S. B.

SAMUEL DE CARINIS, franciscano de la observancia regular de la provincia de Génova, tan distinguido por su doctrina como por sus virtudes. Murió

en Milan en 1498, dejando las obras siguientes: *Tractatum de Statu Ecclesiæ; De Purgatorio; De Suffragiis Defunctorum: De Corpore Christi*; impresas en sus columnas contra los herejes valdenses, en 1502 y 1503.—*Librum Isagogicum in apices Scoti ad investiganda Aristotelis principia*; Venecia, 1493.—*Librum Isagogicum continentem libros septem Logicales*; Milan, 1494 y 95, en 4.°—*Librum tertium Isagogicum ad Pleyssios apices assequendos ad Julium II, pontificem Max.*; sin año de impresion.—*Expositionem triplicem in octo libros Physicorum*; 1510.—*Argumentationem contra Mag. Damianum Crassum de Ripolis Ordinis Prædicatorum, circa modos loquendi*; libro único.—*Quæstionem ab eo disputatam in Universitate Ticinensi, circa Joannis Evangelista consanguinitatem, aut fraternitatem cum Christo Domino.*—*Quæstionem alteram copiosam de immortalitate animæ*, dedicada á Luis Sforcia, duque de Milan; ibid, 1498.—*Apologiam pro Nicolao de Lyra contra Joannen Viterbiensem Ordin. Prædicatorum, de Genealogia Salvatoris.*—*Sermones varios.*—S. B.

SAMUEL Richer (P. de la Compañía de Jesus). La peste y la guerra unidas hacian grandes estragos en el reino de Bohemia hácia el año 1649. En Brunne fueron acometidos dos jesuitas, de cuya asistencia se encargó el incansable y virtuoso P. Samuel Richter, religioso profeso de cuatro votos, de treinta y seis años de edad y diez y ocho de Compañía; aplicó todo el cuidado y anhelo que le inspiraba su fraternal cariño y providencia, y solo consiguió el premio de salir libre en medio de tanta y tan continuada inmediacion á los enfermos; esta victoria alegó á los superiores por razon y por seguridad para salir á asistir á los pobres con segura confianza; sus ruegos fueron poderosos para conseguirla, y logró su celo asistir piadosamente dos meses, andando de casa en casa confesando y administrando sacramentos, y siendo padre comun de todos, porque á todos trataba como hijos y los cuidaba como á tales. Bien conocia que por un órden natural no podia vivir durando tan largo tiempo en guerra continua con la muerte, y así confesaba y decia Misa todos los dias, suponiendo que era el último de su vida, y esta prevencion le fué casi necesaria, porque manifestándosele en la mejilla derecha un carbunco negro, que era la forma con que la peste se insinuaba con toda su terrible violencia, solo le concedió dos dias para ofrecer su vida, que dió gustoso en servicio de los pobres, en el 22 de Octubre del referido año.—A. L.

SAMUEL de S. Antimo (Fr.), religioso lego de la órden de Menores, capuchino. Fué un varon de tan excelentes virtudes y tan prevenido desde el claustro materno, que en aquella época, que pidiendo limosna á su madre un ángel transformado en un pobre viejo, la pronosticó el buen suceso del hijo que habia de dar á luz, y los favores con que le aguardaba el Todopo-

deroso. Cuyo vaticinio se realizó desde el momento de su nacimiento, pues ejercitó la virtud del ayuno con tanta anticipacion, que tomando el pecho de su madre todos los dias, como se observa en todos los recien nacidos, los sábados le tomaba una sola vez, y esa cerca del medio dia, sin variar jamás la hora. Costumbre que cuando llegó á mayores años la continuó con la mayor perseverancia hasta su muerte, ayunando aquel dia perpétuamente á pan y agua en honor de la Vírgen Santísima. La buena educacion que le dió su madre, le instruyó en varias devociones, especialmente en la de rezar todos los dias el Rosario de la Madre de Dios, cuya gran Señora le favorecia con particular predileccion, como se verificó una vez en que iba guiando un carro, ocupado en rezar con la mayor atencion, se volcó en un mal paso, y cayendo en un barranco muy hondo y escarpado, se le apareció la Reina del cielo en forma de una señora de rara hermosura, y cogiéndole de la mano le sacó del peligro y le puso en seguridad en lo alto de una ladera. Entrando en la religion de los Capuchinos, adonde llevó intacta su virginidad, la acompañó con tantas virtudes, que en el silencio, en la humildad, en la paciencia, en la simplicidad, en la obediencia, en la pureza de ánimo, en la pobreza y en el estudio de la oracion, era ejemplo para todos. Consiguió con su vida apostólica una gran fama de santidad, así entre los seglares como entre los religiosos de su provincia de Nápoles y de toda la Orden en general. Ultimamente, en el convento de Pontecorvo murió herido de un rayo, habiéndole abrasado el hábito solo sin tocar su cuerpo ni dejarle la menor señal, cuyo acontecimiento sucedió en el año de 1593. Le enterraron en el cementerio junto á la iglesia, y habiéndole descubierto dos años despues, le hallaron entero y completamente incorrupto, y entónces le trasladaron honoríficamente á nuevo sepulcro que se habia labrado al intento. En cuanto se divulgó su muerte por el lugar, acudió un gran número de enfermos de dolencias arraigadas, que desconfiaban de lograr su curacion con el auxilio de los recursos humanos, consiguiendo muchos el recobro de su perdida salud con solo encomendarse al varon, suplicando su poderosa intercesion y visitando su santo sepulcro. Doce años despues, es decir, en el de 1604, habiendo abierto su sepultura, se hallaron tan enteros el cuerpo y el hábito como si se hubiera enterrado aquel mismo dia, de modo que nadie pudiese dudar por el estado incorruptible de su cadáver, de la gran dicha que gozaba su alma, pues al mismo cuerpo, siendo un hecho constante, no se atrevia la corrupcion ni la descomposicion de la materia. —A. L.

SAMUEL (Fr. Francisco), del órden de Predicadores. Fué italiano y tomó el hábito de la órden de Santo Domingo en el convento de Santa Inés de Monte Policiano. Fué varon no ménos piadoso que instruido, sumamente versado en el conocimiento del derecho civil y canónico. Aunque su vida ca-

rece de historia y no estuvo ligada á sucesos importantes, no es por esto ménos célebre su nombre á causa de las importantes obras que dió á luz. Murió en el año de 1660. Hé aquí el catálogo de sus producciones: *Disputationum controversiæ, de canonica electione in regularibus prælatis acque cathedralium ecclesiarum canonicis eligendi et in quibus omnibus de jure canonico electio intervenit exacte tractantur necnon etiam de prælatorum eorumdem jurisdictione ac potestate: dire religiosarum appellatione erudite sane ratiocinatur: ubi quoque de præpositorius ue electionibus à prælatis non tuta fiant conscientiæ: de tractatibus ante electionem ac subornationibus: de schedulis nec ante nec postea electione manifestandis: de metu ad metu reverentiale et suspitione, de simonia ac pactis simoniacis, et conventionibus, de censuris ac irregularitate in ordine ac canonicam electionem satis quidem curiose disputatur. In tres tractatus divisæ omnia per conclusiones cum Sacræ Romanæ Rotæ decissionibus fideliter allatis. Una cum doctorum allegationibus dilucidantur ac succinte resolvuntur*; Venecia, 1644, un tomo en fólio.—*Praxis nova observanda in Ecclesiastici sepulturis, Christi fidelium catholicos tradendis, disputationum controversiæ, plausibilis sane ac summopere scito dignæ et desiderabiles cum suo previo apparatu in duos tractatus divisæ. In primum namque de his qui liberi ac canonico sepulturam delique valeant disseritur. In secundo vero quibus personis de jure canonico et totaliter sepultura ecclesiastica interdicta disputatur*; Luca, 1653, en fólio; Turin, 1678, en 4.°—*Conciones in totum annum Fr. Raphaellis delle Columbe nostri antea*; Florencia, 1622, en 4.°—*Apologetica disputatio selecta de unico D. Petri primatu ac succesorum ejus, Romanorum Summorum Pontificum*; en fólio.—*Additiones copiosæ ad tractatus de canonica electione;* Venecia, 1644.— *Disputationum controversiæ de regularibus et monialibus, cum triginta controversiis de munerum largitione;* en fólio.— *Disputationum controversiæ, de Regularium Privilegium, tam in corpore juris quam extra illud existentibus à Romanis summis præsulibus emanatis, atque eis præstitis in septem Ecclesiæ Sacramenta*; tres tomos en fólio.—*Disputationum controversiæ de pace in scriptis præstanda inimico veniam petenti;* en fólio.— *Viridarium elegans plausibile, desiderabile et utile rerum novarum selectarum omnibus studiosis, prædicatoribus, academicis et similibus virtuosis deservens;* un tomo en fólio.—M. B.

SAN AGUSTIN (Mtro. Fr.), natural de Madrid, como él mismo lo asegura en su obra impresa, tomó el hábito del órden de Agustinos calzados, y fué procurador general de la provincia del Santísimo Nombre de Jesus, en Filipinas, secretario y definidor de ella, comisario del Santo Oficio, y sobre todo persona muy estudiosa en todo género de letras. Escribió: *Primera parte de las conquistas de las Filipinas; la temporal por Felipe II, y la espiritual por la órden de S. Agustin, hasta el año* 1646; Madrid, 1698, en fol.—*Segunda*

parte de la misma obra, otro tomo en fol. que dejó ms.—*Jeromelisa de himnos y poesías;* primera parte, en Amsterdam: la segunda la he visto ms., en 4.°, en la celda del Rmo. Fr. Enrique Florez en el convento de S. Felipe el Real, y la tercera se la prometieron enviar á este reverendísimo, pero murió antes.—A. y B.

SAN AGUSTIN (Fr. Alonso de), del órden de los Mínimos de S. Francisco de Paula. «Singular hombre fué en la abstinencia, dice la Crónica de esta religion, aquel venerable y santo viejo, el P. Fr. Alonso de S. Agustin, que en el santo convento de nuestra Sra. de la Consolacion, de la villa de Utrera, murió en la decrepitud de ochenta y seis años, en el de 1590.» Fué este Padre natural de S. Martin del Castañar, junto á la ciudad de Bejar. Tomó el hábito siendo ya de edad avanzada, y aún vivió en la religion más de cuarenta años, con singular observancia en todos los puntos de su santa regla. Fué varon de notable prudencia y de medidas palabras; sus más virtuosas acciones eran tan ocultas, que solo las conocian Dios y su alma, siendo necesario adivinar el fin de algunas, porque las apariencias tenian significacion muy diferente. Fué novicio en Córdoba é hizo la profesion en Andújar en 27 de Junio de 1571. Vivió despues de profeso en Córdoba dos años, donde se hallaba cuando recibió el hábito el P. Fr. Antonio de los Reyes, con quien desde entónces se unió en la más estrecha amistad para servir contínuamente á Dios, pues otra clase de amistad jamás la tuvieron ni la aprobaron. Fué muchas veces corrector; cuando salia del coro, iba á la cocina y ayudaba al despensero á guisar la comida de la comunidad. Decíanle algunos que aquello no convenia á su cargo y autorizada persona, y les contestaba que al padre no le está mal el dar de comer á sus hijos, y que, pues él era padre, queria que lo comieran aderezado de su mano. Siempre que tuvo que asistir á capítulos provinciales, que fueron cuatro veces, iba á pie, pidiendo limosna, con unas alforjas en que llevaba su túnica y su breviario y la limosna que le daban, no pidiendo más cuando tenia pan suficiente para aquel dia: cuando se hizo la division en esta Orden de las provincias de Andalucía, se apartaron los dos buenos amigos el P. Reyes y el P. S. Agustin, quedándose aquel en la de Granada y yendo este á la de Sevilla. Trascurrieron muchos años sin verse hasta que yendo el P. Reyes á visitar el convento de la Consolacion, á últimos de 1589, encontró al P. Fr. Alonso cerca de Ecija, que iba muy cansado del camino, así por los muchos barros, como porque padecia una grave enfermedad, era muy anciano y caminaba á pie, y llegó casi sin aliento al convento de Arahal, situado entre Ecija y Utrera: entraron juntos en él, se abrazaron estrechamente, y con abundancia de lágrimas manifestaron el gozo espiritual que sentian sus ánimos. «Religiosos viejos y graves hasta hoy testifican, dice la Crónica, fué una maravillosa

representacion este acto del que les sucedió á los dos ermitaños S. Pablo y S. Antonio, porque les oyeron decir estas palabras al P. Reyes:—Veinte años há y más que no nos vemos.—Y respondió el P. S. Agustin:—Así es, amigo, y esta será la postrera vista de esta vida, porque os hago saber, Padre, que nos está á los dos muy cercana la muerte.» Cumplióse así presto, porque no pasaron dos años primero que muriesen los dos. El P. Fr. Alonso de S. Agustin murió sin otra enfermedad que sus ordinarios achaques y decrepitud, fatigado de sus ordinarias penitencias. La noche ántes asistió á maitines, y dijo misa el dia de su muerte. Hallándose recostado en su pobre cama de duro cañizo, pidió la extremauncion, y apénas se la dieron, quedó muerte en los brazos de sus religiosos, haciendo glorioso tránsito de esta vida temporal á la eterna, que le granjearon sus heróicas virtudes y rigurosas mortificaciones que ejercitó tantos años con la divina gracia. Sepultaron su cuerpo en el claustro en lugar señalado, conservándole por largo tiempo en veneracion como de varon tan santísimo. Hé aquí cómo termina esta biografía la Crónica de su Orden. «Diré una cosa extraña que prueba bien el secreto de sus acciones. Tenia el bendito P. Fr. Alonso de S. Agustin un hermano religioso de la órden de S. Basilio, que residia en el convento del Tardon, en la sierra de Córdoba, poco ménos distante veinte leguas de nuestro convento de Consolacion, donde el P. S. Agustin residió algunos años. El P. de S. Basilio veníale á visitar de cuando en cuando, y siempre que entraba en el convento, ántes de preguntar por él ni de buscarle, se iba á la sacristía á ver si habia dicho misa, si le decian que sí, íbase á la villa, y al dia siguiente madrugaba mucho y volvíase á nuestra iglesia, y oia todas las misas hasta que su hermano salia á decirla; oíasela, y sin hablarle palabra se volvia á su convento: sucedió esto muchas veces, y con haberlo observado los religiosos, y deseado saber cómo habiendo tomado trabajo de cuarenta leguas tantas veces, nunca habló á su hermano, ni él, aunque lo sabia y se lo decian, le buscaba, á nadie descubrió jamás la causa de esto, solo se pudo conjeturar ser concierto y mortificacion inspirada del cielo, porque los varones sabios y justos por semejante norte guian su viaje. Sabemos del P. Fr. Alonso de S. Agustin, que era irreprensible varon; su hermano daba muestras de gran religioso, venia siempre á pie, veíasele modesto, callado y devoto; debió de ser traza de nuestro Señor, que esto bastase á dos tan buenos hermanos, para que el merecimiento de tan singular mortificacion creciese tanto más en el juicio de Dios, cuanto ménos fué entendido este misterio en el de los hombres. Por que se vea la fuerza de esta conjetura es bien que se sepa el suceso y fin de estas visitas. El dia ántes de la muerte de este religioso de S. Basilio, dióle notable priesa el espíritu á su hermano el P. S. Agustin, que le fuese á vi-

sitar á su convento del Tardon; pidió licencia al superior, y con ella se puso en camino; por mucha prisa que se dió, como el camino es largo y en partes escabroso, tardó algo más de tres dias; cuando llegó estaba el cuerpo de su hermano en las andas para darle sepultura, asistió á este acto funeral con notada demostracion de su grande prudencia y santidad, dejó admirablemente edificados á todos los religiosos del convento de su hermano, y haciéndoles profunda humillacion se volvió poco á poco al suyo, donde suplió con largas oraciones y sufragios las cortas conversaciones que tuvo con su hermano en vida.—S. B.

SAN AGUSTIN (Fr. Andrés de), del órden de S. Juan de Dios, portugués, tomó el hábito en la provincia de S. Bernardo de América, acreditando en sus obras ser verdadero hijo de su santo patriarca. Fué muy caritativo para con todos, y desempeñó en el hospital de S. Pedro el cargo de prior muchos años, donde asistia á los pobres con grande vigilancia, piedad y misericordia, y esta caridad que tuvo siempre para con los pobres del hospital, la tenia tambien para con los vecinos de la ciudad, porque siendo muy entendido en la medicina, curaba á todos los que se valian de su caridad, por lo cual se adquirió mucho crédito y veneracion de todos. Siendo prior edificó en su hospital un grande departamento para habitacion de los religiosos y algunos otros locales, aunque teniendo que vencer la oposicion de varios émulos. Padeció muchos trabajos, y uno de los mayores fué haber sido preso y maltratado ignominiosamente por un juez eclesiástico, en cuyo castigo se manifestó despues la virtud de este religioso, quedando hasta hoy memoria de muchos vecinos de la ciudad de Santa Fe, de la virtud, prudencia, paciencia y fortaleza de este siervo de Dios. Fué muy dado á la oracion, pues levantándose á las tres de la mañana se ponia á orar, y empleaba en ello mucho tiempo. Fué muy puntual en la observancia regular, siendo el primero en todos los actos de comunidad, no obstante sus muchas ocupaciones anejas á su oficio de prelado y cuidado de los muchos pleitos que tuvo la comunidad en su tiempo y asistencia á la curacion de muchos enfermos de la ciudad. Era religioso de mucha prudencia é inteligente en las administraciones de rentas, segun se deduce del tiempo de su gobierno, en que aumentó mucho las de aquel hospital. Fué defensor de las inmunidades eclesiásticas, humilde y virtuoso, segun se deduce de que siendo tan inteligente en los negocios regulares, todas sus afecciones las sujetaba al juicio ajeno de los religiosos, con quienes las consultaba, áun siendo de materias de poca consideracion. Continuó en este género de vida distinguiéndose por sus buenas acciones hasta su muerte, acaecida en el referido hospital de Santa Fe, en Setiembre de 1670.—S. B.

SAN AGUSTIN (M. Clara de), religiosa agustina recoleta, fué subpriora

del convento de la Concepcion de Málaga, y manifestó tanto celo por la observancia de la regla y constituciones á que vivió sujeta, que nunca faltó en esto en el menor ápice en todo el tiempo que vivió en la religion, observándola no solo en lo que á sí misma tocaba, sino tambien en lo relativo á las religiosas, pero haciéndolo con un celo y un fervor que mereció siempre el afecto y amor no solo de sus compañeras sino tambien de todas las personas que la conocian. Unia á esto una vida ejemplar y un carácter dulce y amable, siendo por lo tanto sus mandatos obedecidos no solo por la obligacion de obediencia que consigo llevaban, sino tambien por la manera dulce é insinuante en que lo hacia. Sus demás virtudes fueron tan dignas de aprecio como de respeto, y en su larga vida, léjos de hallarse ninguna falta que corregir, se encontraron muchas cosas dignas de admiracion y respeto. Querida y venerada por las religiosas, dejó en la fundacion de la Concepcion de Málaga eterno renombre, ya por los ejemplos que dió, y cuya memoria se ha conservado hasta nuestros dias, ora por sus demás hechos. Su muerte fué generalmente sentida, y áun hoy se recuerda su nombre como el de una religiosa de las más notables que ha tenido aquella santa casa. —S. B.

SAN AGUSTIN (Fr. Francisco de), misionero dominico de quien han llegado á nosotros muy escasas noticias. Fué verdaderamente humilde de corazon, sencillo y de espíritu obediente, y en particular muy piadoso y compasivo con sus prójimos. Fué sin duda amado de Dios y de los hombres, y en su pacífica, aplaudida y serena muerte, manifestó Dios su virtud con más claros testimonios que en su religiosa y perfecta vida, porque sin haberle experimentado los indios en ministerios ni sermones, siendo distinta su profesion, ni tratádole muy de cerca por no saber su lengua, fué tan grande cuando murió la conmocion del pueblo que se levantó á venerar su cadáver, que llegó á causar en los religiosos notable admiracion, concurriendo todos á besarle las manos con un interior impulso en que confesaban ser digno de semejante honor y que Dios le tenia con mayor estimacion en el cielo. Los religiosos que le trataron hallaron siempre en él grande virtud y grande temor de Dios. Murió en la ciudad de Salos de la provincia de Cagayan hacia 1651. —S. B.

SAN AGUSTIN (Fr. Francisco de), religioso agustino natural de Sevilla, llamado el *Pulcro*, segun Arana de Varflora en sus *Hijos ilustres* de aquella ciudad, donde vió la luz primera en 1671, siendo sus padres D. Pedro Antonio de Guzman y Doña Feliciana de Chaves. Tomó el hábito y profesó en el convento de ermitaños de la órden de S. Agustin de la ciudad de Sevilla, donde siguió sus estudios hasta terminar su carrera. Desde el instante en que abrazó el estado religioso fué un verdadero modelo de todas las virtudes, distinguiéndose por su ejemplar perfeccion. Fué lector de teología y

prelado de los conventos del Toboso y Almagro, ejerciendo por último el cargo de secretario de su provincia y definidor general. Hallábase adornado de eminentes talentos oratorios y de una erudicion no vulgar en la Sagrada Escritura y Santos Padres, por lo que fué mirado como uno de los primeros predicadores de su siglo. Murió en 1697, dejando tres tomos de sermones, *Marial*, *Santoral* y *Cuaresma*, que son testimonios de su buen gusto y vastos conocimientos. —S. B.

SAN AGUSTIN (Fr. Juan de), religioso del órden de los ermitaños de San Agustin. Nació en Sevilla en 1642, siendo sus padres Andrés de Regajal y Doña Ana Gonzalez de la Peña. En 1659 tomó el hábito de la referida Orden en el convento de su patria, donde manifestó desde luego su grande ingenio y notable laboriosidad, que le hacia muy á propósito para el estudio de las letras, á que se le consagró, haciendo tan grandes progresos que en muy breve período fué nombrado catedrático de filosofía y teología de su provincia. Cultivó tambien las bellas letras, llegando á poseer grandes conocimientos en la historia sagrada y profana y un talento nada vulgar para la poesía. Notable por su erudicion y su elocuencia, era grande el concurso que asistia á sus sermones, habiendo obtenido grande fama como predicador aventajado. Obtuvo en su Orden diferentes cargos, que referiremos en la forma que los fué desempeñando. En 1670 fué elegido discreto para votar en el capítulo general celebrado en aquel año. En 1673 fué nombrado secretario de su provincia, y en 1676 obtuvo el grado de maestro, eligiéndosele en el mismo año para gobernar con el título de prior el convento de Córdoba. Fué definidor de su provincia, que en 1680 le eligió por cronista encargándole de escribir la historia de su fundacion y principales sucesos que en ella se habian verificado. Pero secáronse en flor las esperanzas que habia hecho concebir tan docto varon, pues falleció en Sevilla á 24 de Julio de 1684, sin haber cumplido cuarenta y dos años de edad. Real y verdaderamente no se conoce ninguna obra de este religioso; sin embargo, Arana de Varflora dice acerca de ellas lo siguiente: «El mismo Fr. Juan, en una carta dirigida al Mtro. Fr. Francisco de Silvestre, provincial entónces de dicha provincia, asegura tener ya en borrador la *Historia de la provincia de Andalucía, del órden de S. Agustin*; pero por desgracia con su muerte se perdieron estos apreciables manuscritos. No falta quien juzgue produccion de su ingenio un libro en 4.° intitulado: *Triunfo panegírico*, impreso en Sevilla el año de 1671. Esta obra es un poema heróico en que describe las fiestas que á San Fernando consagró la catedral de Sevilla en celebracion del nuevo culto que le concedió el papa Clemente X.» —S. B.

SAN AGUSTIN (P. Fr. Juan Reoyo de), religioso gerónimo en el monasterio de S. Miguel del Monte, y á quien más propiamente pudiera lla-

marse del milagro por uno muy notable que obró Dios en su favor, de aquellos en que se muestra maravilloso con sus siervos. Siendo este religioso nuevo de la escuela y relojero, á las tres noches en que comenzó el oficio de llamar de noche á los monjes para ocuparse en las divinas alabanzas, sobrevino una tempestad terrible y espantosa con muchos relámpagos y truenos, uno de aquellos se disparó y cayó sobre el campanario del convento, desde donde por el reloj descendió á la celda del relojero, dejándole tullido de pies y manos, y con grande congoja ocasionada del tufo ó humo. Acudieron los religiosos que despertó el ruido de la tempestad, y pronto repararon dónde habia sido el estrago, llamaron á la puerta, pero Fr. Juan les respondió que no podia abrirla por el trabajo que le habia sucedido y no poderse mover; la violentaron, y al abrirla salió tan grande cantidad de humo como azufroso, y tan denso, que toda la casa llenó con su mal olor. Le hallaron tan lastimado, que entre cuatro religiosos tuvieron que conducirle al dormitorio de los nuevos, porque ni áun podia moverse en la cama, ni ménos dar un solo paso. Ordenó el prior, que lo era entónces Fr. Pedro de Santa María, que algunos religiosos recorriesen la casa y examinasen si el rayo habia hecho algun otro daño; y hallando que solo habia dejado señales en pocas partes, sin lesion del edificio ni de otra persona, y que Dios habia guardado la vida á este siervo suyo, habiendo estado tan á riesgo de perderla, mandó que pasasen al coro á darle gracias, y el santo prelado fué con los demás, dejando con el paciente un religioso que le asistiese y consolase. Fr. Juan Reoyo se afligia mucho, juzgando quedaria tullido para toda su vida, no pudiendo servir en nada á sus hermanos; mas al mismo tiempo que la comunidad estaba dando gracias á Dios en el coro, comenzó á mover los brazos y los pies como ántes del acaecimiento, y de repente se levantó diciendo á voces: *Aquí anda el brazo de Dios.* Paseóse por el dormitorio dando mil gracias á su clemencia divina, y contento y alegre se fué al coro. Causó el verle grande admiracion á todos, fué á besar la mano al prior, diciéndole que por la misericordia que Dios habia usado con él, estaba ya sano. Todos quedaron regocijados y con universal alegría por tan milagroso suceso, y al dia siguiente, juntando los vocales el prelado, se determinó en capítulo, que para siempre se hiciese conmemoracion todos los dias del Sto. Angel de la Guarda y del glorioso doctor de la iglesia S. Agustin, en cuyo dia el año 1620 sucedió este milagro, y desde entónces se hacia despues de completas, siendo el motivo para que este siervo de Dios, en quien se verificó, dejase el sobrenombre que tenia de su linaje y tomase el de S. Agustin, para conservar en el nombre el recuerdo de su obligacion á Dios y al santo doctor, y si hasta entónces habia vivido con ejemplo, de allí adelante le dió muy grande de su vida. Fué religioso de mucha verdad, sin doblez ni artificio;

humilde, temeroso de Dios, solícito en los oficios que la obediencia le encomendaba, celoso de la observancia, sin que jamás se viese en él accion que disonase al estado. Con estas calidades vivió en aquella casa veintiun años, y llegándosele el tiempo de morir, las esmaltó con la grande resignacion á la voluntad y manos de Dios, que se le llevó habiéndole ántes preservado de la violencia del rayo, con mucha tranquilidad y sosiego, como quien pasaba á gozarle para siempre, dándole lugar á que recibiese los santos Sacramentos para asegurar su futura felicidad.—A. L.

SAN AGUSTIN (Madre Juana de), religiosa agustina recoleta; tomó el hábito en Medellin, su patria, habiendo sido ántes casada, y luego que enviudó la fué inclinando á Dios el estado religioso, aunque no á ninguna Orden determinada, y como se hallaba asistida de eficaz deseo de dejar el mundo y sin luz para elegir retiro, acordándose de que el que deseaba para esposo habia dicho que era luz del mundo, rendida acudió á rogarle que la comunicase un rayo de ella para conocer qué religion le seria más á propósito para servirle. Favorecióla el Señor con una vision extraordinaria, y en su consecuencia tomó el hábito en la recoleccion de S. Agustin, distinguiéndose por su observancia. Favorecióla el Señor con especiales gracias, y á lo último de su vida estuvo tullida de pies y manos mucho tiempo, de suerte que no movia parte alguna de su cuerpo, si las hermanas no la movian por caridad. Esta venerable Madre escribió su vida por mandato de su confesor.—S. B.

SAN AGUSTIN (Fr. Manuel). Fué portugués, y aunque tuvo gran cuidado en ocultar lo alto de su alcurnia y lo grande de las acciones meritorias de sus predecesores, se supo á ciencia cierta que era miembro de las primeras familias de su época, y esto le enalteció muchísimo, como no podia ménos, aunque muchos de sus deudos y parientes llevaron á mal el que abandonára la carrera de las armas á que sus padres quisieron dedicarle, y no buscára, por los medios que estuvieran ciertamente á su alcance, el aumentar los blasones con que ya se honraron sus mayores. Desde el primer destello de su razon concibió ideas las más exactas de la miseria é insignificancia de las cosas de este mundo, y resolvió con la mayor abnegacion no solo darlas de mano sino despreciarlas hasta el extremo de vivir en este valle de miserias como pasajero, que sufriendo las molestias de una peregrinacion que tiene que llevarle á una patria venturosa, si bien es verdad que tenia que ser mediante la necesaria paciencia de los que han de experimentar luego la dicha de su eternidad. Puso todo su conato en elegir lo mejor para su aprovechamiento espiritual, y despues de haber examinado uno por uno los institutos en que podia más fácilmente practicar los preceptos y consejos evangélicos, se decidió por la congregacion de ermitaños de S. Agustin,

que bajo la observancia más exacta de sus bien meditadas reglas, ha dado y da á la Iglesia dias del mayor consuelo en el triunfo verdaderamente tal de sus profesores. Allí desde luego mostró nuestro Juan Manuel su deseo de lograr todos los adelantos posibles en la carrera de la perfeccion, y despues de haber hecho un noviciado que más parecia enseñanza que aprendizaje, profesó con universal aplauso de cuantos conocian las prendas excelentes que le adornaban. Desempeñó siempre con la mayor fidelidad los cargos y comisiones que se le confiaron, y fué muy estimado de todos, dedicándose al estudio con el mayor afan, y escribiendo con acierto obras que fueron recibidas con grande aplauso y que sirvieron muchísimo, porque eran más bien la expresion de lo que veia, que no estudiadas teorías tal vez inaplicables. Sin que pueda culparse á nadie, se ha experimentado la sensible pérdida de los escritos de este excelente literato y acreditado moralista; nos vémos privados de ellos, porque anónimos en su orígen, no se les ha dado nunca publicidad como de nuestro autor, siendo las noticias que dejamos consignadas lo único que sabemos de Fr. Manuel de S. Agustin.—G. R.

SAN AGUSTIN (Sor María de), religiosa de la órden de S. Gerónimo en su convento de S. Pablo de Toledo. Esta fiel esposa del Señor fué de preclaro linaje, y sobrina del comendador mayor de Castilla. Su firme vocacion, su cultivado talento y otras muchas y relevantes prendas, hicieron que fuese muy querida y respetada de todas sus compañeras, y por sus muchos merecimientos fué nombrada priora, gobernando aquel convento con la mayor prudencia y buena direccion. Era notable su devocion, consagrando más horas que las que prescribia la regla á la santa oracion y contemplacion de los divinos misterios. Era muy penitente y austera, ayunando con el mayor rigor, y usando de otras mil mortificaciones con su cuerpo; su paciencia y humildad eran ejemplarísimas; y finalmente, estaba adornada de cuantas preciosas perlas de virtud pudieran desearse, y merecedora cada una de un rico engaste. Su muerte fué tranquila y placentera, como la que esperase volar al cielo siendo inocente paloma, quebrando el hilo con que estaba sujeta á la vida mortal.— A. L.

SAN AGUSTIN (M. María de), religiosa agustina recoleta. Profesó á 28 de Diciembre de 1590 en el convento de Sta. Isabel de Madrid, que se hallaba entónces situado en la calle del Príncipe, y no donde lo está en la actualidad, y tambien fué sepultada en él. Era hija de D. Nicolás Grillo y de Doña María de Rojas, nobles ciudadanos de Génova y de inmensas riquezas, las que dedicó casi todas á la fundacion del referido convento de la calle del Príncipe, pues como dice la Crónica, «con el fervor de su caridad abrigó doncellas virtuosas y las dotó para diferentes estados, despues de haberlas industriado en la virtud sustentándolas con este fin en su casa largo tiem-

po... Enajenó lo mucho que poseia, poniéndolo liberal á los pies del Señor, para que se fundase aquel grano de mostaza de la calle del Príncipe, de que se levantó el árbol tan crecido en ramas, que habitaron en ellas con gran desahogo de espíritu las muchas aves contemplativas de quienes vamos hablando.» De esta religiosa se cuenta un caso milagroso que influyó mucho en la fundacion de que fué la principal autora. La importancia que este acontecimiento tiene para la historia de Madrid, nos obliga á referirle tal como se halla escrito en las Crónicas de la religion agustiniana. «Habia en Madrid una mujer moza y dama, llamada Doña Prudencia Grillo, que criada á las influencias de la corte, vivia más cuidadosa de gozar sus vanidades que de de aliñar la cuenta que habia de dar á Dios. Tenia estrecha amistad con un caballero, á quien S. M. mandó partir á servir un gran cargo de las galeras, y sintiendo ella, ó haciendo que sentia la ausencia del caballero, y consolándola él, vino á decirle: Estando vos allá y yo acá, sin saber si vivis ó moris, ¿cómo quereis que pierda el cuidado?—Podeisle perder, dijo él, que si yo muriese, yo os avisaré, y con esto, miéntras no os avisáre podreis entender que vivo.—Rióse ella del ofrecimiento, y dijo: ¿Cómo me avisaréis si muriésedeis?—Tocando estos damascos, dijo él, y señaló los que estaban colgados en una cuadra. Tambien menearé, añadió, las puertas de este escritorio, y la última señal será correr las cortinas de la cama. Con esto se persuadió, quedando ella convencida, y con verdad, á que se lo habia dicho en donaire, por dar alguna salida al sentimiento que mostraba de verle partir. De allí á pocos meses, estando en la cama á media noche, sintió poco despues del primer sueño que se movian los damascos de la cuadra, y luego oyó tocar en las gavetas del escritorio, y de allí á un rato correr las cortinas de la cama, con que quedó atemorizada y casi fuera de sí. Dentro de pocos dias llegaron nuevas de la muerte del caballero, y fueron tan grande aldabada para su corazon, que se resolvió á dar de mano á sus vanidades, y á volverse á Dios muy de veras. Recogióse al principio á hacer penitencia en su casa, habiendo elegido para el acierto de sus operaciones por maestro y padre espiritual al V. P. Orozco. Hospedaba en ella obispos desterrados de Irlanda y católicos de Inglaterra. Gastaba su hacienda en dotar mujeres arrepentidas, recogia las de mal trato y dábales de comer para que la necesidad no les obligase á ofender á Dios. Criaba niñas del hospital de los expósitos, y muchas veces llegaron á doce. Habiendo hecho esta vida algunos años, determinó estrecharse más y encerrarse en un monasterio, y para este efecto dió sus casas y lo que le habia quedado de su hacienda al bendito P. Orozco, con que se hizo esta fundacion. Al tiempo de esta santa resolucion, tenia Doña Prudencia (que no es otra que nuestra María de San Agustin) otras tres mujeres que la acompañaban en el retiro y penitencia á

que el conocimiento de sus descuidos la habia reducido. La una se llamó en la religion Catalina de S. Francisco, que habia sido bien ruidosa en la corte por la vanidad altiva que la habia desvanecido. Otra fué hija de un hombre llamado Ramirez, que sirvió á Doña Prudencia veinticuatro años, gobernándole lo que tocaba á la hospedería con gran fidelidad y celo por haberle su señora ofrecido que la habia de cumplir á su hija el sumo deseo que tenia de entrar en religion. Esta se llamó despues en la recoleccion María de San Pedro, y la otra se llamó María de la Encarnacion, que se la habia dejado un caballero genovés á Doña Prudencia. Corrió la voz de que Doña Prudencia daba su casa, que estaba sita en la calle del Príncipe, al santo Orozco para fundacion de nuevo convento, y á las cuatro se agregaron otras cuatro, que la una se llamó despues Ana de Sta. Inés; otra, María de S. Miguel; otra, María de Jesus, y Teresa de Jesus la otra. Estando la fundacion en este estado, el P. Orozco trató con el P. Mtro. Fr. Pedro de Rojas, que al tiempo era provincial de esta provincia de Castilla, y despues fué obispo de Astorga y de Osma, que le diese religiosas á propósito para instruir las ocho referidas en las nuevas leyes que el mismo P. Orozco tenia dispuestas y escritas para dar principio á la recoleccion. Y el provincial, deseoso de ver en el jardin de Augustino la nueva planta que la luz del cielo habia descubierto el V. P. Orozco, sin dilacion ninguna dió providencia á lo que era necesario para la ejecucion de lo que se habia tratado, y ordenó que saliese de nuestro convento de nuestra Sra. de Gracia, de la ciudad de Avila, para tan soberano empleo, una religiosa que en él habia profesado á 8 de Setiembre de 1561, siendo vicario de dicho convento Fr. Antonio de Velasco, y priora Doña Catalina de Henao, hija de nobilísimos padres, y de la misma ciudad naturales. Llamóse la religiosa que salió de Avila á la fundacion Doña Juana Velazquez, hija de Francisco Velazquez Vela Nuñez, y de Doña María Rote, entrambos de familias no poco esclarecidas en la estimacion de los ciudadanos de Avila. Salió con esta religiosa del convento de Avila para el mismo intento otra religiosa. Llegaron á Madrid, y habiéndose incorporado con las ocho que las estaban esperando para que las adiestrasen en la milicia del cielo, les dió el provincial Rojas el hábito de la recoleccion con gran solemnidad, y por haberse hecho muy célebre y glorioso este feliz principio de la fecunda recoleccion en toda la corte. Así lo dice Doña Juana Velazquez en una carta que escribió acerca de esto, cuyas palabras son las siguientes: «Las primeras que tomaron el hábito que estaban juntas, y vinieron de fuera otras cuatro, que fueron Ana de Sta. Inés, María de S. Miguel, María de Jesus, Teresa de Jesus. Estas ocho conmigo y mi compañera. Los hábitos se hicieron muy solemnes, los cuales dió el P. Fr. Pedro de Rojas, que era provincial, y despues obispo de Astorga y Osma, hijo del marqués de Poza.

Fué este dichoso dia el 24 de Diciembre, víspera del nacimiento de nuestro Redentor Jesucristo, año 1589, en el cual celebró la primera Misa el venerable Orozco en el primer convento de Sta. Isabel, fundado en la calle del Príncipe. El reglamento que escribió para estas religiosas el V. P. Alonso de Orozco, y se observó en un principio, es el siguiente: «Lo que han de hacer las monjas del monasterio de nuestra Señora de la Visitacion de las Recoletas de nuestro P. S. Agustin, es lo siguiente: Primeramente el hábito negro de jerga, y el blanco de sayal ó paño grosero, las tocas de lienzo, y los velos de beatilla; el calzado será zapato, las camas serán un jergon y un colchon, las sábanas y camisas serán de angeo. Ninguna se llamará don ni señora, sino llamarse han Soror Juana de la Visitacion, ó del santo que más devocion tuviesen. A las preladas llamarán Reverencia y nuestra Madre Priora, y unas entre otras, su Caridad. La labor de manos será para la comunidad, la cual les dará lo que hubiesen menester, y todo lo que les donasen será para el comun. Tomarán disciplinas los lunes, miércoles y viernes, en cuaresma y adviento, y los viernes del año y vísperas de comunion; ayunarán el adviento, desde Todos Santos hasta la Natividad, y desde la Septuagésima hasta Pascua de Flores, y todos los miércoles, viernes y sábados del año, ménos los de entre pascua y pascua, por conformarnos con la santa Madre Iglesia, y estos miércoles y sábados comerán grosura, ménos la víspera de Pentecostés, que es vigilia. Comulgarán todos los domingos del año y los dias que manda la constitucion, y más la Visitacion, nuestro padre y nuestra madre, S. Nicolás y S. Guillermo. El locutorio será una reja y un rallo, y el dia de la comunion no habrá visita por reverencia del celestial esposo. *Laus Deo.*» Estuvo el convento cerca de veinte años en la calle del Príncipe, mas como se hallaba muy próximo á un teatro de comedia, y como el olor que despedia de sí lo primoroso de las virtudes en que comenzaron á florecer las santas religiosas, como imanes fueron atrayendo á sí lo más noble y virtuoso de la corte, de suerte que llegaron á robar el corazon de la reina Doña Margarita, digna siempre de inmortal memoria en el mundo, que como tan amante de la virtud, hizo grande aprecio de aquellas siervas del Señor, y las visitó muchas veces. Sucedió que estando en cierta ocasion la reina visitando á las madres, oyó instrumentos músicos á su parecer dentro del convento, y las preguntó si tenian música, y como la respondiesen que no, pasó á satisfacerse del punto de donde los instrumentos comunicaban allí con tanta distincion sus voces: dijéronle las religiosas que del corral de las comedias, adonde estaban los farsantes representando. Fué la respuesta un dardo que atravesó á la piadosa reina el corazon; esta pena la puso en cuidado de quitar el estorbo que al recogimiento de las religiosas era el ruido de la vecindad. Poco ántes de aquel tiempo habia salido azotado de la

fortuna, aquel tan soberanamente entendido como sumamente desgraciado Antonio Perez, secretario del rey Felipe II, cuya casa habia recaido en S. M.; y la reina dispuso que las religiosas se pasasen por algun tiempo á ella, con ánimo de fabricarles convento conforme á su retiro en otra parte de Madrid. Dióse cumplimiento á lo que la reina dispuso, y se hizo la traslacion. En aquella casa de Antonio Perez las visitó la reina muchas veces, poniendo grande cuidado en ordenar que no se faltase á la asistencia de las siervas de Dios. Sucedió en este tiempo hacer la reina jornada á Valladolid, adonde la M. Mariana de S. José estaba fundando aquel convento, y se le inclinó la reina de suerte, que allí se determinó á hacer el de la Encarnacion, porque como iba el corazon de la reina inflamado en el amor que tenia á las recoletas de Madrid, se le acabó de encender con aquel grande ejemplo que le dieron las que halló del mismo hábito y estatuto en Valladolid; y como tenia determinado dar habitacion á las que estaban en Sta. Isabel de prestado, le pareció lance estimable á su afecto hacer convento en que pudiese aprovecharse de las oraciones y buen ejemplo de las unas y de las otras. Con este fin ordenó que la M. Mariana se viniese con sus compañeras al convento de Sta. Isabel, adonde era su intento que viviesen juntas las que vinieron de Valladolid y las que estaban en el convento, hasta que se diese fin á la fábrica de la Encarnacion, para que todas unidas pasasen á plantar la recoleccion en él. Mas cuando le pareció á la M. Mariana que era tiempo de partirse todas de la casa de Antonio Perez, se fué descubriendo que era voluntad de Dios que sus esposas no desamparasen todas aquella casa, y se hicieron fuertes muchas de las que habian ido de la calle del Príncipe, con que fueron muchas las dificultades que se ofrecieron á pesar de todo el poder de los reyes de España, que pretendia no faltase ninguna de las que se habian congregado en la casa de Antonio Perez. Habíanse trasladado á este convento á 4 de Diciembre del año 1610. Consiguieron las siervas de Dios la dicha de verse mejoradas de convento, mas luego se la aguó la tristeza de ver á la misma reina que les habia hecho la merced, resuelta á quitarles el convento que poco ántes les habia dado, como venimos refiriendo. Causóles la resolucion real grandes zozobras, pero Dios las libró de todas, porque dice el P. Mtro. Marquez, en la vida que escribió del bendito P. Orozco, al capítulo XXXVIII, que habia entónces en el convento una sierva de Dios que se llamó María de S. Miguel, una de las que tomaron el hábito en el primer convento de la calle del Príncipe; y que condolida de que hubiese de cesar obra de tan santas manos, se puso muchas veces en oracion, pidiendo á nuestro Señor que no se extinguiese por sus pecados aquel convento que el bendito Padre fundó con tan celestial espíritu; y perseverando en ella, una mañana entre las tres y las cuatro, dice que vió su celda llena de luz, y

luego al venerable P. Orozco vestido con un hábito negro, y arrojando de sí grandes resplandores, el cual la dijo: «No temas, hija, que este es convento y lo ha de ser;» y que arrojándose ella á besarle los pies, se le desapareció en un punto. Cumplióse á la letra su promesa, porque Su Santidad nunca ha querido dar licencia para extinguir aquella casa. Y el teson que en no dispensar tuvo el Pontífice no fué poco admirable, porque hallándose Su Santidad obligado de repetidas instancias de los reyes de España en órden á que el convento se extinguiese, pasándose al convento Real de la Encarnacion todas las que en el de Sta. Isabel se habian sacrificado á Dios, mandó que preguntasen si en su sacro palacio se hallaba algun español; y como el Señor le movió á esto en oracion, que tenia determinado fijar para siempre la obra que habia comenzado, habia acudido á palacio un sacerdote virtuoso, llevado de ciertas dependencias, el cual habia vivido en Madrid y acudido á decir misa en Sta. Isabel, cuya modestia habia convidado á algunas religiosas á que se confesasen con él en varias ocasiones. Fué preguntado de parte de Su Santidad si habia estado en Madrid, y si tenia noticia de un convento que se llamaba Sta. Isabel; y el sacerdote, como fiel testigo, publicó la santidad que en él habia reconocido. Noticiado el Pontífice de esto, reconoció que la resistencia con que se habia portado á las súplicas de los reyes, habia sido resolucion del cielo, y se resolvió á dejar en silencio la pretension. Fundóse el convento de Sta. Isabel sujeto á la religion, y lo estuvo hasta que la reina Doña Margarita lo mandó trasladar al convento Real que edificó, el cual dejó sujeto al señor patriarca que por tiempo fuese. Aunque la reina Doña Margarita dejó este convento en la forma y perfeccion que hoy tiene, no le adornó de templo correspondiente á su ardiente devocion ni á la grandeza del convento que fabricó á las religiosas, por haberle cortado la muerte la vida muy despues que puso en forma este convento. « Mas no consintió el Señor que quedase imperfecta la obra, pues como hubiera muerto en la guerra de Flandes un caballero, llamado Don Alonso de Noguerol, su viuda Doña Luisa de la Hoz decidió tomar el velo en Sta. Isabel, lo que hizo cambiando su nombre en el de Luisa de la Madre de Dios. » Esta señora llevó á Sta. Isabel un socorro tan considerable, que despues de haber hecho los gastos de la entrada y profesion, le sobraron nueve mil ducados que cedió al convento. Viéndose con esta cantidad y sin templo el convento, se resolvieron las siervas de Dios á ofrecerle lo que estaba de su parte para hacerle palacio decente á su grandeza, empezando á abrir los cimientos hasta donde llegaron los nueve mil ducados. Acabada esta cantidad cesó la obra tan despacio, que ya se entendió que no se volveria á ella. Mas como estaba á cargo de Dios volvió S. M. por ella, moviendo al tan piadoso corazon como magnífico del gran monarca Felipe IV á

que tomase á su cargo hacer templo á aquel convento, que los santos reyes sus padres habian fundado. Encomendó el cuidado de esta obra al patriarca D. Alonso de Guzman, que miró tiernamente á este convento, y en la vigilancia con que cuidó de que fuese en aumento la iglesia, lo manifestó muy bien, porque en breve tiempo se labró una iglesia que no hay otra de mayor hermosura en la corte. Compónese de cuatro arcos torales iguales en todo; dentro del uno está el altar mayor; dentro del otro está el coro alto y puerta de la iglesia; dentro de el del lado de la epistola, está un altar de nuestra Señora de la Soledad; y sobre el arco que le cubre un balcon grande, de donde oyen misa las colegialas doncellas; dentro de el del lado del Evangelio, esta un altar de una devotísima imágen de Jesucristo crucificado, y sobre el arco que le cubre otro balcon igual al del colegio para cuando los reyes van al convento. Estan arrimados á los cuatro extremos que sustentan los arcos otros cuatro altares, el uno del glorioso apóstol S. Felipe, otro de S. Ildefonso, otro de Sto. Tomás de Villanueva, y otro de S. Nicolás de Tolentino. Estos cuatro altares estan en tan proporcionada disposicion, que puesto un ayudante en medio de la capilla mayor, puede igualmente ayudar á la misa que se dice en cada uno de ellos. Puesta ya la iglesia en esta disposicion, le dijo el patriarca al rey que no habia órgano para cuando fuese la música Real á las funciones que se ofrecen en el convento. El rey le dió órden para que bajase á su capilla Real y escogiese el mejor realejo que habia en ella y le llevaran á la iglesia del convento, adonde se tiene hoy con grande estima. La primera piedra del convento de esta iglesia puso el patriarca D. Alonso Perez de Guzman, la primera dominica de Octubre, dia en que se celebró la fiesta del Rosario de nuestra Señora, el año de 1639, en que tomó el hábito la religiosa que dió los nueve mil ducados. Trasladóse el Santísimo Sacramento á este templo el dia de San Agustin del año 1665 con grande solemnidad, pues aunque ya habia muerto Felipe IV, el patriarca manifestó á todos el interés con que habia protegido esta obra, de manera que los obligó á que ayudasen á lo magnífico de las fiestas que se celebraron durante el octavario. El rey habia dado para esta obra cincuenta y dos mil ducados. Cuando nació el príncipe Felipe Próspero, envió el Pontífice á Felipe IV una urna de venturina y ébano con cristales pintados con primorosas imágenes, sustentada en cuatro leones de bronce, la que regaló al convento, y una el jueves santo para exponer en ella al Santísimo Sacramento. Tambien regaló el retablo, que se compone principalmente de un cuadro de la Concepcion enviado al rey por un virey de Nápoles, como pintura de extraordinario mérito, siendo muchos los objetos que donó además aquel monarca para el culto de esta iglesia. — S. B.

SAN AGUSTIN (M. María de), religiosa agustina recoleta, llamada en el

siglo Doña María Osorio, hija de D. Gonzalo de Valcárcel Osorio y de Doña Francisca de Avila y Costilla, naturales de la villa de Ponferrada, y en cuya casa se hospedaron las fundadoras del convento de Villafranca cuando pasaban á él, pagándoles el Señor el cortesano recibimiento y liberal agasajo con que habian tratado á las hijas de S. Agustin, dice la Crónica, disponiendo que una flecha de amór, de las que asaetearon el corazon del gran doctor, se disparase al de su hija María, en quien hizo tal operacion, que desde aquel dia no cesó de rogar á sus padres con rendimientos dignos de bendicion que la dejasen ir con aquellas benditas madres á la nueva recoleccion. Advertidos sus padres de que era favor del cielo la contínua peticion de su hija, dispusieron lo necesario y la llevaron al convento con grande y lucidísimo acompañamiento. Se distinguió tanto en la religion, que cuando la madre fundadora salió á la fundacion de la órden de Sta. Brígida, la rogaron sus súbditas con lágrimas que las diese prelados que las conviniera, y no las dejase aventuradas á errar la eleccion. Negóse á la súplica remitiéndolas á la constitucion y deseo de elegir lo mejor, asegurándolas de que con estas circunstancias no cabria el yerro que temian. No satisfechas con razon tan prudente insistieron muchas veces para conseguir la declaracion de lo que sentia, y finalmente, las dijo: Que si hubiera de entrar en la eleccion, diera su voto á María de S. Agustin, que aunque tenia condicion convenia tambien para la observancia mucho. Refiere la Crónica, «que estando cercana á espirar esta segunda prelada de aquel convento, habia otra enferma tan poco distante de su celda, que desde ella llamó á la enfermera que estaba con la M. María, y la preguntó qué campanillas de plata eran aquellas que se habian tocado tan cerca poco habia; y como la respondiese que no habia oido campanillas, volvió á asegurarse de que gran número de ellas, y muy de prisa, se tocaban al tiempo que las llamó.» Siendo esta la última noticia que se nos da de esta religiosa. —S. B.

SAN AGUSTIN (M. María Magdalena de), religiosa agustina recoleta Fué natural de Bejar, en tierra de Salamanca, é hija de Diego Hernandez y de Isabel Sanchez. Vivió casada en Salamanca con grande opinion de santidad, porque en el matrimonio quiso ser imitadora de Sta. Mónica, pues la habia dado el Señor un marido de terrible condicion, al cual, á fuerza de paciencia, supo convertir en un perfecto cristiano. Despues de haber abierto la misericordia divina los ojos al marido de este siervo de Dios, se consagraron los dos á impedir pecados y plantar virtudes, atrayendo al camino de la oracion á muchas personas de diferentes estados, socorriendo huérfanos y asistiendo á los enfermos, ya en los hospitales, ya en otra cualquier parte donde tenian noticia de que los habia. Era tanto el cuidado que tenian marido y mujer de que no se ofendiese á Dios, que iban los dos á las ca-

sas donde vivian las mujeres públicas, y dejando María Magdalena al marido á la puerta para su resguardo, entraba armada del espíritu de Dios, y sacando un santo Cristo, representaba á las mujeres perdidas la mala correspondencia que tenian con aquel Señor, cuyo amor fué tan grande que para librarlas de la esclavitud de Satanás habia querido ser maltratado y puesto afrentosamente en un madero. Pedíales que se convirtiesen á aquel Señor que iba con los brazos abiertos á recibirlas. Preguntábales qué las detenia en la perdicion, y que si era el deleite, ya tendrian experiencia de que no les quedaba de su poca duracion sino miserias para los cuerpos y condenacion para las almas; que si era el sustento corporal quien las detenia en aquel afrentoso vicio, que ella con la ayuda de Dios, que asiste á los pajarillos del campo, cuidaria de él para que no les faltase lo necesario. Tan atinadas razones ponia Dios en sus labios, que ordinariamente volvian su marido y ella con gran fruto, gozosos de quien Dios, á quien tanto amaban, fuese ménos ofendido. Fué Dios servido de llevarse para sí al piadoso marido de María Magdalena, sirviéndole de consuelo en la muerte de tan buen esposo, segun la Crónica, una fragancia de suavísimo olor que despidió su cuerpo al despedirse el alma de él. Enterráronle en los Carmelitas descalzos de Salamanca con mucho consuelo de aquellos Padres, por la noticia que tenian de sus grandes virtudes. Muerto el esposo, le pareció que ya que Su Majestad se le habia quitado, le debia querer más viviendo ajena á todo lo humano. Llevada de esta consideracion, repartió entre los pobres todo lo que poseia, fiando á la Providencia divina hasta el sustento ordinario. Acudia todos los dias á recibir el del altar, que por ser su trato tan familiar con Dios, movia á sus ministros á que se le diesen con liberalidad. No fué rémora su grande pobreza para el fervor con que ántes se empleaba en obras de misericordia, pues para continuar el socorro de las huérfanas y el sustento de las mujeres que se apartaban del pecado, la socorria Dios con cuantiosas limosnas, moviendo los ánimos de las personas poderosas para que se las hiciesen con largueza. Ejercitóse en estas buenas obras en Salamanca y en la villa donde vivió algunos años. De Sevilla fué llevada á Valencia para que amparase á unas mujeres recogidas y las encaminase á la virtud. Creció tanto la opinion de su santidad, que los personajes más elevados se creian dichosos con verla pisar los umbrales de su casa, dejando sus haciendas á disposicion de María Magdalena para que hiciese limosnas; pero tantas honras no dejaron de excitar la envidia y atraer á esta sierva de Dios gran número de persecuciones. En Salamanca, dice su biógrafo, la llamó el corregidor mal informado, y le dijo con gran desabrimiento: «Que engañaba al mundo sacando con capa de virtud y título de ayudar á otros limosnas muy cuantiosas, y con grande hazañería las aplicaba á su regalo; y que allí luego pusiese sobre una mesa

todo lo que traia, y que en adelante viviese con cuidado de no volver á cometer tan gran delito, porque si no ejecutaria con ella un ejemplarísimo castigo.» Sirvióle de gran consuelo el verse tan maltratada, y de haber llegado á ocasion de poder padecer algo en servicio de Dios. Sacó con grande humildad todo el dinero que llevaba recogido de las limosnas, y poniéndole sobre la mesa, dijo tales razones al corregidor, que con ellas se halló tan mudado, que no solo la volvió el dinero que habia puesto sobre la mesa, sino que aumentó otra cantidad mayor, habiendo mirado como una grande felicidad el que aquella mujer entrase en su casa por la ocasion que le presentaba de concurrir con aquella corta parte al intento de sus buenas obras, y le rogó con grandes veras que la encomendase al Señor en sus oraciones. Estando en Sevilla esta sierva de Dios, comulgaba todos los dias, y eran tantos los arrobos que padecia, que quedándose desde por la mañana en los rincones de las iglesias, los cuales buscaba para no ser vista, solia no volver en sí hasta por la tarde. Hizo esto tanto ruido, que llegó á noticia de los inquisidores, que la llamaron y examinaron, y dándoles cuenta con la mayor humildad del camino por donde el Señor la llevaba, le aprobaron todos por bueno, pidiéndola que los encomendase al Señor. Dióla uno de los inquisidores un libro del *Contemptus mundi* para que lo aprendiese de memoria, y lo hizo así conservándolo mucho tiempo. En Salamanca hizo amistad con una beata llamada María de la Fe, con la que vivió más de un año en la misma casa, conociendo mútuamente su grande virtud y fuerza de amor divino, confirmada con heróicas obras en beneficio de las almas. Hubo de hacer despues un viaje María Magdalena, y estando para despedirse de su compañera, la dijo que tuviese entendido que habia de ser monja. Viendo la Madre que no habia ningun camino por donde pudiera poner en ejecucion lo que la escuchaba, la pidió que no hablase de semejante cosa, pues no podia tener fundamento, ni era ella merecedora de que el Señor la hiciese tanto favor. Ratificóse María Magdalena en lo que acababa de decir, y poniendo la mano en el pecho, la aseguró que era cierto, como en efecto se verificó al año siguiente, pues llevó el Señor á ambas á la fundacion del convento de Aybar, con santa emulacion de muchas personas religiosas; pues al despedirse la M. María de Jesus y la M. Constanza de S. Pablo de unos parientes que tenian en el convento de S. Clemente de Toledo, cuando hubieron de partir á la fundacion de Aybar les dijeron las de S. Clemente: «¡Dichosas vosotras que llevais la Santa de Sevilla!» Tan extendida se hallaba á la sazon la fama de la virtud de María Magdalena. Llegó al convento de Aybar con grande alegría por verse religiosa de aquel santuario, y despues de haber profesado la probó el Señor con grandes trabajos, en los cuales ejercitó su grande paciencia y humildad. Padeció necesidades tan extraordinarias que no habia

regalo que bastase á socorrerlas. No fué recoleta más que nueve años, pero sufrió en este tiempo tantos padecimientos, que muchas veces daba al Señor amorosas quejas, y sucedió algunas que la oyeron las religiosas que vivian más inmediatas á ella decir: «Bendita, Señor, la mano, mirad que heris de lo fuerte; ningun golpe dais en vano; de muerte me habeis herido.» Otras veces, no cabiendo en ella el gozo por la grande ayuda que la daba el Señor en sus trabajos con la repeticion de singulares favores, decia: «Del pan y del palo me da mi maestro; venga uno con otro en hora buena.» Dióle la enfermedad de la muerte, y á todas las religiosas pedia suplicasen al Señor la diese una alta disposicion para parecer como debia delante del supremo juez. Dijo á su confesor que habia Dios de llevarle en un dia muy solemne. Aseguró tambien que en lugar suyo habia de entrar en aquel convento una doncella jóven, rica y noble; todo se cumplió á la letra. Murió en la fiesta más solemne de aquel convento, que es la de la Concepcion, y despues de su fallecimiento se verificó la entrada de la persona que habia dicho. Entregó su espíritu al Señor con grande serenidad y paz el viernes 8 de Diciembre de 1612. Su vida fué escrita por la M. Constanza de S. Pablo y la M. María de la Fe, advirtiendo ambas escritoras que al otro dia de la Concepcion murió una religiosa llamada M. María de Jesus, y que como estaba aún sin enterrar la M. María Magdalena, y acababa de celebrarse la fiesta de la Concepcion, se confundieron de tal manera los sucesos que no quitaron ninguno de los adornos que habian puesto en el altar para celebrar aquella festividad, y las enterraron á ambas sin advertirlo el convento, ni reparar en ello ninguna de las muchas personas que acudieron á cada uno de los entierros. — S. B.

SANABALLAT, jefe ó gobernador de los chutenos ó samaritanos, y constante enemigo de los judíos. Era natural de Hozon ú Hozonain, ciudad del otro lado del Jordan en el país de los moabitas. Cuando Nehemías llegó de Susa á Jerusalen y comenzó á reedificar sus murallas, hicieron alianza Sanaballat, Tobías y Gonem, y le enviaron á preguntar porqué acometia aquella empresa, y si no era aquello rebelarse contra su rey. Pero Nehemías le contestó: «Dios del cielo es quien nos asiste, y nosotros somos siervos suyos. En cuanto á vosotros, dijo á los chutenos, no teneis parte ni derecho sobre Jerusalen, y vuesto nombre permanecerá aquí siempre olvidado.» —Y como Nehemías continuase su empresa con ardor, acabó por encolerizarse Sanaballat, y dijo delante de los samaritanos: —Quiénes son esos pobres judíos? Les dejarán obrar los pueblos? Acabarán sus obras y harán su dedicacion en el mismo dia? Edificarán con esas piedras que ha roido el fuego y reducido á polvo? —Todos estos discursos no enfriaron el celo de Nehemías, y trabajó con tanta actividad, que quedaron por último terminadas

las murallas de Jerusalen. Entónces Sanaballat, Tobías y Gonem enviaron á decir á Nehemías que saliese con ellos al campo, á fin de hacer alianza y de jurarse mútua amistad, pero esto no era más que por sorprenderle y obligarle á sucumbir por medio de la violencia. Nehemías les contestó que se hallaba ocupado en una grande obra que no podia abandonar: dirigiéronle por cuatro veces la misma invitacion y otras tantas veces les dió la misma respuesta. Sanaballat, por último, le escribió en estos términos: «Como hay cierto rumor entre los pueblos y Gonem le hace extenderse, de que quereis rebelaros con los judíos, y que con ese pensamiento habeis ajustado profetas para decir que sois rey del país, y como el rey debe estar informado de todas estas cosas, venid á vernos á fin de que conferenciemos juntos.» Pero Nehemías le envió un hombre para decirle que no habia nada de esto, que era invencion de su cabeza. El mismo Sanaballat habia ganado á un profeta llamado Semeías, que fué á aconsejar á Nehemías se retirase al templo por temor de que no se atentára contra su vida. Pero Nehemías se libró tambien de este caso, gracias á su prudencia. Habiéndose visto obligado Nehemías á regresar á Susa, cerca del rey Artagerges, el gran sacerdote Eliasib casó á su nieto Manasés, hijo de Joyada su hijo, con una hija de Sanaballat, y permitió á un tal Tobías, de la familia de Sanaballat, hacerse una habitacion en el templo. Nehemías á su regreso á Jerusalen arrojó á Tobías del templo y no quiso consentir que Manasés, nieto del gran sacerdote, habitase en la ciudad y continuase ejerciendo las funciones del sacerdocio. Desterrado Manasés, se retiró al lado de su suegro Sanaballat, el cual le propuso medios para ejercer el sacerdocio sobre el monte Garitzim con la oracion que vamos á referir. Habiendo entrado Alejandro el *Grande* en Fenicia y puesto sitio á Tiro, Sanaballat abandonó el partido de Darío, rey de Persia, y fué al frente de ocho mil hombres á ofrecer sus servicios á Alejandro. Este príncipe le recibió muy bien, y Sanaballat le suplicó con instancia que le permitiese erigir un templo sobre el monte Garitzim, donde pudiese establecer á su yerno Manasés como gran sacrificador. Alejandro dió fácilmente su asentimiento, y Sanaballat se apresuró á comenzar los trabajos, porque debia ser muy viejo, puesto que ciento veinte años ántes, es decir, el año del mundo 3550, era ya gobernador de los samaritanos. Algunos han creido tambien que el Sanaballat que vivia en tiempo de Alejandro era diferente del que hizo tan fuerte oposicion á Nehemías, pero no vemos la necesidad absoluta de hacer esta distincion. Josefo sin embargo hace á Sanaballat chuteno de orígen, y no habla del que se opuso á la empresa de Nehemías. Llama Nicaro á la mujer de Manasés, y dice que Sanaballat murió nueve años despues de haberse sometido á Alejandro.—S. B.

SANABRIA Y FEIJÓ (D. Francisco de), oriundo de una familia de

las más esclarecidas de Galicia, y heredero de un título de duque, declinó la honra de poseerle, renunciándole en uno de sus hermanos para poder dedicarse á la carrera eclesiástica. Esto produjo en su familia cierta desavenencia, porque unos veian en esto, como en realidad lo habia, un rasgo de abnegacion sublime, una de esas pruebas de la alta estima de la dignidad sacerdotal, que nada dejan que desear; los otros no miraban ni veian esto, sino solo el que un hombre que podia fundar aspiraciones las desvanecia en un momento, y por lo mismo como que tenian cierta pena de que desperdiciára, por decirlo así, los recursos que el Señor le habia facilitado para ser algo, apreciacion que pareceria justa si no se atendiera en el mundo más que á los intereses materiales; pero como el mundo concluye, pero no la vida del hombre ante la consideracion de la eternidad, caen por su propio peso esas aparentes conveniencias que se pretextaban como perdidas por nuestro Sanabria. Sus padres estuvieron un tanto perplejos, ya por la resolucion de su hijo, ya por la opinion de los de sus deudos y parientes que creian inaceptable la renuncia, y arbitraron un medio por el cual, dejando á su hijo en plena libertad para tomar por último el rumbo que quisiera, les quitaba á ellos toda responsabilidad que por acaso hubiera tal vez habérseles exigido; este medio fué mandarle á Bolonia al colegio de Españoles, en el cual ejercian cierto protectorado, por cuyo motivo no dudaron que estaria muy atendido y todos muy satisfechos de él. Allí estudió derecho civil y eclesiástico separadamente, y formando dos carreras distintas como por entónces se acostumbraba, y desde los primeros dias en que asistió á cátedra se distinguió por su talento y aplicacion, siendo esto más de extrañar en razon á que es sabido que los que estan dotados de mucha inteligencia no suelen reunir gran aplicacion para el estudio, pero este jóven tenia ambas cosas; bien es verdad que sus miras eran muy elevadas, pues siempre creyó que la criatura debe de hacer cuanto está en ella para agradar á su Dios, y por consiguiente debe de utilizar cuantos recursos Dios mismo la ha proporcionado para cumplir estos designios suyos. A su debido tiempo recibió los grados académicos en ambos derechos, y los ejercicios que hizo para merecer el título de doctor fueron tan brillantes, que ningunos los superaron y los igualaron muy pocos, lo cual era para él doble satisfaccion en razon á que sus profesores en todos estaban de su parte, porque preveian que en los concursos que para los ascensos se celebraban, tanto en el colegio de Españoles cuanto en la universidad, podria este esclarecido doctor hacerles alguna sombra si se presentaba en concurso. Cuando concluyó sus estudios y recibió el doctorado, fué ordenado de los sagrados órdenes, hasta el presbiterado inclusive, pero nunca fué en el ejercicio de su sagrado ministerio donde alcanzó los lauros que le hicieron pasar á la posteridad;

sin embargo, por sus buenas costumbres y por su recogimiento y demás virtudes, mereció justamente la estima de todos, porque á la verdad era excelente sujeto. Su especialidad fué la carrera de cánones. Habia defendido brillantisimamente en estrados negocios los más complicados, y acerca de los cuales la legislacion era oscura, el derecho no solo cuestionable sino muy dudoso, y siempre su interpretacion habia sido la más recta, agregándose á todas estas cosas en favor suyo el que su constante aplicacion al estudio le habia hecho ponerse al corriente de toda la disciplina eclesiástica desde los más remotos tiempos hasta los dias en que vivia, así es que parecia destinado para profesor de cánones; vacó este destino ó cargo, que habia de ser conferido por oposicion, acudieron bastantes sujetos muy á propósito para el desempeño de su cometido y muy hábiles en la materia, hiciéronse las oposiciones con todo rigor, y nuestro buen D. Francisco de Sanabria y Feijó fué quien logró sobre sus contrincantes ventajas, que obligaron á los censores á proveer en él la cátedra, aunque habia influencias no desatendibles en favor de alguno ó de algunos de los demás. Este triunfo tan marcado de su buen talento y aplicacion suma le sirvió por una parte de grandísima satisfaccion, y por otra de aliciente para desempeñar de allí más su cátedra de un modo que no le rebajára en nada la justa reputacion que le diera este tan brillante triunfo sobre sus otros coopositores. Efectivamente, fué admirable su manera de desempeñar la enseñanza de su cátedra; un órden sumo, una precision exquisita y una erudicion nada comun, he aqui las dotes con que se acreditó como maestro. Habia un consejo supremo y muy distinguido para ventilar las diferencias que existian siempre y que se hacian algunas veces complicadisimas, porque la gente de mar ha sido siempre muy discola, y en este consejo se señaló grandemente como hombre de dotes muy especiales muestro Sanabria, pues en mil circunstancias evitó disgustos de trascendencia, que hubiesen tenido fatalisimas consecuencias. Sus excelentes servicios hubiesen sido espléndidamente recompensados si él hubiese querido otra cosa que su cátedra, y no cabe duda en que hubiera obtenido no solo los más pingües beneficios, sino la mitra que hubiera querido en España, pues que el monarca de este católico reino hubiera tenido gran complacencia en aprovecharse de la ciencia y prudencia de tan excelente sacerdote. Por supuesto que apénas hubo asunto difícil en los tribunales eclesiásticos de España que no se le llevase en consulta al muy acreditado Sr. Don Francisco Sanabria y Feijó, teniendo siempre la satisfaccion de que su opinion no solo se aprobára en todas sus partes, sino que muchos de los tribunales eclesiásticos sentaban como jurisprudencia para lo sucesivo las resoluciones que se tomaban con su acuerdo. Aun cuando su idea constante fué que sus dias se acabáran en Bolonia, donde habia hecho su carrera y donde

habia logrado la brillante posicion que tenia, tan en armonía con sus inclinaciones y estudios, Dios dispuso por esos medios inefables é imprevistos que los dias de este hombre ilustre concluyeran en otra parte, donde habia de prestar un gran servicio. El virey de Nápoles tuvo que enviar una comision extraordinaria al gran duque de Etruria, y para ella necesitaba un sujeto de grande inteligencia, y al mismo tiempo que con tino y aplomo ventilase las dificultades que precisamente habian de surgir por razon de que el asunto era sumamente delicado y no habia ido á términos de conciliarse, por la imprudencia tal vez de los que le manejáran. El virey concedió á nuestro ilustrado D. Francisco Sanabria todos los honores que á su misma persona, y quiso que se le hiciesen no solo en su tránsito sino en su recepcion, lo cual era presumir un poco de la deferencia del gran duque, que en verdad por entónces no estaba muy dispuesto á permitir tal demostracion. Mas el enviado no quiso aceptar esta distincion de parte de los súbditos de su señor, para que no se notára tanto si acaso el duque se los negaba; pero con asombro de todos no solo se los concedió, sino que le guardó muchisimas deferencias, concediéndole cuantas distinciones era posible, y se avinieron ambas potencias en todos los puntos en que estaban discordes, gracias á la habilidad con que nuestro señor de Sanabria desempeñó su difícil cometido, y ¡cosa pasmosa! concluyó las negociaciones, firmó los tratados en union con el secretario de estado del gran duque, canjearon sus plenipotencias, y ya iban á canjearse los documentos por los cuales se comprometian uno y otro, cuando inesperadamente le acometió una calentura que en un principio se creyó cosa pasajera, pero que le arrebató la vida y con ella las esperanzas de que en la carrera diplomática, que emprendia con tan felices resultados, alcanzse nombradía. Por supuesto que sus funerales fueron tan suntuosos como convenia al cargo que desempeñaba cerca del gran duque, á la categoría de su persona y áun al señor que le habia enviado, y el sentimiento que causó su fallecimiento, pues aunque le habian tratado poco, habian estimado sus excelentes dotes. Su sepultura se vió favorecida por muchos que al rendirle este homenaje hacian justicia á sus excelentes prendas y singulares merecimientos. Escribió y publicó en Bolonia, año 1626, *Primatum Cœli*, obra que no hemos examinado, y que en verdad no llamó mucho la atencion; pero son tambien suyas otras dos que con justicia le acreditan como aventajado escritor; la que tituló: *Canonicarum resolutionum liber singularis ex commentariis ad titulum de Probationibus*, impresa tambien en Bolonia el año de 1630, y la que en igual año y lugar vió la luz bajo el título de *Oratio ad Senatum Bononiensem in gratiarum actionem pro cathedra vesperorum Juris Pontificii*. En todas ellas se marca su especial inclinacion el derecho canónico y los vastos cono

cimientos que en él tenia el tan ilustre como sabio doctor D. Francisco de Sanabria y Feijó, presbítero regular.—G. R.

SANADON (David Esteban). Este jesuita nació en Rouen el dia 16 de Febrero de 1676. Tomando el hábito en la Compañía de Jesus, llegó á ser uno de los más distinguidos hijos de su glorioso fundador S. Ignacio de Loyola, honra del catolicismo y gloria de nuestra España que le produjo. Profesó durante su juventud la retórica en Caen, en donde contrajo íntima amistad con el sabio Huet, al que dedicó un volúmen de versos latinos. De Caen pasó á París á desempeñar la misma cátedra, y á la muerte del P. Durceau se le encargó la educacion del príncipe de Conti. Por recomendacion de su discípulo fué nombrado en 1728 bibliotecario del colegio de Luis *el Grande*, y se hallaba desempeñando esta plaza cuando murió, el dia 22 de Octubre de 1733. No solo en su Orden fué considerado el P. Sanadon, sino que se le apreciaba tambien en la sociedad por la amenidad de su carácter, y por su profundo saber, modesto y exento de toda pedantería. En amistad con Lié, Jouvenci, Huet, el abate Nesmondo, y con todos los sabios más distinguidos de su época y de su Orden, poseyó él mismo una erudicion poco comun. Como traductor de Horacio hizo olvidar á Dacier y á todos los que le habian precedido en esta version en prosa de poeta tan difícil de traducir; y áun cuando se le critica con justicia de carecer de fuerza y color su estilo, no puede negársele el mérito de haber allanado el camino á los traductores que emprendieron este trabajo despues de él. En su traduccion dedicada al príncipe de Conti, su discípulo, y precedida de la vida de Horacio, se permitió el P. Sanadon un gran número de variaciones que pocos han aprobado: él mismo confiesa en su prefacio que solo dejó tres piezas intactas. Por todas partes puso nuevos títulos y argumentos; algunas veces una misma pieza la divide en dos, y otras hace una de muchas. Se le ha criticado especialmente su sistema de ortografía, que consiste en suprimir las letras que no se pronuncian cuando no sirven para señalar el género, el número, ó el tiempo, á escribir los derivados del griego sin acentos, y con los mismos caractéres que el latin y el francés. Si los etimologistas han combatido este sistema con ventaja, no faltan sabios que han aprobado el sistema del Padre Sanadon, sin atreverse sin embargo á seguirle. De todos los poetas latinos modernos, ninguno quizá ha puesto en sus versos más abandono y gracia, más armonía y delicadeza, siendo lástima se hagan tan ostensibles algunas veces los defectos de imaginacion. La pieza latina más importante del P. Sanadon es el poema heróico titulado: *Nicanor moriens*. Se conocen sus traducciones, ó más bien imitaciones de Anacreonte, Bion, Moschus, Teócrito, Marat y Dabellay. Sus epitafios latinos de Fenelon y de Catinat pasarán por modelos hasta que se perfeccione más el estilo lapidario. Las demás

obras del P. Sanadon son las siguientes: *Poesias de Horacio* dispuestas segun el órden cronológico, y traducidas al francés con observaciones y disertaciones críticas; Paris y Amsterdam, 1728, en dos volúmenenes en 4.° Hay una edicion posterior en ocho volúmenes en 12.°—*Pervigilium Veneris*, traduccion; París, 1728, en 12.°—*Carminum libri quatuor*; Paris, 1715, en 12.° Muchas de estas composiciones en verso y disertaciones latinas se han publicado por separado, y existian colecciones completas en las bibliotecas de los jesuitas, cuya lista publicó Moreri en 1759. En el *Mercurio* de Diciembre de 1733, se publicó el elogio de Sanadon. Es preciso no confundir á este con su tio Nicolás Sanadon, que fué jesuita como él, y que nació igualmente en Rouen, el cual fué autor de algunas obras piadosas y murió el año 1720.—C.

SAN ALBERTO (Fr. Alfonso de). Oscurísimas son las noticias que nos han legado acerca de las virtudes, erudicion y demás dotes de este esclarecido carmelita, y sin embargo, por lo muy poco que se sabe no puede ménos de convenirse en que fué hombre que valió muchísimo. En primer lugar se muestra su extraordinaria abnegacion, pues perteneciendo á una de las principales familias españolas de su época, renunció á todo el brillante porvenir que le ofrecian, tanto las circunstancias de este su tan esclarecido linaje, cuanto su no vulgar talento y la exquisita educacion con que sus padres le pusieron en aptitud de haber optado por cualquier cargo en cualquier carrera, en el bien entendido de que le hubiese desempeñado con el mayor acierto. Además, la eleccion que hizo demuestra el alto concepto que tenia del estado religioso y su grandísimo deseo de agradar á Dios en él, pues no se contentó con abrazar un instituto cualquiera, y ni la regla que le hubiera podido parecer más fácil y llevadera, sino que se ofreció á Dios en la rigidísima observancia de los Carmelitas descalzos, que en verdad no tienen nada que envidiar á los institutos más austeros. Por supuesto que cuando Alfonso se presentó á pedir el santo escapulario, sabia ya perfectamente las privaciones y demás á que tenia que sujetarse, razon por la cual su noviciado lo que es para él nada tuvo en que hubiera de aprender, pues bien estudiado llevaba cuanto en él le hicieron practicar, á cuantos observaron su conducta ejemplarísima, su tan rígida observancia, y las demás cualidades que le demostraban como escogido por Dios para este cargo; á esos sí les admiró, y tanto los religiosos como los extraños á la comunidad, se complacian vivamente en que el P. Alfonso, perseverando en los propósitos mismos con que entrára en aquella santa casa, prometiera ser uno de sus ornamentos; pues ornamento es para un convento el religioso observante y digno de tan alto nombre. Apénas concluido su noviciado, fué admitido á la profesion por unánime consentimiento, y el dia en que se verificó esta solemnidad

imponente, fué dia de gran júbilo para aquella santa casa, pues que todos se prometian, y con razon, que Fr. Alfonso de S. Alberto sería muy útil al comun de los fieles en el desempeño de los ministerios, que encaminados á este fin se le encomendáran, y muy útil á su comunidad, porque siempre la habia profesado mucho afecto. Los superiores, luego que comprendieron que era hombre de capacidad, y que sus finos modales y caridad acreditada le podian servir de mucho para el ejercicio del ministerio sacerdotal, le obligaron á que hiciese los estudios necesarios para ascender al sacerdocio, y le hicieron que se ordenára, aunque para ello hubo de vencerse su grandísima repugnancia, fundada únicamente en que se reconocia indigno, no solo de tan sublime elevacion, sino áun de desempeñar los más bajos é insignificantes ministerios de la casa. Excusado es decir que un hombre que pensaba tan bajamente de sí mismo, habia de prepararse para ascender al sacerdocio de la manera más conveniente, y así fué con efecto, pues todo el tiempo que medió desde que supo que se le destinaba para ministro del Altísimo, le empleó en estudiar la manera más adecuada de agradar á su Señor, y hacerse digno de las recompensas con que este premia á sus fieles servidores. Apénas ordenado de sacerdote, le encomendaron el tan difícil como importante ejercicio de la predicacion, y no pudo ménos de ser esto providencial, pues parecia ciertamente que Dios visiblemente bendecia sus intentos segun el ópimo fruto que se lograba de sus sermones, que dirigidos al alma de los fieles que le escuchaban, eran para ellos como saetas que penetrándoles en el corazon, los ablandaba para bien suyo y gloria del Eterno. Así es que en todas partes deseaban que el P. S. Alberto hiciese la predicacion, para que se lográra, como se logró, el que muchos pueblos se convirtieran al buen camino y reformáran sus costumbres, en algunos casos bastante relajadas. Se ocupó solo de la predicacion, áun cuando para la enseñanza y para los demás oficios de gobierno presentaba excelentes disposiciones, porque no quisieron sus superiores que se apartase del púlpito, por los felices resultados que en él lograba. En 1632 le llamó el Señor para sí con el fin de premiarle por sus buenas obras, y preparándose de la manera más conforme á lo que debia ser en sus últimos dias un religioso, espiró en el Señor en medio del sentimiento universal de cuantos le conocian, que comprendian bien cuánto habia de echársele de ménos. Dejó un precioso *Tratado de Oratoria*, y un libro de *Sermones de la Santísima Vírgen María*, que gozan de muy justa y merecida celebridad.—G. R.

SAN ALBERTO Campos y Julian (D. Fr. José de), de cuyos distinguidos linajes nació en el Frasno el 17 de Febrero de 1727. Abrazó el instituto del Cármen reformado en su colegio de la ciudad de Calalayud, y lo profesó en el convento de S. José de Zaragoza el año de 1744. Siguió con aprove-

chamiento los estudios propios de su estado, y leyó artes y teología. En la observancia religiosa no disfrutó menor alabanza su ejemplo, que tuvo tambien mérito en 1766 cuando fué prior del convento de Sta. Teresa de Tarazona, y despues en otros cargos; particularmente en el de procurador general de su Orden en la corte de Madrid, en el de predicador de S. M. y examinador sinodal del arzobispado de Toledo, en cuyo tiempo fué dos veces distinguido en los votos de los electores para el generalato de su congregacion de España. La segunda vez en 1778, sin que en estos y los anteriores tiempos carecieran de aceptacion sus frecuentes funciones y empleos en la oratoria cristiana, así en Aragon como en Navarra y en Castilla. El señor rey católico D. Cárlos III lo presentó en 1778 para el obispado de Córdoba de Tucuman, y en 20 de Setiembre de 1784 para el arzobispado de Charcas ó de la Plata. Luego que aceptó la primera mitra, se dirigió á su diócesis por medio de una carta pastoral, dándoles en ella pruebas nada equívocas de su celo, literatura, sólida piedad, discrecion y caridad, cuya práctica alabaron despues ambas iglesias. En 1801 fué electo obispo de Almería. Escribió este Ilmo. prelado: 1.° *Oracion fúnebre de la Sra. Doña Isabel Farnesio, esposa del Rey D. Felipe V y madre del señor Rey D. Cárlos III, que dijo en las reales exequias que el dia 23 de Octubre de 1766 celebró en su santa Iglesia catedral la siempre Fidelísima ciudad de Tarazona;* en Zaragoza, por Francisco Moreno, 1766, en 4.°—2.° *Carta pastoral que dirige á los párrocos, sacerdotes y demás fieles de su diócesis de Córdoba de Tucuman;* en Madrid, en la oficina de D. Joaquin de Ibarra, 1778, en 4.°, de 107 págs. —3.° *Panegírico de Sta. Teresa de Jesus, que tradujo del francés al español, dedicó á la misma Santa, y ofreció á sus hijos los Carmelitas descalzos;* en Madrid, por D. Joaquin Ibarra, 1779, en 4.°, de 150 págs.: su autor fué el P. Le Chapelain. La trabajó, no para predicarla, sino para la instruccion de su asunto y tambien del arte de predicar, segun el traductor lo nota en su prólogo de 6 págs.—4.° *Segunda carta pastoral á todos los fieles del obispado de Córdoba de Tucuman, en la entrada y principio de su gobierno,* 1791. 5.° *Constituciones para las casas de los niños huérfanos y huérfanas, fundadas en Córdoba, capital de Tucuman, por su celo y caridad.* Se imprimió con aprobacion del Supremo Consejo de Indias.—6.° *Carta pastoral á todos sus diocesanos de Tucuman, acompañando las referidas constituciones para las casas de niños huérfanos y huérfanas;* en Madrid, en la imprenta Real, 1784, en 4.° mayor de 72 págs.—7.° *Catecismo Real, que bajo la forma de instruccion compuso y publicó para enseñanza de los seminarios de niños y niñas de su diócesis, en que por preguntas y respuestas se enseñan catequísticamente en veinte lecciones las obligaciones que un vasallo debe á su rey y señor;* en Madrid, 1786, por D. José Doblado, en 8.°, de 121 págs. —8.° *Cartas pasto-*

rales del Sr. D. Fr. José Antonio de S. Alberto, arzobispo de la Plata, á sus diocesanos, por el motivo del escrito antecedente. Segunda á todos sus curas, exhortándolos á la leccion y enseñanza de su Catecismo Real, con el motivo de saber que un autor extranjero habia pensado ó pensaba impugnar las verdades santas, que se contienen en él; y la tercera á N. SS. P. Pio VI, con motivo de los acaecimientos de Francia; en Madrid, en la imprenta Real, 1793, en 4.°, de 290 págs.—9.° *Reloj espiritual para llevar á Dios presente en toda hora, con siete meditaciones abreviadas para los dias de la comunion*; en Madrid, en la imprenta Real, 1786, en 8.°—10.° *Coleccion de instrucciones pastorales que en diferentes ocasiones y con varios motivos publicó para edificacion de los fieles el Ilmo. y Rmo. Sr. D. Fr. José Antonio de S. Alberto, Obispo ántes de Córdoba de Tucuman, y al presente Arzobispo de la ciudad de la Plata, en América, del Consejo de S. M.*; en Madrid, en la imprenta Real, 1786, en 4.° mayor, en dos tomos con su retrato. Contienen, primera carta pastoral á los párrocos, sacerdotes y demás fieles de Tucuman; 1778. Segunda á todos los fieles de dicho obispado, en la entrada y principio de su gobierno; 1781. Tercera pastoral á todos sus diocesanos, acompañando las constituciones para las casas de niños huérfanos y huérfanas fundadas en Córdoba, capital de Tucuman; 1783. En la parte segunda ó tomo II de esta coleccion se hallan: *Primera pastoral* á sus diocesanos de Tucuman, con ocasion de publicarse una instruccion para los seminarios de niños y niñas, donde por lecciones, preguntas y respuestas se enseñan las obligaciones que un vasallo debe á su rey y señor; 1781. Carta pastoral siendo obispo de Tucuman y arzobispo electo de Chuquisaca, dirigida á sus diocesanos con motivo de la expedicion contra los indios infieles; 1784. *Carta pastoral siendo Arzobispo de La Plata* á los curas á la entrada del gobierno en el arzobispado; 1784. *Sermon de gracias predicado siendo electo Arzobispo de Charcas, en la solemne funcion, que con la noticia del nacimiento de los dos Sermos. infantes D. Carlos y D. Felipe de Borbon, celebró la Fidelísima ciudad de Córdoba, en la santa Iglesia catedral el dia 6 de Enero de 1784. Sacro Septenario de los Dolores de María Santísima, que escribió siendo Obispo de Córdoba de Tucuman. Reloj espiritual para llevar á Dios presente en toda hora, que trabajó siendo electo Arzobispo de Charcas.*—11. *Carta latina á nuestro Santísimo P. Pio VI, sobre los alborotos de la Francia, del año de 1791; se vertió en español, en latin se imprimió en Roma, y vertida en español de órden del mismo Sumo Pontífice.* Se reimprimió en Málaga en la imprenta y librería de los herederos de D. Francisco Martinez de Aguilar, en 8.° mayor, de 25 págs., el año 1792.—12. *Diferentes cuaresmas y oraciones panegíricas y morales*; pues solamente en Zaragoza, á más de varias oraciones sagradas, predicó la cuaresma de su santo metropolitano templo del Salvador, y la contínua de su hos-

pital real y general, y las misiones que se hacen todos los años en el referido hospital en el mes de Setiembre. Estas obras se hallan vertidas en italiano en cuatro tomos en folio, y se espera el quinto, é impresas en Roma, que no es pequeño elogio de su autor.—13. *Voces del Pastor en el retiro. Despertador y ejercicios espirituales para vivir y morir bien con la asistencia del glorioso patriarca S. José, que dirige á todos sus feligreses;* en Madrid, 1791, en la imprenta de D. José Doblado, en 8.°— 14. *Otros exhortos y papeles propios de su ministerio pastoral.* Han alabado muchos á este prelado; pero su verdadero elogio lo dió con su retrato su convento de S. José de Zaragoza, en la sala inmediata al claustro, ántes de la sacristía, entre otros varones ilustres de su religion.—L.

SAN ALBERTO (V. M. María de), religiosa carmelita descalza, natural de Valladolid, donde su padre desempeñó los más elevados cargos, y su madre se hizo célebre por su saber y virtudes. Crióse con su hermana menor Cecilia del Nacimiento, y habiendo perdido ambas á su madre siendo todavía muy niñas, heredaron sin embargo como sus demás hermanos mucho de sus habilidades y gracias de la naturaleza. Supieron lo suficiente de la gramática para comprender los oficios divinos: componian muy bien en verso para celebrar á sus solas alguna grande festividad, como la del nacimiento del niño Jesus, é hicieron algunas traducciones de salmos en verso á imitacion de las del P. Fr. Luis de Leon, citándose unas canciones místicas compuestas por nuestra autora tan profundas como elegantes. Eran muy diestras en el dibujo, pintura, bordar y otras muchas labores de manos, por lo cual y sus muchas gracias naturales, y especialmente la de la música, las recibian sin dote alguno en el Real convento de las Huelgas de Valladolid. Alcanzó en dias á la V. M. María de S. Alberto, á su hermana menor Cecilia del Nacimiento, la cual en una relacion que hizo de sus singulares virtudes, dijo lo siguiente: «La perfeccion y espíritu de la V. M. María de San Alberto fué probada por muchos Padres y prelados de nuestra sagrada religion, y yo lo conocí muy bien, como quien la trató tantos años y tan de cerca y veia sus ejercicios y grandes crecimientos en las virtudes. Tenia muy grande la de la obediencia, regulando por ella todas sus acciones, hasta la más mínima que ella podia; grande resignacion en Dios, siendo muy ordinaria palabra suya en cualquier cosa por penosa que fuese: Hágase la voluntad divina. Era humildísima, que siempre se andaba abatiendo y envileciendo. Fué muy fervorosa en la penitencia, haciendo mucha sobre la comun de la religion y otras repetidas mortificaciones, no obstante sus muchas y graves enfermedades; y áun al fin de sus dias, cargada de ellas y de años, andaba proponiendo á la obediencia estrecharse más de lo que podia y tomar poquísimo de alivio y regalo. Como tenia tan entrañada la pobreza, áun cuando

no la faltaba, se holgaba de que la hubiese nuestro Señor quitado el gusto de todo, de suerte que en ninguna casa le tenia ni hallaba descanso; en la cama le parecia estar en un tormento, y se procuraba levantar de ordinario, así que era mucho el trabajo que padecia para haber de andar. Ibase al coro, á las misas y á la oracion por estar delante del Santísimo Sacramento, y á veces no se queria abrigar con el manto por sentir más el frio que la hacia gran daño, y muy de ordinario quedaba tal, que apénas podia volver por sí sola á la celda. En las cosas que sentia asco, que eran algunas, por ser su natural muy aplicado á la limpieza, se mortificaba. Si la picaban mosquitos los sufria hasta que ellos se iban. Tomaba sus disciplinas sobre aquellos huesos tan doloridos, y algunos salidos de su lugar con el gran dolor. No tenia más de la armadura, y estaba casi sin manos, la una con perlesía, y la otra harto impedida. Tenia mucho celo de todo lo que es religion y mayor perfeccion, hasta si faltaba ó trocaba una letra en el oficio divino, lo sentia mucho y advertia el defecto, porque se dijesen con grande atencion los loores divinos, y ella los decia con gran reverencia y siempre por el libro, aunque era tan diestra y de tanta edad. Tenia grande afecto al remedio de las necesidades del prójimo, y particularmente á las de las almas, y como tenia tanta inteligencia de las cosas de espíritu, tan gran talento y capacidad, cualesquiera personas que la comunicasen, que lo hacian muchas muy graves, salian con gran consuelo de su conversacion. Sentia mucho los trabajos del reino y las guerras, y hacia mucha oracion por ello. Y cuando se venian á convertir algunos de sectas erradas, los recibia con gran caridad y ayudaba al bien de sus almas, no solo con sus santas palabras, sino tambien procurándoles con los reyes el sustento y comodidad, como le sucedió siendo priora el tiempo que estaba la corte en Valladolid. Era con los pobres muy caritativa y piadosa, y los años de la grande hambre (que era ella prelada) á todos cuantos al convento iban daba limosna, proveyéndola el Señor para todo, y hasta con las aves y animales tenia piedad, curándolas con sus propias manos. Trabajó mucho en todos los oficios de la comunidad, haciéndolos con gran perfeccion y observancia. Aprovechó asimismo en la sacristía la grande habilidad que tenia de pintar, dibujar, bordar, hacer lindas flores y otras curiosidades que ninguna monja la igualaba en ellas; en especial en una ocasion, habiendo prestado una pintura muy extraordinaria y preciada, y trayéndola maltratada, no atreviéndose á aderezarla un famoso pintor que allí habia, ella tomó colores y la aderezó con tanta perfeccion como estaba ántes, que parecia no haber llegado manos á ella. Experimentóse haber puesto Dios en las suyas gracia de sanidad, y haberle concedido otras muchas y hecho singulares favores.» Hasta aquí la relacion de la V. Madre Cecilia, añadiendo que no refiere muchas y especiales mercedes que recibió

su hermana de nuestro Señor, porque ella misma habia dejado muchas escritas en unos papeles que tenia el cronista de los Franciscanos descalzos, á los que se remitia. «Yo tambien me remito á ellos, dice su biógrafo, poniendo aquí solo una merced singular que la hizo el Señor, por donde se pueden colegir las demás, que fué confirmada en su gracia, revelándoselo y diciéndola estas palabras: *Vade in pace, et concedo tibi omnes indulgentias, quas concedere possunt per meam piissimam misericordiam.* Aprobaron esta revelacion algunos varones doctísimos de su Orden, así por su gran pureza de vida y excelentes virtudes, como por habérselos concedido el Señor en premio de una gravísima y larga cura que habia llevado con admirable fortaleza y resignacion.» Sobre este suceso no podemos ménos de citar las siguientes palabras de la misma M. María de San Alberto. «Puesto que para haber recibido tal dádiva, ni ha habido ni hay merecimiento alguno de parte de quien la recibe, sino sola la misericordia y bondad, y el amor inmenso de quien la da, con todo eso no son pequeños los trabajos que ha costado llegar á este puesto; sino tales que si Dios nuestro Señor no hubiera socorrido algunas veces con algunos resquicios de luz, en especial en tiempos atrás, fuera cosa imposible dejar de desfallecer la fragilidad de la criatura con tanta carga, porque no era solo de una ó dos materias, sino de cuantas á un alma se le pueden ofrecer en lo sumo del aprieto sin esperanza de remedio. Vé aquí el alma salida del extremo de la desesperacion al extremo contrario, adonde se puede decir: Esta es la mudanza de la diestra del muy alto, y no ha pocos años que goza el alma de esta paz continuada desde la merced del *Vade in pace*, que ha veinte años que se recibió; que en tiempo de los torbellinos y tempestades se daba á sorbos y con intervalos. Otras veces, y en otros géneros de trabajos, se le daba con más abundancia, al fin obraba el Señor como suma sabiduría lo que era conveniente para su mayor gloria y más bien del alma. Ahora gloria á Dios que en este tiempo de tranquilidad, aunque nunca han faltado ni faltan trabajos, es otra cosa cómo se vive y cómo se llevan, porque es ir como en hombros ajenos, quiero decir, haciéndolo todo el Señor.» En otra parte habiendo referido otra merced que la hizo el Señor al acabar de comulgar, dice así: «Dándole infinitas gracias por ello comencé á hablar con Su Majestad amigablemente y díjele: Señor, pues me habeis hecho misericordia del *Vade in pace*, etc., señal es que no solo me habeis perdonado las culpas, sino que me habeis de librar de las penas conforme á vuestro infinito poder, segun las palabras lo dicen; sea así y concededme esta merced. Respondiéronme interiormente: A las cosas hechas no hay que hacer de nuevo, sino confirmarlas y bendecirlas, que fué para mi de grandísimo consuelo, porque como estos dones y mercedes son tan grandes, miéntras más asegurados más satisfacen, que como distan

tanto de la bajeza y miseria de la criatura, y más de quien tan mal corresponde á ellas como yo, todo es menester, puesto que jamás dudé que fuesen de Dios, lo uno por la majestad y fuerza con que se consumian, lo otro por la experiencia de tantos años en que se han continuado los afectos del *Vade in pace*, siendo en ellos obra la palabra, y fio lo será con el favor divino hasta que suelta el alma de las carnes vea con clara vision lo que ha visto y esperado con tan ciertas esperanzas. Al Señor sea la gloria. Amen.» Antes de haber tenido esta revelacion parece la tuvo tambien el Venerable Fr. Antonio Sobrino, segun lo que la escribe en el siguiente párrafo de una de sus cartas: «Diceme tenga alguna oracion sobre el estado de esa cruz por donde me dice va de casi un año acá. Páreceme que se fie del que la guia, que al cabo verá vuesa Reverencia con cuánta sabiduría, bondad y poder la llevó á su fin.» Y en otra carta la dice: «Lleve vuesa Reverencia suavemente al Señor en su alma sin ningun pensamiento de partida, dejando ese punto todo en el divino beneplácito, que nos tiene ya medidos los de nuestra vida. Bien creo ya que el fin de la de entrambos no se dilatará mucho, porque en comparacion de la eternidad, aunque dure algunos años, todo es poco, y vuesa Reverencia esté consolada, porque cuando el Señor lo ordenare, entiendo que no le dilatará un punto la vista de su cara, porque las almas que en lo interior se purifican en el fuego de amor sin salir á los lodos de esta vida, sufren detenidas en su tránsito, y así no tema la mala cuenta qué decia, sino alabe á la divina misericordia que así lo quiere hacer con nosotros.» Así lo confirmó el Señor en la santa muerte que tuvo, que fué felicísima, habiendo pasado mucho tiempo con tan intensos dolores, que parecia estar clavada en una cruz sin poderse casi mover. Era muy devota de aquel paso cuando Jesucristo iba por la calle de la Amargura con la soga al cuello, y así la eran muy agradables sus padecimientos con esta consideracion. Habiendo estado mucho tiempo sin poder hablar sino con muy grande trabajo, dos ó tres dias ántes de morir estuvo diciendo cosas tan espirituales y afectuosas, que era un consuelo el oirla. Tenia tan vehementes deseos de ver á Dios que repetia muchas veces: *Ea*, *vamos*, como si le fuera muy molesto el vivir; y lo que habia dicho algun tiempo ántes á la M. Cecilia lo confirmaba diciendo que tenia muchos que la habian de acompañar en su tránsito, nuestro Señor Jesucristo, su Santísima Madre, S. José, S. Gerónimo, la gloriosa Santa Teresa de Jesus y otros, y con el grande deseo que tenia de ir á ver á su esposo, el dia ántes de su partida cantó el responso *Subvenite*, *Sancti Dei*, y haciendo actos de intensas virtudes, habiendo recibido los santos sacramentos, dió su alma al Señor el dia de la Visitacion de la Vírgen Santísima del año 1640, quedando los religiosos y religiosas que la asistian muy

edificados de su santo y dichoso fin, el cual y la fama de su santidad, despertó tanta devocion en los seglares, que pedian por reliquias las cosas que usaba, y el conde de Benavente la hizo retratar como á santa, y áun el cadáver, dice la Crónica, que quedó en vislumbres de tal. En las cartas del V. P. Fr. Antonio Sobrino se encuentran muchos rasgos y noticias interesantes sobre su vida, que no creemos oportuno insertar en este lugar, habiéndole hecho con otros de la misma ó quizá mayor importancia, pues los que ahora pudiéramos añadir serían harto secundarios despues de los ya expuestos en sus respectivos sitios.—S. B.

SAN ALEJO (Fr. Manuel de), religioso de la órden de S. Juan de Dios; fué portugués de nacion, y pasando á Andalucía tomó el hábito en el hospital del Corpus-Christi de la ciudad de Utrera. Distinguióse mucho por su virtud y santidad. Siempre andaba descalzo y con la cabeza descubierta como su glorioso patriarca; ayunaba tres dias á la semana, y era tan dado al ejercicio de la oracion, que llegó á merecer en la union perfecta muchos éxtasis y arrobos. Tenian en su convento los religiosos la santa y loable costumbre de velar al Santísimo Sacramento por horas, que se habia introducido en el tiempo que fué casa de recoleccion, y lo fué muchos años. Cuando tocaba su turno á este siervo de Dios encendia velas, y se encendia en amor al divino Salvador, de manera que quedaba su cuerpo suspendido en éxtasis. Todo su consuelo era asistir á los enfermos agonizantes y tener mucho cuidado de persuadirles ántes que llegasen á tal extremo, que se confesasen bien y que hiciesen muchos actos de dolor y contricion. Que confiasen en la misericordia y bondad del Señor que los perdonaria, pero que era necesario hacer cuanto pudieran de su parte para que los perdonase el Señor, pues Su Majestad ponia de la suya mucho más, que era perdonarlos. Tenia bulas de difuntos para los que morian, y les aplicaba luego que morian la bula y muchos sufragios. Asistia y servia á los demás pobres con grande amor, venerando á cada uno como si fuera Jesucristo con discreta cordura. Su vida fué muy prodigiosa, pero nos han quedado de ella muy escasas noticias; porque habiéndose encargado de escribirla su confesor y asegurando él mismo que era en extremo maravillosa, sin duda le pareció en extremo dificultoso emprender la narracion de hechos tan singulares, y solo nos dejó estos ligeros apuntes. Murió como habia vivido, y á su muerte y entierro concurrieron, sin ser llamados, los caballeros y gente más notable de la ciudad y otras muchas personas. Fué su dichoso tránsito en 20 de Noviembre del año 1625, y está enterrado en sepultura señalada junto al altar de Santa Gertrudis.—S. B.

SAN AMANDO (Odon de), gran maestre del Temple. Era francés, y descendia de una familia tan distinguida por su piedad como por su nobleza.

Comerciante en principio del reino de Jerusalen, despues se hizo templario, en cuya religion habia llegado á mariscal cuando fué elegido para suceder al gran maestre Felipe de Naplusa en 1171. Mas apénas subió al poder tuvo el disgusto de ver apostatar al templario Melier ó Milon, hermano del príncipe de Armenia, cuyos estados usurpó á su sobrino. Este desgraciado, no contento con talar las tierras de sus compañeros, llegó hasta cometer la infamia de vender á los infieles á los que tuvieron la mala suerte de caer en sus manos. Por el mismo tiempo Gualtero de Mesnil, caballero de la propia Orden, asesinó al embajador de uno de los príncipes de los infieles, que iba á Jerusalen para tratar de la conversion de su jefe, lo cual fué un nuevo motivo de disgusto para Odon de S. Amandò. Temiendo el rey Amaury las consecuencias de este atentado, pidió que se le entregase el culpable, á lo que se negó el gran maestre alegando los privilegios de la religion que la eximia de la justicia secular, conflicto que promovió grandes diferencias. Amaury, dice el historiador Guillermo de Tiro, consiguió apoderarse de la persona del Mesnil y ponerle en prision, pero el templario murió ántes de que el rey de Jerusalen pudiera hacerle juzgar por un consejo. Pero la perfidia de este caballero hizo caer á la Orden en grande descrédito, como no puede ménos de suceder á todo cuerpo que deja impresos los delitos que cometen sus miembros. Reunidos los caballeros el año 1177 al conde de Flandes, asolaron los alrededores de Cesarea, y pasaron luego á situarse en frente del castillo Harenc, pero se obraba en el sitio con tan poca energía, que fué preciso abandonarle al año siguiente despues de seis meses de inútiles trabajos. Durante esta expedicion, se encontró Odon de S. Amando en 10 de Noviembre de 1177 con ochenta de sus caballeros en la batalla de Ramiale dada contra Saladino. Ganáronla los cristianos, pero el sultan se desquitó al año siguiente. Miéntras que los templarios se hallaban ocupados en la construccion de un fuerte en el valle de Jacob, cerca de Paneas, les atacó Saladino en 26 de Mayo; en vano voló á su socorro el rey Balduino, los francos fueron derrotados, cayendo en poder de los turcos el gran maestre y muchos caballeros en lo más fuerte de la lucha. Los prisioneros más distinguidos fueron enviados á Damasco, y el resto descuartizado sobre el mismo campo de batalla. Propúsose á Odon de S. Amando el canje de su persona por un emir prisionero de la Orden, pero el maestre tuvo la abnegacion de rehusarlo. «No quiero, dijo, autorizar con mi ejemplo la cobardía de mis religiosos, que se dejarian prender sabiendo que habian de ser rescatados. Un templario debe vencer ó morir, y no puede dar por su rescate más que su puñal ó su cíngulo.» Odon de S. Amando murió en 1179 á los pocos meses de estar cautivo. A pesar de la grandeza de alma de este gran maestre, Guillermo de Tiro le trata de una manera poco ventajosa,

procediendo esto sin duda de la enemiga que manifiesta constantemente este historiador contra las órdenes religiosas. «Odon, maestre de la milicia del Temple, dice, hombre malo, soberbio y arrogante, y sin temor de Dios y sin respetar á los hombres, se cree que fué el que dió márgen á semejante desastre tan vergonzoso para el cristianismo. Se dice que habiendo sido hecho prisionero y permanecido en el cautíverio, murió sin ser llorado de nadie.»—S. B.

SAN AMBROSIO (M. Ana de), religiosa agustina recoleta. Nació en Pamplona, siendo hija de D. Juan de Ezpeleta y Vera y de Doña Leonor de la Vega, los que educaron á su hija con singular cuidado, instruyéndola en la observancia de los preceptos divinos y temor de Dios. La atencion que puso Ana en dar cumplimiento á lo que sus palabras la habian aconsejado, despertó en ella ardiente deseo de consagrarse á Dios, tomando el velo de religiosa. Prosiguió Ana en su vocacion, mas como Dios la tenia destinada á vivir entre las recoletas agustinas, y á la sazon no se habia fundado aún el convento de Pamplona, dispuso que un tio suyo, que vivia en Madrid, la tomase tanto cariño, que obligó á sus padres con ruegos á que se la dejasen traer á la corte, donde la estimó como sobrina, y la veneró como á persona de más de ordinaria virtud, que reconoció en ella, hasta que llegó el tiempo en que el Señor habia decidido dar satisfaccion á los deseos en que vivia Ana de tomar el estado religioso, lo que se verificó el año 1629, en que entró en una de las plazas del Real convento de Santa Isabel de provision de Su Majestad, anunciando en su entrada tal gozo, que manifestó lo que debia ser despues. Profesó á 26 de Diciembre de 1630, derramando lágrimas de júbilo; fué creciendo en virtudes, tanto que todos la veneraron por cabal dechado de ellas. La humildad y la devocion lucieron en competencia en esta esposa del Señor; pero no tuvo en su vida rato ocioso, ó que no se ocupase, dándose á la oracion en el coro, y si se la necesitaba para alguna ocupacion, como se sabia dónde se encontraba, se la enviaba la órden y se la hallaba dispuesta á ejecutarla con tanta puntualidad que no mediaba un instante entre mandarlo y ejecutar el mandato. Fueron muchas las enfermedades con que labró Dios su paciencia, llegando á perder la vista, pero sufrió todos los trabajos con tanta conformidad en la voluntad del Señor, que la afliccion que causó en sus hermanas el verla penar, desterró de su corazon las penas. No se acostó en catorce años, pasando las noches con una pesada cruz al hombro mirando al cielo. No por haberse quedado ciega dejó de asistir al coro con las demás religiosas, y cuando el oficio era de feria, creyendo sus compañeras inútil su presencia, la decian que no asistiese, pero siempre contestó que era mucho el fruto que sacaba de hallarse en comunidad con sus hermanas. Vivió desde que tomó el hábito, que fué á los treinta años, hasta

los sesenta y dos en que falleció, habiendo obtenido de Dios varias gracias y favores especiales, en particular el de conocer los interiores. Cuando tenia alguna cosa de lo que permite la religion para alivio de las necesidades, se lo regalaba á la que veia que se hallaba triste, deseosa de alegrar el corazon que consideraba afligido. En los últimos años de su vida no salió de su celda, gozando en ella en un grado tan superior, que no pudiéndose reprimir, salia cantando coplas que habia compuesto al Niño Jesus, con demostraciones que no convenian con la compostura con que á todas habia edificado siempre, pues dando vueltas de regocijo, dice la Crónica, que daba á las religiosas motivo para alabar al Señor, haciéndolas reir al mismo tiempo. Enfermó de un grave accidente, que la afligió por espacio de dos meses, y al fin de ellos la apretó de tal manera, que tuvo que recibir los santos Sacramentos. Habia sido tan devota de la cruz y pasion de nuestro Señor Jesucristo, que siempre llevaba en las manos una crucecita con tres agudos clavos, contra las distracciones y sueños que la pudieran asaltar en la oracion y oficio divino, y en cualquiera caso de estos apretaba con la mano la cruz de manera que la penetraban los clavos, y con esta mortificacion triunfaba del sueño y detenia la inconstancia de la imaginacion, para que no perdiese de vista el último fin. Premióla Dios esta devocion disponiendo, que el 3 de Mayo, dia de la Invencion de la Santa Cruz, le diesen la extremauncion, y al recibir este sacramento decia con cariñosas palabras: «No me despinteis, Señor, el dichoso lance de morir en esta ocasion, pues segun me hallo conforme con vuestra santísima voluntad, se me hará dulce el amargo trance de la muerte. Ea, Señor, que espero en vuestra misericordia infinita que comeremos hoy en este destierro de amarguras, y cenaremos en la region de los gozos.» Aquel mismo dia, á las dos de la tarde, acabó su peregrinacion, teniendo los sentidos enteros, sereno el ánimo y viva la confianza. El P. Maestro de la Orden de Sto. Domingo, que fué despues arzobispo de las Charcas, siendo confesor de esta religiosa, dijo á las de su convento, que estaba persuadido que despues de Santa Catalina de Sena no habia recibido criatura más favores del Señor que la Madre S. Ambrosio. Este insigne varon reclamó para sí el derecho de pronunciar la oracion fúnebre en las honras de esta célebre sierva de Dios.—S. B.

SAN AMBROSIO (M. Francisca de), religiosa agustina recoleta. Llamóse en el siglo Doña Francisca de Rojas, hija de D. Antonio de Rojas y de Doña Francisca de Luna, vecinos de la ciudad de Valladolid. Educáronla sus padres en el santo temor de Dios, y por que no perdiese nada de lo que habia aprendido en su escuela, la entraron religiosa de la órden de Santiago en el convento de Santa Cruz de Valladolid, antiguo sagrado de las hijas de los títulos y grandes de España. Fueron creciendo en ella los años y el talento,

al mismo tiempo que la aplicacion á todo género de virtud, y con particularidad á la oracion mental y ejercicios de penitencia, y aunque fué mucho lo que aprendió y tuvo que admirar en el grande ejemplo que le dieron aquellas señoras, no satisfacia lo abrasado de sus deseos el teson de la rigurosa observancia con que caminaba, siguiendo el paso de aquellos ejemplares de virtud, y dió en suspirar por un modo de vida más retirado, cansada de las visitas y entradas de las señoras seglares en el convento, y correspondencias á que no podia negarse por su elevada calidad. Con estas consideraciones se encendieron en su alma incentivos deseos de pasarse á religion más retirada, acordándose de lo que importaba seguir la oracion mental por obediencia, gastar lo más del tiempo en leer libros de devocion, no poder ver ni ser vista del mundo, vivir ocupada con Dios ó por Dios en todo tiempo. Crecieron en ella estos deseos con tal ímpetu, que comenzó á suplicar á Dios con íntimo afecto de su corazon le diese luz de su deseo era conforme á su voluntad, y que si lo fuese le diese conocimiento del órden y convento adonde era gusto suyo que se pasase á servirle, pues confiando en su divina gracia, se hallaba con valor para atropellar con todas las conveniencias con que la brindaba el mundo é inconvenientes que se ofrecian, movidos de la astucia del enemigo, para hacerlo que conociese que era más de su agrado. A este fin aumentó las horas de su oracion, hizo decir muchas misas, y cuando comulgaba con fe y esperanza, se presentaba este negocio al Señor, pidiéndole con humildad que por su infinita misericordia le diese luz para salir de la perplejidad en que se hallaba, porque la tenia tan suspensa, que todos lo habian notado en su semblante y trato, imaginando que algun grave cuidado ocupaba su grande entendimiento, si bien como era tanta su circunspeccion, ninguna se atrevió á preguntárselo. Hallándose un dia en oracion, sintió como la fuerza de un llamamiento interior tan eficaz, que dió cuenta á su confesor al instante. Parecióle al confesor que era de Dios, y le aconsejó que no resistiese más á su vocacion. Poco ántes habia llegado á Valladolid la V. M. Mariana de S. José, y cuando se verificó esto estaba fundando el convento de la Encarnacion de aquella ciudad. Procuró Doña Francisca informarse con toda certeza del método de vida de la recoleccion, y habiéndose enterado de la austeridad y retiro que en ella se profesaba, recibió indecible consuelo juzgando que con particular providencia habia llevado Dios á Valladolid á aquellas religiosas á tiempo que ella pudiera poner en ejecucion sus antiguos deseos, y quedó resuelta á pasarse á la religion de S. Agustin. Envió á pedir á la V. Madre que la recibiese, con palabras de tanta edificacion, que sirvieron de informe del abrasado espíritu con que deseaba ceñirse á más retiro y rigor de vida. Respondió la fundadora: «Que no ignoraba nadie el ajustamiento de vida de Doña Francisca ni lo lustroso de su sangre,

con que no hallaba en hacer reparo, y que desde luego la recibia, suplicándola que no retardase un punto la disposicion de sus cosas, para poder pasar luego al retiro que deseaba.» No se pudo ni puede hacer este tránsito sin licencia de S. M., á quien como gran maestre está sujeta la órden de Santiago, y como Doña Francisca pertenecia á una familia muy noble, se temió que se ofreciese algun impedimento, mas el cardenal D. Bernardo de Rojas y Sandoval, duque de Lerma, informado por Doña Francisca de las razones que la asistian, se empeñó en sacar la licencia con el secreto que Doña Francisca le suplicó, alabándole su santa resolucion. Mas como despues de haber obtenido la licencia, fué forzoso que el rey la firmase, no pudo hacerse con tanto secreto que dejasen de entenderlo algunos grandes, de los cuales fué uno el duque de Uceda, que estando en el convento de Sta. Cruz visitando las reliquias, preguntó: ¿cuál de estas señoras es la que pasa á la recoleccion de las Agustinas? Todas se inmutaron de suerte que viendo Doña Francisca en su semblante tanta mudanza, respondió muy sobre sí con la mayor gravedad: «Señor, la que desea pasarse á la recoleccion de las Agustinas soy yo.» El disgusto que desde aquel momento reinó en la comunidad, fué tan grande, que no hay palabras para referirlo, sintiendo todas que despues de haber vivido Doña Francisca en aquel convento más de treinta años, les hiciese el agravio de pasarse á otro, por lo que no sin enfado y sequedad la decian: «Que si deseaba más perfeccion, que no la quitaba nadie que allí la consiguiese, haciendo vida de más rigor que la recoleccion, haciendo más servicio á Dios en aquel convento, pues á su ejemplo se animarian otras al rigor de la aspereza con que se portase.» Acompañaba tal sentimiento á estas razones, que derramaban todas copiosas lágrimas, sin poderlas contener cuando la encontraban por la casa y en el coro. Sufriendo Doña Francisca con grande paciencia todo lo que la dijeron, estimando la virtud que en todas reconocia, respetándolas como á tan grandes señoras, amándolas como á hermanas, y estimándolas como amigas; pero las decia con santa libertad la obligacion en que se hallaba de no resistir á la voluntad de Dios, que la llamaba á la recoleccion; pasaron algunos dias ántes que saliese del convento, los cuales estuvo consagrada á la oracion, retirándose de intento por no obligar á sus hermanas á derramar más lágrimas. Llegado el dia en que entró en la recoleccion, se despidió de aquellas señoras, y despues de haberlo hecho, se arrodilló humilde á los pies de la señora comendadora, y la pidió la echase su bendicion, rogándola que tuviese el cuidado de mandarle encomendar á Dios, para que la diese acierto en lo que iba buscando para su mayor servicio. Desde allí pasó derecha al convento de la Encarnacion, poco distante del de Sta. Cruz. Estando en la porteria llegaron dos caballeros de la órden de Santiago á quitarla el hábito, á quienes dijo:—«Que ha-

bia poco que hacer, porque iba prevenida, llevándole descosido y puesto en su lugar con unos alfileres, que quitó apriesa, y les entregó el hábito, hallándose con singular gozo de poner en su lugar el de S. Agustin, en su recoleccion sagrada, que le dieron luego, quedando desde entónces la menor de todas en la recoleccion la que en el gravísimo convento de Sta. Cruz se habia visto la más venerada por la antigüedad de más de treinta años de hábito. Conocieron las recoletas desde luego que era de ingenio grande para cosas de primor, que comenzó á poner en ejecucion desde que tomó el hábito. Hizo flores y dibujos de grande estimacion, inventó unas tarjetas ó relicarios grandes, en que puso las reliquias con tal aseo, que los dias que se sacaban á la iglesia iban personas de buen gusto á verlas, celebrando el que fuese obra de mujer lo que no lo parecia. Cuando Doña Francisca tomó el hábito aún no habia profesado ninguna hija de aquel convento; diéronla por maestra como novicia una religiosa de grande espíritu, pero de pocos años, la cual reconoció que Doña Francisca iba descollando en gran manera en todas las virtudes, y en particular en la humildad, y para que hiciese más progresos en ella la trató ásperamente, dándose por descontenta de todo lo que hacia, riñéndola á menudo, y no disculpándola nunca; pero Doña Francisca se postraba á todo lo que la decia. Sucedia muchas veces irse la maestra estando ella postrada, y volviendo despues de haber pasado una hora, la encontró siempre postrada como la habia dejado con la boca pegada en tierra, la mandaba que se levantase, y al hacerlo se descubria en su semblante tanta paz y alegría, que servia de confusion á sus compañeras, que no acababan de comprender lo que estaban viendo sus ojos. Cuando la maestra daba cuenta, segun costumbre, á la V. M. Mariana del procedimiento de las novicias, llegando á hablar de Francisca de S. Ambrosio, decia: «No tengo que responder, sino que puede ser maestra de todas, y yo tengo bien de aprender lo que me enseña.» Tanto la decia de esto, que la priora se resolvió á probar por sí misma la humildad de la sierva del Señor. Estando un dia reunida la comunidad la llamó con mucha severidad, y volviéndose á las religiosas, dijo: «Bien temia yo, Madres y hermanas, que monja que despues de haberlo sido más de treinta años en otro convento no perseveró en él, no habia de ser á propósito para nuestro instituto, y así vaya luego la ropera por los vestido de Francisca, y quítenle el hábito, pues no merece quedarse en la recoleccion.» Creyó la novicia sin duda lo que la priora dijo, pareciéndola habia dado sobrada causa para que no la diesen la profesion, y cubiertos de lágrimas los ojos se arrodilló á cada una de las religiosas pidiéndolas que por amor de Dios tuviesen misericordia de ella, pidiendo á la priora que no la arrojasen del sagrado á que Dios por su misericordia la habia encaminado, que con la gracia del Señor proponia en-

mendar su vida de allí en adelante. Enterneció á las religiosas con sus lágrimas y razonamientos, de manera que la aseguraron que la priora habia dicho aquello por probarla. Dispuso sus asuntos para la profesion, y entre otras cosas dejó al convento cien ducados de renta. Despues de haber profesado fué grande el consuelo espiritual de que se llenó su alma, siendo un contínuo ejemplo á las religiosas que vivieron en su compañía. Esmerábase en acudir puntualmente cuando tocaban á funcion de comunidad, y en haciendo señal al coro ó refectorio, lo dejaba al primer golpe de campana. Dedicóse con grandes veras á la oracion, á que desde muy niña se habia consagrado, recibiendo en ella grandes favores y singulares ilustraciones del cielo. Todo el tiempo que vivió en Valladolid despertó á las religiosas, tocando la campanilla por la mañana á las cuatro y media en verano, y á las cinco y medio en invierno, despues de haber tenido ella dos y tres horas de oracion de rodillas. Viendo la V. M. Mariana el grande aprovechamiento que Francisca de S. Ambrosio sacaba de las mortificaciones que de contínuo les daba como maestra de tan aventajado espíritu, se las iba aumentando con mayor riqueza suya y ejemplo de las demás. Refiere la Crónica, que entrando en una ocasion la priora en vísperas, se llegó disimuladamente á Francisca y le dió un papelito en que le decia, que al salir del coro delante de todo el convento saliese bailando. Así que se acabaron las vísperas empezó á bailar, causando en todas grande edificacion verla tan rendida á lo que la obediencia la obligaba. Mostró la priora grande admiracion; y santiguándose, dijo: «¿Qué es esto, hermanas? Muy flaca tiene la cabeza la hermana Francisca, pues en lugar tan sagrado tiene esta demostracion, llévenla luego á la enfermería á acostar, y denla alguna sustancia con que se repare.» Obedeció, y algunas llegaron á preguntarla qué era lo que tenia. Respondió á todas con angélica mansedumbre: «Lo que dice nuestra Madre es lo que tengo.» Hallándose la M. Francisca tan enriquecida de todo género de mortificaciones y virtudes, se ofreció la fundacion del convento de la Encarnacion de Madrid, y conociendo la V. M. Mariana la grandeza del edificio, se esmeró en buscar grandes columnas que le sustentasen, y echó mano de ella y se la trajo á Madrid. En el real convento de la Visitacion, llamado vulgarmente de Santa Isabel, la hizo maestra de novicias, siendo la primera que durante su magisterio tomó el hábito en Santa Isabel la M. Aldonza del Santísimo Sacramento, que siendo los discípulos gloria de los maestros, dice la Crónica, no se le puede cantar mayor gloria á la M. Francisca de S. Ambrosio. El Dr. Muñoz añade: Y la V. M. Mariana de S. José, en el Real convento de la Encarnacion, besó muchas veces la tierra en que la M. S. Ambrosio puso los pies, considerando la suma humildad de esta sierva de Dios. Todo el tiempo que vivió en la Encarnacion desempeñó el cargo de maestra

de novicias y subpriora con el acierto que pidió la grande religiosidad con que se dió principio á aquel Real convento: siendo ya de edad de setenta años y veinticinco de religiosa la sobrevino una larga enfermedad, y al fin de ella recibió los Sacramentos, y entregó el alma á su Criador á 21 de Noviembre, dia de la gloriosa Sta. Catalina, vírgen y mártir, á quien habia imitado en muchas de sus virtudes; tal fué su muerte, dice la Crónica, que pusieron su cuerpo en una caja entre dos altares, que estan en la testera de la bóveda en que se entierran las religiosas del Real convento de la Encarnacion.—S. B.

SANANTINO (Fr. Juan), del órden de Predicadores. Fué natural de Lombardía, segun Lorenzo Pignon, que dice floreció por el año de 1300, dejando escrito un libro titulado: *Librum de unitate formarum.* No constan más noticias en ninguno de los bibliógrafos de la Orden.—M. B.

SAN ANDRES (V. P. Antonio Citadini de), religioso escolapio. Nació este piadoso jóven en Aquaviva, en el estado de Módena; de pocos años pasó á Roma, en donde el Bto. Calasanz, enamorado de su genio suave y bellísima índole, le vistió el hábito de las Escuelas Pias, y despues lo aplicó á la enseñanza de los niños más pequeños, en cuyo ejercicio ponia el mayor cuidado y tenia todas sus delicias. Ordenado de sacerdote, se dió con el mayor aprovechamiento al estudio de todas las virtudes religiosas, especialmente de la obediencia. Mereció que el mismo Bto. Calasanz lo llamára gran siervo de Dios, que es lo más que de él se puede decir. Extenuado de las penitencias se hallaba el dia 16 de Diciembre de 1624, desahuciado de los médicos, y próximo á la muerte, habiendo recibido el Viático y la extremauncion, cuando hizo llamar al Bto. José para que le echára la bendicion, el cual le dijo: Padre Antonio ¿no tiene ánimo para vivir ocho dias, que pasados estos entrará el año santo, y ganará grandes tesoros de indulgencias? » El moribun'o entónces le respondió muy afectado: «Si Dios me hiciera esta gracia, no me quedaba más que desear en esta vida.—Pues tenga fe (replicó el siervo de Dios) que todo es fácil al que la tiene. » Desde aquel instante quedó el enfermo sin padecer dolor ni molestia alguna, y asi pasó con grande quietud aquellos ocho dias. Venida la víspera de Navidad, y despues de haber recibido la Eucaristía, se dispuso para ganar el santo jubileo; luego que oyó la señal que desde el castillo de Sant-Angelo avisa al pueblo la entrada del año santo, pidió al enfermero llamára al Bto. Fundador, que se hallaba sentado á la mesa con la comunidad; pero suspendiendo la comida fué inmediatamente al aposento del enfermo, que le dijo cuando le vió delante sí: «Padre general, ya ha llegado mi hora, el año santo ha entrado: yo, miserable pecador, he hecho con la ayuda del Señor cuanto he podido para ganar el jubileo. Si vuestra Paternidad me da su santa bendicion, me iré á la otra vida. » Respondió el Bto. José con muchas

lágrimas de devocion : « Si Dios os llama, andad con Dios; él os bendiga.» Al mismo tiempo le echó la bendicion, y al punto plácidamente espiró el enfermo, quedando su rostro risueño, y al dia siguiente, cuando le dieron sepultura, aún se conservaba flexible su cuerpo como en el estado de vida. Solo tenia veintiocho años cuando murió.—A. L.

SAN ANDRES (V. P. Bartolomé Guidi de), religioso del instituto escolapio. La vida de este ejemplar y admirable religioso escribió detenidamente el P. Segismundo de S. Silverio, asistente general de las Escuelas pias y consultor de la sagrada Congregacion del Indice; impresa en el año de 1705. Fué natural de Barga, en la Toscana, en donde vió la primera luz en 8 de Octubre del año de 1611. Su padre se llamó Nicolás Guidi, y su madre Francisca Cestoni, personas piadosas y de las principales del pais. Antes de nacer ya su madre lo habia dedicado á Dios; y en cumplimiento de aquel voto se inclinó desde pequeño al estado eclesiástico, y vistió el hábito clerical. Aplicado á los estudios, como era de ingenio perspicaz, aprendió fácilmente las primeras letras, gramática, lengua griega y aritmética, y despues se dió á la varia leccion y teología moral, aunque su principal estudio fué el cultivo de las virtudes, de suerte que siempre fué tenido por ejemplar entre sus condiscípulos. En edad de veintiseis años fué ordenado de sacerdote, y condescendiendo con los ruegos de algunas personas principales, se dedicó en su patria á enseñar letras humanas, pero sin admitir estipendio, y cuidando de inspirarles piedad y devocion á sus discípulos, entre los cuales hubo grandes letrados, y no pocos abrazaron el estado religioso. En este ejercicio perseveró algunos años, hasta que se vió casi precisado á aceptar el gobierno de una parroquia en un pueblo poco distante de su patria. Once años tuvo sobre sí la carga de cura de almas, en cuyo largo espacio procuró desempeñar exactamente sus obligaciones, pero suspirando por mayor quietud, renunciando el empleo, se restituyó á su patria, y fué destinado confesor del convento de religiosas que habia en la misma. El Señor le llamaba á estado más perfecto, y habiendo distribuido su patrimonio entre sus sobrinos, reservándose solo una moderada porcion para su sustento, se trasladó á Florencia; pero miéntras deliberaba el instituto que habia de abrazar, la gran duquesa le eligió en el año de 1670 para gobernar el colegio de nobles doncellas llamadas *las humildes esclavas de la Santísima Trinidad*, de Chieti; en donde alentando aquellas vírgenes á la perfeccion, se dió á toda mortificacion, y sintió en sí más vivos los impulsos con que el Señor lo llamaba al estado religioso; aunque su director, considerando lo avanzado de su edad, se oponia, juzgando que difícilmente podria sostener las penalidades de la regular observancia. No obstante, habiendo hecho constante oracion y unos fervorosos ejercicios espirituales, quedó convencido de que el

llamamiento venia de Dios, y que el instituto de las Escuelas pias era el más conforme á su espíritu; declaróse al P. Cárlos de Sto. Domingo, que á la sazon era provincial de Toscana, el cual le mandó que hiciera experiencia de sus fuerzas, probándose por algun tiempo, practicando la vida y ejercicios de la religion, y hallándolos conformes á su propósito, y no superiores á su robustez, renunció el empleo, aunque venciendo grandes contradicciones. Pero firme en su resolucion, respondia á todos: «Alguna vez tengo de corresponder á Dios, que tanto tiempo ha continuado en llamarme, y me ha preservado en tantas ocasiones de la muerte para que me haga religioso. Recibió el hábito en Florencia en el dia 15 de Octubre de 1673, siendo de sesenta y dos años de edad, y parece que se vistió con el hábito regular el seráfico ardor de Sta. Teresa, cuya fiesta se celebra aquel dia, y el amor á la cruz, con el nombre de S. Andrés, que tomó en lugar del apellido del siglo, segun la práctica de la religion. Bien lo dió á entender por la resolucion que formó desde luego, y dejó escrita de su mano por estas palabras: «Tengo grande vergüenza de no haber jamás padecido cosa alguna por amor de Dios, y propongo morir y padecer por su amor cualquiera cosa, para dar á entender que le amo.» El primer paso que dió este soldado de la milicia de Cristo, fué desprenderse de todas las impresiones del mundo que pudieron pegarse á su corazon en tantos años, renunciando todo cuanto dicho mundo contiene en si, y para esto se propuso por una de sus máximas la siguiente: «Quiero poder decir con S. Francisco: *Deus meus, et omnia*; Dios mio y todas las cosas,» viviendo desapropiado de ellas y de todo afecto, á imitacion de Jesus. Así cuando en la religion me falte algo, deberé decir al instante, Jesus niño en el pesebre me enseña á padecer áun por falta de las cosas más necesarias.» Profundizó tanto en su humildad, que firme en el conocimiento de que sin mérito alguno lo habia traido el Señor á su casa, se ponia frecuentemente de rodillas delante de su maestro y de los novicios, y llamándose pecador miserable é indigno de estar en compañía de los religiosos, les suplicaba le perdonáran sus faltas y ayudáran con sus oraciones. Era exactísimo en la observancia de las leyes más leves de las reglas, y obedeciendo con la voluntad y entendimiento, consiguió vestirse de una santa sencillez, y así cumplia puntualmente con la obediencia, sin buscar la razon de lo que se le mandaba. Gastaba en oracion todo el tiempo que le dejaban libre las ocupaciones; además de las mortificaciones comunes y de regla, aumentaba disciplinas, silicios y largas vigilias. Pero en lo que más trabajó y logró un perfecto vencimiento, fué en la abnegacion de su propia voluntad y continuo contraste de las pasiones; y sin embargo de ser de natural pronto y vivo, con la diligencia que puso en mortificarse, hizo de modo que no le quedó vestigio de su genio que pudiera notarse. Suspiraba por

el dia feliz en que se habia de dedicar todo á Dios por medio de los votos solemnes, así lo expresó con las siguientes palabras halladas entre otros recuerdos espirituales: «Propongo entregarme todo á Dios y no separarme jamás de Su Majestad, y de esto le haré en mi profesion una obligacion solemne.» Tuvo efecto su propósito en el dia 16 de Octubre de 1674, en que hizo la profesion en manos del mismo provincial, ni es fácil ponderar el aprecio que hizo toda su vida de este beneficio; su sentimiento era de haber tardado tanto en abrazar el estado religioso. Cuando oia hablar de la parábola de los operarios conducidos á diferentes horas para trabajar en la viña, al llegar á los de las once derramaba muchas lágrimas, y diciéndoles que aquellos tuvieron igual salario que los primeros, respondia: «Sí, porque en aquel tiempo trabajaron bastante, pero yo no hago nada. A más de que aquellos hasta entónces no habian sido llamados; pero yo habiendo sido llamado temprano, he tardado en venir hasta ahora.» Por eso tenia santa envidia á los que cargan sobre sí el suave yugo del Señor en la adolescencia, y si les notaba alguna ligereza, decia: «Son jóvenes, pueden tomarse alguna licencia, porque tienen tiempo para obrar bien. Pero yo, pobre de mí, soy viejo, y para nada soy bueno á la religion.» Aunque si su caridad los disculpaba, no por eso dejaba de exhortarlos á la puntual observancia, diciéndoles: *Altissima est professio vestra: cœlos transit, par angelis est. Aliorum est servire Deo: vestrum adherere.* «Vuestra profesion es altísima: sobrepuja los cielos, es igual á los ángeles; á otros se les concede servir á Dios, á vosotros llegaros á él.» Por lo que respecta á su particular vocacion, considerando que el fin del instituto de las Escuelas pias es la perfeccion propia y la enseñanza, decia que no puede ser mayor, y que se conformaba puntualmente con la vida de Jesucristo; por eso hacia grande aprecio de que le hubieran admitido en el instituto. El tenor de la vida que emprendió y observó inviolablemente, en cuanto la obediencia no le obligó á alterar alguna parte, es digno de memoria para confundir nuestra tibieza viendo tanto fervor y robustez de espíritu en un varon tan anciano. Aunque la comunidad en el madrugar observa horas bastante proporcionadas, á saber, en los ocho meses de otoño é invierno, á las cinco de la mañana, y á las cuatro en los restantes del estío, el V. Bartolomé se levantaba dos horas ántes en todos tiempos. En los últimos años quisieron los superiores que moderára este gran rigor, y no se levantára más que una hora ántes que los otros. Pero el temor de no quebrantar la órden le hacia estar casi toda la noche en vela; de suerte que tratando de procurarle algun alivio se le causó todavía más penalidad. Así es que hubo necesidad de levantarle el precepto y perseveró el siervo de Dios en levantarse tan de mañana hasta la edad de setenta y siete años en que murió. Las dos horas que anticipaba la madru-

gada al resto de la comunidad, las gastaba en oracion en su aposento, hasta que oia el primer toque de la campanilla, porque entónces iba al coro, en donde adoraba al Santísimo Sacramento, y allí permanecia hasta que se hacia la segunda señal, la cual oida, pasaba al oratorio en donde por espacio de una hora estaba en profundo recogimiento, siempre de rodillas y sin apoyarse; ni jamás dejó esta postura, aunque en los últimos años de su vida era tal su debilidad, que tal vez caia dos ó tres veces al levantarse, y era preciso le ayudára el que estaba á su lado. Despues de la oracion se retiraba, ó al aposento ó al coro, cuando no lo destinaba la obediencia á algun ejercicio espiritual, y se dedicaba á actos de devocion; consumia la mañana entera en confesar, oir y ayudar las misas, y celebrar cuando se lo decia el sacristan, y no ántes, al cual no solo obedecia en esto, sino que se le ofrecia para ayudarle en cuanto le quisiera mandar. Era puntualísimo á la señal del exámen de conciencia, y entraba en el refectorio con tanto recogimiento y modestia como si fuera la iglesia. Observaba hasta las más pequeñas prevenciones de las reglas de novicios, echando el agua ántes que el vino, no probando ni el mejor bocado despues de cerrada la servilleta, con las demás ceremonias que la religion usa. Su deseo fué de ayunar muy frecuentemente á pan y agua; pero no habiendo querido los superiores permitírselo, se valió de dos medios para mortificarse; era el primero pedir mortificacion en refectorio con motivo de ser santo del mes ó de su devocion, y declarar su culpa de las más menudas faltas; y el segundo, no solo no usar de condimento en la comida, sino echarla ceniza y sustancias amargas. En el tiempo de la recreacion guardaba profundo silencio; de suerte que rara vez hablaba si no era preguntado; y en las conferencias morales siempre se explicaba con pocas palabras, y en todas ocasiones permanecia puesto en pie con el bonete en la mano. Con inexplicable devocion asistia á la coronilla, que son los cinco salmos del nombre de María; y en los meses en que se permite despues de comer algun reposo, no se echaba sobre la cama, si solo se recostaba en una silla. El resto del dia gastaba en leer libros espirituales y ejercicios de devocion, y todo el tiempo le era necesario para las muchas que tenia; porque á más de decir el oficio divino de rodillas con grande pausa, y si podia delante del Santísimo Sacramento, rezaba el oficio parvo de nuestra Señora y varias partes de rosario; el oficio de difuntos, al cual añadia los miércoles los salmos graduales, sin otras muchas particulares oraciones. No salia de casa sino para ejercitar la caridad en sus prójimos y en la obediencia; entónces se contentaba con el compañero que le era señalado, aunque preferia los más devotos é inclinados á tratar de cosas espirituales, recibia siempre la bendicion puesto de rodillas, decia las oraciones acostomdradas, y en el modo de andar y llevar el manteo, obser-

vaba puntualmente las reglas del noviciado. Su conversacion era siempre de cosas espirituales, y al volver á casa, recibida la bendicion del superior, le daba cuenta con sencillez de lo que habia ejecutado y las personas con que se habia visto. En fin, todas sus acciones eran ajustadas á la observancia de las reglas, sin que en diez y seis años que vivió en la religion se supiese haber quebrantado alguna de ellas. Semejante á la exactitud en la observancia de las mismas, fué el fervor en cumplir los particulares encargos que le dieron sus superiores. Era muy enemigo de la tibieza. Así fué que despues de profeso quedó en el noviciado con el oficio de sacristan; y era materia de grande admiracion para todos ver un viejo de cerca de setenta años atender con tanta prolijidad al aseo y limpieza de los altares y cuidar de la ropa, remendándola por sus manos. En la fábrica del noviciado, que se edificaba en aquel tiempo, llevaba piedras y espuertas de tierra para la obra, y alentando á los novicios á que en la hora señalada para el ejercicio manual, hicieran lo mismo con todo el fervor posible. Es increible el beneficio espiritual que resultó á estos de su compañía en los años que se mantuvo en la casa de probacion. Pero en lo que sobresalia más su celo era en el prudente manejo que tenia en el confesonario, adonde venian innumerables á buscarlo para su consuelo, por el grande concepto en que de todos era generalmente tenido. Buen testimonio dió el sínodo diocesano de Florencia del año de 1681, en que fué declarado examinador sinodal; y diferentes prelados de la santa Iglesia significaron el juicio que tenian formado de su doctrina, consultándolo en las más graves dudas. La gran duquesa Victoria, que habia experimentado el fruto que de su prudente gobierno espiritual habia resultado al monasterio de Esclavas de la Santísima Trinidad de Chieti, ántes que el siervo de Dios vistiera el hábito de la religion, quiso que en el año de 1685 volviera á él por confesor; con notable repugnancia se sujetó á esta carga, por serle preciso vivir fuera de la vista de los superiores, pero se rindió á la obediencia, y arregló su vida de modo que ni áun en lo más leve dejaba de observar las constituciones. Finalmente, agravado de la misma vejez obtuvo la gracia de volver á la casa de nuestra Señora de los Riccios de Florencia, en donde ocupándose todo en atender á su provecho espiritual y al beneficio de sus prójimos, enfermó de una especie de hinchazon que se difundió por todo el cuerpo. No obstante la gravedad del mal, seguia la comunidad, y fué menester precepto del superior para que no se levantára á la oracion mental de la mañana, aunque no por eso la omitia en su aposento del mismo modo que si estuviera en el oratorio. Dijo Misa y rezó el oficio divino hasta el dia 15 de Noviembre, que le fué prohibido uno y otro mandándole guardar cama. El dia siguiente por la tarde le previno el P. provincial se dispusiera para recibir el Santísimo Sacramento, y habiéndose pre-

parado para hacer una confesion general de los diez y seis años que habia vivido en la religion, preguntado del confesor sobre la transgresion de las reglas, dijo no se acordaba haber quebrantado alguna. Mostróse hasta el fin de su vida tan tenaz en la observancia, que habiéndole querido dar el P. provincial á la hora de tomar el alimento un bocado, le dijo que le dejára hacer ántes el exámen de conciencia, y fué preciso que le dijera el mismo provincial que lo dispensaba. Y viendo al enfermero que le echaba vino puro en el vaso, le dijo: Hermano, eche primero agua, guardemos la regla. Recibió el dia 17 el Viático y la extremauncion, respondiendo á las preces con toda claridad. El dia siguiente se halló con tal alivio, que pidió licencia para decir Misa y rezar el oficio divino, y aunque no le fué concedido el decirla, se la dejaron oir con grande consuelo de su alma. En el dia 20, que fué el último de su vida, obtuvo la misma gracia de que le dejáran oir Misa, y reprendiéndole benignamente el superior porque se exponia á tanto trabajo, le respondió: «¿Qué, no tengo de morir? Qué sabemos si mañana la oiré?» Acostóse despues, y observando los que le asistian que se cubria el rostro, le preguntaron la causa, y contestó: *Quiero unirme con Dios.* Era sábado, dia en que por su devocion á María Santísima acostumbró á ayunar á pan y agua, cuando no se lo estorbaba la obediencia, víspera de la Presentacion de nuestra Señora, y aunque pareció á la tarde tener alguna mejoría, dos veces que le acordaron la festividad del dia siguiente, respondió: «Dichoso seré yo si mañana presenta la Vírgen Santísima mi alma á Dios.» Preguntó tambien repetidas veces cuántas Misas se dirian la mañana siguiente en la iglesia, y deseando saber porqué lo preguntaba, añadió: «Porque me ayudarán á unirme presto á Dios.» Entrada la noche se observó que era mayor su recogimiento, y despues de las diez, advirtiendo que le iban faltando las fuerzas, se congregó la comunidad, y al acabar la recomendacion del alma, sin extremo que denotase violento padecer, plácidamente espiró, y quedó como si estuviera suavemente dormido. Dió el Señor á conocer los méritos de su siervo miéntras vivió con algunos casos que se tuvieron por milagrosos. Este eminente varon murió á las once de la noche del dia mencionado del año 1688. — A. L.

SAN ANDRÉS (Fr. Juan de), religioso franciscano descalzo. (Véase Fray Juan de S. Andrés.)

SAN ANDRÉS (V. P. Fr. Maximiliano de), religioso de la órden de San Gerónimo, en el convento de la Sisla en Toledo. Este grande y esclarecido sujeto fué criado en la educacion del santo obispo de Tarazona, y natural de la villa de Meco, cerca de Alcalá de Henares; por desgracia hay muy poco escrito respecto de la mucha fama que de tan eminente varon se conservaba en aquella casa y en toda la Orden, fundada en su santidad, virtudes y ex-

celencia de conocimientos. Fué muy profundo en la teología escolástica, y áun se señaló más en la mística, muy aplicado y atento á la oracion y contemplacion, ejercicio en que crió y alimentó á muchos hijos que santamente siguieron su vuelo. Era religioso de gran penitencia y recogimiento, jamás salia de la celda si la obediencia no le obligaba; permanecia en ella lo más del tiempo de rodillas, elevado el espíritu á Dios, y cuando salia mostraba el celo que tenia de la religion y observancia en la práctica de las costumbres y ceremonias santas; en la contínua asistencia al coro, donde pasaba muchas noches enteras hasta que rayaba la luz del dia, estando en él con tanta devocion y compostura, y con tanta abundancia de lágrimas y suspiros, que al más duro y tibio encendiera y enterneciera. Era piadosísimo con los desconsolados y enfermos, quienes hallaban en su benignidad y caridad ardiente su remedio y alivio. Predicaba como varon apostólico, con notable autoridad y espíritu, y cuando lo verificaba en el mandato ó la calenda de Navidad, misterios de su mayor devocion, eran tantas sus lágrimas y suspiros, que alguna vez por largo rato se quedaba sin poder decir palabra, si bien en dictámen de los oyentes solia decir mucho manifestando su edificacion con aquellas demostraciones de ternura al recordar tan santos sucesos. Fué en su casa célebre maestro de novicios, y tambien vicario, enriqueciendo y poblando el monasterio de jóvenes muy espirituales, fruto de su doctrina y ejemplo de vida, conduciéndolos á la eterna; y lo mismo hizo siendo prior, cuyo cargo desempeñó tres veces, y en otras casas de la Orden, como fueron Granada, Segovia, Sigüenza, Barrameda, Valdebusto, Murcia, Caravaca, que participaron igualmente de este beneficio, y la de Guadalupe, donde fué presidente. Fué tambien visitador general de Castilla, y últimamente general de la religion. En todas estas prelacias dió bien á conocer el lleno de su prudencia y capacidad, lo santo, piadoso y benigno de su corazon, en cuyo sentimiento fué muy notable, pues si alguna vez por la obligacion de superior penitenciaba á alguno, cuando este iba á decirle la culpa, ambos se deshacian en lágrimas, y allí se terminaba la penitencia, satisfaciéndose con el reconocimiento y humildad, manifestando lo mucho que tenia de Dios. Traiale siempre en su presencia, como lo denotaba la modestia, el porte, la conversacion santa y el gusto particular que tenia en corresponderse y tratar con personas espirituales. Vivia en su tiempo en la ciudad de Toledo la V. M. María de Jesus, carmelita descalza en el convento de S. José, mujer prodigiosa, como se lee en su vida, muerte y milagros, que dió á luz y escribió con grande acierto el muy Rdo. P. Mtro. Fr. Francisco de Acosta, de la órden de S. Agustin, y con ella, como tan santa, tuvo este siervo de Dios mucha comunicacion, y se honraba grandemente de ser discípulo de tan gran maestra en la vida espiritual. Antes se habia correspondido con

aquella ejemplar religiosa el santo obispo de Tarazona Fr. Diego de Yepes, y como el P. Fr. Maximiliano procuró imitarle en la virtud, procuró tambien copiarle en esta eleccion, de la cual confesaba haberle provenido muchos bienes. No los debia de experimentar menores con oirle la sierva de Dios, como igualmente con su trato, pues le estimó mucho, sucediendo lo mismo con todos por el gran provecho que conseguian, que como dice el citado autor en la vida que escribió de esta gran religiosa, hablando de este varon santo, á todos edificó con el ejemplo de sus virtudes, á muchos fortaleció con su doctrina y consejos; y siendo, como dijo S. Pablo, su vida exhortacion y toda doctrina, ó ya intimando con ella al ignorante que debia saber, ó ya con la dulzura de sus palabras, provocando al sabio á la perfeccion que debia observar ó seguir, mostrándose como el árbol de Daniel, cuyas ramas servian de habitacion á las aves, y sus frutos de sustento á todos; procediendo estos bienes de la gran caridad que ardia en su pecho, con la cual solicitaba en las almas el aprovechamiento y la pureza de conciencia, que siempre conservó en la suya con admirable cuidado en la limpieza de su corazon, á cuya virtud corresponde la bienaventuranza de ver á Dios. Tuvo tambien muy entrañada la devocion al Santísimo Sacramento, y cuando le hicieron general se encargó mucho, y á su instancia, en el rótulo de aquel capítulo la perseverancia en aquella devocion tan íntima en la Orden desde su orígen. Tambien se dispuso desde entónces, y para siempre, el ayuno de las vigilias de las nueve festividades de nuestra Señora, á quien veneraba con especialísimo amor y culto. Para que se ejercitase en la paciencia le apretó y maltrató mucho en su vida, á más del rigor de las muchas penitencias, el molesto achaque de un vivo dolor de ijada, que le repetia con mucha frecuencia. Sufriale con tal tolerancia, que excitaba el ánimo en los demás para solicitar de Dios un valor semejante al suyo, que en lance tan doloroso permanecia como insensible. A impulsos de esta dolencia, pero con mucha paz del alma, que siempre conservó con entereza, alcanzando á cumplir sesenta y nueve años de edad y treinta y tres de hábito, quiso el Señor terminase su vida, agravándose mucho más con un dolor de vientre tan repentino y violento, que en breves horas, en las cuales se dispuso digna y santamente, pasó á gozar del cielo para siempre el dia 10 de Octubre del año 1631. Refiérense en la vida de la M. María de Jesus, ántes citada, dos sucesos bien raros que se siguieron á la muerte de este V. Padre, que ellos solos bastáran para celebrar su memoria. Uno es, que luego que murió se apareció á esta sierva de Dios, y la visitó y comunicó como á tan íntima suya y de su espíritu; el otro, que la misma santa le vió subir al cielo con grandísima gloria, la cual afirmó habia alcanzado por el trato que tuvo con Dios, y por la pureza de conciencia con que siempre habia vivido. Uno y

otro es gran confirmacion de la santidad de sus costumbres y de sus copiosos méritos, que el Señor quiso declarar á su sierva con aquellas demostraciones, para que de ella se derivase la noticia á los demás, moviendo á imitarle y juntamente á venerarle. Salieron de la escuela de este observantísimo varon, discípulos muy suyos en el porte y en el espíritu, que despues pudieron sustituirle en el magisterio con grandes aumentos de edificacion en aquella santa casa, siendo los más notables el P. Fr. Domingo de Sigüenza, el P. Fr. Melchor de Guadalupe, el P. Fr. Juan de Toledo, y otros muchos de mérito y virtudes muy señaladas. — A. L.

SAN ANDRÉS (Bto. Pedro de), religioso franciscano. Este esclarecido varon tuvo la singular honra y muy especial dicha de ser discípulo y áun confidente en algunos casos del seráfico patriarca S. Francisco. Era oriundo de Faenza, y su posicion social le ofrecia un porvenir muy lisonjero segun el mundo, pero él, que dotado de un claro ingenio comprendió que no podia lograrse la dicha de la eternidad siguiendo las inspiraciones terrenales, determinó abandonarlas para ponerse así á cubierto de los combates de una presuncion indebida ó de otras tentaciones á su espíritu, en el cual se marcó perfectamente el sello de la gracia por un vivo deseo de corresponder siempre á sus santas inspiraciones. Como Francisco de Asís acababa de fundar su instituto, en el cual el total desprendimiento de las cosas materiales y perecederas era la mayor disposicion para buscar las inmateriales é imperecederas que Dios promete á sus escogidos, creyó Pedro que en ninguna parte podia encontrar mejor la satisfaccion de sus deseos que en este instituto saludable, donde ciertamente conseguiria con los ejemplos y con las doctrinas de los que le profesasen animarse á la perfeccion, á ir en busca de su anhelado intento, que nunca fué otro que su propia santificacion y la de sus hermanos por su medio, si á Dios placia constituirle para tan elevado designio. No se engañó, pues todos los discípulos que eligiera Francisco le pudieron dar y le dieron en efecto mucha gloria, en la que no tuvo poca parte nuestro ínclito Pedro, que desde el primer dia en que vistió el santo hábito parece tomó el empeño de ir adelante en la virtud, y lo consiguió, aunque para lograrlo hubo de hacer heróicos esfuerzos. Siguiendo los preceptos y ejemplos de su santo maestro, se despojó de cuanto tenia, y haciendo total entrega de ello á su naciente instituto, se emplearon sus cuantiosas rentas en la edificacion de un convento de su Orden en Castrovillar, en la Calabria. Envióle allí el santo patriarca, pero no fué posible hacerle aceptar ni allí ni en ninguna parte ningun cargo de los con que le brindaban sus hermanos siempre que llegaba el caso de elecciones. Es verdad que si los superiores le hubieran impuesto por precepto el que los hubiera aceptado, los habria aceptado sin duda alguna; pero acaso no querrian hacerle violencia por

comprender que su profunda humildad no le permitia el considerarse superior á nadie, ó tal vez entraria en los designios que sirviera de ejemplo y edificára con él el que hubiese podido edificar con su voz autorizada por sus obras. Con efecto, eran sus actos todos de la mayor edificacion, pues áun prescindiendo de la abnegacion que manifestó en dejarlo todo por amor de Dios, nos admira considerar su obediencia, no solo á sus legítimos superiores, sino á todos sus hermanos, que decia eran superiores suyos porque tenian más virtud; su espíritu de mortificacion, que le hacia ensañarse consigo mismo como si fuera insensible; su espíritu de oracion, que le obligaba no solo á estar siempre en la presencia de Dios, sino á pasar muchas horas en contemplacion, en las cuales el Señor se servia regalarle con sus especiales consuelos de espíritu; su caridad, que era tan ardiente que cuando veia á su prójimo en alguna necesidad y él no podia socorrerla, derramaba lágrimas de compasion, que alguna vez fueron motivo de que se obrase un milagro para socorrer aquella necesidad. Obras son todas estas por las que puede formarse una idea de sus rápidos adelantos en la virtud, y por consiguiente del efecto que producirian sus palabras en aquellos á quienes las dirigia, pues no cabe duda en que nos anima y nos alienta mucho más el ejemplo que las palabras, y vamos mejor en pos de las obras que de las estrictas teorías. Obrando de esta suerte cumplió los dias que quiso el Señor estuviera sobre la tierra y mereció el cielo, ádonde le esperaba la dicha de que jamás será privado, porque buscando á Dios le encontró mediante el amor de su augusta grandeza como fin, y la práctica de las virtudes como medio. Su convento de Castrovillar fué el que presenció su muerte; y todos los religiosos, uniendo sus voces á las del pueblo que habia conocido sus virtudes, proclamaron unánimes y declararon que estas merecian exámen para darlas el justo premio, tributando á quien las obró el debido homenaje: se hizo este exámen despues de muchos milagros que obró el Señor por medio de su siervo, y la Iglesia declaró beato á Pedro de S. Andrés, asignando á su recuerdo en la órden Seráfica el dia 15 de Abril de cada año.—S. B.

SAN ANDRES (H. Fr. Simon de), religioso franciscano de la provincia de Santiago de Galicia. Profesó y tomó el hábito para lego en el convento de Zamora; despues se trasladó al colegio seminario de Sahagun, de donde marchó por obediencia como compañero de los Padres fundadores del convento de S. Juan de Capistrano de Villaviciosa, donde vivió algunos años dando insignes ejemplos con sus claras virtudes. Era de claro entendimiento y de pocas pero sentenciosas palabras, de modo que siendo afable se hacia al mismo tiempo venerar de todos. En la portería enseñaba la doctrina á los pobres con notable fruto y mucha caridad, y con la misma los limpiaba, consolaba y regalaba en sus trabajos. Fué enemigo decidido del ocio y

muy vigilante en la oracion, de suerte que no era fácil saber cuándo descansaba. Hizo muchos años solo todos los oficios de la casa con grande puntualidad asistiendo á la portería, á la cocina, tocando las campanas de dia y noche, ayudando á las misas, y no obstante le sobraba tiempo, y por no estar ocioso se observó que algunas veces se pasaban de un lugar á otro las piedras y troncos de madera que habia en la casa. En su última enfermedad manifestó mucha paciencia y grande conformidad en sus padecimientos. Murió á 9 de Noviembre de 1702.—S. B.

SAN ANIANO (Fr. Reginaldo de), del órden de Predicadores. Ignórase de qué punto era natural este religioso, que fué uno de los que tuvieron la gloria de vestir el hábito en la recien fundada órden de Sto. Domingo. Era decano de los canónigos de la catedral de la ciudad de Orleans, y habia estado en París, donde obtuvo el lauro académico y el grado de doctor en sagrada teología, como igualmente en derecho canónico. Fué varon de suma piedad y pasó á Roma, haciendo luego una peregrinacion á la Tierra Santa de vuelta de la cual, y teniendo noticia de la virtuosa vida del santo patriarca Domingo, insigne fundador de la órden de Predicadores, quiso verle y conocerle. Procuróse al efecto una entrevista con él, recibiendole el santo con su afabilidad acostumbrada, y enterándole con el mayor placer de cuanto quiso saber. El resultado de esta entrevista fué quedar admitido en la religion, recibiendo el hábito de manos del mencionado santo fundador. Encargóse de la predicacion, y como era tan sumamente docto, desempeñó este cargo con notable fruto y aprovechamiento de los pecadores, cuyos vicios condenaba con tanto rigor como piedad manifestaba para los arrepentidos. Desempeñó algunas veces el cargo de regente de cátedras en la universidad de Bolonia, predicando con notable aceptacion en esta y en otras muchas ciudades de Italia. Contemporáneo de Sto. Domingo y compañero suyo en muchas ocasiones, tuvo lugar de presenciar los principales actos de su vida. Murió en tan grande opinion de santidad, que se le atribuyen algunos milagros. Los bibliógrafos de la órden de Predicadores le colocan en el número de sus escritores por varios de sus sermones, que dicen escribió y dejó coleccionados, aunque en el dia son completamente desconocidos. — M. B.

SAN ANSELMO (V. P. Tomás Esperat de), religioso de la órden de las Escuelas pias. De este insigne varon se escribe mucho en pocas palabras en las antiguas memorias de aquel instituto religioso, presentadas en los procesos. En resumen dicen que el Padre Tomás de S. Anselmo, de la familia Esperat de Lipnitz, en la Moravia, diócesis de Olmutz, fué sacerdote muy ilustre por los esplendores de su excelente y ejemplar virtud como tambien por el celo de la fe católica, por la cual padeció constan-

temente y con sin igual resignacion muchos y crueles trabajos en la devastacion breznense de los herejes rebeldes de Hungría, ensañando su pérfida y sanguinaria crueldad contra los católicos. Uno de sus principales mártires fué el inocente P. Tomás de S. Anselmo, á quien dieron muchas cuchilladas y golpes, quedando á su consecuencia muy maltratado y desfigurado y áun no contentos, ni satisfecha su rabia y ferocidad, le traspasaron de parte á parte por un costado, causándole otras muchas heridas: casi espirante deseó le trasladasen á Previdia, en donde la religion tenia colegio; pero sufriendo increibles dolores, con grande gozo de verse padecer por nuestro Redentor Jesucristo, no le fué posible concluir el camino, muriendo en su tránsito el dia 12 de Setiembre de 1681, siendo de cuarenta y seis años de edad. — A. L.

SAN ANTIO (Sor María Francisca de). Nació esta ilustrada religiosa en la ciudad de Alcañiz, del antiguo reino de Aragon, el dia 7 de Abril de 1714. Fueron sus padres D. Francisco de Pedro y Carnicer y Doña Dorotea de Carcajares. Inclinada al estado de religiosa, tomó el hábito en la órden seráfica, y profesó el instituto de S. Francisco en el convento de la Concepcion de las Cuevas el dia 11 de Junio de 1730. Poco disfrutó en el mundo esta religiosa de su ventura de verse esposa del Señor, pues que, segun Latasa, que la honra colocándola entre los ilustres escritores aragoneses, murió en el referido convento el dia 12 de Abril de 1734. Escribió esta religiosa las obras siguientes: *Relacion de su vida y favores de Dios que recibió, escrito de órden de su director*. De esta relacion se valió el maestro Faci para escribir la vida de esta venerable aragonesa, que publicó en Zaragoza en 4.° Jose Fortel, año 1737. Tambien escribió esta religiosa una *Coleccion de poesías devotas*, que publicó el expresado P. Faci, en el capítulo XXIII de la enunciada vida. — C.

SAN ANTONINO (Fr. Marcos de), misionero dominico en Filipinas, se hallaba encargado de la provincia de Pangasinan, y yendo á visitarle el padre provincial, le encontró muy enfermo y le mandó se fuese á curar á Manila, pues daba lástima verle con mal tan penoso y lastimoso sin haber quien supiese darle ningun remedio, aunque él pasaba sus dolores, no solo sin exhalar una queja, sino con alegría, sin recibir otro consuelo que el que tenia en trabajar en su ministerio, como uno de los primeros misioneros que en un principio padecieron mucho, y muy en particular el P. Fr. Marcos, que siendo jóven y sabiendo bien el idioma, andaba por los pueblos y campos buscando á quién hacer bien, niños ó enfermos, con las grandes incomodidades con que andaban los religiosos en un principio en aquellas islas, yendo á veces cargado con la pobre cama en que habian de dormir, porque los indios procuraban echarlos de su tierra y no los querian ayudar en cosa

alguna ni darles el sustento, y así despues de muy cansados del camino, les faltaba muchas veces la comida, de lo cual y de los calores y agua que habia sufrido este Padre, tan enfermo, pero tan alentado para el trabajo, fué menester que le obligase el superior á que tratase de su cura, y para esto fué á Manila, con mucho sentimiento de los indios que habian mudado ya de opinion, y le amaban mucho, así por su carácter que era muy á propósito para hacerse amar, como por hablar bien su lengua, que es cosa que ellos aprecian mucho, y así sintieron en extremo su ausencia. A su llegada á Manila le pusieron en el hospital de los Sangleyes para que comiera allí carne, como su enfermedad y cura lo exigia, que en el convento ni se comia ni entraba. Aumentóse allí su enfermedad, y el provincial, que le amaba con la mayor ternura, le asistia constantemente y le dió por sí mismo los santos Sacramentos, que recibió con mucha devocion, dejando á todos los religiosos muy seguros de su salvacion por haber vivido de manera que le llamaban como á Moisés, amado de Dios y de los hombres; de Dios, por sus muchas virtudes, y de los hombres, por su admirable apacibilidad con todos; y así decian que se verificaba en él el dicho del Espíritu Santo, que muriendo de pocos años le valieron por muchos, haciendo en aquellos pocos tantas buenas obras, que en otros bastáran á llenar de méritos muchos que hubieran bien vivido.—S. B.

SAN ANTONINO (Fr. Timoteo de), misionero dominico, natural de Florencia, en Italia, é hijo de una noble familia, cuyo apellido era Rotilli. Tomó el hábito y profesó en el convento de S. Marcos de su patria, é hizo sus estudios con grande aprovechamiento y fama, la que se extendió tambien á su virtud. Fué enviado á Roma al convento de Minerva, donde comenzó su nombre de religioso ejemplar y perfecto, por lo que todos le apreciaban mucho, mereciendo por sus prendas y amable conversacion el dictado de amado de Dios y de los hombres. Trabó estrecha amistad con el P. Fr. Victorio Rierio, que era entónces colegial de Sto. Tomás de Minerva, y teniendo ambos los mismos designios, obtuvieron licencia del maestro general de la Orden para pasar á Filipinas, adonde llegaron en 1648, y por ser ya tan conocido el P. Fr. Timoteo y merecer tan grande aprecio por sus buenas cualidades, fué enviado al año siguiente á las misiones de la China, donde vivió sirviendo á Dios y á la religion con toda fidelidad y celo del bien de las almas. No obstante ser de complexion delicada y de pocas fuerzas, jamás hizo caso de su salud para llevar el peso de tan penoso ministerio, siendo grande el fruto que hacia, así por haber aprendido muy pronto el idioma, como por su buen natural y bondad; de que se prendan extraordinariamente los chinos, á los que prestó grandes servicios en diferentes ocasiones, llegando á perder la salud. Con este motivo le envió el vicario provincial desde Fo-

kieu á Chekiang, pero ni áun así mejoraba, por lo que pasó á la provincia de Nanking, á los ministerios de los PP. de la Compañía, entre los cuales era uno el P. Francisco Beaucati, con quien tenia especial amistad por ser ambos de Italia. Fué, pues, á mejorar de salud al territorio donde residia el referido Padre, y aunque no la consiguió completa, halló cuanto podia desear, así en el caritativo religioso, en cuanto le vió, como en los misioneros que por su órden, en todas las ciudades por donde habia de ir, estaban apercibidos, franqueándole las puertas de sus casas, y áun los ministerios de los sacramentos con la asistencia de fiscales y catequistas que pudiera tener su misma persona. En cuanto se sabia que habia llegado al pueblo acudian á verle todos los cristianos, y le rodeaban con grande agrado y satisfaccion, oyendo sus pláticas y razones devotamente, y regalándole cuanto podian especialmente en la ciudad de Sungkiang, donde habia gran número de cristianos, así fué que cuando salió de aquella ciudad, marchó muy agradecido de su noble trato y caritativa hospitalidad, y continuando su camino, llegó á la villa de Xanghay, que es una de las en que existe mayor número de cristianos en la China, pues contaba veinte mil empadronados. Esperaba allí á su deseado hermano el P. Beaucati, que le recibió con los brazos abiertos y con todos aquellos oficios de agrado y caridad que pudiera el más amigo de su misma sagrada religion. Hospedóle con amor y agasajóle con cuidado, atendiendo á la cura de sus achaques por su misma persona, que estas son de las obras que no sabe el verdadero amor fiar á extraños. Quiso ser tambien su médico, pues entendia algo de esta facultad, y se encargó al mismo tiempo de la asistencia de enfermero, y ya convalecido y lleno de tantas obligaciones como abrazos y regalos, le volvió á enviar á su provincia de Chekiang, donde con salud más robusta, pero aún con mayor fortaleza de espíritu, sirvió á Dios cinco años más, al fin de los cuales se dió Su Majestad por satisfecho de sus buenos deseos, y enfermo gravemente recibió los santos Sacramentos, y con algunas muestras que dejó de su inmortal dicha, murió en el Señor lleno de méritos y virtudes. Habia sido prelado en Sangks y gobernó con singular acierto y prudencia aquel ministerio, con grandes ventajas para los cristianos. Su muerte fué tan bien dispuesta como arreglada habia sido su vida, pues convencido de que era mortal su padecimiento, llamó al P. Fr Domingo Coronado, é hizo confesion general con él. Al recibir el santo Viático, que le administró el mismo Padre, fueron tales las razones que puso Dios en su boca, tan tiernas sus jaculatorias, que arrancó lágrimas á cuantos asistieron á este piadoso acto. Recibió tan á tiempo la extremauncion, que aún se hallaba en su sentido; y encomendada el alma, por último movimiento levantó un brazo dirigiéndole hácia el cielo, y en aquella forma dió su espíritu á su Criador el siervo fiel, dejando á los concurrentes

llenos á un tiempo de confusion y de gozo. Hiciéronle los piadosos oficios de sepultura, concurriendo los religiosos y todos los cristianos que se hallaron cerca, y donde quiera que se supo sintieron mucho su falta, y encerrado en un ataud fuerte, segun la costumbre de la China, fué depositado en la tierra.—S. B.

SAN ANTONIO (Fr. Alejandro de), religioso descalzo de nuestra Señora de la Merced. Profesó en el convento de Santa Bárbara de Madrid, año de 1698, y fué lector de teología en el colegio de Salamanca, presidente, provincial y confesor en el convento de religiosas de su Orden en la ciudad de Toro, comendador en el de la villa de Argamasilla, y del consejo de la suprema y general Inquisicion. Fué teólogo examinador apostólico en el tribunal de la Nunciatura, y predicador del rey. La cátedra y empleos en este sujeto, con la abundancia natural de ideas que brilla en todos sus sermones, formaron un orador muy famoso. Murió en su convento de esta corte el año de 1740. Escribió: *Sermones de las principales festividades* y *misterios de María Santísima*; 1735, dos tomos en 4.°;—*de las fiestas de varios santos y asuntos*; tres tomos en 4.°, de que imprimió el primero en 1730; —y de *Vespertinos morales sobre todos los versos del Miserere, unos solos, y otros hermanados con los Evangelios, Dominicas, viernes, y ferias cuadragesimales*; etc., un tomo en 4.°, con remisiones á los demás: Madrid, 1737. Dejó tambien varios manuscritos así predicables como de otras materias.—A. y B.

SAN ANTONIO (V. M. Sor Ana de). El cronista D. Alonso Nuñez de Castro escribió la vida de esta venerable religiosa, y la publicó el año de 1658, en 4.°, junto con la de la M. María de S. Pablo, su tia, ambas fundadoras del convento del Caballero de Gracia, pero en ella no expresa el lugar ni los años de su nacimiento y muerte: yo pondré aquí lo que he podido indagar. Sus padres fueron Juan Lopez de Vivancos y Velasco, montero de cámara y secretario del Sr. Felipe II, natural de la villa de Espinosa del Solar, y casa de los Vivancos, y Doña Antonia Manrique de Lara, natural de esta corte, donde casaron y vivieron en la parroquia de Santiago, y en ella se hallan los bautismos de sus hijos, y aunque por lo maltratado de los libros no se ha encontrado el de esta venerable, lo cierto es que nació por 1570, en atencion á que en el de 75 consta que fué madrina de un hermano suyo llamado Fernando. Tomó el hábito en el monasterio de la Concepcion Francisca de esta villa, y desde luego empezó á seguir los pasos de la virtud que la enseñaba su tia, en cuyas circunstancias no pienso detenerme por estar ya impresas por el citado cronista. Solo diré que Sor Ana fué tambien compañera de su tia para la fundacion de la reforma ó recoleccion en la regla del instituto de la órden de la Concepcion de S. Francisco, para lo que pasaron á establecerla en el convento ó casa de recoletas, conocido por el del

Caballero de Gracia, en 5 de Enero de 1603, donde la sobrina fué primera vicaria, y segunda abadesa por espacio de veintiun años, contados desde el de 1609 en que murió su tia. En estos empleos resplandeció en las virtudes de caridad y humildad, siendo un dechado de toda perfeccion hasta su fallecimiento, que parece fué por el año de 1630.—A. y B.

SAN ANTONIO (Fr. Angel), misionero dominico en las islas Filipinas. Era natural de Florencia, de noble linaje, y ántes de pasar al Asia llevaba su apellido, que era el de Coqui. Distinguióse mucho por su virtud y apostólicos trabajos: «Era muy recogido, muy callado, y sobre todo muy manso, dice la Crónica, sujetándose á todos y estimándolos sobre sí con muchas ventajas, sin tener cuestiones ni porfias con nadie; y así conversaba con todos sus hermanos sin que nadie se quejase de él ni tuviese motivo para ello, ántes todos tenian en él mucho que amar, alabar é imitar y nada que reprender. Fué muy querido de los indios por sus buenos ejemplos, pues á todos queria, hacia bien, y á ninguno ofendia. Teníale reservado el Señor para ministro de la conversion de la China, y así animó á los prelados para que llamándole de la mision del Bataan, á que se hallaba dedicado, le pusiesen á aprender la lengua de los chinos, cosa muy difícil, pero á lo que no manifestó Fr. Angel la menor resistencia, pues no vivia á su voluntad sino á la de sus prelados, y así obedeció alegre y prontamente, y ántes que supiese bien esta lengua, le mandaron ir á Isla Hermosa, y sin excusa alguna partió luego adonde le enviaban, y permaneció allí algunos años trabajando en adquirir virtudes para hacerse apto al fin para que el Señor le llamaba y tenia predestinado. Entregóse á la oracion mucho más de lo ordinario, y con la proximidad de la Gran China, pues no distaba de ella más que un dia de camino, creció en él y en los demás compañeros suyos el deseo de entrar en nombre del Señor en aquel reino, que se miraba á la sazon como encantado. Idearon muchos medios, y ninguno salia bien ni surtia efecto, porque por más que obligaban por medio de la cortesía y buenas obras á los chinos, y por más promesas que les hacian y ofrecian, ninguno se atrevió nunca á llevarlos, y cuando ya no les quedaba medio á que recurrir y todo sin provecho, porque se viese que no era negocio humano, ni obra de hombres, infirió el Señor la idea al cabo y gobernador español D. Juan de Alcaraso, que para el fomento y progresos del comercio que hacian allí los españoles, enviase una embajada al virey Ucheo, que es la tierra más próxima de la China, y que la llevasen los religiosos dominicos como más conocidos, amados y ménos costosos en su porte y trato. Alegres los religiosos dieron luego su consentimiento, y el prelado señaló al P. Fr. Angel y á otro sacerdote para que emprendiesen aquel viaje, pareciéndoles un medio admirable para el plan que imaginaban. Embarcáronlos aquella misma noche los chinos que

debian conducirlos por codicia de lo que ellos creian que llevaban los embajadores, y los quisieron matar por temor de la pena que tenian por llevarlos, y mataron al compañero de Fr. Angel y á otros seglares, y no pudiendo hacer lo mismo con los que quedaban, robando cuanto llevaban en la pobre embarcacion, la sacaron uno ó más rumbos del fondo para que se anegase en el mar con el P. Fr. Angel, y los que se habian fortificado en la cámara de popa, cuya puerta clavaron los chinos por fuera para que no pudiendo salir, se fuesen con la embarcacion á fondo, y ellos pasaron á otra y dejaron á los españoles como anegados. Pero contra los designios de la Providencia no hay astucias que basten, y así conservó maravillosamente la embarcacion desfondada para que no se fuese á fondo, aunque casi toda se llenó de agua, excepto lo que tocaba á la popa, que por más que los chinos quisieron sacar del fondo de ella un rumbo, nunca pudieron, no habiendo más dificultad allí que en la proa que desfondaron. Estuvieron así el P. Fr. Angel y los suyos toda la noche, y á la mañana siguiente, rompiendo la puerta que les habian clavado, salieron á esperar la muerte más que á otra cosa, si el Señor no los salvára contra todas las fuerzas humanas. Vieron la embarcacion sin velas ni timon, que se lo habian quitado los chinos, desfondada y llena de agua, y sin remedio si no les venia de Dios. Pero de repente cambió el viento, y las olas les llevaron hácia tierra de la China, dando la embarcacion en una isla despoblada. Saltaron en tierra maltratados, perdido cuanto llevaban, hasta los papeles de la embajada y cartas de creencia. Llegados á tierra, ni vieron pueblo ni gente, ni la tenia la isla por aquella parte. Subieron con grande dificultad y trabajo á una sierra, y desde lo alto vieron algunos pescadores en la otra parte de la isla, y se dirigieron á ellos, aunque con grande dificultad, mas al ver los pescadores gente extraña, huian como de enemigos. No sin mucho trabajo consiguieron hacer volver á algunos, y dándoles lo poco que habian sacado de la embarcacion y rogándoselo mucho, los llevaron á tierra firme de la China, donde se aumentaron sus padecimientos. Estaba ya Fr. Angel sin dineros, ni más ropa que la que llevaba puesta, y sufriendo muchos trabajos, llevado de un tribunal á otro como un pirata, y no contentándose el Señor con esto, le quitó la salud, y con una grave enfermedad, causada de los muchos trabajos, le puso en el último trance, aunque manifestándole su piedad, pues cuando se le acabó todo lo de la tierra, comenzó á experimentar la paternal Providencia de quien le habia puesto en aquellas angustias y le sacó salvo de ellas, haciendo que sin ser conocido se condoliesen de él los mismos infieles, y el mandarin, que era el que más debia oponerse, le mandó dar casa y dinero para curarse, y aunque apénas estuvo mejor le mandó regresase á Isla Hermosa, y él contra este mandato se quedó en la China, y el mandarin lo supo, disimuló porque

el Señor lo queria así, y el P. Fr Angel pudo ir algunas leguas más allá de aquella ciudad, á una villa llamada Fongau, donde habia cristianos que tenian iglesia; y muchos años ántes habian procurado llevar allí á algun religioso, sin haberlo podido nunca conseguir ni haber entrado jamás en aquella villa ningun sacerdote. Porque los pocos Padres de la Compañía que habia no podian acudir á tanto. Hicieron de consiguiente la mejor acogida al Padre Fr. Angel, y estuvo mucho tiempo solo entre ellos, convirtiendo á muchos al cristianismo y sabiéndolo las mismas autoridades. Admirábase el P. Fray Angel de cómo podia permanecer más de un año entre aquellas gentes, cuando no podia pasar ántes dos dias sin confesarse; pero se verificaba todo de una manera providencial, siendo tan grande la mudanza que hizo en este Padre, que fortalecido con la presencia y ayuda del que allí le habia llevado, nunca se habia hallado más consolado ni más quieto y pacífico que entónces, tanto que escribió á sus prelados pidiéndoles con instancia muchos compañeros, no para sí, pues no los necesitaba, sino para la obra que habia comenzado. Enviáronselos sus superiores, mas no le acompañaron mucho tiempo, siendo el mismo año que los recibió el postrero de los suyos, no pareciendo sino que habian ido para auxiliarle en sus últimos momentos, pues á poco de su llegada enfermó de gravedad, y conforme y resignado, entregó su espíritu á su Criador con la paz de alma con que habia vivido. Este religioso fué el primero de la órden de PP. Predicadores que consiguio entrar en la China, donde hasta entónces solo habian podido penetrar los PP. de la Compañía de Jesus, siendo por lo tanto muy elogiado en todas las Crónicas, donde se le cita indiferentemente con los nombres de Fr. Angel de S. Antonio ó de S. Antonino, siendo muy probable citase este con preferencia al primero, por ser patrono de su patria Florencia, y haber obtenido en su época grande celebridad en la religion dominicana.—S. B.

SAN ANTONIO (P. Fr. Bartolomé de), pintor español, que tomó el hábito de trinitario descalzo en el convento de Madrid. Despues de haber estudiado en Roma el arte de la pintura con Agustin Masuci, pintó para su convento, entre otros, el cuadro grande que representa á S. Juan de Mata recibiendo de mano de la Virgen un bolsillo con dinero que le faltaba para el rescate de los cautivos; otro que figura el martirio de unas monjas de su Orden por los sarracenos, y además varios de bastante mérito. — A.

SAN ANTONIO (Bernardino de). Perteneciendo á una de las más esclarecidas familias de Portugal, renunció nuestro Fr. Bernardino á todo el lisonjero porvenir que le ofrecia tanto la cuna cuanto sus méritos personales, pues de todos eran reconocidos, y esto no se crea lo hiciese á causa de ningun desengaño que recibiera, sino que fué en él como habitual, pues apénas tuvo conocimiento del mundo, de sus pompas y vanidades, las holló

con firme planta, y comprendiendo que en él no estaba sino en peregrinacion, y peregrinacion que como tal habia de ser penosa, se preparó á vivir en el mundo como si en él no viviera, es decir, negándose completamente á sí mismo y considerando que solo el servicio de Dios era su adecuada ocupacion, ponia todo su conato en que sus acciones aún las más indiferentes se encaminaran á tal fin. Renunció, pues, á todo cuanto tenia, distribuyendo su cuantioso peculio parte entre los pobres y otra parte en beneficio de los cautivos cristianos, y él mismo se hizo de la congregacion religiosa de Trinitarios para poder, si llegára ocasion, ofrecer su vida por la de sus hermanos, cumpliendo así á la mayor perfeccion el precepto de la caridad. Desde los primeros dias en que vistió el santo hábito, dió á entender lo mucho que podia esperarse, no solo de su talento y aplicacion que fueron muy grandes, sino del celo é interés con que habia mirado áun desde ántes de ingresar en la comunidad los asuntos de ella; habiendo hecho en muchas ocasiones grandes esfuerzos para procurarla el mayor auge y esplendor. Así es que luego que cumplió no solo el noviciado, sino los años que muy sábiamente prescriben las constituciones de este tan benéfico instituto, que deben pasarse para que los que le profesan ocupen los puestos de gobierno, se le confiaron á nuestro Fr. Bernardino primero los coadjutores, segun estilo, y luego los cargos en propiedad. Por supuesto que siempre cumplió satisfactoriamente cuantos cargos se le dieron, pues además de las dotes de que llevamos hecho mérito, que son muy especiales y adecuadas para el cargo de superior, tenia la especial circunstancia de ser sumamente prudente, y de que sin condescender nunca, no digamos con los abusos, pero ni áun con las más ligeras infracciones de las leyes de su instituto, sabia convencer á sus súbditos de la estrecha obligacion en que estaban de cumplirlas, y por consiguiente venian á su exacta observancia, no por la violencia, sino por su propia eleccion, con lo cual lograba dos altos fines, primero el que hacian bien, muy bien aquello que debian hacer, y además que lo hacian de modo que era útil para su salud eterna, pues que iban castigados, pero no mortificados; enmendados, pero muy conformes en todo con aquel su superior en quien no veian más que un ardiente deseo de su provecho, y por consiguiente un decidido esmero para poner en juego cuantos medios pudieran llevar al apetecido fin. Despues de haber desempeñado con grande acierto varias interinidades, tanto en el cargo de maestro de novicios, cuanto en el de prelado de la casa, para cuyos desempeños se echaba mano de Fr. Bernardino siempre que era necesario, fué elegido en propiedad ministro de la casa de Lisboa, en la cual habia hecho sus estudios y gozaba de muy justamente merecida reputacion. Si como interino se habia portado perfectamente, claro es que luego que fué propietario pudo hacerlo muchísimo

mejor, en razon á que no tenia que temer el que los superiores efectivos llevasen á mal lo que hacia, por más que fuese arreglado á la más estricta justicia y guiado del mejor éxito, que siempre procuraba en todas las cosas. Comenzó por hacer respetar ciertas inmunidades y regalías de su comunidad, que habian estado algun tiempo desatendidas, y por consiguiente con esta desatencion en que estuvieron se habia irrogado perjuicio á los cautivos, y tuvo nuestro prelado tal acierto para reclamar estos sus derechos, que léjos de ofenderse los que tenian que satisfacerlos, se hacian adictos en gran manera al instituto de la Trinidad, en cuyos religiosos veian, como no podia ménos de suceder, todo el espíritu de perfeccion que enaltece las obras haciendo héroes de los que las practican. Trascurrió el primer trienio en que fué superior Fr. Bernardino, acrecentándose cada dia más y más el afecto con que le miraban sus hermanos los religiosos; por cuya razon cuando espirado el plazo de su gobierno se les reunió para que eligiesen quien habia de sustituirle en la prelacía, unánimemente le confirmaron en el dicho cargo de ministro, porque sin duda alguna les pareció el sujeto más á propósito para su desempeño. Costó algun trabajo hacerle aceptar, porque decia que cualesquiera otro sería más idóneo que él para desempeñar el cargo; pero al cabo se resignó y volvió á aceptar una y otra y otra vez hasta que el Señor dispuso de él, siendo muy notable el que á pesar de la duracion tan larga de su gobierno en aquella casa, léjos de estar descontentos los religiosos, se hallaban cada vez más satisfechos segun que le reelegian, y solo era su pena cuando consideraban que iba á ser preciso renunciar al consuelo de tenerle por superior, cuando en los designios de Dios entrára el llevarlo á mejor vida, que en verdad tenia muy merecida. No fué la muerte quien les privó de los buenos oficios que como superior de la casa desempeñaba, sino que la conveniencia de toda la religion Trinitaria, y particularísimamente de la provincia de Portugal, exigió que se le nombrase provincial, y el santo Padre le obligó á aceptar este importante cargo, venciendo para ello su tenaz resistencia, que no conocia otro fundamento sino es que habiendo ya desempeñado el cargo de superior en su convento se habian agotado sus fuerzas: tan fútil argumento se desvaneció al punto que se le obligó á aceptar; pues se vió que léjos de aniquilarse se habian robustecido, y en vez de haberle como si dijéramos gastado para el gobierno, le habian hecho experto, que á no dudarlo vale mucho el que lo sean quienes han de regir y gobernar á los demás. Recorrió cuantos conventos pudo de los puestos á su cuidado, y en todos ellos fué muy fecunda su visita; pues que mirando con suma atencion las necesidades y exigencias de todas y de cada una de las casas, las remediaba en cuanto eran remediables, las cortaba si no le parecian justas y tenia el acierto de conquistarse el afecto desde los superiores de cada convento

hasta de las personas más insignificantes en ellos; bien es verdad que lo mismo escuchaba las indicaciones de los Padres de mayor autoridad, que las de los legos más ignorantes, porque decia que muchas veces el rudo que no ve la cosa sino bajo el prisma de su rudeza, acierta á fijarse en una circunstancia que, insignificante al parecer, es sin embargo tan esencial, que sin atender á ella, el éxito seria ó desfavorable ó acaso infausto; que á tal extremo puede llevar una cosa imprudentemente dispuesta ó indebidamente tolerada, por más que ella en sí no aparezca sino insignificantísima. Claro es que era completa la satisfaccion de todos los Trinitarios portugueses en tener un provincial en quien verdaderamente concurrian todas las apetecibles circunstancias, pues que era observante sin rigidez ni dureza, exacto en todo y tan atento, que áun aquellos á quienes alguna vez se dirigia para reclamarles derechos y tal vez regalias para la Orden, se veian como obligados á condescender con su deseo, porque no encontraban á sus peticiones más que su fondo de bien encaminadas ó al ejercicio de la justicia, que es la más severa de las virtudes, ó cuando ménos de la misericordia y del amor, cuyo dicho atractivo endereza naturalmente á Dios. Por supuesto que cuando se hubieron de hacer elecciones de provinciales, el de Portugal fué reelegido, porque todos comprendian que era muy difícil encontrar otro sujeto que reuniera las dotes y circunstancias de que él estaba adornado. Imposible parece que un hombre que tanto tenia que ocuparse en los ejercicios propios de su cargo difícil é importantísimo, y que nunca faltó á los ejercicios de comunidad por muchas que fuesen las ocupaciones que le rodeáran, tuviese tiempo además del que necesitaba para todas estas cosas, de ocuparse en la enseñanza de los jóvenes á quienes repasaba con la mayor afabilidad, y para escribir para el público, lo cual hizo con extraordinario acierto, luciendo su vasta erudicion y procurando grandes ventajas con sus escritos á los que tenian necesidad ó gusto de estudiar las cosas relativas á la órden de Trinitarios Redentores de cautivos. Aunque la índole de este artículo no permite que analicemos detenidamente las obras de este esclarecido autor, sin embargo no nos creemos excusados de consignar siquiera sus títulos con una noticia, aunque muy sucinta, de su contenido y alguna que otra particularidad notable que contengan; sin otro objeto que el de hacer conocer su importancia, y que asi se pueda apreciar la gran valia de este tan distinguido sabio como excelente religioso, pues en ambos conceptos mereció con justicia el que su nombre sea llevado de generacion en generacion para gloria de su órden Trinitaria y de su patria, cuna de hombres muy esclarecidos y que han sabido brillar en los diversos ramos del saber humano. Las obras, pues, de Fr. Bernardino por las cuales adquirió el justo renombre de erudito y literato, fueron: *Epitome generalium Redemptionis captivorum, quæ à fratribus*

Ordinis Sanctissimæ Trinitatis sunt facta; impresion de Lisboa, año 1625. Esta obra es notable, porque es uno de los primeros libros donde se han consignado los privilegios que la santa Iglesia romana ha concedido á la Orden de la Santísima Trinidad, privilegios muy importantes y algunos de ellos enteramente desconocidos, pero que merecian bien el ser de todos sabidos, porque así en las diversas ocasiones en que importaba practicar alguna de las cosas acerca de las cuales los privilegios versaban, podian los que habian de usarlos ir con seguridad, pues tenian casi el contexto de las bulas pontificias, y por consiguiente lo que habian menester. Muy pronto se agotó la primera edicion de esta obra, de la cual se han hecho varias, y la segunda fué en lengua vulgar, con lo cual pudo ponerse al alcance de todos la gran copia de privilegios justamente merecidos por esta Orden, por tantos títulos esclarecida é importante. Escribió algo despues la *Vida del siervo de Dios Fr. Simon de Rojas, con el sermon predicado en sus honras por el P. Don Fr. Baltasar Paez*. Este escrito tiene de particular el haber sido consultado por la sagrada Congregacion, cuando se entablaron las preces para la beatificacion del siervo de Dios, solicitada por sus hermanos de Madrid, y el evocar Roma este precioso folleto del P. S. Antonio fué porque referia los hechos muy detalladamente y copiaba las palabras que en muchas ocasiones profirió el beato, así como los sucesos más importantes en que intervino. El sermon que copia nuestro Padre, fué sin duda uno de los más notables que se predicaron en los dias siguientes á la muerte del Bto Simon, que sea dicho de paso, tenia en toda su Orden y áun en el orbe católico tan justa reputacion, que los panegíricos suyos, áun los que no podian tener carácter alguno, por no haber hablado Roma acerca de él, no los desdeñarian como elogios los más encumbrados santos, sin que por esto podamos decir que fueron inmerecidos los elogios que se le tributaban, pues la Iglesia despues ha confirmado cuanto acerca de él se ha dicho, declarándole beato, y acaso no esté lejano el dia en que le aclame santo. Tambien escribió: *Vidas de los bienaventurados PP. Bernardo de Monroy; Fr. Juan del Aguila, Fr. Juan de Palacios, redentores de cautivos, que padecieron en Argel.* Aun cuando consideradas bajo el punto de vista histórico y propiamente narrativo, son importantes los detalles que dice el autor acerca de las virtudes de sus hermanos, vale mucho más la obra como narracion de las costumbres, preocupaciones y demás extravagancias de los argelinos, y tanto es así cuanto de su profundo estudio ha sacado despues medios de reducir á buen camino á muchos de estos mismos de Argel, atacando sus preocupaciones de modo que convencidos, como no podian ménos, de la futileza de sus extravagancias, venian al buen terreno y se hacian cristianos, abjurando los errores en que involuntariamente estuvieran envueltos por algun tiempo,

pero que luego veian en su notable deformidad. Muchísimo estimó especialmente su Orden estas noticias, porque claro es que con ellas se adelantó mucho para los rescates sucesivos. Estas obras, como indican sus títulos fueron escritas en portugués, mas en latin hizo además de la que anteriormente citamos, otras dos, que fueron: *Vita V. Pat. Joannis de Contreras et R. Pat. Rochi de Spiritu Sancto.* No son como el comun de las biografías, una simple enunciacion de los hechos en que se distinguieron, por más que ellos sean muy gloriosos y notables, con una série de reflexiones acerca de las virtudes y de su práctica, que convenciendo de la utilidad y áun necesidad de cada una de ellas, atraen con fuerza irresistible, y como van refiriéndose los sucesos de los que los practicaron, hacen estas mismas virtudes practicables, atrayendo dulcemente á todos por el ejemplo de los que ya lograron su recompensa. Estas fueron las obras que publicó; en su muerte, que acaeció en 1638, dejó dispuestas para imprimirlas otras dos que merecieron muchisima aceptacion y que fueron muy importantes, porque tambien fueron críticas, y que en verdad es sensible no se hayan publicado, aunque muchos se han aprovechado de ellas en razon á que estan la una en la biblioteca general de Lisboa, y la otra en el archivo de los Padres Trinitarios de aquella capital, pero ambas á disposicion del público. Es la una *Precioso Tesoro del Orden de la Santísima Trinidad,* y la otra *Descripcion de Portugal*, y en esta se dice mucho, no solo de su parte material, en la cual se dan muy buenas noticias geográficas, y no ménos de sus costumbres y demás partes morales. Conocida la importancia que tuvo este excelente religioso, se justifica plenamente la alta estima en que sus contemporáneos le tuvieron y que se ha trasmitido á la posteridad. — G. R.

SAN ANTONIO (Fr. Cristóbal de). Fué este esclarecido español educado en Andalucía, donde estaba emparentado con las familias más distinguidas de su época. Luego que hubo estudiado con notable provecho humanidades y filosofía, se dedicó al estudio de las leyes, y recibió con aplauso de sus maestros la investidura de doctor en jurisprudencia, desempeñando muchas veces la regencia de las diversas aulas de esta facultad, cuando por cualquier motivo estaban los profesores impedidos de concurrir á ellas. Indudablemente hubiera cumplido muy bien los cargos de la enseñanza si á ella se hubiese dedicado, mas no le llevaba á esto la inclinacion si no es al foro, en el cual creia, y con razon, que obtendria muy merecidos lauros. Comenzó, pues, á ejercer la abogacía en audiencias subalternas, como se acostumbraba en su época; y desde los primeros negocios que tuvo á su cargo, logró el éxito más favorable; bien es verdad que procuró siempre defender causas justas, pues cuando algun litigante se presentaba á él sin razon ó con mala fe, le desengañaba pronto, ó le hacia desistir de su temerario intento ó le

obligaba á que confiase á otro abogado de ménos conciencia la defensa de su causa, que él no tomaba á su cargo porque no creia en circunstancias de ser defendida. Su nombre se acreditó muchísimo y su fama corria de ciudad en ciudad, ansiando todos los litigantes el ponerse bajo su direccion, por cuyo motivo fué llamado á Granada, y en su chancillería le confiaron para la defensa muchos y muy delicados asuntos, en todos los cuales sacó siempre sentencias favorables; bien es verdad que al grande esmero con que estudiaba las cuestiones, agregaba suma claridad para demostrar los fundamentos de su derecho, y por consiguiente pronta y fácilmente podian decidir los jueces á presencia de lo que él alegaba. Consiguientemente á esta justa celebridad de que gozaba, se aumentaban de dia en dia los pleitos que tenia que defender, y nuevos lauros, nuevas sentencias favorables afirmaban más y más su bien merecida reputacion. El siempre fué muy piadoso, y educado muy fundamentalmente en los principios de nuestra sacrosanta religion, no dejaba de cuando en cuando de echar una mirada hácia la eternidad, comparándola con las cosas del mundo, cuya futilidad, miseria y nada veia acreditarse en los mismos triunfos, en los mismos prósperos sucesos con que favorecia á sus secuaces. Miró con atencion al aura misma de que él gozaba, y la consideró en su esencia misma diciendo para entre sí: ¿qué me valen estos honores que se me tributan? ¿qué me significan estas mismas riquezas, qué me valen los asuntos en que me ocupo, si despues de todo esto llego á perder mi alma? Y áun cuando obro con tal cual rectitud, ¿podré con esta misma conducta que observo asegurar mi eterna dicha? Reflexionó D. Cristóbal acerca de esto; vió que es imposible servir á dos señores, dedicarse á las faenas del mundo, procurar el buen desempeño de los asuntos judiciales en que habia de fijar toda su atencion, y tenerla al mismo tiempo constantemente fija en la eternidad, que se nos acerca tanto más cuanto más vamos avanzando en el camino de la vida; y formó una resolucion heróica, de abandonar el mundo, huir de sus pompas y vanidades, negarse á sí mismo para dedicarse exclusivamente al servicio de Dios nuestro Señor, diciéndole como dijo un dia el santo rey David: *Num cœpi*, *ahora comienzo* á servir á vuestra adorable grandeza, porque ahora conozco vuestra adorable soberanía. Efectivamente, procuró despachar todos los asuntos que tenia pendientes, y no aceptó ningun otro de los muchísimos que se le ofrecian, guardando prudentísima reserva acerca de la determinacion que pensaba tomar, hasta que estuvo en disposicion de realizar sus deseos, para evitar de esta suerte el dar satisfacciones que no convencerian á muchos, aunque para él eran efecto de una plenísima deliberacion; y cuando nadie lo pensaba, cuando cada uno formaba sus cálculos acerca de lo que pensaria el sabio jurisconsulto, se fué un dia al convento de Menores de Granada,

y allí pidió y obtuvo el santo hábito del seráfico patriarca S. Francisco. Es claro que llamaria muchísimo la atencion, no solo en Granada, sino en todo Andalucía, donde era conocidísimo, el que nuestro D. Cristóbal abandonára la toga, que tanta honra y no menor provecho le habia proporcionado, para vestir el tosco sayal de S. Francisco; mas él estaba prevenido para sufrir cuantos disgustos y vejámenes le proporcionára su resolucion, como que esta no era hija de un acaloramiento frívolo, sino consecuencia de meditaciones muy profundas; sin parar la atencion más que en que por este medio aseguraba su dicha eterna, procuró perfeccionarse en su nuevo estado, reparando así con la mayor exactitud y celo en el cumplimiento de sus obligaciones el tiempo que habia estado en el siglo, si no perdiéndole, al ménos descuidando el importante asunto de su perfeccionamiento espiritual. Desde que ingresó en la santa casa convento de S. Francisco, se hizo admirar por su abnegacion y por su profundísima humildad, haciendo un noviciado que causaba envidia á los más aventajados en virtud, pues no parecia ciertamente que él estaba allí aprendiendo, sino que iba á enseñar nuevos grados de virtud á los venerables Padres, que á la verdad estaban en lo más perfecto del ejercicio de estas virtudes mismas. Hecha su profesion solemne, hubiera querido permanecer como lego ocupado en los cargos que á esta condicion son inherentes, mas los superiores juzgaron con muchísima razon que sería de mucho provecho para la santa comunidad el que le hiciesen sacerdote, lo cual era muy fácil, pues con su buena capacidad, y con los estudios que ya tenia, prontamente podia ponerse en estado de recibir los sagrados órdenes, y desempeñar con acierto el ministerio sacerdotal. Efectivamente, tuvo que resignarse á ascender al altísimo ministerio de presbítero, preparándose con el mayor esmero para cada uno de los órdenes sagrados; convencido, como lo estaba, de la sublimidad que tienen no solo los oficios que desempeña cada ministro, sino las ceremonias mediante las cuales se les confieren. Desde que fué sacerdote le dedicaron á la predicacion del santo Evangelio y al ejercicio del confesonario, y en ambos ministerios logró frutos más abundantes, pues además de lo muy dispuesto que estaba por la instruccion con que se previno, tenia en su abono la delicadeza de su trato para el confesonario, la rectitud de sus raciocinios para el púlpito, y en ambas partes un ardientísimo deseo de procurar la mayor gloria de Dios, cuyo deseo le hacia no perdonarse molestias ni incomodidades, con tal de que mediante ellas se lográra el apetecido fin. Todos le consultaban, porque sabian la rectitud de sus deseos; todos le consideraban como un oráculo, porque sabian lo acreditado de sus virtudes; y aunque él queria ocultarlas, el Señor para su gloria hacia se ostentasen, dando así autoridad, y autoridad irrecusable, á todas y cada una de sus determinaciones y ac-

ciones. A todos estos méritos, que lo eran en verdad sus ministerios públicos, agregaba lo mucho que servia á su comunidad, tanto en las consultas de derecho que se hacian muchas veces precisas, cuanto en otras muchas en que se necesitaba su acierto y su práctica. El tiempo parecia multiplicarse para Fr. Cristóbal de S. Antonio, pues miéntras vivió en la religion, además de lo mucho que hizo predicando, confesando, recibiendo consultas y atendiendo á los intereses de su comunidad, pudo escribir una obra importante que dice mucho en favor suyo, porque demuestra su grande aplicacion á los asuntos eclesiásticos, á los cuales no se habia dedicado ántes por haber puesto todo su conato en cumplir bien como jurisconsulto. La obra se tituló: *Triumphum Christi Jesu, contra infideles.* La dividió en veinte tratados ó títulos, y en cada uno de ellos dilucidó muchas é importantísimas cuestiones, que vienen á formar un completo tratado de teología, abrazando todos los ramos de ella hasta la mística, en la cual á la verdad no es en la que se muestra ménos versado. Tiene otra particularidad, y es que se la dedicó al duque de los Arcos, señor al cual habia ganado muchos pleitos cuando era jurisconsulto, pues habia por mucho tiempo desempeñado el cargo de abogado consultor de su casa y familia. Hubiese desempeñado muy bien el P. Fr. Cristóbal cualesquiera prelacías que se le hubieran confiado, pero nunca quiso salir de su estado humilde de simple religioso, en el cual vió venir la muerte con la mayor tranquilidad, preparándose á ella con el posible esmero, y recibiendo los espirituales auxilios con edificacion de cuantos presenciaron tan imponentes ceremonias. Sus honras fueron suntuosas, pues se interesaron en ellas todos los que componian la chancillería de Granada, y su memoria se hizo gloriosa, tanto por su grande ciencia, cuanto por su acrisoladísima y constante virtud.—G. R.

SAN ANTONIO (Sor Francisca de), natural de Jaen, en cuyo convento tomó el hábito, y vivió constantemente siendo mirada como un modelo de piedad y virtud. Fué muy celebrada en su época con extraordinarios elogios de muchos religiosos, que tuvieron ocasion de examinar su espíritu y convencerse de su inequívoca santidad, pues no solo fué religiosa en el hábito, dice la Crónica, sino en sus intachables costumbres. Era discípula en extremo amada é íntima amiga de una de las religiosas que habian contribuido á la fundacion del convento en que vivia, y como tal era mirada como un modelo de todas las virtudes, las que procuró imitar Sor Francisca. Pasó toda su vida entregada al culto de Dios y de su amantísima Madre, y dicen los autores que de ella se han ocupado, que fué maravillosa su paciencia, suma su obediencia, siendo un dechado de modestia y de honestidad, y era extremada la atencion que ponia en guardar silencio, y que esta virtud la daba facilidad y servia para estar en continua oracion, á cuyo ejercicio se dedi-

caba constantemente dia y noche, sin perdonar ningun medio por el que consiguiera consagrarse á ella con más celo y fervor. Sus penitencias eran tan extremadas como rigorosas, y contínuos sus ayunos y vigilias, sin que ni las enfermedades ni los padecimientos la privasen un solo instante de continuar en sus mortificaciones ó piadosos ejercicios. Padeció una parálisis ó perlesía, que la tuvo muchos años postrada en el lecho, y usó prudentemente del detrimento de sus miembros para el aumento de sus virtudes. Cuatro dias ántes de su tránsito, dice la Crónica, envió Dios á su celda una multitud de ángeles, que la llenaron de luz inaccesible á los ojos humanos, esparciendo al mismo tiempo una fragancia celestial en extremo permanente, pues duró bastante tiempo despues de haberse ausentado los espíritus soberanos, recreando á todas las religiosas que se hallaban presentes. A pesar de sus extraordinarios padecimientos no se la oyó una sola palabra que manifestase falta de conformidad, ántes bien los sufria con la mayor paciencia y con cierto placer, que parecia emanado de superior impulso. Notáronse otras muchas maravillas miradas como pruebas evidentes de su santidad, y que se conservaron por largo tiempo como tradicion en el monasterio en que vivió esta eminente religiosa. Hallándose ya próxima á la hora de su muerte, aumentó sus penitencias y rigores, y preparada de una manera conveniente pidió el santo Viático, y confortado su espíritu con él, voló á gozar eternamente del esposo á quien tan bien habia servido en esta vida, sacrificándole todos sus momentos. Murió en su patria en 1598 en opinion de santidad, como lo merecia por sus trabajos y virtudes.—S. B.

SAN ANTONIO (P. Fr. Francisco de), religioso de la órden de S. Gerónimo en el monasterio de Guisando. Nació en Talavera de padres nobles y muy atentos á la santa crianza y educacion de sus hijos, que es duplicada nobleza, y eligiendo por su madre á la religion monástica la aumentó más, obrando y procediendo como hijos de tales padres y de tal madre. Fué muy aventajado en teología, que estudió en el Real colegio de S. Lorenzo; despues se ejercitó en la predicacion con notable aplauso; tenia mucha facilidad en el decir y áun mayor en el discurrir, prendas que acompañaba con el ejemplo y con su natural que era muy apacible, y así era que le oian con gusto y con provecho. Era religioso de mucha devocion, virtud que da contínua luz y claridad para conservar la pureza de la vida, y que enciende en los corazones la doctrina católica. Conocíase á este siervo de Dios en sus aplicaciones y en lo que predicaba, lo mucho que tenia de aquel óleo de la devocion en el vaso de su espíritu, y la ocasion que daba continuando la luz, para que muchos se aprovechasen de ella. Fué tambien singular en aquella superior virtud, la caridad; con ella se hallaba muy alentado y fácil para llevar los trabajos y ayudarlos á llevar á los demás, en las enfermedades,

encuentros y pesadumbres, viviendo con todos sociable y amigablemente. Cuidaba y celaba con todo estudio por la honra y buen nombre de los religiosos, calidad estimable á que no todos se ajustan, ó llevados de sus pasiones, ó arrastrados de su mucha ignorancia, no considerando que de su proceder viene la desestimacion de los demás. Hablaba bien de todos, y si acaso oia ó sabia alguna falta, obraba lo que el Sabio dice: «Oiste ó supiste alguna palabra ó falta contra tu prójimo, muera ó sepúltala en ti, que no reventarás.» No era de los que apénas saben algo, al punto andan como los que han bebido algun veneno, que para echarlo de sí toman remedios, aceites y otros eméticos, pareciéndoles que reventarán si no lo arrojan. Consideraba lo precioso que es el buen nombre, y procuraba estimarle como tal en sí y en los demás, causando á todos gran edificacion este cuidado, y con mucha razon, porque para la veneracion y aprecio de los religiosos y del estado que profesan, es lo que más se requiere. En las conversaciones de la granja, del campo y del alivio, era al que con más gusto escuchaban, por lo entretenido é ingenioso de todo cuanto decia, procurando que la plática fuese siempre muy apartada de la murmuracion y detraccion, discurriendo y volando en ella como la abeja á lo florido y aromático, y no como los moscardones á lo corrompido y asqueroso. Le eligieron por vicario de su casa, y se portó tan bien que le nombraron prior, y luego en capítulo general definidor; y si Dios le dilatára la vida, segun corria la fama de sus religiosas prendas, su gran apacibilidad y prudencia, no dudaban llegaria á gobernar la Orden generalmente. Fué voluntad del Señor disponerlo de otra manera, pues habiéndole enviado por confirmador al monasterio del Parral de Segovia, le acometió allí la enfermedad de la muerte, á la cual se dispuso como tan gran religioso, y pasó de esta vida á la eterna, causando mucho dolor á los monjes de aquella casa y de su convento, y á todos los que en la Orden sabian el gran caudal de sus merecimientos.—A. L.

SAN ANTONIO (Fr. Gabriel de). Perteneciendo á una de las más distinguidas familias de Portugal, si bien tuvo especialísimo cuidado en evitar el que se descubriera su esclarecido nombre, para que no se llegasen á conocer los vínculos que le unian con los personajes más célebres de su época, renunció al porvenir que le ofrecian los méritos de sus mayores, no quiso que se estimára tampoco en nada lo mucho que podia él valer por su talento y por su aplicacion, é ingresó en el convento de Sto. Domingo de Braga, con gran contento de aquella excelente comunidad, y con plenísima satisfaccion suya, porque constituido todo para todos, segun que le obligaba su santo instituto, no tenia ni áun voluntad suya propia, que es á lo que aspiró desde que el Señor le llamó para sí, que fué en sus más juveniles años. Por supuesto que en vista de su capacidad, y comprendiendo los superiores que

si á sus ejemplos se agregaba la conveniente doctrina, vendria á ser uno de los más legítimos ornamentos de su religion esclarecidísima, le obligaron á estudiar, y lo hizo con gran provecho, primero de las humanidades, en cuyo estudio adelantó mucho en las lenguas muertas, á las cuales tenia especialísima predileccion, y luego en filosofía y sagrada teología, distinguiéndose en esta sublime ciencia por su aplicacion al estudio é interpretacion de las Sagradas Escrituras, para lo cual le ayudaba mucho, por una parte, el estudio del hebreo y griego que hiciera con grande afan, y por otra la constante lectura de los Santos Padres y expositores sagrados en que se ocupaba, siguiendo el consejo del angélico doctor Sto. Tomás, que induce á todos los estudiantes de las sagradas letras á que busquen en aquellas fuentes las verdaderas aguas de la divina ciencia. Si los superiores de Fr. Gabriel no hubiesen mirado más que al provecho material que de él pudiera sacar la órden de Predicadores, indudablemente le habrian dedicado á la enseñanza, porque para esto parecia haber nacido, pero como para ellos era enteramente secundario este mayor provecho del instituto, toda vez que lo que más les interesaba era el que los fieles se aprovecháran de las dotes que Dios habia pródigamente repartido en sus siervos; además de que algunos de estos parecian decididamente deputados por el Señor para la enseñanza, toda vez que no servian para otra cosa, sintiendo mucho privarse de sus buenos servicios como maestro y áun como superior, le dedicaron al púlpito, donde en verdad consiguió verdaderos triunfos, pues nunca predicaba sin convencer; y claro es que tras la conviccion venia el abandono de los antiguos caminos para emprender otros nuevos, pues el buen religioso les hacia ver que habian errado, y por consiguiente perseverando en su yerro su pérdida era segura, como que se funda en la sentencia de un Dios que es infalible é inmutable, aunque sumamente misericordioso. Cuando ya estaban convencidos por el predicador, se acercaban al confesor y este acababa la obra aplicando particulares medicamentos adecuados á las especiales índoles de cada uno, segun veia eran necesarios para la curacion radical de cada una de las enfermedades de sus espíritus. Pero no podemos pasar en silencio las especiales dotes con que el Señor le favoreciera para el desempeño de su sublime ministerio. Su paciencia inalterable le hacia sufrir hasta con gusto las penalidades que son consiguientes al cargo de confesor y predicador; su caridad entrañable para con todos y para con cada uno, le hacia tomar por suyas las necesidades de sus hermanos y ocuparse en su remedio, no ya con el ánimo é interés que se hubiera tomado por cosas propias, sino con mucho mayor esmero que si hubiera sido para él. Nunca se notó en su semblante la más ligera señal de disgusto, ni de molestia, ni áun de cansancio, lo cual daba muchísimo aliento á los que á él se acercaban, porque en realidad

como que desanima en cierto modo no encontrar al ministro de Jesucristo tan dispuesto como quisieran para desempeñar sus importantes cargos, y alguna vez, aunque en esto ha sido no muchas y en criaturas poco avezadas á las cosas y contradicciones del espíritu, alguna vez ha producido el desvío el ver que no podian los sacerdotes escucharles tanto como les parecia convenirles. Es necesario advertir, para que realce más la benignidad de carácter de nuestro Fr. Gabriel, que él de por sí no era dulce ni mucho ménos, todo al contrario de lo que fué como religioso y como ministro de Jesucristo; por esto tenia mucho más mérito en vencerse; pero tampoco es de extrañar esta victoria suya sobre sí mismo, porque para conseguirla tenia su cuerpo reducido á verdadera servidumbre, le castigaba con crueldades que espantaria el referirlas, y que por consiguiente habian de ser á él terribilísimas, además de la observancia fidelísima de los estatutos y constituciones de su Orden, que miraba él como el cañon al cual le era necesario indispensablemente amoldar toda su conducta; y efectivamente lo hacia así, por manera que era sin quererlo ni procurarlo el ejemplo y modelo de todos sus hermanos, quienes se complacian en imitarle, aunque en realidad pocos eran los que le llegaban, pues sus virtudes eran lo que se llama heróicas. El tiempo que le restaba despues de desempeñar los cargos encomendados á su cuidado, lo dedicaba á la oracion, y como sabia bien que el espíritu humano necesita y requiere algun descanso y alivio, en este tiempo que para solazarse destinaba, procuró instruirse en historia y con muy sana crítica y con muy buen juicio juzgar los sucesos ocurridos en otros paises y áun en distintas épocas, lo cual le obligó á publicar la única obra que dejó impresa, y que tituló: *Relacion de los sucesos del reino de Camboja*, año de 1604. No se sabe á punto fijo si la escribió en portugués ó en español, pues son traduccion la una de la otra las dos ediciones que en ambos idiomas existen, y por otra parte completamente idénticas y contemporáneas; mas como este no sea asunto de importancia, por esto la crítica ha abandonado el dilucidar un asunto que si hubiera valido más se hubiese esclarecido todo lo necesario. Es muy sensible que no escribiese más, toda vez que podia haberlo hecho con acierto, mas no debemos interpretar en mal sentido su abstencion, porque no sabemos cuáles serian sus miras ni el intento que en ello se llevaria, intento que no puede ménos de creerse seria rectísimo, porque muy rectas son todas las acciones del respetable P. Gabriel de S. Antonio, ya se le considere como religioso, ya como sabio, ó bien como caballero. —G. R.

SAN ANTONIO (Fr. José de), religioso trinitario descalzo, natural de la Alcudia de Carlet. Leyó artes en el colegio de la religion de la ciudad de Toledo, y teología en el de Alcalá, en el cual fué ministro, y tres veces del

convento de Valencia; como asímismo secretario, procurador de provincia, y dos veces definidor. Era hombre aplicadísimo á los libros y de vivo ingenio, y por este motivo le honró la religion con la patente de escritor general, que desempeñó á satisfaccion de sus prelados. Murió en Madrid á 19 de Febrero de 1746, y dejó manuscritas las obras siguientes: 1.° *De Sacramento Matrimonii*; un tomo en fólio con todas las licencias para la impresion, en el cual habia recogido muchísima doctrina.—2.° *De Jure canonico quæstiones variæ*. Estas dos obras quedaron en el convento de Madrid.—A. L.

SAN ANTONIO (Fr. José de). Este religioso fué natural del reino de Aragon, y nació y fué bautizado en Villafeliche el dia 23 de Marzo de 1714, con los nombres de José Pablo Romeo y Rebollar. Inclinado á la vida del claustro desde que tuvo uso de razon, tomó en 23 de Febrero de 1742 el hábito de monje gerónimo en el Real monasterio de S. Bartolomé de Lupiana, á dos leguas de la ciudad de Guadalajara. Desde luego se hizo notable entre sus hermanos por lo piadoso de su vida, y por su aplicacion y constante estudio de todo género de literatura, en la que alcanzó profundos conocimientos, por lo que se granjeó la estimacion de los sabios, captándose la de cuantos le trataron y conocieron por su amabilidad, discrecion y estricta observancia á la regla de su instituto. Murió este religioso tal vez en Lupiana, pues que nada de esto nos dice Latasa al darnos razon de él, el dia 8 de Diciembre de 1778. Dejó escritas este estudioso Padre las obras siguientes: *Teología escolástica, tratado para su más cómodo estudio*; un volúmen ms.—*Hæreticorum historia, liber unus*; obra muy útil en su argumento segun Latasa.—*Un libro de Exposicion de Job, que contiene desde el capítulo primero hasta el sexto inclusive*; obra que continuó en otros cuadernos latinos ms.—*Historia de nuestra Señora del Madroñal;* ms.—*Vida de S. Juan Nepomuceno, canónigo y mártir de Praga*, escrita en verso latino, la que parece se publicó en Madrid.—*Opuscula poetica*; tomo I, en 4.°, ms., que dice Latasa ha desaparecido.—*Opuscula poetica;* tomo II, que se conserva ms., en 4.°—*In honorem V. viri Cælii Sedulii presbyteri, carmen latinum;* un tomo, en 4.°, ms.—*Glosa sobre el himno* Ave-Maris Stella; en verso español, ms., en 4.°—*Glosa sobre el himno* Quem terra, pontus, sidera, en verso español, ms. en 4.°—*Glosa sobre el himno* Memento rerum conditor; en metro español, en 4.°, ms.—*Glosa sobre la oracion del Ave-María*, en español, ms., en 4.°—*Varias obras poéticas que dejó comenzadas, y diversos fragmentos*; ms. Todas estas obras se conservaban desde la muerte de su autor en el referido monasterio de Lupiana, componiendo parte de la seccion de manuscritos de su biblioteca á excepcion del tomo I de sus *Opúsculos poéticos*, segun lo que consta de una Memoria que mandó el prior de este monasterio á Latasa, en la que se hace el debido honor á la religiosidad é ingenio de este escritor;

pero como á primeros de este siglo por la invasion francesa y despues por la revolucion política que en 1835 lanzó á los religiosos de sus conventos, quedando el de Lupiana abandonado al pillaje del pueblo, los libros de la biblioteca de este monasterio, como los de las demás, han padecido muchas mudanzas y áun sustracciones, no podemos asegurar si estos manuscritos se conservarán en la biblioteca provincial de Guadalajara, formada de los libros de sus conventos, si habrán ido á parar á manos particulares cuidadosas, ó si habrán servido para hacer cartuchos ó para envolver especias, como tantos otros que han tenido este fin, á pesar de haber procurado el gobierno recogerlos.—A. C.

SAN ANTONIO (Fr. Juan de), religioso franciscano, natural de Andújar. Tomó el hábito en el convento de S. Francisco de Baeza, cambiando su apellido, que era el de Caño, en el nombre del santo á quien se sentia con mayor devocion. En 1605 marchó de misionero á Filipinas, distinguiéndose por su celo y energía en la predicacion, y consiguiendo hacer gran número de conversiones. Despues pasó al Japon, donde continuó sus apostólicos trabajos con los mismos resultados, hasta que fué preso en la persecucion de 1624, muriendo arcabuceado en una cruz en forma de aspa, conocida vulgarmente con el nombre de cruz de S. Andrés. Su cuerpo fué trasladado á Manila, donde se le veneró como mártir. Bilches, en los *Santos de Jaen y Baeza*, dice celebrarse su festividad á 8 de Junio.—S. B.

SAN ANTONIO (Fr. Juan de), franciscano español, natural de Salamanca. Tomó el hábito siendo muy jóven todavía en la provincia de Descalzos de S. Pablo, donde se distinguió desde luego por sus buenas cualidades, no solo para el cultivo de las letras, sino tambien para la virtud, á que se sentia naturalmente inclinado. Sus estudios fueron tan rápidos como ventajosos, pues uniendo á una laboriosidad á toda prueba un ingenio poco comun y un amor al saber más notable todavía, consiguió en un breve período hacer progresos que fueron la admiracion de sus compañeros. Amado de sus superiores y de sus prelados siguió toda su carrera con el mejor éxito, y apénas la hubo terminado, se le honró con el cargo de lector de teología de su provincia. Desempeñóle por un largo período con el acierto y celo que no podia ménos de esperarse de sus buenas circunstancias, y sus numerosos discípulos fueron otros tantos pregoneros de su fama, que no tardó en recorrer todas las provincias de España. Pero Fr. Juan nunca quiso abandonar la suya, y aunque se le hicieron á cual más ventajosos partidos, se negó á admitirlos, deseoso de servir á sus hermanos, no solo con sus luces, sino tambien con su ejemplo, si daba alguno digno de ser imitado. Al mismo tiempo que á la enseñanza se consagró á la predicacion el P. San Antonio, distinguiéndose por su erudicion mucho más que por su elocuencia, pues si

bien no carecia de dotes oratorias, eran estas muy secundarias en comparacion de su vasta lectura, su grande memoria y la multitud de hechos y circunstancias particulares que sabia aprovechar para sus discursos. Así es que oido generalmente con gusto por una numerosa concurrencia, se le buscaba con avidez en las ocasiones más solemnes por los auditorios más ilustrados, con la seguridad de que si no habia que admirarle por su grande entusiasmo, por la elevacion de sus afectos y pensamientos, se escucucharian con gusto las citas bien traidas y comentadas de la Sagrada Escritura, de los Santos Padres y de los expositores más notables de la religion. A esta cualidad debió algunos cargos, como el de censor del santo tribunal de la Inquisicion, para que se le nombró, no solo para el reconocimiento de la pureza y ortodoxia de su fe, sino tambien porque á su inmensa lectura y penetracion era difícil se escapase el más ligero desliz que se notára en las obras ajenas ó la frase más ó ménos peligrosa que hubiese puesto su autor con sencilla ó dañada intencion. No se engañaron en efecto los que en él habian puesto su confianza, y en este cargo tuvo ocasion de prestar los más señalados servicios en diferentes ocasiones, pues no faltaron innovadores en su siglo, ni hombres que engañados y seducidos por falsas doctrinas, trataron de alterar el dogma, si bien nunca con la osadía y el descaro que se ha hecho en otras épocas. Fr. Juan, versado en la lectura de antiguos y modernos autores, y convencido de aquella célebre máxima que por algunos se pretende olvidar, *Nihil novum sub sole*, llamaba á los autores de los libros en que hallaba errores ó malas doctrinas, les manifestaba su equivocacion, de dónde provenia, y hasta el orígen en fin de aquella opinion, enseñándoles con frecuencia, ó indicándoles por lo ménos multitud de libros donde podrian encontrarla como cosa corriente y admitida en siglos que ni siquiera hubiesen creido se pudiera sustentar semejantes pareceres. Admirados unos y reconocidos otros, todos pagaban el justo tributo de admiracion al P. San Antonio, y retirando de sus libros aquello que era peligroso dar al público, se alegraban de que hudiese habido quien les hubiera advertido ántes de tener que sufrir un amargo desengaño. Tal era el modo con que ejercia este religioso el cargo de censor, puesto honrosísimo cuando recae en una persona digna é ilustrada, pero que ofrece grandes peligros y dificultades cuando desempeñándose por sujeto muy inferior en saber al autor del escrito, tiene que obrar guiado de la pasion ó de determinadas reglas, que no siempre pueden aplicarse á todas las obras. Este magisterio, ejercido dignamente, ilustra en vez de ofuscar, abre el camino de la verdad y aleja del error, y contiene á la discusion dentro de sus verdaderos límites, impidiendo descienda á caminos vedados, donde los mismos que la sostienen suelen merecer el odio de sus contemporáneos y el desprecio de la posteridad. Pero

cuando léjos de seguirse en su desempeño esta buena máxima, cuando se le extravia de su fin principal, entónces la anarquía literaria llega á su término, y autores y censores acaban por ofuscar á sus lectores, por descarrilar á su siglo y conducirle á abismos sin fin, de donde solo le puede sacar la Providencia enviándole una mano bienhechora, que visto el peligro le dé medios de evitarle. La reputacion creciente del P. San Antonio no tardó en llamar la atencion de su Orden, que viendo el grande provecho que de sus talentos sacaban los extraños, quiso utilizarlos á su vez en otros cargos en que podia prestarla los más notables servicios. Con este objeto le eligió definidor; puesto muy honroso y en que podia ser de grande utilidad, y que desempeñó en efecto por el período marcado en los estatutos de su provincia. Despues fué nombrado custodio, puesto más elevado quizá, pero de menor importancia, pues consistia en el gobierno de cierto número de casas que no llegaban á formar una provincia, y en que manifestó sus buenas cualidades para el mando, pues se hallaba dotado de la suficiente energía para ejercerle con acierto, y tenia todas las cualidades á propósito para hacer observar la regla y la disciplina regular, en que no abundaban por cierto los demás superiores. Conocíala perfectamente por sus contínuas lecturas y estudios; sabia los puntos en que se podia mitigar y en los que debia seguirse literalmente y en todo su rigor, y así sin sobrecargar á sus súbditos con prácticas inútiles y enojosas, les hacia no faltar en un ápice á las fundamentales, y en que se cifraba la verdadera regularidad. Además, como hombre ilustrado, era naturalmente amable y bondadoso, nadie se le acercaba que saliera disgustado de sus consejos ó mandatos, pues áun cuando se veia obligado á hacerse obedecer con todo rigor, áun entónces sabia dulcificar su mandato con algun medio que dejaba contento al súbdito, y hacia lo que se le encomendaba por dificultoso que fuera, sin murmurar, sin enojarse, sin disgusto, ni sinsabor. Tal es la ciencia de los prelados; hacerse obedecer por la fuerza cuando á ello favorecen las circunstancias es en extremo fácil, y emplear los medios de rigor cuando se cuenta con los medios suficientes, tampoco es dificultoso. Para hacer uno ú otro sin ocasionar nuevas complicaciones, sin perder el amor de los súbditos, ántes bien conservándole en toda su pureza, esto solo es dado á los que poseen el verdadero don de gobernar. En vano se apela á la razon y al sentido comun, cualidades muy buenas, pero que poseen muy pocos hombres, muchos ménos de los que en realidad se cree. La razon, fiel instrumento del raciocinio, resultado de una combinacion verificada en la conciencia en relacion con los objetos ó dificultades que le rodean, apénas obra en muy raros casos, siendo siempre las pasiones las que se la anteponen y guian al mundo y á la humanidad. Hechos hay en extremo grandes y gloriosos, que jamás se habrian verificado si ántes de

llevarlos á cabo se hubieran meditado con la fria razon, y circunstancias hay en la vida, de las que no se sale ciertamente apelando al sentido comun. En vano el hombre recto y equitativo querrá usar las dos armas más propias y dignas de todo ser dotado de inteligencia, en vano alabará sus ventajas y utilidad; millares de voces más ó ménos interesadas se levantarán contra él, harán que no se le oiga, y acaso ni la misma historia, escrita por sus adversarios, le citará con el justo encomio, le hará toda la justicia que se merece por su magnánimo aunque frustrado esfuerzo. No lo fueron ciertamente los del P. San Antonio, puesto que apénas habia cesado en el cargo de custodio, le eligieron para otros cargos sus súbditos y prelados, siendo sucesivamente comisario visitador de dos provincias, y presidente despues de ambas. Prueba inequívoca de lo que anteriormente veniamos diciendo, pues si en la visita no hubiera sabido desplegar la suavidad con el rigor, no hubiera impuesto los necesarios castigos, haciéndolos tan llevaderos que no hubieran podido quejarse de ellos los mismos á quienes se imponian; no hubiera procurado su fomento y esplendor, y extirpado los abusos al mismo tiempo que realzado las buenas prácticas, nunca los religiosos de aquellas provincias le hubieran tenido presente para ponerle á su cabeza, nunca le hubieran hecho su jefe, cuando habian probado su severidad, sin conocer su bondad ni los frutos que de ella inmediatamente se derivárán. Pero no fueron estos los únicos cargos con que honró su Orden á Fr. Juan de S. Antonio; concedióle uno más digno de su confianza, de su carácter y de sus cualidades. Hemos dicho que este religioso poseia una inmensa lectura, se hallaba dotado de un carácter en extremo estudioso y observador. Ya habia dado á luz algunas obras, recibidas todas con el correspondiente aplauso, cuando fué elegido historiador general de su provincia y de toda la órden de Menores, puesto honrosísimo, de difícil desempeño, y que llenó él de la manera más satisfactoria. Muchos años, muchas vigilias, muchos trabajos pasó Fr. Juan ántes de llevar á cabo su grande obra, su obra maestra, una quizá de las más completas y acabadas que posee España en su género, tal vez la Europa. Aludimos á la *Biblioteca Universal Franciscana*, ántes *Coleccion bibliográfica*, que comprende todos los escritores de la órden Seráfica, inclusos los capuchinos y demás familias que, aunque separadas por algunas prácticas, habian pertenecido en su orígen á la religion Seráfica, y reconocian aún por su fundador al patriarca S. Francisco, es sin disputa lo más notable que existe en su género, y desde luego muy superior á lo que poseen las demás órdenes religiosas, lo mismo en España que en el extranjero. Si nuestro Fr. Juan hubiera sido francés, italiano ó aleman, su fama volaria al par de la de los Mabillones, Martenes y otros, pero la desgracia de ser español le ha privado de su verdadera y legítima gloria. Su

trabajo mismo, que hasta el siglo pasado habia gozado de grande celebridad, la ha perdido hoy en gran parte, y apénas se le cita, no obstante contener gran número de escritores españoles, sobre los que en vano se buscarán noticias en ninguna otra obra. La de que nos ocupamos tiene otras ventajas, el que su autor, verdadero bibliógrafo habia visto la mayor parte de los libros que enumera, expresándolo cuando no lo habia hecho, y así puede hacer su descripcion, insertando los títulos de los tratados, libros, capítulos y artículos. Hay algunos de un verdadero mérito literario, y todos son notables por el número de noticias, su importancia y buena y exacta colocacion. Nótanse algunos descuidos, aunque en breve número para trabajo de tanto aliento; pero deben disimularse, pues entregado Fr. Juan de San Antonio quizá á sus solas fuerzas, nada de extraño tiene que se le hayan escapado duplicaciones en los artículos y en las obras, mala distribucion en algunas partes, y errores en otras, quizá solo de imprenta. Pero esto no daña al mérito general de la obra, escrita en latin en un estilo bastante notable, y completada con numerosos índices, y sumamente bien arreglados, trabajo de laboriosidad y de inteligencia, que no á todos es dado desempeñar con acierto. El P. San Antonio tuvo además que luchar con grandes dificultades, pues hasta su biblioteca no habia en su Orden ninguna que mereciera el nombre de tal, puesto que ni los Escritores de Wadingo, ni la Biblioteca de los Capuchinos, ni las numerosas citas que se encuentran en las Crónicas pudieron disminuir en nada, ántes bien aumentaron en mucho, el trabajo á Fr. Juan, por tener que recorrerlas todas con el suficiente criterio para conocer y distinguir los autores verdaderos de los apócrifos, debiendo al mismo tiempo resumir sus vidas y purgarlas de las circunstancias que no convenian á su propósito. Tal es en breve resúmen la obra del P. Fr. Juan de S. Antonio, poco conocida hoy, y muy digna sin embargo del aprecio de los sabios. De sus demás escritos no debemos ocuparnos, pues este solo basta para hacer la reputacion de un eminente literato y bibliógrafo. La *Biblioteca Universal Franciscana* del P. Fr. Juan de S. Antonio se imprimió en Madrid en los años 1733 y siguientes, en tres tomos en fol.—S. B.

SAN ANTONIO (M. María de), religiosa agustina recoleta, muerta en el convento de Lucena el dia de S. Marcos del año 1677, habiendo asegurado su confesor que habia sido tanta la pureza con que habia vivido, que nunca se acusó más que de un pecado venial que le parecia haber cometido en el siglo. Pertenecia á una antigua é ilustre familia en que no sabia qué admirarse más, si sus virtudes ó su nobleza. Recibió de consiguiente una buena educacion, y el santo temor de Dios que habia aprendido en casa de sus padres, la sirvió de norma en todas sus acciones el resto de su vida. Desde el instante en que tomó el velo manifestó un celo y una devocion por las cosas

sagradas, que aunque siempre habia ardido en su pecho, parecia esperar aquel instante para manifestarse, y en efecto, se mostró con tal esplendor que fué la admiracion de sus compañeras. Asídua á todos los ejercicios de la comunidad, era la primera en la oracion y penitencias, haciendo muchas extraordinarias con grande admiracion de sus maestras. Vestia su cuerpo un áspero silicio, y el tosco sayal que le ocultaba, léjos de ser un alivio para sus dolores, era aumento de malestar para su cutis, en extremo delicado por el roce de aquel instrumento de mortificacion. No hubiera querido dormir nunca en cama, á pesar de lo prevenido por la regla, y cuando lo hacia, porque no la sorprendiese la superiora, ideaba mil medios de mortificarse y de quitar á su cuerpo el necesario reposo. Con tal método de vida, inutil es decir que no temia las tentaciones de la carne ni las demasías del espíritu. Solo en una ocasion la pareció hallarse turbada por una idea extraordinaria é impropia de su estado, y recurriendo á la oracion, se encontró en el acto libre de ella, dando gracias á la Providencia que así ayudaba á su flaqueza en circunstancias tan penosas. Su grande humildad la hacia mirarse como la última de las religiosas, no solo en los actos generales y en que todas tomaban parte, sino tambien en los particulares en que áun cuando no procuraba singularizarse, su espíritu sin embargo la llevaba á extremos muy dignos de su grande austeridad y mortificacion. Procuraba ayudar á sus hermanas en los oficios más penosos, no habiendo ninguno que desdeñase por bajo ni por vil, ántes se apresuraba á servir en los de este género, pidiendo licencia para ello, suponiendo ser sus fuerzas superiores á las de sus compañeras, aunque criada en las comodidades y el regalo, y debilitado despues su cuerpo por las penitencias, era quizá la religiosa ménos robusta de la comunidad. Cuando se trataba de salir á alguna nueva fundacion, procuraba ocultarse y ocultar sus virtudes, creyéndose indigna de servir de modelo á otras, ella que se tenia por la mayor pecadora de todo su convento. Hubo sin embargo de salir en alguna ocasion, á pesar de sus piadosas invenciones, las que continuadas despues la valieron ser enviada de nuevo á la casa de su profesion. Distinguíase mucho en las labores propias de su sexo, y trabajaba con grande ardor, no solo en los ornamentos y vestuario de la casa á que pertenecia, sino tambien para otras como lo hacian las demás religiosas, siendo esta Orden la que más se ha distinguido en este punto, pues aunque las labores de manos no formasen parte expresa de su regla, comenzaron á ejercitarse en ella algunas religiosas por la pobreza de los conventos á que pertenecian, y despues lo continuaron otras muchas, llegando á adquirir no poca reputacion sus obras de todas clases. Algunas veces quisieron elegir las recoletas por superiora á la M. San Antonio, pero como nada se hallaba tan léjos de su ánimo de dirigir á religiosas á quienes se creia inferior, renunció

constantemente todas las dignidades que la ofrecieron, no dando lugar á que llegára la eleccion. Muchos dias ántes comenzaba á ir de celda en celda, diciendo sus faltas y manifestando su inutilidad, elogiando á aquella de sus compañeras que la parecia más á propósito para el cargo con que querian honrarla, y acabando por convencer á todas de que decia la verdad, y era lo más conveniente lo que habia propuesto, quedaba así victoriosa su humildad, y contenta en su interior con haberse evitado una honra que hubiera impedido su particular santificacion. Su ardiente caridad se manifestaba cuando habia alguna enferma; no perdonando medio ni regalo para aliviarla en sus dolencias, pasaba á su lado las noches, despidiendo á las religiosas encargadas de velarla, y aunque algunas veces se resistian, siempre encontraba algun recurso para enviarlas á descansar. Su vida fué por lo tanto una larga y continuada negacion de si misma, procurando siempre hacer lo que más trabajoso pareciese, y evitando aquello fácil que dejaba á sus hermanas para que no desmayasen en su santa empresa. Acometida de la última enfermedad, no se la oyó una exclamacion ni una queja, ántes bien alegre y resuelta se preparaba á abandonar el suelo en que bajo tan buenos auspicios habia vivido, dando generales esperanzas de su salvacion. Habiéndola manifestado que debia recibir los santos Sacramentos, quiso ántes hacer confesion general, y convenientemente dispuesta, recibió la última comunion con celo y fervor, pero sin ninguna afectacion, ni expresar ningun afecto extraordinario. Despidióse de todas las religiosas, pidió la bendicion á su prelada, y esperó tranquila su postrero instante con ciega confianza en el Señor, que habia guiado todos sus pasos en la vida. Su muerte causó general sentimiento, y toda la comunidad acompañó su cadáver entre lágrimas y sollozos, pues perdian una excelente madre, una buena religiosa, que sin pretenderlo habia servido á todas de modelo y ejemplo.—S. B.

SAN ANTONIO (Fr. Pedro de). Fué natural de Lisboa, y sus padres tuvieron decidido empeño de que siguiera ó la carrera de las armas, ó por lo ménos la de jurisprudencia, oponiéndose en esto á su decidida vocacion, que fué al estado eclesiástico, para prepararse al cual todos los esfuerzos le parecian pocos, porque comprendiendo bien su importancia habria querido prestar todo su poder para acercarse siquiera á la altura de tan excelsa dignidad. Por supuesto que cursó humanidades y filosofía con grande aprovechamiento, y despues sagrada teología con toda la extension que era dado aprenderla en una época en que en verdad no estaban los estudios tan metodizados como en el dia, y en la cual no se habian hecho tantas obras como hoy existen, que si bien es verdad que en la parte doctrinal nada, absolutamente nada, tienen de nuevo, en cuanto al órden con que estan dispuestas proporcionan al estudiante más fácilmente la manera de adquirir los conoci-

mientos, para los cuales ántes tenia que emplear mucho más tiempo y trabajo. Desde luego se inclinó nuestro buen Pedro al estudio de las Sagradas Escrituras, y tanto por los conocimientos que tuvo de las lenguas originarias del sagrado texto, cuanto por la lectura de los Santos Padres y expositores á que constantemente se dedicó, vino á formarse un buen crítico en materias de sagradas letras, siempre bajo el bien entendido de sujetarse en todo y por todo á lo decidido por la Iglesia nuestra santa madre, de la cual era hijo fidelísimo, considerando siempre como la mayor desdicha posible el apartarse siquiera involuntariamente del sentir de esta cariñosísima madre. Todos sus estudios los hizo en la universidad de Lisboa, y los hizo ganando por sí los recursos que necesitaba para seguirlos, porque como sus padres hubieran querido que siguiese otra carrera, no le daban sino el alimento, y algunas veces haciéndole regar con lágrimas el pan que comia, como si no tuviese á él tanto derecho como sus hermanos, á quienes nada faltaba, porque no habian tenido la suficiente franqueza para hacer ver á sus padres sinceramente sus deseos. Los profesores que le enseñaron le tomaron como era consiguiente afecto, pero no un afecto como el que todo maestro tiene á sus discípulos, sino afecto entrañable, interesándose todos á porfía por su bienestar, por lo cual siempre que habia ocasion le procuraban lecciones ó repasos á aquellos que, dotados de inmensas riquezas, no tenian la aficion que es necesaria para el estudio, y á fuerza de fuerzas logran ir saliendo en su carrera, merced á los que se les agregan para ayudarles á aprender, aunque superficialmente, lo preciso para sufrir los exámenes cuando llega la ocasion. Por este medio se hacia con algun peculio para ir cubriendo sus atenciones, y esta su aplicacion y el afan con que desempeñaba estos cargos que le confiaban solo por poder seguir adelante su carrera, exasperaban en cierto modo más á los padres, que le hubiesen querido ver destituido de todo otro auxilio qué el suyo para que hubiese cedido á ser lo que ellos querian y como ellos querian. Mas Dios, que veia la sinceridad de sus deseos y sabia muy bien cuán útil para procurar la gloria del Señor habia de ser despues, le facilitaba medios inesperados para que llegase, como llegó en efecto, á realizar todos sus deseos. En cuanto concluyó sus estudios, sus maestros mismos proporcionaron medios para graduarle y ponerle en aptitud de desempeñar la enseñanza, con lo cual ya le aseguraban una posicion por lo ménos desahogada. Efectivamente, hizo concurso en las primeras cátedras que hubo vacantes, luego que él fué doctor, y sus ejercicios fueron los más brillantes sin disputa, tanto que el tribunal que juzgó aquellas públicas academias, que así se llamaban entónces las pruebas de idoneidad que se requerian á los maestros, creyó debia proponerle en primer lugar en las tareas de los que tenian dotes para la enseñanza y acreditados los debidos estudios;

mas como las cosas todas del mundo se tergiversan, sufrió esta suerte la propuesta de nuestro jóven, y á pesar de sus merecimientos, que nadie puso en duda, se quedó sin la cátedra que se confirió á otro muchísimo ménos idóneo que él. El consejo que todos le dieron fué que esperase á nuevas oposiciones, y que en ellas lograria un acomodo seguro, toda vez que no son para repetidas arbitrariedades como la que causaba el que se le pospusiera, mas él empezó á entrar en cuentas consigo mismo, vió la gran responsabilidad que es inherente al magisterio, lo expuesto que está el hombre en los encumbrados puestos á dejarse dominar del diablo del amor propio, y lo fatal que es al mismo el dominio de tan terrible adversario, y pensó con el mayor juicio que de nada le servia ganar todo lo ganable en el mundo si perdia su alma, por lo cual trató de asegurar el porvenir de esta buscando un asilo donde la práctica de la virtud le pusiese á cubierto de los embates de las pasiones, tanto más fuertes cuanto para excitarlas son más á propósito ciertas y ciertas posiciones sociales. Resolvió, pues, entrar en religion, y como era consiguiente, comenzó por pensar en cuál sería la en que se inscribiera, y viendo en todas y en cada una ventajas é inconvenientes, resolvió escoger la más pobre, y efectivamente pidió el sayal, ocultando, como era consiguiente, su mérito y su inapreciable valía. La órden de S. Francisco fué al cabo por la que se decidió, é ingresando en ella con espíritu de verdadera perfeccion, pretendió el que le diesen el santo hábito en concepto de lego, de cuya clase no hubiese salido si apénas conocidas sus excelentes dotes y relevantes circunstancias, no hubieran formado en ello decidido empeño sus superiores, que procuraban, como no podia ménos, el enaltecimiento de la religion Seráfica, que en verdad se lograba dedicando al Padre á los ministerios sacerdotales. Efectivamente, por más que lo rehusó, le obligaron á ascender al sagrado órden del presbiterado, y en él ejercitarse en la predicacion y en oir confesiones, en cuyos cargos hizo grandes provechos, pues tenia dotes admirables para esto, tanto por su índole particular, cuanto porque sus estudios todos y todas sus observaciones tendian, á no dudarlo, á proporcionar este apetecido resultado. No se crea que el rehusar Fr. Pedro el ascender al presbiterado era porque no quisiera dedicarse á las faenas que le son propias, sino que en su profundísima humildad no se conceptuaba con méritos para ello, y por lo tanto no queria contraer obligaciones que dudaba él si podria cumplir, pero que la experiencia acreditó que cumplia perfectamente bien. Aun cuando le ocupaban mucho los cargos de predicar y confesar, no obstante sea debido al buen órden con que hacia todas las cosas, ó á que Dios le multiplicaba visiblemente el tiempo, es lo cierto que le tuvo para dedicarse al estudio y á repasar en su celda á muchos jóvenes, que acudian á pasar provechosamente á su lado los ratos de recreo, cuya

ocupacion, observada por los superiores, dió lugar á que acordándose de que Fr. Pedro habia tenido mucha aficion á la enseñanza, y por este camino habian deseado sus maestros que se hubiera hecho célebre, como en efecto lo hubiera sido, determinaron encargarle por via de ensayo el que dirigiera lo que en las comunidades se llamaba un colegio, que era la carrera completa de unos estudiantes, que por lo general comenzaban filosofía con un Padre lector, y con el mismo seguian hasta que habian estudiado todo lo que constituia la carrera del sacerdocio, que era teología y Sagrada Escritura, con algunas aunque ligeras nociones de derecho canónico y disciplina eclesiástica. No se arrepintieron de su idea los que quisieron hacer maestro al P. San Antonio, ántes le obligaron á que siguiese educando otros colegios, porque lo hacia con muy grande provecho, y con repetidas instancias le suplicaron que publicára las explicaciones, porque eran sobre muy profundas tan bien razonadas, que estaban al alcance de las inteligencias ménos perspicaces. No se pudo conseguir que publicase sus lecciones, pero sí que en lengua vulgar (portuguesa) hiciera imprimir una obra que le dió justo renombre, porque fué y aún es en el dia de muchísima importancia. El título de ella es: *Jardin espiritual, sacado de la doctrina de los Santos y varones espirituales;* impreso en Lisboa, año 1632, y con razon puede llamarse jardin, porque en él se ven preciosas reflexiones sobre todas y cada una de las verdades eternas, capaces de conmover los corazones más endurecidos y de atraer al gremio de la Iglesia los más extraviados. Tales fueron los principales sucesos de la vida del siervo de Dios Fr. Pedro de San Antonio, que siguiendo lo que el Señor le dictaba, y constante en cumplir con lo que de él requeria su conciencia, logró sobre sus parientes y deudos un triunfo que fué decisivo no solo para su vida sino para la eternidad, digámoslo así, pues que cumpliendo bien y fielmente las obligaciones del estado que aceptó voluntariamente, se hizo acreedor á las recompensas eternas, y acaso en otro estado no hubiese cumplido bien y hubiese caido sobre él la justicia de Dios.—G. R.

SAN ANTONIO Estremiana (Fr. Francisco de), religioso de la órden de S. Juan de Dios, nació en Madrid en 1631. Fueron sus padres Juan de Estremiana y Doña Francisca de Olivares, personas distinguidas por su sangre, riqueza y ocupacion social. Fr. Francisco vistió el hábito en el convento y hospital de nuestra Señora del Amor de Dios y venerable P. Anton Martin, año de 1650, y profesó al siguiente de 51 en manos del Venerable P. Fr. Bartolomé Carrillo, general entónces de esta religion. Cinco años estuvo obediente al servicio y asistencia de los pobres enfermos y de la comunidad en todo aquello que le mandaban, hasta que reconociendo su grande talento y mucha capacidad, su actividad é inteligencia, le eligieron

secretario del provincial de Andalucía, en el capítulo general de 1656, cuando el P. Fr. Matías de Quintanilla fué promovido á este último cargo. Sirvióle por espacio de tres años hasta que en el capítulo siguiente, que fué el de 1659, quedó nombrado secretario de la provincia de Castilla. Ejerció este cargo otros tres años, que sirvió con comun aceptacion de toda su provincia hasta el capítulo general de 1662. En este capítulo fué electo y nombrado secretario general del V. P. Fr. Fernando Estrella, ocupacion que desempeñó durante los seis años de su generalato. El mismo cargo obtuvo en la eleccion siguiente bajo el gobierno del P. Fr. Gerónimo de Lucena, accion de mucho peso y estimacion, dice la Crónica, por la circunstancia que consigo trae, porque no puede, segun las leyes de este instituto, ningun prelado ni definidor continuar los oficios sin estar de vacante seis años. Pero habia servido con tanta aprobacion los seis anteriores, que se obtuvo dispensa del nuncio Vizconti Borromeo para poderle reelegir en el capítulo general celebrado en 1668, y le reeligieron de comun consentimiento, creyendo cifrado en ella el mayor bien de su religion. Desempeñó este cargo hasta el año 1668, en que se celebró nuevamente capítulo general en que fué elegido por unanimidad general de la religion en la congregacion de España. Gobernó su sexenio con los mejores resultados, conociendo en particular de tal manera á cada uno de los sujetos de la religion, su genio, aplicacion y operaciones, que ni áun los súbditos que vivian más apartados lo estaban de su memoria, ni para el premio obrando bien, ni para el castigo si obraban mal. Terminado el tiempo de su generalato, en el capítulo general de 1677 le nombraron prior del hospital de Madrid, que gobernó con no pocas ventajas espirituales y temporales, así de la casa como de sus súbditos. Terminado el trienio que duraba este cargo, se convocó á capítulo general por haber muerto el Rdo. P. Fr. Juan Sanchez de Sta. María, general electo en 1677, y despues de leer un breve de la santidad de Inocencio XI, en que dispensaba con el referido P. Fr. Francisco de S. Antonio para que sin embargo de no haber pasado la vacante de los seis años, pudiesen los vocales elegirle general por segunda vez, no vacilaron en obedecer á esta indicacion, nombrándole por segunda vez en 1680. Volvió pues á ocupar de nuevo el cargo de general con grande actividad, celo y deseo del bien y ventaja de la religion, y entre otras muchas cosas que hizo fué una proseguir y terminar la obra del claustro grande de la casa de Madrid, que habia comenzado en su primer generalato. Despues llevó á cabo otras obras no ménos notables y preciosas, en las que empleó todo el dinero de su exclusiva propiedad. Terminados los seis años de este segundo cargo de general, se retiró á su celda donde estuvo descansando de lo mucho que habia trabajado, hasta que el año de 1691 le hicieron comisario general de las

magníficas y suntuosas fiestas que se celebraron en la corte á la canonizacion del glorioso padre y patriarca S. Juan de Dios, debiéndose á su vigilancia, celo y cuidado la grande solemnidad y aplauso con que se celebraron aquellas festividades. En el capítulo general del año siguiente 1692 fué reelegido por tercera vez general de su religion, con comun aplauso y aceptacion de toda ella. Pero solo desempeñó su cargo cinco años próximamente, pues volviendo de la segunda visita general le llamó el Señor para sí mediante una enfermedad, en que despues de haber recibido los santos Sacramentos y hecho las diligencias de buen cristiano y perfecto religioso, entregó su espíritu en manos de su Criador el dia 10 de Setiembre del año 1697, habiendo servido cuarenta y siete á Dios y á la religion, y teniendo la edad de sesenta y siete años. Hiciéronsele unas solemnes y suntuosas honras con asistencia de todas las religiones, y fué sepultado en el claustro pequeño del convento de Madrid, próximo á la sala capitular, en bóveda construida exprofeso, en que se puso una lápida de marmol y en ella la inscripcion correspondiente.—S. B.

SAN ANTONIO DE PADUA (P. Benito Esteban de), profeso de las Escuepias natural de la ciudad de Alcañiz. Sus estudios, literatura é instruccion se estimaron. Con motivo de un certámen literario en su colegio de la ciudad de Daroca, compuso un *Elogio latino del rey D. Jaime el* Conquistador, *primero de este nombre en Aragon*, que se imprimió en Zaragoza el año de 1798, en 4.° En él desempeña este grande objeto con la elocuencia que requeria.—2.° *Ejercicios de religion y bellas letras, que ofrecen al público los discípulos de las Escuelas pias de la ciudad de Daroca, bajo su direccion;* donde publicó una muy elegante oracion latina con el título: *Maximo Duci Gundisalvo Fernandez à Cordova Panegyricus.* Desde la página VII hasta la XXIII de letra menuda: impresion de Zaragoza por Francisco Magallon, 1801, en 4.° mayor.—L.

SAN ASENSIO (Fr. Martin de), religioso lego gerónimo en el monasterio de S. Lorenzo el Real en el Escorial. Entró en la religion por la mediacion del P. Fr. Julian de Tricio, que fué algunos años prior de aquel monasterio; le trajo de la Estrella, de donde eran tambien hijos uno y otro, habiendo pasado por manos de dicho superior, hombre de mucho juicio y disposicion, muchas cosas de aquella suntuosa y colosal fábrica. Este hermano lego, Fr. Martin, era un gran siervo de Dios, tan rendido á la obediencia, que no habia dejado para sí ningun derecho de voluntad propia, siendo al mismo tiempo asperísimo en su trato y persona. Las más veces el suelo era su cama, ó bien algun poyo; su comida se reducia á pan y alguna hortaliza, siendo así que hubiera podido comer lo que quisiera, viviendo solo en el Quejigal, donde se plantó una gran viña donde tenia lo que que-

ria. Sus hermanos, que eran algo más cortesanos, le censuraban llamándole grosero, vasto, zafio y otros nombres peores. Al tiempo de su muerte mereció por su santa vida y por la sinceridad de su obediencia y grande devocion á nuestra Señora de que viniese á consolarle con su presencia. No pudo encubrirlo á los que estaban presentes, porque su gozo y ternura fué tanta, que claramente se le notó en el semblante, y áun lo expresó de palabra; con tan buena compañía despidió el alma, alcanzando la corona de su deseo su sinceridad santa.—A. L.

SAN ASTIER (Fr. Pedro de), obispo de Perigueux, del órden de Predicadores. Este ilustre prelado, que habia encanecido en el desempeño de las funciones episcopales para abrazar el estado regular en el instituto de Santo Domingo, abandonó voluntariamente su elevada posicion. Descendia de la antigua familia de los condes de Saint-Astier, que era una de las más distinguidas casas de la provincia de Perigord. La historia no nos ha conservado la fecha de su nacimiento, ni hay noticias de los primeros años de su juventud. Es muy probable que naciera á principios del siglo XIII, y que por los cuidados de sus parientes, tan recomendables por su religiosidad como por los títulos de su nobleza, se inclinase á la práctica de la virtud y al cultivo de las ciencias. Consagrado desde muy jóven al servicio de los altares, cumplió exactamente los deberes de su estado, sin que pensára nunca remontarse á mayor altura que á la del sacerdocio. Mas habiendo sido honrado en el año 1232 con la púrpura romana Raimundo de Pons, obispo de Perigueux, el capítulo eligió á Pedro de Saint-Astier, prefiriéndole á todos sus opositores, no obstante haber muchos que por sus méritos ó sus virtudes eran dignos de haber ocupado la sede vacante. Pedro de Saint-Astier era, segun dice el autor de la *Galia Cristiana*, un hombre que por su virtud probada, la inocencia de sus costumbres y su eminente piedad, se habia adquirido una grande reputacion, que fué la que le condujo al ministerio pastoral. La historia de su episcopado, aunque bastante breve, nos le representa ocupado siempre en los deberes de su ministerio, celoso por la disciplina eclesiástica, dulce, afable y compasivo con las necesidades del pueblo, á quien siempre procuró nutrir con el alimento espiritual de la palabra divina, siendo al mismo tiempo tan caritativo y liberal con los pobres, que nunca les cerró su corazon ni su morada. Dotado no obstante de una grande intrepidez respecto de los pecadores escandalosos ó incorregibles, alguna vez los arrojó de la iglesia separándoles de la comunion de los fieles, para ensayar al ménos si una justa severidad atraeria al cumplimiento de sus deberes á los que no habia podido reducir por la paciencia ni ganar por la dulzura. Refiérense algunos ejemplos de esta severidad, mas para mayor gloria del Obispo fueron muy raros, porque la caridad no tardaba mucho

tiempo en ocupar el sitio de la justicia. Toda la autoridad que el santo Obispo de Perigueux disfrutaba por su carácter y reputacion, la empleó y aprovechó en reconciliar á los enemigos y hacer que terminasen las disensiones, que eran muy fatales no solo para los indivíduos de las familias, sino tambien para las poblaciones en general. Las animosidades que desde mucho tiempo atrás existian entre los habitantes de Perigueux y los del canton de Saint-Fronton, habian degenerado en una especie de lucha, ó más bien de guerra, tanto más peligrosa cuanto que tenia lugar entre amigos antiguos y vecinos y parientes. Pedro de Saint-Astier acometió la empresa de pacificar aquellas turbaciones, y la llevó felizmente á cabo con satisfaccion de unos y otros. Verdad es que el fuego de estas disensiones no ardia continuamente, sino que aparecia de vez en cuando anunciado por algunas centellas que hacian temer un próximo incendio, cuyo incremento detuvo la caridad del pastor que por su mediacion logró obtener siempre un favorable resultado. Miéntras que así se ocupaba, ora en lanzar de entre su pueblo el demonio de la discordia, ora en recoger los dulces frutos de la paz, la Providencia le envió un nuevo socorro de que se aprovechó dignamente para llevar á feliz término la empresa de santificar el país. Presentáronse en Perigueux los primeros discípulos de Santo Domingo, abrasados del apostólico celo que habian heredado del glorioso patriarca, y deseosos como su maestro de la salud de los pecadores. Pedro de Astier no solamente los acogió con benevolencia, sino que tuvo un inefable placer en partir con ellos el trabajo que le proporcionaban las funciones de su santo ministerio. Considerándolos como verdaderos enviados de Dios, distribuyó á los unos en diversas partes de su diócesis, é hizo predicar á los otros en su presencia, á fin de dar á los fieles el pasto que necesitaban, y á fin de enseñarles con el ejemplo la docilidad con que deben escucharse las verdades que anuncian los ministros de la palabra divina. Para suministrar de contínuo este auxilio poderoso á sus ovejas, y para la mayor utilidad de sus subordinados, el celoso Obispo procuró encontrar los medios de construir un convento en su ciudad episcopal, declarándose el protector y el padre de aquellos religiosos, cuyo instituto amó apénas llegó á conocerle; y á sus instancias los canónigos de S. Martin y de S. Juan hicieron donacion á los dominicos de una antigua abadía y casa abacial para que fundáran un convento, cuya casa fué desde entónces un lugar de oracion y de retiro elegido por el piadoso Obispo. La inocencia, el candor, el celo de aquellos ministros del Evangelio, el fervor de sus predicaciones y sus ejercicios de piedad, al par que la austeridad de su vida, todo tenia para el santo Obispo tan grandes atractivos, que no hallaba placer y consuelo sino en practicar los dichos ejercicios entre tan santos varones. Despues de haber admirado mucho tiempo su género de

vida, quiso imitarla tomando el propio hábito y observando la misma regla. Animado de semejante deseo, escribió al papa Gregorio IX, á fin de obtener el permiso de renunciar el obispado; pero el vicario de Jesucristo, conociendo harto bien su virtud y los grandes frutos que lograba en sus diócesis, le rehusó constantemente lo que como una gracia pedia. Despues de muerto este prelado, Pedro de S. Astier renovó sus instancias con piadosa importunidad á sus sucesores Inocencio IV y Alejandro IV, recibiendo siempre la misma respuesta. Se admiraba en él su extrema humildad, su modestia, el espíritu de retiro, de penitencia y de sacrificio, que hacia suspirar con tanto ardor porque llegase el momento en que, libre de todo otro cuidado, no se ocuparia sino en el de morir para sí mismo con objeto de vivir solamente en Jesucristo. Pero se prescindia de estas consideraciones por atender á la conveniencia de los intereses de la Iglesia. Si no quieres ser obispo, nosotros estamos en la obligacion de pedirte que desempeñes la parte que te toca en la mision pastoral, le dijo uno de los mencionados papas. Ya que la Providencia te ha colocado en un puesto que con tanta honra y utilidad vienes desempeñando hace tantos años, no pienses descender de ese puesto, porque nosotros no podemos consentirlo. Aunque tan continuas repulsas mortificaban en extremo al siervo de Dios, ni le hacian mudar de resoluciones, ni desesperaba de lograr algun dia su objeto. Accediendo á los deseos y á las órdenes del Pontífice, permaneció en su puesto procurando reunir las obligaciones y cuidados de un obispo á las austeridades de un religioso, prosiguiendo durante algunos años en dirigir con el mismo celo y vigilancia un pueblo donde era tan querido como respetado, favoreciendo al mismo tiempo la fundacion de un nuevo monasterio. La muy ilustre señora Margarita de Turena, esposa de Reinaud, señor de Pons y de Bergerac, habia hecho edificar un convento en esta última ciudad, que se halla á cinco leguas de Perigueux, en el año 1260, nombrando prior de él al P. Guillermo de Saint-Astier, próximo pariente de nuestro prelado. En el año siguiente Pedro descubrió el cuerpo de S. Fron on, cuya traslacion se verificó con solemne pompa religiosa, y queriendo dejar á la posteridad un recuerdo de ello y dar una instruccion á sus feligreses sobre este asunto, les dirigió una carta concebida en los siguientes términos: «Hace muchos años se ignoraba completamente si el cuerpo del B. Fronton, primer obispo de Perigueux, reposaba en la iglesia donde se le venera, porque algunos por ignorancia y otros por malicia, aseguraban que este precioso depósito nos habia sido quitado por los normandos. Queriendo disipar esta oscuridad y esclarecer lo mejor posible el hecho, segun el deseo de nuestro capítulo y de todos los habitantes del arrabal de S. Fronton, nos trasladamos á este lugar el dia 30 de Abril último, y en nuestra presencia se abrió (no sin bastante trabajo), un sepulcro de

piedra, donde segun la tradicion comun y diversas conjeturas, se creia fundadamente que se encerraban las santas reliquias. Encontramos en efecto una grande caja de madera fuerte y bien cerrada, en la cual habia otra de plomo que contenia los huesos del siervo de Dios, todavía enteros y sin ninguna señal de corrupcion. Habiéndosela mostrado á nuestro clero y á todo el pueblo, volvimos á colocar respetuosamente las reliquias en el mismo lugar, en atencion al deseo que tenemos de depositarlas en adelante en una magnifica caja más propia de tan elevado destino, y que en breve mandarémos construir. A pesar de esto, y queriendo que la traslacion se tenga como hecha, ordenamos á todos los fieles de nuestra diócesis que celebren anualmente la fiesta de la mencionada traslacion el dia 30 de Abril, y concedemos cuarenta dias de indulgencias á todos los que se adhieran á este deber religioso con la piedad que el caso requiere. Dada el 6 de las nonas de Mayo del año del Señor 1261.» Denis, el autor de la *Galia Cristiana*, dice que en la misma tumba se habia encontrado una lámina de plomo y otra de cobre, en las cuales se leia una inscripcion uniforme, escrita en latin y del tenor siguiente: *Aquí reposa el cuerpo del bienaventurado Fronton, discípulo de Jesucristo, que fué bautizado por S. Pedro.* Añade el citado autor que este discípulo del Salvador era de la tribu de Judá, nacido en Licaonia y muerta el IX de las Kalendas de Noviembre, cuarenta y dos años despues de la Pasion de nuestro Señor Jesucristo. Aunque se puede creer, segun el referido autor, que estas inscripciones eran bastante posteriores á los tiempos apostólicos, *quæ recentiora et sequiora tempora redolent*, lo que no cabe duda es que S. Fronton debe ser considerado como el primer obispo de Perigueux, donde hizo numerosas conversiones, tanto por la santidad de sus costumbres como por sus milagros, sus predicaciones y sus apostólicos trabajos, aunque ignorándose completamente el lugar de su nacimiento y todas las particularidades de su vida, habiendo sobre esto tan diversas y encontradas opiniones, que hasta se ignora si fué en el siglo I de la Iglesia ó en el III cuando ascendió á la sede episcopal. Tales son las palabras de Denis al principiar el catálogo de los obispos de Perigueux. Volvamos ahora á Pedro de Saint-Astier. El deseo de retirarse le agitaba con más fuerza cada dia, y ya por fin se halló en el caso de volver á redoblar sus instancias á la Santa Sede para que le fuese aceptada su renuncia. Jamás se trabajó con más constancia por nadie, jamás se desplegó mayor deseo ni afan más grande para obtener una plaza honorífica, como trabajó el humilde prelado para descender del sitio que ocupaba. Su perseverancia no fué inútil, y obtuvo por último de Clemente IV lo que tres de sus predecesores no habian tenido por conveniente acordar á sus reiteradas instancias. Apénas hubo obtenido del Santo Padre una leve muestra de aprobacion y consentimiento para renunciar el

obispado, reunió á su grey, y la pidió la vénia para retirarse, por medio de un tierno discurso que hizo derramar á todos abundantes lágrimas, y lanzar dolorosos gemidos á la piadosa multitud. Recordábanse los grandes ejemplos de virtud que habia dado á su iglesia, las santas instrucciones con que acostumbraba nutrir la piedad y el fervor de los fieles, las abundantes limosnas que repartia en el seno de la pobreza, sus cuidados y sus atenciones en evitar todo lo que hubiese podido turbar el reposo de los que estaban puestos bajo su cuidado, y á quienes habia hecho gustar las dulzuras de la paz, que con sus esfuerzos consiguió proporcionarles. Todas estas consideraciones hacian harto sensible la pérdida y la separacion de un prelado que cada uno se habia acostumbrado á mirar no solamente como su pastor, sino tambien como su padre, su protector, su guia, su apoyo y su amigo el más sincero y verdadero, al par que el más generoso. Aunque él procuró no demostrar exteriormente tan profundo sentimiento, aunque sus lágrimas no corrieron, no por eso dejó de experimentar su corazon el más profundo dolor, ni dejó de estar ménos conmovido por la angustia. Resuelto á seguir la voz de Dios, que le llamaba, pidió á los fieles el auxilio de sus oraciones prometiéndoles las suyas, y en seguida se retiró al convento de PP. Predicadores de Limoges. El dia 1.° de Marzo de 1266 entró en este lugar de reposo, donde permaneció un año entero sin abandonar las insignias de su dignidad episcopal, aguardando la bula que se le habia prometido, y que ya se hacia esperar bastante. Mas por fin llegó, y á los pocos dias de haberla recibido, tomó el hábito de Sto. Domingo de manos del célebre Esteban de Salanhac, prior entónces del referido monasterio. La alegría y el regocijo que experimentó este verdadero hijo de Jesucristo al verse libre del pesado fardo que habia sostenido por espacio de treinta años, le hizo considerar su retiro como un verdadero paraiso de delicias. Entregado á sí mismo, libre de los cuidados que ántes dividian su atencion y ocupaban su ánimo, la presencia de Dios llenó contínuamente en adelante su corazon y su espíritu. Y como si hasta entónces no hubiera empezado á vivir para sí mismo y á trabajar para la eternidad, procuró aprender cada dia el medio mejor de despojarse del hombre viejo para trasformarse en uno completamente nuevo. La meditacion de los libros santos fué su más grata ocupacion en lo sucesivo, y la práctica de la obediencia su ejercicio más continuado. Tan sumiso y obediente como el menor de los novicios, veiasele siempre marchar con divino fervor en seguimiento de Jesucristo, y por amor á su cruz apetecer sus humillaciones, bien penetrado de su nada, y no deseando más que morir para el mundo, para sí mismo y para todo aquello que no fuese ó no estuviese relacionado con Dios. Al concederle la clemencia pontificia el permiso, como hemos dicho, para abdicar su dignidad y renunciar al estado eclesiástico secular, le

reservó el uso de todos los derechos de su elevada dignidad apostólica, y quiso continuase revestido de su alto carácter, permitiéndole conferir los sagrados órdenes sacerdotales á sus hermanos en religion. Algunas veces usó de este permiso, y Bernardo Guidon, entónces jóven profeso en el convento de Limoges, y despues obispo de Loudun, se alaba y gloría de haber recibido la tonsura clerical de manos de este grande hombre. En la sucesion de los obispos de Perigueux hallamos que fué su sucesor en la silla Elías Pileti, el cual ascendió á ella en el año 1268, uno despues de la profesion religiosa de Pedro de Saint Astier. No diremos aquí nada de los muchos dones con que enriqueció la sacristía y biblioteca del convento de Limoges, porque por muy magníficos que pudieran ser estos presentes, el más precioso que hizo fué el de su propia persona. El Señor prolongó sus dias para aumentar sus méritos, y el religioso prelado vivió nueve años, cuatro meses y quince dias en el silencio del claustro y en sus virtuosos ejercicios, muriendo con fama de santidad el 14 de Julio de 1277. Su cuerpo fué sepultado en medio del coro de la iglesia de Dominicos de Limoges, donde por mucho tiempo se conservó su tumba, que contenia en un elegante epitafio latino la historia abreviada de su vida.—M. B.

SAN AUBIN (Juan de). Este religioso de la Compañía de Jesus nació en el Borbonés el año 1587, y entrando en los Jesuitas en 1606, enseñó retórica y bellas letras por espacio de diez años en el colegio de la universidad de Lyon; fué predicador ocho años y rector del noviciado de la casa de la Compañía en la misma ciudad, en la que murió el dia 18 de Octubre de 1660. Dejó este jesuita las obras siguientes en francés: *Historia antigua y moderna de la ciudad de Lyon*; Lyon, 1666, en fól. —*Historia eclesiástica antigua y moderna de la ciudad de Lyon;* id., 1666, en fól. El P. Menestrier publicó ambas obras, que Alegambe y Colonia dicen equivocadamente que se publicaron en 1658, pues que el 9 de Marzo de 1661 escribia Guy Patyn á Cárlos Spon: «¿Vuestra *Historia de la ciudad de Lyon* se está ya imprimiendo?» Dícese que sus autores son dos jesuitas, el P. Du Lien y el P. Saint-Aubin, que los dos han muerto. En una carta de 8 de Mayo de 1665 pregunta aún Guy si la historia de Lyon llegará á publicarse, y ya no pone al P. Lien como socio de Aubin en este trabajo. Esta historia, dice Spon, parece un sermon ó sea un panegírico perpétuo; tantas flores retóricas ha cargado en ella el autor, juicio que tambien hace el P. Colonia. La edificacion de los fieles, añade, fué el único fin que condujo al P. Saint-Aubin en su obra, por lo que es más bien un elogio histórico que una historia particular. Así se expresa en el tomo II de su *Historia de Lyon* el referido autor. No por esto carece esta obra de interés, pues además de las bellas láminas que ostenta, grabadas por Israel Sisvestre, contiene muchos datos que no se hallan en otros libros. Señaló-

se el P. Saint-Aubin por su celo y caridad en el servicio de los enfermos en el contagio de 1623, con cuyo motivo compuso una oda latina, que se insertó en el tratado de Teófilo Rainaud *De Martyrio per pestem*; Lyon, 1630, cuya composicion puede considerarse como la obra de un buen humanista. Consérvase de Saint-Aubin una *Paráfrasis del Ecclesiastés de Salomon*, en versos franceses, impresa en Lyon en 1658, en 12.°, cuya extremada rareza, pues que son poquísimos los ejemplares que existen de este libro, obligó á su biógrafo Pericaut el mayor y Collombet, á citar los siguientes versos para que pueda juzgarse del estro poético de Aubin.

Sous la voûte des cieux, il n'est rien de nouveau;
Ce qui plut autrefois encore est trouvé beau.
L'astre qui fait les jours, les mois et les années,
Temoin du temps passé, temoin de l'avenir,
Il voit recommencer tout ce qu'il voit finir.
Ce qui frappe nos yeux, ce qui bat nos oreilles
Avait jadis aussi des rencontres pareilles.
Pour se renouveler, la rose fleurira;
Le monde a déjà su ce qu'un jour il saura.

Estos otros dos versos:

Il n'est réduit si saint, ni temple si sacré,
Où quelque fier démon ne soit jamais entré

recuerdan aquellos versos de Boileau que hablando de un poetastro dijo:

Il n'est temple si saint, des anges respecté,
Qui soit contre sa muse un lieu de sureté.

El P. Saint-Aubin tenia un hermano que fué conde y preceptor de la iglesia de Lyon. — C.

SAN BARTOLOME (Fr. Enrique de), del órden de Predicadores. Fué natural de la isla de Sicilia, y ejerció en Nápoles la profesion de médico con mucho crédito y aceptacion, distinguiéndose en extremo, tanto por la integridad de sus costumbres como por su extraordinaria y viva piedad. Tuvo de su matrimonio un hijo y dos hijas, que educadas cuidadosamente en las máximas de la más pura y cristiana moral, resolvieron abandonar las tempestades del mundo para acogerse al claustro como puerto de salvacion. Habiendo quedado Enrique viudo, quiso seguir el ejemplo de sus hijos, y

tomó el hábito de la órden de Sto. Domingo con ánimo fervoroso y santa afeccion, siendo agregado al número de los hermanos legos, cuyo género de vida observó algunos años, desempeñando con el mayor gozo sus humildes tareas, hasta que habiendo llamado la atencion por su humildad y su virtud del maestro general de la Orden, Nicolás Ridolfi, le llevó á Roma en su compañía, dándole allí las sagradas órdenes y elevándole á la dignidad del sacerdocio. Con permiso del Papa y anuencia del cardenal Barberini, protector entónces de la Orden, ingresó en el convento de S. Sixto, que á la sazon ocupaban y dirigian los PP. de la congregacion de S. Luis de los Franceses. En este convento desempeñó el cargo de maestro de novicios, y obtuvo el honor de ser nombrado confesor de Olimpia Aldrobandini, princesa de Borghese. Su vida fué una serie continuada de austeridades, de las que dió la norma y el ejemplo en su tibro titulado: *Architriclinium spiritualis*. Parco en la comida y en el sueño, ayunaba continuamente á pan y agua, sin tomar otro descanso que el preciso para no desfallecer, y esto teniendo por toda comodidad en su lecho una humilde estera. Creyéndose ocioso en Roma cuando habia almas que conducir al rebaño del Señor, pidió y obtuvo permiso para pasar á las misiones orientales. Habiéndose embarcado para su destino con otros tres de sus hermanos por el año 1647, fué asaltada por unos turcos la nave en que iban, haciendo cautivos á cuantos iban en ella, teniéndoles en las galeras remando y cargado de cadenas por un largo espacio de tiempo. Fr. Enrique fué libertado de sus hierros por la mediacion de los embajadores de Francia y de Polonia, que se hallaban en Argel, regresando á Europa en busca de sus queridos hermanos. Pero no dejando de sentirse abrasado en el divino amor, y al mismo tiempo en el amor al prójimo, y deseoso como siempre de la salud de las almas, hizo un viaje á Constantinopla y regresando de él para Roma en una nave inglesa, pereció en el mar, aunque sin saber de qué modo: pues unos autores dicen que la nave fué abrasada, y otros que sumergida. Escribió una obra en idioma italiano titulada: *Guia espiritual para la mesa de los religiosos y de las personas devotas*, la cual dedicó á la antedicha princesa Borghese, que se imprimió en Nápoles en un tomo en 4.° el año 1644. Este libro se halla dividido en tres partes. En la 1.ª trata de la comida que el religioso debe tomar en la mesa, de los ayunos, abstinencias, y del modo, tiempo y épocas de hacerlos. En la 2.ª de las mortificaciones del cuerpo, disciplinas, vigilias y moderada duracion del sueño; modo de ahuyentar de las almas fervorosas las ilusiones y los engaños que alguna vez ocasiona el demonio por un exceso de penitencia ó indiscreto uso de las austeridades. La otra obra, que segun hemos dicho ántes escribió con el título de *Triclinium*, no consta haya llegado á publicarse.—M. B.

SAN BARTOLOMÉ (Fr. Eugenio de), religioso de la órden de S. Juan de Dios. Vistió el hábito en el convento del Corpus Cristi, de la ciudad de Toledo, imponiéndosele el hermano mayor y fundador de aquel hospital Fray Baltasar de la Miseria. Nació en Pamplona de padres nobles, y aunque se llamaba en el siglo Eugenio de Sanis, por haber tomado el hábito el dia de S. Bartolomé se puso el sobrenombre de este santo apóstol. Desde que entró en el claustro comenzó á seguir el camino de la perfeccion, de manera que la consiguió bien fácilmente. Era tan asíduo en la oracion mental, que la mayor parte del dia y de la noche la ocupaba en este santo ejercicio, porque este es el camino más breve para conseguir la perfeccion. La acompañaba con rigorosas maceraciones, ayunos y penitencias para conservar la pureza del alma castigando al cuerpo. Recibió muchos favores del cielo, y llegó á ser varon insigne en santidad, porque en la peste del año 1599, que cundió por toda España, salió á curarla á la villa de Maqueda con Fr. Bruno de Avila, y con solo la señal de la cruz, que hacia sobre los enfermos, dice la Crónica que los sanaba; testimonio bien claro, continua, de cuán cerca de Dios estaba, pues tanto alcanzaba de su divina Omnipotencia, haciendo tantos y tan visibles milagros como sanar los heridos del contagio, que es epidemia mortal, con solo la señal de la cruz. Depusieron testigos de vista de haber hecho estos milagros el gran siervo de Dios, los más de la villa, y entre ellos especialmente el Lic. Pedro de Castro, presbítero, el Dr. Juan Lopez, Pedro Bautista Duarte, Ambrosio Lopez, Doña Cristina de Silva y una criada suya. A los apestados que encontraba por la calle los cargaba sobre sus hombros y los llevaba al hospital, sin consentir que otro alguno los llevase, aunque era grande la distancia que tenia que atravesar. Ya habia disminuido mucho la peste, cuando atacó al siervo de Dios; luego que se sintió invadido, se fué á la iglesia y pidió los Sacramentos al Lic. Marcos Moran, dióselos el sacerdote, y despues de haberlos recibido, entregó su alma á quien la habia criado, á 30 de Octubre de 1599, con sentimiento y dolor de cuantos le conocian. Diéronle sepultura á la puerta misma de la iglesia de S. Juan, donde habia recibido los Sacramentos, y pusieron una lápida en su sepulcro con el siguiente epitafio:

D. O. M.

AQUÍ YACE EL HERMANO
EUGENIO DE SAN BARTOLOMÉ, DE LA CONGREGACION DE JUAN DE DIOS
DEL HOSPITAL DE TOLEDO,
QUE MURIÓ CUANDO LA PESTE EN ESTA VILLA,
HOMBRE DE GRANDÍSIMA CARIDAD CON LOS APESTADOS DE ESTE LUGAR, OBRAS Y VIRTUD.
RUEGUEN Á DIOS POR ÉL.

Su hospital y convento de Toledo deseó hacer la traslacion de sus restos, mas fué tanta la resistencia que encontró, que no pudo conseguirlo.—S. B.

SAN BARTOLOMÉ (Venerable hermano Luis Levati de), religioso del instituto de las Escuelas pias; fué natural de Bérgamo, y en el año de 1623, cuando le vistió el hábito de las Escuelas pias para el humilde estado de operario ó lego el beato José, quiso ser llamado Luis de S. Bartolomé. Siendo totalmente ignorante y careciendo de todo estudio de las letras sagradas, con el ejercicio de la oracion, llegó á comprender arcanos tan profundos, que decia muchas sentencias de la Sagrada Escritura sumamente ajustadas al asunto de que se trataba; y áun tal vez habiéndole mandado que hiciera alguna exhortacion á los novicios, con este motivo pronunció tan altos discursos, que fué admiracion de cuantos le oyeron. Era varon muy candoroso y sencillo, de conocida inocencia, de profundo silencio, grande paciencia, de suerte que verdadero despreciador de sí mismo, sufria las afrentas y vituperios con imperturbable ánimo. Siendo panadero, y teniendo ya en una ocasion encendido el horno y amasado el pan, lo dejó por irse á la oracion con la comunidad, y habiéndose detenido más de una hora, cuando volvió encontró el pan bien amasado y casi cocido. Creyóse que los ángeles habian suplido su falta, y áun el sabor del pan lo acreditaba. Lo tuvo mucho tiempo la obediencia en el humilde ejercicio de cocinero; y hallándose en este ministerio en el noviciado de Roma, una mañana miéntras oia Misa, observaron que ardia toda la cocina. Conmovióse la comunidad, y trabajando mucho por apagar el fuego, las llamas crecian más y más, de modo que temieron se abrasase todo el edificio. Envió el superior á toda prisa dos religiosos para que dieran cuenta al Beato fundador del conflicto en que se hallaban; pero les respondió con mucha paz: *En hora buena, no os aflijais, porque el fuego es todo apariencia; ha sido ardid del demonio para inquietar al hermano Luis.* Así fué, porque el fuego se apagó por sí mismo, probando el ser fantástico no haber causado daño alguno, pues respetó hasta los papeles que habia en la cocina. Tambien fué limosnero algunos años, y en este ejercicio entendia cuando lo encontró la muerte, habiéndose ganado gran fama de santidad. Por último, cantando dulcemente en aquel postrer trance, *Misericordias Domini in æternum cantabo*, pasó á la feliz eternidad, en el dia 8 de Noviembre de 1636, siendo de cincuenta y cinco años de edad. Las circunstancias prodigiosas de su muerte y exequias las escribió el Bto. José al P. Melchor de Todos los Santos, que se hallaba en Palermo, en carta del 17 del mismo mes y año. Dice de este modo: «Le hago saber cómo nuestro hermano Luis, limosnero del noviciado, que parecia y él se hacia simple, ha muerto habrá ocho ó diez dias, no como simple, sino como muy sabio. Ha estado tres ó cuatro dias en el féretro sin darle sepultura, y se maneja-

ban sus manos como cuando estaba vivo. De suerte que en el espacio de once ó doce años ha ganado una eternidad de gloria.»—A. L.

SAN BARTOLOMÉ (P. Fr. Marcelino de), religioso descalzo de la Santísima Trinidad. Tuvo por patria á Garcíes, lugar junto á Trujillo, y fué de los primeros que la Santísima Trinidad escogió para su nueva familia. Empezó á caminar por la estrecha senda de la vida con resolucion y aliento; á los pocos dias de tomar el hábito se señaló no solo entre los novicios, sino entre los profesos, advirtiendo que en aquellos dichosos principios habia sujetos muy aventajados de espíritu. Ejercitábase en las virtudes con excelencia y con tanta igualdad, que con dificultad se podia discernir en cuál resplandecia más, ni hay palabras con que explicar su observancia de la regla y constituciones, guardando el puesto que le tocaba como buen soldado, procurando que por su parte no hubiese la menor quiebra en la perfeccion. Fué muy cuidadoso de la presencia de Dios y muy dado á la oracion, en la cual y en leccion de libros espirituales gastaba gran parte del dia y de la noche, siendo el primero que entraba en el coro y el último que salia. Era grande su pobreza, y su prevencion estando de viaje, por largo que éste fuese, el breviario, disciplina y silicio; su recato singular; su compostura y modestia, como de quien siempre traia presente á Dios; no levantaba los ojos de la tierra, su andar grave, su risa moderada; apénas descubria manos ni piés, ni en los mayores calores se quitaba la capilla de la cabeza, y tan compuesto estaba en su retiro como si estuviera en comunidad. Guardó estrecho silencio, por maravilla se le oia hablar áun en las recreaciones; pocas palabras, y esas de edificacion, muy medidas y con voz sumisa; vivia tan abstraido, que en las ciudades y villas donde estuvo no conoció persona alguna seglar; en casa siempre en la celda: sentia notablemente le sacasen de ella, por haber experimentado los incomparables bienes que del recogimiento se siguen; era su consuelo la soledad y su alivio no comunicar con criaturas, tratándose siempre con austeridad y rigor. En el celo de la observancia regular y de los aumentos de la religion fué un Elías, y en todo un perfecto dechado de virtudes: su ejemplo bastaba para reformar un convento, y su aspecto exterior, sostenido con tanta perseverancia, daba testimonio de la bondad de su interior, y que habia echado profundas raices y arraigádose su corazon en Dios. Procedió tan ejemplarmente, eran sus acciones tan ajustadas, y le dotó la divina Sabiduría de tan rara prudencia, que en cuanto se ordenó de epístola, conociendo el V. P. Fr. Juan Bautista el talento y fondo de Marcelino, y que aunque mozo en la edad, era viejo en el juïcio, no dudó de ponerle en Valdepeñas por maestro de novicios, y de encomendarle un oficio que pide que el que le hubiere de ejercer sea ángel en todo; tal era el sujeto, y así á nadie pareció anticipada su eleccion para empleo tan grave.

En seguida se conoció tenia gracia particular para su desempeño, y es muy necesaria por la suma dificultad de aquel ministerio, que es tanta, que es dicha hallar un maestro á propósito; ejercitó oficio tan dificultoso muy á satisfaccion, excediendo á las esperanzas que de él se habian concebido, si bien se hallaba disgustado y descontento por juzgarse poco digno é insuficiente, y solo la obediencia pudiera retenerle en aquel puesto. Portóse con la madurez de varon perfecto, con la discrecion de hombre experimentado, con la facilidad y magisterio que si hubiera sido maestro muchos años; y la gravedad humilde y sus loables costumbres hacian le quisiesen, le venerasen y respetasen. Educaba á los novicios con espíritu, y muy mortificados; atendia mucho á sus inclinaciones, por ser el buen natural disposicion para la virtud, y porque lo ordinario es obrar cada uno segun lo natural. Si alguno de los Padres calzados queria pasar á la reforma, examinaba con particular atencion su vocacion, y con particular cuidado los probaba y ejercitaba. Hubo en su tiempo tal observancia, y tratóse tan de veras de servir á Su Majestad, que no ha habido noviciado que le haya excedido. En poco tiempo que fué maestro salieron de su escuela personas muy señaladas en virtud; casi todos fueron Padres de la religion, un general, muchos definidores, provinciales, ministros, etc. Fué nombrado uno de los tres fundadores de la religion en Sevilla, y procedió como fundador primitivo, abrazando con extraordinario gusto los trabajos, extremada pobreza é incomodidades que generalmente se ofrecen en las fundaciones, añadiendo muchas mortificaciones y largas vigilias; el oirle decir Misa edificaba, conociéndose en su compostura la profunda atencion y reverencia con que celebraba. Hallando el Señor en este siervo suyo excelente virtud y capacidad, no quiso que sus dones estuviesen ociosos, llevándole por el árduo camino de la cruz á padecer, que es la mayor prueba y ejercicio de la perfeccion cristiana. Dióle una enfermedad muy grave que le duró veinte años, que sin calentura le tenia consumido y acabado, y no le dejó sino los huesos y la piel; siendo su vida una prolongada muerte, sin que los médicos la entendiesen ni hallasen remedio para aliviar su penalidad. Padecia tanto en la cabeza, que áun sentado no podia estar sino por breve rato; llegó á tal extremo de delicadeza, que dos hebras de azafran que echasen más en la comida, le hacian daño, descomponiéndole el cuerpo con un solo sorbo de agua, que para el que deseaba eficazmente vivir con entero descuido de sí y crucificarse con Cristo con rigurosa penitencia, era martirio el estar con esta advertencia y cuidado, y mucho más viéndose imposibilitado, no solo para sus particulares ejercicios, sino el de seguir la comunidad, alivio de los religiosos, tan útil para su aprovechamiento espiritual. Con todo eso, si en salud era muy observante de las obligaciones religiosas, y se ejercitó con fervor en la morti-

ficacion y en las virtudes, si guardó estrecho silencio, si fué muy dado á la oracion, cuidadoso de la presencia de Dios, recogido, recatado, modesto, pobre, austero, devoto en el altar, prudente y diestro maestro de espíritu, celoso del bien de la reforma, y en todo vivo dechado de perfeccion, sin que se viese en él accion que no fuese de varon consumado: en las mismas virtudes resplandeció con eminencia durante su dilatado padecimiento. Sufrió la enfermedad con rara paciencia; dejóse en las manos del artífice soberano, que le labrase á su voluntad. La carne consumida, el espíritu pronto, el cuerpo quebrantado, el ánimo superior, abrazó la cruz con valor, bebió el cáliz con alegría, siéndole dulce y sabroso lo amargo y desabrido, no hallando consuelo ni alivio sino en padecer por su Criador, con tanta igualdad, que con ser esto tan terrible y dificultoso y tan opuesto á nuestra flaca naturaleza, no se le notó jamás ni intercadencias ni disminucion en su conformidad. Lo estimaba por singular beneficio del Padre de las misericordias, y le daba por ello gracias muy de corazon. Aunque el ser sociable es propio del hombre, aparece más esta necesidad cuando se halla enfermo; pero este virtuoso varon venció esta propiedad natural perfectamente: no se contentó con vivir retirado en su rincon, sino que por aumentar su aislamiento, eligió el convento de Ronda, que es desierto, y allí estuvo casi siempre en tan grande abstraccion, que áun á la huerta salia raras veces y nunca á la ciudad. Los dias que podia decia Misa, y no obstante su gran debilidad y extenuacion, celebraba con mucha devocion. En tantos años de dolencia no permitió ni admitió regalos de personas de fuera, contentándose con la pobreza de la religion; y ántes quiso padecer faltas, que tener obligaciones, correspondencias y dependencias de seglares. De la penitencia de que tan excusado estaba, no quiso desistir de todo punto, juzgando por acertado sacar el fruto que pudiese de la tierra estéril de su exhausto y consumido cuerpo, ántes que llegase el invierno de la muerte; así era que su lecho se reducia á un colchoncillo muy delgado puesto sobre los cordeles, sin permitir jamás que se le mullesen, ni admitir otro colchon ó jergon. Difundia de sí suavísimo olor de santidad, que espiritualmente confortaba y recreaba á los demás; y reconociendo en él cierta superioridad nacida de la excelencia de su vida, alcanzó aceptacion y autoridad cerca de todos. Era medianero entre prelados y súbditos; componia cualquiera diferencia que hubiese entre ellos; daba buen sentido á lo que ordenaban los superiores; aplacaba los ánimos y reducíalos á la razon. Tuvo entereza en defender la verdad, y en oponerse cuando convenia; decia su sentimiento á inferiores y superiores con humildad y con las debidas consideraciones, pero con claridad, no obstante fuese su parecer contrario al de ellos; exponiéndole con tal sagacidad y prudencia, que no irritaba, ni inquietaba, ni causaba desabrimiento,

ni por ello le tenian repugnancia, ántes le querian más, estimando mucho su persona los unos y los otros, como tambien sus advertencias, consejos y exhortaciones, y ponderaban de cuánta importancia era en la comunidad tal religioso, y así aunque imposibilitado, cada ministro queria llevársele á su convento. Notablemente sintió la religion la falta de salud de un sujeto de tan aventajadas prendas, y que de todas maneras la podia ayudar, tan cabal y capaz para el gobierno. Al contrario, el bendito Padre afirmaba muy de corazon, que cuando no hubiera otro interés en vivir enfermo sino librarse de oficios y prelacías, era grande ganancia, que él estaba muy consolado con su enfermedad, evitando lo que en esto podia sucederle, porque aunque vil gusanillo é indigno, y que regularmente no se acordarian de su persona para semejantes ocupaciones, con todo era gran cosa asegurar del todo su partido. No le valió la repugnancia á los oficios, ni la enfermedad, ni el haberse retirado á un desierto donde no se acordasen de él; porque la fragancia de su perfecto modo de proceder, de su rectitud, celo, prudencia y don de consejo de que la suma bondad le habia dotado, solicitó los ánimos de suerte, que en el primer capítulo general, atendiendo á sus méritos, le eligieron definidor. Fué esta eleccion tan aplaudida de todos, cuanto mal recibida del electo; cuando lo supo quedó admirado, y como quien no sabia lo que le habia sucedido, sintiólo con extremo; puso los medios posibles para no admitir, pero no tuvieron efecto; le obligaron á aceptar y á venir á Madrid; mas ni la corte era para él ni el oficio. Con este conocimiento propio, pues se juzgaba insuficiente, con la repugnancia á ser superior, y con el afecto al retiro y soledad, renunció é instó de suerte, que consiguió su intento con no pequeño sentimiento de la religion por el concepto que disfrutaba, sabiendo cuán sin pasion ni respetos exponia su parecer, y cuán acertadas y conformes á Dios eran sus determinaciones. En cuanto se vió libre del oficio se volvió á su desierto á gozar de la quietud y paz que el mundo ni sus negocios pueden proporcionar. Despues de haber ejercitado y probado Su Majestad á su siervo por espacio de tanto tiempo, hallándole siempre fiel en el estado de salud y de enfermedad, quiso remunerar al que tan perfecta y desinteresadamente le habia servido. Sin saber cómo se dispuso fuese á Sevilla, ordenándolo el Señor para que, puesto habia edificado aquella casa con su vida, la edificase con su ejemplar muerte, y el que con su presencia la habia ilustrado siendo fundador y piedra fundamental de ella, la ilustrase con estar alli enterrado á su cuerpo. Ocho meses habia vivido en aquel convento con extraordinario consuelo y provecho de los religiosos, cuando sobre la enfermedad habitual le sobrevino nuevo accidente, conoció que Dios le queria despenar y levantar el destierro, y se dispuso para la jornada; recibió los sacramentos con singular ternura, haciendo muy

fervorosos actos de resignacion y esperanza. Cogióle esta hora tan preparado, que diciéndole un religioso familiar suyo algunas cosas, lo estimó con humildad y le respondió: *Que ya tenia prevenido lo que habia de hacer y decir.* Ya á lo ultimo pronunciaba devotas palabras, con la quietud y compostura que vivió, y como quien se queda en un dulce y regalado sueño, encomendó su alma en manos de su Criador; y por trabajos temporales fué á recibir el premio eterno que merecia su perfecta paciencia en veinte años de sufrimientos, siguiéndosele gozo sin fin, y á tanta soledad y retiro, pasar á gozar de Dios y de la eterna compañía de los santos y espíritus bienaventurados, propia paga de la infinita liberalidad. Terminó sus dias á últimos de Junio del año de 1627, á los cuarenta y seis años de su edad y veinticuatro de hábito.—A. L.

SAN BENITO (Fr. Gil de), portugués de nacion y muy aficionado desde luego á todo lo que se rozaba con los institutos monásticos, por tener de ellos la alta idea que requiere su importancia, nuestro D. Gil pretendió ser admitido en uno de los monasterios de Benedictinos de Portugal, donde hizo su noviciado con mucho provecho, y se acreditó tanto por su celo por la gloria de Dios, cuanto por su aplicacion al estudio, en el cual logró señaladísimos adelantos. Por supuesto que estudió humanidades, filosofía y teología cuanto convenia para desempeñar con acierto los altos cargos del elevado ministerio del sacerdocio, á que se le obligó á ascender, y en cuyo ejercicio mostró siempre que habia habido acierto en la eleccion, mas todo su conato estuvo en dilucidar los orígenes de las cosas en cuanto era posible, sin otro anhelo que colocarlas cada cual en su terreno, pues al propio tiempo que sentia muy mucho el que se privase á cualquier instituto, órden ó corporacion de un lauro que merecia, llevaba muy á mal el que se la atribuyese ninguno á que no fuese acreedor. Así es que miró con toda atencion lo que cada cual habia hecho en los diversos órdenes en que cada corporacion puede distinguirse, y procuró poner á cada uno en su merecido lugar. Cuando estudiaba con atencion las muchas obras, tanto materiales cuanto morales que los diversos institutos habian llevado á cabo en todo el mundo, y no ménos que en otras partes en su querido reino de Portugal, se encontró con una Crónica de un P. Antonio de la Purificacion, cronista de los ermitaños de S. Agustin, que es un tejido de inexactitudes, hecho sin duda con el loable fin de acreditar el instituto Agustiniano, pero que deprime todas las demás instituciones, si bien esta depresion es indirecta. Claro es que en un hombre tan recto como Fr. Gil habia de causar esto una impresion tan honda como desagradable; así es que comenzó á meditar sobre la conducta que debia observar con tal escritor y con tal escrito, pues no podia en manera alguna dejar sin correctivo sus aseveraciones inexactas, y le parecia

muy conveniente dar una leccion á quien de tal suerte se propasaba. En efecto, merecia un correctivo quien no solo despreciaba las glorias de corporaciones tan respetables como lo han sido siempre los Benedictinos y los Canónigos reglares, que en la série de un tiempo bastante largo han llevado sobre sí, con no pocas penas, la pesadísima carga de regir, no ya las catedrales solamente, sino todos ó la mayoría de los pueblos é iglesiarios de España, sino que todas estas glorias, todos estos méritos é importantísimos servicios se los atribuia á la órden de S. Agustin, desde que ella se habia fundado en Portugal, queriendo demostrar, aunque indirectamente, que hasta sus dias no habian sido muchas ni muy notables las fundaciones que se habian hecho. Para neutralizar el efecto que á los incautos ó inocentes habian por necesidad de causar estas tan intempestivas como improcedentes noticias, hizo nuestro P. Fr. Gil de S. Benito su notable obra, titulada: *Satisfaccion apologética de la órden de S. Benito*, que se publicó en 1651 en Lisboa, y que fué recibida con el aplauso que merecia; porque no solo consignaba las muchas y muy importantes cosas por las cuales los Benedictinos merecian mucho, y con cuyos honrosos títulos de fundacion y protectorado habia el autor de los Agustinos engalanado á sus religiosos, sino que se deshacian tambien las equivocaciones en que este habia incurrido acerca de los demás institutos, que tanto, como no digamos más, hicieron en beneficio de la institucion de asilos, casas de piedad y monasterios en que tanto abunda Portugal. Los mismos Agustinianos llevaron muy á mal la imprudencia de su hermano en hacerles pasar como autores de obras que no eran suyas, y estimaron que con imparcialidad manifestára nuestro Fr. Gil todo lo que habia en el asunto, pues así pudieron quedar todos en su lugar correspondiente; los PP. de S. Agustin con sus méritos, que no les faltan en realidad, sino que los tienen muy relevantes; los Canónigos y los Benedictinos con los suyos, que tampoco son escasos, ántes por el contrario, reconocidos por todos en diversas épocas. La primera edicion de la obra del P. S. Benito se agotó casi al momento de publicarse; en la segunda hizo algunas ligeras anotaciones para esclarecer más algunos hechos, y estas como las demás memorias ó folletos que escribió sobre diferentes asuntos, tanto históricos como religiosos, se conservaron y aún se conservan con mucha estima en el monasterio de Benedictinos de Lisboa, donde parece estuvo mucho tiempo Fray Gil, aunque ni tomó el hábito, ni murió en aquella santa casa. No hay más pormenores acerca de este sujeto, sino que fué hombre de mucho mérito en todos conceptos, y muy apreciado por su mérito. — G. R.

SAN BENITO (Fr. José de). Nació en 5 de Diciembre de 1654 en un pueblo llamado Siguilabaye, situado en los confines de Francia y los Países Bajos, de parte de los condados de Henau, Namur y principado de Lieja. Las ciu-

dades más cercanas son: Retel, Necier, Charleville, Charlemont, Namur, Rocroix y otras cerca del caudaloso rio Mosa. No solamente su nacimiento y bautismo acaecieron en sábado, sino muchas otras cosas en el discurso de su vida. Recibió el sacramento de la confirmacion en sábado 20 de Marzo de 1667; tomó el hábito en sábado 17 de Abril del mismo año; hizo profesion el sábado 4 de Febrero de 1669, y fué librado, por beneficios recibidos de Dios y de su Santísima Madre, de muerte desastrosa, estando en inminente peligro en 1673 y 1675. Por la malicia, corrupcion y perversidad de aquellos calamitosos tiempos, habiendo desastrosas y crueles guerras, fué quemado el lugar en que nació, recogiéndose la mayor parte de sus moradores en el suntuoso monasterio cisterciense, adonde edificaron unas casitas y reducidos aposentos para habitar. Allí fueron los padres y abuelos paternos y maternos de José, que habian perdido sus casas y haciendas, quedando reducidos á la más indigente miseria, no obstante haber sido una de las familias mejor acomodadas del pueblo. Solo nos dice Fr. José de S. Benito en los primeros números de su vida, el lugar, dia y año de su nacimiento, sin hacer mencion del nombre y apellido de sus padres, ni de los de sus abuelos paternos y maternos, por ocultar acaso la nobleza de su familia, de que hacen poco aprecio los siervos de Dios, buscando únicamente el lustre y esplendor de las virtudes con que se adorna y ennoblece el alma. Pero siendo tambien gracia apreciable la fama del nombre bueno, que se hereda con la sangre, no parece digna de omitirse la noticia de una de la más honradas familias, que se encuentran en aquel país y pueblo que sirvió de cuna á Fr. José de S. Benito. Se llamaron, pues, sus padres Juan Antoine é Isabel Marandél. Sus abuelos paternos fueron Juan Antoine é Isabel Henin; y los maternos Nicolás Marandel, y Gerarda Lallouyan. Segun todo más pormenor consta de las letras testimoniales dadas por el Rdo. P. Fr. Gil de Noixgel, monje claravallense y prior del monasterio de nuestra Señora de Signianco, adonde dice el mismo Fr. José, núm. 4 de su vida, se retiraron los padres y abuelos paternos y maternos en tiempo de las crueles guerras que hubo aquellos años. Tanto por este testimonio firmado y sellado, como por las informaciones que se hicieron y aprobaron ántes de la profesion, y que se conservan en el monasterio de Monserrat, consta ser las líneas paterna y materna de quienes desciende Fr. José, muy conocidas en todo aquel país, sin que en ellas se hubiese hallado la menor nota en que suele tropezar la vanidad de este mundo; ántes bien, valiéndose la república de sus individuos para los empleos más honoríficos, hizo que los obtuviesen por continuados años. A esta nobleza de sangre, probada por testimonios auténticos, juntaron padres y abuelos la más apreciable al cielo, que es la de la virtud; mostraron esta en muchas ocasiones, y áun no solo por los mismos testimo-

nios, sino tambien por lo que insinua Fr. José en su vida, se dan bastantes pruebas de su piedad y devocion. Bien se dieron á conocer en el cuidado que pusieron para la mejor y más sólida educacion del niño Tomás, pues este es el nombre que pusieron en el bautismo al que despues en la religion tuvo el de José. Uno y otro se podian decir verdaderamente suyos, porque si el de José significa aumento, y el de Tomás abismo, el niño de quien tratamos, creciendo siempre de virtud en virtud hasta llegar á la supremacia, dió señales en sus principios de ser un profundo abismo de perfeccion. Así suele Dios, con su admirable providencia, hacer que en las almas escogidas para su mayor agrado brillen desde la cuna ciertas luces que manifiesten la excelente virtud que han de tener en la más perfecta edad. Esta máxima divina se ha visto practicada con infinitos sujetos en todos tiempos; y en esta clase se puede contar el escogido Fr. José de S. Benito, no solo por lo que él mismo dejó escrito acerca de su vida, en que trata de su niñez, é insinúa aquella aparicion prodigiosa, de que se dará noticia, sino tambien por tres extraños sucesos que se pueden añadir, como oidos de su boca por una persona fidelígna, segun y como esta los ha declarado despues. El primero fué, que habia oido decir á sus padres que desde que entró en el desierto de este mundo, se mostró tan parco y abstinente, que los viernes y sábados de cada semana solo una vez al dia tomaba el alimento que le manifestaban y suministraban los pechos de su madre, imitando en esto al santo obispo Nicolás; y de aquí provino el llamarle sus padres *el ayunador chiquito*. Esta ley, que solo á impulsos superiores de la gracia observaba Fr. José cuando niño, guardó inviolablemente todo el curso de su vida, y no por esta rara abstinencia, ajena á la edad, apetecia el niño con mayor ánsia los restantes dias de la semana el que se le diese con más abundancia aquel pueril alimento, pues como referia él mismo, le oyó decir á su madre que no lloraba aunque omitiese por mucho tiempo el darle los pechos. El segundo caso, en que hizo resplandecer Dios á nuestro niño desde sus primeros años, fué que cuando aún no podia mover los pies para andar, corria con los afectos de su compasiva y caritativa voluntad para socorrer los pobres necesitados, porque fué observacion de sus padres, que cuando le daban algun manjar delicado y que era más de su gusto, no lo queria comer hasta que su madre hacia venir algun pobre con quien lo pudiese partir; lo que ya más crecido ejecutaba por sus propias manos, siempre que tenia oportunidad y lo permitia su estado, en medio de la suma pobreza que observó inviolablemente, sin el menor apego á las cosas de este mundo. El tercer caso, en que manifestó Dios la excelente perfeccion de que habia de estar dotada el alma de Fr. José de S. Benito, fué el que refirió él mismo por estas palabras: A poco que se descuidasen los

que cuidaban de mí, era como llevado, porque yo no sabia aún andar bien, á la iglesia ó á otro lugar devoto: y con solo estar allí me hallaba contento; y añadió á esto alabando y bendiciendo al Señor: *Benedictus Deus, qui facit mirabilia solus.* Pocos años tenia el niño José cuando murió su padre, y ya entónces supo conformarse con la voluntad divina, haciendo aquellos actos de resignacion debidos al Señor de vida y muerte, propios de quien tuviese muy desarrollado el uso de la razon; pero ajenos en la realidad de quien en la niñez no podia tener todo aquel conocimiento necesario para practicar acciones tan virtuosas. Mas como en nuestro ayunador chiquito se adelantó tanto la gracia para favorecerle, no será extraño decir, que tambien en él se adelantó presuroso el uso de la razon, que regulando sus acciones, las dirigiese todas al más apreciable fin; este tenia presente, áun en los más inocentes juegos con los otros niños de su edad, y por no apartarse un momento de él, para mayor seguridad recurria con las preguntas á su madre, de si era bueno ó malo lo que se hacia. De este modo se puede piadosamente creer vivió en compañía de su madre siguiendo sus saludables consejos hasta llegar á los once años de su edad. Nada sabemos de los años intermedios, ni se ha podido adquirir noticia individual por la distancia de los países y falta de correspondencias; pero podemos asegurar que todo cuanto ejecutaba era muy conforme á Dios. Desde este tiempo empieza él mismo á referir algunas cosas, al parecer de tal calidad, que á primera vista dan motivo para juzgar, que aquellas luces de virtud que tan prodigiosamente resplandecieron en su tierna edad, perdieron del todo su lucimiento al llegar á la de los once años, en la que debian brillar con más claridad, y que poco atento y nada advertido, se apartó del camino de la vida, corriendo por el de la muerte á rienda suelta. Estas son las dos sendas que presenta Dios al hombre para que elija de las dos la que quisiere. Hasta este tiempo no hay duda que, ó fuese sin toda reflexion por solo el temor y consejo de su madre, ó ya con toda advertencia por la razon anticipada y socorro de la gracia, siguió el camino de la vida, eligió lo bueno, y consiguió aquellos favores que se infieren de sus mismas insinuaciones, haciéndose agradable á un tiempo á Dios y á los hombres. Mas desde los once años en adelante, que era el tiempo, segun él mismo decia, en que habia de corresponder á la divina gracia, hizo todo lo contrario. Quien oyere esta confesion, juzgará, y no sin motivo, que apartado de aquel fin que empezó á seguir con todo empeño en los primeros años, se precipitó inconstante en la senda de la muerte, y que escogiendo el mal perdió la gracia y el sumo bien. Pero si bien se reflexiona, no fué su vida tan relajada como su humildad pondera, pues dice que le sucedia muchas veces unas avenidas de devociones y lágrimas sensibles, y que le parecia no haber perdido nunca del todo el temor de Dios ni haber tenido amor

al pecado, y es de presumir que quien vivia tan prevenido con tales armas como son las del temor de Dios y aborrecimiento al pecado, y con aquella inclinacion habitual que le excitaba y llamaba á lo bueno, en particular en la que conducia al amor de María, madre de la hermosa dileccion, aunque se divirtiese alguna vez del sumo bien por imperfecciones leves, nunca se apartó de él por pecados graves. De aquí se infiere claramente lo que el siervo de Dios respondió pocos años despues á cierto sujeto de toda su confianza y satisfaccion. Admirado este de haber leido en los escritos que le habia comunicado, las grandes exageraciones que hace de su mala vida en el citado escrito, le preguntó curioso si se fundaba en pecados graves y enormes que en aquel tiempo á que se referia hubiese cometido, lo que allí detestaba con tanta ponderacion; á lo que contestó el siervo de Dios muy humilde: «Que para otros serían leves, pero que él que debia tanto á Dios y á su Madre Santísima, los debia reputar por graves.» Palabras son estas que merecian muchas reflexiones piadosas, y solo se hace sobre ellas la que es propia de nuestro asunto, para persuadirnos que este jóven jamás en materia grave se apartó del camino de la vida. Dispuesto á seguirle con la mayor perfeccion, determinó con beneplácito de su madre y parientes salir de su patria con ánimo de ver tierras, y visitar en París á unos tios de su padre, que vivian con alguna distincion en aquella corte. Emprendió su viaje con las correspondientes prevenciones, cuando á corta distancia del país se le apareció el demonio en forma de peregrino, sin duda para disuadirle de sus buenos propósitos; pero él no haciendo caso de sus asechanzas, continuó su camino á París, en donde se le desvanecieron los deseos de visitar y tratar con sus parientes, porque ya Dios le apartaba de las ocasiones que podian apartarle de los altos fines á que su Providencia le tenia destinado, y así saliendo de aquella corte se dirigió á Cataluña sin haberlo pensado ántes. Se incorporó á unos pasajeros que caminaban hácia Perpiñan, pensando hallar en aquella villa un regimiento de soldados naturales de Flandes, en el que tenia algunos oficiales conocidos; pero noticioso, luego que llegó á Perpiñan, de que el regimiento se hallaba en Gerona, determinó pasar á aquella ciudad. Mas como de los maravillosos principios de su virtud sospechaba el demonio que la divina gracia guiaba á Fr. José á la más alta cumbre de perfeccion, se valió de los medios que conocia su malicia podian retardar sus progresos. Así dispuso que en el camino que hay de Perpiñan á Figueras le saliesen unos salteadores, que hurtándole cuanto llevaba ménos los pantalones y camisa, tuvieron determinado quitarle tambien la vida; pero Dios movió el corazon de uno de ellos, que persuadió á sus compañeros desistiesen de semejante maldad, y así le dejaron ir libre, aunque casi desnudo. De este modo entró en Gerona, donde encontró el regimiento que buscaba, y

viéndole los oficiales sus conocidos en tanta calamidad y miseria, le aconsejaron sentase plaza de soldado, pues en breve pensaban volverse á su patria, y cuando no, le darian licencia para salirse del servicio del rey siempre que gustase. Abrazó este consejo nuestro jóven y pobre desvalido, pareciéndole que era medio muy conducente para volver seguro á casa de su madre; pero como Dios estaba empeñado en llevarle á Monserrat, fué cosa maravillosa el ver que los mismos medios que Fr. José juzgaba proporcionados para volver á su patria, los tomaba la divina Providencia para dirigir sus pasos hácia el mencionado santuario. A este fin dispuso que pasase el regimiento á las inmediaciones de Barcelona, en donde viendo el demonio á nuestro nuevo soldado tan próximo á aquellas sagradas montañas, rezeloso acaso de que en ellas hallase el puerto á que la gracia le encaminaba, le armó otro más peligroso lazo que los anteriores, y refiere él mismo en esta forma: «Mataron á un paisano del lugar en que se hallaba alojado el regimiento, en ocasion y tiempo que yo estaba en la iglesia cumpliendo con mis devociones de confesar y comulgar; y siendo el homicidio oculto, sospecharon algunos de mí. Tomó cuerpo esta sospecha, y el mismo agresor, con otros compañeros suyos, llegaron á afirmar con juramento que habia sido yo el homicida, por cuyo motivo me pusieron en prisiones, y viéndome en tan manifiesto peligro de la muerte, y sin otro amparo en tan grave afliccion que el de la que es Madre de afligidos, clamaba sin cesar á su piedad esperando que manifestase mi inocencia, cuando (¡oh inescrutables juicios de Dios!) se ofreció una riña entre el agresor y otro compañero suyo, y quedando aquel herido de muerte, abrió los ojos del alma, y confesó que él habia sido el homicida del paisano, aunque por malicia habia jurado falsamente que yo habia sido. Con esta declaracion me dieron por libre, con satisfaccion y aplauso de todos los del regimiento.» Estos peligros de muerte desastrada son aquellos de que libró á Fr. José nuestra Señora en dia de sábado. Habiendo experimentado el jóven Tomás, que en el discurso de la jornada habia procurado el comun enemigo por tantos medios cortar el hilo de su vida, y deslustrar la honra y fama de su linaje, y considerando que este mundo solo ofrece los honores y deleites envueltos en pesares y peligros, determinó dejar el servicio del rey, y habiendo conseguido la licencia, se encaminó á Monserrat para visitar esta santa imágen, y tributarle las gracias por los visibles favores que habia recibido de su maternal piedad, perseverando siempre en su primer pensamiento de volverse á su país. Despues de dos años de tan penosa jornada como dejamos dicho, llegó al fin á Monserrat, y determinó quedarse allí por algun tiempo por varios motivos, y más especialmente por uno, que despues confesó á un religioso de su confianza, que fué el haber oido interiormente, que al entrar en el templo de Monser-

rat, le decian: «Este es el lugar para ti destinado.» Desde los primeros dias que estuvo en aquel santuario, observó que la variedad de clases y cuerpos que en él se encuentran era un compuesto armonioso, que al ánimo más frio y devocion más distraida debia causar fervor y deseos de emplearse con las mayores veras en servir á Dios y á su Santísima Madre, por cuyo motivo hizo propósito firme en su corazon, con el favor de la Vírgen y auxilios de la gracia, de ejecutarlo así. Al efecto procuraba con el mayor conato y diligencia tener en todo lugar y tiempo puesto su pensamiento y corazon en Dios, frecuentaba los santos Sacramentos de la confesion y comunion, empleaba muchas horas de la noche, y algunas festividades toda ella en oracion, lágrimas, compuncion y divinas alabanzas; ejercitaba la caridad, repartiendo con los pobres mucha parte de su comida y bebida, y empleaba las horas que su oficio de cantero le permitia en servirlos, al tiempo en que se les distribuia la limosna en el monasterio, gastando otras muchas horas en visitar los enfermos, que acuden frecuentemente al piadoso hospital, que está fundado en el santuario para los peregrinos enfermos. A estos ejercicios voluntarios y devotos le añadió Dios otros de más peso y mortificacion por medio de las criaturas, porque en este tiempo fué imponderable lo que padeció por los malos tratamientos que le hacian los otros criados sirvientes del monasterio, empezando Dios por este medio á ejercitarle en la paciencia y sufrimiento, y disponiéndole de esta manera para los grandes golpes y reveses que en adelante habia de padecer. Llevaba todo esto con grande conformidad, paciencia suma y sepulcral silencio, y aunque la naturaleza, poco acostumbrada á sufrir semejantes ajamientos y desprecios, hacia alguna resistencia, procuraba vencerla con la doctrina y consejos que su confesor le daba, con los que, animado tambien á la perseverancia, iba cada dia más y más adelantándose en el camino de la perfeccion. Así pasó su vida Tomás por espacio de dos años ocupado en su oficio de cantero, siendo digno de notarse que jamás se pudo saber dónde aprendió este oficio, pues no habiendo dicho palabra en sus escritos y apuntes de su vida, y lo que es más, siendo hijo de padres tan hidalgos, conocidos y de bastante conveniencia, se hace increible, y áun parece cosa ménos decorosa á su persona y gerarquía, el que se hubiese dedicado á un oficio tenido en el mundo por humilde. El motivo que tuvo el jóven Tomás para pedir el santo hábito y retirarse al paraiso de la religion, se infiere suficientemente con lo que dejamos dicho hasta aquí; se resolvió á pedir á los prelados esta gracia, en cuya concesion habia infinitas dificultades que vencer, no siendo la ménos grave la ley particular impuesta por la visita apostólica del monasterio de Monserrat, que mandaba no fuese admitido al estado religioso extranjero alguno, sin que primero haya vivido diez años en el continente de España, á fin de que se pueda tener noticia de

su vida y costumbres. Sin embargo, ni esta ni otras razones fueron impedimento para que los prelados, movidos interiormente de superior impulso, dejasen de asentir á la peticion con tanta brevedad como la que se puede notar en el corto tiempo que medió desde el primer sábado de cuaresma del año de 1677 en que hizo la súplica, hasta el sábado Santo 17 del mes de Abril del mismo año, en que se efectuó la gracia. Hechas ántes todas las prevenciones necesarias para estado tan perfecto, recibió el santo hábito de religioso lego en este dia sábado, feliz siempre para Fr. José, por ser dedicado á la Vírgen Madre, á quien en todo tiempo conservó especialísima devocion. Le mudaron el nombre, como en otro lugar dejamos indicado, porque pareció conforme á los propósitos santos y fervorosos de apartarse en un todo de las cosas de este mundo, y no conservar memorias, ni áun en el nombre, que pudiesen renovar especies peligrosas del siglo. Tambien dejó el apellido, pues deseaba vivir oculto, sin que ninguno le pudiese conocer, á cuyo fin desde aquel mismo dia, no contento con haber mudado el nombre de Tomás en el de José, mudó tambien el apellido de Antoine en el de S. Benito, nombre del glorioso Padre y patriarca, á quien tuvo siempre presente como al más perfecto ejemplo para imitar sus virtudes. En lo sucesivo conoceremos á este siervo de Dios por el nombre y apellido de Fr. José de S. Benito, ó por el de Fr. José el Picapedrero, como le llamaban otros por su oficio. En tiempo del noviciado se ejercitó poco ó nada, así por ser preciso aplicarse á adquirir la más exacta noticia de las obligaciones de su nuevo estado, como por llamarle Dios á otro ejercicio más perfecto. Se impuso brevemente en aquellas, y cumplió con ellas con tanta admiracion de sus prelados y hermanos, que ninguno tenia que notar el más leve defecto; ponia todo su cuidado en la observancia y cumplimiento de las cosas más mínimas, como medio conducente á la más elevada virtud á que aspiraba; y en fin, fué tal su esmero en la conversion de costumbres propia de un verdadero religioso, que sintiendo desde entónces los más vivos deseos de agradar á Dios, no ejecutaba otra cosa que lo que sus maestros y directores le enseñaban para conseguir el fin propuesto. Viendo estos que Fr. José más era llamado al puerto de la religion para gozar de la quietud que se experimenta en la vida contemplativa, que para ocuparse diligente en los ejercicios de la vida activa, propios de un religioso lego, lo hicieron presente al prelado del monasterio, y este, segun el buen órden de la religion, procuró relevarle y eximirle en cuanto pudo de las ocupaciones penosas, para que con más comodidad pudiese aplicarse á la contemplacion. Tambien encargó á los directores y maestros observasen la conducta de este nuevo soldado en la milicia de Cristo, y vigilantes estos de la mejor disciplina, mezclaron de tal modo los ejercicios en que se debia ocupar Fr. José, que sin faltar en un todo á los de la vida activa, llevasen su

primera atencion aquellos que dejan al alma pacífica y sosegada en la contemplacion. A este fin dispusieron que despertase á los monjes á la hora de maitines, que es á media noche, proporcionándosele de este modo la ocasion deseada de estarse hasta aquella hora en oracion contínua, costumbre que le duró casi todos los dias de su vida, á menos que no estuviese en la enfermería, sin perder por esto el cuidado de las lámparas que arden delante de nuestra Señora, el que tambien le encargaron con otras ocupaciones en que ejercitase la humildad y caridad, y no le pudiesen distraer de la contemplacion. En todos estos ejercicios y otros que añadia su fervor, padeció Fr. José todo el primer año de noviciado la contradiccion de la naturaleza y del enemigo comun, con las tentaciones y rebeldía de la carne, que venció con el socorro de Dios y varias mortificaciones y penitencias, siguiendo siempre en ellas el dictámen de sus prelados. No habiendo podido Fr. José hacer la profesion solemne cumplido el año de noviciado, se agravaron las tentaciones por los caminos ya expresados y fueron mucho más fuertes las tentaciones del enemigo para que desistiese del propósito premeditado de profesar en el monasterio: con apariencia del bien se le proponian otros objetos, y los hubiera abrazado si Dios no hubiera proveido el remedio por el recurso á la oracion, en la que Fr. José hallaba el consuelo necesario, y por el consejo y direccion de los confesores y maestros; pero lo que más sosegó la borrasca, fué el haber llegado las informaciones que calificasen la limpieza de sangre, cuyo defecto retardaba la posesion que tanto deseaba el novicio. Trascurridos ya cerca de dos años de noviciado, y vencidas todas las dificultades que retardaban la profesion, con gran satisfaccion del interesado y de toda la comunidad, llegó el tiempo en que se cumpliesen los deseos de todos. Prevenido, pues, Fr. José para el sacrificio voluntario que se hace en la profesion, y pidiendo ántes á Dios que le diese gracia para cumplir lo que habia de prometer, ó que le quitase la vida, hizo solemnemente la promesa y votos propios de la profesion religiosa el sábado 4 de Febrero del año de 1679. Si en el tiempo del noviciado mereció Fr. José la estimacion de todos los prelados y maestros, por ver en él las señales más ciertas y verdaderas de una perfecta devocion, profeso ya, era el ejemplo de cuantos miraban sus acciones, porque renovando aquellos vivos deseos que mostró siendo novicio de agradar á Dios, y sintiéndose con más eficacia movido despues de profeso á la exacta observancia de las leyes, cumplia puntualmente y con fervor con las obligaciones de su estado, no solo en lo sustancial que habia prometido, sino tambien en todas las constituciones y ceremonias de la religion y particulares del santuario y casa de nuestra Sra. de Montserrat, donde siempre se ha guardado y guarda con todo rigor la disciplina regular. En lo que puso mayor cuidado fué en la observancia de la santa

regla del glorioso padre y patriarca S. Benito; para esto la miró con atencion y la tuvo siempre presente en su memoria para nivelar y dirigir por ella sus acciones: algunos de sus documentos y artículos le parecian difíciles de guardarse, pero venció con la gracia la repugnancia que hallaba en la débil naturaleza. Solo nos refiere el cumplimiento que tuvo de aquella cláusula en que manda el glorioso patriarca que ninguno se atreva á comer ni beber cosa alguna ántes ni despues de la hora establecida, siendo de creer que quien en este punto, en medio de los obstáculos que hallaba, fué tan observante del precepto que impuso á sus religiosos el P. S. Benito, lo fué tambien en otros en que acaso no encontraria tanta dificultad para su observancia. La mortificacion fué extraordinaria, y lo mismo sucedió en órden á los ejercicios espirituales que por aquel tiempo empezó á regular Fr. José, y en que se adelantó despues tanto para admiracion de todos los que le trataron y leen hoy sus escritos. A los principios, como él mismo refiere, fué solo la oracion mental por via de discursos y meditaciones pertenecientes á la vida purgativa, segun el libro ejercitatorio, que comunmente se da en la religion á los novicios y recien profesos, para su direccion y buen gobierno; pero poco á poco le fué elevando la gracia á tal grado de contemplacion, que á pocos años de este ejercicio ya se hallaba maestro consumado, cuya doctrina era buscada y seguida de varias personas domésticas y extrañas para el mejor gobierno de sus conciencias y trato familiar con Dios, al que solo buscaba Fr. José en sus pensamientos, palabras y obras, y con deseos vehementes de encontrarle por cualquier camino, se sentia movido interiormente para hacer algunas penitencias exteriores; él mismo nos refiere el órden que observaba, como tambien el más exacto cumplimiento en todo lo que se sentia movido, sin que hubiese dispensacion para él, aunque ocurriesen algunos trabajos é indisposiciones. Estas tampoco le impedian el ejercicio de la oracion vocal, como medio para unirse más con Dios en la mental, cuyos efectos se fueron manifestando por la admirable providencia de Su Majestad Santísima en este siervo, que disponia de tal modo sus operaciones, que en todas se conociese claramente ser solo su ánimo cumplir con su santa voluntad y sufrir resignado todas las mortificaciones que se le enviasen. Recurria á Dios y á la Vírgen María en todas sus necesidades, representándoles su miseria, y con tan poderosos patronos consiguió fuerzas para el sufrimiento y victoria en todas las tribulaciones y trabajos que padeció interior y exteriormente, de los que se irá dando alguna noticia en los párrafos siguientes. Bien penetrado este admirable varon de que la obediencia es la base fundamental del estado religioso y la que merece la bendicion de Dios, que tanto deseaba para que adelantase su alma en la perfeccion monástica, determinó desde los principios de su conversion practicar sin re-

pugnancia los preceptos de los superiores, lo que cumplió exactamente hasta exhalar el último aliento de su vida, pues pocos años ántes de morir dijo que no se acordaba desde que entró en la religion haber dejado de obedecer, ni haber hecho cosa á que no hubiese precedido la obediencia, ni de haber jamás hecho la menor representacion para que lo eximiesen de algun empleo por pesado que fuese. Es indudable que en varios y repetidos lances que se ofrecieron para ejercer la virtud de la obediencia, tuvo Fr. José mucho que ofrecer á Dios; pero donde más resplandeció esta virtud y consiguientemente el mérito de una voluntaria resignacion y conformidad, fué cuando los prelados le mandaron dejar las penitencias y mortificaciones particulares: mas como negado á sí mismo, no tenia propia voluntad, sacrificándosela al Señor con su propio deseo, obedeció con prontitud el mandato é hizo para con Dios el más agradable sacrificio. Con la misma puntualidad y resignacion obedeció á los prelados que le mandaron escribiese las obras que se dieron á luz despues con aprobacion y admiracion de cuantos las leen: y áun mes y medio ántes de morir, habiéndole ordenado el superior que entregase la vida que habia escrito por obediencia, y reservaba temeroso de que se publicase, fué muy pronto Fr. José en cumplir con el mandato, diciendo únicamente que solo la obediencia podia precisarle á ejecutar estas cosas, en que hallaba por varios motivos contradiccion y repugnancia. Se ofrecieron muchos lances en su vida para probarle en esta singular virtud, que sirvieron de admiracion y ejemplo á los que hicieron la prueba; entre otros que sucedieron, es digno de referirse uno que fué muy notorio á todos. Algunos superiores procuraron mortificar á Fr. José y probar su espíritu por varios medios; pues además del empleo que tenia de sacristan tercero, que le daba bastante que hacer en la asistencia á la iglesia, le ocuparon en otros muchos totalmente incompatibles, por lo que la generalidad de las veces, no pudiendo asistir á todas partes, era preciso que por dar cumplimiento á unos faltase necesariamente á otros. Viendo el prelado la falta casi inevitable del súbdito, le cargaba de penitencias con ásperas reprensiones, tratándole de indolente, descuidado, desobediente y voluntarioso; pero jamás se le oyó á Fr. José la menor queja ni se le notó buscase modos para que el superior entendiese la imposibilidad de dar cumplimiento á sus mandatos, ántes bien le persuadia su profunda humildad, que para todo y mucho más tenia sobradísima razon el superior. Consideraba y tenia muy presentes los documentos que da el patriarca S. Benito á sus discípulos en el cap. V y VII de su santa regla; y así obedeciendo entre preceptos graves y encontrados, y entre toda suerte de improperios, se resignó con paciencia, sin quejarse, y seguro de la recompensa sólo decia con placer: «De todo hemos salido victoriosos por la gracia del que nos amó.» La direc-

cion de todos sus actos interiores y exteriores dependia de aquella estrecha ley de pedir licencia, que cumplió exactamente todo el tiempo que vivió con una obediencia ciega á las insinuaciones divinas: estas se percibian algunas veces hablando Dios al alma interiormente, y en otras ocasiones por medio de los prelados; pero en todas salió tan victorioso Fr. José de su propia voluntad, que jamás se le notó la tuviese, ni áun en las cosas más mínimas, aunque fuesen por otra parte permitidas, sirviendo á todos de ejemplar su vida, viendo la delicadeza con que la gobernaba en este punto tan propio del estado religioso. Siendo la obediencia el primer grado de la humildad, en sentir del P. S. Benito en el cap. V de su santa regla, no se podrá dudar tuvo los mejores principios de esta virtud el sujeto de quien hablamos, habiéndole visto tan obediente á las insinuaciones y preceptos. Por medio de la obediencia empezó Fr. José de S. Benito á subir á la cumbre de la perfecta humildad, formando por la elevacion de sus obras aquella misteriosa escala que vió Jacob dormido, por la cual bajaban y subian ángeles al cielo. Bien pudiéramos decir alguna cosa en particular del modo con que subió Fr. José por todos los grados de esta escala, porque teniendo siempre á la vista el temor de Dios, aborreció la propia voluntad sin complacerse en cumplir sus deseos, y no ejecutando otra cosa sino lo que ordenaban las leyes monásticas y ejemplos de los mayores, como testifican todos cuantos le conocieron y trataron, tenia ya mucho adelantado en la subida á la cumbre de tan misteriosa escala. Para probar algo más su virtud de la humildad, tanto más elevada cuanto más profunda, bastará la simple pero cierta noticia de algunos lances en que Fr. José humilde se elevó sobre sí mismo. Cierto dia trató un sujeto tan mal de palabra á Fr. José en presencia de otros, que las injurias y baldones que le dijo solo se podian decir con propiedad á un hombre totalmente escandaloso. Oyólas el siervo de Dios con tanto sosiego y humildad, que se le postró á los pies; pero bien léjos aquel sujeto de reconocer su yerro en vista de una accion tan heróica, tuvo atrevimiento de ponerle el pie sobre el pescuezo, y desenfrenando más su lengua, prorumpió en otros mayores oprobios, hasta que cansado de decir y de ver el sufrimiento con que se estaba á sus pies este imponderable varon, lo dejó. Levantándose del suelo el abatido y ultrajado religioso, le dijo con la mayor humildad y mansedumbre estas palabras: «Madre de Dios, hermano, bien podia haberme dicho que estaba sobre un áspid y un basilisco, y que pisaba un leon y un dragon:» tal era su humildad, que así sentia de sí, haciendo muy distinto concepto del prójimo, á quien siempre guardaba el mayor respeto. Su humildad se dió á conocer tambien en el caso práctico que le sucedió con Cárlos, archiduque de Austria, emperador despues sexto de este nombre. Habiendo ido á visitar aquel

santuario de Monserrat, y conversado con Fr. José en los dias que allí se detuvo, haciéndose cargo de su elevado espíritu y singular virtud, le consideró digno de más elevado estado que el de humilde lego que tenia, y así le hizo repetidas instancias para que consintiese ser promovido al órden sacerdotal, asegurándole el logro por su autoridad. Resistióse el siervo de Dios con las mayores veras, manifestándose indigno de subir á un estado que siempre consideró y tuvo por el más alto y superior á sus merecimientos. Ninguna de las numerosísimas personas que iban á visitar el monasterio salian de él sin pretender ver al hermano Fr. José, mas no todos lograban la visita, y de aquellos que se reconocian afortunados con ella, unos le ofrecian su patrocinio, otros socorros para lo que necesitase; pero el humilde Fr. José, dándoles las gracias debidas y principalmente á Dios, se confesaba indigno de tantos favores, saliendo tan victoriosa su profunda humildad, que nunca se le conoció el menor vislumbre de soberbia y altivez. Estos vicios fueron tan ajenos del ánimo del varon de Dios, que agraviado en muchas ocasiones, pedia perdon á los insultantes, dándoles mil satisfacciones como si ellos hubieran sido los injuriados; y eran tantas las luces que Dios le habia dado para formar tan bajo concepto de sí mismo, que solia decir: «Que de ningun modo podia persuadirse de que hubiese otro más miserable y pecador que él en el mundo:» y á esto añadia: «Que cuanto hacia para el cumplimiento de lo que habia ofrecido y prometido á Dios en su profesion, iba con tantas imperfecciones, que solo la bondad de Dios podria sufrirlo y disimularlo;» siendo así que cumplió siempre con la mayor exactitud hasta los más leves estatutos de la regular observancia. Su humildad exterior no era menor que la interior, pues reprimia su lengua para hablar, y observando un rigoroso silencio no la movia hasta ser preguntado; y así, hablando únicamente para responder á las preguntas y en los casos necesarios con palabras modestas y agradables, no solo causaba en su alma los efectos admirables de su humildad profunda, sino tambien en las muchas personas que con su trato y comunicacion quedaron humilladas interiormente y sin las altiveces y presunciones humanas de que vivian ántes satisfechas, como despues lo confesaron con verdadero arrepentimiento. La humildad que manifiesta tambien en sus cartas es á todos bien notoria; y finalmente, para que no faltase escalon por donde no anduviese humilde el hermano Fr. José, en todo lugar, en todo tiempo, en todo ejercicio estaba con la cabeza inclinada, los ojos en tierra, diciendo con el Publicano: No merezco, Señor, por mis pecados levantar los ojos al cielo. Y con David: Encorvado y abatido estoy hasta no más. En este mundo de transicion siempre han side gajes de la virtud las persecuciones y trabajos, pues jamás se ha visto alguno que siguiese este piadoso camino, que no

lo experimentase á costa de su paciencia, que es la mejor divisa para conocer á los que, como verdaderos discípulos de Cristo, llevan pacientes la cruz del trabajo y persecucion. No careció la virtud de Fr. José de S. Benito de estos beneficios, no habiendo al parecer dado paso alguno despues de los primeros años de su edad, que no fuese acompañado de trabajos y persecuciones molestas. Todos aquellos desamparos con que Dios le ejercitó fueron sin duda motivo para el mayor sufrimiento. Aquellas tribulaciones sensibles con las penas interiores incógnitas y tan fuertes, que excedian á las penas de los mártires, ó permítasenos la expresion, á las del mismo infierno, dieron bastante ocasion para que se probase la paciencia de este nuevo Job. En fin, para decirlo de una vez, todo lo sufrió con una suma paciencia; en medio de las tinieblas y desamparos, conocia que todas estas tribulaciones venian de la mano de Dios, y así recurriendo á Él como al más seguro amparo, en Él solo encontraba todo alivio. Esto mismo experimentó en trabajos de otra especie, que sufrió con el socorro de Su Majestad santísima, pues entregando á su siervo en las manos de las criaturas, para que probasen su constancia en los trabajos, le libró de todos ellos con afectos admirables de su paciencia y valor. Ordenó la divina Providencia, que como piedra viva que habia de ser colocada en aquel hermoso templo de la celestial Jerusalen, fuese cincelado y labrado Fr. José á fuerza de persecuciones y trabajos; y así se valió de todos los medios que podian conducir para purificar su alma de tal modo que la encontrase perfecta, para ponerla despues en el sitio destinado en aquel maravilloso edificio. El orígen de los trabajos y persecuciones que se padecen en el mundo puede reducirse á tres principios, y son: el propio apetito y pasiones naturales, la sugestion y guerra del demonio, y la oposicion y contradiccion de los hombres. Lo que padeció Fr. José á los principios á impulsos de su apetito y pasiones, nos lo dejó bien significado en los apuntes de su vida interior en varios números. El hambre, la sed, sueño, frio, las indisposiciones corporales de toda especie que sufrió, son otros tantos comprobantes de sus molestias y continuos sufrimientos; pero jamás se dejó vencer de las aparentes necesidades que las más veces fingen para quitar al alma sus progresos. De este modo fué mortificado el siervo Fr. José de su propio apetito y pasiones naturales, que son los enemigos domésticos que hacen al alma fuerte guerra é impiden el progreso en la virtud, si no hay el mayor cuidado en hacer la resistencia debida para no dejarse vencer de sus ardides: mas Fray José, vigilante y atento á todo lo que pudiese ocurrir, aunque sintiese trabajo en vencer estas pasiones, salió de todas triunfante por gracia especial de Dios. El segundo principio de donde le provinieron los trabajos y persecuciones á Fr. José fué la cruel guerra y sugestion del demonio; pues pa-

rece que le dió toda libertad y poder para que ejercitase su furor y descargase en esta vida los más terribles golpes de su infernal malicia. En fin, el tercero y último fué que el espíritu maligno no omitió medio para lograr que el venerable Fr. José cayese en los repetidos lazos que su maligno espíritu le tendia, no logrando conseguir jamás lo que con tantas ánsias intentaba conseguir. Siendo cierto que Dios vivifica el alma que tiene escogida pura, al mismo tiempo que la mortifica con trabajos y aflicciones, no se puede tampoco dudar que mortificado Fr. José con tantas tribulaciones como hemos visto, sería tambien vivificado y especialmente favorecido de la mano poderosa de Dios, que reparte sus dones y gracias con exceso á quienes se esmeran, como se esmeró el pacientísimo siervo Fr. José, en sufrir con resignacion y conformidad las contradicciones que se han referido. Entre los muchos favores que recibió de Su Majestad santísima fué de singularísimo aprecio el de la ilustracion de fe con que fué dotado. Y ciertamente que á no haber infundido Dios en su alma aquella luz sobrenatural, que se tiene por la fe con modo particular, ilustrando al entendimiento con un acto simplicísimo, por la refulgencia del rayo de la Divinidad, no pudiera haber conocido en tal grado los misterios más profundos y elevados de nuestra santa fe, que tan agotado tienen al entendimiento humano. Estos los explica con los términos más puros de la teología escolástica, sin haber estudiado ni áun gramática, y á todos ellos dió tal asenso, que se le oyó decir en varias ocasiones, que en él la fe por especialísimo don de Dios era muy singular sobre el órden regular que comunmente tenian otros, pues creia todas las verdades con una certeza mayor que las ordinarias. De aquí resultaba aquella rara seguridad con que escribió y respondió á cuantas dificultades se le proponian en materias de fe, de que se hallan diferentes testimonios en sus cartas y en sus obras, y lo confirma la protesta que al fin de ellos está puesta, cuya insercion omitimos por no molestar demasiado la atencion de nuestros benévolos lectores. Además de aquella luz sobrenatural de fe con que fué ilustrado Fr. José de San Benito, infundió Dios en su alma tan cierta y tan segura aunque muy humilde esperanza de que habia de verle y servirle en la eternidad, que decia muchas veces no dudaria afirmarlo con toda satisfaccion, fundado siempre en el más firme y sólido fundamento de la divina piedad. Y aunque con todo eso no perdia ni dejaba su alma el santo temor, era tan firme y constante su esperanza, que causaba admiracion á los que le oian, y la causa hoy á los que leen sus obras ó cartas. En ellas han hallado los que han gustado su doctrina los más dulces y suaves medicamentos para curar toda desesperacion y desconfianza. Y ciertamente no sé que haya persona que lea con atencion sus escritos en este asunto, que no experimente una singular mocion á la más firme esperanza

de la infinita misericordia de Dios. Todo lo que dejó escrito Fr. José de San Benito fué muy conforme á lo que se le oyó en algunas ocasiones. Solia decir á cuantos le hablaban en esta materia, que haciendo Dios ostentacion de su misericordia en varios lugares de la Escritura con singulares expresiones, parece daba á entender gustaba de que este atributo fuese tambien con particularidad predicado para que así no perdiesen la virtud de la esperanza los que se hallaban desterrados en el mundo, y lograsen por este medio un verdadero arrepentimiento. En comprobacion de esta verdad, referiremos el caso que le pasó con un misionero apostólico de los del convento de Escornalbou. Se lamentaba amargamente este religioso con Fr. José de San Benito del poco fruto que sus misiones producian en las almas, á que le respondió el siervo de Dios que se aplicase á predicar y persuadir la infinita misericordia de Dios más de lo que hasta entónces habia practicado, y que seguramente sacaria de las almas el fruto que deseaba. Puso en práctica este misionero el consejo del hermano José, y habiendo vuelto algunos años despues á Monserrat, dijo á cierto monje que habian sido innumerables las almas que habia convertido con el consejo de Fr. José de San Benito con estas palabras: «Que Fr. José de San Benito y sus obras tenian especial gracia de Dios para infundir en los corazones la esperanza y confianza en la misericordia divina. Si estos tuvieron ántes y tienen ahora la eficacia que se ha dicho, para infundir en los corazones la esperanza en la misericordia divina, no la tuvieron ménos sus palabras y persuasiones en cuantos lograron la dicha de comunicar con él sus aflicciones y trabajos, pues fueron sin número las almas pusilánimes y celosas de su salvacion, que con el trato y comunicacion de este siervo de Dios vieron abiertas á su esperanza las puertas del cielo. Finalmente, era tan inclinado Fr. José de San Benito á persuadir la misericordia de Su Majestad, para que á vista de ella concibiesen los pecadores mayor esperanza del perdon, que solia decir á cierto confesor que acostumbraba comunicarle algunas cosas, que tratase siempre á los penitentes con amabilidad y dulzura, animándolos á la enmienda y confianza en Dios. A los que le comunicaban sus reincidencias en alguna especie de pecado, no les daba otro consejo para sacarlos de su miserable estado, que el que se confesasen con una firme esperanza en la misericordia de Dios, no dudando que por este medio conseguirian la enmienda de su vida, siendo tan eficaz este remedio en ellos, que por medio de él mejoraron de costumbres. Los deseos de ver á Dios eran tan vivos en Fr. José de San Benito, que frecuentemente se lamentaba de que no se le cumpliesen luego, repitiendo muchas veces las palabras de David: «Ay de mí, que mi destierro se ha dilatado! ¿Cuándo te veré, Señor?» En cierta ocasion le sobrevinieron tan graves accidentes, que así él

como los que le asistian, juzgaron que con ellos se le acababa la vida, pero quiso Dios que mejorase, y entónces dijo á un monje que le asistia: «Padre, juzgaba que Dios me habia abierto las puertas de su misericordia, y que habia llegado ya la hora de dejar este cuerpo mortal para unirme con Dios eternamente, mas Su Majestad ha dilatado mi destierro en este mundo, y así por ahora no hay necesidad que esté aquí, y se puede volver á su celda: Dios le pague la caridad ejercida conmigo. ¡*Oh bone Jesu*! *non recuso laborem fiat voluntas tua*. La misma caridad que movia á Fr. José de San Benito á amar á Dios con tanto esmero como á su objeto principal é iman de sus deseos, le movia juntamente á ejercer la compasion con el prójimo en todas las necesidades que ocurrian y de que tuviese noticia: en órden á las espirituales hallamos bastantes pruebas en los tratados que nos dejó escritos, y en las cartas que fué preciso dirigir á varios sujetos para consuelo de sus tribulaciones y alivio en las calamidades, pues ninguno llegó necesitado á Fr. José de San Benito, que no encontrase socorro para su afliccion. Tampoco omitió medio para darle en las necesidades corporales, pues ya vimos anteriormente aquella compasiva y caritativa voluntad con que se movia para socorrer á los pobres, cuando aún por su niñez no podia mover los pies para caminar, cómo repartia con ellos mucha parte de su comida y bebida con voluntad afectuosa ántes de recibir el santo hábito, y por último, luego que le recibió, y todo el tiempo que vivió mantuvo la misma santa costumbre, privándose algunas veces del alimento, y se hubiera privado gustoso de otras muchas cosas para alivio de los pobres, si las hubiera tenido para poderlas repartir, pero siendo verdaderamente pobre este venerable lego, y no teniendo más que dar, ofrecia sus buenos deseos, y hacia por caridad lo que podia en otros santos y loables ejercicios, visitaba los enfermos, los consolaba en sus trabajos y en fin, sin faltar al cumplimiento de sus obligaciones y empleos, no omitia accion alguna que pudiera conducir al ejercicio más puro en lo interior y exterior de la virtud de la caridad. Los deseos que empezaron á manifestarse en la niñez de Fr. José de San Benito de servir y amar á María Santísima, fueron aumentándose con la edad, observando inviolablemente todos los dias de su vida los ayunos de los sábados en honra y gloria de esta soberana reina, añadiendo juntamente los de todas las vigilias de sus fiestas y misterios; y como tuvo siempre fijas en su entendimiento las especies de aquel asombro de hermosura y pasmo de la gracia, las persuadia con tal eficacia y fervor á los que le trataban, que no podian ménos de encenderse en el amor de esta Emperatriz excelsa al fuego de sus expresiones. En todos los hombres, y especialmente en los niños, procuraba excitar este amor y devocion, ya con afectuosas palabras, ó ya poniéndoles á la vista un hermoso retrato de la Vírgen, que siempre tuvo

en la celda. Continuamente tenia en la boca el dulce nombre de María, y así para dar principio á sus cláusulas, cuando preguntaba ó respondia, siempre ponia delante el nombre de tan soberana reina: *Mater Christi*, *María Mater gratiæ*, eran sus frases comunes, sia que se le notase que empezase á hablar sin estas expresiones afectuosas que le servian de norte para no errar en sus palabras. Se mostraba tan devoto con la Vírgen Santísima, que pareciéndole poco á su fineza sacrificar en su obsequio una vida que tenia, se le oyó algunas veces decir, que si Dios nuestro Señor le diese tantas vidas como ha dado y ha de dar hasta el dia del juicio, todas las sacrificaria gustoso á honra y gloria de María Santísima. De este modo las perfecciones y gracias de María Santísima eran tan dilatado Océano, que si se engolfaba en él este devoto varon, con dificultad recogia las velas de su piadoso embeleso. De esta amorosa y tierna devocion á la purísima Vírgen resultaba en su espíritu una santa envidia á los niños escolares del santuario de Monserrat, que, como ángeles, madrugan todos los dias para dar alabanzas á la que es hermosa aurora del mejor dia, y desde su más tierna edad son escogidos para obsequiar á la Reina de los cielos, y así se le oyó decir: *Mater purissima*! dichosas criaturas, que de los pechos de sus madres ya los tomais vos por hijos. Acerca de la sabiduría y ciencia de Fr. José de San Benito podriamos hacer un largo catálogo de los sucesos que aún hoy refieren muchos sujetos fidedignos, admirando todos que por especial favor haya entendido Fr. José lo que nunca habia estudiado, y lo haya explicado con tal magisterio y sentencias tan graves, acomodándose al genio y capacidad de los oyentes, que ninguno dejase de percibir lo que se le decia con el mayor consuelo y aprovechamiento de su alma. En órden á la fe, por medio de la cual creemos lo que Dios ha revelado á su Iglesia, tampoco tuvo semejante; así pues, supo dar completa solucion á innumerables consultas que le hicieron respetabilísimos prelados en materias de fe, y no hubo cuestion que no zanjase por árdua y complicada que fuese la proposicion que se plantease. En comprobacion de esta verdad podriamos citar innumerables ejemplos, si no fuera abusar de la paciencia de nuestros lectores, haciendo demasiado larga la vida de tan esclarecido como humilde lego. En 1723 tuvo una grave enfermedad, en la que despues de haberle ya administrado el santo sacramento de la Eucaristía, se notaban en él pocas esperanzas de vida; hallándose en tan peligroso estado dijo á su confesor y á otro religioso que le asistia, que no se moria entónces, porque la voluntad de Dios era que quedase en esta vida mortal algun tiempo más, aunque poco. La esfera del conocimiento del hombre es tan reducida y corta, que solamente comprende lo que alcanzan sus sentidos, y así se excluyen de ella los pensamientos y secretos de todos los demás hom

bres, miéntras que estos no los hacen patentes y manifiestos, porque el conocerlos dentro de los corazones es propio de Dios. Esto no obstante, algunas veces comunica su Divina Majestad este privilegio á los hombres, como se lo comunicó á Fr. José de San Benito, como se vió claramente en el caso siguiente: Compadecido cierto religioso de lo mucho que padecia el siervo de Dios en los últimos dias de su vida, rogaba á Dios interiormente que lo librase de tantas penas y tormentos, llevándoselo al cielo; estos piadosos deseos los tuvo en cierta ocasion estando en la celda de Fr. José, quien dijo repentinamente: «Hermano, ¿qué es lo que pasa en su interior? Modere esas ánsias que padece por mi partida, que á no ser de fe que tengo de morir, me persuadiria ser eterno en esta vida, segun se me dilata el ver á Dios.» Quedó aquel hermano admirado de que le hubiese leido el corazon, cuyo secreto á nadie habia comunicado, y mucho ménos al enfermo. Con respecto al don de lenguas é interpretacion de textos, parece que Fr. José de San Benito fué semejante á aquellos sobre quienes bajó el Espíritu Santo á repartir sus dones y dar la inteligencia universal de las lenguas, con que pudiese instruir á todos en los arcanos más ocultos, y explicar é interpretar los lugares más difíciles de las divinas Escrituras. Siempre fué y es muy frecuentado el santuario de Monserrat de gentes extranjeras, y lo era especialmente en los tiempos en que vivia Fr. José, con motivo de las guerras que á principios del siglo se padecieron en el principado de Cataluña. Así fué muy grande la diversidad de personas de todas las naciones que concurrian al santuario, y como muchos, ó los más, noticiosos de su virtud y sabiduría, deseasen tratarle y proponerle sus dudas y dificultades, era cosa maravillosa, que siendo este siervo de Dios flamenco de nacion, se diese á entender á todos con la mayor claridad, explicándoles los lugares más difíciles de la Sagrada Escritura, resolviendo las dudas que cada uno proponia, mostrando de este modo el don de lenguas y de interpretacion de sermones con que Dios habia adornado su alma. Su lengua natural era francesa, por usarse de este idioma en su país; mas por el trato y comunicacion que tuvo en Monserrat con castellanos y catalanes, hablaba tambien en estas dos lenguas con bastante propiedad. Aunque nunca se supo dónde ó cómo habia estudiado la lengua latina, era versadísimo en ella, y usaba de la Escritura con tanta facilidad, que rara vez pronunciaba palabra que no fuese texto natural y literal. Estas eran únicamente las lenguas con que explicaba Fr. José sus conceptos, y aunque son bastantemente universales, no tanto que todos los que le oyesen le pudiesen entender. En medio de esto, no hubo persona de diferentes naciones é idiomas que fuese á consultar al lego Fr. José en sus dudas para alivio de sus necesidades, que no le entendiese claramente y venerase en él á un tiempo mismo las gracias especiales de interpretar con

facilidad y devocion las Escrituras Santas, y de ser entendidas sus palabras de sujetos de varias lenguas. Quiso Dios por último complemento acrisolar á su siervo con la prolongada enfermedad de ocho años, tres meses y nueve dias, llegando finalmente aquel feliz y dichoso instante en que tenia determinado, segun piadosamente creemos, colocarle en aquel soberano templo de la celestial Sion á Fr. José de San Benito, piedra preciosa y hermosa, llena de los más brillantes fondos de las virtudes, labrada en la más trabajosa peregrinacion de esta vida á golpes del duro diamante de la mortificacion, trabajos, dolores, persecuciones y desamparos del alma. No cogia desprevenida esta hora al hermano Fr. José, que como vigilante siervo, la estaba esperando con preparacion abundante de virtudes y fuego ardiente de caridad. Recibió los santos Sacramentos con toda devocion, y á los tres cuartos para las siete de la mañana del dia 18 de Noviembre de 1723 entregó su espíritu al Criador, puestos los brazos en cruz, la boca cerrada, pero los ojos abiertos, sin perder de vista el retrato que hemos dicho de la Vírgen Madre, con tanta paz y quietud, que más se podia llamar sueño que muerte. Murió Fr. José de San Benito, á los sesenta y ocho años, once meses y trece dias de su vida, teniendo cuarenta y cinco años y siete meses de hábito en la religion. Quedó su cuerpo tan hermoso, limpio y compuesto, que regocijaba el verle, habiendo reparado muchos, que si estando en la cama enfermo se hallaba pálido, flaco y macilento, muerto ya se descubria con color más vivo en el rostro, y su cara más risueña y afable que cuando vivia, no obstante de sus penosos y largos padecimientos; y causaba admiracion que habiendo estado ocho años y meses en una cama, no se sintió ni durante la enfermedad, ni despues de muerto, olor malo que ofendiese á los circunstantes; así es que cuantos le vieron ántes y despues de poner su cuerpo en el féretro, no tenian el menor reparo de tocar su rostro y manos flexibles, habiendo entre estos concurrido algunos tan tímidos, que se abstenian no solo de tocar, sino tambien de mirar semejantes objetos. Al dia siguiente se le dió honrosa sepultura en la basa que está al pie de las escaleras de la capilla de S. Bernardo. Se colocó su cuerpo en una caja de madera, y á su brazo izquierdo se ató con una cadenilla de hierro una cajita de hoja de lata, cerrada y soldada, en que se contenia el nombre, dia, mes y año de su fallecimiento, con otras notas que despues pudiesen servir en caso necesario, porque como siempre se tuvo en la comunidad en la mejor opinion, no era justo se perdiese con la muerte la memoria de su mérito. A los pocos años se hizo traslacion de la caja con el cuerpo á la capilla de nuestra Señora de la Concepcion, y se puso en sepultura separada, y es de esperar que este humilde lego, ya que pareció justo á los hombres, lo sea tambien en la presencia de Dios, y que viva como tal en su memoria eterna para que sea medianero

y protector en la eterna bienaventuranza, de los que vivimos áun peregrinos en el mundo.—G. A.

SAN BENITO (Fr. Juan de), del órden de Predicadores. Fué natural de una pequeña poblacion de la diócesis de Orleans, en Francia, denominada Saint-Benoit de Fleury, donde nació á mediados del siglo XIII. Recibió el hábito en el convento de la mencionada ciudad de Orleans, tomando el nombre de San Benito, en memoria del lugar de su nacimiento. Habiendo pasado á estudiar á la universidad de París, se distinguió muy pronto por su erudicion y sus conocimientos en la sagrada teología, mereciendo que su nombre se inscribiera en el catálogo de los laureados por la sacra facultad. Elevado á la clase de maestro, explicó por espacio de muchos años las divinas letras, tanto en los conventos de su Orden, como en las escuelas públicas de Orleans y de París, despachando al mismo tiempo muchas y muy graves consultas sobre diferentes asuntos, sin descuidar el ministerio de la predicacion. Tomó una parte muy activa en la ruidosa disputa suscitada en su tiempo con motivo de la bula del papa Martino IV, que concedia á los religiosos mendicantes de S. Francisco el privilegio de confesar en todas partes. Privilegio que combatió vigorosamente el obispo de Embien, debiéndose á las luces de Fr. Juan la terminacion de aquella disputa de un modo satisfactorio. Dejó escritos varios sermones que se conservaron por mucho tiempo en un códice de pergamino, en el convento de Dominicos de París. Ignórase el año de su muerte.—M. B.

SAN BENITO (P. Fr. Luis), religioso de la órden del Cister, natural de la ciudad de Oporto en Portugal. Tomó el hábito en el monasterio de S. Juan de Taroma, donde vivió y murió en 11 de Enero de 1767, dejando las obras siguientes: *Diccionario ministral de todos os ministros que tem havido no Reyno*; llega hasta la letra M inclusive, ms., fól.—*Relaçao dos effeitos que produzio na villa de Alcobaza, o terremoto do 1.° de Novembre de 1755*, ms.—S. B.

SAN BENITO (Fr. Pelayo de). No son á la verdad muy abundantes las noticias que tenemos de este distinguido monje benedictino; sin embargo, las pocas que nos han llegado son más que suficientes para acreditarle como hombre de doctrina y de virtud. Efectivamente, prescindiendo de sus antecedentes y considerando solo que ingresó en el monasterio de monjes benedictinos que habia cerca del rio Arlanza, se comprenderá que su vocacion habia de ser decididamente para una vida austera y conforme en un todo al espíritu del gran patriarca S. Benito, porque para gloria suya debe decirse, que si bien es cierto que todos los monasterios á porfia han tenido su conato y puesto su esmero en conservar todo el instituto benedictino en su primitiva observancia, esta casa, ornamento de la provincia de Burgos, puso

siempre aún mayor esmero que otras, favoreciéndola en mucho su misma posicion topográfica, pues está en lo escarpado de un cerrito donde no tienen los religiosos comunicacion con ningun pueblo, si bien tienen muy cerca algunos en que proveerse de lo necesario, y donde dedicarse á los ejercicios propios de su elevado y siempre sublime ministerio. Pues bien: en esta santa casa ingresó nuestro buen Pelayo, habiendo querido tomar el nombre de su santo patriarca, segun su intento, para que tan excelso nombre le diera aliento y brios para cumplir los importantes cargos de su ministerio, segun despues se vió, para dar nuevo lustre á este mismo ya tan glorioso nombre, por haberle llevado un varon como el de cuya vida nos ocupamos. Desde luego pareció bien á los religiosos el jóven cuando se presentó á pretender, mas nunca creyeron ni que sería del provecho que fué, ni que vendria á la religion tan educado en la virtud como vieron lo estaba desde el momento mismo de su ingreso en ella. Por supuesto que en el noviciado no tuvo que aprender cosa alguna, ántes por el contrario, muchos Padres que llevaban ya años y años de religion, tuvieron que recibir de él instrucciones, no de una manera directa, pues esto no se lo permitió él nunca hasta que estuvo obligado á ello por su oficio, pero sí indirectamente, porque como sus obras no podian hacerse en lo oculto, acusaban á aquellos á quienes no eran habituales las buenas acciones y perfecto desempeño de sus cargos en que se veia brillar al jóven novicio. Llegó la ocasion de que profesára, y lo hizo con indecible contento, no solo suyo, sino de sus superiores, que con razon esperaban que sería un operario útil en aquella casa, y cuyos esfuerzos le habian de procurar acrecentamiento de gloria, en justa recompensa á la gloria de Dios que él buscaba con tan exquisita diligencia. Cuando ingresó en la religion, manifestó que sus deseos eran ser monje lego para ocuparse en los ministerios precisos de la casa, toda vez que no se creia con dotes para la carrera de las ciencias ó de la predicacion evangélica; mas los superiores, que le habian observado durante el tiempo de su probacion, desatendieron, como no podian ménos, sus pretensiones, y obligándole por virtud de santa obediencia, le hicieron aprender primero las humanidades y filosofía, que ya traia estudiadas, pero que no lo habia hecho por el método que se acostumbra en la Orden, y despues sagrada teología, en cuyos estudios se distinguió mostrando una capacidad nada vulgar y una aplicacion muy conforme á su talento; por lo cual se distinguió en todos los actos públicos que hubo de sostener, y áun en otras ocasiones en que los maestros presentan sus discípulos para lucir en ellos los adelantos que les procuran. Aun cuando Pelayo vió que le dedicaban á estudios, no se figuró que sería para obligarle á ascender al sagrado órden del presbiterado, así es que al recibir noticia de que iba á ser ordenado de subdiácono, despues de diácono

y luego de sacerdote, se perturbó completamente, porque él no solo no aspiraba á tanta dicha, sino que repetidísimamente confesaba no ser acreedor á ella. Mas la obediencia que le impelió á ser estudiante, le obligó á ser sacerdote, y el feliz éxito que lograron sus estudios, le logró tambien en el ejercicio de los importantes cuanto difíciles cargos de su vida sacerdotal. Por supuesto que al momento de ser ordenado, tanto sus prelados cuanto el obispo de la diócesis, que lo era el arzobispo de Burgos, por estar en su territorio enclavado el monasterio, le obligaron á que predicára y confesára, y tuvieron en esto grande acierto, porque á su donaire natural se agregaba su ciencia, y esta acrecia cada vez más, no solo porque estaba contínuamente estudiando en los libros, sino porque tambien estudiaba mucho en el verdadero libro de vida, que alienta al religioso para cumplir sus votos, y al sacerdote para llenar sus deberes; en el crucifijo donde se adquiere una ilustracion superior á la que pueden darnos los demás estúdios, porque al paso que la de estos es ciencia humana, consecuencia de los desvelos del hombre, aquella es ciencia divina, clarísimo destello de la gracia, bondad y misericordia, no como quiera de un ser destinado á nuestra guia, sino de un Dios, Señor del universo, sabio con la sabiduría eterno, é infinito en sus perfecciones, de las que hace participante á quien enseña para su gloria. Muchísimo, pues, valian por tal motivo las pláticas y amonestaciones que á toda clase de gentes dirigia nuestro P. Pelayo siempre que se presentaba ocasion para ello, y muchísimo hubiese estimado la Orden poder dedicar constantemente á este tan útil operario al ejercicio de su ministerio sin ninguna otra atencion; mas esto fué imposible, se halló vacante el cargo de maestro de novicios en el monasterio de S. Pedro Apóstol, que era en el que residia, y ni de la casa ni de fuera se halló otro sujeto más á propósito para desempeñar tan importante cargo; así es que áun cuando él lo rehusó cuanto pudo, al cabo tuvo que resignarse á aceptarle, porque vió interesado en ello el bien de su querida comunidad, y esto, como no podia ménos, pesaba mucho en la balanza de su acreditada rectitud. Todos comprendieron que el nombrarle tal maestro de novicios sería un paso de gran provecho para estos; pero nadie á la verdad se pensó en que sería todo lo que fué, pues vino á ser, como si dijéramos, el medio de perfeccionarse toda la provincia, y decimos perfeccionarse, porque sería hacer una injuria á la sagrada religion benedictina, si profiriéramos una sola expresion que pusiera en duda la rectitud, observancia y esmero con que todos á porfía procuraban cada cual en su línea el enaltecimienio de tan excelente instituto. Los medios de que se valió nuestro buen P. Pelayo fueron predicar con el ejemplo, no tolerar el más pequeño desliz sin aplicarle su debido correctivo, y este no exasperando, sino alentando y atrayendo al que se habia extraviado, teniendo gran tino y suma

dulzura con aquellos que por sus particulares circunstancias no podian más de lo que hacian, áun cuando hacian muy poco, pero siendo inexorable con los que se portaban mal por malicia. Así es que todos sus súbditos le querian entrañablemente, y su conducta hizo que se formára un plantel de jóvenes virtuosísimos, dignos herederos de las grandes dotes de los que habian ilustrado á la religion benedictina, tanto por sus acciones heróicas de virtud concentrada, por decirlo así, en el fondo de los monasterios, cuanto por los ejemplos públicos con que muchos se acreditaron. Consiguiente á esta manera de portarse era el que quisiese toda la comunidad experimentar los efectos de su cuidado diligentísimo y de su afecto entrañable para con todos; así es que despues que hubo sido maestro de novicios por algunos años, le nombraron por unanimidad abad de su mismo monasterio, y si como maestro de novicios se habia portado excelentemente, no ménos bien se portó como abad, pues mirando en cada uno de sus monjes á un hijo suyo, se portaba con ellos lo mismo que si fuera su padre, y este afecto, este cuidadoso esmero con que atendia á remediar sus menores necesidades, hacia que todos depositáran en él su confianza de tal suerte, que no miraban en él al superior que debia sujetarlos, y que como tal superior impone siempre, sino al amigo benéfico que siempre estaba al lado de cada cual, cualesquiera que fuesen las necesidades más ó ménos perentorias. Esta conducta era motivo de que cuantas veces hubo de verificarse eleccion miéntras vivió el P. Pelayo, otras tantas se le reeligiera para el cargo, en lo cual algunas veces se desconsolaba, porque en su profunda humildad pensaba siempre que cualesquiera otro habria cumplido mucho mejor que él su difícil y elevado ministerio. No le valieron ni excusas ni pretextos, tuvo que resignarse á ser abad miéntras Dios le conservó la vida, cuya vida se concluyó como toda habia pasado, no solo en el servicio y gloria de Dios, sino con grande edificacion de cuantos presenciaron su muerte. Fué esta sentidísima, porque habia logrado el afecto de cuantos le conocieron, y en verdad lo merecia por las virtudes en que se ejercitó y que llevamos apuntadas. Sus honras fueron tan suntuosas como merecian su dignidad y su persona, y su memoria quedó imperecedera, ya por sus hechos, ya tambien por una obra que escribió bajo el título de *Sumario de oracion en que para cada mañana y tarde se ponen en práctica dos ejercicios de ella, con un modo fácil de rezar con provecho el Oficio divino mayor y menor, y el Rosario y Corona de nuestra Señora;* impreso en Burgos, año de 1626: obra por todos conceptos digna del muy Rdo. P. Pelayo de S. Benito, y que acrecentó la reputacion de que ya gozaba.—G. R.

SAN BERNARDINO (Fr. Francisco Luengo de), religioso mínimo de la provincia de Castilla; fué prefecto de su Orden en España, y publicó una obra en latin. V. Luengo de San Bernardino (Fr. Francisco).

SAN BERNARDO (P. Fr.). Nació en la parroquia de S. Miguel, y se bautizó á 15 de Junio de 1689, hijo de Manuel Jimenez y de Doña María Andaria, vecinos de Madrid. Tomó el hábito de trinitario descalzo en el convento de Toledo á 20 de Agosto de 1704, y profesó en el de Madrid en 23 de Agosto del año siguiente. Su talento fué prodigioso, especialmente para la poesía latina, castellana é italiana. Poseia en esto tanta facilidad, que cuando su maestro de filosofía y teología, que fué el Ilmo. D. Fr. Miguel de San José, dictaba las materias de estas dos ciencias, él las convertia de repente en versos de las tres lenguas; y reprendiéndole aquel por esto, le respondió con el epígrama siguiente:

Quid me reprendis, semper quid inutile damnas,
Chare Pater, Musæ plectro, lyrasque sequi.
Ceu Canis é Nilo furtive Aganippidos midas
Gusto falax, me etsi Musa pudica vocat.
Suique frui Musis, Pater; est Deus ipse poeta:
Mensura numero pondere cuncta facit.

Esta natural aficion no le obstó para que fuese excelente filósofo, teólogo y humanista, áun en la edad de veintitres años, en que hallándose estudiando en su colegio de Alcalá, y ordenado de diácono, le perdió la Orden por el año de 1713. Escribió: *Mathaidos opus heroicum, seu vita S. Joannis de Matha;* en verso exámetro, y nueve libros que dió á luz D. Sebastian de las Casas y Llerena, en Leon de Francia, 1713, en 8.°—*Epygrammatum quatuor libri* á varias personas que vivian en el principio de este siglo, impresos junto con la obra antecedente. El editor de estas obras asegura en el prólogo que el autor estaba trabajando otras dos, que eran *Floridorum lib. IV, y Vergel Sacro-político-moral.*—A. y B.

SAN BERNARDO (V. P. Alejandro Novasi), sacerdote de las Escuelas pias, superior de muchas casas de su instituto en Italia y Alemania. Véase Novasi de San Bernardo (P. Alejandro).—S. B.

SAN BERNARDO (Fr. Benedicto de), religioso cisterciense, natural de Castro Dayro, en Portugal. Tomó el hábito en el monasterio de Salcedas, donde vivió dejando manuscritas las obras siguientes: *Fundaçao do convento de S. Bernardo de Tavira.—Summario do Cartorio de Alcobaza.—Formulario de varias cartas*, etc.—*Summario de Cartorio de San Bernardo de Coimbra.—Radius Bibliothecæ Alcobaciensis.—Radiolorum radii Bib.—De Oratoris, Eremitis, seu Capellis monachorum.—Indulta apostolica pro Alcobaciensi monasterio.*—S. B.

SANBIASI (P. Francisco), de la Compañía de Jesus. Nació en Cosenza,

Italia, y desde sus primeros años dió decididas muestras de su amor á la piedad y la erudicion. Entró en la Compañía siendo aún muy jóven, y se dió á conocer por su grande abnegacion y su celo por la salvacion de las almas; siguió sus estudios con aprovechamiento, y fué ordenado de sacerdote, lo que deseaba para dedicarse á las misiones. Enviado á la China, emprendió allí su carrera de misionero con los mejores resultados, siendo uno de los que más se distinguieron en la corte del celeste Imperio. Su vasto saber, su vida ejemplar y su anhelo y decision por la salvacion de las almas, le movieron mucho en su cometido, llegando á ser estimado de todos los grandes y personas principales de aquella capital. Cuando los Padres de la Compañía fueron desterrados de Pekin á Macao, Sanbiasi quedó oculto para continuar sus santas tareas, y en efecto no pudo elegirse obrero más fiel y celoso, ni persona más á propósito para desempeñar dignamente su cometido. Sanbiasi, aunque oculto y corriendo toda clase de peligros, no cesaba un momento en trabajar en el consuelo de los cristianos y en buscar nuevos neófitos. Celebraba el santo sacrificio de la Misa, explicaba la doctrina y procuraba catequizar á todos los que encontraba en circunstancias favorables. Para esto tenia que usar todo género de ardides, y gracias á su profundo conocimiento de la lengua del país no llegó á ser descubierto, mas no por eso dejó de pasar mil afanes y de verse en más de una ocasion á punto de perder la vida. Grandes fueron sus trabajos en este período, y por ellos mereció bien de la Compañía y de la humanidad, ¿pues quién sino un religioso, que trabajaba única y exclusivamente en su beneficio, se hubiera atrevido á quedarse solo en un país desconocido, entre personas de dudosa fidelidad, para conservar unos cuantos cristianos en la ley de Jesucristo y atraer otros nuevos, si posible le fuera, al rebaño de la Iglesia? Jamás nos cansaremos de elogiar los trabajos de los misioneros que abandonando su patria, sus costumbres y hasta el alimento á que estan habituados, corren á extraños países donde todo es contrario á su naturaleza, donde no encuentran un verdadero amigo, una persona conocida que les dé una esperanza ni consuelo. Sanbiasi fué uno de estos gloriosos héroes, cuya carrera erizada de espinas y dificultades, solo sirvió para aumentar el brillo de su corona. Cuando despues de haber permanecido algunos años solo por el destierro de sus compañeros, volvieron estos á Pekin, pudo dar por terminados sus trabajos; sin embargo, aún los continuó con mayor celo, dándoles cuenta no solo de lo que habia hecho, sino de lo que habia preparado, abundante campo que encontraron en flor, y que no tuvieron más que dejar secarse para segarlo, cogiendo una abundante cosecha. Pocos años sobrevivió Sanbiasi á este acontecimiento, muriendo víctima de su celo y de su laboriosidad. Habia publicado algunos tratados en chino sobre *el alma*, *el sueño* y *la pintura*. —S. B.

SANBIASI ó S. Blas (Fr. Gerónimo), dominico siciliano, natural de Cosenza. Pertenecia á una antigua y esclarecida familia que se habia distinguido por los servicios prestados á su patria y religion. Sus padres, Flaminio Pedro Vicencio y Julia de i Passalaqua, dedicaron á la Iglesia sus numerosos hijos, siendo solamente el menor el que continuó la sucesion de su casa. Educado Gerónimo en el ejercicio de las santas virtudes, desde su niñez manifestó su vocacion á tomar el hábito religioso, separándose de los juegos y pasatiempos propios de los niños de su edad, y consagrándose exclusivamente al servicio de su Dios y religion, y así aunque sus compañeros procuraban distraerle, llamándole á su lado siempre que se presentaba una ocasion que excitaba su gusto ó su curiosidad, huia él constantemente de ellos, retirándose en los dias más solemnes al fondo de una iglesia, donde á pesar de su corta edad, prestaba aquellos servicios que permitian sus débiles fuerzas. Comenzó de consiguiente á ser amado de los religiosos, que le miraban como á un verdadero hijo, y trabajaban por inculcarle las máximas de la santa piedad, máximas que hallaban fácil entrada en un corazon dispuesto á recoger la semilla que la prudente mano del obrero evangélico sabia verter en él. No han faltado en nuestro siglo, como tampoco en los anteriores, hombres que han atacado con todas las fuerzas de su inteligencia la educacion dada por los religiosos, suponiéndola una extralimitacion de los deberes de personas cuyo único y principal objeto debe ser la oracion y la contemplacion. Pero este error en que han caido inteligencias de primer órden, como una bola de nieve se deshace en cuanto le hiere el primer rayo del sol. Desde luego nadie puede negar que á los religiosos pertenece la educacion de las personas que piensan seguir su estado y consagrarse al servicio de los altares; lo contrario seria querer que un clérigo estudiase en un colegio de cadetes y un médico en una escuela de tauromaquia. Cada clase tiene sus necesidades, sus hábitos y sus costumbres, y nada más natural que las personas que á ella pertenecen sean los encargados de enseñar y dirigir á los que han de sucederles, á los que han de caminar por las sendas que ellos han recorrido, solo así se concibe que pueden hacerlo con acierto y conocimiento de causa, y que en su dia sustituyan dignamente á los que tan gloriosamente le precedieron. Esta verdad, que es absoluta en cuanto á las personas de la misma carrera, lo es relativa cuando se trata de personas destinadas á diferentes estudios. Ciertamente que no debe pretenderse que el clero regular ni secular se encargue de la enseñanza facultativa, que no podria llevar á cabo con seguros resultados, mas en cuanto á la instruccion primaria y elemental está fuera de toda duda que á él le pertenece con inequívoco derecho. Los niños necesitan maestros que se dediquen única y exclusivamente á enseñarles y doctrinarlos, á implantar en ellos las costumbres de que depende

la felicidad de su vida. Un hombre honrado encuentra buena acogida en todas partes, miéntras el que no lo es corre grande peligro de ser arrojado de la sociedad apénas se descubran sus criminales faltas, y áun cuando sea admitido entre sus iguales, hasta estos le declararán si no olvida sus perversos sentimientos, pues no podrán alternar con él por faltar á la fidelidad y lealtad debida. La misma hipocresía de que se ha acusado á la enseñanza en ciertos siglos, tiene grandes ventajas sobre la osadía y el descaro, pues el hipócrita tendrá que obrar muchas veces bien, aunque no sea más que por cubrir las apariencias, y sus faltas se escapan con frecuencia á los que no estan en antecedentes ó no tienen el suficiente mundo para conocerlas. Siendo esto una ventaja sobre el sistema contrario, pues la horrible y desnuda verdad puesta á la vista y al alcance de todos, siempre tendrá las más funestas consecuencias. La educacion debe caminar entre ambos escollos, y solo una persona desinteresada y desapegada de la tierra por su vida particular puede llevarla á cabo dignamente. De esto pudieran citarse muchos ejemplos, y no es ciertamente el siglo en que vivimos en el que ménos abundan. El que alcanzó Sanbiasi, más inocente ó sencillo, no habia negado aún á los religiosos los derechos que legítimamente ejercian, y así que fué educado por ellos quien entre ellos estaba llamado á vivir. Así es que adquirió sus hábitos y costumbres y profesó su regla mucho ántes de haberse ligado con ningun voto, y cuando en su juventud vistió el hábito en el convento de Cosenza, su patria, nada tenia ya que aprender, nada que saber de cuanto se refiere á las obligaciones de un verdadero religioso. Su noviciado fué por lo tanto cual no podia ménos de esperarse de sus buenos antecedentes. Humilde, obediente y afable, no tenia otra voluntad que la de sus superiores, en cuyas manos habia renunciado la suya propia, y procurando ser el último de todos, á todos servia como á sus hermanos en Jesucristo. Nada se le importaba su elevada clase y dignidades, nada los cargos que ejercia su familia, ántes bien por esto se creia más obligado á manifestar mayor humildad para distinguirse entre los humildes. Consiguiólo indudablemente, y sus superiores, no teniendo en él nada que corregir, le animaban á seguir con avanzados pasos en el camino de la perfeccion en que rayó á grande altura áun ántes de salir del noviciado, segun se infiere de las noticias que acerca de él nos han dejado acreditados autores. Cuando profesó y comenzó sus estudios, procuró adelantar en ellos conforme al objeto de su instituto, pues llamado á la enseñanza y predicacion, no debia perder un momento por colocarse al lado de los ilustres predicadores y maestros que su religion habia producido. Destinado á ser uno de ellos, se consagró con el mayor celo y ardor á los estudios, y en un breve período hizo los más rápidos adelantos, mereciendo la consideracion de sus profesores y de toda su Orden, que en el

capítulo general reunido en Roma en 1629, le confirió el grado de maestro. Fué entónces destinado á la enseñanza, y se le nombró regente de estudios de su convento de Cosenza, cargo que desempeñó durante un largo período con un celo y acierto que mereció generales elogios y las simpatías de sus compatriotas. En esta época fué en la que se dedicó á escribir la única obra que de él nos es conocida, y aumentó en gran manera su popularidad, pues refiriéndose á la nobleza de su patria era un asunto que siempre debia encontrar eco en los corazones de los que en ella habian nacido y vivido: no por esto olvidó sus deberes religiosos, pues aunque sus muchas ocupaciones apénas le dejasen tiempo para dedicarse á lo que no las atañia, sin embargo, áun en sus horas de ocio se consagraba á la predicacion y á las prácticas religiosas, no faltando desde luego nunca á ninguna de las que le impusiera su regla ó las costumbres de su convento. Como predicador fué en extremo celoso de la honra de Dios, de repartir el pan de la divina palabra y contribuir á la edificacion de los fieles. No es ciertamente bajo este concepto por el que se le elogia más generalmente, pues aunque es de suponer que en sus vastos estudios y no ménos vasta capacidad, no careceria de ninguna de las prendas que constituyen un orador perfecto, es indudable, sin embargo, que no habiendo merecido á sus contemporáneos grandes elogios por este concepto, no se los debe dar la posteridad careciendo de datos para ello. Sus demás cualidades, como su extraordinaria caridad, su amor, como ya hemos dicho, á las prácticas religiosas, circunstancias son que no deben omitirse en este trabajo y que nosotros nos apresuramos á detallar, si no con extension, tal como han llegado á nuestra noticia. Siempre fué el primero en acudir á todos los actos de su comunidad y el último en retirarse de ellos. Asiduo y constante en la oracion, no ménos asiduo en las penitencias y mortificaciones, así labró la corona que debia conducirle á la inmortalidad, corona digna y gloriosa, y que no son los que le hemos sucedido los que debemos negársela. Ignórase la fecha de su muerte lo mismo que las demás circunstancias de su vida, sabiéndose únicamente el título de la obra que compuso y á que arriba nos referimos, que es el siguiente: *Ragguaglio di Cosenza é di trent'una me nobili famiglie;* Nápoles, viuda de Lázaro, 1639, en 4.°—S. B.

SAN BLAS (Fr. Domingo de), misionero dominico, tomó el hábito en el convento de S. Pablo de Sevilla, y en 1594 pasó á las Filipinas, siendo en ellas de grande provecho espiritual para los indios, cuyo idioma aprendió lo suficiente para entenderse con ellos y enseñarles á rezar y atraer á los cristianos á la Iglesia, y á los infieles á aprender el catecismo, y á todos les enseñaba á rezar y animaba al bien con el maravilloso ejemplo de su vida. Era muy dado á la oracion y muy fervoroso en ella, y muchas las lágrimas que

derramaba acompañadas de ardientes suspiros que el humilde religioso procuraba reprimir cuanto podia por ocultarlos de su compañero, que era el P. Fr. Ambrosio de la Madre de Dios; mas no era posible detenerlos tanto que no brotasen luego de modo que se echase de ver que violentamente procuraba disimular; y así el P. Fr. Ambrosio le dijo, que viviendo los dos solos y como hermanos, no habia porqué guardarse el uno del otro, ni porqué encubrirse sus ejercicios, particularmente siendo el P. Fr. Antonio su prelado y su confesor, y á quien no se deben ocultar no solo las cosas exteriores sino las interiores que pasan á el alma con Dios, y así dijo, que sin recatarse de él tuviese su oracion como el Señor le ayudase, y procurase seguir con Dios como mejor pudiese. Con esta licencia se deshacia en sollozos y se le derretia el corazon de lágrimas, encaminadas principalmente á la conversion de los indios y perfeccion cristiana de los ya bautizados. Dos cosas muy memorables, dice la Crónica, sucedieron en el pueblo de Pata, viviendo este hermano allí, y entrambas se atribuyeron á él por su mucha virtud y eficacia en la oracion. La primera fué, que estando un dia del Patriarca Sto. Domingo sin cosa alguna para dar de comer al P. Fr. Ambrosio que con él estaba, el hermano á cuyo cargo tocaba este sustento se afligió mucho, no porque no fuese esto muy ordinario, sino porque en tan solemne y alegre dia le parecia que debió tener prevenida alguna cosa de huevos ó de pescado, y no dar solo yerbas cocidas con agua como en otros dias se hacia por no tener otra cosa. Juzgó el Señor por puesta en razon la tristeza del hermano, y consolóle como suele, y á esta hora entró un indio que nunca acudia á casa ni era cristiano, y presentóle un gran pescado que en aquella tierra los españoles llaman bobo y es muy regalado, con que no solo tuvieron los religiosos comida, sino mucho que considerar y alabar al Señor, porque en aquel pueblo nunca, ántes ni despues, se cogió pescado de aquella especie, ni el indio era conocido, ni jamás habia traido tal presente, con que echaron de ver que los habia convidado el Señor aquel dia por que el hermano Fr. Domingo no estuviese triste en dia tan alegre. La segunda cosa fué que aquella misma tarde vino un indio cristiano á pedir licencia para ir á casa de unos infieles á llorar á un difunto que habian traido de la sementera, muerto de repente y sin bautismo. Mucha pena recibió de esto el P. Fr. Ambrosio, y procuró saber si estaba todo muerto, porque algunas veces los indios llaman muerto al que está ya acabando, y el indio respondió, que del todo estaba muerto, y como á tal le estaban llorando. Llamó el P. Fr. Ambrosio al hermano, y contóle el caso con gran pena de que se les hubiese muerto aquel indio sin bautismo ni esperanza de salvarse, y determinaron de irle á ver, y por si acaso no era muerto le iban encomendando al Señor y pidiéndole usase con él de su infinita misericordia. En llegando

á casa del difunto y viéndole, no hallaron en él señal de vida y todos asentaban que estaba muerto; con lo cual hicieron más fuerza á rogar á Dios por él con grande ahinco puestos de rodillas, y poniendo por intercesor á nuestro P. Sto. Domingo, cuyo dia era aquel. Fuéles ocasion de pedirlo con más instancia, ver que el indio era el que les habia presentado aquel dia el pescado que habian comido, y estando aún en oracion, se levantó el indio vivo á vista de todos los presentes, y con grandísima admiracion suya por haberle juzgado todos por difunto, y él quedó sano y acudió de allí en adelante á la iglesia para aprender el rezo, y se bautizó y fué buen cristiano. Todo lo cual el P. Fr. Ambrosio atribuyó á la virtud y oracion del hermano Fr. Domingo, el cual por ayudar á los pobres indios no perdonaba trabajo ninguno, y por esto era forzoso andar al sol, que en aquella tierra abrasa con exceso, de lo cual enfermó y le salió el fuego al rostro, y viéndole necesitado de curar, le llevaron al convento de Manila desde la doctrina de Abulug, donde residia y habia sido el primer misionero. Pero aumentándose la enfermedad, recibió con mucha devocion los santos Sacramentos, y trocó esta vida por la eterna, dejando gran nombre de santidad y virtud.—S. B.

SAN BONET (Juan de). Nació este jesuita en Lion hácia el 1643, y merece bien un lugar en esta obra, como le mereció á Mr. Michaud en su *Biografía Universal Francesa*, por haber contribuido más que nadie á la formacion de un observatorio en su patria, establecimiento muy útil, que subsistió hasta el año 1794. En íntima amistad con el sabio y célebre astrónomo Domingo Cavini, y apasionado á las matemáticas, ciencia que enseñaba con distincion, concibió el P. Saint-Bonet la idea de hacer levantar un observatorio en el colegio de la Trinidad. Concebido el pensamiento, él mismo trazó el plan, que aprobaron los magistrados de la ciudad, y uniendo á la suma que se le acordó por el ayuntamiento para llevar á cabo la construccion que propuso, cuanto dinero propio le permitia disponer su pequeñísima fortuna, tuvo la satisfaccion de que se pusiese en ejecucion un proyecto del que estaba seguro se habian de sacar utilísimas ventajas para la ciencia. Lleno de gozo al ver adelantar las obras, fué un dia á visitarlas, y teniendo la desgracia de que se saltase una maroma de la cabria, dió contra él tan fuerte sacudida, que arrojándole al suelo con gran violencia, se rompió una pierna en la caida; de suyas resultas murió pocos dias despues, el año 1703, á la edad de sesenta años: ciertamente que Dios no queria tuviese la satisfaccion de ver acabada una obra que tanto le halagaba. Habia el P. Saint-Benet adoptado los principios de la filosofía de Descartes; pero convenia, segun su biógrafo Weis, en que la docilidad é inteligencia del perro de la casa de campo de los jesuitas, eran argumentos que jamás habia podido resolver. Dejó muchas obras que se conservaban en los registros de la Academia de

Lion, de cuya asociacion científica habia sido uno de los fundadores.—C.

SAN BUENAVENTURA (H. Fr. Bartolomé de), de la órden de la Santísima Trinidad. Fué natural de Villanueva de la Jara, obispado de Cuenca. Tomó el hábito en Valdepeñas, y desde los primeros dias se le imprimieron de tal modo las costumbres de la reforma, que parecia religioso antiguo. Tan ejemplarmente procedia, que ofreciéndose entónces la fundacion de Baeza, le envió á ella el V. P. Fr. Juan Bautista. Allí participó de los grandes trabajos que se padecieron, abrazándolos con singular gusto, estimando la suma pobreza que habia por la mayor riqueza, y las incomodidades por delicias y regalo. Poseia con excelencia aquellas dos virtudes que son inseparables, la humildad y obediencia, mostrando con su exterior sumision su interior rendimiento á la voluntad del superior; acudia á los oficios y ocupaciones de su estado con cuidado y diligencia. Como lego trabajaba infatigablemente, y á pesar de ser tan continuo, no se valia de él para pedir exenciones y alivios, ni tomaba de aquí ocasion para faltar en otras obligaciones, ni se descuidó de sujetar su cuerpo con largas vigilias, con ayunos, cilicios y disciplinas extraordinarias. Vivió casi siempre en Socuéllamos; su modestia admiraba á todos, siendo tan mortificado, que jamás levantaba la vista del suelo. Se dió muy de veras á la oracion. Levantóle la infinita liberalidad á la alteza de la contemplacion, y comunicábasele de modo, que en la iglesia, en el coro, hablando y comiendo se quedaba arrobado con no pequeña mortificacion suya, que como tan humilde lo sentia con extremo; pero no estaba en su mano el excusarlo. En estas ocasiones derramaba una lluvia de lágrimas, que corrian por su rostro, y la ternura de los ojos manifestaba el fuego de amor divino que ablandaba su pecho. Llegóse el dichoso fin de su jornada. En la última enfermedad ejercitó nuestro Señor á su siervo; padeció mucho con rara paciencia, hizo una fervorosa confesion de la fe, de cuyos misterios habia tenido muy altos conocimienlos, y despues de haber recibido los santos Sacramentos con singular devocion, dió feliz remate á su carrera. Murió el año de 1630, á los cincuenta de su edad, y veinticuatro de religioso. Fué enterrado en el convento de Socuéllamos.—A. L.

SAN BUENAVENTURA (Fr. Francisco de). Dotado de un excelente corazon, y comprendiendo que las cosas del mundo son muy fútiles, y que por seguir sus vanidades y aspiraciones no se logra sino la ruina del corazon en la pérdida de los tesoros de la gracia, que fácilmente se disipan acudiendo á los deseos siempre inícuos del mundo, resolvió dar de mano á este mundo mismo, negándose, si era preciso, áun á sí propio y bajo la rígida severidad de la virtud, procurando el enaltecimiento del corazon, para que haciendo de él una ofrenda digna de Dios, se le pudiese en verdad consagrar esta misma parte más excelente de la criatura racional. Con muchísima diligen-

cia examinó cuáles serían los caminos por donde habia de llegar mejor á su apetecido fin; examinó todos los institutos religiosos, que habia en Andalucía, provincia muy fecunda en verdad en santos y en casas donde la santidad se aprende y se practica; y despues de un maduro exámen escogió la reforma de los religiosos de S. Francisco, para en esta gran familia aprender y á su vez enseñar á los demás las virtudes que lleven á Dios. No pareció muy bien á su familia esta resolucion, pues unos de sus miembros hubieran querido que no fuese religioso, otros que hubiera sido clérigo secular, y algunos que otros se hubiesen dado por satisfechos con que hubiera aceptado un instituto ménos rígido; mas como Fr. Francisco no pensaba sino en su perfeccion, y allí creia que se aseguraba, estimó en poco los dichos de sus parientes, y siguió su vocacion; no sin que esta misma circunstancia de no seguirla á gusto de los suyos le hiciese sufrir algo, pues que si bien no le retrasó para nada ni su ingreso ni su profesion, dió lugar á que algunos Padres, considerando como ligereza su determinacion, no se prestasen al principio tan propicios como debian á secundar sus designios. Pero hizo su noviciado, y durante él tuvieron todos ocasion de conocer que Fr. Francisco era llamado por Dios á aquel instituto, y por consiguiente todos fueron muy gustosos en que le abrazára, tanto más, cuanto que todos se prometieron que seria muy útil á la religion Seráfica y al comun de los fieles, pues para todos serian sus doctrinas y sus ejemplos, que ambas cosas fueron muy de provecho y edificantísimas. No determinó cuando ingresó el concepto en que entraba en aquella sagrada religion, y tan satisfecho hubiese estado si como lego le hubiesen destinado á los ministerios más penosos y difíciles, que cuando vió que poniéndole á estudios le destinaban para el sacerdocio, y esto se comprende muy bien. Fr. Francisco no llevaba al convento otro designio que hacer la voluntad de Dios, y sabia que este loabilísimo beneplácito se cumplia de cualquiera manera con tal que la obediencia fuese quien guiára al religioso; así es que se contentó mucho al saber su destino, pero no se hubiese apesadumbrado aunque le hubiesen puesto á cualquier otra cosa. Estudió con mucho provecho no solo humanidades, filosofía y teología moral, que era lo que hacian en su Orden, que aprendieran los que eran destinados á servir el púlpito y el confesonario, sino teología dogmática, escritura y los demás tratados con que se prevenian los religiosos para desempeñar los cargos de lectores, superiores y presentados. En todos sus estudios se manifestó muy aplicado, y aprovechó muchísimo, tanto que mereció el distinguido lauro de sustituir á sus maestros en el desempeño de sus cátedras cuando por cualquier motivo no podia asistir á regentarlas. Por supuesto que en tanto se le confirieron los órdenes sagrados, y tuvo que ejercer desde luego los importantes oficios de tan elevado ministerio. No describiremos la exactitud

con que se dispuso, ni la devocion con que celebró su primesa Misa, porque esto se infiere de su natural exactitud en hacer todo lo que dice relacion de su solemne compromiso con el Eterno, para observar el cual fué sumamente exacto. Desde que en el confesonario comprendió los estragos que el desmedido apetito del lujo produce en todas las clases de la sociedad, se armó de un santo celo contra este terrible enemigo de las almas, y al paso que en particular le atacaba aconsejando con grande acierto á cuantos á él se llegaban, en general le combatia con un precioso libro que publicó en Sevilla en 1644, y que llevó por título: *Breve tratado del adorno del alma y descuido del cuerpo*. Muchísimo apreciaron sus superiores los desvelos que sufrió para el cumplimiento de su altísimo ministerio, y hubieran querido conferirle algunos cargos honoríficos en su religion, si á ello no se hubiera opuesto abiertamente; por lo que como simple religioso murió, habiéndose acreditado como hombre de virtud y de no menor ciencia. — G. R.

SAN BUENAVENTURA (D. Fr. Francisco de), religioso franciscano y obispo auxiliar de Cuba. Nació en Sevilla y fué hijo de D. Juan Martinez de Tejada y de Doña Jacinta de Velasco, de antigua y notoria nobleza. En su juventud pidió el hábito para religioso lego en el convento de nuestra Señora del Valle, de los religiosos observantes franciscanos de su patria, y aunque su padre se opuso decididamente á ello, vió al fin logrados sus deseos, pues fué recibido para religioso, aunque corista, y no lego como deseaba. Dedicado á los estudios, hizo en ellos rápidos adelantos en un breve período, siendo nombrado despúes catedrático de artes y teología, puesto que ocupó de una manera en extremo ventajosa para su Orden. Entónces sus superiores, deseosos de premiar su celo y acierto, le eligieron para algunas prelacias, en que se distinguió tambien, manifestando su celo por la observancia y disciplina regular. Ignóranse las circunstancias de su viaje á América, donde probablemente pasó como misionero, pues los Hijos ilustres de Sevilla, de donde tomamos estos apuntes, solo nos dicen, al llegar aqui, que fué nombrado obispo auxiliar de Cuba, con residencia en la Florida. Consagróle en Méjico el Excmo. Sr. D. Juan de Bizarron, arzobispo de aquella ciudad, é hízole vivas instancias y ventajosos partidos para que quedase en su compañía, pero se mantuvo firme en ir á la Florida, no obstante las incomodidades que esperaba. De manera que nada podemos decir de las causas de su viaje á América, y sus hechos en aquel continente hasta obtener la mitra. «En el viaje á dicha provincia, continúa el citado autor, arribó á Yucatan, cuya iglesia habia veintidos años carecia de obispo. Compadecióse el caritativo prelado, predicó el Evangelio, consagró óleos, y convocando á confirmaciones, confirió este sacramento á setenta y cinco mil personas. Ofrecieron todas el estipendio acostumbrado; la indigencia en que se hallaba el Obispo

era patente, pues habia perdido en la mar lo más de su equipaje; su renta era escasa, y le restaba aún mucho viaje que hacer; pero no permitió recibir, ni que sus familiares recibieran el más mínimo don. Estando en la Florida, una armada inglesa bloqueó el puerto, desembarcó tropa y sitió la plaza de S. Agustin. Dispuso contra ella muchas bombas, que asustaban al vecindario; pero habiendo tomado el consejo del Sr. Tejada de decir *Ave María* luego que oian el estallido, no murió persona alguna, á excepcion de un francés que se burlaba de esta práctica piadosa. Siguió el enemigo en sus ataques, y aunque la guarnicion le rechazó con valor algunos meses, ya se trataba de capitular la entrega, porque ni habia esperanzas de socorro ni fuerzas para resistir más tiempo; pero el celoso prelado se opuso con fortaleza á estos designios, y predicando en la plaza, encendió tanto el valor de la tropa y vecinos en el amor á la religion y fidelidad al rey, que depuesto todo temor, tomaron las armas é hicieron una salida tan vigorosa, que destrozados los enemigos quedaron muertos la mayor parte de los que habian desembarcado, perdida la artillería y tren de campaña, de manera que hubo de retirarse la escuadra no sin ignominia.» Promovióse despues al obispado de Yucatan, y estuvo elegido para el arzobispado de Méjico, pero no habiendo llegado á tener efecto el nombramiento, pasó á ocupar la silla de Guadalajara. En estos elevados cargos no olvidó las santas costumbres en que se habia educado en la religion, siendo su trato humilde, su conversacion grave y circunspecta, su austeridad continua y su oracion fervorosa. Era costumbre en la iglesia de Guadalajara formar para el recibimiento de los obispos un vistoso arco ante la puerta principal, mas nuestro prelado quiso que se excusase este obsequio, y para ello ocultó el dia de su entrada hasta muy poco ántes de verificarla; mas á pesar de esto, en el momento mismo de su entrada formaron un arco con luces, que suplió al que debian haber hecho. «Al entrar en la iglesia, continúa Arana, cuando se entonó el *Te Deum laudamus*, se notó el movimiento apresurado de tres sombreros que estaban sobre los sepulcros de tres señores obispos, sin que se dejasen de mover hasta que se concluyó aquella religiosa ceremonia.» Durante su gobierno se distinguió por su bondad y celo por el fomento del culto. En la última visita que hizo en su diócesis empleó doce mil pesos en la edificacion de las iglesias y adorno de sacristías. Fundó á sus expensas un convento de religiosas capuchinas, y reedificó un colegio dedicado á la instruccion de la juventud, invirtiendo el resto de sus rentas en socorrer á los pobres con la mayor liberalidad, áun con lo mismo que suprimia de sus propias comodidades. Sorprendióle la muerte hácia 1760, hallándose ocupado en el desempeño de sus funciones pastorales, y repite Arana, «que al entrar en la iglesia el difunto cuerpo volvieron á moverse los som-

breros de que ya se ha hablado, sin cesar en su movimiento todo el tiempo que duró el oficio fúnebre.» Al año siguiente de 1761 se le hicieron honras en el convento de nuestra Señora del Valle de Sevilla, pronunciando la oracion fúnebre el Rdo. P. Fr. Félix Ro, definidor á la sazon de la provincia de Andalucía y Padre de la provincia de Canarias, de la observancia regular del S. P. S. Francisco, cuyo sermon, impreso en el mismo año en Sevilla, ha servido á todos sus biógrafos para reunir las noticias que acabamos de dar sobre su vida. —S. B.

SAN BUENAVENTURA (Fr. Francisco Diaz), religioso franciscano de la provincia de Santiago de Galicia, de cuyo reino era natural. Tomó el hábito en el convento de Monforte, fué lector jubilado de teología, Padre de su provincia, definidor general de toda la Orden, procurador y comisario general de la Curia Romana, consultor de las sagradas congregaciones del Indice y Ritos, etc. Obtuvo de algunos papas muchos privilegios en favor de su religion, y escribió las obras siguientes: *Espejo serático*; libro dedicado á la Tercera Orden.— *Directorium Trium Ordinum S. P. N. Francisci*; informe al Rdo. P. general de la Orden, en que pensaba no contravenir al estrecho voto de pobreza el graduarse los frailes Menores; escrito eruditísimo y en que satisface á las réplicas y objeciones, y suscitó la emulacion para que no se consiguiese asunto de tanta honra y crédito, la comision del capítulo general celebrado en Roma en 1700. Imprimió el *Breviario Seráfico*, á que puso las rúbricas, añadiéndole muchas bulas. Parece que llevó tambien á cabo un *Bulario máximo*, trabajo digno de su continuo ejercicio, aplicacion, estudio y talento. Publicó, por último, las obras de S. Juan Capistrano, muy apreciadas en su siglo por los teólogos, canonistas, moralistas y predicadores. — S. B.

SAN BUENAVENTURA Navarro (Fr. Pedro de), religioso franciscano de la provincia de S. José. Fué natural de Avila, hijo de padres nobles y de una de las primeras familias de esta ciudad. De jóven se dedicó á la milicia, y obtuvo una bandera con el grado de alférez, en que manifestó su grande valor, y en atencion á él fué promovido á capitan. Pero cansado de la vida militar, Dios que le habia alumbrado con su divina luz y prevenido con su gracia, le habia conducido á tomar el hábito religioso en la provincia arriba indicada, sin que le hicieran desistir de su propósito cuantas dignidades para apartarle de él se le propusieron, y las representaciones de sus amigos y parientes. «El era hombre esforzado, dice la Crónica, de ánimo valiente, ayudábale la buena sangre tan estimada en el mundo, habíase visto en grandes peligros y salido en ellos con muchas heridas, de que tenia acribado todo su cuerpo: escarmentado ya en su propia cabeza y tambien en la ajena, echó su cuenta y halló que aquella vida estaba llena de peligros y vanos res-

petos, leyes y fueros contrarios todos á la ley de Dios. Con esta y otras semejantes consideraciones se determinó á dejar la guerra y todo cuanto en ella por sus buenas partes y servicios podia esperar, los parientes y amigos, que tenia muchos, los soldados con quienes se habia criado, á los que eran más suyos declaró las razones que le movian á dejarlos y ser de allí adelante soldado de Jesucristo y alistarse bajo de su bandera. Algunos le procuraban estorbar este intento poniéndole muchos inconvenientes, representándole el punto en que estaba para subir á mayores honras, que no era bien perder lo servido cuando le habian de premiar y honrar, que despues lo haria con mejor título y más autoridad. Ninguna de estas cosas le satisfacia ni llenaba sus deseos, porque los tenia más altos, pareciéndole que todo eso á solas en los ojos de Dios es de poco momento, y muy poco cuanto hay en la tierra para lo que en su alma cabia, y sin esperar más razones, los atropelló á todos y dió consigo en el monasterio. Vendió primero lo que tenia, diólo á los pobres, y compró con ello una joya de infinito valor, que fué una profunda humildad; esta fué la primera piedra que puso por fundamento de este espiritual edificio, y con que más estrechamente se abrazó.» Dijéronle que le darian el hábito para el coro, porque habia hecho algunos estudios y tenia mucho ingenio, mas no le quiso, porque se hallaba decidido á vivir en un estado de sumision y modestia, por lo que pidió que se le dieran para lego, diciendo que únicamente queria servir como esclavo en los oficios más bajos y humildes del convento. Accedióse á su demanda, y comenzó á trabajar con tanto celo en su empresa, que llenó á todos de admiracion, porque ninguno manifestó tanta humildad como él. «Hizose como un niño, dice la Crónica, que ni se acordó poco ni mucho de lo que habia sido, sino de que era un miserable pecador, y que habia tercera vez nacido. Andaba con tanta alegría en aquellas ceremonias y menudencias de aquel estado, que verle era gran consuelo, viendo un leon ya grande hecho un pequeño cordero; andaba casi todo el dia oyendo las misas, besando los pies á sus hermanos; veíase ya muy hombre, que habia menester caminar con mucha priesa, como los que en la postrera hora se esforzaron en la labor de la viña para merecer la paga de los primeros.» Hecha la profesion, fué trasladado al convento de Avila, donde desde luego se consagró con todas sus fuerzas á los rigores de la penitencia, deseando agradar á Dios y satisfacer por sus propias culpas; procuraba andar siempre en su presencia con los ojos bajos, pues tenia vergüenza de alzarlos, pareciéndole que en todas partes estaban culpando su tardanza. «Encargáronle, dice la Crónica, que tuviese cargo de la cocina, y parecióle á él que le habian dado la mejor tenencia del reino, y no decia mal, porque desde aquel puesto se conquista fácilmente el eterno; corríanse sus deudos que estuviese en tal oficio hom-

bre tan principal, llegó á sus oidos este sentimiento, y cuando entendia que le podian ver, se ponia por delantal la rodilla más sucia que habia en la cocina, y con rostro grave decia:—Estas son mis galas, y esta toda mi honra, nunca yo merecí tan gran ventura como es servir á Dios en sus siervos que le alaban de noche y de dia. Esas sedas y esa vanidad sea para vosotros, hasta lástima os tengo, téngaos Dios de su mano:—y con esto les volvia las espaldas y se iba á su cocina. Ellos por esto le desdeñaban y hacian poco caso de él, y él por eso se consolaba de vivir entre ellos en su propia patria, y á vista de todos, aunque nunca los veia ni visitaba, ántes con los suyos era más extraño que con los extraños; los dias que no habia que hacer en la cocina, ejercitábase en cavar en la huerta y ayudar al hortelano en lo que le mandaba.» No quedaba ociosa su alma durante este trabajo, porque miéntras tenia la azada en la mano, se ocupaba en algunas consideraciones muy á propósito para este objeto y que mueven á devocion. «Parecíale, continúa su biógrafo, que aquella huerta era el campo donde estaba el tesoro escondido, que quien le halla vende cuanto tiene y le compra, y así cavaba y ahondaba la tierra con tanta codicia, como quien descubre algun poco de oro, con cada golpe que daba en la tierra le parecia que descubria una gran mina de merecimientos. Otra vez se imaginaba como el primer hombre cuando le puso Dios en el paraíso para que le cultivase y guardase; aquel campo le parecia que era el huerto donde estaba el santo sepulcro, donde aparecieron los ángeles y Jesucristo resucitado á la Magdalena. Consideraba que estaba en el paraíso con los santos, con los ángeles y con el mismo Cristo harto solo, pero bien acompañado. Con estas consideraciones labraba y cultivaba la tierra, y ejercitaba el cuerpo para no estar ocioso y aprovechaba su alma. Como habia sido soldado, y no muy concertado, sino ántes como algunos desbaratado y ofendido de muchas maneras, procuraba tambien agradarle por todas las vias que podia, hacia muy fuertes sacrificios de su cuerpo, azotándole ásperamente hasta romper nuevas llagas sobre las heridas viejas que habia recibido en las batallas del mundo, y para refrescarse de ellas vestíase un muy áspero silicio, y esto no por un mes ni por un año, sino por muchos; con estas hacia otras rigurosas penitencias y mortificaciones con que quebrantaba el cuerpo y le traia rendido al espíritu: fuertes soldados determinados á vencerse animosamente á sí mismos en estas peleas contra su carne.» Sus ayunos y abstinencias fueron extraordinarias y de lo más riguroso de aquellos tiempos; no parecia que cuerpo humano se pudiera sustentar con lo que él comia; el sueño era en la misma forma, y cuando se entregaba á él con mayor regalo lo hacia en una tabla, y áun entónces se entregaba á él por muy poco tiempo, pues su ordinario modo de dormir era de pié, y cuando queria descansar se ponia en un rin-

con de la celda arrimado á las dos paredes y con una cruz en las manos, con los ojos puestos en el Crucificado, y así se quedaba dormido; y aunque su necesidad de descansar era mucha y el alimento por otra parte tan poco, y el cuidado de despertar grande, ayudado del duro y desabrigado lecho en forma tan penosa, volvia en sí en muy breve espacio, continuando en su ejercicio de la oracion, y reprendiéndose por su tibieza y flojedad sentia el tiempo que habia gastado, pareciéndole que no habia tiempo más perdido que el que se empleaba en el sueño, y áun este no lo perdia, porque su dormir era soñar en lo mismo en que estaba ocupado. Su oracion de dia y de noche era en pie ó en cruz, en las horas de comunidad de rodillas, hasta que por estar tan débil de los ayunos, no podia sostener el peso de su cuerpo, y no por esto cesaba de afligirle aumentando vigilias á vigilias, y unos ayunos á otros sin remision alguna, y cuando ya se cansaba de estas asperezas ordinarias y comunes, ideaba otras nuevas, y á pesar de esto no faltaba un momento al desempeño de su cargo ni á los ejercicios de la comunidad, hallándose en todas las obediencias y trabajos con alegre semblante, sin fingirse cansado ni flaco, como hacen otros que á los dos dias objetan su debilidad y desmayo, y quieren que se les dispensen otros trabajos. Nuestro animoso soldado andaba con tanto brio en todo, que le parecia que no hacia nada. Además de esto era tan obediente y sumiso á la voluntad de su superior, que habia renunciado la suya propia. Obedecia á cuantas cosas le mandaban, aunque fuesen sinrazones, sin ponerlas en tela de juicio ni en cuestion, porque no solo quedase la voluntad cautiva á la obediencia, sino tambien el entendimiento, y como otro Abraham, creia y esperaba sobre toda humana esperanza. «Topóle una vez el prelado en la huerta; llevaba, porque hacia frio, puesto un manto de otro religioso, conoció que no era el suyo, preguntóle: ¿qué manto es este? Díjoselo, reprendióle por ello, y puesto de rodillas se quitó el manto y postró en tierra diciendo su culpa, que ni áun llegaba á ser ofensa venial; tales son las que algunas veces se reprenden ásperamente para ejercitar la virtud. Fuése el guardian, dejóle allí de aquella manera con ánimo de enviar luego á llamarle; era ya cerca de la oracion, halló que el portero le andaba buscando con un recado de fuera, ocupóse en esto, y olvidóse del penitente que se estuvo allí postrado sin menearse más que una piedra hasta la mañana, pasando mucho frio por ser invierno. Cuando despertaron á prima, abrió el guardian la ventana, y vióle que estaba de la misma manera que le habia dejado á prima noche; quedó confuso de su olvido y muy afligido por haberle dejado así padecer, y admirado de tanta paciencia, llamóle y reprendióle porque no habia pedido misericordia, y luego le pidió perdon de su descuido. Decia despues que se podia estar allí un mes segun lo poco que lo habia

BIBLIOTECA PROVINCIAL DE BURGOS

sentido.» Cuando iba á la leccion ó al capítulo, se quitaba el silicio porque no le viesen si le mandaban desnudar para darse disciplina; porque como se tenia por tan pecador y tan descuidado, siempre creia que habria porqué castigarle, y decia que tenia más miedo cuando iba á la leccion ó tocaban á capítulo, que habia tenido nunca viéndose frente á frente de los ejércitos enemigos. Era en extremo amante de la pobreza, el hábito, el manto, la cuerda, el rosario, la celda, todo debia ser muy pobre y lo más despreciable que habia: no usó nunca sandalias ni otro género de calzado, ni bebia vino áun cuando estuviera enfermo ó de camino. No decia palabra ociosa; el tiempo que no le ocupaba la obediencia, oraba ó rezaba y se estaba en la iglesia y el coro cumpliendo con sus devociones; visitaba los enfermos, los servia, y ayudaba al enfermero en todo lo que era necesario. Sorprendióle la muerte en medio de estos ejercicios, dándole una fuerte calentura, que unida á la debilidad que habia contraido en los ayunos, no tardó en ponerle en el último extremo; confesóse muchas veces, recibió los santos Sacramentos estando en su juicio y razon como cuando se hallaba sano, y al fin terminó su vida dejando á todos admirados de sus grandes méritos y virtudes.—S. B.

SAN BUENAVENTURA Y SEPULVEDA (Fr. Pedro de). Este esclarecido religioso franciscano perteneció en el siglo á la muy noble familia de los Sepúlvedas, y con consignar esto y además que estuvo dotado de un ingenio nada comun y de una aplicacion que corria parejas con su ingenio, se comprende fácilmente que hubiera podido lograr al lado de su familia una posicion muy brillante, y en cualquier carrera que hubiese abrazado, tampoco le habrian faltado adelantos ni recompensas; por lo cual se hace mucho más de estimar el que tomára la muy heróica resolucion de abandonar el siglo por el claustro y adscribirse á la órden de Menores de S. Francisco, donde la penitencia y privaciones son, como si dijéramos, lo ordinario de la vida, y esto no era en verdad lo que ofrecian á nuestro Fr. Pedro su casa y familia. Pero como el llamamiento fué sobrehumano no reparó en estas cosas que dejaba, ántes por el contrario hizo de ellas la más espontánea y completa abnegacion, y se contentó con el tosco sayal que ciñera para gloria de Dios y satisfaccion de su alma. Efectivamente puede decirse con verdad que procuró ambas cosas: su propia santificacion mediante la práctica de todas las virtudes, á cuya adquisicion se dedicó desde el dia en que tomó el santo hábito con un esmero particular, no porque hasta entónces no hubiera sido su conducta no solo arreglada sino dada á la perfeccion, sino porque desde entónces se creyó comprometido de un modo más especial á buscar su aprovechamiento; y en verdad que lo logró, porque siempre procuró y quiso lo mejor: así es que su noviciado no pudo llamarse enseñanza donde él aprendia, sino que

por lo ménos era escuela mutua, pues al paso que aprendia las prácticas necesarias de su convento, enseñaba doctrina práctica de humildad, de obediencia y de todas las otras virtudes en que se acreditó muchísimo desde luego. Y por lo que hace á sus hermanos los religiosos y á todos sus prójimos en general, muy mucho fué lo que alentaron á la virtud sus continuados ejemplos, sus incesantes admoniciones y el constante ejercicio de su encumbrado ministerio, que desempeñó siempre con un celo ardiente, con un ánhelo incesante por la gloria de Dios. Porque su ánimo al ingresar en la órden Seráfica, no fué por manera alguna el ascender al sacerdocio, hubiera preferido quedar en la categoría de lego, como servidor de todos, mas la obediencia le llevó primero á los estudios donde dió pruebas de su gran talento y de su extraordinaria aplicacion: despues le llevó á las órdenes sagradas, y como es consiguiente al importante ministerio de confesar y predicar, en cuyos respetabilísimos oficios era admirable su conducta, pues nunca se verificó que exasperára á ninguno de los que se le acercaban, ni áun que dejára de curar las llagas de sus almas, por inveteradas, cancerosas y áun incurables que fueran, pues para todo encontraba remedio su ardiente amor, su cuasi excesivo interés por todos; y por último, como en los estudios se aventajó tanto, y no se contentó nunca con lo que sabia, sino que cada vez procuraba instruirse más y más para ser más útil, para valer más en provecho de todos, pareció con sobrada razon á sus superiores, que puesto al frente de una enseñanza procuraria á sus discípulos los adelantos, que indudablemente habian de dar por resultado el enaltecimiento de todas aquellas cátedras á que luego pudieran ir los por él educados. Con felicísimo éxito dió un colegio en su convento, y todos hubieran deseado que en este colegio mismo hubiesen cabido todos los que en aquella época estaban en aptitud de estudiar, porque desde el primer año comenzaron los ruegos de las personas más caracterizadas para que el P. S. Buenaventura viniese á Alcalá á explicar en aquella célebre universidad, y hubo precision de que el mismo Padre tomase á empeño el no dejar á sus queridos discípulos para que se lograse el contenerle en su convento todo el tiempo que duró su enseñanza. Luego pasó á Alcalá, donde fueron mayores sus triunfos, porque era mucho más numeroso el concurso á quien tenia que dirigirse, y todos anhelaban oirle, porque á su erudicion suma agregaba un método tan claro, un análisis tan exacto de todas las cuestiones y una crítica tan razonable de todo, que á la verdad su doctrina era en toda la extension de la palabra irresistible y sus esfuerzos encaminados siempre á la perfeccion de sus discípulos, áun en el órden moral, áun cuando esto no era por ningun concepto de su incumbencia. Murió lleno de méritos y estimado de cuantos le trataban, los cuales consideraron su pérdida como una de esas que difícilmente se reparan.

Dejó escrita é impresa en 1614 una obra que tituló: *Jornada del alma á Dios*, que fué muy aplaudida en su época, y manuscrito un pequeño tratado *De Oratione*, que no fué ménos importante, aunque no se ha impreso. —G. R.

SAN CARLOS DE LA PASION (V. H. Juan Macari de), religioso del instituto de las Escuelas pias. Por la singular devocion que profesó toda su vida á la pasion de nuestro Redentor, que contínuamente meditaba, fué llamado este hermano Juan de la Pasion, aunque en el siglo se llamó Macari de apellido, y al vestir el hábito se quiso llamar Juan de S. Cárlos. Fué natural de Alba, y tenia ya cerca de sesenta años, cuando en el año de 1617 entró en la congregacion. Habia estado veintidos años cautivo en poder de los mahometanos, y rescatado, para mejorar su libertad, se hizo esclavo voluntario de María Santísima en su religion (entónces congregacion) de las Escuelas pias, en la cual fué admitido por operario. No obstante lo avanzado de su edad, tenia una naturaleza muy robusta, por lo cual le ocupó la obediencia más de veinte años en el empleo de cocinero, mostrando siempre el buen viejo docilidad de niño. En el año 1631 se halló tan agravado de un catarro, que le desahuciaron los médicos. El Bto. José le visitó y le dijo: «Hermano, no tema; porque aún ha de vivir doce años.» Sanó, y concibió tanta seguridad en la promesa que le habia hecho su general, que habiendo enfermado siete años despues, aunque le decian que no tenia remedio su dolencia, respondia: «No tengo miedo de morir ahora, porque aún me faltan cinco años de los doce que me ha profetizado el Padre fundador.» Y así se verificó. Pocos años contaba de profeso, y no obstante lo mal que le habia tratado el siglo, no tenia del todo mortificada la pasion de la ira, cuando siendo cocinero de la casa de S. Pantaleon, y hallándose en el dia de San Francisco de Asís, con sola la comida necesaria para la comunidad, poco ántes de entrar los religiosos en el refectorio, llegaron tantos huéspedes que era imposible bastára para todos. Inquieto é impaciente acudió al Bto. José, el cual le respondió con grande paz: « Si fuérais mortificado seriais hombre de oracion, y con esta lo remediariais todo. Andad, encomendaos á Dios y á S. Francisco, que os ayudarán.» Partió el hermano, y despues de haber hecho oracion en la iglesia, se fué á la cocina; llegó la hora de distribuir ó repartir la comida á los religiosos, que estaban ya en la mesa, y viendo que no bastaba para todos los que habian de comer de ella, se dejó segunda vez arrebatar de su mal mortificada pasion hasta el extremo de manifestar en sus acciones y palabras su poca resignacion y paciencia. Pero hallándose de este modo vió de repente junto á sí á un religioso vestido del hábito de S. Francisco, el cual le dijo: *Impaciente y necio, dame aquí*: y al mismo tiempo le quitó la cuchara de partir de la mano, hizo con ella la señal de la cruz sobre las viandas, y las partió de suerte que no solo no faltó, sino que

sobró. Despues le dijo: «En adelante tened más paciencia y confianza en Dios.» Y luego desapareció. Dióle cuenta al Bto. José de lo que le habia sucedido, y le respondió: «En hora buena. El P. S. Francisco nos ha hecho esta caridad.» Y el hermano quedó tan instruido, que pidió á los superiores le dejáran toda su vida en el penoso ejercicio de cocinero. Dióse mucho á la oracion, y en las llamas del fuego material meditaba la hermosura de la gloria, y abrasado de mayor incendio de amor de Dios, algunas veces se ponia á saltar. El más contínuo pábulo de su meditacion era la pasion y muerte de nuestro Señor Jesucristo, y deseaba que todos se ocupáran en este ejercicio, en el cual hallaba imponderable dulzura, al mismo tiempo que derramaba muchas lágrimas. En una ocasion, no sabiendo contenerse, entró en el refectorio en donde la comunidad estaba dando gracias, las cuales acabadas, dijo puesto de rodillas con grande fervor: «Padres y hermanos, acordémonos de meditar la pasion y muerte de nuestro Señor Jesucristo, que es el verdadero camino para ir al cielo.» Cayéronle tan en gracia estas palabras al Bto. José, que se hallaba presente, que mandó que en adelante las repitiera despues de dar gracias un hermano al medio dia y á la noche. Finalmente, habiendo dado muy ilustres ejemplos de caridad, paciencia, humildad, obediencia y castidad, y de todas las virtudes, murió con gran fama de santidad en buena senectud en Poli á 19 de Setiembre de 1643, siendo de ochenta y cinco años de edad.—A. L.

SAN CECILIO (Fr. Pedro de). Este distinguido religioso, á quien más se conocia por el renombre de Pedro Cecilio, que no por de S. Cecilio, que fué en el que cambió su apellido de familia cuando entró en religion, perteneció á los Mercenarios descalzos ó reformados, por haber sido siempre muy inclinado á la primitiva rigidez de tan excelente instituto, y fué dotado de una capacidad nada comun, así como de una aplicacion muy rara en los que tienen tan buen talento como nuestro esclarecido religioso. Indudablemente la incuria de su época y el que nunca él procuró por que sus hechos, aunque muy gloriosos, pasasen á la posteridad, habrá sido el motivo por el cual casi ningunas noticias tenemos del religioso ni del hombre particular, sino solamente alcanzamos algo del sabio y del literato: es verdad que esto es más que suficiente para formar de él el alto concepto que merece; pero no satisface en realidad los deseos de quienes anhelarian que hasta sus más menudas acciones fuesen universalmente conocidas, sin otro fin que el de que todos alabasen, como indudablemente merece ser alabada, la rectitud y otras excelentes prendas de tan esclarecido varon. Contentémonos, pues, con consignar lo que acerca de él se sabe, ya que era muy entusiasta por las cosas de su sagrada religion, acérrimo defensor de sus derechos, y que con el mayor celo anhelaba el que por todos y siempre fuesen respetados, considerados y aten-

didos, lo cual es en parte una excusa de que escribiera tanto acerca de su Orden; y hemos dicho en parte, porque su siempre anhelante deseo de consignar las cosas de su instituto, y las repetidas obras que escribió sobre este asunto, son en verdad unos testimonios irrecusables de la excelencia de las mismas cosas por él referidas, y prueban su acierto, no solo en la eleccion de instituto, sino áun esa circunstancia de la descalcez, que no hay duda da á sus profesores cierta ventaja sobre los otros mercenarios. De desear fuera que nuestra capacidad estuviera á la altura de la del autor, para consignar una opinion respetable sobre sus obras: sin embargo, conste que el juicio que ligeramente, por no permitir otra cosa la índole de este artículo, vamos á formar, es el juicio que han formado los más respetables Padres de su Orden, tanto al tiempo de publicarse sus excelentes obras, cuanto despues en los diferentes exámenes que con motivos tambien muy diversos ha habido que hacer de ellas. La primer obra que dió á luz fué la *Vida y martirio de D. Fr. Pedro de Valencia, obispo de Jaen, de la orden de la Merced*, publicada en Granada, año de 1629. Aquí ya tuvo que aumentar datos y áun copiar documentos fehacientes, porque los religiosos trinitarios pretendian que hubiese desde luego pertenecido á su instituto el ilustre mártir; pero que las circunstancias mismas que precedieron al martirio, habian podido hacer que se le considerára como mercenario, Resolvió el P. Fr. Pedro tan á satisfaccion los argumentos de sus contrarios, que en época posterior, pero no mucho, pues que todavía vivian los que habian estudiado con nuestro autor, el cronista de la órden de la Santísima Trinidad esclareció el hecho, dejando consignado que en realidad habia pertenecido á la Merced; y esto fué, como no podia ménos, un lauro para nuestro autor, porque se debió á los irrecusables testimonios que adujo en pro de su opinion, siendo de notar en este acontecimiento de alguna trascendencia, como lo son todos los que ponen en evidencia las equivocaciones de corporaciones respetables, que no solo no hubo disgustos entre ambas comunidades, sino que el esclarecimiento de esta verdad fué fundamento de que se estrecháran íntimamente las relaciones entre ambos institutos religiosos, cada cual respetable por su concepto. En el mismo Sevilla, y casi en la misma época, se imprimió el *Tratado Evangélico de la fiesta de S. Ramon Nonato*, que es como si dijéramos una confirmacion por textos inconcusos, por pruebas irrefragables, de la verdad de la tradicion acerca de dicho santo, tradicion acerca de la cual hoy ha caido el fallo de la Iglesia, y por consiguiente no ofrece dificultad alguna, pero en tiempo de nuestro autor era punto controvertible, y por consiguiente acerca del cual se ilustró mucho la opinion con los datos que presentó, además de con lucidez extraordinaria, con muchísima oportunidad. Tambien es suya la *Vida de la*

sierva de Dios Juana de Cristo, de la órden de la Merced, cuyo trabajo, bellísimo por sus formas y muy importante en el fondo, sirvió para que la Curia romana dirigiese sus investigaciones acerca del heroismo de virtud de esta sierva de Dios, y por haber sido perfectamente justificadas todas sus conversaciones y demás que se propusieron, se la confirmó como beata con júbilo inmenso de su esclarecida Orden y de cuantos tenian noticia de los hechos virtuosísimos de esta sierva de Dios. Para dar una idea de los grandes triunfos conseguidos por su santa religion mercenaria en los diversos sujetos que con el martirio, y por consiguiente con su vida, sellaron la verdad de su fe, escribió con mucho acierto acerca de ellos en una obra que tituló: *Victorias gloriosas de la mayor claridad*; y en efecto demostró que en ambas cosas acreditaba grandemente lo sumo de su virtud predilecta de Dios, en la cual se hacen héroes sus siervos. Tambien se debe á su bien cortada pluma un muy célebre *Memorial de los Santos de Granada*, que sobre reunir en una muchísimas noticias que estaban esparcidas por diferentes obras, y que salteadas, digámoslo asi, no eran útiles apénas, pues no satisfacian las necesidades que acerca de estas noticias tenian los fieles, en razon á que era muy difícil dar con ellas, por cuyo motivo la obra del P. San Cecilio mereció justísimos aplausos, y todos la miraron como un verdadero servicio del cual resultaba gloria á Dios y honor á sus santos, al mismo tiempo que cierto esplendor y lustre para Granada, que podia presentar compiladas las heróicas acciones de sus hijos en esta tan importante manera de acreditarse. Francisco Martinez de Pedraza en su muy notada obra titulada: *Historia rerum Granatensium*, hace muy honorífica mencion de esto, y manifiesta el mérito que tenia, el cual está reconocido por todos los que han tenido ocasion de observarla. Tambien escribió é imprimió en Sevilla la *Vida y hechos admirables de S. Gonzalo de Amarante*, la cual sirvió de muy grande complacencia y honor á los religiosos dominicos, porque en verdad, haciendo justicia á su santo, hace un muy cumplido elogio de todas las cosas, prácticas y demás de tan esclarecida familia, dando además muestra de la erudicion que poseia, contando con oportunidad sucesos de grande gloria para unos y para otros, y muy dignos en verdad de ser de todos conocidos. Acerca de esta vida del santo habla muy bien el Sr. D. Martin de Jimena Jurado, autor de los *Annales Giennensium*. Esto, y una *Historia de la religion de nuestra Señora de la Merced*, en particular de la reforma, que en dos tomos y con una abundancia extraordinaria de datos y razones, preparaba para imprimirla cuando le acometió la muerte, y que despues no se imprimió, aunque mereció los honores de que se le hiciesen varias copias manuscritas, es todo lo que escribió en español con el mayor aplauso, y luciendo además de las galas de su erudicion las no ménos estimables de la

gran belleza del lenguaje castellano, que es con razon tenido por uno de los más bellos del mundo. Además hizo tambien algunas otras cosas en latin, y no parecieron sus obras indignas de los mejores tiempos de Ciceron, como que tenian un fluidez extraordinaria, un grande acierto para buscar y hallar los giros más adecuados, y en cuanto á doctrina, la mayor sencillez y orden en la exposicion de las materias, con lo cual se cumplian perfectamente las exigencias de los criterios más descontentadizos, siendo esto sin duda la causa de lo mucho que han estimado todos sus escritos. *De scriptoribus Ecclesiasticis nonnullisque aliis viris illustribus Sacri Ordinis Redemptorum Divæ Mariæ de Mercede.* Esta obra, escrita con muchísimo acierto y con muy sana crítica, fué como el fundamento de las bibliotecas de la Oden, que hanr sido de mucho aprovechamiento para los estudiantes de ella en todas las épocas, porque como se ponia su noticia en todos los escritos de sus hermanos, las casas á porfía pedian unas á otras aquellas obras que no tenian, y con esto se facilitaba mucho el mayor acrecentamiento de libros, que completan la vida literaria de los grandes hombres, que si mucho vale por sí, pueden valer, y valer más aún por los autores en que aprenden la doctrina, que apropiándose despues ellos, les sirve para su peculiar uso y para ilustracion de los demás. Escribió tambien la *Chronologia Pontificia Illiberitana*, que hizo conocer á punto fijo quiénes fueron los prelados de aquella importante provincia eclesiástica, y los rasgos diferentemente célebres que les caracterizaron, viniéndose por todos estos conceptos á acrecentar la muy merecida reputacion de tan sabio mercenario, que captándose, como no podia ménos, el universal aprecio, lograba frutos provechosísimos para el bien de todos, áun en aquellas cosas mismas que pareciendo indiferentes, y siéndolo en verdad muchas veces, le servian á él para sus fines los cuales siempre eran dignos, convenientes y elevados, pues para nada era vulgar. Sus grandes dotes le alcanzaron el aprecio de todos, y este se hizo más notorio con el triste motivo de sus honras fúnebres, á las cuales concurrieron las personas más notables bajo todos conceptos, pudiendo así protestar con toda solemnidad del afecto, estima y respeto que tuvieron siempre al P. Fray Pedro de Sancto Cecilio. — G. R.

SAN CELIDONIO (Fr. Magin de), religioso lego capuchino de la provincia de Cataluña. Este siervo del Señor supo en el oficio de cocinero obligar tanto á Dios, que obtuvo de su divina mano gracias que pudieron hacer dichoso el empleo más elevado. En la série de las virtudes que adornaron el ánimo de este insigne varon, sobresalieron con singularidad la oracion, la caridad, la humildad, la abstinencia y la soledad. No era nada proporcionado para el ejercicio de la oracion el ministerio á que le aplicó la obediencia, porque habiendo de asistir á la cocina en un convento grande como el del Mon-

te Calvario, donde habia siempre gran número de religiosos, tanto sanos como enfermos, empleaba en su asistencia casi todo el dia, y por consiguiente carecia de aquella quietud de que necesita el ejercicio de la oracion. Pero no hacia falta el dia á quien le prolongaba por la noche, gastándola casi toda Fr. Magin en contemplacion tan atenta que le arrebataba todo á lo celestial. La dolorosísima pasion de nuestro Señor Jesucristo era la principal materia en que se ocupaba su afecto, y para experimentar en sí alguna parte de las aflicciones que meditaba, cuando los demás religiosos se entregaban al sueño en lo más profundo de la noche, ponia sobre sus fatigados hombros un pesado leño, y en esta forma iba visitando por dilatadas horas todas las cruces que estaban fijas en la huerta, y á la presencia de cada una hacia tierna memoria de las angustias del Redentor, distribuyéndolas segun las estaciones que iba recorriendo. No ignoraban los religiosos las dilatadas y frecuentes vigilias de Fr. Magin, y tal vez uno de ellos, estando haciendo oracion, pudo aunque era de noche, reconocerle con el pesado leño, y oir los tiernos y devotos afectos que le producia el recuerdo de la pasion. Quedó el religioso lleno de santa envidia y de compuncion, por no sentir en sí, ni ejercitar á su imitacion aquellas mismas piadosas ánsias, y llegándose á él de improviso, le rogó con grandes instancias le manifestase sinceramente el modo con que allí se comportaba. Hizo juicio el varon sencillo que podria conducir á la gloria de Dios lo que deseaba saber aquel religioso, y así le descubrió toda la série y órden de los misterios que iba meditando en aquel oculto ejercicio, confesándole con ingenuidad que le era muy necesario para reparar las fuerzas de su espíritu, que con las distracciones del dia en su ministerio se aminoraban. Luego que se hizo pública en la familia esta devocion de Fr. Magin, desearon los más acompañarle en ella, aunque él no admitió más que á uno, y comunicándose mútuamente el fuego del divino amor en que ardian, regaban la huerta con las copiosas lágrimas que les movia á verter la memoria de Jesucristo crucificado. Creyendo algunos de la comunidad que aquel exterior ejercicio pudiera traer consigo algun riesgo de novedad, bastando al que más anhelase á la perfeccion la exacta observancia de la regla y constituciones, hubieron de suspenderle desasidos de toda propia voluntad, áun cuando esta solicitaba el mayor aprovechamiento. Pero como el divino amor no carece de industria para conseguir su conservacion y aumento, tomaron otro medio que no pudiera motivar la más escrupulosa censura, y fué disponer una contínua vela y meditacion delante del altar del Santísimo Sacramento, alternando media noche cada uno. Todos los ratos que Fr. Magin podia robar á la mañana, empleaba en asistir y ayudar las misas, de cuyo sacrosanto misterio, como de inagotable fuente, sacaba arroyos puros de virtudes y perfecciones, entre los cuales des-

collaba más abundante la caridad. Dirigido de esta cumplia la obligacion de su ministerio con suma aceptacion, agrado y consuelo de todos los religiosos. Además le ocupaba el cuidado de los enfermos convalecientes y achacosos, y diferencia de comidas que á estos se debe disponer, lo que acrecentaba mucho la fatiga del activo oficial. Pero el siervo de Dios, teniendo presente el elogio que dió S. Pablo á la caridad llamándola paciente, benigna, y nada atenta á las propias comodidades, posponia sin excepcion alguna las suyas á las que reclamaban sus prójimos. Enseñó tambien con su ejemplo cómo la verdadera caridad no se desvanece con la vanagloria de los aplausos, pues habiendo conseguido el mayor concepto, no solo con los domésticos, sino tambien con los extraños, algunos de la mayor calidad y suposicion, que venian á buscarle al convento, á encomendarse á sus oraciones con suma veneracion y aprecio, á pesar de aquel aura se reputaba por el más vil y más indigno de todo honor. Era admirable el contraste que se notaba, viendo por una parte en el convento las primeras personas de la ciudad, ansiosas de la conversacion de un hombre nada ilustre por dignidades y sí mucho por virtudes; y por otra á este mismo hombre, que superior á los aplausos é inferior, segun su concepto, á todas las criaturas del mundo, salia á recibir visitas de tanta suposicion sin quitarse el delantal de la cocina, y volverse á ella despues sin abandonar el escudo de su propio conocimiento en que quedaban ineficaces los golpes de la vanidad y soberbia. Hacia juicio que hallándose libre de los riesgos del siglo, estaba muy honrado entre los tizones, porque dentro del claustro religioso ningun ministerio debe reputarse por vil, cuando con santa emulacion deben todos ejercitarse en obras que son del agrado de Dios. Cuando en alguna ocasion fué reprendido, consideraba los oprobios como el pasto más suave del alma, y los admitia con suma paz y tranquilidad. Otras veces se sonreia sin poder encubrir el júbilo interior que le ocasionaba el desprecio propio. Daba, en fin, en esta oficina tan heróicos ejemplos de humildad y paciencia, que la hizo para sí teatro de merecimientos, y para los demás escuela de virtudes en el grado más eminente. Llevado del mismo espíritu de humildad, deseaba ocultar á los religiosos sus abstinencias. Porque aunque se sustentaba solamente con un poco de caldo y pan, dejaba lo demás con gran disimulo, de suerte que comiendo en la mesa comun fué raro el que lo llegó á conocer. Deshacia la porcion que habia traido á vista de todos cuando se sentaba á comer, y mezclándola con pedazos de pan, pasaba por gastada, aunque fuese muy advertido el que levantaba los platos. Cuidó siempre mucho de la mortificacion de los ojos, y demás de la quietud de la oracion á que conduce tanto la cuidadosa mortificacion de la vista, conservaba con ella, sin la más leve mancha, el candor de la castidad. Fué tan constante en el propósito de no mirar

al rostro de mujer alguna, que aseguró su padre espiritual, que es el que sabia lo más oculto de aquel sano corazon, que en todo el tiempo que llevó el siervo de Dios el hábito, ni una sola vez habia tropezado en este defecto, ni por largo ni por breve espacio, pareciendo cosa imposible y motivo para alabar mucho al Todopoderoso. Para no tener ocasion de faltar á esta indispensable y severa ley, nunca queria, por instancias que se le hiciesen, bajar á la porteria para hablar á algunas piadosas matronas, que con este fin solian venir al convento. Los religiosos sentian aquel proceder, y le calumniaban de poco cortés, pero haciéndose sordo á los dichos ajenos, solo atendia á su propia seguridad. Con todo, como algunas de las más principales se valian de la autoridad del prelado para no volverse sin el consuelo que habian venido á solicitar, entónces Fr. Magin ni se podia resistir á la voz de la obediencia, ni llevándola de su parte temia el menor tropiezo, pues aunque los enemigos de la castidad se vencen con la fuga, tambien se vencen con la obediencia. Llamándole una vez el guardian á la portería, y habiendo entendido que era con intento de que hablase y consolase á una mujer ilustre que habia venido con este piadoso deseo, empezó á lamentarse y excusarse, diciendo: «que quien solo sabia el oficio de cocinero, no podia ser á propósito para la satisfaccion á que le llamaban, que todo lo que fuese apartarle de lavar los platos y fregar las ollas de su oficina, era situarle en impropia esfera, y así que se le permitiese cuanto ántes volver á los ministerios que habia abandonado.» De este al parecer tosco despego quedó muy edificada aquella señora, y de allí adelante tuvo á Fr. Magin en mayor concepto y estimacion. Adornado con tanta copia de virtudes y merecimientos, enfermó en el convento de Monte Calvario, y correspondiendo á la santidad de vida en la disposicion á la muerte, dejó á todos con gran sentimiento y muy envidiosos de la que en él experimentaron.—A. L.

SANCHA (Bta.), monja de la Congregacion Cisterciense. Era hija de Don Sancho el I, rey de Portugal, y su hija, gran sierva del Señor, brilló por su ejemplo y singulares virtudes en el monasterio Celense y en el de Lorban de aquel reino. Fundó el monasterio de Sta. María de Cellas, de la misma Congregacion. Su palacio de Alenquer le cedió para hospedería y monasterio de la sagrada religion del seráfico P. S. Francisco, siendo su notoria santidad quien la favoreció é introdujo en Portugal. Hecha esta y otras buenas obras, se retiró al monasterio Cellense, y recibió la cogulla blanca de S. Benito en el mismo, y floreció con tanto ejemplo de observancia monástica, que durante su vida la hizo Dios muy célebre en milagros, como igualmente despues en el sepulcro continuaron aquellos prodigios por su poderosa intercesion, pues fué muy favorecida del Señor. Pasó de esta vida mortal á la eterna el dia 14 de Marzo del año de 1290. Su sagrado cuerpo le enterró su her-

mana Doña Teresa, reina de Leon, en el monasterio de Lorban, junto á la ciudad de Coimbra, adonde espera el dia del juicio universal, juntamente con Doña Teresa, monja de mucha virtud en el mismo monasterio, y por consiguiente de la misma Orden, á la cual honró con sus dos hermanas la infanta Doña Mafalda. — A. L.

SANCHA Alfonso (Serma. infanta). Nació en la ciudad de Leon en 1190. Fueron sus padres el rey de Leon D. Alonso el IX y Doña Teresa Gil de Soberosa, infanta de Portugal, y hermana del santo rey D. Fernando III de este nombre. Pusieron sus padres en el bautismo á la infanta el nombre de Sancha, sin duda para perpetuar la memoria de su abuelo D. Sancho, rey de Portugal, y de su tia Doña Sancha. Sus régios padres inculcaron en esta gloriosa infanta desde su más tierna edad las más heróicas y saludables máximas de virtud, y la más fiel y estricta observancia de los mandamientos de Dios, y así se vió que perseveró constantemente en su divino amor. Siendo aún niña nuestra Serma. infanta, se vieron siempre en ella muestras inequívocas de los felicísimos fines que habian de tener su vida y costumbres, pues eran de muy anciana, ejercitándose en obras de piedad. Resplandeció en ella desde sus pueriles años la conmiseracion con los pobres y desvalidos; se desvelaba ya en tan tierna edad por dar limosna á los pobres, socorrer los desamparados, y favorecer con el rey su padre á sus vasallos. Diez años poco más ó ménos se crió nuestra generosa y virtuosa infanta al lado de su madre la reina Doña Teresa, aprendiendo de ella no ménos la gloria de heróicas virtudes, que los realces de la política grandeza, pues la enseñanza de lo uno y de lo otro se ha de cursar en la escuela de los príncipes y reyes. Divorciados sus padres, segun unos, el año de 1200, y segun otros el año antecedente, la reina Doña Teresa se retiró á Portugal, llevándose á su hija menor Doña Dulce, para seguir la monástica profesion del Cister en el convento de Lorban, quedando en Leon con su padre Doña Sancha, cuyo estado, como de primogénita, solicitaba su cuidado. Iba esta creciendo en edad, y más apriesa aún en sabiduría y virtud, que realzaban la pureza de su vida y la devocion de su alma. La excelencia de sus heróicas virtudes se ostentó en el palenque de los muchos combates que tuvo para que se casase, pues á la fama de ser hija primogénita de tan inclitos reyes, dotada de tan extraordinaria hermosura, entendimiento y pureza, y no ménos tambien al eco de sus virtudes, muchos príncipes, así de España como de Francia, la pretendieron por esposa. Como nuestra infanta Doña Sancha no aspiraba á reinos temporales sino eternos, con facilidad renunció el derecho de aquellos por la posesion de estos. Muerto su padre el rey D. Alonso el IX el año de 1230 ó 31, concertó con su hermano el santo rey D. Fernando renunciar el derecho que le competia por el testamento de su padre

al reino de Leon por quince mil cruzados ó doblas de oro, haciendo igual renuncia su hermana Doña Dulce bajo las mismas condiciones, reservándose las dos para durante los dias de su vida el castillo de Castro de Toral, donde pensaban permanecer hasta que se casasen ó entráran en religion. Tenia la santa iglesia de Burgos en Santa Eufemia de Cozollos, Castilla la Vieja, diócesis de Palencia, un monasterio que deseoso el rey D. Alonso de Castilla de adquirirlo y consagrarlo á la religion militar de Santiago ó de la Espada, lo pidió á la iglesia para que fundase un convento de religiosas, ofreciendo en cambio el monasterio realengo de S. Pedro de Cervatos, cuya permuta se verificó en 6 de Diciembre de 1186. Con este motivo se encendieron más los deseos de la Infanta de dejar las pompas del mundo y abrazar la religion del Cordero inmaculado. La disposicion de las cosas del reino y la del rey, su hermano, impedian la pronta ejecucion de sus deseos. Vencidas ya todas las dificultades, llegó para la Infanta el ansiado dia, entrando en el monasterio bañada de celestial alegría, y con soberana aclamacion fué recibida de la comendadora y religiosas de aquel convento, si bien por lo mucho que le engrandecia con su real presencia, lustre, esplendor y copiosa hacienda, principalmente por lo que le ilustraba con los rayos de su gran santidad, cuya noticia se habia esparcido por toda aquella comarca. Dió principio á los ejercicios de religiosa, y tan perfecta se mostró desde novicia, que en todo parecia una perfectísima profesa. Continuó con la mayor constancia y abnegacion la conquista gloriosa de la bienaventuranza, con ser la más observante de la regla de su Orden de cuantas habia en su tiempo, sin querer faltar un punto, ni que la relevasen de los oficios desde novicia, con lo que alcanzó en sumo grado la perfeccion de la obediencia. Decia con la mayor modestia á las que la querian librar de algunas penalidades de los oficios, que la defraudaban del bien de la religion, que no habia ido á que se quebrantase el más ténue átomo de ella, ni de las ceremonias, sino á cumplirlas. Con este ejemplo la procuraban imitar, y llegaron á ser perfectísimas en todas las virtudes, y á merecer del Supremo Hacedor de todas las cosas gran copia de misericordias y de favores; fué tan excelente en la humildad, que se tenia por indigna de la tierra que pisaba; no acordándose de los nombres vanos de Serenísima y Alteza que en el siglo tenia, trataba á las demás religiosas con tanta afabilidad y dulzura que se llevaba los corazones de todas; y á los pocos años de vestir el hábito la eligieron por comendadora y abadesa. No quiso admitir dicho cargo, diciendo: «que no era justo entregar el gobierno de aquella religion y santa casa á quien era tan moderna en ella.» Con tal motivo fueron particulares y frecuentísimas las oraciones que las religiosas hicieron á Dios para que dispusiese la voluntad é inclinase el ánimo de la santa Infanta á la aceptacion de esta eleccion, puesto que era tan acer-

tada y conveniente para su santo servicio, y para los aumentos espirituales y temporales de aquella santa casa, y siendo oidas por su divina Majestad, dispuso el corazon de su sierva con el mejor ánimo y obediencia de su santo espíritu. ¡Qué gloriosamente gobierna á otros el que con igual gloria supo gobernarse á sí mismo! ¡Qué consumado superior hace el que fué perfecto súbdito! ¡Qué acertadamente sabe mandar el que prontamente supo obedecer! Siendo prendas tan necesarias para gobernar bien la prudencia, norte de los aciertos humanos, y la santidad, incentivo de los alientos divinos, atesoró el cielo estas y otras estimables cualidades y preciosas joyas en la sábia infanta, perfectísima religiosa é ilustrísima vírgen Doña Sancha, que al paso que rehusó su prelacía y en ella entró por eleccion de Dios, no por humana ambicion, Su Majestad se reconoció empeñado en el acierto del gobierno de su convento, en que gloriosamente se desveló y esmeró. Aceptada la prelacía de su convento en ocasion que fuera muy culpable repudiarla, pues la edad con la madurez del juicio, y su conocido talento y santidad, pedian que no estuviese escondido tan gran tesoro, sino que se pusiere donde todos pudieran utilizarse de él; de tal suerte gobernaba, que más parecia el convento lugar de congregacion y coro de ángeles que de humanas criaturas, animándolas y exhortándolas á la contemplacion del amor de Dios, teniéndolas en oracion casi contínua por resultar de ella el aprovechamiento del alma. Advertiales tambien que siempre tuviesen en la memoria que caminaban á la presencia de Dios, y que la tuviesen presente y la solicitasen con ayunos, penitencias mortificaciones y fervorosas oraciones. A las que advertia tibias y que entraban en el santo ejercicio de la oracion con dificultad, las animaba diciéndolas que perseverasen aunque se sintiesen desfallecidas, persuadiendo y recomendando la lectura de buenos libros á las que estaban al principio de la virtud, diciendo que no siempre podian oir los sermones y las pláticas espirituales. Las ponderaba asimismo la brevedad de nuestra vida, diciendo que los dias pasan como sombras, considerando á estos en los que habia tenido en casa de los gloriosos reyes sus padres, que como pasados no tenian de ellos cosa alguna, y de los que habia por venir no sabia lo que habia de ser; y por último, á las que declinando de sus obligaciones cometian algun defecto digno de reprension, ó alguna falta que mereciese castigo, las corregia con tanto amor y caridad, que nunca volvian á reincidir. Con estos y otros sagrados ejemplos guiaba la santa prelada á sus monjas al cielo, exhortándolas á la observancia de su regla y religiosa perfeccion de su vida. Era la de su alteza esmaltada de sublimes virtudes, fraguada de rigurosas penitencias y acrisolada de excesivos trabajos y enfermedades, y al paso que unos elogiaban tan ejemplar conducta, otros, por el contrario, la aconsejaban que el camino que

llevaba con tan austeras penitencias, ayunos y vigilias en la oracion, era opuesto á su salud, á cuya conservacion la obligaba el cielo, y que así arriesgaba su salvacion; que más se aseguraba y era más agradable á los ojos de Dios, que por el bien comun de su convento y religion templase su fervor, y atendiese á su cuidado y conservacion. Si en los bienes espirituales aumentaba tanto su convento, enriqueciéndose tanto sus religiosas, en los temporales, con no ménos aumentos y riquezas lo ilustraba. Es opinion constantemente recibida que la ilustre señora heredó de sus augustos padres algunos lugares de Galicia, Portugal y Leon, ó pingües bienes en ellos, consagrándolos al convento de Sta. Eufemia, no solo para el sustento de sus religiosas, sino tambien para el lustre y esplendor del culto divino, como se comprueba por una escritura original que se halla en el archivo del Real monasterio de Sta. Fe, en que la generosa infanta hace donacion al convento de Sta. Eufemia, y á la órden de Santiago, de todos sus bienes, y fundacion de dos capellanías. Llega la muerte á la puerta así de los justos como de los pecadores, como huesped que se está cada dia esperando, segun decia el santo Job. De esta suerte la esperaba nuestra gloriosa Infanta, con las ánsias del fervoroso Pablo, que tanto anhelaba verse libre de la cárcel de su cuerpo y reinar con Cristo. Fué acometida de una grave y prolija enfermedad, que reconociéndola los facultativos por mortal en su avanzada edad, pues ya se hallaba en los ochenta de su vida, se preparó para los últimos alientos de ella con más singular fervor y encendido afecto de su esposo Jesus, despues de haber recibido los sacramentos de la Iglesia. Queriendo como comendadora del convento dejar por herencia á sus religiosas sagrados testimonios é indelebles recuerdos, las mandó reunir hablándolas en los siguientes términos: «El grave peligro de esta enfermedad, sobre la mucha edad que tengo, me advierte que ya llega mi última hora, y quiere Dios llevarme á gozar de su eternidad, que yo tanto he procurado y deseado; bien sabeis, queridas hermanas é hijas mias, las muchas mercedes que su divina Majestad ha hecho á esta casa por vuestras continuas y devotas oraciones, teniendo por intercesora á la Reina de los ángeles y á nuestro glorioso Apóstol patron de España, así para la conquista de la celestial Jerusalen, con las plantas de encendidas almas que en este convento se han criado, de que me prometo ha de estar poblado el cielo, por haber sido vosotras tales en vuestras penitencias y contemplaciones, amando con tan gran amor á vuestro Criador y Redentor, y con el que manda unas á otras, con desprecio de las cosas del mundo, como en la restauracion de la mayor parte de España, puesto que han sucedido tan grandes milagros, obrados por el glorioso Apóstol, peleando visiblemente con la espada en la mano contra tan terribles enemigos en favor de nuestros religiosos, deteniendo el sol para acabarlos de vencer, sacando agua de

las peñas para alentar y refrigerar el cristiano ejército; por su mediacion, ayuda é intercesion, espero en Dios que ha de ser su nombre ensalzado, y nuestra cara España ha de verse en el más floreciente estado, si la ingratitud de su pueblo no le desobliga, y vosotras no dejais de seguir en servicio de su divina Majestad, y en vuestras oraciones con fervoroso afan y animado espíritu. En ellas encomiendo el mio, y os suplico, encargo y ruego que prosigais las devociones comenzadas, y en especial las del Santísimo Sacramento, cumpliendo con las misas y fiestas que he dotado con la puntualidad que espero, y con esta seguridad es ciertísimo que se verán en esta y en la otra vida admirables efectos, para mayor gloria de nuestro Salvador y aumento de su santa fe.» Hasta aquí el razonamiento de su Alteza, que es creible oirian sus queridas hijas llenas de afliccion y bañadas en lágrimas, respondiéndola más con estas que con palabras. Acercándose más y más y por momentos el fin de su tránsito, se abrazó con un santo crucifijo, y formando con su divina Majestad tiernos coloquios, á falta de la lengua, con el corazon, abrasado este en el entrañable amor de su esposo Jesus, dió los últimos alientos de su vida, y volando su espíritu de esta temporal á la eterna, quedó su rostro con tan singular hermosura y resplandor, que más bien parecia haberse trasportado en uno de los éxtasis que frecuentemente la asaltaban, que no haber pasado la amargura de la muerte. Falleció en 25 de Julio de 1270, á los ochenta años de su edad, segun queda referido. Su muerte fué muy sentida y llorada de todos, y muy singularmente de sus religiosas, que tantos y tan gratos recuerdos les dejaba. Se hizo su entierro, no con la grandeza y pompa que correspondia á tan virtuosa real persona, sino con la veneracion y aplauso de una santa, colocándose el cuerpo en la capilla del convento de Sta. Eufemia en un sepulcro de piedra mármol, en que estaban grabadas las armas de Leon, Portugal y Francia, y el hábito de Santiago, cuya religion profesaba, y en cuya forma se enterraban las personas de la real casa de aquel reino. Trescientos treinta y ocho años permaneció en este sepulcro, que fué constantemente frecuentado por los habitantes de aquella comarca, que en sus aflicciones, enfermedades y trabajos concurrian á pedir el alivio y remedio de ellas por la intercesion de tan esclarecida sierva de Dios, invocando su venerando nombre con el título de santa; y como á tal ofreciéndola dones y consagrándola votos é insignias de las maravillas que obraba. Se llevó al convento de Santa Fe en solemne procesion en 13 de Marzo de 1615, siendo colocada en una pequeña y preciosa capilla llamada de nuestra Señora de Belen, situada dentro de la clausura del convento, próxima al coro y claustro, al lado del Evangelio. La urna es de nogal con el forro interior de raso carmesí y clavazon dorada; el exterior es de terciopelo morado con galones de oro y cerraduras doradas, en las que se ven gra-

badas las insignias del hábito de Santiago. Sirven de mayor veneracion y resguardo á esta urna otra arca, tambien de nogal, donde está encerrada, y un dosel de terciopelo carmesí que cubre todo el hueco de las dos arcas. El epitafio que se refiere en la historia de los reyes godos, y que está sobre su sepulcro es el siguiente:

Floreció la bienaventurada vírgen y serenísima Infanta Doña Sancha Alfonso de Leon, de la Orden de Santiago, Comendadora de Santa Eufemia de Cozollos, obispado de Palencia; hija de los muy altos y poderosos señores Reyes de Leon, D. Alonso el Nono, y Doña Teresa Gil de Portugal, y fué su dichoso tránsito á veinticinco de Julio, año de mil doscientos y setenta, siendo Sumo Pontífice Clemente IV. y Rey de Castilla y Leon D. Alonso el Sabio. *Mandóla trasladar de Santa Eufemia á este Real convento de Santa Fe de Toledo la Majestad católica del rey D. Felipe III, nuestro señor, el año de mil y seiscientos y ocho, y fué colocada en él, en trece de Marzo de mil seiscientos y quince, gobernando la Santa Sede apostólica nuestro muy Santo Padre Paulo V, donde la ilustra su soberano esposo Jesus con tantos milagros.*

Adornan este epitafio corona, palma y ramo de azucena á un lado, al otro las armas de los reyes de Leon y Castilla, y en medio las insignias de Santiago. La capilla está adornada tambien con muchos votos de cera é insignias de milagros que nuestro Señor ha obrado por su santa esposa, al lado de las que está siempre ardiendo una preciosa lámpara. Siendo estilo de la Iglesia católica reverenciar por señal de santidad y reconocer por particular milagro, en órden á la beatificacion ó canonizacion de los santos, la entereza é incorrupcion de sus cuerpos, como afirma S. Gregorio Magno, no podrémos ménos de reconocer y confesar la santidad de la infanta Doña Sancha Alfonso, cuyo santo cuerpo despues de trescientos treinta y ocho años y más se halló incorrupto, como tambien el ataud y las vestiduras, no obstante de haber estado en sepultura de suelo, rodeado de tierra húmeda, que con tanta presteza y facilidad engendra corrupcion en las cosas. Las religiosas del convento reverenciaban y frecuentaban con sacro culto el sepulcro, como rico tesoro donde hallaban el remedio de sus necesidades y el alivio de sus desconsuelos. La veneracion á sus reliquias publica bien á las claras la aclamacion todo género de personas que las piden con afan y les son concedidas con liberalidad, y por ellas, por los polvos de su ataud, por las vestiduras de su cuerpo y por el aceite de su lámpara, alcanzan y logran favores singulares, venerándolas como prendas preciosas de una santa, aplicándolas á los enfermos con la esperanza y fe de recobrar la salud, consiguiéndola innumerables desgraciados. Sus imágenes se solicitan con afan y

se colocan y veneran como de santa. En el coro del Real convento de Santa Fe hay un bellísimo cuadro de cuerpo entero de la infanta, con el rostro muy hermoso y blanco, manto capitular y hábito: la estan coronando dos ángeles con guirnalda de flores, y el letrero dice así: *Veni, Sponsa Christi, accipe coronam.* Está hincada de rodillas ante un Crucifijo que la baña con sus rayos, y á sus pies un cetro y corona, declara su afecto con esta leyenda: *Regnum mundi, et omnem ornatum ejus contempsi propter amorem Domini mei Jesu Christi.* Finalmente, se venera su sepulcro no solo por las religiosas de Santa Fe, sino por notabilísimas personas, principalmente eclesiásticas, á quien dan entrada á él, aunque está en lo interior del convento, á causa de no profesar estas gravísimas religiosas clausura que prohiba la entrada en su convento, y cada dia la ofrecen nuevos votos é insignias, en testimonio de los nuevos milagros que por intercesion de esta Santa concede el cielo á los que con fervor la ruegan. Ardua y prolija tarea fuera referir los innumerables milagros que Dios nuestro Señor ha obrado por la intercesion de esta gloriosa vírgen, por la invocacion de su nombre y por la aplicacion de sus reliquias, indicios todos manifiestos del heróico grado de santidad en que la sublimó en la tierra su soberano esposo, y de los muchos grados de gloria con que la premió en el cielo. Esta es en compendio la vida, las virtudes y milagros de la gloriosa vírgen y generosa infanta Doña Sancha Alfonso, hija de los reyes de Leon, y hermana del santo rey D. Fernando: vida, virtudes y milagros que al paso que testifican estar ya coronada en el cielo entre los coros de las esposas de Cristo que siguen al Cordero inmaculado, claman por la canonizacion de esta corona de la Iglesia, para que como á santa la veneremos é imitemos, que á todos nos ofrece esta gloriosa vírgen ejemplos singulares que venerar é imitar. A los príncipes trato afable, liberalidad prudente y desprecio de cetros y coronas; á las doncellas, recato celestial, pureza de ángeles, eleccion de soberano esposo; á los religiosos vida austera, perfeccion crecida y virtudes heróicas; á los superiores desvelo santo, compasion piadosa y acertado gobierno; á los inferiores obediencia estricta, observancia singular y humilde rendimiento; y á todos, finalmente, ofrece un cristalino espejo de devocion, de perfeccion y de santidad que venerar y que imitar, siguiendo en la tierra sus sagrados pasos, como sigue en las mansiones celestiales esta purísima vírgen los de nuestro dulcísimo Jesus.—G. A.

SANCHA Lopez, religiosa de la órden Seráfica de S. Francisco, de la provincia de Cartagena, en el convento Real de Sta. Clara de Murcia. Fué esta sierva del Señor notable en la práctica de santas obras, y siempre animada de vivos y fervorosos deseos de agradar y servir á Dios. Era de muy frágil memoria, y tanto que á pesar de sus contínuos conatos, jamás pudo

conservar ni recordar el Ave María en latin, siéndole esta falta tanto más sensible, cuanto que era devotísima de la Madre de Dios. Cuando llegó la hora de su muerte, estando el confesor encomendándola el alma y diciéndola todas las cosas necesarias y convenientes en aquel terrible trance, estaba tan distraida al parecer y con tan poca atencion á lo que se la decia, puestos los ojos y el cuidado en otra parte, que el sacerdote se vió obligado á decirla: Señora, ¿dónde estais? parece que no advertís ni atendeis á lo que es digo. Mas ella le contestó: Padre mio, no oye vuestra Reverencia cómo estan cantando la Salve Regina con suave y dulcísima armonía? Permaneció un rato como absorta y suspensa, y pasado un breve espacio de tiempo, pidió un poco de agua, y despues de beberla, levantando los ojos y manos al cielo, dijo con elegante y expedita pronunciacion: *Thalamus mirificus ubi Rex pacificus*; con cuyas últimas palabras dió el alma á su Criador, regalándose con su sagrado y celestial esposo con palabras en un idioma que le fué tan costoso y casi difícil aprender, pues nunca supo decir en latin el Ave María, y en aquellos últimos momentos manifestó en aquella lengua sus deseos de disfrutar el tálamo nupcial del Rey pacífico y su virginal morada, lo que causó el mayor asombro y admiracion.—A. L.

SANCHA de Mallorca (Bta.). Era hija de D. Jaime I, rey de Mallorca, y estuvo casada con Roberto, rey de Nápoles y de Sicilia, llamado el Sabio y el Bueno, hijo tercero de Cárlos II y sucesor suyo con preferencia á Charoberto, hijo de Cárlos Martel, su hermano primogénito. Dejó la Provenza despues de haber establecido en ella las más útiles leyes, y llegó á Italia á principios de 1310. Nombróle el Papa en 1311 su vicario en la Romanía para que hiciera frente al emperador Enrique VII, que habia pasado á Italia con fuerzas considerables á últimos del año anterior, á restablecer en ella su autoridad. Irritado el emperador contra Roberto por oponerse abiertamente á sus ambiciosos planes de gloria y de conquista, le declaró culpable del crímen de lesa majestad, y se alió con el rey de las Dos Sicilias, su natural enemigo, para perderle mejor. Felizmente para Roberto, murió en aquella sazon el emperador, con lo que se disipó la tormenta que acababa de formarse sobre su cabeza, empañando todo el claro cielo del porvenir de la hermosa Italia. Entónces dirigió Roberto sus miras contra la Sicilia, haciéndose á la vela para dicha isla en 1714 con una formidable escuadra. Apoderóse del fuerte de Castellamare, dirigiéndose desde luego contra Trápani, de cuya plaza no pudo apoderarse, á pesar de un desesperado esfuerzo. Los reveses que experimentó Roberto en Sicilia no le hicieron renunciar á su conquista, como lo demuestra el tenaz empeño con que la invadió en diferentes veces sin resultado alguno. Murió Roberto en 1343, habiendo merecido la estimacion de sus súbditos por las eminentes virtudes que le distin-

guieron. Habia casado en 1297 con Yolanda, hija de Jaime II, rey de Aragon, y despues de la muerte de esta con Sancha, hija de Jaime I rey de Mallorca, teniendo tan solo dos hijos de su primer matrimonio. Era tan ardiente el celo de Roberto por la religion, que no paró hasta lograr del sultan de Egipto el permiso de establecer doce frailes franciscanos en la iglesia del Santo Sepulcro de Jerusalen, los que continuan sirviendo aún bajo la proteccion de la Francia. Este hecho, sus grandes virtudes y el haber tomado el hábito de la Orden Tercera, valieron á Roberto grandes elogios de los cronistas de la religion Seráfica, que le han contado constantemente en el número de los beatos de que reza su Martirologio. Sancha, su segunda esposa, objeto de este artículo, ha obtenido igual ó superior distincion por sus virtudes, superiores quizá á las de su esposo, y haber tomado el velo en los últimos años de su vida. Habíala encomendado Roberto á la hora de su muerte esta determinacion, muy conforme, no solo á sus sentimientos de piedad, sino tambien al estado en que quedaba su reino, que debia pasar á manos extrañas, puesto que no le sucedieron sus hijos. Sancha se habia ya distinguido durante su reinado en union con su marido, fundando gran número de conventos, ya para la religion franciscana que mereció siempre su predileccion, ora para otras comunidades religiosas, que fueron objeto de los favores de estos monarcas. Su vida fué siempre en extremo piadosa, y sus oraciones y penitencias la dieron á conocer áun viviendo en el mundo. Retirábase de los esplendores de la corte para pasar al retiro y la soledad, y haciendo una celda de la más retirada de sus habitaciones, se entregaba allí á los ejercicios que la dictaba su fervoroso celo, su heróica é inextinguible virtud. Cuando murió su esposo y llevó á cabo la resolucion que la habia dictado, hízolo con doble ardor, pues al mismo tiempo que satisfacia un mandato supremo, cumplia con una de las ideas más firmes y fijas en su corazon. Tomó el velo en el monasterio de Sta. Cruz de Nápoles, de manos del general de la órden de S. Francisco Fr. Fortanesio Vessalú, y desde aquel instante hizo la vida de una verdadera y perfecta religiosa. Negóse á recibir otro tratamiento que el propio de su nuevo estado, suplicando á los prelados de su Orden mandasen á las religiosas suprimieran los títulos de reina y de majestad, que por costumbre, y áun sin quererlo, se escapaban á cada paso de sus labios. Tampoco quiso vivir más que de las limosnas que le daban á la comunidad, como sus demás compañeras, despidiendo á sus criados y privándose de todo el aparato propio de su clase, que por política y consideracion queria conservase el sucesor de su marido. Hizo todavía más, consagróse á los oficios humildes propios de las novicias, queriendo distinguirse en ellos tanto más, cuanto mayor habia sido su elevacion en el mundo. No faltaba á ninguno de los actos de la comunidad, y procuraba aparecer siempre la última en todos

ellos. Su humildad ha sido el objeto de los elogios de todos los historiadores, y de ella se refieren sucesos extraordinarios, cuya narracion nos llevaria mucho más allá de los límites de este escrito; su constante oracion es otra de las virtudes por que se distinguió; ántes de amanecer ya se encontraba en el coro, y no se separaba de él en la mayor parte de la noche. Ignorábase cuándo dormia, pues áun en su celda se la encontraba orando de rodillas; no faltaba á ninguna de las horas de rezo, y distinguíase siempre por su celo y fervor, por su grande y extraordinaria devocion. Era por lo tanto ejemplo de todas las religiosas, que viendo en ella un modelo de virtudes, no sabian qué apreciar más, si su amor al retiro y soledad, ó su frecuencia en las penitencias y oraciones. Su caridad era inextinguible aunque ántes de entrar en el monasterio habia cedido lo poco que en la tierra la quedaba, dentro de él disponia áun de los restos de sus alhajas y pobres vestidos, destinándolos unos al servicio del culto, y otros al socorro de las necesidades de las religiosas. Amada con este motivo por las buenas madres, se esmeraban contantemente en aliviarla en todos sus trabajos; pero ella léjos de querer sus caritativos servicios, procuraba huir de ellos, entregarse á las prácticas que formaban el objeto de su profesion. Sus penitencias y mortificaciones, muy superiores á sus débiles fuerzas, comenzaron á minar su salud, anunciando su próximo fin. En esta ocasion manifestó una paciencia superior á toda prueba, esmerándose en ocultar sus padecimientos, en hacer aparecer á la vista de las religiosas una robustez y un bienestar de que en realidad carecia. Aumentaba con este objeto sus rigores, eran casi contínuas sus penitencias y maceraciones, y sus oraciones y ayunos se aumentaban en número extraordinario. Gustábala alternar con las religiosas en todos los oficios más humildes, y jamás quiso aceptar cargo alguno, aunque la comunidad se lo ofrecia, dando en esto una prueba de la humildad que habia sido su constante norte, que era el deseo único de su vida; pareciendo que cuanto más se humillaba manifestaba más su grandeza, pues conforme anteriormente habia estado rodeada de todas las pompas y grandezas del mundo, que son como el adorno de la majestad humana, queria ahora que fuese su ornamento el pobre vestido, la grosera comida, el vestido ordinario y los silicios y los ayunos. Admirábanse las religiosas al ver tanto desinterés y abnegacion; tanta elevada religiosidad, un celo y fervor tan extraordinarios. Pero la prudente reina, que ni áun queria conservar un recuerdo del pasado, procuraba poner término á su admiracion, manifestándolas que todas eran iguales en aquel lugar, pues á todas habia conducido y guiaba el mismo objeto, el conquistar la vida eterna. Cuando la reciente enfermedad hubo agotado sus fuerzas y tuvo que hacer cama, se negó á admitir ninguna de las comodidades que la proporcionaba la caridad y afecto de sus compañeras, queriendo

morir como la última de las religiosas. Así no permitió se la mudase su cama comun ó semejante á las de toda la comunidad; no quiso otro médico que el que asistia generalmente á sus hermanas, ni permitió que entrára ninguna de las personas que por su elevada clase deseaban verla en aquellos solemnes momentos. Solo su confesor, religioso franciscano, que la habia acompañado desde el trono hasta el claustro, fué el que la auxilió en aquella última hora; de su mano recibió los santos Sacramentos y escuchó las santas y piadosas exhortaciones con que la dirigia hácia el camino de la vida. Prudentes y sabias máximas que son el postrer consuelo y esperanza de la tierra; que nos animan cuando estamos desfallecidos, nos alegran en nuestra tristeza, y son el postrer bálsamo á nuestro dolor. Mas en Sancha no existia ninguno de estos sentimientos un tanto exagerados por el egoismo en los mortales, dejaba esta vida con paz y tranquilidad, deseaba volver á unirse con mejora á las mansiones terrenales. Fué su muerte, segun todas las probabilidades, en 23 de Julio de 1345, siendo sepultada junto á el altar mayor de la referida iglesia del convento de Sta. Cruz de Nápoles, donde lo mismo que en toda la órden Franciscana se la conmemora en el citado dia.—S. B.

SANCHA MARTINEZ DE MONTALVO (Bta.), religiosa franciscana. Nació en Arévalo á principios del siglo XV, de una familia tan ilustre por su sangre como por sus riquezas. Sus inclinaciones la llamaban al claustro áun en sus primeros años, mas conveniencias de familia la hicieron tomar el estado del matrimonio, muy á disgusto suyo, y tanto que vivió en él en perpetua continencia, segun aseguran las Crónicas de su Orden. Su esposo, hombre dotado de eminente virtud, jamás quiso contrariar las inclinaciones de Sancha, que de consiguiente vivió entregada á los ejercicios de piedad y religion, que eran su objeto predilecto, la favorita ocupacion de su vida. Sus grandes riquezas la permitian hacer cuantiosas limosnas y tomar parte en algunas fundaciones de conventos, á los que hizo donativos de consideracion y otros grandes servicios. Su espíritu no se hallaba sin embargo contento con esto, y deseaba algo más, tanto para su propia tranquilidad, como para el bien espiritual de su alma que tanto ambicionaba. No tardó en presentársela la codiciada ocasion, pues la Providencia envió la muerte á su esposo, á que habia amado con la mayor ternura por unirlos á ambos los vínculos de la piedad y devocion. Libre entónces pensó en hacer nuevos votos como constantemente habia ambicionado, siendo los religiosos los que llamaban con preferencia su atencion. Por consejo de su confesor dedicó sus numerosas haciendas á la fundacion de un convento de religiosas de la órden de Santa Clara ó franciscana, la que llevó á cabo en Arévalo en 1440, recibiendo desde entónces aquel monasterio el título de las *Montalvas*, con que ha sido conocido hasta nuestros dias por el apellido de su fundadora. En él tomó el

velo Sancha, y desde aquel momento, conseguidos sus deseos, manifestó la verdad de su vocacion; continua en las oraciones y penitencias, severa en los ayunos, austera en su modo de vivir, en nada se distinguió de sus compañeras, á las que quiso servir de modelo para completar la obra que bajo tan buenos auspicios habia comenzado. En aquel convento pasó el resto de sus dias entregada á todo género de prácticas piadosas, haciendo una vida más bien celestial que humana, y siendo un objeto de admiracion para cuantos la conocieron; su edificante muerte fué como la corona de su vida, sufrió con increible paciencia y ánimo los dolores que la precedieron, recibió con celo y fervor los santos Sacramentos, y no desmayó ni un solo punto, confiada en la divina Providencia á que habia merecido tantos y tan continuados favores durante su larga existencia. Murió, por último, en la mejor opinion, probablemente á 27 de Julio, en cuyo dia celebra su Orden su memoria, y fué sepultada en aquella santa casa despues de habérsela hecho unas solemnísimas exequias, á que asistió lo más distinguido de la poblacion, uniendo sus lágrimas y oraciones á las preces que para aquella ocasion tiene destinadas la Iglesia.—S. B.

SANCHEZ (Fr. Alfonso), del órden de Predicadores. Ignórase de dónde era natural este religioso, aunque se supone que de Madrid, puesto que en esta poblacion tomó el hábito religioso, hizo sus estudios y obtuvo el cargo de procurador general. Era doctor en sagrada teología, y habiendo sido destinado en el año de 1682 á las misiones del Asia, pasó á Manila y fué nombrado definidor de la provincia del Santo Rosario. Escribió dos obras en latin, que circularon despues impresas en castellano, y son una defensa del arzobispo de Manila D. Fr. Felipe Pardo, del órden de Predicadores, que por injustas acusaciones habia sido privado de su dignidad y desterrado. Este opúsculo, que se hallaba dedicado al rey D. Cárlos II, fué leido ante el Real Consejo de Estado. El otro escrito es tambien un opúsculo titulado: *Relacion de los hechos que produjeron la reposicion del arzobispo de Manila en su diócesis, en virtud de órden y acuerdo del Supremo Consejo de Indias.*—M. B.

SANCHEZ (Alfonso). Fué español, aunque se ignora de qué parte de nuestro católico reino, erudito y muy aplicado; decidido por las cosas de la Iglesia, á las que tenia grande aficion, estudió sagrada teología con ánimo de abrazar el estado eclesiástico, ya dedicándose á la cura de almas, ya obteniendo, como con seguridad la hubiera podido obtener, porque su ciencia y relaciones le ponian en situacion de lograrla, alguna prebenda eclesiástica en alguna catedral del reino. Mas reflexionó que todas estas cosas podian, si la criatura se dejaba llevar de su amor propio, en vez de servirle de provecho servirle de ruina; pensó en asegurarse sometiendo las acciones á la obediencia de un superior, con lo cual ponia á cubierto cualesquiera cosa

que pudiera querer inquietar su espíritu. Varios institutos religiosos parecia le llamaban la atencion, mas figurándose que hay uno donde todas las cosas se hacen *á mayor gloria de Dios*, y donde nada absolutamente es voluntario, por él se decidió y dió, como era natural, su nombre á la Compañía de Jesus, que es quien se propone tan elevado fin por tan adecuados medios. Pretendió, pues, la sotana del gran Loyola sin determinar si habia de ser padre ó coadjutor, convencido de que sus prelados harian de él lo que más conviniera á la gloria de Dios y salvacion de su alma. Efectivamente, apénas le probaron en los meses de postulante, ya determinaron que sería dedicado á estudios, y que en los de teología sería donde más brillaria, porque eran muy adecuados á su capacidad nada comun. Hecho su noviciado comenzó sus estudios, y si en practicar las virtudes y cumplir con las obras algun tanto difíciles de perfeccion no halló la más mínima dificultad, y eso que de esto puede decirse que no tenia costumbre alguna, mucho ménos la halló en los estudios. á los que ya estaba acostumbrado, pues no perdió tiempo, y cuando entró en la Compañía llevaba ya probada toda la filosofía y humanidades, aunque repitió estos estudios en ella, segun práctica recibida y que se funda en el esmero con que procuran armonizar todas las cosas, para que todos los actos de tan caritativo y provechoso instituto sean do quiera idénticos, para acreditar así la verdad del mismo y la elevacion de sus miras. Conforme iba adelantando en su carrera teológica, iba estando en edad para ascender á los órdenes sagrados; así es que fué casi á un tiempo el concluir sus estudios y hallarse en aptitud de ordenarse, y los superiores, claro es que le hicieron ordenarse tan pronto como fué posible, para que prestára á la Compañía y á los fieles y áun á los infieles los servicios que de él podian esperarse con razon. Habiendo, pues, sido ordenado de presbítero, celebrada su primera Misa, y visto que era útil para la predicacion y que podria dedicarse á la enseñanza, aunque sus discípulos fuesen un tanto rudos, le mandaron á la parte de Oriente de las Islas Filipinas, que estaban por entónces recibiendo el Evangelio como principio de su civilizacion y verdadero engrandecimiento. No se puede explicar cuán grande complacencia recibió al saber que se le designaba para ir á aquellas apartadas regiones á distribuir en los incultos corazones de aquellos infelices, la semilla de la divina palabra, ni la diligencia con que hizo los pocos preparativos que necesitó para su larga expedicion; bien es verdad que le animaba el espíritu de ardiente caridad hácia aquellos infelices, y el ánsia de que Dios fuera conocido, pues sabia que la gloria del Señor está en que se acreciente más y más la noticia de su adorable soberanía. Una vez llegado allí, siempre se halló á las órdenes de sus superiores con la docilidad que suelen los hijos de Loyola, pero nunca estuvo quieto, pues dotado de una perspicacia

suma y animado de muy vivo deseo de ser útil á sus hermanos y á la santa Iglesia en la dilatacion de la fe, aprendió muy pronto el idioma y pudo á muy poco tiempo dedicarse á catequizar á aquellos infelices. Tenia á su favor para lograr su objeto una dulzura extraordinaria y muchísima paciencia, por lo cual aquellos más rudos á quienes los otros Padres no podian hacer aprender nada, se los mandaban al P. Sanchez, y él por mil ingeniosas maneras, los atraia y los obligaba á aprender, logrando con su paciencia y con su constancia el que muchos estuvieran en disposicion de recibir el santo bautismo, no solo ántes de lo que ellos mismos se creian, sino áun ántes de lo que les pareciera á los demás Padres catequistas. Ya llevaba algun tiempo ejerciendo con fruto su importante ministerio, cuando pareció prudente el que uno de los de la mision viniese á manifestar tanto á S. M. Católica, cuanto al Sumo Pontífice, que lo era entonces el Sr. Sixto V, de buena memoria, el estado de aquella mision, las necesidades tanto materiales como espirituales que la ocupaban, y las demás cosas que tenian relacion con sus adelantos y con el bien y felicidad de aquellos infelices. Pensóse en quién seria más á propósito para desempeñar tan importante cometido, y las miras de todos se fijaron en el P. Alonso Sanchez, á quien se dió la calidad ó carácter de enviado extraordinario de aquella colonia para gestionar cerca de S. M. los adelantos materiales de sus comitentes, cerca de Su Santidad sus mayores provechos espirituales. Uno de los principales objetos que le traian á España y Roma era el arreglar y poner por obra las misiones de la China, que desde luego se previno habian de ser grandemente importantes, pero que necesitaban gestionarse con actividad, porque se habia dado el primer paso, es verdad, pero circunstancias imprevistas habian hecho quedasen sin efecto. Los jesuitas de Filipinas y áun de la China, á quienes vió ántes de venir á España, le hicieron ver todas las necesidades que les agobiaban, y con esto tuvieron bastante para esperar fundadamente el remedio, que muy pronto tuvieron sus más perentorias urgencias. Pero no aceleremos los sucesos y demos cuenta de cómo desempeñó su cometido el enviado extraordinario de aquellos infelices, que luego que conocian la verdad, iban en su busca; apénas tenian noticia de Dios, se dedicaban á su servicio y amor. Despues de una navegacion feliz arribó á España, y sin detenerse siquiera á visitar las casas de la Compañía, ni áun aquellas en que habia estado algun tiempo, y por consiguiente le eran caras, porque habia ó aprendido ó tal vez enseñado algo en ellas, llegó á la presencia de S. M., le hizo ver las necesidades de los jesuitas, tanto en Filipinas como en la China, pero no las necesidades en ellos como particulares, ni áun como corporacion religiosa, sino como jefes ó más bien directores de la mision católica en aquellas apartadas regiones, y logró de la inagotable caridad del monarca

el que destinase parte de los capitales de su Real erario á la continuacion de esta obra verdaderamente civilizadora, de esta obra grande en todos conceptos y que ha inmortalizado á cuantos monarcas han intervenido en ella. Desde Madrid, que fué donde vió al Rey católico, partió á Roma, y recibiendo de Su Santidad una acogida inesperada, oyó de sus labios frases del mayor consuelo, recibió de su autoridad facultades las más ámplias y pudo llevar á Filipinas y á la China esperanzas las mas lisonjeras, pero lisonjeras esperanzas que no podian ser estériles, porque él, como que no trabajaba para sí, sino para los infelices infieles, se aseguraba de todas las promesas que le hacian hasta el punto de pedir y lograr que se consignase en Reales cédulas ó en rescriptos pontificios las concesiones que el monarca y el Papa hacian, teniendo al pedir estos nuevos favores tanto tino y tal prudencia, que nunca sufrió por esto la más leve repulsa, ni siquiera tuvo que oir una expresion mas dura; es verdad que todos se persuadian de que el móvil de su ardentísimo celo no habia nunca sido otro sino el cumplir bien y fielmente la mision que se le confiára. Grandes esperanzas se habian concebido de su ciencia, de su prudencia y de su delicado tino para hacer todas las cosas, pero mucho más de lo que le prometian fué lo que logró, motivo por el cual todos quedaron altamente satisfechos de su comportamiento, y esto no solo los Padres que le enviaron, sino el Rey católico y el Papa á quienes habia sido enviado. Llevó hácia allá muchos recursos para continuar la mision, y tres ó cuatro veces hizo el viaje de Filipinas á la China, siempre con provecho de unos y otros indígenas, siempre con gloria y honor de la Compañía de Jesus, á que se complacia vivamente de pertenecer. Cuando estaba quieto en una ú otra parte, parecia que Dios le multiplicaba prodigiosamente el tiempo, haciendo que le fuese suficiente no solo para el desempeño de sus obligaciones de sacerdote, de jesuita y de catequista, sino para escribir, lo cual hacia con mucho acierto, proporcionando por este medio datos muy curiosos que tal vez hubieran yacido en el olvido, y que han servido para caracterizar el país en que él misionaba con tanto fruto. Su vida toda pasó en este ejercicio de caridad en favor de los pobres á quienes le cabia la dicha de instruir, y si fuera dado entrar en el minucioso exámen de las particularidades que le servian de medio para conquistar á aquellos infelices, nos asombrariamos, porque en verdad se necesita don de Dios, no solo para hacer, pero ni áun para pensar algunas de las cosas que él hacia. En primer lugar muchas veces tenia que compartir con los infieles que se le acercaban para instruirse, el escaso alimento que le daba la mision, otras veces tenia que admitir á que durmiera en su compañía á alguno de los pobres á quienes instruia, y le daba lo mejor de su cama, recostándose él á la intemperie, porque el ignorante é infiel tuviera

siquiera donde guarecerse; y en medio de estas privaciones, alegre siempre, siempre satisfecho con estos sufrimientos, muy contento con servir de algo á sus hermanos, tan alegre como el que mas pudiera estarlo en medio de la mayor opulencia. Así es que si alguna vez le agobiaba la enfermedad, á Dios le ofrecia este trabajo, como se complacia en el Señor cuando podia curar á alguno de sus hermanos, y acumulando méritos sobre méritos, pasaban los dias de su existencia, hasta que cortado el hilo de esta, él pudo pasar á mejor vida, porque esta mejor vida se la merecieron sus contínuos trabajos por la gloria de Dios, sus incesantes desvelos por la religion á que fué agregado. Dios, que siempre protege á sus fieles servidores, y que derrama abundantemente sus bendiciones y gracias en favor de quienes de corazon se las piden, quiso satisfacer los deseos de nuestro buen P. Sanchez, dándole tiempo para que se preparase á morir cual conviene á un apóstol y seguidor de Jesucristo; su enfermedad fué breve, pero no tanto que no le permitiera recibir los santos Sacramentos; recibiólos en efecto con suma devocion y con edificacion de cuantos presenciaron tan tiernas é imponentes ceremonias, y fortificado con la gracia que Dios da en tan seguros medios de acrecentarla, pasó de esta á mejor vida en medio del más profundo sentimiento de todos sus hermanos y de cuantos por cualquier motivo tuvieron ocasion de conocerle. Gran sensacion produjo su pérdida en la mision de la China, que es donde le acaeció la muerte; pero como todos sabian que esta muerte suya sería el principio de su eterna ventura, se consolaron con esta esperanza y confiaron en que un dia será glorioso su nombre, porque en verdad ha contribuido mucho á que abrazasen el catolicismo muchos de Filipinas y de la China, tanto por los buenos servicios que prestó en su viaje á España y Roma, cuanto por el celo é infatigable afan con que trató de instruir á aquella gente en el largo espacio de tiempo que vivió en aquellas apartadas regiones. Para concluir esta reseña biográfica del P. Alfonso Sanchez, citarémos las obras que dejó escritas, y acerca de las cuales sentimos mucho no podernos detener en su exámen, que bien mereciera ser prolijo, porque no dejaria de ser importante. En primer lugar él dió los datos todos necesarios para formar la biblioteca de los indios al célebre Antonio Posevino, que puede decirse que no hizo otra cosa que redactarla, siendo ella trabajo de nuestro Sanchez. Además (y estas otras obras de que vamos á hablar son ya exclusivamente suyas) hizo unos sermones que tituló *Conciones latinæ per totum annum*, cuya obra dejó tambien inédita en lengua vulgar, y eran los mismos asuntos que él habia predicado en diversas ocasiones, tratados perfectísimamente bien, como siempre habia él sabido desempeñar el importante ministerio de la predicacion, en cuyo ejercicio habia logrado muy legítimos lauros. Tiene un precioso tratado *Del título de justicia con que los*

reyes de España poseen las Islas Filipinas, en el cual, además de darse noticias muy curiosas tanto acerca de su descubrimiento cuanto acerca de los medios que siempre han empleado para sostener esta posesion, y los esfuerzos que para lograrlo han tenido muchas veces que hacer; se controvierten muchos puntos de derecho muy oportunamente dilucidados, y que esclarecen muchas otras pretensiones, fijando muy bien hasta dónde puede llegar en ciertos asuntos el derecho internacional. Esta obra se imprimió varias veces, y en su época fué muy buscada. Tiene otros dos ó tres manuscritos muy buenos: un *Memorial y apuntamientos sobre la entrada del Evangelio en tierras nuevas*, que se conserva en el archivo que fué de D. Gaspar Ibañez de Segovia, y otros dos que tuvo un cardenal de Roma, y que fueron *Cartas de los viajes que hizo á la China, el primero en* 1582, *y el segundo en* 1584. Estos escritos son preciosos, y tales cuales los hemos referido los méritos y prendas del esclarecido jesuita Alonso Sanchez. — G. R.

SANCHEZ (V. P. Fr. Alonso), religioso lego de S. Francisco, natural de la villa de Tomelloso, en la Alcarria. Siendo estudiante en la universidad de Alcalá, donde estuvo algunos años, y habiéndole dotado el Señor de muy buen entendimiento, como conociese las falacias de las estimaciones y conveniencias de la vida mortal, volvió al mundo las espaldas, y tomó el santo hábito del seráfico Padre, en el estado humilde de lego, para abrazarse más estrechamente con la humildad, pobreza y desprecio de todo lo que el mundo estima. Vivió muchos años en el convento de S. Diego, empleado por la obediencia en el oficio de limosnero, que ejercitó con singular edificacion de los pueblos, por los grandes ejemplos que les daba de todas las virtudes, y particularmente admiraban su particular modestia en los ojos y circunspeccion en sus acciones; y en sus pláticas, que todas eran de Dios, y movidas del amor y celo de las almas, la discrecion, suavidad y dulzura con que los hablaba, dejando sus palabras impresas en sus corazones. Dióse mucho á la contemplacion, mortificacion de voluntad, juicio propio, y á la de la carne; pero entre sus virtudes, las que se reconocieron con especial predominio fueron la humildad y paciencia en sufrir con inalterable ánimo las injurias y baldones que muchas veces oyó, denostándole con improperios de hipócrita y embustero. Para el mayor ejercicio de su siervo, permitió el Señor fuesen muy repetidas las ocasiones en que algunos desalmados le hiciesen estos tratamientos con mucho desprecio; pero jamás se notó, ni en su semblante, ni en sus palabras, ni en sus acciones, afecto que no respirase humildad de corazon, paciencia y caridad con que toleraba sus injurias y baldones; por el contrario, encomendaba á Dios á los que así le trataban, reconociéndose merecedor de todos ellos. La constancia de este ejemplar procedimiento levantó á tan alto grado el concepto de sus virtudes, y extendió de

tal manera la fama de su santidad, que así en Alcalá como en los pueblos de su comarca no le conocian ni hablaban de él sino con el nombre de santo. Lo mismo sucedia en Madrid, en donde corria su nombre con tanta estimacion, que le veneraban los señores y los grandes de España, y solicitaban su comunicacion y oraciones por el gran consuelo que les procuraba. La misma fe manifestaban los lugares en que pedia su limosna, motivada de algunas maravillas obradas á su vista, como la ocurrida en la villa de Chinchon, donde habiéndosele caido, por artes infernales, un cántaro lleno de aceite, le recogió con gran serenidad y paz, y con tan buena maña que volvió á llenar el cántaro, y lo que es más admirable, no quedando en el suelo la más leve mancha ó señal del aceite vertido. Murió lleno de merecimientos en dicho convento el dia 24 de Marzo de 1694, y fué tan grande la conmocion que se sintió en la ciudad al saber su muerte, que traidos de la fama de su virtud, se aglomeró en su entierro un exorbitante concurso de los mayores que se han visto en tales ocasiones; y como el gentio fué tan irregular y tumultuoso (principalmente de los estudiantes, que en aquel año se reunieron en crecidísimo número en la universidad), se vieron los religiosos en la precision de cerrar las verjas de la capilla mayor, y poner guardas al santo cuerpo para que la devocion indiscreta no hiciese en sus restos algun estrago. Tuvo este siervo de Dios por hermana á la V. Agueda Sanchez, de la Tercera Orden del seráfico P. S. Francisco, que vivió y murió con opinion de rara santidad en la ciudad de Guadalajara, cuya vida maravillosa escribió su confesor el V. P. Fr. Pedro García, y se guardaba manuscrita en el archivo del convento de S. Francisco de aquella ciudad. Y en el año de 1712, en que murió su confesor con grande opinion de virtud, queriendo depositarle en la misma sepultura de la V. Agueda, se halló el cuerpo de esta insigne mujer incorrupto y flexible despues de diez y ocho años de enterrado, siendo hermana de su hermano en la carne y el espíritu.—A. L.

SANCHEZ (P. Alonso), de la Compañía de Jesus. Fué natural de Mondejar, é hijo de unos honrados labradores. Estudió artes en Alcalá, distinguiéndose en extremo, pero aunque se declaró desde luego pretendiente de la Compañía, no teniéndose por fundada su vocacion, le detuvieron dos años. Era muy aficionado á la poesía, y por decirse de él que no podia andar á pie, hizo dos peregrinaciones á los célebres santuarios del Pilar de Zaragoza y de Guadalupe, hasta que al fin venció con su importunidad las objeciones que se le oponian, y fué recibido á 18 de Junio de 1569. Terminado su noviciado estudió teología en Alcalá, y á los pocos años fué elegido rector de Navalcarnero, donde en 1574 unió una noche la casa de la Compañía con la iglesia parroquial, conforme al indulto apostólico. Pero hubo un alboroto tan grande en el lugar, y manifestó tanto sentimiento Benito de Villegas,

gobernador del arzobispado de Toledo, que para evitar mayores inconvenientes, tuvo el P. provincial que trasladarle á otro punto, y le envió á Caravaca, donde se dedicó por espacio de cinco años á explicar gramática latina. Llamóle con este objeto á Madrid, y habiéndole intimado la órden, la recibió con resignacion tan admirable, que aunque venia de camino y llegó á tiempo en que estaban comiendo en la casa, se fué derecho al coro, y se estuvo allí un largo rato, consolándose con nuestro Señor y ofreciéndole aquella mortificacion y trabajo. Allí le consoló Su Majestad y le animó de manera, que lo llevó no solo con paciencia, sino con grande alegría, tomando esta tribulacion por una señalada merced y beneficio de la casa del Señor. Sin volver á Navalcarnero partió desde Madrid para Villarejo peregrinando, y llevó licencia del P. provincial para detenerse á hacer unos ejercicios, los cuales tuvo muy despacio y con raro fervor. Partióse luego para Caravaca de la misma manera, y en llegando obtuvo licencia para repetirlos por espacio de veinte dias con la misma devocion que los pasados y con muchas penitencias, y desde entónces comenzó á proceder con extraordinario fervor y devocion. Encargóse luego de su cátedra, y atendió á ella con tanto cuidado como si en su vida hubiera de hacer otro ministerio, y como si este le fuera el más gustoso y honroso del mundo. Velaba y trabajaba mucho por adelantar á sus discípulos en virtud y letras, y así al cabo de poco tiempo se vió en ellos mucho aprovechamiento, de lo que daban claro testimonio algunos que lo fueron, así en las señales de amor y respeto y de cierto modo de temor con que trataban de su maestro, como en sus vidas y costumbres. Porque advirtieron los Padres que entre todos los que se educaron en aquellos estudios, se aventajaban los que eran discípulos suyos, y hablando ellos en las ocasiones que se ofrecian, solian ponderar la extraordinaria virtud que habian aprendido en tiempo del P. Alonso Sanchez, y el grande celo que tenia por adelantarlos, castigándolos y reprendiéndolos por una parte con tal gravedad y severidad, que los dejaba muy corregidos y amedrentados, y usando por otra de tan buenos medios, que no quedaban exasperados sino animados á enmendarse, á lo cual ayudaba mucho el tenerle en opinion de santo. Estaba muy firme en este principio, de que la Compañía lo que principalmente pretende es enseñar virtud á sus discípulos, y lo solia decir muchas veces, y así jamás perdia ninguna ocasion que se le ofreciese para exhortarles á ella. En encontrando en el libro que leia alguna buena sentencia, deducia de allí doctrinas para el aprovechamiento de sus discípulos, y les hablaba un rato de nuestro Señor y de alguna virtud, y les contaba tambien algun buen ejemplo, siendo más eficaz el que les daba el Padre en todas sus palabras y obras. Empleaba muchas horas del dia en la oracion, recogiéndose á tenerla casi todo el tiempo que le sobraba de

su cátedra. Por la mañana, en saliendo de la oracion ordinaria, se iba á decir la Misa primera, y se entraba á dar gracias en un rincon oscuro que habia en la sacristía, y allí estaba hasta que daba la hora de ir á la cátedra, que pasaba por lo ménos una hora, y esta se le hacia tan breve, que salia algunas veces preguntando cómo tocaban tan presto. En la cátedra el tiempo de descanso, miéntras los estudiantes estaban repasando las lecciones, se quedaba dentro de la cátedra é hincado de rodillas, en oracion y rezando sus horas, y esto con tanta atencion y recogimiento, que necesitaban avisarle los estudiantes haber dado la hora. En el colegio, miéntras los demás estaban recreándose ó descansando despues de comer, iba á la oracion y tenia una naturaleza tan robusta, que nada le hacia daño. Tenia tanta facilidad en aquel santo ejercicio y era tan visitado de nuestro Señor en él, que de cualquier cosa que veia ú oia tomaba ocasion para orar y levantar el corazon á nuestro Señor. Aconteciale, como refirió él mismo á un amigo estando en su aposento, abrir el libro del Maestro de las sentencias y leer una distincion, y á pesar de ser el estilo y el fondo tan árido para otros, hallaba en él tan grande motivo de devocion, que cerrando su ventana dedicaba muchas horas á hacer oracion sobre lo que habia leido. Tuvo singular devocion á la santa imágen del Niño Jesus que habia en aquel colegio, pasando muchos ratos de rodillas dirigiéndole la palabra con dulzura y suavidad, y compuso unos villancicos tan tiernos y devotos, que los solia decir con grande afecto, ternura y lágrimas. Era tambien muy devoto de nuestra Señora, pues además de ayunar todos los sábados, le hacia otros obsequios, y en sus fiestas decia la Misa con tanta devocion, que todos los presentes lo echaban de ver y se edificaban, y despues de haberla dicho en aquellos dias, salia á la iglesia á ayudar otras dos ó tres. Era tan exacto y contínuo el silencio que guardaba, que jamás le veian hablar en la casa si no era en alguna ocasion forzosa ó muy necesaria, y así apénas se le oian más palabras que las que hablaba en el aula, y cuando volvia de ella llevaba el Diurno abierto, como si fuese rezando, por evitar las ocasiones de hablar con el que encontraba. Hizo entre otros unos ejercicios en las Cuevas con tanto retiro, silencio y oracion casi contínua, acompañada de tantos ayunos y penitencias, que duró por muchos años la memoria en aquel colegio. Competian en el P. Alonso el espíritu de la mortificacion y el de la penitencia y el ejercicio de la oracion, persiguiéndose y mortificándose en todas las cosas sin perdonarse en nada. Dormia casi siempre vestido, y muy de ordinario sentado en un banquillo, y andaba cargado de ásperos silicios, costumbre que observó no solo en el tiempo que estuvo en Caravaca, sino tambien en los caminos, á imitacion de S. Francisco de Borja. En la comida y bebida se mortificaba mucho, porque además de que los miércoles y sábados no comia sino la escudilla del

caldo, usaba de diversos medios para hacerle desabrido. Unas veces echaba agua en el caldo, otras dejaba de propósito enfriar la carne, otras comia muy poco de ella, y hubo veces en que le vieron hasta dos y tres dias sin comer, y tambien se le pasaban sin beber; otras veces, aunque tenia sed, bebia muy poco. Por su grande caridad y misericordia con los pobres, les repartia por lo comun la limosna á medio dia, entraba á la cocina y recogia las sobras para dárselas, y habiendo obtenido licencia del superior para dar limosna de lo que encontrase, andaba buscando qué llevarles, y le ayudaba nuestro Señor de manera que nunca le faltaba que dar. Ofrecióse al superior para que en los ratos desocupados le enviase á acompañar á los Padres que salian á negocios por la villa, y se portaba en estos casos de tal manera, que solian decir era raro su espíritu de mortificacion, y parece quiso nuestro Señor probarle en aquella humillacion y habilitarle con tanta oracion, mortificacion y penitencia como ejercitó en aquel colegio para los otros gravísimos empleos y trabajos mayores á que le tenia destinado. En suma aparecia en Caravaca un vivo retrato de los antiguos PP. del yermo, no acertando á tratar con los hombres sino solo con Dios, y si alguno á fuerza de instancias conseguia confesarse con él, le detenia en la confesion un dia, ó por lo ménos medio, porque decia haberle enseñado nuestro Señor cuanto era menester para reducir un alma á su Criador. Mas Dios, que queria servirse de él en empresas heróicas, movió á los superiores á que le señalasen el año de 1529 para la mision de Nueva España, de donde pasó al año siguiente á la de Filipinas, y de allí á la China y Japon; volvió despues á Méjico, España y Roma, distinguiéndose en todas partes por sus grandes hechos y heróicas empresas. Misionero distinguido, quiso mejorar la suerte de sus hermanos ocupados en la predicacion del Evangelio en las más remotas provincias de Asia, y fomentar al mismo tiempo sus trabajos buscando para ello abundantes recursos. De aquí sus continuos viajes, sus largas peregrinaciones y sus extraordinarios sufrimientos. Bien acogido en todas partes, mirado como un varon celestial más que que como un hombre piadoso, sus planes y proyectos, si bien por entónces no tuvieron la acogida que hubiera deseado, quedaron dispuestos para lo futuro en que debian fructificar con los mejores resultados. Para conseguirlo no empleó Alonso Sanchez exclusivamente los medios vulgares que se usan para activar los negocios, sino que se valió de las poderosas armas de la oracion, ayuno y penitencia á que nada resiste cuando se ofrecen con voluntad santa y pura. Así se le vió en medio de las mayores dificultades, de los trabajos más rudos y penosos, semejante siempre á sí mismo, orar, mortificarse, ayunar, seguir en fin la perfecta senda por que habia caminado desde un principio. Admirados sus superiores de su paciencia y sufrimiento, le concedian sin dificultad cuanto les pedia, sabiendo que iba encaminado á la ma-

yor gloria de Dios. Su larga y penosa vida fué un admirable ejemplo de las virtudes que en sí puede atesorar un hombre constante, y su gloriosa muerte acabó de coronarla con la auréola de la inmortalidad. Muy bien hubiera querido padecer martirio entre los infieles, terminar su vida en las apartadas regiones donde habia ido á predicar la fe de Jesucristo. Empero la Providencia le tenia reservado con otros designios, y los años que le conservó sobre la tierra fué para que trabajase en el fomento de aquellas mismas misiones á que habia ido como el último y más humilde de sus miembros, en que estaba llamado despues á figurar entre sus principales apóstoles. Pero sus muchos viajes, penalidades que en ellos sufrió y contínuos disgustos, acabaron por minar su salud, lo que unido á sus penitencias, vigilias y mortificaciones, léjos de mejorarle, vino de dia en dia á reducirle á un estado de postracion y abatimiento en que solo podia esperar su próxima muerte. Entónces Alonso, volviendo en sí, y considerando lo caduco y perecedero de las cosas de la tierra, convencido de que todos sus esfuerzos, aunque premiados por la Providencia, no podrian hacerle adelantar un paso más de lo que estuviera decidido por la sabiduría eterna, decide abandonarlo todo y cuidar únicamente de su alma, retírase á uno de los colegios de su instituto, comienza sus acostumbrados ejercicios, y aún no los habia terminado, cuando hubo de postrarse en el lecho, donde recibidos los santos Sacramentos, entregó su alma á su Criador con la paz y tranquilidad del justo.—S. B.

SANCHEZ (P. Antonio), de la Compañía de Jesus. Fué muy señalado en la caridad este religioso varon; toda su vida tuvo un espíritu apostólico muy fervoroso, y en los últimos plazos de su existencia mostró que en él vivia y reinaba el espíritu de Cristo, siendo modelo de obediencia hasta el último instante de ella. Fué tan heróico en esta virtud, que por la misma corrió á los mayores peligros, por proporcionar la vida eterna á sus hermanos. Nació el P. Antonio Sanchez en un lugar pequeño llamado Sierra de las Yeguas, en el marquesado de Estepa, villa principal de Andalucía. Estudió en la universidad de Osuna y recibió el grado de maestro en artes, con buen nombre de letras y general aprobacion. Siendo ya de treinta y dos años le llamó Dios á la religion, y obedeciendo á su voz, se fué á Sevilla y pidió entrar en la Compañía al P. provincial Pedro Bernal, logrando ser admitido y enviado en peregrinacion al noviciado de Montilla. Púsose al punto en camino, y comenzó á seguir el de la perfeccion con un fervor tan grande y con tantas penitencias y mortificaciones, que admirado una vez su maestro de novicios, le dijo: «¿Qué prisa es esta, P. Antonio Sanchez?» Y respondió: «Si una bestia que sale de la posada bien comida y descansada, comienza á caminar lerda y flojamente, ¿no merece que el que va encima la espolee y castigue? Pues así debe considerarse mi cuerpo; si ahora que sale del mundo y del re-

galo no corre á prisa y con brio por el camino de las virtudes, ¿no merece bien la espuela y la vara?» Con esta prisa y deseo se puso en camino este Padre, y con la misma prosiguió y acabó su jornada. Consagróse de corazon al ministerio de las confesiones y al trato familiar con los prójimos; los ayudaba y socorria en todas sus necesidades corporales y espirituales; y aunque á todos hacia buen rostro, recibia con más voluntad á los pobres. Salia con particular afecto á las misiones, y decia que era el mejor bocado de la Compañía, y entónces iba á las casas de los pobres enfermos, viejos, desamparados y gente necesitada de remedio para dársele. Cogíale la luz del dia sentado en el suelo á las puertas de la iglesia, y entraba en seguida á confesar á los pobres trabajadores del campo para que no perdiesen su jornal, continuando las confesiones hasta medio dia, y despues de haber tomado un bocado, sin reposar nada, volvia á su puesto y aguardaba en oracion á la gente, siguiendo hasta bien de noche en el ministerio, y todavía confesaba á algunos hombres que volvian del campo. En donde quiera que estaba, visitaba todas las semanas las cárceles y exhortaba á los presos á la confesion y penitencia de sus culpas, enseñándoles que esta era la principal causa de su prision y trabajos. Daba vuelta por las casas de personas pobres y enfermas, confesándolas y alentándolas con palabras y santos ejemplos, animándoles á la paciencia y á la penitencia. Y si alguna vez salia al campo por obediencia, ante todo cumplia con este género de caridad. Aseaba y limpiaba á los enfermos pobres, aunque sus padecimientos fuesen asquerosos y repugnantes; llevaba cántaros de agua á la cárcel y algunos haces de leña á los pobres necesitados. Era un dechado de toda perfeccion religiosa, exactísimo en la disciplina y regular observancia, en la oracion fervoroso, y en la mortificacion interior y exterior severo y rígido. Lo mucho que el Señor se le comunicaba en la oracion sus obras lo decian, y las muchas horas que en ella gastaba; la comenzaba por la mañana, una hora ántes que los de la casa se levantasen, y la proseguia hasta que los demás acabasen la suya; de noche volvia á dar otra hora de este celestial pasto á su alma, siempre con una humildad y reverencia profunda. Cuando estaba á presencia de otros permanecia de rodillas, pero cuando á sus solas, postrado en tierra con la boca pegada á ella, hasta que la fatiga del cuerpo le obligaba á mudar postura, y entónces se sentaba sobre los piés en medio del aposento, por no tener ocasion de arrimarse. De la misma manera rezaba el oficio divino con profunda inclinacion del cuerpo y el rostro casi en el suelo. Cuando andaba en misiones y los prójimos le ocupaban todo el dia, quitaba del reposo que daba á su cuerpo, que era bien poco, y se levantaba á cumplir la tarea de su oracion, y para ella se ayudaba de la leccion de los libros santos, prefiriendo los que más encienden el afecto, que alumbran el entendimiento. Fué devotísimo de la Virgen nuestra

Señora, y adornaba sus imágenes con varios ramilletes y flores. Tuvo entrañable afecto y devocion al Santísimo Sacramento del altar, á la cruz y á los santos ángeles, y experimentó su favor y amparo en algunas ocasiones. Desde el primer dia que se ofreció al servicio del Señor en la Compañía, comenzó una dura y cruda batalla contra su carne, haciendo guerra perpétua á sus pasiones, sin que los años y la flaqueza del cuerpo y graves enfermedades le hiciesen alzar mano en perseguirse. Tomaba frecuentes disciplinas públicas y secretas, con tanto rigor y por tan largo tiempo, que era motivo de confusion y lástima á sus vecinos, que se la tenian por ver á un anciano con el cuerpo seco y enjuto, efecto de su grande abstinencia, azotarse sin piedad y sin dolerse de sus carnes. Era muy parco en el sueño, dormia muchas veces vestido, haciendo ensayos áun de más penitencia. Fué pacientísimo de frio y calor y otras inclemencias del cielo, y buscaba ocasiones de padecerlas. Cuando fregaba, que lo hacia muy á menudo y por muchos dias contínuos, se bañaba los brazos en agua casi hirviendo por atormentarse. De la comida escogia lo ménos y lo más vil é inferior; y los ayunos de adviento y cuaresma no tomaba colacion á la noche. La bebida siempre de agua, y nunca quiso probar vino aunque se lo aconsejaban en su vejez para fortalecerse. Tenia gran señorío sobre todos sus afectos, y se condujo con sus parientes como si no los conociese y hallándose una legua de su tierra, nunca consiguieron los visitase. Fué grande la templanza y concierto de su lengua, pocas palabras, y esas muy agradables y encaminadas al provecho de sus prójimos y humillacion de sí mismo; solamente era austero consigo, amoroso con todos, manso, afable, y lleno siempre de un santo donaire con que ganaba las voluntades, áun cuando hablaba de la muerte, del juicio y castigo de los pecados, por la buena gracia de sus razones y alegría de su semblante. Tuvo especial amor y aficion á la virtud de la humildad, sin perder ocasion de humillarse, y se gloriaba de los deudos pobres y ménos calificados que tenia, olvidando los que tenia honrados y ricos. Decia que habia sido pastor, gañan y porquerizo, y con mucha sal contaba algunas cosas que en estos tiempos habia visto. Siendo tanto el gusto que tenia en abatirse, que con todo género de gente, conocidos y extraños, buscaba ocasion en la plática de manifestar su bajeza, usando siempre de comparaciones humildes y referentes á los trabajos campestres. La pobreza de este siervo de Dios todas sus cosas la mostraban; su vestido, su cama, las alhajas de su aposento, todo olia á suma pobreza. Cuando caminaba de un lugar á otro y podia excusar gasto, se iba á pié con su hatillo al hombro. Se habia acostumbrado á carecer de las comodidades del cuerpo, y educado en su alma un espíritu fuerte y despreciador de todas las cosas, sin que las enfermedades y dolores le afligiesen ni turbasen la alegría de su semblante. El teson y

perseverancia en ayudar á sus prójimos no tuvo igual. Jamás se le conoció otra voluntad que la de los superiores, estando tan propicio á obedecer, que por excelencia le llamaban Quitapesares. Y para ejemplo basta el de su muerte, que se le causó de la manera siguiente. El año de 1601 afligia una cruel pestilencia á la ciudad de Jerez, y queriendo los superiores enviar á aquella poblacion algunos de la Compañia para que la consolasen, ayudasen y sirviesen en aquel trabajo, propusieron al P. Antonio Sanchez sencillamente el aprieto en que se encontraba aquella ciudad, y sin mandarle nada, sino dejando en sus manos el acudir ó estarse quedo. Quitóse al punto la ropa, y con grande alegria y devocion dijo al P. Rector del colegio de Montilla que se lo proponia: Jesus, Padre, vamos luego, que esta es ocasion para restaurar veinticinco años de tibieza en el servicio de nuestro Señor. Tomó en seguida una pobre camisa, el breviario, un cartapacio pequeño y un silicio atado con la disciplina, sin cuidarse de sombrero ni de otros enseres de camino ni de viático. El dia siguiente se fué á la portería con tanto gozo y aliento, como si le esperáran las mayores fiestas y recreaciones del mundo. Llegó á Jerez, tomó por compañero al hermano Gaspar de Vargas, y juntos se fueron al hospital y comenzó á confesar y sacramentar á los enfermos con gran caridad, y los ratos que le quedaban los empleaba en oracion profunda y regalada delante del Santísimo Sacramento. Continuaba las disciplinas y penitencias con el mismo rigor que cuando estaba descansando. Pero el Señor le premió prontamente lo que por toda su vida religiosa habia trabajado por su amor con una muerte padecida en aquella santa demanda, producida por una pústula ó carbunco que le hirió con un tabardillo pestilencial. Los accidentes eran gravísimos, las bascas mortales, mas tambien era maravillosa la igualdad de ánimo con que las sufria, como mandadas por la mano del Señor, á quien recibió todos los dias que estuvo enfermo con mucha devocion y ternura de su alma, y con la misma el de la extremauncion, un dia ántes de su fallecimiento, que se verificó el miércoles santo 18 de Abril del año de 1601, á los cincuenta y nueve de edad y veinticinco de Compañía. Escribió la vida de este fervoroso varon el P. Pedro de Rivadeneira — A. L.

SANCHEZ (V. P. Fr. Antonio), religioso trinitario y natural de Medina del Campo, antiquísima villa situada en Castilla la Vieja. El cielo le destinó padres honrados, con conveniencias temporales y adornado de muchas virtudes. De aquí provino su fortuna para conservar la gracia que con pródiga mano le concedió el Señor en el bautismo; siempre fué bueno, pero mejor despues que tuvo suficiente edad para hacerse religioso trinitario en el antiguo convento de aquella ilustre villa. El dia 1.° de Julio de 1594, fugitivo de los desórdenes del mundo, recibió el santo hábito; regia en la ocasion en

aquella observantísima casa el docto y V. Mtro. Fr. Antonio de Oviedo, quien lo alistó en el número de sus valerosos soldados para pelear con el mundo, demonio y carne, y auxiliado de Dios coronarse de triunfos en el cielo. El dia 2 de Julio, consagrado á la Visitacion de María Santísima, logró la dicha de ser profeso. Al pronto no tomó con el ardor que debia el caminar sin descanso de virtud en virtud; portábase con alguna tibieza, lo que no era grato al Señor, pues queria fuese santo, para que su vivo ejemplo excitase á la imitacion á muchos, y no se daba por entendido para caminar á la cumbre de la perfeccion con crecidos y más veloces pasos. Para enmendar este defecto el Señor facilitó le ordenase la obediencia pasar á la villa del Carpio, á tres leguas de distancia, á practicar una diligencia; el tiempo estaba sereno, sin señales que indicasen una próxima tempestad, pero á poco tiempo de haber salido de Medina, le deslumbró un fúlgido y horroroso relámpago, seguido de un trueno tan estrepitoso, que lo derribó de la mula en que caminaba, tendiendo al animal en tierra tambien; en aquel estado descendió una exhalacion tan terrible, que creyeron los que lo miraban le habia resuelto en polvo y ceniza. Por especial misericordia de Dios no llegó á tanto, pero acercándose á reconocerlo, viéndole privado, le creyeron cadáver; como tal le trasladaron en hombros y le entraron en el convento, le pusieron en la cama, sin que entónces ni despues diese señales de vida. Así pasó el resto del dia y de la noche hasta la mañana, en que abriendo los ojos y boca, prorumpió en estas palabras: «Jesus mil veces, gracias te doy, Padre amantísimo, de haber usado conmigo de tan alta misericordia, no merezco la vida que me has dado, pero te ofrezco de aquí adelante emplearla de otro modo.» Recobrado del susto dió principio á poner en planta lo que habia ofrecido á su amado; empezó á guardar el silencio con tanto estudio, que si no era en estrechísimo lance, no despegaba sus labios, siendo tan constante en esta virtud, que en el dilatado espacio de veintiseis años que le restaron de vida, jamás se divorció de virtud tan heróica. Al principio juzgaron los religiosos que tanto callar era efecto del rayo, que lo habia dejado aturdido, pero les sacó de su engaño su perseverancia en el silencio, viéndole tan expedito para el ejercicio de las demás virtudes. El mismo estudio y cuidado prestaba á no escuchar, no siendo dable expresar en su presencia palabras inconvenientes, padeciendo la murmuracion rigoroso destierro desde que Fr. Antonio se constituyó acreedor á poner en planta lo que le habia dictado su dueño en aquel horrible y misterioso desmayo. Su mucha y excelente caridad subió de punto, y tanto, que siempre trató de disminuir ó desvanecer lo que parecia culpa en los demás. El Señor le dió singular gracia para arrastrar á su dictámen á cuantos le oian. La alegría de su rostro le hacia muchas veces aparecer risueño, apacible y amable. Frecuentaba

la oracion con especial estudio, y no omitia un punto este ejercicio santo en el coro, celda ó iglesia, si no se lo embarazaba la obediencia ú otra virtud. Si la flaqueza de su cuerpo no permitia estuviese siempre de rodillas, se postraba en tierra, tendia los brazos y pegaba su boca á la tierra; otras veces hacia arco de su cuerpo, puesto de rodillas, dejando caer los brazos y cabeza en el suelo, alternando de este modo para tener más fija la atencion en su Dios y Señor. No llegára el siervo de Dios á ser varon perfecto si no hiciera su nido la humildad en su pura alma; gustaba practicar cuantas acciones podia de este género de virtud en secreto, y si tal vez convenia y no lo podia excusar, se mortificaba y las hacia en publico. No decia palabras en menosprecio suyo, pero si se le dirigian afrentosas, libraba en ellas sus mayores delicias. En medio del extraordinario estudio con que trató de ocultar la virtud de la humildad, no pudo evitar ni ocultarla al vulgo, y que en vez de elogios vomitasen desprecios, pues lo empezaron á celebrar por varon santo, en que perseveró hasta que con felicidad salió de este mundo, y continuó por muchos años. Su devocion le dictó pasar á visitar la santa y milagrosa imágen de nuestra Señora de las Virtudes, que se venera en un convento de la religion, desierto y distante siete leguas de Medina; para este viaje rogó al ministro, despues de conseguida la licencia, le diera por compañero un religioso cursante en Salamanca, que estaba allí de vacaciones; concedióselo con mucho gusto. El tal tenia aspecto de virtuoso y preciado de mistico, pero en la realidad era tan corto en esto como en la ciencia que profesaba de teólogo-escolástico. Partieron á pie desde el convento de Medina; el siervo de Dios lo más del camino iba absorto en consideraciones celestiales, contemplando las altísimas perfecciones de su Criador; á tiempos tambien le robaban las atenciones la belleza y atributos de la Madre Virgen, haciéndole tambien esta Santísima Señora favores bien singulares. Alguna vez solia preguntar al compañero algunos puntos misticos, y se alegraba le diese el siervo humilde ocasion para hablar. Soltó la carretilla diciendo tantos desatinos, que á cualquiera de mediana inteligencia le diera horror escucharlos; á todo callaba el venerable siervo de Dios, no porque no advertia sus yerros, porque podia regir cátedra de teología mística, pero su profunda humildad le ató la lengua por no entablar alguna disputa; le dió gracias por lo que le habia enseñado, y resignado con la voluntad de Dios prosiguieron su camino. La obediencia que profesaba el siervo humilde á sus prelados era de tan alta gerarquía como las demás virtudes que atesoraba su alma; todas las practicaba en grado heróico, con tanta igualdad, que el más perspicaz no encontraria diferencia. En una ocasion, y en el rigor del estío, llegó el V. Fr. Antonio á su convento á las diez del dia, de vuelta de una diligencia en el lugar de Villaverde, distante dos

leguas de Medina, que le habia mandado hiciese su prelado. Todos se alegraron de verle con salud en el convento, y el ministro más que todos; le dió la bienvenida, y se le ocurrió proponerle le restaba que hacer otra diligencia en el lugar de la Seca; le expresó la que era, y aunque no era su ánimo el que prontamente la ejecutára, porque á ningun racional se le ocurriera tal cosa; pero como no le expresó cuándo la habia de practicar, su ciega obediencia le dictó debia partirse al punto. A pie acababa de llegar de Villaverde, abrasado de calor y muerto de hambre, y no obstante, sin tomar un ligero alivio, ni siquiera un trago de agua, salió del convento y emprendió á pie el viaje de la Seca. Pero un religioso que le vió, le preguntó dónde se dirigia, y le respondió que adonde la obediencia le mandaba. El religioso dió al punto cuenta al prelado, quien conociendo su yerro por no haber expresado su voluntad con más precision, mandó que corriendo le buscasen dos religiosos y le hiciesen volver al convento; le hallaron, pero se negó á volver exponiendo el mandamiento del Padre ministro, cuya porfía duró hasta que le manifestaron que el mismo ministro los enviaba con aquel objeto. Su pronta obediencia edificó á todos, y tan vivo y eficaz ejemplo sirvió á los demás de estímulo para ser más prontos, y obedceer exactamente y sin ninguna observacion las órdenes del prelado. En la pobreza fué tan extremado, que no la podia exceder el más perfecto pobre evangélico. Todo su adorno se reducia á una imágen de Cristo crucificado, en quien leia las virtudes, y abrasado en su amor, las ponia en práctica como verdadero discípulo doctrinado en la escuela de tan sabio y elocuente maestro. El restante adorno se reducia á una silla de madera, tan vieja y estropeada, que no podia sustentar la flaqueza del siervo de Dios; si alguna vez la ocupaba, al punto venia al suelo el varon apostólico, donde permanecia sentado, y decia: «Amiga silla, cumples con tu obligacion en no permitir te ocupe, pues tales asientos son para que los ocupen personas de alta gerarquía, y no un pobre é indigno religioso como yo, incapaz de merecer me permita el Señor sentarme en la tierra.» La cama que tenia para descanso más era para imitar á los reos á quien por graves delitos los manda la justicia poner en un potro. Abrazábala con mucho gusto, porque aunque en ella no lograba el fin de su institucion, que es para reposar de los ejercicios cotidianos y penosos, por lo ménos le servia para estar desvelado haciendo heróicos actos de amor de Dios y tomar alientos para imitar á Cristo crucificado. Como le veian tan pobre y tan flaco, solian algunos devotos darle algo para su abrigo ó para alimento á su cuerpo; en estos casos llevaba lo que ponian en sus manos, despues de muchos agradecimientos á sus caritativos devotos, al superior para que lo incorporase con lo de la comunidad. Si el regalo era de cosa proporcionada para el alivio y utilidad de los enfermos, rogaba al ministro con

el mayor rendimiento, que si era de su agrado, lo repartiria en su nombre á los pobres religiosos achacosos y enfermos; concediaselo con mucho gusto y sin libertad, en este y otros casos se asomaba su excelente caridad por su semblante, poniéndosele claro y resplandeciente. A nada de este mundo tenia apego, lo muy preciso y necesario de su pobre alimento daba con gran frecuencia á los pobres; ningun cuidado tenia de sí; si llegaba el invierno y solo tenia alguna capa delgada, raida y rota, con ella andaba hasta que el Señor movia para que le diesen otra. Por el contrario, si en el verano se hallaba con capa gruesa, con ella salia á lo que su prelado le mandaba, sin excusarse de este trabajo, aunque viniera abrasado, sudado y expuesto á corporal peligro. Algunas veces se halló sin ellas, porque se las hurtaban; en estos casos, sin el menor sentimiento disculpaba al ladron diciendo: Si la tomó, seguramente padeceria mucha mayor necesidad que yo que usaba de ella, y así hizo muy bien en tomarla. Nunca tuvo hábito duplicado, solo usaba del que de necesidad traia puesto, y si acaso era preciso lavarlo, pedia alguno prestado, considerándose muy dichoso y feliz el religioso á quien llegaba primero y se lo daba con mucho gusto, y cuando lo volvia, aunque le instaban lo conservase, el siervo de Dios no lo admitia, le daba gracias por su excesiva fineza, reservando su caridad para otra vez que lo necesitára; y aquellos hábitos los veneraban tanto por haber tocado á su santo cuerpo, que los estimaban como preciosa reliquia. Subió de punto la clásica y heróica virtud del siervo de Dios, como iba pasando el tiempo; á tal altura llegó ocho años ántes de morir, que no satisfacia su ánsia la pobreza exterior, á quien dió la obediencia por más de veintiseis años ántes de su dichoso tránsito, no apeteciendo cosa temporal; todo su deseo en este último trozo de su vida era estar íntimamente unido con Dios, dando de mano á todo lo demás. Solia oir algunos de los favores que hacia el Señor á sus criaturas, como revelaciones de cosas futuras, raptos y otras finezas, y el siervo de Dios decia: Muy bueno es eso por venir de su bendita mano; pero si Su Majestad divina me diera á escoger, más quiero un solo grado de puro amor divino, que todos los demás favores que suele comunicar el Señor á sus siervos. A aquella fineza y favor especial que le comunicó el Señor en el último tercio de su vida, se siguió un especialísimo don de consolar afligidos, dilatar corazones y ponerlos serenos cuando más turbados. Empleado en estas heróicas obras, acrisolando las almas, purificándolas de las más graves y hediondas culpas y tambien de las muy ligeras, sanando enfermos con la imposicion de sus manos, dando saludables consuelos en las más estrechas aflicciones, socorros en sus mayores necesidades, buenos consejos á todos para que no errasen el camino del cielo, siendo un todo para todos, se sintió flaco de fuerzas, y tanto que se vió precisado á quedarse en su humilde y pobre cama, muy

á propósito para dar mayor realce y nuevo esmalte á la corona de gloria que el Señor le tenia preparada. La enfermedad fué agravándose, descubriéndose una calentura maligna de perversa índole; reconcilióse para que el Rey de todo lo criado entrase á fortificar su alma para la última y más sangrienta pelea; edificando á todos las tiernísimas voces con que el humilde siervo expresaba y contemplaba su bajeza y la dignacion de amor del gran Dios de las misericordias, que se venia á hospedar en su alma. Desde que se postró en la cama fueron tan excesivos los dolores de todo su cuerpo, que sin ménos auxilios que el de Dios, hubiera espirado á breve tiempo, pero conociendo la mano por donde venian, besaba el azote y rogaba al Señor le diese constancia para sufrir lo que á su postrada naturaleza parecia crecida pena. Así se lo concedió Su Majestad santísima, porque aunque se prolongó tanto la enfermedad y los dolores eran excesivos, jamás se le conoció tristeza ni apariencia de falta de conformidad con la voluntad divina, que por altísimos fines así lo trataba, ni otra cosa alguna se oyó de su boca que no fuese de edificacion á las más puras almas; todo era paz, todo alegría, al mismo paso que el Señor lo labraba con puas de acero. Recibidos los santos Sacramentos se le levantó fatiga en el pecho, le iba faltando la respiracion, y purificada su alma, clamaba al cielo por misericordia. El Señor le dió noticia de su feliz tránsito, que seria á las diez de la noche inmediata; con esta feliz noticia revivió su atenuado espíritu con crecidos alientos, dió gracias al Señor, en primer lugar, por las finezas que obraba con tan humilde é ingrata criatura; despues se las dió tambien al religioso que le asistia por lo mucho que le habia dado que hacer; llamábase Fr. Julian de Rui-Perez, religioso de mucha caridad y grande predicador. Mucho tiempo hacia que el enfermo no tenia un instante de sosiego hasta entónces, estando ya tan vecino á salir de este mundo. Tomó un santo crucifijo en sus manos, y abrazado con él, empezó de nuevo á decir tantas ternuras á Su Majestad santísima, pidiendo tambien su especial asistencia para este lance á la Madre de la gracia, que excitó el llanto á todos los religiosos que se hallaban presentes. La comunidad principió á cantar el Credo con toda solemnidad, observando en este y otros puntos lo que manda la regla, y al llegar al período *subió á los cielos*, se desprendió la pura alma del mortificado cuerpo del santo Fr. Antonio, pasando á disfrutar del eterno descanso. Fué el tránsito feliz de este varon de Dios el dia 4 de Junio de 1639, á la misma hora, diez de la noche, que el Señor le habia revelado. Antes de abrir el convento se divulgó por Medina el fallecimiento de varon tan santo, y al punto acudieron innumerables personas á venerar el santo cuerpo, llamando á porfía para que les franqueáran la entrada; le colocaron en sitio donde pudiera satisfacer su ánsia el numeroso concurso, que lloraba y clamaba al cielo por miseri-

cordia, sintiendo la falta del santo difunto, á quien besaban pies y manos, poniéndole por intercesor en sus ahogos, consiguiendo del Señor por sus ruegos muy grandes y altos beneficios. Al mismo tiempo se difundió la triste noticia en los lugares de la comarca, y acudieron todos solícitos para adorar tan santo cuerpo. A su tiempo se dispuso el funeral, convidándose al cabildo de aquella insigne colegial para celebrar su entierro. Lo hizo con toda la solemnidad que cabe en lo atento y lo fino, llevando cuatro canónigos en sus hombros el santo cuerpo. Asistió tambien á la funcion el corregidor, regidores y demás autoridades, como tambien toda la nobleza, y los restantes de alta é inferior gerarquía. Hecha la funcion con toda solemnidad, colocando el cadáver en ataud muy decente le dieron supultura, que se abrió al lado del altar del Santísimo Cristo, su poderoso imán y cúmulo de su devocion, bajo del sagrario de reliquias que su celo habia hecho fabricar, para que en sus necesidades y trabajos hallasen congruo y competente alivio las almas. Despues se le grabó en la losa un sencillo epitafio, por no permitir la religion se pusiese más. Antes y despues fué numerosa la concurrencia que constantemente acudió á venerarle y pedir mercedes por su poderosa intercesion.—A. L.

SANCHEZ (Fr. Antonio), misionero dominico, natural de la Puebla de los Angeles, en Méjico, en cuyo convento de la órden de PP. Predicadores, tomó el hábito á principios del siglo XVII; distinguióse durante su noviciado por esas cualidades propias de la vida religiosa, y sin las cuales ninguno puede pertenecer á ella, al ménos con verdadera vocacion, y despues siguió sus estudios con notable aprovechamiento, obteniendo el órden del sacerdocio. Entónces, y cuando comenzaba á ejercer el ministerio de la predicacion, llegaron al puerto de Veracruz algunos religiosos de su Orden, que pasaban á las misiones de Filipinas, y Fr. Antonio, deseando participar de sus gloriosas tareas, pidió y obtuvo licencia para incorporarse á ellos, pisando á poco las regiones del Asia. Aprendió en Manila la lengua de los naturales del país, y comenzó entónces la obra de la evangelizacion, á que como todos sus compañeros se hallaba destinado. Activo y celoso llevó á cabo su empresa con los mejores resultados, y se le vió en un breve período convertido en uno de los misioneros más célebres de aquel país. Llamósele para desempeñar diferentes prelacías, que hubo de aceptar aunque á disgusto, pero en las que manifestó sus buenas cualidades para el gobierno, hasta que al fin murió con más méritos que años, y un general sentimiento de cuantos le conocian y trataban.—S. B.

SANCHEZ (P. Arias), de la Compañía de Jesus. Este celoso varon trabajó con la mayor solicitud y empeño en la viña del Japon en sus principios; fué conocido por el nombre de hermano en las historias de aquel país,

aunque despues en los últimos años de su vida llegó á ordenarse. Era de nacion portugués y nacido en Lisboa, y hallándose por su ventura y propios intereses en el Japon, y viendo lo que los hijos de la Compañía obraban en aquellas partes por la salud de las almas, se encendió en deseos de emplearse en semejantes ejercicios de piedad, para lo cual, dejados sus tratos, se partió de Fitando, donde se hallaba, y se fué á Bungo con intento, como él mismo escribe, de acabar lo poco que le quedaba de vida en penitencia de sus pecados, y morir en las manos de los Padres y hermanos de la Compañía que allí residian. Admitióle el P. Cosme de Torres en la casa en el número de los seglares, de que se ayudaba para el bien de aquella cristiandad; mas habiendo empezado Arias á gustar el instituto de la Compañía, sintió nuevo fuego en su pecho y gran deseo de ser recibido en la religion, y haciendo vivas instancias, despues de ser algun tiempo probado, fué consolado y admitido en ella el año de 1561, teniendo treinta y cuatro de edad. Entre otras muchas obras de caridad se habia en Funay abierto un hospital para los enfermos y una escuela para los niños. A ambas obras de caridad se aplicó Arias, y en una y otra con gran fervor, obediencia y alegría; dedicó su atencion y cuidado principalmente en el hospital, donde se curaban más de cien enfermos, muchos de ellos incurables, fuera de los que entre dia concurrian á ser curados. Resplandeció grandemente en este asilo la vigilante caridad del siervo de Dios, el cual habiéndose dedicado exclusivamente á la curacion de aquellos pobrecillos, con ayuda de pocos compañeros, fué servido el Señor concurrir á sus obras y conceder la salud milagrosamente á muchos que padecian llagas cancerosas, y á otros que deshauciados de los médicos, por último remedio recurrian á él, los cuales recobraban perfecta salud con admiracion de los mismos facultativos. Mas para rebajar aquella buena opinion que pudieran ocasionar aquellos portentosos resultados, se humillaba y confesaba su poca virtud é insuficiencia, atribuyéndolo todo á las buenas obras que en aquella ciudad se hacian por los fieles, razon por la que estando el Señor satisfecho de la caridad de su siervo con los enfermos, y del humilde concepto de sí mismo, quiso hacerle instrumento de numerosa conversion de gentiles, los cuales solo del raro ejemplo de tanta caridad se redujeron á la confesion de la verdadera fe, y entre ellos muchos bonzos y otras personas principales. El otro ejercicio fué cuidar de los niños de la escuela, en acabando con el grande trabájo del hospital, y sin tomar tiempo para el descanso atendia en seguida y con nuevo valor á enseñarlos, ya á leer y escribir nuestros caractéres, ya á cantar y tocar varios instrumentos músicos, para que á su tiempo pudiesen servir á la iglesia para celebrar los divinos oficios. Ultimamente, siendo propio de la caridad no admitir el menor ocio, gastaba el tiempo que le sobraba de sus muchas ocu-

paciones en la salud de las almas, ya trayendo los gentiles á la confesion de la verdad, ya confirmando los nuevos cristianos en la fe, recogiendo copiosísimo é indecible fruto en uno y otro ejercicio. Pasados cuatro años, en Setiembre de 1566 pasó á Firando, adonde en varios lugares consoló á los neófitos, y agregó á la santa Iglesia en tres bautismos cuatrocientos ochenta gentiles, y entre ellos un hermano de un tono con su familia, los cuales derribaron los templos de las pagodas, edificando de los materiales derribados iglesias al verdadero Dios. Allí tambien, con las exequias hechas á una pobre cristiana, causó tanta maravilla en aquellos idólatras, que fué motivo para la conversion de muchos, y entre ellos un bonzo, sujeto de ochenta años de edad, letrado muy famoso y de mucho prestigio entre aquellos naturales. Al principio rehusaba bautizarse, pues le causaba repugnancia el ser tenido por hombre liviano é inconsecuente, y se contentaba por devocion con nombrar mil veces al dia el santísimo nombre de Jesus, mas con las eficaces diligencias que hizo el celoso hermano para sacar de tan grave error el pez ya prendido en la red, obrando Dios con su gracia, apartó del corazon de aquel anciano el vano respeto que le detenia, y lo redujo á recibir el santo bautismo, en el cual se llamó Simeon, nombre impuesto no sin misterio, como conveniente á su anciana edad y al consuelo indecible que disfrutó luego que alumbrado su entendimiento conoció habia dado entrada en su pecho al Salvador del mundo. A este honrado viejo le encomendó el hermano Arias el cuidado de la misma iglesia, adonde solia él acabar sus ordinarias devociones, y que se ocupase en manifestar á los que allí concurrian los engaños y falsedades de las sectas del Japon. Despues visitó el año de 76 la isla de Goto, confirmando y enseñando á los convertidos, y trayendo muchos de los gentiles al conocimiento de la verdad católica, y en un mes solo bautizó á ciento veinte. Entre estos fué un bonzo de treinta y cinco años de edad, el cual habia estado diez y seis en una famosa universidad, donde habia estudiado con el mayor provecho, siendo muy versado en las leyes y sectas de aquel país. Ultimamente, pasó al mismo año á Firando, adonde fué casi siempre su contínua morada todo lo restante de su vida, donde trabajó é hizo muchas obras muy ilustres hasta el año de 1579, que llegando al Japon el P. Alejandro Valignano, visitador de aquellas partes, determinó que el hermano Arias Sanchez recibiese los órdenes sacros, para lo cual le envió con otros cuatro compañeros á Macao, donde estaba el obispo D. Melchor Carnero. Fué ordenado de sacerdote el año de 1580, y celebró la primera misa de más de cincuenta años de edad. Despues en Firando, y á otras muchas partes, hizo gran número de viajes y recogió gloriosos trofeos de muchas conversiones y merecimientos de paciencia originados de la persecucion que le alcanzó á lo postrero de su vida, en cuya triste época, oprimido

de contínuas fatigas y trabajos, pasó á mejor vida en Omura, en el mes de Junio del año de 1590, siendo de sesenta y tres años de edad, de los cuales veintinueve gastó en el Japon. Escribieron de este siervo de Dios el Padre Luis de Guzman, y más latamente Bernardino Ginaro.—A. L.

SANCHEZ (V. P. Bartolomé), de la Compañía de Jesus, glorioso mártir de Cristo en las Islas Filipinas. Nació este bendito Padre para honra de su patria y gloria de la Compañía, en la ciudad de Murcia el año de 1613, el dia de S. Bartolomé apóstol, cuyo nombre le pusieron, dándole el cielo este patron para que le imitase en la vida como en el nombre. Su padre se llamó igualmente Bartolomé Sanchez, y su madre Ana Marina, personas honradas y de muy santas costumbres; vivieron muchos años sin tener sucesion, y deseosos de conseguirla, ofrecieron á Dios dedicar á su culto el hijo varon que se dignase concederles, y despues de muchas plegarias, misas y limosnas que ofrecieron por esta intencion á su divina Majestad, accedió á sus deseos y les dió á Bartolomé, que con razon pudiera decirse que fué más bien hijo de oraciones que de sus padres, y más de la gracia que de la naturaleza, y lo declaró ciertamente su infancia, la cual fué más de ángel que de hombre, porque adelantándose la virtud á la razon, en aquella tierna edad frecuentaba las iglesias de manera que vivia más en el templo que en su casa, asistia á las misas con admirable devocion, veneraba las imágenes de los santos, y cuando volvia á su casa, su ordinaria y más gustosa ocupacion era remedar á los sacerdotes y predicadores, y juntando otros niños les hacia sermones, exhortándolos á servir á Dios, anuncios verdaderos de ser escogido de su mano para gran predicador de la fe cuando fuese mayor. En cuanto tuvo la edad competente, le enviaron sus padres á los estudios que tenia la Compañía en aquella ciudad para que empezase á aprender los rudimentos de las letras divinas y humanas. Allí se amistó con un niño resabiado, con cuya mala compañía y ejemplo comenzó á distraerse, persuadiéndole á usar ciertas libertades y malos juegos y costumbres. El padre, que celaba á su hijo, llegó á apercibirse de aquel cambio, y como tan cristiano, trató de poner el cuidado y remedio posible para reducirle á la virtud con amenazas, exhortaciones y castigos; procuró apartarle de aquella mala compañía, le recomendó nuevamente á sus maestros, le atemorizó con las penas del infierno y con los castigos que Dios tiene preparados para los que le ofenden, diciéndole por último que le entregaria como forzado á galeras si no se enmendaba, pues como un hijo de María, conseguido por su intercesion, si degeneraba, no merecia menor castigo. Esta fervorosa reprimenda le abrió los ojos para discernir entre lo bueno y lo malo, y prometió seguir siempre lo mejor. Llegado el año de 1628, se celebró en Murcia con gran solemnidad y por espacio de ocho dias la declaracion y martirio de los primeros mártires del Ja-

pon, y oyendo Bartolomé los grandes elegios y alabanzas que hacian los predicadores de la honra y gloria que ganan en la tierra y en el cielo aquellos héroes que dan la vida por Cristo, y contemplando la que habian alcanzado aquellos santos mártires, se encendió de tal manera en el deseo de imitarlos, con tan ardiente envidia de su dicha, que si le fuera dable se partiera en seguida al Japon á padecer martirio. Algunos dias estuvo con este deseo sin tomar resolucion alguna, pensando por qué medio podria cumplirle; y juzgando que lo mejor seria entrar en alguna religion, optó por fin por la Compañía de Jesus, en la que habia tantos mártires, predicando la fe de Cristo por todo el mundo. Coincidió con este deseo la partida por este tiempo del colegio de Murcia del P. Hernando Perez, á quien conocia mucho, para las Filipinas, en compañía de otros muchos del mismo colegio, y con los cuales deseó irse, mas no habiendo lugar por entónces para recibirle, quedó sumamente triste, mas con tan vivas ánsias de cumplir sus deseos, que se marchó á Sevilla con grande sentimiento de sus padres, que haciendo los esfuerzos posibles procuraron detenerle, pero su fervor fué mayor que su violencia, y así le puso en Sevilla con ligero vuelo, y no hallando allí á los padres que buscaba, pasó á Cadiz, donde el P. Hernando Perez le expuso dificultades para recibirle y llevarle á Filipinas, y el jóven, viéndose contrariado, tomó el expediente de meterse en la nave en que habian de partir, se escondió como pudo con firme resolucion de no salir á tierra, ni desistir de su intento aunque le costase la vida. Hallándose en aquel estado en la nave, y cerca de hacerse á la vela, recibió unas cartas de sus padres en las que le representaban tan vivamente el sentimiento y desconsuelo en que les habia dejado su partida, las lágrimas de su madre, el llanto y clamor de sus hermanos y parientes, la falta que hacia á su padre y el dolor que todos tenian, que leyéndolas cayeron arroyos de lágrimas de sus ojos, enternecido como cera aquel pecho que parecia de diamante; y si como se hallaba embarcado estuviera en tierra, sin duda desistiera de la empresa, y vencido del amor á sus padres se volviera á su patria, pero cuando estaba atravesado con el dardo de este dolor, disimulándole más por el empacho y crédito de su honra que por otra cosa, ordenó Dios callase por entónces, y se hizo á la vela con los demás de la Compañía, pero siempre labrándole el sentimiento que le causaron las cartas de sus padres, continuando no solo tibio en sus propósitos, sino resuelto de volver á consolarlos en la primera embarcacion que hallase para España. Los superiores, ignorantes de lo que pasaba en su corazon, premiando su perseverancia, le recibieron en la Compañía, comenzando su noviciado en la nave, mas la llaga encubierta se iba extendiendo cada vez más, creciendo su anhelo de volver á consolar á sus padres, y no hallando medio para ello, en cuanto tomó tierra concertó secretamente con

el capitan del buque volverse con él, escondiéndose á la vuelta como lo habia hecho á la venida, pero como Dios le habia escogido para fertilizar su iglesia con su sangre, desbarató sus intentos, dándole en Méjico una gravísima enfermedad. Hallábase á la sazon en el noviciado, y viendo la caridad y cuidado con que le asistian y curaban los de la Compañía, más que si fueran sus propios padres y hermanos, sin haberle visto jamás por hacer muy pocos meses que llevaba la ropa del instituto, se movió de manera, que vencida la tentacion que padecia de volver al seno de los suyos, se resolvió firmemente de perseverar hasta la muerte en la Compañía, y no dejar por padres ni parientes religion que tal caridad profesaba, lo cual cumplió con tanta puntualidad y grande firmeza, que jamás volvió á experimentar el menor sentimiento en contrario, y respondió á sus padres exhortándolos á conformarse con la voluntad de Dios, como se lee en las cartas que citan algunos autores, y entre otras una á su madre con fecha de 22 de Junio de 1636. Otra del año siguiente, fecha en Manila á 18 de Agosto de 1637, en que revela la fineza de su espíritu y la firmeza de su vocacion. Despues que convaleció, así de la enfermedad del alma como de la del cuerpo, abrazó con grande fervor la disciplina religiosa, sobresaliendo entre todos en su observancia, y llegado el tiempo se embarcó para Manila, en donde comenzó sus estudios de filosofía, en que salió tan aventajado, que le dieron el acto mayor de todas las artes, prefiriéndole á todos sus condiscípulos; pero en lo que más se esmeró fué en la disciplina regular, en la devocion y silencio, y en la edificacion y ejemplo que dió, así á los de la casa como á los de fuera, que es el primer estudio que debe tener el religioso. Entre otras devociones, fué muy singular la que tuvo al apóstol de la India S. Francisco Javier, á quien tomó por dechado, patron, amparo y maestro de todas sus acciones, con una ternura tan grande de corazon, que no le podia nombrar sin cordial sentimiento de su alma. Un dia le pareció oir una voz interior que le decia: *Conságrate en todo á S. Francisco Javier, apóstol del Oriente y del Japon, procura venerarle cuanto puedas, pues tu genio natural es proporcionado á su imitacion.* Animado y enfervorizado con esta voz, hizo al santo donacion de su vida, de su libertad y de sus afectos. Procuraba imitarle en todo, y desde aquel punto fué de amigos más que de respeto la comunicacion entre el santo y su ahijado. Con este ánimo, en cuanto se ofreció ocasion, fenecido su noviciado y hechos los primeros votos, pasó á su destino de Filipinas, y allí siguió sus estudios, siendo el principal la veneracion, culto é imitacion de S. Francisco Javier. Aumentóse esta devocion con la venida á Manila por aquel tiempo del santo mártir el P. Marcelo Mastrillo. El milagro que el santo habia obrado con el P. Marcelo, el verle sano, sabiendo el riesgo que referia de su vida, el conocerle en Manila, donde le habia llevado la obediencia, eran

vivísimas espuelas á la devocion. Comunicó íntimamente Bartolomé con el V. Marcelo, recibiendo de su mano un traslado de aquellos elogios que habia dispuesto del Santo, y prometió y cumplió rezarlos todos los dias; pero como la verdadera devocion consiste en la imitacion de las virtudes, y como la comunicacion con el P. Marcelo Mastrilli encendia, abrasado un dia en la devocion del Santo, abriéndose una herida en un brazo, con la sangre que salia escribió, firmó y otorgó una devotísima escritura, en que hacia donacion de su persona, acciones, salud y vida al Santo, dedicándose todo á la mision del Japon, debajo de aquellas reglas que dicta la razon al respecto del antecedente voto de obediencia. Esta escritura dió al P. Marcelo, quedándose con copia para su recuerdo, auténtico testimonio del fervor de su espíritu, y de los vivos deseos que tuvo siempre de padecer el martirio. Encendióse en amor y devocion con la Santísima Virgen, á quien tuvo siempre por madre, y la amó y reverenció como á tal. Cobró nuevo afecto al Bto. Estanislao, como á hijo regalado de la Reina del cielo, y se le encomendaba con frecuencia. Sintió grande aliento para la observancia regular y un grande fervor para la mortificacion, oracion, silencio, obediencia y rendimiento á sus prelados, y tan grande paz en su alma, que aunque ardia en vivos deseos de pasar al Japon á ofrecerse en holocausto, no se alteraba ni le inquietaba un punto, gozando de una suave tranquilidad, reconociendo que era la voluntad de Dios, á quien solo deseaba agradar. Sintió en particular un grande afecto á la pobreza, siguiendo las inspiraciones del Santo para que usase siempre, no vestido lustroso sino pobre, viejo, raido y remendado como el Santo le usó, tanto que una vez que por casualidad se calzó unos zapatos nuevos, sintió tal pena interior que se vió obligado á trocarlos por unos viejos para descanso del disgusto que padecia. Con este ejercicio de virtudes prosiguió hasta recibir el órden del sacerdocio. Habia en este tiempo intermedio continuado y cultivado la devocion con S. Javier, como debia, en un cuadro en que se veneraba su efigie, y representaba al Santo con sobrepelliz y estola, bautizando al rey de Bungo, donde tenia el asilo en todas sus aflicciones. Repetidas veces le tentó el comun enemigo con imaginaciones ménos puras, y con solo clamar á S. Javier quedaba sereno; fué muy sensible el favor en una de estas vagas tentaciones, en que la instigacion fué recisima, y el apetito sensual, no sujetándose á la razon, avivaba el incendio hasta llegar sus llamas á cuanto alcanza su fuego, sin quitar la eleccion al albedrío. Hallóse el castísimo jóven como perdido, y exclamó con energía: *Santo mio, que me dejas solo;* con cuyo esfuerzo se disipó al punto la niebla espesa de su imaginacion. Con esta experiencia era contínuo Bartolomé en sus aras á suplicarle su asistencia. Por cumplir cuanto ántes su deseo escribió al P. general, pidiendo encarecidamente la mision del Japon, donde entónces habia abundante y bien barata

feria de martirios; dándole cuenta muy detallada en la carta de todas sus tentaciones y raras providencias con que Dios le habia detenido en la Compañía. Llegado el tiempo de ordenarse de misa, se preparó para tan grande acto con unos fervorosos ejercicios, suplicando á su santo patron y maestro San Francisco Javier, que fuese su padrino y le asistiese para ofrecer dignamente á Dios aquel sacrosanto sacrificio, y juntamente con él su corazon, su vida y su sangre para derramarla por su amor. Dijo su primera misa, el dia de la Natividad de nuestra Señora, á quien puso por medianera para conseguir de Dios esta merced, teniendo indicios ciertos de haberla alcanzado. En cuanto se ordenó de sacerdote, viendo los superiores su fervoroso espíritu y la sed que sentia de la conversion de los gentiles, atendiendo á sus reiteradas instancias, fué señalado para la mision de la isla de Mindanao, enviándole á aquel punto, puesto el más dificultoso, que era el del presidio, que entónces estaba en Boayen, en el rio principal de Mindanao. Aquí dió principio á su predicacion, así con los soldados españoles del presidio y con los indios ya convertidos, como con los moros comarcanos, que eran los más contrarios y terribles enemigos de nuestra santa fe, pues gustosos con la licencia de su ley mahometana, é ignorantes no sabian disputar ni querian convencerse, ántes eran un estorbo contínuo á la conversion de los gentiles, que si les parecia bien la nueva ley católica, y se convenian á no vivir embrutecidos, movidos de las razones del Padre, por otro lado les convidaban con su ley licenciosa y los apartaban de la de Cristo, frustrando con la esperanza de deleites sensuales y destruyendo en un punto el trabajo y los muchos sudores del Padre; por lo tanto, esta mision era en aquella época un bosque propiamente de ladrones y malhechores, donde los misioneros iban á vivir entre fieras, consagrando sus vidas á la caridad desde el momento que acometian aquellos riesgos. Sin embargo, dos años y algo más vivió entre aquellos bárbaros el P. Bartolomé, cultivando aquella selva, suavizando la libertad soldadesca, reduciendo con su cariño, afabilidad, buen trato y mejores ejemplos, conquistando la voluntad de la mayor parte, pasando en seguida á ganar las fuerzas de sus entendimientos, convenciéndoles con poderosas razones y haciéndoles confesar las verdades de nuestra fe. Logró ser querido de todos, así de los gentiles sin ley, como de los mahometanos sin cultivo, y que le oyesen ménos mal que á otros, pues áun los que no se convertian le apreciaban y le aseguraban con sus mismas voluntades, si cupiera seguridad en sus dobleces. Entre otros régulos de la isla habia dos más poderosos, llamados Coralato y Manaquerio; estos no se redujeron á la fe, pero el miedo les hizo amigos de los misioneros: fingian ser catecúmenos y quererse convertir, mas el dia de su bautismo nunca llegaba, porque no era ese su ánimo; la doctrina, como se aprendia de ceremonia, se olvidaba con cuidado, y era

preciso al P. Bartolomé el disimulo de suponer rudeza lo que se conocia era malicia. Era el Padre amigo de ambos, pues á lo ménos se lograba la licencia y quietud, por la que sus criados, vasallos ó esclavos, gozasen la libre facultad de reducirse. Entre tanta faena y continuado celo con que se ocupaba el P. Sanchez en servicio de Dios, recibió órden del P. provincial acudiese á Samboagan, tanto por celebrarse el primer siglo de la fundacion de la Compañía, que cumplia el año de 1640, cuanto porque siendo pocos los jesuitas y andando todos dispersos en distintas misiones, no habia otro modo de formar comunidad religiosa que el unirlos en un mismo lugar, y no se hacia poco en formar un portátil colegio, cuando todos vivian aislados y distantes para socorrer á las almas y atender á la reduccion de los isleños. Fué el Padre á Samboangan, donde se celebró plausiblemente la fiesta hasta donde pudo extenderse, por la pobreza, la falta de sujetos, las ocupaciones de todos, y las circunstancias del país, mal conquistado y peor reducido. Acabóse la celebridad, y el superior, compadecido del trabajo que habia tenido tres años contínuos el P. Bartolomé, pensó en mejorarle de mision, enviándole á paraje ménos trabajoso; pero en este ofrecimiento previno á la obediencia el P. Sanchez, que asaltado en la imaginacion de que ya podria justamente pedir alivio, se acordó de que no era suyo, sino de S. Javier, á quien Dios le cargó de cruces como si una sola fuera poco tormento. Encomendó á Dios el negocio, y determinó pedir al superior que si no habia mision más penosa le volviese á Buayen, pues era jóven y podia aún trabajar. Condescendió el provincial, gustoso de ver que lo estaba el súbdito, llenando fácilmente una ocupacion, en que no era tan fácil encontrar sujeto semejante. Concedida la gracia, comenzó la mision de sí mismo, haciendo unos largos y fervorosos ejercicios, pareciendo tener presentimiento ó noticia de que habian de ser los últimos de su vida, la cual fué ejemplarísima en aquella residencia, dándose á la oracion y penitencia con el mayor fervor, probando en sí mismo las armas de la predicacion, ejercitando lo que decia, medio poderoso por el que convirtió este predicador infinitos gentiles, y andaba tan gozoso de verse entre ellos esperando cada dia la corona del martirio, que como dándose el parabien, escribió á sus amigos que estaba gozosísimo de verse en tierra en que tan fácilmente se conseguia aquella corona; y que así como aquella isla se habia conquistado para el rey á costa de la sangre de sus soldados, se habia de conquistar para Dios á costa de la de los predicadores, como así sucedió, siendo él el primero que la regó con la suya. Pronto se ofreció ocasion de marchar para el presidio en compañía de una recluta ó relevo de soldados; embarcáronse todos con el Padre en 1.° de Junio de 1642, en un champan ó ciampano, género de embarcacion grande y larga, muy ligera, de vela y remo, con el fin de socorrer la fuerza que

residia en Buayen. Navegaba el santo mártir con los soldados, muy contento, animándolos, confesándolos y administrando los sacramentos. Apénas se engolfaron les salió al encuentro una gruesa armada del país, que constaba de más de sesenta velas entre barcos grandes y pequeños. Todo aquel aparato bélico y numerosa escuadra habian preparado los reyes moros de Mindanao, Coralato y Mananquier ó Maniquerio, para impedir el socorro y acabar con el misionero, cuya ausencia les habia sido muy grata, pues les faltaba un contínuo fiscal de sus desórdenes. Acometió toda la armada contra el pobre batel, le cercaron y le rodearon, pero los soldados españoles se pusieron en defensa tratando de vender caras sus vidas, defendiéndose constantes por espacio de dos dias, haciendo problemático el triunfo su arrojo y denuedo. Con extraño valor andaba el P. Bartolomé; enarboló un crucifijo, y con él en la mano animaba á todos y confesaba á los que morian; atendia á los soldados heridos, y exhortaba á todos á la muerte, que padecian en guerra de religion. Eran tantos los enemigos que ya flaqueaba la fuerza de los españoles, y el proseguir el combate era querer servirse del valor para una temeridad. Los españoles iban á ménos cuando los vasos de los enemigos entraban de refresco, por lo que consultando la prudencia con la necesidad, cedieron los veintiuno que quedaban, dándose á partido, que entre aquellos bárbaros era á discrecion. Tomó á su cargo el P. Bartolomé pedir á los régulos misericordia para los soldados, suponiendo que como no habia peleado y sabian los enemigos que sus armas eran el crucifijo, le atenderian. Saltó al barco principal, en ejercicio de su misericordiosa comision, pero apénas puso el pie, conociendo al Padre por predicador de Cristo, con furor rabioso, nacido de odio mortal que le profesan los mahometanos, acometió al mártir el rey Maniquerio. Cuando el Padre le vió venir contra él, recordándole la amistad que poco ántes habian tenido en su país, lo que le habia agasajado para ganarle á Dios, y que el gentil no habia contradicho á su cariño, le dijo :—Soy yo, amigo Maniquerio; —mas el pérfido le respondió, en su lengua : —No hay tal amigo.—El Padre se hincó de rodillas, y clavados los ojos en el cielo, ofreció á Dios su vida, y el tirano le atravesó el cuello con su daga, y al mismo tiempo uno de sus soldados, obedeciendo á una seña, con una catana ó alfanje le cortó y derribó la cabeza en tan breve instante, que solo le dió lugar para invocar el dulcísimo nombre de Jesus, volando su purísima alma al cielo en 7 de Junio de 1642, á los treinta y nueve años de su edad y solo once de Compañía, en que con singulares providencias le mantuvo Dios, para que diese su vida por su gloria. Los infieles declararon que solo les movió á cometer aquel sacrílego homicidio el odio que profesaban á la fe de Cristo; así es que perdonaron las vidas á todos los cautivos, excepto á un niño inocente, llamado Javier, que llevaba el santo mártir

en su compañía para su asistencia y servicio, al cual enviaron á acompañarle al cielo igualmente mártir. Los cristianos recogieron las pobres alhajas de la gloriosa víctima P. Bartolomé, estimándolas como preciosas reliquias y como rico tesoro de un mártir de Cristo, y como tal le celebró la ciudad de Manila y lo mismo se hizo en Murcia todos los años el dia de la conmemoracion de su dichosa suerte, quien muriendo tan gloriosamente triunfó de sus enemigos, declarándose ostensiblemente que el Padre desde el cielo consiguió de la infinita misericordia el buen despacho de la comision con que pasó al navío del tirano á pedir las vidas de los soldados. Esto realmente fué efecto de la misericordia divina, y de la infinita justicia lo fué el castigo que impuso á los delincuentes, pues en el momento de entrar triunfante el feroz Manaquerio en Mindanao ostentando la presa de los esclavos, otro reyezuelo, tambien de Mindanao, llamado Monoay, su enemigo, le sorprendió y asaltó con gran golpe de guerreros, y deshizo su hueste en campal batalla, le cogió prisionero, le desposeyó de cuanto tenia, aunque tambien le perdonó la vida, como él habia hecho con el resto de los españoles; y se la perdonó para mayor tormento, porque odiado y abandonado de todos, áun de su propia mujer, hermana de Coralato, vivió fugitivo en medio de agrestes montañas, entre fieras, sin casa, sustento ni racionalidad, más que para sentir los años que se tardó la muerte en sepultarle en eternas llamas, pasando á perpétuo suplicio desde el temporal que tuvo en este mundo, para ejemplo y escarmiento de aquellos bárbaros, y consuelo de los fieles, en la significacion que ofreció el cielo de haber sido preciosa en su acatamiento la muerte de su siervo, que visiblemente vengó la eterna justicia. Estas noticias estan tomadas de las que extensamente escribió acerca de la vida y martirio del V. Padre Bartolomé Sanchez el P. Juan Alegambe, en su libro *Mortes illustres*, y las sacó á su Menologio el P. Patrignani; y hacen memoria de sus gloriosas fatigas y martirio las *Historias de Filipinas y Mindanao* en las cartas ánuas de 1642, que escribieron los PP. Franciscos Colin y Francisco Combes, como igualmente le cita en su Martirologio el P. Juan Nadaso. — A. L.

SANCHEZ (P. Bautista) de la Compañía de Jesus. Este celoso siervo de Dios fué natural de la ciudad de Toledo, hijo de padres honrados y de buena posicion; llevóle sus primeros años el mundo, dándole á beber el cáliz de Babilonia, desvaneciéndole con los engaños de esta vida y sus vanidades. Era libre y desenvuelto, y el primero en los vanos entretenimientos de los jóvenes con quienes se asociaba, hasta que la consideracion de la muerte le dió juicio y prudencia. Murió su padre casi repentinamente de una vision ó vehemente imaginacion que tuvo hallándose en el campo, que le asombró y acabó la vida. Con este sorprendente caso comenzó el hijo á despertar del letargo en que estaba sumido, abriendo los ojos del alma al considerar que

otro cualquier dia le podia suceder á sí mismo lo que habia acontecido al autor de sus dias. Recogióse al punto, mudó las galas en un traje honesto, dióse á la oracion y penitencia, al menosprecio de sí mismo, y para enajenarse más del mundo, se ordenó de órden sacro, juntándose con otros cinco sacerdotes, que fueron la edificacion de Toledo, empleándose en ministerios de gran caridad, humildad y mortificacion, teniendo el espíritu de la Compañía ántes que ingresase en la misma, los cuales por relacion del doctor Peralta, canónigo de aquella santa iglesia, que habia sido muy amigo del P. S. Ignacio y de sus compañeros, y fuera uno de ellos si sus parientes no le sacáran de la universidad de París; y del doctor Montalvan, que tambien habia tratado con los mismos en aquella universidad, ambos insignes predicadores y muy siervos de Dios, y por la fama que se derramaba en España, y llegaba á Toledo, de las grandes obras que los de la Compañía hacian en Roma, por toda Italia, y por otras partes de la cristiandad, atrayendo á la gente al servicio de Dios, y al frecuente uso de los sacramentos, deseaban ardientemente que estos clérigos religiosos, como pretendian serlo, entrasen en España y llegasen á Toledo para incorporárseles. Este deseo llegaba al extremo, que habiendo estudiado ya cánones algunos de ellos, y graduádose, por saber que aquellos sacerdotes de la nueva religion eran teólogos, oyeron artes y teología hasta tomar en ella sus grados: á pesar de eso, por el comun rumor que circulaba en España, que eran herejes de los iluminados, y que S. Ignacio se habia huido á otras regiones por temor de la Inquisicion, estaban con grandes rezelos y muy suspensos, no sabiendo qué determinar en tan dudoso negocio. Pero habiendo sabido que ya algunos de ellos andaban por España, y que hacian ásiento en la universidad de Alcalá, pensando que pronto llegarian á Toledo, recibieron gran consuelo procurando imitarlos en algo; mas como su deseo creciese más con la tardanza, mayormente teniéndolos tan cerca, determinaron fuese uno de ellos á Alcalá á ver qué gente fuese aquella de quien tan ambiguamente se hablaba en bien y en mal, con el fin de orientar á los que se quedaban. Vino el racionero Rincon el año de 1547 á Alcalá, y se vió con el hermano Villanueva, el cual le metió en ejercicios, saliendo de ellos discípulo tan aprovechado que al punto pudo ser maestro. Regresó á Toledo, y contó á sus compañeros lo que habia visto y experimentado en los de la Compañía; cómo habia hecho los ejercicios espirituales, cuyas reglas habia trasladado y llevaba consigo. Mucho se holgaron los devotos sacerdotes con tan buena relacion y nuevas; le pidieron los ejercicios, en los cuales se adelantaron mucho en virtud, especialmente tres, los cuales cuanto ántes entraron en la Compañía, que fueron los siervos de Dios P. Bautista Sanchez, P. Tomás de Soto y el P. Venegas. Cuando se recogieron á practicar los ejercicios,

no lo hicieron con tanto sigilo que no llegase á oidos de los del Consejo del arzobispo D. Juan Martinez Siliceo, en el cual presidia su sobrino D. Diego Siliceo. Los del Consejo, con falsas sospechas y malas relaciones, entendian que aquellos sacerdotes hacian los ejercicios, esperando que viniese sobre ellos el Espíritu Santo, como vino sobre los apóstoles, á cuyo efecto designaron á uno de los vocales para que secretamente hiciera informacion y pesquisa sobre su vida y costumbres. Cumplió con la diligencia posible, inquiriendo de todos los que podian decir acerca de lo que se queria saber, y áun en la parroquia de Sto. Tomé anduvo de uno en otro de los parroquianos, preguntando sobre el modo de proceder de su beneficiado Tomás de Soto; mas oyó de sus labios tanto en bien de él y de los demás, que el comisionado quedó maravillado. Examinaron tambien sus meditaciones, y no encontraron qué poder corregir, y como los del Consejo no hallasen falta alguna en los que habian hecho los ejercicios, los llamaron á todos para que compareciesen en su audiencia, y estando allí juntos, el oidor mayor D. Diego Martinez Siliceo habló primero, y les dijo: que aquellos ejercicios eran santos y buenos, pero que no los diesen á nadie. A esto replicó uno de los oidores, diciendo: Si los ejercicios son santos y buenos, no hay motivo para vedarles los comuniquen á otros. Y bajo este dictámen se acordó en la audiencia, permitiéndolos y no impidiéndoles los pudiesen dar á otros libremente, con cuyo resultado salieron los devotos sacerdotes tan alegres y contentos, que no cesaban de alabar al Señor por la señalada merced que les habia otorgado, y no se olvidaron de serle agradecidos, porque luego con su divina gracia, cada cual procuraba con su ejemplo y pláticas persuadir á todos al cambio de vida y á la frecuencia de los sacramentos, que tan olvidada estaba en aquel tiempo, la cual introdujeron en muchos ciudadanos, así hombres como mujeres, tomándose el trabajo de confesarlos y comulgarlos á menudo, no sin murmuraciones de la gente mal intencionada é ignorante, y juntamente ayudaban á sus prójimos en lo que podian, socorriéndoles en sus necesidades, si bien nunca les faltaban pesadumbres. Y como en aquel tiempo hubiese una epidemia de tabardillos, que á manera de peste producia muchas víctimas llenándose los hospitales, y hallándose muchos muertos á las puertas de las casas, para remediar en cuanto les era dable tan aflictivo estado, se reunieron los buenos clérigos y trataron de hacer un nuevo hospital, para cuyo objeto una señora rica y sierva de Dios les facilitó casa, y el P. Bautista daba todo lo necesario para el gasto de los pobres con voluntad de su madre, que poseia considerables bienes de fortuna, y era muy dada á obras de piedad. Además hacian públicas mortificaciones que imponian á toda la ciudad, señalándose tanto el P. Bautista, que los parientes de su compañero el P. Soto, que enteramente le imitaba, se avergonzaron tanto del

desprecio que hacia de sí y del mundo, que deseaban no tenerle delante; y así, pasando por Toledo el P. Miguel de Torres, que iba á Salamanca, le rogaran se le llevase consigo, pues continuando en la ciudad los deshonraba y desperdiciaba la hacienda, porque llegaba á tres mil ducados lo que hasta entónces habia gastado con los pobres. El P. Torres echó de ver la sabiduría divina de aquel sacerdote, que á los mundanos les parecia locura; y al mismo tiempo que tan bueno era para la milicia de Cristo, quien ya sabia usar de sus armas, en las que estaba tan diestro ejercitando las virtudes evangélicas; y por lo tanto le aconsejó se fuese á Salamanca, que allí le recibiria en la Compañía. El P. Bautista entró en ella con tanto fervor, que pronto se echó de ver que Dios le habia escogido por ministro suyo y obrador de grandes cosas; porque se dió tanto á la oracion y mortificacion de todas sus pasiones, que todos sus compañeros podian mirarse en él como en un espejo de toda virtud. Le enviaron en peregrinacion, como se usa en la Compañía, al Sto. Cristo de Burgos; pero no le consintió su santo celo dejase de ejercitar en el camino heróicas obras de caridad espiritual. Andaba descalzo buscando los niños para enseñarles la doctrina cristiana. Se presentaba á predicar en las plazas con grande espíritu y fervor, cosa bien nueva en aquella tierra, por lo cual el vicario del obispo mandó prender al Padre Bautista y á su compañero, que era el P. Hernando Alvarez, los encerró en la cárcel con gran contento de los siervos de Dios, por ser dignos de padecer algo por Cristo; mas como el pueblo, edificado y movido de los sermones, los echase ménos, porque era grande el fruto que de ellos resultaba, y las personas que les habian tratado de cerca estaban admiradas de su virtud, acudieron al vicario, y dieron tales informaciones de los presos, que los sacó de la cárcel, dándoles libre licencia de predicar y enseñar la doctrina del cielo, con lo cual salió tan animado el siervo de Dios para continuar su predicacion, haciendo tal fruto en bien de las almas, que fué motivo á que aquella ciudad, admirada de lo que veia, procurase tener en su seno casa de la Compañía. Despues se empleó este fervoroso Padre en predicar por varias ciudades de estos reinos con un espíritu apostólico, celoso, fuerte, severo y quebrantador de corazones duros y obstinados, ejecutándolo con obras como con palabras. Decia lo que en la oracion meditaba, y obraba lo que decia. Era su voz como un trueno, y su palabra como rayo. A dos puntos reducia sus sermones; el uno la servidumbre y tiranía del pecado, los daños que hace, los peligros y los castigos eternos que acarrea; el otro los innumerables bienes de gracia de Jesucristo, de que gozan en esta vida y en la otra los que se ajustan á su santa ley. Siempre expresaba su boca las palabras que tenia impresas en su corazon: muerte, juicio, infierno, eternidad: Dios nos dé buena muerte, decia, reventar y no pecar, y otras

semejantes, las cuales expresaba con tan extraña vehemencia y sentimiento, que parecia hacer estremecer los muros de la iglesia en que predicaba, y temblar las carnes de sus oyentes. Consiguió santos resultados en todas las partes en que predicó, que fueron las más insignes ciudades, villas y pueblos de toda España; porque casi todas las anduvo como hombre á quien Dios habia escogido para este sublime y celestial ministerio. Predicando en Sevilla con el espíritu de Elías como viene manifestado, viendo que por la falta de pan la gente se sustentaba de raíces y yerbas del campo, encareció en un sermon esta calamidad con estas palabras: *¿Es posible que teneis corazon para oir las lástimas de vuestros hermanos que perecen de hambre? No digo yo nosotros, á quien la piedad cristiana obliga á sentir los males de nuestros prójimos, mas áun á los extraños y enemigos romperán las entrañas. Salid un rato fuera de vuestra ciudad, y tended los ojos por esos campos, no para recrearlos con su vista, sino para bañarlos de lágrimas, si no es que sois de bronce ó de pedernal. Vereis á los pobres esparcidos por todas partes buscando las yerbas y raíces, que ó la sequedad del tiempo las perdonó, ó los animales del campo las desecharon. Y áun si con eso pudieran ver harta su hambre, fuera mal tolerable, mas muchos con este miserable sustento acaban sus vidas; ¿y vosotros teneis ánimo para verlo, y estaros en vuestras casas comiendo, bebiendo y holgándoos sin temer el juicio de Dios, que encomienda á los pobres como á su propia persona? Ea, cristianos, ¿quién da de comer á Cristo hambriento?* Levantóse á este punto tan gran llanto y gemidos del auditorio, que le fué forzoso interrumpir el sermon, y comenzaron á ofrecerle allí en el púlpito copiosas limosnas. Fué un espectáculo de grande admiracion, de regocijo para el cielo, provecho para los pobres que habian de recibir la limosna, y mucho más para los que la daban. Despojáronse las señoras de sus galas y joyas dándolas de limosna; los hombres se quitaban sus vestidos y los ofrecian, y mucho dinero, fuera de gran copia de mantenimientos, que despues de acabado el sermon enviaron de sus casas. Todo se llevó el mismo dia por la tarde á la Algaba, uno de los pueblos que padecian extrema necesidad, acompañándolo el mismo P. Bautista con extraordinario concurso y alegría de la ciudad, entendiendo que aquel era espíritu del cielo, muy diferente del que habian oido á Constantino y sus secuaces. Otro caso semejante le sucedió en Granada, porque habiendo ido, como solia, á servir á los pobres y hacer pláticas en los hospitales, halló en la cama de un pobre unas sábanas llenas de sangre y manchas de llagas, y subiendo al púlpito con el corazon tierno y compasivo, dijo al auditorio lo que pasaba, y añadió: Este pobre, de nuestra carne es, nuestro hermano y de nuestra naturaleza; ¿dónde se sufre que padezca de esta manera? ¿dónde está la piedad cristiana? ¿para cuándo se guarda? Vayan al P. rector y pidanle licencia para que yo

venda este manteo, y de su precio se compren sábanas para los pobres, y con nuevo ardor de espíritu exclamó: «Ea, hermanos, ¿quién viste á Jesucristo desnudo en sus pobres?» Al punto se levantó un clérigo y arrojó el manteo de los hombros al púlpito de limosna, y tras él otros llevaban al mismo sitio las capas, los sayos, las gorras de seda y sombreros, y las mujeres sayos y tocas con puntas de oro, los anillos de las manos, los zarcillos de las orejas, y todos daban lo más que podian con mucha priesa y fervor, y con tantas lágrimas y suspiros, que herian el aire y áun penetraban el cielo. El dia siguiente otras muchas personas particulares enviaron mucha ropa de lienzo, sábanas, camisas, colchones, frazadas, con otros regalos para los enfermos. En otra ocasion que predicaba este siervo de Dios, arrojaron los oyentes sus vestidos y joyas para remedio de los pobres, hasta que habiéndose reunido un grande monton, fué necesario que el mismo P. Bautista les fuese á la mano. Y una vez predicando la víspera de la Natividad y diciendo: «El niño Jesus se nos ha dado á nosotros, razon será que nosotros tambien le demos, pues de otro modo se echa de ver la poca ley y agradecimiento que tiene cada uno para el niño Dios, si le deja estar desnudo y tiritando de frio, si no se le da con que se cubra y vista. Desnudo está y ateriido en sus pobres, pues lo que hiciéreis por ellos, por él lo hareis.» Con estas palabras se encendió tanto el auditorio, que no hubo persona que no ofreciese cuanto podia dar. En otra ocasion dijo con tal espíritu, que los pobres del hospital del Bto. Juan de Dios tenian necesidad de sábanas, que saliéndose algunos del sermon, volvieron con sábanas ántes que éste terminára, dándolas al hospital. El P. Bautista hizo en Granada la profesion de cuatro votos solemnes, y por la gran estimacion que hacia de su virtud el arzobispo D. Pedro Guerrero, quiso predicar en aquel acto, diciendo grandes alabanzas de la Compañía, en la cual resplandecian tan insignes varones. Dijo que era poderoso argumento de la santidad de S. Juan Bautista, que viniese á él tanta gente confesando sus pecados y haciendo penitencia. Despues de la profesion quedó el siervo de Dios más humilde y más fervoroso prosiguiendo en sus santas obras; acudia el mismo P. Bautista muy de ordinario al hospital del Bto. Juan de Dios, y barria las enfermerías, cogia la basura, lavaba los platos, daba de cenar á los enfermos, proveia la casa de agua, trayéndola con cántaros á cuerpo desde la Plaza Nueva hasta el hospital, sin excusarse de cualquier oficio humilde. Pudo tanto con su ejemplo, que el señor arzobispo citado tomó y señaló dia para dar por sí de comer y cenar á los pobres, siguiendo aquella práctica los canónigos y racioneros, acudiendo todos con grande voluntad, y sirviendo personalmente á los pobres á la mesa como pudieran servir al soberano, descubiertas las cabezas y dándoles aguamanos, con sus toallas en el hombro. Prosiguieron con el mismo esti-

lo todos los oficios de la ciudad, precediéndoles los colegios con mucha largueza y devocion. Con estas saludables costumbres estaba la ciudad tan metida en devocion y buenas obras, que el genio del mal, no pudiéndolo sufrir, suscitó á algunos murmuradores, y entre ellos á un religioso grave y de opinion con el pueblo, para que con su autoridad desacreditase obra de tanto servicio de Dios, y con sus dichos entibiase la piedad de los que en ella se ejercitaban. Predicó este Padre en el púlpito, mal informado, contra las novedades que pasaban en la ciudad. Y el P. Bautista, inspirado de Dios, tuvo tanta prudencia, que sabiendo no hay más cierto desengaño que el de los ojos, y respuesta más sin calumnia que la de las obras, llevó consigo al mismo predicador al hospital á la hora de la cena, y en el momento que mucha gente principal estaba en cuerpo y descubierta sirviendo á los pobres, entre quienes habia dos religiosos con igual ocupacion, y despues fregando los platos; y rogó humildemente á aquel Padre despues de la cena, que hiciese una plática en que diese las gracias á los que por amor de Dios hubiesen servido y regalado á sus pobres. Así lo hizo con muy entera voluntad, desengañado de lo que ántes habia oido, admirado de lo que habia visto, y corrido de lo que habia predicado, pidiendo al Señor perdon de su culpa y á los presentes del escándalo que les habia dado, calificando con palabras de mucho peso la santidad y merecimiento de las obras que en aquel hospital se hacian. Quedó el P. Bautista muy agradecido á nuestro Señor por tan dichoso suceso, y el religioso muy su amigo y de la Compañía. Movia de todas maneras este bendito Padre, unas veces con su ejemplo y otras con sus palabras, y no pocas con el instinto particular de Dios, que le traia á las manos almas perdidas para que las remediase. En el ministerio de la doctrina cristiana fué tambien muy eminente este siervo del Señor; andaba siempre entre los niños, y era de ver en Sevilla, cuando salia por una parte el P. Basilio de Avila con una procesion de negros, y por otra el P. Bautista Sanchez con la doctrina de los muchachos más traviesos de Sevilla; porque salia á los campos donde se apedreaban y combatian hiriéndose muy mal, y haciéndoles dejar las hondas y las otras armas, les traia en procesion por las calles de Sevilla cantando las oraciones, y despues les hacia la doctrina. En tiempo del P. Bautista Sanchez era canónigo de Sevilla el doctor Constantino, hombre de ingenio, letras y singular gracia y elocuencia en el púlpito; en sus costumbres vicioso, pero muy recatado y sagaz, y tenido en opinion de honesto. Tenia grandes y poderosos amigos por su donosa conversacion y por las otras buenas partes referidas. Estaba inficionado de la herejía de Lutero, la cual habia bebido en Alemania, donde habia estado sirviendo de predicador al emperador Cárlos V, y como tal inficionado escupia la ponzoña en sus sermones y procuraba inficionar á la gente que le oia, pero con

tal artificio y maña, que si no eran los que ya estaban tocados de aquella peste, apénas le entendian ni caian en la cuenta de lo que queria decir. Iba el mal sordamente y sin sentirse cundiendo cada dia más. Los de la Compañía conocieron el daño, aunque al principio no pensaron fuese tan grande, ni que tuviese tan hondas raíces aquella llaga, puesto que Constantino se limitaba á predicar sobre los merecimientos y beneficios de Cristo, y de los tesoros que tenemos en su sangre, pasion y muerte, sin hablar jamás de dolor de pecados, confesion, satisfaccion, penitencia y uso de sacramentos. El P. Bautista, para remediar el daño que de allí podia seguirse, comenzó á predicar con otros de su religion de los puntos de que no hablaba palabra Constantino en sus sermones, exhortando al pueblo á llorar amargamente sus pecados, á enmendar sus vidas, y por la penitencia á morir en cruz con Cristo crucificado. Estos sermones turbaron á Constantino y sus secuaces, por la desemejanza de la doctrina y de la vida; porque él era muy carnal y deshonesto, aunque vestido de hipocresía, y no ménos lo eran los que le seguian. Esto le produjo la mayor aversion y aborrecimiento á los PP. jesuitas, y trataron de vender al vulgo por verdades sus imaginaciones, y cuantas el odio alimentaba en sus corazones, tantas sembraban sus lenguas, poniendo mácula en la doctrina de la Compañía. Calificaban el instituto por secta de iluminados, se mofaban de la modestia que en el semblante y trato guardaban los Padres, y persuadian que con artificio sacaban de quicio los rostros para traerlos macilentos y pálidos, y no dejaban piedra que no moviesen para desacreditar su nombre y doctrina. Pero Dios nuestro Señor descubrió la verdad y quedaron los Padres acreditados, y Constantino fué preso por hereje y encerrado en la cárcel de la Inquisicion, donde murió, habiendo tomado nuestro Señor al P. Bautista por muy principal instrumento para cortar las cabezas de la hidra de la herejía que habia empezado á brotar en Sevilla. La fuerza y eficacia que Dios daba al P. Bautista para convertir las almas, nacia del cuidado interior que tenia de mirar por la suya, como si de sola ella hubiera de dar cuenta á Dios, y para esto ninguna ocupacion le estorbaba. Hacia dentro de la casa los oficios humildes, se encargaba de la limpieza de las secretas, de aderezar y encender las lámparas, de barrer la cocina, pidiendo con instancia al cocinero le mandára lo que quisiese. Cuando predicó en Medina del Campo en los principios de sus fervores, que fué mucho tiempo, y con gran aplauso y fruto, ántes de salir del colegio á predicar se iba á la cocina, y se postraba delante del cocinero, y le besaba los pies. Andaba siempre en presencia de Dios, y solia decir: *Pensar en Dios, y obrar por Dios.* Y como siempre estaba poseido de aquel fuego de divino amor, así el calor del corazon salia por la boca, y abrasaba las entrañas de los que le oian hablar de Dios, lo cual hacia con ex-

traordinaria facundia, suavidad de palabras y abundancia de sentimientos celestiales; gozaba de muy dulce sosiego en la oracion, y llegó á tan alto y extraordinario grado de suavísima contemplacion, que dijo una vez al venerable P. Baltasar Alvarez, que si todo cuanto ha criado nuestro Señor de contento en la tierra, lo juntase y fuese eterno, todo lo trocaria por un cuarto de hora de la merced que Dios le hacia; y tambien que si supiera de cierto que en un dia entero no habia de morir, el dolor de esto bastaria para matarle, donde se ve el extraordinario amor que tenia á Dios, pues con dispensarle tantos regalos en esta vida, tenia tantas ánsias de ir á ver y gozar del que tanto amaba, que la dilatacion cierta de un solo dia le causaba tan grande pena, aunque despues el Señor, que mortifica á sus escogidos en la cosa que más estiman y desean y que más han de sentir, le dió á tragar esta pena, revelándole mucho ántes el dia y hora en que habia de morir, y en su breviario se halló escrito: «Tal dia y tal hora morirás, mira cómo vives;» y así vivió de tal manera, que su muerte fué muy dichosa. Este santo varon tuvo mucha familiaridad con el P. Baltasar, y tan grande estimacion de su espíritu, que decia á los novicios: «Teneis un maestro, no solamente virtuoso, sino que es la misma virtud.» Por que no solo fuese insigne, este siervo de Dios en sus palabras y obras, sino tambien en mucha paciencia, despues de una larga y próspera navegacion, le quiso probar su Divina Majestad con algunas adversidades y trabajos, no para que amainase, sino para que corriese más. Probóle con varias enfermedades que descubrieron los ocultos y subidos quilates de su paciencia, de la cual admirados algunos, decian que no habian visto padecer á nadie como hombre y fuerte, sino al P. Bautista. Mayor prueba fué la borrasca que se levantó acerca de su modo de oracion, que por ser materia tan importante y en aquel tiempo tan peligroso de los iluminados, y ella tan alta que no se dejaba entender de cualquier capacidad, fué tenida de algunos por sospechosa; y así para mayor satisfaccion del buen nombre de este siervo de Dios, le ordenaron fuese á Roma á dar entera razon de sí, y tapar la boca de los calumniadores, para que aunque se tenia por bueno su espíritu, y por los efectos y cosas maravillosas que el Señor obraba por él se entendió que ponia su divina mano sobre el arco que él flechaba, con cuya diligencia constaria á todos. Obedeció inmediatamente al varon justo, no por mirar por su crédito, sino el de la santa obediencia, virtud que tanto amaba, y así aunque estaba cojo de una pierna, partió para Roma; allí predicó tambien con maravillosa aceptacion, edificando á todos con sus palabras y ejemplos, hasta que el año de 1563, acabada la congregacion general, en que fué electo por prepósito general de la Compañía el Padre Everardo Mercuriano, le acometió el mal de la muerte, la cual y la hora en que se habia de verificar escribió él mismo de su mano mucho ántes

de que sucediese. Pidió los santos sacramentos de la Eucaristía y extremaunción, y recibidos con mucha devocion, con la misma dió su alma al que la habia criado para la bienaventuranza, y para llevar otras muchas tras sí. Hallóse despues de su muerte en su Breviario, que era muy pobre, y le traia atado con un otillo, escrito de su mano: *A tal hora morirás, mira cómo vives*; y precisamente á aquella hora murió. Escribieron de este apostólico varon el P. Orlandino y Sachino en la Historia de la Compañía, y el P. Luis de la Puente en la vida del P. Baltasar Alvarez.—A. L.

SANCHEZ (El Dr. D. Bernardo García Gonzalez). Nació en San Torcaz á 20 de Agosto de 1767. Principió los estudios en el colegio de Sto. Tomás de Madrid, y continuó los de filosofía en S. Isidro, los cuales incorporó en la universidad de Alcalá, donde estudió derecho civil y canónico hasta graduarse en cánones, lo cual verificó en ella en 23 de Abril de 1792, y un mes despues obtuvo en el Consejo el título de abogado. En 1795 fué electo visitador general eclesiástico del obispado de Pamplona por el Ilmo. Sr. D. Lorenzo Igual de Soria, como tambien examinador sinodal y autorizado para regentar los empleos de provisor, vicario general y gobernador de dicho obispado. En 1800 le eligió el mismo señor para secretario de cámara, cuyo empleo sirvió tambien cuando fué trasladado dicho señor obispo á la mitra de Plasencia, sirviéndole en este cargo por espacio de más de veinte años, y con toda satisfaccion, y desempeñando además las funciones de provisor, vicario general y gobernador del obispado de Plasencia en ausencias y enfermedades del propietario. Durante la guerra de la independencia trabajó tambien en defensa de la justa causa por cuantos medios estuvieron á su alcance, y sin faltar al decoro y carácter de su estado, viéndose precisado á emigrar de la ciudad siempre que fué invadida por los extranjeros. En 5 de Enero de 1816 tomó posesion de una prebenda de racionero en la catedral de Plasencia, y en ella continuó hasta que en 1.° de Octubre de 1830 fué nombrado por el Excmo. Sr. Cardenal Inguanzo dignidad de abad mayor de la santa iglesia magistral de Alcalá de Henares, siendo sucesor inmediato en la referida prebenda de su difunto hermano D. José García Sanchez, que falleció el 12 de Abril del expresado año. En 6 de Noviembre del mismo tomó D. Bernardo posesion de la abadía, á cuya dignidad estaban anejos por bulas pontificias los destinos de cancelario y juez académico de la universidad, hasta la supresion que se verificó por entónces. En 5 de Febrero de 1836 fué nombrado por S. M. juez subdelegado de Cruzada del partido de Alcalá de Henares; en 5 del mismo mes y año le nombró el Excmo. Cabildo primado de Toledo, sede vacante, vicario general de su arzobispado, para su audiencia de Alcalá de Henares, de cuyo cargo fué destituido el 23 de Febrero de 1842. Tambien fué complicado por entónces en la causa que se formó contra los

sujetos que cooperaron á la piadosa obra titulada *La Propagacion de la fe*. Mas asi que el cabildo de Toledo se encargó del gobierno de la diócesis, le repuso en su abadía, cuya medida fué aprobada generalmente. A pesar de sus muchos años continuaba desempeñando con gran actividad los muchos negocios sometidos á su cargo, cuando le sorprendió la muerte el dia 23 de Junio por la tarde, en ocasion de estar rezando el oficio divino de rodillas, de un ataque cerebral fulminante. — A. C.

SANCHEZ (V. Cebrian), presbítero. Fué uno de los martirizados en las Alpujarras cuando el levantamiento de los moriscos en el reinado de Felipe II. Era párroco ó beneficiado de Narila, pueblo de la Taa de Jubiles, que se levantó en la noche de la víspera de Navidad de 1568. En aquella noche prendieron los rebeldes con otros cristianos, dice Mármol en su historia de este levantamiento, á un clérigo de misa llamado Cebrian Sanchez, y los llevaron maniatados al lugar de Alcutar. Allí les predicaron la vil secta, y como no adelantasen nada en su firmeza cristiana, desnudaron todos los hombres en cueros, y los llevaron, las manos atadas atrás, al lugar de Cujurios, donde los mataron. — S. B.

SANCHEZ (Fr. Diego), religioso natural de Méjico, en cuyo convento tomó el hábito hácia 1640; mas apénas se hubo ordenado de sacerdote, cuando pidió y obtuvo pasar á las misiones de Filipinas, deseoso de conseguir en aquel país la corona del martirio. La Providencia no premió ciertamente sus deseos, pero le reservó para pasar todo género de trabajos y padecimientos por la causa de la fe. Con dificultad podrá citarse otro misionero que se haya visto en circunstancias más críticas, ni atravesado por situaciones más aciagas que en las que se encontró este excelente religioso. Su vida toda es una série de padecimientos, en la que hubo de arrostrar con frecuencia la muerte y toda clase de amarguras en defensa de las verdades que predicaba. Las rebeliones de los indios, tan comunes en Filipinas por hallarse en inmediato contacto con el Japon y la China, donde habia un grande odio al cristianismo, fueron la causa principal de los padecimientos de este religioso, que no siempre consiguió vencerlas, y algunas veces estuvo á punto de ser su víctima, corriendo constantemente gran les peligros. Los muchos sufrimientos que hubo de devorar en esta su crítica posicion fueron sin duda la causa de su muerte, que acaeció en el convento de Manila, donde se habia retirado viéndose gravemente enfermo, sin que los cuidados de la ciencia pudiesen alargar un solo instante su vida. — S. B.

SANCHEZ (Francisco), colegial del colegio viejo de S. Bartolomé de Salamanca y maestro en artes. Fué natural de Trevejano, poblacion del obispado de Calahorra, y recibido en dicho colegio el 17 de Octubre del año de 1570. Sujeto aprovechadísimo y de vasta instruccion, era colegial de Sta. Ca-

talina de Granada. En el colegio de Salamanca llevó cátedra de artes, saliendo de él el año 1573 por canónigo magistral de Leon, donde fué universalmente estimado y apreciado. Murió el año de 1590. —A. L.

SANCHEZ (H. Francisco), de la Compañía de Jesus. Era natural de Granada, y en su primera juventud, léjos de consagrarse á los estudios, se dedicó á los frívolos pasatiempos propios de una imaginacion desarreglada, con no poco perjuicio suyo y de su familia. Sus parientes emplearon cuantos medios se hallaban á su alcance para volverle al camino de que tan inconsideradamente se habia extraviado, mas él, léjos de obedecerles y de escuchar sus buenos consejos, huyó de su lado y se dirigió á las principales ciudades de Castilla, donde creia encontrar todos los recursos que hasta entónces se habian opuesto al logro de sus deseos. Pero ni la corte con todos sus placeres, ni otras ciudades donde abundaba la corrupcion, pudieron satisfacer su acalorada fantasía, y buscando un más allá que llenase su objeto por completo, marchó á Sevilla para embarcarse para las Indias. Una grave enfermedad le impidió realizar este deseo, y no teniendo paciencia para esperar á la partida de otra nueva flota, regresó á la casa paterna, donde fué mucho mejor acogido de lo que merecia. Los trabajos que habia pasado y las vicisitudes que habia sufrido le hicieron permanecer allí mucho más tiempo de lo que esperaba, y este período fué en el que se operó el cambio total que hasta entónces habia parecido imposible se realizase en él. Los cuidados que le prodigára su familia, el afecto que le manifestaron sus padres, comenzando á labrar en su corazon, le hizo abrir los ojos á la verdad, manifestándole el engaño y error en que hasta entónces habia vivido. Quiso huir del mundo, retirarse á un desierto para llorar sus graves faltas, empero se le presentó una ocasion para hacerlo sin apelar á medios tan extraordinarios, aunque muy frecuentes en aquella época. Estábase edificando á la sazon en Granada el colegio de la Compañía, y se presentó á trabajar como simple obrero. El cariño con que le trataban los Padres, su mucha caridad y sus grandes virtudes, no tardaron en llamar su atencion, y confesándose con uno de ellos acabó de verificarse su conversion, que hasta entónces solo se anunciaba, aunque bajo los más felices auspicios. Mudó de conducta, sus costumbres fueron arregladas y su carácter, hasta entónces indómito y feroz, se convirtió en bondadoso y hasta amable. Su familia, admirada de esta trasformacion, no cesaba de dar gracias á los jesuitas, y cuando estos estuvieron en antecedentes, trabajaron con celo y afan hasta dar su obra por terminada. Francisco no se separaba un instante de su lado; y al terminar el trabajo del dia, léjos de retirarse á su casa, quedaba en compañía de los hermanos coadjutores, entregándose á los ejercicios y oraciones que ellos. Su laboriosidad, su modestia, el celo que en todo manifestaba, hizo que le dis-

tinguiesen los Padres, y el que hasta entónces habia sido un simple obrero, fué elevado á una categoría superior, correspondiendo él tan bien á esta confianza, que los Padres no tuvieron por qué arrepentirse de esta eleccion. Cuando terminada la obra fueron despedidos los trabajadores, Francisco no quiso separarse de los jesuitas, y pidió le admitiesen aunque fuese en clase de sirviente. Vacilaron en un principio, é hicieron repetidas pruebas ántes de darle entrada en la Compañía; mas habiendo correspondido todas á sus deseos, le dieron al fin la sotana para hermano coadjutor. En este puesto trabajó con su acostumbrado celo y esmero en servicio de la Compañía, siendo uno de los jesuitas que más celebridad alcanzaron en Granada. Humilde y obediente, no tenia otra voluntad que la de sus superiores, y sus demás virtudes corrian parejas con su humildad y obediencia. Tratóse de enviar una mision á Méjico, y se buscaron sujetos de reconocida aptitud que quisieran tomar parte en ella, el H. Francisco fué uno de los primeros que se ofrecieron, y aceptado se dispuso á embarcarse. Hízolo en Sevilla en 1574, pero con tanta desgracia, que aquella travesía fué una de en las que más padecieron los misioneros enviados al Nuevo Mundo. Tempestades, enfermedades, hambre, calamidades de todo género se hacinaron sobre aquellos pobres misioneros, que en más de una ocasion se creyeron próximos á la muerte, que esperaban con tranquila confianza en la Providencia. Pero al fin se calmaron las olas, serenóse el mar, un viento más bonancible sucedió á los arriscados temporales, y los misioneros despues de haberse acrisolado en los padecimientos, llegaron al término de su destino. Desembarcaron, y despues de haber descansado por breve tiempo, se dirigieron á la capital del imperio mejicano. Allí comenzaron sus apostólicas tareas; el hermano Sanchez hubo de recorrer provincias enteras en compañía de los Padres, ayudándoles en su santa mision. Pero sus trabajos no tardaron en ser recompensados por la divina Providencia. Aquel hombre cuya agitada juventud y laboriosa virilidad habia destruido un natural fuerte y vigoroso, al verse en una tierra extraña, con alimentos desconocidos y bajo un clima enfermizo, no pudo resistir por más tiempo, y enfermo y achacoso en breve, se retiró á la capital, donde no tardó en dar su vida á su Criador con grave sentimiento de sus superiores, que veian en él un útil y excelente obrero. —S. B.

SANCHEZ (P. Fr. Francisco), misionero dominico. Nació en Toledo, en cuyo convento de S. Pedro Mártir tomó el hábito, manifestando desde luego tan buena disposicion para los estudios, que fué enviado al colegio mayor de S. Gregorio de Valladolid, distincion que manifiesta su sobresaliente mérito. Continuó allí sus estudios, y cuando parecia que por sus circunstancias deseaba seguir una carrera en que todo le anunciaba el más brillante porvenir, pidió y obtuvo permiso para pasar á Filipinas, donde llegó hácia 1658.

En este pais se consagró alternativamente á las misiones y á la enseñanza, obteniendo siempre los mejores resultados, pues se hallaba dotado de cualidades que le hacian muy á propósito para objetos tan distintos. Obtuvo despues diferentes gobiernos, manifestando al frente de las comunidades que le tocó regir un grande celo por la observancia regular y su ejemplar vida. Era un dechado de todas las virtudes, no sabiéndose cuál elogiar más en él, si su humildad, caridad, frecuente oracion, rigurosas penitencias y contínuos ayunos; así es que su fama se fué aumentando de dia en dia, y llegó á ser uno de los misioneros más ilustres de aquellas regiones. Pero le sorprendió la muerte en lo mejor de sus dias, siendo ocasionada por sus grandes y constantes trabajos y por una actividad á toda prueba. Sentida su muerte por sus hermanos, le mencionaron en el capítulo general en los términos más honrosos y honoríficos.—S. B.

SANCHEZ (Fr. Francisco), religioso franciscano de la provincia de San Juan Bautista. Fué natural de la villa de Almansa, hijo de Francisco y de María Martinez, personas de muy buenas costumbres, y de consiguiente criaron á su hijo con mucho cuidado é inclinacion á la virtud, la que abrazó desde su más tierna edad con tanta vehemencia, que sus pueriles acciones eran en cierta manera augurio de la perfeccion que debia llegar á adquirir este santo varon. Empleó los primeros años de su juventud en seguir aquellos estudios á que podia dedicarse cómodamente en su patria, adquiriendo con facilidad algunos conocimientos en la gramática por tener claro y agudo ingenio, unido á no menor laboriosidad. De manera que entre todos los jóvenes de su edad se distinguia por su recogimiento, modestia y la circunspeccion que reinaba en sus acciones y palabras. Mas no se contentaba con esto su virtud, sino que aspiraba á mayor perfeccion como era hacerse varon espiritual y piadoso. Inclinóle el Señor con este fin á la comunicacion con los religiosos descalzos del convento de su patria, mediante cuyo trato comenzó á aficionarse más al de Dios, y á ejercitarse en la santa oracion, aumentando muy á menudo nuevos vínculos á la correspondencia divina, frecuentando los sacramentos, asistiendo á los sagrados oficios y rezando sus devociones, lo que constituia su mayor consuelo, miéntras iba dando lugar á la gracia, á la que sentia en su ánimo un secreto y suave instinto que le inclinaba á ser religioso descalzo. Conforme crecia en edad se aumentaba tambien en él aquella inclinacion, y habiendo llegado á los veintisiete años, decidió poner en ejecucion sus deseos; pidió, como lo hizo, el hábito en la religion Seráfica. Conociendo el provincial sus buenas cualidades y su eminente virtud, le envió al convento de S. Diego de Murcia para que se le vistiera por primera vez, y habiéndole recibido y pasado el año de la probacion, dando claras muestras de su buen espíritu, profesó en el mismo con-

vento á 22 de Febrero de 1611. Hecha la profesion, pensó que sin auxilio espiritual no era posible llegar al término en que habia puesto sus miras, que era hacerse conforme á Jesucristo, imitando su santa vida. Para alcanzar esta gracia no halló medio más suave ni más eficaz que la continua y ferviente oracion, y comenzó á ejercitarla más detenidamente y con mayor asiduidad. Apénas daba al cuerpo cansado dos horas ó poco más de sueño, y yéndose á la iglesia ó al coro, hacia continuas penitencias, practicando por lo general esta costumbre una hora ántes de tocar á maitines, y el tiempo restante se estaba ejercitando en piadosos y fervientes afectos para rezar el oficio divino más atenta, recogida y devotamente. Despues de haber asistido á él en la hora de la oracion mental que se hacia en comun, se quedaba en el mismo ejercicio hasta la mañana, y entónces oia ó ayudaba las misas que se decian ántes de prima; y cuando él llegó á estado de decirla, lo hacia muy detenidamente y con tanta reverencia, devocion y ternura, que la comunicaba á los que la oian, y para recogerse y edificarse no era menester más que mirarle al rostro. Despues de celebrar se iba inmediatamente á su celda, donde cerrada la puerta y ventana, se recogia á gozar de la dulce presencia del Señor que llevaba en su pecho. Dábale afectuosas gracias y estrechábase más con él, renovándose como el fénix en las aguas de la divina gracia, y en estas amorosas comunicaciones y vínculos de amor de Dios se estaba empleado, hasta que la campana para ir al coro le sacaba de su retiro, si no es que la obediencia dispusiese otra cosa, que en tal caso el encerramiento y abstraccion era dentro de sí, no perdiendo de vista el objeto y blanco de sus deseos. «Y porque la obra exterior, dice la Crónica, no le divirtiese de aquella atencion amorosa, con que procuraba ir siempre devotamente inclinado á Dios, usaba de ciertas señales, que fuesen como anillos de memoria para si alguna vez se descuidase en la presencia del Señor, con facilidad y presteza la volviese así á recobrar. De donde vino á engendrar tal hábito, que aunque vivia como hombre en la tierra era en el cielo su conversacion, y la dulzura y suavidad del trato familiar con Dios le causó tal desasimiento de las criaturas, que áun de sí mismo andaba como enajenado y todo absorto en la contemplacion de lo eterno.» Era muy aficionado á las lecturas espirituales, tomando de muchos libros místicos y devotos los puntos que creia más convenientes para ilustrar y conmover su alma, y lo mismo hacia de las lecturas que oia en el refectorio, que eran el suave pasto que recreaba su espíritu. Fué particularmente aficionado á las doctrinas del V. Fr. Juan de la Cruz, y muy práctico en su *Noche oscura*, por la pureza y solidez de aquel camino de tan pocos trillado. «De aquella soledad deliciosa, continúa el Cronista, donde hablaba á su corazon el divino Esposo, derramando en él muchas misericorcias y especiales influjos, si no le impelia

alguna razon en órden al bien de su alma, utilidad del prójimo ú honra de Dios, de ninguna suerte salia, sino que contínuamente andaba con profundo silencio, y cuando por alguno de los motivos dichos hablaba, era muy poco y en voz baja, que argüia su humildad y modestia, pero salian las palabras tan encendidas en caridad, que abrasaba con ellas los corazones; la causa era que á cada uno le decia y ponia delante las obligaciones de su profesion, y los medios más eficaces para cumplirlas. Oianle todos con grande gusto por el concepto que tenian de su santidad, y que no persuadia á virtud alguna que no viesen su ejemplar en él.» Era tan comedido en el hablar, que para no exceder de lo conveniente se habia entendido con algunos religiosos amigos suyos, que en cualquiera ocasion ó discurso en que no anduviera muy moderado, le hiciesen una seña para que no pasase adelante, y que hicieran lo mismo en otros defectos que le notáran. Era muy puntual en los actos de la comunidad, en particular en los de los oficios divinos, y cuando rezaba fuera del coro, habia de ser de rodillas por cansado que estuviese, y lo mismo el oficio menor y la corona de nuestra Señora, de que fué muy devoto siervo, y entre otras promesas, tenia hecho voto de ayunar en obsequio suyo todos los sábados. Fué muy austero y penitente, haciendo contínuas mortificaciones, y llevando constantemente silicios, y cuando en las grandes solemnidades daba algun alivio á la naturaleza, lo que hacia era volver el silicio lo de dentro afuera, de suerte que nunca le apartase de sí, porque segun él decia despues á sus novicios siendo maestro, en soltando la rienda para entregarse al natural descanso, despues se rehusa volver al trabajo, y no hay medio para volver al camino. No tuvo el sentido del gusto, continúa su biógrafo, mas que por instrumento de mortificacion. Ayunó muchas veces las siete cuaresmas del seráfico patriarca S. Francisco, y entre año otros muchos dias, y no pocos á pan y agua. Su ordinario alimento fué siempre muy parco, haciendo con varios afectos regaladísimos platos al Niño Jesus que era siempre su convidado, ó por mejor decir, su dulce manjar, y saboreado con él, no usaba jamás de vinagre ni aceite, sal ni naranja, ú otra cosa de las que suelen mover el apetito, diciendo que le tenia muy bueno para comer sin aquellas salsas, y no solo no se quejaba de la mala sazon que suele tener muchas veces la comida, sino que juzgándola demasiado sabrosa, mezclaba con ella cosas amargas. Tenia continuadas contiendas con el refitolero por dejar la fruta que le ponia, é instándole para que la comiese, condescendia con ello á condicion de que le habian de poner la peor. Nunca se extendia en la cama para dormir, sino únicamente se sentaba, aunque hiciese mucho calor, no siendo poco lo que padeció por las inclemencias del tiempo en una celda de cañas, que hizo tan estrecha, que no se podia entrar en ella sino bajándose mucho y de lado, y para estar

dentro, era necesario sentarse ú arrodillarse. Siempre anduvo descalzo, con los pies por el suelo, aunque fuese por los caminos y sierras ásperas, á excepcion de algunas veces en que se veia obligado á ponerse sandalias por mandato de los prelados, los cuales le obligaban á ello por verle tan quebrado de color y tan flaco, que parecia la imágen de la penitencia; y no dejaba un punto sus asperezas y rigores, aunque tuviese postradas las fuerzas, sin el formal mandato de sus superiores. Fué muy amante de la santa pobreza, no usando nunca más de un hábito muy viejo, áspero y remendado, sin permitir nunca tomar otro nuevo; y el último año de su vida, que le obligó el prelado á tomarle, hizo el hábito tan estrecho que casi no le dejaba andar ni ménos dormir, y asi fué al prelado y le dió parte de su desconsuelo, de modo que para consolarle le dió permiso para que se pusiera el viejo, y estuvo triste y disgustado aquellos dias en que llevó puesto el nuevo, de manera que hizo voto de no tomar otro miéntras viviese si no le obligaba á ello la obediencia. No permitia, continúa la Crónica, que se perdiese ningun retazo de sayal ó lienzo, ni áun un cabo de hilo; todo lo recogia y guardaba para remendar, y asi en necesitando sandalias los religiosos, los socorria con las que arreglaba. Su cama fué solamente una tabla de palmo y medio de ancho, y otras veces dos tablas con un madero por cabecera. No usaba rosario para rezar, sino únicamente un decenario pobre. En fin, todas sus alhajas se reducian á un hábito muy usado, cuerda, breviario y un librito de oraciones y devociones manuscritas. Por ser religioso de tan consumada virtud, le encargó la provincia de la educacion de los novicios, cargo que desempeñó con grande perfeccion, instruyéndoles con doctrina y ejemplo, y cimentándolos en la oracion y mortificacion como en dos ejes sobre los que se mueve todo el edificio espiritual. Aunque procuraba ir en todo delante de los novicios, en lo que se llegó á esmerar fué en los ejercicios más humildes, pues siendo como era maestro, se dedicaba á las operaciones más bajas y viles, y lo que es más, en los oficios de humildad que se reparten los novicios por semanas, se ponia en lista como si fuese uno de ellos, y la semana que le tocaba iba acompañando al novicio, dedicándose con grande fervor á todas las cosas de trabajo y abatimiento, como era barrer, limpiar las celdas de los enfermos, con todo lo demás perteneciente á este ministerio. Por la noche cuando se despojaban los novicios para tomar la bendicion, hacia las mismas penitencias que ellos, y en cualquiera ejercicio en que estuviesen, no dejaba de acompañarlos como su igual, hermano y compañero, con lo cual los animaba mucho y les daba á entender, que lo que aprendian en el noviciado lo habian de ejercitar despues, y que aquellas humillaciones no eran ceremonias que espiraban en el año de probacion, sino instituciones muy esenciales que habian de durar cuanto les durase la

vida, porque cualquiera instante que dejára de ser humilde el fraile menor, dejára tambien de ser verdadero fraile menor é hijo legítimo del humildísimo patriarca S. Francisco. Estimulábalos asímismo á la penitencia, haciendo muchas y muy rigurosas en el refectorio, y enseñábalos á no disculparse cuando les impusiesen culpa ó defecto, confesando las suyas en público con mucho sentimiento y dolor. Instruíalos con grande cuidado en todo lo relativo á la disciplina regular, constituciones, doctrina de S. Buenaventura, ceremonias de la Misa y oficio divino, de todo lo cual fué observantísimo y mucho más de lo esencial de su estado y regla. Precióse mucho de la obediencia como parte constitutiva del religioso, y que sin ella es en vano el tomar la cruz, pues el que la toma y no se niega á sí mismo no puede seguir á Jesucristo. Teníalo esto muy bien entendido el siervo de Dios, pues no solo obedecia á los prelados y mayores, sino á los iguales é inferiores, diciendo que aunque cualquier ejercicio fuese muy bueno, ninguno lo era tanto como el sacrificar el propio querer, y así, aunque tenia repartido el tiempo, conforme á las horas del dia, en actos de piedad, á todas ellas preferia la santa obediencia. Habiéndose, pues, Fr. Francisco ejercitado en todas las virtudes y en extraordinarias penitencias, acabó por estragársele el estómago y no poder retener la comida, sobre lo que le acometió una calentura, que hallándole muy débil, le postró casi en el acto; sufrió la enfermedad con extraordinaria paciencia, y recibió todos los santos Sacramentos con mucha devocion y piedad, edificando mucho á los religiosos. Terminaremos la relacion de su vida con un testimonio de todo crédito, y es la memoria que de él se conserva en el Necrologio de su convento de la Purísima Concepcion de la Puebla, que viene en corroboracion de cuanto hemos escrito. Dice así: «En este convento de la Purísima Concepcion del lugar de la Puebla, en 3 de Julio de 1624, pasó de esta vida á la eterna el H. Fray Francisco Sanchez, sacerdote, natural de Almansa, hijo de honrados y principales padres. Su vida fué siempre como de hombre que se habia de morir; fué muy grande penitente, y en razon de esto se azotaba todas las noches con unas cadenas de hierro. Trajo siempre silicio, hasta el dia que cayó en la cama para morir, y no se contentó con uno, sino que tenia muchos, unos de cerdas, otros de rallos, otros de ruedas. Fué grande ayunador, predicábalo su aspecto; su oracion fué contínua. Despues de maitines nunca volvió á la celda, siempre se quedaba en el coro hasta prima en oracion. No quebrantó la regla ni en un pequeño ápice, ni ménos los mandamientos de Dios despues que entró en la religion. Otras muchas y muy grandes virtudes tuvo este siervo de Dios, de que al presente, por no tener clara noticia, no se hace relacion. En su muerte fué de todos venerado por santo, y muchos le besaban los pies y le cortaban el hábito como á tal.»—S. B.

SANCHEZ (V. Francisco), sacerdote seglar, fué muy dócil á toda direccion por ser de natural sencillo y cándido, y á esto se unia el ser su conversacion admirable, y hablaba de Dios con imponderable fervor. Fué muy venerado en los pueblos, que lo tenian por santo.—S. B.

SANCHEZ ó SANCTIUS (P. Gaspar), de la Compañía de Jesus, nació en 1544 en Ciempozuelos, aldea de Castilla la Nueva, próxima á Madrid; fué profesor de escritura sagrada en Alcalá y en otras muchas ciudades de España. Murió en Madrid el 16 de Noviembre de 1628, dejando unos excelentes *Comentarios* sobre Job, Isaías, los libros de los Apóstoles, etc. Desarróllase en ellos sólidamente el sentido literal, al mismo tiempo que el autor se ocupa del sentido místico y el sentido alegórico. Su comentario sobre Isaías es incontestablemente uno de los mejores que tenemos de este profeta.—S. B.

SANCHEZ (Fr. Gerónimo), religioso franciscano de la provincia de San Juan Bautista, en el reino de Valencia. Era natural de Granada, y hallándose como secretario al servicio del conde de Arcos, siendo muy querido de él por sus buenas prendas así de ingenio y destreza de pluma para todo género de letras, como de ajustadas costumbres, le pareció que más le valdria ajustarse á servir en la casa de Dios, dejando las comodidades del siglo, vanas y perecederas, por la humilde y pobre escuela de Jesucristo, caminando por la verdad y la vida. Así pidió el hábito para lego en la provincia de San Juan Bautista, y habiéndosele negado muchas veces por ser de muy corta estatura y al parecer de no bastantes fuerzas para los trabajos de la religion, insistió tanto y con tales instancias, que no dudando ser divino su llamamiento, fué admitido al hábito, y así en el tiempo que estuvo como pretendiente en Valencia, trabajando en los más penosos ejercicios, lo mismo que despues en el noviciado, se vió la robustez que tenia oculta dentro de su corazon, pues ninguno le vencia en las ordenaciones comunes y mucho ménos en las penitencias y particulares mortificaciones, en las cuales era necesario templar el ardor de su espíritu. Hecha su profesion, le pusieron por ayudante del enfermero, á cuyo ministerio acudió con tanta aceptacion de todos, que determinaron aprendiese algunos principios de cirugía; aprendiólos con grande facilidad yendo algun dia al hospital general, y siendo ya apto para la enfermería, le encargaron de ella por completo, continuando allí hasta el fin de su vida, distinguiéndose por su notable caridad y grande alegría, que era tanta que servia á todos de consuelo solo el verle. Esmerábase mucho en todo lo perteneciente al alivio y regalo de los enfermos, y en estando alguno de peligro, le asistia con especial desvelo. Pero en lo que más se manifestó su fervoroso espíritu, fué en la peste que reinó en el año de 1647, pues todos los enfermos que hubo en el convento, así los que mu-

rieron como los que sanaron, pasaron por sus manos, sirviéndoles, administrándoles la comida, sanándoles y á veces curándoles las llagas. Hacia todo esto con la alegría de un ángel, y sin temor alguno de que se le trasmitiese el contagio; y aunque siempre fué grande el contagio, se aumentó mucho más cuando tapiando la enfermería cesó la comunicacion con los religiosos, porque los que se encerraron con los enfermos eran pocos, sus fuerzas naturales no muchas, pero ayudados del ardiente vigor de la caridad se manifestaron incansables y tan robustas que habiendo muerto un religioso, y no teniendo quien le ayudase para sacarle de la celda, le sacó como pudo, y le llevó hasta una escalera que se acababa de hacer y daba á la huerta, y allí, cargándole sobre los hombros con no pequeño trabajo, le condujo hasta el fin. Mas no pudiendo sus débiles fuerzas sufrir tanto peso, cayó con él y se le pegó el mal contagioso; abriéronle, atormentáronle cruelmente y lo llevó todo con singular paciencia. Le apretó el mal de tal modo, que le sacramentaron y le tuvieron dia y medio la sepultura abierta, aguardando por momentos que espirase; mas quiso el Señor preservarle por entónces, y habiéndose curado y pasado la cuarentena, volvió al ministerio de su enfermería con nuevos alientos y fervores de caridad. No por andar tan ocupado en los piadosos oficios de Marta olvidaba los de María. Era hombre de mucha oracion, devotísimo del Sacramento y confesaba y comulgaba todos los dias, aunque tuviera muchas ocupaciones. Cuando los enfermos no eran de cuidado y se lo permitian, iba á media noche á maitines, y desde esta hora se estaba en oracion en el coro ó iglesia hasta el amanecer, que salia la primera misa; ayudábala, comulgaba, daba gracias é íbase luego á su enfermería á preparar lo que era necesario. Por espacio de tres años ayudó á misa al siervo de Dios Fr. Diego Mazon, con quien pasaba de ordinario dos horas, y á veces más, empezandola en verano á las tres y en invierno á las cuatro de la mañana, estando encerrados en la biblioteca donde el santo Fr. Diego tenia un altar muy bien arreglado, y gozando de grande quietud se entregaba largamente á su devocion, comunicándole nuestro Señor singulares mercedes y favores. Su ordinario y casi continuo modo de orar era hallarse su alma abrazada con los pies de nuestro Señor crucificado, y allí en humilde, resignada y amorosa quietud, perseveraba con grande consuelo de su espíritu. Fué muy penitente y austero, pues además de las penitencias de la comunidad, en que era conocido por hacerlas con notable rigor, y las del refectorio, que eran muy frecuentes, en particular en todas las vigilias de los santos principales, hacia otras muchas, sobre todo á deshora, en el coro ó iglesia, empleando en este ejercicio como media hora, y aunque para hacerle se recataba cuanto era posible, le acechó la curiosidad de un religioso, hasta que por último conoció que era él. Usaba un duro y áspero silicio; su

cama en todo tiempo eran unas tablas desnudas, sin pellejo ni manta, sin otra ropa alguna, y la que llevaba vestida era solo un hábito muy pobre de los que desechaban los religiosos, porque nunca se le puso nuevo, á excepcion del primero. Siempre anduvo descalzo dentro y fuera de la celda, y finalmente, todo el trato de su persona era muy áspero, pobre y humilde, sin verse en él cosa que desdijera del verdadero fraile menor. Unicamente se le notó ser de un carácter bastante fuerte, y aunque procuraba reprimirse, sin embargo, todavía solia dejarse llevar de la cólera, no respondiendo con tanta humildad y paciencia como él quisiera á los que iban á la enfermería, y aunque le diesen ocasion para ello, despues lo lloraba muy amargamente y no se podia consolar teniéndose por un soberbio, indigno del hábito que llevaba; y realmente esta que él juzgaba soberbia, era lo que más le humillaba, confundia y hacia estar firme en el conocimiento de su propia vileza. Corrió en fin con tanta rapidez el camino de la virtud, y llegado á su término, cayó enfermo de una calentura mortal que recibió como un favor del cielo, con admirable resignacion y conformidad en la voluntad del Señor, tanto que habiéndole dado el viático, y haciendo instancias para que le diesen la extremauncion, diciendo el médico que aún no era tiempo, que él avisaria cuando hubiese necesidad, el siervo de Dios Fr. Gerónimo le contestó afectuosamente: No tema el decírselo ni piense que me alteraré con tal nueva, ántes con la misericordia de Dios me alegraré con ella, porque deseo verme con Su Majestad, y ningun horror me da la muerte, no obstante, no pido morir ni vivir, sino que se haga en mi la voluntad de Dios. Estuvo enfermo veintiun dias, y á pesar de ser la calentura tan ardiente que se abrasaba, y haberle sobrevenido un hipo penosísimo que no le dejaba descansar un momento, jamás se le oyó la más mínima queja, ántes bien estuvo con grande paz y tranquilidad, siendo la admiracion de todos. Dió su espíritu al Señor en 12 de Mayo de 1690, siendo de edad de cuarenta y seis años y llevando unos once de religion. Causó su muerte grande sentimiento así á religiosos como á seglares, por ser muy amado de todos, y en particular lo fué de la venerable M. Francisca Lopez, confiándose de él para que la escribiese algunas revelaciones que recibia del Señor, y teniendole por su hijo espiritual, y así luego que supo su fallecimiento le encomendó al Señor muy de veras, ofreciendo por él sus oraciones y penitencias. Pero las prendas más ciertas de su salvacion y aventajados grados de gloria son los pasos con que viviendo caminó en pos de Cristo, imitándole en la vida evangélica.—S. B.

SANCHEZ (V. Fr. Gonzalo), religioso de la órden de S. Francisco en la santa provincia de Santiago. Fué sujeto en su juventud á quien los escarmientos enseñaron el camino del desengaño. Era tan fogoso y arrojado, que

dió muchos escándalos con sus travesuras. Se habia inclinado al manejo de las armas con tanto ardor, que con el ejercicio habia conseguido primores de destreza, que no supo tener ociosa, buscando créditos á su valor con la temeridad y provocacion de pendencias, donde traia jugada la seguridad y en peligro su vida. Sus nobles padres, que vivian con mucho susto y más gastos por la mala conducta de su hijo, ansiosos de su quietud, trataron que contrajese matrimonio, estado que sujeto con los vínculos de la sucesion, aún no fué suficiente para amansar su bravura. Prosiguió en sus costumbres de quimeras y cuchilladas, haciéndose cada dia más temible con sus atrocidades, y tanto que siendo muchos los ofendidos, y temiendo su resentimiento, tuvo que vivir cautelosamente y disfrazado, además que la justicia deseaba haberle á las manos para ahogar las voces de la fama que ocasionó su delincuente valentia. Con estos dos motivos salió fugitivo de su patria para no ser escarmiento donde fué escándalo. Llevado de su brioso natural, mejoró el empleo sentando plaza de soldado, sirviendo á su rey en la campaña, donde el valor hace méritos sin ser acompañado de delitos. Las indispensables calamidades y trabajos de la milicia debilitaron sus fuerzas rindiendo sus brios á impulsos de una grave enfermedad que le puso en el último aprieto. Viéndose en tal conflicto, entró en la consideracion de los desafueros de su vida, y arrepentido de haber gastado mal el tiempo, recurrió herido de los estímulos de su conciencia, sediento de la salud de su alma, á las fuentes del Salvador. Confesóse con muchas lágrimas, y se sintió tocado de una vehemente inspiracion de dejar todas las vanidades y delicias del mundo, y retirarse á la religion de S. Francisco, donde con austeridades y penitencias borrase las manchas de sus culpas. No le ocurria el estar atado con el nudo indisoluble del matrimonio, y sentia en sí una confianza tan firme, que no le daba lugar para que dudase, que por el medio que le proponia la inspiracion habia de conseguir una y otra salud. Dió la enfermedad algunas treguas, que aunque no enteramente sano pudo ponerse en camino y dar la vuelta á su casa. Las forzosas incomodidades del camino en una salud quebrantada, agravaron tanto su dolencia, que á pocos dias le desahuciaron los médicos. Recibió con devotas ánsias todos los santos Sacramentos, y viéndose en estado tan desesperado á juicio de la medicina por una parte, y por otra herido de la inspiracion de vestir el hábito de religioso menor, llamó á su esposa y con muchas lágrimas la pidió perdon de los muchos pesares que le habia dado con los desafueros de su vida, y esperaba de la experiencia que tenia de su casto amor, le concediese la última y mayor fineza, dándole su consentimiento para morir con el pobre hábito de S. Francisco, pues de otro modo moriria desconsoladísimo, teniendo por el medio propuesto fundadas esperanzas, por divina inspiracion, de conseguir la salvacion de su alma. Su

mujer, ya porque creyese firmemente que se moria, ó que no tuviese aliento para negarse al imperio poderoso de los ruegos de su esposo, á quien amaba de todo corazon, vino en concederle lo que pedia. Se verificó la funcion con todas las solemnidades de derecho, obtenida licencia del obispo, y hechas todas las necesarias cauciones en caso semejante. Vestido el hábito, se despidió de su mujer dándola los últimos abrazos con la recíproca ternura que pedia el triste lance, y se despidió de sus hijos dándoles la bendicion, estando ya dispuestas y ajustadas por el testamento la distribucion de la hacienda, y en seguida pidió le llevasen al convento á morir entre sus hermanos religiosos. Luego que entró en la enfermería del convento, fallando el juicio de la medicina, experimentó tal mejoría, que pareció más que natural, si bien podia ser nacida de la alegría y dilatacion del corazon. La mejoría se continuó en tal grado, que de una dolencia tan desesperada, salió con feliz y pronta convalecencia. Sintióse Fr. Gonzalo con fuerzas, y todas las empló en la mortificacion y penitencia para acallar las funestas voces de sus culpas, y ahogarlas en las amargas aguas de su llanto. Sus fervores más que de novicio eran de varon perfecto. Corria los términos de su noviciado con grande ejemplo de los religiosos y mucho consuelo suyo, pero turbó la serenidad de su espíritu la inconstancia de su mujer. La buena matrona, juzgando por perdido á su esposo en los aprietos de la enfermedad, no quiso negarse á sus ruegos, ó atenta á su voluntad, ó aconsejada de su dolor. Mas viéndole despues restablecido contra su esperanza, sentia mucho perderle, y que se le hubiese enajenado aquel mismo amor, que le estimaba como á propio. Arrepentida de haber sido, en vista de la necesidad, tan pródiga en sus promesas, buscó pretextos para eximirse de la obligacion. Convocó á los parientes, y les manifestó que el consentimiento que habia dado á su marido habia sido violento y sin deliberacion, dejándose llevar de la turbacion de su pena, y por no parecer cruel con su esposo cuando debió estar y parecer más amante. Que iba á pedir á la religion le restituyese á sus brazos, y despojarla de su injusta posesion, y que para este fin y pretension honesta imploraba sus auxilios. Los parientes, condolidos de su soledad, tomaron á su cuenta el arreglo de aquel asunto. Trataron persuadir al novicio con muchas razones, las más sofísticas, pero este con mucha resolucion y pocas palabras, les dijo: «que estaba legítimamente libre de la obligacion del matrimonio, y firmísimo en no dejar las de la religion, y que no gastasen inútilmente el tiempo en apoyar aquella quimera, porque su justicia era clara, y su determinacion tan cierta como su justicia.» Esta resuelta respuesta avivó los empeños, así contra la religion como contra el novicio. Contra la primera se procedió con amenazas de indignos tratamientos, si no entregase al novicio, y contra este se puso demanda jurídica en la audiencia episcopal.

Poco cuidado le daba á Fr. Gonzalo la demanda puesta, estando cierto de su legítimo derecho, pero sí se lo daba el temor de que la religion cediese, no queriendo mantener sus fueros á tanta costa de molestias y exposicion á escándalos. Recurrió en aquella tribulacion á la oracion, pidiendo á Dios con muchas lágrimas perfeccionase su obra y le diese luz para salir de tamaña dificultad. En aquel punto fué inspirado, que el medio más eficaz para atajar los disturbios y lograr sus buenos deseos, sería hablar á su mujer y convencerla, y traerla á razon con persuasivas y blandas palabras. Efectivamente convocó á su mujer y parientes en la iglesia del convento, y separándose con su mujer á uno de los ángulos, le suministró el Señor tal fervor de espíritu, y expuso tan religiosas y poderosas razones, que produjo en el corazon de su mujer tan súbita mudanza, que bañada en lágrimas le dijo: «que perseverase en su santa vocacion, y la perdonase el disgusto y turbacion que le habia ocasionado con su injusta demanda.» Le hizo tambien presente, que ya que él habia tomado puerto con bonanza en el estado religioso, no la dejase peligrando en el golfo del siglo, y la aconsejase lo que debia hacer, sujetándose en todo á su direccion. Fr. Gonzalo la dijo que lo que le parecia más acertado, era el que eligiese el estado de religiosa de Sta. Clara, en compañía de sus dos hijas, y que su hijo eligiese el de religioso menor. Accedió la virtuosa matrona á tomar este partido, y Fr. Gonzalo allí mismo en la iglesia la cortó los cabellos, y los consagró por despojos de un santo desengaño á los piés del Crucificado. Los parientes, admirados de mudanza tan repentina, reconvinieron á ambos en sus propósitos. La mujer ratificó el consentimiento, que dió en el peligro de la enfermedad de su marido, y desistió de la demanda que tenia entablada en el tribunal eclesiástico. Fr. Gonzalo, gozoso con el triunfo de su vocacion, sacó licencia de los prelados de la Orden para entender y dar cobro á los intereses de su hacienda, y disponer las dotaciones de su mujer y de sus hijas. Era la hacienda copiosa, y separando las cantidades necesarias para los dotes antedichos, se dispuso su entrada en el claustro con gran ternura y aplauso de toda la ciudad. Del remanente de la hacienda se hizo pago á los acreedores, y el resto se repartió á los pobres. A su hijo, por sus vivas instancias, se le dió el hábito de religioso, y toda la familia quedó ofrecida á Dios en grato sacrificio, con edificacion de todos. Aún no le pareció á Fr. Gonzalo haber cumplido bien con Dios, si no daba al mundo alguna pública satisfaccion de sus escándalos, con algun raro ejemplo de humildad y mortificacion. Eran muchos los que habia ofendido con sus travesuras y atrocidades; para negociar el perdon de sus agravios, salió á la plaza, y anduvo por las calles más públicas con un dogal al cuello, vertiendo muchas lágrimas y confesando á voces sus culpas, pedia perdon de las ofensas. Fué para toda la ciudad un espectáculo ejemplarísimo y admirable,

en que se vieron las poderosas fuerzas de un desengaño santo y verdadero. Hecha esta importante diligencia, se retiró á su noviciado, y acabado el año de la aprobacion, hizo su profesion en el humilde estado de religioso lego. Libre ya de las acometidas de la carne y de la sangre, batió las alas de su espíritu con fervoroso vuelo para sublimarse á la eminencia de la perfeccion evangélica. Sabia que el bajar por la humildad al abismo de su propio desprecio, era el medio más á propósito y más eficaz para subir á las alturas de la contemplacion. Para llegar á este fin eligió el humilde estado de lego, ocupándose en los ejercicios mecánicos y más despreciables del servicio de la comunidad, sin perder de vista en sus penosas tareas su única y preferente idea, que era copiar en virtudes y perfecciones la vida y muerte de nuestro Redentor. Haciase cargo del mucho tiempo que le robaron los devaneos de su pasada vida, y procuraba redimir el tiempo perdido á mucha costa de mortificaciones y penitencias. La virtud de la pobreza, que se da tan de cerca la mano con la humildad, para negociar el desprecio en el juicio del mundo, la tuvo en grado heróico. No usó nunca más de un solo hábito muy grosero, sirviéndole de túnica una malla á raíz de la carne, la que quiso fuese su silicio, por que le ofendiese arrepentido la que le defendió tantas veces delincuente. Siempre anduvo enteramente descalzo, y con esta penalidad visitó dos veces los santos lugares de Roma, de Asís y Monte Alberne, buscando en las asperezas de tan largos caminos, en el dolor de sus pasos, el acuerdo de sus culpas, que anegaba en diluvios de lágrimas, siendo este don prueba irrefragable, de que su mudanza era obra de la diestra del Altísimo, rindiendo á un hombre de condicion tan dura á una pasion tan tierna. Tenia tan presentes y tan á la vista sus delitos, que cuando veia, dentro ó fuera de la religion, castigar delincuentes, se afligia en sumo grado y lloraba amargamente, pareciéndole que la ajena inocencia padecia las penas que merecia su sola malicia. En la oracion, á que se entregaba muy frecuente y constante, era más copioso su llanto, prueba cierta de su ardiente amor, del que son las lágrimas el más propio idioma, con que mejor se entiende y queda más bien entendido. Todas las sacrificaba al arrepentimiento no al desahogo, tenia en ellas dolor y no alivio, haciéndolas precioso caudal para su mérito. Entre otras austeridades con que debilitó sus fuerzas, y avasalló la carne á las leyes del espíritu, tuvo lugar muy principal su abstinencia, porque su ordinario alimento era pan solo y agua, ayunando perpétuamente, si algun accidente no dispensaba de este rigor. Se daba crueles disciplinas en todo el cuerpo, hasta derramar mucha sangre. Su cama era la desnuda tierra, ó la peana de alguno de los altares de la iglesia, que de noche le servia de celda, porque teniéndose por delincuente, no se atrevió á perder de vista el asilo, acogiéndose á las aras de la misericordia, con temor

de las iras de la justicia. Este hombre, en fin, ilustrado de Dios, y fortalecido con las valentías de su divina gracia, se hizo cargo de las atrocidades de su juventud, y consiguió con los rigores de su penitencia y buen ejemplo, se borrase aquella plana de su vida manchada con escándalos. Viendo los prelados aquel ejemplar de virtudes en un hombre tan conocido por sus desafueros, determinaron sacarle á la plaza del mundo, para que su intachable conducta sirviese de modelo de edificacion á los buenos, y diese aliento para salir de sus culpas á los pecadores, viendo en Fr. Gonzalo tan bien logrados los esfuerzos de la gracia divina. Para este fin le encomendaron que pidiese la limosna, porque la modestia de sus ojos, la compostura de sus acciones, su religioso porte y silencio fuesen un pregon de desengaños. Consiguió con sus ejemplares virtudes cosechar copiosos frutos, porque fueron infinitos los sujetos, y de los más principales de Lugo, que abrieron los ojos á las luces de la verdad para despreciar las vanidades del mundo y alistarse en las banderas del cielo. Muchos tomaron el hábito de la sagrada religion de San Francisco, y otros, que no se hallaban en libertad, mejoraron sus vidas siguiendo el partido de las virtudes. La obediencia le trasladó del convento de Lugo al de Orense, donde le acometió la última enfermedad de que murió, dejando sus heróicas virtudes gloriosa fama é imperecedera memoria. Dióse le sepultura con aclamaciones de santo en lugar preferente en el mismo convento. Concurrian á valerse de su intercesion con piadosa fe muchas personas, visitando su sepulcro, obrando el Señor algunos insignes milagros, que fueron notorios y admirables.—A. L.

SANCHEZ (Fr. Gregorio), franciscano español. Tomó el hábito en la provincia de Castilla de la Observancia regular, donde se distinguió desde luego por sus estudios, mereciendo ser nombrado profesor de sagrada teología en el convento de S. Diego de Alcalá, cargo que desempeñó con el mayor acierto durante un largo período. Con este motivo, y habiendo publicado el pontífice Alejandro VII una bula sobre el misterio de la Inmaculada Concepcion, escribió Fr. Gregorio Sanchez un erudito tratado sobre el mismo asunto, en que hay párrafos bastante notables. Los copiariamos con gusto si no creyéramos poder hacerlo con más acierto quizá tomándolos de una memoria dada á luz en 1855 sobre el mismo objeto por el director de esta publicacion, Sr. D. Basilio S. Castellanos. Hé aquí algunos de sus más notables párrafos: «El piadoso abate Darras, en su opúsculo sobre la Concepcion, dice que se pretende haberse celebrado ya fiesta á este misterio en el siglo IX por la Iglesia latina, pero que aunque esto está en duda, es incontestable que en tiempo de San Anselmo se estableció en Inglaterra, á consecuencia, segun los escritos de este bienaventurado, de muchos milagros que la hicieron celebrar en aquel país, Francia y en otros pueblos. El con-

cilio celebrado en Lóndres en 1328 atribuye formalmente á S. Anselmo el establecimiento de esta fiesta, y hé aquí en lo que se funda la opinion de Baronio de que los ingleses fueron los primeros que rindieron este homenaje en Europa á la Madre de Dios. El establecimiento de esta fiesta parece que tuvo orígen en la siguiente revelacion contada por Darras: En la segunda mitad del siglo XI, viajando por la mar un abad inglés se encontró en peligro de perecer en una gran borrasca, y encomendándose á la Vírgen con fe ardiente, se le apareció un hombre rodeado de luz y adornado con traje pontifical. Este hombre dijo al abad que si queria salvarse del naufragio era preciso que él y sus compañeros prometiesen guardar todos los años la fiesta de la Concepcion de la Vírgen, y solicitar que los demás la guardasen. ¿Quién sois vos, preguntó el abad, y qué dia debe solemnizarse esta fiesta?—Yo soy Nicolás, obispo, enviado por la Vírgen, á la que habeis sido recomendado para ser preservado de esta tormenta: el dia de la fiesta será el 8 de Diciembre.—El santo abad y sus compañeros hicieron el voto y se salvaron, y se dice que en cumplimiento de esta promesa se estableció la fiesta en Inglaterra autorizándola San Anselmo; de Inglaterra pasó á Normandía y despues á las demás provincias de Francia, incluso á Lyon, cuyos canónigos fueron de los primeros fieles que la celebraron, por lo que les criticó San Bernardo, diciéndoles que introducian una solemnidad nueva en el rito de la Iglesia, sin duda, como siente Darras, porque ignoraba el santo la tradicion de la Iglesia de Oriente. San Bernardo al escribir á los canónigos de Lyon, decia: que la Vírgen no tenia necesidad del privilegio que la piedad la concedia para ser la inventora de la gracia, la medianera de la salud y la restauradora de los siglos; pero que solo Dios pudo ser santo ántes de ser concebido. Empero si bien San Bernardo se expresó así, fué con la idea que hacen concebir fácilmente las siguientes palabras con que termina su expresada carta: « Pues que teniais el designio de establecer esta fiesta, debiais consultar ántes á la Santa Sede y no obrar con tanta precipitacion é imprudencia. Por lo demás lo que he dicho sobre este asunto, entiéndase sin perjuicio del parecer de otro más ilustrado, y principalmente de la Iglesia romana, á cuya autoridad y exámen dejo yo esta cuestion y todas las demás de esta naturaleza, estando pronto á corregir, segun su juicio, lo que pueda diferir mi opinion de la suya. » Dice acerca de este particular el Papa Benedicto XIV, y ántes lo dijeron Bellarmino y el V. Canisio, que lo que habia herido principalmente al santo, era que no se hubiese contado con la Santa Sede, á lo que nosotros añadiremos, que hoy que la veria sancionada y publicada como artículo de fe, la hubiera venerado y ensalzado, máxime si se atiende á que dijo el santo sobre este particular: Dios me libre de creer que María fuese manchada jamás con el pecado original. Es de advertir que muchos de los que contrariaban la piadosa

opinion, solian apoyarse más en la carta de San Bernardo á los canónigos de Lion, que en la Suma de Santo Tomás, en donde se niega á la Vírgen más terminantemente la prerogativa de inmaculada, y como esto lo hicieran áun los dominicos, hemos sospechado que lo harian así, porque sus contrincantes no probasen lo contrario con el mismo santo que estuvo él mismo en contradiccion sobre este particular, como se ve por sus obras, y vamos á probarlo por la repeticion. Santo Tomás dijo formalmente en la Suma que la santa Vírgen estuvo sometida al pecado original, y en su libro de Sentencias enseña precisamente lo contrario, razon por la que algunos de los sabios dominicos, que no creian que el santo se hubiera contradicho, sospecharon se hubieran alterado las obras del santo doctor, además que habiendo dicho en la Suma: *Non celebretur festum ecclesiæ nisi pro aliquo sancto*, y como dijese esto para probar que la Vírgen fué santificada ántes de su nacimiento, del mismo dicho de que la Iglesia no celebra fiesta más que por lo que es santo, quiso decir y efectivamente lo dijo, que la Vírgen fué santa desde su nacimiento, y á la vista de que celebra la fiesta de Concepcion la Iglesia, deberia concluir con que habia sido santa desde su primer instante. Segun San Buenaventura, en su tiempo celebraban ya en Roma algunos por devocion especial á la Concepcion Inmaculada, como se ve tambien en las obras de Benedicto XIV, pero se ignora la época fija en que se estableció la festividad en la corte pontificia. Asegura Darras con relacion al siglo XIV, que el franciscano español Alvaro Pelayo, que fué obispo de Coron, en Morea, y despues de Silva en Portugal, el cual escribió en defensa de Juan XXII, predicó en Roma en la fiesta de la Concepcion en la basílica de Santa María la Mayor, y el carmelita Baron da á entender que el 3 de Diciembre se cantaba en las iglesias de este nombre una misa solemne á la Concepcion, á la cual asistian los cardenales. Un decreto del concilio de Basilea expresa que la fiesta de la Concepcion se celebraba antiguamente en Roma y en otras muchas iglesias. En el siglo XV todo el mundo católico celebraba ya en las iglesias la fiesta de la Concepcion, si se exceptua la órden dominicana, y subiendo á la silla de San Pedro el célebre pontífice franciscano Francisco de la Rovére, instituyó la fiesta en 1471 para cinco años despues, es decir, para 1476, concediendo indulgencias á los que recitasen la misa y oficio de la Concepcion, cuyo oficio habia sido compuesto por Bernardo de Noguerol, sacerdote veronés, el cual varió el pontífice San Pio V en el breviario por el que hoy se reza. Sixto IV, que cuando era simple religioso habia escrito un libro en favor de la Concepcion, tuvo la gloria de autorizar el homenaje que los fieles rendian en este concepto á la Madre de Dios, gloria que alcanza mucho mayor á nuestro santo padre Pio IX al declarar nuestra pia creencia artículo de fe; de suerte que Sixto IV y Pio IX, entre los que han mediado

cuatro siglos, han sido los Pontífices más favorecidos por Dios en este grave asunto, pues que si bien Clemente VIII elevó el oficio de Concepcion á rito doble mayor, Clemente IX añadió á él una octava; Clemente XI la colocó en el rango de las fiestas de precepto para toda la Iglesia, y Benedicto XIV la mandó celebrar el 8 de Diciembre en la basílica de Santa María la Mayor, en presencia del Papa, de los cardenales y de los prelados, que fué hacerla participar del esplendor de las más grandes fiestas de la Iglesia. Todos estos no hicieron más que seguir la senda trazada por Sixto IV y preparar el camino para que coronase la obra Pio IX.» Tal es el breve resúmen del orígen de la festividad de la Inmaculada Concepcion, que nos hemos atrevido á insertar en este artículo por referirse á uno de los religiosos que se ocuparon de él en el siglo XVII, en una obra que lleva el siguiente título: *Tratado del estado de la Inmaculada Concepcion de la Reina de los ángeles*; Madrid, 1662, en fólio. — S. B.

SANCHEZ (Fr. Jaime), franciscano español de la provincia de Valencia. Entre losreligiosos célebres por su piedad que produjo el siglo XVII es uno sin duda el individuo que nos ocupa, perteneciente á una ilustre familia; siguió su carrera con los mejores resultados, y quizá hubiese aceptado la posicion con que le halagaba el mundo, si decidido á abandonarle no hubiera preferido la tranquila y pacífica vida del claustro al bullicio y los trastornos de una sociedad corrompida. Tomó el hábito en un principio en los Observantes, religion que siempre gozó de la mejor fama, y que en España era mucho más numerosa que la de los Capuchinos. Hombre de carácter severo y de costumbres austeras, Sanchez llenó todos sus deberes como religioso con esa severidad, con esa firmeza propia de un ser decidido á seguir su camino á pesar de todos los obstáculos, á vencer todas las dificultades que pudieran presentársele; y en efecto, el buen religioso, que contaba consigo mismo, que sabia vencerse unas veces con su sola fuerza de voluntad, otras empleando los rigores que marcaba su regla, supo seguir su camino con noble abnegacion, con valor, con decision y grandeza de ánimo. Así es que sus superiores, léjos de encontrar que reprender en él, tenian que mitigar su excesivo entusiasmo; léjos de espolearle para que avanzase, habian de tirarle del freno para contener su precipitada carrera: con razon, pues, se conoció desde un principio que el fervoroso celo de Fr. Jaime reclamaba algo más que la religion Observante; que su amor á las penitencias y oraciones, á las vigilias y ayunos, á las maceraciones y mortificaciones acabaria por llevarle á otro instituto más austero y severo, donde pudiendo dar rienda suelta á su piedad se entregase á prácticas más conformes á sus deseos. No se engañaron los que tal habian predicho; pero el P. Sanchez debia pasar ántes por todo género de peripecias y vicisitudes, subir á los puestos más altos,

ostentarse en el candelero como la antorcha llamada á dar luz á la Iglesia, para al descender, manifestar todo el mérito de su sacrificio, todo lo profundo de su abnegacion, todo el mérito de su accion tan ilustre como gloriosa. En el siglo en que vivimos, muellemente reclinados en el seno de los placeres, volando de recreo en recreo y de halago en halago, no podemos comprender todo lo que hay de noble y generoso, de magnánimo y heróico en desprenderse de una posicion más ó ménos elevada, más ó ménos cómoda, para descender á otra en que solo puede encontrarse el padecimiento, el dolor, la angustia, y todo esto continuo, constante, sin fin, hasta llegar á la muerte. Nosotros, pobres hombres del siglo XIX, que no conocemos otras grandezas que las de la avaricia y la ambicion, que solo trabajamos para obtener elevados puestos, para rodearnos de comodidades y de riquezas, de títulos y honores, nosotros no somos hombres. Nosotros no sabemos padecer, nosotros no queremos sufrir, y el hombre ha venido al mundo únicamente para sufrir y padecer. Nacido entre dolores, las lágrimas que le acompañan en la cuna, le siguen en la juventud como fruto del desengaño de las osadas pasiones; le acompañan en la edad varonil cuando penosos deberes le imponen terribles tareas, que no siempre le es dado cumplir; le hacen triste cortejo en la ancianidad, cuando las enfermedades y los dolores le anuncian la proximidad de la muerte; y se ostentan triunfantes sobre su sepultura, pues su última palabra es un ay! de dolor de desgarradora sensacion. Dichosos los que comprendiendo la filosofía de la vida han sabido despreciarla y humillarla, hacer frente á todos los padecimientos y dolores, imponiéndose voluntarios dolores y padecimientos, gozando en fin en lo que otros padecen, haciéndose superiores á todas las pequeñeces y miserias que afligen á la humanidad, yendo en su busca en vez de huir de ellas, desafiándolas, escarneciéndolas y burlándolas. ¿Quién es aquí el hombre grande y quién el pigmeo? ¿quién el héroe y cuál el cobarde? Triste verdad, que no puede decirse cara á cara á un siglo descreido y extraviado, á un siglo en que vemos siempre al error triunfante de la verdad, á la mala fe vencedora de la honradez, al hombre de algun valor relegado por modestia tras los aventureros y los farsantes. Tal es el triste cuadro que la observacion ofrece á nuestra pluma, cuadro desgarrador en verdad, pero que no se puede ménos de presentar para ejemplo de los incautos y leccion de los hombres poco pensadores. De esos que nunca han leido la historia con reflexion, que no conocen los siglos que les precedieron más que por relaciones erradas, y que al encontrarse ante un hombre, no queriendo cansarse en juzgarle ó en esperar al tiempo á que le diga quién es, se fian de la primera relacion, siquiera sea de una persona que no le conoce; y no es esto lo peor, pues con frecuencia esas relaciones se hallan dictadas por la envidia ó el interés particular que

se sobrepone á todos los sentimientos honrados que deben imperar en el corazon humano. Ciertamente que estos casos no son exclusivos de nuestro siglo, que en otros han dominado con un carácter quizá peor, con el de la hipocresía, que hoy por fortuna, si no por completo, casi puede decirse que ha desaparecido de entre nosotros. Pero en aquellos siglos la buena fe es más general, no tan comunes el engaño y la mentira, y las clases proletarias, sobre todo eran un verdadero espejo de honradez. Entónces decian con razon los poetas que la mentira y el engaño habian hecho su morada favorita en los palacios, y nos pintaban á los pastores como una especie de semidioses favorecidos por los dones de la Providencia y la fortuna. Hoy se verifica todo lo contrario; las mismas pasiones, los mismos sentimientos, más exagerados quizá todavía, se encuentran en las clases bajas que en las altas, y la caridad, la sublime caridad, que ántes se encontraba en la más humilde cabaña ó en el más pobre monasterio, ha tenido que declararse oficial, y apénas si halla cabida en el corazon de unas cuantas señoras generosas, que no son por cierto de las últimas clases de la sociedad. Hoy se disputa un pedazo de pan con tantas intrigas como ántes un trono; hoy el trabajo, esa gran necesidad de la vida humana, ese derecho de todo hombre honrado, está expuesto á los mismos vaivenes que una elevada colocacion, que un puesto encumbrado. ¿Se querrá todavía que no alabemos á los siglos que han pasado? que no envidiemos á los hombres que, como Fr. Jaime Sanchez, tuvieron la fuerza suficiente de voluntad para abandonarlo todo, el ánimo bastante para seguir la pobreza voluntaria por amor á Jesucristo, su Señor y maestro? Sanchez, religioso humilde y penitente, hombre dotado de grandes virtudes, de no escasa instruccion, de laboriosidad suma, habia merecido las primeras dignidades que su Orden pudiera ofrecerle; ministro y custodio de la provincia de Valencia, desempeñó estos cargos con celo y acierto cual no podia ménos de esperarse de su virtud y letras; enviado á un capítulo ó junta general, se distingue en él por su elocuencia y su criterio, manifiesta las grandes dotes de que se hallaba adornado y es la admiracion de todos los sabios Padres allí congregados. Ofrécensele nuevos empleos y dignidades, se le manifiesta en lontananza un vasto y glorioso porvenir; pero él lo rehusa todo, se niega á tomar parte en el gobierno de su Orden, y vuelve á Valencia á pie, solo y descalzo, como verdadero fraile franciscano, más grande en medio de su humildad, más rico en medio de su pobreza. ¿Qué nuevo proyecto abriga en su mente? ¿Qué es lo que le ha hecho renunciarlo todo para volver al mismo estado en que se hallaba cuando novicio? ¿Son disensiones con los otros Padres de la Orden? Tiene un carácter eminentemente conciliador. ¿Es disgusto del mando? Su energía y actividad no tienen límites. ¿Lo ha hecho por dificultades que le imponian sus súbditos para con-

tinuar en el ejercicio de sus deberes? Todos le quieren como á padre y le veneran y admiran. ¿Qué le ha inducido, pues, á semejante cambio de conducta? Ya lo habian dicho sus maestros cuando estuvo en el noviciado. Sus austeras costumbres, su amor á las penitencias y mortificaciones iban más allá de lo mandado en la regla de los observantes. Su corazon necesitaba otras prácticas, otro mundo, más dolores, más padecimientos para corresponder á la vocacion que le habia llamado al claustro. Además, unido en estrecha amistad con el patriarca arzobispo de Valencia D. Juan Rivera, ambos ansiaban una vida más perfecta, más religiosa y más santa que la que hasta entónces habian seguido, aunque fuesen varones perfectos, religiosos y santos. El P. Sanchez fué el primero que lo puso por obra; hubiera querido huir á los desiertos é imitar á los ermitaños de la Tebaida, pero esto se hallaba prohibido por la Santa Sede. Quizá hubiera pasado á la Trapa, pero entónces no se conocia aún en España, y optó por la religion capuchina, tránsito fácil, natural y sencillo para el que pertenecia á la religion franciscana. El siervo de Dios se sometió á un nuevo noviciado, y se puso á las órdenes de un maestro, ejecutó todos sus mandatos, sufrió todas las pruebas á que se quiso someterle, dando siempre las mismas pruebas de virtud y prudencia. Hallábase, por otra parte, en su centro, habia soñado con una vida de rigores, de mortificaciones, de ayunos y vigilias; repugnábale toda comodidad, toda mitigacion, todo halago, y allí podia dedicarse á sus fervorosas prácticas, pasar la noche en la oracion y penitencia, y entregarse durante el dia á los mandatos que la obediencia le impusiera. No quiso aceptar cargo alguno; el amigo y confesor del V. Juan de Ribera, el director espiritual de la V. Margarita, deseaba tener su espíritu libre de todos los cuidados humanos para consagrarle al cielo en union de sus devotos y religiosos clientes. Sus austeridades serían demasiado largas de referir, forman la cadena sin fin de una série de voluntarias privaciones, de castigos impuestos por amor á la verdad y en odio al error, pues con razon ha dicho un escritor moderno, *el vicio es un amor desarreglado, la virtud es un amor ordenado.* Quereis sujetar el amor á las reglas de la prudencia, á los límites del deber? Imponedle todo género de privaciones, obligadle á que obedezca al espíritu, que es la razon, y entónces conseguireis vuestro objeto. De lo contrario si demasiado débiles ó tímidos no sabeis sujetar vuestras pasiones, os dejais arrastrar por ellas, rodareis de precipicio en precipicio, de abismo en abismo, y cual otro Tántalo, estareis eternamente subiendo y bajando la piedra de vuestra condenacion, que no conseguireis nunca llevar á la cumbre. Créese piadosamente que Fr. Jaime llegó á la de la perfeccion, de que hay testimonio en el prólogo que precede á su obra intitulada: *Vida, virtudes y milagros de la piadosa sierva de Dios y cándida Virgen María de Agulló en*

la Tercera Orden de S. Francisco; Valencia, por Juan Crisóstomo Garritz, en el año de 1607.—S. B.

SANCHEZ (Fr. Joaquin), de la villa de Rubielos, religioso de la regular observancia de S. Francisco, en 1794 era lector de teología canónico-moral y disciplina eclesiástica en el convento de la ciudad de Barbastro, y era calificador del Santo Oficio de Aragon y del Consejo de S. M., de la santa general Inquisicion. Habia publicado: *Sermon que predicó en las solemnes devotas rogativas que se hicieron en la insigne Colegial Iglesia de Santa María del Romeral de la villa de Monzon por el feliz suceso de nuestras armas católicas en los dias* 30 *y* 31 *de Mayo y* 1.° *de Junio de* 1794; en este año, en Zaragoza, por Mariano Miedes, en 4.°, de veintiuna páginas de letra metida, sin las dos que ocupa una advertencia, en la que se ve que el P. Sanchez se negó á la edicion de este sermon, y que el muy Rdo. P. Lector jubilado Fr. Jaime Belenguer, provincial de Aragon, mandó que se presentase el referido sermon en la secretaría de su oficio para su publicacion. Otras *Oraciones panegíricas*, y *Sermones de cuaresma*, etc.—L.

SANCHEZ (V. P. Juan), presbítero y discípulo del V. P. Juan de Avila. Apénas enviado, se alistó en la escuela del apóstol de Andalucía, y por su consejo estudió y se ordenó de sacerdote. Resplandeció mucho en esta dignidad su ejemplar vida, copia de virtudes y gran celo por sacar almas del camino de la perdicion, exponiéndose para conseguirlo á todo género de riesgos y trabajos. Despues de haber gastado en beneficio de las Recogidas de Córdoba, dice el Sr. Mercado y Solís, su hacienda, se puso á pedir limosna de puerta en puerta para sostenerlas. Tan apostólico varon, que dándole un hombre una bofetada, porque con industria le habia quitado una mujer con quien estaba amancebado y llevádola á las Recogidas, volvió la otra mejilla con gran serenidad y paz, ofreciéndosela para que le hiriese, en cumplimiento de lo que Cristo nos manda por S. Mateo. Los circunstantes, añade el P. Alfaro, acudieron luego: el agresor viendo un acto de tan señalada paciencia y humildad, se compungió de manera, que arrojándose á sus pies, lloraba amargamente su pecado. Así ganó para Dios ambos pecadores y para sí mucho mérito y honor. Habia predicho que moriria pocos dias despues que su venerable prelado el Ilmo. Reinoso, y se cumplió, pues falleciendo éste el 23 de Agosto de 1601, nuestro venerable le siguió al próximo dia 4 de Setiembre, y fué enterrado en la iglesia de dicha casa de Recogidas, que hoy es el convento de la Encarnacion de religiosas Agustinas, en cuya iglesia, al lado del Evangelio, en el presbiterio, hay una lápida de jaspe blanco, y en ella se lee la siguiente inscripcion: *Aquí yacen los huesos del venerable presbítero nuestro P. Juan Sanchez. Murió á* 4 *de Setiembre de* 1601.—S. B.

SANCHEZ (D. Juan), arzobispo de Sevilla. Era natural de esta ciudad,

en cuya catedral obtuvo una prebenda de que fué promovido á la silla arzobispal en 1823. Trabajó mucho en fomentar la devocion de nuestra Señora del Pilar, y fué hermano de la célebre cofradía que para el culto de esta Señora se habia fundado poco ántes en esta ciudad y su iglesia metropolitana. Asistió en persona á la guerra que se hizo á los moros de Olvera, levantando gentes á su costa, que contribuyeron á la toma de aquella villa. Tambien se encontró en compañía del rey D. Alonso XI en la célebre batalla del Salado, y en 1342 y 1343 tomó parte en el sitio de Algeciras, donde mantuvo á sus expensas numerosas compañías de soldados. En 1345 trató de poblar la villa de Cantillana, y al año siguiente confirmó el privilegio de su antecesor el arzobispo D. Fernando para la poblacion de la villa de Umbrete, y con la misma fecha concedió una pension de mil maravedís cada año con cierta cantidad de pan en los diezmos de la parroquia de S. Roman y Campo de Tejada, á la iglesia de Cádiz, en atencion á su excesiva pobreza. Despues de otros hechos no ménos notables murió este prelado en 1349, segun calcula Ortiz de Zúniga en sus Anales de Sevilla.—S. B.

SANCHEZ (D. Juan), tesorero de S. M., caballero del hábito de Santiago, sujeto de extraordinaria capacidad y de distinguida erudicion, favorecido del rey católico, y despues del rey su nieto, como dice el canónigo Leonardo en sus *Anal.*, página 78, columna 2.ª En sus estudios dió D. Juan muchos testimonios de su aprovechamiento, especialmente en la jurisprudencia, de que fué doctor en ámbos derechos. Colocado en la corte de Roma, obtuvo la distincion de la prelatura, y los cargos de abreviador y camarero apostólico. Se le fiaron comisiones de gravedad, y se posesionó de las abadías de Sta. María de Altofonte y de Roceadia, del priorato de S. Andrés Platias y del obispado de Cefalonia en Sicilia, el año de 1517. Murió en Roma en el de 1518, habiendo escrito: 1.° *Varios papeles científicos y de otros asuntos que lograron aprecio.* —2.° *Carta pastoral á sus súbditos de Cefalonia, recomendándoles sus obligaciones, que se divulgó en* 1517. El abad D. Roque Phirro, crónista Real de Sicilia, trata de este prelado en el tomo II de la *Sicilia Sacra*, pág. 465; pero su noticia es más completa en Roma y en su patria. —L.

SANCHEZ (H. Juan), de la Compañía de Jesus. Ignórase el lugar de su nacimiento, aunque fué uno de los de la provincia de Toledo. Habíase distinguido mucho por sus virtudes cuando obtuvo la sotana, creyéndole los superiores digno de ser admitido en el instituto de Loyola, en lo que por cierto no se engañaron, pues fué un modelo de obediencia y humildad. Prestó algunos servicios á la casa en que ingresó, y sin duda hubiera llegado á distinguirse, como lo manifestaba en sus estudios, pero deseoso de derramar su sangre por Jesucristo, pidió y obtuvo licencia para pasar á Amé-

rica, lo que hizo en la expedicion del P. Acebedo. Conocida es la suerte de esta mision, cuya historia hemos hecho en uno de los artículos anteriores. Las naves en que iban los jesuitas llevaban cargamento de particulares, y sus capitanes se separaron de la armada contra el parecer del jefe portugués. Sorprendidos en alta mar por un corsario de la Rochela, fueron atacados vigorosamente, y aunque se defendieron con no poco teson, la Providencia permitió que cayesen en manos de los herejes para que sellasen con su sangre la fe que iban á extender. El H. Sanchez sufrió la misma suerte de todos sus compañeros, dando ántes sin embargo pruebas de su heróico valor y de sus elevados sentimientos, dignos de la corona que fué á ceñirse en la patria celestial. — S. B.

SANCHEZ (H. Juan), de la Compañía de Jesus. «Fué como misionero al Perú á tiempo, dice la Crónica, que los más de los indios que servian á los españoles eran infieles, y los que eran cristianos nunca se confesaban ni sabian qué cosa era confesion, por no haber sacerdote que supiese su lengua; y ya por la misericordia de Dios nuestro Señor, muy muchos se confesaban con frecuencia y fruto, y algunos comulgaban con grande ejemplo. Hay ahora, añade, muy pocos infieles, y son de aquellos cuyas lenguas no hemos aprendido, á los cuales no bautizamos sino en peligro de muerte por intérprete. Porque de aquella pena de la Torre de Babel cupo á estas tierras gran parte, en multitud de lenguas que nos cuesta harto trabajo el aprenderlas para ayudarles. Hánse bautizado desde entónces más de veinte mil almas, y se han celebrado más de veinte mil casamientos.» Elocuentes palabras que manifiestan el inmenso trabajo de estos misioneros en aquellas apartadas regiones. Del hermano Juan Sanchez han quedado, sin embargo, escasas noticias, pero debe suponerse que era español y natural de alguno de los pueblos de la provincia de Toledo, donde tomaria la sotana, pasando á las Indias á ejecutar uno de los trabajos más rudos y penosos de que haya memoria en los anales de los pueblos antiguos y modernos. Aunque hermano coadjutor, en la América tenia que llenar muy rudas tareas, pues si bien no ejercia el ministerio sacerdotal, en cambio desempeñaba las funciones de enseñar á los indios la doctrina y prepararlos para la conversion, teniendo además que ayudar á los sacerdotes en su importante ministerio, y áun servirles en otros asuntos casi exclusivamente temporales. Consagróse á este cargo con el mayor celo y esmero, sin abandonar ninguno de sus demás deberes, y manifestando la alegría en que rebosaba su alma al consagrar su vida á Jesucristo. Hubiera deseado ciertamente morir por la fe, pero la Providencia no le tenia reservada la palma del martirio, por lo que hubo de conformarse con cargos y operaciones más humildes. En ellas, sin embargo, sirvió á sus superiores, mereciendo sus elogios y probando hasta qué punto era capaz de consagrar-

se á las tareas de la predicacion, aunque no hubiera recibido las órdenes que para ella son necesarias. Dotado de muy buenas disposiciones, llegó á aprender el idioma de los naturales del país, y entónces con una sencillez y un cariño propio de un verdadero misionero, se dedicó á explicar las doctrinas evangélicas á los sencillos indios, que oian con gusto sus palabras, mucho más á su alcance que las de otros Padres más instruidos, y de consiguiente de no tan fácil comprension, aunque ellos procuráran hacerse entender de los sencillos naturales. En este género de ocupaciones pasó lo mejor de su vida el H. Juan Sanchez, hasta su muerte ocurrida en aquel país en la mejor opinion, y con no pequeña fama por sus méritos y virtudes. — S. B.

SANCHEZ (V. P. Fr. Juan), religiosotrinitario del convento de Zamora. Fué natural de Ciudad-Rodrigo, é hijo de padres devotos y muy servidores de Dios; llamabanse Bartolomé y Francisca Sanchez, y aunque no muy sobrados de bienes de fortuna, les concedió el Señor los medios suficientes para vivir con desahogo, socorrer las necesidades de sus prójimos, y lo que es aún más estimable, docilidad natural y propension á todo lo bueno, deseando caminar por las estrechas veredas que tomaron los mayores santos. En premio de su virtud les concedió el Señor un hijo á quien llamaron Juan, le criaron como era razon, y con su ejemplo caminaba con veloces pasos por la senda que guia al goce feliz de la eternidad. Encendióse más la inclinacion de este niño cuando Ciudad-Rodrigo tuvo la dicha de que fuese el santo Mtro. Fr. Simon de Rojas por ministro de aquel santo convento, pues con su excelente doctrina tuvieron muchos la dicha de llegar al estado de perfeccion, por su celo en el púlpito y en el confesonario. Entre los innumerables que empezaron á seguir las altas doctrinas del siervo del Altísimo, fué el jovencito Juan; aficionósele tanto, que tenia por perdido el tiempo que no empleaba en practicar las máximas de aquel grande amigo de Dios, viéndose llevado con vehementes impulsos al deseo de ser religioso, para que hallándose más cerca de tan superior llama, prendiesen en su limpio espíritu con más facilidad algunas de las muchas centellas que continuadamente despedia de sí aquel finísimo esclavo y tiernísimo capellan de María Santísima; pero le detuvo un tanto para no expresar su fervoroso intento considerarse novicio en la gramática, y de tierna edad para abrazar los trabajos que consigo lleva el estado religioso. Acabó el oficio de ministro aquel benemérito siervo de Dios, y ausente de aquel convento, el infeliz jóven empezó á sentir dificultad en seguir los dulces pasos que le habia enseñado su santo Maestro. Continuóse la desgracia perdiendo á sus devotos padres, y empezó á frecuentar la compañía de algunos mozuelos libres, persuadiéndole gozase á su satisfaccion de los deleites con que brinda el mundo, que para buscar á Dios harto tiempo quedaba en la vejez. El infeliz Juan se entregó al prin-

cipio, aunque con templanza, á los vicios, y halagado de los venenosos deleites, corrió intrépido por aquel precipicio con veloces pasos; se olvidó de Dios por el dilatado tiempo de más de un año. En medio de aquella disolucion y crecidos deméritos, no le abandonó el Señor; buscaba con diligencia á esta oveja perdida para librarla de las infernales garras. Formóse como competencia entre el Señor y esta infeliz criatura; el Pastor divino le daba auxilios para que dejára las culpas, con el conocimiento claro del infeliz estado de su alma: haciale eco, y volviendo sobre sí, contemplaba la justa razon que el Señor tenia; en contraposicion se le presentaba la dorada copa de los asquerosos, torpes y viles deleites de la carne, y sintiéndose flaco, caia de nuevo en manos de su mortal enemigo. No se cansaba el Señor de llamarlo, brindándole nuevamente con su amistad repitiendo sus auxilios; el infeliz jóven se turbaba, y conocia las misericordias que Dios le dispensaba llamándole, cuando más olvidado estaba de quien le dió el ser; lloraba sus culpas y hacia propósito de confesarlas, pero en seguida se resfriaba, aficionándole la perspectiva del vicio. Compadeciase el Señor de sus lástimas y buscaba de nuevo á esta infeliz oveja perdida, correspondia otra vez á sus repetidas finezas, y acobardado con su degradada vida proponia mudarla, llegándose en testimonio de esta verdad al santo sacramento de la penitencia, con cuyo favor y reiterado algunas veces, salió limpio de su culpa y mucho más cauto para huir de los lazos que le preparaban sus pasiones. Pasó mucho más adelante la fineza de la divina gracia, pues le inspiró un conocimiento claro para examinar lo que son las vanidades del mundo; y empezó á aborrecer con singular estudio todo cuanto le brindaba para precipitarlo en el pestilente lago de las miserias. Lloraba sin consuelo el tiempo mal perdido en los vicios, y retirado á la soledad, formaba estos cristianos soliloquios. ¿Qué has sacado, miserable pecador, de los pasatiempos pasados, sino angustias, congojas y motivos para llorar tanta perdicion de tiempo? ¿Es posible que alhaja tan preciosa, que con bizarra mano te alargó el Señor para que ganases los ricos tesoros, con que se adquieren las delicias de la gloria, la empleases tan mal, exponiéndote á perder en el precipicio? Abre ya los ojos, miserable pecador, sacude el torpe ocio y marcha en veloces pasos por el camino de la virtud; no vuelvas atrás, como lo hiciste en otro tiempo, y no se separe de tu memoria la justísima sentencia de tu Redentor, que ninguno que vacila es apto para gozar del reino de Dios. Complaciase el Señor de los altos desengaños que habian hecho asiento en el corazon de su amado siervo, y para que llegasen al cúmulo del feliz logro, le iba aplicando nuevos fomentos en rica cosecha de auxilios. Entre muchos, ocupa superior lugar haberle manifestado, viéndole regular gramático, con la aplicacion y retiro que adoptó, cuando volvió del todo la espalda á los vicios, el que se hiciese reli-

gioso trinitario; cayó tan en gusto esta voz á su bien dispuesto ánimo, que le parecia culpable pereza no poner al instante en ejecucion lo que el Señor le mandaba. Partióse á Zamora con presteza, sin dar noticia á sus parientes y amigos, por no dar lugar ni contingencia á que le suscitasen algunos estorbos. Llegó á Zamora, y sin dilacion pasó al convento, donde con ayuda del Señor esperaba hacer su nido. Era ministro en esta ocasion el Maestro Fr. Ponciano Basurto, docto y muy ajustado prelado; á este grande Maestro descubrió su pecho; algun tanto se detuvo en dar asenso á lo que escuchaba, hasta que la experiencia le enseñó era cierto lo que aquel siervo de Dios decia y pedia con extraña humildad, sentando por preliminar era indigno de tan superior estado, pero que si lograba esta especialísima gracia, proponia, con el favor divino, cerrar los oidos á los silbos de la serpiente venenosa; lo dijo con tan grande humildad y ternura de corazon, que no dejaba la más leve duda de que su vocacion era de otra esfera. El ministro dió cuenta al superior que entónces gobernaba aquella provincia, y con su asenso pasó la comunidad á lo demás que la Orden prescribe; no habiendo hallado ningun reparo que hacer, se alistó el pretendiente con aplauso general de la religion. En el año del noviciado dió claro testimonio de que era cierta su vocacion, porque con el auxilio de su maestro, fué abrazando con especialísimo gusto los rigores, pareciéndole poco ó nada los muchos trabajos y penitencias, que por los gravísimos pecados que habia cometido en el siglo merecia. No llegaba á su noticia virtud alguna, por superior y clásica que fuese, que no procurase adquirir, y cuanto de bueno escuchaba, que no se moviese á imitar. A los rigores de la religion añadia muchos, procurando cautelarlos; y logró la dicha en aquel prolijo tiempo de coger abundante cosecha de sazonadísimos frutos. Por fin llegó el deseado momento á Fr. Juan de consagrarse á Dios en holocausto perpétuo; el dia 2 de Febrero de 1604, consagrado á la Purificacion de la Reina del cielo sin mancilla, hizo al Señor este nobilísimo sacrificio, consagrándosele perpétuamente por medio de los tres votos esenciales. Daba especialísimas gracias á Dios por haberse dignado Su Majestad concederle este favor en dia tan misterioso y festivo en la religion Trinitaria. Contemplábase el siervo de Dios esclavo inútil para celebrar tan crecidas finezas, dando testimonio de esta verdad y del rico tesoro de virtudes que el Señor habia archivado en su alma las lágrimas, que considerando su bajeza é indignidad y grandeza de su Dios vertia abundantemente. Todo lo bueno que practicaba Fr. Juan, tanto de novicio como de recien profeso, mantuvo con teson, con crecidos réditos y frutos riquísimos todo el tiempo de su vida, caminando aceleradamente para gozar sin contingencia eternamente en la patria celestial á su Dios y Señor. Adelantándose con exceso cada dia más en los utilísimos ejercicios de verdadero religioso, y

muy radicado en la virtud, pareció conveniente á los prelados que estudiase artes y teología; habia dado bastantes muestras de su dispuesta capacidad, y con la mira de utilidad para los prójimos, les pareció que aquel cultivo seria muy conveniente y áun necesario. El siervo de Dios se turbó en algun modo cuando se lo dieron á entender, no con precepto, sí solamente expresando su deseo; pero vuelto en sí, postrado de rodillas, rogó con gran humildad y lágrimas le excusasen de admitir aquella honra que no merecia, ya porque la cortedad de su talento no alcanzaria á comprender y conseguir lo que otros cuya reconocida capacidad á ménos costa podian lograr, y ya por el temor que le infundia que el enemigo de las almas lograse el triunfo, haciendo olvidase lo poco que habia adquirido desde que habia entrado religioso, entrando por algun resquicio la vanidad marchitando la virtud, en caso que con la ayuda del Señor la llegase á conseguir. Este temor hizo peso al dueño de su alma, y le permitió no pasase á estudiar ciencia. Prosiguiendo Fr. Juan aún con más estudio en la teología mística á que el Señor le llamaba, continuó en los monásticos ejercicios con crecidos aumentos. Temia, y con razon, que se acercase el tiempo de recibir los órdenes sagrados, por reputarse indigno de entrar en ministerio tan excelente, superior y tan de otra esfera, que las inteligencias más puras se reputan indignas de ejecutar y ejercer la potestad, que sin algunos méritos dispensó el Señor á los individuos de humana naturaleza. Fr. Juan cayó en el lazo, que con tanta razon temia, porque mandando en obediencia el superior recibiese los sagrados órdenes, á tan superior decreto no se pudo resistir; pero se previno con rigurosas penitencias, purificando aún con más estudio su alma de la más leve inmundicia. A breve tiempo de ser sacerdote le mandó la obediencia gobernase las nuevas plantas que buscan su refugio en la religion. La humildad del siervo de Dios no le dejaba discurrir era capaz para enseñar lo que en su dictámen en tanto tiempo no habia podido adquirir; sacóle de esta afliccion la obediencia de su superior, seguro norte para no errar. Admitió el oficio de maestro únicamente por obedecer, y á muy poco tiempo dió claras pruebas de su aptitud; tomó nuevo método de enseñanza no con voces y castigos, sino con obras, siendo en todo el primero en practicar los humildes ejercicios de los novicios, y en lo demás que en la religion se acostumbra. Esta nueva moda que con singular estudio practicaba el siervo de Dios, dió tanto golpe en los que pendian de su cuidado, que sin violencia estudiaban lo que les era conveniente, procurándose exceder los que hasta allí no tenian tanto amor á la virtud. Sus pláticas, llenas de fuego del amor divino, disponian los ánimos de sus oyentes, saliendo de tan importante y superior escuela tan aventajados, doctos y santos discípulos, que enseñaron á otros, pasando de humildes discípulos á ser sabios y doctos maestros. Ni

con tanto como el siervo de Dios practicó en estos y otros más gloriosos puntos, aquietó los ánimos de sus superiores para dejarle descansar y no ponerle en ocasion de que perdiera más la salud, que sus rigurosas penitencias le habian hecho ya declinar. Verdad es que merecia disculpa por el sumo silencio y cautela con que ocultaba sus achaques. Esto y su sólida virtud dió espuelas á los superiores para ponerle en ocasion de merecer más, ejercitando lo que por boca de sus prelados le mandaba Dios. Satisfechos todos de su buena conducta, le mandó el superior ejerciera el oficio de vicario en el convento de Salamanca, y aunque parecia oficio de ménos trabajo, segun lo practican los tibios ó los ignorantes de su obligacion, no era así para el que tratase de cumplir exactamente con los deberes de aquel nuevo cargo. Humillado en la presencia de Dios, Fr. Juan admitió por obediencia el oficio, pudiendo conocer el más torpe lo acertado de la eleccion, porque con su grave á la vez que amable carácter y con su sola presencia, moderaba las distracciones y olvidos de los estudiantes, los cuales procuraban imitar las virtudes del santo Vicario. Desde aquí mandó el provincial pasase por vicario al convento de religiosas de Villoruela, distante cuatro leguas de Salamanca, providencia precisa, porque la necesidad que padecian los pobres era casi extrema. Rendido á órden tan superior, caminó á dicho convento, lo observó todo, y con la luz divina penetró la raiz de donde se seguia tanto daño. Hízolas un capítulo espiritual con tan superior doctrina, que las alentó mucho para no declinar áun en lo más leve en la regular observancia; sin apartarse un punto de la vida espiritual, tomó sobre sí el cuidado de ser procurador del convento; desempeñó tan exactamente el oficio, que á muy poco tiempo sobraba á las religiosas de todo. Hecha y lograda tan importante diligencia, se dispuso fuese un religioso á administrar la hacienda, que con el favor divino habia puesto en forma el santo Vicario, desempeñándola completamente y recuperando las grandes propiedades que por omision y negligencia de los procuradores seculares se habian perdido. El procurador que en esta ocasion pasó á Villoruela era bueno, y enterado de los documentos que le daba el santo Vicario, desempeñaba cumplidamente el oficio. Ya hacia dias que habia calmado la tempestad que contra el bendito Fr. Juan en diversos tiempos habia suscitado el genio del mal, y aunque despues de la conversion siempre habia quedado vencido, no obstante, le pareció tiempo oportuno para sembrar discordias y lograr el fruto de apurar la paciencia al siervo de Dios. Inspiró en el corazon del procurador, que era fingida la virtud del santo Vicario, y que desbarataria aquel monte de santidad maltratándole de palabra, y en caso necesario de obra. Para llevar á cabo proyecto tan detestable, empezó á perderle el respeto, diciéndole palabras tan afrentosas, que la menor bastaria para apurar la paciencia al más sufrido; cuando

lo trataba con mayor templanza, respirando iras, le llamaba hipócrita, camándulo falso, engañamundos, y á este tenor cuanto se le ocurria de malo y descortés, bien ajeno de lo que se le podia ocurrir al religioso más distraido. Advirtió el santo Vicario el artífice de esta máquina, y lo llevaba con singular paciencia; conocia con humilde resignacion, que si acaso tenia algo de bueno, todo venia de mano de Dios; y que por su flaqueza era posible se convirtiese en artífice de desdichas, y así pedia á Dios con instancia corroborase su paciencia, para no incurrir en la más ligera debilidad. Si le respondia, solo era para ofrecerse en nuevo sacrificio al Señor. «Tal vez, decia, si Dios no me tuviera de su mano, todo lo que vuestra Reverencia dice, fuera muy poco.» Estas humildísimas palabras daban tan en rostro del causante, que de nuevo le hacia prorumpir y hacer acciones tan descompasadas, que claramente se conocia eran dictadas por el enemigo del bien de las almas: gustaba el siervo de Dios de este penoso ejercicio, pero le hacia lástima la perdicion de aquella pobre alma, rendida á una pasion tan ciega; y así dictado del Señor, tomó por arbitrio decirle con harta mansedumbre: «Padre, por el amor de Dios reprima su lengua y modere sus acciones, no tanto por mi provecho, sino por utilidad de su espíritu; dolor fuera dar de mano á la cruz, y estimaré evite vuestra Reverencia la ocasion.» Tanta impresion hicieron en el delincuente estas tiernas palabras, que se apaciguó su detestable soberbia y perniciosa malicia, trocándose en la mansedumbre de humildísima oveja; postrado á sus pies bañado en lágrimas, le pidió perdon de lo mal que habia obrado, á que respondió el varon de Dios no tenia que perdonar, porque no habia ofendido más que á su alma, y que era preciso que en adelante anduviese más cauto para evitar las sugestiones del comun enemigo. Observó el religioso arrepentido estos paternales documentos, llegando á ser un varon perfectísimo. Mucho se alegró el santo Vicario de la mudanza; pero como bien hallado en la tribulacion, empezó á sentir la falta que le hacia para adquirir nuevos tesoros de méritos; se alegraba de la conversion de aquella alma perdida, pero deseaba en mayor grado perseverára la ocasion de merecer sin mezclarse de una ni otra parte la mas ligera ofensa de Dios. Esta falta de mortificacion se la conmutó el Señor al santo Vicario dándole diversas enfermedades, pero de tal magnitud, que llegó casi del todo á perder las fuerzas; movió á todos á gran lástima, y por probar si á tanto tormento se le podia dar algun alivio, le ordenó la obediencia que dejando el oficio de vicario de Villoruela, se retirase al convento de Salamanca. Estimó mucho la atencion del Padre provincial, hizo lo que se le mandaba con excesivo sentimiento de las Madres de Villoruela. Poco percibieron los médicos de los excesivos trabajos que cargaron sobre este gran siervo del Altísimo; era imponderable su paciencia y sufrimiento,

callaba cuanto padecia, y solo por la flaqueza que mostraba su físico y quebrado color, pudieron venir en conocimiento de lo muy atormentado que estaba; y con el mucho cuidado que tuvo el ministro y otros graves y doctos religiosos en proporcionarle los medios para repararlo, algo se conseguia, siendo preciso algunas veces para que los admitiera, se valiese el superior de las armas de la obediencia, á que siempre se rindió sin la menor repugnancia. A este tiempo se ofreció al convento de Salamanca seguir un pleito sobre intereses, que se litigaba en la chancillería de Valladolid; la comunidad tenia gran temor que se perdiera, si no habia sujeto de inteligencia, carácter y virtud que lo manejára. Todos pusieron los ojos en el siervo de Dios Fr. Juan, como el más apto para el caso, animándoles el verle algun tanto aliviado; insinuóselo el ministro sin advertir el nuevo trabajo que padecia, teniendo inflamado un brazo; pero su gran paciencia y silencio todo lo disimulaba, admitió con gusto el emprender el viaje y la penosa ocupacion, porque en obedecer tenia librados los más ricos é imponderables tesoros. Con harto trabajo llegó á Valladolid, donde encontró un lector amigo, que andaba en su misma escuela buscando á Dios con sed insaciable. Muy temprano entró en la celda del nuevo huésped para darle la bienvenida, procurando tiempo para hablar de los puntos místicos que tanto uno como otro practicaban, hallándole tan despejado como siempre. En el discurso de la conversacion se apercibió algo de lo mucho que padecia, y con la confianza de amigo logró del paciente le mostrára el brazo que le causaba el tormento é impedia el sueño. Le dió gusto con alguna repugnancia, temiendo llegase el caso de dar cuenta al superior de lo mucho que padecia. Pasmado se quedó el lector de su insigne tolerancia, cuando vió aquel gran padecimiento, pareciéndole habia llegado la inflamacion á estado de no tener remedio, por el gran calor que despedia y mayor alteracion, presentando unos tumores violados y abiertos, que juzgó prudentemente no quedaba más recurso que la amputacion del brazo. Pero á pesar de su asombro, le dijo el paciente Padre, que le diese lugar para poderse vestir, porque le instaba el caminar á cumplir lo que le tenia mandado su superior. Le rogó se detuviera un poco en vestirse, disimulando su intento, que era dar cuenta al ministro de lo que pasaba. Este le escuchó con dolor, y fué al punto á mandarle en obediencia suspendiese el vestirse y se dejase curar, á lo que humildemente se resignó. Llamaron facultativos, los más prácticos y doctos, y con el favor divino le fueron aplicando lo más oportuno para su tratamiento, aunque dudaron mucho pudiese aprovechar, temiendo fuese preciso, para impedir los pasos á la muerte, llegar al último rigor. Tuvo el venerable religioso mucho que ofrecer al Señor en tan indecible trabajo; daba las gracias á su Divina Majestad de haberle procurado nuevas ocasio-

nes de merecer. Puesto en el potro, apretó el Señor lo que le pareció oportuno para purificar más á su siervo. Mal convalecido se levantó, y fué ejecutando lo que le pareció más conveniente para el buen éxito del pleito. Sentencióse á su favor, por lo que dió repetidas gracias á Dios, á quien servia, y en amorosa dignacion así lo ordenaba. No teniendo allí más que hacer, pasó á Salamanca al retiro de su celda, que tanto apetecia. Su presencia templó el dolor á los religiosos, que segun escribian de Valladolid, no esperaban verlo vivo. Dieron gracias al Señor, y su amado siervo se recogió á su retiro á ajustar las cuentas con su Divina Majestad para cuando se sirviese llamarle. Bien ajustadas las tenia, pero temeroso, empezó de nuevo á practicar sus inimitables ejercicios. La oracion casi continua era el principal alimento con que se recreaba su alma. Las contínuas enfermedades y penitencias rigurosas le extenuaron tanto, que no le quedaron más que los huesos secos, que cubria la piel con gran dificultad; el color, moreno por su natural, pasó á ser renegrido, semejando á un yerto cadáver; solo en la respiracion daba á entender que vivia. En medio de todo, y casi sin fuerza alguna, era muy continuo en la oracion para dar alimento al alma. Esforzábase cuanto le era dable para orar de rodillas, pero como eran tan cortas las fuerzas, no lo podia ejecutar el tiempo que deseaba; mas no por eso se daba por rendido su espíritu, prosiguiendo en pié su fervorosa oracion; cuando áun así no podia, se tendia en tierra, reconociéndola por madre comun, refrescando la memoria de que era polvo y ceniza. Tal vez tendia los brazos puestos en cruz, contemplando la que por redimir al linaje humano padeció nuestro Redentor. Otras veces se ponia en postura bien trabajosa, pues de rodillas hincaba la cabeza en tierra, haciendo arco con el cuerpo, sentándose luego en el suelo para descansar por hallarse rendido enteramente. Aunque sus achaques eran de tanta consideracion, y su disimulo casi sin ejemplo, su despejada capacidad, y su habilidad é inteligencia para el mejor expediente del negocio más árduo tan rara, no se descuidaba el superior del convento en encomendarle alguna que otra diligencia de las más dificultosas que se ofrecian; se lo insinuaba, y como si fuera riguroso precepto, al instante ponia en ejecucion lo que le decia con la mayor eficacia, pero en seguida se encerraba en su celda, de donde no salia sino para los actos de comunidad, ó á horas extraordinarias de la noche, á repetir sus casi inimitables penitencias, disciplinas y otras, sin tomar en cuenta los rigurosos silicios, que llevaba clavados en la carne. Estimó en tanto la santa pobreza, que careciendo de todo, se hallaba tan gustoso y más que el más poderoso del mundo. Aunque guardaba la celda con gran teson, abstraido casi totalmente de las criaturas, no obstante si alguno lo necesitaba, principalmente de los que cursaban la escuela de la virtud, lo admitia

con gusto, esperando en el Señor habia de lograr gran provecho. Oprimida su frágil naturaleza con tan crecido tropel de achaques con que el Señor purificaba su espíritu, sin poder ya sufrir sus atenuadas fuerzas tanto cúmulo de favores que Su Magestad le solia comunicar, para que pudiese tolerar en esta miserable vida sus muchos quebrantos, flaqueó casi del todo la carne. Postrado en su humildísimo lecho, el viernes Santo rogó al ministro le administrase los santos Sacramentos, porque instaba su partida. Recibiólos bien de mañana con su rara y acostumbrada devocion; con aquel divino manjar pareció reparada algun tanto su naturaleza, y así lo juzgaron los médicos, pronosticando duraria algunos dias, no habiendo urgencia para administrarle el último Sacramento. Sonrióse el siervo de Dios al escucharlo, porque le reveló el Señor instaba su partida para celebrar su triunfo con los angelicos coros en la bienaventuranza. Por lo tanto instó el varon santo al ministro para que no le demorase este consuelo, á lo que accedió. Era ya tiempo de empezar á celebrar los divinos oficios, y se apercibió de la señal que se hacia para este sagrado objeto, manifestándose al punto el volcan é incendio divino que ocultaba en su pecho. Anegado en aquel insondable abismo, contemplando el indecible amor que por rescatar el linaje humano gustó el Señor padecer en la cruz los más acerbos tormentos, le faltó poco para espirar, diciendo: En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu. Detúvose algo en dar el último aliento, hasta que en el altar cantó el sacerdote las misteriosas voces con que expresa el evangelista San Juan entregó el Señor el espíritu á su Padre; y al pronunciarlas se despidió el alma del finísimo esclavo suyo Fr. Juan, para ir con su dueño al feliz goce de los eternos descansos, dejando al cuerpo tan brillante y resplandeciente como un sol hermoso. Salamanca se despobló para ver este nuevo prodigio, que ninguno extrañó, por los grandes servicios que tenia hechos en vida al Señor. Se celebró el funeral, aclamándole el numeroso concurso con tiernas voces por santo, invocándole en sus mayores aprietos. Se le depositó en decente sepulcro, habiéndose verificado su feliz tránsito el año de 1631.—A. L.

SANCHEZ (D. Juan Blasco y), sacerdote aplicado y fácil en la poesía, hácia fines del siglo XVII. Escribió: *Galateo cristiano moral y sagrado*; *compendio de noticias, avisos y documentos morales y espirituales para direccion de la vida cristiana*. Dedicada al glorioso patriarca S. José. Dado á luz por Juan Tomás de Liffa en Zaragoza, 1698, en 8.° Se reimprimió corregido por el P. Mtro. F. E. B. y lo dió á luz Miguel Cervera en Zaragoza, 1725, en 8.°, de 247 páginas. La mayor parte de esta obra está en verso.—L.

SANCHEZ (Fr. Juan Bautista), franciscano de la provincia de Cartagena, donde tomó el hábito á últimos del siglo XVI. Pertenecia á una antigua é

ilustre familia, y sus padres pensaron dedicarle á una de las primeras carreras del Estado, pues además de la aptitud del jóven Juan, les animaba á ello su buena posicion y grandes relaciones. Sanchez condescendió en un principio con los deseos de sus padres, y se consagró al estudio con ese celo y ese ardor que no podia ménos de producir los más grandes resultados. Era el primero en todas las cátedras, el más sobresaliente entre sus condiscípulos, y sus maestros le buscaron alguna vez para sustituirles en sus cátedras. Hacíalo su jóven discípulo con los mejores resultados, prometiendo ser una de las lumbreras de la ciencia si á ella se consagrára; pero la Providencia le habia llamado por distinto camino. Un dia sus compañeros le invitaron á una romería que se celebraba en un santuario próximo: Juan asistió á ella, y á á su regreso, con esa ligereza propia de jóvenes y la libertad que solian tener los estudiantes en aquel tiempo, promovieron una pendencia cuyo resultado fueron algunos heridos. Viéndose perseguidos por la justicia, cada uno huyó por donde pudo, y nuestro jóven, no queriendo que supiera su familia lo que le habia pasado, se acogió á un monasterio donde tenia un amigo religioso. Esta casualidad decidió de su vocacion. Obligado á pasar algun tiempo en el claustro, ínterin su familia, sabedora de la cuestion, podia arreglarla de una manera satisfactoria, Juan Bautista tuvo lugar para ver y observar las costumbres de los religiosos, prendándose cada vez más de ellas. Como era naturalmente inclinado al estudio y á la meditacion, la soledad y el silencio le agradaron sobremanera, y el buen amigo que le habia acogido y proveia á todas sus necesidades, cuyo carácter era verdaderamente angelical, acabó de aficionarlo á aquel género de vida, tan conforme con sus inclinaciones, aunque no habia podido adivinarlo hasta que le habia conocido. Así, cuando su familia le avisó de que ya estaba arreglada la diferencia que habia ocasionado su retiro, léjos de querer salir del claustro, manifestó sus deseos de permanecer en él para siempre. Sintiéronlo sus padres, pero viendo su decision y comprendiendo que era un llamamiento divino, no vacilaron en acceder á sus deseos, y Juan tomó el hábito franciscano. Su noviciado fué tan notable como podia esperarse en un jóven tan aprovechado: aunque hasta entónces no habia seguido la escuela de la virtud, hizo en ella tan rápidos adelantos, que muy en breve fué la admiracion de sus compañeros y maestros: su carácter, dado naturalmente á distinguirse en todo, no permitió que en este punto le excediese nadie, y se le vió muy en breve convertido en un verdadero religioso, asistiendo con celo y fervor á todos los actos de la comunidad, y distinguiéndose por su austeridad y piedad. Profeso ya, fué nombrado lector de su provincia, y desempeñó este cargo dando pruebas de su buena aptitud, que ya desde muy antiguo habia manifestado. Su carrera en la religion fué superior quizá á sus esperanzas,

pues nombrado sucesivamente custodio de diferentes conventos y provincial de Cartagena, en ambos cargos manifestó sus grandes cualidades, y probó que se hallaba llamado á los mayores destinos. Reunió diferentes capítulos en que se hicieron muy sabias constituciones, procuró la reforma temporal y espiritual de su provincia, y amante de la observancia regular, la puso en práctica en cuantos conventos dependian de su jurisdiccion. Procuró extender las fundaciones, mejorar la suerte de sus súbditos, y zanjar algunas diferencias que en su tiempo se presentaron. Alguna de ellas fué quizá el orígen de su viaje á Roma, verificado á principios del siglo XVII. En la capital del orbe cristiano mereció la mayor acogida, cual la merecia por su virtud y conocimientos, y cuando terminados los negocios que habian ocasionado su viaje quiso regresar á su país, fué detenido por sus superiores, que le hicieron aceptar el cargo de secretario de la Curia romana. Trabajó en él con su acostumbrado celo, y entónces fué cuando compiló una obra de diplomática, de las más notables que vieron la luz en su siglo y acaso en los posteriores. Aumentóse con esto su fama, y estuvo propuesto para los más elevados destinos; pero léjos de aceptarlos, quiso renunciar el que ejercia, y solo el mandato de la obediencia, á que no podia resistir como religioso, le obligó á continuar desempeñándole. Murió, pues, en el ejercicio de este cargo á mediados del siglo XVIII, dejando la mejor opinion por sus virtudes y santidad, y mereciendo que asistiesen á sus exequias los primeros prelados de la Curia romana. Dejó diferentes obras, entre las que las más importantes son las siguientes: *Varia Diplomata Pontificia.—Resolutiones Sacræ Congregationis Episcoporum et Regularium, ac Rotæ Romanæ.—Decisiones circa restituendum nobilem Monasterium S. Claræ Scalabitanum, vulgo de Santarem, regimini ministro provincialis Portugalliæ*; Roma, imprenta de la Cámara Apostólica, 1626, en 4.°—*Patronatum Marchionum de Cañete ex tot beneficiis et sumptibus in ordinem Minorum collatis et in futurum certo conferendis, pro celebratione Comitiorum generalium in partibus Cismontanis*; Roma, por Alfonso Chacon, 1625, 4.°—S. B.

SANCHEZ (P. Juan Bautista), predicador apostólico de la Compañía de Jesus. Fué uno de los Padres primitivos de la Compañía, que si bien no alcanzó en ella á S. Ignacio, alcanzó á sus santos compañeros, y recibió el espíritu de la religion de los mismos que le recibieron del santo, imitándolos en la vida, en la predicacion y en el celo de la conversion de las almas. Este apostólico varon era natural de la ciudad de Toledo, hijo de padres nobles, acomodados, y que gozaban de gran estimacion. Su padre se llamó Fernan Sanchez, caballero de valía en aquella ciudad; y pretendiendo que su hijo ocupase altos puestos por sus letras y su sangre, le envió á estudiar á la universidad de Alcalá, donde ganó muchos amigos, porque era de vivo

ingenio, gran músico, muy lucido en sus acciones y aventajado estudiante; fué primero en licencias, y luego se graduó de maestro en artes; y cuando navegaba viento en popa con fundadas esperanzas de alcanzar los mayores puestos en la universidad, vió morir á su padre de repente, asaltado de una enfermedad ó accidente que en pocas horas le quitó la vida, causándole aquel repentino acaecimiento tal sorpresa y espanto, que le quitaba el sentido, y apénas podia creer lo que veia, ni acababa de persuadirse que era verdad lo que le habia sucedido, hasta que llevaron á enterrar á su padre y le vió meter en la sepultura en compañía de los difuntos. En aquel momento comenzó su consideracion, obrando la gracia divina con su gran entendimiento, como le sucedió á S. Francisco de Borja mirando á la emperatriz difunta. No podia borrar de su imaginacion la imagen de su padre difunto, apreciando lo poco que valia la nobleza y la riqueza en la sepultura, ni de qué le servia el aplauso y estimacion que tenia en la ciudad relegado entre los muertos; cuán presto lo habia perdido todo, y de todo cuanto habia poseido en el mundo no habia llevado á la huesa sino una pobre mortaja. Abiertos los ojos á la luz con aquellas reflexiones, se resolvió firmemente á despreciar el mundo con todas sus pompas y grandezas, y á buscar con todas veras los bienes eternos y verdaderos del cielo. Con esta determinacion mudó de vida como habia mudado de intento; abandonó los amigos profanos por los espirituales y santos, y el primer paso de su conversion fué repartir de limosna á los pobres tres mil escudos de oro, que entre otras cosas habia heredado de su padre, echando este sólido fundamento en el alto edificio de la vida espiritual, que comenzaba á levantar en su alma. Se dió á la oracion, á la mortificacion y penitencia, á visitar los hospitales, servir á los pobres y frecuentar los sacramentos, atesorando riquezas espirituales y eternas, que no las perdiese con la muerte, teniendo siempre presente la repentina de su padre, que era un cuchillo penetrante que le atravesaba el corazon. Trocado con esta consideracion en otro hombre, deliberaba consigo qué estado tomaria para asegurar su salvacion, y qué género de vida y qué religion seria la más á propósito para conseguirla. En este cuidado estaba, cuando llegaron á Toledo el P. Antonio de Araoz con su compañero el P. Miguel de Torres, los cuales se dieron presto á conocer con la santidad de su vida y los frutos de su predicacion. Puso los ojos en ellos el nuevo pretendiente del cielo, y contemplando su vida colmada de muchas y sólidas virtudes, de un celo ardiente y desinteresado con que procuraban la salvacion de las almas, las obras de caridad que ejercitaban con los prójimos, la entereza de sus costumbres, con la paz y union fraternal que guardaban entre sí. Enterado de su instituto, y sabiendo cuán léjos estaba su religion de bandos y pretensiones, dentro y fuera de la Compañía, se resolvió á abra-

zarla, y seguir aquel órden de vida que tuvo por seguro para conseguir el cielo. Habló á los padres, los que examinada su vocacion y visto que era de Dios, le recibieron en la Compañía el año de 1549, y con él otro mancebo, que fué el P. Bernal Vanegas, varon santísimo y de admirable ejemplo. Empezó su vida religiosa en el noviciado con un fervor notable, siendo extraordinaria su humildad, penitencia, el desprecio de sí mismo, su oracion y su inviolable silencio. Su historia lo dice todo en una palabra, dando testimonio todos los que le conocieron, que fué consumado en todas las virtudes, y con su ejemplo, teniendo muda la lengua, movió á muchos á seguir el partido de la virtud y abandonar el de los vicios. Le ordenaron de misa, y juntamente le mandaron predicar, y desde el primer sermon descubrió tan gran talento, que admiró á los oyentes y conocieron los superiores que Dios le habia escogido como á otro Pablo para que llevase su nombre por el mundo. Era robusto de complexion, la voz entera y sonora como de un clarin, y cuando la levantaba se le oia á larga distancia: la eficacia en el decir era tal, que parecia tener los corazones en la mano para moverlos á lo que queria; como era de grande ingenio, cultivado con el estudio y ejercitado con la predicacion, adelantóse mucho en los discursos tan usados en aquel tiempo cuanto desusados posteriormente, con lo cual, uniendo lo sutil de los conceptos con lo fervoroso del espíritu, fué uno de los más seguidos predicadores de su edad, y de los más aplaudidos; y como tenia pocos la Compañía por estar en sus principios, fué á predicar á las más ilustres ciudades del reino de Toledo, de Castilla y de Andalucía, con grande crédito de la religion y fruto de las almas; y para vencer dificultades y allanar el paso á las fundaciones que en su tiempo se ofrecieron, le llevaron á predicar en ellas, y así fué á fundar los colegios de Plasencia, Salamanca, Medina del Campo, Burgos, Granada y Sevilla, poniendo las primeras piedras de sus edificios á costa de inmensos trabajos, persecuciones y afanes, y pobreza, que estas son las piedras fundamentales que ponen los varones apostólicos para firmeza de sus religiones en los edificios que comienzan. A los principios de su predicacion dió más rienda á su ingenio que á su espíritu, y llevado del aplauso de los oyentes tanto en los sermones como fuera de ellos, comun propiedad de los predicadores noveles, ponia más esmero en la sutileza de los pensamientos, en el pulimento de las palabras y en lo curioso de los discursos, que en reprender los vicios y ensalzar las virtudes y aterrar á los pecadores: mas queriendo corregirle aquel Señor, que le habia escogido para convertir los corazones y no para deleitar los oidos, le visitó con una grave enfermedad que le puso á las puertas de la muerte, y mirando el tribunal de Cristo como si se hallára en él, le pareció que le pedian cuenta de su vida, y en particular del talento de predicar que le habian dado, no para

deleitar á los oyentes, sino para reprender los vicios: hallóse tan atajado y temeroso, que á no favorecerle Dios, acabára de temor la vida; y como otro S. Gerónimo, cuando acusado y castigado por el tribunal de Cristo por ciceroniano y curioso, pidió treguas y ofreció la enmienda, así el jóven predicador lloró su culpa y ofreció en adelante muy de corazon la enmienda; cesando aquel juicio y mejorando de su enfermedad, la cual habia dado Dios para corregirle: alcanzada la salud, comenzó á predicar como un apostol, pidiendo perdon á todos de lo pasado, y siendo otro predicador diferente en lo futuro, exhortando virtudes, reprendiendo vicios, aterrando pecadores, dejando curiosidades y discursos, hablando muy vulgarmente pero con fuerza en las razones y el fuego del espíritu, penetrando sus palabras en los oyentes, como si fuesen llamas encendidas que los abrasaban y movian á amar las virtudes y aborrecer los vicios; y no por esto era ménos oido, sino mucho más seguido y aplaudido. Este apostólico varon murió á fines del siglo XVI.—A. L.

SANCHEZ (Fr. Lorenzo), natural de Borja. Tomó el hábito del órden de Predicadores en su Real convento de Zaragoza el 17 de Enero de 1692, y en él profesó. Siguió los estudios de filosofía y teología, y tambien su magisterio. Tomó el bonete de doctor teólogo en la universidad de Huesca, y despues de otras cátedras tuvo en ella la de vísperas de esta facultad. Fué prior del convento de esta ciudad y del de Zaragoza, y tuvo otros cargos que manifestaron bien su religiosidad y letras. Murió el 9 de Julio de 1743, habiendo dejado varios sermones, que predicó con zelo y erudicion, y tambien: *Vespertinum Lamentabile Exordium in Regiis honoribus Hispaniarum Reginæ et Dominæ Mariæ Ludovicæ Mariæ Gabrielæ à Sabandia, quam Sertoriana Oscensis Universitas incesanter plangit, et Academiæ nomine laboravit et recitavit publicè in Cathedrali Ecclesia;* en Huesca, por José Lorenzo de Larumbe, 1714, en 4.°—L.

SANCHEZ (Luis), bachiller en artes y teología, fué recibido en el colegio Viejo de S. Bartolomé de Salamanca el dia 20 de Marzo del año de 1562. Era natural de Vargas, del arzobispado de Toledo; fué igualmente colegial en el colegio de S. Millan de la universidad de Salamanca; salió del de San Bartolomé el año de 1569 por canónigo magistral de Osma, siendo obispo D. Francisco Tello de Sandoval, que tambien perteneció al mismo colegio. Igualmente fué canónigo de Córdoba, en el colegio se graduó de licenciado en teología. Fué sujeto de prendas muy recomendables y de morigeradas costumbres, y murió en Osma el año de 1676.—A. L.

SANCHEZ (D. Mateo), natural de Ariza, canónigo de la santa iglesia catedral de Sigüenza, tuvo la caridad de fundar y dotar en esta ciudad un hospital para enfermos y niños expósitos, de que trata el Dr. D. José Rena-

les, canónigo de dicha iglesia, en su *Catálogo Saguntino, Série Pontificia y Anales diocesanos*, pág. 5, sin señalar el año de la referida fundacion, que por varias circunstancias parece le conviene el 1518, y á este prebendado deben atribuirse los *Estatutos para el régimen de esta santa casa.*—L.

SANCHEZ (P. Miguel), presbítero de la congregacion del Oratorio de San Felipe Neri. Nació en la ciudad de Segorbe á 19 de Setiembre de 1662, y fueron sus padres Miguel Sanchez é Isabel Perez. Desde muy niño se crió en Valencia á la sombra de su tio el Dr. Francisco Perez, penitenciario del Real colegio de Corpus Christi. Recibió en aquella universidad los grados de maestro en artes y de doctor en sagrada teología; y á título de un beneficio que poseyó en la santa Iglesia metropolitana, fué promovido á los sagrados órdenes. De allí á poco tiempo hizo dos oposiciones; la una á una pavordía, y la otra á un canonicato de la misma santa iglesia, con la circunstancia de haberse trabajado por sí mismo el sermon, para el cual tenia prevenidos diez ó doce cuadernos de apuntamientos, en los cuales habia discursos ingeniosísimos y discretos sobre varios lugares de la Escritura, exornados de copiosa erudicion, que rasgó é inutilizó á lo último de su vida con sentimiento de los Padres. Por esta carrera ciertamente hubiera logrado conveniencias ventajosas, porque llegó á ser tenido por uno de los teólogos más eminentes de Valencia, y como tal le reconocian cuantos hombres doctos le trataban; pero cortó los pasos á estas esperanzas del mundo entrándose en la congregacion del Oratorio de la misma el dia 25 de Marzo de 1694, de edad de treinta y dos años. En esta real casa hizo tal aprecio de guardar las constituciones de su instituto, áun en las cosas más leves, que fué constante dictámen de todos sus moradores, que hijo más amoldado al espíritu de S. Felipe no le ha tenido la congregacion de Valencia. Su talento era maravilloso, su estudio incansable y continuo, sin embargo que desde la edad de catorce años padeció de dolor de cabeza, que jamás se le quitó, y otras muchas enfermedades. Estaba adornado, no solamente de la inteligencia de varios idiomas, sino de todo género de buenas letras y erudicion eclesiástica. En la Escritura, escolástica, dogmática, mística y moral teología era tenido por oráculo. Así le contestaron los señores arzobispos, los cuales le hicieron examinador sinodal, los vireyes, magistrados, profesores de la escuela y curas de aquella diócesi, al oir en las consultas la solidez de sus respuestas. Su prudencia era finísima, su sinceridad verdadera, su trato modesto y apacible, su misericordia con los pobres compasiva, y ardentísimo su celo de las almas. El verdadero método de predicar la divina palabra, no con agudezas ni conceptos, sino sólido, con claridad y energía, que hoy practican muchos con gran beneficio de sus oyentes, casi se debe al P. Sanchez, por haber sido el primero que le practicó y promovió en dicha ciudad. Todavía

dura la memoria del gran sermon que predicó en el año 1706, por no haber podido excusarse, en la iglesia parroquial de Sto. Tomás apóstol, domingo primero de Adviento, en presencia del archiduque Cárlos, por el espíritu, reserva, elocuencia, política, solidez y fervor con que sin ninguna lisonja predicó el severo asunto del juicio, con una novedad nunca imaginada, y que dejó al auditorio lleno de admiracion y asombro. Once años gobernó la Congregacion con suma repugnancia suya; dos como presidente, y nueve en tres preposituras continuas. Solo el Padre tuvo ánimo de emprender la suntuosa obra de la iglesia y oratorio parvo, que dejó muy adelantada y venciendo insuperables dificultades con su paciencia, discrecion, sagacidad y confianza en Dios. La frecuencia en visitar los hospitales estaba muy decaida, y solo con un sermon que predicó en la parroquia de S. Martin, á que añadió la eficacia de su ejemplo, se restableció, como despues se sostuvo siempre con una gran asistencia de los caballeros y señoras que sirven la comida á los enfermos y enfermas con la mayor edificacion. Los últimos tres años de su vida acrisoló el cielo sus virtudes con una gravísima enfermedad y dolores muy vehementes, que toleró con invicta resignacion y paciencia, los cuales tuvieron por término la muerte, sucedida con universal sentimiento de la ciudad el dia de Todos Santos del año de 1730, á los sesenta y ocho de su bien empleada vida. Asistió gran número de nobleza á su entierro, y la universidad sin haber sido brindada condujo al sepulcro en hombros de sus profesores el cadáver de este sabio hijo suyo, en quien habia hallado siempre un amor tierno y verdadero. Estas son sus obras: 1.ª *Sermon en las exequias del V. P. Mossen Gregorio Ridaura, presbítero y beneficiado en la santa iglesia metropolitana de Valencia*; en la misma ciudad, por Jaime de Bordazar, 1704, en 4.°—2.ª *Oracion panegírica en glorias de San Rosendo, obispo de Mondoñedo, con ocasion de la solemnísima fiesta que consagró el Real Colegio de Corpus Christi de la ciudad de Valencia, al recibir y colocar una de sus insignes reliquias*; en Valencia, por Antonio Bordazar, 1710, en 4.°—3.ª *Ejercicios y ordenaciones á los eclesiásticos, caballeros y ciudadanos que sirven todos los viernes á los enfermos en el Hospital general de Valencia*; en la misma, por Vicente Gonzalez, en 8.°—4.ª *Tractatus varii in Sacram Scripturam el Philosophiam*; un tomo manuscrito, en 4.° Contiene ocho tratados de escritura y ocho secciones de filosofía.—5.ª *Chronologia sacra et alia*; un tomo manuscrito, en 4.°, que comprende varios tratados de teología expositiva y escolástica; el más principal se intitula: *Tractatus de sacra chronologia ab orbe condito, usque ad Christum Judicem in valle Josaphat.*—6.ª Seis tomos en 4.° de exposiciones de toda la Sagrada Escritura. El primero, *in libros Historiales*; el segundo, *in Job et Psalmos*; el tercero, *in Prophetas et Machabæos*; el cuarto, *in libros sapientiales Salomo-*

nis; el quinto, *in Evangelia, Acta Apostolorum et Apocalypsim;* y el sexto, *in Epistolas Sacras.*—7.ª Dos tomos en 4.° de varios tratados de teología escolástica. El primero, *de Proemialibus, de Essentia Dei, de Ente supernaturali, de Visione Dei, de Scientia Dei, de Voluntate Dei, de Providentia, de Prædestinatione, de Reprobatione, de Sanctissima Trinitate, de ultimo fine et Beatitudine,* y *de Actibus humanis.* Y el segundo, *de Passionibus, de Virtutibus, de Vitiis et Peccatis, de Gratia actuali, de Spe, de Gratia justificante, de Merito, de Fide, de Charitate,* y *de Virtutibus in particulari.*—8.° Siete tomos en 4.° de sermones. El primero, *de Dominicas* y otros asuntos; el segundo, *de la Virgen;* el tercero, *de Santos;* el cuarto, *de Cuaresmas;* el quinto, *de Pasion;* el sexto, *de Mision;* y el sétimo, *de Mística.*—9.ª Cuatro tomos en 8.° Los dos primeros de *Pláticas sobre los Proverbios de Salomon;* el tercero, *de Pláticas para Oratorios y doctrinas;* y el cuarto, *de Pláticas á los estudiantes,* en la universidad; á los Padres en la congregacion, y á los caballeros y señoras en el Hospital general. Todos estos manuscritos se guardan con sumo aprecio en la librería comun de la Congregacion; y tienen los Padres la experiencia de que cuantas veces se han valido, especialmente de sus sermones de mision, no acaban de admirar los efectos que por ellos hace la divina gracia, porque no es fácil hallar otros más llenos, más eficaces, más eruditos, con más piedad y energía, ni con más disposicion para convencer el entendimiento y acabar de resolver la voluntad.—10.ª *Vida del V. P. D. Luis Escribá y Bertran,* sobrino de S. Luis, y presbítero de la Real Congregacion de S. Felipe Neri de Valencia. Es traduccion del italiano, muy añadida por el P. Sanchez, cuyo original poseia en su librería en un tomito manuscrito, en 8.°, curiosamente encuadernado, el Dr. Agustin Sales.—A. L.

SANCHEZ (P. D. Miguel). Nació en Aldehuela á fines del siglo XVII. Profesó el monacato de S. Bruno en la cartuja de nuestra Señora de la Concepcion de Zaragoza, y en este monasterio fué muy estimado por su bondad, devocion y literatura. Desempeñó en él los cargos de maestro de novicios, de procurador, de vicario y de prior en 1730 y 1734. Fué á capítulo general el año de 1733, convisitador de la provincia, hallándose prior de la cartuja de nuestra Señora de las Fuentes, y tambien visitador y comisario para este efecto en Castilla, y de la cartuja de Tolosa de Francia. Desempeñó tambien dos veces el cargo de definidor primero. Pasó al reino de Portugal á solicitar la visita de sus cartujas, que hacia treinta años no se visitaban. No tuvo efecto su comision, pero si su celo; pues se fué á las referidas cartujas con el pretexto de verlas, y logró el informarse de lo que necesitaba de remedio, que se llegó á poner. En estos y otros destinos y cuidados verdaderamente religiosos brilló mucho su saber, su discrecion, celo y fervor, todo

gobernado de un modo feliz y afortunado, motivos porque fué muy sensible su muerte, acaecida en la referida cartuja de las Fuentes estando visitándola de órden del general de su religion, dia de Sto. Tomás, 7 de Marzo de 1752. Escribió: 1.° *Manual para el gobierno de los PP. vicarios de la religion de la Cartuja en la distribucion del oficio divino, sus rúbricas, dificultades que pueden ocurrir en todo el año.* Está manuscrito en 4.° en dicha cartuja de la Concepcion.—2.° *Muchos sermones y exhortaciones capitulares,* que asimismo se guardan en la misma cartuja.—3.° *Elogios latinos*, dichos en los capítulos generales y otros de su religion. Es muy alabada su memoria en las cartujas de España, y particularmente en la historia de dicha cartuja de la Concepcion del P. D. Francisco Solano en su *Compendio* del P. D. Francisco Moliner, cap. XX y XXVIII, y en unas memorias que tengo de allí, remitidas en 1777, especificando la administracion espiritual y temporal que tuvo en el mencionado monasterio. — L.

SANCHEZ (Fr. Miguel), franciscano español. Ignórase el lugar de su nacimiento, y áun puede asegurarse que las principales circunstancias de su vida; es indudable que tomó el hábito en España, en la provincia de San José, de donde pasó despues como misionero á la de San Gregorio de Filipinas. Destinado allí á la instruccion de los indios, tuvo ocasion de aprender su idioma y sus costumbres, llegando á estar tan versado en ellas, que pudo escribir en su lengua una obra destinada á su enseñanza y á facilitar á los misioneros gran parte del trabajo que en ella tenian. Era en extremo penoso, pues áun prescindiendo de las largas distancias que tenian que andar, la diversidad de naciones y costumbres con que tenian que entenderse, con frecuencia se veian colocados en las posiciones más difíciles, por las guerras que los indios sostenian entre sí ó con los españoles, de que no siempre salian bien librados los misioneros, pues solia acontecer que sus trabajos de muchos años desaparecian en un momento sacrificados á las venganzas ó pasiones de aquellos caribes por cuya civilizacion y bienestar tanto habian afanado. De estas desgracias fué víctima tambien el P. Sanchez, pues habiendo recorrido gran parte de aquellas islas, y reunido algunos indios más dóciles que los demás, á los que formó un pueblo con su plaza é iglesia, donde les enseñaba la doctrina é instruia hasta que se hallaban en estado de ser bautizados, predicándoles despues para que viviesen en la mejor armonía entre sí, y se llevasen como verdaderos cristianos, vió de repente muchos años de trabajos reducidos á la nada por una tribu vecina, que habiendo bajado al sitio donde el P. Sanchez habia fundado su aldea, la saqueó é incendió en una noche; degolló á los indios que hubo á mano como traidores á su ley, y no fué poca fortuna para los misioneros que pudieron salvar sus vidas, volviendo á Manila por senderos ocultos y extraviados. El P. Sanchez, sin em-

bargo, dotado de un celo superior y de un temple de alma á toda prueba, no desmayó por esta catástrofe, y habiendo vuelto con algunos españoles al lugar donde se habia verificado, reedificó su incendiada aldea, y corrió en busca de indios para poblarla de nuevo. Increibles parecen los disgustos y sinsabores que pasó el buen misionero en esta su segunda excursion, tuvo necesidad de andar descalzo y á pie por sierras impenetrables hasta entónces á la planta humana, de buscar uno á uno á los indios que se habian salvado de la general carniceria, de animarlos y sustentarlos por largo tiempo, hasta que ya vueltos en sí y recobrados, se pusieron ellos mismos á buscar á sus hermanos ó á traer otros que les sustituyeran. Cuando hubo conseguido esto, creyó el buen franciscano realizadas sus esperanzas, y se proponia ver renacer los dias de su primera juventud que habia pasado entre tantas alegrias, tantos placeres adquiridos en el cumplimiento de su deber en el fondo de su conciencia pura y sin mancha. Mas llamado de repente á Manila, donde se iba á reunir un capítulo provincial, tuvo que abandonar á sus queridos indios, aunque con la satisfaccion de que los dejaba en manos de uno de los que más le habian ayudado en su santa empresa. Eligióle el capítulo ministro provincial, á pesar de sus ruegos y súplicas para no admitir tan pesada carga, y el que hasta entónces solo se habia ocupado en cuidar de la instruccion de unos pocos indios, tuvo que encargarse de la direccion de multitud de conventos y hermanos suyos, que esparcidos en aquellas islas se hallaban ocupados, no solo en procurar su salvacion, sino en trabajar tambien en la ajena. Aumentó entónces en extremo su trabajo, y como estaba acostumbrado á hacerlo todo por sí mismo, parecia que no podian bastar sus ya agotadas fuerzas para tantas y tan difíciles ocupaciones. Sabia las ventajas de la observancia regular en conventos habitados por gran número de religiosos, y sabia tambien que estas debian ser muchas más y mucho mayores, tratándose de indivíduos que debian vivir diseminados y dando ejemplo á los demás. Procuró por lo tanto establecerla en todo su rigor, visitando para ello no solo todos los conventos de aquellas islas, sino tambien las doctrinas donde se hallaban situados los misioneros, trabajo ímprobo en que empleó mucho tiempo, y á otro que no hubiera estado tan acostumbrado como el P. Sanchez á recorrer aquellos vastos territorios casi desiertos, con una vegetacion vírgen y llenos de todos los peligros que ofrece la naturaleza en los territorios deshabitados é incultos, hubiera sido completamente imposible. Mas él, llevado por su celo en beneficio de las misiones, deseoso de adelantarlas y ponerlas en el mejor estado de perfeccion, no vaciló de sacrificarse hasta este punto, pues no puede ménos de llamarse sacrificio lo que llevó entónces á cabo el P. Sanchez. No contento con esto, reunió varios capítulos provinciales, en los que propuso todas las mejoras que le parecieron necesa-

rias para el adelanto de las misiones. Envió á Europa algunos de sus hermanos para que reuniesen fondos para conseguir mejor su objeto, y emprendió otras muchas cosas, que hubieran sido todas de la mayor utilidad si la muerte no le hubiera impedido realizarlas. Dejó sin embargo un libro muy útil para los misioneros, escrito en el idioma del país, con el título de *Exposicion de la Doctrina cristiana, juntamente con el modo de examinar la conciencia*, y algunos *Opúsculos piadosos*. Se imprimieron en Manila por Francisco de Sanctis, 1708.—S. B.

SANCHEZ (P. D. Nicolás), monje cisterciense del real monasterio de Santa Fe de Zaragoza, donde quizá nació. Fué religioso observante y literato de varia erudicion, como lo declara la obra que escribió en 1599, segun parece. Su título es: 1.° *Arbor scientiarum*, que existe manuscrito en dicho monasterio, de letra difícil para leerse. Tengo noticia de esta obra por una memoria remitida de aquel en 1778, y tambien que esta es la única manuscrita que se preservó en la pérdida de otros escritos no impresos de su librería, de que era abundante. En efecto, la antigüedad de esta comunidad formada por el rey D. Jaime I de Aragon, cerca del año de 1239, segun el cronista Blancas en sus *Comm.* pág. 162, el número y mérito de sus individuos que ha tenido en todos tiempos, como escribió Blasco de Lanuza, tomo I de sus historias, lib. IV, cap. 21, pág. 388, col. I, prometia muchos códices estimables.—L. y O.

SANCHEZ (Fr. Nicolas), franciscano español de la provincia de Castilla, de la Observancia regular. Nacido á principios del siglo XVII, Fr. Nicolas manifestó desde sus primeros años hallarse llamado á vivir en religion. Su carácter, sus estudios, todo lo indicaba así, y en efecto, apénas llegó á la juventud, tomó el hábito en la órden Seráfica. Humilde y obediente nada encontraron que reprender en él sus superiores, ántes bien procuró siempre seguir sus máximas y preceptos siendo un verdadero modelo de religiosos. Entregábase á las más duras austeridades con un grande placer, y en los ejercicios de devocion era uno de los más asiduos y fervorosos. En los estudios no hizo menores progresos, y se le creyó desde luego llamado á hacer una brillante carrera, pero se opuso á ello su modestia, y así es que ni sus triunfos oratorios, ni el afecto que mereció á los principales señores de la corte, le movieron á abandonar un punto su sencilla celda para ser elevado á más eminentes puestos. Estaba contento en su oscuridad, el ruido de los negocios le asustaba y no queria echar sobre sus hombros la pesada carga de dirigir á los demás. Cuando tenia que asistir á algun capítulo, ideaba todos los medios que le sugeria su imaginacion para verse libre de los compromisos que en él pudieran surgir contra sus deseos, y consiguió en efecto que sus hermanos olvidasen completamente su nombre. En el rincon de la celda

continuó desde entónces sus ejercicios favoritos, y en particular el de la caridad, que merecia su predileccion. Como predicaba con mucha frecuencia y muy buenos resultados, tenia gran número de fieles conocidos, con los que pudo organizar una especie de asociacion de caridad, socorriendo á los pobres con los recursos que le proporcionaban los ricos. De unos y otros se veia constantemente llena su celda, y á unos y á otros asistia con el mismo celo y amor, esmerándose á porfia en satisfacer todas sus necesidades. Como al mismo tiempo que á estas ocupaciones se consagraba con grande aplicacion á los estudios, su Orden le nombró profesor de teología del colegio de Alcalá, cargo que tuvo que aceptar en virtud de la obediencia, y en que manifestó los buenos resultados de los muchos años que habia pasado en el destino, pues su fama se extendió muy en breve por toda Castilla, pasando por uno de los mejores teólogos de su siglo. Entónces hubo tambien de entregarse con más empeño al ejercicio de la predicacion por no poderse negar á las muchas instancias con que se le buscaba, y echó, por decirlo asi, el sello á su fama. En esta época fué cuando pronunció un sermon bastante notable, que es la única obra por que su nombre ha llegado hasta nosotros. Intitúlase: *Sermon sobre la extension del culto y beatificacion de San Fernando, rey de Castilla*; Madrid, imprenta Real, 1671, en 4.°—S. B.

SANCHEZ (P. Pedro), de la Compañía de Jesus. Era natural de San Martin de Iglesias, en la diócesis de Toledo, hijo de unos honrados labradores. Despues de haber estudiado artes y teología en la universidad de Alcalá, mereció por su buen ingenio y letras ingresar como colegial en el Mayor de S. Ildefonso, donde tomó la borla de teología y fué rector de la universidad. Tenia treinta y tres años de edad, y era catedrático de filosofía cuando ingresó en la Compañía en Alcalá á 12 de Mayo de 1558. Habia tambien comenzado á ejercitarse en la predicacion con más que mediano aplauso, y era de muy respetable presencia. Habiendo leido algunas de las cartas que llegaban de América con noticias de las misiones de los jesuitas, vió los heróicos afanes que se tomaban voluntariamente por la causa de Dios en los confines del mundo, y reflexionando profundamente, conoció su propia pereza, y comenzó á formar planes con grandes deseos de participar de las glorias de hombres tan ilustres. Trató maduramente de su entrada en la Compañía con el P. rector Manuel Lopez, y habiéndola ya decidido manifestó sus intenciones á sus discípulos en la clase en la forma siguiente: Díjoles que habiendo considerado despacio las cosas de la tierra, las hallaba caducas y la vida humana tan incierta como breve, y ser indigno del aprecio juicioso cuanto no conducia á la salvacion eterna. Por lo cual habia resuelto imitar al maestro Deza (que sábiamente eligió para sí la mejor parte en la Compañía de Jesus) y á otros de sus mismos discípulos, que

pocos dias ántes se le habian adelantado en tomar la misma vereda, que aunque estrecha lleva seguramente á la eternidad (estos eran Diego de Cañizares y Valentin Lopez); que por despedida les encargaba el amor de la virtud y el de su persona en retorno del que les habia tenido y el que les tendria segun Dios en adelante. Partióse desde allí al cuarto del rector de la universidad, acompañado de dos doctores y seguido de dos discípulos, que estaban como atónitos de tan inesperada resolucion. Postrado á los pies del rector, le pidió licencia para entrar en la Compañía, quien alabó sus santos deseos y le despidió bañado en lágrimas. Extendida la noticia por el colegio, acudieron muchos colegiales mayores que con otros catedráticos, con sus discípulos y con mucha gente que se agregó de la villa, le acompañaron hasta la puerta de la casa de la Compañía. Rogó que saliese allí el Padre rector, y puesto de rodillas á sus pies le suplicó por amor de Dios, que aunque no lo merecia, le admitiese entre los siervos de Cristo, á cuyo obsequio deseaba consagrar su vida y muerte. El P. rector dijo á los circunstantes no ser aquella determinacion impensada, sino de algunos meses, por lo cual era necesario condescender con tan justa peticion. Con esto le abrazó y le condujo á la iglesia, donde le siguió toda la comitiva, que no cabia en ella, y despues de hecha una breve oracion se despidió de todos postrado en tierra. Lo mismo hicieron sus amigos que los circunstantes, rogándole á porfía con devoto llanto, que los encomendase á Dios, y casi no acertaban á separarse de su presencia. Apénas puede creerse el efecto que causó esto en toda la universidad, y no puede referirse, pues no se recordaba haber visto espectáculo tan tierno. El novicio correspondió con el tenor de su vida á tan ilustre vocacion, de que se tenia por tan indigno, que á pocos dias hizo voto de ser perpétuo ó mozo del comprador. Pero el dia de S. Lucas continuó, á peticion de la universidad, la explicacion en la clase de cuarto año, que le faltaba de su curso, con grande edificacion y provecho de sus discípulos, algunos de los cuales se acogieron á la vida religiosa por su direccion y consejo. Despues pasó á enseñar filosofía al colegio de su instituto en Valladolid, siendo el primer catedrático que hubo allí de esta asignatura. Fué rector del colegio de Salamanca, de donde pasó con el mismo cargo al de Alcalá en 1569, manifestando desde su llegada, así las entrañas de padre que tenia para con todos sus súbditos, como la grandeza de su ánimo, su bondad y su mucha confianza en Dios. Era de tan respetable presencia y andaba con tal majestad, que tenia visos de altivez para los que no le trataban. Pero una vez tratado, se hallaba en él gran verdad y sinceridad, hermanada con una caridad tan humilde y una bondad tan comunicativa por sí misma, que se granjeaba además del respeto el cariño y las voluntades, pareciendo á cada uno que queria guardarle dentro de su

corazon. Sus conversaciones eran siempre de cosas espirituales, y usaba con los seglares de una santa libertad y llaneza que le hacia muy venerable. Cuando pedia limosna á personas elevadas para suplir las necesidades de su colegio, era con una especie de señorío en que les daba á entender la gran merced que el Señor les hacia por admitir sus dádivas en socorro de sus siervos. En una ocasion en que un duque del Infantado le dió una limosna de cien fanegas de trigo le dijo: «El agradecimiento que yo puedo mostrar á V. S. es franquearle estas sacas en que vaya su trigo al cielo, que quizá no aportará allá lo demás que posee.» Con su buena industria consiguió arreglar la casa de Jesus del Monte, de manera que fuese capaz de que habitasen en ella todos los estudiantes y maestros que tenia en Alcalá la Compañía, de donde por huir de las enfermedades á que es expuesto aquel terreno en el estío, se retiraban algunos á aquella casa por este tiempo, y los demás se repartian por varios colegios. Pero desde el año 1570, reunida toda la escuela en Jesus del Monte, se continuaron las lecciones por tarde y mañana, y de las materias que estaban al concluir se celebraban conclusiones cada ocho dias, con cuyos ejercicios se hacian grandes progresos en las letras y no menores en las virtudes. Creció tambien en el tiempo de su gobierno el número de los jóvenes que ingresaron en su instituto, de algunos de los cuales se refieren casos extraordinarios, pruebas de la caridad y santidad de nuestro religioso: «Llegó á estar desahuciado de los médicos, dice la Crónica, el P. Alonso de Castro, y el P. rector Pedro Sanchez, que sentia mucho su pérdida por sus grandes prendas y virtudes, dispuso que entre sus súbditos se tuviese por su salud oracion continua, acompañada de mortificaciones y penitencias en que él mismo iba adelante con el ejemplo. Un dia en que estaba por cierto en más peligro, dijo misa por el enfermo, y teniendo la sagrada hostia en las manos, fueron tan eficaces sus ruegos, que allí mismo le certificó el Señor que el enfermo sanaria. Acabada la misa fué á visitarle, y como quien tenia palabra de Dios, le aseguró que no moriria de aquella enfermedad. Así se vió por el efecto, porque luego mejoró hasta recobrar perfecta salud. No hizo novedad esta profecía del P. rector á los que pocos meses ántes habian sido testigos de otra no ménos patente. Porque en el mes de Marzo habiendo enfermado de un grave tabardillo el H. Hernando de Mendoza, que le puso en los últimos términos, y saliendo de visitarle un dia los dos célebres médicos Valles y Calvo, les preguntó el P. rector cómo estaba el enfermo? El Dr. Valles le contestó que se iba en camino. Mas el P. rector dijo entónces: Esten ciertos que de esta no irá. —Replicó el Dr. Valles: Si V. P. tiene otra más alta ciencia, podrá ser así, mas por la nuestra, el que resucitó á Lázaro le podrá dar salud. —Entróse el P. rector á verle y asiéndole del cabello que tenia largo, le dijo: —Estos médicos dicen que os

morís: mas vos no me asegurais que sereis hombres de bien?—Respondió el enfermo que si.—Pues yo os aseguro, añadió el rector, que de esta no morireis.—Tan confiado estaba de que Dios habia de oir la peticion de sus siervos. Porque además de que hizo cada dia seis y más horas de oracion, disciplinándose ásperamente y empleando mucha parte de la noche en pedir á nuestro Señor su salud, ordenó que todos los de la casa frecuentasen la oracion é hiciesen disciplinas secretas y públicas con otras mortificaciones, hasta que salió con su pretension y alcanzó la mejoría y perfecta salud del hermano, con la cual sirvió despues mucho á Dios y á la Compañía. El P. Sanchez continuó gobernando el colegio de Alcalá hasta el año 1571, en que fué nombrado primer provincial para Nueva-España, donde marcharon por primera vez los Padres jesuitas. Apénas recibió nuestro religioso los despachos, y viendo por el sobrescrito del pliego la eleccion que Dios habia hecho de él para cosa tan grande, ántes de abrirle se fué delante del Santísimo Sacramento, y postrado en el suelo con muchas lágrimas, resignacion y ternura se ofreció á la divina Majestad para servirle en esta obediencia con tantos trabajos y peligros. Despues abrió sus cartas y despachó las que iban dirigidas á los provinciales para que enviasen con brevedad los sugetos á Sevilla, y aquella misma noche partió á Jesus del Monte, donde estaba casi todo su colegio, y llegó al amanecer. Aquella misma mañana se despidió de todos sus hijos, que le amaban como padre; lloraban su partida y tenian envidia los que quedaban á los que partian con él por haberles cabido tan buena suerte. Por la tarde marchó con ellos á Guadalajara para despedirse de los duques del Infantado, que eran muy devotos suyos, y de allí vino á Madrid, y habiendo concluido los negocios tocantes á su jornada con el rey D. Felipe, que se manifestó muy contento de su eleccion, y con el presidente de Indias Juan de Ovando, muy amigo suyo, y sacado los despachos necesarios para su embarcacion y la de sus compañeros, y cartas para el virey de la Nueva España, llegó á Sevilla con sus compañeros á 10 de Agosto de 1571. Pero por mucha priesa que se habia dado, se encontró que en aquel mismo dia se habia hecho á la vela la flota de Nueva-España, y así no pudieron partir en ella, y fué particular disposicion de nuestro Señor que no se embarcasen entónces, porque por haber partido tarde aquel año, llegó á la Nueva España al tiempo que los vientos del Norte son muy furiosos, y no pudiendo tomar el puerto de S. Juan de Ulua dió al través y se perdió casi toda. Tambien los libró nuestro Señor de otro peligro, porque pareciendo al P. Pedro Sanchez y á sus compañeros que perderian mucho tiempo si esperaban la flota del año siguiente, quisieron embarcarse en los galeones del adelantado Pedro Melendez, que iban á tierra firme, y habiendo obtenido la cédula del rey para embarcarse, lo dejaron de hacer por parecer de algunos amigos y personas

prácticas para no hacer un rodeo tan largo, y el galeon S. Felipe, que debia haberlos trasladado, se quemó en el golfo de las Yeguas con toda la tripulacion que llevaba, sin que escapase persona alguna. Con motivo de la venida á España de S. Francisco de Borja, volvió de Sevilla á Madrid el P. Pedro Sanchez para verse con él y tratar de todo lo relativo á aquella mision, en particular para hacer algunos cambios en aquellos de sus compañeros que por hallarse enfermos y débiles no podian pasar á las Indias, ó porque los provinciales sentian mucho ceder algunos de ellos por la falta que veian les habian de hacer, y así era necesario señalar otros en su lugar como les señaló el prepósito general. Ejecutóse la nueva designacion, siendo diez y siete, ocho sacerdotes, tres hermanos estudiantes y cuatro coadjutores, los que se reunieron en Sevilla por el mes de Noviembre de 1571 á esperar la primera flota que pasase á Nueva-España. En el tiempo que allí permanecieron se ejercitaron en los oficios más humildes de la casa, en servir á los hospitales y en algunas misiones de Jerez de la Frontera, de Medina-Sidonia, Cádiz, S. Lucar y otras partes, dando buen ejemplo y aprovechando y edificando á los prójimos con sus ministerios. Hiciéronse, por último, á la vela el dia 19 de Junio del año 1572, partiendo de España el P. Pedro Sanchez con todos sus compañeros, que iban repartidos en dos naves, y despues durante la navegacion se distribuyeron en otras dos más para aprovechar con su doctrina á los pasajeros. Llegaron al puerto de San Juan de Ulua á 9 de Setiembre con próspera navegacion, sin haber sucedido desgracia alguna ni muerte de persona; ocupáronse con grande celo en todo este período en enseñar la doctrina cristiana, rezar las letanías y cantar la Salve, en predicar todos los domingos y fiestas, y en tratar con la gente de cosas del aprovechamiento de sus almas; acudian gustosos á los pocos enfermos que habia, asistiéndoles, consolándoles y oyendo á los que se querian confesar, lo cual hicieron casi todos los de la flota y comulgaron en los puertos adonde llegaban, especialmente en la Gran Canaria, donde los jesuitas fueron recibidos por el pueblo como si fuesen ángeles, por el afecto que profesaban al P. Diego Lopez, que era uno de ellos, y pocos años ántes habia predicado allí apostólicamente, como queda referido, y hecho cosas maravillosas. Habiendo pues llegado al puerto, y dando al cielo las debidas gracias por tan afortunado viaje, fueron todos á hospedarse al hospital nuevo que acababa de fundar el virey de Nueva España D. Martin Enriquez, para comodidad de los enfermos pobres de las armadas, que suelen ser en gran número. Permanecieron por algun tiempo en aquella ciudad, pasando por diferentes vicisitudes ántes de poder establecerse y tener iglesia propia, lo que consiguieron al fin, celebrando la primera misa el P. Pedro Sanchez en 1.° de Enero de 1573, y entónces, hallándose ya de asiento en Méjico, se

repartieron por las diferentes provincias comenzando sus apostólicas tareas: referirlas todas sería extendernos demasiado para nuestro objeto, y así nos limitaremos exclusivamente á lo relativo al personaje de que nos ocupamos; fué ocho años provincial de Nueva-España, y el primer prepósito de la casa profesa de Méjico, donde fundó la congregacion de nuestra Señora, y la tuvo á su cargo veinticinco años, con grande aprovechamiento de las almas, que por entónces florecieron en ella. Tambien explicó teología con el aplauso y la estimacion que la habia enseñado en España, y fué el primer calificador de la santa Inquisicion de Méjico. Cuando en el año de 1574 le envió el Padre Doctor Hernando de Solier, de órden del papa Gregorio XIII, muchas reliquias de santos, las colocó con tal grandeza, fiestas y regocijos, que aseguró el virey D. Martin Enriquez no se atreveria á hacer otro tanto; en aquel dia fué incensando las reliquias con maravillosa devocion y edificacion de todos, á pesar del grande aprecio que merecia por sus grandes empleos, aventajadas letras y notoria santidad; era tan humilde, que se miraba como el último de la casa, y solia salir por las calles con sotana parda, aunque fuese á visitar al virey. Hablaba con amorosos afectos de Jesucristo y de sus grandezas, como tambien de su santísima Madre. Estaba tan habituado á andar en santos pensamientos, que no solo entre dia y despierto, sino tambien durmiendo, le sucedieron en sueños cosas de edificaciones muy singulares. Era muy mortificado y penitente, nunca bebia vino ni cenaba, y todas las mañanas hacia largas y fervorosas oraciones. En los tres últimos años de su vida le hizo Dios más mercedes que en los cincuenta anteriores; sufria sus dolores con increible paciencia sin exhalar un gemido, aunque temblaba su cuerpo y apretaba los dientes. Por último, habiéndole visitado y besado la mano como á santo el virey D. Luis de Velasco y la Inquisicion, recibidos todos los sacramentos, entregó su espíritu al Señor que le habia criado para gloria suya, ejemplo de la Compañía y provecho de innumerables almas, con la misma paz y sosiego que si estuviera en oracion, quedando su rostro como el de un ángel y aún mas apacible que cuando estaba vivo; asistieron á su entierro el virey, el arzobispo, la Real audiencia, los religiosos, los cabildos eclesiástico y seglar, con toda la nobleza, la Real universidad y un gentío innumerable del pueblo, encomendándose todos á su intercesion y pidiendo reliquias de sus vestidos. Hubiéronse de repartir, cerrada la puerta de un aposento, á pedazos para que alcanzasen á todos. El virey quedó muy contento con lo que le habia tocado, y dijo al recibirlo: «El P. Pedro Sanchez me ha tratado con particular familiaridad más de treinta años, y excepto las primeras entradas de urbanidad, siempre me hablaba de Dios y de lo perteneciente á mi salvacion;» y continuó haciendo grande ponderacion y estima de sus perfectas virtudes. Así honra Dios á

sus siervos cuando se humillan y se abaten por su amor, como este santo varon, que como á tal le aclamaban no solamente los seglares, sino los religiosos, apellidándole unos Abraham, padre de muchas gentes, y asemejándole otros con un San Ambrosio ó San Gregorio. Dió á luz una obra intitulada: *Del Reino de Dios*, que se imprimió dos veces en Madrid y contiene ejemplos de los santos para casi todas las virtudes, tomadas de la historia eclesiástica para proponer y enseñar el objeto, modo y fin de cada virtud y estimular los ánimos de los lectores á la devocion. Fué su feliz tránsito en la casa profesa de Méjico, á 16 de Julio de 1609, á los ochenta y nueve años de edad, cincuenta y nueve de religion y cuarenta y dos de profesion de cuatro votos.—S. B.

SANCHEZ (P. Fr. Pedro), misionero dominico, tomó el hábito en el convento de la Peña de Francia, y pasó á Filipinas en 1666, acompañábanle gran número de religiosos á cual más decididos todos de dar su vida por la fe, pero ninguno llegaba á Fr. Pedro en estos deseos, que habia emprendido su viaje casi con este objeto. Sin embargo, la Providencia no tuvo á bien acceder á sus esperanzas, concediéndole una larga vida, que como laborioso obrero consagró toda por completo al servicio de su Señor. No solo en Filipinas, donde permaneció largos años enseñando é instruyendo á aquellos isleños, consiguió obtener grande fama por su piedad y decision, sino tambien en el Japon y la China, adonde hizo diferentes viajes con el objeto de sembrar las verdades de la fe y adquirir la corona del martirio; pero amado y respetado de todos por su excelente carácter y buenas cualidades, supo ganar muchas almas para el cielo, no perdonando para ello fatiga ni peligro alguno y hacerse célebre áun entre sus mismos compañeros, que le elegian para las empresas mas arriesgadas y en que se necesitaba más ánimo y valor; tan grandes eran sus deseos de morir por Jesucristo. Falleció, por último, en el convento de Manila, en una edad avanzada, pero mucho más por sus méritos que por sus años.—S. B.

SANCHEZ (Dr. Pedro Antonio). Este célebre predicador español nació en la ciudad de Vigo, en Galicia. Habiendo seguido la carrera eclesiástica y ordenado de sacerdote, fué nombrado canónigo de la catedral de Santiago de Compostela, despues de haber profesado la teología durante muchos años en la universidad de esta ciudad. Sumamente instruido en las letras y ciencias sagradas y profanas, se consagró especialmente al estudio de la historia eclesiástica de su país. Las más conocidas de sus numerosas obras son las siguientes: *Annales sacri*; Madrid, 1784, 3 vol. en 4.°—*Historia de la iglesia de Africa*; id. 1784, en 8.° Este libro, lleno de curiosas noticias, tuvo un éxito muy merecido.—*Tratado de la tolerancia en materias de religion*; id. 1785, 3 vol. en 4.°—*Discurso sobre la elocuencia sagrada en*

España; id. 1788, en 8.° Hállase en esta obra una historia sucinta, pero clara, de la elocuencia sagrada en España desde los siglos más remotos, con los nombres de los predicadores que pueden servir de modelos. Al hablar del siglo XVII, atribuye el autor el feliz cambio verificado de la elocuencia del púlpito en España en esta época, á las obras de Bourdaloue, Bossuet y otras.—*Summa theologica sacra;* id. 1789, 4 vol. en 4.°— *Coleccion de Sermones;* Madrid, 3 vol. en 8.°, 1797: en el mismo año fueron traducidos y publicados en Venecia. Sus estudios y los deberes de sus empleos no le impidieron el hacerse útil á la humanidad, particularmente en la provincia. Movido de la miseria que afligia á los gallegos, vino á Madrid á solicitar socorros para aliviarlos. A este fin leyó en la Sociedad patriótica de Madrid una excelente *Memoria sobre los medios de alentar y proseguir la industria en Galicia*, la cual se imprimió en 8.° en 1782. Sus votos fueron oidos, y consiguió se aboliesen costumbres abusivas, que eran obstáculo al desarrollo de la industria en Galicia, en cuyo país empezaba á prosperar la agricultura. Disfrutaba por su canonicato de la renta de ochenta mil reales, la que distribuia á las familias y personas más necesitadas, razon por lo que se le conocia en toda Galicia con el honrosísimo dictado de *Padre de los pobres.* Fué tal su caridad, que á su muerte, ocurrida el año 1806, no se encontró dinero en su casa con que costear sus funerales, los que se hicieron magníficos á costa del arzobispo y del cabildo de la iglesia.—C.

SANCHEZ (Tomás). Este ilustrado jesuita español nació en la ciudad de Córdoba, del bello país de Andalucía, el año 1550, de padres nobles. Desde niño se le confió á hábiles maestros que cultivaron sus buenas disposiciones para el estudio de las letras. A los diez y seis años abrazó la regla de S. Ignacio, y tan luego como acabó sus cursos de filosofía y de teología con brillantez, se le encargó de la direccion del noviciado en Granada. Los deberes que le imponia tan honroso cargo, el constante estudio y las prácticas piadosas ocuparon desde entónces todo su tiempo. A sus extensos conocimientos unió Tomás un espíritu vivo y penetrante, de modo que facilísimamente resolvia las dificultades más intrincadas. Extendiéndose rápidamente por España é Italia su reputacion, apénas tenia tiempo para responder á las cuestiones que de todas partes se le sometian. Esto dió ocasion al P. Sanchez para publicar su tratado *De Matrimonio*, obra destinada especialmente á los confesores y á los encargados de la direccion de las almas; pero en la que los más escabrosos detalles, dice su biógrafo Weis, estan presentados con una especie de cinismo de que no hay ejemplo. Aprovecháronse sus adversarios del escándalo que produjo la publicacion de esta obra para denunciarle á los tribunales eclesiásticos, mas á pesar de lo mucho que trabajaron para ello, no pudieron conseguir se le condenase. El fin del P. Sanchez no era evidentemente el

que suponian sus enemigos, y la inocencia de su vida, la austeridad de sus costumbres, respondian á las inculpaciones que se han renovado muchas veces despues sin éxito alguno. El cuidado que tuvo que poner en la publicacion de sus demás escritos, dulcificaron los sinsabores que le proporcionó su primera obra, y murió en Granada el dia 19 de Mayo de 1610. Hiciéronsele unas magníficas exequias, á las que asistió el arzobispo, el Consejo Real y todas las autoridades y principales personajes de Granada. Al famoso tratado sobre el matrimonio debió el P. Sanchez toda su reputacion. Titúlase esta obra: *Disputationes de Sancto Matrimonii Sacramento.* La primera edicion se publicó en fol. en 1602, y despues se han hecho hasta quince ediciones, y la más buscada es la impresa en Amberes en tres partes, en fol., el año 1607. En el Diccionario de Bayle, artículo Sanchez, se dan ámplios detalles sobre el fondo de esta obra y las razones alegadas en contra y en favor del autor, todo lo cual se encontrará tambien en las *Remarques* de Joly. Además de esta obra se conservan del P. Sanchez la siguiente: *Opus morale in præcepta Decalogi*; Madrid, 1613, y Lyon, 1621, en dos vol. El segundo tomo contiene un tratado completo de los votos y de los deberes monásticos. *Concilia seu opuscula moralia*; Lyon, 1634 y 1635, dos vol. en fol., que viene á ser una coleccion de jurisprudencia. Las obras del P. Sanchez se publicaron en coleccion en Venecia, en siete vol. en fol., el año 1740. A pesar de cuanto se ha criticado en su época y despues á este sabio jesuita, su obra sobre matrimonio se ha reimpreso multitud de veces, siempre se ha buscado por los teólogos, y áun hoy se consulta mucho en las bibliotecas, y se procura adquirir por los bibliófilos y por los eclesiásticos.—B. C.

SANCHEZ (P. Fr. Vicente), hijo de Juan Sanchez y de Francisca Cabezuda, naturales de Vallecas, nació en 5 de Abril de 1704, y se bautizó en la iglesia de S. Luis á 13. Vistió el hábito de la órden de S. Francisco de Paula en 1719, siendo en ella lector jubilado de teología, con otros encargos de la religion, y últimamente muchos años vicario de la venerable Orden Tercera. Fué un religioso verdaderamente virtuoso, recogido y muy dado á la oracion, circunstancias que le granjearon la mayor estimacion de las personas más visibles de la corte, y entre otras del nuncio de Su Santidad Palavicini, que le escogió por su confesor. Falleció en el convento de la Victoria de Madrid, á los sesenta y seis años de edad, á 17 de Mayo de 1770. Escribió: *El Mínimo para todos en toda materia devota, moral y mística;* Madrid, 1763, en 16.°—A. y B.

SANCHEZ DE ALBEROLA (Fr. Justiniano), religioso de la órden de San Juan de Dios. Nació en Valencia en 9 de Febrero de 1597; fueron sus padres Justiniano Sanchez de Calatayud y Doña Isabel Alberola y Centellas, de la principal nobleza de aquel reino. Comenzó sus estudios en la universidad de

su patria, pasando despues á Salamanca á seguir los de cánones y leyes, en que se graduó de bachiller. En su patria, donde regresó despues, se ordenó de sacerdote, obteniendo un canonicato. Con este motivo sostuvo algunos pleitos con el arzobispo, que lo era á la sazon D. Fr. Isidoro de Aliaga, del órden de Santo Domingo, y distinguiéndose demasiado en su defensa contra el arzobispo, tuvo que abandonar á Valencia, y marchó á Sevilla con ánimo de pasar á las Indias, donde tenia parientes muy relacionados, y áun de la misma familia de los gobernadores, y personas además muy ricas y nobles. Mas enfermó de unas crueles calenturas, las que se le agravaron con tal extremo, que estuvo próximo á perder la vida, por lo que hizo promesas al Señor que si le sacaba de aquel peligro, pasaria los dias que le quedasen en un hospital sirviendo á los pobres, en memoria del beneficio que recibia de su mano. Recobróla, y parece que olvidándose de su voto, dió la vuelta á su patria, adonde fué recibido con grandes muestras de amor por sus parientes; pero en medio de tanta asistencia y regalo, le sucedió que asaltado una noche de un pesado sueño, le pareció que se moria, y pensando que sería aviso del cielo para que cumpliese el voto que habia hecho, sin más dilacion que buscar mula para su jornada, volvió á Sevilla. Pidió el hábito en el convento de la Paz, y profesó á 11 de Abril de 1627. Pusiéron luego á su cargo la administracion de la hacienda del campo, en que procedió satisfactoriamente, pasando despues á ser enfermero mayor, maestro de novicios y sacristan en algunas épocas. Hiciéronle prior de la casa hospital de Sevilla, y mejoró tanto la hacienda del Romeral, hermosa heredad que poseia aquel convento, que le volvieron á elegir prior con dispensa del nuncio á peticion del definitorio. Fabricó lo más y lo mejor que tiene el convento, y apénas cumplió un año del segundo priorato, cuando le nombraron provincial de Andalucía. Continuó en sus mejoras, y el año de 1638 fué nombrado general, asistiendo al mismo tiempo como prior al convento de nuestra Señora del Amor de Dios, y V. P. Anton Martin, donde habia sido elegido. En su tiempo se confirmaron las nuevas constituciones, y las hizo poner en ejecucion, de lo que resultaron algunas inquietudes, pero se sosegaron fácilmente. En el año de 1640 fué llamado á las córtes celebradas en Aragon, Cataluña y Valencia, y asistió á las grandes juntas que tuvieron lugar en la corte en aquellos años. Ordenóse de sacerdote á los tres de su generalato, y continuó sin embargo su oficio, acabando felizmente su carrera. Las inquietudes que hubo durante el gobierno del P. general Ordoñez, obligaron al nuncio de Su Santidad señor Rospillosi, que fué despues pontífice, á llamarle á la corte, para que asistiese al gobierno de su religion, y queriendo volverse á Sevilla, le notificó un auto en que le mandaba que volviese dentro de tres meses, so pena de excomunion mayor, y privacion de voz activa y pasiva. Volvió á la corte

y estuvo algun tiempo en ella por estimar las honras que el señor nuncio le hacia. Pero se retiró despues á su convento de Sevilla y á su celda, sin ocupar oficio alguno por su estado sacerdotal. Vivió con grande ejemplo en aquella santa casa veintiseis años, y estuvo trabajando la mayor parte de este tiempo en formar la historia de su Orden, cuyos apuntes sirvieron despues al P. Fr. Juan Santos para publicar la suya. Era hombre de grande erudicion, de mucho juicio y celo por su religion y de particular inteligencia en las construcciones. Llegó en tanto el tiempo de ir á dar cuenta de los talentos que el Señor le habia entregado, y á 30 de Marzo de 1671, al amanecer, despues de haber acabado de decir misa, como tenia de costumbre, se comenzó á quejar diciendo le faltaba la respiracion. Aumentábase cada vez más su enfermedad, y con pocas esperanzas de salvarse en opinion de los médicos. Continuó sin embargo sufriéndola, aunque con grande molestia por lo penosa que era, y llevándola con notable paciencia, aumentando siempre su conformidad con la voluntad divina, y aumentando su enfermedad al mismo tiempo. Recibió el Santísimo Sacramento de la Eucaristía, oyendo una misa en el oratorio con grande devocion y mucho arrepentimiento. Su grande robustez le permitió pasar en pie la mayor parte de la enfermedad, hasta que su violencia, unida á su mucha edad, le postraron en la cama. Recibio la extremauncion con el mismo arrepentimiento y dolor que el viático, y acabado de recibir este santo Sacramento, mandó que llamasen á toda la comunidad, y hallándose todos juntos, les pidió con grande humildad perdon, haciendo una plática tan espiritual y devota, que dejó á todos enternecidos. Pidió en presencia de la comunidad á su prelado le enterrasen como pobre, y que fuese en el claustro de aquel hospital. Despidiéronse todos los religiosos con notable sentimiento, abrazándole y besándole la mano, reconociéndole y venerándole como á padre de la religion, y en medio del sentimiento que cada uno tenia, les servia de consuelo el ver con cuánta paciencia llevaba lo penoso de la enfermedad, y cuán conforme estaba con la voluntad de Dios. Llegó el viernes 30 de Mayo del año 1670, y reconociendo que se acercaba su última hora, pidió al confesor que no se apartase de allí y que le ayudase á hacer muchos actos de contricion. Tenia un santo Cristo en las manos, ante quien los hacia, y reparando que no era el que se daba á los pobres en iguales circunstancias, dijo: «Traíganme el santo Cristo de la enfermería con que mueren los pobres que quieren morir con él.» Lleváronsele al punto, y estando abrazado con su divina Majestad, le decia muchas jaculatorias y hacia actos de amor y de contricion. Cuatro horas ántes que espirase llamó al prior con grande instancia, y le pidió encarecidamente le subiese á la enfermería y le acostase en una cama de los pobres, pues queria morir como tal. Decia con grande dolor: «¡Oh! si

tuviera fuerzas cómo hiciera carnicería de mi cuerpo con azotes y disciplinas para recompensa de lo mucho que tengo ofendido al Señor!» El viernes 30 de Mayo le acompañó todo el dia el P. Mtro. Fr. Martin de Zañartu, del órden de S. Benito, hasta que por la noche, entre nueve y diez, entregó su alma á su Criador con tan grandes muestras de arrepentimiento, que todos los que se hallaban presentes, que fueron el abad de S. Benito, el referido P. Maestro Fr. Martin de Zañartu, y su confesor con toda la comunidad, quedaron áun en medio del sentimiento, admirados de una muerte tan feliz, pues al espirar, miéntras se le cantaba el Credo, él mismo arrimó á su boca el santísimo Cristo, y le besó en los pies para entregar el alma en sus manos. Decidióse enterrarle el dia siguiente 31 de Mayo, á las cinco de la tarde, á cuyo acto concurrió toda la nobleza de Sevilla. Por la mañana fueron todas las comunidades á decir su responso y celebrar misa; ofició en la del funeral el P. abad de S. Benito con toda la comunidad. Llevaron el cuerpo á la sepultura religiosos de diferentes religiones, con grande sentimiento de todos, así eclesiásticos como seglares, pues todos le lloraban porque era el padre de todos. Fué sepultado, como lo habia pedido, en un ángulo del claustro del hospital, donde se puso un altar y el epitafio que despues insertaremos; á los ocho dias de su defuncion se celebraron las honras con grande concurso de todos los caballeros de Sevilla, y de todos los prelados de las religiones. Ofició lo mismo que en todos los actos anteriores el R. P. Fr. Juan Alzamora, abad del convento de S. Benito, con su comunidad, y dijo la oracion fúnebre el ya citado P. Mtro. Fr. Martin de Zañartu, del mismo Orden, que como hemos dicho, se habia hallado á su cabecera hasta su fallecimiento, siendo testigo de las muestras que dió de dolor, conocimiento que tuvo de la aproximacion de su última hora, exhortacion que dirigió á los religiosos para la mejor observancia de su instituto, fervor y grande espíritu con que pedia perdon al Señor crucificado de sus pasadas culpas, actos vivos de fe y esperanza, que estuvo continuando hasta que espiró, con otras particularidades que refirió con grande extension en la oracion fúnebre, de lo que se infiere piadosamente que estará gozando de los eternos bienes que el Señor tiene designados á los que le siguen. Se halla señalada su sepultura en que se lee el siguiente epitafio:

D. O. M. S.

Aquí yace el Rdo. P. Fr. Justiniano Sanchez de Alberola, presbítero, quinto general que fué de esta sagrada religion de hospitalidad, cuya modestia y celo de su religion fué sin segundo. Pasó de esta á mejor vida á los setenta y tres años de su edad, y de religion cuarenta y cuatro, en treinta de mayo de mil seiscientos setenta. —R. I. P.

Este epitafio se halló sin embargo equivocado al poner quinto general, pues parece que Fr. Justiniano Sanchez de Alberola lo fué sexto de su instituto, segun más á la larga refiere la Crónica.—S. B.

SANCHEZ DE LOS ANGELES (V. Fr. Francisco). Nació año de 1620 en la parroquia de S. Miguel, hijo de Juan Sanchez y de Teodora Martinez. No contaba aún cumplidos quince años cuando tomó el hábito de agustino recoleto, y profesó en el convento de Madrid á 12 de Noviembre de 1636. La modestia de ojos, compostura de cuerpo, prontitud de ánimo, continuacion de retiro, refrenamiento de lengua y práctica de vida devota que aprendió en el noviciado, fué la regla de su porte hasta el último. Leyó artes y teología con singulares aplausos de su ingenio y aprovechamiento de sus discípulos. Fué predicador de fama, ocupó y desempeñó los oficios de rector de Salamanca y de Alcalá, prior de Portillo y Toledo, secretario y definidor de la provincia, y últimamente definidor general de toda la religion. Despues de esto se retiró á Toledo, en donde se ejercitó en todo género de virtudes y penitencias de que no ha quedado otra noticia, segun lamenta la historia, que la fama y opinion pública que le califica de Santo, por cuya razon asistió á su entierro innumerable multitud de gente. Murió de un tabardillo, á 14 de Setiembre del año de 1684.—A. B.

SANCHEZ CALVO (V. D. Alonso), presbítero, beneficiado y cura propio de la iglesia parroquial de S. Miguel de Sevilla, y visitador general de todo su arzobispado, que murió santamente en la villa de la Calzada á 19 de Junio de 1731, á la edad de cincuenta y siete años. Hizole su sobrino y sucesor en el curato D. Salvador Sanchez Calvo suntuosas honras en dicha parroquia, y predicó el P. Domingo García, docto jesuita, cuya oracion fúnebre dió á la prensa en la citada ciudad el mismo año 31, y en la dedicatoria al Excmo. señor arzobispo hace resaltar tanto el mérito de su santo tio, como el concepto y estimacion en que se tenia dicho prelado, pues pasó á visitarlo con ocasion de hallarse enfermo. Es el primer censor de dicha oracion el V. D. Tomás Ortiz de Garay, quien se expresa acerca de este eclesiástico en los términos siguientes: «La prodigiosa vida del espiritualísimo D. Alonso Sanchez Calvo es ejemplo y confusion de sacerdotes... En todo fué admirable nuestro venerable difunto, pero fué singular en el cumplimiento del peligroso cargo de cura de almas.» Segundo censor ó aprobante fué el marqués de la Peñuela D. Luis Ignacio Chacon, arcediano de Niebla en la catedral de Sevilla, y no se esmera ménos en elogiar al venerable párroco. Oigamos algunas de sus expresiones: «Todos le creiamos ó empleado siempre en beneficio de las almas, ó en el familiar trato con Dios en la oracion... Por la fe, confianza y fidelidad que desde sus primeros años resplandecieron en el Sr. Don Alonso le llamó Dios á vida más perfecta, como otro Moisés, para director

y caudillo de un escogido pueblo, para párroco de una piadosa y nobilísima feligresía, pastor de su amado rebaño, y para confesor y director único del santuario de madres Capuchinas... Mucho pareerá á alguno lo que en este panegírico se dice de nuestro amado difunto; pero á mi parecer es mucho más lo que por justos motivos se calla. Ejecutó en sí el Sr. D. Alonso la idea que de la vida de los sacerdotes nos proponen los santos Padres y doctores. Correspondió su vida y ejemplos á la alteza del nombre de sacerdote.» Sigue el orador diciéndonos, que el V. Sanchez vivió como un ángel. «Vivió entre nosotros un espíritu que para acreditarse santo, tiene á su favor el que lo dicen todos. Vivió entre nosotros un pastor de almas, blandísimo en las palabras, benigno en las ideas, generoso de manos, humilde de corazon, cortado á las medidas del gusto de Pedro y del corazon de Cristo... Vivió finalmente entre nosotros un ángel de paz. Como tal se portó siendo visitador del arzobispado, pues en todos los pueblos allanó dificultades muy árduas; reconcilió voluntades muy opuestas; deshizo escándalos, arrancó vicios, plantó virtudes y todo con paz.» Así vivió, dice despues, en el mundo este hombre ángel... y luego exclama el mismo orador: «¡Qué amor á Dios tan fino! ¡Qué obediencia á los superiores tan rendida! ¡Qué oracion tan fervorosa! ¡Qué contemplacion tan elevada! Su amor á Dios casi lo sacaba fuera de sí... Con Cristo sacramentado se liquidaba su corazon, y así obraba humilde ó cantaba fervoroso cuando se exponia á la pública adoracion el Santísimo Sacramento... El misterio de la Purísima Concepcion, despues de la Eucaristía, era el mayorazgo de sus amores... Con lágrimas en los ojos, me dijo su director el P. Manuel de la Peña, que en la virtud de la obediencia era un asombro. Otro confesor suyo, el P. Francisco Acebedo, dijo que en la humildad era eminentísimo. Lo ménos prodigioso era llamarse á sí mismo serranillo vil, misero gusano, el mayor de los pecadores.» Hablando de esta humildad el señor Marqués, arcediano, en la citada censura, la califica de heróica en atencion á que «se gozaba en las humillaciones y abatimientos por conformarse con Cristo, y le eran pena los aplausos, porque toda la gloria se refiriese á Dios... Su humildad no peligró en la séria prueba de la singular estimacion y honores de sus prelados y nobleza de esta ciudad, en que otra ménos vigorosa virtud hubiera experimentado el triste naufragio de la vanagloria.» Prosigue su panegirista tratando de la oracion fervorosa de nuestro venerable, y refiere cómo entre los treinta y tres propósitos que se le hallaron escritos de su mano, y que se imprimieron al fin del sermon que estamos extractando, en el décimotercio no omitió nunca la oracion, sino por socorrer al prójimo ú obedecer á sus superiores. «Tres horas, con especialidad al alba, medio dia y la noche, eran las de su más alta oracion; retirábase todos los años á hacer los ejercicios de S. Ignacio, y aquí soltaba

los diques á su fervor, multiplicando las penitencias, que eran dilatado martirio de su vida; las disciplinas de sangre eran casi cotidianas, ya con ásperos cordeles, ya con espantosas cadenillas. La multitud de silicios pone horror, y una cruz de aceradas puntas para el pecho... En cuanto al amor del prójimo, todos le amaban, porque él amaba tiernamente á todos.» Bastantemente lo manifestó en las apostólicas tareas del púlpito, confesonario y enseñanza del catecismo. Acreditaron su celo por salvar almas tantos pecadores, especialmente un desalmado bandolero y una desenfrenada prostituta, que por su eficaz y dulce persuasion mudaron en penitente su vida relajada; y tantos justos que adelantaron infinito en la carrera de la virtud, guiados de sus consejos y dirigidos por él. Aún por esto el orador da tres veces el epíteto de espiritualísimo al venerable párroco; lo mismo se repite en el título del sermon, y tambien se lee en la aprobacion del V. Ortiz: «Sus limosnas fueron tantas y tan frecuentes, que apuró todos los modos de dar. Daba dando, daba no recibiendo, y daba poniendo á la divina Omnipotencia en la necesidad de que diera cuando él no tenia qué.» Sucedió pedirle socorro una religiosa, á quien faltaba áun lo necesario para vivir, y sin tener un ochavo el V. Padre, llevado solo de su caridad, echó mano á la bolsa para buscar qué darle confiado en la misericordia de Dios, y se encontró con un doblon. Admirado entónces, y por disimular el favor del cielo, le dijo: «Ella es hechicera. Dos meses ha que tal moneda no tengo; tómela, que su divino esposo la ha favorecido.» Tuvo particular imperio sobre los demonios, y singular don para dirigir almas. Habiendo enfermado, pasó de órden de los médicos á las aguas de la villa de la Calzada, no sin ciertos prenuncios de su cercana muerte, porque dijo que era preciso salir de Sevilla para morir, pues allí le detenian la muerte los ruegos de sus hijas las Capuchinas. Verificóse, espirando con los ojos clavados en las llagas de un crucifijo, á los treinta años de cura, exhalando su cadáver celestial fragancia por tres dias, con admiracion general, y aclamándolo santo todos á una voz. Por obedecer á su prelado, y siendo humildísimo hasta despues de morir, condescendió en lo que tanto se habia negado á permitir de que se trasladase su cadáver á Sevilla; pero esto fué previniendo á sus sobrinos, que en una esportilla tosca y despreciable mudasen sus huesos, y los sepultasen en el entierro comun de los donados sirvientes del convento de Capuchinos. A los cuatro años, en el de 1733, se trasladaron en 10 de Setiembre los huesos del V. Sanchez, desde la parroquia de la Calzada á la iglesia de Capuchinas de Sevilla; predicó el Dr. D. José Cárlos Tello Cárlos de Eslava, canónigo de aquella catedral, y se dió el sermon á la estampa. Tribútanse en él nuevos elogios á las relevantes virtudes y méritos del espiritualísimo difunto, y de ellos daremos aquí un resúmen. Dice que piadosamente se cree que es bienaventurado, infiriéndolo

dolo de su penitente vida y envidiable muerte, de sus heróicas virtudes y virtuosísimas obras. Cuando por su mucha humildad, basa de todo el espiritual edificio, no pensaba sino retirarse á su patria á hacer una vida oscura, abstraida y solitaria, le previno un recado del señor arzobispo que se presentára á oposicion del curato de S. Miguel, que estaba vacante; del mismo modo fué nombrado visitador general de la diócesis, al paso que él más procuraba abatirse y ser despreciado. Llegó á rayar en esta línea tan alto, que de pocos se cuenta hayan hecho sacrificio á la humildad hasta de su entendimiento, su saber y su reputacion literaria. Sucedió varias veces, siendo mozo, que tocándole argüir ó responder en conferencias escolásticas, ponia un argumento sutil, y daba una solucion frívola con ánimo de que todos se riesen ó burlasen de él, lo despreciasen y tuviesen por necio. Nueva y rara invencion de un hombre profundamente humilde. No lo fué ménos ya el pedir de rodillas perdon á los que se veian ofendidos por algunos de sus hijos espirituales, diciendo que aquel era mal hijo, porque él era mal padre; ya el haberse postrado á los pies de un insolente, que por haberle reprendido el V. Padre la conversacion que tenia con una mujer en la iglesia, sacó la espada para matarlo, resignándose á morir por remediar la profanacion de la casa de Dios. Accion, dice el orador, digna de fama eterna y que si no hubiese ejecutado otra en crédito de su santidad, sobraba para ser reputado por un verdadero justo, celoso de la gloria de Dios. Con razon le da el doctor Arenzana los epítetos de mortificadísimo, prudente, ínclito y apostólico varon. Era tal su dominio sobre los espíritus infernales, que como refiere el P. García en el ya citado sermon de sus honras, con solo pisar el ribete de la ropa de una energúmena, á quien cruelmente atormentaba el demonio, lo sujetaba y domaba. No tenia ménos poder sobre las enfermedades, pues bastaba mandar á una religiosa enferma que se pusiese buena y pasase al coro para quedar sana, alcanzando á tanto la virtud de su espiritual magisterio, que estando en su casa ó parroquia lo oian las capuchinas en lo interior de su ánimo, unas mandarles comulgar, otras darles consejos importantes para salir de sus dudas en el servicio de Dios. Habia ya insinuado el Padre García el aprecio en que la villa de la Calzada tuvo al V. Padre, juzgándolo como un tesoro que le habia enviado el cielo, por cuya razon estuvo cuidadoso y vigilante en poner guardas para que no le robasen el cadáver del santo, que así lo llamaban á una voz todos. Esta devocion y estima consta por el predicador de la traslacion, quien refiere cuánto se resintió la villa por espacio de cuatro años á entregar tan preciosa alhaja, mirando aquellos huesos como reliquias de su santo. Así es que no bastaron cartas ni ruegos para franquear el sepulcro, porque el pueblo se oponia con tal empeño, que se temia un motin. Llegó el caso hasta de fijar públicos car-

teles, convocándose los vecinos para impedir el que se les privase de las venerandas reliquias: «Hacemos saber, decia el cartel, á todos los vecinos de esta villa, cómo el sacerdote que vino de Sevilla y murió en opinion de santo, han venido por él; y así pues esta villa ha tenido tal dicha no la despreciemos, ni perdamos tiempo, y no tendrá razon esta villa en dejarlo sacar, y así cuidado.» En consecuencia de esto andaban aunados de noche por evitar una extraccion por sorpresa. Fué, pues, necesario que el señor arzobispo obtuviera un Real decreto en que S. M. mandaba efectuar dicha traslacion. Solo por respeto á las Reales órdenes y á la autoridad apostólica cedieron aquellas piadosas gentes, consintiendo con harto dolor la extraccion; pero al manifestar los venerables huesos en la parroquia, excitaron en sus feligreses voces y acciones, que fué preciso contuviera la reprension, prohibiendo continuasen en demostraciones de culto á los huesos de nuestro difunto, dice el Sr. canónigo Tello; y el Sr. Marqués, arcediano, aprobando este sermon, como aprobó el de las honras, estampa estas palabras: «Ha obtenido de Dios el Sr. D. Alonso insignes señales que acreditan su virtud y los excelentísimos honores con que en vida y en muerte ha sido exaltado su grande mérito.»—S. B.

SANCHEZ DEL CAMPO (Fr. Francisco), franciscano español del siglo XVI. Tomó el hábito siendo muy jóven todavía, y en su noviciado manifestó tal amor á la regla y tantos deseos de figurar entre los más aventajados en su observancia, que desde luego se auguró bien de sus futuros progresos. En efecto, obediente y humilde procuraba ocuparse en todo género de oficios, y no tenia necesidad del mandato de sus superiores, sino que se adelantaba en cuanto conocia podia serles de alguna utilidad. Jamás esperó á que se le avisase para ninguna de las prácticas ú obligaciones de la comunidad, pues siempre se presentaba en los lugares donde debian verificarse mucho ántes de que se comenzáran, no saliendo hasta mucho despues que habian terminado. Empleaba estos ratos en la oracion por no faltar á sus demás obligaciones, que eran muchas, pues además de las que la caridad le imponia, hacia otras voluntariamente y por servir á sus superiores y áun á sus iguales, siguiendo aquella máxima que dice: «Sirve á los pequeñuelos. pues sirves á Jesucristo en ellos.» Despues de su profesion fué destinado á los estudios en el colegio de S. Diego de Alcalá, semillero de los más insignes varones de la religion Seráfica; Sanchez procuró no desmerecer entre sus más aventajados compañeros, y aunque su carrera no fuese de las más célebres en aquella época, ocupó dignamente su puesto, obteniendo algunos triunfos literarios. Mas su pasion favorita era la obediencia de la regla de su Orden, y en esto trabajó con extraordinario celo, consiguiendo recordar en algunas ocasiones los buenos tiempos de la observancia primitiva. Amante

de la pobreza no solo no tenia nada propio, sino que todo lo que destinaba para su uso, habia de ser lo más viejo y peor no solo de la comunidad, sino tambien de la Orden. Sus muebles eran tan sencillos como toscos, y si veia á alguno que carecia de mesa, silla, etc., y la tenia él, procuraba proporcionársela desde luego dándole con frecuencia la suya propia. A este desprendimiento en lo temporal unia una grande abnegacion en lo espiritual, y hacia todo género de ejercicios, oraciones y penitencias á peticion de sus hermanos y áun de otras personas, aunque no le quedára tiempo para ocuparse de sí mismo. Así lo manifestó á la hora de su muerte, encomendándose á las oraciones de los religiosos que rodeaban su lecho, recordándoles cuánto habia trabajado por servirlos, por lo que en aquellos momentos se encontraba él enteramente desprovisto de lo que le era tan necesario. Murió con la mejor opinion, no obstante esta y otras muchas pruebas de humildad, dejando una obra con el título de *Passio Domini*, que se imprimió en Alcalá en 1597, en 8.°—S. B.

SANCHEZ DEL CASTELLAR (D. Felipe Mateo), natural de Daroca, de ilustre linaje. Fué canónigo y vicario general de Calatayud, canónigo, arcediano y vicario general de Tarazona, arcediano mayor de Sta. María, dignidad de la metropolitana de Zaragoza, rector de su universidad en los años de 1706, 1715 y 1718, regidor presidente de su real y general hospital, y diputado de Aragon, de quien trata el marqués de Rivas en la *Suces. del Rey D. Felipe V*, página 209. Le imprimió el cabildo metropolitano de Zaragoza, y dedicó al mismo monarca: *Sermon en la solemne traslacion del Santísimo Sacramento, del antiguo al nuevo templo metropolitano de nuestra Señora del Pilar de Zaragoza, que dijo el 14 de Octubre de* 1718. En esta ciudad, por los herederos de Madrid Roman, en dicho año, en 4.° Debe aquí referirse el nombre de D. Miguel Mater Diez de Aux, de quien en la *Palestra numerosa Austriaca de* 1650 se trata, página 10, donde se imprimió un grave epígrama premiado por los jueces del certámen. Véase su página 125, fólio 2.—L.

SANCHEZ DEL CASTELLAR (Fr. Manuel). Tambien se llamó Sanchez de Aribustante del Castellar, y fué sobrino de D. Vicente Hortigas y Villalpando, regente del Supremo Consejo de Aragon. Fué religioso mercenario, y en 22 de Enero de 1658 obtuvo licencia de su general, el Mtro. Fr. Juan Asensio, para agregarse á la provincia de Valencia y convento de nuestra Señora del Puche en 1659. Su ingenio, aplicacion y laboriosidad tuvieron distinguidos sucesos. Fué sabio teólogo, é instruido en el griego y hebreo, benemérito del derecho, y muy versado en las humanidades, artes, poesía, astrología, medicina y varia literatura, y muy sobresaliente en la oratoria evangélica. Predicó siete cuaresmas con aceptacion en Valencia, seis en

Orihuela, una en el metropolitano templo de nuestra Señora del Pilar de Zaragoza y en otras partes, y repetidas veces en Alicante, Barcelona, Tarazona, Huesca, Teruel, Tudela, Murcia, Daroca y otras ciudades, donde asimismo misionó con celo muy piadoso. Fué doctor teólogo, maestro de número de su religion, comendador de Teruel y de Orihuela, examinador sinodal de su obispado, juez sinodal del mismo, elector y definidor general de su religion, procurador general de Algar, predicador de número de los reyes católicos D. Cárlos II y D. Felipe V. Murió en su convento de Valencia el 27 de Setiembre de 1707. Las obras que publicó, son: 1.° *Oracion panegírica evangélica de la Concepcion de nuestra Señora, predicada en Santa Cruz de Valencia*; en esta ciudad, 1667, en 4.°—2.° *Sermon del Santo Cristo de S. Salvador de Valencia*, 1670; en esta ciudad, 1679, en 4.°—3.° *Escuela muda de gramática latina en las aulas de ortografía y prosodia, con las reglas de la ortografía castellana perfecta, y acentos de Misal y Breviario romano*; en Orihuela, por Mateo Penon, 1672, en 8.°: obra que comenzó á los veinte años de edad: obra de particular gusto é ingenio.—4.ª *Triunfo de las Siete Coronas. Sermon que predicó el dia de Ramos en Valencia*; en esta ciudad, 1675, en 4.°—5.ª *Sermon de la dominica infraoctava del Corpus Christi, predicado en Teruel*; en Zaragoza, por los herederos de Juan de Ibar, 1676, en 4.°—6.ª *Idea política y moral de los primeros ministros de la monarquía.—Sermon de accion de gracias, por haber llamado el Rey católico Don Cárlos II al Sr. D. Juan de Austria, su hermano, predicado en la catedral de Huesca el 8 de Febrero de 1677*; en dicha ciudad, por Juan Francisco de Larumbe, en 4.°—7.ª *Oracion panegírica de Sto. Tomás de Aquino, doctor angélico, predicada en Daroca*; en Zaragoza, 1681, en 4.°—8.ª *Sermon de gracias por el recobro de la salud del señor Rey católico D. Cárlos II, en Valencia, 5 de Noviembre de 1696*; en dicha ciudad, por Vicente Cabrero, en 4.°—9.ª *Tesoro inefable de divinas riquezas el glorioso S. Martin, sermon predicado en Valencia*, 1690; en ella, por Lorenzo Manier, en 4.°—10. *Sermon del Angélico doctor Sto. Tomás de Aquino, predicado en Valencia*, 1691; en ella, por Lorenzo Manier, en 4.°—11. *Oracion sagrada de S. Pascual Bailon, predicada en Valencia, en* 1691; en ella, en 4.°—12. *Metricum novissimorum Consilium*; en Zaragoza, 1676, en 4.°, por los herederos de Juan de Ibar.—13. *Certámen singular inter Illmo. D. Caramuel qui Logicam Novam ingenio adstruit, ad Magistrum Arbustante, Mercenarium, qui Logicam Novam doctrina destruit*; en Valencia, 1703, en 4.°—14. *Opusculum curiosum, devotum et utile de aqua benedicta à filiis ecclesiarum non tollenda feria quinta et sexta Majoris Hebdomadæ*; en Valencia, 1705 en 4.°—15. *Etimología y sintáxis*; trata de esta obra en el prólogo de la *Escuela muda de Gramática latina*: dice que tenia en disposicion de imprimarse con las siguientes:

16. *Gramática Griega y Hebrea.*—17. *Vocabulario ortográfico.*—18. *Arte de Poesía latina.*—19. *Arte de retórica para lo sagrado y político.*—20. *Gramática Castellana.*—21. *Espejo de cristianos en las vidas de los santos de la religion de nuestra Señora de la Merced, Redencion de cautivos.*—22. *Red evangélica de oraciones sagradas para todos los dias de la cuaresma.* De estas obras, dice una memoria que tengo remitida del convento de la Merced de Valencia, que no se sabe se haya impreso alguna de ellas, ni tampoco dónde han parado, y en la misma memoria tambien se previene que además de los referidos sermones imprimió otros muchos, que se conservan en dichos conventos, como son: 23. *Otro sermon del Santísimo Sacramento del altar.*—24. *Otros del Angélico doctor Sto. Tomás de Aquino.*—25. *Otros de almas.*—*De la Concepcion de nuestra Señora.*—*De rogativas*—*De enemigos*; y que dejó sin duda manuscritos un gran número de *Oraciones sagradas*, como tambien *Cuaresmas*, *Adviento*s, *Misiones* y *Exhortaciones*. Hacen honrosa memoria de su mérito entre los censores, especialmente el Ilmo. Sr. D. Blas Serralde, obispo de Tarazona; el Ilmo. Sr. D. Bernardo Mateo Sanchez del Castellar, obispo de Jaca. El Dr. D. Antonio de Segovia, arcediano mayor del Salvador de Zaragoza; el Dr. D. Vicente Navarrete, canónigo magistral de su santa iglesia, y D. Tomás Muñoz de Rosa, doctor en derechos, teniente de justicia mayor de Elche. Lo alaba tambien el maestro D. Miguel Bueno, en la declaracion de su Prosodia régia.—L.

SANCHEZ Cotan (Fr. Juan), pintor español, natural de Alcázar de S. Juan, y uno de los mejores discípulos que tuvo Blas del Prado en Toledo. Entró de religioso lego en la cartuja del Paular, y tanto en este convento como en otros diferentes puntos, dejó muchas y excelentes obras. Entre las que pintó para su convento se citan con elogio á nuestra Señora de las Angustias con su Hijo santísimo difunto en los brazos; seis cuadros de la Pasion; una Vírgen abrazada con el Niño Dios en la capilla de la Antigua; el cuadro del altar de Sta. Ana, que representa á nuestra Señora con el Niño que se avalanza á Sta. Ana, y S. Joaquin detrás; una Piedad detrás con el Señor muerto, y otros. Para la cartuja de Granada, adonde fué trasladado, pintó cuatro lienzos de la pasion de Cristo, para la capilla mayor; otros dos de la huida de Egipto y el bautismo de Cristo para la misma capilla, y otros muchos, que si fuésemos á enumerar uno por uno, harian muy extenso este artículo.—M. B.

SANCHEZ Duque (D. Juan), obispo de Guadalajara de Indias, cuarto de este nombre. Tuvo por patria á Sta. Cruz, lugar cercano á la villa de Talavera de la Reina, hijo de padres muy pobres. Hizo sus primeros estudios en la villa de Oropesa, en el colegio de la Compañía de Jesus, y fué colegial en el del Virey de aquella villa. Pasó de Alcalá á estudiar teología en 1604, en

el veintitres de su edad. Para que su pobreza no impidiese el progreso y continuacion de sus estudios, un canónigo y doctor de aquella universidad, llamado Espinosa, le favoreció con los medios suficientes á que era acreedor por su talento y aplicacion hasta concluir su carrera. Graduóse de licenciado y maestro en artes, siendo segundo en licencias. En el año 1611 fué catedrático de artes y cura del lugar de Espinosa de Henares, y colegial de Málaga de los primeros que hubo. Tambien lo fué en el colegio de Cuenca, de Salamanca, y cura de Fuencarral, lugar cercano á Madrid. Volvió á Alcalá y fué canónigo de la iglesia colegial de los Santos Justo y Pastor, y catedrático de teologia moral, como tambien de prima de la sagrada Escritura, siendo electo obispo en 27 de Setiembre del año 1635. Partió para su residencia, y llegado á ella, visitó una parte. Renunció el obispado y tomó el hábito de la Compañia de Jesus. Espiró en el mes de Marzo de 1645 á los sesenta y dos años de edad, edificando al mundo y tendido sobre una cruz de ceniza, siendo sepultado en su iglesia.—M. B.

SANCHEZ DE LA FUENTE (Fr. Antonio), franciscano español de la provincia de Castilla, de la Observancia regular. Nació á últimos del siglo XVII, manifestando desde sus más tiernos años hallarse llamado por su vocacion al estado religioso. Así que sus estudios, ejercicios y prácticas, todo lo dirigió en este sentido, consiguiendo hacer iguales adelantos en la ciencia y en la virtud. Su familia, deseosa de verle vestir el hábito, le proporcionó cuantos medios se hallaban á su alcance, y correspondiendo él á sus sacrificios consiguió muy en breve hallarse en estado de ingresar en la órden Seráfica. No puede expresarse su alegria, y mucho ménos la de sus padres y parientes, al verle ya en tan sagrado instituto, pues se habia realizado el objeto de sus esperanzas, y su tierno vástago se encontraba en situacion de trabajar en su propio beneficio, al mismo tiempo que en el bienestar de su religion y patria. Sanchez, nacido á nueva vida, procuró llenar todos sus deberes con la mayor escrupulosidad, y en efecto, en muy breve tiempo se le vió hacer los mayores adelantos en el camino de la perfeccion. Humilde y obediente procuraba adivinar la voluntad de sus superiores, y renunciando la suya propia, procuraba ser todo para todos y servirlos como el discípulo á su maestro. Austero y penitente, añadia á las prácticas de la religion otras suyas propias, y siendo el primero á entrar en el coro y demás actos y ejercicios de la comunidad, era el último á abandonarlos. Captóse de consiguiente el afecto de todos, y cuando se trató de ponerle á los estudios, se le dió la prueba de distincion de enviarle al colegio de Alcalá, que era una especie de seminario de nobles de la religion Franciscana. Siguió allí el P. Sanchez toda su carrera con brillantez y buen éxito, tomando parte en diferentes actos literarios, con lo que ganó grande reputacion y mereció ser elevado muy en breve al órden del sacer-

docio. En su nuevo ministerio procuró corresponder á sus buenos antecedentes, y en el púlpito en particular fué una verdadera notabilidad. Erudito y elocuente, sus sermones eran escuchados con avidez, no solo por el pueblo, sino tambien por las personas más ilustradas, y se le buscó en más de una ocasion para predicar en las principales solemnidades que se celebraban en la corte. No por esto dejaba de dirigir sus discursos al fin especial de todo orador cristiano, que es el bien de las almas y la reforma de las costumbres, en que hizo bastante fruto, pues pasó la mayor parte de su vida dedicado á la predicacion. Parece que murió en el colegio de Alcalá donde habia vivido, y donde imprimió hácia 1740, en 4.°, la única obra suya que nos es conocida, la cual lleva el título siguiente: *Oracion panegírica en la colocacion de una célebre imágen de María Santísima.*—S. B.

SANCHEZ García (Fr. Francisco), franciscano español de la provincia de Castilla, donde tomó el hábito á mediados del siglo XVII. Durante su noviciado dió pruebas de la verdad de su vocacion, pues en todos los ejercicios, áun los más ásperos y penosos que le impusieron sus maestros, manifestó una decidida voluntad, no solo de ejecutarlo, sino áun de excederse en las prácticas de la regla. Su buen natural influyó mucho en que se captára el amor de cuantos le conocian, pues á una suma bondad supo reunir un extraordinario desprendimiento en todo y para con todos. Cuando profesó y fué destinado á los estudios, se creyó en el caso de corresponder á la confianza de sus superiores con nuevas muestras de amor y respeto, y así es que aumentó en extremo no solo su obediencia para con ellos, sino tambien el carácter servicial que siempre le habia distinguido. Dió repetidas muestras de sus buenos deseos de agradar á todos, y no contento todavía se esmeró en manifestar con su humildad la grande prudencia de que se hallaba dotado. Sus grandes progresos en los estudios y la fama que en ellos habia adquirido, le valió ser nombrado predicador de la provincia de Castilla, encargo que desempeñó con el mayor celo y esmero, llenando el objeto que habia presidido á su eleccion. No le faltaba elocuencia ni tampoco erudicion, así es que en sus sermones se veia honrado por una inmensa concurrencia de las más elevadas clases de la sociedad, que acudia á oirle al mismo tiempo que á aplaudirle. Hubiera podido muy bien intentar lucirse con las galas del decir, adquiriendo á poca costa una reputacion que hubiera llenado su siglo, como hicieron otros siguiendo este camino, mas léjos de esto solo procuró trabajar en la reforma de las costumbres, y guiar á sus oyentes por el camino de la salvacion, obteniendo por este medio grandes resultados. En sus últimos años se le nombró visitador de la Tercera Orden de S. Francisco, con cuyo motivo se consagró á estudiar su estado y necesidades, trabajando para volverla al objeto de su fundacion. Con este motivo se hizo bastante popular, y

sus superiores agradecidos quisieron elevarle á más encumbrados cargos; pero lo impidió su muerte, acaecida inesperadamente con grande sentimiento de cuantos le conocian y no podian ménos de admirarle por sus buenas cualidades. Hiciéronsele suntuosas exequias, que fueron en extremo concurridas, y en la oracion fúnebre en ellas pronunciada se hizo un largo elogio de su vida y sus virtudes. Habia dejado algunas obras, entre las que se cita como la más notable la intitulada: *Breve exposicion de la regla de los Terciarios de S. Francisco, juntamente con un tratado de Indulgencias.* Madrid, imprenta Real; 1600 en 16.°—S. B.

SANCHEZ Gordillo (D. Alonso), presbítero sevillano, abad mayor de la universidad de los beneficiados de esta ciudad, sabio anticuario muy instruido en las antigüedades de su patria. Escribió: *Historia de los arzobispos de Sevilla; Memorial de las cosas eclesiásticas de Sevilla; Historia del convento de la cartuja de Sevilla;* obras que no han llegado á ver la luz pública no obstante que acerca de ellas dice Arana de Varflora lo que sigue: «Obras dignas de la prensa, y que no sé qué causa pueda ser la que haya retardado su impresion, cuando los afectos á las glorias de Sevilla las solicitan con el mayor empeño. He visto impresa, añade, una defensa que este sabio eclesiástico hizo de los privilegios del abad mayor y universidad de beneficiados de Sevilla.» De este escrito no hace mencion D. Nicolás Antonio en su Biblioteca.—S. B.

SANCHEZ de Lizarazo (D. Pedro Gerónimo). Nació ántes de la mitad del siglo XVI, en la villa de Biel, de una familia noble. Estudió en la universidad de Huesca. Fué doctor teólogo y en derechos, sabio en otras ciencias, y aventajado en todo género de erudicion. Residió en Italia y en Roma, donde ilustró sus conocimientos literarios. Fué dean y canónigo de la catedral de Tarazona, donde dió muchas pruebas en el cumplimiento de sus obligaciones, y nos dejó con gran dolor y sentimiento en su muerte, acaecida en 20 de Abril de 1614, segun el canónigo Blasco de Lanuza en sus *Historias*, tomo II, pág. 560, col. 2.ª, y el Dr. D. Domingo de Bengoechea, del Consejo de la Chancillería de Aragon, en la *Cens. del Art. Parv. Lulian*, y por cuanto este sabio magistrado fué un ilustre panegirista suyo, es razon demos sus palabras. Despues de decir que era de espléndido y agudísimo ingenio, de doctrina singular, eximia erudicion é infatigable estudio, añade que era *Omnium ætatis nostræ Theologorum facile principem; omni tamen virtutum genere, religionis splendore, vitæ integritate, ac candore; summa erga Christi pauperes pietate, et charitate nemini procul dubio secundum.* Las obras que escribió son: 1.ª *Speculum veritatis et Novi Testamenti, in quo paraphrastico sermone commentario etiam metodico; et compendioso ea omnia quæ continentur in tota Sacra ac Divina Scriptura, summa cum harmonia, et correspondentia dilucidissime explanantur. Opus sane omnibus sapientibus utile, et*

Divinæ Verbi concionatoribus, non mediocriter necessarium. Sacram etiam sapientibus discere legem vehementer, et maxime commodum. Auctore Petro Hieronymo Sanchez de Lizarazo, Sacræ Theologiæ, et utriusque Juris Professore; en Zaragoza, por Lorenzo de Robles, 1597, en fólio. Contiene treinta tablas en pliego tendido, quince de ellas del Viejo Testamento, y quince del Nuevo. Al fin lleva un epílogo de toda la Sagrada Escritura, segun sus siete principales partes, y los autores de donde se extrajo su série y órden. El título de las quince primeras tablas es: *Pulcherrimum, artificiale et subtilissimum Veteris Testamenti exemplar, et speculum, in quo singulorum librorum, et capitum ejusdem intentio harmonia, etiam cum tota Evangelica Lege apparet, atque percipitur.* Las segundas quince tablas tienen el siguiente lema: *Mirabilis et maximo utilis, integra, universalis, et particularis totius Novi Testamenti distributio: pulcherrima delineatio, et methodica divissio.* Se ha hecho particular descripcion de esta obra por ser ya rara. En Zaragoza hay dos ejemplares de ella. El primero en la librería de la santa Iglesia de nuestra Señora del Pilar, el cual perteneció á su amigo D. Bartolomé Llorente, cronista del Reino, como en él lo certifica de su mano; y el segundo en el Real convento de Predicadores.—2.° *Generalis et admirabilis Methodus ad omnes scientias faciles, et citius addiscendas. In qua eximii et piissimi Doctoris Raimundi Lullii Ars brevis explicatur et multis exemplis variisque quæstionibus, circa facultates quæ in Scholis docentur, ad praxim (quod numquam factum legitur) apertissime reducitur;* en Zaragoza, por Cárlos Labayen, 1613, en 4.°, de 426 páginas. Otra vez en 1619 por Diego de Latorre, tambien en 4.° Lleva las figuras correspondientes á sus asuntos.—3.° *De vita inclíti, et admirabilis doctoris Raimundi Lullii, et his quæ circa ejus doctrinam hactenus gesta fuerunt, multisque privilegiis eidem concesis;* en Tarazona, 1613 y 1619, por dichos impresores en treinta y una páginas en 4.° Va con la obra antecedente.—4.° *Defensa de la doctrina del V. Raimundo Lullio, caballero principal de Mallorca, y Senescal del rey Don Jaime, despues terciario de S. Francisco, doctor insigne.* Se estampó en fólio sin lugar, ni año; su edicion en ciento cuatro páginas.—5.° *Libro de la declaracion de la Ley cristiana*; contiene dos tratados: el primero del pecado de la soberbia, y el segundo de la avaricia. *Vicios capitales, raíz y fuente de los demás.* Trátase de su materia y efectos pestilenciales que causan en el alma, y juntamente de su remedio, con muchos y raros ejemplos, sentencias y doctrinas sacadas de las divinas y humanas letras para provecho y utilidad de todos; en Zaragoza, por Diego de la Torre, 1614, en 4.° Van unidos los dos tratados, aunque con índices separados, prólogos diversos y dedicatorias. El primero consta de trescientas diez páginas, y el segundo de trescientas cuarenta. En su prólogo se lee que la ley de Dios se trató en vein-

tidos tratados, que preceden al de la soberbia. Siete libros con la noticia de los siete pecados mortales no se publicaron.—6.° *Comentarios y explicaciones de la Arte Magna Lulliana*, en latin, que quedaron dispuestos para la prensa cuando murió su autor.—7.° *Relacion del estado del reino de Aragon, enviada al cardenal D. Antonio Colona, en ocasion de haberle nombrado el rey D. Felipe III por virey de Aragon*, ms. La trabajó ántes del año de 1602, en Roma, segun el marqués del Risco, parte XXIII de su Biblioteca manuscrita de Escrit. sobre la ley de Aragon. Más de treinta tratados de *materias diferentes*, que tenia concluidos en varios libros, y no se imprimieron por su muerte. Con aquel fin habia comprado una imprenta, que tenia en su casa. Tratan de su doctrina y erudicion, á más de los citados, D. Nicolás Antonio en su *Bibliot. Hisp. Nov.*, tomo II, pág. 161, col. 1.ª y 2.ª, aunque diminuto en sus noticias; el P. jesuita Juan Artal, rector del colegio de Tarazona, en su dictámen sobre el Arte Luliana; el maestro cisterciense D. Antonio Pascual en el Exámen de la Crísis del Mtro. Feijóo sobre el Arte Luliana, págs. 77 y 109, y Daniel Morhoff en su *Ply. histor. literarias*, edicion de Lubeck, 1747, tomo I, pág. 556.—L.

SANCHEZ Lucero (D. Gonzalo), ilustre sevillano, colegial mayor en el del Rey de Granada, catedrático de prima y teología en la universidad de la misma ciudad y canónigo magistral de su catedral. Escribió: *dos discursos teológicos en defensa de la Inmaculada Concepcion de nuestra Señora;* Sevilla, 1617.—*Relacion de la pasion de Cristo con algunas consideraciones para meditar sus misterios;* Granada, 1614. Se ignoran todas las demás circunstancias de su vida.—S. B.

SANCHEZ Matas (Ilmo. Sr. D. Fr. Antonio), obispo, abad perpétuo de Alcalá la Real, nació en Robleda, diócesis de Ciudad-Rodrigo, provincia de Salamanca, en 27 de Setiembre de 1762. Habiendo tomado el hábito de San Francisco, pasó á nuestras posesiones de América, donde fué presentado para el obispado de nuestra Señora de la Paz, y preconizado en Roma en 21 de Diciembre de 1818. Consagróse en Lima del Perú en 1.° de Octubre de 1820, y en Mayo de 1827 fué trasladado á la Real é insigne abadía de Alcalá la Real, *vere nullius*, con diócesis propia en veinte leguas en circunferencia. El Sr. Sanchez Matas es por su edad el decano del episcopado español, pues cuenta ya cerca de ochenta y siete años.—A. C.

SANCHEZ de Palacios (V. D. Francisco de), canónigo de Salamanca, acerca del cual no nos han llegado otras noticias que las que da Dorado en su *Compendio historial de aquella ciudad*, que son las siguientes: «El 25 de Julio, dia de nuestro apóstol patron Santiago, del año 1591, murió en esta ciudad de Salamanca el V. D. Francisco Sanchez de Palacios, canónigo de esta santa iglesia; enterróse en una sepultura junto al cancel de la puerta

por donde pasamos á la iglesia vieja, en la que hay un epitafio que dice:

AQUI YACE ENTERRADO FRANCISCO SANCHEZ PALACIOS, CANÓNIGO DE ESTA SANTA IGLESIA: FALLECIÓ EN 25 DE JULIO DE 1591, HABIENDO NACIDO EN EL AÑO DE 1535, DE EDAD DE CINCUENTA Y SEIS AÑOS.

A la cabeza de la losa, en la pared, se verá una efigie de un muy devoto Ecce Homo, y á sus pies un letrero con letras de oro dice lo siguiente:

Deo gratus et hominibus Canonicus Franciscus Sanchez de Palacios, eleemosinis et pietate in Deum sibi quo fruitur aperuit cœlum. Erga homines vero gratia, modestia, liberalitate sic demeruit, ut nemo unquam de illo jure quæri potuerit; anno 1591, *ætatis* 56.

»Murió, pues, este santo canónigo con opinion y fama de santidad como demuestran estos instrumentos, permitiendo Dios á los ochenta y nueve años de su fallecimiento manifestar la santidad de su fiel siervo por los años de 1680. Hizo entónces el Señor exhalase la sepultura del Venerable tan celestial fragancia, que percibiéndola cuantos por allí pasaban, resultó tomar el pueblo singular devocion con un lugar tan favorecido del cielo, con la especialidad de sacar tierra de dicha sepultura para varios enfermos, siendo público que con ella han sanado muchos. Por lo que en vista de tanta aclamacion, á pedimento del cabildo, se hizo informacion de la vida y virtudes de dicho canónigo, y en ella depusieron veinticuatro testigos que le conocieron de vista y trato, y dicen en él cosas maravillosas en punto á su caridad con los pobres, ejemplar vida y santa muerte, y que generalmente lo llamaban *el Santo*. Lo mismo se practicó en órden al olor de su sepultura y milagros sucedidos con la tierra que sacaban de ella, en que depusieron veintiun testigos.» Tales son las noticias que de este siervo de Dios se nos refieren en la *Historia de Salamanca*, que han sido reproducidas por Ramirez Luque en sus *Santos del Clero*.—S. B.

SANCHEZ PEDRERO (Fr. Andrés), franciscano español. Nació en Ajofrin á principios del siglo XVII, y sus padres, ricos y nobles, procuraron darle una educacion correspondiente á su clase. Recibióla el jóven Andrés, y procuró corresponder á sus desvelos, pues aunque no eran ciertamente las vanidades del mundo las que llamaban su atencion, no quiso nunca defraudar las esperanzas que sobre él se hubieran concebido; así es que en sus adelantos correspondió á los deseos de sus padres, y se puso en muy breve tiempo en estado de figurar cerca de los jóvenes más aventajados. Pero sus hábitos no eran ciertamente los de las personas llamadas á brillar en la

carrera de las letras ni en ninguna otra profesion, pues amante del retiro y el silencio, se le veia pasar largas horas y áun dias enteros oculto en el último rincon de su casa, entregado á prácticas piadosas y ejerciendo las austeridades de un cenobita. Procuraba su familia sacarle de aquel retiro, que le creia perjudicial, mas todos sus esfuerzos eran vanos, pues cuanto más avanzaba en edad, tanto más huia Sanchez de las compañías de sus amigos y se negaba á admitir toda distraccion que fuese contraria á sus propósitos. Entónces, y viendo inútiles todos sus esfuerzos, accedieron sus padres á sus deseos, aunque solo de una manera parcial, pues no le permitieron tomar más que el hábito de la Tercera Orden de San Francisco. Contento Andres con este triunfo, comenzó desde entónces á brillar por toda clase de ejercicios, y su carácter en extremo piadoso, le dió ocasion para corresponder al llamamiento que habia merecido á la Providencia. Hizo en su casa un suntuoso oratorio, en que reunia á todos los fieles de su poblacion y hacia celebrar las ceremonias sagradas con una pompa y solemnidad que era la admiracion de todos, siguiendo á estas prácticas otras más severas, como son penitencias y maceraciones de un género extraordinario, y que en aquella edad pasaban por muy notables. No le faltaba quien le acompañase en ellas, y si bien jamás llegaron á excederle, nunca se quedaron atrás sus religiosos amigos. No contento con esto, pasaba muchos dias en una ermita que habia hecho construir, donde figurándose el calvario ejecutaba los misterios de la pasion con tales afectos, compuncion y lágrimas, que eran verdaderas muestras de su piedad y religion. Obtuvo fama por sus muchos milagros, premio digno de sus grandes virtudes, de que solo hemos referido alguna, pues su grande número exigia mucho más espacio del que nos hemos impuesto en este artículo: célebre por ellas y admirado de todos, murió en su patria en opinion de santidad en 11 de Julio de 1615, dejando diferentes escritos, de los que solo es conocido uno á que puso el título *De Ordine*, é ignoramos si ha llegado á ver la luz pública. —S. B.

SANCHEZ Rubio (Ilmo. Sr. D. Fr. Gregorio). Nació en la villa de Aliá, diócesis de Toledo y provincia de Cáceres, en 9 de Setiembre de 1781, siendo sus padres unos honrados labradores del mismo pueblo. Su escudo de armas, compuesto de un crucifijo, símbolo de humildad, las parrillas de San Lorenzo y los libros, representa, por decirlo así, su biografía, siendo este su mejor blason. Habiendo entrado jóven en el monasterio de S. Lorenzo del Escorial, tomó allí el hábito monacal de S. Gerónimo en 1797, y siguió su carrera literaria, llegando á ser por sus adelantos y erudicion lector de teología en aquel monasterio, donde tambien explicó en varias ocasiones filosofía y teología, enseñó griego y hebreo. En 1816 fué nombrado bibliotecario de aquella célebre y preciosa librería, y se hallaba en este mismo des-

tino en clase de exclaustrado, cuando fué presentado por S. M. en Agosto de 1847 para el obispado de Osma, y preconizado en Roma en 17 de Diciembre del mismo. Verificóse su consagracion en Madrid, en la iglesia de las Salesas Reales el dia 17 de Febrero de 1848, siendo consagrante el Excmo. é Ilmo. Sr. Monseñor Brunelli, Nuncio de Su Santidad, y asistentes los Excmos. é Ilmos. Sres. Dr. D. Antonio de Posadas Rubin de Celis, patriarca de las Indias, y el Dr. D. Joaquin Tarancon y Moron, obispo de Córdoba, y padrino el Excmo. Sr. Marqués de Miraflores. En 15 de Abril del mismo año llegó á su diócesis, donde fué recibido con general alegría. Tomó posesion y dedicóse inmediatamente á cumplir su ministerio pastoral, reconciliando enemigos, visitando casi toda su diócesis, á pesar de su penuria y falta de recursos, de un modo verdaderamente apostólico, que hacia más llevadera al clero su desgraciada situacion, viendo la inalterable mansedumbre de su pastor en medio de tanta estrechez. — A. C.

SANCHEZ Ruiz (Fr. Pedro), franciscano español, natural de Cuenca segun todas las probabilidades, en cuyo convento de la Orden Seráfica tomó el hábito siendo muy jóven todavía. Habíase distinguido mucho por sus virtudes y aplicacion, de manera que todo hacia augurar en él llegaria á los más elevados destinos. Sin embargo, muy inclinado á los estudios y deseoso de consagrarse al cultivo de la ciencia, abandonó casi por completo sus adelantos personales, y murió, no sin gloria, en el convento á que constantemente habia pertenecido. Sus numerosos discípulos le miraron siempre con grande afecto, pues dotado de un talento especial para la enseñanza, sabia facilitarles las materias más oscuras, y bajo su direccion no habia estudiante que no saliese aventajado. Llegó á ser profesor decano de sagrada teología de su convento, y puede decirse que los religiosos más eminentes de su época se formaron con sus lecciones. Así es que fué honrado no solo por los suyos, sino tambien por los extraños, y los obispos de la diócesis le honraron con el cargo de examinador sinodal. Predicador elocuente y erudito, su voz resonó en las ocasiones más solemnes, y no solo en Cuenca, sino en Madrid y otras poblaciones de España, se le escuchó con gusto y con aplauso. Tal es el carácter del verdadero genio, llamado á triunfar por do quiera se presenta; su carrera es un camino cubierto de flores, cuyas espinas apénas dejan una dolorosa pero agradable huella. El P. Sanchez, que gozaba la fama de teólogo eminente, que tenia además muy buenas cualidades para el púlpito, hubiera sido sin duda uno de los oradores más célebres de su siglo á no impedírselo sus ocupaciones, y todavía más su modestia. Pero viviendo retirado en un convento, entregado á la dulce ociosidad del cultivo de las letras, procurando dia y noche hacer nuevos adelantos, ir más allá de donde habian ido todos los teólogos y doctores hasta su tiempo, hubiese mirado

con disgusto si hubiese llegado á abandonar cualquiera de sus ocupaciones por consagrarse á otras muy secundarias para él; pero en las que hubiera podido ganar más honra y fama. La ciencia ha hecho muchos mártires, y uno de ellos lo fué sin disputa nuestro religioso, pues todo lo abandonó, todo lo postergó á sus estudios, y el que hubiera podido aspirar á las primeras dignidades, vivió en una oscura medianía por ese afan de saber, laudable siempre, pero rara vez comprendido ni premiado. Su nombre tampoco pasó á la historia; digno profesor de una casa particular en una época que no habia los medios de circulacion que hoy se reconocen, su celebridad no pasó más allá de un corto número de personas, y su mérito, aunque grande y conocido, se perdió en el sitio mismo que le habia visto nacer, formarse, crecer y llegar al apogeo de su grandeza. En vano fué llamado una que otra vez á la corte, en vano pudo en ella manifestar sus conocimientos y hacerse admirar de los sabios; no poseia el talento de los cortesanos, ese carácter tan difícil de adquirir y que con frecuencia solo es producto de amargos desengaños y sinsabores. El no los habia conocido; en el rincon de su provincia, amado y aplaudido siempre, ignoraba lo que era la envidia y la ambicion; la envidia porque nadie le habia atacado, porque nadie habia creido poder sustituirle, y la ambicion porque no aspiraba á salir de las cuatro paredes de su claustro, porque ignoraba lo que habia más allá, porque no lo queria saber, contento con vivir entre sus libros y sus discípulos. Si le consultaban sus prelados, era sobre cosas y asuntos relativos á su ciencia; si se dirigian á él era para resolver las dificultades que otros habian encontrado de imposible resolucion. Buscábala él versado en el manejo de los libros, acostumbrado á explicar las cuestiones más difíciles y oscuras, á encontrar á la primera ojeada el santo Padre ó autor eclesiástico que la habia tratado con frecuencia, que se habia ocupado de ella con más profundidad y acierto. Su ambicion, pues, era de saber, y esta la habia satisfecho con usura, ¿qué se le importaba todo lo demás, á él, pobre religioso, que despues de llenados sus demás deberes, solo podia ambicionar una muerte pacífica y tranquila? Colmados, pues, sus deseos en sus últimos años, sin abandonar la enseñanza, se consagró á las prácticas de piedad, á que nunca habia faltado, pero que entónces creyó debia aumentar como el que se prepara para un largo viaje, que desde muchos dias ántes comienza á despedirse de sus amigos y registrar sus maletas y baules, poniéndolo todo en el mejor órden y disposicion posible. Así lo hizo Fr. Pedro; sus amigos en la otra vida eran sus buenas obras, los preparativos para facilitar su viaje las penitencias y oraciones. Alegre y contento, lleno de ese placer que solo es dado experimentar al justo, al que está satisfecho en su conciencia, comenzó á redoblar sus penitencias sin que su avanzada edad fuese rémora al cumpli-

miento de sus deseos; no cesó en sus oraciones á pesar de sus achaques y enfermedades, y en el mismo lecho del dolor, sin que le turbasen los padecimientos, continuó orando hasta que entregó su alma al Señor, amado y llorado por sus compañeros. Solo habia publicado un *Sermon de S. Julian, obispo de Cuenca*, que pronunció en su iglesia, y se imprimió en Madrid por Francisco del Hierro, en 1720, en 4.°—S. B.

SANCHEZ DE SANTA CRUZ (D. Gaspar), ilustre hijo de Albarracin, doctor teólogo, tesorero de su catedral y orador evangélico de prendas estimables por su gravedad, literatura y celo, á principios del siglo XVII. Publicó: 1.° *Sermon fúnebre panegírico en las exequias del Ilmo. y V. Sr. D. Fr. Gerónimo Bautista*, sabio y ejemplar obispo de Albarracin, del órden de Predicadores, que dijo en 17 de Diciembre de 1624 en la Misa de cuerpo presente que en ella se celebró por aquel prelado; en Valencia, 1625, en 4.°, por Miguel Sorolla, de que trata el maestro dominicano Fúser en la vida del mismo V. Sr. Lanuza, lib. IV, cap. V, pág. 278, núm. 6; lib. V, cap. XIX, pág. 376, núm. 6, y cap. XVII, pág. 365; y tambien predicó:—2.° *Sermon en la festividad de la Epifanía en dicha santa iglesia de Albarracin*, que tenia en su poder en 1625. Créese que dejó asimismo otras oraciones sagradas.

SANCHEZ DE SANTA MARÍA (Rdo. P. Fr. Juan), del órden de Hospitalarios de S. Juan de Dios; fué natural de la villa de Descarga María, en el obispado de Coria, adonde nació por los años de 1616. Llamáronse sus padres Juan Sanchez y Juana Rodriguez, personas muy honradas, que vivian de los productos de su hacienda en el cultivo de los campos. Le educaron en santo temor de Dios, y le enseñaron los conocimientos propios de la infancia y juventud. Mas llegado á la edad de diez y ocho años se dedicó á la carrera militar, sirviendo á sus reyes y patria por espacio de diez y ocho años con grande aplauso, pues era hombre de elevada estatura y al mismo tiempo de grande valor. Llegado á la edad de treinta y seis años, y llamado por superior vocacion, trató de alistarse en la milicia de Cristo, para lo que obtuvo licencia de sus jefes, encaminándose á España. En la corte, adonde llegó muy en breve, pidió el hábito de la religion de S. Juan de Dios con profunda humildad y lágrimas, para servir á Dios nuestro Señor en sus pobres en el hospital de Anton Martin. Probáronle el espíritu, dice la Crónica, y hallándole constante y firme en su propósito, le concedieron la gracia que con tanta instancia solicitaba. Vistióle el dia 1.° de Febrero de 1652 con comun consentimiento de todos los religiosos; profesó el dia de la Purificacion de nuestra Señora del año siguiente, y con este motivo al apellido de Sanchez añadió el de Santa María. Ocupóle la obediencia en diferentes cargos y empleos, y todos los desempeñó á satisfaccion. Considerando su grande capa-

cidad y notable juicio, le eligieron prior del hospital de Madrid, y en el capítulo del año 1677 fué nombrado provincial de Castilla y prior del convento de Ciudad Real. Terminado el tiempo en que debia desempeñar estos cargos, se reunió el capítulo general del año 1677, y en él fué elegido por unanimidad general de la congregacion de España. Eleccion muy celebrada y aplaudida por las muchas prendas que le adornaban, así de virtudes conocidas, como de mucho talento para el gobierno. Era extraordinario su amor á la pobreza. La noche del dia de su eleccion fué necesario que uno de los capitulares le diese una muda de ropa blanca, y se la hiciese poner, quitándole la que llevaba puesta, que le servia más bien de silicio que de alivio. Su caridad con los pobres enfermos era extremada. Pasaba todas las tardes en las enfermerías entre los lamentos y ayes de los pobres. Llevaba siempre las mangas bien provistas de dulces y bizcochos, y en cuanto los repartia entre los enfermos más necesitados, se sentaba en una ventana de las enfermerías hasta que llegaba la hora de darles de cenar, sirviéndoles con tanta humildad como si fuera un novicio. Ocupado en estas y otras obras de piedad, le llamó el Señor para darle el premio por ellas, tan á los principios de su gobierno, que aún no llevaba dos años en él. Murió como habia vivido, porque la muerte es eco de la vida. Administróle los santos Sacramentos el Rdo. Padre, que era á la sazon prior del Real convento de nuestra Señora de Atocha, y le asistió hasta que dió el alma á su Criador en 19 de Marzo de 1679, siendo de sesenta y tres de edad, y habiendo servido veintisiete á Dios y á la religion. Asistió á su entierro la comunidad del referido convento de Atocha, y á sus honras todas las religiones de la corte. Fué enterrado en la bóveda del altar mayor con sentimiento de todos, porque de todos era querido y venerado. Su temprana muerte le impidió llevar á cabo la fundacion que habia planteado.—S. B.

SANCHEZ DE SANTO DOMINGO DE LA CALZADA (Bachiller Juan). Fué natural de la mencionada ciudad, que corresponde al obispado de Calahorra y la Calzada, bachiller en artes, y fué elegido colegial del Viejo de S. Bartolomé de Salamanca el dia 6 de Enero de 1458. Hallóse en el concilio de Alcalá, que por órden de Sixto IV convocó el cardenal D. Alonso Carrillo, arzobispo de Toledo, año de 1479. Está nombrado en la bula de Sixto, pero no se tienen más noticias de este colegial.—A. L.

SANCHEZ DE SEVILLA Ó DE LA FUENTE (Ilmo. Sr. D. Francisco), obispo de Córdoba é inquisidor general. Fué natural de Sevilla, licenciado en cánones del arzobispado de Sevilla, fué electo en 4 de Junio del año de 1458. En el libro antiguo del colegio Viejo de S. Bartolomé de Salamanca se dice: *Murió obispo de Córdoba, inquisidor general contra la herética pravedad. Fué muy querido de la Reina Católica Doña Isabel, de gloriosa memoria, y que*

lloró al tiempo que le fué dada la nueva de su muerte. Y particularizando más los sucesos de la vida de este reverendísimo señor, por lo que se infiere de los libros antiguos del Secreto del arzobispado de Toledo, parece que se llamaba el Dr. Francisco Sanchez de la Fuente, y que siendo provisor y canónigo de Zamora en el año de 1483, al tiempo que los señores Reyes Católicos introdujeron el Tribunal de la Inquisicion en Castilla, fué electo inquisidor en el reino de Toledo y uno de los dos primeros que hubo en aquel partido, juntamente con el licenciado Pedro Diaz de la Costana. Y por las instrucciones de la Inquisicion de estos reinos parece que en el año siguiente de 1484, en 29 de Noviembre, se juntaron en la ciudad de Sevilla muchos letrados para dar órden en algunas cosas relativas en el modo de proceder en las causas de los herejes, y en otras cosas concernientes á los negocios de la Inquisicion, entre los cuales se halló el Dr. D. Francisco Sanchez con D. Pedro Diaz de la Costana, donde el primero se nombra racionero de Sevilla. Fué despues canónigo de la santa iglesia de Salamanca; de allí ascendió á la de Sevilla, de donde fué promovido á dean de Toledo, por haber vacado esta dignidad por muerte del dicho D. Pedro Diaz, su condiscípulo tambien del colegio Viejo de San Bartolomé. Le hicieron del Consejo general de la Inquisicion, y finalmente le presentaron los Reyes Católicos por obispo de Avila, al tiempo que ganaron á Granada y proveyeron por arzobispo de ella á D. Fr. Hernando de Talavera ó de Contreras, obispo de aquella ciudad. Y el año de 1492 fué nombrado por dean de Granada, juntamente con el deanato de Toledo, y así fué el *primer dean de Granada*. En el año de 1496 le promovieron á comisario de la Cruzada con título ya de inquisidor mayor y general. Despues al obispado de Córdoba, donde murió por el mes de Setiembre de 1499. Y así parece ser cierto que por sus muchas partes y virtud fué muy favorecido de la Reina Católica, segun las mercedes que le fueron otorgadas con tanta continuacion. De este señor colegial del Viejo de Salamanca se hace mencion en un poder que el colegio le dió para ajustar la compra del lugar de la Vidola, junto con Alonso Muñoz de Fromista. En el año de 1492 le enviaron los Reyes Católicos por embajador á Francia sobre los estados de Rosellon y Cerdania; y á 19 de Enero de 1493 firmó el rey de Francia en Tours, en manos del eminente D. Francisco Sanchez, las capitulaciones de este ajuste; así lo refieren Zurita y Gil Gonzalez Dávila. La duda que se ofrece de cómo pudo ser el año de 1494 inquisidor general viviendo aún Fr. Tomás de Torquemada, la resuelve Salazar en la Casa de Lara, diciendo que por la mucha edad del último determinaron los Reyes Católicos gobernasen la Inquisicion general, con título de inquisidores generales, cuatro prelados, siendo uno de ellos D. Francisco Sanchez, lo que confirmó el papa Alejandro VI por su bula de 23 de Junio de 1494, la que cita el *Martirologio hispano* en su to-

mo II, fól. 834. El poder que el colegio de S. Bartolomé dió á este señor colegial para comprar la tercera parte del lugar de la Vidola, fué otorgado en 26 de Diciembre de 1460 por ante Pedro Alfonso de Salamanca, notario, á cuyo otorgamiento concurrieron en la capilla el bachiller Pedro de Fontiveros, rector, y otros varios consiliarios y bachilleres.—A. L.

SANCHEZ de Tórtoles (D. Bartolomé). Fué natural de Tórtoles, en el arzobispado de Burgos; ingresó en el colegio mayor de S. Bartolomé de Salamanca, siendo ya bachiller *in utroque jure*, y continuó sus estudios en este establecimiento hasta graduarse de licenciado. Despues obtuvo el cargo de juez metropolitano, y por último oidor de la audiencia de Granada, donde murió en 1565.—S. B.

SANCHEZ Urbano (V. D. Martin), vicario jubilado de la Rambla, y abad mayor del reverendo clero de Montilla, su patria, en el reino de Córdoba, donde murió en la mejor opinion en 13 de Julio de 1747. «Su ejemplar vida, dice Ramirez Luque, espejo donde se aprendia doctrina de singular virtud, y cuya constante caridad puede decir con el Apóstol: *Acabó mi carrera, guardé mi fe; con lo demás tengo corona de justicia, que me dará el Señor, mi justo juez.*—S. B.

SANCHEZ Vaquero (P. Juan), de la Compañía de Jesus. Era natural de Puerto Llano, en la diócesis de Toledo, y su familia, aunque no de las más distinguidas, gozaba de la mejor reputacion en su país. Educado en el santo temor de Dios, aprendió desde sus primeros años á amar y reverenciar la virtud con esa tierna afeccion de alma que no sabe explicarse ni describirse, y es por lo general fruto de un buen carácter y un excelente corazon. Los hombres que educados bajo ciertos sistemas, obran en consecuencia de ellos, creyéndose por lo tanto justos é impecables, cometen un grave error, una falta que jamás les perdonará la sociedad, al suponer que los que no obran como ellos no obran bien, ántes por el contrario lo hacen guiados por erróneos principios, por criminales pensamientos. El fondo del alma no es verdaderamente bella sino cuando las acciones proceden del natural, y de ninguna manera del estudio y la afectacion. En vano creeria un hombre que no ha errado nunca, si á uno solo de sus actos falta esa belleza, esa gracia natural que procede del corazon, y que indica que salvadas las apariencias, no hay inconveniente en proceder del modo que mejor convenga, ajustando cuentas con una conciencia elástica, puesto que en todo mira y defiende su interés. Si de esta manera hubiesen obrado todos los que tomaron el hábito en las comunidades religiosas, pocas ó ningunas misiones hubiera habido, estaria la Europa y la América sin civilizar, y el mundo entregado á sí mismo rodaria aún en el caos de la edad media, ó en las tinieblas de los siglos bárbaros. El egoismo, esa horrible pasion, que es sin duda la peor de las

pasiones, porque es la que más perjuicios ocasiona á cuantos nos rodean, ha hecho más daño á la sociedad que todos los crímenes, todos los desórdenes, todas las catástrofes que pueden no solo referirse, sino tambien imaginarse. En vano el egoista se creerá bueno, santo y honrado, y mirará como infame tal vez al que se sacrifica por los demas, al que haciéndose egoista podia colocarse á su lado y burlarse de todo como se burla él, que no queriendo hacer más sacrificios que los que convienen, mira de mal ojo y pinta con negros colores al que está dispuesto á abandonarlo todo por hacer un simple beneficio, por enjugar una lágrima, por no ocasionar ni la más ligera desazon. En vano se dirá á esta clase de gentes que el principio y la base fundamental del cristianismo es la caridad; ellos, que se creen cristianos, entienden el cristianismo á su modo, y hacen un bien cuando les redunda un bien mucho mayor; pero de lo contrario se guardarán con razon, segun su egoismo, de hacer un beneficio que redundaria en su daño. Semejante polilla de la sociedad ha producido todos los crímenes, todas las desgracias que nos son conocidas y las que nos son desconocidas tambien: ciertamente que ellos no son envidiables, pero en realidad son los verdaderos padres, los que dan el ser al crímen y la maldad, que son incapaces de prever y evitar, que no saben dirigir, enseñándola otro mundo del que la desgracia les ha hecho conocer hasta entónces. Por fortuna en los siglos que pasaron se cuentan escasos ejemplos de esta especie, y por eso encontramos tantos varones ilustres que retratar, tantos seres afortunados, corona y honra de la humanidad, sin los que hubiera sido imposible la existencia del mundo ni por un momento. ¿Qué se les importa que les desconociera su siglo, que su patrimonio fuesen los disgustos y los trabajos y todo género de padecimientos? Su alma, superior á la pueril complacencia de los malvados, que se complacian en atormentarlos, aunque bajo la hipócrita máscara de su propio bienestar, sabia seguir su camino con el profundo convencimiento de llegar al glorioso término de su carrera, con su corazon despedazado y vertiendo sangre, con el alma herida de muerte por los desengaños, empero con la palma del martirio en la mano, y en la cabeza la corona de la inmortalidad. Tal es el breve resúmen de la vida de nuestro jesuita: hombre verdaderamente superior, de vasta capacidad, de agudo ingenio, de imaginacion ardiente, de no vulgar conocimientos, habia emprendido su camino con la sencillez y sinceridad propia del que al dar los primeros pasos en la carrera de la vida, cree que todos sienten como él, piensan como él, obran como él; no le parecia posible la mentira ni el engaño, no suponia pudiese haber hombres que dijesen una cosa y sintieran otra; no creia, en fin, sobre todo que al que escudaba una buena fama pudiera ser peor que el mismo criminal, y que la conciencia y el corazon dañado supiesen ocultarse bajo la máscara de la virtud y aparecer

á los ojos del mundo como sencillos corderos y sin mancha. Miraba al crímen con el mayor horror, no le parecia posible que una imaginacion ardiente y desarreglada fuera capaz de acciones heróicas, para que no tenian fuerzas ni valor los hipócritas y los egoistas, que con tanta facilidad engañan á la inexperta juventud. Pero su error fué causa de grandes y repetidas desgracias, hacináronse sobre él los padecimientos y los desengaños, y tal vez apareció como un malvado, cuando su inocencia era juguete y víctima de aquellas personas á quienes no conocia, y que si bien llegaron á hacerle rezelar, aún le costaba trabajo el suponer lo que eran. Escudábales además una buena reputacion, multitud de personas que les abonaban; ¿y cómo él, jóven, solo, sin recursos y desacreditado se habia de atrever á luchar con aquellos hombres envejecidos en todas las malas artes que tan bien sabian colorear? Cansado pues, de un combate estéril, agotadas sus fuerzas y fatigada su alma, decidió abandonar el mundo y retirarse á una soledad donde pasar el resto de su vida en la indiferencia y el quietismo. Pero desconocia los goces de la religion, el supremo bálsamo que tiene para todos los dolores, el campo abierto que deja á todas las esperanzas; acaso los ejemplos que habia visto le alejaban de ella, mas no tardaron en presentársele otros ejemplos de mejor índole y género, de más elevada clase. En un desierto á que se quiso retirar habia un convento de Carmelitas, y teniendo que ganarse su subsistencia, se puso á ayudar á los legos en sus penosas tareas. Admitiéronle estos con gusto, y viendo su excelente natural, creyeron vendria á ser hermano suyo; engañáronse sin embargo; hasta allí persiguió la mala fe al desgraciado Sanchez Vaquero, que tuvo que huir de aquel lugar ántes que se lo mandasen los prelados por la tranquilidad del monasterio. La Providencia le llevó entónces á Alcalá. Vivia en esta ciudad un ejemplar sacerdote que le habia conocido en casa de sus padres, y á quien se dirigió para pasar siquiera los primeros dias. Admitióle con cariño el buen eclesiástico, y le proporcionó los recursos necesarios; pero deseando sondear el estado de su alma, y no pareciendo suficiente á su caridad aliviar las fatigas del cuerpo, le encontró en un estado que le llenó de admiracion y consuelo. Léjos de encontrarse con un criminal, con un jóven pervertido y perdido como veia pintado á sus ojos á Juan, se encontró con un corazon franco, noble y leal, con un alma grande y elevada, con un corazon herido y resentido sí, pero lleno de las más puras y delicadas aspiraciones. Detúvole entónces en su casa y á su lado, y viendo que no necesitaba trabajar en una conversion que estaba ya hecha, solo se afanó en buscarle un retiro, que era lo que el jóven más ambicionaba. Recorrió diferentes religiones, y no pareciéndole ninguna á propósito, se fijó al fin en el instituto de S. Ignacio de Loyola, cuyos ilustrados superiores se atienen á las obras y no á las palabras; y des-

pues de haber sometido á sus hermanos á diferentes pruebas, no tienen inconveniente una vez que hayan sido satisfactorias en elevarlos á los grados inmediatos. La influencia del anciano sacerdote bastó para que vistiese la sotana Sanchez Vaquero, quien encontrándose como en su centro entre los novicios, pudo por primera vez respirar con libertad, dejar desbordarse los puros sentimientos que abrigaba su corazon. Allí se hablaba el lenguaje de la verdad, se seguian los institutos más nobles y elevados del alma, la mayor gloria de Dios. Palabra mágica y la más hermosa y admirable que han pronunciado jamás labios humanos, palabra que expresa un mundo nuevo y desconocido, que revela el gérmen de una sociedad por venir, que contiene en sí semillas de prosperidad y ventura, que solo puede concebir la imaginacion y saborear un alma grande y delicada. Saboreábala Sanchez Vaquero en su noviciado, y hácia ella encaminaba todos sus pasos, todas sus acciones, todas sus ideas y sentimientos. Nada le importaban las más rudas y ásperas penitencias, nada los más difíciles y ásperos trabajos, nada en fin las penosas pruebas que se le imponian. Triunfante de todos, y contento en ser humilde entre los humildes, obediente entre los obedientes, puesto que así se encaminaba á la realizacion de la dorada frase que se habia impreso en su alma, como si fuera un sello que hubieran grabado en ella con un hierro candente, se dirigía á su objeto, al fin que se habia propuesto, y que divisaba ya en lontananza; á la negacion de sí mismo en beneficio de los demás. El que tantas veces habia sido sacrificado al duro y negro egoismo, el que lo habia perdido todo, hasta la honra, en una lucha que no habia sabido ni podido sostener, creia que guiado por el Todopoderoso por tan tortuosas sendas á un fin que no se conocia, debia sacrificar su pasado y su presente por la misma senda por que hasta entonces habia caminado para llenar así los designios providenciales. En efecto, sus constantes sacrificios obtuvieron el mejor resultado, y aquel jóven á quien el mundo miraba con indiferencia, con desprecio quizá, llegó á merecer su estima y veneracion, á ser respetado y admirado, á colocarse entre los grandes por lo mismo que era muy humilde, á ser elevado sobre los poderosos aunque se inclinase ánte ellos, y les obedeciese en un todo. Sacerdote de la Compañía de Jesus, á la que hizo donacion de sus bienes á la muerte de sus padres, sus vastos conocimientos en diferentes ciencias, y en particular en la teología, le brindaban un brillante porvenir, cuando se trató de enviar á Nueva-España una mision, que fué la primera que salió de jesuitas para tan remotos climas. Debia ser su jefe el P. Pedro Sanchez, rector del colegio de Alcalá, quien desde luego eligió á Sanchez Vaquero para acompañarle, dándose este por muy gustoso de una eleccion que tan en armonía estaba con sus deseos y sentimientos. Queria huir del aura que comenzaba á rodearle, de la fama que sin él saberlo acom-

pañaba todos sus pasos y acciones. Sus antecedentes, su carácter, sus vicisitudes, todo venia á aumentar su esplendor, á acrecentar la gloria que á su pesar le rodeaba. Dióse, pues, por muy contento con marchar á Nueva-España, sufriendo tambien algunas contrariedades ántes de embarcarse, y áun al llegar á Méjico, que hemos referido ya en otros artículos al hacer la historia de esta mision. Ya en el imperio mejicano, se le destinó á la provincia de Guadalajara, donde trabajó con el mayor celo y ardor en la conversion de los infieles y en la reforma de las costumbres de los cristianos, siendo citado como uno de los fundadores de aquella provincia en la historia de la Compañia. Su contínua laboriosidad, su inequívoco celo, su ardor por adelantar las conquistas de la fe, rayaron en el más elevado extremo, y se le vió emprender los más difíciles trabajos para conquistar para la fe á los sencillos habitantes de la provincia que le habia correspondido en la distribucion hecha por su superior. Casi solo con la mayor frecuencia, luchando con dificultades é inconvenientes de todo género, encontrando á veces oposicion hasta en los mismos españoles, supo siempre vencer, pues á ello venia acostumbrado, desde que empezó por vencerse á sí mismo, por encaminarse en todo á conseguir la mayor gloria de Dios. Sus tareas en Méjico obtuvieron los mejores resultados, pues consiguió la fundacion de un colegio de la Compañia en Guadalajara, capital de su provincia, la que se llevó á cabo por el obispo D. Vasco Quiroga. Sanchez Vaquero, nombrado primer superior de aquella nueva fundacion, desempeñó su cargo con notable acierto, trabajando no solo en su aumento, sino tambien en el de la cristiandad que tenia á su cargo. Predicaba y confesaba continuamente, explicaba la doctrina y hacia todos los oficios de un buen pastor, sin olvidar los del buen religioso, y aunque la salvacion de su alma fuese su objeto principal, estaba convencido de que más de lo que hiciese por sí, lo conseguiria por lo que trabajára en beneficio de los demás. Como el egoismo habia sido la desgracia que amargára lo mejor de su vida, trabajó por combatirlo en los demás, y consiguió los mejores resultados no solo en beneficio de su colegio, sino tambien de los indios que se hallaban á su cargo. Antes de su muerte tuvo el placer de contar millares de conversiones hechas por sí mismo ó por sus compañeros; de ver su recien fundado colegio elevado á un grado de apogeo que le hubiera parecido imposible, no solo en lo material del edificio, sino tambien en lo espiritual, contando con un crecido número de religiosos, y todos de ejemplar y santa conducta. Al fin despues de tantos trabajos y padecimientos, entregó su alma á su Criador, quedando su memoria imperecedera, no solo en aquella provincia sino tambien en toda España, donde su nombre se ha pronunciado siempre con respeto y veneracion.—S. B.

SANCHEZ DE BERBEJAL (D. Clemente). Perteneció á una muy distinguida

familia de Castilla la Vieja, y no sabemos cuál sea el motivo de que más que por su propio apellido sea conocido de todos por Sanchez Vercial, como no tuviese esto orígen en alguna de sus pueriles gracias, que sabido es que se quedan despues como resabios, y que tal vez sería por parecer más fácil este pseudónimo que no su verdadero apellido. Desde la cuna mostró un carácter apacible y dulce, y luego que tuvo uso de razon indicó que se inclinaba al estado eclesiástico, fomentándose en él esta vocacion, segun que crecia en edad y podia comprender que en este estado era á la criatura más fácil procurar la gloria de Dios en la salvacion de sus hermanos. Muy á bien llevaron sus padres esta inclinacion de su hijo, porque eran sumamente piadosos; sin embargo, tuvieron muy buen cuidado de no mostrarle esta complacencia, no fuera que por este motivo él se dedicára con ménos inclinacion de la debida á un estado que requiere tan sublime perfeccion. Dedicáronle á los estudios de humanidades y filosofía como preparatorios para cualesquiera carrera que quisiese abrazar; y luego él, por su espontánea y libérrima eleccion, escogió la sagrada teología para disponerse á los órdenes sagrados, que recibió con mucha edificacion de cuantos presenciaron su ordenacion, celebrando su primer misa con la ostentacion conveniente al lustre de su familia, y con devocion cual cumple al altísimo misterio que se representa, no de una manera ideal, sino real, positiva y verdaderamente. Desempeñó muchas comisiones y cargos eclesiásticos como clerigo particular, y estuvo al lado del obispo de Leon, sirviéndole de consultor mucho tiempo, y demostrando en el ejercicio de su difícil empleo un tino y acierto superior con mucho á lo que parecia deber esperarse de su edad, pero muy conforme á lo que podia exigirse de su carrera, pues no solo la habia hecho con todo esmero y aprovechamiento, sino que habia logrado el título de bachiller, que en su época eran muy pocos los que le lograban. En justa recompensa de sus méritos, el obispo de Leon, habiendo vacado, en dias en que á la mitra tocaba el proveerle, el arcedianato de Valderas, se le confirió á su auditor ó consultor privado el bachiller D. Clemente Sanchez de Verbejal, y le dió la institucion canonica de él aunque su señoría lo rehusaba, habiendo sido tal eleccion aplaudida de todos, hasta de los mismos capitulares, que es lo que prueba más las relevantes dotes del agraciado, pues no faltaria entre ellos mismos quien deseára la prebenda, y áun se creyese con cierto derecho á ella. No se equivocaron los que preveian que este prebendado habia de ser muy útil á su cabildo, porque ya como miembro de él no reparó en procurar ciertas y ciertas reformas que de mucho tiempo ántes veia necesarias, pero que no se habia atrevido á indicar al prelado por temor de parecer imprudente. Además, como su carácter era dulce y afable, tomaba á su cargo todas las justas pretensiones de sus compañeros, y casi siempre lograba para ellas una favorable resolucion,

motivo por el cual era muy estimado en el cabildo. Por lo que toca al comun de los fieles, tambien le apreciaban mucho en Leon; es verdad que él era todo para todos; no solo sus rentas sino su propio peculio, que no era escaso, lo distribuia entre los pobres, y lo distribuia con esplendidez, pero con miramiento á las necesidades que socorria; es decir, que para que el arcediano de Valderas socorriese una necesidad, precisaba el que fuese tal, pero en siéndolo, allí estaba él para remediarla abundantemente. Por supuesto que no escaseaba tampoco sus consejos á quien se los pedia; y como era tal su prudencia cual su ciencia, y en esta se le consideraba como uno de los primeros de su época, de todas partes acudian para que el Sr. Sanchez resolviera las más árduas dificultades. El en el púlpito y particularmente en el confesonario procuraba con afan el bien de las almas, y para proporcionar este beneficio al comun de los fieles, que no podian llegarse á él, escribió con mucho acierto, y publicó aunque sin fecha ni lugar de la impresion, un libro preciosísimo que se titula: *Sacramental para que todo fiel cristiano sea enseñado en la fe, y en lo que cumple á su salvacion*, que es un tratado preciosísimo de todos los sacramentos, de sus efectos, disposiciones para recibirlos y demás, que como norma venia á ser lo suficiente para que un párroco desempeñára su ministerio, con solo explanar la obrita de nuestro esclarecido arcediano. Véase, pues, cuán justo es el que su nombre pase de generacion en generacion con el respeto y admiracion que merece el que puede llamarse padre de los fieles como lo fué en verdad el bachiller Sr. Don Clemente Sanchez de Verbejal, presbítero.—G. R.

SANCHEZ DE ZARZOSA (Alfonso). Fué natural de Andalucía, é hijo de una de las primeras familias de aquel reino, educado como convenia á su alta gerarquía, pues que su padre desempeñaba uno de los primeros cargos de gobierno en una de las capitales del reino. Aunque hubiera podido aspirar á obtener brillante posicion en la carrera de las armas y áun en la magistratura, que era á la que su padre hubiera deseado que se dedicára, él prefirió el estado eclesiástico, y así lo manifestó, no habiendo encontrado oposicion á sus designios en la voluntad de sus padres, porque muy prudentes y entendidos, sabian bien cuán inconveniente es el hacer violencia en un punto y asunto de tanta monta cual es la eleccion de estado. Cursó, pues, como era consiguiente, además de humanidades y filosofía, sagrada teología, dedicándose al estudio de la Escritura sagrada y de los santos Padres, pues que estos conocimientos los creyó muy oportunos y áun necesarios para el acertado ministerio de la predicacion á que quiso dedicarse desde luego. A título de patrimonio ascendió á los órdenes sacros hasta el presbiterado, y el prelado que le ordenó hizo tal confianza en su ciencia y aplicacion, que teniendo aún muy poca edad no solo le permitió predicar el Santo Evangelio, sino que le

autorizó para confesar personas de ambos sexos; bien es verdad que no tuvo que arrepentirse de ello, porque tenia una prudencia superior á su edad y un zelo ardiente por la salud de las almas, á cuyo logro hubiese sacrificado hasta su propia vida, si necesario hubiera sido. No solo desempeñó este ministerio de confesar y predicar á la generalidad de los fieles, sino que se puso siempre á disposicion de su párroco para auxiliarle en los oficios propios de su ministerio, lo cual hacia con mucho acierto y provecho de los fieles, que veian en él un celoso distribuidor del don de la divina palabra y de la gracia por el santo sacramento de la penitencia. Tan excelentes fueron sus piedades, y tan constantes sus servicios en beneficio de la Iglesia, que su obispo se creyó obligado á recompensarlos de alguna manera, por lo cual en cuanto tuvo vacante una canongia se la adjudicó en la santa iglesia de Ronda, donde sirvió con gran provecho de todos, y especialmente de sus compañeros, que tenian en él un verdadero alivio y descanso, pues siempre suplia á todos en cualesquiera necesidad en que se encontraban, haciéndolo con tan buen afecto y deseo, que daba bien á entender que léjos de molestarle le complacia, sin que esta complacencia suya tuviera otro fundamento sino el deseo de servir á sus compañeros, porque á esto creia estar obligados los miembros de una misma familia, tanto más cuando de este servicio resulta la mayor gloria de Dios, y algunas veces el mayor esplendor del culto divino. En los asuntos de cabildo desempeñó muchas y muy importantes comisiones, fiándosele á él con preferencia á todos los demás, las en que habia de ventilarse algun derecho ó áun algun privilegio de la santa Iglesia, porque él sabia perfectamente aducir sus derechos con energia, y suplicar las gracias con cierta dulce violencia, que sin desmerecer en nada al decoro, gravedad y mesura que debe tener una persona constituida en la alta dignidad en que estaba nuestro canónigo Sanchez, obligaba á los que le habian de conceder sus peticiones á que no las demorasen, sino por el contrario accediesen á ellas prontamente. Cuando hubo vacante en la presidencia de aquel respetable cabildo, se le nombraba para regir la iglesia durante aquellas circunstancias siempre dificiles, porque los ánimos suelen estar algo preocupados con la idea de quién vendrá, y no tan dispuestos como se querria á cumplir con los respectivos ministerios. En más de una ocasion quisieron conferirle en propiedad la presidencia de aquel cabildo eclesiástico, mas él lo rehusó dando por razon el que habia entre los compañeros sujetos de mucho mayor mérito, y más que nada por evitarse la odiosidad que siempre se despliega contra el cabeza, por más que su gobierno sea tan acertado como hubiese sido el de nuestro excelente canónigo. Fué muy afecto de la Concepcion Inmaculada de la Virgen Santísima, y estudió con mucho detenimiento los textos de Escritura que hacen relacion á tan excelsa prerogativa, habiendo sido el fruto

de sus tareas una obra que le hizo muy célebre, y que en verdad ha dado asunto para que muchos otros claros ingenios se ocupáran despues de comentarla y amplificarla. La intituló: *Thesaurus Conceptionis Immaculatæ Virginis Mariæ Dei Genitricis, ex conspiratione totius fere Sacræ Scripturæ cum Apocalypsi.* Impresion de Antequera, año 1631. Fué muy bien recibida por todos, y dió justa celebridad á su piadoso autor, que en verdad mostró en ella los sentimientos de su acendrado afecto á la Madre de Dios y de los hombres. Tales son las noticias que tenemos de Alfonso Sanchez Zorzosa.— G. R.

SANCHIZ (Fr. Jaime), natural de la ciudad de Alicante, religioso de la observancia del seráfico P. S. Francisco, varon docto y de conocida virtud, y muy amante de su regla. Tomó el hábito y vivió en la recoleccion, y aunque de allí le sacaron para custodio y provincial de la provincia de Valencia, por sus muchas prendas de virtud y religion, restituido otra vez á ella despues del año 1604, que acabó el provincialato, perseveró sin dejarla hasta su muerte. Fué confesor del Excmo. y venerable patriarca D. Juan de Rivera, ornamento glorioso de aquella santa iglesia, y por muchos años de la V. M. Sor Margarita Agulló, circunstancias que solas ellas bastan para su mayor recomendacion y elogio. Escribió á peticion del mismo santo prelado, 1.° *Relacion breve de la vida, virtudes y milagros de la humilde sierva del Señor y virgen Sor Margarita Agulló, natural de la ciudad de Játiva, beata profesa de la órden de S. Francisco;* en Valencia, por Juan Crisóstomo Garriz, 1607, en 8.° Jimeno fecha su defuncion en el año de 1607, pero Fuster la enmienda diciendo además que fué natural de S. Felipe de Játiva, y que no solo vivia en 13 de Mayo de 1613, en que escribió la carta al fólio 17 vuelto de la vida de Mossen Miguel Lopez Grez, del P. Fr. Gaspar Zentol, impresa en Pamplona en 1616, si que tambien aún en 1621, como consta por la declaracion que él mismo hizo en 21 de Octubre del referido año sobre las virtudes del mismo V. Grez, y está en el proceso que se formó para su causa, el cual, ó su copia, se custodia en el monasterio de S. Miguel de los Reyes de Valencia.— A. L.

SANCHIZ (D. Fr. José), religioso mercenario y arzobispo de Tarragona. Nació en la ciudad de Valencia á 18 de Setiembre de 1622, y no en el lugar de Almusafes, como se dice al principio del Bulario de la órden de la Merced, porque el dia inmediato á su nacimiento se suplió la solemnidad de su bautismo, que habia recibido privadamente en la parroquial iglesia de S. Juan del Mercado de la ciudad, como se ve certificado, sellado y firmado por el archivero de la citada parroquia; y tambien porque en el libro de ingresos del Real convento de la Merced de Valencia se expresa ser hijo de la ciudad. A los catorce años vistió el hábito en dicho convento, dia 17 de Setiembre de 1636, y profesó á 21 de Diciembre de 1638. Concluidos sus estudios,

se graduó de maestro en artes en aquella escuela, y leyó dos cursos de filosofía, desde el año 1644 hasta el de 1649. Su ingenio, concision, claridad y religiosas costumbres le merecieron mucha estimacion y aplauso. Predicó con aceptacion en Valencia, en la corte, en Sevilla, Granada y otras partes. Fué calificador del Santo Oficio, y del consejo de S. M. en el de la Suprema Inquisicion. Sirvió á la Orden en los empleos de secretario y de definidor, provincial y general. En el capítulo del Puig de 26 de Abril del año 1659 fué electo provincial de la provincia de Valencia, y continuó en esta prelacía hasta el capítulo general congregado en Granada á 18 de Octubre de 1664, que le eligieron general de toda la Orden. Antes de ser general mejoró notablemente el convento de Valencia y aumentó su librería, y despues usó de tal moderacion, que los pingües emolumentos de su oficio sirvieron para el reparo y socorro de diferentes casas de la Orden, especialmente para la fábrica del suntuosísimo convento y santuario del Puig; obra digna de la generosidad de un rey. Luego que acabó el generalato, le postuló la reina madre en el año 1671 para el obispado de Ampurias en Cerdeña. Fué consagrado á 12 de Junio de 1672, pero ántes de su partida, le trasladó la reina á la mitra de Segorbe. En el año 1677 hizo erigir una hermosa estatua de S. Pedro Nolasco en el puente de Serranos de la ciudad de Valencia, y á 6 de Marzo de 1679 fué promovido por merced del rey Carlos II al arzobispado de Tarragona, donde dejó ilustres testimonios de su afabilidad, beneficencia y ánimo dadivoso y pio, particularmente en obsequio de la protomártir Sta. Tecla, patrona de aquella ciudad. Murió religiosísimamente en su iglesia, de edad de setenta y dos años, á 26 de Marzo de 1694, y le dieron sepultura en el coro, debajo de una lápida adornada con sus armas, y con esta inscripcion:

Hic jacet per quem tanta pietas in Deum, Mariam Virginem, divamque Teclam monumenta surgunt, Illustrissimus et Reverendissimus D. D. Fr. Josephus Sanchiz, Minervæ dilectissimus. Sui et Sacri Ordinis Beatæ Mariæ de Mercede honoribus summis præclarus. Episcopatu Emporicensi, et Segobricensi magnus. Archiepiscopatu Tarraconensi cesus. Hispaniarum Primatu celsissimus, et meritis excelsior. Tamen hic tandem nihil nisi pulvis et cinis: At vivit in cinere virtutibus superstes et famâ. Famâ sæculo, virtutibus cœlo. Obiit die 26 Martii 1694, sed luget adhuc Tarraco. Hodie vale dicit ultimum gratitudo, sed æternum, hoc marmore perennius, die 25 Septemb. 1696.

El canónigo D. Francisco Ortí dice que murió en el año 1696, pero se equivocó con el año en que pusieron la lápida; el dia de la muerte le pone bien. Estas son sus obras: 1.ª *Sermon á la nueva feliz de la canonizacion del santo P. D. Tomás de Villanueva, predicado en la solemne octava que se celebró en la santa iglesia metropolitana de Valencia*; en la misma ciudad, por

Gerónimo Vilagrasa, 1659, en 4.°—2.ª *Discurso panegírico sobre un geroglífico compuesto por Josef Vicente del Olmo, secretario del Santo Oficio de la Inquisicion, en las fiestas á la canonizacion sobredicha; predicado en la octava que celebró el convento de la Virgen del Socorro, donde está el cuerpo de dicho santo;* en Valencia, por dicho impresor y año, en 4.° Salió inserto en el libro que publicó de estas fiestas D. Marco Antonio Ortí; y allí mismo se hallará el geroglífico de Olmo.—3.ª *Sermones del maestro y el discípulo, San Agustin y Sto. Tomás de Aquino, doctores de la Iglesia, y otro extemporáneo deprecatorio, por la salud del príncipe D. Felipe Próspero de Austria;* en Valencia, por Bernardo Nogués, 1661, en 4.°—4.ª *Oracion Evangélica y aclamacion votiva en las fiestas que consagró la villa de Xerica, reino de Valencia, al nuevo breve expedido por la santidad de Alejandro VII sobre el culto de la Concepcion de María Santísima;* en Sevilla, 1662, en 4.°—5.ª *Ramillete de Sermones.* Son once los que contiene; los diez predicados siendo general, al rey y á su consejo supremo de Aragon, y en otras partes. Los publicó el Mtro. Fr. Manuel Novella, del mismo hábito; en Valencia, por Gerónimo Vilagrasa, 1672, en 4.°—6.ª *Constitutiones Sacri Concilii Provincialis Tarraconensis; anni* 1685; en Barcelona, por Jaime Cays, dicho año, en 4.° Repárese que á este concilio se le dió el título de *Sacro*, sin embargo de la bula de S. Pio V, expedida en Roma á 4 de Noviembre de 1567, en que mandó quitar del concilio celebrado en Valencia por D. Martin de Ayala el epíteto de santo. Puede ser que entónces ó despues disimulasen en el particular en fuerza de las notas que envió á Roma sobre el asunto el eruditísimo obispo D. Juan Bautista Perez, como tambien en vista de la docta alegacion que dirigió al cardenal Mathei el Dr. Dionisio Pablo Llopis. Al principio de las constituciones referidas promete el arzobispo: *Volumen integrum Constitutionum Tarraconensium, additis quæ ocurrenti sæculo emanarunt;* pero Rod. dice no se imprimió.—7.ª *Oracion fúnebre en la traslacion y entierro del venerable cadáver del Ilmo. Sr. D. Fr. Juan Manuel de Espinosa, general que fué de la órden de S. Benito, y arzobispo de Tarragona;* en Barcelona, por Jaime Cays, 1687, en 4.°—8.ª *Sermon del rezo propio de Santa Tecla vírgen y mártir, en las grandes fiestas que la muy ilustre ciudad de Tarragona hizo por la concesion de dicho rezo á todo el arzobispado;* en Barcelona, por Rafael Figueró, 1692, en 4.° Corre tambien en el libro de estas fiestas que publicó el P. Jaime Vilar, de la Compañía de Jesus, en Barcelona, por el mismo impresor, 1693, en 4.° El Mtro. Fr. Felipe Colombo, cronista general de la órden de la Merced, compuso una *Vida del siervo de Dios V. P. Fr. Pedro Urraca*, castellano de nacion, religioso mercenario, que dió á la estampa en Madrid, en la imprenta Real, año de 1674, en 4.°; y dice en el prólogo, que habia empezado á escribirla el Sr. Sanchiz

siendo maestro general de la Orden; y que no habiendo podido proseguirla, le envió, siendo ya obispo de Segorbe, los cuadernos que habia escrito, juntamente con los papeles que vinieron de las Indias, y que por eso en el frontispicio pone tambien su nombre.—A. L.

SANCHIZ ALBELLA (D. Joaquin). Nació en Castellon de la Plana, y fué bautizado en 19 de Abril de 1768; pasó á Valencia á cursar la filosofia en su universidad, y obtuvo mediante oposicion de gracia, el grado de maestro en artes. Continuó en la teología, y tambien logró gratuitamente la borla de doctor en esta facultad, y asimismo estudió las lenguas hebrea y árabe. En 1794 la justicia y ayuntamiento de Castellon le nombró maestro de gramática, cuyo cargo desempeñó componiendo para el uso de sus discípulos unos tratados, y para certificarse de su utilidad, viendo el grande elogio con que se anunciaba en la *Gaceta de Madrid* de 15 de Julio de 1796 la Gramática latina del P. Fr. Diego de Mello, traducida al castellano, escribió á su autor incluyéndole un ejemplar de sus cuadernos, pidiéndole su dictámen; recibió la respuesta más satisfactoria en que le animaba á continuar ilustrando á los naturales y extranjeros, con otras expresiones honorificas y satisfactorias. En 1799 fué á residir un beneficio en la parroquial de Sta. Catalina mártir de la ciudad de Valencia, y fué nombrado interinamente para la cátedra de sintáxis de aquella universidad, que regentó seis años, componiendo en este tiempo un método nuevo, que tituló *Práctico*, sumamente ingenioso y útil para maestros y discípulos; lo dividió en tratados, los que en 1795 y 97 fueron como bosquejos y diseños de lo que meditaba hacer; en efecto, en los que trabajó é imprimió en 1819, 20 y 21, que su autor mira como obra maestra, asegura que los niños áun de nueve á diez años de edad, instruidos solo en las primeras letras, aunque no tengan las mayores luces, se impondrán suficientemente en las lenguas latina y castellana con todo fundamento en el tiempo de un año escolar, sin tener necesidad de asistir al aula más que hora y media por la mañana y tarde en los dias no feriados, logrando los adultos la misma ventaja con solo una hora, sin dejar por ello las ocupaciones de sus talleres. Este método, así como la mayor parte de nuevas invenciones, ha tenido sus apologistas y contradictores, siendo de estos últimos muchos maestros, que servilmente adictos á sus añejas reglas, consumen cuatro ó cinco años en enseñar á sus discípulos. Continuó Sanchiz Albella residiendo un beneficio, y ha publicado las obras siguientes: 1.ª *Principios de la Gramática castellana y latina para el uso del gula de la villa de Castellon de la Plana*; Valencia, por los hermanos de Orga, 1795, en 8.°; por Mompié, 1819, en 8.°—2.ª *Explicacion de los principios de la Gramática castellana y latina, conocimiento de las palabras en castellano y latin, modo de hallarlas en el manejo de los diccionarios y ordenarlas, hablando, escri-*

biendo y traduciendo, y la noticia de los guarismos romanos y arábigos; Valencia, por Francisco Burguete, 1795, en 8.° Esta obrita es como una explicacion de la precedente.—3.ª *Principios de la Sintáxis figurada*; *Principios de la Prosodia latina*; *Principios de la Poesía*; *Principios de Retórica*. Los cuatro cuadernos se imprimieron; Valencia, en la oficina de Francisco Burguete, 1797, en 8.°—4.ª *Janua linguarum Joan. Comenii*, reimpreso con su texto latino, y adoptado por Sanchiz Albella para su método práctico; Valencia por Domingo Mompié; 1819, en 8.°—5.ª *Gramática de las lenguas latina y castellana, arregladas por el Dr. D. Joaquin Sanchiz, etc., para enseñarlas segun el método práctico;* Valencia, por los mismos, 1819, en 8.°—6.ª *Catálogo latino-español de las voces contenidas en el libro titulado* Janua linguarum *de Juan Comenio, indicadas en sus primeras posturas por D. Joaquin etc., para facilitar á los jóvenes y demás principiantes la traduccion del latin al castellano, segun su método práctico*; Valencia, por D. Ildefonso Mompié, 1819, en 8.° En la guerra de la invasion francesa se mostró este celoso sacerdote tan amante de su patria y trono de nuestro soberano, que no cesó de fomentar el espíritu público, escribiendo y dando á luz varios papeles, haciendo abrir algunas planchas, representando al vivo las amargas circunstancias de aquel tiempo, y procurando por todos los medios posibles enardecer el ánimo español, tan necesario para sacudir el yugo más tiránico que habian visto las edades, con cuyo motivo publicó lo siguiente: 7.ª *La actividad præcisa en el dia*; Valencia, por Francisco Burguete; 1811, en 8.°—8.ª *Insinuaciones eficacísimas para la pronta y segura libertad de la patria, y para la inevitable ruina del execrable Napoleon. Acompaña una lámina alegórica al asunto;* Valencia, por Burguete, 1811, en 8.°—9.ª *Artículo para los artículos;* Valencia, oficina de Francisco Brusola, 1813, en 8.°—10. *Luz pública por el verdadero español*; Valencia, por dicho, 1813, en 8.°—11. *Triaca contra el veneno de la policía pública y secreta*; Valencia, por José Nebot, 1813, en 8.°—12. *La actividad precisa en el dia, convertida en elogio de la tropa;* Valencia, imprenta de Esteban, 1814, en 8.° Acompaña una lámina al intento.—A. L.

SANCHIZ DE JOVER (Manuel), sacerdote, natural de la villa de Castellon de la Plana, doctor en sagrada teología, y beneficiado en la iglesia parroquial de S. Lorenzo de Valencia. Imprimió: *Compendio de las Meditaciones más excelentes y devotas para el mejor ejercicio del verdadero cristiano*; en Valencia, por José García, 1748, en 16.° Le tradujo del que publicó en lengua toscana el P. Lucas Pinelli, de la Compañía de Jesus, añadidas por el traductor algunas oraciones devotas.—A. L.

SANCHO (S.), mártir. Nació en el siglo IX de Jesucristo en Albs, territorio francés cercano á los Pirineos, de una familia noble de católicos, de la que

recibió una educacion cristiana. Créese que hácia el año 845, con motivo de la guerra que sostuvo el rey de Francia Cárlos *el Calvo* con Abderraman II, califa del reino árabe de España, fué traido cautivo por este á Córdoba. Dícese que fué discípulo del glorioso S. Eulogio, del que aprenderia aquella firmeza en la fe que le condujo á dar heróicamente la vida por Jesucristo. Debió llamar la atencion Sancho del califa, ya por su juventud, ya por alguna de sus prendas y cualidades personales, cuando le nombró su paje y concedió la libertad, de suerte que de la condicion de esclavo cautivo pasó á la de liberto y señor en la corte. Disfrutaba de las grandezas del palacio de su señor, como otros jóvenes destinados al servicio del rey, y como ellos recibia la esmerada educacion civil y militar, que tan enaltecida estaba en aquella corte, en una época en que se consideraba á Córdoba como una segunda Atenas por la magnificencia que en ella ostentaba el soberano, y porque era el centro en donde se habian reunido en academia hombres de gran ciencia y saber, que pusieron á la España árabe á la cabeza de todos los pueblos civilizados del mundo. Entre los jóvenes pajes de Abderraman II se encontraba el hermano menor de S. Eulogio, y como fuese muy amigo de Sancho, sin duda fué este el motivo de que recibiese lecciones de aquel glorioso campeon de la cristiandad. Empero si Sancho y sus compañeros recibian una enseñanza militar, y organizados se hallaban para estos servicios, la historia no nos dice que los cristianos que en esta condicion servian fuesen obligados á seguir á sus reyes musulmanes cuando marchaban contra los cristianos, ni tampoco que se les obligase á romper sus votos y manifestarse culpables por infidelidad á su Dios. Aun cuando Sancho se vió halagado de la fortuna y considerado en la corte, no por ello se infatuó; habia aprendido que las mayores grandezas de la tierra no son más que humo que disipa el viento, y su humildad natural y su verdadero amor á las cosas del cielo le hizo despreciar las riquezas y la posicion, no buscando otro bien que el de ser agradable á los ojos de su Dios, y así es, que léjos de abusar de su posicion para aumentar su fortuna y sus honores, empleó sus rentas y su influencia en pro de los cristianos. Aborrecia la vanidad y la lisonja, y solo aspiraba á los goces celestiales, para lo cual ponia en práctica todos las virtudes cristianas, rebajándose á sus propios ojos, y considerándose el más vil y bajo gusano de la tierra, de suerte que al paso que otros en su clase y condicion se pierden por subir, este se ganaba por descender. Su amistad con los poderosos de la corte servia para favorecer á los fieles, aliviándoles en su cautiverio ó para lograr su libertad. De este modo recorria Sancho su trayecto sobre la vida, en la que solo se detenia para hacer beneficios, nunca para alcanzar ventajas para sí. Si durante los primeros años de su cautiverio y empleo en palacio pudo tolerar los ultrajes que

los sarracenos inferian á la religion cristiana con detrimento de su noble alma, que padecia terriblemente por esta causa, llegó la época en que ya no pudo contenerse dentro de su pecho el fuego de amor divino que le consumia, y cual volcan que se enciende y rompe por do quier el cráter por el que vomita á torrentes la ardiente lava, así estalló el fuego de piedad de Sancho á la vista de los tormentos que se daban á los mártires. Inflamado de entusiasmo religioso y deseoso de alcanzar la gloriosa palma del martirio, salió de su inaccion, y preparándose á la pelea con ánimo esforzado, confesó en público que era cristiano, que detestaba del profeta Mahoma y de cuanto no estuviese conforme con la doctrina de Jesucristo. Escandalizados quedaron los musulmanes al ver confesar á Jesucristo á un pajecillo del califa, y tratando de castigar su atrevimiento, le prendieron ofendiéndole al propio tiempo de obra y de palabra, y le condujeron al tribunal del juez que entendia en los asuntos del culto musulman, para que le examinase y mandase castigar severamente. Indignado el juez de que un servidor de su soberano faltase no solo á las leyes civiles, si que tambien á las que él creia divinas en su ceguedad, como emanadas del profeta, le reprendió severamente, llamándole infamador de la ley y traidor al rey, que de la condicion de esclavo le habia librado, soldado de su guardia de honor y su paje, gracias á las que habia respondido con deslealtad, por lo que se habia hecho reo de muerte, á la cual le condenaba si no se desdecia, y abjurando de aquella creencia venia á venerar al profeta. Imitando Sancho á su divino maestro Jesucristo en el silencio, nada respondió que pudiera atenuar su condena; ántes la aceptó gustoso como el premio de su constancia, y se dispuso á la muerte con la serenidad del justo y con el deseo del que esperándolo todo del cielo desprecia todo lo del suelo, que por más grande que sea no es más que un átomo de miserable inmundicia y suciedad. Llevóse á cabo la sentencia dictada por el juez contra Sancho el dia 5 de Junio, en que le recuerda la Iglesia, del año 851 de nuestra era, cortándole la cabeza, en cuyo caso su bendita alma voló al seno de Dios que la habia criado. Como el sacrificio se celebró en Córdoba, llevaron despues su cuerpo al lado del de S. Isaác que tambien habian sacrificado, y colgándole en una especie de percha, le dejaron allí á la intemperie para que se pudriese y fuese pasto de las aves carnívoras; y como reuniesen á los dos santos cuerpos los de otros seis cristianos inmolados al fanatismo musulman, y ya inficionase el hedor de su corrupcion á la ciudad, encendieron los verdugos una hoguera el dia 11 de Junio, y quemando los santos cuerpos en ella, echaron sus cenizas al rio Guadalquivir para que no se apoderasen de estos preciosos restos los cristianos y los venerasen, como así ha sucedido, sin que para ello haya tenido que necesitarse la materialidad de su cuerpo, pues que ha bastado saber su nom-

bre y su martirio. El Guadalquivir es depositario en sus arenas de las preciosas cenizas de estos santos y de otros muchos que lanzó la impiedad á sus ondas, con lo cual se han santificado sus aguas, enrojecidas un dia y otro con la preciosa sangre de heróicos españoles que dieron gustosos sus vidas por confesar á Jesucristo.—B. S. C.

SANCHO (D.), obispo. Este santo y excelso varon fué hijo de D. Gutierre Arias y de Doña Ildaura, personajes tan ilustres por su nobleza como por su virtud. La Crónica dice que el Señor les concedió este hijo alcanzado y conseguido con el ejercicio de las virtudes de que estaban dotados, pues hacian muchas limosnas, frecuentes y rigorosos ayunos, y muchas romerías á ermitas y santuarios. Tuvo una aparicion Doña Ildaura, en que se la anunció el nacimiento de este hijo, que se verificó en efecto poco despues, y al que puso el nombre de Sancho, muy frecuente entónces en Castilla. Siguió los estudios en que salió muy aventajado, á lo que contribuyó mucho sin duda el huir de las distracciones y juegos propios de su edad, y llegó á ser excelente maestro en la Escritura sagrada, de lo que obtuvo fama en su época por diferentes escritos, que creemos no han llegado hasta nuestros dias. Fué canónigo regular y prior de varias comunidades, y por último obispo sin duda de algunas de las islas que han desaparecido en épocas posteriores, pues las crónicas no citan positivamente las diócesis que gobernó, aunque le dan el dictado de obispo. Asistió á diferentes concilios y fué trasladado de una á otra iglesia, tomando además una parte muy activa en los negocios políticos de su época, hasta decirse que estuvo encargado del gobierno de la corona de Castilla, y que acudió en diversas ocasiones á las fronteras invadidas por los moros, y áun á las luchas civiles promovidas en el interior, portándose siempre con valor y decision, cual convenia á un prelado en aquellas épocas aciagas en que no solo tenia que doctrinar, sino tambien defender á sus ovejas, manejando ora el báculo, ora la espada. Sancho fundó tambien diferentes conventos, que cedió á la órden de S. Benito, y renunciando la dignidad episcopal tomó la cogulla de monje en la vida contemplativa. Pero ni áun así se vió libre de los honores que todos tributaban á su reconocida virtud, pues la comunidad le puso á su frente con el título de abad, y á pesar de su resistencia hubo de volver á tomar el báculo que voluntariamente habia renunciado. Era, dice la Crónica, muy inclinado á la oracion, al ayuno y al ejercicio de todas las virtudes, fué de vivo ingenio y vastos conocimientos en literatura y ciencias. Era verdadero padre de pobres y amante de virtuosos, y en el claustro se aumentó mucho la opinion que habia obtenido por su santidad, pues hizo una vida ejemplar y admirable. Dotó su convento con nuevas rentas, é influyó en que muchos señores abandonando el mundo se retirasen á él y le enriqueciesen con sus donativos. Descan-

só en el Señor, habiéndose obrado por su intercesion gran número de milagros.—S. B.

SANCHO (M. Rdo. P. Fr.), religioso franciscano de la provincia de Santiago de Galicia. La remota fecha en que vivió este Padre ha influido sin duda en que los cronistas nos hayan dejado escasas noticias, si bien las suficientes para formar su vida, pues perteneciendo su nombre á la historia, en ella debemos buscar la relacion de sus hechos, gloriosos sin duda, pues fué confesor de una de las reinas más ilustres que han ceñido la corona de Castilla. Fr. Sancho pertenece á esa série de héroes que tanto se distinguieron en la época de la reconquista, que guerreros, aunque sacerdotes, ceñian la espada encima del hábito monacal, y marchaban á la conquista de las ciudades que se hallaban en poder de la morisma, aconsejando á nuestros monarcas en beneficio siempre de la religion y del país á que pertenecian. Por desgracia, entre estos gloriosos hechos suele deslizarse tal cual negro borron, y las guerras intestinas que agitaban el reino, las parcialidades que le ensangrentaban y dividian, dicen muy poco en favor de aquellos héroes, si no les hallásemos dispuestos siempre que el moro invadia nuestras fronteras, á correr en defensa de la patria, á derramar su sangre por la religion del Crucificado. Pero el carácter de nuestro religioso forma un verdadero contraste con el de su siglo en este punto, pues enemigo de las discordias civiles, le encontramos siempre al lado de los poderes legítimos, y en su defensa sacrificó lo mejor de su vida. Quizá á sus acertados consejos debió la reina Doña María de Molina el renombre que obtuviera durante su borrascosa regencia, y el confesor de la reina madre merece muy bien le demos un distinguido lugar entre los personajes de esta obra, pues el papel que desempeñó en la historia le hace acreedor á él por más de un concepto. Su nombre ha pasado sin embargo desapercibido hasta el presente, y la historia al citarle lo hace de una manera tan confusa, que apénas se le vislumbraba como una débil sombra entre los ilustres personajes de que se halla rodeado, no obstante que aquellos lo hicieron todo por su direccion y consejos, y que llevó su abnegacion hasta ocultarse en el último convento de su provincia una vez terminada su larga y penosa tarea. Razon que le hace acreedor á nuestras investigaciones, aunque estas no sean tan fecundas como desearíamos, y al escribir su vida evitemos el hacer la historia de los reinados en que figuró, de los monarcas que obraron probablemente bajo su inspiracion inmediata. Es indudable que este religioso venia figurando desde los primeros años del reinado de D. Sancho *el Bravo*, pues no es creible se le eligiese por confesor de una reina tan ilustre como Doña María de Molina, siendo un personaje completamente desconocido. Las dotes mismas que adornaron á esta princesa, manifiestan el mérito que debia tener su confesor, pues de lo contrario no hubiera

podido permanecer á su lado en vida de su esposo, y mucho ménos despues de muerto, cuando las revueltas que afligian á Castilla pusieron á aquella señora en los mayores apuros, y á su hijo en el último extremo, viendo vacilar la corona que ceñian sus sienes. Es casi seguro que cuando ocurrió la muerte de Doña María de Molina habia fallecido ya su confesor, pues su provincialato en Santiago de Galicia es de fecha mucho más reciente, quedando fuera de duda que á su prudencia y consejos se debieron muchos de los actos de esta célebre reina, cuya historia se halla tan ligada con la del provincial franciscano, que puede muy bien mirarse como una misma. Ciertamente que se ha olvidado el nombre del humilde religioso para ocuparse de la excelsa señora, cuya heroicidad se manifestó en más de una ocasion, cuyo ánimo y valor pueden citarse como ejemplo en los anales de la monarquía castellana; pero tambien merece su correspondiente lugar el que estuvo siempre á su lado, y en el instante más crítico de su vida la hizo dirigir su vista al cielo, que la salvó contra los hombres de quienes se veia totalmente abandonada. Este solo rasgo basta para caracterizar á nuestro religioso, y demostrar su grande influencia siquiera la historia no se haya ocupado detenidamente de él, dejándonos en tal confusion, que nos son completamente desconocidos sus principales hechos.—S. B.

SANCHO (D.), religioso de la órden de S. Benito y obispo de Avila. Floreció en el siglo XI, siendo uno de los que asistieron con el rey D. García en la traslacion del cuerpo de S. Millan, que tuvo lugar en el año 1030. Este prelado ordenó de órdenes mayores á S. Prudencio, obispo de Tarragona. De un obispo Didimo hace mencion el que escribió la historia de Calahorra, con título *Blasones de esta ciudad;* y afirma en ella que este obispo dió las órdenes á S. Millan, patron de la Rioja. Ignórase la fecha de su fallecimiento.—M. B.

SANCHO (D.), III de este nombre, obispo de Avila, para cuya sede fué electo en 1272. No existe otra memoria sobre este prelado, pues los epitafios de los obispos Sanchos que se pusieron en 1550, cuando el cabildo de Avila mandó se acomodasen los de los bienhechores de su iglesia no son exactos, y por tanto conducen á error. Ignorándose la época de su fallecimiento, solo consta dejó haciendas para que se celebrasen aniversarios por su alma.—B.

SANCHO (D.), obispo de Zamora, único de este nombre. Floreció en el siglo XIII. Confirmó privilegios que los reyes concedieron á la ciudad de Baeza en el año 1243. No existen otras noticias acerca de este prelado, ni consta la época de su fallecimiento.—B.

SANCHO (D.), obispo de Coria, único de este nombre. Floreció en el siglo XIII, siendo uno de los primeros prelados que dieron la obediencia al rey D. Fernando el Santo, y se halló en la consagracion de la santa iglesia de

Córdoba, cuando fué arrancada esta ciudad al poder de los moros, suceso que tuvo lugar el dia de S. Pedro y S. Pablo del año 1225. Tambien se encontró el obispo D. Sancho en la toma de Sevilla, en que se lució y padeció con maravilloso esfuerzo, sin que conste la época de su defuncion.—M. B.

SANCHO (D.), obispo de Plasencia, primero de este nombre. Gobernaba su iglesia en el año 1348. En 1351 el rey D. Pedro en el primer año de su reinado concedió algunas libertades á los clérigos de la iglesia de Plasencia, y llega la memoria de privilegios que confirmó el obispo D. Sancho hasta el año 1353. En dicha santa iglesia se dicen por el descanso eterno del alma del precitado prelado cuatro aniversarios que dejó dotados. Como todos los prelados de la iglesia de Plasencia y su tierra, durante los reinados de D. Alfonso XI y su hijo y sucesor D. Pedro, prestó eminentes servicios á estos dos reyes. Se ignora la época fija de su fallecimiento.—M. B.

SANCHO DE AUSA (Hermano), de la Compañía de Jesus, natural de la ciudad de Pamplona, en Navarra. Fué grande el fervor de este siervo de Dios, y grande su dicha en morir obedeciendo. Entró en la Compañía en edad de diez y nueve años, en la casa profesa de Valladolid, y en solo un año de noviciado, aprovechó tanto con el trato contínuo con nuestro Señor, que parecia de mucha edad; se esmeró mucho en la obediencia como hijo verdadero de la Compañía, y tomó esta senda con tanto cuidado y solicitud, que llegó á la perfeccion. En tan florida juventud le acometió una maligna calentura de la que murió, siendo admirable que todo el tiempo que duró la enfermedad se esmeró en la obediencia con más rigor que nunca, y lo mismo hizo en la paciencia, porque desde que comenzó la fiebre se le abrasaba la boca y lengua de tal modo, que se le puso muy negra, árida, seca y áspera, padecia una sed rabiosa, y aunque tenia por órden de los médicos un jarro de agua á mano para humedecerse y enjuagarse, áun con tenerla tan cerca, y sin estar sin testigos muchas veces, en más de ochenta dias que duró la enfermedad no tragó una gota, considerando en la sed que padeció en la cruz nuestro Señor Jesucristo, al cual quiso imitar y servir con este sufrimiento; y como le habian ordenado que no bebiese, guardó rigurosamente esta órden de obediencia, como lo dijo á su confesor. Pagóle Cristo Señor nuestro esta fiel obediencia é imitacion de su sed, con aparecérsele el mismo Señor crucificado dos dias ántes de su muerte, de la manera que él le habia tenido en su corazon todo aquel tiempo, diciendo con él juntamente: *Sitio*. Pareciale al hermano que tenia en su mano un vaso de un licor suavísimo para dar á Cristo nuestro Señor, de que el mismo Cristo recibió gran gusto, y mostrándosele el Señor apacible, le preguntó el hermano: «Señor mio, ¿soy yo de vuestros escogidos?» Respondióle que sí, y volvióle á preguntar: «Señor, ¿me habeis de llevar con vos?» Contestóle: «Sí, hijo, yo te llevaré conmigo;»

y desapareciendo la vision, quedó el hermano con tan grande paz y alegria en su alma, que mostraba bien los efectos que Dios le habia producido con su visita, y haciéndole observar el confesor que aquella aparicion debia de ser sueño más bien, le respondió con aseveracion: «No, Padre, tan despierto estaba como ahora que hablo con vuestra reverencia.» Murió de allí á dos dias con mucha paz y sosiego, como quien iba á recibir el cumplimiento de tan gran promesa.—A. L.

SANCHO DE AVILA (D.). Floreció en el siglo XVII. Fué preconizado para la sede de Sigüenza, tomando posesion de su mitra en 12 de Diciembre de 1625, y pasó á la de Plasencia en el año 1622. No existen otras noticias acerca de la vida y muerte de este prelado, ignorándose por lo tanto cuándo acaeciese su defuncion.—B.

SANCHO BARRON (Fr.), religioso de la órden de S. Gerónimo, del monasterio de nuestra Señora de la Estrella. Fué un varon muy notable y entendido. Sus muchas virtudes y recomendables prendas hicieron que sus hermanos le eligieran dos veces por prior. Desde que recibió el hábito dió pruebas de ser un ejemplar religioso, siempre constante en las prácticas de la vida espiritual, con un ánimo inalterable. Era un modelo de austeridad, y trató siempre su cuerpo con gran aspereza, añadiendo al rigor de la Orden otras circunstancias que le agravaban y aumentaban la mortificacion, consiguiendo con tan crueles medios asegurar más su conciencia. Despues tuvo que trasladarse á nuestra Señora de Frex de Val, de cuyo monasterio le nombraron prior. A pesar de estar tan separado del trato del mundo, y encerrado en aquellos montes y desiertos, habia cundido la fama de su mucha santidad y letras en toda España, así fué que el Gran Capitan Gonzalo Fernandez de Córdoba le escogió por su confesor. Seguramente no se sabe cómo los príncipes y magnates llegaban á tener noticia de aquellos religiosos, gente tan retirada, escondida, recogida, y en cierto modo uraña. Se comprende bien que si recorrieran los pueblos, cruzasen sus calles, entrasen en las casas, y en una palabra, se relacionasen, en ese caso no sería de extrañar que haciéndose públicas su vida, virtudes y buenas letras, se les aficionáran las familias con la importunacion y frecuente trato. Pero no caminaban así aquellos santos varones, que solo profesaban una vida austera y contemplativa en aquellas soledades y encerramiento. Fr. Sancho terminó su vida con grande opinion de santidad, no desmintiendo en aquel preciso trance los religiosos dotes de que siempre estuvo adornado y que le hicieron merecedor de la gloria.—A. L.

SANCHO DE BESARAN, dominico aragonés del siglo XV, pertenecia á una antigua é ilustre familia, y sus parientes que hubieran deseado muy bien dedicarle á la carrera de las armas, que era la más general y la que mayores

esperanzas daba en aquella época, hubieron de ceder ante las inclinaciones de su tierno vástago, que deseaba consagrarse decididamente á la vida religiosa. Besaran, conforme á su vocacion, tomó entónces el hábito en la religion de PP. Predicadores y convento de Huesca, de cuya ciudad ó sus alrededores era probablemente natural. Su ingenio y aplicacion le merecieron rápidos y repetidos triunfos en los estudios, sin que ninguno de sus compañeros se le pudiese comparar en aptitud ni saber. Sus superiores pensaron desde luego en él para las primeras dignidades, pero ántes quisieron probarle en la piedra de la mortificacion, excelente medio que siempre hemos elogiado, y que merecerá eternas alabanzas de cuantos estudien detenidamente la organizacion de las órdenes religiosas. El miembro de la Iglesia militante, que está llamado á combatir, debe ir suficientemente preparado con la oracion que da aliento al alma, que la anima en sus mayores dificultades, y fortifica al espíritu contra las tentaciones de la vida; de la mortificacion que sujeta al cuerpo, que le somete á la razon y la inteligencia, y le acostumbra á sufrir todo género de trabajos. El soldado acostumbrado á una vida muelle y regalona, será de seguro vencido por el enemigo, y solo el acostumbrado á rudas y crueles fatigas puede tener alguna esperanza de la victoria. De esto nos dan continuos ejemplos los antiguos capitanes, que cuando se hacian cargo de un ejército derrotado repetidas veces por el enemigo, lo primero que hacian era mejorar sus costumbres, y despues endurecerle con el trabajo y la fatiga, conduciéndole por último á presencia del enemigo. Tal fué la táctica de todos los fundadores de Ordenes religiosas; en sus reglas, en que no hay nada inútil, se propusieron siempre endurecer á los religiosos, ponerlos en estado de sufrir los trabajos á que debian verse expuestos, y darles consuelo y aliento con la continua oracion, bálsamo del alma herida, perpétuo alimento del corazon llagado. Esto fué tambien lo que hicieron sus superiores con Sancho Besaran. Vistos sus progresos en los estudios, quisieron que los hiciese tambien en la virtud, y por cierto que no salieron fallidas sus esperanzas. El jóven dominico, á quien se obligaba á largas y continuas peregrinaciones á pie y casi descalzo, sin más alimento que el que recogia de limosna, sin otros auxilios contra la inclemencia del tiempo que su pobre y roto hábito, marchaba lleno de confianza en el cielo á un punto desconocido donde encontraba órden de continuar de nuevo su camino, apoyado siempre en su báculo y sin más recursos que los que le proporcionaba la Providencia. El pobre soldado de Jesucristo no conocia los enemigos que tenia que combatir, la ciudad que debia conquistar, pero sabia que su camino era muy largo y que tardaria mucho en encontrar el eterno descanso; otras veces se le obligaba á continuos ayunos y mortificaciones, á largos y penosos trabajos, y siempre salia vencedor en sus fatigosas empresas. Pero apénas las habia ter-

minado, se le comenzó á nombrar para diferentes gobiernos de su Orden, honoríficos cargos en los que ni siquiera habia pensado. El modesto religioso, el excelente prior, acostumbrado á la regularidad, sabia imponérsela á sus súbditos, y acostumbrado al trabajo sabia hasta qué punto debia ejercitar en él sus fuerzas. Entendido á la par que virtuoso, sabia dirigir á otros por el camino que él habia recorrido, y no ignoraba las puertas que podia encontrar abiertas y las que hallaria cerradas en su nueva peregrinacion. Tal fué la vida de este docto varon, que ántes de tocar á su término hubo de pasar por otras muchas á cual más heróicas pruebas. Nombrado en 10 de Marzo de 1413 censor del tribunal de la fe por el prior de esta provincia, desempeñó este cargo con celo y acierto, con una actividad y un esmero dignos de superior elogio. Muchas fueron las ocasiones que se le presentaron para manifestar la superioridad de su genio, la extension de sus conocimientos y la grandeza de su ánimo, y no quedaron por cierto defraudadas las esperanzas de los que para aquel cargo le habian nombrado. Dotado Besaran de una superioridad reconocida sobre todos sus contemporáneos, supo guiar la ley, mejorar sus efectos, y de ningun modo hacerla pasar desapiadada sobre los infelices sometidos á sus rigores. Censor inteligente y benéfico, sabia interpretar el código que tenia en las manos, inclinándose más bien á la indulgencia y la piedad, que al rigor y á la severidad. Tales fueron sus servicios al tribunal que pertenecia, servicios por que mereció las bendiciones de sus contemporáneos y las bendiciones de la posteridad. Agradecidos aquellos, quisieron elevarle á una nueva dignidad, y en 8 de Setiembre de 1419 le eligieron prior de su provincia de Aragon, puesto el más elevado que podia concederle en España la órden de PP. Predicadores, y en que permaneció indudablemente hasta su muerte, segun el silencio que despues de su eleccion han guardado todos los autores. Consta, sin embargo, que le ocupó dignamente, correspondiendo á los antecedentes que habian señalado su carrera, y que obtuvo una fama digna de sus virtudes y religiosidad. Siendo inquisidor, y cuando habia tenido que combatir contra las herejías, hubo de escribir diferentes obras que se han perdido en su mayor parte, pero nos queda una sin embargo, por la que aún se puede juzgar del mérito literario de este religioso, y en la que compuso contra los *errores del célebre médico Arnaldo de Villanova*, cuya triste celebridad ha llegado hasta nuestros dias. —S. B.

SANCHO Busto de Villegas (D.), obispo de Avila. Era natural de Ocaña, y tuvo por padres á D. Andrés de Bustos y á Doña Mencía de Villegas. Estudió en la ciudad de Salamanca. Fué alumno en el colegio de Santa Cruz, en Valladolid, y tomó su hábito en 17 de Febrero del año de 1554. Leyó la cátedra de Clementinas, y se graduo de licenciado en sagrados cánones. En

1560 fué oidor de Valladolid. En 1664 fué promovido al Consejo supremo de la santa Inquisicion. En el año 1569 fue gobernador del arzobispado de Toledo, á causa de encontrarse ausente de la diócesis y estar en Roma su arzobispo D. Fr. Bartolomé de Carranza. Era canónigo de Sevilla, y fué electo obispo de Avila, de que tomó posesion en 2 de Febrero de 1579. Desempeñó la diócesis dos años, y murió en Madrid en 19 de Enero de 1581. Los suyos le dieron sepultura en su patria, Ocaña, en el convento de nuestra Señora de la Esperanza, de religiosos franciscos, en la capilla de la Concepcion. Su sepultura carece de epitafio. —M. B.

SANCHO Cataño (Venerable), presbítero de Constantina, villa del reino de Sevilla, varon de santa vida y celoso misionero apostólico. Las principales noticias que existen de este siervo de Dios se hallan en la historia de la M. Marta Peralvo, en la que se refiere lo siguiente: «Que en diversas ocasiones habia oido decir á la sierva de Dios que el dia último que se despidió de ella su padre espiritual D. Sancho Cataño para volver á Constantina, le habia dicho que no se verian más en esta vida; pero que tuviese esperanza de que se habian de ver muy presto en la patria celestial, donde gozarian de Dios eternamente. Afligióse la sierva de Dios porque conocia la falta, y con la fe grande que tenia con su padre y opinion de su realzada virtud, tuvo por cierta su prediccion, como de hecho lo fué, y así le dijo: Pues, Padre, yo quisiera, si fuera voluntad del Señor, que V. se hallára á mi cabecera á la hora de mi muerte. Y el venerable varon le respondió: Yo se lo prometo si la Majestad divina me da licencia. Habiendo reflexionado sobre esta noticia, le preguntó varias veces el confesor que la asistia si habia visto al P. Don Sancho, y siempre respondia que no. El dia 1.° de Agosto, como á las ocho de la mañana, entró una niña con un recado, diciendo se lo diesen á la madre, que la noche ántes lo habian traido de Constantina, el cual era un retrato muy bien copiado del V. sacerdote D. Sancho Cataño, y por la gran opinion de santidad que tuvo siempre el venerable varon, lo hizo copiar la devocion de sus hijos y paisanos dos horas ántes que muriese. No es ponderable el gozo interior y exterior que manifestó la sierva de Dios con semejante visita. Abrazóse con el retrato, y desde aquella hora parece que se ausentaron todos los pavores y tristezas de la muerte, sin percibirse más que demostraciones de alegría. Púsolo á su cabecera, y hablaba con él como si fuera con el original.» En una carta remitida á Ramirez Luque, se añade lo siguiente: «Pasé acompañado de los sujetos más condecorados de esta villa á practicar el reconocimiento del cadáver, como ya ántes habia anunciado á V. Descubrimos el nicho donde estaba depositado, le sacamos en su ataud, y lo presentamos en medio de la nave mayor de la iglesia para satisfacer la curiosidad y devocion piadosa de un inmenso pueblo que habia concurrido.

Abrí el ataud, el que manifestaba muy bien el grande aprecio y consideracion con que le tratáran en su muerte sus parientes y paisanos, pues se hallaba este forrado por dentro y fuera en tela de lana de oro, y guarnecido de galon del mismo metal, con dos cerraduras doradas; su cabeza reclinada sobre una almohada de damasco carmesí; sus vestiduras sacerdotales íntegras; su ropa interior del mismo modo; su cadáver desecado, íntegro en todas sus partes, y capaz de presentarlo de pie derecho sin que tuviese disolucion. Este es el estado que conserva en el dia, y aunque nada hemos hallado sobrenatural y maravilloso, nos ha sido de mucha satisfaccion, y le ha conciliado un general amor, afecto y veneracion.» De esta misma carta se sabe que D. Sancho Cataño nació á 11 de Enero de 1577, y que sobre su sepulcro se puso una inscripcion, que copiamos despues. En la Crónica de la reforma del Tardon, que ha quedado manuscrita, se lee tambien lo siguiente: «No escribo la vida de este venerable sacerdote, por seguir el dicho del Espíritu Santo, no alabes al hombre miéntras vive, y este aún lo está.» Dice tambien «que hizo sus estudios en Salamanca y fué legista y canonista. Su primera inclinacion fué al estado del matrimonio, y reflexionando en la epístola de S. Pablo *De virginibus*, á la que le llamó la atencion un hermano donado de S. Basilio, de grande opinion, que habia en el hospicio de Constantina, con cuyo motivo conoció llamarlo Dios para este estado, y se ordenó. Labró dos ermitas á sus expensas, una en este término y otra junto al monasterio del Tardon, que aún conservan en el dia el nombre del P. D. Sancho, á las que se retiraba por temporadas para darse más á la vida contemplativa. De órden del Sr. Pimentel, arzobispo que era de Sevilla, hizo misiones con mucho fruto, y tuvo en distintas poblaciones de Extremadura y Andalucía muchos hijos de espíritu, que fueron tenidos en mucho por sus ejemplares vidas.» Antes de terminar debemos hacer mencion de una observacion muy juiciosa, que sugiere á Ramirez Luque el estado del cadáver del V. Sancho Cataño. «Aunque como ya vimos se encontró el cadáver del V. P. Cataño, desecado y entero, como tambien sus vestiduras interior y exterior, parece que no se halló en ello nada sobrenatural ni milagroso. Prevencion muy prudente y que indica ser el autor de la carta hombre ilustrado y libre de vulgares preocupaciones. Sin embargo, yo no puedo ménos de advertir tambien que tan completa integridad de cuerpo y ropa se ha notado al cabo de ciento treinta y ocho años de estar difunto nuestro Venerable, es decir, en Diciembre de 1804, habiendo muerto el Padre en Diciembre de 1666. No hay duda en que estas desecaciones, que comunmente se llaman incorrupciones, no se reputan por milagros para beatificar ni canonizar un santo. Pero al cabo no dejan de llamar la atencion de Roma cuando les ha precedido una vida llena de virtudes y ejemplos

de santidad. Por esto dice Francisco Peña, auditor de la Rota Romana, que sus compañeros, tratando de esta clase de incorrupcion que tenia el cuerpo de S. Diego de Alcalá: *De integritate corporis censuerunt non esse miraculum, cæteris tamen concurrentibus admiratione et veneratione dignam, at in relatione Consistorii, et postmodum in canonizatione esse referendam.* Y en efecto, en la bula de canonizacion de dicho santo se expresa la mencionada integridad: *B. Didaci corpus post annos fere centum integrum et incorruptum.* Lo mismo se dice en la bula de canonizacion de Sta. Margarita de Cortona: *Dei famulæ corpus Cortonæ adhuc vegetum, incorruptum, illæsum.* Puede aplicarse esto muy bien al estado actual del cadáver del V. Sr. Cataño, y por esta causa con mucha razon la vista de semejante estado de incorrupcion despues de tantos años, «le ha conciliado al venerable difunto un general amor, afecto y veneracion», sobre los que tenia vinculadas su vida y virtudes apostólicas. Hé aquí el epitafio latino de este ejemplar sacerdote:

Immortalitatis lucem spectans, requiescit hic V. P. D. Sanctius Cataño; Presbyter, genere clarus; præclarus virtute; assiduæ contemplatione fervidus, devotione Eucharistica flagrans; morali sacra eruditione eximius; pius enegorum subcursor; ignifer concionator; humilitate magnus; magnitudine humilis; vivens, et doctrina et exemplo profui; decedens, prædicationi et doctrinæ consuluit. Congruam ex patrimonio relinquens, ut in posterum hujus sanctæ, atque sibi charissimæ Ecclesiæ in sacello triduo in hebdomada moralis theologia doceatur, ut dominicis per annum sacra evangelia prædicentur. Obiit septuagenarius die XXIII, mensis Decembris, anno Domini M.D.C.LXVI.—

S. B.

SANCHO DÁVILA (D.), único de este nombre. Fué obispo de Cartagena, Jaen, Sigüenza y Plasencia, donde murió, sin que existan otras notas acerca de este prelado.—M. B.

SANCHO DÁVILA (D.), obispo de Avila. Fué hijo de Blasco Jimeno, poblador de Navamorcuende y descendiente de los primeros pobladores de Avila. Ocupó la sede episcopal en los turbulentos tiempos de la minoría del rey D. Alfonso XI, que solo contaba un año de edad. Todos los grandes de alguna consideracion en el reino aspiraban á obtener la regencia, señalándose entre todos los pretendientes el infante D. Pedro, tio del Rey, y Don Juan Manuel de Lara, movidos, no del deseo del bien público general, sino para contentar su ambicion y satisfacer sus miras particulares. No queriendo los unos ni los otros ceder de sus pretensiones, acordaron un medio, y fué llevar á criar al Rey niño á Avila, poniéndole bajo del cuidado del obispo D. Sancho, á condicion de que se les entregase para su seguridad el cim-

borrio y fortaleza de la poblacion. Los avileses, instigados por el obispo y por su hermano Fernan Blazquez Dávila, no quisieron en modo alguno acceder á lo que se pedia, y solo consintieron el admitir al rey niño, declarándose por último á favor del infante D. Pedro, bajo condicion de que el monarca no habia de salir de la ciudad hasta tanto que junto el reino en córtes decidiese á quién correspondia la tutela y regencia. Sirvieron los de Avila á su rey con todo el amor y lealtad que acostumbraban á hacerlo con sus antepasados, y respecto á este punto hace el Mtro. Gil Gonzalez Dávila una observacion, reducida á que no obstante los muchos servicios prestados por la mencionada ciudad, ninguno de los reyes la habia concedido fuero, privilegio, ni exencion de importancia; pero haciendo muestra de su lealtad é hidalguía, cita aquella sentencia de un gran sabio, que dice: *Basta merecer el premio áun cuando no se consiga.* Quedó el obispo D. Sancho por maestro y guarda del rey; pero el resultado de la lealtad de los avileses y el esmero del obispo, fué que se encendieran con más furor los odios, y que todos los disturbios y todas las luchas vinieran á redundar en perjuicio de Avila, pues como punto donde se albergaba la persona que todos anhelaban dominar, los jefes de cada uno de los partidos militantes trataban de apoderarse de la poblacion por medio del ardid ó de la fuerza. Llegó á la ciudad D. Juan Nuñez de Lara, resuelto á conseguir su empresa, ora por las buenas razones que juzgaba asistirle, ora valiéndose de las armas. Pero ninguno de ambos medios surtió efecto. Los de Avila desoyeron sus proposiciones, y al querer emplear la fuerza fué repelido con la misma, haciendo notable daño en su gente y obligándole á retirarse. Con igual pensamiento se acercaron á la poblacion el infante D. Pedro y la reina Doña María; mas la ciudad, respetando como era debido la dignidad soberana, la pidieron que acatando la futura decision de las córtes del reino, no intentáran temeridades, y que se retirase á esperar tranquilamente la mencionada decision. Celebráronse por fin las córtes de Sahagun; pero no habiendo podido los procuradores ponerse acordes sobre el punto principal, celebróse nueva asamblea en Palazuelos, resolviendo en ella que bajo ciertas condiciones se encargase de la tutela del rey niño su abuela Doña María. Hallándose en el poder esta señora, agradeciendo por una parte los servicios que D. Sancho la prestára en la crianza del rey niño, y apreciando por otra su intrepidez y su firmeza, le honró con el importante destino de notario mayor de Castilla. A pesar del acuerdo del reino, no cesaron las turbulencias en mucho tiempo; pero al fin los descontentos depusieron sus querellas, rindiendo pleito homenaje á la reina en presencia de muchos grandes y prelados, y con asistencia del obispo Don Sancho, que acompañó á sus reyes hasta la ciudad de Toledo, mereciendo que le dieran las más señaladas muestras de su aprecio y consideracion.

Fuera de estos servicios, hizo otros muchos el prelado á su rey luego que fué mayor de edad, algunos de grande importancia; ayudándole con sus recursos y sus consejos en las alteraciones de Zamora, Toro y Valladolid, causadas á pretexto de la amistad que D. Alfonso manifestaba á Alvar Nuñez Osorio. Asistió tambien D. Sancho al sitio de Gibraltar, en el que sirvió de mucho con su intrepidez y talento. Acrecentó el estado de su casa, comprando con su propio peculio el lugar de Villalon; y atento además al bien público de la religion y de la patria, fundó en la ciudad de Avila el convento de religiosas bernardas, titulado de Sta. Ana, que tan venerado fué siempre de los reyes de Castilla, los cuales iban ante todas cosas á visitarle cuando paraban en aquella ciudad, tributando esta muestra de su respeto á la memoria del aprecio y estimacion que los monarcas sus antecesores le habian tenido siempre. Observando esta devota costumbre los reyes Cárlos I, el emperador y su esposa Doña Isabel, D. Felipe II y D. Felipe III, en union de la reina Doña Margarita, fueron repetidas veces á visitarle. Era tan magnífico este templo y la casa-convento, que se contaba por una de las grandezas de la ciudad. En lo antiguo gozaba de una renta denominada *de las cuartillas*, que el citado rey D. Alonso concedió á instancias del mencionado obispo Don Sancho. En un antiguo mármol que habia en la iglesia se leian algunos versos castellanos, que aunque rudos y sin arte, declaraban la fundacion del convento y el catálogo de las memorias con que se hallaba dotado. En tiempo del mismo obispo se concluyó el crucero de la iglesia catedral, y para prueba de ello y eterna memoria, hizo colocar en él el escudo de armas de su casa. Murió en Valladolid en el año de 1353, y fué sepultado en Avila en la iglesia mayor y capilla de S. Blas, que era el entierro de sus mayores.—M.ª B.

SANCHO Davila y Toledo (D.), obispo de Plasencia. Fué natural de la ciudad de Avila, y tuvo por padres á D. Sancho Dávila y Doña Juana de Toledo, que se hallaban emparentados con las más nobles familias de Castilla. Hizo sus primeros estudios en la famosa universidad de Salamanca, de la cual fué más tarde catedrático de escritura y rector, obteniendo despues una canongía en la santa iglesia de Avila. Fué presentado por el rey para la sede de Cartagena, y desempeñando este cargo, trasladó á la iglesia de Murcia desde el pueblo de Berrocana dos brazos, uno de S. Fulgencio y otro de Santa Florentina, hermanos mártires, y naturales de la ciudad mencionada, recibiendo con solemnísima pompa estas preciosas reliquias el dia 2 de Enero de 1594. Edificó en Murcia y dotó espléndidamente un templo y un seminario para colegiales, que á la vez estudiaban y servian á la iglesia en la celebracion de los divinos oficios. Edificó en Cartagena otro templo, en el solar de la casa donde habian nacido S. Fulgencio y sus hermanos, adornándole

con los retratos de todos los obispos de Cartagena y Murcia, incluso el suyo. La santidad de Clemente VIII le envió el precioso don del cuerpo entero de S. Vidal, mártir, en el año 1595, cuya reliquia destinó el obispo á la santa iglesia de Avila, donde fué solemnemente colocada en el año 1600 dando esta muestra de amor y respeto á su patria y á la iglesia en que habia sido canónigo. De la sede de Cartagena y Murcia fué trasladado á la de Jaen, pasando por presentacion de Felipe III á la de Sigüenza, y de esta á la de Plasencia en 1622. Celebró sínodo, y consoló á sus ovejas con ejemplos y limosnas. Escribió un interesante libro *todo de oro*, segun la feliz expresion del maestro Gil Gonzalez Dávila, que trata del culto reverente del Santísimo Sacramento, y de la veneracion que merecen las reliquias de los santos, conteniendo además las vidas de S. Agustin y Sto. Tomás. Enriqueció su iglesia con muchas reliquias de santos, así como la capilla de S. Antolin en la de Avila, cuya capilla era la destinada para entierro de su familia. Murió en Zaraicejo, villa perteneciente á su obispado, el dia 6 de Diciembre de 1625. Su cadáver fué depositado en la parroquia del mencionado pueblo, hasta que hubo proporcion de trasladarle á la sepultura de sus antepasados, segun su última voluntad.—M. B.

SANCHO DE FUNES (D.), obispo de Calahorra. Fué natural del reino de Aragon, y tomó el hábito de la órden de S. Benito, saliendo del convento para ocupar la sede episcopal de Calahorra. Hallóse en el sitio y conquista de Zaragoza, y para el reparo de aquella santa iglesia publicó en su obispado una bula que fué confirmada por el papa Gelasio II en el año 1118, concediendo indulgencias á los fieles que diesen limosna para la edificacion y ornato de la mencionada santa iglesia. Habiendo tratado de corregir la desarreglada vida de algunos clérigos de su diócesis, tomó severas medidas contra los transgresores, medidas que produjeron una trama contra su persona, siendo traidoramente asesinado á puñaladas. Su cuerpo permaneció por mucho tiempo depositado en una arca dorada en el convento de S. Prudencio, de los religiosos Bernardos de Calahorra, con un epitafio en latin y castellano, que decia así: *Aquí yace el cuerpo de D. Sancho de Funes, último obispo de Nájera y Calahorra, que fué martirizado por sus clérigos, y cuyo nombre se halla escrito en el número de los santos.*—M. B.

SANCHO GONZALEZ (D.), arzobispo de Sevilla. Fué el sexto prelado que ocupó la sede arzobispal de la ciudad mencionada, despues que se ganó del poder de los sarracenos. Ignóranse todas las particularidades de su vida. Vivió en tiempo del rey D. Fernando el IV, desde el año 1292 hasta el de 1296, en que aparece confirmando algunos privilegios. Murió en el referido año, y se halla sepultado en su iglesia catedral, sin que consten más noticias.—M. B.

SANCHO DE GRAÑON (D.), de la orden de S. Benito. Fué obispo de Calahorra, floreciendo en el siglo XII. Este prelado, á ruego de Sto. Domingo de Silos, dedicó la iglesia de Sta. María de Cañas. Llega la memoria de este prelado hasta el año 1046. En su tiempo ganó el rey D. García á los moros la ciudad de Calahorra en el año 1045; y en la batalla que le dió al mahometano vieron los cristianos pelear á favor suyo á S. Millan, animando visiblemente á los nuestros, dándoles entrada por los muros, donde murieron muchos de los enemigos. Ocurrió este suceso el dia último de Mayo del año citado. Se ignora la fecha del fallecimiento de este sabio obispo.—M. B.

SANCHO DE MENDOZA (P.), de la Compañía de Jesus. Nobilísimo en sangre, hijo de D. Francisco Barrionuevo y Mendoza y de Doña Ana Mejía, á quien educaron y criaron con igual cariño que cuidado, y en su casa, los señores marqueses de Priego, de quienes D. Francisco era administrador ó gobernador de sus estados. Llamado de Dios entró en la Compañía el jóven Sancho el año de 1627, abandonando todas aquellas falsas esperanzas con que brinda el mundo; siendo frecuente el observar que muchos sujetos esclarecidos cambian con la mayor decision la conveniencia, el regalo y las riquezas, por la mortificacion, humildad y pobreza, sucediendo generalmente, que hechos cargo de su resolucion, son los más fervorosos en las virtudes, ó porque sus actos sean hijos de su educacion y nobleza, ó porque su misma sangre los eleva á los más heróicos. En su noviciado resplandeció tanto su virtud, que al acabarle le honraron sin más prueba ni larga experiencia, con la profesion de tres votos; siguió la carrera de sus estudios, y aunque en ella lució su claro entendimiento y se hizo digno de las más lustrosas ocupaciones, prevaleció sobre todos sus méritos lo profundo de su humildad, á cuyas instancias é influjo se ocupó lo primero en leer gramática á los niños, y luego en ser maestro y padre de los pobres de Cádiz. Tenia repartidos los dias de la semana en una diligente ocupacion de alma y cuerpo; salia por las calles, y en viendo á un niño pobre, hallaba su más placentera diversion en pararse á enseñarle la doctrina cristiana; visitaba las casas de los indigentes para informarse de su necesidad, que socorria abundantemente con limosnas, que conseguia de los ricos y de los comerciantes. Confundia á estos ver en su casa al Padre, y que su visita, despues de las corteses y humildes cláusulas con que los trataba, se reducia á pedir una limosna; solian quejarse de que para un objeto semejante saliese de casa y anduviese hecho mendigo por los mendigos, pero con dulzura respondia: Señores mios, en varios estados se gana el cielo de distintas maneras; Dios le prometió por Daniel á la limosna; mas debe esto entenderse, que unos le ganan con la limosna que dan, y yo pretendo ganarle con la que pido; y no sientan ustedes que yo se la pida, pues en los pobres gano el sustento del

cuerpo á quien la reparto y mucho cariño con que les dirijo sus almas. Otros dias predicaba al pueblo en las plazas; asistia perpétuo en el confesonario, donde destruia el vicio, contra el que tanto habia trabajado en sus sermones y privadas exhortaciones. Los viernes, en memoria de la pasion de Cristo, los tenia dedicados á las cárceles; este dia lo destinaba tan enteramente á los pobres, que empezaba su prevencion desde el jueves, comprando gran número de libras, segun la gente que habia en la cárcel, de un pez que allí llaman burro marino, comida tosca, pero proporcionada al paladar, tardo en cocerse por su dureza, habiendo necesidad de ablandarle ántes á fuerza de golpes con maza ó palo, siendo además bastante inpertinente en su limpieza; todo este oficio le hacia por su mano, sin querer fiarle á ningun criado ni áun al cocinero de la casa; él mismo le bataneaba, le limpiaba, le ponia á cocer, lo guisaba y lo conducia á la cárcel el viernes al medio dia; servíale á los pobres, regalábales á su modo, y este banquete era el lazo con que enfrenaba algo su fiereza y el atractivo con que domesticaba su bravura y el interés que les rendia para que oyesen sus pláticas. Era diestrísimo en este gobierno, y el que con la leche habia aprendido únicamente el modo más culto y político de usar términos propios del idioma, allí habia hecho estudio de aprender y retener sus términos zafios, con que sin ensuciar su boca, se daba á entender á aquella gente, que tiene la luz del discurso entre la aspereza de su maleza, y tan entre sombras en el enmarañado bosque de sus vicios, que ni el miedo de la pena les abre los ojos al desengaño; pero esta dificultad, entre todos tan experimentada como sentida, la vencia la dulzura y afabilidad del P. Sancho con un violento atractivo, que entre el interés de la comida y la eficacia de los desengaños, consiguió muchas victorias del comun enemigo, sacando libres las almas de aquellas cadenas con que las tenia asegurados el abismo, logrando libertades entre grillos y conversiones entre desesperados. Con este tenor de vida se ensayó al santo ejercicio de las misiones, á que apénas se habia dedicado cuando le ofreció Dios la mejor mies y el plantel más trabajoso que podia solicitar su fervor. Surgió al mar por el año de 1647 aquella célebre armada que iba gobernando Don Juan de Austria, hijo del Sr. D. Felipe IV, y se dirigia á Italia con ánimo de señorearse de Portolongo y socorrer á toda la Italia en su sangrienta guerra contra los turcos; necesitaba aquella multitud de marinería y de soldados, algun apóstol que les anunciase el Evangelio y que les doctrinase en aquella fe, en cuya defensa habian de exponer sus vidas, y no era debido se mostrasen valientes en el uso y ejercicio de las armas, y no muy esforzados en el celo de la religion. Para este fin acudieron los cabos á la Compañía de Jesus, á pedir algun Padre que fuese como voz que dirigiese á aquella multitud; fué elegido con mucho agradecimiento de los peticionarios el P. Sancho de Mendo-

za. Al principio le recibieron los capitanes y demás jefes con el mayor gusto; unos se honraban con su trato y compañía, y muchos le miraban como muy igual en la sangre, y solo el humilde Padre se consideraba é iba como capellan de todos y como siervo fiel y perpétuo de los pobres. En esta expedicion no agotó su celo, pero llegó á lo último su constancia; empezó la guerra contra el vicio, y peleó constante contra un ejército numeroso de perversas costumbres. Túvose fuerte contra las mayores persecuciones, porque algunos de los que le habian recibido con salva al tiempo de embarcarse, habian vuelto los tiros contra el Padre al verle tan perseguidor de los desórdenes á que estaban entregados. Pasaba el Padre de navío en navío, de galera en galera, haciendo una contínua mision, sin omitir más tiempo que el preciso para el rezo, en que no trabajase, ya doctrinando á los zafios, ya convenciendo á los obstinados: este sumo afan, más que las palabras, le explica la consideracion de que la armada se componia de soldados y de marineros; estos viven en el mar donde los predicadores son siempre casuales y forasteros, y solo el poder de un celo ardiente les concede tal cual vez quien en todo un año les explique la fe, que conservan de memoria, y tan dormida que es necesario que la voz salga de un pecho valiente para que su eficacia la despierte. Junta esta barbarie con la militar licencia, que proporciona el corte de la espada y la pesada tarea de la ociosidad militar, era un bosque tan inculto, que la primera y no menor dificultad era el poder penetrarle; el ardor del P. Mendoza á todo se atrevia; entró gustoso en aquel santo y caritativo empleo, y no fué corto el fruto que consiguió para Dios, á pesar de muchos empeños y oposiciones de los hombres. Volvió la armada victoriosa de los turcos, y el P. Sancho del comun enemigo, y porque no era justo que el trabajo de una contínua mision quedase sin el menor descanso, conmutó aquella ocupacion con el de las misiones del obispado de Cádiz: esta expedicion la atajó la nueva peste, que le hizo variar de propósito, dedicándose á la asistencia de los apestados como á cosa que le tocaba. El Señor conservaba á este fervoroso operario, para que con S. Pablo, si no decia su humildad que trabajaba más que todos, pudiese decir, que por la gloria de Dios habia padecido sudores y trabajos en la tierra, en el mar, en el tiempo de la salud y en el de la más cruel enfermedad. Todo lo sufrió con el mayor esfuerzo, luchando con la epidemia y con el inmenso afan de una ciudad de tan corto recinto, que parece imposible contenga las personas que abriga; así era que la multitud ocupaba todo el sitio y la cercanía proporcionaba el contagio; mas nada le atemorizó, á todos sirvió sin tregua; pero su misma santa intrepidez le hizo contraer la enfermedad, la que en muy pocos dias terminó con su vida el dia 31 de Enero de 1649, invocando fervorosamente los dulcísimos nombres de Jesus y María, y despues de recibidos todos los

Sacramentos, y dispuesto á aquella eternidad de gloria á que le hicieron acreedor sus merecimientos y santa y laboriosa vida.—A. L.

SANCHO MULLER, religioso dominico, natural probablemente de Tolosa, en cuyo convento tomó el hábito á últimos del siglo XIV, aunque no tanto que no fuera afamado ya en esta época por su grande erudicion. Habia seguido toda su carrera con las mejores notas, captándose el amor de sus maestros y condiscípulos, que le miraban como una de las lumbreras de su Orden, y uno de los llamados á figurar en los primeros puestos de su religion. No se engañaron por cierto, pues Sancho, dotado de eminente virtud y de no ménos laboriosidad, consiguió en un breve período eclipsar á los sabios más afamados de su época, entre los que mereció uno de los más encumbrados puestos. Predicador enérgico y elocuente, su voz resonó en la mayor parte de los púlpitos de Francia, haciéndose oir con ese entusiasmo de que hay pocos ejemplos, y que no podemos comprender en nuestro siglo. Pues dominada en la actualidad la cátedra sagrada por la tribuna pública, la fama que hasta aquí habian obtenido nuestros oradores, ha sido arrebatada por discursos de otro género y distintas tendencias. En el tiempo en que vivió Muller, solo se trataba de la defensa de una doctrina, de una verdad que lanzada como una fecunda semilla al cultivo de las inteligencias, no siempre producia los más ópimos frutos, ni daba los resultados apetecidos. Hoy no se trata ya de verdades ni de máximas más ó ménos razonables, pues prescindiendo de los principios, se desciende á las personas, en lo que no sabemos si ha ganado ó perdido la elocuencia. Los oradores sagrados, sin embargo, que quieren sostenerse á la altura que su arte alcanzó en siglos anteriores, procuran volver á los antiguos principios, y elevan su voz contra los errores, de ninguna manera contra los ilusos ó engañados. Esto lo hizo en su época Sancho Muller; entónces la naciente doctrina de Sto. Tomás habia encontrado terribles adversarios en todas las escuelas, los franciscanos, que desde muy antiguo se venian oponiendo á los dominicos, no quisieron reconocer la supremacía del doctor angélico, y se la disputaron paso á paso en más de una ocasion, sosteniendo públicas polémicas. Sancho fué uno de los elegidos para defender los escritos de su maestro, y su elocuencia y su erudicion encontraron un vasto campo en que sostener las verdades que habia aprendido y venia enseñando, que eran la gloria de su Orden y debian constituir su fama en lo sucesivo. Cómo llevó á cabo este religioso su cometido, ha sido el objeto de largas relaciones de diferentes historiadores. Baste decir que acreditó una vez más la gloria que desde mucho ántes precedia á su nombre, y que su reputacion aumentó hasta el extremo de ser mirado como uno de los primeros doctores de la religion dominicana. Ya desde 1387 habia obtenido el grado de maestro en sagrada teología, y dedicádose á la enseñanza con

tal éxito y tan buenos resultados, que fué elegido regente de los estudios del convento de S. Esteban. En este puesto, que era uno de los primeros que á los dominicos pudiera ofrecer su Orden en Francia, manifestó Sancho hallarse dotado de las mejores cualidades, ser uno de esos séres privilegiados que rara vez producen los siglos, y que nació para adorno del suyo. Contaba con una suma laboriosidad y una prudencia extraordinaria, y estas cualidades tan apropósito para el magisterio, tuvieron ocasion de manifestarse en el largo período que á él estuvo destinado Sancho. Sus numerosos discípulos, aunque amoldados á las prácticas de la religion durante el noviciado, solian promover dificultades que no siempre podian ser resueltas de una manera satisfactoria, y en estos casos es cuando se veia la superior capacidad de Muller, saliendo al encuentro á las polémicas que se suscitaban, cortándolas unas veces, dejándolas otras expresarse á su arbitrio, para ver si encontraba una chispa de inteligencia ó alguna máxima á que poder atenerse, y que le diera luz en el asunto. Así es como supo aunar las dotes tan difíciles de encontrarse reunidas en el magisterio, y dejando nacer la inteligencia de sus discípulos, aprovecharse de ella para mejorarla y perfeccionarla, y áun para mejorar y perfeccionar la ciencia en los vacíos y lagunas de que generalmente adolece. Sancho, que con tan felices auspicios habia comenzado su carrera, no debia tardar en verla coronada por los resultados más satisfactorios; así es que en el capítulo general celebrado en Ruan por la misma época, fué nombrado, como arriba indicamos, el primero de los diez maestros de sagrada teología, destinados á defénder en París la doctrina de Sto. Tomás. El resultado de esta polémica fué en extremo satisfactorio para los PP. Predicadores, pues la doctrina del doctor angélico fué aprobada, entrando en muchas escuelas, donde no habia hallado cabida hasta entónces, y en que no hubiera entrado tal vez sin este error de sus adversarios. Tal es con frecuencia el resultado de las persecuciones, que producen el efecto contrario al que se espera, y acaso ganan en importancia personas y cuestiones que sin ellas hubieran quedado eternamente en el olvido. Sancho, segun todas las apariencias, continuó despues de este acontecimiento consagrado á la enseñanza y á la predicacion; á la enseñanza en que tanta práctica habia adquirido, donde contaba con tan buenos recuerdos, y en que habia sabido formar tan eminentes discípulos; y á la predicacion, en que supo combatir uno á uno los errores que dominaban en su siglo, desenmascararlos si no se atrevian á presentarse á la luz, y ponerlos en ominosa fuga si más atrevidos ó fanáticos se ostentaban como otras tantas verdades con que era fácil engañar ó seducir á las personas extrañas á las cuestiones que se ventilaban. Créese generalmente que despues del magisterio obtuvo Muller otros cargos en su Orden, como el de prior de varios conventos, en particular del de Tolosa y áun el

de definidor y provincial. Sin embargo, muy léjos de hallarse probado esto, sostienen algunos autores que inmediatamente despues de la polémica sostenida en París en defensa de la doctrina de Sto. Tomás, fué nombrado obispo de Oleron, iglesia que gobernó durante un largo período, atribuyéndose por los mismos autores su promocion al mérito que contrajo en aquellas disputas, y la gran fama que fué su inmediata consecuencia. Sea de esto lo que quiera, se sabe positivamente que en 1466 era ya obispo de Oleron, donde continuó haciéndose amar por las grandes cualidades que adornaban su persona, pues á su extraordinaria erudicion reunia una caridad sin límites y un celo y un amor á sus ovejas; que su administracion fué una de las más notables de su siglo y áun de los siguientes. El religioso dominico al ascender á la dignidad episcopal no habia abandonado las costumbres claustrales usando el mismo hábito, viviendo con la misma estrechez y entregándose á los mismos ayunos y penitencias. Así se le veia á todas horas y en todas partes socorriendo á los pobres y desvalidos, acudiendo á los hospitales, fundando asilos y ejerciendo, en fin, todo género de virtudes. No cesaba en sus predicaciones, pues como desde muy antiguo estaba acostumbrado á hablar en público, no podia olvidar esta costumbre, mayormente ahora que se le presentaba un campo más vasto, y que tenia una doble obligacion en influir en la felicidad de sus diocesanos. Para ello no perdonaba discursos ni consejos, aumentaba las visitas, recorria iglesias y monasterios, y sacrificaba, en fin, con gusto su persona siempre que se tratase del bienestar de los suyos; ántes de terminar su larga y laboriosa carrera, se le presentó una nueva ocasion de brillar, de manifestar su vasto saber de presentarse ante el mundo, que parecia tenerle olvidado por hallarse retirado en una de las provincias más ignoradas de Francia. Acabábase de abrir el concilio de Constanza; á él debian concurrir los doctores más renombrados del mundo cristiano, y Sancho se hallaba con la doble obligacion de presentarse á él por su carácter de obispo y su categoría de doctor en la órden de Sto. Domingo. Presentóse, pues, en aquella augusta asamblea, en que tomó una parte muy activa, y segun las crónicas de Sto. Domingo y el P. Echard en sus *Escritores de la órden de Predicadores*, habló en la sesion veintinueve, siendo aplaudido por los Padres que no sabian qué admirar más en él, si su ciencia y erudicion, ó su prudencia y manejo de los negocios. Despues de esta ocasion no se vuelve á encontrar noticia alguna de Sancho Muller, que se supone murió hácia 1420, siendo sepultado en la iglesia de los Dominicos de Tolosa. Habia escrito: *In quatuor libros Sententiarum Commentaria.* —S. B.

SANCHO DE SORIA (P. Fr.), religioso de la órden de S. Gerónimo, en el convento de la Sisla de Toledo. Recibió el hábito este prudentísimo y docto varon en edad bastante adulta, pues pasaba de cuarenta años, y le sentó

tan bien la nueva vestidura, que parecia haber nacido con ella, siendo de alabar el que en su ingreso se allanase y obrase como niño como los demás novicios en todo lo que la regla prescribe, exigiendo que todos pasen y ejerciten sus mandamientos, de cualquier circunstancia ó condicion que fuesen. Era de sangre noble, y por su buen comportamiento y recomendables prendas, se le aficionó el santo arzobispo de Granada, Fr. Hernando de Talavera, quien le desposó con una parienta suya. A muy poco tiempo enviudó, y el siervo de Dios, desengañado con aquel contratiempo de lo poco durables que son las cosas del mundo, se recogió á la religion. En ella dió singular ejemplo de humildad y obediencia, señalándose en otras muchas virtudes. Conocido su valor, su representacion y gran inteligencia, le hicieron prior en muchas casas de la Orden. Primeramente lo fué del monasterio de S. Blas de Villaviciosa, y despues del de Mejorada, casas antiguas. De allí le llevaron al de la Luz, y despues fué el primer prior de la Victoria de Salamanca. Todos querian y pretendian, si era posible, tener por superior y padre á varon tan espiritual, tan prudente y que tan mejorada dejaba la religion adonde quiera que iba. El P. Alonso de Sto. Domingo dice que fué muy perseguido de los canónigos, por no decir que le mataron; que le llevaron á enterrar al Parral de Segovia, que todos los buenos le amaban, reconociendo su virtud y santo celo, y que únicamente los mal doctrinados y de ruines costumbres le aborrecian; que fué hombre doctísimo, de mucha leccion, prudente, muy considerado en la religion, y de mucha utilidad y provecho para cuanto era menester.—A. L.

SANCHO (Fr. Bartolomé), religioso franciscano natural de Valencia; nació en 26 de Enero de 1733, siendo sus padres Bartolomé Sancho y Vergadá, de ejercicio tintorero, y Rosa Perez y Lobet. Despues del estudio de la filosofía en aquella universidad, tomó el hábito de la órden de S. Francisco en 12 de Octubre de 1753, en el colegio de Sancti-Spiritus de misioneros apostólicos. Desde que entró en él, siguiendo su genio laborioso, no cesó de trabajar con afan los ratos que le dejaban de algun modo vacantes las precisas obligaciones de su regla, en los cuales componia pláticas y sermones, así para los religiosos de su convento, como para varios sujetos que se valian de Fr. Bartomé por su profunda sabiduría. En el referido colegio fué guardian elegido en 8 de Julio de 1782, cuyo oficio desempeñó con ejemplar satisfaccion. Finalmente, llenó de accidentes y con la vista perdida, falleció en su convento en Enero de 1798, dejando compuestas las siguientes obras: 1.ª *Historia del Real colegio de Sancti-Spiritus, seminario de Padres misioneros apostólicos de la observancia de N. S. P. S. Francisco en la provincia de Valencia;* ms., en 4.° con quinientas veinticuatro planas. Su asunto es el desengaño á la variedad de opiniones que han corrido, pensan-

do unos que dicho convento habia sido en sus principios de monjas, y otros que de cartujos. Sobre la misma fundacion del referido convento se ha ocupado D. José Mariano Ortiz.—2.ª *La Regla de la Seráfica M. Sta. Clara, con notas y exposicion, que para sus profesores y confesores la escribió un Padre sacerdote del Real colegio de Sancti-Spiritus del Monte, seminario de misioneros apostólicos de la provincia de PP. Menores observantes de Valencia*; ms. en 4.°—3.ª *Epítome de la vida de Fr. Anselmo de Turmeda;* ms.—A. L.

SANCHO (Ilmo. Sr. D. Francisco), obispo de Segorbe, maestro en artes, bachiller teólogo, natural de Morella, del obispado de Tortosa, en el reino de Valencia, elegido colegial en el colegio Viejo de S. Bartolomé de Salamanca en 9 de Setiembre del año de 1534. En el mismo se graduó de licenciado en teología, y llevó la cátedra de Sto. Tomás. Por aquel tiempo se fundó en el reino de Valencia un colegio para educar los hijos de los moriscos, para que se instruyesen en la fe católica, sobre cuya fundacion escribe largamente el cronista Gaspar de Escolano en su obra titulada: *Historia de Valencia*. Aquel negocio fué cometido por el emperador á D. Antonio Ramirez, obispo de Ciudad-Rodrigo, sobrino de D. Diego Ramirez, que tambien fué colegial del citado colegio, el cual llevó en su compañía al Mtro. Francisco Sancho para que le ayudase en obra tan santa, y no hallándose bien se volvió al colegio, en ocasion que vacó la cátedra de filosofía moral, á la cual se opuso contra el colegial y Mtro. Juan Gil de Nava, á quien el colegio dió la cátedra por más antiguo, conforme las constituciones y acuerdos que tratan del particular, de cuya determinacion agraviado se salió del colegio y se opuso á la cátedra de lógica magna. Despues fué catedrático en propiedad de filosofía moral, en la que se jubiló. En el año de 1558 llevó la canongía magistral de cátedra de Sagrada Escritura en la iglesia de Salamanca, rigiéndola conforme al concilio Tridentino. Fué el segundo canónigo que hubo en aquella canongía. En el año de 1561, cuando el papa Pio IV mandó congregar segunda vez el concilio de Trento, pasó á él de órden del rey el Sr. D. Felipe II, con D. Pedro Gonzalez de Mendoza, obispo de Salamanca. Despues regresó á España, de donde volvió á salir para la corte de Roma por mandado de S. M., con motivo de la causa formada al arzobispo de Toledo D. Fr. Bartolomé de Carranza y Miranda, que estaba preso por la santa Inquisicion. El Mtro. Francisco Sancho fué tambien Inquisidor en Salamanca por más de treinta años, hasta que pasó á Roma, y por su ausencia nombró el consejo de la general Inquisicion al licenciado Rodriguez. De Roma pasó á visitar el Santo Sepulcro á Jerusalen, volvió á España, y el rey D. Felipe II le presentó para el obispado de Segorbe por los años de 1576. Murió el de 1578, y está enterrado en la iglesia de Segorbe. Fué colegial del mayor de Cuenca en el año de 1543, pues en aquel tiempo era muy fre-

cuente el pasar de unos colegios á otros, porque acabados los años de colegio en uno, y no habiendo, como despues hubo, hospederias para mantenerse en la universidad hasta lograr acomodarse, se veian precisados á solicitar otra beca, por no tener de qué subsistir, y habiendo pasado nueve años desde el de 1534 que entró en el de S. Bartolomé, hasta el de 1543 que consta se le hicieron las pruebas para el de Cuenca por Fernando de Ugarte, colegial de dicho colegio, es regular fuese este el motivo de su ingreso en el mismo, ó pudo tambien serlo el del disgusto que supone el Sr. Vergara para dejar el de S. Bartolomé, constando haber sido colegial en ambos de su testamento otorgado por Tomás Roldan, escribano de Segorbe, en que encarga se avise su muerte al señor rector y colegios de S. Bartolomé y Santiago el Cebedeo, que por otro nombre se dice el colegio de Cuenca, pues en ambos colegios habia sido colegial. Estando en este último colegio llevó la cátedra de filosofia moral en propiedad, y fué tanto el crédito de su virtud, literatura y juicio, que en la consulta que S. Francisco de Borja hizo á Felipe II para la eleccion de sujetos para prelados de las iglesias, dice el santo de este sujeto proponiéndole para mitras: «El Mtro. Francisco Sancho, teólogo, es hombre ejemplar, anciano y limpio; fué colegial en S. Bartolomé en Salamanca, es tenido y estimado por muy gran letrado, y como á tal le han dado en la iglesia mayor de Salamanca la canongía de Escritura sin oposicion; tiene tambien muchos años ha cátedra en Salamanca y de propiedad; tiene en aquella ciudad comision para las cosas de la Inquisicion. Este informe se hizo el año de 1559, y lo puso á la letra en la vida del santo Borja el cardenal Cienfuegos, en el libro V, cap. II. Siete años ántes de su muerte se le encargó por el Consejo supremo de la Inquisicion enmendar la Biblia de Batablo, segun consta de la carta que está al principio de ella, y empieza: *En Salamanca, año de* 1584, etc. Su testamento está manifestando su gran piedad, pues todo está reducido á mandas y fundaciones piadosas, y no habiendo alcanzado sus bienes para fundar en Salamanca un colegio, como lo tenia pensado y declara en su última voluntad, redujo esta fundacion á la renta correspondiente, para mantener en la universidad un estudiante pobre de su linaje; y no habiéndolo, uno que fuese natural de Morella, su patria, á eleccion del baile y justicias de ella, y del poseedor de su casa. No han podido adquirirse noticias de su epitafio. Illescas, en la segunda parte de su *Historia Pontifical*, le llama insigne y doctísimo varon. Fué hijo de D. Agustin Sancho y de Doña María Cecilia de Alipuch, ó Allepns, familias ilustrísimas establecidas en Morella desde que la conquistó el rey D. Jaime. De ellas trata Escolano en su *Historia del reino de Aragon*, y Viciana en la *Crónica de Valencia*. Fué su hermano mayor el magnífico Miguel Antonio Sancho, cuyo quinto nieto D. Narciso de Pedro y Se-

bastian, alguacil mayor perpétuo de la Inquisicion de Tortosa, era poseedor de la casa de Sancho cuando se comunicaron estas noticias.—A. L.

SANCHO (Fr. Gerónimo José), de la diócesis de Teruel. Estudió en la universidad de Valencia la filosofía y teología, y cursó la moral con aprovechamiento. Dejó escrito en 1642: *Compendio y tratado breve de los siete Sacramentos en general y en particular, útil y necesario para cualesquiera que tuviere cargo de almas.* Dirigido al muy ilustre y Rmo. Sr. D. Fr. Juan Cebrian, del consejo de S. M., obispo de Teruel; 1642. Tengo en mi libreria esta obra original, en 8.°, de ciento cuarenta páginas, sin las ocho de que consta la dedicatoria.—L.

SANCHO (José), sacerdote menorquin, beneficiado en la parroquia de Mahon. Ha escrito: 1.° *Instruccion histórica ceremonial y moral sobre la festividad de las Cuarenta Horas*; Mahon, imprenta de Serra; 1817, un tomo en 8.°—2.° *Manual para los congregantes de la congregacion del Corazon de Jesus*; Mahon, id., 1820.—3.° *Memorias sobre la parroquia de Mahon con sus filiales y anejas*; seis tomos en 8.°, ms.—4.° *Memorias para servir á la Historia natural de Menorca*; cuatro tomos en 8.°, ms. Lo más completo de esta obra es la parte que trata de los cuadrúpedos, aves, pescados y anfibios.—5.° *Kalendaria temporum sanctorumque* etc., especie de resúmen y notas para servir al que escribe el Añalejo de Menorca; un tomo en 8.°—6.° *Consueta de la parroquia de Mahon para la práctica observancia de la comunidad y beneficiados de la misma*; un tomo en 8.°—7.° *Ritus in sacris ordinibus conferendis adhibendi, quos variis iconibus exornare curavit R. Dr. Josephus Sancho in parochia Magontana benef. anno* 1824.—J. B. de R.

SANCHO (D. Mateo). Fué hijo de Zaragoza, en cuya ciudad floreció en los siglos XVI y XVII. Cursó cánones en la universidad cesaraugustana, como se ve por la dedicatoria de su obra, y de la epístola al lector en su segunda edicion, donde dice: «que en los años de 1573 y 1574 oyó en dicha universidad la explicacion y declaracion sobre el concilio general de Trento á sus catedráticos el Ilmo. Sr. Punter, obispo que fué de Orihuela, y al Dr. Don Antonio Olivan, oidor de S. M. despues en la Real audiencia de Barcelona, ambos varones doctos y muy estimados del célebre D. Antonio Agustin, obispo á la sazon de Lérida, y canciller de su universidad. El Dr. Sancho manifestó en ambas universidades y otras partes sus progresos en ambas jurisprudencias, que estudió cuarenta y seis años, hasta el año 1620. Obtuvo una canongía de la santa iglesia metropolitana de su patria, donde fué muy apreciado por su piedad, virtud y erudicion. Dejó este canónigo la obra siguiente: *Summarium Capitulorum Sacrosancti Concilii Tridentini de reformatione cum aliquibus Sac. Congregationis, et Rotæ Romanæ Decissionibus, et in fine cum Bullis Pii V, Pontif. Max.*; Zaragoza, 1615, en 16.° Aumentada

esta obra por su mismo autor, la dió el siguiente título: *Summarium Capitulorum Sacrosancti Concilii Tridentini de reformatione cum aliquibus Sacræ Congregationis, et Rotæ Romanæ decissionibus. Non solum parochis, confesoribus, et iis qui casus conscientiæ decidunt, sed etiam judicibus et advocatis maxime utile. Ad illustrissimum Dr. D. Fr. Petrum Gonzalez de Mendoza et de la Cerda, Archiepiscopum Cesaraugustanum et Reginæ Consiliarium;* Zaragoza, 1618 y 1620, en 4.° Ilustró esta obra con escolios, que llama curiosos y doctos el Dr. D. Francisco de Santa Cruz y Morales, abogado fiscal de la real audiencia de Aragon, en su censura, y con el mismo motivo lo alaban el Dr. D. Gaspar Arias de Regadio, arcipreste de Belchite, dignidad de la expresada santa iglesia metropolitana de Zaragoza, rector de su universidad, consultor del Santo Oficio, y el Dr. D. Juan Cristobal de Suelves, catedrático de decreto de la enunciada universidad. Y en fin, alaban la obra tambien diciendo que es copiosa y muy provechosa el maestro dominicano Fr. Juan Gerónimo Cenedo, catedrático de cánones de la misma, prior del Real convento de Predicadores de la misma, y por último, el canónigo Blasco de Lanuza en el tomo I de sus historias.—L. y O.

SANCHO ó Sanxo (Fr. Pedro), natural de la villa de Pons, en el Ampurdan. Tomó el hábito de Monserrat en 1585, y estuvo algunos años en las Indias Occidentales como procurador y agente de su monasterio. A su vuelta presentó á Felipe II unas relaciones y memoria que formó de la órden de San Benito en las Indias, las cuales sumariamente contienen el descubrimiento de aquellas tierras. Despues, en 1611, Felipe III le dió la abadía de la Portella, despues la de San Pablo del Campo, y de aquí fué promovido á la de Ripoll, donde murió en 1627. Serra, *Historia de Monserrat*, pag. 483. — L.

SANCHO (Pedro Manuel), jesuita. El 17 de Setiembre de 1693 nació en la villa de Brea, de una familia ilustre. Fué recibido en aquella religion el 20 de Diciembre de 1709, donde despues de haber completado los estudios, enseñó con sabio conocimiento las humanidades, la filosofía y teología, y luego lo empleó su religion en los cargos de rector del colegio de Calatayud y de Zaragoza, de superior de la casa de probacion de esta ciudad en 1762, y de prepósito provincial de Aragon. Fué tambien calificador del Santo Oficio, examinador sinodal de las diócesis de Zaragoza, de Tarazona y de Albarracin. Su varia literatura, apoyada de una piedad y un celo de mérito; su prudencia nada vulgar, una profunda y feliz reflexion, que lo detenia en los asuntos, y un gusto fino en las funciones de su destino, hicieron agradables las muchas tareas á que se dedicó, así en la instruccion como en la predicacion y ejercicios de caridad, que se le vió ocupar muchos años en esta ciudad. Murió el año de 1772, habiendo escrito: 1.° *Carta ó compendio historial de la vida, muerte y virtudes del V. P. Dr. Miguel Gerónimo Monreal*,

religioso jesuita, provincial que fué de Aragon, etc. Para los superiores de la misma provincia. En Zaragoza, 1741, en 4.°, de ciento veintitres páginas: 2.° *Un libro de explicaciones de la Doctrina Cristiana para la comun instruccion en tiempo de la santa Cuaresma*, ms., cuya pérdida fué sentida por el sabio y fácil método que daba á sus asuntos, por su erudita discrecion y belleza de estilo de que constaba. Tuvo más que proyectada una obra—3.° *Sobre los nombres de los Santos Padres, y doctores de la Iglesia, y epítetos que se les da.* Digno es aqui de memoria su primo hermano D. José Sancho, caballero ciudadano de Calatayud, quien parece trabajó una *Relacion sobre su invento de dar al hierro aquella perfeccion que le constituye acero.* De cuyo utilísimo descubrimiento trata el sabio maestro Feijóo en el tomo IX del *Suplemento del Teatro crítico*, página 131 y 132 en su apéndice, edicion de Madrid, 1746, donde alaba y encarece dicha trasmutacion y el mérito de su autor.—L.

SANCHO (D. Rodrigo), obispo de Zamora. Nació en Santa María de Nieva, en la diócesis de Segovia, en 1404, y se distinguió desde su primera juventud por su aficion á la piedad y á las letras. Su mérito le hizo elevar al obispado de Zamora, al de Calahorra y al de Palencia, pero dejando en sus vicarios generales el gobierno de sus diócesis, pasó su vida en Roma, donde fué gobernador del castillo de Santo Angelo; se distinguió por sus negociaciones, y por sus obras históricas y ascéticas. Las principales son: *Historia hispánica.* Comprende todo lo que ha pasado en España desde los primeros tiempos históricos hasta mediados del siglo XV. Forma parte de la *Coleccion de los historiadores de España* de Escoto, cuatro vol. en fol. *Speculum vitæ humanæ*; Roma, 1468, en fol. Es uno de los primeros monumentos del arte tipográfico, y por esta razon es muy buscado, muy caro y raro. (No debe confundirse el *Speculum vitæ humanæ* con el *Speculum humanæ salvationis*; en fol., sin fecha, de sesenta y tres hojas.) Se ha traducido dos veces al francés, la una por Julian Macho; Lyon, 1477, en fol., y la otra por el P. Faiget; Lyon, 1482, en fol. Sancho murió en Roma en 1470.—S. B.

SANCHO (Fr. Vicente Nadal), natural de Valencia. Siendo ya sacerdote, catedrático de matemáticas en aquella universidad, y muy perito en las lenguas latina, griega, hebrea y arábiga, como asimismo en la sagrada teología, inspirado de Dios nuestro Señor, tomó el hábito de la sagrada religion de Predicadores en el convento mayor de la misma ciudad, dia 4 de Abril del año 1604. Tuvo estrecha comunicacion con el Mtro. Maluenda, de cuya familiaridad le resultó aficionarse en gran manera á la historia eclesiástica y sagrada. Con su continuo estudio vino á adquirir una tan vasta y general erudicion, que D. Fr. Isidoro Aliaga, arzobispo de la misma santa iglesia, que habia corrido mucho y tratado con varones muy eruditos, llegó á decir que no habia visto un hombre más universal en todas ciencias. Con estos créditos

vivió en la religion veintiseis años cumplidos, hasta el dia 12 de Mayo de 1630, en que murió, habiendo escrito lo siguiente: 1.° *Sacri Ordinis Prædicatorum Annales ab anno* 1170 *usque ad anum* 1219; en fólio.—2.° *Prædicatorii Ordinis Chronologia.*—3.° *Manuscripta ad Ordinis Prædicatorum Historiam pertinentia.*—4.° *Monumenta Historica spectantia ad Ordinem Prædicatorum, et ad externa.*—5.° *Series Capitulorum generalium ejusdem Ordinis.*—6.° *Tractatus de Canonizatione Sanctorum.* Divide esta obra en cuatro libros, y en el último trata de los santos de la ley de gracia, especialmente de los sumos pontífices que tienen culto público en la Iglesia.—7.° *Tractatus de Geographia.* Hasta aquí son obras latinas manuscritas en 4.°; las que se siguen son en romance.—8.° *Historia del Real convento de Predicadores de la ciudad de Valencia.*—9.° *Anotaciones para una historia general de la órden de Santo Domingo.* Las dos estan manuscritas en fólio, y se colige de todas que tenia ánimo de continuar los *Anales* expresados en el número 1.° Estan custodiados con estimacion en su Real convento. Fuster añade las particularidades siguientes relativas á este insigne varon, que ni en su recepcion ni en su profesion, ni en algunas de sus obras, se halla el segundo nombre Nadal, y segun dice Gomez, que le conoció, era muy pequeño de cuerpo. La obra núm. 7, *Tractatus de Geographia*, y la del núm. 8, *Historia del convento de Predicadores*, ya no se encuentran. En la del número 3, *Manuscripta ad Ordinis Prædicatorum Historiam pertinentia*, al medio está la vida de S. Jaime de Venecia, dominico, y sobre ella escribió el P. Figueres esta nota: *Sinistra manu Rev. Fr. Vincentius Sancho ista sicut et alia multa scripsit, dextera enim ob distentionem nervorum scribere nequibat.* Fué por una sangría; pero escribia con la mano izquierda tan bien, que apénas se pueden distinguir los escritos de una y otra mano.—A. L.

SANCHO ó Sanchez de Avila (Diego), llamado tambien Tomás de Jesus. Nació en Baeza, en Andalucía, hácia 1568, tomó el hábito en la órden de los Carmelitas descalzos en Valladolid en 1576; fué prior, provincial de Castilla y definidor general de la Congregacion de España, siendo á él á quien debieron los carmelitas el establecimiento de las casas llamadas desiertos. Quiso fundar una congregacion en su Orden, destinada exclusivamente á la propagacion de la fe entre los infieles, pero no tuvo la satisfaccion de conseguirlo. En 1609 fué á los Países Bajos, donde fundó muchos conventos y el desierto de Marlaque, cerca de Namur. Murió en opinion de santidad, en Roma, en 26 de Marzo de 1626, siendo definidor general de su Orden. Escribió: *Sthimulus misionum*; Roma, 1610, en 8.°—*Thesaurus sapientiæ divinæ, in gentium omnium salute procuranda*, etc. La mejor edicion es la de 1684, en 4.° Es un compendio de controversia con los paganos, los judíos, los mahometanos, etc., y una historia de las opiniones y de los ritos de las

iglesias de Levante, separadas de las de Roma con la refutacion de sus doctrinas. Urbano VIII y Benedicto XIV miraban con grande aprecio esta obra tan erudita como útil, y muchos escritores la han tenido presente para componer las suyas. Ricardo Simon la criticó con demasiada dureza: *Expositio in omnes fere regulas Ordinum religiosorum*; Amberes, 1617, en fólio, y otras muchas obras ascéticas, tanto en latin como en español. Parte de las obras de este autor se ha recopilado bajo el título: *Opera omnia, homini religioso et apostolico utilissima*; Colonia, 1684, tres volúmenes en fólio.—S. B.

SANCHO DE SANTA JUSTA Y RUFINA (D. Basilio). En 29 de Setiembre de 1728 nació en Villanueva del Rebollar. Estudió en Zaragoza con el P. Celina, de las Escuelas pias, de que se ha tratado, y fué recibido como él en esta religion, donde así su instruccion como su magisterio merecieron alabanza. Enseñó elocuencia y filosofía en el colegio de la ciudad de Daroca, y la teología en el de Valencia, donde tambien se granjeó el concepto de bueno y celoso orador evangélico. Pasó despues á Madrid con el cargo de procurador general por los años de 1761, y fué recibido por calificador de la Suprema Inquisicion, por predicador de S. M. de los del número, y consultor de cámara del señor infante, duque de Parma. Fué empleado en la Real capilla en sermones de sus funciones, siendo una de las últimas que allí ejerció las de oracion fúnebre que dijo en 12 de Agosto de 1765, en las anuales honras celebradas por el señor rey D. Fernando VI; y en este tiempo se estimó tambien su dictámen, como se ve por la censura que es la quinta; y se estampó en dicho año al fin del *Tratado de la Regalía de Amortizacion*, compuesto por el Excmo. Sr. conde de Campomanes, entónces gobernador interino del Consejo de Castilla, que se estampó en Madrid. En 14 de Abril de 1766, el señor rey D. Cárlos III lo presentó para el arzobispado de Manila, y en este año recibió la consagracion y el palio, y fué á residir á su iglesia, donde tambien desempeñó el cargo de teniente de vicario general de los Reales ejércitos por mar y tierra de estas partes del Asia. Gobernó el referido arzobispado con particular atencion, como se manifiesta por los escritos que publicó, y dejó establecido en Manila un seminario conciliar. En el año de 1787 fué trasladado al arzobispado de Granada, y viniendo á esta metrópoli, murió en el de 1788. Aquellos escritos son: 1.° *Las actas de un concilio provincial, que fué el primero de aquella provincia celebrado en Manila en el año de* 1771.—2.° *Dos representaciones á S. M., que le dirigió en el de* 1768, *respondiendo á varias calumnias esparcidas contra su persona á causa de su solicitud sobre la visita de los curas regulares.* Estos escritos en fólio constan de ciento dos páginas.—3.° *Otra representacion en latin, dirigida á la santidad de Clemente XIV*, que tiene veinte páginas en fólio.—4.° *Una carta apologética al Mtro Barnaola, en respuesta de*

las quejas que este le dió porque no hacia recoger los escritos esparcidos contra los jesuitas expulsados, que tiene cien páginas.—5.° *Una pastoral con ocasion del terremoto de 1.° de Febrero de 1771*; impresa en noventa páginas en fólio, en la imprenta del Seminario eclesiástico, por Pedro Ignacio Advincula, en el referido año.—6.° *Carta pastoral, dividida en cuatro partes, sobre las obligaciones de los curas*, que consta de quinientas ochenta y seis páginas en fólio, y se estampó en dicha imprenta el año de 1775.—7.° *Pastoral dividida en cinco doctrinas*, que lleva doscientas cuarenta páginas, y se estampó en la referida imprenta en el citado año, en fólio.—8.° *Otras cartas pastorales de menor volúmen, dirigidas á su diócesis, publicadas en la mencionada imprenta en diferentes años*, donde se ve su buena doctrina y celo, que lo motivó á divulgarlas.—9.° *Carta pastoral, que en gracia y fomento del bien temporal y espiritual de la sociedad de los hombres, dirigió á los vicarios foráneos y curas de su diócesis*; en Manila, en dicha imprenta, 1783, en fólio, de diez y nueve páginas; su fecha es de 20 de Mayo del referido año.—10. *Alocucion que en el dia 20 de Enero de 1783, cumpleaños del Rey N. Sr. Don Cárlos III, que está en gloria, pronunció á la Real Sociedad patriótica de Manila en las Islas Filipinas, congregada por estatuto en el salon del Real palacio, y presidida de su protector el muy ilustre Sr. D. José Basco y Vargas Balderrama y Rivera, caballero del Orden de Santiago, capitan de navío de la Real armada, gobernador y capitan general de estas Islas Filipinas, y presidente de su Real Audiencia y Chancillería, director general de las tropas de S. M. en estos dominios, superintendente general de la Real hacienda, renta de tabaco y subdelegado de la de correos, etc. etc., dicha como socio que era de esta Real Sociedad*; la publicó á sus expensas la misma Sociedad en la imprenta del Seminario eclesiástico de Manila, por Pedro Ignacio Advincula, 1783, en fólio, de treinta y dos páginas. Así esta alocucion, como la antecedente carta pastoral, las remitió á la Real Sociedad aragonesa de Amigos del país, acompañadas de una carta digna de copiarse aquí, y es:

«Señor Secretario de la Sociedad Económica de Zaragoza: Muy señor mio: la presente alocucion y adjunta pastoral, que por mano de V. S. remito á la Sociedad Económica de su Imperial ciudad, no van animadas de tan altos espíritus, que de algun modo pretendan hacerse lugar entre las obras selectas de que su librería se halla ya copiosamente enriquecida, porque no han salido á luz para buscarle á su autor alguna fama de erudito ni elocuente, sino para instruir con utilidad á las gentes, procurándolas estimular al trabajo y á la virtud. Ni se encaminan á esa ilustrísima Sociedad con otro fin que el de acordarla mi perpétuo reconocimiento, dándola justamente una señal de la grande estima en que yo tengo á los amigos de mi país, en cuya compañía, ya que no pueda hallarme por mí mismo presente, deseo

estar por escrito, y por eso de cualquiera modo, como decia Ovidio al mismo intento: *Cur mittam quæris istos? Vobiscum cupiam quodlibet esse modo:* Con todo, yo absolutamente expongo á la censura de esos señores cuanto ahí va escrito, y desde luego me daré por contento de la crítica que gustaren hacer, etc. Manila 16 de Junio de 1785.»

Así este buen patriotismo, como su direccion pastoral y magisterio, han acordado con honor de este ilustrísimo prelado, varios hombres doctos dentro y fuera de España, juntamente con su cabildo de Manila, que hizo su elogio fúnebre en dos oraciones impresas en latin y en español. —L. O.

SANCHONIATHON. Dícese que este nombre en fenicio significa el celo de Dios. Porfirio, citado por Eusebio, dice que Sanchoniathon de Beryto, que vivia en la guerra de Troya, queriendo hacer una historia completa de todo lo relativo á los fenicios, reunió en los archivos públicos y en las ciudades particulares todo lo que podia contribuir á su designio. Que unió á esto el estudio de la historia de los judíos que leyó en las memorias de Jerombal, sacerdote del dios Jevo, compuesta primero en fenicio y traducida despues al griego por Philon de Biblos. Porfirio cita largos fragmentos que ha copiado Eusebio é insertado en sus libros de la preparacion evangélica. Algunos sabios han creido que Jerombal, sacerdote del dios Jevo, no era otro que Gedeon, á quien la sagrada Escritura da el nombre de Jerobaal, y á quien se ha podido tomar por un sacerdote del dios Jevo, porque habia sacrificado al Dios Jehovah, y porque habia en su casa un ephod ó un vestido sacerdotal. Pero otros sabios, en mucho mayor número, ponen en duda todo lo que se ha dicho sobre Sanchoniathon, y algunos que llegan hasta á sostener que es un autor que no existió nunca, y que indudablemente Porfirio, que le ha citado y que ha querido darle importancia, era el mismo que le habia forjado y fabricado. Hé aquí las principales razones que hacen suponer que este autor no ha existido nunca, y que su obra ha sido supuesta para debilitar la autoridad de los libros sagrados de los judíos, haciendo ver que su teología está tomada de la de los fenicios, y para zapar al mismo tiempo la religion cristiana que se halla fundada en el Antiguo Testamento. El primer argumento que se pone sobre su autenticidad es el silencio de los antiguos. ¿Por qué motivo los griegos, que habian hecho tantas conquistas en Oriente, y que eran tan ávidos de los libros antiguos, hubieran olvidado ó despreciado este? Se dice que Philon de Biblos no le tradujo hasta el tiempo de Adriano, lo que es sin embargo demasiado temprano para ser conocido y citado por los antiguos Padres griegos, como Justino *el Mártir*, Taciano, Orígenes, que vivian en Egipto ó en la Palestina, los cuales le mencionan sin embargo. Eusebio que le ha citado no le habia visto completo, y no ha conocido más que algunos fragmentos que ha sacado de Porfirio. El segundo argu-

mento está tomado del mismo libro ó de los fragmentos del pretendido Sanchoniathon. Se deduce de toda su relacion, que ha querido copiar á Moisés y arreglarle á las fábulas de los griegos; pero lo hace tan mal, que se equivoca á cada paso. Ha conocido el caos de Moisés, el espíritu que se movia sobre las aguas, la formacion de los animales racionales y de los irracionales. Expresa el *Fiat* omnipotente del Criador bajo la idea del trueno que despierta á aquellos animales y les da la vida, y bajo el nombre del viento *Kol-pia*, ó la palabra de la boca de Dios. El primer nacido de quien habla es Adan, que adora á *Baal Samin* ó el Dios del cielo. *Nenum* es lo mismo que Nemrod; el cazador y el pescador son sin duda los fundadores de Sidon. *Peida* significa en hebreo la pesca y la caza. El labrador es Noé. *Misor* es *Mezrain* fundador ó padre de los egipcios. *Berith* es mujer de *Elion*; *Elion* en hebreo significa el Todopoderoso; *Berith* la alianza. *Baal Berith* es conocido en los libros de los Jueces. Hasta aquí es tolerable. ¿Pero qué quiere decir cuando dice que el dios *Dagon* se deriva del trigo, y es lo mismo que Júpiter el labrador, que Saturno fué llamado Israel por los fenicios, que el mismo Saturno inmoló á su hijo Jehud, y que se da el nombre de Elohin á los aliados de *Ilus* ó de Israel? Conocia indudablemente la historia de Abrahan y de Isaac, pero era tan superficialmente, que confunde al primero con Jacob ó Israel. Los hebreos dan algunas veces á Dios el nombre de Sadai, es decir, que se basta á sí mismo. El pretendido Sanchoniathon se deriva de otra raiz que significa los campos. Ha tomado muchas cosas de las fábulas de los griegos, que mezcla con la teología de los fenicios y de los hebreos. Lo que dice de Eon y del primer hombre, parece tomado del error de los valentinianos. Se supone que ha caido en un error grosero al hablar de la ciudad de Tiro, que debia serle desconocida, supuesto que habia vivido en tiempo de Gedeon y ántes de la guerra de Troya, puesto que se cree que Tiro no fué edificada hasta doscientos cuarenta años ántes del templo de Salomon. Pero este último presenta alguna dificultad por dos razones. La primera, porque Gedeon vivia doscientos cuarenta años ántes de Salomon, y la segunda, porque la antigua Tiro, edificada en el continente frente á la nueva, existia sin duda desde los tiempos de Josué. En cuanto á Sanchoniathon puede consultarse para más noticias á los autores que hemos citado.—S. B.

SANCI (Tibaldo de), llamado tambien de *Sansiaco* ó *Sanccio*, porque era sin duda originario de uno de los cuatro ó cinco lugares de Francia que llevan este nombre. Despues de haber sido monje de Claraval, llegó á ser el duodécimo abad de la Maison-Dieu de Noislac ó Nerlac, en la diócesis de Bourges. En 1270 ó 1272, abdicó para volver á Claraval como secretario de Bonnon, el vigésimosegundo abad. Fué despues elegido prior, y bien pronto vigésimocuarto abad de esta ilustre casa, cuyo gobierno tomó

en 1280 ú 81, que conservó hasta 1286, que fué promovido al del Cister, de que fué el vigésimosétimo abad. Refiérese entre sus primeros actos la reunion de la abadía benedictina de Sauvelade (*Silva lata*) de la diócesis de Lescar, en la órden del Cister. La carta de esta agregacion se ha conservado, lo mismo que el escrito en que Tibaldo de Sanci felicita al abad de Grinout, Bernardo de Sabbatut, por esta concesion de los nuevos hermanos, invitándole enviar á Sauvelade á aquellos de sus monjes que creyese más á propósito para establecer desde aquel momento la observancia cisterciense y se obliga á su vez á obtener en el próximo capítulo general la autorizacion necesaria para la incorporacion de la abadía en la Orden en que quiere entrar. Esta carta se halla fechada cuatro dias ántes de la pascua, el año del Señor 1287, es decir, conforme nuestra manera de contar, el 24 de Marzo de 1288. El mismo año recibió el abad del Cister, del papa Nicolao IV, la noticia de su elevacion al pontificado, y al año siguiente la comision de visitar la abadía de S. Dionisio en Francia, cuyas deudas se habian aumentado mucho por los subsidios que habia dado para la guerra santa. En 1389 redactó tambien Tibaldo de Sanci la tercera coleccion de estatutos de su Orden, formada en particular sobre las constituciones de los capítulos generales anteriores. Nombrado en Diciembre de 1291 con Roberto II, duque de Borgoña, como lo atestiguan los registros de la cámara de cuentas de Dijon, terminó las diferencias que se habian suscitado entre el abad de Pontigny y Margarita, condesa de Tonnerre, reina anteriormente de Jerusalen y de Sicilia. Hasta aquí no hemos indicado más que dos escritos de Tibaldo de Sanci, su corta carta al abad de Grinout, y la nueva redaccion de los estatutos de su Orden. Es preciso aumentar otra carta de 9 de Abril de 1292, copiada de los escritos de la abadía de las Dunas, en la Biblioteca cisterciense de Cárlos de Visch, que carece sin embargo del artículo de Tibaldo de Sanci. El abad del Cister, cuyo estilo epistolar no tiene en esta ocasion ni bastante naturalidad ni bastante claridad, dirige algunos cumplimientos y concede algunos privilegios á Juan de Warde, monje de las Dunas, el primer religioso de la Orden que llegó á ser doctor regente de teología en la facultad de París. Esta carta, fechada en el propio París, en la capilla del colegio de los Bernardinos, no se halla mencionada en la *Galia Cristiana*. Tibaldo murió en 1293, dejando un hermano Juan de Sanci, que desde monje de Claraval llegó á ser abad de Barbeau en 1287, y que abad de Claraval en 1291, lo fué durante ventiun años. El epitafio de Tibaldo que se leia en el capítulo de la abadía del Cister, en que fué enterrado, citaba su muerte en 10 de Enero. No es sin embargo en esta fecha, sino en 2 de Enero, cuando se encuentra su nombre en el Menologio de la Orden, que se expresa poco más ó ménos en los términos siguientes: «El 2 de Enero murió en Francia

el Bto. Tibaldo, abad del Cister, muy ilustre por una gran pureza de costumbres y por su singular elocuencia, y que ha alimentado con mucha dulzura su rebaño con sus discursos y sus ejemplos.»—S. B.

SAN CIRILO (Fr. Francisco de). Fué natural de Lisboa, oriundo de una de las primeras familias de aquel importante reino, y no ménos esclarecido por su talento que por las muchas glorias que sus mayores lográran en las diversas carreras que todos habian seguido con honor verdaderamente envidiable. No les pareció á sus padres todo lo bien que Francisco hubiera deseado el que ingresase en religion, pero sea ya por su prudencia suma ó porque al cabo se convencieran de que este era el camino por donde Dios llamaba á su hijo á su servicio, no pusieron resistencia á su determinacion, sino que buenamente se conformaron con ella, si bien hubieran querido más el que su aventajado talento hubiera brillado en cualesquiera de las otras carreras en que se hubiera distinguido. El instituto que abrazó fué desde luego, porque así lo queria, uno de los más estrechos que tienen las órdenes religiosas, el de carmelita descalzo, en el cual se hizo tan notable que no pudo ser más, pues su grande observancia confundia á los tibios y alentaba á los fervorosos, siendo de notar que ni áun en los primeros dias de noviciado le hubieron de enseñar ni siquiera lo que eran costumbres peculiares de la casa, porque mirando atentamente á todos y á todo, él mismo adquirió por sí noticia de los más insignificantes actos de comunidad, y tenia especial cuidado en preguntar aquello sobre lo que se le ofrecia alguna duda, con lo que tuvo bastante para no solo no ser molesto á sus maestros, pero ni áun obligarles á aquellas indicaciones que son casi precisas, como que la vida del claustro es tan diferente de la del siglo. Por supuesto que al recogerse los votos precisos para su admision en la Orden, luego que pasan los meses de probacion, ni uno siquiera le faltó, complaciéndose todos en tenerle por hermano, y siendo dia de verdadero contento para la comunidad y para cada individuo de ella el en que hizo su solemne profesion, para cuya importante é imponente ceremonia, sus padres ni escasearon dispendio ni dejaron de procurar toda la magnificencia que pudo reunirse. Dedicado despues á los estudios, porque sus superiores comprendieron desde luego lo mucho que en ellos adelantaria, fueron rapidísimos los progresos que hizo, venciendo desde luego las dificultades de las humanidades, filosofia y sagrada teología, á cuyo estudio se dedicó con la mayor atencion, tanto porque le consideraba indispensable para el ejercicio del ministerio sacerdotal, cuanto porque le tuvo suma aficion desde que se dedicó á él. A su debido tiempo le hicieron ascender á los órdenes sagrados, y fué tal el fervor con que se previno y asistió á las solemnísimas ceremonias con que estos se confieren, que no solo los fieles, sino hasta los mismos prelados que le impusieron las

manos, se admiraban de las excelentes disposiciones que presentaba el jóven. Apénas ordenado se le obligó á que desempeñára los importantes cargos de predicar y confesar, y lo hacia tan admirablemente, que de todas partes anhelaban el que él fuera el designado para predicar las cuaresmas, adviento, y cuando no misiones extraordinarias, verificándose muy repetidas veces, que apénas llegaba de un punto y sin siquiera el preciso tiempo para descansar, tenia precision de emprender su viaje á otra parte, con lo cual, sea dicho de paso, léjos de perder en la salud ni aniquilársele sus fuerzas, parecia que estas se le aumentaban, y que esta fatiga, que lo es en verdad el confesar y predicar tan de continuo, le robustecia más, pudiendo todo esto consistir en la rectitud de intencion con que emprendia estas obras en que él sabia se interesaba tanto la gloria del Señor, único blanco de todas sus tendencias. No sabemos á punto fijo si desempeñó algunas prelacías, ó si regentó alguna cátedra; es lo cierto que fué definidor general de su Orden, y en él no se llegaba á tan honorífico puesto, sino por uno de los dos caminos, por lo cual indudable es que uno fué el suyo, aunque desconozcamos cual. En este cargo prestó muy buenos servicios á su religion querida, porque á su ciencia grande, y aplicacion no menor, reunia una prudencia suma y un exquisito tino para llevar á feliz término todas las cuestiones y cosas. Esto es todo lo que sabemos de nuestro P. Fr. Francisco de San Cirilo. Dejó tambien una obra, que fué indudablemente como la primera parte de otra muy importante, que debia tener en su mente, y que tituló: *Gloria Matris Ecclesiæ ex consideratione cap. XV secundum Lucam, scilicet, ex ove perdita, hoc est, peccatore, adovile reduenda*; Segovia, 1637. De sus manuscritos y de algunas de sus conversaciones, se infiere que iba tambien á tratar el asunto segun los otros Evangelistas, pero no pudo hacer más, porque murió.—G. R.

SAN CIRILO (Fr. Pandulfo de), religioso capuchino. Tomó el hábito en el año de 1568 y murió en el mismo año. Fué pastor en la provincia de Toscana ántes que religioso, y aunque nacido entre los montes próximos á la ciudad de Pistoya, que fueron su patria, el ánimo no se crió rústico ni grosero, sino por la divina piedad, tan dispuesto á todo género de virtud, que ofrecia admirable contraste su nacimiento y educacion. Conservó la virginidad los treinta y tres años que solamente vivió, permaneciendo bajo del sayal pastoril con un generoso desprecio de los bienes del mundo, haciendo tan poco caso del dinero como si fuera el objeto más vil, pues desdeñaba áun el tocarle, dando desde luego manifiestos indicios de que habia de entrar en el número de los varones evangélicos y apostólicos, cuya profesion es pisar las riquezas y cuanto se estima y busca en el siglo. No contentándose con despreciar lo caduco y perecedero, y pasando á más alto grado de perfeccion, se despreciaba juntamente á sí mismo, y se trataba con notable

rigor. Era tal su abstinencia, que en cuatro años enteros no se alimentó más que con pan y agua, y eso en moderadísima cantidad. Todo lo que ganaba con su sudor lo distribuia á los pobres, reservando para sí escasamente lo necesario. Cuando llegó á la edad juvenil, con ánsias de padecer por Cristo, se quitó la camisa que hasta entónces habia usado, y se quedó con solo el sayal, añadiendo para más aspereza y en memoria de la pasion del Señor, una cuerda llena de nudos que llevaba secretamente. Concibió desde su niñez una gran devocion á la Vírgen Santísima, y siempre la continuó rezándola cada dia su corona en un rosario hecho de un cordel, por no tener otro. A sus compañeros los pastores los amonestaba que se abstuviesen de pecar, que se uniesen á Dios y atendiesen, no á las comodidades del cuerpo, sino á las conveniencias del alma. Así se ejercitaba el pastor milagroso en el camino de las virtudes sin haberlo aprendido de nadie sino de Dios, que le inspiraba lo que habia de hacer; y miéntras sus ovejas pacian la yerba, él se alimentaba en la oracion con el mantenimiento celestial de los ángeles, poseyendo ya en toda aquella comarca universal crédito y admiracion. Habiendo llegado á los treinta y tres años, sucedió que navegando una vez vió dos capuchinos en la misma galera, cuya religion le era totalmente desconocida. Les preguntó acerca de su instituto y género de vida, y la relacion le imprimió un deseo tan ardiente de entrar en la Orden, que al instante les pidió el hábito. Los religiosos, conociendo su pureza y simplicidad, en cuanto pusieron pie en tierra le enviaron con carta suya al provincial de la provincia de Toscana, que informado de sus costumbres y de la perfeccion con que habia vivido siendo pastor, le recibió al momento y le remitió al convento de Montepoliciano, que entónces era casa de noviciado. Partióse alegre el siervo de Dios, como quien habia hallado un tesoro escondido, y llegó al monasterio adonde le dirigian; mostró la carta al provincial, y quedó en el número de los novicios. Pero ántes que le vistiesen el hábito en aquellos dias, que es estilo en la Orden que los que han de entrar se esten en su antiguo traje mirando lo que pasa en la religion, le sobrevino repentinamente una calentura, que agravándosele cada dia más, le vino á poner en el último trance de la vida. Administráronsele los sacramentos, y muy cerca ya de espirar, se arrebató en un éxtasis profundísimo que le duró dos horas, al cabo de las cuales volviendo en sí, dijo con semblante alegre y regocijado: «¡Oh padres, llegaos acá, venid aprisa, que habeis de oir cosas admirables. El ángel del Señor me ha llevado al Purgatorio por un puente estrechísimo, donde ví las almas que allí padecen diversas penas, pidiendo á los vivos que las ayuden, y diciendo con lastimosas voces: *Tened misericordia de mí, siquiera vosotros los que sois mis amigos.* De allí me llevó al lugar de los condenados, y me enseñó los miserables que le habita-

ban, y le han de habitar por toda la eternidad, atormentados con castigos no imaginables, y blasfemando de su Criador. Atemorizóme tan horrible espectáculo, y el ángel me subió luego al cielo, y habiéndome presentado al Supremo Hacedor de los hombres y de cuanto hay criado, Su Majestad me abrazó con suma benignidad, me besó en la frente, y delante de los ángeles que le asisten me dijo estas palabras: *¿No conoceis la oveja de mi rebaño, que andaba por los montes y selvas alabando mi nombre, que daba á los pobres su caudal, y me amaba de lo íntimo de su corazon?* De que recibí tan inmensa alegría, que sin acordarme de las miserias que en el infierno acababa de ver, solo atendia á la gloria inefable y maravillosa que tenia delante. Cuando me deleitaba en vista de tanto gozo y brillantez, el ángel me notificó que volviese á la tierra, y llorando y acongojándome de que me sacase del cielo para traerme segunda vez á las calamidades del mundo, me consoló diciendo: *No llores, que presto daré la vuelta; y á las siete de la noche vendré por ti para traerte á la gloria que admiras.* » Los religiosos alabaron á Dios y le dieron gracias de que á aquel pobre humilde hubiese manifestado sus tesoros, y el bienaventurado novicio, habiendo empleado el tiempo que le restaba de vida en iguales alabanzas, murió á las siete de la noche, y guiándole el ángel, caminó al cielo á poseer la gloria que le ofreció.—A. L.

SAN CIRILO (Fr. Sebastian), religioso carmelita descalzo, natural de Valladolid. Comenzó desde muy temprano, dice el cronista, á atesorar riquezas espirituales, pues amaneciéndole la razon muy desde niño, y rayando la divina luz en su alma para mostrarle la senda segura de su salvacion, de edad de siete años se salió de su casa y tomó el camino del convento de franciscanos del Abrojo para pedir el hábito. Mas apénas lo supieron sus padres enviaron tras él, y encontrándole en el camino se le volvieron á su casa. Pero era tan grande el deseo que tenia de ser religioso, que cuando profesaron sus dos hermanas no pudo contener las lágrimas, y diciéndole una señora que porqué lloraba, pues sus hermanas se ofrecian á ser esposas de Cristo, él la dijo: *No lloro yo por eso, sino porque me han llevado la delantera.* Pero las siguió con pasos tan rápidos, que habiendo tomado el hábito de carmelita descalzo, hubo de esperar más de un año para hacer la profesion por no tener la edad suficiente. «Que en lo natural, dice la Crónica, muy hijo de madre (lo fué la célebre Doña Cecilia Morillas), sacando mucho de sus gracias y habilidades, escribia y pintaba muy bien, tañia y cantaba diestra y suavemente, y para cualquiera cosa ingeniosa tenia agudeza notable. En cuanto á la música, le nacia tan de inclinacion, que desde tiempo de cuatro años la empezó á ejercitar. En esta tierna edad, dice el P. Fr. Diego de San José, yo le habia pasado por un libro de canto los tiples de unos favordones fáciles, pero de buena consonancia, y las dos her-

manas, que tambien eran harto niñas, decian las voces medias, y yo el contrabajo, y cantábamos á cuatro.» Como entró tan niño en la religion, hicieron pruebas de su vocacion con grandes mortificaciones: sufríalas con mucha constancia, y para no flaquear en ella acogíase á la oracion, y era tan cuidadoso de este santo ejercicio y del de la presencia de Dios, que para no apartarse de ella, sino conservarle en su alma sin intermision, habia concertado con uno de sus condiscípulos avisarse el uno al otro con ciertas señas muy disimuladas, y que ellos solo entendian, para recogerse á sí y hacer actos interiores de varias virtudes, lo cual le fué de grande provecho, porque para este medio realzaban mucho cualquiera accion, dirigiéndola á la mayor honra de Dios. Era muy humilde y callado, tanto que preguntándole una vez su hermana, la madre Cecilia, cómo le iba en la oracion y aprovechamiento, él la respondió que ni él tenia virtud ni oracion, siendo así, dice la Crónica, que á los dos años de religioso le comunicó nuestro Señor oracion muy alta de union, y no solo esto, sino que estando oyendo misa le reveló cómo se la habia concedido, que es otro favor de por sí, porque como dice la gloriosa Madre Sta. Teresa, una cosa es hacer la merced y otra dar á entender cuál sea, y otra el saberla luego decir, y de todas maneras las recibió el P. Fr. Sebastian. Habiéndole instado mucho en la oracion referida la M. Cecilia para que la dijese algo de lo que el Señor le comunicaba, vino á confesarle que habiéndole una vez mandado que se estuviese sin salir de la celda por via de penitencia y mortificacion, allí le hizo el Señor merced de aparecérsele muy glorioso en la forma que resucitó, cuya visitacion le dejó muy consolado.» Era muy devoto de nuestro Señor Jesucristo y del Santísimo Sacramento, delante de quien acostumbraba hacer su oracion. Una noche cierto religioso, tenido por muy devoto y contemplativo, estuvo escuchando los ejercicios espirituales en que se ocupaba, y vió cómo habiendo estado un rato en oracion hizo sus penitencias, vertió muchas lágrimas y despues manifestó grande júbilo, segun la variedad de afectos que el Señor le comunicaba, y hacia esto con tanta piedad y fervor, que habiendo estado desde las oraciones hasta media noche, y debiendo aquel religioso tocar á maitines, por no atajarle en tan santa obra, detuvo una hora el reloj, siendo así que habian pasado siete desde que empezó su ejercicio. Despues de ordenado de sacerdote fué enviado por su mucha virtud á estudiar teología al convento de Salamanca en el año de 1598, en cuyo año murió el dia 8 de Diciembre, á los nueve años de su profesion. Su muerte se halla referida en la Crónica de su Orden en la siguiente forma: «Lo que pasó en su dichosa muerte no es para pasar en silencio. Habia á la sazon en aquel colegio un religioso llamado Fr. Pedro de San José, muy ejemplar y fervoroso en toda virtud, á quien ejercitaba el Señor con grandes trabajos internos, de suerte

que las noches declaró las solia pasar en aquellas terribles presuras, derramando copia de lágrimas con la fuerza del padecer. Llegó el tiempo que esta lluvia cesase, en que habia de coger los frutos ya fertilizados con ella en la tierra de los que viven, muriendo á esta vida presente. Cayó en la cama, y poniéndole en lo último la enfermedad, una tarde que le asistian tres religiosos, y entre ellos el P. Fr. Sebastian, viendo la alegría y serenidad con que pasaba aquella hora tan temida de todos, como si el estar á punto de partir para la sepultura fuese para algunas muy grandes fiestas, uno le decia: «Mire que á nuestra madre Sta. Teresa le ha de dar un gran recado de mi parte.» Otro: «Mire que á S. José le ha de besar los pies por mí.» Y él con una boca de risa decia: *Si haré;* tal era la fe y confianza que tenia de su salvacion, cumpliéndose lo que dijo el profeta: *Los que tienen la siembra en lágrimas tienen en gozo la cosecha;* estando, pues, en aquella santa conversacion, dijo el enfermo: «Mas ¿qué seria si dentro de muy pocos dias uno de los que aquí estan y yo nos viésemos allá con Dios?» Dijéronle: «¿Y quién será?» A que él respondió: «Oh, ya eso es mucho preguntar.» Llegada la hora postrera, y habiéndole ya faltado la vista, pero no el habla y el acuerdo, preguntó: «¿Qué es del P. Fr. Sebastian?» y respondiéronle que allí estaba; y llegándose á él, tomó las manos, y apretándolas le dijo: «Padre mio, ame mucho á Dios, mire que le importa, y aparéjese.» Con estas palabras dió su alma á Dios. De allí á poco el P. Fr. Sebastian cayó enfermo en la cama, y agravándose el mal, le apretó hasta el extremo en que recibió con grande ternura y reconocimiento los santos Sacramentos. Estando ya próximo á la muerte, levantado el pecho, los ojos abiertos y puestos en blanco, sin oir ni sentir, acordóse el P. Fr. Diego, su hermano, de una devocion que enseñaba Taulero para aquel artículo en el libro de sus sermones, en el sermon que intitula *Ad fœlicem mortem.* Refiriendo un caso prodigioso de un hombre que se hallaba horriblemente atormentado, y diciéndole en voz alta tres proposiciones que allí trae, luego huyeron los malignos espíritus y volvió en sí. Las proposiciones, traducidas en nuestro idioma vulgar, son estas: «Señor Dios mio, yo soy aquel hombre miserable que vos criásteis, por vuestra paternal bondad y potencia, por vos mismo y para vos mismo: Señor mio Jesucristo, yo soy aquel miserable á quien vos redimisteis de todo el poder del enemigo, por vuestra ignominiosísima é inocentísima muerte, por lo cual vos solo teneis imperio y potestad sobre mí. Señor Dios mio, yo soy el miserable hombre á quien podeis salvar, segun el abismo de vuestra misericordia.» Habiendo, pues, el P. Fr. Diego dicho estas palabras al P. Fr. Sebastian, su hermano, al punto que acabó de pronunciarlas en alta voz, en ese punto recobró el sentido, abrió los ojos sonriéndose, pidió agua bendita, y al volver en sí dijo: *Manus Domini tetigit me.* De suerte

que el que moria como un tronco insensible, cobrado su acuerdo, empezó la antífona: *Subvenite, Sancti Dei, occurrite, Angeli*, prosiguiendo como los demás toda la recomendacion del alma, sin que le faltase habla ni el juicio hasta el punto que espiró con tan grande paz y serenidad, que de haber visto tan preciosa muerte quedó el P. Fr. Diego, su hermano, tan consolado, que cantándole la misa de cuerpo presente y haciéndole el oficio de la sepultura, no podia contener el gozo, considerándole ya en la presencia de Dios, y la misma alegría sintió la M. Cecilia del Nacimiento.» —S. B.

SAN CIPRIANO (Fr. Salvador de). Fué religioso de la órden de Santo Domingo; español segun todas las probabilidades, porque en realidad de verdad son escasísimas las noticias que acerca de este personaje nos han legado las historias, tanto la general de España cuanto la particular de la Orden esclarecidísima á que perteneció, y esta ocasion se nos presenta para hacer notar que es muy lamentable el descuido con que unos y otros historiadores han mirado el consignar los hechos, que á no dudarlo, habian de redundar en gloria del estado y de la religion dominicana. Nuestro buen religioso, anhelante por la gloria de Dios y por proporcionar á sus hermanos, los habitantes de Nueva-España, cuantos medios estuvieran á su alcance para sacarlos del triste estado de ignorancia acerca del único adecuado fin del hombre, que es el procurarse su eterna bienaventuranza, pasó á aquellas apartadas regiones sin otra esperanza en lo material que el martirio á que acaso le expondria la fiereza de aquellos incivilizados, sin otro anhelo que traerlos al conocimiento del verdadero Dios. La region que le correspondió recorrer fué la Zacapula, cuyo idioma, bastante revesado por cierto, le fué desde luego tan familiar, que le aprendió no solo para entenderse con los indígenas, sino para enseñársele á los misioneros que iban de España y de otras partes á ayudar á los que estaban allí en la civilizadora obra de enseñar á aquellas pobres gentes. Desde luego pensó en hacer una obra para su uso, en la cual les pudiese procurar la instruccion conveniente y hasta cierto punto indispensable, fijándoles las ideas, y para esto escogió un asunto muy digno, muy útil, como que era el fundamento de su supersticion, deshecho el cual todo lo que con esta supersticion misma se relacionaba caia enteramente por tierra, y así es que bajo el título *De los Idolos de la provincia de Zacapula*, escribió una refutacion de toda la supersticion de aquellas pobres gentes, que como era muy razonada, les satisfacia grandemente, y dió los admirables resultados de convertirse muchos de ellos al cristianismo, por solo reconocer la superioridad de esta verdadera doctrina sobre la suya. De esta obra y de su religioso autor hace justos elogios D. Antonio de Leon en la *Biblioteca Indica*, y es todo cuanto podemos decir de Fr. Salvador de S. Cipriano.—G. R.

SANCIUS (P. Alfonso), jesuita español, que despues de haber permane-

cido algunos años como misionero en las Islas Filipinas, fué á la China, hallándose en Macao en 1582 en ocasion en que muerto el rey de Portugal, y habiendo pasado á nuestro monarca Felipe II la corona de aquel reino, los portugueses residentes en aquella plaza se negaban á reconocerle como tal monarca, lo que hubieran hecho sin duda si la política del P. Alfonso no les hubiese inducido á lo contrario. Despues tomó parte en otros hechos no ménos notables, y enviado á Roma como legado cerca del Sumo Pontífice Sixto V, y embajador del rey de España, trabajó mucho cerca de estas dos potestades para proteger la fe por todo el imperio de la China, embajada en que no obtuvo los mejores resultados. Quedóse en España y fué elegido provincial de la provincia de Toledo, pero al marchar á un capítulo general, falleció en Alcalá en 27 de Mayo de 1591. Dejó diferentes obras, algunas de las cuales tratan de la China, sus usos, costumbres y alfabetos, publicando algunas en castellano; una *Coleccion de sermones para todo el año*, impresos en Colonia, y un *Tratado de los derechos que tenia el rey de España á la posesion de las Islas Filipinas*. — S. B.

SAN CLEMENTE. (P. Fr. Antonio de), religioso gerónimo en el Real monasterio de San Lorenzo. Este excelente varon dejó memoria estimable en aquella casa por la bondad de su alma, su suave condicion, admirable compostura, muchas letras, constante virtud, y en una palabra, ejemplar en todo género de virtudes. Supo las lenguas hebrea y griega, y la teología escolástica con perfeccion. Despues de haber sido vicerector del colegio, y predicado con aplauso en el convento, le enviaron por sovicario de Parraces, donde tambien ejercitó la predicacion con notable espíritu y aprovechamiento de los pueblos de la abadía. Movido de la caridad en este santo empleo, no perdonaba trabajo para conseguir abundante fruto de las almas, á que juntaba la mayor solicitud con gran piedad para proporcionar el alivio á los necesitados y enfermos. Si lo estaban los religiosos, cuidaba de su salud más que de la propia, sin faltarles de dia ni de noche, tan compasivo que sentia igualmente con ellos los trabajos que padecian. A los seglares que allí confesaba servia tambien de médico solícito, en quien los dolientes encontraban cuanto podian desear para la salud de sus almas; pero les duró muy poco aquel consuelo, porque á los dos años, y no cabales, que estuvo en Parraces, murió con universal sentimiento de cuantos conocian sus muchas y santas prendas, frustrándose las esperanzas que con razon tenian fundadas de que á todos aprovechase un sujeto tan amable, docto y virtuoso, aunque les quedaron muy vivas y seguras de que se fué á gozar de Dios. — A. L.

SAN CLEMENTE (D. Juan), arzobispo de Santiago, sétimo de este nombre. Nació en la muy noble ciudad de Córdoba, y fueron sus padres Don Juan de San Clemente y Doña Juana Fernandez de Torquemada. En 13 de

Octubre de 1563 tomó el hábito de colegial en el colegio de Santa Cruz de Valladolid. Leyó un curso de artes y la cátedra de filosofía en propiedad. En el año de 1569 hizo oposicion y ganó un canonicato de la santa iglesia de Badajoz. Daba cada año en esta ciudad, desde esta fecha hasta que murió, doscientos ducados de limosna, á más de las que hacia á los conventos. Fué presentado en 1578 por el rey D. Felipe II para la iglesia de Orense, y siendo confirmada su eleccion por el santo padre Gregorio XIII en 5 de Setiembre, tomó posesion en su nombre el provisor de la diócesis de Orense, licenciado Juan de Sanderay. Fué consagrado en Santiago de Galicia en 28 de Enero de 1579 por el arzobispo D. Alonso Velazquez, y le asistieron D. Diego de Torquemada, obispo de Tuy, y D. Fernando Vellosillo, obispo de Lugo. Entró en su iglesia en un viernes. Celebró sínodo á su clero en el año de 1581, y le gobernó con tanta satisfaccion, que el mismo rey, por la renuncia que D. Alonso Velazquez hizo del arzobispado de Santiago, le presentó para él en el año de 1586. Recibió el palio de arzobispo en la santa iglesia de Tuy, de mano de su prelado D. Bartolomé de Mohico. Fué uno de los santos prelados que tuvo la iglesia de España en aquel tiempo; singular en caridad y limosnas, y sobremanera vigilante en cumplir con la carga y cargos de su oficio. Todos los años, pasada la fiesta de pascua de Resurreccion, verificaba la visita á todo su arzobispado. Murió el dia 20 de Abril de 1602, á los ochenta y seis años de edad, y su sepultura, que es una lámina de bronce, tiene el siguiente epitafio: *Dominus Joannes de S. Clemente, Cordubensis, genere clarus; complutensis Prius Seguntinus ac pintianus Collega; Deinde Pacensis Canonicus; Tandem auriensis Compostellanusque præsul. Obiit anno salutis nostræ* 1602. *Die* 20 *Aprilis ætatis suæ* 86.

Clauditur hìc alter Seneca, et Dux inclytus alter,
Corduba quem genuit, venit in arce Poli.
Gloria Pontificum, Patriæ laus, Fama Parentum
Dinitivus vigilans, pauperibusque Pater.

Fundó en Santiago el colegio de S. Clemente y le dotó en dos mil ducados de renta. Dotó el colegio de la Compañía de Jesus; una escuela para enseñar á leer á los niños; una cátedra en donde se leia teología moral; un colegio de huérfanos con mil ducados de renta, y en su iglesia una capellanía, que llaman del Silencio, con cien ducados de renta, y una fiesta con mitras en honra de S. Clemente, y un aniversario con cien ducados de renta. Dió tambien una cuantiosa limosna con destino á la conclusion de la construccion del convento de Santo Domingo de Besanzon. En Córdoba, en la parroquia de S. Pedro, labró la capilla, siendo á su costa y rodeándola de reja.

Hizo donacion á la misma de una arca de plata, en la que se guardan hoy huesos de los santos mártires que padecieron en tiempo de romanos y moros, y ayudó con tres mil ducados para el coro y fábrica de la capilla mayor. Al colegio de Santa Cruz de Valladolid le hizo las donaciones siguientes: ochocientos ducados que se empleasen en renta, y que el rédito de ellos se distribuyese entre los colegiales que asistiesen á un aniversario que se dice en la capilla de dicho colegio por el eterno descanso del alma del difunto prelado, fundador de esta renta. Al mismo ocho mil ducados para que de sus réditos el colegio sustentase y sostuviese estudiantes pobres, coronando así las infinitas obras buenas que ejerció tan ilustre y santo prelado. — M. B.

SAN CONCORDIO (Fr. Bartolomé de), del órden de Predicadores. Fué natural de la ciudad de Pisa, en Toscana, donde floreció á mediados del siglo XIV, haciéndose notar como un varon grave en religion y doctrina, y como un profundo sabio en todas las ciencias, muy particularmente en el conocimiento del derecho civil y canónico, y en el cultivo de la poesía latina é italiana. Ignórase el año de su muerte. Dejó escritas las siguientes obras: *Summa de casibus conscientiæ*, la cual ordenó por el alfabeto, mereciendo tanta aceptacion, que fué uno de los primeros libros que se dieron á la imprenta, contándose en el dia de hoy en el número de las famosas ediciones llamadas *incunables*. Forma un tomo en fólio, impreso en caractéres góticos, sin año de impresion. Mereció esta obra tan extraordinaria acogida, que en el año 1496 iban ya hechas siete ediciones seguidas. La de París en 1470; Rentting, 1482 y 1484; Venecia, 1476, 1481 y 1483; Milan, 1494; haciéndose últimamente en Leon otra en 1519. Y esto sin contar la multitud de ejemplares manuscritos que se conservaban en todos los conventos de la Orden. — *Rdo. P. Fr. Bartolomæ de Pisis, Ord. Prædicatorum, de documentis antiquorum*, opúsculo impreso en Tarmes en un tomo en 8.° de doscientas sesenta y seis páginas, año de 1601, á instancias y bajo la inspeccion del Rdo. P. Fr. Alberto Clario, cuya obrita estaba dedicada á Aurelio Novalio, canónigo de la santa iglesia de Tarmes. Este libro se tradujo en francés y se publicó en 1662. — *De virtutibus et vitiis*, obra que no llegó á publicarse, conservándose manuscrita en la biblioteca del convento de S. Marcos de Florencia — *El Arte de la memoria artificial*, escrito en italiano y que tambien permanece inédito. — *Varios opúsculos sobre Filosofía moral*, que igualmente se conservaban manuscritos en la biblioteca Colbert de París. — *De pronuntiatione vocum latinarum et ortographiæ tabula ad inveniendum Pascha.* — *In Virgilium et in Senecam tragœdum.* — *Sermones cuadragesimales.* — Estos fueron impresos en Leon en el año 1519 al mismo tiempo que la *Summa*. — M. B.

SANCRI (Agustin), donado de la Compañía de Jesus. Nació en el reino de Figuen, en un pueblo llamado Safai, y desde mozo se dedicó á la Com-

pañía para ser doxico y donado de la misma por los dias de su vida. Su principal asistencia fué en la residencia de Arima, en compañía del Padre Melchor de Morera, de buena memoria; aunque tambien acompañó algun tiempo al P. Francisco Calderon, que fué desterrado del Japon por la fe. La ocupacion más constante de Agustin en el Japon fué de sacristan, en que se ejercitó cuarenta años, con tanta solicitud, que pudiera servir de ejemplo á los que hacen este oficio tan digno de aseo y limpieza. Esmerábase en doblar y guardar los sagrados ornamentos, de modo que parecia que en su poder no se envejecian, segun estaban de lustrosos al cabo de muchos años. Tambien se esmeraba en hacer las hostias, sin querer que pasasen por otra mano sino por la suya, en cuya operacion prestaba gran devocion y reverencia, y para tener preparado con tiempo el altar, se levantaba una hora ántes de la comunidad. Fuera de este oficio principal que le dió sobrenombre, aunque antepuesto, como usan los japoneses, que le llamaban Sancri Agustin ó Sacristan, acudia á los pueblos anejos á la residencia á catequizar los gentiles que se habian de bautizar, y á enseñar la doctrina á los ya bautizados, con las demás obligaciones de cristianos, en lo que pasó muy grandes trabajos, caminando de dia y noche, con frio y calor, soles, lluvias y recios temporales, al tiempo que gozó de paz la cristiandad del Japon, hasta el año de 1614. En la persecucion del Jongun, llamado Daifusama, vino con los demás padres y hermanos y doxicos á la provincia de Filipinas, desterrado por la fe, donde tambien tuvo oficio de sacristan, y despues fué portero de la puerta reglar en el colegio de Manila, hasta que no pudo servirle por haber quedado ciego. El resto de su vida, por espacio de doce años, permaneció ciego en una chozuela junto á la casa de unas beatas, que tambien vinieron desterradas por la fe aquel mismo año, y cuya casa estaba cerca del pueblo de San Miguel: aquí se ocupaba en solo rezar, entregado al Señor, dándole la Compañía lo necesario para sostener la vida. Fué contínua su oracion, que sólo interrumpia un corto y moderado sueño, y la comida la limitaba á unas yerbas ó un pescadillo, ó bien arroz cocido con solo agua. Su sufrimiento y paciencia fué tan grande, como puede inferirse de la causa que le produjo la ceguera y la paz con que llevó aquel trabajo, que ocurrió del modo siguiente: «Una noche de Navidad, teniendo las llaves de la puerta reglar del convento de Manila, unos muchachos movidos del regocijo de aquella noche, tocaban con mucha prisa la campanilla, permaneciendo fuera y jugando con unos palos que llevaban; y abriendo el siervo de Dios la puerta, entraron de tropel, y con un palo le dieron en un ojo, dejándole muy lastimado y ciego, porque del otro no veia. Con la fuerza del dolor se retiró Agustin á su aposentillo sin quejarse de lo ocurrido, ni airarse con el que habia sido la causa de aquel daño, ántes con mucha paciencia se estuvo allí reti-

rado, hasta que echada de ver la falta que hacia en la portería, entraron á verle, y se excusó diciendo que estaba indispuesto, hasta que averiguado el lance, vieron con dolor habia quedado ciego. El que en esta ocasion guardó tanta paz, no es mucho que en otras más leves la guardase de tal suerte que nunca se le vió airado ni con rostro demudado. Quiso el Señor darle á merecer con la paciencia, lo que ántes habia merecido con la continencia y recato áun de los ojos, que siempre los tuvo bajos y modestos. No es extraño que con estas virtudes le estimasen todos, tanto, que le llamaban *el Santo*, y cuando estaba en Nangasaki, venian los cristianos y áun los gentiles á verle como en romería con el mismo interés y respeto con que venian á ver al obispo y al P. Francisco Calderon. De aquella guarda que observaba con los ojos nacia la limpieza de su corazon, porque no habia cosa que le pudiese manchar, siendo así qui ni áun noticia admitia de los sucesos de la vida, y su aseo y limpieza exterior eran indicio de la de su alma, con lo que edificaba mucho y daba suave fragancia de virtud y buen olor de cristiandad. Aun cuando estaba viejo y ciego, estaba su pequeño aposento limpio y aseado, y sus vestidos sin manchas ni polvo. Cuando estaba ya para espirar encomendó que le amortajasen con limpieza, y cuando sacasen su cuerpo dejasen el aposento limpio. Fué humilde de corazon, no teniéndose por digno de bien alguno que se le hiciese; la limosna con que la Compañía le sustentaba, la engrandecia y agradecia sobremanera, lo que obligaba á acudirle con mayor cuidado y amor, de manera que no solo del colegio tenia la comida por junto, sino que de ordinario se le enviaba hecha de la casa de San Miguel, aunque como era tanta su abstinencia, con muy poco habia para sustentarle. Su devocion era como de hombre santo, y que siempre estaba con Dios, tan agradecido á sus misericordias, que una vez le oyeron exclamar: «Bendito sea mi Dios, que ha cincuenta y un años que le sirvo.» A una vida tan cristiana y virtuosa, claro es que habia de corresponder una muerte suave y tranquila. Su oracion era en este último tiempo á nuestra Señora, rogándola le dejase pasar y no le pusiese estorbos el comun enemigo; y á tres Padres que le asistieron rogó muy encarecidamente que rezasen á la Santísima Vírgen algunas Ave Marias, para que le dejasen pasar, y esto mismo envió á decir á las beatas. La enfermedad de que murió fué solo la vejez y flaqueza, porque llegó á tanta, que ni áun agua podia pasar, y los siete dias ántes de su muerte no comió bocado, solo bebió algunos tragos de agua; y decia que no comiendo estaba más ágil para pasar, entendiéndolo por si aquel paso le tenian tomado los demonios, y así fué que estuvo con el entendimiento muy claro y despejado hasta un cuarto de hora ántes de morir. Recibió el viático haciendo la profesion de la fe, acompañada de mil alabanzas al Señor. Con la misma devocion recibió el postrer

sacramento, y despues, pasados dos dias, volvió á comulgar, pidiéndolo con notable ánsia. En este tiempo hacia fuerza para levantarse de la cama para rezar con más reverencia, y siempre estaba pensando en Dios; y como un poco ántes de espirar le diesen voces, exhortándole á que se acordase de nuestro Señor, y dijese *Jesus* con el corazon, respondió: «En eso estoy.» Tenia en las manos el rosario, y parece que rezaba y pasaba las cuentas, pareciéndoles aquella paz á los presentes que no estaria tan al cabo; pero viéndole sin pulso, le quitaron el rosario y le pusieron en la mano la candela bendita, y en cuanto le hicieron la recomendacion del alma, en seguida espiró con notable sosiego el 30 de Mayo, primer dia de pascua de Espíritu Santo del año de 1630, siendo de setenta y cinco años de edad. Tenia en las manos un pequeño crucifijo cuando murió, que solia traer al cuello, habiendo prevenido á los que le asistian que no se lo quitasen de las manos, y que despues de muerto le llevasen con él á enterrar, con otra cruz mayor que tenia, y cuando le echasen en la sepultura tomasen la cruz y la diesen á las beatas, y el Cristo á un japon ermitaño que le habia servido en aquellos últimos dias; así se hizo, aunque no otra cosa que pidió, que fué le enterrasen en el cementerio al pie de la cruz, porque habiendo puesto el cuerpo con mucha decencia en una caja de madera, le enterraron los Padres dentro de la capilla mayor de su iglesia, al lado de la epístola delante del altar de los santos mártires del Japon. Al entierro concurrió todo el pueblo de los indios, hasta los niños, que en vida le guiaban y llevaban de la mano á porfía, cuando iba y cuando se volvia de la iglesia, porque le tenian por santo. Tambien se convocaron los japoneses, haciéndosele un entierro muy solemne y devoto; mostrándose en este acto el afecto y amor que siempre le tuvo la Compañía. Todas las antecedentes noticias estan tomadas de las ánuas de la provincia de Filipinas. — A. L.

SANCROFT (Guillermo), prelado inglés, nació en 1616, murió en 1695. Fué nombrado en 1677 arzobispo de Cantorbery, y perdió esta plaza en 1688 por haberse negado á prestar los juramentos que reprobaba. Se le deben: *Política moderna, segun Maquiavelo, Borgia, etc.*; 1652, en 12.°—*Tratados diversos sobre la historia y las antigüedades de Inglaterra y de Irlanda*; Oxford, 1781, dos volúmenes en 8.°— M.

SANCTES-PAGNINUS. Nació este sabio dominico en Luca el año 1470, de una familia pobre, pero honrada. Renunció el mundo para consagrarse á Dios á los diez y seis años de edad, y tomó el hábito de Sto. Domingo. Dedicado á la teología y al estudio de las lenguas sabias, hizo en ambas grandes progresos. Predicando con mucho celo, con sus exhortaciones contribuyó á la conversion de los pecadores y de los herejes, especialmente de los vandenses y de los luteranos, cuya doctrina vió empezar á divulgarse. Impidió que

estos herejes sedujesen á la ciudad de Lion, en la que pasó una gran parte de su vida, y de la que fué declarado ciudadano con todos los privilegios de que hubiera podido disfrutar si hubiese nacido en ella. Por sus piadosos consejos, Tomás Guadagni estableció un hospital para los apestados. Murió este virtuoso religioso en Lion el año 1536, segun Leandro Alberti en su descripcion de Italia, en la que dice tenia setenta años; pero el P. Echard asegura que no murió hasta 1541, fundándose en la inscripcion sepulcral que dice: *En hospes. Hic est ille Sanctes Pagninus Lucensis, cujus triplex lingua, eruditio, bonitas, ordinem, civitatem, Florentinos, à quibus mirifice cultus est, decorârunt. Obdormivit in Domino IX kalend. Septemb. MDXXXXI.* Mr. de Monnoye ha demostrado la falsedad de esta fecha, haciendo ver que este epitafio se halla en las poesías de Juan Voulté, impresas en Lion el año 1537. Por lo tanto es preciso poner la muerte de Pagninus en 1536. Dice Razzi que este sabio religioso habia sido discípulo del célebre Gerónimo Savonarola. Las obras por que es conocido como escritor Pagninus son las siguientes: *Veteris et Novi Testamenti nova translatio per sanctem Pagninum nuper edita, approbante Clemente VII*; Lion, á expensas de Francisco Turchi y de Domingo Berti, ciudadanos de Luca y de Santiago de Junte, que lo era de Florencia, el dia 29 de Enero de 1527 ó 1528, en 4.°, con una dedicatoria al papa Clemente VII. Esta version de la Biblia se ha reimpreso varias veces y en la obra *Scriptores Ordinis Prædicatorum*, de los PP. Quetif y Echard, se da razon de ella al tomo II. Debemos advertir que en 1542 se hizo en Lion una impresion de esta version en folio, muy diferente de la de Pagnin, á pesar de que lleva su nombre. El título de esta es: *Biblia sacra latina, ex sanctis Pagnini translatione, sed ad hebraicæ linguæ amussim recognita, et scholiis illustrata; ex editione, et cum præfactione, et quibusdam scholiis marginalibus Michaëlis Villanovani.* Este pretendido Miguel de Villanueva es el famoso hereje Miguel Servet, que sembró en esta edicion los más peligrosos errores.—*Liber interpretationum hebraicorum græcorumque nominum, quæ arcanis sacrisque in litteris inveniuntur, ordine alphabetico, ut inventa cuncta sint perfacilia*; Lion, 1528. Simler cita una edicion particular hecha en Lion en 1538.—*Thesaurus linguæ sanctæ*; Lion, 1529, en fol. Esta ya rara edicion es muy estimada á causa del tamaño y belleza de los caractéres y de su exacta correccion. La misma obra con el título: *Thesaurus linguæ sanctæ contractior et emendatior;* París 1548, en 4.° La misma en Génova, en fol., en 1614; pero aumentada y retocada esta edicion por Juan Mercier y Antonio Cavallieri, está alterada en mal sentido. Se publicó un compendio de este Tesauro con el título: *Thesauri Pagnini Epitome*; en Amberes, 1616, en 8.°—*Isagoges, seu introductionis ad sacras litteras liber unus ad Johanem Cardinalem du Bellay directus*; Lion, 1528, en 4.°—Otra edicion de la misma ciudad en 1536,

en fol., con un prefacio histórico de Sinforiano Champier, que elogia mucho el autor.—*Hebraicarum institutionum libri quatuor, Sancte Pagnino Lucensi auctore, ex Rabbi David Kimi priore parte fere transcripti*; Lion, 1526, en 4.°, á expensas de Francisco de Clermont, cardenal arzobispo de Ausch, y en París, en 1549, en 4.° Compendio de esta obra en Lion, en 1528, en 4.°; en París en 1546, en 4.°, y en 1556, en 4.°—*Enchiridion expositionis vocabulorum Haruch, Targum... et multorum aliorum librorum, hebraicæ linguæ aliisque libris apprimè accommodatum, ab auctore dicatum Francisco cardinali de Claramonte*; Roma, 1523, en fol.—*Isagogæ ad sacras litteras et ad misticos Scripturæ sensus, quas ad annum 1536 prælo parabat, sumtus conferente Thoma Guadagni Florentino.* La primera parte es la Isagoga, de que ántes hemos hablado, y ambas partes aparecieron reunidas en Lion en 1536, en fol.; y en Colonia, en 1543, en el mismo tamaño.—*Grammatica Rabbi David, quæ Michol nuncupator, in latinum translata eloquium.—Liber Ephod, grammaticam continens hebraicam, latine donatus.—Liber cui nomen Cheter, id est, Corona, in quo de divinis nominibus agitur, latinè versus.—Catena argentea in Pentateuchum sex magna continens volumina*; Lion, 1536.—*Catena argentea in totum Psalterium hebræorum, græcorum, et latinorum continens commentaria, tribus magnis voluminibus.—Annotamenta in totum vetus instrumentum.—Chaldaicum Enchiridion.—Isagogæ græcæ*; Aviñon, 1515, en fol.: son dos volúmenes. Además dejó el autor otras muchas obras manuscritas, las que cita Echard en sus *Escritores de la órden de Predicadores*, el P. Colonia en su *Historia literaria de Lion*, y otros autores.—A. C.

SANCTES DE URBINO (Fr.), religioso menor lego, de la órden de San Francisco. Nació en Montefabro, poblacion sita en la jurisdiccion de Urbino, de padres nobles, de la antigua familia de los Brancasios. Entró en la edad varonil estando en el siglo, ni notado por sus travesuras ni por sus virtudes notable, sino solo disfrutando de aquella buena opinion que saben conservar los hombres que nacieron con obligaciones de buena sangre. Saliendo un dia al campo por diversion, se le hizo encontradizo un sujeto compadre suyo, á quien no tenia ofendido y de quien por título del espiritual parentesco no podia tener sospecha de alevosía; pero sin que le valiese el sagrado de su inocencia y sin la menor provocacion, se halló traidoramente acometido y puesto en peligro de perder la vida. No logró el alevoso el primer golpe, y Sanctes, empeñado en su natural inculpada defensa, peleó con tanto valor ó con tan feliz fortuna, que haciéndole en un muslo una herida mortal, pagó con la vida la traicion. Retiróse Sanctes á sagrado, y la justicia de oficio tomó declaracion al herido, que vivió muy pocas horas, declarando que le habia intentado matar alevosamente, por informes que tenia de un agravio. Despues constó que el agravio era mentido y calumnioso, con cuya

aclaracion tuvo breve y feliz término su causa; con mucho crédito de su persona y valor. En el encierro, miéntras se fallaba su causa, llevado de melancólicos discursos, vino á parar en provechosos desengaños, disfrutando en avisos sus escarmientos. Consideraba cómo en el proceloso mar de este mundo, todas las cosas corren con peligro, porque inquietas y alborotadas sus aguas de vientos furiosos y contrarios, todo es borrasca que turba la quietud y aleja la seguridad. La inocencia mal segura en su sagrado retiro, peligra en huracanes de maliciosa calumnia, y la malicia más avisada se rompe en el escollo que no pudo prevenir su cautela. Experimentó Sanctes en su fracaso el efecto de estas dos máximas, pues inocente no pudo prevenir el peligro de una alevosía, cuando su contrario, tan prevenido de su venganza, zozobró en el fatal escollo de sus mismas iras. Vencido de la fuerza de estas verdades, calificadas con tan propias y tan costosas experiencias, y convencido su entendimiento con la clarísima luz de santos desengaños, trató de mudar de rumbo para navegar en el inevitable y siempre peligroso golfo de esta vida mortal, poniendo fija al Norte la brújula de las divinas inspiraciones, navegacion en que hasta los peligros conducen con seguridad al puerto. Ilustrado de celestial luz, trató de dejar el mundo, despreciando todas sus delicias y riquezas, ocultando y cubriendo el esplendor de su sangre con la parda nube del sayal, y eligiendo en la casa de S. Francisco el ínfimo grado de lego para vivir más seguro en los brazos de la humildad. Valióse del recuerdo de sus tormentas como de tabla en que tenia delineados los peligros de su naufragio para ponerla en el templo del desengaño y darle á Dios perpétuas gracias de haber salido á puerto con bonanza despues de tantos peligros. Impresionósele en su memoria y consideracion tan tenazmente la fatalidad de aquella muerte, de la que fué imprevisto instrumento, que ni en el sagrado de la inculpada defensa se tenia por seguro de las iras de la divina justicia. Para lavar esta mancha vertia lágrimas perennes, cuyo mordaz calor le lastimaba las mejillas. A este fin aplicaba sus penitencias tan rigurosas como lo acreditan su rarísima abstinencia, pues en años enteros no probó vianda que llegase á la lumbre, y lo que es más, ni probó pan, contentándose con yerbas y frutas crudas. A este paso corrian las demás asperezas de silicios, vigilias y disciplinas con que trataba á su cuerpo como á vilísimo esclavo, teniéndole así rendido y obediente á las sagradas y más apretadas leyes del espíritu. En su oracion pidió al Señor con repetidas ánsias le diese á sentir los dolores que padeció aquel hombre infeliz en la herida que le produjo la muerte. Su peticion fué oida, y en la misma parte en que la tuvo el herido se le formó una gran postema, que al tiempo de abrirse sufrió gravísimos dolores de muerte; y despues de una larga y penosa curacion le quedó una fístula que duró todo

el tiempo de su vida, en varias ocasiones con atrocísimos dolores y mortales accidentes, y aún pasados trescientos años, se registraba abierta esta boca en el muslo en su incorrupto cuerpo. Este contínuo trabajo, que le sirvió de perenne memorial de aquella desdicha, le sirvió tambien de consuelo, viendo que en algun modo le habia Dios dado caudal para la satisfaccion de su deuda. Siendo esta llaga en parte tan sensible, dispensaba el Señor en la fuerza de los dolores todo el tiempo necesario para cumplir con las ocupaciones de la obediencia, que fueron siempre de las más penosas, como el asistir en la cocina, en la huerta, y en salir á cortar leña á los montes para el abasto del convento. Llegó al grado más alto de contemplacion; el único empleo de sus racionales potencias en el recogimiento, era considerar la vida, pasion y muerte del Salvador del mundo, en cuyo ejemplar estudiaba, copiando sus virtudes, que zanjadas en profunda humildad, se descollaban con seguridad eminente. Tenia hecho de sí tan bajo concepto, que extrañaba mucho que no le tratasen con sumo desprecio, y le faltaba aliento para tratar con los hombres, teniéndose por indigno de su comercio. Asistia al santo sacrificio de la Misa con grande ternura y reverencia. Favoreció el Señor su fervorosa fe y ardientísimo amor comunicándole con larga mano inefables dulzuras cuando asistia á aquel sublime acto. Aunque las noticias que dan los cronistas de las virtudes de este siervo de Dios son escasas, suple la cortedad de estas noticias la excelencia de los milagros que obró en el tiempo de su vida, que son singularísimos y refieren detalladamente. En edad más que mediana le dió la enfermedad última, que fue muy larga y penosa para ejercicio de su invencible paciencia. Recrudecióse la llaga ó fístula, de que padeció muchos y muy contínuos dolores, y de la misma acerbidad, que ocasionaron la muerte al que hizo la herida por su natural defensa. Murió de esta enfermedad, habiéndose experimentado en ella muchas maravillas que testificaban la excelencia de sus virtudes; y habiendo recibido con suma devocion todos los sacramentos, entregó su feliz espíritu en manos del Señor, que premió sus trabajos con gajes de gloria, de que no pudieron dudar los que en su dichosa muerte vieron las prodigiosas señales de su eterna felicidad en resplandores extraordinarios y suavidades aromáticas que se sintieron en su estancia. Grande era la fama de su santidad con la noticia de sus admirables milagros; así fué que á sus exequias acudió un numeroso concurso áun de muchos lugares circunvecinos á Escotoneto, en cuyo convento de la órden Seráfica acabó la vida, y se le dió sepultura en el entierro comun de los religiosos. Mal contenta quedó la devocion viendo se daba sepultura ordinaria á un varon de tan singulares virtudes, que calificaba Dios con frecuentes milagros, quien observando que ni áun á la pública voz se daba por entendida la pie-

dad, obró uno en la tierra del mismo sepulcro, haciendo brotar una bellísima azucena, que con el candor de sus pétalos publicaba la candidez de sus virtudes, y en sus dorados estambres el oro finísimo de su amor y caridad. A vista de esta maravilla, con acuerdo del clero, se pidió licencia al obispo para desenterrar el cuerpo, que se halló despues de algunos años, no solo entero é incorrupto, sino exhalando suavísima fragancia y sumamente flexible. Se le labró un sepulcro de mármol escogido, con labores primorosas, doradas las orlas y extremidades, y en el plano de la urna se puso con letras de oro este epígrafe: *Hic spectat obiam Christi rapi in aëra. Vere sanctus frater Sanctes.* Existe una imágen suya, que se dice ser vera efigies, colocada en el sagrario, con una cruz en la mano derecha, y en la izquierda un sol; y por último, goza de culto inmemorial de trescientos años. Se conserva en la urna en que está su cadaver el silicio de que usaba, con dos ampollas de vidrio, con el bálsamo con que solia curarse la fístula para el lenitivo de sus dolores. Murió el año 1390 á 16 de Agosto, y en su memoria todos los domingos segundos de Agosto se hace en Escotoneta feria franca de mucho concurso. Escribieron de este admirable varon muchos de su misma Orden, y entre ellos el venerable Pisa dice que obró el Señor por su intercesion innumerables milagros. De los autores extraños escribió Juan Bautista Moricon, en su *Catálogo de Santos*, y el eruditísimo Fr. Leonardo de Utino, de la sagrada familia de Predicadores, en el sermon *De laudibus sancti Francisci.*—A. L.

SANCTIEN (S.). Los continuadores de Bolando han sacado de un legendario manuscrito de Sens, é insertado en su coleccion, las actas de los santos Sanctien, Agustin y Beata, vírgen y mártir. El autor de estas actas era de Sens ó residia allí. Menciona una irrupcion de los vándalos que destruyeron por completo la iglesia donde descansaban estos santos. Los vándalos de que se ocupa no son diferentes de los sarracenos, que en 731 ó 732 hicieron correrías hasta Sens. Libre ya el país de estos bárbaros, se sacaron los cuerpos de los santos de debajo de las ruinas de la iglesia, y se trasladaron á un lugar llamado *Sanceia*, donde se edificó una nueva iglesia en honor suyo. Dedúcese de aquí que las actas que forman el objeto de este artículo no han podido escribirse cuando más hasta mediados del siglo III, y como el autor no habla de una segunda traslacion hecha desde el lugar *Sanceia* al monasterio de San Pedro le Vif, en tiempo de Angesico, arzobispo de Sens, muerto en 883, parece que se puede colocar con alguna seguridad á últimos del siglo III ó en los primeros años del siguiente. Una distancia tan grande del tiempo de los santos, cuyas actas escribió, no previene en favor suyo, y la obra por sí misma no es á propósito para conciliar grande autoridad al escritor; sin embargo, los nuevos editores creen que existen sobre San Sanctien y sus compañeros memorias antiguas que hacen probables los puntos princi-

pales de su martirio. Escribiendo el P. Mathoud sobre el verdadero orígen del cristianismo en las Galias, ha pretendido que estas actas eran muy antiguas y muy verdaderas; pero más reservados, y con razon, los Bolandistas, no se atreven á hacerlas ascender más allá del siglo VIII ó IX, ni á asegurar que sean legítimas. Suponiéndolas escritas en cualquiera de estos dos siglos, nos vemos obligados á colocar ántes del siglo X las actas de San Audeolo, subdiácono y mártir, contra lo que ha sostenido el P. Rivet, puesto que nuestro anónimo habia visto estas actas. Tambien ha tenido conocimiento de las de los tres hermanos gemelos Speusippo, Eleusippo y Melausippo, á quienes seguido de las de S. Benigno, de S. Andoco, de S. Patroclo, de S. Sabiniano, de S. Prisco mártir, y de la historia de la traslacion de la cabeza de este santo, hecha por S. German.—S. B.

SANCTIS (Fr. Arnoldo de), religioso dominico del siglo XIII. Ignórase el lugar de su nacimiento, y se cree tomó el hábito en el convento de Argenton, en Francia, de donde fué despues prior. Se dió á conocer por sus virtudes y tambien por su ciencia, tomando una parte muy activa en las principales cuestiones que se suscitaron en su Orden en su siglo. Era un predicador elocuente y no falto de erudicion, por lo que fué elegido, no solo para predicar, sino para hablar en las ocasiones mas solemnes. Una de estas fué en 1267 en que el capítulo general reunido en París le envió á Colonia para pronunciar una célebre oracion, que es de suponerse se conserve todavía. Echard la cita con estas palabras del Evangelio: *Stabat juxta crucem Jesu*, y dice es el principio ó asunto de un sermon que predicó en Colonia á 12 de Mayo del referido año de 1267. Ignóranse los demás pormenores de la vida de este religioso, de quien solo hacen una ligera é incidental mencion los bibliógrafos.—S. B.

SANCTIS (Fr. Bernardo), franciscano portugués, natural de Braga. Pertenecia á una ilustre familia, á pesar de lo cual, abandonando el mundo, fué á formar parte de otra mucho más ilustre todavía, tomando el hábito de la observancia regular en la provincia de S. Gabriel. Sus estudios le dieron á conocer tan pronto ó más que sus virtudes, á pesar de que le adornaban en gran número, pero ajeno á toda mira de ambicion, el que habia abandonado el mundo y retirádose á la soledad del claustro por huir toda mundana vanagloria, continuando en la misma línea de conducta, no quiso aceptar cargo alguno en su Orden, no obstante que fueron muchos y muy importantes los que se le ofrecieron. Preferia vivir en la soledad entregado á sus meditaciones, trabajando en la obra de su salvacion, al mismo tiempo que en la de sus prójimos, lo que miraba como la tarea más gloriosa que pudiera presentarse al esfuerzo humano. No se engañaba el P. Sanctis, que valeroso atleta luchó con toda su inteligencia para obtener los resultados apetecidos

y colocarse á la altura de aquellos héroes que han venido al mundo para consuelo y alivio de la humanidad, trabajando constantemente en beneficio suyo. Este héroe cristiano, que habia comprendido la grande empresa á que estaba llamado, procuró darla feliz cima por cuantos medios se hallaban á su alcance, y si no lo consiguió por completo, tuvo al menos la gloria de ver que no fueron inútiles ni vanos sus esfuerzos. Trabajaba además en un terreno convenientemente preparado, y nada tiene de extraño que con el correspondiente abono la semilla diese á su tiempo la anunciada flor y el necesario fruto. Sanctis fué uno de esos religiosos que despues de haber trabajado en su propia santificacion, se propusieron trabajar en la de los demás, y para ello no perdonó medio ni sacrificio. Predicador célebre, adornado de las buenas cualidades que para el púlpito se exigen, sembró en él la palabra de Dios con celo y valor, procurando la reforma de las costumbres y encaminar las almas por las sendas de la perfeccion. Su generosa empresa le costó repetidos sinsabores, pues el decidido religioso tuvo que luchar en más de una ocasion con dificultades de todo género, viendo expuesta su vida al puñal del asesino ó á la segur del verdugo. Tal ha sido en todos tiempos la increible fuerza de la astucia, que viéndose vencida en el terreno legal, acude á toda clase de medios para acabar con sus poderosos enemigos; pero la Providencia, que vela siempre por los inocentes, sacó vencedor á Fr. Bernardo de estas y mayores dificultades, por lo que él pasó el resto de su vida tributándola elogios y alabanzas. En efecto, despues que hubo trabajado como orador con increible celo apostólico, viendo premiados sus trabajos áun con sus propios padecimientos, creyó debia abandonar esta tarea á otros más jóvenes y fuertes, y retirarse él al fondo de un claustro donde continuar viviendo entre las prácticas religiosas. Entónces aumentó sus penitencias, ayunos y vigilias, procuró vivir entregado constantemente á la oracion mental, y no apartarse ni un ápice de las prescripciones de su regla, que ántes bien solia exceder en particular tratándose de rigores y mortificaciones. Su vida ascética, llevada al mayor grado de perfeccion posible, le inspiró el pensamiento de una obra en que legára á la posteridad las principales máximas y consejos que le parecia debian observarse para vivir conforme al espíritu, sujetando á su cuerpo á sus mandatos imperiosos. Su libro mereció grande aceptacion en su tiempo, aunque no llegó á imprimirse, pasando algunos años ántes que se diera á la estampa, y esto por los desvelos de un excelente religioso, que conocedor de la vida y virtudes de nuestro Sanctis, y deseoso de que adelantasen con sus consejos en el camino de la perfeccion los que á él se consagrasen, no vaciló en dar á la luz pública su pequeño escrito, empero modelo verdadero en todas las prácticas de la piedad y las virtudes religiosas. En este libro se retrataba Fr. Bernardo á sí mismo, haciendo una especie de

confesion de toda su vida, íntima confidencia de los sentimientos de su corazon, que poniéndole en contacto con el del lector, le hace sentir con él, vivir con él, gozar con él, elevarse en fin sobre todo lo terrenal para posarse sobre las celestiales regiones donde tiene el hombre su patria y su eterna morada. Sin duda mereció volar á ella este religioso, pues su muerte, semejante á la del justo, estuvo rodeada de esa paz y esa calma, verdadero precursor de los goces eternos. Todos los religiosos que á ella asistieron quedaron admirados y edificados de la grandeza de alma del P. Sanctis, y fueron otros tantos pregoneros de sus virtudes, que conocidas de cuantos le habian tratado, procuraron honrarle en muerte lo mismo que lo habian hecho en vida, haciendo que se le celebrasen magníficas exequias, á que asistieron las personas más distinguidas de Portugal, dando así un justo tributo á los méritos de un franciscano. Su obra, como hemos dicho arriba, tardó mucho en imprimirse; pero habiéndola encontrado el P. Fr. Antonio Trujillo y creyéndola digna de ver la luz, la dió á la prensa con el título de *Régimen espiritual*. — S. B.

SANCTIS (Fr. Domingo de), dominico calabrés, natural de Filocarii. Tomó el hábito en uno de los conventos del reino de Nápoles á principios del siglo XVII, manifestando hallarse dotado de las mejores disposiciones para el estudio y para la virtud. Sus costumbres puras y sencillas le hacian querer de sus compañeros, y su carácter dulce y amable era causa de la predileccion con que era mirado por sus superiores. Hubiera podido aspirar á los puestos más elevados, pues á ello le conducian sus vastos conocimientos y su grande laboriosidad, pero se contentó con figurar en los más humildes, pues el modesto religioso solo queria vivir para la salvacion de sus prójimos. Su principal deseo era pasar á las misiones y consagrarse á la predicacion del Evangelio; pero no los vió realizados, pues se opusieron á ello multitud de circunstancias, que le hubieron de hacer cejar en su propósito. Entónces se consagró á la predicacion entre sus compatriotas, convencido de que podria obtener grande fruto si se dedicaba á este ejercicio con celo y acierto, y en efecto no quedaron defraudadas sus esperanzas, pues desde el instante en que subiendo por primera vez al púlpito dirigió su palabra á un numeroso auditorio que habia corrido deseoso de escucharle, sus elocuentes y grandiosas palabras, su vasta instruccion y su ardorosa fe le atrajeron una numerosa clientela, que corrió á escucharle con inextinguible afan el resto de su vida. Fr. Domingo era uno de esos predicadores, que dotados de fervoroso entusiasmo y sencilla pero sublime uncion, sabian ganarse á sus oyentes con los encantos de la palabra, atraerlos con la verdad de sus principios, y sostenerlos con la continuidad de sus ejemplos. Su vida espiritual y austera fué siempre un modelo digno de imitacion para seglares y religiosos. Constante

en la oracion, todos los dias se le encontraba en el coro ántes de que viniera la aurora, y no se separaba de allí hasta que las sombras de la tarde habian dado lugar á las tinieblas de la noche. El primero en todos los actos de la comunidad, era el último tambien que se retiraba de ellos, y ni sus superiores ni sus compañeros tenian nada que tachar en su conducta ni en su comportamiento. Sus continuas penitencias tenian que ser á veces mitigadas por sus superiores, y procurando ocultarlas, adquiria un nuevo título á la universal estimacion y aprecio. Siempre fué en este punto mucho más allá de donde le mandaba su regla, y solo por precepto de obediencia podia separársele de lo que miraba como la principal obligacion de todo religioso. Su inagotable caridad no era por cierto la menor de sus virtudes, y á ella debió en gran parte los buenos resultados que en el púlpito iniciase. Muchas de las personas que le habian oido acudian á remediar sus necesidades en el confesonario, y cuando á él se acercaban los recibia con un amor, con una fe que les hacian tomarle doble cariño, aumentar la confianza que en su pecho hicieran renacer sus palabras. Domingo, por su parte, procuraba corresponder á ella, y se sacrificaba con gusto por cuantos penitentes se postraban á sus piés. No contento con los consejos espirituales, añadia los socorros materiales, y se le veia afanado constantemente en busca de auxilios para los pobres, y de limosnas de los ricos; ayudaba á los unos con los recursos que los otros le proporcionaban, convencido de que un mediano bienestar es causa de cierta dulzura en las costumbres, que aleja mucho los hábitos del pecado. Así es que pasó toda su vida sacrificándose con este objeto, pasando de unos á otros, y consiguiendo resultados verdaderamente maravillosos. Los numerosos pecadores que á él acudian, sabian de antemano que se verian libres de los funestos resultados de la miseria, los ricos cuyo egoismo habia hecho hasta entónces millares de víctimas, comprendian que si bien habian de sacrificar una parte de sus ilegítimas y usurarias ganancias, en cambio tenian andado un gran camino en los senderos de la moralidad, habian adquirido abundante cosecha de bendiciones, y almas que rogarian por su felicidad en esta y en la otra vida. Comprendia perfectamente el sistema de sacrificar un poco por ganar mucho más, y sabia que el hombre que no sabe adquirirse el aprecio de sus semejantes por medio de la generosidad, se halla muy expuesto á perderlo todo el dia en que en más ó ménos parte dependa de la voluntad de otros. Esta doctrina se hallaba corroborada con su ejemplo, que sacrificándose por el bien general, le habia conquistado el amor y el afecto, mereciendo sus constantes simpatías. Su Orden en tanto le elevaba al magisterio de la sagrada teología, y aunque ignoramos si llegó á ejercer la enseñanza como se lo prescribia esta distincion, es sin embargo constante que poseia las facultades ne-

cesarias para ello. Ignórase la época en que escribió los sermones. Pudo muy bien ser en los últimos años de su vida ó acaso en los de su juventud, que es cuando con más celo y ardor se hallaba consagrado al santo ejercicio de la predicacion. Esto pareceria lo más natural, pero carecemos de datos para asegurarlo. Lo más original de su coleccion de sermones es que se halla escrita en italiano, cosa bastante extraña, pues todos estos sermonarios estan por lo general en latin. Quizá quiso de este modo facilitar la predicacion á los que le siguieron, no limitándose exclusivamente á apuntes, como lo habian hecho hasta entónces todos los que habian compuesto libros de sermones, que al repetirse en lengua vulgar tenian que ser alterados en más ó ménos parte, tanto por las exigencias naturales de la predicacion, como por la memoria y carácter particular de los predicadores. Nada podemos decir de las demás circunstancias de este religioso, de quien se ignora hasta la época de de la muerte. Su coleccion de sermones lleva el siguiente título: *Considerationi predicabili sopra gli Evangelii della Quaresma, parte prima é seconda*; 1667, en 4.°—S. B.

SANCTIUS (P. Gaspar Sanchez), de la Compañía de Jesus, en la provincia de Toledo. Ingresó á 8 de Junio de 1560, siendo de edad de diez y ocho años. Era natural de Cascante en el reino de Navarra, y se hallaba ya graduado de maestro en filosofía. Vivió la mayor parte del tiempo en la provincia de Castilla fue gran menospreciador de sí mismo, tuvo un celo ardiente por la salvacion de las almas, supo muy bien y observó mejor el instituto de la Compañía, en el cual tuvo el grado de coadjutor espiritual. Explicó latinidad por espacio de cuarenta años con mucha reputacion y excelentes resultados, procediendo esta admirable constancia de decir que el provecho que se saca de los ministerios de la Compañía se logra con eminencia en la enseñanza de la juventud. Fué rector de los colegios de Vergara y Monforte, entónces de nueva fundacion, y primero de el de Bilbao. No sabia estar ocioso, y era muy amante de la pobreza religiosa y del santo ejercicio de la oracion, virtudes que unidas á las otras muchas que adornaron su persona, le valieron el aprecio del presidente del Supremo Consejo de Castilla, quien le llamó á Madrid para que fuese su confesor, y ocupado en este cargo con grande aprobacion de la corte, falleció á 12 de Marzo de 1609. Imprimió en Pamplona un libro muy útil para el estudio de la latinidad, intitulado: *Frases ciceronianas*; 1590: y escribió en castellano otro libro con el título de *Tesoro espiritual de la Misa*, que traducido al latin por el P. Mtro. Martinez, se dió á la prensa en Ingolstadt el año 1620.—S. B.

SANCTIUS (P. Leon), de la Compañía de Jesus, natural de Sena, en Italia. Pertenecia á una antigua y distinguida familia que le proporcionó una excelente educacion, correspondiendo el tierno vástago á los sacrificios de sus padres de

una manera inequívoca, y haciendo tantos adelantos en la ciencia como en la virtud. El jóven Leon era uno de esos privilegiados séres, dotados de ardiente imaginacion y alma enérgica, para los que el saber es una de las primeras necesidades de la vida; así es que se consagraba constantemente á la lectura, y en sus horas de ocio no tenia descanso, devorando cuantos libros caian en sus manos. Amante de la soledad, huia de una sociedad que no tenia atractivo para él, y encerrado en la última habitacion de su casa, recorria obra tras obra, libro tras libro, encontrando pasto á su noble ambicion. Así pasaron los primeros años para Leon. Su familia, que era en extremo piadosa, le habia hecho adquirir esas ideas de religion, que áun en los hombres á quienes extravian las pasiones, suelen dominar hasta los últimos años de su vida. Pero Sanctius no llegó á tener extravío alguno, pues el amor de la ciencia corrió en él parejas con el de la virtud. Aún no habia decidido el estado que debia tomar, y en su constante aplicacion ni siquiera pensaba en esta apremiante necesidad. Sus padres fueron los que llamaron su atencion sobre este punto, y él entónces meditándolo profundamente, decidió hacerse religioso. El instituto de S. Ignacio de Loyola tenia á la sazon mucha fama en Italia por su grande ilustracion, sus sabios profesores y los entendidos miembros con que contaba en todos los ramos del saber humano; y sobre él recayó la eleccion de Sanctius, cuyas ideas eran muy avanzadas en materia de estudios. Bien hubiera querido su familia que hubiese sido otra su eleccion, mas hubo de contentarse con esta, y accediendo á sus deseos le dejó ingresar en la Compañía. Sanctius se encontró entónces en su centro, habia ambicionado vivir en el retiro y la soledad, habitar entre hombres sabios y piadosos con quienes pudiese conversar á todas horas de ciencia y de virtud, y vió colmadas con usura sus esperanzas. Ciertamente que durante el noviciado no era el saber lo que más debia ocuparle, pues en esta parte de la vida del religioso se da una preferencia decidida á la virtud; pero como era tan amante de esta cualidad que hacia inseparable de la verdadera ilustracion, y como además los libros que se le daban para que la aprendiese, contenian tantas máximas y modelos de verdadera sabiduría, Leon no llegó á echar de ménos sus lecturas favoritas, ántes bien encontró otras mucho más notables y profundas, y que se grabaron para siempre en su imaginacion. Cuando poco despues comenzó sus estudios, sus profesores, que conocian sus buenas cualidades, léjos de espolearle tuvieron que contener su inextinguible ardor, y en un breve período le vieron hacer adelantos que hubieran causado asombro á profesores que no hubieran estado acostumbrados á encontrarse con capacidades de primer órden con tanta frecuencia como los maestros de la Compañía de Jesus. Sanctius hizo los más rápidos adelantos, excelente poeta italiano no tardó en serlo tambien latino, y manejando este idioma con

grande facilidad, llegó á escribir en él con tanto acierto como en la lengua patria. Obtuvo vastos conocimientos en las literaturas antiguas y modernas, y las ciencias, que debian ser su profesion especial, no tardaron en serle familiares. Entónces el distinguido estudiante obtuvo el sacerdocio y fué nombrado profesor de su instituto primero en algunos colegios particulares, y por último en el de Roma, donde desempeñó este cargo el resto de su vida. Con esta ocasion escribió la mayor parte de sus obras, de texto unas, piadosas otras, y algunas con diferentes motivos. Orador elocuente se distinguió en la predicacion, y algunos de sus discursos fueron pronunciados en presencia de los soberanos pontífices, que le honraron con sus elogios; poeta erudito y entendido compuso algunas obras que se representaron en el mismo colegio en presencia de lo más distinguido de aquella corte, mereciendo diferentes ediciones. Lleno de fama y de méritos, y honrado con el aprecio general, no tardó en recibir el premio de sus trabajos, pasando á mejor vida con grande sentimiento de sus hermanos y de cuantas personas tuvieron ocasion de conocerle. Publicó las obras siguientes: *Dos oraciones pronunciadas en Perusa al inaugurarse los estudios*; 1609 y 1610.—*Solarium Gregorianum, sive, de beneficiis quibus Gregorius XIII, Pont. Max. Solis instar universum terrarum orbis illustravit.* Panegírico pronunciado en el Colegio Romano. Viterbo, 1618, en 4.°—*Eroparthenica, sive Laudes B. Virginis, Conceptæ Natæ, Elizabetham visitantis*; triple panegírico escrito en latin y griego en el genéro oratorio y en el poético, con un apéndice de *Carmina Melodramaticha, actionibus armonia interjecta*; Roma, por Francisco Caballi, 1634, en 12.°—*Floridorum, lib. II*; el primero de los cuales contiene las *Præfationes ad Rhetoricam, et Philosophiam pertinentes*, y el último *Opuscula varia Oratoria, Epica, Dramatica*; Roma, 1635 y 1636, en 12.°—Publicó tambien bajo el velo del anónimo: *Encyclopediam explicatam, defensam centum Philosophis escrectionibus*, por Clemente de *Clementibus*; Roma, por Mascardil, 1624, en fol.—Anónimo tambien, y en italiano, publicó *El Gigante*, accion escénica representada en el Colegio Romano; Roma, por Francisco Corbelletti, 1632, en 16.°: segunda edicion, 1637, en 12.°, bajo el título de *David*, nuevamente corregida y aumentada con coros y poesías sagradas.—Publicó por último, juntamente con otras: *Oratio de Passione Domini*, pronunciada delante de Gregorio XV en 1621.—S. B.

SANCTIUS (P. Pedro Sanchez), de la Compañía de Jesus, en la provincia de Toledo. Era natural de Yélamos, é ingresó en el colegio de Alcalá á 27 de Mayo de 1578, siendo ya sacerdote y de edad de treinta años. Cuidó algun tiempo de la residencia de Jesus del Monte, y pasó lo restante de su vida en la casa de probacion de Villarejo de Fuentes, donde resplandeció con muchas virtudes. Su buen natural le habia hecho á propósito para la vida del

claustro, pues hnmilde y obediente, sabia cumplir las órdenes de sus superiores, y servirlos al mismo tiempo con una amabilidad y una dulzura, por que se hacia querer y respetar. Su santa vida y austeras costumbres fueron modelo de todas las que distinguen á un religioso, no sabiendo qué elogiar más en él, si su mansedumbre y paciencia, ó su austeridad y penitencias. Dado á la oracion, pasaba largas horas en contemplacion de aquel divino Señor á quien todo lo debia, de quien todo lo habia recibido y de que podia esperarlo todo, siendo incansable en estos ejercicios, en que unia la piedad á la más tierna consideracion de las cosas celestiales, que sabia comprender y explicar de una manera verdaderamente admirable. Sus súbditos le escuchaban con gusto estas explicaciones, producto de sus frecuentes éxtasis y raptos, pues en ellos es donde aprendia á amar y reverenciar al Señor. En sus largas vigilias se le veia extasiado con frecuencia ante la imágen de Jesus crucificado, dirigiéndole amorosas palabras y teniendo con él los más dulces coloquios. Elevábase en ellos su espíritu, y prorumpia con frecuencia en cánticos de alegria, que eran los únicos capaces de expresar sus nobles y entusiastas sentimientos. Inspiracion digna de un hombre que no pudiendo conservar en su pecho el fuego que le abrasaba, le manifestaba en el exterior con una expresion extraordinaria de júbilo tal, como nos refieren de los israelitas, que al salir del desierto revelaban en cánticos, que poseemos todavía, sus sentimientos y afectos de su agradecido corazon. O como despues de haber atravesado el Jordan, viéndose libres de los enemigos que les perseguian, prorumpieron en aquel sublime cántico que no tiene igual en ninguno de los idiomas antiguos ni modernos. Así el P. Pedro Sanchez, sin pretender imitar á los antiguos, de los que se conocia á grande distancia, pues era muy instruido, con alma sencilla y cándido corazon seguia los impulsos de su ánimo en los momentos en que se sentia arrebatado por una superior inspiracion. Influia mucho en ella su extraordinaria austeridad, pues parco en la comida, continuo en los ayunos y en las penitencias y mortificaciones; su alma, purificada de las debilidades de la carne, no pensaba en las cosas terrenas, trasmitiendo este sentimiento á cuantos le rodeaban. Así es que todas las casas en que vivió, ya como prelado ó como súbdito, fueron un modelo de observancia regular, siguiéndose en ellas con toda exactitud y rigor las prácticas y costumbres de la Compañía. Los frecuentes ejercicios, la continua lectura, eran como un manantial de donde brotaba la virtud, que infiltrándose en sus corazones, les animaba á practicar todo lo que veian en su superior y maestro, en el excelente religioso que sabia comunicar á los demás las dulzuras que sentia, los extraordinarios goces de que su alma se hallaba poseida. Padre más bien que prelado, siempre procuró el bien de sus súbditos, que contemplando en él un verdadero modelo de todas las

virtudes, procuraban imitarlas y aprender de su maestro las extraordinarias gracias concedidas á los que perseveran en el camino de la perfeccion, que una vez han emprendido. Referir uno por uno todos los hechos de este Padre con sus virtudes, sería tarea que nos llevaria demasiado léjos, mayormente cuando nuestra débil pluma no tiene la fuerza suficiente para dar sus verdaderos colores á sucesos más bien espirituales, y fuera por lo tanto de la explicacion y comprension humanas, que de esos que vemos todos los dias, y de consiguiente se hallan al alcance de la inteligencia más corta y limitada. En sus últimos años procuró el P. Sanchez prepararse para la muerte con la constancia y decision de un varon verdaderamente espiritual y perfecto. Aumentó sus penitencias y mortificaciones, sus ayunos y vigilias, sus oraciones y devociones, y aunque anciano y achacoso, apresuró, para valernos de esta expresion, sus pasos en el camino del Señor. Tenia grandes deseos de renunciar los cargos con que le honraba su Orden, pero sus superiores, que conocian sus buenas disposiciones para desempeñarlos dignamente, se negaron á admitir su renuncia, y él continuó en ellos mirando su obediencia como un mérito más unido á los muchos que debian animarle á seguir por su proyectada senda. Gravemente enfermo ya, y postrado en una cama, no abandonó sus santos ejercicios; y cuando no podia hacerlos por si mismo, se valia de otros religiosos para que le ayudasen al ménos en sus oraciones. Cuando recibió los santos Sacramentos, manifestó la particular devocion y ternura de que se hallaba dotada su alma, y tomando despues ùn santo crucifijo en la mano, le tuvo fuertemente asido hasta que hubo volado su alma á las regiones celestiales.—S. B.

SANCTO, Sanctes, Sancho ó Santos (Bto.), religioso franciscano lego, célebre por sus milagros y virtudes. Tomó el hábito siendo muy jóven todavía, en el convento de Sta. María de Escotaneto, llamado tambien de Montebarrochio, á principios del siglo XV, y desde luego se distinguió por su abstinencia y penitencias. Alimentábase únicamente de yerbas crudas, sin pan ni condimento alguno, y á pesar de los grandes trabajos á que estuvo sometido toda su vida, jamás cambió de alimentacion, no obstante deber suponerse no era esta la más á propósito para sostener sus cansadas fuerzas. Sin embargo, el cielo que le tenia destinado á ser un ejemplo divino de santidad, le sostuvo milagrosamente, pudiéndose consagrar á las ocupaciones propias de su humilde estado, y otras no ménos notables, que forman el fondo de su larga é interesante historia. No es nuestro objeto referirla aquí por completo, pues tratándose de un siervo de Dios que se distinguió únicamente por sus virtudes, los elogios, aunque muy en su lugar para excitar á la admiracion é imitacion, no lo estan tanto para realzar unos hechos ejecutados con la mayor sencillez y celo, y con el único objeto de procurar la mayor gloria de

Dios. Sancto, que solo se habia propuesto este fin, trabajó en él con increible esfuerzo, consiguiéndole sin duda, puesto que por su medio se verificaron muchos é interesantes milagros, gracia especial concedida por la Providencia á sus predilectos. En este número se contó el Bto. Sancto, ya por su vida, ora por su muerte acompañada de las circunstancias más extrañas y maravillosas. Destinado al trabajo, no le abandonaba un solo instante, conforme al mandato de sus superiores, y para no privarse de la oracion, la hacia mentalmente miéntras estaba dedicado á sus rudas faenas. Despues, cuando puesto el sol se retiraba al fondo de su monasterio, acogíase á un rincon de la iglesia, y allí pasaba toda la noche rezando ó meditando en los objetos favoritos de su devocion. Apénas dormia, y esto en medio de las mortificaciones más grandes que pueden idearse, sin que la falta del sueño le privase de las fuerzas que necesitaba al dia siguiente para volver al trabajo. En los dias festivos, despues de dedicarse al servicio de la comunidad, se retiraba á la iglesia, y allí los pasaba en santa contemplacion, teniendo éxtasis portentosos. Por las mañanas ayudaba á misa, que no dejaba de oir en los demás dias no feriados, comenzando de este modo la tarea que le habian impuesto, y se imponia él mismo. En las épocas de lluvia, ó excesivo calor ó frio, tampoco queria entregarse al descanso, y entónces era cuando por lo general salia á hacer postulaciones. Tenia para esto un don especial, pues conocido por todos los campesinos del pais, no vacilaban en abrirle sus casas y escuchar sus máximas y consejos. Dábaselos el buen religioso apropiados á su inteligencia, pues como él mismo habia adelantado más en la virtud que en las ciencias, su sencillo saber era muy del gusto de los que tampoco habian avanzado mucho más que él en ninguno de los ramos de que tanto se precia la vanidad humana. Pero sus sanas máximas, si bien no abundaban en profundidad, eran por el contrario en extremo sanas y saludables, y servian muy bien para dirigirse á aquellos desgraciados á quienes la suerte condenaba á vivir con el sudor de su rostro, y que sin la esperanza de otra vida, sin la perspectiva de un Dios remunerador, no tenian compensacion alguna para su desgraciada existencia, para sus continuos y constantes dolores y sufrimientos. ¡Con cuánta elocuencia les hablaba de sus trabajos el excelente lego al manifestarles el premio á que por ellos se hacian acreedores, la gloria que les aguardaba si sabian llevarlos con paciencia. A los ricos aconsejaba á su vez abriesen su mano á los pobres, no solo para socorrerlos sino tambien para guiarlos por el camino de la salvacion, haciéndoles ver que los bienes que el Señor les habia concedido eran más bien para que con ellos se abriesen paso hácia la eterna bienaventuranza por medio de la caridad, que no para ocultarlos con refinado egoismo, aumentándolos quizá con el sudor de su rostro y la sangre de sus venas, bajo más ó ménos futiles y especiosos pretextos.

Insistia en este punto con la decision de una conciencia tranquila y un corazon puro, sin importarle nada lo que en contrario se decia, suponiéndole en alguna ocasion cómplice en actos en que solo por caridad tomaba una parte más ó ménos activa. Afligianle tanto las desgracias del prójimo, que nunca se negó á remediarlas; si era bueno, porque no cayese, y si no lo era, porque con la vista del bien se animase á marchar por el camino de la perfeccion. Así es que sus milagros se hacian indistintamente en beneficio, pues como el sol luce para los buenos y los malvados, tambien las demás obras de misericordia deben repartirse con igualdad, sin diferencia de clases ni de personas. Ejecutó otros muchos actos dignos de memoria, cuya extensa narracion se halla en las crónicas franciscanas, limitándose el Martirologio á citar su nombre con un ligero elogio, que hemos extractado en su mayor parte. Los autores estan muy discordes sobre la fecha de su muerte, suponiendo unos acaeció en 1483 y otros en 1492, ó áun en algunas épocas intermedias, motivo en que no debemos mezclarnos, debiendo únicamente decir que fué sin duda en 6 de Agosto, en cuyo dia le menciona su Orden.—S. B.

SANCTORACIO (Fr. Francisco), religioso italiano de la órden Seráfica, tan célebre por su vida como por sus virtudes. Pocas son las noticias que nos han quedado de su vida. Consta, sin embargo, que habiendo tomado el hábito muy jóven todavía, manifestó todas las buenas cualidades que deben adornar al que se consagra al claustro, siendo tan notable por sus penitencias como por sus abstinencias, ayunos y vigilias. Pasaba el dia y la mayor parte de la noche consagrado á ejercicios de oracion y devocion, y cuando no se le hallaba en la celda, podia irsele á buscar al coro, donde se le encontraba con toda seguridad. A sus muchas prácticas religiosas unia grande constancia y asiduidad; así es que ninguno le aventajaba en austero y penitente. Obediente y humilde, no tenia voluntad propia, y hacia no solo cuanto le mandaban, sino cuanto suponia podrian desear sus superiores, adivinando sus pensamientos. Este carácter le tenia no solo con sus prelados, sino tambien con otros religiosos de alguna importancia, con sus compañeros y áun con los novicios, creyendo que brillaba más cuando más se esmeraba en servirlos á todos. Así es que era generalmente, y cuando pidió la profesion se apresuraron á dársela no solo con solemnidad, sino con grandes fiestas, pues comprendian lo merecia por sus muchas virtudes. Dedicáronle luego á los estudios, y en ellos hizo grandes y rápidos adelantos, pues á su laboriosidad reunia un ingenio no vulgar, y los mejores deseos para aprender las ciencias á que se le destinára. En breve periodo aprendió latinidad, filosofía y teologia, y apénas fué ordenado de sacerdote, comenzó á enseñar la segunda con grande aplauso y ventaja para la Orden. Sus discípulos fueron

muchos, y á todos enseñó no solo la ciencia que profesaba, sino tambien la virtud, cualidad principal é imprescindible de todo buen religioso. Como habia sido nombrado lector, fué trasladado de uno en otro convento, y en todos cuantos recorrió dejó tan buena fama por su saber como por sus excelentes cualidades. Compuso algunas obras científicas, que se han perdido en su mayor parte, pero de las que aún se conserva una, que al decir de los bibliógrafos de su Orden, prueba que Sanctoracio se hallaba adornado de muy vastos conocimientos en la ciencia que formó el objeto principal de sus estudios y trabajos durante su vida. Su muerte, acaecida en Roma, produjo general sensacion, pues era sumamente apreciado por su bellísimo carácter y sus virtudes. Ya hemos dicho que se han perdido la mayor parte de sus obras, pero se conserva una, intitulada *Medullam Aristotelis*, impresa en Roma en 1619, que sirve para dar á conocer á su autor de una manera en extremo ventajosa. —S. B.

SANCTORIO (Julio Antonio), hijo de una de las más esclarecidas familias de Caserta, nació en esta poblacion en 6 de Junio de 1532. Pasados sus juveniles años en el estudio de las primeras letras, humanidades y demás que es consiguiente para preparar á un alumno al estudio de una carrera mayor, llegó el tiempo de decidirse, lo cual no hubiese sido dudoso si se hubiese atendido solamente á su inclinacion, que era decidida al estado eclesiástico; mas su padre no creyó conveniente que se dedicase á tan sublime carrera, acaso porque en ella podrian menoscabarse algun tanto los grandes intereses de la casa, y tuvo nuestro buen Julio que abrazar el estudio de las leyes y cánones, aunque á ello no tenia la mayor inclinacion, pero lo hizo sin embargo con provecho y áun con aplauso en la universidad de Nápoles, donde recibió la borla de doctor, admirando á cuantos por cualquier motivo intervinieron en los estudios de este jóven, que al punto fué colocado como abogado en el foro, que le proporcionó muy merecidos lauros, porque tomando á su cargo asuntos muy delicados y difíciles, los desempeñó con mucho acierto, y pudo ganar pleitos que á todas luces se creian perdidos, sin que por esto se diga ni áun se piense que faltó lo más mínimo á la justicia, pues llevaba siempre la muy exacta opinion de que *si buena es la caridad, mucho mejor es la justicia*. Como que estaba violento en el ejercicio de la abogacía, y sus miras eran el abrazar el estado eclesiástico, al punto que esto le fuera factible, no abandonó nunca el estudio de aquellas asignaturas que pudieran llevarle á la consecucion de su fin, así es que vencida la repugnancia de su padre á que se hiciese sacerdote, él abrazó tan perfecto estado, y fué á poco tiempo despues de su ordenacion nombrado asesor del tribunal de la santa Inquisicion. Nadie puede poner en duda el acierto que presidió al confiarle este cargo, primero porque habia dado muestras inequívocas de que

sabia muy bien, tanto el derecho como el dogma, para aplicar ambos extremos, por decirlo asi, con la misma oportunidad, y segundo porque era hombre de gran prudencia, y que nunca quiso hacer el menor daño á ninguno de cuantos le rodeáran, aunque no los hubiese conocido nunca, por cuyas razones sus consejos siempre fueron de la más estricta justicia, pero no violentando esta para que viniese á caer severa sobre los desgraciados que delinquian, sino haciéndola todo lo dulce posible para mitigar sus rigores, al paso que se lograba la enmienda de los delincuentes, idea que dominó á la fundacion y el objeto del santo Tribunal, donde Santorio prestaba tan relevantes servicios. Era en Nápoles donde ejercia nuestro esclarecido asesor su cargo con tan notorio acierto, y claro es, quien mejor que ningun otro habia de conocer cuántos y cuáles eran los servicios que cada sacerdote prestaba en su diócesis, y particularmente en la capital, tenia que ser indudablemente el arzobispo, como que él era responsable de todo, y por consecuencia debia en todo intervenir. Conociendo, pues, por este motivo lo muchísimo que valia Sanctorio, le quiso tener más cerca de sí y le nombró su vicario general. Es verdad que el arzobispo de entónces era uno de esos esclarecidos varones cuyo nombre jamás se olvida, y que sobre recordarse con respeto se repite con entusiasmo, era el muy Rdo. y Emmo. cardenal Alfonso de Caraffa, el cual puso todo su esmero en rodearse de los hombres que más valian en su época, y lo logró, si no del todo, por lo ménos en gran parte, pues no hay duda que reunió lo más notable, tanto en ciencias cuanto en artes, dando á todos su merecido aprecio y procurando á cada uno los adelantos que estaban más en armonía con su profesion, y áun con las inclinaciones de cada cual. Desde el primer dia en que tomó posesion de la vicaría general, comenzó á acreditarse por su prudencia y por su espíritu de conciliacion, pues difícilmente podia encontrarse un hombre que tuviera más tino para resolver toda especie de cuestiones, por delicadas que ellas fueran, verificándose siempre que no solo conseguia su intento, sino que tambien lograba poner en armonía á las personas mismas que suscitaban las diferencias, pues á la que tenia razon la convencia con su razon misma, y á la que no con la misma sinrazon con que habia emprendido el asunto, porque él sabia hacerlas ver lo razonado de la resolucion contraria á ellos, sin exasperarlas, ni mucho ménos, ántes al contrario, procurando atraerlos al buen camino. Entre los muchos sujetos de grandísima importancia que hicieron amistades con nuestro Sanctorio, sin más razon que para poder disfrutar de los encantos de su afable trato, fué uno el duque de Alcalá, que por entónces desempeñaba el importante cargo de virey por la corte de España, y este tuvo en tal estima á nuestro buen sacerdote, que además de consultarle siempre que se le ofrecia algun asunto delicado ó difícil, le queria tener á su lado

cuanto tiempo le permitian libre sus complicadas obligaciones, siendo para el duque muy íntima complacencia el poderle hacer alguna distincion, que le prodigaba siempre que para ello se le ofrecia motivo. Por supuesto que era correspondido por Sanctorio, pues á todas las demás excelentes cualidades suyas agregaba la de haber recibido y demostrar siempre una educacion no solo finísima, sino sumamente esmerada. Al inesperado fallecimiento del papa Paulo IV comenzaron á formarse primero conjeturas y luego acusaciones formales contra el presunto asesino del romano Pontífice, y Hortensio Abbatichio se atrevió á acusar á Sanctorio de que él habia sido quien habia atentado contra la preciosa vida del supremo pastor de la Iglesia; mucho se hizo en persecucion de este hombre verdaderamente afecto al Papa, pero la calumnia se descubrió, la mano alevosa que derramó el veneno se vió clara, y nuestro hombre volvió al concepto de que habia decaido muy poco, y solo por parte de aquellos que no tenian ocasion de conocerle gran cosa, y por lo tanto se dejaban llevar de cualquier viento de infame calumnia que les hiciese odioso á un sujeto, porque menguados en todo, no podian ménos de creer en cualesquiera lo que ellos ejecutaban sin remordimiento. A la muerte del arzobispo cardenal Caraffa, nuestro Sanctorio volvió á Caserta y allí estuvo olvidado y sin ocupacion notoria, ocupándose solo en ejercer la caridad, tanto en la distribucion de socorros materiales que daba á manos llenas á cuantos se le acercaban, presentándole sus miserias, bien por la limosna espiritual del consejo y enseñanza, con que eran muchísimos más los favorecidos por él, pues para todos tuvo abierta siempre su casa, y ninguno salia de ella sin un puerto de claridad descubierto para lograr, ó lo que necesitaba, ó al ménos lo que más le convenia conforme á sus necesidades. Estuvo como si dijéramos olvidado, hasta que ascendió al sólio pontificio el sumo pontífice S. Pio V, el cual habia sido compañero de nuestro Sanctorio cuando ambos estaban en el santo tribunal de la Inquisicion, y le volvió á traer á tan sabia asamblea, para que como en el período anterior diera con su doctrina pábulo á que las cosas tomasen el giro que procedia despues de esclarecidas convenientemente, y con su prudencia, ocasion á que se salváran muchos que de otra suerte hubieran acaso tenido que sufrir condenas terribles. Como que se sabia lo bien que habia desempeñado su cargo cuando la otra vez le tuvo, todos se complacieron vivamente en este nombramiento, y pareció, como en efecto lo era, uno de los más acertados que hizo el santo Pontífice, que sea dicho de paso, puede con justicia considerarle la historia, no solo como santo que lo ha declarado la Iglesia, sino como sabio, segun se desprende de todos y de cada uno de los rasgos que caracterizaron su época, acreditando grandemente su reinado pontifical. Por supuesto que en el punto y hora que Sanctorio fué nombrado

nuevamente individuo de la santa Inquisicion, á él pasaron los más complicados asuntos, él despachó los más difíciles expedientes y dió giro provechoso á muchas cuestiones que estaban sin resolver, porque se temia que resolviéndolas se causaria algun perjuicio á la Iglesia por la manera con que se habian tramitado, ó porque en ellas tenian interés sujetos de cierta clase que podian producir un conflicto por más que las decisiones del tribunal hubiesen sido rectísimas, como no podian ménos de ser. Al mismo tiempo que Sanctorio desempeñaba con tanto acierto los importantes cargos de su destino en el santo Tribunal, era consejero de cámara del Santo Padre y desempeñaba allí ministerios no ménos provechosos, pues que le hacia ver las cosas tal cual eran, y muchas veces disipaba las marañas con que parciales de uno ú otro lado querian oscurecer los más delicados asuntos, por cuyos motivos Sanctorio, en quien todos reconocian una abnegacion completa y ningun otro deseo que el de proporcionar á todos el mayor bien posible, merecia las más vivas simpatías, cuyas se habian de demostrar en tiempo oportuno, y se verán en efecto, si bien nosotros en el relato no queremos adelantar los sucesos. Como se veia prácticamente que nuestro auditor era muy á propósito para cualesquiera puesto de gobierno que se le confiára, el Santo Padre quiso que tuviese á su cargo el arzobispado de Santa Severina (en Nápoles), que por entónces necesitaba un sujeto de las condiciones de nuestro Sanctorio que se pusiera al frente de él. En aceptarle halló muchas dificultades el Sr. Sanctorio, pero al cabo hubo de doblegarse ante la autoridad del Papa, y dejar que sus inclinaciones, que en verdad no eran para gobernar, sufriesen algo por gloria de Dios y provecho de la Iglesia, como efectivamente fué ambas cosas su nombramiento y gobierno episcopal. Nos hariamos demasiado difusos si hubiésemos de referir las muchísimas medidas acertadas que tomó en el gobierno de su diócesis, y los grandes esfuerzos que hubo de hacer para lograr la avenencia entre el clero y el poder secular, que por motivos frívolos en su orígen, pero trascendentales porque se les habia dado pábulo, estaban en discordia en muchas partes; mas su prudencia, su tino y delicadeza dió por resultado el que todos se avinieran y marcháran en la más completa armonía, habiendo logrado aún más, que fué el que los pueblos, penetrados de lo mucho que habia costado el traer las cosas á tal estado, con los mayores esfuerzos, con sin igual heroismo y abnegacion, cediesen en todo aquello que pudiera ser obstáculo para la conveniente y acertada marcha de ambas potestades en el desempeño de sus respectivos cargos, y por consiguiente así se hiciera más estable la seguridad de aquel buen sistema establecido por el celoso arzobispo. Habia sido promovido á esta silla arzobispal en 1568, y al hacer en 1570 su santidad Pio V la tercera promocion de cardenales, fué elevado á tan alta dignidad el Emmo. Sr. Julio Antonio Sancto-

rio, en recompensa de los servicios importantísimos que prestaba á la Iglesia como arzobispo y en su anterior carrera, y con la fundada esperanza de que continuaria haciéndolo tan bien como hasta entónces en el desempeño de su difícil ministerio, y en caso, en las circunstancias en que fuera necesaria la cooperacion del Sacro Colegio en asuntos árduos, que no era imposible que ocurrieran. Se recibió en Nápoles con la mayor alegría la nueva de tan merecido nombramiento, y se demostró cual convenia este mismo júbilo, habiéndose determinado por la corte que se facilitasen los medios para que á la mayor brevedad, y con toda ostentacion, pasase el nuevo purpurado á ofrecer á Su Santidad sus respetos como cardenal, y al mismo tiempo á recibir la facultad de ejercer todas las funciones de su ministerio cardenalicio, tomando título, voz y asiento en el consistorio. Siempre se deja vislumbrar en Roma la esplendidez de las cortes extranjeras, cuando se presenta la ocasion de tomar el capelo un cardenal, pero en pocas ocasiones han sido, ni tan espontáneas, ni tan generales las demostraciones de placer y de verdadero placer como lo fueron en esta ocasion. El Papa, los demás cardenales y prelados, los tribunales supremos, y todos en fin se esforzaron para que fuese la recepcion todo lo más solemne que se pudiera, y el título que se le confirió fué el de cardenal de Santa Bárbara, que habia sido el mismo que por algun tiempo habia tenido el Papa. Intervino, como era consiguiente, en la muerte de su apreciado compañero de tribunal el santo Pio V, y en el cónclave que se hizo para nombrarle sustituto, muchos de los cardenales indicaron á Sanctorio como su más legítimo heredero, digámoslo así, de la tiara; pero él mismo les demostró la conveniencia de que eligieran á cualesquier otro, ya porque no pudiera decirse que habia en este nombramiento consideraciones, aunque justas, no necesarias á la buena eleccion, pues no habia ninguna de esas cosas que hacian indispensable una persona, como lo hubiera sido en algunas otras ocasiones, ya porque no pareciese que tenia poca edad para desempeñar un cargo tan importante como el de vicario de Cristo; sin embargo, ofreció que prestaria todo el auxilio y ayuda que estuviera á su alcance á cualesquiera que fuese el elegido, pues en esto cumplia con lo que debia para el bien de la Iglesia. Siguió, pues, desempeñando varias é importantísimas comisiones en los pontificados de Gregorio XIII y de sus sucesores hasta Gregorio XIV, pero siempre estando al frente de su diócesis, excepto en breves temporadas que venia al lado del Pontífice para desempeñar sus comisiones, ó cuando ménos para dar cuenta de ellas; mas este señor Gregorio XIV quiso utilizar sus servicios en otra línea, es decir, quiso traerle cerca de la corte de Roma para que se pudiese lograr la gran conveniencia de sus relevantes méritos por todos aquellos conceptos, porque en hecho de verdad, cualquiera que fuese el cargo que se le confiára, habia fun-

damento para esperar que lo habia de desempeñar bien. Así es que le llamó para gran penitenciario de la santa Iglesia Romana, y muchísimas fueron las ventajas que esta logró con tan acertado nombramiento. Efectivamente, tenia dotes especiales para este cargo, pues á su celo infatigable agregaba una delicadeza especial para tratar con todos, distinguiéndose en gran manera por la mesura con que respondia áun á los que por lo raro y áun difícil de sus circunstancias merecian el más severo rigor, sin que por esto se diga ni se piense siquiera que era descuidado, ni permitia el que las cosas quedáran impunes, sino que tenia tal acierto para dictar las penitencias y demás, que todos quedaban satisfechos, cumplian con gusto cuanto se les imponia, y salian plenamente satisfechos, al mismo tiempo que enteramente prendados del Cardenal penitenciario, porque ni una vez se verificó siquiera el que dirigiese frases ménos convenientes acerca de las personas, si bien era inexorable acerca de las cosas, cumpliendo así el tener ódio á los delitos é imperfecciones, pero verdadera caridad y consideracion con los delincuentes é imperfectos. El sumo pontífice Gregorio XIV habia merecido mucho, especialmente en su nombramiento, al gran Penitenciario, así es que quiso que fuera uno de los cumplidores de su última voluntad, cuyo cargo desempeñó con el acierto que todas las demás cosas, y en verdad que la eleccion de Su Santidad no pudo tampoco mejorarse en razon á que el cardenal Sanctorio era verdaderamente el padre de los pobres, pues hasta su peculio particular lo distribuia siempre, habiendo algunas ocasiones en que se quedó en su casa con ménos de lo preciso por remediar ajenas necesidades, lo cual hacia siempre con el mayor sigilo, procurando cumplir así el consejo del Evangelio. Reunido el cónclave para designarle sucesor, se pensó de nuevo en nuestro buen Sanctorio; pero de nuevo se esforzó en demostrar la conveniencia de que se nombrára á otro: y efectivamente, sus indicaciones fueron eficaces, y salió electo el que tomó el nombre de Inocencio IX. Tambien este le distinguió mucho, y en sus consejos fueron muchas veces decisivas las opiniones de Sanctorio, verdad es que además de todas las otras recomendables circunstancias que reunia, tenia la muy especial de hablar siempre con el corazon en la mano, y nunca en interés propio, sino para bien de la Iglesia ó de su diócesis, ó de las cosas del Pontífice. Elevado despues al solio pontificio el Sr. Clemente XIII, quiso que nuestro cardenal Sanctorio fuese de arzobispo de Nápoles, porque lo creia así conveniente; mas el Cardenal no lo estimó así, y le manifestó al pontífice los fundamentos de su opinion, por lo cual no quiso en manera alguna aceptar este cargo, y por consiguiente se interrumpió algun tanto la buena armonía en que estaban anteriormente la corte de Roma y el prelado penitenciario; pero el Papa no pudo ménos de convencerse de que tenia razon el Cardenal, y al cabo le dejó sosegadamente

en el desempeño de su cargo, sin que perdiera de la gracia de Su Santidad sino momentáneamente y habiendo despues merecido señaladas distinciones, acaso más especiales que las que recibió anteriormente. Intervino, como era natural, en la muerte de este Pontífice y en la eleccion de su sucesor, durante cuyo pontificado Dios le llamó á mejor vida para premiarle sus buenas obras y la fidelidad con que se habia dedicado á su servicio en todas las situaciones en que el Señor le habia constituido. Un hombre de una importancia como la que tuvo el cardenal Sanctorio, y que además se hacia querer tanto por su desprendimiento y caridad para con los pobres, habia de ser muy sentido en su muerte; y lo fué con efecto, pues todos hubieran querido, áun á costa de sacrificios, prolongar su preciosa vida; y ya que esto no fué posible, todos á porfia se esmeraron en rendirle los honores y homenajes que á su alta gerarquía é importantes prendas merecian. Concluiremos, pues, con poner de manifiesto, que además de todas las cosas que llevamos referidas y que en gran manera le enaltecen, le hacen tambien mucho honor sus obras literarias, de las cuales nos es muy sensible no poder hacer más que consignar los títulos, porque su análisis sería mucho más lato que lo que permite la índole de esta publicacion. Escribió, pues, y publicó en diferentes épocas: *Deploratio calamitatum; De moribus hæreticorum; De calamitatibus sui temporis; De potestate Summorum Pontificum supra Franciæ regnum; De monarchia Siciliæ; De Nestorianorum et Græcorum erroribus, ac de eorum ritibus; De Usuris Judæorum interdicendis; Rituales romanorum et duæ apologiæ contra suos obtrectatores*; con las muchísimas otras disertaciones y pastorales que en diversas épocas y por muchos motivos vieron la luz suscritas de este eminentísimo prelado, que áun cuando no hubiese tenido otros méritos, ya por esto se hacia acreedor á figurar como uno de los primeros literatos de su época; por lo cual su memoria se recuerda con entusiasmo. Pidieron sus restos mortales tanto el cabildo de Santa Severina como el de Caserta, su país natal, pero no se les concedió el gusto de poseerle, porque él mismo habia mandado enterrarse en un convento de Roma, como se cumplió exactamente; no poniéndose en su sepultura otra inscripcion que la de su nombre y dignidad, porque así expresamente se lo tenia prevenido á sus testamentarios. La edad de Julio Antonio Sanctorio fué setenta y cuatro años. —G. R.

SANCTORO DE MELPHI, franciscano italiano de la provincia de Roma. Nació á últimos del siglo XVI; pertenecia á una antigua é ilustre familia, y sus padres fueron los primeros en animar á su tierno vástago al cumplimiento de los deseos que sentia en su interior. Sanctoro, en efecto, habia manifestado desde su niñez grande vocacion á tomar el hábito religioso, y sus esperanzas no se vieron defraudadas. Pues al llegar á la juventud se retiró á un claustro prefiriendo en la religion Seráfica los de la órden llamada de la

más estricta Observancia. El jóven novicio, dotado de las mejores cualidades para obrar en el círculo de su profesion, se distinguió desde luego por sus constantes y numerosos ejercicios, por su amor á la observancia de la regla, y por todas esas virtudes, en fin, que constituyen la vida del claustro. Su bondad y excelente carácter le hacia generalmente bienquisto, y sus superiores le apreciaban y distinguian áun ántes de haber profesado. Ya entónces indicaba lo que llegaria á ser, daba muestras de su aptitud y buenas disposiciones para los cargos de más empeño, y no es por lo tanto extraño, que se acudiese á él en circunstancias harto críticas y delicadas. Esto sin embargo hacia que algunos no le mirasen con el afecto que se merecia, pues como la envidia suele penetrar áun en las más sagradas de las instituciones humanas, el mérito en ellas es negado, confundido con la mediania y áun supuesto por algunos como hermano carnal de la intriga, y el más pequeño desliz se mira como un grave defecto, áun para aquellos que, llevados de su ignorancia, suponen fácil y hacedero lo que no hubieran sido ni siquiera capaces de concebir. Esto sucedió con frecuencia á Sanctoro, no solo en los principios, sino áun en los períodos más avanzados de su carrera, en que hubo de luchar con todo género de dificultades y personas, suponiéndose muchas veces que no por su mérito, sino por su carácter, obtenia las dignidades á que fué elevado. Nada sin embargo más falso, pues jamás se valió, aunque hubiera podido hacerlo, de su buena conducta, de su amabilidad y afectuosidad para obtener dignidades que le fué muy fácil conseguir sin ellas y áun en algunas ocasiones contra su propia voluntad. Por lo demás sus repetidos triunfos confundieron en más de una ocasion á sus adversarios, y aunque estos se atrevieran á negarlos, como sucede con mucha frecuencia, él sin pretenderlo, tuvo repetidas ocasiones de multiplicarlos y de probar que no era la fortuna, sino su verdadero valor é importancia, á lo que debia los altos puestos que llegó á ocupar en su Orden. Mas no adelantemos los sucesos. Sanctoro despues de haber permanecido un año en el noviciado, fué admitido á la profesion, que hizo con aquel ardor, con aquel celo y devocion, propios de un buen religioso. Sus hábitos y costumbres se habian amoldado en este año á las prescripciones de la regla, y él, que no habia tenido nunca otro deseo que el de vivir en religion, habia podido con grande facilidad comprender el espíritu y la letra de una institucion para la que parecia nacido, á la que parecia única y exclusivamente llamado. Profeso ya, comenzó sus estudios, y su ingenio, capacidad y aplicacion le sirvieron para hacer adelantos en las ciencias difíciles, que para él perdieron toda su dificultad. Animábale en su estudio no solo el deseo de saber, que es el más propio á la naturaleza humana, sino tambien el de comprender y conocer todas las verdades de aquella religion, que era el objeto favorito de sus espe-

ranzas y ambicion, el único que aspiraba á seguir en todo el curso de su vida. Las buenas costumbres que habia adquirido en el noviciado le ayudaban tambien mucho para estos progresos, pues viviendo casi abstraido de cuanto á su alrededor pasaba, podia consagrarse casi por completo á sus trabajos, sin que le interrumpiese ningun pensamiento extraño, ninguna ocupacion que no fuera propia de su estado. Fué así avanzando paso á paso por el camino de la ciencia al par que por el de la virtud, prometiéndose los mejores resultados la Orden que le habia acogido en su seno, y que le veia adelantar conforme á sus deseos y necesidades. Sanctoro en efecto daba cada dia mejores muestras de sí; piadoso estudiante, sus trabajos literarios no impedian sus adelantos en la virtud, ántes bien combinando unos con otros, mereció el nombre de religioso y docto, pues su doctrina competia con sus buenos ejemplos. Seguia con el mayor placer las êxplicaciones y lecciones de sus maestros, tomábalos como verdaderos modelos, y de este modo podia hacer los mayores adelantos, porque el método es indudablemente lo más indispensable en toda empresa, y con él se obtienen resultados que admiran á los que son incapaces de someterse á él, y mucho más de reconocer su utilidad; habia comprendido muy bien esto Sanctoro, y así se sujetó estrictamente á una contínua y hábil direccion, que le sirvió de mucho en las mayores dificultades, y áun puede decirse que fué su guia y su faro en el resto de su vida y carrera. Sometiéndose á un plan combinado de antemano, consiguió los mejores resultados, y el prudente religioso pudo vencer cuantos obstáculos encontró en sus trabajos, empleos y áun en la práctica de las virtudes. Aún no habia terminado sus estudios, cuando animado por sus compañeros, y tal vez por sus mismos profesores, comenzó á componer diferentes obras que fueron la admiracion de cuantos las leyeron. Habia recibido de la Providencia la gracia especial de escribir, don que obtienen muy pocos aunque sean muchos los que le ejercen. De aquí el gran número y sensatez de sus obras, su facilidad para redactarlas una vez meditado su fondo y formas, su acierto en exponer los más delicados pensamientos, su gusto para hacerlo en un estilo puro y castizo. Ciertamente que sus primeros trabajos no fueron obras maestras, y que tal vez no llegó á hacer en su vida ninguna que en realidad mereciera este nombre. Puesto aunque esto sea lo que distinga á los escritores de primer órden, de á los que generalmente se llaman medianías ó adocenados, esto tambien depende de muchas circunstancias, y un escritor de muy buenas cualidades, de grande y severo estilo, puro, correcto y castizo, de profundos y filosóficos pensamientos, de excelente raciocinio, de acierto y buen sentido para juzgar, puede muy bien pasar desapercibido entre otros muchos que tengan sus mismas cualidadades, si floreció en una época en que estaba ya fijado el lenguaje, si abundaban los escritores

de primer órden, sí en fin vivió en lo que se ha llamado los siglos de oro de la literatura, cuya fama, compartida entre muchos, suele concederse á muy pocos. Así es que nadie se ha atrevido á juzgar del mérito de las obras de Sanctoro, y aunque es creible hubieran resistido á la crítica más severa, no habiéndose ejercido sobre ellas, no es ciertamente el biógrafo el que debe descubrir sus misterios, ora adversos, ya favorables. Terminados sus estudios y carrera, ordenóse de sacerdote nuestro franciscano, y desde aquel instante comenzó á desempeñar los ministerios propios de su sagrada profesion. Asíduo en el púlpito y confesonario, los fieles tenian mucho que aprender de su doctrina y ejemplos, y su carácter bondadoso y amable les atraia á la confesion y al arrepentimiento de sus pecados. Obtuvo de consiguiente mucho fruto, y fué uno de los más afamados oradores de su época, de los más notables al ménos, influyendo esto no poco en sus posteriores adelantos. Pero nombrado profesor de sagrada teología hubo de renunciar en parte á estas ocupaciones, que si bien no lo hizo por completo, ya rara vez, y muy de tarde en tarde, resonaba su voz en las iglesias ó se prestaba á oir á los penitentes en confesion. Provenia no solo de las contínuas ocupaciones á que le obligaba la enseñanza, sino tambien de las distracciones á que se habia expuesto en la composicion de diferentes obras, que si hasta entónces habia emprendido por mero placer, entónces hubo de continuar por una verdadera necesidad. La teología tal y como se enseñaba á los franciscanos, se separaba algun tanto del plan general de esta ciencia. Habia materias por las que se pasaba ligeramente y otras que se explicaban con grande detenimiento y atencion. De estas, pues, tuvo que hacer tratados particulares, consagrarse á detenidos estudios y ponerlas en fin á una altura que su compresion fuera fácil á los jóvenes alumnos que penetraban por primera vez en los umbrales de aquella facultad. Esto reclamaba mucho tiempo é investigaciones particulares, y para poder hacerlas con el debido acierto, hubo de abandonar Sanctoro á otros compañeros trabajos en que podia ser sustituido con facilidad, y tal vez con ventaja, para entregarse á los de su exclusiva predileccion. Admirado por ellos, no tardaron en encargarle otros de la misma y áun de distintas indoles, y puede por lo tanto decirse que pasó la mayor parte de su vida consagrado á ilustrar las máximas y principios de su regla, los puntos más difíciles y delicados de su particular profesion, aunque alguna vez se mezclára en cuestiones ó discusiones que se rozáran muy poco ó nada con ella, achaque general á todos los sabios que, incitados por sus amigos y áun por los extraños, no pueden prescindir de ocuparse de asuntos contrarios á sus estudios y profesion, aunque para ello hayan de vencer con frecuencia su propia repugnancia y voluntad. Tantos méritos no podian ménos de obtener un premio, y en efecto, aunque encontró algunas rivalidades, no

tardó en ser elevado á los primeros cargos de su Orden. Custodio de diferentes provincias de Italia, y en particular de la de Roma, en este puesto procuró corresponder á sus buenos antecedentes, dando inequívocas pruebas de su acierto para el gobierno. La regularidad que siempre habia sido el objeto favorito de sus trabajos y estudios, fué puesta por él en toda su observancia, y procuró reformar la vida y la costumbre de sus hermanos en lo que el trascurso del tiempo y diferentes circunstancias la habian separado de las prescripciones generales de la regla. Trabajó al mismo tiempo con grande celo y los mejores resultados en el bien espiritual y temporal de sus súbditos, procurando que en el uno merecieran el nombre y siguieran en un todo las máximas prescritas á los buenos religiosos, prometiéndose el apetecido ó necesario fruto, y en el otro que tuviesen si no asegurada su subsistencia, expuesta por lo menos á pocas faltas, que es lo que más convenia para la observancia de su regularidad. El buen éxito que habia tenido en la direccion y gobierno de su custodia, influyó en que en circunstancias un tanto difíciles y apuradas se le nombrase visitador de diferentes provincias, cargo que desempeñó satisfactoriamente. Entónces fué cuando visitando la de Nápoles los religiosos de uno de los conventos de esta ciudad, que era probablemente de la Observancia, le nombraron su hermano y guardian, eleccion honorífica que demuestra su buena fama y el grande concepto que de él se habia formado en toda Italia. Ignoramos si á su regreso á Roma ó en época anterior, fué nombrado presidente de la Sacra Penitenciaría Lateranense, importante puesto que á haberse alargado más la vida de Sanctoro hubiera sido la puerta para más elevadas dignidades; pero sus continuos trabajos, sus muchas penitencias y la laboriosidad de su atareada vida, acabaron por proporcionarle terribles padecimientos, á cuya fuerza acabó su carrera en la mejor opinion. Habíase distinguido por su piedad tanto ó más que por sus estudios, y sus hermanos, que tuvieron un verdadero y profundo sentimiento en su pérdida, procuraron hacerle más llevadero celebrando sus funerales con grande solemnidad, la que aumentaron por su parte las personas más notables de Roma, asistiendo á ellos para dar esta última prueba de respeto al ilustre finado, manifestando así la grande admiracion que les merecian sus talentos. Dejó gran número de obras, entre las que solo hallamos citadas las siguientes en las Bibliotecas de la religion Franciscana. *Morales Commentarios in Statuta et constituciones Ordinis Minorum de Observantia;* obra llena de varia doctrina moral, canónica, civil y criminal, útil y provechosa á todos los eclesiásticos y seglares, y en particular á los franciscanos; Roma, por Andrés Pheo. 1643. — *Praxim criminalem ad sanctè administrandum justitiam in ord. Fratrum Minorum S. Francisci Regul. Observ. juxta præscriptum Statutorum Generalium ex*

canonibus, et probatis auctoribus compendiose collectam generali, capitulo Romano anno millesimo sexcentesimo trigesimo nono, probante et mandante. Roma, imprenta de la Sacra Congregacion de la Propaganda, 1613. 3.ª edicion; ibid., por José Corni, 1667.—*Pœnalium distinctionum examen quibus regulares primitivam justitiam administrant;* Roma, por Francisco Moneta, 1649, 4.° — *Thesauros spirituales et temporales Religiosorum Monasteriorum S. Claræ et Sanctæ Mariæ Magdalenæ, urbis Napolitanæ.* Roma, por Francisco Feliz Mancino, 1640, 8.° — S. B.

SANCTORO Messanensis ó de Mesina, franciscano reformado de la Observancia, de la provincia de Sicilia. Nació probablemente en Mesina á mediados del siglo XVI, y se dedicó á la vida del claustro desde su primera juventud, deseoso de huir de un mundo cuya falsedad y engaños conocia; pues habiendo quedado huérfano siendo muy niño, tuvo ocasion de probar en la escuela de la desgracia los sinsabores que causan los hombres, y una sociedad que con frecuencia es más bien madrastra que madre de los que por necesidad tienen que vivir en ella. Sanctoro, pues, deseando huir de falsos halagos y mentidas seducciones, abandonó el mundo, prefiriendo vivir en la humildad y en la penitencia, á entregarse á nuevos ensayos, cuyo resultado seria nuevos padecimientos y dolores. El varonil jóven abrazó el instituto Seráfico con toda la fe, con todo el ardor de quien sabe padecer, y encuentra en los padecimientos un verdadero deleite, cuando van dedicados á un santo fin. Padecer en el mundo por efecto de los azares de la caprichosa fortuna es tan comun y frecuente, que apénas llama nuestra atencion la víctima de la desgracia; pero el que se ofrece á sí mismo en víctima voluntaria por el bienestar de sus semejantes, el que se ofrece en holocausto de los pecados de los demás, este noble mártir llamará eternamente nuestra atencion, y será objeto de la admiracion y del entusiasmo de los hombres. Tal es el carácter con que se presenta á nuestro estudio el P. Mesina. Habia comprendido lo que es y lo que podia esperar de la sociedad que tanto le habia maltratado; habia comprendido que en ella son más las víctimas que los verdugos, y que verdugos y víctimas solo pueden causar compasion al hombre verdaderamente ilustrado y virtuoso, porque si los unos no sufren con paciencia sus trabajos, y los otros no saben moderar y contener sus pasiones, todos llevan ya sobre sí el sello de la eterna reprobacion. Trabajar por impedirlo, pedir al Señor se apiadase de unos y otros, fué el objeto que se propuso el P. Mesina, y no vaciló en sacrificarse en el altar de la expiacion por los pecadores. Nada más noble y brillante que su carrera; sus contínuas penitencias, sus oraciones y sus ayunos, sus vigilias y sus trabajos, todo tenia el propio fin, todo tendia al mismo objeto. Ofrecerlo por los pecados de los demás, mediar con Dios, por ellos suplicarle les diese tiempo

para arrepentirse y seguir el camino que él les habia indicado. Su vida entera fué pues un sacrificio contínuo y solemne, sacrificio cuyo propiciatorio humo, subiendo hasta el trono del Eterno, halló su recompensa en la vida misma del que se le ofrecia. En efecto, Sanctorio no habia pensado nunca en seguir los estudios ni en ser promovido á las prelacias de su Orden. Empero sus prelados vieron tan buenas disposiciones, le hallaron tan dispuesto para hacer ventajosos progresos en las letras, y sustituirlos con ventaja, que no vacilaron en consagrarle á los estudios. Repugnólo él en un principio, pues no era tal el objeto de sus aspiraciones; queria vivir en la humildad y en la penitencia, no abandonar un punto sus ayunos y sus maceraciones, consagrarse como templo vivo al Señor, pero un templo que no se creia digno por su pequeñez de que descendiese á él el que reasume todas las grandezas; y así no queria obtener un sagrado carácter de que se creia indigno, ni alimentar aspiraciones que suponia muy superiores á sus cualidades. Pero sus superiores insistieron, se lo mandaron en virtud de la santa obediencia, y Sanctoro aceptó este sacrificio más en una vida, que era un constante sacrificio. No se habian engañado sus prelados, el jóven mesinense era muy apto para los estudios, podia igualarse y áun sobresalir entre sus condiscípulos, hacer una brillante carrera. Apénas comenzó á asistir á las aulas, su vivo ingenio, su grande imaginacion, su laboriosidad á toda prueba le hicieron distinguirse entre sus compañeros. Para él no habia dificultades, pues sabia aún lo que no se le habia explicado, y léjos de seguir, precedia las explicaciones de sus maestros. Parecia como que se le inspiraba la ciencia en la oracion y en las prácticas de piedad, pues no las abandonaba un solo momento, y sus compañeros ignoraban cuándo ó en qué tiempo se consagraba á los estudios el que tanto sabia sin haber estudiado, el que solo oraba miéntras ellos pasaban noches y dias sobre sus libros. Así hizo toda su carrera Sanctoro, aunque fuese la desesperacion de sus compañeros, que ignoraban las horas que dedicaba al estudio, viéndole consagrado siempre á la penitencia y á la oracion, no podian negar que él los aventajaba á todos en saber, y que era justa y legítima la predileccion con que le miraban sus maestros. Terminados sus estudios fué ordenado de sacerdote, y comenzó á poco la carrera de la predicacion. El que instintivamente habia manifestado tener un objeto que llenar, hallarse dispuesto á sacrificarse, manifestó entónces toda la grandeza, toda la santidad de este objeto. Sus discursos versaban constantemente sobre la penitencia, á ella llamaba á los pecadores, les hacia comprender su necesidad y su fin, y aunque no olvidaba inculcarles la correccion y reforma de las costumbres, les indicaba como el mejor medio de conseguirle el vivir en contínua lucha con el enemigo exterior, que haciéndonos extraviar en el camino de la vida, y presentándonos como su fin

la satisfaccion de las pasiones, nos engaña y nos seduce hasta conducirnos al fatal precipicio que nos indicó á través de halagüeñas esperanzas. No era este el camino que mandaba Sanctoro recorrer á los suyos, indicábales otro muy diferente, el de la abnegacion y del sacrificio de sí mismo, á cuyo término encontrarian la felicidad que tanto anhelaban. Grande fué el fruto que hizo con sus predicaciones, hablaba con la verdad y con el ejemplo, nada decia que no hubiera ya él practicado, y que no pudiera referir hasta en sus menores detalles; no es, pues, extraño que los que le oian aconsejar lo que él practicaba, los que le escuchaban llenos de admiracion y asombro, viendo en el misionero un ser superior y privilegiado, no vacilasen en seguirle, en mirarle como su luz y su guia. Toda su vida, áun cuando fué elevado á los primeros puestos de su Orden, continuó su interesante ejercicio sin olvidarle un solo dia, una sola hora, un solo momento, é inútil es decir cuánto con su asiduidad adelantó y adelantaron los demás. Pálidos narradores de hechos que hallamos más bien enunciados que relatados, poco podemos decir en elogio de nuestra religion; sus circunstancias y vicisitudes se sienten mejor que se comprenden, se presentan á la imaginacion más bien que ofrecerse al entendimiento; no somos nosotros quien ha de explicarlas, quédese para las almas puras y santas la completa comprension de lo que el débil entendimiento apénas puede hacer más que explorar. Sanctoro, cuyas cualidades eran generalmente conocidas y apreciadas, no tardó en ser elevado á los primeros puestos de su Orden. Guardian en un principio de diferentes conventos, fué elegido custodio de su provincia, puesto de difícil desempeño, y que sirvió desde 1620 hasta la época de su muerte, ocurrida poco despues, recibiendo en ella, segun piadosa creencia, el premio de sus largos y grandes merecimientos. Habia publicado una obra en italiano, que se conoce todavía con el título de *Zodiaco espiritual ó sean Meditaciones para todos los dias de la semana*; Palermo, por Antonio de Franciscis, 1621, 8.°—S. B.

SANCY (Aquiles de Arlay, baron de). Este personaje singular nació en 1581, fué obispo de Labaur; á los veinte años dejó la iglesia por las armas y la diplomacia, fué embajador en Constantinopla (1610-19); defendió allí á los jesuitas acusados de una conspiracion contra el sultan, y volviendo despues á abrazar el estado eclesiástico entró en el Oratorio. Siguió á la reina Enriqueta á Inglaterra como su profesor (1695), recibió varias y delicadas comisiones de Richelieu, y murió en 1646. Habia formado una magnífica coleccion de manuscritos que legó á la biblioteca de Saint-Honoré en París.—M.

SANDÆUS (P. Maximiliano), de la Compañía de Jesus. Nació en Amsterdam en 1578, entró jesuita en Roma en 1597, enseñó filosofía y teología en muchas ciudades de Alemania, y pasó los últimos años de su vida en Colo-

nia, donde murió el 21 de Junio de 1656. Dió al público un gran número de obras ascéticas y polémicas, escritas todas en latin con órden, facilidad y acierto; pero en demasiada abundancia para ser siempre eruditas y sólidas. Se estima mucho la que escribió contra los calvinistas. Se ha publicado el catálogo de sus obras; Colonia, 1653, en 4.°—S. B.

SANDALIO (S.), martir. De este glorioso mártir hace memoria en el dia 3 de Setiembre el antiguo Breviario de Córdoba. En los Martirologios nada se encuentra relativo á su pasion, hasta que Baronio hace de ella particular mencion, previniendo que aquella noticia la tomaba de los santos de España. El *Breviario de Córdoba* expresa que S. Sandalio es uno de los dichosos fieles que en aquella ciudad padecieron por Cristo, cuando los gentiles con mayor furia y crueldad perseguian su iglesia. Guardó á Dios este santo mártir gran fidelidad y constancia en confesar su fe, y habiendo peleado muy bien, acabó su carrera de bienaventurado. La razon y el género de su martirio, aunque no quedó escrito para memoria de los hombres, lo está en los cielos en el libro de la vida, donde le estaba guardada la debida corona á que se habia hecho acreedor, y que el Señor le concedió en tiempo, segun se cree, de la cruelísima persecucion de Diocleciano.—A. L.

SAN DAMASO (Fr. Juan de), mercenario portugués y prefecto de su órden en España. Es autor de una vida de Fr. Antonio de San Pedro, religioso mercenario. V. Damaso (P. Fr. Juan de San).

SANDAMATZU (P. Gaspar), de la Compañía de Jesus. Nació en el estado de Omura, en el Japon, y se distinguió mucho por su ciencia y virtud. Vivió cuarenta años en el instituto de Loyola, y recorrió todos aquellos reinos bautizando y convirtiendo idólatras. Fué desterrado á Macao por Daifusama, y volviendo al Japon con el P. Francisco Pacheco, fué quemado vivo en Nangasaki, á 20 de Julio de 1626. Su martirio, como el de sus demás compañeros, le refieren las crónicas en la forma siguiente: En 1614 se encendió una brava persecucion en la que fueron desterrados del Japon todos los misioneros. Algunos se quedaron escondidos para ayudar á los cristianos, pero otros no tuvieron más recurso que emigrar á Macao. Mas no tardaron mucho en volver, pues al año siguiente, tomando el traje de mercaderes y marineros, residieron en Tacaro, Ozaca y Sacay. En este estado habia mucha quietud, porque su jefe ó señor obraba con grande disimulo. Por esta causa le eligió para su residencia el provincial de la Compañía y otros jesuitas; vivian en él muchos cristianos antiguos, y solo sabia la residencia de los Padres un renegado que se llamaba Cumata, el cual ántes de dejar la fe se manifestaba muy buen cristiano, por lo que tenia entrada con el P. provincial y demás jesuitas de aquel distrito. Despues de abjurar la fe, entró por criado de Tono, y viendo que Tangamondo gobernaba en lugar de Tono, su señor, le

quiso ganar la voluntad, pues sabia que era muy enemigo de la ley de Dios y de los Padres de la Compañía que la predicaban, por lo que creyó ocasion muy á propósito para tener entrada con él. Partió Cumata á la ciudad de Ximabara, donde moraba Tangamondo. Le dió noticia de cómo Genroso, gobernador entónces de Nangasaki, habia enviado á decir á los habitantes de aquel lugar que tenia noticia de que ocultaban algunos religiosos contra las órdenes de Xogun, señor del Japon, que le contestase lo que habia en esto. Lo que hizo, negando haber tal cosa, por convenirle así. Pero como sabia de cierto se hallaba allí el P. provincial de la Compañía, el hermano Gaspar Sadamatzu y otros Padres ocultos en las casas y caseríos de aquella comarca, le prometió que si los queria prender guiaria á la justicia y á los ministros. Determinó Mondo mandarlos prender luego, é hizo aprestar tres embarcaciones ligeras, y para que no se supiese su intento mandó tomar todos los caminos, de manera que no pudiese salir nadie de la ciudad. Hecha esta diligencia, se embarcó en la tarde del 17 de Diciembre de 1629, é hizo embarcar á dos gobernadores compañeros suyos y unos trescientos hombres de armas, sin decirles su intento. Hizo luego navegar hácia Cochinotra, distante como seis leguas de Ximabara. En el camino descubrió á sus compañeros que sus designios eran prender al P. provincial y á los demás Padres que estuviesen en Cochinotra. Llegaron al lugar despues de media noche, y le pusieron luego un cordon de soldados por la parte de tierra, guiándolos el renegado. Dejaron gente en las embarcaciones que guardase la parte del mar. Pasaron así lo restante de la noche con tal silencio, que los moradores no lo sintieron ni supieron de ellos hasta que los descubrieron con el dia; á la salida del sol se presentaron los gobernadores en la puerta del lugar, enviaron á llamar á los dos principales que gobernaban la tierra, diciéndoles que habian ido á prender á un delincuente que habia huido de la corte de Yeddo, y sabian de positivo estaba allí. «Por lo tanto, le dijeron, mandad salir á todos los hombres de este lugar, sin que quede absolutamente ninguno, y que pasen por esta puerta y aquí le prenderemos.» Salieron todos los del lugar y no tardaron mucho en comprender que era fingimiento esta diligencia que solo se encaminaba á prender al Padre. Entónces, haciendo como que no los entendian, dijeron que no sabian de tal delincuente, ni quién era el que tenia en su casa. Como su intento era prender al Padre y al Hermano sin hacer ruido, mandaron á todos, so pena de muerte, no se moviesen del lugar donde estaban, y para asegurarlos más les pusieron guardias, y diciendo que querian registrar las casas, se fueron como quien ya lo sabia, derechos á la casa del Padre y Hermano. Oyendo el Padre ruido, sospechó lo que debia ser, y salió luego del sobrado en que habitaba con sus sirvientes Pedro y Pablo. El primero que entró en la casa fué un soldado noble, y haciendo como tal

que no le veia, volvió á salir. El segundo que entró era un hombre de baja esfera, y viendo al Padre se dirigió á él, y con un palo que llevaba en la mano le dió algunos golpes. Llegó en este intermedio el gobernador Mondo, y llevado del odio que tenia á los cristianos, levantó la catana para dar con ella al Padre, más fuéle á la mano otro gobernador, diciéndole que no debian ser tratadas así semejantes personas. Al mismo tiempo prendieron al Hermano en la casa inmediata y á dos mozos de servicio. Luego prendieron tambien en el caserío á un Padre llamado Matías, y á un Hermano llamado Pedro, y á las familias de ambos, confiscándoles cuanto tenian. Viendo los principales de la ciudad estas prisiones, se fueron al gobernador diciendo que si habia algun culpable lo eran ellos, pues por su consejo y órden habian ocultado en las casas al Padre y al Hermano, y por lo tanto le pedian los soltasen y prendiesen á ellos como culpables. No hicieron caso los gobernadores de esta peticion, diciéndoles se entendiesen con Tono. Terminado esto y degollados allí tres cristianos, prendiendo á sus mujeres y familias, se embarcó el gobernador llevando consigo á los presos, los cuales iban atados con cuerdas, excepto el provincial, á quien dejaron ir suelto, aunque él pidió que le atasen, ofreciendo para ello sus manos y pescuezo. Llegados á Ximabara pusieron al P. provincial, al Hermano y al doméstico Pedro en un baluarte de la fortaleza, y á los demás en la cárcel pública. Dieron luego cuenta á Genroco, gobernador de Nangasaki de esta prision, diciendo tenian preso al Padre, que era cabeza de los jesuitas que estaban en el Japon y Macao; viendo esta carta un criado de Tono, hombre muy diestro y no enemigo de los cristianos, y comprendiendo no convenia que supiese Tono que el Padre era cabeza de los demás, la varió, poniendo estar preso el Padre, un Hermano y un doméstico. Túvose esto por un favor especial de Dios, porque de lo contrario se podian seguir grandes inconvenientes, y aumentarse más la diligencia de los gentiles en buscar á los Padres, comprendiendo que debia haber muchos en el Japon, pues tenian un superior; al mismo tiempo fué preso en Ximabara, donde residia oculto, el P. Juan Bautista Tola, tambien de la Compañía, y fué metido en el calabozo en que se hallaba el Padre Provincial, quien comenzó desde entónces á decaer mucho por ser viejo y estar enfermo. Durmieron en el suelo hasta el 10 de Diciembre, teniendo un paño por cabecera sin ningun otro abrigo más que los vestidos con que fueron presos. Solo comian pescados y de los más ínfimos. El calabozo en que dormian los Padres era una sala de un baluarte de la fortaleza, grande y espaciosa; á cada extremo habia un pequeño compartimiento, frente el uno del otro, divididos por paredes que servian de alcobas. En uno de ellos, en que se extendian ocho esteras ó colchones del Japon de cuatro palmos de ancho, estaba el P. provincial con los hermanos Gaspar y Pedro. En el otro, en

que se extendian cuatro, estaba solo el P. Juan Bautista. En el espacio intermedio se hallaban los guardas vigilando dia y noche, siempre con luz y lumbre. No dejaban llegar allí á ningun cristiano por ser presos de tanta importancia, pero pusieron una ventana, que se abria hácia fuera, por la que podian ver los presos á los que pasaban. Sabiendo que transitaban por allí algunos cristianos, ya por consolarse con la vista de los Padres, ó por mirar por la ventana, prohibieron que pasase ningun cristiano por aquel lugar. En los primeros dias solo podian hablarse los santos presos á través de las paredes, pero despues les dejaron abrir las puertas; de dia estaban y comian juntos en el mismo lugar, habiendo mejorado mucho su comida, en particular desde que Tono escribió desde la corte de Yeddo que los tratasen bien en el comer. Encargó esto al que gobernaba la ciudad, y hasta los gobernadores que los prendieron les enviaban regalos de cuando en cuando. Fueron, sin embargo, rigurosos los gobernadores en lo que más deseaban los presos, que era en decir misa, rezar las horas y leer libros espirituales. No les consentian nada de esto. Pidieron tambien vestir las ropas de la Compañía, pero no se lo consintieron. La falta de misa y horas la suplian con la frecuente oracion, ayunos y penitencias. Distinguíase entre todos en la mortificacion el P. provincial, en lo que fué tan extremado, que los dos últimos meses de su vida anduvo siempre descalzo, sin comer ni dormir, y se trataba en lo demás con tanta aspereza, que parecia imposible lo sufriesen sus escasas fuerzas. Fué esto de tal manera, que el P. Juan Bautista escribió desde la prision, que se hallaba admirado de la aspereza con que se trataba el P. provincial, y añadia que si duraba la prision dos meses más, acabaria su vida en la cárcel. Viendo los guardias la vida que hacian los santos presos, inculpable en todo, creyeron que sería así la ley que enseñaban, por lo cual miraban la prision como un paraíso. Viendo despues su humildad y santidad, muy diferente en todo de lo que veian en sus sacerdotes, entraron en deseos de oir los misterios de nuestra santa fe. Escucháronlos durante muchos dias, y quedaron persuadidos de las verdades que oian, hablando de nuestra santa fe con mucho decoro y no como ántes. Llevados, sin embargo, de sus vicios, no la abrazaron, á excepcion de uno que con valiente resolucion pidió y recibió el santo bautismo. De allí en adelante los trataron con mucho respeto, compadeciéndose de verlos en estado, á su parecer, tan calamitoso, y esto solo por ganar almas para el cielo. Algunos de ellos cuando hablaban con los cristianos y les referian lo que veian en los santos presos, lo hacian llorando. Como los guardias se manifestaban aficionados á los presos, no faltó quien dijese á Mondo que se descuidaban en guardarlos, y por este motivo se comunicaban por cartas con los de fuera. Llamó Mondo á los guardas, reprendiólos, y no contento con enviar todos los dias un hombre que vie-

se como vigilaban, puso por síndico á un pariente suyo llamado Kagisava, hombre de mal corazon, mal inclinado y nada inferior á Mondo en odio á la ley de Dios. Entró en la cárcel con tanta soberbia, que en los primeros dias ni los mismos guardias se pudieron valer con él. Pero conmovido de lo que oia á los presos, determinó como los demás oir los misterios de nuestra santa fe. En una semana consultó sus dudas, y las respuestas le confirmaron más. De allí en adelante trataba con notable respeto á los presos, y hablando con los gobernadores, les engrandecia la bondad de la ley de Jesucristo, tanto que Mondo se incomodó con él, amenazándole que le quitaria el cargo, pues engañado de los Padres daba muestras de pretender hacerse cristiano. A lo que contestó que podia muy bien quitarle el empleo, pero que estuviese seguro de que todos los que fueran á la cárcel y oyesen á los Padres como lo habia hecho él, habian de volverse otros y cambiar de opinion, como la habia él mudado, porque con sus razones se dejaban ver exactamente las falsedades de los ídolos del Japon; que en cuanto á querer abrazar él la ley de Jesucristo, no andaba muy léjos de ello, segun lo que sentia interiormente. Continuaban en tanto los presos disponiéndose para el martirio, mostrando en sus rostros grande contentamiento. Mas quiso Dios hacer glorioso para la Compañía el dia en que habian de ser martirizados sus siervos, por lo que quiso fuese mayor el número de las víctimas que en otras ocasiones, el que se aumentó con la prision del V. P. Baltasar de Torres, que fué encerrado en la cárcel de Omura. Dilatábase la última resolucion de este asunto para el nuevo gobernador de Nangasaki, á quien se esperaba de dia en dia. Llegó, por último; llamábase Midzuno Cachi. Entró en la ciudad el 12 de Junio, llevaba grandes poderes, en particular para los que estaban presos. Al principio no admitió la visita de los principales, diciendo que no convenia tratar con gente, que por seguir la ley extraña, estaba en desgracia del Xogund, pues deberá verse que casi toda aquella ciudad se componia de cristianos. Reuniéronse, pues, el gobernador, dos renegados y el gobernador saliente, y trataron de los negocios á que el primero venia. Como uno de los principales asuntos era ejecutar la muerte de los presos, avisó á los gobernadores de Ximabara y Omura que estuvieran en un dia determinado con sus presos en Nangasaki para llevar á cabo la ejecucion. Con este aviso sacaron de la cárcel los gobernadores de Ximabara, en medio de la noche, á los PP. provincial y Juan Bautista, y á los hermanos Gaspar y Sandamatuz, antiguo ya en la Compañía, y Pedro Rinxei, recibido recientemente. Para honrar á los dos Padres los pusieron en palanquines, y llevaban á cada uno dos hombres. Los cinco hermanos, bien amarrados, iban montados en rocines, acompañábanlos algunos soldados, seis eran de á caballo y como cincuenta de á pie, todos con espingardas ó flechas, excepto los criados de los

gobernadores. Por la mañana llegaron á una poblacion llamada Fimi, distante como dos leguas de Nangasaki. Pasaron allí el dia siguiente y tambien la noche, sin consentir que les visitase ó hablase con ellos cristiano alguno. Los gobernadores de Omura enviaron tambien sus presos, que eran el Padre Baltasar de Torres y el H. Miguel Tozo, recien admitido en la Compañía. El Padre fué en andas y el Hermano á caballo con gente de armas, y como Omura está más cerca de Nangasaki que Ximabara, por eso partieron los primeros el 18 de Junio, y el P. Baltasar el 19. Hacia ya cerca de un año que no habia mártires en Nangasaki, por lo que se limpió y preparó el lugar y cercado donde se ejecutaban comunmente los martirios. Reunióse madera y se levantaron tres galerías, y porque el gobernador queria ir á ver este suplicio, otro gobernador inferior mandó allanar y arreglar el camino. Llegado el dia destinado para el suplicio, que era un sábado 20 de Julio, partió el P. provincial de Fimi para Nangasaki. Despidióse del dueño de la casa, el cual, llevado de su devocion, recogió tres pedazos de pan que sobraron á los santos presos, y los conservó como reliquias. Estando ya cerca de la ciudad les salió al encuentro un buen cristiano, jefe de la poblacion, y les ofreció varios refrescos, que no quisieron aceptar los guardias por no detenerse. A su paso por las calles de la ciudad salieron muchos á verlos, pidiéndoles con lágrimas que se acordasen de ellos delante de Dios; pero los presos les recomendaban pidieran por ellos al mismo Señor para pelear por su honra hasta el fin. A la llegada del P. provincial salió de su palanquin el P. Baltasar, y le saludó quitándose su birrete, y despues hicieron lo mismo los demás. Estuvieron hablando con tantas muestras de amor, que quien no supiese que iban á morir luego, creeria que no eran ellos los que debian perecer dentro de poco. Salió en esto el gobernador Midzuno con toda su gente y oficiales de justicia de todas armas, dirigiéndose con este aparato al lugar del suplicio. Llegó adonde estaban los santos presos, saludó á los gobernadores de Ximabara, y Omura, que los habian traido, é hicieron entrega de ellos á los ministros de la ciudad. Hecho esto se puso Midzuno junto á la estacada pública, y no en el lugar acostumbrado, porque se les habia prohibido á los de la ciudad asistir á la ejecucion. Al pasar por aquel sitio el P. Baltasar de Torres, cuando iba al suplicio, le saludó quitándose el birrete, á lo que contestó el gobernador bajando la cabeza. Llevaron, por último, á los mártires al lugar donde se hallaba la leña, á cuya entrada saludó á su provincial el P. Baltasar de Torres, invitándole á que entrase el primero. Fueron por la parte del mar, y á la entrada se pusieron todos de rodillas, veneraron el santo lugar, dieron gracias á Dios por las mercedes recibidas, y en especial por juzgarlos dignos de dar sus vidas por él. Lleváronles de allí á la parte del monte donde se hallaban las estacas, y les comenzaron á

atar fuertemente para que no hiciesen movimientos; tambien se puso mucha leña en las hogueras para que muriesen pronto y con ménos tormento. Los dos montones de leña de ambos lados quedaron vacíos, comenzando por el segundo. El primer lugar de la parte del monte, hácia Oriente, le ocupó el P. Juan Bautista Zola, en medio quedó el P. Baltasar de Torres, y luego el P. provincial. La cuarta hoguera tocó al H. Pedro Rinxei, quedando junto al Padre á quien habia servido tantos años. La quinta al H. Miguel Tozo; la sexta, al H. Vicente Caun; la sétima, al H. Paulo Xinsuque; la octava, al H. Juan Quizaco; la nona, al H. Gaspar de Sandamatzu. Notaron algunos que el tiempo que estuvo hablando el P. Torres parecia que se confesaba, por no haberlo hecho desde que se hallaba en la prision. Los demás estuvieron rezando y pidiendo á Dios aliento para aquella ocasion. Finalmente, se prendió la leña, que era mucha, al principio se levantó tanto humo que no se vieron los mártires, pero en cuanto subió la horrible llama se les distinguió estando muy quietos y serenos. Oyóse algunas veces que invocaban los santos nombres de Jesus y de María, hasta que entregaron sus dichosas almas, espirando todos al cuarto de hora. Quedó admirado Midzuno del valor, paz y sosiego que vió en estos santos mártires. Dió órden de que se echase más leña en las hogueras, y se redujese todo á cenizas. Quedaron para esto en el lugar del martirio algunos oficiales de justicia. Despues metieron las cenizas en sacos de paja y las llevaron á alta mar donde las arrojaron, todo á fin de que no pudieran recogerlas los cristianos. Fué este glorioso martirio en el Japon, en la ciudad de Nangasaki, el 20 de Junio de 1626.—S. B.

SAN DANIEL (Fr. Clemente de), religioso capuchino, sacerdote, incorporado en la provincia de Venecia desde la Romana, en que vistió el hábito religioso, en cuyo instituto ejercitó tantas virtudes, que quedó por ellas glorioso para con Dios y los hombres. Desde la edad de quince años se dedicó al servicio de la catedral de Utino, donde fué canónigo; pero con la experiencia de su escasa salud, adquirida en otros seis años, dejando su prebenda, partió sigilosamente á Roma á casa del abad de Sino, que era su hermano, y muy querido del pontífice Clemente VIII, que entónces gobernaba la Iglesia. Al verle se admiró su hermano; y rezelando alguna travesura en el poco peso de aquella edad, aguardaba con ánsia saber el motivo de su determinacion, que le cogia de improviso. Sencillamente le manifestó Fr. Clemente, que el objeto que le traia era despedirse de él para tomar el hábito en la religion de los Capuchinos, á que habia sido llamado con luz especial del cielo, y que por lo tanto solicitaba su aprobacion como presagio de la felicidad que se prometia en estado tan apostólico. Mucho agradó al abad el escuchar el propósito de su hermano; pero discurriendo que deberian experimentarse sus fuerzas ántes de empeñarlas en tan riguroso insti-

tuto, se lo aconsejó así; el cuerdo mancebo, siendo ya de veintidos años, se retiró á uno de los más retirados aposentos de aquella casa, donde por espacio de dos meses se dedicó á la oracion, ayuno y vigilias, contento con unas desnudas tablas, para dar el preciso descanso al cuerpo. Entre tanto el abad dió cuenta al Pontífice de la vocacion de su hermano, y conseguida oportunidad, le condujó á los pies de su beatitud, que le recibió con grande afabilidad, amonestándole con la misma que considerase muy bien de cuánto peso é importancia era la accion á que se disponia, y que por lo mucho que estimaba al abad su hermano, le ofrecia desde luego honrarle con alguna eclesiástica dignidad, para en caso que mudando de parecer juzgase superior á sus fuerzas el yugo de la religion Capuchina. El jóven, postrado en tierra, dió al Pontífice las más humildes gracias, añadiendo que al presente reconocia ser aquella la voluntad de Dios, reducida á que desamparase la secular milicia y pasase á la Seráfica, desde la cual se solicita mejor la salud del alma y la victoria contra los vicios. Oyendo el gran Pontífice tan briosa resolucion, y esperando de ella las mayores felicidades, le animó á que pusiese en ejecucion tan notables y ardientes deseos, que perseverase constante en la casa de S. Francisco, y para que se acordase de encomendarle á Dios, pidiese á sus superiores cuando le vistiesen el habito, le impusiesen el nombre de Clemente, que aunque con desiguales méritos, era el suyo, que por divina disposicion, ocupaba en el dia la atalaya de la Iglesia católica y que le tuviese presente en sus oraciones y sacrificios. Con esta paterna y felicísima bendicion buscó el nuevo Clemente el monasterio y hábito de Capuchino, á que admitido por el ministro provincial, y encomendado á la direccion de Fr. Francisco de Bérgamo, varon de excelentes virtudes, empezó el año de su noviciado, y terminado este en la profesion, en breve fué llevado á la provincia de Venecia, donde habia nacido y se habia criado, para que se viesen los fervores de la penitencia en la misma parte en que se notaron las licencias de la juventud, y con el buen ejemplo pudiese llamar á las virtudes á los que con el malo hubiese inclinado á los vicios. Observó en el año de la probacion el mismo espíritu de mortificacion y pobreza de que su maestro estaba dotado. Publicó sangrienta guerra á los sentidos, en especial al del gusto. Siempre andaba descalzo en el convento, y solo cuando salia fuera usaba sandalias. Entre las virtudes que adornaban su alma, resplandecia la caridad con todos, y más con los que se hallaban enfermos. Siendo guardian, cuidaba tambien mucho de que los porteros del convento no dejasen marchar á ningun pobre desconsolado; y en órden al modo benigno y agradable con que se habia de distribuir la limosna, les daba importantísimas instrucciones. Aunque estaba tan dedicado á aliviar las necesidades del cuerpo, lo estaba más sin duda al socorro de las del alma, y

porque cualquiera de sus prójimos no perdiese la vida eterna, exponia la suya temporal con gran gusto y cariño. Vióse esto ejemplarmente en el hospital de S. Gotardo de la ciudad de Utino, pues en una ocasion llegó á estar tan lleno de soldados enfermos, que no habia quien entrase en él, por el pestilente olor é infeccion, que en sus crugías se percibia; pero despreciando Fr. Clemente no solo la penalidad, sino el riesgo, entraba siempre que era necesario administrar á los enfermos el sacramento de la penitencia, y acudirles en todo lo tocante á su consuelo espiritual. Fué Fr. Clemente diligentísimo observador de la castidad, así del cuerpo como del alma, virtud que áun á su mismo hermano el abad de Sino hubo una ocasion en que llegó á enojarle, porque habiendo entrado en una sala de su casa, entre cuyos adornos habia un lienzo que representaba, en libre dibujo, una Venus desnuda pero muy estimable, por ser obra perfectísima del Ticiano, buscó ocasion en que pudo reducirle á cenizas, para que destruida la imágen no ocasionase ardores impuros por los ojos de los que admiraban sus rasgos y fuese triunfo de la castidad, lo que ántes podria haber suministrado incentivos á la lascivia. Muy á mal lo llevó el abad, que estimaba en mucho la pintura por su eminente autor. Era devotísimo de María Santísima, cuya gran Señora le correspondia con grande amor y benevolencia á la confianza de su fiel siervo haciéndole grandes favores, y uno fué tan visible y público, que estando celebrando en un dia muy solemne con grandísima devocion y asistido de mucho pueblo, se le apareció á la vista de todos la soberana Reina del cielo entre clarísimos y puros resplandores, que dejaron á Fr. Clemente y á los que asistian á su misa llenos de inefable consolacion. El Señor le favoreció con el don de profecía, previniendo muchos acaecimientos ajenos, anteviendo tambien la muerte propia. Visitando á un cuñado suyo y oyendo lo mucho que se lamentaba de la esterilidad de su esposa, hermana del siervo de Dios, procuró consolarle con esta admirable promesa: «Veinte años ha que mortifica Dios tus deseos negando á ellos la sucesion á que el conyugal lazo se ordena; confia, empero, en Su Majestad y ten sabido que la nueva de mi fallecimiento lo será tambien de que has de tener un hijo que consuele tu sentimiento y desmienta la esterilidad de mi hermana. Vive y gózate muchos años en la posesion de esta humana felicidad, pero sin descuidarte de la del cielo, acuérdate en tus oraciones de mí, que es muy poco lo que ya me queda de vida.» El suceso correspondió al vaticinio; en el mismo año murió Fr. Clemente y nació un hijo de su hermana. Segun lo que habia profetizado el varon ilustre, le acometió una recia y contagiosa calentura que contrajo en la asistencia, oyendo las confesiones de los muchos soldados que morian en el hospital de S. Gotardo. Fuése agravando la enfermedad con tal violencia, que rendi-

do á ella el enfermo, dió su espíritu á Dios y al inefable premio, que habia merecido con sus excelentes virtudes en el año 1616. Poco ántes de morir, anunció que su cuerpo no sería combatido de los gusanos, y se vió verificada la profecía, cuando pasado un año completo despues de su muerte, fué hallado el cadáver tan entero, flexible y de buen color, que parecia no haberse ausentado el espíritu; siendo así que el hábito en todas sus partes estaba reducido á polvo. En vista de esta novedad pareció un deber á los religiosos poner aquel venerable cuerpo dentro de una caja de plomo, por haberlo él sido de una alma que dió á Dios tanta gloria con sus heróicas operaciones. —A. L.

SANDE (Fr. Antonio de), religioso dominico del convento de Santaren donde era muy estimado por su grande obediencia. Fué predicador apostólico y verdadero seguidor de la pobreza de Cristo, esmerándose en gran manera en las virtudes de la caridad y humildad. Era portero y tenia á su cargo el repartir las limosnas á la puerta de la casa, y no se vió nunca en él en aquel acto ni palabra de sufrimiento, siendo muy trabajoso su cargo para con los de la casa y con los de fuera, por ser el reparto de limosnas lleno de importunaciones y desconciertos, que causa á veces la demasía de necesidad ó la falta de crianza de los que buscaban el sustento en las porterías de los monasterios. Repartia lo que habia recibido en el refectorio y lo que buscaba de fuera con tanto órden y concierto, con tanta bondad y afabilidad, que no habia ninguno á quien no amase y respetase. Se refiere de él, que faltando algunas veces en la casa agua para beber, porque no faltase á los pobres en la hora de la comida, la iba á buscar por sí propio, teniendo ya sesenta años, á un pozo muy distante que habia en la casa y se llamaba de S. Gil. Sacábala él y traia, y siendo el trabajo tan grande, la caridad le endulzaba de tal manera que le tenia por pasatiempo. Pero como la muerte es el fiel que descubre con más certeza lo que es cada hombre, la suya nos confirmó en las perfecciones que habia en su alma. Se hallaba indispuesto de una dolencia harto leve que pasaba en la celda sin ir á la enfermería. Un dia del año 1609 se levantó por la mañana sin calentura ni alteracion del pulso ni dolor ninguno, se fué á la sacristía, confesóse y dijo Misa, volvió luego á su celda y dijo que le llevasen las tablas, y se las pusiesen junto á la cama. «Damos este nombre en la religion, dice la Crónica, á una pequeña tabla rodeada de aldabas de hierro pendientes, que meneada sirve de despertador de puertas adentro para reunir la comunidad cuando algun religioso se halla en sus últimos momentos.» Acudieron los Padres admirados de tal prevencion en persona que á los ojos de todos nada tenia que temer. A unos parecia gracia y á otros melancolía. Fué el médico que acostumbraba á visitarle, le tomó el pulso y no pudo ménos de sonreirse no encontrando cosa de que

formar pronóstico del peligro, cuanto más de la muerte. Pero el Padre no estuvo tranquilo hasta que tuvo á su lado las tablas, y al poco tiempo como todos andaban vigilándole, vieron que comenzaba á desfallecer y á desmayarse, de modo que no tardó en volar al cielo su alma alegre y profeta de su bien. A pesar de haber sido esta muerte casi repentina, se reunió allí luego todo el pueblo de aquel lugar á venerarle, como si le hubiesen esperado muchos dias, y en particular fué llorado por todos los pobres como su padre y como santo. Enterrado como religioso ordinario y humilde, fué Dios servido que mereciese ser honrado con un elogio del capítulo general celebrado por la órden de Sto. Domingo el año de 1612, en cuyas actas impresas se lee parte de lo que llevamos referido en la forma siguiente:

Floruit etiam in Portugallia Frater Antonius de Sande, prædicator vere Apostolicus, qui maximo cum odore virtutum portarij munus exercuit in conventu Santarenensi, acquisitas eleemosinas pauperibus summa cum humilitate et charitate distribuens, in cujus obitu ad hujus corpus venerandum frequentissimus cucurrit populus. Evolavit in cœlum anno Domini 1609 sexagenarios.—S. B.

SANDEO (Felino María). Nació este historiador y canonista italiano en 1444 en Felina, diócesis de Regio, de una familia noble de Ferrara unida á la de Ariosto. Se ordenó muy jóven de sacerdote, y fué recibido doctor en ambos derechos. Apénas contaba veintiun años cuando fué nombrado profesor de decretales en la universidad de Ferrara, de cuya santa iglesia obtuvo á poco un canonicato. En 1474 fué llamado á Toscana por Lorenzo de Médicis, y allí desempeñó por espacio de tres años la cátedra de derecho canónico en la universidad de Pisa. Despues abandonó las funciones del profesorado, que volvió á tomar á los pocos años y desempeñó hasta 1486, en el que le dimitió para ir á Roma á tentar fortuna. Bien acogido por el papa Inocencio VIII le nombró auditor de la Rota, referendario de las dos signaturas, y le encomendó el manejo de importantes asuntos. Fué encargado de formular una respuesta para el rey de Nápoles Fernando I, el que en la persuasion de que el soberano Pontífice apoyaba secretamente á los barones rebeldes, solicitaba con mucho empeño la convocacion de un concilio general. No tuvo Sandeo ménos favor y consideracion en el pontificado siguiente. Alejandro VI le encargó escribir una memoria sobre los derechos que los franceses pretendian tener al reino de Nápoles, y una historia de las familias que habian reinado en este país. Estos importantes servicios le fueron recompensados con el título de viceauditor de la cámara apostólica, y despues con el obispado de Atri y de Penna. En Mayo de 1495 fué nombrado Sandeo coadjutor del obispado de Luca con la supervivencia de Nicolás

Sandonino, que era titular de él; pero no fué muy feliz en sus dobles funciones episcopales. Despues de haber tenido que luchar por el obispado de Atri y de Penna con un intruso que estaba apoyado por el duque de Montpensier, virey del reino de Nápoles por Cárlos VIII, acababa apénas de suceder á Sandonino en 1499, cuando le arrojó de su silla un rival, que no era ménos que el cardenal de la Rovere, que despues fué papa con el nombre de Julio II. Apeló Sandeo á Roma, pero nada se determinó en dos años, y así hubiera continuado si el poderoso cardenal con más elevadas pretensiones no hubiese ido á establecerse á Roma y cedido espontáneamente á su contrario el obispado que se litigaba. No disfrutó mucho tiempo Sandeo de la paz en que le dejó el cardenal, pues que murió á los dos años, el de 1503. Las obras de este prelado son las siguientes: *De regibus Siciliæ et Apuliæ in queis et nominatim de Alphonso rege Aragonum Epitome*; Roma, 1495, en 4.° Vosio se engañó cuando dijo que esta historia no se habia publicado sino despues de un siglo de la muerte del autor, y debió ser engañado por Jecher, que en la edicion de Hanover en 4.°, de 1611, pretendió que esta era la primera. En el mismo error cayó el autor de la coleccion de *Crónicas Napolitanas*, el cual además confundió á Ferno, impresor de la primera edicion, con Sandeo, cuando al citar en el tomo III de su coleccion el compendio citado, le titula: *Michaelis Ferni, historia compendiaria regni napolitani nunc primum ex ms. eruta*. Es tanto más grosero este error, cuanto que la obra de Sandeo se habia impreso por la tercera vez en el tomo X del Tesauro historial italiano. Por lo demás, dice el biógrafo René Alby, esta historia, á pesar de sus cuatro ediciones, tiene poco interés y solo es una rápida ojeada histórica desde el año 537 hasta 1494; es decir, desde la ocupacion de Sicilia por Belisario, en tiempo de Justiniano, hasta la entrada en Campaña de Cárlos VIII para la conquista de Nápoles.—*In V libros Decretalium;* Venecia, 1497-99, tres volúmenes en fólio.—*Consilia.*—*De Indulgentia plenaria.*—*Additinucula ad Monarchiam Petri de Monte.*—*De Litteris Apostolicis quando noceam patronis ecclesiarum.* Todas estas obras se han impreso muchas veces, ya por separado, ya en diversas colecciones. Sandeo dejó además un gran número de trabajos manuscritos, de los que algunos podrian servir para la historia diplomática del siglo XV.— C.

SANDERADO (S.). Entre los muchos santos que dió la Alemania á la órden de S. Benito, fué uno S. Sanderado, de vida ejemplar y admirable. Nació este santo en el territorio de Colonia, sin que pueda decirse con seguridad en qué poblacion. Pasó los primeros años en la órden de S. Benito, con señaladas muestras de perfeccion; así fué, que fundando la abadía de Gladbach Gero, arzobispo de Colonia, deseo de que tuviese un prelado cuyo ejemplo fuese la regla principal de los súbditos, y la observancia pudiese

campear en el imperio, puso en aquel puesto á S. Sanderado, que dió lustre á la casa y cumplida satisfaccion á los cristianos deseos del arzobispo. Planteó la observancia regular sin dispensaciones, usando el primitivo rigor. No comunicaban sus monjes con los seglares, ni estos penetraban en lo interior del monasterio. En su presencia nunca permitia conversaciones profanas; si habia guerras y falta de quietud en el imperio, encomendaba á Dios la república, pidiendo paz entre los fieles, mas no consentia se hablase entre los monjes, ó que discurriesen sobre el estado y trances que acontecian, permaneciendo vivos para el servicio de Dios y muertos para el mundo. Limitaba su alimento á que no pereciese la naturaleza, huyendo de dar placer al gusto con manjares regalados, empleando su salud en penitencias. Comia algun pescado los dias festivos, los demás alguna fruta ó yerbas, y estas sin sazonarlas en muchas ocasiones, y cuando notaba algun quebranto en la salud usaba un poco de cerveza, no consintiendo que le pusiesen vino. Su vestido era ordinario y gastaba un silicio, consistente en una cadena menuda con puas agudas en los encajes, que ceñidas al cuerpo, le laceraban y punzaban cruelmente. El dormir era tan breve, que parecia imposible soportase tanta vigilia, pues con pocas horas que se reclinase sobre una tabla, ocupaba lo restante de la noche en oracion. No perdia hora ninguna del coro, porque nó se dijese que ponia gravámenes pesados á sus súbditos, de los que se reservaba y no daba el ejemplo. Como en el oficio y preeminencia era el primero, en las penitencias, ayunos y trabajos de manos, asistencia al refectorio y coro era siempre el jefe y guia. Y con ser tan riguroso con su persona, siempre se mostró á los flacos compasivo, caritativo á los enfermos, les servia y consolaba, y muchas veces les daba salud. Sobre todo á los pobres manifestaba extremada caridad, asistiéndoles en persona y facilitándoles el remedio; recogia á los que veia con llagas y otras lacerias y se las curaba y áun besaba, y muchas veces con solo su contacto recobraban repentinamente la salud. A los huéspedes trataba con aseo y regalo religioso, lavándolos y besándolos los pies; trataba con ellos alguna materia séria y espiritual, y no consentia que le contasen nuevas del camino, y por muchos que viniesen á la hospedería, tenia tal disposicion en su casa, que nunca le obligaron á perder las horas del coro de dia y noche ni los ratos de oracion y disciplina. Pocas veces salia de casa, y en esta era mirado como persona que en vestidura mortal dispensaba regalos y beneficios de Dios, de tal modo, que acudian á besarle el hábito y pedirle su bendicion, saliendo á saludarle á las calles con indecible veneracion. Un dia pidió un ciego le llevasen á besar su ropa, y puesto de rodillas, el santo se arrodilló igualmente diciéndole: ¿Qué haceis, hijo. No reparais que soy un pecador de los mayores, y que por milagro gozo la tierra que piso? Y tocándose casualmente los

rostros en porfiadas cortesías, el ciego recobró la vista, y fueron tales las demostraciones de su contento, que corrido el santo se volvia á casa; pero fué por demás, porque el concurso le impidió la vuelta, y fué no poco salvarse entre tantos sin algun daño de su persona. Otros muchos milagros obró el Señor por S. Sanderado que le hicieron famoso. Lleno al fin de merecimientos, le quiso dar su divina Majestad el preparado premio, y habiendo precedido una breve enfermedad, pero muy activa, recibidos los santos Sacramentos, dió su alma á Dios el dia 24 de Agosto del año 970, estando entre sus hijos, que sintieron la falta de tal padre, aunque se consolaron en tenerle por abogado en la gloria.—A. L.

SANDERS (Mlle.), hija de M. Sanders, ministro protestante que se habia casado con una católica de las familias más ricas de Liverpool, se convirtió é hizo abjuracion del protestantismo en 1842.—S. B.

SANDERS ó Sannders (Nicolás), llamado en latin *Sanderus*, nació hácia el año de 1527 en Charlewood, del condado de Surrey. Al advenimiento de la reina María de Inglaterra, era profesor de derecho canónico en la universidad de Oxford. Llamado por esta princesa para que fuese su secretario y la dirigiese su correspondencia latina, prefirió la vida tranquila y estudiosa á esta plaza honrosa y lucrativa, y la abandonó. Retirándose á Roma se graduó de doctor en teología, y fué ordenado de sacerdote. El cardenal Hosiux le llevó con él al concilio de Trento en calidad de secretario, y despues á sus diversas misiones en Polonia, Prusia y Lithuania, en las que sirvió de mucho al cardenal para el restablecimiento de la disciplina eclesiástica. Fuése despues Sanders á residir en Lovaina, en donde trabajó por espacio de doce años con muchos de sus compatriotas en escribir diversas obras de controversia. En 1579 el Papa le nombró su nuncio en Irlanda, y pretende Camden que concertada con España esta mision, tenia por objeto entretener la insurreccion del conde Desmond, y que despues de la derrota del ejército católico, se salvó Sanders en los bosques, en los que murió de hambre. Wood, por el contrario, asegura que murió de una disentería en los brazos del obispo de Killaloe en 1580, dias ántes de la expresada batalla. Los protestantes no han perdonado de sus iras ni áun á su memoria, y los católicos, haciendo justicia á sus virtudes y talentos, confiesan que su celo era demasiado exaltado y le reprochan haber enseñado que la Iglesia y el pueblo tienen facultad para deponer á un soberano apóstata cuando la religion está interesada en ello, cuya idea, segun su biógrafo Mr. Tabarand, se ve confirmada por sus obras: estas son las siguientes publicadas en francés: *Tratado de la última cena*, contra Jowel y Nowel; Lovaina, 1566 y 67, en 4.°—*Tratado de las imágenes*; id., 1567, en 8.°—*De Ecclesia Christi*; id. 1566; San Omer, 1624, en 8.°—*Tratado de usura*; Lovaina, 1568, en 8.°—*De Typica et ho-*

noraria imaginum adoratione; id., 1569, en 8.°—*Sacrificii Missæ ac ejus partium explicatio*; id., Amberes, 1573.—*Quod Dominus in sexto cap. Joan. de Sacramento Eucharistiæ proprie sic locutus*; Amberes, 1570, en 12.°—*De visibili monarchia Ecclesiæ*; Lovaina, 1571, en fólio; Amberes, 1581; Wurtzburgo, 1592.—*De origine et progressu schismatis anglicani, libri tres*; Colonia, 1585; Roma, 1586; Ingolstadt, 1588: esta es la más conocida y apasionada de sus obras; pero en ella solo le pertenece los dos primeros libros, y el tercero de Eduardo Khistan. Esta obra fué traducida al francés por Maneroix, en París, en dos volúmenes en 12.°, en 1678. Tambien se conocen de este autor otros muchos escritos de controversia. —C.

SANDERSON (Roberto), teólogo casuista, nació en Sheffield, en el condado de Yorck, en 1587, y murió en 1662; llegó á ser capellan del rey Cárlos I, canónigo de la iglesia de Cristo y profesor de teología en Oxford. Fué privado de sus beneficios y sufrió grandes persecuciones durante las guerras civiles de Inglaterra, pero poco tiempo despues del restablecimiento de Cárlos II obtuvo el obispado de Lincoln. Este prelado, tan recomendable por la pureza de sus costumbres como por la dulzura de su carácter y la moderacion de su talento, habia leido los Santos Padres y los escolásticos, y estaba convencido de la mayor parte de los errores de los protestantes, aunque no habia abierto enteramente los ojos á la luz de la verdad. Sabia la historia de su nacion, era buen anticuario y pasaba en particular por un excelente casuista. Sus principales obras son: *Logicæ artis compendium*; Oxford, 1618, en 8.°—*Sermones*, en fólio.—*Nueve casos de conciencia.*—*De juramenti obligatione*; Lóndres, 1647, en 4.°—*Phisicæ scientiæ compendium*; Oxford, 1671, en 8.°—*Pax Ecclesiæ, etc.*—*Historia de Cárlos I*; en fólio, escrita en su idioma natal.—S. B.

SANDERSON Robins, ministro anglicano convertido al catolicismo en 1843, y cuya próxima conversion anunció en estos términos el periódico intulado *Dundec Wacder*: «El Rdo. *Sanderson Robins*, que hace siete ú ocho años y hasta el dia en que se dejó arrastrar al puseismo era uno de los predicadores más populares y más evangélicos de Lóndres, acaba de resignar su beneficio. Ningun periódico ha hablado de este hecho, pero estamos autorizados para creer que es únicamente el primer paso de su regreso público y completo al seno de la Iglesia de Roma. Esta defeccion es dolorosa, pues M. Robins era notable por el carácter evangélico de sus predicaciones; y la popularidad que se habia adquirido le colocaba casi en la misma línea que al ministro Enrique Melville.»—S. B.

SANDERUS (Antonio). Nació en Amberes en Setiembre de 1586, de Lævinus Sanderus, doctor en medicina, y de Maria de Keyser, que áun cuando vecinos de Gante se encontraban á la sazon en aquella ciudad. Apren-

dió en Oudenarda los primeros elementos de la lengua latina, y despues estudió en el colegio de los jesuitas de Gante. Cursó la filosofía en Douay, y fué recibido bachiller en artes en Octubre de 1609. Despues de haber permanecido algun tiempo en su patria, se dirigió á estudiar teología á Lovaina, y acabándola en Douay, en cuya universidad recibió la borla de doctor en 1619, y segun otros en 1621, se hizo ordenar y gobernó durante muchos años como cura párroco la feligresía de algunas iglesias parroquiales de Gante, á título de las cuales se habia hecho sacerdote el obispo de Gante Cárlos Masius. Tomó empeño con el mayor celo en convertir á los que habian tenido la desgracia de abandonar la religion católica, y principalmente á los que se habian afiliado á la secta de los anabaptistas, que eran en gran número en este país. Como hubiese prestado algunos servicios al rey de España, que habian desagradado á los holandeses, su resentimiento y las frecuentes correrías que hacian á los alrededores del pueblo en que se hallaba retirado, le obligaron á alejarse de él para no caer en sus manos. Entró al servicio del cardenal Alfonso de la Cueva, que se hallaba entónces en los Países-Bajos, y fué su secretario y limosnero. Obteniendo algun tiempo despues recomendacion de este cardenal, le dieron un canonicato de la santa iglesia de Iprés, y no de Turnay, como escribió el P. Labbé en su *Biblioteca de las Bibliotecas*, y por último obtuvo la teologal de Turena. Murió este eclesiástico el año de 1664, á los setenta y ocho años de edad en Afflinghem, abadía del Brabante, en la diócesis de Malinas, en donde se ve en su sepulcro el siguiente epitafio que dejó escrito él mismo:

D. O. M.
ANTONIUS SANDERUS
PRESBYTER
PIIS FIDELIUM PRECIBUS
ME COMMENDO
ET Á MISERICORDIA CHRISTI
EXPECTO
DONEC VENIAT IMMUTATIO MEA
AMEN.

El gran número de sus obras manifiesta lo laborioso de su vida. Estas son, segun Moreri, las más conocidas: *Funus Albertinæ Spinulæ à variis adornatum, ad Gastonem Spinulam patrem;* Amberes, 1608, en fólio.—*Præludia poetica*; Douay, 1612, en 8.°—*Diræ in Iconnoclastas, con un tratado sobre las Santas Imágenes;* Gante, 1618, en 4.°—*Disertatio parœnetica pro sustituto Bibliothecæ publicæ Gandavensis*; Gante, 1619, en 8.°—*Ora-*

tio de Sacræ Scripturæ reverentia; Bruselas, 1619, en 4.°—*Poematum libri tres;* Gante, 1621, en 8.°—*Panegyricus Virginis annuntiatæ;* Gante, 1621, en 8.°—*Panegyrici IV in laudem B. Virginis Mariæ*; Gante, 1621, en 8.°—*Præfationum ad varios liber;* Gante, 1622, en 8.°—*Oratio de Incarnatione Domini*; Gante, 1623, en 4.°—*Panegyricus in laudem B. Thomæ de Villanova*; Gante, 1623, en 4.°—*Encomium Sancti Isidori, agricolæ Hispani, patroni Matritensis*; Amberes, 1623, en 8.°—*De scriptoribus Flandriæ*; Amberes, 1624, en 4.°—*De Gandavensibus eruditionis fama claris*; Amberes, 1624, en 4.°—*Hagiologium Flandriæ*; Amberes, 1625, en 4.°; Lilla, 1639, en 8.°, aumentada.—*Funus Simonis Kerchovii, Presbyteri, Canonici Gandavensis*; con muchas de sus poesías que aún se hallaban inéditas; Bruselas, 1626, en 8.°—*Elogia Cardinalium sanctitate doctrina et armis illustrium*; Lovaina, 1625, en 4.°—*Gandavium, sive rerum Gandavensium libri VI*; Bruselas, 1627, en 4.°—*De claris sanctitate et eruditione Antoniis*; Lovaina, 1627, en 4.°—*Poemata*; Gante, 1623, en 4.°—*Panegyris S. Andreæ Corsini, Carmelitæ Episcopi Fesulani*; Bruselas, 1633.—*Elogium Sancti Angeli, martyris Carmelitæ*; Bruselas, 1633, en 4.°—*Auctuariolum ad Nic. Serrarium et Jac. Gretserum, de ritu catholicarum processionum*; Iprés, 1640, en 8.°—*Bibliotheca Belgica manuscripta, pars. I;* Lila, 1641, en 4.°; *pars secunda*, 1643, en 4.°—*Flandria illustrata*; Colonia, dos volúmenes en fólio; el primero en 1641 y el segundo en 1644.—*Brabantia Sacra et prophana;* Amberes, 1654, en fólio.—*Chorographia Sacra Brabantiæ*; Bruselas, 1659.—*Panegyricus Sacer anno sæculari jubileo Societatis Jesu dictus*; Iprés, 1642, en 8.°—*Gerardi Moringi vita sancti Augustini, cum notis*; Amberes, 1644, en 8.°—*Vindiciarum, sive dissertationum biblicarum, libri III*; Bruselas, 1650; Lovaina, 1650, en 4.°—*Consideraciones útiles para conocer á Dios y conocerse á sí mismo*; en flamenco, impresas en Bruselas.—*La Châtellenie d'Ipres*, carta geográfica; Amsterdam, 1641, en fólio. Swertius y Valerio Andrés dicen que son tambien de Sanderus las obras siguientes, de las que no dicen en dónde se imprimieron: *Ephemeridum ecclesiast. lib. XXIV.*—*De Sancto Euchar. Sacram. lib. XIII.*—*Dissertationes sacræ ac politicæ de causis ac remediis calamitatum Belgicarum.*—*De causis, malitia, fraudibus ac remediis hæresim hujus temporis.*—*Dissertatio de genio Musarum.*—*De bono pastore*; Swertius publicó el elogio de Sanderus en la Biblioteca Bélgica de Valerio Andrés, y al frente de la nueva edicion de la *Chonographia sacra Brabantiæ*. Como se ve este escritor fué muy afecto á España, razon por la que sufrió persecuciones de los holandeses en época en que no estábamos en buenas relaciones con aquel país, y sus obras sobre nuestros bienaventurados compatriotas S. Isidro Labrador, patron de Madrid, y nuestro glorioso pariente Santo Tomás de Villanueva, arzobispo

de Valencia, acreditan su piedad y la consideracion en que tenia á los héroes de nuestra Península. — A. C.

SANDERUS (Juan). Nació en Gante. Fué médico del emperador Cárlos V, rey de España, muy apreciable por su saber y acierto en la cura de las enfermedades y por su gran piedad. Despues de la muerte de su mujer se hizo sacerdote, y fué nombrado canónigo de la santa iglesia de S. Baron. Escribió algunas obras, y murió, segun Moreri, en el siglo XVI.—C.

SANDERUS (P. Lævinus), jesuita belga, natural de Gante, segun todas las probabilidades, donde vió la luz primera en 1587, pertenecia á una antigua é ilustre familia, cuyo apellido es el de Sanders, á la que debió una excelente educacion, propia de su clase y del porvenir que se le presentaba en el mundo, á que parecia destinado. Sin embargo, precisamente lo que parecia deber alejarle más de la vida religiosa, fué lo que le acercó más á ella. Las guerras que tanto daño ocasionaron en este siglo á los Paises Bajos, hirieron muy de cerca los intereses de su familia, que aunque temia por su hijo si le veia comprometido en alguno de los partidos beligerantes, no queria, sin embargo, dejar incompleta una educacion que habia comenzado á darle á costa de no pocos sacrificios. Púsole, pues, á estudiar en el colegio que la Compañía tenia en Gante, y allí el jóven Leon, que habia adquirido en el seno del hogar doméstico los primeros principios del dogma y la moral cristiana, acabó de perfeccionarlos, sintiendo nacer en su alma el ardor de una vocacion tanto más gloriosa cuanto mayores peligros habia entónces en abrazarla. No miraron sus padres con gusto esta disposicion, que podria acarrearles grandes perjuicios y sinsabores; mas el jóven se hallaba decidido, y tuvieron que ceder ante su enérgica voluntad y la fuerza de la gracia, que le iluminaba con sus resplandecientes rayos. Ingresó, pues, en la Compañía, entregándose á los ejercicios del noviciado con el mismo ardor y celo que habia manifestado para entrar en él. Conocido ya por los Padres, á quienes debia gran parte de su educacion, pudieron dirigirla con facilidad hasta completarla, tanto en la parte religiosa como en la moral. No necesitó aguijon en la primera en aquel siglo, como en todos los que hay dos campos ó dos banderas opuestas sobre un mismo asunto; no es posible la indiferencia ni la tibieza; entónces en los Paises Bajos habia católicos y protestantes, pero los católicos eran puros, sinceros, hombres de buena fe y de decision, que con firme fe en sus doctrinas, estaban dispuestos á dar su vida por ellas, como lo hacian diariamente sus hermanos. Así es que los religiosos, convencidos en que no tardarian en ser mártires del hábito que vestian, de la insignia que el cristianismo habia colocado sobre su corazon, marchaban con enérgico y vigoroso paso por la senda á cuyo término sabian encontrarian la muerte, pero una muerte digna y gloriosa, la muerte del verdadero

cristiano. ¿Qué les importaban, pues, todos los rigores, todas las mortificaciones, todas las pruebas que les imponia una regla que habian abrazado con el mayor entusiasmo? Su mayor deseo era aumentar aquellas mortificaciones y aquellos rigores, multiplicar las pruebas para que viese su decision en la fe, mostrándose todos á cual más entusiastas. El novicio, jóven dotado de ardorosa imaginacion, como es natural en la primera edad, queria exceder en rigores al anciano, cuyas débiles fuerzas le obligaban á quedarse muy atrás en el camino que en un principio habia recorrido con tanta energía y brio; pero el anciano tampoco queria quedarse atrás, y sacando fuerzas de su misma debilidad, se lanzaba en aquel campo que tan acostumbrado estaba á cultivar. Asi se enfervorizaban unos á otros, así se prestaban mútuo aliento, marchando por aquel camino en cuyo término solo debian esperar el martirio, señal para ellos de la victoria, que saludaban de antemano con alegres y placenteros himnos. Sanders recorrió tambien este camino, marchó paso á paso por esta senda, pero en su término solo encontró la corona de la inmortalidad, digno premio de sus esfuerzos y fatigas. Terminados los dos años de probacion, hubo de continuar sus estudios, y manifestando aquellas buenas dotes que eran naturales en él, no dejó de hacer rápidos y seguros adelantos. Estaba educado en la escuela de la virtud, escuela que si bien no es siempre una garantía de la ciencia, da los medios al ménos para hacer en ella seguros progresos, pues el jóven educado en la obediencia y la humildad es naturalmente laborioso, y esta cualidad basta, si no para brillar con los genios de primer órden, al ménos para ocupar un digno puesto entre ellos. Sanders no debia tardar en ocuparle; aplicado, entendido y bien preparado ya, en breve período se puso en estado de figurar al lado de sus mismos maestros, que le admitieron con gusto á compartir sus tareas, enseñando durante muchos años en Gante la teología moral, ciencia difícil en que hay pocos hombres verdaderamente aventajados, y en que nuestro jesuita mereció, sin embargo, grande celebridad. Dedicóse al mismo tiempo á la predicacion, uno de los principales objetos de la Compañía, y en que se distinguió tambien por su celo y fervor, por su erudicion y elocuencia. Sus principales sermones versan sobre la Virgen María, de quien era muy devoto, y cuyas alabanzas se esmeraba en cantar, como si en ellas quisiese anunciar el íris, señal de paz y tranquilidad en la tormenta que agitaba el seno de su revuelta patria. Consagrado á estos ejercicios pasó el resto de su vida el piadoso Sanders, el benéfico religioso que lo habia abandonado todo por seguir la pobreza y las persecuciones, por manifestar una vez que los discípulos del Evangelio, áun en medio de los mayores peligros y tormentos, y áun en brazos de la muerte, saben luchar y vencer, obteniendo la más brillante de las auréolas, concedida solamente al justo en esta y en la eterna vida.

Créese piadosamente que la obtuvo Sanders despues de muchos años pasados en la Compañía, en que tantas pruebas dió de abnegacion, de saber y de virtud. Escribió muchos *Panegíricos de la Vírgen María, que habia predicado en las iglesias de Gante*, y se supone llegaron á ver la luz pública; pero se ignora el año y el lugar de la impresion. —S. B.

SAN DIEGO (P. Fr. Luis de). Fué este religioso trinitario descalzo, provincial de la provincia del Espíritu Santo y cronista general de su Orden. Se ignora la fecha de su nacimiento, pero debió ser hijo de Madrid cuando Baena le coloca entre los hijos ilustres de esta villa y corte en su *Diccionario histórico*. Murió en el convento de la Santísima Trinidad, ocupado hoy por el Ministerio de Fomento é Instruccion pública, el dia 19 de Diciembre de 1785, á los ochenta de su edad. Sus obras conocidas son: *Crónica de la centuria que le tocó*, la cual dejo inédita, y la *Vida del V. P. Fr. Juan Bautista de la Concepcion*. —A. C.

SAN DIEGO (V. Fr. Tomás de), religioso de la órden del seráfico P. San Francisco. Era natural de Tortuero, y habiendo tomado la ropa de donado para servir en la sacristía del santo convento de S. Diego de Alcalá, hizo tan clara reseña de su futura santidad, que los prelados, esperando el fruto que prometian aquellas esperanzas y sus buenas disposiciones, le dieron el hábito para lego en el convento de S. Antonio de la Cabrera, desde donde vuelto al de S. Diego, vivió en él muchos años con la perfeccion y santidad que prometieron sus principios. Tuvo muy raros y continuos éxtasis, aprobados por los Emmos. cardenales Sandoval y Trejo, habiendo sido estos venerables prelados testigos de vista de ellos con grande admiracion y no menor edificacion de sus almas, por cuyo favorable concepto se encomendaban frecuentemente en las oraciones de este santo varon. Sus raptos eran tan vehementes, que le elevaban de la tierra más de una vara, y tan frecuentes, que áun en la mesa, con el bocado en la boca, solia quedarse arrobado y tan enajenado de sí y sumergido en Dios, que ni atendia ni oia lo que le hablaban. En el rapto solia prorumpir en tan altos conceptos del amor de Dios y desprecio del siglo, que cuando le oian los doctos de la época quedaban no ménos confusos que pasmados. En el último resto de sus dias, á instancias de una persona de gran suposicion, devota de la Orden, le mandaron los prelados morar en Torrelaguna, donde murió con célebre opinion de santidad en 8 de Octubre del año 1620.—A. L.

SAN DIEGO Villalon (Fr. Juan de), religioso franciscano lego de la provincia de los Observantes de Andalucía. Ignóranse todas las circunstancias de su vida, sabiéndose únicamente, por lo que dice Arana de Varflora en sus *Ilustres Hijos de Sevilla*, de donde probablemente fué natural, que compuso las siguientes obras: *Compendio de la vida de S. Francisco Sola-*

no.—*Relacion histórica de la vida de la M. Sor Juana de la Cruz, abadesa del convento de Santa María de Cuba.*— *Vida de la venerable sierva de Dios Sor Ana de la Cruz, monja clarisa;* tres tomos en 4.°, ms.—*Apología por el Ilmo. Sr. D. Fr. Bernardino de Cárdenas, obispo de Paraguay.*—S. B.

SANDINI (Antonio). En el Vicentino nació este historiador el año 1692. Abrazó el estado eclesiástico, y despues que acabó sus estudios le agregó á su seminario el obispo de Padua. Consagró toda su vida á la enseñanza de la geografía y de la historia, y fué nombrado bibliotecario en 1732. Murió casi repentinamente de un ataque de apoplejía el dia 23 de Febrero de 1750, á la edad de cincuenta y nueve años. Sus obras son las siguientes: *Historia apostolica ex antiquis monumentis collecta*; Padua, 1731; nueva edicion aumentada y corregida, id., 1734, en 8.°—*Historia Familiæ Sacræ ex antiquis monumentis collecta;* Pádua, 1734, en 8.°; segunda edicion, 1755. Esta obra y la precedente las destinó el autor para sus discípulos, y estan escritas en diálogo. Los redactores del *Acta eruditor. Lipsiens.* dicen que Sardini no prueba todos los hechos de que trata, y que hubiera podido dispensarse de someter muchos de ellos á la prueba de la discusion. El P. Hyac Serri, sabio dominiquino, á quien habia criticado, le respondió en un opúsculo titulado: *Animadversiones anticriticæ in Historiam Sacræ Familiæ;* Paris, 1735, en 8.° —*Vitæ Pontificum romanorum ex antiquis monument. collectæ*; Padua, 1739, en 8.°; Ferrara, 1748; id., 1754, dos volúmenes en 8.° Esta obra está llena de sabias observaciones, y el obispo de Augsburgo publicó una edicion en Alemania con este título: *Basis Historiæ ecclesiasticæ.—Disputationes historiæ ad vitas Pontificum romanorum, Ant. Sardini posthumis curis retractæ et auctæ;* Ferrara, 1755, en 8.° Este volúmen, que es continuacion de la obra anterior, contiene veinte disertaciones, segun el biógrafo Mr. Weis, sobre puntos importantes de la historia eclesiástica durante los primeros siglos de la Iglesia.—C.

SAN DIONISIO (P. Fr. Diego de), dominico portugués, llamado el Mayor para distinguirle de otro que llevó su mismo nombre. Floreció en grandes virtudes en el convento de Sto. Domingo de Lisboa por los años del Señor de 1550, y fué muy estimado por sus predicaciones. Porque como predicaba, dice la Crónica, con el ejemplo de su vida y haciendo lo que decia, eran sus palabras como fuego que abrasaba los corazones, y su lengua espada de dos filos que templada con la gracia y la elocuencia natural de que estaba dotado, penetraba, obligaba y rendia á los pecadores más rebeldes y duros, haciendo encaminarse á muchos por la senda del santo temor y amor de Dios. Manifestaba en el púlpito un extraño fervor, y en algunas materias pronunciaba lo que sentia con un acento tan eficaz y tan conocidamente salido del alma y con un fuerte deseo de aprovechar, que heria las almas de los

oyentes; pero como esta vehemencia hacia mucho daño á su salud, aunque le daba excelente fruto en los prójimos, quedaba tan fatigado y rendido como si saliera de una batalla. Por lo cual como siendo anciano continuase todavía en el púlpito con la misma constancia que en su juventud, nacida de su grande espíritu y celo por el bien de las almas, se esforzó un dia tanto que se le reventó una vena del pecho, y se volvió á la celda echando sangre por la boca. Hiciéronle muchos remedios, pero todos en vano por su avanzada edad. Durante su dolencia manifestó las virtudes que le habian distinguido en su cabal salud, pues la sufria no solo con paciencia sino tambien con alegría. Reducido ya á grande debilidad, y suspirando por la hora que lo habia de sacar de esta vida, entró el médico una mañana y le declaró que se hallaba próximo á su último instante. Agradecióle Fr. Diego este desengaño como en otro tiempo pudiera desear nuevas de su salud, y se lo manifestó con las obras, ya que no pudo por las palabras. Dióle fuerzas el placer como á los frenéticos la fuerza del mal. Sentóse en la cama, y echando al médico los brazos al cuello, le pidió que recibiese aquel abrazo, que era todo lo que podia darle, deseando que fuera una rica dádiva, por la alegría inexplicable que le causaba la buena nueva que le habia traido, y tardó poco en ir á gozar de Dios.—S. B.

SAN DIONISIO (P. Fr. Juan), religioso dominico, natural de la villa de Aguilar, tomó el hábito en el convento de Escala Cœli de Córdoba, casa religiosa dos veces consagrada, una por su fundador el santo Fr. Alvaro de Córdoba, y otra por su restaurador el V. P. Fr. Luis de Granada, que de órden del maestro general de su religion, y principalmente por inspiracion divina, se pasó aquel tiempo elevando en ella la observancia al mayor grado de perfeccion. Ocupó su Orden á Fr. Juan de San Dionisio, que se llamó de Heredia hasta su llegada á Filipinas, en pedir limosna para la cofradía del santo Fr. Alvaro, cargo que ejerció con singular ejemplo bajando á la ciudad de Córdoba, distante una legua, y siendo tan apreciado de todos, que con la mayor facilidad reunia copiosas limosnas y vivia tan confiado en la Providencia, que no perdia sermon, fiesta ni jubileo, pareciendo más bien penitente que demandante. Tenia el convento de S. Alvaro una casa de hospedería en la ciudad de Córdoba, donde descansaban los religiosos que bajaban á la ciudad, pero Fr. Juan supo ganarse el favor de los prelados del convento de S. Pablo, que era el principal que tenian los dominicos en Córdoba, y en él se le señaló celda, desde la cual acudia con más regularidad y satisfaccion á los ejercicios de aquel convento, en particular á maitines. Llegó por este tiempo (1590) un procurador de la provincia de Filipinas para llevar religiosos á estas islas, y publicada en Córdoba su comision, fué Fr. Juan uno de los primeros que se alistaron; concibiendo esperanzas de

mayor servicio de Dios en dejar su país natal y emprender el trabajo de las misiones; pero apénas se supo su determinacion, cuando le reclamó su convento creyéndole defraudado, no tanto en el interés temporal cuanto en el crédito y consuelo que gozaba con tal hijo, y halló tan de su parte á toda la ciudad, que el mismo obispo, que lo era á la sazon D. Pablo de la Laguna, se empeñó con el señor vicario en que no se le llevasen y así se consiguió por entónces. Pero pasando poco despues por Córdoba un religioso dominico, que pasaba de arzobispo á Sto. Domingo, é informado del buen nombre y virtud de Fr. Juan, y viéndole disgustado por haberse descompuesto su viaje á Filipinas, le eligió por compañero, y él acudió con gusto, viendo la facilidad de seguir su primera vocacion, vencidas de esta manera las dificultades de Córdoba. Sucedióle así, siéndole muy fácil el conseguirlo ahora, pues habiendo encontrado una embarcacion que llevaba misioneros á Filipinas, se unió á ellos y no tardó en llegar á su nuevo destino, donde fué perfectamente acogido. No mudó Fr. Juan de espíritu aunque lo mejoró, y ocupado desde luego en el humilde ejercicio de portero y padre de pobres, le desempeñó con general aprobacion de religiosos y seglares. Fué desde luego manifestando los subidos quilates de su grande caridad, sin añadir su pobre racion al ordinario reparto, contentándose su cuerpo con una pequeña parte. Disponíales primero con oraciones y les leia un capítulo de la *Guia de pecadores del P. Granada*, manifestando su devocion en comentar cada una de sus palabras con tiernos coloquios y devotas lágrimas. Destinósele despues al hospital de los chinos, denominado de S. Gabriel, para que desempeñase el cargo de enfermero, y aunque jamás habia desempeñado semejante oficio, lo suplió todo con su amor á Dios, distinguiéndose desde luego en su cometido. Su apacible trato, su fervoroso celo, su aseo y puntualidad le hicieron ganar millares de almas para Dios en medio de los infieles, entre quienes estaba obligado á vivir, y á los que se ocupaba en curar, haciéndolo no solo con sus manos sino tambien con su ejemplo; é ignorando su lengua, les hablaba con la de la caridad, de manera que comprendian muy bien el fin á que se encaminaba, que era al mismo tiempo que la cura del cuerpo hacer la del alma, y obrando muchas veces la gracia de Dios por medio del sagrado bautismo. La necesidad le obligó á aprender algo de medicina, al ménos para los casos ordinarios, por la falta de médicos, y salió tan bien con su empresa, que era muy grande su ayuda, y en su esfera llegó á tener no poca fama. Lleno ya de años, le volvieron los prelados al convento porque le faltaban las fuerzas que requeria su trabajo, y se le volvió á ocupar en su antiguo empleo de portero, donde por descanso encontró de nuevo á sus antiguos pobres. No faltaba por esto á las horas de oracion y maitines, y cuando algun tiempo despues le jubilaron los prelados y le dispensaron de la

asistencia á todos los actos de comunidad, no queria de ningun modo prescindir de los fervores de su devocion. Se levantaba á las dos de la noche é iba al coro, donde hacia una hora de oracion y se entregaba á sus penitencias, hasta que se quedaba despues dormido. Trataba luego de terminar este tan piadoso acto y comenzaba sus oraciones vocales, rezando desde los corredores del coro por las ánimas del purgatorio, y en particular por las de sus hermanos enterrados en la iglesia. Luego se iba despidiendo de los santos por sus altares, estacion al Santísimo Sacramento, á S. José, su especial dovoto, á santo Domingo etc., hasta que ya al amanecer se iba á la tribuna de nuestra Señora del Rosario, y allí pasaba largo rato encontrándole al entrar y salir de prima los religiosos. Oia gran número de misas y luego se retiraba á su celda, pasando así la senectud. Diéronle los prelados licencia para comulgar cada tercer dia, con lo que duplicó su devocion, sin que en los últimos años le oyesen hablar en el convento una sola palabra. Tuvo don de lágrimas, y muchas veces no se atrevia en completas ó en horas por no distraer á los demás. En esta ejemplar y tan bien empleada vida llegó hasta cerca de noventa años, tocando su alma al puerto de tan larga y preciosa navegacion, rica de preciosos empleos y desembarazada de cuidados del mundo. Recibió los últimos Sacramentos, y pagó alegre la deuda comun, dejando muchas pruebas de que aquel fué el primer dia de su verdadera vida. En opinion de todos vivió y murió como santo. Las alhajas que dejó fueron un hábito pobre y de jerga, conforme se usan en aquella provincia, y una frazada. El capítulo general hizo de él la correspondiente mencion honorífica, que aunque breve, manifiesta la grande veneracion que merecia.—S. B.

SAN DIONISIO (Fr. Pedro de), religioso de la órden de nuestra Señora de la Merced. Era francés de nacion y natural de la ciudad de Narbona, de calificada y conocida familia. Sus padres le criaron cristianamente, dándole maestros que le enseñasen á ser religioso y discreto. Estudió las primeras letras en Narbona, su patria, y pareciendo que descubria inclinacion á mayores estudios y talento para salir aprovechado, le enviaron á París, donde florecian por aquella época en sus escuelas y universidad la flor de los hombres más doctos del mundo, que entónces desempeñaban las cátedras y regencias de todas las artes y ciencias en París. Allí dió principio á sus estudios Pedro Dionisio en las dos facultades de teología y cánones, saliendo en breves años tan consumado y perfecto, que en una y otra recibió el grado de doctor con aplauso y aprobacion de toda la escuela. Estas conocidas ventajas le procuraron en la corte de sus reyes la adquisicion de buenos destinos, á pesar de contar solos veinticinco años, y en la escuela de sus contemporáneos las primeras y mejores cátedras. El Señor, que le guiaba á otros caminos para que diese con más seguridad

y brevedad con el de su salvacion, permitió que cayese en una enfermedad gravísima, tal que los médicos desconfiaron de su salud; y viendo que los del cuerpo le desampararon, se puso en manos de los del alma, y tratando del remedio de esta, se sirvió Dios descubrirle que todo su mal y daño provenia de su soberbia y afan de sobresalir y figurar. Dándole una nueva y sobrenatural luz se compungió y lloró sus yerros pasados, deseando la pronta enmienda; acertó á hallar confesor y padre espiritual que le consoló y aconsejó mudase de costumbres, haciéndole presente que si el mal que le dominaba era la soberbia, y la ponzoña que se habia enseñoreado de aquel corazon era ambicion y vanidad, convenia curarla con los antídotos de la humildad y desprecio propio, encargándole fervorosamente que en cuanto recobrase la salud abandonase las escuelas, cerrase los libros, volviese las espaldas á los amigos, y se retirase á alguna parte solitaria donde pudiese ejercitar algunas obras penales; que hiciese algunas peregrinaciones, que visitase hospitales, y sobre todo se acostumbrase á conservar todos los dias y por algunas horas un concertado silencio, haciendo muchos actos de mortificacion y juzgándose á sí mismo por la criatura más vil y desechada de la tierra. Con facilidad suma cumplió y ejecutó Pedro Dionisio lo que le habia aconsejado y ordenado su confesor, comenzando por emprender una peregrinacion y viaje á algunos lugares santos. Vistió el hábito de peregrino, y sigilosamente, sin despedirse de nadie, se dirigió á la casa en que con suma devocion se venera el Santísimo Cristo de Oristan, donde cumplió con sus devociones y novenas. Hizo otras romerías y visitó otros santos lugares, entre ellos la santa ciudad de Roma, donde adoró todas sus reliquias y sus lugares santos. Volvió á París muy decidido á dar de mano al mundo y á sus vanidades, eligiendo un modo de vida donde hallase y tuviese constante paz y quietud de su alma, determinándose de una vez á entrar en una de las religiones aprobadas, donde se observase clausura y silencio, y se tuviesen horas señaladas dedicadas á la oracion vocal y mental, no haciendo otra cosa que alabar y bendecir á Dios, quitado de las pretensiones del mundo. Firme en este propósito, salió de París y se fué á Narbona, donde fué admitido y recibió el hábito de religioso en el monasterio de nuestra Señora de la Merced. Despues que profesó Fr. Pedro de San Dionisio, comenzó á hacer una vida tan ejemplar y observante, que á todos servia de ejemplo, edificando á los más vigilantes y celosos de la observancia, y confundiendo á los descuidados y perezosos, siendo notable su puntualidad en asistir á todo lo que se le ordenaba; y despues de cumplidas todas estas obligaciones, los ratos que habian de servir para dar descanso al cuerpo los ocupaba en estudios de la sagrada teología y cánones, para poder acudir á lo que algunas veces le era mandado en el ministerio

del púlpito y en algunos casos graves que se le consultaba en negocios de conciencia y de consideracion, aunque despues que Fr. Pedro se separó del siglo y de los estudios, se excusaba cuanto podia de comunicar con nadie en materia de letras, sino era cuando intervenia el precepto de obediencia. Mayor amor y aficion habia cobrado al estudio de la penitencia y contemplacion, á que dedicaba muchas horas; dormia muy poco, velaba mucho, tanto que en las veinticuatro horas del dia y de la noche solo dormia una hora ó poco más, y áun este breve reposo le tomaba sentado en una tarima con un palo entre la cabeza y la pared, á fin de que arrimada la cabeza como pudiera á una almohada, fuese el sueño tan penoso, que no le impidiese estar pronto á despertar á las horas que habia menester para sus ejercicios espirituales. Con la costumbre que hizo á no dormir y á velar siempre el santo mártir Fr. Pedro de S. Dionisio, vino á traer tan sujetos sus sentidos y tan medidas y enfrenadas las inclinaciones de su cuerpo, que su vida era más bien espiritual que corporal; y aunque padecia grandes dolores y muchas enfermedades, y se le procuró ir á la mano, con todo eso perseveró hasta el fin, padeciendo constante y valerosamente todos aquellos achaques, dolores y penas por Jesucristo puesto en cruz, á quien deseaba imitar, siendo las más de sus contemplaciones acerca de los misterios dolorosos de la pasion de Cristo. Toda la religion tenia formado un elevado concepto de este varon del cielo, y así en el capítulo general que se celebró en Perpiñan el año de 1245 por el mes de Mayo, aunque el santo varon se excusó cuanto pudo, al fin hubo de aceptar, y fué nombrado por comendador del mismo convento de Perpiñan, adonde prosiguió en el modo de su vida ejemplar y observante, no desdiciendo un punto de aquellas sus penitencias y contemplaciones extraordinarias; siendo tantas sus vigilias, que llegó á estar muy enfermo, y los médicos corporales le hicieron presente que era cargo de conciencia hacer lo que hacia, porque se quitaba la vida muy apriesa. Cumplia con ellos diciendo que se enmendaria de allí adelante; pero la verdad era que siempre perseveraba en su contínua vigilia, tomándose cuenta á sí mismo de las nuevas obligaciones que le corrian como á prelado y pastor de velar y desvelarse. Los religiosos viéndole tan flaco y amarillo, le pidieron encarecidamente que mirase más por su salud, y que cada uno de ellos se encargaria en particular en desvelarse en todo aquello que fuese necesario y conveniente á la comunidad para que durmiese algo más, atendiendo todos de consuno á que vida tan importante en la religion no se acabase tan apriesa. Mas él contestaba con las siguientes palabras escritas en la puerta de su celda: *Vigilia necessaria Pastoribus*. Llegó el año de 1247 y se celebró otro capítulo en la ciudad de Tarragona, y habiendo de nombrar redentores para una redencion que se queria hacer en Africa, en Túnez, fué nombrado

por redentor el santo varon Fr. Pedro de S. Dionisio, y por su compañero Fr. Bernardo de Pratis. Catalan de nacion, se embarcaron con el dinero de la redencion en unos buques genoveses y pisanos, y llevando su salvoconducto, llegaron con felicidad á la costa de Africa, y entraron en la ciudad de Túnez; hízose el rescate y rescataron doscientos nueve cautivos. Y aunque se empleó todo el dinero que llevaban los Padres redentores, era mayor el número de cautivos que habia con grande necesidad de ser rescatados, por criminal descuido de los príncipes cristianos, particularmente los de Francia, Italia y Alemania, siendo ocasion de que en aquella época desastrosa las ciudades de Africa, especialmente las marítimas, estuviesen llenas de despojos de diferentes partes de la cristiandad. De esto se seguia un gran daño, pues perdiendo los cautivos la esperanza de ser rescatados, viéndose en tan miserable estado, daban en lo que por ventura jamás habian imaginado, especialmente aquellos que Dios habia dejado de su mano, que es la mayor desdicha que puede sobrevenir á una alma desgraciada. De esta clase de gente halló en Tunez bastante el santo Fr. Pedro, y como tenia aquellas entrañas tan compasivas y tan ricas de los favores de Dios, y veia con cuánta facilidad apostataban su fe, profanaban su nombre santísimo y se ensuciaban en todo género de abominables vicios, doliale tanto y lo sentia de suerte, que de dia y de noche iba suspirando y derramando lágrimas, y se salia al campo y allí daba voces pidiendo á Dios unas veces misericordia y otras justicia; tan consumido y acabado le traia el celo de la honra de Dios como á otro David. Llegó la hora de hacer el rescate, y viendo que la cantidad del dinero no alcanzaba á poder rescatar mayor número de cautivos que el de doscientos nueve, y que estaban en peligro de dejar la fe otros muchos, habló al rey de Túnez, haciéndole presente el objeto que allí los llevaba, teniendo obligacion cuando no alcanzasen los fondos á quedarse en rehenes los religiosos hasta la remision de nuevas cantidades; que en esta atencion, quedando muchos que desearia rescatar, entre ellos especialmente diez mujeres y veinte muchachos, le pedia como favor y amistad que se fuesen libres con los demás, quedando Fr. Pedro en prendas, empeño y resguardo del precio en que se concertase su rescate, hasta que se trajese el dinero de España, dando además por fiador suyo á Guillermo de Caors, mercader francés, natural de Narbona, que tenia allí casa y contratacion, y terminó su audiencia entregándole una lista con los nombres de los cautivos que deseaba se pusiesen en libertad, y los de sus dueños y señores. El rey Mahomet Alicur ó Alicour, que es lo mismo que Ali Renegado, le respondió que mandaria llamar á los dueños de los cautivos, y con su beneplácito, se haria lo que pedia. Pasaron muchos dias dilatándose el cumplimiento de la respuesta, y siguiéndose muchos inconvenientes de retardar más el embar-

que de los rescatados, por lo que acordaron el santo Fr. Pedro y Fr. Bernardo su compañero, que el uno de los dos se embarcase con los cautivos y los llevase á España, y el otro se quedase en casa de aquel mercader francés á esperar la resolucion del Rey. Convenidos en todo, se trató de sortear á los dos religiosos, para que la suerte decidiese cuál se habia de quedar en Túnez; pero el santo Fr. Pedro, como deseaba tanto padecer por Cristo y estaba tan deseoso del bien y remedio de aquellas almas que estaban tan á pique de perderse, dijo que de ninguna manera se tratase de echar suertes, porque la que él tendria por felicísima y muchas veces buena, sería el merecer el ser el que habia de quedar. Así se hizo; embarcóse Fr. Bernardo con sus doscientos nueve cautivos, y quedóse en Túnez en casa del francés el santo Fr. Pedro. Luego que el varon del cielo se vió solo en aquella ciudad toda llena de infieles, aunque era tan continuo penitente y tan vigilante, redobló las penitencias y multiplicó las horas de oracion, y de dia y de noche estaba pidiendo á Dios, inundado en llanto, que diese luz á aquella gente ciega y miserable, y se doliese de aquellos niños bautizados y bañados con el precioso tesoro de su sangre santísima y de aquellas mujeres cristianas, que ya como bestias sin freno ni uso de razon, vivian sumergidas en la profundidad de abominables vicios, estando muy próximas unas y otros á abanbonar la fe. Pedia esto á Dios con notable ánsia y ahinco, y le decia: «Señor, si es de consideracion que yo pase, no una, sino muchas muertes y tormentos, aquí estoy.» En estas súplicas pasaba las noches de claro en claro, de una luz á otra sin dormir. Parte del dia lo pasaba esperando en palacio la respuesta del rey; y el tiempo restante lo ocupaba en acudir á consolar á los miserables y afligidos cautivos, haciéndoles algunas pláticas y sermones espirituales. Retardándose la negociacion de la libertad de aquellos cautivos, entreteniéndole el rey con dilaciones y evasivas, llegó á saber el santo Fray Pedro, que la razon era porque aquellas malas mujeres habian persuadido á los muchachos cristianos á que dejasen la fe. Sintió y le causó la nueva el mayor dolor, y deseando remediarlo se fué á las mazmorras, adonde se solian juntar los más de los cautivos; y como otras veces lo habia hecho con licencia del mismo rey de Túnez, celebró Misa y predicó un sermon á los cristianos cautivos, con tanto fervor y tantas lágrimas, que los niños cautivos que se hallaban presentes al sermon, decian á voces que no querian dejar la fe, que ántes dejarian la vida. Llegó el suceso á noticia del rey, y lo sintió sobremanera, y además excitaron su indignacion contra el varon de Dios muchos de aquellos alfaquíes y morabitos, diciendo: que aquel cristiano predicaba públicamente por las calles y repetidas veces la fe de Cristo, que de tal suerte traia revuelta la ciudad que podia temerse un mal suceso, siendo afrentoso, y caso de ménos valer, no castigar á aquel cristiano que

tantas blasfemias y males decia de su profeta Mahoma. Irritado y excitado por estos calumniadores, mandó al punto el rey, que así como se hallase, predicando ó diciendo Misa, le sacasen y le diesen muchos palos, y le pusiesen en tormento, que consistia en un aparato de cordeles que producian indecible daño, muy usado por los moros de aquel país; así se cumplió, y el santo y valeroso mártir estuvo constante todo el tiempo que duró, mostrándose muy alegre y agradecido á Dios por las mercedes que le habia hecho sin merecerlo, en dar valor á aquellos niños para que se resistiesen y no abandonasen su fe. Viéndole con tanto ánimo y serenidad los que le atormentaban, se lo participaron al rey, el cual mandó nuevamente que le llevasen por las calles y le azotasen, y sacándole en seguida fuera de la ciudad le decapitasen. En este lance fué cuando el valeroso mártir, sabiendo que habia de perder la vida por Jesucristo por haber predicado su ley evangélica, se llenó de júbilo y santa alegría, y comenzó á decir como el santo Simeon: «Señor, ahora sí que partiré en paz, pues sin merecerlo, se cumplen mis deseos, y me cumplís la palabra que tantas veces me teneis prometida de dar la vida por vuestro nombre. Padre clementísimo, doleos de estos corderillos inocentes, que quedan entre estos lobos carniceros, libradlos de sus uñas y bocas, y conservadlos en el propósito santo que hoy han mostrado de perseverar en nuestra fe.» Estas y otras semejantes razones decia, hasta que llegaron los crueles verdugos y le azotaron por las calles de Túnez hasta salir al campo con la víctima; entónces haciéndole diversas injurias y afrentas de obra y de palabra, no bastando los acerbos tormentos que le aplicaron para quitarle la vida, procedieron por último á la ejecucion del mandato del Rey, y le cortaron la cabeza. Una cosa notable sucedió al cortársela, pues habiendo errado el golpe del alfanje del moro ejecutor, hiriéndole en punto distinto del que correspondia para terminar la obra, y como soltase la cabeza, el santísimo varon y mártir ilustre volvió á entregar su cuello á las manos del verdugo, que de esta vez se la cortó y segó en el mismo momento en que rogaba, no solo por el consuelo y perseverancia de los cautivos cristianos, sino por la conversion de las almas de aquellos infieles, que actualmente le estaban quitando la vida. Luego que decapitaron al santo mártir Fr. Pedro de S. Dionisio, los cautivos cristianos trataron de hurtar ó apoderarse del santo cuerpo y reliquias para mandarlo á España, pero comprendiendo los moros su intento, quemaron el cuerpo y la cabeza, é impusieron graves penas á quien llegase á tocar á las cenizas, llevados de cierta vana vergüenza y refinada crueldad. ¿De qué sirve, dice el V. Beda, que los tiranos y perseguidores de los santos, despues de haberles quitado las vidas, se ensañen contra los cuerpos y reliquias de los mártires, y los despedazen y echen á las aves y fieras del campo? ¿Creerán con esto salir con lo

que pretenden? No ciertamente, no siendo poderosos para resistir ni oponerse á la omnipotencia de Dios, qué los ha de volver á juntar cuando fuere conveniente, y á dar vida para mayor confusion de los tiranos y mayor gloria de los santos mártires que padecieron por su nombre santísimo. Así pretendió el bárbaro mahometano de Túnez borrar la memoria de este excelso y aventajado mártir, quemando aquellas reliquias preciosísimas; pero en vano se cansó, porque con entregar las cenizas al viento no consiguió otra cosa que convertirlas en alas y lenguas de la fama de su heróico é ilustre martirio, haciéndole público en las memorias de la cristiandad, y enriqueciendo la de su madre la religion de la órden de nuestra Señora de la Merced, con la gloria de tan santo hijo y tan excelente mártir.—A. L.

SANDIUS (P. Eduardo), jesuita portugués, cuyo verdadero apellido es indudablemente Sande, muy noble en aquel reino y tambien en el nuestro, donde muchas personas que le han llevado se han distinguido en las armas y en las letras. Sande supo corresponder á la gloria recibida de sus antepasados, y aunque desde luego ingresó en la Compañía de Jesus, hizo en ella extraordinarios adelantos en la virtud y en las letras. Se hallaba dotado de profundos y variados conocimientos, de un juicio sólido y recto, y de un espíritu tan penetrante, que alguna vez parecia ser sutil en demasía. Encargóse desde luego de la instruccion de la juventud, y enseñó las ciencias sucesivamente en Evora, Coimbra y otras ciudades, yendo por último á ocupar un destino á Lisboa, en cuya ciudad prestó ayuda á los sabios más eminentes, ya en la publicacion de sus obras ó en sus explicaciones en las cátedras. Jóven todavía pasó á Italia, donde sostuvo varios certámenes públicos, mereciendo extraordinarios aplausos, aplausos que no pudieron envanecerle ni engreirle, porque se hallaba harto convencido de que aquellos ejercicios no se hallaban exentos de charlatanismo, habiendo tomado parte en ellos únicamente por complacer á algunos de sus ilustres compañeros, que entusiastas de su saber, le hicieron repetidas instancias con el mencionado objeto. Volviendo luego á su patria, fué por espacio de diez años profesor de matemáticas y física en el seminario de la Compañía, marchando de nuevo á Italia, donde encontró poderosos protectores, bajo cuyo amparo vivió tranquilo; no ocupándose más que de sus trabajos literarios. Sande poseia vastos conocimientos en todas las ciencias, y fué un verdadero fenómeno en su siglo, hallábase adornado de eminentes cualidades, por lo que obtenia acogida en las principales casas de todos los países por donde transitó, y su eminente virtud le hizo amar áun de sus mismos enemigos. Su gloriosa carrera no tuvo mancha alguna, á pesar de que hubo de mezclarse en asuntos que no se avenian muy bien con su profesion, pero tal suele ser la desgracia de los tiempos, que áun los hombres más pacíficos y sosegados se ven en la

precision de mezclarse en asuntos que repugnan á su índole y carácter. Sande habia nacido para el retiro y la soledad, así lo prueban sus numerosas obras y su carácter verdaderamente austero. Mas llevado por el viento de la desgracia á diferentes paises, y teniendo que pasar por opuestas vicisitudes, hubo de ceder ante la necesidad, que suele ser con frecuencia absoluta soberana de los hombres. Murió por último en paz, dejando diferentes obras cuya lista puede verse en la biblioteca de la Compañia del P. Ribadeneira.—S. B.

SANDIZELLER (Wolfango), religioso célebre del monasterio de S. Atton en Baviera; parece pertenecia á la casa real de este reino, y que siguió la regla de Sta. Brigida, que era la del convento en que vivió, no queriendo nunca tomar los órdenes sagrados, excepto los menores. Fué enviado á Roma cerca del pontífice Julio como procurador de su monasterio para defender á los religiosos y religiosas de su Orden, lo que hizo con los mejores resultados, de manera que los Padres mandaron que se le considerase despues de su muerte como uno de los bienhechores de su monasterio, y que se conservase su retrato entre los de los fundadores. Murió el año de 1525.—S. B.

SANDOLINO (Fr. Querubin), capuchino italiano de la provincia de Venecia. Nació á principios del siglo XVI en esta ciudad, cuyo orígen remonta al tiempo de las invasiones de los hunnos. Las lagunas del Adriático se hallaban en aquella época pobladas por pescadores que se mantenian del comercio de sus redes, que enviado á los orgullosos señores de Italia, lo pagaban á precio de oro, mirando como esclavos á los desgraciados cuyo destino era proporcionarles los manjares exquisitos que les recreaban en la mesa: no pensaban ni podian pensar aquellos orgullosos magnates, que muy en breve habian de ir á pedir hospitalidad á sus pobres siervos, á pedirles participacion en su patria, y á convertirla con la generosa sangre que rebosaba en sus venas en una de las naciones más afamadas de la moderna Europa, conservando en ella las tradiciones del imperio romano, con sus luchas entre patricios y plebeyos, y á veces entre los mismos nobles, capitaneando esa parte del pueblo, que amiga de novedades y sobre todo de mejorar, aunque su suerte empeore en realidad en todas las revueltas, se halla siempre pronta á afiliarse á todas las banderas, á seguir á todos los tribunos, y ora salude al morir al César, ya pida el reparto de tierras, y viole las esposas de sus señores, siempre es la misma; pronta siempre á defender el pontificado con Pio V, á atacarle con Rienzi. Venecia no soñaba con sus futuros destinos en los tiempos á que nos referimos, pobre colonia de pescadores que habitaban en chozas y cabañas sin otro patrimonio que sus barcas y sus redes, sin más tesoros que los que el mar les proporcionaba, ni áun habian adquirido ninguno de esos derechos de que tan pródigos fueron los últimos

emperadores romanes. Pero Atila, el vencedor de los godos, de los suevos y de los alanos, el que despues de imponer sus leyes al Oriente cayó como una terrible tormenta sobre el Occidente, reclamando la mano de una princesa imperial que por algunas de las debilidades propias de su sexo, habia tenido que arrojarse en los brazos del bárbaro conquistador, que por lo tanto se denominaba defensor de la inocencia oprimida y paladin de la hermosura; Atila, aunque vencido en las llanuras de Chalons, aún habia conservado las suficientes fuerzas para caer una y otra vez sobre las fértiles llanuras de Italia. En su última expedicion puso sitio á Aquilea, entónces fué cuando los patricios romanos, atemorizados ante tan terrible conquistador, creyeron llegada la última hora de su imperio, y temiendo por sus vidas, idearon un extraño modo de defensa. Los bárbaros desconocian el arte de la navegacion, un canal era una muralla que no sabian vencer, y las más ilustres familias de Roma pusieron esta muralla entre ellos y sus vencedores, retirándose á las lagunas del Adriático. Roma no pereció por entónces, pero cuando uno de los tenientes de Atila acabó para siempre con el imperio romano, los senadores y los caballeros conocian ya un asilo, y á él se retiraron, estableciéndose para siempre en las estrechas lenguas de la tierra, separadas del continente por estrechos canales. Entónces nació Venecia. Todavía, sin embargo, permaneció por mucho tiempo en el olvido. Republicana desde su orígen, no la impusieron sus leyes los ostrogodos ni los lombardos, y en tiempo de Casiodoro conservaba su independencia; gracias acaso á su pobreza excesiva, no habia llamado la atencion de ninguna de las razas que se disputaron el dominio de Italia, inclusos los exarcas, que aunque hubieran debido protegerla, tenian demasiado que hacer con propios y extraños enemigos para ocuparse de los pobres isleños, que continuaban entregados á su triste suerte. Pero apénas se anuncia la edad media, se perfecciona un tanto el arte de la navegacion, y las repúblicas italianas comienzan á dar algunas muestras de vida, cuando la orgullosa Venecia se ostenta sin rival en sus triunfos y en su grandeza. Su imperio era el mar, sus fuerzas su armada, su poder su constitucion y sus leyes. Las luchas que habian señalado la turbulenta historia de la republicana Roma, vuelven á reproducirse en Venecia; pero los Gracos y los Marios encuentran la muerte en los mismos canales que eran el símbolo de su independencia y libertad. República aristocrática, cuando alguno de sus hijos, lleno de ambicion ó de desordenados deseos, quiere trastornar su constitucion y sus leyes, tiene tribunales secretos, horribles tormentos, castigos inauditos, y sabe conservar la libertad con los medios de la tiranía. Venecia, sin embargo, ha sido la república de más larga duracion que se encuentra en los anales de la humanidad, nació á mediados del siglo V, y la mató en el XVIII la revolucion francesa, como si

la libertad moderna estuviera reñida con la antigua, y al encontrarse, no cabiendo en el mismo mundo, la más poderosa ahogase entre sus brazos á la más débil. Pero Venecia, aunque perdido su poder y su importancia, ha conservado todavía su nombre, y quién sabe si en la invasion de bárbaros de que hoy se ve amenazada la Europa, volverá á recobrar tambien su poder y su independencia. En esta ciudad, que tantas glorias ha dado al catolicismo, jamás manchada por la herejía, pues sus principios políticos se hallaban perfectamonte armonizados con nuestra santa religion, nació Sandolino á principios del siglo XVI en una de las épocas más gloriosas para su república. Luchaba entónces á la vez y sucesivamente contra todos los poderosos europeos, y excepto con el Papa, con quien con raras excepciones solia estar siempre en paz, desde los palacios levantados á orillas de sus lagunas, desafiaba el poder de los poderosos monarcas europeos. Solo España habia conseguido domar un tanto su orgullo, y acaso el célebre virey de Nápoles, duque de Osuna, estuvo á punto de acabar con su libertad y su vida; pero el vencedor, vencido á su vez por la hábil diplomacia de aquellos astutos republicanos, no tardó en ser llamado á Madrid, preso, y acaso hubiera sido peor aún su destino, si la muerte no hubiera venido á cortar el hilo de sus dias. Venecia fué tambien el orígen de las desgracias de Quevedo, que disfrazado de mendigo pudo penetrar en la ciudad acuática para servir á los planes del duque de Osuna. Venecia obligó tambien al marqués de Bedmar á abandonar la espada por el capelo, bajo el cual encontró tambien la salvacion que de otra manera no le hubiese sido tan fácil obtener. Pero Venecia no fué siempre enemiga de España, todo lo contrario, su gloria fué con frecuencia nuestra gloria, su poder nuestro poder, su independencia nuestra independencia. Atacada constantemente por los corsarios berberiscos y turcos que infestaban tambien nuestras costas, tenia intereses comunes con nosotros, y sus armadas se unian con las nuestras para defenderse y ofender al enemigo comun; por esto tomó parte en la batalla de Lepanto. Aun en las guerras continentales solia ayudarnos, y cuando más rotas parecian las relaciones entre ambas potencias, nunca faltaba en Madrid un embajador veneciano que negociaba cerca del rey ó de su consejo. En este siglo de tantas turbulencias y revueltas políticas fué en el que nació Sandolino, que á pesar de ellas supo conservar su noble y delicado carácter, abandonando las vanidades mundanas por los bienes eternos, y retirándose á un convento de la religion Seráfica, donde tomó el hábito sin olvidar por eso su patria, que como buen veneciano vivia eterna é imperecedera en su corazon. En el claustro, aunque entregado á las prácticas piadosas propias de su instituto, se consagró principalmente á los estudios que más útiles podian ser á sus compatriotas, es decir, á las matemáticas y la astronomía, tan necesarias

para la navegacion. Así áun abandonando el mundo no olvidó á su patria, y la fué en extremo útil en medio del retiro y la oracion. Tal era el carácter de los venecianos de aquel período, tal debe ser el de los hombres que se tienen y valen algo en todos los siglos y países. Sandolino hizo grandes adelantos en su ciencia, en extremo atrasada entónces, en que apénas era conocido Copérnico, y no habian nacido aún sus ilustres sucesores. No solo estudió con detenimiento estas ciencias, sino que las enseñó pública y privadamente, y compuso una obra de grande provecho para los navegantes. Su amor á esta ciencia le hizo abandonar todas las ventajas que le ofrecia su religion. Elocuente, erudito y laborioso, honrado con la amistad de los principales prelados de la Iglesia, hubiera podido aspirar á los primeros puestos en su Orden; quiso sin embargo renunciar á todo género de ocupaciones para consagrarse principalmente á su objeto predilecto que acabó por conseguir, mereciendo la estimacion y aprecio no solo de sus compatriotas, sino tambien de muchos extraños, que desde los más remotos países iban á consultarle en sus dudas y resolver sus dificultades. Glorioso premio concedido á muy pocos, y que en Sandolino fué una justa remuneracion de su abnegacion y sacrificios. Su escuela fué frecuentada por los hombres de más importancia de su república y de toda Italia, y su libro despues de merecer la atencion y los elogios de los hombres más eminentes en esta materia, y áun en todos los ramos del saber humano, fué leido con avidez por el pueblo en general, esparciéndose por casi toda Europa. Ilustres naciones le debieron su educacion, y su nombre se pronunció mucho tiempo despues de su muerte ocupando un digno lugar en la historia de la ciencia. Hé aquí cómo el ilustre religioso supo abrirse camino á través de todas las dificultades, luchar con cuantas se oponian á su paso y ocupar un digno puesto en su siglo, no obstante su hábito y sus costumbres en la apariencia contrarias á lo que algunos hombres, mucho ménos ilustrados de lo que ellos se creen, suponen debe ser un verdadero sabio. Ignórase la época de su muerte, que debió ser entrado el siglo XVII. El título de su obra es el siguiente: *Taulemma Cherubicum Catholicum, universalia et particularia, continens principia, sive instrumenta ad horas omnes Italicas, bohemicas, gallicas, babylonicas diurnas atque nocturnas dignoscendas, et ad componendum per universum orbem earum multiformia horologia exquisititium*, dedicado al cardenal Antonio Sanctorio; Venecia, por Roberto Majetti, 1598, un vol. en fol. dividido en diez libros.—S. B.

SANDOVAL (P. Alonso), de la Compañía de Jesus. Ignórase el lugar del nacimiento de este religioso, aunque debió ser en uno de los de la diócesis de Toledo, en que pasó toda su vida y se distinguió mucho por sus grandes cualidades. Jóven todavía, ingresó en el instituto de S. Ignacio de Loyola,

probablemente en el colegio de Alcalá, en que tanto se distinguió despues. Sus muchas virtudes, su grande aplicacion y su celo por el fomento de la Compañía, le valieron la consideracion de sus contemporáneos, que le miraban como uno de los miembros más notables de su instituto. Ya en su noviciado manifestó las cualidades por que se habia de distinguir en lo futuro, pues humilde y obediente, tenia un verdadero placer en ocuparse de los asuntos más ínfimos de la casa, en aquellos trabajos que solo por obediencia admitian otros y él ejecutaba voluntariamente con particular placer. Sus penitencias eran tan contínuas como rigurosas, y deseaba constantemente sufrir alguna mortificacion que le hiciera acreedor al renombre que como religioso merecia. Asíduo en sus oraciones, pasaba dias y noches entregado á ellas, y lo mismo en el coro que en su celda, no se le veia ocupado más que en bendecir y alabar al Señor, de quien procede la gracia y dones espirituales que adornan á las criaturas. Cuando se le imponia alguna mortificacion de las que en un principio empleaba la Compañía para probar á los novicios, la hacia con extraordinaria prontitud y esmero, como si de ella dependiese su futura suerte y bienestar. Así cuando se le enviaba á peregrinar por los lugares próximos, se notaba la grande devocion con que ejecutaba este penoso ejercicio, á pesar de que tenia que vivir con las limosnas que recogia y que acostarse frecuentemente en el duro suelo por no hallar cama donde dar á sus miembros el necesario descanso. Al llegar á un pueblo se dirigia á la plaza, reunia á los niños y áun á los adultos, les explicaba la doctrina, les presentaba ejemplos apropiados á su clase é inteligencia, y procuraba ganar sus corazones y almas para el culto del Señor. Conseguialo generalmente, y más de una vez sus sencillos trabajos obtuvieron unos resultados que fueron la admiracion de sus superiores. A estas peregrinaciones sucedian otros ejercicios no ménos penosos, teniendo que ayudar á los hermanos coadjutores en sus rudas tareas, y todos los ejecutaba Sandoval con una fe y un afecto que causaba la admiracion y áun deseos de imitarlo entre sus compañeros. Hecha su probacion, comenzó sus estudios con una fe y un entusiasmo propios de un jóven que al ver abiertas ante sí las sendas de la vida procura recorrerlas con actividad y rapidez para llegar cuanto ántes á su deseado término. Nada más notable que los adelantos de Sandoval á su carrera, pues devoraba con avidez los libros de dia y de noche, y no teniendo un solo momento de descanso, aprendia en breve tiempo lo que otros no podian llegar á comprender en años enteros. Ayudábale mucho su extraordinaria capacidad, pues dotado de excelente memoria y de no vulgar comprension, conseguia hacerse fáciles los asuntos más difíciles y dominar las más áridas materias con un acierto que llenaba de entusiasmo á sus profesores. Amábanle y admirábanle por lo tanto, veian en él un verdadero

modelo del perfecto estudiante, y esto unido á sus grandes virtudes, aumentaban el afecto y entusiasmo que hiciera nacer en sus pechos. Mirándole por lo tanto como su discípulo predilecto, se ocupaban detenidamente en sus particulares adelantos, á que sabia corresponder el jóven Sandoval, dejando colmadas con usura sus esperanzas. Terminados sus estudios y recibidas las órdenes sagradas, comenzó á dedicarse á los ministerios propios de su instituto, sin que sus muchas ocupaciones le hicieran abandonar por un momento sus piadosos ejercicios y los demás actos que se habia impuesto, ya por penitencia, ya por costumbre. Hallábase á la sazon la Compañía fundando un colegio en Plasencia, y á él fué enviado Sandoval como catedrático de filosofía, siendo el primero que ejerció allí este cargo. Estas elecciones recaian por lo general en sujetos no solamente idóneos, sino que fuesen á propósito para llenar con ventaja su cometido, de manera que acreditasen la Compañía en las ciudades donde se establecia por primera vez, y contribuyesen al fomento de unas cosas que necesitaban extraordinarios recursos, no solo para su fundacion, sino tambien para su conservacion si habian de continuar existiendo. Estos sujetos debian ser además verdaderos modelos de virtud, circunstancia indispensable, y sin la cual era imposible que diesen un paso con acierto en su difícil tarea. Ambas cualidades se hallaban reunidas en el P. Sandoval; sabio sin afectacion y profundamente piadoso, podia enseñar á sus discípulos la ciencia y la virtud, sin que en ninguna de ellas dieran un paso en falso, siempre que siguieran constantemente sus consejos. Hombre verdaderamente superior, aunque de sencillo aspecto, sabia trabajar en el fin para que sus superiores le habian propuesto, sin que tuviesen jamás que arrepentirse de su eleccion; ántes bien, sabiéndola llevar á cabo de una manera digna y atinada. Así fué que la fundacion de Plasencia hizo grandes adelantos bajo la direccion de este religioso, y aquel pueblo conservó siempre la mejor memoria de sus ejemplos y virtudes. Edificóle con sus palabras, contribuyó á su ilustracion con sus explicaciones, y le guió como por la mano al camino de la prosperidad, retribuyendo así sus sacrificios en beneficio del colegio que allí fundaba la Compañía, que existió con notables aumentos hasta épocas casi contemporáneas. La fama que por sus esfuerzos y sacrificios adquirió el P. Sandoval en Plasencia, no tardó en llenar ambas Castillas y llegar á los oidos de sus superiores, que deseaban se presentase una oçasion de adelantarle y al mismo tiempo de aprovechar sus talentos y conocimientos. No tardó, por cierto, en presentarse. Quedó vacante el rectorado del colegio de Madrid, y á él fué destinado el P. Sandoval. Este puesto era á la sazon de la mayor importancia. Estábase fundando entónces el Colegio Imperial, y se necesitaban en él sujetos de las primeras cualidades, y en particular el destinado á rector debia reunirlas en un grado verdaderamente extraordi-

nario. El P. Sandoval acababa de dar pruebas de esta aptitud en Plasencia, y por eso fué elegido para desempeñar este ministerio. A poco de su llegada á la corte, ya se veian los adelantos de la casa que gobernaba, no solo recibieron nuevo fomento los estudios, sino que la comunidad, observante y regular siempre, adquirió nuevos progresos en lo espiritual, siendo un verdadero modelo. Hizo el edificio del colegio, que por falta de recursos caminaba con extraordinaria lentitud; recibió entónces nuevo incremento, y se edificó un piso nuevo con limosnas que recibió Sandoval al efecto de varios particulares. Esta obra, que venia desde muy antiguo llamando la atencion de todas las personas de la corte, tardó, sin embargo, mucho tiempo de llevarse á cabo, por lo que los individuos que como Sandoval contribuyeron á su aumento, merecen una particular mencion en prueba de sus excelentes cualidades, que aprovecharon para reunir los fondos que á otros faltaron. Los demás hechos de este Padre en Madrid nos son completamente desconocidos; solo sabemos que, terminado el tiempo de su gobierno, fué enviado de catedrático de Escritura sagrada á Alcalá, universidad entónces bastante afamada y que reunia en su seno los varones más afamados por su saber y virtudes de toda España. Sandoval llenó allí dignamente su cometido, y su ciencia tuvo una nueva ocasion para brillar en el vasto teatro que se presentaba abierto á sus esperanzas: sin embargo, su excesiva humildad le dañó demasiado en este punto, pues habiendo llegado á ser uno de los profesores quizá más notables de su siglo, su amor al retiro, el aislamiento en que vivió hizo que desapareciesen en la oscuridad sus grandes cualidades y extraordinario mérito. Cumplia en esto con un deber que le habia impuesto el instituto á que pertenecia, y la vanidad y el orgullo, que jamás habian hallado cabida en su corazon, no la encontraron tampoco entónces á pesar de los aplausos de que se veia colmado, del grande nombre que habia sabido conquistarse. En el colegio de Alcalá permaneció hasta los últimos dias de su vida, pues aunque las crónicas no vuelvan á mencionarle, es evidente, segun las noticias que ha conservado la tradicion; debiendo suponerse que su muerte correspondió á su santa vida, pues quien habia dado tantos ejemplos de piedad y manifestádose eminentemente religioso, no podia ménos en sus últimos momentos de echar el sello á su larga y brillante carrera y de llenar dignamente el puesto que, como valeroso soldado, habia ocupado hasta entónces en la militante iglesia. —S. B.

SANDOVAL (P. Alonso de), de la Compañía de Jesus. Nació en Sevilla en 1576, y habiendo marchado á América, probablemente con los muchos aventureros que marchaban de España á aquellos paises á mejorar de fortuna, no pudiendo obtener la temporal optó por la eterna, é ingresó en la Compañía en Lima en 1596. Siguió los estudios con aprovechamiento, dedi-

cándose despues á la instruccion de los indios, hasta que en 1609 pasó á Cartagena de Indias, donde se pusieron á su cuidado los esclavos y negros, que procedentes de Africa, llegaban en gran número á aquella ciudad, consiguiendo con su amable y dulce trato bautizar más de treinta mil de estos idólatras en el corto espacio de siete años. Fué un varon verdaderamente apostólico, nada apegado á las cosas terrenas, y decidido amante de las celestiales. Fué muy celoso por la observancia del voto de la pobreza, así es que en su habitacion no se encontraba más que el Breviario, una cruz de palo y un libro espiritual. En su ancianidad padeció largas y penosas enfermedades, siendo la admiracion de los médicos cómo pudo sufrirlas con tanto ánimo y vivir por tanto tiempo con tan notable incomodidad. Murió el 25 de Diciembre de 1692, á la edad de ciento diez y seis años. Habia escrito: *Vida de S. Francisco Javier y hechos de los jesuitas en las Indias.—Del modo de restablecer la salud de los negros;* y otros tratados diferentes.—S. B.

SANDOVAL (Bernardino). Fué este eclesiástico canónigo de la santa iglesia de Toledo, pariente sin duda de los tres cardenales arzobispos de la misma santa iglesia, de que damos razon en sus respectivos artículos, pues que Nicolás Antonio, en su *Bibliotheca Hispana*, le da ilustre prosapia. Fué canciller de la universidad de Toledo, fundada por sus antecesores; y como sus enemigos le disputasen su nacimiento, apeló de esta injusticia á Roma, y en esta ciudad murió, dejando escritos en España dos tratados, el uno sobre los *Deberes de un buen sacerdote*, y el otro *Consuelo de los que se hallan presos.*—C.

SANDOVAL (Bernardo). Fué este príncipe de la santa Iglesia romana perteneciente á los marqueses de Denia, el cual por sus virtudes se hizo famoso en España, y se granjeó el favor de Felipe III. Fué nombrado sucesivamente obispo de Jaen, de Pamplona y de Ciudad-Rodrigo. A instancias del duque de Lerma, favorito del expresado rey, el papa Clemente VIII, en 3 de Marzo de 1598, le creó cardenal sacerdote de Santa Anastasia y arzobispo de Toledo, canciller supremo de Castilla, inquisidor general en todos los dominios de la monarquía española y consejero Real. En todos estos empleos se portó con fidelidad y á satisfaccion del soberano. Puso empeño en poner en ejecucion en el gobierno de su metrópoli los decretos del concilio Tridentino, á consecuencia de los cuales visitó la diócesis, celebró el sínodo, el concilio provincial, estableciendo en ellos sabios estatutos para la reforma del pueblo y disciplina del clero, y procurando promover la piedad, no solo con la palabra, sino tambien con el ejemplo. Imitando á los obispos santos, cumplió religiosamente los deberes impuestos al ministerio pastoral, predicando frecuentemente, instruyendo á los niños y á los ignorantes en los misterios de la fe, y escuchando confesiones sacramentales.

BIBLIOTECA PROVINCIAL DE BURGOS

Erigió en su iglesia de Toledo una suntuosa capilla en honor de la Santísima Vírgen; fundó en Alcalá un monasterio de religiosas y un convento de capuchinos en Toledo, y además instituyó varios beneficios eclesiásticos. Experimentó los efectos de su munificencia su iglesia titular de Sta. Anastasia, edificando el pórtico que se habia arruinado en una noche de invierno. Proveyó á las iglesias pobres de los objetos necesarios para el culto, y frecuentemente distribuia entre ellas anualmente cincuenta mil escudos, y asi es que en los diez y nueve años que fué cardenal-arzobispo se calcula que, además de lo expresado, empleó en obras pias y limosnas ciento cincuenta mil escudos; á pesar de esto, el Amydenio calumnió á este Cardenal de soberbio, codicioso y amigo de acumular dinero. Murió este ilustre Cardenal en Madrid el año 1618, á los setenta y dos años de edad, lleno de méritos, y conducido su cadáver á Toledo, fué sepultado en la metropolitana con prolijo y merecido elogio.—C.

SANDOVAL (Dr. D. Francisco), ilustre eclesiástico, celebrado en los anales de Madrid, de donde fué natural, porque supo reunir en su persona todos los títulos más honrosos á que en esta vida puede aspirar hombre alguno. Virtud, saber, nobleza y hasta riquezas y honores, fueron los timbres que adornaron su cuna, y que le acompañaron hasta el sepulcro. Pertenecia á la antigua y distinguida casa de los condes de Altamira, una de las más gloriosas que existen en España, y cuyos blasones datan de los primero; tiempos de la monarquía, habiéndose conservado hasta las épocas modernas. Hijo de D. Gaspar de Moscoso, natural de Santiago de Galicia, y de su esposa Doña Antonia de Mendoza, que lo era de Almazan, y poseia el marquesado de este título, D. Francisco recibió una distinguida educacion, que recayendo en un buen natural, le valió toda clase de adelantos. Desde sus primeros años hizo notables adelantos en las ciencias, y otros progresos mucho mayores todavía en la virtud, de modo que era la admiracion de sus padres y maestros, y el consuelo y alegría de cuantas personas le trataban ó conocian. Pasó asi su infancia bajo tan felices auspicios, y cuando al llegar á la juventud se dedicó á los estudios, supo corresponder á las esperanzas de su familia de una manera tan ventajosa, que muy en breve las colmó con exceso, siendo promovido á las principales honras á que podia aspirar en su carrera. En la universidad de Alcalá, donde la seguia, era generalmente apreciado por sus buenas cualidades, pues á una bondad suma unia una generosidad y una caridad tan profunda, que era el recurso de todos los estudiantes pobres y desgraciados que acudian á él cuando se hallaban en las necesidades, que no parece sino que son inherentes de todos los que manejan los libros; su aplicacion además le hacia muy querido de sus maestros y de sus mismos condiscípulos, que acudian á él en los casos de duda, y en

todas las dificultades que se les presentaban en su natural inexperiencia. Cuando D. Francisco hubo terminado sus primeros estudios, llamados entónces de artes y despues de humanidades, ingresó como colegial mayor en el de S. Ildefonso, más por su mérito personal que por las circunstancias y nombre de su familia. En este colegio, uno de los más acreditados á la sazon, pues los de la universidad de Salamanca habian perdido gran parte de su importancia, no solo por acudir gran número de estudiantes y en particular los de familias ricas á la universidad de Alcalá por su proximidad á la corte, sino por hallarse fundados otros colegios mayores en todas las ciudades donde habia universidad, siguió D. Francisco sus estudios de facultad con su acostumbrado aprovechamiento hasta obtener el grado de doctor en sagrada teología, asistiendo y tomando parte en todos los actos públicos que se celebraron, y en algunos de los cuales dió muestras de su capacidad y saber. Estos actos, que se han desterrado hoy por desgracia de las universidades, eran muy importantes y tenian un verdadero objeto, y por lo general excelentes resultados en los adelantos de los estudiantes. No se trataba solamente en ellos de una vana ostentacion, pues se pretendia algo más, y era ejercitar á los jóvenes en lo que habian aprendido, si tomaban parte en ellos, y á estudiar por necesidad ó por curiosidad cuando eran meros espectadores. Ventajas que no reunen los exámenes de fin de curso, y mucho ménos los trimestrales, pues sabiendo los discípulos que se les ha de preguntar por un programa dado, con solo conocer las respuestas cumplen con su deber; y su estudio queda limitado á un vano juego de palabras, cuando más á una esgrima de la memoria, en que por lo general no sale mejor librado el que tiene más inteligencia, sino el que retiene mejor lo que ha leido. En los certámenes públicos era un recurso harto pobre el aprender de memoria, pues no sabiéndose las preguntas que iban á hacerse ni los términos en que las presentaria el contrincante, se necesitaba estudiar con detencion toda la materia y bajo sus diferentes fases, para que un pequeño descuido no diera ocasion á una derrota, que se atribuiria á ignorancia, cuando solo era una falta de inteligencia; por lo que salian siempre mejor librados en estos actos los que eran de más vivo y más agudo ingenio. D. Francisco, que no se hallaba desprovisto de esta cualidad, pudo brillar durante sus estudios, y al terminarlos merecer una reputacion que le acompañó el resto de sus dias. Dedicado á la carrera eclesiástica, no tardó en obtener las más aventajadas dignidades eclesiásticas, siendo nombrado canónigo de la santa iglesia de Toledo y arcediano de Madrid, puesto elevado y muy digno de su sangre y merecimientos. No contento Felipe IV, que llevaba á la sazon el cetro de los vastos dominios que componian la monarquía española, le nombró sumiller de cortina, suponiendo que á esta dignidad, entónces como ahora iba unida la

de capellan de honor, siendo uno de estos el que por lo general ejerce semejante cargo. Ignoramos si continuó ejerciéndole despues de la muerte de aquel monarca, cuyo cadáver acompañó al Escorial á su fallecimiento, llorándole como buen vasallo, y mucho más como buen español, pues debia preveer las desgracias que su muerte ocasionaria á nuestro país, presa de las ambiciones de los monarcas extranjeros, teniendo que pasar por todas las vicisitudes de una minoría, y con la triste perspectiva de escasas, ó mas bien de malas facultades. Es muy probable que entónces ó poco despues se retiró del servicio, puesto que en 7 de Julio de 1674 entró en la venerable Congregacion de S. Pedro de Sacerdotes naturales de Madrid, para lo que necesitó dispensa del nuncio de Su Santidad, por ser solo subdiácono. Su amor á esta congregacion se manifestó en el celo que tuvo en asistir á todos sus ejercicios y obras de piedad, por lo que mereció la particular estimacion y afecto de aquellos bondadosos sacerdotes, que en más de una ocasion le eligieron por su capellan mayor. Su buena posicion le ponia por otra parte en estado de prestarles los más notables servicios, por lo que siempre le vivieron agradecidos. A pesar de los deseos de habitar en el retiro y la soledad, que siempre habia manifestado D. Francisco, no pudo, sin embargo, ver lograda esta esperanza, ya por la gloria que acompañaba á su nombre, ó más bien por la reputacion que habia sabido adquirirse. Así es que en 1679 fué nombrado ministro del consejo supremo de las Ordenes militares, concediéndosele además el hábito de Santiago, y como si este empleo pareciese poco para su extraordinario mérito, la reina Doña María Luisa de Borbon, esposa de Cárlos II, le nombró su limosnero y capellan mayor, puesto que manifiesta el particular aprecio con que se le miraba en la corte. Suponíasele próximo á ser elevado á nuevas dignidades, cuando falleció en Madrid á 24 de Marzo de 1680, desapareciendo en flor las esperanzas que justamente habia hecho concebir por su excelente carácter. Habíase distinguido por su eminente caridad, de manera que los pobres manifestaron el extraordinario sentimiento que su fallecimiento les causaba, acompañando su cadáver hasta el convento de S. Felipe el Real, donde fué sepultado al dia siguiente de su muerte entre las lágrimas de todos los que le habian conocido ó tratado. Ignórase si llegó á componer alguna obra, pues no la mencionan los bibliógrafos; pero su extraordinario saber y sus grandes virtudes le hacen acreedor al lugar que le destinamos en esta obra, pues fué un verdadero padre de los pobres, un sacerdote piadoso y de ejemplares costumbres, un modelo de todas las virtudes, y uno de los hombres, en fin, que más figuraron en los últimos años del reinado de Felipe IV y principios del de Cárlos II, y que de haber sobrevivido, quizás hubiera evitado los males que no tardaron en afligir á nuestra patria.—S. B.

SANDOVAL (Francisco de Rojas). De la ilustre y antigua familia de los duques de Lerma nació este Cardenal español. Desde sus primeros años fué tan favorecido de la fortuna que alcanzó los más altos destinos de la corte, y logró captarse de tal modo el aprecio del rey Felipe III, del que fué poderoso favorito, que llegó á disponer á su voluntad de los destinos de España. Luego que murió su mujer, se hizo sacerdote, y como el rey se empeñase con la Santa Sede en favorecerle, el pontífice Paulo V, en 26 de Marzo de 1618, le creó cardenal sacerdote, pero sin título por no haber ido á la corte romana. Afirma Ciaconio, sin embargo, que tuvo el título de S. Sisto, que tal vez como el capelo conseguiria como una distincion por el colosal poder que disfrutaba en España. De las inmensas riquezas que habia acumulado, empleó una gran parte en honor de Dios y ventaja del prójimo señalando, entre otras cosas, á las universidades de Salamanca, de Valladolid y de Alcalá veintinueve mil escudos de renta anuales. Murió este Cardenal en Valladolid el año de 1625, con la opinion de hombre grande y singular en el manejo de los negocios políticos. Cuenta Amidenio, que siendo primer ministro de España, además de la multitud de regalos que se le hacian, tenia al año una renta anual de ochocientos mil escudos. Dicen otros autores que el Cardenal fué acusado de delitos atroces por su mismo hijo el duque de Uceda, y por Luis Aliaga, confesor del rey, hasta de haber ocasionado la muerte de la reina Doña Margarita, á fin de librarse de émulos en la gracia del rey, el cual no pudiéndole sostener á su lado en vista de su soberbia y desmanes, ni castigarle por su condicion de príncipe de la Iglesia y por falta de pruebas, le desterró de la corte. Con solo abrir la *Historia de España* en el reinado de Felipe III, hubiéramos podido llenar muchas páginas para completar la biografía de este famoso favorito; pero remitiendo á la expresada historia á los curiosos que deseen saber lo allí consignado, solo diremos que no fué este Cardenal tan santo como lo exigia su estado y elevada gerarquía eclesiástica, que se granjeó por su soberbia el odio de los cortesanos y las iras del pueblo, y que sin hacer todos los bienes que pudo, no dejó de causar algunos males que han sido causa de que el título de grande que se le dió no le convenga tanto, y de que su memoria no se recuerde con la gloria que pudo y debió conquistarse.—B. C.

SANDOVAL (D. Francisco Tello), obispo de Osma. Nació en Sevilla siendo sus padres D. Juan Gutierrez Tello y Doña Beatriz Barba, ambos de antigua y esclarecida nobleza. Siguió sus estudios en el colegio mayor de San Bartolomé de Salamanca, donde habia obtenido una beca, y despues de haberla terminado con aprovechamiento y distincion, obtuvo por oposicion una canongía doctoral de la catedral de su patria. Despues fué nombrado inquisidor de Toledo y consejero de Indias, con cuyo motivo fué comisionado

para visitar las audiencias de Nueva-España, cargo que desempeñó con notable celo y acierto á pesar de las grandes dificultades que presentaba. A su regreso fué nombrado presidente de la Real chancillería de Granada, de la que Felipe II le promovió á la de Valladolid. En 1564 fué ascendido á la presidencia del Real Consejo de Indias, y en 1567 presentado para el obispado de Osma, dignidad que aceptó y de que tomó posesion en 15 de Setiembre del mismo año. La historia le ha juzgado de una manera en extremo honrosa. Fué muy íntegro, dice, en la administracion de la justicia; la prudencia y autoridad de su persona, que era mucha, le adquirió bastante estimacion y respeto, porque supo templar la autoridad que necesitaba para desempeñar los empleos con la suavidad y cortesía, de lo que resultaba ganar las voluntades de los que le trataban y servian. Ganó un pleito de grande importancia á favor de su iglesia y cabildo contra la ciudad y tierra de Soria, y despues de este feliz acontecimiento comenzó con el debido exámen y prudencia á remediar las necesidades de los pobres y de las iglesias del obispado, porque tenia con que satisfacer su deseo, pues como habia tenido tantos empleos en España y en las Indias, su fortuna era muy crecida. Toda la aljófar y piedras preciosas que tenia, dice Arana en sus *Hijos de Sevilla*, la empleó en bordar dos capas pluviales de brocado de tres altos, tres casullas de lo mismo, un gremial, y dándolo todo en vida á las iglesias. Tambien le dió un terno de terciopelo morado, trabajado en Granada, con cenefa de brocado bordada y tres capas, frontal y demás necesario, que se tasó en dos mil ducados. Hizo un dosel grande de terciopelo negro, en donde colocó sus armas para cubrir el túmulo en los aniversarios que habia de fundar, y dió otros muchos ornamentos de plata para el servicio y adorno del altar todo ricamente labrado. Fundó y dotó en la iglesia dos fiestas, una de la invencion de la Cruz y otra de S. Francisco, y dos aniversarios que se hacen el dia despues de estas festividades, para lo que entregó al cabildo cincuenta mil maravedís y otros diez mil para que estableciera una cuna de misericordia y casa de niños expósitos. Dejó cien mil maravedis de renta perpétua cada año con la condicion que habia de servir para reedificar el coro, como se hizo. Para más autoridad de los altares particulares que acompañan al mayor, y por cierta devocion, fundó seis capellanías en ellos, dejando bastante hacienda para que sirviera de cóngrua á sus poseedores; las cinco estan anejas á las prebendas de oficio, y la sexta tiene llamamiento especial de sangre con motivo de habérseles agregado la memoria de misas que fundó el racionero Don Alejandro Santibañez. En la misma villa del Burgo fomentó la alhóndiga, y dió tres mil ducados para hacer casa de ayuntamiento, los que impuso á censo y con los réditos hicieron las casas cárcel y granero, junto á la fábrica de la catedral. Defendió con mucha actividad el estatuto de limpieza de sangre

que debian probar los capitulares de su iglesia. Cooperó á la fundacion del colegio de Jesuitas de la ciudad de Soria. Ajustó las diferencias que habia entre su cabildo y la villa del Burgo sobre punto de alcabala. Informó al rey en asuntos de la dimision de obispado, ó con catedralidad, que pretendia Soria, con tanta solidez, que fué causa de que no se contestase por entónces á la pretension, y que la clerecía de dicha ciudad no hubiera logrado se les pusiese vicario general como lo deseaban. Hacia doce años y cuatro meses que gobernaba la iglesia de Osma, cuando fué promovido á la de Plasencia, cuya iglesia gobernó dos años falleciendo á 8 de Julio de 1580. Mandó en su testamento que se sepultase su cuerpo en la catedral de Osma, lo que se verificó dos años despues de su muerte. Fué inhumado en la capilla mayor al lado del Evangelio, cubriéndose su sepultura con una lámina, en que se halla en bajo relieve el retrato del Obispo, leyéndose en su contorno el siguiente epitafio:

Aquí yace el R. Señor D. Francisco Tello Sandoval, obispo de Osma y Plasencia. Falleció en 8 de Julio de MDLXXX años. Su traslacion fué en 11 de Mayo de MDLXXXII.—S. B.

SANDOVAL (B. Luisa de), religiosa franciscana, de Córdoba. Hija de una antigua é ilustre familia, renunció el mundo áun ántes de conocerle, puesto que tomó el velo cuando apénas contaba la edad de siete años, y desde luego dió muestras de la más sólida piedad, siendo aún en su niñez un modelo de virtud y discrecion. Cuando profesó, algunos años despues, continuó manifestando aquellas grandes cualidades que tanto la habian distinguido en la edad primera, de modo que sus superioras encontraron en ella mucho que aplaudir y poco ó nada que corregir ó castigar. Hizo en el noviciado todos los ejercicios que se acostumbraba en la austera y áspera religion de Sta Clara, distinguiéndose por su humildad y penitencias, que algunas veces moderaban sus preladas, temerosas de que acabase por perder su tierna vida á impulsos de su ardoroso y excesivo celo. Habíala dotado el Señor de cierto espíritu de penetracion, con el cual discernia las que habian de tomar el estado religioso para servicio de Dios, y las que en él buscaban solamente la satisfaccion de deseos impropios á tan elevada dignidad, y procuraba fueran desechadas, haciéndolas buscar otra manera de santificarse. Adelantó tanto en la perfeccion y manifestó tan extraordinarias virtudes, que fué elegida una y otra vez por abadesa, quedando muy satisfecha la comunidad de la manera como habia desempeñado su cargo, en que dió repetidas pruebas de prudencia y virtudes. Hízose notable por su grande caridad y fervorosa oracion, siendo por esto muy favorecida del Señor, que obró por su intercesion

varios milagros. Era en suma un dechado de todas las virtudes, no sabiéndase qué elogiar más en ella, si la ardiente caridad, la continua contemplacion, las penitencias y maceraciones, ó su extremada obediencia y humildad, pues aunque superiora de un crecido número de religiosas, solo en las prescripciones de la regla manifestaba el cargo de que se hallaba revestida, teniendo en lo demás un espíritu de verdadera contemplacion, en que se manifestaba inferior á la última de sus súbditas. Así se la veia descender á los oficios más humildes, ser la primera en desempeñarlos, dando un constante y contínuo ejemplo á toda la comunidad. Jamás faltó á los ejercicios y oraciones que se hacian en comun, ya fuese á las altas horas de la noche, al amanecer ó en cualquiera otra ocasion, y abandonaba lo que la tenia ocupada para desempeñar esto, que miraba como su más importante y principal deber. En este género de vida, mucho más penoso de lo que puede suponerse, pasó hasta la avanzada edad de noventa años, en que llena de padecimientos y achaques propios de sus muchos años, entregó su espíritu al Señor en brazos de sus compañeras, que la lloraron sinceramente, á 5 de Julio de 1560.—S. B.

SANDOVAL (P. Miguel de), de la Compañía de Jesus en la provincia de Toledo. Pertenecia á una familia tan ilustre como antigua, y desde sus primeros años manifestó hallarse llamado á ocupar un distinguido puesto en la religion por su ilustrada piedad. Jóven, casi niño todavia, era su ocupacion favorita asistir á todas las festividades que se celebraban en las iglesias de Toledo, lo que hacia con una devocion superior á sus cortos años y dando un ejemplo que era la admiracion de cuantos le veian, que desde luego auguraban bien de su porvenir, como de hombre consagrado al servicio de Dios en los altares. Varon ya provecto, lo que hasta entónces habia sido un pueril, pero santo pasatiempo, fué una práctica asídua y contínua, y era tan frecuente en sus penitencias como en sus devociones y oraciones, teniendo que mitigar su natural fogoso, más bien que permitirle dar rienda suelta á su ardorosa imaginacion. Siguió sus estudios con aprovechamiento, y aún no los habia terminado, cuando pidió y obtuvo entrar en la Compañía, donde le aguardaba un porvenir tan glorioso. El jóven novicio se entregó á las prácticas más austeras con la mayor fe y sinceridad; hizo todas sus pruebas con grande devocion, y mereció el afecto y aprobacion de sus compañeros y superiores. Dedicado ya á los estudios, que hubo de abandonar un momento para manifestar que era á propósito para recibir lecciones de la más sublime de todas las ciencias, la virtud, Sandoval se afanó por corresponder á las esperanzas de los que procuraban dirigirle por el camino designado á los que, como él, debian prestar servicios á la Compañía, y no quedó en efecto frustrada su confianza, pues en un breve período estuvo en estado de aspirar y obtener el sagrado órden del sacerdocio. Hubiérase dedicado á

la predicacion, mas buscándose entónces Padres que quisieran pasar á las misiones del Paraguay, Sandoval fué uno de los primeros á ofrecerse, y se le admitió en vista de sus buenos antecedentes y carrera. Inútil es casi referir los trabajos de este jesuita en su nuevo puesto. Sabido es que el instituto de Loyola ha fundado en el Paraguay una de las repúblicas mejor organizadas de América, y donde reina la paz y la armonía, ínterin en los pueblos vecinos solo existe la anarquía y el desórden y se ven ejemplos de la más terrible discordia y confusion. El P. Sandoval contribuyó á esta grande obra con sus predicaciones y sus ejemplos, con sus gloriosos hechos, con esa série no interrumpida de trabajos que hoy se recuerdan, aunque no por todos, como un floron de la corona de la humanidad. Allí terminó sus dias, amado y bendecido de unos pueblos que le amaban como á padre, le veneraban como maestro y le citaban como modelo.—S. B.

SANDOVAL (Fr. Prudencio de). El célebre cronista español Sandoval bien merece ocupar un lugar distinguido en nuestra Biografía universal Eclesiástica, honor que le vienen dispensando desde su muerte todos los autores de diccionarios biográficos é históricos, como homenaje justo rendido á su saber y erudicion. Sus obras son aún hoy consultadas con fruto por los más distinguidos historiadores, particularmente cuando tratan en sus escritos sobre España; se repiten las ediciones, y en el extranjero ha logrado aún mayor celebridad que en su propia patria. Nació este ilustrado español en la ciudad de Valladolid el año 1560, teniendo los castellanos la gloria de contarle entre sus ilustres hijos. Inclinado á la vida del claustro, que se acomodaba más que otra alguna á sus gustos, y que le proporcionaba más medios de dedicarse con descanso al estudio y á la meditacion, sentó plaza en la milicia monástica, tomando el hábito en la ilustre Orden Benedictina, plantel de hombres sabios que han ilustrado al orbe católico, tanto con sus virtudes y piedad, cuanto con sus escritos y predicacion. Afanoso de ciencia, el estudio fué su pasion favorita, y deseoso de ocuparse útilmente en servicio de su país, se dedicó con especialidad á buscar y recopilar noticias sobre las antigüedades civiles y religiosas de España. Su talento y aplicacion no tardaron en granjearle la consideracion y aprecio de sus hermanos de hábito, y estos, para mejor honrarle le nombraron para dirigirla rica abadía de S. Isidoro de Guengua. Deseando aumentar sus conocimientos y recoger noticias y documentos, visitó las principales bibliotecas de España, de las que sacó un inestimable caudal de documentos inéditos históricos. Noticioso el rey D. Felipe III de las buenas disposiciones, inteligencia y laboriosidad del P. Sandoval, le encargó continuar la Crónica general publicada por el famoso Ambrosio de Morales, y como se prendase este soberano de su historiador, quiso recompensarle por sus trabajos, y le nombró obispo de Tuy,

en Galicia. Desde esta silla, pasó despues en 1612 á ocupar la de Pamplona, cuyo obispado desempeñó hasta su muerte, ocurrida el 17 de Marzo de 1621. Dice Mr. Weis en el artículo que dedica á Sandoval en la *Biografía Universal Francesa*, de Michaud, que áun cuando sus obras son raras se las considera poco en Francia, pero podriamos darle pruebas de lo contrario por los pedidos que de ellas se hacen. Por toda Europa corren las obras del ilustrado benedictino con buen éxito, y pocas bibliotecas buenas existen en las que no se hallen sus Crónicas, y podriamos decir que en ninguna regular falta su Vida de Cárlos V. Las principales obras de este esclarecido autor son las siguientes: *Crónica del ínclito emperador de España Alonso VII, sacada de un libro muy antiguo sacado de mano con letras de los godos*; Madrid, 1600, en fol.—*Las fundaciones de los Monasterios de la órden de S. Benito, que los reyes de España fundaron desde el año 540 hasta el de 714*; Madrid 1601, en fol. Esta obra sábia y sumamente curiosa debia haber continuado; pero no se sabe fuese así. *Historia de la Vida y hechos del Emperador Cárlos V*; Valladolid, 1604, dos volúmenes en fólio; Pamplona, 1618 y 1634; Amberes, 1681. Muchas otras ediciones existen de esta historia; pero las citadas son las más curiosas. Se compendió y tradujo en inglés, por John Stevens, en 1703, en 8.° Adam Ebert, profesor de derecho en Francfort, la tradujo en latin; pero solo publicó dos fragmentos de esta version, el uno con relacion á la prision y cautiverio de Francisco I, rey de Francia, y el otro á la abdicacion de Cárlos V y á su retirada al monasterio de Yuste, los cuales se imprimieron en Milan, en 8.°, el año 1715. Contiene tambien este volúmen la relacion de la muerte de D. Cárlos, traducida al latin de la Historia que escribió Luis Cabrera, por el mismo Adam Ebert. Dice Mr. Weis en su biografía de nuestro historiador, que esta historia que hizo la reputacion de Sandoval tiene el defecto de parcialidad muy marcada y falta de crítica; que el autor adoptó las narraciones más fabulosas cuando las creyó propias á ensalzar las glorias españolas, y para rebajar las de los demás pueblos, en lo cual creemos que se engaña mucho, y que le ciega el amor á su país que en el reinado del gran Cárlos V no salió muy bien parado, ni por el valor de los franceses, ni por la hidalguía de su rey, que faltó á todos sus compromisos y palabras, y fué necesario hacerle entrar en razon por medio de la fuerza. Dice Weis que para dar Sandoval á la casa Real de España preeminencia sobre todas las demás, hace partir de Adam la genealogía de Cárlos V, sin interrupcion alguna; y á esto no podemos ménos de contestar, que si Sandoval pecó aquí de lisonjero, no hizo más que copiar á los franceses, que de aquel tronco primitivo sacan las ramas directas de muchos de sus reyes con mucha ménos razon. Tambien dice que Sandoval declina el saqueo de Roma en 1527 sobre el condestable de Borbon, como si este prin-

cipe no hubiese ejecutado las órdenes de su emperador; y nosotros nos atenemos más á Sandoval que á su opinion, porque hechos públicos confirman, si bien se examinan, que Cárlos V no pudo ordenar todo aquel movimiento de su ejército, ni dar disposiciones que habia dejado encomendadas á su lugarteniente para que obrase discrecionalmente, segun viese convenir á los intereses de España. La Mothe Le Valler señaló á su modo los defectos y errores en que, en su opinion, habia incurrido Sandoval, haciéndolo en su *Discurso sobre la Historia*, inserto en el tomo II de sus obras, edicion de 1669; pero lo hace con la parcialidad de un francés que pretende ajar al que avasalló á su soberano, y puso la ley á sus compatriotas en dias en que el poder español era el primero del mundo. Esta obra está escrita con muchos detalles, exactitud y sencillez, y así es que Robertson la consultó casi exclusivamente para escribir su Vida de Cárlos V. La Historia de Sandoval da mucho mejor á conocer á Cárlos V y la época de su reinado, que el elegante y filosófico compendio escrito por el autor inglés; y los extranjeros, que tanto aplauden á Robertson por su Historia, debieran preferir á ella una simple pero fiel traduccion de la de Sandoval.—*Historias recogidas con varias anotaciones*; Pamplona, 1614, 1634. Es una coleccion de las Crónicas latinas de Idacio, de Isidoro, obispo de Badajoz; de Sebastian, obispo de Salamanca; de S. Piro, obispo de Astorga, y de Pelayo, obispo de Oviedo en la primera parte del siglo XII. — *Antigüedad de la ciudad é iglesia catedral de Tuy y de sus obispos*; Braga, 1604, en 4.°, obra ya muy rara. — *Catálogo de los obispos de la iglesia de Pamplona;* Pamplona, 1614, en fólio. — *Historia de los Reyes de Castilla y de Leon, sacada de los libros y memorias antiguas*; idem, 1654, en fólio. Esta Historia es la continuacion de la Crónica general de Ambrosio de Morales, de que ya hemos hecho mencion. Empieza en la reunion de los reinos de Leon y de Castilla en 1037, y concluye con el reinado de Alfonso VII en 1134. Dejó Sandoval otras muchas obras manuscritas, cuyos títulos se citan en la Biblioteca de la órden de S. Benito, del P. Juan Francisco, al tomo III; y de todas ellas, así como de sus utilísimas obras citadas, se deduce que este ilustrado benedictino fué una de las lumbreras más claras de su Orden, y un español amante de las glorias de su país, que procuró dejar bien consignadas en sus libros, para enseñanza de las futuras generaciones, y para estimular á sus compatriotas á mantener la proverbial hidalguía, valor y virtudes cívicas de los descendientes de Pelayo y del Cid. — B. C.

SANDOVAL Moscoso (Baltasar). Fué este cardenal español, perteneció á la ilustre familia de su nombre que hoy se ostenta entre las de la primera grandeza. Habiendo hecho con aprovechamiento sus estudios en la célebre universidad de Salamanca y en su colegio de Oviedo, obtuvo

la borla de doctor, y á poco se le encargó la presidencia de la universidad, y se le nombró decano de la metropolitana de Toledo, arcediano de Guadalajara y capellan de Reyes. Felipe III le pidió á Paulo V la púrpura para él, y este papa, en 2 de Diciembre de 1615, le creó cardenal sacerdote de Santa Cruz, en Jerusalen, y obispo de Jaen y de Seez, en cuyas iglesias celebró el sínodo, visitó las diócesis, y fundó conventos para los capuchinos, y un hospital para los pobres. Pródigo para con los pobres, tenia siempre las manos abiertas para socorrerlos en sus necesidades, y jamás permitió saliese de su presencia ningun mendigo descontento, dándoles siempre más de lo que podian y podian esperar. Nada se ocultaba á los penetrantes ojos de su generosidad, y su caridad fué un prodigio, pareciendo que Dios acumulaba bienes sobre él para que fuesen más numerosas sus limosnas, ó que el dinero se duplicaba y centuplicaba en sus arcas á este fin. A muchos miles subian en Roma los pobres que socorrió durante su permanencia en esta ciudad. Su casa parecia un monasterio de religiosos, y sus familiares eran personas piadosas, honradas, de ejemplar conducta, así como el Cardenal, modelo de probidad, de celo y de religion. Promovido al arzobispado de Toledo, y declarado supremo canciller de Castilla y consejero de Estado, retuvo siempre el mismo género de vida, dejando á su muerte herederos á los pobres, que con tanto amor habia sostenido en vida. Llamado por el Señor á gozar del fruto que le habia producido su caridad, pasó á la vida inmortal en Toledo el año 1665, á los setenta y ocho años de su edad, y cincuenta de su cardenalato, y fué sepultado en su iglesia. Varios literatos le dedicaron sus obras, debiendo contar entre estos á Lugo, que fué despues cardenal. Y fué tan buen modelo de prelados que el jesuita Alfonsa de Andrade publicó en Madrid, en 1668, en su honor la obra titulada: *Idea del perfecto prelado en la vida del cardenal Baltasar de Moscoso y Sandoval, arzobispo de Toledo.* En la santa iglesia de Toledo y en toda esta capital de la diócesi, se ven aún muchas cosas notables que recuerdan la piedad y la caridad de este virtuoso y magnífico prelado español. —C.

SANDS, ministro protestante de Maryborough, se convirtió en 1842, é hizo abjuracion de los errores que habia enseñado hasta entónces. Al dia siguiente asistió á los oficios divinos en una capilla apostólica, edificando por su piedad y su recogimiento á los numerosos fieles que oraban con él.—S. B.

SAN ELÍAS (Fr. Francisco de), religioso carmelita, autor de un libro sobre la regla de su Orden. (Véase Francisco de San Elías.)

SAN ELISEO (Fr. Gaspar de), religioso carmelita de la provincia de Andalucía. Llamábase Gaspar de los Olivos, y tomó el hábito y profesó en el convento de nuestra Señora de los Remedios de la ciudad de Sevilla, de donde era natural; observó con grande fervor y celo las austeras constituciones

de los Carmelitas descalzos, mereciendo ser elevado á las prelacias de Andujar y Bujalance, donde manifestó sus excelentes cualidades para el gobierno. Manifestó el Señor la virtud de este su siervo con el siguiente suceso, que refiere Arana de Varflora en sus *Hijos de Sevilla*: «Diciendo misa en un oratorio del convento de los Remedios se la ayudaba un secular devoto, advirtió este que todo el altar estaba adornado de extrañas, pero igualmente hermosas y fragantes flores. Acabada la misa, quiso tomar algunas flores para que las viesen sus amigos, y admirasen su belleza, mas no volvió á verlas, aunque registró el sitio con el mayor cuidado. Refirió al sacristan el caso, y este le respondió: que el religioso que habia dicho la misa era de especial virtud, y no era nuevo comprobarla el Señor con estas ó semejantes maravillas.» Murió Fr. Gaspar de S. Eliseo en el referido convento de Carmelitas descalzos, sin que se nos cite la época.—S. B.

SAN ESTEBAN (Dr. Fr. Antonio de), religioso dominico, natural de Lisboa segun todas las probabilidades, en cuyo convento tomó el hábito á últimos del siglo XVI. Dióse desde luego á conocer por su vasta erudicion y extraordinaria elocuencia, siendo mirado como uno de los predicadores más notables de su época. Los reyes D. Felipe I y II le eligieron por su predicador, y Fr. Antonio desempeñó este cargo con un celo y acierto de que hay pocos ejemplos, aumentando en gran manera la fama que le habia seguido desde sus primeros pasos en la carrera del púlpito. A su no vulgar saber unia una vida ejemplar, y un deseo de la salvacion que le hacia emprender los mayores trabajos con tal de conseguirla. Su ardiente caridad le animaba á continuar en tan buen camino, y cuando en 1602 afligió una terrible peste á la ciudad de Lisboa, dió pruebas de una abnegacion superior á todo encarecimiento. Tres años consecutivos desempeñó con admirable constancia el cargo de enfermero mayor de la casa de la salud, cuidando de todo lo temporal y espiritual de aquel establecimiento, y salvándose como por milagro en medio de la inmensa mortandad que por do quiera le rodeaba. Sus trabajos en este período de su vida son tan admirables, que de buena gana les dariamos cabida en este lugar, sino hubiéramos hecho ya una historia detallada de esta parte en algunos artículos anteriores tratando de los PP. de la Compañía de Jesus. Fr. Antonio en nada desmereció de aquellos ilustres héroes, cuyos hechos procuró imitar, y áun exceder en repetidas ocasiones con riesgo de su vida que salvó la Providencia, por tenerle destinado á nuevos peligros, á empresas más gloriosas y no ménos difíciles. Portugal, cuyos descubrimientos en las Indias rivalizaron con los de Castilla, habia llegado á apoderarse del reino de Congo, y pareciéndole más fácil su conquista con las armas de la fe que con las de sus valerosos ejércitos, recurrió á enviar misiones, que ganasen al país para la religion católica. En una de

estas misiones fué enviado Fr. Antonio de S. Esteban, pero consagrado ya obispo del Congo y de Angola, donde debia extender la fe y ser mirado como un apóstol. Sus excelentes circunstancias le hacian muy á propósito para este difícil y espinoso cargo, en que no defraudó por cierto las esperanzas de los que para él le habian elegido, ántes bien supo llenarlas con usura, elevando á aquella cristiandad á un grado de apogeo y esplendor en que no ha vuelto á verse, á pesar de los esfuerzos de sus sucesores en la dignidad episcopal. Allí falleció este excelente obispo, conservándose su memoria hasta nuestros dias.—S. B.

SAN ESTEBAN (D. Fr. Antonio de), del órden de Predicadores. Fué natural de un pueblo de la diócesis de Agrigento, en la isla de Sicilia, donde hizo sus primeros estudios descollando en el conocimiento de las literaturas griega y latina, haciéndose notable al mismo tiempo por su piedad y su virtud. Inclinado al estado religioso, tomó el hábito de la órden de Santo Domingo, y pasó con licencia de sus superiores á continuar los estudios en la universidad de Salamanca. Habiendo ingresado despues que los terminó en el convento de los misioneros de Asia, solicitó con piadosa vehemencia trasladarse á aquellas apartadas regiones, como en efecto lo verificó, pasando á Manila, donde se dedicó con sumo afan al estudio de las lenguas china y japonesa, hasta encontrarse en disposicion de comprender el lenguaje y enterarse de sus usos y costumbres. Destinado á la propagacion de la fe en el vasto imperio del Japon, consiguió atraer crecido número de ovejas al rebaño del Señor, pasando por el amor de Cristo y el deseo de la salud de las almas de sus prójimos, toda clase de penalidades, trabajos y miserias. Denunciado como propagador de la fe á los crueles ministros del emperador, fué preso y sepultado en un inmundo calabozo, en compañía de Fr. Jacinto de Sto. Tomás, siendo sentenciado á muerte, y sufriendo el martirio en compañía de sesenta y nueve cristianos, rindiendo todos su alma al Señor el dia 18 de Noviembre de 1634. Dejó escritas las siguientes obras, todas ellas en idioma latino, que desgraciadamente no han llegado á publicarse.—*Vitæ Sanctorum Ord. Prædicatorum ex Hispano Ferdinandi Castelli Natione latina pura et elegante reddita.* Esta obra la escribió en Méjico, ínterin se hallaba aguardando proporcion de pasar á Filipinas. Conservóla uno de los religiosos que le acompañaban, el cual la llevó á Sevilla, donde se conservaba con mucha veneracion.—*De idolis, sectis et superstitionibus Sinensium ab origine, cum horum omnium confutatione.* Obra tan útil como curiosa si hubiera llegado á terminarla y darla á la pública luz.—M. B.

SAN ESTEBAN (Fr. Antonio de), franciscano italiano del siglo XVII, célebre en su época por sus notables sermones, de los cuales muchos llegaron á ver la luz pública, mereciendo á su autor diferentes elogios entre los

cuales es bastante célebre y conocido el que comienza:

Eja
Lector
En tibi
ab aquila
quæ non ministrat
Æterno Jovi fulmina,
sed ex suis manibus,
auxiliante peccatorum
pœnitentia trahit, ac elevat, etc.

cuyo principal mérito y belleza consiste en la forma en que se hallan colocados los versos, muy del gusto del siglo en que escribió Fr. Antonio, que le empleó tambien en sus discursos conforme indica su título. No por esto, que hoy tachamos como un defecto, y entónces era mirado como una gracia oratoria, como el *sine qua non* de la elocuencia humana, dejó de ser el P. San Esteban un religioso notable por muchos conceptos, pues á su vida ejemplar y grandes estudios, unió un ánimo varonil y decidido. Habia abrazado siendo muy jóven la religion franciscana, y en el fondo del claustro manifestó desde luego hallarse dotado de las mejores cualidades, no solo para brillar en la vida que habia elegido, sino tambien en las artes y en las ciencias. Asiduo en los estudios, de no vulgar penetracion, de costumbres candorosas y puras, consagraba todos los dias largas horas al estudio, y en él hacia rápidos progresos y adelantos. Amábanle sus superiores, y respetábanle sus compañeros, y sus prelados veian en él uno de los faros que con más esplendor debian iluminar su Orden. Humilde y obediente, no tenia voluntad propia, seguia los mandatos de sus superiores y de sus compañeros, sin que en sus sacrificios se notase ni indiferencia ni frialdad, pues lleno de amor hácia la regla que habia abrazado, procuraba cumplir con todos los deberes que le imponia con prontitud, con ligereza, con candor, con ardoroso desvelo. Así es que se hallaba ocupado noche y dia, que no descansaba un solo instante, y que terminados sus estudios, se consagraba ora á la oracion y penitencia, ya á los oficios más bajos y humildes de la comunidad, encontrando un verdadero placer en desempeñarlos con la satisfaccion y amor que debe reinar entre buenos hermanos, entre hombres que, poseidos del más piadoso entusiasmo, marchan hácia un mismo objeto y por un mismo camino. Cuando ya terminados sus estudios, y ordenado de sacerdote, obtuvo el grado de lector, se ocupó en la enseñanza con celo y esmero, no como en un penoso deber que le costaba trabajo llenar, sino como una satisfaccion, que te-

nia grande alegría en cumplir. Largos años pasó dedicado al ejercicio de este penoso cargo, y en ellos tuvo la gloria de que sus discípulos hicieran notables adelantos y se distinguiesen en su mayor parte por su ciencia y su virtud. Dábales lecciones de ambas el excelente religioso, procurando que en ellas saliesen consumados, pues tanto convenia saberlas y practicarlas al que habia abrazado la vida del claustro. Al mismo tiempo que á la enseñanza, estuvo dedicado el P. San Esteban á la predicacion, y fué tal el éxito de sus primeros sermones, tan grande la fama que en ellos adquirió, que no tardó en ser nombrado predicador general de la provincia de Aquitania, de San Bernardo de la observancia regular. Ciertamente que la buena vida y costumbres de este religioso merecian semejante distincion, y que sus sermones fueron escuchados con avidez, aplaudidos y tal vez mirados como obras maestras en su época. La historia literaria, severa con todos los escritores que han trabajado en los siglos de decadencia de las letras, no puede dar sino muy escasos elogios á este orador, mas nosotros, con perdon de cuanto se ha dicho en contra, tenemos que ser de opinion opuesta. El orador sagrado, ni es un poeta ni un literato, ni tiene siquiera pretensiones de tal. Sus discursos, encaminados siempre á la mejora de las costumbres, deben estar en el lenguaje del siglo, tener las formas generalmente usadas en él, estar adornados de las imágenes que se presenten á los ojos de todos, de símiles y comparaciones tomadas de lo que todos ven, todos oyen, todos saben, y así como se acusaria y con razon á un orador que en el siglo XVIII hablase el lenguage del IX ó X, y que nos refiriese sucesos ó ceremonias muy vulgares en su tiempo, pero completamente desconocidas hoy, de la misma debe defenderse al que, siguiendo las costumbres del siglo, se conforma en un todo con él y en sus discursos y en sus palabras sigue la costumbre propia del siglo en que vive. Esto es natural, propio y hasta necesario; lo opuesto fuera ridículo, pueril y extraño. Que un hombre cuyo objeto principal es la reforma de costumbres lo haga con las palabras y en el estilo en que todos hablan, es natural; lo contrario no lo seria, pues se exponia á que nadie le entendiese, ó á que huyeran de él como de un hombre loco ó estrafalario. Además, todo el que habla en público, procura desde luego atraerse el ánimo de sus oyentes, conviniendo en ideas, dándoles la razon en sus apreciaciones, hasta dejándose arrastrar por sus pasiones, de las que saca despues recursos en su peroracion para atacarlos, corregirlos y manifestar su bueno ó mal éxito, sus mejores ó peores resultados. Así lo han hecho los oradores de todos los siglos y países, así lo estamos viendo hacer en el nuestro á hombres eminentes que ocuparán un lugar distinguido en la historia del arte ¿Qué extraño es, por lo tanto, que cuando todos hablaban en conceptos, en conceptos hablasen los predicadores? ¿Que cuando exigia la

moda las antítesis, retruécanos y todas las figuras de mal gusto, las emplea-sen tambien los oradores, áun como medio de adquirir fama? Lo que debe procurarse saber es si el fondo de sus discursos era bueno, si su intencion era sana, si se proponian enseñar y guiar por el buen camino? Nosotros creemos que sí; creemos más, que consiguieron su objeto, que era que todos los escuchasen, que encontrasen un doble atractivo en las formas de su discurso, que poco importaban siendo este bueno en el fondo. Así, pues, nos parecen un tanto infundadas las críticas que se han hecho de la elocuencia sagrada, críticas que hasta han podido tener mal efecto y peores resultados, haciéndose en siglos descreidos y en sociedades poco afectas al yugo que á las pasiones impone la religion. Por este motivo no acriminaremos á los que como el Padre San Esteban, dejándose arrastrar por las costumbres de su época, dieron un culto excesivo quizá á la cuestion de estilo, pues habiendo llenado en sus discursos las necesidades de la iglesia, no separándose del dogma y seguido las demás máximas, en lo que no solo ellos sino tambien sus prelados tendrian bastante cuidado; lo demás era en extremo indiferente, y nada significa ni puede significar á los ojos del hombre sensato y pensador, pues las críticas á quien deben dirigirse es al siglo, á las costumbres viciadas y corrompidas, á los literatos ó artistas, en fin, que dieron principio á la decadencia introduciendo el mal gusto. Dejóse arrastrar de este el P. San Esteban, y en sus sermones, como lo anuncia su mismo título, se emplean todas las puerilidades y pequeñeces de la época, todo el ridículo acompañamiento de figuras exóticas y comparaciones pomposas y extraordinarias. Sin embargo, y á pesar de esto, sus deseos eran buenos, queria hablar al siglo en un lenguaje que todos le entendiesen, que nadie huyese de la severidad de sus palabras, atraerlos quizá á todos con lo que creia lo mas elegante y más sublime de las formas, con la intencion de darles á beber en su copa dorada la medicina que habia de sanarlos, y que tal vez hubieran rehusado en una vasija ordinaria y comun. La obra de este autor de que nos venimos ocupando es la intitulada: *Sermones conceptuosos y eruditos corroborados con la doctrina de los santos Padres juntamente con los sermones sobre las treinta ascéticas*; Venecia, por Bartolomé Tramontini, 1675. —S. B.

SAN ESTEBAN (P. Mtro. Fr. Francisco Escuderini de), franciscano italiano de la provincia de Roma, donde nació hácia 1640. Desde sus primeros años se dió á conocer por esas cualidades naturales, llamadas vocacion, y que indican el camino que el hombre se halla llamado á recorrer en la vida. Ciertamente que no todos los mortales siguen la carrera que les marca su instinto, y cuántas veces vemos eclesiásticos que hubieran hecho muy buenos militares, y militares que hubieran sido unos excelentes eclesiásticos, Háse supuesto que dependia esto de que los padres, por un abuso de su bené-

fica autoridad, forzaban las inclinaciones de sus hijos, pero aunque de esto se encuentran algunos casos, son por regla general mucho más frecuentes los contrarios, pues los padres no pueden prometerse imponer su voluntad á un hijo dócil, humilde y sencillo; al díscolo, atrevido y astuto nadie hace ceder ni un solo momento de sus inclinaciones y designios; y el primero, cualquiera sea la carrera que se le haga abrazar, la seguirá siempre, si no con grandes y extraordinarios con regulares resultados, lo cual es muy suficiente para llenar el destino que Dios nos ha señalado en el mundo, pues no hace mucho más la mayoría de los hombres. Miéntras que el jóven extraviado por su fogoso natural, fugitivo tal vez de la casa paterna, con escasa frecuencia llega á obtener un puesto digno y honroso, pues si le ocupa es dejando detrás de sí una larga, dolorosa y triste historia, que suele en la ancianidad volverle á los tormentos de la juventud, ó sumirle en padecimientos y dolores que deben hacerle recordar la conocida máxima de *Honra á tus padres y vivirás feliz largos años sobre la faz de la tierra.* Escuderini perteneció á este último número, humilde y obediente en sus primeros años, no conoció otra voluntad que la paterna, y á su superior saber y experiencia fiaba sus adelantos, su conservacion y su vida. No se engañó en este punto, porque en él nadie ha errado, los padres siempre quieren el bienestar de sus hijos, y aunque su ilustracion no sea la mayor, la escuela del mundo les ha aleccionado siempre lo suficiente para saberlos guiar por el buen camino hasta ponerlos en el que cree el mejor su esperanza. Era el de la religion el que deseaba seguir nuestro Francisco, y por él le condujeron sus padres, procurando á fuerza de ternura y cariño hacerle digno del lugar que le marcaba su vocacion. Correspondió el jóven á sus desvelos, y ya en sus estudios ó en sus costumbres no desdijo en nada de sus futuros destinos. Su asistencia á la escuela era contínua, y en ella procuraba aprender no solo los rudimentos de la ciencia humana, sino tambien de la virtud, que en todos tiempos han procurado los profesores implantar en el ánimo de sus alumnos; los ejemplos que allí veia repetidos en el seno de su familia, le hacian amar más y más lo que se le manifestaba como lo mejor, huyendo de consiguiente de vanos juegos y pasatiempos en que nada tenia que aprender como no fuera la pérdida del tiempo, y acaso de su tranquilidad. Inútil es decir que con tan buena educacion hizo los más rápidos progresos, y muy en breve llegó á ser el favorito de sus maestros, el ídolo de sus padres; hasta sus mismos condiscípulos le miraban con cierta veneracion y respeto, que aumentaba en gran manera la de que generalmente se veia rodeado, y era el mejor augurio de la realizacion de sus esperanzas. Durante sus estudios no abandonó ni por un solo instante esta línea de conducta; así es, que mirado como un jóven de provecho, cuando con licencia

de su familia pretendió el hábito de la órden Seráfica, los superiores no vacilaron en concedérsele, puesto que en ello ganaba su religion prometiéndose nuevas páginas de gloria y esplendor. No defraudó Francisco de San Esteban, pues este nombre tomó desde el instante de su profesion, la confianza que en él se habia vinculado, y ya como novicio era como profeso; fué al decir de la Crónica un verdadero imitador del patriarca S. Francisco en la penitencia, caridad, obediencia, pureza, pobreza y demás virtudes. Reinaban estas en su ánimo con tan absoluto imperio, que le hubiera parecido una cosa extraordinaria y opuesta á la naturaleza el no practicarlas hasta en sus menores detalles; y así, guiado por su buen natural, las ejercia todas con franqueza y sencillez, no como obligaciones, sino como actos propios de la vida de todo hombre y mucho más del verdadero religioso. Bajo esta base no pudo ménos de hacer los más rápidos adelantos, tanto en sus estudios como en su Orden, pasando por todos los grados en ella designados hasta llegar á las prelacias. Maestro de sagrada teología, se dedicó á la enseñanza con celo y acierto, llegando á reunir un gran número de discípulos, que le honraron tanto por sus adelantos como por las virtudes que adquirieron bajo su direccion, y que despues de su muerte fueron vivos ejemplos que conservaron por largo tiempo su memoria imperecedera. Predicador elocuente y erudito, su voz fué el terror de los pecadores, el consuelo de los afligidos, el aliento de los desgraciados, sublime cargo que no todos desempeñan con el debido tacto, pues no siempre se debe mirar al pecador bajo el aspecto de un ser endurecido en el vicio ó en el crímen, pues muchas veces no debe mirársele sino como á un desgraciado extraviado por la debilidad ó conducido acaso por la desgracia y la miseria á los senderos del crímen. El increparle en este estado de la misma manera que al que se halla en igual situacion, conducido á ella por senderos opuestos, léjos de producir resultado alguno, suele darlos contrarios á lo que se desea, pues aquel hombre que siente en su conciencia todo el peso de su desgracia, al verse acriminado lo mismo que el que ha obrado con entera libertad y explícito deseo, ó no hace caso de quien de tal manera le habla, ó se rebela contra él como contra un hombre que no sabe lo que se dice, y es indigno por lo tanto de que le escuche al que insulta en su dolor faltando así á los sagrados deberes de su carácter. Habia conocido muy bien esto el P. San Esteban, y aunque no habia recorrido las sendas del mundo expuesto á las inclemencias de la desgracia y á las tormentas de las pasiones, en el fondo de su corazon comprendia y adivinaba las necesidades de la sociedad en cuyo seno vivia, y creia el principal deber de su caridad aliviarlas en cuanto en sus fuerzas estuviese. Así es como llegó á adquirir el renombre de santo en toda la isla de Sicilia. Severo con los poderosos que insultaban con su lujo la miseria, y en vez de aliviarlos, parecia

como que se complacian en aumentar sus dolores y sufrimientos, era humilde con los desgraciados, que viviendo entre las privaciones y padecimientos, solo con la paciencia y la resignacion podian hacer un poco más llevadera su pesada carga. Procuraba además socorrerlos en sus necesidades, defenderlos en los malos tratamientos que les hacian sufrir el orgullo y el egoismo, y librarlos de las garras de la avaricia, que es quizá la pasion que ha causado más víctimas en la humanidad. Su heróica y ejemplar conducta no tardó en llamar la atencion no solo de Sicilia sino tambien de la Italia; honrado por sus superiores, llamado por los grandes dignatarios de la Iglesia, recorrió el vasto país á que podia apellidar su patria, y en él sembró todo género de beneficios, hizo todo género de buenas obras, y contribuyó en fin al bienestar y prosperidad general. Podia hacerlo esto muy bien un religioso, pues encerrada entónces toda la vida de la sociedad en los conventos y las comunidades religiosas, ni el sabio ni el artista podian prometerse amparo y proteccion, sino bajo su influencia; y cualquiera fuese el mérito de sus obras, quedarian relegadas al olvido, y sus autores expuestos á todos los padecimientos de la miseria, si no encontraban un religioso ilustrado que los amparase y protegiese, dándolos á conocer y manifestando todo el mérito de sus trabajos. Una cosa semejante se verifica en nuestro siglo. Hoy no es ya el religioso con su estrecha túnica y su plegado manto, su carácter severo y grave y sus costumbres austeras y penitentes. Es el tribuno con su abigarrado manto, sus costumbres de aparente imparcialidad y de gravedad severa; es el hombre político que niega la entrada al sabio ó al artista que no esté afiliado á su partido; y desgraciado del que bastante franco, ó diga la verdad en el reino de la mentira, ó bastante independiente se niega á bajar su cabeza ante ese soberano de un dia, sin títulos ni sangre, sin más méritos que su osadía; su noble conducta será vituperada, y sus obras ó pasarán desapercibidas, ó jamás encontrarán la acogida necesaria. Es un hereje, porque es verdaderamente libre; y debe morir á sangre y á fuego, porque proclama la verdad y la independencia individual. Póstrese ante el mentido ídolo de una idea, de un hombre cuya ambicion y miras conoce, y entónces será admitido al banquete de la vida. Nada importa que sea una medianía, que no sepa nada; ha obedecido, ha muerto si ha sido necesario por entronizar al monarca de la bola de nieve, que derretirá el primer rayo del sol de la verdad, y el dia del triunfo debe corresponderle su parte en el botin. Tal es la humanidad, siempre la misma, siempre el mismo fingido oropel, padeciendo siempre arrastrada por la ilusion los mismos dolores, sonriendo bajo el influjo de las mismas alegrías, manifestándose tan pequeña en medio de sus báquicos festines, como cuando tal vez se cree más grande al pie de un cadalso. Felices los que como el P. San Esteban se sacrificaron por una idea que

no era de este mundo, que vivia más allá de la humanidad, que buscaron la grandeza en una patria que pertenece á todos los hombres, y son pocos los que la consiguen. Gigante en medio de pigmeos, voló de esta mansion terrena á la celestial, donde obtuvo el premio de sus fatigas, premio imperecedero, digno del verdadero hombre, que llamándose siervo de Dios, no lo fué del mundo, y se negó á sacrificar á la deidad veleidosa cuyo poder apénas nacido debe perderle eternamente, porque no debió nacer jamás. Sin embargo, la buena conducta, los maravillosos ejemplos, la abnegacion, el desprendimiento, la caridad del P. San Esteban le elevaron á dignidades muy superiores á las que nunca habia soñado, le colocaron en puestos de los que no se habia creido capaz. Nombrado una y otra vez provincial de Sicilia, desempeñó este cargo como no podia ménos de esperarse de sus buenos antecedentes, siendo un modelo de prelados y de pastores, un verdadero religioso amante de los progresos y engrandecimiento de su Orden y de su buen nombre y regularidad. Los religiosos encontraron en él un cariñoso padre, los legos un decidido protector, y todos en fin amparo y consuelo en sus angustias y calamidades. Deseosos de llevarle á Roma, lo mismo sus superiores que los prelados de la capital del mundo cristiano le hicieron elegir definidor general, mas duró poco en este puesto, pues falleció en breve en 1.° de Abril de 1701, verificándose entónces algunas maravillas, que corroboraron el nombre de santo que le habia precedido. Expuesto al público por espacio de trece dias en el colegio de Sicilia de S. Pablo de la Arenilla, en Roma, donde habia fallecido, acudió á honrar su cadáver casi toda la ciudad, y principalmente los cardenales y obispos en ella residentes, que quisieron hacer esta honra á tan eminente varon; fueron recogidos como reliquias los restos de su hábito y las pobres alhajas de su celda; y cuando transcurrido aquel tiempo se trató de darle tierra como á persona tan distinguida, despues de hacerle unas solemnes exequias, se encontró su cuerpo flexible é incorrupto sacándose sangre de sus venas como si estuviera vivo. Esto aumentó mucho la piedad y devocion con que siempre se le habia mirado, haciéndosele todo género de obsequios en su entierro y señalando su sepultura, aunque no creemos haya llegado á tratarse despues de su beatificacion. Habia escrito algunas obras con los títulos: *Testamentum spirituale; Horologium Passionis Christi Domini* y *Opuscula ascetica;* que se cree fueron publicadas en el año de 1708.—S. B.

SAN ESTEBAN (Fr. José de), originario de una de las más esclarecidas familias de Andalucía; despreció los puestos eminentes con que le brindáran ya los méritos de sus antecesores, ya sus mismas especiales circunstancias, eligiendo como estado el de religioso ermitaño de S. Agustin, ingresando en el convento de Maqueda, muy célebre en verdad en los fastos de

aquella esclarecida familia. Desde luego fué muy notable la fiel correspondencia á la gracia con que este siervo de Dios secundó los designios del Altísimo en traerle á aquella santa comunidad, en la cual dió siempre los más acabados ejemplos de todas las virtudes, haciendo un noviciado en el cual más parecia él destinado á enseñar que no á aprender. Su profesion fué, como no podia ménos, muy á gusto de toda la comunidad, pues preveian con razon habia de serles muy útil, siquiera no se atendiese más que á su gran celo é interés por la gloria de Dios, en cuyo ejercicio fué siempre esmeradísimo, procurando con las mayores ánsias de su espíritu atraer á todos á la mejor ejecucion de los medios segun los cuales quiere Dios que se justifique cada cual. No se sabe si nuestro buen Fr. José habia ya hecho sus estudios cuando entró en religion y si los hizo en esta; pero no cabe duda en que su constante aplicacion le hizo adquirir un extraordinario crédito, mereciendo este principalmente en el concepto de teólogo moralista. Desde el momento mismo en que fué ordenado de sacerdote, se le concedieron licencias absolutas para predicar y confesar, y su Orden le aplicó al ejercicio de tan elevado ministerio, en el cual logró muy abundantes frutos: pues que muchísimas personas acudian continuamente no solo á confesar con él, sino á consultarle sobre los más árduos asuntos de familia, en los cuales encontraba siempre oportunísimas resoluciones, que más de una vez llevaban el sosiego y quietud allí donde sin esta resolucion acertada habia disensiones las más perjudiciales, como lo son todas las que reconocen por móvil asuntos de familia. En todas estas cosas se dejaba ver su acierto y prudencia, y estas excelentes prendas las tenian presente, como no podia ménos de suceder, los superiores generales de su Orden, así como las apercibian los mismos religiosos compañeros suyos. Así es que al llegar una época de elecciones, luego que ya tuvo los años de hábito que las santas constituciones de aquella esclarecida familia prescriben, todos pensaron en él, y unánimemente propusieron y aceptaron su nombramiento, siendo él el único que se opuso, fundando su resistencia en lo que verdaderamente no podia fundarse, pues por ningun concepto se creia acreedor á tal distincion, razon en pro de ella misma, que le hacia mucho más aceptable para el enunciado cargo. Fuéle, pues, preciso aceptar, y comenzó á regir su comunidad con tanto acierto como era de esperarse. El veia todas las necesidades de todos, y áun ántes de que se las manifestáran, se apresuraba á poner en ellas el remedio que era posible, y cuando este remedio no se alcanzaba, prestaba al ménos el consuelo de acompañar en su disgusto al que le sufria irremediable; y esto servia de mucho, pues todo súbdito se complace en que su superior comparta con él sus penas. Procuró muchísimo en bien de su convento, pues utilizando las muy buenas relaciones que tenia por su familia, habia procu-

rado muchas cosas que fueron de gran provecho para la casa, y en procurar las cuales se veia bien claro el interés y celo de tan distinguido superior. Por supuesto que aunque su benignidad era mucha, no por esto debe creerse que toleraba abusos, ni mucho ménos; con la mayor energía reprimia los más ligeros deslices, pues ante todo era su delicado afecto á que toda su regla se cumpliera exactamente, y por consiguiente todo lo que á esta regla se oponia, le causaba gran disgusto y excitaba su santo celo. Reelegido una y otra vez para el cargo de superior de aquella santa casa, quiso en varias ocasiones dejar tan importante puesto; pero sus hermanos se opusieron á ello fundándose en su idoneidad para tan difícil ministerio, así es que vió el fin de sus dias desempeñando tal mision, y como era consiguiente él mismo designó quien habia de sustituirle, en lo cual complació mucho á sus queridos religiosos, pues efectivamente parecia que el designado era por su conducta como su segunda persona. Dejó muy buenas memorias en su convento, y para que por fuera se perpetuase tambien, escribió en verdad con mucho acierto la *Vida y virtudes del venerable hermano Fr. Juan de la Magdalena, religioso lego de la órden de S. Agustin;* impresa en Osuna en el año 1662, y la no ménos curiosa del V. Fr. Justo del Espíritu Santo, de la misma Orden, que no se llegó á imprimir.—G. R.

SAN FELIPE (Fr. Francisco de), religioso capuchino, corista, de la provincia de Zaragoza de Sicilia. Aunque del más ilustre linaje, lo olvidó completamente, como tambien todas las pompas vanas del siglo, no conservando de ellas reliquia alguna en su corazon que le hiciese ménos humilde de lo que se habia propuesto. Y así imitando al seráfico Padre, nunca quiso ser promovido al estado sacerdotal, perseverando constante en el de corista por espacio de cincuenta y dos años, que tuvo de vida en la religion. Hizo coro con sus virtudes el don de profetizar, como se comprobó en muchísimos casos. Sanó á muchos con solo la señal de la cruz; y era tal su inocencia, que como si se hallára en el estado primitivo le obedecian los mismos brutos, de que se citan varios casos. Despues de una vida de constante virtud y de estricta regularidad se le originó una penosa llaga en el costado, que se creyó preciso le viese un médico. Cuando este entró á visitarle, le dió mil gracias Fr. Francisco, añadiendo no se cansase en venir á verle más, porque era voluntad de Dios que aquella llaga, que le representaba la del costado de Jesucristo muerto, al cabo le quitaria la vida. Así se verificó segun su deseo, espirando en la ciudad de S. Felipe el mismo dia de las llagas de su seráfico Padre. El cadáver estuvo expuesto por tres dias á la devocion de todos los que le honraban como santo, no solo de los moradores de la ciudad, sino tambien de muchos de los lugares circunvecinos que concurrieron á sus exequias, y se hallaron libres de diversas enfermedades por el contacto y virtud de sus reliquias. Vióse su

rostro estando en el féretro con un singularísimo resplandor, quizá comunicado por el que sus virtudes habian causado á su espíritu.—A. L.

SAN FELIPE Neri (P. Alejandro de), religioso del instituto de las Escuelas Pias. Este siervo del Señor fué natural del reino de Polonia, varon de excelentes é intachables costumbres y aplicado desde sus primeros años á la enseñanza de la juventud, en la que se portó con el mayor celo y anhelo, consiguiendo sacar aventajados discípulos, saliendo, por lo tanto gran operario en la viña del Señor. Ocupándose despues en la predicacion, en la que se manifestó fervoroso adalid, le destinaron los superiores á la mision del Ponto Euxino, en donde ejercitó su apostolado y cogió mucho fruto. Habiéndole Dios revelado el dia y hora de su muerte, pidió y obtuvo facultad para retirarse y prepararse para pasar á la feliz eternidad. Así murió con tan buenas disposiciones espirituales en el dia 8 de Abril del año de 1725.—A. L.

SAN FELIX (Fr. Antonio de), franciscano italiano, de una familia tan ilustre por su nobleza como por su piedad, pues era hijo de Francisco y de Adriana Caracciolo, marqueses de Vici. Sus padres le dieron una excelente educacion, á que procuró corresponder el tierno vástago, distinguiéndose por sus adelantos en las letras y en la virtud, pues áun en la niñez huia de los juegos pueriles y de las ociosas ocupaciones, que son tan propias á su edad, y que pasaron para él desapercibidas, pues dedicado ya desde entónces al servicio del Señor, únicamente procuraba llenar en todo las obligaciones de un buen cristiano. Su familia, viendo sus deseos y vocacion, no vacilaron en llenarla, aunque con sentimiento, pues creian que le estaba reservado un más brillante porvenir; pero el jóven preferia ocuparse de las cosas sagradas y encaminarse por los senderos de la perfeccion, á vivir en medio de un mundo cuyos halagos no le podian seducir, cuyas vanidades no conseguian engañarle. Siendo, pues, muy jóven todavía, tomó el hábito en la órden Franciscana, manifestando desde entónces la verdad de su vocacion con sus trabajos y desvelos, pues no habia tarea, por difícil y penosa que fuese, á que no se consagrase, ni trabajo que no le fuera fácil y llevadero. Humilde entre los humildes y obediente con los obedientes, Fr. Antonio era un modelo de novicios en todas las prácticas de la observancia regular. Miraba como punto de honra obedecer en un todo á su maestro, seguir sus consejos y prescripciones, áun en las cosas más pequeñas y detalladas, convencido que si faltaba en ellas no ejecutaria con gusto y prontitud las más dificultosas y de mayor importancia. Procuraba que su clase, léjos de que fuese para él un motivo de distincion, lo fuera por el contrario de prueba, pues se prevalia de ella como para reclamar y exigir que se le impusiesen las tareas de mayor trabajo y los empleos de más humildad; veia en ello interesado el esplendor de su cuna, pues si por su sangre estaba obligado á

manifestarse superior en todas partes, no veia porqué habia de negarse á ello en un convento, aunque en él la superioridad estuviera en la humildad y en la obediencia. Bajo tan buenos auspicios terminó el año de noviciado, y dándole la profesion, comenzó desde entónces sus estudios, que hizo con gran aprovechamiento, ya porque se hallaba convenientemente preparado, ó más bien porque su carácter laborioso y aplicado le animaba á no desmayar en las mayores dificultades, poniendo toda su constancia y teson en vencerlas para manifestar así con sus buenos deseos la buena voluntad de que se hallaba dotado. Fr. Antonio hizo, por lo tanto, muy en breve los mayores progresos, y habiendo terminado lo que podia llamarse los estudios eclesiásticos, y ordenado ya de sacerdote, se consagró al cultivo de otras ciencias, en particular de la geografía, á que era muy aficionado, y en que escribió algunas obras muy notables para su siglo, que fueron acogidas con el mayor aprecio por un público ávido de novedades, y sobre todo de encontrar en libros modernos lo que solo podia leer en los antiguos, accesibles á muy pocos, y no siempre al alcance de todas las inteligencias. No contento con esto, se consagró tambien á la poesía, á que tenia particular aficion, y en que hizo algunos adelantos; y aunque no fué de los poetas más distinguidos de su siglo, merece, sin embargo, ocupar un puesto entre los más conocidos. Por desgracia sus obras en este género han quedado inéditas, y solo se puede hablar de ellas con referencia á los autores que dicen haberlas visto y juzgan de su mérito, ignoramos si con excesivo elogio ó con demasiada severidad. Estas tareas no impidieron al P. San Felix consagrarse á otras ocupaciones, en particular á las propias de su profesion, como son el púlpito y confesonario. Hiciéronle brillar en el primero sus vastos conocimientos, su elocuencia y su vida ejemplar, que mirada con respeto por cuantos le escuchaban, hacia que sus palabras tuviesen á sus ojos doble valor, y el humilde religioso conseguia, áun sin saberlo, mucho más fruto del que se proponia. Su grande humildad, su excesiva modestia, su carácter bondadoso, influian á su vez en que cuantos penitentes se le acercaban, marchasen por el camino de la perfeccion con tan buenos resultados, que algunos murieron en opinion de santidad. Hizo, por último, profesion de todo género de virtudes, y á su muerte, ocurrida en 1570, fué objeto de la veneracion general, pues eran públicas las prendas y buenas cualidades que le adornaban. Habia escrito gran número de obras; aunque en su mayor parte nos son desconocidas, se cita, sin embargo, una en que hizo la descripcion topográfica de todas las ciudades de Italia, y lleva el siguiente título: *Corographiam Campaniæ, sive de situ et origine ejusdem*, la que parece dedicó al Senado y pueblo de la ciudad de Capua, en la Campania, y fué publicada en Nápoles, en 12.°, haciéndose luego una segunda edicion en la misma ciudad por Domingo Macearani, 1656, adornada

con el retrato y biografía del autor. Escribió además: *Carmina pleraque variorum argumentorum*, que quedaron inéditos, aunque algunos de ellos merecieron posteriormente los honores de la impresion.—S. B.

SAN FELIX (Fr. Bernardino de), religioso capuchino de la provincia de Bolonia y predicador de la misma. Varon muy laborioso y caritativo, que estando dedicado por la obediencia á asistir á la fábrica del convento que en el castillo de S. Pedro se edificaba; espontáneamente, por su arbitrio, su aprobada vida y amor del prójimo, conociendo los estragos que producia la peste desarrollada en aquel lugar (año de 1630), se dedicó con el mayor ardor y voluntad á la asistencia de los muchos contagiados, providencia que tambien hacia precisa y oportuna la necesidad, porque habiendo arrebatado el furor de la epidemia á muchos sacerdotes, apénas se hallaba quien administrase los sacramentos, corriendo gran peligro la salud corporal y espiritual de los que luchaban con la tormenta. Olvidando el siervo de Dios su propia seguridad, y encendido con el deseo de socorrer los prójimos en tan urgente necesidad, los visitaba de dia y noche, sin omitir oficio alguno que contribuyese al alivio y pública conveniencia. Todos le respetaban como hombre enviado del cielo, de cuyos espirituales dones en todas partes proporcionaba consuelo y conformidad. En estos ejercicios de tan generoso y ardiente ánimo, á que no daba tregua ni descanso, le arrebató la muerte para premiarle con una dichosa inmortalidad. Habiendo sabido los moradores de aquel pueblo la infausta pérdida que habian experimentado, y que habia sido enterrado Fr. Bernardino en el arenal inmediato con los demás cadáveres apestados, no olvidándose de las obligaciones que le tenian, se convocaron, pasados ocho dias, y buscaron el cuerpo para darle sepultura más noble, y que mejor correspondiese á sus virtudes y religiosa conversacion y trato. Llegado el octavo dia, al desenterrar el cuerpo de Fr. Bernardino, que ya por la comun causa de corrupcion, ya por la especial de haber fallecido de peste, debia exhalar mal olor, sucedió tan al contrario, que como si le hubieran ungido ántes con los más preciosos aromas, luego que le sacaron de la huesa empezó á esparcir suave fragancia, recreando á todos los circunstantes con su aromático ambiente. Agregóse á esta maravilla, en prueba de los merecimientos y santidad del varon insigne, que habiendo casi todos los concurrentes tocado el cadáver, á ninguno llegó el contagio. Agradecidos al que por asegurarles el bien eterno habia dado la vida temporal, le dispusieron un entierro muy suntuoso, y despues de aquellos devotos oficios que ejerce con los difuntos la cristiana piedad, dieron al incorrupto cuerpo honorífica sepultura.—A. L.

SAN FELIX (Francisco de). Solo sabemos de este eclesiástico que fué canónigo de la iglesia de S. Sernin, en Tolosa, despues de haber sido paje de

Luis XIV. Fué el mayor de los veintiocho hijos que tuvo su padre Felipe, hijo de Juan y nieto de Guillermo de San Felix. Fué este hombre de tan pasmosa fecundidad de una familia antigua de orígen normando, que poseia considerables bienes en el vizcondado de Bezieres, en el que dió su nombre al castillo de San Julian, y en el condado de Caraman, en donde hizo homenaje de otro castillo de su nombre á Bernard, vizconde de Alby en 1770. Este y su familia fueron amigos del conde de Anjou, hermano de S. Luis, rey de Francia, y ayudándole en la conquista de Nápoles estableció su casa en aquel reino, en el que es conocida la familia con el nombre de San Felice. La familia de San Felix figuró mucho en los reinados de Enrique IV, Luis XIII y Luis XIV en grandes destinos.—A. C.

SAN FELIX (Fr. José de), religioso capuchino y predicador de la provincia de Cataluña. La significacion de José es *aumento*, y el pueblo llamado San Felix, donde nació este ilustre varon, corresponde á eterna *felicidad*, providencial union de nombre y apellido, con que el Señor empezó á prometer el aumento de virtudes y premios que habia de alcanzar en la religion de los Capuchinos. Discurriendo este siervo de Dios el medio de proporcionarse y conseguir una vida la más austera y retirada, determinó separarse de la religion de los Padres Carmelitas á que se habia agregado, y abrazar la de los Capuchinos, cuyo instituto le arrebataba todo el afecto. Accedió á sus deseos el ministro provincial de la órden Seráfica, y admitió al número de los novicios al que veia ansioso de observancias más rigurosas, en las cuales se ejercitó el nuevo soldado de la Seráfica milicia con aliento tan generoso, que cumplido el año de probacion, mereció ser llamado con universal consuelo y aplauso de toda la comunidad á la profesion de los votos, á cuyo puntual cumplimiento ajustó en adelante la série de su vida y ocupaciones. Era extremado en la observancia de cualquier rito, ceremonia ó constitucion de la Orden, por leve que fuese, pues el conocimiento que habia adquirido de que los estatutos religiosos son el mejor vallado para contrarestar los avances del enemigo del alma, le hacia ser muy rígido en observar todos sus preceptos. Le adornaba una sencillez y candor de ánimo tan ingénuo, que presentaba desnudo su corazon á todos los que le trataban. Con todo, puso la discrecion por guarda y compañera de la sencillez, gobernando con tal prudencia sus operaciones, que nadie pudiese descubrir en ellas falta de decoro y rectitud. Por el contrario, aunque de todos era aplaudido y respetado como espejo de virtudes, jamás se vió tuviese entrada en su corazon ningun destello de vanidad; ántes en competencia humilde se abatia, no solo á los iguales, sino tambien á los inferiores, cuando ocurria alguna ocupacion servil, como barrer la casa, asear las celdas de los enfermos, fregar los vasos y enseres de la cocina, hallándose siempre el más pronto,

venciendo la diligencia de los demás. Unicamente hasta media noche conseguia el sueño hacerse dueño de sus sentidos, aunque en el dia antecedente hubiese hecho jornada de muchas leguas ó hubiese predicado muchos sermones, costumbre que siempre observó, áun cuando en las cuaresmas moraba en la casa de los seglares. Dejaba, pues, el lecho á media noche para el ejercicio de la oracion, ya mental, ya vocal; pero procurando con sigilo caritativo que el compañero no despertase, evitando el menor ruido y la ajena incomodidad. Meditando el varon ilustre la pascua del Señor, y acordándose de aquellas palabras proféticas de David: *Dispuesto estoy para los azotes, y mi dolor está siempre á mi vista*, se disciplinaba cada dia dos veces, una por la noche y otra por la mañana, ántes de celebrar el sacrificio de la Misa, diciendo que con aquel castigo se purificaba el corazon de sus manchas leves, las cuales impedian el influjo de las gracias que Dios comunica al ánimo exento de toda impureza. Con estos mismos golpes castigaba su cuerpo, cuando deseaba mover al pueblo con sus sermones á una total enmienda de culpas. Era su ánimo constantísimo en reprender los vicios, en particular cometidos con escandalosa publicidad. No hubo persona, por elevada que fuese, que le detuviese en sus amonestaciones, como lo acreditó muchas veces. Habiéndole atacado en la villa de Praca una dolencia peligrosa, en que fué preciso administrarle la santa uncion, no dando los médicos esperanza alguna de su vida, pidió á su compañero con vivas instancias, lo que consiguió, le llevase á la iglesia sobre sus hombros para oir Misa; piedad que acaso premió Dios, concediéndole por entónces el beneficio de la salud, hasta que rico de mayores merecimientos, conmutó la vida temporal por la eterna en el convento viejo de Gerona, donde dejó edificados los religiosos con su dichoso fallecimiento. Murió este ejemplar siervo de Dios hácia el año de 1628. — A. L.

SAN FRANCISCO (P. Agustin Pueyo de), religioso de las Escuelas pias, que nació casualmente en la ciudad de S. Felipe, de padres aragoneses. Siguió loablemente los destinos de su instituto, y las mismas prendas manifesto en otros cargos despues de la mitad del siglo XVIII. Con motivo de la instruccion pública, escribió: *Ortografía española en beneficio de la juventud.* — L.

SAN FRANCISCO (V. P. Fr. Andrés de), religioso franciscano, natural de Jaen. Pertenecia á una de las mejores familias de su patria y siglo, y renunció á las más lisonjeras esperanzas y á un porvenir en extremo halagüeño, que le ofrecia tanto los méritos de su familia como sus circunstancias personales, por ingresar en la órden Seráfica, cuyos primeros votos eran los de pobreza, humildad y obediencia. Léjos de hacerse violencia en este punto, vivió muy complacido y satisfecho bajo la regla del patriarca de Asís; porque

veia en ella la manera de obtener su propia santificacion, y ciertamente que no puede haber para la criatura ni aspiracion más noble, ni intento más elevado. Grande fué el afan y esmero con que se dedicó desde niño á los estudios; así es que fué extraordinario su aprovechamiento, habiendo logrado en mucho ménos tiempo que otros superar las dificultades y ponerse en aptitud de conseguir los primeros grados académicos, no solo en las ciencias filosóficas, sino tambien en la teología y cánones, habiendo estudiado además diferentes idiomas, de lo cual sacó despues partido su Orden para destinarle á un cargo en que le fueron de la primera y mayor utilidad. Desde que tomó el hábito manifestó constantemente suma docilidad y obediencia, sabiendo desprenderse por completo áun de los nobles sentimientos que inspira la carne y la sangre, lo cual es una excelente disposicion para el estado de perfeccion á que son llamados los religiosos. Desde luego le ocuparon en la enseñanza, y fué muy acertado el llevarle por este camino; en primer lugar, porque era muy instruido y estudioso, y esto favorece mucho al profesor para lograr el apetecido resultado en provecho de los jóvenes; y lo segundo, porque su carácter dulce al par que enérgico, y su grande aficion á la juventud eran muy á propósito para inspirar afecto y lograr por esté medio lo que en realidad nunca se logra por el terror, pues aunque parece con frecuencia que los jóvenes y estudiantes se amoldan á lo que por este medio se les exige, como que el medio es violento, poco seguros son los resultados, y casi infructuosos los trabajos que se toman los maestros cuando el discípulo no siente hácia él confianza y afecto. Como las disposiciones de Fr. Andrés eran muy á propósito para director de estudios hubieran ganado mucho los jóvenes si siempre hubiese estado dedicado á tan importante tarea, como lo ganaron los que le tuvieron por maestro, que nunca pudieron olvidarlo. Mas los tiempos y los acontecimientos requieren que en corporaciones de tanta importancia como lo es una órden religiosa, los sujetos de alguna valía pasen de unos á otros cargos, pues aunque sean muy útiles en unos, llega ocasion en que son necesarios en otros, y entónces se hace indispensable sacrificar lo útil á lo necesario, pues la urgencia obliga á estos y mayores sacrificios. Así sucedió precisamente con nuestro Fr. Andrés de S. Francisco. No se puede en verdad precisar si estaria él mas contento de sus discípulos ó sus discípulos más contentos de él, ni si los esfuerzos de los unos serian mayores que los del otro; pero sí se puede decir que nunca los adelantos en la enseñanza habian sido mayores ni logrados con más facilidad y espontaneidad, cuando hubo de separarse de su cátedra para emprender un rumbo bien distinto, para ocuparse en otra mision que nada tenia de semejante con la que acababa de dejar. Creemos inútil el consignar el profundo sentimiento que produjo el que dejára la enseñanza; baste saber que se pusieron en juego las

más altas influencias para ver si se lograba dejarle al frente de ella, lo cual no pudo conseguirse, porque en verdad eran más del momento los intereses que estaba entónces llamado á administrar. Efectivamente, tenia que hacer una expedicion á Africa, en que debia servir de intérprete, porque los estudios que habia hecho le ponian en aptitud de desempeñar este cargo, y el asunto principal que iba á ventilarse era asunto de religion, muy interesante por consiguiente á los franciscanos, que tenian muchas misiones en este país, y que acaso con esta entrevista pudiera conseguirse el tener alli un colegio, cuya empresa hubiera sido de los mejores resultados. Desempeñó su comision de la manera más satisfactoria, llegando á presencia del emperador de Marruecos despues de un largo y penosísimo viaje, pero nada pudieron conseguir á pesar de las seguridades que daban y de las garantías que les ofrecian. Sin embargo, no pueden calcularse las ventajas que logró la embajada, si tal nombre puede dársela, con llevar á nuestro franciscano, pues es indecible la admiracion que causaba en aquellas gentes el ver que un religioso conocia su idioma, hablaba como ellos y se comunicaba con ellos; lo cual les parecia extraño no pudiendo llegar á comprender cómo habiendo tanta diferencia en sus costumbres y áun en su figura, en el idioma habia identidad en aquel que tan distinto les parecia y lo era efectivamente. Esto sirvió para evitar los malos tratamientos que hubieran de otra suerte inferido á sus compañeros, que no hubieran podido ménos de tener los peores resultados. Véase por lo tanto, pues, la grande utilidad que produjo el que nuestro religioso fuese en aquella expedicion. Todavía reportó otra más positiva: el conocer de cerca los errores y extravíos de aquel pueblo en órden al culto y religion, lo que le inspiró la idea de sostener con ellos algunas polémicas, en extremo útiles, como llenas de caridad, las que hizo poner en su idioma, y dejó esparcidas entre aquellos pueblos como la semilla que, llamada á fructificar, tiene primero que permanecer por largo tiempo bajo la tierra. Así sucedió con sus trabajos; fructificaron, aunque su autor no viera por entónces la abundante cosecha que debian producir. Tambien escribió con este motivo una carta, en que refiere las grandes penalidades que hubieron de sufrir en su viaje, y enaltece con razon el mérito de los que le acompañaron. Poco despues de esta expedicion se hizo otra con mejor éxito, y entónces fué cuando se recogieron los frutos de la doctrina que él habia sembrado por medio de sus preciosos escritos. No puede la criatura escudriñar los designios de Dios, por esto no nos es dado investigar la razon por que el Señor privaria de la vida al P. Andrés de S. Francisco ántes de lograrse el resultado que él tanto apeteciera. Es lo cierto, sin embargo, que la antorcha de la fe se llevó por manos de los hijos de S. Francisco de Asís á aquella apartada region, aunque no fué nuestro religioso quien por sí

la condujo; sin embargo, como los designios del Señor, segun llevamos dicho y es verdad eterna, son inescrutables, nadie sino el Señor puede saber si los grandes sufrimientos del P. Fr. Andrés de S. Francisco y los increibles esfuerzos que hizo para atraer á aquellos infelices al conocimiento de la verdad sirvieron para inclinar la soberana misericordia del Señor en favor de aquellos desgraciados, y de consiguiente nuestro religioso podria bajo este concepto considerarse como uno de los primeros misioneros de este país. Pero á pesar de todo da lugar este acontecimiento á particulares reflexiones sobre las causas que pueden haber influido en el éxito de tan grave asunto: no nos detendremos á exponerlas, pues sería obrar en contrario á lo que llevamos expuesto, y nos limitaremos á referir algo de los últimos acontecimientos de la vida de este religioso. Habíase retirado á su patria, donde á pesar suyo hubo de aceptar algunos cargos en su Orden, desempeñándolos dignamente, como era propio de su erudicion y virtud. Pero deseoso de librarse de todas las ocupaciones mundanas, que le privaban el prepararse para bien morir, se retiró á Granada al convento de S. Luis de Zubia, donde decidió pasar sus últimos momentos. Ocupado allí en el ejercicio de todas las virtudes, solo pensaba en sus ejercicios y prácticas religiosas cuando le sorprendió la última enfermedad. Fué en extremo larga y penosa, sin que por esto se le oyera exhalar un ay ni una queja, ni dar ninguna de esas señales de poca resignacion, que tan frecuentes son en los que se hallan agobiados por grandes y largos dolores. Por el contrario, en él fué todo mansedumbre y paciencia, y confesándose y comulgando continuamente, esperó tranquilo su postrer hora, que le llegó entrado ya el año 1600, siendo enterrado en el referido convento de Zubia, no sin particular veneracion de todos, pues era mirado como santo.—S. B.

SAN FRANCISCO (P. Anselmo Esteban de). Nació este Padre escolapio en Ferreruela de Aragon el año 1742. Tomó el hábito en la Orden, y desde luego se distinguió por su instruccion. Fué rector de los colegios de Sos y de Zaragoza, y consta vivia aún en 1801, dirigiendo este último, pues que así lo expresa Latasa en su *Biblioteca nueva de Escritores aragoneses*. En el colegio de Zaragoza pronunció las dos curiosas oraciones, cuyos títulos ponemos á continuacion, en dos academias celebradas en 1777 y 1788. *In linguæ latinæ intelligendæ Commentum;* en 4.°—*Quinam libri ad puerorum in studiis humanitatis educationem optimi judicandi sunt*; en 4.° En esta misma oracion estampó, dice Latasa, una *Egloga latina* á nuestra Señora del Pilar.—C.

SAN FRANCISCO (Antonio de). Véase Francisco (Antonio de San).

SAN FRANCISCO (Fr. Antonio de), religioso mercenario, natural de Madrid. Escribió algunas obras. Véase Francisco (Fr. Antonio de San).—S. B.

SAN FRANCISCO (M. Catalina de), religiosa agustina recoleta, profesó

en el convento de Santa Isabel de la calle del Príncipe, en Madrid, á 24 de Diciembre de 1590, y fué una de las que murieron en esta casa, que edificó con su grande penitencia. Llamóse en la religion Catalina de San Francisco, y en el siglo Doña Catalina de Guzman y Quiñones, por ser hija de D. Antonio de Guzman y Doña Isabel de Quiñones. Esta señora habia obtenido grande celebridad en la corte por su extraordinaria belleza y por el deseo de lucir sus brillantes galas, en lo que no la excedió ninguna de las señoras más ricas de su siglo. Aunque todos los historiadores que han hecho mencion de esta religiosa, dicen que en su juventud obtuvo grande fama en la corte, ninguno se ha atrevido á decir que faltára al decoro debido á su persona y á su antigua é ilustre nobleza, asegurando, por el contrario, que fué en el claustro una verdadera Magdalena, aunque no se nos refieran detalladamente sus penitencias. —S. B.

SAN FRANCISCO (Fr. Diego de), religioso franciscano, provincial de Castilla la Vieja. Dejó algunas obras inéditas. Véase Francisco (Fr. Diego de San).

SAN FRANCISCO (V. H. Domingo Vincenti de), religioso del instituto de las Escuelas pias. Domingo de San Francisco, de la familia Vincenti, natural del Abruzzo y de cerca de Civitella, fué operario de excelente virtud, y especialmente dotado de suma simplicidad, obediencia y caridad. Resplandecieron notablemente en este varon los dones del Espíritu divino, de los cuales se hizo digno por la continuacion y fervor de su oracion. Murió en Chieti, en el reino de Nápoles, á 28 de Noviembre del año 1656, siendo de edad de setenta años. Solo dan estas noticias las memorias contenidas en los procesos del beato José, de este insigne religioso, que vivió con grande perfeccion cerca de cuarenta años en el estado religioso. —A. L.

SAN FRANCISCO (V. P. Fr. Gerónimo de), religioso de la Orden Seráfica, natural de la villa de Orche. Tomó el santo hábito en el convento de S. Diego en Alcalá, donde vivió siempre como espejo cristalino de perfecciones religiosas. En su rostro se admiraba una angélica compostura, y en su lengua una dulzura suavísima; siendo sus palabras un poderoso imán para atraer á las almas al ejercicio de las virtudes, cuya gracia era un poderoso aliciente para que viniesen muchas personas, áun de partes muy lejanas, á comunicar con Fr. Gerónimo acerca del estado de sus conciencias y someterse á sus consejos y cristiana direccion. Desahogábase el amor de Dios, que ardia en su corazon, en rigidísimas penitencias con que quebrantó su cuerpo, de modo que perdió fuerza, salud y vida, hecho gloriosa víctima de la cruz. Murió en el mismo convento en que habia profesado el año de 1615; permaneciendo flexible su bendito cuerpo despues de su muerte, á cuyo entierro acudió innumerable pueblo, aclamándole por santo, y desean-

do obtener é interesarse en algunas de sus pobres alhajas, para venerarlas, conservarlas y que les sirviesen de reliquias.— A. L.

SAN FRANCISCO (La V. M. Isabel de), hija de D. Martin Miravete de Blancas, que murió carmelita descalzo, como se dijo. Nació en Zaragoza, y fué la última religiosa que admitió en el convento de Carmelitas descalzas de San José de esta ciudad la V. M. Isabel de Sto. Domingo, su fundadora. Desde muy tierna edad dió indicios de su virtud. Fué muy fervorosa en la oracion y puntual en los destinos de su instituto. Su penitencia y mortificacion eran muy ejemplares, como su caridad y devocion. Obtuvo los cargos de tonsura, maestra de novicios y priora, y en medio de estos y aquellas ocupaciones no dejó de manifestar su ameno ingenio y su amor á los destinos de las religiosas. Murió á los cuarenta y dos años de su edad en 13 de Noviembre de 1627, habiendo escrito: 1.° *Un libro de las cosas más importantes para las ordinarias y última enfermedad, particularmente para la hora de la muerte*, donde recogió cosas muy especiales, devotas y provechosas, como lo depone D. Juan Luis Ponz, racionero de Mensa de la Seo de Zaragoza, confidente suyo, varon docto y virtuoso, en una relacion de esta venerable, de que trata el protonotario de Aragon D. Miguel Bautista de Lanuza, en la *Vida de la citada María Isabel de Sto. Domingo*, pág. 530, núm. 10.— 2.° *Varios opúsculos, en metros diversos, de asuntos tomados de la Sagrada Escritura*, de que hacen mencion aquellos dos autores, advirtiendo que fué muy aficionada á notar de su pluma muchas cosas y reducirlas á órden, gozando al mismo tiempo de una feliz memoria. La alaba tambien el P. Fr. Felipe de la Santísima Trinidad en la *Vida* que le escribió, y el P. Cosme de Villiers de San Esteban en la *Bibliot. Gener. del Carm.*, pág. 199 y 200 del tomo II. — L.

SAN FRANCISCO (P. Fr. José). Nació en Madrid por el año de 1679, y en el convento de la ciudad de Méjico tomó el hábito del órden de los Bethlemitas, cuyo instituto es de hospitalidad y convalecencia, con el cargo de enseñar á la juventud á leer, escribir y contar; su fundacion se debió en el reino de Guatemala, año de 1656, al venerable Pedro de San José Betancurt, natural de Tenerife, siendo primero erigida compañía en 1674, despues congregacion en 687, y últimamente, religion aprobada por la silla apostólica en 1710. Fué prefecto de la casa de Potosí, asistente y secretario general por el capítulo celebrado en 1721, y en el que tuvieron los dias 1 y 2 del mes de Febrero de 1730, en Méjico, salió electo general de toda la Orden. Esta noticia nos da D. Juan Francisco Sahagun de Arévalo en sus *Gacetas de Méjico*.—A. B.

SAN FRANCISCO (Fr. Juan de). Fué natural de Beas, pequeño pueblo del antiguo reino de Murcia, y sus padres fueron de la primera nobleza del

país, muy acaudalados y que, como era consiguiente, miraban con suma atencion cuanto decia relacion á la educacion de su hijo. Cuando en su pueblo le hubieron enseñado latinidad, pasó á Murcia para estudiar filosofía, é hizo en ella tan notables adelantos, que los mismos profesores á cuyo cargo estuvo indicaron á sus padres la conveniencia de que en una universidad estudiára alguna facultad mayor, aquella á que su inclinacion más le llevara. Los padres, que como hemos dicho, anhelaban procurar en su hijo todos los medios de adelanto que pareciesen oportunos, determinaron llevarle á Salamanca, cuya universidad ha gozado con razon de reputacion europea, por haberse reunido siempre en ella los más excelentes profesores, y su misma independencia haber sido ocasion de que en ningun tiempo se contemporizára con ningun género de exigencias y así los alumnos pudieran lograr el apetecido provecho en sus estudios. Grande le hubiera logrado nuestro jóven si á ellos se hubiera dedicado en la universidad, como alumno de ella, segun los alcanzó en su convento como discípulo de aquella santa casa, porque él apénas llegó á su alojamiento en Salamanca, se trazó la conducta que habia de seguir, y por tener grande horror á los vicios de que él habia oido estaban inficionados la mayor parte de los jóvenes, que á esta como en las demás universidades concurrian, escogió por sus amigos á los religiosos de la órden de San Francisco, y con ellos únicamente se acompañaba, pasando en el convento todo el tiempo que le dejaban libre sus tareas escolásticas. Si la noticia somera de las grandes virtudes que ejercian los sucesores de Francisco en el desempeño de sus ministerios, le habia hecho depositar en ellos su confianza para que fuesen sus guias y consejeros cuando apénas los conocia; el observar cada una de sus acciones y ver lo elevado de sus miras por una parte, por otra lo ardiente de su caridad y lo extraordinario de su celo, lo provechoso de su obediencia y lo meritorio de su mortificacion; todo esto, conocido por él, le inclinó á buscar entre aquellos fieles servidores de Dios un lugar para poder un dia asegurar plenamente su eterna bienaventuranza. Midió sus fuerzas ensayando él á solas consigo mismo si le bastarian para emprender aquella carrera que se le ofrecia como un poco penosa; y hallándolas suficientes, pidió á sus padres permiso para tomar el santo hábito, haciéndoles ver los fundamentos en que apoyaba su demanda, y manifestándoles lo grande que seria su disgusto si no accedian á sus deseos. Con el sentimiento que siempre causa una separacion tal vez perpétua, y dando á su querido hijo los más saludables consejos, le dieron su santa bendicion para que pretendiera el hábito franciscano, y le ayudaron con aquellos medios que creyeron convenientes y que fueron más que sobrados comparativamente á lo que necesita un hijo de S. Francisco. Pretendió ingresar en el convento de Salamanca y fué recibido en él, trocando los

apellidos que indicaban su linaje por la apelacion de San Francisco, con que se honró muy mucho y con que desde entonces fué conocido. Una vez cumplido su noviciado y hecha su profesion, fué destinado á continuar sus estudios primero en un colegio y luego en la universidad, segun era costumbre de la Orden, y desde luego mostró no solo muy claro ingenio, sino constante aplicacion, con lo cual pudo ponerse en aptitud de desempeñar los más delicados cargos, que como estudiante, se conferian á los de su convento en las conclusiones públicas con que tenian que demostrar su idoneidad para pasar á otros estudios más importantes y difíciles. Entre tanto le hicieron recibir los órdenes sagrados hasta el presbiterado inclusive, y á todos ellos se preparó con la más exquisita diligencia, haciendo concebir fundadas esperanzas de que sería uno de los más útiles operarios de la Iglesia entre los hijos de la Seráfica gran familia. Por supuesto, que combinaron los Padres superiores las cosas de manera, que al cumplir la edad estaba acabando la carrera, y pudo por consiguiente ordenarse al tiempo que le declararon con aptitud para el desempeño de los importantes ministerios del sacerdocio, por tener ya concluida la carrera con muy notable ventaja. Desde luego comenzó á distinguirse en el púlpito y en el confesonario por su prudencia, por su acierto y por su celo por la gloria de Dios, para conseguir la cual no le parecian mucho cuantos trabajos fuese necesario sufrir, pues á todos y á más estaba preparado su ánimo verdaderamente apostólico. Adquirió nuestro Fr. Juan muy grande crédito por su doctrina y sus virtudes, y muchas veces era buscado áun de pueblos sumamente distantes, para que allí diera misiones ú otros ejercicios, de los cuales resultaba siempre grande provecho, porque no obraba él segun las reglas prudenciales del mundo, sino segun la enseñanza que recibida de Dios guardaba en su corazon, con un ardiente deseo de que todos se aprovechasen de ella. Por la época á que nos vamos refiriendo se disponia una expedicion de doce religiosos franciscanos que pasasen á Nueva-España, para evangelizar á aquellas gentes el reino de Dios y enseñarles que no hay para la eterna dicha otro camino que la religion de Jesucristo. Eran escogidos estos varones apostólicos por los diversos superiores de las casas, á quienes se pedia si tenian alguno á quien confiar tan importante comision; tres sugetos salieron de Salamanca, y uno de ellos fué nuestro padre Fr. Juan de San Francisco, el cual recibió indecible contento al saber que era él de los elegidos, sin que á esta plena satisfaccion que le cupo contribuyera otro móvil que el de ser útil á sus hermanos los indígenas de aquel país, donde la luz del Evangelio ó no habia penetrado, ó se habia extinguido completamente, sin que de ella quedára ni áun rastro. Así como á algunos misioneros causaban pena las molestias que preveian iban á tener que experimentar en aquellas apartadas regiones, á nuestro buen religioso le alentaba la

esperanza de que gracias muy especiales de Dios serían como el auxilio especial de aquella arriesgada empresa, difícil y penosa abandonándola solo á los humanos recursos, pero muy fácil y hacedera si se dejaba á la ayuda de Dios, cuya inefable Providencia habia de auxiliar á los que emprendiesen esta obra civilizadora, en gracia siquiera de la recta intencion con que la acometian. Mas dejemos las reflexiones á que se presta esta especie de empresas, y vayamos á considerar lo que hizo nuestro religioso y cómo se esforzó para corresponder dignamente á las especiales bondades con que Dios le favoreciera. Arribados, pues, al lugar donde debian de embarcarse para emprender su penoso viaje, Fr. Juan encomendó á la Santísima Virgen el éxito de aquella empresa; y fué sin duda la proteccion de la Señora quien hizo que no tuviese accidente alguno contrario durante su largo viaje, y que tampoco fueran muy mal recibidos por los primeros indígenas que descubrieron. Esto alentó mucho á Fr. Juan y sus compañeros; mas se hallaban con una dificultad muy grave; era que desconocian por completo los misioneros el idioma del país, por lo cual nuestro buen Padre San Francisco creyó sería muy importante no solo dedicarse á aprenderlo, pues esto ya se vió que les era indispensable, sino procurar trascribir los conocimientos que ellos mismos adquirieran para provecho de las otras misiones que fuesen á sustituirlos despues. Desde luego se hizo amigo de un indígena con quien hizo un pacto de que nada le faltaria si le enseñaba el idioma, y logró muy pronto el poseerle hasta tal punto, que en menos de un año que la mision estaba allí establecida pudo hacer una especie de diccionario, que primero dió manuscrito y que despues se imprimió, y luego unos *Discursos morales ó sermones catequísticos*, que sirvieron de mucho para sus sucesores. No se crea que nuestro Padre empleaba en escribir estas obras, que eran de mucha utilidad por cierto, el tiempo que pudiera utilizar en beneficio de los indígenas; nó, sus trabajos los hacia de noche, quitándose él de su sueño lo que daba á los demás en las importantes instrucciones que legaba en sus antedichos escritos. Muy constante no solo en la observancia de las leyes y constituciones que para la mision se habian prescrito, sino en las mas rigorosas de su santa regla, era admiracion de los religiosos y el que más atraia á los indígenas, de lo cual puede inferirse cuán grande sería el sentimiento de los religiosos al verle acometido de la enfermedad maligna que le llevó al sepulcro. Esmerada fué la asistencia que le prodigaron, se agotaron en favor suyo cuantos recursos pudo sugerir el vivo interés que inspiraba su conservacion, pero todo fué inútil. Observante hasta el último momento y edificando á todos con su excelente conducta, pasó de esta á mejor vida el esclarecido Padre Fr. Juan de S. Francisco, en el año de 1556, dejando admirables ejemplos para los suyos, muy buenos escritos para los que vinieron

despues, y en todos un recuerdo gratísimo, pues muy grata es en verdad la memoria de hombres como Fr. Juan de San Francisco. —G. R.

SAN FRANCISCO (Fr. Junípero de), religioso de la órden de la Santísima Trinidad. Nació en Ciudad-Real, en el arzobispado de Toledo. Fué hijo de oraciones. Pedian con instancias sus padres á Dios un hijo, obligándole con ayunos, limosnas ú otras obras pias, y el Señor se dignó acceder á sus súplicas, concediéndoles á Junípero. Pusiéronle por nombre Gaspar Diego, y le criaron con sumo esmero. Apénas tuvo uso de razon, cuando la suma bondad le ilustró con un rayo de luz, y le dejó muy inflamado en su amor, mostrándolo su virtuoso modo de proceder. Era caritativo, casto, dado á la contemplacion y á la leccion de libros devotos, retirado y amigo de la soledad. Muchas noches se iba á un monte cercano á la ciudad, y allí oraba hasta la mañana. Subíase en un árbol, para que el miedo de no caer fuese despertador, y no impidiese el sueño su oracion. En cuanto estudió gramática, le enviaron sus padres á Salamanca á que oyese facultad. En las universidades no faltan ocasiones, por ser la gente moza, con libertad y dinero. Con estos elementos y relaciones con algunas malas compañías, se divirtió, y de tal manera se dejó llevar, que solia decir habia sido increible la dificultad que tuvo que vencer para abandonar el camino de perdicion que seguia. Miró el Señor con ojos de misericordia aquella oveja que se iba despeñando; y pasando por Salamanca uno de los religiosos de la Bienparada, le movió tan fuertemente, que rompiendo con todo sin dilacion, y atropellando dificultades, se fué con él á Valdepeñas, y sujetándose al suave yugo del Señor, tomó el hábito y fue el sétimo compañero del V. P. Fr. Juan Bautista. Al nuevo estado se siguió nueva vida. Afligíale y le atormentaba acordarse de su ingratitud y mala correspondencia con su Criador, deshaciéndosele el corazon de dolor; pero como obrero solícito y diligente, se valió del veneno de la culpa é hizo de él triaca, y un preservativo de soberbia, sacando de los yerros pasados motivos de humildad. Se aprovechó de esta caida para levantarse con mayor fervor y caminar con más aliento y ligereza á la perfeccion, viviendo con recato y temor. Despues de algunos dias salió el sol en aquella alma que el pecado habia llenado de oscuridad. Encendióse en ella muy vivamente el fuego del amor divino. Pasó de un extremo de miserias á otro de felicidad, de la culpa á la gracia, de enemigo de Dios á amigo familiar suyo, de las tinieblas á la luz; de la confusion, inquietud é intolerables tormentos de la mala conciencia á la paz y tranquilidad interior. Hallándose en tan buena disposicion, quiso la infinita sabiduría purificarle y ejercitarle para que recuperase lo perdido, y disponerle para cosas grandes, empezando á labrar aquel vaso escogido con los efectos de una enfermedad y con los accidentes anejos é inseparables de la misma, que en cierta manera son más penosos

que el mismo mal. Casi todo el año del noviciado estuvo enfermo; los religiosos eran pocos, la necesidad grave, y así padeció mucho con increible paciencia. Le mudaron el nombre en el de Junípero. Reparó en ello el novicio, y parecióle no habia sido acaso. Leyó la vida de su santo, compañero del Seráfico Padre, y á pesar de ser tan extraordinaria, propuso imitarle y lo cumplió cuanto le fué posible. Con este propósito echó por el camino del menosprecio, que jamás abandonó. Para poder ejecutar su determinacion, desde luego muy eficaz, siendo de excelente ingenio y de superior capacidad, lo encubrió con dichos y hechos, con tanto disimulo y destreza, que casi llegaron á dudar los religiosos si era falto de juicio; pero entre estas sombras veian ciertos destellos, que no se atrevian á determinar, ántes se inclinaban á lo contrario. Tenia por norte el siervo de Dios la humildad, todos sus pensamientos y cuidados iban encaminados á cómo podria persuadir á que le desestimasen; tan de veras tomó esta dificultosísima empresa del menosprecio de sí, que nadie puso en práctica más medios, procurando ser abatido, que de los que se valió este varon insigne. Siempre traia los hábitos viejos; cuando se los daban nuevos los trocaba con otro. Huia del trato con personas de cuenta en la religion, y lo poco que comunicaba era con los pobrecitos. Ejercitaba con sumo gusto los oficios humildes. Si alguna vez el mozo de la huerta se anticipaba y limpiaba las secretas, sentia le hubiese privado de aquel ejercicio de humildad. Muy de ordinario ayudaba al cocinero á barrer, fregar, traer leña y demás menesteres. Fué cocinero en Alcalá, y con los hábitos que estaba en la cocina, y de donado pedia en la villa la limosna. Un dia entre otros iba tal, que algunos estudiantes empezaron á burlarse, y como quien habia hallado lo que buscaba, caminaba muy despacio, gozándose de ser menospreciado por Cristo. Hizo algunos viajes con un religioso mozo y delicado. Fr. Junípero era de gran estatura y robusto. Llevaban un jumentillo; pero todo el camino iba á pie, y en llegando á poblado decia al compañero se apease, y entraba caballero por los lugares. Como no se sabia lo que habia pasado y veian á pie al que juzgaban con más necesidad de ir á caballo, le decian mil disparates, y Junípero se alegraba de que le ultrajasen. Habiendo quedado viuda su madre, ofreciéronsele negocios de consideracion; el provincial, con grande sentimiento suyo, le obligó á ir á Ciudad-Real á componerlos. Divulgóse en la ciudad su venida; la opinion de santo era muy grande, y así le esperaban como á un ángel del cielo. El siervo de Dios, dejando correr su espíritu, y pareciendole aquella ocasion á proposito para hacer empleo de sus deseos, entró á medio dia por la plaza en un jumentillo, las capillas por un lado, el sombrero por otro, los ojos cerrados, y con tales acciones y figura, que los que le vieron enmudecieron; y admirados extrañaban fuese aquel de quien ellos tenian tan

superior concepto. Publicaba sus faltas, y no se contentaba con eso, sino que decia razones equivocas, por donde se pudiesen entender de él culpas que no habia cometido. Si se las imputaban, admitia el cargo con prontitud y presteza: y como al descuido, significaba ser más culpado de lo que parecia; sufriendo con singular gusto buenas mortificaciones que de aquí se le seguian. Como su proceder, por más que queria encubrirlo, era tan perfecto, y el V. P. Fr. Juan Bautista tan experimentado, conoció la grandeza del espíritu de su hijo, y que excedia lo interior y secreto, á lo que se veia; le mandó, pues, escribiese su vida; y para que este mandato no fuese terrible á él que era tan humilde, le dió un color conforme á su afecto de ser menospreciado. Entendió Junípero esta obediencia á su modo, y lo que escribió fueron sus pecados y palabras equívocas que podian ayudar al menosprecio que buscaban. Llevóselo al superior, el cual edificándose de su profunda humildad, desistió de su intento. Con tantas ánsias deseó el menosprecio, que no dejó pasar ocasion en que pudiese ser despreciado que no gozase en ella; y si alguna se le malograba lo sentia notablemente. Si otros le defendian y volvian por él, se dolia mucho, porque le quitaban de entre sus manos la preciosa margarita del menosprecio. Huia de los que le estimaban y alababan, y los tenia por contrarios, porque su estimacion y alabanzas ocasionaban pérdidas y menoscabos del ejercicio en la humildad; pero cuando algunos le mortificaban llamándole tonto, bruto, bestia, iluso y con otras palabras, era tan excesivo su gozo, que no podia reprimirse ni disimularlo. Para ponderar la asperezas de su penitencia, se ha de suponer, que del contínuo trato con su Criador, de las muchas comunicaciones y mercedes que de él recibia, y de los terribles desamparos y horribles trabajos que padeció, aunque de su natural era robusto, se sentia muy quebrantado, sin fuerzas y con intensos dolores. Siendo, pues, de grande estatura, y que para sustentarse necesitaba de la comida de tres hombres, comunmente no comia sino una vez al dia. Las viandas y manjares eran hortalizas y legumbres. En fiestas principales le mandaban los religiosos dispensase en el rigor de la abstinencia, y no lo podian recabar con él. Si el prelado le mandaba tomar algo más de lo ordinario, entendia este mandato en el sentido riguroso, tomábalo por obediencia, pero no lo comia, pasaba con pan y fruta ó queso. Dormia muy poco, á lo sumo serian dos horas; no necesitaba para velar de otro despertador que el divino amor y sus afectos. Para vencer el sueño usó de varios medios. En recogiéndose la comunidad, cantaba salmos, himnos y la pasion de Cristo: se daba en los ojos con aceite, tomaba rigurososas disciplinas y se ponia de rodillas sobre un banco. Al coro antiguo de Madrid se entraba de la iglesia con dos escalones; detrás de la puerta del coro fijó una sortija, á la cual asia un ramal de cadena con unas esposas en el remate; estas le echaban y quedaba de manera, que no

podia estar sino de rodillas ó en pie. Los que por allí entraban eran muchos; iban descuidados de lo que habia, y así al abrir le daban con la puerta, reparaba los golpes con la cabeza, y cuanto más recio le daban, tanto más se alegraba. Despues de muerto el bendito Padre, un secretario del rey, devoto suyo, supo este ejercicio, y envió un cerrajero que sacase aquella sortija para venerarla; pero por diligencias que hizo con tenazas y otros instrumentos nunca pudo arrancarla, para que con ella se conservase la memoria de esta mortificacion. En el techo de su celda puso otra sortija y cadena con esposas para el mismo efecto, y tampoco podia estar sino de rodillas y en pie. Sucedió una vez, que al que le echaba las esposas, le enviase el ministro á un lugar: olvidóse, y dejándole puesto en ellas, se llevó la llave del candado con que se cerraban. El primer dia, como la casa era grande, no se reparó ni echaron de ménos al siervo de Dios. El segundo, ya muy tarde, mandándole á buscar, le hallaron con la cadena. Peguntándole como habia sido aquello; con paz de alma y sonriéndose, respondió: *Aquí estamos como habiamos de estar en otra parte.* Dióse órden, y sacáronle de su prision. Los que le vieron no acababan de admirarse de lo que en tanto tiempo habria padecido en tan penosa postura sin comer, beber ni dormir. En el convento de Madrid y en el de Socuéllamos, ahondó dos covachuelas como unas sepulturas donde se enterraba vivo. En ellas pasaba todo el dia, al calor, al frio y casi siempre de rodillas; y en la de Socuéllamos se untaba el rostro para que las moscas y mosquitos, que por ser el sitio húmedo habia infinitos, le labrasen. Traia rodeada al cuerpo una cadena de doce libras de peso, que desde los hombros cruzaba pecho y espalda, rematando en la cintura, y juntando las dos puntas las cerraba con un candadillo, y la llave se la entregaba á un discípulo suyo. Habia sentido mayor molestia que la ordinaria en el hombro derecho, y lo sufrió algun tiempo sin reparar. Un dia llamó á otro religioso, y retirándose á un corredor, descubrió el hombro; habíanse entrado en la carne los eslabones con grande ulceracion. Tambien usaba de otros silicios, y con tanta continuacion, que en la última enfermedad le quitó el enfermero una cruz de hierro de agudos clavos; y no era ménos riguroso silicio, que solia trocar los hábitos con un religioso, que los tenia muy sucios é infestados de innumerables repugnantes insectos. En todo se trató con tan grande austeridad, que siendo un tabardillo la enfermedad de que murió; no admitió cama ni lienzo, pasándolo hasta que espiró sobre un jergoncillo de paja y con túnica de sayal á la raíz de las carnes. Aunque puso notable cuidado en la mortificacion y penitencia, no le puso menor en mortificar el entendimiento y voluntad. Cegaba el entendimiento, como si no le tuviera para entender y hacer juicio de cosa alguna. La voluntad, desnudándose de todo querer, por santo que fuese. Sentia tanto vivir en la corte,

por su inclinacion al retiro y por lo que le estimaban los mayores señores, que solo la obediencia pudiera obligarle á ello. Quiso el marqués de Camarasa fundar un convento de Trinitarios en un pueblo suyo junto á Zaragoza, muy decidido á realizarlo por ser muy afecto al P. Fr. Junípero. Aprovechándose de aquella ocasion para salir de Madrid, pidió licencia para ir á esta fundacion; juzgáronlo por conveniente los superiores, y le señalaron por uno de los fundadores. Miéntras se arreglaban las cosas, se retiró al convento de Pamplona, que es como desierto; en aquella soledad y donde no le conocian, pensó poderse entregar libremente á la contemplacion, pero le sucedió diferente de lo que esperaba. El negocio terminó en breve tiempo, y fué necesario volviese á la corte. Halló en su colegio de Alcalá al vicario general, y pareciéndole habia cesado su voluntad, decia se le habia quitado un peso muy grande. Era su obediencia rara: en mandándole trabajar, al punto se ponia á ello; que descansase, al instante dejaba el trabajo; ir á cualquiera parte, al punto marchaba, sin discurrir en lo que se le ordenaba, y por dificultades que hubiese, lo ponia en ejecucion con simplicidad. Viviendo en Socuéllamos, pasó por alli el V. P. Fr. Juan Bautista, y fué á ver al siervo de Dios en su covacha, y para humillarle le reprendió, y le dijo: *Mejor fuera traer leña*; él obediente le preguntó: *A donde gustaba que fuese por ella*; y por salir del paso le respondió el venerable: *A la Bienparada* (que dista ochenta y seis leguas) sin más réplica le besó el escapulario. Como el mandato era extraordinario y sin intencion de que se ejecutase, no se advirtió que habia tomado la bendicion para irse. Inmediatamente se partió el venerable, y Fray Junípero tomó el camino para ir por leña á la Bienparada. Entró en el convento, dijo á lo que iba, y pidió le despachasen con brevedad: no quisieron darle la leña, y al punto se volvió, no pudiendo detenerle para que se desayunase, y si se la hubieran dado, es seguro hubiese cargado con ella. Tan ciegamente obedecia áun en lo dificultoso. No deberá extrañarse en la pureza y paz de su alma, la abstraccion y desasimiento de las criaturas de este varon insigne, pues en él se hallaba en grado superior aquel trato con Su Majestad, procurando eficazmente la mayor perfeccion, vivia muy retirado, áun de los mismos religiosos; por el gran concepto que todos tenian de su santidad, deseaban su trato; pero el que alcanzaba algunos instantes de su celestial conversacion, lo estimaba sobremanera. Hablaba poco, y eso de materias espirituales, y con quien le parecia se habia de aprovechar. Su habitacion fué casi siempre en los lugares más retirados, en los camarancho-nes ó debajo de una escalera, que era su ordinaria celda. Por no encontrar gente en los caminos, en invierno caminaba de noche, en verano de dia, y para evitar entrar en ventas y mesones, llevaba consigo pan y alguna fruta. Fué muy conocido en Madrid, pues á pesar de su reserva le descubrian sus

virtudes, motivo principal por el que huia de la corte. Le servia de martirio aquella estancia, y no le tocaba pequeña parte de esta mortificacion al portero, porque le buscaban personas gravísimas, habiendo dificultades en hallarle, y más en que bajase. Los reyes y príncipes deseaban tratarle, pero trataba de ocultarse, temiendo más que todo la estimacion y aplauso. Son los deudos los contrarios en el aprovechamiento espiritual, y de ellos procuraba abstraerse muy particularmente, y en las ocasiones forzosas se condujo con notable despego. A instancias de sus parientes le envió el superior á su lugar; decia la licencia fuese á ver á su madre. Obedeció aunque con sentimiento. Llegó á su casa, la halló á la puerta, saludóla, y con esto sin detenerse un instante se volvió, pareciéndole que pues no se le mandaba sino verla, con aquello habia cumplido la obediencia, que es lo que él pretendia. Su entendimiento estaba constantemente elevado en altísimo conocimiento de Dios; por instantes comunicaba Su Majestad á su espíritu nuevas mercedes admirables y de tal magnitud, que no se pueden explicar; así andaba tan absorto, que con dificultad podia atender á lo terrestre, y eso muy superficialmente. El comunicar con las criaturas, el comer y dormir le era muy molesto, y sobre todo el vivir, deseando librarse de las ataduras de la materia, y ver lo que tan superiormente conocia, y tan fuerte y afectuosamente amaba. En Roma, por espacio de una semana, de dia y de noche permaneció de rodillas. Si habia de comer era necesario llevarle al refectorio; entónces despertaba como de un profundo sueño, iba y volvia sin hablar palabra, lo poco que comia por obediencia y con notable penalidad. En cuanto comia, inmediatamente se ponia de rodillas y se quedaba en oracion. En el desierto de Oteiza vino á visitarle un caballero, y le halló debajo de una escalera tan absorto, que se volvió sin hablarle. Era tan grande la luz de su entendimiento, que le causaba aquellas tinieblas, en las cuales se conoce Dios muy superiormente, y por razon de esta luz le ofendia tanto la luz material que por maravilla traia los ojos abiertos, y en la celda tenia siempre cerrada puerta y ventana, si no era cuando leia en las obras de los santos, en cuya leccion fué muy versado y tan aficionado, que nunca caminó sin llevar consigo algun libro espiritual. Su amor al prójimo fué en grado heróico, y propio de su amor á Dios y de su celo por las almas. Deseaba eficazmente el bien á sus prójimos, y procuraba ayudarles en todo. Era tan compasivo, que si veia alguna persona en necesidad se le partia el corazon de dolor, en particular si no lo podia remediar. Cuando comunicaba con gente poderosa, les pedia limosna para socorrer los pobres; consolaba los afligidos, servia y regalaba á los enfermos, acudiéndoles con preferencia en lo espiritual. Los instruia, daba consejos, persuadia, alentaba y ayudaba de cuantas maneras podia, sin reparar en trabajos. Muchos religiosos con sus documentos y doctrina se

adelantaron en el camino de la virtud. Era su espíritu tan superior, tan raro su ejemplo y tal el concepto que de él se tenia, que en entrando en cualquier convento, aunque fuese de paso, todos se movian á tratar de más perfeccion. Su celo de las almas fué tan encendido, que se extendia á muy remotas provincias. Pretendió ir á Inglaterra, y estuvo casi dispuesto; á Africa, y para este efecto empezó á aprender el árabe; á Persia, y tuvo sacada licencia, estando en Alicante, para pasar á aquel imperio con otros tres compañeros. No prosiguió el viaje, porque esperando embarcacion se revocó la licencia con extraordinario sentimiento suyo. Dos veces le enviaron los superiores á Roma; estas jornadas hizo con notable consuelo por su obediencia, y tambien por si acaso por órden del Pontífice se ofrecia alguna mision á tierra de infieles, donde pudiese ayudar á aquella miserable gente á salir de su ceguedad é ignorancia y en defensa de la fe, deseando sobremanera dar la vida por su redentor. En compañía de otro religioso fué á ordenarse á Toledo, y en llegando se examinó. Faltaban siete dias hasta las órdenes: persuadió al compañero que aquel tiempo se saliesen á un monte, que dista una legua; la provision fué pan y fruta. Aquí lo pasó en continua oracion. En anocheciendo tomaba disciplina; en entrando la noche, para vencer el sueño, se subia en una encina, y gastaba tres horas en cantar alabanzas á Dios y en contemplacion; despues bajaba y tenia otra disciplina y se quedaba orando al pie del árbol y allí le amanecia. Cuatro meses habia sido maestro de profesos en la Solana, cuando se llegó el dichoso fin de su peregrinacion. Le acometieron unas ardientes calenturas, y apretándole el mal, le apretó tambien Su Majestad; porque á la penalidad de la enfermedad corporal se juntó otra mucho mayor del espíritu, de terribles aflicciones y desamparos. Estaba el cuerpo como clavado en una cruz, y el alma atormentada en otra más penosa sin comparacion, tratándole y ejercitándole la suma bondad como á varon fuerte; y si en vida le comunicó Cristo sus virtudes, en muerte le comunicó sus pasiones para colmo de su perfeccion. Al darle el viático, cuando entró en su celda el Santísimo Sacramento se puso de rodillas sobre la tarima, y solo se reclinó por obediencia al enfermero, y le recibió con encendido afecto. Dos dias ántes habia muerto su discípulo Fr. Jorge, y aunque ocultaron el suceso al bendito Padre, vió subir su alma al cielo acompañada de ángeles. Despues de esto preguntó qué dia era; dijéronle que viernes; *Pues el domingo tengo de morir, y me han de seguir otros siete religiosos de la religion*, y lo uno y lo otro se cumplió. Consolábase, como verdadero imitador de Cristo, de morir en un convento muy pobre y con suma pobreza; así se lo habia suplicado á Su Majestad. El domingo por la mañana pareció á los médicos iba despacio la enfermedad; mas se engañaron. A las tres de la tarde escribió una carta al marqués de Camarasa, muy devoto su-

yo, consolándole con esperanzas de su salvacion. Concluida la carta y conociendo se llegaba la hora tan deseada, se quedó recogido, regalándose con su celestial esposo, y hacia las últimas prevenciones esperándole por instantes y gozando nuevos favores, prendas de la bienaventuranza. Un rato despues, como quien se queda en un suave sueño con serenidad, descansó en el Señor. Sintieron su muerte ausentes y presentes, por faltarles la compañía, ejemplo y doctrina de tan excelente varon, y un solícito obrero de la nueva heredad de la reforma, guia y maestro de los que trataban de perfeccion. Fué su dichoso tránsito á 8 de Febrero del año 1615, á los treinta y cuatro de su edad, de hábito catorce. Inmediatamente murieron los siete religiosos que anunció le habian de seguir. Aunque no era conocido en la villa, acudieron todos al entierro, aclamándole y venerándole por santo. Le besaban los pies, y con piadosa emulacion cortaban del hábito por reliquias. Tambien asistió el cabildo eclesiástico sin preceder invitacion, y le hizo los oficios. Diósele sepultura al lado del P. Fr. Jorge, quedando enriquecida la casa de la Solana con los cuerpos de tan venerables varones. La carta que escribió al marqués de Camarasa la llevó un religioso, recibiéndola con grandes extremos de estimacion; al tomarla se quitó el sombrero, se hincó de rodillas, la besó y la puso sobre su cabeza, la llegó á los ojos, y áun la regó con lágrimas. Juró á fe de caballero visitar el sepulcro de su santo Padre, y de enterrarse junto á él. A lo primero no dió lugar la muerte. Lo segundo mandó el marqués en su testamento se cumpliese, mas sus deudos lo impidieron. En una vision mostró el Señor á la M. Ana de Jesus la perfeccion de muchas almas, y entre ellas la de este su siervo en grado eminente; y no hay que admirar le sublimase la Santísima Trinidad á grado tan alto al que tan de corazon fué humilde, y tan de veras buscó el ser abatido y menospreciado.—A. L.

SAN FRANCISCO (Fr. Lorenzo de), religioso franciscano, escribió varias obras piadosas, citadas por Nicolás Antonio. V. Francisco (Fray Lorenzo de San).

SAN FRANCISCO (Fr. Luis de), religioso capuchino, era portugués, y escribió algunas obras latinas. V. Francisco (Fr. Luis de San).

SAN FRANCISCO (M. Luisa Antonia de), religiosa agustina recoleta. Fué hija de padres nobles y virtuosos, vecinos de la ciudad de Leon, y desde los primeros años la llamó el Señor á su santo temor y deseo de perfeccion, amando tanto las virtudes, que deseaba entrar en la recoleccion para verse adelantada en ella, y así salió de tan gigante espíritu, que obtuvo muchos y repetidos triunfos. Puso especial cuidado en ocultar los favores que recibió del Señor y sus extraordinarios ejercicios; pero Dios los descubrió para gloria suya, tanto que todo el pueblo deseaba cosas que habian tocado sus ma-

nos, como rosarios, cruces y medallas, teniéndolas en grande veneracion, y el dia en que murió acudieron muchas personas á la reja, deseando que les tocasen al cuerpo, que estaba en el féretro, rosarios y otras cosas, aunque en este punto, dice la Crónica, se portaron las religiosas cumpliendo con su obligacion. Dió tan mal trato á su cuerpo, que habiéndosele ofrecido á la prelada tomar un sorbo de agua de la jarra que estaba en la parte donde la sierva de Dios comia en el refectorio, la halló hecha un acíbar; trató de poner remedio al exceso, y la súbdita la rogó con tantas ánsias que no la impidiese cosa tan leve, que la prelada, para consuelo suyo, la dió licencia para que en memoria de la pasion de nuestro Redentor usase de aquella mortificacion los viernes. Quedó su rostro tan hermosísimo despues de muerta y en muy buen estado su cuerpo.—S. B.

SAN FRANCISCO (Sor María de), religiosa franciscana del convento de Sta. Clara de Jaen. Tomó el velo á mediados del siglo XVI, precisamente cuando su casa de profesion se hallaba poblada por un gran número de religiosas, que dieron grande lustre y esplendor á la religion Seráfica. María procuró seguir sus buenos ejemplos, y se la encontró constantemente en la senda que la habian trazado, y en la que la habian precedido. Mujer fuerte y virtuosa, supo al abandonar el mundo renunciar á sí misma y hacer este sacrificio con su verdadera abnegacion, como se lo mandaba su nuevo estado, y se lo ordenaban los deberes propios de su regla. En más de una ocasion manifestó con sus obras la verdad con que profesaba los preceptos de la órden Seráfica, pues ni los trabajos más penosos, ni las enfermedades más dolorosas la hacian cejar un instante en su propósito, llevándole á cabo con increible conformidad, con un esfuerzo superior á sus años y á cuanto de ella podia esperarse. Su vida fué un contínuo y prolongado martirio por sus continuas penitencias y maceraciones, por sus ayunos sin fin, por todos los ejercicios que recomienda una de las reglas más austeras que pueda existir en ninguna órden religiosa. A pesar de esto, se entregaba á los más rudos trabajos, no queria aceptar ningun cargo, si no era de los más humildes, y en la enfermería era sobre todo donde brillaba su grande é inextinguible caridad. A duras penas se podia conseguir de ella que dejase de velar á sus hermanas, siendo la primera que las acudia en sus enfermedades y la última que se separaba de su lado, áun cuando estuvieran ya en el ataud. Siempre tenia consuelos para ellas, ya en la agonía, ya en el dolor, y sus angelicales palabras eran un bálsamo que llevaban el consuelo al corazon más angustiado y afligido. Sabia llorar con ellas, padecer con ellas, gozar de sus alegrías, llenarse de satisfacciones. Su amable y bondadoso carácter no la abandonó jamás, áun cuando ella estuviese tambien enferma y padeciese tanto ó más que sus compañeras, nunca la faltaron palabras para consolar sus

penas, ni expresiones para aumentar su esfuerzo y su valor. Era por lo tanto generalmente amada, y se la miraba en la casa como un ángel del Señor, enviado para consolar al triste y afligido, dar fuerzas al débil, y ayudar á todas en su áspero tránsito por la difícil senda de la vida. Su santa paz y conformidad no la abandonó ni áun en su último momento, pues murió con la sonrisa en los labios y despidiéndose de sus compañeras en 1598.—S. B.

SAN FRANCISCO (M. María José de), religiosa agustina recoleta. Tomó el hábito y profesó en el convento de Eybar, y despues salió á la fundacion de el de Pamplona por maestra de novicias y sacristana, y se puede decir que fué priora del convento de Pamplona desde que entró en él, porque la V. M. Constanza de S. Pablo que fué por priora, la confió los mayores cuidados del gobierno, como si fuera en realidad priora. Además de que la venerable M. Constanza de S. Pablo solo vivió desde 3 de Junio de 1634, en que entraron en el convento, hasta 4 de Setiembre de 1637, que fueron tres años y tres meses, y por su muerte fué electa priora á 6 del mismo mes y año la V. M. San Francisco, que lo fué desde entónces hasta 1.° de Setiembre de 1665, que fueron veintiocho años ménos cinco dias. En esta venerable Madre resplandecieron juntas todas las virtudes. Su caridad fué tan grande, que no llegó á su noticia necesidad alguna que no se desvelase en discurrir medios para aplicarla el socorro que necesitaba, y cuando no le era posible el remedio, decia con gran dolor que no le contasen la necesidad, asegurando que no tenia corazon para oirla, no pudiéndola remediar. Siempre que llegaban al torno pobres desnudos, acudia luego á la ropería, diciendo que le diesen algo para vestir al Niño Jesus. Era tal la compasion que tenia del desabrigo de los pobres, que cuando hacia frio grande, aconsejaba á sus súbditas que pidiesen á Dios que las aumentase á ellas el frio que ellos habian de padecer. Todos los católicos que vinieron desterrados de Inglaterra é Irlanda en su tiempo por conservarse en la fe, hallaron en esta sierva de Dios piadosa madre, que los socorrió con tal cariño, que tal vez quitó la ropa de su cama ó la que cubria su persona, para abrigar su desnudez. No fué menor la caridad con que ejerció el oficio de prelada. Cuando la obligaba este cargo á la reprension de sus súbditas, le daba cumplimiento con entereza, mortificándolas conforme á las disposiciones de las leyes de la recoleccion, aunque con tanto dolor de su corazon, que no se le quitaba hasta tener ocasion de hablar con la reprendida, haciendo con ella alguna demostracion de cariño. Mortificó á una religiosa mucho en una ocasion, y de allí á poco rato la mandó llamar con disimulo, y la dijo: «Hermana, es preciso probar si es oro todo lo que se ve.» Con este modo de corregir, endulzaba su discrecion lo amargo de la correccion, porque todas conocian su celo, y recibian con filial amor su enseñanza. Cuando conocia que alguna religiosa necesitaba algo, se lo

adelantaba, librándola de ir á pedírselo. Edificábase mucho de cualquiera accion buena que veia en sus súbditas, y no se escandalizó jamás de las faltas que veia en ellas. El amor que la tuvieron fué tanto, que la miraban á la cara como si fuera un ángel del cielo, y no era mucho, pues fué de tan sencillo corazon y apacible trato, que parecia una niña en la infancia, siendo así que su talento fué grande, y tan claro y vivo su entendimiento que dió que admirar á cuantas la conocieron, y el parecer en su trato sencilla niña, manifestó la grandeza de su talento para las mayores empresas del cielo segun la leccion que dió el Señor á sus discípulos en el Evangelio, diciéndoles: «Que el que se hiciese niño, seria el primero en las cosas tocantes al cielo. Creció tanto en la caridad, que no cupo en el espacioso campo del mundo, y se extendió á la region de los muertos, encomendando á Dios con extremada constancia las almas del purgatorio, y pareciéndole corta su grande devocion, persuadia muy á menudo á sus hijas que rogasen á Dios por ellas, y les aconsejaba con especialidad, que tuviesen siempre presentes en sus oraciones las almas de los sacerdotes difuntos. No brilló ménos en esta venerable Madre la virtud de la religion, pues fué su devocion admirable y contínua su oracion. Siempre que pasaba por delante de alguna imágen se postraba, diciendo postrada alguna oracion; fué tan puntual en este santo ejercicio, que no faltó á él aunque pasase muchas veces y á alguna ocupacion que exigiese su presencia Fué tan celosa del culto divino, que en medio de los graves achaques que padeció, y las ocupaciones propias de su cargo, trabajaba para el adorno de la iglesia como si no tuviera achaques ni oficio que la ocupára. No solo en su casa dió grande esplendor á la celebridad de las fiestas, sino que á su ejemplo le aumentaron todos los conventos de Pamplona. La V. M. San Francisco fué la primera que enseñó á hacer flores en su convento, y asimismo enseñó á sus hijas á hacer los ternos y demás cosas del servicio de la sacristía, y á cortar el vestuario, pues todo se hacia en el convento. No solo fué grande su habilidad para todo esto, sino que era tan laboriosa que su trabajo equivalia al de muchas. Estas y otras habilidades de las Madres recoletas de Pamplona, que por sus primorosos efectos se han dejado conocer con debido aplauso en diversas y remotas partes del mundo, heredaron de tan prodigiosa Madre con el fraternal amor que tienen á la religion de San Agustin, explicándole continuamente con demostraciones de extraordinario cariño, que las hizo en todo tiempo objeto de la estimacion de los varones más distinguidos de la provincia de Castilla, y dió para las principales mitras de España, y para el gobierno de otras, ocupaciones superiores. La devocion que tuvo con el patriarca San Agustin no cabe en encarecimiento; las grandes limosnas que hizo á los conventos de su Orden, que conoció estaban necesitados, la dieron grande reputacion. Tambien fué gran-

de la devocion que tuvo con los santos de su Orden. Las demás virtudes que tuvo esta sierva de Dios, no fueron ménos extraordinarias. La grandeza de su prudencia se manifestó en el singular acierto que tuvo en todas las cosas que dependieron de su gobierno, siendo la base en que afianzó este acierto para atender á todas sus determinaciones al mayor servicio de Dios y al bien de su convento; y por esto padeció muchas persecuciones al entablar para su convento las cosas que para su mayor aumento creia importantes, teniendo grandes reyertas con los obispos y con otras personas de no ménos autoridad, oponiéndose con varonil ánimo, y diciendo con gran determinacion, que primero se volveria con sus religiosas al convento de Eybar, que consentir en lo que no fuese justo, y consiguió en efecto su propósito hasta el punto de que siendo uno de sus contrarios el obispo D. Juan Queipo de Llanes, varon tan recto que se citó durante mucho tiempo como ejemplo en aquella ciudad, quedó tan convencido de la razon con que la venerable Madre rechazó los dictámenes que la mortificaron, que habiendo solicitado el convento de Eybar que la M. San Francisco se volviese como hija suya á cuidar de su acierto, se opuso dicho obispo de suerte á la ejecucion de este dictámen, que no pudieron conseguirlo; y en muchas ocasiones públicas la dió gracias por la estimacion á que por ella habia llegado aquel convento, y tambien se las dió en las mismas ocasiones del valor con que se le habia resistido, asegurando á todos, que aunque entónces lo habia sentido, habia conocido despues que era el Señor el que la gobernaba. Fueron innumerables las enfermedades que padeció, y si algun año la dejó el Señor sin este trabajo fué muy raro, aunque su mayor mejoría fué no estar ningun tiempo sin calentura, asegurando los médicos que era natural el ardor que la oprimia. Con la misma fortaleza sufrió los falsos testimonios que la levantaron. Dijeron de ella que por conservarse en el cargo de priora no corregia á sus súbditas, y una persona á quien la sierva de Dios habia hecho muchos beneficios, sintiendo en su interior que fuese tanto tiempo prelada, aprovechó la ocasion de la entrada de un nuevo obispo para hablarle en su contra. Pero el prudente prelado calló hasta llegar la eleccion de priora, en que fué al convento; y ántes de entrar en la religion fué llamando á cada una de las religiosas de por sí, y debajo de obediencia les mandó que dijesen lo que en el convento necesitaba de remedio, y todas, no sabiendo ninguna lo que habia pasado á las otras, respondieron haciéndose cada una cargo de sus propias faltas, y asegurando que ni de sus hermanas ni de su prelada no sabian ni habian visto cosa que no fuese de suma edificacion. Para enterarse el prelado más de lo que tocaba á su obligacion pastoral, las hizo jurar á todas que darian el voto á la que juzgasen era más á propósito para gobernar el convento. Hechas con todo recato estas diligencias, entró en la

eleccion, y todos le dieron á la V. Madre los votos, sin faltarle ninguno. Al ver esto el obispo, comprendió la mala intencion de quien le habia informado, y desde entónces tuvo muy en cuenta la mucha estimacion que debia á la prelada, como habian hecho sus antecesores. No sirvió de escarmiento este suceso al mal intencionado, pues poco ántes de la muerte de la sierva del Señor promovieron dicho obispo á otro obispado, y al entrar el que le sucedió en Pamplona, volvió á hacer el mismo informe con todas las circunstancias del primero. Mas Dios asistió al obispo con la luz que á su antecesor habia dado, y habiéndose valido de las mismas diligencias que su antecesor, se desengañó de la misma manera. Su humildad fué tanta, que cuando se acercaba el tiempo de nueva eleccion de priora, aumentaba las horas de oracion y derramaba lágrimas, pidiendo á Dios que si convenia á su servicio pasase de ella el amargo cáliz de la prelacía, y en los capítulos que se celebraba en el tiempo más próximo á la eleccion se ponia de rodillas delante de sus súbditas, protestando para descargo de su conciencia que no era á propósito para aquella ocupacion por la falta de salud con que vivia, y no ignoraban ellas cuántas faltas le habia hecho cometer en la asistencia al coro y otras ocupaciones del oficio, y que por esto les manifestaba desde luego lo mucho que gravarian sus conciencias si no diesen sus votos á una de las muchas que habia en el convento más aptas para el oficio de priora. En los demás capítulos reprendia las faltas con entereza y espíritu altísimo, pero descubriendo siempre en la utilidad de su reprension la humildad en que su corazon abundaba, asegurando que todas las faltas que habia reprendido eran efecto de sus propios pecados; y por esto pedia á las reprendidas y á todas las demás que rogasen al Señor que la perdonase. Invadió á Pamplona una terrible peste, y cuando se reprodujo despues en 1649, tuvo la M. San Francisco la inspiracion de que se hiciesen en su comunidad unas medallas con las insignias de la pasion, y al salir de la oracion se lo dijo así á una religiosa. Apénas lo pronunció, cuando pusieron manos á la obra, y salieron las medallas del mismo modo que las habia ideado la sierva de Dios. Eran de pasta y en forma de corazon, con la corona y clavos á un lado, y las cinco llagas al otro. Fué repartiendo la Madre algunas á los que acudian con fe á pedir oraciones al convento, y en pocos dias fué tanta la devocion de los que por ellas acudian, que el que alcanzaba una por la grande fe con que la recibia, le parecia que ya no le amenazaba el contagio, y la Providencia decidió que aquel año no invadiese la peste la ciudad de Pamplona, de modo que estas medallas se hicieron tan célebres, que se extendió su devocion por diversas y muy remotas partes, como se observó en el año 1676, en que habiéndose presentado la peste en Cartagena y Murcia, enviaron á pedirlas con grande confianza despues de veintiocho años de haber sido inventadas

en el referido convento de la Concepcion de Pamplona. Pagóle S. Agustin la devocion que siempre le tuvo, y el amor que toda su vida mostró á su religion sagrada, alcanzando de Dios que el mismo dia en que se celebraba su fiesta en aquel convento la diese la enfermedad de que pasó á recibir el premio de sus meritorias obras. Compuso unas flores para la fiesta del santo pocos dias ántes con mucha priesa y fervor cordial, por ser el tiempo limitado; y la mañana de la fiesta, que se celebra siempre en aquel convento en el domingo infraoctavo, y entónces cayó á 30 de Agosto, despues de haberse confesado y comulgado, oyó algunas misas, y estando para entrar en la mayor bajó al torno á disponer un recado, y estando dándosele á la tornera, se le quedó en los brazos con una mortal perlesía. Viéndose así, mandó que cuidasen de las religiosas, asistiéndolas con algun extraordinario. De allí la subieron á su celda, administrándole luego los santos Sacramentos. Fuese agravando la enfermedad hasta el dia 1.° de Setiembre, que salió su alma de las prisiones del cuerpo, y pasó á mejor patria entre siete y ocho de la mañana del año 1665, con universal sentimiento de las religiosas por perder tan buena madre.—S. B.

SAN FRANCISCO (Fr. Mateo de), religioso franciscano, distinguido por sus virtudes. V. Francisco (Mateo de San).

SAN FRANCISCO (Fr. Matías), religioso franciscano descalzo, misionero de Filipinas y Marruecos con el V. P. Fr. Juan de Prado, cuyo martirio refirió en la relacion que hizo de los sucesos de esta mision. V. Francisco (Fr. Matías de San).

SAN FRANCISCO (Fr. Matías de), ántes llamado D. Diego Hurtado de Mendoza, que nació en la ciudad de Tarazona. Profesó la regla de los Carmelitas descalzos en Roma el 28 de Febrero de 1599. Su observancia religiosa y su sabiduría le colocaron en el cargo de comisario de su congregacion de Italia para adelantar su extension en Polonia, donde fundó el convento de Cracovia y fué prior de él, como de otras casas provincial, definidor general, y general en 1620, y otra vez en 1626. Es celebrada su humildad, su mortificacion, caridad y vida ejemplar. Murió en 16 de Diciembre de 1620. Escribió: 1.° *Un completo ceremonial de rúbricas eclesiásticas para su Orden*, que se ha impreso muchas veces en Roma, en 4.°—2.° *Tres cartas pastorales á su Congregacion*, acordándole sus obligaciones, los medios para fomentar la mortificacion, y el buen órden para la eleccion de superiores. Estas tres cartas se reunieron é imprimieron en la *Coleccion de Milan*, pág. 125 y siguientes. Son muchos los que han elogiado á este digno general del Cármen, y renovaron su nombre Fr. Marcial de S. Juan Bautista, en la *Biblioth. Carmel. Excal.*, pág. 201 y 202, edicion de 1730; y el cronista Fr. Gerónimo de S. José, en la Flor del Carmelo antiguo y renovado;

ms.; pág. 76, advirtiendo que fué el cuarto general de la congregacion de Italia y sucesor en esta superioridad del V. P. Fr. Domingo de Jesus María de Calatayud.—L.

SAN FRANCISCO (Fr. Pablo de). Fué natural del principado de Cataluña, y siendo de edad conveniente, comenzó los estudios que siguió despues con notable aprovechamiento, llegando á obtener el grado de teología. Despues decidió abandonar el mundo y retirarse á vivir en religion, con cuyo motivo tomó el hábito del seráfico patriarca S. Francisco, Orden santísima donde hubo en todos tiempos gran número de siervos de Dios. Terminado el año de noviciado, hizo profesion, y se ocupó despues en sus estudios. Dedicóse principalmente al confesonario, cargo de grande caridad, porque en tan santo ejercicio las almas esclavas del demonio salen de su cautiverio y se hacen santas y siervas del Señor. Grandísima caridad es ejercitar un oficio tan alto como este, dice su biógrafo; porque si es gran caridad dar limosna á un pobre que padece hambre corporal, cuánta mayor es socorrer á un pobre pecador que se va á pasos contados por el camino de la perdicion, oyéndole en confesion y procurando que tenga contricion de sus culpas, y por consiguiente verdadera absolucion de ellas. Pero ha de mirar mucho el buen confesor en no absolver á los que vienen á sus pies sin la debida disposicion. Muy bien comprendió el siervo de Dios Fr. Pablo esta verdad, porque presentándosele una mujer amancebada y negándole el bendito religioso justamente y como debia el beneficio de la absolucion hasta ver su enmienda, fué muerto por su amante en el mismo confesonario, dando el siervo de Dios su alma al Criador en el monasterio de S. Francisco de Perpiñan, año del Señor 1458.—S. B.

SAN FRANCISCO (Fr. Pedro de). Muchísimos hombres que se han distinguido por su ilustracion y por su piedad, por su ciencia y por su virtud, ha dado en todas épocas la importante region portuguesa, y no han sido escasos en número los que perteneciendo á esta nacion han brillado en la Iglesia de Dios bajo el tosquisimo sayal de la seráfica religion Franciscana. Mas sin que de esto nos atrevamos á inculpar á nadie, sino que confesemos, como en verdad creemos, que todo ello fué motivado por las circunstancias, y que en ello no tuvo la menor parte la humildad profunda de los sujetos á que nos referimos; es la verdad que las generaciones futuras no podrán saber nada del mérito de muchos hombres eminentes que convendria mucho hubiesen dejado consignado siquiera algunas de las cosas que hicieron para que por deduccion de ellas se sacára lo que serian en lo demás, pues tampoco apeteceriamos una minuciosidad tal que nos detallára las más insignificantes circunstancias. Pero por ejemplo, en un hombre como el P. Fr. Pedro de San Francisco, que no hemos podido lograr noticias nin-

gunas de ninguna de las circunstancias de su preciosa vida, ¿no es muy sensible que hayamos de quedar en esa absoluta carencia de noticias? ¿no es muy sencible que de un publicista, y publicista distinguido, no se sepa sino que publicó su obra? Y en este caso nos encontramos con respecto al P. Fr. Pedro; todos los hombres que se han ocupado de los escritores eclesiásticos, y en particular los que nos han referido los expositores de las sagradas letras, todos nos han citado al P. S. Francisco, y no ha habido uno que haya dado siquiera las más generales noticias acerca de él. Lo diremos mil veces, esto es muy sensible; pero nosotros, que no queremos aventurar apreciaciones acerca de las obras de cada sugeto, tanto en el órden á sus virtudes cuanto en el órden literario, diremos que el P. Fr. Pedro de S. Francisco, religioso de la Orden Seráfica en Portugal, año 1629, escribió un libro intitulado: *Comentario sobre el Salmo primero*; impreso en Lisboa, año 1629, que es muy estimable y que parece ser el primero de una série que no continuó el autor, acaso porque el hilo de su vida se cortára ántes de que publicára su obra. Esto es todo lo que se sabe de Fr. Pedro de San Francisco.—G. R.

SAN FRANCISCO (V. H. Peregrino Dauri de), religioso del instituto de las Escuelas pias. Las antiguas memorias solo dicen de este insigne varon, cuyos méritos lo hicieron digno de ser colocado en el catálogo de venerables que publicó la religion el año de 1710, lo siguiente. Fué natural de Sarriano en el estado de Módena, de la familia Dauri. Pasó grandes trabajos en el siglo por haberle levantado algunos falsos testimonios, pero aunque fué puesto en rigurosas prisiones y cargado de cadenas, nunca se quiso defender dejando su inocencia en manos de Dios, que lo libró de todo, haciendo para este fin algunos prodigios. Tenia ya treinta años cuando fué admitido en la religion para el humilde estado de operario, y perseveró por espacio de diez y ocho años, que sobrevivió á su ingreso, en concepto de santo. Era admirable la paz de su alma y serenidad de su rostro. Murió en la paz que habia vivido, en Roma á 14 de Mayo de 1648, siendo de cuarenta y ocho años de edad.—A. L.

SAN FRANCISCO (V. P. Peregrino Tencani de), religioso escolapio. Este insigne varon fué un portento de tolerancia en las enfermedades y crueles padecimientos, y como tal fué tenido y justificado su nombre de Peregrino. Su nombre del siglo fué Fabricio Tencani, natural de Pahulla en el estado de Módena. Era ya sacerdote y de costumbres muy conformes á su estado cuando fué admitido en la congregacion Paulina en el año de 1619, teniendo cuarenta y nueve de edad, y quiso ser llamado Peregrino de S. Francisco. Como llevaba tan buenos cimientos, empezó á levantar desde luego un grande edificio de perfeccion, por cuyo motivo apénas hizo la profesion cuan-

do fué nombrado superior del colegio de Nursia, y asistió con calidad de vocal al capítulo general que se celebró en Roma en el año 1627, que fué el primero de la religion. Siendo asistente general, fué destinado para pasar á Alemania á fundar el instituto en aquellas partes, porque no habiendo tenido efecto los piadosos deseos de los caballeros de la milicia cristiana de la Inmaculada Concepcion, que en el año santo establecida hermandad con el instituto de las Escuelas pias, propusieron hacer todos los esfuerzos posibles para que se fundára en Alemania; el cardenal de Liechtenstein, español, natural de Madrid, en donde nació hallándose el príncipe su padre embajador de la majestad Cesárea en esta corte, bien informado de la nueva religion, resolvió establecer la primera fundacion en la ciudad de Nicolspurg, en la Moravia, que era de los dominios de su casa. Diéronle cuenta al beato José en el año de 1630, diciéndole cómo este célebre purpurado, no habiendo querido admitir los voluntarios ofrecimientos de otros religiosos que pretendieron encargarse del gobierno del seminario que tenia en aquella ciudad, habia resuelto ponerlo en manos de sus hijos; por cuya razon se le encargaba que con toda la brevedad posible enviára algunos por el Tirol, en donde no podia dañarlos el contagio que afligia á la sazon algunas provincias de Alemania. Decianle tambien: «Su Eminencia estimaria mucho que entre los religiosos que han de venir, se halle á lo ménos uno que hable bien la lengua tudesca y la española. La primera debe servir para las escuelas, la segunda para la educacion de los príncipes sus sobrinos, por si se les ofrece en algun tiempo pasar á España. De lengua italiana y francesa, ya en estas partes se hallan bastantes maestros. El seminario posee diez mil florines del Rhin de renta anual, y juntándose á ellos la generosidad de su Eminencia, tendrán muy cumplidamente los religiosos todo lo necesario á la decencia de sus personas.» Recibió esta carta el beato fundador con indecible júbilo de su alma, y miéntras de acuerdo de sus asistentes disponia lo necesario para esta gloriosa empresa, le llegó en el año siguiente segunda carta del mismo doméstico é íntimo del cardenal; decia: «Reverendísimo Padre en Cristo: el Cardenal mi señor recibió con sumo contento la noticia de la próxima partida de Roma para Alemania de los religiosos destinados para esta fundacion. Deseo que lleguen á esta ciudad ántes de la fiesta de la Santísima Anunciacion, porque para este tiempo se hallará el emperador en Nicolspurg convidado de su Eminencia, y en esta ocasion este augustísimo monarca conoceria el nuevo y piadoso instituto, y á los Padres que deben ocupar el colegio.» Tambien le daba cuenta cómo el cardenal habia enviado un criado muy práctico en los caminos desde Italia á Alemania, con cartas de recomendacion para varios personajes y prelados de los monasterios que se encuentran al paso, para que los religiosos fueran hospedados con la ma-

yor comodidad y decencia, y juntamente llevaba formado el itinerario con jornadas moderadas, para que fuera menor la fatiga. Partieron, pues, ocho religiosos, todos elegidos del beato fundador, que es lo más que se puede decir de ellos, y les nombró por superior al venerable Peregrino, su asistente general. En Trieste tomaron puerto despues de una feliz navegacion, y encontraron el criado que les enviaba el cardenal para guiarlos, con cuya providencia llegaron prósperamente á Nicolspurg el dia 7 de Junio de 1631, y luego que el cardenal los tuvo en su presencia les dió tiernos abrazos, y les dijo lo tratáran sin ceremonia, mirándolo, no como príncipe y prelado, sino como buen hermano; no como cardenal, sino como un religioso de su Orden, y añadió que en todo aquel mes no se habia de tratar más que de su descanso. Principiado el siguiente mes de Julio, les dió el cardenal personalmente la posesion del nuevo colegio, llamado Lauretano, ó de nuestra Señora de Loreto, por contener una capilla de las mismas medidas que la que se venera en la Marca de Ancona. Por entónces tenia solamente nueve alumnos ó seminaristas, que en presencia de innumerable concurso dijeron varias composiciones en verso y prosa en honor de los nuevos maestros y de las Escuelas pias, pero en breve creció el número de los convictores, y siete de los de más ingenio y capacidad fueron aplicados al estudio de las lenguas orientales y occidentales, hebrea, etíope, bohema, francesa, italiana y española. El acierto con que el P. Peregrino supo arreglar la nueva fundacion para beneficio de la juventud y consuelo de todos, lo significó bastantemente el eminentísimo fundador en una carta que escribió al Bto. Jose; decia así: «Rdo. Padre en Cristo: discurro que á la hora presente se hallará vuestra Reverencia bien informado del grande gozo que me ocasionó la venida de estos sus buenos religiosos; confieso que no lo he tenido igual en toda mi vida. Las escuelas ya se hallan aumentadas de más de cien discípulos, y el instituto es deseado con grande ánsia de algunos príncipes y pueblos que sobre ello me hacen fervorosas instancias. En cuanto á estos buenos religiosos aseguro que no me queda más que desear. Solo quisiera que tomáran conmigo más confianza, y me tratáran como buen hermano con toda familiaridad, porque esto me llenaria el corazon de gozo, y me recrearia el espíritu. Vuestra paternidad reverendísima se los imponga; mande, que entren en mis apartamientos como en sus propios aposentos ó cámaras, y que sin embarazo me expongan cuanto desean de mi persona, que luego se les cumplirá su gusto. Hágame por amor de Dios este gran favor si me quiere totalmente satisfecho. Deseo tambien que entre los señores que piden en estas partes las Escuelas pias, sea preferido á todos el conde de Magnis, mi cuñado; y no dudo de vuestra paternidad reverendísima, que como español contentará á otro español, que tal me glorio yo de ser, como tambien

dilectísimo hermano de vuestra paternidad reverendísima.» A más de los ejercicios del instituto y asistencia al confesonario y púlpito, se aplicó el venerable Peregrino, y á su imitacion los otros religiosos, á la predicacion y disputas con los herejes; por cuyo medio logró convertir á muchos. De todo fué bien informado el beato fundador, y tambien se dió cuenta á la sagrada Congregacion de Propaganda Fide con grande edificacion de los prelados que la componian. Dilatóse tanto desde luego el buen nombre de las Escuelas pias, que á un mismo tiempo pedian fundacion en Viena de Austria y en las capitales de las dos Silesias; sin otros príncipes, grandes señores y magistrados de ciudades, que en la dieta del imperio manifestaron recibirian el instituto en sus dominios con los brazos abiertos. Pero era imposible que la religion que continuamente se dilataba en las provincias de Italia, y necesitaba de tiempo para criar y educar sujetos hábiles, pudiera enviar tantos como eran menester para dar oidos á estas súplicas. No obstante, dos años despues se hizo la fundacion de Strásnitz, feudo del conde de Magnis, por complacer á su cuñado el cardenal, que no satisfecho con esto, mal informado de que el beato fundador no le enviaba religiosos por ser opuesto á que se propagára la religion en Alemania, le escribió algunas cartas dándole quejas amorosas; y pasó tan adelante su fervor en desear la propagacion del instituto en aquellas partes, viendo que no le enviaba mayor número de sujetos, escribió á la sagrada Congregacion de Propaganda Fide una epístola en que le decia: «Dos años ha, que llamados vinieron á este país los Padres de las Escuelas pias y perseveran en él, haciendo gran fruto, no solo con la bondad de su vida, sino tambien con la doctrina, enseñando el temor de Dios, la fe católica, letras y buenas costumbres. Viendo que de cada dia crece más el concurso, suplico á VV. EE. se sirvan mandar al general que envie mayor número de operarios; y si fuese necesario, pidan á Su Santidad que se lo mande, porque á la verdad es grande el fruto que estos buenos Padres hacen, por cuya razon son deseados de muchos pueblos con grande edificacion de estas gentes, que experimentan por su medio indecible utilidad en la juventud, y ven muchas conversiones de los herejes adultos. En las escuelas en que ántes habia solo treinta discípulos, ahora hay cuatrocientos. Estas son las verdaderas plantas en quien se espera firmeza en la fe; porque los herejes adultos, aunque se conviertan, no quedan bien radicados, y se vuelven al error con el más ligero viento; pero los que desde los tiernos años son instruidos en la verdadera religion, se mostrarán inmobles en cualquiera tempestad.» Sin embargo, fue imposible satisfacer del todo las ánsias de este insigne prelado, por la escasez de sujetos que padecia la Orden; aunque pasado poco tiempo, en el año de 1634, se hizo otra fundacion en Liepnitz, ciudad situada en los dominios del príncipe de Liech-

tenstein, sobrino del mismo cardenal, en donde se estableció el noviciado con grande satisfaccion de este purpurado, que suspiraba porque en aquellas partes fueran vestidos algunos jóvenes alemanes, que con el tiempo contribuyesen á la extension del instituto, ya que tanto costaba que viniesen religiosos de Italia. Luego que el beato general vió fundadas tres casas en Alemania, las erigió en provincia y nombró por primer provincial al V. P. Peregrino, que con este carácter se halló en el capítulo general que se celebró en Roma el año de 1637; y teniendo consideracion á su avanzada edad, no pareció conveniente que emprendiera segunda vez tan largo viaje; pero fué destinado de familia á la casa del noviciado, para que su perfeccion robusta en edad cansada sirviera de ejemplo y estímulo á los jóvenes, porque era hombre de mucha oracion, de heróica humildad, rigurosísimo en el silencio, de un candor verdaderamente angélico, y sumamente exacto en la observancia de la regular disciplina. En este último período ejercitó el Señor su grande paciencia con una prolija y penosa enfermedad, de la cual se le originaron cuarenta y cuatro postemas ó llagas en diferentes partes de su cuerpo. Pero este gran servidor de Dios, que era un verdadero retrato del pacientísimo Job, continuamente tenia en la boca aquellas palabras: *Bendito sea el nombre del Señor*. Murió en la misma casa de probacion de Roma el dia 22 de Abril de 1640, de setenta y un años de edad. Con la muerte desaparecieron en su cadáver, no solo las llagas, sino tambien las cicatrices, y quedó flexible y hermoso. Tres dias estuvo expuesto á la admiracion del pueblo sin darle sepultura, y siempre se conservó del mismo modo, y exhalando un olor suavísimo. A este venerable religioso le aplicó el obispo de Puzol el elogio que dió á Job S. Gregorio Magno: *¡O virum putrem et integrum! ¡O fœdum et pulchrum! ¡O in sterare sedentem, et in cœlo regnantem!* ¡Oh varon podrido y entero, feo y hermoso, sentado en la basura y reinando en el cielo!—A. L.

SAN FRANCISCO (Fr. Tomás de), religioso franciscano, natural de Medina del Campo. Fué predicador de su Orden y se hallaba adornado de todo género de virtudes, siendo muy celoso por el bien de las almas. Hacia mucho fruto con sus sermones, porque predicaba no á sí mismo sino á Jesucristo crucificado, á quien era forzoso imitar. Ofrecíale Dios oraciones en que ejercitar este género de caridad, presentándole algunos pecadores tan olvidados de sí como de Dios, siendo muy necesaria su mucha caridad y paciencia para reparar sus faltas. Tenia mucho acierto para remediar y consolar almas en el secreto juicio de la confesion, y aunque fuese larga y de muchos años, no se cansaba de oirla. Era en sumo grado devoto del Santísimo Sacramento, como á quien habia dado nuestro Señor conocimiento de aquel divino secreto escondido á todas las generaciones desde el principio del mundo. Decia Misa con grande devocion, su ordinaria preparacion para aquel sacrificio

santo era oir otros y rezar la corona de nuestra Señora, de quien tambien era devotísimo. Concedióle el Señor la gracia de comunicarle el dia de su muerte, y dice la Crónica: «Que no se turbó ni cortó el hilo al piadoso ejercicio en que estaba ocupado, ántes le alargó más, revolviendo en su pecho memorias vivas de lo que en Dios tenia, de lo que le debia y de lo que de él esperaba; tuvo cuenta con los dias, é iba haciendo la suya, gastándolos todos en obras de caridad y las noches en vigilias, oracion y otros espirituales ejercicios; allá en lo interior de su alma sentia extraordinarios y áun encontrados afectos, unos de temor y otros de confianza; temia el rigor de la justicia divina y parecia que se le cortaban las fuerzas de todo el cuerpo, y temblaba el alma, porque no hay sujeto en todo cuanto vemos que pueda sufrir un breve espacio de tan grande majestad. Acudia á su infinita misericordia, confesábase por deudor de infinitas mercedes y beneficios sin número, recibidos de su divina mano sin descuento ninguno de servicios propios; hallaba el recibo de los bienes muy largo, y muy corto el retorno, áun siquiera de agradecimiento; el mayor descargo que en sí hallaba era de buenos deseos y obras muy pocas. En estos y semejantes ejercicios se pasaron los veinticuatro dias del plazo que le habia dado.» Entrando en los seis que le faltaban, le dió un dolor de costado, que se comprendió desde luego que era mortal. Sabíalo él muy bien, y así á los que se lo dijeron, temerosos de que lo habia de sentir, les contestó con rostro alegre: «Qué tengo yo, ni qué tiene un fraile descalzo en la tierra que le entretenga? ¿Qué hacienda? ¿qué gustos? ¿qué regalos deja en este mundo, que aunque todo cuanto hay y se desea lo goce, no quede con ello el alma muerta de hambre? De ninguna manera siento el dejarlo, aunque fuera señor de mil mundos, ántes se alegra mi alma, porque veo tan clara la diferencia que hay de todo esto de acá á lo ménos de allá que espero gozar por la misericordia de Dios.» Pidió los sacramentos de la penitencia y sagrada Eucaristía; recibiólos con la extremada fe y devocion que siempre acostumbraba: fué creciendo la enfermedad, y apretándole los dolores que sufria con grande paciencia y rostro tan alegre que daba consuelo solo el verle, edificando á sus hermanos con sus palabras santas llenas de loores divinos. Uno de ellos le manifestó que deseaba les dijese alguna cosa espiritual, segun lo que habia experimentado en su vida, que fuese más de provecho para sus almas. Bien conoció el ánimo sincero del que lo pedia, y que no era de los que quieren saber por solo saber, sin pensar en aprovecharse de lo que preguntan; díjole dos cosas: una la devocion con la purísima Virgen, Madre de Dios y Señora nuestra, encareciendo mucho los favores que hacia de sus devotos, á que él tenia harta experiencia. Otra, el amor de los enemigos y perdon de las injurias por amor del mismo Señor, que así perdona las suyas y canoniza con título de bienaventu-

rados á los que lo hiciesen. Habiendo recibido ya la extremauncion, vinieron allí todos sus súbditos y hermanos, pues era á la sazon guardian del convento de Peñaranda, los cuales sentian tiernamente su partida; consolóles con palabras santas y de mucho espíritu; abrazóles y dióles á todos su bendicion, y luego les pidió perdon humildemente, y en ausencia á todos aquellos á quienes en alguna manera hubiese ofendido. Hizo luego una cristiana y devota profesion de fe, y despues de acabada, mandó que le leyesen la pasion de nuestro Señor Jesucristo, y estándola diciendo, puso los ojos en un crucifijo que tenia delante, y habiéndole mirado un rato aquella bendita alma, libre de la pesadumbre del cuerpo, voló al cielo dejando á sus hermanos envidiosos de su muerte y deseosos de su compañía. — S. B.

SAN FRANCISCO DE Asís (Fr. Pedro de), de la villa de Hijar, religioso agustino descalzo. Pasó á Filipinas, donde misionó con fruto. Fué á Méjico por presidente del hospicio que allí tiene su congregacion, donde continuó las tareas apostólicas en el siglo XVIII. Ultimamente, regresó á España, donde sirvió á su religion en la coordinacion de una gran parte de su historia. Escribió y publicó: 1.° *Sermon de nuestra Señora del Pilar de Zaragoza*, predicado por él en la ciudad de Méjico el año de 1739; se estampó allí en 4.° 2.° *Tomo III de la Historia general de la Congregacion de Agustinos descalzos de España é Indias*; Barcelona, 1743, en fólio. —3.° *Tomo IV de la misma historia*, que se imprimió en Zaragoza en 1753, en fólio. — L.

SAN FRANCISCO DE DURAN (Fr. Andrés), religioso franciscano de la provincia de San Diego de Andalucía, varon de mucha erudicion y vastos conocimientos, como lo manifestó en las siguientes obras debidas á su pluma: *De cœlo et mundo ecclesiastico et spirituali*, un tomo en fólio.—*Super Apocalypsim*, un tomo en 4.° —*Summa Theologiæ*, cuatro volúmenes en fólio.— *Contra Molinos*, un tomo en fólio.—*Defensorium tertiæ partis suæ Summæ theologicæ*, un tomo en 4.°— *Exposicion de las proposiciones condenadas*; un tomo en 8.° — S. B.

SAN FRANCISCO XAVIER (Fr. Juan de). Su apellido en el siglo fué Perez. Nació en Molinos á fines del siglo XVII. Profesó el instituto del órden descalzo de la Santísima Trinidad, donde leyó filosofía y teología con crédito de docto, y gobernó el convento de Zaragoza. Fué asimismo secretario y definidor general de su religion, examinador sinodal del arzobispado de Zaragoza y de otras diócesis, manifestando siempre especial amor á la observancia de su reforma y al mejor modo de conservarla. Murió en el dicho convento de Zaragoza el año 1776. Escribió: 1.° *Discerptatio chronologica cum sensu verborum epitaphii ad sepulchrum sancti Joannis de Matha, fundatoris Ordinis Sanctissimæ Trinitatis, Redemptionis Captivorum, præstans, et epactarum, litterarumque dominicalium doctrinam perpetuo regentem, cum retentione Æqui-*

noctii Veris XXI Martii, et cum ascensu in Juliano calculo pro suo tempore illas pariter præbens; en Zaragoza, por José Fort, 1762, en 4.° Recomiendan el trabajo de esta obra, sus censores y su erudicion, y la cita el maestro trinitario Fr. Silvestre Calvo en su *Resum. de las prerog. de su relig.*, pág. 610, edicion de 1791, no conformándose con sus modos de discurrir. —A.

SAN GALO (Fr. Benedicto), minorita italiano, natural de Bérgamo, floreció en el siglo XVI. Sus vastos conocimientos en la filosofía fueron la principal causa de su celebridad, pues con una decision propia de un verdadero amante de la ciencia, trabajó con los mejores resultados en el cultivo de esta, que siempre se ha mirado como la llave de oro del saber humano. Sin embargo, á pesar de esta circunstancia, San Galo no publicó ninguna obra filosófica, consistiendo los dos libros que de él nos han quedado en una *Coleccion de Sermones* y una *Suma de los pecados*, ó de los casos que pueden presentarse á los confesores en el ejercicio de su elevado ministerio. Proviene indudablemente esto de las circunstancias de su vida, pues dedicado principalmente á los ejercicios del púlpito y confesonario, en estas dos materias á que se consagró durante toda su carrera fué en las que obtuvo mejores conocimientos, y de consiguiente en las que pudo manifestarlos con más facilidad, prestando un verdadero servicio á los que le sucedieron. Por esto no debe dejarse de mirar á San Galo como un eminente filósofo; es indudable que nacido con el don especial para las ciencias especulativas, hizo en ellas grandes progresos, y despues de haber sido el asombro de sus profesores, pasó á serlo de sus discípulos. Enseñó en las principales ciudades de Italia, y sus discípulos, procedentes de todas las clases de la sociedad, no tardaron en llevar su fama á las naciones más apartadas de aquel continente. Para comprender hasta qué punto llegó la celebridad de San Galo, es necesario hacerse cargo de lo que era un profesor en la edad media y en la época del renacimiento. Entónces en que la imprenta no habia puesto aún los libros al alcance de todas las fortunas, pues existian muy pocos y estos muy caros; en que los que se consagraban á los estudios tenian por lo general que acogerse á las órdenes religiosas, que eran las únicas que poseian bibliotecas, el estudio de los clásicos ó de cualquiera otra materia, siempre que reclamase la reunion de un determinado número de libros, era en extremo difícil. De manera que el hombre laborioso, además de necesitar las cualidades naturales, sin las cuales es imposible el cultivo de toda ciencia, necesitaba además vencer una porcion de obstáculos, que ni siquiera nos es posible imaginar en la actualidad, y su mérito aumentaba en extremo por las mismas dificultades con que tenia que luchar; así es que los verdaderos sabios eran en extremo raros, y el que llegaba á obtener este nombre, háyasele ó no confirmado la posteridad, puede asegu-

rarse que era muy acreedor á él, pues no solo necesitaba una vasta capacidad, sino que esta debia ir acompañada de una actividad y laboriosidad á toda prueba, de un celo extraordinario y hasta de una série de trabajos y dificultades que, repetimos, ni siquiera nos es dado conocer en la actualidad. Hoy en que la multitud de libros y la facilidad de los medios de circulacion y de enseñanza, y otras muchas circunstancias favorables, tanto facilitan el saber, aquel título ni áun tiene la mitad de valor á nuestros ojos. Así es que vemos la falsa ciencia pulular por todas partes; que el modesto sábio vive oculto y retirado, miéntras el necio pedante se pasea rodeado del oropel que con tanta facilidad ha podido amontonar. Así es que los sábios son en número tan asombroso, que no hay catálogos suficientes para enumerarlos, que se multiplican los profesores, que son sin guarismo los escritores, y que la ciencia, en fin, ha perdido su verdadero valor, ya por su vulgaridad por valernos de esta expresion, ya porque como entre tanto pretendido sabio hay tan pocos que lo sean, se los ve resolver las cuestiones más difíciles de una manera tan impropia, por no decir, inoportuna se les oye hablar de los asuntos más difíciles con una seguridad y una ignorancia, por decirlo de una vez, que causa asombro y extrañeza al hombre que tiene siquiera sentido comun, y debe mirarse como á verdadero sabio al que únicamente procura no serlo. Además, como hoy se ha multiplicado tanto el saber y los grados académicos, carecen estos de toda importancia, y no se conceden con aquella pompa y solemnidad que se concedian en otros tiempos; y así es que ni el profesorado, ni la literatura, ni el arte mismo se halla rodeado de todo el decoro que á su categoría conviene. En los tiempos de San Galo sucedia todo lo contrario; un profesor era mirado como un ser extraordinario, se le rodeaba de todo género de atenciones y consideraciones, y ciudades y á veces naciones, se le disputaban, ofreciéndole toda clase de honores y tambien las más pingües rentas. Tal fué, pues, la dichosa estrella que ensalzó á San Galo en el mundo, estrella que aumentó doblemente su esplendor con su fama, como orador sagrado y varon de vida ejemplar. Dotado de elocuencia y acostumbrado á hablar en público, sus sermones adquirieron grande celebridad, y los honores de consiguiente de la impresion; hombre de buenas costumbres, obtuvo en el confesonario los mejores resultados, ora con sus consejos, ya con sus obras, pues los penitentes tenian no solo que aprender, sino tambien que imitar en él. Ignórase la fecha y lugar de su fallecimiento. Sus escritos se publicaron en París en 1595 con los títulos siguientes: *Sermones dominicales per anni circulum.—Summam peccatorum.* —S. B.

SAN GEMINIANO (B. Bartulo, Bartolo, Bartoldo ó Bartolino), presbítero y confesor: varon insigne en santidad y admirable en todo género de virtudes. Nació hacia los años de 1228, en el castillo de S. Geminiano, en la Tos-

cana, de padres ricos y nobles, pero estériles. Dice la Crónica, que le alcanzaron de Dios por la intercesion del apóstol S. Pedro de quien eran particulares devotos. Aseguró á su madre el santo en sueños que su hijo serviria á Dios con perfeccion, y se verificó en efecto esta profecía, pues aprovechando las buenas inclinaciones de que estaba dotada su alma y la piadosa educacion que recibió de sus cristianos padres, dió desde niño señales nada equívocas de su futura santidad. Como era único y heredero del patrimonio baronía de Muschio, propia de su casa, sus padres deseaban y trataban casarle ventajosamente. Propusiéronle un conveniente enlace con una jóven hermosa y rica, que le amaba con la mayor ternura. Pero Bartulo habia tomado ya su determinacion, y no pudieron separarle del perpétuo voto de virginidad con que se habia ligado; negóse por lo tanto constantemente á condescender con los deseos de su familia, alegando que se sentia llamado del Espíritu Santo al abandono del mundo, sus pompas y placeres, y consagrado exclusivamente al servicio de su Divina Majestad. Enojó mucho esta resolucion á su padre, que llegó hasta á maltratar al virtuoso mancebo; pero lo llevó él con resignacion, y por dar lugar á la ira, se ausentó de su casa, refugiándose al monasterio de S. Vito, de la órden de S. Benito en Pisa. Agradaron tanto á los religiosos las virtudes, amable carácter y bellas cualidades del jóven, que le indicaron deseaban que vistiera la cogulla. Bartulo que esperaba del cielo la determinacion del delicado negocio de elegir estado, acudió á la oracion, y fué tan eficaz, que se le presentó nuestro Señor Jesucristo tan llagado y herido como quedó despues del horrible tormento de la columna, quien le dijo, que no en aquel hábito monacal, sino por azotes, llagas y espinas, queria que le siguiera, y que por tan áspero camino andaria el tiempo de veinte años y por él subiria á ceñirse la corona que le tenía en el cielo preparada. En vista de esta revelacion, consultó con personas de virtud y ciencia, y al fin deliberó por cosa muy acertada, dice el P. Carrillo, en sus *Santos de la Orden Tercera de San Francisco*, para su propósito y más conforme á la divina voluntad y su bien espiritual, hacerse clérigo, y entre otras consideraciones santas, que le movieron para esto, fué una que él existia por la intercesion del apóstol S. Pedro, y la revelacion que su madre tuvo del mismo santo ántes de concebirle siendo estéril, á lo cual quiso corresponder y mostrarse grato, tomando el hábito clerical instituido por el mismo apóstol. Pasó sin dilacion á Voltura, cuyo obispo le confirió las órdenes hasta el presbiterado, y le nombró cura de Peccioli siendo de edad de treinta años. Gobernó su iglesia por espacio de diez, de un modo propio de un pastor santo, volando su fama y extendiéndose por todas partes su buena opinion. Con no menos repugnancia que humildad aceptó por obediencia este curato, y despues admitió el de Pichena, á cuyos feligreses edificó y

santificó con su ejemplo y doctrina por espacio de doce años. Convertido todo para todos, apacentaba sus ovejas con su vida y paternales amonestaciones, sin dejar cosa imperfecta ni vacía en su ministerio, con especialidad para los pobres peregrinos, enfermos y toda clase de necesitados, de quienes era un amigo bondadoso y benéfico. Socorríalos con limosnas, hospedábalos en su casa con generosa piedad, servíalos humilde, y los consolaba y exhortaba á la paciencia. Era un sol de cuyos influjos en lo temporal y espiritual todos participaban; siendo en medio de esto admirables sus ayunos á pan y agua, y su total abstinencia de carnes. Hízole en él guerra el infierno, dice Ramirez Luque; luchó cuerpo á cuerpo con todo su poder, y de tal suerte triunfó siempre y burló sus astucias, que llegó el demonio á cobrarle miedo. Mereció que Jesucristo le honrase descendiendo en figura de un pobre leproso, hospedándose en su casa, comiendo á su mesa, dejándose servir de él y reposando en su misma cama. Aún fué mayor la dicha de Bartulo, porque del contacto con tan divino enfermo se le pegó á él la lepra, pero tan perniciosa, que como Job, no le quedó cabello ni barba; las narices se le deshicieron, perdió la vista, la carne podrida se le caia á pedazos, y hasta las entrañas se le veian por algunas partes, heridas de gusanos que el invicto paciente llamaba perlas y joyas de su Dios. Todo, pues, cubierto de una pestilencial llaga y manando podre por todas partes, no fué su padecer por tres años como Job, sino por veinte enteros con admiracion del mundo, mucha gloria de Dios y grandísima utilidad del buen enfermo, que en este crisol perfeccionó su vida y el heroismo de su virtud. Renunció el curato á los noventa y dos años de edad y veintidos de servir aquella Iglesia; y negándose á tomar todo medicamento, como que sabia que era aquella la expresa voluntad del Altísimo, pidió que lo retirasen al hospital de Lazaretos que habia en Colli, á mil pasos de S. Geminiano. Ejecutóse lo que habia mandado, asistiéndole allí con sumo amor y esmero su buen discípulo, amigo é imitador, el beato presbítero Ribaldo. Distinguióse Bartulo en este tiempo de tribulacion por su inalterable paciencia; la alegría con que cantaba sin cesar las alabanzas divinas, las acciones de gracias que daba, besando y bendiciendo la mano que tanto le favorecia, y la multitúd de milagros con que Dios colmaba de gloria á su siervo en medio de un estado de tanta desolacion y abatimiento. Eran tantos, que acudian de todas partes gentes sin tener reparo de comer y beber con él. Tal era el atractivo de su heróica santidad y el poder de su valimiento con Dios. Volvió por fin á visitarlo Jesucristo, pero glorioso y rodeado de ángeles, que le presentó labrada ya la corona que habia ganado á precio de tantos trabajos, angustias y dolores. En efecto, se la ciñó para siempre en el cielo, saliendo de esta vida mortal el 13 de Diciembre del año 1300, á los setenta y dos de edad. Su cuerpo difunto no quedó hediondo,

asqueroso y afeado como cuando vivió, sino bañado en resplandor y claridad celestial; su carne sana, hermosa, sin llagas ni gusanos, que toda inmundicia desapareció, y despidiendo un olor el más suave y fragante. Corrió tan grande número de personas á ver tan extraordinario espectáculo, y por la mucha devocion y veneracion que todos tenian á varon tan santo, que no se le pudo sepultar en tres dias, obrando entre tanto gran número de prodigios en testimonio de la eterna felicidad que estaba su alma gozando.—S. B.

SAN GEMINIANO (Fr. Juan de), religioso dominico, natural del lugar de su apellido en Italia. Pertenecia á una familia tan ilustre como antigua, y desde sus primeros años dió muestras de su grande piedad. Tardó, sin embargo, algun tiempo en tomar el hábito, lo que hizo en Sena en el convento de PP. Predicadores, manifestando desde luego en sus grandes virtudes la verdad de su vocacion. Humilde y obediente, no tenia otra voluntad que la de sus superiores, y dado á los ejercicios de oracion y penitencia, no los abandonaba sino cuando le obligaba á ello el mandato de sus superiores. En sus estudios manifestó hallarse dotado de muy buena disposicion, é hizo toda su carrera con grande rapidez, cual convenia á un sujeto adornado de tan buenas circunstancias. Fué prelado de diferentes conventos, y en particular de el de Nápoles, donde se hallaba cuando Santo Tomás de Aquino pidió el hábito, admitiéndole á él y ayudándole á llevar á cabo su decision, como se verificó en la forma que se refiere en la vida de este santo. El P. Mtro. Fray Juan, que recorrió los principales conventos de Italia, ya como encargado de su gobierno, ya como predicador, para lo que contaba con muy buenas facultades, adquirió una celebridad de que hay pocos ejemplos, componiendo un gran número de obras cuyo largo catálogo se encuentra en la biblioteca de los PP. Echard y Quetif; y que no referimos detalladamente en este lugar porque de todos se formó una coleccion, que es la más generalmente conocida. Sus escritos consisten en su mayor parte en sermones sobre las principales festividades de los santos y épocas mas notables del año. Encuéntranse en gran número de bibliotecas manuscritos con mucha frecuencia, y áun se cree que son muy pocos los que han llegado á imprimirse tantos sueltos como en la coleccion que ya hemos mencionado. Parece, sin embargo, que son muy superiores á sus demás obras, las cuales versan sobre asuntos ascéticos ó son comentarios conforme á la costumbre del siglo en que floreció este escritor. Su principal mérito consiste en la época en que fueron compuestos, pues probablemente sirvieron de base á otros tratados, y no tardaron en adquirir la celebridad que conservan todavía, lo mismo que los autores á que pertenecen. Este estudio sería muy interesante, pues de él se inferirian cuáles eran los principios generales que dominaban en aquel siglo, los que introdujo nuestro autor y los que le siguieron, y dónde los tomó cada uno; por

desgracia es hoy muy difícil, si no imposible de hacerse; pues acaso no existan los manuscritos de S. Geminiano; y áun los pocos que se encuentren se hallarán mezclados con otros, como se observa en todos los códices antiguos. Ignórase la época de la muerte de este misionero que se sabe vivia aún en 1310. La *Coleccion* de sus obras fué impresa en Colonia en 1665 en 4.°—S. B.

SAN GEMINIANO (Fr. Tomás de), religioso capuchino, sacerdote, en la provincia de la Umbría, donde resplandeció en todo género de virtudes, siendo célebre y muy singular en la de la más perfecta obediencia. Cuando acabados los capítulos provinciales se leian las tablas de las familias, en cuanto oia el nombre del convento á que le destinaban los superiores, no queria volver á la celda donde entónces moraba, diciendo que la prontitud era la cualidad más estimable de la obediencia. Manifestó tambien la suya, cuando hallándose con una fuerte calentura, que le tenia muy fatigado, tuvo órden del guardian de acompañar á unos religiosos extranjeros hasta ponerlos en el camino del punto á que se dirigian, y de que no tenian conocimiento. Obedeció sin réplica; mostró el camino á los religiosos, habiendo vencido en su compañía la difícil subida de un monte. Por todo el tiempo que empleó en aquella obediencia le cesó el accidente; pero cuando llegó á los umbrales de su convento, volvió á encenderse la fiebre. El celo de esta misma virtud fué muchas veces poderoso á restituirle á su acuerdo en los raptos que padecia y causaban algun perjuicio á la comunidad cuando asistia á alabar á Dios en el coro; porque ocupado Fr. Tomás del celestial influjo, no podia cantar con los demás que le acompañaban en el divino oficio, y faltando su voz, que era corpulenta, quedaban las otras defraudadas ó sonaban ménos acordes. Razon por la que el prelado le mandó que se abstuviese siempre en el coro de aquellos excesos mentales, y áun en este particular, que no pendia de su albedrío, halló el siervo de Dios modo de obedecer. Satisfaciase en el refectorio cuando la leccion era referente al amor divino, cuya ponderacion le sacaba fuera de sí y excitaba todos sus afectos. No rindió menor culto á la pobreza que á la obediencia, pues nunca admitió para su uso prenda que no fuese de las que concedia la santa regla á sus profesos, por cuyo motivo jamás tuvo Breviario ni rosario particular, porque son alhajas que expresamente prohibe la institucion. Con mandato muy apretado del superior admitió un manto, si bien algo usado, á lo ménos de suficiente abrigo para el invierno; pero saliendo fuera del convento en cierta ocasion encontró á un pobre, que manifestándole su desnudez, pedia su remedio por amor de Dios. Compasivo Fr. Tomás, le dió el manto que llevaba para que le aplicase á su alivio; y aunque despues, restituido al convento, padeció de boca del prelado una severa censura por aquel dis-

pendio excusable, el varon virtuoso cifró todo su desahogo en confesar su culpa, y dar gracias al que le habia dirigido la correccion. Tanta suavidad sentia el alma del varon devoto en el ejercicio de la oracion, y era en él tan continuo, que los actos de respirar y orar se parecian en su frecuencia. Llegó á pedir como gracia particular al ministro general de la Orden le mandase encerrar, como si se hallase reo de algun grave y público crimen, para poder darse al recogimiento interior, sin intermision que le suspendiese ni testigos que le notasen. Entre los demás sagrados empleos de su alta contemplacion, tenia por el más familiar la pasion de Cristo nuestro Señor, cuyos rigores habian hecho asiento tan profundo en su ánimo, que instando una semana Santa, y habiéndose ocupado en considerarlos desde el jueves á vísperas hasta las tres de la tarde del dia siguiente, que fué el tiempo en que padeció el Autor de nuestra salud, se aplicó con tan grande eficacia á esta tierna meditacion, que quedó por mucho tiempo casi fuera de sí, tanto que por espacio de un año no pudo decir Misa ni aplicarse al recogimiento interior. Acompañó las referidas virtudes con una singular abstinencia, pues aunque padeció de algunas enfermedades, rara vez se dispensó en la severa ley de los ayunos, ceñidos á solo pan y agua. De aquí puede inferirse cuánta sería su austeridad en la salud cuando en la enfermedad se estrechaba á tal escasez. Por último, habiéndole llevado á Roma un piadoso motivo, halló allí el término de su vida al rigor de una mortal dolencia, en que peleando varonilmente salió del siglo para gozar del triunfo en la eternidad, como lo hacen creer así sus heróicas virtudes. Murió en el año de 1631.—A. L.

SAN GERMAN. Nació en la campiña de Aldea de Matto, en las cercanías de Montereis, cerca de Evora, y deseoso de pertenecer al gran instituto de la Compañía de Jesus, entró en el noviciado en 12 de Junio de 1681. Desde luego conocieron sus superiores no solo su vocacion, sino que era un jóven de mucho provecho, y que podria con buen éxito dedicarse á la enseñanza, así es que le hicieron aprender bien literatura y todos los ramos que comprende esta indispensable parte del saber humano para poder colocarle al frente de una cátedra, sin desdoro para él y con mucha honra para la Compañía. En realidad de verdad el estudio á que le dedicaron fué muy de su agrado, pues sin que digamos que era poeta, porque esto no sería exacto, hay que confesar en justicia que tenia una imaginacion muy fecunda, que podia muy bien enseñar no solo humanidades en toda su extension, sino tambien filosofía, y á estos estudios fué á los que le dedicaron con más asiduidad, habiéndose puesto al frente del seminario de Evora, donde sacó los mejores literatos de su época; bien es verdad que su método, distinto del que otros profesores suelen poner en práctica, no podia ménos de dar siempre resultados los más felices, y nunca podrian desconocerse las ventajas de él si una vez se hu-

biese encargado. Sea que nuestro jóven hubiera tomado con demasiado ahinco los estudios, ó que sus fuerzas fueran demasiado débiles, ó que tal vez la Compañía hubiera sin pensarlo exigido de él más de lo que debia, es lo cierto que inesperadamente comenzó á enfermar, pareciendo al principio que su indisposicion era muy ligera, pero resultando al cabo una tísis, que le arrebató la vida, no sin haberle causado muchos padecimientos, que llevó con la paciencia más heróica, y que le fueron indudablemente nuevos timbres para la inmarcesible corona que ceñirá su frente en la eternidad. Su muerte, sentidísima en Evora, acaeció en 24 de Febrero de 1699, á los diez y ocho años de sotana y treinta y siete de su edad. Trabajó mucho en anotar, corregir y arreglar la *Prosodia in vocabularium trilingue, latinum, lusitanum et castellanum, digesta, aucthore R. P. Benedicto Pereyra, S. J.*; Evora, typis Academicis, 1697, lo cual le mereció un lugar entre los escritores más aventajados de la Compañía de Jesus.—G. R.

SAN GERMAN (Fr. Oton de), religioso capuchino, sacerdote, natural del reino de Nápoles. Fué religioso capuchino desde el principio de la reformacion, y resplandeció en ella con grandes virtudes, hasta que sucediendo la caida de Ochino, se salió de la religion y vivió muchos dias licenciosamente con algunos frailes de otra órden, que tambien la habian abandonado. Mas el benignísimo Señor, que la primera vez le sacó de las sombras del siglo y de las tinieblas de su confusion, ilustrándole el entendimiento con segunda asistencia, le volvió al gremio de la Orden Seráfica, donde, aunque con suma dificultad, fué por último recibido. Le enviaron á la provincia de Milan, y allí borró de tal suerte la mancha del yerro pasado con la santidad de su vida apostólica, que la caida le vino á servir de aumento y le elevó á la más alta cumbre de perfeccion, porque la penitencia que hizo fué tan admirable, sus lágrimas tan perpétuas de dia y noche, sus ayunos tan frecuentes á pan y agua, en que solia perseverar por espacio de cuarenta dias continuos, que alguna vez limitaba sin el pan á solo unas yerbas mojadas en agua, y áun esto con mucha moderacion; sus disciplinas tan ásperas y fervorosas, sus vigilias tan largas, su sueño tan breve, sus ejercicios corporales tan dilatados, alcanzándose unos á otros, y finalmente su vida toda tan reducida á la forma evangélica, que sujetando el cuerpo al espíritu y el apetito al imperio de la razon, no quedó rastro alguno del hombre antiguo, valiéndose de la memoria de lo que habia sido para apresurarse con mayor diligencia á conseguir diferente ser. Solia confesar que despues de haber dejado la religion y vivido viciosamente, le era más difícil cuando volvia en sí emprender el camino de la virtud; porque en gustando una vez los deleites es tanto su influjo en el ánimo, que le hacen andar perezoso por la senda de la vida espiritual, y sin duda camina más suelto y desembarazado el que no ha cono-

cido la suavidad venenosa del vicio; añadiendo que el medio con que habia vencido las dificultades era la oracion, á cuyo estudio dedicaba ordinariamente lo más del dia y de la noche, y cuya fuerza es tal, que cuantos embarazos atraviesa una mala costumbre, aunque se haya convertido en naturaleza, y aunque pareciese cosa imposible el vencerlos, los hallaba con facilidad entregado á la oracion. Concurrió con Fr. Anselmo, venerable religioso, á la inmortal y gloriosa batalla naval de Lepanto, y resplandeciendo allí con heróicas virtudes de caridad, de paciencia y de religion, cayó enfermo con un padecimiento peligroso y murió, correspondiendo en el fin á la santidad con que habia vivido. Aparecióse en Milan despues de muerto á cierto religioso, que le preguntó acerca del estado de su salvacion, á que respondió que por la misericordia de Dios se hallaba en el cielo, pero que se le habia pedido estrechísima cuenta de la vida pasada en la Orden, y en particular de la observancia de la pobreza con tanto rigor, que áun de la cerilla que algunas veces se suele gastar sin mucha necesidad se hace cargo considerable en el tribunal de la justicia divina.—A. L.

SAN GERONI (P. Fr. Anton de), trinitario descalzo de Barcelona. Publicó: *La representació de la sagrada pasió y mort de noster seynor J. C. novament corregida.* Está considerablemente aumentada.—A.

SAN GERONIMO (Fr. Alfonso de), carmelita descalzo, catedrático de teología en Alcalá y autor de diversas obras. V. Gerónimo (Fr. Alfonso de San).

SAN GERONIMO (V. M. Sor Ana de), religiosa francisca descalza del convento del Angel de la ciudad de Granada, nació año de 1696, hija de los señores D. Pedro Verdugo y doña Isabel de Castilla, condes de Torre-Palma. El cuidado de su educacion no le fiaron sus padres á otros que á sí mismos: bebió en ellos una piedad solidísima, y del padre, que era muy versado en lenguas y erudicion sagrada y profana, una instruccion no comun. De aquí es que desde sus primeros años resplandecieron en ella la modestia, el amor á todas las verdades de la religion, el esmero en la práctica de las virtudes, y un espíritu tan sublime, que jamás descendió á las bagatelas, que ordinariamente emplean á las personas de su sexo. Fueron sus ocupaciones en el siglo, ayudar á su madre en los cuidados domésticos, y gastar lo que le quedaba de tiempo en la selecta librería de su padre. Su leccion de poetas latinos, griegos, castellanos é italianos fué vastísima; pero la más frecuente era la de los escritores sagrados, singularmente de S. Gerónimo, de quien decia con gracia, *que á pedradas la habia metido en el claustro del Angel*, adonde se retiró, dejándose intempestivamente á su madre en la iglesia de los Clérigos menores. Esto hizo en el año 1629, y profesó á 8 de Julio del de 1730. Fué de las más observantes del instituto, sin que sus en-

fermedades en los últimos años la preservasen de ser la primera, no solo en las distribuciones espirituales, sino en los oficios mas humildes. Ejerció los de refitolera, tornera, maestra, seis años enfermera, doce secretaria, y por haber ensordecido no fué vicaria. Era devota del Santísimo Sacramento, pasando las noches enteras de rodillas delante de Su Majestad, y solo dormia una ó dos horas. Cada semana andaba una ó más veces el *Via-Crucis* con una cruz muy pesada sobre el hombro; empleaba muchos ratos en dibujar, bordar y otros primores para el adorno de la iglesia, todo esto sin faltar á los actos de comunidad con la mayor puntualidad, tomando muchas veces el lugar inferior. El año de 1771, habiendo entregado á la prelada el dia 17 de Setiembre los villancicos, que por su mandato habia hecho para la Navidad siguiente, la asaltó la enfermedad de que murió en 11 de Noviembre, dejando á sus hermanas llenas de sentimiento por su falta, y consoladas por las seguridad, que por escrito les dió su confesor, de que Sor Ana habia muerto sin perder la gracia del bautismo. Desde muy tiernos años mostró su claro talento para la poesía componiendo en todo género de metros; pero luego que entró religiosa, no tomó la pluma sino para asuntos sagrados. Estos comunicaba con un sugeto de la ciudad de Córdoba, que tuvo la curiosidad, viendo su elevado númen y erudicion sagrada, de recogerlos, y luego que sucedió la muerte de la autora, los imprimió en Córdoba, año de 1775, en un tomo en 4.°, con el título de *Obras poéticas de la madre Sor Ana de S. Gerónimo.*—A. B.

SAN GERONIMO (P. Fr. Antonio de), religioso de aquella Orden en el Real monasterio de Mejorada. Este siervo de Dios tambien se apellidaba de Valladolid, por ser su patria, y dejó en aquel monasterio gratos recuerdos de su mucho saber y religiosa vida. Predicaba con notable gracia y despejo, ejercitando este apostólico oficio en su convento y en toda aquella comarca con grande aplauso y provecho, improvisando con notable facilidad. En una ocasion, habiendo llegado á Valladolid un dia de fiesta, fué á oir un sermon á que le convidaron, pero faltando el predicador, algunas personas le suplicaron con instancia que supliese aquella falta; subió al púlpito y predicó un sermon que los dejó admirados, y más habiendo sabido que no habia hecho más de llegar á la ciudad, sin prevencion ni noticia de lo que habia de suceder. Acompañaba este don singular, con ser un gran religioso, celoso de la observancia monástica, y con otras virtudes, que hicieron que su casa y otras muchas de la Orden le eligiesen por su prelado, en cuyos cargos dejó bien confirmado el dictámen que habian hecho de sus merecimientos. Predicó diversas veces á las majestades, los señores reyes Felipe III y IV, y le dieron cédula ó nombramiento de su predicador. Un hermano suyo, que era obispo de Huesca en Aragon, le llamó para que le ayudase en el go-

bierno del obispado, cuyo destino desempeñó con gran prudencia y utilidad de las almas, hasta que el prelado murió, á quien asistió fraternalmente. Volvió á su casa, y lo que le habia dado su hermano el obispo y cuanto adquiria de limosnas de misas, sermones, visitas y confirmaciones, lo empleaba en beneficio de la iglesia y sacristía, no conociéndosele nunca deseo de poseer, pues todo lo destinaba á su comunidad. Para sí era tan pobre, que áun en lo preciso se estrechaba. Era tambien ejemplar en la paciencia, que la hubo bien menester, especialmente en una de las casas donde fué prelado. Levantáronle en ella un falso testimonio, pero como la paciencia de los pobres no perecerá nunca, como Dios lo promete, vencidos con esta virtud los contrarios, salió de aquel conflicto con mucho honor y reputacion. Le hicieron prior de Valdebusto para que descansase algo de sus trabajos, y allí quiso Dios llevarle al que con más propiedad se llama descanso, que es el eterno, muriendo santamente el dia 15 de Octubre del año de 1630.—A. L.

SAN GERONIMO (P. Fr. Antonio de), religioso de la orden de S. Gerónimo en el monasterio de nuestra Señora del Rosario de Bornos; le apellidaban tambien de Jerez; varon santo, de quien la memoria trasmitida dice que fué monge, *sine quærela, verus Dei cultor, et permanens in innocentia sua*; era religioso de mucha caridad, oracion y espíritu; de grandes penitencias, disciplinas, silicios, ayunos y de extremado recogimiento. Recibió del Señor muchos favores, haciéndosele presente en la oracion; pero fué tan reservado respecto de esta gracia, que solo al confesor se lo participó, con encargo de que nunca se supiese sino hablando en general. Uno de los principales favores que Dios le dispensó, fué el anticiparle el Purgatorio en esta vida, quitándole la memoria, y reduciéndole al primitivo estado de la inocencia, á fuerza de muchos trabajos y fatigas que padeció. Los diez y ocho dias que precedieron á su muerte los pasó sin tomar el menor alimento, cosa que parece imposible. Visitándole el prelado á los tres dias de tener una abstinencia tan completa, pues no tomaba ni la más mínima sustancia, le animó y áun ordenó que tomase dos yemas de huevo, pues si no estaba expuesto á morir al siguiente dia; le contestó con cierta gracia: Decís, padre mio, que si no como he de morir mañana, pues yo creo que en otros quince dias no he de morir. Así fué, que vivió los quince dias sin tomar nada, y al fin de ellos se le llevó el Señor, que era el que tan prodigiosamente le conservaba la vida sin el preciso sustento, pues piadosamente no puede atribuirse esta maravilla sino al que todo lo puede, y que obrase así con un varon tan suyo, pues con sus santos acostumbra hacer tan admirables finezas. Murió Fr. Antonio el año 1642.—A. L.

SAN GERONIMO (P. Fr. Bartolomé de), religioso de la órden de S. Gerónimo en el Real monasterio de S. Lorenzo. Era natural de la villa de Usa-

nos en el campo de Alcalá, varon muy observante, afable, discreto y de ardiente celo de la religion y encendida caridad, cuyas virtudes dió mucho á conocer en oficios que administró en el convento, con alivio y consuelo de los que le trataban; tenia el particularísimo don de ser muy entendido, y así era tan gustosa su conversacion que cautivaba; pero singularmente fué muy notable en el sufrimiento y paciencia, puesto que con aquel don de entendimiento y cordura, quiso el Señor apurarle toda su vida, con una pasion de escrúpulos tan vehemente, cual jamás se habia visto. El estudio y cuidado que ponia en conservar intacta la pureza del alma, le hacia quedar tan turbado, á vista del más mínimo pensamiento, ó representacion mala, que parecia que degeneraba de la mucha discrecion que tenia. De aquí tuvieron principio penosas luchas interiores, que le maltrataban y afligian; duras reprensiones de los confesores para que se aquietase; mas como la pasion predominaba, aunque con discursos y razones le daban luz, para la salida, por el pronto la abrazaba, pero despues volvia á la pelea y á buscar á los confesores, siendo su perpétuo afan, y en ellos un continuo motivo de ejercitar la paciencia y caridad, viendo la humildad con que llevaba y sufria esta cruz. Otra tuvo bien penosa, que sin duda para con Dios le aumentó muchos merecimientos, que fué una grande hernia ventral con intensos dolores que padeció más de doce años. Púsose en cura, le aplicaron diversos remedios sin conseguir ningun beneficio, pero se le reconoció la mejoría del alma, siendo de grande edificacion los muchos actos de tolerancia que tuvo, poniéndose en las manos del Señor con animosa resignacion. Para significar lo mucho que le fatigaba y martirizaba este accidente, solia decir: «Nadie podrá creer lo que padezco, solo lo creerán cuando me hallen muerto, y entonces dirán, razon tenia el padre Usanos en quejarse.» Como lo habia dicho se cumplió, que una ocasion apretándole el achaque con terrible fuerza, en brevísimo tiempo perdió el sentido y murió. Pudiera esta muerte tan repentina producir tristeza, temor y áun espanto, como suele suceder; mas como conocian todos la gran pureza de su vida, no les produjo aquellos efectos, además que tres dias antes habia dicho misa, precediendo como siempre lo hacia el confesarse. Antes piadosamente aseguraban, que el acabar así, habia sido misericordia de Dios, que serenándole el ánimo, no dió lugar á que volviesen á inquietarle los escrúpulos, que tanta guerra le habian dado, llevándosele á gozar del sosiego eterno en premio de su paciencia. Hizo mucha estimacion de este varon santo el príncipe Filiberto, gran prior de S. Juan, sobrino del rey D. Felipe III, y le comunicaba cosas de su conciencia, y conversaba con él muy familiarmente, aficionado á lo claro de su juicio, grande discrecion y santo trato. Quiso regalarle con manjares de palacio, y la primera vez, volviendo los criados por las fuentes

en que se los habian traido, hallaron que no los habia probado, y les dió á entender con mucha cordura, que si los habia recibido habia sido por no desairar á quien los enviaba; y el no haberlos probado, era por ser religioso siquiera en esta mortificacion, ya que faltaba en otras. El príncipe tomó otro rumbo para favorecerle, que les estuvo muy bien á los parientes del siervo de Dios, sin pretenderlo ni uno ni otros. Varios señores de palacio, que siendo obrero le comunicaron mucho, se edificaban de su porte y compostura, significándolo en diversas ocasiones, con gran veneracion á su persona. Dejó escrita la vida de S. Gerónimo, recopilada de la que habia escrito el V. P. Fr. José de Sigüenza, obra que le encomendó la obediencia á fin de que se pudiese leer en más breve tiempo á la comunidad en el refectorio. Salió muy bien con ella, y la dedicó al príncipe Filiberto, que la apreció como de quien era, y otros escritos quedaron tambien suyos en verso latino y castellano, en que muestra bien los santos conceptos que meditaba, y la alta influencia de donde venian. Nada de esto se imprimió, porque faltó quien lo agenciase, muriendo tan gran siervo de Dios el 19 de Noviembre del año 1645, teniendo cincuenta y tres de hábito, y de edad más de setenta, que tanto como eso se le alargó el martirio con admirable ejemplo.—A. L.

SAN GERONIMO (Fr. Diego de), religioso de la órden de S. Gerónimo. Fué hijo de D. Francisco de Tovar y de Doña Catalina Enriquez, señores de la villa de Cedillo; crióse con su tio D. Francisco de Monroy, hermano de su madre, conde de Deleitosa y señor de la casa de Belvis, donde estudió la lengua latina, educándose con mucho recogimiento y virtud, y tanto que jamás se le conoció apego á ningun género de vicio ó distraccion, ántes se cree que guardó la pureza virginal todo el curso de su vida. Desde allí, sin dar parte al conde, se encaminó al monasterio de Yuste, donde pidió el hábito con grande humildad, echándose de ver en su semblante y maneras la firmeza de su vocacion. Se lo concedieron, y pasó el año de novicio como si hiciera mucho tiempo hubiese practicado aquel estado, tan acorde con sus sentimientos. Viendo con la mayor satisfaccion su prudencia y su virtud, le enviaron á estudiar al colegio de Sigüenza, saliendo muy aprovechado en la teología escolástica, dando en todo el tiempo que allí permaneció grande ejemplo de humildad, sin notársele jamás las travesuras propias de estudiante ni de colegial, ocupado siempre en su estudio y lecciones, único objeto con que allí fué mandado. Vuelto á su casa ya maestro en letras y virtud, comenzó á aprovechar extraordinariamente en lo uno y lo otro, porque como con la nobleza estaba dotado de tan buenas partes, tenía mucho poder, respetándole todos y admirándole. Le nombraron vicario y despues prior varias veces, cuyos destinos siempre le costó lágrimas el aceptarlos, porque realmente era muy humilde, y no se habia propuesto entrar en la

religion con el intento de mandar á los frailes el que habia huido de gobernar vasallos. En cuanto salia de la celda, su principal ejercicio era visitar los enfermos cuando los habia, procurando cuanto le era posible su regalo y buena asistencia, no dispensando ninguna falta ó descuido en el particular. Era en extremo celoso en todo lo referente á la religion y al culto; cuando prior reprendia enérgicamente los descuidos, y áun no siéndolo todos le temian y respetaban, y los priores no se atrevian á salir un punto de sus deberes, de suerte que era un fuerte antemural y amparo de la religion y de las santas costumbres de la Orden. No sufria ni consentia murmuracion, siendo de ello vivo ejemplo, pues jamás se oyó de su boca. Amaba cordial y tiernamente á los virtuosos, que caminaban con el fervor y devocion propia de buenos religiosos. Les proporcionaba libros, los animaba y les daba nuevas fuerzas para seguir adelante. En los oficios que le ordenó la obediencia ponia gran cuidado; pero sintiendo infinito cuánto contribuian aquellos cargos para quitarle su quietud, llorando tan abiertamente, que en esto solo mostraba alguna flaqueza; así era que tenian que valerse para que los aceptase de la fuerza de la obediencia y censuras. Siempre se le notó el color quebrado y muy pálido, consecuencia de sus muchas vigilias y penitencias. Salia con frecuencia á predicar por todos los pueblos comarcanos, siendo su modo de expresarse brillante y persuasivo, conociéndose bien cuán del alma le salia su ferviente predicacion. Jamás comió en pueblo alguno; por la mañana tomaba un bocado en el convento, y despues de predicar, sin detenerse en otra cosa, se volvia y cenaba muy parcamente, aunque predicase por mañana y tarde, como acostumbraba hacer cuando los pueblos estaban próximos. Una vez solicitó de su compañero que con ingenuidad le avisase de las faltas que tenia, pues tendria en ello la mayor complacencia. El compañero le contestó que obedeciéndole y contando con su indulgencia, le hacia presente que daba muchas palmadas en el púlpito. *Así debe de ser*, replicó el siervo de Dios, *porque me duelen mucho los dedos y las manos; pero procuraré enmendarme.* No habia advertido que el no sentir aquel dolor hasta despues de bajar del púlpito era efecto de su fervorosa y vehemente predicacion. En todos aquellos pueblos hacia notable provecho, siendo siempre muy deseado; y para facilitarle el ir á algunos que tenian malos caminos, pues toda aquella tierra de la Vera es muy pedregosa y de malos pasos, los vecinos de Garganta la Olla le allanaron á su costa el camino, que siempre conservó el nombre de camino del P. Fr. Diego, y los de Jaraiz le hicieron un puente para pasar un arroyo, á veces muy caudaloso, que atraviesa aquel paso entre dicho pueblo y Yuste. Toda su vida fué una perpétua meditacion dentro y fuera de la celda, y en todas sus pláticas no usaba otro lenguaje, procurando que los demás hiciesen otro tanto. Despues de haber vivido treinta y tres

años en la religion, constante é inalterable en tan santa vida, le atacó una erupcion de viruelas confluentes, que le pusieron en gravísimo estado; la noche primera que se sintió con una fiebre ardiente, entendió que el Señor le llamaba ya. En cuanto amaneció tomó su escapulario y el Breviario, y se fué á la celda del prior; confesóse con él, y en seguida bajó á la iglesia, recibió el santo Sacramento y se retiró á la enfermería. El conde de Oropesa le envió su médico para que le asistiese, pero el siervo de Dios le dió las gracias y le suplicó que se volviese, pues no habia necesidad de usar de medicinas. La mañana que murió, cuando sintió tocar á tercia alzó las manos al cielo y dijo con alegre semblante: *Alegría, alegría*; señal harto manifiesta de que el espíritu del Señor moraba en su alma, llenando de consuelo á los pechos apostólicos. De allí á pocas horas pasó á la segura y eterna posesion de aquella bienaventuranza que no tiene término. Todos los religiosos le lloraron como á verdadero padre, porque en él perdieron un gran sosten y apoyo de la religion de aquel convento; los habitantes de los pueblos comarcanos acudieron enternecidos todos á su entierro, haciendo tantos extremos de tristeza y dolor, que apénas dejaban hacer el oficio al convento. El conde de Oropesa mandó decir muchas misas por su alma, que ciertamente no necesitaba para satisfaccion, sino para aumento de su gloria.—A. L.

SAN GERONIMO (P. Fr. Diego de), religioso de la órden de S. Gerónimo en el monasterio de nuestra Señora de la Estrella, natural de la Rioja. Fué gran sacerdote, muy señalado en la penitencia, pues áun en los dias de granja, que allí la tenian en el convento, despues de haberse despedido de los demás se encaminaba de noche al capítulo del claustro y se disciplinaba cruelmente, haciendo granja y descanso del mismo rigor y austeridad. Así se trataba en los alivios que concede y permite la Orden á los monjes, de donde puede inferirse lo que haria en el tiempo de los trabajos. Logrólo tan bien y en tanto grado, enriqueciéndose de virtudes, que alcanzó de Dios el morir santamente, dejando á los religiosos sumidos en gran sentimiento y recuerdos inolvidables de su vida ejemplar. Más de treinta años despues hubo necesidad de abrir su sepultura para enterrar otro religioso; pero al punto que fué descubierto su cuerpo, se esparció tan gran fragancia por el claustro, que llenó de admiracion á los religiosos, porque era el olor tan celestial, que no habia entre los aromas y perfumes conocidos otro á quien pudiera compararse, persuadiéndose que aquel especialísimo que percibian era emanado de los que dejaron las virtudes en aquel excelente vaso, que viviendo llenaron con tanta abundancia. Llamaron al prior, quien tambien participó de aquel encanto y maravilla; excitados por una santa curiosidad, mandó el prelado le descubriesen la cabeza, y con asombro la vieron conservaba su cerquillo y corona como cuando vivia, sin que le faltase un cabello, cum-

pliéndose en él la promesa del Señor á sus siervos elegidos. Fué notable el alboroto que todos los monjes experimentaron con el hallazgo de semejante tesoro, y el prior mandó se volviese á cerrar la sepultura, no permitiendo que allí se enterrase otro alguno, reverenciando con esta atencion la santidad de este varon de Dios.—A. L.

SAN GERONIMO (Fr. Enrique), dominico portugués, orador bastante apreciable. V. Enrique de San Gerónimo.

SAN GERONIMO (Fr. Enrique Tauso de), del órden de Predicadores. Fué natural de Santarem, en Portugal, hijo de Fernando y de Felipa de Brito, sujetos pertenecientes á la más distinguida nobleza del país. Recibió en la pila bautismal el nombre de Gerónimo; mas apénas hubo tomado el hábito de Sto. Domingo, sin haber salido aún de la adolescencia, en union de un hermano suyo llamado Fernando, en un convento inmediato á Lisboa, cambió su nombre por el de Enrique en testimonio de gratitud al príncipe cardenal D. Enrique, que dió el sagrado hábito á los dos hermanos, tomando el sobrenombre de San Gerónimo, con el cual es conocido, á la vez que con el de Brito y de Tavira. Consagrado al estudio de la sagrada teología, cursó con gran aprovechamiento esta ciencia en el convento de la Victoria de Batalha, colegio entónces de la Orden, que se hallaba regido por el sabio P. Mtro. Fr. Bartolomé de los Mártires. Bajo la direccion de tan hábil maestro salió muy aventajado discípulo, y teniendo en cuenta su virtud y profundos conocimientos teológicos, fué diputado para asistir al concilio de Trento, y á su vuelta al convento de Evora, el rey D. Sebastian I le presentó para el obispado de Cochinchina, en las Indias Orientales, cuya diócesis gobernó por espacio de diez años, pasando despues á ocupar la sede episcopal de Goa. Enumerar los servicios que prestó á la causa de la humanidad y de la religion en aquellos dilatados países, referir sus viajes y sus peregrinaciones por tierra y por mar, sería un trabajo tan ímprobo como extenso, al par que muy impropio de la brevedad que reclama esta obra. Habiendo tratado de corregir los excesos de algunos eclesiásticos y seglares, cuyas costumbres eran poco arregladas, llegó á concitarse su odio, y se asegura que le propinaron un activo veneno, de cuyas resultas falleció en la ciudad de Chaul, cincuenta leguas distante de Goa. Su cadáver fué conducido á esta última ciudad, y honrosamente sepultado en la iglesia del Rosario. Dejó escritas las siguientes obras: *Oratio de calamitatibus Ecclesiæ in Tridentino synodo habita I dominica quadragesimæ, 15 Februarius* 1562. Publicóse en Bruselas en el mismo año con otras varias actas del mismo Concilio, y en Lovaina en el de 1567, insertándose tambien en el tomo XV de la *Historia de los Concilios*, edicion de París de 1672.—*De præstandis à perito confessaris in audientia confessionum, liber utilissimus.* Ignórase si llegó á

publicarse. El hermano de nuestro Enrique fué excelente en el arte de la pintura, é hizo tres cuadros para el altar mayor de la iglesia de los Dominicos de Evora, representando uno de ellos á la Santísima Vírgen, el otro á S. Juan y el de en medio la Transfiguracion del Señor. Estas obras, que celebran mucho los pintores de la época, ofrecen la particularidad de que en el cuadro de la Transfiguracion se halla retratado el mencionado Enrique de San Gerónimo, que motiva el presente artículo.—M. B.

SAN GERONIMO (Fr. Gabriel), monje gerónimo del monasterio del Escorial. V. Gerónimo (Fr. Gabriel de San).

SAN GERONIMO (P. Fr. Jacinto de), misionero dominico. Tomó el hábito en España en el convento de Santa Cruz de Carboneras, de donde fué natural, y marchó á Filipinas, donde se distinguió tanto por su celo en la conversion de los indios, que mereció que en el capítulo celebrado en el convento de Santo Domingo de Manila en 15 de Mayo de 1639 se hiciese de él la siguiente mencion honorífica: «Fué varon ejemplar, incansable y de admirable paciencia en su ministerio. Deseó en extremo emplearse en la propagacion de nuestra fe, y en esta demanda le halló muy gustoso la obediencia cuando le mandó ir á la nueva conversion de indios del término de Cagayan, por los peligros que tenia de que le quitasen la vida, y con la misma inclinacion vivió siempre de confirmar donde quiera la doctrina de su predicacion con el testimonio de un sangriento martirio, y aunque no lo consiguió, halló en una apacible muerte la corona de su rendimiento y de muchas virtudes en que le vieron ejercitando siempre los que le trataron, especialmente en la humildad, que le ocupó hasta las señas que pudiera dejarnos de mejores noticias. Tuvo su elogio en esta Junta, y en la de los angeles le habrá tenido igual á sus méritos.» Murió en Filipinas en la provincia de Hué.—S. B.

SAN GERONIMO (P. Fr. Juan de), religioso de la órden de S. Gerónimo, profeso del monasterio de S. Lorenzo del Escorial y su sexto prior. Fué un varon muy señalado y notable, tanto en virtudes como en letras, y uno de los más afamados predicadores de la Orden, que fueron llamados á dicho monasterio. Cuando fué elegido prior, era á la sazon rector del colegio. Le confirmaron en el nuevo oficio dia de S. Bernardo, año de 1589, y por hallarse entónces allí las personas reales, y viesen esta ceremonia, se dispuso se verificase en las gradas del altar mayor, donde podian hallarse y colocarse todas las reales personas, y las damas y caballeros de su casa. Hizo el oficio de confirmador el P. Fr. Juan de Santa Cruz, catedrático que fué de prima en Salamanca, religioso muy docto, y segun la ceremonia que prescribe la Orden, habló muy elocuente y discretamente al nuevo prior, dirigiendo su discurso á que abriesen los ojos, para que advirtiesen que no ven como de-

ben ni fácilmente los que estan puestos en dignidades, y mucho ménos los que tienen los reyes tan cerca. En este tiempo estaba concluido de pintar el altar mayor, y se iban colocando las figuras de bronce, las más magníficas de las obras de Pompeyo Leoni, que son los cuatro doctores y los cuatro evangelistas, y otras hasta el número de quince, ocurriendo un suceso que se tuvo por milagroso; cuando subian la estatua del evangelista S. Juan, grande de más de siete pies y medio, cuando ya llegaba al nicho donde se habia de asentar, se quebró la maroma que rodeaba la polea ó trocla, y se bajó la figura tan poco á poco con el resto de la soga que quedaba, como si la bajáran con un torno, de suerte que ni en la estatua, ni en los jaspes que cubrian el pavimento, se observó el menor desperfecto, con admiracion del rey y de todos los maestros y oficiales que estaban presentes. Fr. Juan de S. Gerónimo renunció la prelacía en el año de 1591.—A. L.

SAN GERONIMO (P. Fr. Juan de), religioso de la órden de S. Gerónimo en el monasterio de nuestra Señora de la Luz. Fué natural de Arjona en los Pedroches que llaman de Córdoba, muy aplicado y útil para servir en el aumento espiritual y temporal, de tan buenas costumbres y ejemplo, que le hicieron maestro de religion, encomendándole la enseñanza de los nuevos, en cuyo ejercicio se ocupó santamente seis años. Los instruia y hacia practicar todo género de virtud y ministerios de obediencia, de modo que no les dejaba tiempo en que pudiesen abrir la puerta á la ociosidad, pues tras de ella se le da igualmente al enemigo comun para distraerlos é inquietarlos. Les tenia los capítulos que eran de costumbre, los llevaba á asistir y cuidar á los enfermos, á barrer, á cultivar los jardines del claustro, siendo Fr. Juan el primero en todas estas humildades; procuraba que los más adelantados diesen á los otros leccion de gramática y de canto para irles habilitando; les reprendia las faltas, pero cómo los amaba en Dios, no queria que se sintiesen, sino que se enmendasen, llamando luego aparte á los amonestados, los consolaba con entrañas de padre, mostrándoles cariño y agrado con gran prudencia y discrecion. Les exigia puntualidad en la asistencia al coro, y para conseguirlo, al tocar la primera campanada para los maitines, se colocaba á la puerta del dormitorio, como al contadero, hasta que todos saliesen, y lo mismo al venirse á recoger en acabando en el coro. Cuidaba tambien, que miéntras duraba la comida en el refectorio, atendiesen mucho á la leccion que allí se leia, y despues de cenar, cuando iban á su celda á tomar la bendicion para irse á dormir, les preguntaba acerca de la leccion que habian oido en el refectorio, haciendo que cada uno explicase ó refiriese algun punto ó cláusula, y así caminaban con mucho cuidado para ejecutar lo que S. Agustin enseña en la regla, á saber: Que no solamente las bocas tomen el manjar, sino las almas. Del depósito que tenia de la limosna de sus

misas, empleaba lo que le permitia la obediencia en comprar libros espirituales, de cuyos textos sacaba lo que obraba y les enseñaba, instruyéndolos en el modo de tener la oracion, en la que estaba muy ejercitado. En medio de tan asíduos cuidados, les permitia regocijarse y distraerse con decencia religiosa en los ratos y dias que permitia la religion, diciéndoles: que aquel asueto que concede la obediencia de recreacion, no habia motivo para no disfrutarlo, y que les convenia no estragándolo la forma ó modo. Otros seis años dejó este ejercicio, por haberle elegido procurador mayor y arquero, empleos en que dió mucho gusto á sus hermanos, con igual edificacion en la observancia y aumento en lo temporal; pasado este tiempo, volvió á ser maestro; que la mudanza pudo hallarse en las ocupaciones, pero no en sus merecimientos. Desde entónces se dió con más frecuencia á la oracion su inseparable compañera, como tambien á la leccion santa, al recogimiento, al desvelo en el oficio, procurando el beneficio de aquellas tiernas plantas de su escuela, teniendo frecuentes conversaciones y pláticas espirituales, acompañadas de ejemplarísimas operaciones; siendo su desvelo tan beneficioso, que su memoria fué eterna en el convento, y el gran aprecio que se captó por su exquisita eficacia, para que en él se conservase íntegra la observancia. Para conseguir en todo el acierto era devotísimo de la Reina de los ángeles, y tenia en la celda un retrato de la patrona de aquella casa, nuestra Señora de la Luz, delante de cuya imágen perseveraba adorándola muchas horas. Llegando al cumplimiento de cuarenta años de hábito y de sesenta de edad, carrera que siguió seguro y firme alumbrado con tan soberana luz, muy unido con Dios y conforme con su santa voluntad, como anuncio de su muerte le mandó una gran llaga en una pierna con gravísimos dolores, que le sirvieron de purgatorio, porque los llevó con increible paciencia; siguióse á ellos la última enfermedad, y previniéndose con grande fervor para la muerte con los santos Sacramentos, la tuvo como la vida, y pasó á gozar la eterna á 14 de Junio del año de 1641.—A. L.

SAN GERONIMO (P. Fr. Juan de), religioso mercenario descalzo, hijo de D. Juan Luis de Silveyra, natural de la ciudad de Lisboa, hermano del célebre P. Mtro. Silveyra, carmelita, y de Doña Gerónima de Laredo y Bustillos, natural de Madrid; tomó el hábito y profesó en el convento de Santa Bárbara de esta corte, en manos del comendador Fr. Bernardo de Jesus María, á 1.° de Mayo de 1668. Fué sujeto de grande literatura con que desempeñó la lectura de teología escolástica en los colegios de Alcalá y Salamanca, y el ejercicio del púlpito con universal aplauso por su elocuencia y erudicion en esta materia. Murió en el convento de Madrid á 12 de Enero de 1705. Escribió: *Mayorazgo de Dios heredado en la muerte de los hijos de la Madre Santísima de la Merced*; sermon que predicó en el colegio de Rivas, en las

honras que celebró el capítulo por los religiosos difuntos, año de 1686, en el que se imprimió.—*El Tesoro escondido y manifestado, descubierto en la ciudad de Alcalá de Henares*, que es la historia del Mtro. Jesus del Remedio. Esta obra la dejó manuscrita, pero con todas las licencias para la impresion. *Pensamientos predicables*, que son: *Sermones varios;* un tomo en 4.°, y otros muchos sermones sueltos, que todo se guarda manuscrito en el convento de Santa Bárbara. Tambien parece escribió un *Santoral*, que no se sabe en donde para.—A. B.

SAN GERONIMO (Fr. Juan de), religioso carmelita. V. Fr. Juan de San Gerónimo.

SAN GERONIMO (P. Fr. Miguel de), monje del monasterio de S. Blas de Villaviciosa, natural de Trijueque y de familia esclarecida. Desde que tomó el hábito se manifestó su virtud, y en ella perseveró hasta el fin con ejemplar valor. Estudió en Sigüenza con aprovechamiento las artes y teología, ayudábale poco la lengua para el púlpito, mas no por eso dejó de predicar, que lo hacia maravillosamente y con el mayor fruto por su ejemplo, empleándose con toda humildad en cuidar de los oficios que le encargaba la obediencia. Solia decir al propósito con mucha gracia y humilde conocimiento: *que ya que no era bueno para silla, deseára ser bueno para albarda*, dando á entender tenia á gran dicha el rendirse á la carga de la obediencia por amor del Señor; siempre leve y suave á los que la llevan con buen espíritu. Fué procurador del convento muchos años, y acrecentó la hacienda considerablemente, y siendo despues maestro de novicios, no fué ménos procurador de la observancia. Tuvo tambien muchos años la vicaría de Alpechin y de su casa, y en ella le hicieron prior, pero no llegó á confirmarse, lo que fué muy de su agrado por lo bien que se hallaba con ser súbdito, profesando constante afecto al que lo estorbó, mostrándole hasta la muerte fineza muy particular. Su pobreza fué de calidad, que despues de muchos años de hábito y administraciones de oficios y dignidades, no tenia en la celda sino una mala silla de costillas, tan antigua como su dueño. En la fe se mostró tan singular, que teniendo un pequeño crucifijo con su peana puesto sobre la reja del balcon de su celda para ahuyentar las tempestades con armas tan divinas, nunca le quiso quitar de allí por recios aires que corriesen, ni jamás temió que se hubiese de caer, ántes respondia con grande fe cuando le decian que le quitase, por que el aire no se le llevará: *El se tendrá, que bien puede.* Los religiosos vieron al crucifijo diversas veces fuera de la baranda del balcon de todo punto, y al volver la cabeza le veian otra vez en su lugar, siendo esta maravilla de todos los dias. Era muy devoto de Santa Catalina vírgen y mártir, decia de continuo misa en su capilla. Tenia igualmente devocion de besar las manos á los sacerdotes en acabando de ce-

lebrar, y decia que no podia tener más reverencia al sepulcro donde Cristo fué sepultado una vez, que á las manos donde tantas veces se pone glorioso, y donde es sacrificado cuantas veces se repite la Misa. Andaba continuamente con el Breviario en la mano, clavados los ojos en el cielo, enviando al Señor su corazon en frecuentes oraciones jaculatorias, y á la Reina de los Angeles el espíritu en repetidos cultos y amorosas ánsias de merecer los favores de su intercesion. Queria entrañablemente á sus hermanos, ó por mejor decir hijos, que como tan antiguo, á todos los habia criado en la religion; los trataba con llaneza y cariño de santo, y le correspondian con amor y con respeto por sus virtudes y por lo muy venerable de su presencia, canas y calva, que le autorizaba mucho; le salia al rostro la alegría del alma, con boca risueña consolaba á todos llamándoles de vos, y lo tenian por favor, pues cuando les aplicaba el dictado de reverencia, no les sabia bien, pues era reprension de alguna falta. Nunca se le observó imperfeccion que sirviese de estorbo, para publicar que llegó en lo virtuoso á la mayor altura, digno de admiracion y alabanza. Algun tiempo ántes de morir, pues era ya muy anciano, se puso el vestuario nuevo de pascuas y dias festivos, y preguntándole cómo andaba tan galan, respondia: *Que queria hacer una jornada.* Pronto se vió que era la de esta vida á la eterna, manifestando con aquella demostracion alegre la pureza de su alma. Así continuó hasta que llegó á postrarse en cama, envolviéndose entónces en unas bastas mantillas y una áspera sayuela en los ardientes calores de Agosto, advirtiendo que no llamasen médico, que su mal no tenia remedio. Recibió los Sacramentos tan en sí, que al de la uncion él mismo respondia al ministro. Pidió á un religioso le leyese la pasion de nuestro Redentor por San Mateo, y al llegar á la mitad le dijo: *Dejad eso y acercaos acá*; hízolo así, y le pidió le pusiese como en cruz las piernas; en seguida le dió un abrazo para los hermanos ausentes, otro para el general de la Orden, y otro para sí, y poniendo la boca en el costado de un crucifijo que tenia en las manos, espiró dichosamente, dia de S. Agustin, á las ocho de la noche, quedándole el rostro natural y sonrosado como cuando vivo, lo que causaba consuelo y admiracion. Tenia sesenta y dos años de hábito y más de ochenta de edad, y murió el de 1626, para vivir por interminables siglos en la gloria.—A. L.

SAN GERONIMO (Fr. Miguel de). A fines del siglo XVII florecia en el antiguo reino de Aragon un famoso predicador llamado así, natural de Calasanz. Era este religioso de la órden de los Agustinos descalzos, el cual predicaba con suma facilidad y frecuencia. Latasa, en su *Biblioteca de escritores aragoneses*, dice que de entre los muchos sermones que predicó, solo se conoce impreso el *de la Purísima Concepcion de la Santísima Vírgen María, Madre de Dios*, el cual lo fué en 4.°, en Valencia, el año 1697.—C.

SAN GERONIMO (Fr. Miguel de), agustino sevillano, prelado en su Orden y célebre por sus virtudes y santidad. Véase Gerónimo (Fr. Miguel de San).

SAN GERVASIO (Fr. Pacífico de), religioso capuchino. Habiendo vivido este varon venerable en el convento de Venecia, que se llamaba S. Jorge, en Alga, hasta los veinticuatro años de su edad, y profesado en aquella Orden con sin igual alabanza de virtudes, por inspiracion del Señor se pasó á la religion de los Capuchinos, donde por su prudencia y prendas aventajadas fué diversas veces provincial de Venecia y comisario general en la Pulla, en la isla de Candía, y últimamente en Francia. Fué varon de insigne abstinencia, pues ayunaba tres dias á la semana y todas las cuaresmas del glorioso Padre S. Francisco inviolablemente á pan y agua. Castigaba su cuerpo con perpétuas austeridades, observándose siempre en su semblante una alegría notable. Era frecuentísimo en la oracion, y en ella experimentaba ordinarios éxtasis. Le inflamaba un celo tan ardiente de la honra de Dios, que diciendo misa una vez en Utino, y oyendo desde el altar á algunas personas de las más nobles de aquella ciudad, que hablaban muy alto, é impedian á los demás la devocion, les reprendió diciéndoles las palabras de Cristo: *Mi casa es casa de oracion*, no de conversaciones ni negocios. Llevaron muy á mal la amonestacion, y en particular hubo uno tan descompuesto, que le habló libremente y áun le amenazó. Mas Dios, que quiere se honre y obedezca á sus sacerdotes, no dejó sin castigo aquella demasía, y aún no habia llegado á su casa el que la usó con el santo varon, cuando le sobrevino de repente una enfermedad de que murió dentro de una hora. Fué singularísimo el caso ocurrido cuando partió al reino de Francia. Llegó con sus compañeros á la ciudad de Orleans, donde le hospedó un sugeto católico. Detúvose algo allí, y en aquel poco tiempo le vino á las manos un hereje, que negaba la verdadera presencia del cuerpo y sangre de Jesucristo en el sacramento de la Eucaristía. Fr. Pacífico procuró reducirle con autoridades de la Escritura y de diversos santos; pero él incrédulo, pertinaz y obstinado en su error, le dijo: «Tan cierto es que el cuerpo y sangre de Cristo reside en el Sacramento, como es cierto que la copa de aquel árbol (señalando una encina muy alta) besa con la última rama la tierra.» Fr. Pacífico le respondió entónces: «¿y qué, creerás si la copa del árbol que dices, besase la tierra con la última rama? ¿Te rendirias á creer la verdad del misterio?» El hereje, que lo tenia por imposible, contestó que lo creeria en tal caso. En seguida, hincándose de rodillas el siervo de Dios, hizo brevemente oracion, y levantándose, mandó á la encina en nombre de Dios, que en testimonio de tan cierta verdad inclinase su cumbre hasta el suelo. Vióse un prodigio al punto admirable y divino; apénas habia Fr. Pacífico hecho la intimacion al elevado árbol, cuando la planta insensible, toda dureza y muy añosa, obedeció el mandato, y

doblando sus ramas hasta besar con la cumbre la tierra, confirmó con su obediencia verdad tan católica, y fué causa de que el hereje se convirtiese. En conclusion: habiendo trabajado este favorecido siervo del Señor en su viña con notable valentía, resplandeciendo con muchas virtudes y adquirido gran nombre de santidad, murió en París á fines del siglo XVI, y subió á la gloria que le esperaba. Su cuerpo, que no pudo enterrarse hasta despues de tres dias de su fallecimiento por la multitud de gente que concurrió á venerarle, fué sepultado en la iglesia de S. German, asistiendo al entierro casi toda la ciudad con increible aclamacion y afecto. —A. L.

SAN GERVASIO (Fr. Pedro de), del órden de Predicadores. Fué natural de la ciudad de Brescia, en Italia, donde tomó el hábito de Sto. Domingo, é hizo sus estudios, llegando á sobresalir en la teología, cuya ciencia enseñó en varios colegios de la Orden, mereciendo por su fama llegar á ser nombrado regente de la famosa universidad de Bolonia. El cardenal Tomás Badia, á quien le era muy grato el talento y la virtud de Pedro, le hizo nombrar en 1546 maestro del Sacro Palacio, bajo el pontificado de Paulo III, disfrutando muy poco de tan alto honor, puesto que al año siguiente de 1647 falleció, causando notable sentimiento su pérdida por la fama que se habia adquirido de virtud y de talento. Dejó escritas las siguientes obras: *De Divini Verbi Incarnatione.—De auctoritate seu potestate Papæ.—Alter de Conceptione B. Virginis.* Cuyas obras no consta hayan llegado á publicarse. —M. B.

SAN GIL (Fr. José de), en el siglo de apellido Campos. Religioso agustino descalzo, hijo de la villa de Murviedro, lector jubilado en sagrada teología; fué rector del colegio de Huesca, ex-definidor general y de provincia, y prior de Sta. Mónica, convento de Agustinos descalzos de la ciudad de Valencia, donde murió en 4 de Noviembre de 1793. Fué varon estudioso, erudito y ejemplar religioso. Imprimió: 1.° *Oracion panegírico histórica, que en gloria de la Concepcion en gracia de María Señora nuestra y de su nuevo patronato de España, dijo en el convento de S. Francisco de la ciudad de Valencia el dia 8 de Diciembre de 1772*; Valencia, por Francisco Burguete, 1783, en 4.°—2.° *Sermon panegírico del Patriarca S. José, que en su dia 19 de Marzo de 1773 dijo en la iglesia de Agonizantes de Valencia*; por Burgeto, 1773, en 4.° —3.° *Oracion fúnebre en las exequias del Rey D. Carlos III, celebradas en el colegio de Corpus-Christi de la ciudad de Valencia, dia 11 de Agosto de 1789*; Zaragoza, por Ibañez, en 4.°—A. L.

SAN GIL (Juan de), religioso dominico y primer profesor de teología en la universidad de París. Floreció en el siglo VIII, y dejó algunas obras bastante apreciables. Véase Juan de San Gil.

SAN GIORGIO (Benbenuto de), caballero de la órden de S. Juan de Jerusalen ó de Malta, nació en el Montferrato hácia 1450; fué muy versado en la

jurisprudencia, y llegó á ser vicario general del obispado de Casal, que renunció para seguir durante algun tiempo la carrera de las armas. Se distinguió en el sitio de Rodas, y entró al servicio del marqués de Montferrato, que le envió á Roma á cumplimentar á Alejandro VI cuando su elevacion al pontificado; se distinguió mucho en una embajada cerca de Maximiliano I. Muerto el marqués de Monferrato, San Giorgio fué nombrado tutor de sus hijos y presidente del senado de Casal. Escribió: *Genealogía del Marqués de Monferrato;* 1486.— *Discurso al Papa Alejandro VI*; Roma, 1493, en 4.° —*De origine Guelphorum et Gibelinorum, quibus olim Germania, nunc Italia exardet, libellus eruditus, in quo ostenditur quantum hac in se clarissimi scriptores Bartolus, Panormitanus, Blondus, Platina et Georgius Merula Alexandrinus à veritate aberraverint*; Basilea, 1519. Esta última es la mejor de sus obras.—S. B.

SANGIORGIO (Juan Antonio). Nació en Milan este Cardenal de familia noble, fué profesor de cánones en Pavía, y preboste de la Basílica de S. Ambrosio en Milan. En 1479 le nombró el pontífice Sisto IV obispo de Alejandría de la Paglia, á propuesta del duque de Milan, el cual le mandó con una comision á Mateo Corvino, rey de Ungheria. No tardó su iglesia en experimentar los efectos de su generosidad y beneficencia; enriqueció su sacristía, embelleció la catedral, y adquirió terrenos para ensanchar las habitaciones de los canónigos. Fué reconocido como uno de los mejores jurisconsultos de su época, como lo acreditan las obras legales que publicó. El papa expresado le llamó á Roma, y le admitió entre los auditores de la Rota. Despues el pontífice Alejandro VI, en 21 de Agosto de 1493, le creó cardenal sacerdote de los Stos. Nereo y Aquileo, y en 1500 le hizo obispo de Parma, en donde reedificó el palacio episcopal y costeó los adornos de la catedral. Fuéle concedido además el título de patriarca de Jerusalen con la legacion de Roma, en las ausencias de Alejandro VI y de Julio II, no habiendo querido jamás en esta dignidad hacerse preceder de la santa Cruz, á lo que tenia derecho, por reverencia á la Santa Sede. En 1508 fué nombrado obispo de Sabina. Murió en paz en Roma en 1509, á los sesenta años de edad, despues de haber intervenido en dos cónclaves. Fué sepultado con elegante inscripcion delante del altar mayor de la colegiata de los Stos. Celso y Juliano, de cuya iglesia habia sido arcipreste. Dejó heredera de sus bienes á la cofradía del *Sancta Sanctorum*, y seis volúmenes escritos por él sobre las leyes canónicas. Argelati publicó el catálogo de sus obras impresas é inéditas.—C.

SANGLE (Claudio de la), gran maestre de la órden de S. Juan de Jerusalen, era natural de Beauvais, descendiente de la casa de Montchauvie situada cerca de Beaumont-sur-Oise y fué elegido gran maestre de su Orden hallándose de embajador en Roma en 1593. En los años siguientes las

galeras de la religion, apoyadas por las del príncipe Doria, hicieron muchas presas en las del cosario Dragut. Francisco de Lorena, gran prior de Francia y general de los Sanjuanistas, atacó un dia á seis embarcaciones turcas delante de la isla de Rodas, no teniendo más que cuatro; obligó á seis de ellas á tomar la fuga, sumergió dos, se apoderó de las restantes, y regresó á Malta lleno de heridas y de gloria. Pero lo que no debe olvidarse, dice Brantome, es el modo de que se hizo perecer á una de las galeras turcas. Un caballero gascon, animado por el ejemplo de su general y por su propio valor, se arrojó sobre el buque referido, pegó fuego al depósito de la pólvora y voló con él. En 1537, en que acaeció el hecho referido, murió el gran maestre en 17 de Agosto, víctima de un catarro agudo que le atacó á la garganta.—S. B.

SANGRE (Anselmo) judío, nació en Carmagnola, en el Piamonte, y á la edad de cincuenta y cinco años fué bautizado en la iglesia de Santa Maria *della Scala* el 12 de Setiembre del año 1830, por el cardenal Furles, en Roma.—S. B.

SAN GREGORIO (Fr. Juan de), franciscano natural de Sevilla. Véase Gregorio (Fr. Juan de San).

SAN GREGORIO (Fr. Luis de), religioso de la órden de S. Gerónimo en su convento de Granada. Fué varon observantísimo, bastante ilustrado, muy virtuoso y ejemplar en todas sus acciones. En consideracion de sus altas prendas y reconocido mérito, fué nombrado prior de aquella casa, cuyo cargo desempeñó largo tiempo, como igualmente en otras de la Orden, donde brilló por su prudencia, celo y buena direccion, siendo muy querido al mismo tiempo que respetado de todos sus súbditos. Llegando á oidos del rey D. Felipe II la fama de su mérito y virtudes, le presentó para obispo de Nicaragua en Indias. Pero al recibir la cédula, llegó al mismo tiempo el mandato de Dios, para que fuese á gozar el fruto de sus trabajos, premiando sus virtudes, y dejando en el monasterio buenos recuerdos, y no menor satisfaccion de su santidad que cualquiera de sus antepasados priores.—A. L.

SANGRO (D. Alejandro de), patriarca de Alejandría y nuncio de Su Santidad en España en 1521. Es conocido en nuestro país por haber tomado una parte bastante activa en los asuntos de la Compañía de Jesus, que por las diferentes fundaciones de colegios que iba haciendo en diversas partes tenia bastante que sufrir, ya de otras corporaciones religiosas, como tambien de varios particulares. Sangro procuró conciliar todas las diferencias, cuidando de que no se dañase á los jesuitas, instituto entónces naciente, y al mismo tiempo que todos quedasen contentos, para que en lo sucesivo no volvieran á suscitarse contrariedades que vinieran á herir de nuevo, ó á coartar el vuelo que tomaba la Compañía. Los demás hechos de Sangro

son poco conocidos, faltando su nombre en las principales bibliografías por lo que no hemos querido omitirle en la nuestra.—S. B.

SANGRO (Gentile). Nació este Cardenal en el reino de Nápoles, de noble y antigua familia. Siguiendo la carrera eclesiástica, llegó por sus escritos y servicios á la dignidad de protonotario apostólico. Habiendo manifestado en este destino y otros cargos que sirvió disposiciones dignas de mayor elevacion, el papa Urbano VI, en 18 ó 28 de Setiembre de 1378, le creó cardenal diácono de San Adriano y legado de Nápoles, en donde se distinguió por su severidad y crueldad contra los obispos, abades y otros eclesiásticos partidarios de la reina Juana I y del antipapa Clemente VII. Fué tal su encono, que encarceló á unos, atormentó á otros, y despojó de sus dignidades y prebendas á tantos, que el papa Urbano II pudo en un solo dia crear treinta y dos napolitanos entre obispos, arzobispos y secuaces de Cárlos III Durazo, reconocido por él rey de Nápoles. No se contentó con esto el Cardenal, pues á la presencia del rey, de los barones del reino y de multitud de personas, obligó en la iglesia de Santa Clara á Leonardo Giffone, que era ya general de los Menores observantes, y á Jacobo de Otranto, anticardenal de Clemente VII, al obispo de Chieti, al abad Masiello y á otros partidarios del antipapa, á arrojar con sus propias manos al fuego, preparado á este fin, los capelos cardenalicios y las insignias episcopales y abaciales, así como á abjurar del falso pontífice y reconocer al legítimo Urbano VI. Permitió Dios que en seguida tuviese él mismo que sufrir aún más de lo que habia hecho padecer á aquellos, pues que sospechando Urbano VI que el Cardenal conspiró con Cárlos III contra su vida, le mandó encerrar en una oscura cárcel, en la que haciéndole sufrir terribles tormentos, fué trasportado á Génova, en donde en union de cuatro de sus colegas, fué condenado al último suplicio el año de 1385. Hacen descripcion de esta terrible tragedia, Maimbourg en el tomo I, pág. 114 de su *Historia del cisma de Occidente*, y Bechetti en el tomo I, pág. 207, de su *Historia eclesiástica*. Terribles ejemplos de crueldad atraen tambien por lo comun la imitacion sobre los mismos que la ejecutan, y si el cardenal Sangro fué tan cruel con aquellos obispos que no tenian más delito que el error, pero que no trataron de llevar sus manos sacrílegas contra su único soberano, y soberano tan especial, que es delegado de Dios en la tierra, bien merecia que la imitacion de sus crueldades fuese más cruenta para él; máxime si se atiende, en caso de que así fuese, á que su rencor y venganza se ensañó contra sus mismos compañeros de error, pues que en él debia estar si fué tan afecto á las ideas regicidas como se le supone. De todos modos, por inocente que fuese del atentado por que se le ajustició, merecia severo castigo quien tan cruel fué, siendo ministro del Señor, con los prelados napolitanos; á los que ya vencidos como lo estaban, debió llamar

al buen camino por los medios que dispone la santa ley del Evangelio, y no con las armas del enemigo de las almas, que son la soberbia, el terror y la fuerza bruta.—B. C.

SANGRO (Oderisio). Nació este Cardenal en la provincia de Campaña, de la nobilísima familia de los condes de Sangro. Aun muy jóven abrazó la regla de S. Benito en Monte-Casino. Preboste de aquel monasterio, se dedicó con aficion al estudio de las letras, y en pocos años hizo admirables progresos en las ciencias, por lo que adquirió una gran reputacion entre sus cofrades y en el país. Propagada la fama de su doctrina, movió al papa Pascual II en 1112, á crearlo cardenal diácono de Santa Agueda. En el concilio lateranense, celebrado en 1122, el papa Calixto II le pasó al órden de sacerdotes con el título de San Ciriaco en las Termas, y al siguiente año fué elegido por sucesor de Gerardo, abad de Monte-Casino. Durante su gobierno introdujo la disciplina eclesiástica monástica en la Dalmacia, fundando un monasterio en Ragusa. Hizo muchos beneficios á su monasterio, compuso un tomo de sermones, y se encontró en los cónclaves de Gelasio II y de Honorio II, del cual no fué muy querido por haberle tenido pocas deferencias. Acusado á Honorio II por Adelnolfo, conde de Aquino, de ambicion y prepotencia, este Papa le mandó ir á Roma á justificarse, pero como desobedeciese por tres veces á las órdenes del Papa, á pretexto de que Honorio II estaba prevenido contra él, fué depuesto en la cuaresma de 1525 del gobierno de Monte-Casino. Rehusó el Cardenal someterse á esta sentencia, y obligado por el pueblo cercano de S. German á retirarse, se aseguró de algunas fortalezas dependientes del monasterio, y empezó á invadir hostilmente los feudos del mismo, razon por la que Honorio II se vió obligado á lanzar contra él el anatema. Murió este Cardenal en Monte-Casino el año de 1226, sin saberse si murió en desgracia de la Iglesia, ó si ántes se arrepintió y abdicó el papa Honorio la abadía.—C.

SANGÜESA (D. Tomás Cortés de). Nació en la ciudad de Huesca á mitad del siglo XVI. Fué hijo del Sr. de Torresecas, casa calificada por ambos apellidos en Aragon, segun lo prueba el abad Carrillo en la *Historia de S. Valero*. En 22 de Diciembre de 1571 fué admitido colegial en el mayor de Santiago de aquella ciudad, y en el de 1575 fué nombrado rector del mismo, como consta de sus libros. En 25 de Marzo de 1577, en el que ya tenia los grados académicos de derecho, fué elegido canónigo de la catedral de la misma ciudad, de cuya diócesis fué tambien vicario general en 1593. Nombróle S. M. el Rey abad de la O; pero no aceptó esta dignidad, ni tampoco una canongía de la metropolitana de Zaragoza. En 1606 fué promovido al obispado de Jaca, del que tomó posesion á 30 de Agosto de 1607, siendo rector de la universidad de su patria, y en 5 de Noviembre de 1614 se le trasladó

á la silla de Teruel, distinguiéndose en ambas diócesis por su probidad y caridad. Murió este prelado en Huesca el dia 9 de Noviembre de 1624, y se mandó enterrar en su iglesia parroquial de S. Lorenzo, donde habia nacido, y en la que habia fundado en 1617 un priorato y doce raciones, y donado varias alhajas con otras memorias pias, segun lo refiere Aynsa en su *Historia de Huesca* y en su *Vida de S. Lorenzo*, que quedó manuscrita. En la citada historia se dice tambien que en 9 de Agosto de 1606 fundó en Huesca dos Montes de piedad, el uno de trescientos cahices de trigo para la ciudad y obispado de Jaca, bajo la invocacion de Santa Orosia; y el otro de quinientos cahices para la de Huesca, bajo la invocacion de S. Lorenzo, y además dos beneficios eclesiásticos. Las obras de este ilustrado prelado son las siguientes: *Manual para la administracion de los Santos Sacramentos;* el que hizo á causa de las graves consultas que, segun Carrillo, se le hicieron, hallándose en el concilio provincial que celebró en Tarragona el arzobispo Fr. Pedro Manrique en 9 de Noviembre de 1614, el cual terminó en 1.° de Marzo de 1615. Hizo este manual segun el Ritual romano publicado de órden del pontífice Paulo V. — *Constituciones sinodales* del obispado de Jaca en el sínodo que verificó aquí, segun se ve por las verificadas por su sucesor el señor obispo Domee, que las cita y amplia. Hace memoria de este obispo D. Alonso Cortés de Sangüesa Moliner y Evil, vizconde de Torres Secas, en el memorial que dirigió al Rey solicitando el título de conde. — L y O.

SAN GUILLERMO (Fr. Juan de), agustino sevillano. Véase Guillermo (P. Juan de San).

SANGUIN (Antonio). De la ilustre familia de los señores de Mendon proviene este Cardenal, que nació en Francia. La vivacidad de su ingenio y su destreza y tino en ultimar los asuntos más graves, difíciles y delicados, fueron causa de que se le encargasen comisiones de grande importancia, como la de concluir las paces entre el rey Francisco I y el emperador Cárlos V, cuya empresa llevó á cabo felizmente, por todo lo cual fué muy querido de la casa Real de Francia, que procuró sus adelantos. A peticion de esta le nombró en 1553 Clemente VII obispo de Orleans, y á instancias de Francisco I le creó en 12 de Diciembre de 1539 el pontífice Paulo III cardenal sacerdote de Santa María in Portico. Además de esto fué nombrado gobernador de París, cuya capital supo guardar y defender de las asechanzas de sus enemigos, así como la isla de Francia, y en 1553 fué declarado limosnero del reino. Hecha la paz con Cárlos V, el Cardenal con varios príncipes y el cardenal Cárlos de Lorena, fueron dados en rehenes como personas del mayor aprecio del rey, para garantir el contrato estipulado. En 1546 fué trasladado á la silla de Limoges, y en 1550 por el papa Julio III al arzobispado de Tolosa, cuya bula no le llegó hasta 1553. Asistió con sus colegas

en 1554 á los funerales de Francisco I, cuya muerte disminuyó el poder de los amigos de la duquesa de Etampes, protectora del Cardenal, y fué causa de que renunciando el cargo de limosnero, se retirase á Italia, de donde al cabo de algunos años volvió á Francia. Asistió solo al cónclave de Julio III; y murió en Paris en 1559 á los cincuenta y siete años de edad, durante la sede vacante de Paulo IV, perdiendo en él la Francia un hombre que le valia mucho por sus insignes cualidades. La iglesia de Santa Catalina de la Valle de los Escolares, cerca de la cual habia fundado un magnífico palacio, acogió sus frios despojos, que fueron sepultados en la capilla de la Vírgen. Este Cardenal fabricó tambien en las cercanías de París el castillo de Mendon.—C.

SANGUIN (Claudio), natural de Perona, pariente ó al ménos de la familia del cardenal de Mendon, Antonio Sanguin, fué mayordomo del rey de Francia y del duque de Orleans. Consagró su talento en la versificacion francesa á la religion, y publicó *Las Horas* en verso francés; Paris, 1660, en 4.° En esta obra se halla traducido todo el Psalterio, aunque bastante mal. Murió á últimos del siglo XVII.—S. B.

SANGUIN (Nicolás). Este obispo de Senlis nació el año 1580. Su padre Santiago Sanguin, señor de Livri, era consejero del parlamento de Paris, y su madre María del Menil, fué hija del presidente de este nombre. Durante algun tiempo fué Nicolás consejero del clero en el parlamento de Paris, y canónigo de la catedral de nuestra Señora en la misma capital. Su saber y virtud le granjearon el aprecio del cardenal de la Rochefoucauld, el cual hizo dimision en su favor, en 1622, de su obispado de Senlis. Consagrado obispo Sanguin el 12 de Febrero del año siguiente por el cardenal Richelieu, no tardó en acreditar su eleccion. Repartió á los pobres todas sus rentas; se opuso á las innovaciones, reprimió el vicio, y su casa fué montada de la misma manera que si fuese un monasterio, en el que vivia en comunidad con los eclesiásticos, y haciéndoles leer miéntras comian, él mismo leia cuando le tocaba el turno, y siempre á los criados en la segunda mesa. Trató de introducir á los Jesuitas en la ciudad de Senlis; pero no pudo conseguirlo por más que hizo. Encargósele con el cardenal de la Rochefoucauld trabajar en la reforma de la abadía de San Dionisio; y en 1628 fundó el monasterio de la Presentacion de la Vírgen Santísima, al que dió unas constituciones que se cambiaron despues, porque estableció en ellas la esclavitud de nuestra Señora, devocion que fué suprimida. Dos hermanas de Nicolás Sanguin, María y Magdalena, que eran religiosas de Santa Clara, gobernaron muchos años este monasterio; la segunda murió el 22 de Diciembre de 1670, á la edad de ochenta años, y la primera el 28 de Enero de 1674 á los setenta y siete años de edad. Despues de haber rehusado el prelado Nicolás en diversas épocas los arzobispados de Arlés y de Embrum, hizo dimision del obispado de

Senlis en favor de su sobrino Dionisio Sanguin, el cual fué consagrado en París el año 1652, y de haber reformado las constituciones de la Presentacion, murió el dia 15 de Julio de 1653, atacado de apoplejía, en el Louvre, adonde habia ido á firmar una carta de gracias que dirigian los obispos de Francia á Inocencio X, con motivo á la bula que se habia publicado de este Papa sobre las disputas suscitadas con motivo del libro de Jansenio, obispo de Iprés, segun se dice en el tomo IV de la *Historia de las Ordenes religiosas*, por Heliot. — C.

SANIDLO (Fr. Luis), franciscano italiano del siglo XVII. Este esclarecido religioso pasó los primeros años de su vida en la más completa oscuridad, hasta que con ocasion de continuar sus estudios fué á Roma, donde se hizo apreciar además por su carácter afable, condescendiente y siempre digno sin dejar de ser atento por lo mucho que adelantó en los estudios, principalmente en el de la sagrada facultad de teología, á que se dedicó siempre con ardoroso entusiasmo. Es verdad que cuando fué á aquella acreditada universidad llevaba ya conocimientos nada vulgares hasta donde podia haberlos adquirido en su retirado convento, donde habia pasado algunos años consagrado á los ejercicios propios de su religion; mas apénas hubo tomado nuevo giro en atencion á las acertadas explicaciones de sus maestros, y vió que no eran medianías las que concurrian á aquellos estudios, se hizo una obligacion el aventajarse á los demás, y en efecto, desde entónces los primeros puestos en la cátedra, los primeros lugares en los actos públicos y las primeras notas en todos cuantos ejercicios tomó parte, fueron para nuestro ilustre Luis Sanidlo. Concluyó felizmente su carrera, y los superiores y prelados de su Orden quisieron hacerle de su gremio, concediéndole la singular honra de conferirle el magisterio apénas habia terminado sus estudios, lauro que era mucho más de apreciar por la misma razon de que eran muy pocos los que lo conseguian, pues si bien es verdad que no se negaban los maestros á conceder esta distincion á los que tenian las condiciones necesarias para obtenerla, tambien es cierto que habian de pasar sus pruebas algun tiempo para que no pudiera decirse que sus alumnos eran tan pronto discípulos como profesores. Todas estas circunstancias hicieron mucho más notable la distincion que se concedió á Sanidlo, pero no fué esta sola: á los pocos meses de maestro y con ocasion de haber vacado una de las cátedras de aquel establecimiento, fué nombrado profesor de ella con aplauso de cuantos conocian sus excelentes cualidades. Efectivamente, si grande habia sido su asiduidad para aprender cuando discípulo, mucho mayor fué su esmero para enseñar como maestro, tanto que sobrepujó las esperanzas áun de aquellos que más lisonjeras las concibieron, porque no solo tenia la rara cualidad de una vastísima erudicion, que sabido es abre un ancho campo á los aplausos y admi-

racion de todos, sino que sabia dar á sus lecciones una vida y un encadenamiento verdaderamente admirables, con lo cual iba aumentando cada dia naturalmente su crédito por los que palpaban las ventajas que llevaba consigo una tan acertada manera de enseñar. Estos fueron sin duda los motivos que obligaron á maestros y prelados de su Orden á elegirle director de su colegio en ocasion que este importante cargo se hallaba vacante por muerte del que lo poseia, y se acreditó de tal manera de hombre de gobierno en su colegio, que este concepto aumentó de tal modo su mérito, que le llenó de distincion y de fama. No puede decirse quiénes estaban más satisfechos con nuestro Sanidlo, si los alumnos, porque veian en él no un superior rígido, sino un padre cariñoso, ó los maestros, porque en él consideraban un compañero y nada más, porque nunca quiso que otro concepto se formára de él, ni los trató jamás como superior, sin que por esto se crea que ni por un momento siquiera se olvidaba ninguno de sus obligaciones, pues supo muy bien el director sujetarlas todas al debido punto de vista del pundonor, y por consiguiente logró el gran triunfo de las convicciones que dieron lustre á su colegio y le proporcionaron adelantos acaso inesperados en los alumnos. En el régimen acertado de esta casa de educacion pasó gran parte de su vida, hasta que fué enviado á Roma para visitar aquella provincia, en la que permaneció despues desempeñando el cargo de definidor. Sintióse mucho su pérdida en el colegio que regentaba, pues con su proverbial prudencia sabia dar á cada cual lo que era suyo para reducirlos á todos al sendero recto y seguro del cumplimiento de sus santas obligaciones. Su pérdida fué sentida como no podia ménos, y tampoco fué fácil su sustitucion en la cátedra de retórica del colegio, pues tenia una gran ventaja en abono suyo y que fué muy útil á los que le sucedieron, y fué que habiendo dejado reglamentado perfectamente el colegio y todos sus detalles de tal manera que no habia sino observarlos y conservarlos para que marchase todo con la mayor regularidad, y bien sabido es cuánto más fácil sea conservar que arreglar, por más que el arreglo se preste á cuanto en él se quiera hacer intervenir. No se crea que nuestro Sanidlo, aunque trabajó con grande celo y acierto en su cátedra y en la direccion del colegio, dejó por esto de ilustrar á sus contemporáneos y á la posteridad con sus escritos; todo al contrario, escribió mucho y escribió bien; es verdad que si no hubiera escrito bien, él mismo hubiera sido el verdugo de sus obras y de ningun modo hubiera consentido en que hubieran salido de su celda. Sin embargo, y á pesar de esto, Sanidlo solo nos ha dejado una obra, fruto más bien de su devocion que de sus conocimientos literarios. Es la que lleva el título siguiente: *Patelica Imaginis B. Virginis Lezayriensis delineatio, seu de Virginis ac miraculis S. Mariæ Annunciatæ qua in conventu Lezayriensi Regularis observantiæ colitur.* — S. B.

SAN IGNACIO (V. P. Domingo Barberini de), religioso escolapio. Entre los hijos del beato Calasanz sería difícil encontrar más raro ejemplo de desprecio de la honra del mundo y amor al humilde ejercicio de enseñar á los niños más pequeños, que el que ofrece este venerable religioso para confusion de los ambiciosos, que con alas de cera pretenden remontarse á lo más elevado. Fué natural de Bolonia, aunque oriundo de Florencia, de la nobilísima familia Barberini. Entró en las Escuelas Pias, y en ellas vivió como ángel, desnudo de los afectos más connaturales al hombre. Era primo del pontífice Urbano VIII y de Antonio Barberini, Cardenal de S. Onofre, y tio de los cardenales Francisco Antonio Barberini y de D. Tadeo Barberini, general de las armas del Papa, pero procuró, no tanto recibir honra de su nobleza, cuanto darla mayor lustre con el ejercicio de las virtudes, y lo vino á conseguir. Era rara su sencillez, admirable su pureza, su obediencia milagrosa. Pero todas las virtudes deben medirse por su humildad, porque sabido es que la medida de la santidad es esta beatífica humildad, y segun fueron profundos los cimientos, así será elevado el edificio. En esta insigne virtud verdaderamente fué prodigio, tal vez no visto en muchos siglos; resistió con invicta constancia todos los grados y honores á que era tan acreedor por sus méritos, y le proporcionaban sus parentescos y elevada cuna; habiendo sido tan dilatado el pontificado de su primo, nunca se dejó vencer de los que pretendieron obligarle á vivir en Roma, ni áun quiso verlo de paso: ántes para estar más léjos y oculto renunció todo empleo en la religion, y por espacio de cerca de cuarenta años vivió en la ciudad de Palermo de Sicilia, ocupado en enseñar en la escuela á los niños mas pequeños con incomparable caridad y paciencia, acariciándolos como amorosa madre. Aquí murió, habiéndose anunciado ántes el dia de su muerte, que fué á 7 de Octubre de 1685, de edad de setenta y tres años. —A. L.

SAN ILDEFONSO (P. Fr. Diego de), religioso del monasterio de la Sisla, de Toledo. Fué un varon que al pronto prevenia poco en su favor por su aspecto áspero y áun tosco, pero de grande perfeccion en el espíritu, ejemplarísimo sacerdote, muy docto en la teología escolástica, y ventajoso en la moral á cuantos habia en la iglesia de Toledo, y de los de mayor crédito en el arzobispado. Tenia tambien estimables noticias de todo género de buenas letras; predicaba con gran facilidad, tenia feliz memoria y muy pronta la voluntad para emplearse en el aprovechamiento de las almas. Era de los monjes más celosos de la observancia de las leyes que tuvo la Orden, inclinado á la justicia en cualquier defecto que hubiese, siendo de dictámen que no siempre por pequeños los ha de disimular la misericordia, si se teme daño en la consecuencia. Juntaba la oracion mental con la vocal, en que era tan continuo, que jamás se le vió sino rezando, siendo su más particular devocion con la

Reina de los ángeles, cuyo rosario nunca dejaba de la mano, saludándola con todo amor y rendimiento de dia y de noche, deseoso de obligarla, para su amparo y remedio, con la salutacion del ángel. Dos mortificaciones ó martirios tuvo en su vida, que propalaron bien lo crecido de su ánimo y la paciencia con que Dios le habia fortalecido. El uno fué el padecer un apetito tan extraño y contínuo, dimanado de un exceso de calor en el estómago, que aunque estuviese comiendo todo el dia y con abundancia, subsistia la misma necesidad ó apetencia, ó se reproducia en un término muy breve; á pesar de eso se abstenia y mortificaba tanto, que de la poca racion que daban en la Sisla, dejaba siempre la mitad para los pobres, abrazando aquella causa de merecer, con admiracion de los que conocian lo insaciable y raro de su naturaleza, que parecia imposible dejase de padecer mucho, y él mismo lo confesaba así á los que se lo advertian. El otro fué un padecimiento en una pierna, que se le puso tan hinchada y gruesa como el muslo, como cancerada y llena de bocas y llagas, que eran una fuente permanente de supuracion, causándole intensísimos dolores, de los que nadie le oyó quejar jamás ni lamentarse. Andaba de manera, que en vez de servirle la pierna de sosten y apoyo, le servia de peso, teniendo que llevarla; y mirando su paciencia, aunque andaba cojo, muchos le envidiaban los pasos. Le consideraban semejante á Job en el sufrimiento, y sin cirujano, sin medicinas, sin gasto y sin ruido, cuidaba de sus trapos y su limpieza, y aplicando la paciencia, le parecia no habia menester otros ungüentos. A pesar de todo, nunca hacia cama, andaba en pie con gran trabajo, pero siempre rezando y ayudando á misa, y haciendo otros santos ejercicios en que volaba cuando no se podia menear. Un lego le asistia en la celda, y se extrañaba mucho de no oirle el menor lamento cuando lo extraian de las llagas una multitud de gusanos, Era robustísimo, sufridor de trabajos, y así este le llevaba con gran tolerancia, conformándose con la voluntad del Señor, que si le impedia el andar, le ponia en ocasion de adelantar á otros en la carrera. Fué muy amante de la santa pobreza; para desembarazar más los pasos del espíritu, no tenia en la celda ni en su persona más ricas alhajas, que las que le daban ocasion á padecer, y toda su vida vistió lana á raíz de las carnes, de poco menos blandura que un silicio, enderezado todo á aligerarse para el cielo y á mortificarse para granjear la corona. Fué prior en su casa y en otras de la Orden; definidor y visitador, y tuvo otros cargos en los cuales satisfizo el concepto universal en que se le tenia; y por último, murió santamente el dia 30 de Marzo de 1650, de edad de más de ochenta años, para pasar á gozar eternos siglos. —A. L.

SAN ILDEFONSO (P. Marcelino Boira de) religioso de las Escuelas Pias, que nació en Zaragoza como á mitad del siglo XVIII, hizo fructuosa su ins-

truccion. En Valencia fué rector de su colegio, y calificador de la santa Inquisicion, siendo condecorado con otros honores muy debidos á su religiosidad y mérito. Sabemos que publicó dos hermosas oraciones latinas. La primera en Valencia el año de 1777 con el título: *De Litterarum Studiis in publicæ rei commodum instituendis*, en 4.° — La segunda en Alcañiz en 1779, tambien en 4.°, titulada: *De Alcagnitii Laudibus*.—L.

SAN JACINTO (V. P. Fr. José de), misionero dominico, fué natural de Villarejo de Salvanés, la Mancha, y tomó el hábito en el convento de Santo Domingo, de donde salió para Filipinas, despues de haber terminado sus estudios en el convento de S. Pedro Mártir de Toledo. Fué enviado al Japon donde supo avenirse tan bien con los naturales vistiendo y comiendo con ellos, usando sus cortesías y hablando su idioma con la propiedad y acento de los mismos naturales, que se distinguió de los demás misioneros y fué tenido por los japones como uno de ellos, con lo que pudo en tiempo de las persecuciones correr más tierras que los otros, con grande beneficio de las almas, y aunque sus fuerzas eran muy débiles por las grandes enfermedades que padecia, el celo por la salvacion de los prójimos se le acrecentaba de manera, que trabajaba más él solo y enfermo que todos los demás aunque sanos. Fué martirizado, por último, en union de otros muchos compañeros en Nangasaki.—S. B.

SAN JACINTO (P. Fr. José) misionero dominico, tomó el hábito en el convento de Santa Cruz de Segovia, manifestando en su comportamiento y buena conducta estar destinado á ser un excelente obrero de la viña del Señor. Nada sin embargo se hallaba más distante en un principio de sus deseos y aspiraciones, que el pasar á Filipinas á consagrarse á la evangelizacion, pues habia emprendido su carrera y áun obtenido algunos cargos, que hacian suponer serian de grande utilidad á su Orden. Así es que cuando á la llegada de un comisario de aquellas misiones pidió licencia para acompañarle en su santa tarea, sus superiores vacilaron en dársela, pues le creian en situacion de prestar importantes servicios. Obtúvola sin embargo á fuerza de ruegos y súplicas, y sus esfuerzos en esta ocasion manifestaron que era digno de la empresa á que iba á dedicarse. A su llegada á Filipinas en 1666, fué destinado á las misiones del Bataan, y allí manifestó su celo y fervor, su grande entusiasmo por la causa que habia abrazado y de que fué uno de los más constantes servidores. Deseó despues pasar al Japon, donde eran sin duda mucho más necesarios los misioneros que en Filipinas, pero ya el clima, ora el excesivo trabajo, acabó en breve con su vida, pues su salud, en extremo deteriorada, no le permitió permanecer por mucho tiempo en tan penosos y difíciles empleos; murió santamente como habia vivido con grande edificacion de sus hermanos.—S. B.

SAN JACINTO (Fr. Juan), misionero dominico, natural de los huertos de Segovia, tomó el hábito en el convento de San Esteban de Salamanca, y fué un religioso muy observante, penitente y caritativo, y á quien en España llamaban el apóstol, y descubrió con sus obras el serlo en Filipinas. Vivia en la provincia de Pangasinam con grande ejemplo, muy devoto y dado á la oracion, en la cual era muy fervoroso y tan constante en sus meditaciones, que parecia no pensar más que en Dios; no era ménos caritativo, con lo que alentaba á los que trataba, y animábalos á amar á Dios, á quien él servia con tanto fervor. Era padre y madre para los indios, los ayudaba en todas sus necesidades, no solo con lo poco que podia, sino con sus consejos y oraciones, mirando como propias sus desgracias, por lo que era sumamente amado de todos. Habiendo pedido el bautismo unos indios dos veces en la provincia de Hué, fué á ella dos veces padeciendo grandes trabajos, y la segunda se sintió enfermo y corrió la noticia de que le habian envenenado los indios, lo que era bastante frecuente. Trasladado al convento de Santo Domingo de Manila, recibió los santos Sacramentos con particular devocion y singular edificacion de todos, dando su alma al Criador. Fué muy sentida su muerte y se hizo su elogio en el capítulo con estas palabras: «En Manila salió de esta vida el R. P. Fr. Juan de San Jacinto, vicario de Manavay, religioso llanamente de un pecho apostólico, renombre que ganó desde su adolescencia, y se le confirmó con su mucha religion y prudencia, celo y admirable caridad para con los pobres, con que de dia y de noche constantemente les acudia sedientísimo siempre de la salud de las almas, por lo cual enviado á un nuevo ministerio, ejercitado en muchos y grandes trabajos y con fama de haber sido muerto con ponzoña, acabó esta vida y comenzó la bienaventurada en el cielo.»—S. B.

SAN JACINTO (P. Fr. Justiniano de), religioso dominico, compatriota nuestro, de quien se ignora el lugar del nacimiento, lo mismo que otras circunstancias notables de su vida. Sábese sin embargo, que tomó el hábito siendo muy jóven todavia, y que siguió sus estudios con aprovechamiento. Despues de haberlos terminado, el capítulo general le nombró lector y despues le confirió el magisterio en teología, cuyo grado recibió con grande ostentacion y pompa. Marchó entónces á Roma y estuvo enseñando en el convento de Minerva, hasta que de regreso á su patria hácia 1640 pasó á Filipinas, donde se consagró á la enseñanza. Era buen filósofo y excelente teólogo; estaba impuesto en las sagradas Escrituras, poseia á fondo los ramos más importantes de la literatura eclesiástica, tenia una profunda inteligencia del derecho civil y canónico, y era muy entendido en la historia, no ménos que en los negocios públicos; así era que los gobernadores de aquellas islas acudian á su consejo para dirigir sus ánimos, y no solo le nombraron direc-

tor de sus conciencias, sino que le nombraron ejecutor de sus testamentos, con cuyo motivo pudo fundar muchos conventos en unas regiones donde eran tan necesarios, pues servian de escala á los misioneros del Japon y la China. Nombrado prior del convento de Manila, aún no hacia dos meses que desempeñaba este cargo, cuando los elogios que le prodigaba la fama, movieron los ánimos de los inquisidores de Méjico para remunerar en algun modo sus escritos y virtudes, por lo que le nombraron su comisario en Filipinas, dándole la facultad, que no habian tenido sus predecesores, de nombrar y remover inquisidores particulares en todas aquellas islas. Hácia 1675 residia aún el P. San Jacinto en el convento de Manila, donde dejó muchas memorias de su piedad, como un magnífico refectorio, la fábrica de tres capillas de su iglesia y una magnífica biblioteca; despues asistió á un capítulo provincial, en que manifestó su espíritu religioso y el deseo que le animaba de que continuára observándose en todo su rigor la regla primitiva de la Orden. Las privilegiadas luces de nuestro religioso necesitaban un campo más vasto donde esparcirse, y así fué creado provincial por sus compañeros con no poco asombro suyo, que se hallaba en extremo distante de suponer mereciese semejante dignidad. Pero se hizo más digno de ella continuando como ántes haciendo una vida humilde, sin mudar de celda, sin admitir servidumbre alguna y sin dejar de asistir á todos los actos de la comunidad, asegurando la Crónica que á los pocos dias de su eleccion concurrió entre sus hermanos á una procesion solemne que tuvo lugar en Manila. No sobrevivió sin embargo mucho á esta nueva distincion, muriendo con la fama que le acompañaba durante toda su carrera.—S. B.

SAN JACINTO (P. Fr. Miguel de), misionero dominico natural de Cáceres, en Extremadura. Tomó el hábito en el convento de S. Esteban de Salamanca y manifestó desde luego las mejores cualidades para gobernar y no ménos prendas para la enseñanza de los indios. Fué enviado á Filipinas en 1594, muriendo en Méjico el P. Fr. Alonso Delgado, que era el vicario que conducia aquella mision, por lo que eligieron por prelado al P. Fr. Miguel. Llegados á Manila, pasó á la provincia de Nueva-Segovia para que con los pocos compañeros que le seguian plantase la fe de Cristo en aquella bárbara nacion, la más belicosa de las islas, y ayudado del Señor consiguió vencerlos conduciéndolos con amor al suave yugo del Evangelio. Fué un misionero muy celoso, muy instruido en la lengua de aquellas gentes, muy amante de la religion y mucho más todavía de la pobreza evangélica. Cuando algun religioso manifestaba deseos del dinero, libros ó cualesquiera otra cosa que tuviese F. Miguel y se la pedia, dábasela luego, y si por ser cosa necesaria para sus intentos, le decia al principio que no, lo sentia despues y no sosegaba hasta que buscaba al religioso y le daba ó trocaba lo que

le pedia. Suplicaba constantemente á nuestro Señor no le llevase de esta vida siendo prelado, y se lo cumplió, porque habiendo sido vicario de muchas casas, vicario provincial de Nueva Segovia, prior del convento de Manila, y provincial dos veces de la provincia, murió cuando se hallaba libre de todos estos cargos y residia en Masi, pueblo de los primeros que convirtió y de los en que pasó más trabajos en un principio en aquella provincia. Falleció en 25 de Abril, dos ó tres dias despues de haber confesado en Abulug. Acaeció su muerte al entrar en el convento que tenia su Orden en esta ciudad, cuyos indios le amaban con la mayor ternura, y allí descansa su venerable cuerpo. Fué una falta muy grande la que hacia en toda la provincia, por lo que su muerte fué muy sentida en todas partes. Hiciéronle los indios de los pueblos de Abulug, Masi, Pata y Cabacungan honras muy costosas por su poca posibilidad, y dieron limosna para que le dijesen mas de cuatrocientas misas en señal del amor que le tenian y la deuda en que le estaban por haberles reducido á la santa fe católica. El capítulo intermedio de 1627 dice nombrando los religiosos difuntos: « En la provincia de la Nueva Segovia falleció el M. R. P. Fr. Miguel de San Jacinto, comisario del Santo Oficio, sacerdote y padre antiguo y uno de los primeros que fueron á la conversion de aquella provincia y la convirtieron á la luz evangélica; fué dos veces provincial dignísimo de la religion, y habiendo perseverado muchos años en la administracion del Evangelio entre los indios, acabó en ella felizmente sus dias. » — S. B.

SAN JACOBO (Fr. Jorge), religioso dominico. Véase Jacobo (Fr. Jorge de San).

SAN JORGE (Hermano Ambrosio de), religioso del instituto de las Escuelas Pias, natural de Leistan en el reino de Polonia. Desde su niñez fué dotado de costumbres angélicas, fué admitido para el estado de clérigo en la casa de probacion de la misma ciudad, y en el tiempo del noviciado juntó gran cúmulo de merecimientos. Poco despues de haber hecho la profesion, enfermó de mucho peligro, y en el dia 3 de Abril de 1725 se le apareció el Bto. José Calasanz, y habiendo discurrido con el doliente acerca de las cosas del cielo, al despedirse le dijo: *Ten buen animo, hijo mio, que hoy serás conmigo en el Paraiso.* Reveló la aparicion á su maestro y padre espiritual, y pasado poco tiempo, voló al cielo su alma en el mismo dia y año, teniendo solos veintitres de edad. — A. L.

SAN JORGE (P. Bartolomé Labarca de). Nació en Zaragoza el año 1748. En la religion de las Escuelas Pias, donde profesó, fué sabio y religioso el cuidado que tuvo en sus destinos; fué confesor de la Real familia de S. M. Enseñando en su colegio de Albarracin publicó en 1779 en el certámen de la doctrina cristiana una: 1.ª *Egloga española*, y una oracion, tambien es-

pañola, titulada: *Del conocimiento de la religion para la utilidad de la sociedad*, y enseñando allí la elocuencia en otra Academia en 1782 estampó una oracion latina en 4.°, cuyo título es: 2.ª *De Communi Albarracinensium gaudio in electione et adventu Josephi Constantii de Audino, Episcopo Albarracinensi.* Escritos dignos de sus objetos. Tales fueron en la misma religion en iguales circunstancias los del P. Onofre Carrera de Santa Ana, rector del colegio de la ciudad de Barbastro, calificador de la Santa Inquisicion de Aragon; los del P. Domingo Hernandez del Salvador, rector del colegio de Peralta de la Sal; los del P. Gerónimo Polo de S. Blas, lector en Valencia; los del P. Miguel Antonio del Rosario, rector de Daroca; los del P. Andrés Ballano de S. Juan Bautista, y los del P. Tomás de S. Pedro, rector de Jaca. —L.

SAN JOSÉ (Venerable Madre Ana María de). Fué sobrina de la venerable Madre Mariana de San Agustin, religiosa agustina recoleta del monasterio Real de Sta. Isabel de Madrid. A instancias y oraciones de su buena tia, tomó el hábito de la recoleccion agustina en el convento de la villa de Agreda, donde floreció en todas las virtudes particularmente en la paciencia y sufrimiento que tuvo en las largas y penosas enfermedades que padeció por espacio de doce años. Fué muy devota del Santísimo Sacramento, con cuyo auxilio resistió al enemigo comun, que la persiguió con escrúpulos y otras tentaciones y trabajos que refiere el P. Fr. Alonso de Villarino en su *Solar Esclarecido*, tom. II, pag. 130, en donde coloca á esta religiosa entre las que ilustraron su Orden con su santa vida y muerte; pero no dice el año de esta, ni el de su nacimiento ni profesion.—M. B.

SAN JOSE (Fr. Antonio Juan Andrés de), franciscano descalzo de la provincia de S. Juan Bautista en Valencia. Es conocido por algunas obras que dió á la estampa. Véase Juan Andrés de San José (Fr. Antonio).

SAN JOSÉ (Fr. Diego de), religioso benedictino, floreció en el siglo XVII, y escribió un libro muy apreciado en su época. Véase José (Fr. Diego de San).

SAN JOSÉ (Fr. Diego de), religioso carmelita, uno de los escritores de esta Orden que escribieron cuando la beatificacion de su reformadora Santa Teresa de Jesus. Véase Diego de San José (P. Fr.)

SAN JOSÉ (Fr. Esteban de), carmelita aragonés, de cuya provincia fué prelado. Dejó algunas obras por las que es conocido. Véase José (Fray Esteban de San).

SAN JOSÉ (Feliciana Eufrosina de San), religiosa carmelita, y autora de una obra dedicada á la instruccion de las religiosas de su Orden. Véase José (Feliciana Eufrosina de San).

SAN JOSÉ (Fr. Francisco de), religioso dominico, misionero en Fili-

pinas, donde escribió algunas obras. Véase José (Fr. Francisco de San).

SAN JOSÉ (Fr. Francisco Blanco de), religioso dominico, misionero en Filipinas, donde escribió una obra catequística. Véase José (Fr. Francisco Blanco de San).

SAN JOSÉ (V. P. Fr. Francisco de), religioso franciscano de la provincia de S. Juan Bautista. Fué natural de Madrid, hijo de los marqueses de la Guardia y primogénito de esta casa; renunciando empero las conveniencias y esperanzas que el mundo le ofrecia, vistió el humilde hábito de la religion seráfica en la provincia de Castilla, de donde huyendo las honras que tenian muy merecidas sus relevantes prendas en la Orden, se retiró al ejercicio de las misiones en el colegio de Sahagun, del que salió para fundador del de S. Juan Capistrano de Villaviciosa, en cuya fábrica material trabajó mucho y todavía más en el cultivo de las almas con la doctrina y ejemplos de su apostólica y penitente vida, cuya fama, á pesar de su grande humildad, llegó hasta la corte. El rey Felipe V, oido el parecer de su consejo, le nombró obispo de Málaga en 6 de Mayo de 1704; consagróse á 28 de Octubre del mismo año, y murió en Malaga á 2 de Febrero de 1713. Antes y despues de su muerte obró Dios nuestro Señor muchos prodigios por sus méritos, de los cuales y de su vida se ha escrito una dilatada historia. — S. B.

SAN JOSE (Fr. Francisco de), religioso llamado de apellido Castaño, profeso en el convento de Yepes. A los diez años habia hecho ya voto de entrar en religion, manifestando desde aquella edad sus puras y santas inclinaciones. Hubiera querido cumplir su voto desde luego, mas no era permitido hasta llegar á los diez y seis ó diez y ocho años, porque ántes de este tiempo rara vez se comprende toda la importancia del paso que se va á dar, ni del estado qne se toma. Cuando tuvo ya la edad requerida y hecho algunos estudios, se presentó en el convento de descalzos de Yepes, pidió el hábito con mucha humildad y se le dieron, porque su rostro y demás circunstancias indicaban muy bien las veras con que le pedia, y mucho mejor que con palabras lo dijo despues con sus obras y ejercicio de las virtudes, en particular de la humildad, que le era tan natural, que en todas las ocasiones y áun en las más bajas de esta altísima virtud, parecia que se habia criado toda la vida, segun se mostraba despreciado, humilde, olvidado de todo humano respeto. Fué muy devoto de la Reina del cielo, y por merced suya guardó toda la vida la pureza en alma y cuerpo, y así lo descubrió á su confesor y á otro familiar suyo. Su ordinaria peticion en las oraciones que hacia á la Virgen, era: «Alcanzadme, Señora, de vuestro unigénito Hijo y Dios mio, la pureza de alma y cuerpo, por que no ofenda vuestra presencia y ojos tan puros y limpios.»—En la observancia de su regla y demás propio de es-

tado y profesiones, nadie le aconsejaba y las sabia hacer sin nota de singularidad, porque tenia muy buen entendimiento y una madurez y juicio en cuanto decia y hacia, que se captaba el amor de cuantos le conocieron. Poco ántes de su muerte fué recorriendo todos los religiosos de la comunidad, pidiéndoles con mucha humildad al sacerdote una misa y á los demás rosarios y estaciones. Decia á los sacerdotes: «Hermano, cinco misas me debe si me muero, mándeme una por caridad si muriese ántes que él, y lo mismo con los hermanos legos y coristas, sacando á cada uno, como codicioso mercader, algo más de lo que le debia; y así recogió de todos lo que pudo con buena gracia, tomándoles la palabra de que lo cumplirian si muriese ántes que ellos. Dábansela liberalmente, porque le amaban mucho y les parecia viéndole tan mozo que el plazo llegaria tarde, y no llegó sino muy presto, porque esto era muy cerca del mes de Agosto y jubileo de la Porciúncula, que es á 2 del mismo mes. Pidió á un compañero suyo que le ayudase á suplicar á nuestro Señor que le llevase en ganando aquel santo jubileo. No me parece bien, le contestó, ni yo haré tal peticion, sino que lo dejemos á Dios que él sabe cuándo está la fruta en sazon para cogerla. Calló á esto, pero no cesó de dirigir á Dios su peticion, oyó Dios su súplica y llegó con el jubileo el plazo deseado, y habiéndose preparado lo mejor que pudo, entró en la iglesia, y ántes de salir le atacó una calentura tan fuerte, que no duró más que tres dias. Llevároule luego á la enfermería, y dijo al enfermero con grande placer: «Hermano, á morir me vengo, gracias á Dios que no le cansaré mucho.» Pidió que le diesen luego los santos Sacramentos, se volvió á confesar, y por consolarle le dieron la comunion, y apénas la recibió pidió que le diesen la extremauncion. Se hallaba en su exterior tan alegre y contento, que no se podia adivinar su grande enfermedad interior. Pasó así aquel dia, que era el segundo de su enfermedad, y le hicieron algunos remedios de que no hacia caso ninguno. Ignóranse los sentimientos que tenia en su alma, pero debieron ser muy buenos y conforme á su inclinacion y deseos. Volvió á pedir con mucha priesa el sacramento de la extremauncion, y apénas le recibió dió su alma á su Criador, por lo que se supone le habia sido revelado el dia y hora de su tránsito. —S. B.

SAN JOSE (Fr. Francisco de). Llamóse este religioso Rapun de apellido en el siglo. Su patria fué la ciudad de Jaca, y asi consta de su admision en los Agustinos descalzos de Aragon. Hizo el viaje á Filipinas, destinado á sus misiones, donde trabajó con fruto en la conversion de los infieles. Murió siendo provincial de esta parte del Asia, en la isla de Romblan el año 1668. Escribió las obras siguientes: *Explicacion del catecismo proporcionada á la inteligencia de los neófitos de Filipinas*; Manila, 1654 en 8.° — *Consultas morales sobre puntos de comercio*; es un tomo en fol. ms. — *Sermones morales á*

neófitos y *catecúmenos en lengua bisaya;* dos tomos en 4.°, que no se han publicado.—*Sermones panegíricos y morales en español*; otros dos tomos en 4.° Escribióse la buena memoria de este religioso en las Crónicas de Agustinos recoletos de la congregacion de España, página 164 del tomo IV. —L.

SAN JOSE (Fr. Gaspar de). Fué abogado de conocido ingenio y doctrina, y despues carmelita descalzo de buen ejemplo, que murió cerca del año de 1598. Escribió: 1.° *In leges regni Aragoniæ commentarium*; libro que parece no se publicó. Dan noticia de este religioso aragonés el historiador Fr. Francisco de Sta. María, lib. 8 de la *Histor. gener. del Carm. Desc., cáp.* 28, *número* 5, y el P. Fr. Cosme de Villiers de S. Esteban en la *Bibliot. Carm., tom. I, pág.* 536.—L.

SAN JOSE (P. Hilario de), religioso escolapio, natural de Isili en el reino de Cerdeña. Fué provincial de esta provincia y calificador del Santo Oficio. Varon muy docto y prudente, y sobre todo muy religioso y amante del instituto. Los príncipes seculares y eclesiásticos acudian á pedirle consejo en los negocios árduos; y apénas habia obispo en la isla, que no le consultára por cartas. Murió en la casa del instituto de Sacer, á 29 de Agosto de 1732, de edad de setenta y tres años. —A. L.

SAN JOSE (P. Jorge Maza de), religioso de la congregacion de las Escuelas Pias. Véase MAZA DE SAN JOSÉ.

SAN JOSE (Fr. Lucas de), carmelita portugués, conocido por algunos escritos. Véase JOSÉ (Fr. Lucas de San).

SAN JOSE (V. M. Mariana de), fundadora de las monjas Agustinas recoletas y priora del Real convento de la Encarnacion de Madrid. No vamos á ocuparnos de dar á conocer la historia de la vida de una de esas heroinas, que han asombrado al mundo con sus grandes hechos de valor, como Juana de Arco, Carlota Cordai, y otras mil que en todas las naciones han aparecido para dar á conocer en lo humano que el alma y el valor no tienen sexo; no á presentar una Lucrecia, una soberbia Dido, ni ninguna de esas matronas que asombraron á los antiguos tiempos con sus esfuerzos, al paso que otras muchas les escandalizaron con sus vicios; ni tampoco á manifestar los encantos de una belleza que trastornó la sociedad con su hermosura ó con su espiritualismo mundanal; vamos, sí, á narrar sencillamente la vida de una virgen, de una esposa de Jesucristo, que con su virtud y santidad se remontó á la mayor grandeza, estableciendo con su humildad un blason más ilustre que el de los más célebres y celebrados conquistadores de reinos, pues que logró conquistarse el cielo, que es la mayor grandeza á que pueden aspirar los mortales. Y no vamos á trascribir los hechos trasmitidos por historiadores, que por fieles que sean, estan expuestos á faltar á la verdad histórica contra su voluntad, ya porque recibieron las inspiraciones y las noticias de

otros ménos escrupulosos ó veraces, ya porque no entendieron bien lo mismo que vieron, interpretaron mal acciones que no comprendieron con claridad, ó se dejaron llevar por manos de la demasiada credulidad, del ciego fanatismo, ó de la pasion en favorable ó enconado sentido. Vamos, por el contrario, á transcribir los hechos por boca de la misma verdad, pues tal debemos considerar la de la misma M. Mariana de S. José, cuya vida vamos á describir casi con sus propias palabras, pues que obligada por obediencia á escribir su vida, lo hizo á imitacion de su santo P. S. Agustin, como quien se confiesa, en cuyo caso la verdad resplandece á los pies de Jesucristo, que guia el corazon del penitente y conduce su mano para que los rasgos que trace con ella sean exactos perfiles que retraten su alma con sus verdaderos colores. El Lic. D. Luis Muñoz, sacerdote, cuyas otras obras le presentan entre los piadosos é ilustrados literatos que florecieron á mediados del siglo XVII, fué encargado por la M. Aldonza del Santísimo Sacramento, priora del Real convento de la Encarnacion de Madrid, de coordinar las confesiones escritas de su venerable antecesora Sor Mariana de San José, que entregaba á su confesor por mandato del mismo que así queria lo hiciese, y de escribir con ellas y con las noticias que además se le dieron, la vida de esta venerable Madre y la historia de este Real convento, debido á la piedad de los reyes de España, que siguen siendo sus patronos, y cuyo convento, habiendo subsistido como patrimonio Real despues de la supresion de las comunidades religiosas, posee uno de los templos más bellos con que actualmente cuenta la villa y corte de Madrid, situado al lado del Real palacio de nuestros soberanos, del que es como el cuerpo de guardia de los ángeles que le custodian.

Con mucha razon dice el Lic. Muñoz, en la vida de Sor Mariana de San José, lo que nosotros llevamos repetido muchas veces en nuestras vidas de los Santos, que en los mayores aprietos de la Iglesia, y cuando los delitos y pecados de los hombres provocan más su divina justicia, envia Dios al mundo personas de gran virtud y santidad, que con sus oraciones y sus méritos detengan los estragos y los castigos merecidos. Testigos de esta verdad aparecen los siglos de los gloriosos patriarcas Sto. Domingo y S. Francisco de Asís, cuyos historiadores describen el miserable estado de aquellos tiempos y los felices efectos que produjo el haberles Dios enviado al mundo para que le moralizasen con su buena doctrina, y le detuviesen en su carrera de perdicion con su predicacion, y en vista de su santidad, leccion más elocuente que los más bien combinados discursos. Al mismo fin que los santos expresados y otros muchos que pudiéramos citar, mandó Dios á la V. Sor Mariana en medio de una sociedad corrompida por los vicios, que bastardeaba los principios de nuestra santa religion. Con mision regeneradora y verdadera-

mente social, en el santo sentido de esta palabra, vino al mundo esta religiosa, que si mujer en el sexo, fué en lo demás varon de tan excelente virtud, que fué gloria de estos reinos, honra de la religion del glorioso Dr. S. Agustin, fundadora de una nueva reforma de esta sagrada familia, y heroina esforzada que, empuñando el estandarte de la cruz, movió á muchas vírgenes á que la siguiesen, abrazando los preceptos y consejos evangélicos con notable perfeccion y vigorosa observancia, dándolas reglas tan sabias, que han producido religiosas de insigne santidad. Nació la V. M. Mariana en la villa de Alba, bañada por el alegre rio Tormes, villa ilustre por ser cabeza del estado que da el título á los duques de Alba, que es una de las casas principales de la grandeza española; pero poblacion aún más ilustre hoy por ser depósito, precioso relicario de Santa Teresa de Jesus, compatrona divina de nuestra España, en donde descansa y es venerado su santo cuerpo. Fué presagio feliz de Sor Mariana nacer sol tan lucido donde habia de ponerse el del Carmelo, la cual habia de seguirla é imitarla en ilustrar la Iglesia con tan gran resplandor de virtud, y en lo de fundadora de una recoleccion tan severa. Vió la luz primera el 5 de Agosto del año de gracia 1568, festividad de nuestra Señora de las Nieves, época en que regia la santa Iglesia católica el pontífice San Pio V, y los reinos de España D. Felipe II *el Prudente*.

Fué padre de nuestra V. Mariana el Lic. D. Juan de Manzanedo y Herrera, varon de mucha instruccion y abogado del gran duque de Alba D. Fernando, que en sus ausencias le confió el gobierno de su casa y de su estado. Este D. Juan fué hijo de Hernando de Manzanedo y de Doña Catalina de Herrera, natural de Salamanca, y nieto de Juan de Manzanedo y de Blanca Rodriguez de Bustos, vecinos y originarios todos de Ciudad-Rodrigo, en donde es de las más ilustres la casa de los Manzanedos, y de tan antigua nobleza é hidalguía, que fueron cofrades de la hermandad de S. Sebastian el Viejo, en la que solo podian ingresar en aquellos tiempos los caballeros y mayorazgos de las casas más ilustres de la ciudad. Tuvo esta noble familia muchos insignes varones en las armas, en las letras, en las órdenes militares y en la magistratura. La madre de nuestra venerable fué Doña María Maldonado y Camargo, natural de la ciudad de Coria, y de igual nobleza de sangre y virtudes que su marido. Este virtuoso matrimonio tuvo seis hijos, dos varones y cuatro hembras; llamáronse los primeros D. Juan Manzanedo y D. Luis Maldonado y Manzanedo; y las hijas, Doña María de Herrera y Maldonado, Doña Catalina Manzanedo y Herrera, Doña Francisca Manzanedo y Doña Mariana Manzanedo, que fué la menor de sus hermanos, si bien la mayor de todas ellas en santidad, que es la que nos ocupa en este artículo. Todos estos cuatro hijos acreditaron los buenos árboles que les habian producido, habiendo sido D. Juan y D. Luis ejemplares caballeros,

Doña María y Doña Catalina, monjas en el convento de la Madre de Dios de Coria, de la tercera Orden de S. Francisco, en cuya casa Doña Catalina fué abadesa durante diez años seguidos, y Doña María, que se distinguió por su gran caridad, catorce años portera, habiendo muerto ambas con gran opinion de virtud. Y en fin, Doña Francisca y nuestra venerable se criaron desde niñas en el convento de Santa Cruz de Ciudad-Rodrigo, de la órden del glorioso Dr. S. Agustin, en el que tomaron el hábito de religiosas, siéndolo ya en él dos tias hermanas de su padre.

Dice el Lic. Muñoz, que entre las personas que más gobernaron el interior de la V. Mariana fué su confesor el Dr. Gerónimo Perez, sacerdote seglar de gran virtud, varon de ejemplar vida y de mucha humildad, discípulo del P. Luis de la Puente, de la Compañía de Jesus, cuyo sólo nombre forma su elogio. El virtuoso Perez era además el director espiritual de las demás religiosas, y advirtiendo los favores que dispensaba Dios á la V. Mariana, la mandó por obediencia escribiese su vida, y como esta sierva de Dios lo consultase con su ilustrado confesor el P. Puente, y este fuese de la misma opinion, no tuvo más remedio que obedecer por más repugnancia que su humildad la presentase al tener que hablar de su persona y de sus acciones propias. Pasó esto en Valladolid en la fundacion de aquella casa, y á fin de cumplir la penitencia que se la habia impuesto de escribir, se preparó con ejercicios espirituales, retirándose al efecto durante quince dias á tratar en la soledad sólo con Dios. Empezó á escribir su vida, y como advirtiese que las religiosas reparaban en que gastaba mucho papel, cuando entregaba á su confesor los cuadernos que concluia de escribir, este la llevaba papel para los sucesivos, y así es que las monjas no pudieron saber lo que escribia, y aunque se lo preguntaban, ella procuraba distraerlas de su curiosidad. Cuando ya en Madrid llevaba escritos bastantes cuadernos la V. Mariana, enfermó su confesor y director espiritual del convento el doctor Don Gerónimo Perez, quedando completamente desmemoriado de resultas de lo mucho que se afanó en escribir unas notables obras que publicó; y temiendo la V. Mariana que sus escritos cayesen en otras manos y se divulgase lo que ella no queria se supiese, porque se oponia á ello su humildad, se confió á María de San Agustin, hermana de las que sirven afuera y mujer de suma prudencia, y la mandó fuese al cuarto del doctor, y cogiendo todos los escritos que encontrase de su letra, se los llevase sin enseñárselos á persona alguna. Obedeció la hermana, y cuando la venerable los tuvo en su poder, los fué arrojando al fuego en la cocina, por más que la suplicó no lo hiciese la M. Isabel de la Cruz, á quien queria mucho, diciéndola que no queria que quedase rastro de ella despues de sus dias. Empero Dios, que queria que se conservase la memoria de las buenas acciones de su sierva, suscitó el ánimo

de la M. Catalina de la Encarnacion, la que llamando á la hermana María de San Agustin, la contó lo que hacia con los papeles la venerable, y lastimándose ambas de ello, acordaron que buscase esta escrupulosamente cuantos papeles escritos por Sor Mariana hubiese aún en el cuarto del confesor, y cuantos se refiriesen á ella. Hízolo así, y trajo unos cuadernos de letra de la M. Mariana, en que estaba su vida hasta la fundacion de Palencia, otros papeles particulares, y el libro en que el buen doctor habia copiado la mayor parte de todos los escritos por aquella, de suerte que aunque se quemaron por la venerable muchos originales, se salvaron en la copia de su confesor, así como algunos conceptos sobre el libro de los Cantares que la habia mandado escribir, cuyos originales fueron de los quemados. La venerable pedia más papeles, pues veia la faltaban muchos; pero como la M. María la asegurase con verdad no quedaban más en el cuarto del enfermo, se tranquilizó creyendo que su confesor los habria quemado, cosa que le habia pedido muchas veces hiciese: la venerable siguió quemando cuanto escribia, diciendo siempre á las madres, que la suplicaban no lo hiciese, que no queria quedase en el mundo ni áun memoria suya. La M. Catalina de la Encarnacion tuvo guardados los papeles, de que hemos dicho se apoderó, desde el año 1628 hasta el de 1638 en que murió la venerable, sin que nadie, ni áun ella misma los leyese, y luego que pasó el novenario, los presentó, en lo que vieron todos ser providencia del cielo se conservasen para gloria de la religion y de España. La mayor parte de los discursos que sobre su vida escribió la Santa, parecen, como ya hemos dicho, confesiones al modo de las de S. Agustin más bien que historias, y por lo tanto como los santos al hablar de sí exageran siempre sus faltas, creyéndose más pecadores que los demás, y disminuyen sus méritos que en nada considera su humildad, porque por más heróicos que sean, siempre los consideran inferiores á lo que deben hacer por su Dios y en su servicio, nosotros seguiremos lisa y llanamente la relacion histórica, recomendando á los lectores que deseen santificarse leyendo las confesiones y piadosas reflexiones y coloquios que va haciendo la venerable al contar los sucesos de su ejemplar vida, la obra de su historia, escrita por ella misma, y publicada y comentada por el Lic. Luis Muñoz, ya citado, la cual publicó en Madrid en 1644, en un tomo en fólio, de cuatrocientas sesenta y siete páginas, obra que se va haciendo ya muy rara.

Empieza la venerable invocando la misericordia de Dios para escribir su vida, obligada del precepto de obediencia, repitiendo lo que el Lic. Molina dijo sobre su nacimiento, lugar y familia, si bien desapercibiéndose de todo lo correspondiente á la grandeza y vanidad mundana, manifestando que su abuelo hizo un monasterio, en el que puso á su mujer é hija para que allí se criasen, con otras dos hermanas de su madre, que era muy niña; que su

padre se hizo sacerdote, y que su madre se fué criando en aquel convento de la órden de Santa Clara. Que cuando su madre María llegó á la edad de catorce años, su padre Juan, que entónces tenia cincuenta, y era soltero sin intencion de casarse, visitó el convento para ver á las tias de la venerable á quienes conocia, y que habiéndole presentado á su madre María, que era jóven, de singular hermosura y de privilegiado talento, se enamoró de tal modo D. Juan de ella, que se casó y se la llevó á Ciudad-Rodrigo, en donde fué ejemplo de modestia, de esposas y de todas las virtudes. Que pasando á Alba de Tormes, tuvo cinco hijos, entre ellos á la venerable, como hemos visto, á todos los cuales crió y educó ayudada en tan noble tarea por su esposo, auxiliándose con los consejos de la gloriosa Santa Teresa de Jesus, de la que se hizo muy amiga cuando fué á fundar el monasterio de Carmelitas de aquel lugar. Pidió en su último parto, que fué el de la venerable Doña María, á Sta. Teresa suplicase al Señor, que lo que naciese, fuese para su servicio, y que al nacer la pusieron por nombre María Ana, por ser su madre muy devota de esta santa; pero que la alegría que causó su nacimiento se trocó en tristeza, porque su madre murió de allí á pocos dias, en cuyo caso su padre tomó la resolucion de que ya hemos hablado, de hacerse sacerdote, lo que verificó yendo á Roma, y de que sus hijas sirviesen á Dios en el claustro, si bien por el pronto D. Luis y la venerable vivieron con él á su vuelta de la ciudad eterna.

Confiesa la misma venerable de la manera que puede hacerlo un alma cándida, que desprecia las cosas y vanidades del mundo, que tenia mucho despejo al decir de las gentes, y tan gran despego de las cosas del mundo como aficion á las del cielo. Gustaba leer los buenos libros que tenia su padre de cosas santas y de las conversaciones piadosas con que á ella y á su hermano les entretenian las criadas de ejemplar vida y buenas costumbres, que para el cuidado de la casa y de la familia tenia su padre, las cuales la llevaron á que la conociese la gloriosa Santa Teresa de Jesus, cuando pasó por aquel lugar para ir á fundar á Segovia. Fortalecióse el alma piadosa de nuestra venerable niña con las palabras de la santa, que la echó su bendicion, pidiendo á Dios la alcanzase la del Espíritu Santo y la hiciese suya. A los seis años de edad la llevó su padre á Ciudad-Rodrigo, su patria, y allí, en contínua reclusion, porque su padre no gustaba de visitas, ni áun de los parientes, fué perfeccionando su educacion en el santo temor de Dios, no obstante que ella misma asegura que la gustaba vestir y parecer bien, por lo que creia se iba separando del camino del cielo, y aproximándose al del infierno, en el que opinaba hubiera al fin caido, si Dios con su divina misericordia no la hubiera separado de él. Tendria como cosa de unos ocho años cuando su padre fué á una aldea cercana en la que tenia alguna hacienda, y desde allí

pasó á ver á sus hermanas é hijas, que ya eran monjas en el monasterio de que ya hemos hablado, y preparándose para volver á la aldea, volviendo á su aposento despues de haber celebrado el santo sacrificio de la Misa, espiró en él de repente.

Muriendo el padre de la V. Mariana, como acabamos de decir, fué necesario que se casase su hijo mayor, el cual se fijó en la casa paterna con su esposa; y con él hubiera vivido la V. Mariana si no hubiera tenido vocacion religiosa, y no hubiera traido su padre cuando vino de Roma un breve para que sus cuatro hijas pudiesen estar seglares en el monasterio que mejor les pareciese.

Hacia ya algun tiempo cuando murió su padre, que una de las hermanas de la venerable habia entrado religiosa en el convento de santa Cruz de Ciudad-Rodrigo, que pertenecia á la órden de S. Agustin, y deseando que entrase en tan buena compañía la niña Mariana, la llevaron á él sus tias para que viviese en union con su hermana y se librase de los peligros del mundo. Confiesa la venerable, que aficionada al mundo y arrastrada por el demonio que la queria para sí, lloró mucho al entrar en el convento, pero que aunque solo tenia ocho años, la dió Dios la reflexion áun ántes que la conformidad, y que aquella primera noche que durmió ya en el convento, sintió en sí tal mudanza, que despertó otra que se habia dormido y olvidó al mundo, hasta el punto de ver con indiferencia que su tia la religiosa la cortase el cabello en el que habia tenido su vanidad, porque la habian dicho que era muy bello, y de ver á su hermano querido, que sintió mucho verla monja, sin pena de que él se quedase en el mundo y ella encerrada en el claustro. Aun cuando la hermana de la venerable pasaba por tan hermosa como desabrida, se llevó muy bien con ella, y una enfermedad que la dió de tabardillo, á causa sin duda de la repentina mudanza de vida, cambió de tal modo su condicion, que en lo sucesivo dejando de ser impertinente para los demás, sufrió con resignacion y silencio todos sus males, ofreciéndoselos á Dios; y así es que pocos pudieron alabarse de haberla oido quejarse de sus padecimientos, ni impacientarse por cosa alguna. Vivia la venerable en el convento con su hermana y con su tia en una misma celda, y la enseñaron á leer, pues que habia descuidado esto en casa de su padre, no tardando en hacer rápidos progresos y gustar mucho de la lectura de los buenos libros tan pronto como empezó á comprenderlos. Creciendo en amor á Dios, tomó muy á su cargo pedir á su divina Majestad por los que se apartaban de su buena causa; y así ella misma nos dice que hizo muchas oraciones y penitencias por que Dios llamase á sí á un corsario inglés, que habiendo sido ántes muy buen cristiano, habia renegado de la fe de Jesucristo, cuyo corsario murió al fin volviendo al seno de la Iglesia católica, lo que fué un gran

consuelo para Sor Mariana cuando lo supo, y dió por ello muchas y fervientes gracias á Dios. Enfervorizándose de dia en dia más y más su corazon, procuraba cuanto podia hacerla afecta al Señor, cuidándose poco de disgustar á los demás; y así es que hasta llegó á ser reprendida por sus tias por descuidar su persona. Buscó en la vida de las santas que la concedian leer, una que proponerse por modelo para imitarla en lo que pudiese, y halló cuanto deseaba en la gloriosa Sta. Catalina de Sena, á la que se propuso seguir paso á paso sin decírselo á nadie. «Tanto me dolian, dice esta sierva del Señor, las imperfecciones como los pecados, porque cualquiera cosa que me parecia disgustaria al Señor, me afligia.» A los diez años por disposicion de su confesor recibió por primera vez la sagrada Eucaristía, y ya desde entónces puede decirse que prefirió la humildad á todo, y así es que para mejor observarla y mortificarse, no se disculpaba cuando la reprendian por culpable de alguna falta, ya fuese real ó supuesta, por lo que recibió de su tia una vez una zurra de azotes inocentemente, cosa que sintió mucho esta cuando descubrió la verdad, admirando que sufriese el castigo sin disculparse para librarse de él. Confiesa la venerable, que gustaba más de escoger por sí los ejercicios y penitencias, que observar los que le imponia su tia, lo cual era obra del enemigo; pero que salia bien castigado su amor propio en esta lucha al ver que por su mayor obediencia se preferia su hermana á ella. Era de natural vergonzoso y extremado en cosas de honestidad, y así es que áun cuando iban niños al convento y jugaban con las demás niñas, Mariana jamás les acompañaba. Dió el Señor á una de las tias de la venerable una gravísima y pútrida enfermedad, de la que murió asistida por su hermana y por sus dos sobrinas, que como toda la comunidad vieron en esto la muerte de una santa, pues tal podia considerársela por sus virtudes y por la alegría con que murió en enfermedad tan terrible. Tocó Dios el corazon de la hermana de la V. Mariana, que tenia unos quince años, y abandonando los proyectos de casarla, por ser tan hermosa, que habia hecho la familia, tomó el hábito de religiosa en el mismo convento, y durante el año de su noviciado, cayó gravemente enferma la V. Mariana hasta el punto de tenerla que suministrar los Sacramentos, y de obligarla á hacer testamento; pero al fin salió con vida de tal apuro, porque la reservaba Dios para grandes cosas. La muerte de su tia, la larga enfermedad que ella misma sufrió, y el haber visto espirar á otra religiosa, la hizo pensar sériamente en el juicio final y en la muerte, y engolfada en estas ideas, y considerando la pasion y muerte del Redentor, la dió su divina Majestad grandes consuelos, y aumentó su devocion y su deseo de consagrarse enteramente á su santo servicio. A pesar de ser seglar la nombraron las monjas enfermera, confiando en su bondadoso carácter, y «tuve salud y fuerzas, dice, para hacer-

lo de manera, que en aquel verano hubo más de doce enfermas, y estando en diferentes aposentos, los barría y hacia todo lo que habian menester, sin tener más que una lega que las guisase la comida: entónces murió una monja y veléla con todo este trabajo no sé qué noches.» Enfermó la hermana de la V. Mariana de mal de corazon y tuvo que asistirla, pero como no podia verla, y la trataba con tal severidad que hasta la pegaba, no obstante la humildad y paciencia de Mariana, llegó hasta sentir hallarse en el convento en donde tan mala vida la aguardaba, pues que la enfermedad de su hermana era muy larga. Supo su hermano querido lo que padecia, y la propuso salir del monasterio y vivir en su casa, y si bien Mariana, cansada de la desabridez de su hermana, consintió en un principio, cuando llegó ya el caso de salir, tocó Dios su corazon y decidió quedarse, prometiendo no ofenderse de nada y llevar con paciencia cuantos trabajos pudieran venirla, ofreciéndoselos al Señor en pago de sus culpas, como lo hizo con una grave enfermedad que la dió el Criador por este tiempo.

Confiesa la V. Mariana que el diablo procuró tentarla separándola del buen camino y de su aficion á la oracion, la que por el asiduo cuidado que tenia en asistir á su hermana se fué enfriando. Dedicándose á leer algunas de las jóvenes que se educaban en el convento libros de caballerías, se aficionó tambien á estas lecturas, que celebraba como las demás, lo que la fué haciendo gustar de otros entretenimientos. Un hermano de una monja amiga suya iba á verla con frecuencia, y prendado de sus gracias, trató de enamorarla; pero si bien llegó á oirle con gusto, confiesa que no le tomó aficion, hasta que arrepentida de haberse oido galantear un dia en el que su corazon iba ya de vencida, se echó en el coro á los piés del Señor y prometió no volver á ver más á aquel hombre, y de este mismo modo se libró tambien de otro amante que se la declaró, y al que verdaderamente cobró aficion. Para consuelo de la V. Mariana y confirmarla más en sus buenos propósitos para que pudiese vencer las tentaciones del demonio, cayó por entónces el jubileo centenario, y se dió tan buena traza en hacer ejercicios piadosos y en mortificarse con penitencias, que su alma se sosegó recibiendo grandes consuelos espirituales. «Tomé devocion, dice, con los santos que ántes de serlo habian sido pecadores, como S. Pedro, S. Pablo, la Magdalena; eran los que yo más llamaba, y á David, á la Cananea y á la Samaritana; hacia lo que el publicano; poníame delante de nuestro Señor imaginándome léjos, y mirándole, no hacia más que estarme allí confundida y avergonzada de lo que era: los deseos de ser monja comenzaron á ser mayores, y así comencé á suplicar al Señor me los cumpliese. Hallábame haciendo oracion á las llagas de Cristo Señor nuestro, cuando ántes de acabarla, recibí un recado de mi hermano, para que me diesen el hábito si no querian

esperar, porque luego no podia ir él por haberse muerto su mujer. Yo me espanté de esto, porque sin haberle dado prisa envió los poderes, que otras veces que se la habia dado, no pude acabar con él que tratase de concluir mi hábito; yo no quise esperar, y así le tomé luego.»

Tomó la venerable el hábito, víspera del glorioso S. Guillermo, santo de la órden de S. Agustin del que era muy devota, cuando solo contaba diez y ocho años de edad. Desde entónces aficionóse extraordinariamente á leer y estudiar las obras que se iban publicando de la gloriosa fundadora Sta. Teresa de Jesus, con cuyas lecturas procuraba su perfeccion; pero segun lo que de sí misma dice, su noviciado fué muy trabajoso, tanto por sus contínuas enfermedades, siempre graves, y la de su hermana, cuanto por hallarse acometida de tentaciones y de escrúpulos. Desde que recobró la salud, despues de una fervorosa confesion de sus pecados que hizo, se entregó con doble empeño á la penitencia; levantábase á las tres de la mañana, no comia más de una vez al dia, y esta poco, tomaba disciplina diaria, y en algunos triplicaba este penoso ejercicio. Solo dormia tres horas, y muchas veces no en la cama sino en el suelo ó sentada en una silla, y cuando el sueño era pertinaz, le alejaba con la disciplina, para que el cuerpo no se entregase á este descanso de la naturaleza, y á veces se ataba los brazos á un palo de manera que solo pudiese estar en cruz, con lo cual vencia de tal modo el sueño, que llegó á lograr pasar muchas noches sin dormir nada, orando con gran contento siempre que oia dar las horas al reloj, y jamás se retiraba de la oracion hasta oir las doce, hora en que sabia que otros religiosos y religiosas se levantaban á rezar maitines. Tres meses la faltaban para profesar, cuando murió su tia de un fuerte y agudo dolor de costado, á los sesenta años de religiosa, y dice que pocas horas ántes de morir hizo la leyese la meditacion de la gloria de los bienaventurados, escrita por Fr. Luis de Granada. Si bien habia sido casi siempre tornera, así como su difunta hermana priora de aquella santa casa, ella murió tambien de priora, en cuyo cargo habia dado ejemplo de virtud y santidad, por lo que no se dudaba de que disfrutaria de la gracia de Dios en el cielo.

Mucho sintió la V. Mariana la muerte de su santa tia; pero al verla morir tan alegre y juzgándola entre los bienaventurados, se consoló de tan gran pérdida. Llegó su hermano, y en seguida se verificó su profesion, siguiendo despues de ella el género de penitencia que se habia impuesto; y áun cuando á poco llegó la época de elecciones, no fué nombrada sacristana como se pretendia; pero lo fué su hermana, la que por estar siempre enferma, fué preciso que la venerable hiciese sus funciones; y como no por esto abandonaba el coro y la asistencia de la enferma, andaba tan ocupada, que la hubiera faltado el tiempo para entregarse á sus devotos

ejercicios extraordinarios, si no la sobrase la voluntad, y sobre todo si Dios no la asistiese, aumentando sus fuerzas. «Y cuando me hallaba cansada, dice, acordábame del cansancio de Cristo nuestro Señor cuando llegó al pozo de la Samaritana, y allí le buscaba muchas veces, y paréceme que siempre le hallaba amoroso para mí, dándome entrada para que le acompañase echada á sus pies largos ratos. Nunca busqué á este Señor que no le hallase, no solo sufriéndome las ofensas que le habia hecho; mas perdonándomelas, me las favorecia y regalaba.» Cuando se la obligaba á acostarse en el dormitorio, lo que era por efecto de obediencia más que por gusto suyo, procuraba tomar el sueño, segun ella misma dejó escrito, en alguna parte de la vida de Cristo, en donde más á solas le hallase, ó en el huerto, ó en la popa de la nave, en el vientre de su santísima Madre, ó en otras semejantes; y cuando se despertaba, si no era aún tiempo de vestirse para levantarse, rezaba una breve oracion, siendo lo más frecuente el *Gloria Patri* la que le daba siempre gran consuelo, porque la recordaba á Dios trino y uno, sin principio ni fin, y otras veces repetia los cinco primeros versos del salmo *Benedic, anima mea*, y á la mañana se entregaba á otras oraciones. Durante el dia tenia tambien sus oraciones y consideraciones piadosas, y así hallamos que dice: « En las cuatro partes de la casa consideraba las cuatro llagas de pies y manos, y en el refectorio la compostura y abstinencia de Cristo nuestro Señor. Algunas veces comia con él en los convites que le hicieron, y en el que yo tenia un consuelo era en el de la cruz. En la celda y locutorio sus divinos ojos, y en el confesonario sus orejas, y allí me consolaban con gran gozo las palabras de *Ego te absolvo*, imaginando que me las decia este Señor, lavándome juntamente con su sangre y méritos infinitos, y así que le decia: *Dominus retribuit pro me*, con cuyas consideraciones andaba la V. Mariana siempre con el Señor y por el Señor, que era su constante compañía y mayor consuelo. Jamás se hallaba más contenta que cuando se encontraba sola por la noche en el coro, embebida en sus meditaciones, pues que entónces parecíala gozar de la presencia del divino esposo, con el que se entretenia en divinos coloquios, que alegraban su alma y henchian de amor, y encendian de amor divino su amanté corazon.

Quéjase la V. Mariana de haber dado entrada impensadamente á la ira en su corazon, por lo que reprendia á las demás monjas algunas veces sin autoridad, lo cual la produjo no pocos disgustos, y añade que tendria cerca de unos veinte años cuando levantaron á su hermana y á ella la calumnia de haber quebrantado una excomunion que habia puesto el P. Provincial, por lo cual hubo algun escándalo en el convento; pero que mandando á él el P. General, que habia venido de Roma, á un visitador á informarse del caso, como no halló confirmada la verdad del hecho, se terminó aquel asunto

sin que se infiriese disgusto alguno á las hermanas acusadas, si bien no quedó tranquila una de las calumniadoras. Como las necesidades de su hermana fuesen muchas, por su larga enfermedad, y no pocas las de la sacristía que le estaba encomendada, y careciese de medios para atender á todo, no pudiéndoselos pedir á sus hermanos, que se hallaban léjos de aquel lugar, la fué preciso ocuparse en trabajos de manos que la proporcionasen algunos recursos, y Dios la dió fuerzas suficientes para atender á todo. Aun cuando cada vez fué más levantada su oracion, como quien encontraba siempre á Dios en su camino, ó por mejor decir, le llevaba siempre á su lado, no por eso dejó de tener émulas envidiosas en la comunidad, que tomaban á hipocresía todas sus acciones; pero la venerable sufria sus impertinencias é injurias con la mayor paciencia, viendo en esto mismo una señal inequívoca de las bondades del Señor, que la ejercitaba en estos sufrimientos para mejor probar su fe y darla motivos de confirmarse en ella. Teniendo presentes las palabras de S. Juan, de que el que dice que ama á Dios y no ama á su prójimo camina fuera de la verdad, procuraba no reparar en las faltas de los otros, curándose siempre de las suyas y teniéndolas por mayores, si bien confiesa que algunas veces ensuciaba su alma reparando en las faltas ajenas: mas esto debia ser efecto más de sus escrúpulos, que de que así sucediese.

A la edad de veintiseis años se la ocupó en algunos oficios de la comunidad, que se queja de no haber llenado cual debia, efecto de su mucha humildad y sobrada modestia. Aun cuando su hermana estaba siempre enferma y que apénas tenia treinta años, como pareciese un año ántes que hubiese recobrado la salud, la eligieron por priora de la comunidad; y á poco de haber subido á semejante dignidad se empeñó en que la venerable fuese tornera, cuyo oficio sirvió por obediencia, no sin grandes trabajos que ofrecer á Dios. Ayudó á su hermana con sus consejos en la direccion del convento el B. Simon de Rojas, de la órden de la Santísima Trinidad. Un año y nueve meses ejerció el cargo de priora, al cabo de los cuales, en los que edificó con su ejemplar vida á las religiosas, empezó á echar sangre por la boca y empezó una larguísima agonía, diciendo á su hermana ántes de morir aquellas palabras de S. Pablo: *Scio cui credidi et certus sum*, etc., y despues de haber arengado á la comunidad y despedídose de ella, murió con la mayor tranquilidad á los treinta y un años no cumplidos. Sintió tanto la muerte de su hermana la V. Mariana, que áun cuando ella no lo achaca á esto, cayó en tan grave enfermedad, que se temió pasase á ética. Sus hermanos, que se hallaban entónces en el lugar, y en particular el mayor, que la queria mucho, hizo cuanto pudo para sacarla del convento para que se restableciese en su casa, y para ello dió la licencia el P. Provincial; pero la

venerable no consintió salir de modo alguno, temiendo que el aire del mundo la inficionase, y por lo tanto su familia tuvo que conformarse, contentándose con ponerla una criada que la cuidase durante su enfermedad. En este mismo tiempo quiso el provincial se hiciese la eleccion de priora; y áun cuando se hallaba enferma nuestra venerable, ya que no podia asistir al capítulo, se empeñaron todas en que propusiese; lo hizo de dos monjas para que eligiesen entre ellas, y como la elegida no fuese á gusto de todas, la criticaron por ello y se movió tal desórden, que fué necesario volver á hacer la eleccion, áun á disgusto del provincial y costando á Mariana no pocos sinsabores.

Acreditase lo poco que se apartaba de Dios esta religiosa cuando se la ve escribir en su vida: «Todo mi cuidado era no ofender á nuestro Señor en lo que entendia que se disgustaba, y si caia, llegarme luego á los Sacramentos. Siempre que salia de la celda le suplicaba me echase su bendicion, pidiéndosela de rodillas con las palabras: *Trahe me post te*, etc.; y á cada momento se la oia decir áun dormida: *Benedic, anima mea, Dominum*, y como no se olvidase jamás de que era pecadora, al dirigirse en súplica al Señor decia con el rey profeta David: *Et peccatum meum contra me est semper.*

Al poco tiempo de profesar la V. Mariana, se fundó en Madrid el monasterio de las Descalzas, y concibió, segun ha dejado dicho, grandes deseos de ir á él; pero áun cuando pidió licencia al P. Provincial para llevar á cabo su designio, no tuvo este efecto, á causa de las lágrimas de su hermana, que se lo impidieron, y lo propio sucedió cuando trató de pasar á servir al Señor en la religion de Carmelitas, á la que fué muy afecta. Como leyese en la vida de Sta. Teresa la fundacion de Avila, vínola al deseo hacerse ella tambien fundadora, á cuya idea se asustó, por no creerse digna de tanto honor, por faltarla la suficiencia y santidad para tan grande empresa. Llegó el tiempo de la eleccion de priora, y dividiéndose las monjas en ella, queriendo las unas fuese nombrada la V. Mariana, y oponiéndose tenazmente las otras, porque decian que era muy rigurosa. Mucho disgustó á nuestra Madre que se pensase en ella para tan alta dignidad, y más cuando vió los ánimos tan divididos, y así es que pidió de todas veras á Dios no consintiese su eleccion; pero como la queria para que le sirviese mejor en este cargo, la dió á entender su voluntad soberana, con la que se conformó, y la eleccion recayó en ella, á pesar de las intrigas con que las que no la querian procuraron evitarlo. La priora dióse tal traza, ayudada de Dios, para poner á las monjas en paz unas con otras y con ella, que lo consiguió con gran contentamiento de toda la comunidad y suyo, por lo que dió infinitas gracias al Señor, que tanto la favorecia.

Llegaba el tiempo de acabar el trienio de priora, cuando el P. Provin-

cial se ocupaba ya en la fundacion de Eybar; pero se detuvo este Padre, que lo era el Mtro. Fr. Agustin Antolinez, más de lo necesario en Ciudad-Rodrigo para tratar con la persona que habia de dar la hacienda para la fundacion que premeditaba, de modo que se detuvo algo más la eleccion que habia de sacar de priora á la venerable y nombrar otra en su lugar. Dióla cuenta el P. Provincial de la fundacion que traia entre manos, en la que queria se observase con toda perfeccion la regla de S. Agustin, fundacion que la pedian algunas monjas muy graves de la Orden, pero que nada la habia querido decir hasta consultarlo con ella, y la comunicó sin reserva todas sus aspiraciones y deseos. Al saber la gran distancia de aquella tierra en que habia de hacerse la fundacion, repugnó la venerable, y áun no se sintió muy afecta á ello cuando supo del provincial que habia pensado en ella para fundar el nuevo monasterio; pero herido su corazon instantáneamente como de una aguda saeta, conoció que la voluntad del Señor era que secundase las miras del provincial, y se puso enteramente á su disposicion. Encargándola el secreto y no diciéndola que la queria por priora, conociendo que entónces se hubiera negado á seguirle, la manifestó que irian dos monjas de Toledo. Hízose la eleccion de priora en una señora, que admitió confiada en que la venerable su amiga la asistiria con su experiencia y consejos á dirigir la comunidad, y convenidos en todo, partió el provincial para Salamanca, desde donde escribió á la priora que trataba de sacar monjas de aquel convento para una nueva fundacion. Tan luego como se divulgó en el convento que era la venerable la elegida para la nueva fundacion, se revolucionaron las monjas, que la querian mucho, y buscaron cuantos medios pudieron para evitarlo, hasta el que declarasen los médicos que peligraria su vida mudando de lugar; pero la cosa estaba ya decidida por el provincial con asentimiento de sor Mariana; ni las lágrimas ni los ruegos de las religiosas pudieron evitarlo. Debemos advertir que cuando esto sucedió habian ya muerto los hermanos de la venerable, de manera que no podian tampoco detenerla ya en aquel lugar los lazos de familia.

Parécenos conveniente ántes de continuar la vida de la V. Mariana decir alguna cosa acerca de los motivos que dieron orígen á su primera fundacion, en lo cual seguiremos en sus noticias al expresado Muñoz en su introduccion al segundo libro de la vida, que escribió aquella de sí misma, que es la que vamos teniendo presente en este artículo. Buscando algun consuelo Doña Magdalena Mallea, señora muy principal de la villa de Eybar, en la provincia vasca de Guipúzcoa, por la muerte de su hijo único, trató de hacer fabricar inmediato á su casa una ermita dedicada á la Concepcion Inmaculada de la Reina del cielo. Enfermó á este mismo tiempo Juan Bautista de Lejalde, hijo de Francisco de Lejalde, pagador general de los ejércitos del rey de España

en Flandes, y de Doña María de Mallea. Viendo esta señora el gran peligro en que se hallaba su hijo, prometió, entre otros votos, fundar una iglesia á los gloriosos mártires S. Cosme y S. Damian, con cuyos protectores alcanzó de Dios la salud de su querido hijo. Despues la pareció que juntando su promesa con la de Doña Magdalena de Mallea, podian hacer competente iglesia y habitacion para cuatro ó seis beatas de la órden de S. Francisco, juntando las vocaciones, y que fuese la iglesia de la Purísima Concepcion y de los santos mártires S. Cosme y S. Damian. Trataron despues de dar esta fundacion á las Madres descalzas Carmelitas, pero ocurrieron dificultades que lo impidieron, y lo propio sucedió al pedir monjas descalzas á los PP. del seráfico S. Francisco. Tenia sin duda dispuesto Dios que fuese esta santa casa principio de la Recoleccion Agustina, y todo lo fué encaminando á este fin. Como ántes de cumplir el voto acometiese otra grave enfermedad á Juan Bautista de Lejalde, un religioso de la órden de Sto. Domingo le manifestó que si se dirigia á la órden de S. Agustin, en esta se satisfarian sus deseos, y con este motivo escribió á Valladolid á un caballero amigo suyo, para que tratase de este asunto con el provincial de S. Agustin. Eralo á la sazon el docto y santo varon Fr. Agustin Antolinez, catedrático de prima de teología de Salamanca, que despues fué arzobispo de Santiago, y del que ya hemos hablado. Admitió este sabio y piadoso religioso la fundacion, pues que por este motivo vió que podria satisfacer los deseos de algunas religiosas de la Orden, que deseaban mayor perfeccion de vida. Y despues de pedir á Dios por medio de la oracion le iluminase en esta gran empresa, para que llegase á redundar en su mayor honra y gloria divina y bien de las almas, escogió para primera piedra y fundamento del edificio que se deseaba levantar á la V. M. Doña Mariana Manzanedo, á la que invitó de la manera que ya dejamos expresada. Del mismo convento de Sta. Cruz sacó para compañera suya á Doña Leonor de Miranda, la que despues se denominó de la Encarnacion. Del convento de Sta. Ursula de Toledo sacó á Doña María de Covarrubias, que se llamó despues de Jesus, y fué religiosa de insigne santidad; á doña Constanza de Rivera, despues de San Pablo, las cuatro monjas agustinas de gran virtud. Juntáronse estas religiosas en el convento de Gracia de su Orden, en donde se hallaba la venerable aguardando á las que venian de Toledo, y de allí pasaron á Burgos, en donde fueron hospedadas en la casa en que junto al convento se recibia á los que iban á visitar la devotísima y milagrosa imágen de Jesucristo que allí se venera. Los PP. del convento de Burgos intimaron á las religiosas la patente del P. provincial Antolinez, en la que nombraba por priora á la M. Mariana de San José, que dejó su apellido de Manzanedo, otorgando que ella eligiese los demás oficios. Mucho dolió á la humilde Mariana esta eleccion; pero pasando por ella como súbdita obediente, suplicó

al provincial nombrase los oficios, y conviniendo en ello nombró por superiora á María de Jesus, tornera á Constanza de San Pablo y sacristana á Leonor de la Encarnacion.

Llegaron á Eybar las Madres el dia 7 de Mayo de de 1603, y tanto los piadosos fundadores como los habitantes de la villa, las recibieron con mucho gozo, y como quisiesen apearse en el convento, las hospedó el patrono y Doña Francisca Idiaguez, su mujer. Acompañadas al dia siguiente de toda la nobleza y señoras de la villa, fueron á la iglesia parroquial, adonde confesaron y comulgaron las religiosas, y ordenada una solemne procesion con copiosa clerecía llevaron el Santísimo Sacramento á la nueva iglesia, y cantando himnos y salmos colocaron al Señor en el tabernáculo. Despues pasaron á la portería donde dieron judicialmente posesion del convento á las religiosas el dia 8 de Mayo del expresado año 1603, dia de la gloriosa Ascension del Señor á los cielos. Establecidas en aquel convento, las que con la venerable M. Mariana habian abandonado su patria buscando mayor perfeccion de vida, empezaron á guardar la regla de S. Agustin para su rigorosa observancia, á fin de observar y renovar aquel espíritu primero de soledad y oracion establecido por el glorioso fundador. Dióles constituciones prudentísimas el P. Provincial, las que fué ajustando la M. Mariana con el parecer de hombres doctos y espirituales, sacadas las más de ellas de las que estaban admitidas en toda la Orden y aprobadas por los sumos pontífices, y luego que llegaron á obtener su perfeccion las hizo confirmar por dos nuncios apostólicos, y últimamente por el sumo pontífice Paulo V, y se imprimieron en Madrid el año 1616. La ocupacion y ejercicios, segun la regla, de estas santas vírgenes en las veinticuatro horas del dia natural, las dispuso la venerable del modo siguiente, que es como se observan en todos los conventos de religiosas Recoletas de esta Orden. A las cuatro y media en el verano, y á las cinco y media en el invierno, se toca por todos los dormitorios una campanilla para que se levanten las que no lo estan. Pasada media hora se da la señal para la oracion mental, y juntándose todas en el coro, invocan primero con el himno *Veni Creator Spiritus* la gracia del Espíritu Santo para una obra de la que es el único maestro. Empiézase por leer en algun libro devoto el punto que ha de dar materia á la meditacion, y en seguida se estan una hora en oracion, y haciendo señal la campana, rezan inmediatamente prima y tercia: despues de dichas estas horas sale una Misa, á la que asisten las que han de comulgar aquel dia, y las demás se van á los oficios en que les ocupa la obediencia. Luego sale otra Misa, á la que asisten las mismas, ocupándose en dar gracias á nuestro Señor despues de haber comulgado. A las nueve en verano y nueve y media en invierno, las llama la campana á las segundas horas. Júntanse en el antecoro y entran

por órden diciendo el salmo *De profundis*. Acabadas, se dice Misa mayor, y á las once en invierno y diez y media en verano, toca la campanilla á refectorio: todas las religiosas se recogen á hacer exámen de conciencia hasta que se toca la segunda vez, en cuyo caso entran tambien con órden diciendo el mismo salmo. Bendícese la mesa conforme al Breviario, y la que preside hace la señal para que coman: miéntras dura la comida hay leccion espiritual, y se hacen las penitencias regulares conforme á los defectos que se hubieren hecho á discrecion de la prelada. Al acabar la comida se vuelve á hacer la señal y se dan gracias, y luego se recogen á las celdas ú oficios, á excepcion de cuando la prelada manda que haya recreacion dos ó tres veces á la semana, la cual consiste en una conversacion santa ó entretenimiento religioso. A las dos de la tarde se toca á vísperas y completas, léese despues por un rato algun libro espiritual, y acabada la lectura se dice la letanía de nuestra Señora con algunas oraciones. Salen luego del coro de dos en dos diciendo el salmo *Deus misereatur nostri*, órden y salmo con que se sale siempre del coro, y se vuelven á recoger á sus oficios hasta las cinco de la tarde en todo tiempo, que se vuelve á tocar á la oracion mental, y con el mismo órden que la de por la mañana, dura de cinco á seis. Dícese luego un nocturno que llaman la benedicta de nuestra Señora, voto de la Orden, á excepcion de cuando se reza de feria, que se dice á completas, y á esta hora los maitines de nuestra Señora. Inmediatamente se va al refectorio, ménos los dias de ayuno de precepto, que se va más tarde, y despues á sus ejercicios. A las nueve de la noche llama la campana á maitines, y juntándose las religiosas entran en el coro del modo que se ha dicho. Acabadas laudes, se dice una antífona á nuestra Señora cantada, y otra á la cruz con sus oraciones. Recógense despues á sus celdas, y se cierran los dormitorios hasta la mañana á la hora expresada: lo demás del tiempo, á excepcion del que pasan en sus particulares devociones y ejercicios, estan encerradas en sus celdas haciendo labor para la sacristía y culto divino; pues que la labor necesaria para la casa no la dan á hacer fuera del convento, y obra de las religiosas es lo más precioso y rico de los ornamentos que posee el Real convento de Recoletas de S. Agustin de la Encarnacion de Madrid. Como hemos visto, el método de vida de estas Recoletas es un ejercicio perpétuo de obediencia, oracion y mortificacion: cantan sin punto en un tono bajo y grave, con pausa moderada en lo cantado y rezado, á excepcion de los dias solemnes que dispone la regla ciertas diferencias. Comulgan los domingos y los jueves, no siendo fiestas de Jesucristo ó de nuestra Señora, que son las solemnes por constitucion. Guárdase la pobreza con tal rigor, que ninguna religiosa puede dar ni recibir, sin licencia, ni áun una estampa. Las celdas son pequeñas, con sus paredes enteramente desnudas: tienen la cama sobre unas

tablas ó corcho, con solo un jergon de paja, sábanas y almohadas de estameña y una ó dos mantas: una cruz con pililla de agua bendita, una estampa, un crucifijo, unos libros de devocion, la labor que cada una hace, un candil ó candelero, y un corcho ó esterilla en que sentarse son los únicos muebles y adornos de cada celda. El hábito es de jerga ó sayal blanco de poco ruedo para diario, y de la misma tela es el negro de que usan en ciertos dias: van ceñidas con una correa ancha; los hábitos interiores para abrigo son igualmente pobres y ásperos con túnicas de estameña, excepto las que estan enfermas, á las que se las permite lienzo grosero; tocas de lienzo, velo de beatilla teñido, y sobre todo grande, que cuando entran seglares les cubre hasta la cintura sin dejarse jamás ver el rostro. La comida, la indispensable para el sustento, y pobre. Ayunan desde la Cruz de Setiembre hasta Natividad, y desde la Septuagésima hasta Pascua de Resurreccion; los ayunos de la Iglesia y de las fiestas de nuestra Señora y miércoles, sábados y lunes de todo el año. Tienen disciplina tres dias á la semana, lunes, miércoles y viernes despues de maitines, no siendo dias de fiesta. Cada quince dias se celebra capítulo de culpas, y se reprenden y dan penitencias, que es acto de mucha mortificacion y humildad. Incluso la madre priora, acuden á la cocina y á las más humildes haciendas de la casa: mucho retiro, continuo silencio, trabajo de manos sin tregua y clausura de la más estrecha que pueden tener las religiosas más recogidas.

A 22 de Marzo de 1604, el padre provincial de la órden Agustiniana, el expresado Fr. Agustin Antolinez, expidió su órden para que con arreglo á la regla establecida hiciera su profesion de recoleta la V. Mariana de San José como priora, y las demás monjas, y asi se hizo segun consta de los documentos que insertó el ya nombrado licenciado Muñoz en la obra citada. Además de nuestra venerable, la primera casa de recoletas Agustinas de Eybar, tuvo religiosas de suma santidad, cual pueden considerarse á la Madre Mariana de la Fe, natural de Salamanca, que fué tres veces priora, y sustituyó en ausencias á la fundadora, que murió el dia de S. Antonio Abad de 1635; la M. María de Jesus, que vino del convento de Santa Ursula de Toledo, y murió con fama de gran virtud en el dia de Santa Leocadia de 1611; la M. María Magdalena de San Agustin, que falleció el dia de la Concepcion de 1612, y la humildísima hermana Juana de San Nicolás, cuya vida fué un continuo milagro, que murió en olor de santidad el 13 de Abril de 1627.

Volviendo ahora á hacernos cargo de la vida que de si misma escribió por obediencia nuestra venerable, hallamos que salió de su monasterio para la fundacion de Eybar el dia 18 de Abril de 1603, á los treinta y cinco años de edad, cuyo dia dice que fué de juicio en aquel convento, pues que las religiosas todas llorando no sabian cómo desasirse de ella, ni la venerable

cómo dejarlas. Acompañáronla varios religiosos y caballeros hasta Vitoria, en donde se hospedó en el convento de Santa Clara, á la que tenia especial devocion, y desde allí pasó á Eybar, en donde dice la recibieron del modo que dejamos indicado, y cuenta las tentaciones que al principio la suscitó el demonio, su descontento y los favores que la prodigó el Señor en continuas visiones y arrobamientos. Manifiesta la profesion que hizo de nuevo como recoleta, segun ya lo hemos apuntado, y las nuevas visiones de nuestro Señor y de su Santísima Madre que tuvo, las que la hicieron ir conociendo más y más la nada del mundo y de su ser, y la grandeza del Dios de las misericordias.

Habiéndose acordado extender la nueva recoleccion de S. Agustin, mandóse á la V. Mariana de San José salir de su convento de Eybar para fundar el convento de Medina del Campo, fundacion piadosa de Doña Agustina Canobio, persona de gran virtud, que se consagró á Dios tomando el hábito de religiosa en la casa que ella misma dió á la religion agustina. Salió á este fin de Vizcaya la venerable, acompañada de su confesor, que la proporcionó el consuelo de comulgar diariamente. Despues de pasar mil trabajos por los ásperos caminos que tuvieron que andar, llegaron á Burgos, en donde se apearon en la hospedería de S. Agustin, y á los pocos dias llegaron á Medina del Campo, y como al siguiente dia fuese la Pascua del Espíritu Santo, la llevaron á misa al convento de S. Agustin, en donde se reunió tanta gente, que atropellaron á la venerable y llegaron hasta golpearla unas mujeres, por lo que en lo sucesivo se la dijo la misa en la casa de la fundadora del monasterio, que fué donde la hospedaron. El dia de la víspera de la Santísima Trinidad fueron á la casa que se habia comprado para el convento, y quedándose ya en ella con la fundadora, al dia siguiente se dijeron tres misas, mas no pudo establecerse el Santísimo Sacramento, porque el padre provincial quiso dar por sí mismo ó asistir á dar la clausura, y como se hallase en capítulo, fué forzoso aguardar aún dos meses, los cuales los emplearon en orar la venerable, la fundadora y seis jóvenes que habian llegado á tomar el hábito seglar. Como se estuviese haciendo la obra de la iglesia y del convento, hiciese mucho calor, la parte que podia habitarse fuese muy reducida y tuviesen muchas visitas, la venerable tuvo mucho que sufrir en esta ocasion, acostumbrada á una vida más tranquila y metódica. Diez y siete llegaron á juntarse para esta fundacion, todas novicias, y entre ellas una señora principal, que ya era novicia de un convento de la Orden en Burgos, la cual vió la venerable de una manera que no la hizo pronosticar bien de su venida, que parecia forzada segun lo que lloraba y decia. Mucho tuvo que padecer la venerable con las exigencias que imponia por escritura el patrono de aquella casa, siendo así que apénas daba hacienda para sostener

un par de monjas; pero á pesar de las justas razones que dió para anular esta escritura y otra de otra hacienda que se cedia al convento con cargas superiores á ella, no pudo evitar que se llevasen á cabo por pasar por ello el P. Provincial que era amigo del patron, que por último tomó posesion del patronato la víspera de la festividad de nuestra Señora de las Nieves, en que se dieron los hábitos á las nuevas religiosas. Púsose al siguiente dia el Santísimo Sacramento en la iglesia, y empezó la comunidad á entrar en funciones, pero como cayese mala la superiora y maestra de novicias, hasta el punto de tenerla que dar la extremauncion, durase mucho en este estado, en cuyo tiempo fueron cayendo enfermas todas las novicias, sin quedar más que una monja y dos legas en estado de ayudar á la venerable, esta tuvo que acudir al torno, á la sacristía, á la cocina, á las enfermas, y á todo, incluso hallarse al cuidado de la cancillería, que estuvo por aquellos dias en el convento, la paciente priora tuvo mucho que padecer y ofrecer á Dios, que al fin la sacó de tan gran apuro mejorando la salud de las monjas, y proporcionándola recursos para atender á aquellas imperiosas necesidades. Los ejercicios de caridad que en este tiempo tuvo que practicar, encendieron en ella su corazon y la proporcionaron deliciosísimas visiones con su Dios, que la confirmaron en ella y la aumentaron el ardiente deseo que la abrasaba de padecer por su causa y por acercarse más á él. Llegó á faltar á esta casa el confesor, los médicos, la medicina y hasta la leña para guisar la comida, pero con sus oraciones y diarias penitencias proveyó el Señor á todo, pues que sin duda lo disponia así para mejor probar su fe y asegurarla en ella, para que la nueva recolecion de las Agustinas fuese más provechosa y quedase asentada sobre las fuertes bases de la humildad y de la penitencia. Una religiosa que llegó de Burgos se portó de tal modo con la venerable, que trajo algunos trastornos; pero estaba tan protegida, que áun cuando quiso sacársela del convento, porque ni por su salud, ni por su carácter la convenia estar en él, no pudo ser, ántes por el contrario se trató de hacerla prelada, con lo cual y con resistirse la venerable á descubrir los escudos de armas del patrono, y á pasar por las exigencias de su escritura de fundacion, á lo que se oponia su conciencia, llegó á disgustar al provincial P. Antolinez, el que sin embargo dió la órden que pues la monja inquieta aún no habia profesado y se queria ir, que la mandase á su casa, lo que así se hizo. Pero apénas llegó la novicia exclaustrada á Valladolid, en donde por estar la corte estaban los más graves Padres de la Orden, empezaron las intrigas contra la venerable, y ocultando que fuese novicia, y aquella jóven ántes diciendo que era monja, se escandalizaron de tal modo los Padres, que conferenciaron sobre mandar á la V. Mariana á un convento de la Orden en Francia, quitarla de prelada y cerrar el convento de Medina, con lo cual se

dividieron las opiniones, en contra unas y en favor otras de la venerable, que tenia tambien contra sí á los patronos por no haber querido pasar por sus exigencias. La calumnia se cebó tanto contra la venerable, que hasta hubo opiniones de que se la quitase el hábito y arrojase de la Orden como perjudicial; todo lo sufria con paciencia descansando en el testimonio de su conciencia y recibiéndolo como castigo de Dios por las muchas culpas que creia haber cometido. Cuando llegó la época de que profesasen las novicias, lo impidió el patrono hasta que se le reconociese su patronato, y sacó órden de suspension del Consejo para que no se permitiese la profesion hasta que la venerable mandase memoria de la hacienda y monjas que tenia en el convento. Hízose sacerdote por aquel tiempo el Lic. D. Francisco Perez, caballero de Medina, que empezó á decir Misa en la iglesia de las Agustinas, y enterado de las injustas calumnias que se habian lanzado contra la venerable, se puso de su parte con ánimo de auxiliarla en cuanto pudiese, y al efecto se puso de acuerdo con el licenciado Manrique, que era el que defendia á las monjas. Dióse éste tan buena traza, que sacó del consejo la provision para que pudieran profesar las novicias, lo que hicieron inmediatamente las trece que estaban dispuestas á ello, y despues recibieron el velo las demás, lo cual sirvió á la venerable de gran satisfaccion, si bien para que no fuese completa, la privó de la compañera que habia ido con ella á aquella casa, que se volvió á su antiguo convento.

Una nueva tribulacion vino á aumentar los trabajos de la venerable en esta fundacion. Una noche, á las once, se desbordó el rio y se entraron las aguas en el convento por las puertas y ventanas, pues que áun cuando por disposicion de la venerable se tapiaron repentinamente, el agua las rompió, abrió boquetes, y deshaciendo algunas tapias, se inundó la iglesia. Acudió todo el pueblo en socorro de las monjas, y lo mismo hicieron los Padres de la Orden y de la Compañía. Viendo que el convento se deshacia y que de todos modos quedaria inhabitable, rogaron á las monjas le abandonasen, á lo que se resistió en un principio la venerable, que cedió al fin á la necesidad y á los ruegos. Negóseles hospitalidad en el primer convento de monjas á que solicitaron las Agustinas acogerse; pero las de la Orden de Santo Domingo se les abrieron, y por último se fueron al de Santa María la Real, en donde las monjas Dominicas las cedieron parte del convento y una tribuna para rezar los oficios, como lo hicieron los trece dias que allí estuvieron. Arregló el buen sacerdote Perez una casa en donde se recogiesen las Agustinas, y uno de los dias de Pascua la ocuparon las religiosas, estableciéndose en la pieza que hacia de iglesia al siguiente dia el Santísimo Sacramento. Como el convento habia quedado casi destruido por las aguas, fuese necesario gastar mucho para volverle á habilitar, y siempre habia de ser húmedo

y por lo tanto enfermizo, y como por otro lado el pleito que á consecuencia de sus exigencias habia puesto el patrono á la venerable prelada dificultase más volver á él, el piadoso canónigo sacerdote Perez, con su anuencia habia alquilado esta casa, en que volvieron á establecerse las religiosas, que aunque un tanto reducida, era suficiente para ellas en tanto se tomaba otra determinacion ó no se aumentaba el número.

A poco de esto pensóse en establecer en la ciudad de Valladolid recolección de Agustinas, y se puso los ojos en la V. Mariana para la fundacion. El obispo de Valladolid pidió á los Padres permitiesen salir de Medina á la venerable, y correspondiendo á los deseos del diocesano, que lo era el patriarca de las Indias D. Juan Bautista Acebedo, los Padres de la órden de S. Agustin dieron la licencia para la fundacion en Valladolid, y para que la hiciese la venerable con las monjas de su casa que quisiesen acompañarla, y con las demás de la Orden que lo deseasen. Todo convenido, salió de Medina Sor Mariana con otras cinco monjas, el viernes de la octava del Santísimo Sacramento de 1606, yendo por ellas el Lic. Manrique, su apoderado y representante, que las manifestó la casa en que iban á parar, la cual era de una señora muy piadosa, que sería un bien para la Orden tomase el hábito en ella, presentimiento que como aviso de Dios tuvo ya la venerable desde que supo sus buenas prendas y religiosidad.

Llegaron las madres á Valladolid, y las salió á recibir Doña Francisca de Sotomayor y dos hermanas que entraron en la Orden, á las que podia considerarse fundadoras de aquella comunidad que iba á formarse, y llevándolas á su casa, esperábalas en ella el Dr. Sobrino y Doña María de Salazar, que las recibieron con grande afecto. Fueron tantas las visitas que tuvieron, que la venerable, que deseaba estar sola para la oracion y continuar en sus tiernos coloquios con su querido esposo, llegó á disgustarse de este género de vida y á desear estar en su convento separada del estruendo y bullicio del mundo. No acababan de desembarazar el convento, en que habia de hacerse la fundacion Agustina las religiosas que le ocupaban, y el Patriarca las invitaba, sin embargo, pasasen á él con el intento de que estando con aquellas unos dias se perfeccionasen más; pero la Reverenda Madre Mariana convenció al buen Patriarca de los perjuicios que á la fundacion podia causar aquella union, y no llegó á verificarse. Fué tal el encono del Padre provincial expresado contra la venerable, que llegó hasta ejecutarla por doscientos ducados, que le pareció hallar de diferencia en el libro de cuentas de Medina; pero bien repasadas estas por el canónigo Perez, hizo ver al Padre visitador lo ligero é injusto de su proceder, pues que resultaban en vez de ménos, cincuenta ducados á favor de la venerable de sus gastos, que se habia olvidado sentar. En tanto que se iban adelantando las diligencias para en-

trar en clausura, fué disponiendo la venerable el ánimo de la hermana Francisca de S. José, que deseaba gastar su hacienda en una casa contigua á la iglesia de las Franciscas descalzas para vivir en ella haciendo penitencia, y llegó por fin á persuadirla de quedarse con ella, ó al ménos en el convento, hasta que se decidiese á entrar religiosa, lo que al fin se verificó. Ya la venerable Mariana y sus monjas en el convento destinado para su estancia, la hermana Francisca y sus criadas, que tambien lo deseaban, acabaron por ser monjas de la Orden. Entraron las religiosas en su nueva casa dos dias ántes de la fiesta de S. Juan Bautista, y despues de bien arreglada la iglesia y el coro, el Patriarca dió el hábito á las monjas nuevas oficiando de pontifical. Y como la R. M. Mariana no la gustase mucho que la iglesia fuese, como era, parroquia, porque no podrian tener en oficios y demás la independencia que exigia su regla; viendo el Patriarca podia separarse el convento de la iglesia haciendo de lo que era el coro iglesia para la comunidad, lo mandó hacer así á su costa, con lo cual se fué á Madrid, dejando dos sobrinas suyas en el convento con intencion de que fuesen religiosas, lo cual no tuvo lugar por no tener ellas vocacion, con cuya noticia las sacó su tio del convento. En este convento de la Encarnacion padeció la venerable una dolorosa enfermedad de resultas de un clavo que llevaba en el bolsillo el dia que tomaron el hábito las nuevas monjas, y que se clavó profundamente en una caida que dió; pero en esta enfermedad cuenta que tuvo consuelos espirituales de gran precio en las visiones que experimentó, en las que la recordó el Señor los agudos dolores de su pasion y muerte. Dice, que como en uno de sus fervorosos arrobos viese á la Santísima Vírgen con su Santísimo Hijo en los brazos, como dándola gracias por la fundacion de aquella santa casa á nombre de la Encarnacion, entró en deseos de fundar en nombre y vocacion de nuestra Señora otras muchas, y especialmente de la Natividad, Visitacion y Expectacion; fijándose más en esta última por las mercedes que siempre la empezaba el Señor á hacer este dia, y ofreció solemnemente que si alguno la proponia nueva fundacion de su Orden, se titularia la casa de la Expectacion. Premió la Santísima Vírgen su devocion y santos designios, pues que llamándola al dia siguiente D. Pedro de Reinoso, señor de Autillo, varon de especial virtud, despues de haber dicho Misa, la manifestó los grandes deseos que tenia de hacer una fundacion de su Orden, para la cual la ofreció la hacienda, ornamentos y casa, que habia de llamarse de la Expectacion, y como la venerable estaba en el mismo propósito, ambos conocieron que aquello era providencia del cielo. Convínose en la fundacion y en que se hiciese el convento; pero surgieron tantas dificultades, que estuvo á punto de desbaratarse el proyecto, porque habiendo movido á D. Pedro la intencion de que fueran á la fundacion dos hijas religiosas que tenia en otra Orden, que

no estaban contentas en su convento, la venerable escrupulizaba el fundar llevando monjas que no fueran de la Orden, máxime cuando habian de ser las patronas; pero Dios, que deseaba se hiciese como á la venerable habia inspirado, mudó los corazones de las contrarias, y D. Pedro cedió áun cuando no fuesen sus hijas, de modo que el Dr. Manrique, siempre favorecedor de la venerable, sacó la licencia del Consejo para fundar en Palencia una nueva casa de recoletas de S. Agustin, á pesar de la oposicion que para ello puso el cabildo.

Salió la V. M. Mariana de San José de su casa de Valladolid con sus religiosas escogidas para llevar á cabo la nueva fundacion en Palencia, dos dias ántes de la Natividad de nuestra Señora, del año 1510; y habiendo sido muy bien recibidas y agasajadas por todos los pueblos del tránsito, y hecho oracion y oido Misa en sus iglesias, que todas estaban dedicadas á la Vírgen, de manera que parecia caminaba con ellas, llegaron á Palencia en donde la ciudad en masa salió á recibirlas, llenas las gentes de gozo de que Dios les mandase aquellas santas mujeres como ángeles protectores. Salióles á recibir la gente y el cabildo, yendo montados los clérigos en mulas á una ermita de la Vírgen, que está cercana á la ciudad, y seguian los coches de los religiosos; los principales caballeros de la ciudad á caballo, y la multitud á pie con gran silencio, de modo que se conocia bien que Dios nos acompañaba. Al llegar á la iglesia, á cuyas puertas estaban agolpadas todas las gentes que no habian salido al camino á recibir á las monjas, echaron á vuelo todas las campanas. Acompañáronlas á entrar en el templo los capitulares, y hasta la capilla en donde salió el obispo á recibirlas, el cual las llevó á mostrarlas el sagrario y la cueva de S. Antolin, á que tiene mucha devocion la ciudad, que le reconoce por patron. Despues de haber hecho oracion, las condujo el obispo á la casa de la fundacion, y en ella entregó el prelado las llaves á la venerable, y se retiró muy gozoso de verlas ya establecidas y lo mismo el pueblo, que se entregó á la alegría aquella noche. Al siguiente dia envió el cabildo una comision al convento á dar á las madres la bienvenida, y las contaron cómo aquella casa se la habia dado el obispo D. Francisco de Reinoso á la santa M. Teresa para que fundase en ella su monasterio, lo que no habia consentido el cabildo por estar tan cerca de la iglesia; pero que Dios sin duda la reservaba para ellas, puesto que les habia quitado aquellos escrúpulos. Este obispo Reinoso era tio del D. Pedro, que dió la hacienda al convento, por lo cual se puso su retrato en la iglesia con beneplácito de los pobres, que le querian mucho por los bienes que les hacia. El domingo infraoctava de nuestra Señora, se puso en la iglesia el Santísimo Sacramento, y con este motivo se celebró una gran fiesta, á la que asistió el obispo Don Felipe de Tarsis, oficiando la capilla de la iglesia mayor, cuyo cabildo tam-

bien asistió á la Misa, asi como cuanta gente podia contener el templo. Antes de la Misa entró el obispo con su secretario, y se verificó el acto de aceptacion de la fundacion, y temiendo este señor que no habiendo cumplido la venerable el trienio de prelada en Valladolid, la hiciese volver á aquella casa, para asegurarla en esta, hizo se la nombrase priora, para lo cual se hicieron ciertas escrituras. Volvióse el obispo á la iglesia, acabados que fueron estos actos, y se celebraron los oficios. En la misma tarde volvió al convento el obispo, y dió los hábitos en el coro á cinco doncellas pobres, pero muy virtuosas, con lo cual quedó terminada esta nueva fundacion, en la que fueron entrando despues muchas religiosas.

El libro tercero de la vida y virtudes de la V. M. Mariana de San José, que publicó el Lic. Luis Muñoz, se compone de cuarenta y cinco cartas que dirigió á sus padres espirituales, en que les daba cuenta del estado de su interior y de las misericordias que el Señor la hacia, las cuales copió en su libro el Dr. Gerónimo Perez, y le concluye con algunos de los actos y oraciones que la venerable mandaba hacer á sus hijas para ejercitarse en actos de amor de Dios, cuyas cartas, ó por mejor decir confesiones y oraciones, son en extremo fervorosas y edificantes.

Escribió la V. M. Mariana el discurso de su vida hasta que los reyes la trajeron á Madrid, en donde vivió veintisiete años; pero despues solo escribió oraciones y papeles misticos, y nada consignó de su mano sobre la fundacion del real convento de la Encarnacion de esta corte. En vista de esto, dice el Lic. Muñoz, en el libro cuarto de su obra, que la M. Aldonza del Santísimo Sacramento, que la sucedió en el oficio de priora, mandó á las religiosas escribiesen lo que habian visto y sabido de las acciones y vida de su querida madre, y obedeciendo como buenas hijas, lo hicieren así, con lo cual pudo continuarse esta historia, y á ella nos atendremos para terminar este artículo; pero ántes de entrar en materia sobre la venerable, nos parece deber dar cuenta de la fundacion del real convento de la Encarnacion y memoria de su angusta fundadora, la serenísima reina Doña Margarita de Austria, única esposa del rey de España D. Felipe III, teniendo en cuenta ya al Lic. Muñoz en su Vida de la venerable, ya tambien al reverendo ilustrado y erudito agustino P. Florez en su preciosa obra sobre las Reinas católicas de España.

La reina Doña Margarita fué hija del archiduque Cárlos, hijo segundo del emperador de Alemania D. Fernando, hermano de Cárlos V, primer rey de España de este nombre. Su hermana fué la archiduquesa María, hija del duque Alberto de Baviera y de Ana, hija del emperador D. Fernando; casas as más ilustres de Alemania, de Austria y de Baviera, defensores de la religion católica, ántes de que esta nacion fuese invadida por ideas irreligiosas.

Nació esta señora en la ciudad de Graz, metrópoli de Styria, el 24 de Diciembre de 1584, siendo la décima entre quince hermanos. Su educacion fué más de religiosa que de infanta, pues que hacia consistir sus delicias en la oracion y la visita de las iglesias y de los hospitales, siendo ejemplar su obediencia á sus padres, su amor á Dios y su caridad para con los pobres, distinguiéndose por su pureza, su modestia suma y la majestad de su persona, que al propio tiempo era hermosa y agraciada. Escogió Felipe II, rey de España, tan preciosa margarita para esposa de su hijo y heredero; pero no tuvo la dicha de verla nuera suya, pues que murió ántes de que viniese á España. Salió la expresada infanta de Graz, acompañada de la archiduquesa su madre, y en Ferrara, en donde la esperaba el papa Clemente VIII, la desposó éste en nombre del rey de España con el archiduque Alberto, que la acompañó hasta la ciudad de Valencia, en donde se celebraran las regias bodas con toda majestad y grandeza. Entró con suma ostentacion en las ciudades de estos reinos, que les agasajaron extraordinariamente, y Felipe y Margarita pudieron conocer bien entónces el amor y fidelidad de sus pueblos. La que de infanta habia practicado ejemplarmente las virtudes cristiana, no podia dejar de aumentarlas como reina: confesaba y comulgaba cada ocho dias, costumbre que tenia desde niña y que conservó hasta su muerte. El viernes ántes de la confesion escribia sus pecados y los confesaba con lágrimas de dolor, que se cambiaban en lágrimas de consuelo al recibir al Señor. Guardaba tal obediencia á su confesor, que más que reina podia considerársela una novicia recoleta. La devocion al Santísimo Sacramento del altar fué muy cordial y tierna, y su piedad extraordinaria: regaló á las iglesias pobres de los pueblecillos custodias, vasos sagrados y ornamentos para que se diese el culto al Señor con el decoro debido. Socorrió con largueza á los monasterios pobres, y mensualmente pagaba quinientas misas que mandaba decir por las benditas ánimas del purgatorio, sin otras por muchos conceptos, que hubo años, segun el Lic. Muñoz, que llegaron á doce mil. A su rara hermosura, unia una sencillez de paloma, un superior entendimiento, singular prudencia y una bondad natural, á lo que agregaba la fecundidad, pues que todos los años alegraba sus reinos con el nacimiento de un infante, con que aseguró la sucesion de su dinastía por su parte. Su recreo privilegiado fué visitar los conventos de religiosas de Madrid y de los puntos por donde iba. Frecuentaba muy á menudo el santuario y convento real de las Descalzas Franciscas de esta corte, fundacion de la princesa de Portugal Doña Juana, hermana del rey de España Felipe II. En este real convento halló á la emperatriz Doña María, viuda del emperador Maximiliano II, hermano de D. Pelipe II *el Prudente*, que habiendo admirado á la Alemania con sus virtudes, se habia retirado á este monasterio en busca de corona más glo-

riosa que la que la diera el mundo, haciendo en esta casa una vida ejemplar en santidad. Hacia muchos años que le honraba la infanta Sor Margarita de la Cruz, su hija, religiosa de esta casa, que habia preferido este retiro á la corona de España, de que pudo ser reina, la cual en cincuenta años de religiosa hizo una vida santa y ejemplar. Esta sociedad era la que más agradaba á la reina, y sentia no tener el convento en su propio palacio, para pasar más horas con las esposas del Señor y reunirse á ellas en la oracion y demás prácticas piadosas. Admiraba su santidad, sus vigilias de la media noche, el prevenir al sol en las alabanzas divinas, su pobreza, su hábito de un paño grosero, la honestidad de su tocado, que les cubre la frente y la mayor parte del rostro, las tocas de lienzo y el velo que les cubre cabeza y hombros: ceñidas de una cuerda de cáñamo y cubiertos los pies con viles alpargatas de esparto. Unase á esto la contínua y áspera penitencia, los ayunos frecuentes de todo el año y la pobre y humilde cama, y se verá que la mayor nobleza de España buscó la más estrecha y rigurosa religion para retirarse, pasando de los suntuosos palacios y mas régios regalos y comodidades á la más humilde celda y á la pobreza y abstinencia más extremada.

La reina Doña Margarita, en medio de las grandezas del trono, era la más pobre y humilde de sus vasallos, y olvidando las grandezas, solo se acordaba de la piedad y solo se ocupaba de los pobres, teniendo presente que la caridad es la madre de todas las virtudes y el mejor adorno de las reinas. Trató de hacer un hospital para sus criados pobres cuando estuviesen enfermos; otra gran dotacion para casar huerfanas hijas de sus criados; un albergue ú hospicio para los soldados pobres estropeados, el cual queria se llamase Colegio de Soldados, tratando de fundar uno en la corte y otro en Málaga. Hallándose en Valladolid, mandó fundar un convento de Franciscas descalzas, que se honra con su nombre y armas. Deseó hacer en Salamanca un colegio de la Compañía de Jesus verdaderamente Real, en el que además de los padres y maestros hubiese doscientos estudiantes de Alemania, Austria y Flandes, para que bien amaestrados en nuestra santa religion catolica, volviesen á su país á defender la fe contra los herejes, otros contra los idólatras habian de ir á las Indias del Oriente y de Occidente, de modo que viniese á ser un seminario de toda la cristiandad, pensamiento que se verificó en parte, pero no con la grandeza que le concibió y propuso la reina. Esta piadosa soberana, que solo contaba veinticinco años cuando se entretenia en estas cosas, buscaba trazas y arbitrios muy discretos para la ejecucion de estas obras sin daño del Real patrimonio ni de sus vasallos, pues que lo quitaba de sus galas, de sus gastos y de sus gustos, lo que la ensalzaba más y más. Entre tantas ideas benéficas y piadosas que ocupaban su cabeza, concibió el pensamiento de levantar un

convento para que se diese culto en él á la Encarnacion del Verbo divino, inclinándose á que fuese de monjas recoletas de S. Agustin, de cuyo santo era muy devota. Habia tenido noticia la reina de la necesidad y estrechura con que vivian unas religiosas Agustinas que tenian su convento en esta corte en la calle del Príncipe, y viendo que ni tenian casa propia ni hacienda para sostenerse, determinó protegerlas y mudarlas de sitio, y en el interin se fabricaba el que pensaba fundar, las pasaron al convento de Santa Isabel, fundacion de la infanta Doña Isabel, condesa de Flandes, lo cual se verificó á principios de Diciembre de 1610 sujetándolas por un breve apostólico al capellan mayor del rey; y las visitó desde entónces muchas veces, mandándolas cosas preciosas para el altar y la sacristía. Verificada esta traslacion, trató de llevar á cabo la idea, que hacia mucho tiempo habia concebido, de traer del convento de Valladolid por prelada á la venerable madre Mariana de San José, y que reformase esta casa y se acomodase en ella entre tanto se arreglaban las cosas para la fundacion del gran convento que proyectaba. Habia la reina visitado á la madre Mariana en su convento, y tenia de ella las más favorables noticias, máxime habiendo entrado monja en aquel convento una de su real cámara, que la informaba de la santidad y gran capacidad de la venerable prelada, y así es que la mandaba telas y ricos vestidos suyos, que la venerable presentaba aprovechados piadosamente cuando la Reina la visitaba, con lo que fué ganando cada vez mas el corazon de la reina. A fin de llevar á cabo su deseo de que la venerable viniese á Madrid á fundar como se habia propuesto, dió órden á su confesor el padre Ricardo, de la Compañía de Jesus, que la escribiese en su nombre y la rogase que sin excusa se viniese cuanto ántes á Madrid. Al propio tiempo escribieron á los obispos de Valladolid y de Palencia, en donde á la sazon se hallaba la madre Mariana, dando principio al convento de la Expectacion de nuestra Señora. Hacia poco más de dos meses que se hallaba en Palencia cuando la escribieron las primeras cartas, y afligióse la venerable de abandonar aquel convento apénas nacido, que por entónces necesitaba de su presencia; pero áun cuando se resistió dando justísimas excusas, al fin tuvo que rendirse á los ruegos de la reina y obedeciendo al mandato de los prelados. Sus preparativos de marcha fueron penosísimos, tanto por el sentimiento que la causaba dejar aquel bello plantel ántes de ver los frutos que produciria, cuanto del desconsuelo en que quedaban sin su apoyo y experiencia aquellas religiosas; pero Dios la significó clara y distintamente su voluntad de que viniese á Madrid, se resignó obedeciendo al que jamás podia desagradar. Dió la reina la órden de ir á buscar á la venerable, al Lic. Pedro Fernandez Navarrete, secretario suyo, y á Magdalena de S. Gerónimo, persona muy conocida por su virtud y valor, de quien

se valieron los reyes en muchas ocasiones de este género, las cuales tomando á su cargo tan honroso cometido, llegaron á Palencia el dia 5 de Enero de 1611. Grande fué el sentimiento de las religiosas y devotos del convento el dia de la partida de la venerable, la cual dejó por priora á la Madre Inés de la Ascension, religiosa de mucho espíritu, que habia sido por muchos años compañera muy querida de la santa y venerable vírgen Doña Luisa de Carvajal, que murió en Inglaterra, cuya madre gobernó algunas años el convento de la Expectacion de Palencia. De aquí con gran sentimiento de las monjas y de la villa, salió á Valladolid á fundar el convento de Santa Brígida, ejecutando lo dispuesto por la venerable vírgen Doña Marina de Escobar. Dejó tambien en Palencia la venerable á las madres Isabel de los Angeles por superiora y maestra de novicias, la cual fué célebre por su espíritu y oracion, á Catalina de la Madre de Dios, Catalina de Jesus, Catalina de Cristo; y á la hermana Petronila de San Lorenzo, á quien nuestro Señor hacia muy singulares favores.

El dia 6 de Enero salió de Palencia la venerable, trayendo consigo á la madre Isabel de la Cruz, que tambien fué compañera de la santa doña Isabel de Carvajal, á cuyo lado y el de la venerable vivió cuarenta y cuatro años asistiéndola hasta su último aliento. Las demás compañeras las habia de sacar de su convento de Valladolid adonde llegó el mismo dia á las cuatro de la tarde. Indecible fué la alegría que tuvieron las religiosas al volver á ver á la fundadora del convento otra vez entre ellas, á la cual recibieron en el coro, en donde entonaron con ella el *Te Deum*. A los ocho dias partió la venerable de este convento, del que salió el 14 del mismo mes, acompañada de las lágrimas y bendiciones de las religiosas que quedaron desconsoladas. Trajo consigo para la fundacion de Madrid á la Madre Francisca de S. Ambrosio, prima hermana del marqués de Poza, cuyas virtudes y vida eran ejemplar de buenas religiosas, á la M. Catalina de la Encarnacion, eleccion que sin duda la indicó el cielo, por lo que importó su venida que fué milagrosa, puesto que dándola un accidente el dia de la partida, hizo sin embargo el camino con felicidad y contento, y á ella principalmente se deben los papeles de la vida de la venerable. Acompañaron á las religiosas además de las personas que fueron de Madrid á buscarlas, el Dr. D. Francisco Sobrino, canónigo de Valladolid, primer capellan mayor del Real convento que dejó por el obispado de su iglesia, y el Lic. D. Juan Manrique, muy afecto á la venerable, que murió abad de Roncesvalles.

El dia 20 de Enero, fiesta del glorioso martir S. Sebastian, llegó la Madre Mariana á Madrid con sus religiosas. Salió á recibirlas de órden de la reina á la otra parte de la puente nueva (la de Segovia sobre el Manzanares) la condesa de Paredes, la que las llevó en seguida á palacio. Esperábanlas los

reyes en el cuarto del príncipe, que estaba en la cama indispuesto, y las recibieron con mucho agrado y cariño. Pasaron despues al cuarto de la infanta Doña Ana, que fué despues reina de Francia, que se hallaba tambien enferma, la cual las agradeció mucho la visita; y despues las presentó la reina á sus hijos la infanta doña María que fué luego emperatriz de Alemania, los infantes don Cárlos y D. Fernando, y la tierna infanta doña Margarita, y al presentarla á esta dijo á la venerable la reina: «Madre, echad la bendicion á Margarita, y pedid á Dios que os la dé por monja, que yo la daré de buena gana;» pero Dios lo dispuso de otro modo, pues que de allí á poco se la llevó por ángel á la gloria. Enseñaron los reyes á las religiosas todo el palacio, manifestándolas cuanto curioso habia que ver, y al llegar á un oratorio dijo la reina á la venerable: Aquí hace el rey sus travesuras, dándola á entender que allí oraba y se disciplinaba. Luego que anocheció, y las despidieron los reyes con el mayor cariño, llevaron á la venerable y á las religiosas á casa de la condesa de Miranda, que las alojó con gusto, y no le tuvo menor la venerable que esperaba hacer en ella una gran presa. Habíanla dicho en Valladolid que doña Aldonza de Zúñiga, hija de la condesa, se preparaba á entrar monja en las Descalzas Reales, y ella habia concebido, inspirada por Dios, que sería Agustina y así se lo habia profetizado á una de sus hijas de Valladolid, asegurándola tomaria el hábito el dia de la Encarnacion, como así se verificó. Al dia siguiente de Santa Inés fueron los reyes á las Descalzas Reales á autorizar la toma de hábito de una religiosa, y llevaron á la venerable y á sus monjas, para que viesen á la infanta y el convento con el ánimo de que empezase una santa confraternidad entre las dos Reales casas. Pasaron allí hasta el siguiente dia por la tarde, que las llevaron al convento de Santa Isabel en donde unas monjas las recibieron con gusto, porque buscaban la perfeccion de la reforma, y otras, las desdeñaron, porque se encontraban bien sin ella; pero á estas las repartieron á otros monasterios de la Orden. Deseaba la reina traer á su monasterio á doña Aldonza, y que fuese la primera piedra en lo espiritual de este edificio, y llevando al convento un dia un vaso grande de ágata guarnecido de oro y de rubíes, hecho por el emperador Rodolfo, y que valia cinco mil ducados, dijo á la sacristana: Os daré un vaso muy rico, con la condicion de que habeis de procurar de que venga doña Aldonza, y como se cumpliese la condicion, el vaso es custodia del Santísimo Sacramento en el Real convento. Consiguióse el deseo de la reina el dia 21 de Marzo de 1611, en el que tomó el hábito doña Aldonza siendo los reyes sus padrinos, y llevándola la reina de la mano, ofreció á Dios con lágrimas aquella primera víctima que se llamó desde aquel dia Aldonza del Santísimo Sacramento, quedando humilde monja la que era hija única del gran conde de Miranda, virey de Nápoles, presidente de Italia y de Castilla.

Con tan felices auspicios, se trató luego de comenzar la fábrica del nuevo convento. Eligióse un hermoso sitio á vista del Palacio de los reyes, en una plaza que habia entre el colegio de doña María de Aragon, que es hoy el Senado, y las casas del marqués de Posa, que las ocupa hoy la Biblioteca Nacional, sobre la huerta que llamaban de la Priora que se unia á los jardines de palacio, cuya huerta desapareció en 1819 al empezarse unas obras en la plaza llamada hoy de Oriente, que se deshicieron despues y que hoy ocupa una de los jardines de esta plaza que da frente á este convento de la Encarnacion. Hízose el plano y abiertas las zanjas de la iglesia, se señaló el dia 10 de Junio de 1611 para poner la primera piedra. En la parte del crucero donde habia de estar el altar mayor, se puso el dia ántes una cruz verde como lo manda el ceremonial, y se tapizó el suelo con plantas olorosas y pusieron toldos para evitar los rayos del sol. Para ver la ceremonia fueron los reyes al colegio de doña María de Aragon (hoy Senado), adonde se asomaron á un balcon con sus hijos. Salió la procesion de la iglesia de este colegio con los capellanes y capilla del rey: presidióla el rey D. Felipe III, que bajó á este fin, dejando á la reina en el balcon. En el ámbito de lo que habia de ser y es hoy iglesia de la Encarnacion habia un sitial para el soberano, y en el lado de la epístola otro para el cardenal arzobispo de Toledo D. Bernardo de Rojas y Sandoval, que habia de oficiar. Delante de la cruz verde se habia puesto un altar, y la primera piedra estaba sobre un carrillo de rodillos, adornada de flores, y en el centro en un hueco de media vara de largo y una tercia de ancho, se colocó una lámina de metal en la que estaba grabada esta inscripcion: «D. O. M. BONO AUSPICIO PERENET ANNUNTIATIONI DEI PARÆ VIRGINIS, HÆC ÆDE. SACRATA A MARGARITA REGINA PIISSIMA PHILIPPI III CATHOLICI HISPANIARUM REXIS UXORE CHARISSIMA, EXIMIA RELIGIONE AB IMOERECTA, ET MAGNIFICENCIA DITATA MONIALIBUS AUGUSTINIANÆ RECOLECTIONIS: ANNO A VIRGINEO PARTU MDCXI. SS. D. N. PAULI PP. V. CHRISTI IN TERRIS VICARII, PONTIFICATU, ANNO SEPTIMO. D. BERNARDUS DE ROIAS ET SANDOVAL, S. R. E. CARDINALIS ARCHIEPISCOPUS, IEGIT LAPIDEM PRIMARIUM.» Cuya inscripcion dice en castellano: *D. O. M. Dure para siempre este templo dedicado á la Anunciacion de la Vírgen Madre de Dios, fundado desde sus cimientos con suma religion por Margarita piísima Reina, carísima mujer de D. Felipe III rey católico de las Españas, y dotada con gran magnificencia para monjas de la Recoleccion de San Agustin. D. Bernardo de Rojas y Sandoval, cardenal de la santa iglesia romana, arzobispo de Toledo puso la primera piedra: en el año del parto virginal de* 1611, *á* 10 *de Junio, y en el sétimo del pontificado del santísimo señor nuestro, Paulo papa quinto, vicario de Cristo en la tierra.* En este mismo hueco pusieron tambien un doblon de á ocho, de á cuatro y de á dos, sencillo, otras tantas monedas de plata y todas las corrientes de vellon, y labradas todas en la casa de moneda de Sego-

via, y además tres medallas de plata, la una con el busto del rey Felipe III, otra con el de la reina Margarita y otra con el de ambos juntos, de cuyas medallas tiene ejemplares el Real museo de medallas de la Biblioteca de Madrid, nosotros en el nuestro particular, y se ven en muchos monasterios, porque se acuñaron con profusion.

Todo así dispuesto, empezó el oficio el cardenal con gran solemnidad y con todas las ceremonias y bendiciones del ritual, á las que respondian los cantores y música de la Real capilla. A su tiempo tocó con su mano la piedra y la entregó á cuatro maestros, que la bajaron á lo profundo del cimiento del arco toral de la parte del Evangelio, en donde se asentó, cubriéronla con cal y otra piedra sillar, y se levantó el cimiento miéntras el cardenal iba diciendo las oraciones, terminándose todo á un tiempo. Volvióse el rey al colegio, en donde se unió con su augusta esposa, que se hallaba muy contenta por que se hubiese dado comienzo á la obra de su fundacion, y si bien la disgustaba el que se dijera que la iglesia saldria pequeña, ofreció engrandecerla en sus adornos, entre los que contaba que el altar mayor fuese de plata, de valor de cien mil ducados, lo que así se hubiera verificado si antes de terminarse la fábrica no la llamase el Señor á mejor vida. Envió la reina por ternos bordados y telas de todos los colores á Portugal; por holandas, lienzos y piedras de valor; y en Sevilla mandó hacer blandones y candeleros de bronce, encargando jaspes; y hecho por sus manos es el terno rico que se usa en las festividades de Santa Margarita y S. Felipe y Santiago que se celebran en memoria de los augustos fundadores. Fué mandando á las monjas todas estas cosas y ricos vasos y utensilios de plata conforme se iban haciendo.

Como desease la reina Margarita más cerca de palacio á la venerable y sus monjas miéntras se hacia el convento, porque gustaba mucho acompañarlas muchos ratos á hacer labor con ellas en las ropas de iglesia que se preparaban, pidió con instancias al rey las cediese la casa llamada del Tesoro, que estaba solo una calle por medio del palacio, en donde se halla hoy el jardin rotonda de las estátuas de los reyes de España que rodea á la magnífica ecuestre en bronce, famosa obra de Toca, del rey D. Felipe IV, cuya rotonda de la plaza de Oriente se debe al célebre tutor de nuestra reina doña Isabel II, D. Agustin Argüelles y al intendente del Real Palacio D. Martin de los Heros, durante la menor edad de esta soberana y regencia del reino del general D. Baldomero Espartero, duque de la Victoria, por ausencia forzada por la revolucion de la reina madre doña María Cristina de Borbon. Accedió Felipe III á la peticion de su augusta esposa, y esta dispuso su trasladacion á la expresada casa del Tesoro, á la que parece pasaron las religiosas. El mayor placer de la reina Margarita era conversar con la venerable y estar el mayor tiempo que podia con sus monjas en el convento, y como tuviera que sepa-

rarse de ellas para ir á la jornada de San Lorenzo del Escorial, para librarse de los excesivos calores de Madrid, lo cual empezaron á hacer los reyes desde el reinado de Felipe II, á quien se debe aquel famosísimo monasterio de Gerónimos y el palacio real que contiene el convento, edificio considerado, con razon, por la octava maravilla; se despidió de la M. Mariana y de las religiosas con muchas lágrimas, como si presintiese que no habia de volver á verlas. Al manifestarnos esto el licenciado Muñoz da á entender que la despedida fué en el convento de Santa Isabel, por lo que dudamos pasasen las Madres á vivir á la casa del Tesoro. Todo el tiempo que tuvo la reina salud escribia con frecuencia á la venerable, y hablándola de la obra del nuevo convento, en una de las cartas la decia: «Mirad, Madre, que deseo que sea esta mi casa muy á gusto de Dios y muy grande en todo, y por eso os lo dejo á vos todo para que dispongais, y fio de vos mi honra, mi gusto y mi alma;» y la venerable procuraba darla gusto y consuelo obedeciendo estrictamente sus órdenes. El dia 22 de Setiembre, á las once y media de la noche, parió la reina en el Escorial un robusto infante, al que se puso por nombre Alfonso, y su nacimiento se celebró con festejos públicos. A los cuatro dias del parto, que fué feliz, cayó la reina gravemente enferma hasta el punto de tenerla que administrar los santos sacramentos que recibió con el fervor de una santa. El dia anterior á su muerte pidió al rey su esposo tres cosas; la primera por su alma, la segunda por sus hijos y la tercera por sus monjas, diciéndole que por lo que por ellas hiciera y veria desde el cielo, conoceria el amor que la habia tenido y tenia, cuyas palabras se fijaron fuertemente en el corazon del soberano, que la queria mucho: el rigor de la enfermedad obligó á que se la cortase su hermoso cabello, lo que sufrió con grande valor y resignacion y humildad. Fuése agravando la reina, y las monjas estuvieron en oracion continua, haciéndose en Madrid y en el real sitio rogativas públicas. Al lado del lecho de esta señora se hallaba siempre su esposo, haciendo de vigilante practicante para que nada la faltase de cuanto mandaban los médicos; y si se separaba algunos ratos, era para ir á su oratorio á pedir á Dios de todas veras le conservase la vida de su virtuosa y querida compañera. Cuando ya el dia 3 de Octubre llegó la enfermedad á su fin, el confesor y varios religiosos al lado del Real lecho recomendaron á Dios el alma de tan buena reina, la cual con la paz del justo entregó su alma á su Criador á las diez de la mañana del mismo dia, á los veintiseis años, nueve meses y ocho dias de edad. Grande y verdadero fué el duelo que hizo la corte y toda España por la muerte de tan digna como querida reina, y extraordinario el dolor del rey su esposo; pero no fué menor el que experimentaron las monjas Agustinas recoletas, y en especial la venerable M. Mariana, que queria entrañablemente á aquella preciosa margarita perdida para el mundo, si bien la consideraba ganada para con

Dios en premio de sus virtudes y santidad. Dolíala perder á tan poderosa patrona, máxime cuando apénas se descubrian aún los cimientos del convento de la Encarnacion, que se fabricaba bajo sus poderosos auspicios, si bien fiaba en la misericordia divina que haria de modo que á pesar de tan gran pérdida las obras llegasen á su fin. Luego que murió la reina, mandó el rey al duque de Lerma escribiese á la venerable consolándola y asegurándola se cumpliria la voluntad de la reina, seguridades que tambien la escribieron los testamentarios de la difunta soberana. En tanto que la reina estuvo de cuerpo presente en Palacio, se retiró el rey al monasterio de S. Gerónimo de Madrid á una habitacion medianera con la iglesia. Oficiaron en aquellos dias por la difunta, de pontifical, el cardenal de Borja, el cardenal nuncio de España y el cardenal arzobispo de Toledo D. Bernardo Sandoval; y á todas estas misas asistió el rey, desde una ventana de su cuarto que da sobre el altar mayor. Predicó el P. jesuita Gerónimo de Florencia, y despues se rezaron los responsos por cuatro obispos, diciendo el quinto el cardenal de Toledo, y sus exequias, hechas en la misma iglesia, fueron magníficas y solemnes. La misma tarde de las honras se pasó el rey al Real Palacio pero antes fué al convento de Santa Isabel, en donde consoló á la priora y á las monjas, prometiéndolas personalmente que se llevaria á cabo la obra conforme lo tenia dispuesto su augusta esposa. Para empezar á cumplir su promesa, mandó desocupar la casa del Tesoro, y que se arreglase en forma de convento, en tanto se iba fabricando el nuevo, y el dia 4 de Febrero de 1612, en que hacia cuatro meses habia muerto la reina, fueron á Santa Isabel por la venerable y sus religiosas la condesa de Lemos, la duquesa de Peñaranda, condesa de Paredes, el duque de Lerma, el de Peñaranda, el patriarca de las Indias y el corregidor de Madrid, y en unos coches con todo recato, las trajeron á la casa del Tesoro adonde llegaron despues de anochecido. Las monjas que ocuparon la casa del Tesoro fueron: la venerable priora madre Mariana de San José, Francisca de San Ambrosio, Catalina de la Encarnacion, Aldonza del Santísimo Sacramento é Isabel de la Cruz, quedando en Santa Isabel las monjas que en aquel convento hallaron. Visitólas el rey pasando al convento desde el Palacio por un pasadizo que habia, y las manifestó lo mucho que se alegraba de verlas tan cerca de sí, con lo cual todos renovaron con lágrimas la pena que les afligia por la muerte de la reina que tanto habia deseado verlas allí.

Como eran tan pocas las religiosas, la M. Mariana fué trayendo algunas de sus conventos de reconocida virtud y disposicion, y al siguiente año llegaron las MM. Isabel de los Angeles y Ana de S. Miguel, del convento de la Encarnacion de Valladolid; y del de Medina del Campo vino la M. Isabel de S. Agustin. Recibieron el hábito en la casa del Tesoro, las Madres: Inés de

la Asuncion, Micaela del Espíritu Santo, Magdalena de Cristo, María de Jesus, Beatriz de Santa Mónica, Lucia de las Llagas, Josefa de San Gabriel, María Bautista, Mariana de la Santísima Trinidad y Antonia de San José, todas de probada virtud y vocacion, y pertenecientes á buenas casas. El rey, que por su notoria piedad se hallaba contentísimo de tener el convento en su casa, asistia con sus hijos á todas las tomas de hábito y profesiones de las monjas, y muy especialmente á la de la M. Aldonza, que profesó el 25 de Marzo, dia de la Encarnacion en que hizo los votos en manos del patriarca de las Indias, limosnero y capellan mayor D. Diego de Guzman, dándola el velo al siguiente dia el expresado cardenal arzobispo de Toledo, y esta fué la primera profesion del convento, en lo que se cumplió tambien la profecía que vimos hizo en Palencia la venerable con respecto á Doña Aldonza. No faltaron disgustos á la venerable en esta casa, pues además de ser desacomodada para diez y seis monjas; como toda privanza trae tras si, por buena que sea, envidias y calumnias de los descontentos, empezóse á murmurar de los grandes gastos que hacia el rey para aquella fundacion, suponiendo que para ella desatendia obligaciones más sagradas del Estado, y además llegaron á propalar los mal intencionados, que cuanto hacia ó dejaba de hacer el rey era por consejo de la venerable; imputacion calumniosa, que no ha dejado de tener despues algun ejemplo en que se gozase la maledicencia como en este. Propalóse que era necesario desterrarla de Madrid, y como favorecida por el rey esto no era posible, intentaron persuadirla se encargase de una fundacion trazada con el ánimo de alejarla del monarca; pero áun cuando se prestó á ello, deseosa de acallar á los malévolos, no se la consintió de modo alguno. Cuando vieron sus enemigos que de modo alguno podian hacerla salir de la corte, trataron de hacerla salir del mundo envenenándola; pero Dios, que la reservaba para cumplir la voluntad de la reina difunta y para que le diese honra y gloria, hizo de modo que se descubrió el veneno en la medicina en que trataron dársele hallándose enferma. No quiso Dios que careciese la venerable Madre de los trabajos que se padecen en las fundaciones donde no están las cosas asentadas; pero el grande amor que tenia al Señor, la hacia pasar gustosa por todo, y esto mismo debe consolar siempre á cuantos fundadores y fundadoras piadosas se hallen en este caso, en el que deben seguir con valor la voluntad de Dios en lo que de ellos disponga, sin cuidarse para nada de lo que diga y piense el mundo ni de los peligros que puedan pasar, pues que Dios ha de salvarles de todo.

Cuatro años y cinco meses estuvieron las religiosas en la casa del Tesoro; en este tiempo se puso en perfeccion el edificio del nuevo monasterio con la forma que daba la piedad del rey. Señalóse dia en que pasasen, fué á los dos de Julio de 1616, festividad de la Presentacion de nuestra Señora

BIBLIOTECA PROVINCIAL DE BURGOS

por haber recibido en este dia la santa reina particulares favores de nuestro Señor, como se halló escrito en un papel suyo para su confesor. A 29 de Junio, dia de los príncipes de la Iglesia, S. Pedro y S. Pablo, consagró el altar del nuevo monasterio el santo D. Fr. Alejo de Meneses, de la orden de S. Agustin, arzobispo de Braga, en el reino de Portugal; colocó en él una reliquia de Sta. Margarita. Asistió el rey, el príncipe y princesa, y los infantes, las damas, títulos y señores de la corte. Hizo el oficio la capilla real, duró tres horas por la gran solemnidad con que se celebró el acto. Mandó el arzobispo de Toledo de órden del rey, que guardase por fiesta el sábado dia 2 de Julio, solo por aquel año, por que la traslacion fuese más solemne. Hízose un palenque desde la casa del Tesoro al monasterio para la defensa de gentes y calles. El espacio no es grande, más recogióse el adorno de manera que luciera vistoso un gran distrito. Colgóse de una y otra parte, de las mejores y más ricas tapicerías del rey, la de Túnez, Apocalipsis y el rey Ciro y otras de igual nombre. Hiciéronse seis altares, el primero del duque de Uceda, tan rico y adornado como pedia la ocasion; llenára la admiracion de todos á no seguirle el del duque de Lerma, que salió lucidísimo; á los dos lados del pórteco competian dos altares, uno de la condesa de Valencia, el otro del duque de Peñaranda; esmeráronse en el adorno y grandeza. Aquella tarde envió S. M. á la priora con su guardajoyas un rico pálio de brocado blanco hecho para esta ocasion, que hoy sirve en el monasterio. Una imágen de nuestra señora de Monteagudo, colocada sobre un tabernáculo de ébano, labrado con gran primor, en cuyo pedestal y cornisa estan esparcidos muchos óvalos de cristal con singulares reliquias: envióle la Sra. Infanta doña Isabel desde Flandes un relicario, hechura de una pirámide, guarnecido de oro y piedras, y dentro una anilla con un pie de Sta. Margarita.

Colgóse un patio grande, que habia en el convento del Tesoro, con ricas tapicerías, en él hizo un altar el patriarca D. Diego de Guzman de grande adorno. A las dos de la tarde vinieron los capellanes de honor de S. M., y sacaron el Santísimo Sacramento de la iglesia del Tesoro y le pasaron al altar del patriarca, donde estuvo descubierto con muchas luces en una custodia de cristal y oro de gran precio que hoy tiene el convento. A las seis de la tarde vino S. M. con sus hijos por una puerta que por el pasadizo entraba en el convento. A esta hora partió la procesion, fué general, y discurrió de esta manera. Diéronla principio todas las religiones numerosas con sus cruces como en las más solemnes, la órden de S. Agustin estaba en el monasterio nuevo para recibirla: despues de los religiosos fué el cabildo de la Clerecía de la villa con la de los curas y beneficiados de las parroquias; seguia la capilla real con su cruz y todos los capellanes de honor; uno con capa llevaba la reliquia de Sta. Margarita, otro la imágen de nuestra Señora que envió la señora Infanta; siguié-

ronse las religiosas con sus hábitos negros; cubiertos sus rostros con sus velos; iban de dos en dos autorizadamente acompañadas. A la Priora, que iba en el último lugar, llevaba en medio el duque de Lerma, y el cardenal Trijo á la Superiora y demás religiosas; los arzobispos de Santiago, Braga y Zaragoza, los obispos de Cuenca, Osma y Salamanca, Valladolid, Leon y otros de Alemania, y los confesores del príncipe y princesa y los infantes. Despues iba el pálio de brocado, dentro el Señor del cielo y tierra en la custodia de cristal; llevaban las varas capellanes de honor, las andas sacerdotes revestidos; seguia el patriarca de las Indias D. Diego Guzman, que hizo el oficio en este dia de pontifical con todos los ministros ordinarios con capas ricas. Inmediatamente el príncipe entre los dos infantes sus hermanos; luego el rey con aquella serenidad apacible y majestad con que aparecia en estos actos; se guiale la princesa en medio de las dos infantas María y Margarita, todos con velas encendidas y con notable gala; por los lados, mayordomos y grandes. Caminaba la procesion con un decente espacio, cantando la capilla motetes y villancicos en los altares. No es necesario asegurar el concurso, con menor ocasion se suele juntar la corte.

Llegó la procesion á la iglesia; estaba en ella un hermoso altar compuesto por el cuidado y religion de las monjas que enviaron el adorno de su mano. Entró el Santísimo Sacramento por su casa con la majestad y acompañamiento que hemos visto; pusiéronle sobre un bufete, cubierto de un paño rico de brocado, cantaron un motete y villancicos en alabanza de los fundadores, reservóse el Santísimo Sacramento en su custodia, arrodillado el rey y todos los que le seguian. Despues S. M. mandó llamar á la priora y monjas para que entrasen en su convento. Acompañólas con sus hijos. Entraron por una puerta que de la iglesia salia por una capilla al claustro. Habíala hecho la condesa de Miranda con una imágen de nuestra Señora de Loreto, que fué la primera que tomó posesion del monasterio.

Entró S. M. y altezas, las religiosas, señoras de honor y damas; mandó el rey entrasen los prelados. Estaban esperando en el claustro gran número de personas tituladas y grandes, y todas acompañaron á las religiosas hasta el coro donde hicieron oracion. S. M. y altezas se fueron á su palacio y los demás les siguieron hasta otro dia.

Regocijóse la noche con iluminaciones y fuegos, fué la grandeza de este dia la mayor que de este género se ha visto en nuestros tiempos.

El dia siguiente, domingo 3 de Julio volvió S. M. y altezas y todos los que acompañaron la procesion. El rey estuvo en la iglesia en su cortina. Asistieron el nuncio de Su Santidad, prelados, grandes, embajadores, mayordomos del rey, sus capellanes, todos en su lugar; los príncipes é infantes y las damas entraron en el convento, estuvieron en la tribuna. Celebróse con misa de la de-

dicacion de la Iglesia, hizo el oficio de pontifical el arzobispo de Santiago como prelado del convento. Predicó el P. M. Fr. Juan Marquez, de la órden de San Agustin, catedrático de vísperas de teología de la universidad de Salamanca, predicador del rey, calificador del Santo Oficio. Estuvo el Santísimo Sacramento descubierto. SS. AA. quedaron á comer en el convento, el rey en su palacio. Volvió á la tarde y salió el convento á recibirle como á patron, y asistió el príncipe como sucesor en el patronato, acompañó al Santísimo Sacramento hasta que le encerraron.

El miércoles siguiente se hicieron las honras de la reina Doña Margarita, fundadora. Entró el rey en el coro de las monjas, hizo el oficio el arzobispo de Burgos D. Fernando de Acebedo, presidente de Castilla; predicó segunda vez el P. Gerónimo de Florencia, estimado grandemente de los reyes. Los nueve dias siguientes fueron las religiones por su órden á hacer las honras á la reina. Vino tambien la religion de los PP. de la Compañía de Jesus, como tan allegados de la reina; estuvo el confesor de ella, el P. Ricardo Laller, varon de gran bondad y mucho espíritu.»

Parécenos del caso hacer la descripcion de la iglesia, pórticos, sacristía y convento real de la Encarnacion, tanto porque lo merece como obra artística, cuanto porque viviendo en una época en que el interés particular lo avasalla todo y nada respeta, y ménos esta clase de monumentos religiosos, pudiera suceder que á pesar de la piedad de nuestros reyes y de los buenos fieles, desapareciese esta magnífica obra y asilo de santidad ántes de su fin natural, lo que no creemos por ahora.

Colocóse la iglesia en parte conveniente, dejando al mediodía el convento, con que le quedó el cielo descubierto y desembarazado; vista dilatada por los países amenísimos que se goza por aquella parte. A la del cierzo los edificios que despues diremos.

Entrase á la iglesia de este Real convento por dos gradas, á un átrio cuadrado de muy buena proporcion, que le guardan unas rejas de hierro levantadas que rematan en puntas; hácenlas fuertes unos pedestales y bolas de piedra de la misma altura, desde la plaza espaciosa de Oriente que autoriza todo el edificio. Adornan al átrio tres lados, la fachada principal del templo á su mano derecha; en medio hay una portada de piedra bien labrada, por donde se entra á la portería y torno; adelante entraremos por ella; en el lado de enfrente hay otra, de la misma labor y grandeza, por donde tiene entrada el cuarto del confesor; la delantera es toda de piedra de cantera. El primer cuerpo por donde se entra á un pórtico, le forman tres arcos fuertes que sustentan toda la fachada; sobre el arco de enmedio hay otro, adornado de arquitectura, que le cubre un frontispicio de forma redonda; ocupa su mano la historia del gran misterio de la Encarnacion, de más de medio relieve de

mármol blanco de Génova; es cosa perfectísima. Sus dos lados acompañan dos ventanas con rejas embebidas en la piedra, dan luz á una tribuna que tienen SS. MM. sobre el pórtico con vistas adentro á la iglesia, de que se hará mencion más adelante. El tercer cuerpo tiene una ventana en medio, que da luz á otra tribuna, sobre la historia de mármol que da nombre á la iglesia, y á su lado dos grandes escudos de armas de la reina, de medio relieve del mismo mármol blanco; tienen á mano derecha las del rey, la otra las de la casa de Austria; cercan estos escudos el toison, y se cubren con la corona real. Remata toda esta fábrica un frontispicio grande, que tiene por remate una cruz, pedestales y bolas de cantería.

El retablo es muy hermoso, tiene en medio un cuadro grande de pintura con la historia de la Encarnacion, en que se adelantó á sí mismo Vicente Carducho Florentin, varon insigne no solo en el pincel sino en la pluma, mostró con ambas cosas cuán eminente fué en su arte, la Virgen hermosa y grave y paloma sobre la cabeza; el Arcángel con capa de coro y un ramo de azucenas en la mano; en la parte superior una gloria donde al Eterno Padre acompañan multitud de ángeles, alabándole porque envió su Verbo á vestirle de nuestra naturaleza. A los lados de este cuadro forman el cuerpo principal de cuatro columnas grandes del órden corintio, y entre las columnas, dos nichos en que estan de bulto mayores que el natural, el gran P. de la Iglesia S. Agustin con mitra, báculo y capa pontifical, y al otro lado Sta. Mónica, su madre, rodeada de rayos de plata dorada la cabeza. El segundo cuerpo de este retablo tiene en el medio una caja grande, en donde se puso de bulto á Cristo nuestro Señor crucificado, y su Madre Santísima y S. Juan Evangelista, de poco ménos que el natural. Acompañan á esta caja un adorno de arquitectura de dos columnas de la misma órden y remata en la bóveda de la iglesia un frontispicio cuadrado, en cuyo hueco está una figura grande del medio cuerpo arriba de Dios Padre, y á los dos lados del Cristo, en otros dos nichos que corresponden á los del cuerpo principal, otras dos figuras grandes de bulto de Santiago nuestro patron y S. Felipe. En los claros, en la parte superior é inferior de los nichos y otras partes del retablo, estan pintados los principales pasos gozosos de la vida de nuestra Señora. En el campo de los pedestales de las columnas los cuatro Evangelistas, y á los lados santos y santas de la órden de S. Agustin; los lados superiores rematan en dos escudos de armas de la reina, doradas y estofadas de sus colores como todos los demás. Sustentan todo este retablo (como los colaterales) pedestales de mármol serpentino, y sus campos de jaspe brocatel. La custodia es muy hermosa, su forma ochavada, adornada de nichos y columnas; en el campo de la puerta del sagrario está esculpido Cristo nuestro Señor de medio relieve; en los nichos de los lados, S. Pedro y San

Pablo. Remátase este primer cuerpo en una baranda de balaustres, con ocho pedestales que sustentan ángeles que tienen en la mano varios instrumentos músicos; en el medio del segundo cuerpo, en una caja pequeña, nuestra Señora de bulto con su hijo Dios en sus brazos. Remata en una media naranja, sobre la cual está de ordinario, el niño Jesus vestido muy graciosamente.

Los retablos colaterales se componen de dos huecos grandes de pintura en arco por la parte alta, dos columnas del órden corintio que cargan sobre sus pedestales reducidos en dos cartelas de talla; corona este lienzo y columnas su cornisamento, y el friso está enriquecido con diferentes cogollos de talla, tienen por remate encima otro cuerpo cuadrado, más pequeño, guarnecido de pilastras y términos, que tienen por capiteles serafines. Unos ángeles de medio relieve sustentan el cornisamento alto; y en una de las columnas hay dos santos de bulto.

El lienzo del colateral de enfrente es de Sta. Margarita, triunfando de la braveza de un gran dragon con una cruz en la mano, en el léjos su último martirio, y en los campos de los pedestales de abajo dos tormentos, que padeció esta santa ántes de perder la vida: el cuadro de remate es el Martirio de S. Sebastian, y los santos de bulto, S. Nicolás de Tolentino y San Guillermo, de la órden de S. Agustin. La pintura de estos dos altares, no es inferior á la del altar mayor, es de lo mejor que hizo Venancio Carducho, y se admira en esta corte. Une estos tres altares una baranda de balaustres de bronce, de cuatro pies de alto, que corre por delante de las gradas, y recoge los altares colaterales, dilatando su espacio á la peana del altar y á dar paso; envióla desde Flandes la señora infanta Doña Isabel.

En el crucero de la capilla mayor, al lado del Evangelio, hay un balcon grande enfrente del colateral, y tomaré su entrada desde el medio del crucero, que es la tribuna que tienen SS. MM. en esta iglesia. Entrase en ella por el claustro alto del convento, de que despues trataremos: está pintada de azul y otro de la misma color, la celosía y cortina de damasco, y la gotera de terciopelo.

Debajo de este balcon está el coro de la música; toma la parte del crucero en que está el altar de S. Felipe, divídele de la ventana una reja de balaustres muy gruesos y bien labrados, dados de oro y azul, coronado de maneanillas de bronce; tendrá de alto ocho pies.

A la otra parte del crucero hay otro balcon, que corresponde al del rey en la grandeza y forma: en la mitad, que cae en medio del crucero á la parte de la epístola, está el órgano que envió á este convento la misma infanta Doña Isabel Clara Eugenia; su traza es bella, y su materia es de nogal; hermoséanle diferentes adornos de talla, molduras y figuras de diferente virtudes doradas y encarnadas al natural, y parte de las molduras doradas,

que le hacen hermoso y rico á la vista, es pieza digna de quien la envió y de este templo. Decia un gran juicio, que era pintura del Ticiano y que no habia en España otra semejante, alábanle mucho cuantos entienden sus primores.

En el otro medio balcon, que mira al altar mayor, en dias festivos y oficios de la semana santa se suele dar lugar á los cardenales ó al presidente de Castilla ó al arzobispo.

Debajo de este balcon y del arco que divide la capilla mayor del cuerpo de la iglesia, está el púlpito sobre una columna de hierro pavonado, estimado y pretendido de los mayores sujetos que entónces habia en España.

A los lados, en medio del cuerpo de la iglesia, hay en cada uno una tribuna baja, con su balcon de hierro sin vuelo afuera, destinado á obispos ó á otros prelados grandes, en fiestas solemnes, ó á mujeres de grandes, ó títulos, personas que por su calidad merecen este sitio.

En los dos testeros del crucero se gozan dos puertas grandes; la una fingida, para hermosura y correspondencia de la fábrica, está en el coro de los cantores. Al otro lado, cerca del altar de Sta. Margarita, debajo del órgano está la otra, por donde se da paso á la sacristía, por una pieza espaciosa que tambien da entrada por esta parte á la iglesia, con una puerta grande que cae á la calle que va al colegio de Doña María de Aragon; desde esta cuadra se entra en la sacristía de los capellanes. En ella hay un cajon de nogal grande, en que se visten para decir misa; es de bóveda. En la pared en que se arrima el cajon, ocupa todo el lienzo de la pared un hermoso cuadro de la parábola, del convite que hizo un rey que halló á un hombre con vestiduras de bodas, es de excelente vista por los trajes ricos de los convidados, y diferentes manjares de la mesa y gala de los que sirven. Está Cristo nuestro Señor, de más del natural, con corona imperial en la cabeza con un manto preso sobre el pecho y ángeles que le traen la falda, y la ejecucion de la expulsion en un hombre que arrancan de la mesa, desarropado; conveniente pintura para el sitio: la labor del marco no es inferior al pincel.

En una pieza segunda, que se sigue á esta muy capaz, se viste el capellan mayor confesor, y otras personas de cuenta. En esta pieza está el torno por donde se dan los ornamentos y recados para el servicio del altar y culto divino, y lo demás que es necesario en la iglesia. Tambien en esta pieza está el confesonario de las religiosas. Ambas sacristías estan adornadas de figuras devotas y dos retratos de los reyes fundadores.

Desde la pieza del recibimiento de la sacristía ya dicha, se manda la escalera por donde se sube al órgano y balcon de los prelados; cerca de ella hay otra por do se baja á una bóveda de pocos escalones, donde se recogen los predicadores el tiempo que aguardan para salir á la iglesia.

Desde esta bóveda se entra al entierro, que ha pocos años se hizo para los capellanes y criados de la casa, y depósito de personas ilustres.

Toma todo el ancho y largo de la iglesia, comenzando desde el arco que divide la capilla mayor del cuerpo de la iglesia. Es una pieza grande con unas formas de capillas á los lados para hacer los entierros conforme á las calidades de las personas. Recibe luz por debajo de la puerta de los piés de la iglesia.

Volviendo al atrio por donde entramos, donde dijimos habia dos puertas; la una da entrada al cuarto del confesor, con unos entresuelos muy buenos, y debajo bóvedas de servicio y todo lo necesario para una honrosa vivienda. Tiene una puerta grande á la calle, que dijimos ir al colegio de Doña María de Aragon, por donde se manda ordinariamente. Poco más adelante tiene puerta la casa del capellan mayor, y es capaz, y cae sobre el cuarto del confesor y piezas de la sacristía. Está á poca distancia la puerta de la iglesia por la pieza que dijimos, es recibimiento á la sacristía, y por ella entra el capellan mayor y la gente que cae aquella parte.

Al otro lado del atrio está la puerta de la portería del convento; es una pieza espaciosa; en la testera está el torno, y la puerta reglar cubierta con un gran cancel cerrado de madera de Cuenca y tablones de nogal; ábrese en algunas ocasiones de entradas públicas, y para salir el rey el dia del Octavario; de ordinario está cerrado y solo se abre por un lado que está pegado al torno, de donde se da la llave al portero cuando se ofrece el entrar.

Al remate de esta misma pieza está una puerta, que da paso al locutorio de afuera, que es bastante capaz, con una bóveda rasa, y al aposento de las hermanas de afuera y casa del Mayordomo y contaduría, aunque de esto se usa pocas veces por tener puerta afuera. Esta pieza tiene su principal entrada por una portada grande, que cae á la plaza que está delante del convento, que tiene correspondencia á otra puerta, sin uso que tiene en la misma parte el cuarto del confesor. Está en medio del atrio con su grada, verja y pedestales. Damos fin á esta descripcion por la parte que empezamos.

Pasaremos ahora á hacer la descripcion del convento en su interior, sus claustros alto y bajo y capillas, siguiendo siempre el texto del licenciado Muñoz en el libro de la vida de la V. Madre Mariana de San José, que publicó en fólio en Madrid el año de 1645.

La puerta reglar, que dijimos estaba guardada por la parte de afuera con un gran cancel cerrado, es muy alta y bien labrada; tiene diferentes llaves, ábrese en ocasiones precisas, tiene por mayor decencia por la parte de adentro una mampara algo apartada que cubre gran parte de la portería. Esta es una pieza cuadrada de buena proporcion; á un lado de la puerta está el torno, al otro el locutorio, con todas las circunstancias que piden las consti-

tuciones de rejas, puntas y rallos y demás pertrechos, que casi la voz defienden, la vista imposibilitan; por esta misma cuadra tiene entrada un jardin muy sazonado, con cuadros de variedad de frutas y flores; en medio una fuente de marmol; está debajo del cuarto que en el convento tienen SS. MM. A este vergel tiene una puerta ventana el capítulo, de que despues hablaremos. Encima de la puerta reglar está un gran cuadro de Jesus María y José, como guardas de la casa. Acompáñanle á los lados otros dos, uno del Niño perdido, y otro de la Adoracion de los Reyes. Enfrente de la entrada del jardin que queda dicha, está un retrato de la madre Mariana de San José, su fundadora, muerta en las andas. Enfrente de la puerta reglar, y al lado de la del claustro, está una bella pintura de todas las religiosas que militan debajo de la regla del gran doctor de la Iglesia, S. Agustin, padre del convento; dióla el rey fundador; es muy curiosa; cerca de este cuadro y encima de la puerta del claustro, está una imágen de la Encarnacion, de muy buena pintura. De esta pieza de la portería se entra inmediatamente al claustro bajo. Su forma es cuadrada de cuatro ánditos, que se forman de siete arcos cada uno; las formas de estos estan cerradas con marcos de vidrieras; y de allí á abajo con cortinas para defensa de los temporales; tienen sus antepechos, que uno y otro es de cantería, por donde se descubre el medio de este claustro, está solado de la misma materia, hermoséanle su espacio la mayor parte del año, tiestos de diferentes frutas, naranjos, limones, y otros que hacen una vida apacible y dan muy suave olor. Las bóvedas de ellos dividen diferentes fajas y compartimientos; es el suelo de ladrillos y azulejos pequeños. Las paredes tienen correspondencia á los arcos; estos estan adornados de cuadros de pinturas con sus molduras doradas que ocupan todo su campo, que son de toda la vida de nuestra Señora y pasion de Cristo Redentor nuestro, de figuras del tamaño del natural, de mano de un gran pintor romano; diólas el cardenal D. Antonio Zapata al hábito de su sobrina la madre María del Nacimiento.

En el primer arco, inmediato á la portería que cae á la mano derecha y lado de la iglesia, está una vistosa capilla, que llaman del Cordero, hecha á devocion de la M. Aldonza del Santísimo Sacramento; la forma del arco de la entrada, es todo de vidrieras guarnecidas en un marco dorado. Está la bóveda hermoseada con excelente pintura, toda dorada, con variedad de frutescos de colores. En la tarjeta de en medio está pintado el Espíritu Santo, despidiendo rayos de resplandor; en los cuatro rincones hay cuatro escudos relevados y en el campo azul; aleluyas con grandes letras de oro; en los lados de uno de los arcos colaterales; está en uno S. Clemente y en otro Santa Inés, ambos con sus corderos. Su retablo en arco es grande, ocupa todo el hueco de la pared de enfrente la reja. La pintura es la vision de S. Juan

Evangelista en el Apocalipsi, del cordero que está sobre el libro cerrado con siete sellos, lámparas, trono, y los cuatro animales y veinticuatro arcanos, y S. Juan entre muchos santos escribiéndo es muy vistosa esta pintura, y está guarnecida con un vistoso marco dorado. En el altar, sobre una grada, está una urna de particular labor; en ella un trono de nubes, adornada con piedras guarnecidas que le enriquecen; estan en él tres ángeles muy graciosos, relevados con instrumentos músicos en las manos, de plata dorada; está el trono sembrado de nubes y de rostros de serafines, tres por una parte, y tres que le corresponden, sobre ellos un gran libro cerrado, con manecillas de plata, esmaltadas; sobre él cuatro coronas de lo mismo; en ellos está sentado un hermosísimo cordero, de tal primor que parece vivo; en una mano algo elevada, tiene una cruz, y bandera tambien de plata dorada, los ojos son de cristal, y en la cabeza una diadema de plata con rayos, guarnecida con piedras. Divísanse en la cabeza señales de la corona de espinas, como su costado, pies y manos de las llagas; cúbrese esta hermosa tabla con un pabellon de rica tela, y cuando se descubre, tienen dos ángeles vestidos los cabos del pabellon; las paredes de los lados de toda la capilla, visten excelentes cuadros de pincel; algunas fiestas del año se adorna con flores y candeleros de plata. Dentro de la capilla del Santísimo Sacramento hay dos nichos grandes ó capillas muy graciosas; la una dedicada á S. Cárlos Borromeo, la otra á S. Antonio de Pádua; todas tres tienen el chapado y el suelo de azulejos. En el sétimo arco de este claustro, en la parte que hemos dicho que se arrima á la iglesia, comienza la vida de nuestra Señora; los tres primeros despues de la capilla del Cordero ocupan la Concepcion, Natividad, Presentacion en el templo, de la grandeza y pintura que hemos dicho. En el siguiente está otra capilla de nuestra Señora de Loreto, que dió entrada á las religiosas el dia de la traslacion; hizo esta capilla y dió el cuadro la religion y piedad de la condesa de Miranda, deseando que la Santísima Vírgen tuviese debido culto entre las esposas de su Hijo: la proporcion de esta capilla es como la del Cordero; en la bóveda estan pintadas cuatro mujeres del Testamento viejo, Judit, Ester, María la hermana de Moises, Jahel, con los instrumentos que las hicieron ilustres. La imágen que da nombre á la capilla, retrato de la de Italia, es devotísima y muy antigua. Delante de este cuadro, en una caja de ébano forrada en terciopelo, sembrado de estrellas, está un Cristo vivo, muy llagado y devoto; dióle el duque de Monteleon á la M. Mariana. A los lados de nuestra Señora hay admirables pinturas; una está sobre piedra, es de la pasion; otra lámina de un muy devoto Ecce Homo, dádiva de la M. Sor Luisa de las Llagas, abadesa del Real convento de las Descalzas, por haber sido de la Serma. Infanta Sor Margarita de la Cruz, que quiso que hubiese prenda de amor en esta casa, y las

religiosas la estiman con suma veneracion. A los lados del altar hay de talla dos imágenes de S. Gregorio Papa, que dió la condesa de Medellin, y otra de S. Antonio de Pádua; las verjas de ambas capillas son de palo santo, bien labradas; á esta capilla se tiene gran devocion, y las religiosas acuden á ella en todas sus necesidades; han experimentado ser medio eficaz para conseguir lo que pretenden, por esta causa hay siempre de noche luz en ella. Prosiguen por todos cuatro lienzos los cuadros grandes de la vida de Cristo nuestro Señor y de su Madre. En las estaciones donde no hay puerta ó capilla, hay dos altares, con muy curiosos retablos, con los retratos de las imágenes de los más famosos santuarios de España dedicados á la Santísima Vírgen: Monserrate, Guadalupe, Sagrario de Toledo, nuestra Señora de Atocha, el Pilar de Zaragoza; otro de Jesus, María y José, con los frontales de azulejos.

El claustro alto, que está sobre el que hemos dicho, es tambien de piedra, de manera que de alto á bajo hay dos órdenes de pilares, con sus arcos de piedra, con todas las partes de la arquitectura, que hacen muy hermosa vista; tiene excelente proporcion, aunque no tanta altura; los antepechos son como balcones de hierro pavonados, las formas con encerados de que penden cortinas. Sobre estas formas, en el hueco de la bóveda, está un país encima pequeño, sobre cada arco el suyo. En las correspondencias de las paredes de todos cuatro lienzos estan puestos unos cuadros grandes de pintura, de los mártires que padecieron en las cuatro persecuciones de la Iglesia. Es devotísima vista, por la variedad de los martirios que inventó la curiosa crueldad de los tiranos; en todas se lee el nombre de los mártires padeciendo sus tormentos. Diólos el rey fundador D. Felipe III. Estas pinturas guarnecen tres láminas, una en lo alto del cuadro, que corresponde á la de enfrente, las otras dos á los lados, y mirado todo junto, hace gran adorno y hermosura al claustro.

En los ángulos hay siete altares con pintura de excelente mano, y guarnecidas de marcos dorados, son de las siete iglesias de estacion de Roma puestas con la misma órden que se visitan en la misma ciudad. S. Juan de Letran, S. Pedro, S. Pablo, Sta. María la Mayor, S. Lorenzo, S. Sebastian, Sta. Cruz en Jerusalen; gánanse las indulgencias que en las originales.

En este claustro, en el lienzo por donde pasa S. M. á su tribuna, que está arrimado á la iglesia, hay tres capillas capaces y bien trazadas, con bóvedas de diferentes colores, los suelos matizados de azulejos. En la primera capilla ocupa el altar una custodia ó tabernáculo de aguas marinas guarnecidas de bronce dorado con gran artificio y curiosidad, con muchos óvalos y labores que adornan las cuatro columnas; en el friso y pedestal hay unos

corredorcitos del mismo vidrio muy graciosos; cúbrele cimborrio de las mismas aguas y guarniciones; rematóse en una cruz. Dentro de este gran adorno está una devotísima imágen de escultura, de Cristo nuestro Señor atado á la columna, costó su hechura muchas oraciones logradas en el acierto; los ojos, la suspension del rostro admirable, las heridas frescas en particular en las espaldas, hombro y rodillas. Está el cuerpo tan perfecto, que se palpan los encajes de los huesos, los nervios y las venas; á las arterias solo les falta el pulsar. Pudo esta imágen dar nombre á Gregorio Fernandez, famoso estatuario de Valladolid. Acompañan los lados de este tabernáculo dos cartelas de verde y oro muy airosas; afírmase sobre dos pilastras de oro y negro. En la parte atrás de la custodia está una cortina de tela de flores de oro sobre campo carmesí, tejido de hojuela de plata guarnecidas con punto de lo mismo, y por mayor decencia tiene por todos cuatro lados unas cortinas de velilla de plata carmesí, con la misma guarnicion. Está adornada esta capilla de pinturas; no tiene más puertas (así en todas), que unas varas torneadas pintadas de verde y oro, en medio arco lleva un marco dorado de vidrieras; de esta cuelga una cortina verde, que cubre esta capilla. La segunda está dedicada á S. Juan Bautista y Evangelista, en esta caja juntos como en los ánimos de las religiosas, no como los divide la culpable devocion de algunas, formando parcialidades de los dos grandes amigos de Cristo, ofendiéndolos cuando piensan que les sirven. El altar de esta capilla es una pintura de S. Juan Evangelista, de excelente mano, escribiendo el *Apocalipsis;* dióla la reina fundadora Doña Margarita, tiernísima devota de Cristo, compite la guarnicion con el pincel; adornan los lados unas cartelas doradas en forma de caracol. En medio del altar, sobre unas gradas, está una imágen de bulto mediana de S. Juan Bautista sobre una peana dorada; tiene esta capilla muchas y buenas pinturas.

La tercera es dedicada á la Expectacion del parto; está sobre el altar una imágen de nuestra Señora, muy hermosa, de escultura; es por extremo perfecta la postura y suspension; significa con propiedad el misterio; mira el depósito divino que hacia felices sus sacrosantas entrañas; está en medio de un óvalo grande de rayos muy brillantes y vistosos; en ellos estan seis ángeles bellísimos con grandes instrumentos músicos de plata. Pisa la Vírgen una nube, que está en una peana de palo santo labrada con gran primor de molduras y óvalos; colocóse en un tabernáculo dorado, rodeado de vidrieras, con guarniciones doradas; la parte superior del tabernáculo remata en un nicho, donde se ve un niño Jesus de marfil; está adornada esta capilla con excelentes pinturas; junto á ellas dos cornucopias doradas tienen los mismos balaustres que la cierran. Esta santa imágen se saca á la iglesia y coloca decentemente en el altar mayor, desde las vísperas de festividad de

la Expectacion y los seis dias siguientes en que se hace la octava á este misterio, donada por la reina Doña Isabel que está en el cielo.

Está como en el centro del convento una capilla de los Angeles, y en la alegría y proporcion excede á todas: es cuadrada y grande, con dos ventanas rasgadas que caen sobre un gran jardin. Tiene su bóveda bien labrada, y á los ángulos cuatro serafines. En el retablo está en la parte superior el misterio de la Santísima Trinidad, y por sus órdenes los nueve coros de ángeles; cada gerarquía se señala con la divisa que es propia suya. La variedad le hace muy vistosa; carga sobre dos gradillas. Llenan las paredes de la capilla, entre otros siete cuadros grandes de los siete ángeles primados; conócese cada uno por la propiedad ó señal que le atribuye la Escritura. Otros hay con pensamientos devotos de la M. Mariana. Del principal damos cuenta en otra parte. Sobre la puerta por la parte de afuera está un ángel esparciendo flores sobre algunas recoletas; el suelo está curiosamente sembrado de azulejos, y al rededor las paredes estan guarnecidas con alto chapado con variedad de colores.

Hay otra capilla algo pequeña de nuestra Señora de la Concepcion, con una imágen de bulto muy bella, de buena proporcion en su altar; su artífice el que hemos dicho. Es muy hermosa; dejóla á este convento la condesa de Nieva; la puerta con entrepaños de nogal y la forma del arco de vidrieras; tiene frontales muy ricos, y el suelo y chapado de azulejos. La última capilla, dedicada á S. José, es fundacion nueva, tiene otro lugar en esta historia, mucho le falta que andar al que ha de llegar á ella.»

Sigue la descripcion del antecoro, coro, capítulos y oficinas principales del convento, en las que desde la fundacion ha habido pocas variaciones.

«En el segundo lienzo del claustro bajo está una puerta grande por donde se entra al antecoro. Es una pieza de muy buena proporcion, algo más larga que ancha; está adornada de muy preciosas imágenes de la infancia de Cristo nuestro Señor. Adórnanle tambien letreros grandes, que de excelente letra hizo escribir la M. Mariana de S. José á una religiosa, que sin encarecimiento se aventaja á muchos eminentes en el arte; para el gusto ponemos algunos de ellos.

Si por tí se hizo Dios niño
¿Tú que has de hacer, alma mia?
Amarle más cada dia.
La gloria se ha de buscar
Que la vida
Ella tiene su medida.

Tanto aprovecharás
Cuanto tiempo te vencieres.
La que sabe bien amar
No le cansa el trabajar.

Debajo del cuadro del Nacimiento hizo poner:

Si yo me humillé por tí,
¿ Por qué no procuras
Humillarte más y más
Para parecerte á mí?

Y debajo de un cuadro donde esta multitud de ángeles cantando y tañendo al Niño que está en brazos de su madre, hizo poner:

OMNES SPIRITUS LAUDENT DOMINUM.

Enfrente de la puerta que dijimos está en la pared un nicho muy curioso, donde se ha acomodado la imágen de nuestra Señora que vino en la procesion que envió la Sra. infanta Doña Isabel, de Flandes. Llámanla la Fundadora, y lo es y será siempre de esta casa y religion esta celestial Señora.

En frente de esta imágen, al lado de la puerta, está un retrato de otra fundadora sierva suya, la V. M. Mariana de San José, que con su presencia consuela y anima á sus religiosas á imitacion.

Al pie de esta pieza, frente de la puerta del coro, está una capilla muy pequeña, igualmente graciosa, pintadas las paredes al fresco, de la vida de Sta. Margarita y los principales pasos de su martirio. En el altar hay una excelente pintura, sobre madera, de la gloriosa vírgen y mártir; dióla la reina Doña Margarita, fundadora, en cuya memoria se hizo esta capilla; cógenla en medio dos escaleras á la mano derecha, la que baja del dormitorio para venir al coro, por la otra se baja al relicario, enfermería, refectorio y otras oficinas.

Enfrente de esta capilla está la puerta del coro, muy bien proporcionado, la bóveda alta y curiosa; pende de ella una gran lámpara de plata; la sillería de nogal juntamente es recoleta y regia; ocupa los dos lienzos y lo que queda de la puerta; un poco apartado de las sillas, por todas treinta y cuatro, estan unos postradores del mismo material. Adornan este coro bellísimas pinturas. En la testera encima de la puerta, un gran cuadro de nuestra Señora con su Hijo en los brazos, á los lados los dos mejores hermanos, Santiago el Mayor y S. Juan Evangelista, de estatura natural; junto á ellos los

retratos de cuerpo entero de los grandes fundadores D. Felipe III y Doña Margarita, debida memoria á tan santos y amados reyes; esto en la testera; síguense por los lados sobre las sillas que ocupan el claro que hay entre las cornisas, imágenes de santos de estatura natural; enviólas de Florencia la gran duquesa, hermana de la reina fundadora. Rematan estos dos lados grandes cuadros, uno de Cristo nuestro Señor en el traje y como andaba en la tierra; hízose en Valladolid por el modelo que dió la venerable vírgen Doña Marina de Escobar, y por ventura se le mostró el Señor en aquel hábito. En la otra parte un cuadro de la estacion de Cristo en el tribunal de Herodes, con quien la madre Mariana tuvo mucha devocion; era todo su consuelo. Hízole el Señor en su presencia grande misericordia, de que en otro lugar se hace mencion.

Encima de la reja del coro, en lo más alto del arco de la bóveda, está un gran crucifijo de talla, de estatura natural, dióle la fundadora debajo de un dosel; á los lados dos cuadros de pasos de la pasion; debajo del crucifijo un lienzo muy grande de cuando le sepultaban, y á los lados dos pinturas, una de S. Felipe, otra de Sta. Margarita; debajo está la reja del coro, por donde sale y entra con dificultad la voz, está con todas las guardas y decencias que ordenan las constituciones. En ella está el comulgatorio con una cortina que cubre tambien al sacerdote miéntras comulga á las religiosas. A los lados de esta reja hay dos altares muy bien proporcionados con sus retablos, en el uno está la Ascension de nuestra Señora, de talla, rodeada de ángeles; al otro lado, con igual correspondencia, el glorioso Dr. S. Agustin de pontifical, tambien de talla, y el niño á la ribera con su concha. Por las dos escaleras que rematan y comienzan en el antecoro, no hay escalera en los claustros por la una se baja al relicario, enfermería y refectorio, y por la otra se sube al claustro alto y dormitorio; son unos tránsitos de la una y otra parte con celdas pequeñas, de doce pies en cuadro, y otras de ménos con ventanas grandes, estan trazadas todas de manera que caen sobre la huerta, y jardines á la parte del Mediodia, y alcanzan con la vista gran parte de la Casa de Campo y alamedas. Los aliños de las celdas son la suma pobreza, una estera pequeña, y sobre ella un jergoncillo de pajas, sábanas de estameña, y una manta ó las necesarias, una cruz de madera y pila de agua bendita, una estampa, un candil y algunos libros y la labor que cada uno hace. En este convento hay dos extremos, en lo que mira á casa real, que es el divertimiento de los reyes, y al culto divino, se admira la curiosidad y la riqueza; en la habitacion y tratamiento de las religiosas llega la pobreza á su extremo.

Pasamos al capítulo á quien nombramos dando una ventana al jardin del cuarto de los reyes. Es de extremada proporcion, tiene bóveda, está cercada

de poyos chapeados de azulejos, que se levantan por las paredes, en gran espacio alto, y adornan tambien el pavimento; es capaz de las religiosas. A la cabecera de la pieza, sobre una peana ancha, tambien cubierta de azulejos, está un devoto sepulcro de bella traza y labor de ramblaje pintado de varios jaspes, en particular el negro, encierra este sepulcro una excelente imágen de talla de Cristo nuestro Señor muerto, casi de dos varas, las llagas de pies, manos y costado, parece vierten sangre, el rostro tan mortal y propio, que causa una reverencia temerosa, la cabeza mal trazada de la crueldad de la corona, que muestra con gran viveza la acerbidad del tormento. Los ojos son de cristal medio abiertos, sus cejas naturales, algo abierta la boca, y se divisa la lengua todo provoca á devocion y ternura: reclina la cabeza sobre almohadas de talla, como la sábana donde se extiende el cuerpo. Fué su artífice el ya nombrado. En el tablero de enfrente del sepulcro está de pincel nuestra Señora, S. Juan y la Magdalena dolorosos. Esta, cubierta con un paño de la India, tiene de ordinario dos órdenes de cortinas por mayor decencia, en medio del sepulcro está escrito:

Crucifixus etiam pro nobis et sepultus est.

En el último remate está una cruz, y algo más bajo de ella dos ángeles grandes dorados. A los lados del sepulcro en los espacios que hay de él á las paredes, estan dos grandes imágenes, que exceden al natural: la de la mano derecha es del glorioso doctor S. Agustin, la otra su dichosa madre Sta. Mónica; la puerta del capítulo está enfrente de la puerta ventana, que cae al jardin del rey, está pintada de azul y blanco para que se continue el chapeado. Antes de pasar á las dos grandes partes que nos faltan, se dirá algo de la enfermería y refectorio á que corresponden las demás oficinas forzosas en un convento.

Es el refectorio una pieza bastante grande de bóveda, muy bien dispuesta; por la una parte tiene tres ventanas grandes, que caen á un jardin que le dan mucha luz y purifican. En la cabecera hay una imágen de la Cena, de la mano de Vicencio Carducho, con su marco, dorado en oro, que sube hasta tocar en la bóveda. En medio del refectorio está una cruz grande; súbese á ella por tres gradas de azulejos. Vense por todas partes escritos con letras de oro, particulares conceptos, las mesas estan desnudas, sin manteles ni más que una servilleta en cada asiento. La enfermería es de las mejores partes de todo este convento. Entrase á un salon de más de cien pies de largo, la anchura de buena proporcion, en cada una de las dos testeras hay dos puertas ventanas por extremo grandes, las unas caen á la huerta, las otras dos al jardin, donde está el arca del agua. En su largo, que mira al campo hay, otras

cuatro ventanas altas con piedras trasparentes para ayudar la luz de tan gran pieza. Entre ellas se ve un altar debajo de un dosel de damasco carmesí, un Cristo crucificado muy devoto, debajo un gran cuadro de la Purificacion de nuestra Señora, cércanle unas rejas altas de madera, pintadas de azul y oro.

En este altar se dice en ocasiones Misa á las enfermas. En la pared frontera, que hace á lo interior del convento, hay entrada á siete cuadras grandes, donde estan las enfermas, capaces para dos en caso de apreturas. Estas celdas tienen de la otra parte una puerta ventana que sale á un corredor bajo, que confina con el jardin principal de la casa; este es muy grande y espacioso, adórnale en medio una hermosa fuente y buenos cuadros con gran variedad de flores; los pilares de los arcos del corredor estan cubiertos de jazmines y mosquetas. Sobre el corredor bajo de la enfermería hay otro del noviciado muy grande y alegre, hay á él once celdas con las puertas al este corredor alto. Tiene este noviciado una capilla grande y capaz, está con bóveda y sirve de capítulo al noviciado y las demás devociones de las novicias. Todo el edificio es fuerte, hermoso y regio, que sustenta la religion grandeza de ánimo y magnificencia del fundador. Hay en diferentes partes del convento siete fuentes de excelente agua, las cuatro corren contínuamente, las tres en las oficinas, con llaves que lo dan al punto que se la piden. Hay cuatro jardines, el grande que hemos dicho, el del rey, el del refectorio, otro cerca de la ropería; en estos corren las cuatro fuentes. La huerta es muy grande, con muchos árboles y calles de parrales, da la hortaliza á la casa, hay un grande estanque que la riega, de jardines y huerta cuidan dos hombres con muy buen salario.

No son piezas ménos curiosas las que hacen de sacristía baja y alta, por los objetos que se conservan en ellas, que manifiestan la riqueza que ha poseido por donaciones regias y particulares, lo que acredita el aprecio que se hizo desde su fundacion de este convento, debido todo á la santidad de la priora fundadora, espejo de preladas y dechado de buenas religiosas.

La pieza de la sacristía de adentro, que cae en el mismo lado que la de los capellanes de acá fuera, dividida con una gruesa pared, comunícalas el torno por donde se da recado. Tiene esta pieza cerca de ochenta pies en largo, la anchura proporcionada, sobre ella otra de igual ancho y largo. Si lo que se tiene en la baja, que es lo principal, se hubiera de poner menudamente, creceria este libro sin medida.

Guárdanse en esta sacristía los doseles, palios, colchas, en todo competen la curiosidad y la riqueza. Estan llenas grandes arcas, cofres y escritorios de mucha y curiosa ropa blanca para el servicio de la iglesia. Corporales preciosos, ropa de albas guarnecidas y olorosas, sábanas, purificadores,

amitos, toallas, sobrepellices, de todo hay gran cantidad y está curiosamente adornado.

Hay candeleros de bronce dorado de diferentes hechuras y tamaños, copia de ramilleteros de los mismos de curiosa traza. Hay muchas jarras de plata bruñidas, con guarniciones de bronce dorado de todos tamaños y diferentes hechuras. Diez candeleros con sus cruces, de la forma de los jarros; diólos la reina Doña Margarita. Otros seis candeleros grandes de plata, diólos la condesa de Medellin á la profesion de su hija la M. Margarita de la Encarnacion. Otros muchos de diferentes hechuras y tamaños. Seis tiestos de plata grandes, labrados, otros pequeños para sembrar por las gradas, cuatro cántaros de plata, los dos lisos muy grandes, diólos la condesa de Santiago en la profesion de la M. Beatriz de S. Nicolás, su hija; los otros dos labrados y dorados, sácanse la octava del Corpus. Las flores artificiales de diferentes hechuras que se ponen en los cántaros, y ramilleteros son de lo vistoso y rico que ha inventado la curiosidad y devocion en esta parte. Jarros de aguas marinas de diferentes formas, guarnecidas de plata y bronce dorado. Otras piezas pequeñas para poner pebetes y perfumes. Esto es lo que sirve de ordinario y está en esta sacristía.

En la alta de igual grandeza se guarda lo mas extraordinario, y que sirve pocas veces; una arca de plata en que se encierra el Santísimo Sacramento el jueves santo, está muy bien labrada, su largo mas de vara y media, poco ménos de alto, susténtanla cuatro garras de leones que asen cuatro bolas de bronce dorado, en medio de ella se ve un cordero grabado en las labores de la cubierta, está forrada todo de tela de oro encarnada, muy rica, con pasamanos de oro. Ocupan cuatro arcas grandes las gradas que hay de plata, ocho varas de lo mismo para el palio del brocado.

Ha menester buena parte de esta pieza un tabernáculo en que la octava del Corpus se muestra Cristo nuestro bien sacramentado. Adorno para este Señor muy visto, mas el mayor que puede darle la industria y riqueza humana es todo de plata de excelente arquitectura. El pedestal tiene vara y tercia en cuadro con sus frisos y molduras guarnecido de pilares y remates de plata; en los cuatro ángulos se levantan cuatro pedestales con escudos de armas reales relevados y sobre ellos las columnas con capiteles dóricos, la cúpula de este tabernáculo de cuatro varas ménos cuarta de circunferencia. Las columnas tienen dorados los vuelos y los átrios que de alto á bajo las adornan hasta medio cuerpo, cincelados de plata los fondos, de medio abajo revestidos con follajes, de puntas de diamantes y tres tarjas doradas con óvalos de plata en medio de la bóveda que carga sobre estas columnas. Tiene cada una en sus cuatro arcos dos cartelas con adorno tambien de follaje, que ciñen un curioso escudo ó tarjeta engastado, en medio un cora-

zon atravesado con saetas, armas de la Orden. Lo interior de la bóveda está enriquecido con puntas de diamantes, en los cuatro ángulos otras tantas tarjetas doradas con óvalos de plata bruñida. Este tabernáculo que apénas puede el discurso formarle, no viéndole los ojos, se pone en el altar mayor; acompáñanle los lados ocho gradas de plata, que van en disminucion labradas con óvalos bruñidos, con guarniciones de bronce dorado fino y molduras, sembrados de algunos esmaltes, cuatro carteletas altas y bajas de la misma manera que las gradas; estas se ocupan de unos ramilleteros de flores y de los candeleros de mayor valor que esta real casa tiene.

Tiene la casa las colgaduras necesarias para adornar la iglesia en todos tiempos, una tapicería de lana y seda de la historia de los actos apostólicos, sirve la Navidad y Semana santa.

Una colgadura de brocado carmesí en oro, que viste toda la iglesia dióla la gran duquesa de Florencia, hermana de la Reina fundadora.

Otra de cañamazo labrado con diversidad de flores y figuras de animales y todas las venas y troncos bordados de hilillo de oro muy rico, la una pierna y la otra de damasco nacar y blanco, pónese la octava del Corpus. Otra de terciopelo labrado, fondo en raso plateado y negro con unas coronas imperiales, esta sirve á las honras de SS. MM. fundadores. Hay otra colgadura para el pórtico una pierna del mismo brocado de la Florencia y otra de terciopelo liso carmesí. Otra para la calle de brocado encarnado y blanco, sirven estas el dia que se celebra la octava del Santísimo Sacramento. Tres bancos labrados de cañamazo y sedas para los prestes, otros de terciopelo carmesí. Gran copia de alfombras, algunas de gran precio y extraordinaria grandeza, ocho blandones de bronce para los dias de los finados, honras de los reyes; enviólos la señora infanta Doña Isabel.

En la detenida relacion de la descripcion que vamos haciendo, debida á la bien dirigida pluma del Lic. Muñoz, no podemos ménos de comprender el preciosísimo relicario que enriquece á este convento Real de la Encarnacion. Este Sancta Sanctorum es una perla inestimable de reliquias de bienaventurados, que es lástima no sea público como el de otras iglesias y conventos, para que los fieles tuvieran el consuelo de visitarle y de admirarle porque es digno de atencion en todos conceptos.

Hasta aquí se ha referido lo santo de esta gran casa, y se permite á los ojos, y gozar los que frecuentan su templo, llegamos al Sancta Sanctorum, esto es al relicario que solo gozan las religiosas, y las personas á quien dan los reyes licencia cuando entran en el convento. Es menester se esfuerce la fe humana y se rinda la elocuencia, por mucho que se aliente el pensamiento no puede alcanzar lo que se encierra en este santo santuario.

Antes de entrar á un lado de la puerta está un devotísimo Cristo

metido en un corazon cercado de resplandores, este se pone los viernes de la cuaresma en la iglesia miéntras el sermon y miserere.

El relicario es una pieza cuadrada grande, viene á caer detrás del altar mayor de la iglesia, y tendrá la anchura del retablo, de manera que confinan los altares, el de afuera y el de adentro. Está este divino sitio de Dios nuestro Señor entre los hombres tan bien dispuesto, en adorno y fábrica, que á los que con pia atencion y devocion le miran, les parece es retrato de la gloria. Entre todas las prendas que en este santuario veneran, la mas digna de adoracion y estima es una cruz, por la grandeza de las reliquias que encierra. Procuraron las religiosas que saliese muy vistosa y rica como custodia de los mas ricos despojos de nuestra redencion, es de plata por la parte que estan arrimadas las reliquias. En la parte de donde se forma la cruz, está un pedazo del santísimo madero, en que Cristo nuestro bien obró la redencion del mundo, á un lado un poco de los preciosos clavos, en el otro un pedazo de la caña, que por cetro le pusieron en la mano, más abajo del Ligum Crucis un gran pedazo de vara, dos dedos de ancho, tiénese por muy cierto y está comprobado por milagros, es de los azotes con que hirieron su delicadísimo cuerpo en la columna. Otro pedazo del velo con que cubrieron su divino rostro.

Está todo con viriles y adornado con aljofar, y entre reliquia y reliquia hay una piedra fina de gran precio.

Tiene por remate de los tres extremos de la Cruz, tres flores de lis de plata, el pié del mismo metal muy bien labrado, es depósito de muy grandes reliquias.

Un pedazo de piedra del sepulcro de Cristo nuestro Señor, y otro del de nuestra Señora, y de su sagrada vestidura: reliquias de cuatro apóstoles, S. Pablo, S. Bartolomé, S. Mateo y Santiago el menor, todas con sus viriles; en la parte superior del pié, la adornan dos ángeles de plata; la veneracion que á esta Cruz se tiene y cuando sale á la iglesia se dice en otro lugar.

Hay otra reliquia del Lignum Crucis, que el P. Fr. Diego de Guevara, provincial de la provincia de Castilla, de la órden de S. Agustin, dejó á la madre Mariana. Está encerrada en un corazon de cristal, y pendiente de una aguja de oro, el remate de arriba tambien de oro, el pié de una piedra fina guarnecida de plata dorada. Está la santa reliquia con admiracion de todos los que la miran con sangre, en comprobacion del milagro que obró para desengaño de un incrédulo, que dudando de su verdad la partió y bebió sangre.

Aumentan la veneracion á este santuario cuarenta relicarios, de diferente hechura y tamaños, de plata, ébano y marfil, y treinta y cuatro de bronce

dorado, de varias hechuras, todos con viriles. Estan esparcidas entre las reliquias muchos ramos de flores artificiales, de gran curiosidad, que hacen mucho adorno y acompañan las reliquias.

Débese gran parte del aumento de este relicario á la M. Aldonza del Santísimo Sacramento, que como supo ofrecerse toda á Dios, ha procurado en todos tiempos con el corazon y con las obras ofrecer al Señor dádivas grandes. Ayudó mucho á esta liberalidad la condesa de Miranda, su madre, que despues de sus dias dejó cosas de mucha estima para la profesion de su nieta la M. María de Jesus. Hizo la M. Aldonza el empleo con la grandeza de ánimo que pedia la ocasion, y demás de las muchas cosas que dió para el altar y sacristía, puso otras en el relicario muy ricas y curiosas.

Las más señaladas son: una arquita de plata con reliquia de unos santos mártires, que librándose de las voraces ondas del mar, habiendo perecido lo restante del navío, perdidas de mucho tiempo, llegaron solas á salvamento, y en su compañía se halló tambien una reliquia de S. Pantaleon, mártir, en una ampollita de cristal guarnecida de oro, con sangre del mártir; vése cuajar todo el año el dia de su martirio, se derrite con milagro continuado. Son tambien dádiva de esta ocasion dos relicarios grandes, todos de plata, con unas hermosas láminas con reliquias y piedras.

Aumenta la riqueza de este sitio un cáliz de oro, la copa y patena, el pie de plata dorada, adornado con excelentísimos diamantes labrado con gran primor; guárdase en el relicario por su valor, que es de catorce mil ducados, y se usa solamente para encerrar en él al Señor el jueves santo. Hasta aquí las dádivas de la M. Aldonza por la condesa su madre.

Acompaña á este precioso cáliz una custodia, que ha poco que se acabó, para la procesion del Santísimo Sacramento; es toda de plata sobredorada, tiene dos órdenes de rayos, á modo de sol; los más pequeños, que cercan los viriles de cristal, estan esmaltados con gran perfeccion; los segundos rayos son muy grandes, y remata cada uno con un diamante; en lo alto tiene una cruz de diamante, el pie es muy precioso, labrado y esmaltado con gran primor; es pieza régia; su valor tres mil ducados.

Tiene su dichoso sepulcro en este relicario la venerable y santa vírgen Doña Luisa de Carvajal y Mendoza, insigne en ambas noblezas, conocida y estimada en toda Europa por la santidad de su vida y aquella grande hazaña de haber dejado su patria, y vivido catorce años en la corte de Inglaterra, donde á vista de la persecucion de la religion católica, entónces más furiosa, levantó un baluarte de la profesion romana, viviendo con algunas compañeras con gran ejemplo de vida; ayudó á los católicos, redujo algunos herejes, padeció por la religion, que ocasionó su muerte; anda un corto libro de su vida.

A instancias de la M. Mariana, mandó el rey D. Felipe III que se trajese su cuerpo de Lóndres á este convento; está entero, incorrupto y con una fragancia celestial, que excede á la de todos los aromas más suaves.

Está en un cofre algo subida del suelo, aforrado de terciopelo carmesí, con clavazon dorada y dentro de tela de primavera.

Tal virtud mereció tan grande estima.

La última y más preciosa joya es una custodia rica de cristal, de vara de alta, labrada con gran primor, curiosidad y riqueza. Tiene diez y seis columnas torneadas, todas de cristal; estan asentadas sobre bases de plata sobredoradas; susténtanla todas otros tantos leones del mismo material que las basas; estan las columnas de dos en dos, y en las ocho divisiones que hacen entre sí, dan lugar á otros tantos óvalos de cristal muy hermosos y bien labrados.

Tienen por remate todas las columnas sus capiteles de oro y unas jarretas de cristal, con ramilletes de oro esmaltados y labrados con grande curiosidad; remata esta fábrica con su media naranja de cristal y cruz de lo mismo, guarnecido todo de oro con tanta perfeccion, que no lo puede explicar la pluma; que prendas tan ricas necesitan de la experiencia de la vista para darles la estimacion que merecen. En esta custodia se descubre en ocasiones el Santísimo Sacramento.

En el sagrario de la iglesia está este Señor colocado en la primera prenda de su amor, que dió la serenísima reina Doña Margarita; es aquel vaso grande que dijimos, labrado de una preciosa piedra de ágata; el tapador es de lo mismo, guarnecido todo de oro; el remate son dos sierpes de oro y una piña, todo de rubies pequeños en grande cantidad, dispuestos con gran órden y perfeccion.

El suelo del relicario es todo de azulejos, y las paredes de chapado hasta los estantes; las puertas del relicario, como las del confesonario, de palo santo, labradas con mucha curiosidad; las fijas y armaduras doradas.

Enfrente del altar hay una ventana rasgada, que cae al jardin grande, da mucha luz y buena vista.»

Hecha la descripcion de la iglesia y Real convento de la Encarnacion, nos parece no deber omitir lo que nos ha dejado consignado el licenciado Muñoz expresado, acerca de sus fundadores, patronos, prelados, religiosas, capellanes y demás ministros, y de las obligaciones que todos tienen en sus respectivas clases, insertando literal la Real cédula de fundacion que dió el rey D. Felipe III, ya difunta su esposa la piadosisima reina Margarita, á la que debe considerarse como la verdadera fundadora de esta casa del Señor.

«La gloria de fundadora del Real convento de la Encarnacion es de la

serenísima reina Doña Margarita, y que su fervorosa religion y ardiente celo levantaron este alcázar de la religion cristiana, así lo testifican la inscripcion de la primera piedra, los escudos de armas de puertas y retablo. Alabanza grande del Sr. rey D. Felipe III, que habiendo sido el que de verdad fué su fundador, pues levantó esta gran casa desde el primer fundamento, y la dotó y puso en el estado que hoy tiene, no le permitió el amor dejar de hacer este reconocimiento á la piedad de su querida esposa. Comienza así la escritura de la fundacion:

«El Rey. Por cuanto la Serenísima Reina Doña Margarita, mi muy cara y muy amada mujer, en el discurso de su vida, que aunque breve en dias fué larga y dichosa por las raras virtudes y ejemplo con que fué dotada, deseó edificar un convento de Monjas Recoletas de la profesion y regla del bienaventurado Patriarca y doctor de la Iglesia S. Agustin, debajo del nombre y advocacion del inefable misterio de la Encarnacion; lo cual trató conmigo, y para su ejecucion escribió de su mano diversas memorias; y eligió de la Recoleccion priora y monjas cuales convenian para el fin de tan santo intento; de manera que la perfeccion del convento respondiese á los fines santos que deseaba, y ántes de verlos ejecutados fué nuestro Señor servido de llevársela para sí. Y considerando la ejecucion de voluntad tan pia, y que en esta obra se comprende perfecta y consumadamente las de caridad, piedad, religion y culto divino; á gloria y honra de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres personas distintas y un solo Dios verdadero, y de la Santísima Virgen María, Madre de Dios, nuestra Señora y del glorioso apóstol Santiago, patron y espejo de nuestro Reino de España, y del gran Patriarca y bienaventurado Doctor S. Agustin, mandamos fabricar el convento cerca de nuestra casa Real, con la grandeza, perpetuidad y forma conveniente á la dicha recoleccion y ser obra nuestra; al cual convento de nuestro mandado y órden se han pasado la priora y monjas, y siendo necesario dotarlas, y que declaremos y ordenemos lo que la priora y monjas, y nuestro capellan mayor, capellanes y ministros han de cumplir, observar y ejecutar para ello, ordenamos y mandamos observar y guardar los capítulos siguientes: 1.° Que la iglesia y convento sea y se nombre del inefable misterio de la Encarnacion de Cristo nuestro Señor, á quien le dedicamos, y queremos que haya treinta y tres monjas de coro, el cual número se guarde y conserve por estar consagrado á los años que Cristo nuestro Señor vivió en la vida moral, y mandamos no se altere ni pueda alterar. Prosigue la escritura: Dispúsola aquel gran varon que despues de haber sido de los supremos Consejos de Castilla y de la Cámara, presidió á los de Hacienda y de Indias D. Fernando Carrillo, caballero del hábito de Santiago, ministro de los mayores que tuvo esta monarquía en tiempo de tres Felipes,

reyes nuestros, dispuso admirablemente las cosas de esta fundacion con su gran prudencia y letras; fué protector lo que vivió de este Real convento.

Este número de religiosas se conserva; hay cuatro hermanas de velo blanco y se permite se crien cuatro niñas para religiosas, hijas comunmente de señores, que entran en noviciado habiendo vacantes. No llevan dotes las religiosas, sus padres suelen cuando profesan dar alguna presea para la sacristía ó relicario.

Quiso el Sr. rey D. Felipe III que á las monjas que entrasen se les hiciese informacion de nobleza. La M. Mariana de San José como tan prudente, entre otras razones que propuso al Rey para que no lo mandase, fué que no era justo que para vestir de sayal el primer paso que diesen fuese en cosa que tenia tanto de vanidad de mundo, más que daria el hábito á personas escogidas dando primero cuenta á S. M. Agradó la razon al Rey y mandó no se pusiese.

El patron es el rey de España que á tanta casa no se le debia otro que el mayor monarca, y aunque los conventos reales de estos reinos de que S. M. es patron son tantos, éste como el último es favorecido con raras demostraciones de amor. Está unido á su palacio con un largo pasadizo que es una agregacion de salas y galerías adornadas de retratos y variedad de pinturas por donde vienen los reyes por sus mismos cuartos. Tienen uno dentro del convento para los ratos que se detienen en él. En la última pieza en que se remata el pasadizo, viniendo de palacio, hay una puerta cerrada por la parte de adentro con un fuerte cerrojo, cuya llave tiene la M. Priora; de esta puerta se suben tres ó cuatro pasos hasta la otra por donde se entra en una hermosa sala; está tambien cerrada con dos llaves que tienen las dos religiosas más antiguas del convento y no se pueden abrir estas dos puertas sin concurrir la Prelada y dos religiosas; de aquí comienza la clausura. Avisa S. M. el dia que ha de venir y el mayordomo del convento hace aderezar el pasadizo á que tiene puerta por su casa. Cuando S. M. llega toca un criado de la Furriela ú otro de los que vienen con él ó el mayordomo del convento la primera puerta que dijimos. Corren el cerrojo por dentro y se retira la religiosa, él abre la puerta y entran SS. MM. y se vuelve á cerrar hasta que salen, y el mayordomo cierra despues con dos cerrojos otras dos puerta de las salas inmediatas á la primera puerta de la clausura, que al instante se cierra, de manera que el convento está por esta parte defendido con cuatro puertas.

El Prelado de este convento es el arzobispo de Santiago, capellan mayor del Rey, es al presente el cardenal Espinola.

El capellan mayor de esta real casa es siempre persona de calidad, y de ordinario del consejo supremo de la general Inquisicion, fué el primer capellan el Dr. D. Francisco Sobrino, consejero magistral de la santa iglesia de

de Valladolid, despues obispo de esta ciudad. Sucedióle D. Gabriel Ortiz de Sotomayor, maestrescuela y canónigo de la santa iglesia de Toledo, del consejo de la general Inquisicion, murió obispo de Badajoz; hoy del mismo consejo el Dr. D. Juan Ortiz de Zárate. Tiene el capellan mayor, además del cuarto de su casa que dijimos, mil ducados de renta, médico y botica. Celebra las principales festividades del año, Páscuas, misterios de Cristo, fiesta de nuestra. Señora y Apóstolos, Semana Santa, octavas, honras de reyes, y por ellos tiene obligacion de decir dos misas rezadas cada semana.

El confesor es y ha sido siempre eminente en letras, y de mucho espíritu cual conviene para tratar con almas tan puras; goza novecientos ducados al año, con cargo de dos misas cada semana. Tiene el cuarto de casa que dijimos y cura en las enfermedades. Fué el primer confesor el Dr. Gerónimo Perez. Sucedióle el Dr. Luis García Rodriguez, canónigo doctoral de la santa iglesia de Avila, obispo despues de Orense, nuevo de Astorga. El Dr. Don Juan de Salinas, capellan de los Reyes nuevos de la santa iglesia de Toledo.

El Dr. Ginés Martinez, canónigo magistral de Teruel, el Dr. Bartolomé Cordero, canónigo magistral de la santa iglesia de Badajoz y el Dr. D. Pedro de Arévalo, colegial mayor, canónigo de la iglesia doctoral de Alcalá y catedrático de la universidad de esta villa.

Hay dos capellanes graduados de doctores; que sirven por semanas para la misa conventual, y se visten con el capellan mayor para las epístolas y evangelios los dias que él celebra, y le asisten con capas á las vísperas solemnes. Tienen obligacion de tres misas cada semana, los que no son semaneros de misa mayor gozarán de cuatrocientos ducados al año, casa, médico y botica, tiénenlo todos los que llevan renta de esta casa.

Forman una excelente capilla de todas voces, otros trece capellanes músicos; dáseles á cuatrocientos ducados, quinientos al maestro de capilla; hacen una semana de misa mayor conventual como los doctores, y asisten con el capellan mayor cuando ellos faltan; tienen obligacion de tres misas rezadas, no siendo semaneros. Tienen distribuciones en las fiestas que diremos. En esta capilla, desde su fundacion ha habido excelentes voces y la iglesia las favorece y hace aparecer mejores; han sido siempre sacerdotes ejemplares.

Hay más seis capellanes de altar, músicos que asisten al coro como los demás y dicen las epístolas y evangelios todo el año por semanas con los que dicen las misas; tienen á doscientos ducados cada año y de obligacion dos misas rezadas cada semana. Hay además de estos, tres músicos con salarios competentes miéntras hay capellanía vaca. El organista tiene cuatrocientos ducados. Hay ministriles, dos baxones, dos cornetos, dos maestros que tocan harpa, con honrosos salarios.

El maestro de ceremonias goza doscientos ducados, otro tanto el sacristan mayor y dos menores á ciento cincuenta; ocho acólitos demás de la buena crianza y cuidado que se tiene de ellos, dos mayores á sesenta ducados, y los otros seis á cincuenta.

Asisten de ordinario en la iglesia dos alguaciles con varas, en particular los dias de fiesta porque no haya indecencias ni traviesen pobres; tienen á cien ducados.

No hay palabras que puedan explicar bastantemente la autoridad, devocion, pausa y majestad con que se celebran los divinos oficios en este Real convento,

Es un agregado de cosas excelentes, que hace una maravillosa armonía iglesia, altar, ornamentos, gravedad de los ministros y excelencia de las voces; todo hace un cielo en la tierra.

Celébranse con gran solemnidad de música é instrumentos las principales festividades del año, todos los dias de Páscuas, Misterios de Cristo, fiestas de nuestra Señora, S. Juan y los Apóstoles, con vísperas solemnísimas, San Lorenzo, los patrones del arzobispado, S. Eugenio, S. Ildefonso y nuestro S. Isidro de Madrid, S. Agustin su dia y conversion, Sta. Mónica, la Magdalena, Sta. Margarita, S. José, Angel de la Guarda, la conversion de S. Pablo S. Francisco y con música grandísima todos los domingos del adviento y desde la septuagésima, los de la cuaresma. Los oficios de la Semana Santa se hacen con rara devocion y gravedad. Todos los sábados del año se dice misa con música á la Concepcion de nuestra Señora ántes de la conventual de las religiosas.

Los primeros jueves del mes se renueva el Santísimo Sacramento; esta descubierto miéntras se canta la misa solemne y una letanía con notable deferencia y melodía de voces; despues se encierra.

Son más de ciento cincuenta misas las que se celebran solemnemente. Hay estos jueves distribucion á los capellanes. Como los viernes de la cuaresma en que hay sermon por la tarde, y se canta el salmo del Miserere con gran variedad de voces é instrumentos, para estos dias salió pequeña la iglesia. Celébranse con gran majestad tres octavas, la principal del Corpus, festéjase con rara autoridad, porque el adorno es el que se ha hecho imposible de pintarse. Dícese cada dia misa solemnísima y sermon; y á la tarde completas con gran música, en todas villancicos; despues se reserva el Señor con grande autoridad. El miércoles siguiente se celebra la octava (sin acabarse); hay de ordinario misa pontifical, y lo es la procesion de la tarde; sale por la plaza que está ántes del convento; adórnase todo el sitio de colgaduras y altares. El Rey la acompaña y su familia con hachas; el concurso es grande.

Demás de la octava se descubre el Santísimo Sacramento en este real convento los primeros dias de las tres Pascuas del año por la mañana, y se reserva acabada la misa mayor. El dia de la Ascension miéntras nona, que la canta la capilla, y en otras ocasiones de guerras y necesidades públicas.

El príncipe nuestro Señor ha adoptado otra octava al apostol Santiago, patron de España; hay misas solemnes todos los ocho dias, sermon el dia, y la octava y la fiesta y domingo que caen en ella.

Repártense cada dia de los ocho cien reales de limosna, entre soldados pobres; vistense seis; es su gasto con la cera de seiscientos ducados.

La tercera octava es de la Expectacion del parto dotada por la reina nuestra Señora. Hay vísperas solemnes, misa y sermon el dia, y el de la octava y domingo y fiestas que caen dentro; misas solemnes los demás dias hasta el de ántes de la vigilia de Pascua, que la mañana es célebre por la Calenda, como por las vísperas la tarde.

Los maitines son de los más célebres, como los de los Reyes.

Cantan un salmo los cantores, otro las religiosas, alternando. Es el gasto de esta octava de cuatrocientos ducados, sin ciento que se dan á la madre priora para distribuirlos entre los pobres vergonzantes; tiene todos los dias distribucion la capilla.

Hay en esta santa casa jubileos todos los primeros dias de las tres Pascuas del año, el de la Encarnacion, S. Agustin, Sta. Mónica, S. Nicolás de Tolentino, S. Felipe y Santiago, Sta. Margarita y otros.

Los sufragios que se hacen por los reyes fundadores son muchos. El último dia de Marzo (no estando ocupado) ó el sábado de Ramos, se celebran las honras del rey D. Felipe III, á los 3 de Octubre; y las de la reina Doña Margarita: cuélgase la capilla mayor con una rica colgadura; pónese en medio de la capilla mayor sobre una tarima, una gran tumba cubierta con un paño de rica tela de oro de Milan, con labores realzadas de oro hilado; es negro, alcanza á cubrir buena parte del suelo, dos almohadas de lo mismo á la cabecera, y sobre ellas una corona imperial de plata, al pié una cruz; cércanla ocho blandones de bronce, cuatro de plata con hachas. Dicen los capellanes el dia ántes vísperas, una vigilia de tres lecciones; láudes con música; el dia siguiente misa solemne y sermon.

Algunos dias solemnes se dicen responsos cantados por los reyes acabada la misa, como el de la octava del Corpus y otros. El dia de la Conmemoracion de los difuntos no es la menor solemnidad, dicen los cantores por la tarde con las vísperas maitines de nueve lecciones y láudes con música.

Hácese un aniversario solemne á 13 de Setiembre por el Sr. rey D. Felipe II, que es el dia en que murió.

Por Noviembre otro por los Archiduques padres de la reina Doña Marga-

rita. El convento dice cada mes dos misas de Requiem por los fundadores y contínuas oraciones por sus almas. Los capellanes á tres y dos misas cada semana; son por todas más de dos mil cuatrocientas.

Y el rey nuestro Sr. D. Felipe IV ha dotado dos mil misas rezadas cada año, mil el príncipe su hijo; dícense por capellanes los dias que les quedan desembarazados de las de su obligacion. Asimismo ha dotado S. A. una capellanía por las ánimas del purgatorio, que dice un capellan doctor.

Tiene este Real convento todos los ministros y criados necesarios para su servicio, administracion y cobranza de su hacienda, á quienes da muy competentes salarios; monta la nómina de los referidos doce mil quinientos ducados bien pagados.

Dáse á las religiosas lo necesario para sus alimentos y vestuarios, mil ducados para los gastos de la sacristía, doscientos para lavandera, doscientos cuarenta para la limosna ordinaria; hacen otras muchas á pobres vergonzantes cada dia.

Hay dos hermanas de afuera con hábito de S. Agustin para acudir á recados de autoridad, principalmente á Palacio y á señoras.

Asisten continuamente cerca del torno dos porteros; si el uno se envia á algun recado, el otro jamás deja su puesto. Nunca persona de fuera llega al torno sin hablar primero al portero; él da noticia á la tornera de quién es ó lo que quiere, y con su órden, ó da el recado al portero ó llega á hablar al torno.

Tiene su asiento en este Real convento una hermandad, que en vida de los Sres. reyes D. Felipe III y Doña Margarita, se erigió de los criados de ambas casas Reales, con la advocacion de la Anunciacion de nuestra Señora. Fué su fin particular, despues del culto, acudir á las necesidades de los criados; en especial á sus entierros, socorros de sus hijos y de sus mujeres. Es el hermano mayor el rey, y su principal patron, y lo fueron sus padres, que están gozando de Dios, y favorecieron esta fundacion, y tomaron el libro de las constituciones: son de esta hermandad los caballeros de la cámara, mayordomos, jefes de todos los oficios, y los demás criados de las demás casas de rey y reina que estan subordinados al mayordomo mayor y sumiller de corps. Celebra su principal fiesta el dia de la Anunciacion de nuestra Señora. Asentóse al principio en el convento de S. Felipe, donde se hacia la fiesta con majestad notable, estando el rey en cortina. Despues que se acabó este convento se trasladó á él esta hermandad. Asiste á esta fiesta el rey desde su tribuna. Comulgan todos los hermanos á la misa, y el dia que se celebra la octava acompañan la procesion con hachas, como dijimos; lleva el estandarte, que es muy rico, con imágenes bordadas del misterio, y en el reverso armas reales, un gentilhombre de la cámara del rey. Enriqueció á esta

hermandad Paulo V, pontífice romano, con muchas indulgencias.» Hasta aquí la descripcion que de esta Real casa hace el Lic. Muñoz: la hemos copiado íntegra por el interés que ofrece.

Muchos volúmenes necesitaríamos emplear si hubiéramos de trascribir en esta biografía de la V. M. Sor Mariana de S. José las excelencias de la religion del glorioso P. S. Agustin, de la que fué esta venerable preciosísima margarita, que la enriqueció con sus virtudes y la ensalzó con su santidad. Muchos autores han tratado extensamente sobre este punto, á los que remitimos á los curiosos y á los estudiosos que quieran ver lo grande que fué aquel santo fundador, la gloria que supo conquistar en el mundo al granjearse la celestial corona, la importancia civilizadora de su piadosa institucion y los grandes hombres que ha producido. En este último punto el catálogo es numeroso; pero bastará que citemos dos nombres de religiosos sapientísimos, que hemos alcanzado á conocer, para considerar que á no haber tenido otros muchos su glorioso fundador, la V. M. Mariana y ellos bastarian para que se presentase la Orden como productora de notabilidades civilizadoras. Son estos el R. P. Maestro Fr. Enrique Flores, autor de la *Historia de las Reinas católicas de España*, de la *Clave historial*, de las *Monedas y Medallas de las Colonias y Municipios españoles en tiempo de la dominacion romana, y de las de los Wisigodos ó Godos españoles*; de otras importantes obras; y sobre todo la interesantísima y colosal obra, *La España Sagrada*, pensamiento grande y digno de tan elevado y erudito ingenio. Es el otro el célebre P. Risco, continuador de *La España Sagrada*, que siguió últimamente el ilustrado P. La Canal y que hoy va terminando la Real Academia de la Historia, á falta de religiosos de aquella Orden que, como las demás, quedó extinguida á causa de nuestra revolucion política el año 1835. A fin de dar á conocer más la grandeza de la venerable agustina la M. Mariana de S. José, como prueba de nuestro aserto, vamos á hacernos cargo de las virtudes que principalmente brillaron en ella y con las que se conquistó sin duda la corona celestial. Si, como dice un autor piadoso, la pobreza de espíritu consiste en llenarse un alma de Dios y de las cosas espirituales y divinas, que rica con este bien, fácilmente desprecia cuanto en este mundo luce, y es como un vaso lleno de un precioso bálsamo que no admite otro licor, nadie dió mejor ejemplo de esta verdad mística que la V. M. Mariana de San José, que supo sustentar su alma, verdaderamente pobre de espíritu, del manjar sustancialísimo del mismo Dios, que la quitaba el gusto de todos los sainetes de la tierra con que fastidia los bienes que anhelan los mortales que carecen de este bien. Crecia en ella el desprecio de las cosas humanas, y viviendo con gran desnudez y desasimiento de todo lo criado, manifestaba á sus monjas que en este despego de los afectos con-

sistia la verdadera pobreza. Su hábito fué siempre de sayal pobre y remendado, y la basquiña que sacó de su convento de Sta. Cruz, la duró los treinta y cinco años que vivió despues, manteniéndole con remiendos de suerte que no podia conocerse cuál fué el paño de su primer orígen; basquiña que como alhaja preciosa conserva entre otras prendas el convento de la Encarnacion. Su celda era la más pobre y peor adornada, se hacia servir en vasijas las más humildes y rotas, y comia los manjares más groseros, y que no apetecian las demás, no permitiendo la llevasen ninguna cosa regalada para comer, y jamás permitió á sus monjas que tuviesen en sus celdas más que lo que prescribia la regla, ni que pidiesen nada á sus casas. La humildad de la venerable fué profunda en su interior y exterior, en su espíritu, en sus obras y en sus palabras, porque tenia un profundo conocimiento de su nada, razon por la que sufria con gusto las injurias y afrentas, al paso que se ofendia por las alabanzas. Tenia tan bajo concepto de sí, que se persuadia no habia cosa más mala en el mundo que ella misma, por lo que se guardaba mas de sí que de sus enemigos, porque creia que no habia enemigo mayor que el amor propio, y de aquí el que se alegrase cuando sabia murmuraban de ella y que la levantaban falsos testimonios. En los capítulos, que son una residencia santa que se toma á las religiosas de los descuidos ó faltas de la semana, crisol en que se perfeccionan las virtudes, la humildad, la mortificacion y la obediencia, la venerable daba notables ejemplos de humildad, y si se mostraba prelada era para que la ayudasen á humillarse: confesaba sus faltas reprendiéndoselas con lágrimas, y cargaba sobre sí las culpas de las demás religiosas, confesándose culpable de los descuidos ó faltas de todas. Acerca de este punto dejó escrito para las que la sucediesen en la prelacía: «El ser mayor en la religion, es lo mismo que ser más humilde, más misericordiosa, más devota y más frecuente en la oracion, como más necesitada del divino favor, y de mayor luz del cielo para tan importante oficio, del cual depende mucho bien espiritual ó daño de las súbditas;» y este arancel que á sí misma se impuso, se observó con suma puntualidad, dejándole en herencia á sus sucesoras, que han sabido atenerse á él con asídua humildad. De esta humildad nació su afabilidad, suavidad y dulzura en su trato y cualidad con que robaba los corazones de sus hijas y de cuantos la trataban. Para practicar mejor ella la humildad, y encarnarla en el corazon de sus monjas, las recordaba muchas veces aquellas palabras de Jesucristo. *Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazon.*

La perfeccion supone gran pureza de costumbres y de conciencia, y los que la logran llegan á tal santidad de vida, que se diferencian poco de los ángeles en candidez y pureza. En esta parte la venerable fué en sus costumbres un espejo cristalino, porque en toda su vida de religiosa no se notó en

ella imperfeccion alguna, por más pecadora que se presente ella en sus confesiones, que dejó escritas, lo cual era exceso de su misma virtud y humildad. Juntáronse en ella todas las virtudes, pues las misericordias divinas llenaban su corazon. Tenia por principio: *Que si la prestó Dios la vida para granjear la eterna, todo lo que no era obrar para buscarla era ocioso.* Dotó Dios á la venerable de gran prudencia y discrecion, que es el primer atributo que necesitan los que gobiernan, y á esta sobrevino la luz de la gracia en grado superior, y así es que no pudo ménos de gobernar bien. Dióla el Señor particular gracia para consolar, atributo muy necesario á todo prelado; y así es que sosegaba las almas con tal afecto, que por borrascas que se levantasen en ellas y por afligidas que estuviesen, las aquietaba y consolaba. Reprendia las faltas con gran cordura y eficacia; pero lo hacia con tal gracia, que no solo no exasperaba, sino que conseguia la confusion y enmienda, causando particular consuelo y alegría, y consiguiendo cuanto deseaba se hacia al propio tiempo respetar y amar. Con tales disposiciones no pudieron ménos sus hijas de experimentar grandes bienes bajo su direccion, porque en ella hallaban siempre cuanto habian menester. Comunicó Dios á la venerable tal luz para conocer los interiores, que parece los leia, diciendo las monjas que sabia lo que pensaban, porque sus palabras y consejos eran siempre cual convenian á la necesidad y provecho de cada una. Como una religiosa que se sentia enferma la consultase para confesarse, la manifestó que debia hacerlo y tomar el santo viático; pero que no se moriria de aquella enfermedad, pues ántes habia de morirse ella, y que la habia de cerrar los ojos y amortajarla, como así se verificó al año. La virtud en que se dice resplandeció más fué la de la obediencia, y así es que á su muerte se halló escrito en un cuaderno la prontitud de ánimo que tenia para obedecer, y su heróica resolucion de ejercitar esta virtud, y así es que áun cuando prelada encontró medios de vivir obedeciendo. Pagóla Dios el amor que tuvo á esta virtud en que los demás la obedeciesen fácilmente, y por lo tanto fué una de las preladas más obedecidas que ha habido. La puerta comun por donde los santos entran á la perfeccion cristiana, segun los maestros místicos, es el odio de sí mismo, tratando sus cuerpos, muchas veces delicados, con grandes rigores y penitencias, generalmente con tal exceso, que es menester atarles las manos con la discrecion y obediencia. Así sucedió en la venerable, pues que los confesores tuvieron que imponerla por penitencia que dejase de tratar su cuerpo con tanto rigor. Disciplina diaria, agudísimos silicios, ayunos constantes y exagerados, y toda clase de privaciones y de mortificaciones, eran los regalos que daba á su cuerpo; procuró plantear en sus monasterios esta virtud de penitencia, y como ella daba el ejemplo, logró aclimatarla en sus monjas. Grande fué el amor que la venerable tuvo á Dios, y de aquí la

nació un ardiente celo de su honra, haciéndose razon de que siendo su esposa, los bienes y los males debian ser comunes, y tenia por tan propio el honor de su Señor, que en todas estas partes procuró imitar á Jesucristo su esposo. El zelo por la honra de Dios abrasaba su corazon, y así es que en todo le buscaba y proponia. Ofendíanla y causaban un indecible dolor las ofensas al Señor, y así es que andaba crucificada con esta pena; y en este sentido era tan observante de las reglas, que parecia la misma regla viva, y por lo tanto cuidaba con el mayor celo que sus monjas viviesen sujetas á sus prescripciones. La grande y viva esperanza que tuvo en Dios, puede decirse que fué sobrenatural. Decia que no habia cama tan blanda para ella como los brazos de la divina Providencia; y así es que experimentó los maravillosos efectos de ella, pues que el Señor premió su confianza. La perfeccion de su vida, la pureza de costumbres, la grandeza de sus virtudes, eran muestras de una oracion sólida y fervorosa, pues que el Señor concede estos dones obligado de una viva, contínua y poderosa oracion. Su oracion era continua y sin intermision, por lo que pudo decirse de ella lo que S. Agustin de su madre Sta. Mónica, que vivia de oracion y se sustentaba de ella. Andaba siempre con sed y ansias de tiempo para darse á Dios, sin cuidarse de las cosas de esta vida; y como tenia tantas por su cuenta, procuraba á ratos esconderse adonde no la hallasen, razon por la que era muy amiga de la soledad, sintiendo mucho no poder gozarla tanto como quisiera. Para todas las cosas se prevenia con oracion particular, y eso que eran muchas las devociones que tenia para todos los tiempos, rezando más de ochenta todos los dias. Entre los dones con que la adornó nuestro Señor, fué una particular inteligencia de la Sagrada Escritura, y fácilmente puede persuadirse de ello el que leyere sus consideraciones sobre el libro de los Cantares, que insertó el Lic. Muñoz al fin de su obra tantas veces citada. El fuego y amor que tenia á Dios la consumia y abrasaba el corazon de dia y noche, lo cual la trajo en un perpétuo tormento de haberle ofendido, por lo que dijo un religioso grave, que conocia mucho el interior de la venerable, que era un serafin en amar y un querubin en entender y contemplar. Del grande amor que tuvo á Dios, se derivó el que tenia al prójimo, buscando imitar en esto á su divino esposo y maestro. Es el amor de Dios en el corazon del hombre un don especialísimo suyo, y una participacion por gracia del mismo Dios, que es amor; este se comunica al alma con todas las cualidades que tiene en su manantial; así amó Dios al hombre, que dió por él su Unigénito, y este divino Señor puso por él su vida y derramó su sangre; el amor al prójimo de la venerable nacia de la comunicacion del de Dios, que fué tan grande. No se limitaba su amor al prójimo á los buenos: le profesaba tambien con la misma intensidad á sus enemigos, imitando á Jesucristo;

y no porque la despreciesen ó calumniasen dejaba de amarles, y así es que perdonaba las injurias en el acto de recibirlas, y rogaba á Dios por los que se las inferian. Estimaba tanto á sus monjas, que solia decir que todas las pesadumbres que tenia y cuidados de afuera, se le quitaban con solo tratarlas. Las alentaba con su ejemplo, las consolaba en sus aflicciones con sus dulces palabras y consejos, y cuidaba á las enfermas con la mayor caridad y cariño, constituyéndose su principal enfermera, orando á Dios incesantemente por ellas, y cuidando que nada de lo necesario les faltase; en fin, era una verdadera madre de sus hijas, un cuidadoso pastor de aquel rebaño de inocentes y candorosas ovejuelas del redil predilecto de Jesucristo.

Grandísima fué la devocion de la venerable al Santísimo Sacramento, y si algunos pudieron igualarla en ella, no pudo tener muchos que la sobrepujasen, por santos que fuesen. Ante el Santísimo Sacramento se quedaba arrobada en sí misma, contemplando lo que era y lo que representaba, y en todos los conventos que fundó dejó muy asentada esta devocion, haciendo que se celebrasen sus fiestas con gran solemnidad. Comulgaba diariamente, y eran grandes los favores que recibia de su esposo, y sacaba el rostro tan encendido despues de comulgar, que parecia que resplandecia, y á fin de que no se notase, se le cubria con el velo. Si queria que todo en el convento revelase humildad y pobreza, procuraba toda la grandeza para el culto del Señor en el templo, en el que el oro, las piedras preciosas y todas las cosas de valor la parecian corto homenaje para honrar á quien todo se lo merecia, al Señor de las grandezas. No fué tampoco escasa la devocion que tuvo la venerable á la Reina de los ángeles: fué especial y fervorosa, y por eso mereció de la Señora grandes favores y consuelos. Deseaba que María Santísima fuese madre, maestra y prelada de sus monjas, y como por su humildad nunca quiso llamar hijas á sus súbditas, les decia que nuestra Señora era su madre, y que la debian mirar con este afecto y tambien como á priora, pues que ella era muy indigna de serlo, y con el intento de que la reconociesen por prelada y suspirasen siempre por su divino auxilio, ordenó que todos los dias que no se reza el Oficio menor de esta Señora rezase la letanía la comunidad. Mandó que desde el sábado ántes de la Septuagésima hasta el sábado Santo fuese la comunidad al capítulo donde está el sepulcro de nuestro Redentor, y que allí se cantase el *Stabat Mater dolorosa*, cuyo himno empezaba la venerable. Todos sus conventos los dedicó á la Vírgen Santísima y dos de ellos á su pura Concepcion, dejando en el de la Encarnacion muchos altares y capillas dedicados á imágenes de nuestra Señora, y en su última enfermedad llevaron su imágen á la celda para que la adorase. Tuvo tambien mucha devocion á los ángeles, á los que dedicó una capilla en el expresado convento, y un gran afecto á las ánimas del purgatorio, y pedia á Dios por

ellas con grande devocion. El famoso relicario de la Encarnacion acredita la devocion que tuvo á las reliquias de los santos, y en especial á la de nuestro glorioso pariente, ornamento principal de la familia de Castellanos, el santo arzobispo de Valencia Sto. Tomás de Villanueva, que conserva el convento en su rico y preciosísimo relicario, la cual veneró en los últimos instantes de su vida. Tiénese por cosa cierta que la venerable no perdió jamás á Dios de vista, y que andaba siempre en su divina presencia. Fué como un águila real remontada, que miraba contínuamente á Dios, á cuyo divino sol de justicia no perdia de vista, gozando de las influencias que de su plenitud reciben los que andan cerca de sus divinos rayos. Esta misma presencia de Dios la hacia andar recogida interiormente en sí misma, y así lo manifiesta claramente la siguiente quintilla, que tenia escrita sobre la puerta de su celda:

¡Oh quién se viera encerrada
Tan dentro del mismo centro,
Que á este modo acostumbrada
Estuviera siempre dentro,
Aunque de fuera ocupada!

De tener tan presente á Dios en todas sus acciones nacia el obrar siempre con perfeccion, aun en los actos exteriores, en que no siempre se repara. Sin pensarlo hacia versos cuando escribia alabanzas al Señor, y entre ellos se conservan los siguientes, que losrpa rendió una religiosa:

La atencion siempre ha de estar
Fija en el que me formó,
Y de nada me crió,
Sin descuidarme en amar
Al que se me da en manjar,
Sin mirar á quien soy yo.

En una pascua de Navidad hizo que fuesen las monjas á una capilla donde estaba puesto el nacimiento, y que dijesen *Jesus, corona virginum*, exigiendo que cada una dijese alguna coplita al niño Jesus, y entre las que improvisaron las monjas por obediencia, dijo una:

Niño Jesus, fuego entre pajas,
Abrasa mi corazon,
Pues no te será imposible
Encender un mal carbon.

Otra noche, víspera de año nuevo, juntándose las religiosas á echar las suertes de los santos en la celda de la venerable priora, y hallándose allí el

Niño Jesus, con el que al dia siguiente van á las celdas, las mandó tambien dijesen algo al Niño, y una hizo la siguiente cuarteta:

Bien puede alcanzar victoria
Del temor la confianza,
Pues para pagar las culpas
Da Dios su sangre en fianza.

Los trabajos de la M. Mariana de San José fueron grandes, áun cuando se la considere como fundadora de conventos de monjas reformadas para vivir en mayor estrechez, que es negocio de los mayores embarazos, contradicciones y molestias, en el que siempre hay mucho que ofrecer á Dios. Padeció graves enfermedades, que fueron otros tantos ejercicios de resignacion á la voluntad de su divino Esposo, de paciencia y de humildad. Muchas contradicciones que la fijaron más y más en el sufrimiento, que gustaba padecer por aquel que nos redimió con su sangre, y como este divino Señor sufrió las calumnias sin quejarse. La paciencia pareció haber nacido con ella, porque desde muy niña la fué Dios ejercitando en esta virtud, quedando maestra de ella. Su ánimo no variaba en lo adverso ni en lo próspero, y así es que no se la conoció ninguna turbacion ni flaqueza exteriormente, sino por el contrario, una tranquilidad y una resignacion y confianza segura, buscando solo en Dios el alivio de sus penas y trabajos, que siempre hallaba con tan eficaz como poderosa medicina su alma. Tenia grandes deseos de ser mártir, y de ordinario hacia actos de mártirio. Esmerábase mucho en la mansedumbre, y era el esmalte con que salia más vistoso el oro de su paciencia, que fué infinita.

A fin de que sus monjas dieran, como ella decia, vida á sus obras, dirigiéndolas á Dios, para ayudar á su memoria les escribió una instruccion, copiándose en esto á sí mismo, y la imprimió para repartirla en todos sus conventos. En esta instruccion distribuyó las horas del dia, manifestando á las religiosas lo que debian hacer y considerar en cada hora y á cada accion que fuesen á ejecutar, cuya instruccion, que inserta el Lic. Muñoz á la pág. 340 de su Vida de la venerable, deben consultar todas las monjas que deseen estar siempre en Dios y con Dios, y servir puede de grande instruccion tambien á toda alma piadosa fuera del claustro para el mismo fin. Introdujo la venerable la devocion de la oracion de las tres horas que Jesucristo estuvo vivo en la cruz, en la que profirió aquellas siete divinas palabras, que nos recuerda la Iglesia el viernes Santo, en cuyo dia, como en la cuaresma y todos los viernes del año, se pone en el relicario el santo crucifijo que posee el convento de la Encarnacion, cantándose en ellos un solemne Miserere.

Poco ántes de su muerte escribió una magnífica y mística exhortacion á sus monjas, la cual ocultó y permitió hallar Dios despues de que la llamó al cielo, á fin de que no careciesen las hijas de los avisos y consejos de tan santa Madre: el Lic. Muñoz la inserta en su libro, y ciertamente que no es ménos provechosa, cristianamente hablando, que la instruccion á que hace poco nos referimos.

Hemos llegado al fin de la vida de la V. M. Mariana de S. José, y por lo tanto á la conclusion de este largo artículo; y vamos á seguir al Lic. Muñoz en el relato de los últimos dias de aquella bienaventurada. En los últimos años de su vida, y en particular la cuaresma de 1638, feliz remate de su jornada, anduvo la venerable madre como fuera de sí, y apénas podia sosegar sino delante del Santísimo Sacramento, en donde decia hallaba descanso su alma. Las ánsias de ver y gozar de Dios, la apretaban de manera, que suspiraba por que llegase este dia, y era tan grande su fervor y espíritu, que parecia moraba su alma santa más en el cielo que en la tierra. Parecia en sus últimos dias que se la aumentaba el fervoroso amor que tenia á Cristo, de donde la nacieron tan grandes ánsias de verle, que algunas veces parecia iba á salírsela el corazon del cuerpo. Las religiosas llegaron á creer que la venerable sabia que habia de morir muy pronto, pues que fué disponiendo todas sus cosas á este fin. Pocos dias ántes de su muerte escribió muchas cartas de obligacion precisa, entre ellas á la emperatriz María, á la que amaba tiernamente, al Sr. Cardenal infante D. Fernando, á los cardenales amigos en Roma y á otras personas. El jueves Santo la acometió su última enfermedad, y al querer sacarla del coro, adonde asistia al Santísimo Sacramento, dijo que era la última noche que podia acompañar á Su Majestad. Dióse notable prisa para dar el hábito á una señora de la cámara de la Reina, recibida por religiosa. Escribió una carta á la madre abadesa del Real convento de las Descalzas Reales. Dice Muñoz, que á lo último cantó la venerable, como el cisne, con mayor melodía, y escribió unos puntos muy devotos é instructivos para sus monjas, que se insertan en el expresado libro de este autor, á la pág. 358, los que acreditan su virtud y santidad, y lo que se cuidaba de la salvacion de las almas de sus hijas.

Llegada la semana santa, sus fervorosas oraciones se aumentaron. El domingo de Ramos la mandó su confesor una bonita palma bendecida, y al verla dijo: Sea muy bien venida, señal es que la habrémos menester. El jueves Santo, 1.° de Abril de 1638, la dió una fuerte calentura, y cebándose el fuego en el débil cuerpo de la venerable, la convirtió en un fénix, que se abrasaba en este ardiente accidente para que su alma volase, desatada de aquel terreno peso, al cielo. A pesar de esta ardiente calentura, hizo los oficios de semana santa, incluso el mandato que practicó con el mayor cariño, ba-

ñando con lágrimas los pies que lavaba á sus hijas, presintiendo sería esta la última vez que imitaria á Jesucristo en tan humildísimo acto. Asistió al sermon y á las tinieblas, y veló aquella noche ante el Santísimo Sacramento hasta las once. Acostóse á ruegos de la enfermera; pero al siguiente dia, ántes de amanecer, estaba ya en el coro, oyó el sermon de la pasion, y en la que se cantó estuvo de rodillas. Asistió á las horas y á todos los oficios de este dia, y áun cuando no fué al refectorio, porque se lo rogaron así, se tuvo por cierto que miéntras estuvo en él la comunidad, se dió una severa disciplina. El sábado santo madrugó tambien mucho, y acabadas las completas, fué á la sacristía, y llamando á los capellanes, les dió las pascuas, y subiendo á su celda dijo que iba ya despedida de todos. Obedeció á su confesor, que la mandó no se levantase á maitines á las dos de la mañana; pero levantándose á las cinco, se fué al coro alto y adoró al Santísimo Sacramento, oyó Misa y comulgó, y lo mismo hizo el lunes y martes de Pascua. Volviéndose este último dia á la cama, se la halló llena de sarampion. Deseó levantarse el miércoles para comulgar, pero no la dejaron. Todo el tiempo que estuvo en la cama se halló en éxtasis y dió raro ejemplo de sufrimiento y paciencia, pues que á pesar de lo congojoso de la enfermedad, no se la oyó un gemido, y obedecia sin resistencia alguna y con la mayor humildad cuanto queria la enfermera, á la que jamás pedia nada, ni áun que la refrescase la boca, á pesar de que la abrasaba la fiebre. Acercándose por órden del médico para escuchar si decia alguna cosa, aplicó el oido y oyó que decia: *Laudate, pueri, Dominum*, con lo que se vió que áun en trance tan extremo no cesó de alabar á Dios. El sábado de Cuasimodo, que era el décimo de su enfermedad, comulgó por devocion, pero se agravó de tal modo, que por la noche á las once la mandaron administrar el santo viático; pero se dilató hasta las cuatro del domingo siguiente, en el que le recibió con gran devocion y fervor, aplicando á su alma la indulgencia plenaria que el papa Urbano VIII la habia mandado para este tiempo. Mandáronla el lunes la extremauncion, pero se hallaban tan turbadas las monjas, que no se lo advirtieron, y así es que cuando preguntó, al ver los preparativos, qué es lo que iban hacer y se lo manifestaron, se extrañó mucho que no se lo hubieran dicho, y cuando se la daban, como reparase no la habian hecho bien la cruz en un ojo, pidió se la volviesen á hacer mejor. El martes fué á visitarla el cardenal Espínola, arzobispo de Santiago, su prelado, y le pidió la encomendase á Dios y los negocios de Roma. Agravóse el miércoles hasta el punto de desconfiar de su vida. Viéndola con los ojos cerrados una religiosa, la dijo: Madre, duerme vuestra reverencia? y respondió: *In pace in idipsum*, y repitió varias veces estas palabras, de las que usó en igual estado Santa Gorgonia, hermana de S. Gregorio Nacianceno. Los obispos que la asistian,

viéndola mover los labios, la oyeron decir por lo bajo: *In pace in idipsum dormiam et requiescam.* No perdió la venerable en la muerte su acostumbrada mortificacion, buscando, como lo habia hecho toda su vida, su mayor descomodidad. Tenia la cama sobre un jergon de paja hasta dos dias ántes que muriese. Dijéronla que el prelado la pusiese una cama de cordeles, y al tiempo de ponerla en ella dijo que esto era lo que queria el jumento, que le diesen lo que apetecia, en lo cual se referia á su cuerpo. Antes de morir sintieron las religiosas exhalaba un olor suavísimo, que aromatizó todo el convento, y fueron sus últimas palabras *Laudate pueri Dominum*, al salir su bendita alma del vaso terrenal, que la habia contenido, lo cual fué poco despues de media noche del miércoles, ó sea al empezar el jueves, dia 15 de Abril de 1638, á los sesenta años de su edad. Tan luego como espiró la venerable, fué la comunidad al coro á decir el oficio de difuntos, como se acostumbra en la Orden, y apénas dejaban las lágrimas pronunciar las palabras á las religiosas. En el entretanto la amortajaron, vistiéndola sus hábitos blanco y negro, una palma en la mano, guirnalda de flores en la cabeza, y otras esparcidas por todo el cuerpo. Su rostro quedó apacible y risueño, pero con gravedad y dignidad notable, y apénas parecia tuviese cuarenta años.

Tendiéndose en el coro una grande alfombra, que le cubria todo, se pusieron dos gradas, y llevando en andas el cuerpo de la venerable, le pusieron sobre ellas, le cercaron de muchas luces, y pusieron cuatro blandones de plata á las esquinas. Veláronla las religiosas, pareciéndolas ver á una vírgen mártir, y así lo fué en efecto, pues que si no sufrió los tormentos de los infieles, experimentó los de su propia y severa penitencia, que la tuvo en cotidiano martirio en su misma vida pura y devota, de suerte que si la corona de los mártires se teje con rosas y violetas, la de las que mueren como la venerable se forma de cándidas azucenas y de virtudes. A las ocho del dia la comunidad celebró su Misa cantada, y despues la Real capilla cantó vigilia y Misa con toda solemnidad; pero el entierro no se verificó hasta la tarde, porque el cardenal Espínola quiso que se la retratase, y el pintor al hacerlo, experimentó una gran emocion en su alma. Al oficio de entierro asistió el cardenal de pontifical, y le hizo el Patriarca de las Indias, capellan y limosnero mayor del rey, D. Alonso de Guzman *el Bueno*. Entró el cardenal y el patriarca con algunos religiosos y personas graves, que llevaron el cuerpo en andas, y la capilla de música de la casa. Antes de poner el cuerpo en su lugar, llegaron las religiosas dos á dos, por su órden, á besar los pies y las manos de su santa prelada: encerróse el cuerpo en una caja clavada, y se colocó en el testero de la bóveda, entierro muy lindo de las religiosas, entre dos altares que hay en ella, sobre el cuerpo de la madre San Ambrosio, que habiendo muerto

en opinion de santidad, no está enterrada de la manera comun. Como no se pudiese cerrar la caja aquella noche, al dia siguiente volvieron las monjas á abrirla por el gran deseo que tenian de volver á ver á su Madre, y la encontraron aún más apacible de cuando espiró, pues habia desaparecido el color del sarampion, hízosela un cerramiento de ladrillo revocado de yeso, y ambas cajas vienen á figurar un altar.

Prosiguiendo el novenario, al siguiente dia fué á la Encarnacion la comunidad de S. Felipe el Real, de la órden de S. Agustin, á prestar homenaje á una hija que tanto la habia honrado; y cantó vigilia y Misa muy solemne con su música. Al siguiente dia fueron los Padres Agustinos recoletos (1), y oficiaron, y despues fueron asistiendo las demás comunidades religiosas. El dia que cumplia el novenario, asistió el cardenal Espínola y muchos grandes de España, títulos y señores; los prelados de las religiones, predicadores del rey y porcion de personas ilustres y graves. Ofició de pontifical D. Diego Castejon, gobernador del arzobispado de Toledo, y que lo fué despues del Consejo de Castilla; predicó el P. Mtro. Fr. José Laynez, de la órden de S. Agustin y predicador del rey, el cual hizo una oracion fúnebre con arreglo á las pocas noticias que entónces pudieron dársele. Dijéronse por el alma de la venerable muchas misas, y en todos los conventos que fundó, se la hizo un novenario, y tambien en el convento de Carmona, fundado por la M. María del Espíritu Santo. La V. M. Inés de la Asuncion, en el convento de Santa Brígida de Valladolid, hizo celebrar á su santa Madre un solemne oficio, y lo propio hizo en su obsequio el obispo de Badajoz D. Gabriel Ortiz, que habia sido muchos años capellan mayor de la Encarnacion de Madrid. Púsose sobre el sepulcro de la venerable la siguiente inscripcion ó epitafio:

D. O. M.

ESPERA EN ESTE SEPULCRO LA VENIDA DE SU DIVINO ESPOSO
LA SABIA Y PRUDENTE VÍRGEN, MADRE DE INNUMERABLES VÍRGENES,
MARIANA DE SAN JOSÉ,
FUNDADORA DE LOS CONVENTOS DE LAS RECOLETAS AGUSTINAS,
FAVORECIDA DE LOS MUY CATÓLICOS Y PODEROSOS REYES DON FELIPE III Y IV, Y DE
LAS GLORIOSAS REINAS DOÑA MARGARITA DE AUSTRIA Y DOÑA ISABEL DE BORBON,
POR LA EXCELENCIA DE SUS VIRTUDES Y MÉRITOS, SANTIDAD DE SU VIDA, CELO DE
LA SALVACION DE LAS ALMAS,
HONRA DEL CULTO DIVINO, EMINENCIA EN EL GOBIERNO
Y MARAVILLOSO MODO CON QUE PRACTICÓ LAS DOS VIDAS, ACTIVA Y CONTEMPLATIVA,

(1) Ambos conventos de Agustinos han desaparecido hace unos cuantos años; para satisfacer el interés de los particulares el de S. Felipe, y el de Recoletos para prolongar el paseo del Prado.

EN QUE RECIBIÓ DE DIOS GRANDES ILUSTRACIONES Y FAVORES.
MURIÓ A ESTA VIDA MORTAL
A XV DE ABRIL DEL AÑO DE MDCXXXVIII. DE SU EDAD LXX.
Y COMENZÓ A VIVIR A LA ETERNA CON LOS BIENAVENTURADOS,
DONDE CON ALABANZAS QUE NO PUEDEN TENER FIN, CANTA CON LAS ALMAS SANTAS
LAS GRANDES MISERICORDIAS QUE DIOS USÓ CON LA SUYA.
SUS RELIGIOSAS HIJAS CON CANTICOS Y LÁGRIMAS DEDICARON ESTE SEPULCRO
Á SU PIADOSA Y VENERABLE MADRE.

A los seis años del transito de la V. M. Mariana de S. José, el tierno afecto de sus hijas despertó un gran deseo de visitar su cuerpo, y poniéndole en ejecucion, le hallaron de tal manera, que al verle el rey Felipe IV dijo que le conocia muy bien. Mejoráronla los hábitos y lugar, acomodando el cuerpo en una pieza pequeña, pegada á la capilla de los Angeles, con una ventanilla á ella por la que se vé la caja en que la pusieron, la cual estaba cubierta de terciopelo carmesí guarnecida de pasamanos y clavazon dorada, aforrada por la parte interior de tela rica de oro. Juntáronse los doctores Juan de la Serna y Gerónimo Morales de Prado, protomédicos de la cámara de S. M. y de la Inquisicion, y el Dr. Luis Carrillo, de la cámara de la reina y del convento de la Encarnacion, que asistió á la venerable en su última enfermedad, todos de órden de la M. Priora y religiosas; y habiéndola examinado muy detenidamente, declararon estar el cuerpo entero, aunque consumido y seco, con toda su trabazon de huesos y piel, cabellos y nariz enteros, ojos trasparentes, manos tiesas y levantadas, y el cuerpo de tal trabazon que podia tenerse en pié sin deshacerse, con una cruz pequeña en la mano derecha, y con olor bueno, cosa admirable atendiendo á que murió de tabardillo, enfermedad contagiosa, declaracion que firmaron con sus nombres para que conste cuando se visite jurídicamente el cuerpo. Hallóse presente á esta visita el Lic. Muñoz, autor de la Vida de la venerable, al que hemos seguido en este artículo, y dice que se hizo el dia 12 de Junio de 1644, á los seis años y meses de la muerte de la venerable. En el capítulo XXXV de su libro trata y expone el Lic. Muñoz las prendas que se han tenido de la gloria de la venerable y efectos de su intercesion, cuyos casos presenta. En el siguiente capítulo expresa las excelencias con que la dotó el Señor, algunos de los elogios que se hicieron de ella y estimacion que se tuvo á su persona. Entre estos elogios se halla el del beato Simon de Rojas, de la órden de la Santísima Trinidad, confesor de la reina y fundador de la congregacion del Ave-María, de la que nos honramos ser uno de los setenta y dos esclavos, el cual al saber que la venerable venía á la fundacion de Valladolid dijo: «Dichoso tú, Valladolid, si supieses la luz que te viene;» y en otras ocasiones dijo: «Dichoso tú,

Valladolid, que te viene á pegar fuego;» y hallándose la M. Catalina de Santa Mónica para entrar en esta recoleccion, dijo al mismo Padre: «¡Oh qué dichosa y bienaventurada es esta planta, en que la dé principio la M. Mariana de San José;» y por último, pues que sería prolongarnos demasiado el ir haciendo mencion de los grandes elogios que se la hicieron por personas respetables y piadosas; solo diremos que el obispo de Astorga el Dr. D. Luis García Gutierrez, escribió á la M. Mariana que sus hijas eran las mejores que habia en la Iglesia de Dios.

El pontífice Urbano VIII, por relacion que le hizo su sobrino el cardenal Barberino, estimó en mucho á la V. Mariana y, como hemos enunciado, la favoreció con un breve de indulgencia plenaria para la hora de su muerte. Ya hemos expuesto el grande aprecio que hicieron de ella los reyes D. Felipe III y su esposa la reina Margarita, despues los reyes Felipe IV y su esposa Isabel de Borbon, los cardenales y prelados citados, el duque del Infantado, la emperatriz doña María, los infantes D. Cárlos y D. Fernando, que heredaron el amor de sus padres, los nuncios que en su tiempo vinieron á la corte, el arzobispo de Santiago Fr. Agustin Antolinez, el obispo de Valladolid y presidente del Consejo D. Juan Bautista Acebedo, el Dr. D. Francisco Sobrino, obispo tambien de Valladolid; el prior de Roncesvalles D. Juan Manrique; D. Francisco Medina Perez, prior de la colegial de Medina del Campo, y otras muchas dignidades, grandes, títulos y personas de distincion. Las ciudades y pueblos en que fundó sus conventos la tuvieron en mucha estima y recuerdan siempre con gloria su memoria. Los PP. de la Compañía de Jesus le ayudaron mucho en sus fundaciones.

Sucedió á la V. M. Mariana en el oficio de priora del Real convento de la Encarnacion la M. Aldonza del Santísimo Sacramento, su hija primogénita en el amor y espíritu, é hija como hemos visto de los condes de Miranda. Tocóla ocupar la celda en que vivió y murió la venerable, pero la tuvo en tal veneracion, que no permitió ocuparla y la convirtió en capilla dedicada á S. José, por lo que se puso en ella la efigie del santo en un altar sobre dosel, y á un lado un cuadro en el que estaba representada ya muerta la venerable. Si la V. M. Mariana no estuviese bien acreditada de santidad por las confesiones en que escribió su vida por obediencia, y por las instrucciones que escribió y dejó á sus hijas, bastaria para acreditarla sus «discursos sobre algunos capítulos del libro de los Cantares de Salomon; los que tambien escribió por obedecer á su sábio y piadosísimo confesor el Dr. Gerónimo Perez, varon de virtudes y de una santidad reconocida. Estos discursos, impresos al fin del libro citado del Lic. Muñoz, componen una preciosa obra digna de la santa pluma que los escribió, y por lo tanto, la recomendamos á las almas piadosas y á los que escriban sobre la santa Es-

critura, y traten de comentar el libro de los Cantares, advirtiéndoles no la desdeñen por ser obra de mujer, porque esta tuvo sin duda la inspiracion divina hasta el punto de que Dios guiase su mano cuando la escribió.

El Real convento de la Encarnacion de Madrid ha seguido teniendo en su seno Madres de especial virtud y santidad, que forman su gloriosa historia; ha experimentado en el presente siglo los efectos de la invasion francesa y de las revoluciones por que ha pasado nuestro país, pero como patronato Real, bajo la salvaguardia de la corona ha sufrido en estas últimas ménos que otros, y se sostiene, si no en el esplendor que ántes, con el decoro y dignidad conveniente á la santidad de su instituto. Suprimidas las comunidades religiosas de hombres en 1835, y disminuidas las de religiosas, la Biblioteca Nacional de Madrid se incautó por disposicion del gobierno de todos los libros de las bibliotecas de los conventos suprimidos en Madrid y de dos ó tres de los de la provincia, y no teniendo localidad conveniente para reunir tanto libro, se designó para almacenarlos y clasificarlos en cierto modo el salon espaciosísimo de la enfermería de este convento, encargando al que esto escribe, entónces bibliotecario director del museo de medallas de la Biblioteca Nacional, de aquel depósito y de su clasificacion, en la que gastó algunos meses, razon por la que conocimos por el interior este precioso convento. Despues se pasaron á la Biblioteca los libros, hechas algunas obras al efecto, y se desocupó el local expresado del convento. Tenia éste una espaciosísima y magnífica huerta-jardin; pero el interés particular y el embellecimiento de la plazuela de Oriente y calle de San Quintin, fueron causa de que se le quitase á las monjas en estos últimos años, y de que se destruyese este delicioso vergel; y vendiéndose á buen precio el terreno, se han levantado magníficas casas, que hermosean aquel sitio y los alrededores del Real Palacio, quedando las monjas reducidas al convento y sin sitio de recreo ni de productos, como era la expresada huerta y jardin. Por lo demás, el convento, salvas algunas pequeñas variaciones, entre las que se cuenta la falta de la extensa enfermería, que se redujo al venderse los terrenos que daban frente al convento de Doña María de Aragon y del Almirantazgo, hoy Senado el primero y Ministerio de Marina el segundo, sigue como estaba, pues que en toda la calle de la Biblioteca en que forma paralela su iglesia con la casa que fué del marqués de Santa Cruz y ha sido palacio de la reina madre Doña María Cristina de Borbon, no ha habido variacion alguna, ni tampoco en su elegante fachada que da frente á la Biblioteca Nacional en la plazuela de Oriente. Las religiosas siguen en todo siendo dignas esposas de Jesucristo é hijas de la gloriosa fundadora.—B. S. C.

SAN JOSÉ (Fr. Martin de). Entre los ilustrados carmelitas descalzos que han dado honor á la orden del Carmelo, debemos contar á este ilustrado ara-

gonés, que segun Latasa en su *Biblioteca nueva de los Escritores aragoneses*, fué sumamente versado en las ciencias de su profesion. En la *Biblioteca general Carmelitana* del P. Villiers de San Esteban consta tambien su memoria; pero en la que más se elogia es en la *Biblioteca Carmelitana* de Fr. Marcial de San Juan Bautista. La obra más principal que se conoce de este ilustrado religioso es la titulada: *Epítome del órden judicial religioso*, la cual se imprimió en 8.°, en Zaragoza, el año 1638. — C.

SAN JOSE (Fr. Martin de), religioso franciscano. Véase MARTIN DE SAN JOSÉ.

SAN JOSÉ (Fr. Martin de), franciscano. Véase MARTIN DE SAN JOSÉ.

SAN JOSÉ (Fr. Miguel de), carmelita aragonés, autor de diferentes obras bastante apreciadas en su época. Véase JOSÉ (Fr. Miguel de San).

SAN JOSÉ (Fr. Miguel de), religioso trinitario desdalzo. Véase MIGUEL DE SAN JOSÉ.

SAN JOSE (Fr. Pedro de). Natural de Benavarre. Fué agustino descalzo y prior del convento de esta villa. Tuvo otros cargos en su provincia de Aragon, juntamente con el de orador evangélico dentro del siglo XVII. Al mismo tiempo era pintor no vulgar, como de ello dan testimonio algunas imágenes de María Santísima y de S. Agustin, que se conservan en conventos de la referida provincia, hechas por su mano. Murió en Alcalá de Henares en 1652, habiendo escrito: 1.° *Ferias mayores de Cuaresma ó Cuaresma con los sermones referentes á sus ferias*; en Madrid, 1649, en 4.°—2.° *Glorias de la Santísima Virgen María, Madre de Dios*; en Alcalá, 1661, en 4.°—3.° *Ferias menores de Cuaresma ó Sermones de estas Ferias*; en Alcalá, en 4.°, 1652.—4.° *Sermones para las fiestas de nuestra Señora*; obra póstuma, en Madrid, 1652, en 4.°—5.° *Diversos Santorales*, que quedaron inéditos por causa de su muerte.—6.° *Diferentes Cuaresmas*; en varios tomos manuscritos. Se conserva su memoria en las crónicas de su reforma, tom. III, pág. 214, y en la Biblioteca de D. Nicolas Antonio, tomo II, pág. 166, col. 1.ª—L.

SAN JOSE (Fr. Pedro de), religioso de la orden de San Juan de Dios, tomó el hábito en 1688 en el hospital y convento de Utrera, distinguiéndose desde luego por su mucha virtud y santidad. Tuvo tan tierno amor á la pobreza, que no queria admitir ni áun lo más decente concedido por la Orden para seguir esta virtud, y como el mayor enemigo, que tiene la pobreza es el dinero, y le trataba como á su mayor enemigo no solo no le tomaba ni tampoco le tocaba, sino que le ofendia solo el verle. Solian, conociendo su despego y desinterés, poner dinero donde le viese y por donde forzosamente habia de pasar; mirábalo, y sin querer pasar por donde estaba, rodeaba por otra parte y decia: *Mira el diablo adónde está*, y no se engañaba en verdad. La penitencia más continuada que hizo este siervo de Dios sobre sus muchas

mortificaciones, fué no desnudarse nunca ni dormir en cama. Tenia una tabla por colchon y ayunaba casi diariamente. Era ciego en la obediencia á los superiores, porque hacia cuanto le mandaban sin replicar ni disculparse. Era muy dado á la oracion y decia que en ella estaba todo el alivio de sus fatigas y trabajos. Tuvo un natural tan ingenioso y dócil, que rayaba en lo cándido. Por su mucha virtud le enviaron de compañero del fundador del hospital de Jaen, y ayudó no solo á la fundacion, sino al servicio y cura de los pobres, muchos años despues de terminada, con grande ejemplo de santidad y aprovechamiento de los cristianos. Murió con universal sentimiento de la ciudad, que concurrió á sus exequias, en 1535, habiendo servido cuarenta y cinco años á Dios y su religion. Enterrósele en sepulcro señalado. —S. B.

SAN JOSÉ (Fr. Pedro de), conocido por Pedro de Arcas. Fué provincial de los Carmelitas, y escribió una obra en defensa de los religiosos de esta Orden. Véase José (Fr. Pedro de San).

SAN JOSE (Fr. Pedro de), agustino aragonés, orador notable y escritor fecundo. Véase José (Fr. Pedro de San).

SAN JOSE DE CALASANZ (P. Paulino Fernando de), aragonés, natural de Burceat, junto á Barbastro; debió nacer á principios del siglo XVIII ó á últimos del anterior; pues que en 1726 era ya religioso de las Escuelas Pias, en donde siguió, segun Latassa, su instruccion con exacta observancia y utilidad en la enseñanza hasta el dia 13 de Noviembre de 1789 en que murió, se dice que de sesenta y tres años y cuarenta y uno de religioso. Habiéndose escrito su necrologia, hallamos en ella que dice en su elogio: *Vir instituti nostri amantissimus, qui in variis provinciæ domibus humaniores litteras cum magno discipulorum profectu docuit.* Fueron discípulos de este doctísimo humanista los Sres. D. Manuel Antonio de las Fuentes, canónigo de Zaragoza y su vicario general en 1795; D. José de Ibarra, fiscal del Consejo de Hacienda en el mismo año; su hermano el Dr. D. Joaquin de Ibarra, canónigo de la iglesia colegial de S. Isidro de Madrid; D. Manuel Fernandez Ruiz del Burgo, fiscal del Consejo de Navarra y despues en el expresado año del Supremo Consejo de la Guerra; D. Raimundo Abinzano, catedrático de retórica de Alcalá, y otros sugetos de mérito reconocido. Celebró varias academias literarias, siempre con el mayor lucimiento, de las cuales imprimió él discursos; la una en 1769 para la que escribió una oracion latina muy buena sobre el método de enseñar con solidez la gramática, la que no se publicó por ciertos reparos. Un poema latino que se imprimió. La otra academia fué en 1772. Fué maestro de novicios, y despues volvió al ejercicio de enseñar, en que se empleó con el mayor celo y aplicacion hasta su fallecimiento. Dejó varios manuscritos propios y ajenos, entre ellos un tomo en 4.° de varias observaciones críticas sobre los modos más cultos de hablar, recogidos

de los mejores autores. Su carácter le formó su constante y diligente atencion á la enseñanza pública y su estudiosa laboriosidad, carácter que supo imprimir á sus distinguidos discípulos ya citados y á otros muchos que le debieron sus conocimientos literarios.—L. y O.

SAN JOSE MARÍA Y PORTOCARRERO (V. Dr. Fr. Francisco de). Nació año de 1636, y se bautizó en la parroquia de S. Justo y Pastor, imponiéndole el nombre de Pedro. Fué hijo primogénito de los Sres. D. Gonzalo Mesía, natural de Sevilla, gentilhombre de cámara y mayordomo del Rey, y de Doña Ana Portocarrero, natural de Medellin, marqueses de la Guardia, condes de Santo Firmio, etc. Crióse en palacio, siendo menino de la reina Doña Mariana de Austria, y como tal fué sirviendo á la reina de Francia Doña María Teresa, que casó con Luis XIV, hasta la raya de aquel reino en 1660. De vuelta de este viaje, abandonó todas las grandezas de la corte y de su casa por el sayal tosco de la religion de S. Francisco, que tomó de mano del P. Fr. Juan de Muniesa, comisario general en el convento observante de Madrid á 1.° de Febrero de 1662. Pasó á tener el noviciado de S. Diego de Alcalá, en donde profesó á 2 de Febrero del año siguiente. La majestad de D. Felipe IV le quiso tener en la corte; pero él huyó de ella con el mayor cuidado, y de todas las dignidades que le podia facilitar su valimiento. Diósele la mitra de Calahorra, pero con grande constancia la renunció, y lo mismo hizo de la de la Calzada y de la púrpura que le quisieron solicitar sus primos por medio de uno de ellos, el duque de Medinaceli, embajador en Roma. Retiróse huyendo á las Asturias, en donde se empleó en predicar, y áun se dice mostró con prodigios de virtud, y fundó un colegio de misioneros en Villaviciosa, obispado de Oviedo. Cuando gozaba de la mayor quietud en esta fundacion, le eligió S. M. obispo de Málaga, y sin embargo de sus exquisitas diligencias para hacer efectiva su renuncia, hubo de admitir esta dignidad, porque así se lo intimó la obediencia. En ella renovó la vida apostólica, dando á los pobres casi todas sus rentas, diciendo: *que todas ellas eran de sus amados los pobres, y que no tenia derecho, ni áun un real, que pudiera decirse suyo*: y así se hizo cómputo que gastó más de doscientos mil ducados con ellos. En el tiempo que fué obispo, solo gastó dos hábitos de sayal tosco; su habitacion se adornaba solo con un dosel y sitial de estameña franciscana; las casullas eran de holandilla estampada, el pectoral una cruz de madera de Jerusalen, sus carrozas una mula, y á este respecto lo demás; sus ayunos eran muy austeros y acompañados de silicios y disciplinas. La vida de este venerable prelado, numerado entre los hijos del convento de S. Diego de Alcalá, cuenta varios prodigios y casos admirables que Dios nuestro Señor obró por su medio. A los setenta y cinco años de su edad, en la noche del 31 de Enero de 1713 le asaltó un accidente, de que falleció

á 2 de Febrero á las nueve y tres cuartos de la noche. Su cuerpo quedó flexible y tratable, y teniéndole tres dias en el féretro, fué sepultado en su catedral; y el dia 13 del mismo celebró honras su cabildo, diciendo la oracion fúnebre el P. Fr. Manuel de Carvajal, del órden de S. Francisco, en cuyo sermon impreso, que he visto, se relacionan sus virtudes.—A. B.

SAN JUAN (P. Fr. Antonio de), misionero dominico, natural de Castilla la Vieja. Tomó el hábito en el convento de Santa Cruz de Segovia, y pasó á Filipinas en 1666, manifestándose desde luego un celoso y activo misionero. Reunia todas las cualidades que exige este espinoso é importante cargo, austeridad de vida, puras y sencillas costumbres, amor al trabajo, constancia y decision; así es que le desempeñó con los mayores resultados, citándosele como modelo de virtud, y recogiendo los mejores frutos. Su contínua oracion y constantes penitencias llamaban la atencion de los indios, que procuraban imitarlas con esa sencillez tan propia de las almas cándidas que siguen con la mayor facilidad los ejemplos y lecciones de los que creen sus superiores é interesados por lo tanto en su bien. Su natural elocuencia y flexible carácter le hacia acomodarse con facilidad á las costumbres de los indios, ganándose así su afecto y confianza y haciéndoles adquirir las ideas más á propósito para el logro de sus deseos. Así que miéntras desempeñó el cargo de misionero, no hubo ninguno más apreciado, ni que pudiese con tanta razon alabarse por los ópimos frutos que habia conseguido. Anciano ya, se retiró al convento de Manila, donde pasó el resto de sus dias en la oscuridad del claustro, pero ejerciendo todo género de virtudes, y haciéndose amar y venerar de propios y extraños.—S. B.

SAN JUAN (Fr. Antonio de), misionero dominico, natural de Andalucía, tomó el hábito en el convento de Santa Cruz de Granada, manifestando desde aquel momento las excelentes cualidades que le adornaban para la vida del claustro. Sin embargo, aún dió una prueba mucho mayor de su piedad, cuando en 1658 decidió partir á las misiones de Filipinas, en cuyo país eran necesarios religiosos que ayudasen á la evangelizacion, un tanto descuidada por falta de obreros que trabajasen con la debida actividad y celo. Emprendió su viaje nuestro Fr. Antonio en compañía de otros individuos de su Orden, y despues de una feliz travesía, llegó á Manila, en cuyo convento permaneció por largo tiempo dedicado principalmente á la predicacion, por haber marchado los demás compañeros á los ministerios, como los llamaban los dominicos. Tocóle tambien su vez, y manifestó tanto celo y eficacia en la enseñanza de los indios, que hubiera estado constantemente consagrado á ella si no hubiera tenido que regresar á Manila, donde se le llamaba por la fama que habia obtenido en esta ciudad, con la que no pudo rivalizar en su tiempo ningun otro de sus hermanos. Pasó, pues, el resto de su vida en

este convento consagrado á las prácticas propias de su Orden, y aumentando la reputacion que en un principio habia adquirido, hasta que terminó sus dias tan santamente como habia vivido. —S. B.

SAN JUAN (V. Fr. Antonio de), religioso de la órden de S. Francisco en el convento de Santa Cruz, extramuros de la ciudad de Pisa. Este celoso varon fué así cognominado por ser natural de la villa de S. Juan de Arno. Predicador de ardiente espíritu, y muy celoso de la literal observancia de la evangélica regla. Impelido de este celo, alcanzó letras apostólicas para poder retirarse con cuarenta compañeros á vivir, segun el espíritu del seráfico P. S. Francisco, en rigurosa penitencia y pobreza extremada; sin embargo, no habiendo tenido efecto este intento por varias dificultades que le opuso la prudencia, se retiró al referido convento de Santa Cruz de Pisa, donde redujo á práctica con singular ejemplo de todos la concebida idea de su espíritu. Fué varon doctísimo y de tan singular memoria, que en ella tenia una librería viva, donde prontamente hallaba las noticias para cualquier asunto; y así predicaba con igual facundia que fervor, siguiéndose á estas buenas partes de predicador apostólico imponderables frutos en beneficio de las almas. Finalmente, en el año de 1481 predicando la cuaresma en la iglesia mayor de Pisa, le llamó Dios para sí con el golpe de la última enfermedad. En su muerte fué grande la conmocion de toda la ciudad, aclamándole santo y solicitando sus reliquias, y en esta misma piadosa fe se mantiene siempre, reverenciando toda la poblacion y forasteros con singular devocion el sepulcro que contiene sus restos mortales.—A. L.

SAN JUAN (D. Antonio). Nació en Tierz del abadiado de Montaragon. Siguió con lucimiento los concursos sinodales de curatos, y en el obispado de Huesca fué párroco estimado. Hallándose rector de Morrano, escribió: *Exámen de Doctrina cristiana*; en Zaragoza, por José Fort, 1761, en 8.°, de doscientas diez y seis páginas. Tengo una memoria de Huesca que dice haber muerto el autor cumplidos sesenta años de un tenor de vida ejemplar.—L.

SAN JUAN (Fr. Baltasar de), dominico portugués, agiólogo de su Orden. Floreció en el siglo XVI. Véase JUAN (Fr. Baltasar de San).

SAN JUAN (Catalina de), religiosa de la órden de S. Gerónimo. Cuando se fundó el convento de la Concepcion Gerónima de Madrid, fueron escogidas para establecer aquella santa casa Sor María del Sepulcro y su sobrina Catalina de San Juan, entónces niña de once años, mas tan aventajada y de tanta habilidad para la práctica del coro y culto divino, que se la pudo fiar el encargo de correctora. Fundado aquel monasterio, volvió su tia á ser priora del convento de S. Pablo de Toledo, llevándose consigo á su muy querida y apreciable sobrina. Esta extraordinaria criatura era de claro é

ilustre linaje, sobrina del patriarca D. Fernando Niño, arzobispo entónces de Granada, despues patriarca de Jerusalen y obispo de Sigüenza. Llamábase Doña Sancha de Guzman, y despues en la profesion Catalina de San Juan; desde niña se crió y educó en el monasterio, viviendo en él con la misma humildad y sinceridad que aquel niño, que pone el Señor en el Evangelio como modelo y ejemplo de la virtud cristiana; así es que en Catalina más bien parecia la virtud de la humildad connatural que adquirida. Con ser tan hábil y de tan grande disposicion, se juzgaba no servir para nada, por lo que acudia muy propicia á ocuparse en todos los oficios humildes del convento, como si no hubiera nacido para ejercer otros ministerios, con asombro de todas sus hermanas que la admiraban y querian levantarla á mayores ejercicios, lo que constantemente rehusaba. Por fin, la obediencia le hizo aceptar el empleo de maestra de novicias, la que bien pudiera serlo de muchas profesas; despues la hicieron vicaria, y las religiosas deseaban por momentos llegase el caso de elegirla priora, teniéndose por muy dichosas en que las gobernase alma tan pura, tan santa y tan discreta. Llegó con el tiempo á realizarse su deseo, haciéndola priora y ejerciendo aquel cargo por el largo espacio de veinticuatro años, sustentando aquel convento en suma paz y religion, sin olvidarse jamás de su primitiva humildad, su compañera inseparable en todo el discurso de su vida, ocupándose de los mismos oficios y ejercicios, y en iguales términos que cuando era novicia; y con el mismo y placentero semblante iba á fregar á la cocina que á regir la comunidad en la silla del coro y del capítulo, desde donde gobernaba y reprendia con su característica benevolencia, no pudiendo conseguir las religiosas variase aquel sistema de vida tan humilde y ejemplar. Así fué que aprovechó en aquel convento, tanto en lo temporal como en lo espiritual, porque cuanto sus deudos la daban, que era mucho y de consideracion, todo lo invertia y aplicaba á las necesidades y menesteres que se ofrecian á su convento, quedándose pobre y careciendo á veces de lo más preciso, á trueque de que sus hijas disfrutasen del posible bienestar. Unia á tan sobresalientes virtudes la más ferviente y constante oracion, dedicando las más de las veces toda la noche á tan santo ejercicio, sin perdonar los quebrantos que experimentaba su delicado cuerpo, ni haciendo mérito ni caso de los calores del verano, ni de los frios y hielos del invierno, cuyos extremos y estaciones son tan rigurosas en la ciudad de Toledo. Con igual medida y austeridad obraba en otras penitencias, ayunos de pan y agua, y disciplinas duras y sangrientas. Jamás faltó un punto á los maitines, disfrutando de tan escaso sueño, que causaba admiracion. Cuando las súbditas cometian alguna culpa que merecia castigo, disciplinábase por la culpada con tanto rigor, que todas sentian y temian llegase este caso, evitándolo cuanto podian, pues les

causaba la mayor pena y pesadumbre el ver el castigo que la santa priora se aplicaba por sus faltas y defectos; extraña y nueva manera de corregírselos; y cuando se veia precisada á reprender á alguna en el capítulo, la llamaba despues á su celda, y en secreto la consolaba, haciéndola entender cómo lo que habia hecho era malo, y no estaba bien á su estado, y que no podia ménos, ni excusarse el obrar con aquella severidad por razon del oficio y por el ejemplo de las demás religiosas, mostrándola al mismo tiempo el gran fruto que se conseguia con estas reprensiones ejercitando la paciencia, pues por esta virtud olvida Dios nuestros defectos, y los da como pasados en cosa juzgada. Estos procederes y su gran benevolencia hacian que fuese de todas tiernamente amada, afirmando con su comun testimonio, que jamás expresó su boca indirectas, y mucho ménos mentiras, sino una verdad constante, y una notabilísima virtud en la pureza y sencillez cristiana; porque hay personas que aunque no mienten, dicen las verdades tan cautelosas, ó con tal artificio y disfraz, que parecen los enigmáticos oráculos de Delfos, y en estos casos quizá seria ménos dañosa la mentira que las verdades encubiertas é incomprensibles: la verdad ama mucho la claridad y desnudez en las palabras, y no siendo así no puede considerársela como tal verdad. Jamás consintió que en su presencia se murmurase del ausente, ántes queria que por esta misma razon de ausencia, se hablase bien de todos, y por esta misma razon no miraba bien y casi aborrecia á las que notaba eran inclinadas y no se contenian en el feo defecto de la murmuracion. Seria interminable la enumeracion de sus muchas virtudes y buenas cualidades, y únicamente puede añadirse, en obsequio á la concision, que su mansedumbre, benignidad y sufrimiento fué extremado; pues aunque algunas veces alguna religiosa la contestase, ó con más brio ó ménos modestia de la que era razon, no fué parte para sacarla de su paso, ni para alterar aquella igualdad de ánimo de que Dios la hizo presente; y decia en algunas ocasiones, que no era mucho sufrir y pasar aquellas pequeñas penalidades á quien considerare lo que sufrió el único Señor y Maestro por enseñarnos á ser piadosos y pacientes con nuestros hermanos. Una cualidad de particular excelencia se refiere de esta sierva del Señor, pues á pesar de ser de tan claro y cultivado entendimiento para el gobierno de sus súbditas y del estado espiritual para las cosas del mundo, padecia una santa ignorancia, sin saber más que lo que sabia cuando niña y en los brazos de su tia; argumento patente que prueba lo poco que siempre le interesó y se le dió de cuanto hay en la tierra, como cosas innecesarias y que no la hacian al caso para la vida del alma que iba buscando y que era su único norte. En su presencia no se habian de proferir palabras vanas, de risa, de donaires y chistes, y otras que se conocen por agudezas y vivezas, que en los monasterios suelen ser de no pequeño

inconveniente y áun daño. Todos los actos y conversaciones querian que estuviesen llenas de santidad y modestia, porque el Esposo no se ofendiese viendo en sus esposas alguna nota de fealdad y ménos recato de honestidad virginal. Tenia en su compañía una sobrinita que la crió desde la edad de tres años, y de quien se concebian las más lisonjeras esperanzas; pero el Señor tuvo á bien llevársela, y este fué, entre otros, uno de los más rudos pesares que experimentó en su vida; mucho contribuyó para acortarla la salud y áun la vida, pues á los tres meses se fué á hacerla compañía siendo de setenta años de edad. Se cree con bastante seguridad que el Señor la dió muchos dias ántes clara noticia de su tránsito. La fiesta del gran P. S. Gerónimo comulgó en el coro y anunció que aquella era la postrera vez que allí habia de comulgar. Enfermó á los tres ó cuatro dias, y dijo al confesor, que el Señor la llamaba, no quedándoles que hacer otra diligencia, que encomendarla á Dios con mucho cuidado y eficacia. Estando ya en situacion muy grave y al parecer muy próxima á su fallecimiento, encendieron las candelas benditas que tenian preparadas, mas ordenó las apagasen, pues dijo que aún no era tiempo; así lo ejecutaron, pero pasadas algunas horas las volvieron á encender, porque parecia que estaba ya acabando, entónces ya lo consintió, y en seguida con gran entereza y sosiego del cuerpo, dió su alma al Señor, tan linda y tan hermosa como se la habia acordado y concedido, y fué á gozar á la gloria del premio de sus buenas obras.— A. L.

SAN JUAN (Fr. Diego de), del órden de S. Juan de Dios. Nació en Córdoba en 1602, siendo sus padres Pedro Lopez Salbago y Catalina Ruiz, personas honradas y de muy buenas costumbres. Educáronle conforme lo permitia su estado, pero siempre con temor y amor de Dios. Pasó á Cádiz á la edad de veinte años, y tomó el hábito en el convento hospital de la Santa Misericordia el año 1622 y profesó al siguiente, dando siempre grandes ejemplos de virtud y modestia, observando las leyes santas de su instituto con singular cuidado y observancia. Asistia con ciega obediencia á todo cuanto le mandaban, hacia lo que le tocaba sin que se lo mandasen, y lo hacia todo bien, porque lo hacia con caridad y amor. Estuvo sirviendo á los pobres algunos años en su convento de Cádiz, hasta que se presentó ocasion de pasar á las Indias para servir al hospital y convento de S. Sebastian de Cartagena. Permaneció por algun tiempo en aquel hospital con grande ejemplo y edificacion, así de religiosos como de seglares, empleándose siempre en el ejercicio de todas las virtudes. Llegaron sus buenas cualidades á noticia del comisario general, que se hallaba en Lima, y no habiendo prior en el hospital de Santa Fe de Bogotá, le envió por prior á aquella casa. Admitió el cargo, aunque con sentimiento como santo, pero por obediencia como súbdito, y dispuso llevar en su compañía por procurador á Fr. Antonio Al-

mazan, criollo, hijo del convento de Cartagena. Emprendieron su viaje los dos compañeros, y habiendo llegado á Santa Fe, tomó Fr. Diego posesion de su gobierno, y á los pocos dias hizo íntima amistad con D. Juan Velez de Guevara, caballero muy noble y muy valiente, á quien habia encargado el rey la conquista de los indios chocoes, dándole el título de adelantado de aquella provincia. «Son estos indios, dice la Crónica, de los que llaman caribes, que comen carne humana, y el mejor dia que ellos tienen es cuando aprisionan algun español, porque así la prision como la muerte que á la prision se sigue, la celebran como si fuera su mayor festividad. Le ponen pendiente de un árbol, y allí le van disparando flechas, bailando y danzando al contorno del árbol. En viéndole muerto le van cortando á pedazos, los asan, prosiguen su baile y se los van comiendo. El que le hizo prisionero ó le mató tiene derecho á la cabeza, quítasela y le quita la piel sutilmente con el cabello, y luego la cura y la guarda como mayorazgo, presea de tanto aprecio, que solo en los dias de sus fiestas se la pone, y es de tanta estimacion entre ellos, como si acá se pusiera un hábito de Santiago. Son muy valientes y muy mañosos, y es menester para rendirlos no solo mucho valor, sino mucha estratagema.» Estos chocoes hacian mucho daño á los indios convertidos y á los españoles que habitaban sus fronteras. Tratóse de poner remedio, y no habia otro más que su conquista, segun la relacion de los que dieron la noticia; pero esta conquista tenia el objeto de apoderarse de unas minas de oro y plata, que se hallaban en su territorio. Dispuso el adelantado y gobernador comenzar su empresa, y rogó al siervo de Dios Fr. Diego de San Juan le acompañase, porque como tenia tan buen concepto de su mucha virtud, le parecia que llevaria un ángel si le llevaba consigo. Consiguiólo con facilidad, manifestándole cómo habia ido á someter los indios, y que sometidos se convertirian con mayor facilidad, siendo esto lo primero á que debian consagrarse si salian bien en la conquista. Con el deseo de ver convertidos á tantos infieles, le fué acompañando con el mayor gusto el siervo de Dios, llevando consigo á su procurador Fr. Antonio de Almazan. Tomáronse todas las disposiciones necesarias para la expedicion, y marcharon hácia Popayan. Hay en aquel pais un caudaloso rio llamado Anselma, por donde los españoles tenian que embarcarse si habian de pasar á la conquista de los chocoes; supiéronlo estos, y decidieron esperarlos al paso del rio en el lugar donde debian de hacerlo. Iban los nuestros navegando en sus canoas con favorable tiempo, pero con poca fortuna, pues no adivinaban lo que les debia suceder. Apénas pues llegaron adonde los indios tenian su emboscada, cuando al verlos se arrojaron al rio, y navegando por debajo del agua, llegaban á las canoas, las volcaban y arrojaban de ellas á los españoles; unos se ahogaban y otros salian á la orilla como les era posible. Estos que parecia

habian vencido ya la dificultad de la corriente y fondo de las aguas, al llegar á la orilla se encontraban en mayor peligro, porque allí se hallaba un gran número de indios para poner presos á los que conseguian llegar hasta aquel punto, de modo que apénas se veian libres de un riesgo daban en otro mayor, porque los prendian y mataban con la mayor facilidad; pero esta desgracia no acaeció más que á las primeras canoas, pues las que iban detrás pudieron escaparse bogando rio arriba. Mas entre aquellas iban nuestros religiosos, que arrojados al rio consiguieron salir á la orilla, pero no los mataron entónces; pues como los vieron con hábito diferente, comprendiendo que eran sacerdotes, quisieron vengar en ellos el odio mortal que tenian á nuestra santa fe. «Sucedió, pues, dice la Crónica, que habiendo ejecutado tan sangrientas crueldades, como haber muerto cuantos españoles salieron á la orilla, haberlos asado y habérselos comido, viendo que nuestros religiosos les corregian tan bárbara fiereza é inhumanidad y les predicaban la verdadera fe, ofreciéndoles á los ojos cuán abominable accion era matar y asar á los que eran de su carne misma, y que era cosa que ni las fieras lo hacian, porque ninguna come las que son de su especie, con otras verdades que les dictaba su buen espíritu y les imbuia el Señor; no pudiendo sufrirlas les arrebataron, y despues de haberlos maltratado mucho, con hierro ardiendo los atravesaron por debajo de la barba la boca; luego los echaron sogas á los cuellos, y los llevaron por las estancias y mansiones adonde estaban los demás chocoes albergados, arrastrándolos por el suelo, y despues de haberles dado muchos diferentes martirios les dieron de lanzadas hasta quitarles la vida. Despues de haberlos muerto los asaron y se los comieron, dándoles infame y abominable sepulcro en sus cuerpos á cuerpos ya sagrados por el martirio. Padecieron el año de 1637, habiendo logrado solo en esta conquista el haber hallado los tesoros del cielo.» —S. B.

SAN JUAN (V. Esteban de), presbítero de Baeza y segundo rector despues del colegio de huérfanas de Córdoba, en cuyo cargo sucedió en 1636 á su venerable fundador el P. Cosme Muñoz. «El cual V. Esteban, se lee en la vida del anterior, siendo de tan ejemplar vida, que cuando la suya salga á la luz pública espero en el Señor que ha de ser de no pequeña edificacion y provecho de los que la leyesen, tuvo siempre por maestro al V. Cosme, y venia desde la ciudad de Baeza ántes de vivir en Córdoba á comunicarle las dudas de su espíritu.» El Sr. Feria le llama varon de insigne piedad y de unas virtudes admirables. —S. B.

SAN JUAN (Fr. Francisco de), monje gerónimo y escritor del siglo XVI. Véase JUAN (Fr. Francisco de San).

SAN JUAN (Fr. Francisco de), religioso de la órden de S. Juan de Dios. Nació en Utrera en 1550, año en que murió el glorioso patriarca S. Juan de

Dios. Llamábase en el siglo Francisco de Monterdoza, y tomó el apellido de San Juan por haber tomado el hábito el dia en que se celebraba esta festividad. Diósele el P. Fr. Pedro Pecador, el Chico, fundador de la casa hospital de Utrera, y fué un verdadero imitador de su santo Padre en el ejercicio de las virtudes, siguiendo en todo sus huellas, porque fué varon muy distinguido. Tuvo don de gobierno y tan gran capacidad, que siendo súbdito le asistian los demás hermanos como si fuera superior, porque lo era verdaderamente en el entendimiento. A todos encaminaba al mayor servicio de Dios nuestro Señor, animaba á las mortificaciones y penitencias, enseñaba y persuadia á la frecuencia de la oracion como la materia de mayor importancia para las almas que buscan de veras al Señor. Introdújose la costumbre de velar al Santísimo Sacramento toda la noche, repartiéndola por horas entre dos hermanos, ejercicio que abrazaron con mucha alegría, y duró esta devocion tan santa muchos años. En la hora que le tocaba en vela iba primero á visitar á los enfermos, y despues de ella hacia lo mismo. Si habia alguno de cuidado le asistia toda la noche, y para no hacer falta á la hora que tocaba velar delante del Señor, buscaba quien estuviese con el enfermo el tiempo que debia él estar en el coro. Encargábalo, íbase á la vela, y en acabando la hora volvia á la enfermería á despedir al hermano que le habia suplido, y cuidar del enfermo lo mismo que anteriormente. Era muy modesto y estaba muy débil por las muchas mortificaciones que hacia. Solíanle decir que era bueno y santo, y lo sentia mucho y respondia: *No soy lo que me dicen, pero me dicen lo que debo ser. Dios me haga bueno.* Favoreciale el Señor en la oracion con muchas ilustraciones y éxtasis. Tenia por cama un tronco de un árbol viejo y hueco, y por cabecera unos ladrillos. Jamás se quitó el hábito, porque dormia con él, y desde el dia en que se le ponia hasta que necesitaba ponerse otro nunca se le quitaba. Era cosa de grande admiracion, dice la Crónica, lo que le sucedia, porque durmiendo con él las noches todas, precisamente le habia de traer arrugado por la parte á lo ménos que cargaba el cuerpo sobre él, y tambien era preciso traerle ajado de lo que le servia; y no le traia ni arrugado ni ajado, sino tan limpio y aseado, que parecia sacarlo de la prensa. Decíanle muchos que para qué dormia con el hábito, que á lo ménos se le quitase para dormir, y contestaba: *Hermanos, el hábito es la mortaja, y el sueño es viva representacion de la muerte, y no será bien que un hombre esté muerto y sin mortaja.* El olor grande que despedia de las muchas virtudes que habian tomado posesion de su alma, continúa el cronista, quiso el Señor que se trasladase al cuerpo. Llegó á tener una cosa de tan singular prodigio, y con más verdad que el grande Alejandro, y era que le olia bien el sudor. Pudo ser lisonja en aquel príncipe, ó tener *ad pondus* los cuatro humores; pero á nuestro santo le olia bien el sudor contra el curso

y órden de la naturaleza, porque dormia siempre vestido y jamás se quitaba de encima el saco, y de esto más habia de respirar hedor que buen olor; pero en el siervo de Dios era todo lo contrario, porque el sudor le olia como cosa celestial y divina. Venian á verle y á consultarle muchos, y los más iban edificados y enmendados, porque les hablaba y aconsejaba como si estuviera leyendo en sus conciencias. Ninguno, finalmente, salia de su presencia que no fuese aprovechado. Muchos clérigos virtuosos le buscaban y consultaban su espíritu y las materias de su alma, y sacaban de su trato y comunicacion maravilloso provecho. Llegó el tiempo de dar cuenta de tan singular y santa vida, y aunque la tenia bien ajustada, viendo se acercaba la hora, se previno para esperarla con los santos Sacramentos. Recibiólos con tierna devocion y amorosos afectos la víspera de S. Juan del año 1619, y el dia siguiente, que fué en el que habia profesado, entregó su alma á quien la habia criado, dejando señales por que puede inferirse su salvacion. No se le dió sepultura hasta el dia siguiente, porque quisieron verle todos los vecinos de la villa. Llevaron su cuerpo cuatro caballeros de lo más noble de Andalucía, que fueron: D. Pedro Afan de Rivera, del hábito de Calatrava; D. Gerónimo de Córdoba, del hábito de Santiago; D. Juan de Luna, y D. Márcos de Guzman. Fué solemne su entierro, y quedó señalada su sepultura como de varon insigne y santo, en la cual aguarda la resurreccion de la carne.—S. B.

SAN JUAN (D. Fructuoso de), conónigo regular del monasterio de Santas Cruces de Coimbra. Escribió algunas obras latinas. Véase Juan (D. Fructuoso de San).

SAN JUAN (Fr. Gaspar de), del órden de Predicadores. Fué natural de la diócesis de Bolonia, en Italia, y brilló á mediados del siglo XV. Antes de tomar el hábito de Sto. Domingo se le consideraba como á uno de los más sábios filósofos del país. Despues de haber enseñado mucho tiempo la filosofía en la ciudad de Bolonia, desengañado del mundo, se acogió al claustro, tomando el hábito del santo patriarca y pronunciando los solemnes votos. Por espacio de algunos años enseñó las sagradas letras en varios conventos de su Orden, y luego, atendiendo á su rectitud y sabiduría, el papa Martino V le nombró inquisidor contra los herejes de Bolonia, cuyos errores descubrió y castigó con gran provecho de la religion y satisfaccion del Sumo Pontífice, que le profesó un grande afecto durante su vida, recreándose con su trato y su conversacion. Habiendo pasado á Ferrara á despachar ciertos graves asuntos, murió en el convento de Sta. María de los Angeles por el mes de Setiembre de 1457, siendo enterrado, segun sus deseos, en la sala capitular entre sus venerables hermanos. Dejó escritas las siguientes obras. *In philosophia quædam accitissima et longe suspicienda.—Summam adversus*

hæreses et altera casuum conscientiæ. — Commentaria in IV libros Sententiarum et alia in VIII libros physicorum.—M. B.

SAN JUAN (Fr. Gil), religioso franciscano de la provincia de San José. Fué natural de Tartanedo, en tierra de Molina, é hijo de padres honrados que le enviaron á estudiar á Salamanca; mas habiendo oido la voz de la inspiracion divina, corrió á tomar el hábito de los descalzos en el convento de S. Andrés de Arenas, educándose en aquel plantel de religiosos santos, siguiendo las huellas de los más aventajados discípulos del siervo de Dios Fr. Gaspar de S. José, que fué tambien su maestro durante su noviciado. En todo el resto de su vida manifestó los buenos principios de virtud que habia recibido, y se entregó á todos los santos ejercicios de la vida religiosa con singular fervor. Crecia casi á la vista en todo género de virtudes, gran menosprecio del mundo, humildad, pureza de almas y una extraordinaria devocion y gusto de las cosas del cielo, por lo que amaba mucho el recogimiento. Se seguia de aquí, como consecuencia natural, su contínuo pacto y comunicacion con Dios. Todo el tiempo que le dejaban libre sus obligaciones estaba en su celda ó en el coro, de donde le llamaban algunas veces para enviarle á la postulacion. Miraba Fr. Gil esta ausencia como una cruz muy pesada que le ponia la obediencia en los hombros por ser tan amigo del recogimiento, aunque donde quiera que vivia se portaba de tal manera que no le hacia falta alguna la clausura del convento, aprovechando el tiempo como si estuviese en él, estando siempre ocupado en la oracion, lectura y otros santos ejercicios, de los que hacia los más humildes con mayor gusto. En cuanto terminaba estas ocupaciones se encerraba en la celda, donde oraba ó leia, y fuera de ella observaba tambien mucho silencio; no consentia que se murmurase en su presencia, ni se tratase de cosa ménos digna de lo que conviene á una religion, y en cuanto oia algo de esto se le conocia en el semblante, y luego, con el mayor disimulo cambiaba la conversacion, dándose todos por corregidos ó castigados. Si por ser fiesta ó cualquier otro motivo mitigaba alguna vez sus penitencias, volvia luego á ellas con tanto rigor que se desquitaba muy bien del descanso que se habia tomado. A los pocos años de religion le eligieron los definidores guardian por su mucha prudencia, lo que le cogió tan descuidado, que se quedó atónito, sin saber qué hacerse ni qué decir; renunció, mas no se admitió su renuncia, ni se escuchó lo que decia en excusa suya. Desde aquel instante comenzó como si acabára de entrar religioso á manifestarse más perfecto en la humildad y más ferviente en la oracion, más contínuo en el coro y más áspero en la penitencia; si ántes comia poco, despues mucho ménos; vestia un áspero silicio, dormia en una tabla, cama que bastaba para su poco sueño; aunque muy áspero consigo, no lo era lo mismo con los demás religiosos, y así los conducia don-

de queria y áun era menester detenerlos. Renunciaba siempre con mucha instancia rogando á los prelados le quitasen de aquel cuidado y le pusiesen en otro en que diese mejor cuenta de sí, pues no era allí de ningun provecho; mas como todos sabian lo contrario, no le hacian caso, convencidos de que sobre el ejemplo que daba bastaba para hacer santos á los otros. Tenia particular afecto á las cosas espirituales, mucho cuidado y frecuencia en la oracion, no faltaba un punto de los maitines y demás horas del coro. Por la mucha penitencia, que hizo en sus primeros años, quebrantó demasiado pronto sus fuerzas y su salud, y llegó á ser viejo y débil, de manera que lo que le quedó de vida tuvo que sufrir muchos achaques. Ayudábase de un báculo para poder sostener el cuerpo, y algunas veces no hallaba gusto en los manjares acostumbrados en la comunidad, y era necesario buscarle algun regalo. En Toledo, donde fué guardian y vivió por mucho tiempo, recibió muchos de estos regalos de Doña Juana de Castilla, y algunos de una manera tan extraña que tiene algo de maravillosa, como puede verse en la Crónica de esta provincia de San José. Estando así tan enfermo y anciano, se hallaba dispensado de ir á maitines, mas los rezaba en la celda con grande devocion y la mayor parte de la noche la empleaba en sus acostumbrados ejercicios de oracion y mortificacion en aquel silencio y soledad; miéntras los demás estaban en el coro hacia él sus penitencias y en saliendo de maitines le llevaban luz para que los rezase, y todo aquel tiempo hasta la mañana en que iba á decir misa, le empleaba en prepararse para ella, tardando tanto en decirla que se lo reprendian los prelados: «Hincábase de rodillas, dice la Crónica, y confesaba su culpa como si fuera suya y no era sino de los que la oian; echábase de ver que tenia delante alguna cosa grande con quien se entendia; bien lo entendian los prelados, y de donde procedia pausa tan larga, y con todo no le reprendian por satisfacer á los demás y porque sobre aquel regalo creciese el mérito de la paciencia, y se aniquilase de todo punto cualquier movimiento de propia estimacion. Veíase en esto una cosa de mucha consideracion, que con andar tan impedido, que apénas podia estar en el coro en pie por espacio de un salmo, en la misa estaba horas y horas sin hacer movimiento ninguno; y no pudiendo llegar á la boca el cáliz para beber con sus propias manos, que le temblaban mucho, y era nesario dárselo otro, alzaba la hostia y el cáliz, consumia y daba la comunion sin peligro ninguno de consideracion.» Dióle el Señor una violenta enfermedad, en que parecia no enfermo, sino sano; convaleció pronto, y el dia en que debia pasar de la enfermería al convento, volvió á caer de nuevo con una calentura tan maligna, que en breve tiempo acabó de consumirle. Recibió con mucha devocion los santos Sacramentos para la salud de su alma, y fué á descansar del trabajo de sus obras en el Señor, que se cree piadosa-

mente se las haya pagado pasándole de estas tinieblas á la claridad de los hijos de la luz. — S. B.

SAN JUAN (P. Fr. Hermenegildo de), religioso trinitario. Villanueva de la Jara, en el obispado de Cuenca, fué la patria de este siervo de Cristo; siendo uno de los primeros que la Santísima Trinidad llamó á su descalcez, y de los principales que eligió para piedras fundamentales de su reforma, y por consecuencia participó de las persecuciones, incomodidades, extremada pobreza y de lo mucho que entónces se padeció, abrazándolo y sufriéndolo con magnanimidad y valor. En la observancia de las obligaciones religiosas fué excelente, ajustándose á la regla, constituciones y costumbres de la religion como verdadero primitivo: en el noviciado era grande su encogimiento, muy callado, abstraido del trato de criaturas, puntual en los actos de comunidad, especialmente en el coro, y muy devoto en el altar; sus principios, medios y fines fueron unos mismos, siempre perfectos; su obediencia pronta, sin réplicas ni excusas tanto, que siendo maestro de novicios, y ya anciano, sin conocerle el ministro, y haciendo un sol abrasador, le mandó ir á la huerta á coger una espuerta de habas, y luego al punto obedeció. Era modesto, reparado, recatado y compuesto en sus acciones; desde pequeño muy adicto á la castidad, sin que las ocasiones del siglo bastasen á despojarle de tan preciosa joya; la pureza que de seglar conservó, de religioso tuvo muchos aumentos y murió virgen. Estimó mucho la santa pobreza; juzgaba por calidad ser pobre como Cristo y por Cristo, estando muy lejos de su corazon la idea de tuyo y mio; ciertamente podia llamar nuestro lo que se le daba para su uso, hábitos y túnicas, porque era de cualquiera que necesitaba de ello. Como se crió con la leche de incomodidades y trabajos, experimentó tan incomparables bienes para su alma, y se hallaba tan bien con ellos, que se aficionó á lo que tan prontamente aborrece nuestra flaca naturaleza, señoreada del amor propio, afecto que le duró hasta la muerte, con tanta inclinacion á padecer, que nunca le dominaron propias comodidades, ántes las repugnaba de corazon, siendo su consuelo carecer de ellas; pudo morar en los mejores conventos, pero procuraba vivir en los más pobres donde se ofreciese en que ejercitar sus fervorosos y eficaces deseos. Aun siendo viejo, y á pesar de que sus achaques y edad le excusaban, sin atender á estas circunstancias se trataba con mucha austeridad; traia de ordinario silicio y tomaba muchas disciplinas extraordinarias, tan rigurosas que confundia á los más robustos. Resplandeció con excelencia en la mortificacion de sus pasiones, sujetándolas de suerte y adquiriendo tal dominio sobre ellas, que lo pasaba pacíficamente en medio del mar tempestuoso y alborotado de aquel siglo. Nunca le vieron enojado ni turbarse por ocasiones que se le ofreciesen; siempre con serenidad de ánimo y apacible semblante. Dióse muy de veras á la oracion, y en ella

gastaba muchas horas de dia y de noche, quitándose el sueño, siempre de rodillas y muy profundamente atento. La contínua presencia de Dios, su compostura y modestia lo manifestaban; en las ocupaciones, en todo tiempo y lugar, fuera y dentro de casa, parecia un ángel, y el mirarle causaba devocion, reverencia y compostura. Valióse tambien de la consideracion de la muerte, y traíala tan presente, que el más largo término que se prometia era por la mañana hasta por la noche, y desde esta á la siguiente mañana, y en esta atencion, diariamente se decia él mismo la recomendacion del alma, considerándose ya en aquel último y terrible trance. Entre otras buenas cualidades tuvo el siervo de Cristo una propiedad maravillosa, pues aunque era de excelente ingenio y muy docto, era sencillo y sin doblez. Unia la sinceridad á una rectitud muy grande en órden á Dios, al prójimo, y asímismo la rectitud con su Criador la mostró en desear su mayor honra y gloria, en amarle y servirle, en hacer y padecer por su amor con respecto á los prójimos, en el trato humilde y apacible, no vano y altivo y escabroso, en juzgar sus cosas piadosamente y hablar bien de todos; en acudir á sus necesidades y ayudarlos, darles saludables consejos y enseñarlos con notable caridad, partes que le hacian amable, recto en orden á sí por la austeridad con que se trataba y por el descuido en que vivió de sus comodidades. Era muy estimado por su perfeccion de todos los religiosos, y el hermano Fray Bernardo de la Madre de Dios, que solia ir al convento de Torrejon de Velasco, donde era conventual el bendito Padre, solo con el objeto de comunicar con él; cuando volvió decia con admiracion: *Vengo de tratar con uno de aquellos antiguos monjes del Yermo.* No quiso Su Majestad que sus dones estuviesen ociosos, ni que á Hermenegildo faltase el ejercicio tan propio de sus familiares amigos, ejercitándolos por varios caminos con trabajos, para acrisolar su virtud, y examinada su fidelidad en la tribulacion; bastantemente tuvo en que ejercitar la paciencia el siervo suyo, porque se levantaron terribles borrascas y tempestades, y fué mucho lo que padeció, y al parecer, casi sin esperanza de que cesasen los vientos furiosos y se serenase el cielo, que no aumentaba poco la penalidad la duracion que se le representaba vivamente. Llevó aquellos contratiempos con increible sufrimiento, silencio, modestia y humildad, bajando la cabeza y dejando pasar las olas, muy conforme con la Divina voluntad; pero el Señor, para que por experiencia conociese que aquella fortaleza no era suya sino suministrada por Dios, permitia su Majestad que tal vez se afligiese y acongojase, pero en seguida le consolaba, cesando su afliccion, y humillándose por haberse contristado, y como por este medio pretendia el provecho de su siervo, algunos años ántes le previno para aquellos trabajos, revelándoselo en Toledo á un sacerdote seglar de muy aprobada virtud, el cual, sin conocer ni haber visto al bendito padre, con

particular impulso le escribió una carta animándole á que se abrazase con la Cruz, con lo que de nuevo se alentó á gloriarse en ella; mucho tiempo despues, celebrándose capítulo general en aquella ciudad, siendo vocal Fr. Hermenegildo, fué á visitarle el santo clérigo, y trataron largamente del reino de Dios, y que el medio para conseguirle son multiplicados trabajos, que áun el mismo Señor convino padeciese para entrar en él. No por diligencias ni trazas, sino por sus méritos, le ocuparon en diferentes oficios. Fué maestro de novicios y de profesos, ministro de Socuéllamos, de Villanueva de los Infantes, de Pamplona y Baeza, y definidor general; procedió en los puestos con tanta moderacion, que ni la dignidad le desvanecia, ni la humildad llegaba á menoscabar la decencia del oficio, y se portaba de modo que era más amado que temido, naciendo de este amor en los súbditos el temor de no disgustarles. El primer ministerio fué el de Socuéllamos, y temiendo como humilde entrar en el puesto del que muchos han salido con grandes pérdidas espirituales, se encomendó al V. P. Fr. Juan de S. José, íntimo amigo suyo, y suplicóle la gobernase como en otro tiempo. Apareciósele el venerable padre, y prometió hacer lo que le pedia, y así lo cumplió; sucedia dormir Fr. Hermenegildo y tirarle del brazo y despertarle para que levantándose se evitasen algunas imperfecciones. Era su celo ardientísimo de los aumentos de la religion; sentia notablemente no fuese siempre en progreso el fervor del espíritu, procurándolo en cuanto estaba de su parte; enseñaba, ya con doctrina, ya con ejemplo, confirmando con este sus exhortaciones y consejos, y como iban acompañadas las palabras con las obras, movia á su exacta ejecucion; en todo era el primero; muy urgente habia de ser la causa que le obligase á faltar del coro; pedia la limosna llevando la alforja, remendaba las sandalias y ropa de los religiosos y limpiaba las necesarias, ejercitándose en cuantos ministerios son propios de la humildad y no ménos propios de un buen prelado; para enseñar á sus súbditos á ser perfectos, no necesitaban más que fijar los ojos en su pastor, que como águila que volaba sobre sus hijuelos, los provocaba á levantar el vuelo á la perfeccion. Cuarenta y cinco años se habia ejercitado de la manera expresada; y siendo de sesenta y tres, perfeccionó la carrera con glorioso fin, principio de una vida eterna, pasando de este destierro y valle de lágrimas á gozar de Dios para siempre y recibir la corona que el justo Juez ha prometido á los que le aman y perseveran en su servicio hasta la muerte. Fué su dichoso tránsito en el año de 1647, dia 3 de Marzo, y está enterrado en el convento de Trinitarios de Madrid. — A. L.

SAN JUAN (Fr. Jacobo de), del órden de Predicadores. Fué natural de Zaragoza, en cuya ciudad tomó el hábito de la Orden mencionada. Son muy escasas las noticias que de él se tienen, y tan solo consta por el testimonio

de Vicente Blasco y de Nicolás Antonio, que en lo más florido de su edad era un predicador en alto grado elocuente, y que pasó á Italia, donde finalizó sus dias, debiéndose á esta circunstancia y al poco cuidado en recoger sus noticias, el ignorar completamente las circunstancias de su vida. Dícese que coleccionó y dejó escritos en un tomo los sermones que habia predicado en Italia, así como algunos opúsculos sobre diversas materias que no llegaron á publicarse. — M. B.

SAN JUAN (Fr. José Mendez de), religioso mínimo, natural de Madrid, autor de diferentes obras latinas. Floreció en el siglo XVII. Véase Juan (Fray José Mendez de San).—S. B.

SAN JUAN (Lic. D. Juan), eclesiástico aragonés y escritor del siglo XVI. Véase Juan de S. Juan (Lic. D.). —S. B.

SAN JUAN Campos y Bueno (D. Francisco). En 28 de Junio de 1681 fué admitido en el Colegio de médicos de Zaragoza, hallándose doctor en esta facultad por la universidad de la misma ciudad, donde fué catedrático de anatomía desde 21 de Setiembre de 1686. En 22 de Febrero de 1701 ascendió á la cátedra de vísperas, y en 19 de Octubre de 1703 de prima, que tuvo hasta el 5 de Agosto de 1705 en que murió. Se habia ordenado de sacerdote hacia algunos años, y ejercia su facultad con indulto apostólico. Era beneficiado de la parroquial de S. Felipe de Zaragoza, y en 26 de Noviembre de 1694 tomó posesion de una racion de Mensa de la Seo de la misma por resigna de D. Tomás Palacios, y la residió hasta su muerte. Fué uno de los más sabios y experimentados médicos de Aragon, y la claridad, tino, método y erudicion con que escribió los *Tratados médicos* que enseñó desde la cátedra, se aprecian y estiman en el dia como si fueran obras impresas y perfectas en su línea, de que se conservan copias, y citan como recientemente lo hace el Dr. D. José Amat, médico de cámara de S. M. en su *Instruc. curat. de las viruel.*, pág. 43 ó 46, alabando su *Tratado de Sanguinis missione et purgatione.* —L.

SAN JUAN Bautista (Agustin Paul de). Su patria fué la villa de Estopiñan, donde nació á fines del siglo XVII. Siendo jóven profesó el instituto de las Escuelas Pias, donde completó sus estudios, y sirvió dignamente en la instruccion comun. De modo que juntamente con el Rdo. P. Ambrosio de S. Agustin, es reputado por uno de los más útiles promovedores del mejor método y gusto en las ciencias en su provincia de Aragon. Fué rector del colegio de Valencia, provincial y asistente de su religion, y un varon recomendable por su piedad ejemplar. Murió en Barbastro el año de 1735, habiendo escrito: 1.° *Artificiosæ orationis, sive rethoricarum institutionum epitome, cui annectitur Methodus epistolaris, et Aditus ad Parnasum ex Tullio Quintiliano, Camillæ, Suspensio, aliisque probatis auctoribus collecta;* en Za-

ragoza, por Miguel Montañés, 1730, en 8.°; despues se ha reimpreso varias veces.—2.° *Prosodia de la lengua latina explicada é ilustrada con los mejores autores;* en Zaragoza, por Francisco Moreno, 1744, en 8.°; en Valencia, por Agusto Laborda y Campo, 1751, en 8.°; reimprimióse despues otras veces.—3.° *Etimología de los géneros y pretéritos ilustrada, con los mejores autores;* en Valencia, por Agustin Laborda y Campo, 1784, en 8.°, que es reimpresion, con otras despues.—4.° *Etimología y Ortografía de la lengua latina ilustrada con los mejores autores;* en Valencia, por Pascual García, 1745, en 8.°; en la misma, por Agustin Laborda, 1753, en 8.° y en otras partes.—5.° *Crisis sintactica hispano-latina;* en Valencia, por Joaquin Tomás Lucas, 1753, en 8.°, y despues en otras partes.—6.° *Paranesis oratoria cum optimis auctoribus in octo libros digesta;* en Valencia, y despues en Zaragoza, por Francisco Moreno, 1770, en 8.°, y en otras ediciones.—7.° *Gramática latina de Julio Antonio de Nebrija con la explicacion y notas;* en Valencia y Zaragoza por Francisco Moreno, 1771, en 8.° Ha tenido varias ediciones, y la redujo á *Compendio* para el uso de las escuelas el P. Pedro de Santa María Magdalena. Se imprimió en Zaragoza por Francisco Moreno, 1774, en 8.° y otras veces.—8.° *Otros escritos concernientes á la latinidad y otros puntos de enseñanza* que se han apreciado.—L.

SAN JUAN Bautista (Fr. Andrés de), religioso carmelita y escritor del siglo XVII. Véase Juan Bautista (Fr. Andrés de San).

SAN JUAN Bautista (Fr. Elías de), carmelita mejicano, conocido por algunas obras que dejó inéditas. Véase Juan Bautista (Fr. Elías de San).

SAN JUAN Bautista (P. Fernando Mora), de las Escuelas Pias. Nació en Fusen, y siguió con cuidado los destinos de su instituto en el siglo XVIII. Hallándose en 1755 en el colegio de S. Valero de Alcañiz, escribió en este tiempo las *Constituciones de las Cuarenta Horas, que cada mes se celebran en dicho colegio.* Tambien empleó su númen poético en la composicion de *varios poemas*, que parece se han perdido como cree el Sr. D. Miguel Esteban de Puc y Pueyo, baron de Val de Olivos, caballero del hábito de Montesa y amante de la buena literatura, de quien es esta noticia.—L.

SAN JUAN Evangelista (V. P. Fr.). Recibió el hábito de trinitario descalzo en el convento de Madrid, y fué religioso de grande espíritu, despreciador de sí mismo, atento y vigilante á Dios, rendido á la obediencia, y extremado en la pobreza. Aunque sus letras fueron más que suficientes, no pudo servir á la religion, por sus muchos achaques, en otro ministerio que en el de confesar. Hallándose gravemente enfermo en Córdoba, le dijeron los religiosos que pidiese á Dios que le diese salud, así como ellos lo deseaban; y respondió: *Eso no haré yo, sino que se haga en mí la voluntad del Señor.* Vivió despues algunos años, padeciendo varios accidentes habituales;

pero siempre austero y observante de sus obligaciones. Falleció en el convento de dicha ciudad de Córdoba el dia 9 de Octubre de 1629, con buena opinion, y quedó su cuerpo muy tratable. Sobre su sepultura se puso una losa de mármol, y en ella escrita su vida en breves palabras.—A. B.

SAN JUAN DE PERCESETO (Rmo. Fr. Buenagracia de), general de la Orden Seráfica.—El Rdo. Fr. Gerónimo de Asculi, siendo general de la misma Orden, fué enviado á Francia por Nicolao III por legado apostólico, para tratar de paces con la corona de Castilla. A los tres años de su gobierno, habiendo despachado patentes convocatorias para la junta general en Padua, ocupado en la legacía, dió sus veces para la presidencia á Fr. Buenagracia de San Juan de Perceseto, y remitió por su mano la renuncia del generalato, suplicando á los capitulares se la admitiesen. Estos oyeron la súplica con edificacion, pero no les pareció admitirla, ántes bien le reeligieron por unanimidad y nombraron por vicario general interino á Fr. Buenagracia, natural de una poblacion confinante á Bononia. Era este sugeto de relevantes prendas en religiosidad y literatura, á quien por su gran capacidad y profundo juicio el Sumo Pontífice hizo su legado apostólico con Fr. Gerónimo de Asculi en Constantinopla, para tratar de la union de las iglesias latina y griega, que tan feliz resultado tuvo en el concilio Lugdunense. El año siguiente, de 1278, fué electo cardenal Fr. Gerónimo, y porque dudaba proseguir en el generalato por su promocion al capelo, le mandó el Pontífice que prosiguiese hasta nueva órden, por bula que empieza: *Prudentiæ tuæ circunspectam industriam etc.* Prosiguió el gobierno hasta el año siguiente, en que por pascua de Pentecostés se celebró capítulo general en Asís por convocatoria suya. Deseaba mucho el Pontífice que presidiese el General Cardenal; pero no pudo tener efecto su deseo, porque le sobrevino una enfermedad. Procedióse á la eleccion y fué electo con todos los votos General Fr. Buenagracia estando ausente. Dióse cuenta al Pontífice, y tuvo por tan acertada la eleccion, que dió las gracias á los capitulares de su buen acierto. Mandó tambien que el nuevo General, con algunos de los electores más selectos y más doctos, pareciesen en su presencia, porque deseaba favorecer á la religion, y queria que en su presencia se tratasen los asuntos más convenientes á su buen gobierno. Ejecutaron su mandato, y valiéndose de su benignidad pidieron les señalase un cardenal protector de la Orden. A esta súplica respondió con suma afabilidad, dándoles facultad para que señalasen el que les pareciese más conveniente, y el General eligió al cardenal Pedro de Rubeo, sobrino del Pontífice, á quien agradó sobre manera la eleccion. El general Buenagracia se portó en su gobierno con gran prudencia y acierto felicísimo, porque siendo muy celoso de la observancia regular, y muy en particular de la santa pobreza, tuvo la fortuna de ver logrados sus

deseos sin disturbios ni alteraciones. Todos los cronistas dicen que su bondad y religiosos procederes convinieron á su nombre de Buenagracia. Solamente á Pedro Rodolfo le pareció habia tenido el achaque de ser litigioso y amigo de pleitos y procesos. Pero el docto analista de la Orden le purga de esta nota con grande empeño, probando que fué ajeno á su carácter y virtudes el defecto que se le atribuye, siendo por el contrario muy venerable prelado. Un solo proceso se formó por comision suya contra los discípulos de Fr. Pedro Juan de Oliva, cuyos delitos tocaban en la pureza de la fe, y otro contra el V. Fr. Juan de Parma, que tocaba tambien en este punto delicadísimo, y el santo doctor, cuando salió el acusado victorioso, dándole parabienes de su victoria, le dió satisfaccion de no haber podido excusar el estrépito judicial, por tocar sus cargos en las purezas de la fe. Lo que en S. Buenaventura fué primor de pudencia justificada, en Fr. Buenagracia no puede ser digno de reprensible nota. Murió el venerable General ántes de cumplir cinco años en su cargo en Aviñon, ciudad de Francia. Luego que espiró se tocó por sí sola la campana mayor del convento, ya fuese en testimonio de sus religiosas virtudes, ya fuese funesta demostracion de sentimiento en la falta de un prelado tan afable y tan celoso, que dejó de sí imperecedera memoria y gloriosa fama. Gobernó hasta el año 1285, en el pontificado de Honorio IV, despues de la muerte de Nicolao III y Martino IV.—A. L.

SAN JUAN Y SAN PABLO (P. Miguel). Fué natural este religioso de Pobo en el reino de Aragon, y solo nos dice de su vida Latasa en sus Ilustres Aragoneses, que fué de las Escuelas Pias, en cuyo instituto se conoció su religiosidad y su instruccion. Tambien nos declara que fué rector de los colegios de su Orden en Albarracin y en Benavarre el año de 1800, pero nada nos dice de la fecha de su muerte. Se conocen de este P. Escolapio unas *Numeraciones de cálculos numérico y literal*, diferentes tratados matemáticos, y no pocos sobre la cuadratura. Dice Latasa que la profunda meditacion de estos tratados le hizo silencioso algun tiempo, como lo acreditan unas memorias, que dice sería en las que se advertia al propio tiempo que era sugeto capaz de adelantar los asuntos matemáticos por el gusto é inteligencia que tenia de esta ciencia.—C.

SAN JULIAN (Fr. Francisco de), religioso trinitario. V. Julian (Fr. Francisco de San).

SAN JULIAN (V. P. Fr. Francisco de), religioso franciscano de la provincia de Santiago de Galicia. Fué natural de la jurisdiccion de Tabeyros, en la diócesis compostelana, y todos sus deseos, siendo seglar, eran pedir al Altísimo dirigiese sus pasos para que corriese la senda de sus divinos preceptos, encaminándole al seguro puesto de alguna religion, sin tener aficion por entónces á ninguna de las muchas que hermoseaban la Iglesia, confiando

en la misericordia divina le daria inspiracion para la que fuese de su agrado. A este fin dirigia sus penitencias, oraciones y devotos ejercicios, en que ya estaba muy práctico. Sucedióle encontrarse en la ciudad de Santiago, en ocasion en que se encontraba tambien allí el P. Provincial de los franciscanos, visitando los dos conventos que tenia su religion en aquel pueblo. Con esta noticia tuvo desde luego deseo de pedir el hábito de San Francisco, á cuyo evangelico instituto comprendió entónces tener especial llamamiento. Presentóse al P. Provincial, á quien pidió con profunda humildad se dignase cumplir sus buenos deseos, dándole el hábito para lego; contento el Padre Provincial de su natural modestia y su humildad sin hipocresía, le dió patente para tomar el hábito en el convento de San Antonio de Monforte. Puesto en el nuevo y de él apetecido estado, comenzó desde luego á encaminarse á mayores empeños, no contento con las obras que ya sabian adornar las virtudes. Del año de la aprobacion salió nuestro Fr. Francisco con toda la que mereció su especial virtud, y los prelados queriendo mayor empleo para su humildad, le enviaron al convento de San Francisco de Salamanca para que cuidase de la sacristía. En este cargo, sin olvidar la oracion y otras asistencias de coro é iglesia, el tiempo que le restaba lo dedicaba á hacer y cuidar las alhajas propias de su cargo, de modo que el tiempo en que se escribió la Crónica de esta provincia se conservaba todavia un terno, que hizo y bordó por sus propias manos, y en que reunió el arte muchos primores. Los fieles como le veian tan bien empleado, le daban algunas limosnas, y los que más le prodigaban este género de socorros fueron la marquesa de Flores de Avila y el conde de Peñaranda, los cuales habiendo visto sus obras pidieron á los prelados, enviasen á Fr. Francisco á la corte, donde como tan devotos le dieron algunas telas para el socorro de la sacristía de aquel convento. Allí despues de su continua tarea nunca tuvo durante muchos años otro descanso que el que en breve sueño le permitia la tarima de uno de los altares de la iglesia en que se echaba despues de sus penitencias sin más abrigo que su propia ropa. Se levantaba á maitines para encender las luces, y acabado el oficio divino se quedaba en oracion hasta romper el dia, saliendo entónces á poner recado y oir la misa de alba. Empleaba toda la mañana en cuidar de la sacristía é iglesia esmerándose en su limpieza aumento y adornos; la tarde en el terno, bordando y sacando paños, y de esta suerte todo lo que hizo fué de sobresaliente hermosura, pues solo tenia arte para Dios. Fué extremado este venerable lego en las virtudes de abstinencia y pobreza. No solo ayunaba cuando lo ordenaba su regla, sino tambien en las cuaresmas llamadas de San Francisco. No usaba para su abrigo más que del pobre hábito, y nunca buscó mas utilidad que para su iglesia. A esta destinaba todos sus trabajos y padecimientos, que no fueron pocos los que sufrió de parte

del enemigo de los hombres. Con el caudal de estas y otras muchas santas obras le sorprendió la última enfermedad en el convento de Salamanca, y conociendo que iba ya á presentar su alma ante aquel supremo Rey que mira al precioso vestido de la pureza, que solo sabe labrar la gracia, para merecer lugar en la celestial boda, segun dice la Crónica, no omitió primor de sus antecedentes virtudes, á que en repetidos actos de amor de Dios, fe y contricion no diese como la última mano para que así saliese del agrado de los divinos ojos la obra perfecta de su vida. Con las manos en la obra dió el último aliento segun su biógrafo, entregando al Señor su espíritu. Fué su dichoso tránsito á 24 de Enero de 1677.—S. B.

SAN JULIAN (Pedro de). Este historiador eclesiástico nació en 1520, en el castillo de Balleure, diócesis de Chalons, de una familia noble. Educado en la abadía de Tournus, en la que dos de sus parientes desempeñaban honrosos cargos, la facilidad que tuvo de compulsar los títulos y crónicas de la abadía, desarrolló desde luego su gusto por la historia, y aunque era el mayor de diez y seis hermanos, abrazó el estado eclesiástico, que debia permitirle entregarse enteramente al estudio. Luego que recibió las órdenes sagradas, fué nombrado protonotario eclesiástico, y provisto de ricos beneficios, cuyas rentas empleó en satisfacer sus deseos de aprender. En un viaje que hizo á Fontainebleau en 1540, asistió un viernes de cuaresma á la comida de Francisco I, y fué testigo de las conversaciones de este soberano con Lázaro de Baif y otros sabios que obtenian su íntima amistad, y ninguna cosa pudo aumentar más su emulacion. Recorrió despues San Julian la Italia y la Francia, y durante su permanencia en Roma, obtuvo la secularizacion del priorato de S. Pedro de Macon, del que fué nombrado primer canónigo en 1557. Los diferentes cargos que obtuvo no disminuyeron su celo por el estudio de la historia. Visitó muchas veces las bibliotecas y archivos de las casas religiosas de Borgoña, así como tambien los gabinetes de los curiosos, y en cuanto hallaba algunos vestigios antiguos, se apresuraba á examinarlos y describirlos; pero su inclinacion á la paradoja y su terquedad, le extraviaban en sus conjeturas. El desprecio con que trataba á los que no participaban de su opinion le hizo muchos enemigos, que ni perdonaron en sus ataques á sus obras ni á sus costumbres. Su conducta fué poco regular, segun su biógrafo Beauchot, y sin embargo se declaró uno de los mayores adversarios del protestantismo, y abrazó con calor el partido de la liga. Niceron y los autores que le han seguido, al designar á San Julian como dean del capítulo de Chalons, dicen que hizo dimision en 1583 de este deanato; pero estan equivocados, puesto que se da este título en sus varieda-des paradojales, impresas seis años despues. Murió San Julian de una edad avanzada el dia 20 de Marzo de 1593. Se conocen de este escritor las siguien-

tes obras publicadas en francés: *Dos opúsculos de Plutarco, el uno de no encolerizarse y el otro de curiosidad, en union de otro opúsculo, en el que se disputa si las enfermedades del alma atormentan más que las del cuerpo*; Lyon y París, 1546, en 8.°— *Del orígen de los Borgoñones y antigüedad de los estados de Borgoña, dos libros; de las antigüedades de Autun, de Chalons, de Macon y de Tournus;* París, 1581, en fólio. Además de los aplausos de las ciudades que acaban de mencionarse, deben encontrarse como partes de la misma obra los de Dijon y de Beaune. En un principio escribió el autor esta obra en latin; pero la tradujo al francés para que estuviese al alcance de mayor número de lectores. Pretende en ella San Julian que los borgoñones son de orígen galo, y que traen su nombre de la pretendida villa de Ogne, que ha reemplazado Dijon. Aplaudíase asímismo este descubrimiento, y manifestó gran desprecio á los que quisieron contradecirle; pero su sistema y su obra han caido en el olvido. *Gemelas ó semejantes, recogidas de diversos autores griegos, latinos y franceses;* Lion, 1584, en 8.°, libro raro y que se busca mucho. Esta obra viene á ser una coleccion de cien historias singulares, que tituló *Gemelas*, no habiéndose atrevido á servirse, despues de haberlo hecho Plutarco, del de *Paralelas* que dió este á las suyas.—*Discurso y parádoja del orígen de Capeto, sacado de las diferencias habidas entre Luis II, rey de Francia, y Margarita de Borgoña*; París, 1585, en 8.° El fin de esta obra es probar que Hugo Capeto desciende en línea directa de Carlo-Magno. Habiéndose permitido un anónimo, que se cree escrito por Nicolás Vignier, contradecir á San Julian, le respondió éste con mucha vivacidad en un escrito titulado: *Apología y más que justa defensa de honor y de reputacion de Pedro de San Julian, asaltado por un anónimo indiscreto y más letrado que sabio*; idem, 1588, en 8.° Esta pieza y la precedente forman parte del volúmen siguiente: *Variedades históricas ó coleccion de diversas materias, la mayor parte parado-jales, y sin embargo verdaderas*; Lion, 1589, en 8.° La indicacion de sus capítulos puede verse en el núm. 15.588 de la Biblioteca histórica de Francia; al través de muchos errores hay en esta obra cosas muy curiosas. Se atribuye á San Julian la obra titulada: *Discurso por el que aparece que el reino de Francia es electivo y no hereditario*; 1591, en 8.° Niceron, en el tomo XXVII, cita algunas obras inéditas de San Julian, de las que se hace cargo tambien Papillon en la Biblioteca de Borgoña, cuyas obras dice el biógrafo Mr. Weis que se conservan en Francia en la Biblioteca del Rey, que será hoy del Emperador.—C.

SAN JURE (Juan Bautista de). Nació este ascético escritor en Metz el año 1588. A los diez y seis años fué admitido en la Compañía de Jesus, y se consagró particularmente á la direccion de las almas. Colocado por sus superiores al frente de las casas profesas de Amiens, de Alenzon, de Orleans

y de París, sucesivamente formó, por medio de sus lecciones y con su ejemplo, un gran número de dignos religiosos. Fué Juan uno de los jesuitas que pasaron á Inglaterra en el reinado de Cárlos I, y despues de haber pasado su vida en los expresados útiles trabajos, murió en París el dia 30 de Abril de 1657. Se han conservado de este religioso muchas obras estimables, pero que, segun Mr. Weis, no se leen ya por haber caducado su estilo. Las más conocidas son las siguientes, escritas en francés: *Del conocimiento y amor á Jesucristo*; 1634.—*El Hombre espiritual*; 1646.— *El Hombre religioso*; 1657. *Método para morir bien*; 1640.—*Ejercicios de piedad*, etc. Fué autor de la vida de M. de Renty, impresa en 1651, en 4.°, de la que se han hecho muchas ediciones en 12.° en París y Roma, cuya obra se ha traducido en italiano y en inglés. El pastor protestante Pedro Pairet dió una edicion de esta vida con el título: *Le chrétien réel;* Colonia, 1701, en 12.° En un artículo titulado *Sangiure*, observa Weis, el nuevo *Diccionario histórico crítico y bibliográfico* ridiculiza injustamente á este buen jesuita, y nosotros creemos que lo haria así el autor de este citado artículo, á causa de la sencilla piedad del P. San Jure, que al escribir se acordaria ciertamente más de Dios que del mundo, que es lo contrario que hacen muchos escritores, áun en la parte piadosa, pues que buscan agradar á veces más por un esmerado estilo y rebuscado lenguaje y formas literarias que por el buen fondo de su doctrina, más descuidado acaso que lo que conviene en obras de esta clase. Bueno es que el escritor piadoso escriba con elegancia y con sujecion á las formas literarias; pero lo principal es que dé buena doctrina y la exponga con claridad y sencillez, para que todos la entiendan y estudien, pues como Dios no se para en las vanidades mundanas más que para castigarlas cuando hay intencion en ostentarlas, vale más estar bien con el que nos ha de juzgar y puede premiarnos y castigarnos, que con el mundo, del que nada debe importarnos el desprecio, si hemos obrado con arreglo á las máximas del Evangelio y á la intimacion de una conciencia sana y tranquila. — B. C.

SAN JUSTO (Fr. Justo de), religioso capuchino, predicador de la provincia de la Marca. Este ejemplar varon dió á la nobleza de su sangre nuevos y más gloriosos timbres, singularmente con la encendida devocion que tuvo siempre á la beatísima Vírgen María, preparándose en todas sus festividades con el ayuno de nueve dias, en honor de los nueve meses en que el Eterno Verbo, ya hombre, habitó en las virginales entrañas de la que eligió para madre suya. De este cordial afecto de Fr. Justo fué ocasion que siendo ministro provincial de la Marca, dejase dispuesto que todos los sábados ayunase la comunidad en culto de la Vírgen Santísima de Loreto, costumbre que siempre perseveró en aquella santa provincia y se extendió á todas las demás de la Orden. Obtuvo y ejerció Fr. Justo los principales puestos de su provin

cia con singular aplauso de todos. Fué ministro provincial dos trienios. Pasó dos veces á la Estiria con el cargo de comisario general, en el que empleó cinco años, y habiendo dado hácia Roma la vuelta, fué destinado al mismo empleo por segunda vez á instancia del emperador Fernando II. Túvole tambien con igual acierto en la provincia de Abruzo, dejando en toda la Hungría resultados y memoria de sus virtudes. Luego que desde aquel reino llegó á Pádua, empezó á padecer de un voluminoso tumor apostemado, que le puso en términos de morir, por la copiosa supuracion que destruyó y mortificó gran parte de los tejidos en que estaba situado el padecimiento. Fué preciso al cirujano encargado de su asistencia practicar algunas operaciones muy cruentas y dolorosas, no teniendo ánimo para presenciarlas los religiosos que le asistian. Mas el siervo de Dios le tenia admirable, sufriendo aquellos tormentos con rostro sereno y apacible, alentando con dulces palabras á los mismos que le asistian, y exhortando al operador de aquella horrorosa carnicería á que nada omitiese de lo que el arte prescribia en aquel caso para remediar el daño presente. Pudo librarse de tan aflictiva dolencia, consiguiendo recobrar perfecta salud, y entrando entónces con más espera en el cuidado de prepararse para morir: en los años que precedieron á su dichoso fallecimiento empleaba todo el dia y la mayor parte de la noche en quieta y continua oracion. Hallándose de guardian en el convento de Firmo, le puso una mortal enfermedad en el último trance de la vida, y echada la bendicion á sus súbditos con interior y exterior consuelo, partió de este mundo á la eternidad, poniendo su espíritu en las manos del Redentor. Fueron muy célebres sus exequias, concurriendo á ellas á honrar sus méritos y virtudes el obispo, clero y nobleza de la ciudad; y las reliquias de su hábito, que pidieron y consiguieron algunas personas devotas, alcanzaron despues á no pocos enfermos el beneficio de la salud. Murió este santo varon hácia el año de 1633.—A. L.

SANKEY, del colegio de la Santísima Trinidad de Dublin, jefe de una secta en Edimburgo (Escocia), se convirtió y fué recibido en el seno de la Iglesia en 1842 con su mujer, cuatro hijos y muchos de sus adeptos.—S. B.

SAN LUNDENSE (Fr. Dámaso), religioso de la Tercera Orden de S. Francisco, francés de nacimiento, aunque se ignora el lugar en que vió la luz primera. Tomó el hábito en la provincia de S. Ibon, donde manifestó desde luego la verdad de su vocacion, pues asíduo á todos los ejercicios de su comunidad y procurando llenar dignamente los deberes que sus votos le imponian, procuró no solo no faltar á ninguno de ellos, sino ántes por el contrario cumplirlos en todo lo que no se opusiera á su regla. Veíasele por lo tanto asíduo al coro, empleado no solo en oracion mental, sino tambien en la vocal, procurando obtener las gracias al Altísimo para sí y para sus her-

manos, con los que se hallaba unido con los estrechos vínculos del espíritu. No contento con esto, consagraba noches enteras á las penitencias y maceraciones impuestas por su regla, excediéndose con frecuencia hasta el punto de que sus prelados, temerosos de su salud, tenian que mandarle que mitigase sus rigores. Sus continuos ayunos, pues para él todo el año era cuaresma, aumentaban aún la austeridad de su vida, una de las más penitentes que se conocieron en su siglo. Su humildad y obediencia le hacia amar de todos, pues á todos procuraba servir en cuanto se les ofrecia. Unia á esto un no vulgar ingenio, de manera que dedicado á los estudios hizo en ellos los más rápidos progresos, y en un breve periodo pudo recibir las órdenes sagradas. En su nuevo ministerio se esforzó por corresponder al llamamiento que para él le habia elegido, y se le vió adelantar con pasos rápidos por el camino de la perfeccion, siendo un verdadero modelo en la vida ejemplar. Esta circunstancia, sus buenos estudios y mejores deseos hicieron se le destinase al ministerio de la predicacion, en que obtuvo los mejores resultados, pues elocuente y celoso del bien de las almas, su larga carrera en el púlpito fué saludada con más triunfos que aplausos, con más fruto que elogios. Así habia comprendido los deberes de su estado, cuya vida entera fué un verdadero sacrificio en aras de la religion, y cuyos hechos merecerian ser referidos con mucha más atencion de la que aquí les destinamos. Tambien escribió algunos libros piadosos y espirituales, felices muestras de su ingenio, que se conservan todavía. En el que más se distinguió fué en el que dividido en tres partes, y con el título de *Tratado de los ejercicios de los Novicios*, escribió para la educacion y enseñanza de los individuos recien entrados en la religion, y en cuyos adelantos tanto interés tenian las órdenes religiosas por ser los llamados á darlas un dia gloria y esplendor. Ignóranse las demás circunstencias de su vida, así como los títulos de las otras obras que escribió y no han llegado hasta nosotros.—S. B.

SANLECQUE (Luis de). Nació en París el año 1650. Fué hijo del excelente filósofo Santiago, y nieto del célebre grabador de este mismo nombre. Siendo aún jóven entró en el convento de Canónigos regulares de Sta. Genoveva, entre los que profesó algunos años las humanidades en su colegio de Nanterre, cerca de París. Apénas tomó el hábito, cuando el P. Pilgrain, buen poeta latino, profesor de retórica en el expresado colegio, le obligó á componer una pieza recreativa en verso para celebrar el carnaval. Pero Sanlecque, que no tenia más que un mes para componerla y ensayársela á sus discípulos, no acostumbrados á la declamacion, les hizo representar el *Ciudadano* de Molière, poniendo al principio de esta comedia unos quinientos versos, introduciendo sugetos de diversas provincias del reino, presentándose á la puerta del teatro, guardada por suizos, que hacian pagar la entrada

por medio del refran: *Ni dinero ni suizos.* Se han conservado fragmentos de esta especie de loa, que gustó mucho. Tambien compuso otras varias piezas en el tiempo que estuvo en el colegio, las cuales jamás se han impreso. Entró en la querella del duque de Nevers contra Mr. Boileau Despreaux, que habia vengado la Fedra de Racine de los desprecios que la hacia este duque para acreditar ensalzándola la de Pradon. El duque de Nevers habia hecho un soneto alabando la pieza de este último á expensas de la del primero. Mr. Boileau escribió otro en la misma rima del del duque, y en contra de éste y de su protegido, y no falta quien diga que el duque de Nevers tomó otra clase de venganza ménos noble. Sea de esto lo que quiera, lo que se sabe es que el P. de Sanlecque para agradar al duque, aprovechando las mismas rimas del soneto de Mr. Despreaux, empezó otro de este modo:

Dans un coin de Paris, Boileau tremblant et blême,
Fut hier bien frotté, quoqu'il n'en dise rien.
Voilà ce qui produit son stile peu chrétien;
Disant du mal d'autrui, il s' en fait à lui même.

El resto del soneto es una alabanza del duque de Nevers. Se hizo este duque tan amigo del P. Sanlecque, que algunos años despues quiso procurarle el obispado de Bethleem, y fué nombrado para el año 1701; pero sus dos sátiras contra los falsos directores y contra los obispos le atrajeron enemigos, que presentándole criminal ante Luis XIV, este rey se opuso á que se le expidiesen las bulas. Perdiendo toda esperanza de ser obispo en posesion, se encerró en su priorato de Garnay, cerca de Dreux, al que celebró tanto en sus poesías, y en él murió el dia 14 de Julio de 1714, á la edad de sesenta y cuatro años, muy sentido de sus parroquianos que disfrutaban más que él de las rentas de su curato. Dícese que á medida que las goteras caian en el aposento en que habitaba, cuya techumbre necesitaba reparacion, se contentaba con cambiar su cama de lugar, con cuyo motivo habia compuesto una pieza que habia titulado: *Los paseos de mi cama*; pero esta anécdota es absolutamente falsa segun Moroni, y esta pieza poética no le pertenece. Lo que ha podido recogerse de sus poesías se imprimió dos veces en Francia con el título de *Harlem*. La primara vez apareció en 8.° en 1696, con el nombre de *Poesías heróicas, morales y satíricas*, por M. de... con algunos epígramas, sonetos, madrigales y otras composiciones del mismo autor. La segunda se imprimió en Lion, en 1726, en 12.°, con el título *Poesías del P. Sanlecque*, y esta edicion es muy correcta y está escrita en bellos caractéres. Consiste esta coleccion en dos epístolas al rey, cinco sátiras, una epístola al P. de la

Chaise, otra á un prelado, otra al duque de Nevers, un poema sobre la mala gesticulacion de los predicadores, el cual no está completo, muchos epígramas, madrigales y otras composiciones cortas, y un poema latino sobre la muerte del P. Lallemand, canónigo regular de Sta. Genoveva. En la edicion de 1696 solo hay cuatro sátiras, no encontrándose en ella la que critica los abusos de la direccion, que se publicó en la edicion de 1726: esta composicion se habia ya publicado muchas veces con el nombre de M. Boileau, al que se la habian atribuido falsamente. El poema sobre el gesto de los predicadores se encuentra en la coleccion de versos escogidos del P. Bonhours, página 107, con otra composicion del mismo. Las poesías del P. Sanlecque se han reimpreso en Génova el año 1732.—A. C.

SAN LO (Fr. Gerardo de), religioso capuchino, sacerdote y teólogo distinguido. Fué una de las víctimas sacrificadas á la caridad en la asoladora epidemia que afligió á la ciudad de Roan en el año 1623. Brindándose desde luego con ardoroso celo para la asistencia y consuelo de los contagiados. Además de gran teólogo, no era ajeno á las demás ciencias, para cuya comprension era de agudísimo ingenio. Con todo, anteponiendo el ejercicio de la caridad al de los estudios, y habiéndose dispuesto durante toda su vida religiosa con grandes rigores y austeridades, obtuvo licencia de los prelados para sacrificarse, como así sucedió, al servicio y consuelo á los desgraciados invadidos del contagio. Luego que se vió en la palestra, nada omitió de lo que podia conducir á la salud, así espiritual como corporal de los prójimos; pero en medio de esta solicitud, perdiendo la propia salud del cuerpo, vino á asegurar la del alma. Acometiéndole la maligna calentura que le acabó, la abrazó como prenda de la eterna gloria que veia ya tan cercana. Vino á visitarle en la enfermedad uno de los religiosos de su Orden para animarle y consolarle en aquel trance con un rato de conversacion espiritual. Pero estaba tan léjos de necesitar ni de aliento ni de consuelo, que le comunicó singularísimos al que se le habia pretendido dar; afirmó, pues, aquel varon insigne, que estaba tan alegre y regocijado de verse morir en obsequio de sus prójimos, que si con sola la oracion de una Ave María estuviera cierto habia de alcanzar la salud no la rezára por este fin, porque miraba aquella muerte como puerta ya abierta para entrar á la eterna vida. Manifiesta su conformidad y deseos, y habiendo despues de la confesion de sus culpas recibido el santo Viático y extremauncion, entró por la muerte del cuerpo á la más dichosa vida del alma.—A. L.

SAN LORENZO (Fr. Antonio de), religioso agustino, natural de Sevilla. Tomó el hábito en su patria en el convento de Descalzos de nuestra Señora del Pópulo, y despues de haber profesado le dedicaron á los estudios, en que hizo grandes progresos, distinguiéndose mucho más todavía por sus virtu-

des. Su amor al retiro era tan grande, que con dificultad lograba hablarle ningun seglar, á ménos que no fuera para hacerle alguna consulta de importancia. Obtuvo diferentes cargos en su Orden, premio de su virtud y letras, siendo los más notables los de procurador general en la Curia romana, definidor general, prior del convento del Pópulo y provincial de su provincia, empleos en que manifestó con sus dotes para el gobierno su saber y virtudes. Murió en 20 de Febrero de 1674 dejando la mejor opinion.—S. B.

SAN LORENZO (Fr. Gerardo de), del órden de Predicadores. Fué aleman, sin que conste de qué punto. Tomó el hábito de Sto. Domingo en el convento de la ciudad de Colonia, donde se distinguió por su piedad, su doctrina y su virtud. Floreció por el año 1355, y dejó escritos unos sermones de témporas y de santos, que no constan hayan llegado á ver la luz pública.— M. B.

SAN LORENZO (P. Fr. Juan de), religioso gerónimo del monasterio de Zamora. Tomó el hábito en dicho convento en el año de 1584. Procedió tan ejemplar y religiosamente, que en lo observante, en lo corista, en el recogimiento á su celda, en la leccion santa y oracion contínua, fué de grande edificacion, que puesta la mira en el fin á que habia venido á la religion, nunca dejó de poner los medios para conseguirle y alcanzarle. Estudió artes y teología; por desgracia le ayudaba poco la memoria, pero con todo eso en su casa con su doctrina y ejemplo aprovechó mucho, supliendo la buena voluntad con que trabajaba en utilidad de sus hermanos á la falta de la memoria. Por lo celoso era el Elías de aquella comunidad; le hicieron vicario; con la obligacion del oficio, entrando en mayor cuidado en el celo; mas no le salió barato el empeño, porque terminada la vicaría, fueron tantas las persecuciones que sufrió de los que no le querian tan celador, que no bastando su paciencia y perseverancia para que cesasen de perseguirle, trató de pedir para otra casa, hasta que pasase la tempestad. Pidió patente para la de S. Lorenzo el Real, y desde allí salió á ser prior de Carmona, por eleccion del general de la Orden, que llegó á saber más bien y estimar lo santo de su celo, que los que habian sido causa de salir de su casa de Zamora; queriéndolo Dios así, para que se viese cuánto le agradaba su paciencia y valor en los empeños de la observancia de las leyes santas. Viniendo de allí al capítulo general, le apretó en Córdoba el mal de supresion de orina, que ántes padecia, y le fué forzoso quedarse en aquel convento, donde padeció muchos dolores con notable ánimo y tolerancia. Los religiosos estimaron mucho su cordura y virtud; pidiéronle por confirmador en dos elecciones, que fué bastante, siendo allí huesped, y lo que es más todavía, con todos sus quebrantos, sus hermanos le quisieron hacer prior de su casa de Zamora, y llevársele, pues ya se habia apaciguado la tormenta y el viento de la

persecucion, habiendo llegado á reconocer la santidad de su celo; pero el siervo de Dios rogó al general no le nombrase, ni le obligase á ello, consiguiendo permanecer en Córdoba con grande aceptacion, estimando su virtud y prudencia. Allí, puede decirse, padeció el purgatorio, en fuerza de los dolores acerbísimos de su padecimiento, que le martirizaron extraordinariamente; mediase la intension del sufrimiento con la de la pena, con grande edificacion de los monjes; y quiso Dios sacarle de ella con feliz muerte, llevándole al eterno descanso en el mes de Setiembre de 1649. Dejó en aquel religiosísimo convento gran opinion de santidad, y parece quiso Dios calificarla cuando vivia en su casa de Zamora con el siguiente suceso. Habiendo sido tan apretado y escaso de pan el año de 1630, se vió el convento muy necesitado, y precisado á tomar á censo, para comprar trigo para su manutencion y el de los pobres; pero ántes que el prior se determinase á tomar esta providencia, discurrió sería oportuno encomendar á este varon celosísimo y santo cuidase de las paneras ó trojes, confiando en que Dios le favoreceria, para que se excusase este empeño. Obedeció el siervo de Dios con humildad, ejercitó el oficio con caridad y satisfaccion de todos, y sucedió lo que el prior habia discurrido; que Dios proveyó las trojes de manera, que se excusó el tomar el censo, con grande admiracion de todos. Igual veneracion á la de este notable religioso dan en aquella casa á la memoria de los PP. Fr. Pedro de S. Gerónimo y Fr. Francisco de Santillana, el primero hombre de gran paciencia y valor santo, y el segundo de mucha oracion, devocion y humildad, que conservaron hasta conseguir la gloria eterna.—A. L.

SAN LORENZO (P. Fr. Juan de), religioso del monasterio de la Sisla de Toledo. Este siervo de Dios resplandeció en aquel convento por sus muchas prendas y virtudes. Cúpole en suerte una alma bondadosa y una apacible condicion. Jamás se le oyó palabra desabrida, hablando á todos con amor y suavidad, y así se le aficionaban cuantos le trataban. Sobre esta condicion le dotó el Señor con muchos ornamentos de su gracia, que eran como otro tanto oro para su estimacion y veneracion. En las divinas alabanzas estaba con una modestia angélica, y siendo muy sufrido sentia sobremanera que en el coro, en la iglesia y sacristía hubiese alguna descomposicion ó falta, y con una grande humildad procuraba remediarlo todo. Tenia una bellísima voz de barítono, destreza en el canto llano y en el órgano, y le hicieron maestro de capilla y corrector, que lo fué desde muy jóven hasta que murió, portándose con muy singular espíritu, prudencia y cordura. Estaba tan bien hallado en estos ejercicios del culto de Dios, que decia muchas veces, deseaba que el Señor se le llevase desde el coro; y otras veces decia: que en él sanaba de todos sus males. Fué juntamente muchos años portero del con-

vento, que aquel oficio en Fr. Juan fué lo mismo que ser padre de los pobres, lleno de caridad y solicitud para su remedio. Siempre deseaba darles y socorrerlos, extendiendo las manos y procurando su alivio tan contínuamente como las extendia en el coro midiendo el compás en las divinas alabanzas, pareciéndole, que si cantadas con espíritu y con alma son muy del gusto de Dios, no lo son ménos las limosnas, que dadas por su amor suenan á cielo. Causaba grande admiracion que jamás le faltaba que dar, siendo la casa muy pobre, mas sin duda Dios se lo deparaba, como lo daba en su nombre. En cuanto oia los clamores de los pobres, le movian tanto á compasion, como los del coro á consuelo espiritual; y era notable el afecto con que daba vuelta á los oficios del convento, pidiendo y sacando lo que podia para que no se fuesen desconsolados. Los ratos vacantes del coro y portería, y demás obligaciones de la comunidad, que cumplió con grande observancia, gastaba en obras de humildad, que en siendo útiles al convento y á sus hermanos, no reparaban en lo que fuesen. Cosia lo que era menester, remendaba, aderezaba los libros del coro, y habiendo necesidad de enlãdrillar los claustros, se hacia enladrillador; traia y amasaba la cal, asentaba los ladrillos y quedaba el pavimento perfecto, muy llano y sin tropiezos, que áun en esto sentia que los hubiese. Fué muy sobresaliente y superior en virtudes, en las que perseveró hasta que llegó el tiempo de pasar á gozar el premio y jornal de sus trabajos. Fué muy grave su última enfermedad, compitió con ella su paciencia; recibió los santos Sacramentos con suma devocion y ternura, y como se habia ensayado por muchos años en el coro de la religion, dando incomparable ejemplo, quedaron sus hermanos en el concepto de que se le llevó Dios para que le alabase eternamente en los de los ángeles, siendo felicísima su muerte, ocurrida el dia 21 de Febrero del año 1624. —A. L.

SAN LUCAS Roman (Tomás de), hijo de Tabuenca. Profesó la regla de S. Agustin en su reforma de Descalzos de Aragon, de donde pasó á Filipinas á ejercer el ministerio apostólico. Trabajó en sus misiones con admirable fervor, y adelantó aquellas reducciones, proporcionándoles tambien medios ulteriores para hacer fructuosas sus funciones. Murió en Manila en 1727, habiendo escrito: *Dos tomos de sermones y pláticas doctrinales en lengua visaya*; en Manila, 1726: obra utilísima para la instruccion de aquellos asiáticos. Acuerdan sus ejemplos y servicios los Comentarios para la historia de dicha reforma agustiniana, año de 1727. —L. y O.

SAN LUCIDO (Fr. Nicolás de), mínimo y uno de los compañeros de San Francisco de Paula, fundador de esta religion; fué muy distinguido por sus virtudes, asegurando algunos autores pasó sobre las aguas del faro de Mesina con su santo patriarca y otros compañeros. —S. B.

SAN LUIS (Fr. Gomez de), religioso franciscano, misionero y mártir en el Japon. Nació en 1567, perteneciendo á una antigua é ilustre familia, llamándose en el siglo D. Gomez Palomino, por lo que en el Japon le llamaron Fr. Luis Gomez, haciendo nombre de su apellido. Consagrado á los estudios, que siguió en su patria, hizo en ellos los mayores adelantos, siendo desde luego mirado como un modelo por su virtud y aplicacion; amábanle sus superiores y no le apreciaban ménos sus compañeros por su extraordinaria bondad y su deseo de agradar á todos. Parecia desde sus primeros años hallarse dispuesto á derramar su sangre por Jesucristo, pues le defendia en todas ocasiones y miraba con tal afecto y fervor los misterios de nuestra santa fe, que no habia palabras con que no se consagrase á su defensa y procurase probar su verdad y excelencia. Terminados los estudios de humanidades, emprendió los de jurisprudencia marchando á Osuna, en cuya universidad los siguió con los mejores resultados. Parecia hallarse dispuesto á seguir esta carrera, ó cuando más á ordenarse de sacerdote, cuando de repente y contra las generales esperanzas, manifestó deseos de huir del mundo y retirarse al claustro, lo que hizo en efecto, tomando el hábito de la órden Seráfica en el convento de Santa Clara de Marchena. El jóven novicio manifestó desde aquel momento todas las virtudes que puedan apetecerse en quien se consagra á la religion, no sabiendo qué admirar más en él, si su humildad, obediencia, asidua oracion ó continuas penitencias, no teniendo sus superiores nada que corregir en él, ántes sí mucho que contener por su fervoroso y excesivo zelo. Terminado su noviciado estudió teología con el aprovechamiento que no podia ménos de esperarse de sus buenos antecedentes, y se ordenó de sacerdote. Entónces fué cuando decidido á tomar parte en las empresas gloriosas á que se da el nombre de misiones, y que desde el tiempo de Jesucristo forman la página más gloriosa de la historia de la Iglesia, pidió y obtuvo pasar á Filipinas para dedicarse á la conversion de los naturales de aquel país. Trabajó por un largo período en su apostólica tarea con los mejores resultados, y despues de haber permanecido por mucho tiempo en aquellas islas donde habia pasado en 1601, marchó al Japon á correr nuevos riesgos en defensa de las verdades de la fe. No se habia engañado en su esperanza, pues este país donde tanta sangre se ha vertido por extender la religion de Jesucristo, debia ser tambien el sepulcro de Gomez de San Luis, que en efecto fué preso y martirizado en la persecucion de 1637, despues de haber sufrido con heróica constancia todo género de tormentos. Ignórase la verdadera fecha de su martirio; pero Bilches, en sus *Santos de Jaen y Baeza*, supone que fué en 13 de Noviembre.—S. B.

SAN LUIS (P. Pedro de), poeta ridículo, nació en 1626 en Varcas (Vaucluse), y murió en 1684. Se retiró del mundo despues de haber visto morir

de las viruelas á una jóven llamada Magdalena, á quien amaba y con la que iba á casarse, y tomó el hábito en un convento de Carmelitas, cerca de Marsella. Allí compuso en honor de la santa del nombre de la mujer que habia amado, un poema en doce libros: *La Magdalena en el desierto de Sainte-Baume* (en Provenza), que se publicó en Lion en 1666. Más tarde emprendió otro poema del mismo género, *La Eliada*, cuyo héroe era el profeta Elías, fundador presunto de la órden de los Carmelitas; esta segunda obra no se imprimió. Ambos poemas son obras maestras de ridiculez y extravagancia; se encuentran en ellos las metáforas más burlescas y el estilo más hinchado. El P. Pedro de San Luis era tambien el mayor compositor de anágramas de su tiempo. — M.

SAN MARCOS DE COIMBRA (Fr. Valentin de), religioso de la órden de San Gerónimo en su monasterio de este nombre en el reino de Portugal. Hácia el año de 1530 floreció este santo varon dotado de todo linaje de virtud. Tenia una condicion y afabilidad de un ángel, el rostro siempre sereno y alegre, efecto de la pureza de su alma, pareciendo que poseia la piedra iman para atraer á sus semejantes, haciéndose amar y querer, correspondiendo Fr. Valentin á aquella fineza con su general y entrañable cariño. Su conversacion y su plática era toda del cielo. Fué diez y seis años continuos, sin ningun intervalo, prior en su casa, sin dejarle un dia hasta que le eligieron provincial. Como realmente y de corazon era tan humilde, pues áun el oficio de prior llevaba contra toda su natural inclinacion, sosteniéndose en él únicamente por servir á sus hermanos, cuando le eligieron para un oficio más alto, no pudo vencerse poco ni mucho para admitirlo, ni pudieron recabar con él que lo aceptase. Estaba tan persuadido no tener la capacidad necesaria para desempeñarlo, cuanto toda la provincia satisfecha de que ninguno lo podia hacer mejor. Todos porfiaron en salir con su opinion, y á tal extremo llegaron, que los del capítulo, por no perder las esperanzas del fruto que de su gobierno se esperaba, y Fr. Valentin por no ponerse en tan manifiesto peligro de aceptar lo que no merecia, dispusieron los primeros que al santo le echasen unos grillos, y le aprisionaron reciamente y anduvo por el convento tres meses sonando con los hierros de su humildad que á muchos oidos limpios hacia como si fuese música de gloria. Como la virtud de la humildad es tan poderosa y se vió en su rostro el vivo sentimiento de su alma, al fin los venció á todos y le dejaron en paz, y en la misma acabó de allí á poco tiempo su santa vida, dejando grandes ejemplos á los superiores que le sucedieron. — A. L.

SAN MARTI (P. Fr. Gaspar), escultor y arquitecto español. Nació en la villa de Lucena, del reino de Valencia, y entró religioso en el convento de Carmelitas calzados de esta ciudad. Una de las principales obras que ejecutó

fué el magnífico retablo de la capilla de la Comunion de la iglesia de su convento, compuesto de seis columnas con buenos bajos relieves en los pedestales, cuyos asuntos pertenecen á la historia sagrada. Tambien se dice que es de su mano un sepulcro de mármol que habia en el coro, y una de las imágenes de nuestra Señora que se veneraban en aquella iglesia. — M.

SAN MARTIN (D. Alonso Antonio de). Fué hijo bastardo del señor rey D. Felipe IV, y aunque no hemos encontrado con certeza su nacimiento en Madrid, parece no queda duda en ello, habiendo sido su madre una dama de la reina, llamada Doña Tomasa Aldana. Apellidóse de San Martin por haberle criado de órden de S. M. y prohijado D. Juan de San Martin, criado de la casa Real. En el archivo de la santa iglesia de Cuenca solo consta que fué de la sangre real, colegial conmensal de S. Ildefonso de Alcalá (beca que se dió sin pruebas por la notoriedad de la sangre), arcediano de Huete, dignidad de aquella santa iglesia, abad de Alcalá la Real y obispo de Oviedo. En 1682 pasó á serlo de Cuenca, y gobernó veintitres años con suma paz. Era muy devoto de S. Julian, y le hizo fabricar la mesa de plata en que está colocado, para lo que vendió y deshizo toda su vajilla, sirviéndose despues con una de barro por el resto de su vida. A nuestra Señora del Sagrario hizo el trono y adorno de plata en que se venera; y fabricó á su costa el órgano mayor de la catedral, dádivas propias de su real corazon. Murió en la ciudad de Cuenca el dia 20 de Julio del año 1705, y yace enterrado bajo el arco en que está S. Julian. Su muerte se puso en la *Gaceta de Madrid*, pero sin expresion de dia ni edad. — A. y B.

SAN MARTIN (Fr. Angel de), religioso capuchino de la provincia de Reggio. Siendo muchacho y jugando con otros en la heredad de un vecino del pueblo, huyendo de las amenazas de un hombre, vino á dar en un despeñadero muy profundo y peligroso, donde se le apareció la Vírgen Santísima y le libró de un fin desastroso y funesto, quedando tan agradecido á aquel milagroso favor, que en cuanto cumplió diez y seis años, á tiempo que se habia realizado ya en la Calabria la reformacion de los Capuchinos, pidió el hábito á Fr. Luis de Reggio, apóstol de aquella reformacion, quien se lo concedió de buena voluntad, y fué el primero de los seglares que allí se recibieron. Toleró tan intrépidamente y con tan increible constancia las tempestades de las persecuciones que afligieron á los Padres antiguos, y se adelantó tanto en todo género de virtudes, que era un prodigio de perfecciones y un ejemplar propuesto á los demás para que le imitasen. Estudió teología y llegó á ser gran predicador, en cuyo oficio se ejercitó tan ilustremente, juntando á la predicacion evangélica un espíritu de vida apostólica, que fueron sin número las almas que ganó á Cristo, porque eran sus palabras tan eficaces, ayudadas de la virtud de sus obras, que persuadia fácilmente áun

á los más obstinados. Las iglesias más espaciosas venian estrechas á la gente que le seguia; y así generalmente predicaba en las plazas ó en el campo, como le sucedió en Castrovetere, ciudad de la magna Grecia, donde estando una vez en el campo oyéndole infinitas personas, y siendo tiempo de un calor sofocante que se abrasaban, el siervo de Dios mirando á una nubecilla que se descubria algo lejana, hizo á Dios esta breve oracion: «Dios, Rey de la gloria, tú eres el que antiguamente favoreciste á los hijos de Israel cuando caminaban por el desierto, enviándoles una nube todos los dias que los defendiese del sol y de sus ardores. No te falta ahora el mismo poder ni la misma clemencia. Ya ves este pueblo que ha concurrido aquí á oir tu palabra, fatigado de los rayos del sol. Suplícote que mandes á aquella nube que se mira á la parte del Occidente, que aunque está léjos, venga á nosotros con brevedad á templar el ardoroso calor que se experimenta, y á servir á tu pueblo de sombra miéntras se acaba de predicar tu divina palabra.» Apénas habia pronunciado el último acento, cuando acercándose rápidamente la nubecilla, y extendiéndose como un pabellon en el aire, estuvo defendiendo á todo aquel concurso de la accion de las llamas del sol, hasta que Fr. Angel bajó del púlpito, con universal asombro de cuantos lo vieron, conociendo y alabando la misericordia del Señor celestial. Así el varon santo teniendo á Dios por testigo de su predicacion, obraba maravillosos efectos en sus oyentes. En una ocasion semejante se formó una horrorosa tempestad que amedrantó al numeroso pueblo que habia acudido á oirle. El siervo de Dios procuró sosegarlos, diciéndoles no se inquietasen ni moviesen. Volvióse á las nubes, y formando la señal de la cruz, las dividió, como la iba formando, en las cuatro partes de que consta, y retirándose todas á un tiempo dejaron el cielo puro y sereno y desvanecida la tempestad. Ultimamente, el varon de Dios habiendo ilustrado la provincia de Calabria, la religion y la Iglesia católica con su vida ejemplar y con su predicacion evangélica, anunciada la hora de su muerte, cayó enfermo en Melito, y despues de muchos dolores padecidos con singular paciencia durante su enfermedad, y de haberse dispuesto para morir como religioso perfecto, levantó los ojos al cielo, y dando á Dios gracias por los beneficios recibidos, y en particular por la vida pasada en la religion, y encomendando á Cristo su alma con aquellas palabras suyas: *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu*, salió de las miserias de hombre, y pasó á las felicidades de santo.—A. L.

SAN MARTIN (D. Fr. Antonio de), religioso de la órden de S. Francisco y obispo de Quito. Fué natural de América y tuvo por padre al Dr. D. Antonio de San Miguel. Inclinado al estado religioso, tomó el hábito en la Seráfica órden, y fué uno de los primeros que predicaron el cristianismo en el Perú. El P. Fr. Diego de Córdoba, en la *Historia de S. Francisco Solano*, habla de

él diciendo que era un varon ilustre en santidad, notable en sus hechos y distinguido en sus méritos y en la predicacion. Fué provincial en el Perú, y ofreció la notable circunstancia de confesarse tres veces cada dia, una ántes de decir Misa, otra despues de haberla dicho, y otra al anochecer. Profesó extremada devocion á la santa Cruz, haciéndola cada vez que la veia muchos actos de reverencia y de amor. El rey D. Felipe II le presentó para el obispado de Chile en 10 de Marzo de 1564, y fué consagrado por el arzobispo de Lima D. Fr. Gerónimo de Loaisa. Dedicóse con grande afan al estudio de sus obligaciones para saber mejor cumplirlas. Asistió al concilio de Lima, celebrado bajo la presidencia de su arzobispo Santo Toribio de Mogrovejo, año de 1583. Fué tan observante de la evangélica pobreza, que segun dice la historia de su Orden, no tocó dinero en su vida. Pidió licencia para renunciar el obispado y retirarse á su celda; pero no fué oido, y en vez de admitirle la renuncia, el rey le presentó para la silla de Quito que se hallaba vacante. Obedeciendo las órdenes superiores, se puso en camino para su diócesis; pero ántes de llegar á ella y faltándole solo tres jornadas, fué atacado de una grave enfermedad, que deteniéndole en la villa de Riobamba, le quitó la vida el dia 7 del mes de Noviembre de 1592. Su cuerpo fué conducido á la catedral de Quito, donde se le sepultó con todos los honores que correspondian á su elevada dignidad de pastor, y á su consideracion de hombre justo y virtuoso, y exacto observador de los preceptos de su Orden.—M. B.

SAN MARTIN (Fr. Francisco de), sacerdote, religioso capuchino de la provincia de Reggio. Fué uno de los Padres antiguos que en el año 1532 se pasaron á la reformacion con Fr. Luis de Reggio de la familia de los Menores de la observancia. Religioso en quien resplandeció singular y severamente la guarda de la regla, siendo notoria su piedad y devocion con nuestra Señora, y el estudio universal de cuantas virtudes constituyen un varon evangélico. Fué ejemplar en la oracion, abstinencia y en todo género de austeridades y mortificaciones. Hizo muchos milagros, sanando innumerables enfermos de diferentes enfermedades que concurrian á la fama de su santidad, cuyos prodigios realizaba con solo hacerles la señal de la cruz. Y finalmente, habiendo anunciado la hora en que habia de morir, de que tuvo aviso por revelacion celestial, pasó por la muerte de los justos á gozar en los brazos de Dios el premio y corona de sus trabajos en el año de 1574.—A. L.

SAN MARTIN (Fr. Juan), religioso de la órden de S. Juan de Dios. Fué natural de la villa de Escalona, en el arzobispado de Toledo, donde vió la luz primera en 1559. Sus padres, honrados labradores, le dieron una educacion correspondiente á su clase, y habiéndole enviado á Granada, tomó el hábito de manos de Fr. Rodrigo de Sigüenza en 1580. Cuando la invencible

armada, Fr. Juan formó parte de los doce religiosos que para curar á los enfermos se enviaron en ella, presidiéndolos como superior. Deshecha por las tormentas, este Padre se quedó en el Ferrol con sus compañeros, consagrándose á los ejercicios de su instituto en esta ciudad, donde carecia su Orden de convento. Se trasladó despues á su casa nativa, donde ejerció el cargo de prior, que desempeñó luego tambien en la villa de Motril. Consagróse á curar la peste del año 1599; lo hizo con grande amor y caridad, y en el primer capítulo general que celebró la congregacion de España fué elegido asistente mayor, encargándose del gobierno, así del convento de Anton Martin como del de la religion en las muchas ausencias del V. P. Fr. Pedro Egipciaco, y en particular cuando por segunda vez pasó á Italia. En un capítulo intermedio que se celebró poco despues, fué elegido vicario general, y gobernó dos años con este título hasta que fué al fin nombrado general en 1626, y gobernó con gran aplauso de todos el sesenio que en su religion duraba este cargo. Dice la Crónica «que tuvo don de gobierno, porque no solo adelantó las casas lo espiritual con su ejemplo y virtud, sino en lo temporal con su celo y cuidado, de que es claro testimonio este convento y hospital del V. P. Anton Martin y los demás adonde fué prelado. Se erigieron en el discurso de todo su gobierno los conventos y hospitales siguientes: los tres de Mérida, Andújar y Orihuela, que son los que se fundaron en el tiempo del vicariato; perfeccionó el de nuestro Padre y patriarca S. Juan de Dios, de Montemayor el Nuevo, venturosa patria del mismo santo; el de nuestra Señora de los Llanos, de la villa de Almagro; el de nuestro Padre S. Juan de Dios, de Lisboa; y el de nuestra Señora de la Misericordia, de la ciudad de Guadalajara. Se sacaron y consiguieron tambien en su tiempo los breves que se siguen: el de la beatificacion de nuestro glorioso Padre y patriarca; otro para que nuestros religiosos no puedan ser compelidos á ir á las posesiones; otro breve de participacion de los privilegios y gracias que gozan las religiones mendicantes; otro para que los religiosos sacerdotes no puedan ser prelados ni tener oficio alguno, y que solo sirvan en la administracion de los santos Sacramentos. Consiguió tambien una declaracion de los eminentisimos cardenales, para que los ordinarios no lleven derechos en los hospitales, adonde tienen derecho y accion de visitar sacramentos y memorias. Se debió á su disposicion la fábrica de la gran capilla que hoy es del santo Cristo de la Salud en este hospital de Madrid, de que tanto bien espiritual ha resultado á sus congregantes y temporal á los pobres enfermos.» Gobernó cerca de nueve años con la mayor paz y blandura, porque tenia un carácter muy bondadoso, que acompañado con singular prudencia y discrecion, mereció que su nombre fuera muy elogiado por los que le sucedieron. Terminado el tiempo que debia servir el cargo de general pasó de prior á su

convento de Granada, donde murió á 7 de Noviembre de 1633, á la edad de setenta y cuatro años, donde fué sepultado entre la puerta de la iglesia y la pared del claustro.—S. B.

SAN MARTIN (P. Juan Bautista Pasinato de). Nació este célebre físico y agrónomo, religioso italiano, en 1739 en San Martino de Lupari, de la provincia de Treviso, de una familia pobre y oscura. Tal vez quedase en la ignorancia confundido entre el vulgo, sin la generosidad del cura de su lugar, que habiendo notado su buena disposicion para el estudio, le enseñó por sí mismo las primeras letras y dió los primeros rudimentos de las ciencias, inclinándole al propio tiempo á la vida religiosa. Dócil el jóven Juan á las inspiraciones de su párroco, apénas cumplió la edad que se requeria, fué á tomar el hábito al convento de Capuchinos de Bassaux, en el que despues de haber cumplido con el mayor fervor su noviciado, pronunció para siempre los solemnes votos que le sujetaron á la severa disciplina del seráfico San Francisco. Destinados los religiosos de esta Orden especialmente á la predicacion, San Martin quiso emprender esta carrera; pero á pesar de sus muchos esfuerzos, nunca fué un predicador notable por su elocuencia. Sus superiores le mandaron en calidad de limosnero al hospicio de Vicenza, funciones que si bien muy honrosas, se encomendaban á los religiosos que no podian aspirar á las dignidades de la Orden. A la mala é injusta opinion que formaron de este religioso, debió el descubrimiento de su verdadera vocacion. Sus relaciones con los médicos del hospital le hicieron tomar gusto al estudio de las ciencias naturales, y se entregó con tanto ardor, que bien pronto no solo no le fueron extrañas ninguna de las partes de la física, sino que se encontró en estado de hacer que progresára la ciencia. Solo la lista de las obras del P. Juan Bautista da una idea bastante exacta de sus trabajos. Su reputacion no tardó en salir de los estrechos límites de Vicenza, y llegando hasta el gobierno, este le encargó el inspeccionar la manufactura de tabacos de Nona, cuyo buen desempeño le valió elogios y premios de muchas sociedades sabias de Italia. Ofrecióle la universidad de Catana su cátedra de física, pero no la aceptó. Cuando aconteció la invasion francesa no se aprovechó, como muchos de sus cofrades, de la revolucion para librarse de sus votos, persistió fiel en ellos, y tan humilde despues de sus triunfos científicos como lo habia sido al principio de su carrera, no desdeñó en hacerse maestro de escuela para obedecer á sus superiores, y en el ejercicio de estas modestas funciones murió el año 1800. Las obras impresas de este P. capuchino son las siguientes publicadas en italiano: *Reflexiones sobre el modo de preservar á los árboles de los tristes efectos del hielo*; escrito que se publicó en 1788 en el *Diario enciclopédico* de Setiembre.—*Artículo sobre la manera de corregir el barómetro por medio del termómetro de Reaumur*; id., 1790.—

Memoria sobre la manera de conocer y corregir el mefitismo del aire; id.—*Descripcion de una pluma para escribir adecuada á los viajeros;* este escrito se publicó en el nuevo *Diario de Italia*, en 1791.—Sus *Obras;* Venecia, 1791, tres volúmenes en 8.°; en estos tomos se insertaron las Memorias que anteriormente se habian impreso en el *Nuevo Diario Enciclopédico.*—*Ensayo sobre el modo de hacer más económico el uso del aceite en las lámparas. Nuevo Diario Enciclopédico* de Diciembre de 1791.—*Apéndice al anterior ensayo; Id.*, de Agosto de 1795.—*Método para sustituir la miel á la azúcar, confirmado por nuevas experiencias; Id.*, en Agosto de 1792.—*Carta al Excmo. Sr. Aloisio Marosini, con una sucinta relacion del establecimiento de tabacos en Nona;* Venecia, 1792, en 8.°—*Nuevas pesquisas para hallar el movimiento del alcanfor á la superficie del agua y de la cesacion de este movimiento*; en el *Nuevo Diario Enciclopédico*, 1793.—*Carta sobre los efectos que provienen de la diferencia de gruesos en los discos eléctricos de cristal; Id.*, en Noviembre de 1793.—*Compendio de las observaciones meteorológicas hechas en Para en los años 1793 y 94.*—*Carta acerca de la costumbre de tocar las campanas en las tempestades*; *Nuevo Diario Enciclopédico* de Abril de 1794. En este escrito no cree el autor que el sonido de la campana sea peligroso, como lo publican otros físicos.—*Carta sobre un fenómeno magnético*; id.—*Carta al abate Pablo Spadoni*; en la que examina cuál es el mejor medio entre los que se emplean para procurarse una luz instantánea; *Id.*, en Junio de 1794. *Sobre la construccion del termómetro*; en el tomo VI de las *Actas de la Sociedad Italiana.*—*Reflexiones sobre las causas de un fenómeno eléctrico;* id.—*Ensayo sobre la rectificacion del arcómetro y de sus diversos usos; Id.*, tomo VII.—*Del orígen del carbon que entra en las plantas*; Id.—*Carta á M. Pedro Milosawich sobre la construccion de una balanza portátil universal, propia para darnos á conocer los pesos de toda clase de libras;* id., *Nuevo Diario Enciclopédico de Italia;* 1797.—*Ensayo sobre el primer momento en que comienza el dia, ó de las veinticuatro horas italianas*; id.—*Carta á M. P. Z. sobre el tratado de la epizootia que reina en las provincias de Bérgamo y de Verona*; id.—*Ensayo sobre un nuevo Eudiómetro;* id.—*Teoría del abanico, ó carta á Madama L. Q.*; id.—*Carta á M. Q. M. sobre la pesadez que ejerce el aire sobre el cuerpo humano;* id.—*De las causas que enrancian el aceite y medios de neutralizarlas;* id. Este artículo, dice su biógrafo Mr. René Alby, fué traducido de la *Biblioteca físico-económica de Parsi*, con notas muy útiles. A la vista de obras sobre puntos tan útiles, los superiores de la órden de San Francisco, que tan injustamente fallaron de la capacidad de este ilustrado religioso, no podrian ménos de condolerse de haberse engañado, creyendo que quien tan poco feliz era en el púlpito, no fuese útil mas que para pedir limosna para un hospital; si bien podrian al propio tiempo alegrarse de ha-

berle juzgado así, puesto que de este modo se descubrió el objeto á que Dios le tenia destinado, y se proporcionó á su Orden una gloria más personal en San Martin. Todos los hombres estan destinados á un fin por la divina inteligencia; y si bien no es muy fácil algunas veces descubrirle, siempre al fin y al cabo acaba por declararse; razon por la que es preciso no aventurar los juicios en los primeros pasos de un jóven, porque las más veces salen fallidos, por presentar el tiempo despues fenómenos que al juzgar habrian pasado desapercibidos.—B. C.

SAN MARTIN (Lic. Luis de). Hallamos en Latasa, en su *Biblioteca nueva de autores aragoneses*, que este licenciado fué docto teólogo y predicador de buen nombre á principios del siglo XVII, y en esto se refiere al Mtro. Fuser en la *Vida del V. Obispo Baptista de Lanuza*. Escribió este eclesiástico un *Sermon latino al Ilmo. Cabildo de la santa iglesia de Valencia en la víspera de pascua de Resurreccion del año* 1619, año en que se imprimió, en 4.°, en esta ciudad, dedicándosele al referido venerable Sr. Obispo. Dejó tambien escritos otros sermones.—L. y O.

SAN MARTIN (Excmo. é Ilmo. Sr. D. Pedro Martinez). Nació en la ciudad de Pamplona en 4 de Marzo de 1772, siendo sus padres D. Miguel y Doña Felicia, naturales de dicha ciudad, y su hermano el mariscal de campo D. José San Martin, superintendente de policía y capitan general que fué de Madrid. Habiendo estudiado la filosofía y la teología, y hecho varios ejercicios literarios, y concluido con lucimiento los estudios de la carrera eclesiástica en el seminario de la expresada ciudad de Pamplona, fué ordenado de presbítero en 1779, y en 1806 admitido en la Real Academia de Sagrada Escritura y teología moral de S. Felipe Neri de esta córte, y tambien en dicho año fué nombrado director del Real colegio de Sordo-mudos en Madrid. En 1807 el rey D. Fernando VII le agració con la dignidad de tesorero de la catedral de Burgos; y el Excmo. Sr. duque de Frias le nombró capellan mayor de la del Condestable de la misma iglesia. Durante la guerra con los franceses fué acérrimo defensor de la independencia de su pais y de los legítimos derechos del rey D. Fernando, sirviendo en clase de director general de los hospicios en el cuarto y sexto ejército. Concluida la guerra volvió á Búrgos, cuyo cabildo le encargó varios negocios de gravedad, para cuya expedicion tuvo que pasar diferentes veces á la corte, habiendo tenido un éxito favorable los importantes asuntos que se le confiaron. Miéntras dicha época, desempeñó, entre otras comisiones honoríficas, la que le hizo el Sr. duque de Hijar de visitar el monasterio ó abadía de Benevívere. Como administrador de la casa de Misericordia de Burgos, terminó con feliz resultado y con gran provecho de aquel establecimiento de beneficencia un largo y ruidoso pleito. Fué individuo de varias academias, habiendo sido director de la de Economía de Bur-

gos. Despues de haber sido consultado para varios obispados, fué nombrado en Diciembre de 1832 para el de Barcelona, y preconizado en Roma en 15 de Abril de 1833. Fué consagrado en Madrid en el Real Oratorio de S. Felipe Neri en 25 de Julio del mismo año, siendo su padrino el Excmo. señor duque de Chinchon, duque de Sueca, y en su nombre y representacion el Excmo. Sr. duque de San Fernando. En virtud del Estatuto Real asistió como prócer del reino en las córtes de 1834; posteriormente por una inmensa mayoría fué elegido senador por la provincia de Búrgos, y despues senador vitalicio por nombramiento de S. M. Interesado en el mayor lustre del seminario conciliar de la diócesis de Barcelona, consiguió á los escolares externos de teología el privilegio Real para la incorporacion de sus cursos á la universidad. Despues de las ocurrencias del año 1835, en que se verificó la exclaustracion de los regulares, aprovechó en beneficio de los habitantes de la antedicha ciudad y diócesis las iglesias y efectos del culto que habian pertenecido á los conventos de la misma; y destinó al servicio parroquial lo que pudo, y tambien utilizó sus conocimientos en los varios ramos del saber, nombrándolos para el desempeño de varios cargos de importancia en la diócesis. A su solicitud pastoral debióse la restauracion entera de la iglesia que fué de PP. Agustinos de la referida ciudad de Barcelona, la que reducida á escombros en la quema de conventos, es una de las parroquiales que por su capacidad y elegante forma de arquitectura embellece la capital del principado. A igual impulso de su celo y con sorprendente brevedad, atendida la escasez de medios, debió su aumento y mejoras la ántes reducida iglesia parroquial de S. Gervasio, situada en las cercanías de la expresada ciudad, donde se venera con tierna y cordial devocion la prodigiosa imágen de la Virgen Santísima de la Buena Nueva. En 24 de Diciembre de 1839 Su Santidad el papa Gregorio XVI le nombró prelado doméstico y asistente al Sacro Solio Pontificio, y en 4 de Enero de 1844 S. M. le condecoró con la gran cruz de Isabel la Católica, y en 11 de Junio del mismo año con la de igual clase de la Real y distinguida órden de Cárlos III. Fué nombrado comisionado régio para la apertura de Monserrate, adonde fué personalmente en 8 de Setiembre de 1844 para colocar la imágen de la Virgen, y superando grandes dificultades pudo descubrir su paradero. Los habitantes de Villafranca del Panadés le son deudores de la apertura de la iglesia que fué de PP. Trinitarios. Los de Tarrasa de la de Recoletos, los de Granollers de la de Mínimos y los de Martorell de la de Capuchinos. Trabajó tambien en la creacion de nuevas parroquias, á saber: en la de S. Cristóbal de Premia, en la de Sta. María de Sans y en la formacion de tenencias de S. Salvador de Cabrera en Vallbona y la Cort de Sarriá, cuya iglesia acaba de concluirse, siendo levantada desde los cimientos por las limosnas que procuró la asidua y viva solicitud del mismo pre-

lado. Segun lo permitieron las circunstancias, consiguió regresáran á su monasterio las religiosas de su obispado, que salieron de ellos obligadas por los azarosos dias que han transcurrido; y con el firme carácter de padre y protector de sus personas y bienes, resistió al través de gravisimas dificultades la ocupacion de aquellos, siendo por él muy particularmente favorecidas las del convento de enseñanza de la ciudad de Barcelona. A principios de Mayo de 1843 comenzó la visita del obispado, que estorbaron los acontecimientos políticos; la efectuó sin embargo en varios obispados de su diócesis, y falleció poco despues.—A. C.

SAN MARTIN (D. Fr. Tomás), religioso dominico. Véase MARTIN (Don Fr. Tomás de San).

SAN MARTIN (D. Fr. Tomás de), del órden de Predicadores, y obispo de la Plata. Ignórase de qué punto de España era natural este religioso, constando únicamente que tomó el hábito de la órden de Sto. Domingo en el convento de la ciudad de Córdoba, que estaba bajo la advocacion de S. Pablo, siendo uno de los primeros que obedeciendo las leyes de la observancia pasó en compañía del P. Vicente Valverde, primer obispo del Perú, á aquellas apartadas regiones á llevar la luz del Evangelio en union de otros cinco religiosos de la misma Orden, que fueron los primeros obreros de esta rica viña, y los primeros moradores que tuvo el convento de Dominicos de Lima. En dicho convento desempeñó el cargo de maestro de la Orden, y deseoso del bien espiritual de sus semejantes y de extender en cuanto le fuera posible la clara luz de la fe, escribió un catecismo para la enseñanza de los indios. Fundó un convento en Chicama con una espaciosa y bellísima iglesia, donde se reunian los niños y los adultos para ser instruidos en la doctrina cristiana, y estableció en diferentes lugares más de setenta escuelas de primera educacion, para cuya fundacion tan útil como necesaria solicitó el apoyo del magnánimo emperador Cárlos V, que le auxilió con tres mil pesos para la fábrica de estas escuelas, sostenimiento de los religiosos que las ervian y decente culto de los oratorios establecidos en ellas para decir Misa todos los dias ántes de comenzar las lecciones. Fundó tambien los conventos de Chicuito y Guamanga. Fué electo provincial, y con su crédito y su prudencia sirvió de mucho para prevenir desgracias y lamentables trastornos cuando ocurrieron los tumultos de Gonzalo Pizarro y sus partidarios. El Dr. Gasca, enviado por el emperador al Perú para pacificar aquella sublevacion, le comisionó para que publicase las mercedes, gracias y favores que S. M. hacia á los que habian permanecido fieles, así como á los que en término dado se sometiesen á su autoridad. Cuando se trató de nombrar personas que viniesen á España á informar al emperador de lo sucedido, Fr. Tomás obtuvo la honra de ser una de ellas, mereciendo que S. M. le consul-

tase acerca de lo que convendria hacer para contentar á la insubordinada gente. El nombramiento este fué hecho á instancias de los mismos descontentos, á pesar de que, como dice Zárate en el capítulo VIII, libro VI, de su Historia, le tenian por sospechoso por haber dicho, tanto en sermones como en pláticas y conversaciones particulares, algunas cosas que manifestaban su desacuerdo con las ideas y pretensiones de los amotinados. Pasó á Alemania, donde se hallaba la corte del emperador, y conociendo el César la importancia del sujeto con quien trataba, le nombró primer obispo de la ciudad de la Plata, en la provincia de las Charcas. Fué consagrado en España, y hallándose accidentalmente en Madrid, bendijo la iglesia del convento de religiosos Agustinos, bajo la advocacion de S. Felipe, cuyo acto tuvo lugar el dia 10 de Febrero de 1553. Partió para su destino, siendo auxiliado por el emperador con la cantidad de mil pesos para comprar ornamentos, y gobernó su silla con tanto celo como esmero y piedad, no procurando otra cosa que la tranquilidad y el bienestar de sus súbditos. Edificó y ensanchó el convento de Dominicos, que estaba situado en el terreno que ántes ocupaba el famoso templo del Sol, adquiriendo muchos solares que estaban contiguos para perfeccionar aquel suntuoso edificio. Murió Fr. Tomás en Lima, por los años de 1558, y fué sepultado en la iglesia catedral, debajo del altar de la capilla mayor. Dejó escrita una importante y curiosa narracion de las costumbres, ritos y ceremonias de los antiguos peruanos, llena de importantes noticias, que á publicarse en nuestros dias, hubieran dado mucha luz sobre aquellos pueblos tan poco conocidos aún. Segun dicen los que han visto la mencionada relacion, es notable la creencia en que estaban muchos de los naturales del Perú, que no rendian adoracion al sol como los demás, y que preguntándoles el motivo, respondian que no lo ejecutaban por estar convencidos de que sobre el sol existia un Dios más poderoso que gobernaba todo el mundo, viéndose en esta contestacion una prueba evidente de que la luz de la verdadera religion, penetra alguna vez en las almas, áun cuando vivan sumidas en las densas nieblas de la idolatría. La mencionada narracion contenia además, segun el testimonio de los que la han visto, importantes noticias acerca del gobierno civil y económico de los antiguos Incas dominadores del Perú.—M. B.

SAN MARTIN Y CALASANZ (Fr. Tomás). Natural del condado de Rivagorza, lector jubilado, definidor comisario provincial de la regular observancia de S. Francisco, examinador sinodal de los obispados de Jaca y Barbastro, y predicador muy alabado; hácia fines del siglo XVII. Escribió: 1.° *Sermon en la solemne canonizacion de S. Pedro de Alcántara*; en Zaragoza, por Juan de Ibar, 1670, en 4.°—2.° *Mineral evangélico descubierto en los misteriosos campos del Mercader divino para las fiestas mayores de cuaresma*; en

Zaragoza, por Pascual Bueno, en 4.°, 1693, y en él promete un tomo de *Sermones de Santos*, y otro de *Sermones misceláneos*.—3.° *Panegírico del glorioso S. Medardo*, obispo, patron de Rivagorza; en Zaragoza, por Gabriel Colomer y Garcés y José Vicente Mola, 1692, en 4.°—4.° *Breve método para ejercitar el novenario devoto, revelado por el glorioso S. Antonio de Pádua;* en Zaragoza, por Pascual Bueno, 1693, en 8.°; va con otras devociones. El mismo *Novenario*, con adiciones; en Zaragoza, por Diego Dormer, 1696, en 8.° Hubo seis ediciones de él; y reducido á breve tratado, se publicó en Zaragoza, por José Fort, 1765, en 12.°—L.

SAN MATEO (Fr. Alfonso de), religioso de la órden de Santo Domingo. Tomó el hábito en el convento de PP. Predicadores de Lisboa, y afirma la Crónica de su provincia, que desde aquel dia no volvió á comer carne, ni quebrantó los ayunos de las constituciones, ni se supo que comiese nada fuera del refectorio á las horas de la comunidad, y siendo suficiente la comida que daba por lo comun la Orden, aunque no demasiada para sustentar á una persona, hacia por lo comun dos de su racion, repartiéndola siempre por la mitad y ayudando á sustentar con la parte que le quedaba á un pobre honrado, habiendo obtenido para ello licencia de sus prelados. Todos los dias se dirigia al coro á la primera hora de la noche, y estaba en él hasta la hora de maitines. Entónces si habia horas de nuestra Señora, asistia á ellas con la comunidad, y terminadas se recogia, porque tenia un cargo que le obligaba á madrugar como veremos despues. Siempre dormia vestido, su cama era una tabla desnuda, y su cobertor una manta áspera, desabrigada y fria, de pelo de cabra, y á pesar de esto se ceñia de contínuo un áspero silicio y tenia varios, cada uno de diferente género, para servirse de ellos conforme á las épocas. Fué su primer oficio servir en la sacristía. Despues sucediendo en este cargo al que le tenia, perseveró por veintiocho años contínuos en el trabajo de sacristan mayor, y se afirma que en todos ellos no tuvo amistad con persona alguna, habiendo muchos que la deseaban tener con él; parece que una de ellas fué la reina Doña Catalina de Portugal, que sabiendo su género de vida y grandes virtudes, deseaba verle y tratarle, pero sin hacerle fuerza; mas él huyó el cuerpo á esta honra, de manera que nunca entró en el palacio. Su celda no tenia más muebles ni adornos que los instrumentos de su penitencia, pues libros, solo se le encontró uno, y este en lengua vulgar. Tales eran las riquezas, dice la Crónica portuguesa, de un sacristan mayor de Lisboa. La razon de tanta pobreza en persona que tenia ocasiones de sobrarle caudal para reunir una buena librería y otras curiosidades, se comprende fácilmente porque todos sus recursos y granjerías los consagraba á los pobres y los buscaba para ellos, y no bastándole lo propio para su caridad, habia hidalgos que sabiendo su modo de proceder, repar-

tian por su mano algunas cantidades de dinero que él sabia emplear con secreto y prudencia entre personas honradas, pobres y virtuosas, y en particular tenia comision de Jorge de Silva, hidalgo rico y verdadero padre de pobres, para repartir entre ellos todos los meses una buena cantidad. Falleció á 8 de Agosto de 1569, en una grande peste que hubo en Lisboa.—S. B.

SAN MATIAS (Fr. Manuel de), portugués é hijo de una de las más ilustres familias, renunció á todas las conveniencias de que le hacia poseedor su derecho incontestable, para ingresar en la órden de S. Francisco, como padre útil para la enseñanza y predicacion, en cuyos ministerios logró los más felices resultados. Apénas hubo profesado, concluida su carrera y ordenado de sacerdote, como sus superiores vieran cuán útil era para la predicacion de la divina palabra y los muy ópimos frutos que pudiera conseguir de los infieles por su blandura de carácter, su paciencia invictísima y su anhelo siempre creciente por procurar la gloria de Dios áun á costa de sacrificios los más costosos, fué trasladado á las Indias orientales, y en Goa y sus contornos fijó su residencia para misionar y conquistar para el cielo á todas aquellas buenas gentes, que habian menester el que se les enseñára el camino que desconocian, pero que luego que llegaban á conocer este sendero por donde les convenia ir, le emprendian con el mayor ahinco, secundando así los designios de los celosos predicadores de la fe, que difundian el conocimiento de esta con el mayor entusiasmo. No se puede dar una idea más cabal de los esfuerzos heróicos con que procuraba el bien de aquellas pobres gentes; sino decir que sus esfuerzos fueron tales, que desde su vida misma todos le daban el concepto de venerable, y áun en este, y acaso como beato se le ha considerado despues, porque en hecho de verdad no hay virtud en que no brillára, distinguiéndose con especialidad en la caridad acendradísima con que miraba á los indígenas, y en el afan de procurar la gloria del Señor, por lo que nunca le parecieron suficientes los sacrificios que hacia, aunque algunas veces hubieron estos de ser extraordinarios. Tambien dan ocasion á considerarle como hombre de ciencia los diversos escritos debidos á su bien cortada pluma, escritos en que se veia al varon apostólico, al paso que al sabio eruditísimo, y en que se controvertian los puntos más importantes para la ilustracion de los sabios y para la acertada enseñanza de los rudos. Sensible es que no hayan llegado hasta nosotros más pormenores que los enunciados, y el que la muerte de este respetable varon acaeció en 5 de Junio de 1632, en cuyo dia se hace en Goa gloriosa memoria de Fr. Manuel de S. Matías.—G. R.

SAN MATIAS (Fr. Nicolás de), religioso dominico natural de Pisa. Nació á principios del siglo XIV, y fué uno de los oradores de su siglo. Cuando tomó el hábito iba ya precedido de una brillante reputacion, y todos sus estu-

dios y carreras fueron una série de triunfos á que pueden citarse pocos ejemplos. Su vida ejemplar, su vasta erudicion y su notable elocuencia le valieron la admiracion de sus contemporáneos, y la posteridad no ha podido ménos de pronunciar su nombre con aplauso y veneracion. Recorrió toda la Italia haciendo oir la palabra del Evangelio de que era digno intérprete, y procurando atraer á los hombres á la penitencia y á la reforma de las costumbres en un siglo que si no fué de los más corrompidos que registra la historia, tampoco puede citarse como un modelo de perfeccion. Sus predicaciones tuvieron pues los mejores resultados, y no solo supo hacer respetar y venerar las máximas que predicaba, sino que se atrajo para sí un respeto y veneracion que fué causa de sus posteriores aumentos. Habíale elevado su Orden á diferentes cargos, que desempeñó con celo y acierto, mas no siendo esto suficiente para satisfaccion de las personas que le habian tratado de cerca y tenido ocasion de admirar sus grandes virtudes, quisieron ponerle en un puesto más encumbrado donde tuviese ancho campo para manifestar sus relevantes circunstancias. Entónces se nombraba aún á los obispos por el antiguo sistema electivo. Elegíalos el cabildo con anuencia unas veces del pueblo, y sin ella en otras ocasiones, y luego Su Santidad quedaba en plena libertad de aprobar ó no la eleccion. Pisa, patria de S. Matías, fué la primera que le eligió para ocupar su silla episcopal. El Pontífice sin embargo no quiso aceptar esta eleccion, no porque no le constáran las buenas cualidades del elegido, sino porque tenia ya designado á otro para aquel puesto. Luca siguió despues su ejemplo, mas con los mismos resultados, y acaso no hubiera llegado este religioso á obtener la mitra si Clemente VI no lo hubiera nombrado para la iglesia de Macerata, que gobernó con grande acierto. Todos los escritores italianos elogian la conducta ejemplar de este religioso dominico en el episcopado, y debió ser grande su acierto cuando Inocencio VI le eligió en 1353 para administrar la iglesia de Reate, que se hallaba vacante, y unió á su diócesis. Despues de haber continuado por mucho tiempo al frente de estas dos iglesias, falleció en 1367 en la mejor opinion. Habia escrito: *Sermonum de tempore et de Sanctis*, que suponemos se conservan inéditos.—S. B.

SAN MEDARDO (P. Antonio de), hijo de la villa de Benavarre. Fué recibido en la religion de las Escuelas Pias, y en ella siguió con aplicacion y piedad los estudios y destinos de su instituto. Fué rector del colegio de la villa de Peralta de la Sal, y el primero que celebró misa en su nueva iglesia, efectuada su funcion el 15 de Marzo de 1697. En los muchos años que fué rector de dicha casa, padeció trabajos continuados no solo en los tiempos de guerra, por conservar el decoro de su profesion. Ejerció tambien el cargo de Vicario general de su Orden, la que dilató en los colegios de Tramacasti-

lla y de Barbastro. Imposibilitado para el gobierno á causa de haber perdido la vista, se dedicó con particular cuidado al confesonario, y al consuelo y sus ejemplos. Murió en el colegio de Barbastro el año de 1742. Escribió: *Traduccion al español de la vida del venerable, hoy santo, P. José de la Madre de Dios, Fénix aragonés, patriarca y fundador de la religion de Clérigos regulares pobres de la Madre de Dios de las Escuelas Pias, que habia escrito en toscano el Rmo. P. Alejo de la Concepcion, séptimo General de ella, y publicó bajo el nombre del Dr. D. Pedro Aquenza, protomédico general del Reino de Cerdeña, médico de cámara de S. M., primario de la Reina viuda del Sr. Rey D. Luis I, y uno de los protomédicos de los reinos de Castilla y Leon.* Como entre otros lo advierte el Rdo. P. José de la Concepcion, provincial de las Escuelas Pias de Aragon, en la vida que compuso de S. José de Calasanz, y se ingirió en el *Flos Sanctorum*, ó vidas de los santos, que comenzó á publicar el P. jesuita Pedro de Rivadeneyra, edicion de Barcelona 1751 en folio, tom. II, 27 de Agosto, pág. 553 al fin de ella, pág. 560 en 12.°, aquella version se imprimió en Madrid el año de 1726 en 4.° Es particular alabanza que hace del P. S. Medardo el citado P. Concepcion en sus Varones ilustres de las Escuelas Pias, lib. V, pág. 335. col. y 2 y 455, col. 2.—L.

SAN MICHAELE (Ilmo. Fr. Gualtero de), religioso de la Orden de la Santísima Trinidad, y obispo vigésimo tercio de la órden en Inglaterra. Fué natural de Escocia é hijo del monasterio Ayrense; sujeto meritísimo á quien Figueras en los anales le llama: *Sidus nostræ Religionis*, porque floreció grandemente así en letras como en virtudes. Le educó y crió Martino IV, obispo Brechinense en Escocia; y el Ilmo. Fr. Gualtero de S. Michaele gobernó su obispado con grande acierto, hasta que murió con opinion de ajustadísimo prelado el dia 20 de Abril del año del Señor de 1299. Fué sepultado en su iglesia catedral y dejó escritas las obras siguientes: *De Astrologia*, lib. I. *De Signis Judicii*, lib. I. Y algunas otras que dejó, unas incoadas y otras semiplenas, de diferentes materias. De este virtuoso prelado escriben George Innes, lib. II. de Fundat. Ord. cap. III. Figueras, Annal. M. S. al año 1281, fol. 514; y en el Chronic. pág. 115, y otros.—A. L.

SAN MIGUEL (Fr. Alvaro de), religoso del convento de San Gerónimo de Córdoba. Este santo varon, cuyo padre fué tambien religioso en el mismo monasterio, era de noble linaje y criado en palacio donde servia de paje, vida bien distante de la que despues escogió. Su padre se llamaba Enrique de Figueredo, señor de vasallos y mayordomo de D. Pedro Giron, maestre de Calatrava, y despues tutor de D. Alonso Giron su hijo, y del maestre don Rodrigo su hermano, el que asesinaron en Loja. Este caballero viendo la vanidad y falsía que domina al mundo, tocado de la mano divina, aunque en el último tercio de su vida, acordó abandonarlo todo, y aunque cargado

de dias y de canas, acudió á la viña del Señor, y cultivarla el resto de su existencia, con la mayor diligencia y conato que le fuese posible, confiado en que el que le llamaba aunque tarde, y despues de tanta ociosidad, no dejaría de usar con él de misericordia. Parecióle que en el monasterio de San Gerónimo, que estaba junto á Córdoba se vivia santamente, pues sus religiosos tenian en todo aquel territorio grande nombradía, y se determinó á recibir allí el hábito, dejando su voluntad en las manos de aquellos santos; y el que en su vida habia sido ayo y tutor de tan grandes príncipes y gobernado sus casas, ya en edad madura y áun viejo, dejarse gobernar de otros. Pidió con devocion y humildad le recibiesen; le concedieron el hábito, y era digno de considerar, un varon tan notable y de tal edad, el verle barrer y recoger basuras, haciendo otros muchos ensayos de humildad, en union de otros novicios jóvenes, que podian ser sus hijos y áun nietos. Cuando llegó el tiempo de hacer profesion, cómo habia de morir al mundo, hubo de hacer testamento: su hijo D. Alvaro de Figueredo era heredero forzoso, le habia dejado encomendado á D. Juan, conde de Ureña, á quien servia de paje; le nombró su heredero, dejando por sus tutores á los religiosos de San Gerónimo de Córdoba. Este caballero vivió despues solo cuatro años, y en todos ellos no hizo otra cosa sino llorar los yerros de la vida pasada. Le concedió el Señor gracia de lágrimas, porque como la tierra era tan seca, estéril y cansada de llevar cardos y espinas, tenia necesidad de aquel nuevo riego para llevar sazonados frutos. Ayudaba cada dia todas cuantas misas podia, con singular devocion, hincado de rodillas, exhalando suspiros y derramando muchas lágrimas. Acabada aquella santa tarea, hacia los oficios que le encomendaba la obediencia, y despues se retiraba á su pobre y pequeña celda, y áun allí, cuanto su vejez le permitia, permanecia de rodillas rezando salmos, complaciéndose en su corazon con la grande merced que habia recibido de Dios, no hartándose de darle gracias, porque sin tan merecerlo le hubiese sacado de una situacion tan falsa y peligrosa, y llevado á un puerto tan seguro, acabando su vida en tan santos ejercicios. Con la ocasion de la herencia y de la tutoría, vino de allí á poco su hijo D. Alvaro, mozo, galan, cortesano, avisado, agudo, mofador ó fisgador, travieso y con todas aquellas buenas partes que en un fino paje se pudieran desear, criado toda su vida en Palacio, tan desemejante á su padre, que ninguno le juzgára por su hijo. Vió el monasterio y los religiosos; trató con ellos; le mostraron la celda de su padre, y le informaron de la vida que habia hecho y la muerte con que acabó; y súbitamente tocado en el corazon por la mano del Señor, manifestó: que su herencia no habia de ser otra sino la de aquel convento, ni queria otra cosa de su padre sino heredar su vida, y que ardientemente pedia le diesen el hábito, porque no habia de volver más á la vanidad del

mundo. Aquellos siervos de Dios se regocijaron mucho viendo tan alta mudanza, le hicieron infinitas gracias, porque habia trocado tan de su mano aquella alma, y alabaron sus juicios ocultos; le dieron el hábito y comenzó desde luego á dar manifiestas señales de lo que habia de ser. Mortificóse en tanta manera y vino á tanta sinceridad y pureza, que en pocos dias ya le desconocian los que más le habian tratado en el siglo. Aquella agudeza y prontitud se mudó en un reposo y madurez de un varon perfecto; las respuestas, vivezas y donaire se convirtieron en un perpétuo silencio, sin levantar los ojos del suelo, ni menearse ni responder, áun siendo preguntado ó movido. Pasó con mucha mortificacion de sus sentidos y una profunda obediencia los años de su noviciado, causando á toda la comunidad la mayor admiracion tan singulares muestras. Llegó el tiempo de ordenarle de sacerdote, y desde allí dió como un nuevo vuelo á más alta perfeccion. El dia que entró con la capa de coro, para celebrar las vísperas de la misa nueva, todos clavaron en él los ojos con razon, pues se le vió el rostro tan trocado y con un resplandor tan celestial, que todos lo tuvieron por milagroso, no pudiendo ménos de confesar que el espíritu de Dios, como en otro tiempo en el príncipe de los levitas, S. Estéban, puso un resplandor angélico en su siervo por su profunda humildad, para que claramente se conociese reposaba en él su divino espíritu. Fué creciendo tanto en aquella santa sinceridad y olvido de cuanto habia visto en el mundo, que muchos le burlaban, como si estuviese falto de juicio, y áun le decian palabras de menosprecio y escarnio. Esta conducta le producia suma alegría, y se regocijaba interiormente como si se le ofreciera algun nuevo favor y consuelo, y en vez de sentir el agravio que otro le habia hecho, se juzgaba culpado, y le pedia perdon, como si realmente no fuera el ofendido, obrando así con todos, aunque fuesen novicios. No se ajustaba bien á algunas ceremonias, pues como andaba dentro ocupado, en lo de fuera cometia algunos defectos, por los que le reprendian y penitenciaban en los capítulos, sirviéndole aquellos castigos de gran placer, y cumpliéndolos como por gloria.—Consideraba el buen Fr. Alvaro su vida pasada, aquellas atrevidas burlas y mofas que hacia de todos, aquellos avisos, agudezas y vanas bachillerías, de que tanto se preció en el siglo, y acordó correr por la senda estrecha del menosprecio y abatimiento, bebiendo con alegría el cáliz de las reprensiones é injurias por no beber el de la ira y furor de Dios. Vino al convento el conde de Ureña, D. Juan, á quien el siervo de Dios habia servido de paje, y á quien amaba mucho por ser hijo de quien era, agradándole sobremanera su grande agudeza y travesura, quedándose notablemente sorprendido cuando nuevamente le vió, jurando que de todo punto era otro hombre, porque no habia en su casa persona tan avisada ni tan despierta, á quien no alcanzase su sátira, y no temiese entrar

en razones. Otros afirmaban que este cambio no era efecto de industria ni ingenio, sino que de hecho Dios le habia trocado y puesto en su corazon aquella simplicidad angélica, para mostrar que era morada suya, que ama á los simples, mudando los corazones cuando quiere. No se descuidaba con todo eso el siervo de Dios en ninguna cosa de las que mandaba la obediencia, cumpliéndolas con mucha puntualidad y guardando perpétuo silencio. Cuando hablaba, todas sus palabras eran amorosas y llenas de caridad; jamás en todos aquellos menosprecios, burlas y reprensiones que le hacian y le daban se le oyó palabra de sentimiento ni tristeza, conservando siempre el rostro alegre y risueño. Observó constantemente una extremada pobreza, porque no tenia cosa consigo, ni que tampoco valiese nada en la celda. Cuando murió era maestro de novicios Fr. Martin de Antequera, y al otro dia llevó á sus discípulos para que viesen sus alhajas y aderezo de celda, para que le imitasen en adquirir tesoros espirituales y pobreza de espíritu. Tenia una cama de lo muy despreciado de aquel convento, y un banquillo viejo sobre el escritorio, que era una mesilla pobre que allí siempre tenia, un cestillo de mimbre, y dentro un dedal con hilo y aguja, y alrededor un letrero que decia: *Esto tengo con licencia.* No habia otra cosa alguna, ni Breviario, ni libro, porque jamás faltó al coro; y en los salmos que sabia de memoria, leia dentro de su pensamiento, y en otras muchas cosas que se le acordaban de la Santa Escritura.—Siendo ya de veinte años de hábito, le acometió una enfermedad como de cólica, que en pocos dias se le llevo el Señor á su gloria.—A. L.

SAN MIGUEL (P. Fr. Antonio de), religioso de San Gerónimo en el convento de San Miguel del Monte. Fué predicador excelente, oficio que ejercitó como apóstol hasta los últimos años de su vida, deseoso de la enseñanza de las almas, y de ganarlas para el cielo, afirmando de este siervo de Dios que si muchos años predicó bien, tantos vivió del mismo modo, juntando á la enseñanza la práctica en el obrar, de modo que el ejercicio de las virtudes á que exhortaba en el púlpito, florecian en él de tal suerte, que de los vicios que reprendia no se le podia decir: *Medice, cura te ipsum.* Era tal su recogimiento, mortificacion y estudio, que vino á perder la salud, y le fué forzoso mudar de localidad, trasladándose algun tiempo al convento de Parraces, donde vivió con grande edificacion; y despues habiéndole mudado al de Caravaca murió muy santamente; porque estas mudanzas pudieron ser de aires, pero no de vida, que esta fué gobernada por otro aliento y espíritu, en quien no cabe mudanza, caminando contínuamente adonde le conducia el ímpetu del espíritu.—A. L.

SAN MIGUEL (Fr. Diego de). Siempre ha sido muy fecunda en hombres ilustres la respetable veneranda é ínclita familia de los ermitaños de San

Agustin, pero siempre ha parecido como uno de los caractéres que más han distinguido á sus profesores una humildad tan profunda que ya raya en exceso, si exceso cabe en la práctica de las virtudes. Efectivamente examinemos lo que acontece con Fr. Diego de San Miguel, miembro de los más ilustres de aquella esclarecida familia, y hallaremos que su nombre se cita como uno de los que más se distiguieron por su ciencia, y no ménos por su virtud; pero ni se dice qué cargos desempeñó, ni áun qué obras se debieron á su pluma, ni por cuyos medios se esforzaba más en procurar la gloria del Señor: solo se sabe que el P. Herrera le cita en su célebre *Alfabeto agustiniano*; que D. Nicolás Antonio da cuenta de él en su *Biblioteca nova Hispana*, considerándole como uno de los escritores que honraron á nuestra pátria, pero ni uno ni otro dicen más sino que fué muy distinguido en ciencias y en virtudes, y eso que se ha de hacer justicia á la exactitud y diligencia con que sobre todo D. Nicolás Antonio hizo su apreciable obra; por lo cual nosotros nada más diremos de Fr. Diego de San Miguel. —G. R.

SAN MIGUEL (Fr. Francisco de). Llamóse este religioso Francisco Lagunas y Aguerri, familias aragonesas muy conocidas. Nació en Villanueva de la Huerva en Aragon, el dia 7 de Abril de 1706. Educado en el santo temor de Dios, y viéndose inclinado á la vida contemplativa, tomó el hábito de la reforma del Cármen en el convento de S. José de Zaragoza. Estudió con aplicacion é hizo rápidos progresos. Considerado capaz por sus superiores, se le nombró lector de teología moral, y despues fué elegido superior de su convento. Tuvo vocacion al púlpito, y lució como predicador; le gustó escribir, y sus obras nos dicen sobre su mérito; se dedicó al confesonario y al bien espiritual del prójimo, y conquistó las almas al cielo. En puntos de teología moral fué consultado hasta por los más entendidos, que estimaron mucho su dictámen, moviendo á que se le consultase su amabilidad y fina política con todos los que necesitaban ó le pedian consejo. Murió este buen hijo del Carmelo el dia 13 de Agosto de 1781. Fué autor el P. San Miguel de las obras siguientes: *Apologia PP. Salmaticensium Scholasticorum, Ordinis Carmelitorum Excalceatorum, qua doctrina ab ipsis tradita in suo cursu Theologico circa sufficientiam Attritionis ex metu gehena concepta, excludentisque voluntatem peccandi ad valorem, et fructum Sacramenti Pœnitentiæ, vindicata, á Censuris RR. Danielis Concina, Ordinis Prædicatorum, in suo opere: Theologia Christiana, Dogmatico Morali. Tom. IX, lib. I, disc. II, fól. 7 usque ad 9 inclusive;* Zaragoza, 1766, en 4.°—*Otros discursos en defensa de los expresados PP. Salmaticenses;* los cuales escribió con autorizacion de sus superiores. Los dos generales de su Orden que le dieron el título de escritor, alabaron su diligencia literaria, y además recomiendan tambien su mérito y religiosidad todos los censores de sus expresadas obras.—L. y O.

SAN MIGUEL (P. Fr. Gerónimo de), religioso de S. Gerónimo en el monasterio de Baza. Fué varon en extremo contemplativo, tomó el hábito el año de 1571, y dejó el siglo tan de corazon, que parecia no habia nacido en el, y que no habia conocido otra gente, sino es á los religiosos. Se dió en tales términos á la oracion y contemplacion, que contrajo el hábito permanente de estar en la presencia de Dios, y para que el ruido no le inquietase ni impidiese aquel suave sosiego, quiso su amado taparle los oidos, de modo que no oyese los cantos de las sirenas del mundo, que impiden el viaje á la patria verdadera. Cuando era preciso hablarle algo, usaba de una trompetilla que llevaba consigo, pero muy raras veces, porque su recogimiento no daba lugar á más. Acudia al coro como podia, y la fuerza del espíritu y la atencion, le hacian acompañar las divinas alabanzas. De allí se volvia á su retrete á gozar de los regalos de la oracion, y si acaso en el camino se ofrecia levantar los ojos al cielo, donde tenia el corazon arrebatado del amor de la patria, se quedaba allí largo rato tanteando por dónde habia de tomar el camino cuando llegase la divina determinacion. Era tan continua esta elevacion que le fatigaba mucho al decir Misa; pues en cuanto se ponia en el altar se quedaba suspenso considerando el sublime misterio que traia entre manos. Retorciaselas y lastimaba sus carnes para despertar de tan suave letargo, y áun no bastaba; razon porque siempre procuraba decir la Misa muy temprano, por no ser notado; propiedad de humildes ocultar el tesoro que poseen. Sin embargo de la sordera, le nombraron dos veces vicario de aquella casa, oficio que ejercitó con mucha caridad y puntualidad, no haciéndose sordo á nada que fuese de su obligacion, dando á todos ejemplo y consuelo su asistencia, prudencia y compostura. La ocupacion de estos empleos no le eran de estorbo á los de la oracion y otros santos ejercicios, en que toda su vida le experimentaron perseverante, hasta que el año de 1622 se fué á continuarlos en la gloria con mayor sosiego.—A. L.

SAN MIGUEL (Fr. Isidoro de). De Egea de los Caballeros, agustino descalzo, lector jubilado de Aragon, prior del convento de Santa Mónica de Barcelona, etc. predicador de aceptacion, escribió muchos sermones, y solo parece que dió á luz: *Sermon de S. Magin*, predicado en Barcelona, en los anuales cultos que le dedica su ilustre cofradia en la parroquia de S. Pedro de las Puellas, en Barcelona, 1744, en 4.°—L. y O.

SAN MIGUEL (Fr. Jaime de), de la villa de S. Esteban de Litera, carmelita descalzo. Es un religioso estudioso y observante de su instituto. Ha desempeñado diversos cargos, y siguiendo sus piadosos sentimientos escribió: *Resúmen de la vida de la penitente solitaria Santa María Egipciaca*; en Valencia, por José y Tomás de Orga, 1772, en 8.°, de sesenta y cuatro páginas. No lleva su nombre este libro, y se dice traducido por un devoto

de la referida santa, y dado á la estampa por otro despertador de los descuidados pecadores. Así en prosa como en verso lleva este escrito muchas reflexiones y avisos utilísimos. Vivia el referido autor en el año de 1788.—L. y O.

SAN MIGUEL (Fr. José de), del órden de Predicadores. Fué natural de la ciudad de Burgos, y tomó el hábito del órden de Santo Domingo en el convento de S. Pablo de la mencionada ciudad. Descubrió tanto talento y tan buenas prendas, que despues de haber ilustrado por muchos años los conventos de la Orden, fué nombrado á instancias y por el poderoso influjo del general Fr. Juan Bautista de Marinis, maestro de la religion, cuyo cargo desempeñó bastantes años, siendo el ornamento de la mencionada religion y el ilustre mentor de la juventud que en ella se afiliaba. Deseoso del bien espiritual de las almas, no cesó de procurarle, ya por medio de la palabra en el púlpito y ya con la pluma, en las diversas obras que públicó. Ignórase el año de su muerte. Dejó escritos los siguientes libros. *Contrarietates et concordiæ locorum Veteris et Novi Testamenti.—Selecta loca Veteris Testamenti variæque historiæ illustratæ.— Historiæ ex Genesi ad mores elogiaque Sanctorum.— Figuræ tropi Ebraismi regulæ at Sacræ Scripturæ intelligentiam et de ritibus gentium.— Biblia Mariana.— Vida del justo y del pecador*, en idioma castellano.—M. B.

SAN MIGUEL (P. Juan de), de la Compañía de Jesus. Fué natural de la ciudad de Betanzos, en el reino de Galicia, y entró en la Compañía en Coimbra á 8 de Noviembre de 1542. Era muy buen letrado, y además de esto tan elocuente en la lengua castellana en que predicaba, que fué tenido por uno de los principales oradores que tuvo la Compañía en Portugal. Sus consejos y avisos espirituales se advertian y tomaban como de hombre santo. Hizo muchas misiones, ántes de ellas tenia siempre los ejercicios de S. Ignacio, de que se siguió hacer notable fruto en las almas. Hallándose enfermo de gravedad, sintió una grande pena por morir, habiendo á su parecer obrado tan poco en servicio de Dios, mas creyó por especial inspiracion que no moriria de aquella enfermedad, y lo creyó con tal certidumbre, que por más que le decian los médicos que moriria, nunca hizo caso de sus dichos, y así recobró la salud. Muchas veces le sucedia despues de una larga meditacion de las cosas divinas, quedando todo el dia elevado en Dios sin acordarse de otra cosa. De su muerte, que acaeció en el colegio de S. Anton, dijo el P. Luis Gonzalez de la Cámara, escribiendo una carta al P. Miguel de Sousa estas palabras: «El P. Juan de S. Miguel, tan especialmente padre vuestro y mio, dió ahora su alma al Señor, su enfermedad ya la conoceis. Estando ya sin habla por la mucha debilidad, llevándole el Santísimo Sacramento, se levantó de rodillas en la cama, y estuvo tan derecho en ella todo el tiempo

que el sacerdote permaneció en la celda, como si estuviera sano. Dándole uno de los padres con muchas lágrimas la noticia de que moria, la recibió él riendo y diciendo que no era aquella nueva para llorar, sino para alegrarse mucho. Luego suplicó á todos los padres que le dejasen estar solo, porque él los llamaria cuando fuese tiempo, y así estuvo algunos dias conversando siempre con Dios. Un dia me llamó y me dijo estas palabras: «Padre mio Luis Gonzalez, queria saber las cosas de la Compañía como estan, porque hace mucho tiempo no sé nada de ellas; por el amor de Dios, contadmelo todo.» Decia esto con tanto afecto y entrañas de amor, que me admiró mucho y dije entre mí; ¡cuán diferente es el amor de este á la Compañía que el mio! Dile noticias de todo, de lo bien que habia recibido el rey al P. Doctor Torres, y de cómo se mostraba afecto á nuestro P. Ignacio. Manifestó una excesiva alegría á todo esto. Miéntras duró su enfermedad tuvo tanto cuidado de que los hermanos que le asistian no trabajasen mucho, que no consentia que estuviesen ambos juntos un cuarto de hora; sino que miéntras el uno trabajaba descansase el otro. El sábado 9 de este mes nos llamó á todos, como tenia prometido, diciendo que se queria despedir de nosotros. Dirigiónos un discurso de pocas palabras, pero llenas de mucho amor, en el cual pidió perdon á todos por no haber dado aquel ejemplo en sus palabras y obras, que un siervo de Jesus debia en esta su santa Compañía. Y tomando en la mano una vela bendita encendida, hizo una profesion de fe, requiriéndonos para que fuésemos testigos de cómo moria en ella. Pidióle el P. doctor que delante de la Divina Majestad se acordase de esta pobre Compañía. Entónces dijo él: «Sabe Dios, que no llevo ningun otro contento tan grande de esta vida como morir en la Compañía, y que si mis ojos llegan donde tanto desean...» y estas últimas palabras las dijo levantando las manos y los ojos y alargando mucho la sílaba *tanto*, con tan grande afecto, que las cuatro ó cinco que dijo despues no pudimos entenderlas, pero bien comprendimos que decia no deber olvidarse de la Compañía. Hoy ya no pudo recibir el santo Sacramento, pero lo adoró con mucha devocion. Sus pocos dolores le dieron durante toda su enfermedad mucha pena; decia que por su debilidad le daba nuestro Señor muerte tan blanda. A las dos de la tarde, estando con una vela encendida en la mano y un crucifijo, hallándonos todos nosotros juntos con él comenzó á dar las últimas boqueadas, y llegando á aquellas palabras: *Per Crucem et Passionem tuam*; quiso ayudarse con esta peticion, y entónces nos conmovió mucho una palabra que dijo: ¡Oh hermanos mios! Con lo cual espiró hoy dia de Santa Bárbara, á 4 de Diciembre de 1552, Hasta aquí el P. Luis Gonzalez en la carta expresada.—S. B.

SAN MIGUEL (Fr. Juan de), religioso mínimo del órden de S. Francisco de Paula, natural de la Rioja, hijo de la provincia de Castilla. Fué

muy modesto, gran teólogo, predicador insigne, varon de pocas y prudentes palabras, de agradables costumbres y conversacion. Sirvió á la religion muchos años, sin que le premiasen con oficio alguno por su áspero carácter; sin embargo, á los treinta y cuatro años de hábito le eligieron por corrector del convento de Salamanca, y lo fué despues de los de Valladolid, Madrid y Camarena, desempeñando satisfactoriamente estos cargos, conociendo su grande fidelidad en la administracion de los bienes temporales, y cuidando perpétuamente del aumento de los conventos. Murió en el de Camarena, lleno de años y de virtudes, hácia el de 1593.—S. B.

SAN MIGUEL (M. Juana de), religiosa en el monasterio de la Concepcion Gerónima de Madrid. Fué señora muy ilustre y de las que más se celebran en aquella comunidad. Era religiosa muy observante y humilde, y el Señor la enriqueció con el don de lágrimas, camino florido por donde marchó hasta la edad de ochenta años en seguimiento del divino Esposo, habiendo estado y permanecido en el convento desde que era niña de nueve años, que desde tan temprano comenzó á correr el aroma de sus virtudes, y tan larga fué la carrera de su vocacion. En toda ella puso su mayor desvelo en no faltar en cosa alguna de las que habia profesado, poniéndose, con notable rendimiento y afecto en brazos de la obediencia, ansiosa de hallar á su amado que en esos brazos se estrechó hasta la muerte, para enseñar á quien pretenda la vida eterna, que no hay otros de mayor favor para conseguirla. Siendo continuamente el ejemplo de la comunidad, se tenia por la más vil y desechada del convento, pues no queria se llevase nada el aire de la soberbia, amando más la exaltacion de la humildad, que la que la daba lo esclarecido de la sangre. A estas virtudes y á otras que con ellas se encadenaban juntaba el don de lágrimas, que era como el rocío sobre las flores, derramándolas en la oracion en sus alabanzas al Señor, en las conversaciones santas, y siempre que se ofrecian motivos de compasion, piedad ó alegría de espíritu, ó los de dolor de haber ofendido á la Majestad divina, aunque fuese en defectos muy leves, que en todos estos casos derramaba al caminar por este valle de lágrimas, para conseguir la cosecha de alegría en llegando el fin de la jornada. Túvole tal, que no pareció fin, sino principio de eterna duracion en el cielo, siendo su muerte muy digna de envidiarse, aunque de grande sentimiento en el monasterio, que sin embargo de haber llegado á contar tantos años, ambicionaban hubieran sido muchos más. Murió esta ejemplar religiosa el año de 1664. — A. L.

SAN MIGUEL (P. Fr. Sebastian Persin de), del órden de S. Juan de Dios. Fué religioso de inculpable vida y de inmaculada conciencia. Por sus virtudes y vida ejemplar ejerció durante muchos años el cargo de maestro de novicios, ejercicio en que obtuvo muchas plantas de sazonados y admirables

frutos. Con su modestia hacia modestos á cuantos le trataban, y procuraba con su penitencia á que fuesen muchos penitentes. Murió en París en opinion de santidad en 1652. —S. B.

SAN MIGUEL ó DE LA PARRILLA (S. Francisco de). El quinto de los mártires del Japon. Fué natural de la aldea que le sirve de segundo apellido, en la jurisdiccion de Portillo, siendo hijo de padres honrados, nobles y ricos, llamados Francisco de Andrada y Clara de Cuco. Desde niño manifestó tan grandes virtudes, que debian formar su patrimonio en lo sucesivo, pues en todas sus acciones daba muestras de lo que habia de ser; la humildad, compostura y recato eran como naturales en él; y no parecia niño, sino hombre de mucha prudencia, buena alma y conciencia muy sana, contra la que no hacia nada, y si le pedian que lo hiciese, contestaba que no. Teniendo la edad de veinte años, tomó el hábito para religioso en el convento de San Francisco de Medina del Campo, en donde profesó, pasando despues al Abrojo, cuyo monasterio habitó por espacio de tres años. Deseoso de mayor rigor y aspereza, pidió su pase para la provincia de la Rabida, en Portugal, en que no le quisieron admitir, viéndose obligado á regresar á Castilla, fatigado y cansado de tantas leguas como habia andado á pie y descalzo, dando muchos rodeos en busca del provincial de los Descalzos de la provincia de San José. Encontróle en el convento de la villa de Losa, é informado de su buen espíritu y de que su mudanza no era por ligereza, sino por celo de mayor perfeccion y observancia de su regla, le recibió y dejó en aquel convento, donde vivió por espacio de algunos años, haciendo vida comun con los demás, á pesar de no haberse educado con aquellos religiosos, y de tal manera negó su propia voluntad, que no la tenia más que para cumplir la de su prelado. En virtud de la obediencia y en compañía de otros religiosos descalzos de la misma provincia, pasó á la de S. Gregorio de Filipinas, donde fué tal su vida, que mereció que nuestro Señor hiciera por su intercesion algunos milagros. Era este bendito lego muy asíduo en la oracion, y regalado en ella muchas veces por nuestro Señor, y deseoso por esto en gran manera de ganar las almas; así fué uno de los que hicieron más fruto entre los infieles, favoreciéndole Dios con una memoria tan feliz, que en muy breve tiempo aprendia todos los idiomas. Tuvo deseo de pasar al Japon, que fué como prenda de la merced que despues recibió, y comenzó luego á aprender aquel idioma con vivos deseos de morir por la honra de Dios y salvacion de las almas. Concedióselo su divina Majestad, inspirando á S. Pedro Bautista que le llevase consigo, y fué tanto su fervor y celo en aquella nueva conversion, que lo que no sabia dar á entender con palabras lo enseñaba con las obras, de las que vamos á referir las que cuenta la Crónica. Son las siguientes: «Estaba haciendo la semana Santa el monumento, y los japones

aguardando el fin, hasta que venido el jueves Santo y poniendo las lumbres, viendo que los japones no penetraban el misterio, ni él tenia palabras que bastasen para ello por ser muy en los principios, desnudándose hasta la cinta, llamó á un japon, que fué despues mártir, y le rogó que le atase las manos con un cordel, y con un látigo le azotase allí públicamente como á ladron. Hízolo así el japon, y tan bien, que le dejó abiertas las espaldas, teniendo siempre el santo fraile un crucifijo en las manos, y con esto fué Dios servido de abrir los ojos del alma á los japones para que entendieran aquel divino misterio y representacion de la pasion de Cristo, nuestro Redentor. Tambien es cierto que estando él en Camarines y una india infiel muriéndose á juicio de todos, porque habia estado mucho tiempo traspuesta y sin habla, y la gente aguardando más de dos horas á que volviese en sí para bautizarla, nunca pudo hablar, aunque se hicieron grandes diligencias, hasta que el santo fraile procuró que la enferma abriese la boca, y haciéndole la señal de la cruz en la lengua habló y pidió el bautismo, y se le dieron dejándola tambien con salud en el alma. Otra vez, estando un indio con grandes congojas de muerte por haberle picado una culebra de las que hay en aquella tierra, tan ponzoñosas, que sin remedio matan, le sanó con hacer la señal de la cruz sobre la picadura, y de ambas cosas da testimonio un sacerdote tesorero de la catedral de Manila, que él fué el que acudió al remedio espiritual de ambos enfermos.» Nunca usó más que un hábito, y este el más viejo y remendado que desechaban los otros. Domaba sus carnes con ásperos silicios y disciplinas, ayunos á pan y agua en las cuaresmas que ayunaba, que eran todas las del patriarca San Francisco, y nunca hacia colacion, y cuando le importunaban, contestaba: «Calle, hermano, que mañana tañerán á comer. Andaba descalzo y era muy honesto, asíduo en la oracion y muy devoto de nuestra Señora y del Santísimo Sacramento, y por esto ayudaba ú oia muchas misas con grande devocion. Tenia grande caridad con los pobres enfermos y leprosos, á quienes servia con mucha alegría. Rezaba todos los dias una corona á nuestra Señora por la conversion de los japones, y recibia grande contento en hablar de aquella conversion, diciendo que le consolaban mucho los vientos japónicos. Esto y sus muchas virtudes animó al santo comisario para llevarle al Japon, y con palabras y obras ayudó mucho á la conversion de los gentiles, y alcanzó por estos medios de Dios nuestro Señor lo que tanto habia deseado, que era la corona del martirio, y fué con tanta alegría y consuelo espiritual, que sin hablar palabra, todo suspenso en Dios, le ofreció su vida y otras mil que tuviera, y levantando en la cruz los ojos al cielo, recibió la lanzada y dió su espíritu al Señor. Los japones cristianos, añade la Crónica, le llamaban hombre de buen corazon, porque no habia en él doblez, sino una cauta sencillez y candor. Un devoto

portugués le quitó una cruz de reliquias que llevaba al cuello, y afirmó con juramento, que desde que la traia, se veia libre de muchas tentaciones, que ántes le acosaban mucho, y pidiéndosela un obispo, dijo qué ántes daria toda su hacienda que la que para él era de tanta importancia. Cuando le llevaban á poner en la cruz como á los demás, iba muy tranquilo y atento á su rosario rezando, llegó un portugués, amigo suyo, y se le pidió, y le contestó que en acabando de rezar la corona, y ántes de acabarla fué coronada su alma con la de mártir en el cielo. —S. B.

SAN MILLAN (D. Juan de), obispo de Leon. Fué natural de Barrionuevo, en el valle de S. Millan de la Cogulla, diócesis de Calahorra, Nació en el año 1492; y apénas hubo concluido el estudio de las humanidades, obtuvo una plaza de colegial en Sigüenza y despues otra en el colegio de S. Bartolomé de la ciudad de Salamanca, en el que tomó el hábito el dia 25 del mes de Enero de 1524. Hizo oposicion á una cátedra de teología, que se hallaba vacante en la universidad de la ciudad mencionada, y la ganó por medio de brillantes ejercicios. Tambien fué graduado de doctor en la mencionada sacra facultad con gran pompa y en solemne acto público en aquel distinguido cuerpo científico. El emperador Carlos V, noticioso de su mérito y deseando premiarle, le presentó para el obispado de Tuy, de donde salió como diputado al Concilio de Trento, volviendo á España por el mes de Enero de 1558. En 1564, Felipe II le presentó para la iglesia de Leon, que gobernó por espacio de catorce años. Fué insigne en caridad, é invirtió todo su patrimonio en hacer limosnas, ayudando á sus parientes pobres con muy abundantes socorros. Dotó una misa rezada en la capilla de nuestra Señora de la iglesia de S. Millan, que se dijo diariamente por el eterno descanso de su alma, dando á la susodicha capilla los ornamentos y vasos sagrados de plata. Al valle de S. Miguel le ayudó con una crecida suma para que comprase los pechos ó tributos que pesaban sobre él; acostumbrando desde entónces y como una muestra de su reconocimiento por tan señalado beneficio, asistir el ayuntamiento del citado valle todos los años el dia 15 de Agosto á la iglesia de nuestra Señora de Barrionuevo, donde se decia una misa solemne para encomendarle á Dios, rezando despues todos los asistentes un *Pater noster* y *Ave-María*. Dejó á la iglesia parroquial en que habia sido bautizado un magnífico pálio para cubrir el Santísimo Sacramento cuando salia para ser administrado á los enfermos, y edificó en la ciudad de Leon el colegio de la Compañía de Jesus, dedicándole al arcángel S. Miguel. El P. Pedro de Rivadeneira, en su historia de la Compañía dice, que tratando el mencionado obispo de fundar casa para una Orden religiosa, pidió al Señor con muchos ruegos y oraciones que le iluminára para conocer cuál religion era de su agrado que fundase, y no contento con obrar arreglado á su propio juicio, que le

inclinaba hácia la Compañia, quiso que la suerte decidiera, y sorteadas todas las religiones entónces existentes, la Compañía fué agraciada, en lo que claramente se conoció ser esta la divina voluntad. Fundóse el Colegio mencionado en el año 1571. Todos los años iba el cabildo en procesion al mismo colegio la segunda dominica despues de Resurreccion, en cuyo dia es el evangelio *Ego sum pastor bonus*, y se decia solemne misa con sermon. Murió el obispo, lleno de méritos y rico de buenas obras, á la avanzada edad de ochenta y seis años, por el mes de Abril de 1578, y fué sepultado en la capilla mayor del mencionado colegio en un magnífico sepulcro, donde se veia su estátua de mármol blanco con las armas del colegio de S. Bartolomé y un elegante epitafio latino. Fué tan devoto de nuestra Señora, que compró y agregó á la iglesia de Leon el censo ó préstamo de Villelga, para que con sus rentas se dijese en el coro perpétuamente el oficio menor de nuestra Señora. —M. B.

SANNEJEAU (Pedro de). Nació este primer superior de la reforma de la orden de S. Antonio el dia 5 de Enero de 1561 en una poblacion del Limousin de donde tomó el apellido de Sannejeau, de padres ricos y muy piadosos. Desde su infancia dió pruebas de una virtud muy poco comun, y despues de haber hecho sus estudios en Bourges en el colegio de los Jesuitas, salió de su país con el designio de pasar á Italia; pero hallándose en Génova, dió oidos á las reflexiones de una persona ilustrada, cuyas razones le hicieron decidirse á volver á Francia. Luego que llegó á Grenoble, se dirigió á un piadoso eclesiástico de esta ciudad para que le ayudase á conocer el género de vida á que Dios le llamaba. Envióle este á Antonio de Tolosani, canónigo regular de la orden de S. Antonio, que se habia granjeado una gran reputacion por la santidad de su vida y por el buen éxito de sus publicaciones. Desde la primera visita conoció el canónigo el mérito de Pedro de Sannejeau; pero para probarle le ordenó se encargase de la instruccion de la juventud de la ciudad de San Antonio en calidad de maestro de escuela, en cuya ocupacion le retuvo cerca de un año. Al cabo de este tiempo entró Pedro en la orden de San Antonio, en la que recibió el hábito el dia 25 de Enero de 1598. Tolosani, que acababa de ser elegido abad por muerte de Luis de Langeac, concibiendo el designio de servirse de Pedro de Sannejeau para introducir en la Orden la reforma que habia proyectado, formó por sí mismo al nuevo prosélito para el estado eclesiástico. Desde que Sannejeau profesó, el 2 de Febrero de 1599, su vida fué un continuo ejercicio de las más sublimes virtudes; y pueden verse los detalles en la historia de su vida, publicada en 1643, en París, con el título: *L'Homme inconnu*, por Juan Layac, limosnero y predicador del Rey, y por el abate Goudon. No habiendo podido más que iniciar el abad Tolosani la reforma que habia ideado, se la confió al morir á Pedro Sannejeau, y el plan se ejecutó en tiempo de su su-

cesor el abad Antonio Brunel de Granmont, á lo que contribuyeron mucho las instancias y ejemplo de Sannejean. La casa de San Antonio de París, fué la primera que admitió la reforma, y Pedro Sannejeau fué elegido su primer superior el dia 24 de Setiembre de 1618. Su extraordinaria virtud le hizo respetable ante la corte y grandeza de París. Con igual éxito introdujo la reforma en la casa de Lyon, para lo cual le ayudó mucho el cardenal Marquemont que le estimaba y consideraba especialmente. Desde Lyon pasó á la abadía de San Antonio, en donde tambien logró se admitiese la reforma, y en este país murió en olor de santidad el dia 6 de Julio de 1625, á los cincuenta y cinco años de su edad. Los discípulos de este siervo de Dios hicieron imprimir, despues de su muerte, un libro sacado de sus conferencias y de sus escritos con el título: *Máximas muy útiles para adquirir el verdadero espíritu de religion y para la perfeccion de los fieles; dedicado á la Reina;* París, 1645, en 12.°, cuyo libro manifiesta la piedad de este digno hijo de S. Antonio.— A. C.

SANNESIO (Jacobo). Oscuramente nació este Cardenal en Belforte de la Marca, y practicando el estudio de las leyes, fué diputado á presidir en el tribunal de las causas civiles de las apelaciones en Camerino. Fué á Roma á probar fortuna con el auxilio de un hermano suyo muy querido del pontífice Clemente VIII, y logró se le admitiese de familiar del cardenal sobrino del papa Pedro Aldobrandini, que era entónces prefecto del castillo de San Angelo. Este le procuró á poco un canonicato en la Basílica Vaticana, y el empleo de secretario de Consulta, haciendo se le diesen comisiones de importancia, las que desempeñó á satisfaccion del Papa. La influencia de su hermano fué causa de que el Papa le crease en 9 de Junio de 1604 cardenal sacerdote de San Esteban del Monte Celio. El pontífice Paulo V le inscribió en 1605 en la congregacion de Obispos y Regulares, y le hizo obispo de Orvieto, cuya diócesis supo gobernar con admirable dulzura y prudencia, y si bien es cierto que no fué muy literato, suplió este defecto, si por tal se tiene en un cardenal, con su constante probidad y buenas costumbres; pero fué poco generoso. El cardenal Bentivoglio en sus Memorias, critica su ordinario y bajo lenguaje, su aspecto poco noble, sus agrestes maneras y su ignorancia; intervino en los cónclaves de Leon XI, Paulo V y Gregorio XV. Murió este Cardenal en Roma el año 1691, de más de sesenta años de edad. Fué sepultado en la iglesia de S. Silvestre, en el Quirinal, delante de la capilla del Rosario, bajo de una lápida muy adornada, en la que solo se ve escrito su nombre. — C.

SAN NICOLAS (Fr. Andrés). Religioso agustino. Véase Nicolas (Fr. Andrés de San).

SAN NICOLAS (F. Fr. Antonio de), misionero dominico, natural de Roma; pasó á las islas Filipinas y tomó allí el hábito, distinguiéndose mu-

cho en una guerra contra la China ocurrida en 1662, en que fué por capellan mayor del Ejército, sufriendo todas las penalidades y peligros á ella inherentes, aunque participando tambien de sus glorias. Pertenecia al convento de Manila, donde se habia dado á conocer por sus buenas cualidades para la vida del claustro, que le merecieron despues la distincion arriba indicada, y que segun se infiere en las relaciones de las crónicas, desempeñó satisfactoriamente. No es este el lugar de referir los pormenores de una guerra poco conocida y en extremo gloriosa para las armas españolas, que prueba que ántes de llegar nuestro siglo, otros ejércitos que los tan celebrados hoy habian puesto el pie en el celeste imperio y obligado á los chinos á ceder ante sus victoriosas huellas. La España fué la nacion á quien cupo entónces este honor, que ha cabido muchos años despues á otros pueblos más afortunados y que sin embargo se hallan aún muy distantes de poder rivalizar con su antigua grandeza. Casi este es el único hecho que merece mencionarse de nuestro Fr. Antonio de San Nicolás, pues los demás han quedado en el olvido, debiendo suponerse que semejantes al anterior contribuyeron no poco al engrandecimiento de su Orden y á la extension de las misiones en aquellos países. Su nombre, sin embargo, merece legarse á la posteridad.—S. B.

SAN NICOLAS (Fr. Francisco) agustino aragonés. Véase Nicolas (Fray Francisco de San.)

SAN NICOLAS (Fr. Lorenzo de), religioso agustino. Véase Nicolao (Fr. Lorenzo de San).

SAN NICOLAS (P. Fr. Pablo de), hermano de Fr. Diego de Madrid, religioso capuchino y predicador del Rey, de quien ya se trató; nació en 10 de Enero del año de 1659. Tomó el hábito de monje gerónimo en el monasterio de nuestra Señora del Parral de Segovia, en donde fué lector de sagrada Escritura y prior, empleo que obtuvo en el de S. Blas de Villaviciosa, y estuvo electo para el de Valencia. Fué procurador, definidor, visitador, cronista general de toda su Orden y predicador del número de los señores reyes D. Cárlos II y Felipe V, llegando á ser el decano de los de su Real capilla. Vivió más de treinta años en el monasterio de Madrid, siendo religioso muy observante de su regla, y de retiro y estudio tan continuos, que no salió de casa sino á lo muy preciso, ó á predicar, ó á otras obras de caridad, en cuyo ejercicio logró un gran aplauso. Murió el dia 1.° de Setiembre de 1743, casi en edad de ochenta y cinco años, habiendo tres dias ántes firmado el último tomo de sus anales. Escribió: *Anales geronimianos ó siglos de la religion de S. Gerónimo.* Historia eclesiástica llena de una grande erudicion, y compuesta de diez y nueve tomos en fólio, impresos en Madrid desde el año de 1722 hasta el de 1743, que publicó el autor el tomo XVII, y los dos últimos los sacó póstumos el monasterio del Parral, por mano del P. Fr. Fran-

cisco de Monte Mayor, su confesor, en 1744.—*Ideas geronimianas y estímulos á la devocion del santo Doctor*, en veintiun sermones predicados por el autor; Alcalá, 1716, en 4.°—*Oracion fúnebre* que dijo en 20 de Octubre de 1724 en el convento de S. Gerónimo de Madrid, en las honras del señor rey D. Luis I, impreso en 4.°—*Antigüedades eclesiásticas de España*, de que se imprimió un tomo en fólio; Madrid, 1734, en 4.°—*Aparato monástico*, un tomo manuscrito.—*Sermones*, diez y seis tomos manuscritos.—*Verdad triunfante, vindicias de D. Luis de Salazar*, un tomo.—A. y B.

SAN NICOLAS (Fr. Pedro de), religioso de la órden de S. Juan de Dios y varon de raras virtudes y ejemplo, penitentísimo y de elevado espíritu en la contemplacion. Parece fué natural de la ciudad de Antequera en el valle de Oaxaca, y tomó el hábito, siendo ya sacerdote, en el hospital de Méjico en 27 de Abril de 1635, siendo general de la religion el Rdo. P. Fr. Fernando de Montaos. Empleaba la mayor parte de la noche en la iglesia en oracion, y parece se distinguió en todo género de virtudes hasta su fallecimiento, acaecido en el convento de Méjico en 1673, á la edad de cien años.—S. B.

SAN NICOLAS DEL PUERTO (V. N.), presbítero anacoreta. Cuando San Diego de Alcalá siendo jóven á principios del siglo XV huyó de los peligros del mundo, se retiró á la soledad de una ermita dedicada á S. Nicolás de Bari, al pié de una sierra no léjos de la villa de S. Nicolás del Puerto, á doce leguas de Sevilla, dispuso Dios que en la misma ermita hallase el feliz mancebo un grande y experimentado maestro de la vida espiritual, en cuyos consejos afianzase y adelantase la perfeccion mística. Era este maestro un anciano y venerable sacerdote, que cansado del mundo á beneficio de sus desengaños, hacia vida solitaria y penitente en el retiro de aquella ermita, pretextando para este fin su devocion al glorioso S. Nicolás. En las manos de este venerable varon, como otro Samuel en las del sacerdote Helí, entregó el humilde y dócil mancebo su espíritu tan rendida y absolutamente, que no reservó para sí el menor movimiento de sus potencias. Hizo S. Diego por este medio tales progresos en el camino de las virtudes que llegó dentro de pocos dias á ser edificacion y asombro de todos los pueblos de la comarca. Tales son las noticias que existen del anónimo maestro S. Diego de Alcalá.—S. B.

SANNINO (Salomon), israelita romano, de veinticinco años de edad, se convirtió al catolicismo y recibió el bautismo el 13 de Noviembre de 1836 de manos del cardenal Odescalchi, obispo de Sabina y vicario general de Su Santidad en la iglesia del convento de S. Bernardino de Sena.—S. B.

FIN DEL TOMO XXV.

ESTANTE 18
Tabla 8.ª
N.º 1
1

BIOGRAFÍA

ECLESIASTICA

25

13.533

S